



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

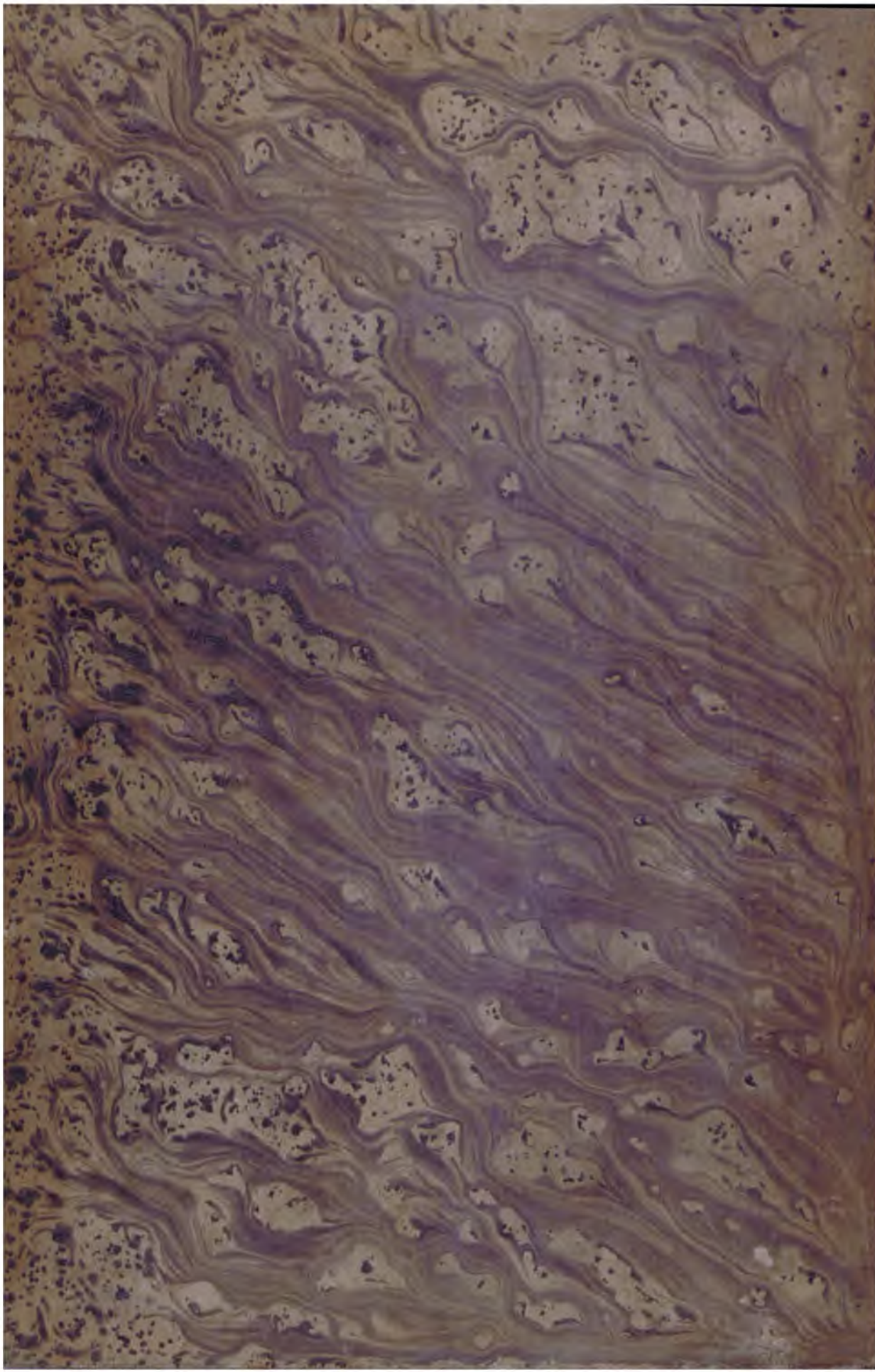
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



835-7
C-6018



BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑOLES.

This One



5S5N-A3C-TQ76

BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

ordenada

POR D. BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ (EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA),

juntas en coleccion é ilustradas

por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

TERCERA EDICION.



MADRID
M. RIVADENEYRA.—EDITOR.

ADMINISTRACION: MADERA BAJA, NÚM. 8.

—
1885.

PROLOGO DEL COLECTOR.

UN tomo de comedias del Maestro TIRSO DE MOLINA ofreció al público el Señor Don Buenaventura Cárlos Aribau en el prospecto de la *Biblioteca de Autores españoles*, y uno sale hoy á luz, aunque no bajo la sábia direccion de la persona que hizo la oferta : las ocupaciones del Sr. Aribau en servicio del Estado le han impedido servir á las letras. Grave empeño contraje al sustituir, bien que por una vez, al benemérito fundador de la *Biblioteca*, monumento magnífico de nuestras glorias literarias ; pero no quise perder la favorable coyuntura que se presentaba para corregir y mejorar la compilacion que intitulé *Teatro escogido de Fray Gabriel Tellez*, la cual, principiada en el año de 1839, llegó á su fin, gracias á la constancia del editor, en 1842. Observaciones ajenas y propias me han hecho conocer que la reimpresion de obras antiguas, cuyo texto se halle viciado, no es empresa para un hombre solo, sino que requiere la cooperacion sucesiva de muchos. Quédame siempre la vanagloria de haber intentado una obra difícil de suyo, y mas para mí, que al anunciar la coleccion de comedias del Maestro FRAY GABRIEL TELLEZ, apenas habia reunido la mitad de las que me proponia reimprimir : las mas raras é importantes (justo es que se sepa) me fuéron despues generosamente franqueadas por el Señor Don Agustin Duran, como lo fué tambien la biografía del padre TELLEZ, el exámen de *La Prudencia en la mujer*, y el admirable artículo sobre el drama religioso, que escribió para juzgar la comedia *El Condenado por desconfiado*. Esta bondad suma del Señor Duran perjudicó en algun concepto á la obra : dejé de consultar con él muchas dificultades que me ocurrieron, porque reflexioné que si el Señor Duran, ademas de facilitarme las ediciones antiguas, me facilitaba la inteligencia de los pasajes oscuros, no era yo, sino el Señor Duran, el verdadero colector y revisor de las obras de Tirso : la publicacion hubiera ganado en el cambio.

No se tenga por exagerado lo que va dicho acerca de la dificultad de reimprimir las producciones pertenecientes al teatro antiguo español. Si no se emprenden ediciones de las obras dramáticas de Lope, de Calderon, de Moreto, Alarcon y Rojas, mucho debe contribuir á ello la falta de auxilios para desempeñarlas bien. Escribian los poetas dramáticos españoles del siglo XVII sus obras mas para el teatro que para la lectura : estrenada una comedia por una compañía cómica, ya era propiedad de todos los actores del Reino, quienes tratándola como pais conquistado, hacian y deshacian en ella cuanto les inspiraba la necesidad ó les sugeria el capricho : aquí añadian, allí quitaban ; ya mudaban á la obra el título, ya la anunciaban como de autor diferente. Así Don Juan Ruiz de Alarcon reclamaba por suyas, comedias que habian sido impresas á nombre de Lope de Vega ; así Don Francisco de Rojas declaraba que se le habian atribuido por los impresores de Sevilla obras ajenas ; así Don Pedro Calderon escribia, diez meses ántes de su fallecimiento, al Señor duque de Veragua diciéndole que los editores de su época, no contentos con dar á la estampa sin su permiso cuanto componia, desfiguraban de tal modo las co-

medias de que se erigian dueños, que él, que las habia producido, aunque las conociese por el título, las extrañaba por el contexto : daño imposible de remediar (añadia) « por el poco aprecio que hacen de este género de hurto los que informados de su injusticia, juzgan que la poesia mas es defecto del que la ejercita, que delito del que la desluzce ». Para evitar su descrédito, procuraban los autores dramáticos publicar por sí sus escritos, ó enajenarlos á quien los imprimiese bajo la direccion del autor ; pero ni en aquel tiempo habia sistema ortográfico estable, ni los impresores de comedias, por habilidad que tuvieran en su arte, habian de enmendar los defectos de un original incompleto y viciado. La segunda parte de comedias de TELLEZ, impresa en Madrid por una hermandad ó compañía de mercaderes de libros, á la cual hizo nuestro autor una lisonjera y poco merecida dedicatoria, es el tomo de TIRSO que abunda mas en errores.

Estos, lo mismo en el tomo segundo que en los otros cinco volúmenes ó *partes* que se publicaron en vida de TELLEZ con el supuesto nombre de TIRSO DE MOLINA, son de varias especies, no tomando desde luego en cuenta las faltas de ortografia y puntuacion, porque ni escritores ni tipógrafos reparaban mucho entónces, como ya va indicado, en tales menudencias. Consisten de ordinario los yerros en haber trocado la colocacion de las palabras, en haber equivocado una con otra, en haber omitido un verso cabal, en haber omitido varios. Fácil es conocer, mucho mas cuando el consonante ayuda, que en tal pasaje, por ejemplo, debe leerse *rio* en lugar de *rey*, en tal otro *diestro* en lugar de *fuerte*, aquí *racimos* en lugar de *razones*, allá *salvia* en lugar de *saliva* ; fácil es tambien dar la colocacion debida á las palabras de una frase dislocada en la imprenta ; puede alguna vez adivinarse al poco mas ó ménos lo que diria un verso que falta, cuando lo indican los que le preceden y siguen ; pero de ahí adelante, rayan en temeridad las adivinaciones. A fin de excusármelas, acudí á los teatros de la Cruz y del Príncipe, donde hubieron de estrenarse muchas obras de TELLEZ, esperando que en sus archivos encontraria copias manuscritas fieles, ó tal vez los mismos originales del célebre Mercenario : ¡ diligencia sin fruto ! En los teatros de Madrid no hay comedia alguna de TELLEZ cuyo manuscrito merezca fe por su antigüedad : todas son copias de las impresas, ú originales de las refundidas. En la biblioteca del Excelentísimo Señor duque de Osuna se hallan, entre muchas obras escénicas manuscritas de varios autores, unas veinte del nuestro : algunas están trasladadas puntualmente de las ediciones primeras ; otras contienen variantes notables y muchas con respecto á las publicadas por la prensa ; tres de ellas, la primera, segunda y tercera parte de *Santa Juana*, son originales firmados por el autor. Tesoro de tanto valor ha sido y debido ser poco útil para mí, por haber acudido tarde á él, y por su misma riqueza : ya iba muy adelantada esta coleccion cuando me permitieron mis ocupaciones examinar los manuscritos del Señor Duque ; y al hallar entre ellos comedias de TELLEZ muy distintas de las impresas, consideré que debia abstenerme de pedir permiso para copiarlas : aquellas obras, tales como allí existen, son propiedad de su ilustre dueño, á quien no se debe usurpar la satisfaccion de imprimirlas. Grande la he gozado yo siempre que he visto justificadas por ellas mis observaciones.

Habrà mas de uno que me pregunte por qué me atrevo á desfigurar el texto de las obras de TELLEZ, aunque aparezca defectuoso ; pues los defectos que pretendo enmendar pueden ser del autor mismo, y no de la imprenta. « Los autores dramáticos españoles de aquella época (se me dirá) escribian de prisa : varias comedias del Padre TELLEZ le fuéron robadas en borrador y dadas así á la prensa por su sobrino Don Francisco Lúcas de Avila, que se alaba del hurto : ¿ por qué se ha de exigir de obras no limadas por el autor, mas correccion de la que el autor pudo en tal caso darles ? » A todos los que saben lo que es escribir ó imprimir, les parecerá, segun entiendo, bastante satisfactoria la respuesta. En todo borrador, como cosa hecha de prisa, yerra la mano, que no escribe siempre todo lo que el pensamiento le dicta : los

borradores ademas, poco inteligibles á veces, ocasionan por fuerza muchos mas errores de imprenta que una copia en limpio, bien trabajada: fuera de que no hay cuidado que baste á librar de erratas una impresion que pase de dos pliegos. De mí sé decir que á pesar de no ser de los mas negligentes para la correccion de pruebas, no he podido conseguir que salga sin defectos graves ninguna de mis obras: en las copias manuscritas como en las pruebas, lee uno lo que pensó, en vez de leer lo que hay escrito ó impreso; y salen á luz las equivocaciones materiales con toda la autoridad necesaria para que se tengan por yerros de otra especie. En la primera edicion de *Los Amantes de Teruel*, en lugar de *ven* salió impreso *venganza*; en *La Redoma encantada*, por la omision de la palabra *medias* ántes de *leguas*, hube de decir que habia *catorce* desde el Escorial á Madrid, cuando yo queria decir *siete*; en *Alfonso el Casto* faltaron en la primera copia dos versos de una redondilla, que estaban y están en el borrador; y sin ellos se imprimió el drama, habiendo yo repasado las pruebas sin hacer alto en la supresion. A estos ejemplos podrá añadir cada escritor otros muchos, todos los cuales probarán evidentemente que el que compone, el que copia y el que imprime, todos se distraen á veces, todos hacen lo que no pensaban, lo que no querian hacer. Mas patente quedará esta verdad con la exposicion de un caso de los que suelen menudear en las obras de FRAY GABRIEL TELLEZ.

La comedia de *La Villana de la Sagra* empieza en una casa de juego de la ciudad de Santiago, donde un cierto Don Luis y su criado Carrasco juegan y riñen sobre el juego: el señor con un caballero á quien mata, y el lacayo con un compañero á quien hiere. Huyen de Santiago el galan y el gracioso, y hacen su despedida al país en dos sonetos no muy bien escritos, porque el Maestro Tirso, gran versificador en las redondillas, quintillas, décimas y octavas, era por lo comun desgraciado sonetista. El soneto de Don Luis, copiado con la misma ortografia de la edicion original, es el siguiente:

DON LUIS.

Reyno famoso a Dios, que alegre hago
Ausencia de tu celebre montaña,
Pues que siendo mi patria como estraña
Diste á mi juventud siempre mal pago.
A Dios ciudad sepulcro de Santiago
Que das pastor, y das nobleza a España,
A Dios fin de la tierra que el mar baña,
Reyno famoso del ingles estrago.
A Dios hermana que en tus brazos dexo
Tu nobleza, tu fama, tu hermosura,
Porque cres de mugeres claro espejo.
A Dios juegos, amores, trauesura,
Que aunque moço desde oy he de ser viejo
Si me ayudan el tiempo, y la ventura.

En este soneto nada ocurre en que tropezar; pero léase el que va despues, en el cual remeda Carrasco el de Don Luis.

CARRASCO.

A Dios ciudad gallega, noble, y sabia,
Assombro del Alarbe, y Estorlinga,
Estacion del Flamenco, y del Mandinga,
Del Scita, y del que viue en el Arabia.
A Dios fregona cuyo amor me agrauia
Gallega molletuda, a Dios Dominga,
Que aunque logrado de tu amor me priuga
Siento mas el dexar a Ribadania.
A Dios fondon tras puesto en tantas partes,
Y conocido de los mismos niños,
Que aqui te dexo el alma con mil clauos.
A Dios catuja de mi amor brinquiño,
A Dios redondos, y tajados nauos.
A Dios pescados, versas, bacoriños.

El primer cuarteto se entiende tal cual. *Estorlinga* debe ser una de las muchas voces de capricho que usaban los autores dramáticos del siglo xvii, cuya significacion no

siempre se acierta : quizá TELLEZ la formó sobre la palabra *Stirling*, nombre de una ciudad de Inglaterra, y quiso designar con ella, como otras veces con la mas lata de *pechelingue*, á los ingleses; quizá, si no, la compuso acordándose de las islas *Sorlingas*: de ambas maneras el pensamiento de los cuatro versos primeros será en resumen : « Adios, ciudad de Santiago, admiracion del *moro* y del *hereje*, residencia del *blanco* y el *negro*. » Hasta aquí va bien; pero ¿qué quiere decir en el cuarteto segundo el verso : *Que aunque logrado de tu amor me pringa*? No hay sentido, no hay forma de suponérselo. Varióse aquí el texto en la primera edicion del *Teatro escogido* de TIRSO, imprimiéndolo sin escrúpulo : *Que aunque lo graso de tu amor me pringa*, correccion con la cual se consiguió que el verso, aunque extravagante, dijera alguna cosa; he visto despues en la biblioteca del Señor duque de Osuna un manuscrito no original de *La Villana*, donde se lee : *Que aunque lo gordo de tu amor me extinga*; leccion que no puede admitirse como del autor, porque bien sabía TELLEZ que el verbo *extinguir* no era allí el propio. La enmienda manuscrita, atinada ó no, hace ver la necesidad que habia de alguna : la nuestra tiene la ventaja de que solo varía una letra del renglon impreso. *Ribadavia* era célebre por sus vinos : Carrasco, á fuer de gentil bebedor, aunque sintiese mucho separarse de la moza gallega Dominga, se apesadumbraba mas al considerar que ya no se recrearia con el licor precioso de *Ribadavia*. Principia el primer terceto diciendo : *Adios, fondon, traspuesio en tantas partes*. *Fondon* es el vino de *Ribadavia* : el verso tiene sentido y consta; pero falta á la ley de la consonancia, porque en los demas que siguen, no hay ninguno que finalice en *artes*, como debiera. ¿Hemos de creer que FRAY GABRIEL TELLEZ tuvo el descuido ó la aprension de dejar ó introducir un verso libre en un soneto? No es creible, porque la leccion original salta á los ojos : *claros* es el consonante inmediato; y por consecuencia *cabos*, y no *partes*, es lo que debe leerse. *Cabos* pusimos en el *Teatro escogido* : *cabos* dice en el manuscrito del Señor duque de Osuna, y eso es lo que TELLEZ escribió, porque *cabo* (véase el *Diccionario de la lengua*) significaba antiguamente lo mismo que *parte*, SITIO ó LUGAR. El mismo TELLEZ, en la comedia *Desde Toledo á Madrid*, trae este diálogo en la escena IV del acto primero.

DON DIEGO.
¿Que en Madrid no me habeis visto?
CARREÑO.
Ni en Madrid, ni en otro CABO.
DON DIEGO.
Ciego estáis.
CARREÑO.
¿No es caso bravo?
No os conozco, vive Cristo.

Parece que no debe quedar asomo de duda con respecto á la legitimidad de esta enmienda.

Pero principia el terceto último :

A Dios catuja de mi amor brinquiño...

¿Qué Catuja es esta, de quien nada se dice en toda la comedia? ¿Era otra querida de Carrasco? ¿Era su hija? Dificil es adivinar lo que TELLEZ escribió aquí; pero nótese que la palabra *brinquiño* (joya ó dije) no consuena con las de *niños* y *vacorinos* (lechones) que son sus consonantes de ley; consonaria si fuese *brinquiños*; pero entónces no habria concordancia entre este plural y el singular *catuja*, palabra que por cierto está impresa con la inicial minúscula, y no con versal como acontece en el nombre propio de *Dominga* : de lo que se infiere, á mi modo de ver, que en lugar de *catuja*, debió fijar TELLEZ aquí un plural, que sin duda concordaría con *brinquiños*. ¿Qué plural sería este? Yo no lo sé; pero allá va una conjetura. Don Luis, en el primer verso del terceto segundo de su soneto, dice : *Adios, juegos, amores, travesura*; Carrasco era tan aficionado al juego como Don Luis, dando por disculpa que el sirviente copia las inclinaciones del amo; Carrasco dejaba herido en Santiago á su compa-

ñero Cachopo : ¿no podia Carrasco arrepentirse como su señor y despedirse, en este verso cabalmente, del juego? Admitida la hipótesis, el plural que debería sustituirse á *catuja*, sería *barajas*, prendas, joyas ó dijes del amor de Carrasco. *Adios, barajas, de mi amor brinquños*, es lo que se estampó en *El Teatro escogido*. y lo que se ha puesto en la presente edicion : el manuscrito del Señor duque de Osuna va conforme en este pasaje con el texto impreso, y por consiguiente no nos ha sacado del apuro. Tres enmiendas lleva ese malaventurado soneto, cada una de su especie; y parecidas á ellas vienen á ser todas las demas que se han hecho en las comedias de nuestro Tirso : unas, como la de *cabos* en lugar de *partes*, indisputablemente seguras; otras, como *lo graso* en vez de *logrado*, probables y admisibles; otras en fin, como la de *barajas* por *catuja*, mas ó ménos justificables; pero en realidad aventuradas. Cuando la enmienda consiste en un verso, ó mas de uno, sustituidos para suplir los que faltan, se advierte para que no vayan á cuenta del autor.

Las otras licencias que me he tomado, son ya de menor cuantía, y están autorizadas, ó disculpadas al ménos, por el ejemplo. Sabido es que nuestros antiguos dramáticos llamaban generalmente *jornadas* á lo que llamamos *actos* nosotros; tambien es notorio que no dividian los actos en *escenas*, ni indicaban el sitio donde pasaba la accion : las *Comedias escogidas* de TELLEZ, que comprende este tomo, van divididas en actos y escenas. y expresándose, donde corresponde, todas las mutaciones de lugar que en ellas ocurren. *Actos* llamó TELLEZ á las jornadas en el primer tomo, en el cuarto y quinto de sus comedias; *jornadas* las llamó en el segundo y tercero : la mayoría de los casos está en favor de la denominacion que se ha preferido. Recordar á cada entrada ó salida de un interlocutor los nombres de los que hablaban ántes que él viniera, ó siguen hablando despues que se retira, sirve á la memoria, facilita la inteligencia del drama, da belleza al libro, descanso y recreo á los ojos del que lee : por eso, apoyándonos en el ejemplo dado en la *Coleccion general de Comedias escogidas* que principió á salir en el año 1826, hemos subdividido en *escenas* los dramas de Tirso. Señalar los diferentes sitios donde pasa la accion, ya se ve desde luego que es útil : incomoda ir leyendo á veces versos y versos sin saber á qué pueblo nos conduce el autor, ni si nos tiene bajo de techado ó á cielo abierto, en calle, en jardin, en alcázar ó calabozo. No á todos los lectores consta que en el siglo xvii se representaba en nuestros *corrales* una gran parte de las comedias, sin mas decoracion que unas cortinas y un dosel. dejando á los lados las aberturas necesarias, que llamaban *puertas*, para que entraran y salieran los cómicos. Aquellos cortinajes representaban la villa y el campo, los árboles y los muros, lo cerrado y lo abierto, siendo comun leer en los dramas impresos acozaciones parecidas á esta : *Salen por una puerta el Rey, el Infante y acompañamiento, y por otra el Emperador, la Princesa y su corte, todos de caza* : creia el lector al pronto que aquellas personas aparecian en un salon de palacio, y mas adelante venia en conocimiento de que habiendo salido todos á una batida, se encontraban en medio de un campo tan raso como los llanos de Arganda. Mas para contentar de alguna manera á los que no quieren que se mude una tilde cuando se reimprime una obra antigua, se les da fielmente copiada, y con la misma ortografia de la edicion original, una de las comedias que en ella salieron con ménos faltas : en caso de que este sistema pareciese mejor que el mio, lo adoptaré si llega el caso (¡ojalá!) de hacer una edicion completa de las obras de TELLEZ.

Ya que hemos hablado de ortografia, prevendré aquí al benigno lector que me ha parecido justo y preciso tomarme una licencia ortográfica, consiguiente á una licencia poética muy usada por nuestros autores antiguos y algun tanto asimismo por los modernos. En dicciones que tienen repetidas y juntas dos vocales idénticas, como *ee* en *crear*, *oo* en *viéndoos*, elide muy á menudo TELLEZ la una, quedando la palabra con una sílaba ménos, ya para evitar la cacofonia, ya simplemente para que el verso conste. Ahora bien : si *crear* ha de contar por sola una sílaba, y *viéndoos* únicamente

por dos, claro es que habrá de leerse *crêr* y *viéndós*, ó faltaria el verso á la medida : para que se lean tales palabras como el autor quiso, las he impreso de esa manera abreviada, y lo mismo todas las que se hallan en igual caso.

Era tambien práctica general en los tiempos de TELLEZ escribir ciertas palabras de dos ó tres modos distintos : léese en una obra misma unas veces *oscuro*, otras *escuro*, otras *obscuro*; tan pronto *medecina* como *medicina*, *licion* como *leccion*, *dotor* como *doctor*, *agora* como *ahora*, etc. A las segundas personas de plural de los pretéritos, ya se les dan las terminaciones en *asteis* y en *isteis* como en el dia, ya las anticuadas en *astes* é *istes*. En los infinitivos con pronombre se truecan tal vez en *ll* la *r* final y la *l* que le sigue, y otras veces no; por último, en la segunda persona de plural del imperativo, la *d* con que termina el verbo se pospone en ciertas ocasiones al afijo, al paso que en otras permanece en su puesto natural. Fácil hubiera sido hacer en muchos casos que desapareciera esa falta de uniformidad; pero siendo uso corriente, ha parecido que debería ser respetado.

Entre *El Teatro escogido* que ántes publiqué y *Las Comedias escogidas* de TELLEZ que ahora publico, hallará el lector la diferencia de que las dos colecciones no comprenden las mismas comedias. La explicacion es muy sencilla. Las obras maestras de TELLEZ deben entrar en todas las colecciones; pero entre las comedias de segundo orden se puede escoger. Las que introduje en *El Teatro escogido*, ya son conocidas: bueno es dar á conocer alguna mas, aguardando la ocasion de que se reimpriman todas. Por eso han tenido cabida en este volúmen las comedias tituladas *Cautela contra cautela*, *La ventura con el nombre*, y *los Amantes de Teruel*, que eran rarísimas. En *Madrid y en una casa* corria como obra de Don Francisco de Rojas, sin serlo sino en parte: tal como va en esta coleccion, no se halla en ninguna de las ediciones que de ella conozco. *Los balcones de Madrid* y *El Convidado de Piedra*, obras de Tellez muy desfiguradas por los impresores, aparecen aquí ménos defectuosas que como ordinariamente se hallan; y en fin, el notabilísimo drama de *El Rey Don Pedro en Madrid ó el Infanzon de Illescas*, mucho mas raro que los otros cinco arriba citados, ha sido impreso no por las ediciones antiguas que de él se encuentran, sino por un manuscrito hasta ahora inédito. *El Infanzon de Illescas* ha sido atribuido á Lope: el que damos nosotros, ni es de Lope, ni quizá sea tampoco de Tellez; pero es una obra casi desconocida, muy digna de ser estudiada, y no faltan razones, como se verá en su lugar, para atribuírsela á Tellez; por eso la incluimos entre las suyas.

Para que nuestros lectores juzguen por sí al poeta que les ponemos entre las manos se ha reunido aquí lo que han escrito acerca de TELLEZ seis personas las mas competentes y respetables, los Señores Duran, Lista, Martínez de la Rosa, Gil de Zárate, Mesonero y Búrgos: no siempre convienen unos con otros (y si convinieran, bastaba un artículo); pero la misma diversidad de opiniones proporciona ocasion para estudiar al célebre TIRSO DE MOLINA bajo todos aspectos.

Reciban esta obra los doctos con la indulgencia propia de quien sabe cuán difíciles é ingratas son las de su género; recíbanla los amantes de nuestro teatro antiguo como útil y necesaria, bien que imperfecta, y quede para otro mas feliz la gloria de llevar á cabo lo mucho que le dejó que hacer.

ARTICULOS BIOGRAFICOS Y CRITICOS

DE VARIOS AUTORES

ACERCA DE FRAY GABRIEL TELLEZ Y SUS OBRAS.

I.

DEL SEÑOR DON AGUSTIN DURAN.

Con el supuesto nombre de EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA se representaron en el teatro ó se publicaron las obras dramáticas del Padre Maestro FRAY GABRIEL TELLEZ, uno de los mejores poetas que honraron la escena española en el siglo xvii.

Casi nada sabemos acerca de su vida literaria y política; mas nos quedan sus escritos, que es lo mas importante para la fama del autor, y lo mas útil á la posteridad.

El doctor Don Juan Perez de Montalvan, en su *Para todos*, libro que se imprimió en Madrid á principios del siglo xvii (1), trae un catálogo de hombres célebres naturales de Madrid, y entre ellos dice el autor de que tratamos lo que sigue: «El Maestro FRAY GABRIEL TELLEZ, presentado y comendador de la orden de Nuestra Señora de la Merced, predicador, teólogo, poeta, y siempre grande, ha impreso y escrito con el nombre supuesto del Maestro TIRSO DE MOLINA muchas comedias excelentísimas y los *Cigarrales de Toledo*, y tiene ahora para dar á la estampa unas novelas ejemplares, que con decir que son suyas, quedan bastantemente alabadas y encarecidas.»

Todo cuanto concierne á la familia, estudios y representacion social del Maestro TELLEZ, hasta 1615, se ignora y no nos ha sido posible indagarlo; pero se sabe que ya entónces era religioso de la Merced Calzada, y que residia en Toledo, habiendo tomado el hábito quizá á los cuarenta años de edad. De aquí se infiere que su nacimiento pudo ser por los de 1570 ó inmediatos, es decir, siete ú ocho despues de Lope de Vega.

A su mucho mérito literario debió sin duda el Maestro TELLEZ los honrosos empleos y cargos que le confirió su orden, en la cual desempeñó con aceptacion general los de presentado, maestro en teología, teólogo, predicador, definidor y coronista de ella respecto á la provincia de Castilla la Nueva.

En 29 de setiembre de 1645 fué finalmente elegido por comendador del convento de Soria, donde se cree falleció en 1648, á los setenta y ocho años de edad, sobreviviendo solo trece á su modelo, amigo y paisano Frey Lope Félix de Vega Carpio.

Si atendemos á la clase de estudios necesarios para que el Maestro TELLEZ pudiese desempeñar y obtener tan árdulos y eminentes cargos, debemos presumir que tenia muy adelantados, ó mas bien concluidos y muy ejercitados, dichos estudios ántes de hacerse religioso, pues la edad en que tomó el hábito no es la mas á propósito para empezar y progresar en una carrera

(1) La edicion mas antigua de que tengo noticia es la de Huesca. 1955 (Nota del colector.)

tan larga y penosa como la que emprendió y terminó. No será pues muy aventurado suponer que el Maestro TELLEZ, ántes de abandonar el siglo, era ya eclesiástico, ó habia al ménos seguido la carrera para serlo; y aunque el caracter de sus obras dramáticas parezca impropio de un estado tan serio, se desvanece esta objecion con solo echar una mirada sobre el siglo en que floreció. En él se advierte que los mas célebres y los mayores poetas que brillaron en los teatros de España tales como Lope de Vega, Tárrega, Calderon, Pacheco, Moreto, Solis y otros muchos, acabaron su vida siendo eclesiásticos.

A sus trabajos serios debió TELLEZ los honores y representacion social que adquirió durante su vida; pero ciertamente á lo que escribió bajo el nombre de TIRSO DE MOLINA es á lo que debe este poeta festivo la corona que le tributa la posteridad. Contemporáneo, paisano, discípulo, amigo é imitador del gran Lope de Vega, y arrastrado como este por el torrente de su siglo, sacudió tambien el yugo de las reglas clásicas y eruditas, y dejó vagar la rica vena de la imaginacion por donde quiso llevarle el instinto de su ingenio y la influencia de la civilizacion y de la sociedad en que vivia. Si hizo bien ó mal en seguir la senda que encontró ya abierta, sus obras hablan, y los juicios que sobre esto se formen, por encontrados que sean, hallarán sin duda en ellas motivos para justificarse.

Las comedias de Tirso pueden dividirse en las tres clases siguientes:

- 1.^a Las de intriga y de costumbres.
- 2.^a Las históricas y heroicas.
- 3.^a Las de asuntos devotos y religiosos.

Las comedias de intriga son propiamente fábulas de pura invencion, en que se mezclan personajes de todas las clases de la sociedad, desde las cabezas coronadas hasta los humildes pastores; pero como ordinariamente representan actos de la vida privada, apénas se distinguen en ellas los mas altos personajes de los de la clase media. Como Tirso escribia para españoles, y acaso no conocia otras costumbres que las de su patria, resulta que sus protagonistas siempre son españoles; y aunque les imponga nombres extranjeros, no por eso dejan de conservar las formas de la sociedad y de la corte de Felipe IV.

En estos dramas de intriga se cruzan, se encuentran, se chocan ó marchan á la par una multitud de acciones é incidentes mas ó ménos verosímiles, que á veces forman un laberinto indefinible, enlazado al asunto principal como por encanto, y que excitando la curiosidad, anhelo y jovialidad del espectador, le mantienen absorto, y producen y sostienen en él un interes y una satisfaccion interior, siempre en aumento, siempre grata y siempre inexplicable. La crítica severa pierde sus armas ante el gracejo, el cúmulo de incidentes y de diálogos encantadores que se encuentran en dichos dramas: el espectador ó no repara ú olvida la inverosimilitud de los medios con que se le conduce de sorpresa en sorpresa, de placer en placer, y cuando vuelve en sí ya está producido el efecto, y no puede romper la red mágica en que se halla preso, ni se atreve á quitar al poeta que tan deliciosamente le ha engañado, la máscara jovial y maligna con que encubre sus deslices.

Verdad es que Tirso en esta clase de comedias imita y no crea la invencion algo tosca de las primeras producciones dramáticas de Lope de Vega; verdad es que se repite mucho en las situaciones y en el modo de conducirlas y desenvolverlas, y es cierto tambien que los caracteres que presenta son siempre de un tipo mismo, ó que se encierra entre lineamientos muy semejantes; mas estos defectos solo sirven para realzar mas y mas el mérito peculiar y característico del epigramático autor de *El Vergonzoso en Palacio*, de *Por el sótano y el torno* y de *Don Gil de las Calzas verdes*.

A pesar de las monótonas y quizá monstruosas invenciones de Tirso, nadie ve las comedias suyas que no desee verlas una y otra vez, creyendo admirar cosas nuevas; porque si sus fábulas son muy parecidas entre sí, su estilo es tan sabroso y tan vario, su diálogo tan rápido, tan trabado y oportuno, sus gracias tan expresivas, sus sales tan malignas, aunque vestidas de aparente candor, su versificacion tan llena y libre, y sus rimas tan ricas, abundantes y variadas, que el espectador atónito no puede resistir á tanta magia, y se deja llevar sin resistencia al pais encantado donde el jugueton y hechicero Tirso le quiere conducir.

El desenfado de este gran poeta es tal que alcanza á todo cuanto entra en las facultades del ingenio, y así usa de la lengua con tanta libertad y despejo, que admira. Nada le detiene en este punto: la maneja á su albedrío, venciendo siempre la dificultad de la rima por medios tan oportunos é inesperados, que no parece sino que es el dueño absoluto de la lengua, y que esta pone á su disposición sin resistencia todos sus recursos y facultades, segura de que el poeta sabrá engalanarla y enriquecerla. ¡Cuántas frases, palabras y modismos ha creado Tirso! ¡cuántas de sus aprensiones caprichosas han quedado como proverbios!

Siguiendo el torrente de su siglo, no parece que Tirso se propuso en estos dramas otro fin que el de entretener y divertir al público, pintándole con colores vivos y poéticos los caracteres y modales que constituían la sociedad cortesana de su tiempo, tal como él la conocía, ó creía conocerla desde el punto que ocupaba en ella, ó bajo el aspecto en que podía observarla. Para conseguir este objeto reviste á los interlocutores, de los caracteres y costumbres que ha concebido, y presenta en hermosos diálogos una sátira, quizá punzante, de los hábitos de su siglo, pero nunca enconosa ni sangrienta, y siempre manejada mas bien para excitar la risa un poco maligna del espectador, que para esgrimir malignamente las armas de la ridiculez, ni para promover sentimientos de amargura y odio contra la humanidad.

Ya á fines del siglo xv y á los principios de nuestro teatro, el presbítero Torres Naharro había hallado la senda original que siguió el drama español en el xvi. Los pobres y tristes ensayos que algunos eruditos intentaron para aclinatar las formas griegas y latinas en nuestra escena, así como también las rudas producciones de Lope de Rueda, Timoneda y otros, desaparecieron como el humo ante el talento del fecundo Lope de Vega, apoyado en nuestro gusto peculiar, imitado después por toda la Europa. Tirso siguió este mismo camino; y, así como sus antecesores y maestros, jamás se propuso de antemano un fin moral, directo y único en ninguna de sus comedias. Cada una de ellas es una novela de costumbres, de donde pueden deducirse una ó mas máximas morales, al modo que de cualquiera poema puede formarse una alegoría, aunque el autor no se lo haya propuesto. Por consecuencia del género que adoptó, no profundiza una cierta y determinada pasión ó un vicio de los que suelen dominar el corazón humano; pero considerando al hombre en concreto, le maneja, le conduce y le penetra hasta lo mas íntimo del alma, para encontrar en ella las raíces de sus vicios y las causas de sus acciones miradas bajo el punto de vista que presentaba, y en que influían poderosamente las preocupaciones y el modo de existencia social de su siglo y de su país. Cada personaje de sus dramas participa del carácter general de la nación, y tiene la identidad propia que resulta de la combinacion y fuerza de las pasiones que le presta, y de las situaciones en que le pone. No es fácil adivinar bajo qué aspecto ó prevencion contemplaba Tirso los hombres y las mujeres: quizá el punto desde donde los observaba era aquel donde se descubre demasiado el corazón humano, y en que el barniz necesario para el trato social se desvanece, ó quizá las personas que habitualmente trataba no pertenecían á las clases mas moralizadas de la sociedad. Lo cierto es que los hombres de Tirso son siempre tímidos, débiles y juguete del bello sexo, en tanto que caracteriza á las mujeres como resueltas, intrigantes y fogosas en todas las pasiones que se fundan en el orgullo y la vanidad. Parece á primera vista que su intento ha sido contrastar la frialdad é irresolucion de los unos con la vehemencia, constancia y aun obstinacion que atribuyó á las otras en el arte de seguir una intriga, sin perdonar medio alguno por impropio que sea. En esto estriba mas que en nada el carácter de las invenciones de Tirso, y tanto, que no solo se halla este tipo en sus comedias de costumbres, sino también en las heroicas. Un protagonista tímido, irresoluto, tíbiamente enamorado, ó ciegamente sumiso á los caprichos de una dama de quien por vanidad y á pesar suyo es amado, es casi siempre el héroe de los dramas de Tirso. La intriga en ellos se reduce generalmente á los obstáculos que varias damas oponen á los deseos de la principal, la cual vence ó triunfa por mas astuta, mas ardiente ó mas picada que sus rivales.

Gustaba mucho Tirso de colocar en las mas altas categorías de la sociedad las figuras ó personajes principales que ponía en escena. Príncipes y duques extranjeros que compiten con aventureros españoles para quedar vencidos; princesas, duquesas y damas, pero en quienes

predomina mas bien el influjo del sexo y la vanidad, que las consideraciones del rango, constituyen generalmente los principales interlocutores de Tirso. No pocas el caprichoso poeta se complace en disfrazarlos con trajes campestres, y en prestarles el maligno lenguaje que con aparente sencillez caracteriza entre los aldeanos aquella especie de recelo y desconfianza que les inspira la gente cortesana, y del cual se valen para engañar mas á su salvo á los que se fían de apariencias. Esta clase de juego escénico le maneja Tirso tan maravillosamente, que hasta ahora ninguno le ha igualado. Causa sorpresa ver cómo produce tales contrastes, y el efecto que causa la malignidad y la ironía mas exquisita, expresada bajo las apariencias de sencillez bucólica que el autor sabe remedar con inimitable talento.

Los graciosos ó personajes jocosos, destinados en nuestro teatro para excitar la risa y evitar que el ridiculo bajo caiga directamente sobre los personajes nobles, los toma Tirso casi siempre de las clases rústicas; y trasportando los individuos de ellas desde el campo á la corte, pone en contraste sus hábitos y costumbres anteriores con las nuevas que observan y quieren adquirir. De aquí resultan escenas sumamente graciosas que regocijan al público, y hacen reir aun á los mas severos preceptistas que llevan al teatro ánimo resuelto de silbar toda falta de lo que ellos entienden exclusivamente por conveniencias y verosimilitud. Los graciosos de Tirso casi nunca son groseros, y la risa á que provocan proviene de los contrastes ó de las aplicaciones malignas que el público hace de las sales y equívocos que el autor pone en su boca.

Este poeta sobresale extraordinariamente en la narracion muy dramática de algunos cuentos agudos, festivos ó satíricos y epigramáticos, que introduce con oportunidad en sus comedias. ¡Qué gracia de estilo, qué sencillez tan maligna y delicada se halla en ellos! ¡Qué modo tan oportuno de atacar los vicios de la sociedad, y de cada estado particular que la compone, se encuentra en estas cortas narraciones! Ni Boccaccio, ni La Fontaine, ni Ariosto, ni el mismo Molière han sido superiores á Tirso, en esta clase de mérito.

Del carácter marcado por este ilustre poeta en sus comedias de intriga, participan las heroicas y devotas. El mismo género de gracias y de sales, la misma facilidad de diálogo, y sobre todo el mismo tipo de caracteres se encuentra en unas y otras. En las heroicas como en las de intriga ó costumbres está toda la enerjia de parte de las mujeres; y la debilidad, la sumision y la timidez son el distintivo de los hombres. Así es que los asuntos históricos que pone en escena siempre los escoge donde halla caracteres de esta clase, como se verifica en sus dramas de *La Mujer que manda en casa*, de *La Prudencia en la mujer*, de *La República al revés*, y en otros varios.

Pero lo que admira mas, atendiendo á la clase de talento decidor, satírico y epigramático que distingue á Tirso, y á que la costumbre y sus triunfos debieron encadenarle, es el que cuando en sus composiciones serias toma la trompa épica ó la lírica, se levanta sobre las nubes, desde donde la hace resonar con dignidad, robustez, nervio y entusiasmo. Su lenguaje y estilo siguen como por encanto la elevacion de sus pensamientos, y entónces desaparece de la escena el maligno Tirso, para convertirse en un poeta heroico y sublime.

Entre los dramas de asuntos religiosos merece una atencion muy grande, por ser eminentemente romántico, el que escribió con título de *El Condenado por desconfiado*: de él se hará á su tiempo un detenido análisis (1).

Las buenas dotes que distinguen á Tirso, ya como poeta, ya como dramático, consisten en su estilo natural, en su audacia y oportunidad para el manejo del idioma, en su versificacion armoniosa y abundante, en la riqueza de sus rimas, en su caudaloso y rápido diálogo, en su modo travieso é ingenioso de contrastar las ideas, en sus sales picantes y epigramáticas, y en fin, en su expresion llena de gracia, soltura y amenidad.

Los vicios de que adolece principalmente consisten en la inverosimilitud y pobreza de sus invenciones, en la mala economía que usa para desenvolver sus fábulas, en la monotonía de los caracteres que pinta, en la demasiada confianza que tiene en la fe de los espectadores y en los propios medios y recursos que le aventajan, y finalmente, en que sacrifica el decoro

(1) Véanse los Apéndices á este tomo.

de la escena al deseo de lucirse en el diálogo y al de proporcionarse ocasiones de gracejar, acaso con demasiada libertad.

Tales son, expuestas con imparcialidad, las dotes y los defectos que constituyen el carácter dramático del célebre TIRSO DE MOLINA. Con las unas, y á pesar de los otros, ha conseguido los aplausos de muchas generaciones, y que aun la presente concurre al teatro cuando se representan en él algunos de sus dramas. ¿Quién hay que los haya visto, que pueda lisonjearse de no haberse sonreído hasta con los mismos extravíos y aprensiones de un poeta caprichoso que juguetea con el público, con la poesía y aun consigo mismo? ¿No pudiera decirse que Tirso respectivamente ha hecho del drama lo que Ariosto del poema épico? Si el arte y las reglas preopinadas para todo se ofenden de las libertades que nuestro Tirso se toma, él las desenoja con sus gracias y sales inimitables; y la jovialidad pública prueba que el instinto del ingenio puede mas, vale mas, y sabe mas que todos los preceptistas sistemáticos del mundo. Y así debe ser, porque trabajando *à posteriori* sobre las creaciones del talento, es imposible que prevean todas las combinaciones y nuevos caminos que puede hallar un grande ingenio. En nuestro sistema literario no admitimos nada absoluto, y por eso tenemos mas fe en el sentimiento que en las reglas dogmáticas, y quizá arbitrarias, en que los criticos quieren que se busque siempre la belleza.

Al teatro, sobre todos los demas géneros de poesía, es aplicable nuestra opinion. Destinado al recreo del pueblo erudito y á producir un efecto rapido, influyen en él las costumbres y las circunstancias de un modo tan imperioso, que es imposible sostenerle sino sometién dose á ellas. La idealidad dramática y el lenguaje es preciso que se revistan de formas adecuadas á la inteligencia de aquellos ante quienes se han de presentar. Tan ridiculo y pedantesco será hablar griego en el teatro de Madrid, por serlo el asunto de una tragedia, como presentar al pueblo ideas que no puede concebir ni creer, ó que son antipáticas con su gusto.

Tambien para el gusto hay una especie de legitimidad que emana de la costumbre y de la idiosincracia de los diferentes pueblos, la cual es preciso respetar y acatar. Si Corneille hubiese escrito su tragedia del Cid bajo las mismas formas que Guillen de Castro dió á su drama, no hubiera tenido mas renombre que Rotrou y otros traductores del teatro español; pero acomodándolo al tipo característico de su nacion y á la tendencia que tomaba la literatura en la corte de Francia, fué allí tan aplaudido y celebrado, como Castro en España escribiendo para ella. El público de Paris daba mucha importancia á la verosimilitud que estriba en las unidades de accion, tiempo y lugar, y el de Madrid á la variedad y multiplicidad de incidentes que tienen suspenso el ánimo; y como ambas cualidades es imposible reunir las, cada autor respectivo, acomodándose á la fe y espíritu predominante de sus compatriotas, adquirió una justa celebridad, sin que pueda decirse cual se puso en mejor camino, pues uno y otro siguieron el único que respectivamente convenia. La secta dogmática de los preceptistas se cansa en vano para encontrar un modelo constante y único de belleza: esta consiste, mas de lo que se cree, en relaciones singulares y especiales. Los siglos y las generaciones desmienten en esta como en todas materias las teorías en que siempre se prescinde de datos que pueden abstraerse mentalmente, pero que no se aniquilan en la realidad y en la práctica. Así es que todos los esfuerzos y conatos, para reducir á puro mecanismo los vuelos del ingenio, serán siempre inútiles. El hombre gusta de la variedad tan naturalmente como de la simetría, siendo una y otra medio de placeres diversos.

Quien pretenda imponer formas invariables al ingenio, hace lo mismo que si quisiera reducirle á un caliscopio que, á fuerza de presentar los objetos simétricamente, y bajo los límites de un polígono, llega á fatigar los ánimos. Es preciso admirarse de que los preceptistas se hayan obcecado hasta el punto de creer que la poesía dramática solo puede y debe agradar por la ilusion de una verosimilitud dada: nosotros, es verdad, gozamos con ella; pero sin ella la imaginacion tiene otros placeres á que no queremos renunciar, por la única razon de que son diferentes y acaso incompatibles. El drama clásico, por ejemplo, á pesar de su sencillez monótona, nos produce una ilusion de verdad tan completa y natural que nos encanta; y el novelesco ó romántico, por la variedad de sus intrigas y acontecimientos, por la suspension y an-

helo de la curiosidad que excita, por la multitud de cuadros que presenta, y por el interes que inspira, nos cautiva y entretiene. ¿Y habrémos de condenar uno de estos manantiales de placer, porque no puedan reunirse y gozar al mismo tiempo? Por loco se tendria al que condenase las bellezas simétricas que produce el arte, sin mas motivo que por no ser idénticas á las de la naturaleza sin cultivo; y lo mismo al que pretendiese lo contrario: si contra los prevenidos bastasen razones, podria suplicárseles que nos dejasen en paz disfrutar de toda clase de placeres, y por todos los medios posibles, pues es bien seguro que si estos no son á propósito, no se consigue el fin; y entónces, sin necesidad de reglas y preceptos, la naturaleza humana los rechaza como por instinto. La decision de cuáles placeres son mejores ó peores, con relacion al gusto en materias literarias, es absolutamente relativa; y basta para el caso que unos y otros produzcan sensaciones y sentimientos gratos y análogos á la naturaleza humana.

Hemos expuesto esta doctrina, que muchos tendrán por laxa, para insinuar que ni á Tirso ni á poeta alguno de nuestros dramáticos que florecieron en el siglo xvii debe juzgárseles por la misma pauta que á Terencio, porque así los unos como el otro escribieron en distintas épocas, para diversas naciones, y bajo el influjo de diferentes ideas y civilizaciones.

II.

DEL SEÑOR DON RAMON MESONERO ROMANOS.

El Reverendo Padre Maestro FRAY GABRIEL TELLEZ, Mercenario, conocido en la república literaria bajo el nombre adoptivo de EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA, que usó en todas sus obras, nació en Madrid por los años de 1583. Pasó su juventud en Alcalá, y empleando de veras el tiempo, en pocos años para tanto estudio se hizo dueño de muchas ciencias. Fué filósofo y teólogo, historiador y poeta insigne. Adelantado ya en edad, se retiró al claustro, tomando el hábito de Nuestra Señora de la Merced Calzada, ántes del año de 1620 (1), segun claramente se infiere de sus obras. En dicha sagrada Orden fué presentado y maestro en teología, predicador de mucha fama, coronista general de la misma, difinidor de Castilla la Vieja, y por último, en 29 de setiembre de 1645, fué elegido comendador del convento de Soria, donde se cree que murió en febrero de 1648, de mas de sesenta años de edad.

Hé aquí todas las noticias biográficas que he podido adquirir de aquel hombre ilustre, después de haber reconocido prolijamente sus obras, y las de diversos historiadores de la órden de la Merced, impresas y manuscritas, así como tambien los autores de biografias, y los que han tratado con particularidad de la historia del teatro español; pues, por una fatalidad inconcebible, parecen haberse convenido todos en guardar silencio sobre la vida y obras del célebre Mercenario. Semejante injusticia de parte de sus contemporáneos y sucesores, con quien tan acreedor se hizo al aprecio nacional, no alcanzo á explicarla; pero no por eso es ménos cierta, como se convencerá el que llegue á recorrer aquellos autores, y vea en los mas de ellos olvidados del todo, y en algunos apenas indicados el nombre y obras del Maestro Tirso.

Lamentando como buen español aquel abandono, y deseoso de contribuir con mis débiles fuerzas á repararle, procuré buscar en el silencio de los archivos los materiales necesarios para formar este discurso, con la extension y novedad que el sugeto merecia. Pero fué en vano mi trabajo. Estropeados y mutilados desde la invasion francesa el archivo y biblioteca de los conventos de Madrid y de Soria, no pude obtener las noticias que suponía en ellos, tanto relativas á las informaciones que debieron preceder á la toma del hábito por el Padre TELLEZ, como á sus posteriores dignidades en la Orden. Únicamente pude averiguar que el Ilustrísimo Padre Martínez, obispo que fué de Málaga en estos últimos años, tenía escritos algunos cuadernos acerca del Padre TELLEZ, y acaso él recogería para este objeto todos los materiales que debían existir en la casa de Madrid: aquellos apuntes pasarian sin duda, á la muerte del Padre Martínez, á la sub-

(1) El manuscrito original de la comedia titulada *La Santa Juana, primera parte*, que existe en la biblioteca del Excelentísimo Señor duque de Osuna, tiene esta fecha y firma: «En Toledo á 30 de mayo de 1613.—Fr. Gabriel Tellez.»

colecturía de Espolios de Málaga, y aunque he procurado reclamarlos, no ha sido posible conseguirlos. Acaso ellos encierran las interesantes noticias que se echan de ménos, y por esta razon me ha parecido conveniente hacer aquí la indicacion oportuna de su existencia. Entre tanto, falto de un hilo conductor para escribir la biografía del Maestro TIRSO DE MOLINA, habré de limitarme á discurrir sobre los escritos que de él conocemos, y que le señalan tan distinguido lugar en nuestro Parnaso.

Los Cigarrales de Toledo, primera parte, un tomo en 4.º impreso en Madrid en 1624.—Esta obra es una reunion de novelas, cuentos y disertaciones en prosa, varias poesías líricas, é interpoladas con ellas las tres preciosas comedias de *El Vergonzoso en Palacio*, *Cómo han de ser los amigos* y *El Celoso prudente*. Cada una de estas comedias va seguida de un discursito en que las elogia mucho, y pretende defenderlas (como tambien al desórden dramático de Lope de Vega, á quien apellida su maestro) contra los ataques que segun él mismo afirna, experimentaban. En el prólogo de esta obra ofrece la segunda parte. «Puédote afirmar, dice al lector, que está ya comenzada la segunda parte, y en tanto que se perfecciona, dadas á la imprenta doce comedias, primera parte de las muchas que quieren ver mundo entre trescientas que en catorce años han divertido melancolias y honestado ociosidades. Tambien han de seguir mis buenas y malas venturas doce novelas, ni hurtadas á las toscanas, ni ensartadas unas tras otras como procesion de disciplinantes, sino con su argumento que lo comprenda todo.» Pero ni dicha segunda parte de *Los Cigarrales*, ni las novelas, llegaron á publicarse.

Cuando vió la luz pública esta obra, ya era Tirso religioso, segun se infiere claramente de la siguiente alegoría que coloca en ella. «Tirso, que aunque humilde pastor de Manzanares, halló en la llaneza generosa de Toledo mejor acogida que en su patria, tan apoderada de la envidia extranjera, llegó en un pequeño barco aunque curioso, hecho todo un jardin, que hallara lugar entre los hibleos, y en medio de él una palma altísima sobre cuyos últimos cogollos estaba una corona de laurel. Trepaba el pastor por ella, *vestido un pellico blanco con unas barras de púrpura á los pechos, insignia de los de su profesion*, y ayudábanle á subir dos alas, escrito en la una *Ingenio*, y en la otra *Estudio*, volando con ellas tan alto que tocaba ya con la mano á la corona; puesto que la envidia, en su forma acostumbrada de culebra, enroscándose á los piés procuraba impedirle la gloriosa consecucion de sus trabajos, aunque en vano, porque pisándola, colgaba de ellos esta letra, que sirvió tambien para los jueces: *Velis nolis*. Dicen que la dió en latin, porque no la entendiesen sus émulo; que hasta en esto quiso que campease su modestia; pues palabras de algarabía no agravian á quien no las entiende.»

Esta obra está toda ella escrita, excepto las tres comedias que contiene, en el estilo afectado y campanudo llamado *culto* por aquel tiempo, y demuestra bien que no era la prosa el terreno favorito de Tirso; pero sin embargo de esto y de las críticas de que tan amargamente se queja, mereció de algunos hombres insignes grandes alabanzas. Véase, entre otras, la que Lope de Vega le tributó:

Con ménos difícil paso
Y remotos horizontes,
Hoy tiene el Tajo en sus montes
Las delidades del Parnaso:
La lira de Garcilaso,
Junto á su cristal luciente,
Halló de un laurel pendiente
Tirso, y esta letra escrita:
«Fénix en ti resucita;
Canta y corona tu frente.»

Digno fué de su decoro
El ingenio celestial
Que canta con plectro igual,
Tan grave, dulce y sonoro.
Ya con sus arenas de oro
Compiten lirios y flores
Para guirnaldas mayores
A quien, con milagros tales,
Los ásperos *Cigarrales*
Convierte en selvas de amores (1).

(1) No es este el único elogio que Lope de Vega hizo del Maestro FRAY GABRIEL TELLEZ. En el tomo xvi de sus comedias, cuya portada lleva la fecha del año 1622, pero cuya aprobacion tiene la de 1620, va incluida la tragi-comedia de *Lo fingido verdadero*, con una dedicatoria de que se traslada aquí lo siguiente:

«Al Presentado FRAY GABRIEL TELLEZ, religioso de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de Cautivos.

» Algunas historias divinas he visto de Vuestra Paternidad en este género de poesia, por las cuales vine en conocimiento de su fertilísimo ingenio, pues á cualquiera cosa que le aplica le halla dispuesto; y con la aficion que de esta correspondencia nace (aunque á los envidiosos parezca imposible simpatía), quedé cuidadoso de ofrecerle alguna, y por ventura en reconocimiento de lo que á todos nos enseña; templándome en su alabanza, como en la reprehension de otros, por el consueo de Séneca: *Lauda parcé, vitupera prius*.

» La doy á la estampa con el nombre de vuestra Paternidad, y con muchas razones para que sea suya, á pesar de

Deleitar aprovechando, un tomo en 4.º, impreso en Madrid en 1633.—Esta obra, como la anterior, no es mas que primera parte, á pesar de que ofrece el autor la segunda, que tampoco llegó á publicar. Es tambien, como *Los Cigarrales*, una mezcla de prosa y verso, y contiene tres novelas, tres autos sacramentales, varios discursos, canciones, fábulas y otras poesías místicas de poco mérito.

Historia general de Nuestra Señora de la Merced, dos tomos en folio, manuscritos, los cuales se conservaban hasta el dia en el archivo del convento de Madrid. Esta obra la escribió el Padre TELLEZ como sétimo coronista general que fué de la Orden; y hablando de ella el célebre maestro Fray Manuel Mariano Ribera en su *Milicia Mercenaria*, dice haber sido su autor «escritor» insigne, muy fidedigno en su historia, de vasta literatura, y de una continua é infatigable aplicación á las letras, á la indagacion de la verdad y al trabajo de buscarla.»

Genealogía del conde de Sástago, un tomo en folio, impreso en Madrid en 1640, que no he visto.

Un acto de contricion, en verso, impreso en Madrid, en folio, en 1630.

Finalmente, ademas de las tres comedias ya indicadas que encierra la obra de *Los Cigarrales*, publicó el Maestro TIRSO DE MOLINA las siguientes :

Primera parte, impresa en 1616, y publicada por el autor, un tomo en 4.º Contiene doce comedias.

Segunda parte, publicada por Don Francisco Lúcas Avila, sobrino del autor, en Madrid, en 1616. Contiene doce comedias, doce entremeses y varios romances sueltos.

Tercera parte, publicada por el mismo Avila. Tortosa, 1634. Doce comedias.

Cuarta parte, publicada por el mismo, en Madrid, en 1635. Doce comedias.

Quinta parte, publicada por el mismo. Madrid, 1636. Once comedias.

Aunque en la advertencia ó prefacio del autor que precede á esta parte quinta ofrece muy luego publicar la sexta, no llegó á verificarlo, y únicamente se imprimieron sueltas algunas comedias de las trescientas que afirma haber escrito. Aunque pasan por suyas otras varias, solo hay seguridad de serlo las siguientes :

El Caballero de Gracia.
El Cobarde mas valiente.
Amar por señas.
El Burlador de Sevilla.
Desde Toledo á Madrid.
La firmeza en la hermosura.
El honroso atrevimiento.
La joya de las montañas, Santa Orosia.

El Marques del Camarin (1).
Quien da luego da dos veces
Las quinas de Portugal.
La Romera de Santiago.
Los balcones de Madrid.
La ventura con el nombre.
La Condesa bandolera.

Resulta pues que de las trescientas comedias que el mismo Tirso afirma haber escrito, solo han llegado hasta nosotros setenta y siete.

Pero estas son mas que suficientes para asegurar á su autor en el alto puesto que con harta razon la fama le designa en nuestro Parnaso, y para que todos los amantes de la literatura nacional dediquen á su estudio un trabajo que difícilmente podrian emplear mejor.

Si el ingenio dramático de TIRSO DE MOLINA hubiera aparecido aisladamente y sin tener que sufrir la peligrosa concurrencia del asombro de su siglo, el gran Lope de Vega, él solo, sin duda, hubiera bastado para imprimir á nuestro teatro el carácter magnífico que le distingue de los demas de Europa. Sin embargo, no es ménos gloriosa una competencia cuando tiene que sostenerse con un gran modelo, ni aparece ménos seductor el astro vespertino cuando intenta oponer su brillo á la presencia del padre de la luz.

Tirso, á la manera que Lope, se hallaba dotado por la naturaleza de las principales cualidades los que envidian sus obras, que tantos bien intencionados califican: haciendo eleccion de historia divina, así por su profesion como por haberlas escrito tan felizmente, oscureciendo las que se valen de los Edipos y Tiestes. . . .

En el *Laurel de Apolo*, impreso en el año de 1630, consagró Lope á TELLEZ este breve y honroso recuerdo:

Si cuando á FRAY GABRIEL TELLEZ mereces,
Estás, ó Manzanares, temeroso,
Ingrato me pareces
Al cielo, de tu fama cuidadoso,
Pues te ha dado, tan docto como culto,
Un Terencio español y un Tirso oculto. (Nota del colector.)

(1) Es, como luego se dirá, la misma que *Amar por razon de estado*. (Nota del colector.)

que constituyen un poeta cómico, y como Lope, también había aprendido en la sociedad y en el estudio á desenvolver admirablemente el fruto de su talento y de su reflexion.

Una imaginacion traviesa y lozana, una filosofía profunda al par que halagüeña, estudio feliz del corazon humano, rica vena poética, gracejo peculiar en el decir, y admirable conocimiento de la lengua patria, tales son, entre otras varias cualidades, las que distinguen notablemente á Tirso de la inmensa multitud de autores que con algunas de ellas conseguian por su tiempo alcanzar una parte del aplauso popular.

Los defectos que pueden achacarse á Tirso fueron sin duda hijos del siglo en que escribió, y unos particularmente debidos al influjo poderoso que en él debía ejercer la portentosa fama de Lope de Vega. Dominado por la presencia de este genio creador, dejó correr el suyo por el vastísimo campo de su fecunda imaginacion, sin limitarle (como acaso prudentemente hubiera convenido en muchas ocasiones) por los consejos de la sana razon y del gusto delicado. Pero á este mismo desenfado é independencia debemos acaso verle elevarse á la altura prodigiosa que alcanza, y á la cual es difícil ascender por el estrecho sendero de las reglas eruditas.

Tirso, como su modelo y los demas poetas de su siglo, desdeñó por lo general la pintura de caracteres cómicos, y no tuvo por objeto en los mas de sus dramas el desenvolvimiento filosófico de un pensamiento moral. Casi todas sus comedias fueron sin duda compuestas con el único objeto de divertir á un público indulgente, y desenvolver á su vista una risueña fábula de amor. En otras ocasiones quiso atreverse (aunque no con tanta felicidad) á la pintura de las costumbres históricas, y en otras finalmente escogió sus argumentos en las leyendas sagradas. Pero los héroes de Tirso, ya sean santos, ya personajes históricos ó fabulosos, siempre se hallan revestidos con las mismas formas peculiares y favoritas de este poeta, que le hace distinguirse fácilmente entre los demas de sus contemporáneos.

Semejantes son también entre sí muchas de las fábulas creadas por Tirso, y aun mas semejantes las situaciones de detalle en que gusta colocar á sus personajes. Entre aquellas las hay que particularmente reproduce, aunque siempre con nuevo vigor y lozania, y pueden reducirse á dos. La primera es una princesa ó encumbrada dama, que se enamora perdidamente de un galán, aunque pobre, caballero, y que le lleva á su lado, le hace su secretario, maestre-sala ó cosa semejante, y despreciando por él tres ó cuatro príncipes, que andan en pretensiones de su mano, gusta vencer con sus favores la timidez natural del caballero, nacida de la desigualdad de sus condiciones, hasta que concluye por entregarle su mano ó darle sencillamente una cita nocturna en el jardín.—El otro argumento de Tirso suele consistir en una villana, ya verdadera, ya disfrazada con este ropaje, que persigue denodada é ingeniosamente al falso caballero *robador de su honestidad*, y á fuerza de intriga, de talento y de amor, logra desviarle de otros devaneos y hacerle reconocer su falta casándose con ella.

Estos dos argumentos están sin duda escogidos por el autor para desplegar asombrosamente en el primero su ardiente imaginacion en aquellos apasionados dialogos en que una dama altiva tiene que sujetar su orgullo á las imperiosas leyes del amor, y combatida alternativamente por ambos sentimientos, ya anima con sus palabras la natural timidez del caballero, ya gusta de hacerle sentir con su fingido desden la desigualdad y atrevimiento de su amor. En el segundo caso pone Tirso de contraste el fingido lenguaje de un cortesano con la sencillez del amor de una rústica aldeana, haciendo, como en el anterior, triunfar siempre al débil sobre el fuerte con las únicas armas de la hermosura, del ingenio y del amor.

Todo esto ademas lo embellece Tirso con la magnífica pintura de las costumbres de los palacios, las academias, los juegos y los torneos, á par que las sencillas danzas y romerías de la aldea, cuadros todos ellos admirables en verdad, que constituyen el principal halago de su mágico pincel.

Preciso es confesar, sin embargo, que en medio de tantas prendas relevantes, los dramas de Tirso se distinguen por un grave defecto capital, cual es el de la liviandad en la accion y en la expresion; y en este punto no puede negarse que sus cuadros son sin disputa los mas atrevidos que ha consentido nuestra escena. La rígida moral no puede ménos de resentirse al contemplar aquellas danzas, modelos de impudencia y de desenvoltura, aquellos graciosos, personificacion

de la malicia y del libertinaje, siempre lamentando las primeras su *perdido honor*, siempre ideando y protegiendo los segundos las intrigas mas torpes y livianas. El autor se complace en descansar en aquellas situaciones en que puede á su sabor desplegar toda la punzante malignidad de su imaginacion. Ya es un tierno soliloquio, en que la dama recuerda los ardores de una pasion desarreglada; ya un diálogo encantador en que el tímido galan obliga con su resistencia á la apasionada dama á declararle abiertamente su *voluntad*; ora una simple aldeana que cuenta con sencillez á una amiga las astucias cortesanas de que ha sido victima; ora un criado decidior que con cuentos y alusiones profundamente malignas excita á su amo á dejar á un lado el pudor, y haciéndole una pintura de las debilidades propias del bello sexo, le enseña de paso los medios mas á propósito para llegar á triunfar de él. Pero todo ello; con qué ingenio! con qué travesura! Parece que el mismo amor habia descubierto á Tirso, como al tierno Ovidio, todos los resortes mas secretos de su infernal poder. Verdad es que la gracia en el decir no es razon bastante á autorizar la falta de decoro, y ménos en el teatro, que debe ser el templo de las buenas costumbres. Pero ¿qué censor, por austero que sea, podrá condenar sin sentimiento los diálogos de TIRSO DE MOLINA? ¿Qué crítico escuchará con arrugada frente los siguientes trozos y otros infinitos que pudieran citarse semejantes?

«Que sin ser mi hermana madre
Me cele hasta el tropezar,
Pretendiéndome casar
Con quien puede ser mi padre,
Es desatino terrible.
Cuanto mas lo considero,
Mas me ajiyo y desespero.
¡Yo en el abril apacible
De quince años, con setenta!
¿Qué importa toda su plata,
Si cuando dárme la trata,
Con el estaño la afrenta
De la vejez que le obliga?
¿Ni de qué valor serán
Todas tus barras, si están
Mezcladas con tanta liga?
Si el desposorio celebró,
Y estando juntos los dos,
Me dice amores con tos,
Me arroja un diente requiebro,
Y con él me descalabra,
¿Qué he de hacer con un marido,
En la ejecución fallido,
Y fecundo de palabra?
No, Jusepa, no es adorno
Del mayo el caduco enero.
¿Con un marido escudero
A la atahona de un torno,
Los celos siempre á la mano,
Sujeta á algun testimonio!
¿Yo monja del matrimonio?
¿Yo el perro del hortelano?»

Diálogo entre un criado y su señor.

CRISTAL.

«Tú que en damiles cautelas
Cátedras puedes llevar
Acabado de cursar

Diez años en sus escuelas,
Argos serás, no marido.
¡Pobre de tu esposa bella,
Si has de sospechar en ella
Lo que de otras has sabido!

DON DIEGO.

No tanto; pero yo intento
Buscar solo una beldad,
Douce en la voluntad.

CRISTAL.

¿Qué difícil buscamiento!
Détela solo Platon
Formada allá en sus ideas,
O hazla hacer, si la deseas
Dese modo, en Alcorcon.
¿De voluntad virginal?
Signo es que se volvió estrella.
Aun no hay física doncella,
¡Y búscasla tú moral!»

Diálogo de criados.

GUATICA.

«Mi honestidad defendí;
Bien que mi dueño intentó
Con regalos y ternezas
Obligarme á sus finezas.

CASTILLO.

Si un año te *finez*ó,
Serás racimo en la parra,
Que aunque á la apariencia sano,
Llega un tordo y pica un grano,
Llega un paje y otro agarra,
Y el matrimonio, espantajo,
Por mas que en su guarda vele,
De puro picado suele
Hallar solo el escobajo.»

Por cualquier página que lleguen á abrirse las comedias de Tirso, se tropieza indefectiblemente con conceptos tan malignos y tan ingeniosamente expresados. Esta libertad que en el día no puede ménos de ofender á los oídos delicados, era sin embargo bastante comun á muchos de nuestros autores de los siglos XVI y XVII, y no sabe uno qué pensar de la sociedad de aquel tiempo, si es que los poetas intentaban hacer retratos parecidos. Como una prueba de la tolerancia que se usaba en este punto, no quiero dejar de citar aqui la aprobacion de las comedias de Tirso, que se inserta en el tomo ó parte quinta, la cual, tanto por su contenido cuanto por ser de *Don Pedro Calderon de la Barca*, el autor mas comedido en materias de decoro escénico, no deja de ofrecer una singularidad notable.

«He visto (dice) por mandado de vuestra Alteza el libro titulado *Quinta parte de las comedias del Maestro Tirso de Molina*, en las cuales no hallo cosa que disuene á nuestra santa fe y buenas

costumbres; ántes hay en ellas mucha erudicion y ejemplar doctrina por la moralidad que contienen, encerrada en su apacible y honesto entretenimiento: efectos todos del ingenio de su autor, que con tantas muestras de ciencia, virtud y religion, ha dado que aprender á los que deseamos imitarle.»

Quedan pues presentados los principales cargos que pueden hacerse á Tirso: esto es, la poca importancia y la repeticion de muchos de los argumentos, y la demasiada libertad en el modo de manejarlos; pero estos cargos no son de ninguna manera tan absolutos, que no pudiera contestarlos con excepciones honrosas, en que afortunadamente evitó aquellas faltas. En algunas de sus comedias, con efecto, supo hacerse superior al torrente de su siglo, y atreverse á la pintura de caractéres cómicos, dejando entrever un objeto moral como fin de sus composiciones. *Marta la Piadosa; Por el sótano y el torno; La Celosa de sí misma; Ventura te dé Dios, hijo; Privar contra su gusto*, y otras varias, dan bien á conocer lo que Tirso era capaz de hacer en este punto, así como tambien que le era posible el arreglarse á un plan discretamente moderado por la razon y el buen gusto.

Tiene ademas este insigne poeta la gran recomendacion de la originalidad é invencion de muchos de los pensamientos dramáticos que despues han hecho fortuna manejados por otros autores; y no pocos de estos han copiado ó imitado á Tirso, sin tener en cuenta lo que le debian. La hipocresia y la falsa virtud habian visto una imágen suya en la *Beata enamorada*, ántes de Molière y de Moratin. *El Convidado de piedra y Burlador de Sevilla*, de Tirso, ha sido imitado despues por nacionales y extranjeros. Ni Rotrou, ni Regnard, ni Picard habian escrito ántes que Tirso hubiese ya dado en *La ventura con el nombre* una comedia cuyo argumento es una semejanza en el semblante. *La Celosa de sí misma* ha sido imitada por varios; Moreto dió en *La ocasion hace al ladron* una copia de *La Villana de Vallecas*, de Tirso, y en *El desden con el desden* trató el mismo objeto que aquel en *Celos con celos se curan*. Cañizares copió la *Antona García*, lijeramente variada, y lo mismo hizo Matos con la *Eleccion por la virtud*, á que dió el nombre de *El Hijo de la piedra*, y finalmente Montalvan copió servilmente á Tirso en *Los Amantes de Teruel*.

Cosa inconcebible parece que el mismo hombre que cuando queria sabía conducir tan dignamente su pluma por el camino de la razon; que era capaz de desenvolver (sin mengua de su ingenio) una intriga peregrina, natural é interesante, tal como la de *Amar por señas, Amor y celos hacen discretos*, y otras, llegase en otras ocasiones á delirar hasta el punto repugnante que se ve en muchas de sus comedias: léanse, si no, *Escarmientos para el cuerdo, La Condesa bandidera, Los lagos de San Vicente, El mayor engaño*, y otras varias, en que se dejó atras á los mas desatinado de sus rivales.

Pero el genio de Tirso, obedeciendo de este modo al gusto extravagante de un público poco escrupuloso, supo como hemos dicho sujetarle en otras al saludable influjo de la razon y del buen gusto, ofreciéndole pinturas animadas y exactisimas de las costumbres nacionales, como en *Don Gil de las Calzas verdes; Por el sótano y el torno; El Amor médico*, y otras varias, en las cuales precedió á Moreto, Alarcon y Solis, indicándoles el camino de la verdadera comedia. Engolfado en otras ocasiones en los mas profundos arcanos de la metafísica amorosa, supo pintar el amor con todos los caractéres posibles: sublime, taimado, tierno, burlador; en los palacios y en las cabañas; gozando en la prosperidad, ó luchando y venciendo la adversa fortuna.—*El Castigo del penséque, El Vergonzoso en Palacio, El Burlador de Sevilla, Amor y celos, Amar por razon de estado*, y casi todas sus comedias, dan repetidas pruebas de aquel aserto, y pueden todavia admirarse aun despues de haber admirado á Calderon; y finalmente supo luchar hasta en fecundidad con el coloso de su siglo, pues que ya queda asegurado por el mismo Tirso, que tenia escritas trescientas comedias en catorce años.

Pero en donde este poeta aventaja á todos los demas dramáticos españoles, es en la pintura de las costumbres villanescas, que sabe trazar con una verdad y gracia en que no dudamos asegurar que no ha tenido rivales, ni siquiera felices imitadores.

«Par Dios que hemos arrendado
Unos prados del concejo;
Pujólos Anton Bermejo,

Y picóse Bras Delgado.
Volvió á pujallos mas;
Y emberrinchándose Anton.

Pególes otro empujon.
 Pujó cuatro reales Bras;
 Y á tal la puja les trujo,
 Que aunque los llevó Delgado,
 Creo, segun han pujado,
 Que quedan ambos con pujo.»

DON JUAN.

«¿Casaros? ¿Cuándo ó con quién?

VIOLANTE.

¿Cuándo? Mañana temprano;
 Que ansina el cura lo dijo.
 ¿Con quién? Con Anton, el hijo
 De mi viejo Bras Serrano.
 ¿Cómo? Con juntar las palmas
 Al tiempo que el sí pregunten;
 ¿Mas qué importa que las junten,
 Si no se juntan las almas?
 ¿Dónde? En cá del escribén
 Que mos hace la escretura.
 ¿Por quién? Por mano del cura,
 Delante del sacristen.»

DOMINGA.

«Si vos, el hechizador,
 Lo sentis como lo habrais,
 A buen puerto vos llepais;
 Que á la fe que os tengo amor.
 No lo saben *sermonear*
 Los de acá tan á lo miel;
 Quizás lo hace el burriel,
 Ó el carrasqueño manjar.
 Mas vos, aunque carichato,
 En cada ojo socarrón

Tenedes, si hechizos *sóla*,
 Dos varas de garabato.
 Yo sirvo al mejor serrano
 Que toda la Limia tien;
 Es rico y home de bien,
 Y cinco ducados gano.
 Siete da á cada vaquero;
 Si él os recibe y conoce,
 Siete y cinco serán doce.
 Juntarémos el dinero;
 Harémos hucha yo y vos,
 Diez años le serviremos;
 La alcancia quebrarémos
 A los diez años los dos.
 A doce ducados, son
 Diez años, si bien lo cuento....
 Diez á doce.... veinticiento;
 Que será rico pellon.
 Comprarémos vacoríños
 (Que los gallegos son bravos),
 Un prado en que sembrar nabos,
 Diez cabras y dos rociños;
 Cogéremos, ya el centeno,
 Ya la boroa, ya el millo,
 Buen pan este, aunque anarillo,
 Sano el otro, aunque moreno;
 Gallinas, que con su gallo
 Mos saquen cada año pollos;
 Manteca de vaca en rollos;
 Seis castaños; un carvallo,
 Una becerra y un buey;
 Y los diez años pasados,
 Podrá envidiarnos, casados,
 El conde de Monterey.»

Preciso sería copiar la mayor parte de los diálogos de Tirso para dar á conocer toda la riqueza de su imaginacion, toda la profundidad de su estudio, toda la fuerza, originalidad y gracia de su lenguaje; pero basten los ya citados para reconocer en este eminente autor uno de los hombres mas insignes de que puede con razon gloriarse el Parnaso español.

Por eso es tanto mas digno de censura el criminal é injusto olvido en que le han echado tantos autores como han tratado de la historia de nuestro teatro, y en el cual ha permanecido como eclipsado hasta estos últimos años, en que un apreciable literato (Don Dionisio Solís) volvió á despertar la buena fama de Tirso, presentando en la escena varias de sus comedias refundidas con bastante discrecion, y por fortuna perfectamente desempeñadas. El público del dia quedó tan prendado de ellas, que el nombre de Tirso es un talisman para llenar el teatro, y su reputacion, por mucha que fuera en vida, creemos que se halla hoy mas sólidamente asegurada.

III.

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA.

Este ingenioso poeta, tan ameno como fecundo, floreció en el primer tercio del siglo xvii; y considerado como autor cómico, sirve de tránsito desde el drama de Lope de Vega, todavia desordenado en cuanto á la direccion de la fábula y de los incidentes, á la comedia mas bien conducida y mas artificiosa, de Calderon. En efecto, es difícil encontrar en el padre y fundador del teatro español una sola pieza cuya accion esté bien seguida. Él dijo que habia hecho seis; y los aficionados al arte dramático se dan de calabazadas para averiguar cuáles son. A la verdad, Lope agotó las combinaciones teatrales, y en esta parte casi no dejó á sus sucesores mas que el mérito de imitar; pero rara vez cuidó de que sus incidentes fuesen hijos naturales de la fábula: solo se afanaba por producir efecto; y no conoció el principio dramático de que los medios deben estar en proporcion con los fines.

Tirso de MOLINA, aunque en muchas de sus comedias, señaladamente en las históricas, guia la fábula tan mal, y á veces peor que Lope de Vega, tiene sin embargo no pocas en que se reconoce mas artificio y correccion. *Celos con celos se curan, Pruebas de amor y amistad, Por el*

sótano y el torno, Amar por señas, La Celosa de sí misma, Los balcones de Madrid, El Celoso prudente y algunas otras, tienen ya un verdadero plan dramático y una acción bien concebida y distribuida, sino con la perfección á que llegó después Calderón, á lo ménos con la suficiente verosimilitud moral para que se fije la atención con placer en la descripción festiva y maligna de los caracteres y en las gracias de la elocución, que son las dotes que más se distinguen en este poeta.

En efecto, colocado Tirso entre los dos grandes colosos de nuestra escena, apenas habría memoria de él, si no se hubiese distinguido por su dicción, indefinible y exclusivamente *suya*, y por la descripción del amor bajo un aspecto hasta cierto punto ideal. Ningún poeta ha tenido tanto empeño en describir los lazos amorosos que el sexo débil suele tender al fuerte para cogerle en sus redes y esclavizarle; pero ese empeño le hace frecuentemente traspasar los límites del pudor y de la decencia, convertir los sentimientos morales de la ternura en un mero comercio de vanidad y disolución, quitarle al amor su venda, y exponerle desnudo, pero sin vergüenza, al ludibrio del vulgo malicioso y poco delicado.

¿Qué especie de sociedad había frecuentado Tirso de MOLINA? porque la de su tiempo no era ciertamente la que él describió. A la verdad, no creemos que fuesen purísimas las costumbres de la corte en los reinados de Felipe III y de Felipe IV; pero á lo ménos había pudor y altivez en el bello sexo; y no era el uso general que los matrimonios se consumasen antes de su celebración, como sucede en muchos de los dramas de este poeta. Si los amantes no eran más fieles, constantes y decididos que ahora, por lo ménos la fidelidad era mirada como una virtud, y no como una preocupación; y la constancia como un mérito, y no como una ridiculez.

Prueba incontestable de que nuestro autor exageró los retratos que le plugo hacer de la liviandad mujeril, y de que no describió el espíritu de la sociedad culta de su tiempo, es ver que apenas se presentó Calderón en la escena con sus damas, tan amantes como las de Lope, pero más altivas y pundonorosas, avasalló al teatro y al auditorio, y condenó al olvido, á pesar de su elegancia, las malignas comedias de Tirso: señal cierta de que la sátira de este no estaba en armonía con las necesidades morales de la época. Moreto, el más cómico; Rojas, el mejor trágico de nuestros escritores dramáticos, se vieron obligados á adoptar el lenguaje caballeroso de su maestro, y á abandonar las ingeniosas detracciones del discípulo de Lope, cuyas comedias no volvieron á representarse al público hasta nuestros días, en que las costumbres (lo decimos con pesar) se asemejan algo más á las que él describió. Sea cual fuere el mérito de Tirso de MOLINA en cuanto á elocución, no hace honor á nuestra moralidad ni á nuestro gusto el que se hayan visto representadas con aplauso *El Vergonzoso en Palacio* y *Marta la Piadosa*.

Pero si hemos censurado con justa severidad (pero que á algunos parecerá demasiada) lo que nos ha parecido inmoral en las comedias de este autor, exige la misma justicia que no le defraudemos de la alabanza á que es acreedor como hablista y como poeta. Su estilo es tan fácil como el de Lope, pero mucho más correcto. El uso de las voces gráficas, las expresiones felices con que enriqueció la frase poética, la novedad de introducir sin violencia los sustantivos como epítetos, dan á su estilo concisión y nervio, de que carece la dicción siempre flúida, pero pocas veces correcta, de Lope de Vega.

Pues considerado como poeta cómico y satírico, con dificultad se hallará un escritor más fecundo en chistes y donaires, ni que describa mejor las ridiculeces que se propone revelar. Aun cuando es poco limpio, aun cuando los pensamientos que presenta sean bastante libres, su lenguaje sin embargo es casto y urbano, y ni se roza con las expresiones sobejas é inmundas de Horacio, Marcial ó Juvenal, ni con las imágenes delicadas y voluptuosas, y por esta razón más nocivas, de Ovidio.

Debemos también observar que Tirso sabía describir tan bien como Lope el verdadero amor fiel, constante, entrañado, independiente de la vanidad, del interés y de la desenvoltura. Dígallo, si no, el hermoso carácter de Estela en la comedia de *Pruebas de amor y amistad*, carácter noble é ideal, que resiste á las sollicitaciones de un príncipe, y lo que es más, á las injusticias de un amante celoso, que sabe sufrir con dignidad y hacer sacrificios que no esperaba ver premiados; en fin, que es el bello ideal de la ternura mujeril. Pero aun en esta comedia se cono-

Y así estos montes, de adonde
 Conjeturais mi desden,
 Me enseñan á querer bien.
 Ya os digo que el monte y prado
 Licion á mi amor han dado.
 Mirad ese arroyo frio
 Que ronda esas flores bellas,
 Cuyas aguas lenguas se hacen,
 Y solo se satisfacen
 En que se miran en ellas.
 Estos olmos, siempre presos
 Destas parras que los miden,
 ¿Qué premios á su amor piden

Sino es abrazos y besos?
 Estas aves que acrecientan
 Su amorosa detencion,
 En fe que amor es union,
 Con unirse se contentan.
 Entre aquestas soledades
 Los brutos que amor pretenden,
 Voluntades solas venden
 A precio de voluntades.
 Y esto mi amor satisfaga,
 Pues rico el amante está
 Que un alma por otra da,
 Si amor con amor se paga.

El peligro que tiene semejante modo de escribir, es el de caer en el gongorismo que en tiempo de Tirso ya iba contaminando los ingenios; y aunque este insigne poeta se burla varias veces del estilo culto, se dejó con frecuencia arrastrar de él; y así, pintando en *Privar contra su gusto* á una mujer que se baña en un rio, dice:

Acrecentaba Apolo á rayos rojos
 Grados de fuego, que abrasando aprisa,
 Se la dan á la dama, y él todo ojos,
 Lo que en Dafne no pudo, aquí divisa:
 Despoja ropas, del amor despojos,
 Hasta el lino sutil (si no camisa),
 Velo que corre á imagen cristalina
 El viento, sumiller de su cortina.
 Alabastrós descalza, que aprisiona
 El prado en flores, porque no se vaya.
 Claveles grillos son, si no corona,
 Que pisados alienta y no desmaya.
 El rio, que estas dichas ocasiona,
 Con labios de cristal, pasa de raya,
 Y á la lengua del agua, por torcallos,
 Argos de lenguas es hasta besallos.

El derecho jazmin tiente la orilla,
 Y se estremece cuando toca en ella:
 Cristal el pié, cristal la zapatilla,
 Que calzara el amor, á merecella.
 Círculos apresura al recibilla
 La fugitiva plata, aunque con ella,
 Envidiosa de ver que su luz borre,
 Rehusando el competir, corrida corre.
 Entra el segundo pié, basa segunda
 De mármol vivo, de animada nieve:
 Ya da otro paso; ya, aunque no profunda,
 Adonde nunca el sol, la agua se atreve:
 La tela, en fin, de aquella imagen funda,
 Arroja á un arrayán, y de un ay leve
 Animada, ondas puebla de marfiles,
 Y milagros de amor muestra en viriles.

El que solia caer en afectacion tan ridícula, tiene no obstante descripciones de una sencillez y verdad encantadoras, como es la siguiente, sacada de *Mari-Hernandez la Gallega*, en que sin bajeza ni chocarrería, usa el lenguaje tosco del pueblo.

Si vos, el hechizador,
 Lo sentís como lo habrais,
 A buen puerto vos llegais;
 Que á la fe que os tengo amor.
 No lo saben sermonear
 Los de acá tan á lo miel;
 Quizás lo hace el buriel,
 Ó el carrasqueño manjar.
 Mas vos, aunque carichato,
 En cada ojo socarrón
 Tenedes, si hechizos son,
 Dos varas de garabato:
 Yo sirvo al mejor serrano
 Que toda la Limia tien;
 Es rico, y home de bien,
 Y cinco ducados gano.
 Siete da á cada vaquero;
 Si él os recibe y conoce,
 Siete y cinco serán doce.
 Juntaremos el dinero;
 Harémos hucha yo y vos,
 Diez años le serviremos,

La alcáncia quebrarémós
 A los diez años los dos.
 A doce ducados, son
 Diez años, si bien lo cuento...
 Diez á doce... veintitiento;
 Que será lindo pellón.
 Compraremos vacorriños
 (Que los gallegos son bravos).
 Un prado en que sembrar nabos,
 Dos cabras y dos rocíos;
 Cogéremos ya el centeno,
 Ya la horroa, ya el millo,
 Buen pan este, aunque amarillo,
 Sano el otro, aunque moreno;
 Gallinas que con su gallo
 Mos saquen cada año pollos;
 Manteca de vaca en rollos;
 Seis castaños; un carvallo,
 Una becerra y un buey;
 Y los diez años pasados,
 Podrá envidiarnos, casados,
 El conde de Monterey.

También en el estilo elevado Tirso solia tener naturalidad y suplir con altos pensamientos los alambicados conceptos que usa otras veces y de que hemos visto una muestra mas arriba. Sirvan de ejemplo las siguientes octavas, que en la comedia de *La Prudencia en la mujer* pone en boca de Don Diego de Haro, alabando á Vizcaya:

Infantes, de mi estado la aspereza
 Conserva limpia la primera gloria
 Que le dió, en vez del Rey, naturaleza,
 Sin que sus rayos pase la vitoria.
 Un nieto de Noé la dió nobleza;
 Que su hidalguía no es de ejecutoria,
 Ni mezcla con su sangre, lengua ó traje,
 Mosaica infamia que la suya ultraje.

Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
 A quien Roma jamás conquistar pudo,
 Que sin armas, sin muros, sin caballos,
 Libres conservan su valor desnudo.
 Montes de hierro habitan, que á estimarlos,
 Valiente en obras, y en palabras mudo,
 A sus minas guardádeles decoro,
 Pues por su hierro, España goza su oro.

CATÁLOGO RAZONADO

DE

LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE FRAY GABRIEL TELLEZ

(EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA).

LOS CIGARRALES DE TOLEDO.

No he visto la primera edición. La que existe en la Biblioteca Nacional, tiene esta portada: *Cigarrales de Toledo. Compuesto por el Maestro Tirso de Molina, natural de Madrid. Año 1631. En Barcelona. Por Gerónimo Margarit.* La aprobación, dada en Barcelona á 3 de setiembre de 1650, principia con estas palabras: *Los Cigarrales de Toledo, que compuso el Maestro Don Gabriel Tirso de Molina, y se imprimieron en Madrid seis años há...* Por este dato parece que la portada ó el fin de la edición que se cita deberian traer expreso el año de 1624; pero las dos aprobaciones, que se copian allí en seguida como de la edición original, son del año 1621: la primera de 8 de octubre, firmada por un Fray Miguel Sanchez, y la segunda por Don Juan de Jáuregui, á 27 del propio mes. Don José Alvarez y Baena dice, en los *Hijos ilustres de Madrid*, artículo *Gabriel Tellez*, que habia visto una edición hecha en 1624: probablemente sería ya la segunda. Aunque esta obra no es dramática, incluyó el autor en ella las tres siguientes:

1. EL VERGONZOSO EN PALACIO.—Comedia comprendida en nuestra colección.—Representóla Sanchez, único en este género.

2. CÓMO HAN DE SER LOS AMIGOS.—Representóla Pinedo, maestro de los de este oficio.—Don Vicente Rodríguez de Arellano, que refundió la comedia de Lope, titulada *Lo cierto por lo dudoso*, ingirió en ella un trozo de *Cómo han de ser los amigos*.

3. EL CELOSO PRUDENTE.—Va incluida en nuestra colección.—Representóla Pinedo.—Calderon imitó esta comedia en la de *A secreto agravio, secreta venganza*.

PRIMERA PARTE

DE LAS COMEDIAS DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

Ignoro si hay en Madrid algun ejemplar de la primera edición. El de la Biblioteca Nacional, igual al que posee el Señor Don Agustín Durán, tiene esta portada: *Doce comedias nuevas del Maestro Tirso de Molina. Al Doctor Juan Perez de Montalvan, natural de Madrid. Año 1651. En Valencia en casa de Pedro Patricio Mey.* La suma del privilegio, copiada de la edición primera, está despachada en Madrid á 12 de marzo de 1626; la suma de la tasa tiene la fecha de 20 de noviembre, y la fe de erratas la de 22, tambien de noviembre del mismo año. El Señor Adolfo Federico de Schack (tomo II, página 554 de su excelente *Historia de la literatura y arte dramática en España*) cita una edición de este tomo, verosimilmente la

primera, hecha en Madrid, año de 1627. Contiene este tomo doce comedias.

1. PALABRAS Y PLUMAS.—Incluida en nuestra colección.—Representóla Sanchez.—Don Fernando de Zárate imitó los dos primeros actos de *Palabras y plumas* en su comedia titulada *Quien habla mas, obra ménos*.—*Finezas contra desvelos*, comedia del Señor Don Manuel Breton de los Herreros, y *Bandera negra*, del Señor Don Tomás Rodríguez Rubí, giran sobre argumentos parecidos á *Palabras y plumas*.

2. EL PRETENDIENTE AL REYES.—Va incluida en esta colección.—Representóla, es decir, hizo el principal papel en ella, Ortiz.

3. EL ARBOL DEL MEJOR FRUTO.—Representóla Ortiz.—El argumento de esta comedia es el hallazgo ó invención de la cruz de Cristo en Jerusalem por Elena y Constantino.—En la Biblioteca del Excelentísimo Señor duque de Osuna hay un manuscrito de esta comedia con fecha del año 1621 en Madrid.

4. LA VILLANA DE VALLECAS.—Incluida aquí.—Representóla Leon.—Se leen en esta comedia (acto I, escena V) los versos que á continuación se copian:

Por buenas nuevas os doy
Que el Rey ha convalidado...
—Gracias á Dios.—Y ha salido
A tochar en público hoy.

¡Cosa extraña, que en veinte años
Que reina, ni hambres, ni daños,
Pestes, guerras ni rigores
Del cielo, hayan afligido
Este reino!

El rey, á quien estos versos aluden, es indudablemente Felipe III, que sucedió á su padre en 1598. Una carta que se lee en la comedia tiene la fecha de 23 de marzo de 1620. En tal año debió ser compuesta ó representada *La Villana de Vallecas*; y por lo mismo la edición del primer tomo de comedias de Tellez que, segun algunos, aparece como del año 1616, debe ser contrahecha, ó al citarla equivocaron los números.

En la escena ántes mencionada se lee ademas:

¿Qué hay en Madrid de comedias?

—La corte habia alborotado
Con el Asombro Pinedo
De la limpa Concepcion;
Y, fuera la devocion
Del nombre, aminoros puedo
Que en este género llega
A ser la prima.—¿Y de quién?
—De Lope; que no están bien
Tales musas sin tal Vega.

The first of these is the fact that the system is not in a steady state. The number of particles in the system is increasing at a constant rate, and this is reflected in the fact that the total energy of the system is also increasing. The second is that the system is not in thermal equilibrium. The temperature of the system is not uniform, and this is reflected in the fact that the energy is not distributed equally among the particles. The third is that the system is not in a state of maximum entropy. The entropy of the system is not at its maximum value, and this is reflected in the fact that the system is not in a state of maximum disorder.

The fourth is that the system is not in a state of minimum energy. The energy of the system is not at its minimum value, and this is reflected in the fact that the system is not in a state of minimum disorder. The fifth is that the system is not in a state of maximum stability. The stability of the system is not at its maximum value, and this is reflected in the fact that the system is not in a state of maximum order.

Si su aspereza tosca no cultiva
 Aranzadas á Baco, hazas á Céreres,
 Es porque Vénus huya, que lasciva
 Hipoteca en sus frutos sus placeres.
 La encina hercúlea, no la blanda oliva,
 Teje coronas para sus mujeres,
 Que aunque diversas en el sexo y nombres,
 En guerra y paz se igualan á sus hombres.
 El árbol de Gernica ha conservado
 La antigüedad que ilustra á sus señores,
 Sin que tiranos le hayan deshojado,
 Ni haga sombra á confesos ni á traidores.

En su tronco, no en silla real sentado,
 Nobles, puesto que pobres electores,
 Tan solo un señor juran, cuyas leyes
 Libres conservan de tiranos reyes.
 Suyo lo soy agora, y del Rey tío,
 Leal en defendello, y pretendiente
 De su madre, á quien dar la mano fio,
 Aunque la descalzad su ofensa intente
 Infantes, si á la lengua iguala el brio,
 Intérprete es la espada del valiente;
 El hierro es vizcaino, que os encargo,
 Corto en palabras, pero en obras largo.

Es felicísimo Tirso en la pintura de ciertos caractéres que intenta ridiculizar, como en *este* de un cura.

Servi luego á un clérigon
 Un mes (pienso que no entero)
 De lacayo y despensero.
 Era un hombre de opinion;
 Su bonetazo calado,
 Lucio, grave, carilleno,
 Mula de veintidoseno,
 El cuello torcido á un lado,
 Y hombre, en fin, que nos mandaba
 A pan y agua ayunar
 Los viernes por aborrrar
 La pitanza que nos daba;

Y él, comiéndose un capon
 (Que tenía con ensauchas
 La conciencia, por ser anchas
 Las que teologas son,
 Quedándose con los dos
 Alones cabecando,
 Decía al cielo mirando,
 «¡Ay, ama, qué bueno es Dios!»
 «¡Jefe, en fin, por no ver
 Santo que, tan gordo y lleno,
 Nunca á Dios llamaba bueno
 Hasta después de comer.

Hemos alabado los diálogos de este autor : muchos pudiéramos citar de todos géneros ; pero nos contentaremos con uno que, aunque largo, caracteriza él solo á Tirso, y da una idea del talento que mas domina en él : está en *La Villana de Vallecas*. (Véase la pág. 54 de este volumen.)

TIRSO DE MOLINA es autor de *El Burlador de Sevilla*, y el creador de ese carácter de Don Juan Tenorio que tanto se ha reproducido en comedias, dramas líricos, poemas, y que en el dia es europeo. *El Burlador* es una obra muy irregular, sobre todo en los dos primeros actos ; pero las situaciones del tercero son sublimes y de grande efecto. Nada citaremos de esta obra, porque su asunto es harto conocido, y porque ya basta con los trozos que hemos copiado de este insigne dramático.

Para hablarla mudo.
No busques mi muerte
Cuando el alma ocupo,
Contemplando ausente
Las glorias que tuvo.

COXDE.

Hermosa señora,
Por quien el buril
Del sol en su esfera
Se afrentó de sí;
Milagrosa imagen,
Que entre oro y marfil
Tocó la azucena,
Retorcó el carmin;
Cazadora de almas,
¿Quién te podrá huir?
Que es cebar con gloria
Generoso ardid.
Cuando muerto estuve,
Mi bien, sin sentir,
Vos vida y yo alma
Nos dimos allí.
Pagué de contado:
Ya ¿qué me pedís?
Sin alma, y sin vos,
¿Qué he de ver ni oír?
No se vista el sol
De ajeno turquí
Dejaldo á mis ojos
Que van á morir.
Soberana Infanta,
Mi gloria, advertid
Si vos os quedais,
Que yo voy sin mí.
El Rey mi señor
Me manda partir,
Amor que no paría:
Y vos ¿qué decís?
¿Llorar puede el sol!
Cerca está mi fin;
Que el rigor la espada

Colgó en mi cenit.
¿Bien hayan los celos,
Bienes para mí!
¿Bien haya la ausencia,
Pues puedo decir,
Que gozo por ella
Lo que no creí!

SANCRO, que está suspenso, dice mirando al paño:

Hermosa Tirrena,
Escúchame tú,
Que tambien me ausento
Vestido de azul.
De satisfacción
No llevo un almod;
De sospechas sí,
Que llevo un hual.
Quisiste la corte,
Forrosa inquietud,
Donde hallar pensaste
Riquezas del Sur:
Débedente, amiga,
Mira á la virtud;
Que en la corte hay gente
De Cafarnaun.
No quieras que yo
Pierda la salud,
Si no sé la P.
Por saber la Q.
Ni que en nuestros montes,
Casado avestruz,
Digiera tinteros
En mi juventud.
Dicen que los pastos
Son ya de comun:
Cásese con esto
Algun Bercebú.
Si del caracol
No llevo el testuz,
Que lo temo, juro
A Dios y á la cruz.

4. SIEMPRE AYUDA LA VERDAD.—Representóla Juan Jerónimo Valenciano, con que entró en Sevilla.—Don Juan de Máto Fragoso hizo una imitación de esta pieza con el título de *Ver y creer*. El asunto pertenece al tiempo y á la corte del rey Don Pedro de Portugal.

5. LOS AMANTES DE TIRUEL.—Representóla Avendaño.—Se incluye en esta coleccion, tan exactamente copiada, que hasta las erratas se han respetado. El Doctor Juan Perez de Montalvan hizo una refundicion de esta, que acaso seria ya refundicion tambien.

6. POR EL SÓTANO Y EL TORNO.—Incluida.—Representóla Prado.—Concluye la comedia con estos versos:

Esto sirva
De entretener solamente:
No porque haya estas malicias
Que por el sótano y torno
Tirso escribe, mas no afirma.

Segunda comedia de TELLEZ que hallamos en la Segunda parte.

7. CAUTELA CONTRA CAUTELA.—Incluida.—Representóla Amarilis.—Don Agustín Moreto imitó, no con mucha felicidad, el argumento de esta comedia, en la que intituló *El mejor amigo el rey*. Las escenas x, xi, xii, xiii y xiv del acto segundo se parecen, por la rapidez y naturalidad del diálogo, á alguna otra de las que tiene en sus comedias Don Juan Ruiz de Alarcon.

8. LA MUJER POR FUERZA.—Representóla Avendaño.—Redúcese el asunto de esta comedia, para cumplir con el título, al empeño de una dama llamada Finea, que enamorada perdidamente de un conde que no la quiere y ama á otra, consigue al fin que sea su esposo. La escena es en Nápoles, y el Rey toma parte en la accion. Los otros personajes son Alberto, hermano de Finea, un marqués Ludovico, Fenisa, Riselo, etc. Más parece comedia de Lope de Vega que de Tirso; pero Lope no necesitaba imitar á Tirso ni á nadie.

9. EL CONDENADO POR DESCONFIADO.—Incluida.—Representóla Figueroa.—Este es el drama que, entre los doce de la Segunda parte, contiene bellezas de orden mas alto: por esto, por el papel del gracioso y varias escenas de bauleros y gente perdida en que parece notarse el es-

tilo de TELLEZ, se le atribuye, con la autoridad del Señor Don Agustín Duran.

10. PRIMERA PARTE.—PRÓSPERA FORTUNA DE DON ALVARO DE LUNA, Y ADVERSA DE RUY LOPEZ DE AVALOS.—Representóla Valdes.—Son de notar en esta obra los dos pasajes que á continuacion se insertan, de los cuales el primero parece de Alarcon y el segundo de TELLEZ, y los dos sin embargo se hallan en un acto mismo.

I.

RUY LOPEZ.

¿Que porque te quiero bien,
Testimonios te levantan?
¿Oh envidia, soberbio trueno!
Bramidos das de veneno,
Porque á la virtud espanten.
Salte afuera, Juan Garcia.
No sé si tienes memoria
De un suceso de la historia
De Alejandro, que tenia
Un médico muy privado,
Y escribiéronle un papel,
Que se recatase del,
Porque habia concertado
Darle la muerte: el famoso

Y magnánimo señor,
Como le tenia amor,
Nunca estubo temeroso.
Trájole cierta bebida
Un día el médico, y el,
Entregándole el papel,
Tomó la copa, y, la vida
Segura en caso tan nuevo,
Dijo con gallardo brio:
«Mira si de tí me fio:
Lee tú, mientras yo bebo.»
El mismo caso confirmo,
Sin ser Alejandro yo:
Mira si te quiero ó no:
Lee tú, mientras yo firmo.
(Dale el papel, y firma mientras lee Garcia.)

Los versos anteriores recuerdan esta quintilla que puso Alarcon en *Los favores del mundo*, acto primero:

Porque Alejandro decía
(¿Ved cuánto lo encarecía!)
Que mas contento quedaba
Si un agravio perdonaba,
Que si un contrario venía.

II.

PABLILLOS.

¿Lindo allíño!
Aunque soy algo lampiño,
Tengo yo la edad añosa.
Venme con aquesta cara
Tan rasa y fea? A fe mia
Que en la gran carnicería
De los Infantes de Lara
Me halle yo, y en Aragón
Mantuve en el mes de abril
Un torneo contra mí...
¿Mí he dicho? Pocos son;
Y de todos ellos, solos
En pié me quedaron dos:
Birlábalos, vive Dios,
Con mi lanza, como bolos.
Uno salió muy galán,
Sin botas y con espuelas,
Vestido todo de telas

De cedazo ó de Milan.
Su invencion era una arpia,
Que en su garra sucia y fea
Se llevaba á Galatea.

DOÑA ELVIRA.

PABLILLOS.

¿Y la letra?
Ansí decía:
«Polifemo tenia un ojo;
Vos, señora, teneis dos:
No sois Polifemo vos.»
Otro sacó, á lo que entiendo,
La humana naturaleza
Con un mote en la cabeza:
Médicos la iban siguiendo.
Era el mote: «Intento es mío
Que crezca el género humano;
Y estos me van á la mano,
Pues matan mas que yo crío.»

Las birladuras de Pablillos recuerdan otra de Mansilla en *La Huerta de Juan Fernandez*. (Véase la página 641, columna 2.ª de este tomo.)

11. ADVERSA FORTUNA DE DON ALVARO DE LUNA.—Representóla Valdes.

12. Esto sí que ES NEGOCIAR.—Incluida.—No se expresa quién representó el principal papel en ella.—*Esto sí que es negociar* es una refundicion de *El melancólico*. Hay varios trozos iguales en ambas comedias, como ya queda advertido; y el carácter villanesco de la protagonista aparece pintado mas á la manera de TELLEZ en la segunda comedia que en la primera, por cuya razon es imposible dudar que sea la cuarta obra del tomo exclusivamente propia de nuestro autor. Ademas de las doce comedias arriba dichas, comprende la Segunda parte estos doce entremeses.

1. La Venta.
- 2, 3, 4, 5. Los Alcaldes (cuatro partes).
6. El Estudiante que se va á acostar.
7. El Gabacho, ó las lenguas.
8. El Negro.
9. Las Viudas.
10. El Duende.
11. Los Coches de Benavente.
12. La Malcontenta.

Los trozos siguientes darán idea de lo que hacia TELLEZ en esta clase de fábulas.

DE LA VENTA.

EL VENTERO, á un ESTUDIANTE.

¿Qué hay que contar de nuevo en el camino?

EL ESTUDIANTE.

De nuevo solo cuentan vuestro vino.

EL VENTERO, á su criada GRAJAL.

Grajal, tanto ojo con el licenciado,
 Porque hay estudiantillo
 Que se lleva un colchon en un bolsillo.

LA CRIADA.

No hay que temer, Corneja;
 Que hay en casa colchon, que en dos instantes
 Pasa á chinché una escuadra de estudiantes.

EL ESTUDIANTE.

¡Por cuatro albondiguillas como nueces
 Me pide veinte cuartos,
 Y ayer hizo ocho días,
 Por cuatro albondigones como el puño
 Me llevó tres cuartillos!

EL VENTERO.

Si haría;
 Mas no se muere un asno cada día.

DE LOS ALCALDES.

PRIMERA PARTE.

Altercado entre MOJARRILLA, alcalde de los hidalgos, y DOMINGO, alcalde de los villanos: este bobo, y aquel judío.

MOJARRILLA.

¡Domingo!

DOMINGO.

¡Mojarrilla!

MOJARRILLA.

Ménos brio;

Que sois villano vos.

DOMINGO.

Y vos judío.

MOJARRILLA (poniendo delante á Domingo una vara como se pone una lanza).

Fuera, dije, ó dale una lanzada.

DOMINGO.

No será la primera, camarada.

MOJARRILLA.

¿Soy yo Longinos?

DOMINGO.

Ménos el caballo.

MOJARRILLA.

Ya no puedo sufrirlo.

DOMINGO.

Pues sollalto.

MOJARRILLA.

¡Fuerte cosa es tratar con mentecatos!
 Inocente, escuchad.

DOMINGO.

Decid, Pilátos.

Sentáos, Alcalde.

MOJARRILLA.

Sentáos vos.

DOMINGO.

No quiero.

MOJARRILLA.

Sentáos, Domingo.

DOMINGO.

El sábado es primero.

MOJARRILLA.

Yo soy cristiano viejo.

DOMINGO.

Alcalde hermano,

El viejo veo; echad acá el cristiano.

MOJARRILLA.

Sentáos allá; que juntos nunca harémos
 Buenas migas los dos.

DOMINGO.

Ya lo imagino,

Porque las mías se hacen con tocino.

DEL MISMO EXTREMOS.

SEGUNDA PARTE.

CLARA, mujer de MOJARRILLA, á DOMINGO.

Yo tomaré venganza en tal desgracia.

DOMINGO.

Todo lo que es tomar, lo haceis con gracia.

CLARA.

Agradeced que viene mi marido.

DOMINGO.

Vos se lo agradeceis cuando se ha ido.

MOJARRILLA.

Sois villano, harto de ajos y cebollas.

DOMINGO.

Y vos no; que aun echáis ménos las ollas.

MOJARRILLA.

Echar ménos las ollas no es delito.

DOMINGO.

No, señor, si no fueran las de Egipto.

EL ESCRIBANO, á MOJARRILLA, que toma residencia á DOMINGO.

El barbero, señor, pone demanda

Al mesonero por cincuenta reales:

A entrambos escuchó el señor alcalde, (Domingo.)

Y sin mas ocasion, mando ahorcaillos,

De que estuvieron ya muy apretados.

DOMINGO.

Mas; qué tengo de her, si dice el uno:

«Dios sabe la verdad, que no los debo;»

Y el otro dice: «Aunque á usarcé se atreve,

Dios sabe la verdad, que me los debe.»

Yo dije: «Pues ahorquenlos á entrambos,

Y allá lo juzga Dios, pues que lo sabe,

Y el que no los debiere, no los pague.

Dios sabe la verdad, Dios lo provera;

Que yo no quiero preitos en mi aldea.»

MOJARRILLA.

Yo no puedo creer que tal hicistes.

DOMINGO.

¡Bueno es eso! Pues ¿cuándo vos creistes?

ESCRIBANO.

Doy fe dello.

MOJARRILLA.

Yo no; que no conviene.

DOMINGO.

Ninguno puede dar lo que no tiene.

MOJARRILLA.

Hermano, hermano, dad vuestro descargo;

Que aunque me habláis tan mal, soy juez, y tengo

Para oír á las partes dos orejas.

DOMINGO.

Vos no teneis mas de una, aquesto es cierto;

Que la otra os la quitaron en el luerto.

DE LA CUARTA PARTE.

EL ESCRIBANO, á uno de los dos alcaldes GARLITO Y ESPINILLA,
 sucesores de Mojarrilla y Domingo.

Señor, aqueste preso á un hombre hourado

En unos versos le llamó quemado.

GARLITO.

¿Es aquesto verdad?

EL PRESO.

Oigan vuareedes.

Yo soy poeta, ó por lo menos pienso,

Y ciertas coplas hice en su alabanza:

La una acabo en *heda*, y yo, forradoDel consonante, le llame *quemado*.

ESPINILLA.

Pareceris á un poeta que cantando

Cierta batalla, dijo aquestos versos:

«Mas el jóven, con un baston de enebro,

Le dió un golpe mortal en el cerebro.»

Y un crítico infernal de verso y prosa

En la márgen le puso aquesta glosa:

«Por ser el baston de enebro

Diz que le dió en el cerebro,

Y si fuera de membrillo,

Le diera en el colodrillo.»

GARLITO.

Forzóle el consonante á ese cutiado.

ESPINILLA.

A galeras llevad este forzado.

GARLITO.

¿Por qué? Decid.

ESPINILLA.

Porque de aquí adelante,

Del Rey lo sea, y no del consonante.

Finalmente, esta Segunda parte comprende unas composiciones poéticas, entre las cuales me parece curioso el soneto que sigue:

A LA DERIVACION DEL P.A.S.I.-GONZALO.

SONETO.

Brígida de Rubiales, que la gala
De todo el fregonismo en sí atesora,
El alma inclina al talle que enamora,
Del lacayo Gonzalo de Zavala.
Rendíle quiere pecho y alcabala
Al niño Amor que sus arpones dora,
Y en una noche en que señala hora,
Aguarda al que ella estima, si él regala.
Díole á su ministerio desempeño:
Las doce y una del reloj ha oído,
Y ve que no venia su regalo.
Oyó las dos, y ya, rendida al sueño,
Dijo con un despecho desabrido:
¡Oh cómo pasa el tiempo, y no Gonzalo!

PARTE TERCERA

DE LAS COMEDIAS DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA,

recogidas por Don Francisco Lúcas de Avila, sobrino
del autor, año 1634.

Impresa en Tortosa, en la imprenta de Francisco Martorell. Las aprobaciones y licencias son del año anterior: nótese que Avila menciona el primer tomo y no el segundo, diciendo: «A CUALQUIERA. Si estuviera yo, señor Cualquiera, tan olvidado del buen pasaje que usted hizo á *Los Cigarrales* y primera parte de comedias del Maestro Tirso de Molina, mi tío, como lo estan sus divertimientos de la promesa que vinculó en sus decendientes, no asegurada en nombre suyo (aunque sin su permiso) riesgos nuevos que examinen si aun dura aquella buena voluntad primera.

Saldrán con toda brevedad y diligencia las *Novelas* prometidas, y tras ellas la *Segunda parte de Los Cigarrales*; y en medio de estas dos, con el apellido verdadero de mi tío, otro que se bautizará con el de *Deleitar aprovechando*. Excuse usted averiguaciones sobre si de una y otra fábrica ha de ser el alarile mi tío el Maestro, ó su sobrino; que cuando me arroje á afirmar que entrambos, poniendo de su parte aquel cuadernos escondidos y olvidados, y este nuevas añadiduras, no será mentira que me ejecute en la restitucion.»

En la dedicatoria á Don Julio Monti, caballero milanés, da el colector Avila noticia del número de comedias que TELLEZ habia escrito hasta entónces.—«Gusano es (dice) su autor, de seda: de su misma sustancia ha labrado la numerosa cantidad de telas con que CUATROCIENTAS Y MAS COMEDIAS vistieron por veinte años á sus profesores, sin desnudar corneja ajenos asuntos ni disfrazar pensamientos adoptivos.»

Se infiere de esto que al tiempo de hacerse en Tortosa la impresion del tomo III de comedias de TELLEZ, todavía no estaba publicado en Madrid el segundo; ó no lo consideraba el sobrino de TELLEZ como parte de las obras del tío, por no contener mas que cuatro comedias íntegras de él: se ve tambien que el mismo Don Francisco Lúcas de Avila se proponia ayudar á TELLEZ en las *Novelas* y en la continuacion de *Los Cigarrales*; y por último, que pasaban ya de cuatrocientas las obras dramáticas de nuestro fecundo autor.

La tercera parte contiene:

1. DEL EXEJIGO EL PRIMER CONSEJO.—Va en nuestra coleccion.
2. NO HAY PEOR SORDO.....—Incluida en esta coleccion.—Hubo de ser escrita en Toledo en el año 1623, cuando los ingleses acometieron á Cádiz.
3. LA NIJOR ESPIGADERA.— Es la historia de Rut.
4. AVERIGÜELLO VARGAS.—Va en esta coleccion.
5. LA ELECCION POR LA VIRTUD.— Es la historia de Sixto V, hasta que llegó á Cardenal, ofreciendo el autor acabar la historia en una segunda parte. Don Juan de Máto Fragoso hizo una imitacion de este drama en el que intituló *El hijo de la piedra*.
6. VENTURA DE DÍOS, HIJO.— Un jóven rudo, llamado

T. V.

Oton, á quien su padre ha hecho pastor, cansado de hacerle estudiar sin provecho, socorre á la hija del duque de Mantua, vence á un Conde enemigo del Duque, y por una equivocacion se desposa con la Duquesita. Tal es el argumento de esta comedia, muy desordenada, pero llena de movimiento y buenas situaciones.

7. LA PRUDENCIA EN LA MUJER.— Incluida en esta coleccion.

8. LA VENGANZA DE TAMAR.— Con el nombre de Don Felipe Godínez corre impresa una *Venganza de Tamar*, que es la misma de TELLEZ, suprimida una porcion de versos, alterados algunos y variado el desenlace para reünir la muerte de Absalon con la de su hermano Amon. La segunda jornada de *Los cabellos de Absalon*, de Don Pedro Calderon de la Barca, es casi una copia literal del tercer acto de la *Venganza de Tamar*, escrita por TELLEZ.

9. LA VILLANA DE LA SAGRA.—Va en esta coleccion.

10. EL AMOR Y EL AMISTAD.—Va en nuestra coleccion.— En la biblioteca del Excelentísimo Señor duque de Osuna hay un manuscrito de *El amor y el amistad*, cuyo primer monólogo es diferente del que se lee en la obra impresa.

11. LA FINGIDA ARCADIA.—Hay en esta obra un trozo de versificación que tambien se halla en *La huerta de Juan Fernandez*. El argumento se funda en el capricho de una condesa italiana llamada Lucrecia, la cual declara á los pretendientes que hay á su mano, que solo ha de rendir su corazon al galán que reuna las prendas con que Lope de Vega adornó al pastor imaginario de su Arcadia, llamado Anfriso. Para complacer á la Condesa, toman todos los amantes nombre y traje pastoril, resultando preferido un español.

12. LA HUERTA DE JUAN FERNANDEZ.—Va en esta coleccion.

PARTE CUARTA

DE LAS COMEDIAS DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA,

recogidas por Don Francisco Lúcas de Avila, sobrino
del autor, año de 1633, Madrid.

Contiene:

1. PRIVAR CONTRA SU GUSTO.— Va en la coleccion.
2. CILOS CON CELOS SE CURAN.— Va en la coleccion.— Hay en la biblioteca del Excelentísimo Señor duque de Osuna una copia de esta comedia, con la fecha de 10 de diciembre de 1623.
3. LA MUJER QUE MANDA EN CASA.—Es la historia de Jezabel, Acab y Nabot.
4. ANTONIA GARCÍA.—Sirvió de original para *La heroica Antea García*, de Cañizares.
5. EL AMOR MÉDICO.— Incluida aquí.
6. FAVORECER Á TODOS Y AMAR Á NINGUNO: DOÑA BEATRIZ DE SILVA.— La protagonista es la célebre Doña Beatriz, dama de la corte de Juan II, que retirada al claustro fundó la orden de la Concepcion.
7. TODO ES DAR EN UNA COSA.— Tiene por objeto las mocedades de Francisco Pizarro: toda la accion pasa, como debe, en España.
8. LAS AMAZONAS EN LAS INDIAS.— El héroe es Gonzalo Pizarro, hermano de Don Francisco, pintado con las cualidades de gran caudillo y gran caballero. Pasa la accion del drama en el Perú.
9. LA LEALTAD CONTRA LA ENVIDIA.— Aquí es el héroe Don Hernando Pizarro, hermano de los dos anteriores, cuyas hazañas y amorios pasan en España y América. Estas tres comedias, que llevan por segundo título el de *Las uñas de los Pizarros*, están muy bien escritas.
10. LA PLÑA DE FRANCIA.— Forman la accion de esta comedia la busca y hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de la Peña de Francia, verificados por Simon Vela; y una competencia amorosa y política entre los infantes Don Enrique y Don Pedro, hermanos de Don Juan II de Castilla.

11. **SANTO Y SASTRE**.—Hállanse reunidos en esta comedia los principales hechos de la historia de San Homobono, escogidos con acierto y puestos en accion con bastante destreza. Los últimos versos del drama dicen :

Esta historia nos enseña
Que para Dios todo es fácil,
Y que en el mundo es posible
Ser un hombre santo y sastre.

12. **DON GIL DE LAS CALZAS VERDES**.—Va incluida en esta coleccion.

QUINTA PARTE

DE COMEDIAS DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA,
recogidas por Don Francisco Lucas de Ávila, sobrino del autor. Año 1636. En Madrid, en la Imprenta Real.

La suma del privilegio, la de la tasa, las aprobaciones y licencia son del año anterior, meses de junio y julio.

Contiene :

1. **AMAR POR ARTE MAYOR**.—Incluida en la coleccion.
2. **LOS LAGOS DE SAN VICENTE**.—Drama devoto, sacado de la vida de Santa Casilda : al fin de él ofrece Tirso una segunda parte.

3. **ESCARMIENTOS PARA EL CUERDO**.—Drama histórico, fundado en las trágicas aventuras del portuques Manuel de Sosa y su mujer Doña Leonor, que habiendo padecido naufragio en las costas de la Cafrería, perecieron allí miserablemente.

4. **LA REPÚBLICA AL REVES**.—Constantino VI Porfirogeneto lanza del trono imperial á su madre Irene, la destierra y manda quitarle la vida ; autoriza el robo, establece que de cuatro en cuatro años puedan anularse los casamientos, manda sacar á la vergüenza á los senadores vestidos de mujeres, y renueva la herejía de los iconoclastas. El trastorno y confusion general, producidos por la tiranía de Constantino, dan ocasion al título de la comedia.

5. **EL AQUÍLES**.—De este asunto, y teniendo presente la comedia de TELLEZ, hizo otra Don Cristóbal de Montroy, con el título de *El caballero dama*. También la tendria presente Calderon para escribir *El monstruo de los jardines*.

6. **MARTA LA PIADOSA**.—Incluida en esta coleccion.—Hubo de ser escrita en el año 1614, en que se verificó la expedicion á la Mamora.

7. **QUIEN NO CAE NO SE LEVANTA**.—Comedia de asunto devoto, muy bien escrita y muy buena, mientras la protagonista es mala : desde que se convierte, que es á la mitad del acto segundo, el drama se echa á perder.

8. **LA VIDA Y MUERTE DE HERÓDES**.—Hace Heródes el papel de un amante á la española, muy caballeresco y galán, que se trueca despues en un celoso frenético. Por una conversacion mal entendida, manda matar á su inocente esposa Mariamne, ordena despues la degollacion de los inocentes, y muere rabiando, abrazado con dos niños ahogados por él.

9. **LA DAMA DEL OLIVAR**.—La dama del Olivar es Nuestra Señora, que obra un singular milagro con un tal Maroto, vecino del pueblo de Estercuel, en el reino de Valencia. Es tambien conocida esta comedia por el título de *Lorenza la de Estercuel*, puesto por Don Ramon Mesonero á la atinada refundicion que de ella hizo, y se estrenó en el teatro de la Cruz, á 28 de junio de 1827.

10. **LA SANTA JUANA**.

11. **SEGUNDA PARTE DE SANTA JUANA**.—Comprenden estas dos comedias una gran parte de la vida de la bienaventurada Juana Vazquez, ofreciendo el autor concluirla en la parte tercera, que solo he visto manuscrita en la biblioteca del Excelentísimo Señor duque de Osuna.

Estas sesenta y dos comedias de TELLEZ, contando con as ocho dudosas de la parte segunda, son las que se publicaron coleccionadas, las tres en *Los Cigarrales de Toledo*, y las cincuenta y nueve en los cinco tomos ó partes

de que se acaba de dar cuenta. De las cuatrocientas que escribió, segun afirma Don Francisco Lucas de Ávila, solo conozco por suyas las siguientes, ademas de las ya expresadas.

1. **LA SANTA JUANA, tercera parte**.—Posee el original de esta comedia y las dos anteriores el Excelentísimo Señor duque de Osuna : las tres fuéron escritas, ó por lo ménos remitidas á la censura, en el año 1613, y la primera parte lleva en su hoja última esta nota de mano de TELLEZ : — *En Toledo á 30 de mayo de 1613. Omnia subjiciuntur Sanctæ Romanæ Ecclesiæ et censuræ ejus filiorum qui cum charitate et sufficientia illa correxerint.*— *Fray Gabriel Tellez.*

2. **AMAR POR SEÑAS**.—Incluida en nuestra coleccion.—En la escena x del acto segundo se leen estos versos :

¿Sois la infanta
Lindabrides, á lo Febo,
A lo Amadiseo, Oriana,
Gridonia, á lo Primalcion,
Micomicona á lo Panza,
O á lo nuevo quiñoti,
Dulcinea de la Mancha?

Era nuevo *El Quijote* cuando se escribió esta comedia ; y habiendo salido á luz la primera parte de aquella obra inmortal en el año 1605, debe suponerse que TELLEZ compuso la fábula de *Amar por senas* pocos años despues. Hállase impresa en el tomo xxvii de la coleccion titulada *Comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España*, que principió en el año 1652 y concluyó en el de 1704.

3. **EL BURNADOR DE SEVILLA Y CONVIDADO DE PIEDRA**.—Incluida en el tomo presente.—Esta comedia fué impresa en el tomo vi de la coleccion citada ; pero no he disfrutado aquella edicion. Las que poseo son infelicitimas ; en todas está mutilado el texto frecuentemente, y es probable que no le falten añadiduras ; con uno y otro desaparece la obra del autor. Mas ó ménos, creo que sucedió lo mismo con las otras comedias de TELLEZ que se imprimieron despues de su fallecimiento : me parece que en todas falta algo de mano propia y hay algo de ajena.

4. **LA FIRMEZA EN LA BERMOSURA**.—Comedia refundida, ó cercenada á lo ménos, por algun incógnito, en la edicion primera que de ella he visto ; pero por dicha no ha quedado mal.

5. **LA VENTURA CON EL NOMBRE**.—Va en nuestra coleccion.—TELLEZ se introdujo á si propio en esta comedia, bajo la figura de un pastor llamado Tirso.

6. **EL CABALLERO DE GRACIA**.—Comedia histórico-devota, cuyo primer acto pasa en Módena, el segundo y tercero en Madrid. Jacobo de Gracia ó de Gratiis rehusa casarse en su país, viene á España como secretario de un cardenal á traer unas reliquias, funda un convento y un hospital, se hace eclesiástico, y el autor acaba su composicion ofreciendo segunda parte.

7. **LA JOYA DE LAS MONTAÑAS, SANTA OROSIA**.—El viaje de Santa Orosia á España, y su muerte á manos de los moros en los Pirineos, forman la accion.

8. **QUIEN DA LUEGO, DA DOS VECES**.—Está sacada de la novela de Cervantes, *La Señora Cornelia*.

9. **LA CONDESA BANDOLERA Ó LA NINFA DEL CIELO**.—Es la leyenda de la condesa Ninfa,

Cuya prodigiosa vida,
Por caso admirable y nuevo,
Ludovico Blosio escribe
En sus morales ejemplos.

Tales son los últimos versos del drama.

10. **LAS QUINAS DE PORTUGAL**.—El protagonista de este poema escénico es el conde Alfonso Enriquez, que luego fué rey de Portugal. La exposicion de *Las Quinas* y la de *Los Lagos de San Vicente* son iguales.

En la Biblioteca Nacional de Madrid hay un manuscrito no original de *Las Quinas*, que tiene al fin la nota siguiente :

«Todo lo historial de esta comedia se ha sacado con puntualidad verdadera de muchos autores, así portugueses como castellanos, especialmente del Epítome de Manuel Faria y Sousa, parte 3.^a, cap. 1.^o, en la vida del primero conde de Portugal (pág. 359) D. Enrique, y en el cap. 2.^o de la del primer rey de Portugal D. Alfonso Enriquez, pág. 349, *et per totum*.—Item: del librito en latín intitulado *De vera Regum Portugaliæ Genealogia*, su autor Duarte Nuñez, Jurisconsulto, cap. 1.^o de *Enrico Portugaliæ Comite*, folio 2, y cap. 2.^o, de *Alfonso primo Portugaliæ Rege*, folio 3.—Pero esto y todo lo que además de ello contiene esta representación, se pone con su autor á los pies de la Santa Madre Iglesia, y al juicio y censura de los que con caridad y suficiencia la enmendaren. En Madrid á 8 de marzo de 1638.

»El Maestro Fray Gabriel Tellez.

»*Finis coronat opus.*»

11. EL COBARDE MAS VALIENTE.—El héroe es Martín Pelaez, el sobrino del Cid. Recuerdo parece de esta obra la comedia titulada *Vida y muerte del Cid, y noble Martín Pelaez*.

12. EL HONROSO ATRIVIMIENTO.—Drama veneciano, cuyo desenlace es el mismo que dió Montalvan á su comedia célebre *No hay vida como la honra*.

13. LA ROMERA DE SANTIAGO.—Son los principales papeles de *La Romera* una hermana del rey Don Ordoño II, y el conde de Castilla Garcí-Fernandez. En alguna edicion se atribuye esta obra á Luis Velez de Guevara: tal vez, segun la conocemos, esté retocada por él.

14. DESDE TOLEDO Á MADRID.—Incluida en nuestra coleccion.—También me parece que alguno retocó esta comedia y le quitó algun buen pedazo hácia el fin, porque en el acto segundo conviene el galán con la dama en dejarse prender en llegando á Madrid, y tal prision no se verifica ni se excusa.

15. EN MADRID Y EN UNA CASA.—Incluida en esta coleccion.—El Señor Don Alberto Lista sostuvo años há que debia ser de TELLEZ esta comedia, generalmente atribuida á Rojas; y en efecto, no se puede dudar que salió de la pluma de Tirso: trama, diálogo y lances lo están diciendo. Rojas no la incluyó entre las suyas: indicio muy favorable á la opinion del Señor Lista. El correr impresa con el nombre de Rojas consiste, á mi ver, en que él hubo de refundir el acto tercero, refundicion que cayó en manos de algun impresor poco escrupuloso, el cual la publicó con el título de *Lo que hace un manto en Madrid*, regalándosela á Calderon, de quien no es, porque no está en la lista que él mismo hizo de sus comedias poco ántes de su muerte, á petición del Señor duque de Veragua: así corrió por de Calderon la obra enmendada por Don Francisco de Rojas, y se dió por de Rojas la composicion original de TELLEZ. *Lo que hace un manto en Madrid* no es tampoco título puesto por Don Francisco de Rojas á su refundicion, porque no conviene á la pieza, y en su final, que puede verse en los Apéndices á este tomo, se conservan estos tres versos de la obra original:

*Et cætera; que esto basta,
Y el saber lo que sucede
En Madrid y en una casa;*

ademas de haberse dicho ántes (pág. 714, colum. 2.^a) en una escena escrita por el refundidor:

*¡Miren aquí lo que pasa
En Madrid y en una casa!*

Repito pues que la comedia *En Madrid y en una casa* es en mi concepto de TELLEZ, como creyó el Señor Don Alberto Lista; que se publicaria como de Rojas, porque probablemente es suya la refundicion de esta pieza, que corre con el título de *Lo que hace un manto en Madrid*; y añado que por desgracia no poseemos el texto genuino de la obra original: el acto tercero de *En Madrid y en una*

casa está evidentemente mutilado, y el desenlace resulta frio, soso, mal trabado con lo que antecede, y ajeno de todo artificio, cuando en lo demas de la comedia hay artificio con exceso. Por esta razon se reimprime en calidad de apéndice el acto tercero de *Lo que hace un manto en Madrid*, pues ya que no en la versificación, tal vez en los incidentes habrá algo del desenlace primitivo.

16. LOS BALCONES DE MADRID.—Otra comedia de TELLEZ estropeada por los cómicos, y luego por los impresores que les tomaban los manuscritos.—Confieso para principiar, que el primer acto no me parece obra de TELLEZ; los dos últimos indudablemente son suyos, y sin duda están recompuestos ó descompuestos por otro. Yo habia notado que debian faltar en el último varios trozos y aun escenas enteras; que el apellido del gracioso, por las alusiones que se hacen á él, debia ser *Coral* y no *Corral*; y en fin, que las acotaciones en que se explica la posicion de los personajes en la escena postrera, estaban en contradiccion con el diálogo. Impresa ya esta comedia de *Los Balcones*, aproveché unas vacaciones de la Biblioteca Nacional, donde estoy empleado, y acudí á la del Excelentísimo Señor duque de Osuna, valiéndome del favor que me dispensa el eruditísimo Señor Don Miguel de Salvá, bibliotecario de su Excelencia, para que me permitiese examinar las comedias manuscritas de TELLEZ que posee aquella casa. Las vi, lei la de *Los Balcones de Madrid* con cuidado, y hallé que no solo está faltar ó alterado el texto donde yo sospechaba, sino en otras muchas partes también, principiando desde la primera escena del drama. Los cómicos, por excusar gastos ó librarse de costaladas, quitaron el singular espectáculo de la última escena, en que los amantes se ven sorprendidos sobre un tablon al pasar de un balcon á otro: allí los acusan, allí se disculpan y allí se casan, acabando la comedia el autor muy ufano con dos versos en que advierte á los espectadores que aquella es la primera comedia que tiene fin en el aire. En el ejemplar manuscrito el gracioso se llama *Coral*.

Queda pues demostrado, con manuscritos é impresiones, que las comedias de TELLEZ publicadas fuera de los cinco tomos que dieron á luz él y su sobrino, fueron cercenadas, añadidas y desfiguradas, y que no las poseemos tales como el autor las escribió.

De aquí parto para extender dos palabras acerca de *El Rey Don Pedro en Madrid, ó el Infanzon de Illescas*. Esta comedia, es decir, una con el título de *El Infanzon de Illescas*, ha corrido como obra de Lope: hay dos ediciones, ambas rarísimas, en que se atribuye á Don Pedro Calderon de la Barca. En la biblioteca del Excelentísimo Señor duque de Osuna existe un ejemplar manuscrito que la da como de Andres de Claramonte, y otro en el archivo del Teatro Español; y por último, yo he tenido en mi poder otro manuscrito, copia moderna, que pone por autor al MAESTRO TIRSO DE MOLINA. De Calderon no es, porque no está en la lista que envió al Señor duque de Veragua: en los veinte y cinco tomos de Lope tampoco se encuentra. Quizá se la han atribuido, por la semejanza de su título con la de *El caballero de Illescas*, la cual en efecto es de Lope. De cualquier modo que sea, la comedia *El Rey Don Pedro en Madrid*, tal como se lee impresa y manuscrita, ni puede pertenecer exclusivamente á Lope, ni á TELLEZ, ni á Claramonte. No es de Lope ni TELLEZ tal como está, porque el lenguaje en mil partes no es de ninguno de estos dos insignes poetas. Frecuentemente se ve allí empleado el *lo* como acusativo del pronombre *él*, no solo para cosa, sino también para persona; y Lope y TELLEZ, como madrileños, usan generalmente el *le* con relación á las personas y aun también á las cosas. No es de Claramonte esa comedia tal como está; porque si bien él empleaba el *lo* en vez del *le*, como puede verse en su comedia *El Negro valiente en Flándes*, el pensamiento del

drama, los caracteres y varias escenas principales, no puede haberlos producido un autor de tercero ó cuarto orden como el buen Andres⁴: son, á no dudar, obra de un autor de primera jerarquía. Nótese gran desigualdad de dicción en esta comedia: hay trozos de estilo afectado, oscuro y prolijo; hay otros en que el lenguaje es claro, propio, enérgico. Breve: señal clara de que trabajaron allí dos escritores. ¿Quiénes serían? Yo creo que el primero fué TELLEZ, y que Claramonte refundió la obra de TELLEZ. El carácter del rey Don Pedro ofrece muchos puntos de semejanza con el de Don Juan Tenorio en *El Burlador de Sevilla*. La sombra del clérigo, figura admirablemente dibujada, tiene grande analogía con el personaje del comendador Ulloa. La tropelia hecha con la graciosa en el tejado, alguna expresión del gracioso, las escenas del Rey y el Infanzon en el acto primero y el último, y toda la parte prodigiosa de la fábula, se distinguen por aquel carácter de originalidad y osadía que se admira en *El Convidado de piedra*, en *El Condenado por desconfiado*, *Tanto es lo de mas como lo de menos*, *La República al revés*, *El mayor desengaño*, y demas comedias de TELLEZ, cuyo argumento comprende lances maravillosos. Lo que no admite duda es que la obra de TELLEZ y Claramonte fué retocada después por otro, ántes que Moreto formara sobre ella su *Valiente justiciero*, que la desterró de las tablas no muy justamente. El manuscrito que existe en la biblioteca del Excelentísimo Señor duque de Osuna, conforme con el del Teatro Español, difiere algo del mío; y uno y otro se diferencian mucho de la comedia impresa: esta es mas corta, tiene otro desenlace, y falta en ella la primera aparición de la Sombra; por eso he preferido la manuscrita, cuyo texto no sé que hasta ahora haya sido impreso; la del Señor duque de Osuna me ha servido para corregir las equivocaciones de la mía; pero no la he seguido siempre, porque otras veces el texto de mi manuscrito me ha parecido mejor. Sea esta comedia de Lope, sea de TELLEZ y de Claramonte, ó de otro, lo cierto es que era rarísima, y que es una de las creaciones mas notables del teatro español en su época. *El Rico-hombre de Alcalá*, que tanta fama ha dado á Moreto, no pasa de ser una refundición bien hecha de *El Rey Don Pedro en Madrid*: de allí tomó el argumento, el plan, los caracteres, muchos pensamientos y hasta algunos trozos de versificación; con tales auxilios no es difícil Lacer una obra buena. Y téngase presente que lo maravilloso del drama está muy superiormente manejado en la comedia primitiva: la aparición del clérigo diantio es en la comedia de Moreto un incidente de poco efecto, al paso que la Sombra introducida en *El Rey Don Pedro en Madrid* es un pensamiento digno de Shakespeare; las escenas últimas del acto segundo, á lo ménos en cuanto á la concepción, rayan en lo admirable, en lo sublime del drama.

El manuscrito del Excelentísimo Señor duque de Osuna tiene al fin la nota y fecha que á continuación se traslada.

4 Andres de Claramonte era cómico: á uno de ellos hace Don Francisco de Quevedo en la *Vida del gran Tacaño*, cap. 22, declarar: «Que á los farsantes que hacían comedias, á todos les obligaba á restitución, porque se aprovechaban de cuanto habían representado... Como andaban por esos lugares, y les leen unos y otros comedias, tomábanlas para verlas y hurtábanseas; y con añadir una necesidad y quitar una cosa bien dicha, decían que era suya: y declaráronse como no había habido farsantes farsas que supiesen hacer una copia de otra manera.» Además de esto, en unas décimas que varios autores escribieron contra Don Juan Ruiz de Alarcón para motejarle de plagiatario, se le llama entre mil vituperios, *segundo Claramonte*. Podría ser, pues, un refundidor mañoso, pero no un buen poeta dramático, origia

«Esta comedia intitulada *El Infanzon de Illescas*, se puede representar, reservando á la vista lo que no fuere de su lectura. Zaragoza... 20 de 1626.»

La última hoja, donde está la licencia, y las dos anteriores, son de letra distinta del manuscrito.

La portada dice: *El Rey Don Pedro en Madrid, comedia famosa de Andres de Claramonte*.

Obsérvese que en la licencia se da lisa y llanamente á la comedia el título de *El Infanzon de Illescas*, sin que le preceda ni siga el otro título de *El Rey Don Pedro en Madrid*; y por el contrario, en la portada no hay mas título que el de *El Rey Don Pedro en Madrid*, sin que le acompañe el otro de *El Infanzon de Illescas*. Esta circunstancia y la de tener letra distinta las últimas hojas, me inclinan á creer que la comedia primitiva no llevaba mas título que el de *El Infanzon de Illescas*, y con él se representaba; que fué refundida después como á escondidas, por consideración ó miedo al autor, que aun vivía en el siglo, y que para representar la refundición se servían de la licencia dada para la comedia antigua, uniéndola al manuscrito de la nueva.

Andres de Claramonte falleció en 1610 *El Infanzon de Illescas*, original, sería escrito á principios del siglo XVII ó á fines del XVI.

No contando la comedia de *El Rey Don Pedro en Madrid* (pues aunque la tengo por de TELLEZ faltan pruebas para justificarlo), son setenta y ocho solas las que conozco de nuestro autor. Algunas se le han atribuido que no son suyas, como la de *Contra su suerte ninguno*, que es de Jerónimo Malo de Molina. La titulada *Vida y muerte de Hércules*, que se incluye así en el catálogo hecho por los herederos de Medel, como en el de Don Vicente García de la Huerta, probablemente no habrá existido nunca. En el índice formado en 1716 por Don Juan Isidro Fajardo, que se halla manuscrito en la Biblioteca Nacional, se dice expresamente que la tal comedia se halla en el tomo V de TELLEZ, donde no hay mas *Vida y muerte* que la de *Hércules*: el nombre de *Hércules* debe haber sido un error de pluma, cometido por uno y copiado por varios. El Señor Don Bartolomé José Gallardo, bibliógrafo eminente y desgraciadísimo, poseyó y perdió, segun aparece en un artículo publicado en la *Antología española*, una comedia del Padre TELLEZ, titulada *La Peña de los enamorados*: otra de igual título hay incompleta en el archivo del teatro que fué de la Cruz: pero aunque parece escrita en el siglo XVII, no se le puede atribuir á Tirso, porque en nada se asemeja á las suyas. Muchas de estas se han publicado con títulos diferentes: por los años de 1754 reimprimió Doña Teresa de Guzmán una porción de ellas, aplicando á muchas el distintivo de *comedia sin fama*, en contraposición al de *comedia famosa*, tan usado en el siglo anterior. En aquella coleccion se da á FRAY GABRIEL TELLEZ el nombre de DON MIGUEL TIRSO DE MOLINA y el título de MAESTRO DE LAS CIENCIAS.

El Rey valiente y justiciero y Rico-hombre de Alcalá, refundición hecha por Don Agustín Moreto sobre *El Infanzon de Illescas*, ha sido vuelta á refundir dos veces en nuestros días, primero por Don Dionisio Solís, y después por Don José Fernández Guerra. La del Señor Solís es la que se representa ordinariamente en nuestros teatros; la del Señor Guerra no es conocida, aunque en mi entender está trabajada con tanto esmero y habilidad, por lo ménos, como la de su predecesor. Una y otra permanecen inéditas.

PALABRAS Y PLUMAS.

PERSONAS.

MATILDE, *princesa de Salerno.*
PROSPERO, *príncipe de Taranto.*
DON INIGO, *caballero español.*
EL REY DE NAPOLES DON FERNANDO I.

SIRENA.
LAURA.
GALLARDO, *lacayo.*
EL DUQUE DE ROJANO.
LISENO.

RUGERO.
TEODORO.
LAURINO.
UN CRIADO.—*Acompañamiento del Rey y del duque de Rojano.*

La escena es en Nápoles y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Sala del palacio de la princesa de Salerno.

ESCENA PRIMERA.

PROSPERO, *bizarro, con muchas plumas.* **MATILDE.**

MATILDE.

¡Ah, príncipe de Taranto!
Próspero, señor, mi bien,
Espera, el paso detén,
O anegaráte mi llanto.

PROSPERO.

Siendo el desengaño tanto,
Ya mi sufrimiento pasa,
Por mas que tu amor me abraza,
Las leyes de mis desvelos;
Mas ¿cuándo huyeron los celos
Que no volviesen á casa?
¡Ingrata! ¿qué es lo que quieres?
¿Para qué á voces me llamas?
Cuando á don Inigo amas,
¡Finges que por mí te mueres!
Terribles sois las mujeres,
Pues á la sombra imitais,
Y como ella, cuando amais,
Leves del que os sigue huis,
Al que os desprecia seguís,
Al que os adora engañais.
Si el alma á un español das,
¿Por qué en mí tu amor ensayas?

MATILDE.

Injúriame, y no te vayas;
Poco has dicho, dime mas.
Mientras que presente estás,
Tengo vida; y solo el rato
Que ausente mi amor retrato,
No hay para mí mal paciencia.
Compre á injurias tu presencia
Mi amor, que lance es barato.
¿De qué estás, mi bien, quejoso?
¿Quién ha podido ofenderte?
Que puesto que vivo en verte
Amante cuanto celoso,
Como pende mi reposo
Del tuyo, aunque así aseguras
La fe que en celos apuras.
Si hace el gasto tu pesar.
No pretendo yo comprar
A tu costa mis venturas.

PROSPERO.

Cautelosa persuádes
Favores con que me enciendes:
¿Por qué mentiras me vendes
Con máscaras de verdades?
Afeitadas crueldades
Tiranizaron mis años;
No desmientas desengaños,

Que han de hacer en tus mudanzas,
Por dilatar esperanzas,
Mas incurables mis daños.
Ya con el pleito saliste.
Lo que no han hecho soldados,
Bastaron á hacer letrados;
Con ellos al fin venciste.
Si mi amor entretuviste
Hasta gozar su gobierno,
Princesa eres de Salerno:
Estado tienes bastante
Con que enriquecer tu amante,
Mas dichoso, no mas tierno.
Ya yo sé que en esta empresa,
Si fingiste amarme tanto,
Fué por verte de Taranto,
Siendo mi esposa, princesa:
Pues Salerno te confiesa
Por tal, y perdió Rugero
Por libros lo que el acero
Ganó y impides que cobre,
Goza á don Inigo pobre,
Español y lisonjero.
Entronicese en tu estado;
Que la que es rica y se casa
Con pobre, lleva á su casa
En un marido un criado.
Su hacienda ha desperdiciado
En la firme pretension
De tu amor; y así, es razon
Que premies su intento casto;
Pues amor con tanto gasto
Te obliga á restitucion.

MATILDE.

Puesto que me haya el derecho
Que tengo á Salerno, dado
La posesion de su estado,
Que Rugero habia deshecho,
¿A qué propósito ha hecho
Argumentos tu malicia
Contra la clara noticia
Que sabes de mi valor,
Echando á mí noble amor
Sambenitos de codicia?
Tan lejos de apeteer
Tu estado estoy por quererte,
Que quisiera empobrecerte
Para darte nuevo sér.
Si estuviera en mi poder,
La vida y sér te quitara;
Que luego en tí mejorara;
Para que de esta manera,
Cuanto mas te engrandeciera,
Mas á amarme te obligara.
De don Inigo confieso,
Puesto que en vano trabaja,
Lo que en amar se aventaja,
Pues es del amor exceso;
Mas si cogieras de eso
La derecha conclusion,
Sacaras la obligacion
Que á mí fe constante tienes,

Pues á él le pago en desdenes,
Y á ti con el corazon.
Si yo fuera agradecida,
Y mi voluntad juzgara
Sin pasion, su amor premiara
Dándole mi estado y vida;
Pero está tan oprimida
Por tí, que en vez de querelle,
Aun no oso favorecelle
Con solamente miralle:
Mira cómo podré amalle,
Si tengo pena de velle.

PROSPERO.

¿Luego osarásme negar
Que agora cuando mantiene
La sortija que entretiene
A tus puertas el lugar,
No se ha venido á cifrar
En ser el favorecido
De tí, y en que hayas salido
Con el estado que esperas?
Si tú no lo permitieras,
Nunca él se hubiera atrevido.
Al punto que en tu favor
Salíó la alegre sentencia,
En mi agravio y competencia
Hizo alarde de su amor.
Joyas de sumo valor
Dió en albricias; que no hiciera
Mas, si mi estado tuviera.
¿Y quién negarme podrá
Que ninguno albricias da
De lo que adquirir no espera?

MATILDE.

¿Qué diste tú á quien la nueva
De mi dicha te llevó?

PROSPERO.

Abrazos el gusto dió,
Que en tí su ventura aprueba;
Promesas, que quien las lleva,
Presto vendrá á ejecutar;
De plumas hice adornar
Mis pajes, porque en sus galas
Cifrase el amor las alas
Con que al cielo ha de volar.
Encarecí con razones
Y agradecí con palabras
Tu suerte.

MATILDE.

¡Pródigo labras
En mi amor obligaciones!
Mas las que agora propones
Pudieran, cuando las sumas,
Por mas que amarme presumas,
Borrar la fama que cobras;
Pues debo al español obras,
Y á tí *palabras y plumas*.
Mas como tras tí te llevas
La inclinacion que te adora,
Una pluma tuya agora
Estimo en mas que las pruebas,

Gastos y invenciones nuevas
De ese español, cuyo fuego
Aborrezco, aunque no niego
Que con victoria saliera,
Si en su pretension tuviera
Un juez que no fuera ciego.
¿Con qué favores le he dado
Esperanzas, y á ti enojos,
Pues ni aun con risueños ojos
Sus servicios he mirado?
¿En qué saraos he danzado
Con él? ¿De qué formas quejas?
¿Qué noche, desde las rejas,
Músicas dando á mi calle,
No puse, por no escuchalle,
Candados á mis orejas?
Si me tiene voluntad,
¿Podré quitársela yo,
Pues aun Dios no sujetó
Su albedrío y voluntad?
Si con liberalidad
Gasta y destruye su casa,
Justa, ronda, rompe, abrasa,
¿Ha de sacar mi rigor
Premiáticas que en su amor
Y en sus gastos pongan tasa?
Si agora corre por mi
Sortija en mi misma calle,
Y por gozalla y gozalle,
A Nápoles trae tras sí;
¿Puede hacer yo mas por ti,
Porque satisfecho estés
Y no te enojos despues,
Que despejando el balcon,
Quedar en reputacion
De ingrata y de descortés?
Aun, amores, que estás loco:
Tuver celos y encubrillos
Es amor; pero pedillos
Es estimarte á ti en poco.
Si con esto te provocho,
Y ya tu enojo se ablanda,
Entra en la sortija, anda,
Maestra que sales por mí:
Dame esa pluma turquí,
Y ponte esta verde banda;
Que mis celos trocar quiero
En esperanza segura.

PRÓSPERO.

Hechizos de tu hermosura
Cera me hacen, si fui acero.

MATILDE.

¿Vas seguro?

PRÓSPERO.

Estarlo espero.

MATILDE.

¿Correrás?

PRÓSPERO.

Por agradarte;
Mas para que pueda darte
El premio, ¿con qué favor
Piensas animar mi amor?

MATILDE.

Con reirme y con mirarte. (Vase.)

Cámara del Rey.

ESCENA II.

EL REY, RUGERO.

REY.

Rugero, el pésame os doy
De la pérdida presente,
Y tanto mas triste estor,
Cuanto os miro mas prudente
Y mas cortesano: hoy
Mi consejo os ha quitado
A Salerno, defendido
Por vos como gran soldado;
Que mas con vos ha podido
Que un ejército, un senado.

El favor que permito
La justicia, en él os hice;
En fin Matilde os llevó,
Con la sentencia lebre,
El estado que os quitó.
Pero pues á mi pesar
Os son contrarias las leyes,
Y no es costumbre llegar
A dar pésame á los reyes,
Pudiendo mercedes dar,
Conde os hago de Celano.

RUGERO.

Diré, de aquesa manera,
Señor, con César Romano:
«Si no perdiera, perdiera
La merced que hoy por vos gano».
Pero en fin, sois heredero
En el reino y el valor
Del Magno Alfonso el primero
De Nápoles, resplandor
De la pluma y el acero.
Siglo de oro fué por él.
Los pies mil veces os beso.

REY.

Sois vasallo noble y fiel,
Y el sentimiento os confieso
Que esta sentencia cruel
Me causa, pues sin Salerno,
Bajais de príncipe á conde.

RUGERO.

Por veros, señor, cuán tierno
Vuestra alteza corresponde
A mi lealtad, su gobierno
Menosprecio; pues si es cierto
El amor que habeis mostrado
Y en vuestra privanza advierto,
No ignora su principado
Al que en vos he descubierto.
Lo que aquí sentirse puede,
Por ser de mas importancia,
Es ver que Matilde herede
A Salerno, y que de Francia
La faccion tan fuerte quede;
Que del conde de Anjou es
Dueña, y amiga en extremo,
Y pretendiendo el frances
Quitaros el reino, temo
No salga con su interes.
Que si Matilde le ayuda
Y en Salerno le da entrada,
Pongo á Nápoles en duda.

REY.

Ya sé cuán apasionada
Matilde, si no se muda,
Es del conde mi enemigo,
Y el daño que puede hacerme.

RUGERO.

De eso soy yo buen testigo,
Y sé que el conde no duerme,
Pues trae de Francia consigo
Un ejército volante
A ponernos en aprieto.
Si con él pasa adelante,
Y el de Taranto, en efecto,
Siendo de Matilde amante,
No aseguró su lealtad
Con vuestra alteza....

REY.

Los dos

Juraron fidelidad,
Estando delante vos,
A mi corona.

RUGERO.

Egverdad;

Pero ¿cuándo el interes
En juramentos repara?
Yo sé que por el frances
La princesa se declara
De Salerno, y que despues
A Nápoles perderás,

Siendo Matilde traidora,
Como lo es; pero podrás
Poner remedio, si agora
Comision, señor, me das
Para visitar su casa.
Cartas ofrezco traerte
Del conde, que á Italia pasa
A instancia suya.

REY.

Tu suerte.

Si hasta hoy te ha sido escasa,
Te ofrece prosperidad
Notable, si aqueso pruebas.

RUGERO.

Esto es, gran señor, verdad.

REY.

Mi comision, conde, llevas,
Usa de mi autoridad:
Su casa toda visita;
Saca á luz esa traicion;
Que si á Salerno te quita,
Presto con su posesion
Tu fe y lealtad te acredita.
Ven, y daré en secreto
La provision que has pedido:
Sé en su ejecucion discreto.

RUGERO. (Ap.)

El estado que he perdido
Hoy restaurar me prometo.
Con una carta fingida
A Salerno posaré,
Sin que otro pleito lo impida.

REY.

Siempre esta Matilde fué
Arrogante y presumida. (Vase.)

Sala de la quinta de don Inigo.

ESCENA III.

DON INIGO, GALLARDO.

DON INIGO.

Pésame hacer disparates,
De mis locuras indicios,
Ya que no de mis servicios:
Quitame esos aceites;
Arroja esas galas viles
En el fuego, su elemento;
Esparce plumas al viento,
Mudables como sutiles.
Dame una capa y sombrero
Con que cubra mi dolor.

GALLARDO.

Pues fuiste mantenedor,
Manten el seso primero,
¿Cuerpo de Dios! que sin él,
Vanas sortijas mantienes.
¿Qué diablos es lo que tienes,
Que me traes, sin ser lebre,
Desde Nápoles aquí
Al galope, despeado?
Seis sortijas has llevado;
Diez premios ganar te vi;
Toda la corte te piñta,
En la gala y la destreza,
Por feñix de la belleza:
¿A qué vuelves á tu quinta,
Desesperado y sin seso
Corriendo por el camino?

DON INIGO.

¿Ay Gallardo! un desatino
Que ha de acabarme confeso.
Plegue á Dios, si amase mas
A Matilde, si la viere,
Si mas servicios la hiciere,
Si la nombrare jamás,
Que me dé el acero humilde
De un cobarde muerte infame.
Desde hoy ninguno me llame
Pretendiente de Matilde.
Nadie á Matilde me nombre;

Que ni Matilde es mi dama,
Ni á Matilde mi amor llama,
Ni ya de Matilde el nombre
Obliga mi pecho humilde.
Si Matilde viviré
Matilde mi muerte fué.
Libreme Dios de Matilde.

GALLARDO.

Eso es : «No jureis, Angulo.
Juro á Dios no juro.» — Dale
Con Matilde, mientras sale
Del alma en que la intitulo. —
; Bien cumples de esa manera
Lo que acabas de jurar!

DON ÍÑIGO.

De este modo quise echar
Todas las Matildes fuera
Que estaban dentro del pecho.

GALLARDO.

¿Quedan mas?

DON ÍÑIGO.

Son infinitas.

GALLARDO.

Pues si una á una las quitas,
Trabajas sin provecho :
Purgarte será mejor ;
Que si tantas en ti están,
Mejor por junto saldrán
A vueltas de esotro humor.
¿Agora sales con eso,
Y en su servicio has gastado
Cuanta hacienda has heredado?

DON ÍÑIGO.

No quiero gastar el seso.

GALLARDO.

¿El seso? ;Tarde piache!

Ojos que le vieron ir,
No le verán mas venir ;
Si no es que por él despache
Algun Astolfo, propicio
El cielo, en su libertad,
Al valle de Josafad,
Donde ha de ser el juicio ;
Que allí debe estar el tuyo :
Porque si seso tuvieras,
Ni imposibles pretendieras
(Perdona si te concluyo)
Ni hubieras hecho, señor,
Los gastos que sin provecho,
Empobreciendo, te han hecho
Hijo pródigo de amor.

DON ÍÑIGO.

Por Matilde todo es poco.

¡Ojalá que mas pudiera!
Porque mas por ella liciera!

GALLARDO.

En fin, ¿la amas?

DON ÍÑIGO.

Estoy loco.

GALLARDO.

¿Y el juramento?

DON ÍÑIGO.

Si arraiga

Amor, nadie echarle intente ;
Que quien ama, jura y miente.

GALLARDO.

¶ Jura mala en piedra caiga. —
Tu hermana á verte ha salido

DON ÍÑIGO.

Sácame sombrero y capa.

GALLARDO.

Dispense amor, sin ser papa.
Los votos que no has cumplido. (Vase.)

ESCENA IV.

SIRENA. — DON ÍÑIGO.

SIRENA.

¡Hermano! ;mantenedor,

Y ántes de acabar el día,
En casa y sin compañía,
Que en fe de vuestro valor,
Venga con vos!

DON ÍÑIGO.

¡Ay Sirena!

Como mantengo rigores,
Me acompañan disfavores,
Que apadrian hoy mi pena.
No se acabó la sortija ;
Que Matilde desazona
Cuantos placeres pregona
Mi voluntad, ya proliza
En servirla.

SIRENA

¿Por qué azares?

DON ÍÑIGO.

Oye de amor desvarios ;
Que siempre contentos mios
Se rematan en pesares.

Murió Leonelo de San Severino,
Príncipe de Salerno, gran soldado,
Dejando sola una hija y un sobrino,
Los dos competidores de su estado.
Rugero, que fué el uno, al punto vino
De armas, deudos y gente acompañado,
Y echando á mi Matilde de Salerno,
Tomó con mano armada su gobierno.
Decía para esto que heredaba
Aquel estado antiguo, solamente
Varon, y no mujer ; y que alegaba
La inmemorial costumbre de su gente :
Matilde en contra, por razon probaba
Que el mayorazgo solo á aquel pariente
Que fuese mas cercano, daba nombre
De su señor, ó fuese mujer ó hombre.
Dividióse de Nápoles la tierra
En bandos, cada uno dando ayuda
A su parte, parando el pleito en guerra ;
Que la afición los naturales muda.
Pero Rugero en la ciudad se encierra,
Con las armas poniendo el pleito en duda,
Defendiendo su célebre milicia
Mejor su profesión que su justicia.
Mas metiéndose el papa de por medio,
Al consejo de Nápoles de estado
Redujo el pleito, dando un sabio medio
Con que quedó Rugero apaciguado ;
Porque fundando el fin de su remedio
En verse de Fernando el rey privado,
Con su favor creyó torcer los jueces,
Porque el poder sentenciar muchas ve-
Solo aquí la verdad fué poderosa ; ¡ces.
Pues saliendo Matilde con su intento,
Quedó con el estado vitoriosa,
Frustrado de Rugero el pensamiento.
Luego pues que la nueva venturosa
Se supo, pidió amor á mi contento
Albricias, que quedaron á mi cargo ;
Que no es amante noble el que no es lar-
Mil joyas di, vestidos y dineros ; ¡go.
Y como si yo fuera el que heredaba,
Amigos convidaba y caballeros ;
El paraban á mi esperanza daba.
En fin, mostrando que eran verdaderos
Los deseos que amor en mí animaba,
Delante de la puerta de mi dama
A una sortija mi valor los llama.
Mantuve en ella mi esperanza muerta,
Y con galas, que tuvo prevenidas
La confianza de esta dicha cierta,
Las fiestas publiqué no agradecidas.
Los premios y el cartel fijé á su puerta
Anoche con cien hachas encendidas,
Y alborotado Nápoles con esto,
Con el sol madrugó al festivo puesto.
Salí al son de trompetas y clarines,
De deudos y padrinos rodeado,
Y hallé en balcones del amor jardines ;
Que son damas sus flores, si el suprado ;
En telas de doselas, de cojines,

(Donde lo ménos que hubo fué brocado)
Mostró la ostentacion napolitana
El poder de su gente cortesana.
Saqué de verde y nácar el vestido,
De manos de oro todo recamado,
Que de las obras simbolos han sido
Y al silencio en los labios un candado :
Con esposas y grillos á un Cupido,
Que del mismo silencio coronado,
Daba este verso, pienso que discreto :
Obrar callando y padecer secreto.

SIRENA.

Pintaste tu amoroso sentimiento,
Y los servicios que á tu dania hiciste,
Discretamente ; ¡lindo pensamiento!

DON ÍÑIGO.

El marques Alejandro luego asiste
También de verde, aunque con otro in-
[tento ;
Porque aforrado el verde en luto triste,
Dió la letra....

SIRENA.

¿Y decía...?

DON ÍÑIGO.

Desta suerte :

*Creciera mi esperanza, á no haber
[muerte.*

SIRENA.

¿Obsequias en la fiesta hizo á su dama?

DON ÍÑIGO.

Murió su amor, muriéndose Rosela.
El conde de Astavilla, cuya fama
A pesar de la envidia al cielo vuela,
La ropa azul de mil fuegos recama,
Y entre los cuatro vientos una vela
Sacó encendida.

SIRENA.

¿Traza peregrina!

¿Y fué, hermano, la letra?

DON ÍÑIGO.

Esta latina :

Etenim non potuerit mihi.
De vientos vanos sus contrarios trata,
Y á su valor la vela hizo encendida,
A quien ni envidia ni sospecha mata.

SIRENA.

Fué su nobleza un tiempo perseguida.

DON ÍÑIGO.

Sacó don Hugo de Aragon, de plata
Una aljaba pajiza guarnecida,
Y un loco á quien el tiempo en vano cura.

SIRENA.

¿La letra?

DON ÍÑIGO.

Por amor, esto es cordura.

SIRENA.

De la de Amalfi dicen que es amante.

DON ÍÑIGO.

Grimaldo, á quien su dama desestima,
Y él la sirve pacífico y constante,
Salió de pardo.

SIRENA.

Su trabajo anima.

DON ÍÑIGO.

La empresa lo declara.

SIRENA.

¿Y fué?

DON ÍÑIGO.

Un diamante

Y una mano junto á él con una lima
De acero.

SIRENA.

Ya en el alma de ella toco.

¿Cómo dijo la letra?

DON ÍÑIGO.

Poco á poco.

SIRENA.

Todo lo vence amor que persevera.

DON IÑIGO.

De labrador don Jaime de Moncada
Salió con un gaban de primavera.

SIRENA.

Halló su dama en Aragón casada.

DON IÑIGO.

Eso en la empresa declarar espera.

SIRENA.

Y fué?

DON IÑIGO.

Sembrar una heredad arada.

SIRENA.

¿La letra?

DON IÑIGO.

Decía: *Amor villano* [no.
Niembra esperanzas, y otro coge el gra-
Hércules de Este, Adónis en las galas
Y en la milicia César, en un cielo
Pintó una dama, y él, haciendo escalas
De picas y handeras, desde el suelo
A conquistalla sube, aunque sin alas;
Que mas levanta el ánimo que el vuelo.

SIRENA.

¿La letra?

DON IÑIGO.

De su amor ponderativa....

SIRENA.

¿Decía...?

DON IÑIGO.

Aunque estuvieses mas arriba.
No cuento las demas, por no cansarte.
Corrí con todos, y llevé seis veces
La sortija, y diez precios, que en tal
A ser los ojos de Matilde jueces, [parte,
Me condenaran: no sabré contarle,
Porque de verme triste te entristeces,
El pesar, mi Sirena, que mostraba,
Si la sortija ó precio me llevaba.
Por no sufrillo, en fin, de la ventana
Se quitó, porque en tal desden presu-
El fruto inútil de mi suerte vacía, [mas
Cero de amor, si mis servicios sumas;
Hasta que al fin de una hora volví en casa
Por ver entrar cubierto de oro y plumas
Al de Taranto, dándole sus ojos
Colmos de gustos, como á mi de enojos.
Vestido de los pies á la cabeza
De mas plumas que el mayo tiene flores,
El y el caballo cifran su firmeza
Solo en la liviandad de sus colores:
Pobló de lenguas de oro la riqueza
De su alada divisa; que habladores
En palabras y plumas su amor gastan.

SIRENA.

¿La letra?

DON IÑIGO.

Si te alaban, aun no bastan.

SIRENA.

Diverso fué del tuyo su concetto:
El en palabras todo su amor precia,
Y tú enobrar callando; que es discreto,
Aunque Matilde tu valor desprecia,
Obrar callando y padecer secreto.
Su habladora divisa juzgo necia,
Pues de plumas y lenguas hizo alarde,
Porque el parlero amor siempre es co-
[barde.

DON IÑIGO.

Corrió conmigo la primera lanza,
Y derribóle en medio la carrera,
Sospecho que su loca confianza,
Tropezando el caballo.

SIRENA.

Bien pudiera
Volar con tanta pluma.

DON IÑIGO.

La venganza
De mi amor, que le vió de tal manera,
Mas cortés que soberbia, á darle ayuda
Me manda, hermana, que ligero acuda.
Del caballo me apeo, y que me pesa
De su desgracia muestro; arriba subo
Con él, donde el favor de la princesa
Mas amoroso que discreto estuvo.
Lloré de amor y enojo, y desta empresa
La causa atribuyendo al que mantuvo,
«Solo, español, por vos, loco y prolijo,
Me sucede este mal», la ingrata dijo.
Cesar la fiesta manda, y yo de celos,
Agravios y desdenes provocado,
No sé si dije injurias á los cielos;
Pero sé que bajé desesperado.
Mandé quitar los precios y arrojélos,
Por ver mi amor cortés tan mal pagado:
Subo á caballo, y loco y ofendido,
Me parto, y de ninguno me despidió.
Este fin han tenido, mi Sirena,
Mis servicios, mi amor, mi confianza:
Solo es Matilde, para darme pena
Y desdenes, mujer, y no mudanza.

SIRENA.

Hecho estás á sufrir, tu enojo enfrena,
Que la firmeza lo que intentas alcanza.
La letra que sacaste en ti haga efecto.
Obrar callando y padecer secreto.

ESCENA V.

GALLARDO, que saca la capa y el
sombbrero de su amo.—DON IÑIGO,
SIRENA.

GALLARDO.

Ponte capa y sombrero, si jardines
Quieres ver por el mar sobre carrozas
Del agua, que tiradas de delfines
Llevan al sol que en esperanzas gozas.
Al son de chirimías y clarines
Matilde y otras seis bizarras inozas,
Emulacion de Vénus la mas fea,
Dando á sus ondas luz, barloventea.
En un esquife, de cristal la popa,
Con seis remeros jóvenes por banda,
De casacas vestidos, leve ropa,
Pues son de raso, y el calzon de Holanda,
Al toro imitan robador de Europa;
Y con ellos la mar piadosa y blanda,
Sufre los remos, plumas de sus alas,
Dorados de los puños á las palas.

SIRENA.

A Puzol, quinta suya, aquí cercana,
Irás: desde el terrado puedes vella.

DON IÑIGO.

Yo á mujer tan ingrata, tan tirana!
Plegue á Dios, si pusiere mas en ella
Los ojos; si la viere mas, hermana;
Si aunque el mar, que soberbias atro-

[pella,
Volcando el barco, su rigor vengara,
Me moviera á piedad y la ayudara;
Que de sus mismos peces sea sustento.
Ya, Sirena, aborrezco su hermosura:
Próspero salga á verla, que contento
Es Próspero en el nombre y la ventura.

GALLARDO.

¿Qué tanto has de guardar el jura-
[mento?

DON IÑIGO.

Un siglo.

GALLARDO.

¿Que tibur, qué amante jura
De no jugar ó amar, sin volver luego
Este á su pretension, aquel al juego?

SIRENA.

Yosubo á verla; que aunque mas por-
[fies,
Haciendo á tus descos resistencia,

Has de seguirme.

GALLARDO.

Nunca en votos fies
Que conmuta el amor en penitencia.
Ven, y verás damascos y tabies, [cia,
Que haciendo al sol en todos competen-
Persuaden al mar que es hoy en suma
Matilde Vénus, hija de su espuma.
(Vanse Sirena y Gallardo.)

ESCENA VI.

PROSPERO.—DON IÑIGO.

PRÓSPERO.

Don Iñigo, ya ha llegado
A extremo mi sufrimiento,
Que pasar del no consiento
A mis celos y cuidado.
Haciendo agravio á mi amor,
Nota de mi vendré á dar:
El querer bien y el reinar
No sufren competidor.
Quiero bien, y rey me llama
Matilde de sus deseos:
Un año ha que en sus empleos
Añado leña á la llama
Que en prenio de mis desvelos
Matilde hermosa me ofrece;
Y aunque el fuego de amor crece
Cuando le atizan los celos,
Fuera menosprecio mio
Que compitiendo los dos,
Tuviera celos de vos;
Que mas de Matilde fio.
Cuanto á esta parte, no estoy
Celoso, aunque si ofendido
De que os hayais atrevido
A amar, sabiendo quien soy,
Aun la sombra de Matilde,
Que mirar no mereceis.
¡Vos competencia me haceis!
¡Pobre, extranjero y humilde!
¡Vos en público á sus puertas
Carteles de amor fijais,
Y esperanzas publicais
Mas locas cuando mas ciertas!
¡Vos sortijas manteneis,
Convidando aventureros,
Cuando aun para manteneros
A vos mismo no teneis!

DON IÑIGO.

Próspero, tratad mejor
A quien os sufre discreto;
Pues demas de que respeto
Vuestra nobleza y valor,
Reverencio á la princesa
En vos, porque sé que os ama.
Príncipe Taranto os llama;
La sangre real que interesa
Vuestra casa, es conocida,
Y de mí siempre estimada.
España fué patria amada,
Puesto que no agradecida,
De mi padre y su ascendencia,
De quien nobleza heredé:
Rui Lopez de Avalos fué
Condestable, en la prudencia
Y la lealtad mas notable
Que tuvo ni tendrá el mundo;
Aunque don Juan el segundo,
Si le hizo conde, no estable.
De la envidia huyó á Aragón,
Porque á no ser perseguida,
No es la virtud conocida.
Vino á Italia, en conclusion.
Con don Alfonso el primero
De Nápoles, de Fernando
Padre, que el reino ganando
Con su prudencia y acero,
Hizo al tiempo coronista

Immortal de su memoria.
No alcanzó Alfonso vitoria
En esta noble conquista,
Que no se la atribuyese
Al esfuerzo y al valor
De mi padre vencedor.
Dióle estado en que viviese
A su gusto y elección;
Que no quiso escarmentado,
Otra vez entronizado,
Provocar á la ambición.
Este heredé, y como mozo
Supe conservar tan mal,
Que le gasté liberal,
Porque de serlo me gozo;
Y supuesto que es mudable
El estado y la riqueza,
Siendo el valor y nobleza
Accidente inseparable,
Pues en ella me señalo,
Estimad la calidad
En mas que la cantidad,
Porque en cuanto esta os ignalo;
Que yo con vos no compito,
Ni el vuestro mi amor contrasta.
Con una voluntad casta
A Matilde solicito,
Sin que ose mi atrevimiento
Mas que alimentar cuidados,
Dichosos por empleados
En tan alto pensamiento.
¿Qué ocasión en esto os doy
Para agraviaros?

PROSPERO.

Bastante

Es que os tengan por amante
Todos de quien yo lo soy;
Que es estimarme á mi en poco.
Si de ser loco os preciais,
Y con eso os disculpais,
Haré vestiros de loco,
Y quedará disculpado
Vuestro pensamiento altivo.

DON IÑIGO.

Príncipe, no deis motivo
A algun caso desdichado;
Que si apurais mi paciencia
Y no refrenais los labios,
Romperán vuestros agravios
Las riendas de mi prudencia.
Haced de quien sois alarde,
Y mirad que siempre ha sido
El valiente comedido
Y descortés el cobarde.

PROSPERO.

Sois un....

DON IÑIGO.

Paso, que sé ser
Hombre, que á pesar de sumas
De ducados, corto plumas,
Y las habréis menester
Para volar, si me enoja.
Advertid que está mi espada
En vuestro agravio afilada,
Y si una vez la despojo
De la vaina que profesa,
Y en vengarme se resuelve,
Fé leon que nunca vuelve
A su manida sin presa.

PROSPERO.

Ea, arrogante español,
Haced mas, y no habéis tanto.

(Echan mano.)

DON IÑIGO

Ya, príncipe de Taranto,
Que su acero ha visto el sol,
No la culpeis, si desnuda
A vuestro pecho se pasa;
Que á quien sacan de su casa,
En la que encuentra se muda.
Sabe el cielo que me pesa
De ofender mi dama así.

ESCENA VII.

SIRENA, GALLARDO.—DON IÑIGO,
PROSPERO.

SIRENA.

Si hay valor humano en tí,
Favorece á la princesa;
Que hecho el esquite pedazos
En una roca espantosa,
Ya con el mar amorosa,
Da á sus olas mil abrazos,
Porque en ellas no la anegue.

DON IÑIGO.

Príncipe, esta es ocasión
De amor y de obligación:
Más presto en su ayuda llegue
El que mas de veras ama.
Volad, pues os sobran plumas;
Que si amor es fuego, espumas
Del mar no apagan su llama. (Vase.)

ESCENA VIII.

PROSPERO, SIRENA, GALLARDO.

SIRENA.

Pues, señor, ¿qué flemma es esa?
¿Es razón que así os quedeis,
Cuando en tal peligro veis
Anearse á la princesa?
Mi hermano, aunque aborrecido,
Va á socorrerla; seguidle,
Y pagad así á Matilde
El amor que os ha tenido,
Para que en vos se colija
Que llega al último extremo.

PROSPERO.

Mi salud, Sirena, temo;
Que cayendo en la sortija,
Me puede hacer mucho daño
Entrar en el mar tan presto.
En obligación me ha puesto
El favor noble y extraño
Que de don Iñigo escucho,
Y á premiarse me allano;
Mas es de Sirena hermano,
Y así del mar sabe mucho.
Yo en peligro semejante
¿Qué ayuda le puedo dar
Si nunca supe nadar?

SIRENA.

¿Esa es disculpa de amante?

PROSPERO.

Adórola, vive Dios;
Mas no importa el ser amada;
Que amor vuela, mas no nada. (Vase.)

GALLARDO.

Mas no nada para vos.

ESCENA IX.

SIRENA, GALLARDO.

GALLARDO.

¡Miren aquí en quien ha puesto
Matilde su voluntad!

SIRENA.

Esta vez de la beladad
De Matilde es manifiesto
Dueño mi hermano.

GALLARDO.

No hay duda,

Si la saca viva á tierra....
O en el alma un tigre encierra.

SIRENA.

El tiempo las cosas muda.
Mucho pueden beneficios
En el mas terrible pecho:
La línea que hoy ha hecho,
Junta á los demás servicios,
Le han de dar debida paga.

GALLARDO.

Animales hay tan fieros,
Señora, aun de los caseros,
Que aunque el dueño los halaga,
No puede en toda la vida
Amanarlos.

SIRENA.

¿Cuáles son?

GALLARDO.

Domestica tú un raton,
Criado con la comida
De tu despensa, y verás
Que al cabo de un mes y un año,
Mas esquivo está y extraño.

SIRENA.

¿Qué asqueroso ejemplo das!
Labrador, he yo leído,
Que una víbora crió,
Y al fin la domesticó,
Danzola en su cama nido;
Y habiendo sus hijos muerto
A uno del pastor amigo,
Los despedazó en castigo,
Y despues se fué al desierto.

GALLARDO.

¿Sería víbora ermitaña;
Pero mi ejemplo perdonas,
Que la princesa es ratona,
Si no premia aquesta hazaña.
Mas vuelve la vista al mar,
Verás cual nada por el
Aguase humano batel
En que va amor á pescar
Merluzas, vuelto cangrejo.

SIRENA.

Mi hermano es gran nadador.

GALLARDO.

Pensará que pesca amor
Besugo, y será abadejo.

SIRENA.

¿Sácala?

GALLARDO.

Sí, vive Dios.

SIRENA.

¿Notable dicha!

GALLARDO.

Es demonio.

Pues la cruz del matrimonio
A cuestras saca, los dos
Son para en uno. ¡Extremada
Saldrá del mar para esposa!
Que á fe que ha de ser graciosa
Desde hoy, mujer tan salada.
Ya pisa la enjuta arena;
Ya trayéndola en los brazos,
Quisiera, cual pulpo, en lazos
Convertirse.

ESCENA X.

DON IÑIGO, con Matilde desmayada
en los brazos.—SIRENA, GALLARDO.

DON IÑIGO.

¡Mi Sirena,
No hay ya quien mi dicha alcance.
Diestro pescador he sido,
Perlas del sur he cogido,
No tiene precio este lance.
Ven, llevémosla á tu cama.

SIRENA.

¿Viene desmayada?

DON IÑIGO.

Sí,

Mas presto volverá en sí.

SIRENA.

Vamos.

DON IÑIGO.

Tus doncellas llama.
(Llevan á Matilde don Iñigo y Sirena.)

ESCENA XI.

GALLARDO.

Cumplirá el amo su antojo,
Si está preñado por ella;
Pues porque pueda comella,
Amor se la echó en remojo.
Cual huevo fué su hermosura,
Como el por agua pasada;
Pero virgen tan aguada,
Dudo yo que venga pura.

ESCENA XII.

DON IÑIGO, SIRENA.—GALLARDO.

DON IÑIGO.

No quiero yo estar delante,
Que la daré mas pesar
Que los peligros del mar;
Tú, hermana, serás bastante,
Y tus criadas tambien,
Para aliviar su congoja:
Y así entre tanto que arroja
El agua, ropa preven
De la mas limpia y curiosa
Que tienes. Sirena mía,
Impertinencia sería,
Siendo tú tan generosa,
Prevenirte que sacases
De tus galas la mejor;
Que el mayo en aguas de olor
Entre holandas derramasas;
Que en regalos y conservas
Te esmerasas de tal modo,
Que seas mi hermana en todo,
Ya que de esto me reservas.

SIRENA.

¿Pues dónde vas tú á tal hora,
Que ya el sol su curso pasa?

DON IÑIGO.

Estando Matilde en casa,
No ha de haber otra señora
Mas que ella: su honestidad
Pide que así la asegure,
Y que liberal procure
Conquistar su voluntad.
Yo sé que el mayor servicio
Que puedo hacerla, Sirena,
Es irme y no darla pena
Con mi vista.

SIRENA.

Noble indicio

Da tu valor en el mundo:
Tu discrecion considero,
Generoso en lo primero,
Y cortés en lo segundo.
Vete con Dios, que yo quedo
En tu lugar: vistete
kopa enjuta.

DON IÑIGO.

Así lo haré.

SIRENA.

Yo te desharé, si puedo,
Esta nieve que te abrasa.

DON IÑIGO.

Anda, y no te apartes della.

GALLARDO. (Ap.)

¡Oh cuerpo de Dios con ella,
Y con quien la trujo á casa! (Vanse.)

Campo inmediato á la quinta de don Iñigo. —
Es de noche.

ESCENA XIII.

RUGERO, TEODORO.

RUGERO.

¡Que me quitó tal ventura
Este español! ¡Que á ayudar
La fuese cuando la mar

Darme á Salerno procura!
¡Que la sacase en sus brazos!

TEODORO.

¿Hay temeridad mas loca?

RUGERO.

¡Que en mi favor una roca
Hiciese el vaso pedazos!
¡Oh! maldiga Dios á España,
Y á quien bien quiere á su gente.

TEODORO.

Es don Iñigo valiente.

RUGERO.

¡Bravo amor, y brava hazaña!

TEODORO.

Desmayada la sacó,
Y en su quinta la regala,
Porque á su desden iguala
La nobleza que heredó;
Pero ¿qué importa su ayuda,
Si siendo del rey privado,
Comision, conde, te ha dado,
Con que has de quedar sin duda
En la quieta posesion
Del estado que perdiste?
Si ya la carta escribiste,
Y segun tu provision,
Su casa has de visitar,
¿Su favor de qué aprovecha?

RUGERO.

Su firma tengo contrahecha,
Y el papel le pienso echar
Entre los demas que tiene
En su escritorio guardados.

TEODORO.

Heredarás sus estados,
Si á las manos del rey viene.

RUGERO.

Si, Teodoro; mas traiciones
Duran poco, y mucho dañan.
Si los tiempos desengañan
Mis soberbias pretensiones,
¿Qué he de hacer?

TEODORO.

Déjate de eso.

RUGERO.

¿Mas seguro no me fuera
Que el mar sepulcro la diera,
Y que por este suceso,
Sin marañas, heredara
Lo que este español me quita?

TEODORO.

Tu ventura solícita,
Que el favor del rey te ampara.
De Salerno te apodera;
Que si su dueño te ves,
Defendiéndole despues,
Cuando sepa esta quimera
El rey, importará poco.

RUGERO.

¿Aquí Matilde no está?
La noche ocasion me da
Con que deste español loco
Me vengue, y á la princesa
La vida pueda quitar.
Esta quinta he de abrasar,
Con que aseguro mi empresa
Mejor que en cartas fugidas.

TEODORO.

¿Cómo lo piensas hacer?

RUGERO.

Esta noche he de poner
Fuego á costa de sus vidas,
Sin que se sepa el autor,
A esta casa: pues durmiendo
Su gente, salir pretendo
Con mi esperanza mejor.
El viento del mar me ayuda
Para abrasalla con él.

TEODORO.

¡Determinacion cruel!
Mas provechosa sin duda.
A propósito es la hora.

RUGERO.

Vamos, que si dicha tengo,
Hoy del español me vengo,
Y nuere mi opositora. (Vanse.)

Cuarto destinado á Matilde en la quinta de
don Iñigo.

ESCENA XIV.MATILDE, en ropa de acostarse; PROSPERO,
PERO, como de noche.

MATILDE.

Príncipe, ¿qué atrevimiento
Es este? ¿Cómo asaltais
De noche casas ajenas?

PROSPERO.

Propias las puedes llamar,
lograta, pues mis desdichas,
Para que padezca mas,
Siempre á don Iñigo ofrecen
Empresas, con que obligar
A que amándole, me olvides.
¿Quién duda que ya tendrás
A su atrevido socorro
Rendida la voluntad?

Tres años há que te sirve,
Y que gasta liberal
La hacienda en tu pretension
Que ha desperdiciado ya.
Dio albricias en tu sentencia;
Mantuvo diestro y galán
A tus puertas hoy sortija;
La de esposa le darás
En premio de ella á mi costa.
Arrojóse por tí al mar,
Fiel del fin de tus peligros,
Leandro de tu lealdad.
La vida te dió cortés,
Y querráte ejecutar
En ella, sacando prendas
Su amor de tu libertad.
Aposéntaste en su casa,
Quedarte en ella querrás,
Si huéspedes, ya señora,
Si libre, cautiva ya.
Mucho pueden beneficios;
Confíeselo á mi pesar.
La ocasion hace al dichoso,
La fortuna se la da.

Yo sin ella, y ya sin tí,
Vengo solo á celebrar
A tus ojos mis obsequias:
Goces mil años y mas,
Aunque yo muera celoso,
Su generosa lealtad,
Su apacible compañía,
Su florida y verde edad;
Que yo en manos de la ausencia,
Si es amor enfermedad,
Ausentándome de aquí,
Me parto á Roma á curar.

MATILDE.

Si tú te haces juez y reo,
Y la sentencia te das,
Mis quejas darán en ella
Testimonio de verdad.
Príncipe, obras son amores,
Que las palabras se van,
Como son hijas del viento,
Tras él, sin volver jamas.
Entre las olas me viste,
Con su salado cristal
Luchando á brazo partido;
Entró en él á poner paz
El valeroso español;
Y tú, cuerdo en el obrar,
Si loco en el prometer,

No te atreviste á mojar
Las plumas, como tú, vañas;
Pero no anduviste mal,
Que amor vuela, mas no nada,
Y así no supo nadar.
Nadó don Iñigo en fin;
Su dicha supo pescar;
Y á quien nada y me da vida,
Nada es venirle á adorar.
Siempre fueron los peligros
Del amor y la amistad
Piedra-toque que descubre
El oro que sube mas.
Si él es oro, y tú eres hierro,
Yerro, Próspero, será,
Despreciando su valor,
De tu hierro hacer caudal.

PRÓSPERO.

¿Luego eso dices de veras,
Cuando probándote están
Mis celos que hablan de burlas?

MATILDE.

Caiste; hiciérate mal
Entrar en el mar, que así
Te pudieras resfriar;
Y por no quererme frío,
Te guardaste: ¿no es verdad?

PRÓSPERO.

Basta: ¿que de mí te burlas!
Pues de veras me verás,
Mudable, desde hoy mudado;
Que así te pienso imitar.
Laura, hermana de Rugero,
Celosa de tu beldad,
Llora, puesto que la suya
Es con la del sol igual.
Desposándome mañana,
Mi amor se despicará;
Que contra un veneno es otro
La cura mas eficaz.
No pienso verte en mi vida.

MATILDE.

Oye, escucha, vuelve acá.
(Ap. ¿Oh inclinacion poderosa!
Oh celos! ¿oh amor rapaz!
¿Qué no podréis todos tres,
Si el primero hace el iman
Que no pare hasta que al norte
Mire, que virtud le da?)
Yo quiero desenojarte;
Cesen quejas, haya paz;
Que tras celos y nublados
Amor y el sol lucen mas.
Perdonen obligaciones.
Socorros, vida, lealtad;
Que por mas que eso atropella
Amor, cuando es natural.
Princesa soy, joyas tengo:
Pídame el mejor lugar
Don Iñigo, y no me pida
Prendas que en el alma están.
¿Haste ya desenojado?

PRÓSPERO.

Como el amor es rapaz,
Con poco se desenoja;
Pero corrido estará
Mientras alarde no hiciere
De la firme voluntad,
Que con obras, como has dicho,
Saca á plaza su caudal.
¡Plegue á Dios, Matilde mia,
Que te quite un desleal
El estado de la hacienda;
Que te mande desterrar
El rey; que en aquesta quinta
Se encienda un fuego voraz,
Para que entónces conozcas
Mi amor firme y liberal.
No ha querido el cielo...

MATILDE.

Basta:

No digas, príncipe, mas;
Ni por hacerme á mi bien,
Quieras que me venga mal.
Mas valen palabras tuyas
Que obras de otro: en casa está
Durmiendo toda su gente;
Mas presto despertará.
Vete, que abre ya el aurora
Sus vidrieras de cristal:
En Puzol, recreacion mia,
Esta tarde me verás...
Pero oye, escucha: ¿qué es esto?

GALLARDO. (Dentro.)

¡Socorro! ¿Agua, que se abrasa,
Cielos, nuestra quinta y casa!

VOCES DENTRO.

¡Fuego, fuego!

GALLARDO. (Dentro.)

Acudid presto,
Que están las puertas cogidas,
Y se ha de abrasar la gente.

MATILDE.

¿Hay caso mas ioclemente?

PRÓSPERO.

Riesgo corren nuestras vidas.
Mirad, princesa, por vos,
Que el fuego nos ha asaltado,
Y las puertas ha atajado.

GALLARDO. (Dentro.)

¿Que nos quemamos, mi Dios!

MATILDE.

Príncipe, ¿qué hemos de hacer?

PRÓSPERO.

Por esta ventana quiero
Saltar.

MATILDE.

¿Tú eres caballero?

Si te obliga una mujer,
A quien tanto dices que amas,
Descuélgame ántes por ella.

PRÓSPERO.

Todo el temor lo atropella,
Y ya se acercan las llamas.
¿Cómo haré lo que me mandas,
Si no hay con que te librar?

MATILDE.

La capa puedes rasgar:
Con las ligas, con las bandas
Que atemos y con sus tiras,
Nos libraremos los dos.

PRÓSPERO.

¡Gentil espacio, por Dios,
Para el peligro que miras!
Salta, princesa, tras mí,
Si te atreves.

MATILDE.

Pues, traidor,

¿Esa es la ayuda y favor

Que me prometiste aquí?

¿El fuego que deseabas
Que en la quinta se encendiese,
Porque tu amor conociese?

¿Lo mucho que blasonabas?

¿El jurar, el prometer

De no dejarme jamas?

PRÓSPERO.

Aquí, princesa, verás,
Lo que hay del decir á hacer.
En muerte no hay juramento
Con que obligarme presumas,
Porque palabras y plumas
Dicen que las lleva el viento. (Vase.)

MATILDE.

Pues no pienses, enemigo,
Que así tienes de librarte:
Que el huir he de estorbarte,
Porque te abrases conmigo. (Vase.)

Vista exterior de la quinta.

ESCENA XV.

DON IÑIGO, GALLARDO, SIRENA, alborotados.

DON IÑIGO.

¿Y dónde está mi princesa?

SIRENA.

¡Ay hermano de mi vida!
Ya de la llama homicida
Será malograda presa.
En los brazos del sosiego
Durmiendo, su muerte fragua,
Porque lo que no hizo el agua
Ose ejecutar el fuego.
En ese cuarto se abrasa,
Siendo el remedio imposible,
Porque la llama terrible,
Juez violento de tu casa,
De fuego ha puesto las guardas
A las puertas.

DON IÑIGO.

Pues quedar

Hecho ceniza, y mostrar
De amor hazaias gallardas.

SIRENA.

¿Estás loco?

GALLARDO.

Señor mío,

Detente, que tu aficion
No es caso de inquisicion,
Ni tú herege ni judío.
Basta quedar de la agalla,
Sin casa, ropa, ni hacienda.

DON IÑIGO.

Nadie impedirme pretenda,
Que he de abrasarme ó libralla.
Haga aquí mi esfuerzo alarde.

ESCENA XVI.

MATILDE y PRÓSPERO, á una ventana.—Dichos.

MATILDE.

Conmigo te has de abrasar,
Sin que te deje librar,
Descomedido, cobarde.

PRÓSPERO.

Vive Dios, si no me dejas,
Que con la daga te pase
El pecho.

MATILDE.

Como te abraso

El fuego, y venga mis quejas,
Mátame.

PRÓSPERO.

Suelta, atrevida,

Y cuando ves que me abraso,
De palabras no hagas caso,
Que mas me importa la vida.
(Entranse los dos.)

ESCENA XVII.

DON IÑIGO, SIRENA, GALLARDO.

DON IÑIGO.

¡Oh bárbaro! Vive Dios,
Que ha de ver por experiencia
Matilde la diferencia
Que el amor hace en los dos.
La princesa de Salerno
Saldrá libre á tu pesar.
Aunque lo intente estorbar
El fuego del mismo infierno. (Entrase.)

ESCENA XVIII.

SIRENA, GALLARDO.

GALLARDO.

¡Por el tropel de las llamas
Se arrojó!

SIRENA.

¡Bravo valor!

Salamandra del amor,
El te libre, pues bien amas.

GALLARDO.

Envuelta en su misma capa
La trae.

ESCENA XIX.

DON IÑIGO, *que saca á MATILDE envuelta en la capa.*—Dichos.

DON IÑIGO.

Vamos á la fuente,
Que aplaque el rigor ardiente
De que mi valor te escapa.

SIRENA.

¿Sales herido?

DON IÑIGO.

¿Qué importa,

Si con la que adoro salgo?

MATILDE.

Español de pecho hidalgo,
Los pies te pido.

DON IÑIGO.

Reporta....

MATILDE.

Dos veces debo á tus brazos
La libertad con la vida :
Ella será agradecida
A tus generosos lazos.
Salerno te ha de llamar
Su príncipe.

GALLARDO.

¡Buen bocado!

DON IÑIGO.

Pues del fuego te he librado,
Y te he sacado del mar,
Ya gozan mis pensamientos
Con tu vida el galardón.

MATILDE.

De lo que te debo son
Testigos dos elementos.
(*Ap.* Deseos agradecidos,
Mudaz de amor y consejo.)

GALLARDO.

Llamas, adios, que allá os dejo
El arca de mis vestidos.

ACTO SEGUNDO.

Cámara del Rey.

ESCENA PRIMERA.**EL REY, RUGERO, PROSPERO.**

REY.

Rien, Rugero, habeis salido
Con vuestra cuerda invencion;
Yo me doy por bien servido.
De Matilde la traicion
Descubierta á tiempo ha sido;
Pues cuando mas confiado
El Anjou contra mi parta,
Saldrá en vano su cuidado.
La firma de aquesta carta
Hoy á Salerno os ha dado :
Muchos años le goceis.

RUGERO.

Sirviéndoos, señor, á vos;
Que aunque la guerra temeis,
Esperanza tengo en Dios
Que pacífica goceis
Esta corona, á pesar
De quien traiciones encierra.

REY.

Matilde no ha de quedar
Con una almea en mi tierra.

RUGERO.

Y es muy justo. Secuestrar
Toda su hacienda mandé;
Y como tan descuidada
De su desgracia la hallé,
Sin poder ocultar nada
Pobre y triste la dejé;
Y ha de perder el juicio,
Sin la hacienda, según queda.

REY.

Dará de lo que es indicio.

PROSPERO.

Cualquier mal que le suceda,
Si anduvo en tu deservicio,
Es, señor, bien empleado.

REY.

Quítale la cabeza.
Como le quito el estado,
A sufrirlo la nobleza
Que de mi sangre ha heredado;
Mas salga desposeída
De Salerno, y sienta al doble;
Que afrentada y perseguida,
Es la pobreza en el noble
Civil muerte de por vida.
Notificalde, Rugero,
Que dentro de nueve días
Salga del reino, que quiero,
Atajando tiranías,
Ser con clemencia severo;
Y escarmiente en su cabeza,
Próspero, quien contra mí
A alterar mi reino empieza.

PROSPERO.

Toda mi vida serví
Con lealtad á vuestra alteza.

REY.

No lo niego yo.

PROSPERO. (*Ap.*)

Parece

Que con palabras confusas
Dudas contra mí encarece.

REY.

Sospechoso es quien excusas,
Sin darle cargos, ofrece.
No paseis mas adelante;
Que de vuestra lealtad
No estoy, Próspero, ignorante ;
Aunque amor y mocedad
Ciegan tal vez un amante.

PROSPERO.

Yo confieso, gran señor,
Que á Matilde le he tenido ;
Pero jamas el amor
Destruye en el bien nacido
Las deudas de su valor.
No supe mientras la amé
Cosa en vuestro deservicio ;
Pero agora que lo sé,
Dando de quien es indicio
Mi lealtad, la olvidaré.
Y para prueba mayor
De que serviros deseo,
Os suplico, gran señor,
Que alenteis un noble empleo
En mejoras de mi amor.
Laura es de Rugero hermana,
Y bastante su hermosura
A hacer la sospecha vana
Que teneis, si mi ventura
Al yugo de amor la allana,
Pues de esta suerte mejoro
Mi fe, dando indicios claros
Que os guardo el justo decoro,
Y demas de aseguráros,
Muestro lo que á Laura adoro.

REY.

Siendo Laura tan discreta,
No creo rehusará
Amor que así la respeta.

RUGERO.

Mi hermana, señor, está
A vuestro gusto sujetá.

REY.

Si en el mio el suyo ha puesto,
Próspero su esposo sea.

PROSPERO.

Lo que os debo os manifiesto,
Gran señor.

REY.

Muy bien se emplea,
En vos Laura. Mas ¿qué es esto?

ESCENA II.**MATILDE, de luto.—EL REY, PROSPERO, RUGERO.**

MATILDE.

(*Se arrodilla.*)

Pues vengo á tus piés, señor,
En mi inocencia repara ;
Que no osa mirar la cara
De su rey el que es traidor.
La culpa engendra temor,
Y siendo un Dios en prudencia
El buen rey, con la presencia
Que la verdad autoriza,
Al pecado atemoriza,
Animando á la inocencia.
De la poca turbacion
Con que mi lealtad pregonó,
Buenos testigos de abono
Mi cara y mi lengua son.
Si da lugar la pasion,
En ellos verás sin duda
La verdad que anda de sonda,
Pues cuando culpas declara,
Hurta el color á la cara,
Y deja la lengua muda.
A Salerno me has quitado,
Y lo que es mas, el honor,
Que se restaura por
Que la hacienda y el estado.
Un papel solo ha bastado
A la sentencia cruel,
Que la ambicion cifra en él :
¿Cuándo el juez mas enemigo
Condenó con un testigo,
Y ese solo de papel?
Bien lo puedo recusar,
Pues habla en mi perjuicio ;
Que no se admite en juicio
El que se deja cohechar ;
Pero si él pudiera hablar,
Como se deja leer,
Testigo viniera á ser
Del traidor, que sabe en summa
Hacer cohechos de pluma
Y firmas contrabacer.
Mas aunque, sordo á mis quejas,
No me des dellas venganza,
Porque en el rey la privanza
Ensordece las orejas ;
Si libre el derecho dejas
Que tengo á volver por mí,
Fuerza es que escuches aquí
Mi justicia ; que esta vez,
Pues siendo parte eres juez,
De tí apelo contra tí.
No que me perdoneis pido,
Ni es esa mi pretension,
Que no puede haber perdon
Donde delitos no ha habido :
Sino es que estés advertido
Que quien contra una mujer
Traidor ha venido á ser,
Aunque su lealtad afirma,
Como ha hecho falsas firmas,
Reyes falsos sabrá hacer.

RUGERO.

La fe que en mi abono alego,

Y vuestra traición contrasta,
Respondiera, á no estar.....

REY.

(A Rugero.)

Basta.

(A Matilde.)

Salid de mis reinos luego.

(Vanse el Rey y Rugero.)

ESCENA III.

MATILDE, PROSPERO.

MATILDE.

¡Ah lisonjas, que el sosiego
Quitais y haceis tantos daños!
En un rey de pocos años,
¡Qué importan verdades ciertas,
Si al alma tomáis las puertas,
Poniendo guardas de engaños?
Ya, Príncipe, que ha cumplido,
En prueba de vuestro amor,
Maldiciones el rigor
Que habeis al cielo pedido;
Ya que se incendió la casa
Donde amante prometistes
Favores que no cumplistes,
En fe que amor no os abrasa;
Ya, en fin, que el Rey me ha quitado
La hacienda, el honor, la tierra,
Y severo me destierra
De su reino y de mi estado;
Si en el noble deuda son
Palabras, que es bien que cobre,
No os espanteis de que pobre
Haga en vos ejecución.
Aquí no hay que recelar
Peligros, como primero:
Ni os amenaza el mar fiero,
Ni el fuego os ha de abrasar,
Ni de mi esposo y señor
Os pide el si mi ventura;
Que hoy juzgaréis por locura
Lo que ayer por gran favor.
A menos costa podeis
Palabras desempeñar:
Mándame el Rey desterrar:
La persecucion que veis,
Me halló desaparecida,
De mi inocencia señal;
Pues á no ser yo leal,
Ya estuviera prevenida.
Embargaronne la hacienda
Y hasta las ropas y el oro,
De mi persona decoro:
No tengo qué empuje ó venda.
Sino el agradecimiento,
Que siempre que vos gustéis,
En mi ejecución podréis,
Y aquí empeñaros intento.
Fuerza es salir desterrada,
Y quisiera partirme hoy,
Ya que no como quien soy,
Al menos cual pobre honrada.
Dad en esta ocasion muestra
Del valor que se os ofrece.
Y salgá como merece
Quien ha sido prenda vuestra.

PROSPERO.

Sabe el cielo lo que siento
Vuestra desgracia, señora,
Y que si como os adora
Mi constante pensamiento,
No temiera un rey airado,
Y menor mi riesgo fuera,
Dueño del alma os hiciera
Como de mi principado.
El delito que os imputan,
Sea mentira ó sea verdad,
Es de lesa majestad,
Y por traidores repitan
Los que anparan a traidores.

Estoy, por vos, indiciado
Con el rey; que no han sacado
Otro fruto mis amores.
Si sabe que os favorezco,
Su sospecha haré verdad,
Y estimo en mas mi lealtad
Que el amor que os encarezco.
Lo que por vos podré hacer,
Andando el tiempo, es hablalle,
Disponelle y amansalle;
Pues al fin ha de vencer
La verdad; y en cuanto á esto,
Cuando mi lealtad entienda,
La vida, estado y hacienda
Estoy á perder dispuesto
En vuestra defensa: agora
Perdonad el no atreverme
A ayudaros, que es perderme,
Puesto que el alma os adora.
Si vos os servís que escriba
Al de Mantua, mi deudo es,
Y no dudo que el marques
Como quien sois os reciba.
Enviarle un propio luego,
Y prevenido estará,
Para que en llegando alla
Dé á vuestras penas sosiego.
Y quedaos, señora, adios;
Que han de culpar en palacio
Mi lealtad, si tan de espacio
Me ven hablando con vos.

MATILDE.

Esperad, que mal restaura
Vuestra fe mi amor primero...

PROSPERO

Temo que salga Rugero,
Que ha de casarme con Laura.
No me llames ni me nombres,
Que estoy en buena opinion. (Vase.)

MATILDE.

Vete, traidor, que así son
Todos los mas de los hombres.

ESCENA IV.

MATILDE.

¡Ah pelota del mundo, que no encierra
Sino aire vil que se deshace luego!
De favor me das cartas, cuando llevo
Ofendida de un rey que me destierra!
Quien fe á palabras da, ¡qué de ello

[Yerra!]

Prueba tu amor el mar cuando me ane-
Tu cobardía saca á plaza el fuego, ¡go,
Y hasta el favor me niegas de la tierra.
Tres elementos, bárbaro, han mos-

[trado]

Que eres cobarde, ingrato y avariento:
En el cuarto tu amor solo has cifrado.

¡Qué á mi costa, villano, experimento
Que en palabras y plumas me has pa-

[gado!]

Mas quien de ellas fió, que cobre en
[viento. (Vase.)]

—
Explanada delante de la quinta de don Íñigo, la
cual aparecerá arruinada por el incendio.

ESCENA V.

DON ÍÑIGO, con gaban y una escopeta;
GALLARDO.

GALLARDO.

¡Buenos habernos quedado!

DON ÍÑIGO

Paciencia mi daño apreste.

GALLARDO.

Como si amor fuera peste,
La hacienda nos han quemado.

DON ÍÑIGO.

No tan malo, que una sala
En que dormir nos dejó.

GALLARDO.

De luto la entapizó
Con el humo que señala.
A los privados presumo
Que hoy el fuego á imitar prueba,
Pues que la hacienda nos lleva,
Y solo nos paga en humo.
Ya es casa de esgrimidor
La nuestra: una pobre cama
Fe dejó la voraz llama,
Que cuando fuera mejor,
No importara; un arcabuz,
Una espada y un broquel,
Una imagen de papel,
Dos moneras y una cruz,
Un cuchillo, dulce en filos,
De monte...

DON ÍÑIGO.

No seas molesto.

GALLARDO.

Y el vestido que traes puesto,
Que en los huesos de sus hilos
Muestra que en tales sucesos
La pobreza con quien topa,
Por no perdonar la ropa,
La desentierra los huesos.

DON ÍÑIGO.

El cielo lo quiere así:
¿Qué he de hacer?—Dábame pena
Ver á mi hermana Sirena
Tan pobre y triste por mí;
Y tanto mas lo sentia,
Cuanto con su discrecion
Me ha puesto en obligacion;
Mas es hermana al fin mia.
Laura, viendo lo que pasa,
Como su amistad estima,
De sus males se lastima,
Y la ha llevado á su casa.

GALLARDO.

No ha sido esa poca suerte.

DON ÍÑIGO.

Por notable la tuviera,
Como Rugero no fuera
Su hermano, y contrario fuerte
De Matilde.

GALLARDO.

¡Bien por Dios!
Cada loco con su tema.
La hacienda el fuego nos quemó,
Dejándonos á los dos
Por su ocasion de la agalla,
¿Y en eso das todavía?

DON ÍÑIGO.

Crece mi amor de día en día:
Ya, Gallardo, sin amalla
No podré vivir.

GALLARDO.

¡Qué bueno
Para el tiempo!

DON ÍÑIGO.

Una mujer
Que se acostumbró á comer
Desde pequeña veneno,
Con cualquier otro sustento
Sentia daño y pesadumbre:
Quiero ya bien por costumbre,
Y mántame otro sustento.

GALLARDO.

Que ya eres dichoso digo;
Pues cuando, á mi parecer,
No esperábamos comer,
Traes la despensa contigo.
¡Pobre de aquel que sin llamas
No gasta esa provision!
Trocara yo á un bodegon
Toda una flota de damas.
¡Que sea tan estreñida
La tuya, señor, que agora,

Viendo que te es deudora
Por dos veces de la vida,
Y que amando hasta lo sumo,
El fuego, y tu amor que abraza
Mas que él, abrasó tu casa,
Pagando, cual duende, en humo,
Ya no te haya socorrido!

DON IÑIGO.

Esta mañana partió
A la corte; ayer quemó
Mi hacienda el fuego atrevido:
Aun no es tarde.

GALLARDO.

¡Buena flemma!

¿Pues había de aguardar
Matilde mas que á llegar,
Cuando tu casa se quema,
A la suya, para hacer
Muestras su agradecimiento
De quien es?

DON IÑIGO.

De oír me afrento

Tu interes.

GALLARDO.

Al fin mujer.

Un tigre que en ellas lie.

DON IÑIGO.

Déjate de eso, por Dios.

GALLARDO.

¿Qué hemos de comer los dos,
Cuando nada nos envíe,
Pues no hay lienzo que vender,
Ni vajilla que empeñar?
Si no damos en quitar
Capas, ¿qué habemos de hacer?

DON IÑIGO.

Pobre estoy: sola una traza
Mi necesidad previene,
Mientras otro tiempo viene.

GALLARDO.

¿Y cuál es?

DON IÑIGO.

Salir yo á caza,

De que este monte está lleno.

GALLARDO.

Sin pan, ¿qué has de hacer con ella?

DON IÑIGO.

Tú puedes ir á vendella
A Nápoles.

GALLARDO.

¡Par Dios, bueno!

DON IÑIGO.

Diestro soy en la escopeta:
Aquí hay muchas codornices
Y conejos.

GALLARDO.

¡Qué bien dices!

Mejor trazas que un poeta.
Como con eso socorras
Nuestra hambre, pierde cuidado.
Mas yo en mi vida he andado
Sino es á caza de zorras.

DON IÑIGO.

Solo que lo vendas quiero.

GALLARDO.

¡Ay Dios! ¿quién hubiera sido
Mes y medio en Mollorido
Pupilo de su ventero!
Mas no comerán sin pobre
Lo que cazare tu mano:
Cázame tú un escribano,
Venderé el gato por liebre.

DON IÑIGO.

Yo en sátiras no te ensayo,
Sino solo en cazador.

GALLARDO.

¿Y he de venderla, señor,

En figura de lacayo,
Que afrento mi profesión?

DON IÑIGO.

Allí queda otra montera.
¿No tienes capa?

GALLARDO.

Aguadera,

Que es mi manta y mi colchon.
Págueselo Dios al fuego,
Que solo la chamuscó.

DON IÑIGO.

¿Qué te falta?

GALLARDO.

Tener yo

Por amo un clérigo, ó ciego,
Para quedar graduado
Por lazarillo de Tormes.

DON IÑIGO.

Son mis desgracias inormes.

GALLARDO.

Y yo soy tu acompañado.
Cumplido vengo hoy á ver
Lo que mi madre decía.

DON IÑIGO.

¿Y fué?

GALLARDO.

Que ganar tenía

Por la pluma de comer.
Yo que en dos años ó tres
Solo á firmar aprendí,
De sus dichos me rei,
Siendo lacayo cual ves;
Pero ya conozco en suma,
Si llevo caza á vender,
Que he de ganar de comer,
Sin escribir, por la pluma.
Mas, pues así te dispones,
Que en fin es noble ejercicio,
También tengo yo mi oficio.

DON IÑIGO.

¿Y cuál es?

GALLARDO.

Hacer botones;

Que los lacayos que dan
En curiosos, cuando tardan
Los amos, siempre que aguardan,
Centinelas de un zaguan,
O calzas de aguja tejen,
O ya botoneros son.
Hormillas tengo y punzon:
Como seda me aparecen,
Mientras cazando te pierdas,
Te ayudaré con labrallos;
O descolando caballos,
Haré botones de cerdas,
Con que mejor te sustentas.

DON IÑIGO.

No hay español que sea ingrato.

GALLARDO.

Otro oficio mas barato
Sé.

DON IÑIGO.

¿Y es?

GALLARDO.

Hacer mondadientes,

Y acá no son menester:
Rendito Dios. (Un corito
Respondió: «no tan bendito,
Llevándolos á vender.»)
Tú cazando codornices,
Yo palillos pregonando
Y á la corte abotonando,
Podremos pasar....

DON IÑIGO.

Bien dices.

GALLARDO.

Porque esperar en tu dama
Son esperanzas judías,

Y ella su tardon Mestas,
Pues no escucha á quien la llama.

ESCENA VI.

MATILDE, de peregrina.—DON IÑIGO,
GALLARDO.

MATILDE. (Sin ver á los dos.)

Aborrecida pobreza,
Tan poderosa os mostrais,
Que con no ser Dios, mudais
La misma naturaleza.
Que sois madre del olvido
Pruebo en mis desdichas hoy,
Pues despues que pobre estoy,
Ninguno me ha conocido.
Ejemplos el mundo ve
En mi de aquesta verdad:
Ayer con prosperidad,
Hoy peregrina y á pié.
Y pues ninguno me ampara,
No me conocen sin duda;
Que en fin la pobreza muda,
Como los años, la cara.
¡Ah, principe de Taranto!
Bien pude yo adivinar
En lo que habia de parar
Tan poco hacer y hablar tanto;
Pues que pintó, en vuestra mengua,
Y en prueba de esta verdad,
Al amor la antigüedad
Con manos, pero sin lengua.
Gallardo, hizo cuanto pudo
El noble español por mí,
Que amó firme, y mostró en sí
Que no hay amor como el mudo.

DON IÑIGO.

Gallardo, espera por Dios.
¿No es Matilde la que vemos?

GALLARDO.

Desde anteyer no comemos,
Y así pienso que los dos,
De puro desvanecidos,
Vemos lo que imaginamos.
En un pensamiento estamos;
Solamente en los vestidos
Diversa el viento la pinta.

DON IÑIGO.

Ella es, no hay que decir.

GALLARDO.

¿Pues á qué habia de venir
De tal suerte á nuestra quinta?

DON IÑIGO.

¿Qué sé yo? ¡Matilde hermosa!

MATILDE.

¡Oh generoso español!

DON IÑIGO.

¿Cómo peregrino el sol?

GALLARDO.

Ella es, por Dios: ¡hay tal cosa!

DON IÑIGO.

Declarad presto, señora,
La causa de ese disfraz.

MATILDE.

El Rey perturba mi paz.
Traidores me hacen traidora.
Del reino voy desterrada,
De mi estado desposada,
De amigos aborrecida,
De Próspero despreciada.
Y si mas deciros quiero,
No podré.

DON IÑIGO.

¡Vágame Dios!

¡Desterrada y pobre vos!
¿Anda por aquí Rugero?

MATILDE.

El es quien al rey engaña,
Y mis firmas contrabaciendo,
Se persuade que le ofendo,
Y en mi patria me hace extraña.
Como trabajos no sé
Hasta agora lo que son,
El quitarme la opinion,
Y el venir, cual veis, á pié,
Me tienen tal, que imagino
Que mi vida será corta.

DON IÑIGO.

Por lo que á la mia importa,
No quiera el cielo divino
Dar á traidores venganza.
Pues ¿á dónde vais así?

MATILDE.

¿Dónde irá quien no va en sí,
Sin socorro ni esperanza?
El duque de Milan es
Mi primo, y en su favor
Pudiera hallar mi rigor
Alivio, y hora despues;
Pero sola y desta suerte,
¿Cómo podré caminar
Hasta Milan, sin llegar
Primero que yo mi muerte?

DON IÑIGO.

Avisémosle primero.

MATILDE.

¿Cómo, si solo me ha dado
De término el rey airado
Nueve dias?

DON IÑIGO.

¡Caso fiero!

Ahora bien, señora mia,
Para los trabajos son
El valor y el corazon.
Aqui es quedad este dia;
Que aunque se cifra mi hacienda
En este polvo solar,
A la corte iré á buscar
Algun noble á quien lo venda.
Con lo que por él hallare,
Compraré cabalgadura,
En que camineis segura;
Y por si alguno intentare
En el camino agraviaros
(Que quien del estado os priva
Tampoco os querrá ver viva
Aqui), podré acompañaros.
Que, pues vivo solo en vos,
Fuerza es, contra el que os ofiende,
Que en vuestra vida deliende,
Princesa, la de los dos.

MATILDE.

En bronces del tiempo labras
La fama y valor que cobras.

DON IÑIGO.

Vamos, señora, á las obras,
Y dejemos las palabras.

MATILDE. (Ap.)

Si así Próspero lo hiciera,
Su nobleza no afrentara.

DON IÑIGO.

(Habla aparte á Gallardo.)

Gallardo, mi amor ampara,
Que solo en tu industria espera.
¿Tienes algo que vender,
Con que á Matilde regale?

GALLARDO.

La almohaza, que un real vale
Y no la hemos menester;
El estiércol, que á la puerta
De nuestra caballeriza
Llega, y para la hortaliza
De aquesta vecina huerta,
Su dueño nos comprara;

Un jarro y dos orinales;
Que todo valdrá tres reales.

DON IÑIGO.

Necio estás: acaba ya.

GALLARDO.

Pues si no nos quedó nada,
Sino es la caballeriza,
¿Qué he de vender? La ceniza
De nuestra quinta abrasada
Lavanderas comprarán
Para colada y lejías.

DON IÑIGO.

¿Qué extraño humor siempre crias!
(*Quitase el gaban.*)

Toma, vende este gaban.

GALLARDO.

¿Y en cuanto?

DON IÑIGO.

En lo que pudieres.

GALLARDO.

¡Bravo San Martin de amor!
¿Ya das la capa, señor?

DON IÑIGO.

Desuado anda amor: ¿qué quieres!

GALLARDO.

Si por Dios hubieras hecho
Lo que por esta mujer,
Sin dormir y sin comer,
Pobre, afligido y deshecho,
¿Qué san Onofre ó san Bruno
Se atreviera á aventajarte?
Bien puede canonizarte
Amor.

DON IÑIGO.

No seas importuno.
Véndele, y algun regalo
Trae, que cene la princesa.

GALLARDO.

¡Sin manteles, silla y mesa!
Mas al hambre no hay pan malo.
Ahora bien, dos gruesas tengo
De botones, y tambien
Trecientos palillos.

DON IÑIGO.

Bien.

GALLARDO.

Entretenida mientras vengo;
Que si topo buena venta,
No faltará que cenar.

DON IÑIGO.

¿Con qué te podré pagar?

GALLARDO.

Despues harémos la cuenta,
Si de estado y vida mudas,
Pues no siempre así has de verte.
El gaban vuelve á ponerte.
(*Vítese el gaban don Iñigo.*)

Toma, arrópate, que sudas;
Y si amor la ocasion goza,
Asegura aquesta dita.

Mientras que vuelvo, desquita
Lo que te debe esta moza.

DON IÑIGO.

¡Vive el cielo, descortes,
Que estoy...!

GALLARDO.

Ea, ¿ya empezamos?
Dame la muerte, y veamos
Como cenaréis despues. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MATILDE, DON IÑIGO.

DON IÑIGO.

No há mucho tiempo, señora,
Que otra vez os hospedé;
Y aunque pobre, no podré

Lo que entónces hice, agora.

Una fortuna corremos
Los dos, y en esto al amor
Soy solamente deudor,
Que en algo nos parecemos
De vuestro estado y sosiego
El rey severo os ha echado;
Mi hacienda el fuego ha quemado
Casi es uno el rey y el fuego.
Perdonad, señora mia,
Mi pobreza y cortedad,
Que con mas felicidad
Nos verémos algun dia,
Y el amor con que os me ofrezco
Estimad.

MATILDE.

Por no pagar
Con palabras, con callar
Esta merced encarezco.
Ejecutad obras cuando
Mude mis desdichas Dios;
Que quiero aprender de vos,
Don Iñigo, á obrar callando. (*Vanse.*)

Sala de casa de Rugero, en Nápoles.

ESCENA VIII.

LAURA, SIRENA.

LAURA.

Demas de lo que intereso,
En que vos mi casa honreis,
Y la amistad que profeso
Viéndoos en ella aumenteis,
Para cosas de mas peso
Me huelgo, Sirena mia,
De que en vuestra compañía
Podamos tratar las dos
Cosas, que de sola vos
El amor que os tengo fia.

SIRENA.

De esa manera os seré,
Laura, en dos cosas deudora;
Una en que con vos esté,
Y otra en que honreis desde agora
El crédito de mi fe.
Socorreis mi adversidad,
Fiaisos de mi amistad,
Y contra mi suerte escasa
Me hospedais en vuestra casa:
Mucho os debo.

LAURA.

Eso dejad,
Que me afrentais, por mi vida
¿Qué tengo yo que no sea
Vuestro, Sirena querida?
Mi amor en las dos desea
Que no haya cosa partida.
Segun esto, no gastemos
El tiempo en vanos extremos,
Que la amistad y el amor,
Cuanto mas llano es mejor,
Y así la nuestra ofendemos.—
¿Cómo quedó vuestro hermano?

SIRENA.

Eso imaginaldo vos.
Quejándose al viento en vano
De que nos trate á los dos
Tan mal el fuego inhumano:
Pobre, triste, y mas amante
Que nunca.

LAURA.

¡Extraña fineza!
De ver amor tan constante,
La misma naturaleza,
Porque su valor quebrante,
Parece que le persigue,
Y de industria le empobrece.

SIRENA.

No hay desgracia que le obligue,
Porque en los trabajos crece
El amor que al noble sigue.

LAURA.

¡Venturosa yo, si hallara
Un hombre que ansi quisiera,
Y desdeñado obligara!

SIRENA.

Ser esposo vuestro espera
Próspero, y el rey le ampara,
Que es cortés y caballero.

LAURA.

¡Ay amiga! no me nombres
Amante tan palabrero:
Si así son todos los hombres,
Sirena, á ninguno quiero.
El galán que es hablador,
Ser papagayo de amor,
Y no firme amante intente,
Pues habla lo que no siente,
Con tanta pluma y color.
Una urraca puede ser
Con propiedad su mujer,
Porque hablar con él presume:
Toda ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.
Un cisne en la consonancia
Música y plumas, alegría;
Mas es de poca importancia,
Pues su carne dura y negra
Ni es de gusto, ni sustancia.
Don Inigo si que es todo
Quinta esencia del amor:
Mas á amarle me acomodo.

SIRENA.

De tu parte ese favor
Te agradezco.

LAURA.

Esto es de modo,
Que á no ver que ausente está
Matilde, no descubriera
La pena que amor me da.

SIRENA.

La ausencia, que es novelera,
Su firmeza mudará;
Y el no verse agradecido
Ha de hacer en tu favor;
Que engendra, en quien ha sufrido,
La ingratitud desamor,
Y la ausencia causa olvido.

LAURA.

Quiera Dios que hagan en él
Milagros estos efectos;
Pues si estima mi amor fiel,
Los mas ilustres sujetos
Menospreciaré por él.

SIRENA.

Como declaralle intentes
Esa voluntad por mí,
No hay duda de que violentes
La de Matilde.

LAURA.

Hazlo así.

ESCENA IX.

GALLARDO, LAURA. — SIRENA.

GALLARDO. (Pregonando.)
Palillos y mondadientes.

LAURA.

¿Qué es esto?

GALLARDO. (Ap.)

¿El primer encuentro
Es Laura? Llámole azar.

LAURA.

¿Hasta aquí os habeis de entrar?

GALLARDO.

Yo donde hallo abierto me entro;
Pero ¿hay mas que nos salgamos?

SIRENA.

¡Gallardo!

GALLARDO.

Señora mía,
Aquí estás, y no te vía!
Pero tan flacos andamos
Tu hermano y yo de cabeza
Desde la desgracia acá,
Que un huey no verémos ya.
¡Mal haya tanta pobreza!

LAURA.

¿Quién es este?

SIRENA.

De mi hermano
Un criado: extraño humor.

LAURA.

Pues ¿dónde vais?

GALLARDO.

Mi señor,
Que aunque pobre, es cortesano....
(Ap. ¿Qué diré para encubrir
Que me ha enviado á vender
Palillos para comer?
Ya se me olvida el mentir:
No soy yo quien ser solía.)
Digo, pues, que mi señor,
Que aunque pobre, tiene amor....

LAURA. (Ap.)

¡Si fuese yo á quien le envía!

GALLARDO.

Como con él se sustenta,
Palillos no ha menester:
Y así por agradecer
El mucho regalo y cuenta
Que á Sirena hacéis, se atreve
Y os envía estos regalos,
Que es como daros de palos;
Mas nadie, señora, debe
De dar mas de lo que tiene.

SIRENA.

Necio, ¿estás fuera de tí?
¿Mi hermano afrontas así?

GALLARDO.

(Ap. á Sirena.)

¡Pues qué! ¿he de decir que viene
Gallardo por la ciudad
Mondadientes á vender,
Para darle de comer?
Pues si lo digo, es verdad.

SIRENA.

Este no está en su juicio.

GALLARDO.

Porque no ande por el mundo,
Cual yo, ni amo vagamundo,
Hemos aprendido oficio.

SIRENA.

Anda, loco.

GALLARDO.

¿Pues de qué
Nos hemos de sustentar?
Mi amo vive de amar;
Pero yo ¿qué comeré,
Si no gasto esa hortaliza?
Todo el fuego lo asoló,
Y antes con antes llegó
El miércoles de ceniza.
A vender vengo botones:
Si algunos son menester
En casa, yo los sé hacer;
Y no siendo camaleones,
Aunque le pese á la llama,
He de buscar provision;
Que aun para ser *cama-león*,
Me quemó el fuego la *cama*.

LAURA.

¡Válgame el cielo! ¿que á tanto
La necesidad obligue
A un caballero!

GALLARDO.

Nos sigue
La pobreza, que es espanto.

LAURA.

Ahora bien, los mondadientes
Que tracis, quiero compraros.

GALLARDO.

Con ellos podeis limpiaros,
Que allá son impertinentes.
Ved ¿qué lisos y amarillos!
Que como sin casa estamos,
Con palillos procuramos
Hacer casas de palillos.

LAURA.

Dalde, amigo, esta cadena;
Mas no le digais que es mía.
(Toma Laura los palillos y da á Gallardo una cadena.)

GALLARDO.

Con otra tal cada día,
Me volviera yo alma en pena.

LAURA.

Cuando se la deis, decilde
Que á hallar voluntad en él,
No fuera Laura cruel,
Si fué diamante Matilde.
Dadme tambien los botones.

GALLARDO.

Si amor os quita el sosiego,
Botones serán de fuego.

LAURA.

Tomad vos estos doblones.

GALLARDO.

¿Qué mármol no ablandarás?
A no doblonarme así,
Doblar pudieran por mí.
Doblado mereces mas
Que la princesa doblada
Que al rey hizo trato doble;
Mas larga eres que ella al doble:
Y adios, que hay cena doblada. (Vase.)

ESCENA X.

LAURA, SIRENA.

SIRENA.

¿Con qué agradecer podré
Tu noble y liberal pecho?

LAURA.

Sirena, el amor lo ha hecho:
Amole, y no sé por qué,
Pues ni voluntad le debo,
Ni amor jamas apetece
El amante que empobrece.

SIRENA.

Que es oro en quilates pruebo,
Pues tanto mas es de ley,
Cuanto menos liga tiene.—
Pero escucha, que el Rey viene.

LAURA.

¡Jesus! ¿En mi casa el Rey!

ESCENA XI.

EL REY. — LAURA, SIRENA.

REY.

No será la vez primera
Esta que un Rey haya entrado
En casa de su privado,
Y mas, Laura, cuando espera
Tan bello recibimiento
Como el que vuestra hermosura
Me hace.

LAURA.

Tanta ventura
No cabe en mi atrevimiento
Tan corto, ni estas paredes
Merecen tanto favor:
Mas vuestra alteza, señor,
Siempre entra haciendo mercedes.
Dame tus pies.

REY.

Esta dama

¿Quién es?

LAURA.

Una amiga mía.

REY.

El sol siempre lo es del día.
¿Quién es, y cómo se llama?

LAURA.

De don Iñigo es hermana
De Avalos, el blason
De la española nación.

REY.

Y la lealtad castellana.

LAURA.

Sirena, señor, se llama.

REY.

Muy bien el nombre conforma,
Laura, con su bella forma.

SIRENA.

Tus piés beso.

REY.

¡ Hermosa dama !

Rui Lopez de Avalos fué
El mi padre gran privado,
Y don Iñigo es soldado
De valor, prudencia y fe.
Pobre me dicen que está,
Porque el fuego y el amor
Han probado su valor.
(De cuando en cuando mira al Rey á Sirena.)

LAURA.

Muestras del que tiene da
En los nobles sufrimientos
Con que lleva esta desgracia.

REY.

Y Sirena tiene gracia
De arrebatarse pensamientos.
Yo, Laura, he venido á veros,
Y de camino á emplearos
En quien vive de adoraros,
Y busca reyes terceros.
Suplicame el de Tarauto
Que suyo agora lo sea;
Y por lo bien que se emplea
Tal belleza en valor tanto,
El parabien de princesa
Pienso que os podemos dar.
Determinole enviar
Por general de esta empresa
Contra el conde, y he creído
Primero obligar su amor,
Porque siempre es vencedor
Quien ama favorecido.

LAURA. (Ap.)

¿Qué es esto, esperanza vana?
¿Quién vuestro amor desordena?

REY.

En fin, ¿que vos sois Sirena,
Y de don Iñigo hermana?

SIRENA.

Soy vuestra esclava.

REY.

Enterrada

En esta ciudad está
Otra Sirena que da
Nombre y fama celebrada
A nuestra Nápoles bella.
De Parténope tomó,
Principio, que aquí murió;
Mas vos, mas hermosa que ella,
Su fama podeis horrar.

SIRENA.

Bésoos los piés.

REY.

Mas se honrara,
Si Sirena se llamara

Como vos.—¿Podréle dar
A Próspero el parabien,
Laura?

LAURA.

Gran señor, primero
Lo trataré con Rugero.

REY.

Cuerda sois: advertís bien;
Mas él ha comprometido
En mi su gusto.

LAURA. (Ap.)

¿Qué extraña

Confusion!

REY.

Sirena, España
Su hermosura ha reducido
En vos. ¡Dichoso el amante
Que de vuestros pensamientos
Es dueño! Mercenientos
Tendrá muchos. ¿Es constante?
¿Es galán? ¿Tiene nobleza?

SIRENA.

Hasta agora, gran señor,
Ignoro lo que es amor.

REY.

¿Por qué causa?

SIRENA.

La pobreza
Divierte el fuego amoroso
Que en solo el vicio consiste,
Y amor de ordinario asiste
En el próspero y ocioso.

REY.

¡Ah, sí! Ya no me acordaba
De Próspero: divertido,
Sirena, me habeis tenido.

SIRENA.

Mucho honrais á vuestra esclava.

REY.

Dadme, Laura, la respuesta
Que de mi intercesion fio.

LAURA.

Siendo vuestro gusto el mio...

REY.

(Mirando á Sirena.)

¿Hay belleza mas honesta?

LAURA.

Dor fuerza he de obedecer
Lo que vos, señor, gustais...

REY.

En fin, Sirena, ¿no amais?

LAURA.

Pero no habeis de querer....

REY.

¿Por qué no he de querer yo?
¿No tienen amor los reyes?
¿No los oprimen sus leyes?

LAURA.

Señor, no hablo de eso.

REY.

¿No?

Pues proseguid adelante.
(Ap. ¿Hay mas hermosa mujer?)

LAURA.

No habeis, señor, de querer,
Si siendo rey sois amante,
Usar de la autoridad
(Dando al principe favor
En ofensa de mi amor)
Suprema.

REY.

Decís verdad.

LAURA.

El principe de Tarauto
Merece por su nobleza...

REY.

¡Sin amor y con belleza.

Sirena! de vos me espanto.

LAURA.

Otro mas alto sujeto
Que yo; pero amor sin ley....

REY.

(Mirando á Sirena.)

¿No es alto sujeto un rey?
Pues si yo amarus prometo...

LAURA.

¡Vos, señor, amarme á mí!

REY.

Yo á vos no, Laura: creia
Que á Sirena respondia.

LAURA. (Ap.)

¿Qué es esto, cielos?

REY.

Decí.

LAURA. (Ap.)

Bien quiere el rey á Sirena.

REY.

Proseguid, que atento estoy

LAURA.

Digo pues, que el sí que doy
A vuestra alteza, es con pena
De darle sin libertad,
Porque de mi pensamiento
(Perdone mi atrevimiento,
Señor, vuestra majestad)
Es dueño solo el hermano
De Sirena.

REY.

¿Cómo es eso?

LAURA.

A don Iñigo, os confieso
Que por noble y cortesano,
Con honesto fin se ordena,
Señor, mi amor declarado.

REY.

Don Iñigo es gran soldado,
Y hermano, en fin, de Sirena.
¿Qué importa que no consiga
Próspero su pensamiento?
Yo las almas no violento;
Solo el amor las obliga.
Después, Laura, que entré a-peí,
Sé la fuerza con que abrasa
Amor, y lo que en vos pasa,
Puedo yo sacar por mí.
Para la guerra que aguardo,
Don Iñigo es conveniente,
Que hará un general valiente,
Sabio, animoso y gallardo.
No tengo satisfaccion
Que á Próspero tanto obligue,
Ni del conde sé si sigue
En secreto la opinion.
Propondréle á mi Consejo,
Y haréle luego elegir;
Y porque este cargo ha de ir,
Laura, á vuestra boda anejo,
Si Próspero os es odioso
Y al español guardais fe
A un tiempo lo llamaré
Yo general, vos esposo
Entre tanto vos, Sirena,
Decid á la que me abrasa,
Que por entrar en su casa,
Un rey no merece pena.
Y si ignorais á quien deis
La embajada con que os dejo,
Decídselo á vuestro espejo,
Que en él mi dama veréis. (Vase.)

ESCENA XII.

LAURA, SIRENA.

LAURA.

¿Qué es esto, Sirena mía?

SIRENA.
Palabras, Laura, serán
De un rey mancebo y galán,
Dichas mas por cortesía,
Que porque amorosas llamas
Tan presto pena le den.

LAURA.
No, amiga: él te quiere bien.

SIRENA.
Anda, que siempre á las damas
Hablan los reyes así,
Cuando son mozos.

LAURA.
No sé:

En tus ojos le miré
Suspense y fuera de sí.
Plegue á Dios que tu hermosura
Te dé lo que yo deseo;
Que en ella cifrada veo
Mi esperanza y tu ventura.

SIRENA.
Si que me corra pretendes,
Dime, Laura, de eso mas.

LAURA.
En buen punto, amiga, estás:
Ganarás, si el juego entiendes.
Buena parte le ha cabido
A tu hermano de esta empresa:
Como olvide á la princesa,
Y quiera á quien le ha querido,
El cargo de general
Tengo en dote que ofrecelle.

SIRENA.
Tu esposo estimo en mas velle,
Que con la corona real.

LAURA.
Sospecho que ha de llamalle
El rey: porque á su presencia
Pueda ir con la decencia
Que es justo, quiero envialle
Caballos, joyas y galas.

SIRENA.
Tu nobleza satisfaces:
Mas por tí misma lo haces,
Pues á tu valor le iguales.

LAURA.
En fin, tu amor no perdona
Los reyes, Sirena bella,
Pues á tus pies atropella
De Nápoles la corona.

SIRENA.
Déjalo ya.

LAURA.
Ya lo dejo;
Mas pues se fué enamorado,
Anda y llévale el recado,
Que el rey te mandó, á tu espejo.
(*Vanse.*)

Patío de la quinta quemada.

ESCENA XIII.

DON IÑIGO, GALLARDO.

DON IÑIGO.
Pues, Gallardo, ¿qué tenemos?
¿Traes algo?

GALLARDO.
Haz cuenta que nada.

DON IÑIGO.
¿No vendiste los botones?

GALLARDO.
La corte está abotonada,
Sin haber ojal varío:
No hay tienda, calle, ni plaza
Libre de mi diligencia:
Pero me dan una blanca
Por botones ni palillos.

DON IÑIGO.
¿Qué á esto lleguen mis desgracias!
¿Qué hemos de dar á Matilde?

GALLARDO.
Botones en ensalada,
Que dos docenas hay verdes;
Otra docena guisada,
Crerá que son alverjones;
Una cazuela atestada
De botones y de hornillas;
Dirémosle que son habas.
Botones por aceitunas,
Que si traen de suela el alma,
Vendrán á ser zapateras,
En lugar de sevillanas;
Y por postres mondadientes.
Que hartos hay, al cielo gracias;
Y habrá en Nápoles hidalgos,
A fuer de Guadalajara.

DON IÑIGO.
¿Buena cena!

GALLARDO.
¿Y cómo buena!

¿No hubo señor en España,
Que á su zapatero hizo
Darle sus botas guisadas?
Pues de botas á botones,
¿Qué va?

DON IÑIGO.
Si el gaban llevaras...

GALLARDO.
Antes que llegara allá,
Los gabanes no se usaran.

DON IÑIGO.
Si quieres que me dé muerte,
Di mas disparates.

GALLARDO.
Mata
El hambre, y harás mejor.
Llamóme una cortesana
Con media vara de boca,
Y al fin para abotonarla,
Una gruesa me compró;
Mas como era tan ancha
No han de bastar veinte gruesas:
Dióme seis reales en plata:
Di con ellos y comígo
En una hostería...

DON IÑIGO.
Acaba
De decirlo, pues.

GALLARDO.
Compré
Morcillas negras y blancas:
En buen romance, mondongo.

DON IÑIGO.
Anda, vete enhoramala.

GALLARDO.
Para tí y para Matilde,
Con su caldo y con su panza,
Un pan, rábanos y queso.

DON IÑIGO.
¿Vive Dios! si no mirara
Que eres un loco bufon....

GALLARDO.
¿Qué querías que comprara?

DON IÑIGO.
Un ave.

GALLARDO.
El Ave María,
Si aves quieres, puedes darla,
Que hartas tiene tu rosario;
Porque esotras valen caras.

DON IÑIGO.
¿Quién hace caso de tí!

GALLARDO.
Vuelve acá, la burla basta.
Un pavo traigo manido,

Con mas pechugas que un ama;
Dos gallinas, tres conjos,
De vitela una empanada,
Ostiones en escabeche,
Y una bota calabriada,
De Chipre y de Malvasia,
Medio tiuta y medio blanca,
Diacitron y confitura
Hay para postre, dos cajas.

DON IÑIGO.
¿De veras?

GALLARDO.
Y tan de veras,
Que una bestia está cargada
A la puerta de la quinta.
Vuelve la vista, y verásla.

DON IÑIGO.
Ya la veo, y ya te doy,
Gallardo, brazos y gracias.

GALLARDO.
Dime, amores, por tu vida,
¿Sacarás luego la daga?
¿Tendrémos cuerpo presente,
O enviarásme enhoramala,
Cuando soy mantenedor,
Mejor que tú, de tu casa?

DON IÑIGO.
¿Quién te socorrió tan presto?

GALLARDO.
Si te dijera que Laura,
La que á mi señora hospeda,
Y de Rugero es hermana,
¿Qué dijeras?

DON IÑIGO.
Anda, necio.

GALLARDO.
Si en fe que te adora y ama,
Mondadientes y botones
En doblones me trocara,
Y haciendo tu amor la costa,
Socorriera nuestras faltas,
Y el alma misma te diera
Porque á Matilde olvidaras,
¿Qué hicieras? digo otra vez.

DON IÑIGO.
A ser verdad lo que hablas,
Te abrasara á tí y á ella.

GALLARDO.
Y despues, ¿con qué cenaras?

DON IÑIGO.
Acabemos ya, Gallardo,
Que son burlas muy pesadas
Las tuyas para este tiempo.
Si lo que traes dió Laura,
Vete con ello, y no vuelvas
A verme jamas la cara;
Que no socorre cortés
Quien interesable agravia.
¿Yo olvidar á la princesa!
No ha pintado la mudanza
Al temple en mí su hermosura,
Sino en brouces y medallas.
No quiero ya tus regalos.

GALLARDO.
Pan perdido, vuelve á casa,
Que todo esto es chilindrina.
Sirena es quien te regala.

DON IÑIGO.
¿Vióte Laura?

GALLARDO.
Ni por pienso.

DON IÑIGO.
¿Pues cómo hablaste á mi hermana?

GALLARDO.
Cuando pasé por la calle,
Me llamó de la ventana,
Y dándome seis doblones,
De tus penas lastimada,

Dijo que, á poder, con ellos
Te diera también el alma.

DON ÍÑIGO.

¿Sabe que está aquí Matilde?
GALLARDO.

Yo en eso no hablé palabra;
Y si es que ella lo sospecha,
Es tan cuerda que lo calla. —
¿Qué es de nuestra peregrina?

DON ÍÑIGO.

Por llorar después, descansa.
GALLARDO.

¿Y adónde?

DON ÍÑIGO.

¿Tengo yo mas
Que una mal compuesta sala?

GALLARDO.

Y una cama sola en ella,
Aunque no rica, aseada.
Págueme Dios al fuego,
Que nos la dejó de gracia.
¿Dónde pienso dormir tú?

DON ÍÑIGO.

¿Ha de faltar una tabla?

GALLARDO.

Recoleta eres de amor;
Los zuecos solo te faltan.
Voy á dar traza en la cena;
Y á fe que no fuera mala,
Si se la diera cocida;
Cenárala en casa asada. (Vase.)

ESCENA XIV.

RUGERO, TEODORO. — DON ÍÑIGO.

RUGERO.

¿Si le hallaremos aquí?
(Hablan los dos sin reparar en don Íñigo.)

TEODORO.

No sale sino es á caza;
Que dicen que se sustenta
Con ella.

RUGERO.

¿Qué hermosa casa
Aquí mi envidia abrasó!

TEODORO.

¿Y de qué sirvió abrasarla,
No saliendo con tu intento?

RUGERO.

Sacó, en brazos, de las llamas
A Matilde el español,
Siendo Eneas de su dama,
Y acreditó su nobleza
En el fuego y en el agua.
Pero, Teodoro, ¿no es este?

TEODORO.

El mismo.

RUGERO.

Si por mí hermana
Olvida á mi opositora,
Desde hoy cesan sus desgracias. —
Dadme, don Íñigo, albricias:
(Llegando á él.)

El rey mi señor os llama
Para honrar vuestro valor,
Y hacer de vos confianza.
Muchos parabienes tengo
Que daros, y por mi causa
Todos ellos.

DON ÍÑIGO.

¡Oh Rugero!

¿Qué es, pues, lo que el rey me manda?

RUGERO.

Quiere haceros general
En la guerra que amenaza,
Y de vuestro esfuerzo fia
Su reino, su vida y fama.
Pero esto con condicion
Que siendo esposo de Laura.

Asegureis las sospechas
Que vuestro credito agravian.
Ya sabéis que va Matilde
De Nápoles desterrada,
Porque contra su lealtad
Hallaron no sé qué cartas.
En que convida al de Anjou
Con su estado, hacienda y a mas
Para que en Nápoles reine,
De quien es apasionada.

DON ÍÑIGO.

Bien.

RUGERO.

Como el rey ha sabido
Las muestras trasordinarias,
Que á costa de vuestra hacienda,
Lo que la queréis declarar;
Aunque conoce el valor
Que invencible os acompaña,
Y que en la ocasion presente
Si su ejército os encarga
Ha de salir con victoria;
Recela que vuestra dama
Tras sí la lealtad os lleve.
Del modo que os lleva el alma.
Para asegurarse de esto,
Con Laura, mi hermana, os casa,
Dándoos titulo de conde,
Y en su consejo os aguarda
De guerra; y aunque me recen
Mas que esto vuestras hazañas,
La merced que os hace el Rey,
Pienso que ha sido á mi instancia.

TEODORO.

Laura también os espera,
No como Matilde, ingrata,
Sino juzgando por siglos
Las horas que en veros tarda.
Y porque con la decencia
Que hombre de tanta importancia
Como vos, á hablar al Rey,
Don Íñigo noble, vaya,
En fe del amor que os tiene,
Llenando un baul quedaba
De joyas y de vestidos,
Curiosidades y galas.

RUGERO.

No me da lugar mi prisa
Para que aguarde las gracias
Que queréis darme por esto,
Por mandarme el rey que parta
Tras Matilde y que la prenda;
Que los deudos que en Italia
Tiene, si la ven así,
Han de procurar vengarla.
Id, don Íñigo, á la corte,
Donde la dicha os aguarda
Que vuestro valor merece,
Y adios.

(Vanse Rugero y Teodoro.)

ESCENA XV.

DON ÍÑIGO

Tentaciones vanas,
No habeis de ser poderosas
Para vencer la constancia
De mi amor firme en Matilde,
Aunque agradecido á Laura.
Vive Dios, que aunque pusiera,
Porque á Matilde olvidara,
En mis sienes su corona
Quien me ofrece su privanza,
Agora que todo el mundo
Ingrato la desampara,
Estimo mas el servilla
Que ser el mayor monarca.

ESCENA XVI.

MATILDE. — DON ÍÑIGO.

MATILDE.

Don Íñigo, desde aquí,

Temerosa y encerrada.
Escuché á mis enemigos
Que el rey don Fernando os llama,
Que os hace su general,
Y con Laura hermosa os casa,
Que os da titulo de conde,
Y vuestra fortuna ensalza.
No es mucho que lo aceteis,
Viéndoos pobre por mi causa,
Mal pagado vuestro amor,
Vuestra lealtad mal premiada....

DON ÍÑIGO.

Matilde, yo no encarezco
Lo que os quiero con palabras,
Que el amor que es verdadero
Poca retórica gasta.
Agora veréis quién soy.
Gallardo.

ESCENA XVII.

GALLARDO, con mandil y un cucharón. — DICHO.

GALLARDO.

¿Hay hambre? ¿Qué mandas?

DON ÍÑIGO.

Cierra esas puertas.

GALLARDO.

Bien dices.

Cenar á puerta cerrada
Es cordura.

DON ÍÑIGO.

Date prisa;

Y escucha.

GALLARDO.

Ya eché la tranca.

DON ÍÑIGO.

¿Qué cabalgadura es esa
Que trujiste ahora, cargada
Con la cena, de la corte?

GALLARDO.

Ahí es de un camarada.

DON ÍÑIGO.

Ocasion se ofrece agora,
Eu que muestras que me amas.

GALLARDO.

Cenemos, si es que me obligas
A hacer alguna jornada.

DON ÍÑIGO.

Aparéjala....

GALLARDO.

¿Qué intentas?

DON ÍÑIGO.

Y aquel repostero saca
Que nos quedó.

GALLARDO.

¿Para qué?

DON ÍÑIGO.

Ponle de suerte que vaya
La Princesa mi señora,
En él mas acomodada.
Caminando cenaremos;
Que no ha de cogermos en casa
El presente con que intenta
Laura vencer mi constancia.
Guarde sus cargos el Rey,
Y con ellos merced haga
A quien, cual yo, no anteponga
A su valor su privanza;
Que vos y yo, mi Princesa,
Como nos da ser un alma,
Corremos una fortuna,
Y es necio quien nos aparta.
Venid, y no repliqueis.

MATILDE.

¡Oh blason y honra de España!

GALLARDO.

Voy á recoger la cena;

Haré alforjas de mi capa,
que lleve nuestro rocín
En el arzon de tu dama.

DON ÍÑIGO.
Ea, pues, démonos prisa.

GALLARDO.
En fin, ¿hemos de ir á pata?

DON ÍÑIGO.
Tiene amor alas y vuela.

GALLARDO.
¡Buena! Atente tú á sus alas,
Y depárrame á mi Dios
Aquí debajo unas ancas.

ACTO TERCERO.

Calle. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

EL REY y PROSPERO, *vestidos como de noche.*

REY.
Sirena, Próspero, ¿es ésta
De mi corona real?

PROSPERO.
Su belleza es peregrina,
Mas no á tu valor igual.
Puesto que en ti predomina.
Pero escucha, que sospecho
(Que á la ventana han salido
Sirena y Laura.

REY.
En mi pecho,
De que el sol ha amanecido,
Sus rayos señal han hecho.

ESCENA II.

LAURA y SIRENA, *á la ventana.* — EL REY, PROSPERO.

LAURA.
Déjame, Sirena mía,
Decir mi amor á los cielos;
Que es de noche y tendrá celos
Del sol, que ausentó su día.
En fin, ¿tu hermano se fué
Con Matilde?

SIRENA.
Las espías,
Laura, de celos, que envías,
Puesto que vuelvan, yo sé
Que mienten, si eso te dicen;
Porque los que con mi hermano
Afirman que está en Rojano
Matilde, se contradicen;
Pues ninguno hay que haya visto
A don Íñigo con ella.

LAURA.
El alma es profeta, y della
Colijo el mal que resisto.
No le hallaron mis criados,
Cuando en muestras de mi fe,
El presente le envié,
A vueltas de mis cuidados.
Por acudir á lo mas,
De servir al rey dejé.

SIRENA.
Supiéralo, Laura, yo,
Si se fuera. ¡Extraña estás!

LAURA.
Yo siento lo que ha perdido
Con el rey, por no ser cuerdo;
Y lo que en perderle pierdo,
Me hace perder el sentido.
Pero buena intercesora

Quando vuelva, tendrá en ti
Don Fernando.

SIRENA.
¿Cómo así?
LAURA.

Si el rey, Sirena, te adora,
¿Qué no alcanzarás con él?

SIRENA.
Laura, ya te he suplicado
Que no, porque en este estado
Me tenga el tiempo cruel,
Pierda contigo el valor
Que de mi sangre heredé.
Si cortés y galán fué
Conmigo el rey mi señor,
Mostró, al uso de palacio,
Lo que á las damas estima.

REY. *(Bajo á Próspero.)*
Príncipe, licion de prima
Oye aquí mi amor de espacio.
¿Qué divino entendimiento!
Alma, escuchad y aprended.

SIRENA.
¿Quiéresme á mi hacer merced
Que mudemos argumento?

LAURA.
No, por tu vida, Sirena:
Que podrá ser que esté aquí
El Rey, despierto por ti
(Pues no duerme amor que pena),
Y holgaréme, si te escucha,
Que en lo que le sirvo vea.

REY. *(Llegando á la ventana.)*
Aquí está quien os desea
Hacer, Laura, merced mucha

LAURA.
¡Ay, Sirena, el rey!

REY.
También
Puede un rey ser rondador.

LAURA.
¡Tanta merced, gran señor!

REY.
Lo que los ojos no ven,
Porque la noche lo impide,
Oír el alma desea:
Mientras su dicha no os vea,
Hablad, palabras os pide.

LAURA. *(Ap. á Sirena.)*
Aprovecha la ocasión,
Sirena, que á tu ventura
Ofrece el cielo: procura
Cumplir con la obligación
En que Fernando te ha puesto.

SIRENA.
Señor, ¿pues de noche envía
Amor á un rey por espía?
¡Caso raro!

REY.
En este puesto
Vengo á ser posta perdida;
Que en las amorosas leyes
No se preservan los reyes.

SIRENA.
A riesgo tendréis la vida,
Si pérdida posta os hace
El amor.

REY.
Decis verdad,
Pues perdi la libertad,
De quien vida y gusto nace.
Bien podeis de aquí sacar
La fuerza que en un rey tiene
El ciego dios.

LAURA.
Gente viene:
No os oigan, señor, hablar.
(Apártanse á un lado el Rey y Próspero.)

ESCENA III.

RUGERO, TEODORO. — EL REY,
PROSPERO, LAURA, SIRENA.

RUGERO. *(Trae una carta.)*
Firmé la carta: que ejecutes luego
Importa, mi Teodoro, tu partida;
Que toda dilación es peligrosa.
Al de Rojano ofrezco aquí, de parte
Del rey, que si le da muerte á Matilde,
En cuyo amparo está, dará la mano
A la infanta su hermana. Está la firma
Al vivo contrahecha. Parte al punto,
Y dásela en sus manos; que me importa,
Por lo ménos, gozar libre á Salerno,
Quitando de por medio á mi enemiga.
Si ponés diligencia, fácilmente
Puedes llegar con postas á Rojano
Mañana á medio día.

TEODORO.
¿Y tú no escribes
Al duque, asegurando la promesa
De aquesta carta?

RUGERO.
Adviertes cuerdate.
Espérame entre tanto que la escribo;
Que no quiero que Laura te detenga;
Si en mi casa te ve, como acostumbra,
Sino que desde aquí te partas luego.

TEODORO.
Aguardo pues.

RUGERO.
Al punto saco el pliego.
(Vase.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *ménos Rugero.*

REY.
¿Fuéronse?
PROSPERO.
El uno solo se entró en casa,
Y el otro se ha quedado en esa esquina.

REY.
Pues llévale de aquí dos ó tres call. s.

PROSPERO.
Si alguno, gran señor, no le socorre,
Yo sabré cómo riñe ó cómo corre.

TEODORO. *(Ap.)*
Dos hombres hay debajo de las rejas
De Laura, y me parece que encaminan
A mi sus pasos: yo no soy mas que
[uno....]
¿Quién va? ¿No me responde, y desearé
[vaina!]

Huir, Teodoro, que será desgracia
Refirir sin causa, y no morir en gracia.
(Vase Teodoro y Próspero tras él.)

LAURA.
Señor, mi hermano pienso que está en
[casa].

REY.
Pues retiraos las dos, que no pretendo
Que sepa vuestro hermano mis amores,
Y dadme, mi Sirena, vos licencia
Para cursar mas noches este sitio.

SIRENA.
Esclava vuestra soy.

REY.
¿Y no mi dama?

SIRENA.
Sois rey, humilde yo, frágil la fama.
(Vanse las dos.)

ESCENA V.

RUGERO, *que sale con la carta.* — EL REY.

RUGERO. *(Al Rey.)*
Teodoro, mi dicha estriba

En sola tu diligencia ;
No vuelvas á mi presencia,
Si á Matilde dejas viva.
En esta carta del Rey,
Aunque falsa, está el sosiego
De mi estado : parte luego,
Si á mi amistad guardas ley.
Que pues otra falsa firma
Le quitó estado y honor,
Quitándome esta el temor,
A Salerno me confirma.
Dile al duque de Rojano
La suerte que se le ofrece,
Y de la infanta encarece
La hermosura ; que su hermano
Le espera ; que el Rey le hará
El todo de su prianza ;
La lealtad que en su alabanza
Consigue, si muerte da
A quien contra su señor
Conspira ; y cuando le vieres,
Dile, en fin, cuanto supieres.

REY. (Ap.)

¿Qué es esto, cielos?

RUGERO.

Valor

Tienes, Teodoro ; haz de modo
Que salgas con lo que vas :
Muera Matilde, y serás
Señor de mi estado todo.
¿No respondes? ¿Qué recelas?
(Disimula la voz el Rey, rebozado.)

REY.

Hacer callando es mejor,
No nos sientan : el amor
Que te tengo pone espuelas
Al deseo que me lleva
A darte gusto.

RUGERO.

Ya tienes
Postas, Teodoro : si vienes
Con la deseada nueva,
Un alma somos los dos.
(Dale la carta.)

REY.

Esto y mas haré por tí.

RUGERO.

¿Tomaste la carta?

REY.

Sí.

RUGERO.

Vete.

REY.

Voime.

RUGERO.

Adios.

REY.

Adios.

(Vase Rugero.)

ESCENA VI.

EL REY.

¿Vió suceso semejante
El mundo? ¿Ah traidor Rugero !
Amor, daros gracias quiero ;
Pues á no ser yo hoy amante,
No supiera el trato falso
De este traidor. Hoy verá
Nápoles que el pago da
Al traidor un cadañalso.

ESCENA VII.

PROSPERO.—EL REY.

PROSPERO.

¿Qué buenas fugas hiciera,
A ser músico, el cobarde !
Bien puedes hacer alarde
De tu amor.

T. V.

REY.

¿Huyó?

PROSPERO.

Pudiera

Ser músico de interés,
Segun pasa-calles canta ;
Que hacen pasos de garganta
Las gargantas de sus pies.
¿Qué es de las damas?

REY.

Despacio

Te diré cuánto favor
Por ellas me hizo el amor.
Cerca de aquí está palacio :
Al capitán de mi guarda
Llamad luego.

PROSPERO.

Pues ¿qué ha habido?

REY.

Milagros me han sucedido :
El cielo á Matilde guarda.
Dí que traiga un escudron
De alabarderos.

PROSPERO.

¿Qué es esto?

REY.

Aquí te espero : ven presto.
(Ap. ¿Darla muerte! ¡Hay tal traicion!)
¿No vas?

PROSPERO.

Sí, señor.

REY.

Aguarda,

Que mas hará mi presencia.
(Ap. Matilde, vuestra inocencia
Fué hoy vuestro ángel de guarda.)
(Vase.)

Explanada delante de la quinta.

ESCENA VIII.

DON IÑIGO, con escopeta; GALLARDO.

DON IÑIGO.

Esto está bien hecho así.

GALLARDO.

No sé yo que tan bien hecho

DON IÑIGO.

Pues ¿qué querías?

GALLARDO.

Yo, nada.

A la quinta nos volvemos
Tan mudrados como fuimos :
¿Amante eres de provecho !
¿A que á Matilde llevamos
A costa de los dineros
Que nos dió, señor, tu hermana,
¿Pienso yo que fuera bueno
Que dándote á conocer
Al duque su primo ó deudo,
Entráramos en Rojano ;
Y el favor agradeciendo
Con que le diste la vida,
Noble en reconocimiento,
Remediara tu pobreza,
Fues por Matilde nos vemos
Casi en pelota los dos.

DON IÑIGO.

¿No eres mas discreto que eso?

GALLARDO.

Fuimos á pata con ella,
Representando el destierro
De Egipto, como le pintan,
Por páramos y desiertos.
Llegamos á media noche
A la ciudad, y en abriendo
Las puertas de su palacio,
Entró tu señora dentro,
Despidiéndose amorosa ;

Y los dos, de puro cuerdos,
Como insignias de meson,
Nos quedamos al sereno.
¿Cuerpo de Dios! ¿fuera mucho,
Ya que fuimos arrieros
De amor, que el duque su primo
Nos pagara aqueste tercio?
¿Somos sastres del Campillo?

DON IÑIGO.

¿Qué de respuestas que tengo
Que dar á tus necedades!

GALLARDO.

¿Bien con ellas cenarémos!

DON IÑIGO.

¿Párecete á tí que fuera
Decente que un caballero
Como yo, llegara así
Delante del duque, necio?
¿Si supieran en Rojano
Que yo por Matilde he vuelto
Contra el gusto de mi rey,
¿No me culparan por ello?
¿Mas precio que no me hallase
Aquí el presente molesto
De Laura, por no quedar
Mi amor á satisfacerlo,
Que cuantas riquezas trae
Acuestas el mar inmenso.

GALLARDO.

Alto pues, ya que los dos
A las reliquias volvemos
De nuestra abrasada Troya,
No hay sino cazar conejos
Vuestra merced ; y yo dalle,
Y hacer botones.

DON IÑIGO.

Primero

Iré á ver lo que el rey manda,
Pues me llamó.

GALLARDO.

¿Agora? ¿Bueno!

¿Al cabo de cuatro días!

DON IÑIGO.

No ha pasado mucho tiempo :
Cumpliré con mi lealtad,
Y quitaré los recelos
De que acompañe á Matilde,
Que no deben ser pequeños.
En anocheciendo, iré
A verle, que no me atrevo
A entrar en la corte así
De día..... Pero ¿qué es esto?

ESCENA IX.

LISENO, un CRIADO.—DON IÑIGO,
GALLARDO.

LISENO. (Al criado.)

Mandó el rey que le avisasen
En llegando, porque él mismo,
Recibiéndola, quería
Honrar así su destierro ;
Y pues la hemos encontrado
En el camino, primero
Que llegue á Nápoles, manda
Prospéro que le llevemos
Las nuevas de su venida.

CRIADO.

En esta quinta harán tiempo,
Mientras sabe el rey que llega.

DON IÑIGO.

¿Podrémos saber, Liseno,
Dónde vais con tanta prisa?

LISENO.

Oh noble español ! no espero
Malas albricias de vos
Por la nueva que al rey llevo.
Sabed que por la princesa,
De vuestras penas objeto,

A pesar de desleales,
 Su misma inocencia ha vuelto.
 Supo por un caso extraño
 Las traiciones de Rugero
 El rey don Fernando invicto,
 Y despues de haberle preso,
 Al de Taranto ha enviado
 Y á otros muchos caballeros
 Por ella, para que goce
 Segunda vez á Salerno.
 Encontróla en el camino;
 Porque el de Rojano, ejemplo
 De la lealtad en Italia,
 Luego que supo el suceso
 De su desterrada prima,
 Le dijo: «El valor que heredó
 De mi generosa sangre,
 No sufre que el vulgo necio
 Vuestro honor en duda ponga:
 El Rey es el juez sup-rmo
 De sus vasallos, y ante él
 Que vamos los dos intento
 A averiguar la verdad.»
 Y así á Nápoles partieron.
 Sale el rey á recibirlos;
 Y mientras á darle llugo
 Las nuevas de su venida,
 Harán alto en este puesto.
 El ruido de los coches,
 Si es que reparais en ellos.
 Os dirá cuán cerca están.
 Si las albricias merezco
 De nuevas tan deseadas,
 De que lo mostréis es tiempo.

DON IÑIGO.

Perdonad, Liseno amigo,
 Si no os pago como debo.
 En esta escopeta sola
 Se ha cifrado cuanto tengo.
 Albricias de pobre, en fin:
 La dádiva es como el dueño.
 Tomalda, y de mi creed,
 Que á ser rey, fuera lo mesmo
 Que de aquesta niñería,
 Liseno, de todo el reino.

(Dale la escopeta.)

LISENO.

Esta estimo yo en el alma,
 Como de tal caballero;
 Y adios, que llega Matilde.
 (Vase con el criado.)

ESCENA X.

DON IÑIGO, GALLARDO.

DON IÑIGO.

Gallardo, ¿qué dices de esto?

GALLARDO.

Que estamos sin arcabuz,
 Y seguros los conejos.

DON IÑIGO.

¡Bueno es que en eso repares,
 Cuando loco de contento,
 Por la nueva de tal dicha,
 Habías de hacer extremos!
 ¡Cielos, Matilde está libre!
 En fe del gozo que muestro.
 Sacad el aparador
 Que honra vuestro firmamento.
 Sol hermoso, ya Matilde
 Es princesa de Salerno;
 Entapizad de brocados
 Aquestos montes soberbios.
 Luna, Matilde venció.
 Estrellas, signos soberbios,
 Hoy Matilde entra triunfando;
 Coronalde los cabellos.
 Elementos, haced todos,
 Pues que sois invencioneros,
 Fiestas á Matilde hermosa:
 Luminarias ponga el fuego,

Vierta agua rosada el agua,
 Tienda tapetes el suelo.
 Aves, dadle el parabien;
 Peces, romped el silencio.
 Sol, estrellas, luna, signos,
 Montes, valles, elementos,
 Peces, aves, brutos, plantas,
 Rios, lagos, mares, puertos,
 Todos interesais lo que intereso,
 Y todos no igualais á mi contento.

(Vase.)

ESCENA XI.

GALLARDO.

¡Cielos! don Iñigo ha dado
 La escopeta, y no tenemos
 Qué comer, si no tirais
 Estrellas á los conejos.
 Sol, don Iñigo está loco:
 Pues sois luz, buscalde el seso,
 No le deje á buenas noches,
 Que vive Dios, que lo temo.
 Luna, en sus cascos vivis:
 Cuatro cuartos por lo ménos
 Teneis, dadnos otros tantos
 De ración, ó ayunarémos.
 Estrellas, planetas, signos,
 ¿Qué diablos os hemos hecho
 Para influir en nosotros
 Amores y no dineros?
 Aves, decidle á mi amo
 Que sustentarle no puedo
 Con botones y palillos,
 Si en albricias los da luego.
 Peces, entraos por mi casa;
 Y aunque en carnal, comerémos
 Pescado, como Vitorios,
 Aunque os volvais abadejo.
 Brutos, aunque brutos sois,
 Mas lo es quien dió sin seso
 Un arcabuz, que servía
 Al hambre de despensero.
 Sol, estrellas, luna, signos,
 Montes, valles, elementos,
 Peces, aves, brutos, plantas,
 Hambres, juro y reniegos,
 Todos diréis conmigo que á tal tiempo
 Quien la escopeta dió, ó es loco ó necio.

(Vase.)

ESCENA XII.

PROSPERO, EL DUQUE DE ROJANO,
 MATILDE, *bizarramente vestida*, y
 con la pluma de Próspero en la cabeza; ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Aquí habemos de esperar
 Mientras al rey dan aviso.

PRÓSPERO.

Gracias al cielo, que quiso
 A luz, princesa, sacar
 Vuestra justicia; y la suerte
 Que en veros restituída,
 Mi esperanza agradecida
 En fe de mi amor advierte....

MATILDE.

Creed que en el alma tengo
 Vuestras palabras impresas,
 Y que de vuestras promesas
 Agradecida, prevengo
 Paga igual á vuestro amor,
 Sin que os quede á deber nada.

PRÓSPERO.

En la desgracia pasada
 No fué bastante el rigor
 Del rey, ni el veros ausente
 Con deshonor tan notoria,
 A que amor en mi memoria
 No os adorase presente

Esta banda que me distes
 Animando mi esperanza,
 Dirá si hubo en mi mudanza.

MATILDE.

Amante firme anduvistes;
 Pero en esto no presuma
 Vuestro amor ser preferido;
 Que yo, como no he adquirido
 De vos más que aquesta pluma
 Aunque mis joyas perdí,
 Mi hacienda, gusto y estado,
 En su valor he cifrado
 La fe que en vos conocí.

PRÓSPERO.

¿Segun eso, el Rey tendrá
 El sí que espera de vos,
 Desposándonos los dos?

MATILDE.

El Rey es cuerdo, y verá
 Que siéndole yo obediente,
 Y haciéndoos tanto favor,
 Es justo que á vuestro amor
 Pague mi amor igualmente.

DUQUE.

Admirable recreacion
 En otro tiempo sería
 Esta quinta, prima mia,
 Y causame compasion
 El verla asolada así.

MATILDE.

Mayor, duque, la tendréis,
 Si á su dueño conocéis,
 Pobre y retirado aquí
 Por mi causa.

DUQUE.

¿Cómo es eso?

MATILDE.

Lo que le debo os dijera
 Si en persona no viniera,
 Loco de mi buen suceso.

ESCENA XIII.

DON IÑIGO, GALLARDO.—DICHOS

DON IÑIGO.

Bien creeréis, señora mia,
 Que en celebrar esta nueva
 Nadie ventaja me lleva;
 Y aunque, en fe de esto, podía
 Hacer exageraciones,
 Habla mi silencio aquí;
 Que ya vos sabéis de mí
 Que soy corto de razones.

MATILDE.

Ya yo sé que en vos se cifra
 Mas valor que encarecéis,
 Y que en las manos teneis
 La lengua, que habla por cifra.
 Fernando, el rey mi señor,
 Don Iñigo, envía por mí;
 Que quiere, honrándome así,
 Trocar iras en amor.
 Y en prueba de esto, pretende
 Darme esposo de su mano:
 Lo mucho que en este gano,
 Colijalo quien me entiende.
 Pero sin vos, no me atrevo,
 Don Iñigo, á desposarme;
 Ni yo, si no vais á honrarme,
 Podré pagar lo que os debo.
 Si vuestro amor me respeta,
 En Nápoles os aguardo.

DON IÑIGO.

¿Cómo!

(Ap. á Gallardo.)

¿Qué es esto, Gallardo?

GALLARDO. (Ap. á su amo.)

Las balas de la escopeta.

DON ÍÑIGO.

¿Que á casaros vais, señora!
(Ap. ¡Ay, ingratos desengaños!)
¿Con quien?

MATILDE.

Con quien muchos años
Há que me sirve y adora.
Su firmeza á premiar vengo.

DON ÍÑIGO.

¿Podré yo quien es saber?

MATILDE.

Mirad vos quien puede ser
De los que presentes tengo.

PRÓSPERO.

Don Íñigo, el Rey conoce
Lo que á la Princesa quiero,
Y él mismo ha sido el tercero
Para que su mano goce.
Si me honra vuestro valor,
Fuerza es que cumplido sea:
Fuera de que el Rey desea
Veros y haceros favor.

DON ÍÑIGO. (Ap.)

¡Harto bien mi amor despacha!
¡Que esto escucho! ¡que esto he visto,
Cielos!

GALLARDO. (Ap. á su amo.)

¡Oh! ¡cuerpo de Cristo,
Con la Princesa borracha!
Voto á Dios que es una puerca.

DON ÍÑIGO.

Calla, y déjame.

GALLARDO.

Ya callo.

ESCENA XIV.

LAURINO.— LOS MISMOS.

LAURINO.

Señores, alto á caballo,
Que tenemos al Rey cerca.

MATILDE.

Vamos pues.

DON ÍÑIGO. (Ap.)

¡Amor injusto!

Al fin tirano, al fin ciego,
Al fin....

MATILDE.

Haced lo que os ruego,
Si os preciais de darme gusto,
Y quedaos, Íñigo, á Dios....

DON ÍÑIGO. (Ap.)

¡Qué hasta esto quiera obligarme!

MATILDE.

Porque no pienso casarme
¿Entendeis esto? sin vos.

(Vase con su acompañamiento.)

ESCENA XV.

DON ÍÑIGO, GALLARDO.

GALLARDO.

¡Mas que nunca Dios la dé
Salud, ni trazo en que la ate!

DON ÍÑIGO.

¡Que así Matilde me trate!
¡Que así se premie mi fe!
¡Cielos! ¡tantos beneficios,
Tantos días de firmeza,
Gastada tanta riqueza,
Perdidos tantos servicios!
¡Mi hacienda y casa encendida,
Mal pagados mis empleos,
Mal premiados mis deseos....!

GALLARDO.

¡Y la escopeta perdida!

DON ÍÑIGO.

¡A tantas obligaciones
Ingrata! ¡Y con vida yo!

GALLARDO.

¡Por Dios, que se le soltó
Gentil gato de doblones!
¡Bien nos remedió á los dos!

DON ÍÑIGO.

¡Que á su boda ha de llevarme!

GALLARDO. (Remedando.)

Si, que no pienso casarme
¿Entendeis esto? sin vos.

DON ÍÑIGO.

¡Con un hombre, todo viento,
Todo plumas y palabras,
Te casas, y estatuas labras
Al desagradecimiento!

¡Con quien en la adversidad
Tan corto y avaro fué,
Que te vió salir á pie,
Y en prueba de su crueldad,
A darte no se comide
El socorro limitado
Del pobre mas desdichado
Que de puerta en puerta pide!
Un hombre, un mozo siquiera,
Que asegurara tu honor.

GALLARDO.

Un borrico de aguador,
En que fueses caballera.

DON ÍÑIGO.

Y á quien con voluntad tanta
Su pobre casa te dió....

GALLARDO.

Y en una tabla durmió,
Con medio tapiz por manta....

DON ÍÑIGO.

A un amor tan verdadero,
Que á hacer por ti se dispuso...

GALLARDO.

Contra la costumbre y uso,
A un lacayo botonero....

DON ÍÑIGO.

Cosas indignas, en fin,
De mi nobleza y valor....

GALLARDO.

Yendo á pata mi señor,
Delante de tu rocin....

DON ÍÑIGO.

¿Pagas con dejar burlada
Mi fe, y os casais los dos?
¿Tú eres noble?

GALLARDO.

Vive Dios,
Que es una desvergonzada,
Y que no tiene conciencia;
Y si es mujer, salga aquí.

DON ÍÑIGO.

¡Y que me mandes así,
Porque muera en tu presencia,
Hallarme en tu boda!

GALLARDO.

Vos

Sois tan gentil Amadis,
Que iredes allá: ¿advertís?

DON ÍÑIGO.

Pues, ingrata, vive Dios,
Que ha de ver la corte toda,
A costa de mi quietud,
Mi amor y tu ingratitud.
Hallarme tengo á tu boda;
Y muriendo de esta suerte,
Serémos con nombre igual,
Yo hasta la muerte leal,
Y tú ingrata hasta la muerte. (Vase.)

ESCENA XVI.

GALLARDO.

Pues no ha de quedar por mí.
Vaya en este trauce fiero

La sogá tras el caldero.

Soga soy: ya voy tras ti.
Muramos juntos los dos:
Contigo quiero enterrarme,
Porque yo no he de casarme
¿Entendeis esto? sin vos. (Vase.)

Salon de palacio.

ESCENA XVII.

EL REY, EL DUQUE DE ROJANO, MATILDE, PRÓSPERO, ACOMPAÑAMIENTO DEL REY Y DEL DUQUE.

REY.

Princesa, toda mi corte
De veros venir se alegra,
A pesar de desleales,
Triunfando vuestra inocencia.
Si engañado os castigué,
Con haceros hoy condesa
De Valdefflor satisfago
Mi rigor y vuestras penas.
Princesa y condesa sois.

MATILDE.

Eslava de vuestra alteza
Es el blason mas ilustre
Que mi dicha estima y precia

REY.

Duque, de vuestra lealtad
Habeis dado nobles muestras,
Y es razon, pues me servís,
Que salga yo de esta deuda
A mi hermana os prometia
Quien, falseando mi letra,
En fe de que todo es falso,
Por mi os pidió la cabeza
De vuestra inocente prima;
Pero yo que la nobleza
De vuestra sangre conozco,
He de cumplir su promesa.
Esposo sois de la infanta.

DUQUE.

Si así vuestra alteza premia
Propósitos de servirla,
Ejecutados ¿qué hiciera?
Con sus pies honro mis labios.

ESCENA XVIII.

DON ÍÑIGO, GALLARDO.—DICHOS.

GALLARDO.

(Hablando con su amo, retirados los dos.)
Dios ponga tiento en tu lengua.

DON ÍÑIGO.

A lo ménos con mi vida
(Que ya mi muerte se acerca)
Quedaré libre de engaños,
Y Matilde satisfecha.

MATILDE. (Ap.)

¡Cielos! Don Íñigo es este.
Amor, bastan tantas pruebas:
Prevenid á su lealtad
Coronas que sean eternas.

REY.

Princesa, el conde de Anjon
Poderoso dicen que entra
Contra mí, y es necesario
Salir luego á la defensa.
El principe de Taranto
Ha de ser en esta guerra
Mi capitán general;
Y no dudo que la venza,
Si agora le dais la mano:
Que amor que esperanzas premia,
Cuando con Marte se junta,
La vitoria tiene cierta.

MATILDE.

Hacedme á mi este servicio.
Corriendo por vuestra cuenta,

Gran señor, mi ser y vida,
Obedeceros es fuerza....

DON ÍÑIGO. (Ap.)

¡Ay cielos!

GALLARDO. (Ap.)

Aquí fué Troya.

MATILDE.

Pero, pues que vuestra Alteza
Servirle en esto me manda,
Y compara la experiencia
A la muerte un casamiento
(Pues en fe de esta evidencia,
Los muertos y los casados
Son solos los que se velan),
Vuestra Alteza aquí primero
Ha de ajustar ciertas cuentas,
Que están muy enmarañadas.

REY.

¿Qué enigma es ese, Princesa?

MATILDE.

Es un pleito de acredores;
Mas dígame vuestra Alteza:
¿La satisfacción no manda
Pagar en la especie misma?

REY.

La que es rigurosa, sí.

MATILDE.

¿Luego es fuerza que quien deba
Palabras, pague en palabras,
Y obras en obras?

REY.

Es fuerza.

MATILDE.

Pues, príncipe de Taranto,
Yo que soy deudora vuestra
De palabras y de plumas,
Razon es que os pague en ellas.
En mi fortuna dichosa
Me obligastes con promesas;
Solo en palabras librástes
Vuestra afición en la adversa.
Y así, en palabras os pago;
Y porque no sé que tenga
Si no es sola aquesta pluma,
De vuestro amor leve prenda,
Restituyéndoosla agora,
Quiero que Nápoles vea
(*Quítase la pluma del tocado y dádsela.*)
Que os pago con igualdad,
Y salgo de aquesta deuda.
Agora falta que pague
Obras que mi amor empeñan
Y dé por deuda pedida

Quien de mi olvido se queja.
(*Dirígese á don Íñigo, y le presenta al Rey.*)

Don Íñigo es, señor, este,
Que viene ante vuestra Alteza
A hacer en mi ejecución,
Y pretende sacar prendas.
Tres años há que es ejemplo
De valor y de firmeza,
Siendo su amor todo manos,
Si el príncipe todo lenguas.
Tres veces me dió la vida;
Y es bien, pues es dueño de ella,
Que tome su posesión;
Y premiando su nobleza,
En su favor sentenciéis
A que yo su esposa sea.

REY.

Quien tan bien, Matilde, paga,
Bien es que crédito tenga
Sobre mi reino y corona,
Y que don Íñigo adquiera
Lo que es suyo de derecho.

DON ÍÑIGO.

Déme los piés vuestra Alteza,
Y eche la culpa á mi amor
De que de este modo venga.
(*Aquí debe uparecer Sirena en el fondo del teatro.*)

REY.

Dalde á Matilde la mano;
Y pues hoy se pagan deudas,
Y en los reyes las palabras
De obras firmes tienen fuerza,
La que le ha dado mi amor
A vuestra hermana Sirena
Quiero yo también pagar.
Mi esposa es, y vuestra Reina.

DON ÍÑIGO.

Todo el bien me viene junto.

GALLARDO.

¡Oh bien perdida escopeta!
¡Oh bien perdidos botones!
¡Oh bien abrasada hacienda!

ESCENA XIX.

SIRENA.—DICHOS.

SIRENA.

Gran señor, pues mi ventura
A vuestra real mano llega,
Cuando no es merecedora
De los piés que humilde besa,
Y hoy pagan sus deudas todos;
Laura está sin culpa presa,
A cuya causa atribuyo

Lo que mi suerte interesa.
No he de ser yo sola ingrata.

REY.

A mi gracia Laura vuelva,
Y si Próspero es su esposo,
La haré del Ferro marquesa.

PRÓSPERO.

Por su intercesor (1) os puse,
Gran señor, y si desprecia
Mi dicha tanta merced,
Han de decir en mi afrenta
Que no soy más que palabras.

SIRENA.

Humilde á vuestra presencia
A besaros los piés sale.

ESCENA XX.

LAURA.—LOS MISMOS.

MATILDE.

Mis yo, gran señor, no reza
Al perdon para su hermano.

REY.

Como salga de mi tierra,
Se le concedo por vos.

GALLARDO. (A don Íñigo.)

Y mis botones ¿se quedan
Sin pagar, cobrando todos?

DON ÍÑIGO.

Gallardo, la quinta mesma
De mis grandezas teatro,
Con fábrica insigne y nueva,
En labrándola, será
Cuya.

GALLARDO.

¿Y qué he de hacer en ella
Sin dineros?

DON ÍÑIGO.

Gozarásla

Con mil ducados de renta.

GALLARDO.

Marto habrá para palillos.

REY.

Vamos, y ordénense fiestas:
Que nuestras bodas serán,
En dando fin á esta guerra.

DON ÍÑIGO.

Deje palabras quien ama,
Que sin obras todas vuelan;
Porque *palabras y plumas*,
Dicen que el viento las lleva.

(1) Por intercesor con ella, por mediador mio
os habia puesto. Véase la escena primera del
acto segundo.

EL PRETENDIENTE AL REVES.

PERSONAS.

EL DUQUE DE BRETAÑA.
LEONORA, *duquesa de Bretaña.*
ENRIQUE, *duque de Borgoña.*
SIRENA, *dama.*
CARLOS. } *caballeros.*
FLORO. }
LUDOVICO. }

GUARGUEROS, *sacristan.*
NISO, *barbero.*
CORBATO, *alcalde, pastor viejo.*
CARMENIO.
PEINADO. } *pastores.*
TIRSO.
CELAURO. }

MENGO. }
CLORI. } *pastores.*
FENISA. }
TORILDA. }
DOS PAJES.
UNA DAMA.
PASTORES.

La escena es en Nantes y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Plaza delante del palacio de Sirena, en un pueblo á seis millas de Nantes.

ESCENA PRIMERA.

CARMENIO, CELAURO y TORILDA, *cantando y bailando, y TIRSO con ellos; PASTORES.*

Cantan todos.

*Buenas eran las azucenas;
Mas las clavellinas eran mas buenas*
UNO.

*Si las rosas eran lindas,
Lindas son las maravillas,
Mejores las clavellinas,
Olorosas las mosquetas.*

TODOS.

*Buenas eran las azucenas;
Mas las clavellinas eran mas buenas.*
UNO.

*Verde estaba el toronjil,
El mastuerzo y perejil,
Y mas verde por abril
El poleo y la verbena.*

TODOS.

*Buenas eran las azucenas;
Mas las clavellinas eran mas buenas.*
CARMENIO.

¿Venimos tarde ó temprano?

CELAURO.

Buena hora pienso que es;
Que agora raya las tres
Del reloj del sol la mano,
Y el cura hisopaba ya,
Señal que acabado habia
Las vísperas.

TORILDA.

¡Lindo día!

TIRSO.

Es san Juan : ¿qué no tendrá?
Poca gente ha de venir
Hoy al baile.

TORILDA.

Han madrugado,
Y estará el pueblo cansado,
Sin bartarse de dormir;
Que las tardes de san Juan
Siempre son tan dormidoras,
Como son madrugadoras
Las mañanas.

CELAURO.

Acá están

Con tal silencio en palacio,

Que nadie nos ha sentido.

CARMENIO.

Habrán á las dos comido,
Y descansarán despacio.

TIRSO.

Mal hemos hecho en armar
Hoy el baile acostumbrado,
Que es, en fin, día cansado.

CARMENIO.

¡Bueno es eso! por bailar
No comerá una mujer
Ni dormirá en todo un año.

TORILDA.

Claro está; de cualquier daño
La culpa hemos de tener.

CARMENIO.

¿Si saldrá á vernos Sirena,
Como acostumbrá?

CELAURO.

¿Pues no?

¿Cuándo de alegrar dejó
Nuestra fiesta, estando buena?

TIRSO.

Para ser tan principal,
Y, en fin, dueño del aldea,
Su conversacion recrea
Desde la seda al sayal.
¿Hay señora mas afable (1)?

CARMENIO.

Muestra al ménos que es posible
Ser grave y ser apacible,
Ser ilustre y conversable.

CELAURO.

Pardiez, ella es buena moza.
¡Venturoso el desposado
Que ha de comer tal bocado!

TIRSO.

Poco el amor la retoza.
No se casará tan presto;
Que en fe de su libertad,
Ha dejado la ciudad,
Y en el ejercicio honesto
Desta aldea, gozar deja
Sin sospechas su edad verde.

CARMENIO.

El tiempo que agora pierde,
Llorará cuando sea vieja.

Pero volved á cantar,
Porque si duerme la siesta,
Despierte, y salga á la fiesta;
Que es ya hora de bailar.

(*Cantan.*)

*Buenas eran las azucenas;
Mas las clavellinas eran mas buenas.*

(1) *Agradable, dice en la edicion que ha servido de original.*

ESCENA II.

SIRENA. — DICHOS.

SIRENA.

Tan buena es vuesa venida
Como la música es buena.

TIRSO.

A ser la vuesa, Sirena,
Pudiera ser que dormida
La gente, se descuidara
De los alegres extremos
Que el día de fiesta hacemos
En vuesa casa, y tardara
De venir al baile.

SIRENA.

¡Bueno!

Eso es decir que he dormido
Mucho, y que tarde he salido.

CELAURO.

Por san Juan, el campo ameno
Dilata á la tarde el sueño
Que por la mañana agrada;
Pero no valemós nada
Sin vos, que sois nuestro dueño,
Y llama el amor tardanza
A lo que aun no es dilacion.

SIRENA.

Merécelo mi afición.

ESCENA III.

NISO, CLORI. — DICHOS.

NISO.

Por adónde va la danza
Iba el otro pescudando
El Córpus, despues que habia
Día y medio que dormia;
Y yo le voy imitando,
Porque si no me despierta
Clori, hoy se hace sin mí
La fiesta.

CARMENIO.

Sentaos aquí,
Niso, mientras se concierta
El baile.

CELAURO.

Presto los dos
Os pareáis.

CARMENIO.

Siempre quiero
Tener contento al barbero;
Como lo sois, Niso, vos,
Gusto andar á vuestro lado,
Y contentaros codicio.

NISO.

¿Por barbero?

CARMENIO.

Es vuestro oficio

Peligroso y delicado.

Anda puesta en vuesa mano
La vida, y si se os encaja,
Al tumbó de una navaja
Podeis tumbar un cristiano.

NISO.

Y aun por aquesa razon
Dionisio, que no fiaba
De barberos, se quemaba
La barba con un tizon
A un espejo, pelo á pelo.

CELAURO.

Ese lo mas tenía andado
Para puerco chamuscado.

NISO.

¡Ved lo que puede un recelo!

TORILDA.

¡Y lo que un barbero sabe!
No dejará de encajar
Su historia en cada lugar,
Por cuanto hay.

CLORI.

Cuando se alabe
De leido, hacello pudo;
Que no es mucho, quien intenta
Aguzar siempre herramienta,
Que de aguzar quede agudo.

TIRSO.

Si el discreto, en cualquier parte
Dicen que parte un cabello,
¿Qué mucho que venga á sello
Quien tantos cabellos parte?

TORILDA.

Todo barbero es picudo.

CELAURO.

Unos imposibles vi
Ayer, y entre ellos lei
Pedir un barbero mudo.

NISO.

No hablo mucho, pues consiento,
Callando, tanto picon.

SIRENA.

Niso ha tenido razon;
Déjenle, y muden de intento.

ESCENA IV.

CORBATO, FENISA. — Dichos.

CORBATO.

Salve y guarde.

SIRENA.

Bien venido,
Alcalde. ¿Cómo tan tarde?

CORBATO.

¡Oh señora! Dios la guarde,
Y dé un famoso marido.
Pardiez, que hemos arrendado
Unos prados del concejo;
Pujólos Anton Bermejo,
Y picóse Bras Delgado.
Volvió á pujallos mas;
Y emberrinchándose Anton,
Pególes otro empujon;
Pujó cuatro reales Bras;
Y á tal la puja los trujo,
Que aunque los llevó Delgado,
Creo, segun han pujado,
Que quedan anibos con pujo.

TIRSO.

No ha gastado el tiempo en balde.

CLORI.

Ni se ha empezado á bailar.

SIRENA.

Dénle al alcalde lugar.

CELAURO.

Asiéntese aquí el alcalde.

SIRENA.

Fenisa.

FENISA.

¡Señora mia!

SIRENA.

Triste venis : ¿qué teneis?

FENISA.

Porque la fiesta no agüeis
Ni el baile de aqueste día,
Aunque me afrija y me aburra,
No he de decir lo que ha habido.

SIRENA.

Por amor de mí, ¿qué ha sido?

FENISA.

Movió habrá un hora mi barra :
Ya su merced la conoce,
La mobina....

SIRENA.

Bien está.

FENISA.

Que cuando al molino va,
No hay burro que no reocte.
Unos dicen que de ojo,
Porque era linda criatura;
Pero yo me atengo al cura,
Que dice que fué de antojo.

SIRENA.

¿De antojo?

FENISA.

Como lo pinto.

SIRENA.

¿Y fué el antojo?

FENISA.

Creo yo,
Que porque almorzar me vió
Dos sopas en vino tinto,
Porque rebuznó al momento,
Y sé yo que come bien
Sopas en vino tambien;
Ella, en fin, movió un jumento,
Con su cola y con hocico
Tan acomodado y bello,
Que si se lo cuelga al cuello
Su merced, no habrá horrico
Que tras ella no se vaya.

SIRENA.

El presente es de estimar.

FENISA.

Hoy juré de no bailar.

SIRENA.

Jura mala en piedra caya.

FENISA.

Y mas en tocando Gil;
Que si va á decir verdá,
A cada golpe que da,
Me retoza el tamboril.

ESCENA V.

GUARGUEROS. — Dichos.

GUARGUEROS.

¿La fiesta se hace sin mí?

CORBATO.

¿Qué fiesta hay sin sacristan?

SIRENA.

Y mas fiesta de san Juan.

GUARGUEROS.

¡Oh señora! ¿Vos aquí?
Los cielos salud os den,
Larga vida, honra y provecho,
Y un esposo hecho y derecho,
Per omnia secula, amen.

SIRENA.

Dios os dé lo que deseais,
Guargueros.

FENISA.

Serán entierros.

TIRSO.

Aqueso no, doile á perros.

GUARGUEROS.

A lo ménos que paraís
De dos en dos los infantes
Las mujeres desta aldea
El sacristan os desea,
Y os caseis ántes con ántes,
Que es deseáros lo mismo;
Porque no hay melancolia
Ni pariente pobre el día
Que es de boda ó de bautismo.

NISO.

¿Qué hay de bodigos, Guargueros?

GUARGUEROS.

Bueno ha estado el pié de altar.

SIRENA.

¿Qué hace el cura?

GUARGUEROS.

Repasar

Antifonas y dineros,
Con unos antojos viejos
Y un sombrero con mas grasa
Que el arroz que haceis en casa.
Ha dado en criar conejos,
Y va á vellos al corral,
Donde tal vez, si se enoja,
El báculo les arroja;
Y al que alcanza por su mal,
Le sentencia al asador
Y á un salmorejo que el ama
Hace, con que la sed brama,
Hasta que aplaque el calor
En sabroso ojo de gallo,
Que saltando con piés rojos,
Se quiere entrar por los ojos.

CARMENIO.

¿Qué bien sabeis alaballo!

GUARGUEROS.

Harto mejor sé bebello.

CELAURO.

¿Linda vida rompe un cura!

GUARGUEROS.

Es regalada y segura;
No me muera yo hasta sello.

NISO.

¿Hemos de jugar un rato?

GUARGUEROS.

Ajedrez no, damas sí.

NISO.

Vaya, pues, sentaos aquí.

TORILDA.

Juego donde no hay barato,
No es bueno.

NISO.

Venga el tablero

SIRENA.

¿Qué ordinario es cada vez
Jugar damas ó ajedrez
En sacristan y un barbero!

GUARGUEROS.

Un peon me habeis de dar,
Y tablas.

NISO.

Aqueso no,
Media pieza os daré yo.

GUARGUEROS.

Las tablas quiero soltar,
Y dadme la pieza entera.

NISO.

Vaya, no os quejeis de mí.

CORBATO.

¿Qué haceis los demas aquí?

Echemos el pesar fuera.

¿Hay naipes?

CELAURO.

Donde yo estoy,

Pueden faltar?

CARMENIO.

Claro es.

CORBATO.
Juguemos los cuatro, pues.
TIRSO.

¿Qué juego?

CORBATO.
Flor, ó rentoy.
CELAURO.
Va al rentoy: tended la capa.
CARMENIO.

Dos contra dos.

CORBATO.
Claro está.
CELAURO.
Carmenio, pásalos acá.

¿Juega bien?

CELAURO.
Mejor quel papa.
(*Juegan á las damas Guargueros y Niso, y sobre una capa en el suelo Corbato, Celauro, Carmenio y Tirso; y á otra parte, al rededor de Sirena que está en una silla, sentada en el suelo parlan Torilda, Clori y Fenisa.*)

SIRENA.
Clori, ¿cómo va de tela?

CLORI.
Ya está empezada á tejer.

¿Es delgada?

CLORI.
¿Qué ha de ser?
Si como murió mi abuela,
No me ha vagado el hilar?
Y así saldrá poca y gruesa.

SIRENA.
De vuestros males me pesa.—
¿Está bueno el palomar,
Fenisa?

FENISA.
Hay poca alcarceña,
Y culebras y estorninos
Me comen los palominos.

SIRENA.
¿Qué, no hay ganancia?

FENISA.
Pequeña.

NISO.
Coma vuesaorcé esa dama,
Comeréle cuatro yo.

GUARGUEROS.
Par Dios que me la pegó.

SIRENA.
¿Y el niño, Torilda?

TORILDA.
A un ama
Le he dado, señora mía;
Que yo crio al de un marques.

SIRENA.
Mal baceis.

TORILDA.
El interés,
Y el dar leche á un señoría
De quien espero favor,
Hace que á mi hijo olvide.

SIRENA.
No es madre aquella que impide
Con interés el amor.

CLORI, ¿tenéis muchos gansos?

CLORI.
Gansos y pavos, señora,
He dado en criar agora.

SIRENA.
Provechosos son y mansos.
¿Qué tantos tendréis?

CLORI.
Tendré
Como obra de dos docenas.

CORBATO.
Rentoy.
CELAURO.
¿Teneis cartas buenas?

CARMENIO.
Así, así.
CORBATO.
Rentoy.
CARMENIO.
¿Querré?

CELAURO.
Sí.
CARMENIO.
Pues quíerole....

CORBATO.
Perder.
CELAURO.

CORBATO.
La malilla.
Rendivuy.
CARMENIO.
Non rendire, permanfuy;
Que aun otro juego ha de haber.

ESCENA VI.

CARLOS.—DICHOS.

CÁRLOS. (*Dentro.*)
Fené este estribo.
SIRENA.
Este es

CÁRLOS.
FENISA.
Ya yo me espantaba
Que nuestra fiesta olvidaba.
(*Sale Carlos, y levántanse todos.*)

CELAURO.
Quédese para despues
El juego.

CÁRLOS.
¿Prima, Sirena!

SIRENA.
Ya yo, Cárlos, os queria
Acusar la rebeldia.

CÁRLOS.
Sin culpa fuera esa pena.

SIRENA.
¿Sin culpa, día de san Juan,
Y mi primo estar sin ver
A quien por sola y mujer,
Los que en este pueblo están
Vienen á hacer compañía?

CÁRLOS.
Unas cartas de importancia
Que he despachado al de Francia,
Envidiosas, prima mia,
Del gusto que tengo en veros,
El tiempo me han ocupado.
¿Oh Tirso, oh alcalde honrado,
Niso, Carmenio, Guargueros,
Clori, Torilda, Fenisa!
Donde vosotros estais,
¿Qué falta en mi ausencia hallais?

CORBATO.
Por Dios que es cosa de risa
La fiesta y conversacion
Do no está su señoría.

FENISA.
Sin él la mejor es fria.

CÁRLOS.
Todo es pagar mi aficion.
Ea, vuélvase á poner
Los holos en su lugar;
Volveos todos á sentar,

A jugar y entretener.

(*Se vuelven á sentar como estaban primero, ménos las pastoras, que se apartan de Sirena, la cual habla con Cárlos, silla á silla.*)

TIRSO.
Pardiez, pues nos da licencia,
Que hemos de acabar un juego.

CÁRLOS.
Jugad, y báilese luego.

GUARGUEROS.
Yo he perdido la paciencia,
Y he de ver si aquesta vez
La desquito.

CÁRLOS.
¿Qué es, Guargueros?
¿Habeis menester dineros?

GUARGUEROS.
Pocos gasta el ajedrez;
Mas se juega por la hourilla
Yo agradezco la merced.

NISO.
Entable vuesa merced.

CARMENIO.
Siempre os entra la malilla.

GUARGUEROS.
Yo abriré el ojo de suerte,
Que no me sopleis mas pieza.

CÁRLOS.
Mi bien, sin vuestra belleza,
Todo es pena, todo es muerte.
Sola una legua que dista
Mi castillo de Peñalba
De este lugar, donde el alba
Amanece en vuestra vista;
Cuando os vengo á ver, se me hace
Una peregrinacion
Prolija: la dilacion
Que del no gozaros nace,
Con pinciles del deseo
Pinta en lienzos del temor
Léjos y sombras de amor,
Que en cortas distancias veo.

SIRENA.
No son, mi esposo, diversos
Los pensamientos prolijos,
Del amor que os tengo, hijos.
¿Qué de lisonjas y versos
Digo al sol porque se vaya,
Y en la noche su luz borre,
Dándole porque no corre,
Para que se corra, vaya!
¿Qué de veces que le riño,
Porque contra mi consejo,
Madrugando como viejo,
Nace y flora como niño!
Suelo decirle que guarde
En su autoridad la ley,
Pues es de los cielos rey,
Y el rey se levanta tarde.
Que de su poco amor pienso
Que es mentira lo que dél
Publica Dafne en laurel,
Como Leucothoe en incienso.
Y que si á Clieie quisiera,
Y su amor no le enfadara,
De madrugar se cansara
Y en sus brazos se durmiera.
En fin, porque salga ménos,
Le ruego que á los caballos
Les burte al aparejillos,
Mercurio sillas y frenos;
Y todo es por el deseo
Que con la noche cumplis,
Esposo, cuando venis,
Y en vuestros brazos poseo
Gustos que el temor limita.
Y el sol, de envidioso, loco,
Para que los goce poco,
Madrugando me los quita.

CÁRLOS.

Ya, Sirena de mis ojos,
Que el duque se ha desposado,
Y mudando de cuidado
Muda mis penas y enojos;
Sin el peligro y temor
Que hizo mudo al secreto,
Tendrá el esperado efecto
Nuestro venturoso amor.
Un año há que á vuestro llanto
Pone fin y á mi fatiga
La noche, discreta amiga,
Pues calla y encubre tanto,
Sin que hayamos parte dado,
Por lo que el peligro enseña,
Ni vos á doncella ó duena,
Ni yo á amigo ó criado.
Las fuentes de aquel jardín
Son solas las que aseguran
Nuestro amor, que aunque mueren
Es entre dientes al fin.

[ran,

Ellas saben solamente
El temor que, en perseguiros
El duque, dió á mis suspiros
Otra mas copiosa fuente.
¿Qué de veces les di cuenta
De los celos y temor
Con que mi competidor
Nuestros amores violenta;
Y pidiéndoles consejo,
Como si pudieran darme,
Hice alarde de mi talle,
Siendo sus vidros mi espejo;
Porque advirtiéndome mis faltas,
Pudiese conjeturar
Qué partes podía envidiar,
En él, mas perfectas y altas!
Y aunque os parezca arrogancia,
Mas de una vez al mirarme,
Dije: ¿quién puede igualarme
En cuerpo y ingenio en Francia?
Y si el temor no me engaña,
Mas de dos me pareció
Que el agua me respondió:
«¿Quién? el duque de Bretaña.»
De aquesta suerte he pasado
Un año, Sirena mía,
Siempre aguantando mi alegría
El temor desconfiado,
Hasta que cansado ya
De cansaros, se casó
El duque, y alientos dió
A mi esperanza, que está
Lozana, alegre y gozosa,
Pues sin estorbo, Sirena,
Os llamará á boca llena
Y no con temor, esposa.

SIRENA.

¿Qué largo se me ha de hacer,
Por corto que sea, ese plazo!

NISO.

Soplo aquesta.

GUARGUEROS.

Soy un mazo.

CELAURO.

Rentoy.

CORBATO.

Hele de querer.

GUARGUEROS.

Tablas son: ¿qué hay que esperar?
La calle tengo de en medio
Y una dama: ¿qué remedio?

NISO.

Juegue, y comience á contar
Las tretas; que tengo yo
Tres damas, y la forzosa
Verá á seis tretas.

GUARGUEROS.

¡Donosa

Flema!

CORBATO.

Gran juego ganó.

FENISA.

Torilda, daca el pandero;
Que los quiero despertar,
Si es que habemos de bailar.

TORILDA.

Saca al sacristan primero.
(*Levántase Fenisa, y cantando al son
del pandero, saca á Guargueros.*)

FENISA.

¡Ah mi señor Guargueros! salga!

GUARGUEROS.

(*Responde sentado, cantando al son
de una pieza con que toca el tablero.*)
Por vida de Guargueros, que tal va.

TODOS.

Salga al baile, salga al baile.

GUARGUEROS.

En entablando otro juego.

CORBATO.

No, Guargueros, salí luego.

GUARGUEROS.

No haré, por vida del fraile.

FENISA. (*Cantando.*)

¡Ah mi señor Guargueros, cuerpo gar-

[rido.

Deje el juego, pues al baile le convidé.

GUARGUEROS.

No puedo, porque he perdido cuatro.

FENISA.

¡Ah mi Guargueros! salga y baile.

GUARGUEROS.

Que por vida de Guarguerico, que tal va.

[no baile.

ESCENA VII.

EL DUQUE, FLORO.—DICHOS.

DUQUE. (*Dentro.*)

Avisad á la Marquesa.

SIRENA.

O mi sospecha me engaña,

O es el duque de Bretaña.

CÁRLOS.

¡Apénas un temor cesa,

Cuando entran en su lugar

Sin número los recelos!

¡Oh cadenas de los celos!

¡Que os habeis de eslabonar!

SIRENA.

Mi bien, tu esposa soy, deja
El temor.

CÁRLOS.

Soy desdichado,

Mozo el Duque, enamorado,

Tú mujer, justa mi queja;

¿Qué he de hacer sino morir?

SIRENA.

Sufre y calla, si eres cuerdo.

CÁRLOS.

Hoy, Sirena, el seso pierdo,

¿Y he de callar y sufrir?

(*Salen el Duque y Floro.*)

DUQUE.

Ya que á darme no habeis ido

Los parabienes, Sirena,

Si es bien dallos á la pena

Que en vuestra ausencia he tenido,

Y por verme con estado

Y esposa no os conformais

Con los demas, y os holgais

(*Que si haréis*) que haya cuidado

Que á mi amor pueda obligalle

Á qué de vos se divierta;

Porque advirtais que no es cierta

Vuestra sospecha, á Belvalle

Vengo á veros, y podré

Daros con mas fundamento

De mi nuevo casamiento

El paraben, pues que fué

Para bien vuestro el casarme,

Conforme á vuestra opinion,

Que con tan poca afición

Obligó á desesperarme.

(*Ap.* Y para mal de mi amor,

Que siendo en mí mas terrible,

Halla el remedio imposible

Cuando su fuego es mayor.)

SIRENA.

Vueselencia, pues es sabio,

En mí podrá disculpar

El no habelle ido á dar

Parabienes, pues no agravio

La obligacion que confieso,

Si mi impedimento ha sido

Estar sin padre y marido.

DUQUE. (*Ap.*)

Yo sin esperanza y seso.

SIRENA.

Goce un siglo prolongado

De la duquesa Leonora

La gracia que en ella mora

Vueselencia, y noble estado;

Que de su buena elección

Ha llegado acá la fama.

De muy discreta y muy dama

Tiene en Bretaña opinion;

Y segun esto, mal hace

En dejar vuestra Excelencia,

Por venir acá, presencia

De quien tanto valor nace;

Pues siendo ya prenda suya,

Justamente pedirá,

Si en nuestro poder está,

Que yo se la restituya.

DUQUE.

Siempre vos, bella Sirena,

Dando á mis tormentos copia,

Por no tenerme por propia,

Me llamastes prenda ajena.—

¡Oh Carlos! ¿acá estais vos?

CÁRLOS.

Parentesco y vecindad

En aquesta soledad,

Señor, nos junta á los dos.

El ver tan sola á mi prima

Me obliga á mirar por ella.

DUQUE.

Yo no solo vengo á vella,

Sino por lo que la estima

Mi persona: ya que tengo

Estado, en razon juzgué

Que á Sirena se le dé.

Por esto á Belvalle vengo,

Pues quando el Marques murio,

Su padre dejóle al mio

Encargado lo que fio

Sabré por él cumplir yo.

No está Sirena aquí bien,

Sujeta á agravios y enojos;

Mientras que pongo los ojos

Y la voluntad en quien

La merezca, me parece

Que en la Duquesa hallará

Mas recreo, y la tendrá

En el lugar que merece.

Ella lo desea mucho,

Y os está bien á los dos.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Estais contento, Amor dios?

¡Con qué de sospechas lucho!

Apénas he visto el puerto

Cuando me vuelvo á engolfar.

Si de celos es el mar,

Y hay tormenta, yo soy muerto.

DUQUE.
Que siga mi corte quiero
Cárlas tambien; que se queja
Porque de alegralla deja
Tan notable caballero.

CÁRLOS.
Beso tus piés. Siempre huyo
La corte y su confusion.

DUQUE.
No haccis bien, porque es razon
Darle al tiempo lo que es suyo.
A una vejez jubilada
Le está bien tanta quietud,
No á la noble juventud,
Por cortesana estimada.
El ver allá á vuestra prima,
Pues la teneis en lugar
De hermana, os ha de obligar.

CÁRLOS.
Y el hacer yo justa estima
De lo que vos, gran señor,
Mandaís.

DUQUE.
Para entreteneros
Entre mozos caballeros,
Sois mi cazador mayor.

CÁRLOS.
Honrándome de esta traza
Pondré á Peñalba en olvido.
(Ap. Cazador soy; si has venido,
Duque, á espantarme la caza,
No harás presa en el amor
Que en ofensa mia deseas,
Pues por cazador que seas,
Soy yo cazador mayor.)

DUQUE.
¿Que me respondeis, señora,
A lo que he determinado?

SIRENA.
Puesto me habeis en cuidado:
No sé lo que os diga agora,
Sino agradecer la estima,
Gran señor, que de mí haccéis.

DUQUE.
Ya, Cárlas, la razon veis
Que hay para estar vuestra prima
En mas decente lugar,
Y la voluntad que os muestro.
Hoy he de ser huésped vuestro;
Mañana os he de llevar
A la corte; la duquesa
Lo quiere, Sirena, así.

SIRENA.
Quisiera tener aqui,
Por lo mucho que interesa
Con tal huésped esta casa,
Lo que en vuestra corte sobra;
Pero siempre el deudor cobra
Mal de hacienda que es escasa.
(Ap. ¡Ay, Cárlas, y cómo siento,
Lo que aqui sintiendo estás!)

CÁRLOS. (Ap.)
A mi enemigo, amor, das,
Cruel, casa de aposento;
La sospecha que me abrasa,
Hoy de mi honor me ha de hacer
Perro; ladrar y morder
Sábré por guardar la casa.

FENISA.
En fin, ¿el baile se queda....?

CORBATO.
Está el lugar enducado;
Todo con velle ha cesado.

GLORI.
¡Mal haya el oro y la seda
Que así entristece el sayal!

SIRENA.
Vueselencia, gran señor,

Entre en su casa.
TIRSO.
Mijor
Será echar á fuera el mal.
Cantemos.

DUQUE.
Id vos delante;
Pues sois luz, Sirena bella,
Alumbraréisnos con ella.

GUARGUEROS.
¡Bravo dicho!

NISO.
Es estudiante.
CÁRLOS. (Ap.)
Vivid alerta, mi honor;
No sufraís que en la Marquesa
Haga la deshonra presa,
Pues sois cazador mayor.

(*Cantan.*)
*Buenas eran las azucenas;
Mas las clavellinas eran mas buenas.*
(*Vanse.*)

Salon del palacio del Duque en Nántes.

ESCENA VIII.

**LEONORA, LUDOVICO; UN PAJE Y
UNA DAMA, retirados.**

LEONORA.
¿Tan presto el duque me engaña?
LUDOVICO.
La primera voluntad
Es la que siempre acompaña
Al alma.

LEONORA.
Si eso es verdad,
¿Para qué vine á Bretaña?
Mejor me estaba en Borgoña.

LUDOVICO.
No es mucho que sintais tanto
Los celos, que sois bisona,
Y suele aplacar el llanto
La fuerza de su ponzoña.
Es la marquesa Sirena
Mujer de tanto valor,
Que os puede aplacar la pena,
Y agora mucho mejor
Que es el Duque prenda ajena;
Pues cuando libre no pudo
Ser bastante la promesa
Del santo y conyugal nudo,
Ni el esperar ser duquesa
De Bretaña, á que el desnudo
Amor del duque encender
Pudiese en su pecho llama;
Ya ménos ha de querer
Admitir nombre de dama
Quien no admitió el de mujer.

LEONORA.
No sé en eso el natural
De su voluntad incierta.
Una mujer principal
Sé yo que tuvo una huerta,
Y en ella un bello peral,
Cuya fruta apetecida
Hasta del mismo rey era,
Sin que á ella en toda la vida
Se le antojase una pera,
Ni preñada ni parida.
Las puertas le desquiciaban
De noche, y por ir á hurtar
La fruta, le desgajaban
El pobre arbol, que á guardar
Los de casa no bastaban;
Y viendo que cerca y puerta
Eran flaco impedimento
Para no tenella abierta
De noche al atrevimiento,
Vendió á un vecino la huerta.

Luego pues que la vió ajena,
La que peras no comia,
Tuvo por peras tal pena,
Que en su mesa cada dia
Eran su comida y cena.
Ved si con ejemplo igual
En Sirena podrá hacer
La privacion otro tal,
Siendo en el gusto mujer,
Y viendo ajeno el peral.

LUDOVICO.
Mientras que fuere rogada,
No os tengais por ofendida,
Porque la mas recatada
Se enamora aborrecida,
Y aborrece requestada.

LEONORA.
Ludovico, esa ignorancia
No es de vuestra discrecion:
¿Qué Sagunto ó qué Numancia
No conquistó la ocasion,
Y mas con perseverancia?
Vence el amor que porfia,
Y el oro todo lo merca;
Y aun por aquesto queria,
Para gozarla mas cerca,
Tenerla en mi compañía.

LUDOVICO.
¿Eso, señora, os pidió?
LEONORA.
Dice que la tiene á cargo,
Porque se la encomendó
Con un discurso muy largo
Su padre cuando murió:
Y que por esta ocasion,
Y porque yo me entretenga,
Y goce su discrecion,
Gusta que á la corte venga.
¿Ved lo que los hombres son!

LUDOVICO.
Eso os está bien, señora;
Porque si teneis en casa
A vuestra competidora,
Podréis saber lo que pasa,
Y ser vos su guardadora.
Sed espía y centinela;
Sirena en palacio esté;
Que amor que sospecha y vela,
Ménos siente el mal que ve,
Que el que dudoso recela.

LEONORA.
Ese es consejo extremado;
En seguille me he resuelto;
Que un contrario declarado
Mas mal hace estando suelto,
Que no cautivo y atado.
Vamos atajando engaños
A costa de mis desvelos:
Que al fin viendo yo mis daños,
Por no llorar entre celos,
Lloraré entre de senaños.
¿Cuánto está de aqui el lugar
Adonde vive esa dama?

LUDOVICO.
Seis millas debe de estar
De aqui.

LEONORA.
¿Belvalle se llama?

LUDOVICO.
Bello se puede llamar
Porque es bella recreacion.

LEONORA. (Al paje.)
¡Hola! aderezadme un coche.
(*Vase el paje.*)

LUDOVICO.
¿Qué es, señora, tu intencion?

LEONORA.
Traella á casa esta noche;

Que daña la dilacion.

Yo sé que el duque está allá;
Si es tan cerca, yendo, impido
Lo que amor temiendo está.

(A la dama.)

Lorena, dame un vestido
De camino.

(Vase la dama.)

LUDWICO.

¿No será
Justo pensallo mejor?

LEONORA.

No, que si no vamos luego
Dando al remedio calor,
Por lo que tiene de fuego
Suele apagarse el amor.

(Vanse.)

Calles con vista de la casa de Corbato.
Es de noche.

ESCENA IX.

CARLOS, vestido de pastor y rebozado.

Un año, cielos, há que amor me obliga
A la dicha mayor que darme pudo;
Que, en fin, de puro dar, anda desnudo,
Y por tener que dar, pide y mendiga.

A Sirena me dió, porque le siga,
En amoroso é indisoluble nudo;
Mas con tal condicion, que siendo mudo,
Goce callando: ¡vióse tal fatiga!

Callar y poseer sin competencia,
Aunque el bien es mayor comunicado,
Posible cosa es, pero terrible;

Mas que tanto aquilaten la paciencia
Que obliguen, si el honor anda acosado,
A que calle un celoso, es imposible.

ESCENA X.

SIRENA, á la ventana.—CARLOS.

SIRENA. (Sin ver á Carlos.)

¿Qué de mercedes nos hubiera hecho
Naturaleza, madre verdadera,
Si porque el corazón se descubriera,
Rasgara una ventana en nuestro pecho!

Industria hubiera sido de provecho,
Pues mirándola Carlos, descubriera
Mi amor incontrastable, y estuviera
En lugar de celoso, satisfecho.

¿Qué de males cesaran, qué de enojos,
Si no estuviera el corazón secreto!
Pero esta condicion ya está cumplida.

Ventanas son del corazón los ojos,
Por donde verá Carlos, si es discreto,
Que es el duque mi muerte, y él mi vida.

CARLOS. (Sin ver á Sirena.)

Sirena para excusar
La sospecha que me abrasa,
Al duque dejó su casa,
Pues no la quiere él dejar.
A esta se pasa, ¡y quién duda
Que en fe de su lealtad,
Por no mudar voluntad
Mi esposa, la casa muda?

¿Si dormirá? Pero ¿cómo,
Conociendo mis desvelos,
Y sabiendo que los celos
Son pesadilla de plomo?
Mas si hará; que es pretendida
Del Duque á quien desvanece,
Y la que mas aborrece,
Se huelga de ser querida.
Hacelda, si duerme, cielos,
Y con ruegos os obligo,
Que no sueñe en mi enemigo,
Que aun soñado, me da celos.

SIRENA.

Quejas en la calle siento.
¿Si será Carlos? ¿Quién duda?
Un año há que por ser muda,

Hago mayor mi tormento.
No oso hablar; que estoy agora
En casa villana, y sé
Que desde que nació, fué
La malicia labradora.
¿Ay cielos! ¿si será él?
Desde aquí quiero escuchalle.

CARLOS.

Ya que me mandan que calle,
Medio, aunque sabio, cruel,
Si quejándose el mal mengua,
Oid, cielos, mis enojos;
Que aunque esteis sembrados de ojos,
O estrellas, no teneis lengua.
Yo há un año que en posesion
Gozo á un ángel; pero en duda
Que se muda....

SIRENA.

No se muda
La angélica perfeccion.

CARLOS.

¿Válgame Dios! ¿No es Sirena
La que mi mal satisface,
Y en ausencia del sol hace
La noche clara y serena?
¿Sois vos, mi bien?

SIRENA.

No lo sé,
Pues no haceis de mí confianza.

CARLOS.

Navego, temo mudanza;
En el mar de amor no hay fe;
Culpo mi sospecha loca,
Mas no me oso asegurar.

SIRENA.

De que se alhorote el mar,
Poco se le da á la roca.

CARLOS.

Ya yo sé que vence ella
La firmeza siempre viva;
Pero aunque no la derriba,
Suele en la roca hacer mella,
Y basta para perder
La opinion, joya estimada;
Que mellada honra ó espada,
¿Qué valor ha de tener?
Que aunque firme se autoriza
Por mas que el mar la combata,
Puesto que nunca la abata,
Al ménos la esteriliza.
¿Dó hallaréis peña ni amor,
Si el mar furioso la alcanza,
Que al abril de la esperanza
Permita yerba ni flor?
¿Qué importa, esposa querida,
Que inmóvil permanezcáis,
Si á la corte al fin os vais
A ser siempre combatida,
Donde yo en celos eternos
Estéril vuestro amor vea.
Pues aunque el alma os posea,
Será ya imposible el vernos?
Mudais de casa y lugar;
No sin causa temo y dudo.

SIRENA.

¿Qué importa, si no he de hablarte,
Querida Sirena, mas?
Mi bien, sitio, no amor mudo.

CARLOS.

Al fin, Sirena, es mudar.
En la corte cada día
Se muda todo; el lenguaje,
El sitio, el estado, el traje,
La amistad, la cortesía,
La prianza, el querer bien;
Por eso el que os vais rehusa;
Que vos por andar al uso,
Os queréis mudar tambien.

SIRENA.

Antes tendrá mas ganancia
Allá la firmeza mía;
Que toda mercadería

Baja donde no hay ganancia:
Y si en la corte dicho has
Que hay tan poca fortaleza,
Claro está que mi firmeza,
Por sola, ha de valer mas.

CARLOS.

¿Ya habláis del valor? temer
Puedo que saldréis ingrata,
Porque quien del precio trata,
No está lejos de vender.
Mas ¡ay, amores! no trates
De injuriarte de tu esposo;
Que el loco, amante y celoso
Cuanto dice es disparates.
No puedo mas: ¿qué he de hacer?
Ya no peleo con amor,
Sino con celos de honor,
Gigantes que harán temer
Al corazón mas valiente.
Llévate el Duque á su casa,
Téngote de ver por tasa;
Sin ella has de estar presente
A sus importunos ruegos:
¿Qué mucho que tema, pues?

SIRENA.

Carlos mío, poco ves;
Que tambien hay celos ciegos.
Para la seguridad
De mi fama y de tu honor,
¿Puede haber cosa mejor
que llevarme á la ciudad?
¿En qué fortaleza habito,
Que pueda hacer resistencia
A la amorosa violencia
De un poderoso apetito?
¿Tiene de poder Belvalle
Y cincuenta labradores,
A pesar de sus amores,
Defenderme y ausentalle?
Dirás que no, claro está:
Pues si á la ciudad me lleva,
Donde la duquesa nueva,
Que debe de saber ya
El fuego que al Duque enciende,
Guardarme ha de pretender,
¿Qué temes, si una mujer
Recelosa me defiende?
¿Hay vida tan cuidadosa
Que asegure tus enojos?
¿Hay Argos tan lleno de ojos
Como una mujer celosa?
¿Pues qué temor te acobarda,
Si aquí segura no estoy,
Y he de llevar donde voy
Un ángel tras mi de guarda?
Yo le diré á la Duquesa
Lo que le conviene estar
Cuidadosa, y estorbar
Lo que su amor interesa;
Y andando yo cada día
Guardada de una mujer,
Es lo mismo que tener
Tu honor en una alcancía.

CARLOS.

¿Qué importa, si no he de hablarte,
Querida Sirena, mas?

SIRENA.

Pues ¿quédaste aquí? ¿no vas,
Carlos, á la misma parte?
¿Puede haber inconveniente
Que al fin un primo no acabe?
¿Qué puerta hay jamas con llave
Para el amor que es pariente?
¿No eres cazador mayor?
Busca, vela, ronda y traza,
Que sin trabajos no hay caza,
Ni sin diligencia amor.

ESCENA XI.

EL DUQUE y FLORO, *de noche.*—
CARLOS, SIRENA.

DUQUE.
¿Qué importa que me aconsejes,
Si yo muriéndome estoy?

FLORO.
No eres duque?

DUQUE.
Amante soy.
FLORO.

Por lo mas es bien que dejes
Lo ménos.

DUQUE.
¿Cuál es lo mas?
FLORO.

Ser duque.

DUQUE.
¿Que ser amante?
FLORO.

¿Pues no?

DUQUE.
Eres ignorante;
No he de admitirte jamas
A casa del gusto mio.
¿Amor no es Dios?

FLORO.
Esa fama
Tiene acerca de quien ama.

DUQUE.
Luego has dicho un desvarío;
Que si amor en si transforma
Al amante, claro está
Que amor, lo que soy será:
Yo la materia, él la forma.
Y si de dios tiene nombre,
¿Cuál es mejor de los dos?
¿El que amando es con él dios,
Ó el Duque, que al fin es hombre?

FLORO.
Lo que yo sé es que te engaña
El frenesí de tu pena.

DUQUE.
Dios soy amando á Sirena,
Y no duque de Bretaña.

(*Hablan aparte Carlos y Sirena.*)

CÁRLOS.
El duque es este.

SIRENA.
¿Ay de mí!

CÁRLOS.
Cárlas mio, vete luego.

CÁRLOS.
¿Tocan los celos á fuego,
Y he de partirme de aquí?
No me está bien esa traza;
Que soy cazador mayor,
Y no es cuerdo cazador
El que huye y deja la caza.

SIRENA.
¿Si te conoce?

CÁRLOS.
El disfraz
Que traigo, y la noche oscura.
De ese temor me asegura.

SIRENA.
Ay esposo! vete en paz,
Y iréme yo, no me vea.

CÁRLOS.
El huir es claro indicio,
Sirena, del maleficio.
Tambien se ama en el aldea.
Finge que Fenisa eres,
Y haré que Carmenio soy.

SIRENA.
Mala fingidora soy.

CÁRLOS.
Pues bien fingis las mujeres.

SIRENA.
¿Qué sacas de que aquí esté?

CÁRLOS.
Defender pared ó puerta,
Viendo que hay gente despierta,
Cuando tan perdido esté
El Duque, que hacer intente
Lo que el amor y el poder
Por obra suelen poner.
(*Hablan aparte el duque y Floro.*)

DUQUE.
Escucha, en la calle hay gente.
FLORO.

Tambien rondan labradores;
Que contra el sueño y trabajo
Suele tomar á destajo
Esta gente sus amores.

DUQUE.
¿No es la casa del alcalde
Esta en que Sirena está?

FLORO.
Pienso que sí.

DUQUE.
¿Quién será?

FLORO.
Quien por no pagar de balde
La ventana, ve la fiesta
De noche.

DUQUE.
En fin, ni al sayal,
Ni á la seda principal,
Ni á villana ó dama honesta
Amor de noche preserva.

FLORO.
No hay quien no la pague escote,
Porque es la noche un pipote,
Señor, de toda conserva.

DUQUE.
¿Qué hablarán?

FLORO.
Cosas de risa
Con que entretengan su mal;
El requiebros de sayal,
Y ella favores de frisa.

DUQUE.
Oigámostos. Dios tirano,
¿Porqué ha de amar un pastor?

FLORO.
Porque es hombre.

DUQUE.
No es amor
Bocado para un villano.

CÁRLOS.
(*Levantando y fingiendo la voz.*)
En fin, ¿que no hay quillotrar
A vuestro padre, Fenisa,
Para que un di-santo á misa
Guargueros nos venga á echar
La tribuna abajo?

SIRENA.
No.

CÁRLOS.
Hello por fuerza.

SIRENA.
Eso es malo;

Que tien el mando y el palo.
¿No soy vuesa mujer yo?
¿De qué diabros heis querella?

CÁRLOS.
Mas ¿de qué no la he de her?
De noche sois mi mujer,
Y de día sois doncella.
A medias estó casado;
Yo busco mujer entera,
Mi Fenisa, dentro ó fuera.

FLORO. (*Ap. con el Duque.*)
¡Labrador determinado!

DUQUE.
A habello yo, Floro, sido,
No tuviera que temer.

FLORO.
Habla, por ser su mujer,
Con libertad de marido.
No lo es tuya la marquesa.

CÁRLOS.
¿Entraré?

SIRENA.
Lo dicho dicho;
Esta noche hay entredicho;
Sabe el amor que me pesa.
¡Mal haya Sirena, amen!

CÁRLOS.
No la maldigas, que es linda.

SIRENA.
¿Es bella?

CÁRLOS.
Como una guinda:
Par Dios que la quiero bien.

SIRENA.
No gusto yo mucho deso.

CÁRLOS.
Ya que hayas de maldiecir,
Sobre el Duque puede ir,
Porque es nuestro sobrehueso,
Que esta noche nos estorbia.

SIRENA.
Como esas nos ha estorbado.

DUQUE.
Yo vengo á ser el culpado.

SIRENA.
¡Mala landre que le sorba!
¿No tiene ya su mujer?
¿Qué diabros nos quiere aquí?

CÁRLOS.
Como no vuelva por sí,
Palos debe de querer.

DUQUE.
¿Yo palos?

FLORO.
Esto va malo,
Aunque entre los labradores
Las bubas y los amores
Se sanan tomando el palo.

SIRENA.
Palos á un duque es pecado.

CÁRLOS.
En dando en ser cascabel,
Yo le apalearé á él,
Y no tocaré al durado.
¿Si me estuviese escuchando...!

SIRENA.
¿Pues para qué?

CÁRLOS.
¿No podia,
Viendo que en casa dormia
Sirena, andalla rondando?

SIRENA.
Pardibre, por mas que ronde,
No temas que la trabuque.

CÁRLOS.
¿No, Fenisa, siendo un duque?

SIRENA.
Ni un rey, ni un papa, ni un conde.

DUQUE. (*Ap.*)
Todos son historiadores
De mi desdicha.

CÁRLOS.
Sirena
Duermes sin cuidado y pena;
Amor en los labradores,
Si se agarra y da en costumbre,

No se puede soportar :
Las tapias quiero saltar
Y aliviar la pesadumbre.

SIRENA.

¿Estás loco?

CÁRLOS.

Loco estoy.

Yo soy vuestro esposo y dueño ;
Aténgome al matrimonio ;
O sois mi mujer, ó no.

SIRENA.

Ruido suena, padre llama
La gente ; voime á acostar.

CÁRLOS.

¿Y qué he de her yo?

SIRENA.

¿Qué? esperar,
Que es costumbre de quien ama.

CÁRLOS.

¿Cuándo habraremos los dos,
Ya que así mi fuego atizas?

SIRENA.

Mas días hay que longanizas.
En yéndose el Duque. Adios. (Vase.)

ESCENA XII.

EL DUQUE, CARLOS, FLORO.

DUQUE.

Floro, con la ayuda deste,
Que, en fin, es ladrón de casa,
El fuego que así me abrasa,
Podrá ser no me moleste. —
¡Ah de la calle! ¿Quién va?

CÁRLOS.

¡Ah de la calle! ¿Quién viene?

DUQUE.

Quien cerrado el paso tiene.

CÁRLOS.

Pasos abrimos acá :
Es el monte mas cerrado.

DUQUE.

¿Con quién hablabais aquí?

CÁRLOS.

¿Confesaisme vos á mí,
Que pescudais mis pecados?

DUQUE.

Ea, no repliqueis mas :

¿Con quién hablabais?

CÁRLOS.

¡Buen cuento!

En los diez no hay mandamiento
Que nos mande : «No hablarás.»

DUQUE.

Pues yo os lo mando.

CÁRLOS.

¿Sois vos
Mas que los diez mandamientos?

DUQUE.

Ahorremos de fingimientos,
Y advertid que somos dos,
Y vos uno.

CÁRLOS.

Uno, y no manco.

DUQUE.

Haced lo que os digo, pues.

CÁRLOS.

Dos sois y conmigo tres ;
Aun no hay para piés á un banco.
¿Qué queréis?

DUQUE.

En casa ajena

Y donde el alcalde vive,
Y por huésped recibe
A la marquesa Sirena,
Es notable desacato
Que á su ventana habéis vos.

CÁRLOS.

Perdonadme, que par Dios,
Que sois lindo mentecato.

DUQUE.

Villano, ¿sabeis quién soy?

CÁRLOS.

Del Duque me pareceis
En el traje que traéis.
Por él este nombre os doy.

DUQUE.

¿Por qué el duque lo merece?

CÁRLOS.

Porque si fué recuestada
Sirena para casada,
Y aun con esto le aborrece,
¿Qué tien ya que responder
Si se ha casado con otra?

¿Ha de gustar ser quillotra
Quien no quiso ser mujer?

DUQUE.

¿Quién os mete á vos en eso?

CÁRLOS.

¿Quién? el que á vos os metió
En refirme si habro ó no.

Los dos estamos sin seso,
Y así dándonos por buenos,

rmos es cosa barata ;
Que es un asno quien se mata,
Cual vos, por duelos ajenos.

DUQUE.

¿Y si fuese el Duque yo,
¿A quien habeis eso dicho?

CÁRLOS.

Si sois vos, lo dicho dicho.

DUQUE.

¿No os desdiréis de ello?

CÁRLOS.

No.

Pocas veces me desdigo,
Porque de honrado me precio.

DUQUE.

Ni sois cobarde, ni necio ;
Yo quiero ser vuestro amigo.

¿Quereis vos?

CÁRLOS.

Si me estuviere
Bien, podrá ser que lo sea.

DUQUE.

¿Y estarás bien?

CÁRLOS.

Quando os vea,
Y vuestro estado supiere.

DUQUE.

Decidme pues vuestro nombre.

CÁRLOS.

Vos proponeis el partido ;

Lo que me pedis os pido.

DUQUE.

¿Has visto, Floro, tal hombre?
Ahora, yo os he menester ;
La necesidad me obliga
A que estado y nombre os diga.

CÁRLOS.

Mal podeis mi amigo ser,

Si os fuerza necesidad ;

Que amistad interesable

Jamas ha sido durable.

DUQUE.

¿No se obliga una amistad
Con buenas obras?

CÁRLOS.

A veces ;
Mas despues de recibida,
O se paga mal ó olvida.

DUQUE.

Labrador, mas me pareces

Filósofo que villano.

CÁRLOS.

Lo uno y otro puede ser.

DUQUE.

¿Qué de ello te he de querer,
Si me remedia tu mano!

Discrecion tienes extraña,

Aficionado te quedo,

Sacarte del sayal puedo,

Que soy duque de Bretaña.

CÁRLOS.

¡Válgame Dios! ¿que el Duque es?

Perdone su rabañencia,

Que la noche da licencia)

Y deme á besar los piés

Desde aquí.

DUQUE.

Llégate mas.

CÁRLOS.

Hame dado una lición

La fábula del leon :

Ya tú, señor, la sabrás.

Estaba viejo una vez

Y tullido ; que no es nuevo

Quien anda mucho mancebo

Estar cojo á la vejez.

Como no podia cazar,

Y andaba solo y hambriento,

Remitió al entendimiento

Los piés que solian volar ;

Y llamando á cortes reales,

Mandó por edito y ley

Que atendiendo que era rey

De todos los animales,

Acudiesen á su cueva.

Fuéron todos, y asentados,

Dijo : « Vasallos honrados,

A mí me han dado una nueva

Extraña, y que me provoca

A pesadumbre y pasion,

Y es que dicen que al leon

Le huele muy mal la boca.

No es bien que un supuesto real,

De tantos brutos señor,

En vez de dar buen olor,

A todos huele tan mal.

Y así buscando el remedio,

Hallo que á todos os toca

Que llegandoos á mi boca

Veais si al principio ó medio

Alguna muela podrida

Huele mal, porque se saque,

Y desta suerte se aplaque

Afrenta tan conocida. »

Metiése con esto adentro,

Y entrando de en uno en uno,

No vieron salir ninguno.

La raposa, que es el centro

De malicias, olió el poste ;

Y convidándola á entrar

Para ver y visitar

Al leon, respondió : « ¡oste ! »

Y asomando la cabeza,

Dijo : « Por no ser tenida

Por tosca y descomedida,

No entro á ver á vuestra alteza ;

Que como paso trabajos,

Unos ajos he almorzado

Y para un rey no hay enfado

Como el olor de los ajos.

Por aquesta cerbatana

Vuestra alteza eche el aliento ;

Que si yo por ella siento

El mal olor, cosa es llana

Que hay muela con agujero,

Y el sacalla está á otra cuenta :

Que yo estoy sin herramienta,

Y en mi vida fui barbero. »

Lo mismo somos los dos,

Y en fe de vuestra amistad,

Acercarme es necedad,

Porque he dicho mal de vos.
Y un viejo tiene por tema
Decir, cuando á alguien me allego:
«Del Rey, del sol y del fuego,
Léjos; que de cerca, quema.»

DUQUE.

¿Pues no me habéis de decir
Quién sois, si os lo he dicho yo?

CÁRLOS.

Antes sí; pero ya no,
Por lo que acabais de oír.

DUQUE.

No habrá amistad en los dos,
Si el nombre encubris así.

CÁRLOS.

Vos me heis menester á mí,
Segun decis, yo no á vos.
Si así amistad no queréis,
Tomáosla, señor, allá.

DUQUE.

Sabio simple, ven acá;
Ya he visto lo que os queréis
Tú y Fenisa, y que ha llegado,
Venciendo estorbo y temor,
Al fin dulce vuestro amor
Que espera un enamorado.
Sé la poca voluntad
Que tiene de que os caseis
El alcalde, á quien queréis
Por padre de afinidad;
Y que á pesar suyo allanas
Tapias, saltando paredes;
Que no es poco hacer mercedes
Paredes que son villanas.
De mí os sentí formar quejas
Porque estorbo vuestro amor:
Para gozalle mejor,
Si á un lado recelos dejás
Que dices tienes de mí,
Y al aposento me guías
De Sirena, ya podrías
Quedar, de villano, aquí
Hecho hidalgo y caballero,
Y con Fenisa casado.

CÁRLOS.

(Ap. ¡Por alcahuete, privado!
Pero no seré el primero.)
Tiene mil dificultades,
Señor, lo que me mandais:
El oficio que me dáis
Fácese por las ciudades,
Mas no por aldeas ni villas:
Alcahuetes hay allá
Señorías; pero acá
Sufrimos poras cosquillas.
Esto es lo uno; lo otro es
Que Fenisa es tan hermosa
Como Sirena, y mi esposa;
Y si allá os meto, despues
Cuando Sirena os reproche,
Quizá daréis en Fenisa;
Que suele el diablo dar prisa,
Y todo es pardo de noche.
Hay en la puerta un cererro
Gruñidor, y en el corral
Hay un pozo sin brocal.
Lo tercero, tiene un perro
Que si os ve, y desencuaderna
Los dientes dando tras vos,
No tengo á mucho, par Dios,
Que se os meriende una pierna.
Lo cuarto, habeis de pasar
Por la cama del alcalde,
Y no pasaréis de balde
Si al mastín siente ladrar;
Porque si una estaca arranca,
Miéntras se averigua ó no
Si es el Duque el que pasó,
Sabréis lo que es una tranca.
Lo quinto, fuera de aquesto,
No os quiero her otro regalo:

Lo sexto, ya veis que es malo
Todo lo que toca al sexto.

DUQUE.

Mata ese villano, Floro.

CÁRLOS.

No consiento mataduras;
Iguales somos á oscuras;
Sin luz no reluce el oro.
Tente, duque; que es de noche;
No te quedes en Belvalle.

FLORO.

Hachas vienen por la calle,
Y detras de ellas un coche.

DUQUE.

¿Coche y hachas por aquí?
¿Hachas y coche en aldea?
¿Quién será?

CÁRLOS.

Sea quien sea,
Señor duque, adios.

(Vase.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE, FLORO.

DUQUE.

¿Que así
De los dos se haya burlado
Un villano!

FLORO.

Está en su villa,
Y villanos en cuadrilla
Desharán un campo armado.
Oye, que el coche atascó,
Y no pudiendo arrancar,
Los ha obligado á apearse.

DUQUE.

¿No es aquella que salió
La duquesa?

FLORO.

O sueño, ó sí.

DUQUE.

Sospechará si nos ve (1).
Retirate.

FLORO.

¿Para qué,
Si está ya tu esposa aquí?
La guarnicion de la capa,
Que con la luz resplandece,
Señor, á tu esposa ofrece
Lo que la oscuridad tapa.
Ya te ha visto.

DUQUE.

Por saber
Lo que es esto, no me voy.

ESCENA XIV.

LEONORA, de camino; LUDOVICO,
DOS PAJES, con hachas. — EL DU-
QUE, FLORO.

LEONORA.

Basta, que en Belvalle estoy,
Hazaña al fin de mujer
Recien casada y celosa.

DUQUE.

Leonora.

LEONORA.

¿Es el duque?

DUQUE.

Ya

Seré duque, pues está
Aquí mi Duquesa hermosa.
Pues, mi bien, ¿qué causa pudo
Obligaros á tal hora
Venir así?

LEONORA.

Quien no ignora

(1) Verso suplido por el colector para com-
pletar la redondilla.

Que amor, por andar desnudo,
Ni de noche temor tiene
Que le salgan á robar,
Ni repara en caminar
En fe que con alas viene.
Como soy recien casada
Y novicia en el amor,
Despues que os quiero, señor,
Me teneis mal enseñada.
Vi que la noche venia,
Y estando ausente mi dueño,
Lo habia de estar el sueño,
Que sin vuestra compañía
Ya será imposible hallalle:
Y para estar desvelada,
Mas quise hacer la jornada
Que hay de la corte á Belvalle,
Que á sospechas dar lugar.

DUQUE.

El haberme encomendado
Mi padre aumento y estado
De Sirena, disculpar
Me puede en esta ocasion.

LEONORA.

No tengo yo que os reñir,
Antes vengo por cumplir
Esa justa obligacion.
¿Adónde está la Marquesa?

DUQUE.

Por aposentarme á mí
En su casa, vive aquí.

LEONORA.

Cortesía suya es esa.
Y vos, porque esté segura,
Sueño y puerta le guardais.

DUQUE.

Quando vos, mi bien, estais
Ausente, vuestra hermosura
Contemplo, como en retrato,
En la luna y las estrellas.

LEONORA.

Y hallaréis mas luz en ellas
A estas puertas cada rato.
Haced que la llamen luego;
Que ha de ir en mi compañía.

DUQUE.

¿No aguardaremos al día?

LEONORA.

¿Para qué es tanto sosiego?
Está desaparecido
A estas horas el lugar,
Y no podrá aposentar
Los que conmigo han venido.
La corte aun no está de aquí
Dos leguas.

DUQUE.

Yendo con vos,
Doscientas no fueran dos.

LEONORA.

Pues si eso sentis así,
¿Que hay que aguardar?

DUQUE.

Por mí, nada;

Mas cogemos de repente
A Sirena, que inocente,
Mi bien, de aquesta jornada,
Ila de juzgar por rigor
Lo que, á venir mas de asiento,
Tuviera á entretenimiento.

LEONORA.

Yo sé que me hará favor
En pagar la voluntad
Y prisa en venir á vella,
Con dar la vuelta con ella
A nuestra corte y ciudad.
Díganla como aquí estoy.

FLORO.

La puerta han abierto ya.

ESCENA XV.

CORBATO, con un candil; FENISA.—

DICHOS.

CORBATO.
¿Quién diablo voces nos da?
Arre allá: ¿soy, ó no soy
Alcalde?

FENISA.

¿Toda la noche
A nuestra puerta roílo?
Pero ¡ah! ¿quién ha venido
Acá con cirios y coche?
¿El Duque, padre, y la Duca!

CORBATO.

No era el ruido de balde.
¿Señor!

DUQUE.

¿Sois vos el alcalde?

CORBATO.

Aunque la vejez caduca,
Yo so hoguero el envarado.

DUQUE.

¿Y es Fenisa esta doncella?

CORBATO.

Para servill: yo y ella.

DUQUE.

Ponelda, alcalde, en estado;
Que es ya grande.

CORBATO.

Duerme bien,
Almuerza y come mejor,
No la quillota el amor.
Ni hasta agora canas tien.
¿Quién me mete á mi en metella
En prensa?

FENISA.

¿Casarme? ¿Jo!

DUQUE.

Haced lo que os digo yo,
O si no, casárase ella.

ESCENA XVI.

SIRENA.—DICHOS.

SIRENA.

¿Señora! ¿aquí vuselencia?
Mándeme dar esos piés.

DUQUE.

La marquesa, mi bien, es.

LEONORA.

La fama de vuestra ausencia,
Sirena, me trae así
De vos tan enamorada,
Que no siento la jornada,
Fues por ella os hallo aquí.
No he de partirme sin vos;
Que he de ser vuestro galán,
Y ya recelos me dan
Que estando ausentes los dos
Me habeis de quitar el sueño.

SIRENA.

Si al principio tal favor,
Señora, hallo en vuestro amor;
Aunque en méritos pequeño
El mío, acepta el partido;
Pues si va á decir verdad,
Muerta por vuestra beldad,
De Belvalle me despidió.

CORBATO. (Ap.)

De mujer á mujer va,
Pata para la traviesa.

ESCENA XVII.

CARLOS, de galán.—DICHOS.

CÁRLOS.

¿En Belvalle la Duquesa?

CORBATO.

A oscuras se vino acá.

CÁRLOS.

¿Tanta merced, gran señora?

DUQUE.

¡Oh Carlos! mucho dormis.

CÁRLOS.

Si en el aldea vivís,
Sabréis que el que en ella mora,
Todo el tiempo, gran señor,
Gasta, si no va á cazar,
Solo en dormir y jugar.

LEONORA.

Habeisme de hacer favor
De que sin culpar mi prisa,
En el coche nos entremos,
Y por Belvalle troquemos
La corte, porque es precisa
La ocasión que de tornarme
Esta misma noche tengo:
Y pues solo á veros vengo,
Ya sin vos no podré hallarme.

SIRENA.

Cuenta el Duque me había dado
De la merced que desea
Vuselencia hacerme, y crea
Que tengo muy deseado
Este punto; que de estar
Sin padre, y á cargo suyo,
Mi seguridad arguyo.

LEONORA.

No tenemos que esperar;
Que porque mejor lo esteis,
Vengo en persona por vos.

SIRENA.

Y estaremos las dos,
Si vos tal merced me hacedis.

LEONORA.

Ya os entiendo. Venga el coche.

DUQUE. (Ap. á Floro.)

Floro, cumplió mi deseo
El amor.

CÁRLOS. (Ap.)

¿Que en poder veo
De mi enemigo, cruel noche,
Mi honor! ¿Que sufrillo pudo
Mi amor hourado! Sirena
En poder y casa ajena,
Y yo con celos y mudo!

DUQUE.

Cárlos, mirad que os aguarda
El oficio que os he dado.

CÁRLOS.

Yo tengo, señor, cuidado.

CORBATO.

Fenisa, pon el albarda
Al rucio, y alto, al molino,
Pues los huéspedes se van.
Echa en las alforjas pan.

LEONORA.

Corto es, Marquesa, el camino.

SIRENA. (Ap. á Cárlos.)

Todo en tu favor se traza.
No tengas, mi bien, temor.

CÁRLOS. (Ap.)

Pues soy cazador mayor,
Recelos, ojo á la caza.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE, LEONORA.

DUQUE.

Saben los cielos, mi Leonora hermosa,
Si desde que mi esposa te nombraron,

Y de dos enlazaron una vida
Por vella divertida en otra parte,
Quisiera aposentarte de manera
En ella, que no hubiera otra señora,
Que no siendo Leonora, la ocupara.
Si un reino, es cosa clara que se rige
De un solo rey que elige por cabeza,
Y la naturaleza solamente
Dió al mundo un sol ardiente y una luna;
Si en cada cuerpo es una el alma bella.
No es bien que estén en ella dos señores,
Ni ocupen dos amores una casa.
Como en la esfera escasa de mi pecho.
Diligencias he hecho que no han sido
Bastantes al olvido; he intentado
Ausentarme, he probado á divertirme,
Y para persuadirme al tuyo honesto,
Las partes he propuesto que ennoblecen
Tu fama, y enriquecen mi ventura.
Tu virtud, tu hermosura, tu nobleza,
La célebre grandeza de tu casa
Mi memoria repasa cada día;
Mas; ay Leonora mía! que no basta
Contra la mala casta de un tirano,
Que á todo da de mano, y en mi pecho
De suerte asiento ha hecho, que con todo
Alzándose, no hay modo que se aplaque,
Si no es que con él saque el alma y vida
Que está con él asida, y porque goce
Su reino desconoce al propio dueño.
Esto me quita el sueño; que quisiera
Un alma darte entera, y no partida.
No sé qué medio impida aqueste daño,
Pues contra el engaño, esposa mía,
Crece mas cada día: solo uno
Hallo que es oportuno y provechoso,
Si bien dificultoso, pues comienza
La tímida vergüenza á refrenalle
Al tiempo de espicalle; y esto pende
De tu amor, si se extiende, Leonor bella.
A tanto, que atropella de los celos
La línea y paralelos, porque estriba
Solo en que el Duque viva, que padece.
Si el tuyo te parece que es bastante
A hazaña semejante, haréte cierta
De la herida encubierta, que te llama
Su médico.

LEONORA.

Quien ama como debe
Debajo el yugo leve y amoroso
Del matrimonio, esposo, no repara
En cosa, por mas cara que parezca;
Pues si es bien que se ofrezca al golpe
El brazo, aunque desnudo, cuando mira
Que á la cabeza tira y amenaza,
Bien es que de esta traza yo pretenda
Tu vida y te defienda, pues estriba
Mi ser todo en que viva la cabeza,
Que la naturaleza en tí me ha dado.
Si el fin de tu cuidado en mí consiste,
No estés, Filipo, triste; dame cuenta
De la pasión violenta que te abrasa,
Y pues tienes en casa la ventura
Que dices, ponte en cura, aunque yo
[muera.]

DUQUE.

¡Oh mi bien! ¿quién pudiera para amarte
Mejor, desocuparte el alma toda,
Que hospeda y acomoda ingratas pren-
[das:]

No imagines ni entiendas que te pido
Que si por su marido ofreció Alceste
La vida, imites este ejemplo extraño,
Ni que tan en tu daño mi sosiego
Te salga, que en el fuego riguroso,
El amor de tu esposo, como á Evadne
Te arroje, porque gane eterna fama;
Que ni acero ni llama han de ser medio
Que pueda dar remedio á tanta pena.
La marquesa Sirena es el tirano

Que con violenta mano se retrata
Dentro del alma ingrata y homicida :
La posesion debida á tu hermosura
Tiranizar procura : ya há dos años
Que con mil desengaños me nosprecia
La voluntad que necia permanece, [te.
Cuando mas me aborrece, mas constan-
Ni el verme mozo amante, ni el estado
Ilustre que he heredado , y su señora
La llamara , Leonora , ablandar pudo
Aquel pecho desnudo de clemencia :
Ni el ver que la potencia, en compañía
Del poder , cada dia precipita
La razon , si la irrita el menosprecio ,
La obligó ; caso recio ! á ser mi esposa.
Viendo , pues , peligrosa mi esperanza ,
Para tomar venganza y olvidalla ,
Del alma quise echalla , haciendo dueño
Suyo, en tiempo pequeño , á mi Leonora.
Llamóte al fin señora mi Bretaña ,
Y como te acompañaba la belleza
Igual á tu nobleza , creí contento
Echar del pensamiento al dueño ingrato
Que en el alma retrato , pues ausente
De Sirena , y presente tu hermosura ,
En qué pizarra dura se esculpiera
Que no la echara fuera y se borrara ?
Ni el sol de aque- sa cara , ni su ausencia .
Ni el ver por experiencia ya imposible
Mi frenesi terrible , hizo otra cosa
Que aumentar mas furiosa la cruel llama
Que ciega se derrama , y como loca
Se sale por la boca. Al fin , Leonora ,
Viendo de hora en hora alborotada
Y ya banderizada el alma mia ,
Que de tu parte cria atrevimiento ,
Porque el entendimiento te defiende ,
Que conoce y entiende lo que vales ,
Con armas desiguales la refrena
Memoria de Sirena , y de su parte
La voluntad reparte , aunque sin ojos .
La vitoria y despojos de mi vida .
Viéndote de vencida y ya olvidada ,
Porque desengañada te siguiere
La voluntad , y viese juntamente
Tu belleza excelente , y la hermosura
De quien mi mal procura , fui por ella .
Y aquí quise traella ; que un contrario
Junto á otro , es ordinario dar mas mues-

[tra
De la virtud que muestra. Desta suerte
Creí , mi bien , que en verte mas perfecta,
Mas hermosa y discreta , se enlazara
En ti el alma , y dejara á la marquesa .
De quien , aunque le pesa , le atribuye
La ventaja que incluye tu hermosura .
No salí con la cura ; ántes creciendo
El fuego en que me enciendo , es ya de

[suerte,
Que si no es que la muerte le reporte ,
Desde que está en la corte á tal estado
Me trae , que me ha obligado á que dis-

[ponga
Mi vida , y que la ponga ¡ay Leonor bella!
En tu mano ; que si ella no me sana ,
Cualquiera cura es vana.

LEONORA.

El cómo aguardo.

DUQUE.

¿Crerás que me acobardo y no me atrevo
Cuando á decirte pruebo mi locura ,
Viendo que tu hermosura , entendimiento
Y discrecion afrento ? Leonor mia ,
Quita mi cobardía : en esta mano
Que beso , y por quien gano el bien que

[espero, (Béasela.)
Poner mi salud quiero ; así me veas
Libre , porque poseas toda el alma ,
Que pongas quieta calma á esta tormen-
[ta.

No has de estar descontenta ni enojarte.

LEONORA.

Empieza á declararte , lisonjero.

DUQUE.

Si me juras primero no hacer caso
De celos , pues me abraso , aunque pro-
Olvidar... [curo

LEONORA.

Yo lo juro ; ea , acabemos.

DUQUE.

No te cansen extremos , ten paciencia.
Ya suele la experiencia haber mostrado
Causar odio y enfado , si se alcanza ,
Lo que hace la esperanza mas perfecto.
Ya sabes que el objeto deseado
Suele hacer al cuidado sabio Apéles ,
Que con varios pinceles , en distinta
Color esmalta y pinta con bosquejos
Lo que visto de lejos nos asombra ,
Y siendo vana sombra , nos parece
Un sol que resplandece , una hermosura
Que deleitar procura , y nos provoca :
Mas si la mano toca la fingida
Pintura apetecida , ve el deseo
Ser un grosero anjeó , en que acitado,
Ni cria yerba el prado , ni la fuente
Prosigue su corriente , ni ve , ni habla
La imagen que la tabla representa ,
Y así lleno de afrenta , busca viva
La que la perspectiva enseña muerta.
Mi voluntad incierta , que engañada
Ve en Sirena pintada una hermosura
Divina , una cordura deleitable ,
Un sol que hacen amables sus reflejos :
Como la ve de lejos , ignorante
Juzga lo que delante le parece ,
Y engañada apetece como loca
Lo que si gusta y toca , ser podría
Que hiciese , esposa mia , mas segura
La divina hermosura que en ti siento ,
Y el aborrecimiento y desengaño
Remediasen el daño que me abrasa.
El remedio está en casa , por quien pene ;
Tú has de ser mi Galeno , y mi bien todo :
Haz , Leonora , de modo , aunque provo-

[que
Tus celos , que yo toque esa pintura ;
Desengañar procura mi deseo ,
Sepa yo si es anjeó , comparado
Contigo , este adorado desatino ;
Sepa yo si es divino ó si es humano
Este ángel , porque sano , como es justo ,
Te estime mas mi gusto , y la experiencia
Me enseñe la excelencia , mi Leonora .
Con que eres vencedora : y yo mudado .
Vuelva desengañado y reducido ,
No á darte dividido , sino entero
Un amor verdadero.

LEONORA.

La primera

Mujer que sea tercera de su esposo
Seré ; mas si es forzoso el agradarte ,
Y á costa he curarte de mi gusto ,
Vaya con Dios , yo gusto darte en eso
La vida con el seso. A los desvelos
De averiguados celos pondré pausa ,
Si con tan justa causa no dan pena.
Persuadiré á Sirena con caricias ,
Con ruegos , con albricias , y de modo
Tentaré el vado todo , que si á ruegos
Muestra desdenes ciegos , y te agrada
Su belleza forzada : á que la fuerces
Y el torpe gusto esfuerces daré traza .
¿Estás contento ?

DUQUE.

Enlaza en este cuello

El tuson rico y bello de tus brazos :
Acorta , mi bien , plazos , pues acortas ,
Si á mi dicha la exhortas , el agravio
Que te hago ; y cuerdo y sabio podré darte
Toda el alma , que jura de adorarte.

(Vase.)

ESCENA II.

LEONORA.

No sé cómo he reprimido
El impetu á la pasión ,
Ni cómo mi corazón
Disimular ha podido.
¿Ha visto el mundo ó ha oído
Combate de amor mas recio ?
¿Ah Filipo torpe y necio !
¿A engendrar en mi comienzo
Venganza tu desvergüenza ,
Y desden mi menosprecio .
¿Tan fuerte es una mujer ,
Que la pruebas en tu daño ?
¿Tan sufrible un desengaño ,
Que en mi le quieras hacer ?
¿No pudieras escoger
Otra tercera mejor ,
Ignorante pretensor ?
No es mucho , pues indiscreto
Me pides así el respeto ,
Que yo te pierda el amor .
Pon los ojos en Sirena ,
Necio ; que yo los pondré
En quien venganza me dé
De tu desprecio y mi pena .
Tu tercera hacerme ordena ;
Que yo te haré mi tercero ,
Porque por tus fillos quiero
Vengarme desta manera ,
Para que tu hora muera
Con las armas que yo muero.

ESCENA III.

SIRENA. — LEONORA.

SIRENA.

Para ser vuestra excelencia
La guarda que se ha encargado
De mí , muy poco cuidado
Descubre mi diligencia .
Dos horas há que en su ausencia
El recelo me provoca
De que con voluntad poca ,
Pues que tanto se retira ,
Las cosas de mi honor mira .

LEONORA.

¡Ay , Sirena , que estov loca !
Si de pesar no reviento ,
Es por ver que la esperanza
Que tengo de la venganza
Da riendas al sufrimiento .
Que ofendiendo al sacramento
Conyugal , busque un marido
Otro amor , ya es permitido ,
Y que su tálamo ofenda
Aunque lo sepa y entienda
La esposa que ha aborrecido ;
Pero que se descomida
Y sea tal su desacato ,
Que para tan torpe trato
Ayuda á su mujer pida !...
Hoy le quitara la vida ,
A no juzgar por mejor
Quitalle , amiga , el honor ,
En él tan mal empleado .

SIRENA.

Ocasión justa te ha dado ;
Mas miráraslo mejor ;
Que siempre el agravio saca
Palabras que la ira ofrece ,
Y el alma noble aborrece ,
Aunque con ellas se aplaca .

LEONORA.

No halla mejor triaca ,
Marquesa , el veneno recio
De mi injuria y menosprecio ;
En esto me determino :
Pague así su desatino
Un marido que es tan necio .

Tan lejos de imaginar
Está que me agravia en esto,
Que en mi interés propio ha puesto
El dar á su amor lugar:
En llegando á gozar,
Dice que echándote fuera
Del corazón, que es tu esfera,
Si ahora soy aborrecida,
El alma por tí partida
Me volverá á dar entera:
Y así que te solicite
Pide con ruegos, con trazas,
Con joyas, con amenazas,
Porque á su locura imite.
Si para que me ejercite
En oficio tan honrado
Nombre de esposa me ha dado,
Y á esto vine de Borgoña,
Yo le daré la ponzoña
Misma que á beber me ha dado.
Para con Dios, tanta pena
Llega el hombre á merecer
Que hace agravio á su mujer,
Como la esposa, Sirena.

SIRENA.

Señora mía, refrena
Resolución tan extraña.

LEONORA.

El duque me desengaña;
No hay que hablar: á ser primera
Vine, y no infame tercera,
Desde Borgoña á Bretaña.
Goce el Duque tu hermosura,
Que ya en mí no hay resistencia.

SIRENA.

¿Luego con vuestra excelencia
Mi honor no está segura?
¿Luego ya salió perjurá
La fe, que de defender
Mi fama, quiere romper?

LEONORA.

Si tu amistad no me ayuda,
Como mi honor pongo en duda,
El tuyo pienso poner.
Mi afición volvió en furor,
El duque y su desatino,
Porque del mas fino amor
Nace el odio que es mas fino.
Si por aqueste camino
No me ayudas, con mi fe
Tu honor á riesgo pondré,
Dando á mi enojo motivo;
Pues cuando mi honor derribo,
No ha de haber honor en pie.
Los ojos ha puesto en tí
El duque para cegarlos,
Y yo los he puesto en Carlos
Tu primo.

SIRENA.

¿Cómo? (Ap. ¡Ay de mí!)

LEONORA.

Mi desprecio vengo así;
A amar á Carlos me animo;
Ni honra ni vida estimo;
De su prima vengo á ser
Tercera, y así he de hacer
Que lo seas de tu primo.
Hecho me ha solicitarte,
Y que te ruegue permite;
Yo haré que él le solicite,
Y le ruegue de mi parte.

SIRENA.

Vendrás á desenojarte,
Y mirarálo mejor.

LEONORA.

Ya lo he visto; mi rigor
Ha dado aquesta sentencia:
Sirena, ya no hay paciencia,
Ya no hay seso, no hay honor.
Si no... Carlos me ama,

Al duque haré tal engaño,
Que resultando en su daño,
Quede segura tu fama;
Pero si no, de su llama
Aquesta noche has de ser
Materia para encender
Tu afrenta.

SIRENA. (Ap.)

¿Qué esto, cielos?
Entre la deshonra y celos
Me habéis venido á meter!
Antes que pierda el honor,
La vida el Duque destruya;
Y ántes que Leonora goce
A Carlos, me mate amor.
No sé cuál daño es menor:
Dar al Duque aborrecible
Contento, es caso terrible;
Pues ser solicitadora
Yo con Carlos, por Leonora,
Eso no, que es imposible.

LEONORA.

¿Qué he de hacer, triste de mí?
Marquesa, á Carlos preven;
Que á las dos nos está bien
Vengarnos del Duque así.

SIRENA.

(Ap. Disimular quiero aquí
El tormento que reprimo.)
Tu gusto, señora, estimo;
Mas mira....

LEONORA.

No hay que mirar:
Envía luego á llamar,
Sirena, á Carlos tu primo.
Busca amorosa elocuencia
Con que persuadille puedas,
Y si victoriosa quedas,
Haz que venga á mi presencia.

SIRENA.

Si, de dar á vueselencia
Contento, segura estoy
Del duque, á servilla voy.
(Ap. Agora, Carlos, veré
Los quilates de la fe,
Que empiezo á probar desde hoy.)
(Vase.)

ESCENA IV.

LEONORA.

Si consiste la prudencia
En el saber elegir
Medios para conseguir
El fin de una diligencia,
La deshonestá insolencia
Del duque cuán imprudente
Es me ha mostrado al presente
En los medios que ha buscado,
Pues ellos medio me han dado
Para que su fama afrente.

ESCENA V.

CARLOS. — LEONORA.

CÁRLOS. (Para sí al salir.)

Tener en casa el sustento,
Y no poderlo comer;
Cofres de oro poseer,
Y estar pobre el avariento;
En el río estar sediento,
Sin agua y sal en la mar,
Con alas, y no volar,
Todo esto junto en mí pasa,
Pues tengo á Sirena en casa,
Y nunca la puedo hablar.

LEONORA.

CÁRLOS.

CÁRLOS.

Gran señora.

LEONORA.

De qué venis pensativo?

CÁRLOS.

Disgustos son con que vivo,
Después que aquí estoy.

LEONORA.

Después!
Pues en qué dama habéis puesto
El pensamiento, que necia
Las muchas partes desprecia
De vuestro talle dispuesto?
Son desdenes? ¿Lloráis celos?

CÁRLOS.

No sé á qué sabe, señora,
Ese manjar hasta agora.

LEONORA.

Mucho debéis á los cielos.
¿Quereis bien?

CÁRLOS.

Ni bien ni mal.

LEONORA.

Miraldo, Carlos, mejor;
Que yo sé que os tiene amor
Que dama principal
De palacio.

CÁRLOS.

¿A mí?

LEONORA.

Y por veros
En donde estorbos no hubiera,
No sé si la vida diera,
Que sustenta con quereros.

CÁRLOS. (Ap.)

¿Si le ha contado Sirena
A Leonora nuestro amor?
Pero no hará tal error,
Pues no me ha puesto otra pena
Sino el silencio discreto,
Después que con ella trato.

LEONORA.

Si dais lugar al recato,
Y no ofendeis al secreto,
A un duque, Carlos, sé yo
Que esta dama desestima
Por vuestra causa.

CÁRLOS. (Ap.)

Mi prima
Cuenta de todo la dió.
No hay mas; el deseo de hallar
Traza de verme y hablarme,
Pudo solo, por amarme,
Peligros atropellar.
Y porque esté la Duquesa
Segura de los desvelos
Que el duque ha dado á sus celos,
Con este medio interesa
Su amistad y intercesion,
Para que pueda segura
Hablarme. ¿Extraña cordura!
¿Peregrina discrecion!

LEONORA.

Entrado habéis en consejo
Con vos mismo, y sois prudente;
Que en peligro tan urgente,
No es mucho que estéis perplejo.
Mas pues que yo os aseguro,
No creo que hará el temor
Agravio á mi mucho amor.

CÁRLOS.

Aunque es el enigma oscuro,
No tanto que déi no entienda
Cuán favorecido quedo
De vueselencia. Ni puedo,
Ni es prudencia que pretenda
Agradecer con razones
El bien que de vos consigo;
Solo, gran señora, digo

Que á tantas obligaciones
 pienso pagar con quedar
 Por vuestro cautivo y preso;
 Y en señal la mano os beso.

LEONORA.

Poco hubo que negociar.
 La materia hallé dispuesta,
 Carlos, que dudaba en vos.

CÁRLOS.

Ya há un año, y va para dos,
 Que el amor que os manifiesta
 Mi pecho, tuve encubierto.

LEONORA.

Pues de un año ya habla amor.

CÁRLOS.

Tuve del Duque temor.

LEONORA.

Castigad su desconcierto,
 Y entrad vos en su lugar:
 Lo que vuestra prima bella
 Os dijere, haced; con ella
 Podeis sin temor hablar.
 Seguid las trazas que os diere;
 Que yo os facilitaré
 Estorvos, y dispondré
 Todo lo que ella os dijere;
 Pues con tal intercesora,
 Sin peligro de mudanza,
 Dareis del Duque vengauza
 A una mujer que os adora.

CÁRLOS.

Llegó mi dicha á su extremo.
 Sirena, si para hablarte,
 Leonora está de mi parte,
 ¿Qué hay que dudar, ó qué temo?
 Afuera, celosa pena;
 No pongais mi dicha en duda,
 Pues la Duquesa me ayuda,
 Y es tan constante Sirena.

(Vase.)

(Vase.)

ESCENA VI.

EL DUQUE, FLORO.

DUQUE.

No ha de quedar diligencia
 Que no intente hasta vencer
 La espantosa resistencia,
 Floro, que en esta mujer
 Martiriza mi paciencia.
 La duquesa, persuadida
 De mis ruegos y desvelos,
 De sus agravios se olvida,
 Y anteponiendo á sus celos
 El remedio de mi vida,
 Me promete hacerse guerra
 A sí misma, por templar
 El fuego que en mí se encierra,
 Y persuadilla hasta dar
 Con su fortaleza en tierra.
 Para que al extremo llegue
 Siempre mi vivo cuidado,
 Y mi tormento sosiegue,
 Que me llamen he mandado
 A Carlos, porque la ruegue,
 Solicite y persuada;
 Que aunque forzalla pudiera,
 Nunca, la fruta alcanzada
 Por fuerza, della se espera
 Lo que estando sazónada:
 Con sazón quiero cogella.

FLORO.

Si en el consejo de estado
 De amor (donde se atropella
 La razón, sabio letrado)
 Por no regirse por ella)
 Se admitieran pareceres,
 Uno pudiera yo darte
 Saludable, si es que quierdes,
 Gran señor, no despeñarte.

DUQUE.

Tal puede ser el que dieres,
 Que le estime, si no es
 Divertirme de Sirena.

FLORO.

No, gran señor.

DUQUE.

Dile pues.

FLORO.

Edificas sobre arena,
 Y todo ha sido al revés
 Cuanto hasta este punto has hecho.

Un filósofo enseñaba
 Su facultad, satisfecho
 Que por sus letras ganaba
 Juntamente honra y provecho.

Al que estudiado no había,
 Con un precio moderado
 A su escuela le admitía;
 Pero el que estaba enseñado,
 Y algunas letras tenía,
 Dos precios había de darle
 Si su oyente había de ser,
 Uno por desenseñarle
 (Que sobre ajeno saber
 No quería licion darle.)

Y otro por volver de nuevo
 A hacelle en su escuela sabio.
 Yo, que esta opinión apruebo,
 Si no lo juzgas á agravio,

A cumplir tu amor me atrevo;
 Pero con tal condicion,
 Que deshagas cuanto has hecho
 En tu ciega pretension,
 Pues no será de provecho
 De otra suerte la licion.

Ya que al principio lo erraste
 (Pues, sin curar dentro el mal,
 Con Leonora te casaste,
 Siendo Sirena tu igual,

Y así imposibilitaste
 El alcanzalla mejor),
 Y remediarse no puede

Tan desenfadado ardor;
 Porque incurable no quede
 De todo punto tu amor,
 Has de deshacer agora

El disparate que has hecho;
 Pues viendo lo que te adora,
 Quieres que ablande su pecho
 La Duquesa mi señora,

Que por mas que te parece
 Que terciar tu amor intenta,
 Ó este agravio la enloquece,
 O si no siente esta afrenta,

La Duquesa te aborrece.
 Y será cosa pesada
 Cualquiera destas, señor;

Que en la mujer injuriada,
 Nunca hay venganza mayor
 Como la disimulada.

No has de provocar tampoco
 Que sea Carlos tu tercero,
 Por los peligros que toco;

Que es Carlos muy caballero,
 Y si le tienes en poco,
 Como el honor de su prima

Por tantas partes le alcanza,
 Si aqueste agravio le anima,
 Podrá ser que á la venganza
 Le fuerce tu desestima.

Sirena es, señor, mujer;
 Como tal, ha de acudir
 Al natural de su sér;

Lo que mas suelen sentir
 Es el verse aborrecer
 De quien las quiso primero:

Finge que la has olvidado,
 No la mires lisonjero,
 Pregúntala descuidado,
 Y respóndela severo.

Cuando la hables, bosteza;
 Si cuidadosa te mira,
 Vuelve á un lado la cabeza;
 De cuando en cuando suspira,
 Muestra, hablandola, tristeza,
 Ponte en parte que te vea
 Celebrar algún papel
 A solas, y aquesto sea
 Fingiéndolo la letra en él;
 Y porque despues le lea,
 Haz al sacar el pañuelo,
 Despues que le hayas guardado,
 Que se te cae en el suelo;
 Escribe en él el cuidado
 De una dama con riuelo
 De que á Sirena procuras
 Y en su amor te desvaneces,
 Y por mas que la aseguras
 Lo mucho que la aborreces,
 Que mientes en cuanto juras
 Verás, aunque el corazón
 Tenga como el bronce recio,
 Que vale en esta ocasion
 Mas una hora de desprecio,
 Que un año de pretension.

DUQUE.

Como médico de aldea,
 Comunes recetas das:
 En bárbaros las empleas,
 Que en la corte no hallarás
 Quien las admita ni crea.
 Los medios que yo he escogido
 Me darán por fin riza ó curado
 El gusto que no he adquirido;
 Que el trabajo que he pasado,
 No lo he de dejar perdido.
 Estolia un consejo nuevo,
 Y dejame hacer á mí,
 Que el camino sé que llevo.

FLORO.

La Duquesa viene aquí.

DUQUE.

Vete, pues, Floro.

FLORO.

No apruebo,
 Por mas que te determines,
 Tan peligrosos remedios.

DUQUE.

No importa que eso imagines.

FLORO.

Malos principios y medios
 Nunca alcanzan buenos fines.

ESCENA VII.

LEONORA. — EL DUQUE.

LEONORA.

Duque, la mayor hazaña
 Que han visto jamas los cielos,
 Tiene hoy de honrarme en Bretaña:
 Contra el rigor de mis celos,
 El amor que me acompañaba,
 Y te tengo, me ha podido
 Persuadir que hable á Sirena.
 Con lágrimas la he pedido
 Que dando alivio á tu pena,
 La esperanza que he perdido,
 Y me robó su bellad,
 Me la procure volver;
 Que quiero, aunque es necedad,
 Verte mas en su poder,
 Que verte sin voluntad.
 He dicho que si á tu pena
 Una vez alivio da
 Y sus desdenes refrena,
 Segura se casará
 Con el duque de Lorena;
 A quien por tí la prometo:
 Que goce tu amor prestado
 Pues lo sufro, y en efeto,

Que ponga su honra y cuidado
En las manos del secreto.
¿Puedo hacer mas?

DUQUE.

No te quiero

Hacer exageraciones,
Porque pagar presto espero,
Mi bien, tus obligaciones,
No partido, sino entero.
Mas ¿qué responde?

LEONORA.

No hay cosa

Que á los principios no sea,
Filipo, dificultosa:
Cuando la hablo, colorea
Entre airada y vergonzosa.

DUQUE.

Reina agora la vergüenza
Y el temor que della nace.

LEONORA.

Yo haré que tu amor la venza,
Porque ya sabes que hace
La mitad el que comienza.
Una cosa solamente
Falta, Duque, por arrimo
De la conquista presente;
Y es obligar á su primo;
Que el persuadilla un pariente
A quien parte del honor
Y de su deshonra cabe,
Hace el peligro menor.

DUQUE.

Tu ingenio mi dicha alabe,
Tu lealtad, tu firme amor.
¿No es bueno que habia enviado
Con aqueste fin por él?

LEONORA.

Cárlos es noble y honrado;
No te declares con él,
Por si acaso alborotado
Llega á perderle el respeto.
Yo lo dispondré mejor;
Que soy mujer, en efecto.
Encúbrele de tu amor
El pensamiento secreto,
Y dile que si desea
Servirte y tenerle grato,
Con mas frecuencia me vea,
Y con prudencia y recato
Cuanto le dijere crea,
Porque en darme gusto á mi
Estriba todo tu gusto.

DUQUE.

Dices bien, yo lo haré así.

LEONORA. (Ap.)

Y yo con castigo justo
Me pienso vengar de ti,
Haciéndote mi tercero,
Pues que tu tercera me haces.

DUQUE.

Si á Sirena por ti adquiero,
Después con eternas paces
Servirte, Leonora, espero.

LEONORA.

Cárlos viene; el declararte
Excusa con él, y di
Que el servirme es agradarte.
¿Enviárasle luego?

DUQUE.

Si,

Luego, Duquesa, irá á hablarte.
(Vase Leonora.)

ESCENA VIII.

CARLOS. — EL DUQUE.

CÁRLOS.

¿Qué manda vuestra excelencia?

DUQUE.

La baronía de Flor

Está vaca, y el valor,
Carlos, de vuestra presencia,
Por dueño hoy ha de tener.
Baron de Flor sois desde hoy.

CÁRLOS.

Tu esclavo, si, aquesto soy.

DUQUE.

Dicen que llega á valer
Seis mil ducados de renta;
Mas yo prometo aumentarlos
Con otras mercedes, Carlos;
Que os tengo muy por mi cuenta.

CÁRLOS.

Ya deseo que se ofrezca
Ocasión en que poder
Con algun servicio hacer
Que tanta merced merezca.

DUQUE.

La que entre manos traeis
Os le puede bien cumplir,
Si me deseais servir,
Segun me lo prometéis.

CÁRLOS.

(Ap. ¿Mas que es la merced tan cara.
Que quiere que intercesor
Con mi esposa sea en su amor?
Moriré si se declara.)
Dígame vuestra excelencia,
De mi ¿en qué se servirá?

DUQUE.

La Duquesa os lo dirá,
Id, Carlos, á su presencia:
Haced lo que ella os mandare,
Dadle gusto vos; que así
Me tendréis contento á mi;
Y advertid que no repare
En peligros de honra ó fama
Vuestro recelo; que á todo
Por libraros me acomodo.
Andad, que Leonora os llama.

CÁRLOS.

Declaraos mas, gran señor;
Mirad que confuso quedo.

DUQUE.

Cárlos amigo, no puedo;
Ella os lo dirá mejor.
Haced diligente vos
Lo que os pide y aconseja;
Y advertid que si se queja,
Hemos de reñir los dos.

(Vase.)

ESCENA IX.

CARLOS.

¿Hay confusion mas extraña!
¿La Duquesa no me anima
Para que sirva á mi prima?
¿No ha que el duque de Bretaña
Sin seso por ella anda,
Dos años? ¿Pues cómo agora
Me pide que hable á Leonora,
Y cumpla lo que me manda?
Ella manda que á Sirena
Sirva, y me promete dar
Por gozalla lugar;
El duque tambien ordena
Que obedezca á la Duquesa:
Si el obedecer me está
Tan bien, ¿qué pena me da?
¿Qué temo? de qué me pesa?
Pues con el Duque y Leonora
Cumpla con mi amor ardiente,
Digo que soy obediente
Mas que un fraile desde agora.

ESCENA X.

SIRENA. — CARLOS.

SIRENA.

Por muchos años y buenos,
Aunque sea á costa mia,

Se emplee vuesañoría
En pensamientos ajenos,
Y mejore de afición;
Que por lo bien que le está,
En la tercera tendrá
En mi, con obligacion,
Aunque lo sienta y me pese,
De acudir desde este día
A su gusto.

CÁRLOS.

Esposa mia,

¿Qué modo de hablar es ese?

ESCENA XI.

UX PAJE. — SIRENA, CARLOS.

PAJE.

A vuesañoría espera
La Duquesa.

SIRENA.

¿A mí? Ya voy.

CÁRLOS

¿Qué es esto, prima?

SIRENA.

No soy

Prima ya, sino tercera.

(Vase Sirena y el Paje.)

ESCENA XII.

CARLOS.

¿Tercera? ¿Cómo ó de quién?
Cielos, añadi eslabones
De enredos y confusiones
Para que muerte me dén.
¿En qué encantamento estoy?
¿Válgame Dios! ¿si he perdido
Con la ventura el sentido?
¿Qué hechizos me espantan hoy?
Leonora ayudarme ordena;
El mismo duque me obliga
A que la obedezca y siga;
Yo adoro solo á Sirena;
Y cuando mi amor espera
Gozalla, y su esposo soy,
Se va, y me dice: «no soy
Prima ya, sino tercera».
Ah corte llena de encantos!
Libreme el cielo de ti.

ESCENA XIII.

ORRO PAJE. — CARLOS.

PAJE.

El Duque os llama.

CÁRLOS.

¿A mí?

PAJE.

Si.

CÁRLOS. (Ap.)

Despertadme, cielos santos.

PAJE.

Mudad vestido, que quiere
Salir con vos á rondar.

CÁRLOS. (Ap.)

Si se llega á declarar,
Y á mi confusion luz diere,
Yo escribiré esta quimera.

PAJE.

¿Venis?

CÁRLOS.

A vestirme voy.

(Ap. ¿Que me dijese: «no soy
Prima ya, sino tercera!») (Vase.)

Vista exterior del palacio.

ESCENA XIV.

LEONORA Y SIRENA, á una ventana.

LEONORA.

Digo pues, Sirena amiga,
Que cuando á Carlos hablé

Y le conté mi fatiga,
Tan de mi parte le hallé,
Que no sé cómo te diga
El gozo que recibí,
Cuán pocos estorbos puso.....
Ni de oírme se alteró,
Ni me respondió confuso,
Ni al rostro el color mudó;
Antes alegre y humano
Mi dicha hizo manifiesta,
Pues de puro cortesano,
En lugar de la respuesta,
Los labios puso en mi mano.

SIRENA.

¿Pues tan presto, gran señora?
Mirad que es Carlos discreto.

LEONORA.

Marquesa, Carlos me adora;
El temor tuvo secreto
Lo que manifestó agora.
Un año, y va para dos,
Há que se muere por mí.

SIRENA.

Para en uno sois los dos.
(Ap. ¿Que no me arroje de aquí!
¿El firme, Carlos, sois vos?
¿En tierra á la primer prueba!
¿Si una mujer se mudara,
Que en si la inconstancia lleva,
Que tantas veces en cara
La dieron todos con Eva!
¿Ay hombres, hombres!)

LEONORA.

Parece

Que de mi bien te ha pesado,
Pues mi dicha te enmudece.

SIRENA.

Tiéneme puesta en cuidado
El peligro á que se ofrece,
Si á sabello el Duque alcanza,
Mi primo.

LEONORA.

Amor es discreto,
Industriosa la venganza,
Y en las manos del secreto
No hay recelos de mudanza.
Para esto te he menester.
No para que á Carlos hables.

SIRENA. (Ap.)

¿Frágil llamais nuestro ser,
Hombres, y en el ser mudables
Sois menos que una mujer!

LEONORA.

¿Sabes lo que he colegido
Del pesar que has enseñado
A la suerte que he tenido?
Que si á Carlos he llamado,
Debe de ser tu escogido.
Bien le quieres.

SIRENA.

Si te engaña

Tu sospechosa quimera,
Cré que no soy tan extraña
Si amara, que no quisiera
Ser duquesa de Bretaña
Mas que ser dama de Carlos.

LEONORA.

No sé : de celos me muero.

SIRENA. (Ap.)

Y yo no puedo ocultarlos.

LEONORA.

Gente ha venido al terrero;
Mas yo vendré á averiguarlos.

ESCENA XV.

EL DUQUE y CARLOS, de noche.—

LEONORA, SIRENA.

DUQUE.

Traidor, no busques rodcos,

Que ya conozco la causa
Porque tanto dificultas
Lo que mis penas te mandan.
Por mas que encubrirte pienses,
La turbacion con que hablas
Me enseña por el aliento
Las traiciones de tu alma.
No es la honra de Sirena
La que recelas y guardas,
Sino el tenerla, en mi agravio,
Mas que prima, por tu dama.

CARLOS.

Gran señor, sosiegaté,
Y con la cólera envaína
El enojo, que te incita
Sin razon á la venganza.
¿Qué has visto en mi que te obligue
Y á creer te persuada,
Haciéndote competencia,
Que á mi prima adora mi alma?
¿Así se encubre el amor,
Que en ser niño nunca calla,
Y en ser fuego manifiesta
Donde vive en humo y llamas?
No me tengas por tan vil
Que si yo á Sirena amara,
Aunque tu vasallo soy,
Sufriera que la sacaras
De Belvalle, y la trujeras
A tu corte y á tu casa,
Donde creciendo mis celos,
Mis tormentos aumentarás.
Que yo sienta, siendo noble,
Que tercero vil me hagas

De quien, por ser prima mia,
Me ha de caber de su infancia
Tanta parte, no te espantes,
Pues sabes lo que Bretaña
Me estima, y que soy tu deudo,
Y de lo mejor de Francia.

DUQUE.

¿Pues qué afrenta se te sigue
De que cumpla mi esperanza
Tu prima, y la goce yo,
Si cuando me satisfaga,
Dando á Leonora la muerte,
La has de ver entronizada
Sobre mi silla ducal?

CARLOS.

Hablar siento en la ventana.
Mira, gran señor, que piden
Mas recato esas palabras.

DUQUE.

¿Quién puede ser?

CARLOS.

Fácilmente

Lo sabrás, si oyendo callas.

SIRENA. (A Leonora.)

Mal sabes quién es Sirena :
Ni he dado ni daré entrada
En mi vida á amores locos
Sin obras y con palabras.

DUQUE.

(Habla aparte con Carlos.)

¿No es tu prima?

CARLOS.

Ella parece.

DUQUE.

Carlos, disculpas no bastan
A asegurarme de tí :
Si pretendes confirmaras,
Habla con Sirena agora ;
Finge que no te acompaña
Ninguno, y colegirán
Mis celos de tus palabras
Si la pretendes ó no.
La oscuridad nos ampara
Para que verme no pueda ;
Así sabré si me engañas.

CARLOS.

¿Qué la tengo de decir?

DUQUE.

Desdenes, desconfianzas,
Celos, aborrecimientos,
Con que la provoques, y hagas
Que te responda : veré
Mis sospechas confirmadas
O mas firme tu lealtad.

CARLOS. (Ap.)

¿Hay confusion mas extraña!
Esta vez mi poca dicha,
Dándome la muerte, saca
Año y medio de secreto,
Para avergonzarme, á plaza.
¿Oh peligros del honor!

DUQUE.

¿No llegas? ¿Qué te acobardas?

CARLOS.

Lo que he de decir prevengo.—
¿Ah de las rejas!

SIRENA.

¿Quién llama?

CARLOS.

Carlos soy.

LEONORA.

(Habla aparte con Sirena.)

Oye, Marquesa.

De los celos que me causas
Has de asegurarme agora.
No digas que á la ventana
Estoy contigo.

SIRENA.

¿Pues qué?

LEONORA.

Finge que porque me ama
Y en mis memorias se ocupa,
Pierdes el seso y te abrasas.
Pídele celos de mí.

SIRENA. (Ap.)

No los pediré sin causa.

LEONORA.

¿Qué dices?

SIRENA.

Que por servirte,
Quiero hacer lo que me mandas.—

¿Ah Carlos! ¿rondando vos?
¿Teneis en palacio dama?
¿No os dejan dormir sospechas?
¿Llorais desdeñ ó mudanzas?

CARLOS.

¿Quién os mete á vos en eso?

SIRENA.

¿Ser vuestra prima no basta
Para correr por mi cuenta
Vuestras dichas ó desgracias?

CARLOS.

¿Pues qué! ¿es pedirme eso celos?

SIRENA.

¿Fuera mucho?

CARLOS.

Si me cansa

Vuestra memoria de suerte,
Que no hay cosa mas contraria
Para mi gusto que oiros,
¿Por qué con vuestras palabras
Aguais de mis pensamientos
Pretensiones y esperanzas?
¿Heos querido yo jamás?

SIRENA.

¿A qué propósito y causa
Eslabonais disparates?
¿Pidoos yo cuenta tan larga?
¿Heos rogado que me améis
Alguna vez? ¿Qué embajadas
De mi parte os solicitan?
¿Qué papeles os enfadan?

¿Qué prendas mías adornan
En público vuestras galas,
Y en secreto vuestros gustos?
Si burlando os preguntaba
Por la dama que os desvela
(Buen provecho, primo, os haga),
Desde aquí, por no enfadaros,
Juro no hablaros palabra,
Ni veros.

CÁRLOS. (Ap. al Duque.)

¿Estás contento?

SIRENA. (Ap. á Leonora.)

¿Vives ya desengañada?

DUQUE.

Cárlos, prosigue tu tema;
Que me enamora la gracia
De aquellos dulces desdenes.

LEONORA.

Sirena, presto te causas
De asegurar el amor
Y fe que Cárlos me guarda,
Cuando por mí te desprecia.
Muestra que estás enojada,
Pídele celos por mí,
Y entretengan mi esperanza
Estas burlas.

SIRENA. (Ap.)

Estas veras,
Dirás mejor, pues me matan.

DUQUE.

Veamos cómo te iras;
Cárlos, enójala; acaba.

CÁRLOS. (Ap.)

¿Que á esto el Duque me fuerza?
¡Ay Sirena de mi alma!
¿Cuál debes de estar conmigo!

DUQUE.

¿Qué esperas, Cárlos?

CÁRLOS. (A Sirena.)

Mi dama
Por vos, Sirena, me mira
Sospechosa y agravada;
Celos tiene de que os quiero;
Dos días há que no me habla
Por verme con vos hablar;
Y sin el sol de su cara,
¿Qué le de-lacer? A mí me importa
La vida el asegurarla,
Aunque sea á costa vuestra;
Y pues es ya poco ó nada,
Ni me habéis ni me miréis;
Antes cuando entrare en casa
Del Duque, si os encontrare,
Echad vos por otra sala.

LEONORA. (Para sí.)

Mis celos ha penetrado:
Para asegurar mis ansias,
Menosprecia á la Marquesa.
¡Oh amor discreto! ¿qué os falta?

CÁRLOS.

Esto, Sirena, os suplico.

SIRENA.

Esos mismo imaginaba
Pediros, Cárlos, yo á vos;
Que de resistir cansada
Fretensiones de dos años,
Ha podido la constancia
De un amante, á quien ya quiero,
En mi pecho encender brasas.
Ve vos está receloso,
Contándonos los pasos anda.
Cuede mucho, y haréis mal
Si hablando e conmigo os habla.
No aleris los ojos á verme.

CÁRLOS. (Ap.)

¿Cómo; ay cielos! si eso pasa,
Y el Duque mi honor usurpa,
Cómo no tomo venganza

De mí mismo? Mas dirálo
Celosa de mis palabras.

DUQUE.

Cárlos, si mis dichas oyes,
Llega á abrazarme. ¿Qué aguardas?
Pídemle largas albricias.
¿No ves cómo se declara
En mi favor la marquesa?
¡Oh venturosa mudanza,
Oh averiguación discreta,
Oh firmeza bien empleada!

CÁRLOS.

Pues de fingir desatinos
Tanto interés tu amor saca,
Fingirme celoso quiero.
Veamos en lo que para
Tanta quimera.

DUQUE.

Bien dices.

CÁRLOS.

(Ap. Hablemos verdades, alma:
Aunque la vida nos cueste,
A luz mis desdichas salgan,
Rompa mi agravio el silencio,
Mudo fui dos años, basta.)
¿Con qué pequeña ocasión
Me das á entender, ingrata,
Que eres mujer, y que es fuerza
Pagar pecho á la mudanza!
Ya yo sé que al Duque quieres;
Que á no amalle, no bastaran
Para traerte á su corte
Persuaciones ni amenazas.
Goza, en mi agravio y tu afrenta,
Su amor mudable y tu infamia;
Que para no vella yo,
Muerte me dará esta daga.
(Vase á dar con la daga, y tiénele el
Duque.)

DUQUE.

Cárlos, para burlas sobran.
¿Estás loco?

CÁRLOS.

¿Pues pensabas
Que me mataba de veras?

DUQUE.

Es de suerte la eficacia
Con que celoso te finges,
Que por instantes me engañas.

CÁRLOS.

Todo es de burlas. (Ap. ¡Ay cielos
Si de veras me matara!)

LEONORA.

¿No ves que celos te pide?
Luego mis sospechas claras
Desengaños averiguan.

¿Qué es esto, Sirena?

SIRENA.

Calla,

Que lo dice porque teme,
Siendo de mi sangre y casa,
Que con los demás le injurie.
Porque veas si te ama,
De tí le he de pedir celos.—
Cárlos, si agora me mandas
Que ni te hable ni vea,
Y está celosa tu dama,
¿Por qué me injurias así?
¿Por qué mudable me llamas?
Como primo te he querido;
Nunca ha pasado la raya
Del parentesco mi amor;
Que ya ves, si la pasara,
Los celos que te pidiera
De la Duquesa, á quien hablas
A costa de la lealtad
Que al Duque tu amor quehranta.

DUQUE.

¿Cómo es esto?

CÁRLOS.

El verme hablar

Con la Duquesa, á quien mandas
Que á menudo sirva y vea,
La ha dado, gran señor, causa
Para pensar tal malicia.

DUQUE.

Es discreta: no me espanta;
Que hay ocasión de creerlo.
No se te dé, Carlos, nada.

SIRENA.

Si afrento, porque amo al Duque,
Tu linaje y mi prosapia,
¿Por eso le honrará mucho
La lealtad que al duque guardas!
Váyase uno por lo otro;
Si quieres que calle, calla,
Y adios, que siento ruido.

LEONORA.

¿Adónde vas?

SIRENA.

No sé.

LEONORA.

Aguarda.

SIRENA.

No puedo.

LEONORA.

Confusa voy,
Y entre temor y esperanza,
No sé si Cárlos me burla;
Mas yo lo sabré mañana.

(Vase.)

ESCENA XVII.

EL DUQUE, CARLOS.

DUQUE.

Ya Sirena se entró dentro.
Y tú, Cárlos, en el alma
Te has entrado de manera,
Que ha de llegar tu privanza
Hasta igualarte conmigo.
Marques eres de Anguiana.

CÁRLOS.

Gran señor....

DUQUE.

No hay para qué
Me des por aquesto gracias.
Mucho á la Duquesa debo;
Ve á menudo á visitarla;
Que de su gusto depende
Mi dicha.

CÁRLOS. (Ap.)

Ciegas marañas,
Vosotras me mataréis.

DUQUE.

¡Ay mi Sirena!

CÁRLOS. (Ap.)

¡Ay ingrata!

ACTO TERCERO.

Salon del palacio.

ESCENA PRIMERA.

LEONORA.—CARLOS.

LEONORA.

Cárlos, ni sois obediente
A lo que el Duque os encarga,
Ni con dilación tan larga
Dais muestra de diligente
Un año há que me jurais
Que teneis amor á quien
Os dije que os quiere bien;
Y tan poco lo mostráis,
Que cuando os allano el paso,
Respondiendo mal y tarde,
O dais muestras de cobarde,
O haceis de mí poco caso.

Yo imito al Duque en los modos
De su loco frenesí;
Imitadme vos á mí,
Y desquitémonos todos.

SIRENA.

Perdóneme vuesa ciencia;
Que no puedo responder.
(Ap. Hoy, Carlos, tienes de ver
De mi agravio la experiencia,
De mi desesperación,
De la lealtad que has quebrado,
De un secreto mal guardado,
Y una rota obligación.) (Vase.)

ESCENA IV.

LEONORA.

Es reloj la voluntad:
Desconcertada una rueda,
No hay quien concertalle pueda,
Si no es con dificultad.
La rueda han desconcertado
Los celos que amor labró,
Y pues no tengo orden yo,
Nada ha de andar ordenado.

ESCENA V.

EL DUQUE. — LEONORA.

DUQUE.

Duquesa, si verne sano
Porque os adoro, queréis,
¿Cómo en mi cura ponéis
Tan tibiamente la mano?
¿Por qué la vais alargando,
Pues cuanto fuere mas corta,
Mas, mi Leonora, os importa?

LEONORA.

De vicio os venis quejando.
¿Tan mala noche tuvistes
La pasada en el terrero,
Donde á unas rejas de acero
De cera un diamante vistes,
Que del médico dais quejas?
Diligencias mías fueron
Las que favor os hicieron,
No la noche ni las rejas.

DUQUE.

¿Luego ya os contó Sirena
Lo que con ella pasó?

LEONORA.

Si industriada de mi fué,
¿Qué mucho?

DUQUE.

Cesó mi pena.

¿Estábades vos allí?

LEONORA.

¿A qué propósito?

DUQUE.

Deho

Mucho á Carlos; mas no es nuevo
Servirme Carlos así.

LEONORA.

Antes le debeis tan poco,
Que si algun estorbo impide
Que de su rigor se olvide
Sirena, y no os traiga loco,
Es Carlos, que por no hacer
Lo que le mandais, no hace
Mi gusto.

DUQUE.

¿Pues de qué nace
Su rebelde proceder?

LEONORA.

De que vos no le mandais
Con eficacia que acuda,
Sin poner estorbo ó duda,
A servirme: si gustais
Ver este imposible llano,
Mandádselo con rigor.

DUQUE.

Esto será lo mejor.
Harálo, como villano,
Por fuerza, pues no lo hace
Por bien, como bien nacido.
Llamálle.

LEONORA.

El mismo ha venido.

Voime.

DUQUE.

Si no satisface
A vuestro gusto, desde hoy
Satisfará mi venganza.

LEONORA.

De él estriba la esperanza
Que de la marquesa os doy. (Vase.)

ESCENA VI.

CARLOS. — EL DUQUE.

CÁRLOS. (Para sí al salir.)

Porque el fuego no me ahogue
Del veneno que provocho,
No oso parar: como el loco,
Como el que ha tomado azogue,
Como el bruto que ha perdido
Los hijos, como el que pasa
Por un monte que se abrasa,
Como el ladrón que anda huido,
Así me traen mis desvelos;
Pero ¿qué mucho, si son
Veneno, azogue y ladrón
Los infernos de mis celos?

DUQUE.

No es posible que en tus venas
Sangre noble se reparte,
Sino que por deshonorarte,
Están de villana llenas.
No es posible que tu madre,
Con liviano desvario,
Por no hacerte deudo mío,
No hiciese agravio á tu padre.
Vete, villano, de aquí,
Sal de mi corte.

CÁRLOS.

Señor....

DUQUE.

¿Buen pago das á mi amor,
Y al caso que hice de tí!
Vete, ó si no....

CÁRLOS.

¿Pues qué he hecho
Para indignarte conmigo?

DUQUE.

No por lo hecho te castigo,
Sino por lo que has deshecho.
Leonora se me ha quejado,
Y con sentimiento justo,
Que no acudes á su gusto
Como yo te lo he mandado.
Cuando en su presencia estás,
Te enfadas, y cuando llega
Y alguna cosa te ruega,
Sin respondella te vas.
¿Bien tu lealtad solicito!
¿Bien en agradarme entiendes!

CÁRLOS. (Ap.)

¿Bueno es que me reprehendes,
Porque el honor no te quito!
¿Ah mujeres, monstruos fieros!
¿Con qué traición no saldréis,
Si aun los maridos haceis
De vuestro gusto terceros?
Estoy por decillo todo.

DUQUE.

Maquina entre tí, villano,
Disculpas; piensa, aunque en vano,
Para engañarme algun modo;
Que mientras no satisfagas

A Leonora, no hay pensar
Que me has de desenojar,
Por diligencias que hagas.
¿Callas?

CÁRLOS.

Digo que me pesa
Que de mi quejas te den;
Mas no te está, señor, bien
Que yo sirva á la Duquesa.

DUQUE.

¿Por qué, villano?

CÁRLOS.

Tu honor....

DUQUE.

No le pierdo en que á Leonora
Nombre por intercesora,
Ni en eso me hables, traidor.
(Aparece Sirena en el fondo.)

Sirena es esta; si intentas
Tus culpas satisfacer,
Delante de mí has de hacer
Lo que en mi ausencia violentas.
Dila que esta noche quiero,
Si darme gusto la agrada,
Cumplir lo que la pasada
Significó en el terrero;
Y cuando rebelde esté,
Di que te importa la vida
El serme hoy agradecida.
Conjúrala, enojaté;
Que si como anoche oí,
Mi amor le causa cuidado,
Y hoy de opinion ha mudado,
Te he de echar la culpa á tí.

CÁRLOS.

Si así quedas satisfecho,
Digo mil veces, señor,
Que la hablaré. (Ap. ¿Ay ciego amor!
¿Qué de injurias que me has hecho!)
(Apártase el Duque, y sale Sirena.)

ESCENA VII.

SIRENA. — CARLOS, EL DUQUE, des-
viado de los dos.

CÁRLOS.

Confusa, prima, venis,
Y tan pensativa andais,
Que ni sabeis donde estais,
Ni en quien os mira advertis.
Mas no me espanto, que habita
En vuestra alma nuevo dueño,
Que al antiguo por pequeño
Posesion y vida quita.
Y como á ella se pasa,
Que la alborote no hay duda;
Que cuando el huésped se muda,
Descompónese la casa.
¿Qué teneis? ¿estaréis mala?

SIRENA.

¿Cómo á hablarme os atreveis?
¿Porqué, Carlos, si me veis,
No echais por esotra sala?

CÁRLOS.

Del Duque traigo licencia,
Que para hablaros me llama.

SIRENA.

Pues yo no de vuestra dama,
Que como es toda excelencia,
Por excelencia os dará,
Si ve que me hablais, enojos.

CÁRLOS.

¿Qué bajos teneis los ojos!
¿Sois novicia?

SIRENA.

No, que ya
He profesado en querer
A quien por mi amor suspiro.
¿No me mandais que no os mire?
¿Cómo los he de tener?

CÁRLOS.
Licencia el Duque os ha dado;
Hablarne y verme ós consiente;
No por tenelle presente,
Tengais recelo ó cuidado;
Que aquí estoy por su respeto.

SIRENA.
¡Donosa está la porfia!

CÁRLOS.
De mí su secreto fia.

SIRENA.
¡Qué mal fiado secreto!
Si el duque sus esperanzas
Osa fiar por ser loco
De quien hay que fiar tan poco,
Perderáse por fianzas;
Que no es el secreto en vos
Moneda para fiar,
Pues aun no sabeis guardar
El vuestro. (Enojada.) Ano estaré
Delante del Duque, ingrato,
Dando causa á que me escuche,
Un cuchillo de mi estuche
La venganza que dilato
Hubiera ya ejecutado,
Sacándote esa vil lengua,
Que en mi agravio y en tu mengua,
Lo que un año oculto ha estado
Hizo público, en deshonra
De quien tu traicion confiesa.
Gozaras de la Duquesa,
Quitárasle al Duque la honra,
No hicieras caso de mí,
Y con términos alevés
Pagaras lo que me debes;
Muriera yo honrada así,
Quedando el error con llave
Que ya la Duquesa cuenta,
Pues la deshonra no afrenta
Hasta el punto que se sabe.

CÁRLOS.
Eso quisieras tú, ingrata,
Porque el mundo no supiera,
Si con el Duque te viera
Cuando deshonrarme trata,
Que á mi firme amor has sido
Después de un año traidora,
Y porque, muerta Leonora,
Fuera el Duque tu marido,
Y andando al uso del mundo,
El engaño jardinero
Le vendiera por primero
El fruto que ya es segundo.
Cogelle esta noche intenta;
Pero no le has de engañar;
Que tengo de presentar
Mil testigos en tu afrenta.
Moriré vengado así;
Que no es bien que viva oculta
Infamia que en mí resulta.

SIRENA.
Huyendo dél y de tí
Esta noche, haré segura
La fama que me has quitado,
Y buscaré un despoblado
Donde me den sepultura
Los brutos que en él están,
Que aunque de piedad desnudos,
Por lo menos serán mudos,
Y no me deshonrarán.

CÁRLOS.
Cruel, aunque finjas mas,
Hoy has de ser mi homicida.

SIRENA.
Si hoy has de perder la vida,
A la noche lo verás. (Vase.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, CÁRLOS.

CÁRLOS.
¡Buen enojo me ha costado

**El haber sido, señor,
Aquí tu procurador!**

DUQUE.
Como habeis tan bajo hablado,
Solamente he apercibido,
Cárlos, cuál y cuál razon,
Que cuando las junto, son
Como de papel rompido.
Ya vi que enojado la has,
Diciendo á la despedida:
«Si hoy has de perder la vida,
A la noche lo verás.»

CÁRLOS.
Es que habiéndome injuriado,
Porque siendo caballero
Y haciéndome tu tercero,
Su amor he solicitado,
Me respondió: «aunque es verdad
Que fiada del secreto
Pensé poner en efecto
Su gusto y mi liviandad,
Por librarme de la pena
Con que importunada he sido,
Y porque me ha prometido
Por esposo al de Lorena;
Pues así te has declarado,
Siendo mi primo, conmigo,
No te he de hablar, en castigo
De un secreto mal guardado».

DUQUE.
Así es: no sé qué oí
De mal guardados secretos,
Dando de agravada efetos.

CÁRLOS.
Dijela que si de mí
Tenia lástima, advirtiese
Que esta noche, de no hacer
Tus ruegos, había de ser
Causa de que yo muriese;
Y en fin, como visto has,
Respondió al irse, sentida:
«Si te ha de costar la vida,
A la noche lo verás».

DUQUE.
Ya de tí quedo seguro,
Cárlos: si sin hijos muero,
Bretaña por mi heredero
Te jurara, y yo lo juro.
Vuélvela á hablar, no te causes,
Pues sabes lo que interesa
Mi vida de esa promesa.
Y de que su enojo amanes.

CÁRLOS.
Voy, porque el servirme elijo.
(Ap. Quiérola satisfacer,
No se vaya; que es mujer,
Y lo hará, pues que lo dijo.) (Vase.)

ESCENA IX.

LEONORA, FLORO. — EL DUQUE.

LEONORA.
El Duque mi padre está
Tan cercano de Bretaña,
Que, si Floro no me engaña,
A tu corte llegará
Mañana al amanecer.
Si le pueas recibir,
Luego te puedes partir.

DUQUE.
¿Pues qué ocasion puede ser
La que sin darnos aviso
De su venida, Leonora,
Le trae con tal prisa agora?

LEONORA.
Por excusar gastos, quiso
Venir, á mi parecer,
A verte sin avisarte.

DUQUE.
¿Dónde está?
FLORO.
Esta noche parte
De tu casa de placer,
Que los duques de Bretaña
Tienen, señor, en Dinhan;
Diez millas hay; llegarán
Mañana. (Vase.)

DUQUE.
Desdicha extraña
Es la mia; creí gozar
Esta noche de Sirena,
Y la suerte desordena
Cuanto pretendo trazar.

LEONORA.
¿No te quedan hartas noches?
DUQUE.
Ya sabes que la ocasion
Iñiñ con la dilacion;
Mas ¿qué he de hacer? Traigan coches.

LEONORA.
Ya yo mandé aparejarlos,
Que he de ir en tu compañía.

DUQUE.
Vamos. (Ap. ¡Ay Sirena mia!)
LEONORA. (Ap.)
Ya voy olvidando á Cárlos. (Vanse.)

ESCENA X.

SIRENA, CORBATO, NISO, FENISA.

CORBATO.
Par Dios, señora, si entre tanta seda,
Tantos tapices de brocado y oro,
Tanto paje sin capa y caperuza,
Tanta bellaqueria tambien vive,
Buena pro os hagan pavos y faisanes,
Y coma yo á la noche, si no hay olla,
Un pedazo de pan y una cebolla.

SIRENA.
Corbato, los deseos del aldea,
Incitados agora del agravio [pretende,
Con que el Duque mi honor manchar
Huir me mandan del confuso infierno
Donde son los pecados cortesanos.

FENISA.
¡Y luego dirán mal de los villanos!

NISO. [de?
Pues Cárlos vuestro primo ¿no os defien-

SIRENA.
Cortesano es tambien, todos son unos,
No hay que fiar.

NISO.
Es hospital la corte.
¡Venturoso el que sano de ella escapa!
Péganse como bubas los pecados.

CORBATO.
Y aun por aqueso tien tantos buhosos.

FENISA.
¡Ah cortesanos tiesos y engomados!
Libreme Dios de cuellos amoldados.

SIRENA.
Ya los Duques, Corbato, se habrán ido,
Y si espero que vengan, corre riesgo,
O mi vida, ó mi honra, ó todo junto.
A mí me importa, hasta que tenga aviso
Del peligro en que ando el rey de Fran-

[cia,
Esconderme de suerte, que no sepa
El Duque donde estoy, aunque me bus-

Sus mismos pensamientos. [quan
CORBATO.
No os dé pena;
Que á veros á buen tiempo hemos veni-

SIRENA.

Amigos, permission del cielo ha sido.

CORBATO.

Ya vos sabeis que cerca de Belvalle,
En Fuente-Rubia, tengo yo una granja
De encinas y castaños guarnecida,
Donde parece que naturaleza,
Por si acaso faltasen en el mundo
Los árboles diversos que le adornan,
Quiso juntar allí cuantos reparte
En los diversos bosques que matiza;
Y es tanta su espesura, que parece
Que es cabeza del mundo aquella sierra
Segun son los cabellos que la cubren.
Y de la gente y sol ni granja encubren.

SIRENA.

[me.]
Pues á tal tiempo el cielo os trujo á ver,
Y en mi favor los Duques ha ausentado,
Fenisa ha de partir conmigo agora
Sus aldeanas ropas.

FENISA.

Que me place.

Tres sayas traigo, dos de cordellate,
Y una de paño fino; que la gala
De nuestras labradoras los di-santos
Es cargar de sayuelos y basquiñas.
Venid, trocad palacios por campiñas.

SIRENA.

Sígueme, pues; que en este cuarto mío
Esta trasformacion haré segura.
Los demas me aguardad en esta sala.

CORBATO.

Par Dios, si vais allá, que no os descubra
El perro de San Roque, aunque trabu-
[que]

El monte todo el Papa, Rey ó Duque.
(Vanse Sirena y Fenisa.)

ESCENA XI.

CARLOS. — CORBATO, NISO.

CARLOS. (Para sí al salir.)

En despedir los Duques he ocupado
El tiempo. ¡Ay mi Sirena! ¡Si te has ido!
¡Desdichado de mí que lo sospecho!
Y si es verdad, mis juveniles años
Verán hoy su fin trágico, acabando
A un tiempo mis desdichas y mis celos.
Las puertas la cerrad, piadosos cielos.

CORBATO. [¿Barnos?]

¡Ah, señor Carlos! ¡Ya no quiere ha-
Mas no me espanto; que entre tanta sed
Pierdes un pobre labrador de vista.

CARLOS.

¡Oh alcalde! ¡Oh Niso! ¿qué hay acá de
¿Habeis visto á mi prima? [¿nuevo?]

NISO.

A eso venimos.

CORBATO. [¿bas,]

Y habrando con perdon de vuestras bar-
Par Dios, que diz que sois un gran be-
[llaco.]

La marquesa Sirena lo confiesa,
Y no puede mentir una marquesa.

CARLOS.

¿Luego ya la habeis visto?

CORBATO.

Si sois hombre
De guardarme un secreto, que me
[¿lurga]

Acá porque te escupa, sabréis cosa
Que tien, por lo que os toca, de impor-
[¿taros.]

Acaba pues: ¿qué esperas?

NISO.

Callá, alcalde.

CORBATO.

Pardiobre que no puedo, y tengo miedo
De un secreto en el cuerpo detenido,
Con que me muera yo, y envíe Menga
Niso, cámaras hay tambien de lengua.
Sabed que está Sirena en su aposento
Vistiéndose dos sayas de Fenisa,
Y trocando damascos por la frisa.
Del duque se va huyendo, que esta noche
Diz que quiso, par Dios, desdencellalla;
Y de vos tambien huye, porque dice
Que por gozar lo mucho que os pro-
[mete,]

De primo habeis saltado en alcagüete.
Par Dios, desque el secreto he desbu-
[chade.]

Que parece que estoy desopilado.

CARLOS.

Sirena me ha culpado injustamente;
Que ignora lo que su honra he defendido.
Mas ¿dónde podrá estar tan encubierta
Que no lo sepa el duque, que en vol-
[viene]

Ha de hacer diligencias exquisitas?

CORBATO. [¿¿¿¿¿]

Par Dios, aunque haga mas que un ple-
Que en Fuente-Rubia suelen, si se en-
[¿¿¿¿¿]

No hallar salida liebre ni raposa,
Y causadas, morir á nuestras manos.
¿Ien sabeis vos el sitio y la espesura,
Que le esconden y guardan de la gente?

CARLOS.

La traza y el lugar es excelente.
Yo tambien quiero irme con vosotros.
De vuestro traje mismo disfrazado;
Mas no sepa Sirena de esto nada,
Que está de mi sentida injustamente.
Y si ve que seguilla determino,
Ha de mudar de intento y de camino.

CORBATO.

Yo no pienso encargarme de secretos
Que tanta inquietud dan; Niso los guar-
[de,]
Si es que se atreve, porque yo en des-
[¿¿¿¿¿]

Si me embargaren, meteré los dedos.

CARLOS.

Pues venios conmigo, iremos juntos,
Y Niso podrá irse con mi prima;
Que si ella está á peligro de la honra,
Yo del alma, que no se halla sin vella.

CORBATO.

Vámonos pues, que ya estará vestida.

CARLOS.

Cortesanos agravios y recelos,
Hasta el vestido aquí quiero dejaros,
Como en lugar que está apestado todo;
Que es la corte ramera, y ya no dudo
Que he de salir de su interes desnudo.
(Vanse.)

Portal de una casa de labor.

ESCENA XII.

CARMENIO, CELAURO, PEINADO,
CLORI, MENGÓ, TIRSO.

Suena grito dentro, y van saliendo
mojados Carmenio, Celauro y otros
pastores.

CARMENIO. (Dentro.)

Tirso, á recoger las parvas;
Que viene el agua sin tino.

CELAURO. (Dentro.)

Deja el biello con que escarbas

La paja; que el orbellino
Nos da con ella en las barbas.

CLORI. (Dentro.)

Saca el trigo de las heras,
Las gavillas mete en casa.
(Salen Celauro y Carmenio.)

CELAURO. (Saliendo.)

Junta la paja, ¿qué esperas?

CARMENIO. (Saliendo.)

Que ya la tempestad pasa.

CELAURO.

Par Dios que viene de veras.

CARMENIO.

El cielo tien mal de madre.

PEINADO. (Saliendo.)

Eso sí. ¡Verá si alfoja!

CARMENIO.

Recogeos acá, comadre.

CLORI. (Saliendo.)

Agua, Dios, que ruin se moja.

PEINADO.

Y mojábase su padre.

CARMENIO.

¿Está el trigo recogido?

CELAURO.

Lo mas se queda trillado.

PEINADO.

Segun el agua ha venido,
Temo que se ha de ir á nado
Lo que hogaño hemos cogido.

CELAURO.

Fué á ver nuesamo á Sirena,
Y á fe que él vuelva fiambre.

CLORI.

Sí, aguardaldos con la cena.

CARMENIO.

No ha de quedar vivo enjambre,
Segun lo mucho que truena.

PEINADO.

Esta es la hora que el cura,
Metido en la iglesia en folla,
Nubes hisopa y conjura.

CARMENIO.

¡No esté él jugando á la polla!
Que si un todo dar procura,
No le harán ir por justicia
A conjurar.

CELAURO.

¡Sí, eso tiene;
Que si en el juego se envicia,
No hay conjuros.

PEINADO.

Pues bien viene
Por el diezmo y la primicia.

MENGÓ. (Saliendo.)

Madre de Dios, y cuál vengo!
Dadme un camison y un sayo.

CLORI.

Remojado venis, Mengo.

MENGÓ.

Mató las mulas un rayo;
No sé cómo vida tengo.

CARMENIO.

¿Las mulas?

MENGÓ.

Y de camino
El mastin. Dadme otra ropa;
Que vengo hecho un palomino.

PEINADO.

¿Qué calado!

MENGO.

Hecho una sopa;
Mas dadme algunas en vino,
Porque unas sopas con otras
Se avengan acá mejor.

CLORI.

Bien tu enfermedad quillotras.
Lumbre hay.

MENGO.

Vo á entrar en calor.
¡Qué mal tiempo para potras! (Vase.)

TIRSO. (Saliendo.)

¡Ah! ¡Pese á quien me parió,
Y al borracho que me hizo!

CARMENIO.

¿Qué traes, Tirso?

TIRSO.

¿Qué sé yo?
No he de ser mas porquerizo.

CELAURO.

¿La piara....?

TIRSO.

Ahi quedó
En la zahurda; ahogado
Se han diez ó doce cochinos.

CARMENIO.

Tal agua escupe el nublado.

TIRSO.

No han bastado los encinos
Para no haberme calado
Hasta el alma.

CLORI.

Entrate allá.

TIRSO.

¡Pobre de aquel que le coge
Do tan presto no hallara
Poblado!

CARMENIO.

Cuando se moje,
¿Deso á ti qué se te da?
Mas gente á caballo suena.

CELAURO.

A la fe que vien (1) de prisa.

CLORI.

Huéspedes teime la cena.

CARMENIO.

¿Quién son?

PEINADO.

Corbato y Fenisa,
Que con Carlos y Sirena,
De labrador se vestidos,
Como abadejo en remojo,
Vienen del agua perdidos.

CLORI.

Echa en la lumbre un marrojo.

CELAURO.

Ellos sean bien venidos.

CLORI.

Ropa enjuta les vo á dar,
Y aderezalles la cena. (Vase.)

CARMENIO.

Corre, que si á su pesar
Tanta agua bebió Sirena,
Gana traerá de cenar.

CELAURO.

Aun no escampa, y ya anochece.

ESCENA XIII.

EL DUQUE, LEONORA, ENRICO, Du-
que de Borgona, FLORO.—Dichos.

DUQUE. (Dentro.)

El camino hemos perdido.

FLORO. (Dentro.)

Hácia allí una luz parece.

(1) Vienen.

TIRSO.

De nuevo suena rüido,
Y el tiempo se está en sus trece.

FLORO. (Saliendo.)

¡Ah buen hombre! hacé avisar
Al dueño de aquesta casa
Que á los Duques den lugar
Mientras la tempestad pasa,
Que ya se entran á apear.

PEINADO.

¿Qué duques?

FLORO.

Los de Bretaña,
Y el de Borgoña.

PEINADO.

¡Arre allá!

TIRSO.

Llama á Corbato, alinaña.

PEINADO.

Si aun no cabemos acá,
¿Dó cabrá tanta compañía? (Vase.)
(Salen de camino Leonora, el duque de
Bretaña, y Enrico, todos mojados.)

ENRICO.

¡Rigurosa tempestad!

DUQUE.

No la vi igual en mi vida.
¡Hola, á la gente llamad,
Que por el bosque esparcida
Los pierde la oscuridad.

ENRICO.

Poned luces, y vedad
Dónde estamos. — Pues, Leonora,
Con rigor tratado os han
Las nubes.

LEONORA.

No há mas de un hora
Que salimos de Dinhan,
Y mas en ella he pasado.
Señor, que en toda la vida.

ENRICO.

Poco el coche os ha guardado
Esta vez.

LEONORA.

Vengo perdida.
Lindamente me he mojado.

DUQUE.

No fué posible llegar
A esta aspereza los coches,
Y obligónos á apear
La borrasca.

LEONORA.

A muchas noches
De estas, no hay que desear.

ENRICO.

¡Extraños truenos!

LEONORA.

No puedo
Volver en mí.

DUQUE.

¡Qué de espantos
¡Hicistes!

LEONORA.

Téngolos miedo.

ENRICO.

Pues tantas santas y santos
Acomodastes al credo.

ESCENA XIV.

CORBATO, PEINADO, y luego FENISA.

— Dichos.

CORBATO.

Mucho el agua me ha obligado
Esta vez, en mi conciencia,
Pues por acá los ha echado.

Bien venido sea su excelencia.
Y el buen viejo que trae al lado.

DUQUE.

¡Oh Corbato! ¿Sois el dueño
De esta granja vos?

CORBATO.

¿Pues no?

Aunque es astil el terreno,
Menga esta hacienda me dió
En dote del matrimonio.

FENISA. (Saliendo.)

Con salud la Duca venga.
Entrese acá.

CORBATO.

Aho, Fenisa,
Haz que lumbre el hogar tenga,
Y saca tú una camisa
Que mude la Duca, Menga;
Que aunque groseras y rotas,
Limpias al menos están.

FENISA.

¿Mas que heis de chorrear gotas?

TIRSO.

Hechos palominos van.

DUQUE.

Descalzadnos estas botas.
(Entranse los Duques.)

CORBATO.

Hola, Crinado, Mellado,
Id vosotros y quitad
La ropa á los que han llegado,
Y en el hogar la colgad.
Corre tú, Tirso, al ganado;
Trae dos cabritos ó tres,
Y tú otros tantos lechones.

TIRSO.

¿Ha escampado?

CORBATO.

¿No lo ves?
Corre tú, y pela pichones
Y gallinas.

PEINADO.

Vamos pucs.

CORBATO.

Aquí en el portal estén
Los escaños y la mesa;
Que es mas ancho y cabrán bien.
Saca tú fruta.

PEINADO.

¡La priesa....!

TIRSO.

Ya van.

CORBATO.

En un santiamen.
(Vanse Tirso y Peinado, y los otros
pastores.)

ESCENA XV.

CARLOS, SIRENA. — CORBATO.

CÁRLOS.

Basta, esposa de mi vida,
Que el cielo nos ha juntado
Todos aquí.

SIRENA.

La venida
Del de Borgoña ha quitado
Mi miedo, pues si no olvida
Servicios y parentesco
De mi padre, espero dél
El descanso que te ofrezco.

CÁRLOS.

No temo la ira cruel
De Filipo, si parezco
Delante dél, pues está
El de Borgoña ahora aquí.

CORBATO.

¿A qué os salis por acá?

¿A que os conozcan? Así
¿Desquillotrastesos ya?
¿Hase el enojo acabado?

CÁRLOS.

El agua del torbellino
Nuestros celos ha ahogado.

CORBATO.

El es gentil desatino
Andar arracacinchado
Con ese diablo ó celera,
Que á los de la corte os da.

SIRENA.

¿No hay celos aquí?

CORBATO.

Es quimera,

Quitase eso por acá
Con cavar una haza entera.
Mas escondeos, que si os ven
Los duques, que están al fue,^o
No pienso que os irá bien.

CÁRLOS.

¿No han de cenar aquí?

CORBATO.

Y luego.

CÁRLOS.

Pues cuando á la mesa estén,
Dejadme, Corbato, vos
Trazar los platos.

CORBATO.

Si harémos
De buena gana, par Dios;
Que en el campo no sabemos
Cuál es el principio ó pos.

CÁRLOS.

Pues entrémonos, Marquesa,
Antes que á cenar se asienten.
(*Vanse Carlos y Sirena.*)

CORBATO. (*Mirando hácia adentro.*)

Ea, ¿no traeis la mesa?

ESCENA XVI.

PEINADO y TIRSO *que sacan la mesa puesta.*—CORBATO.

TIRSO.

¡Ah! pregue á Dios que revienten
Con ello el Duque y Duquesa.

CORBATO.

Calla, bestia. Saca sillas.

PEINADO.

¿Pues han de caber en estas
Tanta braga y lechuguillas?

CORBATO.

Si á duques tienen acuestas,
Bien vienen ser de costillas.
Di que salgan á cenar;
Que ya se habrán enjugado.

PEINADO.

Tirso, vélos á llamar.

CORBATO.

¿Mas qué no tienes pensado
Algo agora que cantar?

TIRSO.

Si tengo ó no, ello dirá.

PEINADO.

¿Mas que nos haces reir?

TIRSO.

Los duques salen acá.

ESCENA XVII.

EL DUQUE, LEONORA, ENRICO,
FLORO, FENISA, CLORI, NISO,

PASTORES. — DICHOS.

DUQUE.

Luego nos podemos ir,
Pues ha serenado ya.

CORBATO.

Cenaréis, señor, primero;
Que porque estimeis mejor
Vuestro estado, daros quiero
La cena á lo labrador.
Pues falta á lo caballero.

DUQUE.

Yo, Corbato, os pagaré
La costa.

CORBATO.

Poca es la hecha;
Ningun cuidado eso os dé;
Que todo es de la cosecha
Con lo que os hemos mercè.
Ea, no hay mas que esperar
Son (1) sentarse; que se enfria
Lo poco que hay que les dar,
Si es que ántes que salga el día
A la corte han de llegar.

DUQUE.

Estamos en casa ajena:
Obedezcamos, señor.

(*Dan agua-manos á los Duques, siéntanse, y van cenando los tres, y Floro está detrás del duque de Bretaña. Sirven Fenisa y Clori y algunos pastores.*)

PEINADO.

¿Esta es la Duca?

TIRSO.

¿No es buena?

PEINADO.

En Belvalle el regidor
Dió á her una Madalena
Para muesa cofradia,
Y noramala, por Dios,
Aho, para su señoría,
Si se quedase entre nos.

TIRSO.

¿Buena Madalena haría!

PEINADO.

¿No tien gorguera y copete?
¿Faltábale mas que el bote?
Digámoselo.

TIRSO.

Anda, vete.

PEINADO.

Mas tiesa está que un virote (2).

TIRSO.

Es moza de buen jarrete.

DUQUE.

¿Usase poner acá
De punta hácia el convidado
El cuchillo?

CORBATO.

Ser podrá.

DUQUE.

Al revés el pan me han dado.

FENISA.

Anda todo al revés ya.

CORBATO.

Comed, y no pareis mientes
En eso.

PEINADO.

Empieza á templar.

TIRSO.

Yo no tiempo, impertinentes.

NISO.

Sin templar podeis cantar
Al son que os hacen los dientes.

TIRSO. (*Canta.*)

Pero Gil amaba á Menga

(1) Son aquí significa sino.

(2) Saeta con casquillo. Equivale, en sentido recto, á decir: *mas tiesa está que un palo*. Virote significa tambien *vago valenton*: así figuradamente puede traducirse la expresion por la de *mas tiesa está que un juguete*.

*Desde el día que en la boda
De Mingollo el porquerizo
La vió bailar con Aldonza.
Mas en lugar de agradalla,
Porque no hay amor sin obras,
Al revés del gusto suyo
Hacia todas las cosas.
Erraba siempre en los medios,
Guiándose por su cholla,
Y quien en los medios yerra,
Jamás con los fines topa.
Por fuerza queria alcanzalla;
Mas no es la mujer bellota,
Que se deja caer á palos
Para que el puerco la coma.
Si botines le pedía,
La presentaba una coña;
Si guindas se le antojaban,
Iba á buscalla algarrobas.
Nadaba en fin agua arriba,
Y empeoraba de hora en hora
Como rocín de Gaeta,
Quillotrándose la moza.
Fué con ella al palomar
Una mañana entre otras,
Y mandóle que alcanzase
Una palomita hermosa.
Subió diligente Pedro,
Y al tomalla por la cola,
Volósele, y en las manos
Dejóle las plumas solas.
Amohinóse Menga de esto,
Contólo á las labradoras,
Que al pandero le cantaban
Cuándo se juntaban todas:*

*Por la cola las toma, toma
Pedro á las palomas,
Por la cola las toma, toma.*

DUQUE.

Si fueras poeta, Floro,
(*Hablando aparte con él.*)
En esta ocasion, no pongas
Duda que de ti creyera
Que escrito habias la historia
De mi amor mal gobernado.

FLORO.

Desengañente las coplas,
Pues no te desengañó
Lo que yo te dije en prosa.

DUQUE.

Al revés serví á Sirena;
En la cuenta caigo agora,
Aunque tarde, necio anduve
En fiarme de Leonora.
Galan al revés he sido;
Mas, Floro, ¿cómo no notas
Desde que aquí me senté,
Que no hay manjar que me pongan
Sino al revés? El cuclillo
La punta hácia mí acomodan,
El filo hácia arriba puesto,
La servilleta me doblan
Al revés, el pan asientan
La cara abajo: ¿qué cosas
Son estas?

FLORO.

Son groserías
De esta gente labradora.

DUQUE.

No, Floro; ordenadamente
Van sirviendo al de Borgoña
Y á la duquesa los platos;
Solo excluyen mi persona.
Cuando agua-manos me dieron,
Antes que me echasen gota,
Me sirvieron la tohalla.

FLORO.

Turbacion de gente tosca.

DUQUE.

Cuando sentarnos quisimos,

Vuelta hallé mi silla sola
Las espaldas á la mesa;
Después en la cena toda
Mi sospecha he confirmado:
Diéronme asada una polla
Sobre una taza y la salsa
En un plato.

FLORO.

Calla agora.

DUQUE.

Cuando pido de beber,
Agua me traen en la copa,
Y el vino me echan encima.

FLORO.

Así se usa en Barcelona.
¿Qué pueden aquí saber
De cortes ceremonias,
Si no han sido maestro-salas
Ni trinchan sino cebollas?

DUQUE.

Pronósticos con que amor,
Porque me afrente y me corra,
Mandando al revés servirme,
De amante al revés me nota.

TIRSO. (Canta.)

*Corrido Pedro de verse
Que le corren por la posta,
A su comadre Chumisa
Dió parte de sus congojas;
Mas respondióle la vieja:
Pero Gil, cuando se enhorran,
Se hacen los panes tuertos,
Y cocidos mal se adoban.
Si no aciertas al sembrar,
No te espantes que no cijas,
Porque mal cantará misa
Aquel que el a, b, c ignora.
El que por las hojas tira,
Mal los rábanos quilitra,
Que no se deja arrancar
El rábano por las hojas.
Ya que erraste á los principios,
¿Contente en bateos y bodas,
En fe que eres un pandero,
A su pandero las mozas:*

Por la cola las toma, etc.

*Quando se ha cantado esto, salen
Carlos y Sirena de labradores, y
saca cada uno un plato, y en él un
rábano, las hojas hacia el Duque,
delante del cual se hincan de rodillas.)*

ESCENA XVIII.

CARLOS, SIRENA. — Dichos.

FENISA.

Señor duque de Bretaña,
Si no ha entendido la historia,
Sepa que por el se ha dicho,
Y no por otra persona.
Para postre de la cena,
Porque no hay conserva ó tortas,
Le presentan los que ve,
El rábano por las hojas.
Diz que es tan mal pretendiente,
Que empieza cuando negocia,
Por el *lle, Missa est*,
Para acabar en la *gloria*.
Si es discrecion esa ó no,
Nuestro duque de Borgoña
Lo diga, pues Dios lo trujo
A que estos preitos componga.

DUQUE.

¿Sirena! ¿Carlos! ¿Qué es esto?

CÁRLOS.

Diligencias que la honra,
Gran señor, hacer procura.
La tempestad rigurosa
Nos ha juntado aquí á todos,
Para que alcance vitoria
Contra amorosos deseos
En ti la razon honrosa.
La marquesa que has amado,
Es mi prima y es mi esposa.
Juzga si es razon, señor,
Volver por entrambas cosas;
Y mirando á la nobleza
De tu sangre generosa,
Sal vencedor de ti mismo,
Y mi osadía perdona.

ENRICO.

Duque, si vine á Bretaña,
Quejas justas de Leonora
De mi estado me sacaron,
Que han de averiguarse agora.
Sabido he todo el suceso
Del ciego amor que hace heroica
La constancia de Sirena,
Y vuestra edad alborota.
Ella es deuda de los dos;
Mas no deuda que se cobra
En ofensa de su fama,
Y agravio de vuestra esposa.
Pues Dios aquí nos juntó,
Venturoso fin se ponga
Con que ella y Carlos se partan

Desde este sitio á Borgoña;
Que en el condado de Aspurg
Mi amor á Sirena dota,
Para que en descauso viva,
Pues la ausencia no ocasiona
Juveniles apetitos.

LEONORA. (Ap.)

Alhricias, venganza loca,
Que con escalas de celos
Combatistes mi deshonra;
Que ausentes Sirena y Carlos,
A fortalecerse torna
La obligacion de mi honor.

DUQUE.

No es tiempo de que responda,
Señor, al justo consejo
Que mi venganza os otorga,
Sino que callando os pida
Que le hagais poner por obra.

ENRICO.

Alto, pues; mis caballeros
Con los Marqueses se pongan
Cuando amanezca en camino,
Y nosotros, pues es hora,
A Bretaña nos paríamos.

CÁRLOS.

Tu prudencia, señor, sola
Ha sido bastante á dar
Feliz fin á tantas cosas.
Tus piés mil veces besamos.

DUQUE.

Basta. Fenisa donosa,
Que al revés me dais la cena....

FENISA.

Y el rábano por las hojas.

DUQUE.

Yo en dote os doy mil ducados;
Y á Corbato por la costa
De la cena otros dos mil.

CORBATO.

Déte Francia su corona.

ENRICO.

Alto de aquí, caballeros.

CARMENIO.

Aprienda á hacer desde agora
El amante pretendiente
Las diligencias que importan.

FENISA.

Y si no, véngase acá,
Y cenará á poca costa,
Porque solo le daremos
El rábano por las hojas.

(Como hay tantos en el corro
Al instante que otro llega)
Sale el amante al encuentro,
Que te arrima á la pared
Y dice: «vuesa merced
Asiente, y entre otro dentro.»

DON GABRIEL.
Que no debe de ser tanto
Como se dice.

CORNEJO.
¿No es juego
De esgrima una calle? y luego
¿No es espada negra un manto
Que se remata en medio ojo?
¿Zapailla desta espada
La maestra examinada?
¿Armella deste cerrojo
No es la tia, que al instante
Que ve que la mano llegas,
Y la primer treta juegas,
En medio mete el montante
Con un: «vaya en hora mala?»
¿No pagas monijil y tocas,
Y apenas el casco tocas,
Cuando en entrando en la sala
Don Filotimio ó Don Porro,
Asientas, y ella te arrima?
No hay dama en Madrid, ni esgrima,
Que esté sin gente en el corro.

DON GABRIEL.
Eso será con mujeres
Comunes; que Serafina
Es principal.

CORNEJO.
¿Peregrina
Solucion! De cuantas vieres
Tendrás aquesta noticia.
En la corte viven todos
De industria, y hasta los lodos
Cubren aquí su malicia.
Písalos, si contradices
Esta comun opinion,
Y te dirá lo que son
La ofensa de sus narices.

DON GABRIEL.
Aquí vive nuestra dama.
Por Dios, que tengo de vella.

CORNEJO.
¿Mas que ha de tener por ella
Mal urdiembre aquesta trama?
Porque el otro, claro está
Que ha de venir á buscalla;
Y si en su casa nos halla,
Seguramente podrá
Deshacer nuestra ventura,
Y el truco de las maletas.

DON GABRIEL.
¿No dices que toda es tretas
Madrid? Pues calla y procura
Seguirme; que no me espanto
De estratagemas de amor.

CORNEJO.
Con las de Flandes mejor
Te avinieras. — Dama y manto
He visto, y coche á la puerta,
Y un galán que la acompaña.

DON GABRIEL.
Aquí empieza mi maraña.
Esta es mi dama.

CORNEJO
Y no es tuerta.

ESCENA II.

DOÑA SERAFINA, con manto; DON
JUAN, DON GOMEZ, POLONIA.—
DON GABRIEL, CORNEJO.

DON GOMEZ.
No debe de venir en esta flota [De.
Don Pedro de Mendoza, pues no escri-

Cuando en Sevilla tanto se alborota.

DON JUAN.
Podrá ser que si postas apercibe,
Venga á ser carta viva, y ganar quiera
Albricias de que ya en España vive.

DOÑA SERAFINA.
¿Ay, hermano! ¡qué alegre se las diera
Quien en deseos con su amor dilata
Penas de un alma que su vista espera!

DON GOMEZ.
Primero que en registros de la plata
Negocie con papeles y averías
Con la contratación que en eso trata,
Es fuerza consumir algunos dias,
Obligando ministros y oficiales,
Confusos entre tantas mercancias.

DON JUAN.
Andan con piés de plomo aqueos tales,
Que reales tiran sus oficios reales.

DOÑA SERAFINA.
¿Que hubo de darme el cielo casamiento?
Que es, por agua pasado, tan aguado.
Cuando amoroso fuego es su elemento!

DON GOMEZ.
Dios le traiga con bien; que si ha llegado,
Darás por bien empleada su tardanza.
¿Adónde vas ahora?

DOÑA SERAFINA.
Voy al Prado,
Por buscar en sus flores mi esperanza,
Y saber de sus fuentes si ha venido;
Que por salir del mar de su mudanza,
Me dirán si en San Lúcar ha surgido. —
Hola, acerca ese coche.

DON GOMEZ.
(Hablando aparte con su criado.)
A hablarla llevo.

CORNEJO.
Entra con pié derecho.

DON GABRIEL.
Voy perdido.
(Llégame á Don Gomez y sus hijos.)
Que me digais adónde vive os ruego,
Caballeros, Don Gomez de Peralta.

DON GOMEZ.
Yo soy el que buscáis.
DON GABRIEL.
Acortó el pliego.

El corazon que de contento salta,
Adivinaba el bien que en veros goza.
Ya Méjico en Madrid no me hace falta.
Abrazad á Don Pedro de Mendoza.

DON GOMEZ. [choso! —
¿Válgame Dios! ¡Qué encuentro tan di-
Volved á la cochera la carroza. —
Querido hijo, triste y cuidadoso,
Por no saber de vos, me habeis tenido.
Serafina, ¿no abrazas á tu esposo?

SERAFINA.
Seais, señor, mil veces bien venido;
Que otras tantas os hemos descado.

DON JUAN.
Parte de esos deseos me han cabido.
Si no es indigno el nombre de cuñado
De vuestros brazos, dadmelos agora.

DON GABRIEL.
¿Sois vos Don Juan?
DON JUAN.
Seré vuestro criado.

DON GABRIEL.
No ha mentido la fama voladora,
Que en Indias vuestro tallo encareciendo
Sus damas mejicanas enamora.

DON JUAN.
No seais indiano en eso; que no entiendo

Que para que yo os sirva es necesaria
La merced que me estais, Don Pedro,
DON GOMEZ. [haciendo

¿Buena navegacion?
DON GABRIEL.
Algo contraria
Ya con calmas pesadas, ya con brisas,
Ya con una tormenta extraordinaria.

DON GOMEZ.
¿No escribiérades luego?
DON JUAN.
Son precisas
Las diligencias del que toma tierra.

DON GABRIEL.
Prometi una novena con cien misas
A la Virgen de Regla, que en la sierra
De San Lúcar ha sido nuestro norte,
Y apaciguó del mar la mortal guerra;
Parti luego del Bétis á esta corte,
Y por no dividir el gusto en plazos,
La carta quise ser, cobrando el porte
Por junto en parabienes y en abrazos.

DON GOMEZ.
¿Cuándo llegastes?
DON GABRIEL.
Cuando anochecía.

DON GOMEZ.
¿Salistes de Toledo?
CORNEJO.
Hechos pedazos,
Ayer salimos á las diez del día.

DON GOMEZ.
Traigan á casa el hato.
DON GABRIEL.
Una maleta

Viene ahora no mas con ropa mia.
CORNEJO.

Y mas cartas que lleva la estafeta.
DON GABRIEL.
Los baules vendrán con el arriero.

DON GOMEZ.
¿Cómo queda Don Diego?
DON GABRIEL.

Aunque le aprieta
Algo la gota, y en la edad de acero,
Segun vive de sano y colorado,
Mas luce en él el mayo que el enero.

DON GOMEZ.
A divertirse Serafina al Prado
Salía, de esperaros inapaciente;
Pero pues á tal tiempo habeis llegado,
Volvámonos á entrar.

DON GABRIEL.
No es bien que intente
Impedir vuestro gusto. A acompañaros
Iré.

DOÑA SERAFINA.
¿Y fuera muy bueno que si ausente
Salía melancólica á buscaros
En mi imaginacion, cuando os poseo,
Deje por gustos tibios de gozaros!
Entrad, señor.

DON GABRIEL.
Que sois serafin creó,
Como en belleza, en discrecion.
CORNEJO. (Ap.)

¿Qué encanto
De Belianis es este en que me veo?

DOÑA SERAFINA. (Yéndose.)
¿Hola! ¿No hay quien me quite aqueste
[manto?
CORNEJO. [manteo?
¿Hola! ¿No hay quien la quite aquel
(Vanse Don Gabriel, Doña Serafina, Don
Gomez y Cornejo.)

ESCENA III.

DON JUAN, POLONIA.

DON JUAN.

Polonia, quédate aquí.

POLONIA.

¿Hay en que pueda servirte?

DON JUAN.

Mucho tengo que decirte

Y en que fiarme de ti.

POLONIA.

Agradecida te espera

La lealtad que echas de ver.

DON JUAN.

¿Reparaste acaso ayer

En aquella panadera

Que proveyó nuestra casa?

POLONIA.

Y en la blancura del pan,

Que de leche nos le dan

Las manos con que le amasa.

Comprélo para la gente;

Que en la mesa principal

De atahona y candel

Se gasta ordinariamente;

Pero viendo en él las flores

Que su dueño le prestaba,

Me pareció, si no honraba

La mesa de los señores

Con su blancura, que hacía

Un delito criminal;

Y en fin, su sazón fué tal,

Que hasta el viejo se comía

Las manos tras ello, y tú

Los manjares olvidabas,

Y en él te saboreabas

Como si fuera alajú.

DON JUAN.

¿Que hasta en eso reparaste?

POLONIA.

¿No había de reparar,

Si advertí que en el lugar

Ni una migaja dejaste,

Sea apetito ó aseo?

Si así el avariento fuera,

Nunca Lázaro tuviera

De sus migajas deseo;

Que todas te las comiste.

DON JUAN.

Aunque el cuerpo sustentaban,

Al alma se trasladaban.

Mas supuesto que la viste,

Dí, ¿hay sayal mas venturoso?

Pues de tan bello cristal

Es la funda aquel sayal,

¿Puede el tabl mas precioso

Compararse con su frisa?

POLONIA.

¿Bueno estás!

DON JUAN.

Ni la mañana,

Cuando entre labios de grana

El sol la provoca á risa,

¿Admite comparacion

Con aquellos dos corales,

Que de perlas orientales

Guarda-joyas ricos son?

¿Espira aliento el azar

Que al suyo haga competencia?

¿Alcanzó jamas la ciencia

Del pincel mas singular

La mezcla de aquel carmin,

Que con la nieve se enlaza,

Y en las mejillas abraza

El clavel con el jazmin?

Es tan hermosa en el cielo

La cuna donde el sol nace,

Como la que el amor hace

Para sí en aquel hoyuelo

Que la nariz de los labios

Divide, y por quien trocara

Su sepulcro el ave rara

Muerta entre olores arabios?

¿Divide las dos Castillas

Guadarrama majestuosa,

Como la nariz hermosa,

Poniendo en paz las mejillas?

Ni ¿hay soles que comparar

A las niñas de los ojos,

Que salen quitando enojos,

Vestidas de verde-mar,

Que porque de sus marañas

Libre amor los corazones,

Son, si sus ojos balcones,

Celosias sus pestañas?

¿Pudieron arcos triunfales

Dar soberbia á la ventura,

Como en esta arquitectura

Vista á los arcos torales,

Donde el artífice astuto

Cifró en obras sus deseos,

Por los que vencen, trofeos,

Por los que matan, de luto?

¿Pieza de bruñida plata,

Gozóla jamas señor

Como su frente el amor,

Donde por justicia mata

Libertades en que reine?

¿Ni vió la naturaleza,

Sino es solo en su cabeza,

Que ya el ébano se peina?

¿Hay cristal, hay nieve en pellas,

Leche ó manteca azahar,

Que se pueda comparar

Con aquellas manos bellas,

A un tiempo blandas y secas,

En mi de fuego y de hielo?

Pues todo esto debe al cielo

La Villana de Vallecas.

POLONIA.

¿Ay pobre de vos, Don Juan!

Mucho el zapato os aprieta,

Cogido os ha la carreta,

Zarazas os dió en el pan.

¿Así á las primeras chispas

Os quema el amor trampero?

Pero es hijo de un herrero:

Es abeja, y pare avispas.

¿Habeisla hablado?

DON JUAN.

Es un risco.

POLONIA.

Todas las villanas son

Gatos en caramanchon,

Y este debe ser arisco.

DON JUAN.

No tanto que al despedirse

Con una risa hechicera,

Polonia, la panadera

No mostró sentir partirse;

Y con un sabroso *adios*,

Me dijo: «acá volverémos

Mañana, porque tenemos

Mucho que hablar los dos.»

POLONIA.

¿Eso dijo la Villana?

DON JUAN.

Amor este plazo acorte.

POLONIA.

Con el trato de la corte,

Se habrá vuelto cortesana.—

Pues bien, ¿qué quieres de mí?

DON JUAN.

Que cuando con el pan venga,

Tu discrecion la detenga

Hasta que yo salga aquí;

Que me tiene rematado.

POLONIA.

¿Que en medio de Madrid pueda

Vencer al sayal la seda!

DON JUAN.

No es sayal, sino brocado.—

Pero, ¿no es esta?

POLONIA.

Don Juan,

Bien la palabra te guarda.

DON JUAN.

¡Ay cielos! ella es.

ESCENA IV.

DOÑA VIOLANTE, *dentro*. — DICHOS.

DOÑA VIOLANTE.

Jó, parda.

Jó, digo.—Bajen por pan,

Si han de bajar.

DON JUAN.

Dejáme

Solo, y no digas arriba

Nada de esto.

POLONIA.

¿Yo? Así viva,

Que un nudo á la lengua dé.

Pero ¿quién de ti crerá

Que en villanos gustos pecas?

DOÑA VIOLANTE. (*Dentro*.)

Vengan por pan de Vallecas.

DON JUAN.

Vete y calla.

POLONIA.

Adios.

DOÑA VIOLANTE. (*Dentro*.)

Jó, ya.

(*Vase Polonia*.)

ESCENA V

DOÑA VIOLANTE, *de villana, con un*

pan y un palo. — DON JUAN.

DON JUAN.

Vos seais tan bien venida

Como por mayo la lluvia,

Como por enero el sol,

Como en creciente la luna,

Que alegrando el caminante,

Preside en la noche oscura,

Y enseñándole la senda,

Sus peligros asegura.

DOÑA VIOLANTE.

¿Aquí estaba su mercé?

¿Han vido lo que madruga!

DON JUAN.

El cuerpo sí, porque el alma,

Desde que ayer os vió, os busca.

DOÑA VIOLANTE.

¿Luego el alma tien buscona?

DON JUAN.

Y si halla lo que procura,

Buen hallazgo me prometo.

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué ha perdido?

DON JUAN.

Joyas muchas.

La libertad, que se fué

De casa, y como eriatura,

No acierta á volver á ella,

Por mas que llora y pregunta.

DOÑA VIOLANTE.

Pues cósala á las espaldas

Un letrado ó escritura,

Ó dé un real al pregonero;

Que él la hallará, aunque sea aguja;

Ó haga ponelle una corma

Después, porque no se le huya;

Que si da en buscar novillos,

Sin ser música, hará fugas.

DON JUAN.

Vino ayer una jítana

Que las libertades burta,
Y temo que se la lleva.
DOÑA VIOLANTE.
Gitanas son malas cucas.
DON JUAN.
¿Y si vos fuédes esta?
DOÑA VIOLANTE.
¡Mas arre! Habrar con mesura;
Que entiendo poco de rayas,
Y no me precio de bruja.
DON JUAN.
A lo ménos hechicera
Debe ser vuestra hermosura,
Y vos gitana de amor,
Que me dice la ventura.
DOÑA VIOLANTE.
Bellaca se la prometo,
Si es que á mí me la pescuda;
Porque mal la dirá buena
Quien se queja de la suya.
DON JUAN.
Donaire teneis.
DOÑA VIOLANTE.
Sin don;
Que en Vallecas mas se usa
El aire al limpiar las parvas,
Que el don que mos las ensucia.
¿Tienen de bajar por pan?
DON JUAN.
¿Es blanco?
DOÑA VIOLANTE.
Como el azúcar.
DON JUAN.
¿Sabroso?
DOÑA VIOLANTE.
Como unas nueces.
DON JUAN.
¿Reciente?
DOÑA VIOLANTE.
Que abrasa y suda.
DON JUAN.
Todo lo que vos traeis,
Quema.
DOÑA VIOLANTE.
Seré calentura.
DON JUAN.
¿Habeisle vos amasado?
DOÑA VIOLANTE.
Pues.
DON JUAN.
¿Vos misma?
DOÑA VIOLANTE.
¡No, si (1) el cura!
DON JUAN.
Partilde, veré si es blanco.
DOÑA VIOLANTE.
¿Es antojo?
DON JUAN.
¿Quién lo duda?
DOÑA VIOLANTE.
¿Pregado está?
DON JUAN.
De descos.
DOÑA VIOLANTE.
Pues no mueva la criatura.
(Pártele un pedazo de pan.)
Tome.
DON JUAN.
Habeisle de partir
Con los dientes.
DOÑA VIOLANTE.
De mi burra.
¿Y querrá que se le masque?
DON JUAN.
Tambien.
(4) Sino.

DOÑA VIOLANTE.
Arre, que echa pullas.
DON JUAN.
Pan de vuestra hermosa boca,
Dado contra mordeduras
De celos, perros rabiosos,
Es pan que el amor saluda.
DOÑA VIOLANTE.
¿Luego rabia su merced?
DON JUAN.
Casi, casi.
DOÑA VIOLANTE.
Dóle á Júdas.
Apártese, no nos muerda,
Y pegue el mal á mi rucia.
DON JUAN.
Mientras vos estais presente,
No osa el mal hacerme injuria,
Que sois mi saludadora.
DOÑA VIOLANTE.
¿De zahorina me gradúa?
DON JUAN.
A soplos podeis sanarme;
Mirad; qué barata cura!
DOÑA VIOLANTE.
Traigame pues unos fuellos;
Dárdele hartas sopladuras.
DON JUAN.
Refrescadme el corazon,
Que en fuego de amor se apura.
Llegad, sopladme en la boca.
DOÑA VIOLANTE.
Póngala si soplos busca,
Aquí, que está el sopladero
(Señala la cola de la burra.)
De mi parda, con mesura.
DON JUAN.
Acabad; no seais cruel;
Soplad.
DOÑA VIOLANTE.
Arre, que echa pullas.
DON JUAN.
Bien sabeis vos que os adoro.
DOÑA VIOLANTE.
Mejor sé yo que se burla;
Que no busca en charcos ranas
Quien tien en la corte truchas.
DON JUAN.
Engañada estais en eso;
Que el que regalos procura,
Al campo á buscarlos sale:
El conejo en la espesura,
La liebre corre en los llanos,
Y por la arena menuda
Las perdices y palomas;
Junto de las fuentes puras
Arma á los pájaros redes.
Y, alguaciles de sus plumas,
Las prende con varas altas
De varetas, porque no huyan;
De suerte, que no hay regalo
Que á la mesa de la gula
Sirva platos de deleite,
Que el campo no lo produzga.
En el campo vivis vos;
Cazadora es mi ventura,
Caseras aves la enfadan,
Perdices del campo busca.
DOÑA VIOLANTE.
Pardiez, que en eso acertais;
Que las aves ó avechuchas
De Madrid son papagayos.
Pluma hermosa y carne dura.
¿Quién se las ve pavonadas
Arrastrando catalufas,
Con mas joyas que unas andas,
Y una iglesia colgaduras!
Si á pié, nieve sobre corchos,

Afrenta de la pintura,
Dando á la plata de coces,
Que por los lodos ensucian;
Si á caballo, en cuatro ruedas,
Y la fortuna sobre una;
Porque en fin son mas mudables
Tres veces que la fortuna.
Pues desplumadlas, veréis
Cuán poco aprovechó el cura
Cuando les puso en la iglesia
La sal, porque no se pudran.
Puesto que los que las comen,
Nos suelen dar por excusa
Que perdices y mujeres,
Aunque oliscan, no disgustan.
DON JUAN.
¿Hay gracia mas sazónada?
Dame esa mano.
DOÑA VIOLANTE.
¿O hi de pucha!
¿Y qué queréis her con ella?
DON JUAN.
La nieve de su blancura
Podrá mitigar mi fuego.
DOÑA VIOLANTE.
¿Es mi mano la de Júdas,
Con que matan las candelas,
Dejando la iglesia á escenas?
DON JUAN.
Dámela, no seas cruel.
DOÑA VIOLANTE.
Hágase allá; no se aburra
Por ella; que tiene dueño.
DON JUAN.
Ea.
DOÑA VIOLANTE.
A fe que le sacuda.
¿No le he dicho que hay quien pida
Cuenta de ella?
DON JUAN.
¿Cuenta?
DOÑA VIOLANTE.
Y mucha.
DON JUAN.
¿Luego quieres bien?
DOÑA VIOLANTE.
Un poco.
DON JUAN.
¿Amor tienes?
DOÑA VIOLANTE.
Una punta.
DON JUAN.
¿Eres casada?
DOÑA VIOLANTE.
En eso ando.
DON JUAN.
¿Serás pues doncella?
DOÑA VIOLANTE.
En muda.
DON JUAN.
¿Estás concertada?
DOÑA VIOLANTE.
Estaba.
DON JUAN.
¿Y ahora....?
DOÑA VIOLANTE.
Se ofrecen dudas.
DON JUAN.
¿Qué esperas?
DOÑA VIOLANTE.
Que nos arrojen....
DON JUAN.
¿De dónde?
DOÑA VIOLANTE.
De la trebuna.

DON JUAN.
¿Para desposaros?
 DOÑA VIOLANTE.
 Pues.
 DON JUAN.
¿Quién lo estorba?
 DOÑA VIOLANTE.
 Mi fortuna.
 DON JUAN.
¿Tienes celos?
 DOÑA VIOLANTE.
 Por arrobas.
 DON JUAN.
¿Con justas causas?
 DOÑA VIOLANTE.
 Con justas.
 DON JUAN.
Yo te vengaré.
 DOÑA VIOLANTE.
 ¿Y podrá?
 DON JUAN.
¿Pues no?
 DOÑA VIOLANTE.
 Es persona robusta....
 DON JUAN.
¿No es villano?
 DOÑA VIOLANTE.
 Eso en el trato.
 DON JUAN.
Pues muera.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Quién le rempuja?
 DON JUAN.
Tu agravio.
 DOÑA VIOLANTE.
 El se enmendará.
 DON JUAN.
Los niños.
 DOÑA VIOLANTE.
¿En qué le enjuria?
 DON JUAN.
En amarte.
 DOÑA VIOLANTE.
¿A Dios pluguiera!
 DON JUAN.
¿Es mudable?
 DOÑA VIOLANTE.
 Cual la luna.
 DON JUAN.
Aborrécele.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Por quién?
 DON JUAN.
Por mí.
 DOÑA VIOLANTE.
 Arte, que echa pullas.
 DON JUAN.
 Labradora de mis penas,
 Que contándome las tuyas,
 Entre lágrimas y celos
 Mi esperanza traes confusa,
 Si te casas y me dejas,
 Tu vida y mi sepultura
 Celebrará amor á un tiempo.
 DOÑA VIOLANTE.
 Habrá réquies y aleluyas.
¿Parécele á su mercé
 Que las labradoras usan
 Quilotos de amor infame,
 Sino es con voluntad lumpia?
 DON JUAN.
 Limpio es mi amor.
 DOÑA VIOLANTE.
 Si le lava.
¿Casarás el por ventura

Conmigo, como mi Anton?
 DON JUAN.
 Por ventura, y será mucha
 La que el cielo me dará.
 DOÑA VIOLANTE.
 Es muy alto de estatura,
 Y muy pequeña mi suerte.
 DON JUAN.
 Amor las iguala y junta.
 DOÑA VIOLANTE.
 No sabré yo entarimarme,
 Ni caminar campanuda
 En cuatro leguas de ruedo,
 Como cesta de criatura.
 Bonita es la muchacha
 Para estarse hecha figura,
 Sufriendo en una visita
 Desacatos de una pulga!
 El amor anda entre iguales;
 Que no hay labrador que unza,
 Si quiere arar igualmente,
 Un camello y una mula.
 Supuesto esto, ó toman pan
 En casa, ó á Dios.
 DON JUAN.
 Escucha,
 Simple-sabia de mis ojos.
 Si palabras aseguran,
 Si juramentos obligan,
 Si prendas desatan dudas,
 Por la luz de esos dos soles
 Que mis tinieblas alumbran,
 Por el abril de esa cara
 Que el enero no destruya,
 Que si hallo que tu opinión
 Corresponde á tu hermosura,
 Sin mirar en calidades,
 (Que amor no las pide nunca)
 Rendirte he, siendo tu esposo (1),
 La hacienda que me asegura
 Dos mil ducados de renta.
 DOÑA VIOLANTE.
 Mire, si limpiezas busca,
 Mas cristiana vieja soy
 Que Vizcaya y las Asturias.
 DON JUAN.
¿Has cobrádome alicion?
 DOÑA VIOLANTE.
 No sé que diabros me hurga
 Desde que le vi, dentro al alma,
 Que ten mas de nil agujas.
 Pero en fin, ¿se casará
 Conmigo?
 DON JUAN.
 Sin falta alguna.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Y empalagarás luego?
 DON JUAN.
 Amor firme siempre dura.
 DOÑA VIOLANTE.
 Lo dulce luego empalaga,
 Y como el amor es fruta,
 Suele comerse al principio,
 Y enfadar despues, madura.
 DON JUAN.
 No hayas miedo deso.
 DOÑA VIOLANTE.
 ¿A fe?
 DON JUAN.
 Por tu vida.
 DOÑA VIOLANTE.
 ¿Y por la suya?
 DON JUAN.
 Todo es uno.
 DOÑA VIOLANTE.
 En fin, ¿le agrado?

(1) Siendo tu esposo rendirte, dice la edicion de 1631.

DON JUAN.
 Infinito.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Iré segura?
 DON JUAN.
 Noble soy.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Querráme mucho?
 DON JUAN.
 Adorárte.
 DOÑA VIOLANTE.
¿De burlas?
 DON JUAN.
 De veras.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Regalaráme?
 DON JUAN.
 Como á reina.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Hará locuras?
 DON JUAN.
 En quererte.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Es amorado?
 DON JUAN.
 Mas que un portugues.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Arrulla?
 DON JUAN.
 Como paloma.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Rezonga? (1)
 DON JUAN.
 De ningun modo.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Murmura?
 DON JUAN.
 Pocas veces.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Es tabur?
 DON JUAN.
 Solo en amarte.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Madruga?
 DON JUAN.
 Poco.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Viene tarde á casa?
 DON JUAN.
 Vendré con el sol.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Cordura!
 DON JUAN.
¿Qué me llamará?
 DON JUAN.
 Mi cielo.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Y qué mas?
 DON JUAN.
 Mi sol.
 DOÑA VIOLANTE.
 Con uñas.
 DON JUAN.
 Mi reina.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Engalanaráme?
 DON JUAN.
 Como abril.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Diráme injurias?
 DON JUAN.
 En mi vida.
 DOÑA VIOLANTE.
¿Andaré en coche?
 DON JUAN.
 Y en carroza.
 (1) ¿Grue? ¿regaña?

DOÑA VIOLANTE.
¿Traré puntas?
DON JUAN.
De Flándes.
DOÑA VIOLANTE.
¿Y azul?
DON JUAN.
Tambien.
DOÑA VIOLANTE.
¿Saldré algunas veces?
DON JUAN.
Muchas.
DOÑA VIOLANTE.
¿A visitas?
DON JUAN.
Sí.
DOÑA VIOLANTE.
¿Y á toros?
DON JUAN.
Con balcon.
DOÑA VIOLANTE.
¿Y confitura?
DON JUAN.
Cuanta quieras.
DOÑA VIOLANTE.
Si hay comedias....
DON JUAN.
No las perderás.
DOÑA VIOLANTE.
¿Ninguna?
DON JUAN.
Ninguna, pues.
DOÑA VIOLANTE.
¿Iré al Prado?
DON JUAN.
Irás al sol.
DOÑA VIOLANTE.
¿Y á la luna?
DON JUAN.
El verano.
DOÑA VIOLANTE.
¿Y qué ha de darme?
DON JUAN.
El alma.
DOÑA VIOLANTE.
Arre, que echa pullas.
DON JUAN. (*Llamando.*)
Polonia.

ESCENA VI.

POLONIA. — DOÑA VIOLANTE, DON JUAN.
POLONIA.
¿Qué es lo que mandas?
DON JUAN.
Tomar todo el pan procura,
Y mete allá ese animal.
DOÑA VIOLANTE.
Hay media hanega.
DON JUAN.
Haya una.
POLONIA.
Pan hay para dos semanas.
(*Vase Polonia.*)

ESCENA VII.

DOÑA VIOLANTE, DON JUAN.
DOÑA VIOLANTE.
Sáqueme luego la burra;
Que anochece; y si voy tarde,
Temo que mi viejo gruñá.
Págueme.
DON JUAN.
En este diamante.
DOÑA VIOLANTE.
¿Han vido cómo relumbra!

DON JUAN.
Como tus ojos.
DOÑA VIOLANTE.
¿Es falso?
DON JUAN.
No hay cosa en mi falsa alguna.
DOÑA VIOLANTE.
¿Y qué mas?
DON JUAN.
Esta cadena.
DOÑA VIOLANTE.
¿De alquimia?
DON JUAN.
Cual tu hermosura,
De veinticinco quilates.
DOÑA VIOLANTE.
¿Qué bien vende sus agujas!
DON JUAN.
Y este bolsillo después.
DOÑA VIOLANTE.
¿Son menudos?
DON JUAN.
Es menuda
Para tus merecimientos
Cuanta hacienda entra en Sanlúcar.
DOÑA VIOLANTE.
Franco es.
DON JUAN.
Sélo tú.
DOÑA VIOLANTE.
¿En qué?
DON JUAN.
En darme
Una mano.
DOÑA VIOLANTE.
¿No mas que una?
DON JUAN.
Basta.
DOÑA VIOLANTE.
Velas aquí dambas.
DON JUAN.
Vengan.
DOÑA VIOLANTE.
Arre, que echa pullas.

ESCENA VIII.

DON GOMEZ, DOÑA SERAFINA, UN CRIADO. — DOÑA VIOLANTE, DON JUAN.
DON GOMEZ.
Dejémosle por un rato
Descansar. ¿Qué te parece?
DOÑA SERAFINA.
Que su presencia merece,
Noble y apacible trato,
Cualquier generoso empleo.
DON GOMEZ.
No importa poco este abono.
DOÑA SERAFINA.
Ya su tardanza perdono,
Si hizo mártir mi deseo. —
¿Gallarda moza!
DON GOMEZ.
Don Juan,
¿Qué labradora es aquea?
DON JUAN.
La que sazona tu mesa
Con el mas sabroso pan
Que Vallecás dió á Madrid.
DON GOMEZ.
¿Vos sois quien nos trajo ayer
Pan?
DOÑA VIOLANTE.
Y hoy lo vuelvo á vender.
DON GOMEZ.
Cada dia acá venid;
Que como iguale al primero,

Tendréis en mí un parroquiano.
(*A Don Juan.*)
¿Cómo dejaste al indiano
Y aquí te quedaste?
DON JUAN.
Quiero
Prevenille el aposento
Y dar en su cena traza.
DON GOMEZ.
Vaya ese mozo á la plaza.
DON JUAN.
No habrá cosa de momento
En ella; que es tarde ya.
DON GOMEZ.
La despensa del Marqués,
O la de algun ginoves,
Mi huésped regalará,
Que se ha de quedar por hijo
En casa.

DOÑA SERAFINA.
¿Notable agrado
Tiene nuestro encomendado?
DON JUAN.
¿Ya le alabas?
DOÑA SERAFINA.
Ya le elijo
Por dueño.

ESCENA IX.

DON PEDRO, AGUDO. — DOÑA VIOLANTE, DOÑA SERAFINA, DONGO-MEZ, DON JUAN, UN CRIADO.

DON PEDRO. (*Hablando con su criado aparte al salir.*)
No hay dar con él.

AGUDO.
¿Válgate el diablo por hombre!
Madrid es mar; no te asombre
Que no halles tan presto en él
Un atun, donde andan tantos.

DON PEDRO.
No he perdonado meson.

AGUDO.
Casas de posadas son
Castillos destos encantos.
DON PEDRO.
De Don Gomez, he sabido
Que vive aquí.

AGUDO.
Imprudencia
Ha sido la negligencia
Que en descubrirete has tenido.
Háblale; que con su ayuda
Será mas fácil hallar
Este diablo.

DON PEDRO.
Ha de dudar
De mí.

AGUDO.
Entre tanto que duda
Dando señas de quien eres,
Esotro parecerá.

DON PEDRO.
Aquí Don Gomez está.

AGUDO.
Cuanto mas te detuvieres,
Mas agravias á tu amor.
Pero ¿conócesle?

DON PEDRO.
Sí.
Ayer mañana le ví.

AGUDO.
Pues llega á hablarle, señor.
DON PEDRO. (*Llegándose á Don Gomez.*)
Si vuestros brazos merece
Quien por gozar vuestra casa

El piélago inmenso pasa
Que sepulcro al sol ofrece,
Los trabajos restaurad
De viaje tan prolijo
En quien, siendo vuestro hijo
Hace deudo la amistad
Que con mi padre tuvistes,
Y por vos España goza.
Don Pedro soy de Mendoza.

DON GOMEZ.
¿Cómo es eso!

DON PEDRO.
Si escribiste
A Don Diego, mi señor,
Deseos de que viniera
De Méjico, y mereciera
Juntar en uno el valor
De vuestra casa y la mía;
En fe de cumplillos vengo,
Puesto que ocasiones tengo
Mas de pesar que alegría.

DON GOMEZ.
Caballero, no os entiendo.
¿Que sois Don Pedro decís
De Mendoza, y que venís
De Méjico?

DOÑA VIOLANTE. (Ap.)
¿Qué estoy viendo?
¿No es este aquel caballero
Que la maleta trocó,
Y el engaño declaró
De mi Don Gabriel? ¿Qué espero?

DON PEDRO.
Muy cuidadoso entendi
Que en mi venida os hallara;
Mas quien tan seco repara
En mis palabras así,
No debe de aguardar yerno
De Indias, ó habrá tenido
Nuevas que se habrá perdido.
Creí que amoroso y tierno,
Mi nombre apenas dijera,
Cuando os hallara colgado
De mi cuello, y que turbado,
Mientras la lengua pudiera
Darne alegre el bien venido,
Los ojos le interpretarían
Con lágrimas que mostraran
El amor que habeis fingido.

DON GOMEZ.
¿Ah Don Juan! ¿No escuchas esto?
Serafina, ¿esto no ves?

DON PEDRO.
¿Aqueste el serafín es
Que en tanto riesgo me ha puesto?
¿Vos sois Don Juan de Peralta?
Dadme los brazos los dos.

DOÑA SERAFINA.
Téngase, señor. ¡Ay Dios!
¿Qué grosero!

DON PEDRO.
¡Esto me falta,
Tras la pérdida pasada!
Desengañalos, Agudo.

AGUDO.
De admiración estoy mudo.
DON PEDRO.

¡Oh Madrid, Creta encantada!
¿Esto es lo que en tí medro?

DON JUAN.
Que vos Don Pedro os llameis
De Mendoza ó no, sabréis
Que el verdadero Don Pedro
Há un hora que en casa está
Por hijo de ella admitido,
Por cartas reconocido,
Y por las señas que da.

DON GOMEZ.
Si la corte os ocasiona

Y sus euredos á usar
Marañas con que engañar,
No es digna vuestra persona
De tan ruin proceder.

DOÑA SERAFINA.
Mejor fuera dar noticia
De este engaño á la justicia.

DON PEDRO.
¡Cielos! ¿esto vengo á ver?
No me espanto que engañado,
Señor Don Gomez, negueis
En quien nunca visto habeis
La acción que el cielo me ha dado.
Ese Don Pedro fingido
Es un embelecador,
En sus engaños traidor,
Si en su talle bien nacido,
Que hurtándome hacienda y nombre
En Arganda el otro día,
Pagó así mi cortesía
Y regalos, porque es hombre
Que engañando con el traje
A quien en su casa le honra,
Las hijas nobles deshonra
En pago de su hospedaje.
Huyendo de Flandes viene,
Como dirá este papel,
Y el capitán Don Gabriel
De Herrera, por nombre tiene.

Palabra de esposo dió
A cierta Doña Violante
En Valencia, y al instante
Se fué que la deshonró.
Si no basta esta experiencia,
En casa le recibid;
Que mejor hará en Madrid
Embeleclos que en Valencia;
Y admitale por amante
Vuestra hija, si á él se inclina,
Porque Doña Serafina
Consuele á Doña Violante.

DOÑA VIOLANTE. (Ap.)
¡Bueno anda, cielos, mi honor,
Y buena anda también, cielos,
La confusión de mis celos
Y el crédito de mi amor!

DON GOMEZ.
¿Hay enredo mas extraño?
Llamadme á Don Pedro acá.

DOÑA SERAFINA.
No le llamen; que será
Ocasión de algun gran daño.
Este será su enemigo,
Que por este modo intenta
Hacer á Don Pedro afrenta;
Y crean, pues yo lo digo,
Que el corazón no me engaña.
Porque ¿quién ha de creer
Que tal se atreviera á hacer
Un hombre á quien acompaña
Tan noble disposición?
¿No autorizan su nobleza
Las joyas que con largueza
Me acaba de dar? ¿no son
Las cartas testigos fieles
Que del virey ha traído,
Las que de su padre has leído,
Las libranzas y papeles
De mas de treinta mil pesos,
Con que mentiras contrasta?
Yo le quiero bien, y basta.

DON PEDRO.
¿Hay mas confusos sucesos?
AGUDO.

Ahora entra el hablar yo.
A pagar de mi dinero,
Que ese pardo caballero
La maleta nos llevó
Por mi culpa y nuestro daño.
En Arganda, y que en su vida

Vió á Méjico; y si es servida,
Salga aquí, y verá su engaño.
Y sino, porque aproveche,
Respóndame á este argumento.
Las islas de Barlovento
¿Cuántas son? dónde es Campeche?
¿Cómo se coge el cacao?
Guarapo ¿qué es entre esclavos?
¿Qué fruta dan los guayavos?
¿Qué es cazabe, y qué jaojao?

DOÑA SERAFINA.
¿No ves como están sin seso?
Repara en los disparates
Que dicen.

DON GOMEZ.
Casa de orates
Es la corte.

DON PEDRO.
¿Cómo es eso?
Vive Dios, que me obligueis
A que dé en la calle voces,
Y saque ese infame á coces,
Cuando escondelle intenteis.

DON GOMEZ.
¡Miren si crece la furia!
No hay que hablar; locos están.
Echalos de aquí, Don Juan.

DON PEDRO.
Cuando me hagais esa injuria,
Os hará creer quien soy
La espada que al lado cino.

DON JUAN.
¿Pobre mozo!
DON GOMEZ.
¡Buen aliño

AGUDO.
Ya me doy
Por conventual del Nuncio.
No nos lleven á Toledo;
Vámonos, que tengo miedo
De aquestos hombres. Renuncio
El título que hasta aquí
Tuve de indio.

DON PEDRO.
¿Qué consienta
Tal burla el cielo en mi afrenta!

DOÑA SERAFINA.
Ya le torna el frenesí.

DON PEDRO.
Vive Dios, que he de sacalle
A estocadas acá fuera:
Veamos si esta quimera
Osa afirmar en la calle.
Ya de veras me provocho,
Y el seso y paciencia pierdo.

DOÑA SERAFINA.
Padre, teme si eres cuerdo,
La espada en manos de un loco.
Déjalos en el zaguan.

DON GOMEZ.
Cierra aquesa puerta apriesa.

DON JUAN.
Entraos acá, mi Teresa.

DOÑA VIOLANTE.
Ya yo sé, señor Don Juan,
Amansar locos
(Vanse Don Gomez, sus hijos y el criado.)

ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, DON PEDRO,
AGUDO.

DOÑA VIOLANTE.
Pesada
Burla, Don Pedro, os han hecho,
Pero aquí no es de provecho
Mostrar razones ni espada.
¿Conoceisme?

DON PEDRO.
¿No sois vos
La Villana de Vallecas?

DOÑA VIOLANTE.
Sí, que entre artesas y ruecas
Me han dado de dos en dos
Los oficios, ya de bilar,
Ya de amasar y traer
Pan á Madrid que vender.
Bien pudiera atestiguar
Lo que acerca desto sé,
Y yo por mis ojos vi;
Pero si admitis de mí
Los consejos que os daré,
Dejad pasar esta furia,
Y entre tanto prevenid
Quien os conozca en Madrid,
Y libre de tanta injuria;
Que imposible es que no haya
Algunos en esta villa,
Que en Méjico, ó en Sevilla
Cuando pisastes su playa,
No sepan quién sois.

DON PEDRO.
Hay ciento
En Sevilla; mas no sé
Si en Madrid los hallaré.

DOÑA VIOLANTE.
Escrebid allá.
DON PEDRO.
Eso intento;
Mas si entre tanto se casa....

DOÑA VIOLANTE.
Eso no: yo os lo aseguro.
Venir cada día procuro
Con pan reciente á esta casa:
Tengo ya mucha amistad
Con la Serafina bella,
Y suelo parlar con ella
Con gusto y con igualdad.
En lo que os podré servir
Es, que entre tanto que hallais
Los testigos que buscáis,
Me obligue yo á persuadir
Que vuestra dama dilate
Sus hondas, porque llevallo
Así á voces, será echallo
A perder.

AGUDO.
Que es disparate.
DON PEDRO.
Si vos, bella labradora,
Eso hicierdes, sería
La hacienda y la vida mía
Vuestra perpetua deudora.

DOÑA VIOLANTE.
La lástima que me hacéis,
Me obliga á que por vos haga
Esto, sin querer mas paga.

DON PEDRO.
Buena de mí la tendréis.
DOÑA VIOLANTE.
No os canseis en la demanda,
Hasta que halleis quien de vos
Dé noticia. Adios.

DON PEDRO.
Adios.
AGUDO.
¡Valgate el diablo el Arganda!
(Vanse Don Pedro y Agudo.)

DOÑA VIOLANTE.
Basta, que aquí está el ingrato
Ocasión de mis querellas,
Y que en engañar doncellas
Ha puesto caudal y trato.
Ya yo supe desde ayer
Que era esta la Serafina

Que al indiano desatina
Y mi esposo vino á ver.
A Don Juan traigo perdido,
Y téngole de enlazar
Por lo que me ha de importar
El tenelle entretenido.
Amor, pues tanto embelecas,
Dame algun discreto ardid
Con que celebre Madrid
La Villana de Vallecas. (Vase.)

Calle con vista de una casa de posadas inmediata á la de Don Gomez.

ESCENA XII.

DON VICENTE, AGUADO.

DON VICENTE. [hermana]
¿Tú en la corte, traidor? ¿Qué es de mí
Contigo huyó sin honra y sin recato;
Tú sabes della, y quien me afrenta sabes.
Bimelo, ó vive Dios que en ti comience
A dar principio á mi venganza honrada.

AGUADO.

Deten, señor, la furia con la espada.
Verdad es que salí con mi señora
La misma noche que la echaste ménos.
Porque burlada de promesas leves
De un soldado de Flandes que allí vino,
A trueque de palabras y de firmas,
Le dió la posesion de su honra y fama.
Enamorada de botones de oro,
Y de plumas ligeras que volaron
Con su ingrato soldado fugitivo, [miento
La enseñó, aunque fué tarde, su escar.
Que quien en pluma fía cobra en viento.
Salimos de Valencia; mas no pienses
Que puedan tanto en ella sus agravios,
Que al qué dirán del vulgo impertinente
Arriesgue su opinion por los caminos,
Viniedo tras su amante basta en la corte.
Antes juzgando por indigna cosa [te;
Vivir en tu presencia deshonrada,
Y á vista de los ojos de Valencia,
(Que el noble, aunque afrentado, si es

[discreto]
Piensa que todos saben su secreto)
De mi lealtad fiada, hasta Monviedo
Salió conmigo, y en la real clausura
Que de Santa Matrona tiene nombre,
A la abadesa dió, por ser su tía.
Cuenta desta desgracia, y entre tanto
Que el cielo da remedio á sus injurias,
Encerrada y llorando cada día,
Maldice la mujer que en hombres fía.
Prometida venir á Madrid luego
En busca de Don Pedro de Mendoza,
Y Don Gabriel de Herrera, que disfraza
Aqueste nombre que es el verdadero.
Para engañar mejor con el primero:
Y quiso Dios que en la posada misma
Que tomé en esta corte, se aposenta
El autor cauteloso de tu afrenta.
Porque creyendo entrar en mi aposento,
Entré en el suyo y ví sobre un bufete
Billetes de tu hermana y mi señora,
Que en fe de sus amores la escribía
Cuando en Valencia conquistó su fama;
Y de algunos papeles que con ellos
Hallé revueltos y lei curioso,
Supe llamarse Don Gabriel de Herrera,
Ser capitán de Flandes y haber muerto
A un ilustre tudesco, á cuya causa,
Huyendo de castigos y temores,
Viene á Madrid con cartas de favores.
Esta es la verdad pura, y porque sepas
Si la digo ó si miento, aguarda un poco;
Sacaré los papeles, que aquí dentro
De tus azares han de ser encuentro.

(Vase.)

ESCENA XIII.

DON VICENTE. [clar]
Honra, si esto es verdad, dadme en albrí-
El gusto que me falta por perderos.
Si el capitán ingrato tiene prendas
Dignas de mi valor, y restituye
A mi hermana la honra que ha usurpado,
Será en vez de mi enemigo mi cuñado.

ESCENA XIV.

AGUADO. — DON VICENTE.

AGUADO.

Abierto el aposento se dejaron,
Porque en falso la llave en él echaron.
¿No es de Doña Violante aquesta letra?
Estos versos ¿no son en su alabanza?
Y en ellos ¿no blasona avergonzado
Un sol, de quien el otro fué traslado?
Mira pues esta carta, y saca della
Como se llama este Don Pedro falso,
La muerte del tudesco y su venida,
Y estima mi lealtad agradecida.

(Don Vicente lee los papeles.) [je
(Ap. De nullo me ha venido el hospeda-
En la misma posada de Don Pedro; [co,
Que aunque de las maletas supe el true-
Y sé que el pobre indiano está inocente,
Entre tanto que el otro no parece,
Sosegaré la furia valenciana
De mi señor, padezca ó no padezca
Don Pedro de Mendoza; que pues finjo
Que la villana noble está en Monviedo,
Este enredo ha de ir de Pedro á Pedro.)

DON VICENTE.

Ya doy por bien empleada mi venida.
En la corte no es cuerdo el que negocia
Casos de honra por armas, que se que-
[dan
En la calle, saliendo á poner paces
Sus vecinos, y siendo pregoneros,
A una verdad añaden muchos ceros.
Mas vale averiguallo por justicia,
Y haciéndole prender seguramente,
El qué dirán huir del vulgo y gente.
Lláname un aguacil de corte al punto.

AGUADO.

[cano
Con él vuelvo al instante. (Ap. El meji-
Perdone; que este enredo importa ahora
A mi vida y honor de mi señora.)

(Vanse.)

ESCENA XV.

DON PEDRO, AGUADO.

DON PEDRO.

Aguado, ¿aquesta es España?
¿Castilla y su corte es esta,
Tan celebrada en las Indias
En el término y llaneza?
Los que de España pasaban,
Nos decian en mi tierra
Que los dobles y engaños
Eran naturales della:
Bien lo experimento en mí,
Pues en Madrid entro apénas,
Cuando confunden mi dicha
Los laberintos de Creta.
No hallo nobleza sencilla,
Amistad que permanezca:
Caballos de Troya son
Cuantos la corte sustenta.
¿Qué he de hacer menospreciado,
Sin crédito y sin hacienda,
Tenido por loco en casa
De Don Gomez?

AGUADO.

Trocar quejas

En diligencias, señor.
 Hoy es día de estafeta;
 Escribe luego á Sevilla
 A algún amigo que venga
 Y traiga hecha informacion
 De quién eres, con que puedas
 Desmentir de tu contrario
 Invenções y quimeras.
 El capitán del navio
 En que veniste, en nobleza
 Y amistad es otro tú,
 Si no miente la experiencia.
 Amigo fué de tu padre;
 Con su camarote y mesa
 Te obligó en la embarcacion,
 Trayéndote por su cuenta;
 El y los que te conocen
 Desharán aquesta tela,
 Que tantas marañas urden,
 Y tanta mentira enreda.
 Acude á los mercaderes
 De esta corte, á quien las letras
 Vienen que de ludias trujiste,
 Porque cobrallas no pueda
 Quien cobra las de tu amor:
 Que con estas diligencias,
 Averiguando verdades,
 Saldremos desta molestia.

ESCENA XVI.

DON VICENTE. — DON PEDRO,
 AGUDO.

DON VICENTE. (Ap.)

¡Válgame el cielo! Si es este
 El vil autor de mi afrenta,
 Venganza, tened la espada;
 Que aquí ha de hacer la prudencia
 Mas que el enojo arrojado.

ESCENA XVII.

DON GOMEZ, DON GABRIEL, DON
 JUAN, DOÑA SERAFINA, DOÑA
 VIOLANTE, CORNEJO. — Dichos.

DON GABRIEL.

¿Hay semejaute insolencia?
 Dejadme, señor Don Gomez.

DON JUAN.

Deteneos.

DON GABRIEL.

¿Que me detenga
 Me aconsejais vos, Don Juan?
 ¡Vive Dios...!

CORNEJO. (Ap. á su amo.)

¿Qué es lo que intentas?
 ¿Para qué á Don Pedro buscas?

DON GABRIEL.

¿Que haya en Madrid quien se atreva
 A tan gran bellaquería!
 ¿Que haya quien afirmar pueda
 Que no soy Don Pedro yo!

CORNEJO. (Ap. á su amo.)

No levantes polvaredas
 Que han de darnos en los ojos.

DOÑA SERAFINA.

¿Que mis lágrimas no sean,
 Pastantes á refrenar,
 Don Pedro, la furia vuestra!

DON GOMEZ.

Serafina, ¿tú también
 Sales acá?

DOÑA SERAFINA.

No respeta
 En los peligros amor
 Imposibles que no venza.
 Temo que alguna desgracia
 A mi esposo le suceda,

Que viene tras estos locos,
 Y el alma tras sí me lleva.

DOÑA VIOLANTE. (Ap.)

¡Ay, cielo! ¿en qué laberintos
 Mis desventuras enredan
 La esperanza de mi amor,
 Medio verde y medio seca?
 ¿Qué es lo que intenta el ingrato
 De mi amante, que encadena
 Tanto eslabon de mentiras
 En su daño y en mi ofensa?
 Sus pasos cual sombra sigo,
 Porque es inman su presencia
 De los yerros de mi amor:
 Mi dicha á dorillos vuelva.

DON JUAN.

Aldeana de mis ojos,
 ¿Qué hacéis vos aquí?

DOÑA VIOLANTE.

Soy muerta,
 Señor Don Juan, por hallarme
 Entre pleitos y pendencias.
 Par diez que habemos de ver
 El fin que tienen aquestas.

DON JUAN.

En todo sois de buen gusto.

DOÑA VIOLANTE.

Haylos bravos en mi aldeana.
 (Ap. ¡Cielos! aquí está mi hermano.
 Si me ve, mi muerte es cierta.
 Sayal, villanos rebozos,
 Mi vida se os encomienda.)

DON GABRIEL. (A Don Pedro.)

¿Sois vos el que en desacato
 De mi fama y mi nobleza,
 Pretendistes usurpar
 Mi apellido y nobles prendas?
 ¿Sois el que afirmáis venir
 De Nueva-España, y me afrenta
 Diciendo que os he robado
 La esposa, el nombre y la hacienda?
 ¿El que el blason de Mendoza,
 Que mi sangre antigua hereda,
 Os aplicais, afirmando
 Que soy Don Gabriel de Herrera,
 Que huyendo vengo de Flándes,
 Que he deshonrado en Valencia
 Una mujer principal,
 Y otras marañas como estas?

DON PEDRO.

A atrevimiento tan grande,
 Por no decir desvergüenza,
 Mejor será que os responda
 La espada, que no la lengua.
 No solo afirmo eso mismo;
 Pero conforme á las muestras
 De vuestro villano trato
 Y ruin correspondencia,
 Digo que tampoco sois
 Don Gabriel, aunque desmienta
 Los papeles que os abonan,
 Quizá falseando letras.
 Porque sujeto tan vil,
 ¿Cómo es posible que tenga
 Sangre generosa y noble,
 Cuando se honra con la ajena?
 Que el hurtar en las posadas
 Honras que vendéis por vuestras,
 Como habeis hecho conmigo,
 No será en vos cosa nueva.
 Pero ¿qué sirven razones
 A quien no hace caso de ellas?
 Firme en mi abono la espada
 Lo que en mi derecho prueba.

(Saca la espada.)

DON GABRIEL.

¿Hay iguales desatinos?
 Ahora digo que es de veras
 El estar este hombre loco;

Mas curarle la pena.
 Apartaos, mi Serafina;
 Quitaos, Don Juan.

DON JUAN.

No es prudencia
 Sentirse de quien no agravia.
 Pase esto por burla y fiesta.

DON GOMEZ.

Yo estoy de quien sois seguro,
 Serafina satisfecha,
 Conocido este embeleco:
 ¿Qué hay pues que indignaros pueda?

ESCENA XVIII.

UN ALGUACIL, AGUADO. — Dichos.

AGUADO. (A Don Vicente.)

El alguacil que mandaste,
 Es este.

DON VICENTE.

A buen punto llega.

ALGUACIL.

Ya estoy del caso enterado.
 ¿A quién me mandais que prenda?

DON VICENTE.

A este enredador de España;
 (Señalando á Don Pedro.)

Que segun son las quimeras
 Que hace, no hallo otro nombre
 Que mas propio le convenga.

ALGUACIL.

Soltad, hidalgo, las armas.

DON PEDRO.

¿Yo?

ALGUACIL.

Pues ¿quién queréis que sea?
 Venios conmigo á la cárcel.

AGUADO. (Ap.)

¿Hay por aquí alguna iglesia?

ALGUACIL.

¡Hola! tené ese lacayo.

CORNEJO.

Téngase al Rey.

Pues ¿tú llegas?

CORNEJO.

Yo llego.

AGUADO.

¿Quiéres trocarme
 Por otro como maleta?

DON PEDRO.

¿Qué nuevas persecuciones,
 Cruel España, son estas?
 ¿Qué insultos he cometido?
 ¿Es cuestion, es muerte, ó deudas?

ALGUACIL.

Todo junto.

DON PEDRO.

¿Qué decís?

ALGUACIL.

La deuda es de una doncella,
 La muerte de un capitán,
 Y esta la riña ó pendencia.
 Los papeles que con vos
 Traéis, son los que os condenan.

DON VICENTE.

Y yo la parte y el todo;
 Que á teneros en Valencia,
 De otra suerte averiguara
 Vuestro insulto y mis afrentas.

DON GABRIEL.

Pues ¿qué es esto, caballero?

DON VICENTE.

Cosas indignas apénas
 De crédito, aunque se ven.
 Si he de sacar consecuencias
 De lo que aquí os he escuchado,

Este es Don Gabriel de Herrera,
De el Mendoza usurpador,
Que á mi hermana menosprecia :
A mí me trae en su busca,
Y á vos sus culpas os echa.

DON PEDRO.

¡Cielos! ¿En qué os he ofendido?
(A Don Vicente.)

No há tres semanas enteras
Que tomé puerto en Santúcar
(¡Sepultárame su arena!);
Pues ¿cómo en tan corto espacio
Os pude yo hacer ofensa?
Mirad que el que os agravió
Es este traidor que intenta
Levantarse con mi esposa,
Con mi nombre y con mi hacienda.

DOÑA SERAFINA.

¡No está mala la invención!

DON PEDRO.

Agudo, ¿cómo no alegas
Todo lo que en esto sabes?

AGUDO.

Quando necesario sea,
Diré lo que en esto sé;
Que desmentir tantas lenguas,
Es navegar contra el viento.

DON PEDRO.

Vos, hermosa panadera,
¿No sabéis lo que en esto hay?

DOÑA VIOLANTE.

¿Yo? ¿De qué quiere lo sepa?
¿Hele visto yo en mi vida?

DON PEDRO.

¿Hay confusiones como estas?
(A Agudo.)

¿No estuvistes vos presente,
Hidalgo, en aquella aldea,
Donde supistes el caso
Y truco de las maletas?

AGUDO.

¿En aldea yo con vos?
Ya no me espanto que os tengan
Por embaidor ó por loco.
¡Counmigo vos!

DON PEDRO.

En Vallecas.

AGUDO.

¿Dónde cae esa ciudad?

DON PEDRO.

¡Un rayo caiga y me encienda!
Que pues son contra mí todos,
Ya la vida me molesta.

ALGUACIL.

Vengan los dos á la cárcel.
(Llévase á Don Pedro y á Agudo.)

ESCENA XIX.

DOÑA VIOLANTE, DOÑA SERAFINA,
DON GOMEZ, DON JUAN, DON GA-
BRIEL, DON VICENTE, AGUADO,
CORNEJO.

DOÑA VIOLANTE. (Ap.)

Por librar mi ingrato della,
Fingi ignorar lo que vi;
Que el amor tiene mas fuerza
Que la injuria.

DON GOMEZ.

¡Extraño enredo!

DON GABRIEL.

Con esto no habrá sospecha
Acerca de mi opinion,
Que á descomponerme venga.

DON GOMEZ.

Pues de vos, ¿cuándo la hubo?

DOÑA SERAFINA.

Luego dije yo quién era

El enredador. ¡Jesus!

¡Que esto en Madrid se consienta!

DON VICENTE.

Adios, caballero.

DON GABRIEL.

Adios.

Servís de la casa nuestra;
Y el fin que vos deseais,
Aquestos sucesos tengau.

DON VICENTE.

Bésoos, señores, las manos. (Vase.)

DOÑA VIOLANTE.

(Hablando aparte con Agudo.)

Agudo.

AGUADO.

Señora.

DOÑA VIOLANTE.

Ordena

De verme.

AGUADO.

¿Cuándo?

DOÑA VIOLANTE.

Mañana.

AGUADO.

Sí iré.

(Vase.)

DON JUAN.

¡Qué! ¿Vaisos, Teresa?

DOÑA VIOLANTE.

¿No le parece que es hora?

DON JUAN.

Aunque es noche, no hay tinieblas
Donde vos estais, que sois.....

DOÑA VIOLANTE.

Dirá que sol ó linterna.

DON GABRIEL. (Ap. con su criado.)

Todo se hace bien, Cornejo.

CORNEJO.

Date con la dama prisa;
Que por Dios, que tengo el alma
Con mas de mil tembladeras.
(Vanse Don Gomez, Doña Serafina, Don Gabriel y Cornejo.)

ESCENA XX.

DOÑA VIOLANTE, DON JUAN.

DON JUAN.

¿Quereis que vaya con vos?

DOÑA VIOLANTE.

¿Para qué? Mi pueblo es cerca,
La burra al venir de plomo,
Pero de pluma á la vuelta.
No le faltará á quien ronde
Acá su mercé; que hay rejas,
Y redendijas tambien.

DON JUAN.

Rondará memorias vuestras
El pensamiento, no mas.
¿Quién hay en Madrid que pueda
Competir con vos?

DOÑA VIOLANTE.

¿A fe?

DON JUAN.

¿Qué, me dejais?

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué, se queda?

DON JUAN.

A oscuras.

DOÑA VIOLANTE.

Pues Dios le alumbre.

DON JUAN.

¿Qué mandais?

DOÑA VIOLANTE.

Que cene y duerma.

DON JUAN.

No podré.

DOÑA VIOLANTE.

¿Por qué ocasion?

DON JUAN.

Por vos.

DOÑA VIOLANTE.

¿Pues soy yo dieta?

DON JUAN.

De mis gustos.

DOÑA VIOLANTE.

¿Tiene muchos?

DON JUAN.

Quando os miro.

DOÑA VIOLANTE.

¿Y en mi ausencia?

DON JUAN.

Mil tormentos.

DOÑA VIOLANTE.

¿Quién los causa?

DON JUAN.

La Villana de Vallecas.

ACTO TERCERO.

Sala de una casa de posadas.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIOLANTE, de dama, DON
LUIS, AGUADO.

DOÑA VIOLANTE.

En fe de la cortesía
A que es un noble obligado,
Y de vos mi dicha fia,
Os he, señor, suplicado
Que honreis mi casa este día;
Porque despues que he sabido
Que de Don Gabriel de Herrera
Sois primo, me he prometido
El buen suceso que espera
Mi honor, por el ofendido.

DON LUIS.

Quando de venir á veros
No consiga otro interes,
Señora, que conoceros,
Y que me mandeis despues
Servicios que intento haceros,
Estimaré mi ventura,
Dando á todos que invidiar;
Pues si agradaros procura,
¿Qué mas premio que obligar
Y servir tal hermosura?
Primo soy, como decís,
De Don Gabriel, y he sabido,
Si agraviada dél venís,
Que está en Madrid y que ha sido,
Del modo que me advertís,
Quien á una Doña Violante
Palabra en Valencia dió,
Y huyendo al fin inconstante,
Como mercader quebró
Correspondencias de amante.
He sabido que está preso
Por su hermano que ha venido
A castigar este exceso,
Y que en Madrid, persuadido
De su amor ó poco seso,
A una Doña Serafina,
Bella, ilustre, rica y moza,
Hacer creer determina
Que es Don Pedro de Mendoza,
Con quien casar imagina,
Y viene de Indias á España.
Fingiendo no sé qué truco,
Principio de esta maraña,
Con uno y otro embeleco
A cuantos le ven engaña.
Su hermano mayor es muerto
En Granada, habrá ya un mes:

Y como tuve por cierto
Que estaba en Flandes, despues
Que hice poner en concierto
El mayorazgo que hereda
De tres mil y mas ducados;
Para que saberlo pueda,
Dos pliegos van duplicados,
Sin otro que en casa queda.
Tuve entre tanto noticia
Que habia llegado aqui,
Y le prendió la justicia;
Mas como nunca le vi,
Por profesar la milicia
Desde niño; hasta saber
Cuál destos dos es mi primo,
No me he dado á conocer,
Ni le he hablado; aunque me arrima:
Al mas comun parecer
De que es Don Gabriel el preso,
Y Don Pedro de Mendoza
El que en aqueste suceso
El nombre y posesion goza.

DOÑA VIOLANTE.

No teneis que dudar deso.

DON LUIS.

Diciéndolo vos, ya fuera
Mi duda poco cortés.
Mas ¡que Don Gabriel de Herrera
El amoroso interes
Que en vuestra hermosura espera,
Desestime! ¡Vive Dios,
Que estoy por desconocelle!
Porque agraviándoos á vos,
Es culpa el favorecelle,
Pues nos afrenta á los dos.
Cuando esa hermosa presencia
Su nobleza no obligara
A justa correspondencia,
El veros venir bastara
En su busca de Valencia,
Para pagar liberal
Las deudas de vuestro honor
Que ha negado desleal,
Debiendo á tan firme amor
Las costas y el principal.
Pero yo tomo á mi cuenta,
Señora, haceros vengada,
Por mas que el bárbaro intenta
Dejar su sangre manchada
Con tan conocida afrenta.
La palabra que os ha dado,
Hacer hoy que os cumpla quiero;
Que es insulto en él doblado
El quebralla caballero,
Y el no cumplilla soldado.

DOÑA VIOLANTE.

Discreto habeis prevenido
Las quejas que os vengo á dar,
Y pues me habeis conocido,
Por vos pienso restaurar
Mi fama y honor perdido.
En vos, señor Don Luis,
Pongo toda mi esperanza.

DON LUIS.

Si mi palabra admitis,
O ella os dará la venganza,
O el honor por quien venis.
A la cárcel voy á ver
A vuestro ingrato deudor,
Y si sabe conocer
Las prendas de vuestro amor,
Fácil será deshacer
Esta quimera, y soltalle;
Que amigos tengo en Madrid
Con que poder ayudalle.

DOÑA VIOLANTE.

Que está mi hermano advertid
Aqui, y que viene á buscallo,
Y importa que esté ignorante
De que en esta corte asisto.

DON LUIS.

No temais, bella Violante;
Que pues la hermosura he visto
Que despreció vuestro amante,
O no me tendrá por primo,
O por esposa os tendrá.

DOÑA VIOLANTE.

Vuestro favor noble estimo,
Pues seguro fin tendrá
Mi amor, siendo vos su arrimo.—
Yo soy madrina mañana
De una hermosa labradora
En Vallecas.....

DON LUIS.

Poco gana
A vuestro lado, señora,
Y en escoger fué villana,
Porque ¡qué ha de parecer
En vuestra bella presencia?

DOÑA VIOLANTE.

Bien puede, Don Luis, hacer
A las damas competencia
Que en Madrid estimais ver.
Hame hospedado en su casa
(Porque encubierta, desde ella
Supe lo que en esto pasa,
Y quién es la Circe bella
Que á mi Don Gabriel abraza),
Y quiere en esto cobrar
El hospicio que la debo.

DON LUIS.

Una cosa he de intentar.
Si yo allá á Don Gabriel llevo,
Y le viéjese á obligar
Que os diese de esposo allí
La mano, ¿no es peregrina
Traza?

DOÑA VIOLANTE.

A suceder así,
Será novia la madrina.

DON LUIS.

Pues dejadme hacer á mi;
Que si yo negociar puedo
Que le suelten en fiado,
Deshaciendo tanto enredo,
A vuestro amor y cuidado
He de asegurar el miedo.
La corte he de revolver
Hoy para hacerle soltar.

DOÑA VIOLANTE.

Difícil:so ha de ser.

DON LUIS.

Mis amigos han de dar
Muestras hoy de su poder.
Cuando sepan el valor
Del preso, y que es primo mio,
Con un seguro fiador
Que salga por él, confío
Que han de hacerme este favor.
Mañana estamos los dos
Allá, porque estoy dispuesto,
Señora, á volver por vos.

DOÑA VIOLANTE.

No le digais nada desto.

DON LUIS.

Pues claro está. Adios.

DOÑA VIOLANTE.

Adios.

(Vase Don Luis.)

ESCENA II.

AGUADO.—DOÑA VIOLANTE.

AGUADO.

¿A qué propósito son
Tantas marañas?

DOÑA VIOLANTE.

Despues

Que viéres su conclusion,
Dirás que la mujer es,
Aguado, toda invencion.

AGUADO.

Si es Don Pedro el que está preso,
¿Para qué por Don Gabriel
Le haces soltar?

DOÑA VIOLANTE.

Te confieso

Que tengo lástima del,
Y temo no pierda el seso.
Fuera de que no me está
Su libertad mal á mí,
Pues suelto averiguará
Quién es, estorbando así
Lo que preso no podrá.

AGUADO.

Pues ¿para qué le has culpado
Con su primo, y has fingido
Que fe de esposo te ha dado,
Que aqui por él has venido,
Y que le lleve has trazado
A Vallecas á casalle?

DOÑA VIOLANTE.

No he hallado modo mejor
Que el que ves, para obligalle
Que ponga en esto calor,
Y haga mas presto soltalle.

AGUADO.

Y allá ¿qué habemos de hacer
Con ellos?

DOÑA VIOLANTE.

Déjame á mí.

AGUADO.

Demonio es una mujer.
Hasme hecho buscar aqui
Esta casa de alquiler
Con todo aqueste aparato.....

DOÑA VIOLANTE.

Lo que se halla por dinero
En ocasion, es harato.

AGUADO.

Dejas el traje grosero,
Y solo para este rato
Has despojado una tienda
Y tres sastres ocupado.
No hay ingenio que te entienda.

DOÑA VIOLANTE.

De curioso en necio has dado.
Mientras hay joyas que venda,
Ni mis gastos te dén pena,
Ni pretendas saber mas
De lo que mi amor te ordena.
Llámame á Don Juan.

AGUADO.

¿Querrás

Hacelle otra burla?

DOÑA VIOLANTE.

Y buena.

Hicele avisar que aqui
Una dama le esperaba
Mejicana.

AGUADO.

¿Y vendrá?

DOÑA VIOLANTE.

Si.

AGUADO.

A su puerta te aguardaba,
Haciéndose ojos por tí,
Sin que villana pasase
Que su bella panadera
Luego no se le antojase.

DOÑA VIOLANTE.

Ayunará, si hoy espera
Pan que Teresa le amase.

AGUADO.

¿Pues no te ha de conocer

Si viene, habiéndote visto
Tantas veces?

DOÑA VIOLANTE.

¿No ha de hacer

El traje noble que visto
Mudanza en mí? Una mujer
Con el traje, si reparas,
Muda el rostro.

AGUADO.

Maravillas

Hacéis las mujeres, raras,
Pues de cuatro saiscrillas
Sabeis sacar veinte caras.—
Pero Don Juan viene ya.
¿Qué maraña tienes nueva?

DOÑA VIOLANTE.

Ingeniosa. Entrate allá.

AGUADO. (Ap.)

Si el demonio engañó á Eva,
Pruebe en mi ama; que él caerá.

(Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN.—DOÑA VIOLANTE.

DON JUAN.

El deseo de saber.....
(Ap. ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo!
¿No he visto yo esta mujer
Otras veces?) El deseo
De saber qué pueda ser
La causa, hermosa señora,
Para enviarme á llamar.....
(Ap. ¿No es esta la labradora
Que vino á tiranizar
El alma que en ella adora?)
Digo pues que este deseo
A serviros me ha traído.
(Ap. Su imagen en ella veo,
Y aunque lo niega el vestido
Su cara y mis ojos creo.
Su retrato es y traslado.)
Y como el deseo que digo,
Mi venida ha apresurado,
Deseo que useis conmigo.....

DOÑA VIOLANTE.

Vos, señor, venis turbado.
Sentaos; tomad esa silla.
Sosegaos, y hablad despues.

DON JUAN.

No os cause esto maravilla;
Que vuestra belleza es
Tal, que mi sentido humilla.
Y si yo no me he engañado,
Otra vez, señora mía,
Os he visto y os he hablado
No sé dónde.

DOÑA VIOLANTE.

Ser podria.

Si en Méjico habeis estado.

DON JUAN.

¿Y no en Madrid?

DOÑA VIOLANTE.

Dudoló.

DON JUAN.

Pues mi vista no se engaña,
Ni el alma, que en ella os vió.

DOÑA VIOLANTE.

¿Cómo si de Nueva-España
La flota que ahora llegó
Me trujo, y en esta villa
No há dos semanas que entré,
Un mes que dejé á Sevilla,
Ni desde que aquí llegué,
Sino es en coche ó en silla,
Con las cortinas corridas,
Nunca he salido de casa?

DON JUAN.

Bellezas hay parecidas,

Y amor, que es de vista escasa,
Caerá en faltas conocidas;
Sino es que ponerse intenta
Por corto de vista autojos,
Pues con ellos la acrecienta
Y ve el alma por los ojos
Lo que su luz representa.
Que como el verde cristal
A quien por él quiere ver
Suele por un modo igual
Verdes las cosas hacer,
Cual piedra filosofal;
Del mismo modo quien ama,
Si fe á sus autojos da,
Sirviendo de luz su llama,
Cuantas vice juzgará
De la color de su dama.
Yo me debí de engañar.
Ved ahora en lo que puedo
serviros.

DOÑA VIOLANTE.

Desengañar

Os deseo.

DON JUAN.

Ya lo quedo.

DOÑA VIOLANTE.

De lo que os quiero avisar,
No lo estais; que es de mas peso,
Don Juan, de lo que pensais;
Y por lo que yo inter so
En ello, aunque lo ignorais,
Que os va la honra os confieso.—
Por huéspedes teneis en casa
A un Don Pedro de Mendoza;
Que me dicen que se casa
Con un serafín que goza
La belleza en que se abraza.

DON JUAN.

Hermosa y rica es mi hermana,
Aunque delante de vos
Cualquiera alabanza es vana.
Casarse quieren los dos,
Si cierta duda se allana
Que ha impedido el no estar hecho;
Mas presto se efeturará.

DOÑA VIOLANTE.

¿Y vendráos mucho provecho,
Si en Indias casado está
Quien tanto os ha satisfecho?

DON JUAN.

¿Don Pedro casado!

DOÑA VIOLANTE.

Sí;

O á lo ménos desposado;
Que no en balde vengo aquí
Por palabras que me ha dado.
Prendas de mi honor le di;

En hacienda y calidad
Si ventaja no le llevo,
Le igualo; y en voluntad,
Pues á seguirle me atrevo,
Si es mi igual vos lo juzgad.
Doña Inés de Fuen-mayor (1),
Me da blasones mayores
Que dicha mi ciego amor;
De abuelos conquistadores
Heredé hacienda y valor.
Ese Don Pedro tirano,
Despues de haber pretendido
Favores un año en vano,
Y mis desdenes sentido;
Siendo al fin París indiano,
Perseverando constante,
Dió de mi deshonra nota;
Que cayendo cada instante
Sobre una peña una gota,
La rompe, aunque sea diamante.

(1) Siendo ó llamándose yo Doña Inés de Fuen-mayor mi amor ciego me da mas blasones que dicha.

Y apenas gozó cumplida
La pretension de su amor,
Cuando ordenó su partida;
Porque el ingrato deudor
Tarde paga y presto olvida.
Su padre habia concertado
Por cartas, segun parece,
Con el vuestro, dar estado
A quien mudable merece
Ser de todos despreciado;
Y ignorante de mi ofensa,
A España le hizo embarcar,
Dejando mi honra suspensa
Entre las olas del mar,
Donde sepultalla piensa.
Supe su término infiel,
Y fiada del secreto,
Al fin me embarqué tras él.
Llegué á esta corte, en efeto,
Y en su confuso Babel
Mi amor hizo informacion
De quien sois; sé que se inclina
A ponelle en posesion,
Y ser Doña Serafina
De su mudanza ocasion;
Pues luego que se casare,
De Madrid se ausentará,
Y sin que en dudas repare,
Tantas mujeres tendrá
Cuantas provincias mudare.
Si no os parece que trato
Verdad, sirva de testigo,
Aunque mudo, este retrato;
Que con ser de mi enemigo,
No es tan descorréis ni ingrato
Como él; pues por consolarme,
Hasta aquí me acompañó;
Y despues podrá abonarme
Este mio que volvió
El inconstante á enviarme,
(Ensénale dos retratos.)

Que en figuras entretiene
Mis esperanzas avaras,
Y á pagarme en caras viene;
Mas ¿qué ha de dar sino caras,
Amante que tantas tiene?
Firmas os mostraré en suma,
Retrato de sus mudanzas,
Para que déis se presuma
Su abono, pues da en fianzas
Palabras, papel y pluma.
Juez ahora podréis ser
Del agravio en que me fundo,
Si no es que pueda tener
Quien viene del otro mundo
En este nueva mujer.

DON JUAN.

Quisiera tener aquí
A vuestro ofensor, por Dios,
Para castigarle así,
Tanto por lo que os va á vos,
Como lo que me va á mí;
Que si amor es semejanza,
Y á quien amo os pareceis,
Ya es mía vuestra venganza;
Pero hov, señora, veréis
Castigada su mudanza,
Y en ella el poco respeto
Que á nuestra casa ha tenido.

DOÑA VIOLANTE.

Sosegaos si sois discreto:
Que el remedio que he escogido,
Es mas prudente y secreto.
¿De qué sirve que furioso
Darle muerte pretendais
Con medio tan riguroso,
Si mi honor no remediais,
Y pierdo por vos mi esposo?
Pues que tanto me parezco
A la dama que decís;
Si por su causa merezco

El favor que prevenis,
Y yo cortés agradezco,
Suspended disimulado
Sus dudas, y no mostreis
Sentiros del agraviado;
Que presto por mí saldéis
De pena, y yo de cuidado.
No os digo el cómo, hasta tanto
Que llegue su ejecución.

DON JUAN.

Desa firmeza me espanto.

DOÑA VIOLANTE.

Vame en esto la opinión,
Y el fin de mi injuria y llanto

DON JUAN.

Digoos que pondré por vos
Freno al furor que me abrasa.

DOÑA VIOLANTE.

Quédesse esto entre los dos,
Y servios desta casa.

DON JUAN.

Vuestro esclavo soy. Adios. (Vase.)

ESCENA IV.

AGUADO. — DOÑA VIOLANTE.

AGUADO.

Bueno el embeleco va.
¿Qué es lo que nos falta ahora?
¿Tienes mas que mentir ya?

DOÑA VIOLANTE.

Volver á ser labradora
Me falta.

AGUADO.

En tu ingenio está
Un Dédalo revestido:
Ya te vuelves panadera,
Ya ser indiana has fingido,
Ya Violante verdadera.
¿Dónde diablos has urdido
Tanta mentira y engaño?

DOÑA VIOLANTE.

Todo importa á mi sosiego.

AGUADO.

¿Qué planeta reina hoguño
Quimerista?

DOÑA VIOLANTE.

Amor, que ciego
Estudia contra mi daño
Trazas. Calla; que has de ver
Lo que en mis amores pasa.

AGUADO.

¡Válgate Dios por mujer!

DOÑA VIOLANTE.

Cierra ahora aquesta casa,
Y haz al momento volver
Esa ropa al corredor;
Que no he de estar mas en ella.
Dame el traje labrador.

AGUADO.

Mas sabes, sin ser doncella,
Que la doncella Theodor.

DOÑA VIOLANTE.

Las escobas ¿dónde están?

AGUADO.

Una carga hay ahí entera
Que cien casas barrerán.

DOÑA VIOLANTE.

Pues voime á vestir, que espera
A su Teresa Don Juan. (Vase.)

La calle con la casa de Don Gomez.

ESCENA V.

DON GABRIEL, CORNEJO.

DON GABRIEL.

Quitalle la dama quiero,
Mas no, Cornejo, la hacienda,

Porque soy, Don Pedro, entienda
Aunque amante, caballero:
Como amante, enredador;
Pero desinteresado
Como caballero.

CORNEJO.

Has dado
Terrible arbitrio, señor,
Porque en volviéndole el oro,
No tendremos que gastar,
Y sin él no hay que esperar
En tu amor, cuyo decoro
Solo ha estribado hasta ahora
En la hacienda que trujiste,
Pues por las joyas que diste
A tu serafín, te adora:
Y así en faltando las galas,
Dará á tus favores fin,
Porque todo serafín
Tiene doradas las alas.
Yo al ménos no te aconsejo
Disparate tan solene.

DON GABRIEL.

Toda esta casa me tiene
Por dueño suyo, Cornejo.
Don Gomez, mientras que llega
La plata con que le engaño....

CORNEJO.

¿Plata? Ya tomara estaño.

DON GABRIEL.

Liberalmente me ruega
Que de cuanto tiene haga
Lo que quisiere, y murmura
De que perdiendo la hechura,
Destas joyas me deshaga.
A Don Antonio escribí
Como á esta corte he llegado:
En tres años no he cobrado
Mis alimentos, y así
Brevemente me enviará
Dineros con que se tenga,
Primerero que al suelo venga,
Esta máquina.

CORNEJO.

Si hará,
Si quiere, y paga mejor
Que los demas.

DON GABRIEL.

Siempre ha sido,
En cuantas cosas le pido,
Mi hermano buen pagador.
No es como otros derraniado;
Gasta poco, y mucho cobra,
Y así la hacienda le sobra,
Porque aunque mozo es reglado.
Quíreme bien, y no tiene
Mas hermanos ni herederos.
Mientras me envía dineros,
Dar prisa al viejo conviene,
Y fin á tanta quimera.

CORNEJO.

En dilatándose mas,
Con todo en tierra darás.

DON GABRIEL.

La amonestacion tercera
Es mañana, y me parece
Que á la noche me desposo.

CORNEJO.

Aquese lance es forzoso,
Porque si Don Pedro ofrece
Testigos que de Sevilla
Aguarda, y prueba con ellos
Quién es, por librarnos dellos,
Saldremos de aquesta villa
A cerceros atapados,
Y plegue á Dios que no demos
En la tierra.

DON GABRIEL.

Ya estaremos
Cuando vengas desposados.

Agora importa buscar
Quien finja que de Granada
Viene.

CORNEJO.

¿Hay nueva trampa armada?

DON GABRIEL.

A Don Pedro ha de ir á hablar,
Sin que del sea conocido....

CORNEJO.

Eso yo le buscaré.

DON GABRIEL.

Con cartas en que le dé
Don Antonio el bien venido,
En respuesta de las mías.

CORNEJO.

Daránse al diablo los presos.

DON GABRIEL.

Las joyas, barras y pesos,
Sin las demas niñerías
Que trujo de Indias, valdrán
Hasta cuatro mil ducados:
Joyereros que tengo hablados,
Aqueste precio les dan.
Esos le he pedido al viejo,
Y esos en oro dirá
Que le remite de allá
Don Antonio.

CORNEJO.

¿Mal consejo!

DON GABRIEL.

De enredos vive quien ama:
Ellos me han de aprovechar;
No le tengo de quitar
La hacienda, sino la dama.

CORNEJO.

Si te resuelves en eso,
Aqui tengo un primo hermano
Hombre de bien y asturiano:
Traerle, y llevará al preso
Este dinero, fingiendo
Que ayer de Granada vino;
Mas, por Dios, que es desatino
Lo que intentas.

DON GABRIEL.

Yo me entiendo.

Este es Don Juan, mi cuñado.
Anda, y busca ese pariente.

CORNEJO.

Voy. (Vase.)

ESCENA VI.

DON JUAN. — DON GABRIEL.

DON JUAN. (Ap.)

¿Que un caballero intente

Tal engaño! A no haber dado
Mi palabra á Doña Lues,
Yo castigara este dia
Su ingrata descortesía.
Pero aquí está.

DON GABRIEL.

¿Don Juan! ¿pues

De qué venis pensativo?

DON JUAN.

No sé qué imaginacion
Me entristece.

DON GABRIEL.

¿Es pretension
De alguna dama?

DON JUAN.

No vivo

Tan sujeto á esas quimeras,
Que en lo que por pasatiempo
Tomo, gaste todo el tiempo:
Negocios son de mas veras.

DON GABRIEL.

Pues yo tengo el alma toda
Ocupada en el deseo
De mi Serafina, y creo

Que el dilatarse esta boda
Ila de apresurar mi muerte.

DON JUAN.

Si ya amonestado estais,
Y mañana os desposais,
¿Qué temeis?

DON GABRIEL.

Mi poca suerte,
Que está llena de desvelos,
Y cada instante se muda.

DON JUAN. (Ap.)

El malhechor siempre duda;
Que el pecar todo es recelos.

DON GABRIEL.

Voy á ver mi seralín.

(Vase.)

ESCENA VII.

DON JUAN.

De tu vida y mi venganza
Será fin, de tu esperanza
Y intentos no será fin.
Pero, imaginación loca,
¿Posible es que os engañeis,
Y que lo que visto habeis,
Ojos, os niegue la boca?
Alma, vos sois á quien toca
Desatar esta quimera;
Siempre salís verdadera;
Declaradme ahora pues
Si la indiaña donña lues
F's mi hermosa panadera.
Negará el entendimiento
Esta imposibilidad;
Mas dirá la voluntad
Que acierta mi pensamiento;
Pues aunque no hay fundamento
Para mi imaginación,
La amorosa turbación
Con que la vi, considera
Que muera el alma se altera,
Si no es con mucha ocasión.
Diréis que la semejanza
Hizo ese milagro en mí,
Porque retratada vi
En sus ojos mi esperanza.
Sí; pero ¿tanta mudanza
En un instante! eso no;
Que aunque su traje engañó
Los ojos que dejó en calma,
Como es espíritu el alma,
Sus vestidos penetró.
Sí; pero ¿por qué razón
Se había de disfrazar?
Celos, si os damos lugar,
Diréis que aquella invención
Fué por tener alicion
A Don Pedro. — Pues ¿quién pudo
Darla aquel traje? — Mal dudo;
Que en la corte se halla todo.
¿Y el trocar por aquel modo
En estilo noble el rudo?
Con la costumbre y el trato,
Suele en un buen natural
Trocarse en seda el sayal.
Si está en Madrid cada rato,
¿Por qué mis dudas dilato?
Mas ¡ay, amor quimerista!
Si engañándoos sois sofista,
Haced que por vos arguya
Mi labradora, y concluya
Mis recelos con su vista.
El no venir este día
A verme, aumenta mis celos.

DOÑA VIOLANTE. (Pregonando dentro.)

¡A las escobas!

DON JUAN.

¡Ay cielos!

DOÑA VIOLANTE. (Dentro.)

¡Escobas de algarabía!

DON JUAN.

¡O voz que mi dicha canta,
Y mi esperanza dispierta,
Mi sospecha deja muerta,
Y mis temores espanta!
Ya ni temo, ni sospecho;
Ya en verla, resucité.

ESCENA VIII.

DOÑA VIOLANTE, de labradora, con

una carga de escobas á cuestas. —

DON JUAN.

DOÑA VIOLANTE.

¡Valga el diablo á su mercé!

¿Que acá estaba?

DON JUAN.

Un Argos hecho,
Un mártir de vuestra ausencia.
¿Cómo ha salido hoy tan tarde
El sol que me abrasa y arde?

DOÑA VIOLANTE.

He tenido una pendencia
Hoy con mi vicjo, y no quijo
Dejarme venir mas presto.

DON JUAN.

¿Pendencia?

DOÑA VIOLANTE.

Y aun, pues no han puest.

Las manos el padre y hijo
En mí, no es poca ventura.

DON JUAN.

Matarélos yo.

DOÑA VIOLANTE.

¡Verá!

El doctor los matará,
Que da de comer al cura.

DON JUAN.

Pues ¿por qué la riña fue?

DOÑA VIOLANTE.

Porque ha dado en cabezudo.
Mas de decirselo dudo;
Que le ha de pesar á fe.

DON JUAN.

¿Cómo?

DOÑA VIOLANTE.

Si me quiere bien,
Por fuerza le ha de pesar
De que me quieran casar.

DON JUAN.

¿Casaros? ¿Cuándo ó con quién?

DOÑA VIOLANTE.

¿Cuándo? Mañana temprano;
Que ansina el cura lo dijo.
¿Con quién? Con Anton, el hijo
De mi viejo Bras Serrano.
¿Cómo? Con juntar las palmas
Al tiempo que el sí pregunten;
Mas ¿qué importa que las junten,
Si no se juntan las almas?
¿Dónde? En cáis del escriben
Que mos hace la escritura.
¿Por quién? Por mano del cura,
Delante del sacristen.

DON JUAN.

Y vos ¿qué habeis respondido?

DOÑA VIOLANTE.

Que desde vi el otro día
Los visajes feos que hacia
Pariendo la de Garrido,
No casarme había propuesto
Por no verme en apretura,
Y porque en la paridura
Sintiera tener mal gesto.

DON JUAN.

Y en fin....

DOÑA VIOLANTE.

En fin, lloró Anton,

Enojóse la tendera,
Rogóme la barbera....
Tengo brando el corazón;
Y en mostrándome un sayuelo
Con vivos de carmesí,
Entre dientes le di el sí....

DON JUAN.

¿Si distes?

DOÑA VIOLANTE.

Mirando al suelo.

DON JUAN.

Pues ¿qué tengo de hacer yo?

DOÑA VIOLANTE.

Su mercé debe burlarse.
Pues ¿había de casarse
Conmigo?

DON JUAN.

¿Pues por qué no?

DOÑA VIOLANTE.

¿A fe que se casaría?

DON JUAN.

¡Ay cielos! ¿No os lo juré?

DOÑA VIOLANTE.

Es verdad, no me acordé;
Pero aun no es pasado el día.

DON JUAN.

¿Que el engaño aun en sayales
Viva!

DOÑA VIOLANTE.

No llore: verá...

DON JUAN.

¿Qué he de ver?

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué? En yendo allá,
Pajar la novia en seis reales;
Podrá ser que se la lleve;
Que así cada año se arrienda
La taberna, con la tienda.
No se afrija: puje y pruebe. —
¿Habenos de habrar de veras?

DON JUAN.

¿Luego estas burlas han sido?

DOÑA VIOLANTE.

En cuanto al darme marido,
Nuevas traigo verdaderas;
Y en cuanto á arrojar el sí,
Aunque por fuerza, también.

DON JUAN.

Pues ¿qué resta?

DOÑA VIOLANTE.

El querer bien
Su mercé; que si es así,
Todo puede remediarse.

DON JUAN.

Haz prueba en mi voluntad.

DOÑA VIOLANTE.

Si que me quiere es verdad,
Mañana puede mostrarse.
Diga acá que es mi madriño,
Que en Vallecás lo desean,
Y lleve amigos que sean
Para todo, que imagino
Que serán bien menester.
Y cuando juntos estemos,
Y con el cura lleguemos,
Como se acostumbra her,
Pescudará el licenciado:
«¿Queréis á Anton por esposo,
Vos, Teresa de Barroso?»
Diréle yo: «de buen grado
Quiero por dueño á Don Juan.»
Y si él responde: «y yo á vos»,
Tan matrimoneos yo y vos
Somos como Eva y Adán.
Si ofendernos pretendieren,
Allí habrán de andar las manos;
Mas si temen cual villanos,
Y dejándonos se fueren,

Viviremos con descanso,
El pagado y yo contenta;
Y si no quiere, haga cuenta
Que hablé por boca de ganso.

DOÑA JUAN.

Labradora de mis ojos,
Aunque atropelle imposibles,
Para quien no ama terribles,
De mi padre los enojos,
De mis deudos sentimientos,
La poca averiguación
De tu estado y opinión,
Y otros mil impedimentos;
Tu prisa y mi voluntad
Me obliga á pasar por todo:
A tu engaño me acomodo,
No temo dificultad.
Yo iré á Vallecas mañana,
Tus desposorios preven.

DOÑA VIOLANTE.

Par diez que es hombre de bien.

DOÑA JUAN.

Acá ha salido mi hermana.
Vete con Dios.

DOÑA VIOLANTE.

Es mi amiga:
Sus galas me ha de prestar
Para que todo el lugar
Me dé mañana una higa.

DOÑA JUAN.

Pues con ella aquí te queda;
Que yo voy á prevenir
Los que conmigo han de ir.
Quiera amor que bien suceda.

(Vase Don Juan, Doña Violante se retira, quedándose á la puerta por donde entró.)

ESCENA IX.

DOÑA SERAFINA, DON GABRIEL.—
DOÑA VIOLANTE.

DOÑA SERAFINA.

Creed, Don Pedro, de mí
Que si á vos las horas son
Años en la dilación,
Desde el instante que os vi
Juzgo un siglo cada día
Que sin vos el alma pasa.

DOÑA VIOLANTE. (Saliendo pregonando.)

¿Quieren escobas en casa?

DOÑA SERAFINA.

¿Escobas?

DOÑA VIOLANTE.

De algarabía.

DOÑA SERAFINA.

Pues, Teresa, ¿qué mudanza
De oficio es esta?

DOÑA VIOLANTE.

Señora,

Todos son de labradora,
Y aun con todo, el pan no alcanza.
Ya vendo trigo, ya escobas,
Y enojos también vendiera,
Si hallara quien los quisiera.

DOÑA GABRIEL.

•Vos enojos?

DOÑA VIOLANTE.

Por arrobos.

DOÑA GABRIEL.

¿Quién os los da?

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué sé yo!

Bellacos que andan de noche,
Y engañan á troche y moche
A quien de ellos se fió.
Si no hubiera tantas bobas,
No hubiera embeleco tanto.

T. V.

DON GABRIEL.

No os entiendo.

DOÑA VIOLANTE.

No me espanto. —

¿Han menester acá escobas?

DON GABRIEL.

Por ser vos quien las vendeis,
Gana de comprallas dais.

DOÑA VIOLANTE.

Por ser vos quien las comprais,
Gana de irme me poneis.

DON GABRIEL.

¿Pues tan mal estais conmigo?

DOÑA VIOLANTE.

No son buenos barrerendos
Hombres.

DOÑA SERAFINA.

Y mas caballeros

Amantes.

DOÑA VIOLANTE.

También lo digo;
Aunque vos tenéis figura,
Cuando barrer os agrada,
De á la primera escobada,
Como si hubiera basura,
Echar hombres al rincón,
Barriendo la voluntad.

DOÑA SERAFINA.

A la márgen apuntad,
Don Pedro, aqueste renglón.

DON GABRIEL.

¿Conoceisime vos?

DOÑA VIOLANTE.

Sois mozo,

Y todos pecais en esto.

DON GABRIEL.

Colorada os habeis puesto.
Quitaos un poco el rebozo;
Veré si la boca es tal
Como lo que descubris.

DOÑA VIOLANTE.

Si verdades de ella ois,
Oleráos mi boca mal;
Que la verdad que es mas clara,
Enturbia mas.

DON GABRIEL.

No hayais miedo.

DOÑA VIOLANTE.

Arte pues: estése quedo,
Que le barreré la cara.

DON GABRIEL.

¿Caras barreis?

DOÑA VIOLANTE.

Si comienza

A atreverse, lo verá,
Aunque bien barrida está
Vuesa cara de vergüenza.

DOÑA SERAFINA.

Sacudida es la villana.

DOÑA VIOLANTE.

Por sacudirme de sí
Otro villano hasta aquí;
Mas vengaréme mañana.

DON GABRIEL.

Celos de algun labrador
Teneis: ¿quebróos la palabra?

DOÑA VIOLANTE.

Sí, mas la tierra que labra,
A otro dará fruto y flor.

DOÑA SERAFINA.

¿Cómo es eso?

DOÑA VIOLANTE.

Es cosa y cosa

Que solo la acierto yo. —

¿Quieren escobas, ó no?

DON GABRIEL. (A Doña Serafina.)

La villana está donosa.
Entretengamos un rato
Con ella el tiempo.

DOÑA VIOLANTE.

Si hará,

Mas presto se cansará,
Que es jitano y muda el hato

DON GABRIEL.

Conmigo teneis la tema.

DOÑA VIOLANTE.

Con él y con cuantos hombres
Sin obras tienen los nombres.
¡Mal haya quien no los quema!

DON GABRIEL.

De entenderos me holgaria.

DOÑA VIOLANTE.

Entenderme fuera mengua
De las escobas la lengua.
¿Aprende él algarabía?

DON GABRIEL.

¿Todas de esa especie son?

DOÑA VIOLANTE.

También las hay de retama,
Y á fe que amarga su rama;
Que tienen la condicion
Destos mozos sin consejos,
En las promesas almiar,
Y en el cumplimiento acibar,
Buena vista y malos dejos.

DON GABRIEL.

Picada venis, á fe.

DOÑA VIOLANTE.

Picóme un bellaco el alma.

DON GABRIEL.

¿Traeis escobas de palma?

DOÑA VIOLANTE.

Pues con él ¿hay palma en pié?
Par diez, si fe al talle damos,
Que en su modo de mirar
Tien talle de despalmar
Todo un domingo de Ramos.
No busque entre cortesanos
Ni vino, ni palmas puras,
Que no están dellos seguras
Ni aun las palmas de las manos.

DON GABRIEL.

Sátira sois vos con alma.

DOÑA VIOLANTE.

Ya los moriscos se fueron,
Que por las calles vendieron,
Señor, esteras de palma.

DON GABRIEL.

(Ap. Demonio es esta mujer
En traje de labradora.)
Adios.

DOÑA SERAFINA.

¿Vaisos?

DON GABRIEL.

Tengo ahora
Cierto negocio que hacer. (Vase.)

ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, DOÑA SERAFINA.

DOÑA VIOLANTE.

Pues solas mos han dejado,
Decilla un secreto tengo.
Ella pensará que vengo
Soldemente con cuidado
De vender y de her dinero;
Pues si lo piensa, se engaña:
El decilla una maraña,
Por lo mucho que la quiero,
Me ha traído. Como voy
Vendiendo, y do quiera me entro,
A veces cosas encuentro

Que al enemigo las doy.
 Sabrá pues que yo he sabido
 Que aunque este casarse tiene
 Con ella, de allá dō viene,
 Una mujer ha traído
 (De allá de Indias ó de Irlanda),
 Con quien diz que vive mal;
 Y porque ahora la tal
 Las bodas no estorbe en que anda,
 Hoy á Vallecas la lleva,
 Diciendo que la justicia
 Tiene de su amor noticia;
 Y ella su mudanza aprueba
 Mientras este rumor pasa.
 Esto oí desde el zaguan
 Ayer yendo á vender pan,
 Y hallando este hombre en su casa.
 Por eso mire primero
 A quien toma por marido.

DOÑA SERAFINA.
 ¿Mujer de Indias ha traído?

DOÑA VIOLANTE.
 Y no mocosa.

DOÑA SERAFINA.
 ¿Qué espero?

DOÑA VIOLANTE.
 ¿Dónde vive esa mujer?

DOÑA VIOLANTE.
 Junto á Lavapiés vivía;
 Mas si se muda este día,
 ¿Qué intenta?

DOÑA SERAFINA.
 Hacella prender,
 Y no casarme despues
 Con hombre que me ha engañado.

DOÑA VIOLANTE.
 Un ángel pintiparado
 La dama indiana es.
 ¿Luego ella creyó que hablaba
 Con el buen señor á bobas?
 Cuando aquí entré con escobas,
 Pullas á pares le echaba:
 Pues sepa que aunque villana,
 Todo se me entiende.

DOÑA SERAFINA.
 En fin
 ¿Trae una mujer ruin
 Consigo?

DOÑA VIOLANTE.
 Mire: mañana
 Me caso yo, con perdon:
 Vaya su merced allá,
 Y en Vallecas la verá.

DOÑA SERAFINA.
 ¿Vos os casais?

DOÑA VIOLANTE.
 Con Anton.

Y el señor Don Juan, su hermano,
 Quiere ir á ser mi madriño.
 No es enfadoso el camino
 De aquí allá, si corto y llano.
 Hágase padrina mía,
 Y digásclo á Don Juan;
 Que si entrambos allá van,
 Fuera de darse un buen día,
 Yo le enseñaré la moza.

DOÑA SERAFINA.
 Dices bien: á tu lugar
 Tengo de ir, y allá llevar
 A Don Pedro de Mendoza.

DOÑA VIOLANTE.
 En fin, ¿será mi madrina?

DOÑA SERAFINA.
 Pues.

DOÑA VIOLANTE.
 ¿Bendiganla los cielos!

Porque madrina y con celos,
 No hay hablar, irá divina.

DOÑA SERAFINA.
 Los celos ¡hacen hermosa?

DOÑA VIOLANTE.

Do quiera que hay competencia,
 Echa el resto la presencia;
 Linda irá, si va celosa.
 Yo no estaré de provecho,
 Si á mi lado, en fin, la saco;
 Mas no caben en un saco
 La honra con el provecho.
 Pues con ella me honro y medro,
 Ventaja en todo la doy.
 Adios.

DOÑA SERAFINA.

¿Vaste?

DOÑA VIOLANTE.

Al lugar voy. (Vase.)

ESCENA XI.

DOÑA SERAFINA.

¿Oh traidor! ¿Vos sois Don Pedro?
 No dicen obras y nombres.
 Razon el que añaña tiene
 Que cuanto de Indias nos viene
 Es bueno, si no es los hombres. (Vase.)

—

Cárcel.

ESCENA XII.

DON PEDRO, AGUDO.

DON PEDRO.

Basta, que no hay quien nos crea.

AGUDO.

Pues paciencia y barajar,
 Que poco puede tardar
 De Sevilla quien desea
 Desmarañar este enredo
 Y darnos á conocer.

DON PEDRO.

Así me lo escribió ayer
 El capitán Juan de Oviedo,
 En cuya nave venimos;
 Pero temo que entre tanto
 Que se deshace este encanto
 Y aquesta prision sufrimos,
 Se case este enredador,
 Que dará á sus bodas prisa,
 Como el peligro le avisa.

AGUDO.

El serafín de tu amor
 ¡Habrá gentil lance echado
 En sabiendo esta quimera!

ESCENA XIII.

VALDIVIESO.—DON PEDRO, AGUDO.

VALDIVIESO.

¿Sois vos Don Gabriel de Herrera,
 Que ha sido en Flándes soldado?

DON PEDRO. (Ap. á su criado.)

Otra tentacion. Agudo,
 ¿Qué responderé?

AGUDO. (Ap. á su amo.)

Que sí,
 Pues de no afirmarlo así,
 Que al Nuncio nos lleven dudo (1).

DON PEDRO.

¿Qué es, señor, lo que mandais?

VALDIVIESO.

Mucho en conoceros gano.
 Don Antonio, vuestro hermano,
 De que de Flándes vengaís
 Se huelga, y esta os escribe
 En respuesta de la vuestra.

DON PEDRO.

Lo mucho que me ama muestra.
 ¿Cómo está?

(1) Sospecho, temo.

VALDIVIESO.

Achacoso vive:
 Mas no olvidado de vos,
 Pues os envia conmigo
 Cuatro mil escudos.

AGUDO. (Ap.)

Digo

Que ya vuelve á vernos Dios.

DON PEDRO.

¿Cuántos, señor?

VALDIVIESO.

Cuatro mil.

Supe que estabades preso
 Por un extraño suceso
 Que me contó un alguacil;
 Y aunque llegué de Granada
 Ayer, os vengo á ver hoy.

DON PEDRO.

(Lee un papel que le da Valdivieso.)

¿En qué de deudas le estoy!
 A ocasion viene extremada
 El dinero; que sin él,
 Nunca saliera de aquí.
 Lo que me escribe lei,
 Y solo dice el papel
 Que eu dando á mis pretensiones
 Asiento, á verle me parta,
 Y que el que trae esta carta
 Me dará dos mil doblones.

VALDIVIESO.

Venid, señor, á contallos;
 Que aquí los traigo conmigo.

DON PEDRO.

El alcaide, que es mi amigo,
 Cornejo, podrá guardallos.

AGUDO. (Ap. á su amo.)

¿Yo soy Cornejo?

DON PEDRO.

(Ap. á Agudo. ¿Qué quieres,
 Si me hacen Don Gabriel?)

¿Qué aguardas? Vete con él.

AGUDO.

(Hablando aparte con Don Pedro.)

Ya parte del hurto adquieres.

DON PEDRO.

Yo cobraré lo demás.

AGUDO.

¿Doblones del alma mía!—
 Veni, hidalgo.

VALDIVIESO.

Cada día

Estaré con vos de hoy mas.

(Vanse los dos.)

ESCENA XIV.

DON PEDRO.

¿Qué he de hacer? Todos han dado
 Que soy Don Gabriel. Sin duda
 La fortuna se me muda,
 Despues que el nombre he mudado.
 Esta era la cantidad
 Que truje en oro y en perlas;
 Si en doblones llevo á verlas,
 Pase plaza de verdad
 Esta mentira; que así
 Las libranzas cobraré,
 Hasta que en Madrid esté
 Quien dé noticia de mí.

ESCENA XV.

DON LUIS.—DON PEDRO.

DON LUIS.

¿Sois vos, señor caballero,
 Don Gabriel de Herrera?

DON PEDRO. (Ap.)

¿Hay cosa

En el mundo mas donosa?
Como traiga mas dinero,
Habré de decir que sí:
Si mis libranzas me diera,
Lo que él me mandara fuera.

DON LUIS.
¿No hallais méritos en mí
Para responderme?

DON PEDRO.
Digo
Que el veros me divertió,
Y entre un confuso *si* y *no*,
Estoy dudando coumigo.

DON LUIS.
Pues para mí el *no* dejad;
Que el *si* por verdad estimo.
Don Luis soy, vuestro primo,
Los nobles brazos me dad.

DON PEDRO.
¿Quién sois?

DON LUIS.
Don Luis de Herrera,
Que deseoso de veros,
Serviros y conoceros,
A pesar de la quimera
En que vuestro amor ha dado,
Os vengo á dar libertad.

DON PEDRO.
Mi ignorancia perdonad.
No supe, á fe de soldado,
Que tal pariente tenia
En la corte.

DON LUIS.
En fin, ¿ya puedo
Llamaros Don Gabriel?

DON PEDRO.
Quedo

Corrido. Amor desvaria.
¿Qué no puede una mujer?
Si el alma muda en un hombre,
No es inucho que mude el nombre.

DON LUIS.
Bien sabeis por vos volver.
Si fuéades tan constante
Como enamorado os veo,
Que no se quejara creo
De vos la hermosa Violante,
Que atropellando caminos
Por quien su fama atropella,
Está aquí.

DON PEDRO.
¿Cómo?

DON LUIS.
Por ella
Supe vuestros desatinos.—
Dadme licencia que así
Los llame, por lo que os quiero.
¿Posible es que un caballero
Tan poca estima de sí
Haga, que palabras quiebre,
Y obligaciones de honor
Huya, manchando el valor
Con que es bien que se celebre?
¿Merece tal hermosura
Este pago? ¿Qué decis?

DON PEDRO.
¿Es posible, Don Luis,
Que está aquí?

DON LUIS.
Y en coyuntura,
Que á intercesion suya hoy
Soltaros hice en fiado.
Sus agravios me ha contado.....

DON PEDRO.
¿Pues sabe que preso estoy?

DON LUIS.
¿Pues no lo habia de saber?

DON PEDRO.
¿Y afirma que el que está preso
Es Don Gabriel?

DON LUIS.
¿Bueno es eso!
Pues si sois vos, ¿qué ha de hacer?

DON PEDRO.
¿Ha visto á mi opositor?

DON LUIS.
No sé, por Dios.
DON PEDRO. (Ap.)
¿Cosa extraña!

Como á los demas la engaña
Aqueste comun error.
Pero salga yo de aquí;
Que en viéndome, cesará
Este enredo, y volverá,
Como por su honor, por mí.

DON LUIS.
¿En qué os habeis divertido?
DON PEDRO.
¿Qué queréis? No sé que diera
Porque sabido no hubiera
Mis desatinos.

DON LUIS.
Han sido
Estímulos de su amor:
Todos los perdonará
Como os causeis, primo, ya
De hacer ofensa á su honor.
En Vallecas es madrina
De una bella labradora.

DON PEDRO.
¿Violante?

DON LUIS.
Sí.

DON PEDRO.
¿Cuándo?

DON LUIS.
Ahora.
Que os lleve allá determina,
Porque se ha de convertir
De madrina en desposada:
Palabra la tengo dada
Por vos, y luego habeis de ir
Conmigo, pues estais suelto.

DON PEDRO.
Alto, aquesto ordena Dios.
Confesaré que por vos
El seso el cielo me ha vuelto.
Ya el alma tiene borrada
A la Serafina bella
De suerte que por no vella,
Pienso partirme á Granada
Al punto.

DON LUIS.
El mejor bocado
Para la postre os guardé.
Primo, un pésame os daré
De un pláceme acompañado,
Un luto, de oro cubierto.
Tenga á Don Antonio Dios,
Y deos larga vida á vos.

DON PEDRO.
¿Cómo?

DON LUIS.
Vuestro hermanito es muerto.

DON PEDRO.
¿Válgame el cielo!

DON LUIS.
Heredais
Tres mil ducados de renta.

DON PEDRO.
El dolor es de mas cuenta
Que las nuevas que me dais.

DON LUIS.
Ahora bien, dejemos eso;

Que es agrídulee el pesar
Que sentis. Vamos á hablar
Al alcaide cuyo preso
Sois, para que os suelte luego,
Que estará Doña Violante
Con inquietudes de amante,
Y en viéndoos tendrá sosiego.

DON PEDRO.
Vamos. (Ap. Salga yo de aquí;
Desharáse este nublado.)
¿Ay hermano malogrado!
¿Qué dello con vos perdí! (Vase.)

—
Sala de la casa de Blas Serrano en Vallecas.

ESCENA XVI.

AGUADO, BLAS.

AGUADO.
Digo, pues, ya que Teresa
A esto está determinada,
Y asegurando peligros
Me ha soltado la palabra,
Que por dar buena vejez
A mis padres, y en Ocaña
Satisfacer mis parientes,
Que á Teresa buscando andan,
Para que dándole muerte
No hereden sangre villana,
Como ellos dicen, los hijos
Que sucedan en mi casa;
Que con Anton se despose,
Pues ella gusta, y él la ama,
Y son iguales los dos;
Que yo ofrezco de dotalla
En cuatrocientos ducados:
Darémos fin á las ansias
De mis padres, y con ella
Cumplirá Anton su esperanza.

BLAS.
Pardiez, señor Don Alejo,
Que aunque en viñas vendimiadas
Nunca anduve á la rebusca,
Es tanto lo que me mata
Este tonto de mi hijo,
Que porque no se me caiga
Muerto un dia de repente
(Que no es mucho, segun anda),
Habré de callar; pues él
Gusta de melon con cata,
De ropa que está traída,
De zapato que otro calza,
Allá con ella se avenga,
Y muy buena pro le haga,
San Pedro se la bendiga,
Y mi bendicion les caiga.

ESCENA XVII.

DOÑA VIOLANTE, de labradora.—
AGUADO, BLAS.

DOÑA VIOLANTE.
Pues ¿qué tenemos de boda?

BLAS.
Ya, Teresa, ó poco ó nada (1).

AGUADO.
Hija sois de Blas Serrano,
Si hasta aquí fuistes criada.

DOÑA VIOLANTE.
Pues no piense, suegro mio,
Que me he dormido en las pajas.
Madrino tengo y padrina.

BLAS.
¿Quién son?

(1) Parece que debia ser: *poco falta*, como corrigió Salla en su refundicion, ó que debia decir el verso anterior: *pues ¿qué nos falta de boda?*

DOÑA VIOLANTE.

Gente cortesana.

El padrino, por lo ménos,
Será Don Juan de Peralta,
En cuya casa doy pan,
Y la padrina su hermana.
Yo apostaré que ya llegan.

BLAS.

Voy, pues, á poner de gala
A Anton, y á pedirle albricias.

DOÑA VIOLANTE.

Vístale, padre, de pascua;
Llame al cura y sacristan,
A los alcaldes, á Olalla,
Y en fin, llame á todo el pueblo;
Que la casa tien bien ancha.

BLAS.

¿Y ha de haber baile?

DOÑA VIOLANTE.

¿Pues no?

Pero Alonso, el de Barajas,
Mos tocará el tamboril,
Gil Carrasco las sonajas,
Y Mari Crespa el pandero.

BLAS.

¿Y ha de haber colacion?

DOÑA VIOLANTE.

Traiga

Nuégados, tostones, peros,
Vino, nueces y castañas.

AGUADO.

Gastaldo á mi costa todo.

BLAS.

Yo vo. (Ap. ¿Qué regocijada
Que anda el diablo de la moza!
Mas es mujer, ¿qué me espanta?
Dieran ellas, por casarse
Una vez cada semana,
Un dedo por cada boda,
Aunque se quedaran mancas.) (Vase.)

ESCENA XVIII.

DOÑA VIOLANTE, AGUADO.

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué dices, Aguado, desto?

AGUADO.

Que eres Pedro de Urdemalas.

DOÑA VIOLANTE.

Di Teresa de Urdibuenas.
La corte tengo enredada.

AGUADO.

Tu hermano viene acá y todo;
Que Don Luis dió palabra,
Porque al preso consintiese
Soltar, de hacer que, olvidadas
Injurias, fuese á Valencia
Con él, y diese á su hermana
Satisfaccion amorosa,
Y la mano con el alma.
Habló tu hermano á Don Pedro,
Y él, que entre invenciones tantas,
Y verse sin culpa preso,
O está loco ó poco falta,
Concedió con cuanto quiso,
Y vienen acá.

DOÑA VIOLANTE.

¿Extremada

Novela se puede hacer,
Aguado, de esta maraña!

AGUADO.

Dos coches llegan de rua.
Ellos serán.

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué bizarra

Que viene la Serafina!

AGUADO.

Tráenla celos, ¿qué te espanta?

ESCENA XIX.

Por una puerta DON VICENTE, DON
JUAN, DON GOMEZ, DOÑA SERA-
FINA, DON GABRIEL y CORNE-
JO; y por otra DON LUIS, DON PE-
DRO y AGUADO.—DOÑA VIOLANTE,
AGUADO.

DON GOMEZ. (Dentro.)

Pregunten adónde viven
El novio y la desposada.

(Salen.)

DOÑA VIOLANTE.

¿O señores! bien venidos:
Todo el pueblo los aguarda.

DOÑA SERAFINA.

Pues ¿cómo no estais de boda?

DOÑA VIOLANTE.

Acá de un golpe se encajan
Las galas, como bouete:
Mientras que tañen y hailan,
Me pondré de veinte y cinco. (Vase.)

ESCENA XX.

LOS MISMOS, ménos DOÑA VIOLANTE.

DON PEDRO. (Ap.)

Basta, que esta es la villana
Que tambien de mí hizo burla.

DON GABRIEL. (Ap. á su criado.)

¿Qué es esto? ¿Ya Don Pedro anda
Suelto y libre y tan contento?

CORNEJO.

¿Qué quieres? Dios ve las trampas.

DON PEDRO. (Ap.)

Solo espera mi ventura
Que Doña Violante salga,
Y de Don Gabriel me venga.

AGUADO. (Ap.)

Cosa ha de ser extremada,
Cuando de manos á boca
Cogiéndole, se deshaga,
A costa de su vergüenza,
Aquesta torre encantada.

DON GABRIEL.

¿A qué, mi bien, me traéis
A esta boda?

DOÑA SERAFINA.

A que una dama

Veais, de quien tengo celos,
Que han de parar en venganzas.

DON GABRIEL.

¿Celos de mí?

DOÑA SERAFINA.

¿Bueno es eso!

Todo se sahe.

DON GABRIEL.

Ya bastan,

Si son burlas.

DOÑA SERAFINA.

Sí serán,

Y yo en ellas la burlada.

DON PEDRO.

¿Cuándo, señor Don Vicente,
Hemos de partir?

DON VICENTE.

Mañana.

DON LUIS.

Yo sé que ántes que á Valencia,
Gustaréis ver á Granada,
Y tomar la posesion
De su mayorazgo y casa
A Don Gabriel.

DON VICENTE.

Danme prisa

Sentimientos de mi hermana.

DON PEDRO.

Presto se convertirán
En regocijos sus ansias.

DON VICENTE.

¿Cómo, si no es yendo á verla?

DON PEDRO.

Escribiéndola una carta.

DOÑA SERAFINA.

¿Gallardo padrino haceis!

DON JUAN.

Y vos madrina gallarda.
(Ap. ¿Ay villana de mis ojos!
¿Si ha de llegar mi esperanza
Al colmo de mis deseos?)

ESCENA XXI.

BLAS.—LOS MISMOS.

BLAS.

¿Oh señores! ¿Acá estaban?
Con los buenos años vengan.
La aldea dejan honrada.
Pero esperen, que ya sale
A verlos la desposada,
A lo de corte como ellos,
Tiesa y engorgollotada.

DON JUAN.

¿Qué es del novio?

BLAS.

De Madrid
Trujo unos diabros de calzas
De alquiler, y hase perdido
Entre tantas cuchilladas.

ESCENA XXII.

DOÑA VIOLANTE, de dama.—DICHOS.

DOÑA VIOLANTE.

Primero que los vecinos
De Vallecas á ver salgan
El fin de tantos enredos,
Es razon que se deshagan.
Don Gabriel, vos sois mi esposo,
Y yo, puesto que injuriada,
Doña Violante, que trueca
En amores sus venganzas.
En prueba desta verdad,
Firmas alego y palabras
Delante de Don Vicente,
Que es el juez de nuestra causa.
Vos, Don Pedro de Mendoza,
Por mas que truecos de Arganda
Usurpar hayan querido
Vuestro nombre y vuestra dama,
Gozad vuestro serafin;
Que si trabajos alcanzan
Premios de amor, su hermosura
Con razon los vuestros paga.
Perdonad, Don Juan, mis burlas;
Que si tuviera dos almas,
Dueño la una os hiciera;
Mas la que tengo es esclava.
Don Luis, de mi remedio
Os doy las debidas gracias,
Los brazos á Don Vicente
Y á mi esposo la constancia
Del corazon que le adora.

DON GABRIEL.

Lo que en mis disculpas falta,
Suplirá desde hoy mi amor,
Venturoso, si es que alcanza
De Don Vicente y Don Pedro
Perdon y amistad.

DON PEDRO.

No agravian

Burlas de amor, cuando tienen
Tan buen fin.

DON VICENTE.

Siendo mi hermana

Esposa vuestra, ¿quién duda
Que mi injuria está olvidada?

DON GABRIEL.

Guardada, señor Don Pedro,

Os tengo vuestra libranza,
Y el precio de vuestras joyas
Hice que en oro os llevaran
Por el modo que sabéis.

DON PEDRO.

El amante todo es trazas.

DOÑA SERAFINA.

Yo la daré desde hoy
De pagaros con el alma
La burla que de vos hice.

DON PEDRO.

Si me amais, ¿qué mayor paga?

DON LUIS.

Supuesto que sois mi primo

Y que de aquestas marañas,
Como á todos los presentes,
Su parte tambien me alcanza,
Dad á Don Luís de Herrera
Los brazos.

DON GABRIEL.

Si en Madrid hallan

Mis dichas tan buen suceso,
Desde hoy la tendré por patria.

DON LUIS.

Pues volvámonos á ella;
Que para que no sea aguada
Esta fiesta, yo os diré
Lo que ignorais de Granada.

BLAS.

Pues el novio ¿qué ha de her
Despues que gastó en las bragas
Un ducado?

DOÑA VIOLANTE.

Con quinientos

Que os prometo, renovallas.

DON PEDRO.

Alto : á los coches, señores.

DOÑA VIOLANTE.

Yo soy, si acaso os agrada,
La Villana de Vallecas;
Mas, si no, no seré nada.

EL CASTIGO DEL PENSÉQUE.

PERSONAS.

DON RODRIGO GIRON.
DIANA, *condesa.*
CASIMIRO, *conde.*
CHINCHILLA, *lacayo.*

LIBERIO, *viujo.*
CLAVELA, *dama.*
LUCRECIA, *criada.*
ROBERTO.

PINABEL.
FLORO. } *caballeros.*
LEONELO. }
ACOMPAÑAMIENTO.—SOLDADOS.

La escena es en una ciudad de Flándes, inmediata al mar.

ACTO PRIMERO.

Campo con vista exterior de una ciudad; á un lado la casa de Liberio, extramuros.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

¡Gracias á Dios, señor mío,
Que ha permitido que pises
Tierra en flamencos países!

DON RODRIGO.

Mala bestia es un navio.

CHINCHILLA.

Mas que mula de alquiler,
Si furiosa se deshoca;
Pero, en fin, anda con toca.
Lo que tiene de mujer,
La deshouna.

DON RODRIGO.

Por la vela,

La llamas mujer tocada.

CHINCHILLA.

Y porque, cuando le agrada,
Le sirve el viento de espuela.

Da al diablo tal caminar;
Que si una vez tira coeces,
No servirá el darle voces,
Ni te podrás apeaar

Mientras le dura el enojo;
Sino que á la primer suerte,
Con ser tan seca la muerte,
Has de morir en remojo.
No hayas miedo, aunque lo mandes,
Que me mezca la fortuna
Segunda vez en su cuna.

DON RODRIGO.

Ya estamos cerca de Flándes (1).

Términos parte con él
Y con la antigua Alemaña
Esta apacible montaña.

CHINCHILLA.

Flándes todo es un verjel.

DON RODRIGO.

¿Cómo lo sabes?

CHINCHILLA.

Así

Se nos vende en nuestra tierra
En lienzos. Allí una sierra;
Un ameno valle aquí,
Y en él dos gamos corriendo;
(Que tambien corren en Flándes
Gamos pequeños y grandes);
Vanle tres galgos siguiendo,
Y al trasponer de una cuesta,
Le atajan dos caballeros,

(1) Segun se ve despues, quiere decir este verso: ya vamos á entrar en una ciudad de Flándes, ya estamos cerca de sus puertas.

Mostrando en él sus aceros.
Luego, con musica y fiesta,
Dos damas de cardenillo,
Oyendo el amor sutil
De un galan de perejil
Con un colete amarillo,
Que asentado en una puente
(A falta de silla ó poyo)
Por donde corre un arroyo
Del orinal de una fuente,
En servillas se desvela.
Luego en un jardin están
Tres damas con un galan,
(Que tocando una vilucla
Las entretiene despacio)
Porque el sol no las ofenda;
Mientras sacan la merienda
De un almagraado palacio
Con su puente levadiza,
Seis torres y cien ventanas.
Acullá danzan pavanas,
Que un flamenco soleniza.....
Por cualquier parte que andes,
Todo es fuentes y frescura.
Esto es Flándes en pintura,
Y por esto, no hay mas Flándes.

DON RODRIGO.

No sabes tú lo que va
De lo vivo á lo pintado.

CHINCHILLA.

A Flándes hemos llegado:
No nos llores duelos ya.

DON RODRIGO.

Si en él no nos va mas bien
Que en Madrid, ¿buena venida
Hemos hecho, por mi vida!

CHINCHILLA.

Calla, y esperanza ten,
Que si eres hijo menor,
Y, como tal, maltratado
De un mayorazgo felpado,
Rico por ser el mayor,
Le heriste, con la licencia
Que da un hablar descortés;
De hermanos segundos es
Flándes valerosa herencia.
¿No traes cartas de favor
Para el Archiduque?

DON RODRIGO.

Si;

Mas basta ser para mí.....

CHINCHILLA.

¿Pues de qué tienes temor?

DON RODRIGO.

No está el Archiduque en Flándes.

CHINCHILLA.

¡Muy buen despacho, por Dios,
Para no tener los dos
Un cuatrin!

DON RODRIGO.

Desdichas grandes

Me persiguen estos dias.

No hay remedio. ¿Qué he de hacer?

CHINCHILLA.

Si pudiéramos comer
Desdichas tuyas y mias,
No echáramos el dinero
Ménos; porque con mandar
A la huéspedá guisar
Cuatro desdichas, primero
Que aquellas se digirieran
(Si hay para ellas digestion),
Porque hubiera provision,
Otras tantas aculicieran,
Y comiéramos los dos
Desde hoy mas nuestras desdichas.

DON RODRIGO.

¿Tantas tengo?

CHINCHILLA.

A ser salchichas,
A vernos viniera Dios.

DON RODRIGO.

No he de ser en todas partes
Desdichado.

CHINCHILLA.

Ni hay lugar

Donde no sepa llegar
Con sus agüeros un mártes.
Si caminarán á pié
Las desgracias, imagino
Que por huir las de un camino,
No nos siguieran.

DON RODRIGO.

No sé,

Aunque á Momblan he llegado,
Dónde me pueda hospedar.

CHINCHILLA.

Si no tienes que gastar,
Vamos al meson del Prado.

DON RODRIGO.

¿Es tiempo de burlas este?

CHINCHILLA.

¿Pues de qué quieres que sea?

DON RODRIGO.

Cuando algun noble me vea
Podrá ser que dé ó que preste.

CHINCHILLA.

¿Preste aquí? ¿Vocablo extraño!
Los negros lo entenderán,
Que sirven al Preste-Juan.
Un *preste* hace tanto daño
Como tña ó pestilencia.
De *preste á preste* verás
Que hay una letra no mas:
En tan poca diferencia,
Nadie se querrá apear
Por prestar.

ESCENA II.

ROBERTO.—DON RODRIGO, CHINCHILLA.

ROBERTO.

(Para sí, en el fondo del teatro.)

Tarde he venido;

El tiempo me ha detenido

El me puede disculpar.—
Pero ¡cielos! ¿no es Oton
Este que á los ojos tengo?
A famoso tiempo vengo.
Llego á hablalle, que es razon.
Pero no; á su padre quiero
Pedille de su venida
Las albricias.

(Vase.)

ESCENA III.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.
Por mi vida,
Que para estar sin dinero,
Es nuestra flemia muy buena.
Busquemos una hosteria,
Pues si en ella el patron fia
Sobre prendas cama y cena,
Hombre eres de muchas prendas,
Pues que tu nombre y blason
Es Don Rodrigo Giron.
Sobre ellas, pues no hay que vendas,
Cenarás.

DON RODRIGO.

Ya que he venido
A Flándes desde mi tierra,
Serviré al rey en la guerra;
Que el noble que es bien nacido,
Solo por sus hechos medra,
Y con fama celebrada
Saca fruto de la espada
Como Moisés de la piedra.

ESCENA IV.

LIBERIO, CLAVELA, LUCRECIA, ROBERTO. — DON RODRIGO, CHINCHILLA.

LIBERIO. (Hablando con Roberto al salir.)

¿Oton?

ROBERTO.

Oton digo que es.

LIBERIO.

Si él fuera, ya hubiera entrado.
Mas él es. ¡Ay hijo amado!
(Llegándose á Don Rodrigo.)

Dame los brazos. Ea pues,
Deja á la naturaleza
Hacer su oficio de amor.

DON RODRIGO.

¿Hablais conmigo, señor?

LIBERIO.

¿Pues con quién? ¡Buena simpleza!
¿Qué dudas? Dame los brazos.

DON RODRIGO.

Darélos por cortesía. (Abrazale.)

LIBERIO.

¡Hijo mio! ¡prenda mia!
Vuelve y dame mas abrazos.
Clavela, abraza á tu hermano.

CHINCHILLA. (Ap.)

Hecho me quedo un baulon.

CLAVELA.

Llegad y abrazadme, Oton.

DON RODRIGO.

Yo soy quien en eso gano.

Pero.....

CHINCHILLA. (Aparte á su amo.)

Llega, majadero,
Y deja peros ahora.

DON RODRIGO.

Alto: abrazadme, señora. (Abrazala.)

CHINCHILLA. (Aparte á su amo.)

Ese sí que es lindo pero.

LIBERIO. (A Lucrecia.)

Prevéngase su aposento

Y cena. (Vase Lucrecia.)

CHINCHILLA.

Si hay que comer,

Vamos. (Ap. Dios nos vino á ver.)

LIBERIO.

Loco me tiene el contento.

DON RODRIGO.

¿Qué es esto, señora mia?

Señor, ¿qué es lo que decís?

CHINCHILLA. (Ap. á su amo.)

Calla.

CLAVELA.

¿Que aun os encubris?

DON RODRIGO.

(Ap. ¿Hay mas extraña porfia?)

Yo llevo en esta ocasion

Desde Castilla.....

LIBERIO.

No quiero
Sabella. Entremos primero;
Que en buena conversacion,
Después de alzada la mesa
Nos diréis ese suceso.

DON RODRIGO.

Señores.....

CHINCHILLA. (Ap. á su amo.)

¿Estás sin seso?

¿Desta ventura te pesa?
Hallas aqui padre y madre,
Qué comer y qué cenar,
Cuando acabas de llegar
Sin blanca; llámase padre
Tuyo un vicjo, que en cajones
Para que vivas triunfando,
Le deben de estar maullando
Gatos llenos de doblones,
¿Y escúsaste, mentecato?
Di que eres Oton, Enrico,
Baldovinos, mono, mico,
Herodes y Mauregato.

LIBERIO.

Si el temor de la desgracia
Que de aqui te hizo huir,
Hijo, te obliga á fingir,
No temas.

DON RODRIGO. (Ap.)

¿No es linda gracia

Aquesta?

LIBERIO.

Porque Roberto

Está delante de ti,

¿Te disimulas así!

CHINCHILLA.

Sí, por eso se ha encubierto

LIBERIO.

Ya no tienes que temer.
Cortó el cielo en años breves
La vida al duque de Cleves;
Viuda queda su mujer,
Moza, rica, y por su dote
Condesa de Oberisel.

CHINCHILLA. (Hablando aparte á un lado con Don Rodrigo.)

Señor, acota con él,
O no cenarás gigote.

DON RODRIGO.

¿Pues qué he de hacer?

CHINCHILLA.

Consentir,

Comer, conversar, contar,
Y á veces disimular,
Porque te importa vivir.
Llegó una noche á una venta
Un licenciado sin cuarto,
Ni blanca; estaba de parto
La ventera, y no habia cuenta
De dalle por ningún precio
Un bocado de cenar,
Ni cama en que se acostar,

Porque era el parto muy recio,
Y traía alborotada
La venta. Llegóse y dijo
El estudiante: «De un hijo
La ventera está preñada.
Si quieren que luego pára,
Tráiganme tinta y papel,
Y un ensalmo pondré en él
De virtud notable y rara.»
Escribió solos dos versos;
Cosiólo en un tafetan;
Sacáronle vino y pan
Y otros manjares diversos;
Diéronle paja y cebada
A la bestia; parió luego
La ventera; mas no á ruego
De la oracion celebrada.
Partióse, sin guardar cosa,
El estudiante, estimado
De todos y regalado;
La huésped, codiciosa
De ver lo que contenia
La tal nómina ó papel
Tan dichoso que con él,
Cualquier preñada paria,
Abriólo, y vió en él escrito:
«Cene mi mula, y cene yo,
Siquiera pára, siquiera no»;
Y rieron infinito.
Si padre y madre has hallado
Cene mi amo y cene yo,
Siquiera sea, siquiera no,
Tu padre, agüelo ó cuñado.

LIBERIO.

Ea, hijo, ¿qué dudais?

CLAVELA.

Hermano, ¿qué os detencis?

DON RODRIGO.

Con la salva que me haceis,
Pues todos me asegurais,
No es bien que mi fingimiento
Dure mas. Vuestro hijo soy.
(Sale Lucrecia.)

LIBERIO.

Otras mil veces te doy
Los brazos.—¿El aposento
(A Lucrecia.)

Está prevenido?

LUCRECIA.

Está,

Y la cena que se enfria.

DON RODRIGO.

Vamos pues, hermana mia.

CHINCHILLA. (Ap.)

Hermana carnal será.

LIBERIO.

Lucrecia, ten tú cuidado
Con este..... ¿Cómo os llamais?

CHINCHILLA.

Chinchilla, porque os sirvais
De mí.

DON RODRIGO.

Es muy leal criado.

LIBERIO.

¿No llevaste, di, ninguno
Desta ciudad?

DON RODRIGO.

Señor, no.

CHINCHILLA.

En Madrid me recibí
Un viernes, día de ayuno,
Que há que dura un año entero
¡Mire qué extraño rigor!
Mas no hay ayuno peor
Que el ayuno del dinero.

LIBERIO.

Entrad, hijo, y descansad.

CHINCHILLA. (Ap. á su amo.)

¡Ah, Don Rodrigo! chiton.

LIBERIO.

Hija, á vuestro hermano Oton
Le dad la mano, y entrad.(Vanse Don Rodrigo, Clavela, Liberio
y Roberto; y al entrarse Lucrecia, la
detiene Chinchilla.)

ESCENA V.

CHINCHILLA, LUCRECIA.

CHINCHILLA.

Ce, si sabe el a, b, c,
Que esta es la tercera letra;
Aunque la mujer penetra
Otra mejor, que es la d,
Digame, doña rolliza,
Su nombre.

LUCRECIA.

Lucrecia.

CHINCHILLA.

Basta.

¿Es Lucrecia por ser casta?

LUCRECIA.

No, sino por ser castiza.

CHINCHILLA.

Digame por qué ocasion
Nuestro dueño se ausentó,
Y cuando huviedo salió
De aquesta insigne region;
Que yo no supe hasta aquí
Que era de Flándes, ni el nombre
De Oton. Por un gentil-hombre
De Nápoles le servi,
Y se llamaba Lisardo.
Sáqueme de aquesta duda,
Recetarle una mula
Para ese rostro gallardo.

LUCRECIA.

¿Impórtale mucho?

CHINCHILLA.

Quiero

Saber desto la maraña;
Que como vengo de España,
Por saber cosas me muero.

LUCRECIA.

Pues sepa (y estéme atento)
Que Liberio, mi señor,
Es un hombre de valor,
De hacienda y merecimiento.
Tiene una hija doncella,
Que es Clavela: ya la vió.

CHINCHILLA.

No es mocosa.

LUCRECIA.

No acertó.

Tiene una falta.

CHINCHILLA.

¿Es doncella?

LUCRECIA.

Sí.

CHINCHILLA.

Pues que tú lo autorizas,
Falta es, y mas si hay engaño,
Porque hay mujeres hogaño
Como puentes levadizas.

LUCRECIA.

Tiene un hijo, que es Oton,
Pues que ya sabes su nombre.

CHINCHILLA.

Y no tiene falta el hombre
En talle ni discrecion.

LUCRECIA.

Este tal habrá tres años
Que en una casa de juego
Mató un hombre, y huyó luego.

CHINCHILLA.

¡Peligros del mundo extraños!

Pero ¿por qué le mató?

Aunque en el juego se ofrecen
Mil cosas que lo merecen.

LUCRECIA.

No fué por el juego.

CHINCHILLA.

¿No?

Prosigue pues con tu cuento.

LUCRECIA.

Entró en los trucos un dia,
Al tiempo que se decia
Un ligero pensamiento
De su hermana y un privado
De Carlos, duque de Cleves
Parando palabras leves
En obras.....

CHINCHILLA.

Está obligado

A no hablar el que pretende
Tomar venganza, y la toma
La honra es ley de Mahoma,
Que con armas se defiende.

LUCRECIA.

Hirió al privado de muerte,
Y temiendo la venganza
Del Duque y de su privanza,
Escogió por mejor suerte
El ausentarse de aquí.

CHINCHILLA.

Hizo bien.

LUCRECIA.

Murió el de Cleves,
Mudándose en tiempos breves
Las cosas.....

CHINCHILLA.

Siempre es así.

LUCRECIA.

Quedó viuda la Condesa,
Y por no estar bien casada,
El segundarlo la enfadaY solo el luto profesa,
Aunque principes y grandes
No dejan de pretendella,
Viéndola muchacha y bella,
Y que en lo mejor de Flándes
Es dote suyo el condado
De Oberisel, sin que quede
Hijo alguno que lo herede.

CHINCHILLA.

Sin hueso es ese bocado.

LUCRECIA.

Despues que el Duque murió,
No hay quien la venganza pida
A Oton.

CHINCHILLA.

¡Dichoso homicida!

LUCRECIA.

Que aunque en Momblan quedó

Un hermano suyo, y tal,
Que dél la Condesa fia
Su hacienda y casa, y podria,
Por ser hombre principal,
Serle de harto daño á Oton;
Amor que á imposibles vuela,
Le enamoró de Clavela;
Y es de modo su aficion,
Y lo que á Oton ha deseado,
Que ha de dar envidias grandes,
Cuando sepa que está en Flándes.

CHINCHILLA.

A buen tiempo hemos llegado.
Y ¿llámase el tal amante
De Clavela....?

LUCRECIA.

Pinabel.

CHINCHILLA.

¿Buen talle?

LUCRECIA.

No hay falta en él.

CHINCHILLA.

Antes que pase adelante,
¿Qué hay de mi amor?

LUCRECIA.

¿Qué sé yo?

CHINCHILLA.

¡Ay fregatriz! ese gesto
Me ha enamorado.

LUCRECIA.

¿Tan presto?

CHINCHILLA.

Mucho há que me enamoró
El romance de Lucrecia;
Y si viviera Tarquino.....

LUCRECIA.

¿Qué?

CHINCHILLA.

Viviera; mas convino
Que muriese. Acaba, necia;
Que tú y yo habemos de ser
En la comunicacion,
Como el papel y el borron,
Que no se deja raer.
¿Hay ya voluntad?

LUCRECIA.

Tantica.

CHINCHILLA.

¿Qué buenos carrillos! Hínche.

LUCRECIA.

¡Ay qué Chinchilla y qué chínche!

CHINCHILLA.

Chínche que pica.

LUCRECIA.

Y me pica. (Vase.)

ESCENA VI.

DON RODRIGO. — CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

Si la historia de Amadis
Verdad pudiera haber sido,
Si me hubiera convertido,
Chinchilla, en Don Belianis,
Pudiera ser que entendiera
Que andando yo enamorado,
Llegué á un castillo encantado,
Mudándome una hechicera
Talle y cara; mas no es vaua
Esta historia, si lo fué
Esotra, pues que ya hallé
Aquí padre y una hermana.

CHINCHILLA.

Un conde Partinuplés
Eres.

DON RODRIGO.

Entra y lo verás.

CHINCHILLA.

Alegre y ufano estás.

DON RODRIGO.

No quisiera que despues
Pagáramos por entero.

CHINCHILLA.

¿Cómo?

DON RODRIGO.

Si me han recibido
Aquí por Oton fingido,
Y viniese el verdadero,
¿Qué he de hacer?

CHINCHILLA.

Ya se habrá muerto.

DON RODRIGO.

Ademas de que no sé

La causa por que se fué.

CHINCHILLA.

¡Donoso temor por cierto!
De todo estoy informado;
Lucrecia lo desbucó:
Ya sé por qué y cuándo huyó
Tu original ó traslado.
Vámonos á pasear;
Que si has cenado, bien puedes,
No nos oigan las paredes,
Que aun ellas saben soplar.

DON RODRIGO.

¡Ay qué Clavela, oh Chinchilla!
¡Qué amor, qué conversacion!
¡Qué cara, qué discrecion!

CHINCHILLA.

¿Hate dado ya papilla?
¿Hay habera?

DON RODRIGO.

No me pesa
Del parentesco que he hallado
Aqui.

CHINCHILLA.

Habrán te preguntado
Muchas cosas sobre mesa.

DON RODRIGO.

Muchas.

CHINCHILLA.

¿Y tú respondido
Ad Galatas?

DON RODRIGO.

Por no dar
Con todo en tierra, y quedar
Descubierto y conocido,
Les dije que me dolía
La cabeza, y que despues
Respondería.

CHINCHILLA.

Esa es

Discreta bellaquería.
Mas ¿cómo te has escapado
De los dos?

DON RODRIGO.

Enví por ella,
Por lo que gusta de vella,
La condesa deste Estado.

CHINCHILLA.

Es una viuda gentil,
Segui me han dicho, señor.
¡Ojalá te hiciera amor...!

DON RODRIGO.

¿Qué?

CHINCHILLA.

Aforro de su monjil.
Ven, y daréte razon
De lo que quieres saber.

DON RODRIGO.

En fin, ¿que Oton he de ser?

CHINCHILLA.

O ayunar, ó ser Oton. (Vanse.)

—
Sale en el palacio de la Condesa.

ESCENA VII.

LA CONDESA, con unas cartas; CASI-
MIRO, PINABEL, FLORO.

CONDESA. (A Casimiro.)

¡Que mi hermano, el duque Arnesto,
Con el conde Casimiro
Quiera casarme, y para esto
Me escriba con vos! Me admiro.
Para casarme es muy presto.
Un año há que visto luto
Por mi esposo, y vierto llanto
Que no tiene el tiempo enjuto;

Y no es bien, cuando él es tanto,
Hacer agravio á su luto.

Viuda soy, moza y mujer,
Con un condao á mi cargo,
Que, aunque sola, podrá ser
Que con el discurso largo
Del tiempo, venga á tener
Para regille prudencia;
Y cuando esta me faltare,
No está lejos su presencia,
Con que los daños repare
De mi poca suficiencia.
Cuanto y mas que mis vasallos
No se quejan hasta ahora
De que no sé gobernallos;
Que al fin, como su señora
Legítima, sé estimallos.
Pues yo no tengo heredero,
No le estará á Arnesto mal
Serlo mio: al fin, no quiero
Dar en el mundo señal
De que fué el amor lijero,
Que tuve al duque de Cléves,
Mi señor, mientras vivió.
Esto quiero que le lleves
Por respuesta.

CASIMIRO.

¿Con un no

A dar la muerte te atreves
A un enfermo, que contando
Los términos de su vida,
El si dulce está aguardando,
La esperanza entretenida
Entre las dudas de un cuando?
Por los dos puedes traer
El luto que has escogido,
Y vendrá, señora, á ser
Por un esposo fingido,
Y otro que lo quiso ser.
Mal pagas la voluntad
De Casimiro, á quien llevo
El fin de su verde edad.

CONDESA.

Si no pago como debo
Al Conde la voluntad,
Por no quedar obligada
A pagalla, no la admito.
Yo he quedado escarmentada,
Y con deso infinito
De no vivir mal casada;
Y así el Conde que encareces,
Busque á su contento esposa,
Haciendo sus ojos jueces;
Porque el casarse no es cosa
Que se ha de probar dos veces.
Aquesto escribo á mi hermano,
Y aquesto propio le di.

CASIMIRO.

Mira, señora, que es llano
Que si le niegas el si
De tu idolatrada mano,
Ha de arriesgar (aunque ofenda
El amor, que es su homicida)
Su Estado, porque se entienda
Que quien arriesga la vida
Por ti, arriesgará la hacienda.
Mira que te ha de cercar
En Momblan.

CONDESA.

No me amenaces;
Que quien no puede obligar
A la voluntad con paces,
Con guerra no ha de bastar.

CASIMIRO.

Por rogártelo tu hermano.....

CONDESA.

Que no hay ruegos para mí.
Pártete; acaba.

CASIMIRO. (Desviándose y hablando
aparte con Floro.)

¡Qué en vano,

Colgada el alma de un si,
Di entrada al amor tirano!
¡Ay cielo!

FLORO.

¿Qué hemos de hacer?

CASIMIRO.

¿Qué? Morir, desesperar,
Rabiar, sentir, padecer.

FLORO.

Mucho puede el porfiar;
Pero date á conocer:
Que si á ver si su belleza
Igualaba con su fama
Veniste; si amor empieza
A dar materia á tu llama,
Y principio á su flaqueza;
El saber que tú has venido,
Quizá le dará cuidado,
Que si ausencia causa olvido
En (1) el amante obligado,
¿Qué hará en el no conocido?

CASIMIRO.

No, Floro; que amor desnudo
Con las armas suele hacer
Lo que sin ellas no pudo.
A Momblan he de volver
Cuando en el silencio mudo
Esté el descuido acostado.
Mil tudescos, como sabes,
En escuadron concertado
Traigo, que serán las llaves
De su alcázar torreado.
Seré esta noche con ellos
De aquesta Troya Sinon,
Y de sus despojos bellos
Otro París.

FLORO.

La ocasion

Te dé, señor, sus cabellos.

(Vanse los dos.)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, PINABEL.

CONDESA.

Nadie espere, Pinabel,
Tener de mi esposo nombre,
Pues murió el Duque con él;
Que en la libertad de un hombre
Libre, soberbio y cruel,
No estriba bien la flaqueza
De una mujer, á quien ves
Con modestia y riqueza;
Porque es locura el ser piés
La que puede ser cabeza.
Cansada de estar casada
Estoy. ¡Gracias á los cielos,
Que no lloro despreciada,
Ya desdenes, ya desvelos
De una aficion mal pagada!
Si en el conyugal amor
Hubiera penas iguales
Para el esposo agresor,
Y sus obras desleales
Tocaran en el honor,
Como las de una mujer;
Perseverara en los dos
El reciproco querer;
Pero que en la ley de Dios
Igualen vengan á ser
Los delitos del marido
Y la esposa; y que en el suelo
Haya el vulgo establecido
Venganza en leyes del duelo
Para el esposo ofendido,
Y no para la mujer;
Esa es terrible crueldad,
Suficiente á deshacer
A amor, que sin igualdad,

(4) Del.

No sabe permanecer

PINABEL.

Dios conserve á Vuexcelencia
En esta opinion honrada;
Que es digna de su prudencia.

CONDESA.

El ser dos veces casada
Juzga el mundo á incontinencia.
Yo viviré con cuidado
De no adquirir este nombre.

PINABEL.

Si no hay gobierno alabado
En una casa sin hombre,
¿Qué hará donde hay un Estado?

CONDESA.

Hombre tiene, Pinabel,
Esta ciudad en vos,
Para regirse por él;
Y gobernando los dos,
Seguro está Oberisel.

PINABEL.

A Vuestra Excelencia beso
Los piés por tanto favor.

CONDESA.

De vuestra prudencia y seso
Conozco el mucho valor,
Y sé que en cualquier suceso
No hará falta el Duque muerto
De quien fusteis tan querido.

PINABEL.

Si á servir, señora, acierto
A Vuexcelencia, habré sido
Muy dichoso.

CONDESA.

Aquesto es cierto.

PINABEL.

Y para podello hacer
Mejor, pues que Vuexcelencia
Casada no quiere ser,
La vengo á pedir licencia.....

CONDESA.

¿Es para elegir mujer?

PINABEL.

Es para que intercesora
Vuexcelencia sea con ella.

CONDESA.

¿Es muy hermosa?

PINABEL.

Señora,
En vuestra presencia bella
No puede serlo el aurora;
Mas de vos abajo, vuela
Su fama por todo Flándes.

CONDESA.

¿Quién es?

PINABEL.

Clavela.

CONDESA.

¿Clavela?

Méritos tiene muy grandes.
Pero en eso ¿qué recela
Vuestro amor? ¿No fué homicida
Su hermano del vuestro?

PINABEL.

Fué

El que le quitó la vida,
Y con su hacienda heredé
Su amor. Quiero que le pida
A su padre Vuexcelencia,
Le mande me dé la mano;
Y usando de su clemencia,
Alce el destierro á su hermano,
Sin hacelle resistencia.

CONDESA.

Envialdos á llamar.

PINABEL.

Ya, señora, eso está hecho,

Y poco pueden tardar
Los dos.

CONDESA.

En vuestro provecho
Sois vigilante.

PINABEL.

En amar

¿Quién no lo es?

CONDESA.

La eleccion
Que habeis hecho me contenta,
Que en belleza y discrecion
Clavela la fama aumenta
De la flamenca nacion.

PINABEL.

Ella misma entra, señora,
A estimar y agradecer
Tal merced.

CONDESA.

Intercesora
Con ella os tengo de ser,
Pues que tanto os enamora.

ESCENA IX.

LIBERIO, CLAVELA, LUCRECIA. —
LA CONDESA, PINABEL.

LIBERIO.

En que tenga Vuexcelencia
Memoria de nuestra casa
Y nos traiga á su presencia,
Todos los límites pasa
Nuestra dicha.

CONDESA.

La experiencia,
Liberio, que resplandece
En vos, que tenga memoria
De vuestras canas mercede,
Y de Clavela, que es gloria,
Que como sol resplandece.

CLAVELA.

Por no quedar corta, callo,
Estimando la ventura,
Que en vos, gran señora, hallo.

CONDESA.

No es bien que tanta hermosura,
Y tan prudente vasallo,
Deje de participar
De mi privanza y favor;
Y que toda esta ciudad
Estime vuestro valor
Y alabe vuestra beldad,
Y yo, que soy su señora,
No la goce.

CLAVELA.

Mi vergüenza
Responderá por mí ahora.

PINABEL.

Su rostro hermoso comienza
A imitar la blanca aurora.

CONDESA.

Ya sé que el dar muerte Oton
A Enrico, de Pinabel
Hermano, fué la ocasion
Que perdiédeses por él
El favor y estimacion
Que el Duque, que tiene Dios,
Hizo en negocios de peso,
Liberio noble, de vos;
Pero aquel triste suceso
Podeis convertir los dos
En un pacífico estado,
Como querais. Pinabel,
En vez de estar agraviado
Y pedir venganza dél,
Que alcance me ha suplicado
Le dé Clavela la mano:
Ya sabéis que por la suya
Regirse mi Estado es llano;

Y para que restituya
La paz á su muerto hermano
Liberio, el modo mejor
Y mas comun, es juntar
Prendas de sangre y amor,
De quien puede resultar
Tanta nobleza y valor.
Pues yo intercedo, no creo
Que habrá aquí dificultad.

LIBERIO.

Quando en tan dichoso empleo
Faltara la calidad
Y la nobleza que veo
En Pinabel, gran señora,
Y no interesara yo
Su amistad y paz que ahora
A tan buen tiempo llegó;
Basta ser intercesora
Vuexcelencia para hacer
De nosotros á su gusto.
No tengo qué responder;
Solo, si os parece justo,
Será con el parecer
De Oton, mi hijo, que está
En Momblan.

PINABEL.

¿Válgame el cielo!

CONDESA.

Si es discreto, él lo tendrá
Por bien.

LIBERIO.

Comunicarélo,
Y él vendrá, señora, acá
A besar á Vuexcelencia
Los piés.

CONDESA.

Clavela, ¿no hablais?

CLAVELA.

Si está dada la sentencia
En el pleito que tratais,
Gran señora, en la presencia
De mi padre, ¿qué he de hablar?
Serviros solo apetezco.

CONDESA.

Venid, que os quiero enseñar
Mi alcázar.

(Vanse todos, menos Pinabel.)

PINABEL.

Si es que merezco,
Amor, el cielo gozar
De tan bella perfeccion,
Términos acorta y plazos;
Que es muerte la dilacion
De sus amorosos lazos.
Voy á ver y hablar á Oton. (Vase.)

Plaza delante del palacio de la Condesa.

ESCENA X.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

¿Hay sucesos semejantes?

CHINCHILLA.

Quando los llegue á saber
Madrid, los ha de poner
En sus novelas Cervantes.
Aunque en el tomo segundo
De su manchego Quijote
No estarán mal, como al trote
Los lleven por ese mundo
Las ancas de Rocinante.
O el burro de Sancho Panza.

DON RODRIGO.

Basta, que la semejanza
Deste Oton, tan importante
Para mi necesidad
Y aumento de los cuidados,
Hoy libres y enamorados,

Tiene toda la ciudad
Engañada y persuadida
Que soy Oton.

CHINCHILLA.

Lindo cuento
Es llegar de ciento en ciento
A darte la bienvenida,
Y decir uno espantado :
«¿Cómo no me conocéis,
Si há tantos años que habeis
Mi lado y mi casa honrado?»
Y otro decir : «No entendiera
Que con tanta brevedad
Las leyes de la amistad,
Oton, el tiempo rompiera» ;
Y tú, mascando entre dientes
Ambiguas satisfacciones,
Como quien reza oraciones,
Dar los brazos á parientes
Que en toda tu vida viste.

DON RODRIGO.

Con todos cumplo callando,
Lo que dicen otorgando.
Tú en aquesto me metiste.
¿Qué he de hacer?

CHINCHILLA.

El callar sabe

Vencer. No ha faltado loco
Que viéndote hablar tan poco,
Dijo : «¿Qué necio y qué grave
Que viene el señor Oton!»
Yo respondí, aunque lacayo :
«Como Oton no es papagayo,
No habla aquí de ostentación,
Ni hay pena para los mudos.»
Mas nada hubo como ver
El llegarte el mercader
A pedir los cien escudos,
Y tú, muy disimulado,
Decir : «No penseis, señor,
Que como el mal pagador,
De la deuda me he olvidado.
Venid á casa mañana ;
Que mi padre os los dará.»

DON RODRIGO.

En esto estoy puesto ya.
La hermosura desta hermana
En Mombán me ha detenido ;
Que si no, yo deshiciera
Con mi ausencia esta quimera.

CHINCHILLA.

¿Háte Cupido escupido?

DON RODRIGO.

Desmandados pensamientos
Han dado en ser estudiantes,
Y como son principiantes,
Andan en los rudimentos.
Pero en escuelas de amor,
Con poca dificultad
Alcanza en su facultad
Borla y grado de doctor
Quien, para que no se excuse,
El alma ofrece en propinas.

CHINCHILLA.

Ya parece que declinas
Con Clavella á *musa, musæ* ;
Pero no querrás pasar
Con el estudio adelante,
Por mas que seas estudiante.
Si llegas á conjugar
Con ella.....

DON RODRIGO.

No sé, por Dios,
Lo que te responda en eso.
Que es hermosa te confieso.

CHINCHILLA.

¡Noramala para vos!

ESCENA XI.

PINABEL. — DON RODRIGO, CHIN-
CHILLA.

PINABEL.

Los brazos que á la venganza
Pudieran dar otro tiempo
Debida satisfaccion
Y muerte al atrevimiento,
Por el amor enlazados
Que á prendas del alma tengo,
Y de quien vos sangre sois,
Para abrazaros ofrezco.
Seais, Oton, bien venido.

DON RODRIGO.

¿Qué es esto, señor? Teneos. —
Chinchilla, huyamos de aquí ;
Que cada instante me veo
En un mar de confusiones. (Ap. á él.)
CHINCHILLA. (Ap. á Don Rodrigo.)

Con la industria y el silencio
Podrás salir bien de todo.
Disimula, si eres cuerdo.

PINABEL.

Si pesadumbres pasadas,
Que en paces trocar deseo,
Os obligan á no hablarme,
Rompel el enojo el velo ;
Que en mí no bastan agravios
De un hermano, por vos muerto,
A que, olvidadas pasiones,
No os salga, Oton, al encuentro.
Los cielos quieren que sea
Amigo y pariente vuestro.
No neguéis á Pinabel
Lengua y brazos.

CHINCHILLA. (Ap. á su amo.)
Ya di en ello. —

Este es, señor, el hermano
De aquel muerto caballero,
Causa de ausentarse Oton,
Y de todo este embeleco.
Háblale y dale los brazos,
Pues ya te he contado el cuento
De la historia.

DON RODRIGO.

Pinabel,

Si he dudado en responderos,
La novedad lo ha causado
Que en vuestras palabras veo,
Y aguardo de vuestras obras.
¡Gracias á Dios y á los tiempos,
Que mudan las voluntades! (Abrazale.)

PINABEL.

La priesa de mis deseos
Atropella las palabras.
Sabed que el amor, tercero
Entre enojos criminales,
Eternas paces ha puesto
En pasiones ya olvidadas ;
Y hablando claro, yo quiero
A vuestra hermana Clavella
Tanto, como al movimiento
Circular el primer móvil,
Y como la piedra al centro.
La Condesa mi señora,
A mi intercesion y ruegos,
Se la pidió á vuestro padre,
Y respondió el cortés viejo
A medida de mi gusto,
(Como de su entendimiento
Y prudencia se esperaba)
A vos, Oton, remitiendo
La ejecución de mi dicha ;
Pues siendo noble, no creó
Dejaréis de efectuarla,
Y estinar mi sangre y deudo.
Vaures, amigo, á palacio,
Donde Clavella y Liberio
Con la Condesa os aguardan.

DON RODRIGO. (Ap. con su criado.)
¡Ay Chinchilla! ¿qué es aquesto?

CHINCHILLA.

Atambores en cuareisma.

DON RODRIGO.

(Ap. Por la puerta de los celos
Entré en vuestra casa, amor :
No saldré de ella tan presto.)
La dicha que se nos sigue
A nosotros en teneros
Por pariente y por amigo,
Es notorio y manifiesto.
Cuanto á esta parte, no hay duda
Sino que será el primero
Que por honrar nuestra sangre,
Trate vuestro casamiento.
Solo hay un inconveniente,
Que la industria hará lijero,
Suspendiendo algunos dias
Las bodas.

PINABEL.

Siglos eternos
Serán los breves instantes.
Pero ¿qué estorbo hay?

DON RODRIGO.

Yo vengo

De Madrid, corte de España,
Patria y madre de extranjeros.
Profesé en ella amistad
Con un noble caballero,
Que porque en Flándes nació,
Quiere bien á los flamencos.
Es Don Rodrigo Giron
Su nombre, á quien amo y quiero
Como á mí mismo, porque es
Conmigo un alma.

CHINCHILLA. (Ap.)

Y un cuerpo

DON RODRIGO.

Mil veces, comunicando
Los dos, le dije el suceso
Que me desterró de Flándes,
La hermosura encareciendo
De Clavella de tal suerte,
Que aunque el amor que es perfeto
Entra al alma por los ojos,
Aquella vez entró dentro,
Como fe, por los oídos ;
Y fué con tan grande extremo,
Que está pretendiendo un cargo
En Flándes, solo por esto.
Prometile á la partida,
Por la fe de caballero,
Si hallaba á Clavella libre,
Aguardar un año entero
Su venida, sin casalla ;
Pero en Madrid, que es el cielo
De ocasiones amorosas,
Y yo ausente, que era el cebo
De su amor, ya habrá el olvido
Con él sus milagros hecho ;
Que á la mudanza en la corte
La dan casa de aposento.
No he dicho nada hasta ahora
A mi padre ; que lo dejo
Para tratarlo despacio,
Por ser negocio de peso.
Escribiréle esta noche
Que Clavella, como es cierto,
Está con vos concertada ;
Y aunque las bodas suspendo
Por guardalle la palabra,
Se han de poner en efecto.
Que suelte, y dé al desposorio
Lugar. ¿Qué decis?

PINABEL.

Que temo

De mi desdicha que venga
A estorbar mi casamiento
Don Rodrigo, con las alas

De sus mismos pensamientos,
Que le traerán por los aires,
Para que llegue mas presto.

(*Tocan arma dentro.*)

Pero ¿qué alboroto es este?

DON RODRIGO.

Tocar á rebato siento.

PINABEL.

¡Válgame Dios! ¿qué será?

ESCENA XII.

LEONELO. — DON RODRIGO, PINABEL, CHINCHILLA.

LEONELO.

¡Notable caso!

PINABEL.

Leonelo,

¿Qué enemigos nos asaltan,
Cuando estamos libres dellos?

LEONELO.

El palatino del Rin,
Casimiro, que viniendo
Curioso ó enamorado
Hoy á Momblan encubierto,
A saber por experiencia
Si son encarecimientos
O verdades los que alaban
Nuestra Condesa hasta el cielo;
Perdido por su hermosura,
Y á su amor correspondiendo,
Conforme su pretension
Y cartas del duque Arnesto;
En saliendo de Momblan,
Con un escuadron tudesco,
Que en el bosque le esperaba,
La vuelta ha dado, resuelto
De conquistar por las armas
La que no alcanzaron ruegos;
Y no ha sido poca dicha
De que no haya entrado dentro,
Cogiéndonos descuidados.

PINABEL.

¡Hay mayor atrevimiento?
Pero la Condesa es esta.

ESCENA XIII.

LA CONDESA, ACOMPAÑAMIENTO.

— LOS MISMOS.

PINABEL.

Señora....

CONDESA.

¿Que el mensajero
Era del duque mi hermano
Casimiro, el Conde?

LEONELO.

El mismo
Que nuestra ciudad asalta.

CONDESA.

Como no asalte mi pecho,
Poco importa. Pinabel....

DON RODRIGO.

Los piés, gran señora, beso
A Vuexcelencia.

CHINCHILLA. (*Ap.*)

¡Por Dios,

Que es gentil hembra en extremo
La viuda!

CONDESA.

¿Sois vos, Oton?

DON RODRIGO.

Y humilde vasallo vuestro.

(*Ap. al criado.*)

¡Qué hermosa mujer, Chinchilla!

CONDESA.

Mucho me he holgado de veros.
Yo prometí á vuestro padre

Daros, Oton, en viniendo,
La plaza de secretario.
Ya podeis servirla (1).

DON RODRIGO.

Vuelvo

A besar á Vuexcelencia
Los piés.

CHINCHILLA. (*Ap. con su amo.*)

Hucha de secretos

Eres. ¿Qué seré yo?

DON RODRIGO.

Calla.

CONDESA.

¿Querrá el Conde poner cerco
A Momblan?

LEONELO.

Así se dice.

CONDESA.

Id, Pinabel, repartiendo
Soldados por las murallas;
Que los que en presidios tengo,
Y los que de los Estados
Del Duque mi hermano espero,
Humillarán la arrogancia
De aqueste amante soberbio.
(*Vase Pinabel.*)

ESCENA XIV.

LA CONDESA, DON RODRIGO, LEONELO, CHINCHILLA, ACOMPAÑAMIENTO.

DON RODRIGO.

Si en vez del papel y tinta
Que me dais sin merecello,
Me concedéis, gran señora,
Que escriba con el acero
Hazañas, con que os sirvais,
Con vuestra licencia trueco
La plaza de secretario
Por la de soldado vuestro.

CONDESA.

Secretario y capitán
Podeis ser. Venid, tratemos
Lo que importa en este caso,
Porque sepa el Conde necio
Que si en la constancia imito
A la viuda de Siqueo,
En fortaleza la igualo.
(*Vase con su acompañamiento.*)

ESCENA XV.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

¡Hay tal mujer! ¡hay tal cielo!

CHINCHILLA.

¿Qué te parece?

DON RODRIGO.

Un milagro,
Y entre crepúsculos negros
De aquel luto, me parece
Un sol que está amaneciendo.

CHINCHILLA.

¿Hate enamorado ya?

DON RODRIGO.

¿Tengo yo merecimientos
Para tal ángel?

CHINCHILLA.

Patudo.

¿Y Clavela?

DON RODRIGO.

En ese empleo
Me ocuparé, que es mi igual.

CHINCHILLA.

¡Bueno ha estado el embeleco

(1) Hemistiquio suplido.

Con que á Pinabel burlaste!

DON RODRIGO.

El amor es todo enredos.

CHINCHILLA.

Vamos, señor secretario.

DON RODRIGO.

Si me fia sus secretos,
Mil veces dichoso yo.

CHINCHILLA.

Chamuscado te has al fuego
De la viuda.

DON RODRIGO.

Así es verdad.

CHINCHILLA.

Parecerás pié de puerco.

DON RODRIGO.

¡Por qué?

CHINCHILLA.

Porque se chamusca.

DON RODRIGO.

¡Ay viuda hermosa!

CHINCHILLA.

¡Ay babero!

ACTO SEGUNDO.

Jardín de la Condesa.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA.

Yo os prometí mi libertad querida,
No cautivaros mas, ni daros pena;
Pero promesa en potestad ajena,
¿Cómo puede obligar á ser cumplida?
Quien promete no amar toda la vida,
Y en la ocasion la voluntad enfrena,
Seque el agua del mar, sune su arena,
Los vientos pare, lo infinito mida.
Hasta ahora con noble resistencia
Las plumas corto á leves pensamientos,
Por mas que la ocasion su vuelo ampare.
Pupila soy de amor; sin su licencia
No pueden obligarme juramentos.
Perdonad, voluntad, si los quebrare.

ESCENA II.

CLAVELA. — LA CONDESA.

CLAVELA. (*Sin ver á la Condesa.*)

Todas las veces que á mi hermano veo
Tan discreto, apacible y cortesano,
Se va la voluntad del pié á la mano,
Y sale de su limite el deseo.

Como hermano le quiero; mas no creo
Que es bastante el amor, cuando es de

[hermano,

A dormir tarde, á despertar temprano,
Ni á ver cuál con sus ojos me recreo.

Decid vos la verdad, desnudo ciego;
Que aunque en amor de hermano no

[hay cautela,

Me dan que sospechar tantos desvelos.
«La sangre hierve (me diréis) sin fue-

[go.» —

Si; pero amor de hermano no desvela,
Y cuando desvelara, no da celos.

CONDESA.

Clavela.

CLAVELA.

Señora mía.

CONDESA.

Despues que en mi casa estás,
Y con tu presencia das
Tregua á mi melancolia,
Cuanto tú mas la desbaces,
Mas la aumentan mis cuidados,

Que en esta guerra engendrados,
No admiten medios de paces.
Ninguna cosa me agrada.

CLAVELA.

No fueras tú tan prudente
A no tener al presente
Pena de verte cercada.

CONDESA.

-(Ap. ¡No lo estuviera yo mas
De alterados pensamientos,
Que, todos atrevimientos,
No vuelven un paso atras!)
Sentémonos aquí un rato,
Pues contra agravios del sol
Nos sirve de quitasol
El compuesto y verde ornato
De estos jazmines y nuezas,
Que con apacibles lazos
Traen estos muros en brazos,
Formando calles y piezas.

CLAVELA.

En aqueste cenador
Hay sillas.

CONDESA.

Siéntate en una.

CLAVELA.

No hagas á mi fortuna,
Señora, tanto favor.
En el suelo estaré bien.

CONDESA.

Gocemos de la llaneza
Que alborota la grandeza
De palacio. No nos ven
Criados que nos murmuren.
Siéntate, Clavela, aquí.

CLAVELA.

Aunque no hay partes en mí
Que esta merced aseguren,
Por servirte, te obedezco.

(Siéntanse.)

CONDESA.

¿Quieres bien á Pinabel?

CLAVELA.

Si he de tener dueño en él,
Y por tu mano merezco
Darle título de esposo,
Cuando impedimentos quite
Mi hermano que los permite,
Querelle bien es forzoso.

CONDESA.

¿Forzoso dices? Amor
No es perfecto, si es forzado.
Si anduviera Amor armado,
Llevaráse por rigor:
Desnudo nos da señales
Que quien le ha de conquistar,
Clavela, ha de pelear
Con él con armas iguales.

CLAVELA.

Si Casimiro advirtiera
En eso, no te cercara.

CONDESA.

Es necio, pues no repara
Que Amor, que es niño, se altera
De ver espadas desnudas.

CLAVELA.

Si, porque es de la paz dueño.

CONDESA.

El ver á Amor tan pequeño
Materia ha dado á mis dudas;
Porque siendo tan antiguo
Cuanto há que el mundo es amante,
Ya pudiera ser gigante;
Pero despues que averiguo
Que entra por la vista Amor,
Y que tan pequeña puerta
La entrada hace mas incierta,
Cuanto es el que entra mayor,

No me causa espanto el ver
Que á ser niño Amor se aplica;
Pues se desnuda y achica,
Clavela, para caber
Mejor, pequeño y desnudo,
Por entrada tan estrecha.
Pues si el Conde se aprovecha
De las armas, cuando pudo
Dejar marciales despojos,
Y pide en la vista entrada,
No es bien que entre con la espada,
Que me sacará los ojos.
Amor, Clavela, es ladrón;
Siempre se entra sin ruido,
Y así del Conde atrevido
Venganza me dará Oton,
En quien miro, te prometo,
Un gallardo capitán,
Un cortesano galán,
Un secretario discreto,
Y un.... (Ap. ¿Dónde vais? Deteneos
Pensamientos mal nacidos,
Que os arrojaís atrevidos
Tras desbocados deseos,
Que os tienen de despeñar.)

CLAVELA.

Por la parte que me cabe
De que Vuexcelencia alabe
Mi hermano; á poderla dar
La corona de Alemaña,
Honrándose en su cabeza,
Aumentará su grandeza;
Aunque despues que de España
Vino Oton tan mejorado
En valor y cortesía,
Discrecion y gallardía,
La merced con que le ha honrado
Vuexcelencia, la merece.

CONDESA.

Es muy sazonado Oton;
Muy buena conversacion
Tiene... (Ap. Y muy bien me parece.)
Holgárame de saber
Qué dama es la que entretiene
Sus penas, por ver si tiene
Tan buen gusto en escoger
Como en lo demas.

CLAVELA.

¿Quién duda

Que no querrá ser Oton
En la mejor perfeccion
Imágen compuesta y muda?
No creo que el pensamiento
Tan divertido tendrá,
Que algun tiempo no tendrá
Para algun atrevimiento
Digno de tan buen sujeto:
Pero Oton es tan callado,
Que hasta ahora no ha pagado
Censo á nadie su secreto.
(Ap. Mucho se informa de Oton
La Condesa, y la eficacia
Con que conserva su gracia,
Unos lejos de alicion
Descubre de cuando en cuando.
Celos, si sois adivinos,
Sospechando desatinos,
La verdad vais apurando.)

CONDESA.

(Ap. Mucho, Amor, manifestais
Mi fuego: pues sois su centro,
Alma, amad puertas adentro.
¿Para qué lo pregonaís?
Pero sois fuego que apura
Verdades contra el sosiego,
Y diréis que nunca el fuego
Supo profesar clausura.
Divertir quiero á Clavela,
No sospeche que amo á Oton.)
Si en materia de alicion
Cursara el Conde la escuela

De cortesía, y dejara
Las armas, pudiera ser
Que mereciera vencer,
Y mi rigor se ablandara;
Que no me pareció mal
Cuando desde las almenas,
Dando vidas á sus penas,
Del muro hizo tribunal.
Buen talle tiene.

CLAVELA.

(Ap. Eso sí.)

¿Qué, tan bien te pareció?

CONDESA.

Despues que el Duque murió,
No casarme prometí;
Pero esto de no tener
Herederos.....

CLAVELA.

Deja achaques;

Que cuando sin ellos saques
A luz tu amor, merecer
Puede el conde Casimiro
Que digas te ha desvelado
Mas de una vez, y que has dado
Por él mas de algun suspiro.

CONDESA.

No tanto.

CLAVELA.

¿Por qué razon?

¿Hay mas gallardo sujeto,
Mas valiente, mas discreto?

CONDESA.

Sí, Clavela.

CLAVELA.

¿Quién?

CONDESA.

Oton.

CLAVELA.

[los.]

¿Oton mas que el Conde? (Ap. ¡Ay cie-

CONDESA. (Ap.)

Desvelos, ¿queréis callar?

Qué, ¿no os puedo refrenar?

CLAVELA. (Ap.)

Despertad otra vez, celos.

CONDESA.

Si ello va á decir verdad,
Bien quiero al Conde, Clavela;
Lo demas todo es cautela:
Yo le tengo voluntad;
Y si desden he fingido
Es porque el Conde en rigor
No diga, pudiendo Amor,
Que Marte me dió marido.
Esto solo me hace esquivar,
Pues si me viene á vencer,
No me tendrá por mujer,
Sino solo por cautiva.
Por esto deseo que Oton
Le venza y traiga á mis ojos,
Y entre soberbios despojos
Humille su presuncion.
Podrá ser que entonces pruebe
Dichas, que ahora no es justo,
Porque agradezca á mi gusto
Lo que á sus armas no debe.
Esto es verdad, en rigor.

CLAVELA.

Tu deseo veas cumplido.

CONDESA.

No piense, si no es vencido,
Verse el Conde vencedor.

CLAVELA. (Ap.)

Alguna satisfaccion
Teneis ya, niño tirano.
¿Qué me dé celos mi hermano!

CONDESA. (Ap.)

¿Que quiera yo bien á Oton!
(Suenan cajas.)

ESCENA III.

SOLDADOS, PINABEL, LIBERIO, CHINCHILLA, y *detrás con bastón*, DON RODRIGO. — LA CONDESA, CLAVELA, que se sienta en el suelo.

DON RODRIGO.

Ya el conde Casimiro ha levantado
El cerco, excelentísima señora,
No voluntariamente, mas forzado
De vuestra suerte, siempre vencedora.
La vuelta da á su tierra, castigado
Como merece, quien os cercó ahora
De armas, mereciendo esa belleza
Cercos de oro que ciñan la cabeza.
El deseo que anima mi ventura,
Para que os sirva arduos me ha ofrecido
Con que rendir al Conde, que procura
Esposa conquistada, amor vencido.
Sali amparado de la noche oscura,
Que apadrina al amante prevenido,
Y á la puerta que el mar combate á besos,
Mil hombres embarqué, diez tiros gruñe.
Fué Pinabel su capitán valiente, [sos.
Si cortesano en paz, diestro en la guerra;
Y alargándose al mar circularmente
Dos millas de distancia, saltó en tierra.
Sacó las piezas luego, echó la gente,
Y por las faldas de una cana sierra [jas,
Marchó hácia el campo, las banderas ba-
Sin dar licencia á vocingleras cajas.
Un hora antes que el alba pise flores
Llegó á vista del campo, á quien incita
El sueño con quiméricos vapores;
Y como Gedeón al madianita,
Al son de las trompetas y atambores,
«Viva Diana, la Condesa», grita,
Escupiendo las piezas de campaña
Pelotas para chazas desta hazaña.
El campo cercador y ya cercado,
De Casimiro (digo yo) despierto
(Que no duerme el amante descuidado),
Con mas voces y gritos que concierto,
A la defensa acude alborotado,
Que para mas temor, tuvo por cierto
Que el Duque vuestro hermano á socor-
Venía, dando acero á sus aceros. [peros
Yo entónces, que aguardaba prevenido
En la ciudad el venturoso efeto,
Abro las puertas, la campaña mido,
Y al enemigo ejército acometo.
De franjas de oro guarnecía el vestido
A Flora hermosa el dios pastor de Adme-

[to,
Cuando entre sangre, muertos y alboroto
Vió el Conde, no su amor, su campo ro-
En su huyó, dejándose á los ojos [to.
Del mismo sol, cubierta la campaña
De muertos, de banderas, de despojos,
Testigos nobles desta ilustre hazaña.
Así el amor castiga los enojos
Que el Conde os dió, quedando en Ale-
Publicando la fama sus delitos; [maña
Que tambien tiene amor sus sambeni-

CONDESA. [tos.
Oton, á vuestros hechos inmortales
La fama ofrezca plumas y pinceles,
Si para celebrarlos son iguales (1)
Versos de Homero, imágenes de Apelos;
Que cívicas coronas y murales,
De grama, de oro, robles y laureles.
No bastan á premiar vuestra persona,
Si mis brazos no os sirven de corona.

(Abrázale.)

(Ap. ¡Ay amor! deteneos, que los lazos
Rompeis del alma, donde os tuve preso.)

DON RODRIGO.

Si mi cuello coronan vuestros brazos,

Los premios, las coronas intereso
De la triunfante Roma. Estos abrazos
¿Qué triunfos no aventajan?

CLAVELA. (Ap.)

Pierdo el seso,
Celos rabiosos: ¡nunca Oton viniera,
Si en daño mio tal favor espera!

DON RODRIGO.

A Pinabel se debe, gran señora,
Esta vitoria.

CONDESA.

Ya yo sé que tengo
En él un gran vasallo, y desde ahora
Premios de amor que goce le prevengo.
Pues á Clavela por esposa adora,
Ella le premie.

PINABEL.

A suplicaros vengo [plazos,
Que á su hermano mandéis que acorte
Pues no quiero mas premio que sus bra-
CONDESA. [zos.

Alcaide de Albareal quiero que sea
Pinabel desde hoy.

PINABEL.

¡Mercedes tantas,
Gran señora!

CONDESA.

A Clavela doy la aldea,
En dote, de Bellor.

CLAVELA.

Ya te adelantas
A Cleopatra magnífica. (Ap. No vea
Mi amor en su poder, estrellas santas,
Pinabel en su vida, ó de la mia
El curso corte en flor la muerte fria.)

CONDESA.

Liberio, que tal hijo nos ha dado
Para defensa nuestra y honra suya,
Será gobernador de mi condado,
Porque en sus canas su valor se arguya.

LIBERIO. [rado:

Con que él os sirva á vos quedo yo hon-
Su dicha á vuestra fama se atribuya.

CONDESA.

Y á vos, que de valor sois un trasunto,
Os quiero yo pagar, Oton, por junto.
Pensando estoy qué os dar. (Ap. ¡Ay,
[quién pudiera
Hacerle de mí misma eterno dueño!)

DON RODRIGO.

Del sol hermoso la dorada esfera,
No os sirviendo, será premio pequeño.

CONDESA. [jera,

(Ap. Quiero huir de mí misma; que li-
Por los ojos el alma ardiente enseño.)
Venid, porque Monblan, Oton, os goce,
Pues por su defensor os reconoce.

CHINCHILLA. [cuenta,

¿Pues cómo? ¿De Chinchilla no hay mas
Que en esta guerra desplumó la fama?

CONDESA.

¿Pues qué habeis hecho vos?

CHINCHILLA.

Eso me afrenta.
Quité ayer los cordeles á mi cama,
Y juntando seis mil ciento y sesenta
Chinches que, como celos á quien ama,
Pican, marchando fui (¡gran maravilla!),
Con tanta chinche, el capitán Chinchilla.
Ellas y yo vencimos, y quisiera, [do,
Que en premio de ser yo tan gran solda-
Me hiciera Vuexcelencia...

CONDESA.

¿Qué?

CHINCHILLA.

Me hiciera

Tabernero mayor deste condado.

DON RODRIGO.

Necio, véte de ahí.

CONDESA. (Ap.)

¡Ay! ¡quién pudiera,
Oton, hacerte Conde! ¡Que á un criado
Tenga yo amor! El verle me enloquece;
Mas es bizarro Oton: bien lo merece.
(Vanse todos, menos Don Rodrig
y Chinchilla.)

ESCENA IV.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

¡Ay Chinchilla! si en los ojos
El amor su idioma tiene,
Y á quien á mirarlos viene
Habla regalos ó enojos;
Y en las amorosas dudas
Son sus niñas hechiceras,
Cuando callan, mas parleras,
Porque hablan por señas mudas;
Ya la condesa Diana
(Leyendo sus ojos bellos)
Me ha dicho cosas por ellos
Divinas. No hay lengua humana
Tan discreta y elegante,
Aunque á la de Tulio exceda,
Que en un año decir pueda
Lo que ellos en un instante.
¡Qué de cosas me ha advertido!
¡Qué de regalos me ha hecho!
¡Qué bien me mostró su pecho!
¡Qué bien me ha favorecido!
Loco estoy.

CHINCHILLA.

Mira que son
Quimeras todas y antojos.

DON RODRIGO.

Si hay retórica en los ojos
Con colores de afición,
Yo sé bien que no me engaño:
Lenguaje es este de amor.

CHINCHILLA.

Basta, que eres Galaor.
Bien habrás mudado ogaño
Cien damas. ¿Qué yerbas pisas?
¿Quién te ha vuelto camaleón?
En un año ciento son
Aun muchas para camisas.
¿No te estaba bien, Clavela,
Mujer rica y principal,
En sangre y amor tu igual?
Que en sabiendo la cautela
Con que finges ser su hermano,
Y que eres en vez de Oton,
Un castellano Giron,
Del de Osuna el mas cercano;
Mienta yo, si no imagino
Que olvidando á Pinabel,
Te hiciera dueño en vez del,
De su talle peregrino.
Vuelve á casa, pan perdido:
Clavela te está mejor.

DON RODRIGO.

No menosprecio su amor,
Pues que tengo entretenido
A Pinabel: mientras sé
Si me tiene voluntad
La soberana beldad
De la Condesa, podré
Contemporizar, Chinchilla,
Con Clavela.

CHINCHILLA.

¡Plegue á Dios
Que no volvamos los dos
Tresquilados á Castilla!
Ya es de noche.

(1) Son bastantes.

DON RODRIGO.

No es posible
Que pueda dormir quien ama.
Al terrero de mi dama,
No en la cama aborrecible,
Me tiene de amanecer.
Dame otra capa y sombrero.

CHINCHILLA.

No quieres cenar primero?

DON RODRIGO.

No, Chinchilla.

CHINCHILLA.

¿Sin comer
Amas? ¡Lindo desvario!
Tú te pondrás pronto flaco,
Porque sin Cérés ni Baco
Dicen que amor tiene frío. (Vase.)

Plaza delante del palacio de la Condesa.—Noche

ESCENA V.

CASIMIRO, FLORO.

CASIMIRO.

Floro, en vano me aconsejas:
Si á la muerte de un rigor
Estoy, ¿no será mejor
Morir delante estas rejas?
Oiga este muro mis quejas,
Pues aquestas piedras frias
A mis malogrados dias
Obsequias haciendo están:
Quizá las ablandarán
Las tristes lágrimas mias.

FLORO.

Refrena el atrevimiento
Con que en las manos te pones
De Diana.

CASIMIRO.

En sus prisiones
Moriré, Floro, contento.
Entre estas piedras intento
Escoger sepulcro igual
A mis penas, Floro leal,
Para que mi ingrata bella
Conozca que si no en ella,
En piedras hacen señal.
Palma ingrata, cuyo fruto
No goza el dueño en su vida,
¿Por qué, si sois homicida,
Dando muerte os ponéis luto?
¿Por qué no pagais tributo
A amor, cuyo tribunal
Tiene imperio universal?
¿Cómo puede, ingrata, ser
Que tenga en todos poder,
Y en vos nunca, por mi mal?

ESCENA VI.

CLAVELA, á una ventana del palacio.
—CASIMIRO, FLORO.

CLAVELA. (Sin ver á nadie.)

En vano, locos desvelos,
Prueba á dormir mi temor;
Que no tiene mucho amor
Quien puede dormir con celos.
¿Qué me hayan dado los cielos
Un mal con pension tan flera,
Que aunque sin remedio muera,
No me consientan hablar
A quien me pueda quejar
Que estoy enferma siquiera!
Mi hermano me tiene loco
De amor y celos: ¿no es mengua,
Amor, que os ate la lengua,
Y os tape el temor la boca?
Quejándose, el fuego apoca
De la fiera calentura
El enfermo que procura

Sanar; mas ¡ay suerte avara!

Que mal que no se declara,
Difícilmente se cura.

¿Con qué cara será justo
Que me atreva á declarar
Con mi hermano? No há lugar:
Pensarlo me causa susto.
¿Es bien pagar tal pension,
Mi ciega y nueva pasión?
Decidle vosotros, ojos,
La causa de mis enojos;
Que la lengua no es razón.

CASIMIRO.

Los acertos de unas quejas
Oigo, Floro, á una ventana
Del palacio de Diana.

FLORO.

Suyas son aquellas rejas.
Quejaráse desvelada
Entre sus damas alguna
Contra el amor y fortuna,
O celosa, ó desdenada.

CASIMIRO.

Pues déjame la escuchar;
Que si desdichas ajenas
Disminuyen propias penas,
Los dos podremos llorar
A versos la tiranía
Deste amor, que puede tanto;
Que hasta en la pena y el llanto
Consuela la compañía.

CLAVELA. (Ap.)

Hablar siento en el terrero;
Saltos me da el corazón.
¿Si adivina que es Oton,
Y muere del mal que muero?
La Condesa le ha mirado
Con tan eficaz afeto,
Que si al paso que es discreto,
Es Oton considerado,
Ya habrá su amor conocido;
Y no pienso yo de Oton
Que perderá la ocasión,
Favorable al atrevido.
¿Si le quiere bien? Querrá,
Y tras querer bien, ¿quién duda
Que amante al terrero acuda,
Si ya entre los dos no está
Concertado que á estas horas
La venga á este puesto á hablar?
Mi mal quiero averiguar.
¿Ay sospechas embaidoras!
Caminate que anda á oscuras,
Astrologo que experiencias
Conoce por consecuencias,
Médico por conjeturas,
En vano pienso que trazo
Averiguar mis desvelos;
Que de ordinario los celos
Ven por tela de cedazo.

ESCENA VII.

DON RODRIGO, de noche; CHINCHILLA.—CLAVELA, CASIMIRO, FLORO.
DON RODRIGO. (Hablando con su criado
sin reparar en nadie.)

Chinchilla, aguárdame aquí.

CHINCHILLA.

¿Con qué brasero á los piés?
¿Piensas tú que Flándes es
Madrid ó Sevilla? di.
En mayo estamos, y nieve
Como por la Candelaria.

DON RODRIGO.

Siempre has de ser de contraria
Opinion.

CHINCHILLA.

Párate y prueba.
¿Tú no ves con cuánta prisa

El cielo á la tierra llana,
Porque es domingo mañana,
La está vistiendo camisa?
Los hielos ¿no te congojan,
Ni el ver que aquí á todas horas
Son las nubes cardadoras?
Mira los copos que arrojan;
Mira asomar, por gateras
De nubes despedazadas,
Estrellas, de puro heladas,
Temblando. ¿No consideras
Tú cuál están, señor mío?
Pues cré que aunque estrellas sean,
Parece que centellean,
Y es que tiritan de frío.

DON RODRIGO.

Gente ha venido al terrero.
¿Válgame Dios! ¿quién será?

FLORO.

(Hablando aparte con el Conde.)

Rondantes tenemos ya.

CASIMIRO.

Apártate aquí, que quiero
Saber, Floro, si la dama
Que se quejaba, le espera,
Y quién es él.

FLORO.

Considera,
Señor, que á la puerta llama
Del alba el sol.

CASIMIRO.

No amanece.
¿No dejaste el barco atado?

FLORO.

Junto á este muro bañado
Del mar, que besos le ofrece.

CASIMIRO.

Déjame ahora, que presto,
Dando los remos al mar,
Nos pueden asegurar.
(Apártanse á un lado.)

DON RODRIGO.

Despejado me han el puesto.
No les debe de importar
Este sitio lo que á mí.

CLAVELA.

¿Ay! si fuese Oton!

DON RODRIGO. (Ap.)

Yo oí

De una reja á Oton nombrar.

¿Cielos! ¿hay dicha mayor?

CHINCHILLA. (Ap.)

¿Pese á los hielos judíos!

Tiritando con dos frios,

De la nieve y del temoján,

¿Y alcahuete centinela!

(Pasease.)

Eso sí; pasear y dalle,
Por no pasarme en la calle,
Pues no he cenado cazuela.

DON RODRIGO.

(Ap. ¿Qué dudo? ¿No puede ser
Que sea la Condesa? No.—
¿Si me quiere? ¿qué sé yo?
¿No soy hombre? No es mujer?
Llego.) ¿Ah de arriba!

CLAVELA.

¿Quién llama?

DON RODRIGO.

Oton, que ausente merece
Que dél se acuerden.

CLAVELA. (Ap.)

Parece

Que es mi hermano.

DON RODRIGO. (Ap.)

¿Si es mi dama?

CLAVELA.

¿Sois vos, Oton?

DON RODRIGO.
 Si, señora.
Vos ¿quién sois?
CLAVELA.
 Mirad primero
 Qué gente está en el terrero.
DON RODRIGO.
 Dos estaban aquí ahora;
 Pero ó se fuéron, ó yo
 Con la mucha escuridad,
 No alcanzo á vellos.
CLAVELA.
 Llegad
 Mas cerca.
DON RODRIGO.
 ¿Que mereció
 Esta suerte mi ventura?
 ¿Que esto mi amor interesa?
 (Ap. Sin duda que es la Condesa.)
CLAVELA.
 ¿Cómo! ¿En noche tan oscura,
 Rondando vos? Mucho gana
 Conmigo vuestra opinión.
 Buen amante habéis, Oton.
DON RODRIGO.
 En palacios de Diana,
 Nunca falta luz, señora.
CLAVELA.
 Ahora no hay luz ninguna;
 Que está enlutada la luna
 Por el sol que muerto llora.
DON RODRIGO.
 ¡Ay! ¿quién pudiera enjugar
 Sus lágrimas!
CLAVELA.
 ¿Vuestra dama
 Tan pocas por vos derrama,
 Que os deseáis ocupar
 Así en lágrimas ajenas?
DON RODRIGO.
 A merecer yo saber
 Quién sois vos, pudiera ser
 Que os declararan mis penas
 Si son ajenas ó no
 Las lágrimas que deseo
 Enjugar.
CLAVELA.
 A lo que veo,
 La dama que os mereció,
 Es dama de la Condesa.
DON RODRIGO.
 Tan su querida, que alcanza
 Harto mas que mi esperanza.
CLAVELA.
 Si queréis que en esta empresa
 Os sirva yo de tercera...
DON RODRIGO.
 No admite de su favor
 Tercero el juego de amor.
 Pero para que no muerda
 Del deseo que me abraza,
 ¿Queréisme vos declarar
 Quién sois?
CLAVELA.
 No os ha de importar. —
 Una dueña de su casa.
DON RODRIGO.
 Dueña, porque la señora
 Sois desta casa.
CLAVELA.
 Eso no.
DON RODRIGO.
 ¡Pluguiera á Dios, como yo
 Os conozco á vos ahora,
 Quisiédeses conocer
 Por un pecho agradecido!

CLAVELA.
 ¿Qué mal me habeis conocido!
 La Condesa no es mujer
 Que á tal hora habia de estar
 En ventanas del terrero,
 Siendo viuda.
DON RODRIGO.
 Yo no quiero
 La ocasion averiguar;
 Pero á veces el leon
 Huye cuando no le ven;
 Y la Condesa tambien
 Conservará su opinion
 En público; pero á solas,
 ¿Qué perderá porque aquí
 Se divierta?
CLAVELA.
 ¿Hácelo así
 Las viudas españolas?
DON RODRIGO.
 Españolas y alemanas. —
 ¿Queréis no hacerme penar?
CLAVELA.
 ¿Pues habíais yo de hablar
 De noche por las ventanas,
 Si la que vos pensais fuera?
DON RODRIGO.
 Y aun por ver que lo negais,
 Mas mi sospecha aumentais.
CLAVELA.
 Ahora bien, Oton, no quiera
 El cielo que á quien me ha dado
 Vitoria y libertad hoy,
 Tenga suspenso. Yo soy
 La condesa deste Estado.
CASIMIRO. (Ap. con Floro.)
 ¡Ay Floro! ¿No escuchas esto?
 Sin duda tiene aficion
 La ingrata Condesa á Oton.
 El me ha vencido, él me ha puesto
 En este estado. ¿Será
 Justo que le demos muerte?
FLORO.
 Señor, tu peligro advierte.
CASIMIRO.
 No hay temer peligros ya.
 Con las alas del batel
 Volverémos por el mar:
 La noche nos dá lugar,
 Y prisa el odio cruel
 Que á Oton tengo.
FLORO.
 Espera un poco;
 Satisfécete primero
 De á quién ama.
CASIMIRO.
 Si eso espero,
 Fuerza será el verme loco.
DON RODRIGO.
 No en balde el alma adivina,
 Contra la sospecha vana,
 Hermosísima Diana,
 Conoció la luz divina
 Que eclipsa el funesto luto
 Que traéis.
CLAVELA.
 Nuevos cuidados,
 Para el sosiego pesados,
 Han usurpado el tributo
 Que al descanso paga el sueño.
 No puedo pegar los ojos.
DON RODRIGO.
 ¡Ay! ¿quién de aqueos enojos
 Supiera quién es el dueño?
 ¿Queréis decírmelo á mi?
CLAVELA.
 Vos la ocasion de mi bien
 Sois, y de mi mal tambien.

CASIMIRO. (Ap.)
 ¿Esto escucho?
DON RODRIGO.
 ¿Cómo así?
CLAVELA.
 De mi bien, porque vencido
 Habeis al Conde, que á amor
 Quiere obligar con rigor,
 Sabiendo que el bien nacido
 Con alhagos y blandura
 Se deja mejor llevar;
 De mi mal, porque el pesar
 Que al Conde disteis, procura
 Desvelarme como veis.
DON RODRIGO.
 ¿Pesar del Conde os desvela?
CLAVELA.
 Con vos no ha de haber cautela;
 Y pues ya lo mas sabeis,
 ¿Veis el aborrecimiento
 Que al Conde he mostrado, Oton?
 ¿Veis que arriesgo mi opinion,
 Huyendo mi casamiento,
 Rebelde, por resistir
 Las armas con que pretende
 El amor con que me ofende?
 Pues mas hago eu reprimir
 Desvelos que han de vencer
 Al cabo.
CASIMIRO. (Ap.)
 ¿Ay piadosos cielos!
 ¿Esto es verdad?
DON RODRIGO.
 (Ap. Viles celos,
 ¿Esto venimos á ver,
 Y me dejais con la vida?
 ¿Ay esperanza engañada,
 Tan despacio conservada,
 Y tan aprisa perdida!)
 Pues si queréis bien al Conde,
 Y su valor y grandeza
 Con vuestro estado y riqueza
 Igualmente corresponde,
 Señora, y el duque Arnesto
 Vuestro hermano, os ha pedido
 Que le admitais por marido;
 Siendo el medio tan honesto,
 ¿Porqué le habeis despreciado,
 Y vuestro rigor le ofende?
CLAVELA.
 Porque por armas pretende
 Lo que se ha de hacer de grado.
 Amor se cobra por plazos
 (Como censo), por desvelos,
 Suspiros, penas, recelos;
 Pero no á fuerza de brazos;
 Que es dios, y ha de poder mas.
 Si el Conde querer supiera,
 Menos armado viniera;
 Que no se rindió jamás
 Cupido á Marte, y es loco
 Quien inquieta su sosiego;
 Que amor, del modo que el fuego,
 Se introduce poco á poco.
 A fe que si por despojos
 De vuestra vitoria, Oton,
 En prueba de su aficion,
 Trujérades á mis ojos
 Al Conde preso y rendido,
 Que sospecho de mi amor
 Que viéndose vencedor,
 Se sujetara al vencido.
 ¡Ay Oton! si en lugar vuestro
 El Conde me oyese....
CASIMIRO. (Ap. con Floro.)
 Floro,
 ¿Diré á voces que la adoro?
 ¿Daré del gozo que nuestro
 Señales? ¿Diré quién soy?

Calla.

FLORO.

CASIMIRO.

¿Qué espero? ¿qué aguardo?

CLAVELA.

¿Hay príncipe mas gallardo
Que el Conde en el mundo hoy?
Del Imperio es elector,
Y pretendiente también.

DON RODRIGO.

En fin, vos le quereis bien,
Que es la ventura mayor.
(Ap. ¡Ay de mí!)

CHINCHILLA.

(Ap. ¡Que el cielo esté

Echando chuzos aquí,
Y se estén los dos así,
Sin por qué ni para qué!
Maldiga Dios tal paciencia.
Aquesto va muy despacio;
Alhorotar á palacio
Quiero, fingiendo pendencia.
Meto mano.) Perro, advierte
(A voces, dando cuchilladas al viento.)
Que es de Chinchilla esta espada. —
Muere. — Desta cuchillada,
Le espeto. — ¡Ay! — Dile la muerte.

CLAVELA.

¿Qué ruido es este? ¡Ay cielos!

CHINCHILLA.

Muera.

CLAVELA.

Oton, mirad por vos,
Y guardad secreto.

DON RODRIGO.

Adios.

(Vase.)

ESCENA VIII.

CLAVELA, á la ventana; CASIMIRO, FLORO.

CLAVELA.

Yo he dado gentiles celos
A Oton, y quizá por ellos
Mudará de parecer;
Que no querrá pretender
De Diana los ojos bellos,
Compartiendo con el Conde;
Mas ¿qué os aprovecha, Amor,
El ser vos enredador,
Si un imposible os responde
Que no puedo, aunque á mi hermano
Adore, ser su mujer?
Mas diréis que quereis ser
El perro del hortelano.

(Quítase de la ventana.)

ESCENA IX.

CASIMIRO, FLORO.

CASIMIRO.

¿De qué sirve el encubrirme?
¡Ah mi Condesa! ¡ah mi bien!
Luz esos ojos me den.
El Conde soy; á rendirme
Vengo á esos pies. Yo fui necio
En pretender conquistáros
Por armas: con adoraros
Por sol de divino precio,
Con veros no mas, Diana,
Pudiera alegre vivir:
Solo por mí sé decir
Que fué cólera alemana.
Mas, mi bien, yo aguardaré
Besde aquí, si he sido loco,
Un año, un siglo, y es poco.

FLORO.

Aqueso sí; cansaté;
Que una hora há que se quitó
De la reja la Condesa.

T. V.

CASIMIRO.

O muros, ¿cómo no os besa
Quien en vosotros oyó
Tal favor? ó rejas mías,
Cera sois, no hierro duro.

FLORO.

Deja las rejas y el muro,
Y mira que desvarias.

CASIMIRO.

Si la Condesa ha propuesto,
Viéndome á sus pies rendido,
Darme el nombre de marido,
Volveréme al duque Arnesto,
Y pediréle perdon;
Y cuando me le conceda,
Procuraré que interceda
Con la Condesa. Razon
Será que á los bellos pies
De Diana humilde pida,
O que me quite la vida,
O lo que mas cierto es,
Me dé con Oberisel
La gloria que merecí.

FLORO.

¿Quieres que nos ramos?

CASIMIRO.

Sí.

Desata, Floro, el batel.
¿Que intenté con mano armada
Venceros, viuda constante?
¡Mal haya, amen, el amante
Que quiere mujer forzada!

(Vanse.)

ESCENA X.

DON RODRIGO, CHINCHILLA. — CASIMIRO, dentro.

DON RODRIGO.

¡Vive Dios! si no mirara
El amor que me has tenido
Y lo mucho que te debo,
Loco, necio, sin juicio,
Que te cortara las piernas,
Y sirvieras de castigo
Y vengauza á mis agravios.

CHINCHILLA.

¿Así se pagan servicios?
¿Qué te he hecho?

DON RODRIGO.

¿Qué, cobarde?

Fingir, borracho ó dormido,
Cuando estoy con la Condesa,
Pendientes vanas.

CHINCHILLA.

¡Bonito

Soy yo para fingimientos!
¿Qué habia de hacer, si vino
Al encuentro....?

DON RODRIGO.

¿Quién, borracho?

Dilo presto.

CHINCHILLA.

Vino el vino,
O un gigante con cien pies,
Doce brazos, mil colmillos,
Seis gaznates, diez quijadas,
Un ojo, y tres colodrillos.
Díjome: «Suelta la capa».
Respondile yo: «Hace frío».
Dióme una cox, y dejéme
La chinela en el ombiligo;
Eché mano.....

DON RODRIGO.

Calla, infame.

CASIMIRO. (Dentro.)

Adios, palacios propicios,
Donde vive mi Condesa;
Que ántes de un mes Casimiro

Será su dichoso dueño.

Boga, Floro.

DON RODRIGO.

¡Ay Dios! ¿Qué he oído?

¿Dijo Casimiro?

CHINCHILLA.

Sí,

Casimiro la voz dijo.

DON RODRIGO.

¿Luego Casimiro ha estado
Aquí?

CHINCHILLA.

¡Y cómo! Todo ha sido
Encantamientos; que andan
Estantiguas ó estantiguos.

DON RODRIGO.

¿Si vino á hablar la Condesa,
Llamado, el Conde atrevido?
Mas pues aquí le aguardaba,
Llamado por ella vino.
¡Oh altanera presuncion!
¿Qué presto por vos imito
A Luzbel en el caer
De la altivez de mi mismo!

ESCENA XI.

LA CONDESA, á la ventana. — DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CONDESA. (Ap.)

Voces oigo en el terrero,
Y á esta ventana he sentido
Hablando no sé yo á quién.
Desvelos y desatinos
Engañan mi pensamiento.
¿Cómo, Amor, si os pintan niño
No dormis? cómo si viejo
Tencis de mozo los brios?

DON RODRIGO.

Alto, pensamientos locos,
Hagamos cuenta que ha sido
Lo que por mí pasó, un sueño;
De la memoria os despido.
La Condesa es muy discreta;
Casimiro, el conde, digno
De su hermosura y Estados;
Gócense años infinitos;
Que á Clavela por hermosa,
Por hija de un padre rico,
Por discreta y principal,
Desde aquí otra vez elijo.
¿Declararéle quien soy?
¡Ay cielos!

CONDESA. (Ap.)

Entre suspiros

Oigo quejas lastimadas,
Aunque el por qué no percibo.
¿Quién será? ¡Válgame el cielo!

CHINCHILLA.

Escucha; que aun no se ha ido
Tu dama de la ventana;
Que la luz que por resquicios
De nubes nos da la luna,
Nos muestra lejos y visos
De una dama en embrión.

DON RODRIGO.

¿Mi dama? ¿Qué dices?

CHINCHILLA.

Digo

Que habemos de amanecer
Como besugos.

DON RODRIGO.

Si es ido

El Conde, ¿qué aguardará
La Condesa?

CHINCHILLA.

Un romadizo.

(Don Rodrigo se acerca á la ventana, y
Chinchilla se arrima á una pared.)

DOÑ RODRIGO.
¡Ah de la reja!

CONDESA.
¿Quién llama?

DOÑ RODRIGO.
¿Cómo habeis desconocido
A Oton, que ahora os hablaba?
¡Tanto rigor! tanto olvido!

CONDESA. (Ap.)
¡Oton aquí y á tal hora,
Y que hablaba en este sitio
Con dama de mi palacio!
¿Qué es aquesto, celos míos?
Fingirme Clavela quiero.
Amor, ¿tan en los principios,
En celos vais dando de ojos?
¿Qué haré yo, pobre, que os sigo?

DOÑ RODRIGO.
¡Ya, señora, no me habláis?

CONDESA.
Si no os hablo, hermano mio,
Es porque estoy enojada
Con vos, y mucho he sentido
Que con vuestras dilaciones
Pinabel pierda el sentido.
Entre esperanzas dudosas.
Perdonadme si esto os digo;
Que la vergüenza á la noche
Licencia, Oton, ha pedido.

DOÑ RODRIGO.
¿Cómo! ¿pues sois vos Clavela?

CONDESA.
Clavela soy, que he venido
A entreteuer esperanzas
De quien padece el martirio
De un año de noviciado.
Sin ser en amor novicio.
Aquí á Pinabel espero.

DOÑ RODRIGO.
¿Queréisle mucho?

CONDESA.
Infinito;
Que es muy galán Pinabel,
Muy discreto y bien nacido.

DOÑ RODRIGO.
Alto, pues; si eso es así,
Desde aqueste lugar mismo
Me parto, por desdichado,
Al desierto del olvido;
Mas porque sepáis primero
Las desgracias que han seguido
Mi suerte desde la cuna,
(¡Ojalá que hubiera sido
Mi sepulcro juntamente!)
Yo no soy (verdad os digo),
No soy vuestro hermano Oton.

CONDESA.
¿Cómo! ¿Estais en vos?

DOÑ RODRIGO.
Perdido
Estoy; mas esto es verdad.
Madrid, corte de Felipe,
Clavela, es mi patria ingrata,
Y mi nombre don Rodrigo
Giron: de reyes deciendo,
No obstante que el cielo quiso
Hacerme tan desdichado,
Señora, cuan bien nacido.
Tengo un hermano mayor
Con un mayorazgo rico,
De quien cobraba alimentos
Muy cortos y muy reñidos.
Tratábame mal mi hermano;
Sufríle mil desatinos,
Por ser menor y mas pobre;
Mas como no es infinito
El sufrimiento en un hombre,
Acabóse en fin el nido

Descompúsose una vez
Demasiado; reñimos,
Sin ser bastantes terceros;
Con que dejándole herido,
Fué fuerza salir de España,
Pobre y desaperehido.
Vine á Flandes confiado
En cartas de deudos míos
Para el archiduque Alberto;
Llegué á Momblan de camino;
Tuvistesme por Oton,
Que si me es tan parecido
En desdichas como en cuerpo,
Poco su fortuna envidio.
Portiastes de manera,
Liberio que era su hijo,
Y vos que era vuestro hermano,
Que obligado y persuadido
De porfias y pobreza,
La necesidad me hizo
Contemporizar con todos.
Yo, Clavela, os he querido
De modo, que he dilatado
La boda, como habeis visto,
De Pinabel, siendo yo
Aquel caballero mismo
Que fingi esperar de España;
Bien que intentos atrevidos
Me prometieron quimeras,
Que por serlo, no las digo.
Pero pues á Pinabel
Amáis, como me habeis dicho,
Y yo que soy caballero,
Engañaros no permito,
A España quiero volverme;
Que si en ella y aquí he sido
Desdichado; mal por mal,
Moriré entre mis amigos.
Adios, mi fingida hermana.

CONDESA.
Esperad. (Ap. ¿Cielos benignos!
Detenédmele.) No os vais;
Que ya seais don Rodrigo,
Como decís, ó ya Oton,
Con juramento os afirmo
De no amar á Pinabel;
Antes si sé y averiguo
Que no soy hermana vuestra,
Os daré de esposo mio
Mano y palabra, á pesar
De desdichas y peligros.

DOÑ RODRIGO.
Clavela, ¿será esto cierto?

CONDESA.
Como el volar sucesivo
El tiempo: como el correr
Para su centro los rios.

DOÑ RODRIGO.
Pues, querida esposa, adios.

CONDESA.
Adios, esposo querido.
Fingid que sois vos mi hermano.

DOÑ RODRIGO.
Solo en amaros no finjo.

CONDESA. (Ap.)
Porque no se me ausentase,
Quimeras le he prometido,
Que no cumplirá Clavela,
Si yo puedo.

DOÑ RODRIGO.
Adios.
Ducño mio,

CONDESA.
Adios, mi español.
(Ap. Amor, deste laberinto
Me sacad.)

DOÑ RODRIGO.
Chinchilla, vamos.

CHINCHILLA.
Por Dios, que me había dormido.

ACTO TERCERO.

Sala de palacio.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, CLAVELA.

CLAVELA.
Mucho madrugas.

CONDESA.
Clavela,
Tengo bastante ocasion.

CLAVELA. (Ap.)
Si es la que el alma recela,
Cuidados serán de Oton,
Que á mi también me desvela.

CONDESA.
¿Qué dices?

CLAVELA.
Que Pinabel,
En cuya ausencia suspiro,
Es con mi sueño cruel,
Como tú con Casimiro.

CONDESA.
Hoy te has de casar con él.

CLAVELA.
¿Cómo, señora!

CONDESA.
No es justo
Que Oton haga tanto daño
A la esperanza y al gusto,
Que quiera que aguarde un año,
Conociendo tú el disgusto
Que causa su dilacion.
Esto pide Pinabel.

CLAVELA.
Sí; mas mira....

CONDESA.
No es razon
Que cuando tú seas Raquel,
Quiera ser Laban Oton,
De un Jacob enamorado;
Pues ni hay Lia, ni paciencia,
Ni es Oton suegro pesado;
Aunque poca diferencia
Irá de un suegro á un cuñado.
Yo he conocido el pesar
Que á ti también te atormenta,
Y acabas de confesar;
Y pues corre por mi cuenta,
Hoy te le pienso aliviar.

CLAVELA.
Sí; mas ¿la palabra dada
A Don Rodrigo Giron....?

CONDESA.
¡Oh, lo que pecas de honrada!
En viniendo, dirá Oton
Que fuiste por mi forzada
A casarte.—¿Dónde vas?

CLAVELA.
Voy á traerte los guantes.

CONDESA.
Hoy la mano le darás.

CLAVELA. (Ap.)
Daréla á la muerte ántes.
Clavela, á morir: no hay mas. (Vase.)

ESCENA II.

LA CONDESA.

¿Que no ha de bastar valor
Para resistir desvelos?
Pero entre espinas de celos,
¿Cuándo sosegó el amor?
Quiero dormir, y es peor,
Pues si goza mi cuidado,

Durmiendo, el sabroso estado
Que intenta mi atrevimiento,
Despierto, y da mas tormento
El bien despues de soñado.
¿Que con fuerza tan extraña
Un español me avergüence?
Pero ¿qué no rinde y vence
La gala y valor de España?
Si con una ilustre hazaña
No volveis por vos, honor,
Decilde á vuestro temor
Que os ha un español rendido;
Pues es honra del vencido
La opinion del vencedor.
¿No es noble el español? — Sí;
Mas ¡ay esperanza necia!
Quien á un principe desprecia,
¿Se rinde á un vasallo así!
Yo me acuerdo que lei
Que con ánimo constante,
A un leon, á un elefante
Rinde un pequeño animal:
Venza pues con honra igual
A un loco conde mi amante.

ESCENA III.

DON RODRIGO. — LA CONDESA.

DON RODRIGO.
A que firme las libranzas
Que me mandó Vuexcelencia,
He venido á su presencia.
(Ap. ¡Ay difuntas esperanzas!)

CONDESA.
¿Libranzas traeis, Oton?
(Ap. ¡Ojalá en ellas hallara
Libranza yo, que librara
Mi afligido corazón!)

¿Cómo venis tan temprano?
DON RODRIGO.
Porque me han dicho, señora,
Que por imitar la aurora,
Al sol ganastes de mano,
Levantandós antes que él.

CONDESA.
Oton, no puedo dormir.

DON RODRIGO.
Teneis mucho que advertir;
Que el regir á Oberisel
No da cuidado pequeño.
(Ap. Un mal tenemos los dos.)

CONDESA.
Dadme algun remedio vos,
Si le sabeis, para el sueño.

DON RODRIGO.
No le hay para esas ojeras,
Sino es que le den los cielos,
Porque no dan sueño á celos
Jarabes de adormideras.

CONDESA.
¿Celos yo?

DON RODRIGO.
Quien tiene amor,
Mal sin celos vivirá.
Como el Conde ausente está,
Venturoso sucesor
Del Duque, harán lo que snelen
Los celos, que en los amores
Pintan con falsos colores
Pensamientos que desvelen
La mas segura lealtad;
Porque celos entre amantes
Son como los caminantes,
Que pocos cuentan verdad.

CONDESA.
(Ap. Clavela le habrá contado
Que amo al conde Casimiro.)
Oton, segun lo que miro,
Vos estais escarmentado
Del mal de los celos fiero.

DON RODRIGO.

¿Yo celos, señora mia?

CONDESA.
¿Qué sirve callar de día
Lo que de noche el terrero
Sabe, y vos decís en él?

DON RODRIGO.
¿Celos yo? No sé hasta aquí
De quien los tenga.

CONDESA.
Yo sí.

DON RODRIGO.
¿Vos? ¿De quién?

CONDESA.
De Pinabel.
DON RODRIGO.
¿No es amante de mi hermana?

¿Qué celos me puede dar?
CONDESA.
No lleguemos á apurar
Mas verdadero; que no es vana
Aquesta imaginacion,
Aunque vivais con cautela.

DON RODRIGO. (Ap.)
¿Mas qué le ha dicho Clavela
Que no soy su hermano Oton?

CONDESA.
Mañana se han de casar
Ella y Pinabel, sin falta.

DON RODRIGO.
¿Y si mi palabra falta?

CONDESA.
Por mí, no importa faltar
Una palabra.

DON RODRIGO.
Hela dado

A Don Rodrigo Giron,
Caballero de opinion,
Y á quien estoy obligado.

CONDESA.
Vos ¿no gustais que se haga,
Oton, este casamiento?

DON RODRIGO.
Quitando este impedimento,
Justo es que se satisfaga
A Pinabel, que es mi amigo.

CONDESA.
Pues si gustais, Oton, vos
De que se casen los dos,
Tambien gusta don Rodrigo.

ESCENA IV.

CLAVELA, con unos guantes en una
salvilla. — LA CONDESA, DON RODRIGO.

CLAVELA. (Ap. al salir.)
¿Tan de mañana mi hermano
Con la Condesa!

CONDESA.
¿Qué es eso?

CLAVELA.
Los guantes son. (Ap. Pierdo el seso.)

CONDESA.
Salte allá fuera.

CLAVELA. (Ap.)
¿Qué en vano

Entre mis sospechas temo!
¿Ay ciego y desuado dios!
(Da los guantes á la Condesa y se retira.)

ESCENA V.

LA CONDESA, DON RODRIGO.
CONDESA. (Calzándose los guantes.)
Mucho me espanto de vos,

Oton, que siendo el extremo
De cortesia, no hayais
En los ojos de una dama,
Que sé yo que os quiere y ama,
Visto lo que si estimais,
Os ha de estar mas á cuento
Que el amor que pena os da.

DON RODRIGO.
Señora, de ayer acá
Me ha mandado un pensamiento
Que no dé crédito á ojos.

CONDESA.
¿Por qué?
DON RODRIGO.
Porque prometieron
Lo que despues no cumplieron,
Dando principios á enojos.
Y mentir quien ama es mengua.

CONDESA.
Pues vos ¿cómo habeis sabido
Que esos ojos han mentido?

DON RODRIGO.
Porque lo dijo la lengua.

CONDESA.
No tengo por discrecion
Dar á la lengua mas fe
Que á los ojos, pues se ve
Por ellos el corazón.
Vos teneis poca experiencia
En ciencia de ojos.

DON RODRIGO.
Si tengo,
Gran señora, pues que vengo
A saber por experiencia
Lo que al conde Casimiro
Amais.

CONDESA.
¿En mis ojos?

DON RODRIGO.
Sí:
En ellos su dicha vi,
(Ap. Y en ellos mi muerte miro.)

CONDESA.
Alto; pues vos lo habeis visto,
Al Conde debo de amar.
(Ap. No quiero mas declarar
El ciego amor que resisto.)
¿No es galan el Conde, Oton?

DON RODRIGO.
Pues á vuestro amor se iguala,
¿Qué mas dicha? ¿qué mas gala?

CONDESA.
Mudemos conversacion.
No paseis mas adelante.

DON RODRIGO. (Ap.)
¿Qué querrá decir por esto
La Condesa?

CONDESA.
No me he puesto
Jamás tan estrecho guante.

DON RODRIGO. (Ap.)
¿En qué nueva confusion,
Alma, volvemos á entrar!

CONDESA.
No me le puedo calzar:
Calzádmelo vos, Oton.

DON RODRIGO. (Turbado.)
¿Yo, señora? Aqueso no;
Que os burlais.

CONDESA.
Acabad, necio,
Que es el cordoban muy recio,
Y no tengo fueras yo.

DON RODRIGO.
Pues tal dicha he merecido,
Gozarla y serviros quiero.
(Llega turbado, y se le cae la capa y el sombrero.)

CONDESA.
Alzad del suelo el sombrero. —
1.ª capa se os ha caído. —
¿Turbaisos?

DON RODRIGO.
Es Amor niño,
Y túrbase.

CONDESA.
¿Qué decis?
DON RODRIGO.
Que nunca, si lo advertís,
La turbacion tuvo aliño.

CONDESA.
¿Pues de qué os turbáis?
DON RODRIGO.
Es poco

Tocar la mano, señora,
Al sol, la luna, al aurora?
Si nieve entre llamas toco,
¿No es justa mi turbacion?

CONDESA.
Acabad ya, lisonjero.
DON RODRIGO.
Calzaros quiero primero
El dedo del corazon.

CONDESA.
¿Para qué?
DON RODRIGO.
Para obligalle
Con la lealtad que le enseño.

CONDESA.
Si el corazon tiene dueño,
¿De qué sirve sobornalle?

DON RODRIGO.
¿Dueño!

CONDESA.
El conde Casimiro.
DON RODRIGO.
No cabe el guante, señora.
(Ap. ¡Ay de mí!)

CONDESA.
Tirad agora.
DON RODRIGO.
Romperéle si le tiro....
(Ap. Al paso que mi esperanza:
Que aunque la barra tiró
Cuanto pudo, la rompió
Mi mortal desconfianza.)

CONDESA.
En fin, ¿me viene pequeño
El guante?

DON RODRIGO.
Cual mi ventura.
(Ap.) Que aunque igualarme procura
Con el valor de su dueño,
Es imposible alcanzalle.

CONDESA.
¿Quién hay, Oton, que no sepa,
Que para que un guante quepa,
No hay cosa como picalle?

DON RODRIGO.
Puede venir tan pequeño,
Que el picalle sea excusado.

CONDESA.
Dadme vos que esté picado;
Que vendrá sin duda al dueño.

DON RODRIGO. (Ap.)
¿Cielos! ¿es favorecerme
Esto, ó burlarse? — No sé.
¿Si necio presumiré
Que todo aquesto es quererme?
Pero si con la Condesa
Habló el venturoso Conde,
Si con él se corresponde,
Si ella misma lo confiesa,
¿Hay claridad mas oscura?
¿Hay oscuridad mas clara?

CONDESA.
(Ap. Amor que así se declara,

Ya toca en desenvoltura.
Yo volveré sobre mí.)
Oton, si el Conde viniera
Tan picado, que estuviera
Rendido y sujeto aquí,
Alcanzara por amante
Lo que por soldado no.
DON RODRIGO. (Ap.)
¿Ah cielos! ya declaró
La enigma oscura del guante.
Volvamos, loca porfia,
A casa la libertad;
Que es lo demas necedad.

ESCENA VI.

CLAVELA. — LA CONDESA, DON RODRIGO.

CLAVELA.
Albricias, señora mía.
CONDESA.
¿De qué? ¿Ha venido mi hermano?

CLAVELA.
No; mas tu esposo ha venido.
CONDESA.
¿Cómo? ¿Pues ha merecido
Ese título hombre humano,
Sino el Duque? Loca, necia....

CLAVELA.
El ver que le quieris bien,
Y que es público tambien
Que como á esposa te precia,
Y á darte la mano viene,
Me ha obligado á anticipar
El nombre que le has de dar,
Y él por tan seguro tiene.

CONDESA.
¿Hay hombre mas atrevido?
DON RODRIGO.
Si ha dicho Vuestra Excelencia
Que el venir á su presençia
Enamorado y rendido
Le ha de ser de mas provecho
Que armado con gente tanta,
¿Por qué le culpa, y se espanta?
Lo que deseaba ha hecho.

CONDESA.
No todo lo que se dice
Se desea siempre, Oton;
De la lengua al corazon
Hay mil leguas; contradice
La lengua al alma mil veces.
Vamos; que el Conde verá,
Si persuadido á eso está,
En los ojos, que son jueces
Del pensamiento, el rigor
De una enojada mujer;
Y á no estar en mi poder,
Y deslustrar mi valor,
Viniendo de paz, prendelle,
Yo le hiciera castigar.

DON RODRIGO. (Ap.)
¿Quién os sabrá contentar,
Mujeres?

CONDESA.
Yo voy á velle
Contra mi gusto. Esos guantes,
Porque del mio lo son,
Picad entre tanto, Oton,
Y no os asombren gigantes,
Pues torres la industria escala,
Sin reparar en su altura;
Que en mano de la ventura
Un pastor á un rey iguala. (Vase.)

ESCENA VII.

CLAVELA, DON RODRIGO.

DON RODRIGO. (Ap.)
¿Otra vez volveis, engaños,

A despertar mi sosiego?
¿Otra vez soplais el fuego
Que apagaron desengaños?
Eso no; ya el Conde vino
Anoche, y le prometió
Ser su esposo; oílo yo:
Lo demas es desatino.
Palabra me dió Clavela
De ser mi esposa: ¿qué aguardo?
CLAVELA. (Ap.)
Amor, ¿por qué me acobardo?
¿Declararme?

DON RODRIGO.
(Ap. ¿Hablaréla?)
Mi bien.....
CLAVELA.
¿Mi bien? No se llama
Así la hermana.

ESCENA VIII.

LA CONDESA. — CLAVELA, DON RODRIGO.

CONDESA.
¿Qué haceis
Los dos aquí? (A Clavela.) Ven conmigo.
CLAVELA.
(Ap. ¿Qué es esto, amor enemigo?
¿Siempre estorbos me poneis
Para declarar mi llama?)
¿Qué dices?

CONDESA.
Conmigo ven,
Y esta noche te preven
A dar la mano á quien te ama.
DON RODRIGO.
Señora.....

CONDESA.
Aqueste es mi gusto,
Y hoy se ha de ejecutar.
DON RODRIGO.
¿Pues será justo quebrar.....?
CONDESA.
Ya sea justo, ya sea injusto,
Esta noche te dispon
A dar esposo á tu fama;
Que ya yo he buscado dama
A Don Rodrigo Giron. (Vanse las dos.)

ESCENA IX.

DON RODRIGO.

«¿Que ya yo he buscado dama
A Don Rodrigo Giron?»
Pues ¿quién le dió comision,
Si no conoce á quien ama
Don Rodrigo, en prevenir
Dama para él? Mas Clavela
Mis secretos le revela,
Aunque procura fingir.
Siendo Don Rodrigo Oton,
Si la Condesa me ama,
Guardarás para dama
De Don Rodrigo Giron.
Pero ¿cómo puede ser,
Si Casimiro ha llegado,
Por la Condesa avisado,
A quien ya llama mujer,
Y una noche en el terrero,
Junto á la lengua del mar,
Le oí yo mismo alabar,
Arrogante y lisonjero,
Que le amaba la Condesa?
Ella misma ha confesado
Que toda el alma le ha dado;
Y pues ella lo confiesa,
No pasemos adelante,
Engañosas conjeturas.
Mas ¿cielos! ¿las picaduras
Y la pequeñez del guante...? —

No es afición, sino es sueño.
 ¿Hay mas confuso cuidado? —
 «Dadme vos que esté picado;
 Que yo haré que venga al dueño.»
 Todas estas muestras son
 Que se guarda, porque me ama,
 La Condesa para darme
 De Don Rodrigo Giron.

ESCENA X.

PINABEL, CHINCHILLA. — DON RODRIGO.

PINABEL.

Pues, Oton, ¿vos aquí tan melancólico,
 Cuando todo Momblian se regocija
 De ver á Casimiro tan gallardo,
 Que todo el mundo le echa bendiciones?
 Salid á recibir á quien ha sido,
 Si ahora vencedor, vuestro vencido.

DON RODRIGO.

No sé qué pesadumbres interiores
 Me tienen, Pinabel, desazonado
 Para cosas de gusto. El Conde venga
 Con bien, para que goce á la Condesa.

PINABEL.

Segun vos lo decís, mostrais que os pesa.

DON RODRIGO.

¿A mí pesar? ¿Por qué? — ¿Y han ya llega-
 A palacio?

PINABEL.

Ya están en la gran sala,
 Cercados de parientes y de amigos.
 Salió á recibir á la escalera
 Diana, entre la nieve de sus tocas
 Deshojando claveles la vergüenza,
 Que á verle se asomó por sus mejillas.
 Hincóse el Conde de rodillas luego,
 Diciéndole turbado: «Gran señora,
 Por imitar á Dios de todos modos,
 Si soberbio y armado me humillastes,
 Humilde y desarmado premio aguardo.
 Por preso vuestro vengo; que interese
 Servuestro esposo ya por vuestro pre-
 Ella entónces, no sé si desdeñosa, [so.]
 (Propiedad de mujer cuando mas quiere)
 Le dió la mano y dijo: «No permita
 Vuestra Excelencia, cuando está en su
 [casa,
 Hincar rodillas á quien mandar puede.»
 Y no dando respuesta á las razones
 Tocantes á su amor y alegres bodas,
 Alzando al Conde, de miralla ufano,
 Le dió lugar para besar su mano.

DON RODRIGO.

¿La mano le besó?

PINABEL.

Y al lado suyo
 Se entraron en la sala, donde un pliego
 Abrió del duque Arnesto, en que le ruega
 Se case con el conde Casimiro,
 Diciéndole que escribe al mismo punto
 Que se pone á caballo, porque quiere
 Venir á ser padrino destas bodas.

DON RODRIGO.

(Ap. Ea, juntaos, desdichas; venid to-
 En fin, ¿que la Condesa muestra gusto
 Con el dichoso Conde?

PINABEL.

¿Pues no es justo?

DON RODRIGO. (Ap.)

¡Ay vanas esperanzas malogradas!

PINABEL.

Aunque ocupada, Oton, con tantas cosas,
 Mira con tal cuidado por las mias, [che
 Que acaba de advertirme que esta no
 Quiere que dé la mano á vuestra her-
 [mana,

Responda ó no responda Don Rodrigo:
 Que gusta que á sus bodas se anticipen

Las mias, y á pesar de la mudanza,
 La posesion destierre á la esperanza.
 Y aunque querello la Condesa sobra,
 Estimo de manera vuestro gusto,
 Que no quiero sin él ninguna dicha;
 Puesto que ya debéis de estar cansado
 De dilaciones deste Don Rodrigo,
 Y el si le concedais por ser su amigo.

DON RODRIGO.

Pinabel, no há dos horas que una carta
 De Don Rodrigo tuve, en que me avisa
 Que en Momblian hade estar esta semana.
 Mirad ¿cómo os podré dar á mi hermana?

PINABEL.

Fácilmente podeis, si la Condesa
 Me desposa esta noche; que forzado,
 Ni podeis hacer mas, ni estais culpado.

DON RODRIGO.

[Flándes
 La Condesa, en sabiendo que está en
 Don Rodrigo Giron, no le hará agravio,
 Ni á mí me querrá dar tal pesadumbre.

PINABEL.

Siempre vos la mostrais en cosas mias;
 Y si por ser yo hermano del difunto,
 Os parece que sea yo heredero
 Del odio que le habeis, Oton, tenido,
 Podrá ser que lo sea en su venganza.

DON RODRIGO.

Habladme, Pinabel, con mas templanza.

PINABEL.

¿Qué templanza merecen vuestros lu-
 ¿ Vos entendeis que yo no los conozco?
 Ya sé que os prometéis sin fundamento
 Condados que soñais, y que perdida
 Está por vuestro talle alguna dama,
 Con quien haciendo al Conde compe-
 [tencia,

Pasais de la merced á la excelencia.

Tambien sé que el negarme á vuestra

Es porque imaginais no ser iguales [do
 Mis prendas á las vuestras; que un cñña-
 De un duque, potentado de Alemania,
 (Como vos soñais ser) querréis que sea
 Algun emperador, y aun será poco.

Quedaos para arrogante, necio y loco,

Que ni Clavella es digna de llamarse

Mi esposa, ni de vos hay que hacer caso.

Os sois loco de atar. (Vase.)

ESCENA XI.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

Deten el paso.
 Liebre, conejo, y triunfe la espadilla:
 Sabrás quién es el capitán Chinchilla.

DON RODRIGO.

Déjale; que padece el mismo daño
 Que yo. De celos muero, celos tiene;
 No me espanto que diga disparates.

CHINCHILLA.

Si no se va, por Dios que hay carambola.

Cambrones lleva bajo de la cola.

DON RODRIGO.

Voy á ver á Clavella; que si el Conde
 Viene á ser, como dicen, de Diana
 Amado dueño, con Clavella pienso
 El tropel aplacar de mis desdichas,
 Pues todas mis venturas son tan cortas.

CHINCHILLA.

Cuando hay falta de pan, buenas son tor-

[tas. (Vase.)

ESCENA XII.

CASIMIRO, FLORO, PINABEL.

PINABEL.

Diérale yo el bien venido

A Vuexcelencia, señor,
 Si hubiera para bien sido,
 Y no impidiera su amor
 Un loco desvanecido.
 Vuexcelencia cré que viene
 A gozar en esta empresa
 Dichas que por ciertas tiene;
 Pues si ama á la Condesa,
 Para gozarla conviene
 Dar primero muerte á Oton,
 Que es pesado impedimento
 De su justa posesion.

CASIMIRO.

¿Cómo así?

PINABEL.

Trae pensamiento
 (Que á esto llega su ambicion)
 De ser en Oberisel
 Conde.

CASIMIRO.

¿Oton?

PINABEL.

Oton, que loco
 Sital previene y dosel,
 Y todo lo juzga poco,
 No siendo debajo del
 Esposo de la Condesa.

CASIMIRO.

¿Pues tiene ella del memoria?

PINABEL.

Como en la pasada empresa
 De vos alcanzó vitoria,
 No le castiga, ni aun pesa
 A Diana de que intente
 Lo que imposible ha de ser,
 Y mas teniéndos presente.

CASIMIRO.

¡Ah mudanzas de mujer,
 Ya en menguante, ya en creciente!

¿Que Oton loco y arrogante,
 Osa hacerme competencia?
 El de la Condesa amante!
 No hay sufrimiento y paciencia
 Para agravio semejante.
 Matarle será mejor.

FLORO.

Advierte lo que hacer quieres.

CASIMIRO.

Esto conviene á mi honor.

¡Ah liviandad de mujeres!

Siempre escogeis lo peor.

PINABEL. (Ap.)

Así la arrogancia vana,
 Oton, sé yo castigar
 De una locura liviana.
 La vida te ha de costar
 No haberme dado á tu hermana.
 (Vase.)

ESCENA XIII.

LA CONDESA.

¿Es posible, rapaz ciego y desnudo,
 Cuando el seso por un español pierdo,
 Que á mis locuras se resista cuerdo,
 Y á mis palabras contradiga mudo?

Declarado se ha el alma cuanto pudo
 Permitir la vergüenza sin acuerdo.
 Si es español y amante, ¿cómo es cuerdo?
 Si amor habla por señas, ¿cómo es mudo?

Aquí está el Conde, el Duque viene á

verme,

Que quiere darme esposo aborrecido,

Y de pensallo la esperanza muere.

Decilde, amor, que acabe de enten-

Pero no se dará por entendido: [derme;

Que es peor sordo el que entender no

[quiere.

ESCENA XIV.

DON RODRIGO.—LA CONDESA.

DON RODRIGO.

Dicenme que Vuxcelencia
Me llama.

CONDESA.

¿Yo? ¿Para qué?

DON RODRIGO.

¿No? Luego yo me engañé.
Voime cou vuestra licencia.

CONDESA.

Ya que estais aquí, no os vais.
¿Cómo, si el Conde ha venido,
Y la causa habeis sabido,
El parabien no me dais?

DON RODRIGO.

Sea, señora, para bien.

CONDESA.

¿Qué breve me le habeis dado!
¿Habeis los guantes picado?

DON RODRIGO.

Si ya el Conde os quiere bien,
A quien sirvieron de enima,
¿Para qué los guantes son?

CONDESA.

Decis bien; tenéis razon.
Es vuestro ingenio de estima.
(Ap. Amor, declararme quiero.
Mas la lengua no osará,
Porque el temor le pondrá
Freno: á la industria prefiero,
Que es madre de la ocasion.)

DON RODRIGO. (Ap.)

¿Que así esta mujer pretenda
Burlarme, y que no lo entienda
Mi dudosa confusion!

CONDESA.

(Ap. Pintaba cierto discreto,
Retratando á la vergüenza,
Un billete que comienza
A descubrir su secreto;
Y yo para descubrir
Este secreto cruel,
Me he de valer de un papel.)
Traed recado de escribir.

DON RODRIGO.

Voy por él.

CONDESA.

¿No es gran crueldad

Gallar el enfermo triste,
Si en el principio consiste
La mayor dificultad?
Animo imposibles vena;
Que si es el comenzar
La mitad del negociar,
Lo mas hace el que comienza.
(Saca Don Rodrigo recado de escribir.)

DON RODRIGO.

Aquí está lo necesario
Para escribir.

CONDESA.

La opinion
Que de vuestra discrecion
Tuve siempre, secretario,
Me obliga á fiar de vos
Cosas de honor y recato,
Y lo que aquí veis que trato,
Querría que entre los dos
Se quedase.

DON RODRIGO.

Por mi parte

Seguro el secreto está.

CONDESA.

El Conde ha venido ya,
El Duque á casarme parte.
El deseo y la ocasion
Ahora ofrecen lugar,

Que despues han de estorbar
Mi hermano y la dilacion.
El asegurarla es bien.
¿No os parece?

DON RODRIGO.

El fin espero.

CONDESA.

Un papel escribir quiero
Por vos, á quien quiero bien.

DON RODRIGO.

¿No es al Conde?

CONDESA.

Es, y no es.

DON RODRIGO.

¿Es y no es, gran señora?

CONDESA.

Si, porque no es conde ahora;
Pero serálo despues.

DON RODRIGO.

No entiendo esa enima yo.

CONDESA.

El papel os la dirá.

DON RODRIGO. (Ap.)

¿Cielos! esto ¿qué será?

CONDESA.

Comenzad.

DON RODRIGO.

Si os escribió

Vuestro hermano, el duque Arnesto,

Que por esposo admitais

Al Conde, ¿de qué dudais?

CONDESA. (Ip.)

¿Que aun no me entienda con esto!

¿Hay desventura mayor!

DON RODRIGO.

«¿Es y no es?» ¿Qué contrario

Modo de hablar!

CONDESA.

Secretario,

No es para bobos amor.

Poco despuntais de agudo.

DON RODRIGO.

Indignos merecimientos
Acohardan pensamientos.

¿Dichoso el Conde, que pudo

Llamarse, desde que viuo,

Esposo vuestro!

CONDESA.

¿Eso ya?

DON RODRIGO.

Poco ménos.

CONDESA.

De aquí allá

Hay mil leguas de camino.

DON RODRIGO.

¿Luego no le amais?

CONDESA.

Yo..... sí.

DON RODRIGO.

¿Pues qué leguas puede haber?

CONDESA.

¿Qué quereis? ¿No puede ser

Que Dios lo estorbe?

DON RODRIGO.

Es así.

CONDESA.

Pues no pierda la esperanza

El que la puede tener.

DON RODRIGO.

(Ap. ¡Válgate Dios por mujer,
Por amor y por mudanza!)

Señora....

CONDESA. (Ap.)

Aquí se declara.

DON RODRIGO.

¿Tendria algun fundamento

Mi atrevido pensamiento,
Si viéndos, imaginara
Que al Conde soy preferido?

CONDESA.

¡Vos! ¿Tan galan os pintais?
Arrogante y necio andais.
Sois un bárbaro atrevido.

DON RODRIGO.

(Ap. ¡Oh, nunca yo hubiera hablado!)
Suplicós me perdoneis.

CONDESA.

Escribid; que bien sabeis
Lo que há que estais perdonado,
Y en lo que os estimo y precio.
(Ap. Hombre que ha dudado ya
Que le quiero bien, será
Si me pierde, un grande necio.)

DON RODRIGO. (Ap.)

Entre miedos y esperanzas,
Me traeis, amor sutil,
Puesta mi vida en el fil
Destas dudosas balanzas.
¿Qué pensais hacer de mí?
¿Tuvo mas dudas Teseo
En su intrincado rodeo?

CONDESA.

¿No escribis?

DON RODRIGO.

Señora, sí.

CONDESA. (Dictando.)

Mi bien...

DON RODRIGO.

¿Señora!

CONDESA.

No os llamo,

Sino digo que escribais

Mi bien.

DON RODRIGO. (Escribiendo.)

Tierna comenzais.

CONDESA. (Dictando.)

Con tan grande extremo os amo....

DON RODRIGO. (Escribiendo.)

Os amo.

CONDESA.

¿A quién amais vos?

DON RODRIGO.

Os amo he puesto, señora.

CONDESA.

¿A mí?

DON RODRIGO.

Yo repito ahora

Lo que he escrito; aunque, por Dios,
Que si haceis los ojos jueces,
Ellos dirán mi delito.

CONDESA.

Poned os amo.

DON RODRIGO.

Ya he escrito...

CONDESA. (Dictando.)

Os amo yo.

DON RODRIGO.

¿Tantas veces?

CONDESA.

¿Qué se os da á vos que sean tantas?

DON RODRIGO. (Ap.)

Entre esperanzas, desvelos,
Tantas dudas, tantos celos,
Ciego amor, ¿por qué me encantas?

CONDESA. (Dictando.)

Que por ver si me amais vos,
Dando á mis cuidados fin,
A las doce en el jardín
Seré vuestra esposa. Adios.

DON RODRIGO.

Escrito está ya.

CONDESA.

Oton, habeis vos de ser.

DON RODRIGO.

¡Dichoso quien merecer
Pudo tanto, que es primero!

CONDESA.

Cerralde. Bien está así.
Y daréscle... ¿Entendeis...?

DON RODRIGO.

Si, señora.

CONDESA.

A quien sabeis
Que me quiere mas que á sí. (Vase.)

ESCENA XV.

DON RODRIGO.

«¿A quien sabeis que me quiere
Mas que á sí?» Luego soy yo.
Pero ¿por qué me escribió,
Si á mí en su amor me prefiere?
¿No me hablara, si es que muere
Del mal que muero? Mas venza
Un papel, pues que comienza
A ser de mi amor la suma,
Porque en los nobles, la pluma
Es lengua de la vergüenza.
Pero no será; ay de mí!
Sino el Conde á quien escribe;
Que si por amarla vive,
Amará mas que á sí.
Pero ¿cómo será así?
Si aguarda al Duque su hermano,
Solo para dar la mano
Al Conde, ¿cielo! ¿á qué fin,
Llamándole á su jardín,
Quiere hacer su amor liviano?
Por ella el Corde ha venido;
Que le quiere ha confesado;
Y querrá, pues fué el llamado,
Hacerle hoy el escogido.
Pero si fuera querido,
Preguntada, respondiera
Que le amaba, y no dijera
Aquel *es y no es* dudoso.
¿Hay mar mas tempestuoso
Con mas confusa ribera?
No es posible, ni imagino,
Que á Casimiro escrito ha,
Pues dijo que de aquí allá
Hay mil leguas de camino.
¿Pues qué! ¿diré que soy dino
De gozalla yo? ¿Ay de mí!
Que aquí la sentencia oi
De mi arrogante interés.
Decidme, cielos, ¿quién es
Quien la quiere mas que á sí?

ESCENA XVI.

CASIMIRO, FLORO.—DON RODRIGO.

FLORO. (Hablando con el Conde aparte.)

Aquí está Oton; pero mira
Primero lo que has de hablar.

CASIMIRO.

No hay que advertir ni mirar;
Que no tiene ojos la ira.

DON RODRIGO. (Ap.)

El Conde ha venido aquí:
Decid, oscuro papel,
¿Sois para mí ó para él?
¿Quién la quiere mas que á sí?

CASIMIRO.

Oton....

DON RODRIGO.

Gran señor....

CASIMIRO.

En vos

Sé yo que tuve un testigo,
Cierta noche que conmigo
Fué piadoso el ciego dios,
De la mucha voluntad
Con que, estando ausente yo,
A mi amor favoreció
La Condesa.

DON RODRIGO.

Así es verdad.

CASIMIRO.

¿Ella no os lo dijo?

DON RODRIGO.

Sí.

CASIMIRO.

Tambien habréis visto, Oton,
De mi larga pretension
Que la quiero mas que á mí.

DON RODRIGO.

Si mas que á vos la quereis,
Aunque mi mal solícito,
A vos viene el sobre escrito...

CASIMIRO.

Esto mejor lo sabeis
Que yo, pues que lo confiesa
Diana.

DON RODRIGO.

Digo que sí.

Quien la quiere mas que á sí,
Sois vos, y así la Condesa
Os escribe este papel.

CASIMIRO.

¿Para mí?

DON RODRIGO.

¡Pluguiera á Dios

Que no fuera para vos!

CASIMIRO.

(Ap. Engañóme Pinabel.)

¿Que es de la Condesa?

DON RODRIGO.

Sí;

Mandóme que le escribiese,
Y que yo mismo le diese
A quien la ama mas que á sí.
Y pues vos venis por él,
Y esas señas me habeis dado,
Vos, Conde, sois el llamado.
Gozad dichoso el papel.

(Dásele y se aparta del Conde.)

CASIMIRO. (Ap.)

¿Qué ois, confusos deseos?

DON RODRIGO.

¡Ay de quien se ha de matar,
Si el Conde llega á gozar
La gloria de sus empleos!

CASIMIRO.

Floro, mira si estoy loco.

FLORO.

De cólera y sin razon
Lo estabas poco há.

CASIMIRO.

Perdon

Le pido. En tiempo tan poco,
¿Tal premio mi amor recibe?

FLORO.

Aun no has llegado á saber
Lo que dice.

CASIMIRO.

Quiero ver
Lo que mi Condesa escribe.

(Lee para sí.)

DON RODRIGO. (Ap.)

Si no sois, Clavela, vos
Saludable contrayerba
Contra la ponzoña acerba
De estas desdichas, por Dios
Que muero infelizmente.

CASIMIRO. (Acabando de leer.)

Dando á mis cuidados fin,
A las doce en el jardín,
Seré vuestra esposa. Miente
Quien dice que la mujer
Es liviana, es inconstante;
Que es bronce, mármol, diamante,
Y mas firme viene á ser.
Diana es la discrecion,
La hermosura, la nobleza,
La gracia y la gentileza,
El donaire, la sazón....

FLORO.

Señor, basta.

CASIMIRO.

Oton leal,

Mi Estado es tuyo desde hoy;
Tú eres el Conde, yo soy
Mucho ménos que tu igual.
Dame los brazos, los piés....
Pero todo aquesto es poco.
Dame....

FLORO.

Señor, ¿estás loco?

CASIMIRO.

¿No lo he de estar? ¿no lo ves?
Llegó mi ventura al fin.
Ven; que el amor me da prisa.

FLORO.

¿Dónde?

CASIMIRO.

A ver á mi Condesa,
Que me aguarda en el jardín.
(Vanse Casimiro y Floro.)

ESCENA XVII.

DON RODRIGO.

¡Cielos! ¿á ver su Condesa
Que le aguarda en el jardín?
¿Que la ha de gozar, en fin,
Aunque la adoro, y me pesa?
¿Que tanto bien interesa
Por la letra de un papel,
Que levó su dicha en él,
Estando mi suerte en duda
Nunca el Conde á verla acuda,
Si el Conde no es dueño del.
Si viene el Duque mañana,
¿Qué prisa, cielos, es esta?
Necio he sido; no hay respuesta,
Porque á no querer Diana
Que yo la ocasion gozara,
Y el papel para mí fuera,
Por su mano le escribiera,
Y con otro le enviara.
El Conde ha de ir á las doce,
Como el papel lo advirtió;
Anticipáreme yo
Luego, porque no la goce,
O moriré si me engaño
En saber que soy querido.
Amor, ya que necio he sido,
Suelde la industria este daño.

ESCENA XVIII.

CHINCHILLA.—DON RODRIGO.

CHINCHILLA.

En todo este santo día
No te he visto.

DON RODRIGO.

Ni podrás

Agora.

CHINCHILLA.

Pues ¿dónde vas?

DON RODRIGO.

¡Ayuda, presteza mía!—
Aguárdame en el terrero

CHINCHILLA.

Tres días há que no cenas
Ni comes.

DON RODRIGO.

Maujar de penas
Es solo el que busco y quiero.

CHINCHILLA.

¡Anda bueno el dios machin!
¿Dónde vas con tanta prisa?

DON RODRIGO.

Voy.....

CHINCHILLA.

¿Vas.....?

DON RODRIGO.

A ver mi Condesa
Que me aguarda en el jardín. (Vase.)

CHINCHILLA.

El se fué á mudar vestido,
Y yo me habré de quedar,
Como suelo, á repasar
Cuentas de lo que he bebido.
¡Válgate el diablo, el terrero,
Lo que das en perseguirme!
Pues ¿si tengo de dormirme?
Pues si chero, pues no chero. (Vase.)

Vista exterior del jardín de la Condesa.—Noche

ESCENA XIX.

CASIMIRO, FLORO

CASIMIRO.

¿No son las doce?

FLORO.

Ni las diez.

¿Las cuántas?

CASIMIRO.

Quien ama, cuenta
Horas, amor, de relojes
Que cuestan caro si mienten.
Sabes tú que la Condesa,
Con ver que su hermano viene
Con tanta prisa á casarme,
Un día esperar no puede,
Y que esta noche me manda
La venga á ver, ¿y tú quieres
Que aguarde la flema yo
De un reloj, porque se hiele,
Y por no dar, no reciba
Mi amor el premio que tiene
Tan cierto! La diligencia
Siempre gana y nunca pierde.

FLORO.

En fin, ¿á entrar te dispones?

CASIMIRO.

A entrar me dispongo. Vete.

FLORO.

¿Quieres que te aguarde aquí?

CASIMIRO.

No, porque si pasa gente,
Darás lugar á malicias.

FLORO.

Guíete el amor, si puede
Un ciego guiar á otro. (Vase.)

ESCENA XX.

CHINCHILLA.—CASIMIRO.

CHINCHILLA. (Ap. al salir.)

Mi señor sin duda es este.

CASIMIRO.

Allí está la cerca baja:
Trepaudo por los laureles
Que están pegados al muro,
Podré saltar facilmente.

CHINCHILLA.

(Con recato al Conde, desde lejos.)
¡Ah, señor! ¿uo me conoces?

CASIMIRO. (Sin oír á Chinchilla.)

Noche propicia y alegre,
No salga en un año el sol
En los brazos de su oriente,
Porque ni mi amor estorbe,
Ni mi silencio despierte.
¡Dulce esposa! ¿que en tus brazos
Antes de un hora he de verme? (Vase.)

CHINCHILLA.

¡Ah, señor! señor! — Zampóse.
Si la Condesa le quiere,
Y entra á gozalla, no dudo
Que Don Rodrigo ha de hacerme,
En casándose con ella,
Archibodeguero siempre,
Y de Lucrecia, Tarquino.

ESCENA XXI.

DON RODRIGO.—CHINCHILLA.

DON RODRIGO. (Sin ver á Chinchilla.)

Si era para mí el billete
Y necio al Conde le di,
Goce su amor en papeles,
Y yo por obra advertido,
Mi cortedad necia enmiende.
Dos horas antes del plazo
Vengo; y si Diana duerme,
(Que con amor no es posible)
Mis suspiros la despierten.
Vos, jardín, habeis de ser
Tálamo amoroso y verde
De mis dichas. Subir quiero.

CHINCHILLA. (Ap.)

Hácia mí un gigante viene.
¡Válgame Dios! ¿Que haya santos
Abogados de los dientes,
De las tripas, de la ijada,
De las bubas y la peste,
Y no haya santo abogado
Del miedo que un hombre tiene!
Pero no hay santo cobarde;
Que quien se salva es valiente.

DON RODRIGO.

¡Hola! ¿Quién va?

CHINCHILLA. (Ap.)

Ya me ha visto.

DON RODRIGO.

¿Quién sois? ¡Hola!

CHINCHILLA.

Quien quisiere,
Porque á los hombres de paja
Cualquier nombre les conviene.

DON RODRIGO.

¿Sois señor, ó sois criado?

CHINCHILLA.

Criado he sido tres veces:
Una de Dios; de mi madre
Otra, que me dió su leche;
Y otra (que nunca lo fuera)
De un amo que aquí me tiene,
Mientras se calienta él,
Como cantimplora en nieve.

DON RODRIGO.

¿Es Chinchilla?

CHINCHILLA.

¿Es Don Rodrigo?

DON RODRIGO.

¡Borracho!

CHINCHILLA.

¿Tan presto vuelves?

Cortos fuéron los oficios;
Amante eres diligente.
Pero pues tan presto sales,
Algo ha habido. ¿Qué hay? ¿qué tienes?
¿Hante sentido en palacio,

O la viuda no te quiere?

DON RODRIGO.

¿Estás borracho? ¿Qué dices,
Que tantas cosas revuelves
Unas con otras?

CHINCHILLA.

¿Qué digo?

¡Bueno será que lo niegues!
¡No acabas de entrar ahora,
Por entre aquellos laureles,
Al jardín de la Condesa?

DON RODRIGO.

¿Yo?

CHINCHILLA.

No, sino el inequetrefe.
¿Pidote yo la alcabala?
¿Vengo por los alquileres,
Que me niegas lo que he visto
Por estos ojos ó ojetes?

DON RODRIGO.

¿Hombre hay dentro del jardín?

CHINCHILLA.

Hombre y tan hombre, que viene
A mostrar que es para hombre.

DON RODRIGO.

¡Ay cielos! el Conde es este.
¿Tú le viste entrar?

CHINCHILLA.

Yo mismo,
No há un cuarto de hora, y dejéle
Porque pensé que eras tú.

DON RODRIGO.

¡Oh celos! ¡Oh amor alevé!
Yo tengo la culpa, yo,
Y pues la tengo, no quede,
Vida en mí tan desdichada.
Mas vale darme la muerte.

CHINCHILLA.

¿Tenemos ya carambola?

DON RODRIGO.

¿Que yo al Conde el papel diese
Que era para mí! ¡Mal haya
Quien ama, y la ocasion pierde!

(A gritos.)

¡Ah del parque! ah de palacio!
¡Ah del jardín! ¡Hola! Gente,
Jardineros.....

CHINCHILLA.

No dés voces.

DON RODRIGO.

¿Pues qué! ¿quieres que reviente?
Déjame, pues por mi causa
Perdí la ocasion alegre
De mis dichas, que dé alivio
A mis ansias desta suerte.
Arboles, ¿no veis vosotros
Por los ojos de hojas verdes,
Que mi amor se llama á engaño?
Si el Conde entró, detenelde.
Flores, volveos espinas;
Así nunca el mayo fértil
De los brazos de Amaltea
Vuestros valles frescos deje.
Creced, arroyuelos claros,
Haced mares vuestras fuentes,
Para que el Conde no pase,
Y si pasare, se anegue.
Pero todos diréis y justamente, pierde.
Que muera el que una vez la ocasion
Yo la perdí, yo el ignorante he sido;
Solo puedo quejarme de mí mismo.

CHINCHILLA.

Aquí nos han de matar,
Si das voces, imprudente.
Las puertas abren del parque;
Por ellas sale gran gente:
Casimiro y la Condesa,
Enlazando manos, vienen

Oyendo de sus vasallos
Venturosos parabienes.

DON RODRIGO.

Para mí son paramales.
¡Ay celos! ¡ay rabia! ¡ay muerte!
Y ¡ay de mí! que ya no hay
Industria que me remedie.

ESCENA XXII.

LIBERIO, PINABEL, CLAVELA, LUCRECIA, CASIMIRO y LA CONDESA, de las manos; ACOMPAÑAMIENTO.
—DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CONDESA.

Lo que os escribí mi amor,
(En fe del mucho que os tiene,
Conde y señor, vuestra esposa
Fué acelerado accidente;
Que sin consultar al alma
Los deseos, impacientes
De esperar términos largos,
Juzgan siglos horas breves.
Mas no es razón que en secreto
Vuestra firmeza se premie,
Cuando en público desea
Esta ciudad que celebre
El amor entre los dos,
Los deseos excelentes
De Casimiro y Diana,
Que el alma y mano os ofrece.
Por eso desde el jardín,
Donde amor, que nunca duerme
Cogiéndose en él, ha sido
Hoy cazador diligente,
Os traslado á mi palacio,
Para que como nierece
Vuestra constancia, Himeneo
Coyundas de amor nos eche.

CASIMIRO.

¡Venturosas dilaciones,
Que, en fin, dulce esposa, tienen
Tan apacible remate!
Y yo ¡dichoso mil veces,
Que esta mano he merecido!

CONDESA.

(Ap. Pues el cielo así lo quiere,
Loco amor, salid del alma.) [tiene
¡Oton! ¡aquí estais? (Ap. con él. Quien
Entendimiento tan corto,
Que para corto se quede.)

DON RODRIGO.

Siempre hablastes por enigmas.

CONDESA.

Siempre el cuerdo las entiende.
¡El papel distes al Conde!
¡Agudeza fué prudente!

DON RODRIGO.

Pensé que era para él.

CONDESA.

¿Hombre érades de *penseque*?

(A Casimiro.)

Vamos, venid, Conde mio.

DON RODRIGO. (Ap. con la Condesa.)

¿Aqueste pago merece
Mi amor?

CONDESA.

Así se castigan
Necesidades de un *penseque*.

CHINCHILLA. (Ap. con su amo.)

¿*Penseque* ibas á decir
Ahora?

DON RODRIGO.

Déjame. ¿Quieres
Que me mate?

CHINCHILLA.

¿Tú no sabes
La descendencia y parientes
Del *penseque*, que en el mundo
Tantos mentecatos tiene,
Dando piensos de cebada?
Que es bien que á *penseques* piensen.

CONDESA.

Ya, Conde y señor, que sois
Mi esposo, y el Duque viene
A celebrar nuestras bodas,
Quiero, primero que llegue,
Hacer con vuestra licencia,
Otras segundas que alegren
Las vuestras.

CASIMIRO.

Vuestra hermosura
Lo que mas gustare ordene.

CONDESA.

Clavela se ha de casar
Con quien sé yo que la quiere
Desde que á esta tierra vino.

PINABEL.

Yo, gran señora, soy ese.

CONDESA.

No es sino este caballero.
(Por Don Rodrigo.)

Los dos desposarse pueden.

LIBERIO.

¿Con mi hijo?

CLAVELA.

¿Con mi hermano?
(Ap. ¡Ojalá nunca lo fuese!)

CONDESA.

No es Oton, como pensais
Todos, el que veis presente.

CLAVELA.

¿Pues.....? (1)

(1) ¿Pues quién?

CONDESA.

Don Rodrigo Giron;
Que el verdadero Oton viene
En servicio de mi hermano,
Y es quien por él intercede.

LIBERIO.

Clavela, si esto es así,
Por vuestro esposo se quede;
Que de hijo á yerno va poco.

CLAVELA.

La mano le doy mil veces.

DON RODRIGO.

Yo á vos con ella mi vida,
Pues por vos á cobrar vuelve
El sosiego que perdió.

PINABEL.

Pues ¿este pago merecen
Mis servicios, gran señora?

CONDESA.

Para que en parte se premien,
Mi prima Laura será
Vuestra esposa.

PINABEL.

Ya no puede
Osar quejarse mi agravio,
Pues me haceis vuestro pariente.

DON RODRIGO.

Yo he de partirme á Castilla
Con mi esposa.....

CONDESA.

Sois prudente.

DON RODRIGO.

Por no tener á mis ojos
El castigo del penseque.

CONDESA.

Diez mil ducados os doy.

CHINCHILLA.

¿Y á mí?

CONDESA.

Dos mil.

CHINCHILLA.

Dios te deje

Llegar á ver choznos viejos.—
Señora Lucrecia, llegue,
Y déme esa mano.

CASIMIRO.

Vamos,

Primero que en Momblan entre
Hoy el Duque, á recibille.

DON RODRIGO.

El cuerdo amante escarmiente
En mí, y goce la ocasion;
Porque al que cual yo la pierde,
Le cabrá parte conmigo
Del *Castigo del Penseque*.

QUIEN CALLA, OTORGA.

SEGUNDA PARTE DEL CASTIGO DEL PENSEQUE.

PERSONAS.

AURORA, marquesa.
NARCISA, su hermana.
DON RODRIGO GIRON.
CARLOS, conde.

ASCANIO, marques.
CHINCHILLA, lacayo.
BRIANDA, dueña.
TEODORO, caballero.

SIRENA. . { Damas.
ARMINDA. {
DOS CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Saluzo.

ACTO PRIMERO.

Jardin del palacio de la Marquesa, el cual linda con el campo.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, NARCISA, BRIANDA.

AURORA.

¿Qué necio y qué porfiado!

NARCISA.

Por fuerza ha de ser lo uno
Si es lo otro.

AURORA.

¿Hay tal enfado?

¡Hola! no entre aquí ninguno;
Esté ese jardín cerrado.
Salid vos tambien afuera;
Guarda la puerta.

BRIANDA.

¡Portera

Siendo dueña! ¿Hacerme quiso
Angel deste paraíso?
En mi mocedad si fuera;
Pero ¿cuando dan despojos
Al tiempo, que no resisto,
Mis años, y mis enojos....!
Hasta agora, ¿quién ha visto
Angel con tocas y anteojos?

(Vase.)

ESCENA II.

AURORA, NARCISA.

AURORA.

¿Qué es lo que Carlos pretende
Con tanta embajada, hermana?

NARCISA.

Escribiendo se suspende
De amor la llama tirana,
Que en él tu memoria enciende.
Mientras no te vé te escribe,
Y en respuestas que recibe,
Apoya ausencias crueles;
Que la esperanza, en papeles
Tal vez, como joya vive;
Y fiado en el concierto
Y palabra que le dió
Mi padre, tiene por cierto
Ser tu esposo.

AURORA.

Ya murió

Mi padre, y con él se ha muerto
Cualquier derecho y acción
Que alegue en la pretension
De mi amor; pues si le di
Esperanzas con el sí,
Fué mas por obligacion

De una forzada opinion,
Que por gusto y voluntad.

NARCISA.

Contra tí das la sentencia.

AURORA.

¿Por qué si mi libertad
Queda libre, con la herencia
De este marquesado absuelta?

NARCISA.

Nunca la palabra suelta
Quien estima su valor.

AURORA.

Disela como menor;
Libre soy, y estoy resuelta
A no cumplirla; esto es cierto.
Déjame, hermana, gozar
De mi misma, pues se ha muerto
Mi padre; que no he de hallar
En medio del golfo el puerto.
No cautives mi cuidado
Dese modo; que no es justo
Que intente el Conde, pesado,
Óprimir leyes del gusto,
Por sola razon de Estado.
La voluntad ha de hacer
Esta eleccion; que á no ser
Ella la casamentera,
La cruz que hace amor lijera,
De plomo, haráme caer.

NARCISA.

¿Tan mal el Conde te está,
Mancebo, galan, discreto,
Y que en Borgoña podrá,
Si llega su amor (1) á efecto
(Que si eres cuerda, si hará),
Con este Estado y el suyo,
Casi un reino hacer?

AURORA.

Concluyo

Que en mí imposibles conquista.
Amor entra por la vista,
No por el abono tuyo.
No le he visto, y así trato
No ser conmigo cruel,
Si mi libertad maltrato.

NARCISA.

Ya sustituye por él
Este gallardo retrato.

AURORA.

Pinturas encarecidas,
Y verdades, imagino
Que vienen á ser, oidas,
Como nuevas de camino,
Mentirosas ó añadidas.
Pintar y escribir es ciencia

De adular con elocuencia;
Porque en materia de amores,
Los poetas y pintores
Tienen de mentir licencia.
¡Bueno es que al pintor pagase
Retrato el Conde, que fuese
Bastante á que me obligase,
Y que al pincel permitiese
Que sus faltas retratase!
Yo á lo ménos no lo creo,
Ni pienso dar fe al traslado,
Si el original no veo;
Que es retrato este pagado,
Y no puede venir feo.

NARCISA.

Ya yo sé que el interes
Hace, cuando Apelles es,
Por ser su pincel de oro,
De un Polifemo un Medoro;
Mas cuando crédito des
A la fama, que acrecienta
Del Conde alabanzas sumas,
Yo sé que estarás contenta.

AURORA.

Es la fama toda plumas,
Y no quieres tú que mienta!
¿De plumas no es el pincel?
Luego mentiras me ofrece.

NARCISA.

Milagros me cuentan dél.

AURORA.

Si á tí tan bien te parece,
Cásate, hermana, con él.

NARCISA.

Si fuera marquesa yo....

AURORA.

¿Luego solo en eso estriba
Tu voluntad?

NARCISA.

¿Por qué no?

Lo mas á lo ménos priva.

AURORA.

Heredera te dejó
De sus tesoros mi padre;
Y del dote de mi madre,
Joyas, riquezas y bienes,
Tanta hacienda á tener vienes,
Que como el Conde te cuadre,
Te igualas casi á mi estado.

NARCISA.

No es bien, siendo yo menor,
Casarme ántes, ni le ha dado
Al Conde pena mi amor:
Sola tú le das cuidado.

AURORA.

Pues aunque así dél te avisa,
No me encarezcas sus quejas,

(1) Mi pone la edicion que seguimos: si Tellez lo escribió así, quiso decir: el ruego de mi amor, del cariño que le tengo.

Ni me cases tan aprisa;
Que ese oficio es de muy viejas,
Y tú eres niña, Narcisca.
Ayer dejamos el luto
Con que el paternal tributo
Pagamos al fin del año;
Gocemos, pasado el daño,
De la libertad el fruto.
Esto de casarse, hermana,
Ha de tener ocasion;
No como fruta temprana,
Que cogida sin sazón,
O sale insípida ó vana.

NARCISA.

Muy alegórica estás.
No tratemos desto mas.
El Conde sufra y perdone,
Hasta que amor te sazone;
Que agora ni aun hojas das.

AURORA.

Mudemos plática, hermana,
Y no te acuerdes mas del.
Di qué te escribe Diana,
Condesa de Oberisel.

NARCISA.

Es la hermosura alemana. —
A un Don Rodrigo Giron,
Español y caballero,
Me encomienda.

AURORA.

Su opinion
Le ha dado el lugar primero
Entre los de su nacion.
Lo mismo me pide á mi,
Porque ha de venir aqui,
Y de verle me holgare;
Que ya sus amores sé.

NARCISA.

Cosas notables oí
Dese español, si es que son
Verdaderas.

AURORA.

La Condesa
Le tuvo tanta afición
Como la fama confiesa;
Y á aprovechar la ocasion,
Dicen que de Oberisel
Fuera Conde, y de Diana
Esposo.

NARCISA.

Para ser él
Español, nacion que gana
Por atrevida el lauro
De Marte, como el de Amor;
Milagro es que tal valor
Hay, por corto, dejado
Perder tal mujer y Estado.

AURORA.

¿Gozóle el Conde? Mejor.
(Oyense voces dentro.)

PRIMERA VOZ.

Matalde.

SEGUNDA.

Al agua se echó.

TERCERA.

Disparalde las pistolas.

CUARTA.

Venturas son españolas.
La cerca, leve saltó.

QUINTA.

El jardin de la Marquesa
Le ha dado seguro puerto.

SEXTA.

¿Que no le hubiéramos muerto!
¡Ah mal cumplida promesa.

ESCENA III.

DON RODRIGO, *la espada en la mano*. — AURORA, NARCISA.

AURORA.

¿Qué es esto? Hombre, ¿dónde vas? —
Retírate, hermana mia.

NARCISA.

¿Hay tan notable osadía?
¿Sabes acaso que estás
En el jardin, reservado
Solo á la marquesa Aurora?

DON RODRIGO.

Lo que la ignorancia ignora,
Mi ventura ha declarado.
Damas tuyas debeis ser,
Ya que las señoras no;
Y no poco feliz yo,
Si la mereciese ver.

AURORA.

¿Tanto vuestra dicha gana (1),
Solo en ver á la Marquesa?

DON RODRIGO.

Sí, en verdad.

AURORA.

Pues yo soy esa.

DON RODRIGO.

A vos me envía Diana.

AURORA.

¿Cómo venis desahogada?

DON RODRIGO.

Envidiosos lisonjeros,
Por quitarme el bien de veros,
Han querido darme muerte.
Pero este jardin que en ser
Vuestro da clara señal
De que es noble y es leal,
Me vino á favorecer
Contra la pasión violenta
Que envidiosa me persigue,
De quien para que os obligue,
Será razon daros cuenta.
Nací en España noble, no dichoso
(Si en mis desgracias mi fortuna fundo),
De madre ilustre y padre generoso
Rodrigo por nombre, en sucesion segun-
Mihermano, mayorazgo caudaloso, [do.
Me forzó á que buscasse por el mundo
Correspondiente estado á mis intentos,
Huyendo sus escasos alimentos.
Trocqué por Flándes mi famosa tierra.
Donde hermanos segundos no heredados
Su vejacion redimen en la guerra,
Si mayorazgos no, siendo soldados.
Entré en Oberisel, en cuya sierra,
Metrópoli Momblan de sus estados,
El tribunal de su gobierno elige,
Corona muros y flamencos rige.
Varios sucesos, que prolijos dejo,
Me dieron á Diana por señora,
Condesa suya, de quien es bosquejo
El sol que montes raya y valles dora.
Con luto viudo, de cristal espejo,
Que el ébano guarnice, del aurora
Emulacion hermosa parecia,
Noche á su amor, á sus amantes dia.
Pusiérame silencio su respeto,
Si ella misma al partir no me mandara
Que os contase esta historia, y el secreto
La fama, en fin mujer, no profanara.
Su secretario me hizo, y en efeto... —
Quédese aquí, señora; que repara
Su autoridad mi lengua, si os da aviso...

AURORA.

Ya hemos sabido lo que Diana os quiso.

(1) Se ha puesto esta redondilla para suplir
algunos versos que faltan aquí, segun se ve des-
pués, en los cuales diria Aurora que ella era la
marquesa.

Proseguid vuestra historia, Don Rodri-
go:
Pues ella os lo mandó, decí adelante,
Si no es que en el suceso á que os obligo
Sois relator tan corto como amante.

DON RODRIGO.

Servírame el contalla de castigo. [te,
Pero en fin, venturoso aunque ignoran-
Diana entre confusos pensamientos,
Me dió favor, si no merecimientos.
Pelean en ella justamente
Vergüenza y afición: obligaciones
De su estado y viudez la hacian pruden-
El deseo animaba persuasiones, [te,
Ya desdenoso honor, ya amor clemente,
Divisas en contrarias opiniones:
Tal vez neutral, y tal determinada,
Nave era de huracanes asaltada.
De aquestos dos principios tan distantes,
Nació un mixto, á sus causas parecido,
Que en mi influyó contrarios semejantes,
Juzgándome ya humilde, ya atrevido.
Méritos niños admiré gigantes,
Y gigante valor lloré abatido,
Nube á su sol que sus colores viste,
Si amante, alegre, si severa, triste.
De aquesta suerte amándome en confu-
Y yo en confuso acciones imitando, [so,
Estinge, enigmas á mi amor propuso,
Interpretes deseos despeñando.
¿Qué de veces el alma á ver se puso,
Por ser vista, en los ojos, y mirando
Desde ellos mi inquietud y sus enojos,
Edipos de la lengua eran mis ojos!
Jeroglífico en fin mi amor, vivía,
Atrevido cobarde; pues si hablaba
A Diana y su amor agradecía,
Rayos de enojo airada fulminaba;
Si otra beldad mi pena entretenía,
Celosa atrevimientos castigaba,
Deletreando enigmas mi sentido,
Mas desdenado, cuando mas querido.
Vino á Momblan entonces Casimiro,
Palatino del Rin, á ser su esposo.
Si fué llamado ó no, no sé; aunque admi-
Natural en mujer tan caviloso. [ro
Resuelto pues la libertad retiro;
Triste, si alegre; libre, si celoso;
Parabienes la doy, y cuando pienso
Que libre estoy, me deja mas suspenso.
Equivocas razones me responde,
Con que me desespera en la esperanza.
Pregúntole si tiene amor al Conde; [za
Dice que sí y que no. ¿Qué ingenio alcan-
La paradoja que este caos absconde?
O quién vio tal firmeza en tal mudanza?
En fin me llama, y amorosa, esquivo,
Al Conde manda que un papel escriba.
Lo que me nota asiento, y sin uombralle,
Su bien le llama, su esperanza y vida,
Y porque en ella intenta aseguralle,
A su jardin de noche le convida.
Remátala con esto, y al cerralle,
Me encarga... (¡Ay ocasion, por no en-
[tendida,
Malograda!) Encargóme que le diese
A quien mas que á si mismo la quisiese.
Fuese con esto; ¡ved cuál quedaria
En tanta confusion mi entendimiento!
«Siá quien la quiere mas que á sí (decía)
Viene el papel, mi ardiente pensamiento
La adoras mas que el indio al rey del dia.
Mas ¡ay soberbio y loco atrevimiento!
Si Casimiro la ama, en tal estrago,
El recibe el papel, y el porte pago.»
Mil veces le abro, desmenuelo y miro,
Cerrándole otras tantas: ya interpreto
En mi favor mi enigma; ya suspiro,
De mil contrarios misero sujeto.
Celoso en esto llega Casimiro,
Y dícame: «Español, si sois discreto,

Bien sabeis que en aquesta noble em-
[presa,
Mas que á mí mismo quiero á la Con-
[desa.

— Si mas que á vos la amais, Conde, re-
[pito),

Cebad en su hermosura el feliz fuego
De amor; que en mí el de celos solícito.
El papel (¡qué iguorancia!) al Conde

[entrego,
Diciendo: «A vos os llama el sobre es-
[crito».

Leyóle, extremos hizo, ofreció abrazos,
Dando á larga esperanza cortos plazos.
Entróse en el jardín, y á sus umbrales
Lloraba yo ocasion tan mal perdida,
Cuando los dos salieron en iguales
Lazos, que unieron dos en una vida.

Vióme Diana, y aumentó corales,
No sé si vergonzosa ú ofendida,
Diciéndome: «El papel al Conde distes!
Mostrado habeis cuán poco me quisistes.
— Pensé que el Conde....» dije; y con

[desprecio
Me ataja, replicando: «Don Rodrigo,
¿Hombré sois de penséque? Ya no os

[precio
Como hasta aquí: perdido habeis con-
[migo.

Si os disculpais con el penséque necio,
Sirvaos vuestro penséque de castigo,
Y mi amor en el Conde gustos trueque;
Que esto merece amante de penséque.»
A Casimiro elige por consorte.

Intente casar con una dama [norte;
Que un tiempo fué de mi esperanza
Pero celosa (efetos de quien ama),
El casamiento impide, y de su corte
Salir me manda, y para vos, madama,
Este pliego os escribe en favor mio,
Testigo de mi loco desvario. (Dásele.)
La dama, que mi esposa creyó en vano
Ser, en vez de Diana, mi partida
Culpa llorosa, llamame tirano,
Desdhouas finge, quégase ofendida.
Su persuasíon en fin forzó á su hermano
Que me asalte con otros, y la vida
Me quiten, que á esos piés humilde

[puesta,
Su historia y mi desdicha os manifiesta.

AURORA.

La primer vez, Don Rodrigo,
Que ha perdido la ocasion
Con merecido castigo
Hombre de vuestra nacion,
Es esta: la opinion sigo
Que por acá España tiene.
En mi casa os estaréis,
Donde una plaza os previene
La encomienda que traeis
De mi prima. ¡Ojala enfrene
La ausencia vuestro pesar!
Llegad, Don Rodrigo, á hablar
A mi hermana, intercesora
Vuestra.

DON RODRIGO.

Dadme, gran señora,
Esos piés.

NARCISA.

A restaurar

Peñas de vuestro suceso
Id; que ya dicho lo habia
La fama.

DON RODRIGO.

Los piés os beso.

NARCISA.

Ya Diana, prima mia,
Con quien nuevo amor profeso,
Escrito nos ha á las dos,
Intercediendo por vos.

Por quien sois y por Diana,
Os hará merced mi hermana.

DON RODRIGO.

Mil años os guarde Dios. (Vase.)

Sala en el palacio de la Marquesa.

ESCENA IV.

CARLOS Y TEODORO, de camino.

CÁRLOS.

Tanto resistir, Teodoro,
Aurora, ¿qué puede ser?

¿Un año de padecer,
Habiendo dos que la adoro!

No es posible que no tenga
Cautiva la libertad

En ajena voluntad.
Esto me obliga á que venga

A hacer yo mismo experiencia
De mis venturas ó engaños.

TEODORO.

No sé que en propios ó extraños,
Con tener tanta licencia

La vulgar murmuracion,
Haya hasta agora notado

De amante á Aurora, ni dado
Indicios á tu opinion;

Antes contra su aspereza
Murmuran cuantos la ven

Que en ella corra el desden
Parejas con su belleza.

CÁRLOS.

Pues ¿porqué ingrata y severa,
Mi esperanza desanima?

TEODORO.

Porque en mucho mas se estima,
Señor, lo que mas se espera.

Y siendo así, no es acierto
El que has hecho, en no querer

Darte agora á conocer.

CÁRLOS.

Yo he de servir encubierto

A la Marquesa, Teodoro,
Y averiguar desta suerte

Si ajeno amor la divierte.

TEODORO.

Yendo contra tu decoro,
Y sirviendo á quien espera

Admitirte por señor,
Desdices de tu valor.

CÁRLOS.

Mis sospechas considera,
Y verás cuán cuerdo fui

En venir á averiguallas.

TEODORO.

Pues ¿no basta á asegurallas,
Señor, la palabra, di,

De Aurora y su padre?

CÁRLOS.

Es viento

La palabra en la mujer.

TEODORO.

¿De qué modo lo ha de ser
Para tí, si el testamento

Del muerto Marqués dispone
Que te desposes con ella?

CÁRLOS.

¿Qué bien! Como eso atropella,
Teodoro, un Dios te perdona.

Si no me ama, no intento
Pleitear con su desden;

Ni á mí me puede estar bien
Casarme por testamento;

Que el casarme no es herencia.

TEODORO.

Es concierto entre los dos.

CÁRLOS.

Yo he de saber, vive Dios,
Por qué es tanta resistencia.
Cánsate ya de cansarme.
Cartas traigo en mi favor
De mí mismo.

TEODORO.

¡Extraño humor!

CÁRLOS.

Agora audiencia ha de darme,
Que ya las cartas leyó,
Y su criado he de ser.

TEODORO.

¿Pues no te ha de conocer?

CÁRLOS.

Jamas Aurora me vió.

TEODORO.

Tu retrato la enviaste.

CÁRLOS.

Si la doy, cual pienso, enojos,
No habrá puesto en él los ojos.

TEODORO.

¿Y si te ama, y te engañaste?

CÁRLOS.

Entonces podré seguro
Descubrirme y desmentir
Sospechas, que han de salir
Con la verdad que procuro.

TEODORO.

Alto; pues que das en eso,
Sirve á quien has de mandar.—

¡Qué difícil es de hallar
Sabio rico, amor con seso!

ESCENA V.

DON RODRIGO, ASCANIO.—CAR-
LOS, TEODORO.

ASCANIO.

(Hablando con Don Rodrigo cerca de la
puerta, y distantes ambos del Conde
y Teodoro.)

Días há que he deseado,
Señor Don Rodrigo, veros,
Serviros y conoceros;
Que la fama que os ha dado
La que habeis vos conseguido
Y por Italia os alaba,
A estimaros me inclinaba;
Y pues ya se me ha cumplido
Este deseo, desde hoy
Os rindo una voluntad
Sujeta á vuestra amistad.

DON RODRIGO.

Yo solo el dichoso soy,
Señor secretario; en eso
Tanto mas interesado,
Cuanto me habeis obligado
Con la merced que confieso,
Y la experiencia hará llana.

ASCANIO.

En una casa vivimos,
Y á una señora servimos,
Cuya hermosísima hermana,
Ya que llegó á descubriros
Secretos... — Mas por agora
Se quede, que sale Aurora.
Mucho tiene que deciros
El alma.

ESCENA VI.

NARCISA, AURORA, con una carta.
— DON RODRIGO, ASCANIO, CAR-
LOS, TEODORO.

AURORA.

¿Sois vos por quien
El conde Carlos me escribe?

CÁRLOS.
Soy, señora, el que aperebice
Un alma... y no dije bien...
(Ap. Que mas hablo como amante,
Que como el que á servir viene.)

AURORA.
Turbado estais.

CÁRLOS.
¿No conviene
Que quien tiene al sol delante,
Ó á lo ménos al aurora,
No ciegue cuando la vea?—
Soy quien acertar desea
A serviros, gran señora.

NARCISA.
(Hablando aparte con Aurora.)
Advierte, hermana, que tienes
Al conde Carlos delante,
Al retrato semejante.

AURORA. [vienes.
(Ap. á Narcisa. Con mi sospecha con-
Disimula agora.) El Conde
Me escribe en vuestro favor;
Y como ha de ser señor
Deste Estado, corresponde
Con lo mucho que le quiero,
Pues me envia adelantado
En vos tan noble criado.

CÁRLOS.
Mostrar que lo soy espero,
Agradándos, gran señora.

AURORA.
Dispone mi amor con vos;
Que sois un alma los dos,
Segun me avisa; y agora,
Aunque el casarme dilato,
Ludovico, he de mostrar
Con vos lo que sé estimar
Sus cosas.

CÁRLOS. (Ap.)
No vió el retrato
Que la envié, pues así
Me desconoce.

AURORA.
Yo he puesto
Casa que á mi gusto cuadre.
Los criados de mi padre
Eran viejos, y molesto
Su modo de gobernar:
Con cargos que les he dado
En lugares deste Estado,
Podrán todos descansar,
Y yo renovar oficios.
Pues ya por mi cuenta tomo
Vuestro aumento, mayordomo
De mi casa os hago.

CÁRLOS.
Indicios
Dais de la correspondencia
Con que paga vuestro amor
El del Conde mi señor.

AURORA.
Pues que vuestra suficiencia
Abona, muy bien se emplea
La plaza en vos que os he dado,
Porque su mayor privado,
Mayor en mi casa sea.

CÁRLOS.
Bésos los pies.

AURORA.
Don Rodrigo,
Por lo mucho que os estima
Diana, y por ser mi prima,
Cuyo gusto alabo y sigo,
Os hago mi maestresala.

DON RODRIGO.
Como á serviros acierte,
Será dichosa la suerte
Que en ese oficio señala,

Gran señora, mi ventura.

AURORA.
El oficio de trincar
Consiste en saber buscar,
Español, la coyuntura.
Curioso es, aunque ordinario:
Veré si en provecho vuestro,
Sois maestresala mas diestro,
Que entendido secretario. (Vase.)

NARCISA.
Esto es tocar en la historia
De vuestro amor, Don Rodrigo,

DON RODRIGO.
No pensé que, en mi castigo,
Fuera á todos tan notoria.

NARCISA.
¿Pensé que otra vez decís?
Dejad pensé que avaros,
Que os han salido muy caros,
Si á restaurallos venís. (Vase.)

DON RODRIGO. (Ap.)
Basta; que á todos ofrezco
Materia en que satiricen
Mi cortedad; mas no dicen
Aun lo ménos que merezco.
Mi pensé que se ha extendido
Por todo el mundo.

CÁRLOS. (Hablando aparte con Teodoro.)
Teodoro,
Mas sospecho lo que ignoro.
¿Que no me haya conocido
Aurora! No pongas duda
De que de mí no se acuerda.

TEODORO.
Tu industria, no sé si cuerda,
Prosigue; que con su ayuda
Podrás salir deste abismo.

CÁRLOS.
Yo procuraré saber
La verdad, pues vengo á ser
Mayordomo de mí mismo.
(Vanse Carlos y Teodoro.)

ASCANIO.
Don Rodrigo, va el palacio
Esfera de los dos es;
Yo os vendré á buscar despues;
Que os tengo que hablar despacio. (Vase.)

ESCENA VII.

CHINCHILLA. — DON RODRIGO.

CHINCHILLA.
¿Señor de mi corazón!
La priesa que traigo es tanta,
De verte, que no hago poco
En no entrar en esta sala
Con mula, freno y cojin.
¿Es posible que te hallas
Sin Chinchilla en el Piamonte?
Pon juntas esas dos patas
En mis labios.

DON RODRIGO.
¿Mi Chinchilla!
CHINCHILLA.
Patea aquestas quijadas,
O déjamelas besar.

DON RODRIGO.
Presto volviste de España.

CHINCHILLA.
Si estaba sin tí, ¿qué mucho?
Al viento merced y gracias,
Que á la nave en vez de velas,
Le prestó lijeras alas.
¿A qué veniste á Saluzo,
Cuando entendí que te hallara
En Momblan, y de Clavela
Dueño, con estado y casa?

DON RODRIGO.
Gustos son de la Condesa.

CHINCHILLA.
Tiene por nombre Diana,
Y hasta en las obras la imita,
Si es que lloras sus mudanzas.
Luego que á Momblan llegué
Y supe que en él no estabas,
Sin aguardar de Clavela
Quejas, ni de amigos cartas
Ficé al camino deseos,
La paciencia á las jornadas,
La bolsa á las hosterías,
Y á diez postas las lunadas,
Que vienen cual digan dueñas,
Por no decir batanadas,
Y medidas (sin ser niño)
Las tripas y las entrañas.

DON RODRIGO.
¿Viste en Madrid á mi hermano?

CHINCHILLA.
Tan cercado de mohatras,
Cargado de pretensiones,
Y enmarañado de trampas,
Que no le dieron lugar
Para hablarme dos palabras

DON RODRIGO.
¿No te preguntó por mí?

CHINCHILLA.
Casi no.
DON RODRIGO.
¿Cuál fué le causa?

CHINCHILLA.
Reliquias que habrán quedado
De la pendencia pasada,
Y el imaginar que iba
Por tus alimentos.

DON RODRIGO.
Basta.
Excusa tiene, si debe.

CHINCHILLA.
Fuera de que en toda España
Tu crédito está perdido.
La culpa tiene tu fama;
Que el castigo del pensé que
Y ocasion perdida, pasa
De boca en boca en la corte.
El para poco te llama.

DON RODRIGO.
¿Que mis amores se saben
Allá?

CHINCHILLA.
Saben que á Diana
Perdiste y á Oberisel,
Por ser corto y para nada.
Ilizo un diablo de un poeta
De tu historia ó tu desgracia,
Una comedia en Toledo,
El castigo, intitulada,
Del pensé que, que ha corrido
Por los teatros de España,
Ciudades, villas y aldeas;
Y aunque ha sido celebrada,
Todos te echan maldiciones,
Porque siendo español hayas
Afrentado á tu nación,
Y con ella la prosapia
De los Girones; que dicen
Que ninguno de esa casa
Supo perder coyuntura
En amores ni en hazañas,
Si no eres tú.

DON RODRIGO.
Y dicen bien.

CHINCHILLA.
Yo la vi en Guadalajara
Representar á Balvín;
Y en saliendo con sus calzas,

Hecho lacayo Chinchilla,
Subióseme la mostaza
A las narices, y estuve
Por darle una cuchillada.
En fin, no hay pensar volver,
Mientras vivas, á tu patria,
Si tu *penséque* no enmiendas,
Porque en ella no te llaman
Ya Don Rodrigo Giron.

DON RODRIGO.

¿Pues....?

CHINCHILLA.

Caballeros y damas

Don Rodrigo del Penséque.

DON RODRIGO.

¿Bueno mi crédito anda!

¿Qué hay en la corte de nuevo?

CHINCHILLA.

Muchas cosas, que es contallas
Un proceder infinito;
Mas diréte las que bastan.
Hay en la calle Mayor
Joyerías en que se halla
Mucha carne de doncella,
Y aunque esta vale barata,
Se vende en cintas.

DON RODRIGO.

Esa es

Color, por grave, estimada.

CHINCHILLA.

Doncellas que andan en cinta
Y se venden, tripulallas. —
Calles que de puro enfermas,
Por los licores que exhalan
Sus perfumeras nocturnas,
Se han abierto, á fuer de damas,
Fuentes que aumentan sus lodes;
Porque afrentándose el agua
De vivir en arrabales,
Ya se ha vuelto cortésana. —
Una plaza generosa.

DON RODRIGO.

Dime mucho esa plaza.

CHINCHILLA.

Que está, sin ser despenesero,
A puras sisas medrada.
No hay en la corte mujer
Que peque ya de liviana,
Porque todas traen firmezas
Al cuello, si no en el alma.
Anda lo azul tan valido,
Que hubo viejo que esta pascua
Sacó, por vivir al uso,
Azul cabellera y barba.
La multitud de los coches,
En Egipto fuera plaga,
Si autoridad en Madrid.
No se tiene por honrada
Mujer que no se cochea;
Y tan adelante pasa,
Que una pastelera dicen
Haber comprado una caja,
Tirada de dos rocines
Que traen la harina que gasta,
En que sábados y viernes
Se pasea autorizada;
Pero en viniendo el domingo,
Hasta el fin de la semana,
Trueca el coche por el horno,
Y el abano (1) por la pala.
Los mozos que pastelizan,
Son cocheros por su tanda;
Con que nuestra pastelera
Va, aunque gorda, sancochada.
No hay mal que por bien no venga:
Dígolo, porque afrentadas
Las damas de andar á pié,
Salen menos de sus casas. —

(1) Abanillo, abanico.

Una premática nueva
Ha salido de importancia,
En materia de reforma.

DON RODRIGO.

Eso será, si se guarda.

CHINCHILLA.

Mandan que todos los hombres
Que de cincuenta no pasan,
Cuando en coches anduvieren,
No puedan llevar espadas.

DON RODRIGO.

¿Porqué?

CHINCHILLA.

Darlos por enfermos,

Y quieren por esta causa,
Que se entienda andar en coches
Lo mismo que andar con bandas.

Han replicado los mozos
Que como há tanto que andan
En coches, no tienen uso
De caballos; qué ignorancia!
Por lo cual se les concede
Que por cuatro meses vayan
En sillones ó en jamugas,
Excusando que no caigan. —

Item, que todo doctor
Cure á destajo, y por tasa
Concierte la enfermedad,
Sin que pueda cobrar blanca
Mientras no se levantara
El enfermo de la cama
Sano y bueno; y si muriere,
Que pague el tal doctor, mandan,
La botica y sepultura.

DON RODRIGO.

¿Con qué cuidado curaran,

A ejecutarse esta ley!

¿Con qué tiento recetaran!

CHINCHILLA.

Item, que los sastres corten
Ropas, vestidos y galas
En presencia de su dueño,
Y que delante dél traigan
Los aforros, hilo y seda,
Vivos, pasamanos, franjas,
Y todo junto lo pesen,
Porque despues de acabada
De coser la dicha ropa,
Por peso vuelvan á darla
A su dueño, y con el doblo
Restituyan lo que falta.

DON RODRIGO.

No fuera mandato injusto.

CHINCHILLA.

Al ménos, si no se guarda,
Habiase de guardar. —
Esto es lo que en Madrid pasa,
Y otras cosas que no cuento.
Yo te las diré mañana.

ESCENA VIII.

ASCANIO. — DON RODRIGO, CHINCHILLA.

ASCANIO.

¿Qué haceis, Don Rodrigo, aquí,
Cuando están todas las damas
De la Marquesa en el parque,
Por balcones y ventanas
Tirando á los gentil-hombres
De Aurora pellas que abrasan
De amores, con ser de nieve?
Dejad memorias pasadas;
Andad acá por mi vida,
Y entre nieves sepultadas.
Veréis á Narcisa hermosa,
Que de una fuente de plata
Saca pellas que son negras,
Puestas en sus manos blancas.

DON RODRIGO.

Como son carnestolendas,
Y aquí se usa celebrarlas
Con aplauso y regocijo,
Por limones y naranjas,
De que el *Piamonte* es estéril,
Tiran pelotas nevadas,
Esmeriles de hermosuras,
Que las libertades matan.

ASCANIO.

Huevos hay de azár tambien.

CHINCHILLA.

¿Qué mas azar ni desgracia,
Que tirar pellas de nieve,
Que han de resolverse en agua?
Si hubiera pellas de vino,
Yo las sorbiera de chazza;
Pero ¿de nieve y con huevos
Sin yemas! Algun sin alma.

ASCANIO.

¿Queréis venir, Don Rodrigo?

DON RODRIGO.

Vamos; que entre nieve tanta
Templaré incendios de amor,
Ya que la ausencia no basta.

ASCANIO.

Aquí hallaréis contrayerba,
Si fué veneno Diana,
Que cure vuestra memoria. (Vase.)

ESCENA IX.

CHINCHILLA.

Todo es frio en esta casa.
Lo primero, en cuanto es nieve
Su dueño: Aurora se llama,
Que aun por el verano hiela.
Si son gallinas sus damas,
Huevos ponen; mas son hueros,
Pues que vienen llenos de agua.
¿Oh botas de San Martín!
¿Oh espuelas de Rivadavia!
¿Quién, para pasar el puerto
De tanta nieve, os calzara!
Que á falta de tal alnilla,
Tiritando llevo el alma. (Vase.)

ESCENA X.

AURORA, NARCISA.

NARCISA.

En fin, ¿te parece bien
El conde Carlos?

AURORA.

Ahora

Que la voluntad no ignora
Lo que los ojos ven,
Mejor á Carlos recibo.

NARCISA.

Era tu desden ingrato.

AURORA.

Fué amante muerto el retrato;
Mas eficaz es el vivo.
La fineza del venir
Disfrazado, á verme, hermana,
A quererle bien me allana.

NARCISA.

Luego ¿podréle decir
Que se descubra?

AURORA.

Es muy presto.

Pues en nuestra casa está,
Mejor, Narcisa, será
(Ya que en él mi gusto he puesto),
Fingiendo no conocelle,
Examinar su afición,
Inquirir su condicion,
Y entre tanto entretenelle.

NARCISA.

En fin, ¿por razón de estado
Quieres amar?

AURORA.

Si ha de ser
Mi esposo, y yo su mujer,
No es mejor que examinado
A elegir el alma venga
El dueño que ha de adorar,
Que no por necia llorar,
Cuando remedio no tenga?
Prueba un caballo primero
Quien le compra, qué tal sale,
Con costar, el que mas vale,
Solo un poco de dinero;
Y un marido de por vida,
A precio de mil cuidados,
¿Quieres tú que á ojos cerrados
Se entre en casa!

NARCISA.

Apercebida

Mujer eres.

AURORA.

Y es razón

Que cuando venga á casarme,
No tenga de quien quejarme,
Sino es ya de mi elección.
Catorce años en Jacob
Hizo Raquel experiencia
Para casarse.

NARCISA.

Paciencia

Fué mayor que la de Job.

AURORA.

Y cuerdo su sufrimiento;
Porque hay tanto que saber
De un hombre, que es menester
Tan largo conocimiento.
Yo sé que en aqueste estado
Pocas mal casadas vieran,
Si los maridos tuvieran
Un año de noviciado.
Pero ¿qué te ha parecido
Del español?

NARCISA.

Elección

Tan digna de la afición
Que Diana le ha tenido,
Que no mereció el suceso.
Con que su amor castigó.

AURORA.

Bien la Condesa eligió.
Su buen gusto te confieso;
Pero no iguala al de Carlos.

NARCISA.

Cualquiera comparacion
Es odiosa, y tu afición
No acertará á compararlos.
Si va á decir la verdad,
El haber sabido, hermana,
Que le quiso bien Diana;
La nobleza y calidad,
Que de su linaje cuentan;
Las hazañas que le abonan;
Los ojos que no perdonan
Ocasiones que atormentan;
La española bizarria,
Que en él por mí daño vi:
No sé lo que han hecho en mí,
Que no soy la que solia.

AURORA.

Di que estás enamorada,
Y acaba.

NARCISA.

Mas cuerda soy.

Enamorada no estoy.
Pero....

AURORA.

¿Qué?

NARCISA.

Estoile inclinada.

AURORA.

¿Tan presto?

NARCISA.

Amor reina, Aurora,
Y llegando hoy de camino,
Antes la fama previno,
Que fué su aposentadora.

AURORA.

¿Buena excusa!

NARCISA.

La que has dado

Para no casarte luego
Con el Conde, por mí alego.
El, hermana, es tu criado,
Y tambien lo es Don Rodrigo;
Si el casamiento dilatas
Porque examinalle tratas,
Yo tambien tus pasos sigo.
Tambien le examinare
Con prudencia y con secreto,
Si es tan cuerdo y tan discreto;
Y cuando tu gusto esté
Para el Conde sazonado,
El mio lo vendrá á estar,
Y nos podemos casar
Cada cual con su criado.

(Vase.)

ESCENA XI.

AURORA.

Narcisa ama á Don Rodrigo.
Oh riguroso poder
De la envidia en la mujer!
¿Qué dello puedes conmigo!
Cuando yo le aborreciera,
Para adorable bastara
Que mi hermana le alabara,
Y conmigo compitiera.
Al Conde empecé á querer,
A pesar de mi rigor,
Siendo efimera su amor,
Pues que se muere al nacer;
Y este español que ha venido
A despertar mi cuidado,
Ausente tan alabado.
Y ya presente, querido,
Da materia á mis desvelos,
Y los del Conde deshace;
Que amor de la envidia nace,
Cuando es hijo de los celos.
Mas pues despierta á quien duerme,
Y descuidada me avisa
De aquesta suerte Narcisa,
A su amor he de oponerme
Poniendo en su curso freno,
Que sus principios reprima;
Porque, en fin, en mas se estima
Lo que está en poder ajeno.

ESCENA XII.

BRIANDA. — AURORA.

BRIANDA.

Si se quiere entretener
Agora Vuestra Excelencia,
Una apacible pendencia
En el parque podrá ver
Desde aquestas celosias,
Que entre nuestras damas pasa,
Y gentil-hombres de casa.
Ellas tiran alcancias
De nieve, y ellos por dar
Aromas á los balcones,
Tiran dorados limones,
Pomas y huevos de azar.

AURORA.

¿Y está el maestresala entre ellos?

BRIANDA.

Sí, señora.

AURORA.

(Ap. No quisiera

Que entre tantas damas viera
De alguna los ojos bellos.
¿Que pueda la envidia en mí
Tanto! ¿Qué es aquesto, cielos?
¿Antes que amor, tengo celos?
Mi muerte en este hombre vi.)
¿No podré verlos, Brianda,
Bien desde mi camarín?

BRIANDA.

Su balcon sale al jardín
Donde están todos.

AURORA.

Pues anda,

Llévame una fuente allá
De pellas....

BRIANDA.

Yo voy por ellas.

AURORA.

Sin que sepan que las pellas
Son para mí.

BRIANDA.

No sabrá

Ninguno para quien son. (Vase.)

ESCENA XIII.

AURORA.

De allí los verá encubierta.
Impórtame que divierta
Este hombre; que la ocasion,
En los ojos poderosa,
Puede en alguna beldad
Ocupar su voluntad,
Y tenerme á mí celosa.
Hombre á quien quiso Diana,
Digno es de estimacion.
Si es español y Giron,
No le merece mi hermana.
Ya sea amor, ya frenesi,
Ya condicion de mujer,
O á ninguna ha de querer,
O me ha de querer á mí. (Vase.)

Jardín.

ESCENA XIV.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

Chinchilla, ¿qué bellas damas
Tiene la Marquesa!

CHINCHILLA.

Bellas;

Mas hielan con tantas pellas
El alma.

DON RODRIGO.

De amor las llamas
Se aumentan con esta nieve.

CHINCHILLA.

Si fuera el amor agora
De gusto de cantimplora,
A fuer de señor que bebe
Nieve en verano é invierno,
El brindis de tu afición
Pudiera hacer la razón;
Que ya te imagino tierno.
Mas yo que lo bebo puro,
Aborrezco amor nevado;
Que ha de estar por fuerza aguado,
Y así escusalle procuro.

DON RODRIGO.

¿No es Narcisa hermosa dama?

CHINCHILLA.

Bien te holgaras de pasar,
Puesto que ha dado en nevar,
Su puerto de Guadarrama.
¿Hubo pellita?

DON RODRIGO.

Y en ella

Fuego que el alma traspasa;
Que tambien la nieve abrasa.
De alquitran fué aquella pella,
No de nieve.

CHINCHILLA.

¿Ya tenemos

Bobuna? Pues ¿la Condesa?

DON RODRIGO.

Siendo imposible su empresa,
Y la ausencia toda extremos,
Narcisa ha de ser triaca
Del veneno de su amor.

CHINCHILLA.

Bien dices, porque un dolor
Con su contrario se aplaca.
Si te abrasó su hermosura,
Narcisa como discreta,
Mientras pellas te receta,
Tu fuego con nieve cura.

DON RODRIGO.

No hay tal (1) Narcisa en el mundo.

CHINCHILLA.

¿Mas que habemos de tener,
Señor, por esta mujer
Otro penséque segundo?
(*Tiran del palacio una pella que da en
el sombrero á Don Rodrigo.*)

¡Ay!

DON RODRIGO.

¿Qué ha sido?

CHINCHILLA.

Pella fué.

DON RODRIGO.

Derribame á mí el sombrero,
¡Y quéjaste, majadero!

CHINCHILLA.

De verla venir me helé.
Abrió esa celosía
Una mano de cristal,
Y á fe que no acierta mal.

DON RODRIGO.

Un papel dentro venia (2).
¿Hay invencion semejante?
Ya tienen alma las pellas.

CHINCHILLA.

Preñadas, como doncellas
Al uso, están: no te espante.
Mas, por Dios, que es maravilla
Que esté, hasta la nieve helada,
En este tiempo preñada.

DON RODRIGO.

¿Léré?

CHINCHILLA.

Pues.

DON RODRIGO.

Oye, Chinchilla.

(Lee.)

«Cierta dama de palacio, lisonjeada
por hermosa, y que quiere fiar de
vuestro buen gusto la certeza de si
lo es ó no, tiene el suyo puesto en
vos; y por inconvenientes que al pre-
sente instan, importa por ahora no
darse á conocer, hasta que el tiempo
haga alarde de su vista, como ahora de
su voluntad. No dispongais de la vues-
tra, que como forastera andará bus-
cando posada, hasta que sepais si es á
vuestro propósito la que tantos pre-

tenden, y vos solo mereceis. El cielo
os guarde.»

¿Hay mas extraña aventura?

CHINCHILLA.

Las tuyas siempre lo son.

DON RODRIGO.

¿Ya empieza otra confusion?

CHINCHILLA.

Esta, por Dios, que es oscura

DON RODRIGO.

¿Si es Narcisa?

CHINCHILLA.

Puede ser.

DON RODRIGO.

¿Ay! ¿qué dicha, si fuera ella!

CHINCHILLA.

Alcahueta hizo una pella;

Mas ¿qué no hará una mujer?

DON RODRIGO.

Apénas de un laberinto

Salgo, ¡y en otro me veo!

CHINCHILLA.

Si no eres mejor Teseo

Que en el otro, aunque distinto,

En aqueste, vive Dios,

Que ha de haber *Segunda parte**Del Penséque*. Industria y arte

Nos han de hacer á los dos

Dichosos: sirve y pretende,

Y date por entendido;

Que mujer ilustre ha sido

Esta nuestra dama duende,

Si crédito hemos de dar

Al modo con que te escribe.

DON RODRIGO.

Si es Narcisa, ya apercebe

El alma centro y lugar,

En que como dueño asista.

A la Condesa he olvidado.

CHINCHILLA.

Libranzas amor te ha dado;

Mas no son á letra vista,

Pues á tu dama no ves.

DON RODRIGO.

Habré por fe de querella.

CHINCHILLA.

¿Válgate el diablo por pella!

Amante eres piamontes.

Aunque no se manifeste,

Finge amarla, si regala.

ESCENA XV.

AURORA. — DON RODRIGO, CHIN-
CHILLA.AURORA. (*Quitando á Don Rodrigo el
papel de las manos.*)

¿Qué haceis aquí, maestresala?

DON RODRIGO.

Estoy....

AURORA.

¿Qué papel es este?

DON RODRIGO.

No sé, por Dios: en el suelo

Le hallé, y alzándole acaso...

CHINCHILLA. (Ap.)

¿En la trampa al primer paso!

Despedidura recelo.

AURORA.

La letra conozco bien.

DON RODRIGO. (Ap. á su criado.)

¿Léle?

CHINCHILLA.

¡Y cómo! y muy despacio.

AURORA. (*Leyendo.*)*Cierta dama de palacio,*

Lisonjeada... ¡Oh! ¿qué bien!

¿De muchos?

CHINCHILLA. (Ap. á su amo.)

Si no te escapas,

Que hay fraterna, es cierta cosa.

AURORA. (*Leyendo.*)

Lisonjeada por hermosa...

CHINCHILLA.

(Hablando aparte con Don Rodrigo.)

¡Al primer tapon zurrapas!

DON RODRIGO.

¿Hay igual desgracia?

AURORA. (*Leyendo.*)*Quiere**Fiarse de vuestro buen gusto....*

CHINCHILLA. (Ap. con su amo.)

Amor que empieza por susto,

Bueno va, si no se muere,

O nos envía á los dos

A alon.

DON RODRIGO.

¿Quieres callar, necio?

CHINCHILLA.

Ya lee paso, ya recio.

AURORA. (*Lee.*)*Tiene el suyo puesto en vos....*

¿Qué dama tan de repente!

CHINCHILLA. (Ap. á su amo.)

Para copla no era mala;

Por Dios, señor maestresala,

Que se le arruga la frente.

Algun sin alma que aguarde

Lo que esperamos los dos.

AURORA. (*Lee.*)*Tantos pretenden, y vos**Mereceis. El cielo os guarde.*

Esta casa, Don Rodrigo,

Está poco acostumbrada

A libertades, criada

Toda su gente conmigo.

No es Saluzo Oberisel:

Escarmentad; que por Dios,

Que otra vez haga de vos

Lo que de aqueste papel. (*Risgale.*)

CHINCHILLA. (Ap.)

¡Zape!

AURORA.

Andad. (Ap. Bueno va así,

Que si en ser curioso da,

Por lo ménos no sabrá

Que soy yo quien le escribí.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ASCANIO.

[to,
Amor, vuestro absoluto y real respe-
de conde de Moureal, me ha trasforma-
En secretario de señor, criado. [do
Vuestro fuego es la causa, yo el efeto.

En la contemplación de tal objeto,
Secretario me hiciera mi cuidado
De mí mismo, si no hubieran llegado
A profanar los cielos mi secreto.

Mira Narcisa apasionadamente
A Don Rodrigo, para darme enojos,
Y en vano, siendo así, callar presumo.

Es mina amor, y es fuerza que revien-
Cuando no por la boca, por los ojos, [te,
El convertido en fuego, ellos en humo.

ESCENA II.

AURORA, NARCISO.—ASCANIO.

NARCISA. (*Hablando con su hermana, sin**ver á Ascanio.*)

Anda, hermana; que estás ya

(1) Otra tal, otra como.

(2) En la edición de Valencia, hecha en 1631, hay aquí un verso suelto entre dos redondillas, que se ha suprimido, reformando el que lleva la pata y el que consuena con él

Demasiada.

AURORA.

Yo digo

La verdad.

NARCISA.

Si Don Rodrigo

A mi amor materia da,
¿Qué pierdo en querello?

AURORA.

Mucho.

ASCANIO. (Ap.)

Basta, que vienen las dos
Tratando del ciego dios.
¡Esto veo! ¿aquesto escucho?
Desiguales competencias,
Narcisa se ha declarado;
El español es amado;
No hay que hacer mas experiencias.
Caballero es Don Rodrigo:
Voy á probar su valor,
Y si puede en él amor
Mas que la lealtad de amigo. (Vase.)

ESCENA III.

AURORA, NARCISA.

NARCISA.

Don Rodrigo es principal,
Y es Giron, que le engrandece;
Ya sabes tú que embolece
Su casa con sangre real.
¿Qué defeto hallas en él,
Sabiendo que quiso, hermana,
Su esposo hacerle Diana,
Condesa de Oberisel?

AURORA.

Es extranjero.

NARCISA.

¿Qué importa?

Nunca las personas reales
Se casan con naturales.

AURORA.

De ejemplos, Narcisa, acorta;
Que esposo te dan los cielos
De mas valor é importancia.
Yo intento casarme en Francia,
Y has de imitarme.

NARCISA.

¿Son celos,

Por tu vida?

AURORA.

¿Yo? ¿De quién?

NARCISA.

Del español que procuras
Desacreditar.

AURORA.

Locuras.

NARCISA.

Yo sé que le quieres bien.

AURORA.

Desterrarle he de mi Estado,
Si con tan bajas quimeras,
En ese error perseveras.

NARCISA.

¿Luego al Conde has olvidado
De Borgoña, mayordomo
De tu casa y voluntad?

AURORA.

Hombre de mas calidad
Ha de ser mi esposo.

NARCISA.

¿Cómo?

AURORA.

Pretende monsiur de Guisa
Darme el alma con la mano,
Y Federico, su hermano,
Intenta tambien, Narcisa,
Ser tu esposo. Porque veas

Cuán diversos pensamientos
Solicitan tus intentos,
Las cartas quiero que leas
Que los dos nos han escrito
En órden á esto.

NARCISA. (Ap.)

Envidiosa

De la suerte venturosa
Con que mi amor solicito
Con Don Rodrigo, pretende
Divertirme del Aurora;
Pero engañarla agora.

AURORA.

¿Qué respondes?

NARCISA.

Que me ofende

Tu mudable condicion
¿A Carlos no te inclinabas,
Cuando vino, y ponderabas
Su buen talle y discrecion?
Pues ¿quién te mudó tan presto,
Que el de Guisa te aficiona?

AURORA.

La fama que lo pregonas,
En tal opinion ha puesto
Al duque de Guisa, hermana,
Que le quiero bien. Duquesa
Vengo á ser, si soy marquesa:
Ya ves lo mucho que gana
Nuestra casa, y el valor
Que á su sangre corresponde;
Lo que va de un duque á un conde,
Y cuál me estará mejor.

NARCISA.

¿Al Conde olvidas?

AURORA.

Pues bien,

¿Qué quieres decir en eso?

NARCISA.

Pues la verdad te confieso,
Y ya no le quieres bien,
¿Cuánto mejor te estará,
Si eres duquesa de Guisa,
El ver condesa á Narcisa
De Borgoña!

AURORA.

¿Cómo?

NARCISA.

Ya

Puedo declarar contigo
Mis amorsos desvelos.
Por no dar causa á tus celos
Fingí amar á Don Rodrigo,
Siendo el conde de Borgoña
Quien mi amor tiranizó,
Desde que el alma bebió
Por los ojos su ponzoña.
Mas pues este estorbo cesa,
Segun tu eleccion me avisa,
Y casándote tú en Guisa,
Me puedes hacer condesa,
Déjame á Carlos. Aurora,
Y deberé este Estado;
Que yo he visto en su cuidado
Que te olvida y que me adora.

AURORA.

Si yo á quien soy no mirara,
Te cerrara, necia, loca,
Con un caudado la boca,
Y la lengua te cortara.
¿Tú tienes atrevimiento
Tan soberbio y licencioso,
Que á quien me da por esposo
De mi padre el testamento,
Osas mirar?

NARCISA.

¿Ya me alegas

Testamentos? Buena estás!
Si al Duque elegidos has,

Y á su amor el alma entregas,
No sé por dónde ni cómo
De mi puedas agraviarte.

AURORA.

¿Tú conmigo has de igualarte?

NARCISA.

¿Es mucho que á un mayordomo
Pretenda, cuando tú cobras
A un Duque?

AURORA.

No lo verás.

NARCISA.

Si como á menor me das
Alimentos de tus sobras,
¿En qué te igualo? ¿No dejas
A Carlos?

AURORA.

¿Yo?

NARCISA.

Ahora acabas
De afirmar que al Duque amabas,
Y que olvide me aconsejas
Por su hermano á Don Rodrigo.

AURORA.

Mis sospechas lo fingieron,
Porque en tus intentos vieron
La traicion que usas conmigo;
Que ni el de Guisa me ha escrito,
Ni otra sino yo ha de ser
Del conde Carlos mujer.

NARCISA.

Pues ya, hermana, no compito
Contigo: satisfacerte
De mi buen gusto podrás,
Si á Don Rodrigo me das,
Pues quedo de aquesta suerte
Yo casada y tú contenta,
Y á España me partiré.

AURORA.

Los ojos te sacaré
Primero que tal consienta.

NARCISA.

Si no hay Federico ya,
Y tú al conde Carlos quieres,
Cuando al español me dieras,
¿Qué hay perdido?

AURORA.

No tendrá

Tan mal gusto Don Rodrigo,
Si á Diana quiso bien,
Que satisfechos estén
Sus pensamientos contigo.

NARCISA.

Si no estriba mas que en eso
La causa de tus enojos,
Ya me han dicho á mí sus ojos,
Que mi amor le quita el seso.

AURORA.

¿Tú á Don Rodrigo?

NARCISA.

Trinchando,

En verme se divirtió
Hoy, y un dedo se cortó,
Y aun yo le oí suspirando
Decir entre llanto y risa,
Baja la voz y compuesta:
«Amor que sangre me cuesta
Compasion dará á Narcisa».
Yo entónces tomé la presa
Que tanto mal vino á hacer,
Y un lienzo dejó caer
A sus piés junto á la mesa,
Que creyendo ser Brianda
Suvo, en viéndole, le alzó,
Y dándosele, esmaltó
Su noble sangre en mi holanda.
Mira en esto lo que inferes,
Y si el ser mi esposo es llano,

Pues yendo el lienzo á su mano,
Me he casado por poderes.

AURORA.

Cortaréte yo la tuya,
Y saldrá tu industria vana.

NARCISA.

Pues acabemos, hermana,
Y este pleito se concluya,
Que estás terrible conmigo;
Y tengas gusto ó pesar,
Yo me tengo de casar
Con Carlos, ó Don Rodrigo. (Vase.)

ESCENA IV.

AURORA.

¿Qué mudanzas, decid, envidia mía,
Son estas, que á mi amor hacen Proteo?
¿Cuándo os pensais quietar, loco deseo,
Que amais, no la elección, mas la portía?
Al Conde quiero ya que aborrecia,
Porque Narcisa pone en él su empleo:
Al español me inclino, porque veo
Que en ella amor, y celos en mi eria.

Sombra soy de mi hermana: á cual-

[quier parte]

Que va su voluntad, doy en seguilla:
Y sin amar, amor me da desvelos. [E]
Mas sisu hacienda entre los dos repár-
Mi padre aun hasta aquí, ¿qué maravilla:
Que ella herede el amor y yo los celos?

ESCENA V.

DON RODRIGO, con un lienzo atado
en la mano izquierda. — AURORA.

DON RODRIGO.

¿Qué manda Vuestra Excelencia?

AURORA.

Mucho debéis, Don Rodrigo,
Pues no hago en vos un castigo
Ejemplar, á mi paciencia.
Agradece á mi prima
Y al amor que os ha tenido....

DON RODRIGO.

No sé en qué os haya ofendido.

AURORA.

Que á no saber en la estima
Que con ella habeis estado,
Yo excusara la ocasion
Que dais á mi indignacion.

DON RODRIGO.

Pues yo ¿en qué....?

AURORA.

¿No os he avisado

Que las damas de mi casa
Las pretensiones no admiten
Que los palacios permiten,
Cuando el uso por ley pasa?

DON RODRIGO.

Pues ¿en qué, señora, excedo
A lo que vos me mandastes?

AURORA.

¿Lindamente os enmendastes!
Agradecéroslo puedo.
Basta, que contra la fama
Que en esta casa ofendeis,
Dais en galán y teneis
Dentro en mi palacio dama.

DON RODRIGO.

¿Dama yo?

AURORA.

Pues os escribe
Y os correspondeis los dos,
Siendo cortesano vos,
¿Quién duda que no recibe
De sus papeles respuesta?

DON RODRIGO.

Alma de una pella fué

El que aquella tarde hallé,
Que haciendo en el parque fiesta
A vuestras damas, la nieve
Me tiraron, y lei;
Mas ni al dueño conocí,
Ni habrá quien contra mí pruebe
Que despues que Vuexcelencia
Sin culpa me reprendió,
Haya pretendido yo
Con alguna diligencia
Saber quién la dama ha sido;
De que estoy tan ignorante,
Cuan libre de ser su amante.

AURORA.

Buena excusa habeis fingido.
Pues si acabo de cogella
Este segundo papel,
¿Podeis excusar en él
El aviso de la pella?

DON RODRIGO.

¿Segundo papel á mí,
Gran señora!

AURORA.

Tomad, velde;

Si no me creéis, leelde,
Que agora se le cogi;
Y si con él no os convenzo,
Y responder no podeis,
Pues que cortado os habeis
La mano, envialda el lienzo.
Mas bien podréis; que no ha sido
La derecha la cortada;
Que esa estará reservada
Para ser agradecido.

DON RODRIGO.

Si conozco á esa mujer,
Si la he visto, si la he hablado,
Un traidor disimulado
Me mate, y no llegue á ver
Mi patria; de mí murmure
El que mas mi amigo fuere;
Los estudios que escribiere
Un idiota los conjure;
El que anduviere conmigo,
Cuando esté ausente, me ofenda;
Pleitee, sirva, pretenda....

AURORA.

Leed, leed, Don Rodrigo.

DON RODRIGO.

Pues vos me lo mandais, leo;
Puesto que á creer me incita
Que vive en la ley escrita
Quien me escribe y nunca veo.
(Lee.) *Don Rodrigo, amor os llama*
Para poco, pues no os muere
Un papel que envuelto en nieve,
Disfrázó en ella su llama.
Buscad curioso la dama
Que, descuidado ó cobarde,
Os busca, y manda que aguarde
Amor, niño invencionero,
A una reja del terrero
Esta noche. — El cielo os guarde.
De aquí puede colegir,
Señora, Vuestra Excelencia
Mi descuido y negligencia,
Y si he intentado salir
Del límite que me puso
En el primero papel.

AURORA.

La que os muestra amor en él
Y agora os tiene confuso,
Es mi sangre, y tan hermosa,
Que no es mucho si la veis,
Que la Condesa olvideis
Por ella. Ha de ser esposa
De un ilustre potentado,
Con quien casarla pretendo;
Y así del amor me ofendo
Que os muestra y he castigado.

Quando la cogí el papel,
De tal suerte la reñí,
Que temerosa de mí,
Os quisiera dar en él
Veneno: hame prometido
De olvidar vuestra afición,
Y por aquesta ocasion,
A mostráros la he venido.
No vais, Rodrigo, al terrero
Esta noche, ni ofendais
Su secreto, si os preciais
De leal y caballero;
Porque si os ve diligente
En averiguar quién es,
Será difícil despues
Lo que agora fácilmente
Se remediará en los dos.

DON RODRIGO.

Digo que sea así, madama.

AURORA.

Lo que no se ve, no se ama.
Yo sé que si la veis vos,
No ha de ser despues posible
El dejalla de querer.

DON RODRIGO. (Ap.)

¿Válgate Dios por mujer,
Cuan to alabada, invisible!

AURORA.

Dadme ese lienzo que es suyo.

DON RODRIGO.

Está sangriento, señora.

AURORA.

Haréle quemar agora;
Que así principios destruyo
Que puedan dar ocasion
Á que yo viva ofendida.
Mostrad. ¿Es algo la herida?

DON RODRIGO.

No, señora.

AURORA.

Este liston,
En vez del lienzo os atad. (Dale uno.)

DON RODRIGO.

¿Tanto favor!

AURORA.

No es favor

Ocasionado de amor,
Sino de necesidad.
Mirad que me prometeis
De no salir al terrero
Esta noche.

DON RODRIGO.

Solo quiero

Daros gusto.

AURORA.

Acertaréis.

DON RODRIGO.

No intento mas que serviros.

AURORA. (Ap.)

¿Ay sangre, que poco á poco
Me abrasais! Pues que ya os toco,
¿Quién bastará á resistiros?
Ni ¿cómo tendré sosiego,
Si cuando el alma os conserve,
La sangre sin fuego hierve,
Y hoy venis á sangre y fuego? (Vase.)

ESCENA VI.

CHINCHILLA. — DON RODRIGO.

CHINCHILLA.

¿Esta casa está encantada?
Vive Dios, que es en Saluzo
De casta, amor, de lechuzo.

DON RODRIGO.

¿Qué es eso?

CHINCHILLA

¿Oh señor! no es nada,

Acá nos lo habemos yo
Y una dama piamontés,
Que al conde Partimuples
A oscuras encantusó.

DON RODRIGO.
¿Diceslo por mí?

CHINCHILLA.
Y por todos
Los pecadores, amen.
Amante soy yo tambien;
Los mismos pasos y modos
De tus confusiones sigo,
Porque de una misma traza
Vayan la mona y la maza.

DON RODRIGO.
¿Estás loco?

CHINCHILLA.
Verdad digo.
Sin tí, y entre cuatro dueñas
(¡Mirad con quién y sin quién!),
Y tres doncellas tambien,
(Digo doncellas por señas;
Que en lo demas no me meto)
En la antecámara estaba,
Y con ellas conversaba,
Mas compuesto que un soneto.....

Mira si en amar te imito.

DON RODRIGO.
¡Ay Chinchilla, si supieras
Mi confusion!

CHINCHILLA.
¿Hay quimeras
Nuevas?

DON RODRIGO.
Otra vez me ha escrito
Mi encubierta dama.

CHINCHILLA.
¿Agora?

DON RODRIGO.
Y me espera en el terrero
Esta noche.

CHINCHILLA.
¿Por febrero?
Gatuno es tu amor.

DON RODRIGO.
Aurora
Le cogió el papel, y airada,
Leyéndole, me obligó
A no amalla.

CHINCHILLA.
¿Cómo no?

DON RODRIGO.
Dice que está concertada
Con un potentado.

CHINCHILLA.
Bien:
¿Y descubrióte quién era?

DON RODRIGO.
¡Dichoso yo, si eso hiciera!
Hame mandado tambien
Que ni saber solicite
Quién es, aunque viva en duda,
Ni que aquesta noche acuda
Al terrero.

CHINCHILLA.
A tal embite,
Mal harás en no querer.

DON RODRIGO.
Pintómela tan hermosa,
Que dice es difícil cosa,
Viéndola, no la querer.
Riñó con ella celosa,
Segun me lo afirmó aquí.

CHINCHILLA.
¿Celosa della ó de tí?

DON RODRIGO.
Es cosa dificultosa.
Que no la vea me avisa.

(1) Véase la nota que va al fin de esta comedia.

CHINCHILLA.
¡Válgame Dios! ¿quién será?

DON RODRIGO.
Por las señas que me da
Yo sospecho que es Narcisa.

CHINCHILLA.
Desa estoy yo sospechoso.

ESCENA VII.

ASCANIO. — DON RODRIGO, CHIN-

CHILLA.
ASCANIO.

Don Rodrigo, de vos vengo
Muy sentido, y sé que tengo
Ocasión de estar quejoso.

DON RODRIGO.
Declarad aquea enima;
Que todos hablais aquí
Misterios.

ASCANIO.
Desde que os ví,
Os he tenido en la estima
Que vuestro valor merece.

DON RODRIGO.
Y yo obligado os estoy.

ASCANIO.
Pero el no saber quién soy,
Justa disculpa os ofrece.
Oid aparte.

(*Séparanse de Chinchilla, Ascanio y Don Rodrigo.*)
Monreal

Por su conde me respeta;
Y amor, que cetros sujeta
Y al oro iguala el sayal,
Me enamoró de Narcisa
De la suerte que sabeis,
Pues en su casa me veis
Sirviendo.

CHINCHILLA. (*Llegándose á los dos.*)

¿Cuéntelo aprisa;
Que es ya de noche, y tenemos
Mucho que hacer. (*Retírase.*)

ASCANIO.
Competencias
Que entre nuestras acendencias
Pasaron á los extremos
De bandos y enemistades,
Me han quitado la esperanza
Con que el matrimonio alcanza
Dulce union de voluntades.
Amor, por esta razon,
Manda que en su casa viva
Secretario, donde escriba
Sus tormentos mi pasion.
Y como los celos ven
Cosas que les dan enojos,
Dáisme á entender en los ojos
Que Narcisa os quiere bien.
Aquesto es verdad, por Dios.

DON RODRIGO.
¿Qué es lo que decís?

ASCANIO.
Yo digo
Lo que he visto, Don Rodrigo.
No há media hora que á las dos
(Digo á Aurora con su hermana)
Vi riñendo, y que decia
Que de vuestra gallardia,
Digna eleccion de Diana,
Vuestro valor y nobliza,
Tan enamorada estaba,
Que haceros dueño intentaba
Del oro de su belleza.

DON RODRIGO. (*Ap.*)
¡Gracias á Dios, que he sacado
En limpio este borrador.

ASCANIO.
¡Mirad qué tal es su amor,
Y si me habeis agraviado
Sin culpa! aunque desde agora
Podré quejarme de vos.

DON RODRIGO.
Ni yo la he hablado, por Dios,
Hasta aquí, ni de señora
Madama (2) entendí jamas
Que Narcisa se mudara;
Mas pues así se declara
Fiad, Conde, desde hoy mas,
Que no halleis en mi ocasión
De sospecha ni de celos.

ASCANIO.
Han guarnecido los cielos,
Amigo, vuestro *Giron*
Del oro mas acendrado
Queapuró la cortesía.
Ya sabeis la historia mia;
Y en esa fe conlido,
Fío mi dicha de vos.
Sois generoso y discreto;
No agravéis mi secreto,
Ni nuestra amistad. Adios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

¿Qué tenemos?

DON RODRIGO.
De hoy comience
Mi dicha con claridad;
Que en cosas de voluntad,
Lo cierto es, viva quien vence.

CHINCHILLA.
¿No me dirás lo que ha habido?

DON RODRIGO.
Lo cierto es que soy amado
De Narcisa, y que el cuidado
De mi amor pagado ha sido.
No me preguntes mas.

CHINCHILLA.
Quiero (3),

Como tú contento estés,
Y no floremos despues.
¿Habemos de ir al terrero?

DON RODRIGO.
¿Eso dudas?

CHINCHILLA.
Noche es ya.

DON RODRIGO.
Prevenme espada y rodela.

CHINCHILLA.

Yo seré tu centinela;
Pero Aurora ¿qué dirá?

DON RODRIGO.
Lo que quisiere, y tambien
Ascanio, si me condena;
Que por pretension ajena
No he de dejar yo mi bien. (*Vanse.*)

—
Vista exterior del palacio.—Es de noche.

ESCENA IX.

AURORA. (*A una ventana.*)

Si siempre la privacion
Fue aumento del apetito,
Y que aquí venga limito
A Don Rodrigo Giron,
No perderá la ocasion,
Que con los estorbos crece,
E imposibles apetece;

(2) O equivale á título y quiere decir *Marquesa*, ó es una errata.

(3) Quiero complacerte, servirte, etc.

Pues con amor, donde anima,
Lo difícil tiene estima,
Y lo fácil desmerece.
Ya, envidia, os habeis trocado
Por otro afecto mayor:
Envidia, ya sois amor
Verdadero y declarado.
Harto caro os ha costado,
Pues sabeis, alma rendida,
Que él dió sangre, y vos la herida;
Mas pues sangre le costais,
Nadie diga que no vais,
Por lo menos, bien vendida.

ESCENA X.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.—AU-
RORA.

CHINCHILLA.

¡Cuerpo de Dios con la noche!

DON RODRIGO.

¡Brava oscuridad, Chinchilla!

CHINCHILLA.

Para ensartar abalorios,
O afeitar barbas, es linda.

DON RODRIGO.

¿Si habrá venido al terrero
Esta nuestra dama en cifra,
Por quien ando mas confuso
Que un poeta academista?

AURORA.

Ce: ¿es Don Rodrigo?

CHINCHILLA.

Con ce

Desde aquellas celosías
Te llama una dama trasgo:
Celos temo que te pida.

AURORA.

¿Sois vos español?

DON RODRIGO.

No sé

Si soy yo, señora mía,
O si mi amor encantado
Me ha trasformado en vos misma.
¡Qué dello que me costais!

AURORA.

Pues yo ¿qué os cuestó?

DON RODRIGO.

Dos riñas

De Aurora, sin conoceros.

AURORA.

Lo mas caro, en mas se estima.

¿Estais muy enamorado?

DON RODRIGO.

Puesto que lo estoy de oídas,
Si la que imagino sois,
El alma os tengo rendida;
Aunque si de los favores
Que me haceis, es bien colija
Sus efectos mi esperanza,
Todas paran en desdichas.

AURORA.

¿Por qué?

DON RODRIGO.

El primero es de nieve:
Juzgad, cuando amor se cria
Entre llamas, si será
Posible que helado viva.

AURORA.

Con amor, la nieve abrasa,
Y sin él, el fuego enfria:
No amais, si la nieve os hiela.

DON RODRIGO.

Todo queso es tropelia.—
Escribisme que quereis
Saber si os miente el que os pinta
Tan hermosa, y que yo sea
Júez que el pleito difina.
Y sabiendo que ha de ser

El proceso vuestra vista,
No os viendo, ¿de qué manera
Os he de guardar justicia?

AURORA.

Hay tantos impedimentos
En casa, y puede la envidia,
Que de vos algunos tienen,
Tanto.....

DON RODRIGO.

¿De mí?

AURORA.

Que me obliga

A que de vos me recate.

DON RODRIGO.

¿De qué suerte?

AURORA.

Me castigan

Porque ayer os escribí
Otro papel.

DON RODRIGO.

¿Quién podía

Por eso á vos castigaros?

AURORA.

Quien os recela, y os mira
Con pasion, y es poderosa.

DON RODRIGO.

¿Es la Marquesa?

AURORA.

¿Y no es dina

De vuestro amor la Marquesa?

DON RODRIGO.

Es su hermosura divina;
Mas dicen que adora á Carlos.

AURORA.

No sé en eso lo que os diga;
Pero sé de que le pesa
Que os pretenda y que os escriba.

DON RODRIGO.

Y vos proseguis, señora,
Estos amores tan tibia,
Que cuando con imposibles
De verdaderos se animan,
Jurais de olvidarme.

AURORA.

¿Yo?

DON RODRIGO.

La Marquesa así lo afirma.

AURORA.

¿Y no mienten las marquesas?

DON RODRIGO.

No ignoro yo que hay mentiras
En las cortes, tituladas
Mercedes y señorías;
Mas de Aurora no lo creo.

ESCENA XI.

ASCANIO.—AURORA, DON RODRI-
GO, CHINCHILLA. *Después CAR-*
LOS Y TEODORO.

ASCANIO. *(Sin ver á nadie.)*

Celos, como sois espías,
Al desengaño esta noche
Servid de postas perdidas.

(Salen Carlos y Teodoro.)

CÁRLOS. *(A Teodoro, sin ver á nadie.)*

Yo he de averiguar agora
Lo que no puedo de día,
Y saber si á la Marquesa
Otro amante desatina.

TEODORO.

¿No te asegura su hermana?

CÁRLOS.

Mis recelos imaginan
Que en otra parte se abrasa
Quien conmigo está remisa.

CHINCHILLA. *(Ap.)*

De dos en dos van viniendo,
O rondantes ó estantiguas
De palacio. Hacedos allá,
O hacedme lugar, esquinas.

DON RODRIGO.

En fin vos me quereis bien;
Pero mi amor no os obliga
A que me digais quién sois.

AURORA.

Recelo, cuando os lo diga,
Que me aborrezcais por fea.

DON RODRIGO.

Eso no; que os apadrina
De la Marquesa el abono,
Pues de suerte os acredita
En discrecion y belleza,
Gracia, sazón, bizarría,
Que tiene por imposible
Que la libertad no os rinda
Si os veo.

CÁRLOS.

(Hablando aparte con Teodoro.)

¿Qué te parece,

Teodoro? ¿Si se confirman
Mis sospechas con la noche,
Tercera destas visitas!
Agora importa saber
Quié son los que solicitan
Hipócritas voluntades,
Disimuladas de día.

TEODORO.

No es la Marquesa, á lo ménos.

CÁRLOS.

Mucho de una mujer fias,
Ocasinada por moza,
Y peligrosa por rica.

ASCANIO. *(Ap.)*

Un hombre habla en el terrero,
Y una dama desde arriba,
Acrecentando sospechas,
Mi esperanza desanima.
¡Válgame Dios! ¿quién será?

DON RODRIGO.

Por mas que el recato finja,
Con que de mí os encubris,
Por Dios, que estais conocida.

AURORA.

¿Pues quién soy?

DON RODRIGO.

Si me jurais

Como la verdad os diga,
No negaría, os lo diré.

AURORA.

Confesarélo, por vida
De la cosa que mas quiero

DON RODRIGO.

Pues digo que sois Narcisa.

ASCANIO. *(Ap.)*

¡Ay cielo! ¿qué es lo que escucho?

¡Ay, alma, siempre adivina!

AURORA.

¡Jesus! ¿qué lejos que dais

Del blanco!

DON RODRIGO.

Es ciego el que tira;

Pero yo sé que lo acierto.

AURORA.

¿Pues qué ocasion os obliga
A creer tal disparate?

DON RODRIGO.

Amor, cuya monarquía
Mis cortos merecimientos
A vuestro valor sublima.

AURORA.

Pues ¿quiereos Narcisa á vos?

QUIEN CALLA, OTORGA.

DON RODRIGO.

Y de suerte, que ofendida
La Marquesa, ó envidiosa
De que papeles me escriba,
Hoy ha reñido con ella.
Acabad, señora mía,
Que quien oyó la pendencia,
Lo que me quiere me avisa.

ASCANIO. (Ap.)

Esto es hecho; el español
Es este: lo que temía,
Averigüé. ¡Qué indiscreto
Es quien de extrangeros fia!

DON RODRIGO.

Confesadme que sois vos.

AURORA.

¿He de confesar mentiras?

DON RODRIGO.

Vuestra vida habeis jurado.

AURORA.

No lo soy, por vida mía;
Que Narcisca quiere al Conde.

DON RODRIGO.

¿Qué Conde es este?

AURORA.

Aquí habita
Cierta conde disfrazado,
A quien amorosa mira
La dama que os desvanece.

ASCANIO. (Ap.)

Yo soy ese, no hay quien viva,
Conde, en casa, sino yo.

CÁRLOS. (Ap. á Teodoro.)

¡Mas si me amase Narcisca,
Viendo que estoy en su casa,
Teodoro, como este afirma?

DON RODRIGO.

Díjome que érades vos
Su sangre.

AURORA.

¿Pues no podía,
En fe de aquea verdad,
Ser yo la marquesa misma?

CÁRLOS. (Ap. con Teodoro.)

Teodoro, ¿no escuchas esto?

TEODORO.

Bien puede ser que se finja
La que no es: escucha y calla.

DON RODRIGO.

La Marquesa es prenda digna
Del amor del conde Cárlas.

AURORA.

Y si fuese yo la misma,
¿Pesárais de que os amara?

DON RODRIGO.

No es mi estrella tan benigna,
Que tal ventura merezca;
Puesto que yo vi una cinta,
Que coronando esperanzas,
Dió salud á cierta herida.

AURORA.

Pues tampoco soy Aurora,
Porque esa á Cárlas dedica
La libertad, que á su fama
Há tanto que está ofrecida.

CÁRLOS. (Ap. con Teodoro.)

¡Eso sí, locos deseos!

TEODORO.

¿Cuál estabas ya!

CÁRLOS.

Sin vida,

Sin seso, sin esperanza.

DON RODRIGO.

¿Quién sois, pues?

AURORA.

Soy de dos primas

Que en palacio tiene, una.
Entre Sirena y Arminda,
¿Cuál os parece mejor?

DON RODRIGO.

¿Qué sé yo?

ASCANIO. (Ap.)

Si no es Narcisca

La misma que estoy oyendo,
Y las esperanzas mías
Saben que es de un Conde amante,
Disfrazado por servilla,

¿Qué tengo mas que esperar?

Si mi ventura averigua

Su seguridad mañana,

Yo, amor, os prometo albricias. (Vase.)

CÁRLOS. (Ap. á Teodoro.)

Teodoro, yo he de saber,
Primero que se despidan,
Quien son los que me atormentan,
Aunque me cueste la vida.
Ven y calla.

TEODORO.

Callo y voy. (Vanse.)

ESCENA XIII.

AURORA, DON RODRIGO, CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

Pues ni ruegos ni porfias
Bastan con vos, vive el cielo,
Que he de volverme á Castilla.
Adios, oscura señora.

AURORA.

Escuchad.

DON RODRIGO.

Vamos, Chinchilla.

AURORA.

Esperad un poco.

CHINCHILLA.

Esperen

Los judíos su Mesías.

DON RODRIGO.

Si no me decis quién sois,
Perdonad; que martirizan
Tantas tinieblas á un alma.

AURORA.

Esperad, pues, que os lo diga.

DON RODRIGO.

Ya espero.

AURORA.

La que mañana
Cuando Aurora salga á misa
Con sus damas, como suele,
Al entrar de mi capilla
Trobezase, yendo vos
A tenella, y con fingida
Industria os dejare un guante,
Esa es la que os desatina. —
Y con esto, adios.
(Retírase de la ventana.)

ESCENA XIV.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

Metiése.

DON RODRIGO.

Alto; ello va por enigmas.
Paciencia. — ¿Qué dices desto?

CHINCHILLA.

¿Qué diablos quieres que diga?

DON RODRIGO.

¿Tienes ganas de acostarte?

CHINCHILLA.

No será con las gallinas;
Mas con los mochuelos sí.

DON RODRIGO.

Oh si el sol se diese prisa,

Para echar ya confusiones
A una parte!

CHINCHILLA.

¡Oh si una silla

Te echase amor, con su freno!

DON RODRIGO.

Anda, necio.

(Vase Don Rodrigo, y por una reja baja
se asoma Brianda y coge de la capa
á Chinchilla.)

ESCENA XV.

BRIANDA. — CHINCHILLA.

BRIANDA.

Ce: ¡ah Chinchilla!

CHINCHILLA.

¿Ah Chinchilla, y á estas horas?

BRIANDA.

No te vayas.

CHINCHILLA.

¿Quién me tira?

BRIANDA.

Quien te adora.

CHINCHILLA.

¿A mí á-dorar?

¿Estoy en la platería?

BRIANDA.

Sosíégate.

CHINCHILLA.

¿Pues quién eres,

Alma ó cuerpo?

BRIANDA.

¿Ya te olvidas

De la dama que esta noche
Te ofreció á oscuras la vida,
Y te tomó de la mano?

CHINCHILLA.

Dí lo que quieres, aprisa.

BRIANDA.

Que me quieras.

CHINCHILLA.

¿Eres dueña,

O doncella? vieja, ó niña?
Blanca, negra, moza ó ama,
Hija, madre, grande ó chica?

BRIANDA.

Soy tamaña, que pudieran
Traerme al cuello por hija,
Si el cristal fuera azabache.

CHINCHILLA.

Serás dama cristalina.

¿Llamaste?

BRIANDA.

Con Bri comienza

Mi nombre, y su don encima.

CHINCHILLA.

¿Don con Bri? Doña Bribona,

Si ya no eres Dona Brizna.

¿Doña Brigida?

BRIANDA.

Tampoco.

CHINCHILLA.

¿Estás en la letanía,
O en el libera nos, Domine?

BRIANDA.

No hay sabello, aunque porfias,
Mientras no me prometieres
Ser mi marido.

CHINCHILLA.

(Ap. ¡A tu tia!)

¿Al matrimonio te acoges?

¿No son primero las vistas?

BRIANDA.

Yo sé que no te arrepientas.

CHINCHILLA.

Ahora bien, para que diga

De sí ó no, dame esa mano.

BRIANDA.

De esposa os la doy.

CHINCHILLA.

¿Qué fría, y qué floja está!

Y en fin, para ser Francisca,

¿Qué de nudos de cordón

Traen los dedos por sortijas!

¡Vive el cielo, que parecen

Manojo de disciplinas,

Ó espárragos de Portillo,

Si no son de cañastola!

BRIANDA.

No hagas caso de las manos;

Que aunque me desacreditan,

Lo demás es de manteca.

Toca la fisonomía.

CHINCHILLA.

Cariredonda parvécis.

BRIANDA.

¿Pues es malo?

CHINCHILLA.

En redondillas

Me enamoras, vive Dios.

(*Le tienta los anteojos.*)

¡Ay!

BRIANDA.

¿Qué ha sido?

CHINCHILLA.

¡Antojadiza!

BRIANDA.

Tráigolos, por el sereno,

De noche.

CHINCHILLA.

¿Y te melindrizas?

¡Bueno! ¿Son negros, ó zarcos?

BRIANDA.

Negros.

CHINCHILLA.

¿Mucho?

BRIANDA.

Como endrinas.

CHINCHILLA.

Pues serán espadas negras;

Que por ser amor esgrima,

Se ha puesto, por no lisiarme,

Antojos por zapatillas.

BRIANDA.

¿Qué buscas?

CHINCHILLA.

Lo que no hallo,

La narigación.

BRIANDA.

¿No atinas

Con ellas?

CHINCHILLA.

No.

BRIANDA.

Aquestas son.

CHINCHILLA.

¿Estas romas?

BRIANDA.

¿Qué querías?

CHINCHILLA.

A Roma me voy por todo.

¡Or Dios, si te arromadizas,

¡Toma dama, que no topes

Que tirar, sino es con plizas.

¡Toma hay que las trae mayores.

BRIANDA.

Pensabas que era judía?

CHINCHILLA.

¡No; mas redonda, y sin ellas,

¡Para tienes de bonita,

¡Sútiles ginetes son

Los anteojos, pues encima

Pueden tenerse, aunque vayan

A la gineíta ó la brida.

¡Hay tal esterilidad

De narices en las Indias?

Puedes pretender, por chata,

Una plaza de cacia.

¡Válgate el diablo por roma!

BRIANDA.

Si él me viera, no diría

Tantas faltas.

ESCENA XVI

CARLOS, TEODORO, ACOMPAÑAMIENTO

Y DOS CHILADOS con hachas. — CHIN-

CHILLA.

(*Vase Brianda en el momento que Chinchilla la ve á favor de la luz.*)

CÁRLOS.

Alumbrad.

CHINCHILLA.

¡Jesus! ¡Ánimas benditas!

¿Qué he visto?

CÁRLOS.

¿Quién sois? Tencos.

CHINCHILLA.

¡Hay tal vision, tal harpía,

Tal cigüeña blanca y negra,

Tal urraca ó golondrina?

Yo me muero, pues vi al diablo,

A la muerte, á Celestina,

Y á una dueña, que es peor

¡Válgate el diablo por niña!

CÁRLOS.

¿Qué haceis á tal hora aquí?

CHINCHILLA.

Pecados, señor, hacia,

Los mas chatos y asquerosos

Que la inquisición castiga.

CÁRLOS.

¡Hónrase bien el palacio

De la Marquesa, Chinchilla,

Hablando agora á sus damas?

CHINCHILLA.

¿Damas? ¡Blasfemia! ¡herejía!

CÁRLOS.

¿Quién hablaba aquí con vos?

CHINCHILLA.

Una rapaza, que tía

Dicen que fué de Adán y Eva.

CÁRLOS.

Y vuestro señor, ¿sería

El presumido galán,

Que de noche solicita

Las damas que no conoce?

¿Quién era ella?

CHINCHILLA.

Si á la mía

Se parece, la tarasca

Del *Corpus Christi* sería.

CÁRLOS.

Decid quién es, y advertid

Que la Marquesa me envía

A averiguar la verdad.

CHINCHILLA.

Pues vuesa merced la diga

Que yo estoy espiritado

De una vision ó estantigua,

Que agora de ver acabo:

Que me cehen agua bendita,

Conjurándome, y despues

Sabrán que la que venia

A tentarme, empieza en *Bri*,

Y tiene su don encima.

TEODORO

Esa fué Doña Brianda.

CHINCHILLA.

Doña avestruza sería.

CÁRLOS.

¿Y la que habló á Don Rodrigo?

CHINCHILLA.

Vuesas mercedes me sigan,

Y sabránlo si me alcanzan.

¡Dueñas! el cielo os maldiga.

CÁRLOS. (*Hablando aparte con Teodoro.*)

Celos deste español llevo.

TEODORO.

¿De qué, si él ama á Narcisa,

Como á tí las dos hermanas?

CÁRLOS.

No tengo yo tanta dicha.

ACTO TERCERO.

Sala del palacio.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, CARLOS.

CÁRLOS.

Esto es lo que me escribe,

Y pidiéndos licencia, os apercibe

Que á Narcisa, señora,

Elige por esposa.

AURORA.

El Conde ¿ignora

Que por el testamento

De mi padre ha de ser el casamiento

Conmigo?

CÁRLOS.

No pretende

Daros Carlos disgusto.

AURORA.

¿En qué se ofende?

CÁRLOS.

Piensa que quien dilata

Sus bodas tanto, no con gusto trata

Tomar seguro estado,

O en otra parte emplea su cuidado;

Y como amor es prisa,

Vuestra tibieza ha hecho que en Narcisa

Se mude el que le abraza;

Que si el sujeto trueca, no la casa;

Que siendo hermana vuestra, [ira.

Lo que estima al Marques difunto muer-

AURORA.

¡Notable amor sin duda

Es el de Carlos, pues así se muda!

Las firmes aliciones

Se suelen arraigar con dilaciones.

Si él de veras amara,

Deseos á imposibles aumentara.

¿Qué celos su paciencia

Combaten? qué desden? qué competen-

CÁRLOS.

Todo le da cuidado,

Y mas el sospechar que no es amado

Que amor, todo deseos,

Atajos busca, pero no rodeos.

AURORA.

Y vos tan diligente

Haceis sus partes, que aunque viva au-

No lo parece. [sente,

CÁRLOS.

¿Cómo?

AURORA.

Amante hablais, mejor que mayordomo.

¿Quién duda que Narcisa

Os tiene cohechado y os avisa

Que en plumas y en papeles,

Al conde Carlos le sirvais de Apéles,

Pintándola tan bella,

Que su mudable amor mejore en ella?

CÁRLOS.

Si tal al Conde he escrito.....

ACRORA.

Su muoanza causó vuestro delito ;
Mas no ha de hallar colores
Con que disculpe Carlos sus amores.
Escribilde que venga
Luego á Saluzo, y liberal prevenga
Galas de boda y fiesta,
Si solo dilacion su amor molesta ;
Porque al punto que llegue,
La mano le daré, porque sosiegue.

CARLOS.

Yo en persona pretendo
Gauar estas albricias ; que sintiendo
Prorogar su esperanza,
Su temor escribí, no su mudanza,
Que á Narcisa queria ;
Mas yo sé, gran señora, que mentia.
(Vase.)

ESCENA II.

AURORA.

¿Qué os importa que mi hermana
Ame al Conde, alma envidiosa ?
Yo no puedo ser esposa
De dos, esto es cosa llana.
Mas ; ay violencia tirana !
Aunque amor os aconseja,
Siempre me tendréis con queja ;
Porque el que á escoger se anima,
Aunque lo que escoge estima,
Suspira por lo que deja.
Dejo á Carlos cuando escojo
Al español. ¿Qué he de hacer,
Si el Conde en otro poder,
Iguala el gusto al enojo ?
Venga Carlos, pues me arrojo
A tan atrevido acuerdo,
Y amor entre loco y cuerdo,
No los suelte de la mano ;
Pues si alegría lo que gano,
Causa envidia lo que pierdo.

ESCENA III.

BRIANDA. — AURORA.

BRIANDA.

Ya es hora que Vuexcelencia
Salga á misa, si ha de oilla,
Porque espera en la capilla
El capellan.

AURORA. (Ap.)

No hay paciencia
Que sufra esta competencia.
Narcisa por darme pena,
Competir conmigo ordena ;
Mas venceré su porfia ;
Que prenda que ha sido mia,
No es bien que la euidie ajena. (Vase.)

Galería de palacio, con entrada á la capilla.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

Ya dicen que la Marquesa
Con sus damiselas sale
A misa.

DON RODRIGO.

Como señale
Quién es la que en tal empresa
Me promete, con el guante,
Aclarar mi confusion,
¡Venturosa la ocasion
Que espero !

CHINCHILLA.

Encantado amante
Has sido ; mas vive Dios,
Que si la dama que esperas,
tan bella consideras,
y nos iguala á los dos,

Y es tan pobre de narices

Como la que anoche vi,
Que he de reirme de ti.

DON RODRIGO.

¿Qué de dispartes dices !
Anda, necio.

CHINCHILLA.

¡Oh qué Narcisa,
Qué Aurora en ella verás !
Ofrezcola á Satanás.

DON RODRIGO.

Oye, que salen á misa.

ESCENA V.

AURORA, ACOMPAÑAMIENTO. — DON
RODRIGO, CHINCHILLA. Después
NARCISA, BRIANDA Y ACOMPAÑA-
MIENTO.

CHINCHILLA.

Aurora viene delante.

DON RODRIGO.

Hasta en esto ha sido Aurora.

CHINCHILLA.

Ten cuenta si cae agora,
Y al tenella te da el guante.

DON RODRIGO.

No tengo tal dicha yo :
Carlos si, que es quien la iguala.

AURORA.

¿Qué haceis aqui, maestresala ?

DON RODRIGO.

Como tanto madrugó
Vuexcelencia, imaginé
Que fuera salir queria,
Y á acompañarla venia.

AURORA.

Anoche me desvelé,
Y por eso he madrugado.
Mal, Don Rodrigo, he dormido.

DON RODRIGO.

¡Dichoso el que ha merecido
Desvelar vuestro cuidado !

AURORA.

¿No venis á misa ?

DON RODRIGO.

Espero
Que vos entreis, gran señora.

AURORA.

¡Ah ! si.

CHINCHILLA. (Ap. con su amo.)

Aqui tropieza agora.

DON RODRIGO.

¿Quieres callar, majadero ?
(Vase Aurora con su acompañamiento.)

CHINCHILLA.

¡Malos años, y qué tiesa
Que se entró ! Mas que ha almorzado
Asadores ? Ya has sacado
Que no será la Marquesa.
(Salen Narcisa, Brianda y acompañamiento, y cruzan la escena para entrar en la capilla.)

DON RODRIGO.

Que es Narcisa. ¿Tú no adviertes
El amor con que me mira ?

CHINCHILLA.

Flechas con los ojos tira,
Que dan vidas, y dan muertes.
¡Dichoso tú, si tropiezas ! —
(Narcisa y su acompañamiento entran en la capilla.)

Pero ¡por Dios, que ha pasado
Mas tiesa que un empalado !
Hecha es toda de una pieza.

CHINCHILLA.

Mi dueña Jesuarigada
Quedó.

BRIANDA.

(Tropezando junto á Don Rodrigo.)

¡Jesus sea conmigo !
¡Ay ! Téngame, Don Rodrigo.
Rompióse la capellada
Del chapin. A no estar vos
Aqui, cayera.
(Ap. á él. Cumplido)
Queda así lo prometido
Anoche, del guante. Adios.)
(Le deja un guante y vase.)

ESCENA VI.

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

¿Dejóte el guante ?

DON RODRIGO.

Dejóme

El demonio que te lleve.

CHINCHILLA.

¿Esta fué la de la nieve ?
Sarna es amor, que la come.

DON RODRIGO.

¡Vive Dios, si no pensara
Que Narcisa por probarme,
Ha querido así burlarme,
Que con la dueña abrasara
Esta casa !

CHINCHILLA.

Estáte en eso,
Y entre tanto el guante ten.

DON RODRIGO.

¡Oh ! ¡un rayo le abrase, amen
(Arrójale.)

CHINCHILLA.

¿Le arrojas ? ¿Estás sin seso ?
Guárdale, y luego averigua
La confusion de tu queja,
Pues es reliquia por vieja,
De la imagen del Antigua.

ESCENA VII.

ASCANIO. — DON RODRIGO, CHIN-
CHILLA.

ASCANIO.

En fin, Don Rodrigo, en vos
Degeneró la nobleza
De España, con la firmeza
Que la amistad en los dos
Fundó, y tuvo por segura.
¡Buen amigo hicistes hoy !

DON RODRIGO.

(Ap. Para el humor con que estoy,
¡Viene á buena coyuntura
Este necio !) Pues de mi
¿Qué queja, Conde, teneis ?

ASCANIO.

Lo que á oscuras pretendéis,
Como amor es llama, vi
Anoche, con el castigo
Que os dió la que imaginastes
Ser Narcisa, y no acertastes.
¡Paga de un ingrato amigo !

DON RODRIGO.

¿Pues quién os dijo de mí
Tal mentira ?

ASCANIO.

Quien hablaba
Con vos, y os desengañaba
Del soberbio frenesí
Que á Narcisa os prometió.

DON RODRIGO.

En fin, ella os quiere bien ;
Daros puedo el parabien.
Una dama me escribió ;
Y ni yo sé quien es ella,
Ni vos podeis con razon

Tenerme en mala opinión ;
Hacedme vos conocella.
Y en su presencia vereis
Cuán poco culpado estoy.

ASCANIO.

Satisfecho, español, voy ;
Mas agora no podeis
Saber quién la dama fué ;
Que así se lo he prometido.
(Ap. Que hablé con ella he fingido ;
Mal decirselo podré ;
Pero pues Narcisa es cierto
Que me quiere, necio estoy
En no decirle quién soy.)
Adios, Don Rodrigo.

DON RODRIGO.

Muerto
De celos y confusion
Me deja este hombre.

CHINCHILLA.

Si hará ;
Pero el guante bien podrá
Servir de declaracion
En tan confusa demanda.
Mas ¿sabes lo que imagino?
Que somos tres al molino,
Y nos revuelve Brianda.

ESCENA VIII.

NARCISA, BRIANDA.—DON RODRIGO, CHINCHILLA.

NARCISA.

(Hablando con Brianda á la puerta de la capilla.)

En fin, se ha ya declarado
Mi hermana ; ya al Conde quiere,
Y á los demas le prefiere,
Pues á Carlos ha mandado
Que á Borgoña parta luego,
Para que al Conde preveiga
Que al punto á Saluzo venga
De boda.

BRIANDA.

A escribirle un pliego
Se entró, acabada la misa.
Para en uno son los dos.

NARCISA.

Don Rodrigo, ¿aquí estáis vos?
¿Qué tristeza es esa?

(Ap. á Brianda. Avisa

Al secretario, y ve luego ;
Que á Carlos quiero escribir
A quien adora mi luego.)

(Vase Brianda.)

¿No me habláis ? ¿No respondeis?
¿En qué os habéis divertido?

DON RODRIGO.

Siempre vive mi sentido
En la confusion que veis.
Perdonadme, gran señora,
Si en quimeras ocupado,
Se descuida mi cuidado
De hablarlos.

NARCISA.

Mi hermana Aurora

Se nos casa, maestresala ;
Por el de Borgoña envía
Para darnos un buen día.
Nuestra corte está de gala ;
No esteis triste solo vos ;
Que del bien de la Marquesa
Nos daís señales que os pesa.

DON RODRIGO.

Mil años los guarde Dios.
¡A mí pesarme! ¿Por qué?

NARCISA.

Vuestra tristeza responde
Por vos.

DON RODRIGO.

Y el amor de un conde,
Que en vuestros ojos se ve,
Me dice tambien á mí
Que presto segundaréis
Bodas, con que os igualeis
A las suyas.

NARCISA.

¿Cómo así?
¿Quiere casarme mi hermana
Con algun conde?

DON RODRIGO.

Encubierto,
Por vuestra hermosura muerto,
Lo que yo he perdido gana,
Y ya os llama su mujer.

(Vase.)

NARCISA.

No os entiendo.

DON RODRIGO.

¡Bien por Dios!

NARCISA.

Si fuérades conde vos,
Rodrigo, pudiera ser.

DON RODRIGO.

¿Cómo es esto?

CHINCHILLA. (Ap. á su amo.)

¡Vive Cristo,
Señor, que es esta la dama ;
Que adivinaste y nos ama!
Ya de mis burlas desisto.
¿No ves el favor que te hizo?
Declárate.

DON RODRIGO.

Gran señora,
No soy conde ; pero agora
Ese favor solenizo,
Puesto que yo sé de vos
Que del fuego en que me abraso
Olvidada.....

CHINCHILLA. (Ap. á su amo.)

Al caso, al caso.
Al punto, ¡cuerpo de Dios!

DON RODRIGO.

Estimais otro trasunto,
(Mejor diré original)
Que del conde de Monreal
Trasladais.

CHINCHILLA. (Ap. á su amo.)

Al caso, al punto.
NARCISA.
¿Qué Monreal, qué Conde es ese?
Don Rodrigo, ¿estáis en vos?

CHINCHILLA.

Mi amo....

DON RODRIGO.

¡Ah loco!

CHINCHILLA.

Por Dios,
Que ha de oílo, aunque te pese. —
Narcisa, (A ella.) en breves razones,
Quiere con cuerdos avisos
Imprimiros seis Narcisos,
Y vestillos de girones.
Daos las manos ; que es descanso
De decir presto si ó no... —
Pero Aurora nos cogió. —
Yo hablé por boca de gaucho.

ESCENA IX.

AURORA. — NARCISA, DON RODRIGO, CHINCHILLA.

AURORA.

¿Qué *síes* ó *noes* son estos?

CHINCHILLA.

El sí que has dado alababa,
Al Conde aquí, y ponderaba
Que *síes* y *noes* prestos

Son cuerdos, si es que penetras
La brevedad con que puso
El sí ó no la ley y el uso,
Pues tiene solas dos letras.

AURORA.

¿Quién os mete en alaballos,
A vos, para que igualeis
Sillas que en doseles veis,
Con las sillas de caballos?

CHINCHILLA.

Con mi señor vengo yo.....

AURORA.

No entreis otra vez aquí ;
Que si entráis y habláis así.....

CHINCHILLA.

Yo me voy entre *sí* y *no*. (Vase.)

AURORA.

Traedme un búcaro de agua,
Maestresala.

DON RODRIGO.

Voy por ella. (Vase.)

ESCENA X.

AURORA, NARCISA.

AURORA.

El fuego que te atropella,
Y en ti desatinos fragua,
Narcisa, me ha de obligar
A que este español destierre
De Saluzo.

NARCISA.

Cuando yerre
En hablalle, si á casar
Con el Conde te dispones,
Y por él has enviado,
Ya, Aurora, pasa el cuidado
Que siempre en mis cosas pones,
De hermana á mas que enemiga ;
Y no por sello mayor,
Has de usar dese rigor,
Si la envidia no te obliga.

AURORA.

Ven acá : ¿quieres al Conde?

NARCISA.

Quísele ; mas ya no sé.

AURORA.

Pues al Conde te dará,
Si á tu gusto corresponde,
Cuando venga.

NARCISA.

Y eso ¿es justo?

AURORA.

Yo quiero, por tu provecho,
Si Carlos te ha satisfecho,
Perder, hermana, mi gusto.

NARCISA.

¿Y tú?

AURORA.

Con monsiur de Guisa,
De las flor-de-lises sol.....

NARCISA.

¿Y qué harás del español?

AURORA.

Desterraréle, Narcisa.

NARCISA.

Mal podrás si anda contigo,
Y en tu voluntad se esconde
Cásate tú con el Conde,
Y déjame á Don Rodrigo. (Vase.)

ESCENA XI.

AURORA.

Como él me dejara á mí,
Si hiciera. ¡Ay, envidia mía!
Si ya sois amor, ¿quién fia
Tan grande bazaña de sí?

Sin duda que Don Rodrigo
A Narcisa el alma ha dado;
Mas si él me lo ha confesado,
¿Qué dudo?—¿Qué es lo que digo?
Declárese mi alición;
Que ya no es razón, deseos,
Que ameis por tantos rodeos,
Cuando aprieta la ocasión.

ESCENA XIII.

SIRENA, con un búcaro de agua en
una salvilla, y DON RODRIGO con
una tohalla.—AURORA.

DON RODRIGO.
Esta es el agua, madama.

AURORA.
¿Por qué vos no la traéis?

DON RODRIGO.
En palacio, ya sabeis
Ser costumbre que una dama
Sirva siempre á su señora
La copa, no el gentil-hombre.

AURORA.
¿Qué bien os cuadra ese nombre!
(Ap. Un sol es, si soy Aurora.)
(Prueba el agua.)
¿Qué agua es esta?

SIRENA.
¿Qué ha de ser?
La que de ordinario bebes,
De cañela.

AURORA.
¿Tú te atreves
Dese modo á responder?
Si la probaras primero,
Tu oficio hicieras mejor.

DON RODRIGO.
Pues ¿qué tiene?

AURORA.
Mal sabor.
Echaros la culpa quiero
A vos desto, maestresala.

DON RODRIGO.
Yo, señora, la tendré,
Puesto que ántes la probé,
Y no me pareció mala.

AURORA.
¿No? Pues probalda, tened;
Probalda otra vez.

DON RODRIGO.
No es justo
Que aquí...

AURORA.
Veré si en mi gusto,
O en el vuestro va. Bebed.
(Echa Don Rodrigo un poco de agua en
la salvilla y la bebe.)

¿Por qué en la salva la echais?

DON RODRIGO.
¿Había de beber yo
Por el barro?

AURORA.
¿Por qué no?
¿Qué escrupuloso que estáis!

DON RODRIGO.
A los señores de salva
Se les hace deste modo.

AURORA.
Hoy sois ceremonias todo.
¿No está salada?

DON RODRIGO.
En la salva
No sabe, señora, á sal.
Buen sabor tiene, por Dios.

AURORA.
Siempre os sabe bien á vos
Lo que á mí me sabe mal.

DON RODRIGO. (Ap.)
¿Qué es esto?

AURORA.
Dalda acá. Digo
(Bebe otra vez.)

Que hecha una salmuera está.
DON RODRIGO.

El búcaro lo estará.
AURORA.

Probalda en él, Don Rodrigo.
Tomad, bebed por aquí.

DON RODRIGO.
Gran señora...

AURORA.
No os turbeis.
DON RODRIGO.
Pues ¿por dónde vos bebeis...?

AURORA.
Sí, por donde yo hebi,
Porque no lo atribuyais
A melindre.—¿Qué os parece?

DON RODRIGO.
El barro la sal ofrece,
Justamente me culpais.
(Ap. ¡Vive Dios, que sabe bien!
Pero por no desmentilla,
El humor he de seguilla.)
¿Traerán otra?

AURORA.
No me dén
Mas agua, y con ella pena.

DON RODRIGO. (Ap.)
Desto, amor, ¿qué elegís?
¿Qué imagináis? ¿qué decís?

AURORA.
Quitamela allá, Sirena. (Vase Sirena.)

ESCENA XIII.

AURORA, DON RODRIGO.

AURORA.
Podrá ser que el nuevo estado
Que al Conde mi amor propone,
Don Rodrigo, desazone
Mi gusto, y que esté salado,
Sin que lo esté la bebida.

DON RODRIGO.
Eso, señora, será.
Puesto que en Cárlos podrá
Cobrar la sazón perdida;
Que adora á Vuestra Excelencia,
Y es á su valor igual.

AURORA.
No me estaba el Conde mal,
Si yo tuviera experiencia,
En esto de amar, mayor;
Pero en mi vida he querido;
Y entrarse luego un marido
En casa, es grande rigor.
Sin venir por sus cabales;
Quiero decir por desvelos,
Rondas, competencias, celos,
Y otras finezas iguales.

DON RODRIGO.
Yo así lo entiendo, señora.

AURORA.
Vos que á Diana servistes,
Y en Mombán su amante fuistes,
Podeis enseñarme agora.
Primero que el Conde venga,
Que es amar, qué es tener celos,
Porque en aquestos desvelos
Experiencia mi amor tenga;
Que si va á decir verdad,
A los que aman así envidia.

DON RODRIGO.
De arte amandi escribió Ovidio;
Pero todo es falsedad;

Que el amor y la poesía,
Por arte no satisfacen,
Porque los poetas nacen,
Y el amor amantes cria.

AURORA.
El natural perficiona
El arte.

DON RODRIGO.
Es, señora, así.

AURORA.
Amo al Conde que no ví,
Porque la fama le abona:
Que me perficione quiero
El arte agora por vos.
Solos estamos los dos:
Enseñadme a amar, primero
Que venga; que sois discreto.
Yo deseo estar celosa.

DON RODRIGO.
Vos deseais una cosa
Harto terrible, os prometo;
Pero ¿cómo, gran señora,
Quereis que os enseñe yo
Lo que no sé?

AURORA.
Quien amó,
Jamás los celos ignora.
Tracémoslo así los dos:
Vos el Conde os fingiréis,
Que me amais y pretendéis,
Y yo celosa de vos,
Porque hablar de noche os ví
Con cierta dama, á reñiros
Vengo; por ver si á pedirlos
Celos acierto.

DON RODRIGO.
Sea así,
Pues que vos deso gustais.

AURORA.
Empiezo pues mi quimera:
Veamos de qué manera
De mi enojo os disculpais.—
Cuando á Saluzo venistes,
Conde, y á servirme entrastes,
A darme envidia empezastes,
Que en afición convertistes.
Celos tuve de mi hermana,
Que á darme celos se atreve,
Y envuelto mi amor en nieve,
Correo de una ventana
Fué, que un papel os llevé:
Enigma, cuyo secreto
Acertara el que es discreto;
Mas no lo merecí yo.
Creísteis ser de Narcisa,
Aumentando mis enojos,
Sin conocer por los ojos
Lo que el amor os avisa;
Y de suerte os persuadistes
A que mi hermana había sido,
Que en miralla divertido,
La mano ayer os heristes.
Echós un lienzo á los piés,
Que os dió creyendo Brianda
Ser vuestro, y gozó su holanda
La sangre que yo despues,
Trocada por un listón.
Con aquel favor creyera
Avisaros, si no viera
De cuán poco efecto son
Con vos oscuros favores.
Si he de creer el castigo
Del pensé que, Don Rodrigo...
Digo, Cárlos... que en amores
Sois tan corto, como largo
En hazañas y valor.
Viendo en vano aquel favor,
En un papel os encargo
Que vais de noche al terrero,
Donde os espera amorosa
La dama que está celosa

Y entre nieve os dió el primero.
Y despues de ponderarlos,
Y aumeutar vuestra aficion,
Privándos de la razou,
Don Rodrigo... digo, Carlos. —
De ordinario me equivooco,
Cuando trato de los dos;
Mas yo quando estoy con vos,
Del Conde me acuerdo poco.

DON RODRIGO.
Antes que pase ese cuento
Adelante, sepa yo
Si hablais con el Conde ó no;
Que aunque á Carlos represento,
Parece que vais conmigo
Relatando mi suceso.

AURORA.
Mis celos ensayo en es;
Que ignorando, Don Rodrigo,
Los que Carlos no me ha dado,
Quiero en los vuestros probar
Si los sé pedir y dar.

DON RODRIGO.
(Ap. ¿Hay amor mas enredado?)
Yo, en fin, la materia doy
A vuestros celos agora,
Verdadera, gran señora,
Y un Conde de burlas soy?

AURORA.
Tomad en aqueste paso,
Pues representais á dos,
Lo que veis que os toca á vos,
Y de esotro no hagais caso,
Y vaya el cuento adelante.

DON RODRIGO. (Ap.)
¡Válgate Dios por mujer
Tan difícil de entender!

AURORA.
Fuistes, cortesano amante,
Al terrero; y en sus rejas,
Creiendo hablar á mi hermana
Mi esperanza hicistes vana,
Y acrecentastes mis quejas.

DON RODRIGO.
Luego érades vos, señora,
La que hablabades conmigo?

AURORA.
Finjolo así, Don Rodrigo.
No me interrumpais agora. —
Vos que entre tanta quimera,
Teseo segundo fuistes,
Impaciente me pedistes
Que os declarase quién era.
Y yo de cifras cansada,
Dije que el siguiente dia
Si la Marquesa salia,
Con otras acompañada,
A su capilla, la dama
Que junto á vos tropezase,
Y un guante suyo os dejase,
Esa daba á vuestra llama
Materia. Fuime con esto;
Pero quando sali á misa,
Agraviada que en Narcisca
Vuestros gustos hayais puesto,
A Brianda le mandé
Que cayendo, os diese el guante,
Y con burla semejante
Burlas de mi amor pagué.
Mas pues en ella se funda
Vuestro amoroso interés,
Y pudiendo ser marques,
Por una hermana segunda
A la primera dejais,
Quedaos para inadvertido,
Corto, desagradecido,
Pues sin entrambas quedais:
Pues casándonos las dos,
Y desterrándos de aquí,
Yo quedo vengada así,
Y como mereccis vos. (Hace que se va.)

DON RODRIGO.
¡Señora! ¡señora mía!
Oid en burlas ó en veras,
Disculpas que verdaderas
Amorosa el alma os fia.
A no tener yo por cierto
Que era otro el dueño querido
Por vuestro gusto elegido,
Por vuestra belleza muerto;
A creer que aquella nieve
De vuestra mano salió;
Que aquel papel escribió;
Que el liston que el alma os debe,
Fué favor mas que piedad;
Que en las rejas del terrero
Volvistes cera el acero,
Las tinieblas claridad:
Que adorara considero,
Sin dar causa á vuestras quejas
Nieve, papel, liston, rejas,
Noche, tinieblas, terrero,
Celos, pendencias, castigo,
Disgustos, enfmas, guante....

AURORA.
Basta, basta. ¿Hablais amante
Como Conde, ó Don Rodrigo?

DON RODRIGO.
¿Qué sé yo? Decildo vos.

AURORA.
Como Carlos ha de ser,
Porque esto se venga á hacer
Mas al propio entre los dos.

DON RODRIGO.
De cualquiera suerte gano
En la merced que me haccis.

AURORA.
Pues si enojada me veis,
¿No fuera bien que una mano
Me tomárades y en ella
Imprimiérades los labios?
Disculpárades agravios,
Enterneciéndos con ella.
A ser como vos el Conde,
Tan poco sabrá obligar,
Como vos representar.

DON RODRIGO.
Mi cortedad os responde;
Pero yo me enmendaré.
(Le va á tomar la mano.)

AURORA.
Tarde me la habeis pedido.
(Mudando de repente de accion y tono.)
Bien mis celos he fingido.
A Carlos escribiré
Que á desposarse mañana
Venga, pues mi mayordomo
Le despacho.

DON RODRIGO.
¡Ay cielos! ¿Cómo
Esto oigo ahora?

AURORA.
Mi hermana
Os quiere bien, yo lo siento....
No ine deis pena, Rodrigo.
Mirad que otra vez os digo
Que de aqueste fingimiento,
Mentiroso y verdadero,
Lo que os está bien tomeis.

DON RODRIGO.
¿Cómo, si á Carlos queréis?
AURORA.
Quiero; pero no le quiero. (Vase.)

ESCENA XIV.

DON RODRIGO.
«¿Quiero; pero no le quiero.»
Quando por Carlos envia!
¿Qué es esto, confusion mia?

Esperando, desespero.
Que me quiere considero,
Que no me quiere me avisa
El ver que con tanta prisa
A Carlos envia á llamar.
Caribdis es deste mar
Aurora, y Scila Narcisca.
En eleccion tan oscura,
Necedad es no escoger
La hermosura y el poder,
Mas que sola la hermosura.
Si el atreverse es ventura,
Y esta consiste en hablar,
Yo me voy á declarar
Con Aurora, gane ó pierda:
Que no es la vergüenza cuerda,
Que se pierde por callar.
Sin decirme si ni no,
Se fué: pues si no me amara,
Con enojo me mirara;
Amorosa me miró.
Al mayordomo llamó;
Que va por el Conde advierto;
Callando, ¡cielos! me ha muerto;
Pero no pienso olvidalla;
Pues si dicen que *quien calla*,
Otorga, que me ama es cierto. (Vase.)

ESCENA XV.

ASCANIO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.
En fin, ¿no te has atrevido
A hablar á Narcisca?

ASCANIO.
No.
CHINCHILLA.
Mal has hecho.

ASCANIO.
Ya sé yo,
Chinchilla, que soy querido.

CHINCHILLA.
Pues viene el Conde, no es mala
Esta ocasion; que á rio revuelto....
Et cætera.

ASCANIO.
Estoy resuelto.
Ya que eres del maestralesa
Tan querido, que te fia
Su pecho, he de confiarte
Mi deseo.

CHINCHILLA.
A declararte
Comienza, pues.

ASCANIO.
Este dia
Estará Carlos aquí.

CHINCHILLA.
Adelante.

ASCANIO.
La Marquesa
Se ha de casar con la priesa
Que sabes.

CHINCHILLA.
Todo es así.

ASCANIO.
Narcisca me quiere bien.
CHINCHILLA. (Ap.)
Tal te dé Dios la ventura.

ASCANIO.
Las fiestas dan coyuntura
A mis amores.

CHINCHILLA.
Pues bien....
ASCANIO.

Si de boda á vella voy,
En dia de boda y fiesta,
Y mi amor le manifiesta,
En tal ocasion, quién soy,
¿Quién duda que ha de olvidar

Bandos y guerras odiosas,
Y con paces amorosas
A Narcisa me ha de dar?
¿Qué te parece?

CHINCHILLA.
Extremado

Arbitrio.

ASCANIO.

Dí á Don Rodrigo,
Pues es mi mayor amigo,
La traza que en esto he dado.

CHINCHILLA.

Yo voy.

ASCANIO.

Haz, amor, que goce
Mi dicha con trazas nuevas.

CHINCHILLA. (Ap.)

¡Muy gentil despacho llevas,
Cuando ella no te conoce! (Vase.)

Sala.

ESCENA XVI.

AURORA, DON RODRIGO.

AURORA.

Al fin, esta noche el Conde
Tiene de entrar.

DON RODRIGO. (Ap.)

No hay hacer
Que me venga á responder
A propósito. ¿Por dónde
La podría yo obligar
Que me diga de sí ó no?

AURORA.

Por esto no se partió
El mayordomo.

DON RODRIGO. (Ap.)

¿Hay pesar
Que al mio igualarse pueda?

AURORA.

Al amanecer me escribe,
Don Rodrigo, que apercebe
Su entrada, y cuando suceda
Así, no sé si será
Bien que para recibille,
Madrugue tanto.

DON RODRIGO.

Escribille:
Vuestra Excelencia podrá
Agora la bienvenida,
Y yo le daré el papel
Cuando venga.

AURORA.

Bien: en él
Queda esta falta cumplida.

DON RODRIGO.

A llamar al secretario
Voy pues.

AURORA.

Estando los dos
Aquí, y escribiendo vos,
No es esotro necesario;
Cuanto y mas que de mi mano
Será escribirle forzoso
A quien me la da de esposo.

DON RODRIGO.

Todo amor es cortesano.
En tan leitos favores
Licencia tenéis, señora.

AURORA.

La primer vez será agora
Que escribo cosas de amores.
Yo no lo sabré notar;
Esto quiero que hagais vos,
Vaya el papel por los dos.

DON RODRIGO. (Ap.)

¿En esto habia de parar
Mi ambicioso pensamiento?

AURORA.

¿Qué decis?

DON RODRIGO.

Que se haga así.

AURORA.

Traed el recado.

DON RODRIGO.

Aquí

Está todo. (Ap. ¡Ay, pensamiento!)

AURORA.

Decid; que yo escribiré,
Y advertid que vaya tierno
Y grave.

DON RODRIGO. (Ap.)

Si en un infierno

Me veo, ¿qué le diré?

(Nota Don Rodrigo, y escribe Aurora.)

Conde de mi vida. . . yo vivo muriendo,
No esperéis favor. . . mientras que callando,
En ausencia amor. . . pena me estan dando,
Que es niño y olvida. . . cifras que no entiendo,
Amo, y no sois vos. . . quien mi mal ignora,
De quien me enamoro. mi vida maltrata.
El dueño que adoro. . . hable, pues me mata.
Esto basta. Adios. . . La marquesa Aurora.

AURORA.

Pues yo, Rodrigo, escribí
Lo que notado me habeis,
Leedle agora, y vereis
Si está bueno.

DON RODRIGO.

Dice así. (Leele.)

AURORA.

Antiguos los versos son.

DON RODRIGO.

No es bien que pierdan por eso.

AURORA.

Que me agradan os confieso,
Por dallee vos opinion.
Cerralde y dádsele vos,
Pues llevarsele quereis.

(Corta el papel Don Rodrigo de alto á bajo en dos partes.)

¿Cortáisle? ¿Qué es lo que hacéis?

DON RODRIGO.

Un papel dividido en dos.

AURORA.

¿Qué decis?

DON RODRIGO.

Veréislo ahora.

AURORA.

¿Pues qué intentais con cortarlos?

DON RODRIGO.

Este ha de ir al conde Carlos,
Y este á la marquesa Aurora
Vos el uno le escribis,
Y yo, señora, os escribo
El otro: dicha recibo,
Si á su sentido acudis.

AURORA.

El papel del conde Carlos,
En dos papeles diversos,
Hará, cortados los versos,
Dos sentidos.

DON RODRIGO.

Si mirarlos
Gustais, vereis, gran señora,
Lo que en uno y otro digo.

AURORA.

Sutileza es, Don Rodrigo,
Que no la he visto hasta ahora.

DON RODRIGO.

Como serviros de-seo,
Novedades he buscado,
Que os declaren mi cuidado.
Este es del Conde.

AURORA.

Este leo.
(Lee.) Conde de mi vida,

No esperéis favor,
En ausencia amor;
Que es niño y olvida.

Amo, y no sois vos
De quien me enamoro,
El dueño que adoro.—
Esto basta. Adios.

Bueno está: en todo sois diestro
Mas de vuestro ingenio lio
Que pensaba.

DON RODRIGO.

Este es el mio.

AURORA.

Leamos pues este vuestro.

(Lee.) Yo vivo muriendo,

Mientras que callando,

Pena me están dando

Cifras que no entiendo.

Quien mi mal ignora,

Mi vida maltrata;

Hable, pues me mata,

La marquesa Aurora.

DON RODRIGO.

Si pueden mas por escrito
Mis penas que de palabra,
Y en vos mi esperanza labra
La dicha que solicito;
No divirtais la respuesta
Que espero callando agora:
Respondedme, gran señora:
Que poco un sí ó un no cuesta.

Por no entender un papel

De la Condesa perdi

El bien que pretendo aquí,

Olvidando á Oberisel.

En un jardín me esperaba,

Ganando la bendicion

Un Conde, con la ocasion

Que sus cabellos me daba.

Otro Conde os da la mano;

Yo iré, si me amais, en fin,

A ver si en vuestro jardín

La ocasion al Conde gano.

Y advertid que si callais,

Suspendiendo al que os adora,

Quien calla, otorga, señora,

Y así á todo os sujetais.

Dad claridad, si os obligo,

A tinieblas tan crueles.

AURORA.

Buenos están los papeles.

Mucho sabeis, Don Rodrigo. (Vase.)

ESCENA XVII.

DON RODRIGO.

Alto; ella ha dado en callar
O por sin seso me tiene,
O mi amor á otorgar viene.
Vive Dios, que he de probar
Yendo al jardín á esperalla,
Pues confuso me dejó,
Si soy venturoso yo,
O si otorga amor quien calla. (Vase.)

ESCENA XVIII.

CARLOS, NARCISA, ARMINDA Y ACON-
PAÑAMIENTO.

NARCISA.

Pues á Saluzo ha venido
Tan presto Vuestra Excelencia,
Corta ha sido la jornada;
Vuestro amor estaba cerca.

CÁRLOS.

Y tanto, que en vuestra casa
Me partí, Narcisa bella,
De mayordomo que he sido,
A ser marqués.

NARCISA.

¡Diligencias,

De amor, dignas de estimarse,
Pues disfrazando grandezas,
Para ser mayor en todo,
Fuistes mayordomo en ella!
No os aguardaba tan presto
Mi hermana; mas cuando os vea,
Estimará agradecida
Su dicha y vuestra presteza.
Goceisla por muchos años.
Avisen á la Marquesa.
¡Hola!

ARMINDA.

En el jardín entró.
Yo voy á darle estas nuevas,
Y á pedirle las albricias,
Pero, pues sale ella mesma,
Esposo y albricias gano.

ESCENA XIX.

AURORA y DON RODRIGO, *de las manos.*—DICHOS.

DON RODRIGO. (*Hablando con Aurora á la puerta, antes de reparar en los demás personajes de la escena.*)

Si así alcanza quien espera,
Si así amor que calla, otorga,
Si así servicios se premian,
Esposa del alma mía,
Píntese el amor sin lengua,
Con corona la esperanza,
Laureada la paciencia.

AURORA. (*A los del acompañamiento.*)
¡Hola! Llamen á Narcisa,
Para que á mi esposo vea,
Y á mi amor dé parabienes,
A pesar de sus sospechas.

NARCISA.

(*Adelantándose hácia su hermana.*)

Ya se los he dado yo,
Y teniendo en tu presencia
Al conde Cárlos tu esposo,
Que muchos años lo sea,
Podrás cumplir mi esperanza.

AURORA.

¿Qué es esto?

CÁRLOS.

Estas son finezas
De un amor por vos premiado,
Que á besaros los pies llega.

AURORA.

Mayordomo, ¿qué quereis
Decir por eso?

CÁRLOS.

Ya cesan

Disfraces: el Conde soy,
Que disimulada y cuerda
Sé yo que habeis conocido.
Besar mis labios merezcan
Cristales de tal Aurora,
Porque yo su Endimion sea.

AURORA.

Seais, Conde, bien venido;
Que yo sé que la nobleza
De mi señor el Marques,
De veros aquí se huelga,
Porque huésped tan ilustre,
Honrando las bodas vuestras,
Festeje nuestra ciudad.

CÁRLOS.

¿Qué decis?

AURORA.

Narcisa, llega,
Habla al marqués Don Rodrigo.

CÁRLOS.

¿Cómo es eso? Antes que sepa
Mi agravio el mundo, tendráu
Satisfacción mis ofensas.

AURORA.

Conde, pues vos me perdistes,
Y Narcisa y su belleza
Os enamora, gozalda,
Pues así cumplida queda
Su ventura y vuestro gusto.

CÁRLOS.

Primero que tal consienta....

AURORA.

Estando en Saluzo, Conde,
No es bien que desa manera
Hableis.

CÁRLOS.

¿Con un maestresala!
¿Qué desigualdad es esta?

AURORA.

Mayordomo también fuistes.
Poca ventaja se lleva
Un oficio á otro.

DON RODRIGO.

Aquí,
Generoso Conde, pueda
Mas el valor que la espada,
Que el enojo, la prudencia.
La mano me ha dado Aurora,
Y yo, si reprimis quejas,
Con los brazos os ofrezco
Una amistad verdadera.

CÁRLOS.

Mucho alcanzan cortesías.
Pues el cielo así lo ordena,
Y Narcisa es tan hermosa,
No quiero mujer por fuerza.

NARCISA.

Yo soy vuestra humilde esclava.

ESCENA XIX.

CHINCHILLA, y luego ASCANIO.—

DICHOS.

CHINCHILLA.

Plaza....

AURORA.

¿Qué es aquesto?

CHINCHILLA.

Afuera;

Que entra el conde de Monreal....

DON RODRIGO.

¿Estás en tí, loco?

CHINCHILLA.

Que entra

El conde de Monreal, digo,
A casarse con Belerma....
Con Narcisa, iba á decir.

ASCANIO. (*Saliendo.*)

Si enojos, bandos y guerras,
En amistades y amor
Es justo que se conviertan:

Por albricias, bella Aurora
Del esposo y de la vuestra,
Dad al conde de Monreal
A Narcisa, pues por ella,
Vuestro secretario ha sido.

AURORA.

Con trasformaciones nuevas,
Habemos tenido en casa
Del Piamonte la nobleza.
Las paces que me pedis,
Yo las otorgo contenta;
Pero no puedo á Narcisa.
Pedilde á Cárlos licencia;
Que es ya su esposa.

ASCANIO.

¿Y vos no?

¿Qué marañas son aquestas?

DON RODRIGO.

Yo soy, Conde, el venturoso
Que alcanzo tan ardua empresa.

CHINCHILLA.

¡Cuerpo de Dios! Eso dices,
Y á Chinchilla de dar dejás
Tus pantorrillas y brazos?
¡Por Dios, que es linda tu fiema!

ASCANIO.

Pues Narcisa me engañó,
¿Qué tengo de hacer? Paciencia.
La vuelta á mi tierra doy.

DON RODRIGO.

Pues otorgó la Marquesa,
Callando, mi firme amor,
Llámesse aquesta comedia,
Quien calla otorga, senado,
Satisfaciendo con ella
Al castigo del Penséque,
Pues no es necio quien se enmienda.

NOTA.

ACTO II, ESCENA VI.

Sin mí, y entre cuatro dueñas,
Mirad con quien, y sin quien,
Dale un listón.

Y tres donzellas también,
Digo donzellas por señas,
Que en lo demás no me meto:
En la antecámara estaba,
Y con ellas conversaba
Mas compuesto que un soneto.
Mira si en amar te limito.

Así están tilde por tilde estos versos
en la edición antigua que nos sirve de
original. Si la acotación que va de bas-
tardilla no es repetición de otra que
hay en la escena anterior, si Chinchilla
da ó presenta un listón á su amo, de-
bería decir con qué objeto, ó por qué
motivo, y no lo hace. Al fin de la es-
cena viii se anuncia que es ya de no-
che, y en la xv del mismo acto la dueña
arguye á Chinchilla en estos términos:

¿Ya te olvidas

De la dama que esta noche
Te ofreció á oscuras la vida
Y te tomó de la mano?

Es evidente pues que en este pasaje
de la escena vi (acto ii) faltan algunos
versos que declararian la procedencia
del listón.

LA GALLEGA MARI-HERNANDEZ.

PERSONAS.

DON JUAN II DE PORTUGAL.
DON ALVARO DE ATAIDE.
DOÑA BEATRIZ DE NOROÑA.
MARI-HERNANDEZ, gallega.
GARCÍ-HERNANDEZ, viejo.
EL CONDE DE MONTEREY.
DON EGAS.
CALDEIRA.

DOMINGA.
CARRASCO.
OTERO. } *Serranos.*
MARTIN.
BENITO.
CORBATO.
GILOTE.
VASCO.

UN CAZADOR.
DOS SOLDADOS PORTUGUESES.
DOS CRIADOS DEL CONDE.
SOLDADOS CASTELLANOS.
SOLDADOS PORTUGUESES.
ACOMPAÑAMIENTO DEL REY Y DEL CONDE.

La escena es en Chaves (en Portugal), en el valle de Limia, y en Monterey.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Doña Beatriz en la villa de Chaves. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO, DOÑA BEATRIZ.

DON ALVARO.

De dos peligros, Beatriz,
Por excusar el mas grave,
Se ha de escoger el menor.
¿Qué importa que el Rey me mate?
Ya sé que á voz de pregonés
Me busca, y por desleales
Condena á cuantos supieren
De mí, sin manifestarme.
El rey Don Juan el segundo
De Portugal y el Algarbe,
(Que aunque airado contra mí,
Mil años el cielo guarde)
Dando á traidores orejas,
Que persiguiendo leales,
Quieren de bajos principios
Subir á cargos gigantes,
Ha cortado la cabeza
A Don Fernando Alencastre,
(Primo suyo, y duque ilustre
De Berganza y Guimaranes)
Por unas cartas fingidas,
Que su secretario infame
Contrahizo y entregó,
En que da muestras de alzarse
Con la corona, escribiendo
A los Reyes que ignorantes
Destierran del nombre alarbe.
A Fernando é Isabel
Digo, que á Castilla añaden
Un nuevo mundo, blason
De sus hechos alejandrinos.
Verosímiles indicios
No admiten en pechos reales,
Cuando la pasión los ciega,
Argumentos disculpables.
Andaba el Rey receloso
Del Duque, porque al jurarle
En las Cortes, cuando en Cíutra
Llevó Dios al Rey su padre,
Reparando en ceremonias,
Por no usadas, excusables,
Quiso segun las antiguas
Hacerle el pleito homenaje.
Valiéronse deste enojo
Lisonjeros, y parciales
Le indignaron, que en los reyes
Son crímenes los achaques.
Siguiéronse cartas luego

Contrahechas, que á indiciarle
Bastaron con tanta fuerza,
Que aunque el Duque era su sangre,
En Évora le justicia.
Sin que lágrimas le aplaquen
De la Reina, hermana suya,
De sus privados y grandes.
Huyen parientes y amigos;
Porque á enojos majestades
En los impetus primeros,
No hay inocencias que basten.
Dos hermanos y tres hijos
Van á Castilla á ampararse
De Fernando é Isabel:
¿Quiera el cielo que en él le hallen!
Al Conde de Montemor
Su hermano, y gran condestable
De Portugal, aunque ausente,
Ha mandado el Rey sacarle
En estatua, y en la villa
Y plaza mayor de Abrantes
La espada y banda le quita
Cuadrada, que es degradarle
De condestable y marqués,
Y luego degollar hace
El simulacro funesto,
Saliendo (¡ rigor notable!)
Sangre fingida del cuello
De la inanimada imagen.
Yo, que como primo suyo,
Soy tambien participante,
Si no en la culpa, en la pena;
Para que tambien me alcance,
Estoy dado por traidor;
Y por la lealtad de un paje,
Que despreciando promesas,
No temió las crueldades
Con que amenazan los jueces;
Dos meses pude ocultarme
En un sepulcro, que antiguo
En vida las honras me hace.
Pero ahora que estoy cierto
Que el Rey, declarado amante
De tu hermosura, ha venido
A esta villa á visitarte;
Atropellando consejos,
Perdiendo al temor cobarde
El respeto que la vida
Y la honra es bien que guarde;
Si desesperado no,
Celoso mi agravio sale
De sí y del sepulcro triste,
Asilo hasta aquí, ya cárcel.
Celos, Beatriz, poderosos
Han bastado á levantarme
Del sepulcro: muerto estoy:
Bien puedo decir verdades.
Dos años há que te sirvo,
Sin que haya, por adorarte,

Estorbos que no stropelle,
Imposibles que no pase.
Con palabras y promesas
Esperanzas alentaste,
Que dudosas que las niegues,
Hoy vienen á ejecutarte.
Ser mi esposa has prometido;
Pero ya que ciega y fácil
La fortuna (en fin mujer,
Firme solo en ser mudable)
Levanta tus pensamientos
Cuando mis dichas abate:
Tu igualándote á coronas,
Yo indigno, ya que me iguale
Al mas rústico pastor:
Tú marquesa respetable,
Yo sin Estados, ni hacienda:
¿Ay Beatriz! no hay que culparte
Que me aborrezcas y olvides.
Góceste el Rey: muera, inhábil
De merecer tu belleza,
Un conde ayer, hoy imagen
Y sombra de lo que ha sido;
Que cuando el Rey aquí me halle,
Porque de mí quedes libre,
Yo gustaré que me mate.

DOÑA BEATRIZ.

Tan desacordado vienes,
Que á no ocasionar tus males
A llorar desdichas tuyas,
Riñera tus disparates.
Para salir del sepulcro,
Donde viven las verdades
Entre huesos, desengaños,
Que no admitieron, en carne,
No sales con la cordura
Que pudieran enseñarte
Escuelas del otro siglo,
Donde no hay ciencias que engañen.
La historia del malogrado
Duque vienes á contarme,
Como si yo la ignorara,
Cabiéndote tanta parte
A tí en ella como á mí
De lágrimas; que á enseñarte
Reliquias que en lienzos viven,
Bastaran á acreditarme.
Antes de haber delinquido,
En mi ofensa sentenciaste
Olvidos solo en potencia.
¿Ay Don Alvaro de Ataide!
Necios jueces son los celos,
Pues son ciegos tribunales,
Sin interrogar testigos,
Condenan lo que no saben.
Aunque de lo que te imputan
Enemigos criminales
Inocente estés (que es cierto,
Pues en tí traición no cabe),

Solo la mala sospecha

Que contra el amor constante
De mi pecho has hoy tenido,
Basta para condenarte;
Porque donde el valor vive,
Tal vez delitos amantes
Son de mas ponderacion
Que las lesas majestades.
De la triste compañía
Donde vivo te enterraste,
La desazon se te pega
Que muestras : no es bien me espante.

Sin Estado, perseguido,
Sin amigos que te amparen,
Sin parientes que te ayuden,
Sin vasallos que te guarden,
Te quiero mas que primero;
Que porque al fino diamante
Le desguarnezcan del oro,
No desdicien sus quilates.
Déjame pelear primero,
Y cuando el contrario cante
La victoria, entónces dime
Vituperios que me agraven;
Que si por ser mujer yo,
Temes de mi sexo frágil
Banderizados empleos;
Soy portuguesa, y bien sabes
Que no ha habido en mi nacion
Ninguna á quien los anales
Que afrontas inmortalizan,
Puedan notar de inconstante.
Amabas presuntuoso;
Pretendias arrogante;
Pudo ser por las riquezas,
Siempre soberbias y graves :
Y yo tambien pudo ser
Que por ellas te estimase,
Repartiendo en ti y en ellas
Deseos interesantes.

Ya podrás hablarme humilde,
Y yo en amor mejorarme,
Queriéndote por ti solo,
Si tú pobre, yo constante.
Estado, hacienda y honor
La fortuna, diosa frágil,
Te quitó : guarda la vida;
Que como esta no te falte,
Sin Estado, honor ni hacienda
Te estimo en mas que los reales
Blasones que me persiguen,
Y no han de poder mudarme.
Noroña soy, si él es rey;
Esposa tiene á quien ame,
Y ilegítimos empleos
No han de ofender mi linaje.
Raya es esta de Galicia :
Si encubiertamente sales
Con el favor de la noche,
Amparo de adversidades;
Cuando tú seguro estés,
Y des órden de avisarme,
Te seguiré firme yo;
Que empeñando mis lugares,
Y recogiendo mis joyas;
Castellanas majestades,
De rigores portugueses,
Tiene España que nos guarden. —
Dame los brazos, y adios.

DON ALVARO.

Tu nombre en mármoles graben.

ESCENA II.

CALDEIRA. — DON ALVARO, DOÑA BEATRIZ.

CALDEIRA.

Deja agora grabaduras
Para escultores y jaspes,
¡Cuerpo de Dios! y preven
O escondrijos ó gazañates,
Que el rey Don Juan entra aquí.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay, mi bien!

CALDEIRA.

¿No habrá desvanes,
Chimeneas, gallineros,
O un cofre en que agazaparme?

DON ALVARO.

Ya, Beatriz, vuelven sospechas
De nuevo á martirizarme.
¡El Rey de noche, y á verte,
Sin tu permission!

DOÑA BEATRIZ.

No te halle

Aquí : tras ese tapiz
Te pon; que si has de escuchalle,
Y lo que respondo adviertes,
Yo sé que de los pesares
Que me das, perdon me pidas.

CALDEIRA.

Que viene, que entra, que sale.

DOÑA BEATRIZ.

Mi bien, ¿quieres esconderte?

DON ALVARO.

¡Ay! quién pudiera feriarle
La firmeza de los montes!

CALDEIRA.

¡Ay! quién pudiera tornarse

O chapin ó bacinilla,

Mono, papagayo ó fraile!

(Ocúltanse detras de un tapiz Don Alvaro y Caldeira.)

ESCENA III.

EL REY, DON EGAS, ACOMPAÑAMIENTO. — DOÑA BEATRIZ, DON ALVARO Y CALDEIRA, ocultos.

REY.

Para divertir, Marquesa,
Penas de razon de Estado,
Que desleales me han dado,
Porque de mi bien les pesa,
A vuestra villa he venido,
Y esta noche á vuestra casa.

DOÑA BEATRIZ.

No sabeis honrar con tasa;
Pródigo habeis, señor, sido,
Ilustrando estas paredes,
Donde, como vos decís,
Penas tan bien divertís,
Que en vos es hacer mercedes.

REY.

Para que verifiqueis
Aquesa proposicion,
Traigo, Beatriz, intencion
De que mañana os caseis.

DOÑA BEATRIZ

¡Cómo, gran señor!

REY.

Yo he sido

Vuestro amante; que las leyes
De amor no exceptúan reyes :
Constante habeis resistido
Mi poder y voluntad,
Porque mienta la experiencia
Que afirma no hay resistencia
Contra un gusto majestad :
Y yo tambien, vuelto en mí,
Cuendo he juzgado á vergüenza
Que una mujer reyes venza,
Y un rey no se venza á sí.
Soy casado, y vos doncella :
Hereditad que está sin dueño,
No corre riesgo pequeño,
Y mas hereditad tan bella.

Dueño os prevengo, en efeto;
Que un marido puede tanto,
Que al vasallo pone espanto,
Y al Rey obliga á respeto.
El conde Don Egas es

En quien los ojos he puesto,
Noble, leal, y sobre esto
Mi privanza. El interes
De ser este el gusto mio,
Pienso yo que bastará
A que os obligue quien da
Muerte así á su desvario.

DOÑA BEATRIZ.

Quien de sus propias pasiones
Sabe salir vencedor,
Bien merece, gran señor,
Hipérboles por blasones;
Que, en fin, no reinaba bien
Cautiva la voluntad.

Doile á Vuestra Majestad
Mil veces el parabien
Del discreto desempeño
Con que el alma ha libertado,
Y yo se le hubiera dado
A mi dicha por el dueño
Que su mano me ha ofrecido,
Si no sintiera bajar
De mas á ménos, y dar
Pena á un amor ofendido.
Que puesto que fué el honor
Resistencia poderosa
Contra el alma que piadosa
Estimaba vuestro amor;
Ya en mí se habian engendrado
De vuestros reales empleos,
Reales tambien los deseos,
Y dentro en mí un real estado;

Que negándoos exteriores
Permisiones el honor,
Estimaban vuestro amor
Pensamientos interiores :
Y con afecto amoroso,
Cuando el amor resistía,
Dentro del alma os tenia
Por mi legítimo esposo;
Pues con tales fundamentos,
No era mucho conservar
El cuerpo libre, y gozar
Casados sus pensamientos.
Mas pues burlados los hallo,
No será conforme á ley
Que quien fué esposa de un rey,
Lo venga á ser de un vasallo.
Ni á vos os puede estar bien
Que en ofensa de los dos,
Hombre que es ménos que vos,
Goce á quien quisistes bien.

REY.

¿Vos me habeis querido á mí?

DOÑA BEATRIZ.

Dentro del alma os llamaba
Esposo, y os adoraba.

REY.

Crejera yo ser así,
A no venir advertido
De que es mi competidor,
Marquesa, un conde traidor,
Por vos á un rey preferido.
Mirad como haré caudal
Del amor que me teneis
Interior, si posponeis
A un rey por un desleal.

Que yo de nuevo agraviado
Deslealmente por los dos,
De esposo nombre me han dado
Pensamientos ya violentos,
Pues á un traidor dan lugar)
Bien podré en vos castigar
Adúlteros pensamientos,
Y en él la injuria que pide
Quien dueño vuestro se llama,
Pues me ofende en reino y dama
Don Alvaro de Ataide.

DOÑA BEATRIZ.

Señor....

REY.

Esta es la verdad .

A informaciones ya hechas
Y probadas, no hay sospechas
Que ofusquen su claridad.
Don Alvaro huyó á Castilla
Con los demás desleales,
Cuyas ambiciones reales
Aspiraban á mi silla.
Correspóndese con vos,
Y en la raya de Galicia,
Beatriz, vuestro Estado, indicia
Muchos cargos contra vos.
Para que dellos quedeis
Libre, y Portugal seguro,
Hoy desposaros procuro.
Conde os doy, si le perdeis.

DOÑA BEATRIZ.

Que un amante celos pida,
Con buena ó mala ocasion,
Por ser la mejor sazon
De amor, cosa es permitida;
Pero un marido á su esposa,
En culpa no averiguada,
Y ménos que con la espada,
Siempre fué accion afrentosa.
Sabiendo pues que le llama
Esposo mi voluntad,
No hace Vuestra Majestad
Bien en ofender su fama;
Pues culpando mis intentos,
Ya el ser mi esposo ha acetado,
Cuando me atribuye airado
Adúlteros pensamientos:
Y siendo así, mis cuidados
Que en tan mal crédito están,
Desde ahora llorarán
Pensamientos mal casados;
Que yo en fe de que tenía
Dentro el alma un dueño rey,
Por ser esposa de ley,
Con tal presuncion vivia,
Que no á Don Alvaro que es
(Aun cuando fuera leal)
A mi altivez desigual;
Al príncipe portugués,
Que es sucesor vuestro, en fin,
Juzgara, cuando me amase,
Indigno de que aun besase
La suela de mi chapin.
Perdone este atrevimiento
Vuestra Majestad, señor;
Que pierde el respeto amor
Cuando está con sentimiento.
Yo tengo el alma empleada
En un rey, de quien mujer
Se llama, y no puede ser
Con dos á un tiempo casada.
Ponga en Cháves guarnicion,
Por ser de Galicia raya,
Si es justo que de mí haya
Tan poca satisfaccion;
Y excuse así sus combates,
Dándome licencia á mí;
Que dirá, si estoy aquí,
Mi agravio mil disparates.
(Entrase por el tapiz detras del cual
están ocultos Don Alvaro y Caldeira:
va el Rey á detener á la Marquesa,
y tirando del tapiz, quedan descu-
biertos los dos escondidos.)

REY.

Esperad. ; Traidor ! ¿ qué es esto ?

CALDEIRA. (Ap.)

Tramoya que salió mal.

REY.

Matadme ese desleal.

DON ÁLVARO.

Quien ese nombre me ha puesto,
Es el que tienes al lado,

Falsador de firmas fieles,
Que como mata en papeles,
Y no viene acostumbrado
Al acero en quien se suma
El valor no lisonjero;
Cobarde por el acero,
Solo es valiente por pluma.
Con ella sí que hará alarde
De hazañas que un rey premio;
Pero con la espada no;
Que el traidor siempre es cobarde.

DON EGAS.

Mi lealtad, que es conocida,
Cual tu traicion confirmada,
Confirmará aquesta espada.

(Echan mano los tres.)

DON ÁLVARO.

La color tienes perdida,
Y ella quién eres declara;
Que para que te convenza,
Tuvo tu sangre vergüenza
De desmentirte en la cara.
No es bien que mi acero afrente,
Cuando en ti mancharse duda;
Que el leal no le desnuda,
Teniendo á su rey presente.
Para tí de aqueste modo
Basta y sobra.

(Dale un golpe con la espada envaina-
da, y vase.)

CALDEIRA. (Ap.)

¡ Oh! cómo pegas !

Por esto, hermano Don Egas,
Se dijo: Con vaina y todo. (Vase.)

ESCENA IV.

EL REY, DON EGAS, DOÑA BEATRIZ,
ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Seguidle, matalde. ¡ Ah cielos !
Pero no le alcanzarán
Cobardes, si no es que van
Volando tras él mis celos.
Quede en prision la Marquesa,
(A Don Egas y otro caballero.)
Y en guarda suya los dos. (Vase.)

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

Alvaro, si os librais vos,
¿ Qué importa morir yo presa? (Vanse.)

—

Campo en el valle de Limia, con unas peñas en
el fondo.

ESCENA V.

CARRASCO y OTERO, encima de las
peñas y mirando adentro.

CARRASCO.

¡ Aquí de la serranía !
¡ A la hoya, ahao á la hoya !

OTERO.

Serranos, aquí fué Troya :
No quede lobo este día.

CARRASCO.

¡ Ah cuerpo de non de Dios !
¡ Habiades de caer !

OTERO.

No hay son (1) matar y comer.

CARRASCO.

Como burros son los dos.

OTERO.

Viva la gala, serranos,
Del valle de Limia.

VOCES DENTRO.

Viva.

(1) Siao.

ESCENA VI.

MARTIN, BENITO, CORBATO y GI-
LOTE, saliendo por el proscenio. —
Dichos.

CARRASCO.

¡ Ah del valle !

BENITO.

¡ Ah de allá arriba !

OTERO.

A los llanos.

TODOS.

A los llanos.

MARTIN.

¡ Eso sí : gritar y dalle !
La voz teneis de codicia.

CARRASCO.

Al paraíso de Galicia,
Serranos, al valle.

TODOS.

Al valle.

(Bajan de las peñas Carrasco y Otero.)

GILOTE.

¡ Famosa presa, Carrasco !

CARRASCO.

Cual de picés, cual de cogote,
Cayeron lobos, Gilote,
Que es contento.

OTERO.

Del peñasco

Se despeñó un jabalin.

BENITO.

Salve y guarde.

OTERO.

Bien venido.

BENITO.

Catorce diz que han caído.

CARRASCO.

Llególes su San Martin.

BENITO.

Diez jabalis, seis venados,
Tres zorras y tres garduñas.

GILOTE.

No les valieron las uñas.

BENITO.

Vengáronse los ganados.

OTERO.

¡ Ojalá que en esta sierra
Hiciéramos otro tanto
De los jodios que el santo
Reye de España destierra !

CARRASCO.

Si, Fernando é Isabel
Rayos de joditos son.

OTERO.

De la santa esquinacion
Huye esta canalla infiel,
Y se nos acoge acá.

GILOTE.

De la inquisicion diréis.

OTERO.

Sí, vos que leer sabeis,
Acertareis.

BENITO.

Gil sí hará.

OTERO.

Un comison ha venido
En su busca.....

GILOTE.

Comisario

Se llama.

OTERO.

Y un calendario
De los reyes ha traído,
Que le nombran procesion.....

GILOTE.

Provision.

OTERO.
Para prendellos,
Y andamos á caza delllos;
Carrasco, que es bendicion.
BENITO.
Disfrázanse entre nosotros,
Que ni los conocerá
Un zahoril.
OTERO.
Yo topé ya,
Aunque se metan entre otros
Una famosa invencion
Con que conocerlos luego.
GILOTE.
¿Y es?
OTERO.
A la nariz les llego
Un pedazo de jamon;
Y el que es cristiano echa el diente,
Y el que no, las tripas echa.
CARRASCO.
¡Oh qué maldita cosecha!
¿Qué no cré en Dios esta gente?
GILOTE.
No.
CARRASCO.
Yo en la romana iglesia
Creo.
BENITO.
Con ella me avengo.
OTERO.
Serranos, á eso me atengo;
Que es, en fin, cristiana vieja.
BENITO.
Como tien Castilla guerra
Con Portugal tanto há,
Los fronterizos de acá
Habitamos en la sierra.
Ni hay tiempo para prendellos.
GILOTE.
Todos, poquito á poquito,
Se mos van allá bonito.
OTERO.
Allá se lo hayan con ellos;
Que acá haremos entre tanto
Lo que nuso amo nos manda,
Que es andar en su demanda.
MARTIN.
Es buen cristiano.
GILOTE.
Es un santo.
OTERO.
¿Garcí-Fernandez? No hay viejo,
Desde Limia á Monterey,
De mas virtù ni mas ley.
BENITO.
¿Y su hija?
CARRASCO.
Esa es espejo
De Galicia.
CORBATO.
Déle Dios
Un marido del tamaño
De aquel nogal, ó el castaño
Que teneis á par de vos.
CARRASCO.
Hoy cumple años.
GILOTE.
Y hoy festeja
De su padre el alegría
A toda la serranía.
BENITO.
Viva un signo, y nunca vieja.
OTERO.
Par Dios, que cuando la veo,
De manera me emberrincho,
Que como rocin relincho.

CARRASCO.
¡Mas arre allá!
MARTIN.
Yo babeo
Siempre que la llego á habrar.
CARRASCO.
Todo un sol tiene en la cara.
OTERO.
A fe, si ella se pagara
De tirar, correr, luchar,
Que ella huera presto mia.
BENITO.
Eso no, donde estoy yo.
OTERO.
¿Vos conmigo?
BENITO.
Yo, que só
Gala desta serranía.
OTERO.
Mas ¡nonada!
BENITO.
Para vos.
OTERO.
Benito, callá, vos digo.
BENITO.
¿Pues lucharéis vos conmigo?
OTERO.
Con vos y con otros dos.
BENITO.
¿Qué ha de ir?
OTERO.
Vaya una cabra.
BENITO.
Par Dios, vayan dos y aun tres.
OTERO.
Idas son.
BENITO.
Desnudaos pues.
GILOTE.
Teneos.
OTERO.
Nadie habre palabra,
Porque un hombre con colera
Derriba un toro, Gilote.
BENITO.
Quitaos el sayo y capote.
OTERO.
Ya le quitan.
CORBATO.
Ropa huera;
(*Quítanse los sayos, y déjanselos á un lado.*)
Que todos serémos jueces.
CARRASCO.
Este soto es buen lugar.
OTERO.
Par Dios, que habeis de llevar
Hoy un pan como unas nueces.
(*Luchando Benito y Otero van retirándose hasta salir del teatro, siguiéndolos los otros serranos.*)
ESCENA VII.
DON ALVARO, CALDEIRA.
DON ALVARO.
Caldeira, esta es Galicia.
No vive en estas sierras la malicia
De envidias y traiciones,
De lisonjas, engaños y ambiciones.
Los que en mi busca vienen,
Aquí jurisdiccion ni ayuda tienen.
CALDEIRA.
Asperilla es la tierra.
DON ALVARO.
Es de Laroco esta empinada sierra,

Y Limia este florido
Valle (que es guarñicion de su vestido),
Por fértil estimado:
El de Laza, que yace á estotro lado,
Ameno se avecina
Al val de Monterey, con quien confina.
Cinco leguas de Chaves
Dista este monte.
CALDEIRA.
Bien la tierra sabes.
DON ALVARO.
Fué el Conde gran mi amigo,
De Monterey, y discurrió conmigo,
Cazando, varias veces
Su aspereza, ya á costa de los peces
De sus aguas, que hay muchas
Habitacion de celebradas truchas;
Ya en jabalies cerosos
Ensayando venablos, y ya en osos.
CALDEIRA.
Si es tan tu amigo el Conde,
Vamos á Monterey.
DON ALVARO.
No corresponde
Con la amistad pasada
La presente.
CALDEIRA.
¿Por qué?
DON ALVARO.
La guerra airada
Lo descompuso todo.
Sirvió á su Rey, y yo del mismo modo,
Leal sirviendo al mio,
Paró nuestra amistad en desafio.
En la infeliz batalla
De Toro, que si quiere celebralla,
Como es razon, Castilla,
Puede con mil ventajas preferilla
A la de Aljubarrota,
Quedamos enemigos.
CALDEIRA.
Pues acota
Rancho en que descansenos;
Que cinco leguas caminado habemos
Á pata, huyendo espías,
Y á Bercebú se dan las tripas mías.
DON ALVARO.
Si aquestos montañeses
Alcanzan á saber que portugueses
Somos los dos, no estamos
Seguros de sus manos.
CALDEIRA.
Pues huyamos.
DON ALVARO.
¿Dónde? Hasta ver si es cierto
Que la Marquesa mi esperanza ha muero.
Y al rey Don Juan adora, [to,
Como dijo....
CALDEIRA.
Por Dios, que estás ahora
Con linda sorna: acaba.
DON ALVARO.
¿No dijo al rey la ingrata que le amaha,
Gozando sus cuidados
Pensamientos de amor, con él casados?
CALDEIRA.
No sé, por Dios; yo vengo [go
Con mas hambre que amor, y te preven-
Que socorras desmayos.
(*Reparando en la ropa de Otero y Benito*)
Dos capotes son estos y dos sayos.
DON ALVARO.
Espera; que con ellos
Temores excusamos.
CALDEIRA.
Si á traellos
Te aplicas, con su traje
No dice mal el portugues lenguaje,

MARÍA.
¿Y el padre nuevo?
 DON ÁLVARO.
 También.
 MARÍA.
¿Y persinarse?
 DON ÁLVARO.
¿Pues no?
 MARÍA.
A ver : veamos.
 DON ÁLVARO. (Ap.)
¿Qué extraña
Sencillez!
 MARÍA.
¿Mas que me engaña!
 DON ÁLVARO.
Mi sangre no permitió
Ningun error ni herejía,
Porque es limpia, ilustre y clara.
 MARÍA.
Así lo dice su cara;
Mas yo, mientras él dormía,
Por matar un renegado,
Tomé la lancha que enseñó;
Que para matar, el sueño
Ya se tien lo mas andado.
 DON ÁLVARO.
¿No bastaban vuestros ojos?
 MARÍA. (Ap.)
Barbinegro es el garzon,
Y fidalgo ; que acá son
Los jodios barbi-rojos.
 DON ÁLVARO.
¿Vos quisistes darme muerte?
 MARÍA.
A ser jodio, si hiciera.
 DON ÁLVARO.
Pues si gustais que yo muera,
No os arneis de aquesta suerte :
En los ojos teneis flechas,
Que los corazones pasan ;
Palabras decís que abrasan
De amores y de sospechas.
¿Para qué venis cargada
De piedras, si me mató
El veros?
 MARÍA.
Por sí ó por no,
No era mala una pedrada.
 DON ÁLVARO.
Vos dais muerte ; ese sol ciega
El alma, á quien vida dais
Matando. ¿Cómo os llamais?
 MARÍA.
Mari-Hernandez, la gallega.
 DON ÁLVARO.
Bien haya aquesta aspereza,
Que os puede ver cada dia,
Este arroyo y fuente fria,
Cristal de vuestra belleza.
Las aves que os lisonjean,
El prado que os rinde flores,
El pastor que os dice amores,
Las almas que en vos se emplean,
El gusto que en vos se hechiza,
La libertad presa en vos,
Y yo que os he visto.....
 MARÍA.
¿Ay Dios!
¿Qué bien que lo sermoniza!
 (Ap. Ya no quedo de provecho
 Despues que vi este garzon :
 Saltos me da el corazon ;
 Cosquillas tengo en el pecho.
 ¿Válgame Dios! ¿qué será
 Lo que siento?)
 DON ÁLVARO.
En esta mano
(Tómasela y la besa)

Pierdo el seso, el gusto gano.
 MARÍA.
El diablo le trujo acá.
Pues ¿bésala?
 DON ÁLVARO.
Si me quemó,
¿Qué he de hacer por sosegar?
 MARÍA.
¿No hay son llegar y besar?
Paso : dochovos á o demo.
¿Es mi mano la del cura?
 DON ÁLVARO.
Sí, pues cura es de mi mal.
¿Tiene tal vez el cristal,
Ni la nieve tal blancura?
Cortesanos artificios,
Cuyas manos blancas son
O mártires del jabon,
O del sebo sacrificios,
Aprenden en la belleza
Que aqui el descuido reparte,
La ventaja que hace al arte
La pura naturaleza.
Dime, ¿con qué se repara
La pura luz que me das?
 MARÍA.
Lleve el dimuño lo mas
Que una poca de agua clara.
Mas ¿dó vais vos por aqui,
Desa manera perdido?
 DON ÁLVARO.
A ver mi muerte he venido.
 MARÍA.
¿Buscais á quien servir?
 DON ÁLVARO.
Sí.
 MARÍA.
¿Sabréis her carbon?
 DON ÁLVARO.
Sí el fuego,
Serrana. ese oficio enseña,
Abrasado estoy.
 MARÍA.
De leña
 Digo.
 DON ÁLVARO.
Cuando á vos me llevo,
Leña soy. ¿Ay, manos mías!
Vosotras ¿no me encendeis?
 MARÍA.
¿Ah hi de pucha! ¿qué (1) sabeis
De chanzas y roncieras!
¿Queréis servir á mi padre?
 DON ÁLVARO.
Y daros el alma á vos.
 MARÍA.
No hay mandones si los dos ;
Que ya se murió mi madre.
¿Cuánto ganais de soldada?
 DON ÁLVARO.
De soldada gano un sol
Que adoro, en cuyo arrebol
Está mi alma á soldada ;
Mas ¿qué ganará un perdido
Que por vos sin seso está?
 MARÍA.
Al que mas, le dan acá
Seis ducados y un vestido.
Si queréis, vamos á casa ;
Que yo con mi padre haré
Que os reciba.
 DON ÁLVARO.
No podré,
Maria, con tanta tasa
Vivir, si algo no añadís.
 MARÍA.
¿Y será?
 (1) Cuanto.

DON ÁLVARO.
Serrana mia,
Una mano cada dia.
 MARÍA.
¿Mas matalla!
 DON ÁLVARO.
¿Qué decís?
 MARÍA.
Que mi padre os la dará.
 DON ÁLVARO.
No ha de ser, serrana bella,
Sino esta. (Tomándosela.)
 MARÍA.
¿Y qué heis de her con ella?
 DON ÁLVARO.
Besalla.
 MARÍA.
¿Pues dónde habrá
Manos para cada dia?
 DON ÁLVARO.
Dos que remudar teneis.
 MARÍA.
Caro servis.
 DON ÁLVARO.
¿Qué queréis!
 MARÍA.
Soltad.
 DON ÁLVARO.
¿Ay gallega mia!
 (Ap. Beatriz, si de mis desvelos
 Fuiste causa y te has mudado,
 Ya en estas sierras he hallado
 Contrayerba de tus celos.)
 MARÍA.
Ya sois de casa.
 DON ÁLVARO.
Soy vuestro.
 MARÍA.
Hablemos á padre.
 DON ÁLVARO.
Vamos.
 MARÍA. (Ap.)
Alma, en que entender llevamos.
 DON ÁLVARO. (Ap.)
Amor, sed vos mi maestro :
Enseñadme á hacer carbon.
 (Toma la mano á María, y bésasela.)
 MARÍA.
¿Qué haceis?
 DON ÁLVARO.
Cobro mi soldada.
 MARÍA.
¿Tan presto?
 DON ÁLVARO.
Va adelantada.
 MARÍA.
¿Con beso?
 DON ÁLVARO.
Sí.
 MARÍA.
¿Ay besucon!

ACTO SEGUNDO.

Campo delante de la casa de Carei-Hernandez

ESCENA PRIMERA.

DOMINGA, CALDEIRA.

CALDEIRA.

Yo pasaba á Santiago
 Desde Francia, peregrino ;
 Robáronme en el camino
 Los vestidos en un cuartago
 En que un compañero y yo

GARCÍA.

Señor nuestro,

Regocijos serranos
No son para tan grandes cortesanos.
La mano vitoriosa
Nos dad.

CONDE.

Alzad, alzad. ¿Quién se desposa?

GARCÍA.

Nadie, señor; María
Mi hija, y vuestra esclava, aqueste día
Cumple años, y festejo
La sierra, remozándome, aunque viejo.
Amor en fin de padre,
Que en ella ve la imagen de su madre.

CONDE.

Hermosa estais, María.
No sé qué aguarda en darnos un buen día
Vuestro padre espacioso;
Que ya vuestra belleza pide esposo.
¿Cuando os casais?

MARÍA.

¿Qué manda?

CONDE.

Que es bien daros marido.

MARÍA.

Ya se me anda.

GARCÍA.

Pues, señor, ¡qué venida
Es esta? Mas quien sabe vuestra vida,
O en guerras ocupada,
O en cazas de la puz ejercitada,
No pregunta discreto.

CONDE.

A negocios me envían de respeto
Nuestros Reyes, García,
Que concluir con Portugal querria.
Por esto me he pasado
Tau cerca de vosotros, que olvidado
Mi Monterey, habito
A Portela, castillo del distrito
Desta sierra.

GARCÍA.

Debemos

Gracias al rey Fernando, pues tenemos
Tal señor por vecino
A causa suya.

DON ÁLVARO.

(Hablando aparte á su criado.)

Pues el Conde vino,
Caldeira, á coyuntura
Que pueda conocerme, no asegura
Mi peligro este traje.
Quiérome retirar; que será ultraje
El verme desta suerte.

CALDEIRA.

El Conde es noble: no importara el ver-
Como no se siguiera [te.
Que el rey Don Juan de ti nuevas tuviera.

DON ÁLVARO.

En esto me resuelvo.

MARÍA.

¿Vaisos?

DON ÁLVARO.

Sí.

MARÍA.

¿Pues el baile?

DON ÁLVARO.

Luego vuelvo.
(Vase.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, menos Don Alvaro.

CONDE.

No sea yo, García,
Estorbo en vuestra fiesta y alegría.
Prosiga. si es justo
Que participe yo de vuestro gusto.

GARCÍA.

Alto; pues quiere honrarnos
Su Señoría, no hay por qué excusarnos.
Siéntese en este escaño,
Que á falta de nogal, es de castaño.
(Siéntase el Conde.)

CONDE.

Y vosotros y todo.

GARCÍA.

No, señor; bien estamos de este modo.

CONDE.

Esta es voluntad mia.

GARCÍA.

Obedecer.
(Siéntanse García y María.)

CONDE.

¿No ha de bailar María?

MARÍA.

¿Quién duda, si él lo manda?

CONDE.

Ruégóslo yo.

MARÍA.

Pues llegará mi tanda.

(Ap. con su padre y Dominga.)

¿Qué apacible!

GARCÍA.

¿Qué llano!

MARÍA.

Es conde.

GARCÍA.

Es Acebedo.

DOMINGA.

Es castellano.

(Bailan los serranos y serranas.)

DOMINGA. (Canta.)

Cando o crego andaba no forno,
Ardéra lo bonetinho e toudo.
Vos aí me habés de levar, mancebo,
¡Ay! non me habedes de pedir celos.
Hum galán traye da cinta na gorra;
Diz que lla deu la súa señora.
Querole bem á lo fillo do crego;
Querole bem por lo bem que le quero.
¡Ay miúa mal! passai-me no rio;
Que se levam as agos os lirios.
Assenteime em hum formigueiro;
Docho á o demo lo assentadeiro.

(Oyense tiros de armas de fuego.)

ESCENA V.

OTERO.—DICHOS. Despues DOÑA BEATRIZ y DON EGAS, dentro.

OTERO.

¡Nuevo amo! ¡aquí de la sierra!
¡Aquí del valle de Limia!
¡Aquí de Dios y del Rey!

GARCÍA.

Otero, ¿qué es esto?

OTERO.

Aprisa;

Que vienen contra nosotros
Los portugueses que habitan,
Desde Chaves á Braganza,
Las comarcas fronterizas.
Una mujer huye dellos
(Mejor diré rayo) encima
De un caballo, que en los aires
Estampa huellas que pisa.
Socórrala, señor Conde;
Que las balas que le tiran,
Entre nubes de humo y fuego
Llueven, si no es que granizan.

DOÑA BEATRIZ.

(Desde adentro, como que está lejos.)

¡Serranos destas montañas!

¡Favor, ayuda!

DON EGAS. (Dentro.)

La vida

Te ha de quitar esta bala.

OTERO.

¡Aquí de la serranía!
Que se pasa Portugal
A las sierras de Galicia.

GARCÍA

A ellos, pues, mis serranos.

CARRASCO.

Traigan chuzos, mallos, vigas.

CONDE.

¡Hay igual atrevimiento!

GARCÍA.

Esto es, señor, cada día.

DOÑA BEATRIZ. (Dentro, y mas cerca.)

¡Favor, montañeses nobles!

GARCÍA.

Lijera dejó la silla

La animosa portuguesa,

Y á nosotros se avecina.

CONDE.

Bajemos á darle ayuda.

GARCÍA.

El celo que trae, la libra

De tanto arcabuz.

DOMINGA.

Ya llega

Al pié de nuesa montaña.

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ, de corto, una espada desnuda en la mano, un tahall, y en él una pistola, mucha pluma en el sombrero, y un gaban de tela.—
DICHOS, menos Don Egas.

DOÑA BEATRIZ.

Serranos desta aspereza,
Conservacion de la antigua
Nobleza, de quien descienden
Tantas casas de Castilla...
¡Ilustre Conde...!

CONDE.

¡Marquesa!

¿Qué desgracias os obligan
A que hourando nuestros montes,
Crezcais con ellos mis dichas?

DOÑA BEATRIZ.

Ya no las tendré por tales,
Pues en vuestro amparo olvidan
Injustas persecuciones
De la ambicion y la envidia.
Desleales que disfrazan
Con apariencias fingidas,
Que al Rey venden por verdades,
Testimonios y mentiras,
Cómplice, señor, me han hecho
De inocentes, que castigan
A persuasione de traidores,
Autores de falsas firmas.
Mandóme prender el Rey,
Y á un Don Egas, en quien cifra
El poder de su privanza,
A darle me necesita (1)
L'alabra y mano de esposa:
Yo, que por no ver cautiva
La prenda mejor del alma,
Menospreciaré la vida;
Con favor de la lealtad
De vasallos, que en mí estiman
El valor que el Rey desprecia,
Me dieron la noche misma
De mi prision un caballo;
Y hechas las sábanas tiras,
Queiebran rejas y ventanas,
Y generosos me libran.
Discurrí toda la noche
A su sombra que encamina
Los pasos á mi inocencia.

(1) Obliga

Hasta que publicó el día,
Revelador de secretos,
Mi fuga, y forzó á la ira
De un traidor, que priva, amante,
A que con otros me siga.
Alcanzaronme á la raya
Deste reino; y á la vista
La traición de mi lealtad;
Viendo que el cielo la libra,
Para que el paso me atajen,
Ministros de plomo envían,
Que en tribunal de venganzas
Son varas de su injusticia.
Desvaneciolas mi suerte,
Y de las sierras de Linia,
Viendo mi sagrado cerca,
Vergonzosos se retiran. —
Esta es, gran Conde, mi historia,
Si desdichada por mí,
Ya tan dichosa por vos,
Que mis agravios olvida.

CONDE.

A vuestros sucesos queda
Nuestra tierra agradecida,
Y yo mas, que me ocasiona,
Señora, á que en ella os sirva.
No echéis menos vuestro Estado,
Mientras el tiempo averigua
Verdades que permanecen
Eternas, si perseguidas.
Haced cuenta que trocáis
A Portugal por Castilla,
Y á Chaves por Monterey,
Pues desde ahora en su silla
Sois absoluta señora;
Y ella, estimando esta dicha,
Amorosa os obedece
Como á la Condesa misma.
Los reyes Fernando y Juan
Quiéren renovar antiguas
Amistades, ya causados
De que castillos y quinas
Desconformes se maltraten;
Y yo, porque se consigan,
Vengo, Marquesa, á tratallas.
Entre tanto que se firman,
La Condesa os servirá,
Y regalará Galicia,
Ya en Monterey, ya en Portela,
Esa fuerza que á la vista
Teneis, llave deste reino,
Que coronando la cima
De aquel apacible monte,
Entrambas rayas registra.

DOÑA BEATRIZ.

Sois Conde, al fin, Acededo.
Con razón Fernando os fia
El peso de su privanza.

ESCENA VII.

UN CAZADOR. — DICHOS.

CAZADOR.

Señor, si la caza estimas,
Ponte á caballo y verás
La mas apacible riña
Que entre brutos desconformes
Vieron estas sierras frías.
Abrazado á una colmena
Un oso, que de su almibar
Enamorado, escaló
La custodia de una encina,
Se defiende de tres perros,
Que por mas que le persigan,
Sin que el robo dulce suelte,
Sus ardiens desatina.
Guarda el hurto con un brazo,
Y con el otro, á la esgrima
Dando lición, ensangrienta
Colmillos que en carne afila.
Es cosa hermosa de ver

Las abejas que á cuadrillas,
En defensa de su alcázar,
Le asaltan, cercan y pican;
Y el desenfado con que
Con los dientes les fatiga,
Trasladando á sus entrañas
Sus golosas oficinas.

CONDE.

No es presa de perder esta.
Si os servís, señora mía,
Esperadme aquí entre tanto
Que vuelvo.

CAZADOR.

Has de darte prisa,
Si quieres llegar á tiempo.

GARCÍA.

Vamos todos allá.

CAZADOR.

Encima

Desta loma se verá.
(*Vanse el Conde y su acompañamiento,
García y los serranos.*)

ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ, MARIA, DOMINGA,
CALDEIRA.

DOMINGA.

Cosa será entretenida.
¿No vas á verlo, serrana?

MARÍA.

No está para golosinas
De miel robada.

DOMINGA.

¿Porqué?

MARÍA.

Porque está hecha un acibar.

DOMINGA.

¿Que te ha dado?

MARÍA.

¿Qué sé yo?

DOMINGA.

El mal que se comunica,
Dice el cura que se aplaca.

MARÍA.

Ven y sabráslo, Dominga.

(Vanse las dos.)

ESCENA IX.

DOÑA BEATRIZ, CALDEIRA.

CALDEIRA.

Vuelva los ojos acá,
Y hable Vuestra Señoría
A un diptongo portugues,
Y gallego hermafrodita.

DOÑA BEATRIZ.

¿Caldeira!

CALDEIRA.

Dame á besar
Dos dedos de zapatilla.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y mi Conde?

CALDEIRA.

Ha renegado.
DOÑA BEATRIZ.

Acaba.

CALDEIRA.

La verdad limpia
Te digo. Moro es el Conde.
Y aun peor, si el refrán miras
De «antes moro que gallego.»
Pero si me das albricias,
Sígueme y verásle.

DOÑA BEATRIZ.

Vamos.

¿Ay dichosa fuga!

CALDEIRA.

Imita

Al vaquero que en Moraina
Calza abarca, y viste frisa.

DOÑA BEATRIZ.

¿A qué no obligan traidores?

CALDEIRA.

Y el amor ¿á qué no obliga,
Pues me hace sábado?

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo?

CALDEIRA.

Porque vaya tras Dominga. (*Vanse.*)

Bosque.

ESCENA X.

DOMINGA, MARIA, muy triste.

DOMINGA.

Mal segura zagaleja,
La de los lindos ojuelos,
Grave honor de los azules,
Dulce afrenta de los negros,
¿Qué tienes de ayer acá,
Que á lo que colijo dellas,
Desveladas inquietudes
Les tiranizan el sueño?
Ojeras se les atreven,
Si es, serrana, atrevimiento
Que patenas de cristal
Guarnezca el amor de acero.
Risueñas y alegres niñas
Daban risa al prado, y celos
A la flor de aquestos lirios,
Al turquí de aquellos cielos.
Aojado te han, mi serrana:
Mucho lloras; mal te han hecho.
¿Pregue á Dios que no te opilen
Pensamientos indigestos!
Callan lenguas y hablan ojos;
Que á fe cuando sale el huego,
Serrana, por las ventanas,
Que no huelgan allá dentro.
¿Qué tienes, la mi querida?
Dimelo á mí, y apostemos
Que te curo por ensalmo.

MARÍA.

Ay, Dominga, que me muero!

DOMINGA.

¿Hásete antojado algo?

Que diz que en aquestos tiempos

Hay doncellas con antojos.

¿Has comido barro, ó yeso?

MARÍA.

No, Dominga.

DOMINGA.

¿Dónde sientes

El dolor?

MARÍA.

Aquí so el pecho
Mas de dos mil aradores
El alma me están royendo.
En mi serrana, agrialdices,
Y entre pesar y contento,
Causan lagrimas con risa;
Hártanse de puro hambrientos.
Ven acá: ¿qué es cosicosa,
Que lo que adoro aborrezco.
Lo que me pesa hallar busco.
Lo que me abrasa es de yelo?
Sin querer, ando acechando
De ayer acá.

DOMINGA.

Serán celos,
Medio nieve y medio brasas,
Calosfrios del enfermo.

MARÍA.

¿Celos se llama este mal?

DOMINGA.
Si, amiga.

MARÍA.
¿Y por qué no infiernos?

DOMINGA.
 Si allá hay frio con calor,
 El nombre les viene á pelo.

MARÍA.
 Y este mal ¿tiénenle muchos?

DOMINGA.
 ¿Quién hay que se libre dellos?
 Mas que flores el verano,
 Mas que escarchas el invierno.
 ¿Ves esas yedras y parras,
 Desos álamos euredos?
 Pues celosas de sus hojas,
 Tienen ya sus troncos secos.
 Celos que del prado tiene,
 Hacen que aquel arroyuelo,
 Hechos labios sus cristales,
 Se coma aquel lirio á besos.
 No hay criatura sin amor,
 Ni amor sin celos perfeto,
 Ni celos libres de engaños,
 Ni engaños sin fundamento.
 El ave, la planta, el bruto (1),
 Cuanto hay padece tormentos
 Celosos, en fe de que ama;
 Soldemente escapa el necio
 De su daño, porque dicen
 Que es solo mal de discretos.
 Hasta el cielo les hurtó
 El nombre, si no el efeto.

MARÍA.
 Pues si esos celos se llaman,
 Mi Dominga, celos tengo.

DOMINGA.
¿Luego amor?

MARÍA.
¿Qué me sé yo?
 Mal me pagan, y bien quiero;
 Solo, estoy acompañada,
 Cómo poco, ménos duermo.

DOMINGA.
¿Enamorada y celosa?
¿Buen guisado habemos hecho!
 Convida á la voluntad,
 Que ese es su mejor sustento;
 Mas carga poco la mano
 De celos, que son pimientos,
 Y pocos le dan sabor;
 Muchos echan á perdello.
 Mas ¿qué va, que es esta dicha
 Del polido forastero?

MARÍA.
¿Ay prima! no me le nombres.

DOMINGA.
¿Le aborreces?

MARÍA.
 Le aborrezco,
 Pero es de puro adoralte.

DOMINGA.
Pues ¿cómo puede ser eso?

MARÍA.
 Ámole por ser tan lindo,
 Tan sabio y tan hechicero;
 Y aborrézcole, Dominga,
 Por ver el mal que me ha hecho,
 Porque el alma me ha robado,
 Porque me mata de celos.

DOMINGA.
**¿De celos? ¿Pues sabes tú
 Que quiere bien?**

MARÍA.
 A saberlo,

(1) A este verso sigue en la edición que seguimos el de *soldemente escapa el necio*. Como es evidente que falta algo entre ambos, se han añadido los dos intermedios, para que, aunque no completan el sentido,

Dominga, ahí fuera el diablo;
 Mas si no lo sé, lo temo.

DOMINGA.
 Ya eres maesa de amar;
 Mas pues descubres secretos,
 Sábete que yo tambien...

MARÍA.
¿Amas?

DOMINGA.
 Está dada á perros.

MARÍA.
¿Por quién?

DOMINGA.
 Por un bellacon,
 Que enamora por lo feo,
 Por lo socarron necniza,
 Por lo gracioso me ha muerto.

MARÍA.
¿Y quién es?

DOMINGA.
 Es un Godiño,
 Que si no es sol, por ser negro,
 Si cual dicen anda en carro,
 Puede ser su carretero.

ESCENA XI.

DON ÁLVARO. — MARÍA, DOMINGA.

DON ÁLVARO.
 Preguntando yo á las flores,
 Adonde, serrana nia,
 Mi desco te hallaría,
 Dijeron que en sus colores:
 Tus cabellos robadores
 La yerba del sol pintaban;
 Azucenas retrataban
 En tu frente su candor;
 Las niñas del niño amor
 Flores al lirio robaban.
 Rosas fueron los pinceles
 De tus mejillas hermosas;
 Mas no envidiaron sus rosas
 De tus labios los claveles.
 Como amor era el Apéles,
 Supo en tu boca copiar
 Dientes y aliento de azår,
 Pasándose satisfechos
 Los jazmines á tus pechos,
 Y envidiando yo el lugar.
 El todo de tu belleza,
 Las maravillas; de modo
 Que eres maravilla en todo
 De nuestra naturaleza.
 Realce su sutileza
 El campo, sabio pintor
 De tanta agregada flor;
 Que pues en tí se vé junto,
 Serás siendo él tu trasunto,
 Ramillete del amor.

MARÍA.
¿Que arrumaquero venis!
¿Qué de juncia derramais!
¿Haciendo balagos llegais?
 Culpado, á la hé, os sentis.
 En las flores que fingis
 Que en mí emplea el campo verde,
 Os escondeis; mas recuerde
 Vuestro engaño mis temores;
 Que la culebra en las flores
 Vende rosas, cuando muere.

DON ÁLVARO.
¿Culpado yo? ¿pues porqué?

MARÍA.
 ¿Es poco haberme quitado
 El sueño anoche, y llorado
 Hasta que me levanté?

DON ÁLVARO.
¿Llorado vos?

MARÍA.
 Sí, á la hé.
DON ÁLVARO.
¿Tanto mal la vista os hizo?

MARÍA.
 Mal y bien.

DON ÁLVARO.
¿Ay bello hechizo!

MARÍA.
 Estais en amar muy ducho;
 Engañais y sabeis mucho;
 Quisiérais yo primerizo.
 Dejareis en vuesa tierra
 La memoria y voluntad;
 Traireis las sobras acá
 Para que á mí me hagan guerra.
 Pues tambien los de la sierra
 Son personas, lisonjero.

DOMINGA.
 Coger aquel nido quiero;
 Que en juegos de amor, ya es llano
 Que se juega mano á mano
 Mejor, que cuando hay tercero. (Vase.)

ESCENA XII.

MARÍA, DON ÁLVARO.

MARÍA.
**¿Habeis tenido allá amor
 En vuestra tierra?**

DON ÁLVARO.
 Tenia;
 Mas viéndós á vos, María,
 Luego se olvidó.

MARÍA.
¿Ay traidor!

DON ÁLVARO.
 Por la hermosura mayor,
 No es maravilla olvidar
 La menor.

MARÍA.
 Ni en mí el dudar
 Que quien se olvida y ausenta,
 Haciendo de su amor venta,
 Querrá comer y picar.

DON ÁLVARO.
**¿Hay donaire, hay gracia, hay gusto,
 Que con esto se compare?**
 No haya mas, mi bien; repare
 Mi buen crédito ese susto.
 Si tiene mi amor mas gusto
 Del que en tu hermosura veo,
 Si contigo el sol no es feo,
 Mi esperanza y afición,
 Sin llegar á posesion,
 Se queden en el deseo.

MARÍA.
En fin, ¿no la quereis bien?

DON ÁLVARO.
 Tú sola eres mi querida.

MARÍA.
¿Por mi vida?

DON ÁLVARO.
 Por tu vida.

MARÍA.
¿Y por la vuestra?

DON ÁLVARO.
 Tambien.

MARÍA.
¿Era hermosa?

DON ÁLVARO.
 Los que ven
 Ese hechizo, aunque serrano,
 Todo otro amor juzgan vano.

MARÍA.
 Pues jurad, si sentis eso,
 Sobre esta cruz.

Fiscales impertinentes

De amor, disculpa me dén.
 Llámause Argos, y no ven;
 Son necios por presumidos;
 Y dividiendo sentidos,
 Por dar á su dueño enojos,
 Viendo al amor en los ojos,
 Viven siempre en los oídos.
 Oí lo que, á no ser loco,
 Diera paz á mis desvelos;
 Que son lógicos los celos,
 Mi bien, y discurren poco.
 Sus pareceres revoco;
 Castiga tú mi impaciencia;
 Y si das á la prudencia
 Mas lugar que á la venganza,
 Disculpen esta mudanza
 Celos, ocasion y ausencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Parécenos á vos bastante
 Ese descargo?

DON ÁLVARO.

¡Mi bien,
 Perdon tus brazos me dén,
 Y no pases adelante.
 Si no basta el ser tu amante,
 Daga tienes homicida:
 Sácame el alma rendida.

DOÑA BEATRIZ.

Será, ingrato, porque así,
 Si tu alma vive en mí,
 Me dé á mi misma la herida.
 Mucho tiene de rapaz
 Amor: ¿qué presto se enoja!
 ¿Qué presto que el arco arroja,
 Ya de guerra, ya de paz!
 No eres de perdon capaz (1);
 Pero ¿cuándo le negó
 Quien tierno y constante amó?
 Pues cuando lo dilataras,
 Y á pedirle no llegaras,
 Era fuerza el llegar yo.

ESCENA XVII.**EL CONDE, GARCÍA, ACOMPAÑAMIENTO.**

—DOÑA BEATRIZ, DON ÁLVARO.

CONDE.

No he tenido yo, García,
 Mayor entretenimiento
 Despues que la caza curso.

GARCÍA.

¡Valiente defensa ha hecho
 El oso!

CONDE.

¡Oh Marquesa ilustre!
 La vuelta á Monterey demos,
 Porque la Condesa goce
 Brazos de huésped tan bello.

DOÑA BEATRIZ.

Otro, gran Conde, teneis,
 Que ocasiona mi destierro,
 Y á vuestra sombra se ampara.

CONDE.

¡Don Álvaro! ¿Qué es aquesto?

DON ÁLVARO.

Disfraces de la lealtad,
 Que traidores persiguieron,
 Y en vuestro valor confían.

CONDE.

Infinito debo al cielo,
 Pues me ocasiona á serviros.
 García, vuestro vaquero
 Fué Don Álvaro Ataíde.

GARCÍA.

Gran señor, los piés os beso. —
 ¡Hay suceso semejante?

(1) Digno.

ESCENA XVIII.**MARIA, DOMINGA, CALDEIRA. —**

DICHOS.

MARIA.

En fin, Dominga, Vireno
 Y la portuguesa.... Aguarda.

CONDE.

Mi rey Fernando y el vuestro
 Quieren perpetuar paces,
 Y espero de sus conciertos,
 Conde, vuestra libertad.

CALDEIRA.

(Hablando aparte con su amo.)

¿Luego ya te conocieron?

DON ÁLVARO.

Si, Caldeira: á ser dichoso
 Desde este punto comienzo,
 Pues está Beatriz conmigo.

CONDE.

Vamos, señores, que quiero
 Dar á mi Estado un buen día.

DON ÁLVARO. (A Maria.)

De la voluntad que os debo,
 Y es imposible pagaros,
 Servirá de desengaño,
 Serrana, aquesta sortija.

MARIA.

Si es señal de matrimonio,
 Y conmigo heis de casaros,
 Espetádmela en el dedo.

DON ÁLVARO.

Yo, Maria, soy el Conde
 De Silveira, y es mi dueño
 Beatriz, marquesa de Chaves.

MARIA.

Pues echalda con mal huego.

DON ÁLVARO.

Adios, graciosa serrana.

MARIA.

¿Y qué, sois conde, de vero? (2)

DON ÁLVARO.

Y la Marquesa mi esposa.

MARIA.

¡Ay padre! desmayos tengo.

CALDEIRA. (Ap. con Dominga.)

Dominga, á Dios; que me acojo.

DOMINGA.

¿Te vas? ¿Cuándo nos verémos?

CALDEIRA.

Los domingos, si es que gustas
 Ser mi sayo dominguero.

DOMINGA.

¿Pescudaré por Godiño?

CALDEIRA.

Caldeira por nombre tengo.

DOMINGA.

Seguiréte, porque vaya
 La sogá tras el caldeiro.
 (Vanse todos, ménos Maria.)

ESCENA XIX.

MARIA.

¿Cielos! ¿que es Vireno conde!

¿Que tiene esposa Vireno,
 Y llevándose allá el alma,
 A oscuras me deja el cuerpo!

¿Aquí de Dios y del Rey!

¿El casado y yo en tormento?

¿Ella alegre, yo llorando?

¿Los dos vivos, yo muriendo?

No lo sufrirá mi injuria;

No lo admitirán mis celos.

Donde hay agravio, hay venganza;

(2) De veras.

Donde hay amor, hay ingenio.
 Uno y otro han de mostrar
 Como castiga desprecios
 La gallega Mari-Hernandez.
 ¡Ay portugues feiticcio!

ACTO TERCERO.

Campo cerca de Monterey.

ESCENA PRIMERA.**EL REY, SOLDADOS PORTUGUESES.**
(Tocan dentro cajás.)

REY.

Quando se tratan paces con Castilla,
 ¿Tiene el de Monterey atrevimiento
 De amparar forajidos en su villa,
 Sin reparar mi justo sentimiento?
 A la Marquesa y Conde, que á mi silla
 Aspiraban, y fueron fundamento
 De justos, aunque trágicos castigos?
 ¿El Conde á mis mayores enemigos?
 Cesen las paces pues; vuelva la guerra;
 Experimente el Conde indignaciones
 De un rey airado: poblare su tierra
 Segunda vez de armados escuadrones;
 Cercaré á Monterey que los encierra;
 Y si es traicion favorecer traiciones,
 A imitacion de Treya, al destruilla,
 Mañana será llamas, si hoy es villa.

SOLDADO 1.º

La justa indignacion, señor, que alegas,
 A la venganza solicita manos.
 Límia es el valle donde armado llegas,
 Y faldas desas sierras estos llanos.
 A asegurar el paso fué Don Egas;
 Que aunque sus moradores son villanos,
 Ánimo sus fronteras les han puesto.

REY.

Vencerálos Don Egas.—Mas ¿qué es esto?

ESCENA II.

MARIA, que sale con un mallo peleando
 contra DON EGAS y algunos SOLDADOS
 PORTUGUESES, con broqueles. —
 DICHOS.

SOLDADO 2.º

Rayo ó mujer ¿qué nos quieréis? —
 ¿Hay valor mas prodigioso?

MARIA.

No me ha de quedar secho
 A vida.

REY.

Tales mujeres

Tiene Galicia, Silveira! —
 Dejalda: no le hagais mal.

MARIA.

¿Qué! ¿cuidaba Portugal
 Que era sola su forneira?
 Pues á fe de Dios, si torno
 A enojarme, aunque aqui os hallo,
 Que estimedes mas mi mallo,
 Que la pala de su forno.
 Con este al segar las mieses,
 Limpia el trigo mesa tierra,
 Y las fembras de la sierra
 Despachuran portugueses.
 No huyais si queréis prohallo:
 Aguarde el que no lo croy.

SOLDADO 1.º

Detente, que está aquí el Rey.

MARIA.

¿El Rey? Pues arrojó el mallo.

REY.

¿Con portugueses, serrana,
 Tal furia?

MARIA.

De un tiempo acá,
Si va á decir la verdad,
Los mato de buena gana.

REY.

¿Por qué?

MARIA.

Un portugues mancebo
Se hizo en mi casa mandon,
Y en gozando la ocasion,
Se deshizo como sebo. —
Pero venga acá : ¿no es él
El Rey?

REY.

Si.

MARIA.

¿Y hará justicia
De un portugues que á Galicia
Vino, diz que huyendo dél,
Y entrando que parecia
La gata de Mari-Ramos,
Robó la hacienda á sus amos,
Y el corazon á Maria?

REY.

¿Llamaisos vos así?

MARIA.

¿Y cómo!

Nunca yo en Limia le vi ra.
Entró blando como cera,
Salió duro como plomo.
¿Conoce él á un Don Alvaro,
Y á cierta Doña Beatriz,
Pintada como perdez,
Que pidiéndonos amparo,
Almas y caballos pica
Con celos y con espuelas?

REY.

Sus alevosas cautelas
Mi enojo te certifica.
Por su causa hago esta guerra
Al conde de Monterey.

MARIA.

No guarda el ingrato ley.
Mala gente hay en su tierra.
Hechizóme á lo serrano;
Burlóme á lo portugues;
Huése á Monterey despues:
Tarde lloro; erei temprano.
¡Ay! ¿qué le contara yo,
Si no tuviera vergüenza!
Mire, ya que amor comienza
A informarle : anocheció;
Y yo despierta, á cierra ojos,
Y entre dos luces dormida,
El alma en él embobida,
La voluntad con autores,
Y á oscuras el aposento,
Pisando huevos entro;
Y entónces.... ¿Qué me sé yo?
¡Ay Dios! ¿cómo se lo cuento?
Tanto supo acariciar,
Tanto vino á prometer....
Era hombre, en fin, yo mujer;
En algo habia de parar.
No resiste quien desea;
Y como me mostró amor,
Llegó.... y pregue á Dios, señor.....

REY.

En fin....

MARIA.

Que orégano sea.
Mas esto hué con promesa.
Que habia de ser mi marido.
Hase el traidor acogido
Con la Beatriz portuguesa;
Y haime dicho que los de s,
Segun el amor se enseñan,
Dentro un mes se matrimécian
Que mala pro les dé Dios.

REY.

No harán mientras yo viviere,

Ni permitirán los cielos
Tu menosprecio y mis celos.

MARIA.

Mire, si él cogeros quiere,
Y me promete casar
Con él sin hacelle daño;
La mujer todo es engaño,
Y mas cuando viene á amar.
Yo sabre, si á Monterey
Voy, herle que luera salga :
De los ardidés se valga,
Que en la guerra diz que es ley.
Haga que aguarde en secreto
A la puerta alguna gente;
Prenderále de repente
A la noche; y en esto,
Antes de ir á Portugal,
Hará que mi dueño sea;
Que aunque me dejó, no crea
Que el hombre me quita mal.

REY.

Si eso, donosa Maria,
Cumpliédeses vos, mis celos
Darán fin á mis desvelos.
Buscaba yo alguna espia,
Que yendo allá me avisase
La defensa desa villa.
Porque para combatilla
Diligente me industriase;
Pero si están sobre aviso,
¿Cómo podréis entrar vos,
Y salir?

MARIA.

¿Válgame Dios!

Nunca halló storbo quien quiso.

REY.

Muestras de vuestro valor
Acabo ahora de ver.
¿Qué no intenta una mujer,
Que tiene celos y amor?
Cumplid como prometéis;
que si de Monterey sale,
Mi fe os doy....

MARIA.

¿Perdonarále?

REY.

Como el amor estorbeis,
Con que han hecho resistencia
A mi voluntad los dos,
Siendo espesa saya vos,
No dudéis de mi elinencia.

MARIA.

Es caballero, y dirá
Que no soy yo bailera.

REY.

Aunque mi sangre tuviera,
El Rey calidades da.
No! y marquesa os hare,
Antes de ir á Portugal.

MARIA.

Jure.

REY.

¡Mi palabra real
Es la mas segura fe!

MARIA.

¿Y la gente?

REY.

Yo en persona,
En secreto, he de aguardalle.

MARIA.

¡Mal año! Que trá matalle.

REY.

¡Mi fe y palabra me abona.

MARIA.

Mire que no ha de herle mal.

REY.

No haré.

MARIA.

Ni á la portuguesa.

REY.

No goce él á la Marquesa,
Y pideme á Portugal. (Vase.)

Sala en el palacio del conde de Monterey.

ESCENA III.

EL CONDE, DON ALVARO,
CRIADO 1.º

CONDE.

Aplacarése el furor
Con que el Rey portugues viene,
Y conocerá que tiene
En mi un grande servidor.
No es mal trato el amparar
Amigos que de traidores
Huyen y piden favores,
Pudiéndoselo yo dar,
Pues aun no están concluidas
Con nuestros Reyes las paces
Que se tratan.

DON ALVARO.

Satisfaces

Con tu valor á dos vidas
Que solo estriban en tí;
Pero si por mi ocasion
De mi Rey la indignacion
Tu Estado destruye así,
Mejor será retirarme
A Castilla, y dar lugar
Al tiempo.

CONDE.

Con amparar

Vuestra vida ha de ilustrarme.
Orden de mis Reyes tengo,
Mientras que se ven los dos,
De que á la Marquesa y vos
Os tenga aquí. Ya prevengo
Modo con que al rey Don Juan
Desengañe, y si os persigue,
Clemente el furor mitigue. (Al criado.)
¿Cuántas leguas estarán
De aquí?

CRIADO 1.º

En Limia han hecho alto,

Y á la vista de Portela,
Nuestra montaña recela
Que ó la sitie ó la dé asalto.

CONDE.

¿Trae mucha gente?

CRIADO 1.º

Serán

Diez mil, cada cual Viriato
Portugues.

CONDE.

Si no es por trato,
No teme del rey Don Juan
Mi Portela sitio largo.
Aunque su poder la cerque.
A nuestra villa se acerque;
Que de aplacalle me encargo.

ESCENA IV.

CRIADO 2.º — DICHOS.

CRIADO 2.º

Cierto fidalgo que pasa
A Santiago, está aquí.

CONDE.

¿De Galicia?

CRIADO 2.º

Señor, si,
Y dendo de vuestra casa.
No prosigue su camino,
Receloso desta guerra,
Y asi en Monterey se encierra.

CONDE.

Entre el deudo, ya que vino.
(Vase los criados.)

ESCENA V.

MARIA, *de gallego honrado*; DOMINGA.—EL CONDE, DON ÁLVARO.

MARIA.

Dêime á besar os pes,
Señor, vossa señoría,
Porque muito dezejaba
Conocer a rama antiga
Do tronco de quem descendo.

CONDE.

Alcese, hidalgo, que estima
Nuestra casa á los parientes.
¿De dónde es?

MARIA.

Meu pai dicia

Ser fidalgo de Betanzos;
Casouse con á mai miña,
Fidalga de Calabazos.
Depois os dous se avesiñan,
Pertüño de Santiago,
Em huma feligresia
Que tem por nome Morrazos,
Dónde vindose parida,
Me pus o nome que teño.

CONDE.

¿Y es su nombre?

MARIA.

Juan García

De Morrazos.

CONDE.

¿Blason nuevo!

Yo hasta ahora no sabía
Teuer parientes Morrazos.

MARIA.

¿Pois non basta que eu o diga?

CONDE.

Sí; mas con todo esto quiero
Informarme por qué línea
Emparentamos los dos.

MARIA.

Teña maon sua señoría.
O meu pai foi cociñeiro
De vosso pai muitos dias,
Porque de nossa nobreza
Foi o solar sua cociña.
Sendo cociñeiro, pois,
E probando á comida
Que guisaba, craro está
Que o mesmo manjar comia
O meu que o vosso pai.
Isto ¿he verdade?

CONDE.

Prosiga;

Que es su humor mas sazonado
Que los manjares que guisa.

MARIA.

Das comidas, ¿non se faz
O sangue con que se crián
Os corpos?

CONDE.

¿Quién duda deso?

MARIA.

Pois si á comer ambos viñan
Dia e noite d'hum manjar,
Craro está que ambos dois tiñan
Hum sangue mesmo em dois corpos.
Sendo así, hem se averigua
Que decendemos d'hum sangue
Eu, é vossa señoría,
E que sendo seu parente,
Me ha de facer cortesia.

CONDE.

No puedo negar el deudo;
Que es la prueba peregrina
Bastante á ejecutoriarse
En cualquier chancillería.

(Ap. con Don Alvaro.)

¿Qué juzgais, Conde, de aquesto?

DON ÁLVARO.

Que ocasionando la risa,
Viene un cocinero á ser
El mas noble de Castilla.

CONDE.

Pues bien, ¿qué es lo que ahora quiere
En mi casa el buen García
De Morrazos?

MARIA.

Os parentes

Facendosos em Galicia,
A escudeiros do seu sangue,
Quando son pobres se obrigan
De mante-los en seu honor,
E sustentar sua familia.

CONDE.

¿Luego quiere estar conmigo?

MARIA.

Queiro.

CONDE.

Pues desde este dia
Le asigno gajes.

MARIA.

Os pes

Me dai, non porque vos sirva,
(Que non sirven os Morrazos)
Mas porque desde hoje viva
A vossa custa em descanso.

CONDE. (Ap. con Don Alvaro.)

A la infanta de Castilla
Pienso, Conde, presentarle.

DON ÁLVARO.

Su donaire es tal, que cifra
En si todos los gracejos.
¿Donoso humor?

CONDE.

Pieza es rica.

ESCENA VI.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.

Con cartas, señor, del Rey
Llega á este punto Padilla
De la corte.

CONDE.

Voy á verlas:

(Vase el criado.)

Que no dudo de que escriban
Por vos y por la Marquesa
A vuestro Rey.

DON ÁLVARO.

Si apadrinan

Sus favores mis desgracias,
Resucitarán mis dichas,
Siendo vos mi protector.

CONDE. (A Maria.)

Esperadme aquí.

(Vanse el Conde y Don Alvaro.)

ESCENA VII.

MARIA, DOMINGA.

DOMINGA.

Maria,

¿En qué dibujos me metes?

MARIA.

Hoy tienes de ver, Dominga,
Milagros de amor y celos.

DOMINGA.

¿Pregue al cielo!

MARIA.

Calla y mira.

DOMINGA.

¿No es pecado levantar
Testimonios y mentiras
A Don Alvaro?

MARIA.

¿Yo en qué?

DOMINGA.

En que al rey Don Juan le digas
Que te gozó.

MARIA.

La mujer

Que de un hombre fué querida,
Ya es gozada en el deseo,
Y la afrenta si la olvida.

DOMINGA.

¿Y piensas sacarle al campo?

MARIA.

Mis celos le desafían.

DOMINGA.

¿Y si el rey Don Juan le mata?

MARIA.

Su palabra real es firma
De resguardo.

DOMINGA.

¿Pregue á Dios!

Al mi Caldeira querría
Ver, y engañarle tambien;
Que está en su ausencia perdida.
Pero hétele donde viene
Con el tu Conde. En su vista
Se me emboba toda ell alma,
Que aunque socarron, hechiza.

ESCENA VIII.

DON ÁLVARO y CALDEIRA, *leyendo*.

— MARIA, DOMINGA.

DON ÁLVARO. (Lee.)

*Esta noche, en fin, quisiera
Veros; que os tengo que hablar
Muchas cosas.....*

CALDEIRA. (Lee.)

Si á casar.....

(Habla.)

¿Oh! ¿carta casamentera?
¿Mal año! Nones me llamo.
(Lee.)

Te determinas conmigo.....

DON ÁLVARO. (Lee.)

Que amor, constante testigo.....

CALDEIRA. (Lee.)

Haré que hablen á tu amo.....

DON ÁLVARO. (A Caldeira.)

¿Qué es eso?

CALDEIRA.

Nos empapelan.

Si la Marquesa te escribe
Despues que encerrada vive,
Tambien por mí se desvelan
Damas fregonas.

DON ÁLVARO.

¿Por tí?

CALDEIRA.

Hechiza mi parecer.

DON ÁLVARO.

Anda, salte allá á leer.

CALDEIRA.

Bien acierto á lér aquí.

(Leen ambos.)

*Que amor, constante testigo,
Y tan poco firme en vos.....*

CALDEIRA.

Casarémonos los dos,

Si á tu señor se lo digo.

DON ÁLVARO.

Teme segundos desprecios.

CALDEIRA.

Mondonga soy de palacio.....

DON ÁLVARO. (A Caldeira.)

¿Hola!

CALDEIRA. (Leyendo.)

Míralo despacio.....

DON ÁLVARO.
¡Ah necio!
CALDEIRA. *(Leyendo.)*
Que hay condes necios.

DON ÁLVARO.
Enviaréte noramala.....
CALDEIRA. *(Leyendo.)*
Para tí, señor, he hallado
Favor en casa.....

DON ÁLVARO.
El ha dado
En bufon. Sal de la sala,
Majadero.....

CALDEIRA. *(Leyendo.)*
Sois, amigo....
(A su amo.)
¿No lés tú? También yo leo.
DON ÁLVARO.

Si me enoja.....
CALDEIRA. *(Leyendo.)*
Que aunque feo
Rabio por casar contigo.

(A su amo.)
Ya yo acabé mi paulina;
La tuya puedes leer.
Si es paulina la mujer
Que casarse determina,
Aunque no se llame Paula.

DON ÁLVARO.
A no mirar que eres loco,
Te hubiera.....

CALDEIRA.
No lo soy poco,
Aunque no estoy en la jaula;
Mas ¿qué será si me caso?
Archiorate, protonuncio.
¡Malos años! abernuncio.
Lee; no hagas de mi caso.

DON ÁLVARO. *(Lee.)*
¡Teme segundos desprecios;
Que aunque ausente de la sierra,
Su memoria os hará guerra,
Los celos pecan de necios.
Olvidad vos sus serranas,
Y aseguradme despacio
Esta noche, que en palacio
Hay terrores y hay ventanas.

(Habla.)
No quiere Beatriz perder
Los privilegios de dama.
A que la ronde me llama:
Su galán tengo de ser,
Mientras no fuere su esposo. —
Prevenne capa y rodela.

CALDEIRA.
La mondonga me desvela.
Acompañarte es forzoso;
Que aunque á la Dominga mia
Rendir el alma propongo,
El sábado es de mondongo,
Y el domingo es otro día.
Con la mondonga, me avisa
El sábado mondongar,
Y con Dominga, mudar
Cada domingo camisa. *(Vanse.)*

ESCENA IX.

MARIA, DOMINGA.

MARIA.
Dominga, ¿qué dices desto?

DOMINGA.
¿Qué diabros quieres que diga?
¡Ay guillote! ¿ansi os obliga
El amor que en vos he puesto?
Pues para esta, farfullero,
Que yo me sepa vengar.

MARIA.
¿Que esta noche se han de hablar
A las rejas del terrero!

Pues esta noche también,
Cuando esteis mas descuidado,
Mi amor, de vos olvidado,
Vengarse de entrambos tien.
Yo le daré entrada al Rey,
Si, como dice, me espera
A la puerta.

ESCENA X.

EL CONDE. — MARIA, DOMINGA.

CONDE.
Razon fuera,
Pues estais en Monterey,
García, haber visitado
A la Condesa.

MARIA.
He verdade:
Faré-lo de boa vontade.
Non fincaba desmembrado;
Mais visitar as mulheres
Sem lisenza dos maridos,
Dam celeiras e molidos.
Non sei derramar praceres,
Nem veño á dar embarazos:
Mas pois me mandais ansi,
Decede-la que está aqui
Joan García dos Morrazos. *(Vase.)*

ESCENA XI.

EL CONDE, DOMINGA.

CONDE.
¿Sois vos también del lugar
De vuestro amo?

DOMINGA.
Y su vecino.

CONDE.
¿Y sabeis á lo que vino?

DOMINGA.
Creo que se viene á casar.

CONDE.
¿Aquí?

DOMINGA.
¿Pues dónde?

CONDE.
¿Con quién?

DOMINGA.
Sélo; mas para callallo.

CONDE.
¿Cómo os llamais?

DOMINGA.
Gil Corvallo.

CONDE.
Hombre pareceis de bien.

DOMINGA.
Por su virtù.

CONDE.
¿Los zapatos

A la cintura colgais,
Y descalzo caminais?

DOMINGA.
No valen allá baratos.
Dime ayer un tropezon,
Que aunque un dedo me quebré,
Por ir ansi me ahorré
Un cuartillo de un tacon.

CONDE.
¿Extraño modo de ahorro!

DOMINGA.
Allá cuando caminamos,
A la cinta los llevamos;
Porque aunque descalzo, corto
Por los tojos, que dirán
Que soy un gamo, ó caballo.

CONDE.
¿Y qué llevais, Caravallo,
En ese palo?

DOMINGA.
Es el pan,

Y aquesta es la calabaza.

CONDE.
¿Pan tan grande?

DOMINGA.
Es de centeno,
Y en Galicia, aunque moreno,
Mas alivia que embarazo.

CONDE.
A medida de su humor
Vuestro amo os supo escoger;
La Condesa os ha de ver
También á vos.

DOMINGA.
No, señor.
CONDE.

Venid.
DOMINGA.
Deje que me ponga
Los zapatos.

CONDE.
Bien estais.
DOMINGA. *(Ap. al retirarse.)*
¡Traidor! yo haré que escupaís
Las tripas con la mondonga. *(Vase.)*

Campeo inmediato á Monterey. — Noche.

ESCENA XII.

DON EGAS, VASCO, UN SOLDADO.

DON EGAS.
Media legua de aquí á emboscarse viene
Aquesta noche el Rey, por si le engaña
La animosa serrana, donde tiene [ña.
Mil hombres, cada cual blason de Espa-
que asalten el descuido les previene
Del castellano Conde que acompaña
Y defiende á Don Alvaro Ataide,
Y á la Marquesa que mi dicha impide.
Envíame á que aguarde la promesa
Que la valiente rústica le ha hecho,
Y prenda al Conde. ¡Venturosa empresa
Si llega á ejecución! Pero sospecho
Que arrepentida, como amor profesa,
Quien le entregó las llaves de su pecho,
Le habrá dicho la traza prevenida,
Saliendo en nuestro daño esta venida.
Y cuando tenga efecto, y le prendamos,
Si el Rey, como ha ofrecido, le perdona,
Restituyendo al Conde, ¿qué esperamos
Los dos, traidores á su real corona?

VASCO.
Mejor será, si en Monterey entramos,
Ya que el cielo de estrellas se corona,
Dar la muerte á Don Alvaro, y con esto,
Evitar el peligro en que te ha puesto.

DON EGAS.
¿Cómo habemos de entrar?

VASCO.
Yo sé por donde
(Como el cueducto quiebres de una
[fuente,
Que en la villa á la plaza corresponde)
Puedas salir y entrar seguramente.

DON EGAS.
Ejecutallo pues; que muerto el Conde,
No queda en Portugal quien darme in-
temor, ni contradigami privanza, [tente
Feliz mil veces, si á Beatriz alcanza. *(Vase.)*

Vista exterior del palacio del Conde.

ESCENA XIII.

DOÑA BEATRIZ, d una ventana.

¿Qué caro, rapaz avaro,
Vendes los gustos que das!
Mas por esto valen mas;

Que, en fin, lo barato es caro.
Si el que debajo tu amparo,
Cuando en tu esfera se abrasa,
Mas trabajos por ti pasa,
Mas contigo, amor, privó;
Ya somos el Conde y yo
Los mayores de tu casa.

ESCENA XIV.

DON ALVARO, CALDEIRA, como de noche. — DOÑA BEATRIZ.

CALDEIRA.

Mejor fuera dar dos sorbos
Con los ojos, castañetas
Del sueño, que rondar daifas.

DON ÁLVARO.

Gusta desto la Marquesa.
No se asegura de mí,
Después que tiene sospechas
De la serrana de Limia,
Y vengo á satisfacerla.

CALDEIRA.

Vaya con Dios, si es su gusto.

DON ÁLVARO.

Tira una china á esas rejas.

CALDEIRA.

Allá va una china calva,
Que si en la corte estuviera,
Ya se hubiera puesto moño,
O adoptiva cabellera.

DON ÁLVARO.

¿Es mi Beatriz?

DOÑA BEATRIZ.

¿Es el Conde?

DON ÁLVARO.

Yo soy; que á vuestra obediencia
El resistir es delito.

CALDEIRA. (Ap.)

Si mi mondonga quisiera
Asomarse á este albañal,
(Pues sin salir de su esfera,
Sale por los albañales
Lo que los mondongos echan)
Comiéramos hoy grosura.

(Recuéstase en una pared.)

ESCENA XV.

MARIA y DOMINGA, como de noche. —
DON ALVARO, DOÑA BEATRIZ,
CALDEIRA.

MARIA. (Habla aparte con Domingo.)

Tras sí mis celos me llevan.
Déjame escuchar, Dominga,
Sus regalos y ternezas;
Que los celos siempre nacen
Sin ojos y sin orejas.

DOMINGA.

Quien escucha, su mal oye.

MARIA.

Es la verdad, mas recela,
Ignorando lo que sabe,
Busca lo que no desea.
Pero escucha; que ya están
Los dos hablando.

DOMINGA.

Pues llega;

Que yo seré tu lacaya.
Plega á Dios que no me duerma.

CALDEIRA.

Gigantes vienen á pares,
Y me dicen que esta tierra
Es tan fértil en dar brujas,
Como nabos. Dios me tenga
De su mano, ó de su pié.

DOÑA BEATRIZ.

Dudo de vuestra firmeza,
Conde, y pienso que os entubian

Memorias, que siendo ajenas,
Os tiranizan las propias.

DON ÁLVARO.

No ofendais, mi bien, las vuestras,
Pues sabeis que solo estriban
Mis esperanzas en ellas.

DOÑA BEATRIZ.

Acuérdome yo que un tiempo
Desvelaba vuestras penas,
Ofreciéndome constante
Un alma, entónces entera,
Y ahora partida en dos.

DON ÁLVARO.

¿Pues hay, Beatriz, quién merezca
Entrar con vos á la parte?

DOÑA BEATRIZ.

Y aun no poco feliz fuera,
Si ya que la dividís,
Siendo dueño de la media,
No me la usurparan toda
Los donaires de la sierra.

DON ÁLVARO.

No fué amor, venganza sí
De imaginadas ofensas,
La que pudo divertirme,
Mi bien, de vuestra belleza.
Amor es conformidad
De dos voluntades tiernas;
Y mal podrán conformarse
Rusticidad y nobleza.
Gustos en vos empleados,
Alma amante en vuestra escuela,
Deseos nobles por vos,
Esperanza en vos perfeta,
¿Os persuadís vos, señora,
Que salir jamás pudiera
De suerte desazonada,
Que serranas apetezca?
Si desde el punto que os ví,
Eternizando linezas
Y huyendo violencias reales,
Satisfacer mis sospechas,
No la he borrado del alma;
Si mas me he acordado della;
Si no os adoro, en los brazos
De quien aborrezco os vea.

MARIA.

¿Qué esto escuche una mujer,
Y pueda tener paciencia
Para no morir matando!
¿Ah celos! soldad la rienda
A venganzas y suspiros.
¿Ah enemiga! ¿quién tuviera
Alas con cuyo favor
Pudiera volar!

DOMINGA.

¿Pateas?

MARIA.

Estoy tan llena de celos,
Que hasta las plantas me llegan.
¿Vive el cielo, Conde ingrato!....

DOMINGA.

Esto va de espacio: piedras,
A vuestro arrimo me amparo;
Cama dé vuestra paciencia.
(Va á recostarse y tropieza en Caldeira)

¿Que es esto? En blando topé.

CALDEIRA.

Demonio es, pues que me tienta,
Si hay demonios rondadores.

DOMINGA. (Ap.)

Este debe ser Caldeira,
Que aguardaba á su mondonga.
Vengarás mi celera
De la suerte que pudiere,
Sin hablarle; no nos sientan
Los que nos tienen aquí.

CALDEIRA.

Yo me aparto, y él se acerca.

DOMINGA. (Ap.)

Aqueste alfiler de á blanca
Le meto hasta la cabeza.

CALDEIRA

¡Ay!

DON ÁLVARO.

¿Qué es esto?

CALDEIRA.

Mataduras

De una bruja sin espuelas,
Pues me pica sin jugar.

DON ÁLVARO.

Anda, borracho, que sueñas.

CALDEIRA.

Tales sueños te dé Dios.

DON ÁLVARO.

¿De qué sirve, mi Marquesa,
Gastar el tiempo en pesares,
Que sin provecho atormentan?
Vos habeis de ser mi esposa:
Confía en las promesas
Del conde de Monterey,
En mi lealtad é inocencia,
En los Reyes de Castilla,
Que al nuestro escriben, y ruegan
Por nuestra restitución,
Y ya sus paces conciertan.
Espero en Dios que causada
La fortuna, y dando vuelta
El tiempo, hasta aquí enemigo,
Siendo vos mi esposa bella,
Nos tienen de dar los celos,
Al paso que las tormentas,
Las bonanzas, á pesar
De traiciones y soberbias.
Si engañado de mis celos,
Procuraba en vuestra ausencia
Divertir memorias tristes
En serranas rustiquezas,
Ya olvidado, arrepentido,
Solo, si me acuerdo della,
Es para que amándos mas,
Mis locuras reprehenda.
¿Cómo os puede á vos dar celos
Una pastora grosera,
Ignorante en facultades
De amor, que estima agudezas?
¿Qué hermosura ha de tener
Una tosca montañesa,
Que adornan sayales pobres,
Y soles y aires afeitan?
¿Tan mal gusto tengo yo,
Que permita competencias
De una villana, vos noble?
¿De una simple, vos discreta?

MARIA.

(Poniéndose delante de Don Alvaro.)
Mentis.

DON ÁLVARO.

¿Qué es esto?

MARIA.

Mentis,

Mal hablado; que en ausencia
De mujeres que engañastes,
No es bien hecho hablar mal dellas.
Vos sí que el villano sois,
Pues que por no pagar deudas
De quien de esposa os dió mano,
Poncis en su honor la lengua.

DOÑA BEATRIZ.

¿Mano de esposa? ¿Ay de mí!
¿Qué es esto, Conde? ¿Ay certezas
De injurias y desengaños!

ESCENA XVI.

UN CRIADO, dentro del palacio. —

DICHOS.

CRÍADO.

Señora, nuestra Condesa

Os llama.

DOÑA BEATRIZ.

¿Mano de esposa?

Cielos!

CRÍADO.

Mirad que os espera.

DON ÁLVARO.

Hombre bárbaro, ¿qué dices?

¿Beatriz! ¿mi bien! ¿ah, Marquesa!

DOÑA BEATRIZ.

A averiguaciones tales,
¿Qué hay que esperar? A sospechas,
Ya en verdades convertidas,
A comprobadas ofensas,
No hay remedio sino olvidos.
Aquí, ingrato Conde, teugan
Fin de empleos mal pagados
Villanas correspondencias.
Cerca el rey Don Juan está,
Y mi venganza tan cerca,
Que si te quita la vida,
Daré la mano á Don Egas.

(Retírase de la ventana.)

ESCENA XVII.

DON ÁLVARO, MARIA, DOMINGA,
CALDEIRA.

DON ÁLVARO.

Oye, señora, mi bien....—(A Maria.)
Bárbaro, que á eclipsar llegas
Con nublados de mentiras
La luz que mi alma espera,
¿Quién eres? ¿á qué veniste?
¿Qué furia infernal intenta,
Para que me desespere,
Incorporarse en tu lengua?

CALDEIRA.

Enjambres andan de brujas,
Que si no chupan, enredan:
Unas pican, y otras mienten.
(A Dominga que le acusa á alfilerazos.)
¿Ay pulga, ó chinche gallega!
¿De qué sirve taladrarme
Las chatas circunferencias?
¿Ay! juega limpio, picon.
¿Válgate el diablo por tierra!
Bereché, que pare aquí.
Bruja tábana, está queda.
¿Vive Dios que me acribilla!
¿Ay! Una anca llevo abierta.
(Huye, y Dominga le va siguiendo.)

ESCENA XVIII.

DON ÁLVARO, MARIA.

DON ÁLVARO.

¿Quién eres, hombre engañoso?

MARIA.

Quien sacándote la lengua,
Piensa hacer á su venganza
Hoy un convite con ella.
Yo soy quien como á su vida,
Antes que á Limia vinieras,
Amorosa regalaba
Mari-Hernandez la gallega.
Olvidóme por quererte;
Mas ¿qué mucho, si á sí mesma
Se olvidó, por darte el alma,
Que mudable menosprecias!
A darte la muerte vine,
Guiado de mis ofensas,
Movido de tus traiciones,
Y ciego de mis sospechas;
Pero escuchando que injurias
A quien celebrar debieras
Por amorosa, por firme,
Ya, traidor, que no por bella;
Olvidando mis agravios,
Quiere la razón que envía

Por los suyos, y que así
Estime mas mi firmeza.
Tu patria traidor te llama,
Tus engaños lo comprueban,
Tu Rey airado te busca,
Y á quien te dé muerte premia.
A todos eres odioso:
¿Quién duda que me agradezcan
Todos juntos su venganza,
Cuando tantos la desean?
Saca la espada cobarde,
Si ya no tiene vergüenza,
Ofendida como todos,
De salir á tu defensa.

DON ÁLVARO.

¿Oh bárbaro descortés!
Vive Dios, que antes que pueda
Ver mis agravios el sol,
Tu muerte he de hacer que vea.
(Desnuda ambos las espadas.)

ESCENA XIX.

DON EGAS, VASCO.—DON ÁLVARO,
MARIA.

DON EGAS. (Hablando recatadamente con
Vasco en el fondo.)

Este, Vasco, es el palacio
Del Conde, y estas las cercas
Que le defienden y adornan.
Para que ejecución tenga
Mi venganza, es necesario
Saber si el Conde está fuera,
O la parte donde habita.
Aguardemos. Mas espera;
Que aquí parece que hay gente.

VASCO.

Pues informémonos della
De Don Alvaro; que importa
Matarle antes que amanezca.

MARIA.

Mal, Alvaro ingrato y fácil,
Sabes el valor y fuerza
De celos y agravios.
(Ríen Maria y Don Alvaro.)

DON EGAS.

Vasco,

Su amparo el cielo nos muestra.
Este es mi enemigo.

VASCO.

Ponte

Al lado de quien desca
Darle muerte; y todos tres
Tu venganza haremos cierta.

(Empuñan Don Egas y Vasco.)

DON EGAS. (A Maria.)

Fidalgo, á daros ayuda
Nos obliga la destreza
De vuestro brazo, y las culpas
Del traidor que os hace ofensa.

MARIA.

¿Traidor? Villanos, mentis;
Que ese nombre no hay quien pueda
Dárselo, si quien le adora
Y agravios de su amor vengas.
Quien dice injurias amando,
Mas se enamora con ellas:
Yo se las puedo decir,
No vosotros. Conde, mueran
(Pásase al lado de Don Alvaro, y hiere
á Don Egas.)

DON EGAS.

Fenecieron mis traiciones
Y mi vida á un tiempo. ¿Ay ciega
Fortuna!
(Vase retirando herido: Maria le sigue.)

VASCO. (Ap.)

Los pies me amparen. (Vase.)

MARIA. (Dentro.)

¿Quién eres?

DON EGAS. (Dentro.)

Yo soy Don Egas.

¡Llévenme donde declare
Traiciones, que ya confiesa
Entre mis labios el alma.

DON ÁLVARO.

¿Hay confusiones como estas?
El mismo que á darme muerte
Viene, ¿defenderme intenta!
Traidor me llama, ¿y la vida
Quita á quien así me afrenta!
¿Qué es esto, desdichas mías?

ESCENA XX.

MARIA.—DON ÁLVARO.

MARIA.

Ya á palacio al traidor llevan,
Donde declare verdades,
Que han perseguido inocencias.

DON ÁLVARO.

Si agravieron tus palabras,
O tú, cualquiera que seas,
Con las obras cautivaste
Un alma á tus plantas puesta.
¿Quién eres, hombre animoso,
Que das vida cuando afrentas,
Que defiendes cuando injurias,
Que cuando agravias, consuelas?

MARIA.

Saca la espada otra vez,
Mudable, y no me agradezcas
Cortesías obligadas
Del natural que me esfuerza.
Solo á darte muerte vine,
Y no quiero yo que tengan
Parte en mis venganzas otros;
Que así menos nobles fueran.
Traidores he conservado;
Mudables ahora intenta
Castigar mi justo enojo.
Saca la espada. ¿Qué esperas?

DON ÁLVARO.

Obligada ya por tí,
Justamente se corriera,
Si vida que has defendido,
A tus pies no se rindiera.
¿Qué importan tus vituperios,
Si lo que dice tu lengua
Han contradicho tus manos,
Dignas de alabanza eterna?

MARIA.

¿Vive Dios, si no la sacas,
Que haciendo alguna vileza,
Te dé muerte, aunque despues
Mis llantos hagan obsequias!

DON ÁLVARO.

¿Luego muerto has de llorar me?
MARIA.
¿Pues qué cólera hay tan ciega,
Que despues que se ha vengado,
No dé muestras que le pesa?

DON ÁLVARO.

Pues á trueco de obligarte
A que esta lástima tengas
De mí, doy mi muerte ya
Por bien dada; pero sea
Con condicion que me digas
Quién eres.

MARIA.

Si yo quisiera
Dártela, á ser noble tú,
Te matara de vergüenza,
Solamente con decirte
Mi nombre; mas considera
Quién hay, si no es un celoso
Que ame á un tiempo y aborrezca.
(Vase.)

ESCENA XXI.

DON ALVARO.

¡Hombre con amor, y celos
Por mí! Confusas quimeras,
En lugar de averiguarnos,
Mas mi desdicha os enreda.
¡Amor y aborrecimiento?
Vive el cielo, que dijera,
A persuadirme imposibles,
Que era la serrana bella
La autora destos milagros.
Su voz confirma sospechas,
Su valor las contradice,
Y uno y otro me atormentan.
Sabré quien es este enigma,
Por los cielos, si me cuesta
La vida que defendió.
¡Oh noche de engaños llena! (Vase.)

ESCENA XXII.

DOMINGA, acuchillando á CALDEIRA.
CALDEIRA.

Basta, fantasma, ó lo que eres;
Tengamos las manos quedas,
O riñamos de palabra,
Como hacen las verduleras.
¡Callas, y das el porrazo,
Que si no matas, derriengas!
¡Por qué me tratas así?
¡En qué te ofendió Caldeira?
¡Dalle, y callar! ¿Quién te agravia?
Dí una palabra siquiera.

DOMINGA.

La mondonga.

CALDEIRA.

¿Son celuchos?

¡Mas quién duda que lo sean?
Si otra vez la hablare mas,
Si diere causa á tu ofensa,
Plegue á Dios que siendo calvo,
Traiga postizas guedejas;
En humo tome el tabaco;
Síbenme, siendo poeta;
En comedias de tramoyas,
Salgan mal las apariencias.
Yo me caparé, si gustas;
Yo comeré, si deseas
Que aborrezca á las mondongas,
Los sábados de cuaresma:
¿Puedo yo prometer mas?

DOMINGA.

La mondonga.

CALDEIRA.

¡Extraña tema!

DOMINGA.

La mondonga.

CALDEIRA.

Amondongada

Ruego á Dios que el alma tengas.
(Tocan las campanas dentro.)
Pero ¿qué es esto? A rebato
Toca la villa.

VOCES DENTRO.

¡Arma! ¡Guerra!

Que el portuñes nos combate,
Y escala ya nuestras cercas.

CALDEIRA. (Ap.)

Aun peor está que estaba,
Si el airado Rey nos entra;
Pues segun nos quiere mal,
Ha de pringarme.

DOMINGA.

Agradezca

Que sale gente, el guillote. (Vase.)

CALDEIRA.

Salga muy enhorabuena;
Que segun me mondongabas,
Ya con el alma hacia cuenta. (Vase.)

ESCENA XXIII.

EL CONDE, SOLDADOS CASTELLANOS.

UN SOLDADO.

Manda acudir á los muros;
Salga gente, si no intentas
Que por Portugal tremolen
Sus quinas en tus almenas.

CONDE.

Si el Rey en persona viene,
Abrilde todas las puertas;
Suyo es cuanto yo poseo,
Mis cortesías le vengzan.
Abrid, ¿qué esperais? Abrilde.

ESCENA XXIV.

EL REY, SOLDADOS PORTUGUESES. —
DICHOS.

REY. (A los suyos.)

Si el Conde á los dos me niega,
Meted á saco el lugar.

CONDE.

A vuestros reales piés llega
Quien por huésped os recibe,
No por enemigo: abiertas
Las puertas del corazon,
Como desta villa, esperan
Yo y sus vecinos á un rey,
Cuyo principe concierta,
Casando con nuestra Infanta,
Convertir en paz su guerra.

REY.

Conde, alzad, alzad del suelo;
Que mi enojo os manifiesta
Cuán justamente ofendido
De vos, á vengarse llega.
Mientras diéredes favor
Al Conde y á la Marquesa,
No hay pensar que cortesías
Han de moverme á clemencia.

CONDE.

Ellos y yo á vuestros piés
Rendiremos las cabezas,
No obligados de las armas,
Sino de la lealtad nuestra.

REY.

¿Leales son los traidores?

CONDE.

No los llama así Don Egas,
Que hiriéndole en nuestra villa,
No sé si su traicion mesma,
Confiesa insultos que espantan.
El engaño á vuestra Alteza
Con firmas que contralizo
Contra toda la nobleza
De Portugal, por quien lloran
Berganza, Estremoz, la Reina,
Los nobles y los plebeyos.

REY.

¿Qué decis, Conde!

CONDE.

A su lengua

Remito aquestas verdades.

REY.

Si eso averiguo, experiencias
Tendrá el mundo del castigo
Que ya mi justicia apresta.

ESCENA XXV.

DON ALVARO. — DICHOS.

DON ÁLVARO. (Para sí.)

No he podido descubrirle.
¿Hay confusiones como estas?

CONDE.

Llegad, Conde, y á los piés

De vuestro invicto Rey, sepa
La verdad volver por sí,
Y ampareos vuestra inocencia.

DON ÁLVARO.

Mi enemigo, gran señor,
Satisfaga á vuestra Alteza,
Escuchando de su boca
Las traiciones que confiesa.
Esta noche á darme muerte
Entró, y los cielos ordenan
Que sin conocer por quién,
Acudiese en mi defensa
Un hombre que no conozco,
Si no es ya, señor, que sea
Algun ángel, que invisible
Volvió por la causa nuestra.

ESCENA XXVI.

DOÑA BEATRIZ. — DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Ya puedo llegar segura
A estos reales piés que hesa
Mi lealtad, si hasta hoy dudosa,
Ya, gracias al cielo, cierta.
Don Egas, señor invicto,
Sabiendo que vuestra Alteza
Está aquí, al rendir el alma,
Besea en vuestra presencia
Confesar traiciones suyas,
Y pedirle perdon dellas.

ESCENA XXVII.

MARIA. — DICHOS.

MARIA.

¡Vala-me Deos! ¡Os mormullos
Esta noite non me deijam
Pegar os ollos! ¿Qué he isto?
¿Com quem temos rifa é guerra?

CONDE.

García, paso; que el rey
Don Juan honra nuestra tierra.

MARIA.

¿O Rey? Pois os pes lle pido,
Pois fidalgos se os bejam.
Si eu, gran señor, lle entregase
A quem deu morte á Don Egas,
¿Qué lle fará?

REY.

Premiaréle

Tanto, que envidia le tengan.

MARIA.

¿Que non lle fará enforcar?

REY.

No es digna hazaña tan nueva
De tal paga. Mas ¿quién es?

MARIA.

Mari-Hernandez la gallega.

REY.

¿La serrana?

MARIA.

Sí, señor.

REY.

Llamalda.

MARIA.

Catai por ela.

REY.

¿Adónde?

MARIA.

Em aquesta cara,
Que do Conde os faz entrega
Óra cumpri-me a palabra
De que ele meu dono seja,
E diga ele o que me debe,
Pois vive por mí.

DON ÁLVARO.

¿Hay fineza
De amor semejante?

MARI-HERNANDEZ.

REY.

Conde,
 Vasallo que en competencias
 Anda con su Rey, es causa
 De adversidades como esta.
 Mi palabra real he dado
 De que será esposa vuestra
 Esta serrana : cumplida :
 Que si le falta nobleza,
 Yo se la doy desde aquí,
 Y de Barcelos condesa
 La nombro.

DOÑA BEATRIZ.

Invicto señor....

REY.

Beatriz, con el de Olivenza
 Os habeis vos de casar ;

Pues ya que yo no os merezca,
 No será razon que os goce
 Mi competidor.

MARÍA.

Pois veña

A maon ; que si sois fidalgo,
 E sendo eu cristiana vella,
 Non perderám mossos fillos,
 Si lles derem encomendas.

ESCENA XXVIII.

DOMINGA, CALDEIRA. — Dichos.

CALDEIRA.

Dominguita de mis ojos,
 Conocíte : celos deja,
 Y casémonos los dos.

DOMINGA.

Non queiro, traidor.

CALDEIRA

Non queira.

DON ÁLVARO.

Caldeira, que está aquí el Rey.

MARÍA.

Dominga, ya soy Condesa,
 Y Don Alvaro mi esposo.

DOMINGA.

Pues si tú te casas, venga
 Esa mano, picaron.

MARÍA.

Mari-Hernandez la gallega
 He sido en aquesta historia,
 Senado, y Tirso el poeta.

LA CELOSA DE SI MISMA.

PERSONAS.

DON^a MAGDALENA.
DON MELCHOR.
DON^a ANGELA.
DON ALONSO, viejo.

DON JERONIMO.
DON SEBASTIAN.
DON LUIS.
VENTURA, lacayo.

QUIÑONES, dueña.
SANTILLANA, escudero.
CRADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Entrada á la lonja del convento de la Vitoria, con vista á la Puerta del Sol.

ESCENA PRIMERA.

DON MELCHOR y VENTURA, de camino.

DON MELCHOR.

Bello lugar es Madrid.
¡Qué agradable confusion!

VENTURA.

No lo era ménos Leon.

DON MELCHOR.

¿Cuándo?

VENTURA.

En los tiempos del Cid
Ya todo lo nuevo aplice:
A toda España se lleva
Tras sí.

DON MELCHOR.

Su buen gusto aprueba
Quien della se satisface.
¡Bizarras casas!

VENTURA.

Retozan
Los ojos del mas galán;
Que en Madrid, sin ser Jordan,
Las mas viejas se remozan.
Casa hay aquí, si se alinea
Y el dinero la trabuca,
Que anocheciendo caduca,
Sale á la mañana niña.
Pícaro entra aquí mas roto
Que tostador de castañas,
Que fiado en las hazañas
Del dinero, su piloto,
Le muda la ropería
Bonde hijo pródigo vino,
En un conde palatino,
Tan presto que es tropelia.
Dama hay aquí, si reparas
En gracias del soliman,
A quien en un hora dan
Sus salserillas diez caras.
Como se vive de prisa,
No te has de espantar si vieres
Metamorfoscar mujeres,
Casas y ropas.

DON MELCHOR.

A misa

Vamos, y déjate deso.
(Mirando al fondo.)

¡Brava calle!

VENTURA.

Es la Mayor (1),

(1) El convento de la Vitoria hacia esquina á la calle de este nombre, y su lonja era lo que hoy es entrada á la calle de Espoz y Mina. Desde la carrera de San Jerónimo, frente á dicha lonja, párese en que se ve la calle Mayor.

Donde se vende el amor
A varas, medida y peso.

DON MELCHOR.

Como yo nunca salí
De Leon, lugar tan corto
Quedo en este mar absorto.

VENTURA.

¿Mar dices? Llámale así,
Que ese apellido le da
Quien se atreve á navegalle,
Y advierte que es esta calle
La canal de Bahamá.
Cada tienda es la Bermuda;
Cada mercader inglés
Pechelingue (2), ú holandés,
Que á todo bajel desnuda.
Cada manto es un escollo.
Dios te libre de que encalle
La bolsa por esta calle.

DON MELCHOR.

Anda, necio.

VENTURA.

Vienes pollo;
Y temo, aunque mas presumas,
Que te pelen ocasiones;
Que aun gallos con espolones
Salen sin cresta ni plumas.

DON MELCHOR.

Si yo me vengo á casar
Con sesenta mil ducados,
Y soy pobre, ¿en qué cuidados
Me ha de poner este mar?
¿Traigo yo muchos?

VENTURA.

Doscientos,
Si no ducados, escudos,
Que de malicias desnudos,
Ignoran encantamientos.
Librólos la corta hacienda
De señor, para tu costa,
Y aquí correrán la posta,
Si no les tiras la rienda.
¿Piensas que sin ocasion
Traen cordones los bolsillos?
Pues para poder regillos,
Advierte que riendas son,
Que tira el considerado,
Temeroso de chocar;
Porque no hay mayor azar
Que un bolsillo desbocado.

DON MELCHOR.

Oigamos agora misa,
Que es fiesta, y déjate deso,
Pues no soy yo tan sin seso
Como tú.

VENTURA.

¡Causasme risa!

¿Qué va que ántes que á tu suegro
(Llamo así al que lo ha de ser)

(2) Pechelingue aquí parece que significa pirata: otras veces quizá equivale á hereje, y siempre es voz despreciativa, aplicable solo á extranjeros.

¡Veas, tienes de caer
En la red de un manto negro?

DON MELCHOR.

Anda, que estás ya pesado.
¿Qué iglesia es esta?

VENTURA.

Se llama
La Vitoria, y toda dama
De silla, coche y estrado,
La cursa.

DON MELCHOR.

¡Bravas personas
Entran!

VENTURA.

Todos son galanes,
Espolines, gorgoranes,
Y mazas de aquestas monas.

DON MELCHOR.

Vamos, que es tarde y deseo
Ya conocer á mi esposa,
Que dicen que es muy hermosa.

VENTURA.

¿Cuándo has visto tú oro feo?
Con seiscientos mil ducados
De dote, ¿qué Elena en Grecia,
Y en Italia qué Lucrecia
Se la compara?

DON MELCHOR.

Cuidados
Diferentes han de darme
Motivo de ser su esposo;
Que aunque el dinero es hermoso,
Yo no tengo de casarme,
Si no fuere con belleza
Y virtud: esto es notorio.

VENTURA.

Entra, que un fraile vitorio
Allí el intróito empieza.

DON MELCHOR.

¡Oh Madrid, hermoso abismo
De hermosura y de valor!

VENTURA.

¡Oh misa de cazador!
¿Quién te topara en guarismo? *(Vanse.)*

ESCENA II.

DON JERONIMO, DON SEBASTIAN.

DON JERÓNIMO.

Vivimos en una casa,
Y así está puesta en razon
Nuestra comunicacion.

DON SEBASTIAN.

Como tan presto se pasa
El tiempo en Madrid, no da
Lugar aun de conocerse
Los vecinos, ni poderse
Hablar.

DON JERÓNIMO.

Disculpado está
Nuestro descuido; que aquí

En una casa tal vez
Suelen vivir ocho y diez
Vecinos, como yo vi,
Y pasarse todo un año
Sin hablarse, ni saber
Unos de otros.

DON SEBASTIAN.

Yo fui ayer
(Escuchad un cuento extraño)
En busca de cierto amigo
Aposentado en la plaza,
Esa que el aire enibaraza,
De su soberbia testigo,
Usurpando á su elemento
El lugar con edificios,
Desta Babilonia indicios,
Pues hurtan la esfera al viento.
Pregunté en la tienda : «¿Aquí
Vive Don Juan de Bastida?»
Y dicen : «No vi en mi vida
Tal hombre.» Al cuarto subí
Primero, y con una boda
Vi una sala que, entre fiestas,
De hombres, y damas compuestas,
Estaba ocupada toda.
Pregunté por mi Don Juan,
Y díjome un gentilhombre :
«No hay ninguno dese nombre
En cuantos en casa están.»
Llegué al segundo, trasunto
Del llanto y de la tristeza,
Y de una enlutada pieza
Vi cargar con un difunto.
Al son de responso y llantos
Que á dos viejas escuché,
Por mi Don Juan pregunté :
Respondiome uno entre tantos :
«No sé que tal hombre viva
En esta casa, señor.»
Subí, huyendo del dolor
Funeo, al de mas arriba,
Y hallé una mujer de parto,
Dando gritos la parida,
Y á Don Juan de la Bastida
Plácemes, que en aquel cuarto
Había un año que vivía
Con hijos y con mujer :
De modo que llegué á ver
En una casa, en un día,
Bodas, entierros y partos,
Llantos, risas, lutos, galas,
En tres inmediatas salas,
Y otros tres continuos cuartos,
Sin que unos de otros supiesen,
Ni dentro una habitación,
Les diese esta confusion
Lugar que se conociesen.

DON JERÓNIMO.

Está una pared aquí
De la otra mas distante,
Que Valladolid de Gante.

DON SEBASTIAN.

Bien podeis decirlo así :
Pero ¿con qué pretensiones
Venís á nuestro Babel?

DON JERÓNIMO.

No mas que vivir en él,
Y gozar sus ocasiones.
Tengo un padre perulero,
Que de gobiernos cansado,
Treguas ofrece al cuidado,
Y empleos á su dinero.
Ciento y cincuenta mil pesos
Trae aquí con que casar
Una hija, en quien lograr
Intereses y sucesos
Que en Indias le hicieron rico.
La mitad me cabe dellos.

DON SEBASTIAN.

¡Bello dinero!

T. V.

DON JERÓNIMO.
Y mas bellos
Los gustos á que le aplico,
Que es de Madrid la hermosa.

DON SEBASTIAN.

A todos teneis accioun.

DON JERÓNIMO.

Esperamos de Leon
Un deudo con quien procura
Casar mi padre á mi hermana ;
Que maridos cortesanos
Son traviesos y livianos.

DON SEBASTIAN.

Eleccion cuerda y anciana.

DON JERÓNIMO.

Y vos, ¿qué haceis en la corte?

DON SEBASTIAN.

Un hábito he pretendido,
Que ya medio conseguido,
Temo que el plazo me acorte,
Por lo que me ha de pesar
El dejar esta grandeza ;
Que es comun naturaleza
Del mundo aqueste lugar.
Hele habitado tres años ;
Seis mil ducados de renta
Como, tomándome cuenta
De toda amores y engaños.
Tengo tambien una hermana,
Que por no hallarse sin mí,
Há un año que asiste aquí.

DON JERÓNIMO.

¿Y es su patria.....?

DON SEBASTIAN.

Sevillana,
Y en belleza y discrecion
Vénus del Andalucía ;
Y á no ser hermana mía,
Y extraña en su presuncion,
Os la pudiera alabar
Por sol de la patria nuestra.

DON JERÓNIMO.

Basta ser hermana vuestra.

DON SEBASTIAN.

Sí, pero es nunca acabar
Si os cuento en lo que se estima.
De todos hace desprecio ;
El mas Salomon es necio,
Si á pretenderla se anima ;
Tersites el mas galan,
Lázaro pobre el mas Creso,
Y el mas noble, hombre sin seso.
No quiere venir de Adán,
Porque dice que no pudo
Progenitor suyo ser
Quien delante su mujer
Se atrevia á andar desnudo.

DON JERÓNIMO.

¡Humor singular, por Dios,
Y digno por su camino
De estima!

DON SEBASTIAN.

Nuestro vecino
Sois, y de una edad los dos.
Como nos comunicemos,
Daréis á la admiracion,
Como á la risa, ocasion,
De celebrar sus extremos.

DON JERÓNIMO.

Yo y mi casa hemos de estar
Desde hoy al servicio vuestro.

DON SEBASTIAN.

Con la voluntad que os muestro,
Me habeis siempre de mandar.
Pero ya de misa salen :
Pasad la lengua á los ojos,
Si en hechiceros despojos

Cuerdas resistencias valen
Contra vitoriosas llamas.

DON JERÓNIMO.

Es esta iglesia una gloria
De belleza.

DON SEBASTIAN.

Y la Vitoria
La parroquia de las damas. (Vanse.)

ESCENA III.

DON MELCHOR, VENTURA.

DON MELCHOR.

¿No has oido misa tú?

VENTURA.

¿Soy yo turco? Siendo hoy fiesta,
¿Sin misa habia de quedarme?

DON MELCHOR.

¿Dónde la viste?

VENTURA.

A la puerta
Desta devota capilla
De la Soledad, y en ella
A un fraile, que esgrimidor,
Juntó el pomo á la contera.
¡En qué santiamen la dijo!
¡Oh, quién hacerle pudiera
Secretario de la cifra,
O capellan de estafetas!
Entraste tú hasta las gradas,
Al olor de la belleza
De damas, tus gomecillos,
Que como ciego te llevan ;
Mas yo que huyo de apreturas,
Quedéme á la popa dellas,
Que es rancho de los Guzmanes
En naves, coches é iglesias.

DON MELCHOR.

¡Ay, Venturilla, cuál salgo!

VENTURA.

Saldrás con el alma llena
De devocion desta imágen,
Que enternece su tristeza.
Es de las mas celebradas
De la corte.

DON MELCHOR.

¡Ojalá fuera
Divina mi devocion,
Y la imágen causa della!
Devoto salgo, Ventura ;
Pero á lo humano. ¡Ay, qué bella
Imágen vi! si es imágen
Quien á sí se representa.
¡Ay si de la Soledad
Esta hermosa imágen fuera,
Y no de la compañía,
Porque ninguna tuviera!

VENTURA.

¡Al primer tapon zurrapas!
¡Perdido á la primer treta!
¡En tierra al primero golpe,
Y al primer lance habérra!
Mas que has visto alguna cara
Margenada de guedejas,
Que el soliman albañil
Hizo blanca siendo negra ;
Manto soplón, con mas puntas
Que grada de recoletas,
De aquella castaña erizo,
Y archeros de aquella alteza,
Que al descuido cuidadosa,
Al viento de la veleta,
O abanico, te enseñaba
Por brújula la cabeza?
Sería peli-azabache
La prohibida cabellera,
Puesta, como defensivo,
Encima de la mollera.

Toca y valona azulada,
Banda que el pecho atraviesa,
Vueltas y guantes de achote,
Guantes de pita, y firmeza.
Escapulario y basquiña
De peñasco, á la frailega,
Chapin con vira de plata,
Crugiendo á ropa de seda:
La camándula en la mano.

DON MELCHOR.

Ventura, palabras deja
Aplicadas á tu humor,
Y en esa mano te queda,
Que es la que he visto no mas.
¡Ay qué mano! qué belleza!
Qué blancura! qué donaire!
Qué hoyuelos! qué tez, qué venas!
Ay qué dedos tan hermosos!

VENTURA.

¡Ay qué uñas aguilillas!
—y qué bello *rapio*, *rapis*!
Ay qué garras monederas!
Ay qué tonto moscatel!
Ay qué bobuna leonesa!
¡y ay qué bolsillo precito,
Si mi Dios no lo remedia!
¿Que no la viste la cara?

DON MELCHOR.

De qué suerte pude verla,
Si me embarazó los ojos
Aquella blancura tierna,
Aquel cristal animado,
Aquel.....

VENTURA.

Di candor, si intentas

Jerigonzar criticucios;
Di que brillaba en estrellas,
Que emulaba resplandores,
Que circulaba en esferas,
Que atesoraba diamantes,
Que bostezaba azucenas.—
De una mano te enamoras,
Por el seho portuguesa,
Dulce por la virgen miel,
Y amarga por las almendras,
Sin un adarme de cara,
Sin ver un ojo, una ceja,
Un asomo de nariz,
Una pestaña siquiera?
¡Jesus, qué bisonería!

DON MELCHOR.

Necio, si probar desear
Mi cólera, di dislates.

VENTURA.

¡Ya estás en la corredera?
Prosigue.

DON MELCHOR.

Una mano hermosa,
Blanca, poblada y perfeta,
Que tiene acciones por almas
Y tiene dedos por lenguas;
Hará enamorar un mármol;
Y la que yo vi, pudiera
Menospreciar voluntades,
Descorteses por exentas.
Cúpame, al oír la misa,
Su lado; y cuando la emplezan,
Quitó la funda al cristal,
Y en la distancia pequeña
Que hay desde el guante á la frente,
Vi jazmines, vi mosquetas,
Vi alabastros, vi diamantes.
Vi, al fin, nieve en fuego envuelta.
Tenia hasta el pecho el manto
Y santiguóse cubierta:
Pudo ser de verme así
Transformado en su belleza.
Volvió en ocasos de ámbar
Segunda vez á esconderla,
Hasta que en pié al evangelio,
Ananeció aurora fresca.

Santiguóse al comenzarle,
Y al darle fin la encarcela
Hasta el *Sanctus*, que desuuda
Da aldabadas á la puerta
Del pecho, llamando al alma,
Que deseara de vella,
Debió penetrar cartones,
Pues corazones penetra.
Duró esta vez el gozarla
Sin la prision avarienta,
Hasta consumir el cáliz:
¡Ay Dios, si mil siglos fueran!
Volvió á ponerse el sol,
Hasta que acabando, empiezan
El evangelio postrero,
Siendo también la postrera
Liberalidad feliz.
Que hizo á mi vista, ciega
Con la oscura privacion
De su cándida pureza.

VENTURA.

A tragos te la sorbiste,
Si no es que contigo juega
Al escondite, esa mano.
¿Hay mas deso?

DON MELCHOR.

Oye, y espera.

Estaba yo reduciendo
A los ojos mis potencias,
Para que todas gozasen
La gloria de su belleza,
Cuando vi junto á ella un hombre,
Que en el talle y la apariencia
Pasaba plaza de honrado,
Cortarle, con sutileza
Ingeniosa, del cordon
Un bolsillo. ¿Quién creyera
Que de tal civilidad (1)
Fuera apoyo tal presencio?
Amábala yo, y así
Corría ya por mi cuenta
El defender prendas suyas;
Pero por no hacer la afrenta
Pública del robador,
Antes que el hurto escondiera
Asiéndole de la mano,
Le vituperé á la oreja
La accion de su talle indigna,
Respondiendo su vergüenza
En la cara por escrito
Lo que no pudo la lengua.
Quitéle en fin el bolsillo,
Y atribuyendo á pobreza
Lo que debió ser costumbre,
Saqué de la faltriquera
Un doblon, que por hallazgo
De tan estimada prenda
Le di, con que en un instante
Despejó misa é iglesia.
Cesó el no oído oficio,
Que me holgara yo que fuera
De pasion; desocupóse
La capilla, donde queda
Rematando en el rosario
Mi divina mano cuentas,
Cuyo alcance han de pagar
Desde este punto mis penas;
Y salgo á aguardarla aquí,
Desaudo que amanezca
El alba de aquella mano,
Cuando, cisne puro, vuelva
A bañarse en la agua santa
Que en esta pila desean
Mis esperanzas gozar,
Después que no la ven, secas.

VENTURA.

¡Válgate el diablo por mano!
La primera vez es esta
Que entró el amor por grosura:
Manotada te dió fiera.

(1) Ruidad, vileza.

Mas ven acá: si esta mano
Viene á ser, cuando la veas,
De algun rostro polifemo,
O alguna cara juaneta,
¿Qué has de hacer?

DON MELCHOR.

Eres un tonto

La sabia naturaleza
Distribuyó proporciones,
En sus fábricas discreta.
Mano de tal perfeccion
Fuera culpable indecencia
Que sirviese de instrumento
A cara niénos perfeta.
Mandó Alejandro pintar
En una tabla pequeña
La corpulencia de Alcides;
Y por mostrar su grandeza
Solamente pintó Apéles
El dedo pulgar, que intentan
Medir gigantes á varas;
Para que hiciesen la cuenta
Qué tan grande seria el cuerpo
De quien en un dedo emplea
Aritméticas medidas:
Y yo, de la suerte mesma,
Conjeturo por la mano
Qué tal será la belleza
Del dueño de tal ministro.

VENTURA.

¡Bueno! ¡ejemplicos me alegas?
Pues allá va el mio, escucha:
Una, dama en la apariencia,
Pasaba por una calle,
Hollándola airosa y tiesa
Mas que un alcalde de corte.
Enamoróse de verla
Un galan, por las espaldas,
Porque el talle y gentileza
Con que jugaba el chapin
Y tremolaba la seda,
Cuando ménos, prometian
Una española Belerma.
Adelantó gusto y pasos,
Y volviendo la cabeza,
Vió un ángel de Monicongo,
Con una cara pantera.
Santiguóse el hombre, y dijo
«¡Jesus! ¡delante tan fiero,
Y tan hermosa detras!»
Y respondióle la negra:
«Si parecele misor
Espaldas que delantera,
Y transera estar hermosa,
Bese vuesaencé transera.»
Enamórate de manos,
Antes que tu dama veas,
Y podrá ser cuando salga,
Que lo mismo te suceda.

DON MELCHOR.

Si vieras tú aquella mano
Y aquel talle, no dijeras
Blasfemias á su hermosura.

VENTURA.

A tu amor digo blasfemias.

DON MELCHOR.

Ya sale; apártate, y mira
La hermosa mano que llega
A trasformar gotas de agua,
Si no en diamantes, en perlas.

ESCENA IV.

DONÑA MAGDALENA Y QUIÑONES,
cubiertas con mantos, y la primera
una mano sin guante, como quien
acaba de tomar agua bendita.—DON
MELCHOR, VENTURA.

QUIÑONES.

Estarán á la otra puerta

Los escuderos y el coche.

DON MELCHOR.

(*Llegándose á Doña Magdalena.*)

Deslulturalde al sol la noche,
Dejad su luz descubierta,
Pues no es bien cuando despierta
Deseos en que me abraso,
Señora, que al mismo paso
Que la adoro, me atormente,
Y apenas goce su oriente,
Cuando me aflija su ocaso.
Crepúsculos tiene el día,
Como al nacer, al ponerse,
Que ven antes de esconderse,
Los que adoran su alegría.
Sol hermoso, mano mía,
Si al uacer me os habeis puesto
En el ocaso molesto
Que mis esperanzas ciega,
Sol parecéis de Noruega,
Pues os escondéis tan presto
Agua traéis: no me espanto,
Si amor llamas multiplica;
Porque llover pronostica
El sol, cuando abraza tanto.
Basta que el avaro manto
Sirva de nube sagrada
A esa gloria idolatrada:
Descubrios, blanca aurora,
Que dirán que sois traidora,
Pues dais muerte, disfrazada.

DOÑA MAGDALENA.

Caballero, ni el lugar
Esas lisonjas abona,
Ni la que habláis es persona
Que os las tiene de feriar.
Excusaldas de gastar,
¿dad orden de lucirlas
quien merezca admitirlas
Procure agradecerlas;
Que ni yo sé responderlas,
Ni tengo gusto de oirlas.

VENTURA. (*A Quiñones.*)

Tiene vuesa dueñería
La mano, cual su señora,
Culta, animada, esplendor,
Gaticinante y harpia?
Brillará la uñería
Cuando el caldo escudillice,
O la loza estropajice,
Exhalando cada vez
Las aromas que á las diez
Vierta, cuando hacínice?
Desescarpine ese pié.....
Iba á decir esa mano.

QUIÑONES.

(*Dando una bofetada á Ventura.*)
Jó, majadero.

VENTURA.

¡De llano

Bofeton! Afrenta fué.

DON MELCHOR. (*A Doña Magdalena.*)

Hoy á esta corte llegué,
Creyendo que amanecía;
Mas es tal la suerte mía,
Que, cuando mas venturosa,
El sol desa mano hermosa
Me anochece á mediodía.

DOÑA MAGDALENA.

Todo está bien ponderado.
Si á ganar habeis venido
Nombre de bien entendido,
Ya, hidalgo, le habeis ganado.
Preciosos de considerado,
Como de discreto, agora,
Y advertid que el sitio y hora
No es acomodado. Adios.

DON MELCHOR.

Será fuerza el ir tras vos,
Si os partís así, señora.

DOÑA MAGDALENA.

Pues seralo, si eso haceis,
Que el buen crédito perdaís
Que cortosano ganais,
Y algun daño ocasionéis.

DON MELCHOR.

No intento yo que me deis,
Habiéndome acreditado,
Nombre de necio y pesado,
Sino de restaurador
De una prenda de valor
Que os han del cordon cortado.
Mirad lo que os falta dél;
Cohraldo, y luego partíos,
Puesto que mis desvarios
Os dén nombre de cruel.

DOÑA MAGDALENA.

Un bolsillo estaba en él;
Pero de poca importancia.

DON MELCHOR.

No tiene el mundo ganancia
Con la deste, por ser vuestro.

VENTURA. (*Ap. á su amo.*)

¡Cuerpo de Dios, que es el nuestro!

DON MELCHOR. (*Ap. á Ventura.*)

Calla, necio.

VENTURA. (*Ap.*)

¡Qué ignorancia!

DON MELCHOR.

Un ladrón os le ha robado,
Y yo os le he restituido:
En hallazgo dél, os pido
Que al sol quiteis el nublado.
Vea yo el cielo estrellado
Que en ese manto se esconde;
Que si al cristal corresponde
De la mano que encubris,
A ser el fénix venis,
Que en Arabia al sol responde.

DOÑA MAGDALENA.

No es ese el que yo traía.

VENTURA. (*Ap. á Don Melchor.*)

Que es el nuestro.

DON MELCHOR.

(*Ap. á Ventura.*) ¡Vive el cielo,
Si no callas.....! El recelo
Turbar al ladrón podía:
Si por oficio tenía
Quitar las prendas que os muestro,
Y era en el hurtar tan diestro,
Muchas como estas tendrá,
Y este bolsillo será
Por derecho desde hoy vuestro.
Gozad su restitucion,
Si no es que por no pagar
El hallazgo, quereis dar
A mis quejas ocasion.

DOÑA MAGDALENA.

En daño suyo el ladrón,
O liberal ó turbado,
A los dos nos ha engañado;
Y si admitirle no quiero,
Es porque ese viene entero,
Y el que me hurtó va cortado.
La mitad de los cordones
(*Muéstrale un pedazo de los cordones
con que se cerraba el bolsillo que
traía á la cinta.*)

Me dejó; sacad por vellos
La distincion que hay en ellos,
Y no malogreis razones.
Si atrevimientos ladrones
La causa dese hurto han sido
Y no hay señor conocido,
A la Merced le llevad,
O si no á la Trinidad,
Que recogen lo perdido,
Y dejadnos, porque hay ojos
Que cuidadosos nos ven,

Y no sé que os esté bien,
Si dais motivos á enojos.

DON MELCHOR.

Yo de robados despojos
No he de ser depositario.

VENTURA. (*Ap.*)

¿Hay hombre mas temerario?

DON MELCHOR.

Seldo vos miéntas parece
El dueño, si es que merece
Tal favor su propietario.

DOÑA MAGDALENA.

Importunidad cansada
Es la vuestra; porque os vais,
Y el paso no me impidaís,
He de hacer lo que os agrada.
Dádselo á aquea criada.....

VENTURA. (*Ap.*)

¡Qué escrupuloso desden!

DOÑA MAGDALENA.

Que en mí no parece bien

Ni guardallo, ni admitillo.

VENTURA. (*Ap.*)

Espiró nuestro bolsillo:

Requiescat in pace, amen.

DOÑA MAGDALENA.

Y por si acaso volviere
Su dueño por él, podréis
Decir si con él os veis,
Que aquí mañana me espere.
Daréis pesar al que os viere
Seguir donde voy; y así
Por me hacer merced á mí
Y por ser tan cortés vos,
Miéntas me ausento, los dos
No habeis de pasar de aquí.
Esto quiero suplicaros.

DON MELCHOR.

Y yo quiero obedeceros,
Sin esperanza de veros,
Sin remedio de olvidaros. —
En fin, ¿podré aquí aguardaros,
Si traigo el dueño?

DOÑA MAGDALENA.

A las dos

Volveré, solo por vos,
Que sois galan cortesano.

DON MELCHOR.

Dadme una seña.

DOÑA MAGDALENA.

Esta mano.

(*Quítase de una mano el guante.*)

DON MELCHOR.

¡Ay aurora hermosa!

DOÑA MAGDALENA.

Adios. (*Vanse las dos.*)

ESCENA V.

DON MELCHOR, VENTURA.

DON MELCHOR.

Venturilla, mi ventura
Encarece: no seas necio,
Ni me digas disparates,
Que tú vendes por consejos.
Comprar por un poco de oro
Los cinco climas del cielo,
La vía láctea nevada,
El sol de hermosos reflejos,
¿No es lance digno de estima?
¿No es barato?

VENTURA.

Si, y por eso
Dicen: «Lo barato es caro.»
Tú encarecerás el sebo
De cabrito antes de mucho,
Pues solamente por verlo,
Doscientos ducados diste:

Cuarenta por cada dedo :
Y esto á ver, y no á tocar.
A fe, si viene á saberlo
Martín Danza, que él te hospede
En el nuncio de Toledo.
¿Qué habemos de hacer agora,
Sin la mano y sin dineros?
Medio dia era por filo,
Y ni hay blanca, ni comemos.

DON MELCHOR.

Impertinente, ¿no sabes
Que me está aguardando un suegro
Con sesenta mil ducados?

VENTURA.

¿Y si ese se hubiese muerto,
Acomodado la novia,
O le pareciese feo,
Y te echase en hora mala,
Que es mujer, y puede hacerlo?

DON MELCHOR.

¿Feo yo?

VENTURA.

Pues siendo pobre,
Hay Sacripante, hay Brunelo,
Hay tiburon, hay caiman
Mas asqueroso y mas fiero?
¿Hay sátiro como tú
Sin blanca?

DON MELCHOR.

Pues segun eso,
Para una mujer tan rica,
¿Podia dejar de serlo
Por un bolsillo de escudos?

VENTURA.

No la olieras por lo ménos
A pelon, mal contagioso,
Que disuelve casamientos.
Cuando huele mal la boca,
Alcorzas (1) la dan remedio,
Que disimulan olores :
Y las damas deste tiempo,
Que faldriqueras oliscan,
Si no exhalan el aliento
Dorado, vuelven el rostro,
Escupen y hacen un gesto.
Con estos pocos de escudos
Remediaras tus defectos.
Como guantes de polvillo,
Lo que duran, poco y bueno.
Pero agora, yendo á vistas
Sin un real, por Dios, que temo
Que al instante que te mire,
Le has de oler á perro muerto.

DON MELCHOR.

¿No tengo el bolsillo yo,
(Que en ser suyo, es de mas precio
Que cuanto el Oriente cria?)

VENTURA.

Al que se lleva me atengo.
¿Mas que no tiene seis cuartos?

DON MELCHOR.

Hoy has dado en majadero.

VENTURA.

Si de manos te enamoras,
Seré mano de mortero.

DON MELCHOR.

No habia de codiciarle
El ladrón, á no estar cierto
De su valor, ni ponerse
En tan evidente riesgo.

VENTURA.

¿Hay mas que abrirle?

DON MELCHOR.

Verásle.
(Saca un bolsillo lleno.)

VENTURA.

¡Oh Virgen del Buen Suceso!

(1) Pastillas de olor.

Dádnosle en esta ocasion,
Y otro de cera os ofrezco.

DON MELCHOR.

Mira ; qué provido está!

VENTURA.

Déjame tomarle el peso.

DON MELCHOR.

¿Qué te parece?

VENTURA.

Por Dios,
Que es en lo pesado un necio.

Alma tiene de arcabuz.

Abámosle, que recelo

Que es barriga de opitada,

Y habrá tomado el acero.
(Saca don Melchor un envoltorio de pa-
pel dentro del cual hay una piedra.)

¿Qué es eso?

DON MELCHOR.

Un papel preñado.

VENTURA.

No será vírgen su dueño.
Desenvuélvele.

DON MELCHOR.

¿Quién duda
Que alguna joya está dentro?
Esto era lo que pesaba.

VENTURA.

Date prisa ya, sabrémos
Si es hijo, ó hija.

DON MELCHOR.

Hija fué.

VENTURA.

Y yo los dolores tengo.
DON MELCHOR. (Mostrando la piedra.)

Una piedra es verde oscura,
Atada á un listón.

VENTURA.

Enfermo
De piedra estaba el bolsillo,
Y tú has sido su potrero.

DON MELCHOR.

Oye : en este papel dice :
*Esta piedra es por extremo
Buena para el mal de ijada.*

VENTURA.

Désele Dios á su dueño.
¿De la ijada, y no es atun?
Enfermedad es de viejos :
Y la tapada será
En la edad censo perpetuo.
De pedradas nos ha dado.
¿Queda mas?

DON MELCHOR.

Sí.

VENTURA.

Saca presto.

DON MELCHOR. (Saca lo que dice.)

Este es un dedal de plata.

VENTURA.

De-dallo fué su embeleco.

DON MELCHOR.

Este es un devanador.

VENTURA.

Los tuyos son devaneos.

DON MELCHOR.

Y es de ébano.

VENTURA.

De Eva, no ;
Que Eva, en fin, andando en cueros,
No te engañara tapada.
No te deshagas del truco.

DON MELCHOR.

Tres sortijas de azabache,
Y cuatro de vidrio.

VENTURA.

El precio

Se llevó, y tú la sortija.

DON MELCHOR.

Reir me haces.

VENTURA.

¿Hay mas deso?

DON MELCHOR.

No hay otra cosa, Ventura.

VENTURA.

Tan mala se la dé el cielo,
Como á los dos nos la ha dado

DON MELCHOR.

Yo por tan feliz la tengo,
Que en estas prendas adoro,
Por la mano en que estuvieron.
Que mañana vuelva aquí
Me manda, y alegre espero
Alguna ventura oculta,
Influencia de su cielo.

VENTURA.

¿Y crés tú que volverá?

DON MELCHOR.

Pues ¿hay que dudar en eso,
Habiéndolo prometido?

VENTURA.

¿A volverte los doscientos?

DON MELCHOR.

Si yo los admito, sí.

VENTURA.

De azotes se los prometo,
Si ella hace tal necesidad.

DON MELCHOR.

¿Qué pesado!

VENTURA.

¿Qué ligero!

DON MELCHOR.

Por señas, ¿no me mostró
La mano?

VENTURA.

El arañudero,
Dirás mejor, de bolsillos.
Vamos á buscar el viejo,
Que ha de ser nuestro socorro.

DON MELCHOR.

Si á ver aquel ángel vuelvo,
No sé cómo he de poder
Casarme.

VENTURA.

¿Ángel, y de negro,
Con uñas? llámole diablo.

DON MELCHOR.

Es sol de nubes cubierto.

VENTURA.

Bien dices que es sol... con uñas.

DON MELCHOR.

Vamos ; mas oye, ¿qué es eso?

ESCENA VI.

DON LUIS, DON JERONIMO.—DON
MELCHOR, VENTURA.

DON LUIS. (A Don Jerónimo.)

Os digo que es Don Melchor.

DON MELCHOR.

¡Oh primo! ¡El primero encuentro
¿Es con vos? Dichoso he sido.

DON LUIS.

Dos dias há que os espero,
Pues conforme á vuestra carta,
Si salisteis de Leon luego
Que se escribió, desde ayer
Tardais.

DON MELCHOR.

Atribuid al tiempo,
Con tanta lluvia enfadoso,

La culpa, y no á mis deseos,
Que ya, amigo Don Luís,
Se han cumplido, pues os veo.

DON LUIS.

Hablad á vuestro cuñado
(Mejor diré hermano vuestro),
Que como tal os aguarda.

DON JERÓNIMO.

Yo os doy los brazos, contento
De ver cuán bien corresponde
A la fama que tenemos
De vos, vuestra gallardía,
Puesto que con sentimiento
De que os hayais apeado,
Y no en mi casa.

DON MELCHOR.

Ahora llego,

Y la poca certidumbre
Que en esta confusion tengo
De sus calles y sus casas,
Me disculpa.

DON JERÓNIMO.

Yo la aceto,

Y á ganar voy las albricias
De mi hermana; que no quiero
Que improvisas turbaciones
Malogren gustos de veros;
Que os tiene muy deseado.

DON MELCHOR.

Paga mi fe.

DON JERÓNIMO.

Entreteneos

Con Don Luís, entre tanto
Que aviso á mi padre y vuelvo;
Si no es que en su compañía,
Por apresurar deseos,
Quereis honrar nuestra casa.

DON MELCHOR. (A Don Luis.)

Disponeldo al gusto vuestro.

DON LUIS.

Conmigo irá de aquí á un rato.

DON JERÓNIMO.

Adios pues.

(Vase.)

ESCENA VII.

DON MELCHOR, DON LUIS, VENTURA.

RA.

DON LUIS.

¿Qué traéis de nuevo
Que contarme de Leon?

DON MELCHOR.

Nada: todos quedan buenos,
Vuestros padres y los míos.
Y á vos ¿cómo os va de pleitos?

DON LUIS.

Salí con mi mayorazgo.

DON MELCHOR.

El paraben os ofrezco.

DON LUIS.

Venturilla, ¿cómo vienen?

VENTURA.

Enfadado de venteros,
Trotando por esos llanos,
Trepando por esos puertos,
Y ofreciendo á Bercebú
A cierta mano de tejo
Que hemos engastado en oro.

DON MELCHOR. (Ap. á Ventura.)

¿Quieres callar, majadero?

DON LUIS.

¿Venís muy enamorado?

DON MELCHOR.

No sé lo que os diga en eso.
Lo que sobra por oídas,
Y lo que basta hasta verlo
No sé yo porqué al amor

Le llaman y pintan ciego,
Pues lo que uno ve, no estima.

DON LUIS.

¡Ay! ¿qué de mal me habeis hecho!

DON MELCHOR.

¡Yo! ¿Cómo, ó porqué?

DON LUIS.

Mejor

Es reprimir pensamientos,
Y desahuciar esperanzas
Que enemistaran con celos.
Vos sois pobre; vuestra dama
Tiene sesenta mil pesos,
Que ensayados son escudos;
Yo soy rico, y vuestro deudo:
No he de competir con vos.

DON MELCHOR.

Don Luís, si sois discreto,
¿Porqué me hablais con preñeces?

DON LUIS.

Ya no lo son, si lo fuéron.
Doña Magdalena hermosa
Os espera como á dueño
De su hacienda y libertad,
Con amor libre y honesto.
Idolatrara yo en ella,
A no estar vos de por medio,
Y pretendiera imposibles,
Por vos, que amor crece entre ellos.
Vámosla á ver: no hagais caso
De fábricas que en el viento
Desvañeció vuestra vista,
Digna de tan noble empleo.
Ella os ama; yo la adoro;
Mas sacaréla del pecho,
Aunque me cueste la vida,
Con la ausencia ó con el tiempo.

DON MELCHOR.

Primo, puesto que á casarme
De Leon á Madrid vengo,
No es de suerte enamorado
Al interes que pretendo,
Que no sea lince mi honor,
Con que velando penetro
Dificultades que esconden
Vuestros confusos misterios.
Si quereis y sois querido,
Proseguid, que yo os prometo
Que su oro no sea bastante
A dorar de amor los hierros.
Declaraos, si sois amigo.

DON LUIS.

¿Qué hay que declarar? Yo quiero
A quien por dueño os aguarda;
Pero no hagais argumento
De lo que os digo, ni agravio
Del mínimo pensamiento
De vuestra dama ó esposa;
Porque, por la luz del cielo,
Que hasta agora en mí no ha visto
Una centella del fuego
Que me abrasa; ni en virtud
Tiene España tal ejemplo.
Fuella á ver de vuestra parte,
Las vuestras encareciendo:
Y amor, que es potencia todo,
Rindióse viendo su objeto.
Pero amor en los principios
Es niño, y múdase presto.
Yo me ausentaré esta tarde,
Por aguardarme en Toledo
Amigos y ocupaciones:
Asegurad, primo, miedos;
Que no es bien perdaís por mí
Tal belleza y tal provecho.

DON MELCHOR.

No le tengo yo por tal
Si ha de ser en daño vuestro,
Ni es mi voluntad tan libre
Que no haya los ojos puesto

En prendas merecedoras
De señorear deseos,
Que tibios, por no empleados,
Sabrán deshacer conciertos.
Ni yo á quien amais he visto,
Ni en viéndola me prometo
Tanto, que pueda mudar
Las memorias que conservo.
¿Qué sé yo si agradaré
A esa dama, que habrá hecho
Ausente retratos míos
Allá en el entendimiento,
Y por no corresponder
El original con ellos,
Me aborrezca, pues no iguala
La verdad á los deseos?
Primo, no habeis de ausentaros.

DON LUIS.

Vámosla á ver, que ya es tiempo.
Plegue á Dios que no os agrade.

DON MELCHOR. (Ap.)

¡Ay mano! ¡ay cristal! ¡ay cielo!
Con una mano en los ojos,
¿Qué he de ver estando ciego?

VENTURA. (Ap.)

Mano, vive Dios, de Judas,
Pues lleva bolsa y dineros. (Vanse.)

Salen en casa de Don Alonso.

ESCENA VIII.

DOÑA MAGDALENA, vistiéndose otro
traje, y QUIÑONES.

DOÑA MAGDALENA.

¿Que Don Melchor ha venido?
QUIÑONES.

Si no te engaña tu hermano,
Ya llega á darte la mano.

DOÑA MAGDALENA.

Iguálame ese vestido;
Que con el otro que dejo,
Los pensamientos desnudo
Que aquel extranjero pudo
Engendrar. Dame ese espejo.
Ponme esa valona bien.
¿Está bueno este cabello?

QUIÑONES.

Tal, que estando amor cabe ello,
Rendirá á cuantos le ven.

DOÑA MAGDALENA.

¡Ay, Quiñones, y qué susto
Me causa aquesta venida!
Tenia yo divertida
El alma, y no sé si el gusto,
Con la memoria apacible
Del forastero galán,
Y ántes de verle me dan
Esposo! ¡Caso terrible!
¿Que tenga tanto poder
La obediencia y el honor!

QUIÑONES.

Dilata mas el color
De ese carrillo.

DOÑA MAGDALENA.

Sin ver,

¿He de amar á quien aguardo!
Quiñones, ¿no es caso fiero?

QUIÑONES.

Galan era el forastero.

DOÑA MAGDALENA.

Y sobre galan, gallardo.
¡Ay! ¿quién pudiera compralle,
Ya que mis penas escuchas,
Una de las partes muchas
Que tiene: la gracia, el talle,
Con que hacer á Don Melchor
Como él...! Si no tan perfecto,
Tan amante ó tan discreto.

QUIÑONES.
Podrá ser que sea mejor.
DOÑA MAGDALENA.
¿Cómo será eso posible?
¡Tan cortés urbanidad!
¡Tanta liberalidad,
Y sazou tan apacible.....!—
No era digna della yo.
Roguéle no me siguiese,
Ni donde vivo supiese;
Y obediente, se quedó
Inmóvil en aquel puesto:
Si, como ya lo advertiste,
Entre conñado y triste,
Solo á agradarme dispuesto.
Luego..... ¿tú piensas que ignoro
Que no fué él el robador
Del usurpado favor,
Que me restituyó en oro?
QUIÑONES.
Para mí no hay dudar deso.
DOÑA MAGDALENA.
Pues de tanta eficacia es
Conmigo, no el interés,
La acción sí, que te confieso
Que hechizo para mí ha sido.

QUIÑONES.
Es grande hechicero el dar:
Inmenso y rico es el mar,
Y recibe agradecido
El tributo sucesivo
Del arroyuelo menor;
Que en los estudios de amor
Solo hay libros de recibo.
Pero ¿de qué sirve ya
Hacer dél memoria en vano,
Si para darte la mano
Tu esposo á la puerta está?

DOÑA MAGDALENA.
De que salga regalado
Del alma y memoria mía;
Que al huésped es cortesía
El despedirle obligado.—
Mas los vecinos de arriba
Pienso que me entran á ver.

ESCENA IX.

**DOÑA ANGELA, DON SEBASTIAN.—
DOÑA MAGDALENA, QUIÑONES.**

DON SEBASTIAN.
La vecindad suele ser
(Cuando en la igualdad estriba,
Que conserva la amistad,
Si es que la vuestra merezco) (1)
Un grado de parentesco,
Señora, de alinidad.
Hémosla ya profesado
Vuestro hermano y yo; y así
A Doña Angela pedí
Que aumentase aqueste grado
Entrándos á visitar,
Y á dárseos por servidora.

DOÑA MAGDALENA.
Casa en que tal dueño mora,
Es muy digna de estimar,
Y mas el ofrecimiento
Con que esta merced me haceis,
Cuando en mí, señora, veis
Tan corto merecimiento.
Mas con tan noble vecina
Seré dichosa desde hoy.
DOÑA ANGELA.
Vuestra servidora soy,
Y fuera vuestra madrina,
Ya que bodas esperais,
Si ballara desocupada
Aquesta plaza.

(1) Alguna vez ignora Teller la pronunciaci6n de la s con la de la s. Lope, con ser madrileño como Teller, suele tambien hacer lo mismo.

DOÑA MAGDALENA.
Obligada,
Quiero que merced me hagais;
Que hasta aqui no os he servido
Para suplicaros eso. —
Que estoy turbada confieso.

DOÑA ANGELA.
¿A quién no turba un marido?
DOÑA MAGDALENA.
Y mas quien cual yo le aguarda,
Y el tallo que tiene ignora.

DON SEBASTIAN.
El honor no se enamora;
Que solas las leyes guarda
De la opinion, y hasta en esto
Mostrais vuestra discrecion.

DOÑA ANGELA.
Por excusar la ocasion
En que ese susto os ha puesto,
El matrimonio rebuso.

DOÑA MAGDALENA.
Cruel es vuestra hermosura.

DOÑA ANGELA.
¡Jesus! Delante de un cura
(Por mas que el cielo dispuso
Que se desposen así),
Y tanta gente, ¿ha de haber
Tan atrevida mujer,
Que le diga á un hombre: *si*?

DON SEBASTIAN.
Pues ¿qué escrúpulo hay en eso?

DOÑA ANGELA.
¡Jesus! Quien hace tal cosa,
O es muy libre y auiamosa,
O no tiene mucho seso.

ESCENA X.

**DON ALONSO, DON JERÓNIMO, DON
LUIS, DON MELCHOR, VENTURA.**
—DICHOS.

DON ALONSO.
Atribuye á tu ventura,
Como á mi buena eleccion,
Hija, el que en esta ocasion
Corresponda á tu hermosura
El noble merecimiento
Del dueño que te escogí.
Vesle, Magdalena, aquí.
No pudo tu pensamiento,
Por mas que encarecedor
Galan te le haya pintado,
Ser mas que un toso traslado
Del tallo de Don Melchor.
Haz cuenta que en él abrazas
De Don Juan la imágen propia;
Que yo viéndole en su copia,
Mientras tú su cuello enlazas,
Mostraré mi regocijo (2),
Renovando en esta edad
La juvenil amistad
Del noble padre, en su hijo.
No quiero yo mas hacienda
Que la heredada virtud
Que miro en su juventud.
El padre avariento venda
Al oro la libertad
De sus hijas; que el valor
De tu esposo Don Melchor,
Y la ley de mi amistad,
Juzga por mas oportuna
La sangre que la riqueza,
Cuanto la naturaleza
Se aventaja á la fortuna.
Dale la mano.

(Hablan aparte Doña Magdalena con Quiñones, y Don Melchor con Ventura.)

(2) Verso añadido para completar la redondilla y la frase.

DOÑA MAGDALENA.
¡Ay Quiñones!
Este ¿no es el forastero,
Que fué usurpador primero
De mis imaginaciones?
QUIÑONES.
Sí, señora: en la Vitoria
Este fué quien la alcanzó
De tí. ¿Qué dicha llegó
A la tuya?

DON MELCHOR.
La memoria
De aquella mano, Ventura,
Como quien ve por antojos,
Tiene ocupados mis ojos.
Fea mujer.

VENTURA.
¿Qué hermosura
Se igualará á la presente?
Pero dejando la cara,
En la candidez repara
De aquella mano esplendente,
Que es la misma, vive Dios,
Que melindrizó el bolsillo.

DON MELCHOR.
Anda, borracho; aun decillo
Es blasfemia.

VENTURA.
No estais vos,
Señor, con juicio cabal.

DON MELCHOR.
Esta es asco, es un carbon,
Es en su comparacion
El yeso junto al cristal (3).
A sus divinos despojos
No hay igualdad.

VENTURA.
Yo la ví,
Cuando me llevó tras sí
Con el bolsillo los ojos,
Y juro á Dios que es la propia.

DON MELCHOR.
Enviaréte noramala,
Si no callas, necio: iguala
La Scitia con la Etiopia (4).
La mano que á mí me ha muerto,
De una vuelta se adornaba
De red.

VENTURA.
Bolsillo pescaba.
DON MELCHOR.
Y esta trae el puño abierto.

VENTURA.
No estaba el otro cerrado
Para agarrar los doscientos. —
Llégalá á hablar.

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)
Pensamientos,
¿Qué piélagos os ha engolfado
De contrarias suspensiones?

DON ALONSO.
Don Melchor, ¿cómo no hablais
A vuestra esposa?

DON MELCHOR.
Agraviais
Las cuerdas ponderaciones
Que en esta belleza admiro,
Si limitais su silencio:
Callo, adoro, reverencio
Y hablo mas cuanto mas miro.
Perdonad, señora mía,
A la lengua, si á los ojos,
Para gozar los despojos
De ese sol que luz me envía,
Se pasa; que si es verdad,
Que amor al esposo obliga

(3) Doña Magdalena oye estas expresiones.

(4) Ídem.

Que lo primero que diga
Sea alguna necedad,
Yo juzgo por caso recio
La primer vez que os adoro
Entrar contra mi decoro,
Por los umbrales de necio.

DOÑA MAGDALENA

Estais tan acreditado
Counigo ya, que si fuera
Posible que en vos cupiera
Esa ley de desposado,
Juzgara por discrecion
Cualquier desacuerdo vuestro.

VENTURA.

Cada cual se dé por diestro :
Buena está la introduccion,
Y vuesa merced me tenga...
Cuando me vaya á caer;
Que habemos los dos de ser
Un par hasta que otro venga.

DON SEBASTIAN.

Entre tanto parabien
Los de un vecino admitid,
De quien podréis en Madrid
Serviros siempre, y tambien
Los de mi hermana que agora
Añade á su vecindad
Nuevos grados de amistad.

DON JERÓNIMO.

Doña Angela, mi señora,
Y el señor Don Sebastian,
Posan los cuartos de arriba,
Y en su noble sangre estriba
La voluntad con que os dan
Parabienes, que merecen
Mucho.

DON MELCHOR. (A Don Jerónimo.)

Salid vos por mí
Fiador, pagaréis así
Los favores que me ofrecen;
Que como recién venido,
Caer en mil faltas temo.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)

El leonés es por extremo,
Como no olierá á marido.

DON ALONSO.

Esta noche habeis de ser
Mis convidados los dos.

DON SEBASTIAN.

Basta mandármelos vos.

VENTURA. (Ap.)

Eso sí; haya que comer.

DON ALONSO. (Ap. á Don Melchor.)

Ya estais, hijo, en vuestra casa :
Desposado saldréis della.

DON LUIS. (Ap. á Don Melchor.)

¡Haos parecido muy bella
La novia? ¡Mas que os abrasa?
¡Mas que ya habeis olvidado
Aquella mano homicida?

DON MELCHOR. (Ap. á Don Luis.)

Quien bien ama, tarde olvida :
Que estoy mas enamorado
Por ella, amigo, os advierto.

DON LUIS. (Ap. á Don Melchor.)

¡Pues no es la de vuestra esposa,
Para mano, tan airosa,
Y tan bella?

DON MELCHOR. (Ap. á Don Luis.)

No por cierto.

QUIÑONES. (Ap. á su ama.)

¡Hay suerte como la tuya?
¡Que el primer hombre que quierdes
Sea tu esposo! ¡Dichosa eres!

DOÑA MAGDALENA. (Ap. á la dueña.)

No sé deso lo que arguya.
Pensamientos solicitan

Guerra, en mi pecho, cruel,
Y si unos vuelven por él,
Otros le desacreditan.

DON JERÓNIMO. (Ap.)

Temo que nuestra vecina,
Segun lo que en mi alma pasa,
Por dueño se quede en casa.

DON LUIS. (Ap.)

¡Ay Magdalena divina!
Ya te lloro enajenada.

QUIÑONES.

¡Cómo te llamas?

VENTURA.

Ventura.

QUIÑONES.

Buen nombre y mala figura.

VENTURA.

Soilo, mas no descartada.

DON SEBASTIAN. (Ap. á su hermana.)

¡Qué, hermana, te ha parecido
Del leonés forastero?

DOÑA ÁNGELA. (Ap. á Don Sebastian.)

Gallardo para soltero,
Pesado para marido.

DON MELCHOR. (Ap.)

¡Ay, mano hermosa, cumplid
Palabras y juramentos!

VENTURA. (Ap.)

¡Ay mis escudos doscientos!
Espirasteis en Madrid.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MAGDALENA, de luto bizarro;

QUIÑONES.

DOÑA MAGDALENA.

¡Qué sacas de encarecer
La dicha que he conseguido
En que esposa venga á ser
Del primero que he querido,
Y que llegue á merecer
Las partes que en Don Melchor
Rindieron mi voluntad :
Su gentileza, valor,
Talle, liberalidad,
Discrecion, gracia y amor:
Pues todas esas, Quiñones,
Si fueron ponderaciones
Primero de mi aficion,
Ya de mis recelos son
Sospechosas ocasiones?

QUIÑONES.

No me espanto : todo aquello
Que está en ajeno poder,
Tiene el gusto por mas bello,
Y el valor suele perder,
En llegando á poseello.
Juzgaste ayer á tu esposo
Por prenda ajena; y así
Te pareció mas hermoso :
Viene á ser tu dueño aquí,
Y juzgaste ya enfadoso.
Efímera es tu aficion,
Toda ayer ponderacion,
Y hoy desdén toda y mudanza :
¡Quién vió morir la esperanza
Antes de la posesion?
¡Es posible que tan presto
Aborrecies lo que amabas?
No en balde luto te has puesto
Por los deseos que acabas
De enterrar.

DOÑA MAGDALENA.

No estás en esto

De amar, Quiñones, tan diestra,
Que los peligros rehuses
Que el yugo conyugal muestre;
Y así no es mucho que acuses
Mi amor, si no eres maestra.
De suerte á Don Melchor quiero
Después que á esta casa vino,
Que si me agradó primero,
Mi amor es ya desatino,
Pues sin él, morir espero.
Mas, ¿con qué seguridad
Rendiré mi voluntad
A quien, con tan fácil fe,
La primer mujer que ve
Triunfa de su voluntad?
Hombre que á darme la mano
Viene aquí desde Leon,
Y es tan mudable y liviano,
Que á la primera ocasion,
Liberal y cortesano,
A un manto rinde despojos
Y á una mano el alma ofrece.
¡No quierdes que me dé enojos?
Quien así se desvanee,
Y sin penetrar sus ojos
Lo que, por no ver, ignora,
Se suspende y enamora,
Exagera, sutiliza,
Y palabras autoriza.
Pues con escudos las dora;
¡Qué satisfaccion dará
A quien por dueño le espera?
¡O quién me asegurará
De voluntad tan lijera,
Que, desposado, no hará
Lo mismo con cuantas mire,
Y yo con él mal casada,
Quejas al alma retire,
Llore mi hacienda gastada,
Y sus mudanzas suspire?

QUIÑONES.

Pues siendo tú quien despierta
Su voluntad, y encubierta
Diste causa á sus desvelos,
¿De quién puedes formar celos?

DOÑA MAGDALENA.

De mí misma. Y está cierta
Que si le ame forastero,
Doméstico y dueño ya,
Dudo, al paso que le quiero.

QUIÑONES.

Pues bien, ¿qué remedio da
Tu amor?

DOÑA MAGDALENA.

Cumplir lo primero

Mi palabra en la Vitoria,
Y ver si en ella me aguarda.

QUIÑONES.

No tendrá de tí memoria;
Que tu presencia gallarda,
Siendo á sus ojos notoria,
Borrará la primer copia
Que vió tapada é impropia,
Pues se enamoró en bosquejo.
Y mudando de consejo,
Te olvidará por tí propia.

DOÑA MAGDALENA.

Eso, pues, quiero probar.

QUIÑONES.

Pues ¿para qué te vestiste
De luto?

DOÑA MAGDALENA.

Para mostrar,
En señal de que estoy triste,
La color de mi pesar. —
Todos estos son ardidés
De mi amor.

QUIÑONES.

¿No puedo yo

Saberlos?

DOÑA MAGDALENA.
Si los impides,
Dándome consejos, no;
Mas si, si á mi amor te mides.

QUIÑONES.
¿Pues agora dudas deso?

DOÑA MAGDALENA.
Que estoy loca, te confieso.
Pongan el coche.

QUIÑONES.
Ya está

A la puerta.

DOÑA MAGDALENA.
Importará
Para el fin deste suceso,
Ya que en este tema doy,
Que á casa de Doña Juana
(A quien el pésame voy
A dar de su muerta hermana),
Mientras que con ella estoy,
Hagas llevarme una silla
Y un escudero alquilados.

QUIÑONES.
Hartos hay en esta villa.

DOÑA MAGDALENA.
Despues sabrás mis cuidados.

QUIÑONES.
¿Y agora no?

DOÑA MAGDALENA.
Maravilla
Fuera, siendo tú mujer,
No morirte por saber. —
Amor, que en todo es astuto,
Me ha vestido deste luto,
Porque si me llega á ver
Hablando con Don Melchor
Mi hermano ó padre, no entienda
Por el vestido mi amor
Secreto, y con él se ofenda.

QUIÑONES.
¿Lo que previene el temor!

DOÑA MAGDALENA.
Por lo mismo iré tambien
En silla desconocida.

QUIÑONES.
Todo lo dispones bien.

DOÑA MAGDALENA.
Térmela allí apercebida,
Y tus alhricias preven,
Si Don Melchor no me espera
Donde ayer me prometió.

QUIÑONES.
Dios lo haga desa manera.

DOÑA MAGDALENA.
No soy tan dichosa yo.

QUIÑONES.
Tú has dado en gentil quimera. (Vanse.)

Lonja del convento de la Victoria.

ESCENA II.

DON MELCHOR, VENTURA.

VENTURA.

¿Es posible que haya amor,
Que la hermosura divina
De tal dama menosprecie
Por una mujer enigma,
Por una mano arañante,
Que con blancura postiza,
A pura muda y salvado,
Sus mudanzas pronostica?
¿Sin haberla visto un ojo,
Sin saber si es vieja ó niña,
Nari-judaizante ó chata,
Desdentada ó boquichica?
¿Que en cáscara te enamores!

¿Que bien del espejo digas,
Sin ver no mas que la tapa!
¿De una dama en alcancia! (1)
De la tumba por el paño!
De la toca por la lista!
Del pastelón por la hojaldre!
De la sota por la pinta!
De la espada por la vaina!

DON MELCHOR.

Ea, ensarta boberias,
Eslabona disparates,
Y frialdades bufoniza;
Que yo he de esperarla aquí.

VENTURA.

Y de veras, ¿imaginas
Que ha de tornar la bolsóna?

DON MELCHOR.

Tú verás presto cumplida
La palabra que me dió.

VENTURA.

Como oliscara la niña
Otro bolsillo preñado
De doradas gollorias,
Si hiciera... — ¿Mas no te agrada
Doña Magdalena?

DON MELCHOR.

Es... fria.
No me la nombres, Ventura,
Que tengo el alma rendida
A la gallarda encubierta;
Y si á la mano divina
La hermosura corresponde
Del rostro, como adivina
El alma que nunca miente,
Mi dichosa suerte estima.

VENTURA.

Y si fuese, como creo,
En lugar de Raquel, Lia,
Con el un ojo estrellado,
Y con el otro en tortilla,
Los labios de azul turquí,
Cubriendo dientes de alquimia,
Jalbegado el frontispicio
A fuer de pastelería,
Y como universidad
Rotuladas las mejillas,
¿Qué has de hacer?

DON MELCHOR.

Cuando eso fuese
(Que supongo que es mentira),
Volveréme á Magdalena,
Que si no es hermosa, es rica.

VENTURA.

No es tan rica como hermosa.
Mas asentemos que imita
En belleza al sol de enero
La buscona que te hechiza.
¿Si es pobre...?

DON MELCHOR.

Eso no lo creas.

VENTURA.

¿Y si lo fuese por dicha?

DON MELCHOR.

Llevarémela á Leon,
Y con ella en quieta vida,
Al yugo de amor atado,
Daré dueño á mi familia,
Señora á mi herencia corta,
Y á mi padre nuera y hija.

VENTURA.

¿Buena vejez le acomoda!
Mas si no fuese tan limpia
Como tu sangre merece,
Envidiada por antigua,
O ya que fuese tan noble
Como el árbol de Garnica,

Si es doncella despalmada,
Como nave que inverniza,
¿Qué has de hacer?

DON MELCHOR.

Tendrán respuesta
Todas tus bachillerías
En viéndola.

VENTURA.

¿Cómo sabes
Qué es su cara á letra vista?
Plegue á Dios que nunca vuelva,
Y si vuelve y es pandilla (2),
Que la tripules, y te abra
Los ojos santa Lucia.
Mas Don Luis sale aquí
Con una enlutada ó viuda (3),
Tapada como la nuestra.

DON MELCHOR.

Donde hay cebo, todos pican.

ESCENA III.

DOÑA MAGDALENA, DON LUIS. —
DON MELCHOR, VENTURA.

DON LUIS.

¿Mal haya quien inventó
Los mantos, señora mia,
Que en España solamente
De tantos gustos nos privan!
Tal presencia; viene sola,
Baldada de madre ó tia!
Por Dios, hermosa enlutada,
Que lo he tenido por dicha.
Enseñadme solo un ojo,
Y jugaré con su niña,
Que á la puerta de la iglesia,
Bien es que limosna os pida.

DOÑA MAGDALENA.

Dios me dé, señor, que daros.
A aquel hidalgo querria
Hablar.

DON LUIS.

¿A cuál?

DOÑA MAGDALENA.

Al que está
Al lado de aquella pila.

DON LUIS.

Ese es mi amigo y pariente.

DOÑA MAGDALENA.

Si lo es vuestra cortesía
De la que en él reconozco,
Dadme lugar que le diga
Cuatro palabras no mas.

DON LUIS.

Si sois la que él imagina,
Y sus bodas desazona,
Pedidme, señora, alhricias.

DOÑA MAGDALENA.

Pídós pues que despejeis
Este lugar.

DON LUIS. (Llegando á Don Melchor.)

Si pelagra,
Cual dicen, el que anda entre
La cruz y el agua bendita.
Primo, entre una y otra estáis.
Aquella dama que os mira,
Os quiere hablar: id con tiento,
Que debe ser homicida,
Pues en fe de lo que mata,
Huyendo de la justicia,
Anda á sombra de tejados,
Si el manto lo significa.

DON MELCHOR.

¿Que me quiere hablar, decís?

DON LUIS.

Esto me manda que os diga.

(2) Mujer tramoyera, ó tambien maula, tramoya.
(3) No es asonante propio de este romance, á no ser que se lea como esdrújulo: viuda.

(1) En hucha, metida dentro de una vasija, de un bote.

DON MELCHOR.

¡Ay, Ventura, que es mi dama!

VENTURA.

Viene de *requiem* vestida.
Otra ganga debe ser;
Que hay en Madrid infinitas,
Y huelen un forastero
De una legua.

DON MELCHOR.

Esta es la misma
Que ví ayer; su tallo y cuerpo
Me la retratan y pintan.
Primo, adios.

DON LUIS. (*Volviendo á Doña Magdalena.*)

Ya llega á veros:

Sed con él agradecida;
Hechizádmela, señora;
Que me va el alma y la vida
En que aborrezca una prenda
Que mis gustos tiraniza. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA MAGDALENA, DON MELCHOR,
VENTURA.

DON MELCHOR.

¡Soy yo, señora, el llamado?

VENTURA.

¡Sois vos, decid, la escogida?

DON MELCHOR.

Ventura, apártate allá.

VENTURA.

Sé sumiller de cortina,
Descubre aquea apariencia,
Tocarán las chirinias;
Que en las tramoyas pareces
Poeta de Andalucía.

DOÑA MAGDALENA. (*A Don Melchor.*)

¿Conoceis aquesta mano?

DON MELCHOR.

¡Ay aurora, ay sol, ay día!

VENTURA. (*Ap.*)

El cantar del *ay, ay, ay*,
Se nos ha vuelto á Castilla.

DOÑA MAGDALENA.

Vengo á cumplir mi palabra.

DON MELCHOR.

Si fuédeses tan cumplida
En favores, como en ellas,
Viera yo el sol que me eclipsa
La nube de aquea manto.

DOÑA MAGDALENA.

También á venir me obliga
La hacienda que usurpo, ajena,
Pues es justo restituirla.

DON MELCHOR.

Si lo decis por un alma,
Que desde ayer fugitiva,
En su casa le echan ménos,
Yo la doy por bien perdida.

DOÑA MAGDALENA.

¿Es vuestra?

DON MELCHOR.

Sí, mi señora.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué traviesa es! ¿Qué atrevida!
No me ha dejado dormir
Toda esta noche; registra
Curiosa cuantas potencias
Pensamientos ejercitan;
Y siendo luéspeda, se hace
Mandona en mi casa misma.
Prométoos que á no venir
Esta mañana una amiga
Por ella, que es su señora,
Me diera muy triste vida.

DON MELCHOR.

¡Señora suya, y no vos!
¿Quién os dijo tal mentira?

DOÑA MAGDALENA.

Una Doña Magdalena,
Noble, cuerda, hermosa y rica.
Tenedme por tan curiosa,
Desde ayer á medio día,
Que hice en vuestra informacion
Diligencias exquisitas.
Sé que venis á casaros
Con el fénix de las Indias,
Que vuestro amor pesa á pesos
Y en vos esperanzas libra.

Sé que os llamais Don Melchor,
Que os ilustra sangre limpia,
Que sois pobre y caballero,
Y que hoy han de estar escritas
Vuestras bodas y conciertos:
Mirad; cuán necia es quien fia
En palabras forasteras,
Falsas, si ponderativas!
Si como os mostré una mano
Ayer, ménos advertida
Os permitiera cegar
En mi rostro vuestra vista,
¿Qué burlada que quedara,
Siendo despues conocida,
Y ocasionando en mi ofensa
Pesados motes y risas!
Bien haya quien hizo mantos.

DON MELCHOR.

Mal haya quien no se olvida,
Por la sal de aquea lengua,
De cuantas bellezas mira.
Verdadera informacion
Habeis hecho, y tan cumplida
Como la fe con que os amo;
Mas creed, tapada mia,
Que obligado á diligencias
Tan amorosas y dignas
De la eterna estimacion;
Si como el alma imagina,
Sois hermosa (que sí sois,
Pues por mas que el manto impida
Milagros que reverencio,
Es mi amor luce en la vista);
Ni el oro, ni la belleza,
Ni imposibles de la envidia,
Tienen de ser poderosos
A que no os adore y sirva.
A vuestra competidora
Vi ayer (vuestro amor permita
Que aqueste nombre la dé,
Y si no el de mi enemiga),
Y pudo tanto el cristal
De aquea mano divina,
Que elevado en su memoria,
Me pareció... No es bien diga
De mujer, y mas ausente,
Faltas que la cortesía
De que siempre me he preciado,
Con razon desautorizan.
Parecióme, en fin, ni hermosa,
Ni digna de que compita
Con vos, ni mi amor querrá
Que la libertad la rinda.
Esta es vuestra, y es razon
Que conozca la cautiva
La cara de su señora.
Mi amor aquesto os suplica.
Baste ya tanto recato.

DOÑA MAGDALENA.

Casi estaba persuadida
A agradaros... Pero no,
Que vuestro deseo me pinta
Mas bella de lo que soy,
Y temo perder la estima
En que estoy, imaginada,
Cuando no la igualé, vista.
Aunque no quiero tampoco

Desacreditar la dicha
Que en vuestro amor intereso
Si por no verme se entibia.
Yo os juro á fe de quien soy,
Si es lícito que se siga
La pública voz y fama
Que tengo en aquesta villa,
Que no es Doña Magdalena
Ni mas bella, ni mas rica,
Ni mas moza, ni mas sabia,
Ni mas noble, ni mas digna
De serviros y estimaros,
Que yo; y aunque coronista
De mis mismas alabanzas,
En competencias se admitan,
Si no creís estas verdades.

DON MELCHOR.

Por la luz pura y divina
Que amante adoro y no veo,
Que os juzgo por maravilla
De la belleza, y que os hace
La comparacion traída
Agravio en mi estimacion,
Como la noche hace al día.

DOÑA MAGDALENA.

Haced una cosa pues:
Los conciertos se despidan
Desa Doña Magdalena
Que mi quietud martiriza.
No vivais mas en su casa,
Y llevándoos yo á la mia,
Averiguaréis verdades
Que el temor desacredita.

DON MELCHOR.

Que me place dos mil veces.
Y porque vais persuadida
Del poco amor que la tengo,
Sabed que aquel que venia
Con vos, y de vuestra parte
Me llamó, es mi sangre misma,
Y la que aborrezco adora.

DOÑA MAGDALENA.

Ya lo sé.

DON MELCHOR.

Haré que la pida
A su padre, y yo cediendo
La accion que tengo á su dicha,
Serviré de intercesor,
Sin dudar que la consigan
Tres mil ducados de renta
Que á Don Luis acreditan,
Y el ser su deudo tambien.

ESCENA V.

SANTILLANA.—DOÑA MAGDALENA,
DON MELCHOR, VENTURA.

SANTILLANA. (*A Doña Magdalena.*)

Acabado se han las misas,
Y ya la iglesia está sola.

DOÑA MAGDALENA.

No traigo yo tanta prisa.
Aguardaos un poco allá.

SANTILLANA. (*Ap.*)

¿Qué señora tan prolija!
VENTURA. (*Habla aparte con Santillana.*)
¡Ah señor Nuño Salido!
Vuea ancianidad se sirva
De escucharme mil palabras.

SANTILLANA.

¿Es vuesañc taravilla?

VENTURA.

¿Cómo há nombre?

SANTILLANA.

Santillana.

VENTURA.

¿Y el que sacó de la pila?

SANTILLANA.

Ese es Suero.

VENTURA.

Sorberánle

Éticos, que el suero alivia.

¿Cuánto ha que sirve á esta dama?

SANTILLANA.

Dos horas, aun no cumplidas,

Ha que me alquiló una dueña

Por coadjutor de una silla.

VENTURA.

Luego ¿no sabe quién es?

SANTILLANA.

No, señor.

VENTURA.

¿A mí pandillas?

So pena de la ración

Le mandan que no lo diga;

Pero aquí está un real de á cuatro,

Que secretos desbalijs

De arrugados entrecejos:

Diga quién es, si le brindan.

SANTILLANA.

(Ap. Estafar á un paje destos

Es hazaña peregrina.

Los cuatro reales me tocan.

Esta vez le doy papilla.)

Mucho puede el hipocras

Que cierta despensa cria,

A que los cuatro condeno,

Aunque mas mi ama me riña.

(Va á coger la moneda que Ventura le ha mostrado.)

VENTURA.

No: tengamos y tengamos,

Que temo alguna engañifa.

SANTILLANA.

Soy contento. Esta señora,

Por este hidalgo perdida,

Viene á hablarle á lo cubierto

Sin mas gente y compañía,

Que la que en mis años ve.

VENTURA.

Mas trae que doce tías.

SANTILLANA.

Y es... No ha de decirlo á nadie,

Si no es que le pida albricias

De su ventura á su dueño.

VENTURA.

Pierda cuidado y prosiga.

SANTILLANA.

Es la condesa...

VENTURA.

¿Condesa?

SANTILLANA.

De Chirinola.

VENTURA.

En la China

Estará el chiri-condado.

SANTILLANA.

No, señor, que es la provincia

De Nápoles.

VENTURA.

¿Chirinola!

Llamaráse Chirimia

La Condesa. ¿Y dónde vive?

SANTILLANA.

Vive en la calle de Silva,

En una casa de rejas

Azules, con celosías.

DOÑA MAGDALENA. (A Don Melchor.)

El luto que pena os da,

De un pobre viejo me libra,

Que ayer supe que murió;

Y ántes de aguardar visitas

Y pesames, vine á veros

Con un escudero y silla,

Que excusan coche y criados.

SANTILLANA. (A Ventura.)

¿Falta mas?

VENTURA.

Sí.

SANTILLANA.

Pues aprisa.

VENTURA.

¿Es casada esta condesa?

SANTILLANA.

Ya dicen que se le endilga,

Hablando á lo labrador.

DON MELCHOR.

En fin, ¿mi amor no os obliga

A que lo que por fe adoro,

Vea?

DOÑA MAGDALENA.

Soy agradecida,

Y quiero de vos saber

Si soy, como otros afirman,

Mas que Doña Magdalena

Hermosa. Aplicad la vista

A este ojo, fiador de estotro.

(Descubre el un ojo.)

DON MELCHOR.

Decid nueva maravilla

Del cielo, decid que es sol

Con rayos que vivifican

El alma, en su ausencia muerta.—

¿Ah Ventura, Venturilla!

VENTURA. (A su amo.)

Señor. (A Santillana.) Adios, escudante,

Que yo pagaré esta dita (1).

(Guárdase la moneda.)

SANTILLANA. (Ap.)

¿Mal hubiese el escudero

Que de pajancos se fia!

VENTURA.

¿Qué manda vuesa merced?

DON MELCHOR.

Mira la belleza en cifra

Del cielo deste lucero,

Porque despues no me digas

Que es mi repudiada esposa

Mas hermosa, ni mas digna

Del empleo de mi amor.

VENTURA.

Mata, rinde, esplende, brilla,

Hermoso rasgon de gloria,

Luminosa saetia

Para las flechas de amor.

Sé culto aquí, critiquiza. (A su amo.)

DON MELCHOR.

Mostradme su compañero.

DOÑA MAGDALENA.

Que me place.

(Muéstrale el otro ojo tapada.)

VENTURA.

¿Son reliquias

De una en una?

DON MELCHOR.

¿Hay tal belleza!

VENTURA.

Ya, ojos, pierdo la ojeriza

Con que el bolso nos ajastes.

Ojale ese ojal de vista

El dios sin ojos ni ojetes,

Pues es hojuela en almiar.

Ojo á la márgen, señor.

DOÑA MAGDALENA.

¿Paréceos que con justicia

Podrán competir mis ojos

Con los que amor autoriza

En vuestra dama?

DON MELCHOR.

¿Jesus!

(1) Libranza ó donosa.

No os injuriéis á vos misma

Con esa comparacion;

Que aquellos son.....

VENTURA.

Porqueria.

DOÑA MAGDALENA.

Esa sentencia pretendo

Pagaros reconocida

Con esta firmeza.

VENTURA.

Vaya.

DOÑA MAGDALENA.

Y á vos con esta sortija.

VENTURA.

¿Oh mano, mas celebrada...!

(Iba á decir que una misa

Nueva y de aldea; mas no,

Que es descompuesta osadia.)

Mano, si en bolsillos fiera,

En sortijas franca y linda,

Mano ginovesa ó fúcar,

Mano de papel batida,

Mano de reloj de Flándes,

De cabrito ó de cabrita,

De almirez que hace almendrada,

Y de misal manecilla;

Esta es mano, y no la otra,

Flemática, floja y fria,

Fragil, follona, fullera,

Fiera, fregona y Francisca.

¿Oh mano, en fin, de condesa

Chirinola, ó chilindrina!

Pues si acierta el escudero,

Es mano de señoría.

SANTILLANA.

¿Quereis callar?

DON MELCHOR.

¿Cómo es eso?

VENTURA.

No hay verdad que oculta viva.

Condesa de Chirinola

Sois: esta vez lo afirma.

DON MELCHOR.

¿Condesa, mi bien?

DOÑA MAGDALENA.

Creed,

Aunque al parlero despida,

Lo que os esté bien en eso.

SANTILLANA. (Ap.)

Apoyóse mi mentira.

DOÑA MAGDALENA.

Y en vuestra fe confiada,

Adios.

DON MELCHOR.

Veréisla cumplida

Antes que amanezca. Adios.

VENTURA.

¿O mano que mana minas! (Vanse.)

—

Sala en casa de Don Sebastian.

ESCENA VI.

DOÑA ANGELA, DON SEBASTIAN.

DON SEBASTIAN.

¿Cómo podré yo estorbar

Que este Don Melchor se case

Y de celos no me abrase?

DOÑA ANGELA.

Hoy se tienen de firmar

Las escrituras; mañana,

Que es fiesta, su amor espera

La amonestacion primera.

DON SEBASTIAN.

Y en ella mi muerte, hermana.

¿Nunca él hubiera venido

A Madrid!

DOÑA ÁNGELA.
¡Pluguiera á Dios,
Si se han de casar los dos!

DON SEBASTIAN.
Ya tu amor he conocido.
Bien le quierera.

DOÑA ÁNGELA.
Es verdad.

DON SEBASTIAN.
Hasta en eso me parecen.—
Mas que á Don Melchor mereces
Por tu sangre y tu beldad.—
Mas, en fin, los dos se casan,
Y los dos de pena y celos
Perecemos.

DOÑA ÁNGELA.
Mis desvelos
Del justo límite pasan
Que el amor de solo un dia
Permite.

DON SEBASTIAN.
Darle la muerte.

DOÑA ÁNGELA.
Medio es el que escoges fuerte,
Y contra la eleccion mia,
Que haciéndola en Don Melchor,
Se juzga bien empleada.

DON SEBASTIAN.
Muriendo él, aunque te agrada,
Tambien morirá tu amor.
Pero hagamos una cosa :
Esta boda alborotemos.

DOÑA ÁNGELA.
¿De qué manera podrémos?

DON SEBASTIAN.
Diré que me dió de esposa
El sí Doña Magdalena.

DOÑA ÁNGELA.
¿Dónde hallarás los testigos?

DON SEBASTIAN.
Criados tengo y amigos.

DOÑA ÁNGELA.
Para dilatalla es buena ;
Mas no para disuadilla.

DON SEBASTIAN.
Como agora se suspenda,
Mi calidad y mi hacienda
Bastarán á persuadilla.
Viejo es su padre : ¿quién duda
Que su edad será avarienta?
Seis mil ducados de renta
(Si el oro todo lo nuda),
Y el hábito que ya espero,
¿Qué cosa no alcanzarán?

DOÑA ÁNGELA.
Don Melchor es muy galán.

DON SEBASTIAN.
Pero mas lo es el dinero.
Hasta intentallo, ¿qué importa?

DOÑA ÁNGELA.
Nada ; mas desto te advierto,
Que si el desposorio es cierto,
Por ser mi ventura corta,
No he de estar mas un instante
En esta casa.

DON SEBASTIAN.
Yo voy,
Pues los conciertos son hoy,
A negociar lo importante
Para impedillos.

DOÑA ÁNGELA.
Ardid
Es provechoso, como halles
Testigos.

DON SEBASTIAN.
Tiene en sus calles

Todos los vicios Madrid.
Haz cuenta que es una tienda
De toda mercadería.
Siendo así, ¿bueno sería
Que aquí el interes no venda
Testigos falsos!

DOÑA ÁNGELA.
Allana (1)
Con ellos cuanto dinero
Tengo.

DON SEBASTIAN.
Mas barato espero
Negociar. Adios, hermana. (Vase.)

ESCENA VII.

VENTURA.—DOÑA ÁNGELA.

VENTURA.
Buscaba á señor el viejo,
Y pensé que estaba aquí.

DOÑA ÁNGELA.
Aguardaos : no os vais así.

VENTURA.
Vóime porque á mi amo dejo
Esperándome.

DOÑA ÁNGELA.
Escuchad.

VENTURA.

¿Qué manda vuestra hermosura?

DOÑA ÁNGELA.
¿Cómo os llamais?

VENTURA.
Yo, Ventura.

DOÑA ÁNGELA.
Buen nombre.

VENTURA.
Es de calidad,
Que soy muy cálido y franco ;
Pero aunque el nombre me alegra,
Es por ser mi dicha negra,
Llamar al negro, Juan Blanco.

DOÑA ÁNGELA.
¿No venistes vos anoche
De Leon?

VENTURA.
Vine.

DOÑA ÁNGELA.
Un secreto
Me guardad, si sois discreto.

VENTURA.
Mejor lo guardo que un coche.

DOÑA ÁNGELA.
Esta sortija os obligue.

VENTURA.
¡Oh mano, tambien perfeta !
(Ap. ¿Qué lapidario planeta
Mi dicha ensortija y sigue?)
Fuera Alejandro discreto,
Si cuando á la obligacion
De su amigo Efestion
Puso el anillo en secreto,
La mano en lugar del labio,
Le honrara, pues le selló ;
Que pues que no se le dió,
Ni fué liberal, ni sabio.
Mas yo que con él me quedo,
Mejor le sabré guardar,
Pues para poder callar,
Me pondré en la boca el dedo
Digo, el de este anillo, freno
Que mudo á la lengua doy.

DOÑA ÁNGELA.
¿Sabes, Ventura, quién soy?

VENTURA.
Sois cielo de amor sereno.

(1) Emplea, gasta, usa.

DOÑA ÁNGELA.
¿Podría yo competir,
En materia de querer
Con quien esposa ha de ser
De Don Melchor?

VENTURA.
Y salir
Triunfante del mejor rayo
Con que el sol alumbra el mapa,
Pues sin haber sido papa,
Me haccis de anillo lacayo.

DOÑA ÁNGELA.
¿Tiene Doña Magdalena
Muy tierno á vuestro señor?

VENTURA.
Mas léjos está su amor,
Que Paris de Cartagena.

DOÑA ÁNGELA.
¿Que no la tiene alicion,
Y es de su venida el norte?

VENTURA.
Como á un alguacil de corte
Que entra á hacer la ejecucion.
Mas faltas en ella nota
Que en una mujer preñada,
Que en una mula liada,
Y un juego, en fin, de pelota.
No se casará con ella,
Aunque le hagan gran Sofi.

DOÑA ÁNGELA.
Pues ¿para qué vino aquí?

VENTURA.
Cierta señoría bella
(Ya que todo lo deshuchó)
Aquestas bodas enfria.

DOÑA ÁNGELA.
¿Señoría?

VENTURA.
Señoría.

DOÑA ÁNGELA.
¿Y se quieren mucho?

VENTURA.
Mucho.

DOÑA ÁNGELA.
¿Quién es ella?

VENTURA.
Una condesa

De medio ojo y una mano,
Que el reino napolitano
Le dió la pinta y la presa,
Y ella á mi me dió el anillo
Que veis.

DOÑA ÁNGELA.
¿Y cómo se llama?

VENTURA.
Digo yo que es nuestra dama
La condesa del bolsillo.

DOÑA ÁNGELA.
¿Adónde cae ese Estado?

VENTURA.
Si no perdí la memoria,
Cae dentro de la Vitoria ;
Que es condesa de pescado.

DOÑA ÁNGELA.
Hablad de veras.

VENTURA.
Por Dios,
Que le ha enamorado allí
El mejor ojo que vi
(No os haciendo agravio á vos),
Y la mano mas brillante,
Que el jabon de Chipre honró.
Hoy la palabra nos dió
De que ha de ser nuestra esposa,
Como á estotra Magdalena
Olvide, y deje su casa.

Esto es todo lo que pasa;
Mas no os dé, señora, pena,
Que en sabiendo vuestro amor
Mudará de parecer,
Porque solo dejó ver
La Condesa á Don Melchor
Un par de ojos y una mano.
Mostralde vos la nariz,
Con el rosado matiz
Dese rostro soberano,
El hocico y dentadura,
Cocándole con el dote;
Que á Magdalena y su bote
Olvidará, y por Ventura
(Digo por mí) á la Condesa;
Pues si aquí con vos se casa,
Todo en fin se cae en casa.
(Ap. De lo hablado me pesa;
Mas este anillo me quita
El frenillo del secreto;
Que es como salvia en efeto,
Que la lengua facilita.)

ESCENA VIII.

DOÑA ANGELA.

No he menester yo mas desto
Para hacer que se dilate
Esta boda: mi amor trate
Nuevos pleitos, y sea presto;
Que aunque mas celosa estoy
De la Condesa que escucho,
La dilacion puede mucho.
A buscar mi hermano voy.

(Vase.)

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA IX.

DOÑA MAGDALENA, con otro vestido;
QUIÑONES.

DOÑA MAGDALENA.

Esto pasa: yo, Quiñones,
Soy amada aborrecida,
Desdeñada y pretendida:
¡Mira mis contradicciones!
Cubierta, doy ocasiones
A su pasion amorosa;
Vista, soy fea y odiosa;
Enamoro y desobligo;
Y compitiendo conmigo,
De mí misma estoy celosa.
Esta mano causa enojos
Que esta misma mano enciende;
Déjame quien me pretende,
Por unos mismos despojos.
Mal ha dicho destos ojos
Cuando los llama mas bellos;
Huye lo que busca en ellos;
Y puede la apension tanto,
Que es bastante solo un manto
Á amalllos y á aborrecellos.
Por desposarse conmigo,
De mí misma se descasa;
Y por pasarse á mi casa,
Deja mi casa, enemigo.
Yo que como sombra sigo
Sus pasos, pues lo parezco,
Lo que gano, desmerezco;
Lo que me da gusto, lloro;
Porque me adora, le adoro;
Y porque no, le aborrezco.
¡Has oído tú jamas
Caso como este en tu vida?

QUIÑONES.

Cosa es ni vista, ni oída;
Pero tú la ocasion das.
Envidiosa de ti estás;
Y niegas lo mismo que eres;
Por ti que te olvide quieres;
Y sin darte á conocer,

Siendo sola una mujer,
Te partes en dos mujeres.
Dásle joyas, y conjuras
Su amor, que no te dará
La mano, ni vivirá
Donde hospedallo procuras:
Que rasgue las escrituras
Le pides, y niegue el sí
Que anoche concertar vi;
Y pues de tí misma agora
Vencida, eres vencedora,
Véngate por tí de tí.

DOÑA MAGDALENA.

Mira: el verle tan constante
En amarme, me enloquece,
Y en cuanto á esta parte, crece
Mi fe, á su amor semejante.
Segun esto, no te espante
Que me obligue la fortuna
A ser conmigo importuna,
Y quiera ser sola amada;
Pues soy dos imaginada,
Aunque en la verdad soy una.
Solo en la imaginacion
Vive amor; y siendo en ella
Dos, una fea, otra bella,
Tengo celos con razon,
En cuanto doy ocasion
A que se case conmigo.
Si soy dos, ya desobligo
A la que desprecia y deja,
Y si no, ya forma queja
La que es de su amor testigo.
Como corren por mí cuenta
Una y otra, he de acudir
A entrambas hasta morir,
A un tiempo triste y contenta.
Premiarle porque intenta
Pagar firme mi esperanza,
Y entónces daré venganza
A su injurioso rigor,
Porque el desden y el favor
Paguen firmeza y mudanza.
Yo le querré eternamente,
Y eternamente tambien
Se vengará mi desden
De lo que en el suyo siente.

QUIÑONES.

De tí misma diferente,
Tejes contrarios desvelos.

DOÑA MAGDALENA.

Solo es poderoso, cielos,
En tan proceloso abismo,
Partir un corazon mismo
El cuchillo de los celos.

ESCENA X.

DOÑA ANGELA, DON SEBASTIAN,
DON JERONIMO, DON ALONSO.

DOÑA MAGDALENA, QUIÑONES.

DOÑA ANGELA.

Su criado lo confiesa,
Y otros afirman lo mismo,
Que le han contado los pasos.

DON SEBASTIAN.

A mí algunos me lo han dicho
Y no lo quise creer,
Hasta que siendo testigo,
Por mis ojos lo que pasa
En agravio vuestro he visto.
Palabra se han dado ya,
(Sospecho que por escrito)
Y se hubieran desposado,
A no habérselo impedido
La muerte del Conde viejo.
Como sois nuestro vecino,
Sentiré cualquier desgracia,
Que en la casa donde vivo
Os suceda: remediad

Este daño á los principios;
Que si le dejais crecer,
Corre riesgo su peligro.

DON ALONSO.

Don Melchor enamorado
Tan presto! De ayer venido,
Y hoy casado por conciertos!
¿Quién crerá tal desatino?

DON SEBASTIAN.

¿Qué sabeis vos lo que há
Que el leonés á Madrid vino,
Y los engaños que ha hecho
Disfrazado y escondido?

DON JERONIMO.

A no hablarle Don Luís
En la Vitoria conmigo,
Dudo que á vernos viniera,
Y así la verdad colijo
Que afirma Don Sebastian.

DON ALONSO.

Alto: si vos lo habeis visto,
¿Qué hay que dudar? Esta corte
Es toda engaños y hechizos.
No ha de estar un hora en casa,
Magdalena.

DOÑA MAGDALENA.

Señor mío,
Mas certeza tengo yo
En las dudas que os he oído.
Don Melchor, nuestro paisano,
Como mas discreto y digno
De estados y de bellezas,
Que los que en mi empleo ha visto,
Está en visperas de Conde.

DON ALONSO.

¿Tambien tú lo sabes?

DOÑA MAGDALENA.

Quiso

El cielo desengañarme.
Su esposa me ha dado aviso
En la Vitoria hoy de todo,
Que es muy amiga, y me dijo
Que un Don Melchor de Leon,
Aunque pobre, bien nacido,
Viníendose á desposar
Con otra, en fin, ha podido
Mas en un hora con ella
Que otro pudiera en un siglo.
Hanse parecido bien
Los dos; de suerte que ha sido
Del luto de un padre muerto,
Su presencia regocijo.
Ignoraba que era yo
La interesada; y convino
Disimular por sacar
Toda esta verdad en limpio.
En fin, estoy convidada
Al desposorio el domingo.
Que es, por su luto, en secreto.

DON ALONSO.

¿Casamiento repentino!
¿Y quién es esa Condesa?

DOÑA MAGDALENA.

Por hoy no puedo decillo,
Que me ha encargado el secreto
Hasta que esté concluido.

DON JERONIMO.

¿Vive Dios! Si no mirara
Que él mismo se da el castigo
Del necio trueco que hace....

DON ALONSO.

¿De qué os alborotais, hijo?
¿Qué pierde mi Magdalena
En que no sea su marido
Quien tan presto se enamora,
Que hoy se casa y ayer vino?

DOÑA MAGDALENA.

Es muy hermosa de manos,
Tiene los ojos muy lindos,

Llámalas Italia Condesa,
Muere por ser palatino....
Muy buen provecho le haga;
Que ni lo siento, ni envidio
Las mejoras de su amor.

DON ALONSO.

¿Hay caso mas peregrino?
Mal me paga la amistad
Que su padre y yo tuvimos;
Pero es mozo: no me espanto.
Vaya con Dios: yo he cumplido
Con lo que á su padre debo.
Ni es mas noble, ni es tan rico....
Yo te buscaré consorte
Caudaloso y bien nacido.

DON SEBASTIAN.

Si yo ese nombre merezco,
Y con mi hermana os obligo
A que por hijos troquemos
El título de vecinos,
Doce mil ducados tiene
De dote, y siendo los míos
Seis mil, que de renta gozo,
Daréis á mi amor alivio.

DON JERÓNIMO.

Deberéle á Don Melchor,
Si eso se cumple, infinito;
Pues por dejar á mi hermana,
Tan bella esposa consigo.

DON ALONSO.

La oferta me está muy bien,
Y como vuestra la estimo,
Aunque para mas de espacio
Los tratos della remito.
Venga agora el Conde nuevo;
Que el paraben le apercibo,
Sin que de sus mocedades
Me piense dar por sentido.

ESCENA XI.

DON MELCHOR, VENTURA.—DICHOS.

DON MELCHOR.

(Ap. Hoy tengo de despedirme.)

(A Don Alonso.)

¡Oh, señor! Aquí ha venido
Un capitán de Leon,
Algo deudo y muy amigo.
Va á casarse á Talavera,
Y necesita testigos
Que abonen su calidad:
La cortedad del camino
Me fuerza á que le acompañe.
Licencia vengo á pedirlos,
Y á vos, señora, paciencia
Para reprimir suspiros,
En vuestra ausencia forzosos.

DON ALONSO.

Sois cortesano cumplido.
Andad, Don Melchor, con Dios,
Y traed apercebidos
A la vuelta parabienes;
Que aunque breve, ya imagino
Que hallaréis á Magdalena
Consolada y con marido.

DON JERÓNIMO.

No es el viaje tan largo,
Don Melchor, como me heis dicho,
Ni está de aquí muchas calles
La posada que ha podido
Alejaros de la nuestra.
El pláceme os apercibo
Del título y desposorio.

VENTURA. (Ap.)

Algun Merlin se lo dijo.

DON SEBASTIAN.

Pésame, como es razon,
Que os hayamos conocido,
Señor, por tan poco tiempo.
Goceis la Condesa un siglo.

(Vase.)

(Vase.)

(Vase.)

DONÁ ANGELA.

Si no tiene inconvenientes
El Estado clandestino
Que honrais, decidnos el cuándo,
Porque vamos á servirlos. (Vase.)

VENTURA.

Quiñones, aquella ropa
Que te di ayer en un lio,
Dos camisas son y un cuello....

QUIÑONES.

Hoy las llevaron al río.
Acuda á la lavandera
Que se llama Mari-Pinos,
Porque si también se casa,
Aunque roto, vaya limpio.
Y Vuesñoria vea
A los nietos de sus hijos,
Archiduque al mayorazgo,
Y á los otros arzobispos. (Vase.)

ESCENA XII.

DONÁ MAGDALENA, DON MELCHOR,

VENTURA.

DONÁ MAGDALENA.

Todos le dan parabienes
A Vuesría, y yo he sido
De diverso parecer,
Pues pésames le dedico
De su desposorio en cierne.
Habrá un hora que me dijo
La Condesa, con quien tengo
Mucha amistad, que un su primo
Viene hoy por ella de Italia;
Que está la herencia á peligro
De sus Estados, si deja
De dar á no sé qué Enrico
La palabra y sí de esposa;
Y que así al instante mismo
Es fuerza el irse á embarcar
A Barcelona; que han dicho
Que se parten las galeras,
Y corren riesgo navios,
Porque en toda aquella costa
Andan cosarios moriscos.
Pidióme que de su parte
Me despidiese á lo fino,
Y enjugó á los soles perlas
Con aquel marfil bruñido,
En cuya comparacion
Es yeso, es carbon el mio,
Y es en fin, una Etiopia.

VENTURA. (Ap.)

¡Oste, puto! ¡piconcicos!

DONÁ MAGDALENA.

Por no tiznar señorías
Que se quiebran como vidrios,
No sustituyo condesas,
Que abrasan, y yo granizo.
Mi padre me busca esposo:
A obedecelle me animo;
Pésame que Vuesría
Fue llamado y no escogido.
(Hácele una gran reverencia, y vase.)

ESCENA XIII.

DON MELCHOR, VENTURA.

VENTURA.

Conde en calzas y en jubon
Te han dejado. Vive Cristo,
Que la tapada borracha
Nos la pegó de codillo.
Patihobo te has quedado;
Alma Garibaya has sido:
Ni te quiere Dios ni el diablo,
Pues las dos te han despedido.
Vendamos aquesas joyas
Con que alquilemos hospicios,
Si no son falsas como ellas
Esa firmeza y anillos.

DON MELCHOR.

Volverme quiero á Leon.

VENTURA.

¿Qué has de hacer allá, corrido
Mas que perro por antrujeo (1),
Sin mujer y sin bolsillo?

DON MELCHOR.

Yo tengo fortuna corta.
Salgamos de laberintos,
Donde hoy se casan amantes,
Y enviudan al tiempo mismo.
¡Jesus mil veces, cuál voy!
No mas Madrid.

VENTURA.

Motolitos (2)

Entran, como tú, brillantes,
Y salen almas del limbo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MELCHOR y VENTURA, de camino.

DON MELCHOR.

¿Vino el mozo?

VENTURA.

Con dos mulas

Tan macilentas y flacas,
Que si por Madrid las sacas,
Dirán que pregonas bulas.

DON MELCHOR.

Ponme pues esas espuelas.

VENTURA.

Los dos, en resolucion,
¿Nos volvemos á Leon?

DON MELCHOR

Ventura, no mas cautelas,
No mas amor de camino.—
¡Hoy ido, y casado ayer!

VENTURA.

La disfrazada mujer
Te quiso bien á lo fino,
Como dirá la firmeza
Que con treinta y dos diamantes,
A lo culto rutilantes,
Te asegura su riqueza.
Seiscientos ducados da
A la primera palabra
Un platero que los labra.

DON MELCHOR.

De memoria servirá,
Ventura, para tenella
De su dueño mal logrado,
Perdido hoy y ayer ballado.

VENTURA.

Mas nos valiera vendella,
Pues no saben en Leon
De los diamantes el precio.

DON MELCHOR.

¿Son allá bárbaros, necio?

VENTURA.

No, mas montañeses son,
Que sin hacerles injurias,
Por vidrios los juzgarán
Los que diestros solo están
En azabaches de Asturias;
Y no sé yo que tú tengas
Para el camino dinero.
Mi anillo compró el platero,
No para que en él prevengas
Tu costa, que son mis gajes,
Y si me dió treinta escudos,
Tienen otros tantos ñudos.

(1) Carnaval.
(2) Mancebites inoportunos.

Cuellos de cambray sutil,
Camisas de holandá, y tal
Que te la puedes beber,
Dulces, que bastan á ser
De Santo Domingo el Real,
O de una Constantinopla (1)
Dechados, para imitarse,
Y sin querer destaparse
Sino sola una manopla
Me dijo: «Paji-lacayo,
Al Conde mi señor diga
Que su buena suerte siga.»
Y acogiéndose como un rayo.

DON MELCHOR.

Vamos, pues, á la Vitoria.

VENTURA.

¿Con botas y con espuelas?

DON MELCHOR.

Ya son de mi amor pihuelas
Para detener mi gloria.

VENTURA.

¡Oh qué traidores doblones!
Cada uno tiene dos caras:
Todas son yemas; no hay claras
De reales ni patacones.

DON MELCHOR.

Ven, y no te espantes deso,
Pues me los presenta un sol.

VENTURA.

¡Oh escudero chirinol!

SANTILLANA.

¿Mas que vuelve á lo del beso? (Vanse.)

Sala en casa de Don Sebastian.

ESCENA V.

DOÑA ANGELA, QUIÑONES, con manto.

QUIÑONES.

Antes de quitarme el manto,
Por lo que á tu hermano debo,
A ser tercera me atrevo
De vuestro amoroso encanto;
Que aunque sea á mi señora
Infiel, estoy obligada
A tu hermano, y cohechada
De mil regalos que agora
Estorbos han de allanar
Que su cuidado encarece.
Sé lo mucho que merece;
Mas no se podrá casar
Con el Doña Magdalena,
Mientras durare el amor
Que á tu amante (2) Don Melchor
Da por la Condesa pena.
Ella fingió su partida
A Nápoles por saber
Si el leonés sabe querer.

DOÑA ANGELA.

¿Luego no es la Condesa ida?

¿Luego no se va á casar

A Nápoles con su primo?

QUIÑONES.

Su ingenio sutil estimo.
Engaño fue, por probar
Si á mi señora quería,
Y se casaba con ella;
Pero viendo que atropella
Tantas cosas en un día,
Y que se vuelve á Leon,
(Despreciando la belleza,
Discreción, sangre y riqueza,
Que juntas á la afición
Que mi señora le tiene,
Bastaban á enternecer
Un mármol) ser su mujer

(1) El convento de religiosas así llamado que había en Madrid.

(2) Participio activo en lugar del pasivo.

Con nuevas trazas previene.

Nuestra Doña Magdalena
(Que para decir verdad,
Tiene extraña voluntad
A Don Melchor), con la pena
Y celos de quien adora,
En fe que por él se abrasa,
Para saber lo que pasa
Me ha hecho su inquisidora.
En efecto, me he informado
Que ni á Nápoles se va,
Ni vino á Madrid de allá
Tío para darla estado;
Antes á su Don Melchor
Obligada, cuando estaba
El pie en el estribo, y daba
Nuevo repudio á su amor,
Dos mil escudos le envía,
Y un regalo (amante y franca)
De dulces y ropa blanca...
Pero, en fin, es señoría.
Y en la Vitoria le espera,
Donde tratarán los dos,
Con la bendición de Dios,
Echar cuidados afuera
Y desposarse mañana.

DOÑA ANGELA.

Si eso es cierto, muerta soy.

QUIÑONES.

Yo que este aviso te doy
Y tengo engaños de indiana,
Como tú te determines
A un hecho digno de fama,
Daré á tu amorosa llama
Dichosos y alegres fines.
Vístete de luto, y ve
A la Vitoria cubierta;
Que él aguardará á la puerta
Su condesa; y si te ve
Tapada, y con luto, luego
Te ha de tener por su dama,
A quien adora por fama,
Sin que su amoroso fuego
Haya alcanzado á ver mas
Que una mano y un medio ojo
Ocasión de tanto enojo.
La tuya le enseñarás;
Que cuando no sea mejor,
A lo menos su cristal
Es á su belleza igual.
Dile finezas de amor:
Agradécele discreta
El haber por ti dejado
Tal mujer; di que tu estado,
Y voluntad ya sujeta,
Por dueño elegirle ordena.
Y porque en la casa tuya
Habrá estorbos, en la suya,
Sin que Doña Magdalena
Lo sepa, esta tarde quieres
Darle de esposa la mano.
El con tal favor ufano,
Sin consultar pareceres,
Que no los admite amor,
Te guiará á su casa luego:
Darás alivio á su fuego,
Y dueño noble á tu honor.
Pues no habiendo visto, en fin,
De la Condesa la cara,
Si en tu hermosura repara,
Retrato de un serafín,
¿Quién duda que en su provecho
Engañado, si lo sabe
Después, su dicha no alabe,
Y te adore satisfecho?
Quedarás la Condesa
Burlada; dará á tu hermano
Mi señora el alma y mano;
Y viendo lo que interesa
Don Jerónimo, después
Que por perdida te llora,

Podrá ser que se enamore
De la Condesa, y los tres
Os caseis por causa mía:
Tú y Don Melchor; mi señora,
Y tu hermano que la adora;
Y con una señoría
Don Jerónimo, porque haya
Mejor fin del que se espera,
De tres yo casamentera,
Y un amor de tres en raya.

DOÑA ANGELA.

¡Determinación terrible!
Pero á un grande daño es medio
Forzoso otro igual remedio,
Y sin ese no es posible
Atajar el que yo lloro,
Si se intentan casar hoy.
Resuelta en seguirle estoy,
Que al leonés gallardo adoro.
Salga yo bien deste enredo,
Y daréte un dote igual
A tu ingenio.

QUIÑONES.

La señal

Con que asegurarte puedo,
Es el bolsillo que ves,
Y lleno de escudos dió
Don Melchor, la vez que habló
A la Condesa. Despues
Te diré de la manera
Que vino á mi posesion.
Cuelgatele del cordon;
Asegura esta quimera,
Y vete á vestir de luto;
No pierdas por tu tardanza
El fruto de tu esperanza.

DOÑA ANGELA.

Y la vida con el fruto.
Notables cosas intento.
¡Ay tirano Don Melchor!
Anime mi firme amor
Este extraño atrevimiento. (Vase.)

ESCENA VI.

QUIÑONES.

Si Doña Angela se casa
Con Don Melchor, deste modo
A mi señora acomodo
Con Don Sebastian, y en casa
Se queda todo el provecho.
Pues que despues de casados
Me quedarán obligados
Y mi interes satisfecho.
A alargar la dilacion
De mi ama voy agora,
Porque su competidora
Le gane la bendicion. (Vase.)

Lonja de la Victoria.

ESCENA VII.

DON MELCHOR, DON LUIS.

DON LUIS.

Ya os juzgaba una jornada
De aquí.

DON MELCHOR.

Nuevas ocasiones
Dan á mi amor dilaciones.
Aquella dama tapada
Que ayer visteis enlutada,
Ha de volver hoy aquí.

DON LUIS.

¿No fué la Condesa?

DON MELCHOR.

Sí.

DON LUIS.

Pues ella ¿no se partió
A Nápoles?

DON MELCHOR.

Primo, no;
Que á Italia deja por mí.
Vos me veréis coude presto,
Y dueño de una hermosura,
Que dé envidia á la ventura,
Y á mi amor un alto puesto.

DON LUIS.

Ya el parabien os apresto;
Aprestad vos á mi pena
El pésame, pues ordena
Para que muera y me abrase,
Que Don Sebastian se case
Con mi Doña Magdalena.
Don Jerónimo ha pedido
A Doña Angela, y el viejo
Aprobando su consejo,
Da á mi tirana marido.
Estoy de celos perdido,
Y si se casan los dos,
Podrá ser, primo, por Dios,
Que algun disparate intente;
Porque mi amor no consiente
Celos de otro que de vos.

DON MELCHOR.

Vivid vos seguro desos,
Porque yo no me casara
Con ella, si despojara
Al Potosí de sus pesos.
Por los ojuelos traviesos
Que adoro, y ya llamo míos,
Hace mi amor desvarios,
Y esotros me dan enojos,
Que son muertos, si son ojos,
Y si son soles, son frios.

DON LUIS.

Consientôds hablar mal dellos
Por lo bien que eso me está;
Puesto que el cielo podrá
Poner sus luces en ellos.
Gozad vos los vuestros bellos
Mil años con dulce fruto,
Que miéntras os dan tributo,
Si mis celos ponderais,
En esta ocasion mezclais
Vuestras bodas con mi luto. (Vase.)

ESCENA VIII.

VENTURA, y despues DOÑA ANGELA,
de luto como Doña Magdalena, y ta-
pada. — DON MELCHOR.

VENTURA.

Ea, señor, ya ha llegado
Nuestra condesa dorada,
Que á quien da dos mil escudos
Así quiero intitularla.
Llega haciendo reverencias
O paternidades, y habla.
Mil doblones te envió;
Dobla las rodillas ambas.

DON MELCHOR.

O hermosa señora mía,
¿Cuándo ha de romper el alba
Los crepúsculos oscuros,
Dese sol nubes avaras?
¿Cuándo dirá mi ventura,
Despues de noche tan larga,
Que el cielo corrió cortinas,
Y amaneció la mañana?

VENTURA.

¿Cuándo, ó bella Chirinola,
Costurera hallenata,
Pues con agujas del sol
No cosistes ropa blanca,
Desnudandôds ornamentos,
Pues alba mi amo os llama,
Los dos os podremos ver
En sobrepelliz ó en alba?
¿Cuándo dirá: «Ropa fuera»

El ciego amor que os enmanla,
O rasgará, por leerlos,
La cubierta desa carta?

DON MELCHOR.

Apártate allá, Ventura.

VENTURA.

Toda ave á la aurora canta,
El jilguero y el gorrión:
Música hay tambien lacaya,
Mi parte tengo en el coro:
Canta y cantemos.

DON MELCHOR.

Aparta.

VENTURA (Ap.)

Y en los dulces, ya yo he dicho
Ite, Missa est á dos cajas.

DOÑA ANGELA.

Mala noche os habrá dado
Mi mentirosa jornada,
Prueba de vuestra firmeza,
Vitoria de mi esperanza.

DON MELCHOR.

Es así; pero no es mucho
Pasar una noche mala
Por un día tan alegre.

DOÑA ANGELA.

Quedandôds vos en España,
Mal se pudiera partir,
Quien os quiere tanto, á Italia
Pues pasara de vacío
Amor un cuerpo sin alma.

DON MELCHOR.

Dadme por esa merced
A besar la nieve helada
Del puerto de mis deseos.

VENTURA.

Quitad la encella á esa nata,
Si es que hay natas con encellas;
Que yendo á decir cuajada,
Andan, desde que hablan cultos,
Las metáforas bastardas.

DOÑA ANGELA.

No es mano de cada día:
Un ojo enseñaros basta,
Réditos de vuestro amor,
Que mi principal os paga.

DON MELCHOR.

Eso fué pagarme en oro,
Cuando os ejecuto en plata;
Que al buen pagador, señora,
No le duelen prendas.

VENTURA.

Vaya,
Hoy cobramos en doblones,
Puesto que ojos con pestañas
Es moneda de vellón;
Mas, ó mi vista se engaña,
O no es ese ojo el de ayer;
Que su niña era mulata,
Y hoy se ha vestido de azul,
Que llama el vulgo, de garza.

DON MELCHOR.

Anda, necio.

VENTURA.

¿Vive Dios,
Que era endrina toledana
La niñeta que ayer vimos,
Y hoy nos mira turquesada!
Pero no te espantes desto,
Que ha venido de Alemania
Un maestro que tiñe ojos,
Como otros cabello y barbas.

DON MELCHOR.

No hagais caso deste necio;
Que yo doy crédito al alma,
Que con pinceles mas vivos
En mi memoria os retrata.
Yo sé que es ese el que adoro.
Mas ¿qué es esto? ¿Otra enlutada!

VENTURA.

Serán como cartas de Indias,
Que se escriben duplicadas.

ESCENA IX.

DOÑA MAGDALENA, de luto. — Dichos.

DOÑA MAGDALENA.

Solo en vuestro noble trato
Estribó la confianza,
Don Melchor, que hice de vos;
Pero pues tan presto os falta,
Y venido de antiyer,
Me ocupan mantos la plaza
Que pensé yo que era mía,
Cuando la juzgué estar vaca;
Con desengaños costosos
Dando libertad al alma,
A precio de algun suspiro,
Podré ya volverme á Italia.
Gocéis la ocupacion nueva
Mil años; que escarmetada
En mi misma, sabré, en fin,
Lo que son hombres de España.
(Hace que se va.)

DON MELCHOR.

Señora, señora mía,
No desdeñéis enojada
La confusion de un amor,
Que ni os conoce ni agravia.
¿Sois vos mi hermosa Condesa?

DOÑA MAGDALENA.

Que era vuestra, imaginaba
Quien colige desas dudas
Que sois de memoria flaca.
Presto me desconocéis.
Adios.

DON MELCHOR.

¡Ay Condesa amada!
O no os vais, ó daré voces.

DOÑA ANGELA.

¿Condesa! ¿Hay traicion mas rara?
¿Luego otra condesa ha habido
En la corte, en cuyas llamas
Os abrasais?

VENTURA.

Hay agora
Señorías muy baratas.

DOÑA ANGELA.

Gracias á Dios, que con tiempo,
Aunque el llanto la costa haga,
Podrá hacer mi libertad
Una bella retirada.

No creyera yo, hasta verlo,
Que en las leonesas montañas,
De la suerte que en la corte,
Engaños se avecindaran.
Discreto fué mi recato
En no enseñaros mi cara:
Poco hay perdido hasta agora:
Mi nombre ignorais y casa.
Si hiciéredes diligencias
Para saberla, mañana
A Nápoles me escribid,
Porque me alcancen las cartas.
Adios. (Quiere irse.)

DON MELCHOR.

Condesa, mi bien,
Oid, escuchad. — ¿Qué extrañas
Confusiones me persiguen?

VENTURA. (Ap.)

¿Qué gentil chirinolada!
DOÑA ANGELA.
No quiero llevar memorias
Que entristezcan mi jornada.
Deste bolsillo me hicistes
Antiyer depositaria:
Pues el dueño pareció
(Aunque á vos no os hará falta
Pues que con dos mil escudos

MI libertad se rescata),
Haced alguna obra pia
Con su valor, ó dad traza
De engañar con él condesas,
En oír misa ocupadas;
Que yo hiciera mi camino
Satisfecha, si mezclara
En los dulces rejalgas,
Ponzoña en la ropa blanca,
E imitando á Deyanira,
La ingratitud castigara
De un hombre tan descortés.

DOÑA MAGDALENA.
¿Qué es esto, ilusión pesada?
¿Vos de Nápoles Condesa?
¿Vos en el disfraz velada
De un manto, en esta capilla
Fuistes antiyer la causa
De la confusion presente?
¿Vos dinero, ropa blanca
Y dulces á Don Melchor?

DOÑA ÁNGELA.
Diréis que no: cosa es llana;
Que como en el luto y nombre
Usurpais mi semejanza,
Queréis de ajenos presentes
Levantaros con la gracias.
Gozaldas enhorabuena;
Que si esta prenda no basta
(Enseña el bolsillo de Don Melchor.)

A desengaños tan ciertos,
Ellos me darán venganza.

VENTURA.
Esta probó su intencion.

DON MELCHOR.
A satisfaccion tan clara,
¿Quién pondrá, Condesa mia,
Dudas, pleitos, ni demandas?
En vuestro favor sentencia
Tan reconocida el alma,
Cuanto confusa de ver
Vencida á vuestra contraria.
Señora, á quien no conozco,
Que me pesa, os doy palabra,
De condenaros en costas
De una hula tan pesada.
Si hareria de mí quisisteis,
Desazónaseos la traza;
Vuestras armas os hirieron:
Idos á curar á casa.

VENTURA.
Mamá la su Señoría.
¡Oh Condesa redomada!
La picardía os gradúa
Con la boria de bellaca.

DOÑA MAGDALENA.
(Ap. Yo estoy de suerte perdida,
Que si no me desengañan
Que duermo, daré mil voces,
Aunque peligre mi fama.)
Sutilezas de Madrid
Me habrán robado de casa
Ese bolsillo que encierra
Los hechizos que me encantan.
Ya me pesa que no hayais
Visto, Don Melchor mi cara,
Porque enseñándosla agora,
Viéades quien os engaña.
Pero esperad: ¿conoceis
Aqueste ojo?

DON MELCHOR.
¡Ay sol del alma!
¡Ay norte de mis deseos!
¡Ay guía de mi esperanza!
¡Y cómo que le conozco!

VENTURA. (Ap.)
Ya empezamos nuevas chanzas?
Bolsillo y ojos compiten:
Ofrezcós al diablo á entrambas.

DOÑA MAGDALENA.
¡Acordádsos de los cabos

Que de mi cordon colgaban,
Cuando el ladrón los cortó?

DON MELCHOR.
Dos trenzas eran de nácar.

DOÑA MAGDALENA.
¿Son estas?

DON MELCHOR.
Sí, mi señora.
DOÑA MAGDALENA.
Juzgad agora quien causa,
De vos ó de mí envidiosa,
Los enredos que me agravian.

DOÑA ÁNGELA.
Los cordones del bolsillo,
Que con sutileza tanta
Me cortó no sé yo quién,
En misa estotra mañana,
Téngolos guardados yo,
Y aquesas son señas falsas,
Pues para contrabacerlos,
Hay en la corte seda harta.

DON MELCHOR.
Ventura, ¿qué dices desto?

VENTURA.
Que ha sido almendra preñada
Nuestra Condesa de á dos,
O erizo con dos castañas,
Huevo que dos yemas tuvo,
Y aunque con cáscara entrambas,
Tu amor, que es gallina clueca,
Hoy estas dos pollas saca.

DON MELCHOR.
¿Problemática cuestion!
Dos sendas hallo encontradas,
Y yo indiferente entre ellas,
Igno por cuál me vaya.
Pero la mano, que fue
De mi amor primera causa,
Tengo dentro el alma impresa,
Y la memoria la guarda,
Mostradme, señoras mías,
Cada cual la suya, y salga
Vitoriosa la que obligue
Que mi amor llegue á besarla.

DOÑA MAGDALENA.
Soy contenta.

DOÑA ÁNGELA.
Y tambien yo.

ESCENA X.

DON JERONIMO, DON SEBASTIAN,
hablando en el fondo.— Dichos.

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)
¡Ay Dios! ¿mi hermano! Si me halla
Aquí, ocasiono su enojo.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)
Mi hermano es este: no hay traza
De salir con mis contentos.

DOÑA MAGDALENA.
Ya estaba determinada
De que mi mano ofendida
Desticiere esta maraña;
Pero no lo mereceis.
Adios. (Ap. ¡Ay! ¿Cuál voy!) (Vase.)

ESCENA XI.

Dichos, menos Doña Magdalena.

DOÑA ÁNGELA. (Ap. ¿Que vaya
Vencida mi opositora!)
Como salieran á plaza
Su mano agora y la mia,
La vitoria se declara
Por mi parte, pues se va;
Y yo por vos agraviada,
De vuestro incrédulo amor
Me vengo con no mostraria.

Mañana intento partirme:
Ved qué mandais para Italia. (Vase.)

ESCENA XII.

DON MELCHOR y VENTURA, en el
proscenio; DON JERONIMO y DON
SEBASTIAN, retirados.

VENTURA.
¿Volverémos por las mulas?
¿Qué te quedas hecho babia?
Dos mil escudos nos dejan:
Bercebú con ellas vaya.

DON MELCHOR.
¿Hay caso que iguale al mio?

VENTURA.
Ni sé si es dicha, ó desgracia.
Mas Don Jerónimo es este,
Y su vecino: si tratas
De componerte con ellos,
Llega á hablarlos. Dos hermanas
Te adoran, pideles una,
O á queste lado te aparta.

DON JERONIMO.
No hay que reparar en dotes,
Pues solo mi amor repara
En los de naturaleza
Que á Doña Ángela acompañan.
Ya están los contratos hechos:
Casados con dos hermanas,
Mediando lazos, amor
Reciprocará cuatro almas.

DON SEBASTIAN.
La mia reconocida
Os rinde infinitas gracias
Por el dueño que la dais,
Tierno alivio de mis ansias.

DON JERONIMO.
(Reparando en Don Melchor.)
¿No es este el conde de anillo?

DON SEBASTIAN.
El mismo, aunque le juzgaba
Cinco ó seis leguas de aquí.

DON JERONIMO.
Por no ocasionar palabras,
Que reducidas en obras
Averiguen las espadas,
Fingiré que no le veo.

DON SEBASTIAN.
Haceis bien. Vamos á casa. (Vase.)

ESCENA XIII.

DON MELCHOR, VENTURA.

VENTURA.
No te han visto, ó no han querido.

DON MELCHOR.
¿Será posible que haya
Historia como la mia,
En cuantas dan alabanza
A poéticas ficciones?

VENTURA.
¿Oh qué comedia tan brava
Hiciera, á ser yo poeta,
Si escribiera aquesta traza!

ESCENA XIV.

SANTILLANA. — DON MELCHOR,
VENTURA.

SANTILLANA.
La Condesa mi señora,
Aunque dice que enojada
Con vos se partió de aquí,
Que vais esta noche os manda
A la una (no á las doce,
Porque entónces se despachan
Provisiones por Madrid,

Que trocara yo por ámbar)
A la calle donde vive
Doña Magdalena, dama
Que vos diz que conocéis;
Que por no se qué desgracia
Que la Condesa recela
Con quien intenta llevarla
A Nápoles, esta noche
Teme volver á su casa,
Y así se queda en estotra.
Dice, en fin, que á una ventana,
Que sale á una calle estrecha,
Para hablarlos os aguarda;
Pero que no ha de saber
Doña Magdalena nada
De lo que por mí os avisa;
Que habrá carambola extraña.
No me encargó la respuesta.
Si habeis de ir, catarros andan:
Aforraos con media azumbre,
Y dos coñetas colchadas. (Vase.)

ESCENA XV.

DON MELCHOR, VENTURA.

DON MELCHOR.

Oid, escuchad.....

VENTURA.

Es sortido.

DON MELCHOR.

¿Qué dices de esto?

VENTURA.

No vayas;

Que temo que han de cogerte
Su hermano y padre en la trampa.

DON MELCHOR.

¿Para qué?

VENTURA.

Para casarte,

O pedirte la palabra
Que diste á su Magdalena.

DON MELCHOR.

¿Cómo si ves que se casa
Con Don Sebastian?

VENTURA.

No sé.

No imagino que le faltan,
Sin que en su casa se hospede,
A la Condesa, posadas.
Don Jerónimo, sentido
Del desprecio de su hermana,
Fingiéndose no conocerte,
Junto á ti sin hablar pasa.....
Mira lo que haces primero.

DON MELCHOR.

Si la Condesa me llama,
No hay que mirar, ni temer:
Que venga el recaudo hasta
En nombre de mi señora.
Pero ¿cuál será de entrambas?
¿La primera, ó la segunda?

VENTURA.

Eso, averigüelo Vargas. (Vanse.)

Bala en casa de Don Alonso.

ESCENA XVI.

DOÑA MAGDALENA, con otro vestido;
QUINONES, con el bolsillo de Don
Melchor en la mano.

QUINONES.

Vesle aquí, que de guardado
Le daba yo por perdido.
(Ap. A no haber ántes venido
Doña Angela, ¡en buen cuidado
Me habia puesto!)

DOÑA MAGDALENA.

Hubiera dado

Quinones, yo cualquier cosa,
Aunque estuviera quejosa
De tí, porque te le hurtaran,
Y estos enredos hallaran
Salida ménos dudosa.
Ese, ú otro como él,
A Don Melchor engañó,
Y otra mujer como yo
Turbó mi esperanza fiel.
Hablóle ciega por él;
Y teniéndola por mí,
Que le daba cuenta oi
De mi amor distintamente,
Desde el instante presente,
Hasta el punto que le vi:
Lo que pasó en la Vitoria
Cuando el bolsillo me dió,
Lo que en casa sucedió,
De mis agravios la historia,
Su camino y la memoria
Del regalo que le hice.
Que á Italia se parte dice,
Y que es la Condesa, prueba:
Mira tú si hay Circe nueva
Que así engañe y así hechice.

QUINONES.

¿Quién será? ¡Válgame el cielo!

DOÑA MAGDALENA.

Eso me tiene perdida.

QUINONES.

Ya de otra dama ofendida,
No tendrás de tí recelo.

DOÑA MAGDALENA.

Con ese mismo desvelo
Quejas de mi misma doy;
Pues si la Condesa soy
Que él ama, y mi opositora
Finge ser la misma agora,
Mal conmigo misma estoy.
Como á condesa, ¿no me ama,
Don Melchor?

QUINONES.

Por tí se enciende.

DOÑA MAGDALENA.

¿Ser condesa no pretende
Mi enemiga?

QUINONES.

Así se llama.

DOÑA MAGDALENA.

Luego si una misma llama
Causa aqueste frenesí,
Y yo quien le abrasó fui;
Aunque esotra lo enamore;
Mientras en ella me adore,
Celosa estaré de mí.
Dame tú que ella dijera
Ser Magdalena fingida,
Y vieras que aborrecida,
Della como de mi huera.
Mira que extraña quimera
Causa este ciego interés,
Que en tres dividirme ves,
Y aunque una sola en tres soy,
Amada en cuanto una, estoy
Celosa de todas tres.

QUINONES.

Parece juego de manos.
¡Lindos desvelos te matan.
Mientras que casarse tratan
Hoy hermanas con hermanos!

DOÑA MAGDALENA.

Saldrán sus conciertos vanos.

QUINONES.

Tu padre, Don Sebastian,
Y Don Jerónimo están
Sobre esto encerrados.

DOÑA MAGDALENA.

Traten

Que estos celos no me maten,

Quinones, y acertarán.
Ya es tarde: di que indispuesta,
Temprano me recogí,
Si preguntaren por mí.

QUINONES.

¿No sosegaste esta siesta?

DOÑA MAGDALENA.

Soime á mi misma molesta,
Porque compito conmigo.

QUINONES.

¿Quiéreste acostar?

DOÑA MAGDALENA.

¿No digo

Que sí?

QUINONES.

Ven pues.

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)

A velar

Voy amor, por esperar
En mi amante á mi enemigo.

Calle. — Es de noche.

ESCENA XVII.

DON MELCHOR y VENTURA, como
de noche.

DON MELCHOR.

Esta es la calle aplazada,
Y la ventana una destas,
Que mis esperanzas verdes
Sus verdes hierros enredan.

VENTURA.

No hará á lo ménos la calle
Informacion de limpieza,
Ni es malo aquí un romadizo
Con dos botas de diez suelas

DON MELCHOR.

¿Las cuántas son?

VENTURA.

El cahiz

Dió Santa Cruz, y ya empiezan
Perfumeras mantellinas
A arrojar quintas esencias.

DON MELCHOR.

¿Agradable oscuridad!

VENTURA.

Salen la luna y estrellas
De medio ojo, porque imiten
Nuestras dos chirri-condesas.

DON MELCHOR.

¿Cuál la que adoro sería?
¿O qué es lo que la otra intenta
Con engaño semejante,
Que estoy loco?

VENTURA.

Por las señas

Del bolsillo y los cordones,
En derecho suyo alegan
Cada cual valientemente.
Bercebú que caiga en ellas.

DON MELCHOR.

¿Que dos mujeres tapadas
Hacer con los mantos puedan
Tan sutil trasformacion!

VENTURA.

Son pandillas encubiertas.

ESCENA XVIII.

DOÑA MAGDALENA, á una ventana.—
DON MELCHOR, VENTURA.

VENTURA.

Pero una cara se asoma
Por los claros desa reja;
Que aquella brizna de luna
Sirve de perro de muestra.

DON MELCHOR.
Dices bien.

DOÑA MAGDALENA.
¿Es Don Melchor?

DON MELCHOR.
¿Sois vos, mi enlutada bella?

DOÑA MAGDALENA.
Bajad la voz y acercaos,
Que estamos en casa ajena.

DON MELCHOR.
¿Cuándo he yo de merecer
Ver ese cielo de cerca?
Que para mí el mismo efeto
Hace el manto que una ausencia.

DOÑA MAGDALENA.
Cuando ménos enojada
Esté yo, y mas satisfecha
De que vos no ocasionais
Disfrazadas competencias.
Yo sé bien que conocistes
A quien me ofende.

DON MELCHOR.
Estad cierta
Que á conocerla ó amarla,
Ni ella lo que no es fingiera,
Ni yo os burlara.

DOÑA MAGDALENA.
¿Es hermosa?

DON MELCHOR.
Dudo yo de que lo sea
Quien pretende acreditarse
Vendiendo hermosura ajena.

DOÑA MAGDALENA.
Ahora bien, yo os doy perdon,
Como propongais la enmienda.

DON MELCHOR.
La enmienda supone culpa,
Y yo nunca os hice ofensa.
Mas, mi bien, si al que perdona,
Humilde la mano besa
El perdonado, no es justo
Que yo este derecho pierda.
Honre ese cristal mis labios.

DOÑA MAGDALENA.
Está tan alta esta reja,
Que no podréis alcanzalla.

DON MELCHOR.
Para amor todo está cerca.
Venturilla, ah, mi Ventura.

VENTURA.
¡Bueno, por Dios! ¿me requiebras?
Mas barbon soy que un peraille.

DON MELCHOR.
Ponte aquí debajo; llega.

VENTURA.
Arre allá: ¿qué diablos dices?

DON MELCHOR.
Para que la mano pueda
Alcanzar de un serafín,
Sé atlante de mi firmeza.
Tus espaldas me sublimen.

VENTURA.
¡Mal año! Busca una yegua
O el banco de un herrador,
Que soy macho y no eres hembra.

DON MELCHOR.
Hazme esta merced, que así
Quiero llamarla.

VENTURA.
Dijeras
Servicio, que agora hay hartos
Que á todo Madrid inciensan.

DON MELCHOR.
Enojárme contigo.

VENTURA.
¿Yo debajo de tí? ¡Afuera!

Ni aun de burlas, vive Dios.
Echa esa carga á otra bestia.

DON MELCHOR.
¿Si este vestido te doy?

VENTURA.
Extrañamente me aprietas.
Por esta vez, vaya.

DON MELCHOR.
Ponte.

VENTURA.
Acabemos, sube y besa,
Que ya estoy en cuatro piés;
(*Sube encima de las espaldas de Ventura.*)
Mas si luego no te apeas,
Advierte que se enhermanan
Los mulos de aquesta recua.

DON MELCHOR.
¡Ay hermosa mano mía,
Que amorosa, dulce y tierna
Alimentais mi esperanza!

VENTURA. (Bajo á su amo.)
¡Ay, pelmazo, y cómo pesas!

DON MELCHOR.
¡Qué dello debo á esta mano!

DOÑA MAGDALENA.
Presto, llamándola vuestra,
Presos al yugo de amor,
No habrá quien el nuestro ofenda.

DON MELCHOR.
¡Qué súaive para mí,
Será su carga lijera!

VENTURA.
(*Ap. Como para mi pesada la mía.*) (*Bajo á su amo.*) Costal de
Acaba con Satanás, [arena,
Que pesas mas que una deuda,
Y estoy, sin ser corcobado,
Como salchichon en prensa.

DON MELCHOR.
¡Mi cielo, mi luz, mi gloria!

DOÑA MAGDALENA.
¡Mi dueño, mi bien, mi prenda!

VENTURA. (Ap.)
¡Mi rollo, mi pesadilla!
¡Cuerpo de Dios con la flema!
¿Chicolios á mi costa?

(Déjase caer, y baja Don Melchor.)

DON MELCHOR.
¡Ah borracho!

VENTURA.
No te apeas,
Y soy mula de alquiler,
Que cuando la cansan, se echa.

DON MELCHOR.
¡Vive Dios! Si no mirara.....

VENTURA.
Mira ó no miro, á cuestras
Con seis quintales de plomo,
No hay espaldas ni paciencia.

DOÑA MAGDALENA.
Ahora bien, Don Melchor nio,
Puesto que el dejaros sienta
Como la vida, no es justo
Que os engañe mas, ni ofenda.
Mañana me parto á Italia;
Que obligaciones molestas
De quien, con pension de un primo,
Me ha nombrado su heredera,
Me mandan casar con él;
Y la vejez me atormenta
De un tio, que riguroso
Añade prisas á penas.
Hoy por vos me he detenido;
Mañana á Italia me llevan:
¡Ay! ¿quién memorias dejara
Del modo que el alma os deja?
Mas pues esto no es posible,

Y de Doña Magdalena,
A quien quiero como á mí,
Sé que os adora, quisiera
Pagar las obligaciones
De su amistad y nobleza,
Y no tengo, sino es vos,
Quien me saque desta deuda.
Ella os ama; vos sois pobre;
Su calidad y riqueza
Es igual á su hermosura;
Que os persuada me ruega.
Para esto vine á su casa;
No habrá consuelo que pueda
Opouerse á mis pesares,
Como el ver que me suceda
Tal amiga en tal amante.
Pagad noble su firmeza,
Y haced cortés lo que os pido,
Por ser la cosa postrera.

DON MELCHOR.
Si eso es cierto, ausente mia,
Y mis desdichas ordenan
Que para aligir memorias,
Hoy os gane, y hoy os pierda;
Aunque lo que me mandais
Tan pesado me parezca
Como el morir, pues con vos
La misma hermosura es fea;
Porque sepais los quilates
De mi amor, y en lo que precia
Las leyes de vuestro gusto
El valor de mi obediencia;
Digo, ¡ay Dios, y qué forzado!
Digo, en fin, que os doy promesa
De hacer lo que me mandais,
Aunque sé por cosa cierta
Que el casarme y el morir
Será todo uno; mas muera
En su yugo aborrecible
Quien perdió vuestra belleza.

DOÑA MAGDALENA.
¡Espejo de amantes sois!
Esperad, y llamaréla;
Que os habeis de dar las manos,
Siendo el tálamo esta reja.
¿No gustais vos desto?

DON MELCHOR.
¿Yo?

(¿Yo?)
¿Qué gusto queréis que tenga,
Si por el vuestro me rijo?

DOÑA MAGDALENA.
No la habeis con aspereza;
Decidla muchos regalos.

DON MELCHOR.
Podrá fingirlos la lengua;
Pero el alma, es imposible.

DOÑA MAGDALENA.
¿Y qué! ¿os casaréis con ella?

DON MELCHOR.
Digo, señora, que sí.

DOÑA MAGDALENA.
¡Ah traidor! ¿Y quién tuviera
Fe en voluntades de vidrio,
Que al primer golpe se quiebran!
En fin, habeis confesado,
Al primer trato de cuerda,
Que hasta á haceros inudable,
Con ser fingida, una ausencia.
Quedaos para poco firme;
Que yo haré elección mas cuerda
De quien mi firmeza iguale.

DON MELCHOR.
Mi bien, mi luz, mi Condesa.....
No os vais, esperad, oidme.

DOÑA MAGDALENA.
¿Qué queréis?

DON MELCHOR.
Que no os ofenda

Lo que imaginaba yo
Que con vos de estima fuera.
Si vos me mandais casar
Con quien sé yo que estais cierta
Que por vos he aborrecido;
Y puede mas la obediencia
De vuestra ley que mi gusto;
¿Será razon que merezca,
Cuando esperaba alabanzas,
Tan mal pagadas finezas?
¿No me lo mandasteis vos?

DOÑA MAGDALENA.

¿Quién mandó jamas de veras,
Aunque se fuese á las Indias,
A su amante que á otra quiera?
Esperaba excusas yo
Que mis ruegos convenciesen,
Y á amaros mas me obligaran,
Pintándome faltas della.
Cref oiros decir
Que era fria, que era recia,
Y que os mandara dar muerte,
Antes que casar con ella.
(Ap. ¿Qué esté yo de mí celosa,
Y en cuanto soy la Condesa,
Me pese que Don Melchor
Ser mi esposo me prometa!
¿Extraña condiciou tengo!)

DON MELCHOR.

No haya mas, mi airada bella;
Si os ofendi, perdon pido;
Pare en paz esta pendencia.
Yo os juro por la hermosura
Que en vos mi amor considera,
Que no hay monstruo para mí,
Como Doña Magdalena.
Si aunque á Nápoles os vais,
Y aunque mas oro me dieran
Que en las entrañas del mundo
Los rayos del sol engendran,
Pusiera en ella los ojos.....

DOÑA MAGDALENA.

(Habla con distinta voz, fingiendo que
es Doña Magdalena que llega.)

¿Qué es esto?

(Responde con la voz que primero.)

—Oh amiga! llega;

Que aquí está tu Don Melchor
Haciéndote mil ofensas.
Averigüalas con él,
Ya que llegaste á entenderlas;
Que yo me voy á dormir
Para que mañana pueda
Madrugar á mi jornada.

(Retírase, y vuelve un momento des-
pués, para aparentar que se va la
Condesa y se queda Dona Magda-
lena.)

Quien habla mal en ausencia
De mujeres principales,
Sin llegar á merecerlas,
En fe de poco cortés,
Cual vos, bien será que pierda
Como el crédito conmigo,
El amor de la Condesa.
Sois muy limitado vos
De entendimiento, y es fuerza
Que no alcanceis lo que valen
Los quilates de mis prendas.
Mal juzgará de colores
Un ciego, ni de bellezas
El montañés, que templado
Está al gusto de una sierra.
Las de Leon os sazonen
El vuestro; que en esta tierra
Hilando amor tan delgado,
No alcanza sus sutilezas.

(Vase, y cierra la ventana.)

ESCENA XIX.

DON MELCHOR, VENTURA.

VENTURA.

¡Ventanazo, vive Cristo!
Y pullas á pares echan,
Sin decirnos: «Agua va.»
Bercebú que las entienda.
Alto á casa, y quedensé
Ambas á dos para hembras.

DON MELCHOR.

¡Hay sucesos semejantes!

ESCENA XX.

DON ALONSO, DON LUIS, DON JE-
RÓNIMO, DON SEBASTIAN; CRIS-
DOS, con luces. — DON MELCHOR,
VENTURA.

DON ALONSO.

¿En la calle á Magdalena
Que hablaba un hombre, me dices?

DON JERÓNIMO.

Esto es verdad.

VENTURA. (A su amo.)

Falsas puertas

Ahren; acojamouos,

Si no quierdes que nos muelan.

DON SEBASTIAN.

Aquí se están todavia.

DON ALONSO.

Este es Don Melchor.

DON JERÓNIMO.

Pues muera.

VENTURA.

Cogido nos han la calle.

Quiera Dios que por bien sea.

DON ALONSO. (A Don Melchor.)

¿Qué ocasion puede moveros,
Si no es locura, á que venga
A hablar por rejas de noche
Quien de dia ser pudiera
Señor desta casa misma,
Si no es que afrentar intenta
A quien ronda como á dama
Quien de ser su esposo deja?

DON MELCHOR.

¿Yo? Engañaisos si pensais
Que por Doña Magdalena
Rondo calles y ventanas.

DON ALONSO.

Pues ¿por quién?

DON MELCHOR.

Por la Condesa,

Que es mi esposa, y me mandó
Que aquesta noche viniera,
Y agora de aquí se aparta,
Y en vuestra casa se hospeda.

DON ALONSO.

¿Condesa en mi casa!

DON MELCHOR.

Sí.

DON JERÓNIMO.

¿Hay locura como aquesta?

DON MELCHOR.

Pues ¿podréislo vos negar,
Si en esta ventana mesma
Acaba de hablarme agora?

DON ALONSO.

No excusaréis con quimeras
El agravio que á mi honor
Habeis hecho.

VENTURA.

Espadas quedas,
Que mi amo dice verdad,
A pagar de mi honra; y sepan
Que no há una hora que le dió

De esposa la mano tierna
La Condesa del bolsillo,
Y yo servi de hanqueta
Porque mejor se alcauzasen
Estas bodas zapateras.

DON ALONSO.

¡Cielos! ¡Condesa en mi casa!

ESCENA XXI.

DOÑA ANGELA. — DICHOS.

DOÑA ÁNGELA.

Sí, señores, yo soy esa,
Que con el favor de un manto,
Antier flugi encubierta
Lo que no soy, agradada
Del término y gentileza
De Don Melchor: esta noche
Le he dado por estas rejas
Mano de esposa.

DON SEBASTIAN.

¿Qué dices?

DOÑA ANGELA.

Que no es razon que obedezca,
Si es libre mi voluntad,
Las bodas que tú conciertas

DON MELCHOR.

¡Ay señora de mis ojos!
No en balde en alma discreta,
Sin veros, hizo eleccion
De tan celestial presencia.
Vos sois mi querida esposa.

DON SEBASTIAN.

Primero que tal consienta.....

ESCENA XXII.

DOÑA MAGDALENA, QUIÑONES,
SANTILLANA. — DICHOS.

DOÑA MAGDALENA.

Doña Angela os ha engañado,
Por mas que usurparme quiera
El derecho de mi amor,
Porque yo soy la Condesa
(Si en el titulo fingida,
En la sustancia de veras)
A quien Don Melchor adora,
Y vos quien hoy encubierta
Pretendiesen engañarle,
Hurtándome el nombre y señas.
Y para confirmacion
Desto, los testigos sean
Estas trenzas y bolsillo,
Aqueste escudero y dueña.

SANTILLANA.

Esta es la pura verdad
Sin gota de agua: estafeta
He sido destos despachos.

QUIÑONES.

Doña Angela, en vano intentas
Lo que los cielos estorban.

DOÑA MAGDALENA.

Y para última certeza,
Esta mano os desengañe,
Pues fué, idolatrando en ella,
Principio de vuestro amor.

DON MELCHOR.

Conózcola, y con vergüenza
En ella sello mis labios.

VENTURA.

Acabemos pues, y tengan
Fin alegres estos desvelos.

DON ALONSO.

Don Sebastian, pues lo ordena
El cielo así, ¿qué remedio?

DON SEBASTIAN.

Tener envidia..... y paciencia.

DON LUIS.

Ya que yo no merecí
Ser su esposo, pues se emplea
En mi primo, consolado
Con vos, mis amores cesan.

DON SEBASTIAN.

Don Jerónimo ha de ser,
Angela, tu esposo.

DOÑA ÁNGELA.

Sea,
Pues no puede Don Melchor.

SANTILLANA.

Y Santillana se queda
Por escudero de casa.

VENTURA.

Quiñones, tus tocas vengan
A ser manteles de boda:
Pondráte mi amor la mesa.

DON MELCHOR.

Daréos los dos mil escudos,
Si os casais.

QUIÑONES.

Enhorabuena.

VENTURA.

Sacaréte de pecado
Cuando te saque de dueña.

DOÑA MAGDALENA.

Ya, señores, no seré
La celosa de mí misma.

DON MELCHOR.

Ni Tirso estará quejoso,
Si os agrada esta comedia.

AMOR Y CELOS HACEN DISCRETOS.

PERSONAS.

MARGARITA, duquesa de Amalfi.
VITORIA, su hermana.
DON PEDRO DE CASTILLA.

CARLOS, gran mariscal.
PROSPERO, duque de Capua.
RUGERO, duque de Placencia.

ROMERO.
CRIADOS.

La escena es en Amalfi. La accion se supone á principios del siglo xv.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio de la Duquesa.

ESCENA PRIMERA.

VITORIA, DON PEDRO.

DON PEDRO.

Ama el Conde en competencia
De Próspero y de Rugero,
Duque de Capua el primero
Y el segundo de Placencia;
Y aunque en Nápoles es Carlos
Gran mariscal; como amor
Es cuerdo hijo del temor;
Viendo al Rey patronizarlos,
Intercediendo por ellos
Con vuestra hermana; frecuenta
Papeles, por cuya cuenta
Corre su esperanza en vellos.
Lo que os ama manifiesta
El que os duda merecer:
Uno vuestro llevé ayer,
Y ahora vuelvo la respuesta.
Perdonad al mensajero
Que obedece á su señor.

VITORIA.

Sois vos solicitador
Eficaz, aunque extranjero;
Y el Conde habrá conocido
El agrado con que leo
Las cifras de su deseo,
Que han por él intercedido.
Yo os confieso que un papel
Bien escrito y estudiado,
Ni por oscuro afectado,
Ni por prolijo cruel,
Es eficaz diligencia
Para toda pretension.

DON PEDRO.

Si escribió á satisfaccion
El Conde de Vuexcelencia,
Vuele ya su amor gigante,
Sin que temor le consuma.

VITORIA.

Es desempeño la pluma
De la lengua en el amante.
Hace poca estimacion
De su prenda quien presente
Se atreve á ser elocuente,
Y no muestra turbacion;
Pues en fe de cuán poco ama,
Si es todo amor frenesi,
Quien puede estar tanto en sí,
Mal podrá estar en su dama.
Mas quien por palabras muda
Letras, ya por los poderes
Habla en ojos bachellos,
Y calla la lengua ruda.
La ausencia puede mostrar
Por escrito si es discreto:
Pues no habiéndola, en efeto,
No está el alma en su lugar.

DON PEDRO.

Vuestra discrecion alabe
Quien tenga lengua posible,
Pues discreta y apacible
Juntais lo tierno á lo grave.
Si el Conde os envía dos
Mañana, ¿léréislos?

VITORIA.

Si,
Como él los escriba así,
Y como los traigais vos.
(*Vase Don Pedro.*)

ESCENA II.

LA DUQUESA Y PROSPERO, en el fondo.—VITORIA, á un lado, leyendo un papel.

PROSPERO.

Faltos están de favor
Mis cortos merecimientos,
Y alienta mis pensamientos
Fernando, el Rey mi señor,
Que esta escribe á Vuexcelencia,
Y en ella sola confia
Mi pretension.

DUQUESA.

Dicha es mia

Que para tal competencia
Me haya dado el cielo hermana,
De tanto principe empleo.
Si ella admite mi deseo,
Y conoce lo que gana,
Señor Duque, en estimaros;
Sin la recomendacion
Que trae vuestra pretension
Tendrá ventura en amaros,
Reconociéndos por dueño,
Sin que Fernando lo mande;
Que es él protector muy grande
Para empleo tan pequeño.
Yo, Duque, la advertiré
De lo que gana en serviros.

PROSPERO.

Ponderalda mis suspiros,
Exageralda mi fe,
Decid que el alma la adora,
Que en ella mi amor se emplea,
Y que Capua la desea
Por su duquesa y señora.
(*Vase.*)

ESCENA III.

LA DUQUESA, VITORIA.

DUQUESA. (*Ap.*)

Si yo á Vitoria quisiera
Menos, ya pudiera ser
Que como hermana y mujer,
Envidia á su amor tuviera.
¿Hay tal instancia de amantes!

VITORIA. (*Ap.*)

¿Qué buena ponderacion!
¿Qué sazonado renglon!

ESCENA IV.

RUGERO.—LA DUQUESA, VITORIA.

RUGERO.

Aunque haya llegado ántes,
Duquesa y señora mia,
Próspero recomendado
Del Rey, de quien es privado;
No por eso desconfia
Mi pretension, si es que alcanza,
Como es justo, á Vuexcelencia;
Que la cordura y prudencia
Consisten en la tardanza.
El gran Duque de Milan
Ha tomado por su cuenta
Mi amor, y ampararle intenta.
¿Quién duda que suplirán
Sus favores lo que en mí
Falta en méritos? En esta
Mis deseos manifiesta. (*Le da una carta.*)
¿Quién durará que venci?

DUQUESA.

Fio yo de la cordura
De mi hermana, que sabrá
Conocer cuán bien le está
El no perder tal ventura.
Yo, Duque, le advertiré
Lo que se me encarga aquí.

RUGERO.

Interceded vos por mí,
Como ofreceis, y saldré
Del mar de tanto desvelo
Al puerto de mi quietud.

DUQUESA.

Veréis mi solicitud
Muy presto. Guárdeos el cielo.
(*Vase Rugero.*)

ESCENA V.

DUQUESA, VITORIA.

DUQUESA. (*Ap.*)

Basta, que no hay potentado
En Italia, que no intente,
De mi hermana pretendiente,
Juntar al nuestro su Estado.
No sé si afirme que tengo
Envidia.

VITORIA. (*Ap.*)

Extraña eficacia
Tiene un papel, si con gracia
Se escribe: yo me entretengo
En el presente de suerte,
Que á su dueño amo por él

DUQUESA.

Vitoria.

VITORIA.

Deste papel
Participo quiero hacerte,
Hermana y señora mia,
Porque alabes la sazon
De su autor.

DUQUESA.

En ocasion

Que por amor ó porfia,
 Todos perdidos por tí,
 Buscan reyes valedores,
 Cuyas cartas y favores
 Vienen á parar en mí;
 Si con tanta inclinacion
 Su dicha el que ves concierta,
 Y han cerrado ya la puerta
 Á tu determinacion
 Sus letras; no será justo
 Alarde destas hacer;
 Porque, ¿quién se ha de oponer
 Contra cohechos del gusto?

VITORIA.

El mío, como se rige
 Por el tuyo, á quien ha estado
 Sujeto y subordinado,
 Alaba, pero no elige;
 Que no fuera eso pagar
 Amor que obligarte puede
 A que yo tu Estado herede,
 Sino quererte enojar.
 No hagas de lo dicho caso;
 Que si por esto te enojas,
 Mi inclinacion y estas hojas
 Así se castigan. *(Va á romper la carta.)*

DUQUESA.

Paso,

Que no lo digo por tanto,
 Ni como piensas me quejo:
 Que cuando á Amalfi te dejo
 Y doy á este reino espanto,
 No ha de ser con tal pensión
 Que por voluntad ajena
 Te desposes, si es que ordena
 Otra cosa tu opinion.
 ¿Cuyo es el papel que miras?

VITORIA.

De cierto conde que ha estado
 Hasta hoy desacreditado
 Por envidiosas mentiras.

DUQUESA.

No ha menester quien le apoye
 Si en tí juntamente ha hallado,
 Vitoria, juez y abogado.
 Vaya de discrecion.

VITORIA.

Oye.

(Lee.) Compiten, señora mia,
 La esperanza y el temor,
 Y entre ellos un ciego amor
 Confiado, desconfía.
 Polos de su monarquía
 Son el uno y otro extremo;
 Y yo que esperando, temo
 Efectos de desvarios,
 Amorosos calosfríos
 Sufro, pues me hielo y quemo
 La esperanza que por dueño
 Os adora, en rostro grave
 Vislumbres ve de suar
 Y antmase en lo risueño.
 Amor con mayor empeno,
 Ni cobarde ni atrevido,
 Duda de verse admitido,
 Espera verse premiado,
 Recela lo autorizado,
 Y emprende lo apercebido.

DUQUESA.

¿Esto es lo tan ponderado,
 Sutil y bien entendido?

VITORIA.

¿Luego no te ha parecido
 Discreto y bienazonado?

DUQUESA.

No por cierto, mas allana
 Los comunes pensamientos,

De tus encarnizamientos
Harto indignos.

VITORIA.

¿Ay hermana!

No digas tal por tu vida,
 Que traes crítico el humor.

DUQUESA.

Poco debe al borrador
 Pluma tan bien entendida.
 Lo que no se dificulta,
 Ninguna estima merece.
 ¿Bajo estilo!

VITORIA.

Bien parece

Que tienes el alma culta.
 ¿Quisieras tú que empezara
 Como otro que me escribió:
 «El cielo hiperbolizó
 Amagos de su luz clara
 En vuestros, de mi amor, ojos,
 Animado sol el uno,
 Norte el otro á quien Neptuno
 Zafireos rindió despojos?»
 Itasgué en llegando aquí,
 Viendo tan desatinados
 Atributos estudiados,
 Y airada le respondí:
 «La metáfora que arroja
 Causa á mis ojos querella,
 Pues si uno es sol, otro estrella,
 Yo, señor, seré bisoja.»
 ¿Qué querrás decir en eso?
 ¿No está culto este papel?

DUQUESA.

Ajústale al arancel
 Del estilo que profeso,
 Y que no sale verás
 De lo comun y trillado
 Del vulgo desatinado.

VITORIA.

Mal contentadiza estás.
 ¿Es porque no ves, hermana,
 Sustantivos y adjetivos,
 Ni de atributos esquivos
 Echa á perder una plana?
 ¿Porque no metaforiza
 Propiedades indigestas
 Con un Tito Livio á cuestras,
 Que en romance latiniza?
 ¿Porque al gallo no promete
 El dulman de escarlata,
 Y en la perdz no retrata
 Coturnos de tafilete?
 Anda, hermana, por tu vida,
 Que en dando en desencajar
 Vocablos de su lugar,
 Parecerán carne huida.

DUQUESA.

Pongamos en esto tregua
 Y nómbrame ese discreto,
 Que, en lo escrito, te prometo
 Que parece de la legua.

VITORIA.

Mientras dél hablare mal,
 Decirte quién es, no es bien.

DUQUESA.

Acaba.

VITORIA.

Es el Conde.....

DUQUESA.

¿Quién?

VITORIA.

Cárlos, el gran mariscal
 De Nápoles.

DUQUESA.

Anda, hermana:

¿Cárlos habia de saber
 Escribir esto?

VITORIA.

El querer

Dificultades allana.

DUQUESA.

Cárlos, contra la opinion
 De cuantos hablan con él,
 ¿Tan avisado papel!

VITORIA.

Suple á la conversacion
 Con la pluma; y cultivando
 Concetos, por espaciosos
 Discretos cuanto estudiosos,
 Su fama va restaurando,
 No discreto de repente,
 Sino agudo por escrito;
 Que dicen que va infinito
 Del hablador al prudente.
 Y aunque mas contra él presumas
 Que miras faltas y menguas,
 Si la fama es toda lenguas,
 Tambien vuela y toda es plumas,
 En prueba de que se iguala
 El hablar al escribir.

DUQUESA.

Pudierasme persuadir
 A que en esto se señala,
 A haber dado alguna muestra
 O vislumbres de avisado,
 Tantos veces conversado.
 ¿Qué luz sus rayos no muestra
 Tal vez por entre junturas
 De la prision que la encierra?
 ¿Qué disfraz sutil destierra
 Retiradas hermosuras,
 Sin revelar el secreto
 De su rústica prision?
 ¿O cuándo en conversacion
 No dió señal un discreto?
 Estálo ese papel mucho.
 No ha sido Cárlos su autor.

VITORIA.

Presto has mudado de humor.
 Ya rigurosa te escucho
 Condonar su estilo bajo,
 Su humilde modo de hablar,
 Y ya te obliga á dudar
 Si es de Cárlos.

DUQUESA.

Le aventajo

Asombrada, te prometo,
 Despues que afirmas ser él
 El que escribió este papel,
 Porque en unos es discreto
 Lo que en otros no es de estima.
 Un mecánico oficial,
 Confesando natural,
 Hizo comedias; que anima
 Rajezas tal vez Apolo:
 No eran las comedias buenas,
 Pues de disparates llenas,
 A otro las silbaran; solo
 Ver que un herrador osase,
 Desde los pies del Pegaso,
 Coronarse en el Parnaso,
 Y que á sus musas clavase,
 Causar pudo admiracion:
 Que aunque reido y importuno,
 Lo que es vituperio en uno,
 En otro es estimacion.
 Hámelas Cárlos causado;
 Que no lo creyera dél;
 Pero déjame el papel
 Que contigo le ha abonado:
 Repasaréle entre tanto
 Que á tí admiracion te dan
 Esta que es del de Milan,
 Y estotra del Rey: pues tanto
(Le da las cartas.)
 Potentado te apetece,
 Que ya me cansa escucharlos.

**Mas responderé (pues Carlos
Es solo quien te merece)
Que en tu gusto comprometo
El mio; aunque has elegido
En canto llano un marido,
Solo para tí discreto.**

VITORIA.

**¿Yo sin tu consentimiento
Elegir? Aqueso no;
Proponer sí.**

DUQUESA.

**Quiero yo,
Dándote esposo á contento,
Excusar las maldiciones,
Gajes que quien casa tira.
Esos dos papeles mira,
Y responde á sus razones,
Mientras yo estotras pondero.**

VITORIA.

**Si grata atencion les das,
En cada una hallarás
Disculpas de que le quiero. (Vase.)**

ESCENA VI.

LA DUQUESA.

**Teniale á Carlos yo
Por rico, por generoso,
Por galán y por curioso;
Pero por discreto no.
Mas en el papel presente
Prueba que á satisfaccion
De su fallida opinion,
Bien escribe, quien bien siente.
La llaneza del decir
El alma de sus deseos,
Sin los intrusos rodeos
Que agora usan escribir,
De suerte me alicionó,
Que si se le dió doré,
Sospecho que envidia fué,
Que satisfacerle no.
¿Que tan acertado escriba
Quien jamas halló razon
Cuerda en la conversacion,
Adonde el crédito estriba!
La experiencia le ha enseñado.
Ella es gracia diferente:
No hay poeta de repente
Que escriba bien de pensado.
No hubiera mas que pedir,
Si Carlos pudiera hallar
Borradores para hablar,
Como los hay de escribir.**

ESCENA VII.

ROMERO. — LA DUQUESA.

ROMERO. (Sin ver á la Duquesa.)

**No hay poder darle un alcance.
Un hora há que le perdi.**

DUQUESA.

¡Hola! ¿Qué buskais aquí?

ROMERO.

**(Ap. No me descontenta el lance.)
Yo, señora, ando perdido,
Después que sali de España,
Por otro que lo está mas,
A quien á oriente y á ocaso
Le acompaño paso á paso,
Ya delante ó ya detras.
Entró á dar cierto papel,
Esperé en el zaguan.
Las dos los relojes dan,
Sin dar mi dicha con él.
Dejo boca abajo un potro,
Y sin podernos topar,
Venimos los dos á andar
Como un virote tras otro.**

DUQUESA.

Y era el papel ¿para quién?

ROMERO.

**Hay en Amalfi una dama,
Por cuyo amor anda en brama
Todo hombre que quiere bien.
(Hablo á fuer de cazador.)
Mira con rostro risueño
La tal dama á nuestro dueño,
Y espera deste favor
Ganarles la palmatoria,
Porque afirma la doncella
Que en casándose con ella,
Le han de hacer de la Vitoria.**

DUQUESA.

**¿Vitoria es la pretendida?
Será el papel, segun eso,
Del gran Mariscal.**

ROMERO.

Exceso

Es lo que dél es querida.

DUQUESA.

¿Y vos le servís?

ROMERO.

Me ha dado

**Cargo reduplicativo.
Soy desde que con él vivo,
Criado de su criado.**

DUQUESA.

No teneis vos mal humor.

ROMERO.

**Tengo una fuente, y así
Se va el malo por allí.**

DUQUESA.

¿Y quién es vuestro señor?

ROMERO.

**Un Don Pedro de Castilla,
En la patria burgales,
En la cólera frances,
Y en las gracias maravilla
De todos sus concurrentes.
Con él á veces desmedro,
Puesto que del rey Don Pedro
Proceden sus ascendientes.
Mas ¿qué importa sangre real,
Si pobreza y travesuras
De juegos y de hermosuras
Le humillan al Mariscal?**

DUQUESA.

**Será el Don Pedro discreto,
Pues le hizo su secretario.**

ROMERO.

**Mas sabe que un boticario;
Y es de suerte, la prometo
A vuesa... ¿cómo se llama?
¿Excelencia ó Vusoria?**

DUQUESA.

¿Importa al caso?

ROMERO.

Querria

Saber con quien hablo.

DUQUESA.

Dama

Soy de la Duquesa.

ROMERO.

Bien.

**Es mi dueño tan discreto,
Que la fiara un secreto,
Si fuera dama de bien.**

DUQUESA. (Ap.)

**Deste bachiller despacio
Me informaré, que estos dias
Son tapa-bellaquerías
Verdugados de palacio.**

ROMERO.

**Mas venga acá: ¿es de callar
Cierta especie de traicion**

**Que obliga á restitution,
Sin poderse remediar
Después de hecho el daño?**

DUQUESA.

Fuera

Haceros culpado á vos.

ROMERO.

**Hablemos; cuerpo de Dios!
Y salga la maula fuera.
Si un novio engañar quisiera,
Fingiéndose caudaloso,
Galán, sabio y generoso,
A una novia, y esto fuera
Todo al contrario; y llegase
Con las galas de alquiler
A la inocente mujer,
Y en fe desto le adorase;
Y admitidas norabuenas,
Para ser enhoramalas,
Restituyendo las galas
Estelionatas y ajenas,
Cayéndose en el suelo
Un ojo, huésped de plata,
Advirtiese que desata
El dicho sobre un pañuelo
Dos procesiones de dientes
(Digo dientes titulares),
Que presos como alamares
Sustituyen los ausentes;
Al desnudar pantorrillas
Llas hallase de algodón,
Y el peto con el jubon
Supiese igualar costillas
Y estevaciones del pecho;
Descubriendo el tal Macias
Un alma entre dos bacías,
Y á tortuga ántes derecho:
¿No era forzoso que á engaño
La tal dama se llamase,
Y que afligida llorase
Tan mal prevenido daño?
¿Con qué amor diera los brazos
La pobreta, toda queja,
A este marido corneja
De maquilas y retazos?
¿Qué dice?**

DUQUESA.

La explicacion

**Espero, que me habeis dado
Notable gusto. ¡Salado
Donaire!**

ROMERO.

Soy un Jamon.

**Mas si ejemplos desta historia
La agradan, oiga aplicarlos.
Pretendo importuno Carlos
A la señora Vitoria...
Mas dígame ¿en qué opinion
Hasta agora le han tenido?**

DUQUESA.

De algo material.

ROMERO.

Ha sido

**Su antípoda Salomon.
Pues advierta que su dama,
Después acá que recibe
Los papeles que le escribe,
Paulo Manucio le llama.
Y es grande bellaquería
Que intente aliviar sus penas
Carlos con gracias ajenas.**

DUQUESA.

¿Cómo?

ROMERO.

**¿Pues no es bobería
Que escribiéndola por él
Mi dueño (va de secreto),
Se levante por discreto,
Y le autorice un papel?
¿No es terrible mentecato**

El que á un poeta se llega,
Y que le pinte le ruega
En un soneto el retrato
De su dama, si ella sabe
Que en su vida versos hizo?
Ven acá, amante mestizo,
¿Cómo quieres que te alabe
Y estime tu prenda así?
El soneto, pecador,
Mas es solicitador
Del poeta que de ti;
¡Pues siendo tú su tercero,
Claro está que ha de querer
Mas al que lo sabe hacer,
Que al bobo del mensajero.
En llegando aquí, señora,
Me despuslo.

DUQUESA.
¡Hay cosa igual!
¿Que no son del Mariscal
Los papeles?

ROMERO.
¿Eso ignora?
Son suyos porque los paga,
Como el paño al mercader.

DUQUESA.
(Ap. Bien fácil es de creer.
Mi hermana se satisfaga,
Que ya yo lo estoy. No en vano
Lo dificultaba yo.)
¿Que en fin se los escribió
Vuestro dueño?

ROMERO.
Es escribano,
Poeta, pintor, platero,
Y hasta albardas sabe hacer;
Solo no alcanza á saber
Tener dicha, ni dinero.
Mas este es que viene aquí.
Señora mia, chiton,
Que pelagra la ración,
Si sabe que me escurrió.

ESCENA VIII.

DON PEDRO. — LA DUQUESA, ROMERO.

DON PEDRO.
¡Ah Romero, ah Romerillo!
Quita, aparta, necio. ¿Sabes
Con quién hablas?

ROMERO.
Cosas graves
Tratamos: si has de reñillo
Todo aquí, no seas prolijo,
Que siempre estás de pendencia.

DON PEDRO.
No haga caso Vuexcelencia...

ROMERO. (Ap.)
¿Mal año! Excelencia dijo.

DON PEDRO.
Deste necio, que es un loco.

ROMERO.
Ha de andar proporcionado
El señor con el criado.
Cada cual tiene su poco
De barreno.

DUQUESA. (A Don Pedro.)
¿Servis vos
Al gran Mariscal?

DON PEDRO.
Deseo
Saber servirle.

ROMERO.
El rodeo.
Con él estamos los dos,
Como dije á Vuexcelencia,
Después que nos recibí;
El inmediato; mas yo

A segunda consecuencia.
¿Qué miras? Ya me voy.
DON PEDRO. (Enojado.)
¡Ea!

ROMERO.
Todo lo sufre el gracejo.
(Aparte á su amo.)
Baja presto; y pues te dejo
En buen punto, brujulea. (Vase.)

ESCENA IX.

LA DUQUESA. — DON PEDRO.

DUQUESA.
¿Qué cargo ocupais con él?
DON PEDRO.
Soy su secretario.
DUQUESA.
¡Ah! ¡sí!
¿Vos sois...? No há mucho que oí
De Carlos cierto papel,
Que aunque en estilo algo llano,
De bachiller presumia.

DON PEDRO.
Esos de nadie los fía:
Suya es la nota y la mano;
Que el cargo que yo ejercito
Nunca tanto mereció.
DUQUESA.
¿Pues acaso os digo yo
Que seis vos el que lo ha escrito?

DON PEDRO.
Juzgo que lo suponeis
De lo que ahora inferís.
DUQUESA.
No sois vos quien lo escribis;
Pero sois quien lo traeis.

DON PEDRO.
Quien sirve, señora mia,
A todo se ha de aplicar.

DUQUESA.
España suele mandar
A Nápoles, y sería
Culpa en vos el deslucir
Créditos de su valor,
Con traza para señor,
Mejor que para servir.
Hombre que es tan bien nacido,
Mal su nobleza empleó.

DON PEDRO.
¿Pues quién de mí cuenta os dió?
DUQUESA.
Quien os habrá conocido.
Y aunque os vende por discreto,
Dudo teneros por tal,
Criado del Mariscal,
Y del rey Don Pedro nieto.

DON PEDRO.
Heredé con sus desgracias
Su envidia y persecucion,
Que en el desdichado son
Deslucimientos las gracias.
Mas dóiselas al que os dijo
Lo que ya no sé negar.
Puesto que pensé engañar
Al hado siempre prolijo,
Encubierto desta suerte,
Y deslumbrar poderosos
Que me buscan, deseosos
De su venganza y mi muerte.

DUQUESA.
Donde hay venganza hay agravio.
¿No fuéades vos travieso?

DON PEDRO.
¿Yo?

DUQUESA.
Vos.
DON PEDRO.
Que lo fui confieso;

Mas con amor ¿quién es sabio?
DUQUESA.
¿Que amante y todo habeis sido?
DON PEDRO.
Pues yo ¿soy de bronce?

DUQUESA.
No.
¿Mas tengo obligacion yo
De saber que habeis querido?
DON PEDRO.
Quise en Castilla á una dama...

DUQUESA.
¿Luego ya no la queréis?
DON PEDRO.
Adórola, aunque me veis
Desacreditar mi fama,
Sirviendo, por su ocasion,
De mi patria desterrado.

DUQUESA.
¿Ausente y enamorado!
¿Qué notable confusion!

DON PEDRO.
Tiene muchas su belleza,
Que atormentan mi memoria.
DUQUESA.
¿Quereis contarme la historia
Que abona vuestra firmeza?

DON PEDRO.
¿Yo, señora? Pues ¿tan necio
Había de ser y atrevido,
Que una vez que habeis querido
Hacer de mi dicha aprecio,
Dándome apacible audiencia,
Había de pretender
Alarde enfadoso hacer
De mi amor á Vuexcelencia?

DUQUESA.
Como me lo habeis propuesto,
Creílo.
DON PEDRO.
No soy tan loco;
Pero hablando poco á poco,
Nos hemos metido en esto.
Déjemoslo, si os parece.

DUQUESA.
Por mí, daldlo por dejado.
En fin, de Carlos criado,
¿Os manda y os obedece?

DON PEDRO.
¿Me obedece á mí?
DUQUESA.
¿Pues no?

¿Quien señor de sus afetos
Os hizo, y en sus secretos
El mejor lugar os dió,
Mas está á vuestro servicio,
Que al suyo vos, secretario.

DON PEDRO.
Fíame lo necesario
Perteneiente á mi oficio,
Porque para lo demas
Há poco que estoy con él.

DUQUESA.
No estaba necio el papel,
Ni creyera yo jamas,
A no leerle, que fuera
El Mariscal para tanto.

DON PEDRO.
Amor, prodigioso encanto,
Saca de un alma grosera
Sutilezas semejantes:
Cuanto y mas, que no sé y
Por qué esa opinion cobró
El Mariscal.

DUQUESA.
Los amantes
Teneis ingenios divinos;

Mas aunque volvais por él,
Yo sé que escribió el papel
Con ayuda de vecinos.

DON PEDRO.

Puede ser, pues vos, Señora,
Lo afirmáis; mas yo no creo
Que declare su deseo,
Quien de veras se enamora,
Por mano ajena; ni Cárlos
Ignorará el escribirlos,
Que es necesario sentirlos
Para saber explicarlos.
A la letra me remito,
Que es suya, y él la escribió.

DUQUESA.

Pues acaso ¿os digo yo
Que sois vos el que le ha escrito?

DON PEDRO.

No lo decís; mas por Dios,
Que mas lo afirmáis así.

DUQUESA.

¿Mas? ¿pues impórtame á mí
Que Cárlos lo escriba, ó vos?

DON PEDRO.

¿Qué sé yo?

DUQUESA.

¿Qué buenos ratos

La ausente dama tendría
Con los vuestros cada día!

DON PEDRO.

Dábaselos tan baratos
Y frecuentes mi ignorancia,
Que en fin los desestimó.

DUQUESA.

Siempre los precios hajo
De mas valor la abundancia.
Pues ¿qué! ¿mudóse?

DON PEDRO.

No está

Nunca en mar la nave firme.

DUQUESA.

Vos os morís por decirme
Esa historia. Acabad ya.

DON PEDRO.

¿Yo, señora?

DUQUESA.

Vos, que amantes

Y poetas se atormentan
A versos, porque se cuentan
Sus desvelos por instantes.

DON PEDRO.

Pues yo no intento....

DUQUESA.

Decidme quién sois también.

DON PEDRO.

Importa encubrirme.

DUQUESA.

Bien.

Aquí lo estais: comenzad.

DON PEDRO.

Por daros gusto....

DUQUESA.

Los dos

Le tendrémós: en saber
Yo, que soy al fin mujer,
Y por contármelo, vos.

DON PEDRO.

En Búrgos, que es patria mía...

DUQUESA.

Ya lo sé.

DON PEDRO.

¿Vos lo sabéis?

DUQUESA.

Ya lo sé; pues ¿qué queréis?

DON PEDRO.

¿Quién os lo dijo?

DUQUESA.

Sería

Quien os conoce. Decid.

DON PEDRO.

¿Vos tan curiosa en saber
Mis cosas?

DUQUESA.

Si soy mujer,

¿Qué os admira? Proseguid.

DON PEDRO.

(Ap. ¿Qué es aquesto?) En Búrgos pues,
Corte entónces de Castilla,
Gozaba Enrique la silla,
El tercero, de quien es
Hijo Don Juan el segundo,
Que agora empieza á reinar,
Cuando me engolfé en el mar
De amor, inmenso y profundo.

DUQUESA.

¿Válgame Dios! Y sería
Vuestro amor considerable,
Pues como caso notable,
Le señalais año y día.

DON PEDRO.

Tienen principio de aquí
Mis desdichas, no os espante.

DUQUESA.

Vaya el suceso adelante.

DON PEDRO.

En resolucion, serví
Una dama....

DUQUESA.

¿Gran belleza?

DON PEDRO.

Réditos le paga el sol.

DUQUESA.

No sois cortés, español,
Ni luce en vos la nobleza.

DON PEDRO.

Pues ¿enojaisos, señora?

DUQUESA.

Quien delante de una dama,
Sin hacerle salva, llama
A otra hermosa, ó ignora
Las leyes de cortesano,
O de agraviarla se precia.

DON PEDRO.

Mi inadvertencia fué necia.

DUQUESA.

No me espanto, que es en vano
Pretender que... Todo está,
Quien refiere enamorado
Sus naufragios, elevado
En su dama: claro está.
Yo os perdono; proseguid.

DON PEDRO. (Ap.)

¿Qué mujer es esta, cielos!

DUQUESA.

Vaya de amor y de celos.

DON PEDRO.

Vino de Valladolid
A la corte un caballero,
Del Rey tan favorecido,
Que por él desvanecido,
Aunque mi amigo primero
(Y tanto, que en confianza
De sus prendas y valor,
L.e di parte de mi amor),
Se valió de su privanza
Para conquistar con ella
Mi dama, que interesable,
Le favoreció mudable.

DUQUESA.

Todo el poder lo atropella.

DON PEDRO.

Disimulaban conmigo

Los dos amor y amistad,
Fingiéndola voluntad,
Como él finezas de amigo;
Y remitiendo al secreto
El logro de sus amores,
Fuéron tantos los favores,
Que celoso ó indiscreto,
Vino á alcanzar que le dicese
Cuantos papeles tenia
Mios. Encontréle un día
Leyendo, sin que me viese,
Uno, que fué, si me acuerdo,
El segundo que admitió.

DUQUESA.

En ese jurara yo
Que entró el ingenio en acuerdo,
Y que ostentando finezas,
Hizo vistas el amor
De todo el aparador
De concetos y agudezas.

DON PEDRO.

No tiene muchos el mío;
Pero sé que fué estimado,
Admitido y ponderado.

DUQUESA.

Si sería; yo lo fio.
¿Haos quedado en la memoria
Alguna cláusula dél?

DON PEDRO.

No es, señora, este papel
De novelas, que en la historia
Que uno cuenta los refiere,
Prosa ó verso, sin perder,
Ya sea hombre ó ya mujer,
Letra ni tilde.

DUQUESA.

Y si hiciere

Yo relacion verdadera
Dese papel, ¿qué diréis?

DON PEDRO.

¿Vos! ¿de qué modo podéis?

DUQUESA.

¿Válgame Dios!

DON PEDRO.

Es quimera.

DUQUESA.

Apostad que su tenor
De aquesta suerte decia:
«Compiteñ, señora mía,
La esperanza y el temor...»

DON PEDRO.

Eso escribe el Mariscal
A vuestra hermana.

DUQUESA.

¿Escribió?

Decid que lo trasladó
De extranjero original.

DON PEDRO.

Puede ser, pero no mío.

DUQUESA.

¿Pues de dónde sabeis vos,
Si no os entendéis los dos
(El negarlo es desvario),
Que empezaba así el papel
Que vos á mi hermana disteis?
¿Veis como vos lo escribisteis?

DON PEDRO.

Dióme Cárlos parte dél,
Después de haberle notado;
Mas deso no colijais
Que yo le escribo.

DUQUESA.

Mostrais

Quilates de un fiel criado;
Pero advertid que mi hermana,
Ya que á Cárlos favorece,
No sepa esto; pues si crece
Su amor, será cosa llana

Que gozará, si es leal,
El premio de su cuidado,
No el dueño deste traslado,
Sino el del original.

(Vase.)

ESCENA X.

DON PEDRO.

¿Qué querrá decir en esto?
Vive Dios, que esta mujer
Exámenes quiere hacer
De mi amor. Hame propuesto
Tantas dudas, que dispuesto
A imaginaciones nuevas,
Niño amor, cuando te atrevas
A cosas sin proporcion,
No tengo yo condicion
Para sufrir muchas pruebas.
«¿Que gozará, si es leal,
El premio de su cuidado,
No el dueño deste traslado
Sino el del original!»
No me quiere á mí muy mal
Quien esperanzas esconde,
Y en misterios me responde
A la primer vista ausi. —
Que yo el papel escribí
Supo. ¿Pues de quién, ó dónde?
Porque Vitoria no sabe
Quien soy, ni Carlos tampoco.
Vive el cielo, que estoy loco.
Mujer tan discreta y grave,
Cuya libertad con llave
Jamás abrió puerta á amor,
¿Tan curiosa en mi favor!
Espacio, prolijo encanto,
Que no es necesario tanto
Para un buen entendedor.

ESCENA XI.

VITORIA, CARLOS, ROMERO.—DON PEDRO.

CARLOS.

Prométele á Vuexcelencia
Que la quiero tanto, tanto...

ROMERO. (Ap.)

¿Con la turbacion que empieza!

CARLOS.

Dígalos mi secretario.

VITORIA.

Guardad, señor Mariscal,
Testigos tan abonados
Para increídulas envidias
Que pretenden desdoraros;
Que para conmigo, os juro,
Que estáis tan acreditado,
Como dirán los papeles
Que tengo vuestros, y paso
Por ellos cada momento
Los ojos y el gusto, hallando
Cada vez mas que admirar:
Que yo jamás hice caso
De hiperboles habladores,
Que sin sentir los cuidados
Que encarecen, se acreditan.

ROMERO. (Ap.)

Tiene amor sus papagayos.

VITORIA.

Como es potencia del alma
La voluntad, y esta ha dado
En el discreto sus veces
Al entendimiento, es claro
Que con sasegado estudio
Discurriendo y meditando,
Habla del modo que piensa,
Mejor cuanto mas de espacio.
Conversables elocuciones,
Tan copiosas de vocablos
Que pareceu calepines,
Sospecho yo, y no me engaño,

Que con la facilidad
Que se enamoran hablando,
Se olvidan aborreciendo.
Mas vale amor asentado,
Que no el que solo en la lengua
Encarecen cortesanos.

DON PEDRO.

¿Qué divino entendimiento!

VITORIA.

Pensamientos estudiados,
En borradores escritos,
Son de los que yo me pago.
Dadme pensamientos vos,
Y no receleis contrarios.

CARLOS.

Ocupan vuestras memorias
Mis pensamientos turbados.
Tanto, señora, os estimo,
Que anoche dellos cercado,
En sueño pudo matarme.
Dígalos mi secretario.

ROMERO. (A Don Pedro.)

El no sabe hablar sin tí.

VITORIA. (A Don Pedro.)

¿Qué decis vos?

DON PEDRO.

Que no es falso

Lo que de su sueño fio,
Porque como os quiere tanto,
Y teme competidores,
Soñó anoche alborotado
Que os robaba el de Placencia;
Y por vengar vuestro agravio,
Tomó la espada desnuda,
Y á no atajarle los pasos
Yo que en su cámara duermo,
Le sucediera algun daño.
Con tanto extremo os adora.
¿No es mucho quereros tanto?

VITORIA.

Quien durmiendo tiene celos,
Despierto será un milagro
De amor: que el sueño es pintura
Que solo copia retratos.
Mucho debeis de querer.

CARLOS.

Los extremos que yo hago
Despues que vi esa belleza...
Dígalos mi secretario.

VITORIA.

(Ap.) ¿Qué hable un hombre de esta suerte
Tan discreto y avisado
En lo que escribe! No sé
Si lo crea: extraño caso!
Su presencia me enamora;
En Nápoles es su Estado,
Despues del Rey el primero;
Sus papeles, ajustados
A mi gusto, llevaué
La inclinacion.) Ahora, Carlos,
No sois el primero vos
Que acostumbraís á turbaros
Delante de otros respetos;
Que yo sé de un gran soldado
Y gran poeta, que siempre
Que hablaba al Rey, olvidando
Lo que estudiado traía
En orden á sus despachos,
Daba con sus desaciertos
Admiracion á los sabios,
Después de sus papeles,
Y que reir al palacio.
Mas diréis yo como el Rey,
Que despues de sasegaros,
Me consulteis por escrito.

CARLOS.

Dejaisme muy obligado.

VITORIA.

Pues para que mas lo esteis,

Con aquesta pluma pago
Pensamientos de la vuestra.
(Quítase una pluma del tocado, y se le ofrece.)

CARLOS.

Tomadla, hola, secretario.

DON PEDRO.

¡Jesus! Vuexcelencia llegue,
Y besándole la mano,
Encarezca este favor.

CARLOS.

Estoy de veras turbado, (Tomándola.)
Señora, con tanta luz,
Y..... Y..... Y.....

VITORIA.

Conde, quedaos. (Vase.)

ESCENA XII.

DON PEDRO.—CARLOS.—ROMERO.

CARLOS.

La he de sacar hoy....

ROMERO. (Ap.)

¿Qué bestia!

CARLOS.

Sobre la crin de mi hayo.

DON PEDRO.

¿Qué decis, señor?

CARLOS.

¿Pues dónde?

DON PEDRO.

En la gorra.

CARLOS.

Bien pensado.

Pues pondréla luego.

ROMERO.

¿A quién?

CARLOS.

Dígalos mi secretario.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA.

Amor, este hombre ha venido
Para ruina total
De mi quietud natural,
De la paz de mi sentido.
Yo he perdido
Cuantos propósitos buenos
Gozaba en tiempos serenos
El sosiego de mi dicha.
¿Qué desdicha!
¿Por ser mas, venir á menos!
No pensaba yo emplearos,
Descuidada libertad,
En ajena voluntad.
¿Qué mal supisteis lograros
Por gozaros!
Sin la enfadosa pension
Del tálamo, confusion
De tanta quietud perdida
Libre vida
Descansaba mi opinion.
Tercero del Mariscal
Es este español cruel;
Hechizóme en un papel,
De su discrecion caudal.
Sangre real
Le ilustra, en Castilla adora,
Aqui escribe y enamora,
¿Y qué sé yo
Si en nombre ajeno terció
Lo que en nombre suyo ahora?
Celos en Castilla ausentes,
Y celos padezco aqui;

Estos son los que temí;
Que en fin son celos presentes.
Si imprudentes
Me atormentan ¡qué he de hacer?
Viviendo en tal padecer,
¡Qué paciencia ha de bastar
Para callar
Celosa, amante y mujer?

ESCENA II.

ROMERO. — LA DUQUESA.

ROMERO. (*Creyéndose solo.*)

Buenas albricias me mando,
Si de quien sospecho son.

DUQUESA.

¡Hola!

ROMERO.

¡Todo extremaunción,
Anda el palacio oleando?

DUQUESA.

¿Qué buscáis?

ROMERO.

¡No me conoce

Vuexcelencia?

DUQUESA.

¡Ah! sí: ¡no había
Reparado en vos.

ROMERO.

Podía

Acordarse, así se goce,
Del soldado que le dijo
Las gracias del Mariscal.

DUQUESA.

¿Sois muy secreto?

ROMERO.

¡Y qué tal!

Siempre que lo soy me afijo.

DUQUESA.

¿Dónde está vuestro señor?

ROMERO.

Eso es lo que yo quisiera
Saber, para que me diera
Albricias, si las da amor.

DUQUESA.

¡Albricias! ¿De qué?

ROMERO.

Este pliego,

Nuevo caballo de Troya,
Promete vestido ó joya.

DUQUESA.

¿Es de Castilla?

ROMERO.

Si llego

A pesarle, es de su dama.

DUQUESA.

¿Cómo?

ROMERO.

Aunque el sobre es prototo,
Pesa poco, y de mi voto,
No pesa amor, porque es llama.

DUQUESA.

¿Filósofo?

ROMERO.

Aunque ratero,
Como Romero me llamo,
Tengo, según dice mi amo,
Las virtudes del romero,
Y debe entre ellas entrar
Esta también.

DUQUESA.

Pues ¿se escriben

Los dos?

ROMERO.

Como ausentes viven,
Sus almas suelen andar
De Ceca en Meca, corriendo
La posta, al ir y venir.
Debió mi amo de escribir

Luego que llegó, y cogiendo
La carta de buen talante
A la dama, le responde.

DUQUESA.

Si en los dos se corresponde
Amor, y pasa adelante
Sin entibiarle la ausencia,
Injustas quejas ha dado
Vuestro dueño de olvidado.

ROMERO.

¿Luego ha dicho á Vuexcelencia
Su historia?

DUQUESA.

Me la contó
A pausas, como sangría.

ROMERO.

¡Bueno por Dios! Y quería
Que por tragármela yo,
Rebentase de opilado.

DUQUESA.

No os deis vos por entendido
De que por él lo he sabido.

ROMERO.

No haré, aunque estoy enojado.

DUQUESA.

El porte os quiero pagar
Deste pliego. (*Tomándole la carta.*)

ROMERO.

¿Para qué?

DUQUESA.

Si es tan discreta veré,
Que se merezca igualar
Esta carta á las que escribe
Por Cárlos vuestro señor.

ROMERO.

¡Oh! ¡bonita es la Leonor!
Mejor vuelve que recibe.
Mas habla que un papagayo.
Túvola una tia vieja
En las Huelgas á una reja
Un año, de mayo á mayo,
Y salió brava picauda.

DUQUESA.

Eso quiero yo saber;
Pero habeisme de tener
Secreto.

ROMERO.

¿Yo?

DUQUESA.

Vos.

ROMERO.

¡Sin duda!

Venga acá; pues no he podido
Sufrir medio mes cabal
Defetos del Mariscal,
Discreto sustituido;
Ni en las cartas que á mi dueño
Desde Búrgos le envió
Quien aquí le desterró;
No sé callar cuando sueño.
Pues cuento cuanto me pasa
Con las damas cada día;
Tanto que nadie se fia
De mí en toda vuestra casa:
¿Y quiere hacer Vuexcelencia
En mí ese milagro ahora?

DUQUESA.

Yo he de hacerle.

ROMERO.

Si es dotora,
Y hay para aquesta dolencia
Cura, recete.

DUQUESA.

Si haré.

Yo os libro en mi tesorerio
Cada día....

ROMERO.

Si es dinero,
Divino récipe fué.

DUQUESA.

Un doblon, con condicon
Que el día que no calleis,
Los mismos palos llevéis
Que blancas tiene un doblon.

ROMERO.

(*Ap. ¡Puto Miguel!*) Cuántas blancas
Tiene un doblon, sumaré.
Espere, y la cuenta haré.
(*Ap. Las manos le queden mancas
Al cruel ejecutor.*)
Un doblon, veinte y seis reales.
Cuatro veces seis.... Cabales,
Ochocientos (¡linda flor
De carrasco!) y mas, ochenta
Y cuatro maravedis.

DUQUESA.

Si otros tantos añadís,
Serán....

ROMERO.

Sacada la cuenta,
Mil setecientos, y mas
Sesenta y ocho, las blancas.
¡Fuego de Dios, y qué francas
Bádivas, señora, das!
¡Por un secreto parido,
Mil setecientos sesenta
Y ocho palos! ¡Mala cuenta!
Abernuncio del partido.
Desdoblone Vuexcelencia.

DUQUESA.

Esto ha de cumplirse así:
Acabemos.

ROMERO.

¡Ay de mí!

Yo quedaré en quinta esencia
De romero, á la ocasion
Primera. ¡Crueldad civil!
¡Sesenta palos tras mí!

DUQUESA.

Acudid por el doblon
Desde luego, y para el porte
Este bolsillo tomad. (*Le da un bolsillo.*)

ROMERO.

Si he de callar, recetad
Una gaita que reporte
El mal que ya me provoca
Esta negra opilacion:
Saldrá siquiera á traicion,
Pues no puede por la boca.

DUQUESA.

Andad, que con tal receta
No os hará el secreto daño.

ROMERO. (*Ap.*)

¿A mí mil palos? ¡Mal año!
Que los lleve una carreta. (*Vase.*)

ESCENA III.

LA DUQUESA.

Basta, que empieza en azaros
El juego de nuestro amor.
Si es infernal su rigor,
¿Qué serán celos á pares?
Los unos trae el correo,
Los otros caseros son:
¡Extremada provision
Para venir de acarreo!
Veamos el desengaño
Que adivinan mis temores.
¡Ah celos registradores!
¡Siempre buscáis vuestro daño!

(*Abre la carta.*)

Un retrato viene dentro.
¡Bello rostro de mujer!
¿Quién duda que he de perder,
Si es azar aqueste encuentro?
¡Digno empleo de español!

¡Logro hermoso de los cielos!
Pero mírola con celos :
Aventajaréla al sol.
Leamos, alma, sin miedo,
Que pues en mi poder se halla,
En estatua he de quemalla,
Ya que en persona no puedo.

(Lee.) « Amor, agravio y ausencia,
» conjurados contra mi sosiego, fuéron
» tan solícitos, que se informaron del ca-
» mino que hicistes, desde la noche que
» en agravio de la amistad de Don Vela,
» á él lo heristeis, y á mí me desacre-
» ditastes. Murió inocente : el Rey os
» busca airado; promete aplacalle la
» Reina su madre, vuestra prima. Esa
» retrato lleva trasladado el rostro, y la
» seguridad de vuestra sospecha; tra-
» tálde bien, que es huésped, y res-
» pondezme, aunque sean injurias; que
» á la molesta privación de vuestras car-
» tas, es único remedio de ausencias
» penosas. El cielo os desengañe. Dios
» os guarde, etc. — Doña Leonor de
» Castro.»

Celos, ya estais declarados.
En vano son resistencias
Donde sobran competencias
Y multiplican cuidados.
Propósitos mal logrados,
Si os engaña
Un nieto del Rey de España,
¿Qué os lastima?
¿A su reina llama prima!
Contra celos,
Coronas, amor, desvelos,
¿Qué valor será de estima?
Remedia con su retrato
Ausencias Doña Leonor :
Muerto su competidor,
No será Don Pedro ingrato.
Si la industria y el recato
No procura
Alejar de su hermosa
Valedores,
Con tales despertadores,
¿De qué sueño
No resucitará el dueño
De su gusto y mis temores?
Si despierta, ¿quién podrá
Contra memoria celosa
De española tan hermosa
Oponerse? Claro está
Que es locura. Si se va,
Su mudanza
Darà muerte á mi esperanza.
Resistirse,
Si se queda, es prevenirse
A tormentos :
¿Qué harémos pues, pensamientos,
Entre el quedar y el partirse?

ESCENA IV.

DON PEDRO. — LA DUQUESA.

DON PEDRO. (Sin ver á la Duquesa.)

Sofísticos pensamientos,
Imposibles pretendéis :
Mejor será que troqueis
Desdichas por escarmentos.
No permitais lo que ignora
La desdicha que me humilla.

DUQUESA.

¿Es Don Pedro de Castilla?
¿Dónde tan triste?

DON PEDRO.

¡Oh señora!

Esta memoria tirana
Me causa penas crueles.

DUQUESA.

¿Proseguiréis los papeles

De Cárlos para mi hermana?

DON PEDRO.

Como gusta de admitirlos,
Y por ellos medra Cárlos,
Gusto yo también de darlos.

DUQUESA.

¿Y no diréis de escribirlos?

DON PEDRO.

Si Vuexcelencia da en eso,
Puesto que es en mi favor,
Descréditos de su amor
Padecerá quien confieso
Que se desvela por dar
Muestras que en su pluma alega
Lo que la lengua le niega.

DUQUESA.

En esto del desvelar
Estaréis muy diestro vos.

DON PEDRO.

De ordinario un desdichado
Anda triste y desvelado,
Que es verdugo amor, si es dios.

DUQUESA.

Y es Doña Leonor de Castro
Puesto que falsa, tan bella,
Que comparado con ella
Es ébano el alabastro.

DON PEDRO.

Vive Dios, señora mía,
Que á poderse sospechar
Cosas de vos, que á dudar
Obligan mi fantasía,
Que jurara que teneis.....

DUQUESA.

¿Familiar, queréis decir?

DON PEDRO.

No me atrevo á presumir
Tanto; ¿mas cómo sabeis
Cosas de mí tan ocultas
Y tan distantes de aquí?

DUQUESA.

¿Qué sabeis vos si aprendí
A hacer mágicas consultas?

DON PEDRO.

¿Vos de mí tan cuidadosa,
Que aun el nombre hayais sabido
De mi dama!

DUQUESA.

Y he tenido

Noticia de cuán hermosa
Y discreta es la Leonor,
A cuya alabanza asisto.
Y aun si os digo que la he visto,
No mentiré.

DON PEDRO.

¿Vos?

DUQUESA.

Su amor

No es tan firme como el vuestro.

DON PEDRO.

Es luna y ya amor es mar.

DUQUESA.

Diréislo por el lunar
Que tiene en el lado diestro
De la cara.

DON PEDRO. (Ap.)

¿Es hechicera,
Cielos, aquesta mujer?

DUQUESA.

Lunar es que puede ser
Estrella en la octava esfera.
¿No lo sentís vos así?

DON PEDRO.

Señora, lo que yo siento
Son prodigios de un portento,
Que me ha de sacar de mí.

DUQUESA.

Cabos negros, aguilera,

Un poco grande de boca,
Dientes de cristal de roca,
La frente algo mas pequeña
Que pide la proporción
De la cara, bien pobladas
Las manos, aunque alentadas
Del misterioso jabon.....
Y discreta sobre todo,
Que es alma de la hermosura.

DON PEDRO.

Si verme loco procura
Vuexcelencia, dese modo
Podrá, si no se declara,
Salir con su pretensión.

DUQUESA.

A su comunicación
Yo, Don Pedro, os ayudara,
Porque somos muy amigos,
Aunque á Amalí la trujera,
Y mi Estado repartiera
Entre los dos; mas fatigas
Imposibles de remedio,
¿Quién las ha de socorrer?
Doña Leonor es mujer
De Don Vela : ved ; qué medio
En esto se puede dar?
Herido quedó de muerte ;
Pero el amor que divierte
Peligros que remediar
No puede la medicina,
Salud en breve le dió ;
Su Rey los apadrinó ;
Y aunque Doña Catalina,
Prima vuestra, y reina hermosa,
Que el modo toma á su cuenta,
Aplacar á un hijo intenta
La venganza rigurosa
Que despacha contra vos
Justicias y embajadores ;
Mucho pueden los rigores
Reales : son como Dios.
Y aunque aquí estais muy seguro,
Quisiera hallar otra traza
Para el mal que os amenaza,
Para la paz que os procuro.
Yo os he visto aficionado
A mi hermana, en vuestra mengua ;
Que lo que niega la lengua,
Los ojos lo han publicado.

DON PEDRO.

Engañase Vuexcelencia.

DUQUESA.

Luego ¿no la queréis bien?

DON PEDRO.

Quiérola bien, como quien
Es de la circunstancia
Del amor del Mariscal
Centro y punto, y porque veo,
Segun en sus ojos leo,
Que será con yugo igual
Señora de vuestra casa.

DUQUESA.

¿Pues eso os parece poco,
Supuesto que amor es loco
Que de un tema en otro pasa?
En efecto la queréis,
Aunque sea por señora.
La vista ocasionadora,
Y el amor que la teneis,
Aumentando en vos la llama,
Hará en espacio pequeño,
Que si la amais como dueño,
Después la ameis como á dama.

DON PEDRO.

Indignas dea beldad
Son sospechas maliciosas.

DUQUESA.

Principio quieren las cosas ;
Don Pedro, aquesto es verdad,
Y si no, venid acá :

Supongamos que vos fuisteis
Quien el papel escribisteis,
Aunque esto supuesto esta :
Cuando estudioso y discreto ,
Las veces que la escribis
Tantas lisonjas decís ,
¿ No la teneis por objeto ?

DON PEDRO.

Por objeto mio , no.

DUQUESA.

Séase vuestro ó ajeno ,
(Que yo esta vez no os condeno)
Ella, pues os ocupó
El ingenio y el sentido
Todo el tiempo del papel,
¿ No la imagináis en él
Muy hermosa , y merecido
Empleo de su alabanza ?

DON PEDRO.

Sí, señora.

DUQUESA.

Y aquel rato

Que con la pluma el retrato
Pintais que el estudio alcanza ,
¿ No le sirve de obrador
El entendimiento , donde
En especies corresponde
Su similitud , mejor
Que en la lengua , que es impropia ?

DON PEDRO.

No hay negarlo.

DUQUESA.

¿ Y qué queréis ,

Si el original teneis
Allá , sacando la copia ?
¿ Hay quien persuadirse pueda
Que dejais : buena frialdad !
Tan limpia la voluntad ,
Que sin los dibujos queda ?
Pues viéndolos la memoria ,
Quien lo advierte ¿ creerá ,
Don Pedro , que no sois ya
Ciego amante de Vitoria ?

DON PEDRO.

Yo, suponiendo que escribo
Los papeles que decís ,
Ya que á eso os persuadís ;
Como tan celoso vivo ;
Siempre que á Vitoria alaba
La pluma , lengua de amor ,
Contemplo en Doña Leonor.

DUQUESA.

(Ap. ¿ Vos ? Peor está que estaba.
¿ Ay celos , cuáles andais ,
Ya en uno , ya en otro extremo !)
Que habeis de enloquecer temo
Si esa dama no dejais.
Porque casada y ausente ,
¿ Qué remedio puede haber ?
La diversion puede ser
Tercera deste accidente.
Galantead á mi hermana ,
Que en mí tendréis , y os lo juro ,
Tercera y favor seguro ,
Y olvidad la castellana ;
Que si en Amalfi os casais ,
Y en mi Estado sucedéis ,
Desdichas desmentiréis
Que perseguido llorais.

DON PEDRO.

Yo os beso , señora mia ,
Las manos por merced tal ;
Pero sirvo al Mariscal ,
Y pues de mí se confía ,
No he de hacerle traicion ;
Que nunca con ellas medro.

DUQUESA.

Pues acabemos , Don Pedro :
A Carlos tengo aficion ,
Y celos de que Vitoria

Con tanto extremo le quiera.

Si mas avisado fuera ,
O en todos ménos notoria
La falta de discrecion
Que Nápoles vitupera ,
Su gentileza pudiera
Desbaratar mi opinion.
No me inclinaba hasta aquí
A casamientos penosos ,
Donde en celos rigurosos
Muestras de mi suerte vi ,
Llorando la ajena escasa ;
Que principes divertidos ,
Solamente son maridos
Titulares de su casa.
En Vitoria pretendia
Gozar nuestra sucesion ,
Y entrándome en religion ,
Excusar la tiranía
De un hombre , que con injustos
Agravios , paga desvelos
En abundancia de celos ,
Y en escaseces de gustos.
Vi á Vitoria tan perdida ,
Tan amante , tan pagada
De discrecion alquilada ,
A que es propia persuadida ,
Que sus propósitos vanos
Mi envidia desbarató ;
Mas ¿ qué mucho , si nació
La envidia de dos hermanos ?
A Carlos quiero en efeto
Por ser de mi hermana amado ,
Y un medio tengo estudiado
Con que le hagamos discreto ;
Mas para esto he de valerme
De vos.

DON PEDRO.

Eso es gran favor.

DUQUESA.

La discrecion y el amor
Que está seguro , se duerme
Y descuida sus recelos ,
Hasta que penas recibe.
No hay cosa que mas avive
El ingenio , que los celos.

DON PEDRO.

Antes tienen opinion
De necios.

DUQUESA.

En los maridos ,
Que en amantes entendidos
Su esfera es la discrecion.
¿ No os holgaréis vos de ver
Discreto á Carlos ?

DON PEDRO.

¿ Quién duda ?

DUQUESA.

Pues veréis como se muda ,
Si fingis , Don Pedro , ser
Su competidor.

DON PEDRO.

Con tal

Que de sujeto mejore ,
Y á vos discreto os adore ;
Antes al gran Mariscal
Le sirvo así , que le agravio ,
Y yo en esperanzas medro.

DUQUESA.

¿ Cómo es eso ? No , Don Pedro ,
Que si no sacamos sabio
A Carlos , no ha de perderle
Vitoria ; y si vos la amais ,
Antes que efetos veais
Desta cura , es ofenderle ,
Y compitiendo los dos ,
Fuera experiencia cruel ,
Que se quedase necio él ,
Y os perdiésemos á vos.
Y habeis de hablarla con tiento.

DON PEDRO.

Pues , señora , esto de amar ,
¿ Es acaso recetar
Por adarmes ?

DUQUESA.

Esto intento ,

O dejarlo.

DON PEDRO.

Vuexcelencia ,
Porque mi pena aliviase ,
Me aconsejo que olvidase
Mi dama , con la asistencia
De su hermana ; y si al presente
Me pone tasa en hablar ,
¿ De qué suerte he de olvidar
Mis desdichas ?

DUQUESA.

Fácilmente.

Cuando os obligare aior
A apeteer á Vitoria ,
Haced entónces memoria
De vuestra dama Leonor.
Y si aquesta predomina ,
De Vitoria os acordad :
Será con facilidad
Una de otra , medicina.

DON PEDRO.

Alto , señora ; yo intento
Regirme en todo por vos.

DUQUESA.

Si compiten estas dos ,
Divertido el pensamiento ,
No os afligirá ninguna ;
Y yo , si por vuestro medio
Tiene el Mariscal remedio ,
Estimaré mi fortuna.
Pero advertid que me deis
Los papeles que le escriba
Mi hermana , porque reciba
Los que en su nombre lleveis ,
Que han de ser mios.

DON PEDRO.

¡ Ah ! sí.

DUQUESA.

Pero advertid que á los dos
(Digo , al Mariscal y á vos) ,
Segun el orden que os di ,
Tiene de ir cada papel
Que escribiere , dedicado.

DON PEDRO.

¿ A mí y todo ?

DUQUESA.

Disfrazado ,
Y á lo claro para él.

DON PEDRO.

Pues ¿ de qué suerte podré
Saber lo que es para mí ?

DUQUESA.

Buscad , Don Pedro , que ansi
Vuestro ingenio probaré.
Y en esto del divertiros ,
Sea como se ha ordenado :
Ni Vitoria os dé cuidado ;
Ni Doña Leonor suspiros ;
Sino de suerte apartad ,
Que ande dudosa en las dos
Vuestra voluntad , y... adios.

DON PEDRO.

No os vais , señora : aguardad.

DUQUESA.

¿ Qué queréis ?

DON PEDRO.

Y si la llama
Que entre los dos recetais
Crece , ¿ podré , si gustais ,
Divertirme en otra dama ?

DUQUESA.

¿ Por qué no ? Poco eso os cuesta ,

Que quien aquesa os permite,
No es bien que esotra os limite.

DON PEDRO.

¡Y si fuérades vos esta,
Ya que sabia me curais?
Decid tambien: ¿por qué no?

DUQUESA.

¡Pues puedo quitaros yo
Que no ameis á quien querais?

DON PEDRO.

En fin, ¡bien podré serviros,
Segun vuestra cura ordena?

DUQUESA.

No me moriré de pena.

DON PEDRO.

Dadme...

DUQUESA.

Esto por divertiros.

DON PEDRO.

Esa mano...

DUQUESA.

Esa está á censo

De Carlos.

DON PEDRO.

Ya sois cruel.

DUQUESA.

Mas besalda en nombre dél.

DON PEDRO.

¡Y en mio no?

DUQUESA.

Ni por pienso.

(Vase.)

ESCENA V.

DON PEDRO.

Ahora sí que salis,
Recelos, de confusion.
Dichosa es esta ocusion,
Voluntad, si os divertís.
La Duquesa por rodeos
Muestra que la doy cuidado;
Doña Leonor se ha casado;
Olvidémosla, deseos.
A Vitoria me permite
Hablar, porque la vergüenza
Pretende que el amor venza;
Mas cuando la solicite,
Y ame á Carlos la Duquesa,
¿Qué perderé yo en querer
La mas hermosa mujer
Que el niño amor interesa?
Acabemos, pues, amor,
Y acabad, mis inquietudes,
Y olvidad ingratitudes
De mi patria y de Leonor.

ESCENA VI.

ROMERO.— DON PEDRO.

ROMERO. (Ap.)

¡Válgate Dios por secreto!
¿Qué malos ratos me has dado!

DON PEDRO.

¿Qué hay, Romero?

ROMERO.

Estoy preñado.

DON PEDRO.

Loco dirás.

ROMERO.

Y en aprieto

Notable. ¿No habrá comadres
Que secretos partiricen,
Porque no me martiricen
Hijos que no tienen padres?
¡Jesus! ¿qué revolucion
De tripas!

DON PEDRO.

Anda, borracho.

ROMERO.

Quiere salir el muchacho,
Y no le deja un doblon.
Ya yo podré dar remedio
Mejor que el doctor Laguna,
Para no abortar ninguna.
«Récipe de medio á medio,
De lo hablado cada día
Un doblon, que si le pruebas,
Aunque agua de esparto bebas,
No malparirás la cria.»

DON PEDRO.

¿Qué archivo de necedades
Estudias, que siempre vienes
Con temas nuevos?

ROMERO.

No tienes

Parte en mis enfermedades,
Pues son de melancolias,
Mala condicion, y humor,
Tanto que dijo un doctor
Hoy que eran hipocondrias.
¿Cuánto bá que no me has hablado!

DON PEDRO.

Tal, Romero, me han traído
Desvelos que he padecido,
Misterios que no he alcanzado.
La duquesa Margarita
Sabe, y no sé yo de quién,
Mi sangre, y nombre tambien,
Qué dama el sueño me quita,
Las traiciones de Don Vela
Y mudanzas de Leonor.

ROMERO.

¡Válgame Dios!

DON PEDRO.

O es amor,

O misteriosa cautela,
Que por ilicitos medios
Mis secretos le dibuja.

ROMERO.

Sí, traza tiene de bruja;
Ella nos dará remedios
Con que volemos los dos
A Búrgos en un instante.

DON PEDRO.

¿Para qué, si con su amante
Se casa Leonor?

ROMERO.

¡Por Dios!

DON PEDRO.

Ella me lo ha dicho aquí,
Hasta llegarme á pintar
De la mudable el lunar
Del rostro.

ROMERO.

Ese yo le ví.

DON PEDRO.

Tiéneme esto tan confuso,
Que me ha de quitar el seso.
¿Quién de todo mi suceso
A darle cuenta se puso
Tan de espacio?

ROMERO.

Una redomia

Con dos diablos encerrados,
Que hay demonios redomados
En la judería de Roma.

DON PEDRO.

Diera por saber el cómo
Cualquier cosa.

ROMERO.

Yo tambien,
Por sacar á luz con bien
Treinta quintales de plomo.
Mas fácil saberlo fuera,
A no haber espaldas y ancas
Y palos. Si ménos blancas

Un doblon, señor, tuviera...
(lp. Vive Cristo, que rebiento
Por desbucharlo.)

ESCENA VII.

LA DUQUESA. — DON PEDRO, ROMERO.

DUQUESA. (A Don Pedro.)

El papel

Es este, mirad en él
Lo que os toca, y el intento
Proseguid que os he ordenado.
(Le da un papel, y vase.)

ROMERO. (Ap.)

A no salir en dos credos,
Secretos, meto los dedos.
Y quedo desembargado.

ESCENA VIII.

CARLOS. — DON PEDRO, ROMERO.

CÁRLOS.

Don Pedro, despues acá
Que os comunico y estimo,
Y con la lición me animo
Que vuestra amistad me da,
Soy otro. ¡Válgame Dios!
¿Qué poco á mis padres debo!
Vos me disteis ser de nuevo,
Y así mi padre sois vos.
¿Sabeis en qué celo de ver
Que no soy ya lo que he sido?
En que siendo presumido
Primero, debí de ser
Grande necio, porque son
De una misma calidad
Presuncion y necedad.
Mas ya que sin presuncion
Estoy por vos, me prometo,
Con milagrosa mudanza,
Hallar la dicha que alcanza
La amistad con el secreto.

DON PEDRO.

Dad esas gracias, señor,
A vuestra dama, y no á mí,
Pues cuando servirla os ví,
En la escuela de su amor
Hice venturoso aprecio
Del bien que habeis conseguido.
Vos, señor, nunca habeis sido
Lo que decís, porque el necio
Es incurable.

CÁRLOS.

Es así.

Mas ¿qué es lo que he sido yo
Hasta ahora?

DON PEDRO.

Necio no,

Poco ejercitado sí;
Porque la ocasion divierte
El alma con la experiencia.

CÁRLOS.

Admiro la diferencia
Que en mi nuevo ser se advierte.
¿Grande fuerza tiene amor!

DON PEDRO.

Mayor la tienen los celos,
Pues engendran sus desvelos
Un ingenio superior.

CÁRLOS.

¿Hablais, Don Pedro, de veras?

DON PEDRO.

Tanto, que si no se esmalta
Con ellos amor, le falta
Lo mas perfeto: quimeras
Son de un tormento gustoso,
En efeto; son la sal
De todo amor, sin la cual
El mas fino no es sabroso.

CÁRLOS.
Pues ¿dónde podré yo hallar
Tan nueva mercadería?

DON PEDRO.
El mismo amor que la cria,
De balde la suele dar.

CÁRLOS.
Pues cueste lo que costare,
Yo deseo estar celoso.

ROMERO. (Ap.)
El deseo es provechoso,
Y mas cuando se casare.

DON PEDRO.
Ahora bien, quede esto así,
Que yo os daré tantos celos,
Que vuestro amor crezca á vuelos,
Y quedeis sabio por mí.
Esta es, señor, vuestra dama,
Con vuestros competidores.

CÁRLOS.
Celos, si aumentais amores,
Feliz quien suyos os llama.

ESCENA IX.

VITORIA, PROSPERO, RUGERO,
CRIADOS. — CÁRLOS, DON PEDRO,
ROMERO.

VITORIA. (A Próspero y á Rugero.)

Duques, ya sabéis los dos
Que tengo el gusto sujeto
A la eleccion de mi hermana,
Lo que me estima y la debo:
A mi hermana me remito.

PROSPERO.
Como os resolvais en eso,
Discreta y bella señora,
Yo quedaré satisfecho,
Porque sé que la Duquesa
No tiene otro pensamiento,
Segun me ha significado,
Sino ayudar mis deseos.

RUGERO.
Hame prometido á mí,
Si la lengua por rdoes,
Claramente por los ojos,
Que he de ser esposo vuestro.
Solamente el Mariscal,
Mas por dichoso que cuerdo,
Favorecido y alegre,
Con plumas vuela hasta el cielo
Del amor que le mostrais.

VITORIA.
No sé yo qué tan discreto
Es quien mientras no es querido,
A su dama pide celos;
Que estos suponen amor.
Pretended, y dejais deso;
Que los amantes alcanzan
Obligando, y no arguyendo. —
¡Oh Cárls! ¿aquí estais vos?

CÁRLOS.
En fe de que amor es pleito,
Oigo á mis opositores
Informar de su derecho;
Pero informan de palabra,
Y estas se las lleva el viento,
Y yo por pluma, en señal
De lo que en ellas os debo;
Y así vivo mas seguro.

VITORIA.
Ya, Cárls, hablais discreto;
Y si amor turbar os hizo,
Debeis ya de querer ménos.

CÁRLOS.
Amor es dios estudioso,
Que poco á poco creciendo,
En la escuela, como niño,

Empieza en los rudimentos.
Era entónces ignorante;
Mas la industria del maestro
Y el deleite de adoraros
Le van dando atrevimientos.

VITORIA.
¡Hay semejante mudanza!
RUGERO. (Ap. á Próspero.)
Próspero ¿no escuchais esto?

PROSPERO. (Ap. á Rugero.)
¡Hay quien repique á milagro?
Desasnése nuestro necio.

CÁRLOS.
A mucho obliga un amor,
Un amigo sabio y cuerdo,
Y una suspension süave.
Mucho le debo á Don Pedro.

VITORIA.
Mucho mas le debo yo,
Pues resulta en mi provecho
La mudanza que en vos hizo.

DON PEDRO.
Los piés mil veces os beso.

CÁRLOS.
Medrando con sus liciones,
Veréis mi acrecentamiento,
Y mas si como se afirma,
Se esmalta mi amor con celos.

VITORIA.
¿Celos sabéis pedir ya?

CÁRLOS.
No los pido; mas deseo
Comprarlos, porque me afirma
Mi secretario, que en ellos
Consiste la discrecion.

PROSPERO. (Ap.)
Volvió la piedra á su centro.
Todo discreto estudiado,
A la postre acaba en necio.

VITORIA.
¿Pues son ya mercadería
Los celos?

CÁRLOS.
Si tienen precio,
Sí, señora; porque todo
Se vende ya en nuestros tiempos.

VITORIA.
¿Y dónde pensais hallarlos?

CÁRLOS.
Hámelos de dar Don Pedro,
Que así me lo ha prometido.

VITORIA.
A tener conocimiento,
Cárls, de lo que comprais,
No hiciérades tal empleo;
Porque celos, ni aun de balde.

CÁRLOS.
Como en amar no estoy diestro,
Pasar quisiera á mayores,
Y estar celoso; que tengo
Para mí que es facultad
Que sutaliza el ingenio.

VITORIA.
En fin, ¿celos quereis?

CÁRLOS.
Sí.

VITORIA.
¿Y os los ha de dar Don Pedro?

CÁRLOS.
Sí, gran señora.

VITORIA.
¿Y conmigo?

CÁRLOS.

Con vos.
VITORIA.
¿Y si yo no quiero?

DON PEDRO.
A quererlo vos, no fueran
Celos.

VITORIA.
¿No? ¿Pues qué?
DON PEDRO.
Escarmientos.

ROMERO. (Ap.)
Di fruta de Medellin,
Si pretendes dar con ellos.

VITORIA.
Ahora, Cárls, sed celoso,
Pues lo deseais: verémos
Si del modo que os lo afirman,
Os hallais sabio, por serlo.

(Ap. al retirarse.)
¿Don Pedro celos conmigo
Al gran Mariscal! ¿Qué es esto?
Alma, en que entender llevais. (Vase.)

RUGERO.
Corrido voy.
PROSPERO.
Yo voy muerto.

RUGERO.
¿Que nos menosprecie así
Vitoria por este necio!

PROSPERO.
Es dichoso, ella mujer,
Yo infelice, y vos discreto. (Vanse.)

CÁRLOS.
Secretario, id á buscarme
Lo prometido, y sea luego.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

VITORIA.
¿Que conmigo le ha de dar
Don Pedro celos á Cárls!
¿Pues de qué suerte ha de darlos,
Si vo no le doy lugar?
Obligame á sospechar
Esta dudosa quimera
Que en mi amor Don Pedro espera
Hacer esta duda clara;
Y no sé si me pesara
Que Don Pedro me quisiera.
Cuando me da algun papel,
En sus ojos habladores
Miro que me dice amores,
Mas apacible que fiel.
Admiti á Cárls por él;
Que puesto que sangre real
Le hizo gran Mariscal
De Nápoles, si le quiero,
Mas es por el mensajero
Que no por el principal.

ESCENA II.

ROMERO. — VITORIA.
ROMERO.
¿Quién quiere apartarme allá
Mil secretos, que lo arrojo?

VITORIA. (Ap.)
Este le sirve.

ROMERO. (Ap.)
¿Qué enojo!

VITORIA.
Vení acá; llegaos acá.
¿Servis vos al secretario
De Cárls?

ROMERO.
Sí, mi señora,
Y soilo yo suyo agora,

Sirviendo el vientre de armario.
(Ap. ¡Maldiga Dios tantas blancas!
Como dieron á un doblon!)

VITORIA.

¿Tiene Don Pedro afición
Aquí, ó en España?

ROMERO. (Ap.)

¡irauca!

¿Que me fuerzan á decir
Lo que escondo! Haced la cuenta
De los palos. Mil sesenta.
Lengua, callar y sufrir.

VITORIA.

¿No respondeis?

ROMERO.

No me atrevo,
Porque siendo respondon,
Pierdo, señora, un doblon,
Y mas de mil palos llevo.

VITORIA.

¿Palos por lo que os pregunto?

ROMERO.

No, pero en esto de hablar,
En dándome en deslizar,
Soy como calza de punto.
Hele hecho pleito homenaje
De callar á mi señor.

VITORIA.

Señal de que tiene amor
Aquí.

ROMERO.

Vaya esto de encaje,
Sin preguntarme otra cosa.
En Búrgos donde nació,
A Doña Leonor sirvió
De Castro, rica y hermosa.
Dejó por un privado
Del Rey, que siendo su amigo,
Le fué traidor; y en castigo
De su traición, oleado
De un espeton le dejó.
Vió á Nápoles, donde ha sido
La pobreza que ha tenido
Tanta, que á servir entró
A Carlos de secretario. —
Y con aquesto, chiton,
Que me la jura un doblon,
Y habrá palo temerario.

VITORIA.

Debe de ser principal
El Don Pedro que decis,
Pues desa suerte sentís
Que sirva al gran Mariscal.

ROMERO.

Ya se le suelta otro punto
A la calza del secreto. —
Es del rey Don Pedro nieto,
Y en desdichas su trasunto.
Persíguele el rey Don Juan,
Porque recela el derecho
Que tiene al reino; y sospecho
Que si sus contrarios dan
Con él, que acabe la historia
Que su padre comenzó,
Cuando sin culpa murió
En el alcázar de Soria.

VITORIA.

Ya yo sé el suceso todo
Dese infante desdichado,
Que acá su fama ha llegado,
Y en la sustancia y el modo
Lo afirma su decendiente.
Mas dura de la Leonor
La esperanza y el temor?
¿Qué tanto su ausencia siente?

ROMERO.

Señora, tecla me toca
Vuezcelencia, que me hurga
El alma, y toda la purga

T. V.

Se me ha venido á la boca.
«Adios, ojo», dijo el otro.
Secreto, sin reparar,
Vas matas y por rozar:
Mas vale aquí que en el potro. —
Doña Leonor se casó
Con el herido Don Vela.
Vuestra hermana se desvela
Por su amor. Contéla yo
Toda su historia y suceso,
Y cierto pliego la di
De Doña Leonor, que aquí
Tiene de ser mi proceso.
Ademas, ciego por él,
Contéla que el Mariscal
No era el autor principal
De tanto sutil papel.
Esto puede tanto en ella,
Que de mi amo enamorada...

VITORIA.

Oid, oid.

ROMERO.

Y abrasada

De celos de Leonor bella...

VITORIA.

Escuchad.

ROMERO.

Me preguntó

Su linaje y sus amores.....

VITORIA.

Parad.

ROMERO.

Del Rey los rigores,
Cómo, por qué, cuándo huyó,
Sus desdenes, sus regalos,
Si la amaba, si escribía. —
Dame un doblon cada dia,
Y si no callo, mil palos.

VITORIA.

Detente, hombre.

ROMERO.

Mas, por Dios,

Que aunque mas el seso pierda,
Que de Vitoria se acuerda
Don Pedro.

VITORIA.

¿De quién?

ROMERO.

De vos:

Porque anoche soy testigo
Que Don Pedro de Castilla
Dijo: ¡Ay bella Vitorilla!
¿Quién se casara contigo!

VITORIA.

¿Estás loco?

ROMERO.

Yo sutil,

Dije: Cuando á hablarla vas,
Díselo una vez no mas;
Dirásele el diablo mil.
Pues él viene, averigüallo;
Que ya yo, señora mía,
Purgué cuanto yo sabia,
Y voy á tomar el caldo.

(Vase.)

ESCENA III.

VITORIA.

Este entre burlas y veras
Me ha dicho lo que temí:
Con mis recelos sali.
No son mis celos quimeras.
No fué á la promesa ingrato.
Miren en qué el casto intento
Paró! ¡El aborrecimiento
De la grandeza, el recato!
El publicar que me hacia
De su Estado sucesora!
Pues en vano se enamora,
Que Don Pedro es prenda mía.

Y si ella por mas edad,
A Amalí hereda, yo heredo,
Si en Don Pedro alegar puedo
Amorosa antigüedad.

ESCENA IV.

DON PEDRO.—VITORIA.

DON PEDRO. (Creyéndose solo.)

Al gran Mariscal y á mi
Dijo que se dedicaba
El papel que me enviaba,
Y despues que le lei,
Mandándome responder,
No hallo cosa que me toque,
Y que al amor no provoque
De Carlos. Esta mujer
Que tantas cosas penetra
Me ha de sacar de sentido.
Desde ayer acá he leído
El papel letra por letra
Mil veces, y vive Dios,
Que cuanto mas y mas leo,
Dudo mas, y menos veo
De mi parte.

VITORIA.

¿Aquí estais vos,

Don Pedro?

DON PEDRO.

Hermosa señora,

En idea trasformado,
Por estar en mí elevado,
No sé si estoy en mi agora.

VITORIA.

En fin; habeis de dar celos
Connigo al gran Mariscal?

DON PEDRO.

Pídelos él, soy leal;
Si no los doy, opondrélos,
Cumpliendo la obligacion
En que me pone el deseo
De verle discreto.

VITORIA.

Creo

Que estos vuestros celos son
Celos, Don Pedro, á dos haces.

DON PEDRO.

¿Cómo?

VITORIA.

Porque hacen por dos,

Obedeciéndole vos,
Por el guerra, por vos paces.

DON PEDRO.

No entiendo á vuestra Excelencia.

VITORIA.

¿Podeis vos celos dar,
Si no me fingis amar,
Hablandome en su presencia?

DON PEDRO.

No, señora.

VITORIA.

¿Luego ya

Sois mi amante aunque fingido?

DON PEDRO.

No sé lo que soy ó he sido.

VITORIA.

Eso el tiempo lo dirá.
Pero si delante dél
Me estais diciendo agudezas
Y proponiendo finezas
De secreto firme y fiel;
Mientras Carlos esté loco
Sospechas averiguando.
Riendo yo y vos burlando,
¿Seré yo para tan poco,
Que mientras digais quimeras
Que de burlas propongais,
No os obligue á que volvais
Enamorado de veras?

¡No podréis obedecer,
Pues entráis tan sin temor
Por los umbrales de amor?

DON PEDRO.

¡Ojalá que merecer
Pudiera tal mi ventura,
Dejando aparte el respeto
Que á Carlos debo y prometo!
Esto es lo que se procura;
Pero, señora, ¡qué fuera
Que de burla semejante
Saliese yo vuestro amante!
Nunca otro mal me viniera.

VITORIA.

Pero si habeis de empezar
A dar á Carlos recelos,
Aquí viene á fariar celos;
Y os juro que ha de llevar
Tantos de mí, que corrido
De haberos dado ocasion,
Maldiga la discrecion
Que entre los dos le ha metido.

ESCENA V.

CARLOS, *que se queda al paño*; LA
DUQUESA, *que sale poco despues, y
se queda tambien retirada.*—VITO-
RIA, DON PEDRO.

CÁRLOS.

Rato há que le dejé aquí.
¿Si habrá los celos hallado,
Que me traen tan desvelado
Por el papel que le di?

DUQUESA.

Sabrá Don Pedro el amor
Que cara á cara no osé
Decirle, y remediaré,
Si le adivina, el temor
Que traigo, de que á mi hermana
Ama, cual le permiti.
Mas los dos están aquí.
Toda sospecha es villana,
Y villano es el afeto
Que ha engendrado en mí el verlos.

VITORIA. (*Ap. á Don Pedro.*)

Atento nos mira Carlos.
Proseguid, pues sois discreto.

DON PEDRO. (*Ap. á Vitoria*)

Empiezo, pues. (*Alto.*) Ya sabeis
Quién soy, y cuán bien nacido
Me hizo el cielo.

VITORIA.

Ya yo sé
Que vuestro padre fué hijo
De Don Pedro el Justiciero,
A quien con falso apellido
Llaman Cruel las historias
Que imprimen sus enemigos.
Sé que una dama inconstante,
Aunque os amó á los principios,
Llevada del interes
De un galán favorecido
De vuestro Rey, eclipsó
Las memorias en olvido,
Como su amante en vil trato
Correspondencias de amigo,
Y le hirió vuestra venganza
Mortalmente, y del castigo
Del severo Rey huyendo,
Fué Nápoles vuestro asilo.
Destierro y necesidad
Os han de suerte abatido,
Que servis á quien pudiera
Mejor, Don Pedro, serviros.
Mirad si sé vuestra historia.

DUQUESA.

El criado fementido
Le ha dado cuenta de todo.

Lo que confuso me dijo,
La relató por extenso.

CÁRLOS.

Yo estoy en buen laberinto.

VITORIA.

Decid, Don Pedro, adelante.
Proseguid la historia.

DON PEDRO.

Digo

Que pues todo lo sabeis,
Y habeis de mí conocido,
Cuando os traigo los papeles
De Carlos ponderativos,
En los ojos...

VITORIA.

Ya, ya sé
Que os debo algunos suspiros,
Y que os sirve mi memoria
De medios preservativos
Contra rigores y ausencias,
Que cohchan el olvido
De Doña Leonor de Castro.

CÁRLOS.

Malos son estos indicios.

VITORIA.

Sé tambien que los papeles
Que tanto alabo y estimo,
Teniéndos á vos por padre,
Me venden otro adoptivo.

CÁRLOS.

Peor es esto.

VITORIA.

Y creed,
Don Pedro, que los estimo
Solo porque se os parecen,
Como á sus padres los hijos.
Autorizase con ellos
Quien muestra que simple ha sido
En creer que ha de engañarnos,
Discreto por artificio,
Necio por naturaleza.

CÁRLOS.

Vive Dios, que estoy corrido.
¿Hay deslealtad semejante?
¿Qué es esto, celos? ¿qué hechizos
Se me han entrado en el alma,
Que me yelan encendidos?
Matarélo, vive el cielo,

Si villano y fementido
Rompe Don Pedro la fe
De secretario y amigo.

DON PEDRO.

A la merced que me haceis
Estoy tan agradecido,
Cuanto imposibilitado
De volver retornos dignos.
Pero creed que á no estar
De por medio bien nacidos
Respetos y obligaciones
De la persona á quien sirvo,
Que hubiera dicho la lengua
Lo que los ojos han dicho,
Explicando por palabras
Lo que publican suspiros.
Mártir de mis pensamientos
En esta ocasion he sido,
Que por estarle tan bien
A Carlos ahora explico.
¿Tiénele amor Vuexcelencia. ?

DUQUESA.

La comision ha excedido
El ingrato, que le he dado.
O no ha el papel entendido,
O lo que es mas cierto, está
Enamorado y perdido
De mi hermana.

CÁRLOS.

Yo me abraso

De no sé qué, yo me afijo
De un mal cuyo nombre ignoro.
Culebras y basiliscos
El alma me están royendo.
Yo adoro, al paso que envitio.

VITORIA.

¡La Duquesa tiene amor
A Carlos!

DON PEDRO.

Hame pedido
Que celos con vos le dé,
Porque afirma que el oficio
Destos es sutilizar
Los ingenios abatidos,
Porque necios y celosos
Son dos extremos distintos.

CÁRLOS.

Si celos hacen discretos,
Celos deben ser los míos,
Que mi entendimiento apuran
Y atormentan mis sentidos.

DON PEDRO.

No repara mas que en esto,
Que quisiera, y no me admiro,
Verle al paso que galan,
Cortesano y advertido.

VITORIA.

¿Luego vos, no enamorado,
Sino solo comedido,
Por obedecer mi hermana,
De mi amante dais indicios?

DON PEDRO.

Por lo uno y por lo otro:
Siento lo mismo que finjo,
Mándame lo que deseo,
Y á un tiempo á dos blancos tiro.

VITORIA.

¿Cómo estaré yo segura
Que no mentis?

DON PEDRO.

Persuadiros
Puedo yo lo que os adoro.

VITORIA.

¿Y la Leonor?

DON PEDRO.

Ya la olvido

VITORIA.

¿Y mi hermana?

DON PEDRO.

Ya es de Carlos.

VITORIA.

¿Y Carlos?

DON PEDRO.

Ya es su marido.

VITORIA.

¿Y vos?

DON PEDRO.

Soy esclavo vuestro.

VITORIA.

¿Y yo?

DON PEDRO.

Sois el dueño mio. (*Vase Vitoria.*)

ESCENA VI.

LADUQUESA, *al paño*; CARLOS, DON
PEDRO.

CÁRLOS. (*Dirigiéndose á Don Pedro.*)

Si no tuviera respeto
A la casa donde estoy,
Villano, viérades hoy
De mi venganza el efeto.
¿Para qué me haceis discreto,
Si multiplican agravios
Mis injurias en los labios
Para que mas me atormenten,
Aunque no de un modo sienten

Los ignorantes y sabios?
 Vos infamais el valor
 Que el rey Don Pedro os ha dado,
 Competidor, de criado,
 De secretario, traidor.
 Al derecho de mi amor
 Mal oponerse podrán
 Papeles que vuestros dan
 Puerta á amorosos delitos:
 Mi causa hicieron escritos,
 Y en mi nombre vencerán.
 Cuando el capitán venció,
 Del señor se hace memoria;
 Al Rey se da la victoria,
 Pero á los vasallos no.
 La victoria que hoy os dió
 Vuestra industria y mi porfia,
 Deslealtad y alevosía
 Será usurparla á mi amor;
 Que pues soy vuestro señor,
 Ha de ser Vitoria mía.
 Pero goce nuevo empeño
 De su amoroso cuidado,
 Pues á quien fué mi criado
 Pretende elegir por dueño;
 Que favorecida en sueño
 Os juzgará inadvertida,
 Cuando mi vengauza impida
 El logro que no tendréis.

(Sale la Duquesa.)

DUQUESA.
 Y cuando vos no os vengueis,
 Le quitaré yo la vida;
 Que no ha de llamar esposo
 Mi hermana á un hombre sin ley,
 Fugitivo de su Rey,
 Y á su señor alevoso.
 Cuando yo á Carlos amara,
 (Que es verdad que he deseado
 Verle por vos en estado
 Que mi sangre y casa honrara)
 ¿Teneis vos merecimientos
 Para poder pretender?
 Que en vos solo alcanzo á ver
 Pobreza y atrevimientos.
 Sois un loco, un desleal,
 Un bárbaro, un ignorante,
 Un presumido arrogante,
 Indigno que el Mariscal
 Os confiase su pecho.....

CÁRLOS.
 Sois un secretario infiel,
 Discreto solo en papel,
 De vos mismo satisfecho:
 Un amigo que rompió
 Las leyes, sin hacer caso,
 De la amistad.

DUQUESA.
 Carlos, paso,
 Que basta reñirle yo.

CÁRLOS.
 ¿Quién de los límites pasa
 De la amistad y prudencia?

DUQUESA.
 Yo sola tengo licencia
 De reñir en esta casa.

CÁRLOS.
 Si vos amparo le dais.....

DUQUESA.
 Yo no le doy á un villano;
 Mas no quiero que á la mano,
 Cuando me enoje, me vais.

CÁRLOS.
 Vuexcelencia me perdone:
 Satisfacción me dará,
 Pues de vos me vengará (A Don Pedro.)
 Quien castigáros propone.

DUQUESA. (A Don Pedro.)
 o haré que llevándos preso

A Castilla, en un cadalso
 A mí me vengueis por falso,
 Y á vuestro Rey por travieso.

CÁRLOS.
 Yo le llevaré, si así
 Vos, señora, lo ordenais.

DUQUESA.
 ¡Oh Carlos! ¿qué extraño estais!
 Dejados solos aquí.

CÁRLOS.
 Pues siendo yo el injuriado,
 Que quiera vengarme ¿es mucho?

DON PEDRO.
 Ya las injurias que escucho,
 Mi paciencia han apurado.
 Carlos, porque os he servido,
 Respeto os debo tener;
 Privilegios de mujer
 Señora, he reconocido:
 Aunque también dais indicios
 De ingratos, pues si los sabios
 Vuelven gracias por agravios,
 Dais agravios por servicios.
 Yo no he sido desleal;
 Sino tan leal á los dos,
 Que obedeciéndos á vos,

(A la Duquesa.)
 He servido al Mariscal.

CÁRLOS.
 ¡Servirme á mí es pretender
 Que mi dama vuestra sea!

DUQUESA.
 ¡Servirme á mí quien desea
 A mi hermana por mujer!
 DON PEDRO. (A la Duquesa.)

Pues vos ¿no me aconsejasteis
 Que á Vitoria pretendiese?
 Y vos que celos os diese, (A Carlos.)
 Mariscal, ¿no me mandasteis?
 ¿Para qué os quejais de mí,
 Si desto teneis memoria?
 Divertirme con Vitoria,
 Y celos á Carlos di.

CÁRLOS.
 ¿Celos son estos?
 DON PEDRO.
 Son llave
 De amor, con que medra y crece.

CÁRLOS.
 ¡Oh celos! esto merece
 Quien compra lo que no sabe.
 Dijistes tanto bien dellos,
 Que por vos los procuré;
 Tan crueles los hallé,
 Que me atormentais con ellos.
 No mas celos en mi vida,
 No mas, rabiosa pasión,
 Tan costosa guarnición.

DUQUESA.
 Carlos, yo estoy ofendida,
 Y vos en el mismo estado
 Con mi hermana que hasta aquí;
 Que os he querido fingi:
 Mas ya sabeis que he dejado,
 Por lo que á mi hermana quiero,
 En ella la sucesión
 De mi casa. En conclusion,
 Casaros con ella quiero.
 Proseguid con vuestro amor,
 Y quedad escarmentado
 De serviros de criado
 Que sabe mas que el señor;
 Que del presente que vemos,
 Pues nos ha engañado así,
 Desterrándole de aquí,
 Vos y yo nos vengaremos.

CÁRLOS.
 Por vos, bella Margarita,
 Se sosiega mi esperanza,

Pues vuestro favor alcanza
 Lo que un ingrato me quita. —
 No mas celos, ni aun en sueños.
 ¿Que tales penas ofrecen!
 Pero siempre se parecen
 Las dádivas á sus dueños.

(Vase.)

ESCENA VII.

DON PEDRO, LA DUQUESA.

DUQUESA.
 Solos habemos quedado.
 DON PEDRO.
 Solos, pero yo ofendido.
 DUQUESA.
 Amante favorecido,
 Si de ausentes olvidado.
 ¡Buena ganancia habeis hecho!
 Ya os quiere mi hermana bien.

DON PEDRO.
 Si vos me mostrais desden,
 Señora, ¿de qué provecho
 Ha sido el ejecutar
 Los remedios que dijistes?

DUQUESA.
 Quiseos yo, si lo entendistes,
 Divertir, no enamorar.
 Mas quien exceder procura
 Remedios que el sabio da,
 ¿De qué modo sanará
 Echando á perder la cura?

DON PEDRO.
 Pues, señora, ¿aquí de Dios!
 Si á Carlos decís que amais,
 Si que le hable me mandais,
 Si siendo tan cuerda vos,
 Quereis curar mis desvelos
 Con invención semejante,
 Y empezando á ser amante,
 Os dais á vos misma celos,
 ¿Puedo yo saber secretos
 Que palabras contradicen?

DUQUESA.
 ¿Qué necios son los que dicen
 Que sabeis hacer discretos!
 ¿Habeis leído el papel
 Escrito á Carlos y á vos?

DON PEDRO.
 Iba dedicado á dos;
 Mas no hallo palabra en él
 Que no haga á Carlos favor,
 Sin hacer mención de mí.

DUQUESA.
 ¿Leistele bien?

DON PEDRO.
 Leí
 Hasta la tilde menor,
 Y por Dios que es caso recio
 Que así me desatíneis.

DUQUESA.
 Basta, que desde que haceis
 Discretos, pecais de necio.
 ¿Traeisle ahí?

DON PEDRO.
 Sí, señora.
 DUQUESA.

Leedle.
 DON PEDRO.

Ya le leí,
 Y no hay cosa para mí.

DUQUESA.
 Leedle, acabad ahora.

DON PEDRO.

Así dice.
 DUQUESA.
 Comenzad.
 Túveos yo por avisado,
 Y Carlos os ha pegado,
 Don Pedro la enfermedad.

DON PEDRO. (*Leyendo.*) [*sa,*
Mariscal, si sois cuerdo, en esta empre-
Amando, mucho vuestra dicha gana.
Estimad los favores de mi hermana,
Pues que no dan disgusto á la Duquesa.

Proseguid, y pues veis lo que interesa
Con ella vuestro amor, la pena vana
Que teneis, olivdad de la tirana
Voluntad, que vuestra alma tiene presa.

Mirad que estos preciais de agradecido,
Eterna fama y triunfo desta gloria
Gozoso ganaréis contra el olvido.

Acordaos, y á vuestra alma haced
De que sois de mi querido
Me acuerdo, mucho mas que de Vitoria.

En todo aqueste soneto
 Que á Carlos, señora, di,
 ¿Hácese mención de mí?

DUQUESA.
 ¿En verdad que sois discreto!
 Todo casi es para vos.

DON PEDRO.
 ¿Para mí? Si al Mariscal
 Nombráis, si en él liberal
 Le favoreceis..... Por Dios,
 Señora, que pretendéis
 Enloquecerme.

DUQUESA.
 Pretendo
 Que entendais que yo os entiendo.
 Como á mi hermana quereis,
 Poneis tan poco cuidado
 En averiguar curioso
 Ese papel misterioso,
 Que no habeis en él hallado
 Lo que discreto penetra,
 Y el natural debe al arte.
 Leedle parte por parte,
 Miradle letra por letra,
 Y hallaréis al advertillas,
 Un papel que encierra dos.
 Buscad ahí para vos
 Un soneto en redondillas.

DON PEDRO.
 ¿En redondillas soneto?
DUQUESA.
 Cada día hay cosas nuevas,
 Y el ingenio todo es pruebas:
 Buscalde, si sois discreto.

DON PEDRO.
 Un soneto italiano
 Tiene solo este papel.

DUQUESA.
 ¿Pues no puede dentro dél
 Venir otro castellano?

DON PEDRO.
 No sé cómo.
DUQUESA.
 Dalde acá.
 Limitado entendimiento
 Es el vuestro. Estadme atento.
DON PEDRO.
 Atenta y confusa está
 El alma.

DUQUESA.
 Llegaos aquí.
 (*Lee los primeros endecasílabos del*
soneto.)
 Leyéndole deste modo,
 ¿No habla el soneto todo
 Con Carlos?

DON PEDRO.
 Señora, sí.
DUQUESA.
 Pues mirad si es para dos,
 Aunque en sentidos diversos.
 Lo postrero de los versos
 Es, Don Pedro, para vos.

(*Lee.*)
Si sois cuerdo, en esta empresa,
Mucho vuestra dicha gana.
Los favores de mi hermana,
Dan disgusto á la Duquesa.

Y pues veis lo que interesa
Vuestro amor, la pena vana
Olivdad de la tirana
Que vuestra alma tiene presa.

Si os preciais de agradecido,
Fama y triunfo desta gloria
Ganaréis contra el olvido.

A vuestra alma haced memoria
De que sois de mi querido
Mucho mas que de Vitoria.

DON PEDRO.
 ¿Pues quiere vuesa Excelencia
 Que llegue yo á conocer,
 Solamente con leer
 Versos en circunferencia,
 Favores dados á oscuras,
 Puestos para ostentacion
 Mas de vuestra discrecion
 Que de humanas conjuras?
 Entre renglones escrito,
 ¿Quién diera en este secreto?

DUQUESA.
 Vos, Don Pedro, sois discreto:
 Mas discreto de poquito.
 Sed amante de Vitoria
 Que con poco se contenta,
 Y á vuestro destierro atenta,
 Sabe toda vuestra historia.
 Con vos desposarse espera:
 El alma y la mano os dió:
 Andad, servilda, que yo
 Me pasaré como quiera.

DON PEDRO.
 Eso no, señora mía:
 Perdoneme su afición;
 Que tan bella discrecion
 Culpa el perderla sería.
 Yo salí con mi desseo.
 Con los celos que le he dado,
 Es ya cuerdo y avisado
 Carlos; quejoso le veo:
 Que se queje no permita
 Mi lealtad quien se acuerda
 De mi fama, ni yo pierda
 Mi preciosa Margarita.
 Si pretendí inadvertido
 Menoscabos de mi fe,
 A la mano que os besé
 Perdon amoroso os pido.
 Negármela será en vano.
 Bien me quereis: ¿qué dudais?
 (*Le toma una mano y se la besa.*)

DUQUESA.
 Soltad.
DON PEDRO.
 Si os desenojais
 Primero.
DUQUESA.
 Soltad la mano.
DON PEDRO.
 En ella estriba mi abono.
DUQUESA.
 Soltalda, y si no me iré.
DON PEDRO.
 Si os desenojais, sí haré.
DUQUESA.
 Soltalda, que yo os perdono.

ESCENA VIII.

VITORIA. — LA DUQUESA, DON PEDRO.

VITORIA. (*Ap.*)
 ¿Mano y perdon! ¿ay tiranos

Engaños!

DUQUESA. (*Bajo.*)
 Mi hermana es:
 VITORIA.

No pecais de descortés,
 Si á tantas dais besamanos.
 ¡Ay hermana! En fin, cruel,
 No en vano mis quejas fuudo.
 ¿Pretendes dejar el mundo,
 Y meteste mas en él?

DUQUESA.
 ¿Pues tú á mí me reprehendes.
 Cuando por cumplir tu amor,
 Sabiendo que haces favor
 A Don Pedro, y que pretendes
 Olvidar al Mariscal,
 Quiero casarle contigo?
 El viendo lo que le obligo,
 Llegó cortés y leal,
 Y la mano me besó.
 Poca liviandad arguyo,
 Si ha de ser esposo tuyo.

VITORIA.
 ¿Eso es cierto?

DUQUESA.
 No sé yo
 Si lo será, que has andado
 Muy necia y muy maliciosa.

VITORIA.
 ¿Yo tengo de ser su esposa!
 Perdona, si te he enojado.
 Luego ¿eso Don Pedro intenta?
 Si te casas, ó me caso,
 Viviremos las dos.....

DUQUESA.
 Paso,
 Que hace, Vitoria, la cuenta
 Sin la huéspedada tu amor.

VITORIA.
 ¿Pues qué huéspedada hay aquí?
DUQUESA.
 La huéspedada contra ti
 Ha sido Doña Leonor, [*trado.*
 Que há un mes que en mi casa ha en-

DON PEDRO.
 ¿Qué me dice Vuxcelencia?
DUQUESA. (*A Don Pedro.*)
 ¿Pues pudiera yo en su ausencia
 Haberlos sus señas dado,
 Sin haberla jamas visto?
DON PEDRO.
 Eso es imposible cosa.
DUQUESA.
 Aquí está, amante y celosa.
DON PEDRO. (*Ap.*)
 ¿Qué mal mi enojo resisto!

VITORIA.
 ¿Pues qué importa que aquí esté
 Leonor celosa ó sin celos,
 Si le obligaron los celos
 A que la mano me dé
 Don Pedro?

DUQUESA.
 ¿Bueno sería
 Ofenderla así los dos! (*A Don Pedro.*)
 ¿Qué respondeis á esto vos?
DON PEDRO.
 ¿Ay hermosa Leonor mía!

DUQUESA.
 ¿Qué es eso?
DON PEDRO.
 Satisfacer,
 Contra mi celosa queja,
 A quien patria y padre deja
 Solo por venirme á ver.
DUQUESA.
 ¿Luego la teneis amor?

DON PEDRO.

¿No he de ser agradecido
A quien de España ha venido.....?

DUQUESA.

Pues no ha venido Leonor,
Ni merecéis á Vitoria,
Ni yo desde ahora os precio,
Ni de inconstante y de necio
Se borrará la memoria
Que eternizais desde aquí.
¿Hay condicion mas liviana?
¿Ya perdido por mi hermana,
O ya perdido por mí!

DON PEDRO.

¿Qué es aquesto, confusiones?

ESCENA IX.

ROMERO.—LA DUQUESA, VITORIA,
DON PEDRO.

ROMERO.

Gracias á Dios que te he hallado.

DUQUESA.

(Salen criados.)

Prended ¡hola! ese criado.

ROMERO.

¿Pues por qué? ¿por seis doblones
Que he recibido?

DUQUESA.

Sacalde

La lengua, y no por la boca.

ROMERO.

¿Está Vuexcelencia loca?

Oiga primero.

DUQUESA.

Llevalde.

Sois un deslenguado.

ROMERO.

Es mengua

Que de mi sangre he heredado;
Pero si soy deslenguado,
Claro está que estoy sin lengua.
No me la saquen, señora,
Que hablaré por el cogote.

DUQUESA.

Llevalde y dalde un garrote.

ROMERO.

¿Mas nonada! Acabe ahora.

DUQUESA.

Y esté preso en el castillo
Ese ingrato castellano.

ROMERO.

¿No es bueno, que esté yo sano,
Y muera de garrotillo?

VITORIA.

¿Preso Don Pedro!

DUQUESA.

Acabad.

DON PEDRO.

¿Preso, señora!

DUQUESA.

Llevalde

Preso; pero no, dejalde. —

¿Pero qué es esto? Aguardad.

ESCENA X.

CARLOS, PRÓSPERO, RUGERO. —
LA DUQUESA, VITORIA, DON PE-
DRO, ROMERO, CRIADOS.

CÁRLOS.

Señora, el rey Don Fernando
Ha tenido de Castilla
Cartas, de que está en Amalfi
Don Pedro; y la paz antigua
Que con España conserva,
A corresponder le obliga
Con el gusto de Don Juan,
Que en Búrgos goza la silla.
Para esto me ha mandado
Prenderle: y si sois servida,
Lo pondré en ejecucion.

DON PEDRO.

¿Siguiéronme mis desdichas!
Yo vine huyendo de España,
Y parece cosa indigna
De la clemencia de un rey
Prender á quien del se fia.

DUQUESA.

Pues Don Pedro ¿en qué le ofende?

CÁRLOS.

Recélase de que aspira
A la sucesion del reino,
Y hay en fe desto quien diga
Que le ampara Inglaterra:
Para lo cual necesita
Que con su prision se atajen
Novedades y mentiras.
Esto es lo que solo intenta
El Rey, que tan cuerdo mira
Lo que está tan bien á todos.

DUQUESA.

Ménos, Conde, á Margarita.
Si le prendéis, dadme muerte.

CÁRLOS.

Ya yo sé, señora mia,
Que méritos de Don Pedro
Gusto y libertad os quitan.
Ejecutor de mi Rey
Soy yo; mas reconocida

La amistad que con él tuve,
A aconsejaros me obliga
El remedio de los dos.

DUQUESA.

¿Y será?

CÁRLOS.

Que se redima

La vejacion con que os dé
La mano de esposo, y viva
El seguro, y vos contenta,
Dando principio á sus dichas;
Que yo alcanzaré del Rey
La paz que enojado os quita.

DUQUESA.

A consejos tan discretos
Solo la admiracion diga
Alabanzas, siempre cortas,
Mientras no son infinitas.
Dadme, Don Pedro, la mano.

DON PEDRO.

Vos sois dueño de mi vida.

CÁRLOS.

Y vos, hermosa Vitoria,
Cuyo amor al alma mia
Ha servido de maestro,
Cuyos celos utilizan
Mi cordedad; si admitis
Una voluntad sencilla,
Dadme la mano, y licencia
Que por esposa os admita.

VITORIA.

Cárlos, yo soy vuestra esposa.

ROMERO.

Y yo, quien fué de estas dichas
Causa, señora; por ellas,
Suspension de la paliza
Y del garrote pretendo.

DUQUESA.

Yo os doy desde hoy de por vida
El doblon.

ROMERO.

¿Libre de palos?

DUQUESA.

Sí.

ROMERO.

Mas que una abada vivas.

PRÓSPERO.

Nosotros gracias os damos,
Señora, por ver cumplidas
Tan bien vuestras esperanzas.

DON PEDRO.

Mientras todos solenizan,
Celos que discretos son.
Amor, que hace maravillas,
Dad ánimo á vuestro Tiso,
Para que despacio os sirva.

AMAR POR RAZON DE ESTADO.

PERSONAS.

CARLOS, *duque de Clèves.*
LA DUQUESA, *su esposa.*
LEONORA, *viuda.*

ISABELA, *dama.*
ENRIQUE, *caballero.*
LUDOVICO, *marques.*

RICARDO, *viejo.*
DOS CRIADOS.

La escena es en Clèves, en una quinta del Duque, á diez leguas de allí, y en otra inmediata.

ACTO PRIMERO.

En una quinta del Duque. — Jardin con un costado del edificio.

ESCENA PRIMERA.

LEONORA y ENRIQUE, *á una ventana, de la cual pende una escala.*

LEONORA.

Enrique, el sol nos da prisa:
Con esperezos la aurora,
Si celosa de mí llora,
Mis pesares le dan risa.

ENRIQUE.

¡Qué presurosa que pisa,
Mi bien, el cóncavo espejo,
De sus celajes bosquejo!
¡Qué bien muestra á su pesar,
En su mucho madrugar,
Que tiene el marido viejo!
¡Oh! ¿quién cándidos pusiera
A las puertas de su oriente,
Porque presa eternamente,
Eterna mi dicha hiciera?
¡Quién, rompiendo la vidriera
Por donde su luz traspasa,
Pusiera á sus cursos tasa,
Y impidiéndola el correr,
La hiciera, pues es mujer,
Que aprendiera á estarse en casa?
¡No estuviera yo en Noruega,
Donde hay noches tan corteses,
Que regalan por seis meses
A quien á su clima llega!

LEONORA.

Si amor en ellos sosiega,
De qué, mi bien, serviría
Tan prolongada alegría,
Habiéndola de lastar (1)
Llorando, con esperar
Otros seis meses de día?
No alargues con dilaciones
Recelos de nuestro daño;
Mira que á dichas de un año
Riesgo de un instante pones.
Baja, mi bien.

ENRIQUE.

Escalones

De mi muerte bajaré.

(Baja el primer paso.)

¿Cuándo á verte volveré?

LEONORA.

¡Eso pregunta quien ama,
Y ausente del sol la llama,
De su fuego esfera fué?
Mientras está en Belpais
El Duque, y la noche oscura
Miedos del sol asegura,
¿Qué preguntas?

(1) Pagar.

ENRIQUE.

Vos decís
Que me amais, ¡y permitis
Que me vaya!

LEONORA.

Es el temor
Ayo cruel del honor,
Y el sol que á nacer empieza,
En su misma luz tropieza
Por descubrir nuestro amor.
¿Bajaste ya?

ENRIQUE.

El primer paso.
LEONORA.

Adios, pues.

ENRIQUE.

Oye de aquí
Quejas del alma.

LEONORA.

¡Ay de mí!
Vete, Enrique, y habla paso.

ENRIQUE.

Si hicieras, Leonora, caso
De mis penas.....

LEONORA.

Si te ve
El sol.....

ENRIQUE.

Ya, mi bien, bajé
Otro escalon; que violenta
Mi fe, los pasos me cuenta,
Y no la haces de mi fe.

LEONORA.

Repara, amores, por Dios,
Que no es amante discreto
Quien pone á riesgo el secreto.

ENRIQUE.

Reparad en mi amor vos.

LEONORA.

Voime.

ENRIQUE.

Ya bajé otros dos.

LEONORA.

No ocasiones mi cuidado.

ENRIQUE.

Mi bien, ¿pues qué juez no ha dado
Lugar que en cada escalon
Siquiera hable una razon
El mas vil ajusticiado?

LEONORA.

Mira que ya son las hojas
Ojos de Argos, que nos ven,
Deste jardin.

ENRIQUE.

¡Ay mi bien!
Yo te adoro, y tú te enojas.

LEONORA.

Temo.

ENRIQUE. *(Acabando de bajar.)*
Cesen tus congojas;

Que ya me voy. Goce el sueño
La gloria que en tí le empeño.

LEONORA.

¿Soltaré la escala?

ENRIQUE.

Si.

LEONORA.

¿Vaste?

ENRIQUE.

Voime, y quedo en tí.

LEONORA.

¡Ay dulce esposo!

ENRIQUE.

¡Ay mi dueño!

(Suelta Leonora la escala, y se retira.)

ESCENA II.

EL DUQUE, DOS CRIADOS.—ENRIQUE.

DUQUE.

¿A estas horas hombre aquí?
Matalde, si no se da.

ENRIQUE. *(Ap.)*

Ya, amor, descubierto está
Vuestro secreto por mí.
Restaure el acero agora
Culpas que por tardo os doy.

DUQUE.

¿Quién eres?

ENRIQUE.

Un hombre soy.

DUQUE.

Pues ¿qué haces aquí á tal hora?

ENRIQUE.

Idolatrar estas piedras,
De mi hechizo semejanza,
Y comparar mi esperanza
A sus siempre verdes yedras.

DUQUE.

¿Amas en palacio?

ENRIQUE.

Adoro.

DUQUE.

¿A quién?

ENRIQUE.

Si fueras discreto,
No ofendieras al secreto,
De amor mas rico tesoro.

DUQUE.

¿Por dónde al parque cerrado
Entraste?

ENRIQUE.

Si amor es ave
Que penetrar nubes sabe,
¿Qué preguntas?

DUQUE.

Al sagrado
Deste lugar, es delito
Entrar de noche.

ENRIQUE.

Al amor,

Que es el monarca mayor
Ningun lugar le limito.

DUQUE.

Di quién eres.

ENRIQUE.

Todo yo

Soy amor, y no soy mas.

DUQUE.

Si te encubres, morirás.

ENRIQUE.

Amor esfuerzo me dió
Para defenderme.

DUQUE.

Muerá.

ENRIQUE.

Mal mi valor conoçais.

(*Echan mano á las espadas los cuatro,
y éntranse acuchillando el Duque y
Enrique; los criados huyen al punto.*)

DUQUE. (*Dentro.*)

¡Valiente brazo! — ¿Qué haceis?

¿De un solo hombre huiis?

ESCENA III.

EL DUQUE Y ENRIQUE, *volviendo á salir.*

DUQUE. (*Retirándose de Enrique.*)

Espera:

Advierte que el Duque soy.

ENRIQUE.

Vuestra Alteza me perdone,
Si mi espada se le opone;
Y porque resuelto estoy
De morir, ántes que sepa
Quién la espada le ha ganado,
(Venturoso desgraciado,
Aunque en mi valor no quepa
El justo merecimiento
Que consigue mi osadía)
Vuestra Alteza honre la mía,
Porque con la suya intento
Dar principio á mi ventura,
Y mi sangre ennoblecer.

DUQUE.

Tu valiente proceder
De mi enojo te asegura.
Dos criados me has herido;
Pero no temas por eso.

ENRIQUE.

Que me ha pesado confieso,
Aunque en mi defensa ha sido

DUQUE.

Descúbrete, caballero.

ENRIQUE.

Vuestra Alteza tiene fama
De cruel contra quien ama
Sangre suya, y de aquí infiero
Lo mal que me puede estar
Hacer de quien soy alarde. —
El sol sale: adios: que es tarde.
Y indecente este lugar.

(*Vase.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE.

¡Determinado valor! —
¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!
Una escala está en el suelo.
Cayó por ella mi honor.
El arrogante embozado
Autor de mi afrenta ha sido;
Que el peligro hace atrevido
Al mas cobarde culpado.
¿Qué hay que dudar? ¿No me dijo:
«Vuestra Alteza tiene fama
De cruel contra quien ama
Sangre suya?» Si colijo

De aquí consecuencias llanas,
A mi sangre fué traidor,
Y torpe ofende mi honor
Una de mis dos hermanas.

¿Si será Leonora? No;
Que en su temprana viudez
La virtud ha sido juez
De que Artemisa perdió
El casto blason con ella.
¿Será Isabela? Tampoco,
Pues al deseo mas loco
Reprime ardores de yella.
Pues ¿quién será de las dos,
Si no tengo en Belpais
Otra sangre? ¿Qué decís.
Honra, en estas dudas vos?
Este cuarto es de Leonora
Y de Isabela; esta escala
En la culpa las iguala,
Si cómplice, acusadora.
Para poder sentenciar,
Informacion se ha de hacer. —
¿Vos sois casa de placer?
Mejor diréis de pesar. —
¿Llamaré gente que siga
Mi enemigo? Sed mas sabio,
Honor mío: que el agravio
No lo es mientras no se diga.
Ni el sol que empieza á nacer,
Con verlo todo y ser mudo,
De las ofensas que dudo
Testigo tiene de ser.

El tiempo dará noticia
De quién es quien me ofendió,
Pues en mi espada llevó
La insignia de mi justicia.
Ella le dará castigo,
Pues aunque encubrirse prueba,
No va seguro quien lleva
A la justicia consigo;
Y yo guardaré entre tanto
Este instrumento agresor.
Tratos de cuerda el amor
Da á la honra: no me espanto
Que os venga, mudable hermana,
Pues la mas firme mujer
Fragil cuerda viene á ser,
Y la mas cuerda, de lana.
(*Bájase á tomar la escala, halla pape-
les rotos, y cógelos.*)

Papeles pedazos hechos
Hay por aquí, que arrojados,
Son despedidos criados;
Y descubriendo sus pechos,
Podría ser que se vengasen
De quien los despedazó.
Sospechas, ¡dichoso yo,
Si en verdades os trocasen!
Esta letra es de Leonora.
Medio renglon dice así:
(*Lee.*) *Mi bien, cuando estoy sin ti...*
Mas indicios hav agora,
Isabela, en tu favor,
Que á Leonora culpa dan.....
¿Qué dichoso que fué Adán,
Libre de riesgos de honor!
(*Lee.*) *Mi bien, cuando estoy sin ti...*
¿De tú, Leonora, y mi bien
A un hombre, y no sé yo á quién?
Viuda noble que habla así,
Muy adelante está ya
En materia de adición.
Leamos otro renglon;
Que puesto que roto está.
Si indicios de estotro iguala,
No habrá que imaginar mas.
(*Lee.*) *Mañana á verme vendrás...*
Y estotra noche la escala.
Bien los delincuentes pinta
La sospecha, sabio Apéles,
En estos rotos papeles.
(*Lee.*) *La respuesta en esta cinta.*

No entiendo esto. alguna traza
Para escribirse los dos,
Les dió el mal nacido dios
(*Lee.*) Este dice: *Duque á caza.*
Es verdad, ayer sali.

(*Lee.*) *Cinta, asegura cuidadas
Dr enemigos no excusados.*
Ya este misterio entendi.
Leonora le escribiría,
Y por guardar el respeto
Al siempre cuerdo secreto,
De una cinta colgaria
El papel, el sol ausente,
Porque acudiendo por él
Su amante, aliviase en él
Llamas de su amor ardiente.
Vendría de noche en fin,
Y la cinta serviría
De tercera, y llevaria,
Cuando entrase en el jardin.
La respuesta, cuerda y muda.
¿Nuevo modo de querer!
Mas ¿qué no hará una mujer,
Si sobre discreta, es viuda?
Enemigos no excusados
Los vivos terceros llama:
Bien dice, porque la fama
Anda enferma entre criados.
Si como supo guardar
Secretos, guardar supiera
Papeles, poner pudiera
Escuela nueva de amar.
Ahora bien, yo he de saber
Con industria y con secreto
Quien es el feliz sujeto
Que en Leonora pudo hacer
Tan no pensada mudanza:
Mi espada lleva, y la suya
Me dejó por ella; arguya
Quien puede ser, mi venganza.
A la corte he de volverme;
Que tal vez en la lleueza
Del campo está la grandeza
A peligro, donde duermes
El cuidado. Torre, quinta,
No veré mas vuestras flores,
Que dan entrada á traidores,
Y hacen tercera una cinta.
(*Vase, llevándose la escala.*)

Sala en la quinta de Ricardo.

ESCENA V.

ENRIQUE.

¿De la escala se olvida quien adora
A quien al sol en hermosura iguala?
¿En tal ocasion, cielos! ¿á tal hora!
¿Y por discreto Cléves me señala?
¿Yo amante? ¿en posesion yo de Leonora,
Y la escala me olvido? ¿y en la escala
Dejo indicios al Duque sospechoso
Contra la fama de mi dueño hermoso?
Asáltome su hermano de improvisio;
No pude prevenir con el cuidado
En mi defensa á daño tan preciso;
Descuidéme, y amor que es descuidado,
¿Qué merece? Por necio ó por remiso,
Mi Leonora dirá: «Ser olvidado,
Pues si un amor con otro amor se paga,
Olvido es bien que á olvido satisfaga.»
¿Un año de secreto, en un instante
Perdido por mi culpa, cuando pinta
La discrecion trofeos de un amante,
Si no en bronce, en flores de una quieta!
¿Un amor sin tercero que le espante,
Cifrado cada noche en una cinta,
Mudo correo de amorosas quejas,
Letras de amor librándome á unas rejas!
El Duque halló la escala, ¿quién lo duda?
Y en ella la opinion de mi Leonora,

O desacreditada ó puesta en duda
 Por culpa mia, mis desdenos llora,
 ¡Con qué ojos, pues, idolatrada viuda,
 A los tuyos podrá llegar agora
 Quien te ha ofendido, si el mayor culpado
 Es en casos de amor el descuidado?

ESCENA VI.

RICARDO.—ENRIQUE.

RICARDO.

Enrique.

ENRIQUE.

Padre y señor!

RICARDO.

¿Cómo has madrugado hoy tanto?

ENRIQUE.

Son enemigos del sueño
 El calor y los cuidados.

RICARDO.

¿Cuidados tú! ¿Pues de qué?

ENRIQUE.

No son razones de estado,
 Ni de amor ciegos desvelos;
 Pues nunca ha podido tanto
 Conmigo el bárbaro ocio,
 Que haya degenerado
 De la crianza que en mí
 Hacen tus consejos sabios.
 Como soy hechura tuya,
 Y tu sangre propagando
 En mí, procuras al tiempo
 Dejar tu mismo retrato;
 Eres mi padre y maestro,
 Armas y letras cifrando
 En avisos y en liciones,
 Por quien dos veces te llamo
 Dueño natural: descos
 De no desmentir, Ricardo,
 Esperanzas que en mí sienbras,
 Mil noches me han desvelado.
 No has permitido hasta agora
 Que rompa el límite escaso,
 Prision de mi juventud,
 Destos montes y estos prados.
 Diez leguas dista de aquí
 La corte, que alabas tanto,
 De Carlos, duque de Cléves;
 Veinte veces ha pisado
 Rosa abril y escarcha enero,
 Que (1) de los maternos lazos
 A la luz del sol salí,
 Sin haber de tí alcanzado
 Que á ver la corte me llevés;
 Preso entre los riscos altos
 De estas aspercezas frías,
 Cuyas faldas bordan mayos.
 Si intentabas, padre noble,
 Que viviese entre villanos,
 Donde por dueño te tienen
 Un castillo y pueblos cuatro;
 ¿Para qué tan cuidadoso
 Las artes me has enseñado
 Liberales? ¿Para qué
 El hacer mal á un caballo,
 Saber jugar el acero,
 Acometer un asalto,
 Dar dos botes de una pica,
 El noble lenguaje y trato
 De las cortes de los Reyes,
 Si como sabes, es llano
 Ser inútil la potencia
 Que no se reduce al acto?
 (Ap. ¿Ay mi Leonora ofendida!
 Divirtiendo estoy en vano
 Sentimientos de mi ofensa,
 Ocasiones de tu agravio.)

RICARDO.

Enrique, mozo estudié,

(1) Desde que.

Hombre seguí el aparato
 De la guerra, y ya varón
 Las lisonjas de palacio.
 Estudiante gané nombre,
 Esta cruz nie honró soldado,
 Y cortesano adquirí
 Hacienda, amigos y cargos.
 Viejo ya, me persuadieron
 Mis canas y desengaños
 A la bella retirada
 Desta soledad, descanso
 De cortesanas molestias,
 Donde prevengo despacio
 Seguro hospicio á la muerte,
 Con prudencia escarmentado
 En los viejos que en la corte,
 De su libertad tiranos,
 Mueren sin haber vivido,
 Pródigos de canas y años.
 Antes que honrase mi pecho
 Con el blason soberano
 Malta desta blanca cruz,
 Del valor y hazañas blanco;
 Saliste al mundo, y quedó
 Tu crianza, Enrique, á cargo
 De mi amor y mis consejos.
 Creciste en fin, y dejando
 Con la infancia los estorbos
 Que en el natural humano
 El uso de la razon
 Impiden en tiernos años;
 Fui á los nueve tu maestro,
 Por causa tuya colgando
 Las armas y pretensiones;
 Y á esta quietud retirado,
 Desde las primeras letras
 Tu ingenio dócil y blando,
 Hasta la filosofía
 Por mi industria ha granjeado.
 Sin estas no puede un hombre,
 Perder el nombre de esclavo,
 Pues en fe de hacerle libre,
 Liberales se llamaron.
 La militar disciplina
 En tu natural bizarro
 Lograr hazañas pretende
 Que te ganen nombre claro.
 Con las armas y las letras
 Podrás, si á César te igualo,
 Vencer de día, y de noche
 Escribir tus comentarios.
 Voite enseñando también
 La policía y el trato,
 Modos, términos, respetos,
 Que en la corte hace el engaño,
 Maestro de ceremonias;
 Que hevo, Enrique, por blanco
 Sacarte de aquestos montes
 Un perfeto cortesano.
 Para serlo, no te falta
 Sino resumir de paso,
 Habitando el ingenio,
 Lo que hasta aquí te he enseñado.
 Presto cumplirás deseos,
 Los míos despues logrando
 A satisfacción del mundo,
 Y de la corte de Carlos.

ENRIQUE. (Ap.)

¡La escala se olvida un hombre
 A tal hora y en tal paso!
 ¿Qué disculpa, amado dueño,
 Podré dar á tus agravios?

RICARDO.

Dejando, pues, por agora
 Descos que sazonzados
 Se cumplirán á su tiempo,
 Será razon que volvamos,
 Enrique á nuestro ejercicio.
 Ayer tarde repasamos
 Los metéoros, y en ellos
 Bastantemente informado,

Sabes de lo que proceden
 Las nubes, lluvias y rayos,
 Cometas y exhalaciones,
 Que la region inflamando
 Del elemento tercero,
 Al vulgo causan espanto,
 Como crinitas, caudatas,
 Y otras que por no ser largo,
 Dejo porque ya las sabes,
 Por ellas conjeturando
 Guerras, muerte de señores,
 Hambre, mudanzas de Estados,
 Y otras desdichas que anuncian
 Los cuerpos simples y varios,
 De cuyo influjo dependen
 Los vivientes de acá abajo.
 Agora has de resumirme
 Lo que ayer para hoy dejamos
 En materia de los cielos,
 Sus ortos y sus ocasos.

ENRIQUE.

¡Vive Dios, que no merece
 Quien ama y es descuidado,
 Nombre de hombre!

RICARDO.

¿Cómo es eso?

¿Estás en tí?

ENRIQUE.

Y repasando
 Lo que esta noche olvidé.

RICARDO.

Di pues.

ENRIQUE. (Ap.)

¿Qué haya yo agraviado
 Por un descuido, Leonora,
 Vuestra opinion? ¿Y me llamo
 Amante vuestro!

RICARDO.

¿No dices?

ENRIQUE.

Sí, señor. (Ap. ¡Ay! ¡cuán contrarios
 Son desvelos del estudio
 De los de un enamorado!)
 La fábrica de los cielos,
 De los dedos de Dios digna,
 Eterna en su inmensa idea,
 Y en tiempo el primero día,
 Segun opinion probable,
 Es de la materia misma
 Que las demas criaturas,
 En cuanto es materia prima;
 Pues dado caso que aquesta
 Intrinsecamente siga
 El apetito que tiene
 A la forma que varia,
 De donde es fuerza que nazca
 La corrupcion que aniquila
 La sustancia que le informa,
 Porque las demas reciba,
 Y no pudiendo mudarse
 En los cielos la adquirida
 Desde su creacion primera,
 Ya parece que es distinta;
 Lo cierto es que toda es una,
 Y esencialmente se inclina
 A las formas que no tiene,
 Aunque nunca las consiga,
 Como el hombre, que es risible
 Puesto que jamas se ria,
 Ni ponga esta forma en acto,
 Como de algunos se afirma.
 Los que se mueven son diez,
 Y once con la esfera impirea,
 Corte de quietud eterna
 De santos y jerarquias.
 Su hechura es cóncava y hueca,
 Cuyas esferas contiguas
 Se tocan unas á otras,
 Porque darse vacuo impidan.
 De sus fisicos contactos

Hay filósofos que afirman
Aqueña música acorde,
Cuya inefable armonía
No nos parece escuchar,
Pues según buena doctrina,
Ab auctis non fit passio,
Aunque es opinión de risa.
Excédense unos á otros
Lo que por la perspectiva
De sus ángulos se saca,
Conforme á la astrología
De Alfagrano, diferencia
Sexta y vigésima prima,
Y otros de su sabia escuela,
Del modo que aquí se pinta.
(*Distráese, y dice aparte.*)
(¿Que me dejase la escala
Olvidada yo? ¿Y que diga
Que á Leonora quiero bien?)
;La escala yo!

RICARDO.
¿Desvarias,
Enrique? ¿qué es esto? di.
ENRIQUE.
Influjos que se derivan
Desde los cuerpos celestes
Y en la tierra predominan,
Son como escalas señor.

RICARDO.
No, Enrique; tú desatinas,
O alguna pasión secreta
Tu memoria tiraniza.
No estás hoy para cuestiones
Sútiles; ven á la esgrima,
Y por las prácticas, deja
Artes especulativas.

(*Toman espadas de esgrima.*)
Toma aqueña espada negra.
La destreza de Castilla
Es la que en Europa agora
Comunmente se practica.
En el juego de Carranza
Estás docto; mas estima
Tiene el de Liébana: en este
Quiero ver cómo te aplicas.

(*Esgrimen.*)
Mete el pié derecho, saca
El izquierdo, uñas arriba;
Tírame esa punta al pecho;
Cruza la espada á la vista;
Rebate mi acero agora.

ENRIQUE. (Ap.)
Por la honra y por la vida
Es natural la defensa.
Duque, aunque el paso me impidas,
He de llevarme la escala,
Sin que por ella colijas
Quién es la prenda que adoro:
Muere, y mi secreto viva.
(*Distráese esgrimiendo, dale á Ricardo una cuchillada en la cabeza, y derribale el sombrero.*)

RICARDO.
Loco, ¿qué has hecho?
ENRIQUE.
¡Ay señor!

Siguió la espada atrevida,
Sin regirse por el alma,
Desconciertos de la ira.
Necio es quien reduce á leyes
El furor, que nunca mira
En preceptos militares,
Si la venganza le incita.
Ciego del dejó llevarme;
Mas no hay disculpa que impida
Mi bárbara inobediencia:
La mano, padre, castiga
Que ha herido á quien debe el sér;
Dame con mi espada misma
La muerte, y vengue la blanca

Lo que en la negra te indigna.
(*Arroja la espada negra, saca la blanca, ofrécesela, y dale el sombrero de rodillas.*)
;Que herí á mi padre!

RICARDO.
No creas
Que eres mi hijo, ni permitas
Afrentar el órden sabio
Con que sus especies cria
La cuerda naturaleza;
Porque si como imaginas,
Fuera, Enrique, yo tu padre;
Cuando, el alma divertida,
Me fueras á herir, la sangre
Te detuviera, á ser mía,
El brazo, reverenciando
La fuente que la origina.
A la cabeza defiende
La mano, y contra la ira
De quien la injuria, recibe
Naturalmente la herida.
Si yo tu cabeza fuera,
Mal agravíarme podía
Ramo de quien tronco soy,
Sangre de quien eres cifra.
No, Enrique, no soy tu padre.

ENRIQUE.
Consuelos crecen desdichas,
Pues mezclas, cruel piadoso,
Dos contrarios de un enigma.
¿Que no eres mi padre?

RICARDO.
No.

ENRIQUE.
¿Pues quién....?

RICARDO.
Sábraslo algún día;
Que yo no lo sé hasta agora,
Hasta que el tiempo lo diga. (*Vase.*)

ENRIQUE.
«¿Que yo no lo sé hasta agora,
Hasta que el tiempo lo diga?»
;O presunción enemiga!
¿Cómo amaréis á Leonora?
Mi soberbia burladora
Hijo noble de Ricardo
Me llamó; mas ya ¿qué aguardo,
Si aun me niegan mi bajeza
La humilde naturaleza
Que pensé tener bastardo?

(*Ciñese la espada.*)
Arrogante pensamiento,
¿A Leonora os atrevistes?
¿Cómo tan alto subistes
Con tan bajo fundamento
Que aun no sé mi nacimiento?
;Ay amorosa fatiga!
Vuestro vuelo no prosiga,
Pues sus principios ignora;
«Que yo no lo sé hasta agora,
Hasta que el tiempo lo diga.»

ESCENA VIII.

LUDOVICO, de campo y sin espada.—

ENRIQUE.
LUDOVICO.
Dicha el no matarme fué
De la caída que di.—
Enrique...

ENRIQUE.
Señor.

LUDOVICO.
Cal...

ENRIQUE.
;Válgame el cielo!

LUDOVICO.
Y quebré
La espada de mas estima

Que caballero ciñó:
El caballo tropezó
En un tronco, y dando encimá,
Tres partes hizo la hoja.

ENRIQUE.
Mucho daño os pudo hacer.
LUDOVICO.
A nuestro Duque iba á ver;
Que en no haciéndolo, se enoja.
Prestadme, Enrique, la vuestra.

ENRIQUE. (Ap.)
La del Duque ¿cielos! es.
LUDOVICO.
Y volveréosla despues
Con mejoras.

ENRIQUE. (Dándose la.)
¿Qué mas muestra
De que ya está mejorada,
Que vos, Marques, la pidais,
Si á vuestro lado la honrais?
LUDOVICO. (Sácala.)
;Hermosos filos de espada!
Enrique, feríadmelá;
Daréos un lugar por ella.

ENRIQUE.
Si gustais servirlos della,
Ya, señor, feríada está,
Aunque tengo en ella puesto
Mi gusto.

LUDOVICO.
¡Ah! ¿si? pues no es justo
Que yo os quite tan buen gusto.
Yo os la remitiré presto;
Y porque no vuelva sola,
Enjaezado os traerán
El mas brioso alazán
Que parió yegua española. (*Enrdinala.*)

ENRIQUE.
Désoos las manos.
LUDOVICO.

¿Queréis
Que vamos á Belpais
Los dos?

ENRIQUE.
Si vos os servís
De mí, ¿por qué no?

LUDOVICO.
Seréis
Del gran Duque conocido,
Que tiene satisfaccion
De la fama y opinion
Que vuestro estudio ha adquirido.

ENRIQUE.
A vuestra sombra, señor,
¿Qué dicha no intentaré?

LUDOVICO.
Soy primo suyo, y podré
Hacerlos con él favor.

ENRIQUE.
Entrad, veréis nuestra quinta,
Y tomaré yo otra espada.

LUDOVICO.
No será tan extremada
Como la que está en mi cinta,
Aunque siempre se ha preciado
Vuestro padre de tener
Armas con que alarde hacer
De haber sido gran soldado.
Vamos.

ENRIQUE. (Ap.)
No pude negarle
La espada que me pidió.
Si el Duque que la perdió,
La conoce, acompañarle
;No es locura? Mas ¿qué importa?
Ya ¿qué tiene que perder
Hombre que no tiene sér?

Acabe mi dicha corta;
Que cuando el Duque importuno
La muerte me mande dar,
A uadie podré afrentar,
Pues soy hijo de ninguno. (Vanse.)

Sala en la quinta del Duque.

ESCENA IX.

LEONORA, EL DUQUE.

DUQUE.

¿Pues podrásme tú negar
No ser esta letra tuya?
Cada pedazo te arguya,
Pues para multiplicar
Los testigos que dan nota
De tu descompuesto amor,
Convencen tu roto honor
Razones de carta rota.
Niega que la infame escala
Que al pie de tus rejas vi,
Liviana, intentó por tí
Meter la afrenta en tu sala.
Niega el perdido respeto
A tu difunto consorte;
Honesta viuda en la corte,
Y en Belpais, del secreto
Y la noche apadrinada,
Pagando torpe tributo
A la liviandad en luto,
Hipócrita disfrazada;
Que cuando excusas alegues
Que estás maquinando en vano,
Desmentida de tu mano,
No es posible que esto niegues.

LEONORA. (Ap.)

¿Ay desacertado Enrique!
Perdi mi opinion por tí,
Y tú me perdiste á mí.
¿Qué he de hacer?

DUQUE.

Cuando fabrique
Tu ingenio agravios que hacer
A mis sospechas, Leonora,
No te han de excusar agora
Sutilezas de mujer.
Convencida estás.

LEONORA.

Confieso

Lo que en mi vida pensé;
Y puesto que perderé,
Cuando no la vida, el seso,
Por la reputacion mala,
Duque, en que contigo quedo;
Dejarte seguro puedo
Que los pasos desa escala
Que has hallado y me desdoran,
No han llegado á profanar,
Fuera del alma, el lugar
Que dentro mi cuarto ignoran.
Ofendió el consentimiento
Al recato, no al honor,
Pues no le agravia el amor
Que al primero sacramento
Que vió el mundo, se sujeta.
Con aqueste fin cristiano,
Aunque el medio fué liviano,
Y la pasion indiscreta,
Le escribi aquesa papel,
Que despues rompió el temor,
Arrojándole el honor (1)
Por las rejas: fúndase en él
Belitos de voluntad
Que no se han puesto en efeto,
Y advierte que es el sujeto
De tan noble calidad
Como la tuya.

(1) Honor es aquí el nominativo, lo arrojado es el papel. Cuando se incluyó esta comedia en la *Coleccion general*, entendió el censor la oración al revés, y borró el verso.

DUQUE.

¿Y la escala,
De tu deshonra instrumento?

LEONORA.

Amor, cuyo pensamiento
Por los ojos se señala,
A mi amante le diria
Que consigo la trujese.

DUQUE.

Si pedazos te leycese
Deste papel, bien podria
Probarte cuán adelante
De lo que dices está
El liviano amor que da
Tanta licencia á tu amante.
Mas declárame quién es
El pretendiente atrevido.

LEONORA.

Señor, no pidas...

DUQUE.

Yo pido
Lo que te ha de estar despues
Tan bien, que juzgues por sabio
El remedio de tu honor.

LEONORA.

(Ap. Perdona, Enrique, al temor;
Que es fuerza que te haga agravio.)
Temo, si quién es publico,
Que has de enojarte.

DUQUE.

¿Porqué,
Si es tan noble? Di: ¿quién fué?

LEONORA.

El Marqués...

DUQUE.

¿Quién?

LEONORA.

Ludovico.

DUQUE.

¿Mi primo?

LEONORA.

Ese me desvela.

DUQUE.

Pues siendo merecedor
Ludovico de tu amor,
¿Porqué con tanta cautela
Y secreto te pretende,
Pues cuando me declarara
Su amor, era cosa clara
Ser tu esposo?

LEONORA.

No te ofende;

Pero pretendió primero
A mi hermana.

DUQUE.

Eso es verdad.

LEONORA.

Mudóse la voluntad;
Que amor es fuego lijero.
Viéndome en fin viuda, puso
Los ojos con tanto afeto
En mí, que amante y secreto
A servirme se dispuso;
Y por no dar á Isabela
Celos, y enojarte á tí,
Há un mes que me sirve así.

DUQUE.

Cuerdo ocasiones recela,
Y cuerdo intento tambien
Atajar inconvenientes.
Amorosos accidentes
Disculpa, hermana, te dén,
Siquiera por la eleccion
Que en tan noble prenda has hecho.
Sosegado has ya mi pecho:
Al Marques tengo alicion.
Con Isabela intenté
Casarle; mas pues se muda,
Disimula cuerda y muda,

Porque á tu hermana no dé
Celos, infernos de amor,
Entre tanto que dispongo
Las cosas, y medios pongo
Que á Isabela estén mejor.

LEONORA.

Dame á besar esos piés,
Pues satisfaces así
Tu honor y mi gusto.

DUQUE.

En tí
Se emplea bien el Marques.
Cosas que tan adelante
En materia de honra están,
Mal remediarse podrán,
Si con medio semejante
No sueldo el daño que has hecho.

LEONORA. (Ap.)

Enrique inconsiderado,
Causa á tus celos has dado.
Oculte tu amor mi pecho;
Que aunque crea tu impaciencia
Que al Marques hago favor,
Te adoraré en lo interior,
Y al Marques en la apariencia.

ESCENA X.

LA DUQUESA, ISABELA. — EL DUQUE, LEONORA.

DUQUESA.

Dicenme, Duque y señor,
Que dejáis á Belpais
Por la corte.

DUQUE.

Si el calor,
Duquesa, aquí divertis,
Vénus entre tanta flor;
Yo que de mi corte ausente,
Hago á mi gobierno agravio,
Juzgo por inconveniente,
Pudiendo ser Caton sabio,
Ser cazador imprudente.
Hoy nos hemos de partir.

ISABELA.

Mas razon es acudir
Al bien comun, gran señor,
Que al propio.

DUQUESA.

No sabe amor
Replicar ni resistir.
Vamos cuando vos gustéis.

ESCENA XI.

LUDOVICO, ENRIQUE. — DICHO.

LUDOVICO.

Por cumplirlos el deseo
Que de conocer teneis,
Gran señor, á Enrique, os veo
Tarde hoy: honrar podeis
En él, con satisfaccion
De su fama y experiencia,
La nobleza y discrecion,
Valor, cortesia y ciencia,
Que sus tributarias son.
Disculpe lo que he tardado
El padrino que he buscado.

DUQUE.

Poco madrugais, Marques;
Pero todo amante es
Cuidadoso, descuidado.
Más os debe Belpais
De noche, que cuando Apolo
Logra los rayos que huiis.
Las estrellas os ven solo,
Con padrino al sol salis;
Negais de noche secreto
Quién sois á la corteza,

Y publicácala, en efeto,
Al sol; no sois vos de día,
Como de noche, discreto.

(*Hablando aparte con él.*)

Esa espada no hace alarde
De hazañas que adquirís tarde;
Guardarla os fuera mejor,
Si no es que á vuestro señor
Notais, Marques, de cobarde.

LUDOVICO.

¿Señor! ¿qué decís?

DUQUE.

Que en ella

Mi desprecio se señala;
Mas si os honrais de traella,
Haré yo sacar la escala,
Y os castigaré por ella.

(*Vase.*)

LUDOVICO. (*Siguiéndole.*)

Gran señor, decid: ¿qué espada?
¿Qué escala? ¿qué confusion
Mi lealtad tienen culpada?
Admitid satisfaccion
De quien no os ofende en nada.

(*Vase.*)

DUQUESA.

Airado el Duque se fué
Con el Marques. Isabela,

¿Qué es esto?

ISABELA.

Aunque no lo sé,

El amor que me desvela,
Por intercesor pondré.
A vuestra Alteza suplico
Que á desenojarle venga.

DUQUESA.

Que me pesa, os certifico
De que causa el Duque tenga
De reñir con Ludovico.

(*Vanse la Duquesa é Isabela.*)

ESCENA XII.

LEONORA, ENRIQUE.

LEONORA.

A poder yo aborreceros,
Osara, Enrique, reñiros,
O ahorrara mi amor suspiros,
Pues ya no excusa el perderos.
Tan difícil será el veros,
Como imposible el hablaros;
No supistes conservaros,
Ni yo supe retirar
Deseos que han de pagar
Con la vida el adoraros.
Por un instante de gusto,
Años hemos de perder
Del reciproco placer
Que tiraniza un disgusto.
Limite tiene amor justo,
Que el necio desórden pasa;
Quien sin prudencia se abraza.
Arrepentido se hiela;
Quien al gastar no recela,
Corrido vive con tasa.
Un papel nos ha vendido,
Una escala descubierto,
Un descuido nos ha muerto,
Una desdicha perdido.
Todo el Duque lo ha sabido:
A Ludovico he culpado;
Nombre de esposo le he dado;
Y si de pesar no muero,
He de fingir que le quiero
Por solo razon de estado.
¿Ved de un yerro los que nacen!

ENRIQUE.

Enlazan las ocasiones
Desdichas en eslabones,
Que eternas cadenas hacen;
Pero si se satisfacen
Matando, morir procuro,

Pues con la vida aseguro
El peligro que tenemos,
Porque muriendo, quedemos
Libre vos, y yo seguro.
Sois mi esposa en posesion,
Y yo con vos desigual,
Nuestro peligro mortal,
Cierta nuestra perdicion.
Razon de estado es razon
Que contradicen los cielos;
La muerte ataja desvelos:
Muera quien os ha perdido,
A vuestros ojos querido,
Antes que ausente y con celos.

ESCENA XIII.

ISABELA. — DICHOS.

ISABELA.

¿Ay hermana de mis ojos!
Llevar manda el Duque preso
Al Marques; y perdere el seso
Si duran estos enojos,
Porque con justos antojos,
Difíciles de entender,
Le obligan á enfurecer.
Quejas forma de una espada,
Que ciñe al lado dorada,
Y mi homicida ha de ser.
Luego nos manda partir
A la corte: ven, Leonora,
Y serás su intercesora,
O aquí me verás morir.

LEONORA.

Yo ¿qué le puedo decir
Con que se venga á aplacar?

ISABELA.

Nada te sabe negar;
Roguemos por él las dos.
Hidalgo, también á vos
Os manda el Duque llamar.

(*Vase.*)

ENRIQUE.

Habrás sabido que es mia
La espada: si me da muerte,
Dichosa será mi suerte.

LEONORA.

¿Tantos males en un día!

ENRIQUE.

Ea, amorosa osadía,
Muera Enrique desgraciado.
Pues tan mala cuenta ha dado
De la dicha que ha perdido,
Cuando no por atrevido,
Por amante descuidado.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion dividida en dos partes, desde el proscenio hasta el fondo del teatro: la mayor es una galería en el palacio de Cléves; la menor es la habitacion que sirve de cárcel á Ludovico y tiene puerta y ventana á la galería.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE Y LUDOVICO, en la sala de prision.

ENRIQUE.

No me espanto que formeis
Quejas de vuestra prision,
Supuesto que no sabeis,
Marques, la justa ocasion
Con que airado al Duque veis;
Mas primero que os la diga,
De vos me quiero informar.
De la amorosa fatiga,
Que reinos suele abrasar,
Y libres pechos castiga,
Predominando en Leonora,

La hiciera competidora
De la dicha de Isabela,
Y aunque su amor os desvela,
Os quisiese bien agora;
La mudanza podria hacer
El comun efeto en vos
Con que muestra su poder
Amor, que es fuego, si es Dios,
Y nunca vive en un sér?

LUDOVICO.

¿Leonora á mí?

ENRIQUE.

Su beldad,

El ser del Duque heredera,
De cuya esterilidad
Cléves sucesion no espera,
Su discrecion y su edad
Dan causa á lo que os pregunto,
Pues siendo del sol trasunto
Puede, asegurando amor,
Elegiros sucesor
Del malogrado difunto.

LUDOVICO.

Enrique, no oso fiar,
Tanto de mi fortaleza.
Si en tan dichoso lugar
Me pusiese su belleza,
Que no temiese dudar
La fe que á Isabela debo;
El mayor planeta es Febo
De cuantos alumbra ves,
Y muda de mes en mes
Nueva casa y signo nuevo.
Mas ¿por qué me decís eso?
¿Qué tiene, Enrique, que ver,
Tenerme así el Duque preso
Con tentarme por saber
Si soy mudable?

ENRIQUE.

Intereso,

Marques, de vuestra mudanza
Toda la seguridad
De mi vida y esperanza.
Mi osadía perdonad,
Alentad mi confianza,
Y aseguradme primero
Si de amigo verdadero
Podré gozar el blason,
Marques, en vuestra opinion.

LUDOVICO.

Bien sabes lo que te quiero,
Y que eres por mí privado
Del Duque.

ENRIQUE.

Más me prometo

De vos, aunque os he agraviado
Sois mi patron, en efeto,
Y en esa fe confiado,
Atrevimientos de amor
Escuchad. Yo, Ludovico,
Soy vuestro competidor,
Si en méritos menos rico,
Mas dichoso en el favor
De Isabela.

LUDOVICO.

¿Cómo es eso?

ENRIQUE.

Mis desatinos confieso;
Mas poco el amor abraza
Que los limites no pasa
Comunes, y pierde el seso.
El estar de Belpais
Tan cercana nuestra quinta,
Como en su bosque advertís;
La caza, que guerras pinta
De Marte y amor, si óis
De Adónis que cazador
Y amante rindió sus flechas
A la madre del amor,
Cuyas trágicas sospechas,

Sin dar fruto, le hacen flor;
 La ocasion que poderosa,
 Con la mas difícil cosa
 Sale cuando dichas traza;
 En fin, lugar, tiempo y caza
 Me hicieron presa amorosa
 De Isabela, que rendida
 A alguna oculta influencia,
 Vuestros servicios olvida,
 Y con su hermosa presencia
 Da á mi atrevimiento vida.
 Creció el amoroso trato
 Con la comunicacion
 Que malogra el tiempo ingrato,
 Sin que diese permission
 El temeroso recato
 Que algun tercero indiscreto
 Tiranizase el secreto,
 Pues en su amorosa quinta
 Solo fió de una cinta
 La guarda de su respeto.
 La noche que no la hablaba,
 Aunque las mas iba á vella,
 Atado á un liston hallaba
 Un papel (*;industria bella!*),
 Y otro en su lugar dejaba.
 En esta vida, Marques,
 Pasó amor tan adelante,
 Que en el discurso de un mes,
 De niño creció á gigante
 (*;Juzgad cuál será despues!*),
 Hasta que mis persuasiones,
 Quejas, suspiros, pasiones,
 Dieron á mi atrevimiento
 Alegre consentimiento,
 Y permission sus balcones
 A una escala que llevé
 Y la desdicha estorbó,
 Pues cuando subir pensé,
 Vino el Duque y malogró
 Diligencias de mi fe.
 Intentó reconocermé
 Con otros dos; encubríme;
 Quiso matarme ó prenderme;
 Eché mano y resistíme;
 Siguióme; y por defenderme,
 Hiriendo á los dos, le gano
 La espada, y mas cortesano
 Que dichoso, con la mia
 Le dejo, huyendo del dia,
 Cuya luz intentó en vano
 Descubrirme. Halló la escala
 El Duque, en fin, que recela
 Lo que en sus pasos señala,
 Y á Leonora y Isabela
 Confuso en la culpa iguala.
 Retíreme á casa yo
 Desesperado y sin seso,
 Al tiempo que os sucedió
 Con la caída el suceso
 Que vuestra prision causó.
 La espada del Duque os di,
 Cuando á hablarle con vos fui,
 Y ofendiéndole de vella
 A vuestro lado, por ella
 Os tiene en prision aquí.
 Supo despues que Leonora,
 En quereros satisfecha,
 Vuestra prision siente y llora;
 Y creciendo su sospecha,
 Está persuadido agora
 Que vos fuistes el autor
 De la escala y resistencia
 A que me obligó el amor;
 Y embotando su prudencia
 Los filos de su rigor,
 Conmigo ha comunicado
 Sus recelos y cuidado,
 Y por mi consejo intenta
 Tomar, Marques, por su cuenta
 El dar á Leonora estado.
 Con ella os quiere casar:

Si os obliga su belleza,
 Y en el saber perdonar
 Resplandece la nobleza,
 En mí la podeis mostrar.
 Y si no, al Duque decid
 Que á Isabela he pretendido;
 Lo que me ama le advertid,
 Y de mi intento atrevido
 Satisfaccion le pedid;
 Porque en sabiendo el suceso
 Que á vuestra amistad confieso,
 Dé á vuestros celos venganza,
 Fin á mi loca esperanza,
 Y muerte á mi amor sin seso.

LUDOVICO.

Enrique, mucho he querido
 A Isabela, al mismo paso
 Que mudable me ha ofendido.
 En justos celos me abrasco;
 Mas pues te has favorecido
 De mí, no tengas temor;
 Que á mi enojo he de vencer.

ENRIQUE.

Es de reyes tu valor.

LUDOVICO.

No fué Isabela mujer
 En escoger lo peor;
 Que en tí sus gustos mejora.
 Cure mis celos Leonora;
 Que si un veneno se aplaca
 Con otro, eficaz trisca
 Su amor me receta agora.

ENRIQUE.

Dame esos piés.

LUDOVICO.

De cuidado
 Mudad, pensamiento.
 (*El Duque cruza la galería, y se dirige
 á la habitación de Ludovico.*)

ENRIQUE.

A verte

Entra el Duque.

LUDOVICO.

Ya yo he dado,

Enrique, en favorecerte.
 Por tí, quiero ser culpado.

ESCENA II.

EL DUQUE, entrando en la habitación
 de Ludovico. — Dichos.

DUQUE.

[hecho

Ya que os habrá, Marques, la prision
 Mas advertido, he dado á intercesiones
 Lugar piadoso, aunque de vos sospecho
 Que juzgaréis á agravios mis razones.

LUDOVICO.

Antes, señor, de vuestro ilustre pecho
 Conozco entre estas licitas prisiones
 La justicia que mezcla la clemencia,
 Cuerdo castigo de mi inadvertencia.
 Descuido fué de mozo, que podia
 Ocasionaros á mayor venganza,
 A no tener en vos la sangre mia
 Padrino sabio y cierta confianza.

DUQUE.

En materia, Marques, de cortesía
 Pocas disculpas el descuido alcanza.
 Libre estás.

LUDOVICO.

Vuestros piés invictos beso.

DUQUE.

Sed mas constante, ya que sois travieso.
 (*Vase.*)

ESCENA III.

ENRIQUE, LUDOVICO.

ENRIQUE.

Esto, Marques, te dijo, porque piensa

Que olvidas á Isabela por Leonora.

LUDOVICO.

Ya, Enrique, atribuyéndome tu ofensa,
 Viudo es mi amor, pues en su luto adora:
 Con su favor mi agravio recompensa.
 Saque á Isabela su presencia agora
 Del alma donde fué dueño absoluto,
 Y vístanse mis celos de su luto.

(*Sálense los dos á la galería: Ludovico
 se va, Enrique se detiene.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

¿Qué confusion, enmarañados cielos,
 Es esta que aborrezco y solicito?
 Perilo soy, pues su tormento imito,
 Tejiendo celos por morir en celos.

Eslabonan cadenas mis desvelos,
 Siendo juez y agresor de mi delito;
 Tercerodel Marques con quien compito,
 En mis tormentos fundo mis consuelos.

Si no ama Ludovico á mi Leonora,
 Publicando mi amor, mi muerte trata,
 Y han de matarme celos si la adora.

Todo es morir lo que el penar dilata:
 Deme pues muerte airada el Duque ago-
 Y no un recelo que despacio mata. (*ra,*

ESCENA V.

LEONORA. — ENRIQUE (1).

LEONORA.

¿Qué haces, Enrique, suspensio?
 ENRIQUE.

Parabienes preveniros,
 Que á costa de mis suspiros,
 Mi tormento hacen inmenso.
 Que labro, Leonora, pienso,
 Contra mí mismo tirano,
 El sepulcro de mi mano,
 Donde sin hallar salida,
 Fenezca mi triste vida,
 Como el tejedor gusano.
 Ya está el Marques persuadido
 A vuestro amor lisonjero;
 Fui primero y soy tercero;
 ¿Ved la medra á que he venido!
 ¿Quién duda que habréis tenido
 Abierta puerta al cuidado,
 Que os habrá el Marques pintado
 Un generoso sujeto,
 Mozo, gallardo, discreto,
 De real sangre y noble estado,
 Y que hecha comparacion
 Entre mí y él, el desprecio
 Me pintará pobre, necio,
 Sin calidad ni opinion?
 ¡Ay Leonora!

LEONORA.

Enrique, pon

Freno al atrevido labio,
 Pronunciador de mi agravio;
 Que vas diciendo el concreto
 Que has tenido de discreto.

ENRIQUE.

Pues con celos ¿quién es sabio?

LEONORA.

Pues tú ¿de qué tienes celos?

ENRIQUE.

Cuando hay de qué, no lo son.
 En la elemental region,
 Imágen de mis desvelos,
 Verás, si miras los cielos,
 Una nube retocada
 Del sol, blanca y encarnada,
 Que resolviéndose en viento,

(1) Desde aquí al fin del acto todos los actores
 habian en la galería.

Cual celos sin fundamento,
Pinta montes y no es nada.
¿No pretendes que te quiera
El Marques?

LEONORA.

Porque aseguro
La vida, así lo procuro.

ENRIQUE.

Mis temores considera :
Amor fuego, mujer cera,
Yo hablarte y verte por tasa,
El sin ella y en tu casa;
Cuando de burlas le adores,
De veras son mis temores;
Que amor burlándose abraza.
Diráte encarecimientos,
Que aunque de tí no creídos,
Pasarán por los oídos
Y engendrarán pensamientos.
Estos al principio lentos,
En el alma alimentados,
Irán cebando cuidados;
Y siendo el pecho su centro,
Vencerá el Marques, si dentro
Tiene tales abogados.
¿Quién duda que aunque te pese,
Tal vez, si á solas estás,
Favores no le darás
Con que su dicha confiese?
Cuando una mano te bese,
(Supongo que sea forzada)
Aunque despues retirada,
Propongas darle castigo,
¿Qué no alcanzará contigo
Una mano ya besada?
¿Has de cortártela? No.
Luego siempre que la vieres
Te has de acordar dél. ¿Y quieres
Que no desesperes yo?
La mano que él cohechó,
El pensamiento importuno,
El verte á tiempo oportuno,
Todos si por él están,
¿Qué hazaña no acabarán,
Tantos, Leonora, contra uno?
Querráte casar tu hermano
Con él, como ha prometido;
Ya yo estaré aborrecido,
Y ya cohechada tu mano.
Seré yo estorbo tirano:
¿Pues qué remedio? Matarme.
Pues ¿no es mejor excusarme
De tantos sustos, Leonora,
Y dándome muerte agora,
Espacio no atormentarme?

LEONORA.

Enrique, quédate, adios,
Que estás hoy impertinente.

ENRIQUE.

Mi bien, mi gloria, detente.
¿Vos os vais, y nie amais vos?

LEONORA.

Hemos de reñir los dos,
Si oigo desalumbamientos
De tus desvanecimientos.

ENRIQUE.

No tratemos dellos mas.

LEONORA.

Estás necio hoy; y no podrás.

ENRIQUE.

Mudos serán mis tormentos.

LEONORA.

Si sabes que soy tu esposa,
¿Porqué mi opinion agraviás?

ENRIQUE.

Celos, amores, son rabias.

LEONORA.

Visita á Isabela hermosa;

Que aunque yo viva celosa,
Mas prudente me verás.

ENRIQUE.

Me irá, pues en eso das;
Mas ¿si en amar te resuelves
Al Marques.....?

LEONORA.

¿Pues á eso vuelves?

ENRIQUE.

¿Ay mi bien! no puedo mas. (Vase.)

ESCENA VI.

LEONORA. — ISABELA.

ISABELA. (Ap. al salir.)

¿Pasar delante de mí,
Y tingir que no me ve,
Y despues que le llamé,
Hablarle el Marques así!
¿Grave conmigo y con seso!
¿Qué ocasion habrá tenido,
Si por él he intercedido
Con el Duque, estando preso?

LEONORA.

Isabela.

ISABELA.

Hermana mia.

LEONORA.

¿Qué tratas contigo á solas?

ISABELA.

Amor es mar, y en sus olas
Anejar mi paz porfia.
Basta, que de la prision
Sale el Marques tan trocado,
Que delante mí ha pasado
Con tan libre ostentacion,
Como si en toda su vida
Me hubiera querido bien.
Dile, hermana, el parabien
De ver tan presto cumplida
Su libertad, negociada
Por mí; como Cléves sabe;
Y él tan necio como grave,
Dijo, la color mudada:
«De dos libertades puede
Vuestra Alteza, gran señora,
Darme plácemes agora;
Del alma, que es la que excede
A todas, si estuvo presa
En su amor; y la segunda
Del cuerpo, que es en quien funda
El parabien que confiesa.»
Y haciendo una reverencia,
Puesto que cortés, mayor
Que las que permite amor,
Se partió de mi presencia.

LEONORA.

Sonárase Duque ya
De Geldres, y que le espera
Por esposo su heredera.

ISABELA.

¿Cómo es eso?

LEONORA.

Favor da
Mi hermano á sus pretensiones,
Y con él reconciliado,
De la prision le ha sacado,
Ofreciendo intercesiones,
Con que consiga su intento.

ISABELA.

¿Mi hermano hace contra mí?

LEONORA.

Háumelo afirmado así,
No sé con qué fundamento;
Mas si tus celos procuran
Reducille á su obediencia,
Segun muestra la experiencia,
Celos con celos se curan.
Anoche, hermana, te dije

Que de Enrique colegí
Que está perdido por tí.

ISABELA.

Imposible amor le aflige.

LEONORA.

Contemplarte como objeto
De su amor quiere, y no mas;
Pero no me negarás
Que no es Enrique sujeto
Mas digno que Ludovico,
Si es que partes personales
Juzgas por mas principales
Que el ser noble y el ser rico.

ISABELA.

¿Qué querrás decir por eso?

LEONORA.

No digo yo que te mueras
Por él, aunque bien pudieras
Pero en cualquiera suceso,
Para dar en que entender
Al Marques, ¿dónde hallarás
Hombre que merezca mas?

ISABELA.

¿Había yo de querer,
Ni aun burlando, á quien alcanza
Fama solo por letrado?
En vez de darle cuidado,
Le diera al Marques venganza.

LEONORA.

No consentiré tampoco
Que trates á Enrique mal:
Amor que mira en caudal,
O peca de necio ó loco.
Enrique merece tanto
Por su mucha discrecion,
Talle, gracia y opinion,
Que no sin causa me espanto
De que así le menoscables.
¿Tan divino entendimiento
Desprecias? ¿Y lo consiento?
Lo poco muestras que sabes;
Mas no son dignos tus ojos
De que se logren en él. (Hace que se va.)

ISABELA.

Vuelve acá, que estás cruel.
¿Por eso formas enojos?
Digo que Enrique es sujeto
Tan digno de ser querido,
Que al Marques pongo en olvido:
Preferille te prometo
A cuantos el mundo alaba.
Desde que en palacio entró,
De suerte me pareció,
Que si te le desdorbaba,
Era por no ocasionarte
A que no siendo mi igual,
Por él me trataras mal;
Pero ya intento agradarte
De suerte, porque me aplique
Al gusto y no al interes,
Que desdeñando al Marques,
Desde hoy doy el alma á Enrique.

LEONORA.

¿Tú el alma á Enrique? ¿estás loca?
¿A no tener sangre mia,
Saliera con su porfia
El amor que te provoca.
Enrique ¿es mas que un hidalgo,
Sucesor de un capitán,
A quien la cruz de San Juan
Ennoblece, si es que es algo?
Aun legitimo no sé
Si merece que le nombre.
¿Es Enrique mas que un hombre
Que ayer de unos montes fué
Hijo, como ellos grosero?
¿Qué letras puede tener
Quien nunca escuelas fué á ver,
Ni tuvo grados primero?
¡Celebrale la opinion

Porque lo que ignora precia,
Y ya sabes tú que es necia
La vulgar admiracion.
En verdad, ¡por gentil modo
Celos al Marques causabas!
¡Buen competidor llevabas!

ISABELA.

¿Yo? tú te lo dices todo.
Acábasme de pintalle
Mas bello que un Absalon,
Mas sabio que Salomon,
Mas que un Narciso en el talle;
Y luego le has abatido,
Y hasta el suelo derribado.
¡Pobre galán malogrado,
Que tan presto ha envejecido!
Pésate si le desprecio,
Y si le alabo me infamas;
Cortés y sabio le llamas,
Y luego grosero y necio.
Hástele subido á los cielos,
Y luego al suelo le arrojas:
Leonora, ó son paradojas,
O para acertar, son celos.

LEONORA.

¿Celos yo de tan bajo hombre?
Si tenerlos del pudiera,
¿Crés tú que te persuadiera,
Ni aun pronunciando su nombre,
A que con él al Marques
Diéses celos?

ISABELA.

Tú, Leonora,
Me lo propusiste agora.
Si tan humilde le ves,
¿Por qué en tan bajo sujeto
Gustabas que me emplease,
Y al Marques celos causase?

LEONORA.

Porque son de mas efeto
Los celos, cuanto es mas bajo
El que los causa, y así
Un hombre bajo te di,
Que en consecuencia te trajo
El gusto con que señalo
La cura de ese veneno.
Para dar celos es bueno;
Pero para amarle malo.
Pero si estás persuadida
A su amor, ríndele el pecho.
(Ap. Celos, ¿qué es lo que hemos hecho?
¡Ay de mí, que voy perdida!) (Vase.)

ESCENA VII.

ISABELA.

¡Válgate Dios por mujer!
¿Qué extrañas contradicciones
A mis imaginaciones
Quieren dar en que entender?
Sin duda quiere Leonora
A Enrique, pues no permite,
Cuando mi eleccion le admite,
Mi amor, y así le desdora.
Mas no; que si le quisiera,
No habia de aconsejarme
Que fingiese, por vengarme
Del Marques, esta quimera.
¿Qué de ello me le alabó!
Y cuando le vió admitido
Por mí, ¡qué presto abatido
Me le desacreditó!
Misterio hay aquí sin duda;
Pero haya lo que hubiere,
El Marques en Geldres quiere
Casarse, y amores muda.
Leonora me ha aconsejado
Que con Enrique le dé
Celos: déle me vengaré
Por solo razon de estado.
Si la comunicacion

De Enrique pudiere tanto,
Que con amoroso encanto
Me obligare á su aficion,
Con Leonora me aconsejo;
Perdonará si le sigo,
Porque, en fin, del enemigo
Dicen que el primer consejo.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA. — ISABELA.

DUQUESA.

Albricias me puedes dar,
Isabela, pues ya ves
En libertad al Marques.

ISABELA.

Si da albricias un pesar,
Pidamelas vuestra Alteza.

DUQUESA.

¿Pesar tú? ¿Cómo ó por qué?

ISABELA.

Porque en la arena sembré
Esperanzas y firmeza.
Ludovico se nos casa
En Geldres.

DUQUESA.

¿Válgame el cielo!

ISABELA.

Siempre tuve este recelo,
Puesto que agora me abraza.
Por él el Duque intercede.

DUQUESA.

¿Quién te lo ha dicho?

ISABELA.

Leonora

Estas nuevas me dió agora.
Tanto, gran señora, puede
El interes, que atropella
Obligaciones de amor:
Es el Duque intercesor,
Y mi opositora bella.
Mas si cuando amor se huye,
Celos le suelen volver,
Hoy con celos he de ver
Cómo al Marques restituye.
Mi hermana me ha aconsejado
Que finja que á Enrique estimo,
Y si á hacerlo no me animo,
Es por no hallarle en estado
Digno desta competencia.

DUQUESA.

El remedio es eficaz,
Y el opositor capaz
En discrecion y en presencia
Para todo buen suceso,
Y aun para ser principal.

ISABELA.

Si fuera al Marques igual,
Que le amara le confieso
A vuestra Alteza.

DUQUESA.

¿No es noble

ISABELA.

Tiene mediano valor.

DUQUESA.

Sobre ese puede el favor
Trasformar en palma un roble,
Y no es tan poco el que alcanza
Del Duque, que no merezca
Que al Marques celos ofrezca,
Si alentamos su privanza.
Quédese esto por mi cuenta,
Y por la tuya el vengar
Por medio suyo el pesar
Que darte el Marques intenta.

ISABELA.

Alto: si así le parece
A vuestra Alteza, desde hoy
Principio á este engaño doy.

Mas ¡si con Enrique crece (1)
La ocasion destas quimeras,
Y comenzando el favor
De burlas, se alzase amor
Con mi libertad de veras?

DUQUESA.

Nunca otro mal te suceda.
¿Cuántas veces habrá entrado
Uno en casa por criado,
Que por su dueño se queda?

ESCENA IX.

EL DUQUE.—LA DUQUESA, ISABELA.

DUQUE.

Muerto se nos ha, Duquesa,
El mayordomo mayor:
Grande experiencia y valor
Nos falta.

DUQUESA.

Mucho me pesa;

Mas para que consolar
Su pérdida, señor, pueda
Vuestra Alteza, en Cléves queda
Quien ocupe ese lugar.

DUQUE.

¿Teneis vos satisfaccion
De que haya en Cléves sujeto
Tan expediente y discreto
Como el muerto?

DUQUESA.

La opinion

De Enrique.....

DUQUE.

Es muy mozo Enrique...

Para que en mi casa mande,
Y el cargo le viene grande.

DUQUESA.

Cuando por él te suplique,
Puede mi favor suplir
La edad, no la suficiencia;
Que esa en su ingenio y presencia
Fiadora puede salir
De las ventajas que hace
Al mayordomo.

DUQUE.

Está bien;

Si á vos os parece bien,
Enrique me satisface,
Entre Enrique en esa plaza.

DUQUESA.

Mucho, gran señor, os debo.

DUQUE.

Como en palacio es tan nuevo,
Aunque es persona de traza,
Murmuraciones ocultas
Del vulgo desenfrenado
Estorban no le haber dado
Mis papeles y consultas.
Dáreselas al Marques;
Que, en fin, el estilo sabe
De mis despachos.

DUQUESA.

No cabe

Cargo de tanto interes
En tan liviano sugeto.

DUQUE.

Isabela volverá
Por él, que favor le da.

ISABELA.

¿Yo, señor? pues ¿á qué efeto?
DUQUE.

¿No os parece digno á vos
Del cargo á que le provoco?

(1) Pero ¡y si crece..... etc.

ISABELA.

Yo de consultas sé poco.
Una tuve con los dos,
Y aunque entré en primer lugar,
Tan mal despacho he tenido,
Que pretensiones olvido,
Sin querer desazonar
Las que te causan cuidado,
Y solicitas por él;
Mas si hallas caudal en él
Para ponerle en estado,
No sé por qué dificultades
Lo que ménos me parece,
Pues quien duquesa merece,
Bien merecerá consultas.

DUQUE.

¿Luego ya sabes que quiero
Casar al Marques?

ISABELA.

Quien ama
Tiene cohechada á la fama,
Que se lo avisa primero.

DUQUE.

¿Y no haces mas sentimiento?

ISABELA.

¿Para qué? ¿No es necedad
Ir contra tu voluntad?

DUQUE.

Alabo tu sufrimiento,
Puesto que culpo su amor;
Que yo lo disimulaba,
Porque tus penas dudaba.

ISABELA.

¿Penas yo? ¿Qué! no, señor,
Ya me lo ha dicho Leonora,
Y consolada por ella,
Sé que es mas rica y mas bella
Mi amada competidora.
Cásale cuando quisieres;
Que estando tú satisfecho,
Yo renuncio mi derecho.

DUQUE.

Amante animosa eres.
La licencia que me has dado,
Acepto: haz cuenta que ya
Casado el Marques está.

ISABELA.

Hágale Dios bien casado.

DUQUESA.

Señor, las consultas pido
Para Enrique.

DUQUE. (A Isabela.)

Poco amor

Te debe el Marques.

DUQUESA.

Señor,
Enrique me ha parecido
Digno para tal empresa;
Ese cargo se le aplique.

DUQUE.

Mucho rogais por Enrique.

Basta lo dado, Duquesa.

DUQUESA.

Yo por conocer, señor,
Lo que ese oficio mejora.....

DUQUE.

No es título Enrique agora,
Y fuélo su antecesor.
Desacredito ese cargo,
Si á un pobre hidalgo le doy.

DUQUESA.

Pues yo de su parte estoy,
De honrar á Enrique me encargo.
A Moncastel le daré
Con el título de Conde,
Que es mio, si corresponde
Con lo que le supliqué.

Vuestra Alteza haga este bien
A Enrique, pues le es propicio.

DUQUE.

Andad, dalde aquese oficio,
Y hacelde duque tambien. (Vase.)

ESCENA X.

LA DUQUESA, ISABELA.

ISABELA.

Enojado va.

DUQUESA.

Hele instado

Demasiado.

ISABELA.

Es verdad.

DUQUESA.

Cualquiera importunidad
Causa al poderoso enfado.
Pero, en fin, ya Enrique puede
Competir con el Marques:
Mayordomo mayor es,
Conde y secretario.

ISABELA.

Excede

La pasion con que mis cosas
Miras, al mayor deseo.

DUQUESA.

Gusto que logres tu empleo
En las prendas generosas
De Enrique, y tengo de honralle
Cuanto pudiere, por tí.
Conde es ya.

ISABELA.

Señora, sí.

DUQUESA.

Pues si lo es, empieza á amalle.

ESCENA XI.

ENRIQUE.—LA DUQUESA, ISABELA

ENRIQUE. (Ap. al salir.)

Mandóme venir á ver
A Isabela mi Leonora.
Amor, si el alma la adora,
¿Cómo fingiréis querer
A quien aun mirar recela
La vista, porque mis ojos
No puedan causarla enojos?
Pero ¡ay cielos! Isabela
Y la Duquesa son estas:
Estando en su compañía,
Engaños, por este día,
Si con ficciones molestas
La pensastes persuadir
A que era su amante yo,
La Duquesa os estorbó
El engañar y el mentir.
¡Plegue á Dios que siempre esté
Isabela acompañada!
(Saluda á las damas, quedándose dis-
tante de ellas.)

ESCENA XII.

LEONORA, LUDOVICO. — DICHOS.

LUDOVICO.

(Hablando con Leonora al salir.)

Libertad aprisionada
Me dió el duque, pues quedé,
Cuando mas libre, mas preso,
Leonora hermosa, por vos.

LEONORA.

Marques, hazañas de un dios
Tan liviano y tan travieso,
Disculpan vuestra mudanza,
Y estoile yo agradecida.

DUQUESA. (Hablando aparte con Isabela.)

Isabela, apercebida

Tiñe el cielo tu venganza.
Leonora con el Marques
Hablando en secreto está.

ISABELA.

Sobre sus bodas será.

DUQUESA.

Presente á tu Enrique ves;
Favorécete de modo
Que á Ludovico castigues,
Y á su opositor obligues;
Que ocasion es para todo.

ISABELA.

Uno y otro intento hacer,
Tanto por quedar vengada
Del uno, como inclinada
Al otro. Hoy tengo de ver
Si es de Leonora querido
Enrique, como sospecho,
Tan alabado y deshecho,
Tan sublime y abatido.

(Lléganse á Enrique las dos damas.)

DUQUESA.

Mayordomo el Duque os hace
Mayor, por la intercesion
De Isabela, en ocasion
Que de vos se satisface:
Besalde, Enrique, la mano.

ENRIQUE. (Besándose.)

Para que le sacrifique
El alma.

LEONORA. (Ap.)

¡Ay cielos! ¡Enrique
Sin mi licencia, liviano
La mano á Isabela besa?

LUDOVICO. (Ap.)

¿La mano Isabela da
A un hombre, sin ver que está
Mirándole la Duquesa?
¿Sin reparar en mis celos?
¿Sin advertir en mi amor?

LEONORA. (Ap.)

¿Sin mi permission, traidor,
La mano á mi hermana? ¡Ay cielos!

LUDOVICO. (Ap.)

Vengue mi agravio Leonora
Por el mismo estilo y paso.

LEONORA. (Ap.)

Haced, celos, pues me abraso,
A dos manos desde agora.
Favoreceré al Marques
A costa de mi recato,
Hasta que pierdas, ingrato,
El seso, y mueras despues.

ISABELA.

Deseo yo mucho, Enrique,
Que vuestro acrecentamiento
Igualé al entendimiento
Que teneis, y certifique
Quien á quereros empieza
Que puede en sugetos tales
Hacer que junten caudales
Fortuna y naturaleza.

La Duquesa mi señora

Os hace todo favor

Con el Duque mi señor.

(Hacen que hablan entre sí Leonora y
el Marques, y están atentos á lo que
hablan los otros.)

DUQUESA.

Por vos soy su intercesora:
Quiero yo mucho á Isabela;
Y porque vos la sirvais,
Si pobre no os alentais
Al amor que la desvela,
Conde os llame Moncastel.
Que á mi Estado pertenece,
Y mi favor os le ofrece.

ENRIQUE.

Vuestro esclavo soy sin él.

A lo que no es creíble,
Que en Cléves has de ser ejemplo horri-
De ingratos y de alevés, [ble
Porque escarmiente con tu muerte: Clé-
LUDOVICO. [ves.
Señor, ya es el secreto
Dañoso en mí, perdono su respeto;
Y advierte que el que puso
En tu palacio escalas, y dispuso
Profanar atrevido
El real honor que tanto has ofendido,
No he sido yo.

DUQUE.
Otro engaño.
LUDOVICO.

Isabela fué causa dese daño.
Ella al amor rendida
De un hombre desigual en sangre y vida
A su augusta nobleza,
Escalas permitió que tu grandeza
Abatiesen, no en vano,
Pues de esposa le dió palabra y mano.
Este llevó tu espada
La noche para mí tan desdichada,
Vispera de aquel día
En que cayendo yo, quebré la mia.
Pedísela, ignorante
Que sucediese caso semejante;
Pues si yo te ofendiera,
Claro está que con ella no viniera
A provocar tu furia,
Y hacermela delincuente de tu injuria.
Prendístele por ella,
Formando mi prision de tí querella:
Contóme temeroso
Todo este caso el encubierto esposo
De Isabela, engendrando
Celos mi amor en que me esté abrasa-
Conjuróme, en efeto, [do.
A que guardase contra mí el secreto
De tan ciego accidente,
Haciéndome, cual viste, delincuente
Del insulto que digo.
Soy biennacido, en fin, y él es mi amigo;
Y así contra mis celos,
A costa de pesares y desvelos,
Culpado me confieso,
Y á Leonora atribuyo este suceso,
Porque mudando en ella
El amor de su hermana ingrata y bella,
Mejor te dispusiese
A que de esposa mano y fe me diese.
Mas viendo que ama á Enrique,
Puesto que es bien que celos multipli-
No querrá Dios que fuerza [que,
Su gusto, y que casándose por fuerza,
Sus lágrimas permita.
Leonora á Enrique en su favor admita,
Porque yo desde agora
A Isabela renuncio y á Leonora.

DUQUE.
¿Qué de engaños que os ha hecho
El amigo que ocultais!
Mal de Isabela pensais!
Mal de Leonora sospecho;
No debéis callar quién es
El que os ha sido traidor.
LUDOVICO.
Dí mi palabra, señor,
De no decirlo.

DUQUE.
Marques,
No ocasionéis mas mi enojo.
Decidme cómo se llama
El violador de mi fama.

LUDOVICO.
Por mejor la muerte escojo,
Que ir contra el juramento
Y palabra que le di.
Basta lo que he dicho aquí.

DUQUE.
Pues si en ese fundamento
Corre riesgo la opinion
Que sospechoso os desvela,
Porque no deis á Isabela
Culpas que tuyas no son,
Y podéis saber cuán fiel
Amigo el tiempo os señala,
Ved por quién puso la escala,
En ese roto papel.
(Dale los pedazos de papel que recogió
en el primer acto, y vase.)

ESCENA V.
LUDOVICO.

¿Qué es esto, cielo? En pedazos
Letras de Leonora veo.
¿Oh amor, confuso Teseo!
¿Cuándo saldré destos lazos?
(Lee.) *Duque á caza*, en este dice.
Nada colijo de aquí.
(Lee.) *Noche la escala*....; ¡Ay de mí!
¿Qué presto me satisface
De engaños que Enrique pinta!
Por Leonora fué la escala,
Que en este papel señala.
(Lee.) *La respuesta en esta cinta*....
Ya me dijo que tercera
Fué una cinta de su amor.
Basta, que Enrique es traidor.
¿Hay mas confusa quimera?
¿Válgame el cielo! ¿A qué efeto,
Si Leonora fué su dama,
Ofendió Enrique la fama
De Isabela? A ser discreto,
Como tiene la opinion,
¿Mas acertado no fuera,
Que la verdad me dijera,
Sin que la reputacion
De Isabela peligrara,
Ni dar materia á mis celos?
Sospechas, viven los cielos,
Que he visto la traicion clara
Con que Enrique al Duque ofende,
A Leonora, á Dios y á mí:
Al Duque, pues ama así
A su hermana y la pretende;
A Leonora, pues la olvida
Por Isabela, después
Que su esposa dice que es;
Y á mí la fama ofendida
De Isabela, pues me jura,
Que, mi amor menospreciado,
Mano de esposo le ha dado.
¿Gozaría la hermosa
De Leonora, y viendo luego
A Isabela, mudaría
En ella su amor? Si haría;
Que por eso pintan ciego
A este dios, pues no repara
En leyes ni inconvenientes.
Por atajar los presentes
De mi amor, es cosa clara
Que me persuadió á querer
A Leonora (¡arbitrio extraño!)
Para que con este engaño
No le pudiese ofender
Mi amorosa competencia,
Quedando su pretension
Libre y sin oposicion.
No hay duda; esto es evidencia.
Pero ¡cielo! ¿á dos hermanas
Osa pretender un hombre,
Sin que el peligro le asombre?
¿Sin temer leyes cristianas?
Aunque para tanto agravio
Salida hallará su ciencia;
Que la mas ancha conciencia
(Dice el vulgo) es la del sabio.
El viene aquí. Honrosa muerte
Es dársela por mi mano;

La de un verdugo villano
El Duque darle concierte;
Que declarándole ya
Toda la verdad que ignora,
A Dios, á mí y á Leonora
Juntamente vengará.

ESCENA VI.

ENRIQUE. — LUDOVICO
ENRIQUE. (Ap. al salir.)

Por haber Leonora dado
En que á Isabela pretenda,
Me ha de perder, sin que entienda
Su ciega razon de estado.
¿Cuándo en tu jurisdiccion,
Amor, que en vano resisto,
Razon de estado se ha visto,
Si nunca amas por razon?
Pero el Marques está aquí.

LUDOVICO.
A estar vos ménos culpado,
Y yo no tan injuriado,
Satisficiera por mí
La venganza merecida
De tanto engaño y enredo;
Pero como no lo quedo
Con privaros de la vida,
Remito á otro ejecutor,
Digno de vuestras traiciones,
Las justas satisfacciones
Que suelen dar á un traidor.

ENRIQUE.
Ludovico, ¿hablais conmigo?
LUDOVICO.

¿Pues con quién tengo de hablar
Desta suerte?

ENRIQUE.
Doy lugar.
Por haber sido mi amigo,
A vuestro enojo y mi agravio.
LUDOVICO.

¿Con cuántas almas vivís,
Que en tantas las repartis?
¿Vos sois noble? ¿vos sois sabio?
¿Pueden dar dispensacion
Las letras de que os preciais,
Para que á un tiempo queráis
Dos hermanas? ¿Hay razon
Para injuriar á Leonora,
Y amar después á Isabela?
Poned en Africa escuela,
Pues teneis el alma mora,
Si es que sus leyes tiranas
Vuestro desatino admiten.
Y en su alcoran os permiten
Casaros con dos hermanas.

ENRIQUE.
¿Qué decis, Marques? ¿Qué es eso?
De mi templanza aprended
A enfrenar enojos.

LUDOVICO.
Ved
De vuestro insulto el proceso
En este papel agora.
(Dale los pedazos del papel.)
¿Conoceisle?

ENRIQUE.
En sus renglones
De Isabela leo razones,
Y la letra es de Leonora.

LUDOVICO.
¿Qué decis? Pues ¿á qué efeto
Isabela necesita
De ajena pluma, y incita
A que plegre el secreto
Con que me afirmas que os quiso.

ENRIQUE.
¿Pues agora ignorais vos

Que no hay secreto en las dos
De que no se dén aviso?
¿Cómo lograrse pudiera
Tan dificultoso amor,
Si de Leonora el favor
De mi parte no estuviera?
Ella en la amorosa quinta
Fué nuestra tercera fiel.

LUDOVICO.

Pues ¿de qué sirvió el papel,
Cada noche de una cinta
Con tanta industria colgado,
Si fué su hermana Leonora,
De vuestro amor sabidora?

ENRIQUE.

Por no fiar de un criado
Negocios de tanto peso;
Pues mal Leonora podía
Dármelos, cuando vivía
En su mismo cuarto.

LUDOVICO.

En eso
Decis bien; pero ¿por qué
Es la letra de Leonora,
Pues Isabela no ignora
El escribir?

ENRIQUE.

Eso fué
Un día que estubo mala;
Que quien el alma le fia,
También fialle podía
Un papel.

LUDOVICO.

En fin, ¿la escala
Fué para Isabela?

ENRIQUE.

¿Pues
Podeis vos dudar en eso,
Si os lo dije estando preso?
Dadme crédito, Marques.

LUDOVICO.

Hiciéralo, á no pensar
Que me engaíais: sabeis mucho;
Convenceisme, si os escuchó;
Mis celos me hacen dudar
De que olvidando á Isabela,
Quereis ya bien á Leonora.

ENRIQUE.

Ella saldrá por fiadora
De que no hay en mí cautela;
Preguntalda si escribió
Ella misma ese papel,
Y si las palabras del
Isabela las notó,
Y perderéis el recelo
Que teneis, Marques, de mí.

LUDOVICO.

Si yo llamarla te oí,
«Leonora, mi bien, mi cielo»,
Cuando de tí se apartó,
¿No he de juzgar que la adoras?

ENRIQUE.

Como la ocasion ignoras
Que tu mudanza la dió,
Tuerces, Marques, el sentido.
Publicaste por su amante,
Y cuando me ves delante,
Honrado y favorecido
De Isabela, á hablar con ella
Vas, y dejando á Leonora,
Causas celos que hasta agora
Agravian tu vida bella.
Viendo el desprecio á sus ojos,
Juró vengarse de mí
Que ocasion de amarte fui,
Y agora de sus enojos.
Amenazóme por esto
Que al Duque habia de decir
Nuestro amor, y descubrir

Cuanto la hizo manifiesto
Nuestra necia confianza;
Y así, lleno de recelo,
La llamé «mi bien, mi cielo»,
Por aplacar su venganza.
Mira ¡cuán diverso fué
De la verdad tu sentido!

LUDOVICO.

Alto, yo estoy convencido;
A ver á Leonora iré,
Y si verdaderas son
Las disculpas que me has dado,
Y mi amor le da cuidado,
Yo le pediré perdon,
Cumpliendo del Duque el gusto,
Que hoy me quiere desposar
Con ella.

(Vase.)

ESCENA VII.

ENRIQUE.

¿En qué ha de parar
Tanto enredo? Amor injusto,
Sacadme ya de cuidado.
¿Mal haya el amante, amen,
Que á quien jamas quiso bien,
Ama por razón de estado!

ESCENA VIII.

LEONORA.—ENRIQUE.

LEONORA.

Gran peligro, Enrique, corre
Tu vida, si no te ausentas;
Y en ausentándote tú,
Me puedes llorar por muerta.
El Duque lo sabe todo;
Vendido nos ha Isabela;
Mis desdichas y su aviso
Aumentaron sus sospechas.
Véte, Enrique de mis ojos,
Que pelagra tu cabeza.
Mas ¡ay de Leonora triste,
Si te partes y la dejas!
Estas razones de estado,
Que en el del amor violentas,
Engañan tanto estadista,
Nuestro amor vuelven tragedia.
Por asegurar al Duque,
Te dije (que no debiera)
Que amar fingieses mi hermana;
Hechizóle tu presencia.
Si de burlas la serviste,
Encendieronse de veras
Rayos de su voluntad,
Y abránsela sus centellas.
Celos, mi Enrique, la obligan,
Creiendo que la desprecias,
A mujerieles venganzas:
¿Quién podrá librarte dellas?
¿Mal haya la dama, amen,
Que ocasiona con su prenda
Voluntades tornadizas,
A toda ocasion dispuestas!
Véte, esposo; amores, véte
Antes que el Duque te prenda;
No te despidas, excusa
Palabras en llanto envueltas;
Que si por verte partir
Mudo, mi bien, me atormentas,
¿Qué han de hacer ponderaciones
Animadas con ternezas?
¿Qué aguardas?

ENRIQUE.

¡Ay prenda cara!
¡Y qué caro que me cuesta
Amar por razón de estado!
No dilates con mi ausencia
Mi tormento; aquí es mejor
Muriendo, mi bien, que tengan
Fin mis males con mi vida.

LEONORA.

No, amores, vive tú y deja
A tu esposa prolongados
Siglos de llantos y penas;
Doblarán ausencias tuvas
Con mi luto mis tristezas.
Pero llévame contigo.—
Mas no, que el honor recela
Licenciosas invectivas
Del vulgo, monstruo de lenguas.
Véte, adios, no aguardes mas:
Moriréme si te quedas.
No me abrases ni repliques;
Véte antes que el Duque venga.

ENRIQUE.

Si tú, amores, deso gustas,
Adios.

LEONORA.

Adios.—Oye, espera.
¿Tau secamente te partes?
¿No me abrazarás siquiera?
¿Sin decirme una palabra,
Sin una mano, una muestra,
Si, aunque mas peligros tema
Del poder, que estando airado
No halla á furias resistencia,
Deste puesto me ausentare,
Donde inmóvil como piedra,
A desdichas dé venganzas,
Antes de morir te vea
En los brazos del Marques!

ENRIQUE.

Pues, dueño mio,
Si me enmudeces la lengua,
Si, sin despedir, me mandas
Partir, ¿de qué formas quejas?
¡Plegue á Dios, aunque te enojas,
Si, aunque mas peligros tema
Del poder, que estando airado
No halla á furias resistencia,
Deste puesto me ausentare,
Donde inmóvil como piedra,
A desdichas dé venganzas,
Antes de morir te vea
En los brazos del Marques!

LEONORA.

Tengo el alma, mi bien, llena
De ciegas contradicciones;
No te espantes que esté ciega.
Pero ya que no te partes,
Porque tu vida entretenga
Plazos que la muerte acorta,
Engañemos á Isabela.
Finge, pues te adora, amarla,
Satisface á sus sospechas,
Dila mil males de mí,
Escribela mil ternezas.
Anda, nótala un papel;
Que yo quiero ser tercera
Esta vez contra mi misma:
Yo te traeré la respuesta.
Yo la diré, Enrique mio,
Que como por bien lo tenga,
Seré del Marques esposa,
Porque tú suyo lo seas:
Podrá ser que desta suerte
Reducir al Duque vuelva,
Diciendo que se engaño.
Buena traza, Enrique, es esta.
Anda, y trae el papel luego.

ENRIQUE.

Mi bien, ¿por qué me encomiendas
Cosas de que ha de pesarte,
Si me has de refirir por ellas?

LEONORA.

No hayas miedo, date prisa.
Yo gusto dello. ¿Qué esperas?
De mí le escribe mil males.

ENRIQUE.

Mira bien, esposa bella,
Lo que me mandas.

LEONORA.

Acaba.

ENRIQUE.

Yo voy; pero ¡si te pesa,

Y lo que dije de burlas,
Me lo atribuyes á veras?

LEONORA.

No tengas temor.

ENRIQUE.

Voy, pues.

LEONORA.

Oye. ¿Es posible que llevas
Animo de decir mal
De mí?

ENRIQUE.

¿No me lo aconsejas?

LEONORA.

Pues ¿sabráslo tú decir?

ENRIQUE.

No sé. Extraña estás.

LEONORA.

Vé, y deja

Para necios mis temores;
Que toda celosa es necia.
Mira que te espero aquí.

ENRIQUE.

Luego vuelvo.

LEONORA.

Oye. No seas

Criminal contra tu esposa;
Cuando digas faltas della,
Blanda la mano, mi Enrique.

ENRIQUE.

Ya no quiero escribir letra.

LEONORA.

Sí, sí, escribe, que es forzoso;
Pero, Enrique, no quisiera
Que te saborearas tanto
Escribiéndola finezas,
Que las que al papel hurtares,
Guardes á la cabecera.

ENRIQUE.

¡Oh ¡qué extraña que estás hoy!

LEONORA.

Son dulces palabras tiernas,
Y á quien anda entre lo dulce,
Mí bien, algo se le pega.

ENRIQUE.

Pues dejémoslo.

LEONORA.

Eso no.

Ya te digo que estoy necia:
Vé, no me digas palabra;
Que te diré mil simplezas.

(Vase Enrique.)

ESCENA IX.

ISABELA.—LEONORA.

ISABELA.

Poco la sangre te obliga
Para que seas humana
Conmigo; llámame hermana,
Y hácesme obras de enemiga.
Túvome el Marques amor,
Y usurpástele al Marques;
Persuadísteme despues
Que á Enrique hiciese favor,
Porque así le diese celos,
Y tus consejos seguí;
Celos al Marques le di,
Y á Enrique di el alma. ¡Ay cielos!
¡Qué mal hice! ¡y qué mal haces,
Pues mi muerte solicitas!
Al uno y otro me quitas,
Y á ninguno satisfaces.
Leonora, acabemos pues,
Y sepamos á quien amas:
Si Enrique aumenta tus llamas,
Déjame libre al Marques;
Si el Marques te está mejor,
Desocúpame á mi Enrique.

LEONORA.

¡Tuyo! ¿Cómo?

ISABELA.

No fabrique

Nuevos enojos tu amor.
El Duque intenta casarte
Con Ludovico, Leonora:
Celosa de que te adora,
Quise desacreditarte
Diciéndole que admitías
De Enrique nuevos deseos,
Y con iguales empleos
A su amor satisfacías.
Indignado el Duque está
Contra Enrique y contra tí,
Y como no sea por mí,
Su vida peligrará.
Haz por mí y por él, Leonora,
Una cosa solamente:
Ser mi esposo le consiente;
Da al Marques la mano agora;
Que siendo Enrique mi esposo,
Y haciéndole desterrar,
Daré al enojo lugar
Del Duque que está furioso;
Y estando ausente, podremos
Hacer este estorbo llano,
Y apaciguando á mi hermano,
A Cléves le volveremos.
Nada arriesgas, si al Marques
Quieres tanto como dices,
Que sus bodas solenices,
Y apoyes la mía despues.
Mira, hermana de mi vida,
Que estoy por Enrique loca.

LEONORA.

Pues no te cabe en la boca,
Bien muestras que estás perdida.
Por mí, hermana, mas que luego
Os caseis: ¿mas sabes tú
Que querrá Enrique?

ISABELA.

¡Jesú!

Féngole de amores ciego.
Júrame tú de callar
A mi hermano lo que pasa,
Verás cuán presto se casa
Conmigo.

LEONORA.

¿Y él da lugar

A eso?

ISABELA.

¿Pues no te digo

Que á no recelar de tí,
Ya me hubiera dado el sí?
La Duquesa sea testigo,
Que por la merced que me hace,
Nuestros amores alienta.
(Ap. Amor, haced, aunque mienta,
Pues Enrique os satisface,
Que me le deje Leonora.)

LEONORA.

En fin, ¿Enrique te quiere?

ISABELA.

Ya te digo que se muere,
Si no me ve de hora en hora.
¿Qué papeles no me ha escrito?
¿Qué noches no me ha rondado?
¿Qué versos no me ha enviado?
Quiéreme, hermana, infinito;
Solo dice que te debe
Mas antigua obligacion,
Y que por esta razon
Está dudoso.

LEONORA. (Ap.)

¡Oh alevé!

ISABELA.

Leonora, haz lo que te digo.

LEONORA.

Use Enrique es todo engaño,

Hermana; mas há de un año
Que está casado conmigo.

(Vase.)

ESCENA X.

ISABELA.

¿Un año? ¡Buen desatino!
Pero ¡ay cielos! que si hará,
Pues de Belpais está
Su quinta y monte vecino,
Donde el cruel se retiró.
Mudemos, alma, deseos;
Dejemos locos empleos;
Leonora se declaró.
Si su esposo há un año que es
Enrique, de su mudanza
Ya el Marques me da venganza;
Perdonad, alma, al Marques.
Volvelde otra vez á amar;
Que si, en fe de que esto ignora,
Hasta aqui sirvió á Leonora;
Viendo ocupado el lugar
Que creyó adquirir en vano,
Por fuerza me ha de querer.
¡Ay Leonora! al fin, mujer.
¡Ay Enrique! al fin, villano.

ESCENA XI.

LUDOVICO.—ISABELA.

LUDOVICO.

Ya que el cielo determina
Mi vida, Isabela hermosa,
Y no podeis ser mi esposa,
Sed siquiera mi madrina.
El Duque con vuestra hermana
Me casa; ella lo ha pedido:
Lo que con vos ha perdido
Con Leonora mi amor gana.
Ni me desposa una quita,
Donde su flor os regala,
Ni mi amor rejas escala,
Ni es mi tercera una cinta,
De papeles estafeta
Que el ingenio y el temor
Cuelgan, pagando el honor
Los portes. Vos sois discreta:
Discreto esposo escogistes,
Puesto que no vuestro igual;
Amor de sí es liberal;
Por eso el alma le distes.
Pues mi suerte se mejora,
La vuestra se multiplique,
Siendo vos dueño de Enrique,
Y yo esposo de Leonora.

ISABELA.

Marques, ¿qué escalas son estas
Que dos veces os he oído?
¿Qué quinta tercera ha sido
De aficiones descompuestas?
¿Estais en vos? qué decis?

LUDOVICO.

Estoy yo muy obligado
A Enrique, que me ha fiado
Secretos de Belpais.
De quien hace el confianza,
Bien la podeis vos hacer:
Ya sé que sois su mujer;
Que esto en fortuna se alcanza.
Razones de carta rota
He visto ya, donde en suma
Leonora aplicó la pluma,
Y vos pusistes la nota.
Si ya Enrique me contó
El modo con que os hablaba
Cuando en Belpais entraba;
La escala que malogró
El Duque, y todo el suceso,
Hasta darle vos la mano
De esposa; si cortésano,
Por librarle estuve preso,

¿Qué intentas con encubrir
Lo que sabe el Duque ya?
A vuestra hermana me da;
Baste, Isabela, el fingir;
Que yo ni puedo, ni quiero
Desazonar vuestro amor,
Sino ser mas servidor
Vuestro desde hoy, que primero.

ISABELA.

Marques, Marques, si estais loco,
Echad la culpa al juicio
Y no deis villano indicio
De que me estimais en poco;
Que si (como uo lo creo)
Enrique alevoso y vil,
Tan traidor como sutil,
Agravia ni aun el deseo
Que jamas contra mi honor
Dió torpe licencia al gusto,
Duque hay en Cléves que justo
Dé castigo á ese traidor;
Y si por Leonora bella
A Enrique haceis ese engaño,
Andad, que mas há de un año
Que está casado con ella.

(Vase.)

ESCENA XII.

LUDOVICO.

¿Con Leonora? ¿Otra maraña!
Pero ¿porqué dudo desto,
Si es testigo manifiesto
Su papel de que me engaña?
¿Notable embelecador,
En enredos graduado!
Cuántas ciencias ha estudiado
Emplea contra mi amor.
Ya no hay callar, vive el cielo;
Yo he de decirle quién es
Al Duque, porque despues
Muera con él mi recelo.
¿Casado de en hora en hora!
¿Hay mas confusa cautela?
¿Ya marido de Isabela,
Y ya esposo de Leonora!
No osaré ya querer bien
A otra dama, aunque sea bella;
Que temeré que con ella
Se me ha de casar tambien.

(Vase.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE.

¿Persuadiréme á creer
Que la Duquesa me agravia?
No; que es la Duquesa sabia.—
Sí; que si es sabia, es mujer.
No se habia de ofrecer
A decir lo que no vió
Leonora. ¿Confuso yo,
Cuyas imaginaciones,
Entre las contradicciones,
Padecen de un sí y un no!
El Marques á Enrique acusa
De que es de Leonora amante,
Y con cargo semejante,
Cuando él le culpa, le excusa.
Dar á Isabela rehusa
La mano por entender
Que es, en su ofensa, mujer
De quien escaló su honor;
Y aunque me encubre el autor,
Pienso que Enrique ha de ser.
Pues siendo Enrique, si adora
A Leonora, y se averigua
Del papel que lo atestigua,
¿Qué teméis, honor, agora?
¿Tiene de amar á Leonora,
Y á mi esposa juntamente?
No es posible; Leonor miente.
¿Caso extraño! ¿que la culpa

Sirva á Enrique de disculpa,
Y yo defenderle intente!
¿No es mejor matarle en duda,
Que no averiguar agravios?
No, temores, sed mas sabios,
Mientras mi afrenta esté muda.
La verdad anda desnuda:
Mal se me podrá ocultar:
Prudencia, hacer y callar:
Que honor que averigua enojos,
Orejas es todo y ojos,
Mas no lenguas con que hablar.

ESCENA XIV.

ENRIQUE, con una carta en la mano.—EL DUQUE.

ENRIQUE. (Sin ver al Duque.)

Si Leonora aguarila aquí,
Como dijo, este papel.
A Isabela engaño en él:
Lo que me dijo escribí.
Pero el Duque es este. ¡Ay cielos!
Si ve lo que aquí la escribo,
A su rigor me aperciho.

DUQUE.

(Ap. ¿Qué filósofos sois, celos!
Mil cosas conjeturais,
Todas contra mi sosiego.)
Enrique.

ENRIQUE.

Gran señor....

DUQUE.

Ciego,

Pues que no me veis, estais.
¿A que venis? ¿Qué papel
Es ese?

ENRIQUE.

Es cierta consulta
Que en beneficio resulta
De vuestra Alteza.

DUQUE.

Si en él
Hay cosas de mi servicio,
Dalde acá, secretario, acá.

ENRIQUE. (Turbado.)

Señor...

DUQUE.

¿Qué dudais?

ENRIQUE.

No está

Sacado en limpio.

DUQUE.

(Ap. Otro indicio.
Sospecha, ¿qué poco á poco
Verdades vais descubriendo!)
Dalde acá, que ver pretendo
Lo que contiene.

ENRIQUE. (Ap.)

Amor loco,
Con mi vida acabais hoy. (Dale el papel.)

DUQUE.

(Lee.) El veros, señora mia...
¿Hay consultas en poesia?

ENRIQUE.

Si la edad verde en que estoy,
Pide á la amorosa llama
Que á su fuego dé motivo,
No se indigne en ver que escribo
Disparates á mi dama,
Ni pase mas adelante
Vuestra Alteza: rasguéle.

DUQUE.

¿Que le rasgue? ¿para qué?
Yo tambien he sido amante.
(Lee.) El veros, señora mia,
Favorecer mi bajeza,
Pues por vos me dió su Alteza
Tantos cargos en un día,

Ocasiona mi osadía,
Puesto que no á mereceros....
(Ap. ¿Ay recelos verdaderos!
Ya ¿de qué sirve encubrirlos?)
(Lee.) A lo ménos á escribitros,
La vez que dejo de veros.
Sospechoso el Duque está,
Con razon, de que os adoro:
Mi amor le pierde el decoro;
Mas si es ciego, ¿qué no hará?
Por vos se asegurará
Si sospechas desmentis,
Y segura os persuadiré
De que á pesar de Leonora,
En vos sola mi alma adora
Desde que os vió en Belpais.
(Saca la espada.)

De tu castigo, villano,
He de ser ejecutor:
Que no se venga el honor
Sino con su propia mano.
¿Tú, atrevido, tú, tirano,
¿Tú á la Duquesa papeles?

ENRIQUE.

¿Señor! ¿señor! (Ap. ¿Ay crueles
Peligros de un desdichado!
¿Oh amar por razon de estado!
¿Qué de males causar sueles!)
¿Papeles yo á la Duquesa?

DUQUE.

Pues tú, desleal, ¿á quién....?

ENRIQUE.

Que me dés la muerte es bien;
Pero mi culpa no es esa.
Oye, mientras te confiesas
Mi atrevimiento mi insulto;
Que puesto que dificulto
Mis amores declararte,
Cuando importa asegurarte,
No ha de haber secreto oculto.
Yo há un año que de Leonora
Soy esposo, yo llevé
La escala, yo te quité
La espada al nacer la aurora:
Esto es verdad.

DUQUE.

No lo ignora

El Marques; que aunque calló
Tu nombre, eso me contó.
Mas ¿por qué, si es verdad esa,
Finges amar la Duquesa?

ENRIQUE.

¿Yo la Duquesa? Eso no

DUQUE.

¿Pues....?

ENRIQUE.

Isabela.

DUQUE.

¿A qué ef. to?

ENRIQUE.

Leonora me lo ha mandado:
Que en esta razon de estado
Escribí nuestro secreto;
Por este medio indiscreto
Fingió que amaba al Marques.

DUQUE.

Dime, pues, ¿para quién es
Este papel?

ENRIQUE.

A Isabela

Se le escribe mi cautela,
Porque creyendo despues
Que á Leonora aborrecia,
De quien ha estado celosa,
Tu sospecha rigurosa
Aplacase.

DUQUE.

(Ap. ¿Ay honra mia!

La verdad ha sido el día

Que desahuciando el nublado
De tanto engaño y cuidado
Mi quietud descansa en vos),
En fin, Enrique, ¿los dos
Amai por razon de estado?

ENRIQUE. (Ap.)

Pues su Alteza me habla así,
No está indignado conmigo.

DUQUE.

Enrique, si te castigo,
Vendré á castigarme á mí.
Desde el punto que te vi,
Por oculta simpatía
Te quiero bien; tu osadía
Te ha dado en favorecer.
Hoy mi cuñado has de ser:
Dicha es tuya, piedad mía.

ENRIQUE.

Sellen tus piés estos labios,
Que no hallan ponderaciones
A tantas obligaciones,
Y á mas callar, son mas sabios.

DUQUE.

Así castigo yo agravios.

ESCENA XV.

LA DUQUESA, RICARDO.—DICHOS.

DUQUESA.

Participad, gran señor,
De mi dicha. Un sucesor
El Duque mi padre tiene
En Cléves, y por él viene
A vernos.

DUQUE.

¡Tanto favor!

DUQUESA.

A mi padre sucedía,
Por excluir las mujeres
Lotingia, el de Niveres;

Mas muerta la madre mia,
A un hijo que Cléves cria,
Y por no causarla celos
Encubren aquí los cielos,
Es el que ahora viene á ver.

DUQUE.

¡En Cléves! ¿Quién puede ser?

RICARDO.

No multipliquéis desvelos:
Que ese es Enrique, señor.
Que por padre me ha tenido.

ENRIQUE.

¿Quién? ¿yo!

DUQUESA.

¡Ay hermano querido!

No en vano te tuve amor.

DUQUE.

Vuestra presencia y valor
No ménos me prometía.

ENRIQUE.

¡Tantas dichas en un día!

DUQUE.

Disculpada está Leonora,
Pues tales prendas adora,
Y aumentada mi alegría.

ESCENA XVI

LEONORA, ISABELA, LUDOVICO.—

DICHOS.

LUDOVICO.

Señor, si Enrique no muere,
No asegurais vuestro honor.

ISABELA.

Poco me estimais, señor,
Mientras Enrique viviere.

LEONORA.

Amante que á tantas quiere,

Digno es, señor, de castigo;
Dadme muerte, si os obligo.

ISABELA.

De Enrique estoy ofendida.

LUDOVICO.

Enrique pierda la vida.

LEONORA.

Vengadme dese enemigo.

DUQUE.

¿De vuestro esposo, Leonora?

DUQUESA.

Isabela, ¿de mi hermano?

¿Vos, Marques, tan inhumano,
Con quien Lotoringia adora?

LUDOVICO.

¿Cómo es eso, gran señora?

DUQUE.

Todo vuestro enojo cesa
Por la mas dichosa empresa,
Que á Cléves pudo venir.
Salgamos á recibir
A vuestro padre, Duquesa;
Que despues sabréis el cómo
Destas enigmas los tres.

DUQUESA.

Duque Lotoringio es
Enrique mi mayordomo.

ENRIQUE.

Y vos ya mi esposa.

LEONORA.

¿Cómo?

ENRIQUE.

Este fin el cielo ha dado,
Despues de tanto cuidado
Al amor nuestro, mi bien
Y aquí le tiene tambien
Amar por razon de estado

EL CONDENADO POR DESCONFIADO.

PERSONAS.

PAULO, *ermitaño*.
ENRICO.
UN PASTORCILLO (*un ángel*).
EL DEMONIO.
ANARETO, *padre de Enrico*.
CELIA.
LIDORA, *criada*.
OCTAVIO.
LISANDRO.

PEDRISCO, *gracioso*.
GALVAN.
ESCALANTE.
ROLDAN.
CHERINOS.
ALBANO, *viejo*.
EL GOBERNADOR DE NAPOLES.
EL ALCAIDE DE LA CARCEL.
UN JUEZ.

ESBIRROS.
BANDOLEROS.
CAMINANTES.
PORTEROS.
PRESOS.
CARCELEROS.
VILLANOS.
PUEBLO.

La escena es en Nápoles y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Selva : dos grutas entre elevados peñascos.

ESCENA PRIMERA.

PAULO, *de ermitaño*.

¡Dichoso albergue mío!
¡Soledad apacible y deleitosa,
Que en el calor y el frío
Me dais posada en esta selva umbrosa,
Donde el huésped se llama
O verde yerba ó pálida retama!
Agora cuando el alba
Cubre las esmeraldas de cristales,
Haciendo al sol la salva,
Que de su coche sale por jarales,
Con manos de luz pura
Quitando sombras de la noche oscura;
Salgo de aquesta cueva
Que en pirámides altos destas peñas
Naturaleza eleva,
Y á las errantes nubes hace señas
Para que noche y día,
Ya que no hay otra, le hagan compañía.
Salgo á ver este cielo,
Alfombra azul de aquellos piés hermo-
¡Quién, ¡oh celeste velo! [sos.
¡Aquesos tafetanes luminosos
Rasgar pudiera un poco
Para ver...? ¡Ay de mí! Vuélvome loco.
Mas ya que es imposible,
Y sé cierto, Señor, que me estais viendo
Desde ese inaccesible
Trono de luz hermoso, á quien sirviendo
Están ángeles bellos,
Mas que la luz del sol hermosos ellos;
Mil gracias quiero daros
Por las mercedes que me estais haciendo
Sin saber obligaros.
¡Cuándo yo merecí que del estruendo
Me sacarais del mundo,
Que es umbral de las puertas del profun-
¡Cuándo, Señor divino, [do?
Podrá mi indignidad agradeceros
El volverme al camino,
Que, si no lo abandono, es fuerza el ve-
Y tras esta vitoria, [ros.
Darme en estas selvas tanta gloria?
Aquí los pajarillos,
Amorosas canciones repitiendo
Por juncos y tomillos,
De vos me acuerdan, y yo estoy diciendo:
«Si esta gloria da el suelo,
¿Qué gloria será aquella que da el cielo?»
Aquí estos arroyuelos,
Girones de cristal en campo verde,
Me quitan mis desvelos,

Y causa son á que de vos me acuerde:
¡Tal es el gran contento
Que infunde al alma su sonoro acento!
Aquí silvestres flores
El fugitivo viento aromatizan,
Y de varios colores
Aquesta vega humilde fertilizan.
Su belleza me asombra:
Calle el tapete y berberisca alfombra.
Pues con estos regalos,
Con aquestos contentos y alegrías,
¡Bendito seas mil veces,
Inmenso Dios, que tanto bien me ofrecéis!
Aquí pienso servirte,
Ya que el mundo dejé para bien mío:
Aquí pienso seguirte,
Sin que jamás humano desvario,
Por mas que abra la puerta
El mundo á sus engaños, me divierta.
Quiero, Señor divino,
Pediros de rodillas humildemente
Que en aqueste camino
Siempre me conserveis piadosamente.
Ved que el hombre se hizo
De barro vil, de barro quebradizo.
(*Entra en una de las grutas.*)

ESCENA II.

PEDRISCO. (*Trayendo un haz de yerba.*)
Como si fuera borrico,
Vengo de yerba cargado,
De quien el monte está rico:
Si esto cómo, ¡desdichado!
Triste fin me pronostico.
¡Que he de comer yerba yo,
Manjar que el cielo crió
Para brutos animales!
Déme el cielo en tantos males
Paciencia. Cuando me echó
Mi madre al mundo, decía:
«Mis ojos sauto te vean,
Pedrisco del alma mía.»
Si esto las madres desean,
Una suegra y una tia
¿Qué desearán? Que aunque el ser
Santo un hombre es gran ventura,
Es desdicha el no comer.
Perdonad esta locura
Y este loco proceder,
Mi Dios; y pues conocida
Ya mi condicion teneis,
No os enojeis porque os pida
Que la hambre me quiteis,
O no sea santo en mi vida.
Y si puede ser, Señor,
Pues que vuestro inmenso amor
Todo lo imposible doma,
Que sea santo y que coma,

Mi Dios, mejor que mejor.
De mi tierra me sacó
Paulo, diez años habrá,
Y á aqueste monte apartó;
El en una cueva está,
Y en otra cueva estoy yo.
Aquí penitencia hacemos,
Y solo yerbas comemos,
Y á veces nos acordamos
De lo mucho que dejamos
Por lo poco que tenemos.
Aquí, al sonoro raudal
De un despeñado cristal,
Digo á estos olmos sombríos:
«¿Dónde estais, jamones míos,
Que no os doleis de mi mal?
Cuando yo solia cursar
La ciudad, y no las peñas
(¡Memorias me hacen llorar!),
De las hambres mas pequeñas
Gran pesar soliais tomar.
Erais, jamones, leales:
Bien os puedo así llamar,
Pues merecís nombres tales,
Aunque ya de las (1) mortales
No tengais ningún pesar.»
Mas ya está todo perdido;
Yerbas comeré afligido,
Aunque llegue á presumir
Que algun mayo he de parir,
Por las flores que he comido.
Mas Paulo sale de la cueva oscura.
Entrar quiero en la mia tenebrosa,
Y comerlas allí. (Vase.)

ESCENA III.

PAULO.

¡Qué desventura!
Y qué desgracia cierta, lastimosa!
El sueño me venció, viva figura
(Por lo ménos imagen temerosa)
De la muerte cruel; y al fin rendido,
La devota oracion puse en olvido.
Siguióse luego al sueño otro, de suerte,
Sin duda, que á mi Dios tengo enojado,
Si no es que acaso el enemigo fuerte
Haya aquesta ilusion representado.
Siguióse al fin, ¡ay Dios! de (2) ver la
[muerte.
¡Qué espantosa figura! ¡Ay desdichado!
Si el verla en sueños causa tal quimera,
El que vivo la ve, ¿qué es lo que espera?
Tírome el golpe con el brazo diestro;
No cortó la guadaña: el arco toma.
La flecha en el derecho, en el siniestro
El arco miro que altívez doma;

(1) Hambres.
(2) El.

Tírome al corazón : yo que me muestro
Al golpe herido, porque al cuerpo como
La madre tierra como á su despojo,
Deseuacelo el alma, el cuerpo arrojó.
Salió el alma en un vuelo, en un instante
Vi de Dios la presencia : ¡Quién pudiera
No verle entónces! ¡Qué cruel semblante!
Resplandeciente espada y justiciera
En la derecha mano, y arrogante
(Como ya por derecho suyo era),
El fiscal de las almas miré á un lado,
Que aun con ser vitorioso estaba airado.
Leyó mis culpas, y mi guarda santa
Leyó mis buenas obras, y el Justicia
Mayor del cielo, que es aquel que espanta
De la infernal morada la malicia,
Las puso en dos balanzas; mas levanta
El peso de mi culpa y mi injusticia
Mis obras buenas tanto, que el Juez santo
Me condena á los reinos del espanto.
Con aquella fatiga y aquel miedo ¡dla
Desperté, aunque temblando, y no vine
Sino es mi culpa, y tan confuso quedo,
Que si no es á mi suerte desdichada,
O traza del contrario, ardid ó enredo,
Que vibra contra mí su ardiente espada,
No sé á qué lo atribuya. Vos, Dios santo,
Me declarad la causa deste espanto.
¡Heme de condenar, mi Dios divino,
Como este sueño dice, ó he de verme
En el sagrado alcázar cristalino?
Aqueste bien, Señor, habeis de hacerme.
¿Qué fin he de tener? Pues un camino
Sigo tan bueno, no queráis tenerme
En esta confusion, Señor eterno.
¿He de ir á vuestro cielo, ó al infierno?
Treinta años de edad tengo, Señor mío,
Y los diez he gastado en el desierto,
Y si viviera un siglo, un siglo fio
Que lo mismo ha de ser : esto os advierto.
Si esto cumplo, Señor, con fuerza y brío,
¿Qué fin he de tener? Lágrimas vierto.
Respondedme, Señor : Señor eterno,
¿He de ir á vuestro cielo, ó al infierno?

ESCENA IV.

EL DEMONIO, que aparece en lo alto
de una Peña. — PAULO.

DEMONIO. (Invisible para Paulo.)

Diez años há que persigo
A este monje en el desierto,
Recordándole memorias
Y pasados pensamientos :
Y siempre le he hallado firme,
Como un gran peñasco opuesto.
Hoy duda en su fe; que es duda
De la fe lo que hoy ha hecho,
Porque es la fe en el cristiano
Que sirviendo á Dios y haciendo
Buenas obras, ha de ir
A gozar del en muriendo.
Este, aunque ha sido tan santo,
Duda de la fe, pues vemos
Que quiere del mismo Dios,
Estando en duda, saberlo.
En la soberbia tambien
Ha pecado : caso es cierto.
Nadie como yo lo sabe,
Pues por soberbio padezco.
Y con la desconfianza
Le ha ofendido, pues es cierto
Que desconfía de Dios
El que á su fe no da crédito.
Un sueño la causa ha sido;
Y el anteponer un sueño
A la fe de Dios, ¿quién duda
Que es pecado manifiesto?
Y así me ha dado licencia
El juez mas supremo y recto,
Para que con mis engaños

Le incite agora de nuevo.
Sepa resistir valiente
Los combates que le ofrezco,
Pues supo desconfiar
Y ser como yo, soberbio.
Su mal ha de restaurar
De la pregunta que ha hecho
A Dios, pues á su pregunta
Mi nuevo engaño prevengo.
De ángel tomaré la forma,
Y responderé á su intento
Cosas que le han de costar
Su condenacion, si puedo.
(Déjase ver en figura de ángel.)

PAULO.

¡Dios mío! aquesto os suplico.
¡Salváreme, Dios inmenso?
Iré á gozar vuestra gloria?
Que me respondais espero.

DEMONIO.

Dios, Paulo, te ha escuchado,
Y tus lágrimas ha visto.

PAULO. (Ap.)

¡Qué mal el temor resisto!
Ciego en mirarlo he quedado.

DEMONIO.

Me ha mandado que te saque
Desa ciega confusion,
Porque esa vana ilusion
De tu contrario se aplaque.
Ve á Nápoles; y á la puerta
Que llaman allá del Mar,
Que es por donde tú has de entrar
A ver tu ventura cierta
O tu desdicha, verás
Cerca de allá (estáme atento)
Un hombre.....

PAULO.

¡Qué gran contento
Con tus razones me das!

DEMONIO.

Que Enrico tiene por nombre,
Hijo del noble Anareto.
Conocerásle, en efecto,
Por señas; que es gentil-hombre,
Alto de enervo y gallardo.
No quiero decirte mas,
Porque apenas llegarás,
Cuando le veas.

PAULO.

Aguardo
Lo que le he de preguntar
Cuando le llegare á ver.

DEMONIO.

Solo una cosa has de hacer.

PAULO.

¿Qué he de hacer?

DEMONIO.

Verle y callar,
Contemplando sus acciones,
Sus obras y sus palabras.

PAULO.

En mi pecho ciego labras
Quimeras y confusiones.
¿Solo eso tengo de hacer?

DEMONIO.

Dios que en él repares quiere,
Porque el fin que aquel tuviere,
Ese fin has de tener.

(Desaparece.)

PAULO.

¡Oh misterio soberano!
¿Quién este Enrico será?
Por verle me muero ya.
¿Qué contento estoy, qué ufano!
Algun divino varon
Debe de ser : ¿quién lo duda?

ESCENA V.

PEDRISCO. — PAULO.

PEDRISCO. (Ap.)

Siempre la fortuna ayuda
Al mas flaco corazón.
Lindamente he manducado :
Satisfecho quedo ya.

PAULO.

Pedrisko.

PEDRISCO.

A esos piés está
Mi boca.

PAULO.

A tiempo ha llegado.
Los dos habemos de hacer
Una jornada al momento.

PEDRISCO.

Brinco y salto de contento.
Mas ¿dónde, Paulo, ha de ser?

PAULO.

A Nápoles.

PEDRISCO.

¿Qué me dice?
Y ¿á qué, padre?

PAULO.

En el camino
Sabrá un paso peregrino :
¡Plegue á Dios que sea felice!

PEDRISCO.

¿Si serémos conocidos
De los amigos de allá?

PAULO.

Nadie nos conocerá;
Que vamos desconocidos
En el traje y en la edad.

PEDRISCO.

Diez años há que faltamos.
Seguros pienso que vamos;
Que es tal la seguridad
Deste tiempo, que en un hora
Se desconoce el amigo.

PAULO.

Vamos.

PEDRISCO.

Vaya Dios conmigo.

PAULO.

De contento el alma llora.
A obedeceros me aplico,
Mi Dios; nada me desmaya,
Pues vos me mandais que vaya
A ver al dichoso Enrico.
¡Gran santo debe de ser!
Lleno de contento estoy.

PEDRISCO.

Y yo, pues contigo voy.

(Ap. No puedo dejar de ver.
Pues que mi bien es tan cierto
Con tan alta maravilla,
El bodegon de Juanilla
Y la taberna del tuerto.) (Vase.)

ESCENA VI.

EL DEMONIO.

Bien mi engaño va trazado.
Hoy verá el desconfiado
De Dios y de su poder
El fin que viene á tener,
Pues el propio lo ha buscado. (Vase.)

—
Patio y galería abierta de la casa de Celio, en
Nápoles.

ESCENA VII.

OCTAVIO Y LISANDRO, en el atrio.

LISANDRO.

La fama desta mujer
Solo á verla me ha traído.

OCTAVIO.
¿De qué es la fama?

LISANDRO.
La fama
Que della, Octavio, he tenido,
Es, de que es la mas discreta
Mujer que en aqueste siglo
Ha visto el napolitano
Reino.

OCTAVIO.
Verdad os han dicho;
Pero aquesta discrecion
Es el cebo de sus vicios:
Con esa engaña á los necios,
Con esa estafa á los lindos.
Con una octava ó soneto,
Que con picaresco estilo
Suele hacer de cuando en cuando,
Trae á mil hombres perdidos;
Y por parecer discretos,
Alaban el artificio,
El lenguaje y los concetos.

LISANDRO.
Notables cosas me han dicho
Desta mujer.

OCTAVIO.
Está bien.
No os dijo el que aqueso os dijo,
Que es desta mujer la casa
Un depósito de vivos,
Y que nunca está cerrada
Al napolitano rico,
Ni al alemán, ni al inglés,
Ni al húngaro, armenio ó indio,
Ni aun al español tampoco,
Con ser tan aborrecido
En Nápoles?

LISANDRO.
¿Eso pasa?

OCTAVIO.
La verdad es lo que digo.
Como es verdad que venis
Della enamorado.

LISANDRO.
Afirmo
Que me enamoró su fama.

OCTAVIO.
Pues mas hay.

LISANDRO.
Sois fiel amigo:

¿Qué?

OCTAVIO.
Tiene cierto mancebo
Por galán, que no ha nacido
Hombre tan mal inclinado
En Nápoles.

LISANDRO.
Será Enrico,
Hijo de Anareto el viejo,
Que pienso que há cuatro ó cinco
Años que está en una cama
El pobre viejo, tullido.

OCTAVIO.
El mismo.

LISANDRO.
Noticia tengo
Dese mancebo.

OCTAVIO.
Os afirmo,
Lisandro, que es el peor hombre
Que en Nápoles ha nacido.
Aquesta mujer le da
Cuanto puede; y cuando el vicio
Del juego suele apretalle,
Se viene á su casa él mismo,
Y le quita á bofetadas
Las cadenas, los anillos.....

LISANDRO.
¿Pobre mujer!

OCTAVIO.
Tambien ella
Suele hacer sus ciertos tiros,
Quitando la hacienda á muchos
Que son en su amor novicios,
Con esta falsa poesia.

LISANDRO.
Pues ya que estoy advertido
De amigo tan buen maestro,
Allí veréis si yo os sirvo.

OCTAVIO.
Yo entraré con vos tambien;
Mas ojo al dinero, amigo.

LISANDRO.
Con invencion entraremos.

OCTAVIO.
Diréisle que habeis sabido
Que hace versos elegantes,
Y que á precio de un anillo
Unos versos os escriba
A una dama.

LISANDRO.
¿Buen arbitrio!

OCTAVIO.
Y yo, pues entro con vos,
Le diré tambien lo mismo.
Esta es la casa.

LISANDRO.
Y aun pienso
Que está en el patio.

OCTAVIO.
Si Enrico
Nos coge dentro, por Dios,
Que recelo algun peligro.

LISANDRO.
¿No es un hombre solo?

OCTAVIO.
Si.

LISANDRO.
Ni le temo, ni le estimo.

ESCENA VIII.

CELIA, LIDORA. — OCTAVIO,
LISANDRO.
(*Celia sale leyendo un papel, Lidora
saca recado de escribir y lo pone en
una mesa: ambas se adelantan hácia
el proscenio. Octavio y Lisandro per-
manecen en el fondo.*)

CELIA.
(1) Bien escrito está el papel.

LIDORA.
Es discreto Severino.

CELIA.
Pues no se le echa de ver
Notablemente.

LIDORA.
¿No has dicho
Que escribe bien?

CELIA.
Si por cierto.
La letra es buena: esto digo.

(1) Esta es la comedia de Teller por impresa
en la edicion que seguimos. Hasta aquí, sin con-
tar las enmiendas ortográficas, que son muchas
en cada línea, van ya hechas diez correcciones
en el texto, importantes casi todas. Pero en este
lugar se halla tan estragado, que no es posible
descubrir la leccion original; y para que haya
medida, para restablecer á lo menos el romance,
es forzoso adicionar el diálogo. En la impresion
susodicha se halla el pasaje en la forma siguiente:

Celia. Bien escrito está el papel.
Lid. Es discreto Severino;
Celia. Pues no se le echa de ver?
Lid. Notablemente.
Cel. La letra es buena:
Lid. Ya entiendo.
Celia. Las razones de ignorante:
Ota. Llego, Lisandro, atrevido.

LIDORA.
Ya entiendo. La mano y pluma
Son de maestro de niños....

CELIA.
Las razones, de ignorante.

OCTAVIO.
Llega, Lisandro, atrevido.

LISANDRO.
Hermosa es, por vida mia.
Muy pocas veces se ha visto
Belleza y entendimiento
Tanto en un sugeto mismo.

LIDORA.
Dos caballeros, si ya
Se juzgan por el vestido,
Han entrado.

CELIA.
¿Qué querrán?

LIDORA.
Lo ordinario.

OCTAVIO. (A Lisandro.)
Ya te ha visto.

CELIA.
¿Qué mandan vuestras mercedes?

LISANDRO.
Hemos llegado atrevidos,
Porque en casas de poetas
Y de señores, no ha sido
Vedada la entrada á nadie.

LIDORA. (Ap.)
Gran sufrimiento ha tenido,
Pues la llamaron poeta,
Y ha callado.

LISANDRO.
Yo he sabido
Que sois discreta en extremo,
Y que de Homero y Ovidio
Excedeis la misma fama:
Y así yo y aqueste amigo
Que vuestro ingenio me alaba,
En competencia venimos
De que para cierta dama.
Que mi amor puso en olvido
Y se casó á su disgusto,
Le hagais algo; que yo afirmo
El premio á vuestra hermosura,
Si es, señora, premio digno
El daros mi corazón.

LIDORA. (Ap. á Celia.)
Por Belerma te ha tenido.

OCTAVIO.
Yo vine tambien, señora,
(Pues vuestro ingenio divino
Obliga á los que se precian
De discretos) á lo mismo.

CELIA.
¿Sobre quién tiene de ser?

LISANDRO.
Una mujer que me quiso
Cuando tuvo que quitarme,
Y ya que pobre me ha visto,
Se recogió á buen vivir.

LIDORA. (Ap.)
Muy como discreta hizo.

CELIA.
A buen tiempo habeis llegado;
Que á un papel que me han escrito,
Quería responder ahora;
Y pues decís que de Ovidio
Excedo la antigua fama,
Haré ahora mas que él hizo.
A un tiempo se han de escribir
Vuestros papeles y el mio. (A Lidora.)
Da á todos tinta y papel.

LISANDRO.
¡Bravo ingenio!

OCTAVIO.
Peregrino.
LIDORA.

Aquí está tinta y papel.

CELIA.

Escribid, pues.

(Siéntanse á una mesa Celia, Lisandro y Octavio.)

LISANDRO.

Ya escribimos.

CELIA.

Tú dices que á una muger

Que se casó.....

LISANDRO.

Aqueso digo.

CELIA.

Y tú á la que te dejó

Después que no fuiste rico.

OCTAVIO.

Así es verdad.

CELIA.

Y yo aquí

Le respondo á Severino.

(Dicta Celia, al mismo tiempo que escribe, á Lisandro y á Octavio.)

ESCENA IX.

ENRICO y GALVAN, *ambos con espada y broquel.* — OCTAVIO, LISANDRO.

CELIA, LIDORA.

ENRICO.

¿Qué se busca en esta casa, hidalgos?

LISANDRO.

Nada buscamos:

Estaba abierta, y entramos.

ENRICO.

¿Conóceme?

LISANDRO.

Aquesto pasa.

ENRICO.

Pues váyanse noramala;

Que voto á Dios, si me enoja....

No me hagas, Celia, del ojo.

OCTAVIO. *(Ap.)*

¿Qué locura á aquesta iguala?

ENRICO.

Que los arroje en el mar,

Aunque está lejos de aquí.

CELIA. *(Bajo á Enrico.)*

Mi bien, por amor de mí.

ENRICO.

¿Tú te atreves á llegar?

Apártate: voto á Dios,

Que te dé una bofetada.

OCTAVIO.

Si el estar aquí os enfada,

Ya nos iremos los dos.

LISANDRO.

¿Sois pariente, ó sois hermano

De aquesta señora?

ENRICO.

Soy

El diablo.

GALVAN.

Y ya yo estoy

Con la hojarasca en la mano. *(A Enrico.)*

Sacúdelos.

OCTAVIO.

Deteneos.

CELIA.

Mi bien, por amor de Dios.

OCTAVIO.

Aquí venimos los dos,

No con lascivos deseos,

Sino á que nos escribiese

Unos papeles....

ENRICO.

Pues ellos

Que se precian de tan bellos,

¿No saben escribir?

OCTAVIO.

Cese

Vuestro enojo.

ENRICO.

¿Qué es cesar? —

¿Qué es de lo escrito?

OCTAVIO. *(Dándole los papeles.)*

Esto es.

ENRICO. *(Rasgándolos.)*

Vuelvan por ellos despues,

Porque ahora no hay lugar.

CELIA.

¿Los rompiste?

ENRICO.

Claro está.

Y si me enoja.....

CELIA. *(Bajo á Enrico.)*

¿Mi bien!

ENRICO.

Haré lo mismo tambien

De sus caras.

LISANDRO.

Basta ya.

ENRICO.

Mi gusto tengo de hacer

En todo cuanto quisiere;

Y si voarec lo quiere,

Sor hidalgo, defender,

Cuéntese sin piernas ya,

Porque yo nunca temí

Hombres como ellos.

LISANDRO.

¿Que ansi

Nos trate un hombre!

OCTAVIO.

Callá.

ENRICO.

Ellos si se precian de hombres,

Siendo de mujer las almas,

Si pretenden llevar palmas,

Y ganar honrosos nombres,

Defiéndanse desta espada.

(Enrico y Galvan acuchillan á Lisandro y Octavio.)

CELIA.

¿Mi bien!

ENRICO.

Aparta.

CELIA.

Detente.

ENRICO.

Nadie detenerme intento (1).

CELIA.

¿Qué es aquesto! ¿Ay desdichada!

(Octavio y Lisandro huyen.)

ESCENA X.

CELIA, ENRICO, LIDORA, GALVAN.

LIDORA.

Huyendo van, que es belleza.

GALVAN.

¿Qué cuchillada le di!

ENRICO.

Viles gallinas, ¿ansi

Afrentais vuestra destreza?

CELIA.

Mi bien, ¿qué has hecho?

(1) No me defenderá el mismo infierno, dice en la edición que se reimprime.

ENRICO.

¿Nonada! (2)

¿Gallardamente le di

A aquel mas alto! Le abrí

Un jeme de cuchillada.

LIDORA. *(A Celia.)*

¿Bien el que entra á verte gana!

GALVAN.

Una punta le tiré

A aquel mas bajo, y le eché

Fuera una arroba de lana.

¿Terrible peto traía!

ENRICO.

¿Siempre, Celia, me has de dar Disgusto!

CELIA.

Basta el pesar;

Sosiega, por vida mia.

ENRICO.

¿No te he dicho que no gusto

Que entren estos marquesotes

Todos guedeja y bigotes,

Aríonde me dan disgusto?

¿Qué provecho tienes dellos?

¿Qué te ofrecen, qué te dan

Estos que continuo están

Rizándose los cabellos?

De peña, de robie ó risco

Es al dar su condicion:

Su bolsa hizo profesion

En la órden de San Francisco.

Pues ¿para qué los admities?

¿Para qué les das entrada?

¿No te tengo yo avisada?

Tú harás algo que me incites

A cólera.

CELIA.

Bueno está.

ENRICO.

Apártate.

CELIA.

Oye, mi bien,

Porque sepas que hay tambien

Alguno en estos que da.

Aqueste anillo y cadena

Me dieron estos.

ENRICO.

A ver.

La cadena he menester,

Que me parece muy buena.

CELIA.

¿La cadena?

ENRICO.

Y el anillo

Tambien me hace falta agora.

LIDORA.

Déjale algo á mi señora.

ENRICO.

Ella ¿no sabrá pedillo?

¿Para qué lo pides tú?

GALVAN.

Esta por hablar se muere.

LIDORA. *(Ap.)*

¿Mal haya quien bien os quiere,

Rufianes de Bercebú!

CELIA.

Todo es tuyo, vida mia;

Y pues yo tan tuya soy,

Escúchame.

ENRICO.

Atento estoy.

CELIA.

Solo pedirte querria

Que nos laves esta tarde

A la puerta de la mar.

ENRICO.

El manto puedes tomar.

(2) ¡Fírolera! Una fírolera.

ESCENA XII

CELIA.
Yo haré que allá nos aguarde
La merienda.

ENRICO.
Oyes, Galvan,
Ve á avisar luego al instante
A nuestro amigo Escalante,
A Cherinos y Roldan,
Que voy con Celia.

GALVAN.
Si haré.

ENRICO.
Di que á la puerta del Mar
Nos vayan luego á esperar
Con sus mozas.

LIDORA.
¡Bien á fe!

GALVAN.
Ello habrá lindo hureo.
¿Mas qué ha de haber cuchilladas?

CELIA.
¿Quieres que vamos tapadas?

ENRICO.
No es eso lo que deseo.
Descubiertas habeis de ir,
Porque quiero en este día
Que sepan que tú eres mía.

CELIA.
Como te podré servir,
Vamos.
(*Enrico y Galvan se van retirando, y
hablan aparte al salir.*)

LIDORA. (A Celia.)
Tú eres inocente :
¿Todas las joyas le has dado?

CELIA.
Todo está bien empleado
En hombre que es tan valiente.

GALVAN.
¿Mas que no te acuerdas ya
Que te dijeron ayer
Que una muerte habias de hacer?

ENRICO.
Cobrada y gastada está
Ya la mitad del dinero.

GALVAN.
Pues ¿para qué vas al mar?

ENRICO.
Después se podrá trazar,
Que ahora, Galvan, no quiero.
Anillo y cadena tengo,
Que me dió la tal señora :
Dineros sobran ahora.

GALVAN.
Ya tus intentos prevengo.

ENRICO.
Viva alegre el desdichado,
Libre de cuidado y pena ;
Que en gastando la cadena,
Le daremos su recado. (Vase.)

Vista de Nápoles por la puerta del Mar.

ESCENA XI

PAULO y PEDRISCO, y al fin ENRICO,
CELIA, ROLDAN, y CHERINOS.

PEDRISCO.
Maravillado estoy de tal suceso.

PAULO.
Secretos son de Dios.

PEDRISCO.
¿De modo, padre,
Que el fin que ha de tener aqueste Enri-
lla de tener tambien? [co,

PAULO.

Faltar no puede

La palabra de Dios : el ángel suyo
Me dijo que si Enrico se condena,
Yo me he de condenar ; y si él se salva,
Tambien me he de salvar.

PEDRISCO.
Sin duda, padre,
Que es un santo varon aqueste Enrico.

PAULO.
Eso mismo imagino.

PEDRISCO.
Esta es la puerta
Que llaman de la Mar.

PAULO.
Aqui me manda
El ángel que le aguarde.

PEDRISCO.
Aqui vivia

Un tabernero gordo, padre mio,
Adonde yo acudia muchas veces ;
Y mas allá, si acaso se le acuerda,
Vivia aquella moza rubia y alta,
Que archero de la guardia parecia,
A quien él requibraba.

PAULO.
¡Oh vil contrario !
Livianos pensamientos me fatigan.
¡O cuerpo flaco! Hermano, escuche.

PEDRISCO.
Escucho.

PAULO.
El contrario me tiene con memoria
Y con pasados gustos...
(*Echase en el suelo.*)

PEDRISCO.
Pues ¿qué hace?

PAULO.
En el suelo me arrojo desta suerte,
Para que en él me pise : llegue, hermano,
Piseme muchas veces.

PEDRISCO.
En buen hora ;
Que soy muy obediente, padre mio.
(*Pisale.*)

¿Písole bien?
PAULO.
Sí, hermano.

PEDRISCO.
¿No le duele?

PAULO.
Pise, y no tenga pena.

PEDRISCO.
¿Pena, padre !
¿Por qué razon he yo de tener pena?
Piso y repiso, padre de mi vida ;
Mas temo no reviente, padre mio.

PAULO.
Piseme, hermano.

ROLDAN. (Dentro.)
Deteneos, Enrico.

ENRICO. (Dentro.)
Al mar he de arrojarle, vive el cielo.

PAULO.
A Enrico oí nombrar.

ENRICO. (Dentro.)
¿Gente mendiga

Ha de haber en el mundo?
CHERINOS. (Dentro.)
Deteneos.

ENRICO. (Dentro.)
Podráisme detener en arrojándole.

CELIA. (Dentro.)
¿Adónde vas? Detente.

ENRICO. (Dentro.)
No hay remedio:

Harta merced te hago, pues te saco
De tan grande miseria.

ROLDAN. (Dentro.)
¿Qué habeis hecho!

ENRICO, CELIA, LIDORA, GALVAN,
ROLDAN, ESCALANTE, CHERINOS
— PAULO, PEDRISCO.

(*El ermitaño y Pedrisco se retiran á un
lado, y observan ; los demás perso-
najes ocupan el medio del teatro.*)

ENRICO.
Llegó á pedirme un pobre una limosna,
Dolióme el verle con tan gran miseria ;
Y porque no llegase á avergonzarse
A otro desde hoy, cogile en brazos,
Y le arrojé en el mar.

PAULO.
¡Delito inmenso!

ENRICO.
Ya no será mas pobre, segun pienso.

PEDRISCO.
¿Algun diablo limosna te pidiera!

CELIA.
¿Siempre has de ser cruel!

ENRICO.
No me repliques ;
Que haré contigo y los demas lo mismo.

ESCALANTE.
Dejemos eso agora, por tu vida.
Sentémonos los dos, Enrico amigo.

PAULO. (A Pedrisco.)
A este han llamado Enrico.

PEDRISCO.
Será otro.
¿Querias tú que fuese este mal hombre,
Que en vida está ya ardiendo en los in-
[fiernos?
Aguardemos á ver en lo que para.

ENRICO.
Pues siéntense voarcedes, porque quie-
Haya conversacion. [ro

ESCALANTE.
Muy bien ha dicho.

ENRICO.
Siéntese Celia aquí.

CELIA.
Ya estoy sentada.

ESCALANTE.
Tú conmigo, Lidora (1).

LIDORA.
Lo mismo digo yo, seor Escalante.

CHERINOS.
Siéntese aqui Roldan.

ROLDAN.
Ya voy, Cherinos.

PEDRISCO.
¿Mire qué buenas almas, padre mio !
Lléguese mas, veré de lo que tratan.

PAULO.
¿Que no viene mi Enrico!

PEDRISCO.
Mire y calle ;
Que somos pobres, y este desalmado :
No nos eche en la mar.

ENRICO.
Agora quiero
Que cuente cada uno de vuarcedes
Las hazañas que ha hecho en esta vida.
Quiero decir... hazañas... latrocinios,
Cuchilladas, heridas, robos, muertes,
Salteamientos y cosas deste modo.

ESCALANTE.
Muy bien ha dicho Enrico.

ENRICO.
Y al que hubiere
Hecho mayores males, al momento

(1) Falta medio verso.

Que son servicios tan buenos,
Que puede ir á pretender
Este á la corte.

ESCALANTE.

Confieso

Que tú el lauro has merecido.

ROLDAN.

Y yo confieso lo mesmo.

CHERINOS.

Todos lo mesmo decimos.

CELIA.

El laurel darte pretendo.

ENRICO.

Vivas, Celia, muchos años.

CELIA. (*Poniendo á Enrico una corona de laurel.*)

Toma, mi bien; y con esto,
Pues que la merienda aguarda,
Nos vamos.

GALVAN.

Muy bien has hecho.

CELIA.

Digan todos: «Viva Enrico».

TODOS.

Viva el hijo de Anareto.

ENRICO.

Al punto todos nos vamos
A holgarnos y entretenernos.

(*Vanse Enrico y los que salieron con él.*)

ESCENA XIII.

PAULO, PEDRISCO.

PAULO.

Salid, lágrimas: salid,
Salid apriesa del pecho,
No lo dejéis de vergüenza.
¿Qué lastimoso suceso!

PEDRISCO.

¿Qué tiene, padre?

PAULO.

¡Ay hermano!

Penas y desdichas tengo.
Este mal hombre que he visto,
Es Enrico.

PEDRISCO.

¿Cómo es eso?

PAULO.

Las señas que me dió el ángel
Son suyas.

PEDRISCO.

¿Es eso cierto?

PAULO.

Sí, hermano, porque me dijo
Que era hijo de Anareto,
Y aqueste también lo ha dicho.

PEDRISCO.

Pues aqueste ya está ardiendo
En los infiernos.

PAULO.

¡Ay triste!

Eso solo es lo que temo.
El ángel de Dios me dijo
Que si este se va al infierno,
Que al infierno tengo de ir,
Y al cielo, si este va al cielo.
Pues al cielo, hermano mío,
¿Cómo ha de ir este, si vemos
Tantas maldades en él,
Tantos robos manifiestos,
Crueldades y latrocinios,
Y tan viles pensamientos?

PEDRISCO.

En eso ¿quién pone duda?
Tan cierto se irá al infierno
Como el despensero Judas.

PAULO.

¡Gran Señor! ¡Señor eterno!
¿Por qué me habéis castigado
Con castigo tan inmenso?

Diez años y mas, Señor,

Há que vivo en el desierto

Comiendo yerbas amargas,

Salobres aguas bebiendo,

Solo porque vos, Señor,

Juez piadoso, sabio, recto,

Perdonarais mis pecados.

¿Cuán diferente lo veo!

Al infierno tengo de ir.

¡Ya me parece que siento

Que aquellas voraces llamas

Van abrasando mi cuerpo!

¡Ay! ¿qué rigor!

PEDRISCO.

Ten paciencia

PAULO.

¿Qué paciencia ó sufrimiento

Ha de tener el que sabe

Que se ha de ir á los infiernos?

¡Al infierno! centro oscuro,

Donde ha de ser el tormento

Eterno, y ha de durar

Lo que Dios durare. ¡Ah cielo!

Que nunca se ha de acabar!

Que siempre han de estar ardiendo

Las almas! ¡Siempre! ¡Ay de mí!

PEDRISCO.

(*Ap. Solo oírle me da miedo.*)

Padre, volvamos al monte.

PAULO.

Que allá volvamos pretendo;

Pero no á hacer penitencia,

Porque ya no es de provecho.

Dios me dijo que si aqueste

Se iba al cielo, me iría al cielo,

Y al profundo, si al profundo.

Pues es así, seguir quiero

Su misma vida; perdone

Dios aqueste atrevimiento:

Si su fin he de tener,

Tenga su vida y sus hechos;

Que no es bien que yo en el mundo

Esté penitencia haciendo,

Y que él viva en la ciudad

Con gustos y con contentos,

Y que á la muerte tengamos

Un fin.

PEDRISCO.

Es discreto acuerdo.

Bien ha dicho, padre mío.

PAULO.

En el monte hay bandoleros:

Bandolero quiero ser,

Porque así igualar pretendo

Mi vida con la de Enrico.

Pues un mismo fin tendremos.

Tan malo tengo de ser

Como él, y peor si puedo;

Que pues ya los dos estamos

Condenados al infierno,

Bien es que ántes de ir allá,

En el mundo nos vengamos.

¡Ah Señor! ¿quién tal pensara?

PEDRISCO.

Vamos, y déjate deso,

Y desos árboles altos

Los hábitos ahorquemos.

Vístete galán.

PAULO.

Si haré;

Y yo haré que tengan miedo

A un hombre que, siendo justo,

Se ha condenado al infierno.

Rayo del mundo he de ser.

PEDRISCO.

¿Qué se ha de hacer sin dineros?

PAULO.

Yo los quitaré al demonio,
Si fuere cierto el traerlos.

PEDRISCO.

Vamos pues.

PAULO.

Señor, perdona

Si injustamente me vengo.

Tú me has condenado ya:

Tu palabra, es caso cierto

Que atras no puede volver.

Pues si es así, tener quiero

En el mundo buena vida,

Pues tan triste fin espero.

Los pasos pienso seguir

De Enrico.

PEDRISCO.

Ya voy temiendo

Que he de ir contigo á las ancas,

Cuando vayas al infierno.

ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa de Anareto. Una puerta de alcoba,
en el fondo, con las cortinas echadas.

ESCENA PRIMERA.

ENRICO, GALVAN.

ENRICO.

¡Válgate el diablo, el juego!

¿Que mal que me has tratado!

GALVAN.

Siempre eres desdichado.

ENRICO.

¡Fuego en las manos, fuego!

¿Estais descomulgadas?

GALVAN.

Echáronse á perder suertes trocadas.

ENRICO.

Derechas no las gano;

Si las trueco, tampoco.

GALVAN.

El es un juego loco.

ENRICO.

Esta derecha mano

Me tiene destruido:

Noventa y nueve escudos he perdido.

GALVAN.

¿Pues para qué estás triste,

Que nada te costaron?

ENRICO.

¿Qué poco que duraron!

¿Viste tal cosa? ¿viste

tal multitud de suertes?

GALVAN.

Con esa pesadumbre te diviertes,

Y no cuidas de nada:

Y has de matar á Albano;

Que de Laura el hermano

Te tiene ya pagada

La mitad del dinero.

ENRICO.

Sin blanca estoy: matará Albano quiero.

GALVAN.

¿Y aquesta noche, Enrico,

Cherinos y Escalante...?

ENRICO.

Empresa es importante (1):

A ayudallos me aplico.

¿No han de robar la casa

De Octavio el genoves?

GALVAN.

Aqueso pasa.

(1) Suplido

ENRICO.

Pues yo seré el primero
Que suba á sus balcones:
En tales ocasiones
Aventajarme quiero.
Vé y díles que aquí aguardo.

GALVAN.

Volando voy, que en todo eres gallardo.
(Vase.)

ESCENA II.

ENRICO.

Pues mientras ellos se tardan,
Y el manto lóbrego aguardan
Que su remedio ha de ser,
Quiero un viejo padre ver
Que aquestas paredes guardan.
Cinco años há que le tengo
En una cama tullido,
Y tanto á estimarle vengo,
Que con andar tan perdido,
A mi costa le mantengo.
De lo que Celia me da,
O yo por fuerza le quito,
Traigo lo que puedo acá,
Y su vida solicito,
Que acabando el curso va.
De lo que de noche puedo,
Variar casas escalando,
Robar con cuidado ó miedo,
Voy su sustento aumentando,
Y á veces sin él me quedo.
Que esta virtud solamente
En mi vida distraida
Conservo piadosamente;
Que es deuda al padre debida
El serle el hijo obediente.
En mi vida le ofendí,
Ni pesadumbre le di:
En todo cuanto mandó,
Siempre obediente me halló
Desde el día en que nací:
Que aquestas mis travesuras,
Mocedades y locuras,
Nunca á saberlas llego;
Que á saberlas, bien sé yo
Que aunque mis entrañas duras,
De Peña, al blando cristal
Opuesta, fueron formadas,
Y mi corazón igual
A las fieras encerradas
En riscos de pedernal,
Que las hubiera atajado;
Pero siempre le he tenido
Donde de nadie informado,
Ni un disgusto ha recibido
De tantos como he causado.
(Descorre las cortinas de la alcoba, y se ve á Anareto dormido en una silla.)

ESCENA III.

ANARETO, ENRICO.

ENRICO.

Aquí está: quírole ver.
Durmiendo está al parecer.
Padre.

ANARETO. (Despertando.)
¡Mi Enrico querido!

ENRICO.

Del descuido que he tenido,
Perdon espero tener
De vos, padre de mis ojos.
¿Heme tardado?

ANARETO.

No, hijo.

ENRICO.

No os quisiera dar enojos.

ANARETO.

En verte me regocijo.

ENRICO.

No el sol por celajes rojos
Saliendo á dar resplandor
A la tiniebla mayor
Que espera tan alto bien,
Parece al día tan bien,
Como vos á mí, señor.
Que vos para mí sois sol,
Y los rayos que arrojaís
Dese divino arrebol,
Son las canas con que honraís
Este reino.

ANARETO.

Eres crisol
Donde la virtud se apura.

ENRICO.

¿Habeis comido?

ANARETO.

Yo no.

ENRICO.

Hambre tendréis.

ANARETO

La ventura
De mirarte me quitó
La hambre.

ENRICO.

No me asegura,
Padre mío, esa razón,
Nacida de la afición
Tan grande que me teneis;
Pero agora comeréis,
Que las dos pienso que son
De la tarde. Ya la mesa
Os quiero, padre, poner.

ANARETO.

De tu cuidado me pesa.

ENRICO.

Todo esto y mas ha de hacer
El que obediencia profesa.
(Ap. Del dinero que jugué,
Un escudo reservé
Para comprar qué comiese;
Porque aunque al juego le pesa,
No ha de faltarme esta fe.)
Aquí traigo en el lenzuolo,
Padre mío, que comais.
Estimad mi justo celo.

ANARETO.

Bendito, mi Dios, seas
En la tierra y en el cielo.
Pues que tal hijo me distes
Cuando tullido me vistes,
Que mis piés y manos sea.

ENRICO.

Comed, porque yo lo vea.

ANARETO.

Miembros cansados y tristes,
Ayudadme á levantar.

ENRICO.

Yo, padre, os quiero ayudar.

ANARETO.

Fuerza me infunden tus brazos.

ENRICO.

Quisiera en estos abrazos
La vida poderos dar.
Y digo, padre, la vida,
Porque tanta enfermedad
Es ya muerte conocida.

ANARETO.

La divina voluntad
Se cumpla.

ENRICO.

Ya la comida
Os espera. ¿Llegaré
La mesa?

ANARETO.

No, hijo mío;
Que el sueño me vence.

ENRICO.

¿A fe?

Pues dormid.

ANARETO.

Dádome ha un frío
Muy grande.

ENRICO.

Yo os llegaré
La ropa.

ANARETO.

No es menester.

ENRICO.

Dormid.

ANARETO.

Yo, Enrico, quisiera,
Por llegar siempre á temer
Que en viéndote es la postrera
Vez que te tengo de ver,
(Porque aquesta enfermedad
Me trata con tal crueldad),
Yo quisiera que tomaras
Estado.

ENRICO.

¿En eso reparas?

Cúmplase tu voluntad.

Mañana pienso casarme.

(Ap. Quiero darle aqueste gusto,
Aunque finja.)

ANARETO

Será darme

La salud.

ENRICO.

Hacer es justo
Lo que tú puedes mandarme.

ANARETO.

Moriré, Enrico, contento.

ENRICO.

Darte gusto en todo intento,
Porque veas desta suerte
Que por solo obedecerte,
Me sujeto al casamiento.

ANARETO.

Pues, Enrico, como viejo
Te quiero dar un consejo:
No busques mujer hermosa,
Porque es cosa peligrosa
Ser en cárcel mal segura
Alcaide de una hermosura,
Donde es la afrenta forzosa.
Está atento, Enrico.

ENRICO.

Di.

ANARETO.

Y nunca entienda de ti
Que de su amor no te fías;
Que viendo que desconfías,
Todo lo ha de hacer así.
Con tu mismo sér la iguala:
Amala, sirve y regala;
Con celos no la des pena;
Que no hay mujer que sea buena,
Si ve que piensan que es mala.
No declares tu pasión
Hasta llegar la ocasión,
Y luego..... (Duérmese.)

ENRICO.

Vencióle el sueño;
Que es de los sentidos dueño,
Al dar la mejor lición.
Quiero la ropa dejalle,
Y desta suerte dejalle
Hasta que repose. (Arráptale.)

ESCENA IV.

GALVAN. — ENRICO.

GALVAN.

Ya

Todo prevenido está,

Y mira que por la calle
Viene Albano.

ENRICO.

¿Quién?

GALVAN.

Albano,
A quien la muerte has de dar.

ENRICO.

¿Pues yo he de ser tan tirano?

GALVAN.

¿Cómo!

ENRICO.

¿Yo le he de matar
Por un interes liviano?

GALVAN.

¿Ya tienes temor?

ENRICO.

Galvan,
Estos dos ojos que están
Con este sueño cubiertos,
Por temer que estén despiertos,
Aqueste temor me dan.
No me atrevo, aunque mi nombre
Tiene su altivo renombre
En las memorias escrito,
Intentar tan gran delito
Donde está durmiendo este hombre.

GALVAN.

¿Quién es?

ENRICO.

Un hombre eminente,
A quien temo solamente,
Y en esta vida respeto:
Que para el hijo discreto
Es el padre muy valiente.
Si conmigo le llevara
Siempre, nunca yo intentara
Los delitos que condeno,
Pues fuera su vista el freno
Que en la ocasion me tirara.
Pero corre esa cortina;
Que el no verla, podrá ser
(Pues mi favor afemina)
Que rigor venga a tener,
Si ahora piedad me inclina.

GALVAN.

(Corre las cortinas de la alcoba.)

Ya está corrida.

ENRICO.

Galvan,

Ahora que no le veo,
Ni sus ojos luz me dan,
Matemos, si es tu deseo,
Cuantos en el mundo están.

GALVAN.

Pues mira que viene Albano,
Y que de Laura al hermano
Que le dés muerte conviene.

ENRICO.

Pues él á buscarla viene,
Dale por muerto.

GALVAN.

Eso es llano. (Vanse.)

—

Calle.

ESCENA V.

ALBANO, y un momento despues EN-
RICO y GALVAN.

ALBANO. (Cruzando el teatro.)

El sol á poniente va,
Como va mi edad tambien,
Y con cuidado estará
Mi esposa.

(Vase.)

ENRICO. (Que se ha quedado inmóvil,
mirando á Albano, al tiempo de salir.)

Brazo, deten.

GALVAN.

¿Qué aguardas, Enrico, ya?

ENRICO.

Miro un hombre que es retrato
Y viva imágen de aquel
A quien siempre de honrar trato:
Pues di, si aquí soy cruel,
¿No seré á mi padre ingrato?
Hoy de mis manos tirauas
Por ser viejo, Albano, ganas
La cortesía que esperas;
Que son piadosas terceras,
Aunque mudas, esas canas.
Vete libre; que repara
Mi honor (que así se declara,
Aunque mi opinion no cuadre)
Que pensara que á mi padre
Mataba, si te matara.
Canas, les que os aborrecen,
Hoy á estinaros empiecen (1):
Poco les ofenderán,
Pues tan seguras se van
Cuando enemigos se ofrecen.

GALVAN.

Vive Dios, que no te entiendo
Otro eres ya del que fuiste.

ENRICO.

Poco mi valor ofendo.

GALVAN.

Darle la muerte pudiste.

ENRICO.

No es eso lo que pretendo.
A nadie temí en mi vida;
Varios delitos he hecho,
He sido fiero homicida,
Y no hay maldad que en mi pecho
No tenga siempre acogida,
Pero en llegando á mirar
Las canas que supe honrar
Porque en mi padre las vi,
Todo el furor reprimí,
Y las procuré estimar.
Si yo supiera que Albano
Era de tan larga edad,
Nunca de Laura al hermano
Prometiera tal crueldad.

GALVAN.

Respeto fué necio y vano.
El dinero que te dió,
Por fuerza habrás de volver,
Ya que Albano no murió.

ENRICO.

Podrá ser.

GALVAN.

¿Qué es podrá ser?

ENRICO.

Podrá ser, si quiero yo.

GALVAN.

Él viene.

ESCENA VI.

OCTAVIO. — ENRICO, GALVAN.

OCTAVIO.

A Albano encontré
Vivo y sano como yo.

ENRICO.

Yo lo creo.

OCTAVIO.

Y no pensé
Que la palabra que dió
De matarle vuestasté,
No se cumpliera tan bien
Como se cumplió la paga.
¿Esto es ser hombre de bien?

GALVAN. (Ap.)

Este busca que le dén
Un bofetón con la daga.

(1) Suplido

ENRICO.

No mato á hombres viejos yo;
Y si á voarcé le ofendió,
Vaya y mátele al momento;
Que yo quedo muy contento
Con la paga que me dió.

OCTAVIO.

El dinero ha de volverme.

ENRICO.

Váyase voarcé con Dios.
No quiera enojado verme;
Que ¡juro á Dios.....!
(Sacan las espadas Octavio y Enrico,
y se acuchillan.)

GALVAN.

Ya los dos
Riñen: el diablo no duerme.

OCTAVIO.

Mi dinero he de cobrar.

ENRICO.

Pues yo no lo pienso dar.

OCTAVIO.

Eres un gallina.

ENRICO.

Mientes. (Le hiere.)

OCTAVIO.

Muerto soy. (Cae.)

ENRICO.

Mucho lo sientes.

GALVAN.

Hubiérase ido á acostar.

ENRICO.

A hombres, como tú, arrogantes,
Hoy la muerte yo, no á viejos,
Que con canas y consejos
Vencen ánimos gigantes.
Y si quisierdes probar
Lo que llevo á sustentar,
¡Pide á Dios, si él lo permite,
Que otra vez te resucite,
Y te volveré á matar.

ESCENA VII.

EL GOBERNADOR, ESBIRROS, GENTE.

— ENRICO, GALVAN.

GOBERNADOR. (Antes de salir.)

Prendedle, dadle muerte.

GALVAN.

Aquesto es malo.
Mas de cien hombres vienen á prenderte
Con el Gobernador.

ENRICO.

Vengan seiscientos.
Si me prende, Galvan, mi muerte es cier-
Si me defiende, puede hacer mi dicha; ta;
Que no me maten, y que yo me escape;
Y mas quiero morir con honra y fama.—
Aquí está Enrico: ¡no llegais, cobardes!

GALVAN.

Cercado te han por todas partes.

ENRICO.

Corquen;
Que vive Dios, que tengo de arrojarme
Por entre todos.

GALVAN.

Yo tus pasos sigo.

ENRICO.

Pues haz cuenta que César va contigo
(Salen el Gobernador y los que le acom-
pañan: Enrico y Galvan los acometen.)

GOBERNADOR.

¿Eres demonio?

ENRICO.

Soy un hombre solo
Que huye de morir

GOBERNADOR.

Pues date preso,
Y yo te libraré.

ENRICO.

No pienso en eso.
Así habeis de prenderme. (*Lidiando.*)

GALVAN.

Sois cobardes.
(*Enrico sigue acosando á los ministros de justicia, el Gobernador se interpone, y Enrico le da una estocada. Los esbirros dejan paso á Enrico y á Galvan.*)

GOBERNADOR.

(*Cayendo en brazos de los suyos.*)

¡Ay de mí! muerto soy.

UN ESBIRO.

¡Grande desdicha!
¡Mató al Gobernador!

OTRO.

¡Mala palabra!
(*Vanse todos.*)

—
Campo inmediato al mar.

ESCENA VIII.

ENRICO, GALVAN.

ENRICO.

Ya aunque la tierra sus entrañas abra,
Y en ella me sepulte, es imposible [b]io,
Que me pueda escapar; tú, mar sober-
En tu centro me esconde: con la espada
Puesta en la boca tengo de arrojarle.
Tened misericordia de mi alma,
Señor inmenso; que aunque soy tan ma-
No dejo de tener conocimiento [lo,
De vuestra santa fe. Pero ¿qué hago?
¡Al mar quiero arrojarle cuando dejo
Triste, aligido un miserable viejo!
Al padre de mi vida volver quiero,
Y llevarle conmigo; á ser Encás
Del viejo Anquises.

GALVAN.

¿Dónde vas? Detente.

UNA VOZ. (*Dentro.*)

Seguidme por aquí.

GALVAN.

Guarda tu vida.

ENRICO.

Perdonad, padre mío de mis ojos,
El no poder llevaros en mis brazos,
Aunque en el alma bien sé yo que os lle-
Sígueme tú, Galvan. [vo.

GALVAN.

Ya yo te sigo.

ENRICO.

Por tierra no podemos escaparnos.

GALVAN.

Pues arrójome al mar.

ENRICO.

Su centro airado
Sea sepulcro mío. ¡Ay padre amado!
¡Cuánto siento el dejaros!

GALVAN.

Ven conmigo.

ENRICO.

Cobarde soy, Galvan, si no te sigo.
(*Vanse.*)

—
Selva.

ESCENA IX.

PAULO y PEDRISCO, de bandoleros.
OTROS BANDOLEROS, que traen presos
á tres CAMINANTES.

BANDOLERO 1.º

¡Tú solo, Paulo fuerte,

T. V.

Pues que ya todos te damos
Palabra de obedecerte,
Que sentencias esperamos
Estos tres á vida ó muerte.

PAULO.

¿Dejáronnos ya el dinero?

PEDRISCO.

Ni una blanca nos han dado.

PAULO.

Pues ¿qué aguardas, majadero?

PEDRISCO.

Habémoselo quitado.

PAULO.

¿Que ellos no lo dieron? Quiero
Sentenciar á todos tres.

PEDRISCO.

Ya esperamos ver lo que es.

CAMINANTE 1.º

Ten con nosotros piedad.

PAULO.

Dese robe los colgad.

LOS TRES CAMINANTES.

¡Gran señor!

PEDRISCO.

Moved los piés;

Que seréis fruta extremada,

En esta selva apartada,

De todas aves rapantes.

PAULO. (*A Pedrisco.*)

Desta crueldad no te espantes.

PEDRISCO.

Ya no me espanto de nada.

Porque verte ayer, señor,

Ayunar con tal fervor,

Y en la oracion ocupado,

En tu Dios arrebatado,

Pedirle ánimo y favor

Para proseguir tu vida

En tan grande penitencia;

Y en esta selva escondida

Verte hoy con tanta violencia,

Capitan de foragida

Gente, matar pasajeros,

Tras robarles los dineros;

¿Qué mas se puede esperar?

Ya no me pienso espantar

De nada.

PAULO.

Los hechos fieros

De Enrico imitar pretendo,

Y aun le quisiera exceder.

Perdone Dios si le ofendo;

Que si uno el fin ha de ser,

Esto es justo, y yo me entiendo.

PEDRISCO.

Así al otro le decian

Que la escalera rodaba,

Otros que rodar le vian.

PAULO.

¡Que á mí que á Dios adoraba,

Y por santo me tenian

En este circunvecino

Monte, el globo cristalino

Rompiendo el ángel veloz,

Me obligase con su voz

A dejar tan buen camino,

Dándome el premio tan malo!

Pues hoy verá el cielo en mí

Si en las maldades no igualo

A Enrico.

PEDRISCO.

¡Triste de tí!

PAULO.

Fuego por la vista exhalo.

Hoy, fieras, que en horizontes

Y en napolitanos montes

Hacedis dulce habitacion,

Veréis que mi corazon
Vence á soberbios faetontes.
Hoy, árboles, que plumajes
Sois de la tierra, ó salvajes
Por lo verde que os vestís,
El huésped que recibís,
Os hará varios ultrajes.
Mas que la naturaleza
He de hacer por cobrar fama;
Pues para mayor grandeza,
He de dar á cada rama
Cada día una cabeza.
Vosotros dais, por ser graves,
Frutos al hombre sùaves;
Mas yo con tales racimos
Pienso dar frutos opimos
A las voladoras aves:
En verano y en invierno
Será vuestro fruto eterno;
Y si pudiera hacer mas,
Mas hiciera.

PEDRISCO.

Tú te vas

Gallardamente al infierno.

PAULO.

Vé, y cuélgalos al momento
De un roblo.

PEDRISCO.

Voy como el viento.

CAMINANTE 1.º

¡Señor!

PAULO.

No me repliqueis

Si acaso ver no quereis

El castigo mas violento.

PEDRISCO.

Venid los tres.

CAMINANTE 2.º

¡Ay de mí!

PEDRISCO.

Yo he de ser verdugo aquí,

Pues á mi dicha le plugo,

Para enseñar al verdugo

Cuando me ahorquen á mí.

(*Vanse Pedrisco y todos los bandole-
ros, excepto dos, llevándose á los
caminantes.*)

ESCENA X.

PAULO, DOS BANDOLEROS.

PAULO. (*Para sí.*)

Enrico, si desta suerte
Yo tengo de acompañarte,
Y si te has de condenar,
Contigo me has de llevar;
Que nunca pienso dejarte.
Palabra de un ángel fué;
Tu camino seguiré;
Pues cuando Dios, juez eterno,
Nos condenare al infierno,
Ya habremos hecho por qué.

UNA VOZ. (*Dentro y cantando.*)

No desconfie ninguno,
Aunque grande pecador,
De aquella misericordia
De que mas se precia Dios.

PAULO.

¿Qué voz es esta que suena?

BANDOLERO 1.º

La gran multitud, señor,
Desos robles nos impide
Ver donde viene la voz.

LA VOZ.

Con firme arrepentimiento
De no ofender al Señor
Llegue el pecador humilde;
Que Dios le dará perdon.

PAULO.
Subid los dos por el monte,
Y ved si es algun pastor
El que canta este romance.

BANDOLERO 2.º

A verlo vamos los dos.

LA VOZ.

*Su majestad soberana
Da voces al pecador,
Porque le llegue á pedir
Lo que á ninguno negó.*

ESCENA XI.

UN PASTORCILLO, que aparece en lo
alto de un monte tejiendo una co-
rona de flores. — PAULO.

PAULO.

Baja, baja, pastorcillo;
Que ya estaba, vive Dios,
Confuso con tus razones,
Admirado con tu voz.
¿Quién te enseñó ese romance,
Que le escucho con temor,
Pues parece que en ti habla
Mi propia imaginación?

PASTORCILLO.

Este romance que he dicho,
Dios, señor, me le enseñó.

PAULO.

¡Dios!

PASTORCILLO.

O la iglesia su esposa,
A quien en la tierra dió
Poder suyo.

PAULO.

Bien dijiste.

PASTORCILLO.

Advierte que creo en Dios
A pié juntillas, y sé,
Aunque rústico pastor,
Todos los diez mandamientos,
Preceptos que Dios nos dió.

PAULO.

¿Y Dios ha de perdonar
A un hombre que le ofendió
Con obras y con palabras
Y pensamientos?

PASTORCILLO.

¿Pues no?

Aunque sus ofensas sean
Mas que átomos hay del sol,
Y que estrellas tiene el cielo,
Y rayos la luna dió,
Y peces el mar salado
En sus cóncavas guardó.
Esta es su misericordia;
Que con decirle al Señor:
Pequé, pequé, muchas veces,
Le recibe al pecador
En sus amorosos brazos;
Que en fin hace como Dios.
Porque sino fuera aquesto,
Cuando á los hombres crió,
No los criara sujetos
A su frágil condicion.
Porque si Dios, sumo bien,
De nada al hombre formó
Para ofrecerle su gloria,
No fuera ningún blason
En su Majestad divina
Dalle aquella imperfeccion.
Dióle Dios libre albedrío,
Y fragilidad le dió
Al cuerpo y al alma; luego
Dió potestad con accion
De pedir misericordia,
Que á ninguno le negó.
De modo, que si en pecando
El hombre, el justo rigor
Procediera contra él,

(Vanse.)

Fuera el número menor
De los que en el sacro alcázar
Están contemplando á Dios.
La fragilidad del cuerpo
Es grande; que en una accion,
En un mirar solamente
Con deshonesta aficion,
Se ofende á Dios: dese modo,
Porque este triste ofensor,
Con la imperfeccion que tuvo,
Le ofende una vez ó dos,
¿Se habia de condenar?
No, señor, aqueso no;
Que es Dios misericordioso,
Y estima al mas pecador,
Porque todos igualmente
Le costaron el sudor
Que sabeis, y aquella sangre
Que liberal derramó,
Haciendo un mar á su cuerpo,
Que amoroso dividió
En cinco sangrientos rios;
Que su espíritu formó
Nueve meses en el vientre
De aquella que mereció
Ser Virgen cuando fué Madre,
Y claro oriente del sol,
Que como clara vidriera,
Sin que la rompiese, entró.
Y si os guiais por ejemplos,
Decid: ¿no fué pecador
Pedro, y mereció despues
Ser de las almas pastor?
Mateo, su coronista,
¿No fué tambien su ofensor?
Y luego ¿no fué su apóstol,
Y tan gran cargo le dió?
¿No fué pecador Francisco?
Luego ¿no le perdonó,
Y á modo de honrosa empresa
En su cuerpo le imprimió
Aquellas llagas divinas
Que le dieron tanto honor,
Dignándole de tener
Tan excelente blason?
¿La pública pecadora
Palestina no llamó
A Magdalena, y fué santa
Por su santa conversion?
Mil ejemplos os dijera,
A estar despacio, señor;
Mas mi ganado me aguarda,
Y há mucho que ausente estoy.

PAULO.

Tente, pastor, no te vayas.

PASTORCILLO.

No puedo tenerme, no;
Que ando por aquestos valles
Recogiendo con amor
Una ovejuela perdida
Que del rebaño se huyó;
Y esta corona que veis
Hacerme con tanto amor,
Es para ella, si parece,
Porque hacérmela mandó
El mayoral, que la estima
Del modo que le costó.
El que á Dios tiene ofendido,
Pidale perdon á Dios,
Porque es Señor tan piadoso,
Que á ninguno le negó.

PAULO.

Aguarda, pastor.

PASTORCILLO.

No puedo.

PAULO.

Por fuerza te tendré yo.

PASTORCILLO.

Será detenerme á mí
Parar en su curso al sol.

(Vásele de entre las manos.)

ESCENA XII.

PAULO.

Este pastor me ha avisado
En su forma peregrina,
No humana sino divina,
Que tengo á Dios enojado
Por haber desconfiado
De su piedad (claro está);
Y con ejemplos me da
A entender piadosamente
Que el hombre que se arrepiente
Perdon en Dios hallará.
Pues si Enrico es pecador,
¿No puede tambien hallar
Perdon? Ya vengo á pensar
Que ha sido grande mi error.
Mas ¿cómo dará el Señor
Perdon á quien tiene nombre
¿Ay de mí! del mas mal hombre
Que en este mundo ha nacido?
Pastor, que de mí has huido,
No te espantes que me asombre.
Si él tuviera algun intento
De tal vez arrepentirse,
Bien pudiera recibirse
Lo que por engaño siento,
Y yo viviera contento.
¿Por qué, pastor, queréis vos
Que en la clemencia de Dios (1)
Halle su remedio medio?
Alma, ya no hay mas remedio
Que el condenarnos los dos.

ESCENA XIII.

PEDRISCO.—PAULO.

PEDRISCO.

Escucha, Paulo, y sabrás,
Aunque dello ajeno estás
Y lo atribuyas á engaño,
El suceso mas extraño
Que tú habrás visto jamas.
En esa verde ribera
De tantas fieras aprisco,
Donde el cristal reverbera,
Cuando el afligido riscó
Su tremendo golpe espera;
Despues de dejar colgados
Aquellos tres desdichados,
Estábamos Celio y yo,
Cuando una voz que se oyó
Nos dejó medio turbados.
«Que me ahogo» dijo, y vimos
Cuando la vista tendimos
Dos hombres nadar valientes (2)
(Con la espada entre los dientes (3))
Uno, y á sacarlos fuimos (4).
Como en la mar hay tormenta,
Y está de sangre sedienta,
Para anegillos bramaba:
Ya en las estrellas los clava,
Ya en su centro los asienta.
En los cristales no helados
Las dos cabezas se vian
De aquestos dos desdichados,
Y las olas parecian
Ser tablas de degollados.
Llegaron al fin, mostrando
El valor que signifíco;
Mas por no estarle cansando,
Has de saber que es Enrico
El uno.

PAULO.

Estollo dudando.

PEDRISCO.

No lo dudes, pues yo llevo
A decirlo, y no estoy ciego.

PAULO.

¿Vistele tú?

(1) (2) (3) (4) Suplidos.

PEDRISCO.
Vile yo.

PAULO.
¿Qué hizo al salir?

PEDRISCO.
Echó
Un por vida y un reniego.
Mira; qué gracias le daba
A Dios que así le libraba!

PAULO. (Para sí.)
Y dirá ahora el pastor
Que le ha de dar el Señor
Perdon! El juicio me acaba.
Mas poco puedo perder,
Pues aquí le llego á ver,
Eu proballe la intencion.

PEDRISCO.
Ya le trae tu escuadrón.

PAULO.
Pues oye lo que has de hacer.
(Habla aparte con Pedrisco.)

ESCENA XIV.

ENRICO y GALVAN, *mojados y las manos atadas, conducidos por BANDOLEROS.*—PAULO, PEDRISCO.

ENRICO.
¿Dónde me llevais así?

BANDOLERO 1.º
El capitan está aquí,
Que la respuesta os dará.
PAULO. (A Pedrisco.)

Haz esto. (Vase.)

PEDRISCO.
Todo se hará.

BANDOLERO 1.º
Pues ¿vase el capitan?
PEDRISCO.

Sí.—
¿Dónde iban vuestras mercedes,
Que en tan gran peligro dierón,
Como es caminar por agua?
¿No responden?

ENRICO.
Al infierno.
PEDRISCO.
Pues ¿quién le mete en cansarse,
Cuando hay diablos tan lijeros
Que le llevarán de balde?

ENRICO.
Por agradecerles ménos.

PEDRISCO.
Habla vóarcé muy bien,
Y hace muy á lo discreto
En no agradecer al diablo
Cosa que haga en su provecho.
¿Cómo se llama voarcé?

ENRICO.
Llámome el diablo.

PEDRISCO.
Y por eso
Se quiso arrojar al mar,
Para remojar el fuego.
¿De dónde es?

ENRICO.
Si de cansado
De reñir con agua y viento
No arrojará al mar la espada,
Yo os respondiera bien presto
A vuestras necias preguntas
Con los filos de su acero.

PEDRISCO.
Oye, hidalgo, no se atufe,
Ni nos eche tantos retos;
Que juro á Dios, si me enojo,

Que le barre ese cuerpo
Mas de setecientas veces,
Sin las que á su nacimiento
Barreó naturaleza.
Y ha de advertir que está preso,
Y que si es valiente, yo
Soy valiente como un Hétor;
Y que si él ha hecho muertes,
Sepa que también yo he muerto
Muchas hambres y candiles,
Y muchas pulgas á tientó.
Y si es ladrón, soy ladrón,
Y soy el demonio mesmo,
Y ¡por vida.....!

BANDOLERO 1.º

Bueno está.

ENRICO. (Ap.)

¿Esto sufro, y no me vengo?

PEDRISCO.

Ahora ha de quedar atado
A un árbol.

ENRICO.

No me defiendo.

Haced de mí vuestro gusto.

PEDRISCO. (A Galvan.)

Y él también.

GALVAN. (Ap.)

Destá vez muero.

PEDRISCO. (A Galvan.)

Si son como vuestra cara,
Vos teneis bellacos hechos.
Ea, llegaldos á atar;
Que el capitan gusta dello. (A Enrico.)
Llegad al árbol.

ENRICO.

¿Que así

Me quiera tratar el cielo!
(Atan á un árbol á Enrico y despues á Galvan.)

PEDRISCO.

Llegad vos.

GALVAN.

Tened piedad.

PEDRISCO.

Vendarles los ojos quiero
Con las ligas á los dos.

GALVAN.

(Ap. ¿Vióse tan extraño aprieto?)

Mire vuesaérc que yo
Vivo de su oficio mesmo,
Y que soy ladrón también.

PEDRISCO.

Ahorrára con aquesto
De trabajo á la justicia
Y al verdugo de contento.

BANDOLERO 1.º

Ya están vendados y atados.

PEDRISCO.

Las flechas y arcos tomemos,
Y dos docenas, no mas,
Clavemos en cada cuerpo

BANDOLERO 1.º

Vamos.

PEDRISCO. (Bajo á los bantoleros.)

Aquesto es fingido:

Nadie los ofenda.

BANDOLERO 1.º (Bajo á Pedrisco.)

Creo

Que el capitan los conoce.

PEDRISCO. (Bajo á los bandoleros.)

Vamos, y así los dejemos. (Vanse.)

ESCENA XV.

ENRICO y GALVAN, *atados al árbol.*

GALVAN.

Ya se van á asacetearnos.

ENRICO.

Pues no por aquesto pienso
Mostrar flaqueza ninguna.

GALVAN.

Ya me parece que siento
Una jara en estas tripas.

ENRICO.

Vénguese en mí el justo cielo;
Que quisiera arrepentirme,
Y cuando quiero, no puedo.

ESCENA XVI.

PAULO, *de ermitaño, con cruz y rosario.*—ENRICO, GALVAN.

PAULO. (Ap.)

Con esta traza he querido
Probar si este hombre se acuerda
De Dios, á quien ha ofendido.

ENRICO.

¿Que un hombre la vida pierda,
De nadie visto ni oído!

GALVAN.

Cada mosquito que pasa,
Me parece que es saeta.

ENRICO.

El corazon se me abrasa.
¿Que mi fuerza esté sujeta!
¿Ah fortuna, en todo escasa!

PAULO.

Alabado sea el Señor.

ENRICO.

Sea por siempre alabado.

PAULO.

Sabed con vuestro valor
Llevar este golpe airado
De fortuna.

ENRICO.

¿Gran rigor!

¿Quién sois vos, que así me hablais?

PAULO.

Un monje, que este desierto
Donde la muerte esperais,
Habita.

ENRICO.

¿Bueno por cierto!

Y ahora ¿qué nos mandais?

PAULO.

A los que al roble os ataron
Y á mataros se apartaron,
Supliqué con humildad
Que ya que con tal crueldad
De daros muerte trataron,
Que me dejasen llegar
A hablarlos.

ENRICO.

¿Y para qué?

PAULO.

Por si os quereis confesar,
Pues seguis de Dios la fe.

ENRICO.

Pues bien se puede tornar,
Padre, ó lo que es.

PAULO.

¿Qué decís?

¿No sois cristiano?

ENRICO.

Sí soy.

PAULO.

No lo sois, pues no admitis
El último bien que os doy.
¿Porqué no lo recibís?

ENRICO.

Porque no quiero.

PAULO.

(Ap. ¡Ay de mí!

Esto mismo presumí.)

¿No veis que os han de matar
Ahora?

ENRICO.

¿Quiere callar,
Hermano, y dejarme aquí?
Si esos señores ladrones
Me dieran muerte, aquí estoy.

PAULO. (Ap.)

¡En qué grandes confusiones
Tengo el alma!

ENRICO.

Yo no doy
A nadie satisfacciones.

PAULO.

A Dios sí.

ENRICO.

Si Dios ya sabe
Que soy tan gran pecador,
¿Para qué?

PAULO.

¡Delito grave!
Para que su sacro amor
De darle perdon acabe.

ENRICO.

Padre, lo que nunca he hecho,
Tampoco he de hacer ahora.

PAULO.

Duro peñasco es su pecho.

ENRICO.

Galvan, ¿qué hará la señora
Celia?

GALVAN.

Puesto en tanto estrecho,
¿Quién se ha de acordar de nada?

PAULO.

No se acuerde desas cosas.

ENRICO.

Padre mio, ya me enfada.

PAULO.

Estas palabras piadosas
¿Le ofenden?

ENRICO.

Cosa es cansada,
Pues si no estuviera atado,
Ya yo le hubiera arrojado
De una coz dentro del mar.

PAULO.

Mire que le han de matar.

ENRICO.

Ya estoy de aguardar cansado.

GALVAN.

Padre, confiésemle á mí,
Que ya pienso que estoy muerto.

ENRICO.

Quite esa liga de aquí,
Padre.

PAULO.

Sí haré, por cierto.
(Quita la venda á Enrico, y despues á
Galvan.)

ENRICO.

Gracias á Dios que ya ví.

GALVAN.

Y á mí tambien.

PAULO.

En buen hora,
Y vuelvan la vista ahora
A los que á matarlos vienen.

ESCENA XVII.

BANDOLEROS, con escopetas y ballestas.

—DICHOS.

ENRICO.

Pues ¿para qué se detienen?

PEDRISCO.

Pues que ya su fin no ignora,
Digo, ¿porqué no confiesa?

ENRICO.

No me quiero confesar.

PEDRISCO. (A un bandolero.)

Celio, el pecho le atraviesa.

PAULO.

Dejad que le vuelva á hablar.
Desesperacion es esa.

PEDRISCO.

Ea, llegalde á matar.

PAULO.

Deteneos, (¡ triste pena !)
Porque si este se condena,
Me queda mas que dudar.

ENRICO.

Cobardes sois : ¿no llegais,
Y puerta á mi pecho abris?

PEDRISCO.

Desta vez no os detengais.

PAULO.

Aguardad, que si le heris,
Mas confuso me dejais.—
Mira que eres pecador,
Hijo.

ENRICO.

Y del mundo el mayor :
Ya lo sé.

PAULO.

Tu bien espero.
Confíesate á Dios.

ENRICO.

No quiero,
Cansado predicador.

PAULO.

Pues salga del pecho mio,
Si no dilatado rio
De lágrimas, tanta copia,
Que se anegue el alma propia,
Pues ya de Dios desconfío.
Dejad de cubrir, sayal,
Mi cuerpo, pues está mal,
Segun siente el corazon,
Una rica guarnicion
Sobre tan falso cristal.

(Desnúdase el saco de ermitaño.)

En mis torpezas resbalo,
Y á la culebra me igualo;
Mas mi parecer condeno,
Porque yo desecho el bueno,
Mas ella desecha el malo.
Mi adverso fin no resisto,
Pues mi desventura he visto,
Y da claro testimonio
El vestirme de demonio,
Y el desnudarme de Cristo.
Colgad ese saco ahí,
Para que diga (¡ ay de mí !):

« En tal puesto me colgó
Paulo, que no mereció
La gloria que encierro en mí. »
Dadme la daga y la espada :
Esa cruz podeis tomar ;
Ya no hay esperanza en nada,
Pues no me sé aprovechar
De aquella sangre sagrada.
Desataldos.

(Los bandoleros sueltan á Enrico y á
Galvan.)

ENRICO.

Ya lo estoy,
Y lo que he visto no creo.

GALVAN.

Gracias á los cielos doy.

ENRICO.

Saber la verdad deseo.

PAULO.

¿Qué desdichado que soy!
¡ Ah Enrico ! nunca nacieras,
Nunca tu madre te echara
Dónde gozando la luz,
Fuiste de mis males causa ;
O pluguiera á Dios que ya
Que infundido el cuerpo y alma,
Saliste á luz, en sus brazos
Te diera la muerte un ama,
Un leon te deshiciera,
Una osa despedazara
Tus tiernos miembros entónces,
O cayeras en tu casa
Del mas altivo halcon,
Primero que á mi esperanza
Hubieras cortado el hilo.

ENRICO.

Esta novedad me espanta.

PAULO.

Yo soy Paulo, un ermitaño,
Que dejé mi amada patria
De poco mas de quince años,
Y en esta oscura montaña
Otros diez servi al Señor.

ENRICO.

¿Qué ventura!

PAULO.

¡Qué desgracia!
Un ángel, rompiendo nubes
Y cortinas de oro y plata,
Preguntándole yo á Dios
Qué fin tendria, « Repara,
(Me dijo) : vé á la ciudad,
Y verás á Enrico, (¡ ay alma !)
Hijo del noble Anareto,
Que en Nápoles tiene fama.
Advierte bien en sus hechos,
Y contempla en sus palabras ;
Que si Enrico al cielo fuere,
El cielo tambien te aguarda ;
Y si al infierno, el infierno. »
Yo entónces imaginaba
Que era algun santo este Enrico ;
Pero los deseos se engañan.
Fui allá, víte luego al punto,
Y de tu boca y por fama
Supe que eras el peor hombre
Que en todo el mundo se halla.
Y así, por tener tu fin,
Quítame el saco, y las armas
Tomé, y el cargo me dieron
Desta foragida escuadra.
Quise probar tu intencion,
Por saber si te acordabas
De Dios en tan fiero trance ;
Pero salióme muy vana.
Volví á desnudarme aquí,
Como viste, dando al alma
Nuevas tan tristes, pues ya
La tiene Dios condenada.

ENRICO.

Las palabras que Dios dice
Por un ángel, son palabras,
Paulo amigo, en que se encierran
Cosas que el hombre no alcanza.
No dejara yo la vida
Que seguías ; pues fué causa
De que quizá te condenes
El atreverte á dejarla.
Desesperacion ha sido
Lo que has hecho, y aun venganza
De la palabra de Dios,
Y una oposicion tirana
A su inefable poder ;
Y al ver que no desenvaina
La espada de su justicia
Contra el rigor de tu causa ;
Veo que tu salvacion
Desea ; mas ¿ qué no alcanza

Aquella piedad divina,
Blason de que mas se alaba?
Yo soy el hombre mas malo
Que naturaleza humana
En el mundo ha producido;
El que nunca habló palabra
Sin juramento; el que á tantos
Hombres dió muertes tiranas;
El que nunca confesó
Sus culpas, aunque son tantas,
El que jamas se acordó
De Dios y su Madre Santa;
Ni aun ahora lo hiciera,
Con ver puestas las espadas
A mi valeroso pecho;
Mas siempre tengo esperanza
En que tengo de salvarme;
Puesto que no va fundada
Mi esperanza en obras mías,
Sino en saber que se humana
Dios con el mas pecador,
Y con su piedad se salva.
Pero ya, Paulo, que has hecho
Ese desatino, traza
De que alegres y contentos
Los dos en esta montaña
Pasemos alegre vida,
Mientras la vida se acaba.
Un fin ha de ser el nuestro:
Si fuere nuestra desgracia
El carecer de la gloria
Que Dios al bueno señala,
Mal de muchos gozo es;
Pero tengo confianza
En su piedad, porque siempre
Vence á su justicia sacra.

PAULO.

Consoládome has un poco.

GALVAN.

Cosa es, por Dios, que me espanta.

PAULO.

Vamos donde descanséis.

ENRICO.

(Ap. ¡Ay padre de mis entrañas!)

Una joya, Paulo amigo,
En la ciudad olvidada
Se me queda; y aunque temo
El rigor que me amenaza,
Si allá vuelvo, he de ir por ella
Pereciendo en la demanda.
Un soldado de los tuyos
Irá conmigo.

PAULO.

Pues vaya
Pedrisco, que es animoso.

PEDRISCO. (Ap.)

Por Dios, que ya me espantaba
Que no encontrara conmigo.

PAULO.

Dalde la mejor espada
A Enrico, y en esas yeguas
Que al ligero viento igualan,
Os pondréis allá en dos horas.

GALVAN. (A Pedrisco.)

Yo me quedo en la montaña
A hacer tu oficio.

PEDRISCO. (A Galvan.)

Yo voy

Donde paguen mis espaldas
Los delitos que tú has hecho.

ENRICO.

Adios, amigo.

PAULO.

Ya basta
El nombre para abrazarte.

ENRICO.

Aunque malo, confianza
Tengo en Dios.

PAULO.

Yo no la tengo

Cuando son mis culpas tantas.
Muy desconfiado soy.

ENRICO.

Aquesa desconfianza
Té tiene de condenar.

PAULO.

Ya lo estoy; no importa nada.
¡Ah Enrico! nunca nacieras.

ENRICO.

Es verdad; mas la esperanza
Que tengo en Dios, ha de hacer
Que haya piedad de mi causa.

ACTO TERCERO.

Cárcel con rejas en el fondo por donde se ve una calle.

ESCENA PRIMERA.

ENRICO, PEDRISCO.

PEDRISCO.

¡Buenos estamos los dos! (1)

ENRICO.

¿Qué diablos estás llorando?

PEDRISCO.

¿Qué diablos he de llorar?

¿No puedo yo lamentar
Pecados que estoy pagando
Sin culpa?

ENRICO.

¿Hay vida como esta?

PEDRISCO.

¡Cuerpo de Dios con la vida!

ENRICO.

¿Fáltate aquí la comida?

¿No tienes la mesa puesta
A todas horas?

PEDRISCO.

¿Qué importa

Que la mesa llegue á ver,
Si no hay nada que comer?

ENRICO.

De necesidades acorta.

PEDRISCO.

Alarga tú de comida.

ENRICO.

¿No sufrirás como yo?

PEDRISCO.

Que pague aquel que pecó,
Es sentencia conocida;

Pero yo que no pequé,
¿Porqué tengo de pagar?

ENRICO.

Pedrisco, ¿quieres callar?

PEDRISCO.

Enrico, yo callaré:
Pero la hambre al fin hará
Que hable el que muerto se vió,
Y que calle aquel que habló
Mas que un correo.

ENRICO.

¿Que ya

Piensas que no has de salir
De la cárcel!

PEDRISCO.

Error fué.

Desde el día que aquí entré,
He llegado á presumir
Que hemos de salir los dos....

ENRICO.

Pues ¿de qué estamos turbados?

PEDRISCO.

Para ser ajusticiados,
Si no lo remedia Dios.

(1) Verso suelto.

ENRICO.

No hayas miedo.

PEDRISCO.

Bueno está;

Pero teme el corazon
Que hemos de danzar sin son.

ENRICO.

Mejor la suerte lo hará.

ESCENA II.

CELIA y LIDORA, en la calle. — ENRICO, PEDRISCO.

CELIA. (Deteniéndose frente á una ventana de la cárcel.)

No quisiera que las dos,
Aunque á nadie tengo miedo,
Fuéramos juntas.

LIDORA.

Bien puedo,

Pues soy criada, ir con vos.

ENRICO.

Quedo, que Celia es aquesta.

PEDRISCO.

¿Quién?

ENRICO.

Quien mas que á sí me adora.
Mi remedio llega ahora.

PEDRISCO.

Bravamente me molesta
La hambre.

ENRICO.

¿Tienes acaso

En que echar todo el dinero
Que ahora de Celia espero?

PEDRISCO.

Con toda el hambre que paso,
Me he acordado, vive Dios,
De un talego que aquí tengo.

(Saca un talego.)

ENRICO.

Pequeño es.

PEDRISCO.

A pensar vengo

Que estamos locos los dos:
Tú en pedirle, en darle yo.

ENRICO.

¿Celia hermosa de mi vida!

CELIA. (Ap.)

¡Ay de mí! yo soy perdidá.

(A Lidora.)

Enrico es el que llamó.

(Llegándose á la ventana.)

Señor Enrico.

PEDRISCO.

¿Señor?

No es buena tanta crianza.

ENRICO.

Ya no tenia esperanza,
Celia, de tan gran favor.

CELIA.

¿En qué puedo yo servirlos?

¿Cómo estais, Enrico?

ENRICO.

Bien,

Y ahora mejor, pues ven
A costa de mil suspiros,
Mis ojos los tuyos graves.

CELIA.

Yo os quiero dar....

PEDRISCO.

¿Linda cosa!

¡Oh! ¿qué mujer tan hermosa!
¿Qué palabras tan suaves!
Alto, prevengo el talego.
Pienso que no ha de caber....

ENRICO.
Celia, quisiera saber
Qué me das.

CELIA.
Daréte luego (1).
Para que salgas de afán.... (2)

ENRICO. (A Pedrisco.)
Ya lo ves (3).

PEDRISCO.
Tu dicha es llana.

CELIA.
Las nuevas de que mañana
A ajusticiaros saldrán.

PEDRISCO.
El talego está ya lleno;
Otro es menester buscar.

ENRICO.
¡Que aquesto llegue á escuchar!
Celia, escucha.

PEDRISCO.
¡Aquesto es bueno!

CELIA.
Ya estoy casada.

ENRICO.
¡Casada!

¡Vive Dios!

PEDRISCO.
Tente.

ENRICO.
¿Qué aguardo?

¡Con quién, Celia?

CELIA.
Con Lisardo,
Y estoy muy bien empleada.

ENRICO.
Mataréle.

CELIA.
Dejaos deso,
Y poneos bien con Dios;
Que es lo que os importa á vos (4).

LIDORA.
Vamos, Celia.

ENRICO.
Pierdo el seso.

CELIA.
Estoy de prisa.

PEDRISCO.
Por Dios, que estoy por reirme.

CELIA.
Ya sé qué queréis decirme:
Que se os diga alguna misa.
Yo lo haré; quedad con Dios.

ENRICO.
¡Quién rompiera aquestas rejas!

LIDORA.
No escuches, Celia, mas quejas;
Vámonos de aquí las dos.

ENRICO.
¡Que esto sufro! ¿Hay tal crueldad?

PEDRISCO.
¡Lo que pesa este talego!

CELIA.
¡Qué braveza!

ENRICO.
Yo estoy ciego.

¡Hay tan grande libertad?

(Vanse Celia y Lidora.)

ESCENA III.

ENRICO, PEDRISCO.

PEDRISCO.
Yo no entiendo la moneda
Que hay en aqueste talego

(1) (2) (3) (4) Suplidos.

Que vive Dios, que no pesa
Una paja.

ENRICO.

¡Santos cielos!

¡Que aquestas afrentas sufra!
¿Cómo no rompo estos hierros?
¿Cómo estas rejas no arranco?

PEDRISCO.

Detente.

ENRICO.

Déjame, necio.

¡Vive Dios, que he de rompellas,
Y he de castigar mis celos!

PEDRISCO.

Los porteros vienen.

ENRICO.

Vengan.

ESCENA IV.

DOS PORTEROS, PRESOS.—DICHOS.

PORTERO 1.º

¡Ha perdido acaso el seso
El homicida ladrón?
Moriré si no me vengo.

ENRICO.

De mi cadena haré espada.
(Rompe la cadena que le sujetaba, y
da con ella tras el portero y los presos.)

PEDRISCO.

Que te detengas te ruego.

PORTERO 1.º

Asilde, matalde, muera.

ENRICO.

Hoy veréis, infames presos,
De los celos el poder
En desesperados pechos.
(El portero 1.º y los presos huyen. En-
rico los persigue fuera del teatro.)

PORTERO 2.º

Un eslabon me alcanzó
Y dió conmigo en el suelo.

ENRICO. (Volviendo á la escena.)

¿Por qué, cobardes, huis?

PEDRISCO.

Un portero deja muerto.

VOCES. (Dentro.)

A matarle.

ENRICO.

¿Qué es matar?

A falta de noble acero,
No es mala aquesta cadena
Con que mis agravios vengo
¿Para qué de mi huis?

PEDRISCO.

Al alboroto y estruendo
Se ha levantado el alcaide.

ESCENA V.

EL ALCAIDE, CARCELEROS.—ENRICO,
PEDRISCO, EL PORTERO 2.º

ALCAIDE.

¡Hola! teneos. ¿Qué es esto?
(Los carceleros se apoderan de Enrico.)

PORTERO 2.º

Ha muerto aqueste ladrón
A Fidelio.

ALCAIDE.

Vive el cielo,
Que á no saber que mañana
Dando público escarmiento
Has de morir ahorcado,
Que hiciera en tu alevé pecho
Mil bocas con esta daga.

ENRICO.

¡Que esto sufro, Dios eterno!

¡Que me maltraten así!
Fuego por los ojos vierto.
No pienses, alcaide infame,
Que te tengo algun respeto
Por el oficio que tienes,
Sino porque mas no puedo;
Que á poder, ¡ah cielo alirado!
Entre mis brazos soberbios
Te hiciera dos mil pedazos;
Y despedazado el cuerpo
Me le comiera á bocados,
Y que no quedara, pienso,
Satisfecho de mi agravio.

ALCAIDE.

Mañana á las diez verémos
Si es mas valiente un verdugo
Que todos vuestros aceros.
Otra cadena le echad.

ENRICO.

Eso sí, vengan mas hierros;
Que de hierros no se escapa
Hombre que tantos ha hecho.

ALCAIDE.

Metelde en un calabozo.

ENRICO.

Aquese sí es justo premio;
Que hombre de Dios enemigo,
No es justo que mire el cielo.
(Llévanle.)

PEDRISCO.

¡Pobre y desdichado Enrico!

PORTERO 2.º

Mas desdichado es el muerto;
Que el cadenazo cruel
Le echó en la tierra los sesos.

PEDRISCO.

Ya quieren dar la comida.

UN CARCELERO. (Dentro.)

Vayan llegando, mancebos,
Por la comida.

PEDRISCO.

En buen hora,

Porque mañana sospecho
Que han de añudarme el tragar,
Y será acertado medio
Que lleve la alforja hecha
Para que allá convidemos
A los demonios magnates
A la entrada del infierno. (Vanse.)

Un calabozo.

ESCENA VI.

ENRICO.

En lóbrega confusion,
Ya, valiente Enrico, os veis,
Pero nunca desmayéis;
Tened fuerte corazon,
Porque aquesta es la ocasion
En que teneis de mostrar
El valor que os ha de dar
Nombre altivo, ilustre fama.
Mirad.....

UNA VOZ. (Dentro.)

Enrico.

ENRICO.

¿Quién llama?
Esta voz me hace temblar.
Los cabellos erizados
Pronostican mi temor;
Mas ¿dónde está mi valor?
¿Dónde mis hechos pasados?

LA VOZ.

Enrico.

ENRICO.

Muchos cuidados
Siente el alma. ¡Cielo santo!
¿Cuya es voz que tal espanto

Infunde en el alma mía?

LA VOZ.

Enrico.

ENRICO.

A llamar porfia.
De mi flaqueza me espanto.
A esta parte la voz suena,
Que tanto temor me da.
¿Si es algun preso que está
Amarrado á la cadena?
Vive Dios, que me da pena.
..... (1)

ESCENA VII.

EL DEMONIO. — Dicho.

DEMONIO. (*Invisible para Enrico.*)

Tu desgracia lastimosa
Siento.

ENRICO.

¿Qué confuso abismo!
No me conozco á mí mismo,
Y el corazón no reposa.
Las alas está batiendo
Con impulso de temor:
Enrico, ¿este es el valor? —
Otra vez se oye el estruendo.

DEMONIO.

Librarte, Enrico, pretendo.

ENRICO.

¿Cómo te puedo creer,
Voz, si no llevo á saber
Quién eres y adónde estás?

DEMONIO.

Pues agora me verás.
(*Apareceselo como en forma de una
sombra.*)

ENRICO.

Ya no te quisiera ver.

DEMONIO.

No temas.

ENRICO.

Un sudor frío
Por mis venas se derrama.

DEMONIO.

Hoy cobrarás nueva fama.

ENRICO.

Poco de mis fuerzas flo.
No te acerques.

DEMONIO.

Desvarío
Es el temer la ocasión.

ENRICO.

Sosíégate, corazón.

(*A una señal del Demonio se abre un
portillo en la pared.*)

DEMONIO.

¿Ves aquel postigo?

ENRICO.

Sí.

DEMONIO.

Pues salte por él, y así
No estarás en la prisión.

ENRICO.

¿Quién eres?

DEMONIO.

Salte al momento,
Y no preguntes quién soy;
Que yo también preso estoy,
Y que te libres intento.

ENRICO.

¿Qué me dices, pensamiento?
¿Libraréme? Claro está.
Aliento el temor me da
De la muerte que me aguarda.
Voime. Mas ¿quién me acobarda?
Mas otra voz suena ya.

(*Cantan dentro.*)

Deten el paso violento;

(1) Faltó un verso para la décima.

Mira que te está mejor
Que de la prisión librarte,
El estar en la prisión.

ENRICO.

Al revés me ha aconsejado
La voz que en el aire he oído,
Pues mi paso ha detenido,
Si tú le has acelerado.
Que me está bien he escuchado
El estar en la prisión.

DEMONIO.

Esa, Enrico, es ilusión
Que te representa el miedo.

ENRICO.

Yo he de morir si me quedo:
Quiérome ir; tienes razón.

(*Cantan.*)

Detente, engañado Enrico,
No huyas de la prisión;
Pues morirás si salieres,
Y si te estuvieres, no.

ENRICO.

Que si salgo he de morir,
Y si quedo viviré,
Dice la voz que escuché.

DEMONIO.

¿Que al fin no te quieres ir?
..... (2)

ENRICO.

Quedarme es mucho mejor.

DEMONIO.

Atribúyelo á temor;
Pero pues tan ciego estás,
Quédate preso, y verás
Cómo te ha estado peor.

(Vase.)

ESCENA VIII.

ENRICO.

Desapareció la sombra,
Y confuso me dejó.
¿No es este el portillo? No.

Este prodigio me asombra.

¿Estaba ciego yo, ó vi

En la pared un portillo?

Pero yo me maravillo

Del gran temor que hay en mí.

¿No puedo salirme yo?

Sí, bien me puedo salir.

Pues ¿cómo....? — ¿Que he de morir!

La voz me atemorizó.

Algun gran daño se infiere

De lo turbado que fui.

No importa, ya estoy aquí

Para el mal que me viniere.

ESCENA IX.

EL ALCAIDE, con la sentencia. — EN-

RICO.

ALCAIDE.

Yo solo tengo de entrar:
Los demás pueden quedarse. —
Enrico.

ENRICO.

¿Qué me mandais?

ALCAIDE.

En los rigurosos trances
Se echa de ver el valor:
Ahora podréis mostrarle.
Estad atento.

ENRICO.

Decid.

ALCAIDE. (*Ap.*)

Aun no ha mudado el semblante.

«En el pleito que es entre partes, de
la una el promotor fiscal de su Majes-
tad ausente, y de la otra, reo acusado,
»Enrico, por los delitos que tiene en el
»proceso, por ser matador, facinero-

»so, incorregible y otras cosas. — Vis-
ta, etc.— Fallamos que le debemos de
»condenar y condenamos á que sea sa-
»cado de la cárcel donde está, con soga
»á la garganta y pregoneros delante que
»digan su delito, y sea llevado á la plaza
»pública, donde estará una horca de
»tres palos, alta del suelo, en la cual
»sea ahorcado naturalmente. Y ninguna
»persona sea osada á quitalle della
»sin nuestra licencia y mandado. Y por
»esta sentencia definitiva juzgando, así
»lo pronunciamos y mandamos, etc.»

ENRICO.

¿Que aquesto escuchando estoy!

ALCAIDE.

¿Qué dices?

ENRICO.

Mira, ignorante,
Que eres opuesto muy flaco
A mis brazos arrogantes;
Porque si no, yo te liciera....

ALCAIDE.

Nada puede remediarse
Con arrogancias, Enrico:
Lo que aquí es mas importante
Es ponerlos bien con Dios.

ENRICO.

¿Y vienes á predicarme
Con leerme la sentencia?
Vive Dios, canalla infame,
Que he de dar fin con vosotros.

ALCAIDE.

El demonio que te aguarde. (Vase.)

ESCENA X.

ENRICO.

Ya estoy sentenciado á muerte:
Ya mi vida miserable
Tiene de plazo dos horas.
Voz que mi daño causaste,
¿No dijiste que mi vida
Si me quedaba en la cárcel
Sería cierta? ¡Triste suerte!
Con razon debo culparte,
Pues en esta cárcel muero,
Cuando pudiera librarme.

ESCENA XI.

EL PORTERO 2.º — ENRICO.

PORTERO 2.º

Dos padres de San Francisco
Están para confesarte
Aguardando afuera.

ENRICO.

¿Bueno!

¿Por Dios que es gentil donaire!
Digan que se vuelvan luego
A su convento los frailes,
Si no es que quieran saber
A lo que estos hierros saben.

PORTERO 2.º

Advierte que has de morir.

ENRICO.

Moriré sin confesarme.
Que no ha de pagar ninguno
Las penas que yo pasare.

PORTERO 2.º

¿Qué mas hiciera un gentil?

ENRICO.

Esto que le he dicho, baste;
Que por Dios, si me amolino,
Que ha de llevar las señales
De la cadena en el cuerpo.

PORTERO 2.º

No aguardo mas.

(Vase.)

ENRICO.

Muy bien hace.

(2) Faltó un verso para la décima.

ESCENA XII.

ENRICO.

¿Qué cuenta daré yo á Dios
De mi vida, ya que el trance
Ultimo llega de mi?
¿Yo tengo de confesarme?
Parece que es necesidad.
¿Quién podrá ahora acordarse
De tantos pecados viejos?
¿Qué memoria habrá que baste
A recorrer las ofensas
Que á Dios he hecho? Mas vale
No tratar de aquestas cosas.
Dios es piadoso y es grande:
Su misericordia alabo;
Con ella podré salvarme.

ESCENA XIII.

PEDRISCO. — ENRICO.

PEDRISCO.

Advierte que has de morir,
Y que ya aquestos dos padres
Están de aguardar cansados.

ENRICO.

¿Pues he dicho yo que aguarden?

PEDRISCO.

¿No crês en Dios?

ENRICO.

Juro á Cristo,
Que pienso que he de enojarme,
Y que en los padres y en ti
He de vengar mis pesares.
Demonios, ¿qué me queréis?

PEDRISCO.

Antes pienso que son ángeles
Los que esto á decirte vienen.

ENRICO.

No acabes de amolinarme;
Que por Dios, que de una cox
Te eche fuera de la cárcel.

PEDRISCO.

Yo te agradezco el cuidado.

ENRICO.

Véte fuera y no me canses.

PEDRISCO.

Tú te vas, Enrico mio,
Al infierno como un padre. (Vase.)

ESCENA XIV.

ENRICO.

Voz, que por mi mal te oí
En esa region del aire,
¿Fuiste de algun enemigo
Que así pretendió vengarse?
¿No dijiste que á mi vida
La importaba de la cárcel
No hacer ausencia? Pues di
¿Cómo quieren ya sacarme
A ajusticiar? Falsa fuiste;
Pero yo también cobarde,
Pues que me pude salir
Y no dar venganza á nadie.
Sombra triste, que piadosa
La verdad me aconsejaste,
Vuelve otra vez, y verás
Cómo con pecho arrogante
Salgo á tu tremenda voz
De tantas escuridades. —
Gente suena; ya sin duda
Se acerca mi fin.

ESCENA XV.

ANARETO, EL PORTERO 2.º — ENRICO.

PORTERO 2.º

Hablalde,
Podrá ser que vuestras canas
Muevan tan duro diamante.

ANARETO.

Enrico, querido hijo,
Puesto que en verte me aflijo
De tantos hierros cargado,
Ver que pagues tu pecado
Me da sumo regocijo.
¿Venturoso del que acá,
Pagando sus culpas, va
Con firme arrepentimiento;
Que es pintado este tormento
Si se compara al de allá!
La cama, Enrico, dejé,
Y arrimado á este bordon
Por quien me sustento en pié,
Vengo en aquesta ocasion.

ENRICO.

¿Ay padre mio!

ANARETO.

No sé,
Enrico, si aquese nombre
Será razon que me cuadre,
Aunque mi rigor te asombre.

ENRICO.

Eso ¿es palabra de padre?

ANARETO.

No es bien que padre me nombre
Un hijo que no crê en Dios.

ENRICO.

Padre mio, ¿eso decis?

ANARETO.

No sois ya mi hijo vos,
Pues que mi ley no seguís.
Solos estamos los dos.

ENRICO.

No os entiendo.

ANARETO.

¿Enrico, Enrico!
A reprenderos me aplico
Vuestro loco pensamiento,
Siendo la muerte instrumento
Que tan cierto os pronostico.
Hoy os han de ajusticiar,
¿Y no os queréis confesar!
Buena cristiandad por Dios!
Pues el mal es para vos,
Y para vos el pesar.

Aqueso es tomar venganza
De Dios que el poder alcanza
Del imperio cielo eterno.

Enrico, ved que hay infierno
Para tan larga esperanza.

Es el quererte vengar
De esa suerte, pelcar
Con un morte ó una roca,
Pues cuando el brazo le toca,
Es para el brazo el pesar.

Es, con dañoso desvelo,
Escupir el hombre al cielo
Presumiendo darle enojos,
Pues que le cae en los ojos
Lo mismo que arroja al cielo.

Hoy has de morir: advierte
Que ya está echada la suerte;

Confiesa á Dios tus pecados,
Y así siendo perdonados,
Será vida lo que es muerte.

Si quieres mi hijo ser,
Lo que te digo has de hacer.

Si no (de pesar me aflijo),
Ni te has de llamar mi hijo,
Ni yo te he de conocer.

ENRICO.

Bueno está, padre querido;

Que mas el alma ha sentido
(Buen testigo dello es Dios)

El pesar que tenéis vos,
Que el mal que espero afligido.

Confieso, padre, que erré;
Pero yo confesaré
Mis pecados, y despues

Besaré á todos los piés,
Para mostrarnos mi fe.
Basta que vos lo mandéis,
Padre mio de mis ojos.

ANARETO.

Pues ya mi hijo seréis.

ENRICO.

No os quisiera dar enojos.

ANARETO.

Vamos porque os confeseis.

ENRICO.

¡Oh! ¡cuánto siento el dejaros!

ANARETO.

¡Oh! ¡cuánto siento el perderos!

ENRICO.

¡Ay ojos! espejos claros,
Antes hermosos luceros,
Pero ya de luz avaros.

ANARETO.

Vamos, hijo.

ENRICO.

A morir voy:

Todo el valor he perdido.

ANARETO.

Sin juicio y sin alma estoy.

ENRICO.

Aguardad, padre querido.

ANARETO.

¿Qué desdichado que soy!

ENRICO.

Señor piadoso y eterno,

Que en vuestro alcázar pisais

Cándidos montes de estrellas,

Mi peticion escuchad.

Yo he sido el hombre mas malo

Que la luz llegó á alcanzar

De este mundo; el que os ha hecho

Mas que arenas tiene el mar,

Ofensas; mas, Señor mio,

Mayor es vuestra piedad.

Vos, por redimir el mundo

Por el pecado de Adán,

En una cruz os pusisteis:

Pues merezca yo alcanzar

Una gota solamente

De aquella sangre real.

Vos, Aurora de los cielos,

Vos, Virgen bella, que estais

De parañinos cercada,

Y siempre amparo os llamais

De todos los pecadores,

Yo lo soy, por mí rogad.

Decidle que se le acuerde

A su sacra Majestad

De cuando en aqueste mundo

Empezó á peregrinar.

Acordadle los trabajos

Que pasó en él por salvar

Los que inocentes pagaron

Por ajena voluntad.

Decidle que yo quisiera,

Cuando comienzo á gozar

Entendimiento y razon,

Pesar mil muertes y mas,

Antes que haberle ofendido.

ANARETO.

Adentro prisa me dan.

ENRICO.

¡Gran Señor! misericordia.

No puedo deciros mas.

ANARETO.

¡Que esto llegue á ver un padre!

ENRICO. (Para sí.)

La enigma he entendido ya

De la voz y de la sombra:

La voz era angelical,

Y la sombra era el demonio.

ANARETO.

Vamos, hijo.

ENRICO.

¿Quién oirá
Ese nombre, que no haga
De sus dos ojos un mar?
No os apartéis, padre mío,
Hasta que hayan de espirar
Mis alientos.

ANARETO.

No hayas miedo.
Dios te dé favor.

ENRICO.

Si hará,
Que es mar de misericordia,
Aunque yo voy muerto ya.

ANARETO.

Ten valor.

ENRICO.

En Dios confío.
Vamos, padre, donde están
Los que han de quitarme el sér
Que vos me pudisteis dar. (Vanse.)

Selva.

ESCENA XVI.

PAULO.

Cansado de correr vengo
Por este monte intrincado:
Atras la gente he dejado
Que á ajena costa mantengo.
Al pié deste sauce verde
Quiero un poco descansar,
Por ver si acaso el pesar
De mi memoria se pierde.
Tú, fuente, que murmurando
Vas, entre guijas corriendo,
En tu fugitivo estruendo
Plantas y aves alegrando,
Dame algun contento ahora,
Infunde al alma alegría
Con esa corriente fria,
Y con esa voz sonora.
Lisonjeros pajarillos,
Que no entendidos cantais,
Y holgazanes gorjeais
Entre juncos y tomillos,
Dad con picos sonoros
Y con acentos suaves
Gloria á mis pesares graves
Y sucesos lastimosos.
En este verde tapete,
Gironado de cristal,
Quiero divertir mi mal,
Que mi triste fin promete.
(Echase á dormir, y sale el pastorcillo
que se vió en el acto segundo, des-
haciendo la corona de flores que ántes
teñía.)

ESCENA XVII.

PASTORCILLO. — PAULO.

PASTOR.

Selvas intrincadas,
Verdes alamedas,
A quien de esperanzas
Adorna Amalteia;
Fuentes que correis,
Murmurando apriesa,
Por menudas guijas,
Por blandas arenas;
Ya vuelvo otra vez
A mirar la selva,
Y á pisar los valles
Que tanto me cuestan.
Yo soy el pastor
Que en vuestras riberas
Guardé un tiempo alegre
Cándidas ovejas.
Sus blancos vellones

Entre verdes felpas
Girones de plata
A los ojos eran.
Era yo envidiado,
Por ser guarda buena,
De muchos zagales
Que ocupan la selva;
Y mi mayoral,
Que en ajena tierra
Vive, me tenia
Voluntad inmensa,
Porque le llevaba,
Cuando queria verlas,
Las ovejas blancas
Como nieve en pellas.
Pero desde el dia
Que una, la mas buena,
Huyó del rebaño,
Lágrimas me anegan.
Mis contentos todos
Converti en tristezas,
Mis placeres vivos
En memorias muertas.
Cantaba en los valles
Canciones y letras;
Mas ya en triste llanto
Funestas endechas.
Por tenerla amor,
En esta floresta
Aquesta guirnalda
Comencé á tejella.
Mas no la gozó;
Que engañada y necia
Dejó á quien la amaba
Con mayor firmeza.
Y pues no la quiso,
Fuerza es que ya vuelva
Por venganza justa
Hoy á deshacerla.

PAULO.

Pastor, que otra vez
Te vi en esta sierra,
Si no muy alegre,
No con tal tristeza,
El verte me admira.

PASTOR.

¿Ay perdida oveja!
¿De qué gloria huyes,
Y á qué mal te allegas!

PAULO.

¿No es esa guirnalda
La que en las florestas
Entonces tejías
Con gran diligencia?

PASTOR.

Esta misma es;
Mas la oveja necia
No quiere volver
Al bien que le espera,
Y así la deshago.

PAULO.

Si acaso volviera,
Zagalejo amigo,
¿No la recibirías?

PASTOR.

Enojado estoy,
Mas la gran clemencia
De mi mayoral
Dice que aunque vuelvan,
Si ántes fueron blancas,
Al rebaño negras,
Que las dé mis brazos,
Y sin extrañeza
Requiebros las diga
Y palabras tiernas.

PAULO.

Pues es superior,
Fuerza es que obedezcas.

PASTOR.

Yo obedeceré;

Pero no quiere ella
Volver á mis voces,
En sus vicios ciega.
Ya de aquestos montes
En las altas peñas
La llamé con silbos,
Y avisé con señas.
Ya por los jarales,
Por incultas selvas
La anduve á buscar:
¿Qué dello me cuesta!
Ya traigo las plantas
De jaras diversas
Y agudos espinos,
Rotas y sangrientas.
No puedo hacer mas

PAULO.

En lágrimas tiernas
Baña el pastorcillo
Las mejillas bellas.
Pues te desconoce,
Olvidate de ella,
Y no llores mas.

PASTOR.

Que lo haga es fuerza.
Volved, bellas flores,
A cubrir la tierra,
Pues que no fué digna
De vuestra belleza.
Veamos si allá
En la tierra nueva
La pondrán guirnalda
Tan rica y tan bella.
Quedaos, montes míos,
Desiertos y selvas,
Adios, porque voy
Con la triste nueva
A mi mayoral;
Y cuando lo sepa,
(Aunque ya lo sabe)
Sentirá su mengua,
No la ofensa suya,
Aunque es tanta ofensa.
Lleno voy á verle
De miedo y vergüenza:
Lo que ha de decirme,
Fuerza es que lo sienta.
Diráme: «Zagal,
¿Así las ovejas
Que yo os encomiendo,
Guardais?» ; Triste pena!
Yo responderé.....
No hallaré respuesta,
Si no es que mi llanto
La respuesta sea. (Vase.)

ESCENA XVIII.

PAULO.

La historia parece
De mi vida aquesta.
Deste pastorcillo,
No sé lo que sienta;
Que tales palabras
Fuerza es que prometan
Oscuras enigmas.....
Mas ¿qué luz es esta
Que á la luz del sol
Sus rayos se enfrentan?

(Suena música, y se ven dos ángeles
que llevan al cielo el alma de Enrico.)

Música celestial
En los aires suena,
Y á lo que diviso,
Dos ángeles llevan
Una alma gloriosa
A la excelsa esfera.
¡Dichosa mil veces,
Alma, pues hoy llegas
Donde tus trabajos
Fin alegre tengan!

(*Encúbrese la apariencia; Paulo prosigue diciendo.*)

Frutas y plantas agrestes,
A quien el hielo corrompe,
No veis cómo el cielo rompe
Ya sus cortinas celestes?
Ya rompiendo densas nubes
Y esos transparentes velos,
Alma, á gozar de los cielos
Feliz y gloriosa subes.
Ya vas á gozar la palma
Que la ventura te ofrece:
Triste del que no merece
Lo que tú mereces, alma!

ESCENA XIX.

GALVAN. — PAULO.

GALVAN.

Advierte, Paulo famoso,
Que por el monte ha bajado
Un escuadron concertado,
De gente y armas copioso,
Que viene solo á prendernos.
Si no pretendes morir,
Solamente, Paulo, huir
Es lo que puede valernos.

PAULO.

¿Escuadron viene?

GALVAN.

Esto es cierto:

Ya se divisa la hilerá
Con su caja y su bandera.
No escapas de preso ó muerto,
Si aguardas.

PAULO.

¿Quién la ha traído?

GALVAN.

Villanos, si no me engaño
(Como hacemos tanto daño
En este monte escondido),
De aldeas circunvecinas
Se han juntado.....

PAULO.

Pues matállos.

GALVAN.

¿Qué! ¿Te animas á esperallas?

PAULO.

Mal quién es Paulo imaginas.

GALVAN.

Nuestros peligros son llanos.

PAULO.

Si, pero advierte tambien
Que basta un hombre de bien
Para cuatro mil villanos.

GALVAN.

Ya tocan. ¿No lo oyes?

PAULO.

Cierra,

Y no receles el daño;
Que ántes que fuese ermitaño,
Supe tambien qué era guerra.

ESCENA XX.

UN JUEZ, VILLANOS ARMADOS. —
PAULO, GALVAN.

JUEZ.

Hoy pagaréis las maldades
Que en este monte habeis hecho.

PAULO.

En ira se abrasa el pecho.
Soy Enrico en las crueldades.

UN VILLANO.

Ea, ladrones, rendíos.

GALVAN.

Mejor nos está el morir.....

Mas yo presumo que huir;
Que para eso tengo brios.

(*Huye Galvan, y siguiente muchos villanos: Paulo se entra acuchillando á los demas. Vanse todos.*)

PAULO. (*Dentro.*)

Con las flechas me acosais,
Y con ventaja reñis:
Mas de doscientos venis
Para veinte que buscais.

JUEZ. (*Dentro.*)

Por el monte va corriendo.
(*Baja Paulo por el monte rodando lleno de sangre.*)

PAULO.

Ya no bastan piés ni manos;
Muerte me han dado villanos;
De mi cobardía me ofendo.
Volveré á darles la muerte.....
Pero no puedo. — ¡Ay de mí!
El cielo, á quien ofendi,
Se venga de aquesta suerte.

ESCENA XXI.

PEDRISCO. — PAULO.

PEDRISCO.

(*Sin ver á Paulo que está moribundo en el suelo.*)

Como en las culpas de Enrico
No me hallaron culpado,
Luego que públicamente
Los jueces le ajusticiaron,
Me echaron la puerta afuera,
Y vengo al monte. — ¿Qué aguardo?
¿Qué miro! La selva y monte
Anda todo alborotado.
Allí dos villanos corren,
Las espadas en las manos.
Allí va herido Fineo,
Y allí huyen Celio y Fabio,
Y aquí; qué gran desventura!
Tendido está el fuerte Paulo.

PAULO.

¿Volveis, villanos, volveis?
La espada tengo en la mano:
No estoy muerto, vivo estoy,
Aunque ya de aliento falto.

PEDRISCO.

Pedrisko soy, Paulo mio.

PAULO.

Pedrisko, llega á mis brazos.

PEDRISCO.

¿Cómo estás así?

PAULO.

¡Ay de mí!

Muerte me han dado villanos.
Pero ya que estoy muriendo,
Saber de tí, amigo, aguarlo
Qué hay del suceso de Enrico.

PEDRISCO.

En la plaza le ahorcaron
De Nápoles.

PAULO.

Pues así,

¿Quién duda que condenado
Estará al infierno ya?

PEDRISCO.

Mira lo que dices, Paulo;
Que murió cistianamente,
Confesado y comulgado,
Y abrazado con un Cristo,
En cuya vista enclavados
Los ojos, pidió perdon,
Y misericordia, dando
Tierno llanto á sus mejillas,
Y á los presentes espanto.
Fuera de aqueso, en muriendo

Resonó en los aires claros
Una música divina;
Y para mayor milagro
Y evidencia mas notoria,
Dos parainfios alados
Se vieron patentemente,
Que llevaban entre ambos.
El alma de Enrico al cielo.

PAULO.

¿A Enrico, el hombre mas malo
Que crió naturaleza!

PEDRISCO.

¿De aquesto te espantas, Paulo,
Cuando es tan piadoso Dios?

PAULO.

Pedrisko, eso ha sido engaño:
Otra alma fué la que vieron,
No la de Enrico.

PEDRISCO.

¿Dios santo,

Reducilde vos!

PAULO.

Yo muero.

PEDRISCO.

Mira que Enrico gozando
Está de Dios: pide á Dios
Perdon.

PAULO.

¿Y cómo ha de darlo
A un hombre que le ha ofendido
Como yo?

PEDRISCO.

¿Qué estás dudando?

¿No perdonó á Enrico?

PAULO.

Dios

Es piadoso.....

PEDRISCO.

Es muy claro

PAULO.

Pero no con tales hombres.
Ya muero, llega tus brazos.

PEDRISCO.

Procura tener su fin.

PAULO.

Esa palabra me ha dado
Dios: si Enrico se salvó,
Tambien yo salvarme aguardo. (*Muere.*)

PEDRISCO.

Lleno el cuerpo de lanzadas,
Quedó muerto el desdichado.
Las saetas fueron trocadas.
Enrico, con ser tan malo,
Se salvó, y este al infierno
Se fué por desconfiado.
Cubriré el cuerpo infeliz,
Cortando á estos sauces ramos.

(*Lo hace.*)

Mas ¿qué gente es la que viene?

ESCENA XXII.

EL JUEZ, LOS VILLANOS, GALVAN,
preso. — PEDRISCO; PAULO, *muerto y oculto.*

JUEZ.

Si el capitan se ha escapado,
Poca diligencia ha sido.

UN VILLANO.

Yo lo ví caer rodando,
Pasado de mil saetas,
De los altivos peñascos.

JUEZ.

Un hombre está aquí (1): prendedle.

PEDRISCO. (*Ap.*)

¡Ay Pedrisko desdichado!
Esta vez te dan carena.

OTRO VILLANO. (*Señalando á Galvan.*)

Este es criado de Paulo,
Y cómplice en sus delitos.

GALVAN.

Tú mientes como villano;
Que solo lo fui de Enrico.

PEDRISCO.

Y yo.—Galvanito, hermano,
(*Ap. á Galvan.*)

No me descubras aquí,
Por amor de Dios.

JUEZ. (*A Galvan.*)

Si acaso
Me dices dónde se esconde
El capitán que buscamos,
Yo te daré libertad :
Habla.

PEDRISCO.

Buscarle es en vano
Cuando es muerto.

JUEZ.

¿Cómo muerto?

PEDRISCO.

De varias flechas y dardos
Pasado le hallé, señor,
Con la muerte agonizando
En aqueste mismo sitio.

JUEZ.

¿Y dónde está?

PEDRISCO.

Entre estos ramos

Le metí.

(*Va á apartar los ramos, y aparece
Paulo rodeado de llamas.*)

Mas ¿qué vision

Descubro de tanto espanto!

PAULO.

Si á Paulo buscando vais,
Bien podeis ya ver á Paulo,
Ceñido el cuerpo de fuego,
Y de culebras cercado.

No doy la culpa á ninguno
De los tormentos que paso:
Solo á mí me doy la culpa,
Pues fui causa de mi daño.

Pedí á Dios que me dijese
El fin que tendria, en llegando
De mi vida el postrer día:
Ofendile, caso es llano;

Y como la ofensa vió
De las almas el contrario,
Incitóme con querer
Perseguirme con engaños.

Forma de un ángel tomé,
Y engañóme; que á ser sabio,
Con su engaño me salvara;

Pero fui desconfiado
De la gran piedad de Dios,
Que hoy á su juicio llegando,

Me dijo: «Baja, maldito
De mi padre, al centro airado
De los oscuros abismos,

Adonde has de estar penando.»

¡Malditos mis padres sean

Mil veces, pues me engendraron!

¡Y yo tambien sea maldito,

Pues que fui desconfiado!

(*Húndese, y sale fuego de la tierra.*)

JUEZ.

Misterios son del Señor.

GALVAN.

¡Pobre y desdichado Paulo!

PEDRISCO.

¡Y venturoso de Enrico,

Que de Dios está gozando!

JUEZ

Porque tomeis escarmiento,
No pretendo castigaros;
Libertad doy á los dios.

PEDRISCO.

Vivas infinitos años.—
Hermano Galvan, pues ya
Desta nos hemos librado,
¿Qué piensas hacer desde hoy?

GALVAN.

Desde hoy pienso ser un santo.

PEDRISCO.

Mirando estoy con los ojos
Que no haréis muchos milagros.

GALVAN.

Esperanza en Dios.

PEDRISCO.

Amigo,

Quien fuere desconfiado,
Mire el ejemplo presente.

JUEZ.

No mas : á Nápoles vamos
A contar este suceso.

PEDRISCO.

Y porque es este tan arduo

Y difícil de creer,

Siendo verdadero el caso,

Vaya el que fuere curioso

(Porque sin ser escribano

Dé fe de ello), á Belarmino;

Y si no, mas dilatado

En la vida de los padres

Podrá fácilmente hallarlo.

Y con aquesto da fin

El Mayor Desconfiado,

Y pena y gloria trocadas.—

El cielo os guarde mil años.

EL VERGONZOSO EN PALACIO.

PERSONAS.

EL DUQUE DE AVERO.
DOÑA MAGDALENA.
DOÑA SERAFINA.
DON DUARTE, conde de Estremoz.
DOÑA JUANA.
DON ANTONIO.
RUI LORENZO.

VASCO, lacayo.
FIGUEREDO, criado.
LAURO, viejo.
MELISA, pastora.
MIRENO.
TARSO.
LARISO. } pastores.

DENIO. } pastores.
BATO. }
DORISTO, alcalde.
DOS CAZADORES.
UN PINTOR.
UN TAMBOR.
GENTE.

La escena es en Avero, villa de Portugal, y en las cercanías de ella.

ACTO PRIMERO.

Bosque.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE AVERO, EL CONDE DE ESTREMOZ, de caza.

DUQUE.

De industria á esta espesura retirado
Vengo de mis monteros, que siguiendo
Un jabali lijero, nos han dado
El lugar que pedis; aunque no entiendo
Con qué intencion, confuso y alterado,
Cuando en mis bosques festejar preten-
Vuestra venida, conde Don Duarte, [do
Dejais la caza por hablarme aparte.

CONDE.

Basta el disimular; sacá el acero,
Que, ya olvidado, os comparaba á Numa;
Que el que desnudo veis, duque de Avero
Os dará la respuesta en breve suma. [ro,
De lengua al agraviado caballero
Ha de servir la espada, no la pluma,
Que muda dice á voces vuestra mengua.
(Echan mano.)

DUQUE.

Lengua es la espada, pues parece len-
Y pues con ella estais, y así os provoca
A dar quejas de mí, puesto que en vano;
Refrénando las lenguas de la boca,
Hablen solas las lenguas de la mano,
Si la ocasion que os doy (que será poca)
Para ese enojo poco cortesano,
A que primero la digais no os mueve;
Pues mi valor ningún agravio os debe.

CONDE.

¡Bueno es que así disimuleis los daños,
Que contra vos el cielo manifiesta!

DUQUE.

¡Qué daños, Conde?

CONDE.

Si en los largos años
De vuestra edad prolifa agora apresta,
[ños
Duque de Avero, excusas, no hay enga-
Que puedan convencerme: la respuesta
Que me pedis, ese papel la afirma
Con vuestro sello, vuestra letra y firma.
(Arrójale.)

Tomalde, pues es vuestro; que el criado
Que sobornastes para darme muerte,
Es en lealtad de bronce, y no ha bastado
Vuestro interes contra su muro fuerte.
Por escrito mandastes que en mi Estado
Me quitase la vida, — ¿esta suerte

No os espanteis que diga, y lo presuma,
Que en vez de espada ejercitais la pluma.

DUQUE.

¡Yo mandaros matar!

CONDE.

Aqueste sello

¿No es vuestro?

DUQUE.

Sí.

CONDE.

¿Podréis negar tampoco
Aquesa firma? Ved si me querello
Con justa causa.

DUQUE.

¿Estoy despierto, ó loco?

CONDE.

Leed ese papel; que con leello
Veréis cuán justamente me provocho
A tomar la venganza por mis malos.

DUQUE.

¿Qué enredo es este, cielos soberanos?

(Lee.) «Para satisfaccion de algunos
agravios, que con la muerte del Conde
de Estremoz se pueden remediar, no
hallo otro medio mejor que la confian-
za que en vos tengo puesta; y para
que salga verdadera, me importa, pues
sois su camarero, seais tambien el eje-
cutor de mi venganza; cumplida, y
venios á mi Estado; que en él estareis
seguro, y con el premio que merece
el peligro á que os poneis por mi causa.
Sirvaos esta carta de creencia, y dad-
sela á quien os la lleva, advirtiéndolo
que importa la brevedad y el secreto.
De mi villa de Avero, á 12 de marzo
de 1400 años.—El DUQUE.»

CONDE.

No sé qué injuria os haya jamas hecho
La casa de Estremoz, de quien soy con-
Para degenerar del noble pecho, [de,
Que á vuestra antigua sangre correspon-
[de.

Si no es que algun traidor ha contrahe-

cho
Mi firma y sello, falso, en quien se escon-
Algun secreto enojo, con que intenta [de
Con vuestra muerte mi perpetua afren-
Vive el cielo, que sabe mi inocencia, [ta,
Y conoce el autor deste delito,
Que jamas en ausencia ó en presencia,
Por obra, por palabra ó por escrito,
Procuré vuestro daño: á la experiencia,
Si quereis aguardalla, me remito;
Que con su ayuda, en esta misma tarde
Tengo de descubrir su autor cobarde.
Confieso la razon que habeis tenido;
Y hasta deiaros, Conde, satisfecho,

Que suspendais el justo enojo os pido,
Y soseguéis el alterado pecho.

CONDE.

Yo soy contento, Duque; persuadido
Me dejais algun tanto.

DUQUE. (Ap.)

Yo sospecho
Quién el autor ha sido deste insulto,
Que con mi firma y sello viene oculto;
Pero ántes que dé fin hoy á la caza,
Descubriré quién fuéron los traidores.

ESCENA II.

DOS CAZADORES.—DICHOS.

CAZADOR 1.º

¡Famoso jabali!

CAZADOR 2.º

Dimosle caza,
Y á pesar de los perros corredores,
Hicieron sus colmillos ancha plaza,
Y escapóse.

DUQUE.

Estos son mis cazadores.

Amigos...

CAZADOR 1.º

¡Oh señor!

DUQUE.

No habréis dejado
A vida jabali, corzo ó venado.
¿Hay mucha presa?

CAZADOR 2.º

Habrá la suficiente.

Para que tus acémilas no tornen
Vacías.

DUQUE.

¿Qué se ha muerto?

CAZADOR 2.º

Mas de veinte
Coronados venados, porque adornen
Las puertas de palacio con su frente.
Y porque en ellos, cuando á Avero tor-
Originales vean sus traslados, [uen,
Que en figuras de hombres son venados;
Tres jabalis y un oso temerario,
Sin la caza menor, porque esa espanta.

DUQUE.

Mátase en este bosque de ordinario
Gran suma della.

CAZADOR 1.º

No hay mata ni planta
Que no la crie.

ESCENA III.

FIGUEREDO.—DICHOS.

FIGUEREDO. (Ap. al salir.)

¡Oh falso secretario!

DUQUE.
¿Qué es esto? ¿Dónde vas con prisa tanta?
FIGUEREDO. [do!]
¡Gracias á Dios, señor, que hallarte pue-
DUQUE.
¿Qué alboroto es aqueste, Figueredo?
FIGUEREDO.
Una traicion habemos descubierto,
Que por tu secretario aleva urdida,
Al Conde de Estremoz hubiera muerto,
Si llegara la noche.

CONDE.
¿A mí?
FIGUEREDO.

La vida
Me debeis, Conde.
CONDE. (Ap.)

Ya la causa advierto
De su enojo y venganza mal cumplida.
Engañé la hermosa de Leonela
Su hermana, y alcanzada, desprecia.

DUQUE.
¡Gracias al cielo, que por la justicia
Del inocente vuelve! ¿Y de qué suerte
Se supo la traicion de su malicia?

FIGUEREDO.
Llamó en secreto á un mozo pobre y
Y como puede tanto la codicia, [fuerte,
Prometiéndole, si al Conde daba muerte,
Enriquecerle; y para asegurarle,
Dijo que tú, señor, hacias matarle.
Pudo el vil interes manchar su fama:
Aquesta noche prometió en efeto
Cumplirlo; mas amaba; y es quien ama
Pródigo de su hacienda y su secreto.
Dicen que suele ser potro la cama
Donde hace confesar al mas discreto
Una mujer que da á la lengua y boca,
Tormento, no de cuerda, mas de toca.
Declaróla el concierto que habia hecho,
Y encargóla el secreto; mas como era
El huésped grande, el aposento estre-
Tuvó dolores hasta echalle fuera: [cho,
Concibió por la oreja, parió el pecho
Por la boca, y fué el parto de manera,
Que cuando el sol doraba el mediodía,
Ya toda Avero la traicion sabia.
Prendió al parlero mozo la justicia,
Y Ruy Lorenzo huyó con un criado,
Cómplice en las traiciones y malicia,
Que el delincuente preso ha confesado.
Desto te vengo á dar, señor, noticia.

DUQUE. [guado]
¿Veis, Conde, cómo el cielo ha averi-
Todo el caso, y mi honra satisfizo?
Ruy Lorenzo mi firma contrahizo.
Averiguar primero las verdades,
Conde, que despetiarse, fué prudencia
De sabias y discretas calidades.

CONDE.
No sé que le responda á Vuexcelencia:
Solo sé que un ministro, en falsedades
Diestro, pudo causar á mi impaciencia
El engaño, que ahora siento en suma:
Mas ¿qué no engañará una falsa pluma?

DUQUE.
Yo miraré desde hoy á quien recibo
Por secretario.

CONDE.
Si el fiar secretos
Importa tanto, ya yo me apercibo
A elegir mas leales que discretos.

DUQUE.
Milagro, Conde, fué dejaros vivo.
CONDE.

La traicion ocasiona estos efetos;
Huyó la deslealtad, y la luz pura
De la verdad, señor, quedó segura.
¡Valgame el cielo! ¿qué dichoso he sido!

DUQUE.
Para un traidor que en esto se desvela,
Todo es poco.

CONDE.
Perdon humilde os pido.

DUQUE.
A cualquiera engañara su cautela:
Disculpado estais, Conde.

CONDE. (Ap.)
Aquesto ha urdido
La mujeril venganza de Leonela; [rante
Pero importa que el Duque esté igno-
De la ocasion que tuvo, aunque bastante.

DUQUE.
Pésame que el autor de aqueste exceso
Huyese; pero vamos; que buscallo
Haré de suerte, que al que muerto, ó
[preso
Le trujere, prometo de entregalle
La hacienda que dejó.

CAZADOR 2.º
Si ofreces eso
No habrá quien no le siga.

DUQUE. Verá dalle
Todo este reino un ejemplar castigo.

CONDE.
La vida os debo; pagaréla, amigo.
(Vanse.)

ESCENA IV.

TARSO, MELISA.

MELISA.
¿Así me dejas, traidor?

TARSO.
Melisa, doma otros potros;
Que ya no me hace quillotos
En el alma vuestro amor.
Con la ausencia de medio año
Que há que ni os busco ni veo,
Curó el tiempo á mi deseo
La enfermedad de un engaño.
Dando á mis celos dieta,
Estoy bueno poco á poco;
Ya, Melisa, no so loco,
Porque ya no so poeta.
¡Las copras que á cada paso
Os hice! ¡Fuego de Dios
En ellas, en mí y en vos,
Si de subir al Parnaso
Por sus musas de alquiler,
Me he quedado despeado!
¿Qué de nombres que os he dado!
Luna, estrella, locifer...
¿Qué teneis bueno, Melisa,
Que no alabase mi canto?
Copras os compuse al llanto,
Copras os hice á la risa,
Copras al dulce mirar,
Al suspirar, al toser,
Al callar, al responder,
Al asentarse, al andar,
Al branco color, al prieto,
A vuestros desdenes locos,
Al escopir, y á los mocos
Pienso que os hice un soneto.
Ya me saltó del garlito
Do me cogistes, par Dios;
Que no se me da por vos,
Ni por vuestro amor, un pito.

MELISA.
¡Ay Tarso, Tarso! En efeto,
Hombre; que es decir, olvido.
¿Que una ausencia haya podido
Hacer perderme el respeto?
¿A mí, Tarso?

TARSO.
A vos, y á Júdas.
Sois mudables; ¿qué queréis,

Si en señal deso os poneis
En la cara tantas mudas?

MELISA.
Así, mis prendas me torna,
Mis cintas y mis cabellos.

TARSO.
¿Luego pensais que con ellos
Mi pecho ó zurrón se adorna?
¿Qué bobada! A estar yo ciego,
Trujera conmigo el daño.
Ya, Melisa, habrá medio año,
Que con todo di en el huego.
Cabellos que fuéron lazos
De mi esperanza crueles,
Listones, rosas, papeles,
Baratijas y embarazos,
Todo el huego lo deshizo.
Porque hechizó mi sosiego;
Pues suele echarse en el huego,
Porque no empeza, el hechizo.
Hasta el zurrón di á la brasa,
Do guardé mis desatinos;
Que por quemar los vecinos,
Se pega huego á la casa.

MELISA.
¿Esto he de sufrir? ¡Ay, cielo! (Llora.)

TARSO.
Aunque lloreis un diluvio,
Teneis el cabello rubio,
No hay que fiar dese pelo.
Ya os conozco que sois fina.
Pues no me habeis de engañar,
Par Dios, aunque os vea llorar
Los tuétanos y la orina.

MELISA.
¡Traidor!
TARSO.
¿Verá la ambicion!

Enjugad los arcaduces;
Que haceis el llanto á dos luces,
Como candil de meson.

MELISA.
Yo me vengaré, cruel.

TARSO.
¿Cómo?
MELISA.
Casándome, ingrato.

TARSO.
Eso es tomar el zapato
Y daros luego con él.

MELISA.
Véte de aquí.
TARSO.
Que me place.

MELISA.
¿Qué! ¿te vas desa manera?

TARSO.
¿No lo veis? Andando.
MELISA.
Espera.

¿Mas qué sé de dónde nace
Tu desamor?

TARSO.
¿Mas que no?
MELISA.
Celillos son de Mireno.

TARSO.
¿Yo celillos? ¡Oh qué bueno!
Ya ese tiempo se acabó.
Mireno, el hijo de Lauro,
A quien sirvo, y cuyo pan
Como, es discreto y galán,
Y como tal le restauro
Vuestro amor; mas yo le miro
Tan libre, que en la ribera
No ballaréis quien se prefiera
A hacelle dar un suspiro.
Trájele su padre aquí

Pequeño, y bien sabéis vos
Que murmuran mas de dos,
Aunque vive y anda así,
Que debajo del sayal
Que le sirve de corteza,
Se encubre alguna nobleza
Con que se honra Portugal.
No hay pastor en todo el Miño
Que no le quiera y respete,
Ni libertad que no inquiete
Como á vos; mas; ved qué aliño
Si la suerte hacelle quiso
Tan desdenoso y cruel,
Que hay dos mil Ecos por él,
De quien es sordo Narciso!
Como os veis dél despreciada,
Agora os venis acá;
Mas no entraréis, porque está
El alma á puerta cerrada.

MELISA.

En fin, ¿no me quieréis?

TARSO.

No.

MELISA.

Pues, vive Dios, hombre ingrato,
Que yo castigue tu trato.

TARSO.

¿Castigarne á mí vos?

MELISA.

Yo:

Presto verás, fementido,
Si te doy mas de un cuidado,
Que nunca el hombre rogado
Ama, como aborrecido.

TARSO.

Bueno.

MELISA.

Verás lo que pasa:
Celos te dará un pastor;
Que cuando se pierde amor,
Ellos le vuelven á casa.

TARSO.

¿Si? Andad. Hecho me ha temer
Alguna burla, aunque hablo;
Que no tendrá miedo al diablo,
Quien no teme á una mujer.

ESCENA V.

MIRENO. — TARSO.

MIRENO.

¿Es Tarso?

TARSO.

¿O Mireno! Soy
Tu amigo fiel; si ese nombre
Merece tener un hombre
Que te sirve.

MIRENO.

Todo hoy

Te ando á buscar.

TARSO.

Melisa

Me ha detenido aquí un hora;
Y cuanto mas por mí llora,
Mas me muero yo de risa.
¿Pero qué hay de nuevo?

MIRENO.

Amigo,

La mucha satisfaccion
Que tengo de tu aficion,
Me obliga á tratar contigo
Lo que, á no quererte tanto,
Ejecutara sin ti.

TARSO.

De ver que me hables así,
Por ser tan nuevo, me espanto.
Contigo, desde pequeño,
Me crió Lauro, y aunque,
Segun mi edad, ya podré

Gobernar casa y ser dueño;
Quiero mas, por el amor
Que há tiempo que te he cobrado,
Ser en tu casa criado,
Que en la mia ser señor.

MIRENO.

En fe de haber descubierto
Mi experiencia que es así,
Y hallar, Tarso, ingenio en tí,
Puesto que humilde, despierto;
Pretendo en tu compañía
Probar, si hasta donde alcanza
La barra de mi esperanza,
Llega la ventura mia.

Mucho há que me tiene triste
Mi altiva imaginacion,
Cuya soberbia ambicion
No sé en qué estriba ó consiste.
Considero algunos ratos.
Que los cielos, que pudieron
Hacerme noble, y me hicieron
Un pastor, fueron ingratos;
Y que pues con tal bajeza
Me acabardo y avergüenzo,
Puedo poco, pues no venzo
Mi misma naturaleza.

Tanto el pensamiento cava
En esto, que ha habido vez,
Que afrontando la vejez
De Lauro, mi padre, estaba
Por dudar si soy su hijo,
O si me hurtó á algun señor;
Aunque de su mucho amor
Mi necio engaño colijo.

Mil veces, estando á solas,
Le he preguntado, si acaso
El mundo, que á cada paso
Honras anega en sus olas,
Le sublimó á su alto asiento,
Y derribó del lugar
Que intenta otra vez cobrar
Mi atrevido pensamiento;
Porque el ser advenedizo
Aquí, anima mi opinion,
Y su mucha discrecion
Dice claro que es postizo
Su grosero oficio y traje;
Por mas que en él se reporte;
Pues mas es para la corte,
Que los montes, su lenguaje.

Siempre, Tarso, ha malogrado
Estas imaginaciones,
Y con largas digresiones,
Mil sucesos me ha contado,
Que todos paran en ser,
Contra mis intentos vanos,
Progenitores villanos
Los que me diéron el sér.
Esto, que habia de humillarme,
Con tal violencia me altera,
Que desta vida grosera
Me ha forzado á desterrarme;
Y que á buscar me desmande
Lo que mi estrella destina,
Que á cosas grandes me inclina,
Y algun bien me guarda grande;
Que si tan pobre nací,
Como el hado me crió,
Cuanto mas me hiciere yo,
Mas vendré á deberme á mí.

Si quieres participar
De mis males ó mis bienes,
Buena ocasion, Tarso, tienes;
Déjame de aconsejar,
Y determinate luego.

TARSO.

Para mí, bástame el verte,
Mireno, de aquesa suerte:
Ni te aconsejo ni ruego;
Discreto eres; estodiado
Has con el cura; yo quiero

Seguirte, aunque considero
De Lauro el grave cuidado.

MIRENO.

Tarso, si dichoso soy,
Yo espero en Dios el trocar
En contento su pesar.

TARSO.

¿Cuándo has de irte?

MIRENO.

Luego.

TARSO.

¿Hoy?

MIRENO.

Al punto.

TARSO.

¿Y con qué dinero?

MIRENO.

De dos bueyes que vendí,
Lo que hasta llevo aquí.
Vamos derechos á Avero,
Y compraré una espada
Y un sombrero.

TARSO.

¡Plegue á Dios,

Que no volvamos los dos
Como perro con pedrada! (Vase.)

—
Otro punto del bosque al lado del camino.

ESCENA VI.

RUY LORENZO, VASCO.

VASCO.

Señor, vuélvete al bosque, pues conoces
Que apenas estaremos aquí un hora,
Cuando las postas nos darán alcance;
Y los villanos destas caserías,
Que nos buscan, cual galgos á las liebres,
Si nos cogen, harán la remembranza
De Cristo y su prison hoy con nosotros;
Y quedaremos por nuestros pecados
En vez de remembrados, desmembrados.

RUY.

[dos.]

Ya, Vasco, es imposible que la vida [lo
Podamos conservar; pues cuando el cie-
Nos librase de tantos que nos buscan,
El hambre vil, que con infames armas
Debilita las fuerzas mas robustas,
Nos tiene de entregar al Duque fiero.

VASCO.

Para el hambre y sus armas no hay acero.

RUY.

Por vengar la deshonra de mi hermana,
Que el conde de Estremoz tiene usurpa-
Su firma en una carta contrahice; [da,
Y saliéndome inútil esta traza, [se:
Busqué quien con su muerte me venga-
Mas nada se le cumple al desdichado;
Y pues lo soy, acabe con la vida,
Que no es bien muera de hambre, ha-
vasco. [hiendo espada.
Es posible, que un hombre que se tiene
Por hombre, como tú, hecho y derecho,
Quisiese averiguar por tales medios
Si fué forzada ó no tu hermana? Dime,
Piensas de veras que en el mundo ha ha-
Mujer forzada? [bido

RUY.

¿Agora dudas deso?

¡No están llenos los libros, las historias,
Y las pinturas de violentos raptos
Y forzosos estupros, que no cuento?

VASCO.

Ríyérame, á no ver que aquesta noche
Los dos habemos de cenar con Cristo,
Aunque hacer colacion me contentara
En el mundo, y á oscuras me acostara.
Ven acá: si Leonela no quisiera
Dejar coger las avas de su villa,

DOÑA SERAFINA.
Conde, esas filosofías
Ni las entiendo, ni son
De mi gusto.

CONDE.
Un serafín
Bien puede alcanzar el fin
Y el alma de una razón.
No digais que no entendeis,
Serafín, lo que alcanzáis.

DOÑA SERAFINA.
¡Jesus! ¡qué dello que habláis!

CONDE.
Si soy hombre, ¿qué queréis?
Por palabras los intentos
Quiere que expliquemos, Dios;
Que á ser serafín cual vos,
Con solos los pensamientos
Nos habláramos.

DOÑA SERAFINA.
¿Que amor
Habla tanto?

CONDE.
¿No ha de hablar?

DOÑA SERAFINA.
No, que hay poco que liar
De un niño, y mas hablador.

CONDE.
En todo os hizo perfecta
El cielo con mano franca.

DON ANTONIO.
Prima, para ser tan blanca,
Notablemente es discreta.
¡Qué agudamente responde!
Ya han esmaltado los cielos
El oro de amor con celos;
Mucho me enfada este conde.

DOÑA JUANA.
¡Pobre de vuestra esperanza,
Si tal cosario la asalta!

DUQUE.
Un secretario me falta
De quien hacer confianza;
Y aunque esta plaza pretenden
Muchos, por diversos modos
De favores; entre todos,
Pocos este oficio entienden.
Trabajo me ha de costar
En tal tiempo estar sin él.

DOÑA MAGDALENA.
A ser el pasado fiel,
Era ingenio singular.

DUQUE.
Si; mas puso en contingencia
Mi vida y reputacion.

ESCENA XVI.

LOS PASTORES, trayendo presos á MIRENO Y TARSO. — Dichos.

DORISTO.
Ande apriesa el bellacon.

LARISO.
Aquí está el Duque.

TARSO.
Paciencia
Me dé Herodes.

DENIO.
¡Aho! Llegá,
Pues sois alcalde, y habralde.

DORISTO.
Buen viejo, yo so el Alcalde,
Y vos el Duque.

LARISO.
¡Verá!

DORISTO.
Llegáis mas cerca.
Y sopimos

Yo, el herrero y su mujer,
Que mandábades prender
Estos bellacos, y fuimos
Bras Llorente y Gil Bragado....

TARSO.
Aquese yo lo seré;
Pues por mi mal me embagué.

DORISTO.
Y despues de haber llamado
A concejo el regidero
Pero Minguez.... Llegá acá,
Que no sois bestia, y habrá,
Decid lo demas.

LARISO.
No quiero :

Decildo vos.

DORISTO.
No estodié
Sino hasta aquí : en concursion,
Estos los ladrones son,
Que por solo heros mercé,
Prendimos yo y Gil Mingollo :
Haga lo que el puebro pide
Su Duquencia, y no se olvide
Lo que le dije del rollo.

DUQUE.
¡Hay mayor simplicidad!
Ni he entendido á lo que vienen,
Ni porqué delito tienen
Así estos hombres. Soltad
Los presos; y decid vos,
Qué insulto habeis cometido,
Para que os hayan traído
De aqueza suerte á los dos.

MIRENO. (De rodillas.)
Si lo es el favorecer,
Gran señor, á un desdichado,
Perseguido y acosado
De tus gentes y poder,
Y juzgas por temerario
Haber trocado el vestido
Por darle vida, yo he sido.

DUQUE.
¿Tú libraste al Secretario?
Pero si, que aqueze traje
Era suyo. Di, traidor,
¿Porqué le diste favor?

MIRENO.
Vuexcelencia no me ultraje,
Ni ese título me dé;
Que no estoy acostumbrado
Á verme así despreciado.

DUQUE.
¿Quién eres?

MIRENO.
No soy, seré;
Que solo por pretender
Ser mas de lo que hay en mí,
Menosprecié lo que fui
Por lo que tengo de ser.

DUQUE.
No te entiendo.

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)
¡Extraña audacia
De hombre! El poco temor
Que muestra, dice el valor
Que encubre. De su desgracia
Me pesa.

DUQUE.
Di, ¿conocias
Al traidor que ayuda diste?
Mas pues por él te pusiste
En tal riesgo, bien sabias
Quién era.

MIRENO.
Supe que quiso
Dar muerte á quien deshonró
Su hermana, y despues te dió

De su honrado intento aviso,
Y enviándole á prender,
Le libré de ti espantado,
Por ver que el que está agraviado
Persigas, debiendo ser
Favorecido de ti,
Por ayudar al que ha puesto
En riesgo su honor.

CONDE. (Ap.)
¿Qué es esto?
¡Ya anda derramada así
La injuria que hice á Leonela?

DUQUE.
¿Sabeis vos quién la afrentó?

MIRENO.
Supiéralo, señor, yo;
Que á sabello....

DUQUE.
Fué cautela
Del traidor para engañarte :
Tú sabes adonde está,
Y así forzoso será,
Si es que pretendes librarte,
Decillo.

MIRENO.
¡Bueno sería,
Cuando adonde está supiera,
Que un hombre como yo hiciera
Por temor tal villanía!

DUQUE.
¡Villanía es descubrir
Un traidor? Llevalde preso;
Que si no ha perdido el seso
Y menosprecia el vivir,
El dirá dónde se esconde.

MAGDALENA. (Ap.)
Ya deseo de libralle;
Que no merece su talle
Tal agravio.

DUQUE.
Intento, Conde,
Vengaros.

CONDE.
Él lo dirá.
TARSO. (Ap.)
¡Muy gentil ganancia espero!

DUQUE.
Vamos, que responder quiero
Al Rey.

TARSO. (Ap. con Mireno.)
¡Medrando se va
Con la mudanza de estado,
Y nombre de Don Dionis!

DUQUE.
Viviréis, si lo decis.

MIRENO.
La fortuna ha comenzado
A ayudarme : ánimo ten,
Porque en ella es natural,
Cuando comienza por mal,
Venir á acabar en bien.

TARSO.
Bragas, si una vez os dejo,
Nunca mas trasformacion.

(Llévanlos.)
DUQUE.

Meted una peticion
Vosotros en mi consejo,
De lo que queréis; que allí
Se os pagará este servicio.

DORISTO.
Vos, que teneis buen juicio,
La peticionad.

LARISO.
Sea así.
DORISTO.
Señor, por este cuidado,

Haga un rollo en mi lugar,
Tal, que se pueda aborcar
En el cualquier hombre honrado.
(*Vanse los pastores, el Duque y el Conde.*)

DOÑA MAGDALENA.

Mucho, Doña Serafina,
Me pesa ver llevar preso
Aquel hombre.

DOÑA SERAFINA.

Yo confieso,
Que á rogar por él me inclina
Su buen tallo.

DOÑA MAGDALENA.

¿Eso desea
Tu afición? ¿Ya es bueno el tallo?
Pues no tienes de libralle,
Aunque lo intentes.

DOÑA SERAFINA.

No sea. (*Vanse.*)

DOÑA JUANA.

¿Habeis de ir esta tarde?

DON ANTONIO.

¡Ay prima! ¿cómo podré,
Si me perdí, si cegué?
¿Si amor, valiente, cobarde,
Todo el tesoro me gana
Del alma y la voluntad?
Solo por ver su beldad,
No he de irme hasta mañana.

DOÑA JUANA.

¡Bueno estais! ¿Que amais, en fin?

DON ANTONIO.

Sospecho, prima querida,
Que de mi contento y vida
Serafina será fin.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué novedades son estas,
Altanero pensamiento?
¿Qué torres sin fundamento
Teneis en el aire puestas?
¿Cómo andais tan descompuestas,
Imaginaciones locas?
Siendo las causas tan pocas,
¿Queréis exponer mis lenguas
Al juicio de las lenguas,
Y á la opinión de las bocas?
Aver guardaban los cielos
El mar de vuestra esperanza,
Con la tranquila bouanza
Que agora inquietan desvelos.
Al Conde de Vasconcelos
O á mi padre di en su nombre
El sí; mas porque me asombre,
Sin que mi honor lo resista,
Se entró al alma, á escala vista,
Por la misma vista un hombre.
Vióle en ella; y fuera exceso,
Digno de culpar mi error,
A no saber que el amor
Es niño, ciego y sin seso.
¿A un hombre extranjerio y preso,
A mi pesar, corazón,
Habeis de dar posesion?
¿Amar al Conde no es justo?
Mas ¡ay! que atropella el gusto
Las leyes de la razón.
Mas, pues á mi instancia está
Por mi padre libre y suelto,
Mi pensamiento resuelto
Bien remediarse podrá.
Forastero es; si se va,
Con pequeña resistencia

Podrá sanar la paciencia
El mal de mis desconciertos;
Pues son médicos expertos
De amor, el tiempo y la ausencia.
Pero, ¿con qué rigor trazo
El remedio de mi vida?
Si puede sanar la herida,
Crueldad es cortar el brazo.
Démosle á amor algun plazo,
Pues su vista me provoca,
Que aunque es la enfermedad loca,
Ninguno al enfermo quita
El agua, que no permita
Siquiera enjuagar la boca.
Hacerle quiero llamar. —
¡Ah Doña Juana! — Teneos,
Desenfrenados deseos,
Si no os quereis despeñar:
¿Así vais á publicar
Vuestra afrenta? La vergüenza
Mi loco apetito venza;
Que si es locura admitirlo
Dentro del alma, el decirlo
Es locura ó desvergüenza.

ESCENA II.

DOÑA JUANA.—DOÑA MAGDALENA.

DOÑA JUANA.

Aquel mancebo dispuesto,
Que ha estado preso hasta agora,
Y tu intercesion, señora,
Ya en libertad le ha puesto,
Pretende hablarte.

DOÑA MAGDALENA.

(*Ap.* ¿Qué presto

Valerse el amor procura
De la ocasion y ventura
Que ha de ponerse en efeto!
Mas hace como discreto;
Que amor todo es coyuntura.)
¿Sabes qué quiere?

DOÑA JUANA.

Pretende

Del favor que ha recibido
Por tí, ser agradecido.

DOÑA MAGDALENA. (*Ap.*)

Aspides en rosas vende.

DOÑA JUANA.

¿Entrará?

DOÑA MAGDALENA.

(*Ap.* Si preso prende,
Si maltratado maltrata,
Si atado las manos, ata
Las de mi gusto resuelto,
¿Qué ha de hacer presente y suelto,
Quien ausente y preso mata?)
Dile que vuelva á la tarde;
Que agora ocupada estoy.
Mas oye; no vuelva.

DOÑA JUANA.

Voy.

DOÑA MAGDALENA.

Escucha: di que se aguarde.
Mas váyase; que ya es tarde.

DOÑA JUANA.

¿Hase de volver?

DOÑA MAGDALENA.

¿No digo

Que sí? Vé.

DOÑA JUANA.

Tu gusto siga.

DOÑA MAGDALENA.

Pero torna; no se queje.

DOÑA JUANA.

¿Pues qué diré?

DOÑA MAGDALENA.

Que me deje.

(*Ap.* Y que me lleve consigo.)

Anda, di que entre.....

DOÑA JUANA.

Voy pues. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA MAGDALENA.

Que aunque venga á mi presencia,
Vencerá la resistencia
Hoy del valor portugues.
El desear y ver, es
En la honrada y la no tal,
Apetito natural;
Y si diferencia se halla,
Es en que la honrada calla,
Y la otra dice su mal.
Callaré, pues que presumo
Cubrir mi desasosiego,
Si puede encubrirse el fuego,
Sin manifestalle el humo.
Mas bien podré, si consumo
El tiempo á palabras vanas;
Pero las llamas tiranas
Del amor, es cosa cierta,
Que en cerrándoles la puerta,
Se salen por las ventanas.
Cuando les cierran la boca,
Por los ojos se saldrán;
Mas no las conocerán
Callando la lengua loca;
Que si ella á amor no provoca,
Nunca amorosos despojos
Dan atrevimiento á enojos,
Si no es en cosas pequeñas;
Porque al fin hablan por señas,
Cuando hablan solos los ojos.

ESCENA IV.

MIRENO. — DOÑA MAGDALENA.

MIRENO.

Aunque ha sido atrevimiento
El venir á la presencia,
Señora, de Vuxcelencia
Mi poco merecimiento;
Ser agradecido trato
Al recibido favor;
Porque el pecado mayor
Es el que hace á un hombre ingrato.
Por haber favorecido
De un desdichado la vida
(Que al noble es deuda debida)
Me vi preso y perseguido;
Pero en la misma moneda
Me pagó el cielo sin duda,
Pues libre con vuestra ayuda
Mi vida, señora, queda.
¿Libre dije? mal he hablado;
Que el noble, cuando recibe,
Cautivo y esclavo vive,
Que es lo mismo que obligado;
Y ¡ojalá mi vida fuera
Tal, que si esclava quedara
Alguna parte, pagara
Esta merced, que ella hiciera
Excesos! pero entre tantas
Que mi humildad envilecen,
Y como esclavas ofrecen
Sus cuellos á vuestras plantas;
A pagar con ella vengo
La mucha deuda en que estoy;
Pues no os debo mas si os doy,
Gran señora, cuanto tengo.
(*Arrodíllase.*)

DOÑA MAGDALENA.

Levantáos del suelo.

MIRENO.

Amí

Estoy, gran señora, bien.

DOÑA MAGDALENA.
Haced lo que os digo. (Ap. ¿Quién
Me ciega el alma? ¡Ay de mí!)
¿Sois portugueses?

MIRENO.
Imagino
Que sí.

DOÑA MAGDALENA.
¿Que lo imagináis?
Desa suerte incierto estais
De quién sois.

MIRENO.
Mi padre vino
Al lugar en donde habita,
Y es de alguna hacienda dueño,
Trayéndome muy pequeño;
Mas su trato lo acredita.
Yo creo que en Portugal
Nacimos.

DOÑA MAGDALENA.
¿Sois noble?

MIRENO.
Creo
Que sí, según lo que veo
En mi honrado natural,
Que muestra mas que hay en mí.

DOÑA MAGDALENA.
¿Y darán las obras vuestras,
Si fuere menester, muestras
Que sois noble?

MIRENO.
Creo que sí:
Nunca de hacellas dejé.

DOÑA MAGDALENA.
Creo, decís á cualquier punto:
¿Créis acaso que os pregunto
Artículos de la fe?

MIRENO.
Por la que debe guardar
A la merced recebida
De Vuecelencia mi vida,
Bien los puede preguntar;
Que mi fe su gusto es.

DOÑA MAGDALENA.
¿Qué agradecido venís!
¿Cómo os llamais!

MIRENO.
Don Dionis.

DOÑA MAGDALENA.
Ya os tengo por portugueses
Y por hombre principal;
Que en este reino no hay hombre
Humilde de vuestro nombre,
Porque es apellido real:
Y solo el imaginaros
Por noble y honrado, ha sido
Causa que haya intercedido
Con mi padre á libertaros.

MIRENO.
Deudor os soy de la vida.

DOÑA MAGDALENA.
Pues bien; ya que libre estais,
¿Qué es lo que determinais
Hacer de vuestra partida?
¿Dónde pensais ir?

MIRENO.
Intento
Ir, señora, donde pueda
Alcanzar fama que exceda
A mi altivo pensamiento:
Solo aquesto me destierra
De mi patria.

DOÑA MAGDALENA.
¿En qué lugar
Pensais que podeis hallar
Esa ventura?

MIRENO.
En la guerra;

Que el esfuerzo hace capaz
Para el valor que procuro.

DOÑA MAGDALENA.
¿Y no será mas seguro,
Que le adquirais en la paz?

MIRENO.
¿De qué modo?

DOÑA MAGDALENA.
Bien podeis
Granjealle, si dais traza
Que mi padre os dé la plaza
De secretario, que veis
Que está vaca agora, á falta
De quien la pueda suplir.

MIRENO.
No nació para servir
Mi inclinación, que es mas alta.

DOÑA MAGDALENA.
Pues cuando volar presuma,
Las plumas le han de ayudar.

MIRENO.
¿Cómo he de poder volar
Con solamente una pluma?

DOÑA MAGDALENA.
Con las alas del favor;
Que el vuelo de una privanza,
Mil imposibles alcanza.

MIRENO.
Del privar nace el temor,
Como muestra la experiencia;
Y tener temor no es justo.

DOÑA MAGDALENA.
Don Dionis, este es mi gusto.

MIRENO.
¿Gusto es de vuestra Excelencia
Que sirva al Duque? Pues alto.

Cumplase, señora, así;
Que ya de un vuelo subí
Al primer móvil mas alto.
Pues si en esto gusto os doy,
Ya no hay subir mas arriba:
Como el Duque me reciba,
Secretario suyo soy.

Vos, señora, lo ordenad.
DOÑA MAGDALENA.
Deseo vuestro provecho,
Y así lo que veis he hecho;
Que ya que os di libertad
Pesárame que en la guerra
La malograrais; yo haré
Cómo esta plaza se os dé,
Porque estéis en nuestra tierra.

MIRENO.
Mil años el cielo guarde
Tal grandeza.

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)
Honor, huir;
Que revienta por salir
Por la boca amor cobarde. (Vase.)

ESCENA V.

MIRENO.
Pensamiento, ¿en qué entendeis?
Vos que á las nubes subís,
Decidme: ¿qué colegís
De lo que aquí visto habeis?
Declaráos, que bien podeis:
Decidme: tanto favor
¿Nace de solo el valor
Que á quien os honra ennoblece?
¿O erraré, si me parece
Que ha entrado á la parte amor?
¡Jesus! ¿qué gran disparate!
¡Temerario atrevimiento!
Es el vuestro, pensamiento;
Ni se imagine ni trate:
Mi humildad el vuelo abate

Con que sube el deseo vario;
Mas, ¿porqué soy temerario
Si imaginar me prometo
Que me ama en lo secreto
Quien me hace su secretario?
¿No estoy puesto en libertad
Por ella? Y ya sin enojos,
¿Por el balcon de sus ojos
No he visto su voluntad?
Amor me tiene. — Callad,
Lengua loca; que es error
Imaginar que el favor
Que de su nobleza nace,
Y generosa me hace,
Está fundado en amor.
Mas el desear saber
Mi nombre, patria y nobleza,
¿No es amor? Esa es baja.
Pues alma ¿qué puede ser?
Curiosidad de mujer.
Si; mas ¿dijera (alma, advierte
A ser eso esa suerte
Sin reinar amor injusto):
«Don Dionis, este es mi gusto?»
Este argumento ¿no es fuerte?
Mucho, pero mi baja
No se puede persuadir
Que vuele y llegue á subir
Al cielo de tal belleza;
¿Pero cuándo hubo flaqueza
En mi pecho? Esperar quiero,
Que siempre el tiempo ligero
Hace lo dudoso cierto;
Pues mal vivirá encubierto
El tiempo, amor y el dinero.

ESCENA VI.

TARSO. — MIRENO.

TARSO.
Ya que como Daniel
Del lago nos han sacado
De la cárcel, donde he estado
Con menos paciencia que él,
Siendo la ira del Duque
Nuestro profeta Abacú,
¿Qué aguardas mas aquí tú
A que el tiempo nos bazuque?
¿Tanto bien nos hizo Avero
Que en él con tal sorna estás?
Vámonos; pero dirás
Que quieres ser caballero.
Y poco faltó, par Dios,
Para ser en Portugal
Caballeros á lo asnal;
Pues que supimos los dos
Que el Duque mandado había,
Que por las acostumbradas
Nos diesen las respuntadas
Orden de caballería.

MIRENO.
¿Brito amigo!
TARSO.
No soy Brito,
Sino Tarso.
MIRENO.
Escucha, necio.
TARSO.
Estas calzas menosprecio;
Que me estorban infinito.
Ya que en Brito me trasformas,
Sácame de aquestos grillos;
Que no fui yo por novillos
Para que me pongas cormas.
Quitámelas, y no quieras
Que alguna vez huela mal.
MIRENO.
¿Peregrino natural!
¿Que nunca has de hablar de veras?
Digo que estás temerario.

TARSO.
Braguiroto di que estoy.
Pero ¿qué hay de nuevo?

MIRENO.
Soy,
Por lo ménos, secretario
Del Duque de Avero.

TARSO.
¿Cómo?
MIRENO.
La que nos dió libertad,
Esta liberalidad
Es la autora.

TARSO.
Mejor tomo
Tus cosas; ya estás en zancos.

MIRENO.
Pues aun no lo sabes bien.

TARSO.
Darte quiero el parabien;
Y pues son los amos francos,
Si algun favor me has de hacer
Y mi descanso permites,
Lo primero es que me quites
Estas calzas; que sin ser
Presidente, en apretones,
Después que las he calzado,
En ellas he despachado
Mil húmedas provisiones. (Vanse.)

ESCENA VII.

DON ANTONIO, DOÑA JUANA.

DON ANTONIO. [obliga,
Prima, á quedarme aquí mi amor me
Aguarde el Rey ó no; que mi rey llamo
Solo mi gusto que el pesar mitiga
Que me ha de consumir, si ausente amo.
Pájaro soy; sin ver de amor la liga,
Curiosamente me asenté en el ramo
De la hermosa, donde preso quedo:
Volar pretendo; pero mas me euredó.
El Conde de Estremoz sirve y merece
A Doña Serafina: yo he sabido
Que el Duque sus intentos favorece,
Y hacerla esposa suya ha prometido:
Quien no parece, dicen que perece;
Si no parezco, pues, y ya ni olvido
Ni ausencia han de poder darme reposo,
¿Qué he de esperar ausente y receloso?
Si mi adorado serafín supiera
Quién soy, y con decirselo aguardara
Recíprocos amores con que hiciera
Mi dicha cierta y mi esperanza clara;
Mas alegre y seguro me partiera,
Y de mí fe mi vida confiara;
Si se puede fiar el que es prudente,
De sol de enero, y de mujer ausente.
No me conoce, y mi tormento ignora,
Y así en quedarme mi remedio fundo;
Que me parta después, ó vaya agora
A la presencia de Don Juan segundo,
Importa poco. Prima mía, señora,
Si no quieres que lllore, y sepa el mundo
El lastimoso fin que ausente espero,
No me aconsejes el salir de Avero.

DOÑA JUANA.
Don Antonio, bien sabes lo que estimo
Tu gusto, y que el amor que aquí te ense-
Al deudo corresponde que de primo [ño,
Nuestra sangre te debe, como á dueño:
Si en que te quedes ves que te reprimo,
Es por ser este pueblo tan pequeño,
Que has de dar nota en él.

DON ANTONIO.
Ya yo procuro
Cómo sin que la dé, viva seguro.
Nunca me ha visto el Duque, aunque me
[ha escrito;
Yo sé que busca un secretario experto,
Porque al pasado saltó un delito.

DOÑA JUANA. [vierto.
Con risa el medio que has buscado ad-
DON ANTONIO.

¿No te parece, si en palacio habito
Con este cargo, que podré encubierto
Entablar mi esperanza, como acuda
El tiempo, la ocasión, y mas tu ayuda?

DOÑA JUANA.
La traza es extremada, aunque indecen-
Primo, á tu calidad. [te,

DON ANTONIO.
Cualquiera estado
Es noble con amor: no esté yo ausente;
Que con cualquiera oficio estaré honra-
DOÑA JUANA. [do.

Búsqese el modo, pues.
DON ANTONIO.

El mas urgente
Está ya concluido.

DOÑA JUANA.
¿Cómo?
DON ANTONIO.

He dado
Un memorial al Duque, en que le pido
Me dé esta plaza.

DOÑA JUANA.
Diligente has sido;
Mas, sin saberlo yo, culparte quiero.
DON ANTONIO.

Del cuidadoso el venturoso nace;
Hase encargado del el camarero, [ce.
De quien dicen que el Duque caudal ha-

DOÑA JUANA.
Mucho priva con él.
DON ANTONIO.

Mi dicha espero,
Si el cielo á mis deseos satisface,
Y el camarero en la memoria tiene
Esta promesa.

DOÑA JUANA.
Primo, el Duque viene.

ESCENA VIII.

EL DUQUE, FIGUEREDO. — Dichos.

DUQUE.
Ya sabes que requiere aquese oficio
Persona en quien concurren juntamente
Calidad, discrecion, presencia y pluma.

FIGUEREDO.
La calidad no sé; desotras partes
Le puedo asegurar á Vuexcelencia,
Que no hay en Portugal quien conforme á
Mejor pueda ocupar aquesa plaza; [ellas
La letra, el memorial que Vuexcelencia
Tiene suyo, podrá satisfacerle.

DUQUE.
Alto: pues tú le abonas, quiero velle.
FIGUEREDO.

Quiérole ir á llamar. — Pero delante
Está de Vuexcelencia. Llegá, hidalgo:
Que el Duque, mi señor, pretende veros.

DON ANTONIO.
Déme los piés vuestra Excelencia.

DUQUE.
¿De dónde sois?

DON ANTONIO.
Señor, nacl en Lishoa.

DUQUE.
¿A quién habeis servido?

DON ANTONIO.
Héme criado
Con Don Antonio de Barcelos, conde
De Penela, y os traigo cartas suyas,
En que mis pretensiones favorece.

DUQUE.
Quiero yo mucho al conde Don Antonio,
Aunque nunca le he visto. ¿Por qué causa
No me las habeis dado?

DON ANTONIO.
No acostumbro
Pretender por favores lo que puedo
Por mi persona, y quise que me viese
Primero Vuexcelencia.

DUQUE.
Camarero,
Su talle y buen estilo me ha agradado.
Mi secretario sois; cumplan las obras
Lo mucho que promete esa presencia.

DON ANTONIO.
Remítome, señor, á la experiencia.

DUQUE.
Doña Juana, ¿qué hace Serafina
Y Magdalena?

DOÑA JUANA.
En el jardín agora
Estaban las dos juntas, aunque entiendo
Que mi señora Doña Magdalena
Quedaba algo indisputada.

DUQUE.
Pues ¿qué tiene?

DOÑA JUANA.
Habrà dos dias que anda melancólica;
Sin saberse la causa deste daño.

DUQUE.
Ya la adivino yo: vamos á vella;
Que como darla nuevo estado intento,
La mudanza de vida siempre causa
Tristeza en la mujer honrada y noble;
Y no me maravillo esté afligida,
Quien teme un cautiverio de por vida.
Doña Juana, quedáos; que como viene
El mensajero de Lishoa, y conoce
Al conde de Penela, vuestro primo,
Tendréis que preguntarle muchas cosas.

DOÑA JUANA.
Es, gran señor, así.

DUQUE.
Yo gusto deso.
Secretario, quedáos.

DON ANTONIO.
Tus plantas beso.
(Vanse el Duque y Figueredo.)

ESCENA IX.

DOÑA JUANA, DON ANTONIO.

DON ANTONIO.
Venturosos han sido los principios.

DOÑA JUANA.
Si tienes por ventura ser criado
De quien eres igual, ventura tienes.

DON ANTONIO.
Ya por lo ménos estaré presente,
Y estorbaré los celos de algun modo,
Que el conde de Estremoz me causa,

DOÑA JUANA. [prima.
Dásele dél tan poco á quien adoras,
Y deso, primo, está tan olvidada,
Que en lo que pone agora su cuidado,
Es solo en estudiar con sus doncellas
Una comedia, que por ser mañana
Carnestolendas, á su hermana intenta
Representar sin que lo sepa el Duque.

DON ANTONIO.
¿Es inclinada á versos?

DOÑA JUANA.
Pierde el seso
Por cosas de poesía, y esta tarde
Conmigo sola en el jardín pretende
Ensayar el papel, vestida de hombre.
DON ANTONIO.
¿Así me dices eso, Doña Juana?

DOÑA JUANA.
¿Pues cómo quieres que lo diga?

DON ANTONIO.

¿Cómo?

Pidiéndome la vida, el alma, el seso,
El pago de que me hagas tan dichoso,
Que yo la pueda ver de aquesta suerte:
Así vivas mas años que hay estrellas;
Así jamas el tiempo riguroso
Consuma la hermosura de que gozas;
Así tus pensamientos se te logren,
Y el rey de Portugal enamorado
De tí, te dé la mano, el cetro y vida.

DOÑA JUANA.

Paso; que tienes tal de casarme
Con el Papa, según estás sin seso.
Yo te quiero cumplir aqueso autojo.
Vamos, y esconderéte en los jazmines
Y murtas, que de cercas á los cuadros
Sirven, donde podrás, si no das voces,
Dar un hartazgo al alma.

DON ANTONIO.

¿Hay en Avero

Algun pintor?

DOÑA JUANA.

Algunos tiene el Duque
Famosos; mas ¿por qué me lo pregun-
tas?

DON ANTONIO.

Quiero llevar conmigo quien retrate
Mi hermoso serafín; pues fácilmente,
Mientras se viste, sacará el bosquejo.

DOÑA JUANA.

¿Y si lo siente Doña Serafina
Ó el pintor lo publica?

DON ANTONIO.

Los dineros

Ponen freno á las lenguas y los quitan:
O matarme, ó no impidas mis deseos.

DOÑA JUANA.

¿Nunca yo hablara, ó nunca tú lo oyeras,
Que tal prisa me das! Ahora bien, primo,
En esto puedes ver lo que te quiero.
Busca un pintor sin lengua, y no malpa-
Que según los antojos diferentes, [ras;
Que teneis los que andais enamorados,
Sospecho para mí que andais preñados.
(Vanse.)

Jardín del palacio.

ESCENA X.

EL DUQUE, DOÑA MAGDALENA.

DUQUE.

Si darme contento es justo,
No estés, hija, desahogada;
Que no consiste mi muerte
Mas de en verte á ti sin gusto.
Esposo te dan los cielos
Para poderte alegrar,
Sin merecer tu pesar
El conde de Vasconcelos.
A su padre el de Berganza,
Pues que te escribió, responde;
Escribe también al Conde,
Y no vea yo mudanza
En tu rostro ni pesar,
Si de mi vejez los dias
Con esas melancolias
Nopretendes acortar.

DOÑA MAGDALENA.

Yo, señor, procuraré
No tenerlas, por no darte
Pena, si es un triste parte
En sí de que no lo esté.

DUQUE.

Si te diviertes, bien puedes.

DOÑA MAGDALENA.

Yo procuraré servirte;

Y agora quiero pedirte,
Entre las muchas mercedes
Que me has hecho, una pequeña.

DUQUE.

Con condicion que se olvide
Aquesta tristeza, pide.

DOÑA MAGDALENA.

(Ap. Honra, el amor os despeña.)
El preso que te pedi
Libreses, y ya lo ha sido,
De todo punto ha querido
Favorecerse de mí:
Con solo esto, gran señor,
Parece que me ha obligado;
Y así, á mi cargo he tomado,
Con su aumento, tu favor.
Es hombre de buena traza,
Y tiene extremada pluma.

DUQUE.

Dime lo que quiere, en suma.

DOÑA MAGDALENA.

Quisiera entrar en la plaza
De secretario.

DUQUE.

Bien poco

Há que dásela pudiera;
Aun no há un cuarto de hora entera
Que está ocupada.

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)

Amor loco,

¡Muy bien despachado estais!
Vos perderéis por cobarde,
Pues acudistes tan tarde,
Que con alas no volais.

DUQUE.

Por orden del camarero
A un mancebo he recibido,
Que de Lisboa ha venido
Con aqste intento á Avero;
Y según lo que en él vi,
Muestra ingenio y suficiencia.

DOÑA MAGDALENA.

Si gusta vuestra Excelencia,
Ya que mi palabra di,
Y él está con esperanza
Que le he de favorecer;
Pues me manda responder
Al Conde y al de Berganza,
Sabiendo escribir tan mal,
Quisiera que se quedara
En palacio, y me enseñara;
Porque en mujer principal,
Falta es grande no saber
Escribir cuando recibe
Alguna carta, ó si escribe,
Que no se pueda leer.
Dándome algunas liciones,
Mas clara la letra haré.

DUQUE.

Alto, pues; lición te dé.
Con que enmiendes tus horrones;
Que en fin con ese ejercicio
La pena divertirás,
Pues la tienes porque estás
Ociosa; que el ocio es vicio.
Entre por tu secretario.

DOÑA MAGDALENA.

Las manos quiero besarte.

ESCENA XI.

CONDE. — Dichos.

CONDE.

Señor...

DUQUE.

Conde Don Duarte...

CONDE.

Con contento extraordinario

Vengo.

DUQUE.

¿Cómo?

CONDE.

El Rey recibe

Con gusto mi pretension,
Y sobre aquesta razon,
A vuestra Excelencia escribe.
Dice que se servirá
Su Majestad de que elija,
Para hourar mi casa, hija
De Vuexcelencia, y tendrá
Cuidado de aquí adelante
De hacerme merced.

DUQUE.

Yo estoy

Contento deso, y os doy
Nombre de hijo; aunque importante
Será que disimuleis,
Mientras Doña Serafina
Al nuevo estado se inclina;
Porque ya, Conde, sabeis,
Cuán pesadamente lleva
Esto de casarse agora.

CONDE.

Hará el alma, que la adora,
De su sufrimiento prueba.

DUQUE.

Yo haré las partes por vos
Con ella; perded recelos:
El Conde de Vasconcelos
Vendrá presto, y de las dos
Las bodas celebraré
Luego.

CONDE.

El esperar da pena.

DUQUE.

No esteis triste, Magdalena.

DOÑA MAGDALENA.

Yo, señor, me alegraré
Por dar gusto á Vuexcelencia.

DUQUE.

Vamos á ver lo que escribe
El Rey.

CONDE.

Quien espera, y vive,
Bien ha menester paciencia.
(Vanse el Duque y el Conde.)

ESCENA XII.

DOÑA MAGDALENA.

Con razon se llama amor
Enfermedad y locura;
Pues siempre el que ama procura,
Como enfermo, lo peor.
Ya teneis en casa, honor,
Quien la batalla os ofrece,
Y poco hará, me parece,
Cuando del alma os despoje;
Que quien el peligro escoge,
No es mucho que en él tropiece.
Los encendidos carbones
Tragó Porcia, y murió luego;
¿Qué haré yo, tragando el fuego,
Por callar, de mis pasiones?
Diréle, no por razones,
Sino por señas visibles,
Los tormentos invisibles
Que padezco por no hablar;
Porque mujer y callar
Son cosas incompatibles.
(Vase.)

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA, DON ANTONIO, un
PINTOR.

DOÑA JUANA.

Desde este verde arrayan,
Donde el sitio al amor hurtas,

Estos jazmines y murtas
Ser tus celosías podrán;
Pero que calles te aviso,
Y tendrá tu amor buen fin.

DON ANTONIO.

Ya sé que es mi serafín
Ángel deste paraíso;
Y yo, si acaso no siente,
Seré Adán echado dél.

DOÑA JUANA.

Yo haré que ensaye el papel
Aquí, para que esté enfrente
Del pintor y retratalla
Con mas facilidad pueda.
Vistiéndose de hombre queda,
Pues da en aquesto: á avisalla
Voy de que solo y cerrado
Está el jardín. Primo, adios. (Vase.)

DON ANTONIO.

Pintores somos los dos;
Ya yo el retrato he copiado,
Que me enamora y abraza.

PINTOR.

No entiendo ese pensamiento.

DON ANTONIO.

Naípe es el entendimiento,
Pues le llama tabla rasa
A mil pinturas sujeto
Aristóteles.

PINTOR.

Bien dices.

DON ANTONIO.

Las colores y matices
Son especies del objeto
Que los ojos que le miran
Al sentido comun dan;
Que es obrador donde están
Cosas que el ingenio admiran,
Tan solamente en bosquejo,
Hasta que con luz distinta
Las ilumina y las pinta
El entendimiento, espejo
Que á todas da claridad.
Pintadas las pone en venta;
Y para esto las presenta
A la reina voluntad,
Mujer de buen gusto y voto,
Que ama el bien perpetuamente,
Verdadero ó aparente,
Como no sea bien ignoto;
Que lo que no es conocido,
Nunca por ella es amado.

PINTOR.

Desa suerte lo ha enseñado
El filósofo.

DON ANTONIO.

Traído

De la pintura el caudal,
Todos los lienzos descoge,
Y entre ellos compra y escoge,
Una vez bien y otras mal:
Pónole el marco de amor,
Y como en verle se huelga,
En la memoria le cuelga
Que es su camarín mayor.
Del mismo modo miré
De mí Doña Serafina
La hermosura peregrina;
Tomé el pincel, bosquejé,
Acabó el entendimiento
De retratar su beldad,
Compróle la voluntad,
Guarnecióle el pensamiento
Que á la memoria le trajo,
Y viendo cuán bien salió,
Luego el pintor escribió:
Amor me fecit abajo.
¿Ves cómo pinta quien ama?

PINTOR.

Pues si ya el retrato tienes,

¿Por qué á retratalla vienes
Conmigo?

DON ANTONIO.

Aqueste se llama
Retrato espiritual;
Que la voluntad, ya ves
Que es solo espíritu.

PINTOR.

¿Pues?

DON ANTONIO.

La vista, que es corporal,
Para contemplar, el rato
Que estoy solo, su hermosura,
Pide agora á tu pintura
Este corporal retrato.

PINTOR.

No hay filosofía que iguale
A la de un enamorado.

DON ANTONIO.

Soy en amor graduado:
Mas oye, que mi bien sale. (Ocúltanse.)

ESCENA XIV.

DOÑA SERAFINA, con vestido negro
de hombre; DOÑA JUANA.—DICHOS.

DOÑA JUANA.

¿Que aquesto de veras haces?
¿Que en verte así no te ofendas?

DOÑA SERAFINA.

Fiestas de carnestolendas
Todas paran en disfraces.
Desécome entretener
Deste modo; no te asombre
Que apetezca el traje de hombre,
Ya que no lo puedo ser.

DOÑA JUANA.

Parécete de manera,
Que me enamoro de tí.
En fin, ¿esta noche es?

DOÑA SERAFINA.

Sí.

DOÑA JUANA.

A mí mas gusto me diera
Que te holgaras de otros modos,
Y no con representar.

DOÑA SERAFINA.

No me podrás tú juntar,
Para los sentidos todos
Los deleites que hay diversos,
Como en la comedia.

DOÑA JUANA.

Calla.

DOÑA SERAFINA.

¿Qué fiesta ó juego se halla,
Que no le ofrezcan los versos?
En la comedia los ojos
¿No se deleitan y ven
Mil cosas que hacen que estén
Olvidados sus enojos?

La música ¿no recrea
El oído, y el discreto
No gusta allí del conceto
Y la traza que desea?
Para el alegre, ¿no hay risa?
Para el triste, ¿no hay tristeza?
¿Para el agudo agudeza?

Allí el necio, ¿no se avisa?
El ignorante, ¿no sabe?
¿No hay guerra para el valiente,
Consejos para el prudente,
Y autoridad para el grave?
Moros hay si quieres moros;
Si apetezen tus deseos
Torneos, te hacen torneos;
Si toros, correrán toros.
¿Quieres ver los epítetos
Que de la comedia he hallado?
De la vida es un traslado,

Sustento de los discretos
Dama del entendimiento,
De los sentidos banquete,
De los gustos ramillete,
Esfera del pensamiento,
Olvido de los agravios,
Manjar de diversos precios,
Que mata de hambre á los necios
Y satisface á los sabios.
Mira lo que quieres ser
De aquestos dos bandos.

DOÑA JUANA.

Digo

Que el de los discretos sigo,
Y que me holgara de ver
La farsa infinito.

DOÑA SERAFINA.

En ella

¿Cuál es lo malo que sientes?

DOÑA JUANA.

Solo que tú representes.

DOÑA SERAFINA.

¿Por qué si solo han de vella
Mi hermana y sus damas? Calla;
De tu mal gusto me admiro.

DON ANTONIO. (Hablando aparte con el
Pintor desde el sitio donde se ocu-
taron.)

Suspense, las gracias miro
Con que habla: á retratalla
Comienza, si humana mano
Al vivo puede copiar
La belleza singular
De un serafín.

PINTOR.

Es humano;

Bien podré.

DON ANTONIO.

¿Pues no te admiras
De su vista soberana?

DOÑA SERAFINA.

El espejo, Doña Juana;
Tocaréme.

DOÑA JUANA. (Trayendo un espejo.)

Si te miras

En él, ten, señora, aviso,
No te enamores de tí.

DOÑA SERAFINA.

¿Tan hermosa estoy así?

DOÑA JUANA.

Temo que has de ser Narciso.

DOÑA SERAFINA.

¿Bueno! desta suerte quiero
Los cabellos recoger,
Por no parecer mujer
Cuando me quite el sombrero:
Pon el espejo. ¿A qué fin
Le apartas?

DOÑA JUANA.

Porque así impido
A un pintor que está escondido
Por copiarte en el jardín.

DOÑA SERAFINA.

¿Cómo es eso?

PINTOR.

¿Vive Dios,

Que aquella mujer nos vende!
Si el Duque acaso esto entiende,
Medrado habemos los dos.

DOÑA SERAFINA.

¿En el jardín hay pintor?

DOÑA JUANA.

Si: deja que te retrate.

DON ANTONIO.

¿Cielos! ¿hay tal disparate?

DOÑA SERAFINA.

¿Quién se atrevió á eso?

DOÑA JUANA. Amor,
Que, como en Chipre, se esconde
Enamorado de tí
Por retratarte.

DON ANTONIO.
Eso sí.

DOÑA JUANA. (Ap.)
¿Cuál estará agora el Conde!

DOÑA SERAFINA.
Humor tienes singular
Aquesta tarde.

PINTOR.
¿Ha de ser
El vestido de mujer
Con que la he de retratar,
O como agora está?

DON ANTONIO.
Sí,
Como está; porque se asombre
El mundo, que en traje de hombre
Un serafín ande así.

PINTOR.
Sacado tengo el bosquejo,
En casa le acabaré.

DOÑA SERAFINA.
Ya de tocarme acabé;
Quitar puedes el espejo.
¿No está bien este cabello?
¿Qué te parezco?

DOÑA JUANA.
Un Medoro.

DOÑA SERAFINA.
No estoy vestida de moro.

DOÑA JUANA.
No; mas pareces mas bello.

DOÑA SERAFINA.
Ensayemos el papel,
Pues ya estoy vestida de hombre.

DOÑA JUANA.
¿Cuál es de la farsa el nombre?

DOÑA SERAFINA.
La portuguesa cruel.

DOÑA JUANA.
En tí el poeta pensaba,
Cuando así la intituló.

DOÑA SERAFINA.
Portuguesa soy; cruel no.

DOÑA JUANA.
Pues á amor ¿qué le faltaba,
A no serlo?

DOÑA SERAFINA.
¿Qué crueldad
Has visto en mí?

DOÑA JUANA.
No tener
A nadie amor.

DOÑA SERAFINA.
¿Puede ser
El no tener voluntad
A ninguno, crueldad? di.

DOÑA JUANA.
¿Pues no?

DOÑA SERAFINA.
¿Y será justa cosa,
Por ser para otros piadosa,
Ser yo cruel para mí?

PINTOR.
Par diez, que ella dice bien.

DON ANTONIO.
¿Pobre del que tal sentencia
Está escuchando!

PINTOR.
Paciencia.

DON ANTONIO.
Mis tormentos me la dén.

DOÑA SERAFINA.
Déjame ensayar, acaba;
Verás cual hago un celoso.

DOÑA JUANA.
¿Qué papel haces?

DOÑA SERAFINA.
Famoso.
Un príncipe que sacaba
Al campo á reñir, por celos
De su dama, á un Conde.

DOÑA JUANA.
Pues
Comienza.

DOÑA SERAFINA.
No sé lo que es;
Pero escucha, y fingirélos. (Representa.)
Conde, vuestro atrevimiento
A tal término ha venido,
Que ya la ley ha rompido
De mi honrado sufrimiento.
Espantado estoy, por Dios,
De vos, y de Celia bella:
De vos, porque hablais con ella;
Della, porque os oye á vos;
Que supuesto que saheis
Las conocidas ventajas,
Que hace á vuestras prendas bajas
El valor que conoceis
En mí, desacato ha sido:
En vos por haberla amado,
Y en ella, por haber dado
A vuestro amor loco, oído.—
Oye. — No hay satisfacciones,
Que serán intentos vanos;
Pues como no teneis manos,
Querréis vencerme á razones.
Haga vuestro esfuerzo alarde,
Acábense mis recelos;
Que no es bien que me dé celos
Un hombre que es tan cobarde.

(Echa mano.)

Muestra tu valor agora,
Medroso, infame enemigo;
Muere.

DOÑA JUANA.
¿Ay! ten; que no es conmigo
La pesadumbre, señora.

DOÑA SERAFINA.
¿Qué te parece?

DOÑA JUANA.
Temí.

DOÑA SERAFINA.
Enojéme.

DOÑA JUANA.
¿Pues qué hicieras,
A ser los celos de veras,
Si te enojas siendo así?

DON ANTONIO.
¿Hay celos con mayor gracia!

PINTOR.
Estoy mirándola loco.
¿Donaire extraño!

DOÑA JUANA.
Por poco
Sucediera una desgracia:
De verte tuve temor;
Un valenton bravo has hecho.

DOÑA SERAFINA.
Oye agora. Satisfecho
De mi dama y de su amor,
Del enojo que la di,
Muy á lo tierno la pido
Me perdone arrepentido.

DOÑA JUANA.
Eso será bueno: di.

DOÑA SERAFINA. (Representa.)
Los celos me son testigos,
Si el enojo que te he dado,

Al alma no me ha llegado.
Mi bien, seamos amigos:
Basta; no haya mas enojos.
Pues yo propio me castigo;
Vuelvan á jugar conmigo
Las dos niñas desos ojos:
Quítad el ceño, no os note
Mi amor, niñas soberanas;
Que dirá que sois villanas,
Viéndoos andar con capote.
¿De qué sirve ese desden,
Mi gloria, mi luz, mi cielo,
Mi regalo, mi consuelo,
Mi paz, mi gloria, mi bien?
¿Que no me quieréis mirar?
¿Que esto no te satisfaga!
Mátame; toma esa daga;
Mas no me querrás matar;
Que aunque te enojos, yo sé
Que en mí tu gusto se emplea.
No haya mas, mi Celia, ea;
Mira que me enojaré.

(Va abrazar á Doña Juana.)
Como te adoro, me atrevo;
No te apartes, no te quites.

DOÑA JUANA.
Pasito, que te derrites;
De nieve te has vuelto sebo:
Nunca has sido, sino agora,
Portuguesa.

DON ANTONIO.
¿Ay cielo santo!
¿Quien la dijera otro tanto
Como ha dicho!

DOÑA JUANA.
Di, señora:
¿Es posible que quien siente
Y hace así un enamorado,
No tenga amor?

DOÑA SERAFINA.
No me ha dado
Hasta agora ese accidente,
Porque su provecho es poco,
Y la pena que da es mucha.
Aqueste romance escucha;
¿Verás cuán bien finjo un loco?

(Representa.)
¿Que se casa con el Conde,
Y me olvida Celia? ¡Cielos!
Pero mujer y mudanza
Tienen un principio mesmo.
¿Qué se hicieron los favores,
Que cual flores prometieron
El fruto de mi esperanza?
Mas fueron flores de alimandro:
Un cierto las ha secado.
Loco estoy, matarme quiero;
Piérdase tambien la vida
Pues ya se ha perdido el seso.
Mas no; vamos á las bodas;
Que razon es, pensamiento,
Pues que la costa pagamos,
Que á mi costa nos holguemos.
En la aldea se desposan
Los dos á lo villanesco;
Que pues se casa en aldea,
Villano su amor ha vuelto:
Celos, vólemos allá.
Pues teneis alas de fuego.
A lindo tiempo llegamos,
Desde aquí verla podemos.
Ya salen los convidados,
El tamboril toca el tiempo.
Porque á su son bailan todos;
Pues ellos bailan, bailemos.
Va: Peranton, peranton.... (Baila.)
Haced mudanzas, desos,
Pues vuestra Celia las hace:
Tocá, Pero Sastre, el viejo,
Pues que la villa lo paga.
Ya se entraron allá dentro,

Ya quieren dar colacion :
La capa del sufrimiento
Me rebozará ; que así (Rebózase.)
Podré llegar encubierto ,
Y arrimarme á este rincon ,
Como mis merecimientos .
Avellanas y tostones !
Dan á todos . ¡Hola ! ; Ah necios !
Llegad , tomaré un puñado . —
¿Yo necio ? Mentis . — ¿Yo miento ?
Tomad . — ¿A mi bofetón ?
Muera . — Ténganse . ¿Qué es esto ? —

No fué nada . — Sean amigos . —
Yo lo soy . — Yo serlo quiero . —
Ya ha llegado el señor cura .
Por muchos años y buenos
Se regocije esta casa
Con bodas y casamientos . —
Por virtù de su mercé ,
Señor cura : aquí hay asiento . —
Eso no . — Tome esta silla
De costillas . — No haré , cierto —
Digo que la ha de tomar . —
Este escaño estaba bueno ;
Mas por no ser porfiado . . . —
Ya se ha arrellanado el viejo .
Echá vino , Hernán Alonso ,
Beba el cura , y vaya arreo . —
¡Oh cómo sabe á la pega ! —
También , Celia , sabe á celos .
Ya es hora del desposorio ;
Todos están en pié puestos ,
Los novios y los padrinos
Enfrente , y el cura en medio . —
Fabio , ¿queréis por esposa
A Celia hermosa ? — Sí quiero . —
Vos , Celia , ¿queréis á Fabio ? —
Por mi esposo y por mi dueño . —
¡Oh perros ! ; en mi presencia !
El príncipe Pinabelo
Soy , muéran los desposados ,
El cura , la gente , el pueblo . —
¡Ay que nos mata ! — Pegadles ,
Cielos míos , vuestro incendio :
Pues Sansón me he vuelto , muera
Sansón con los Filisteos ;
Que no hay quien pueda resistir el fuego .
Cuando le enciende amor y soplan celos .

DOÑA JUANA .
;Pecadora de mí : tente !
Que no soy Celia , ni Cielo ,
Para airarte contra mí .

DOÑA SERAFINA .
Encendime , te prometo ,
Como Alejandro lo hacia ,
Llevado del instrumento
Que aquel músico famoso
Le tocaba .

DON ANTONIO .
;Pudo el cielo
Juntar mas donaire y gracia
Solamente en un sugeto ?
;Dichoso quien , aunque muera ,
Le ofrece sus pensamientos !

DOÑA JUANA .
Diestra estás ; muy bien lo dices .

DOÑA SERAFINA .
Ven , Doña Juana ; que quiero
Vestirme sobre este traje
El mio , hasta que sea tiempo
De representar .

DOÑA JUANA .
A fe ,
Que se ha de holgar en extremo
Tu melancólica hermana .

DOÑA SERAFINA .
Entretenerla deseo .

(Vanse las dos.)

ESCENA XV.

DON ANTONIO, EL PINTOR.

PINTOR.

Ya se fuéron .
DON ANTONIO .
Ya quedé
Con su ausencia triste y ciego .

PINTOR.

En fin , ¿quieres que de hombre
La pinte ?

DON ANTONIO.

Sí ; que desco
Contemplar en este traje
Lo que agora visto habemos ;
Pero truécala el vestido .

PINTOR.

¿Pues no quieres que sea negro ?

DON ANTONIO.

Dará luto á mi esperanza ;
Mejor es color de cielos
Con oro , y pondrán en él
Oro amor y azul mis celos .

PINTOR.

Norabuena.

DON ANTONIO.

¿Para cuándo
Me le tienes de dar hecho ?

PINTOR.

Para mañana sin falta.

DON ANTONIO.

No repares en el precio ;
Que no trajera amor desnudo el cuerpo ,
A ser interesable y avariento . (Vanse.)

Habitacion de Doña Magdalena.

ESCENA XVI.

DOÑA MAGDALENA, MIRENO.

DOÑA MAGDALENA.

Mi maestro habeis de ser
Desde hoy .

MIRENO.

¿Qué ha visto en mí ,
Vuestra Excelencia , que así
Me procura engrandecer ?
Dará lición al maestro
El discípulo desde hoy .

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)

¿Qué claras señales doy
Del ciego amor que le muestro !

MIRENO. (Ap.)

¿Qué hay que dudar , esperanza ?
Esto ¿no es tenerme amor ?
Digalo tanto favor ,
Muéstrole tanta privanza .
Vergüenza , ¿porqué impedís
La ocasion que el cielo os da ?
Daos por entendido ya .

DOÑA MAGDALENA.

Como tengo , Don Dionis ,
Tanto amor

MIRENO. (Ap.)

Ya se declara ,
;Ya dice que me ama , cielos !

DOÑA MAGDALENA.

Al conde de Vasconcelos pié ,
Antes que venga , gustara ,
No solo hacer buena letra ,
Pero saberle escribir ,
Y por palabras decir
Lo que el corazon penetra ;
Que el poco uso que en amar
Tengo , pide que me adiestre
Esta experiencia , y me muestre
Cómo podré declarar

Lo que tanto al alma importa ,
Y el amor mismo me encarga ;
Que soy en quererle larga ,
Y en significarlo corta .
En todo os tengo por diestro ;
Y así , me habeis de enseñar
A escribir , y á declarar
Al Conde mi amor , maestro .

MIRENO. (Ap.)

¿Luego no fué en mi favor ,
Pensamiento lisonjero ,
Sino porque sea tercero
Del Conde ? ¿Veis , loco amor ,
Cuán sin fundamento y fruto
Torres habeis levantado
De quimeras , que ya han dado
En el suelo ? Como el bruto
En esta ocasion he sido ,
En que la estatua iba puesta ,
Haciéndola el pueblo fiesta ,
Que loco y desvanecido
Creyó que la reverencia ,
No á la imagen que traía ,
Sino á él solo se hacia ;
Y con brutal impaciencia
Arrojalla de sí quiso ,
Hasta que se apaciguó
Con el castigo , y cayó
Confuso en su necio aviso .
¿Así el favor corresponde ?
Con que me he desvanecido ?
Basta : que yo el bruto he sido ,
Y la estatua es solo el Conde .
Bien puedo desentonarme ,
Que no es la fiesta por mí .

DOÑA MAGDALENA.

(Ap. Quise deslumbrarle así ;
Que fué mucho declararme.)
Mañana comenzareis ,
Maestro , á darme lición .

MIRENO.

Servirte es mi inclinacion.

DOÑA MAGDALENA.

Triste estais.

MIRENO.

¿Yo ?

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué teneis ?

MIRENO.

Ninguna cosa.

DOÑA MAGDALENA.

(Ap. Un favor
Me manda amor que le dé.)
(Tropieza , y da la mano á Mireno.)

¿Válgame Dios ! Tropecé
(Ap. Que siempre tropieza amor.)
El chapin se me torció .

MIRENO.

(Ap. ; Cielos ! ¿hay ventura igual ?)
¿Hízose acaso algun mal
Vue Excelencia ?

DOÑA MAGDALENA.

Creo que no.

MIRENO. (Ap.)

;Que la mano la tomé !

DOÑA MAGDALENA.

Sabed que al que es cortesano ,
Le dan al darle la mano ,
Para muchas cosas pié . (Vase.)

MIRENO.

«Le dan , al darle la mano ,
Para muchas cosas pié !»
De aquí , ¿qué colegiré ?
Decid , pensamiento vano :
En aquesto ¿pierdo ó gano ?
¿Qué confusion , qué recelos
Son aquestos ? Decid , cielos ,
¿Esto no es amor ? Mas no ,

Que llevo la estatua yo
Del conde de Vasconcelos.
¿Pues qué enigma me darne pié
La que su mano me ha dado?
Si solo el Conde es amado,
¿Qué es lo que espero? ¿Qué sé?
Pié ó mano, decid, ¿por qué
Dais materia á mis desvelos?
Confusion, amor, recelos,
¿Soy amado? Pero no,
Que llevo la estatua yo
Del conde de Vasconcelos.
El pié que me dió, será
Pié para darla lición,
En que escriba la pasión
Que el Conde y su amor la da.
Vergüenza, sufrí y callá;
Bajad ya, atrevidos vuelos,
Vuestra ambición, si á los cielos
Mi desatino os subió;
Que llevo la estatua yo
Del conde de Vasconcelos.

ACTO TERCERO.

Sala de una casa de labrador.

ESCENA PRIMERA.

LAURO; RUY LORENZO, de pastor.

RUY.

Si la edad y la prudencia
Ofrece en la adversidad,
Lauro discreto, paciencia;
Vuestra prudencia y edad
Pueden hacer la experiencia.
Dejad el llanto prolijo;
Que si vuestro ausente hijo
Es causa que lloreis tanto,
El convertirá ese llanto
Brevemente en regocijo.
Su virtud misma procura
Honrar vuestra senectud,
Y hacer su dicha segura;
Que siempre fué la virtud
Principio de la ventura;
Y pues la tiene por madre,
No es bien que ese llanto os cuadre.

LAURO.

Eso mis males lo vedan,
Porque los hijos heredan
Las desdichas de su padre.
No le he dejado otra herencia
Si no es la desdicha mía,
Que era el muro que tenía
Mi vejez.

RUY.

¿Esa es prudencia?

Si por trabajos un hombre
Es bien que llore y se asombre,
¿Quién los tiene mas que yo,
A quien el cielo quitó
Honra, patria, hacienda y nombre?
Un hijo solo perdeis,
Aunque no en las esperanzas
Que de gozalle teneis;
Pero yo con las mudanzas,
Que de mi vida sabeis,
¿Cuándo veré que el furor
Del tiempo y de su rigor
Dejará de hacerme ultraje,
Despreciado en este traje,
Y con nombre de traidor?
Consoladme vos á mí,
Pues es mas lo que perdí.

LAURO.

¿Mas que un hijo habeis perdido?

RUY.

El honor ¿no es preferido
A la vida y hijos?

LAURO.

Si.

RUY.

Pues si no tengo esperanza
De dar á mi honor remedio,
Mas pierdo.

LAURO.

En una venganza
No es bien que se tome medio,
Deshonrado: el que la alcanza
Con medios que injustos son,
Cuando mas vengarse intenta,
Queda con mayor afrenta,
Dando color de traición;
Porque ese color presenta (1)
El contrahacer firma y sello
Del Duque para matar
Al Conde, pudiendo hacello
De otro modo, y no manchar
Vuestro honor por socorrello.
Y pues parece castigo
El que os da el tiempo enemigo,
Justo es que estéis consolado,
Pues padeceis por culpado;
Pero lo que usa conmigo
Mi desdicha, es diferente;
Pues aunque no lo merezco,
Me castiga.

RUY.

Un hijo ausente

No es gran daño.

LAURO.

El que padezco
Tantos años inocente,
Os diré, si los ajenos
Daños hacen que sean ménos
Los propios males.

RUY.

No son

De aquesa falsa opinion
Los generosos y buenos;
Porque el prudente y discreto
Siente el daño ajeno tanto
Como el propio.

LAURO.

Si secreto

Me guardais, diráos mi llanto
Su historia.

RUY.

Yo os le prometo;

Mas llorar un hijo ausente
Un hombre, es mucha flaqueza.

LAURO.

Pierdo, con perdelle, mucho.

RUY.

¿Qué mas extremos hicieras,
A tener tú mis desdichas?

LAURO.

¿Ay Dios! Si quien soy supieras,
¿Cómo todas tus desgracias
Las juzgaras por pequeñas!

RUY.

Ese enigma me declara.

LAURO.

Pues con ese traje quedas
En el lugar de mi hijo,
Escucha mi suerte adversa.
Yo, Ruy Lorenzo, no soy
Hijo destas asperezas,
Ni el traje que tosco ves,
Es mi natural herencia:
No es de Lauro mi apellido,
Ni mi patria aquesta sierra,
Ni jamas mi sangre noble
Supo cultivar la tierra.
Don Pedro de Portugal
Me llaman, y de la cepa
De los reyes lusitanos
Desciendo por linea recta.
El rey Don Duarte fué

(1) Suplido.

Mi hermano, y el que ahora reina
Es mi sobrino.

RUY.

¿Qué escucho?

Duque de Coimbra, deja
Que sellen tus piés mis labios,
Y que mis desdichas tengan
Fin, pues con las tuyas son
O ningunas ó pequeñas.

LAURO.

Alza del suelo y escucha,
Si acaso tienes paciencia
Para saber los vaivenes
De la fortuna y su rueda.
Murió el rey de Portugal,
Mi hermano, en la primaver
De su juventud lozana;
Mas la muerte, ¿qué no seca?
De seis años dejó un hijo,
Que agora, ya hombre, intenta
Acabar mi vida y honra;
Y dejónos la tutela
Y el gobierno destos reinos
Solos á mí y á la reina.
Muerto el Rey, sobre el gobierno
Hubo algunas diferencias
Entre mí y la Reina viuda;
Porque jamás la soberbia
Supo admitir compañía
En el reinar, y las lenguas
De envidiosos lisonjeros
Siempre disensiones siembran.
Metióse el rey de Castilla
De por medio, porque era
La Reina su hermana: en fin,
Nuestros enojos concierta
Con que rija en Portugal
La mitad del reino y tenga
En su poder al infante.
Vine en esta conveniencia;
Mas no por eso cesaron
Las envidias y sospechas,
Hasta alborotar el Reino
Asomos de armas y guerras.
Pero cesó el alboroto
Porque, aunque era moza y bella
La Reina, un mal repentino
Dió con su ambición en tierra.
Murió en fin; gocé el gobierno
Portugues sin competencia,
Hasta que fué Alfonso quinto
De bastante edad y fuerzas.
Casele con una hija
Que me dió el cielo, Isabela
Por nombre, aunque desdichada;
Pues ni la estima ni precia.
Juntáronse al Rey mozo
Mil lisonjeros, que cierran
A la verdad en palacio.
Como es costumbre, las puertas.
Entre ellos un mi enemigo,
De humilde naturaleza,
Vasco Fernandez por nombre,
Gozó la privanza excelsa:
Y queriendo derribarme
Para asegurarse en ella,
A mi propio hermano induce,
Y para engañarle, ordena
Hacerle entender que quiero
Levantarme con sus tierras,
Y combatirle á Berganza,
Siendo duque por mí della.
Creyólo, y ambos á dos
Al nuevo Rey aconsejan,
Si quiere gozar seguro
Sus Estados, que me prenda;
Para lo cual alegaban,
Que dí la muerte con yerbas
A Doña Leonor su madre,
Y que con traiciones nuevas
Quitalle intentaba el reino,

Pidiendo al de Inglaterra
Socorro, con cartas falsas,
En que mi firma le enseñan.
Creyólo, desposeyóme
De mi Estado y las riquezas
Que en el gobierno adquirí:
Llévome á una fortaleza,
Donde sin bastar los ruegos,
Ni lágrimas de Isabela
Mi hija y su esposa, manda
Que me corten la cabeza.
Supe una noche propicia
El rigor de la sentencia,
Y ayudándome el temor,
Las sábanas hechas vendas,
Me descolgué de los muros,
Y en aquella noche mesma
Di aviso, que me siguiese,
A mi esposa la Duquesa.
Supo el Rey mi fuga, y manda
Que al son de roncás trompetas
Me publiquen por traidor,
Dando licencia á cualquiera
Para quitarme la vida,
Poniendo mortales penas
A quien, sabiendo de mi,
No me lleve á su presencia.
Temí el rigor del mandato;
Y como en la suerte adversa
Huye el amistad, no quise
Ver en ellos su experiencia.
Llegamos hasta estos montes,
Donde de parto y tristeza
Murió mi esposa querida,
Y un hijo hermoso me dejó,
Que en este traje criado,
Comprando ganado y tierras,
Y hecho de duque pastor,
Há ya veinte primaveras
Que han dado flores á mayo,
Verba al prado y á mi penas,
Que el estado en que me ves
Conserve; mas todo fuera
Poco, á no perder la vista
Del hijo en cuya presencia
Olvídaba mis trabajos.
Mira si es razón que sienta
La falta que á mi vejez
Hace su vista, y que pierda
La vida, que ya se acaba,
Entre lágrimas molestas.

RUY.

Notables son los sucesos
Que en el mundo representa
El tiempo caduco y loco,
Autor de tantas tragedias.
La tuya, famoso Duque,
Hace que olvide mis penas;
Mas yo espero en Dios que presto
Daré fortuna la vuelta.
Bien claras señales daba
De tu hijo la presencia;
Que cual ceniza el sayal
Las llamas de su nobleza
Encubría: quiera el cielo
Que rico y próspero vuelva
A consolarte.

ESCENA II.

VASCO, BATO. — Dichos.

BATO.

Nuestro amo,
Con cinco carros de leña
Vamos á Ayero. ¿Manda algo
Para allá?

LAURO.

Bato, que vengas
Presto.

BATO.

¿No quiere mas?

LAURO.

No.

BATO.

Pues yo sí, porque quisiera
Que á cuenta de mi soldada
Ocho veintenes me diera
Para una cofia de pinos,
Que me ha pedido Firela.

LAURO.

Ven por ellos.

BATO.

En mi tarja
Nueve rayas tengo hechas,
Porque otros cinco tostones
Debo no mas.

LAURO.

¿Qué simpleza!

(Vanse Lauro y Bato.)

ESCENA III.

RUY LORENZO, VASCO.

VASCO.

¿No podría yo ir allá?

RUY.

No, Vasco amigo, si intentas
No perderte; que ya sabes
Nuestro peligro y afrenta.

VASCO.

¿Hasta cuándo quieres que ande
En esta vida grosera,
De mis calzas desterrado?
Vuélveme, señor, á ellas,
Y librame de un mastin
Que anoche desde la puerta
De Melisa me llevó
Dos cuarterones de pierna.

RUY.

¿Pues qué hacías tú de noche
A su puerta?

VASCO.

Hay cosas nuevas.

Si aquí es el amor quillotro,
Quillotrado estoy por ella:
Ilizome ayer un favor
En el valle.

RUY.

¿Y fué?

VASCO.

(Que tiesa)

Me dió un pellizco en un brazo,
Terrible, y me hizo señas
Con el ojo zurdo.

RUY.

¿Y ese

Es buen favor?

VASCO.

¿Linda flemma!

Así se imprime el carácter
Del amor en las aldeas. (Vanse.)

Salon en el palacio.

ESCENA IV.

MIRENO, TARSO.

TARSO.

¿Mas muestras quieres que dé,
Que decirte: «Al cortesano
Le dan, al dale la mano,
Para muchas cosas pié»?
¿Puede decirlo mas claro
Una mujer principal?
¿Qué aguardabas, pese á tal,
Amante corto y avaro
(Que ya te daré este nombre),
Pues no te osas atrever?
¿Esperas que la mujer
Haga el oficio del hombre?

¿En qué especie de animales
No es la hembra festejada,
Perseguida y paseada
Con amorosas señales?
A sollicita empieza:
Que lo demas, es querer
El órden sabio romper
Que puso naturaleza.
Habla; no pierdas por mudo
Tal mujer y tal estado.

MIRENO.

Un laberinto intrincado
Es, Tarso, el que temo y dudo:
No puedo determinarme,
Que me prefieran los cielos
Al Conde de Vasconcelos:
Pues llegando á compararme
Con él, sé que es gran señor,
Mozo, discreto, heredero
De Berganza; y desespero,
Viéndome humilde pastor,
Rama vil de un tronco pobre,
Y que tan noble mujer
No es posible quiera hacer
Mas favor que al oro, al cobre.
Mas despues el alcion
Con que me honra y favorece,
Las mercedes que me ofrece,
Su afable conversacion,
El suspenderse, el mirar,
Los enigmas y rodeos
Con que explica sus deseos,
El fingir un tropezar
(Si es que fué fingido), el darme
La mano, con la razon
Que me tiene en confusion,
Se juntan para animarme;
Y entre esperanza y temor,
Como ya, Brito, me abraso,
Llego á hablalla, tengo el paso;
Tira el miedo, impele amor;
Y cuando mas me provoca
Y á hablalla el alma comienza,
Enojada la vergüenza
Llega y tápame la boca.

TARSO.

¿Vergüenza? ¿Tal dice un hombre?
¿Vive Dios, que estoy corrido
Con razon de haberte oido
Tal necesidad! No te asombré
Que así llame á tu temor,
Por no llamarle locura.
¿Miren aquí qué criatura,
O qué doncella Teodor,
Para que con este espacio
Diga que vergüenza tiene!
No sé yo para qué viene
El vergonzoso á palacio.
Amor vergonzoso y nudo
Medrará poco, señor,
Que á tener vergüenza amor,
No le pintaran desnudo.
No hayas miedo que se ofenda
Cuando digas tus anteojos:
Vendados tiene los ojos;
Pero la boca sin venda.
Habla, ó yo se lo diré;
Porque si callas, es llano
Que quien te dió pié en la mano,
Tiene de dejarte á pié.

MIRENO.

Ya, Brito, conozco y veo
Que amor que es mudo, no es cuerdo;
Pero si por hablar pierdo
Lo que callando poseo,
Y agora con mi privanza
Y imaginar que me tiene
Amor, vive y se entretiene
Mi incierta y loca esperanza,
Y declarando mi amor,
Tengo de ver en mi daño

El castigo y desengaño,
¿Qué espero de su rigor?
No es mucho mas acertado,
Aunque la lengua sea muda,
Gozar un amor en duda,
Que un desden averiguado?
Mi vergüenza esto señala,
Esto intenta mi secreto.

TARSO.

Dijo una vez un discreto
Que en tres cosas era mala
La vergüenza y el temor.

MIRENO.

¿Y eran?

TARSO.

Escucha despacio:
En el púlpito, en palacio,
Y en decir uno su amor.
En palacio estás, los cielos
Te abren camino anchuroso;
No pierdas por vergonzoso.

MIRENO.

Si al conde de Vasconcelos
Ama, ¿cómo puede ser?

TARSO.

No lo creas.

MIRENO.

Si lo veo,
Y ella lo dice.

TARSO.

Es rodeo
Y traza para saber
Si amas; á hablarla comienza,
Que, par Dios, si la perdemos,
Que al monte volver podemos
A segar.

MIRENO.

Si la vergüenza
Me da lugar, yo lo haré,
Aunque pierda vida y fama.

ESCENA V.

DOÑA JUANA.—DICHOS.

DOÑA JUANA.

Mirad, Don Dionis, que os llama
Mi señora...

MIRENO.

Luego irá.

TARSO.

Ánimo.

MIRENO. (Ap.)

¿Qué confusion
Me entorpece y acobarda?

DOÑA JUANA.

Venid presto, que os aguarda. (Vase.)

TARSO.

Desenvuelve el corazón:
Háblala, señor, despacio.

MIRENO.

Tiemblo, Brito.

TARSO.

Esto es forzoso.
Bien dicen que al vergonzoso
Le trujo el diablo á palacio.

Habitación de Doña Magdalena.

ESCENA VI.

DOÑA MAGDALENA.

Ciego Dios, ¿qué os avergüenza
La cortedad de un temor?
De cuando acá, niño amor,
Sols hombre y teneis vergüenza?
¿Es posible que vivis
En Don Dionis, y que os llama
Su dios? Si: pues si me ama,
¿Cómo calla Don Dionis?

Decláreme sus enojos,
Pues callar un hombre es mengua;
Digame una vez su lengua
Lo que me dicen sus ojos.
Si teme mi calidad
Su bajo y humilde estado,
Bastante ocasion le ha dado
Mi atrevida libertad.
Ya le han dicho que le adoro
Mis ojos, aunque fué en vano:
La lengua al dalle la mano,
A costa de mi decoro,
Ya abrió el camino que pudo
Mi vergüenza: ciego infante,
Ya que me habeis dado amante,
¿Porqué me le entregais mudo?
Mas no me espanto lo sea,
Pues tanto amor me humilló;
Que aun diciéndoselo yo,
Podrá ser que no lo crea.

ESCENA VII.

DOÑA JUANA.—DOÑA MAGDALENA.

DOÑA JUANA.

Don Dionis, señora, viene
A darte licion.

(Vase.)

DOÑA MAGDALENA.

A dar

Licion vendrá de callar,
Pues aun palabras no tiene.
De suerte me trata amor,
Que mi pena no consiente
Mas silencio; abiertamente
Le declararé mi amor
Contra el comun orden y uso;
Mas tiene de ser de modo,
Que diciéndoselo todo,
Le he de dejar mas confuso.

(Siéntase en una silla, y finge que duerme.)

ESCENA VIII.

MIRENO.—DOÑA MAGDALENA.

MIRENO.

¿Qué me manda Vuexcelencia?
¿Es hora de dar licion?

(Ap. Ya comienza el corazon
A temblar en su presencia.
Pues que calla, no me ha visto:
Sentada sobre la silla,
Con la mano en la mejilla
Está.)

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)

En vano me resisto:
Yo quiero dar á entenderme,
Como que dormida estoy.

MIRENO.

Don Dionis, señora, soy.—
No me responde. ¿Si duerme?
Durmiendo está. Atrevimiento,
Agora es tiempo: llegad
A contemplar la beldad
Que ofusca mi entendimiento.
Cerrados tiene los ojos,
Llegar puedo sin temor;
Que si son flechas de amor,
No me podrán dar enojos.
Hizo el autor soberano
De nuestra naturaleza
Mas acabada belleza?
Besarla quiero una mano.
¿Llegaré? Si: pero no,
Que es la reliquia divina,
Y mi humilde boca inclina
De tocarla. Pero yo
Soy hombre ¡y tiemblo! ¿Qué es esto?
Ánimo. ¿No duerme? Si.

(Llega, y se retira.)

Voy. ¿Si despierta? ¡Ay de mí!

Que el peligro es manifesto,
Y moriré si recuerda,
Hallándome deste modo:
Para no perderlo todo,
Bien es que esto poco pierda.
El temor al amor venza:
Afuera quiero esperar.

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)

¿Que no se atrevió á llegar!
¿Mal haya tanta vergüenza!

MIRENO.

No parezco bien aquí
Solo, pues durmiendo está.
Yo me voy.

DOÑA MAGDALENA.

(Ap. ¿Que al fin se va?)
(Fingiendo que habla dormida.)
Don Dionis...

MIRENO.

¿Llamóme? Si.

¿Qué presto que despertó!
Miren, ¿qué bueno quedara
Si mi intento ejecutara!
¿Está despierta? Mas no,
Que en sueños pienso que acierta
Mi esperanza entretenida;
Y quien me llama dormida,
No me quiere mal despierta.
¿Si acaso soñando está
En mí? ¡Ay cielos! ¿quién supiera
Lo que dice?

DOÑA MAGDALENA.

No os vais fuera;
Llegáos, Don Dionis, acá.

MIRENO.

Llegar me manda en su sueño.
¿Qué venturosa ocasion!
Obdecella es razon;
Pues aunque duerme, es mi dueño.
Amor, acabad de hablar;
No seais corto.

DOÑA MAGDALENA.

Don Dionis,

Ya que á enseñarme venis
A un tiempo á escribir y amar
Al conde de Vasconcelos...

MIRENO.

¡Ay celos! ¿qué es lo que veis?

DOÑA MAGDALENA.

Quisiera ver si sabeis
Qué es amor y qué son celos:
Porque será cosa grave,
Que ignorante por vos quede,
Pues que ninguno otro puede
Enseñar lo que no sabe.
Decidme, ¿teneis amor?
¿De qué os poneis colorado?
¿Qué vergüenza os ha turbado?
Responded, dejá el temor;
Que el amor es un tributo
Y una deuda natural,
En cuantos viven, igual
Desde el ángel hasta el bruto.
Si esto es verdad, ¿para qué
Os avergonzáis así?
¿Quereis bien?—Señora, si.—
¿Gracias á Dios, que os saqué
Una palabra siquiera!

MIRENO.

¿Hay sueño mas amoroso?
¿Oh mil veces venturoso.
Quien le escucha y considera!
Aunque tengo por mas cierto,
Que yo solamente soy
El que soñándolo estoy;
Que no debo estar despierto.

DOÑA MAGDALENA.

¿Y habeis dicho á vuestra dama
Vuestro amor?—No me he atrevido.—

¿Luego nunca lo ha sabido?—
Como el amor todo es llama,
Bien lo habrá echado de ver
Por los ojos lisonjeros,
Que son mudos pregoneros.—
La lengua tiene de hacer
Ese oficio; que no entiendo
Distintamente quien ama,
Esa lengua que se llama
Algarabía de allende.
¿No os ha dado ella ocasión
Para declararos?—Tanta,
Que mi cortedad me espanta.—
Hablad, que esa suspensión
Hace á vuestro amor agravio.—
Temo perder por hablar,
Lo que gozo por callar.—
Eso es necesidad; que un sabio
Al que calla y tiene amor,
Compara á un lienzo pintado
De Flándes, que está arrollado.
Poco medrará el pintor
Si los lienzos no descoge
Que al vulgo quiere vender,
Para que los pueda ver.
El palacio nunca acoge
La vergüenza: esa pintura
Desdoblada, pues que se vende;
Que el mal que nunca se entiende,
Difícilmente se cura.—
Sí; mas la desigualdad
Que hay, señora, entre los dos,
Me acobarda.—Amor, ¿no es dios?—
Sí señora.—Pues hablad;
Que sus absolutas leyes
Saben abatir monarcas,
E igualar con las abarcas
Las coronas de los reyes.
Yo os quiero ser medianera:
Decidme á mí á quién amais.—
No me atrevo.—¿Qué dudais?
Soy mala para tercera?—
No; pero temo, ¡ay de mí!—
¿Y si yo su nombre os doy?
¿Diréis si es ella, si soy
Yo acaso?—Señora, sí.—
¿Acabrá yo de hablar!
Mas que sé que os causa celos
El Conde de Vasconcelos?—
Háceme desesperar;
Que es, señora, vuestro igual
Y heredero de Berganza.—
La igualdad y semejanza
No está en que sea principal,
O humilde y pobre el amante;
Sino en la conformidad
Del alma y la voluntad.
Declaráos de aquí adelante,
Don Dionis: á esto os exhorto;
Que en juegos de amor no es cargo
Tan grande un cinco de largo,
Como es un cinco de corto.
Días há que os preferí
Al Conde de Vasconcelos.
MIRENO.
¿Qué escucho, piadosos cielos!
(Da un grito Mireno, y hace que des-
pierta Doña Magdalena.)
DOÑA MAGDALENA.
¿Ay Jesus! ¿Quién está aquí?
¿Quién os trajo á mi presencia,
Don Dionis?
MIRENO.
Señora mía...
DOÑA MAGDALENA.
¿Qué hacéis aquí?
MIRENO.
Yo venia
A dar á vuestra Excelencia
Lición; halléla durmiendo,
Y miéntas que despertaba,
quí, señora, aguardaba.

DOÑA MAGDALENA.
Dormíme, en fin, y no entiendo
De qué pudo sucederme;
Que es gran novedad en mí
Quedarme dormida así. (Levántase.)
MIRENO.
Si sueña, siempre que duermes
Vuestra Excelencia, del modo
Que agora, ¡dichoso yo!
DOÑA MAGDALENA. (Ap.)
¡Gracias al cielo que hablo
Este mudo!
MIRENO. (Ap.)
Tiemblo todo.
DOÑA MAGDALENA.
¿Sabeis vos lo que he soñado?
MIRENO.
Poco es menester saber
Para eso.
DOÑA MAGDALENA.
Debeis de ser
Otro José.
MIRENO.
Su traslado
En la cortedad he sido,
Pero no en adivinar.
DOÑA MAGDALENA.
Acabad de declarar
Cómo el sueño habeis sabido.
MIRENO.
Durmiendo vuestra Excelencia,
Por palabras le ha explicado.
DOÑA MAGDALENA.
¡Válame Dios!
MIRENO.
Y he sacado
En mi favor la sentencia,
Que falta ser confirmada,
Para hacer mi dicha cierta,
Por Vuexcelencia despierta.
DOÑA MAGDALENA.
Yo no me acuerdo de nada.
Decidmelo; podrá ser
Que me acuerde de algo agora.
MIRENO.
No me atrevo, gran señora.
DOÑA MAGDALENA.
Muy malo debe de ser,
Pues no me lo osais decir.
MIRENO.
No tiene cosa peor
Que haber sido en mi favor.
DOÑA MAGDALENA.
Mucho lo deseo oír:
Acabad ya, por mi vida.
MIRENO.
Es tan grande el juramento,
Que anima mi atrevimiento.
Vuestra Excelencia dormida....
—Tengo vergüenza.
DOÑA MAGDALENA.
Acabad;
Que estais, Don Dionis, pesado.
MIRENO.
Abiertamente ha mostrado
Que me tiene voluntad.
DOÑA MAGDALENA.
¿Yo? ¿cómo?
MIRENO.
Alumbró mis celos,
Y en sueños me ha prometido....
DOÑA MAGDALENA.
¿Sí?
MIRENO.
Que he de ser preferido
Al conde de Vasconcelos.
Mire si en esta ocasión
Son los favores pequeños.
DOÑA MAGDALENA.
Don Dionis, no creais en sueños,
Que los sueños, sueños son. (Vase.)

ESCENA IX.

MIRENO.

¡Ahora sales con eso?
Cuando sube mi esperanza,
¡Carga el desden la balanza
Y se deja en fil el peso!
Con palabras tan resueltas
Dejas mi dicha mudada:
¡Qué mala era para espada
Voluntad con tantas vueltas!
¡Por qué varios arcaduces
Guía el cielo aqueste amor!
Con el desden y favor
Me he quedado entre dos luces.
No he de hablar mas en mi vida,
Pues mi desdicha concierta
Que me desprece despierta
Quien me quiere bien dormida.
Calle el alma su pasión
Y sirva á mejores dueños,
Sin dar crédito á mas sueños,
Que los sueños, sueños son.

ESCENA X.

TARSO. — MIRENO.

TARSO.

Pues, señor, ¿cómo te ha ido?
MIRENO.
¿Qué sé yo? ni bien ni mal.
Con un compas quedo igual,
Amado y aborrecido.
A mi vergüenza y recato
Me vuelvo, que es lo mejor.

TARSO.

Di, pues, que le fué á tu amor
Como á tres con un zapato.

MIRENO.

Despues me hablarás despacio.

TARSO.

Bato, el pastor y vaquero
De tu padre, está en Avero,
Y entrando acaso en palacio
Me ha conocido, y desea
Hablarle y verte; que está
Loco de placer.

MIRENO.

Si hará.

¡Oh llaneza de mi aldea!
¿Cuánto mejor es tu trato,
Que el de palacio confuso,
Donde el engaño anda al uso!
Vamos, Brito, á hablar á Bato,
Y á mi padre escribiré
De mi fortuna el estado.
En un lugar apartado
Quiero velle.

TARSO.

¿Pues por qué?

MIRENO.

Porque tengo, Brito, miedo
Que de mi humilde linaje
La noticia aquí me ultraje,
Antes de ver este enredo
En qué para.

TARSO.

Y es razon.

MIRENO.

Ven, porque te satisfagas.

TARSO.

A tí amor, y á mí estas bragas,
Nos han puesto en confusion. (Vase.)

Habitación de Doña Serafina.

ESCENA XI.

DOÑA SERAFINA, DON ANTONIO.

DOÑA SERAFINA.

No sé, Conde, si dé á mi padre aviso

De vuestro atrevimiento y de su agravio;
Que agravio ha sido suyo el atreveros
A entrar en su servicio dese modo,
Para engañarme á mí, y á él afrentalle
Otros medios hallárades mejores, [que,
Pues noble sois, con que obligar al Du-
Sin fingiros así su secretario] [co,
Pues no sé yo, si no es tenerme en po-
Qué liviandad ballastes en mi pecho
Para atreveros á lo que habeis hecho.

DON ANTONIO.

Yo vine de camino á ver mi prima,
Y quiso amor que os vieses.

DOÑA SERAFINA.

Conde, basta.
Yo estoy muy agraviada justamente
De vuestro atrevimiento. ¿Vos creísteis,
Que en tan poco mi fama y honra tengo,
Que descubriéndos, como lo habeis he-

[cho,

Habia de rendirme á vuestro gusto?
Imaginarne á mí mujer tan fácil, [cho.
Ha sido injuria, que á mi honor se ha he-
Mi padre ha dado al de Estremoz pala-

[bra

Que he de ser su mujer, y aunque mi
No la diera, ni yo le obedeciera, [padre
Por castigar aquece desatino
Me casara con él. Salid de Averro
Al punto, Don Antonio, ó daré aviso [de
De aquesto á Don Duarte; y si lo entien-
Peligraréis, pues corren por su cuenta
Mis agravios.

DON ANTONIO.

¿Qué así me desconoces?

DOÑA SERAFINA.

Idos, Conde, de aquí, que daré voces.

DON ANTONIO.

Déjame disculpar de los agravios [roso,
Que me imputas; que el juez mas rigu-
Antes de sentenciar, escucha al reo.

DOÑA SERAFINA.

Conde, ¡viven los cielos! que si un hora
Estais mas en la villa, que esta noche
Me case con el Conde por vengarme.
Yo os aborrezco, Conde; yo no os quiero.
¿Qué me queréis? Aquí la mayor pena,
Que me puede afligir, es vuestra vista.
Si á vuestro amor mi amor no corres-

[ponde,

¿Conde, qué me queréis? Dejadme, Con-
DON ANTONIO. [de.

Aspid, que entre las rosas
Desa belleza escondes tu veneno,
¡Mis quejas amorosas
Desprecias deste modo! ¡Ay Dios, que
Sin remediar mis males, [peño
En tormentos de penas infernales!
Pues que del paraíso
De tu vista destierras mi ventura,
Hágate amor Narciso,
Y de tu misma imagen y hermosura
De suerte te enamores,
Que como lloro, sin remedio llores.
Yo me voy, pues lo quieres,
Huyendo del rigor cruel que encierras,
Agravio de mujeres;
Pues de tu vista hermosa me destierras,
Por quedar satisfecho
Desterraré tu imagen de mi pecho.

(Saca el retrato del pecho.)

En el mar de tu olvido
Echará tus memorias la venganza
Que á amor y al cielo pido;
Pues desta suerte alcanzará bonanza
El mar en que me anego,
Si esmar donde las ondas son de fuego.
¡Rorrad, alma, el retrato [arrojo
Que en vos pinta el amor; pues que yo
Aqueste por ingrato. (Arrojale.)
Castigo justo de mi justo enojo;

Por quien mi amor desmedra.

Adios, cruel, retrato de una piedra;

Que pues al tiempo apelo,

Médico sabio que locuras cura,

Razon es que en el suelo

Os deje, pues que sois de piedra dura,

Si el suelo piedras cria:

Quédate, fuego, ardiendo en nieve fria.

(Vase.)

ESCENA XII.

DOÑA SERAFINA.

¡Hay locuras semejantes!

¡Es posible que sujetos

A tan rabiosos efetos

Estén los pobres amantes?

¡Dichosa mil veces yo,

Que jamás admití el yugo

De tan tirano verdugo!

¿Qué es lo que en el suelo echó,

Y con renombre de ingrato

Tantas injurias le dijo?

Quiero verlo, que colijo

Mil quimeras. Un retrato

Es de un hombre, y me parece

Que me parece de modo,

Que es mi semejanza en todo.

Cuanto el espejo me ofrece,

Miro aquí: como en cristal

Bruidio mi imagen propia

Aquí la pintura copia,

Y un hombre es su original.

¡Valgame el cielo! ¿Quién es?

Pues no es retrato del Conde;

Que en nada le corresponde.

¿Pues por qué le echó á mis piés?

Decid, amor, ¿es encanto

Este, para que me asombre?

¿Es posible que haya hombre

Que se me parezca tanto?

No; porque cuando le hubiera,

¿Qué ocasion le ha dado el pohre

Para que tal odio cobre

Con él el Conde? Si fuera

Mío, pareciera justo

Que en él de mí se vengara,

Y que al suelo le arrojara

Por solo darme disgusto.

Algun enredo ó maraña

Encierra en aqueste enlma:

Doña Juana, que es su prima,

Ha de sabello. ¡Qué extraña

Confusion! Llamarla quiero,

Aunque con ella he reñido,

Viendo que la causa ha sido

Que esté su primo en Averro.

Mas ella sale.

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA. — DOÑA SERAFINA.

DOÑA JUANA.

Ya está,

Señora, abierto el jardín:

Entre el clavel y el jazmin

Vuestra Excelencia podrá,

Entreteniéndose un rato,

Perder la cólera y ira

Que tiene conmigo.

DOÑA SERAFINA.

Mira,

Doña Juana, este retrato.

DOÑA JUANA. (Ap.)

Este es el suyo. ¿A qué fin

Mi primo se le dejó?

¡Cielos, si sabe que yo

Le metí dentro el jardín!

DOÑA SERAFINA.

¿Viste semejanza tanta

En tu vida?

DOÑA JUANA.

No por cierto.

(Ap.) ¿Si aqueste es el que en el barto
Copió el pintor?

DOÑA SERAFINA.

¿No te espanta?

DOÑA JUANA.

Mucho.

DOÑA SERAFINA.

Tu primo enojado,

Porque su amor tuve en poco,

Con disparates de loco

Le echó al suelo, y se fué airado.

Quise registrar lo que era,

Y hame causado inquietud,

Pues por la similitud

Que tiene, saber quisiera

A qué fin aquesto ha sido.

Pues de su pecho las llaves

Tienes, dílo, si lo sabes.

DOÑA JUANA.

(Ap. Basta, que no ha conocido

Que es suyo: la diferencia

Del traje de hombre y color

Que mudó en él el pintor,

Es la causa.) Vuexelencia

Me manda diga una cosa

De que estoy tan ignorante

Como espantada.

DOÑA SERAFINA.

Bastante

Es ser yo poco dichosa

Para que lo ignores. Diera

Cualquier precio de interes

Por solo saber quién es.

DOÑA JUANA.

Pues saberlo.

DOÑA SERAFINA.

¿Cómo?

DOÑA JUANA.

Espera

Llamando al Conde mi primo,

Y fingiendo algun favor,

Con que entretener su amor....

DOÑA SERAFINA.

Bien dices, la traza estimo:

Mas habrás ya partido.

DOÑA JUANA.

No habrá; yo le iré á llamar.

DOÑA SERAFINA.

Vé presto.

DOÑA JUANA. (Ap.)

¡Hay mas singular

Suceso! Castigo ha sido

Del cielo, que á su retrato

Ame, quien á nadie amó.

ESCENA XIV.

DOÑA SERAFINA.

No en balde en tierra os echó

Quien con vos ha sido ingrato;

Que si es vuestro original

Tan bello como está aquí

Su traslado, créd de mí

Que no le quisiera mal.

Y á fé que hubiera alcanzado

Lo que muchos no han podido;

Pues vivos no me han vencido,

Y él me venciera pintado.

Mas aunque os haga favor,

No os espante mi mudanza,

Que siempre la semejanza

Ha sido causa de amor.

ESCENA XV.

DON ANTONIO, DOÑA JUANA. — DO-

ÑA SERAFINA.

DOÑA JUANA. (hablando aparte con Don

Antonio al salir.)

Esto es cierto.

DON ANTONIO.

¡Hay tal enredo!

DOÑA JUANA.
Lo que has de responder, mira.

DON ANTONIO.
Prima, con una mentira
Tengo de gozar, si puedo,
La ocasion.

DOÑA SERAFINA.

Conde.....

DON ANTONIO.

Señora.....

DOÑA SERAFINA.

Muy colérico sois.

DON ANTONIO.

Es

Condicion de portugues,
Y no es mucho, si en media hora
Me mandais dejar á Avero,
Que hiciese extremos de loco.

DOÑA SERAFINA.

Callad, que sabeis muy poco
De nuestra condicion. Quiero
Haceros, Conde, saber,
Porque os será de importancia,
Que son caballos de Francia
Las iras de una mujer :
El primer impetu, extraño ;
Pero al segundo se cansa :
Que el tiempo todo lo amansa.

DON ANTONIO.

Prima, todo esto es engaño.

(A ella aparte.)

DOÑA SERAFINA.

No quiero ya que os parlais.

DON ANTONIO.

De aquesa suerte, el desden
Pasado, doy ya por bien.

DOÑA SERAFINA.

Pues ya sosegado estais,
¿No me diréis la razon
Por que cuando os apartastes,
Este retrato arrojasteis
En el suelo ? ¿ Qué ocasion
Os movió á caso tan nuevo ?
¿ Cuyo es aqueste retrato ?

DON ANTONIO.

Deciros, señora, trato
La verdad ; mas no me atrevo.

DOÑA SERAFINA.

¿ Pues porqué ?

DON ANTONIO.

Temo un terrible

Castigo.

DOÑA SERAFINA.

No hay que temer :

Yo os aseguro.

DON ANTONIO.

Perder

La vida por un amigo,
No es mucho. Aquesa presencia
A declararme me anima. —
Ya va de mentira, prima.

(A ella aparte.)

Decid.

DOÑA SERAFINA.

DON ANTONIO.

Oiga Vuexcelencia.

Dias há que habré tenido
Entera y larga noticia
De la historia lastimosa
Del gran duque de Coimbra,
Gobernador deste reino,
En guerra y paz maravilla :
Que por ser con vuestro padre
De una cepa y sangre misma,
Y tan cercanos en deudo
Como esta corona afirma,
Habréis llorado los dos
La causa de sus desdichas.

DOÑA SERAFINA.

Ya sé toda aquesta historia :

Mi padre la contó un día
A mi hermana en mi presencia :
Su memoria me lastima.
Veinte años dice que habré
Que le desterró la envidia
De Portugal con su esposa
Y un tierno infante. Holgaria
De saber si aun vive el Duque,
Y en qué reino ó parte habita.

DON ANTONIO.

Sola la Duquesa es muerta.
Porque su memoria viva ;
Que al hijo infeliz y al Duque,
Con quien mi padre tenia
Deudo y amistad, al tiempo
Que de la prision esquivaba
Huyó, les ofreció amparo,
Y arriesgando hacienda y vida,
Hasta ahora los ha tenido
Ocultos en una quinta,
Donde entre toscos sayales,
Los dos la tierra cultivan,
Que con sus lágrimas riegan,
Dándoles por fruto espinas.
El hijo, á quien hizo el cielo
Con tantas partes, que admiran
Al mundo su discrecion,
Su presencia y gallardía,
Se crió conmigo, y es
La mitad del alma mia ;

Que el fudo de la amistad
Hace de dos una vida.
Quiso el cielo que viniese,
Habrà medio año, á esta villa,
Disfrazado de pastor,
Y que tu presencia y vista
Le robase por los ojos
El alma, cuya homicida,
Respondiendo el valle en ecos,
Pregonan que es Serafina.
Mil veces determinado
De decirte sus desdichas,
Le ha detenido el temor
De ver que el Rey le publica
Por traidor á él y á su padre,
Y á quien no diere noticia
Dellos, que á todos alcanza
El rigor de la justicia.

Yo, que como propias siento
Las lágrimas infinitas
Que por tí sin cesar llora,
Le di la palabra un día
De declararte su amor,
Y de su presencia y vista
Gallarda, darte el retrato
Que tienes. Llegué, y sabida
Tu condicion desdeñosa,
Ni inclinada ni rendida
A las coyundas de amor,
De quien tan pocos se libran,
No me atreví abiertamente
A declararte el enigma
De sus amorosas penas,
Hasta que la ocasion misma
Me la ofreciese de hablarte ;
Y así alcancé de mi prima
Que el Duque me recibiese.

Supe despues que queria
Con el de Estremoz casarte,
Y por probar si podia
Estorballo deste modo,
Mostré las llamas fingidas
De mi mentiroso amor ;
Respíndisteme con ira,
Y yo, para que mirases
El retrato que te inclina
A ménos rigor, échéle
A tus piés ; que bien sabia,
Que su belleza pintada
De tu presuncion altiva
Presto habia de triunfar.
En fin, bella Serafina,

El dueño deste retrato
Es Don Dionis de Coimbra.

DOÑA SERAFINA.

Conde, ¿ eso es cierto ?

DON ANTONIO.

Y tan cierto

Que á estallo él y saber
Que le amabas, sin temer
El hallarse descubierto,
Pienso que viniera á darte
El alma.

DOÑA SERAFINA.

Si eso es verdad,
No sé si en mi voluntad
Podrá caber Don Duarte.
¿ Válgame Dios ! ¿ Que este es hijo
De Don Pedro !

DON ANTONIO.

Su belleza

Dice que sí.

DOÑA SERAFINA.

(Ap. ¿ Qué flaqueza
Es la vuestra, alma ? Colijo
Que no sois la que solia :
Mas justamente merece,
Quien tanto se me parece
Ser amado.) ¿ No podria
Velle ?

DON ANTONIO.

De noche bien puedes,
Si das á sus penas fin,
Y le hablas por el jardín ;
Que él saltará sus paredes.
Mas de día no osará,
Porque hay ya quien le ha mirado
En Avero con cuidado ;
Y si mas nota en él da,
Ya ves el peligro.

DOÑA SERAFINA.

Conde,

Un hombre tan principal,
A mi calidad igual,
Y que á mi amor corresponde,
Es ingratitud no amalle.
En todo has sido discreto :
Sélo en guardar mas secreto,
Y haz cómo yo pueda hablalle ;
Que el alma á dalle comienza
La libertad que contrasta.
Y adios.

DON ANTONIO.

¿ Vaste ?

DOÑA SERAFINA.

Aquesto hasta ;

Que habla poco la vergüenza. (Vase.)

ESCENA XVI.

DON ANTONIO, DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

Primo, ¿ es verdad que Don Pedro,
El Duque, vive y su hijo ?

DON ANTONIO.

Calla, que el alma lo dijo,
Viendo lo que en mentir medro.
Ni sé del Duque, ni dónde
Su hijo y mujer llevó.
Don Dionis he de ser yo
De noche, y de día el conde
De Penela ; y desta suerte,
Si amor su ayuda me da,
Mi industria me entregará
Lo que espero.

DOÑA JUANA.

Primo, advierte

Lo que haces.

DON ANTONIO.

Engañada

Queda ; amor mi dicha ordena
Con nombre y ayuda ajena,
Pues por mí no valgo nada.

Habitacion de Doña Magdalena.

ESCENA XVII.

EL DUQUE, DOÑA MAGDALENA;
después MIRENO.

DUQUE.

Quiero veros dar lición;
Que la carta que ayer vi
Para el Conde, en que lei
Del sobrescrito el reinglon,
Me contentó. Ya escribis
Muy claro.

DOÑA MAGDALENA.

Y aun no lo entiende,
Con ser tan claro, y se ofende
Mi maestro Don Dionis. *(Sale Mireno.)*

MIRENO.

¿Lláname vuestra Excelencia?

DOÑA MAGDALENA.

Sí, que el Duque mi señor
Quiere ver si algo mejor
Escribo. Vos experiencia
Teneis de cuán escribana
Soy; ¿no es verdad?

MIRENO.

Sí, señora.

DOÑA MAGDALENA.

Escribí, no há un cuarto de hora,
Medio dormida, una plana
Tan clara, que la entendiera
Aun quien no sabe leer.
¿No me doy bien á entender,
Don Dionis?

MIRENO.

Muy bien.

DOÑA MAGDALENA.

Pudiera

Serviros, segun fué buena,
De materia para hablar
En su loor.

MIRENO.

Con callar

La alabo: solo condena
Mi gusto el postre reinglon,
Por mas que la pluma excuso,
Porque estaba muy confuso.

DOÑA MAGDALENA.

Diréislo por el borron
Que eché á la postre.

MIRENO.

¿Pues no?

DOÑA MAGDALENA.

Pues adrede le eché allí.

MIRENO.

Solo el borron corregí,
Porque lo demas borró.

DOÑA MAGDALENA.

Bien le pudistes quitar;
Que un borron no es mucha mengua.

MIRENO.

¿Cómo?

DOÑA MAGDALENA. *(Ap. á Mireno.)*

El borron con la lengua

Se quita, y no con callar. —
Ahora bien, cortá una pluma.

MIRENO.

Ya, gran señora, la corto.

DOÑA MAGDALENA. *(Enojada.)*

Acabad, que sois muy corto.
Vuestra Excelencia presuma
Que de vergüenza no sabe
Hacer cosa de provecho.

DUQUE.

Con todo, estoy satisfecho
De su letra.

DOÑA MAGDALENA.

Es cosa grave

El dalle avisos por puntos,
Sin que aproveche. Acabad.

DUQUE.

Magdalena, reportad.

MIRENO.

¿Han de ser cortos los puntos?

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué amigo sois de lo corto!
Largos los pido; cortaldos
De aqueste modo, ó dejaldos.

MIRENO.

Ya, gran señora, los corto.

DUQUE.

¿Qué mal acondicionada
Sois!

DOÑA MAGDALENA.

Un hombre vergonzoso
Y corto, es siempre enfadoso.

MIRENO.

Ya está la pluma cortada.

DOÑA MAGDALENA.

Mostrad. ¿Y qué mala! ¿Ay Dios!
(Pruébala y arrójala.)

DUQUE.

¿Porqué la echais en el suelo?

DOÑA MAGDALENA.

¿Siempre me la dais con pelo!

Libreme el cielo de vos.
Quitalde con el cuchillo.

No sé de vos qué presuma,
Siempre con pelo la pluma,
(Ap.) Y la lengua con frenillo.

MIRENO. *(Ap.)*

Propicios me son los cielos:
Todo esto es en mi favor.

ESCENA XVIII.

EL CONDE. — Dichos

CONDE.

Dadme albricias, gran señor:
El conde de Vasconcelos
Está solo una jornada
De vuestra villa.

DOÑA MAGDALENA. *(Ap.)*

¿Ay de mí!

CONDE.

Mañana llegará aquí,
Porque trae tan limitada,
Dicen, del Rey la licencia,
Que no hará mas de casarse
Mañana, y luego tornarse.
Apreste vuestra Excelencia
Lo necesario, que yo
Voy á recibirle luego.

DUQUE.

¿No me escribe?

CONDE.

Aqueste pliego.

DUQUE.

Hija, la ocasion llegó
Que deseo.

DOÑA MAGDALENA. *(Ap.)*

Saldrá vana.

MIRENO. *(Ap.)*

¿Ay cielo!

DOÑA MAGDALENA. *(Ap.)*

Mi bien suspira.

DUQUE.

Vamos, deja aqueso y mira
Que te has de casar mañana.
(Vanse el Duque y el Conde.)

DOÑA MAGDALENA. *(Escribe.)*

Don Dionis, en acabando
De escribir aquí, leed
Este billete, y haced
Luego lo que en él os mando.

MIRENO.

¿Si ya la ocasion perdí,
Qué he de hacer? ¿Ay suerte dura!

DOÑA MAGDALENA.

Amor todo es coyuntura. *(Vase.)*

ESCENA XIX.

MIRENO.

Fuése. El papel dice así:
*(Lee.) No da el tiempo mas espacio:
Esta noche en el jardín
Tendrán los temores fin
Del Vergonzoso en palacio.*

¿Cielos! ¿qué escucho? ¿Qué veo?

¿Esta noche? ¿Hay mas ventura!

¿Si lo sueño? ¿Si es locura?

No es posible, no lo creo.

Esta noche en el jardín.....

¿Vive Dios, que está aquí escrito

Mi bien! A buscar á Brito

Voy. ¿Hay mas dichoso fin?

Presto en tu florido espacio

Dará envidia entre mis celos,

Al conde de Vasconcelos,

El Vergonzoso en palacio. (Vase.)

Sala en casa de Lauro.

ESCENA XX.

LAURO, RUY LORENZO, BATO, ME-
LISA.

LAURO.

Buenas nuevas te dé Dios:

Escoge en albricias, Bato,

La oveja mejor del hato;

Poco es una, escoge dos.

¿Que mi hijo está en Averó?

¿Que del Duque es secretario,

Mi primo? ¿Ay tiempo voltario!

¿Mas qué me quejo? ¿Qué espero?

Vamos á verle los dos:

Mis ojos su vista gocen.

Venid.

RUY.

¿Y si me conocen?

LAURO.

No lo permitirá Dios:

Tiznaos como carbonero

La cara, que desta vez,

Daré á mi triste vejez

Un buen día hoy en Averó.

Mi gozo crece por puntos:

Agora á vivir comienzo.

Alto: vamos, Ruy Lorenzo.

BATO.

Todos podemos ir juntos.

LAURO.

Guardad vosotros la casa.

(Vanse Lauro y Ruy Lorenzo.)

ESCENA XXI.

MELISA, BATO.

MELISA.

Sí, Bercebú que la guarde.

BATO.

¿Qué teneis aquesta tarde?

MELISA.

¿Ay Bato! ¿Que aqueso pasa!

¿Que no preguntó por mí

Tarso?

BATO.

No se le da un pito

Por vos, ni es Tarso.

MELISA.

¿Pues?

BATO.

O cabrito.

MELISA.

¿Ay! ¿Tarso así?

A verte he de ir esta tarde,
Cruel, tirano, enemigo.

BATO.
¿Sola?
MELISA.
Vasco irá conmigo.
BATO.
Buen mastin llevais que os guarde.
¿Queréisle mucho?

MELISA.
Eñfinito.
BATO.
Pues en Brito se ha mudado,
La mitad para casado
Tien...

MELISA.
¿Qué?
BATO.
De cabrito en Brito.

Palacio del Duque con jardín. Es de noche.

ESCENA XXII.

DOÑA JUANA y DOÑA SERAFINA,
á una ventana.

DOÑA SERAFINA.
¿Ay querida Doña Juana!
Nota de mi fama doy;
Mas si no me declaro hoy,
Me casa el Duque mañana.

DOÑA JUANA.
Don Dionis, señora, es tal,
Que no llega Don Duarte,
Con la mas minima parte
A su valor. Portugal
Por su padre llora hoy dia:
Para en uno sois los dos:
Gozáos mil años.

DOÑA SERAFINA.
¿Ay Dios!

DOÑA JUANA.
No temas, señora mia,
Que mi primo fué por él:
Presto le traerá consigo.

DOÑA SERAFINA.
El tiene un notable amigo.

DOÑA JUANA.
Pocos se hallarán como él.

ESCENA XXIII.

DON ANTONIO, y despues TARSO, co-
mo de noche. — **DICHAS.**

DON ANTONIO.
Hoy, amor, vuestras quimeras
De noche me han convertido
En un Don Dionis fingido,
Y un Don Antonio de veras.
Por uno y otro he de hablar.
Gente siento á la ventana.

DOÑA JUANA.
Ruido suena; no fué vana
Mi esperanza.

TARSO.
Este lugar
Mi dichoso Don Dionis
Me manda que mire y ronde,
Por si hay gente.

DOÑA JUANA.
Ce: ¿Es el Conde?

DON ANTONIO.
Sí, mi señora.

DOÑA JUANA.
¿Venis
Con Don Dionis?

TARSO. (Ap.)
¿Cómo es esto,
Don Dionis? La burla es buena.
¿Mas si es Doña Magdalena?
Reconocer este puesto
Me manda, porque le avise

T. V.

Si anda gente; y me parece,
Que otro en su lugar se ofrece;
Y que le ronde, ande y pise,
Vaya; mas que es Don Dionis,
Eso no.

DON ANTONIO.
Conmigo viene
Un Don Dionis, que os previene
El alma, que ya adquirís,
Para ofrecerse á esas plantas.
Hablad, Don Dionis: ¿qué haceis?
(*Finge la voz.*)

¿Que estoy suspenso, no veis
Contemplando glorias tantas?
Pagar lo mucho que os debo
Con palabras, será mengua,
Y así refreno la lengua,
Porque en ella no me atrevo.
Mas, señora, amor es dios,
Y por mí podrá pagar.

DOÑA JUANA. (Ap.)
¿Bien sabe disimular
El habla!

DOÑA SERAFINA.
¿No teneis vos
Crédito para pagarme
Esta deuda?

DON ANTONIO.
No lo sé;
Mas buen fiador os daré:
El Conde puede fiarme. —
Yo os tío.

TARSO. (Ap.)
¿Válgate el diablo!
Solo un hombre es, vive Dios,
Y parece que son dos.

DON ANTONIO.
Con mucho peligro os hablo
Aquí: haced mi dicha cierta,
Y tengan mis penas fin.

DOÑA SERAFINA.
¿Pues qué queréis?

DON ANTONIO.
Del jardín
Tengo ya franca la puerta.

DOÑA JUANA.
Mira que suele rondarte
Don Duarte, señora mia,
Y que si aguardas al dia,
Has de ser de Don Duarte;
Cualquier dilacion es mala.

DOÑA SERAFINA.

¿Ay Dios!
DOÑA JUANA.
¿Qué tímida eres!

¿Entrará?
DOÑA SERAFINA.
Haz lo que quisieres.

DON ANTONIO.
Don Dionis, amor te iguala
A la ventura mayor
Que pudo dar: corresponde
A tu dicha. — Amigo Conde,
Por vuestra industria y favor
He adquirido tanto bien:
Dadme esos brazos; yo soy
Tu amigo, Conde, desde hoy. —
Yo vuestro esclavo. — Está bien:
Daré el tiempo testimonio
Desta deuda. — Aquí te aguardo,
Que así mis amigos guardo:
Entrad. — Adios, Don Antonio.

(*Entrase.*)
DOÑA SERAFINA.

¿Entró?
DOÑA JUANA.
Sí.
DOÑA SERAFINA.
¿Que deste modo
Fuerce amor á una mujer!
Mas por solo no lo ser

Del de Estremoz, poco es todo:
Mi padre y honor perdone.
DOÑA JUANA.
Vamos y deja ese miedo.
(*Vanse de la ventana.*)

TARSO.
¿Hase visto tal enredo?
En gran confusion me pone
Este encanto. Un Don Antonio,
Que consigo mismo hablaba,
Dijo que aquí se quedaba,
Y se entró, ó es el demonio.

ESCENA XXIV.

MIRENO, de noche. — TARSO.

MIRENO.
Él se debió de quedar,
Como acostumbra, dormido.

TARSO.
Ya queda sustituido
Por otro, aquí tu lugar.

MIRENO.
¿Qué dices, necio? Responde:
Vienes aquí á ver si hay gente,
Y estaste aquí, impertinente!

TARSO.
Gente ha habido.

MIRENO.
¿Quién?
TARSO.
Un Conde,
Y un Don Dionis de tu nombre,
Que es uno y parecen dos.

MIRENO.
¿Estás sin seso?
TARSO.
Por Dios,
Que acaba de entrar un hombre
Con tu Doña Magdalena,
Que, ó es colegial trilingue,
Ó á sí propio se distingue,
O es tu alma que anda en pena.
Mas sabe que veinte Ulises.
Algun traidor te ha burlado,
O yo este enredo he soñado.
O aquí hay dos Don Dionises.

ESCENA XXV.

DOÑA MAGDALENA, á la ventana. —
MIRENO, TARSO.

DOÑA MAGDALENA.
¿Si habrá don Dionis venido?

TARSO.
A la ventana ha salido
Un bulto.

DOÑA MAGDALENA.
¿Ay Dios! Gente suena.
¿Ce: es don Dionis?

MIRENO.
Mi señora,
Yo soy ese venturoso.

DOÑA MAGDALENA.
Entrad, pues, mi vergonzoso.
(*Vase de la ventana.*)

MIRENO.
¿Crés, que lo soñaste agora?

TARSO.
No sé.
MIRENO.
Si mi cordedad
Fué vergüenza, adios, vergüenza;
Que seréis, como no os venza,
Desde agora necesidad. (*Vase.*)

TARSO.
Confuso me voy de aquí,
Que debo estar encantado:
Dos Dionises han entrado,
O yo estoy fuera de mí.

Destas calzas por momentos
Salen quimeras como estas :
¡Pobre de quien trae acuestas
Dos cestas de encantamientos! (Vase.)

Atrio del palacio.

ESCENA XXVI.

LAURO y RUY LORENZO, *de pastores;*
después VASCO y MELISA.

LAURO.

Este es, Ruy-Lorenzo, Avero.

RUY.

Aquí me vi un tiempo, Lauro,
Rico y próspero, y ya pobre
Y ganadero.

LAURO.

Altibajos

Son del tiempo y la fortuna,
Inconstantes siempre y varios.
¡Buen palacio tiene el Duque!

RUY.

Ahora acaba de labrallo :
Propiedad de la vejez,
Hacellos y no gozillos.

LAURO.

Busquemos á mi Mireno.

RUY.

En palacio aun es temprano;
Que aquí amaneca muy tarde,
Y hemos mucho madrugado.

LAURO.

¿Cuándo durmió el deseoso?
¿Cuándo amor buscó descanso?
No os espante que madrugue,
Que soy padre, deseo y amo.

VASCO.

Mucho has podido conmigo,
Melisa.

MELISA.

Débote, Vasco,
Gran voluntad.

VASCO.

¿A qué efeto
Me traes, Melisa, á palacio
Desde los montes incultos?

MELISA.

En ellos sabrás despacio
Mis intentos.

VASCO.

Miedo tengo.

MELISA. (Ap.)

¡Ay Tarso, cruel, ingrato!
Mi iman eres, tras ti voy,
Que soy hierro.

VASCO.

Diera al diablo,

Que ahora me conociese
Algún mozo de caballos,
Colgándome de la horca,
En fe de ser peso falso.

MELISA.

¡Ay Vasco! retiraté.

VASCO.

¿Pues qué...?

MELISA.

¿No ves á nuesamo,
Y al tuyo? Si aquí nos topa,
Pendencia hay para dos años.
(Tocan un tambor dentro.)

VASCO.

Volvámonos. ¿Mas qué es esto?

RUY.

¡Tan de mañana han tocado
Cajas! ¿A qué fin será?

LAURO.

No lo sé.

RUY.

Si no me engaño,

Sale el Duque : algo hay de nuevo.

LAURO.

A esta parte retirados,
Podrémos saber lo que es ;
Que parece que echan bando.

(Retiranse.)

ESCENA XXVII.

EL DUQUE, EL CONDE, UN TAMBOR,
GENTE. — DICHOS.

DUQUE.

Conde, con ningunas nuevas
Pudiera alegrarme tanto
Como con estas : ya cesan
Las desdichas, y trabajos
De Don Pedro de Coimbra,
Mi primo, si el cielo santo
Le tiene vivo.

CONDE.

Si hará ;

Que al cabo de tantos años
De males, querrá que goce
El premio de su descanso.

LAURO.

¿Qué es esto que escucho, cielos !
¿Soy yo de quien habla acaso
Mi primo el duque de Avero?
Mas no, que soy desdichado.

DUQUE.

Antes que vais, Don Duarte,
Por el yerno, que ya aguardo,
Quiero que oigais el pregon
Que el Rey manda. — Echad el bando.

TAMBOR.

« El rey nuestro señor Alfonso el V.
manda : que en todos sus Estados re-
ales, con solemnnes y públicos pregones,
se publique el castigo que en Lisboa
se hizo del traidor Vasco Fernandez.
por las traiciones que á su tío el du-
que Don Pedro de Coimbra ha levan-
tado, á quien por leal vasallo y noble,
en todos sus Estados restituye : man-
dando, que en cualquier parte que
asista, si es vivo, le respeten como á
él mismo ; y si es muerto, su imagen
hecha al vivo pongan sobre un caba-
llo, y una palma en la mano, le lleven
á su corte, saliendo á recibirle los lu-
gares : y declara á los hijos que tuvie-
re por herederos de su patrimonio,
dando á Vasco Fernandez y á sus hijos
por traidores, sembrándoles sus casas
de sal, como es costumbre en estos
reinos, desde el antiguo tiempo de los
godos. Mándase pregonar para que
venga á noticia de todos. » (Vase.)

VASCO.

¡Larga arenga!

MELISA.

¡Buen garguero

Tiene el que ha repiqueteado!

LAURO.

Gracias á vuestra piedad,
Recto juez, clemente y sabio
Que volveis por mi justicia.

RUY.

El parabien quiero daros
Con las lágrimas que vierto :
Goceisle, Duque, mil años.

DUQUE.

¿Qué labradores son estos,
Que hacen extremos tantos?

CONDE.

¡Ah buena gente! Mirad
Que os llama el Duque.

LAURO.

Trabajos,

Si me habéis tenido mudo,

Ya es tiempo de hablar. ¿Qué aguardo?
Dadme aqueles brazos nobles,
Duque ilustre, primo caro.
Don Pedro soy.

DUQUE.

¡Santos cielos,

Dos mil gracias quiero daros!

CONDE.

¡Gran Duque! ¡en aqueste traje!

LAURO.

En este me he conservado
Con vida y honra hasta agora.

MELISA.

¡Aho! ¿diz que es duque nneso amo?

VASCO.

Sí.

MELISA.

Démosle el parabien.

VASCO.

¡No le ves que está ocupado?
Tiempo habrá : déjalo, agora,
No nos riña.

MELISA.

Pues déjallo.

DUQUE.

Es el conde de Estremoz,
A quien la palabra he dado
De casalle con mi hija
La menor : y agora aguardo
Al conde de Vasconcelos,
Sobrino vuestro.

LAURO.

¡Mi hermano
Estará ya arrepentido,
Si traidores le engañaron.

DUQUE.

Doile á doña Magdalena,
Mi hija mayor.

LAURO.

Sois sabio

En escoger tales yernos.

DUQUE.

Y venturoso otro tanto,
En que seréis su padrino.

RUY. (Ap.)

Aunque el Conde me ha mirado,
No me ha conocido. ¡Ay, cielos!
¿Quién vengará mis agravios?

DUQUE.

Hola, llamad á mis hijas,
Que de sucesos tan raro,
Por la parte que les toca,
Es bien darles cuenta.

MELISA.

Verdad es, vén y lleguemos. —
Por muchos y buenos años
Goce el duquencio.

LAURO.

¡Melisa,

Aquí?

MELISA.

Vine á ver á Tarso.

RUY.

No oso hablar, no me conozcan,
Que está mi vida en mis labios.

ESCENA XXVIII.

DOÑA MAGDALENA, DOÑA SERRA-
NA, DOÑA JUANA. — DICHOS.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué manda vuestra Excelencia?

DUQUE.

Que beseis, hija, las manos
Al gran duque de Coimbra,
Vuestro tío.

DOÑA MAGDALENA.

¡Caso raro!

LAURO.

Lloro de contento y gozo.

DOÑA SERAFINA. (Ap.)

Mi suerte y ventura alabo :
Ya segura gozaré,
Mi Don Dionis, pues ha dado
Fin el cielo á sus desdichas.

LAURO.

Gocéis, sobrinas, mil años
Los esposos que os esperan.

DOÑA SERAFINA.

El cielo guarde otros tantos
La vida de Vuexcelencia.

DOÑA MAGDALENA.

Si la mia estima en algo,
Le suplico, así propicios
De aquí adelante los hados
Le dejen ver reyes nietos,
Y venguen de sus contrarios,
Que este casamiento impida.

DUQUE.

¿Cómo es eso?

DOÑA MAGDALENA.

Aunque el recato
De la mujeril vergüenza
Cerrarne intente los labios,
Digo, señor, que ya estoy
Casada.

DUQUE.

¿Cómo! ¿Qué aguardo?

¿Estás sin seso, atrevida?

DOÑA MAGDALENA.

El cielo y amor me han dado
Esposo, aunque humilde y pobre,
Discreto, mozo y gallardo.

DUQUE.

¿Qué dices, loca? ¿Pretendes
Que te mate?

DOÑA MAGDALENA.

El secretario

Que me diste por maestro,
Es mi esposo.

DUQUE.

Cierra el labio.

¿Ay desdichada vejez!
Vil, ¿por un hombre tan bajo,
Al conde de Vasconcelos
Desprecias?

DOÑA MAGDALENA.

Ya le ha igualado

A mi calidad amor,
Que sabe humillar los altos
Y ensalzar á los humildes.

DUQUE.

Daréte la muerte.

LAURO.

Paso,

Que es mi hijo vuestro yerno.

DUQUE.

¿Cómo es eso?

LAURO.

El secretario

De mi sobrina, vuestra hija,
Es Mireno, á quien ya llamo
Don Dionis y mi heredero.

DUQUE.

Ya vuelvo en mí: por bien dado
Doy mi agravio dese modo.

DOÑA MAGDALENA.

¿Hijo es vuestro? ¿Ay Dios! ¿Qué aguardo,
Que no beso vuestros pies? [do,

DOÑA SERAFINA.

Eso no, porque es engaño :
Don Dionis, hijo del duque
De Coimbra, es quien me ha dado
Mano y palabra de esposo.

DUQUE.

¿Hay hombre mas desdichado!

SERAFINA.

Doña Juana es buen testigo

DOÑA MAGDALENA.

Don Dionis está en mi cuarto,
Y mi cámara.

DOÑA SERAFINA.

¿Qué bueno!

En la mia está encerrado.

LAURO.

Yo no tengo mas de un hijo.

DUQUE.

Tráiganlos luego. ¿En qué cáos
De confusion estoy puesto!

MELISA.

¿En qué parará esto, Vasco?

VASCO.

No sé lo que te responda ;
Pues ni sé si estoy soñando,
Ni si es verdad lo que veo.

MELISA.

¿Ay Dios! ¿Si saliese Tarso!

ESCENA XXIX.

MIRENO. — DICHOS.

MIRENO.

Confuso vengo á tus piés.

LAURO.

Hijo mio, aquesos brazos
Dén nueva vida á estas canas.
Este es Don Dionis.

DOÑA SERAFINA.

¿Qué engaños

Son estos, cielos crueles?

DUQUE.

Abrazadme, que ya ha hallado
El mas gallardo heredero
De Portugal, este Estado.

LAURO.

¿Qué miras, hijo, perplejo?

El nombre tosco ha cesado.

Que de Mireno tuviste;

Ni lo eres, ni soy Lauro,

Sino el duque de Coimbra:

El Rey está ya informado

De mi inocencia.

MIRENO.

¿Qué escucho?

¿Cielos! ¿amor! ¿bienes tantos!

XXX.

DON ANTONIO. — DICHOS.

DON ANTONIO.

Dame, señor, esos piés.

DUQUE.

¿A qué venis, secretario?

DOÑA SERAFINA.

Conde, ¿qué es de Don Dionis,

Mi esposo?

DON ANTONIO.

Yo os he engañado:

En su nombre gocé anoche

La belleza y bien mas alto

Que tiene el amor.

DUQUE.

¿O infame!

DOÑA SERAFINA.

Matadle.

CONDE.

Matadle.

DOÑA JUANA.

Paso,

Que es el conde de Penela,

Mi primo.

DON ANTONIO.

Perdon aguardo,

Duque y señor, á tus piés.

CONDE.

Los cielos lo han ordenado,

Porque vuelven por Leonela,

A quien di palabra y mano
De esposo, y la desprecie
Gozada.

LAURO.

Aquí está su hermano,
Que por vengar esa injuria,
Aunque no con medio sabio,
Vive pastor abatido.
Si á interceder por él basto,
Reducidle á vuestra gracia.

RUY.

Perdon pido.

VASCO.

Y tambien Vasco.

DUQUE.

Basta, que lo manda el Duque.

CONDE.

Recibidme por cuñado,
Que á Leonela he de cumplir
La palabra que la he dado,
Luego que á mi Estado vuelva,
Donde está.

RUY.

Tu pecho hidalgo

Hace al fin como quien es.

DOÑA SERAFINA.

¿Y qué fué mio el retrato?

DUQUE.

Dadle, Conde Don Antonio,
A Serafina la mano :
Que pues el de Vasconcelos
Perdió la ocasion por tardo,
Disculpado estoy con él.
¿Muy bien habeis enseñado
A escribir á Magdalena!
¿Erades vos el callado,
El cortés, el vergonzoso?
Pero ¿quién lo fué en palacio?

XXXI.

TARSO. — DICHOS.

TARSO.

¿Duque Mireno? ¿Qué escucho?
Don Dionis, esos zapatos
Te beso, y pido en albricias
De la esposa y del ducado,
Que me quites estas calzas,
Y el día de Jueves Santo
Mandes ponerlas á un Júdas.

MELISA.

¿Ah traidor, mudable, ingrato!
Agora me pagarás
El amor, penas y llanto
Que me debes! Señor Duque
De rodillas se lo mando,
Que mos case.

TARSO.

Estotro ¿es cura?

MELISA.

Mande que me quiera Tarso.

MIRENO.

Yo se lo mando; y le doy
Por ello tres mil cruzados.

TARSO.

¿Por la cara ó por la bolsa?

MIRENO.

Y mi camarero le hago;

Para que asista conmigo.

DUQUE.

Doña Juana está á mi cargo;
Yo la daré un noble esposo.
A recibir todos vengo
Al conde de Vasconcelos;
Porque viendo el desagrado
De su amor, sepa la historia
Del Vergonzoso en Palacio;
Y á pesar de maldick-ntes,
Las faltas perdone el sabio.

POR EL SOTANO Y EL TORNO.

PERSONAS.

DON FERNANDO.
DOÑA BERNARDA.
DON DUARTE.
DOÑA JOSEPA.
DON LUIS.
PACHECO.

ALVARADO.
SANTAREN.
SANTILLANA, *vejete*.
DOÑA MELCHORA.
MARI-RAMIREZ.
POLONIA.

UN ESTUDIANTE.
UN BARBERO.
RAMOS. { *carreteros*.
RINCON. {
CAMINANTES.

La escena es en las inmediaciones de la venta de Viveros y en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Camino de Madrid á Alcalá á vista de la venta de Viveros.

ESCENA PRIMERA.

RINCON, POLONIA, RAMOS, DOÑA BERNARDA, DOÑA JOSEPA y CAMINANTES, *todos dentro*.
(*Suena ruido de carros.*)

RINCON.

¿Atascóse en el barro?
¡Ahí mil diablos con el coche y carro!
¡Voto á Cristobalillo!
Desunce aquesas mulas, picarillo.
Una vez que me apoco,
Todo va con el diablo. ¡Hola! Poleo,
Prestadme las reatas.

POLONIA.

¡Ay que se vuelca!

RAMOS.

Pónganse de patas:
Apéense, señores. [flores!
¡Cuerpo de Cristo! ¡el tiempo es para
MUCHAS VOCES.

¡Jesus, Jesus!

CNA VOZ.

¡Ay cielos!

RAMOS.

¡Ah! ¡maldigan los diablos mis agüelos!
Desunce. ¿Qué reculas,
Perico, que se ahorcan esas mulas?
(*Ruido de volcarse un carruaje.*)

RINCON.

Corta camellas, puto.
¡Que se te vuelque el coche por lo enjuto!
Date prisa, desata.

UNA MUJER.

¡San Diego, que me ahoga, que me mata!

UN HOMBRE.

Quitenme aqueste peso.

DOÑA BERNARDA.

¡Jesus! ¡Madre de Dios, del Buen Su-
RAMOS. [ceso!

Sosíéguese: ¿qué llora?

DOÑA JOSEPA.

¡Ay Dios!

POLONIA.

¡Ay que se muere mi señora!
Rompan ese encerrado.

DOÑA JOSEPA.

Favor, señor hidalgo.

ESCENA II.

DON FERNANDO. — DICHOS.

DON FERNANDO. (*Dentro.*)

¡Hola! Alvarado.

Tenme de aqueste estribo.

DOÑA JOSEPA. (*Dentro.*)

¡Murió mi hermana!

UN HOMBRE. (*Dentro.*)

De milagro vivo.

(*Salen ahora, y saca Don Fernando en los brazos á Doña Bernarda, desmayada; siguiente Doña Josepa, Polonia, Alvarado, carreteros, un estudiante y otros caminantes.*)

DOÑA JOSEPA.

¡Hermana de mis ojos!

DON FERNANDO.

No eclipsen tanta luz vuestros enojos;
Que no es este accidente
Sino un breve desmayo; fácilmente
Volverá, á lo que espero.
(*A su criado.*)

Corre, Alvarado, llama á ese ventero,
Y pídele una cama
En que restaure pulsos esta dama.

RINCON.

En venta de Viveros

¿Piden camas ó pulgas, pasajeros?

DON FERNANDO.

Vamos, señora, vamos;

Que no será esto nada.

(*Vanse á la venta Don Fernando llevando á Doña Bernarda, y tras él Doña Josepa, Polonia, Alvarado, y los caminantes.*)

ESTUDIANTE.

Rincon, Ramos,

Cosarios complutenses,
La corte gozaremos por seis menses,
Hasta que por San Lúcas,
(*A uno de ellos.*)

A versar sus escuelas nos reducas.

RAMOS.

Mal lo pasó la viúda.

RINCON.

Acuestas todo un coche, ¿quién lo duda?

ESTUDIANTE.

Ella va desmayada.

RINCON.

Mas que reviente. — Hola, á dar cebada
Y prevenir la olla;
Que hemos luego de uncir.

ESTUDIANTE.

¡Habrá una polla?

RINCON.

En los naipes hay hartas.

ESTUDIANTE.

El porte pago siempre desas cartas;
Mas cenemos primero,
Y luego jugaremos el dinero,
Reliquias que han quedado
Del curso y cierto voto sobornado.

RAMOS.

Pintillas juego.

RINCON.

Vamos.

ESTUDIANTE.

Húrgame la viudilla, hermano Ramos.

RAMOS.

¿Le hurga?

ESTUDIANTE.

Me fatiga.

RAMOS.

¿Qué es *cochero* en latín?

ESTUDIANTE.

¿Cochero? *Auriga.* (*Vanse.*)

ESCENA III.

DON FERNANDO, POLONIA.

DON FERNANDO.

Volvió en sí vuestra señora.
No hay peligro que temer;
Que repose es menester.
Mientras que descansa, agora
Quisiera saber de vos
Quién es, y de dónde viene.

POLONIA.

A quien tal cuidado tiene
De socorrer á las dos,
No hay secreto reservado;
Que sois muy gentil ayuda.
Es la desmayada viúda,
Que vistes en tal estado,
El sol de Guadalajara,
Y hermana de la doncella.
Que llorando, dama y bella,
Hechizos vende en la cara.
Hala servido de madre
Desde el día en que nació,
Porque de parto murió
La suya, y están sin padre.

Vala á casar á Madrid
Con setenta años, dorados
De mas de cien mil ducados,
De un viejo, hermano del Cid,
Que en mas de treinta la dota;
Y á la viuda ha prometido,
Porque la tercera ha sido,
Para la primera boda
(*Que es el novio perulero*)
Diez mil pesos ensayados,
Con que olvidando cuidados
Del matrimonio primero,

Busque nueva compañía.
En fe de la cual promesa,
Aunque á la niña le pesa
Mezclar con su sangre fría
La de edad tan floreciente,
Calla y sigue el parecer
De su hermana, por no ser
A su gusto inobediente.
Partiöse el viejo á Sevilla,
Adonde la flota aguarda,
Y nuestra Doña Bernarda
Va á Madrid, en cuya villa
El viejo le ha puesto casa,
Y mil galas le envió :
Soy esclava suya yo,
Y entre tanto que se casa,
Dicen que Doña Jusepa
Tan encerrada ha de estar,
Que el sol no la ha de mirar
Por mas entradas que sepa,
Porque es nuestro setenton
Quinta esencia de los celos ;
Que todos novios agüelos
Mueren desta contagion.
Alquiló en Guadalajara
Nuestra viuda ayer un coche ;
Salimos á media noche ;
Y porque el viejo repara
En que pariente ó vecino
Su casa en Madrid no sepa,
(Tanto guarda á la Jusepa)
Nos pusimos en camiño,
Sin admitir compañía
De deudos ni de criados ;
Y estos amigos honrados,
Que de la carretería
Cosarios llama Alcalá,
Como caminan al trote,
Al vadear á Torote
Nos alcanzaron poco há.
Volcöse al bajar las cuestras
El nuestro, y Doña Bernarda
La muerte oprimida aguarda
Con toda la carga á cuestras.
Llegastes, y su desmayo
De tal modo socorristes,
Que, despues de Dios, volistes
A su primavera el mayo.
Veis aquí la letra, en suma,
De lo que gustais saber,
Y á mí me importa volver
Allá dentro ; no presume
Que he dado tan mala cuenta
De lo que se me encargó.
¿ Mas cuándo no peligró
Secreto ó dinero en venta ?

DON FERNANDO.

No os vais, esperad un poco.

POLONIA.

Temo tempestad de truenos
 Y rayos, si me echa ménos
 Doña Jusepa.

DON FERNANDO.

Estoy loco

Despues que en los brazos tuve
 El sol que luz vino á darme,
 Y si dejó de abrasarme,
 Fué porque sirvió de nube
 Aquel desmayo Faeton,
 De mis dichas fundamento.
 No me ha dejado contento
 Vuestra breve relacion :
 Haced que saberla pueda
 Mi amor en particular.

POLONIA.

No es cómodo este lugar.

DON FERNANDO.

Serálo aquella alameda,
 Teatro de semejantes
 Sucesos.

POLONIA.

¿ Y si me llama
 Mi señora ?

DON FERNANDO.

Está en la cama.

POLONIA.

¿ Extraños sois los amantes !

DON FERNANDO.

Diréisla que en prevenirla
 Algun regalo que cene,
 Os ocupasteis.

POLONIA.

No pene
 Vuestra alma, si por oirla
 Padeceis : vaya de historia.

DON FERNANDO.

¿ Ay tiuda hermosa !

POLONIA.

En cuidado
 Os puso. Al sitio aplazado
 Me seguid.

DON FERNANDO.

Será notoria,
 Si acaso con el favor
 Vuestro, la merezco hablar.....

POLONIA.

En aquesto del terciar,
 Tengo cartujo el humor :
 No soy tercera persona.

DON FERNANDO.

Mis dádivas dispondrán
 El cómo.

POLONIA.

¿ Ay pobre galan !
 ¿ Qué blando sois de corona !

Calle de las Carretas en Madrid : á un lado una
 posada y á otro la casa de Doña Bernarda ;
 Doña Jusepa.

ESCENA IV.

DON DUARTE y SANTAREN, de ca-
 mino ; MARI-RAMIREZ.

MARIA.

No dejaré de abrazalle,
 Si me queman.

SANTAREN.

No haya miedo,
 Que ni en Madrid, ni en Toledo,
 Cuando le abraze en la calle,
 Chamusquen por tal pecado.

MARIA.

¿ Cómo viene vuescancé ?

DON DUARTE.

Con calor.

MARIA.

Hácelo á fe :
 Sea mil veces bien llegado.
 ¿ Oh ! ; qué sala que le tengo
 Fresca, curiosa y regada !

DON DUARTE.

Siempre lo es vuestra posada :
 Por eso con gusto vengo
 A ser vuestro huésped. Hola.
 Descálzame estas espuelas
 Y botas ; saca chinelas ;
 Desabróchame esta gola.

MARIA.

¿ Cómo le ha ido en su tierra
 Señor padre ¿ cómo está ?

DON DUARTE.

Pena la gota le da,
 Y la vejez le hace guerra ;
 Pero en lo demas, salud
 Goza, á Dios gracias.

MARIA.

Le tengo
 Amor, porque á verle vengo

Copiado en la juventud
 Que en vuestra merced gozamos.
 Mil años le guarde Dios,
 Y salgan ambos á dos
 Con el pleito que esperamos.

DON DUARTE.

¿ Cómo está vuestro marido ?

MARIA.

Este negro mal de ijada
 Le da la vida aperreada ;
 A la muerte le he tenido.

DON DUARTE.

¿ Qué hay de damas ?

MARIA.

Eso sí,
 Que es profesion que me toca.
 Yo le juro que no hay poca
 Abundancia.

DON DUARTE.

¿ Cómo así ?

MARIA.

Como sobran invenciones,
 Por ser los dineros alas
 De amor, y para sus galas
 No vienen los galeones.

DON DUARTE.

La Mari-Ramirez es
 Pieza de rey.

MARIA.

Helo sido :
 Todo caballo escogido
 Sirve de rocin despues,
 Que lleva á moler harina.
 Moza me vi, y hartas veces
 Admiraron mis jaeces ;
 Ya el tiempo me hizo rocina.
 Por muchas houradas pasa :
 Pues no estoy para ruar,
 Quiero harina acarrear,
 Con que aparroque mi casa,
 Siquiera por el salvado.

ESCENA V.

DON FERNANDO. — Dichos.

DON FERNANDO. (Dentro.)

Ten de aqui.

DON DUARTE.

Huéspedes vienen.

MARIA.

Tal regalo en casa tienen.
 (Sale Don Fernando.)

DON FERNANDO.

Lleva esa mula, Alvarado,
 Al meson, y vuelve presto.

DON DUARTE.

¿ Don Fernando !

DON FERNANDO.

¿ Don Duarte !
 No os juzgaba yo en tal parte.
 ¿ Vos en la corte ? ¿ Qué es esto ?

DON DUARTE.

Pleitos que no he concluido,
 Me vuelven acá.

DON FERNANDO.

Decid
 Que hermosuras de Madrid.

MARIA.

Sea vuescancé bien venido.

DON FERNANDO.

¿ Oh huésped ! Remozando
 Os vais siempre. ¿ Cómo va ?

MARIA.

Pasar : nuestro viejo está
 Mejor, señor Don Fernando.

DON FERNANDO.

Es huésped antiguo nuestro.

MARÍA.

Dos años há, en buena fe,
Y aun tres, que vuesamercé
Houa esta posada.

DON FERNANDO.

Y muestro;
Ramírez, lo que la debo,
Pues en ella conocí
A Don Duarte.

DON DUARTE.

Yo fui
Dichoso, y lo soy de nuevo.

DON FERNANDO.

Hallárame en Madrid ya
Mal, sin vuestra compañía.

DON DUARTE.

Yo os prometo que la mía
A vuestro servicio está.

DON FERNANDO.

Mucho que hablar tenemos;
Que desde que fui á Aragón,
No os causará admiración.

DON DUARTE.

Juntos los dos posarémos,
Digo, en un mismo aposento.
Ramírez, ¿no hay dos alcobas
Dentro de mi sala?

MARÍA.

¡Y bobas!
Como oídas de un convento.

DON DUARTE.

Pues háganle á Don Fernando
La cama en una, y sea luego;
Que vendrá cansado.

(Vase Mari-Ramírez.)

DON FERNANDO.

Llego,
Mi palabra os doy, sudando
Mas de amor que de calor.

DON DUARTE.

¡Amor? ¡Gentil desatino!
Mas viniendo de camino,
Poco durará ese humor.
¡Adónde diablos feríastes
Esa pieza?

DON FERNANDO.

En una venta.

DON DUARTE.

¿En venta? No hagais dél cuenta:
Gato por liebre comprastes.

DON FERNANDO.

¡Oh qué viuda! ¡Qué buen arte!
¡Qué donaire! ¡qué hermosura!

DON DUARTE.

Viuda! bocado es de dura;
Pero ¡viuda y en tal parte...!

DON FERNANDO.

Salí de Guadalajara.

DON DUARTE.

¿De Guadalajara fué?
Mal pronóstico.

DON FERNANDO.

¿Porqué?

DON DUARTE.

Si en el refran se repara,
En ella noble ó villana,
Porque su amor no trasnoche,
De lo que dice á la noche
No se acuerda á la mañana.

DON FERNANDO.

Si ella amor me prometiera,
Yo hiciera cómo sacara
Falso el refran.

ESCENA VI.

DOÑA BERNARDA, DOÑA JOSEPA,
POLONIA, SANTILLANA. — DON
FERNANDO, DON DUARTE.

POLONIA. (Dentro)

Pára, pára.

DON FERNANDO.

Esta voz conozco.

POLONIA. (Dentro.)

Espera.

SANTILLANA. (Dentro.)

Esta es, señora, la casa
En que os habeis de apea.

DON FERNANDO.

¡Ay cielos! si adivinar
Osa el fuego que me abrasa,
Vive Dios, que debe ser,
Esta mi adorada viuda.

POLONIA. (Dentro.)

Abranla presto.

DON FERNANDO.

No hay duda;
La voz de aquella mujer
Es de la esclava.

DON DUARTE.

Esperáos,

Que ya acercándose van.

(Sale Doña Bernarda, Doña Josepa y
Polonia de camino, rebozados los ros-
tros, y Santillana.)

SANTILLANA.

Mi señora, el capitán
Antes de irse...

DON DUARTE. (A Don Fernando.)

Sosegáos.

SANTILLANA.

Compró esta casa flamante,
Que estrenan vuestras mercedes:
En lo blanco las paredes
Son de turron de Alicante.
Desde el desvan á la cueva
Está toda proveida
De ajuar, despensa y comida;
Solo hay una cosa nueva,
Que han de llevar cuesta arriba.

DOÑA BERNARDA.

¿Y es?

SANTILLANA.

Un torno impertinente,
Por donde, sin ver la gente,
Lo que les traiga reciba.
Es de aquesta condicion:
¿Qué quieren? No ha de mirarlas
El sol, ni aun para alumbrarlas.

DOÑA BERNARDA.

No hay prebenda sin pension.

SANTILLANA.

Aun yo, que soy su escudero,
Arriba no he de subir.

DOÑA BERNARDA.

A su gusto ha de vivir
Mi casa. Aquese cochero
Despediréis, Santillana.
Saquen primero la ropa.

DOÑA JOSEPA.

Santillan, ¿torno!

SANTILLANA.

A la popa,

Y una red á la ventana,
Que puede cerner lantejas.

DOÑA JOSEPA.

El alma se me congoja.

POLONIA.

¿Tornico? ¡Miren si afloja!
Casáos con malicias viejas.

DON DUARTE.

(Hablando aparte con Don Fernando.)

Llegad, Don Fernando, á verlas,
Y como vecino á hablarlas.

DON FERNANDO.

Eso no, que es avisarlas
Con peligro de perderlas.
Si no me han visto en su vida,
Esa es necia prevencion.
Pues vuestras vecinas son,
Y enfrente amor me convida,
Dejad asentar las cosas;
Que el tiempo nos abrirá
Camino.

DOÑA BERNARDA.

¿Sacaron ya
La ropa?

SANTILLANA.

Sí.

DON DUARTE.

Cuidadosas
Son del frontispicio: bien
Se arrebozan, pues no hay vellás.

DON FERNANDO.

Son las dos...

DON DUARTE.

Diréis estrellas.

DON FERNANDO.

Soles dijera mas bien.
Sacad vos qué tan perfetás
Serán las dos, por el talle.

DOÑA BERNARDA.

¿Cómo se llama esta calle?

SANTILLANA.

La calle de las Carretas.
Es ombligo de la corte:
La Puerta del Sol aquella;
La Vitoria al cabo de ella;
Y á la otra acera es su norte
El Buen Suceso; allí enfrente
El Carmen; á man derecha,
La Calle Mayor, cosecha
De toda buscona gente:
San Felipe á la mitad;
Puerta de Guadalajara
Arriba, de quien contara
Lo que puede una beldad:
Pues por mas que un bolsillo haga,
Es como dar con el toro;
Y cobrando en plata ú oro,
Paga en cuartos, si es que paga.
Entre ahora vuescarad,
Sabrá despues lo demas.

DOÑA BERNARDA.

Josepa, en Madrid estás
Puesta á sombra de una red:
Que entre tanto que no venga
El capitán que te adora,
Has de ser monja.

SANTILLANA.

¡Ay que llora!

DOÑA BERNARDA.

Su esperanza te entretenga;
Que con ella no es molesta
La mas retirada vida.
Yo vengo de la caída
Notablemente indispueta:
Pienso que será forzoso
Sangrarme esta noche.—Entrad.

POLONIA.

¡Sabrosa vida, en verdad!

DOÑA JOSEPA.

Y despues, ¿gentil esposo!
¡Ay! ¡cuál voy!

POLONIA. (Ap.)

En el color
Sus pensamientos la veo.

DOÑA JOSEPA.

¿Torno, Santillan?

POLONIA.

Torneo
De un Adán mantenedor.
(*Vanse las damas, Polonia y Santillana.*)

ESCENA VII.

DON DUARTE, DON FERNANDO.

DON DUARTE.
Entráronse, y de camino
La puerta echaron tras sí.

DON FERNANDO.
Amigo, esperadme aquí.
(*Ap.*) ¡Oh! ¡qué intento peregrino!

DON DUARTE.
¿Dónde vais?

DON FERNANDO.
Que me aguardéis,
Don Duarte, en casa, os ruego.

DON DUARTE.
¿Pensais volver presto?

DON FERNANDO.
Luego.
DON DUARTE.

¿Si tardais?
DON FERNANDO.
No os acosteis.

(*Entra Don Duarte en la posada, y vase Don Fernando.*)

ESCENA VIII.

DON LUIS y PACHECO, de noche.

DON LUIS.
Pacheco, yo sé muy bien
Que Doña Josepa lleva
Muy mal, para no ser Eva,
Que un marido Adán le dén.
De Guadalajara vine
Para esperallas aquí;
No se olvidará de mí,
Aunque el oro desatine
Memorias en la mujer.
Mi tío es viejo, y ausente,
Yo mozo y estoy presente;
No ha de poderme vencer.
Aquí su hermana avarienta
Dicen que se aposentó:
Esta casa la compró
El capitán, en que intenta
Sepultarlas; mas ¿qué importa?
Ya suele suplir el arte,
Si está la edad de mi parte,
Faltas de una hacienda corta.
Llegue á hablarla una vez yo,
Y saldrá este azar encuentro.

ESCENA IX.

DON FERNANDO, como barbero, SANTILLANA.—DICHOS.

SANTILLANA.
Entre vuesarced adentro.
DON FERNANDO.

Vamos.
(*Entran los dos en casa de Doña Bernarda.*)

DON LUIS.
¿Cómo? ¿Quién entró?

PACHECO.
Un escudero y otro hombre.

DON LUIS.
Acabadas de llegar,
Y ahora, ¿á qué puede entrar
Un mozo tan gentil hombre?

PACHECO.
¿Ha de faltar para qué?
DON LUIS.

¿A media noche?

PACHECO.

Traerán
Cartas de su capitán.

DON LUIS.
Llega, que yo lo sabré.

PACHECO.
La puerta de la escalera
Está con llave.

DON LUIS.
¿Eso mas?
PACHECO.
¿Qué malicioso que estás!
Déjalos que salgan fuera,
Y entonces sabrás quien es.

DON LUIS.
Cartas no, sospecha mía....

PACHECO.
¿Porqué?
DON LUIS.

¿No aguardara al día?
¿No se las diera despues?

PACHECO.
¿Qué sabes tú si enfermó
Don Gomez en el camino,
O si murió, y este vino
Con las nuevas?

DON LUIS.
No soy yo

Tan dichoso.
PACHECO.
Pues acecha
Por aquí; que todo amor
Celoso es acechador:
Saldrás de tanta sospecha
(*Mirando por una ventana entreabierta.*)

DON LUIS.
Oye, con dos porcelanas,
A la luz de una bujía,
Salió Polonia: sangría
Debe ser.

PACHECO.
¿Ves cuán livianas
Son quimeras de un celoso?

DON LUIS.
Una venda y cabezal
Lleva mi dama.

PACHECO.
¿Qué mal
Tan repentino!

DON LUIS.
Es forzoso
Que Doña Bernarda sea
La enferma; que las demas
Andan en pié.

PACHECO.
¿Qué darás
Porque se muera?

DON LUIS.
No emplea

En mi favor la fortuna
Sus aceros desa suerte;
Ni el mal debe ser de muerte,
Pues que no llora ninguna.

PACHECO.
La caída, que del coche
Dió la viuda, causará
Esta prevención; que está
Gruesa.

DON LUIS.
¿Qué dichosa noche
Aquella, si en el pantano
Las cuatro ruedas pasaran
Por ella, y la sepultaran!

PACHECO.
No hay celoso buen cristiano.

ESCENA X.

UN BARBERO.—DON LUIS, PACHECO.

BARBERO.
No me ha de estar en la tienda
Un hora.

DON LUIS.
Espera: ¿qué es esto?

BARBERO.
¿Son de casa?

DON LUIS.
Sí.
BARBERO.
Abran presto. —
¿Qué así la opinión me venda
Un bellaco!

DON LUIS.
Pues ¿qué pasa?

BARBERO.
Yo, señores, soy barbero,
Y en mi tienda un caballero
Entró, no estando yo en casa;
Y con malicias discretas
Y doblones, engaño
Mi oficial, y le sacó
Un estuche de lancetas,
En prendas de dos diamantes
Y transformado en barbero,
Entró tras un escudero
Aquí; Ved si semejantes
Burlas para sufrir son,
Con que mancando á una dama,
Pierda el crédito mi fama,
Y mi tienda su opinión!

DON LUIS.
¿Qué decis?
BARBERO.
Si son parientes,
Castiguen el atrevido;
Que yo con esto he cumplido
Con Dios, mi oficio y las gentes. (*Vase.*)

DON LUIS.
Haz pedazos esas puertas.
Bien adivinaba yo
Los engaños del que entró!
Mis sospechas fueron ciertas.
Doña Josepa ha heredado
Su deshonra con mis celos.
Romperélas, por los cielos,
Si no abren.

ESCENA XI.

DON FERNANDO. — DON LUIS, PACHECO.

DON FERNANDO. (Ap.)
Yo me he excusado
Bravamente, por no hacer
Ignorante algun error.

DON LUIS.
¿Quién eres, enredador?
DON FERNANDO.

No suelo yo responder,
Sino así, á quien no respeta
El valor de aqueste acero.

DON LUIS.
¿Quién eres? (*Echa mano*)

DON FERNANDO.
Soy el barbero,
Y esta espada la lanceta.
(*Ríñe con Don Luis, toma una esquina
y se retira.*)

PACHECO.
¿Lindamente supo hacerse
Lugar!

DON LUIS.
Sigúele.

PACHECO.

Algun loco,
Que su vida tenga en poco,
Osará á tanto atreverse.

ESCENA XII.

POLONIA. — DON LUIS, PACHECO.
Luego DOÑA BERNARDA y SANTI-
LLANA.

POLONIA.

¿Quién nos viene á alborotar
La casa? Señor Don Luis.....

DON LUIS.

Enfermedades fingis
De noche, para sangrar
El honor, que ya se ve
Al cabo, y se está muriendo;
Pero entró en Madrid cayendo:
Mal podrá tenerse en pié.

POLONIA.

¿Vuesa merced está en si?
¿Que tal en sus labios quepa?
Señora Doña Jusepa,
Lléguese vusted aquí,
Y dígame á mi señora,
Que el señor Don Luis procura
Deshonrarnos.

DON LUIS.

Es la hechura
Imitación de la hechura.
(*Salen Doña Bernarda, en faldellín
curmés y en cabello, y Santillana.*)

DOÑA BERNARDA.

¿Con quién das voces? ¿porqué
No cierras aquesta puerta?

DON LUIS.

Tenedla al engaño abierta;
Que como despues esté
A la vecindad cerrada,
Poca opinion hay perdida.
Enfermia de la caída
Y va buena levantada
Debe de ser interior
El mal que osó acometeros;
Que tambien tendrá barberos
La medicina de amor.

Alentareis así,
Granada, que por de fuera
Cubre cáscara grosera,
Y tiene el alma rubí.
¿Quién es el nuevo galán
Avisado y prevenido,
Tan presto sustituido
En nombre del capitán?
¿Hubo concierto en la venta?
¿Quién lo duda? Porque allí
Todo se vende, y aquí
Enviará á hacer la cuenta,
(Que donde hay recibo, hay gasto)
Siendo el interés ventero,
Para que cene el barbero
Con el capitán á pasto.
¿Buen aforro de anascote!
Mas sois viuda cortesana.
¿Qué joyas dió á vuestra hermana?
¿Qué tanto añadís al dote?
¿Cuánto os dió de prometido,
Porque al capitán dejéis,
Y, aunque su casa habiteis,
Pague interés el olvido?
Algo me diérades vos
Porque no se lo escribiera,
O á la corte no viniera
A ser fiscal de las dos.
Mas perdonaréis; que quiero
Avisarle lo que pasa,
Y que de noche en su casa
Hay, si no duende, barbero.

(Vanse Don Luis y Pacheco.)

ESCENA XIII.

DOÑA BERNARDA, SANTILLANA,
POLONIA.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué desatinos son estos?
¿Qué enredos, ó qué traición
Menoscaban mi opinión
Por modos tan descompuestos?
¿Fingido el barbero fué
Que salistes á llamar!

SANTILLANA.

Ande usancé; que es hablar.
¿Que está borracho no ve,
Don Luis de enamorado?
A cuatro casas de aquí
Por el barbero sali,
Y de ventosas cargado
Hallé en su tienda al macedo,
Que iba á echar á un tabardillo,
Y de sangrar un tobillo
A Doña Ines Valdivieso,
Acababa de volver.
¿Por Dios, que estamos de espacio!
Es sangrador de palacio:
¿Eso habia de hacer?
Ha estudiado cirugía;
No hay hombre mas afamado;
Agora imprime un tratado
Todo de flosomonia.
Suele andar en un machuelo,
Que en vez de caminar vuela;
Sin parar saca una mucla;
Mas almas tiene en el cielo
Que un Heródes y un Neron;
Conócenle en cada casa:
Por donde quiera que pasa
Le llaman la Extrema-Úncion.

DOÑA BERNARDA.

Tiene las manos muy blandas
Para trabajar con ellas;
Que las feriaran doncellas
Entre cambrayes y holandas.
Santillana, algun ardid
Vuestra lealtad sobornó.

POLONIA. (Ap.)

¿Qué despacio le miró!

SANTILLANA.

Señora, no hay en Madrid
Barbero mas conocido:
Yo le llamé por la fama:
Vuélvase vusted á la cama,
Que apenas habrá salido
Mañana el sol, cuando aquí
Segunda vez me acompañe.

DOÑA BERNARDA.

¿Plega á Dios que yo me engañe!
Santillana, haceldo así;
Que el turbarse, y no saber
Desenvolverse al sangrar,
Me ha dado que sospechar.
Pero yo sabré poner
Tal vigilancia en mi casa,
Que si esta ha sido invención
No halle otra vez ocasión
En nada.

SANTILLANA

Vivir con tasa.

DOÑA BERNARDA.

¿Con pié bueno empiezo á entrar
En este cerco cruel!
Advertid que si no es él,
Un punto no habeis de estar
En mi servicio.

SANTILLANA.

Por Dios,

Que es vuesa merced cabezuda.

DOÑA BERNARDA.

Yo voy con razón en duda
De que os entendéis los dos

SANTILLANA.

Por el siglo.....

DOÑA BERNARDA.

No sigleis.

SANTILLANA.

De Catalina Becerra.....

DOÑA BERNARDA.

Andad.—Esas puertas cierra.

SANTILLANA.

Un rayo.....

DOÑA BERNARDA.

No fulmineis.

SANTILLANA.

Soy montañes, y no quiero....

DOÑA BERNARDA.

En vano me persuadís.

Recogeos.

SANTILLANA.

Voime.

DOÑA BERNARDA.

¿Oís?

Mañana con el barbero. (Vanse.)

—

Sala en la posada.

ESCENA XIV.

DON DUARTE, MARI-RAMIREZ,
SANTAREN.

MARIA.

Mucho nuestro huésped tarda.

DON DUARTE.

No quiso mi compañía.

SANTAREN.

¿Válgame Dios! ¿Dónde iria?

MARIA.

Quien con la cena le aguarda,
A media noche, estará
De buen humor.

DON DUARTE.

Por el gusto

De tal huésped, todo es justo.
Tarde es: presto volverá.

ESCENA XV.

DON FERNANDO. — DICHOS.

DON FERNANDO.

Oid sucesos de amor;
Que no en vano, aunque tan viejo,
En fe de sus novedades,
Niño le pintan los tiempos.
De Aragón volví á Madrid,
Necesitado de pleitos;
Fáciles al comenzarlos,
Y al concluirlos eternos.
Caminando con el alba,
Con su semblante risueño
Me acompañó hasta la vista
De la venta de Viveros,
En cuya bajada alcanzo
Coches y carros, y entre ellos
Uno que volcado imita
Faetontes atrevimientos.
La pasada tempestad,
Y el descuido de un cochero
Lazos armó de un mal paso,
Que dió con todo en el suelo.
Al alboroto y la grita
Que daba el temor de adentro,
Llegué y vi abortar personas
Del portátil apesento.
Una niña de los ojos
De amor, basilisco en ellos,
Y una esclava, sombra suya,
Pidiendo favor salieron;
Esta para su señora,
Y aquella perlas vertiendo,

Para su hermana oprinida
Mas del susto que del peso.
Cortés de la silla salto.
Y juntando carreteros
Y estudiantes, socorrido,
El coche á su sér volvemos.
Saqué en brazos desmayado
Un sol, si hay soles de hielo;
Un alba, si hay albas viudas,
Y un serafín, si cayendo,
Puede este título darse.
En fin, en hombros la llevo
A la venta, y en la cama
De la huéspeda la acuesto.
Las diligencias del agua
Abriles restituyeron
En rosas á las mejillas,
Del amor ramilletteros.
Agradecido un lacayo, (1)
Dejando á solas sus dueños,
Combatido de promesas
Y importunado de ruegos,
En aquel enano bosque.
Que de gustos pasajeros
Tanto sabe y calla tanto.
Me refirió por extenso
La patria de las dos damas,
Que es Guadalajara; un tiempo
Corte de duques Mendozas,
Ya de lo que fué recuerdos
La causa de su camino
Es hacer avaro empleo
Del caudal de la hermosura
De su hermana, con un viejo
Remozado en el Jordan
De un pedazo de aquel cerro
Genoves, puesto que indiano,
Que la heredó en cien mil p. sos.
En las tres partes la dota.
Y á la viuda en poco ménos,
Porque esperanzas anime
De segundos himeneos.
Comprólas costosa casa,
Que es la frontera que vemos,
Con los adherentes todos
Que requieren tales dueños.
Solo en balcones y puertas
Quiso mostrarse avariento
Con los ojos, limitando
La luz por rallos espesos.
Puso puerta á la subida,
Y un torno al patio, que estrecho,
Niega ocasiones al ocio
Y se la da á sus deseos.
Prevenido desta suerte
Este humano monasterio,
Donde en años primerizos
Vive el amor recoleto;
Partió á la ciudad del Bétis,
En cuyo dorado puerto
Espera en la primer flota
Esquimos del Mundo Nuevo
Esto que digo, el lacayo
Me contó; y encareciendo
Prometidas vigilancias,
Tornos, retiros y encierros,
Me afirmó no saber dónde
Era la calle y el puesto
De la nueva habitación;
Pero que por mi respeto
Diciéndole yo la mía,
Me daría aviso cierto.
Obligarón seis doblones
Palabras y juramentos:
Y cierto de mi posada,
Se volvió á su ministerio;
Mas no yo á mi libertad,
Que desde ayer la echo ménos.
Cumplió su efímero curso
El sol, y ya casi muerto.

En tómulos de escarlata
Lutos cortaba el silencio,
Cuando la enferma, ya sana,
Después que gastó en remedios
Lo que el día, en aplicarlos,
En crepusculo los cielos,
Y ella en los de su mongil,
Volvió á caminar, siguiendo,
Girasol de su hermosura,
Mis pasos su movimiento,
Adelantándose ya,
Ya tal vez retrocediendo,
Todo espuelas el amor,
Todo riendas el respeto.
Con esta resolución
Piqué, en las promesas cierto
Del lacayo, y llegué aquí,
Prometiéndome con veros
Pronósticos venturosos
A mi historia; cuando vemos
Pasará el coche ¡qué dicha!
Al mas sazonado tiempo
Que pudo escoger mi amor;
Donde vuestros ojos mismos
Atestiguaron en parte
El buen logro de mi empleo.
Escuché, si lo advertistes,
Decir á mi hechizo bello,
Que esta noche era forzoso
Sangrarse; y yo todo fuego,
Todo amor, todo locura,
Logré mis atrevimientos,
Sin decirlos donde iba.
Obligarón los cohechos
Del oro, que con dos caras
Tantas traiciones ha hecho,
A un oficial conocido
Deste vecino barbero,
En cuyas manos mil veces
Los dos la vida hemos puesto.
Sustituí yo interesante
Su oficio en mi, y yo dispuesto
A disparates de amor,
Usurpé sus instrumentos.
Vino (mirad; qué ventura!)
En busca de su maestro,
Para el sacrificio hermoso,
El lacayo muy contento.
A un hombre, y válgame Dios!
Qué de estorbos y rodeos
Atajan y facilitan!
Todo lo hallé tan dispuesto,
Que juzgué de causas locas
Necesarios los efectos.
Favorecí mi locura,
Llévome á su casa luego;
Topo al encuentro dos hombres.
Y sin reparar en ellos
Entonces, arriba subo;
Y atunbrámme al aposento,
Donde pudiera el troyano
Olvidar gustos siqueos.
Estaba sobre almohadas
Bordadas de blanco y negro,
Y un acerillo de flores,
Incorporada en el lecho;
Jubilados de las tocas
Los licenciosos cabellos,
Ni muy oro ni azabache;
Medio si destos extremos:
Con una almilla de aguja,
De seda y oro, y de celos
En la color turquesada;
Celos vi, con celos vuelvo.
Sutil cambray pretendía
Competir blancura, necio,
Ocultar belleza, avaro,
Guarnecer cristal, discreto.
El delgado, mi amor lince,
Fácil fué penetrar velos:
Quedé imagen de mi mismo,
Tan absorto, tan suspenso,

Que me juzgaran estatus,
Si viviera Policieto.
La esclava, por despertarme,
Dijo: «O el señor macao
Sabe poco de sangrias,
O desde que entró acá dentro
Tiene calambre en los ojos.»
Tiróme del brazo, y vuelvo
En mí un poco; todo no:
Vi á su hermana descogiendo
La venda y el cabezal,
Tan hermosa, que os prometo,
Que á tener libres los mios,
No sé lo que hiciera en ellos.
Prevenidas con la luz
Porcelanas, y cubriendo
La colcha blancas toallas,
Vi sacar un brazo... ¡Ay cielos!
Si fuera yo de los cultos,
Llamárale ramo terso
Del tronco de la hermosura,
Cristal animado, exceso
Y non plus ultra de amor.
¡Qué mano, amigo! ¡Qué dedos!
¡Qué venas! Juzgadlas vos
Mientras que yo las contemplo.
Animé la lengua entónces,
Y dije: «Saber espero
Qué vena mandó el doctor
Sangrar», y dijo riendo:
«De la del arca tres onzas.
— «Pues, señora, á un lado el miedo,
(Dije) y en nombre de Dios.
Toco el brazo, y lisonjeo
Venas con blandas caricias.
Convidando á engaños tiernos:
Díéronme un listón turquí,
Celos todo, ¡triste agüero!
Que temblando al brazo aúdo,
Que compasivo le aprieto.
Doblo el cabezal, que toma
La mano, favoreciendo
Mi pretina, y yo dudoso
De añadir yerros á yerros.
La lanceta entre los labios,
Y ella á las espaldas vuelto
El rostro, mientras estudian
Excusas mis pensamientos.
Pregunto: «¿Sobre qué achaque
Os sangrais, que el pulso quieto
Niega expulsion á claveles,
Y yo ejecutalla temo?
— No he consultado doctores
(Responde); pero cayendo
De un coche, experiencias mancan
Usar de tales remedios.»
— Pues, señora, le replico,
Pena en Madrid nos han puesto
Al sangrar sin permission
De los hijos de Galeno.
— No hay aquí quien os acuse,
Replica; y yo resistiendo,
Que no he de hacerlo porfio,
Y el listón del brazo suelto. —
En respuestas y demandas,
Estábamos arguyendo,
Cuando á la puerta dan golpes,
Y yo al alboroto dellos,
La espada animoso saco;
Que dado que los barberos
No la usen en su ejercicio,
Soy sangrador caballero.
Abren la escalera y bajo,
Y los dos que vi primero,
«¿Quién soy», airados preguntan;
Respondiles: El barbero,
Y la lanceta esta espada;
Y pasando por enmedio,
Con dos puntas los aparto,
Ganando á la calle el puesto.
Por desmentir diligencias,
Otras dos ó tres rodeo,

(1) El lector ha visto que fue Polonia quien informó á Don Fernando.

Y encontrando al oficial,
De mis engaños tercero,
En una, digo que estaba
Despedido; y yo añadiendo
Intereses, solicito
Segunda vez el secreto.
Nudo prometió á los labios;
Y ahora, que todo quieto
Está, de mis disparates
A daros noticia vuelvo.
Enamorado y perdido
De recién nacidos celos
Estoy; amigo, alivíadlos,
Y no apercibais consejos;
Porque si la viuda hermosa
De mi esperanza no es premio,
En malogros juveniles
Lloraréis años funestos.

DON DUARTE.

¿Qué llamais llorar malogros?
Triunfaréis, viven los cielos,
De competencias narcisas,
Si la hacienda y vida pierdo.

MARÍA.

La dicha viuda, ¿no vive
Enfrente? Pues pierda el miedo,
Que no seré yo quien soy,
Si no se le ablanda el pecho.

SANTAREN.

Yo tambien pondré mi parte;
Que en materia de embelecós,
Soy hijo de quien nacer
Hizo en una artesa berros.

DON FERNANDO.

Si todos me dais favor,
Ya ni dudo ni recelo.

DON DUARTE.

¿Qué llamais dudar? Venid,
Mari-Ramirez; cenemos.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Doña Bernarda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BERNARDA Y DOÑA JUSEPA,
*quitándose los mantos y en chapines
bajos*; POLONIA.

DOÑA BERNARDA.

Tú has de darme pesadumbre
Como quiera que pudieres.

DOÑA JUSEPA.

Pues si tropiezo, ¿qué quieres?

DOÑA BERNARDA.

Ya lo tienes de costumbre.
Esclava, quita estos mantos.
(Vase Polonia llevándose los.)

En llegándote á mirar
Un hombre, vendrás á hallar
Hasta en el estrado cantos.

DOÑA JUSEPA.

Eso sí; fulmina enojos
Y di malicias después.

DOÑA BERNARDA.

Llevas sin tiento los pies
Por tropezar con los ojos.
De tres corchos de chapin
Cae! ¿qué hicieras de doce?

DOÑA JUSEPA.

Quien las calles no conoce
Y es andadora ruin,
Estando mal empedradas,
Cuando madrugamos tanto,
¿Qué mucho?

DOÑA BERNARDA.

¿Y tropezó el manto —

Tambien? No me persuadas
A tan rústica simpleza.
Bueno es, cuando lo apetece,
Que con los pies estropieces,
Y descubras la cabeza!
¿Qué confiada que estás
De tu cara! Ya te vió
El que la mano te dió;
Y tambien se la darás
De esposa, si llega á verte;
Que poco importa perder,
De un perulero mujer,
Cien mil pesos, y en su muerte,
Que en setenta años envuelta
Ya sus visperas publica,
Quedar moza, hermosa y rica,
Y de su vejez absuelta.
De qué sirve madrugar
El domingo á misa tanto,
Si los cohechos del manto
Licencia tienen de dar
A ojos locos y traviesos,
Y á manos por comedias,
Licenciosas y atrevidas?
Tan malos son cien mil pesos,
Que los arriesgas no mas
Que al descuido de un chapin?

DOÑA JUSEPA.

Tú has de reñir siempre, en fin.
¿Disculpas no admitirás?
Si un corcho descapellado,
A la luz del alba escasa,
En calle por donde pasa
Tanta gente y coche al Prado,
Tiene tan mal aparejo,
Que en hoyos arma caídas
Con piedras mal avenidas,
A fuer de dientes de viejo,
¿De qué formas ese espanto?

DOÑA BERNARDA.

Ya te he dicho que pudieras,
Cuando ignorante cayeras,
Tener con la mano el manto;
Sin hacer demostracion
De la cara presumida,
Que á tanto galan convida.

DOÑA JUSEPA.

Buena era la prevencion,
A estar primero avisada
De donde habia de caer.
Tambien tú pudieras ser
Adivina en la jornada,
De la caída que diste,
Porque no te desmayaras
Y en brazos te trasladaras
Del caballero, en quien fuiste
Causa (si llegó primero
En mi favor socorrido)
De que en tu casa atrevido
Se trasformase en barbero.
¿Ves cómo en las contingencias
Nadie precavido está?

DOÑA BERNARDA.

Pasaste por Alcalá;
No es mucho hacer consecuencias.

DOÑA JUSEPA.

Mi defensa en ellas trazo.
¿Qué quieres? desgracia fué:
Yo la cara le enseñé,
Y tú la cara y el brazo,
Que desnudo y rezagado,
A contactos lisonjeros
Hizo favores barberos;
Y si yo el guante calzado,
La mano le llegué á dar,
¿Es mucho, á tu parecer,
Que viéndote á tí caer,
Aprendiese yo á tropezar?
El se apartó cortesano
Cuando le reprehendiste;
Yo tropece, tu caiste;

Diste el brazo y yo la mano.
Cuando alguna ocasion haya,
(Que no habrá si nos guardamos)
Iguales las dos estamos:
Uno por otro se vaya. *(Vase.)*

ESCENA II.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué presto á mi hermana influye
Madrid su sacudimiento!
Es contagioso hasta el viento
Aqui: todo lo destruye.
Mas con qué razon arguye
La pasion que le hace guerra
A mi hermana, si se encierra,
La que en ella culpo, en mí?
Porque lo que reprendí,
Me probó tambien la tierra.
Aquel barbero fingido,
(Que por lo bien que me está,
Fingido le juzgo ya)
Muerte de mi fama ha sido:
Dióme vida comedido
En la caída cruel
Del coche, si es cierto que él
De aquel trance me libró;
Porque desmayada yo
Mal pude advertir en él.

ESCENA III.

SANTILLANA. — DOÑA BERNARDA.

SANTILLANA.

Si con ventosas y estuche.
Estaba, ¿fué mucho exceso?

DOÑA BERNARDA.

¿A qué propósito es eso?

SANTILLANA.

¿A qué propósito? Escuche,
Y verá cuán bien lo sabe.
No era barbero el que vino
Anoche en vez del vecino.

DOÑA BERNARDA.

¿No? ¿pues quién?

SANTILLANA.

Un gran...
Un chancero cortesano
Que á Santillana engañó.
Y por fino se vendió,
Y era fino segoviano.
Pasó plaza de barbero,
Y á sangrar á usancé entró
El maeso me lo contó.
Y dice que es caballero
A quien afeitár solia,
Que por ver á vuesañé,
Sangrador de casa fué.

DOÑA BERNARDA.

Hay mayor bellaquería!
No hay que fiar en la corte;
Antes entiendo, por Dios,
Santillana, que á los dos
Os habrá pagado el porte
Quien os hizo su estafeta
Para esta burla villana.

SANTILLANA.

En toda la Santillana
No ha habido sangre alcahueta:
Usancé me trate bien.

DOÑA BERNARDA.

¡Miren si lo dije yo!

SANTILLANA.

El oficial me engañó:
Despedido está tambien.

DOÑA BERNARDA.

¿Y no sabeis dónde vive?

SANTILLANA.

No lo pregunté al maeso;

Mas si tiene gusto deso,
Voilo á saber.

DOÑA BERNARDA

Quien recibe
Caducos, todos malicia,
Por esto suele pasar.
Hele de hacer castigar,
Si es que en Madrid hay justicia.
Yo le diré lo que pasa
Al presidente.

SANTILLANA.

Eso sí,
Y no echármelas á mi.

DOÑA BERNARDA.

Andad, sabedme su casa;
Que no habeis de entrar en esta.
Si ignorais adonde mora.

SANTILLANA.

Trairéle en un cuarto de hora
A vuesancé la respuesta,
Y verá que es desatino
El que aqui me levantó.
¡Yo estafeta! ¡Arcaduz yo!
Lo que es una vez de vino
Y dos ó tres zancadillas,
Eso vaya: la vejez
Hace báculo tal vez
Del jarro, y da de costillas.
¿Mas Santillana tercero?
¡Jesus, Jesus sea conmigo!

DOÑA BERNARDA.

Andad, sabed lo que os digo,
Y no me seais gestero.

SANTILLANA.

Digo que me lo dirá
El maeso que le desbarba.
Si la venganza la escarba,
Espere.

DOÑA BERNARDA.

Volved acá.

SANTILLANA.

¿Qué mandais?

DOÑA BERNARDA

¿Y qué el hombre es
Caballero?

SANTILLANA.

Así lo afirma

La tienda.

DOÑA BERNARDA.

Y él lo confirma
De la cabeza á los pies,
Que tiene extremado* talle.

SANTILLANA.

¿Eso tenemos ahora?

DOÑA BERNARDA.

Andad, sabed dónde mora;
Que yo hasta hacer castigalle,
No puedo vivir contenta.

SANTILLANA.

Eso pido y eso quiero.

DOÑA BERNARDA.

¿Oís? Y ese caballero,
¿Qué tanto tendrá de renta?

SANTILLANA.

No tuve cuenta con eso.

DOÑA BERNARDA.

Pues sabiendo todo, andad.

SANTILLANA. (Ap.)

Sangróla en la voluntad
El barberito sin seso.

ESCENA IV.

DOÑA BERNARDA.

Si es caballero, livianos
Pensamientos, bien podéis

POR EL SOTANO Y EL TORNO.

Disculparos cuando deis
Puerta á amores cortezanos,
Mas tal cara y tales manos
Dignos son de mas valor;
Y no es mucho, si el amor
Muda oficio, y sus saetas
Sabe trocar en lancetas,
Que se hiciese sangrador.

ESCENA V.

POLONIA. — DOÑA BERNARDA.

POLONIA.

La toquera que mandó
Vuesa merced que avisase
Cuando por aqui pasase,
Ahora al toruo llegó.
Llaméla de la ventana:
Si ha de subir, abrírela.
DOÑA BERNARDA.
Poco el cuidado recela
De una montañesa llana.
Cuando suba, ¿qué hay que importe?
Llámala, que acá la espero.

POLONIA.

Voila á abrir.

(Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA BERNARDA.

Comprarla quiero
Tocas, que al uso de corte
Me desocupen la cara,
Y alijeren la cabeza;
Que me causaban tristeza
Telas que en Guadalajara
Prolijas el uso enseña;
Que enfadosas de sufrir,
Nunca saben distinguir
Una viuda de una dueña.
Este traje admite el mundo:
Será el cambay, que no pesa,
Manteles para la mesa
Del matrimonio segundo.

(Vase.)

ESCENA VII.

DOÑA JUSEPA.

Que sin ser mi hermana madre,
Me cele hasta el tropezar,
Pretendiéndome casar
Con quien no puede ser padre,
Es desatino terrible.
Cuanto mas lo considero,
Mas me afijo y desespero.
Yo en el abrif apacible
De quince años, con setenta!
¿Qué importa toda su plata,
Si cuando dárme la trata,
Con el estaño la afrenta
De la vejez que le obliga?
¿Ni de qué valor serán
Todas sus barras, si están
Mezcladas con tanta liga?
Si el desposorio celebre,
Y estando juntos los dos,
Me dice amores con tos,
Me arroja un diente requiebro,
Y con él me descalabra,
¿Qué he de hacer con un marido,
En la ejecución fallido,
Y fecundo de palabra?
No, Jusepa, no es adorno
Del mayo el caduco enero.
¿Con un marido escudero
A la atahona de un toruo,
Los celos siempre á la mano
Sujeta á algun testimonio?
¿Yo monja del matrimonio?
¿Yo el perro del hortelano?
¡Malos años!

—

ESCENA VIII.

POLONIA. — DOÑA JUSEPA.

POLONIA.

Pues, señora,
¿Qué soliloquios son esos?

DOÑA JUSEPA.

Lloro avarientos excesos
De mi hermana.

POLONIA.

Ella está ahora
Comprando á una vizcaina
Viudeces, si no mortajas;
Que la ofenden tocas bajas,
Y á lo nuevo determina
Ser ya viuda garrafal,
Si lo ha sido recoleta:
En gorgoran la bayeta,
Porque el peso la hace mal;
Media seda el anascote,
Que otros tiempos fué contray;
Y espumillas con cambay,
Por el ruan. Con el dote
Que del capitán aguarda,
Segundas bodas euvida,
Y del que pudre se olvida.

DOÑA JUSEPA.

No querrá doña Bernarda
Que siga yo su consejo,
Y dé á mis años mal gozo,
Casándose con un mozo,
Por recetarme á mi un viejo.
Aun si fuera el que llegó
A tenerme esta mañana.....

POLONIA.

¡Buena presencia!

DOÑA JUSEPA.

A mi hermana
Rebuena le pareció;
Que de todo el sermon que hizo.
Han sacado mis desvelos
Que fueron el tema celos,
Y que dél se satisfizo.

POLONIA.

Es viuda de aquestos dias:
Bien sospechas y bien dices;
Que aquestas sobrepellices
Son tapa-bellaquerías.
Y afirma un barhimoreno
Que una viuda ensabanada
Es cual trucha salmonada,
Que está empanada en centeno.

DOÑA JUSEPA.

Polonia, no dudes dello.
¿No son las viudas mujeres?

ESCENA IX.

SANTAREN. — DOÑA JUSEPA, PO-
LONIA.

SANTAREN. (Dentro.)

¡Compran peines, alfileres,
Trenzaderas de cabello,
Papeles de carmesi,
Orrejas, gargantillas,
Pebetes finos, pastillas,
Estoraque y menjú,
Polvos para encarnar dientes,
Caraña, capey, anime,
Goma, aceite de canime,
Abanillos, mondadientes,
Sangre de drago en palillos,
Dijes de alquimia y acero,
Quinta esencia de romero,
Jabon de manos, sebillos,
Franjas de oro milanes,
Listones, adobo en masa?
(Sale en traje de buhonero, con una
caja.)
Cristo sea en esta casa.

DOÑA BERNARDA.

Yo la haré ver
A un amigo mercader;
Si ya no es que Santillana,
Mi escudero, la líquida.

MARÍA.

¡Bendiga Dios tal agrado!
(Dale un papel.)
Tome; y por el mal logrado
Goce un conde, cuya vida
Prospera el cielo en los dos.

DOÑA BERNARDA.

Mari-Orduña, Dios la guarde.

MARÍA.

Mañana vuelvo en la tarde.

DOÑA BERNARDA.

Cierra, esclava.

MARÍA.

Angel, adios. (Vase.)

ESCENA XII.

DOÑA BERNARDA.

¡Qué poco lugar halló
La malicia en esta gente!
Poco la corte insolente
Sus costumbres le pegó.
Algo de cuentas sé yo,
Aunque no las ejercito;
Si al viejo se las remito,
No acabará con su suma.
¡Qué aliñada trae la pluma!
Nada en guarismo hay escrito.
(Lee.) *El que á vista de la venta,*
Señora, para su daño....
¡Cómo es esto! ¡hay tal engaño!
¡Ya se hace en verso la cuenta!
El amor todo lo intenta.
¡Oh toquera cortesana,
Que en presencia simple y llana,
El embeleco eres mismo!
¡Acometes en guarismo,
Y es la cuenta castellana?
Si el mismo á quien soy deudora
De la vida que he rendido,
Es el barbero lúgido
Que amante me escribe ahora,
Montañesa enredadora,
Mas te debo que pensé;
Lo que á varas te compré,
A piezas te he de pagar.
Amor, volved á sumar
Cuentas de crédito y fe.
(Lee.) *El que á vista de la venta,*
Señora, para su daño,
En brazos sacó su engaño,
Y agora obligarle intenta,
Cayendo vos en la cuenta
De que le debéis la vida,
Os pide que agradecida
Deis favor á su cuidado;
Porque os jura que ha quedado
Muerto de vuestra caída.
Barbero me trasformó
La industria para sanar.
¡Quién vió nunca ir á sangrar
El enfermo á quien le hirió?
El ánimo me faltó:
Companion de amor sería;
Que aunque su luz fué mi guía,
Juzgué cruel desperdicio
Sacar en tal sacrificio
Sangre que adoro por mia.
No tiene amor quien no intenta,
Ni valor quien no se humana;
Mientras casais vuestra hermana,
Haced de vuestra edad cuenta.
Seis mil ducados de renta
Desean, y con razon,
Veros en su posesion;
Mi casa tenéis enfrente.—

Vuestra vida el cielo aumente.—

Don Fernando de Aragon.

Alto, viudez, esto es hecho;
Perdone Dios al difunto.
¡Seis mil ducados! Hoy junto
A mi amor honra y provecho.
Su tallo me ha satisfecho;
Aragon es su apellido,
¡Quién duda que es bien nacido!
¡Seis mil ducados de renta!
Mejor me sale la cuenta
De lo que yo habia entendido.
No mintió la montañesa,
Cuentas á sumar me dió,
Que mi dicha averiguó,
Por lo que en ello interesa.
El capitán se dé prisa,
O no logrará su enero:
Mientras yo averiguar quiero
La verdad desta partida;
Que temo la recaída,
Si se me muda el barbero. (Vase.)

Sala en la posada.

ESCENA XIII.

DON DUARTE, DON FERNANDO.

DON DUARTE.

Madrugué á costa del sueño,
Tanto á vuestra persuasion,
Cuan to á ver por experiencia
Si hipérboles del amor
Tal vez salen verdaderos.
Las cuatro daba el reloj;
De correr sudaba el alba,
Porque la alcanzaba el sol.
Salieron las dos hermanas;
Que á ser tres como eran dos.
Las tres gracias en mentira
Fueran verdaderas hoy.
Iban en chapines bajos
(A la brida los llamó
Un crítico recoleto.
En la nueva locucion)
De las manos, y tapadas,
Hácia la Puerta del Sol
Echaron, y yo tras ellas,
Siguiendo sus pasos voy.
Llegaron al Buen Suceso.
(¡Bueno me le dé el amor!)
Por las gradas de la fuente
Ellas, por la puerta yo,
Frontera de la Vitoria; (1)
Que así me lo aconsejó,
Para asegurar sospechas,
La advertencia y discrecion.
Hincáronse de rodillas
Después del altar mayor,
Delante de aquel traslado
Del alba que humanó á Dios.
Imitélas hasta en esto,
Ellas norte, el iman yo,
Mas curioso que devoto;
Pero amor ya es devocion.
No sé qué me daba el alba,
Previendo á la razon
Con presagios, cautiverios;
Pero afirma el cazador
Que la garza entre infinitos,
Conoce luego al halcon
Que tiene de darle alcance;
Y así yo á su imitacion,
Desde el instante que vi
Mi dama en el borrador
Del celoso manto, tuve
Esperozos de aficion.
Salió un clérigo al altar,

(1) Ventana dice la edición que seguimos; pero es claro que se habla de la puerta del Buen Suceso, frente á la calle de Espoz y Mina, cuya entrada era antes la lonja del convento de la Vitoria.

Y á fuer de predicador,
Nos dió á probar una misa
En puntos, como sermon.
Creí que se descubrieran;
Pero vano me salió;
Que no dió el cuidado en ellas
A los ojos pernuision.
Acabóse el sacrificio;
Y apenas la bendicion
Recibieron, cuando vuelven
Las espaldas, sombra yo
De sus pasos. Quiso el cielo,
Cuando el planeta mayor
De púrpura entapizaba
Su real peregrinacion,
Que tropezase mi dama
En un hoyo, á intercesion
De mis ruegos; que en Madrid
Todo sirve á la ocasion.
Llegué diligente á darla
La mano que recibí,
Salvo el guante, aunque por él
Rayo ó nieve me abrasó;
Y derribándola entónces
El viento registrador
El manto de la cabeza,
Vi.... No sé comparacion
Que no quede vizcaina;
Porque estrellas, luna y sol,
Cristal, oro, rubies, perlas,
Jazmin, rosa, clavel, flor,
Todo está manoseado;
Siendo en cualquiera cancion
Epítetos de alquiler,
Si niños de entierro no.
Ya vos sabeis su hermosura,
Y remitiéndome á vos,
Lo que á la lengua no fio,
Dejo á la imaginacion.
Vuestra viuda, airada entónces,
Velos sutiles corrió
A un retablo de hermosura,
Que fulminando rigor,
Me dijo: «La cortesía,
Hidalgo madrugador,
Agradeziera, á venir
No con tanta prevencion.
No es tan de alto la caída
Que necesite favor
Quien, para excusarse dellas,
Vendrá en zapatos desde hoy.» —
Echóla el manto, y airada
Su camino prosiguió,
Pagando instantes de penas
En siglos de privacion.
Sin atreverme á seguirlas,
Me trujo á mi habitacion
Poco á poco, no el sentido,
Pues sin él, amigo, estoy;
El deseo de contaros
Mi amorosa relacion
Debió de animar mis piés.
Llegué en fin, mas no os halló
Mi dicha en casa, y sentílo;
Que en la comunicacion
De los amigos descansa
El tormento mas atroz.
Buscándome Santaren,
(Ya sabeis su extraño humor)
Sacó entre burlas y veras
Mi mal, por la turbacion.
Contésele importunado,
Y estorbos facilitó
Que, si cumple cual promete,
Mi dueño es, su esclavo soy.
Trasformado en un instante
Vino en mercero gascon
Con una caja á la espalda,
Imitando oficio y voz.
Pidióme que le entregase
Un presente de valor,
Que despachaba á Lisboa

DOÑA JUSEPA.

Polonia, tengo vergüenza.

POLONIA.

Lo mas hace quien comienza:

Llega, abrevia con el sí,
Mientras yo á la viuda espío.

DOÑA JUSEPA.

En fin, ¿le tengo de hablar?

POLONIA.

No sino el alba. Bobear.

(*Llegándose al torno.*)

Llegaos acá, señor mío,
Que aquí vuestra dama os dejo,
Que en amor va tropezando.
Señores, ir abreviando;
Que viene mañana el virje.

DON DUARTE.

A no tener el estorbo

Destas tablas por padrino
De mi amante atrevimiento,
Niña de amor, de amor niño,
Coloreara al hablarlos;
Puesto que en todo ejercicio
Ansí de artes como ciencias,
Se suponen los principios.
Cegué á la Puerta del Sol,
A los rayos improvisos
De otro sol, que en el ocaso
De un velo adoré escondido.
Yo caí, vos tropezastes,
Y en imitados peligros,
Si la mano llegué á daros.
La mano vengo á pedirlos
Y á ejecutarlos con ella.

DOÑA JUSEPA.

Si haceis con todas lo mismo.
Que descapellan chapines,
Ya estaréis de manos rico.
Amante que se enamora
Al descubrir repentino
De una cara entre dos luces
Sin mas tiempo y requisitos.
¿Qué fianzas nos dará
De que por el mismo estilo,
Que estopa frágil se enciende,
No le apague leve olvido?

DON DUARTE.

Eso tiene la excelencia
De un objeto: el basilisco
Mata en mirando; al instante
Ciega el sol, anega el río.
A ser vos como las otras,
Pudiera ser.

POLONIA.

Señor mío,

Lo que importa es ir al caso,
Y eso dejarlo á los libros.

SANTAREN.

¡Bien haya quien te parió!

POLONIA.

Mi señora está al estribo
De un matrimonio setenta,
Que viene ya de camino.
Si es vuesa merced soltero,
Y pretende estar cautivo
En un Argel de quince años,
Déjenos órden y aviso
Para informarnos mañana
De sus virtudes ó vicios,
Calidad, patria y hacienda;
Y sino adios.

SANTAREN.

Eso pido.

¡Oh Polonia compendiosa!
Unta, señor, este quicio,
Que es sobre quien ha de andar
Todo nuestro laberinto.
Esta es Polonia, la esclava

DON DUARTE.

Siendo vos discreto arrimo

De mi honesta pretension,
Pocos medios necesito.
La informacion que pedis,
Podrá dárosela un amigo
Que centinela á la puerta
Nos asegura este sitio.
El os satisfará á todo,
Que tambien gasta suspiros
Por prendas de vuestra casa.

SANTAREN.

Es el barbero fingido.

DOÑA JUSEPA.

¿Cómo es eso?

POLONIA.

¡Extraño cuento!

DON DUARTE.

Soyle en dichas parecido:

A caidas dió socorros,
A sus amores arbitrios,
Y adora á Doña Bernarda.

DOÑA JUSEPA.

¡Es el caso peregrino!

Llamalde acá: que he hablarle.

DON DUARTE.

En una casa vivimos,
Que cara á cara nos hace
De la vuestra fronterizos.
Mayorazgo de Aragon,
A su informacion remito
El abono de mis prendas.
Por no alabarne á mi mismo.
Crédito hidalgo mereço:
A llamarle voy. (*Se les oye retirarse.*)

POLONIA.

Cogido

Nos ha en el hurto, señora.

DOÑA JUSEPA.

¡Ay Polonia! ¿Nos ha visto?

POLONIA.

No; pero sale y verános,
Si los pasos diferimos:
Entrate por esta parte.

DOÑA JUSEPA.

¿Y el portugues derretido?

POLONIA.

Presto darémos la vuelta.
O yo vendré á despedirlos:
Esto baste por ahora.

DOÑA JUSEPA.

¡Mal haya tanto registro! (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DOÑA BERNARDA, y despues DON
FERNANDO.— SANTAREN y DON
DUARTE, dentro.

DOÑA BERNARDA.

¡Ay si la sutil toquera

Llamase al torno!
(*Llama Santaren al torno.*)

SANTAREN.

O se han ido,

O están sordas. ¡Ah señoras!

DOÑA BERNARDA.

¡Quién llama?

SANTAREN.

¡El descuido es lindo!

DON DUARTE.

Aquí viene Don Fernando;
Tan cuidadoso en serviros,
Cuanto amante y deseoso
De ser de un mongil marido.

DOÑA BERNARDA. (*Ap.*)

¡Cómo es esto!

DON DUARTE.

Dalde fe;

Que puesto que es mi padrino,

No engañan los caballeros.
Ni mienten los bien nacidos.

DON FERNANDO.

Don Duarte de Noroña,
(Que añadiendo al ser mi amigo
El amor, en esta casa
En un instante ha perdido
Libertad de muchos años,
Sin que amorosos hechizos
De Madrid jurisdiccion
Aleguen en sus sentidos)
A la Puerta, os vió, del Sol;
(A la puerta vuestra, digo)
Despejando el viento estorbo
A instancia de aquel propicio
Accidente; y volvió tal,
Que á no sustentar alivios
De esperanzas sus deseos,
Corriera riesgo el juicio.
Su calidad es notoria,
Sus años son veinticinco,
Su mayorazgo es de renta
Cuatro mil cruzados, dignos
De que su señora os llamen:
Afable, noble, entendido,
Poeta, músico diestro,
Sin deudas, sin enemigos,
Galan, dadivoso, alegre,
Cortés, valiente, cumplido,
Y portugues, sobre todo,
Para amaros: barto he dicho.

DOÑA BERNARDA. (*Ap.*)

¡Hay perdicion semejante!
¡Miren de lo que han servido
Tornos, desvelos y puertas!
Contra el amor no hay presidios:
Mas donde sobran toqueras,
Y hay tornos que abren resquicios,
Y sobornan agujeros,
Sin razon me maravillo.
Mi amante barbero es este,
Que á interceder ha venido
Por no sé quién con Jusepa;
Y según lo precedido,
Hablando con ella estaba.
Basta: que yo solo sirvo
De espanta-gustos en casa.
Hacen bien, pues siempre riño.

DON FERNANDO.

¿Qué silencio, ángel hermoso,
Quiere con mudos castigos
Darme penas, cuando tanto
Vuestro favor necesito?

DOÑA BERNARDA.

(*Ap.*; Favor de mi hermana!; Ay cielos!

Si sospechas no averiguo,
Mas mal hay del que pensaba.)
La cortedad, señor mío,
Tan propia en las de mi edad,
Y mas con no conocidos,
Ha puesto freno en la lengua
Si bien palabras animo.
Buen pintor sois de pasiones
Amorosas en amigos;
Mas pintores y poetas
Pecais de ponderativos.

DON FERNANDO.

¿De qué servirá afirmaros
Lo que os deben de haber dicho
Los ojos, puertas de amor?

DOÑA BERNARDA.

¡Amor! ¿pues bele yo visto?

DON FERNANDO.

¡Bueno es eso!

DOÑA BERNARDA.

¡Yo! ¿Pues dónde?

DON FERNANDO.

En la iglesia á lo divino,
Y en la plazuela á lo humano,

DOÑA BERNARDA.
Yo estropeizo, mas no miro.

DON FERNANDO.
Ahora bien, Jusepa hermosa.
Vamos al caso: prolijos
Años amenazan hielos,
Si no prevenís abrigos.
Procurad saber quién es
Don Duarte; busque testigos
De abono nuestra Polonia;
Enteraréis; que afirmo
Aun menos de lo que todos
Alaban, en quien os digo.

DOÑA BERNARDA.
(Ap. ¿Que también entra en la danza
La perrita? No me admiro
Que allanen dificultades
Enbalecos berberiscos.)
Eso averigüelo el tiempo,
Que es gran desentierra—vivos;
Y decidme, ¿en qué punto andan
Desvelos y amores viudos? (1)

DON FERNANDO.
En mí, señora? En creciente,
Y espero, con vuestro arrimo,
Tener un feliz suceso.

DOÑA BERNARDA.
Yo os hiciera ese servicio,
Por pagar en lo que cobro
Y alentar melindres tibios,
A ser menos rigurosa
Mi hermana, viuda de vidrio
Tan delgado, que se quiebra
A un tris, y nos hunde á gritos.
Pero poca falta os hacen
A vos esos requisitos,
Si sangrador cauteloso
Terciais tan bien por vos mismo.
(Ap.) ¡Hay bellaquería igual!

DON FERNANDO.
Amor, primero mendigo,
Ya enmendando ociosidades,
Sabe todos los oficios.
Mas dejemos esto agora;
Que está medio derretido
Vuestro amante, y forma quejas
De que le ocupe este sitio.

DOÑA BERNARDA.
¿Pues impórtaos á vos menos?
¿O no es vuestro amor tan fino.
Que hablando de vuestra dama,
Cortais á tal tiempo el hilo?

DON FERNANDO.
Mi dama ahora no corre
Tanto riesgo; ni hay marido,
Que apresurando jornadas,
Traiga el amor de camino.

DOÑA BERNARDA.
¿Pues quién os ha asegurado
A vos de aquesos peligros?
¿No tiene su alma en su cuerpo
La viuda? ¿Tan desvalido
Anda un mongil en la corte,
Que falte en años floridos
Quien se oponga á su baluarte?

DON FERNANDO.
Antes es todo apetitos
Para los gustos su estado;
Mas há tan poco que vino,
Y vive tan recoleta,
Que es una santa.

DOÑA BERNARDA.
Reios
De viudas recolecciones
En mongiles primerizos;
Y porque no os descuideis,
Advertid que de un sobrino

(1) Para que sea asonante de este romance,
hay que hacer un esdrújulo leyendo viudos.

Pienso que ha de ser esposa,
Que aquí el capitán previno.

DON FERNANDO.
¿Qué decis?
DOÑA BERNARDA.
Lo que sospecho.
DON FERNANDO.

Es ese aquel atrevido
Que anoche en el patio hallé,
Y dueño de casa se hizo?

DOÑA BERNARDA.
Sería.

DON FERNANDO.
Jusepa hermosa,
En tal caso, desatinos
De amor sabrán acortar
Pasos del sobrino y tío.

DOÑA BERNARDA. (Ap.)
Mi hermana me está mirando:
Impórtame dar indicios
De que el trato he descubierto
De su amor.

SANTAREN.
¿No habrá un resquicio
Por donde Santaren vea
Esa cara de membrillo?
Señora Polonia, asome
Toda la tez, que embutido
El cuello, como en tablado,
Veré correr los novillos.

DOÑA BERNARDA.
Buena anda en verdad mi casa!
(Ap. Ahora, que llego finjo.)
¿Qué atrevimientos son estos,
Villanos descomedidos?
(Tuerce el torno, y cógele la cabeza á
Santaren.)

SANTAREN.
¡Ay! ¡ay! ¡que me desgaznatan!
¡Ay! ¡el pescuezo torcido,
Estoy como en ratonera!
¡Espacio, cuerpo de Cristo!

DOÑA BERNARDA.
Abrid esas puertas. ¡Hola!
(Salen por una parte Doña Jusepa y
Polonia y abren: salen entonces San-
taren quejándose, Don Fernando,
Don Duarte y Santillana.)

¿En aquestos ejercicios
Se ocupan los de mi casa?

ESCENA XVIII.

DOÑA JOSEPA Y POLONIA. — DOÑA
BERNARDA, DON FERNANDO, DON
DUARTE, SANTAREN.

DOÑA JOSEPA.
¿Qué es esto, hermana?
SANTAREN.
¡Bendito
Sea Dios, que la puerta abrieron!
POLONIA. (Ap.)
¡Mas que me pringan!

DOÑA BERNARDA.
Fingidos
Embaidores, ¿qué quereis?
SANTAREN.
Yo ando vendiendo abanillos,
Y podré andar desde agora
La nariz al colodrillo.

DON FERNANDO.
Yo soy, señora, el barbero
De anoche, que compasivo
De dejáros indispuesta,
Vuelvo á ver cómo os ha ido.

SANTILLANA.
Buena chanza! Esta es maldad.

DON DUARTE.
Yo vengo á saber si vino
El capitán de San Lúcar.

DOÑA BERNARDA.
Y yo también he venido
A advertiros que si está
Sin hombre esta casa, vivo
En ella yo; y que en la corte
Hay justicia y hay castigos.
Vayan, hidalgos, con Dios;
Que si voy á dar aviso
A quien excesos remedia,
Saldrán mal de sus ministros.
Mi hermana está ya casada,
Yo y todo tengo marido;
Y aun cuando fuera otra cosa,
Son inútiles conmigo
Engaños de sangradores
Y toqueros artificios.

POLONIA.
Señora...
DOÑA BERNARDA.
Cierra esas puertas,
Perra. ¡En buenos laberintos
Nos has enredado á todas!

POLONIA.
Pues yo, ¿qué culpa he tenido?
DOÑA BERNARDA.
Yo te lo diré después.

SANTILLANA.
Los galanes de tornillo,
Que al torno se nos pegaban!
DOÑA BERNARDA.
Haced vos del no entendido.

SANTILLANA.
¿Pues yo...?
DOÑA BERNARDA.
Andad, salid también.

SANTILLANA.
Vendré á ser Nuño Salido.
DON FERNANDO.
Celos llevo.

DON DUARTE.
Yo temores.
SANTILLANA.

Yo vejez.
SANTAREN.
Yo retortijos.

ACTO TERCERO.

Salen en casa de Doña Bernarda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BERNARDA, DOÑA JOSEPA.

DOÑA BERNARDA.
Don Luis le salió á dar
Cuenta al camino de todo:
Mira tú, si por andar
Nuestra casa deste modo,
Determina averiguar
Don Gomez lo que ha pasado,
¿Qué bien habrá yo cumplido
Con tu guarda y mi cuidado!

DOÑA JOSEPA.
Pues de que tú hayas caído
Y el otro te haya ayudado,
Y disfrazándose aquí
Procure, solo por tí,
Ser sangrador cauteloso,
¿De qué está Don Luis celoso?
¿Qué culpas hallas en mí?

DOÑA BERNARDA.
En tí ni por pensamiento:
Que eres un alma de Dios,
Y esta casa es un convento
Que los trae de dos en dos,
Si no son de ciento en ciento.

DOÑA JUSEPA.

¿Qué es lo que trae?

DOÑA BERNARDA.

Los devotos

De quien es el andadera
La esclava, que manirotos,
Haciéndola su cartera,
Causan estos alborotos.
Los que yo en el torno hallé,
Cuando de allí los eché,
Dí que no hablaban contigo.

DOÑA JUSEPA.

¿Conmigo? ¿Jesus! ¿Conmigo?

Yo ¿cuándo al torno llegué?

DOÑA BERNARDA.

¡Bonita eres tú! ¡Jamás.

Estás ya beatificada.

DOÑA JUSEPA.

Y tú maliciosa estás.

DOÑA BERNARDA.

La plática comenzada,
Que yo proseguí, ¿dirás
Que sin cabeza ni piés
Tuvo principio en el aire?
Y el abono que después
Pediste, viendo el donaire
Del fidalgo portugués,
Al astuto sangrador,
Gitano ponderador
Que tú estabas aplaudiendo?

DOÑA JUSEPA.

Hermana, yo no te entiendo,
Dejarte será mejor.

Lo que yo te sé afirmar
Es, que deseo la venida
De quien me ha de rescatar
Deste Arjel, como la vida.

Acabe ya de llegar,
Aunque viejo me atormente,
Pues con él he de vivir;
Que en el engaño presente,
Mas quiero á un viejo sufrir
Que á una viuda impertinente. (Vase.)

ESCENA II

DOÑA BERNARDA.

La codicia y la aflicion
Pelean dentro en mi pecho,
Y cada cual el derecho
Alega de su opinion:
Tiene Jusepa razon
En no cautivar cuidados
Con setenta años nevados;
Y así combate me dan
Las barras del capitan,
Que pesan diez mil ducados.
Convénceme el interes
A guardalla y reprendella,
Y la edad la inclina á ella
Al gallardo portugués.
Amigo de mi amante es;
Bastaba para obligarme
A hacer sus partes, si el darme
Los diez mil no hiciera excesos;
Pues perdiendo diez mil pesos,
No tengo con qué casarme.
El viejo la está mejor,
Que es una boba mi hermana,
Pues cien mil ducados gana
Al primer lance de amor:
La senectud sin calor
Es nieve que se dilata
Al fuego que la maltrata;
Necia será si no admite
Años que el amor derrite;
Pues se queda con la plata.

ESCENA III.

SANTILLANA. — DOÑA BERNARDA.

SANTILLANA.

Lo que en esta corte pasa,

No se puede imaginar.

¿Quién habia de pensar
Que aquí, frontero de casa,
Se atreviera un caballero
A tales desenvolturas?

DOÑA BERNARDA.

¿Entrais ya haciendo figuras?
¿Qué viejo tan hazañero!
¿Qué tenemos de invencion?

SANTILLANA.

No piense que es como quiera;
En la posada frontera
Hay dos huéspedes, que son
Los que halló vuesancé ayer,
Haciendo al amor tornero:
El que se fingió barbero,
Dicen que debe tener
Seis mil ducados de renta,
Sin los que está pleiteando,
Y se llama Don Fernando
De Aragon; y por la cuenta,
Aquí se viene á casar:
Y el que trae siempre consigo,
Es un portugues, su amigo,
Que se tiene de llamar
Don Duarte de Noroña.
Mire por si vuesancé;
Que andan tendiendo la red
A toda dama bisoña,
Y ha de dar en el garlito,
Si los deja entrar aquí.

DOÑA BERNARDA.

¿Pues qué habeis vos visto en mí,
Ó yo cuándo los admito,
Para que me deis consejos?

SANTILLANA.

Ocasiones cortesanías
En quien por no peinar canas
Está de malicias léjos,
Suelen echar á perder
Cualquier honra descuidada.
Agora entré en su posada;
Que á un montañés iba á ver
Que trae cartas de mi gente;
Y hallé al sangrador fingido
Harto bien entretenido.

DOÑA BERNARDA.

¿Jugaba?

SANTILLANA.

Amorosamente.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué dices?

SANTILLANA.

Con una dama,
Que al parecer le pedía.
Celos, y él la divertía.

DOÑA BERNARDA. (Ap.)

¡Ay cielos!

SANTILLANA.

Segun la fama
Que tiene nuestro barbero,
De cuantas mira es galán;
Que es de aquestos del refrán,
«Cuantas veo, tantas quiero.»

DOÑA BERNARDA.

¿Pues á vos quién os ha dado
Cuenta tan particular?

SANTILLANA.

Como me mandó informar
De todo, puse el cuidado
Que es justo, y lo pregunté
A los mozos y criadas;
Que en las casas de posadas
No hay secreto que lo esté.
Y mientras hablando estaba
Con el de mi tierra, via
La dama que le reñía,
El portugues que terciaba,
Y el amante barberil
Adorando sus pucheros.

No hay fiar de forasteros;
Guarde Dios nuestro mongil.

DOÑA BERNARDA.

¿Estais loco?

SANTILLANA.

¿Que sé yo?

Esto lo que pasa es;
Porque no diga después:
«Vieja fué, y no se coció.»

DOÑA BERNARDA.

Pues, bárbaro, ¿qué me importa
A mí que ese forastero
Sea villano ó caballero,
Con hacienda larga ó corta,
Con dama que quiera ó no?

SANTILLANA.

Yo digolo por si acaso.

Como le hallé al torno....

DOÑA BERNARDA.

Paso:

¿Soy desas mujeres yo?
Andad; no entreis mas aquí.

SANTILLANA.

Porque digo....

DOÑA BERNARDA.

Ganapan,

Idos luego.

SANTILLANA.

Ya se van.

DOÑA BERNARDA.

¿Atrevido! ¿Vos á mí?

SANTILLANA.

¿Miren! ¿porque la doy luz
De amantes embusidores!
Plazuela habrá de Herradores,
Y puerta de Santa Cruz.
No me han de faltar dos reales,
Y señoras de alquiler.

DOÑA BERNARDA.

¿Llorais?

SANTILLANA.

¿Qué tengo de hacer,
Si así se pagan leales?

DOÑA BERNARDA.

Volved acá: compasion
Os tengo: no os despidais;
Que al fin, aunque caducais,
Servis con buena intencion.
Que ese hombre esté entretenido
Me está bien; que sospechaba,
Como aquí se nos entraba,
Ya sangrador atrevido,
Y ya á este torno asistente,
Algun travieso desman.
Presto vendrá el capitan;
No hay que temer al presente.
Al fin, con una mujer
Le vistes: ¿y la mostraba
Voluntad?

SANTILLANA.

Bien la miraba.

DOÑA BERNARDA.

¿Tenia buen parecer?

SANTILLANA.

Como le hablaba, cubierta
Hasta los pechos el manto,
No pude advertir en tanto;
Mas no me pareció tuerta.

DOÑA BERNARDA.

¿Y era persona de suerte?

SANTILLANA.

No lo son las que tapadas
En las casas de posadas
Se entran, si en ello se advierte.
Mas en verdad, que segun
Formaba quejas la tal,
Cuando no muy principal,
No me pareció comun.

DOÑA BERNARDA.

¿Muchas galas?

SANTILLANA.

Las que el uso
De la vanidad hereda :
Su chamoleta de seda
Leonado y negro se puso ;
Escapulario y basquiña
Correspondiente al jubon ,
Que abrochándose á traicion ,
El cristal delante aliaña ;
Cordon de pita hecho lazos ,
Cada mano de manteca ,
Con su red á la muñeca
Por remate de los brazos.
Ropa que cruje al andar ,
Banda que el pecho atraviesa ,
Con una madre Teresa ,
Que , sin saberla imitar ,
De tortuga guarnecio
Con sus menudencias de oro :
Todo esto traigo de coro ,
Sin lo que se me quedó.
El manto , aunque despuntado ,
Con palmo y medio de red.
¡ Qué ! ¡ pensaba vuesaerced
Que las puntas que han quitado
Les hacen falta ? ¡ Bonitas
Son ! Si en carnes anduvieran ,
De la misma carne bicieran
Guarnicion las mujercitas.

DOÑA BERNARDA.

Despacio estábades vos ,
Que tanto pudistes ver.

SANTILLANA.

Soy amigo de saber ,
Y acechélos á los dos
Por entre una rendedija.

DOÑA BERNARDA.

¡ Luego cerrados estaban ?

SANTILLANA.

A puerta cerrada hablaban ;
Y si quiere que colija
En lo que esto ha de parar ,
La dama por esta noche
No ha menester silla ó coche ,
Que allá se queda á cenar.

DOÑA BERNARDA.

Mas que se quede este mes.

SANTILLANA.

Por mí que se quede treinta.

DOÑA BERNARDA.

Segun vos hacéis la cuenta ,
¡ Rogóla el aragones ?

SANTILLANA.

Si es hombre , ¡ qué maravilla ?

DOÑA BERNARDA.

¡ Y ella ?

SANTILLANA.

Rehusaba primero ;
Pero al fin , al fin , « no quiero ,
Y échamelo en la capilla. »

DOÑA BERNARDA.

Sois un malicioso vos.

SANTILLANA.

El curso malicias cria.

DOÑA BERNARDA.

Id , y ved si todavía
Se están hablando los dos.

SANTILLANA.

Que me place.

DOÑA BERNARDA.

Mas no vais. —

¡ A mí qué me importa eso ?

SANTILLANA.

¡ No está claro ?

DOÑA BERNARDA.

(Ap. Pierdo el seso.

¡ Ay , celos , que me abrasais !)

¡ Sabéis vos cómo se nombre
Esa mujer ?

SANTILLANA.

No advertí

En ello.

DOÑA BERNARDA.

¡ Buen tallo ?

SANTILLANA.

Si.

DOÑA BERNARDA.

¡ En verdad que es gentil-hombre ! —
Idos con Dios.... Esperad ,
Volved ; decilde.... ¡ Qué es esto ?
En fin , ¿ no se irá tan presto ?

SANTILLANA.

Yo pienso que no.

DOÑA BERNARDA.

Aguardad

A que salgan , entre tanto
Que yo otra cosa no os digo.

SANTILLANA.

Voy.

DOÑA BERNARDA.

Pero venios conmigo.
¡ Hola , esclava ! dame un manto.
(Ap.) ¿ Dónde me llevais , pasiones ?
¡ Qué tormento es este , cielos ?

SANTILLANA. (Ap.)

O la viuda tiene celos ,

O la pican sabañones.

(Vanse.)

Sala en la posada.

ESCENA VI

DOÑA MELCHORA , con manto ; DON
FERNANDO , DON DUARTE.

DOÑA MELCHORA.

No hay disculpas contra avisos
De desengaños y enojos :
Don Fernando , en vuestros ojos
Descuidados y remisos
Deletreo la tibieza
Que encubris en lo interior ;
No vive en la lengua amor ;
Los ojos le dan firmeza.
Quedaos con Dios , y gozad
Mil años mi sucesora.

DON FERNANDO.

Hermosa Doña Melchora ,
No echeis á mi voluntad
Culpa de mis pretensiones.
Ya os he dicho que llegué
Anteanoche.

DOÑA MELCHORA.

Ya lo sé.

DON FERNANDO.

Mis pleitos y ocupaciones
Dilataron el buscaros :
Como de barrio mudastes ,
Y ignoro donde os pasastes ,
Fué imposible el visitaros.

DOÑA MELCHORA.

Yo , Don Fernando , mudé
La casa , y el gusto vos :
Mudables somos los dos ,
Yo de barrio , y vos de fe.
Quién lo será mas , juzgad.
¿ Mi casa no os escribí
A Zaragoza ?

DON FERNANDO

Es así.

DOÑA MELCHORA.

Pues otra excusa buscad.

DON FERNANDO.

Por Dios , que se me perdió
La carta.

DOÑA MELCHORA.

Con la memoria ,
No fué mucho. ¡ Linda historia !

No quiero apuraros yo :
Dios os guarde.

DON DUARTE.

Si yo puedo

Hacer estas paces....

DOÑA MELCHORA.

¡ Bien !

¡ Sois vos muy firme tambien !
A la dama de Toledo
Se lo preguntad , que está
De vuestras visitas harta.
¿ Perdistes tambien la carta ?
¿ No habeis acertado allá ?

DON DUARTE.

Basta , que vuestra pendencia
Viene de participantes.

DOÑA MELCHORA.

Sois los dos firmes amantes :
No os olvidais en ausencia.
Adios.

DON FERNANDO.

No habeis de dejarnos ,
Por lo ménos sin decir
Vuestra casa.

DOÑA MELCHORA.

¡ Para huir

Della ?

DON FERNANDO.

Para disculparnos.

DOÑA MELCHORA.

Harto buena es la desecha.
Porque excuseis su ocasion ,
En la calle del Leon
Vivo , á la mano derecha ,
En una casa que está
Recien hecha entre dos viejas :
Dos balcones y tres rejas.
Con esto no iréis allá.

(Vase.)

ESCENA V.

DOÑA BERNARDA , con manto , SANTI-
LLANA. — DON FERNANDO , DON
DUARTE.

DOÑA BERNARDA.

« En una casa que está
Recien hecha entre dos viejas. »
¡ Apacible fin de enojos !
¡ No errará á mortales señas !
Por cierto , señor hidalgo ,
Que en tan licitas y honestas
Ocupaciones , tendréis
Segura la primavera
De vuestra florida edad ,
Si mocedades no peinan
Las canas , que anticipadas
Tiene despues la vergüenza.
Posadas que en esta corte
Desenvolturas hospedan ,
Lograrán justas ganancias
Sin cargo de sus conciencias.
Devotamente obligais
Con tan santas diligencias
A Dios , para los despachos
De vuestros pleitos y haciendas.
¡ Cristianas ocupaciones !

DON FERNANDO.

Cuando otra bondad no tengan
Sino haberos persuadido
A reprensiones como estas ,
Discreta predicadora ,
Ya mis dichas las aprueban ;
Que tal vez de los pecados
Se siguen las obras buenas.
¿ Quién sois vos , señora mía ,
Que tan cuidadosa y tierna ,
Por la salud de las almas
Entrais en casas ajenas ?

DOÑA BERNARDA.

¡ Bueno será que finjais

Ignorancias que os condenan,
Cuando oficios adoptivos
Contra el honor abren puertas!
Tendréis vos atrevimientos
Para negar desenuellas
Osadas, que anteanoche
Mancharon vuestra nobleza?

DON FERNANDO.

Yo, mi señora, no sé
Que descréditos se atrevan
A deslucir mis costumbres,
Cortesés, aunque traviesas.
Por otro me habréis tenido.

DOÑA BERNARDA.

¡Buenas excusas son esas,
Para quien ayer os vió
Ejercitar las cautelas!
Que si los tornos hablaran,
Y como tienen orejas
Por donde entraron tisonjas,
Les diera la ocasión lenguas,
Vuestras locuras contarán.

SANTILLANA.

Hombre que tal cosa niega,
Negará que ahora es de día:
¡Hay tan grande desvergüenza!

DOÑA BERNARDA.

¿Quién os mete á vos aquí?

DON DUARTE.

Ahora, señora, no quiera
El cielo que desazone
Favor y merced como esta
El negaros la verdad.
A la vista de una venta
Salteastes desmayada
Una voluntad, péchera
Desde entonces á esos ojos,
Que con industrias intenta,
Hurtando ajenos oficios,
Que la conozcáis por vuestra.
Si lícitas esperanzas
Hallan en vuestra belleza
Lugar para pretensiones
Que califica la iglesia,
Don Fernando de Aragón
En discreción, en nobleza,
En cantidad y en edad,
Es digno de que os merezca.

DON FERNANDO.

Divertimientos de mozos,
Que años verdes desenfrenan,
Y á vos os ofenden tanto,
Ya virtud, ya afición sea,
Remediaréis, viuda hermosa,
Con darme esa mano bella.
Pues resucito por vos,
Cargais al cielo esta deuda.

DOÑA BERNARDA.

No me traen esos cuidados
A vuestra casa, ni quiera
El cielo, que mi viudez
Sus méritos altos pierda.
Solo vine á persuadiros
Que no cohecheis montañesas,
Y asistente en vano á tornos,
Desautoriceis lancetas;
Que tiene dueño mi casa,
Y esposo doña Jusepa,
Cuyo dote está librado
En la opinión que sustenta.
El que aquella noche hallastes,
Cuidadosa centinela
De nuestra reputación,
Fundando su agravio en ella,
Es un sobrino de quien
Mi hermana obedece cuerda,
Y en quien, á acertarlo yo,
Aliviara algunas penas.
Pero no estoy por ahora
A nuevos yugos dispuesta;
Si bien los tiempos se mudan,

Y alcanzan mucho asistencias.
Lastimada de que en vos
Tan gallarda edad se pierda
En contagiosos peligros,
Donde el cuerpo y alma enferman,
Olvíde mi propia causa
Por la de Dios, cuya ofensa
Siento tanto, que á los ojos
Saleu compasivas muestras.

DON FERNANDO.

No lloreis mas, alba hermosa,
Que desperdiciando perlas,
Convertis á lo ovino,
Y á lo humano causais penas.
Yo estoy ya por vos, no santo,
Aunque oyéndos bien pudiera,
Mas penitente de amor
Con un corazón de cera.

SANTILLANA. (Ap.)

¡Oh hipócrita socarrón!
Cómprate quien no te entienda.
Vendes vino y das vinagre!
Lágrimas son taberneras.

DOÑA BERNARDA.

No extrañéis estos extremos,
Que soy de corazón tierna,
Y en fe de quereros bien,
Sentir que os perdáis es fuerza.

DON FERNANDO.

Aseguradme eso vos;
Queredme bien, y estad cierta
Que labrais obligaciones
En brouces correspondencias.

DOÑA BERNARDA.

Quiéros bien como á cristiano
Y prójimo, y os quisiera
Ver tan reformado en todo,
Que no asegurando quejas,
Me excusásedes de hacer
Provocadas diligencias;
Que en lo demás no se trate.

DON FERNANDO.

No porque amenazas tema,
Mas por no daros disgusto,
Es razón que os obedezca.
Yo os prometo limitar
Ocasiones, de manera,
Que ninguno en esta calle
Desde mañana me vea.
En Madrid hay otros barrios:
Si estais con esto contenta,
Mañana me mudaré
Tan lejos, que desvanezca
Vuestro recelo y mi amor.

DOÑA BERNARDA.

Lo primero, enhorabuena,
Digo, el no entrar en mi casa;
Mas lo segundo, no quiera
Dios que yo os desacomode.
Mas vale que viváis cerca,
Porque yo pueda estorbar
Solicitudes traviesas;
Que si ignoro vuestra casa,
Podeis sin que yo lo sepa,
Hacer contra mi opinión
Máquinas que el ocio inventa.
Tened, señor Don Fernando,
En mas vuestra gentileza;
Dejad gustos alquilados;
Dados á quien os merezca;
Y el cielo os guarde; que voy
Consolada y satisfecha,
Que estimareis los avisos
De quien serviros desea.—
No habeis de pasar de aquí
Los dos.

DON FERNANDO.

Daréisnos licencia,
Para acompañaros.

DOÑA BERNARDA.

No,

Que es mi casa la frontera,
Y podrán de las ventanas
Veros, causando sospechas
Cumplimientos familiares.
Adios.

SANTILLANA. (Ap.)

La chanza va buena.

(Vanse Doña Bernarda y Santillana.)

ESCENA VI.

DON FERNANDO, DON DUARTE.

DON FERNANDO.

¿Qué sentís, amigo, desto?

DON DUARTE.

¿Qué os parece á vos que sienta
De lágrimas á dos haces,
Que apetece lo que niegan?
Vive Dios, que va perdida,
Y que el grano de pimienta
De los celos que la distes,
Ha sazonado la miesa.

DON FERNANDO.

¡Ay, amigo! ¿si se casa
Con el sobrino?

DON DUARTE.

Simpleza

Indigna de vuestro ingenio,
Don Fernando amigo, es esa.
Viuda que llora y predica,
Y sin ser llamada se entra
Por las casas de posadas,
Entre gente forastera,
No dudeis, si sois discreto,
Que tiene algo que la aprieta
Mas adentro del carton,
Aunque mas virtudes venda.
¡Pobre de quien idolatra
En una niña que espera
Cien mil pesos de día en día,
Que es terrible competencia!

DON FERNANDO.

Profetizad vos verdades,
Y la viuda amor me tenga;
Que siendo así, el ayudaros
Es forzosa consecuencia.

ESCENA VII.

SANTAREN.—DICHOS.

SANTAREN.

¡Albricias, que ha parecido
Una uña toda llena
De garatusas de amor!

DON DUARTE.

¿Qué hay, Santaren?

SANTAREN.

¡Hay que vengan

Albricias, y lo sabrás.

DON DUARTE.

Daréte las.

SANTAREN.

¿Qué tan buenas?

DON DUARTE.

El vestido de camino.

SANTAREN.

¿Con botas?

DON DUARTE.

Y con espuelas.

SANTAREN.

Pues sabrán vuestras mercedes,
Sabrán que bajé á la cueva
A sacar un jarro de agua,
Cuando en Dios y en hora buena
Oigo tras una pared
Que el dicho sótano media,
Que cantaba mi Polonia,
Colgando un mazo de velas
En el tabique, de un clavo.

Imaginad mi sorpresa : (1)
 Conocía en el metal
 De la voz, y el alma llena
 De cosquillas amorosas
 La dije : «Hermana perrenga,
 Duélete de Santaren,
 Que en ti desde ayer desea
 Dar dos nietos á Mahonia,
 Que vayan despues á Meca.
 ¿Quién te echó por estas partes?
 Si no eres ánima en pena?—
 Un jarro de agua, respondo.—
 ¿Luego aquesta misma cueva
 Sirve á tu casa? replica.
 El diablo se lo dijera,
 Respondí, y ella prosigue :
 ¿Qué mayor dicha tuviera,
 A ser tu señor judío?
 ¿Ni para qué se desvela
 Nuestra niña cu buscar trazas
 Con que excusar bodas viejas?
 Un tabique nos aparta :
 Si el ánimo le agujera,
 Y un tinajon arrimando,
 Nuestra industria lo remedia,
 Habrá comunicacion
 Nocturna, sótana duenda
 Cada noche, y mamaránla
 La viuda, el torno y las rejas.
 Avisa luego á tus amos,
 Mientras que á Doña Jusepa
 Traigo, que está rematada ;
 Porque el ver darse tal prisa
 A venir su viejo amante
 Asegura diligencias,
 Y la tienen mis caricias
 Mas blanda que una manteca.»
 Partiöse, y yo de dos saltos
 Subo brincando escaleras ;
 Pero al tiempo de avisarte
 Te hallé con no sé qué hembra.
 Dí parte á Mari-Ramirez,
 Y como obispar desea
 Si vaca Corozain,
 Y está tu amor á su cuenta,
 Bajó al sótano conmigo,
 Un martillo me encomienda,
 Y ayudándome con otro,
 Cascote echamos en tierra
 Hasta abrir un boqueron,
 Por donde seguro puedas
 Ser Piramo soterrano
 De una Tisbe comadreja.
 DON DUARTE.
 ¿Hay suceso semejante?
 Dame por tan ricas nuevas
 Los brazos.

SANTAREN.

Truecamelós.

DON DUARTE.

¿Por qué?

SANTAREN.

Por esa cadena.

DON DUARTE.

Que me place. Don Fernando,
 ¿Qué os parece?

DON FERNANDO.

La comedia

Que del *Milite glorioso*

Plauto en Roma representa.

¿Qué esperais? ¿qué os suspendeis?

DON DUARTE.

Vamos, amigo. ¿Que tenga
 Mi amor tan buena salida!

SANTAREN.

Exclamacioncitas fuera,
 Y alto á acompañar tinajas;
 Porque celebreis entre ellas
 Desposorios ratoniles,
 Si no son bodas culehras. (Vanse.)

(1) Verso suplido por el editor de la Coleccion
 general de comedias escogidas.

Sala en casa de Doña Bernarda. Anochece.

ESCENA VIII.

DOÑA BERNARDA.

Si deste barrio se muda
 Adonde despues no sé,
 ¿Cómo ; cielos! le veré?
 Poco amor tiene sin duda
 Quien tan desapasionado
 Mudanza promete hacer.
 ¿Ay cielos! por la mujer
 Que le habló, está rematado.
 ¿Qué necia fui en no decille
 Claramente mi pasion!
 Ciertas mis desdichas son,
 Si no vuelvo á divertille
 De la prenda que le abraza;
 Pero ¿qué ha de sospechar
 Quien me vea un dia entrar
 Tantas veces en su casa?
 Y mas de noche : ¡ay de mí!
 Que estoy un abismo hecha
 De amor, congoja y sospecha.

ESCENA IX.

DOÑA JUSEPA, POLONIA. — DOÑA BERNARDA.

DOÑA JUSEPA.

(Hablando con Polonia aparte al salir.)
 Calla, que está hermana aquí.

POLONIA.

Dejarémosla acostada,
 Y á la cueva acudiremos.

DOÑA JUSEPA.

No sé en eso lo que harémos;
 Que estoy temblando, y turbada.

DOÑA BERNARDA.

Pues, Jusepa, ¿qué hay de nuevo?

DOÑA JUSEPA.

¿Qué hay de viejo? digo yo.

DOÑA BERNARDA.

Al viejo que te adoró
 Su plata le hará mancebo.
 Ya poco puede tardar;
 Hoy le espero con la cena :
 Yo prometí una novena,
 Y la quiero comenzar
 Desde hoy en el Buen-Suceso.
 Entretenete en tu labor,
 Y haz prevenciones de amor
 Para el capitán.

DOÑA JUSEPA.

En eso

Hay tanta dificultad,
 Que no sé si he de poder.

DOÑA BERNARDA.

Pues, hermana, esto ha de ser

De fuerza ó de voluntad.

Polonia, vente conmigo.

DOÑA JUSEPA.

¿Me dejas sola?

DOÑA BERNARDA.

Esto poco,
 Que no te comerá el coco.

POLONIA. (Ap. á Doña Jusepa.)

Señora, haz lo que te digo.

DOÑA BERNARDA.

No hayas miedo que me tarde.

DOÑA JUSEPA.

¿Sola y cerrada?

DOÑA BERNARDA.

Por tí

La novena prometí :
 No eres medrosa ó cobarde.

Quiérole pedir á Dios

Que te disponga á querer

A quien tu esposo ha de ser ;

Luego volvemos las dos.
 Dame chapuillos bajos,
 Un manto corto, y las llaves
 De las puertas. Ya tú sabes
 Entretener los trabajos
 De una soledad, que allá
 Cerrada, tal vez solias
 Desmentir melancolias
 Muchas tardes. Bueno está.

DOÑA JUSEPA.

Sí, mas esta casa es nueva.

DOÑA BERNARDA.

¿Guarda el duende, no te espante!

POLONIA. (A Doña Jusepa aparte.)

A la cueva á ver tu amante.

DOÑA BERNARDA.

Ven.

POLONIA. (A Doña Jusepa aparte.)

A la cueva, á la cueva.

(Vanse Doña Bernarda y Polonia.)

ESCENA X.

DOÑA JUSEPA.

Estas novenas de ogaño
 Suelen volver intereses
 Novenas de nueve meses
 Cuando las hace el engaño :
 Vislumbres muestra de amor
 Esto que la inquieta el seso.
 ¿Plega á Dios que al Buen-Suceso
 No vaya del saugrador!
 Que en Madrid alivia penas,
 Si fe á fábulas dar quiero,
 En las damas el acero,
 Y en las viudas las novenas.
 (Acaba de oscurecerse el teatro.)

ESCENA XI.

SANTAREN. — DOÑA JUSEPA.

SANTAREN.

(Asomándose por una puerta.)

Jusepita.

DOÑA JUSEPA.

¿Ay Dios! ¿Quién es?

SANTAREN.

Jusepa.

DOÑA JUSEPA.

¿Jesus! Desmayo.....

SANTAREN.

¿Entro?

DOÑA JUSEPA.

¿Quién es?

SANTAREN. (Saliendo.)

Un lacayo

Buhonero y portugues.

Yo apostaré que creyó

Que era trasgo.

DOÑA JUSEPA.

¿Ay Dios! ¿qué susto

Me diste.

SANTAREN.

Parando en gusto,

No la matará. Salió

La viuda con su mastina,

(A Polonia llamo así.)

Desde mis puertas la ví

Que los pasos encamina

Hacia la calle Mayor :

Atrévime por la cueva

A hacer esta chanza nueva.

En ella está mi señor,

Mas tierno y mas derretido

Que una vela en el verano :

Si le da pena el anciano,

Déle ya por despedido.

Baje, pues tiene ocasion,

Y concluya esta partida ;

Que yo estaré á la subida

Para daries avison
Cuando dé vuelta el mongil,
Y no lo echará de ver.

DOÑA JUSEPA.

¡Jesus! ¡Eso habia de hacer?

SANTAREN.

¡El melindrico damil!
Si temiere un romadizo
Por la humedad del conduto,
Nuestro aposento está enjuto,
Sirvase del pasadizo,
Y acójanse allá los dos.

DOÑA JUSEPA.

¡Yo á posada que esté abierta
Para todos?

SANTAREN.

Buena puerta
Tiene la sala; por Dios,
Que si vucsaré se tarda
Y da en reparar en eso,
Ha de sufrir á un Don Bueso,
De su matrimonio alharda,
Porque diz que viene ya:
La ocasion, si es cuerda, goce.

DOÑA JUSEPA.

¡Y si alguno me conoce?

SANTAREN.

Eso prevenido está.
A Lisboa ha de enviar
Mi amo un bravo vestido
A su hermana, que ha tenido
Nuevas que se ha de casar;
Y las joyas que la dió
A vuesa merced ayer,
Para ella habian de ser:
Conforme esto, digo yo,
Que á lo portugues vestida,
Cuando alguno allá subiere,
(¡Que no hará) como la viere
En sehosa convertida,
No ha de poder conocerla.

DOÑA JUSEPA.

Si, ¿pero mi honor y fama?.....

SANTAREN.

Es mi señor una dama.
¡Pues él habia de ofenderla?

DOÑA JUSEPA.

Temo la desenvoltura
De una ocasion licenciosa.

SANTAREN.

No pretende mi amo cosa
Si no es por mano de cura.
Tiempo perdemos: ¿qué espera?

DOÑA JUSEPA.

Hermana, quien desazona
Las edades, ocasiona
A lo que no se atreviera
Mi honor para libertalle.

SANTAREN.

Sotanos de Madrid,
Jerigonzas encubrid
Con las trampas de una calle. (Vanse.)

Sala en la posada.

ESCENA XII.

DON FERNANDO, MARI-RAMIREZ.

DON FERNANDO.

Desta vez, huésped mia,
Nos saca vuestra posada
Maridos.

MARÍA.

Y yo fiada
En ella, desde este dia
Pongo en la tabla de afuera.
«Quien se quiere casar,
Aquí se puede apaar

Que hay cueva casamentera.»

¡Mucho me debeis los dos!

DON FERNANDO.

No os quejaréis de la paga,
Como esta noche se haga
Nuestra boda.

MARÍA.

¡Plega á Dios!

DON FERNANDO.

¡Subió ya Doña Josepa?

MARÍA.

Por ella fué Santaren.

DON FERNANDO.

Y tras mi viuda tambien
Alvarado; porque sepa
A qué puede á tales horas
Salir mujer, que de dia
Tan retirada se cria.

MARÍA.

Nocturnas madrugadoras
Son en Madrid las mas dellas:
Discurso en sus tocas hago,
Que es camino de Santiago
Nevado y lleno de estrellas:
De noche todo arrebol,
Todo clausura de dia;
Que estrellas é hipocresía
Buscan sombras y huyen sol.

ESCENA XIII.

ALVARADO.—DICHOS

ALVARADO.

No tienes que dudar ya,
La viuda es una bendita.
Rezando humilde y contrita
En el Buen-Suceso está.

DON FERNANDO.

Eso sí, necia sospecha.

ESCENA XIV

SANTAREN.—DICHOS.

SANTAREN.

Esto va bueno.

DON FERNANDO.

¿Y la niña?

SANTAREN.

La mas bella sehosiña
Que vió el amor, viene hecha.
El vestido que á su hermana
Tuvo mi amo dedicado,
Le viene pintiparado:
No hay mas linda lusitana.
Vistióse en un santiamen,
Y hecho un almiar de amor,
Sube con ella señor.
Fiesta y colacion preven,
Porque yo entre tanto atisbe
Tu viuda.

(Vanse Santaren y Alvarado.)

MARÍA.

No malograrán
Su amor, si esta cueva hallaran
Los bobos Piramo y Tisbe.

ESCENA XV.

DOÑA JUSEPA, de portuguesa; DON
DUARTE.—DON FERNANDO, MA-
RI-RAMIREZ.

DON DUARTE.

No teneis que recelar,
Que en sujetos cortesanos
Favores atan las manos,
Y os tengo de respetar
Mas estando en mi poder,
Que en el de Doña Bernarda.

DOÑA JUSEPA.

De vuestra nacion gallarda

Mas me puedo prometer;
Que hasta la envidia confiesa
En términos de hidalguia,
Que á tener la cortesía
Patria, fuera portuguesa.

DON FERNANDO.

Y vos lo pareceis tanto,
Fuera del traje que honrais,
Josepa hermosa, que dais
Juntamente amor y espanto.

MARÍA.

Estále que es maravilla:
No vi jamás gracia igual;
Si amor nació en Portugal,
Ya es portuguesa Castilla.
¡Qué bien le dice el tocado!

ESCENA XVI.

DOÑA BERNARDA, con manto.—DICHOS.

DOÑA BERNARDA.

Polonia, á esa puerta aguarda.

DOÑA JUSEPA. (Ap. con el portugues.)

¡Ay cielos! ¡Doña Bernarda!

DON DUARTE.

¡Pues de qué teneis cuidado,

Si á ser mi esposa venis?

DOÑA JUSEPA.

¡La esclava sin duda ha sido,
Cielos, quien nos ha vendido!

DOÑA BERNARDA. (A don Fernando.)

Hidalgamente cumplis
La palabra, caballero,
Hoy prometida y quebrada:
Amor cobra á la posada
La dama que vi primero.
¿Qué importa que no se sepa
La suya, si en tal empleo...?
¡Jesus mil veces! ¡Qué veo!
¿Qué es esto, Doña Josepa?
¡Tú aquí! ¿Qué desenvoltura
Tu recato profanó?
¿Quién las llaves falseó
De nuestra rota clausura?
¿Por dónde salir pudiste?
¿Si me dejé acaso abierta,
Inadvertida la puerta?
¿Cómo á esta casa viniste?
Habla, liviana, traidora,
Afrenta de tu linaje.
¿Quién te ha puesto en este traje?

DOÑA JUSEPA.

¿Que é isto? ¿vindes senhora
Douda? Naon vindes en vos.
¿Don Duarte, qué mulher
É esta? Deve de ser
Vossa obrigaçaon.

DON FERNANDO. (Ap.)

¡Por Dios,

Que parece portuguesa!

DON DUARTE. (Ap.)

¡Hay mas gracia! ¡Hay mayor sal!

DOÑA JUSEPA.

Eu venho de Portugal
Para ouvr parvuicas?

DOÑA BERNARDA.

Cesa,

Embaidora. ¿Pues tú á mí
Emblecos y lenguajes
Que no entiendo? ¿Tú esos trajes?
¿Quién te enseñó á hablar así?
Nacida en Guadalajara,
¡Y ya en Madrid portuguesa!
Lo que tu lengua confiesa,
Desmintiendo está tu cara.
En vano negar presumes
Lo que el alma y ojos ven.

DOÑA JUSEPA.

Os borrofos de amor tem.

*¡Contra quem saon os quejumes?
Don Duarte, botalda fora,
E si naon, irme-é de aqui.*

DOÑA BERNARDA.
Burla está haciendo de mí.

DON DUARTE.
Reparad en vos, señora.
Dos veces habeis venido
A esta posada, y las dos
Contra el crédito que en vos
Vuestra cordura ha tenido,
Ya escrupulosa, ya humana,
Nuestra casa alborotais.

DOÑA BERNARDA.
¡Traidores! ¿pues me usurpais
Con embelecios mi hermana....?

DON DUARTE.
¿Qué hermana? Esta es la condesa
De Ficallo.

DOÑA BERNARDA.
¿De Fi.... quién?

DON DUARTE.
Que en fe de quererme bien,
Aunque tal valor profesa,
Viene de Lisboa viendo
Que allá tan presto no iría,
A ser mi esposa.

DOÑA BERNARDA.
¿En un día
Tanto engaño? ¿Estoy durmiendo?
Burladores! ¿soy yo loca
Para creer desatinos?

DON FERNANDO.
No altereis, ojos divinos,
Pues es la causa tan poca,
La casa.

DOÑA BERNARDA.
¡Tal oigo y callo!
¿Vos tambien? ¿Qué accion villana!
¿Haceis condesa á mi hermana?

DON FERNANDO.
La condesa es de Ficallo:
Tratalda, señora, bien.

DOÑA BERNARDA.
¿Qué condesa, ó qué locura?
Polonia, esclava, asegura
Tú lo que mis ojos ven:
Entra acá.

ESCENA XVII.

POLONIA.—DICHOS.

POLONIA. (Ap.)
Temblando voy.

DOÑA BERNARDA.
¿No es esta Doña Jusepa?

POLONIA.
¡Jesus! En nada discrepa
Della.

DOÑA BERNARDA.
¿Y diránme que estoy
Sin juicio!

POLONIA.
¡Hay cosa igual!
Su imagen tengo delante:
No vi cosa semejante
En mi vida. Una señal
Tiene que la diferencia.

DOÑA BERNARDA.
¿Cómo, perra?

POLONIA.
Bien que es poca:
Un sí ó no es mayor la boca.

DOÑA BERNARDA.
Mientes.
POLONIA.
La circunferencia
De cara el engaño enseña,
Aunque algo le corresponda:

Señora es cariredonda;
Pero esta es cariaguileña.

DOÑA BERNARDA.
Yo, traidores, desharé
Lo que entre vosotros pasa.
¿Embaidora! ¿dentro en casa,
Con llave no te dejé?
Pues si en ella no te hallo,
¿Diréis que esto es frenesi?

DON DUARTE.
Id, y veréis que está aquí
La condesa de Ficallo.

POLONIA.
Vuestra merced quedará
Desengañada y corrida.

DOÑA BERNARDA.
¿Loca estoy, estoy perdida!
Ven perra, vamos allá:
Quédate tú aquí, embaidora.

DON FERNANDO.
¿Quereis que os acompañemos?

DOÑA BERNARDA.
Déjenme.

DON DUARTE.
Con vos iremos.
DOÑA BERNARDA.
No ha de ir nadie.

DON FERNANDO.
Pues, señora,
Andad con Dios, y de mí
Pensad que nunca os engaño.

DOÑA BERNARDA.
Perdida voy....
(*Vanse Doña Bernarda y Polonia.*)

DON DUARTE.
¿Cuento extraño!
DOÑA JUSEPA.

Atájola por aquí,
Y múdome este vestido:
Proseguid vos vuestro amor.

DON DUARTE.
Vamos, mi bien.
(*Vanse Doña Jusepa y Don Duarte.*)

DON FERNANDO.
¿Hay mejor
Suceso?

MARÍA.
¿Jamás he oído
Cuento ni cosa mas nueva!
Mas ya en casos semejantes
Para Teseos amantes
Hay laberinto en mi cueva,
Que ha de dar con mil sobornos
Lo que en él buscando van.

DON FERNANDO.
¿Miren la ocasión que dan
Los sótanos y los tornos!

ESCENA XVIII.

SANTAREN.—DON FERNANDO, MA-
RI-RAMIREZ.

SANTAREN.
No se dió mejor mamola
En el mundo; la muchacha
Todo su temor despacha,
Y en un momento cila sola
Quitó el portuñes pellejo,
Y del suyo se vistió,
Estando de posta yo
En aquel postigo viejo.
Subió arriba, y ya la viuda
Abriendo estaba la puerta.
Dice que estamos alerta
Para acudir á su ayuda,
Si es que fuere menester;
Que es temeraria su hermana.

DON FERNANDO

Amor, esta casa allana,
Si es que algun bien me has de hacer.

SANTAREN.
Vamos: á espiarla torno.
Gocemos de la ocasión;
Pues amor da la invención
Por el sótano y el torno.

Habitación de Doña Bernarda.

ESCENA XIX.

DOÑA JUSEPA, en su primer traje, y
luego DOÑA BERNARDA y POLONIA.

DOÑA JUSEPA.
Aun no acabo de admirarme
De la noble cortesía
Del ilustre portuñes.
¿Con qué amor! ¿con qué hidalguía
Ha procedido! En extremo
A quererle bien me obliga
Su tallo y su proceder.

DOÑA BERNARDA. (Dentro.)
Abre esas puertas.

DOÑA JUSEPA.
¿Qué linda
Burla se traga mi hermana!
(*Siéntase á labrar.*)

DOÑA BERNARDA. (Dentro.)
¿Sin seso vengo y perdida!

POLONIA. (Dentro.)
Agora verá su engaño
Vuestra merced.

DOÑA JUSEPA.
La almohadilla
Tomo; y para que mejor
Con mi engaño se prosiga,
Labrando y cantando agora,
Procuraré divertirla. (Canta.)
*Hoy el rey no me ha hablado;
Mírome de mala guisa;
Déjronme venir solo
Los grandes que me seguían.*
(*Salen Doña Bernarda y Polonia.*)

POLONIA.
(*Hablando con su ama á la puerta.*)
¿Está vuesa merced contenta?

DOÑA BERNARDA.
¿Jesus! ¿Santa Catalina!
Ahora digo que estoy
Loca, si no estoy dormida.

POLONIA.
Repare vuesa merced
En esta fisonomía,
Y verá la diferencia
De la dama parecida.
Mire esta aguilena cara,
Las rosas destas mejillas,
Los rasgos de aquellos ojos
La nariz no tan prolija,
Y conocerá su engaño.

DOÑA BERNARDA.
Bastará que tú lo digas;
Mas yo cuanto mas la veo,
Mas me parece la misma.

DOÑA JUSEPA.
¿Qué es esto, Doña Bernarda?
DOÑA BERNARDA.
No es nada; cierta porfía,
Que averiguaré despues.
Acostémonos.

ESCENA XX.

SANTILLANA.—DICHAS.

SANTILLANA.
Albricias.
DOÑA BERNARDA.
¿Qué tenemos?

SANTILLANA.

Al señor

En Madrid.

DOÑA BERNARDA.

¿Cómo?

DOÑA JUSEPA.

¡Hay tal prisa!

SANTILLANA.

Ahora acaba de apearse
En un meson; y hasta el día
No quiere venir á casa,
Ni hacer de noche visitas.
Acostóse, porque el mal
De la hijada y de la orina
Le trae enfermo; y Don Luis,
Señora, con él venía.

DOÑA BERNARDA.

¡Bendito sea Dios, amen!
Que estas cosas me tenían
Con mil cuidados, Jusepa,
Que de guardarte me libran!
Ya tu marido está cerca.

DOÑA JUSEPA.

¿Y muy cerca, hermana mía?

SANTILLANA.

Sí, que en la calle de Atocha,
En el meson de la Oliva
Se apeó.

DOÑA JUSEPA.

Mas cerca está.

DOÑA BERNARDA.

¿Cómo?

DOÑA JUSEPA.

Aquellas celosías
Fronteras, habita quien
Mi libertad tiraniza.

DOÑA BERNARDA.

Jusepa, ¿quieres que vuelva
A perder el seso?

DOÑA JUSEPA.

Envidias

De mi ventura quizá
A envejecerme te animan.

DOÑA BERNARDA.

Harás lo que yo quisiere,
O quitaréte la vida.

DOÑA JUSEPA.

¿Eres tú mi madre acaso?

DOÑA BERNARDA.

¿Tú me hablas así, atrevida?

DOÑA JUSEPA.

Bien puedo, que estoy casada.

ESCENA XXI.

DON DUARTE, DON FERNANDO, SANTAREN, MARI-RAMIREZ.—DICHOS.

DON DUARTE.

Es verdad, esposa.

DOÑA BERNARDA.

¡Quita!

DON FERNANDO.

Don Duarte es ya su esposo.

SANTAREN.

Soy testigo.

MARÍA.

Y yo testiga.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué es esto, cielos! ¿Por dónde
Entrastes?

SANTAREN.

Por una mina,

Que en el sótano baraja

Mil amorosas pandillas.

DOÑA BERNARDA.

¿Hay perdicion semejante!

¿Luego no mintió mi vista?

¿Tú fuiste la portuguesa?

DOÑA JUSEPA.

Yo fui la condesa misma

De Ficallo, hermana.

DOÑA BERNARDA.

¿Hay tal?

¿Y la perra berberisca,
Que en chilindrinas me hablaba....!

POLONIA.

Todo amor es chilindrina.

DON DUARTE.

Señora, pues que veis ya
Que amor estas cosas guía,
De Don Fernando premiad
Las finezas excesivas.
Su renta es seis mil ducados,
Y su sangre la mas limpia
De Aragon: su amor es grande,
Su edad, ya la veis vos misma:
En otros diez mil ducados
Os dotará.

DON FERNANDO.

Si os obliga

La voluntad y el amor,
Que os tengo desde aquel día
Que vi en mis brazos el sol,
Dando á sus rayos envidia;
De mi alma y de mi hacienda,
Que ya á esos piés se dedica,
Seréis absoluto dueño.
Como esos claveles digan
Que admitiréis por esclavo
Al que por dueño os estima.

DON DUARTE.

Vuestro cuñado os lo pide.

MARÍA.

La toquera os lo suplica.

SANTAREN.

El buhonero os lo ruega.

POLONIA.

Y la esclava de rodillas.

SANTILLANA.

Santillana lo desea,
El niño amor os lo aliña,
Vos quereis, Dios os lo da,
Y San Pedro os lo bendiga.

DOÑA BERNARDA.

Decir á tantos de no
Ya fuera descortesía:
Mucho pueden humildades.
Vuestra esclava soy indigna.

DON FERNANDO.

El alma os doy con la mano.

SANTAREN.

¡Vitor, vitor la viudilla!

DOÑA BERNARDA.

Quédese aquí Santillana,
Porque á Don Gomez le diga,
Cuando venga, que el amor
Estas cosas eucamina;
Porque el aguardalle aquí
Me parece que sería
Necedad ó atrevimiento.

SANTILLANA.

Vuesa merced imagina
Bien, que yo le contaré
Todas estas maravillas.

DOÑA JUSEPA.

Tu esclavo soy.

DOÑA BERNARDA.

Yo tu hermana.

DON DUARTE.

Yo vuestro esposo.

POLONIA.

Decir yo que horra? ¿Y podría

DOÑA BERNARDA.

Sí.

SANTAREN.

Y yo, pues tu amor me pringa,
Soy tuyo.

DON FERNANDO.

Vuestro remedio
Corre ya por cuenta mia.

DON DUARTE.

Yo á Mari-Ramirez doy
Esta cadena.

DON FERNANDO.

Esto sirva

De entretener solamente;
No por que haya estas malicias,
Que por *El sótano y torno*
TIRSO escribe, mas no afirma.

ESTO SI QUE ES NEGOCIAR.

PERSONAS.

EL DUQUE DE BRETAÑA.
ROGERIO.

LEONISA, serrana.
LEMEENCIA, dama.
ENRIQUE, conde.

PINARDO.
CARLIN, pastor.
FIRELA, pastora.
ALBERTO.
FILIPO.

MARGARITA, duquesa.
CRIADOS.
UN PAJE.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Nantes y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

Campo entre la casa de Rogerio y la de Leonisa.

ESCENA PRIMERA.

LEONISA, ROGERIO, *de camino.*

ROGERIO.

Sin quitarme las espuelas,
Mi bien, en tu busca vengo.
¿Cómo estás? Mas ¿qué pregunto?
¿Cómo estará el campo ameno
Cuando es su huésped el mayo,
El sol del eclipse lejos,
La luna en su exaltación,
Sin nubes ni aires el cielo?
Abril de hermosuras te hallo,
Sol hermoso á verte vuelvo,
Luna ¡ay Dios! no seas menguante,
Cielo de milagros lleno.
Infinidad de hermosura
Te dejé, y á verte vuelvo
Mas hermosa. ¡A lo infinito
Añades, mi bien! ¿Qué es esto?
Poco mi ausencia has sentido. —
Mira el rigor de mis celos,
Que deseo hallarte hermosa,
Y porque lo estás, lo siento.
¿Haste acordado de mí?

LEONISA.

Bachiller venis, Rogerio;
Si enseña Paris lisonjas,
De escolar volveis maestro.
Amábades ántes mas,
Y hablabades ántes menos :
¡Huego de Dios en amor
Con vicio de lisonjero!
Por acá lo hemos pasado,
Las noches hilando al fuego,
Los dias labrando al sol,
Ya en consejas, ya en consejos.
Hánmelos dado, y no pocos,
De que iguale pensamientos
A mis posibilidades,
Porque es soberbia quereros.
Vos hidalgo, yo villana,
Vos hijo de nuestro dueño,
Yo su vasalla y pechera,
Yo simple, vos trapacero,
¡Concertadme esas medidas!
Bien sabe Dios lo que he hecho
Por repujaros del alma;
Pero vos, quedo que quedo.
¡Cuántas veces me acosté
Con último presupuesto
De amanecer sin cuidados;
Y ruciando el aposento,
Con agua bendita, dije :
« Amor engañoso, arredo;
Que debeis de ser el malo

En lo sutil y lo inquieto ;
Y tornándome á acostar,
Hallaba los ojos llenos
Del agua, si no bendita,
Mas salada que ella al ménos !
¿ De qué sirvió el derramarla,
Si hallé por el caso mesmo
Cada pestaña un guisopo,
Cada ojo una pila vuelto ?
Despierta, en fin, os echaban
Mis propósitos del pecho ;
Mas por no cerrarle bien,
Os entrábades durmiendo.
Yo en echarle, él en volverse,
Causéme, en fin, y dejélo ;
Porque en dando en cabezudo
Amor, saldráse con ello.
Veis aquí en lo que he pasado
Todo este prolijo invierno,
Que vos allá entre escolares
Habeis revuelto cuadernos.

ROGERIO.

Bien le llamaste prolijo,
Pues siendo siglos eternos
Sus noches, y yo sin ti
Lo que Noruega sin Febo ;
Todo él ha sido una noche,
Y en ella mi amor enfermo
Con ansias por este dia,
A cuya luz amaneczo.

LEONISA.

¿Habeis estodiado mucho?

ROGERIO.

Todo amante verdadero
Es, mi Leonisa, estudioso :
Libros son sus pensamientos,
Hojas en la multitud,
Que repasando desvelos
En letras de sus cuidados,
Mas estudia y sabe ménos.

LEONISA.

¡Malos años, y qué bien
Lo sabeis decir!

ROGERIO.

Lo siento
Mejor, dirás con verdad.
¿Qué hay en la sierra de nuevo?

LEONISA.

Parió la del herrador,
Y enviólo la del barbero.

ROGERIO.

Eso poco me hace al caso.

LEONISA.

Pues ¿qué quieres saber?

ROGERIO.

Quiero,

En fe que te quiero mucho,
Saber quién te quiere.

LEONISA.

¡Bueno!

Yo os juro á fe de serrana,
Que hay mas de dos en el pueblo,
Y mas de tres en el valle,
Y al rededor mas de ciento,
Que á mi padre me han pedido ;
Y él, como está medio ciego,
Medio sordo, y enfadoso
No medio, si todo entero,
No hace son (1) predicarme
Que acabe de darle un yerno,
Y escoja entre todos uno,
Que al año le dé dos nietos.

ROGERIO.

No tienes el gusto tú
A serranos toscos hecho ;
Que esa alma erró el hospedaje
Cuando entró á vivir tu cuerpo :
Tu eleccion toda es hidalga.

LEONISA.

Decis verdad, y aun por eso
Hay en la comarca amante
Mozo, rico y caballero.

ROGERIO.

¿Es Filipo?

LEONISA.

A la primera

Lo acertastes.

ROGERIO.

¿Cierto?

LEONISA.

Cierto;

Y á fe que si se llevara
Amor por negociadero,
Que lo ha apretado de modo,
Que á no tener yo tan tieso,
Segun los percuradores,
Ya amor fuera matrimeño.
Vueso padre me pidió
Al mio para él, y el viejo,
Como le sirve, no supo.
Si (2) dar su consentimiento.
Llamóme la misma noche,
Y con los brazos al cuello,
Me dijo : « Leonisa mia,
Mucho es lo que á Dios debemos.
De inglaterra te truje
A Breñaña, y por sucesos
Que por no desconsolaré,
Te conviene no saberlos,
Pastor, sin serlo, me hice ;
Que el temor y el escarmiento
Allanan dificultades,
Y dan oficios diversos.
Quince años há que he servido
A Pinardo, dueño nuestro,
Restaurando por leal
Descréditos de extranjero ;
Filipo ha reconocido
En tí, á pesar de groseros
Estorbos, alma curiosa,

(1) y (2) Sino, mas que.

Y bien nacidos respetos.
Para su esposa te pide;
Mi señor es su tercero,
La vejez mi muerte anuncia,
Y pueden mucho sus ruegos.
No te amilanes por ver
Que es un pobre ganadero
Tu padre, y tu dote humilde
Tres bueyes y cien borregos;
Que para el paso en que estoy,
Que los blasones soberbios,
No de Filipo, del Duque
Que en Bretaña tiene el cetro,
Si te igualan, no aventajan
Al ilustre nacimiento
Que trabajos y peligros
En ti disfrazan molestos.
Coge, pues eres discreta,
La ocasion por los cabellos,
Y siendo su esposa, estima
En mí el haberte dicho esto.»
Respondíle yo turbada :
«Padre, dado que agradezco
La confusa informacion
Que en mí abono heis descubierto ;
No creais que lo ignoraba ,
Que mis nobles pensamientos ,
Desmintiendo los sayales ,
Que era noble me dijeron.
De tres años vine aquí ;
Diez y ocho solos tengo ;
No quiero mal á Filipo ,
Ni bien tampoco le quiero.
Mientras no peinare canas ,
Y vos vivis, haga el tiempo
Su oficio, y desé ese hidalgo ;
Que si el amor es deseo ,
Cuanto mas presto se alcanza ,
Se estima despues en ménos ;
Que joya que cuesta poco ,
Diz que se aborrece presto.»
Iba el viejo á replicarme ;
Pero déjale con esto ,
Y vine á pagar albricias
Al alma que llegó á veros ;
Que ella misma adivinó
Que no era posible en medio
De tormenta tan mortal
No aparecerse San Telmo.

ROGERIO.

¿Hay discrecion mas sabrosa ?
En esta mano que beso ,
Cifro las ponderaciones
De un firme agradecimiento.
Nunca tuve duda yo
De que eres noble ; que el cielo ,
Aunque disfrazado en nubes ,
Muestra lo que es al discreto.
¿Qué importa que sierras vivas ,
Si muestra tu entendimiento ,
Aunque en sencillas palabras ,
La alteza de sus conceptos ?
Mas rico es que yo Filipo ;
Mas no , mi bien , en deseos ,
Que durarán hasta tanto
Que seas el gozo dellos.

LEONISA.

Soy serrana.

ROGERIO.

El oro lo es.

LEONISA.

Soy noble.

ROGERIO.

Porque te quiero.

LEONISA.

Soy forastera.

ROGERIO.

Eslo el sol.

LEONISA.

Soy constante.

ROGERIO.

Pues por eso.

ESCENA II.

PINARDO. — LEONISA, ROGERIO.

PINARDO.

¿Rogerio!

ROGERIO.

¿Padre y señor!

PINARDO.

¿Tú aquí? Pues ¿tan descansado
Llegas, que buscas el prado?
¿No fuera en casa mejor?
¿Sin descalzar las espuelas!
¿Sin reparar lo que abraza
La siesta!

ROGERIO.

No te hallé en casa ;
Que siempre el sueño desvelas
Por mirar tus granjerías :
En busca tuya salí ;
Encontré á Leonisa aquí ;
Dijome que ya venias ;
Afirmame que se casa
Por órden tuya , muy bien ,
Y dábale el parabien
Mientras tornabas á casa.

PINARDO.

Si he de creer en señales
Que con excusas previenes ,
Rogerio, esos parabienes
Los juzgas tú para-males.
Filipo nuestro vecino
A Leonisa tiene amor ;
Hizome su intercesor
Y á hablarme para esto vino ;
Que puesto que es desigual
El casamiento que intenta ,
Bellezas Leonisa aumenta
Que son su dote y caudal ;
Pues juzga la juventud ,
Si amor de límites sale ,
Que á la riqueza equivale
La hermosura y la virtud.
Tú seas muy bien venido ;
Entrate, Leonisa, allá ;
No salga Filipo acá ,
Que con ojos de marido
Te mira , y son diferentes
Que los ojos del galán ;
Pues cuando ocasiones dan
Amorosos accidentes
A un amante desvelado ,
Puesto que paciencia tenga ,
Hay quien dice que se venga
Despues que se ve casado.

LEONISA.

Hasta agora, señor mio ,
¿De qué se puede quejar ,
Si el sí le tengo de dar ,
Y ese estriba en mi albedrio?

PINARDO.

Dióle tu padre por tí ,
Y tú estás sujeta á él.

LEONISA.

Pues despósese con él
Filipo, y déjeme á mí ;
Que si me hicieron los cielos
Serrana, la seda olvido ,
Y yo no quiero marido
Que se entra en casa por celos. (Vase.)

ESCENA III.

PINARDO, ROGERIO.

PINARDO.

Rogerio, estimate en mas ;
Leonisa no te merece ;
La hermosura desvanece ;
Sabio me dicen que estás ;
Y el sabio en las ocasiones
Sabias resistencias cria :

No ostentes filosofía ,
Si no resistes pasiones.
Ya Leonisa está casada ;
¿Que es lo que pretendes della?

ROGERIO.

Si porque hablaba con ella ,
Esa sospecha excusada
A reprehenderme te obliga ;
Culpa, señor, tus engaños ,
Y Filipo muchos años
La goce, y su amor prosiga ;
Que yo con otros desvelos.....

PINARDO.

No digas mas ; esto ha sido
Dejarte solo advertido.

ROGERIO. (Ap.)

¿El primer encuentro es celos!

PINARDO.

¿Graduásete en París?

ROGERIO.

Con aplauso universal ;
Fué el concurso general ,
Houróme la flor de lis.
Dicen exageraciones
Varias alabanzas mías ;
Tuve en escuelas tres dias
Tres diversas conclusiones.
De cánones y de leyes ,
Señor, las primeras fuéron ,
Y agradables asistieron
A autorizarlas los Reyes.
Tuve de filosofía
Las segundas : la alabanza
Propia poca fama alcanza ;
No he de exagerar la mia ;
Mas dígalo el envidioso ;
Que déi la quiero fiar :
Rótulos haz trasladar ,
Que en ellos *el prodigioso*
Me llaman, donde ver puedes ,
Porque mas horas me apoyen ,
Que si las paredes oyen ,
Ya hablan por mí las paredes
De toda la teologia
Las terceras sustenté ,
Y tan noble este acto fué ,
Que duró por todo el dia.
Sali en hombros de maestros
Por las calles laureado
Despues que recibí el grado
Del decano de los nuestros ;
Y en fin, llegué á tanta estima ,
Que los que mas me envidiaban ,
Por claustros de sues me dahan
Las tres cátedras de prima.
Enviástemé á llamar
Para cosas de importancia ;
Dejé la corte de Francia ,
Y al vulgo que murmurar ;
Y en fin, vengo á tu presencia ,
Donde podré defender
Que el saber obedecer
Es la mas perfecta ciencia.

PINARDO.

De mas consideracion
Es el cargo que te espera ,
Que cuantos darte pudiera
París en tu profesion.
Si el venir juzgas á agravio ,
Verás en distancia corta
Cuánto, Rogerio, te importa
Ser en esta ocasion sabio.
No te quiero decir mas ,
Por darte junto el contento.

ESCENA IV.

CARLIN. — DICHOS.

CARLIN.

¿Verá el acompañamiento
Que traen delante y detrás!

PIVARDO.
¿Qué es eso?

CARLIN.
Que se desliza
Acá el Duco y sus vasallos,
Y con mulas y caballos
Mos destruyen la nabiza.
Ya se apea en el zaguan
De casa la gente toda,
Y á fe que viene de boda.

PIVARDO.
Si aquí los Duques están,
Por tí vienen: ven, y anima
Tu valor.

ROGERIO.
Declara mas
Tus palabras.

PIVARDO.
Hoy sabrás
El alma de aqueste enfma.
(*Vanse Pivardo y Rogerio.*)

CARLIN.
¡Verá que engorgollotada
La hermana Duca venia!
Carlancas cró que traia,
Segun que la vi espetada.

ESCENA V.

FIRELA.—CARLIN.

FIRELA.
¿Hay mas roído y tropel?
¡Malos años para ella,
Y cuál viene la doncella
Guarnecida de oropel!
¿Acá estabas tú, Carlin?

CARLIN.
Acá estó. ¿Viste la dama?

FIRELA.
Trabajo tendrá quien la ama,
Con tanta ropa y botín.

CARLIN.
Dad al diablo la mujer,
Que gasta galas sin suma;
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.

FIRELA.
Ya parece que despuntas.

CARLIN.
El que la llegue á abrazar,
Por fuerza se ha de picar,
Segun la guarnecen puntas.
¿Pues el carro en que venia.....!

FIRELA.
Esa se llama carroza.

CARLIN.
¿Nombre le dan de corozá?
Debe ser en profecía;
Porque ninguna carreta
Destas, aunque tachonada,
Escapa de encorrozada.
Por lo que tien de alcahueta.
Mas vó á verlos, ya que están
Aquí.

FIRELA.
¿Para qué?

CARLIN.
Dijoren
Los que el Duco acompañoren,
Que ambos son de mazapan. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LEONISA.—FIRELA.

LEONISA.
¡Ay Firela! muerta vengo.
Si supieras las desgracias
Que tras el pasado bien
Mis tormentas acompañan,

Cuán de ordinario se sigue
Tormenta tras la bonanza,
Tras la serenidad, nubes,
Y tras los contentos, ansias,
¿Qué lástima me tuvieras!
No há un instante que colmaba
El corazon de alegrías,
La voluntad de esperanzas;
Ya mi paz se volvió guerra
Mi buena suerte trocada,
Lutos ya mis regocijos.
¡Ay cielos!

FIRELA.
Pues bien, ¿qué pasa?

LEONISA.
¿Viste venir á Rogerio
Añadiendo al mayo galas,
Gentilezas á esta sierra
Y envidias á su alabanza,
El mas sabio de Paris,
Mas noble desta comarca,
Mas bizarro deste reino,
Mas firme de cuantos aman?

FIRELA.
Vile, y dile bienvenidas.
Pues, ¿qué hay de nuevo?

LEONISA.
¡Ay serrana!
Agravios de mis desdichas,
Rigores de sus mudanzas.

FIRELA.
¿Mudóse?
LEONISA.
Peor, Firela.

FIRELA.
¿Es muerto?

LEONISA.
Poco le falta,
Si se va y no ha de volver,
Si, en fin, me olvida y se casa.

FIRELA.
Vuelve en tí, serrana hermosa.
¿Qué dices? Si no es que agravias
Tu cordura, nunca afirmes
Cosas en sí tan contrarias.
¡Hoy venido, y hoy ausente
Rogerio! Apenas se aparta
De tí perdido de amores,
Y ya ajenas prendas trata!
No lo creas.

LEONISA.
¿Ojalá

Que locuras me engañaran,
A trueque que no salieran
Verdaderas mis desgracias!
Estaba contenta yo
De que siendo su vasalla,
De Pivardo sucesor,
Aunque noble su prosapia,
Imposibles prometia,
Y pagándome en palabras,
En sabrosas dilaciones
Mis deseos dilataba;
Que aunque nunca se cumplieran,
Difíciles esperanzas
Voluntades entretienen,
Y desengaños los matan.
Mi Firela, aquestos lloro:
Llegó el duque de Bretaña,
Con Clemencia su sobrina
Y toda su corte, á casa.
Fuéron Pivardo y Rogerio
A darle la bien llegada.....
¿Quién pensara tal desdicha!
Siempre es necio el ¿quién pensara?
Apénas llega Rogerio,
Cuando amoroso le abraza
Y por hijo le confiesa
El Duque, haviendo canas
Tributos del corazon.
Toda la gente se espanta;

Pivardo le llama Alteza,
Clemencia esposo le llama.
¡Hühole, segun dijeron,
Cárlas Duque en una dama,
Cuya nobleza publica,
Puesto que su nombre calla.
Críóle (por no dar celos
A Isabela que Dios haya,
Del duque Cárlas esposa)
Pivardo en estas montañas;
Por padre le respetó;
Mas ya que viudo repara
Dificultades el Duque,
Hasta agora receladas,
Y la Duquesa sin hijos
Hospedajes desampara
Del cuerpo, que á sus principios
Se vuelve, volando el alma;
Clausuras rompe el secreto,
Y toda lenguas la fama,
Hijo natural publica
A Rogerio. ¿Cosa extraña!
Grave admite parabienes,
Y como si no ignorara,
Desde el día en que nació,
Dichas, para mí desgracias,
Sin causarle este contento
Turbacion, muestra en la cara
Que al sabio y al generoso
No le alborotan mudanzas.
En fin, le lleva consigo
El Duque, y enamorada
Clemencia (si he de creer
Celos que todo lo alcanzan)
A un conde llamado Enrique
Que con esperanzas falsas
Ser su esposo pretendia,
Y al viejo Duque acompaña,
Olvida, desdeña, ofende,
Martiriza, hiela, abraza,
Niega, desprecia, despidе,
Injuria, despulsa y mata.
Todo esto he visto en su rostro,
Que las colores desmaya
Que bosquejaba el contento
Y ya su muerte amenazan.
¿Qué he de hacer, Rogerio duque
Viudas ya mis esperanzas,
Clemencia triunfando dellas
Yo por pastora olvidada,
El á su padre obediente,
Amor con mayores llamas,
Quiméricos mis deseos,
El sin amor, yo sin alma?

FIRELA.
Olvidar, Leonisa hermosa,
Y advertir que eres serrana,
Y Rogerio nuevo Duque;
Que diz que amor no tien alas
Para alcanzar imposibles,
Ni jamas mide distancias,
Por mas que alegues ejemplares
Que deste modo se apartan.
Filipo es noble y es rico,
Y si á Rogerio no iguala,
Pues por esposa te pide,
No es la contrayerba mala.
Ama á quien te quiere bien:
Olvida, pues eres sabia;
Desprecia á quien no te quiere,
Y un clavo con otro saca.

LEONISA.
¿Qué bien receta remedios
La voluntad que está sana,
Firela, á la que está enferma!
Fácil olvidar me mandas;
Pero ¿dónde está ese olvido?
Quítale al mar toda el agua,
Y pasarásle á pié enjuto:
Los celos diz que se llaman
Provision de la memoria;

Celosa y enamorada,
¿Cómo quieres tú que olvide?

FIRELA.

Acá se acerca la dama
Con un hombre.

LEONISA.

Ese es Enrique.

FIRELA.

Pues, Leonisa, ó véte, ó calla.

LEONISA.

¿Cómo podré?

FIRELA.

¿Qué sé yo? (*Yéndose.*)

LEONISA.

Pues ¿vaste?

FIRELA.

A ver lo que pasa

Allá; que no quiero ser
Testigo aquí de tus ausias. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE, CLEMENCIA.—LEONISA,
que se queda oculta escuchando.

ENRIQUE.

Entre tanto que recibe
Rogerio los parabienes
De lisonjeros, y vive
Una esperanza que tienes
Casi muerta en mí, apercibe
Clemencia, obsequias funestas
De mi suerte triste fruto,
Si ya no te son molestas;
Que si serán, pues mi luto
No viene bien con tus fiestas.
¿Ay prima! (que no me atrevo
A darte nombre de dama,
Mientras a los rayos pruebo
De mi amor, que es todo llama,
Tu fe) el regocijo nuevo
Conozco con que ya estimas
Al pupilo de Pinaro,
A quien con tu amor animas,
Y del gran Duque bastardo,
En tus ojos legítimas.
Casarle el Duque pretende
Contigo; y sin resistencia
El valor que en tí se ofende,
Atribuirás á obediencia
La inclinación que te enciende.
Darás el sí con la mano,
Porque el alma te dedique
Hoy un duque, ayer villano;
Ya habrás olvidado á Enrique;
Ya le juzgarás tirano
De tus gustos; ya en tus ojos
Rigores deletrearé,
Si antes risueños despojos;
Ya quien blanco de amor fué,
Lo será de tus enojos.
Muere mi amor donde nace
El de Rogerio, Clemencia;
Es duque, y te satisface,
Y darásme por sentencia
Que todo lo nuevo aplice.

CLEMENCIA.

Enrique, ¿qué has visto en mí
Para culparme indiscreto?

ENRIQUE.

Almas en tus ojos ví
Transformadas en objeto
Villano.

CLEMENCIA.

Si hablas así,
Desacreditas cuidados
En tí siempre comedidos,
Y agora demasados.

ENRIQUE.

Nunca entre los ofendidos
Son los celos bien criados.

Pero pues vuelves por él,
¿Qué mas certidumbre buscan
Mis penas, prima cruel?

CLEMENCIA.

Las quimeras que te ofuscan,
Como vienen de tropel,
No te dejan discurrir:
Sosiégalas poco á poco;
Que si es de cuerdos sentir,
Todo arrojamiento es loco,
Y no digno de sufrir.

¿Qué favores hasta agora
A Rogerio ves que he dado,
Que así mi fe se desdora?
El Duque le ha confesado
Por su heredero, y le adora:
Lléguete el pláceme á dar
Por hijo suyo y mi primo,
Sabio y digno de admirar;
Porque yo no desestimo
Quien de mí se quiere honrar.
Ofrecióle que sería
Mi esposo el Duque; es así:
Dije yo que lo admitía?
¿Dile agradecida el sí?
¿Mostré en oírlo alegría?
¿Con qué livianos favores
Le honré, que tanto te espantas,
Y me atribuyes rigores?
¿Ves, primo, cómo adelantas
Antes de tiempo temores?

ENRIQUE.

¿Luego no le quieres bien?

CLEMENCIA.

Quiérole como á mi primo.

ENRIQUE.

Y como á amante también.

CLEMENCIA.

Estímame, pues te estimo;
Que no todo lo que ven
Ojos nobles, lo apetecen.

LEONISA. (*Ap.*)

¿Ay si esto fuese verdad!

ENRIQUE.

Sospechas me desvanecen;
Pero si en esa beldad
Mis dichas se fortalecen,
A tu ilustre resistencia
Trofeos labre mi amor.
Mas él vuelve á tu presencia.
¿Ay! Si te hallase rigor,
Fueras para mí Clemencia.

ESCENA VIII.

ROGERIO. — CLEMENCIA, ENRI-
QUE, LEONISA, *escondida.*

ROGERIO.

Hame mi padre mandado,
Bella señora, que asista
De ordinario á vuestra vista,
Porque conoce el cuidado
Que me causa estar ausente,
Y darle gusto deseo,
Por lo mucho que granjeo,
Siéndole en esto obediente.

CLEMENCIA.

Débole yo, gran señor,
Tanto al Duque, que procura
Aumentos de mi ventura
Con vuestro..... (*Ap.*) Dijera amor,
A no estar Enrique aquí.
¿Qué apacible gallardía!

ROGERIO.

Cuando de la suerte mía,
Que quiere mostrar en mí
El poder con que me ampara,
Otra dicha no tuviera;
Cuando ilustre no naciera,
Y á Bretaña no heredara;

Indicios he visto claros
De lo mucho que le debo,
Pues por su causa me atrevo.....
Iba á decir, á adoraros;
Pero juzgaréisme loco,
Si sois también de opinion
Que la amorosa pasión
Se introduce poco á poco.

LEONISA. (*Ap.*)

¿Ay alma! ¿no escuchas esto?
Murió mi esperanza aquí.
¿Que me haya olvidado así!
¿Que se enamoró tan presto!
¿Amada y aborrecida
En un instante! ¿En un punto
Mi amor nacido y difunto!
¿El ingrato y yo sin vida!
Troqué dichas por enojos:
Toda soy penas.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Por Dios,
Que en mirándose los dos,
Se despulsan por los ojos.

CLEMENCIA. (*A Rogerio.*)

Mándome el Duque mi tío
Deciros cierta advertencia.

(*A Enrique.*)

Conde, con vuestra licencia.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Alto, desengaño mío,
Apercebid sepultura
A mi esperanza, que ya
Indicios de muerte da.
(*Retírase, y quédase al paño.*)

ROGERIO. (*Ap.*)

Aunque divertir procura
La memoria mi cuidado
De Leonisa; á la presencia
Bellísima de Clemencia,
Bien podré mudar de estado;
Mas de amor es imposible.

CLEMENCIA.

Mándome el Duque, en efeto,
Deciros que en el objeto
De vuestro talle apacible.....
No me ha dicho el Duque nada;
Que si secretos fingí,
Fué para apartar de aquí
Quien os compite y me enfada.

ROGERIO.

Si es amor entre los dos
Antigua correspondencia.....

CLEMENCIA.

Fuélo; mas no hay competencia,
Duque gallardo, con vos:
Los suyos fuéron ensayos
Deste amor ya verdadero.

LEONISA. (*Ap.*)

Yo me abraso, yo me muero.
ENRIQUE. (*Desde donde está acechando.*)

¿Oh celos, de amor desmayos,
De mi muerte exploradores!

ROGERIO.

No há mucho que fui villano;
Si me atreviere á esta mano, (*Tomásela*)
Aumento de mis favores,
Ya veis que me da licencia
Nuestro proverbio vulgar.

LEONISA. (*Ap.*)

¿Que se la dejó besar?
Seso, adios; adios, paciencia.
(*Sale, y apártale las manos, metién-
dose en medio, como que busca en
el suelo algo.*)

Con su licencia, señora;
Que se me perdió un zarcillo,
Dáviva de mi carillo,
Y le ando buscando agora.

CLEMENCIA.
¿Qué es esto? Apártate allá,
Grosera.

LEONISA.
¡Válgame Dios!
¿Tan delgados son los dos?

ROGERIO. (Ap.)
¡Ay mi bien!

LEONISA.
Hágase acá;
Que ancía aquí se me cayó

ENRIQUE. (Ap.)
¡Oh serrana mas discreta
Que yo!

LEONISA.
Cuando aquí me meta,
¿No estoy en mi casa yo?
Cada cual mande en la suya.

ROGERIO. (Ap.)
¡Ay Leonisa de mis ojos!
Autor soy de tus enojos;
No há mucho que prenda tuya
Me llamabas: soy ya duque;
Por fuerza te he de olvidar.

LEONISA.
¿Qué piensa? Hele de buscar,
Aunque la casa trahuque.

CLEMENCIA.
Rústica, ¿sabes quién soy?

LEONISA.
Una mujer, cuando mucho,
Con gorguera y cocurrucho.
Veré agora.....

ENRIQUE. (ap.)
Muerto estoy,
Celos me abrasan el pecho.

ROGERIO.
Apartaos, señora, aquí.
(*Apártanse Rogério y Clemencia á un lado.*)

LEONISA. (Ap.)
Busco un alma que perdí,
Y que es en vano sospecho.

ROGERIO. (A Clemencia.)
Sois perfeccion de los cielos,
Sois cifra de su esplendor.

LEONISA. (Ap.)
Buscan mis penas amor,
Y todo cuanto hallo es celos.

CLEMENCIA.
Creed, Rogério gallardo,
Que en un hora habeis podido
Engendrar amor y olvido.....

ENRIQUE. (Ap.)
Desdichas, ¿qué mas aguardo?

CLEMENCIA.
Olvido de cierto amante
Que es vuestro competidor,
Y en la privanza de amor
Estuvo muy adelante;
Y amor, por lo que os estimo
Despues que gustos mejor;
Que sobre el amor que es oro,
Es esmalte el ser mi primo.

ROGERIO.
Dadme á besar esa mano,
Que tanto favor me da.

LEONISA.
¿Otra vez? Hágase allá.
(*Vuelue á separarlos.*)

CLEMENCIA.
¿Hay proceder mas villano?
¡Bárbara!

LEONISA.
¿Bárbara yo?
No soy, aunque caritiosa,
Ni Bárbara ni Teresa:
Si Leonisa,

CLEMENCIA.
Aparta.

LEONISA.
¿Yo?
Apártese ella; que aquí
Nenguno puede mandar,
Si yo, y tengo de buscar
Diez años lo que perdí.

CLEMENCIA.
¡Vive el cielo, mal criada....!

LEONISA.
¿Mal criada? Por su vida,
Mas gorda soy y cumprida
Que ella. ¡Verá la empringada!

ROGERIO.
No hagais caso, dueño mio,
De simplezas de la sierra:
Dejalda, que en fin, si yerra,
Es simple su desvario.

LEONISA.
Y aun por ser simple y sencillo,
Sois vos, Rogério, doblado.

ROGERIO.
Volviendo á nuestro cuidado.....

LEONISA.
Volviendo yo á mi zarcillo....

ROGERIO.
Para alentar mas mi amor,
Quiere mi suerte que elija
Glorias en esta sortija.
(*Quitale una á Clemencia.*)

LEONISA.
(*Ap. ¿Sortija tomó el traidor?*)
Apártese, que ancía aquí
Debe de estar.

CLEMENCIA.
¿Qué molesta

Villana!

LEONISA.
¡Ingrato, para esta!
Verá como le cogí.
(*Ase de la mano á Rogério.*)
No le buscaba yo en vano.
Este es mi arillo perdido;
Los dos me le habian cogido.

CLEMENCIA.
Suelta.

LEONISA.
(*Quitando la sortija á Rogério.*)
Echad acá la mano;
Que no ha de estar, si en la oreja.
¡Verá la dama ladrona!

CLEMENCIA.
¡Hola! ¿no hay aqui persona?

ROGERIO.
Leonisa, basta la queja:
Mirad que estais ya pesada.

LEONISA.
Sí haré, porque fui lijera.
(*Ap. á él.*) ¡Pegáos á la caballera,
Y no pagueis la posada
De quien os tuvo en su pecho!
¡Ah mudable, ingrato, infiel,
Traidor, liviano, cruel!
¿Parécenos que esto es bien hecho?
¡Bien pagais mi amor sencillo!
¡Mucho hay en vos que flar!

ESCENA IX.

UN CRIADO. — ROGERIO, CLEMENCIA, LEONISA, ENRIQUE, oculto.

CRIADO.
El Duque os envía á llamar.

LEONISA.
Llevaréme yo el anillo,
Que fué mi arracada dantes.

CLEMENCIA.
¿Hay igual atrevimiento!
¿Esto consentis?

ROGERIO.
Consiento
Rustiquezas ignorantes.
(*Ap. á Leonisa.*)
Leonisa, ya ves que mudo
De estado: améte primero
Como hijo de un caballero
Particular; ya lo dudo.
Hijo de un duque, trocó
La suerte mi amor; reporta
Tus inquietudes.

LEONISA.
No importa:
Bueno es Filipo.

ROGERIO.
Eso no;
Que me mataréis los dos.

LEONISA.
Pues ¡qué! ¿queria el liviano
Ser perro del hortelano?
Con él, y sino con vos.

ROGERIO.
Dilata un poco mudanzas;
No me atormentes con celos;
Que te amo saben los cielos:
No desmayes esperanzas.

CLEMENCIA.
Duque, sospechosa estoy
De que con esa grosera
Trateis.

LEONISA.
Oye, caballera,
Tan buena como ella soy.

ROGERIO.
Persuádola á que deje
El favor que me habeis dado.

LEONISA.
¿Dar? Dardada: yo le he hallado;
Y vos sois un grande hereje.....
(*Ap á él.* De amor.) El ha de ir conmigo.

CRIADO.
El Duque sale á buscaros.

ENRIQUE. (Ap.)
¡Hay menosprecios mas claros!

LEONISA. (Ap.)
¡Hay mas mudable enemigo!

CLEMENCIA. (Ap.)
¡Hay villana semejante!

ROGERIO. (Ap.)
¡Hay mas dudosas aficion!

ENRIQUE.
(*Saliendo, y hablando ap. á Clemencia.*)
¡A la primera ocasion
Olvidada y inconstante!
Prima, ¿esto ha sido el jurar
Firmezas?

CLEMENCIA.
Conde, es violento
En quien ama el juramento,
Aunque no le he de quebrar.
Si bien habeis de ofenderos;
Pues si juré no olvidaros,
Olvidaréme de amaros;
Pero no de aborreceros.
(*Vanse ella y Enrique.*)

LEONISA.
Buena me dejais!

ROGERIO.
Mudanzas
De estado son la ocasion.

LEONISA.
Tambien desengaños son
Incentivos de venganzas.

ROGERIO.

Culpad, Leonisa, á los cielos;
Que aquesta es fuerza precisa.

LEONISA.

Culpe mi amor á Leonisa,
Si no vengare sus celos.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio ducal.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE, ROGERIO, ACOMPAÑAMIENTO.
DUQUE.

Ya que estás legitimado,
Y te llama sucesor
Bretaña de aqueste Estado;
Para que puedas mejor
Dar treguas á mi cuidado,
Quiero, Rogerio, que empieces
A tratar de su gobierno:
Llevemos su peso á veces
Los dos, pues al cano invierno
De mi edad, alivio ofrees.
Comiénzate á ejercitar
En regir y despachar
Negocios que la experiencia
Reduce despues á ciencia;
Que habiéndome de heredar,
Bien será que desde luego
Diestro en el gobierno estés
Que desde agora te entrego,
Porque no extrañes despues
Mudanzas de tu sosiego.

ROGERIO.

Ese estimaba yo en tanto,
Le prometo á vuestra Alteza,
Que si en el confuso espanto
Desta que llaman grandeza,
Y á mi me parece encanto,
No me facilita el uso
A que el cielo me dispuso,
Tenne mi melancolia
Echar ménos cada dia
La quietud que ya rehusó.
Estaba yo, gran señor,
Contento con el estado
De mi mediano valor,
Ni por muy rico envidiado,
Ni por pobre con temor
De dedecir de quien era,
O de quien pensaba ser.
Era el sosiego mi esfera;
Pensé á Pinardo deber
El sér y vida primera,
Que ya por tí se mejora;
Encontrábame el aurora
Los mas dias, ó estudiando,
Las riberas margenando,
Frescas lisonjas de Flora,
O en la caza, que las llamas
Del nieta de las espumas
Refrena, engañando ramas,
Robándole al viento plumas,
Hurtándole al mar escamas.
Vasallos me respetaban
Sencillos, puesto que pocos,
Que mi hacienda acrecentaban;
Y ni ambiciosos, ni locos,
Me mentian ó adulaban.
Perdí esta felicidad,
Señor, en la brevedad
De un instante; troqué luego
La quietud por el sosiego,
La aldea por la ciudad,
Por un duque padre, un hombre
Cuya mediana nobleza
Sustenta solo en el nombre,

La merced por el alteza.

Siendo esto así, no te asombra
Que sin uso ni costumbre,
Tema la vida presente;
Porque ¿quién sube á la cumbre
De un monte alto de repente,
Que no sienta pesadumbre?

DUQUE.

Hechizos tiene, Rogerio,
El gobierno, que sazonan
Su apacible cautiverio.
Los trabajos se coronan
Con el laurel del imperio.
Probarás lo que es mandar,
Y no lo sabrás dejar
Despues, porque es el leon
Que despedazó Sanson,
Y sabe panales dar.
Clemencia, sobrina mia,
De quien has de ser esposo,
Contra tu melancolia
Será remedio amoroso:
Della algunos ratos fia,
Que hurtas á la ocupacion
Del gobierno principal,
Y hallarás en conclusion
Que es sazonado pañal
Lo que te asombra leon.

ESCENA II.

ROGERIO.

Todo esto es, Leonisa mia,
Con sofisticas razones,
Buscar necias evasiones
Para mi melancolia.
Si yo no te viera el dia
Que perdí mi libertad,
Fuera esta prosperidad
El colmo de mi contento;
Ya sin tí será tormento
La mas regia dignidad.
Perdite; ya no es posible
En desiguales estados
Dar alivio á mis cuidados,
Ni ver tu rostro apacible:
Pues amar un imposible
Será eterno padecer;
No amarte no puede ser;
Pues amarte y no esperar,
Padecer y no olvidar,
Es morir, y no poder.
Intentar cumplir mi amor
Por medio ménos que honesto,
Ni aun pensarlo, porque he puesto
Todo mi honor en tu honor.
Morir, Leonisa, es mejor:
Batalle mi fantasia
En tan contraria porfia
Mientras la vida haga pausa,
Como se ignore la causa
De tanta melancolia.

ESCENA III.

LEONISA.—ROGERIO.

LEONISA.

¡Valga el diablo los jodios,
Y qué dello que me cuesta
La entrada!

ROGERIO. (Ap.)

Leonisa es esta;

Refrenaos, cuidados míos:
Ojos, no perdais por vella
La autoridad que acobarda
Mi amor.

LEONISA.

¡Verá qué de guarda
Tien la puerta! ¿Sois doncella,
Que os cercan con tal cuidado?
¡Piensan que os hemos de acor?

ROGERIO.

Leonisa.....

LEONISA.

Vengós á dar

El pláceme del ducado,
Porque el pésame me deis;
Que desque en-ducado os ví,
No valgo un maravedí.

ROGERIO.

Mucho, Leonisa, valéis;
Y si el mundo, en todo necio,
Prendas del alma estimara,
Y á la voluntad dejara
Poner la hermosura en precio,
Para compraros á vos
Poco su tesoro furra.
El interes es su esfera,
La ambicion sola es su Dios;
Esta y aquel han podido
Violentar mi natural:
Lo que el amor hizo igual,
La fortuna ha dividido.
Améos hijo de Pinardo;
Hijo del Duque, no puedo:
Penas con Bretaña heredo,
La muerte sin vos aguardo.
Manda mi padre casarme
Con Clemencia, prima mia:
En Orleans, su dote, fia,
Y es forzoso conformarme
Con el estado presente:
No queráis mayor venganza
De mi forzosa mudanza,
Que el vivir de vos ausente,
Midas pobre en la riqueza,
Solo, por acompañado,
Sin amor, enamorado,
Ahatido en la grandeza,
Y expuesto á que el vulgo note
Acciones en que es precisa
La murmuracion. Leonisa,
Casáos, que yo os daré el dote. (Vase.)

ESCENA IV.

LEONISA.

«Leonisa, casáos; que yo
Os daré el dote!» ¿Equivale
Dote que á Bretaña iguale,
Al alma que me robó?
Porque Clemencia nació
Duquesa, ¿es bien que me impida
Ser de Rogerio querida?
Si es el alma la que da
Valor, aquella será,
Que es mejor, mas bien nacida.
¿No es mas noble el alma, cielo
De pensamientos mejores?
¿No son los míos mayores,
Pues encumbraun más su vuelo?
Amor, ante vos apelo;
Clemencia á Rogerio adora,
Que es su igual; mas yo, pastora
Mientras el alma le doy,
Mas noble en amarle soy,
Por ser su competidora.
Yo, que de mi esfera salgo
Con mejores pensamientos,
Animando atrevimientos,
Merezco mas, pues mas valgo:
No temais, amor hidalgo:
Industria, en la diligencia
Estriba la competencia,
Que ha puesto mi dicha en duda.
Dios al animoso ayuda;
No ha de vencerme Clemencia.

ESCENA V.

FIRELA.—LEONISA.

FIRELA.

Pues, Leonisa, ¿podré darte
De duquesa parabienes?

CARLIN.
¡Mal año!
ROGERIO.
¿Qué es dél?
CARLIN.
Aquí vien metido.
ROGERIO.
Discreto tercero ha sido.
CARLIN.
Ya no hay discretos ogaño.
Tome, y venga la respuesta.
ROGERIO.

Ya Leonisa la llevó,
Que al papel se adelantó.
CARLIN.
Tales lágrimas la cuesta.
ROGERIO.
¿Pues llora por mí Leonisa?

CARLIN.
¿Si llora? Dale tal murria,
Que cró que tien estangurria
En cada ojo, en vez de risa:
Un rio tien en la cholla.
ROGERIO.

¿Tanto llora?
CARLIN.
Es compasion;
Y mas sí hace salpicon,
Y es bermeja la cebolla.
No embargante que hay ya quien,
Ocupando el lugar vueso,
Anda por ella sin seso,
Y la enmusica tambien.

ROGERIO.
¿Quién es?
CARLIN.
Filipo, el señor
De Castel y Fuen-Molino.

ROGERIO.
¿Filipo, nuestro vecino?
CARLIN.
Esc la tien tanto amor,
Que do quiera que la ve,
La pestilencia le toma.
No hay desde Paris á Roma
Quien tales musquinas dé.
Anoche cantó á su puerta
Con otros dos una troba,
Y pardiez que no era boba;
Pero no estaba despierta
La moza, y quedóse en seco.

ROGERIO.
Y ¿qué dice á eso Leonisa?
CARLIN.
Aunque hace de su amor risa,
Perdóneme Dios si peço;
Que ella es hembra, y él es tal,
Que temo ha de derriballa
A la postre.

ROGERIO.
Torpe, calla.
CARLIN.
Verá! Hurtómos del corral
El gallo el año pasado
No sé cuál de las vecinas;
Y viudas dél las gallinas,
No atravesaban bocado.
Llévelas otro menor;
Y él todo prumas y gala,
Ya quillotrando el un ala
Hasta el suelo al rededor,
Ya escarbando; apénas toca
El muladar con la mano,
Cuando por dallas el grano,
Se lo quita de la boca.
Ellas con los gustos nuevos
Menospreciando el ausente,
(Que do no hay gallo presente
Diz que no se ponen huevos)

Darán á Leonisa olvido,
Y hará en la memoria callos;
Que de galanes y gallos,
Uno ido y otro venido.—
Mas no sé quién entra acá.

ROGERIO.
Espérame afuera un rato,
Mientras que de mirar trato
El papel.

CARLIN.
¿Escribirá?
ROGERIO.

No sé.
CARLIN.
Acabe, pues; que es tarde.
Al pueblo, pardios, me acogo;
Que me miró de mal ojo
La Duca: el dimuño aguarde. (Vase.)

ESCENA XI.

UN CRIADO.—ROGERIO.

CRIADO.
El Duque, señor, os llama. (Vase.)
ROGERIO.

¿Ay Leonisa! ¿De qué suerte
Podré animarme á perderte,
Si cou pinceles de llama
Pintó en mi pecho el dios ciego
Tu copia, que eterna vive?
No se borra lo que escribe
Amor con plumas de fuego. (Vase.)

ESCENA XII.

ENRIQUE, ALBERTO.

ALBERTO.
Tú intentas cosas extrañas.
ENRIQUE.
Alberto, aquesta mujer
No es posible deha el sér
A las rústicas montañas
Que por su patria confiesa.
No produce el sayal vil
Agudeza tan sutil:
Habla la lengua escocesa
Mejor que quien se ha criado
En ella; su entendimiento
Es asombro y argumento
De que vive disfrazado
Dehajo de aquel sayal
Algun valor generoso.
De Clemencia estoy celoso;
Por un hijo natural
Del Duque, mi amor olvida;
El mismo rigor padece
Leonisa, que es quien me ofrece
La maraña prevenida.
De Escocia habrá ya llegado
La duquesa de Clarencia,
Huyendo de la inclemencia
De su rey, contra ella airado.
Desembarcóse en un puerto
De mi Estado, acompañada
No mas que de una criada
Y un paje, y hase encubierto
De suerte, que sin saber
Persona de su venida,
Animosa ó atrevida,
Se ha querido socorrer
De mí.

ALBERTO.
Siendo su pariente,
Y fiada en tu valor,
No es mucho que tu favor
Margarita hermosa intente.

ENRIQUE.
Halléla en casa, volviendo
De palacio con Leonisa:
De sus desgracias me avisa;

Y la serrana entendiendo
Lo que pasa; para dar
A Rogerio y á Clemencia
Celos, yendo á su presencia;
Da en que se ha de transformar
En Margarita, y fingir
Que huye del rey enemigo;
Y tratándolo conmigo,
Ha sabido persuadir
A Margarita de suerte,
Que por estar mas segura
Del escoces, que procura
O prenderla ó darle muerte,
La traza alaba discreta
Desta ingeniosa mentira,
Y á un castillo se retira,
Donde pretende secreta
Aguardar el fin que tiene
Su indigna persecucion.

ALBERTO.
¿Extraordinaria invencion,
Si á parar en mal no viene!
ENRIQUE.

Hase vestido á lo inglés
Leonisa, dándola el traje
Margarita, y el lenguaje,
Que en ella tan propio ves,
De tal suerte la disfrazo,
Que si ántes era pastora,
Ya su hermosura enamora,
Y su respeto amenaza.
Margarita se ha partido
A una fortaleza mia,
Que se llama Roca-Fria,
Y estoy, en fin, persuadido
A seguir esta maraña,
Pidiendo al Duque licencia
Para que la de Clarencia
Viva segura en Bretaña.

ALBERTO.
¿Y qué piensas sacar deso?
ENRIQUE.
Crérán todos que es Leonisa
Duquesa.

ALBERTO.
Cuento es de risa.
ENRIQUE.
En su amor estuvo preso
Rogerio, y por ser pastora
Su pobreza y humildad
Violenta su voluntad:
Viendo, pues, lo que mejora
Con Clemencia su esperanza,
Finge tenerla alicion,
Y contra su inclinacion,
Paga á Leonisa en mudanza.
Si la ve duquesa agora,
Y en ella el vivo retrato
De Leonisa, á quien fué ingrato,
Y desdeña por pastora;
Claro está que la ha de amar,
Y aborrecer á Clemencia.
¿Qué te parece?

ALBERTO.
Evidencia.
ENRIQUE.
Yo la fingiré adorar,
Y diré al Duque que intento
Casarme con ella.

ALBERTO.
Bien.
ENRIQUE.
Clemencia, cuyo desden
Ya es casi aborrecimiento,
Viéndose de mí olvidada,
Se tendrá por ofendida;
Que toda mujer querida
Pierde el seso despreciada.
Celosa ya, podrá ser
Que despertando su amor,

Deje á mi competidor,
Y volviéndome á querer,
A costa destes desvelos,
Paren desdenes en paces,
Porque no hay mas eficaces
Terceros de amor, que celos.
Mira lo que se interesa
Vesta afición.

ALBERTO.

Sin cimientos
Fundas torres por los vientos;
Pero amor, como profesa
Disparates, ya podria
Sacarte bien del presente.
La serrana es excelente:
Pues su autoridad la fia
Margarita, empieza á dar
Principio á aquesta aventura.

ENRIQUE.

El amor me la asegura.
A los Duques voy á hablar.

—
Gabinete del Duque.

ESCENA XIII.

EL DUQUE, con un pliego; CLEMENCIA, ROGERIO.

DUQUE.

¡Extraña novedad! No ha sucedido
En mi corona caso semejante.

ROGERIO.

Diganos vuestra alteza lo que ha sido.

DUQUE.

Perdió Arturo la vida por amante.
Del escoces un pliego he recibido,
Cuyas nuevas dan lástima bastante.
Y admiracion en ellas al mas sabio,
Para que en la mujer tema el agravio.
Mandó en su corte el Rey hacer justicia
Del duque de Clarencia, por consejo
De la envidia, si no de la avaricia,
Por ser rico en extremo el noble viejo:
Dejó sola una hija, en la noticia
Del mundo celebrada por espejo
De la beldad que amor siempre acredita,
En valor como en nombre, Margarita.
Arturo, que del Rey era privado,
Y ocasionó esta muerte rigurosa,
De su hacienda ó su hija enamorado,
Suplica al Rey la oblique á ser su esposa:
En fin, de su favor apadrinado,
No supo Margarita cautelosa,
O no quiso negar el sí pedido,
Y al ofensor admite por marido.
Celebróse la boda, y cuando intenta,
En el silencio de la noche oscura,
Al tálamo de amor dejar contenta
Verde esperanza en posesion segura;
La venganza que tímidos alienta, [sura;
Mostró que sin crueldad no hay hermo-
Pues con filos fingidos (1) de una daga,
Sí no amor, Margarita ofensas paga.
A su esposo dió muerte, y atrevida,
En un baul que la lealtad previno
De algun vasallo, viuda y homicida,
Por páramos de sal abrió camino.
Esto me escribe el Rey, que con su vida
Pretende castigar su desatino,
Y sospechoso que paró en Bretaña,
Pide no ampare tan cruel hazaña.

ROGERIO.

¡Lastimoso suceso! aunque bastante
disculpar la noble vengadora
su padre.

CLEMENCIA.

No puede ser amante
en desleal ofende á quien adora.

Pérfidos, traidores.

T. V.

DUQUE.

Misangre es Margarita, y importante
El socorrela, si se ampara agora
De mi favor.

ROGERIO.

Tal ánimo y belleza [teza.
Merece que halle sombra en vuestra al-

ESCENA XIV.

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.

Vuestra alteza, señor, sepa
Que tenemos en Bretaña
La huésped mas hermosa
Que dió al amor flechas y alas.
Por parienta y por mujer,
Es digna de que en su casa
Halle favor su hermosura,
Y consuelo sus desgracias.

DUQUE.

¡La duquesa de Clarencia?
Ya, Conde, por estas cartas
Que el rey de Escocia me escribe,
He sabido las hazañas
De su valor vengativo.

ENRIQUE.

¡Válgame Dios!

DUQUE.

No se engaña
En pensar el escoces
Que de mi favor se ampara.
¿Dónde está?

ENRIQUE.

Desembarcó,
Gran señor, ayer mañana
En un puerto de mi Estado,
Por ser la menor distancia
Que hay desde aqui á aquella tierra;
Y solo seguro aguarda
De vuestra Alteza, y licencia,
Para postrarse á sus plantas.

DUQUE.

Margarita es dependiente,
Como sabéis, de mi casa,
Y su rey siempre enemigo
De las tres lises de Francia.
Vengó injurias Margarita
De la ambiciosa privanza
Que á su padre causó muerte
Y descrédito á su fama.
Mujer que fué para tanto,
No es bien, porque desagracia
Injurias que en honra tocan,
Cobarde desampararla.
Entre en mi corte segura.

ENRIQUE.

Eres generosa rama
Del tronco de Clodoveo,
Que en tí logra su prosapia.
Por ella los pies te beso:
Y porque de la palabra
Que la das estaba cierta,
Humilde en palacio aguarda
Que entrarte á ver la permitas.

DUQUE.

¿Aquí está?

ENRIQUE.

Sí, señor.

DUQUE.

Salgan
A recebilla conmigo
Todos cuantos hay en casa.

ENRIQUE.

No hay, gran señor, para qué;
Que en esta merced fiada,
Entra Margarita hermosa,
Dando luz á aquesta sala.

ESCENA XIV.

LEONISA, de inglesa, muy bizarra, ue camino; ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

LEONISA.

Vuestra alteza reconozca
Por parienta y por vasalla
Una mujer perseguida
De un rey, puesto que vengada.

DUQUE.

Dadme, sobrina, los brazos;
Que aunque en tal belleza y gracia
La crueldad parece fea,
Os debo dar alabanzas
Por la parte que me toca
En vuestra justa venganza,
Y en vuestro favor poner
A riesgo mi Estado y armas.
¿Qué hospedaje el mar os hizo?

LEONISA.

Por ser cruel, pues maltrata
A quien se atreve á sus olas,
Y ser amor semejanza,
Pasaje me dió apacible.

ENRIQUE. (Ap.)

¡Hay maravilla mas rara?
Que una pastora hable así!
Vive el cielo que me engaña,
Y que con saber quien es,
Respeto y temor me causa.

DUQUE.

Besad las manos, Rogerio,
A la Duquesa.

ROGERIO. (Ap.)

Si el alma
Conoce por los sentidos
Lo que objetos la retratan,
No son de Leonisa, cielos,
Estos ojos, esta cara,
Aquel air, aquel hechizo,
Aquella risa, aquel habla?

LEONISA.

Perdóneme vuestra Alteza,
Gran señor; que la ignorancia
De forastera disculpa
Mi cortedad, siendo causa
De no haberos conocido.

ROGERIO.

Yo tambien me disculpara
Con Vuexcelencia, señora,
Si á la libertad dejara
El alma hacer cortesías;
Pero como se traslala
Toda á los ojos, no da
Permision á las palabras.

CLEMENCIA.

Aunque contenta, envidiosa,
De que afrenteis nuestras damas,
Os da, señora, los brazos
Quien os rinde las ventajas
En discrecion y hermosura.
Honreis, prima, nuestra patria
Mil años.

DUQUE.

Es la Duquesa
De Orlens, mi sobrina.

LEONISA.

Basta

Su presencia para prueba
De que no miente la fama,
Que en nuestro reino mas corta
Queda, cuanto mas la alaba.
La merced que me habeis hecho,
Estimo, no confiada,
Pero agradecida sí;
Porque honrar con alabanzas
A los huéspedes, es propio
De la grandeza que pasa
Con nobles ponderaciones
Justos límites y rayas.

ENRIQUE. (Ap.)
¡Vive Dios que es imposible
Que puedan unas montañas
Engendrar tal discreción!

ROGERIO. (Ap.)
¡Vive el cielo que traslada
Amor en esta mujer
El rostro, acciones y gracia
De Leonisa, ó que estoy loco!

DUQUE.
Margarita, en nuestra casa
Tendréis hospicio decente.

LEONISA.
Si mi rey os amenaza,
Gran señor, no será bien
Que ocasione su ira y armas.
Mas encubierta estaré,
Mientras este rigor pasa,
En un castillo de Enrique,
Hasta que dé al rey de Francia
Cuenta de aquestos sucesos.

ENRIQUE.
Sí, gran señor, retirada
Mi prima en mi Estado, puede
Asegurar las desgracias
Que del poder de Inglaterra
Puede recelar Bretaña.

DUQUE.
Si gustais deso los dos,
Y el Conde suple mis faltas,
No os quiero contradecir:
Cumpla el cielo la esperanza
Que tenéis en nuestro rey.
Id, hijo, y acompañalda.

LEONISA.
Guardé el cielo á vuestra Alteza.

CLEMENCIA.
Dadme licencia, madama,
Que os vaya sirviendo.

LEONISA.
Yo
Soy, madama, vuestra esclava.
No habeis de pasar de aquí.

ROGERIO. (Ap.)
Imaginaciones vanas,
Si una misma imagen veo
En mi amorosa serrana,
Y en la hermosa Margarita,
Duquesa es cual yo, adoralda. (Vase.)

ESCENA XVI.

FIRELA, de inglés.
¿Que me haya metido en esto
Leonisa? ¿Hay mas extremada
Determinación? ¿Yo inglés?
¿Yo varón? ¿Yo marimacha?
¿Qué respuesta podré dar
A los que me ven, si me hablan
En lenguaje que no entiendo?
Solamente dos palabras:
Me ha enseñado que responda,
Y sacándose de entrambas,
Doy con nuestra traza en tierra,
Y á la vergüenza me sacan.

ESCENA XVII.

UN CRIADO. — FIRELA.

CRIADO.
Diga, señor gentil-hombre,
¿Qué nombre tiene madama
La Duquesa?

FIRELA.
Bona guis

Toixton.

CRIADO.
No entiendo palabra.
¿Tiene en Lóndres su asistencia?
¿Es donçella ó es casada?

FIRELA.
Bona guis toixton.

CRIADO.
;Tostones,
¿Buena demanda!
¿Es caballero?

FIRELA.
Millort.
CRIADO.
Millorte es lo que en España
Vizconde ó baron. (Ap. Por Dios,
Que es la figura extremada.
Voime; que no hay entenderle.) (Vase.)

FIRELA.
Si desta el cielo me escapa,
No mas disfraces ingleses,
No mas figuras lacayas.

ESCENA XVIII.

CARLIN. — FIRELA.

CARLIN.
No hay encontrar á Leonisa,
Ni dar con Firela; dambas,
Después que es duco Rogerio,
Dadas á los diabros andan. —
Buen hombre, ¿acaso habéis visto
En palacio dos serranas
Vestidas de...? Ay Dios! ¿qué es esto?
¿Firela! ¿vos atacada?
¿Sois danzante ó volatina?
¿Quien os volvió marimacha?
Al santo oficio os acuso.
¿Verá el mundo qué tal anda!
¿Quién diabros os puso así?

FIRELA.
Bona guis toixton.
CARLIN.
¡Fayancas
Conmigo, que las entrevo!
Alto al pueblo; que os aguarda
Nuevo amo. ¿Qué es de Leonisa?

FIRELA.
Bona guis toixton.
CARLIN.
Borracha,
¿Pullas á mí? Voto al sol,
Si empiezo, que os eche tantas,
Que deis al diablo el oficio.
Dejáos deso, y alto á casa,
Que Pinardo envía por vos.

FIRELA.
Toixton, toixton.
(Pícale con la daga, y vase.)

CARLIN.
¡Ay! Tostada
Te vea yo por la justicia.
Voto al sol, ó que trocada
Tengo la vista, ó que es ella.
Pues no os han de valer chanzas. (Vase.)

ESCENA XIX.

ROGERIO.

¿Podré persuadirme yo
A tan grande disparate,
Ni á que mi Leonisa trate
Fingirse duquesa? No.
Sé que el inglés solicita
Al Duque, y cuenta le da
De que sospecha que está
En Bretaña Margarita;
Sé que el Conde lo confiesa;
Sé que á la corte ha venido
Para quitarme el sentido;
Sé que he visto á la Duquesa,
Que en el traje y en el trato
Por inglesa es bien la dé
Crédito; mas también sé
Que es de Leonisa retrato

Ya suele naturaleza,
Que al pincel de cuenta alcanza,
Mostrar en la semejanza
Su divina sutileza.
Diversas veces pintó
(Aunque siempre es cosa rara)
En dos una misma cara;
Mas unas acciones no;
Que esas por ser de la esencia
De cada individuo varias,
Por fuerza han de ser contrarias,
Y es infalible esta ciencia.
Pues si son estas razones
Evidentes, ¿como imita
A Leonisa Margarita
En cara, en habla y acciones?
Alma, averigualdo vos;
Que aunque este milagro ignora,
La una por la otra adoro,
Y estoy dividido en dos.

ESCENA XX.

LEONISA y FIRELA, de pastoras. —
ROGERIO.

LEONISA.
Rogerio, ya yo he cumplido
Lo que vos me habeis mandado:
Por daros gusto, he buscado
Desde ayer acá marido.
El señor de Moncastel
La mano me ofrece dar
Con el dote, porque ahorrar
Del amor os quiero, y dél.
Dadme el parabien, y adios;
Que es tarde, y vengo de prisa.

ROGERIO. (Ap.)
Alto, engañéme: Leonisa
Es esta, y entre las dos
Dividido mi amor crece,
Adorando mi interes
En mi serrana lo que es,
Y en la otra lo que parece.

LEONISA.
Echadme la bendicion,
Y adios, que es tarde.
ROGERIO,
¡Ah Leonisa!

Quien despierte tan aprisa
Memorias del corazon,
No las tuvo en mucho precio.
Casáos con Filipo vos,
Y hágaos venturosos Dios;
Que yo moriré por necio,
Pues á mi padre sujeto,
En dignidades repara,
Que por vos menospreciara
Mi amor, á ser yo discreto. (Vase.)

ESCENA XXI.

LEONISA, FIRELA.

LEONISA.
Asomábanle á los ojos
Lágrimas cuando se fué.
Ay mi Rogerio! yo haré
Que paren vuestros enojos
En regocijos, si el cielo
Mis quimeras favorece.
Firela, ¿qué te parece
Destas cosas?

FIRELA.
Que recelo
Que no han de tener buen fin.

LEONISA.
¿Por qué, si el principio ves
Tan próspero?

FIRELA.
Aunque en inglés
Me trasformase, Carlin
Me conoció en ocasión

Que segun fué porfiado,
Apénas dél me han librado
La bona guis y el toixton.
Volvámonos al aldeá,
Si quieros que no nos echen
Méno en ella.

LEONISA.

Aprovechen

Mis industrias, y no sea
Clemencia dueño pesado
De quien sé yo que me quiere,
Y venga lo que viniere.

ESCENA XXII.

CARLIN. — LEONISA, FIRELA.

CARLIN.

Este pueblo está encantado :
Escapóseme el toston ;
No sé por do diabros. Héla.

FIRELA.

¡Carlin !...

CARLIN.

¡Cátala Firela ,
Y cátala inglés ! No son
Vuestras mañas para méno ,
Firela , que chamusquinas .
¡ Buena estuvo la invencion !
Gana teneis de ser macho .

LEONISA.

Pues ¿ qué ha sido ?

FIRELA.

Está borràcho .

CARLIN.

Sí , bona guis y toixton .

FIRELA.

Si escuchamos sus razones ,
Leonisa , es nunca acabar .

CARLIN.

A fe que os han de costar
Caro el guis y los tostones .

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ROGERIO, FILIPO, PINARDO.

ROGERIO.

Es mucha desigualdad ,
Puesto que amor os abraza ;
Sois deudo de nuestra casa ,
Y ofendeis su calidad .
Leonisa es una pastora
Incapaz de tal ventura ;
Gastan años la hermosura ,
Que el tiempo en breve desdora ;
Acabaràseos el gusto ,
Y crecerán los cuidados ;
Temo veros mal casados ,
Y consentirlo no es justo .
Mirad , Filipo , primero
Lo que haceis .

PINARDO.

Su mucho amor

Pone por intercesor ,
Duque y señor , lo que os quiero .
Pobre y serrana es Leonisa ;
Mas en tal desigualdad
La virtud es calidad
Que al cuerdo á elegirla avisa ;
Y cuando haga ejecucion
La vejez en su hermosura ,
No envejece la cordura ,
Ni cansa la discrecion .
En esta el cielo la dota ,
Y esta suple lo demas .

FILIPO.

Si atencion á ejemplos das ,

No mancha al mar una gota
De tinta , ni en sangre noble
(Que por ser tuya , es un mar)
Podrá Leonisa manchar
Mi calidad . ¿ De qué roble
No sale una imagen bella
Que el mundo despues adora ?
Si es roble por ser pastora ,
Amor piensa sacar della
Una imagen soberana .
En mi real tapiceria
La industria igualar porfia
Al oro y seda la lana :

Con ella se mezcla y teje ,
Y siendo por si tan baja ,
Al brocado se aventaja .
Lana es Leonisa ; mas deje
Tu permission , gran señor ,
Que esta mezcla el gusto vea ;
Telar el tálamo sea ,
Y su artifice el amor :
Verás deste desacierto
La imagen que saca un roble ,
De la lana un tapiz noble ,
Y el fruto de aqueste engerto .
Solo tu licencia espero .

PINARDO.

Criándose en nuestra casa
Leonisa , cuando se casa ,
Y mas siendo yo el tercero ,
No es bien que su gusto impidas .

ROGERIO.

Si uno ruega , otro intercede ;
Casarse Leonisa puede ;
Que á llamas encarecidas
Con tanta ponderacion ,
No es bien hacer resistencia .
Amor es todo violencia ;
Pero de la discrecion
De Leonisa conjeturo
Que tiene de llevar mal
Casamiento desigual ,
Tan pocas veces seguro .
¿ Admitelo ella ?

FILIPO.

¿ Pues no ?

Tu licencia , alegre , espera .

ROGERIO.

(Ap. ¡ Ay Leonisa ! al fin lijera .
Mas si estoy culpado yo ,
¿ Porque á mudanza atribuyo
Lo que en ti fué discrecion ?)
No quiero en tanta aficion
Quitarle á amor lo que es suyo .
Casáos , Filipo , gozad
De Leonisa la belleza :
El alma es quien da nobleza ;
La virtud es calidad .
Alma de tal perfeccion ,
Y virtud tan conocida ,
Justo es sea preferida
A otra cualquier eleccion .
¿ Cuándo intentais desposaros ?

FILIPO.

Quisiera , señor , Leonisa
Esta tarde .

ROGERIO.

¿ Tan aprisa ?

¿ Qué dello debe de amaros !

FILIPO.

No le sabré encarecer
A vuestra Alteza , señor ,
Los extremos de su amor .

ROGERIO.

(Ap. Es Leonisa , en fin , mujer :
En aborrecer y amar
Son ejecutivas todas .)
Yo he de apadrinar sus bodas ,
Y tambien la he de dotar :
Ansí se lo he prometido .
Andad , Filipo , con Dios ;

Que siendo su esposo vos ,
Cuerda eleccion ha tenido .
Prevenlos ; que esta tarde
Vuestro padrino he de ser .

FILIPO.

Si tal dicha he de tener ,
¿ Qué temor hay que acobarde
Mi ventura ? Vuestra Alteza ,
Yéndonos á honrar allá ,
Generoso suplirá
Las faltas de su nobleza .
Los piés mil veces os beso .

ROGERIO.

Siendo vuestro intercesor
Pinardo , cualquier favor
Mereceis : yo os lo confieso :
Como á padre le respeto ,
Y le debo lo que soy .

PINARDO.

Soberbio , señor , estoy ,
Viéndos tan cuerdo y discreto .
Bien logra mi dicha en vos
Los años que os enseñé .
Mil siglos de vida os dé
El cielo .

ROGERIO.

Pinardo , adios .

(Vanse Pinardo y Filipo.)

ESCENA II.

ROGERIO.

¡ En fin , Leonisa se casa ,
Y no conmigo ! ; en fin , cielos ,
Cobré en libranzas de celos ,
Deudas de amor , que me abraza !
Amante Filipo pasa
Inconvenientes de estado
Que mi dicha han estorbado ,
Sin reparar que es pastora :
Luego mas que yo la adora ,
Pues mas que yo la ha estimado .
Porque soy duque , desprecio
Prendas que , aunque en la corteza
Contradicen mi grandeza ,
Son de inestimable precio :
Si mi amor no fuera necio ,
Podiera conjeturar
Con Filipo que manchar
No puede el mar una gota ,
Ni dar en mi sangre nota
Leonisa , si amor es mar .
La imagen del roble bella
Con que Filipo me avisa ,
En abono de Leonisa ,
Puede obligarme á querella :
El cielo ha encerrado en ella
Discrecion de mas valor
Que la calidad mayor ;
Y es ignorante bajeza
Despreciar por la corteza
Lo que es noble en lo interior .
Yo la estimo , yo la adoro ,
¡ Y yo rehusó escoger
Tapiz que pueda tejer
Su humilde estambre con mi oro !
O soy bárbaro , ó ignoro
Que amor , hortelano astuto ,
En sazonado tributo ,
Si la voluntad es huerto ,
Estima en mas el enjerito
De dos almas , que otro fruto .
Perdonaràme Clemencia ,
Filipo perdonará :
Los ejemplos que me da
Sirven contra el de sentencia .
(1) Amar quiero en competencia :
No mancha una gota el mar .
La imagen quiero labrar

(1) Amor hereje , en complicitad , dice la edición antigua .

Que aqueste robe me ofreee
Para mí, que no merece
Tal imágen otro altar.

ESCENA III.

EL DUQUE, CLEMENCIA, ENRIQUE.
—ROGERIO.

DUQUE.

Murió el rey perseguidor
De la Duquesa, y hereda
Eduardo en quien solo queda
El reino, mas no el rigor :
A Margarita perdona,
Y restituye en su estado.

ENRIQUE.

Yo que el parabien la he dado,
Si el ser tu sangre me abona,
Te suplico, gran señor,
Me des licencia de ser
Su esposo.

DUQUE.

¿Cómo?

ENRIQUE.

Es mujer

Margarita que en amor
El hospedaje ha pagado
Que perseguida la di,
Ya que á Clemencia perdí,
Y el suceder en tu Estado,
No dudo que te has de holgar
De la dicha que intereso.

ROGERIO.

¿Cómo, Enrique? ¿cómo es eso?

ENRIQUE.

La mano me ofrece dar
Margarita, siendo gusto
De vuestras Altezas dos.

DUQUE.

Si ella se casa con vos,
Negároslo fuera injusto.

CLEMENCIA.

¡Gran casamiento habeis hecho!
Sea, Conde, para bien.

ROGERIO. (Ap.)

Dos bellezas quiero bien
En una, y cuando sospecho
Que las llamas que me abrasan,
En una se han de templar;
Porque no haya que esperar,
Juntas las dos se me casan.
A Clemencia estoy tambien
Por amar, y intentará
Casarse; pero no hará
Cosa que á mí esté bien.

DUQUE.

Partamos, hijos, á darla
Los plácemes del estado
Y esposo que han restaurado
Su penar.

CLEMENCIA.

Comunicarla

Deseo; que es tan discreta,
Segun dicen, como hermosa.

ENRIQUE.

Es suspension milagrosa
Del mundo, que la respeta.

ROGERIO. (Ap.)

Es de Leonisa retrato,
Que es mas.

CLEMENCIA.

Si vos la alabais,
Conde, cuando os abrasais
En su amor, yo tambien trato
Aventajarla entre todas.

DUQUE.

Partámosla á visitar;
Que si tiene de alegrar
Nuestra corte con sus bodas,

Juntándolas con las vuestras
Será la fiesta mayor.

ROGERIO. (Ap.)

¡Celos de Leonisa, amor!
¡Celos tambien á las muestras
Primeras de Margarita?
Cásese Clemencia y todo,
Y quiteme deste modo
El mal quien el bien me quita.
(Vase el Duque y Rogerio.)

CLEMENCIA.

Quien, delante de otra dama
A quien primero sirvió,
De mas hermosa alabó
La que milagrosa llama,
O tiene mucho de necio,
O peca de descortés:
Juzgad vos desto lo que es
Quien me tiene en poco precio;
Que yo que ocupé el cuidado
Un tiempo en vos (poco fué),
Tambien desterrar sabré
Las reliquias que han quedado. (Vase.)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

Ya va buena esta quimera;
Ya este celoso artificio
Ha empezado á hacer su oficio,
Y dichoso fin espera;
Pero Leonisa es de modo,
Que aunque en sangre desigual,
Si ser quiere el principal,
Temo que se alee con todo.
Perlas enseña su risa,
Cielos logra su presencia;
¿Qué tiene que ver Clemencia
Con los ojos de Leonisa?
Pero ¿qué digo? ¿estoy loco?
Leonisa á Rogerio adora,
Clemencia dél se enamora,
Y con las dos puedo poco.
A la inglesa van á ver
(O á Leonisa convertida
En ella) los Duques; pida
Mi amor lo que puede ser.
Vuélvame Clemencia á amar,
Leonisa á Rogerio enlace;
Que como sus bodas trace,
No hay, amor, tal negociar. (Vase.)

Quinta de Enrique.

ESCENA V.

LEONISA, de luto bizarro, y FIRELA.
de inglés.

LEONISA.

Es cosa extraña el amor
Que Margarita me tiene:
Dice que estimará en tanto
Mi buen despacho y el verme
Sucesora de Bretaña,
Como todas las mercedes
Que con su restitution
El nuevo rey la promete.
Seis millas se fué de aquí,
Donde encubierta pretende
Que su nombre sostituya,
Y mis venturas concierte.
Hasta en esto soy dichosa,
Que este alcázar (Castil-Verde
Por nombre) de nuestra sierra
Dista media legua breve:
Con que sin echar de ver
Mi falta cuando me ausente,
Ya represento á Leonisa,
Ya á Margarita.

FIRELA.

En fin, ¿eres

Duquesa á un tiempo y pastora,
Y el si de esposa prometes
Al conde Enrique y Filipo,
Dividida en dos mujeres?

LEONISA.

Y no he de ser de ninguno,
Que amor nacido entre redes
De Vulcano, no te espantes
Que enredos fabrique siempre.

FIRELA.

Y á mí, ¿para qué me trases
Entre disfraces ingleses,
Lacayo de disparates,
Con que he de echar á perderte?

LEONISA.

Para hacer mas verisimil
Este engaño, que no puede
Dejar de tener buen fin,
Si amor y fortuna quieren.
Si tú, Firela, me faltas
Agora, ¿con quién pretendes
Que mis trazas comuniquen?

FIRELA.

A extrañas cosas te atreves.

ESCENA VI.

CARLIN. — DICHAS.

CARLIN. (Sin reparar en las dos.)

Destá vez hemos de ver,
Voto al sol, si estuve alegre
De cascos el otro día,
O si es de casta de duendes
Firela: en ayunas salgo;
Agora no podrá herme
Trampantojos el tintillo,
Si me dió el gato por liebre.
De bodas dejó á Leonisa
En la aldea: mucho puede
La hermosura, pues pastora
Hasta á un medio conde vence.
Ocupada queda allá
Firela vaciando vientres,
Y rellenando lechones,
Porque hay convite solene.
Diz que aquí con la escocesa
Vive el paje que me tiene
Un mes há fuera de mí,
Y á Firela se parece.
Si agora topa conmigo,
Bercebú que desperjeñe
El quilloto que me aturde.
¡Pero voto al sol que es este
Bona-guis-toixton! ¡Verá!
No sé yo que se semeje
Un huevo tanto con otro.

LEONISA.

¿Qué es esto! ¿Hasta mi retrete
Se entran los hombres así?
Llamad, mi guarda, la gente.

CARLIN.

¡Ay Dios! ¡otra cosicosa!
Leonisa, si no es que vuelen,
¿Por dónde diabros veniste?
¿Quién te ha vestido de réquiem?
¿Cásaste acá por ventura?
¿Hase pasado el banquete
A esta casa? ¿cómo diabros
Estar en dos partes puedes?
No há media hora que te vi
Recibiendo parabienes
Del cura, alcalde y vecinos.
Y de todos los parientes
De Filipo, sin querer
Trocar la palmilla verde,
El cordellate y la frisa,
Por las telas y joyeles
Que tu marido te trajo;
¿Y agora sofatamente
Te vistes de viérnes santo,
No siendo viuda, ni viérnes?
Firela, dime lo tñ.

LEONISA.
Hola, ¿qué rústico es este?
Echalde de aquí.

FIRELA.
Villano,
¿He de abrirle dos ojete
Con la daga?

CARLIN.
Esos serán
Ojales; Dios me revele
Si estó todavía borracho,
Y si duermo, me despierte.

ESCENA VII.

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.
Los Duques están en casa,
Vuestra Excelencia se apreste,
Y amorosa los reciba.

CARLIN. (*Para sí.*)
Esto es hecho, Carlin duerme.
Aqueste era el conde Enrique;
Pero si toda la gente
De Escocia es tan semejante
A la que Bretaña tiene,
Otro Enrique habrá también
Allá. Si no es que lo sueñe,
¡Válgate el diablo el tintillo!

FIRELA.
Hola, rústico, despeje
La sala, acabemos ya.

CARLIN.
¡Miren lo que un sueño puede!
¡Que imagine agora yo
Que Firela á echarme viene
De palacio, hecha lacaya!

FIRELA.
Sígame y salga.

CARLIN.
Saldréme,
O soñaré que me salgo.
Si otra vez mas os hebiere,
Ojo de gallo, en jeringa
Me envasen vuestro escabeche.
Agora sueño que voy
Andando; Firela, tenme.

(*Vanse Firela y Carlin.*)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, CLEMENCIA, ROGERIO,
ACOMPAÑAMIENTO. — LEONISA, EN-
RIQUE.

DUQUE.
Vengo á dar á Vuexcelencia
Duplicados parabienes
De Estados restituidos
Y del esposo que adquiere
Por mano de su eleccion;
Que quien tan bien agradece
Hospedajes de Bretaña,
Envidia es bien que nos deje
A los que no merecimos
Regalar tan noble huésped,
Puesto que participemos
Dichas del Conde presente.

LEONISA.
Por serlo, gran señor, vuestro
Enrique, es bien que interese
La gloria que se me sigue
De que él por mi dueño quede.

ROGERIO. (*Ap.*)
Vive el cielo que me abraso
De celos, y que impaciente
Estoy por hacer locuras.
¡Ay similitud alegre
Del original que adoro!
Si en tí se retrata el finix
De mi Leonisa, ¡porqué

Me agravio y pena consiente
Que esté en ajeno dominio
Su imágen, y reverencie
Tirano dueño la copia,
Cuyo origen mi alma tiene?

LEONISA.
El veros enajenado,
Gran señor, de aquea suerte,
Me impide el llegar á hablaros.
¿Qué tristezas os suspenden?

ROGERIO.
¡O señora! ajenos gustos
Suelen causar que se aumenten
Las tristezas en el triste,
Y estoylo yo las mas veces.
Perdonad mi suspension,
Y el Conde que está presente,
Dilate dichas y estados,
Que gocen títulos reyes.

CLEMENCIA.
Las mismas gratulaciones
Es bien que yo á daros llegue,
Envidiando, aunque mujer,
La hermosura que merece
Llamar dueño al conde Enrique.
(*Ap.*) Ay pensamientos crueles!
¡Porqué de olvidadas prendas
Sufrís que llamas recuerden?
Quise á Enrique; entró Rogerio;
Pero ¿qué dueño no siente
El ver posesiones suyas,
Que se pierdan ó enajenen?
Abrásame en celos vivos.
(*Apártase con Leonisa Rogerio.*)

ROGERIO.
Duquesa, amor, que á la muerte
Compararon tantos sabios,
Tiene por ley romper leyes.
Retrato de un imposible
Sois, tan propio, que les debe
Dos estudios de una accion
La hermosura á sus pinceles.
Vuestro original ó copia
Adoré, y inconvenientes,
Cuanto necios, poderosos,
Diluvios de amor detiene.
Vos fuistes la suspension
De mis sentidos, que leves
Correos al alma avisan
Que en vos sus hechizos tienen.
En semejanza os amé

Primero, y ya con poderes
De mi dicha, en propiedad,
Que en vos ganan lo que pierden.
Sucesor soy de Bretaña;
Mi padre es Duque; no intente
Que lo que estrellas influyen,
Razones de estado fuercen.
Yo no tengo inclinacion
A Clemencia, ni suceden
Decendencias que se logren,
De casamientos parientes.
Junte á Orlens su Estado Enrique;
Bien se han querido; recuerden
Memorias amortiguadas
Que estriban en intereses.
Vos habeis de ser mi esposa;
Que no es posible que nieguen
Retratos de quien adoro,
Lo que su origen pretende.
Como vos me deis el sí,
Efectuaré, aunque pese
A Clemencia, al Duque, á Enrique,
Y á cuantos su estorbo intenten.
Ni términos me pidais,
Ni alargueis con plazos breves
Resoluciones de amor
Que á lo mas arduo se atreven.
¿Qué decís?

LEONISA.
La brevedad

Del tiempo, y los que presentes,
Duque generoso, estorban
Que conmigo me aconseje.
No bastan á que no elija
Lo que há tanto que apetece
Un amor disimulado,
Que há callado porque teme.
Por la amorosa deidad
Que tanto en las almas puede,
Y en las nuestras predomina,
Que desde el instante alegre
Que os vi, Rogerio, os adoro,
Y que Clemencia inclemente,
Usurpando al sueño noches,
Ha ocasionado mi muerte.
Pero advertid, Duque mio,
Que aunque mi rey me concede
Restauracion de mi estado,
Y con él otras mercedes;
Mientras que no se efectúa,
Es la mudanza en los reyes
El móvil de sus acciones,
Y sus privados los ejes.
Si se muda, y quedo pobre....

ROGERIO.
No prosigas; que aunque fueses.
No Duquesa, una serrana....

LEONISA.
Basta, pues; esto se quede
Entre los dos, dueño mio.
ROGERIO.
Y este anillo, si merece (*Póneselo.*)
Confirmar tálamos justos,
Oro esmalte en vuestra nieve.
(*Se separan Rogerio y Leonisa.*)

LEONISA.
Enrique, llegaos acá,
Y agradecer con corteses
Demonstraciones, favores
Que liberal nos ofrece
El Duque mi señor. Tanto
Se regocija de verme
Empleada en vuestro amor,
Que ser el padrino quiere
De vuestras bodas, honrando
Con prendas que al sol se atreven,
La mano que os he de dar.

ENRIQUE.
Si besar sus piés merecen
Mis labios, duplicará
Favores.

CLEMENCIA. (*Ap.*)
¿Que me atormenten
Celos de amor despedido,
Envidias impertinentes?
¡Vive el cielo, que estoy loca!

DUQUE.
Mi corte en veros ausente,
Está, Margarita, triste;
Y aunque el luto á que la muerte
De vuestro rey os obliga
Estorbe fiestas, bien pueden
Salir á vistas de corte
Lutos que bodas guarnecen.
¿Cuándo la pensais honrar?

LEONISA.
Señor, cuando dispusiere,
Vuestra Alteza.

DUQUE.
Sea mañana,
Porque os sirvamos presente,
Y dadnos licencia agora.

LEONISA.
Mil años, gran señor, cuente
Vuestra ilustre senectud
Tiempos que en vos se conserven.

CLEMENCIA. (*Ap.*)
Perdida de celos voy.

LEONISA. (*Ap.*)
Amorosos pretendientes,

Esto sí que es negociar :
La industria todo lo vence.
(*Vanse el Duque, Clemencia, Leonisa,
Firela y el acompañamiento.*)

ESCENA IX.**ROGERIO, ENRIQUE.****ROGERIO.**

Escuchad, Enrique, un poco;
Que los dos alcanzaremos
Al Duque. Amor, todo extremos,
No es perfeto, si no es loco.
Vos amastes á Clemencia.

ENRIQUE.

Es, Duque y señor, ausi.

ROGERIO.

Y aunque ella os dejó por mí,
Yo tengo alguna experiencia
En esto de querer bien,
Y sé que no os quiere mal.

ENRIQUE.

Siendo interes el caudal
De su amor ó su desden,
Vencerá la vuestra Alteza,
Que ha de heredar á Bretaña.

ROGERIO.

Eso mismo desengaña
Mi amor, y de la tristeza
Que tengo es causa, y aviso
De escarmentar, si es que puedo :
Quiéreme por lo que heredo,
Y á vos por quien sois os quiso.
Segun esto, aunque es tan bella;
Si es mi herencia su cuidado,
Agradézcale mi Estado
Lo que yo he de agradecella.
Orlens es su dote real;
Ella os quiere bien á vos;
Troquemos damas los dos;
Y con su Estado ducal
Y el vuestro, faltará poco
Para ser rey : Margarita,
Por lo que en la cara imita
A quien me ha tenido loco,
Su memoria ha de curar.
Esto os está á vos mejor,
A Clemencia, y á mi amor.

ENRIQUE.

Señor, yo supe olvidar;
Mas no tornar á querer.
La duquesa de Clarence
Lleva en belleza á Clemencia
Tanta ventaja.....

ROGERIO.

Ha de ser,
Que queráis, Enrique, ó no,
Margarita esposa mia.

ENRIQUE.

Si el Duque.....

ROGERIO.

En la monarquía
De amor soy el Duque yo.
Mi padre el Duque no tiene
Voto en este tribunal;
Es Margarita mi igual,
Y con mi gusto conviene.
Conde, esto está de los cielos;
Los dos nos queremos bien.

ENRIQUE.

(*Ap. ; Que estándome esto tan bien,
Me dé á mí Leonisa celos !*)
Señor, yo no puedo amar
A Clemencia; aborrecido
Della, la puse en olvido;
Y querer resucitar
Pasiones muertas, es cosa
A los cielos reservada.
Si Margarita mudada
Promete ser vuestra esposa,

No quiera mayor venganza
De mis desdichas Clemencia :
Será, con vuestra licencia,
Mi esposa su semejanza.
Una serrana hay aquí,
Que en esta sierra es hechizo
Del amor; yo sé que le hizo
Salir un tiempo de sí
A vuestra Alteza; con ella
Me pretendo desposar;
Que en ella podré gozar
A mi Margarita bella.
Estado tengo bastante
Para los dos.

ROGERIO.

¿Cómo es eso?

ENRIQUE.

Pierdo por Leonisa el seso,
No siendo de estotra amante.

ROGERIO.

Leonisa, á lo que imagino,
Con Filipo concertada,
Hoy ha de estar desposada,
Y yo he de ser su padrino.
Si hoy se tienen de casar,
Mal os convendréis los dos.

ENRIQUE.

Permitildo, señor, vos;
Que yo la sabré obligar
A que se case conmigo.

ROGERIO.

Pues ¿quiérecos Leonisa bien?

ENRIQUE.

Con mas amor que desden
Me mira.

ROGERIO.

Siendo mi amigo
Filipo, y mi deudo, es mengua
El menosprecialle ausi.

ENRIQUE.

Yo he dado á Leonisa el sí.

ROGERIO.

Pues sacaréos yo la lengua
Con que ese sí le habeis dado;
Pues si ha de ser Margarita
Mi esposa, y á esotra imita;
Quien della está enamorado,
De mi esposa lo estará,
Porque es semejanza amor,
Y ofenderéis vos mi honor
Si esa permission se os da.
Dejad, Conde, de ser loco.

ESCENA X.**UN PAJE. — Dichos.****PAJE.**

Señor, el Duque da prisa.

ROGERIO.

Ni habeis de amar á Leonisa,
Ni á Margarita tampoco. (*Vanse.*)

—
Casa de Filipo en la aldea.

ESCENA XI.

**LEONISA y FIRELA, de labradoras;
PINARDO, FILIPO.**

LEONISA.

¿Qué dello debe de haber
Que me echan ménos los dos?
Miren, si esto está de Dios,
Y tengo de ser mujer
De Filipo, claro está
Que he de buscar muchas cosas
Para la boda forzosas;
Las mas dellas tengo ya.
Prevenido dejó al Cura,
Y al Alcalde he convidado.

FILIPO.

Todo, Leonisa, es cuidado,
No viendo vuestra hermosura.

PINARDO.

En fin, ¿no pensais mudar
Traje para desposaros?

LEONISA.

Si á los dos puedo obligaros,
Criada en este lugar,
Hasta salir dél, quisiera
No dar á las labradoras
Envidia, que á todas horas
Como serrana grosera
Me han visto. Mire, señor,
¿No se enamoró de mí
Filipo, viéndome así?
Pues ¿si me pierde el amor
Vestida de caballera,
Y pongo mi dicha en duda?
El traje las caras muda;
Tal vez la mujer mas fiera
Es como un sol de pastora :
Esto lo debo al sayal;
No quiero pagarle mal;
Allá andaré de señora.
Démos este fin honrado
A nuestra serrana frisa.

FILIPO.

Vuestra discrecion, Leonisa,
Justas razones ha dado.
Aqui y allá determino
Que á vuestro gusto os vistais.

PINARDO.

El Duque, si lo ignorais,
Viene á ser vuestro padrino.

LEONISA.

¿Cuál Duque? ¿el mozo ó el viejo?

PINARDO.

El mozo.

LEONISA.

Pues ¿para qué?
Mírese allá su mercé
En Clemencia, que es su espejo.
¿De qué ha de servir aquí,
Si no es con su gravedad
De asombrar nuesa humildad?

FILIPO.

Su Alteza lo quiere así.

LEONISA.

Pues si lo quiere su altura,
¿Quién replicarle podrá?

ESCENA XII.**CARLIN. — Dichos.****CARLIN. (Para sí.)**

¿Si habré despertado ya?
¿Oh lo que este sueño dura!
Juraré que agora está
En presencia de Leonisa
Y Firela, y que de frisa
Se visten, de seda no.
Tambien sueño que está aquí
Filipo y Pinardo.

FIRELA.

¿A qué
Sales tú acá?

CARLIN. (Ap.)

¿Qué diré?

FIRELA.

¿No se puede hacer sin tí
La boda?

CARLIN.

(*Ap. Agora soñaba
Que Firela me reñía
Porque á la boda salía,
Y que de casa me echaba.*)
Firela, decidme vos
Si aun duermo; que á mi pesar

Cró que aun me esté en el pajar.
Buenos días les dé Dios,
Señores.

PINARDO.

Carlin, ¿qué es esto?

Al anochecer nos daís
Buenos días? ¿Qué pensáis?

CARLIN.

Debo venir hecho un cesto.
Cuatro días há que sueño
Que á Firela veo lacaya,
En calzas vuelta la saya,
Y que me mira con ceño,
Y á Leonisa hecha duquesa,
A fuer de tumba vestida,
Ya en serrana convertida,
Ya labradora, ya inglesa.
Despiérteme su mercé,
Ansí Dios le dé salú.

PINARDO.

El Duque viene.

CARLIN.

¡Jesú!

En este punto soñé
Que el Duque á vernos venia.

LEONISA.

Avisen al Cura, pues.

CARLIN.

Y que Leonisa despues
Avisar al Cura hacia.

ESCENA XIII.

ROGERIO, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

PINARDO.

Gran señor, ¡tanto cuidado
En honrarnos!

ROGERIO.

No he podido
Venir ántes, divertido
En negocios de mi Estado.
Leonisa, en fin, ¿os casais,
Y á Filipo llamais dueño?

CARLIN.

¡Válgate el diablo por sueño!

LEONISA.

Si vos nuesa boda honrais,
Siendo el padrino, ¿quién deja
De gozar tal ocasion?
Estoy muerta por un don;
Pinardo me lo aconseja,
Y obedecelle imagino.

CARLIN.

Verá en sueños lo que pasa!
Leonisa, en fin, se mos casa,
Y es el dueño su padrino.

ROGERIO.

Daros quiero el parabien.
(Ap. ¡Ay celosos desvarios!
¡Sufriréis, agravios míos,
Lo que aquí mis ojos ven?
No es posible.) Oid un poco,
Leonisa, aparte, primero
Que os desposeis. (Ap. Yo me muero;
Perdido estoy; yo estoy loco.)
El dote que os he mandado,
Quiero acomodar con vos.
(Desvíanse á un lado, y hablan en voz
baja.)

CARLIN.

Ahora sueño que los dos
Se apartan á hablar á un lado.

ROGERIO.

¡Ah mudable, ingrata, alevé!
¡Es este el pago debido
Al amor que te he tenido,
Y al que á mis penas se debe?
¡Tú te casas, vivo yo?
¡Tú te puedes atrever
A estar en otro poder?

LEONISA.

Pues él ¿no me lo mandó?

ROGERIO.

¡Yo! ¿cuándo, ó cómo?

LEONISA.

¡Verá!

Yo por él marido elijo.
«¿Casáos, Leonisa, no dijo,
Que yo os daré el dote?» Ya
Me caso: lo que él me avisa,
Cumplo.

CARLIN.

Agora está soñando
Que á solas refunfuñando
Están el Duco y Leonisa.

ROGERIO.

Si yo esto dije, liviana,
Fué por probar tu firmeza;
Pero, en fin, fué tu belleza,
Con ser divina, villana.
No has de casarte con él,
O abrasaré esta montaña.
Ser duquesa de Bretaña
¿No es mejor?

LEONISA.

Pues.

ROGERIO.

¡Ah, cruel!

¡Qué presto hiciste testigo
Al tiempo de que en fin eres
Lo que las demas mujeres!

LEONISA.

¿Quiere él casarse conmigo?

ROGERIO.

Quiero buscar mi descanso.

LEONISA.

Pues toque, y reportesé; (Dale la mano.)
Que á Filipo le diré
Que hablé por boca de ganso.

ROGERIO.

En fin, ¿no le quieres bien?

LEONISA.

Como á un dolor de costado.

ROGERIO.

Este anillo esté esmaltado
En esta nieve. (Póneselo.)

LEONISA. (Ap.)

¡Oh qué bien!

Otro tanto no há media hora
Oí siendo Margarita,
Y otro anillo solicita
Lo que prometo pastora.
¿Casada con dos en uno!
¿Quién tal suceso ha escuchado?
Con dos en una casado,
Un hombre, ¿viólo ninguno?
Miren lo que celos son:
Mira, amor, lo que me ofreces,
Que casándome dos veces,
No es caso de inquisicion.

ROGERIO.

Ya Leonisa está contenta,
Y juntamente dotada;
Pues ser su esposo os agrada,
Y ya correis por mi cuenta,
Celebrad, Filipo, luego
Vuestro deleitoso estado.
En vuestro nombre la he dado
Un diamante.

FILIPO.

Humilde llevo
A honrar mi boca á esos piés.

CARLIN.

¡Bravo sueño! Si hay comida,
Duerma yo toda la vida,
Y catorce años despues.

ROGERIO. (Ap.)

¡Yo estoy loco! ¿Qué he de hacer?

La mano y anillo di
A Margarita, ¡ay de mí!
Pues si ha de ser mi mujer,
¿Cómo me desposo agora
Con Leonisa? En mis deavelos
Sois casamenteros, celos.
En esta, por ser pastora,
Rehusa mi noble estado
Lo que en la otra apetece,
Porque á esta se parece.
¡Y con las dos me he casado!
¿Qué haré? ¡Cielos, triste yo!
¿Desposado allá y aquí?
Con la semejanza sí,
Mas con las personas no.
Remedialdo vos, fortuna,
Amor, mostrad que sois Dios;
O haced que me parta en dos,
O convertidas en una.

ESCENA XIV.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.

Los Duques, señor, están
Aquí; que en fe que han sabido
Que hourando á los desposados,
Venís á ser su padrino,
Autorizallos descan;
Que estima el Duque á Filipo,
Y Clemencia á la serrana
Que tal dueño ha merecido.

ROGERIO.

(Ap. ¡Válgame el cielo!) Salgamos
Todos cuatro á recebillos.
(Ap.) Alto, amor, aquesto es hecho;
Leonisa, en fin, ha podido
Mas que razones de estado:
Ella ha de ser dueño mío.
Si mi padre se indignare,
Perdone; que en mas estimo
Ser de mi serrana esposo,
Que del duque Carlos hijo.

CARLIN.

Agora sueño que llegan
El Duco y los dos sobrinos.
Talle tengo de soñar,
Si no se digiere el vino,
Que vienen los reyes magros,
Cárlo Magno y Baldovinos.

ESCENA XV.

EL DUQUE, CLEMENCIA, ENRIQUE.

— DICHOS.

ROGERIO.

Gran señor....

DUQUE.

Hijo, ¿qué es esto?

¿Qué es lo que el Conde me ha dicho?
¿Vos impedis que se case
Con Margarita?

ROGERIO.

Si impido,

Porque á Margarita intento
Dar la mano, con que obligo
A Clemencia que del Conde
Pague amores y servicios.
Los dos se han querido bien;
Y ya que el cielo me hizo,
Gran señor, vuestro heredero,
No es bien quitarle á mi primo
A Bretaña y á su dama,
Ni en derecho tan antiguo
Tendré yo seguridad
De quien á otro amante quisio.

ENRIQUE.

Gran señor, en pretensiones
Licitas, que ya han tenido
Fin alegre, no es razon
Fundar agravios prolijos.

Y á Clemencia quise bien,
Pues se mejora, os suplico
Que no permitais privarme
Del dueño que cuerdo elijo.

ROGERIO.

Margarita es ya mi esposa.

LEONISA.

¿Quién? ; Margarita! ; Oh qué lindo!
Si no es que errastes los nombres,
Duque, matrimonio pido :
Yo estoy con vos desposada.

FILIPO.

¿Estás loca?

LEONISA.

Sean testigos
Esa lengua, aquesta mano,
Esos cielos y este anillo.

CARLIN.

Agora digo que duermo,
Si lo dudé á sus principios;
Porque no hay sueño ordenado
Que no acabe en desatinos.
¡Verá el diablo del dislate!

ROGERIO.

Señor, dejando prolijos
Ejemplos, que semejantes
Cuentan historias y libros,
Yo me crié con Leonisa
En estas sierras; y niño
Amor, siendo ya gigante,
¿Qué mucho engendre prodigios?
Su esposo tengo de ser,
Aunque el patrimonio rico
Pierda que en Bretaña adquiera,
Y otra vez viva estos riscos.
Sé que he de perder la vida
Luego que pierda el arrimo
Que hasta agora la sustenta;
Y así el menor daño elijo.

DUQUE.

¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
Rogerio, si no has perdido
El seso, da fin mejor
A estos años que han vivido
Para ver desdichas tales.

CARLIN.

Mezclóse el blanco y el tinto.
¡Miren las cosas que sueño!
Llora el padre, y calla el hijo.

ESCENA XVI.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRÍADO.

De una carroza se apea
Margarita, que ha venido,
Segun dice, á convertir
Pesares en regocijos.

ROGERIO. (Ap.)

Pediráme el sí de esposa,
Y yo en las dos dividido,
Y enamorado de entrambas,
Vendré á perder el juicio.

ESCENA XVII.

MARGARITA, de luto; ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

MARGARITA.

Dadme, señor, esos piés.

DUQUE.

Alzad, señora. ¿Quién dijo
Que érades vos la Duquesa?

MARGARITA.

Quien por tal me ha conocido.
Margarita soy, señor.

DUQUE.

¿Cómo?

ROGERIO. (Ap.)

Amor, ¿qué laberintos
De confusiones son estas?

CLEMENCIA. (Ap.)

¿Qué es lo que advertis, sentidos?

CARLIN.

Todos sueñan como yo.

ENRIQUE.

No os admireis; que yo he sido
Autor destas suspensiones.
Esta serrana, el hechizo
De la hermosura y ingenio,
Nombre y estado ha fingido
De la Duquesa presente.

DUQUE.

Pues ¿á qué efecto?

ENRIQUE.

Ha querido
Con la industria remediar
Lo que su suerte ha impedido.
Rogerio la amó pastora;
Duque la puso en olvido;

Y ingeniosa, con engaños
A su amor le ha reducido,
Porque yo goce á Clemencia.

DUQUE.

No logrará sus designios,
Siendo villana.

MARGARITA.

Señor,
Eso el cielo lo previno.
Leonisa es mi prima.

LEONISA.

¿Cómo?

MARGARITA.

Porque es su padre mi tío,
Que huyendo rigores reales
Semejantes á los míos,
Os trajo niña á Bretaña,
Y hoy que le he reconocido,
Vengo á que en bodas alegres
Parcn amor y peligros.
En vuestra corte os espera.

ROGERIO.

¡Ay, cielo, á mi amor propicio!

LEONISA.

¡Esto sí que es negociar!

DUQUE.

Vamos, pues; que si averiguo
Ser verdad lo que afirmáis,
Casándose con su primo
Clemencia, daré á Rogerio,
Sin riesgos de honor, alivio.

MARGARITA.

Y yo me restituiré
A mi patria.

ROGERIO.

Yo á Filippo

Desposaré.

LEONISA.

Yo á Firela.

CARLIN.

Comedia sin boda ha sido
La presente; yo tambien,
Por no casarme dormido,
Dejo para en despertando
Tentaciones de marido.

LEONISA.

En pretensiones de amor,
Yo, ilustre senado, he sido
La que supo negociar,
Si agradaros he sabido.

NO HAY PEOR SORDO....⁽¹⁾

PERSONAS.

DON DIEGO.
DOÑA LUCIA.
DOÑA CATALINA.
DON GARCIA, *viejo*.

DON FADRIQUE.
CRISTAL.
DON LUIS, *viejo*.
DON JUAN.

DON PEDRO.
DON ANTONIO.
ORDÓÑEZ, *criado*.
QUESADA, *escudero*.

La escena es en Toledo.

ACTO PRIMERO.

Plaza.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, *de camino, con hábito de Santiago*; DON FADRIQUE, *de rua*

DON FADRIQUE.

¿Don Diego! ¿En Toledo vos?
No cumplo con lo que debo,
Si no os abrazo de nuevo.

DON DIEGO.

Ni pagáramos los dos
El amistad que tenemos,
A no celebrarla así.

DON FADRIQUE.

Quejas hallaréis en mí
Dignas de justos extremos,
Si no es que agora acabeis
De apearos, en no hourar
Mi casa.

DON DIEGO.

Penséos hallar
Aquí; y solo, como veis,
Me he quitado las espuelas,
Sin dar treguas á las botas.

DON FADRIQUE.

No por costumbres devotas,
Mas por amantes cautelas,
Curso la iglesia mayor.

DON DIEGO.

Siempre en imágenes vivas
Ocupais fiestas votivas.

DON FADRIQUE.

¿Qué queréis? gasto este humor.
Estos herejes nos sacan
Al campo, de los lugares,
Los santos de los altares,
Que á Dios enojado aplacan,
Y á nuestra imagen divina
Del Sagrario, en procesion.

DON DIEGO.

Con tan cierta proteccion,
Tema el inglés su ruina.

DON FADRIQUE.

Estará este novenario
Enmedio de su capilla.

DON DIEGO.

Es celestial maravilla
La aurora deste sagrario.

DON FADRIQUE.

Es vice-madre de Dios,
Pues la dió el original
Sus brazos.

DON DIEGO.

Premio inmortal,
Digno, Fadrique, que vos
No profaneis su respeto
Con humanas inocedades.

DON FADRIQUE.

Entrad; veréis dignidades,
Que con ornato discreto
A su culto sacro asisten,
Y están sucesivamente
Desde que raya el oriente,
Hasta que al ocaso visten
Nocturnos del sol desmayos,
Dos canónigos, nobleza
De España (que la limpieza
De sangre aquí ostenta rayos),
Dos racioneros, y dos
Capellanes, que diversos
En coros cantan á versos
Glorias del alba de Dios.

DON DIEGO.

Majestad ostentativa
Muestra esta plaza adornada
Con tanto jaspe y fachada:
Gusto quien la ve recibía.
¿Quién vive tanto balcon,
Tanta grada y claraboya?

DON FADRIQUE.

Será, si se acaba, joya
De fábricas. Estas son
Casas del Ayuntamiento.

DON DIEGO.

¿Y esotras?

DON FADRIQUE.

Arzobispaes,
Palacio de cardenales,
En la religion convento,
Y alcázar de su grandeza.

DON DIEGO.

Delas ese nombre real
Un infante cardenal,
En nombre y virtud *alteza*:
Que en fe que Toledo crece
En el valor que ciata,
Las honra un Néstor Zapata,
Que su oficio cuerdo ejerce (2).
¿Qué bizarro pasadizo!

DON FADRIQUE.

Armas le adornan ducales,
Ya Rojas, ya Sandoval.
Aquel cardenal le hizo,
Que para el Sagrario halló
Jaspes nuevos.

DON DIEGO.

¿Gran prelado!

DON FADRIQUE.

Trofeos ha levantado
Donde los pies estampó
La que honrando la cogulla

Del Santo que á España medra,
Imprimió su fama en piedra,
Y le dió inmortal casulla.
El Tajo es su coronista,
Pues sin él los cigarrales
Que hermocean sus cristales,
No tuvieran buena vista.
Su fama en Madrid asombre,
Pues amplió á sus herederos
Las casas de aquel Cisneros,
Francisco en hábito y nombre,
La quinta, que en ella da
Hospicio á recreacion;
La devota ostentacion
Con que ilustrando á Alcalá,
Dió al santo de Claraval
Fábricas dignas de cielos,
A Dios religiosos velos,
Y gloria á su Cardenal.

DON DIEGO.

Nunca el tiempo se desmande
En su olvido.

DON FADRIQUE.

¿Cómo puede,
Mientras su sobrino quede,
Aquel cinco veces grande,
Las tres duque, una marques,
Y otra heroico adelantado
De Castilla?

DON DIEGO.

Y celebrado

Por sol de España despues.

DON FADRIQUE.

En fin, no tratando desto,
¿Qué aires os han traído
Por acá desde el olvido
Que en Madrid su silla ha puesto?
¿Vais á Cádiz?

DON DIEGO.

Fuera justo

Que siguiera la lealtad
De tanta diversidad
De nobles, en quien el gusto
Con que á su patria y su rey
Sirren, ni mira inelemeacias
Del tiempo, ni en indecencias
Caminantes.

DON FADRIQUE.

Esa es ley

De españoles. Yo os prometo
(Lo que vi os afirmaré)
Que hubo quien llegase á pié,
Ilustre, rico y discreto,
Por no hallar cabalgadura,
A Toledo, y que llevaba
Venera de Calatrava
Al pecho.

DON DIEGO.

¿Hermosa aventura!
Cruz sé yo de Santiago,

(1) De estos títulos de frase incompleta hay algunos ejemplos en nuestro teatro antiguo. Tal es, *Hay verdades que en amor, no pueden ver, Mas la amistad que la sangre, y otros.*

(2) No es consonante de *crece*.

Que así de Madrid salió,
Y un labrador encontró
Junto á Orgaz, en un cuartago,
Y dándole cien escudos,
Corrió en él hasta Sevilla,
Sin mirar en freno ó silla.

DON FADRIQUE.
Estaban con la paz mudos
Los ánimos españoles:
Ya despiertan.

DON DIEGO.
¡Quién los via
Toda la noche y el día
Debajo los quitasoles
Tachonados (coches digo),
En que dejando cabellos,
Amujerando alzacuellos,
De su nobleza castigo....!
¡Y quién los ve, de corderos,
Leones en un instante!

DON FADRIQUE.
España, en viendo delante
La ocasion, alienta aceros.
A lo ménos, al hereje
Debemos el despertarnos.

DON DIEGO.
Pruebe Felipe á llevarnos
A la isla blasfema, y deje
A España el cargo, que toma
A su cuenta daría el pago.

DON FADRIQUE.
A permanecer Cartago,
No se afeminara Roma.
Pero al Rey el cielo guarde,
Que á mas que eso se dispone.

DON DIEGO.
Como en Lóndres se corone,
Pida servicios.

DON FADRIQUE.
No es tarde.
Pero, en efeto, Don Diego,
¿Qué es á lo que habeis venido?

DON DIEGO.
Unas pruebas me han traído,
Y pienso volverme luego.

DON FADRIQUE.
¿Pruebas de hábito?

DON DIEGO.
Y que están
Calificadas por sí.

ESCENA II.

ORDOÑEZ. — DON DIEGO, DON FADRIQUE.

ORDOÑEZ.
Ce, caballero.

DON DIEGO.

¿Es á mí?

ORDOÑEZ.

A esotro, que es mas galan.
(Hablan aparte la criada y Don Fadrique.)

DON FADRIQUE.
¡Oh señora Ordoñez! Pues
¿Qué mandais? ¿Adónde está
Vuestro dueño?

ORDOÑEZ.

Bien podrá

Verla, si aguija los piés;
Que vino á la procesion;
Pero mandóme su hermana
(Ya vucsansted ve la gana
Con que alienta su aficion)
Que en hallándole, le avise
Que se allegue luego á casa;
Que hay novedad.

DON FADRIQUE.

Pues ¿qué pasa?

ORDOÑEZ.
Ni preguntárselo quise,
Ni me dió lugar para ello
Mi seora Doña Lucia,
Que ya el manto se cubria.
Vaya, si quiere sabello,
Antes que la vuelta demos;
Que pues allá se quedó,
Y á llamarle me envió,
Algo hay.

DON FADRIQUE.
Deben ser extremos
Con que Doña Catalina
Mi amor empeña.

ORDOÑEZ.
No sé,
Mas miéntras aquí se esté,
Sus remedios descamina.
Esperándole está en casa.

DON FADRIQUE.
¿Y mi dama?

ORDOÑEZ.
Queda agora
Dándole á nuestra señora
Oraciones, que repasa
Por unas azules cuentas;
Si no es que repasa celos.

DON FADRIQUE.
Repasará los desvelos
De mis desdichas violentas.

ORDOÑEZ.
¿Irá?

DON FADRIQUE.
Al punto.
ORDOÑEZ.
Pues adios;
No haya sermon, si me ve
Hablando con vucsansted.

(Vase.)

ESCENA III.

DON DIEGO, DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.
A que me aparte de vos
Por este rato, me obliga,
Don Diego, cierta ocasion.

DON DIEGO.
¿Es pendencia?

DON FADRIQUE.
Penas son
Con que amor mi fe castiga.
Habeisme de perdonar.

DON DIEGO.
Ocasion de amor precisa,
Disculpándos, pide prisa.

DON FADRIQUE.
¿Adónde os volveré á hallar?

DON DIEGO.
Ya nos verémos los dos
En casa.

DON FADRIQUE.
Bien veis, amigo...

DON DIEGO.
¡Oh! ¿cumplimientos conmigo?

DON FADRIQUE.
Perdonad, y adios.

DON DIEGO.

Adios.

(Vase Don Fadrique.)

ESCENA IV.

CRISTAL. — DON DIEGO.

CRISTAL.
Puede ser la iglesia santa
Iglesia del preste Juan;
¿Que de holand y hofetan!
La bonetada me espanta
De faldudos, que el camino

Barriendo, dan que admirar.
Toda esta iglesia es un mar
De pulpos á lo divino.

DON DIEGO.

Cristal...

CRISTAL.

¡Brava ostentacion,
Señor, prebendada vi!
Cola hay, que á su dueño aquí
Le pueden llamar colón.

DON DIEGO.

¿Qué te parece?

CRISTAL.

La alabo,
Sin saberla encarecer:
Tomara yo en ella ser
Capiscot, ó capisnabo.
Trocara yo mi racion
Con cualquiera racionero
Aquí. Hasta el protoperrero,
Si no es archiclerizon,
Se ensancha.

DON DIEGO.

¿Qué disparate!

CRISTAL.

Como nunca estuve aquí,
Cuando de grana le vi,
Dije: «Señor Don Tomate,
¿Qué cargo da á esa figura
La iglesia, que extrañar puedo,
Pues solo he visto en Toledo
Pertiguero de asadura?

Por Dios, que está autorizado
Con el purpúreo ornamento;
Mas no es bueno para cuento,
Porque es todo colorado.

Díganos su oficio ya,
Sin juzgarme por prolijo.»

(Acercóse un perro.) Y dijo:

«Espérese, y lo verá.»

Sacó debajo del brazo

Un añudado cordel,

Y al inocente lebrei

Le embistió tal latigazo,

Que segun el alboroto

Con que la puerta tomó

Aullando, bien pienso yo

Que no será mas devoto.

Yo entónces le dije: «¡Pesia

A tal! no es el perro mio;

Pero no siendo judío,

Entrar pudo en esta iglesia».

Y respondió el carmesi:

«Conózcole há muchos días;

Desciende del de Tobías,

Y no puede entrar aquí».

DON DIEGO.

Anda, loco.

CRISTAL.

¿Qué te hiciste
Desde que la procesion
Se acabó; que hecho huscon
Tras tí, te nos escurriste?

DON DIEGO.

Con Don Fadrique de Ayala
Acabo agora de estar.

CRISTAL.

¿El amigote?

DON DIEGO.

Estimar

Le puedo.

CRISTAL.

¡Bien te regala,
Si desa suerte te deja,
Y se acoge!

DON DIEGO.

Presto.

El volverá

CRISTAL.

Y te convidará

NO HAY PEOR SORDO.

Segun la costumbre vieja
De Toledo.

DON DIEGO.

Necear.

CRISTAL.

Todos gastan cortesias.
En viéndole, le dirías
Que te vienes á casar.

DON DIEGO.

A hacerlo ansí, ¡bien cumpliera
Con mi propuesta intencion!
Vengo á hacer informacion
De quien ser mi esposa espera,
¡Y hablale de decir
Esa necesidad?

CRISTAL.

¿Qué mucho?

Mil propósitos te escucho,
Que los sueles malparir
Primero que los digieras.
Si segun la comun fama,
Es noble y rica tu dama,
¿Qué diablos es lo que esperas?
Tu padre, mas remirado
Que una heata, trató
Tus bodas, y conoció
Al consuegro que te ha dado.
Sabe que es la tal honesta;
Y despues de brujulear
Testigos, te envia á casar,
Y su virtud manifiesta.
¡Y tú agora escrupuloso,
Das en esa impertinencia!

DON DIEGO.

Mal sabes la diferencia
Que hay de un galán á un esposo.
Nunca en nuevas de camino
Fiado de suerte estás,
Que crédito fiel les des.
Yo obedecer determino
Mi padre; mas dado caso
Que disgustarle no quiero,
He de conocer primero
La dama con quien me caso.
Hermosura toledana,
Que apadrina discrecion,
En ciudad toda ocasion
Que el Tajo apacible humana,
¿Quiéres tú que tan ociosa
Viva, que esté sin desvelos?

CRISTAL.

Boda que empieza con celos,
Es empresa peligrosa.
¡Bueno es que los tengas tú
De aquello que puede ser
No mas!

DON DIEGO.

Yo busco mujer,
Y no dama.

CRISTAL.

Bercehú

Que se precie de entenderos.
En la corte redamados
(Si de los escarmentados
Saca el refran los arteros),
Tú que en damiles cautelas
Cátedra puedes llevar,
Acabado de cursar
Diez años en sus escuelas,
Argos serás, no marido.
Pobre de tu esposa bella,
Si has de sospechar en ella
Lo que de otras has sabido!

DON DIEGO.

No tanto; pero yo intento
Buscar cuerdo una beldad,
Doncella en la voluntad.

CRISTAL.

¡Qué difícil buscamiento!
Détela solo Platon

Formada allá en sus ideas,
O hazla hacer, si la deseas
Dese modo, en Alcorcon.
¿De voluntad virginal?
Signo es que se volvió estrella.
Aun no hay fisica doncella,
¡Y búscasla tú moral!

DON DIEGO.

Todo necio es malicioso.

CRISTAL.

Y todo demasiado
Escrúpulo da enlodado
En la trampa por curioso.
¿Querrás vivir encubierto
En casa de Don Fadrique?

DON DIEGO.

Mientras que no califique
Mi informacion, será cierto.

CRISTAL.

¿Y á qué le has dicho que vienes?

DON DIEGO.

A unas pruebas.

CRISTAL.

No has mentido,
Pues á probar has venido
Lo que tú por fácil tienes,
Y es para mí confusion;
Porque pruebas virginales,
Despues que andan entes *reales*,
Ya son entes de razon.

ESCENA V.

DOÑA LUCIA y ORDOÑEZ, con man-
tos; QUESADA. — DON DIEGO,
CRISTAL.

DOÑA LUCIA. (*Hablando con la criada y el
escudero, sin reparar en Don Diego.*)

Dejéle á Doña Isabel
Para que á San Pablo fuese,
Y encarguéle que volviese
Por mí.

QUESADA.

No haga caso dél
Vuesansted, porque el cochero
En la corte madrigado,
Como hace el tiempo enlodado,
En oliscando el dinero
De dama que se coñice,
No volverá hasta la noche.

DOÑA LUCIA.

¿Qué de enfados causa un coche!

QUESADA.

¡Y cómo!

DOÑA LUCIA.

Desde que le hice,
No hay día entero que pueda
Afirmar que le he gozado.
Ya me lo piden prestado,
Ya está quebrada una rueda,
Ya un caballo se mancó,
Ya el cochero cayó malo...

ORDOÑEZ.

El es costoso regalo.

QUESADA.

Al molino comparó
El coche un bien entendido,
Que moliendo harina ajena,
Solo la costa y la pena
Da al dueño, y todo es rüido.

DOÑA LUCIA.

Volverémonos á pié:
¿Qué hemos de hacer?

ORDOÑEZ.

Cerca está

Nuestra casa.

DON DIEGO.

Ven acá,

Cristal. (*Hablan aparte los dos.*)

CRISTAL.

¿Qué tenemos?

DON DIEGO.

¿Fué

Tan hermosa la primera
Aurora, que en su arrebol
Previno purpura al sol,
En cunas donde naciera?
¿Podráse esta comparar
A las Laidas, las Elenas,
Para las fábulas buenas,
Que Grecia da en celebrar?
¿Era Vénus tan hermosa?
Lucrecia ¿fué tan perfeta?

CRISTAL.

Pregúntaselo á un poeta
Que escribe en verso ó en prosa
O un billete á Adan escribe,
Que al sexto día salió,
Y el orto segundo vió
Del alba que huyendo vive;
Porque yo mal daré cuenta
De lo que no fui testigo.

DON DIEGO.

¿Qué bárbaro!

CRISTAL.

Tambien digo

Que trae su sal y pimienta
La trucha, y que su eficacia
Da á la vista un gentil rato
(Llamo al damil garabato
Pimienta, y sal á la gracia),
Si ya no es que el artificio
Garambainas nos fabrique,
Y hosquejos del menique
Apoyen el frontispicio;
Que si el soliman desvela
Aqui su blancura atroz,
Será escudilla de arroz
Con su azúcar y canela.

DON DIEGO.

Pregúntale al escudero
Quién es, mientras llevo á hablarla.

CRISTAL.

La venera has de enseñarla,
Y diamantes lo primero.
Será prevencion discreta,
Con que facilites llamas;
Porque el oro con las damas
Sirve de urgíel de saleta.

DON DIEGO. (*Llegando á Doña Lucia.*)

Privilegios de extranjero
Me pueden, señora, dar
Licencia para alabar
La dama que vi primero.
Con tal principio, ya espero
Hallar en la patria vuestra
Dichas que el amor me adiestra,
Porque en vos no puede haber
Engaños de mercader,
Falso paño, y fina muestra.
¿Con qué buen pié debí entrar!
Perdonad mi indiscrecion;
Que á las puertas del *Perdon*,
Bien lo puedo en vos ganar.
Toledo (si he de admirar
Gracias que el cielo le ha dado)
Llaneza influye y agrado,
Hermosura y cortesía;
No pierda en vos este día
La fama que ha granjeado.
Suplid agradable aquí
La opinion que habré perdido,
Vos cortés, y yo atrevido,
Risa en vos, y llanto en mí.
Desde el instante en que os vi,
La corte se me olvidó;
No soy ya de Madrid yo;
Toledo prohibarme espera.

CRISTAL. (*Ap. á su amo.*)

¡La venera, la venera!

Mas rióse; ya la vié.

(*Llégase á hablar aparte á Quesada.*)

DOÑA LUCÍA.

Vos lo hablais de ostentacion
Tan bien, que por lo discreto,
Señor, mi voto os prometo,
En habiendo oposicion.
¡Ojalá que la opinion
Que da España á la hermosa
Toledana, á la blandura
Tratable, en mi humilde cara
Su fama calificara!
Tuviera yo mas ventura.
Mas como quiera que sea,
Estimaré yo el serviros.

QUESADA.

El coche está aquí.

DON DIEGO.

Deciros

Mil cosas sé que desea
El alma, y mientras se emplea
En pulirías, el temor
Desazona su primor.

DOÑA LUCÍA.

Principios de amor turbado,
Conforme me lo han contado,
Son versos en borrador.
Trasladados; que por vuestros,
Yo aseguraré su audiencia,
Y dadme agora licencia;
Que hay ojos aquí muy diestros
En juzgar desaires nuestros.

CRISTAL.

(*Hablando aparte con el escudero.*)

¿Don García, en fin, se llama
El padre de la tal dama?

QUESADA.

Y es Ponce, Silva y Solis.

DON DIEGO.

Quedaré yo, si os partís,
Como el fuego sin la llama.

DOÑA LUCÍA.

Abrasaréis á oscuras,
Que es propiedad del infierno.
Yo estoy de prisa, y vos tierno.
Para andantes aventuras,
Baste esta.

DON DIEGO.

Las hermosuras

De Toledo, no lo fueran,
Si el donaire no tuvieran
Que alaban, y he visto en vos.

DOÑA LUCÍA.

Bésos las manos; y adios.

QUESADA. (*Ap. á Cristal.*)

A San Yuste. Adios; que esperan.

(*Vanse Doña Lucía, Ordóñez y Quesada.*)

ESCENA VI.

DON DIEGO, CRISTAL.

CRISTAL.

(*Ap. ; Oigan cómo se ha quedado!*)

¿Qué accion para retratar

Un podenco, al señalar

La perdz que ha levantado!)

¿Qué tienes?

DON DIEGO.

Tuviera bienes

Prodigiosos, á tener

Esta mujer por mujer.

CRISTAL.

¿Luego por hombre la tienes?

DON DIEGO.

Por hombre en la discrecion,
Por ángel en la hermosura,
Por mujer en mi ventura,
Pues en fin mudables son.

Alentaré mi esperanza,
Si tan divina belleza
No muda naturaleza,
Y amándome hace mudanza.

¿Esto es Toledo, Cristal?

¿Este fruto dan sus cuestras?

¿Sus damas célebres estas?

CRISTAL.

¿Hante parecido mal?

DON DIEGO.

Si todas como estas son,
Celebrar su fama puedo:
Di que es el todo Toledo
De hermosura y discrecion.
Si la Doña Catalina,
Que ya no apetezco ver,
Tuviera.....

CRISTAL.

¿Qué ha de tener?

DON DIEGO.

Alguna parte divina
Del donaire, el agasajo,
Talle, hermosura, sazón
De este ángel....

CRISTAL.

Todas son

Gusarapitas del Tajo.
Mas si tanto esta codicias,
Damo albricias, y tendrás
Lo que buscas.

DON DIEGO.

¿Cómo?

CRISTAL.

Y mas.

Echa mano, y dame albricias.

DON DIEGO.

Anda, loco.

CRISTAL.

Ese vestido

Me viene bien.

DON DIEGO.

Tuyo es.

CRISTAL.

Con botas.

DON DIEGO.

Acaba, pues.

CRISTAL.

Del escudero he sabido
Que es hija de Don García
De Silva, ya concertada,
Y en visperas de casada.

DON DIEGO.

¿Qué dices? ¡Ay suerte mia!

CRISTAL.

Y que vive hácia San Yuste.

DON DIEGO.

¿Y Catalina se llama?

CRISTAL.

No pregunté de la dama
El nombre, que fuera el fuste
Del negocio; mas si esnora
Casarse, y el padre tiene
La casa y nombre que viene
Con tu informacion, ¿qué espera
Tu dicha?

DON DIEGO.

Dices verdad.

No sé yo que tenga hermana.

Si espera esposo, ya es llana,

Cristal, mi felicidad.

No hay que hacer informaciones:

La que en su cara mostró,

Su virtud calificó;

Porqué tantas perfecciones

Culpan mi solicitud;

Y siempre en naturaleza,

La discrecion y belleza.

Son madres de la virtud.

Ven; que no hay mas que esperar.

CRISTAL.

Presto de temple has mudado.

DON DIEGO.

No vine yo enamorado;
Por eso daba lugar
Al recato y la prudencia;
Mas ya que perdido estoy,
No fiscal, amante soy.

CRISTAL.

¿Qué cascos para una audiencia!

Sala en casa de Don García.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA, DON FADRIQUE.

DOÑA CATALINA.

No es queja tan liviana
La que agora de vos forma mi hermana,
Por mas que andeis buscando
Excusas con que os vais encadenando.
Testigos oculares
La han dado desengaños con pesares.

DON FADRIQUE.

¿Yo á Doña Dorotea
De casamiento cédula? ¡Y que crea
Tan grande desatino
Doña Lucía!

DOÑA CATALINA.

Apasionada vino

A casa ayer de suerte,
Que por poco causárades su muerte.

DON FADRIQUE.

¿Yo cédula....?

DOÑA CATALINA.

Y engaños

Que la han entretenido por dos años;
Y aun hay quien se adelante
A afirmar (¡ved si sois perfeto amante!)
Que os eslabona un hijo.

DON FADRIQUE.

Será algun maldiciente quien tal dijo,
Si no son ocasiones
De vuestra hermana, toda sin razones
A mi amante firmeza,
Que siempre halla rigor en su belleza.
Si hay mujer que se alabe,
O afirmé con verdad que de mí sabe
Mocedad que desdiga
De la nobleza que mi sangre obliga,
Yo perderé, señora,
La vida amante que su luz adora.
Decid vos que procura
Hacer así imposible mi ventura,
Siempre á mi amor opuesta,
Que en lugar de obligarla, la molesta,
Y no digais que tiene
Ocasión de culparme.

DOÑA CATALINA.

Aquí conviene,

Si su sospecha es vana,
Asegurarme á mi mas que á mi hermana,
Que he tomado á mi cuenta
La pretension que vuestro amor aumen-
ta, y ya Doña Lucía
Voluntad os mostraba á instancia mia,
Obedeciendo el gusto
De mi padre, que en vosmas de lo justo
Fia casa y gobierno,
Amándos mas por hijo que por yerno.
Darnos pretende estado
A las dos, y de penas jubilado
Que á padres dan las hijas,
Sin cuidado lograr canas prolijas.
No sé con quién me casa
Allá en Madrid; que hasta á los ojos tasa
El que primero vean
Al dueño que les dan, y no desean.
Mas no tratemos desto; ¡puesto:
Que el mio en manos de su gusto he

Solo os digo que importa,
Mientras mi hermana cólera reporta,
Que yo mañana vva,
Dónde vos lo ordenéis, la Dorotea
De quien el pleito nace.

DON FADRIQUE.
Digo, señora mía, que me place,
Y que es el mejor medio
Que a mis desdichas puede dar remedio.
Junto á San Torcaz vive,
Y en la Reina su iglesia os apercebe
Sitio solo y decente,
Dónde veréis lo que la envidia miente.

DOÑA CATALINA.
Será por la mañana.
Idos agora; que vendrá mi hermana,
Y agravios á los ojos
Duplican al amor celos y enojos.
Mirad en lo que estimo,
Don Fadrique, el favor á que os animo:
Que me he quedado en casa
Por advertiros lo que en esto pasa.

DON FADRIQUE.
Ya yo sé lo que os debo,
Y que propicia me obligais de nuevo.
El cielo os dé un esposo,
Que igualándos gallardo y generoso,
Si ausente os entristece,
Confesise en presencia que os merece.

DOÑA CATALINA.
Píntanme de léjos
Un Adónis galán; pero hosquejos
De amantes y pinceles,
Borroneos son aunque los pinte Apéles.
(*Vase Don Fadrique.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LUCIA, ORDOÑEZ. — DOÑA CATALINA.

DOÑA LUCIA.
¡Oh que tarde te has perdido,
Hermana, tan para ver!
Hoy no sé qué te has tenido.
¿De fiestas, siendo mujer,
Te excusas? Milagro ha sido.

DOÑA CATALINA.
Disgustos casamenteros
Me tienen desazonada.

DOÑA LUCIA.
Vengo con bravos aceros.

DOÑA CATALINA.
¿Cómo?

DOÑA LUCIA.
He sido celebrada
De propios y forasteros.

DOÑA CATALINA.
Nunca fui yo para tanto.
Eres tú un sol, no me espanto
Que penen cuantos te ven.

DOÑA LUCIA.
Pues aun no lo sabes bien.
Ordoñez, dobla ese manto.
(*Se le quita.*)

Cortesano dejo yo,
Penitente de una cruz
Que al pecho roja mostró,
Que fue cofrade de luz
Todo el tiempo que me vió.

DOÑA CATALINA.
Como Lucía te llamas,
Tu vista le encendería,
Y envidiarán las damas
El ver que siendo Lucía,
Llamas gente y ardes llamas.
Melancólica saliste,
Y en lugar de volver triste,
Toda eres risa.

DOÑA LUCIA.
¿Qué quieres?

Alabanzas en mujeres,
¿Qué tristeza las resiste?

DOÑA CATALINA.
¿Y los celos que llevabas
De Don Fadrique?

DOÑA LUCIA.
Feriólos,
Y á las puertas (¿qué pensabas?)
De la iglesia, por ser celos,
Los colgué de las aldobas.
Mi olvido allí los dejó,
Y allí los busque quien medra
Con las penas que me dió.

DOÑA CATALINA.
Serán niños de la piedra,
Que arroja quien los parió.
¿Gentil dicha habrán tenido!

DOÑA LUCIA.
Si hubiere algun atrevido
Que se anime á prohibarlos,
Bien sé yo donde ha de hallarlos.

DOÑA CATALINA.
¿Dónde?

DOÑA LUCIA.
En el *niño perdido*.
Prométote que te holgaras,
Si un alimbarado vieras,
Destos que registran caras,
Viendiendo burlas por veras,
Y su talle examinaras.

DOÑA CATALINA.
¿Bizarro mozo?

DOÑA LUCIA.
¡Ojalá!

DOÑA CATALINA.
Que se nos quedara acá!

DOÑA LUCIA.
De Madrid vino,
Y todo amor de camino,
Como se viene, se va.
No sé yo que haya en Toledo
Quien le pueda competir.

DOÑA CATALINA.
Bien le alabas.

DOÑA LUCIA.
Mejor puedo;
Aunque si se ha de partir,
¿Qué importa?

DOÑA CATALINA. (*Bajo á Doña Lucía.*)
Este es padre: quedo.

ESCENA IX.

DON GARCIA. — DICHAS.

DON GARCIA. (*Para sí al salir.*)
¿Dónde se pudo apear,
Supuesto que hoy ha venido?

DOÑA CATALINA.
Señor.....

DON GARCIA.
Ya tienes marido;
Albricias me puedes dar.
La cara á alinear comienza;
Mas no la ferías color,
Que en desposorios, mejor
Es la que da la vergüenza.
Entra, y ponte aquel vestido
Que te compré de tablí.
Su padre me escribe aquí,
Y por la fecha he sabido
Que está en Toledo.

DOÑA CATALINA.
¿Qué susto
Me has dado! ¡Jesus mil veces!

DON GARCIA.
De contento de entristeces.
Dos días tienen de gusto
Las mujeres (si no yerran

Los que sus acciones tasan),
Y son en el que se casan,
Y el que á su marido entierran.
El primero ya está acá.

DOÑA CATALINA.
(*Ap.* Y el segundo ¿por qué no?)
¡Ojalá..... (*Ap.* Le viera yo!)

DON GARCIA.
Ya yo entiendo tu ojalá.
Será de que llegue presto.
Tengo un poco que decirte,
Doña Lucía. A vestirte
Te entra tú. Pero ¿qué es esto?

ESCENA X.

DON DIEGO, CRISTAL. — DICHOS

DON DIEGO. (*A Doña Lucía.*)

Por la parte de divina
Que tiene, señora bella,
El alma participada
De Dios que la privilegia;
Asomándose á los ojos
Os vió apenas, cuando penas
Olvidando, fué adivina
Y os llegó á dar la obediencia
Como á su dueño y señora.
Porque ¿cómo se atrevieran
Pensamientos medio libres,
O enamorados por nuevas,
A amaros en un instante,
Sin ser el alma profeta,
Que supo que érades vos
Luz donde Fénix se quema?
Ocasión os habia dado
Para fulminar querellas,
Pues pretendiéndos esposa,
Antes de entrar por las puertas
De mi amor y vuestra casa,
Os rendí á las de la iglesia
La voluntad, por presagio
Del yugo que aguarda en ellas.
Olvídeos á vos por vos;
Que, en efeto, ¿quién pudiera
Celos, mi señora, daros,
No siendo vos, á vos mesma?
Meritoria fué mi culpa:
Ved si es razon que merezca
Perdon, sin arrepentirse,
Quien á vos por vos os deja;
Pues no sé yo que haya dicha
Mayor, que ganando os pierda
Quien, por ganaros, juzgaba
Que fuera el perdedor fuerza.
Yo soy, Catalina hermosa,
Don Diego Ortiz de Fonseca,
Que de la corte llamado,
A ser escogido llega.
Dadme ese bello cristal....

DON GARCIA.
Vos vengais en hora buena
A honrar, Don Diego, mi casa,
Que ya desde hoy será vuestra
Los brazos de padre os dey.

DON DIEGO.
Señor, si yo os conociera,
Y el móvil de mis acciones
No ocupara mis potencias
Y elevara mis sentidos,
En vos principio tuvieran
Crianzas y cortesías,
Que aunque tarde, humildes llegan
A daros satisfacciones.
Discúlpeme esta belleza;

(*Por Doña Lucía.*)
Que quien adora los ramos,
Tambien el tronco respeta.

DON GARCIA.
Descuidos de amor, Don Diego,
Mas se juzgan por finezas,
Que no por mala crianza,

Cuando salamandra vivo
En la luz que me anunciais.
Es Doña Lucía hermosa,
Como cuerda, rigurosa,
Y forma celos de mí.

DON DIEGO.

Mas amor os tendrá así;
Pues toledana y celosa,
¿Quién habrá que se compare
A su mucha discreción?

DON FADRIQUE.

Como en desprecios no pare,
Si celos espuelas son
De amor, cuando aquilatare
Con ellos la voluntad
Deberéles infinito;
Mas ya su riguridad
Pasa de amor á delito.

DON DIEGO.

Siempre es cruel la beldad.
Mas ¿de quién los pide?

DON FADRIQUE.

Puedo

Aseguraros que quedo
De algun modo disculpado;
Que no hay ocioso cuidado
En bellezas de Toledo.
Cierta Doña Dorotea
Circe de mis gustos fué,
Que ya malograr desea.
Agora un año juzgué
Por sol la que ya es tan fea
Para mí, que imaginalla,
Los pensamientos me asombra.

DON DIEGO.

Si llegastes á alcanzalla,
La posesion siempre es sombra
De la esperanza.

DON FADRIQUE.

Obligalla

Pudo el metal hechicero.

DON DIEGO.

Milagros son del dinero.

DON FADRIQUE.

Es muy pobre.

DON DIEGO.

Y desdichada;

Que mujer pobre y gozada,
Dos veces la considero
Aborrecida.

DON FADRIQUE.

En efeto,

No sé quien á mi Lucía
Reveló nuestro secreto.
Bien primero me queria;
Mas ya, perdido el respeto
A obligaciones de amor,
Mi dicha y bodas dilata.
Su hermana me hace favor,
Y reconciliarnos trata.

DON DIEGO.

Un valiente intercesor
Cualquiera imposible allana.

DON FADRIQUE.

He prometido á su hermana,
Doña Catalina, digo,
De mi inocencia testigo
Hacerla aquesta mañana;
Porque á Doña Dorotea
En una iglesia ha de hablar;
Y della, cuando la vea,
Satisfecha ha de quedar
Que mi gusto no se emplea
Mas que en mi hermosa Lucía;
Y ella que en el interes,
Mas que en sus derechos fia,
Me ha prometido, despues
Que venció la batería
De mil escudos, de hablarla
Y de modo aseguralla,

Que desmintiendo desvelos,
Me allane, á pesar de celos,
Estorbos para obligarla.—
En esto habeis de ayudarme.

DON DIEGO.

Ya veis que soy vuestro amigo.

DON FADRIQUE.

No osara yo confiarme
De vos, á no ser conmigo
Un alma. Habeis de apoyarme
Diciéndola que con ella
Estuvistes cuando á vella
Fuimos los dos, y que siente
Que dese modo se afrente
La opinion de tal doncella;
Que es verdad que deseara
Que amante correspondiera
A su amor, como parara
En lo que el honor espera,
Y con ella me casara;
Mas pues que no determino
Pagar su lícito amor,
No es razon se abra camino
Al vulgo murmurador,
Que apruebe tal desatino;
Que su fin ha sido honesto;
Y que pues Dios lo ha dispuesto
No como ella habia pensado,
Me haga el cielo bien casado...
Y que puso fin con esto
El llanto.—Estará segura
Mi dama así por los dos,
Y os deberá mi ventura
Nueva amistad, si por vos
Soy dueño de su hermosura.

DON DIEGO.

Yo haré tan bien mi papel,
Que os asegureis con él.—
¿Doña Dorotea se llama?

DON FADRIQUE.

De Erasó.

ESCENA II.

CRISTAL.—DON DIEGO, DON FADRIQUE.

CRISTAL. (A su amo.)

Con nuestra dama

Fuiste esta noche cruel;
Que con la cama y la cena
Hasta las dos te esperó:
Tu ajaqueca le pegó,
No el dolor, pero la pena
De ver tu melancolia.—
Dije que mas aliviado,
Por Don Fadrique hospedado,
Viendo la niebla que hacia,
Te fué forzoso el quedarte
En su posada esta noche.
Agora te envía su coche,
Y el viejo aguarda entramparte
Brevemente, muy contento
De que Don Fadrique sea
Tan tu amigo, y ya desea
Embestirte el casamiento.
Vamos allá, y corresponde
Con el amor que te espera;
Que va nuestra novia fuera
A unas monjas, no sé donde.

DON FADRIQUE.

A lo que os dije será;
Que es grande procuradora
De su hermana.

DON DIEGO.

Vení agora;

Que todo se dispondrá
A vuestra satisfaccion.
Cristal. (Habla aparte con su criado.)

CRISTAL.

Ya está negociado
Todo cuanto me has mandado.

DON DIEGO.

¿Y cómo?

CRISTAL.

Con tal sazón,
Que has de alabar mi agudeza.
Nunca pensé contrahacer
Tan bien letra de mujer.

DON DIEGO.

La mitad hace el que empieza.

CRISTAL.

Yo daré al viejo papilla.

DON DIEGO. (Recio.)

Haz pues eso, y vuelve luego.

DON FADRIQUE.

¿Dónde le enviais, Don Diego?

DON DIEGO.

¿No viene hoy la estafetilla?

DON FADRIQUE.

Si.

DON DIEGO.

A saber si tengo cartas
De mis padres.

DON FADRIQUE.

Está bien.

Trac las que hubiere tambien
Para mí.

CRISTAL.

Pues no te partas
De casa; que ha de volverse
Luego, y has de responder.

DON FADRIQUE.

Ya sabeis que habeis de ser
Mi remedio.

CRISTAL. (Ap. á su amo.)

A revolverse
Empieza hoy el mundo.

DON DIEGO.

(Ap. á Cristal. Paso.)

Yo dispondré á vuestra dama.
¿Cómo decís que se llama...?

DON FADRIQUE.

Doña Dorotea de Erasó. (Vanse.)

Sala en casa de Don García.

ESCENA III.

DON GARCÍA, DOÑA CATALINA, DOÑA LUCÍA, ORDOÑEZ.

DOÑA LUCÍA.

Esto es verdad: entre tanto
Que satisfecha no quedo,
Ni me desposo, ni puedo.

DOÑA CATALINA.

Ordoñez, prevenme un manto;
(Vase Ordoñez.)

Que si en la Reina me espera
La ocasion desta mañana
Y á los dos nos desengaña,
Cuando sepas que es quimera,
Y que Don Fadrique está
De tal mentira inocente,
Satisfaccion suficiente
Le excusa. Conmigo irá
Mi padre.

DOÑA LUCÍA.

Vaya en buen hora;
Que de tí sola no sé
Si me fie.

DON GARCÍA.

¿Pues por qué?

DOÑA LUCÍA.

Este Don Diego que adora,
De mi hermana en mí enemiga
La vuelve de anoche acá,
Y á Don Fadrique crérra
Cualquier enredo que diga,
A trueco de que con él

Me despose y se asegure
De mí, porque no procure
Darla celos.

DOÑA CATALINA.

Yo estoy del

Sospechosa con razón,
Y mas de tu liviandad.
¿Qué quieres? Esto es verdad.
Tú le tienes afición;
Y él como te vió primero,
A quererte bien empieza.
Luego el dolor de cabeza
Que fingió (mira si infiero
Discretamente), ¿no fué
Porque vió que se trocaba
La esposa que imaginaba?
¿Mas que sana, si te ve?
Desde que á Toledo vino,
Con Don Fadrique estás mal.

DOÑA LUCÍA.

¿Vióse desatino igual?

DOÑA CATALINA.

¿Si es muy grande el desatino!

DOÑA LUCÍA.

¿Jesus!

DOÑA CATALINA.

¿No me le alabaste,
Cuando de hablarle veniste?
Y despues cuando le viste
En casa, ¿no le alivaste
Con las cuentas el dolor?

DON GARCÍA.

Extrañas sois las mujeres.
¿Celos solo deso infieres?

DOÑA CATALINA.

¿Pues esto es poco, señor?
¿Y el rehusar de desposarse
Agora con quien queria
Primero?

DON GARCÍA.

Es cuerda Lucía,
Y hace bien de asegurarse
De engaños y travesuras.

DOÑA LUCÍA.

Tú ayer ¿no me aconsejabas,
Puesto que agora le alabas,
Que agravios por conjeturas
Averiguase primero,
Si ha dado palabra ó no?

DOÑA CATALINA.

¿Pues á qué voy allá yo?

DON GARCÍA.

Don Fadrique es caballero,
Y no intentará en Toledo
Cosa que desto desdiga;
Puesto que el caso me obliga
A averiguar este enredo.

DOÑA LUCÍA.

Que sí, señor; vaya allá
Vuesa merced.

DOÑA CATALINA.

¿Y si sale

Disculpado?

DOÑA LUCÍA.

Admitirle

Quien solo dispuesta está
A obedecer el respeto
De mi padre.

DOÑA CATALINA.

¿Y no sería

Mejor ir tú allá, Lucía?

DOÑA LUCÍA.

¿Ir yo allá? ¿pues á qué efeto?

DOÑA CATALINA.

A asegurarte por tí,
Pues de mí dudas.

DOÑA LUCÍA.

Mujer

Que me ha podido ofender,
¿Había yo de ver así?
Eso ya es tenerme en poco.
¿Que otra afrenta me faltaba?

DON GARCÍA.

No salgas de casa; acaba.
Ellas me han de volver loco.

DOÑA CATALINA.

En fin, si la Dorotea
Dice que jamas la amó
Don Fadrique, ni ella dió
Causa que á su amante sea,
¿Te desposarás con él?

DOÑA LUCÍA.

Y viviré con sosiego.

DOÑA CATALINA.

¿Sin pretender á Don Diego?

DOÑA LUCÍA.

Dios me libre de tí, y dél.

DOÑA CATALINA.

Pues apercibe esta noche
La mano.

DOÑA LUCÍA.

¿Pluguiera á Dios!

ESCENA IV.

QUESADA, y un momento despues DON
DIEGO y DON FADRIQUE.— DOÑA
LUCÍA, DOÑA CATALINA, DON
GARCÍA.

QUESADA.

Aquí están los novios dos,
Y desocupado el coche.

DON FADRIQUE. (A Doña Catalina.)

El huésped que os he usurpado,
Por enfermo y por amigo
Esta noche, vuelto agora,
Señora, á restituirlos;
Que aunque fué por breve tiempo,
Largo le habrá parecido,
Cuando mide sus instantes
Amor, que los juzga siglos.
Aquí está vuestro Don Diego.

DOÑA CATALINA.

Sea mil veces bien venido;
Que ya desvelos restaura,
Sin su presencia, martirios.
¿Cómo, señor, os sentís?

DON DIEGO.

Como quien ha padecido
Mala noche, y con el sol
Y médico cobra alivio.
Uno y otro en vos me ofrece
La salud que había perdido;
Pues, médico y sol, en vos
Mi luz y mi dicha miro.
Ya estoy bueno.

DOÑA LUCÍA.

¿Y la cabeza?

DON DIEGO

Nieblas que ofuscan sentidos,
Contra amorosos calores
La acometieron con frio;
Mas discursos saludables
Sirvieron de defensivos,
Que deshicieron humores,
Y recibieron avisos.
Mucho debo á vuestras cuentas,
Porque la hubiera perdido
Mi esperanza, que hace el gasto,
A faltarme su recibo.
Darélas, si gustais,
A Don Fadrique, en quien libro
Bienes vuestros, como propios
De quien espera el dominio;
Que yo sé que está inocente
De envidias que han deslucido
Los quilates de su amor,

Si es que valgo por testigo.

No quiero prendas ajenas:
Las propias de aqueste anillo,
Esfera de mi esperanza
Serán, en cuyo epiciclo,
Cárcel de mi amor, espero
Que como en el dedo cño
El corazon de quien toma
Con la sangre su apellido,
Salga calor suficiente
Para desatar hechizos,
Que mi salud alteraron,
Y ya mejorados miro.
Tomad vos lo que os compete
(Va á dar las cuentas á Don Fadrique,
y le detiene Doña Lucía.)

DOÑA LUCÍA.

Mucho habeis, señor, desdicho
De la opinion de discreto,
Que os autorizó al principio.
Yo, á Dios gracias, hasta ahora
Tan dueño de mi albedrío
Soy, por no llorarle ajeno,
Que solo le llamo mío.
Favores que, como amante
De quien os desca marido
Os di, por ser yo su hermana,
No es justo restituirlos
A quien cortés os juzgó;
Cuanto y mas, inadvertido,
Unajenarlos en quien
Hará mal en admitirlos,
Porque podrán causar celos
A dama que en perjuicio
De palabras que la debe,
Su derecho alega antiguo.
O las guardad, ó arrojaldas.

DOÑA CATALINA.

Lucía, Don Diego ha sido,
Contra tus impertinencias,
Tan cortés como adivino:
Discreto ha conjeturado
Mi pena y mis desvarios.
Toma tus cuentas; que, cuerdo,
(Tómaselas á Don Diego, y dádselas á
Doña Lucía.)

No quiere cuentas contigo.
Don Fadrique es quien te toca;
Don Diego me ama, y le elijo:
¿Porqué mi amor desharatas,
Si yo los tuyos no envidio?

¿Tú te atreves á injuriarle?

DOÑA LUCÍA.

No le injurio; pero estimo
En mas la opinion que pierde,
Que el enojo á que te incito.
Caballero cortesano
Graduado de entendido,
Que vuelve prendas á dama,
No habiendo celos ó olvido,
Peca en leyes de cortés.

DON DIEGO.

Si es Don Fadrique mi amigo,
Y ha de ser esposo vuestro,
El guardarlas ¿no es delito?

DOÑA LUCÍA.

¿Mi esposo? Pondránlo pleito
Mi antecesora, en quien quiso
Asegurar mis temores,
Por lo ménos, con un hijo.

DON GARCÍA.

Eso falta por probar;
Y mientras que lo averiguo,
Y él sus descargos alega,
No es bien condenar indicios.

DOÑA LUCÍA.

Sí, pero es justo el temerlos.

DON GARCÍA.

Don Fadrique es bien nacido,
Y en caso que importa tanto;

No ha de querer persuadirnos
A lo que tan fácilmente
Se puede sacar en limpio.
Pues la mas interesada
En favor suyo ha venido,
Vamos á hablarla, y no des
A invidiosos desatinos
Tanto crédito, que salgan
Con su intento mal nacidos.
Yo me quiero adelantar,
Y si al aplazado sitio
Llego, la hablaré primero,
Para prevenir peligros.

DON FADRIQUE.

¿Pues no es mejor que en el coche
Vamos todos?

DON GARCÍA.

Necesito
Hacer para mis achaques,
Don Fadrique, á pié ejercicio. (Vase.)
Allá os espero.

ESCENA V.

DOÑA LUCÍA, DOÑA CATALINA, DON
DIEGO, DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.

Don Diego,
Hablada, sed mi padrino;
Que solo de vuestro abono
Mi buen despacho advino.

DON DIEGO. (A Doña Lucía.)

Escuchad, señora, aparte;
Que aunque enojada conmigo,
Acerca de mis descargos
Tengo mucho que deciros;
Y dadme los dos licencia

(A Doña Catalina y Don Fadrique.)

Para allanar descaminos,
Que han procurado cegar
Maliciosos enemigos.

DOÑA CATALINA.

¿Pues qué podéis vos, Don Diego,
Si no es en mi perjuicio,
Hablar con mi hermana á solas,
Que yo no merezca oírlo?

DON DIEGO.

Don Fadrique os lo dirá.

(Apártanse, y habla Don Fadrique con
Doña Catalina, y Don Diego con Doña
Lucía.)

DON FADRIQUE.

Es Don Diego tan mi amigo,
Que le he puesto por tercero,
Y que aplaque solicito
El desden de vuestra hermana
Con la verdad que ha sabido
De la misma interesada,
Que fué anoche á ver conmigo.

DOÑA CATALINA.

¿Y no puedo yo saberlo?

DON FADRIQUE.

Entre tanto me ha pedido
Que lo que os ama os pondere.

DOÑA CATALINA.

¿Qué poco será!

DON FADRIQUE.

Os afirmo
Que os adora, y que esta noche
No habemos los dos dormido,
El su dicha exagerando,
Y yo sintiendo desvios.
Mucho os quiere.

DOÑA CATALINA.

Pagaráme

Un amor, anoche niño,
Y ya gigante; aunque temo
Engaños que profetizo.

DON DIEGO.

En efeto, ¿os enojáis?

DOÑA LUCÍA.

Pudiera haberme ofendido
De vos, hoy desazonado,
Y ayer tan bien entendido.
A no echar de ver, Don Diego,
Que hay discretos de camino,
Que traen hechos, como el gasto,
Las jornadas y los dichos.
Tan soberbia quedé anoche
De haberos hablado y visto.
Si no amante, poco ménos,
Puesto que ponderativo,
Que me juzqué por hermosa,
Y pensé (¿qué desatino!)
Desembarazar empleos
Pasados, por admitiros.
En casa entrastes despues,
Y hablándome inadvertido
Por mi hermana, confirmastes
Presunciones, que han salido
Falsas como mi esperanza;
Pero no me maravillo;
Que amor que fácil se engendra,
Fácil le borra el olvido.

Creí yo que del dolor
De cabeza fué motivo
Aquel trueco no pensado
Que á desazonaros vino,
Y que el amor, á quien llaman
De los imposibles hijo,
Con los estorbos presentes
Os confirmara por mio;
Y así por corresponderos,
Si aficionada al principio,
Desde allí ya firme amante,
Os di del alma el dominio.
Soñéas ausente esta noche,
Previéndolos á retiros.
Que en mi hermana desdeñosos,
Mi amor juzgó agradecidos.
Por desbaratar conciertos,
Os pintaba de camino;
Os preciaba por constante,
Y os lloraba por perdido.
Favores os hice en cuentas,
Que pudieran advertiros
Cuán á mi cuenta quedaba
El llamaros y escribiros.
Ni desto habeis hecho caso;
Ni leisteis en los libros
De los ojos, donde el alma
Sus misterios muestra escritos,
Lo que os remiti por ellos;
Con que quedais comprendido
Por idiota del amor,
Pues que no entendeis su estilo.
Volveis agora mudado,
Y ofendiéndos á vos mismo,
Si no grosero, coharde,
Rendis á vuestro enemigo
Las armas que os alentaban
(Las cuentas, Don Diego, digo,
En que os alcanza mi agravio
Antes de su finiquito):
En leyes de amor cortés,
Pensé yo que era delito
El hacer restitucion
De favores sin pedirlos.
¿Urbano ayer, hoy grosero?
¿Tan presto abrasado y tibio?
¿Competidor y sin celos,
Y á un tiempo amor con olvido?
No, Don Diego, andad con Dios;
Que á costa de mis suspiros,
Yo os sabré sacar del alma,
Donde quise introducirlos.

DON DIEGO. (Hablando recio.)

Los cargos están bien puestos,
Y aunque amenazan castigo,
Da esperanzas al culpado
La cara del juez benigno. (Ap. á ella.)
Bajad, señora, la voz

Que sospechosos testigos,
Si escuchan lo que tratamos,
Nuestro efeto han de impedirnos.
Vuestra hermana tiene celos,
Y pasando á los oídos
El alma, que toda es ojos,
Se desvela por oírnos.
Yo os daré satisfacciones.

DOÑA CATALINA.

Don Fadrique, os certifico
Que me dan notable pena
Estos secretos prolijos.
¿Qué puede decir Don Diego
A mi hermana en beneficio
De vuestro amor, que os importa
No saberlo yo?

DON FADRIQUE.

Es mi amigo,
Y sus celos satisface,
Y adorándos infinito,
Desacreditais su amor
Desa suerte.

DOÑA CATALINA.

No me fio
De Lucía.

DON FADRIQUE.

Fingid, pues,
Que divertida conmigo,
Hablamos en otra cosa,
Y apliquemos los sentidos
A lo que con ella trata:
Veréis que del laberinto
De sospechas amorosas
Quedais libre y sin peligro.

DOÑA LUCÍA.

(Hablando alto con Don Diego.)

Don Diego, yo formo agravios
Tan justos, que no hay padrinos
Que puedan satisfacerlos,
Mientras no los examino.

DON FADRIQUE.

¿Veislo?

DOÑA CATALINA.

No sé lo que veo.

DON DIEGO.

Si el amante que os he dicho,
Por vos renuncia palabras,
Y sepultando en su olvido
Memorias de otra belleza,
A vuestro amor reducido,
Os sirve, ¿perdonaréisle?

DOÑA LUCÍA.

Eso juzgadlo vos mismo,
Pues sabéis lo que le quiero.

DON FADRIQUE.

¿Estais contenta? Yo he sido
Dichoso, que en tal sazón
A Toledo haya venido
Amigo tan provechoso.
¿Qué dello le debo!

DOÑA LUCÍA.

Digo

Que extrañezas de mi hermana,
Con quien piensa que compito,
Ocasionaron mi enojo.
Y que por lo que os estimo,
Haré cuanto me ordeneis.

DON FADRIQUE.

Mirad si importante ha sido
El no hallaros vos presente.

DOÑA CATALINA.

Palabras con dos sentidos,
Mas engañan que aseguran.

DON FADRIQUE.

Terrible estais.

DON DIEGO.

Advertiros
En nombre de vuestro amante
Quiero..... (Ap. Mirad lo que afirmo.)

Que á pesar de inconvenientes,
Persecuciones, peligros,
Correspondencias, palabras,
Pleitos, lágrimas, suspiros;
Primeramente el mayor planeta
Dejará de dorar signos,
De haber fino amor sin celos,
Amante sin artificios,
Ingenios sin envidiosos,
Sin ingratos, beneficios,
Sin inquietudes, privanzas,
Y virtud sin enemigos;
Que os dé ocasión vuestro amante
A enojos, penas, desvíos,
Y obligándoos, no atropelle
Imposibles por serviros.

DOÑA LUCÍA.
Como eso se cumpla así.
Lo mismo, Don Diego, afirmo.

DON DIEGO.
Dadme esa mano á besar. (*Bésasela.*)

DOÑA CATALINA.
(*Llegando á Don Diego y Doña Lucía.*)
¿Mano? ¡Ay cielos! Comedido
Sois, señor, demasiado.
Dejad esos requisitos
A quien por vos interesa
Favores de amor propicio;
Que en mí tenéis mano y alma.

DOÑA LUCÍA.
Cierto que tus desatinos,
Hermana, me han de quitar
La paciencia y el juicio.

DON FADRIQUE.
Tan deudor, Don Diego, os quedo,
Que pienso ser un prodigio
De amistad con vos desde hoy.

(*A Doña Lucía.*)
En fin, luz de mis sentidos,
¿Quedamos los dos en paz?

DOÑA LUCÍA.
Don Diego me ha convencido,
Y si él cumple cual promete,
Y de sospechas me libero,
Yo cumpliré mi palabra.

DON FADRIQUE.
Eso es lo que solicito.
Bella Doña Catalina,
Examinad el testigo
De mi abono; que aunque es parte,
Por lo mismo es fidedigno.*
¿Qué aguardáis?

ESCENA VI.

ORDOÑEZ; QUESADA, *al fin.* — DICHOS.

ORDOÑEZ.
Aquí está el manto.

DOÑA CATALINA.
Vaya Don Diego conmigo;
Que no ha de quedarse en casa.

DOÑA LUCÍA.
Claro está, pues le remito
Mi derecho en esta parte,
Que ha de ir allá. Señor mío
Cumplid como prometeis.

DON DIEGO.
Ya yo comienzo á cumplirlo.

DOÑA LUCÍA.
Id con mi hermana.

DON DIEGO.
Ya voy,
Contento de ver que os sirvo.

DOÑA CATALINA.
Sin que tú se lo encomiendes,
Irás por mí.

DOÑA LUCÍA. (*A Don Diego.*)
¿Pues yo digo

Otra cosa? No quisiera
Que obligaciones de amigo
Puedan mas con vos....

DOÑA CATALINA.
Acaba.

QUESADA. (*Saliendo.*)
El coche.

DON DIEGO.
Lo dicho dicho.
(*Vanse Don Diego, Doña Catalina,
Don Fadrique y Quesada.*)

ESCENA VII.

DOÑA LUCÍA, ORDOÑEZ.

DOÑA LUCÍA.
Dame una basquiña y manto.

ORDOÑEZ.
¿Adónde vas?

DOÑA LUCÍA.
Desvarios
De amor suelen muchas veces
Lograr efectos benignos.
No digas que he estado fuera.

ORDOÑEZ.
Yo siempre tu gusto sigo.
Pero ¿has de ir sola?

DOÑA LUCÍA.
Y tapada.
Tráeme aquel contadorcillo....
Mas déjale; que no sabes
Dónde está lo que te pido:
Yo daré mejor con ello.
Ven, y ponte aquel vestido
Que ayer saqué.

ORDOÑEZ.
¿Pues por qué?

DOÑA LUCÍA.
Porque calles.
ORDOÑEZ.
¿Qué me has dicho?

DOÑA LUCÍA.
Nada; mas ven, y sabrás
Los secretos que te fio.

ORDOÑEZ.
Bien puedes, pues unos pechos
De mamar nos dieron. Sigo
Tu gusto y pasos.

DOÑA LUCÍA. (*Ap.*)
Amor,
A imposibles os animo.
Dios en señal desto os llaman:
Cumplid con vuestro apellido;
Que ó no seréis vos quien sois,
Ó será don Diego mío. (*Vanse.*)

—
Calle.

ESCENA VIII.

DON GARCÍA, DON LUIS.

DON GARCÍA.
La información mas clara
De su inocencia, es ver su honesta cara;
Que el rostro es sobrescrito
Tal vez de la virtud, tal del delito.
Con solo haberla hablado,
Pierdo sospechas. Compasión me han
Las lágrimas que llora. (*dado*)
¿Hay testimonio igual? ¡Pobre señora!

DON LUIS.
Si yo quién fué supiera
El alevé inventor desta quimera,
Mi vejez jubilada
El báculo trocará por la espada,
Y dejara escarmiento
Al mundo de tan vil atrevimiento.
No es rica mi sobrina;
Pero; noble y honrada!...

DON GARCÍA.

Desatina

La ociosidad viciosa
De juventud baldía y maliciosa;
Que ya gradúa el vicio
Por discreción el bárbaro ejercicio
De fiscales mirones.
Ya no se estiman las conversaciones
Que no desautorizan
Las honras, que sin causa satirizan,
Y en Doña Dorotea,
Quien no puede viciarla y la desea,
Cobrarán así venganza;
Que suele tirar piedras quien no alcanza,
Con que llegando arriba,
Ya que el fruto no goza, le derriba.
Ella es tal, os prometo,
Que obligó su presencia mi respeto;
Y si como dos hijas
Consuelo de mis canas son prolijas,
Algun varón tuviera,
No dudeis que al momento se le diera.

DON LUIS.
¡Mal haya la pobreza,
Que ofende la virtud en tal belleza!

DON GARCÍA.
Don Luis, esto es hecho:
Yo quedo asegurado y satisfecho.
No hay para qué se vea
Con Catalina Doña Dorotea;
Que cuerda mi Lucía,
De mi su honor como de padre fia.
Darále á don Fadrique
Esta noche la mano, aunque publique
Alguno mal nacido
Infames testimonios; y corrido
De que dél no haga cuenta,
Podrá juntar su envidia con su afrenta.

DON LUIS.
Guárdeos, señor, el cielo;
Que mi sobrina excusará el recelo
De engaño semejante,
Más advertida desde aquí adelante
Con escarmiento doble.
Colegios hay aquí de gente noble,
Adonde la pobreza
Conserva sin registros su entereza.
Mientras Dios determina
Darle otro estado, viva mi sobrina
Libre de lenguas vanas.
Honra desta ciudad son las Gaytanas:
Con ellas esta tarde
Se entrará Dorotea. Dios os guarde. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON GARCÍA.

¿Que así desacredite
El honor una lengua? ¡Oh qué convite
Hiciera yo á la fama,
Si pudiera comprar de quien la infama
Las lenguas maldicientes,
Destos cobardes, en quitar valientes
La opinión! ¡Oh qué plato,
Por mucho que costara, tan barato!
Mas no sé si tuviera
Vajillas para tantas, Talavera.

ESCENA X.

DOÑA LUCÍA, *cubierta con manto.* —
DON GARCÍA.

DOÑA LUCÍA.
Guardaos, Señor Don García,
De admitir falsas excusas,
De quien con damas intrusas
Engaña á Doña Lucía.
No es la Doña Dorotea
Que agora acabais de hablar,
La que os puede descuidar
De quien deshourar desea

Vuestra casa; que esa dama
Nunca ha cometido error
Que disminuya su honor,
Ni desopine su fama.
La equivocación del nombre
Es ocasión deste enredo:
Otra Dorotea en Toledo
(Porque la industria os asombre
De Don Fadrique) se queja
De palabras mal cumplidas
Y prendas aborrecidas,
Que villanamente deja
Quien ser vuestro yerno intenta.
Un hijo será testigo
De lo que en su ofensa digo,
A quien cauteloso afrenta.
A la dama que os habló,
Don Fadrique hizo creer
Que por ser sola y mujer,
Su honestidad desdoro
Un maldiciente envidioso,
Que amando á Doña Lucía,
Deste modo pretendía
Que no le llamase esposo;
Y que en fe desto, importaba
Satisfaceros á vos,
Desmitiendo de los dos
La infamia que publicaba.
¿ella que se vió ofendida,
Y sin culpa murmurada,
De su injuria provocada,
Y de engaños persuadida,
Vino hoy á desengañaros,
Y á daros satisfacción
De su manchada opinión.
Mas dejad de asegurarnos
De quien ama fementido,
Y deshonraros desea,
Porque de otra Dorotea
Es Don Fadrique marido,
Con un hijo de por medio.
No os quiero afirmar que yo
Soy esta á quien engañó;
Mas no habiendo otro remedio,
Presentaré ante el vicario
Una cédula que suya,
Sus embelecos destruya;
Y si fuere necesario,
Además destes papeles,
(Dáselos.)
Que despacio ver podeis,
Si su letra conoceis,
Testigos habrá que fieles
Volverán por mí justicia.
Sus firmas os den consejo;
Sed prudente, pues sois viejo,
Y guardaos de la malicia
De quien con trazas tan feas
Vuestro honor ofende así,
Como si no hubiera aquí
Otras muchas Doroteas.

ESCENA XI.

DON GARCÍA.

¿Hay semejante embeleco?
¿Que las Doroteas trocó
Fadrique? Medrara yo,
A no haber sabido el truco.
¿Jesus! No hay de quien fiarse.
¿Que un hombre tan bien nacido,
Tal cosa haya pretendido!
Miren, á no declararse
Este nunca visto enredo,
Qué bien medraba Lucía!
No sin causa lo temía.
Mocedades de Toledo
Ociosas, pocas son fieles.
¿Que las damas sustituya!
¿Jesus! Si la letra es suya,
Su proceso estos papeles,
Que le afrenten, han de ser.
Este dice: (Lee.) *Quien aguarda,*

*Mi bien, el plazo que tarda,
Si no es morir, ¡qué ha de hacer?
Deseo como el vivir
Trocar el nombre de amante
En esposo. ¡Hay semejante
Traición!*

ESCENA XII.

CRISTAL, *que trae unas cartas.*—

DON GARCÍA.

CRISTAL.

(Ap. Voy á confundir (1)
Al padre, á fe de Cristal (2).
Aquí está.) La estafetilla (3).
Me ha dado aquí una esportilla
De cartas. Pienso, y no mal.
Que esta viene para tí.
Del viejo debe de ser. (Dáseta.)
Mi amo ha de responder
Á las que le llevo aquí.
Nuevas vendrán de la corte,
De Cádiz y del inglés:
Lee, y responde despues;
Que allá me darás el porte. (Vase.)

ESCENA XIII.

DON GARCÍA.

«A Don Diego de Acebedo»
Dice. Los pliegos trocó.
(Llamando. ¡Hola!) Las cartas trocó.
¿Letra es de mujer! ¿Que puedo
Perder en ver qué le escribe?
¿Pliego aparte, y de mujer!
Porte, un real. Debe ser
De importancia; mas quien vive
En Madrid, con las frecuencias
De ocasiones y beldades,
¿Qué mucho que mocedades
Obligue á correspondencias?
¿Mas si estuviese casado
También, como estotro, allá?
La carta nos lo dirá. (La abre.)
¿Jesus! ¿lo que hoy ha pasado! (Lee.)
*Esposo mio: Ocho días
Me pedistes de licencia;
Ya van tres; y en vuestra ausencia
Crecen mis melancolias.
Las noches largas y frías,
Vos, mi bien, sin conversarlas,
¿Quién ha de poder pasarlas?
Quitad á los ocho días,
O si no, me tré tras vos;
Que es martirio el prolongarlas.
Juanico, para que os cuadre
La pena que nos desvela,
Cuando vuelve de la escuela,
Pregunta por señor padre:
Juzgad lo que hará su madre,
Si como al alma os desea.
Viuda estoy mientras no os vea;
O me matad, ó venid.
Adios.—Noviembre y Madrid.—
Vuestra Doña Dorotea.
¿No os deshagais de los yernos!
García, que habeis hallado!
El uno y otro casado,
Y con mis dos hijas tiernos!
¿Qué mas gentil prevención
Pudieramos escoger,
Para dar en qué entender
En casa á la inquisición?
Si es la amistad semejanza
De costumbres, bien lo prueban
Los dos, que bodas renuevan
A costa de su mudanza.
Mucho á los cielos les debo.
Si las cartas no trocara
El mozo, ¿bueno quedara!
¿Hay caso mas raro y nuevo?*

(Vuelve á mirar la carta.)

¿Buen principio! *Esposo mio*

(1) (2) (3) Suplidos.

Le llama, y que por su padre
Llora Juanico, la madre
Le escribe. ¿Hay tal desvario?
Dudando estoy si lo crea,
O si duermo y lo he soñado.
¿Oigan! No habia reparado
En la Doña Dorotea,
Con que se firma la dama.
Doña Dorotea, por Dios,
Dice. Las de acá son dos,
Y la de Madrid se llama
Del mismo modo! Hasta en esto
Se han querido parecer:
Nuevo uso debe de ser
El nombre que las han puesto.
Que como mujeres y hombres
Han dado en aqueste abuso,
Por andar todos al uso,
Mudarán hasta los nombres.
Ni el Fadrique ni el Don Diego
Entrarán mas en mi casa.
¿Jesus! ¿Jesus! ¿lo que pasa
En el mundo!

ESCENA XIV.

DON FADRIQUE, DON DIEGO, DOÑA
CATALINA, QUESADA, CRISTAL.

— DON GARCÍA.

DON FADRIQUE.

Fuése luego
Que con vuestro padre habló.

DOÑA CATALINA.

¿No nos pudiera esperar?

DON GARCÍA.

Hija, no hay qué averiguar;
Ya estoy satisfecho yo.
Reparte tres Doroteas
En Don Diego y Don Fadrique;
Que porque se multiplique
Castilla, si lo deseas,
Les han dado pareceres,
No muy á la ley de Dios,
Que tengan de dos en dos
Los hijos y las mujeres.

DON FADRIQUE.

¿Qué decis?

DON GARCÍA.

A vuestro ejemplo,
Los curas que hacer tendrán:
A los dos no os echarán
Por estériles del templo.

DON DIEGO.

No os entiendo.

DON GARCÍA.

Ese es el daño.
Acá esposo, allá marido...
¿Notable cosecha ha habido.
De Doroteas ogaño!

Ya no estimarán los que aman,
Lucías ni Catalinas,
Si hasta el nombre peregrinas,
Doroteas no se llaman.
Alientados sois, por Dios,
Pues cuando el de mas fortuna
No se atreve á sufrir una,
Las buscáis de dos en dos.

DOÑA CATALINA.

Señor, ¿has perdido el seso?

DON GARCÍA.

No, hija; pero he perdido
Dos yernos yo, tú un marido.
Agradece este suceso
Al cielo, y no te desvelas
En quien tu infamia desea.
Don Diego esta carta lea,
Y todos estos papeles. (Dáselos.)
Don Fadrique; que por ellos
De su insulto convencidos,
Sabrán, aunque bien nacidos,
En qué estima be de tenellos.

DON FADRIQUE.
¡Qué es esto, cielos!
DON GARCÍA.
Fingid
Asombros de lo que os pasa,
Mientras vos dejais mi casa,
Y os volveis vos á Madrid. (A Quesada.)
Daca el coche. Id á la madre
(A Don Diego.)
De Juanico, ó á su abuela;
Que en viniendo de la escuela,
Pregunta por señor padre.
Vamos.

DOÑA CATALINA.
¿Qué es esto, cuidados?

DON GARCÍA.
¡Jesus mil veces! ¡Jesus!
Como cartas del Peru,
Matrimonios duplicados.
(Vanse Don García, Doña Catalina y Quesada.)

ESCENA XV.

DON FADRIQUE Y DON DIEGO, mirándose atónitos; CRISTAL.

DON FADRIQUE.
¡Don Diego! ¿qué decis de esto?

DON DIEGO.
Yo no sé qué carta sea
Esta, ni qué Dorotea
La que del lodo me ha puesto.

DON FADRIQUE.
¿Dorotea á vos?

DON DIEGO.
Ansi
Lo certifica esta firma;
Pero por mas que lo afirma,
No es la carta para mi.

DON FADRIQUE.
¿De adónde viene la fecha?

DON DIEGO.
De Madrid.

DON FADRIQUE.
¿Luego tambien
Hay Dorotea, á quien bien
Quereis?

DON DIEGO.
En esa sospecha
Me ponen con Don García.
Ved vuestros papeles vos.
DON FADRIQUE.
Don Diego, estos, vive Dios,
Que son de Doña Lucía,
Que la escribi, cuando amante
La empezaba á pretender.

DON DIEGO.
¿A qué os los puede volver?

DON FADRIQUE.
Yo ¿sélo?

DON DIEGO.
Haceos ignorante.
DON FADRIQUE.
Burlaos vos de mí, que estoy
Sin juicio. A averiguallo
Los sigo.

DON DIEGO.
Yo admiro y callo.
Pero andad; que luego voy.
(Vase Don Fadrique.)

ESCENA XVI.

DON DIEGO, CRISTAL.

CRISTAL.
¿Qué te parece?

DON DIEGO.
Que fué

Como mi amor lo desea.
Mas ¿qué Doña Dorotea
Es esta?

CRISTAL.
La que topé
Primero en el pensamiento.
DON DIEGO.
Principio has dado á mil cosas,
Si extrañas, dificultosas.

CRISTAL.
Tengo bravo entendimiento.

DON DIEGO.
Veamos qué determina
El viejo.

CRISTAL.
Con lo inventado
¿Qué ha de hacer? Ya te he librado
De la Doña Catalina.

DON DIEGO.
Agora te he de reñir,
Porque las cartas trocaste.

CRISTAL.
No haya mojicon.

DON DIEGO.
Mostraste
Tu ingenio.

CRISTAL.
¿No sé escribir
Discretamente á lo damo?

DON DIEGO.
Eres sutil y leal.

CRISTAL.
Soy claro como el cristal,
Y en trampas imito á mi amo.

DON DIEGO.
¿A quién habrá que no asombre
Este enredo?

CRISTAL.
Por bien sea.

DON DIEGO.
¿Que firmases Dorotea!

CRISTAL.
No hallé á la mano otro nombre. (Vanse.)

Sala en casa de Don García.

ESCENA XVII.

DON GARCÍA, DOÑA CATALINA Y DOÑA LUCÍA, sin mantos.

DON GARCÍA.
No hay acordarnos mas dellos,
Que si estuvieran en Indias;
Vuestra hermosura y hacienda
Os darán maridos, hijas.
Démosle gracias á Dios,
Que con tiempo nos avisa
Para remediar engaños,
De embelecitos y mentiras
Haced cuenta que fué sueño.

DOÑA LUCÍA.
Yo, señor, muy bien sabia
Que no era bueno del todo
El Don Fadrique.
(Llora Doña Catalina.)

DON GARCÍA.
Lucía,
Cuanto te he dicho es verdad.
Yo vi ternezas escritas
A la Doña Dorotea,
De quien esotra es enigma.
La primera, te prometo
Que honesta como sentida,
Pudiera mover los broncees
Con las perlas que vertía.
¿Qué hermosa, y qué bien hablada!
La segunda, aunque á la vista
Negó registros el manto,

No era ménos entendida,
Pero mas determinada,
Porque en fe de su justicia,
Dijo que se iba al Vicario.

DOÑA LUCÍA.
No la tengo mucha envidia;
Pero que tambien Don Diego,
Casado en Madrid, desdiga
De quién es, y dese modo
Ofenda su sangre limpia,
Esto es lo que mas me espanta;
Que, en fin, Fadrique podia
Enamorado intentar
Cosas de su fama indignas
(Que en efeto amor es ciego);
¡Pero estotro que camina,
Sin haber visto á mi hermana,
No mas que por la codicia
Del mayorazgo que ofrece...!
No sé, señor, qué me diga.

DON GARCÍA.
Ya la hacienda puede mas
Que el amor. No es maravilla
Que estando el mundo tan viejo,
Sea su Dios la avaricia.
¿Lloras, Catalina?

DOÑA CATALINA.
Lloro
Mis agravios y desdichas,
Porque amor que entró por fuego,
Mi pena en agua despidió.
¿Qué he de hacer, si le adoraba?

DON GARCÍA.
Haz cuenta que de la vida,
El día del desposorio,
En tu presencia le privan,
Y consuélate como otras,
Que con bodas sucesivas,
En lo exterior lastimadas,
De dentro se regocijan.
Aun no le diste la mano:
Vaya con Dios. ¿Qué nos quita?

DOÑA CATALINA.
La libertad que me lleva.

DON GARCÍA.
No hayas miedo que le siga:
Ella se volverá á casa.

DOÑA LUCÍA.
¿Y que la carta decia
Que era Don Diego su esposo?

DON GARCÍA.
Con un Juanico, que anima
Su vuelta, y por señor padre
A la cena y la comida
Pregunta, y llora.

DOÑA LUCÍA.
¿Y la letra

De mujer?
DON GARCÍA.
Lo parecia,
Aunque ya los caballeros
La hacen tan mala en Castilla,
Que en esto como en los trajes,
Parece que se afeminan.

DOÑA LUCÍA.
¿Y se firmó Dorotea?
DON GARCÍA.
Lo que mas me desatina
Es eso, y que un mismo nombre
En tres damas nos persiga.

DOÑA LUCÍA.
Debe estar el mundo lleno
De Doroteas.

DON GARCÍA.
La firma
Repasé dos ó tres veces,
Y siempre la hallé la misma.
DOÑA LUCÍA.
¿Y no se turbó Don Diego

DON GARCÍA.
Volvéos, Don Diego, á la corte,
Donde engaños se acercan;
Que no corre por acá
Moneda con tanta liga:
Y no engañéis mas mujeres;
Que hay tribunal en Castilla.
Que á los maridos de á dos
En tablados saca á vistas.

DOÑA CATALINA.
Ya sabe enjugar los ojos
La venganza, que ofendida,
Lo que en lágrimas primero,
Convierte tal vez en risa.
Mucho la corte le debe
A quien tan bien la acredita.
A con Dios; que acá dejais
Azañas que el vulgo escriba.

ORDOÑEZ.
Cuanto pude hice por él:
Señor Don Diego, no diga
Que por mi culpa perdio
El bien que se le desliza;
Mas esto de dos mujeres,
Ya ve lo que pronostica.
Si hay obispos matrimonios,
Librele Dios de una mitra.

DOÑA LUCÍA.
Perdone vuesa merced,
Si me opuse presumida
A la cátedra de esposa.
Creuyendo que era de prima:
Que yo, habiendo otra primero,
No pretendo la de visperas.
Vuélvase presto, no pasen
Del plazo los ocho días.

ESCENA XXI.

DON DIEGO, CRISTAL.

CRISTAL.
¿Qué habemos de hacer agora?

DON DIEGO.
Pedir á mi suerte albricias.
Pues el cielo me ha librado
Hoy de Doña Catalina.
Yo satisfaré á su hermana,
Que celosa y ofendida
Da crédito á estos engaños.

CRISTAL.
Mucho harás si la apacignas.

DON DIEGO.
Todo lo alcanza el ingenio.

CRISTAL.
Si, como dicen, obispos,
Duplicando matrimonios,
Dame una capellania.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA, DOÑA LUCÍA, DOÑA CATALINA.

DON GARCÍA.
¿Agora sales con eso?
¿Qué es esto, Doña Lucía?

DOÑA LUCÍA.
Pues ¿por dilatarse un día...?

DON GARCÍA.
Fú acabarás con mi seso.

DOÑA CATALINA.
Desde anoche no quedamos
Que hoy habiades de hacer
Las escrituras?

DOÑA LUCÍA.
Querér,

Señores (si no miramos
Este negocio con tiento),
Atropellar con mi gusto,
Es caso recio.

DON GARCÍA.
¿Y es justo
Que como veleta al viento,
Nos traigas de día en día,
Con: «Ya quiero, ya no quiero?»

DOÑA CATALINA.
¿Es Fadrique caballero
Digno de que use Lucía
Ese término con él?

DOÑA LUCÍA.
¿Pues á ti te da eso pena?
¿Qué quieres? yo no estoy buena.

DON GARCÍA.
¿Qué tienes?

DOÑA LUCÍA.
Tengo un cruel
Dolor de cabeza. ¡Ay Dios!
Parece que entrambas sienas
Se me parten.

DON GARCÍA.
Di que tienes
Gusto que andemos los dos
Sin sosiego ni sentido,
Sufriendo tus dilaciones.

DOÑA LUCÍA.
¿Ciérranse hoy las velaciones?
¡Jesus! ¡Jesus! qué ruido
Tan grande! Matóme anoche
El sereno.

DOÑA CATALINA.
¿Fingimiento

Donoso!
DOÑA LUCÍA.

Aquí dentro siento
Las ruedas todas de un coche. —
Ya parece que se alivia.
Madre de Dios, del Sagrario! —
Esto ha de ser voluntario:
Si ya tu pretension tibía
Ni te da celos ni pena,
Si quise á Don Diego ó no,
¿No se fué, no se ausentó?
Casaréme, si estoy buena,
Cuando Dios fuere servido,
Porque esto del desposorio
No es término perentorio.
¿Válgame Dios! qué zumbido
Me ha dado en aquesta oreja!
(Señalando la izquierda.)

Alguien dice mal de mí.

DON GARCÍA.
Hija, no es bien que por ti
Forme Don Fadrique queja.
A buscar fué el escribano:
Aunque excusarlo procura,
Se han de hacer las escrituras
Hoy, y aun le has de dar la mano.
Sus deudos ha convidado:
A buscar tu esposo voy.
Apercíbete; que hoy
Tienes de tomar estado.

(Vase.)

ESCENA II.

DOÑA LUCÍA, DOÑA CATALINA.

DOÑA LUCÍA.
Como esto no se ha de hacer
Sin mí, ¿qué importan convites,
Ni que tú los solicites?
Hermana, yo no he de ser
Novia, mientras no tuviere
Salud y gusto.

DOÑA CATALINA.
El Don Diego
Martiriza tu sosiego.

DOÑA LUCÍA.

Seáse lo que se fuere,
El camina á Madrid ya.
Si no ha de casar contigo,
¿Qué me quieres?

DOÑA CATALINA.
Yo te digo
Que se lleva, aunque se va,
Lo mejor de tus deseos.

DOÑA LUCÍA.
¿Es verdad! Piensa el ladrón
Que como él los demas son.

DOÑA CATALINA.
¿Qué sirve andar por rodeos?
Dieras tú por traslormarte
En la ausente Dorotea....

DOÑA LUCÍA.
¿Diera? ¿Y cómo! Lo des a
Mi enojo por solo darte
Un rato de pesadumbre;
Que gusto hacerte rabiar;
Que en lo demas no hay que hablar.

DOÑA CATALINA.
Ya lo tienes de costumbre.
Mas si libre del estás,
¿Por qué á Fadrique maltratas,
Y su esperanza dilatas?

DOÑA LUCÍA.
Por treinta cosos y más.
Porque primero ha de entrarse
Monja, como ha prometido,
La Dorotea que ha sido
Ocasión de resfriarse
Mi amor, ya sin coyuntura.

DOÑA CATALINA.
Las Gaytanas no reciben
Seglares, que inquietas viven,
Con ellas.

DOÑA LUCÍA.
¿Pues por ventura
Faltan colegios aquí,
Donde viva con decencia?
San Juan de la Penitencia,
San Torcaz, ¿no están ahí?
La Reina, la Vida Pobre,
Sin otros que no me acuerdo.

DOÑA CATALINA.
Y si ha mudado de acuerdo,
Y quiere pasar la pobre
Libre, ya que desdénada,
¿Hasla tú de cautivar
Por fuerza?

DOÑA LUCÍA.
O no me casar:
Esto es cosa averiguada.

DOÑA CATALINA.
¿Bueno es eso!

DOÑA LUCÍA.
¿Qué! ¿quisiera
El Don Fadrique tener
Dama allá, y acá mujer?
¿Una en casa, y otra fuera?
¿Malos años!

DOÑA CATALINA.
¿Dejará,
Si se aman, por encerrarla,
De servirla y visitarla?

DOÑA LUCÍA.
Por lo ménos estará
Donde yo sepa si á verla
Acude, y pueda impedir
Sospechas. Yo he de salir
Con esto; no ha de esconderla
Donde me ocasione celos.
Enciérrrese ó tome estado;
Habrásle ya tú casado,
Y tendrán fin tus desvelos.

DOÑA CATALINA.
¿Pues dependen de mis bodas

Las tuyas?

DOÑA LUCÍA.

Eres mayor,

Y el vulgo murmurador
Dirá, si no te acomodas
Primero, cosas de mi
Indecentes. No me arguya

La gente: por vida tuya
Que me dejes. No te di
Comision para casarme;
Padre tengo, libre soy.
¡Ay Jesus! perdida estoy:
El dolor ha vuelto á darme.
Si gustas que se me aumente,
Persigueme, dame enojos.
¡Jesus!

DOÑA CATALINA.

¿Qué sientes?

DOÑA LUCÍA.

Los ojos

Se me saltan de la frente.

DOÑA CATALINA.

¡Ojalá lo hubieran hecho
Antes que á Don Diego vieran;
Que así, ni agravios me hicieran,
Ni alborotaran mi pecho!

DOÑA LUCÍA.

Dios te lo pague.

DOÑA CATALINA.

Le adoras.

DOÑA LUCÍA.

¡Bueno es que en tales desvelos,
Sin amante, tengas celos!

DOÑA CATALINA.

Sin él ó no, en breves horas
Será Fadrique tu esposo,
O se casará conmigo.

DOÑA LUCÍA.

¿Con quién?

DOÑA CATALINA.

La verdad te digo.

DOÑA LUCÍA.

¡Medrado saldrá!

DOÑA CATALINA.

Y dichoso.

DOÑA LUCÍA.

Hombre que me quiso á mí,
¿Había de dar tal baja?

DOÑA CATALINA.

¿Hácesme mucha ventaja?

DOÑA LUCÍA.

Ya lo ves.

DOÑA CATALINA.

¿Qué frenesí!

DOÑA LUCÍA.

Don Diego te lo dirá,
Que al momento que te vió,
Mal de corazón le dió,
Y nunca volviera acá,
Si á pretenderme no fuera.

DOÑA CATALINA.

Saliera la pretension
Muy digna de su eleccion.

DOÑA LUCÍA.

Trátale mal.

DOÑA CATALINA.

Bien pudiera.

Pues que casado, procura
En Toledo otra mujer.

DOÑA LUCÍA.

En eso echarás de ver
La fuerza de mi hermosura.

DOÑA CATALINA.

Hechizas de puro bella:
Ya de que te duela tanto
La cabeza no me espanto;
Que tu mal todo está en ella.

Yo procuraré sanarte

Con desprecios vengativos;
Celos serán defensivos,
Que presto pienso aplicarte.

Don Fadrique me ofreció
Ayer mejorar empleos
En mí, mudando deseos;
No quise admitirlos yo,
Porque mas considerada
Que tú, te guardé respeto.

DOÑA LUCÍA.

Todo lo feo es discreto.
Siempre pecaste de honrada.

DOÑA CATALINA.

Mi mayorazgo ha de ser
El que me ha de hacer su esposa.

DOÑA LUCÍA.

Segun eres poco hermosa,
Todo lo habrás menester.
La cabeza se me parte.
Véte con Dios; dejámé.

DOÑA CATALINA. (Ap.)

¡Presumida! Yo te haré
Que vengas presto á humillarte. (Vase.)

ESCENA III.

DOÑA LUCÍA.

Dió el alma á Don Diego entrada,
Donde ciega le admiti:
Fué, y cerrando tras sí,
Quedóseme en la posada.
El ausente, y yo burlada,
¿Cómo podrá despedirse
El que para introducirse
Por dueño, supo encerrarse,
En cerrando irse y quedarse,
Y con quedarse, partirse?
Si está en la corte casado
Y ya para mí murió.
¿Qué pretende; triste yo!
Mí ya imposible cuidado?
Si muerto se me ha quedado
En el alma, ¿qué he de hacer?
Cuatro hombres ha menester
Un muerto para sacalle
De casa; ¿podré yo echalle,
Sin fuerzas, sola y mujer?
No, amor: Fadrique esté cierto
Que á su desden (1) me apercibo,
Y que le aborrezco á él vivo,
Por Don Diego que amo muerto.
Téngale el alma encubierto,
Y rescúte en su centro
Su memoria, en cuyo encuentro
La voluntad salga á verle:
Que no temeré el perderle,
Si le amo puertas adentro.

ESCENA IV.

CRISTAL.—DOÑA LUCÍA.

CRISTAL.

Ce, celebrada celosa.

DOÑA LUCÍA.

¡Cristal! ¿tú aquí?

CRISTAL.

Por la gracia

De Dios.

DOÑA LUCÍA.

¿No se fué Don Diego?

CRISTAL.

¿Dónde quieres que se vaya,
Si eres corma de su amor,
De sus pensamientos maza,
De sus gustos guindaleta,
De sus libertades trampa,
De su voluntad mancoetas,
De sus pensamientos trabas,

(1) A desdenarle.

Garabato de su vida,
Y agarracion de su alma?

DOÑA LUCÍA.

¿Yo, Cristal?

CRISTAL.

No, sino el cura.

DOÑA LUCÍA.

¿Linda cosa!

CRISTAL.

Delicada.

DOÑA LUCÍA.

¿Y la Doña Dorotea?

CRISTAL.

Dióte linda dorotada.
Todo ha sido chilindrina.
¿Está la vejez en casa?
¿Hay fadricacion que escuche?
¿Puede atisbarnos tu hermana?

DOÑA LUCÍA.

Ausentes están los dos,
Y esotra en aquella cuadra.
Para introducir olvidos,
Desposarme agora traza.

CRISTAL.

Con mi señor, uorabuena.

DOÑA LUCÍA.

Si los de Madrid se casan,
A fuer de Constantinopla,
Con dos, bien puede.

CRISTAL.

Que es chanza.

DOÑA LUCÍA.

La que agora traces de nuevo,
No saliera, Cristal, mala,
A ser boba quien la escucha;
Pero Don Diego se parta
A enjugar de su Juanico
Lagrimitas, que le llama
Cuando viene de la escuela;
Y si el término se pasa
De los tales ocho dias,
Habrá quejas desmayadas,
Con lágrimas doroteas,
Que le rasguen las entrañas.

CRISTAL.

¿Qué Doroteas ni Elviras?

DOÑA LUCÍA.

¿Eso niegas?

CRISTAL.

¿Toledana,

Y tan crédula? ¡Jesus!

DOÑA LUCÍA.

¿Desmentirás tú una carta
Con mil ternezas de porte,
Mil regalos de palabras,
Mil conjuros de deseos,
Y mil hipóboles de ansias?

CRISTAL.

¿Leyóla vuesa merced?

DOÑA LUCÍA.

No, mas mi padre. ¿No hasta?

CRISTAL.

Pues tome, pase los ojos
Por ella, mientras se pasa
Esa avenida de celos.

(Dáscela.)

DOÑA LUCÍA.

¿Yo para qué?

CRISTAL.

Para darla

Dos docenas de picones.
Y despues dellos, la vaya.

DOÑA LUCÍA.

Mala letra.

CRISTAL.

Pestilente;

Mas por Dios que es la escribana
Un cristal.

DOÑA LUCÍA.
¿Niégolo yo?
CRISTAL.
Y aun reniega. ¿No está brava?
DOÑA LUCÍA.
Es el primer epíteto
(Lee.) *Esposo mio*, y no gasta
Mucha crítica agudeza.
CRISTAL.
Requebración fué lacaya.
Mas venga acá: ¿qué diría
Si calzase la tal dama
Los doce puntos presentes.
(Muestra el pie.)
Y se afeitase estas barbas?
DOÑA LUCÍA.
Cristal, no estoy para burlas.
CRISTAL.
Ni yo vengo para gracias;
Pero démelas agora
Porque llené aquea plana
Por orden de su Don Diego,
Que inventando garrambainas,
De la Doña Catalina
Con esta burla se escapa.
DOÑA LUCÍA.
¿Luego allá no tiene esposa?
CRISTAL.
Una deja concertada
Para cuando de ti enviude,
Con condición que la para
Una condesa este mes,
Que habrá condesas preñadas,
Segun dice el repertorio.
DOÑA LUCÍA.
Para disparates bastan,
Cristal; hablemos de veras.
Dorotea ¿no es la dama
Que le escribe y es su esposa?
CRISTAL.
Una, y esa toledana,
Sé que aquí se dorotee;
Que en Madrid, ni en su comarca,
Dudo yo que haya otra alguna.
Juzgué por extraordinaria
La aplicación dese nombre,
Digna que desharatara
Conciertos casamenteros.
Y encajésele á la carta:
Que fué acertar sin querer.
DOÑA LUCÍA.
Y el Juanico?
CRISTAL.
Si te casas
Con mi dueño y le parieres,
Al medio año dirá: «taita.»
DOÑA LUCÍA.
En fin, ¿que tú la escribiste?
CRISTAL.
A las puertas del alcázar
Y de la iglesia en Sevilla,
Andaluzas cortesanas
Me enseñaron esa nota,
Y á tres cuartos me pagaban,
Alcabuete por escrito,
Necedades ponderadas.
DOÑA LUCÍA.
¿Y si eso fuese mentira?
CRISTAL.
¡Vive Dios, que eres extraña!
¡Hay mas que aquí en tu presencia
Escriba otra?
DOÑA LUCÍA.
¡Buena traza!
CRISTAL.
Pues espera; que aquí viene
Munición atramentaria:

Sacaráte desas dudas
Su ingeniosa semejanza. (Escribe.)
DOÑA LUCÍA. (Ap.)
Amor, sed vos el Santelmo
Que á aclarar nublados salga
De mis celosas sospechas;
Que si las desemmaraña,
Y es Don Diego esposo mio,
Contra quien tramposo os llama,
Seré enemiga perpetua,
Erigiéndos mi fe estatuas.
CRISTAL.
¿Es esta una letra misma?
(Presentando á Doña Lucía el papel que
ha escrito y la carta.)
DOÑA LUCÍA.
No sé yo diferenciarlas;
¿Mas quién me asegurará,
Cristal, que esa sea la carta
Que trajeron de Madrid,
O otra con que me engañas?
CRISTAL.
Enséñasela á tu padre.
DOÑA LUCÍA.
No dices mal. Muestra.
CRISTAL.
Aguarda;
Que ha de sernos de provecho.
DOÑA LUCÍA.
¿Qué quieres hacer?
CRISTAL.
Cerrarla.
DOÑA LUCÍA.
¿A qué efecto?
CRISTAL.
Ello dirá.
DOÑA LUCÍA.
Mi padre, y con él mi hermana,
Son estos.
CRISTAL.
No te alborotes.
DOÑA LUCÍA.
¿Qué dirán si aquí te hallan?
CRISTAL.
Digan lo que Dios quisiere;
Que si tú á Don Diego amas,
Ingenio tengo....
DOÑA LUCÍA.
Le adoro.
CRISTAL.
Pues con eso, escucha y calla.

ESCENA V.

DON GARCÍA, DOÑA CATALINA. —
DOÑA LUCÍA, CRISTAL.
DON GARCÍA.
(Hablando con Doña Catalina al salir.)
Que esté mala ó esté buena,
Hoy tiene de desposarse.
DOÑA CATALINA.
No hay quien pueda averiguarse
Con ella.
DON GARCÍA.
No te dé pena;
Que yo sé lo que apetece,
Como todas las demas.
CRISTAL. (Ap. á Doña Lucía.)
No hayas miedo.
DON GARCÍA.
Tu verás
Cuán aprisa convalece
Del dolor, si llega á ver
A su esposo, Catalina;
Que una hoda es medicina
Que sana á toda mujer. — (A Cristal.)
¿Qué haceis vos aquí?

CRISTAL.
Señor,
¿Qué ha de hacer un despedido?
Hase á la corte partido
Don Diego, y pagó el amor
Con que siempre le serví,
En coces, que de contado
Me dió, á trece por ducado,
Por la carta que te di;
Hinchéndome de ladron,
Y hundiendo la casa á voces;
Que hay ya moneda de coces,
Peor que la de vellon.
Si tuviera para un carro,
Buscara allá mi remedio;
Mas doce leguas en medio,
Sin blanca, y pisando harro,
Téngolo por desatino.
DOÑA CATALINA.
¿Qué, en fin, ya se fué Don Diego?
CRISTAL.
Una posta buscó luego
Por abreviar el camino.
DOÑA CATALINA.
Tal prisa le deben dar
Juanico y la Dorotea.
CRISTAL.
Sí hará; mas cuando la vea,
Váyala el turco á arrendar
La ganancia.
DOÑA LUCÍA.
¿Cómo así?
¿No la lleva muchas cosas
De las que hay acá curiosas?
CRISTAL.
Y todas de carmesí.
Dos gruesas de mojoncos
Y cuatro de puntillazos,
Porque commute en porrazos
Medias, mantos y gurbiones.
DON GARCÍA.
Allá se lo hayan. ¿Cómo
Te sientes tú?
DOÑA LUCÍA.
Algo mejor.
DON GARCÍA.
¿Aliviósete el dolor?
DOÑA LUCÍA.
Ansí, ansí. Un quintal de plomo
Parece que me han quitado
De la cabeza. — Este oído
Me hace extraño ruido.
DON GARCÍA.
El sereno lo ha causado.
No será nada. Lucía,
A toda tu parentela
He convidado. Recela
Fadrique, si deste día
Pasa el ser esposo tuyo,
Que no le tienes amor;
Pues que te sientes mejor,
Y con casarte concluyo
De dos cuidados el uno,
No me des vejez cansada.
DOÑA LUCÍA.
¿Yo, señor? Si á ti te agrada,
En buen hora.
DON GARCÍA.
No hay ninguno
En Toledo, que no alabe
La elección que habemos hecho.
DOÑA LUCÍA.
Basta estar tú satisfecho.
Quisiera yo (Dios lo sabe)
Hallarme con mas sazón,
Sin el dolor de cabeza
Que ocasiona mi tristeza,
Y me aprieta el corazón;
Que en lo demas, él merece
Voluntad tanta....

De vuestro amor igualmente,
Pues con el deudo presente
Nueva ventura adquirimos.

DON PEDRO.

Y nuestro primo el valor
Que de tal padre consigue,
En retorno de su amor.

DON FADRIQUE.

Para que el gusto mitigue
De tanto bien el temor
Deste azar, el cielo ordena
Que mi esposa no esté buena.
¡En todo soy desgraciado! —
¿Qué es, señor, lo que le ha dado?

DON GARCÍA.

No tengais, Fadrique, pena;
Que el achaque no es mortal.

DOÑA CATALINA.

Melindre y delicadeza
De damas nunca hacen mal.

DON GARCÍA.

Dió en lavarse la cabeza
Anoche, y el tiempo es tal,
Que con ménos ocasion
He visto yo ensordecir
Otras de mas complexion;
Pero en saliéndos á ver,
La vergüenza y turbacion
De admitiros por su esposo,
Todo accidente achacoso,
Vendrá á reducir á gusto;
Que tal vez un grande susto
Sana el mal mas peligroso.
Catalina, entra por ella.

ESCENA X.

QUESADA. — DICHOS.

QUESADA.

¿Hay lástima semejante?
Perdone por hoy su amante.

DON GARCÍA.

¿Qué es eso?

QUESADA.

¡Pobre doncella!

DOÑA CATALINA.

¿Con qué salís vos agora?

QUESADA.

¿Con qué tengo de salir?
¿Es poco mal el no oír?
Pues sorda está mi señora.
Trújela agora un recado
De parte de Doña Ines,
La de Santa Fe, y despues
De haberme desvenecjado
A voces, que ronco estoy,
No ha sido posible oílo
Mas que por el colodrillo.

DON GARCÍA.

¡Válgame el cielo!

DON FADRIQUE.

Yo soy

En todo poco dichoso.

DOÑA CATALINA. (Ap. con su padre.)

Señor, todo esto es fingido;
Ya ves lo que ha resistido
El admitir por esposo,
Despues que vino Don Diego,
A Don Fadrique.

DON GARCÍA.

No sé

Si es eso, ó no; mas yo haré,
Si á determinarme llego,
Que le cueste la sordéz.
Mas de lo que ella imagina.
Quédate aquí, Catalina.
¿Que al cabo de mi vejez
Una rapaza me trate
Esta suerte! ¡Vive Dios,

Si no se casan los dos.
Que he de hacer un disparate!
(Vanse Don García y Quesada.)

DOÑA CATALINA.

Si vos la queréis sanar,
Fadrique, deste accidente,
Fingid, cuando esté presente,
Que os venís á desposar
Conmigo, porque en desvelos
Os pague desprecios tantos,
Y vereis que sin ser santos,
Saben sanar sordos celos.

ESCENA XI.

DON GARCÍA, DOÑA LUCÍA, QUESADA. — DICHOS.

DOÑA LUCÍA. (Hablando siempre muy recio y desentonadamente, como sorda.)

¿Tengo yo de ir contra Dios?

¡Haga lo que él se sirviere!
Si Don Fadrique me quiere
Así, démonos los dos
Las manos: que yo no falto
A lo que tengo ofrecido.

DON GARCÍA.

Eso es lo que yo te pido.

DOÑA LUCÍA. (Con la mano á la oreja.)
No entiendo: hablenme mas alto.

DON GARCÍA.

Ella ensordecíó de veras.

¿Vióse desdicha mayor?

DOÑA CATALINA. (Ap á su padre.)

Persuádete, señor,
Que estas todas son quimeras
Con que el casarse dilata.

DON GARCÍA.

Eso ¿cómo puede ser,
Si me jura obedecer?
Y darle la mano trata?

DOÑA CATALINA.

¿Lo promete?

DON GARCÍA.

Y sale á eso.

DOÑA CATALINA.

Alto; desposarlos puedes.

DOÑA LUCÍA.

Dios guarde á vuestras mercedes
Hice esta noche un exceso,
Que á la cara me ha salido.

DON PEDRO.

Mejor dijera que en ella
Sale el sol y el alba bella.

DON ANTONIO.

Vos, primo, habeis escogido
Tan á mi satisfaccion,
Que envidiaros desde hoy puedo.

DON PEDRO.

Ni hay mas belleza en Toledo,
Ni perdais esta ocasion;
Que sorda, Fadrique, vale
Mas que cuanto España cria.

DON FADRIQUE.

Estimo la suerte mia,
Puesto que cara me sale
Con tan cruel accidente.

DON ANTONIO.

Sanará, no hay que dudar;
Que no es difícil curar
La sordéz cuando es reciente.

DON PEDRO.

Habladla.

DON FADRIQUE.

Si no ha de oírme,
¿De qué servirá cansarla?

DON ANTONIO.

Por señas podréis mostrarla
Vuestro amor.

DON FADRIQUE.

¿Que á perseguirme
Llegue mi desdicha así!

DON GARCÍA.

No es sorda del todo, alzá
La voz.

DON FADRIQUE. (Hablando recio.)

No hay prosperidad
Cumplida, señora, en mí,
Ni del amor supe yo
Que ensordeciese su fuego:
Siempre le pintaron ciego,
Pero sin oídos no.
Mal mi fe satisfaceréis,
Pues cerrándos las orejas,
Si nunca escuchais mis quejas,
¿Cómo las remediareis?
Yo solo he de padecer
Este mal.

DOÑA LUCÍA.

Estaba fria,
Y pasada la lejía.
No sabe Ordoñez hacer
Cosa perfeta: es terrible.

QUESADA. (Ap.)

Adjetivad para peras.

DON FADRIQUE.

Siempre el amor que es de veras,
Se aumenta con lo imposible.
No os congoje esa desgracia,
Mi bien: que mas así os precio.

DOÑA LUCÍA.

No entiendo, hablenme mas recio.

DON ANTONIO.

¿Hay sorda con mayor gracia?

DON FADRIQUE.

Digo que mi fe no duda,
Aunque os tiene compasion,
De amaros.

DOÑA LUCÍA.

Mejores son
Unos cogollos de ruda,
Y aceite de manzanilla.

DON GARCÍA. (A ella.)

No es eso de lo que trata.

DOÑA LUCÍA.

¡Jesus! ¿Yo? ¿De hoja de lata?
No ha de ser la trompetilla
Sino de plata muy fina.

QUESADA.

A esotra puerta.

DOÑA CATALINA.

Dejemos,
Hermana, vanos extremos.

DOÑA LUCÍA.

Si contigo, Catalina,
Casar Don Fadrique ordena,
Viéndome de aqueste modo,
Sirvase el cielo con todo.

DON GARCÍA.

Eso es lo que la da pena.

DOÑA LUCÍA.

Pero acrecentarme enojos,
Agravándome los dos.....
Ya lo ven, hizolo Dios.
¿Qué he de hacer?

(Llora.)

DON FADRIQUE.

¡Ay bellos ojos!

No me mateis mas de amores;
Que sin munición de perlas,
Me abrasais, y con perderlas,
Desperdiciáis sus valores.—
Yo os adoro desa suerte;
A daros la mano vine;
Nadie, mi bien, imagine,
Que ha de bastar, ni la muerte,
A engendrar olvido en mí.
Dadme esa mano, señora.

DOÑA LUCÍA.
¿Que se deje por agora
El desposorio? Eso sí;
Que Dios querrá que esté buena.
El los oídos me abra.

DON GARCÍA.
No es eso.
DOÑA LUCÍA.
No oigo palabra.
DON GARCÍA.
Desposarse luego ordena....

DON ANTONIO.
A esto solo hemos venido.
Escúsenle dilaciones.
DOÑA LUCÍA.
Buenos son los algodonos;
Pero es notable el ruido
Que siento.

QUESADA.
Habládme en entrando.

DON GARCÍA. (*Muy alto.*)
Lucía, acabemos ya.
Mira que tu esposo está
Tu amoroso si esperando,
Y que yo tu padre soy.

DOÑA LUCÍA.
¿Luego hoy se quiere casar?
DON GARCÍA.
¿Pues cuándo?

DOÑA LUCÍA.
¿Sin reparar
De la manera que estoy?

DON FADRIQUE.
No tiene amor quien repara
En algo, hermosa Lucía.

DOÑA LUCÍA.
Pensé que lo suspensia
Hasta tanto que sanara,
Y por darle gusto yo.....

DON FADRIQUE.
Todo es prisa en quien adora.

DOÑA LUCÍA.
¿Y agora ha de ser?
DON GARCÍA.

Agora.
DOÑA LUCÍA.
¿Pues dígoles yo que no?
DON GARCÍA.
Llegáos, Don Fadrique, aquí,
Y sin estorbos poned.....
(*Llégase Don Fadrique.*)

DOÑA LUCÍA.
¿Qué dice vuesa merced?
¿Qué le dé la mano?

DON GARCÍA.
Sí.
DOÑA LUCÍA.

¿Y me quiere sorda?
DON FADRIQUE.
Pédo

Por vos.
DON GARCÍA.
¿Su amor no conoces?

DOÑA LUCÍA.
Pues no me atruene a voces;
Que no somos sordos.

QUESADA.
¿Bueno!

ESCENA XII.

CRISTAL. — Dichos.

CRISTAL. (*A Don García.*)

Las dos docenas de reales
Que vuesa merced me dió,
Vuelvo a pagar. Vengo yo
Del solar de los Cristales,

Que aunque pobres, siempre han sido
De grata correspondencia.
Túvome mi diligencia
Dentro de un carro embutido,
Y cuando quiso arrancar,
Vi á un carretero cargado
De cartas, recién llegado;
Que se acercó á preguntar:
«¿Quién de todos sirve aquí
A Don Diego de Acebedo?»
Díjole: «No está en Toledo.»
Replicó: «¿Servisle?—Sí.—
Pues una dama en la corte
Me dió en persona este pliego,
Encargándome que luego,
Con cuatro reales de porte,
Se le diese en propia mano,
O en ausencia suya á vos.
Pues al uno de los dos
Encontré, tomalde, hermano:
Que cansado de buscaros,
Caro el porte me saliera,
Si en la vega no supiera
Que había aquí de toparos.
Paguéle, y con tentación
De ver lo que contenia,
Aunque fue bellaquería,
Le abrí; y supe en conclusion
Cosas que le han de importar.
Tome, y á Dios, que le guarde.

DON GARCÍA.
Esperad, no os vais.
CRISTAL.

Es tarde,
Y quiere el carro arrancar. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON GARCÍA, DOÑA LUCÍA, DOÑA
CATALINA, DON FADRIQUE, DON
PEDRO, DON ANTONIO, QUESADA.

DON GARCÍA.
¿Qué me ha de importar á mí?
DOÑA LUCÍA.
¿No era el mozo de Don Diego
Aquel?

QUESADA.
El mismo.

DON GARCÍA.
¿A mi pliego
De Don Diego?
DOÑA LUCÍA.
¿Y se está aquí?
Pues allá ¿no se volvía?
DON GARCÍA.
¿Válgame Dios! Lérole quiero.
DOÑA LUCÍA.
¿Tomaba por mas dinero?

DON GARCÍA.
Calla y escucha, Lucía.
(*Lec.*) Dueño mio, el amistad
Que á Don Fadrique debeis,
Pagarle agora podeis,
Sea mentira ó sea verdad.
Que se ponga le avisad
En cobro; que á la justicia
Acaban de dar noticia
Que cuando en Madrid estaba,
Los doblones cercenaba.
Mirad, ¡qué extraña malicia!

DON FADRIQUE.
¿Quién? ¿Cómo es eso? ¿Villano!
Hola, ese mozo tened.
¿Vive Dios! Tras él corred.

QUESADA.
No le alcanzará un alano.
DON GARCÍA.
¿Pues qué culpa tiene el pobre
Si esta carta recibió?

DON FADRIQUE.
¡Jesus! ¿Que cerceno yo
Doblones, plata ni cobre?
¿Yo en mi vida...? ¿Yo soy hombre
Que en tal bajeza se emplea?

DON GARCÍA.
De la Doña Dorotea
Es la carta; y de su nombre
Está firmada: en la nota
Y letra con la primera
Se conforma.

DON FADRIQUE.
¿Hay tal quimera?
DOÑA LUCÍA.
Señor, ¡porqué se alhorota
Don Fadrique? ¿Se arrepiente
De desposarse? Las sordas
Causamos.

QUESADA.
¿Buenas y gordas!
DON FADRIQUE.
Algun infame insolente,
Por manchar la opinión mia....

DON GARCÍA.
Veamos qué dice mas.
DOÑA LUCÍA.
Señor, ¿no me lo dirás?
DON GARCÍA.
Calla y escucha, Lucía.
(*Lec.*) Un alguacil va á prendelle,
De quien supe este suceso:
Muchos cómplices han preso;
Arisalle es socorrelle.
Esta amistad quise hacelle
Por sí en su casa os hospeda.
Mi bien, cercenar moneda,
Es delito manifesto;
Dalde aviso, y volved presto.
Quien sin vos llorando queda.—
Doña Dorotea Eraso.

La misma es. ¿Qué hay que decir?
DON FADRIQUE.
Tras el infame he de ir
Hasta saber.....

DON ANTONIO.
Primo, ¡paso.

ESCENA XIV.

DON JUAN, con vara.—Dichos.

DON JUAN.
¿Quién es aquí Don Fadrique?
DON FADRIQUE.

¿Quién lo pregunta?
DON JUAN.

¿Sois vos?

DON FADRIQUE.

Yo soy.
DON JUAN.
Pésame, por Dios,
Que tal de vos se publique;
Que esa presencia desmiente
Toda falsa acusación.
Dáos, caballero, á prision.

DON FADRIQUE.
Primero que tal intente,
Y nadie infamarme pueda,
Tengo al mundo de mostrar
Que sé lenguas cercenar,
Mas no cercenar moneda.
(*Saca la espada.*)

DON JUAN.
¿Favor al Rey!
(*Retranse avuchillándose Don Fadrique y Don Juan.*)

DON GARCÍA.
¿Hay tal cosa!
Vamos á ver en qué para.
¡Jesus! ¡Jesus!

(*Vase.*)

DON PEDRO.
El que ampara
Opinion tan afrentosa,
Participará su afrenta.
Retírome, Don Antonio. (Vase.)
DON ANTONIO.
Este ha sido testimonio;
Mas no corre por mi cuenta. **(Vase.)**
DOÑA LUCÍA.
¿Qué pendencia es esta, hermana?
DOÑA CATALINA.
¿De espacio para eso estoy!
A ver si se libra voy.
Quesada, abrí esa ventana.
(Vanse Doña Catalina y Quesada.)
DOÑA LUCÍA.
Cristal anda por aquí.

ESCENA XV.

CRISTAL. — DOÑA LUCÍA: después
DON DIEGO.

CRISTAL.
¡Bueno se le va poniendo
El ojo á la haca!
DOÑA LUCÍA.
Cristal,
¿Cómo no viene Don Diego?
CRISTAL.
Anda haciendo trampantojos.
Mas hétéle hecho y derecho.
DON DIEGO. (Saltando.)
¿Tenemos seguro el campo,
Prenda mía?
DOÑA LUCÍA.
Sí tenemos,
A lo ménos de mi parte.
DON DIEGO.
Pues de la mía esté cierto
Vuestro amor que, á no adoraros,
Nunca yo me hubiera puesto
Al peligro que habeis visto.
DOÑA LUCÍA.
No me debeis á mí ménos,
Pues por vos me he vuelto sorda,
Dilatando el casamiento
De vuestro competidor;
Pero decidme: ¿qué es esto
Del delito que le imputan?
¿Llévanle de veras preso
Por cercenador de escudos,
O es traza de vuestro ingenio?
DON DIEGO.
Traza de nuestro Cristal,
Grande inventor de embelecos.
A él se le dén las gracias,
Y á mí, mi bien, el provecho.
DOÑA LUCÍA.
¿Ansi se agravian amigos?
DON DIEGO.
Por la dama y por el reino,
El amor y la ambicion
Dejan amigos y deudos.
Pero, en fin, ¿ensordecistes....?
DOÑA LUCÍA.
Sorda he estado para ellos,
Y Argos para vos de oídos,
Ojos ya, pues aquí os veo.
DON DIEGO.
Y ofender á vuestra hermana,
¿Será lícito?
DOÑA LUCÍA.
En lo mismo
Que vos me habeis respondido,
Disculpas amantes tengo;
Mas hablad paso, no salga;
Que aun permanecen sus celos,
Y perdido es ama mas

Que cuando os juzgó su empleo.
Pero ¿qué haremos agora
De Fadrique, que va preso
Sin causa?

DON DIEGO.
Las que me ha dado
Son bastantes.

DOÑA LUCÍA.
¿Cómo es eso?
Pues ¿cercenaba moneda
En Madrid?

DON DIEGO.
De mis deseos,
De mi amor, de mi esperanza
De serviros y de veros.
Mas eso no os dé cuidado;
Que todo cuanto se ha hecho
Fué, mi bien, rüido hechizo.
Nuestro amor aseguremos,
Antes que vuelvan estorbos.
Dadme esa mano.

DOÑA LUCÍA.
Recelo
Doroteas cortesanías.

CRISTAL.
¿Agora tenemos eso?
Si lo sabes, ¿de qué dudas?

DOÑA LUCÍA.
Ahora bien, amor os debo,
Que con esta mano os pago.
(Dánselas.)
Mi esposo sois.

DON DIEGO.
Vos mi dueño.

CRISTAL.
Doña Catalina sale.
DOÑA LUCÍA.
Pues á mi sordez me vuelvo.

ESCENA XVI.

DOÑA CATALINA. — DICHOS.

DOÑA CATALINA.
Dios le libre por quien es;
Que ni es posible ni creo
Que tal hombre esté culpado.
¿Qué miro! Señor Don Diego,
¿Vos aquí? ¿Jesus!

DON DIEGO.
Señora,
Amistades que respeto,
Me traen por dadas ayuda,
Segunda vez á Toledo.
En la mitad del camino
Me avisaron el suceso
De nuestro buen Don Fadrique.

DOÑA CATALINA.
Si le prenden, no tan bueno.

DON DIEGO.
Imaginé hallarle aquí;
Pero ya que tarde he vuelto,
Os quise besar las manos,
Y mostrar el sentimiento
De ver vuestra hermana así.
¿Desgracia extraña por cierto!
¿Tal belleza sin oídos!

DOÑA CATALINA.
Háselos cerrado el cielo,
¿Para que en ofensa mia
No os escuche, y me dé celos.

DOÑA LUCÍA. (Haciendo la sorda.)

Contenta estarás agora
Que vuelve el señor Don Diego
A alentar tus esperanzas.
¿Digo bien?—¿Cómo...? No entiendo.
DOÑA CATALINA. (Recio á su hermana.)
Mas le traerán tus cuidados
Que los míos.

DOÑA LUCÍA.
Sí, embelecos
De enemigos y envidiosos
La carta habrán contrahecho
De la Dorotea fingida;
Que en la corte hay mucho desto.
¿No es verdad?

DON DIEGO.
Sí, mi señora.
DOÑA CATALINA.
¿Pluguiera á Dios!

DOÑA LUCÍA.
Yo lo creo.
Casarémonos los cuatro;
Pero, hermana, ¿no sabrémos
Por qué riñó Dou Fadrique,
Y en qué paró?

DOÑA CATALINA.
Es largo cuento;
Yo te lo diré despacio.

DOÑA LUCÍA.
¿Válgame Dios! ¿por el juego?
¿Luego en eso también daba?

(A Don Diego.)
Y vos, señor, ¿venis bueno?

DON DIEGO.
Vengo muy para serviros.
DOÑA LUCÍA.
Habládme un poco mas recio.

CRISTAL. (Ap.)
¿Oh sordilona chancista!

DON DIEGO.
¿Qué lástima!
DOÑA LUCÍA.
Del sereno
Anoche, y de la lejía.

DOÑA CATALINA.
Que no te preguntan eso.

DOÑA LUCÍA.
¿Yeso? Podrá ser; que estaba
Recien hecho el aposento.
Mátanme las humedades.

DON DIEGO.
Es sin duda.
DOÑA LUCÍA.
Como duermo
Con una toca no mas,
Recien enjuto el cabello...

En verdad, que me destruye.

DON DIEGO.
¿Gran descuido!
DOÑA LUCÍA.
En Dios lo espero.
¿Había de quedarme así
Toda la vida?

CRISTAL.
Adefesios

DON DIEGO.
Responde.
DOÑA LUCÍA.
Gusta mi padre
Que me despose primero
Que cure: obedeceré.

DOÑA CATALINA.
En fin, señor, ¿os perdemos
Por novias antecesoras?

DON DIEGO.
No sé lo que os diga en eso.
El tiempo descubrirá
La verdad.

DOÑA CATALINA.
Ya lo hizo el tiempo.
(Hablan aparte Don Diego y Doña Catalina.)

DOÑA LUCÍA. (A Cristal.)
¿Hate vuelto á recibir?

CRISTAL.
Sí, señora.

NO HAY PEOR SORDO.

DOÑA LUCÍA.
Te prometo,
Que me pesaba de verte
Sin cómodo.

CRISTAL.
Se las beso.

DOÑA LUCÍA.
(*Llegándose á Don Diego y su hermano.*)

Si, váyase; que vendrá
Mi padre. No ocasionemos
Pesadumbres, si á los dos
Os halla hablando en secreto.

DON DIEGO.
Toda sorda es maliciosa.

DOÑA CATALINA.
Y mas si es sorda con celos.

DON DIEGO.
¿Con celos? ¿de quién?

DOÑA CATALINA.
De mí.

DON DIEGO.
Sin amor, mal puede hablarlos.

DOÑA CATALINA.
Quiéreos mucho.

DON DIEGO.
Si hoy se casa,
¡Bien lo muestra!

CRISTAL.
El viejo, el viejo.

ESCENA XVII.

DON GARCÍA.—DICHOS.

DON GARCÍA.
¿Si se hubiere jamas visto
Caso igual...! ¿Mas cómo es esto?
¿Qué haceis, Don Diego, aquí vos?

DON DIEGO.
Vine á deshacer enredos,
Que vos podréis convertir,
En fe de tan noble y cuerdo,
En alegres desposorios.

DON GARCÍA.
¿Cómo?

DON DIEGO.
Sepamos primero
En qué paró Don Fadrique.

DON GARCÍA.
Oid; que es extraño cuento.
Salió, la espada desnuda,
Con un alguacil riñendo,
Que, al parecer, engañoso
Intentó llevarle preso,
Porque en Madrid cercenaba
Oro y plata.

CRISTAL.
Por lo ménos.
(*Hace por escucharlos Doña Lucía, la
mano tras la oreja.*)

DON GARCÍA.
Alborotóse la calle,
Y á las voces acudiendo
Alguaciles toledanos,
Gente y vecinos con ellos;
Acusado de su culpa
El fingido forastero,
Se nos desapareció
Como espíritu, en dos credos.
Juzgara yo ser picon,
A no recibir primero
Esta carta remitida
A vos, que este mozo vuestro
Me trujo, donde os escribe
La dama que está sin veros
Llorando, la del Juanico.

DON DIEGO.
Proseguid; que ya lo entiendo.

DON GARCÍA.
Digo que en ella os da parte

Deste caso por extenso,
Para que en fe de su amigo,
Previnieseis el riesgo
De Don Fadrique; si bien
Unos y otros son enredos
Que eslabona por burlarnos
Algun ocioso discreto.
Casi estaba persuadido
El Don Fadrique á lo mesmo,
Cuando de parte el vicario
Le mandan que cumpla luego
A la Doña Dorotea
Que hablé ayer (encantamento
Parece), la fe y la palabra
Que la dió de casamiento.
Así una cédula suya
Lo afirma: todos sus deudos
Que lo han sabido, pretenden
Soldar su opinion con esto.
Negabalo el Don Fadrique;
Pero el fiscal acudiendo
Al brazo seglar, le ha dado
Por cárcel su casa, y puesto
En ella dos ó tres guardas;
Y segun es el aprieto
En que la parte le pone,
Casaranse sin remedio.
Santiguando me entré en casa;
Y podré hacerlo de nuevo,
Pues cuando en Madrid os juzgo,
Os hallo aquí. Segun esto,
Veamos qué trazas dais
Para que todos troquemos,
(Segun decís) pesadumbres
En dichas; que ya la espero.

DON DIEGO.
No es muy difícil. Oid.

ESCENA XVIII.

ORDOÑEZ y luego DON JUAN.—DICHOS.

ORDOÑEZ.
Aquí busca un caballero
A Vuesamerced, señor.

DON GARCÍA.
¿A mí?
Y al Señor Don Diego.

DON GARCÍA.
¿Tenemos nueva maraña?

DON DIEGO.
Mi primo es; perdéd recelos

DON GARCÍA.
Dile que entre.

DON JUAN. (*Saliendo.*)
Guarde Dios

A Vuesasmercedes.

DON GARCÍA.
¿Bueno!

El alguacil cortesano
¿No sois vos?
Yo soy el mesmo.
Digo, alguacil del amor,
Que he venido á prender celos.

DON DIEGO.
Don García, como supe
Que el que elegistes por yerno,
Y Doña Lucía hermosa
Por esposo, de amor ciego,
No pagando obligaciones
De honor, provocaba al cielo,
Y vuestra casa injuriaba,
Me propuse por el medio
Desas dos cartas escritas

(*Señalando á Cristal.*)

Por este, que para enredos
Tiene extraña habilidad.....

CRISTAL.
Yo he sido el Don Doroteo.

DON DIEGO.

Serviros con impedir
Bodas y desasosiegos
De conciencia y de caudales,
Que ya amenazaban pleitos.
Ni yo en Madrid tengo dama,
Ni Don Juan merece ménos,
Siendo mi primo y mi amigo,
Rico, noble, mozo y cuerdo,
El lugar que desocupa
Don Fadrique.

DON GARCÍA.
¿Cómo es eso?
¿Que las cartas eran falsas?

CRISTAL.
Tengo el genio contrahecho.
Traigan tinta, y lo verán.

DON GARCÍA.
¿Jesus! Jesus! Mucho os debo,
Y el yerno que me traeis
Le estimo yo; mas primero
He de hacer informacion.....

DON JUAN.
La mano de padre os beso.

DON GARCÍA.
Lucía, ya has mejorado
De esposo.

DOÑA LUCÍA.
¿En el pozo? ¿Es cierto?
DON GARCÍA.

¿Qué?
DOÑA LUCÍA.
¿No dice que se echó
Fadrique en el pozo?

ORDOÑEZ.
¿Bueno!
Concertadme esas medidas.

DON GARCÍA.
Este señor te traeimos
Para casarse contigo.

DOÑA CATALINA.
Primo es del señor Don Diego.

DON DIEGO.
Y mayorazgo en Castilla.
DOÑA LUCÍA. (*A Don Juan.*)

¿La trompeta? Pues luego:
Y mire que sea de plata;
Mas no tenga mucho peso.
DOÑA CATALINA.
No oye mi hermana, señor,
Lo que no quiere: esto es cierto;
Que, en efecto, *no hay peor sordo*.....
Ya me entienden.

DOÑA LUCÍA.
No te entiendo.

¿Qué dices?
DOÑA CATALINA.
Que Don Fadrique
Está ya casado.

DOÑA LUCÍA.
Estélo.

DOÑA CATALINA.
No contigo.

DOÑA LUCÍA.
No conmigo.

Muy bien oigo todo aqueo.

DOÑA CATALINA.
Y que en su lugar.....

DOÑA LUCÍA.
Sí.

DOÑA CATALINA.
Viene
A darte este caballero
La mano.

DOÑA LUCÍA.
¿Llamaron?
DOÑA CATALINA.
Oye.

DOÑA LUCÍA.
Eso, hermana, no lo entiendo.
DOÑA CATALINA.
Porque ya habemos sabido
Que Don Diego.....
DOÑA LUCÍA.
¡Ah, sí! Don Diego....
Eso muy bien lo oigo yo.
DOÑA CATALINA.
Eso también yo lo creo.
Está libre.....
DOÑA LUCÍA.
Esté en buen hora.
DOÑA CATALINA.
Y hoy tiene de ser mi dueño.
DOÑA LUCÍA.
¿Tu sueño? ¿Que en fin soñaste?
Pues mira, no creas en sueños.
DOÑA CATALINA.
¿No oyen esto? Yo bien digo
Que es la sorda destos tiempos.
DON GARCÍA. (A Doña Catalina.)
Auda, que estas maliciosa.
DOÑA LUCÍA.
No te entiendo, no te entiendo.
DOÑA CATALINA.
Digo....
DOÑA LUCÍA.
Alza un poco la voz.
DOÑA CATALINA.
(Como quien hace una prueba.)
Que te casa con Don Diego
Señor padre.

DOÑA LUCÍA.
¿A fe?
DOÑA CATALINA.
Sin duda.
DOÑA LUCÍA.
(Va á abrazar á Don García.)
Los pies y manos te beso,
Y porque no vuelva atrás
Tan prudente y justo acuerdo,
Advierte que el desposorio
Buen rato há que le hemos hecho.
DON DIEGO.
Señor, esto es la verdad.
Recíprocos pensamientos,
Voluntades concertadas,
Correspondientes deseos,
Crueldad es contradecirlos.
DOÑA CATALINA.
¿Cómo?
DON DIEGO.
Don Juan es sugeto
Digno de vuestra hermosura.
DOÑA LUCÍA.
Padre, siga este consejo,
Y verá cómo oigo al punto.
DON GARCÍA.
¿Luego fingistelo?
DOÑA LUCÍA.
Tengo
Para no escuchar pesares
Los oídos muy adentro.
A Don Diego di la mano,
Y él los sentidos me ha vuelto:
Si me privan ser su esposa,
Hagan cuenta que ensordezco.

DON GARCÍA.
Esto debe estar de Dios.
DOÑA LUCÍA. (A su hermana.)
Con desengaños, no hay celos.
DOÑA CATALINA.
Es verdad; pero hay injurias.
DON GARCÍA.
A Madrid nos partiremos;
Que si como vos decís,
Y yo también me prometo,
Hallo que el señor Don Juan.....
DON DIEGO.
No hay para qué dudar deso,
Sino aprestar la jornada;
Que allá nos desposaremos.
DOÑA LUCÍA.
Pues hasta allá, seré sorda.
CRISTAL.
Entrate, Ordoñez; no hablemos
Los dos en esta comedia,
Y seremos los primeros
Lacayo y lacayatriz,
Que no nos hemos dicho esto.
(Acción de la uña en los dientes.)
ORDOÑEZ.
Cristal, hum. (Los dedos en la boca.)
CRISTAL.
Ordoñez, hum.
DOÑA LUCÍA.
Verificado en mí dejo,
Senado, que no hay peor sordo,
Que aquel que se finge serlo.

LA PRUDENCIA EN LA MUJER.

PERSONAS.

LA REINA DOÑA MARIA.
EL REY DON FERNANDO IV.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
EL INFANTE DON JUAN.
DON DIEGO DE HARO.
DON JUAN ALONSO CARAVAJAL.
DON PEDRO CARAVAJAL.
DON JUAN BENAVIDES.
DON NUÑO

DON ALVARO.
DON MELEENDO.
DON LUIS.
DON TELLO.
PADILLA.
UN MAYORDOMO.
UN MERCADER.
ISMAEL, *médico hebreo*.
CARRILLO, *criado*.

CHACON, *criado*.
CRIADOS, 1.º y 2.º
BERROCAL.
TORBISCO.
GARROTE. } *Aldeanos*.
NISIRO.
CRISTINA.

ACOMPAÑAMIENTO, CABALLEROS, VECINOS ARMADOS, SOLDADOS, ALDEANOS.

La escena es en Toledo, en Leon y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en el alcázar de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

EL INFANTE DON ENRIQUE, EL INFANTE DON JUAN, DON DIEGO DE HARO.

DON ENRIQUE.

Será la viuda Reina esposa mía,
Y daráme Castilla su corona,
O España volverá á llorar el día [na.
Que al conde Don Julian traidor prego-
¿Con quien puede casar Doña Maria,
Si de valor y hazañas se aliciona,
Como conmigo, sin hacerme agravio?
Enrique soy, mi hermano Alfonso el Sa-

DON JUAN.

La Reina y la corona pertenece [mano.
A Don Juan, de Don Sancho el Bravo her-
Mientras el niño rey Fernando crece,
Yo he de regir el cetro castellano.
Pruebe, si algun traidor se desvanece,
A quitarme la espada de la mano;
Que mientras gobernare su cuchilla,
Solo Don Juan gobernará á Castilla.

DON DIEGO.

Está vivo Don Diego Lopez de Haro,
Que vuestras pretensiones tendrá á raya.
Y dando al tierno Rey seguro amparo,
Casará con su madre; y cuando vaya
Algun traidor contra el derecho claro
Que defendiendo, señor soy de Vizcaya:
Minas son las entrañas de sus cerros,
Que hierro dan con que castigue yerros.

DON ENRIQUE.

¿Qué es esto, Infante? Vos osáis conmigo
Oponeros al reino? Y vos, Don Diego,
Conmigo competís, y sois mi amigo?

DON JUAN.

Yo de mi parte la justicia alego.

DON DIEGO.

De mi lealtad á España haré testigo.

DON ENRIQUE.

A la Reina pretendo.

DON JUAN.

De su flego

Soy mariposa.

DON DIEGO.

Yo del sol que miro,
Verba amorosa que á sus rayos giro.

DON ENRIQUE.

Tío, Don Juan, soy vuestro, y de Fernan-
El Santo que anó á Sevilla, hijo. [do]

DON JUAN.

Yo nieto suyo: Alfonso me está dando
Sangre y valor con que reinar colijo.

DON DIEGO.

Primo soy del rey muerto; pero cuando
No alegue el árbol real con que prolijo
El coronista mi ascendencia pinta,
Alegaré el acero de la cinta.

DON ENRIQUE.

Vos, caballero pobre, cuyo Estado
Cuatro silvestres son, toscos y rudos,
Montes de hierro, para el vil arado,
Hidalgos por Adán, como el desnudo.
Adonde en vez de Baco sazonado,
Manzanos llenos de groseros frutos
Dan mosto insulso, siendo silla rica,
En vez de trono, el árbol de Garnica,
¿Intentáis de la Reina ser consorte,
Sabiendo que pretende Don Enrique
Casar con ella, ennoblecer su corte,
Y que por rey España le publique?

DON JUAN.

Cuando su intento loco no reporte
Y edificios quiméricos fabrique,
Mientras el reino gozo y su hermosura.
Se podrá desposar con su locura.

DON DIEGO.

Infantes, de mi Estado la aspereza
Conserva limpia la primera gloria
Que la dió, en vez del Rey, naturaleza,
Sin que sus rayas pase la victoria.
Un nieto de Noé la dió nobleza;
Que su hidalguía no es de ejecutoria,
Ni mezcla con su sangre, lengua ó traje.
Mosaica infamia que la suya ultraje.
Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
A quien Roma jamas conquistar pudo.
Que sin armas, sin muros, sin caballos,
Libres conservan su valor desnudo.
Montes de hierro habitan, que á estima-

[llos,

Valiente en obras, y en palabras mudo,
A sus miras guardárades decoro,
Pues por su hierro, España goza su oro.
Si su aspereza tosca no cultiva
Aranzadas á Baco, hazas á Ceres,
Es porque Venus nuya, que lasciva
Hipoteca en sus frutos sus placeres.
La encina hercúlea, no la blanda oliva,
Teje coronas para sus mujeres, [bres,
Que aunque diversas en el sexo y nomi-
En guerra y paz se igualan á sus hom-

[bres,

El árbol de Garnica ha conservado
La antigüedad que ilustra á sus señores,
Sin que tiranos le hayan deshojado,
Ni haga sombra á confesos ni á traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,

Nobles, puesto que pobres electores,
Tan solo un señor juran, cuyas leyes
Libres conservan de tiranos reyes.
Suyo lo soy agora, y del Rey tío,
Leal en defendelle, y pretendiente
De su madre, á quien dar la mano fio,
Aunque la deslealtad su ofensa intento.
Infantes, si á la lengua iguala el brio,
Interprete es la espada del valiente;
El hierro es vizeaino, que os encargo,
Corto en palabras, pero en obras largo.

ESCENA II.

LA REINA DOÑA MARIA, *de viuda*.
DON ENRIQUE, DON JUAN, DON
DIEGO.

REINA.

¿Qué es aquesto, caballeros,
Defensa y valor de España,
Espejos de lealtad,
Gloria y luz de las hazañas?
Cuando muerto el rey Don Sancho,
Mi esposo y señor, las galas
Truecan Leon y Castilla
Por jergas negras y bastas;
Cuando el moro granadino
Moriscos pendones saca
Contra el reino sin cabeza,
Y las fronteras asalta
Por la lealtad defendidas,
Y abriéndose su *Granada*,
Por las católicas vengas
Blasfemos granos derrama;
¿En civiles competencias,
Pretensiones mal fundadas,
Bandos que la paz destruyen,
Ambiciosas arrogancias,
Cubris de temor los reinos,
Tiranizáis vuestra patria,
Dando en vuestra ofensa lenguas
A las naciones contrarias!
¿Ser mis esposos quereis,
Y como mujer ganada
En buena guerra, al derecho
Me reducis de las armas!
¿Casarme intentáis por fuerza,
Y ilustrádos sangre hidalga,
La libertad de mi gusto
Haceis pechera y villana!
¿Qué veis en mí, ricos nombres?
¿Qué liviandad en mi mancha
La conyugal continencia
Que ha inmortalizado á tantas?
¿Tan poco amor tuve al Rey?
¿Vivi con él mal casada?
¿Quise bien á otro, doncella?
¿A quien, viuda, di palabra?
Ayer murió el Rey mi esposo.

Aun no está su sangre helada
De suerte que no conserve
Reliquias vivas del alma.
Pues cuando eu viudez llorosa
La mujer mas ordinaria
Al mas ingrato marido
Respeto un año le guarda;
Cuando apenas el monjil
Adornan las tocas blancas,
Y juntan con la tristeza
La gloria del vivir casta;
Yo que soy reina, y no ménos
Al rey don Sancho obligada,
Que Artemisa á su Mauseolo,
Que á su Pericles Aspasia,
¿Queréis, grandes de Castilla,
Que desde el tñmulo vaya
Al tálamo incontinente?
¿De la virtud á la infamia?
¿Conoceisme, ricos hombres?
¿Sabéis que el mundo me llama
La reina Doña Maria?
¿Que soy legitima rama
Del tronco real de Leon,
Y como tal, si me agravian,
Seré leona ofendida,
Que muerto su esposo, brama?
Ya yo sé que no el amor,
Sino la codicia avara
Del reino que pretendéis,
Os da barbara esperanza
De que he de ser vuestra esposa:
Que al ver la corona sacra
Sobre las sienes pueriles
De un niño, á quien su rey llama
Castilla, y en quien Don Sancho
Su valor cifra y retrata;
Aunque yo su madre sea,
Me tendréis por tan liviana,
Que al torpe amor reducida,
En fe de una infame hazaña,
Dalle la muerte consienta
Porque reinéis con su falta.
Engañaisos, caballeros;
Que no está desamparada
Destos reinos la corona,
Ni del Rey la tierna infancia.
Don Sancho el Bravo aun no es muerto;
Que como me entregó el alma,
En mi pecho se conservan
Fieles y amorosas llamas.
Si porque es el Rey un niño
Y una mujer quien le ampara,
Os atreveis ambiciosos
Contra la fe castellana;
Tres almas viven en mí:
La de Sancho, que Dios haya,
La de mi hijo, que habita
En mis maternas entrañas,
Y la mia, en quien se suman
Esotras dos: ved si hasta
A la defensa de un reino
Una mujer con tres almas.
Intentad guerras civiles,
Sacad gentes en campaña,
Vuestra deslealtad pregonen
Contra vuestro Rey las cajas;
Que aunque mujer, ya sabré,
En vez de las tocas largas
Y el negro monjil, vestirme
El arnés y la celada.
Infanta soy de Leon;
Salgan traidores á caza
Del hijo de una leona,
Que el reino ha puesto en su guarda;
Veréis si en vez de la aguja,
Sabré ejercitar la espada,
Y abatir lienzos de muros
Quien labra lienzos de Holanda.
(Descúbrese sobre un trono el rey Don
Fernando, niño y coronado.)

ESCENA III.

EL REY DON FERNANDO. ACOMPAÑAMIENTO. — LA REINA, DON ENRIQUE, DON JUAN, DON DIEGO.

REINA.

Vuestro natural señor
Es este, y la semejanza
De Don Sancho de Castilla;
Fernando cuarto se llama.
Al sello real obedecen,
Los que su lealtad estiman,
Con ser un poco de plata:
El que veis es sello vivo
En quien su sér mismo graba
Vuestro Rey, que es padre suyo;
Su sangre las armas labran:
Respetalde aunque es pequeño;
Que el sello nunca se iguala
Al dueño en la cantidad;
Que tenga su forma basta.
Forma es suya el niño rey:
Llegue el traidor á borralla,
Rompa el desleal el sello,
Conspire la envidia ingrata:
Ea, lobos ambiciosos.
Un cordero simple bala:
Haced presa en su inocencia,
Probad en el vuestra rabia,
Despedazad el vellón
Con que le ha cubierto España,
Y privalde de la vida,
Si á esquilmar venis su lana:
Pues cuando vivan Caines,
Al cielo la sangre clama
De Abeles á traicion muertes
Que apresuran su venganza.
Si muere, morira rey;
Y yo con el abrazada,
Sin ofender las cenizas
De mi esposo, siempre casta,
Daré la vida contenta,
Antes que el mundo en mi infamia
Diga que otro que Don Sancho
Esposa suya me llama.

DON JUAN.

Infanta, ya no reina, la licencia
Que de mujer tenéis, os da seguro
Para hablar arrogante y sin prudencia,
De donde vuestro daño conjeturo.
Quise casar con vos, porque la herencia
Del reino me compete; que procuro,
Dispensándolo el Papa, de mi hermano
El llanto consolar, que haceis en vano.
Pero pues despreciáis la buena suerte
Con que mi amor vuestra hermosura es-

[tima,

Guardad vuestra viudez, llorad su muerte;

[te;

Que es loable el respeto que os anima;
Pero advertid también que el reino ad-

[vierte

Que siendo vos del rey Don Sancho pri-
Y sin dispensacion con él casada, [ma.
Perdeis la accion del reino deseada.
Vuestro hijo el Infante no le hereda,
De matrimonio ilícito nacido;
Que la Iglesia hasta el cuarto grado veda
El título amoroso de marido.
No sieudo pues legitimo, ya queda
Fernando de la accion real excluido,
Y yo amparado en ella, como hermano
Del rey Don Sancho en deudo mas cerca-

[no.

Del reino desistid, si es que sois cuerda;
Que yo le daré Estados en que viva,
Como hacen los infantes de la Cerda,
Aunque su accion en mas derecho estrí-
Y no intente, que aquí la vida pierda [ba;
En tiernos años, la ambicion que os priva

De la razon, ni pretendais que afrente
La sangre mi valor de un inocente.

REINA.

Muera; que no será el Abel primero
Que al cielo contra vos venganza pida.
Id á Tarifa; que el Guzman cordero
Ofrece á la lealtad la cara vida.
Si el padre noble os arrojó el acero,
Con que á la hazaña bárbara os convida
Que hicistes en favor del sarraceno,
Dando á Guzman el título de Bueno;
Honrándos con el título de malo, [llo;
Dad muerte á vuestro Rey tierno y senci-
Que yo que á su español valor me igualo,
Arrojaros también sabré el cuchillo,
Mas no la libertad con que señalo
El alma que á mi muerto esposo humillo,
Pues no he dar la mano á quien la toma
Contra Dios en ayuda de Mahoma.
Legítimo es mi hijo, y ya dispensa
El Papa, vice-Dios, en el prohibido
Grado: si en él fundais vuestra defensa,
A mi poder las hulas han venido.
Traidor y desleal es el que piensa
Por verse rey, llamarse mi marido. [ta;
Sed todos contra aquesta intencion cas-
Que como Dios me ampare, él solo basta.

DON JUAN.

Alto, pues; la justicia que me esfuerza,
A Castilla conquiste, pues la heredo;
Que mi esposa seréis de grado ó fuerza,
Y lo que amor no hizo, lo hará el miedo.
Yo haré que vuestra voluntad se tuerza,
Cuando veais la vega de Toledo
Llena de moros, y en mi ayuda todos,
Asentarme en la silla de los godos.

(Vase.)

DON ENRIQUE.

El rey de Portugal es mi sobrino;
El derecho que tengo al reino ampara.
Pues que juzgais mi amor á desatino
Cuando creí que cuerda os obligara,
Enarbolad las quinas determino,
Triunfando en ellas mi justicia clara,
Aunque fueran sus muros de diamantes,
Contra tu alcázar real y San Cervantes.

(Vase.)

DON DIEGO.

Reina, Aragon mi intento favorece.
Vizcaya es mia, y de Navarra espero
Ayuda cierta: si mi amor merece
La mano hermosa que adoré primero,
Favor seguro al niño rey ofrece
Contra Enrique, Don Juan, y el mundo

[entero.

Despacho consultad vuestro cuidado,
Mientras por la respuesta vuelvo arma-

(Vase.) [do.

ESCENA IV.

LA REINA, EL REY, ACOMPAÑAMIENTO.

REINA.

Ea, vasallos, una mujer sola,
Y un niño rey que apenas hablar sabe,
Hoy prueban la lealtad en que acriola
El oro del valor con que os alabe.
La traicion sus banderas enarboló:
Si amor de ley en vuestros pechos cabe,
Volved por los peligros que amenazan
A un cordero que lobos despedazan.
Si la memoria de Fernando el santo
Os obliga á amparar á su biznieto,
Fernando como él; si puede tanto
De un Sabio Alfonso el natural respeto;
Si un rey Don Sancho os mueve, si mi
[llanto,
Si un ángel tierno á vuestro amor sujeto,
Conservalde leales en su silla.

(Crian dentro.)

UNOS.

¡Viva Enrique!

OTROS.

¡Don Juan, rey de Castilla!

REINA.

Por Don Enrique y por Don Juan pregona
La deslealtad, el reino alborotado.

REY.

Madre, infinito pesa esta corona.
Abájeme de aquí, que estoy cansado.
(*La Reina le baja.*)

REINA.

¡Pesa, hijo? Decis bien, pues ocasiona
Su peso la lealtad, que os ha negado
El interés que á la razón cautiva.
(*Dentro.*)

UNOS.

¡Castilla por Don Juan!

OTROS.

¡Enrique viva!

REY.

Diga, madre, ¿qué voces serán estas?
¿Está mi corte acaso alborotada?

REINA.

Sí, mi Fernando.

REY.

Haránme todos tiestas

Porque ven mi cabeza coronada.

REINA.

Traidores contra vos las dan molestas.

REY.

¡Traidores contra mí? Déme una espada.
Por vida de quien soy....

REINA.

¡Ay hijo mío!

De vuestro padre el Rey es ese brio.

ESCENA V.

EL CRIADO 1.º — Dichos.

CRÍADO 1.º [teza?

¿Que aguarda, gran señor, va vuestra Al-
del alcázar Don Juan se ha apoderado,
Y Don Enrique de la fortaleza
De San Cervantes, y han determinado
Prenderos.

REY.

Cortaréles la cabeza,

Por vida de mi padre.

REINA.

¡Ay hijo amado!

Huyamos á Leon, que es patria mia.

REY.

Pagármelo han, traidores, algun día.
(*Vanse.*)

—

Vista exterior de Valencia de Alcántara. Arboles
en el fondo. Una casa extramuros, á un lado.—
Es de noche.

ESCENA VI.

DON JUAN ALONSO y DON PEDRO
CARAVAJAL, CARRILLO.

DON ALONSO.

Don Pedro, ¡hermosa mujer!

DON PEDRO.

Presto della te despidas.

DON ALONSO.

A Don Juan de Benavides
Aguarda; que á no temer
Su venida, un siglo entero
Juzgara por un instante.

DON PEDRO.

¿Ya es tu esposa?

DON ALONSO.

Y mas constante

Yo en amalla que primero.

CARRILLO.

El primero amante has sido

Que dando alcance á la presa,
Se levanta de la mesa
Con hambre, habiendo comido;
Que la costumbre de amar
Agora, si tienes cuenta,
Es de postillon en venta:
Beber un trago, y picar.

DON ALONSO.

No es manjar Doña Teresa
De Benavides de modo,
Que aunque satisfaga en todo,
Cause fastidio su mesa.
Cuando con el apetito
La voluntad está unida,
Da gusto toda la vida.

CARRILLO.

Siempre amor muere de abito;
Pues por mas que satisfaga
Y cause gusto mayor,
Siendo él dulce, y niño amor,
Fácilmente se empalaga.
Pero consiste de priesa,
Y levántaste picado.

DON PEDRO.

En fin, ¿la mano le has dado
De esposo á Doña Teresa?

DON ALONSO.

Ya tuvieron fin mis males.
¿Cómo albricias no me pides?

DON PEDRO.

Somos, si ella Benavides,
Vos y yo Caravajales.
Ni ganastes con su amor
Ni perdistes.

DON ALONSO.

Su belleza,
Aunque no aumente nobleza,
Don Pedro, á nuestro valor,
Basta para enriquecer
La voluntad que la adora.

DON PEDRO.

Como cesasen agora,
Por medio desta mujer,
Los bandos y enemistades
De su linaje y el nuestro,
Contento por tu amor nuestro.

DON ALONSO.

Noblezas y calidades
En el reino de Leon
Los Benavides abonan,
Y nuestro valor pregonan
Los que honran nuestro blason.
De la descendencia real
Que ilustra á los Benavides,
Viene, si la nuestra mides,
La casa Caravajal.

Don Alfonso, rey leonés,
De Fernando Santo, hermano.
Andando á caza un verano
Y perdiéndose despues,
En una serrana tuvo
Dos hijos, progenitores
De nuestros antecesores:
Y porque el mayor estuvo
Heredado en Benavides,
El nombre dél adquirió,
Y el otro (que se igualó
En las hazañas á Alcides)
Por ser de Caravajal
Señor, tomó su apellido.
Si de un tronco hemos nacido,
No le estará á Don Juan mal
Que me case con su hermana.

CARRILLO.

Mal ó bien, ya estais los dos
Bajo de un yugo, par Dios.
Ya bosteza la mañana
Crepúsculos clari-oscuros.
¿Qué es lo que hacemos aquí?

DON ALONSO.

Lo que intentaba adquirir.

Temores, vivid seguros,
Pues Doña Teresa es mia.

DON PEDRO.

Guarda he sido de tu amor.

DON ALONSO.

Eres mi hermano menor,
Y del alma que se lia
De ti, mi Don Pedro, el dueño.

CARRILLO.

Vámonos de aquí á acostar;
Que tengo que repasar
Ciertas cuentas con el sueño. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

DON JUAN DE BENAVIDES, CHACON

BENAVIDES.

Tarde salí de Leon;
Pero ya estamos en casa.

CHACON.

Terrible es tu condicion,
Pues me da el sueño por tasa.

BENAVIDES.

Todo hoy dormirás, Chacon.

CHACON.

¿Qué importara que estuvieras
Esta noche en la ciudad,
Y en saliendo el sol vinieras?

BENAVIDES.

Sospechas de calidad
Me asombran con mil quimeras.
Las dos leguas que hasta aquí
Hay de Leon, he venido
Tan fuera, Chacon, de mí,
Que ni el camino he sentido,
Ni donde estoy.

CHACON.

¿Cómo así?

BENAVIDES.

Siempre de ti me he fiado.
Ya sabes que aquí en Valencia
De Alcántara, está fundado
El solar de mi ascendencia.

CHACON.

En él eres estimado
Por nieto del Rey famoso
De Leon, Alfonso.

BENAVIDES.

¡Ay cielos!

¡Lo que un hombre generoso
Padrece, si con desvelos
Anda su honor sospechoso!
Ya sabes que aquí tambien
Tienen los Caravajales
Su casa...

CHACON.

Si sé. ¿Pues bien....?

BENAVIDES.

Y que con bandos parciales,
En dos cuadrillas se ven
Cuantos en Valencia habitan
Divididos.

CHACON.

Heredastes

Los enojos que os incitan,
Con la leche que mamastes.

BENAVIDES.

Ellos el gusto me quitan.
En Leon supe, Chacon,
Que Don Juan Caravajal
Tiene á mi hermana afición,
Y contra el odio mortal
Que sustenta mi opinion,
Casarse en secreto intenta
Con ella.

CHACON.

Por ese medio
Vuestra enemistad sangrienta
Hallará en la paz remedio.

BENAVIDES.

No puede venirme afrenta,
En esta ocasion, igual.

CHACON.

Pasiones es bien que olvides.

BENAVIDES.

Antes que la sangre real
Que ilustra á los Benavides.
Con sangre Caravajal
Se mezcle, de un vil pastor
Será mi hermana mujer,
De un oficial sin valor,
De un alarbe mercader,
De un confeso, que es peor.
Mientras que mi enojo vive,
No ha de quedar en Castilla
En quien su memoria estribe,
Ni casa en ciudad ó villa,
Ni piedra que no derribe.
Y á saber yo ser verdad
Lo que sé por opinion,
Y tenerle voluntad
Doña Teresa; un Neron,
Un Fálaris en crueldad
Mi enojo resucitara:
Fuego á esta casa pusiera,
En que viva la abrasara,
Sus cenizas me bebiera,
De sal su casa sembrara,
Y huyendo á un monte grosero,
No osara entrar en poblado
Hasta vengarme primero,
Ni del blason heredado
Usara de caballero.

CHACON.

¡Dios me libre de enojarte!
Extraña es tu condicion.

BENAVIDES.

Esta sospecha fué parte
Para salir de Leon
A tal hora.—¿Por qué parte
Podrémos entrar en casa
Sin avisar mi venida,
Para saber lo que pasa
Y quitarla con la vida
El torpe amor que la abrasa?

CHACON.

Aquesta pared de enfrente
Está baja, y da en la huerta:
Pero nunca el que es prudente
Cré en una sospecha incierta.

BENAVIDES.

Espera, que viene gente.

ESCENA VIII.

DON ALONSO, DON PEDRO, CHA-
RILLO. — BENAVIDES, CHACON.

DON ALONSO. (*Hablando con su hermano
sin ver á Benavides y Chacon.*)

Si el hermano de mi esposa,
Como dicen, ha sabido
Nuestra intencion amorosa,
Y de Leon ha venido,
No es amante el que reposa
Y deja en tan manifiesto
Peligro á quien sirve y ama.
A saberlo estoy dispuesto
De su casa. Hermano, llama.

BENAVIDES. (*Ap. á su criado.*)

Chacon, ¿no adviertes en esto?
Ciertas mis sospechas son.

DON PEDRO.

Don Juan Benavides tiene
Tan mala la condicion,
Que si acaso á saber viene
Que gozas la posesion
De tu amor, y lo que pasa,
Le ha de dar muerte cruel;
Y así el sacarla de casa

Para asegurarla del,
Es cordura.

BENAVIDES. (*Ap.*)

¡Ay suerte escasa!

Mi deshonra averigüé.

¿Cómo mi enojo resisto?

DON ALONSO.

Que viene á vengarse sé
De quien informalle ha visto
Que esta noche la gocé.
Y así quiero diligente,
Pues es mi esposa, librala
De su cólera impaciente;
Que bien podrémos guardalla
De todo el mundo, aunque intente
Sacarla de mi poder.

DON PEDRO.

Cuando por bien no lo lleve,
Si nos quisiere ofender,
Junte deudos, y armas pruebe;
Que en volviéndose á encender
Los bandos que sustentamos,
Tantos parientes tenemos
Como él.

DON ALONSO.

Llama; no perdamos
La ocasion que pretendemos,
Pues á sus puertas estamos.

BENAVIDES.

(*Ap. Ya no basta el sufrimiento.*)
(*Habla con los Caravajales*)

Los que caballeros son,
Nunca intentan casamiento
A oscuras, como el ladrón
De infame mercimiento.
Su sangre y nobleza ofende
Quien honras hurtar porfia
A oscuras, si no es que entiende
Que no merece de día
Lo que de noche pretende.
Y no en balde conjeturo
De aquí vuestro menosprecio,
Y valor poco seguro;
Que no tiene mucho precio
Lo que se vende á lo oscuro.
Como mi puerta ennoblece
El harreado león,
Que en campo de plata ofrece
A mi sangre el real blason
Que vuestra envidia apetece;
Tenistes verle de día:
Y como ausente me hallastes,
Y que él la puerta os tenía;
Por las paredes entrastes
De noche, en fe que dormía.
Mas como me vió ofendido,
Bramando en esta ocasion,
Me sacó con su bramido
Un león de otro león,
Dónde estaba divertido.
A satisfacer la fama
Que me habeis hurtado vengo:
Mi agravio es león que brama;
Un león por armas tengo,
Y Benavides se llama.
De vuestros torpes amores
Daré venganza á mi enojo,
Mostrando á mis sucesores
La nobleza de un león rojo
En sangre de dos traidores.

DON ALONSO.

Como ya sois mi cuñado,
Ni de palabras me afrento,
Ni de mi enojo heredado
Tomar la venganza intento
De que ocasion me habeis dado
Téngos ya por sangre mia;
Y como es fuego el amor
Que en mi vuestra hermana cria,
La luz que trae mi valor
Se aventaja á la del día.

Si, como se usa, llegara
A afrentar vuestra opinion,
Y á Doña Teresa hurtara
La honra, fuera ladrón
Que vuestra casa escalara;
Pero siendo esposa mia,
Ni deshonraros procuro,
Ni es mi amor mercadería
Que quien la compra á lo oscuro,
La desestima de día.
Si un león es el blason
Que á vuestras puertas poneis
En guarda de su opinion,
Porque de un rey descendéis;
El mismo rey de Leon
Me da nobleza estimada,
Por su nieto y descendiente;
Y como el desa portada
Me conoció por pariente,
Déjome libre la entrada.
Si dió bramidos, sería,
No del furor que os abrasa,
Sino en señal de alegría:
Por verme honrar vuestra casa,
Festejándos, bramaría.
Cuanto y mas que en tal demanda,
No temo vuestro león,
Mientras en mi defensa auda,
Dando á mis armas blason,
Una onza sobre una banda;
Porque para no temelle,
Cuando mi amor amenace,
Tengo, si llega á ofendelle,
Onza que le despedace,
Y banda con que prendelle.

DON PEDRO.

Don Juan, esposo es mi hermano
De Doña Teresa ya,
Y sin dar quejas en vano,
La paz y la guerra está
Desde agora en vuestra mano.
Si venis en lo primero,
Parentesco y amistad
Eterna ofreceros quiero;
Si en lo segundo, dejad
Palabras, y hable el acero;
Que en campo y batalla igual,
Probando fuerzas y ardidés,
Daréis á España señal
Vos del valor Benavides,
Y nos del Caravajal.

BENAVIDES.

Mil veces digo que aceto
El propuesto desafío.

DON ALONSO.

Póngase, pues, en efeto;
Que del valor en que fio,
La vitoria me prometo.

BENAVIDES.

Pues aguardad.

DON ALONSO.

Eso no;

Que el enojo que os abrasa,
Vuestra hermana receló;
Y si entráis en vuestra casa,
Juzgando que os agravio,
Procuraréis ofendella.
O dejádmela sacar,
O no habeis de entrar en ella.

BENAVIDES.

Todo eso es acumular
Agravios á mi querella.

DON ALONSO.

Vive en ella mi esperanza.

BENAVIDES.

Haced mi enojo mayor;
Que el castigo y su tardanza
Dé fillos á mi valor,
Y aceros á mi venganza.

ESCENA IX.

LA REINA. — DICHOS; *después* EL REY.

REINA.

Ilustres Caravajales,
Benavides excelentes,
Mis dandos sois y parientes.
Blasoues os honran reales:
Mostrad hoy que sois leales.
Un árbol sirve de silla
A la inocencia sencilla
De vuestro Rey incapaz.

(Descubre al Rey niño encerrado en el tronco de un árbol.)

No permitais que en agraz
Os le malogre Castilla.
Como la aurora, amauece
Entre la tiniebla oscura
De la traicion, que procura
Matárosle y le osurece.
Si este tierno sol merece
Glorias de una ilustre hazaña,
Lograd el que os acompaña,
Y con valor español,
Defended los dos un sol
Que os da el oriente de España.

BENAVIDES.

¡Oh retrato del amor,
Niño rey, humilde Alteza!
Con tu angélica belleza
Se enternece mi rigor.
No tuviera yo valor,
Si el socorro que me pides,
A las perlas que despidas
Negaran mis fieles labios.
Por los tuyos, sus agravio
Olvidan los Benavides.
Famosos Caravajales,
Treguas al enojo démos,
Y para después dejemos
Guerras y bandos parciales.
No salgan los desleales
Con su bárbaro consejo.
A estos pies mi agravio dejo.
Para volverle á tomar;
Que mal se podrá olvidar
El odio heredado y viejo.
Juntemos nuestros amigos,
Y de dos un campo hagamos;
Que mientras al Rey sirvamos,
No hemos de ser enemigos.
Serán los cielos testigos,
Para ilustrarnos después,
De que hoy el valor leonés
Con lealtad y con amor,
El bien del Rey su señor
Antepone á su interés.

DON ALONSO.

Fénix de España, nacido
Para que su gloria aumente,
Pájaro sois inocente,
En ese árbol como en nido.
¿Quién, mi perla, os ha escondido
Desa suerte?

REY.

Hanme quitado
Mi reino, y no me han dejado
Aun la cuna en que nací;
Y como á Herodes temí,
Vengo buyendo al despoblado.

DON PEDRO.

No temais del gavilan,
Pájaro tierno y hermoso,
Por mas que intente ambicioso
Hacer presa en vos Don Juan.

BENAVIDES.

Todos por tí morirán,
Sol de España, hasta que quedes
Libre de las viles redes
De ambiciosos cazadores.

REY.

Vengadme destos traidores;
Que yo os juro hacer mercedes.

DON ALONSO.

Dadnos á besar la mano,
Gifra de la discrecion.

BENAVIDES.

Alto, hidalgos, á Leon:
Muera el infante tirano.
Y vos, ejemplo cristiano, *(A la Reina.)*
Regidnos desde este día,
Y será, pues de vos fia
El cielo una ilustre hazaña,
La Semiramis de España
La reina Doña María. *(Vanse.)*

Sala en el palacio de Leon

ESCENA X.

DON ENRIQUE, DON JUAN, CABA-
LLEROS, MUSICOS.

DON ENRIQUE.

Goce vuestra Majestad
Deste reino de Leon
Mil años la posesion.

DON JUAN.

Con larga felicidad
Vuestra Majestad posea
El de Murcia y de Sevilla,
Y dilatando su silla,
Sujeto á su nombre sea
El de Granada y Arjona;
Que yo, mientras que viviere
Don Fernando, y pretendiere
Su madre nuestra corona,
Tenerme por rey no puedo.

DON ENRIQUE.

Ya no hay de quien recelar.
No le ha quedado lugar
Desde Tarifa á Toledo.
Ni desde él hasta Galicia,
Que rey á Fernando nombre,
Ni caballero ó rico hombre,
Que en fe de nuestra justicia,
A Don Juan y á Don Enrique
No ofrezcan el blason real.
Aragon y Portugal,
Por que mas se justifique,
En nuestro favor tenemos:
Nuestro amigo el navarro es;
Ampáranos el frances;
Con gentes y armas nos venios.
¿Dónde irá Doña María,
Que nuestro amigo no sea?

DON JUAN.

No es bien que el reino posea
El bastardo hijo que cria.
Casóse en grado prohibido
Con ella mi hermano el Rey;
No legitima la ley
Al que de incesto ha nacido.
El derecho que me toca,
Defenderé hasta morir.

DON ENRIQUE.

Reina pudiera vivir,
A no ser la infanta loca,
Si no nos menospreciara,
Y con uno de los dos
Se casara.

DON JUAN.

Vuelve Dios
Por nuestra justicia clara:
Pero mientras en prision
El hijo y madre no estén,
Aunque obediencia me den
Toledo, Castilla, Leon.
No puedo vivir seguro,
Y así á buscarlos me parto.
(Suenan dentro voces y música.)

UNOS.

¡Viva Don Fernando el Cuarto,
Rey legitimo!

DON JUAN.

En el muro
Suenan voces.

OTROS.

¡Viva el rey
Don Fernando de Leon!
Y los infames que son,
En ofensa de su ley,
Desleales, ¡muéran!

VOZ GENERAL.

¡Muéran!
DON ENRIQUE.
Ingratos cielos, ¿qué es esto?

ESCENA XI.

EL CRIADO 2.º — DICHOS.

CRIADO 2.º

Socorred la ciudad presto;
Que sus vecinos se alteran.
Ya el Rey niño han admitido
En el alcázar, cercado
De mil hombres, que han juntado
Por todo aqueste partido
Juan Alfonso Benavides
Y los dos Caravajales.

DON ENRIQUE.

Si al encuentro no les sales,
Y aqueste alboroto impides,
Infante Don Juan, no creas
Que en Leon logres tu silla.

DON JUAN.

Ni que en Murcia y en Sevilla,
Don Enrique, rey te veas.
Enrique, alto, á la defensa;
Que dos pobres escuderos,
Que ayer no eran caballeros,
No nos han de hacer ofensa.

DON ENRIQUE.

Ni una mujer desarmada
Es bien que temor nos dé
Con un niño.

DON JUAN.

Moriré
Diciendo: «*Ó César, ó nada.*»

ESCENA XII.

BENAVIDES, DON ALONSO, DON PE-
DRO, VECINOS ARMADOS. — DICHOS.

DON ALONSO.

Volvió Dios por la justicia
Del hermoso y tierno infante;
Castigó desobedientes,
Dió vitoria á los leales.
Dense los dos á prision.

DON JUAN.

¿Cómo dar á prision? Antes
Las vidas, y morir reyes.

BENAVIDES.

Ya será imposible, Infantes.
Vuestras gentes están rotas,
Y los fieles estandartes,
Por Fernando de Leon
Tremolan los homenajes.
(Quitan las armas.)

DON ALONSO.

Vuestras Altezas, señores,
Puesto que puedan llamarse
Mas fuertes que venturosos
En este infelice trance.
Culpen la poca justicia
Con que han querido quitarle
A un Rey legitimo el reino,
Noble herencia de sus padres;
Y de la reina María,

Cuyos presos son, alaben
La vitoriosa entereza,
La condicion agradable;
Que de su piadoso pecho,
Como lleguen á humillarse
Por vasallos del Rey niño;
Su amor cristiano es tan grande,
Que como á parientes suyos,
Cuando la cerviz abajen
Y sus sacras manos besen,
Les dará las suyas reales,
Libertad que los obligue,
Y perdon que los espante.

DON JUAN.

Si el deseo de reinar,
Que tantos insultos hace
Como cuentan las historias,
Fuera disculpa bastante,
Yo quedara satisfecho;
Pero no hay razon que baste
Contra la poca que tuve
En venir á coronarme.
Su indignacion justa temo;
Que es mujer, y en ellas arde
La ira, y con el poder
Del limite justo saleu;
Que á no recelar su enojo,
Hoy viera Leon echarme
A sus vitoriosos piés.

BENAVIDES.

La clemencia siempre nace
Del valor, y la vitoria,
Porque es la venganza infame.

DON ENRIQUE.

La reina Doña Maria
No es mujer, pues vencer sabe
Los rebeldes de su reino,
Sin que peligros la espanten.
Echémonos á sus piés;
Que siendo los dos su sangre,
Y ella tan cuerda y piadosa,
Sentirá que se derrame;
Y soldando nuestras quiebras.
Fieles desde aquí adelante
Procuraremos servirla,
Porque nuestro honor restaure
Dios ampara al rey Fernando,
Y pelea por su madre.
¿Qué armas, gentes ni favores,
Podrá haber que á Dios contrasten?
El dulce nombre de Rey
Vino ambicioso á cegarme;
Díome el desengaño vista;
La Reina será la imagen
De cuyos piadosos piés
Libre espero levantarme,
Para que á su nombre illustre
Dedique estatuas y altares.

DON PEDRO.

¡Noble determinacion!
Aunque por hoy se dilate;
Que no permite la Reina
Que vuestras Altezas la hablen.
Mientras que se desenoja,
Será esta torre su cárcel.

DON JUAN.

Y no estrecha, si vos sois
Della, Don Pedro, el alcaide.

DON PEDRO.

Con ese título me honra.

ESCENA XIII.

DON LUIS, con una fuente de plata, y
en ella un papel.—Dichos.

DON LUIS.

La Reina ha mandado, Infantes,
Que entreis en esa capilla,
Donde os esperan dos padres
Que vuestras almas dispongan,
Porque quiere en esta tarde

Mostrar á España del modo
Que allanar rebeldes sabe.

DON ENRIQUE.

La Reina, nuestra señora,
¿Es posible que eso mande?
¡La piadosa! ¡la clemente!
¡A dos primos! ¡á dos grandes!
¡Ah mujeres! ¡qué bien hizo
Naturaleza admirable
En no entregarnos las armas!

DON JUAN.

Quando darnos muerte mande,
Y por medio del rigor
A Fernando el reino allane;
Puesto que con los rendidos
Es medio el amor mas fácil;
Portugal y Aragon tienen
Reyes de nuestro linaje,
Que nuestra muerte la pidan
Y castiguen sus crueldades.

DON ENRIQUE.

Ya no es tiempo de querellas.
Ofender las majestades
En daño de su corona
Es crimen mortal y grave.
Pues que como caballeros
Hemos peleado, infante,
El morir como cristianos
Es hoy hazaña importante.

DON LUIS.

Aquí está vuestra sentencia.
(Presenta á los Infantes el papel que
viene en la fuente.)

DON JUAN.

¿Con ella el plato nos hace?
¿En una fuente la envía?
Pues tiempo vendrá en que pague
La costa deste banquete.
Quando lleguen á aprecialle
Con lanzas en vez de plumas
Los que nuestro valor saben.

DON ENRIQUE.

Dejádmela ver primero.
¡Oh muerte fiera! ¡que bastes
A asombrar pechos de bronce,
Solo con un papel frágil!

(Lee.) «Doña Maria Alfonso, reina y
gobernadora de Castilla, Leon, etc.:
por el Rey Don Fernando IV deste
nombre, su hijo, etc. Para confusio-
n de sediciosos y premio de leales, man-
da que los infantes de Castilla sus
primos salgan libres de la fortaleza en
que están presos, se les restituyan
sus Estados, y demas desto hace
merced al infante Don Enrique de las
villas de Feria, Mora, Moron y San-
tisteban de Gornaz; y al infante Don
Juan de las de Aillon, Astudillo, Cu-
riel y Cáceres, con esperanza, si se
redujeren, de mayores acrecenta-
mientos, y certidumbre, si la ofen-
dieren, de que le queda valor para
defenderse, y ánimo para pagar nuc-
vos deservicios con nuevos galardos.
Des.» — LA REINA GOBERNADORA.

(Descórrase una cortina en el fondo, y
aparece la Reina en pie sobre un tro-
no, coronada, con peto y espaldar,
echados los cabellos atras, y una es-
pada desnuda en la mano.)

ESCENA XIV.

LA REINA.—Dichos.

REINA.

La reina Doña Maria
Castiga de aquesta suerte
Delitos dignos de muerte.
Contra vuestra alevosia,

En armas y en cortesía
Os ha venido á vencer,
Siendo hombres, una mujer.
A daros vida resuelta,
Como quien la caza suelta
Para volverla á coger.
Si pensais que por temor
Que á los que os amparan tengo,
A daros libertad vengo,
Ofenderéis mi valor.

Para confusio mayor
Vuestra, he querido premiaros;
Porque si acaso á inquietaros
Vuestra ambicion os volviere,
Cuanto agora mas os diere,
Tendré despues que quitaros.
Poco estima á su enemigo
Quien le vence y vuelve á armar;
Que en el noble es premio el dar,
Como el recibir, castigo.
Si dándos vida os obligo,
Por vuestra opinion volved,
Y si no, guerra me haced:
Veamos quién es mas firme,
Vosotros en deservirme,
O yo en haceros merced.

DON JUAN.

No olvide jamas España
Tu magnánimo valor,
Pues juntas con el temor
La piedad que te acompaña.
Eternicen esta hazaña
Pinceles y plumas cuantas
Celebran memorias santas,
Pues que reprendiendo obligas,
Haciendo merced castigas,
Y derribando levantas;
Que yo desde aquí adelante,
Desta merced pregonero,
Seré en servirte el primero.

DON ENRIQUE.

Y yo leal y constante,
Con satisfaccion bastante...

REINA.

Venid, y al Rey besaréis
Las manos.

DON JUAN.

Desde hoy podeis
Regir nuestros corazones;
Que obligan mas galardones,
Que las armas que traéis.

REINA.

Benavides os llamais;
A Benavides os doy.

(A él.)

BENAVIDES.

Tu vasallo y siervo soy.

REINA.

Si servirme deseais,
Quiero que por bien tengais
Que vuestra hermana sea esposa
De Don Juan, y en amorosa
Paz vuestros bandos troqueis.

BENAVIDES.

¿Qué imposible intentaréis
Que no acabeis, Reina hermosa?

REINA.

Dalde pues, Don Juan, la mano;
Que en dote os doy la encomienda
De Martos.

DON ALONSO.

Jamas ofenda
Tu vida el tiempo tirano.

REINA.

A Don Pedro, vuestro hermano,
Mi merino hago mayor
De Leon.

DON PEDRO.

Por tal favor
Los piés mil veces te beso.

REINA.

No me contento con eso;

Yo honraré vuestro valor.
Don Diego Lopez de Haro
Cercado tiene á Almazan,
Porque de Aragon le dan
Las reales barras amparo:
Partamos á su reparo,
Y mostrad, Infantes, hoy
Que es la libertad que os doy
Por los dos agradecida.

DON JUAN.

Pagaréla con la vida.

DON ENRIQUE.

Dispuesto á servirte estoy.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, ISMAEL

DON JUAN.

De reinar tengo esperanza
Con traidora ó fiel accion;
Mas no juzgo por traicion
La que una corona alcanza.
Reine yo, Ismael, por tí,
Y venga lo que viniere.

ISMAEL.

Si el niño Fernando muere,
Cuya vida estriba en mí,
No hay quien te haga competencia.

DON JUAN.

De viruelas malo está;
Fácil de cumplir será
Mi deseo, si á tu ciencia
Juntas el mucho provecho
Que de hacer lo que te pido,
Se te sigue.

ISMAEL.

Agradecido

A tu real y noble pecho
Quiero ser, porque esperanza
Tengo que en viéndote rey,
Has de amparar nuestra ley.
Hebreo soy; la venganza
De Vespasiano y de Tito,
Que asoló á Jerusalem
Y el templo Santo tambien,
Causando oprobio infinito
A toda nuestra nacion,
Nos hace andar desterrados,
De todos menospreciados,
Siendo burla y irrisión
Del mundo, que desvarío
Quiere que mi ley se llame,
Sin que haya quien por infame
No tenga el nonibre judío.
Mas si palabra me das
En viéndote rey, de hacer
Mi nacion ennoblecer,
Y que podamos de hoy mas
Tener cargos generosos,
Entrar en ayuntamientos,
Comprar varas, regimientos
Y otros títulos honrosos;
Quitándole al Rey la vida,
Te pondrás la corona hoy.
Su protomédico soy;
La muerte llevo escondida
En este término breve;

(Saca un vaso de plata.)

Con que si te satisfago,
Diré que el Rey en un trago
Su reino y muerte se bebe.
A un sueño mortal provoca,
Donde con facilidad,
De la sombra á la verdad,
Y al corazon de la boca
Viendo el veneno correr,
Llamar, de la muerte puedes
Los médicos, Ganimedes,

Pues que la dan á beber.

DON JUAN.

Ismael, no pongas duda
Que si por tí rey me veo,
Satisfaré tu desseo,
Y medrarás con mi ayuda.
Los de tu nacion serán
De ilustre y famoso nombre;
Haréte mi rico hombre;
Tu privanza envidiarán
Cuantos desprecian tu vida.
Enferma Castilla está;
Pues su médico eres ya,
Purga con esa bebida
La enfermedad que la daña.
Su cabeza es un infante
Pequeño, siendo gigante
Mi reino el mayor de España.
Monstruosidad es que intente
Un cuerpo de tal grandeza
Tener tan chica cabeza,
Y que el gobierno imprudente
De una mujer, el valor
Regir de Castilla quiera.
Púrgala, porque no muera
Deste pestilente humor;
Que con premios excesivos
La cura te pagaré.

ISMAEL.

Haciéndote rey, pondre
A Castilla defensivos,
Que del loco frenesi
De una mujer la aseguren,
Por mas que ingratos procuran
Ser, infante, contra tí.
Véte con Dios; que aquí llevo
Tu ventura recetada.

DON JUAN.

Una traicion coronada
No afrenta. El proverbio apruebo
De César, cuya ambicion
Es bastante á autorizar
Mi intento, pues por reinar
Licita es cualquier traicion. (Vase.)

ESCENA II.

ISMAEL.

Pues honra y provecho gano
En matar á un niño rey,
Y estima tanto mi ley
A quien da muerte á un cristiano,
¿Qué dudo que no ejecute
Del infante la esperanza,
De mi nacion la venganza
Y destes reinos el luto?
La purga le voy á dar. —
¿De qué temblais, miedo frio?
Mas no fuera yo judío,
A no temer y temblar.
Alas pone el interes
Al ánimo; mas ¿qué importa,
Si el temor las plumas corta,
Y grillos pone á los pies?
Pero ¿qué hay que recelar
Cuando mi sangre acreditó,
Y mas no siendo delito
En médicos el matar?
Antes honra su persona
Quien mas mata; y es de suerte,
Que se llama cual la muerte,
La que á nadie no perdona.
El niño Rey está aquí;
Que beba su muerte trato.

(Al querer entrar en el aposento del Rey, repara en el retrato de la Reina, que está sobre la puerta.)

Mas; ¡cielos! ¿no es el retrato
Este de su madre? Si.
No sin causa me acobarda
La traicion que juzgo incierta,
Pues puso el Rey á su puerta

Su misma madre por guarda.

Vive Dios, que estoy temblando
De miralla, aunque pintada!
No parece que enojada
Muda me está amenazando?
No parece que en los ojos
Forja rayos enemigos,
Que amenazan mis castigos
Y autorizan sus enojos?
No me mireis, Reina, airada.
Si Don Juan, que es vuestro primo,
Y en quien estriba el arrimo
Del Rey, prenda vuestra amada,
Es contra su mismo rey;
¿Qué mucho que yo lo sea,
Viniendo de sangre hebrea,
Y profesando otra ley?
No es mi traicion tan culpada:
Tened la ira vengativa.
¿Qué hiciérais á estar viva,
Pues que me asombráis pintada!
Mas ¿para qué doy lugar
A cobardes desvarios?
Ea, recelos judíos,
Pues es mi oficio inatar,
Muera el Rey, y bágase cierta
La dicha que me animó....
(Al querer entrar, cae el retrato, y tápale la puerta.)

Pero el retrato cayó,

Y me ha cerrado la puerta.
Dichoso el vulgo ha llamado
Al judío, Reina hermosa;
Mas no hay mas infeliz cosa
Que un judío desdichado.
Y pues tanto yo lo he sido,
Riesgo corro manifiesto,
Si no huyo de aquí....

(Quiere huir por la otra puerta, sale la Reina, detiéndole, y él se turba.)

ESCENA III.

LA REINA. — ISMAEL.

REINA.

¿Qué es esto?
¿De qué estais descolorido?
Volved acá. ¿Adónde vais?
¿De qué es el desasosiego?

ISMAEL.

Volveré, señora, luego.

REINA.

Esperad. ¿De qué os turbais?

ISMAEL.

¿Yo turbarme?

REINA.

No es por bueno.

¿Qué llevais en ese vaso?

ISMAEL.

¿Quién? ¿yo?

REINA.

Detened el paso

ISMAEL.

Quien dijere que es veneno,
Y que al Rey nuestro señor
No soy leal....

REINA.

¿Cómo es eso?

ISMAEL.

Que estoy turbado confieso,
Pero no que soy traidor.

REINA.

Pues aquí ¿quién os acusa?

ISMAEL. (Ap.)

Mi misma traicion será.

REINA.

Culpado, Ismael, está
Quien sin ocasion se excusa.

ISMAEL.

El infante es el ingrato;

Que yo no le satisfice;
Y si el retrato lo dice,
Engañarse el retrato.
Que aunque el paso me cerró,
Cuando á purgar al Rey vengo,
Yo, Reina, ¿qué culpa tengo,
Si el retrato se cayó?
Don Juan, el infante, sí,
Que con aquesta bebida
Me manda quitar la vida
Al tierno Rey que ofendi.....
Digo, que ofendió el infante.

REINA.

En fin, vuestra turbacion
Confesó vuestra traicion:
No paseis mas adelante.
¿Es la purga de Fernando
Esa?

ISMAEL.

Gran señora, si;
Y si he de decir aquí
La verdad..... ¿Qué estoy dudando...?
El deseo de remar
Con Don Juan tanto ha podido,
Que ciego me ha persuadido
Que llegue la muerte á dar
Al niño Rey; y el temor
De que no me castigase
Me obligó que le jurase
Ser á su Alteza traidor.
Afirméme que este vaso
Iba con la purga lleno
De un instantáneo veneno;
Pero no haga dello caso
Vuestra Alteza; que es mentira
Con que pretendi engañalle
No mas que por sosegalle,
Y dar lugar á la ira.
Y pues del título infame
Me he librado de traidor,
Juzgo agora por mejor
Que la purga se derrame;
Que otra medicina habrá
Que le haga al Rey mas al caso.
(Quiere derramarla, y tiénese la Reina.)

REINA.

Tened la mano y el vaso;
Que pues mi Fernando está
Para purgarse dispuesto,
No es bien perder la ocasion
Por una falsa opinion.
Que en mala fama os ha puesto.
Conozco vuestra virtud;
Médico habeis siempre sido
Sabio, fiel y agradecido.
Asegurad la salud
Del Rey, y vuestra inocencia,
Haciendo la salva agora
A esa purga.

ISMAEL.

Gran señora,
No estoy, con vuestra licencia,
Dispuesto á purgarme yo,
Ni tengo la enfermedad
Del rey Fernando, y su edad.

REINA.

¿Que no estais enfermo?

ISMAEL.

No.

REINA.

No importa; vuestra virtud
Desmienta agora este agravio:
En salud se sangra el sabio;
Purgaréis en salud.
Tiene muy malos humores
El reino desconcertado,
Y por remedio he tomado
El purgalle de traidores.
A vos no puede dañaros.

ISMAEL.

Es muy recia, y no osaré

Tomarla, señora, en pié.

REINA.

Pues buen remedio, asentáros.

ISMAEL.

A vuestros piés me derribo.
No permitais tal rigor.

REINA.

Behelda; que haré, dotor,
Atenacearos vivo.
El infante Don Juan es
Noble, leal y cristiano,
Sin resabios de tirano,
Sin sospechas de interes;
De la nacion mas rúin
Vos que el sol mira y calienta,
Del mundo oprobio y afrenta,
Lúfame judío, en fin:
¿Cuál mentirá de los dos?
¿O cómo créré que hay ley
Para no matar su rey?
En quién dió muerte á su Dios?
Sed vuestro verdugo fiero,
Y imitado por este estilo
El toro que hizo Perilo,
Estrenándole el primero
Behed: ¿qué esperais?

ISMAEL.

Señora,

Si el confesar mi traicion
No basta á alcanzar perdon,
Baste el ser vos...

REINA.

Bebé agora,
O escoged salir mañana
Desnudo, y á un carro atado
A vista del vulgo airado
Y vuestra nacion tirana,
Por las calles y las plazas
Dando á la venganza temas,
Y vuestras carnes blasfemas
Al fuego y á las tenazas.

ISMAEL.

Si he de morir en efeto,
En este trance confuso,
La pública afrenta excuso
Por el castigo secreto.
Quien contra su rey se atreve,
Es digno de aqueste pago.
Muerte, bien os llaman trago,
Pues sois purga que se bebe.
Pero la que receté
A costa de tantas vidas
En julepes y bebidas,
Por el talion pagaré.
Aunque en ser tantas advierto
Que para que no me igualen,
A media gota no salen
Los infinitos que he muerto.

(Bebe.)

Ya mis espíritus truecan
El ser vital que desatan.
Si los que curando matan,
Pagaran por donde pecan,
Dieran menos que ganar
A los curas desde hoy.
El primer médico soy
Que castigan por matar.
Ya obra el veneno fiero;
Ya se rematan mis dias.
¿Favor, divino Mesías,
Que vuestra venida espero!
(Vase por la puerta del fondo, y cae muerto dentro.)

ESCENA IV.

LA REINA.

¿Vos llevais buena esperanza!
Su bárbara muerte es cierta.
Quiero cerrar esta puerta:
Que el ocultar mi venganza

Ha de importar por agora.

¿Ay hijo del alma mía!
Aunque mataros porfia
Quien no como yo os adora,
El cielo os está amparando;
Mas pues sois ángel de Dios,
Sed ángel de guarda vos
De vos mismo, mi Fernando.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, DON JUAN, BENA-
VIDES, DON PEDRO, UN MAYOR-
DOMO, UN MERCADER. — LA
REINA.

DON ENRIQUE.

Aquí está su Alteza.

REINA.

¿O primos,

Ricos hombres, caballeros!

DON ENRIQUE.

A saber del Rey venimos
Cómo está.

REINA.

Accidentes fieros

Le afligen.

DON JUAN.

Cuando supimos

Su enfermedad, con temor
De alguna desgracia extraña
Nos trujo á verle el amor
Que le tenemos.

REINA.

De España

Sois la lealtad y el valor.
Reposando mi hijo está:
Si queréis que le despierte...

DON ENRIQUE.

No, señora.

DON JUAN (Ap.)

Dormirá

En los brazos de la muerte,
Si el veneno obrando va;
Y asentándome en su silla,
Sosegara mi ambicion.

REINA.

Don Enrique de Castilla,
Murió en terrible ocasion
Don Pedro Ponce en Sevilla;
Y pues era adelantado
De la frontera, y sin él
Desamparada ha quedado,
Que suplais la falta dél,
Infante, he determinado.
Adelantado sois ya:
Partid á Córdoba luego;
Que el moro soberbio está
Combatiendo á sangre y fuego
A Jaén.

DON ENRIQUE.

Aunque me da

Vuestra Alteza honra y provecho,
Piden pagas los soldados
De la frontera. Eche un pecho
Vuestra Alteza en los Estados;
Que, el tesoro real deshecho,
No hay con que poder pagallos.

REINA.

Mercaderes y pecheros
Conservan, por conservallos,
Al Rey y á sus caballeros,
Porque no hay rey sin vasallos.
Viénenme todos con quejas
De que pobres los tenemos:
Y aunque son costumbres viejas,
Tanto á esquilmarlas vendrémos,
Que se mueran las ovejas.

DON ENRIQUE.

Pues sin dineros, Señora,
Los soldados no pelean.

LA PRUDENCIA EN LA MUJER.

REINA.

Ni hay tampoco huerta agora,
Por mas fértil que la vean,
Que dé fruto á cada hora.
Cada año una vez le echa:
No le pidais cada instante;
Que descansada aprovecha,
Y los vasallos, infante,
Tambien tienen su cosecha.
Mi dote todo he gastado
Defendiendo esta corona
Y de mi hijo el Estado;
Vendí á Cuéllar y á Escalona;
Sola Écija me ha quedado;
Pero véndase tambien,
Y páguense los fronteros.

DON ENRIQUE.

Si el venderla le está bien
A vuestra Alteza, dineros
Haré que luego me den
Prestados de Andalucía,
Con que sustentar un año
La frontera.

REINA.

Bien podía,
Llamándome, infante, á engaño,
Culpar vuestra cortesía
Y poca seguridad...

DON ENRIQUE.

Señora...

REINA.

Basta; ya estoy
Cierta de vuestra lealtad.
Vuestra es Écija desde hoy;
La frontera sustentad,
Y haced que vuestra partida
Sea luego.

DON ENRIQUE.

Si ha de compralla

Otro...

REINA.

Ya estoy persuadida
Que en nadie puedo emplealla
Como en vos. Andad; no impida
Vuestra ausencia la defensa
Que Jaén ha menester.

DON ENRIQUE.

Beso tus pies.

(Vase.)

ESCENA VI.

LA REINA, DON JUAN, BENAVIDES,
DON PEDRO, EL MAYORDOMO,
EL MERCADER.

REINA.

El Rey piensa
De Aragon que no ha de haber
Castigo para su ofensa.
Partid, Benavides, vos;
Que si descercáis á Soria,
Dando salud al Rey Dios,
Yo os seguiré, y la victoria
Vendrá á correr por los dos.
Dineros me pediréis
Con que se pague la gente.

BENAVIDES.

Mientras con villas me veis
Que empeñe ó venda....

REINA.

El prudente
Valor mostrais que teneis.
Rico os quiero ver y honrado;
De vuestra lealtad me fio:
No es bien que estéis empeñado.
Aunque vendí el dote mio,
Joyas, Don Juan, me han quedado.
Llévense á la platería.

BENAVIDES.

Muy mal, gran señora, trata
Vuestra Alteza la fe mía.

REINA.

Con solo un vaso de plata
He de quedarme este día.
Vajillas de Talavera
Son limpias, y cuestan poco.
Mientras la codicia fiera
Vuelve á algun vasallo loco.

(Mira al infante Don Juan.)

Pasaré desta manera.
Haceldas todas dinero,
Y á Benavides lo dad,
Mayordomo.

MAYORDOMO.

Voy.

BENAVIDES.

Primero

Que eso á vuestra Majestad
Consienta, venderme quiero.

REINA.

Nunca la prudencia vería.
Haced esto, mayordomo;
Que mientras dura la guerra,
Si en platos de tierra como,
No se destruirá mi tierra.
Procurad partiros luego,
Y id con Dios.

BENAVIDES.

Iré corrido,
Pues tan poco á valer llego,
Que aun el ser agradecido
Me niegan.

REINA.

Don Juan, no niego.
Aumentad vuestro caudal;
Que sois vasallo de ley,
Y no me estará á mi mal,
Si es depósito del Rey,
La hacienda del que es leal.
(Vase Benavides y el Mayordomo.)

ESCENA VII.

LA REINA, DON JUAN, DON PEDRO,
EL MERCADER.

REINA.

En Valladolid fabrico
Las Huelgas; que para Dios
El mas pobre estado es rico:
Sed su sobrestante vos
Del templo que á Dios dedico.
Don Pedro, y estaré yo
Contenta si por vos medra:
Que Dios que el reino me dió,
Sobre un Pedro, en vez de piedra,
Nuestra iglesia edificó.
Id luego, y daréis señal
Del valor que en vos se encierra,
Y que cristiano y leal,
Mostrais en la paz y guerra
La sangre Caravajal.

(Vase Don Pedro.)

ESCENA VIII.

LA REINA, DON JUAN, EL MER-
CADER.

REINA.

¿Falta mas?

DON JUAN.

Señora, si.
La gente de Estremadura
Que da Portugal por mí,
Y la frontera asegura
De su rey, me escribe aqui
Que há un año que no recibe
Pagas, y la desampara:
Que sin dineros no vive
El soldado.

REINA.

Es cosa clara.

Razon pide el que os escribe.
Ya no tengo que vender:
Solo un vaso me ha quedado
De plata para beber:
Mi patrimonio he empeñado;
Mas buscadme un mercader,
Que sobre una sola prenda
Que me queda, supla agora
Esta falta con su hacienda.

MERCADER.

Cuanto yo tengo, Señora,
Aunque mujer y hijos venda,
Está á serviros dispuesto.

REINA.

¿Sois mercader?

MERCADER.

Segoviano.

Mi hacienda os doy, no os la presto:
Que vuestro valor cristiano
Es bien que me obligue á esto.

REINA.

En Segovia ya yo sé
Que hay mercaderes leales,
De tanto caudal y fe,
Que hacen edificios reales,
Como en sus templos se ve.
Vuestras limosnas la han dado
Una catedral iglesia,
Que el nombre y fama ha borra-lo
Con que la máquina efesia
Su memoria ha celebrado.
Y siendo esto así, no hay duda
Que quien á su Dios y ley
Con tanta largueza ayuda,
Al servicio de su rey
Y honra de su patria acuda.
No quiero yo que me deis
De gracia ninguna cosa,
Pues harto me serviréis
Que sobre una prenda honrosa
Cuento y medio me prestéis.
Estas tocas os empeño,

(Va á quitárselas.)

Si es que estimáis el valor
Que reciben de su dueño.

MERCADER.

El tesoro que hay mayor,
Para tal joya es pequeño.
Gran Señora, no provoqué
Vuestra Alteza mi humildad,
Ni su cabeza destoque;
Que no es mi felicidad
Digna que tal prenda toque;
Porque si Segovia alcanza
Que á sus tocas el respeto
Perdió mi poca confianza,
Por avaro y indiscreto
De mi tomará venganza.
No me afrente vuestra Alteza
Cuando puede darme sér;
Que una reina, no es nobleza
Que hable con un mercader,
Descubierta la cabeza.

REINA.

Capitan, he leido yo,
Que para pagar su gente,
Cuando sin joyas se vió,
Cortó la barba prudente
Y á un mercader la empeñó.
Las tocas son, en efeto,
Como la barba en el hombre,
De autoridad y respeto;
Y así no es bien que os asombre
Lo que veis, si sois discreto,
Ni que murmuren las bocas
Extranjeras, si lastiman
Con lenguas libres y locas
A capitanes que estiman

(Mira al infante Don Juan.)

Mas sus barbas que mis tocas.

Tomad, y á mi tesorero
Daréis esa cantidad.

MERCADER.

Como reliquias las quiero
Guardar de la santidad
De tal reina.

(Vase.)

ESCENA IX.

LA REINA, DON JUAN.

DON JUAN. (Ap.)

Alegre espero
Del Rey la agradable muerte.
¿Si habrá el veneno mortal
Asegurado mi suerte?
¿Oh corona! ¿oh trono real!
¿Cuándo tengo de poserte?

REINA.

Primo.

DON JUAN.

Señora.

REINA.

Bien sé
Que desde que os redujistes
A vuestro rey, y volvisteis
Por vuestra lealtad y fe,
A saber que algun rico hombre
A su corona aspirara,
Y darle muerte intentara
A costa de un traidor nombre,
Que pusiérais por él
Vida y hacienda.

DON JUAN.

Es así.

(Ap. ¿Si dice aquesto por mí?)
Creed de mi pecho fiel,
Gran señora, que preliero
La vida, el sér y el honor
Por el Rey nuestro señor.
Pero el propósito espero
A que me hablais desa suerte.

REINA.

Solos estamos los dos:
Fíame quiero de vos.

DON JUAN. (Ap.)

Angustias siento de muerte.

REINA.

Sabed que un grande, y tan grande
Como vos...—¿De qué os turbais?

DON JUAN.

Témome que ocasionais
Que algun traidor se desmante
Contra mí, y descomponerme
Con vuestra Alteza procure.

REINA.

No hay contra vos quien murmure;
Que el leal, seguro duerme.
Digo pues que un grande intenta
(Y por su honra el nombre callo)
Subir á rey de vasallo,
Y sus culpas acrecienta.
Quisiérale reducir
Por algun medio discreto,
Y porque tendréis secreto,
Con vos le intento escribir;
Que por querelle bien vos,
Mejor le reduciréis.

DON JUAN.

¿Yo bien?

REINA.

Tan bien le quereis
Como á vos mismo.

DON JUAN.

Por Dios
Que el corazon me sacara
A mí mismo, si supiera
Que en él tal traicion cupiera.

REINA.

Es, primo, es cosa clara;

Que á no teneros por tal,
No os descubriera su pecho:
El mio está satisfecho
De que si sois ó no leal.
Aqui hay recado: escribid.

DON JUAN. (Ap.)

¿Qué enigmas, cielos, son estas?
¿Ay, reino, lo que me cuestas!

REINA.

Tomad la pluma.

DON JUAN.

Decid.

REINA.

Infante...

DON JUAN.

Señora....

REINA.

Digo

Que así, Infante, escribais.

DON JUAN.

Si por infante empezais,
Claro está que hablais conmigo;
Pues si Don Enrique no.
No hay en Castilla otro infante.
Algun privado arrogante
Mi nobleza desdoro;
Y mentirá el desleal
Que me impute tal traicion.

REINA.

¿No hay infantes de Aragon,

De Navarra y Portugal?

¿De qué escribiros servia.

Estando juntos los dos?

Haced mas caso de vos.

DON JUAN. (Ap.)

¿Qué traidor no desconfia!

(Paseándose la Reina, va dictando, y

Don Juan escribe.)

REINA.

Infante: como un rey tiene
Dos ángeles en su guarda,
Poco en saber quién es tarda
El que á hacelle traicion viene.
Vuestra ambicion se refrene;
Que se acabará algun día
La noble paciencia mia;
Y os cortará mi aspereza
Esperanzas y cabeza.—
La reina Dona Maria.
Leedme agora el papel;
Que no es de importancia poca,
Y por la parte que os toca,
Advertid, Infante, en él.

(Lee Don Juan.)

Cerralde y dalde despues.

DON JUAN.

¿A quién? Que sabello intento.

REINA.

El que está en ese aposento
Os dirá para quién es.

(Vase.)

ESCENA X.

DON JUAN.

«El que está en ese aposento
Os dirá para quién es!»
Misterios me habla, despues
Que matar al Rey intento.
Escribe el papel conmigo,
Y remite á otro el decirme
Para quién es! Prevenirme
Intenta con el castigo.
¿Si hay aqui gente cerrada,
Para matarme en secreto?
Ea, temor indiscreto,
Averiguad con la espada
La verdad desta sospecha.
(Saca la espada, abre la puerta del
fondo y descubre al judío muerto,
con el vaso en la mano.)

¿Ay cielos! mi daño es cierto:

El dotor está aquí muerto,
Y la esperanza deshecha
Que en su veneno estribó.
Todo la Reina lo sabe;
Que en un vil pecho no cabe
El secreto: él le contó
La determinacion loca
De mi intento depravado.
El veneno que ha quedado
He de aplicar á la boca. (Toma el vaso.)
Pagaré ausi mi delito,
Pues que colijo de aqui
Que sois, papel, para mí,
Siendo un muerto el sobrescrito.
Si deste vano interes
Duda vuestro pensamiento,
«El que está en este aposento,
Os dira para quién es.»
Mudo dice que yo soy;
Muerto está por desleal;
Quien fué en la traicion igual,
Sealo en la muerte hoy;
Que por no ver la presencia
De quien ofendi otra vez,
A un tiempo verdugo y juez
He de ser de mi sententia.
(Quiere beber, sale la Reina, y quitale
el vaso.)

ESCENA XI.

LA REINA.—DON JUAN.

REINA.

Primo, Infante, ¿estais en vos?
Tened la bárbara mano.
¿Vos sois noble? ¿vos cristiano?
Don Juan, ¿vos temeis á Dios?
¿Qué frenesi, qué locura
Os nueve á desesperaros?

DON JUAN.

Si no hay para asegurarnos
Satisfaccion mas segura
Sino es con que muerto quede,
Quiero ponerlo por obra:
Que quien mala fama cobra,
Tarde restauralla puede.

REINA.

Vos no la perdeis conmigo;
Ni aunque desleal os llame
Un hebreo vil é infame,
Que no vale por testigo.
Le he de dar credito yo.
Le fué quien dar muerte quiso
Al Rey: tuve dello aviso,
Y aunque la culpa os echó,
Ni sus engaños creí,
Ni á vos, Don Juan, noble primo,
Ménos que ántes os estimó.
El papel que os escribí,
Es para daros noticia
De que en cualquier yerro ó falta
Ve mucho, por ser tan alta,
La vara de la justicia:
Y lo que su honra daña
Quien fieles amigos deja,
Con traidores se aconseja,
Y á ruinas acompaña.
De la amistad de un judío
¿Qué podia resultaros,
Sino es, Infante, imputaros
Tal traicion, tal desvario?
Escarmentad, primo, en él,
Mientras que seguro os dejo,
Y si estimais mi consejo,
Guardad mucho ese papel,
Porque contra la ambicion
Sirva, si acaso os inquieta,
A la lealtad de receta,
De epitima al corazon;
Que siendo contra el honor

La traición mortal veneno,
No hay antidoto tan bueno,
Infante, como el temor.

DON JUAN.

No tengo lengua, Señora,
Para ensalzar al presente
La prudencia que en vos...

REINA.

Gente

Viene : dejad eso agora.

ESCENA XII.

DON ALONSO, Y SOLDADOS *que traen á*
DON DIEGO *preso. Detras* DON NU-
ÑO, DON ALVARO *y otros* CABALLE-
ROS.—DICHOS.

DON ALONSO.

A los piés de vuestra Alteza,
Que leal y humilde beso,
Pone labios y cabeza
Don Diego, y puesto que preso
Por mí, nunca su nobleza
Deserviros pretendió.
Del Rey es deudo cercano
Amor ciego le cegó,
Pretendió daros la mano
De esposo, y así buscó
En el de Aragón ayuda,
Sin que en ausencia ó presencia
Su lealtad pusiese en duda,
Ni de la justa obediencia
Saliese que á tantos muda.
Perdonalde, gran Señora,
Porque en vuestra gracia viva.

DON DIEGO.

Yo enmendaré desde agora,
Como en ella me recibía,
Faltas de quien os adora.
Bástame para castigo
El venir, Señora, tal,
Pues á la enmienda me obligo
Que...

REINA.

Don Juan Caravajal.

DON ALONSO.

Señora.

REINA.

Venios conmigo,

(*Vanse la Reina y Don Alonso, dejando de rodillas á Don Diego.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON DIEGO, DON NUÑO,
DON ALVARO, CABALLEROS.

DON DIEGO.

¡Pues desa suerte se va
Sin oírme vuestra Alteza!
¿Satisfacciones no oirá?
¿Tan falto estoy de nobleza?
¿Tan poco valor me da
La sangre real que me ampara,
Que cuando estoy á sus piés,
Y algún príncipe estimara
Postrarse á los mios, es
Aun de palabras asara?
¿Don Diego de Haro no soy?
¿A Vizcaya no poseo?
¿Tan sin parientes estoy
Que no den, si lo deseo,
Venganza al desprecio de hoy?
Pues, vive Dios, que ha de ver
Presto Castilla si puedo...

DON JUAN.

Don Diego, callar y hacer:
Que tan agraviado quedo
De que os tenga una mujer.
En tan poco, que reviento
pesar.

DON NUÑO.

Yo estoy corrido,
Y al paso que callo, siento
Que hayan los grandes venido
A tan vil abatimiento.

DON JUAN.

Y si en vosotros hubiera
Animo como hay valor,
Ricos hombres, yo os dijera
Cosas que oculta el temor,
Porque otra ocasion espera.

DON DIEGO.

¿De la Reina?

DON JUAN.

Aquellas tocas

Blancas, honestas y bajas,
Cubriendo costumbres locas,
Son de la virtud mortajas:
Que en las viudas siempre hay pocas.

DON DIEGO.

Aunque agraviado me veis
Por la Reina, sed discreto.
Y hablad, mientras aquí esteis,
Con la medida y respeto
Que á su Majestad debeis,
Porque yo, infante, me precio
De comedido y leal,
Aunque siento mi desprecio.

DON JUAN.

Si la Reina fuera tal
Como juzga el vulgo necio,
Pusiera á la lengua tasa,
Que en desdoralla se atreve.
Creed que aunque no se casa,
Debajo de aquella nieve
De tocas, torpe se abrasa.

DON DIEGO.

No digais, infante, tal;
Que es una santa la Reina,
Y el que es noble no habla mal.

DON JUAN.

Si en Castilla Don Juan reina...

DON DIEGO.

¿Qué Don Juan?

DON JUAN.

Caravajal,

Desposándose con ella,
¿Qué diréis?

DON DIEGO.

Que el desvario
Vuestro sentido atropella.

DON JUAN.

Aunque muerto, este judío
(*Descúbrele.*)
Será en mi abono y contra ella.

Al niño Rey que está malo,
En una purga mandó
Darle veneno, regalo
Que el torpe amor recetó,
Con que su virtud señalo.
Que como no hay fortaleza
En el reino que no esté
En su nombre, (¡qué vileza!)
Ni en Castilla quien no dé
Por servirla la cabeza;
Con fingida santidad
Matando á su hijo y Rey,
Determina hacer verdad
Que contra el reinar no hay ley,
Parentesco ni amistad.

Don Juan, que ve que interesa
Desde un hidalgo abatido
Subir á tan alta empresa,
A la Reina ha prometido
Matar á Doña Teresa,
Y con el favor y ayuda
Del moro rey de Granada,
Cuando á desposarse acuda
De España tiranizada
Poner la lealtad en duda

Por conjeturas saqué
Esta bárbara traición,
Porque de la Reina sé
La ambiciosa presunción;
Y así á palacio llegué
Cuando el veneno iba á dar
Al Rey este vil hebreo;
Y comenzando á negar,
Yo que la vida deseo
De Fernando asegurar,
Haciéndoselo beber,
Luego que llegó á los labios
El alma, vine á saber
Las deslealtades y agravios
Que un torpe amor puede hacer.
Confesóme todo el caso;
Murió, y encerréle ahí:
Si de mi fe no haceis caso,
Mirad el médico aquí,
Y la pouzoña en el vaso.
Dad crédito á la homicida
De su hijo, y lllore España
Su rey cuando esté sin vida;
Veréis del modo que engaña
Una santidad fingida.

DON DIEGO.

Imposible es de creer
Cosa tan horrenda, infante.
¿Tal puede una madre hacer?

DON ALVARO.

¿Qué no hará, si es arrogante
Y ambiciosa, una mujer?

DON DIEGO.

No es testigo fidedigno
Contra la persona real
Un hebreo infame, indigno
De que del se crea tal,
Contra el estilo benigno
De la Reina.

DON NUÑO.

Yo no creo

Tal cosa.

DON JUAN.

El averiguallo
Es el mas seguro empleo.
Del Rey soy tío y vasallo,
Y los peligros que veo
Me obligan á recelar;
Pero á mi quinta os convido
Aquesta noche á cenar,
Y el cuerdo secreto os pido
Hasta que en aquel lugar
Lo que importa consultemos.

DON ALVARO.

Eso me parece bien.

DON JUAN.

De una mujer los extremos
No es maravilla que os den
Las sospechas que tenemos.
Y pues no os mandó prender
La Reina, venid, Don Diego.

DON DIEGO.

Si verdad viniese á ser
Tal traición...

DON JUAN.

Veréislo luego.

(*Vase Don Juan.*)

ESCENA XIV.

DON DIEGO, DON NUÑO, DON ALVA-
RO, CABALLEROS.

DON DIEGO.

No lo tengo de creer.
Con Don Juan Caravajal
La reina Doña Maria
Deshonesta y desleal!

DON ALVARO.

Mal sabéis su hipocresía.

DON DIEGO.
¡Contra su Rey natural,
Contra su hijo, su fama,
Su ley, su nombre, su Dios...

DON ÁLVARO.
Es mujer, es moza, y ama :
Luego, aquí para los dos,
Aunque Castilla la llama
Santa, en no querer casarse
Con Don Juan y Don Enrique,
¿No da causa á sospecharse,
Por mas virtud que publique,
Conde, que debe abrasarse
Con el torpe amor de ese hombre?

DON NUÑO.
Que es una hipócrita loca;
Nada, Don Diego, os asombre;
Que engaña una blanca toca
Y obliga un fingido nombre.

DON ÁLVARO.
¿Qué mucho haga tanto caso
Y con tal privanza apoye
A un leonés de estado escaso?

ESCENA XV.

LA REINA.—DICHOS.

REINA. (*Asomándose al tapiz.*)
Mirad que la reina os oye;
Caballeros, hablad paso. (*Vase.*)

DON NUÑO.
¡La Reina!

DON DIEGO.
¿La Reina?

DON NUÑO.
Sí.

DON ÁLVARO.
Culpada está, pues consiente
Y no osa volver por sí.

DON DIEGO.
Disimula, que es prudente.

DON ÁLVARO.
Vamos, Don Nuño, de aquí. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

LA REINA, DON ALONSO.

REINA.
La obligacion en que os estoy confieso.
Por vos mi Don Fernando el reino goza;
Trujisteme á Don Diego de Haro preso,
Volviendo contra mí de Zaragoza;
Sali en Leon con próspero suceso
Contra la deslealtad soberbia y moza
De los Infantes locos, que la silla
A mi hijo usurpaban de Castilla.
Pobre, Don Juan, estoy; poco os he dado
Pero por mi fiador al tiempo dejo
Esta deuda.

DON ALONSO.
Yo quedo bien pagado
Conserviros; que sois de España espejo.

REINA.
Segura estoy, trayéndos á mi lado,
Que juntando al valor vuestro consejo,
No ofenderá á mi hijo la malicia,
Ni torcerá su vara la justicia.

ESCENA XVII.

DON MELENDO. — LA REINA, DON ALONSO.

DON ALONSO.
¿Está mejor su Alteza?

REINA.
Gloria al cielo,
De peligro salió.

DON ALONSO.
Gócele España

Mil años, heredando el justo celo
De tal madre.

REINA.
Melendo de Saldaña,
¡Triste venis! ¿De qué es el desconsuelo?
DON MELENDO.

Quien sirviéndos, señora, os acompaña,
Si es leal, con razon muestra tristeza
De que llegue á este extremo vuestra Al-
REINA. [teza.]

Pues ¿qué hay de nuevo?
DON MELENDO.
No hay en vuestra casa
Con que os dé de cenar: vendidas tengo
Las prendas de la mia, que aunque esca-
[sa,]
Se honra de ver que os sirvo y os man-
[tengo.]

No es la virtud moneda ya que pasa;
De probar amistades falsas vengo.
Prestado á mercaderes he perdido,
Y con todos el crédito he perdido:
Causado, en fin, me vuelvo de regallos.

REINA.
¡Gracias á Dios! ¿No os dé pena ninguna,
Que es señal de que comen los vasallos,
Melendo noble, cuando el rey ayuna!

DON ALONSO.
Véndanse, gran señora, mis caballos,
Mi encomienda, los bienes que fortuna
Me dió: mi esposa y yo me pouga en venta;
Que de lo que oye mi lealtad se afrenta.
(*Hace que se va, y la Reina le detiene.*)

REINA.
Don Juan Caravajal.....

DON ALONSO.
Si imaginara
Que esto á una Reina suceder podia,
La tierra como rústico cava,
Ganándos el sustento cada día.

REINA.
Volved acá, Don Juan.
DON ALONSO

¿Quién no repara
En esto, ¿qué valor...?

REINA.
Por vida mia,
Don Juan, que os soseguéis.

DON ALONSO.
No será justo
Que viendo lo que veo...

REINA.
Este es mi gusto.

DON MELENDO.
Lo que me causa mas enojo y pena
Cuando os veo venir á tal estado,
Que dé el Infante una soberbia cena,
Y haya todos los grandes convidado.

REINA.
Por mi Don Juan ese banquete ordena.

DON MELENDO.
¿Por vos?

REINA.
Melendo, si: yo le he mandado
Que, para cosas del servicio mío,
Los grandes junte ansi, de quien las fio.

DON MELENDO.
Sosiégome con eso.

REINA.
Los monteros
De Espinosa, mis guardas, con secreto
Me prevenid, Don Juan, y caballeros
Parientes vuestros: yo os diré á qué efe-

DON ALONSO. [to.]
No quiero saber mas que obedeceros.

REINA.
La pena refrenad, que yo os prometo
Que esta noche, Melendo, á costa ajena
Haremos de tener una real cena.

(*Vanse.*)

Sala en la quinta del infante Don Juan.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, DON DIEGO, DON NUÑO,
DON ÁLVARO.

DON JUAN.
Mientras que se hace hora
De cenar, entretengamos
El tiempo.

DON NUÑO.
Dados jugamos.

DON JUAN.
Dejad los dados agora;
Que tienen muchos azares.

DON DIEGO.
No es pequeño el que sospecho
Que ha de alborotar mi pecho,
Don Juan, mientras no repares
De la Reina la opinion,
Que corre riesgo por tí.

DON JUAN.
Que al reino he librado di,
Don Diego, de una traicion.

DON DIEGO.
Mas difícil de creer
Se me hace, cuanto mas
Lo pienso.

DON JUAN.
¡Terrible estás,
Don Diego! Si te hago ver
Hacer la Reina favores
A Don Juan Caravajal,
Y en correspondencia igual
Que él la está diciendo amores,
¿Créraslo?

DON DIEGO.
Créré que miente
La vista: pero en tal caso
Los celos en que me abraso,
Si ven tal traicion presente,
Y de Castilla el decoro
Me obligará á que os incite
Que el gobierno se le quite,
Y en el alcázar de Toro
Esté presa.

DON JUAN.
¿A quién podrémos
Nombrar por gobernador,
Y del niño Rey tutor?

DON NUÑO.
Si á vos, Don Juan, os tencemos,
¿Qué hay que preguntar á quién?

DON JUAN.
Yo soy muy poco ambicioso.

DON DIEGO.
Don Enrique es poderoso,
Y tendrá ese cargo bien.

DON JUAN.
Don Enrique ha pretendido
Ser rey, y si en su poder
Está el reino, ha de querer
Lo que hasta aquí no ha podido.

DON ÁLVARO.
Serálo Don Diego pues,
Que nadie en España ignora
Quien es.

DON JUAN.
Dejemos agora
Aquesto para despues;
Que cuando por eleccion
El reino en Cortes me elija,
Será fuerza que le rija,
Y tuerza mi inclinacion.

DON DIEGO. (*Ap.*)
Este es traidor, vive el cielo,
Y por verse rey levanta
A la Reina, cuerda y santa,
El insulto que recelo.

Y del reino que os desea,
Y siglos largos os vea
Ensanchiar la ley de Dios.
Cuando el rey Don Sancho el Bravo,
Vuestro padre y mi señor,
Dejó por otro mejor
El reino (que aquí es esclavo
De sus vasallos quien reina),
Y en Castilla, que aun le llora,
Por el de gobernadora,
El nombre troqué de reina;
De solamente tres años (1)
Comenzastes á reinar,
Y juntamente á probar
Trabajos y desengaños,
Cual veréis por tiempos largos
Que los reinos interesan;
Pues por lo mucho que pesan,
Les dieron nombre de cargos.
Un solo palmo de tierra
No hallé á vuestra devoción:
Alzóse Castilla y Leon,
Portugal os hizo guerra,
El granadino se arroja
Por extender su alcoran,
Aragon corre á Almazan,
El navarro la Rioja;
Pero lo que el reino abrasa,
Hijo, es la guerra interior;
Que no hay contrario mayor
Que el enemigo de casa.
Todos fueron contra vos,
Y aunque por tan varios modos
Os hicieron guerra todos,
Fué de nuestra parte Dios,
A cuyo decreto sumo,
Babeles de confusion
Que levantó la ambicion,
Se resolvieron en humo.
Pues en el tiempo presente,
Porque al cielo gracias deis
Del reino que le debeis,
Le hallaréis tan diferente,
Que parias el moro os paga;
El navarro, el de Aragon,
Hijo, amigos vuestros son;
Y para que os satisfaga
Portugal, si lo admitis,
A Doña Constanza hermosa
Os ofrece por esposa
Su padre el rey Don Dionis.
No hay guerra que el reino inquiete,
Insulto con que se estrague,
Villa que no os peche y pague,
Vasallo que no os respete:
De que salgo tan contenta
Cuanto pobre, pues por vos,
De treinta no tengo dos
Villas que me paguen renta.
Pero bien rica he quedado,
Pues tanta mi dicha ha sido,
Que el reino que hallé perdido,
Hoy os le vuelvo ganado.

REY.

El y yo, madre y señora,
Con desamparo y tristeza
Quedamos, si vuestra Alteza
Se ausenta y nos deja agora.
Porque del gobierno mío,
¿Cómo se puede esperar
Que mozo llegue á llenar
Ausente vos, tal vacío?
Vuestra Alteza no permita
Dejarme en esta ocasion.

REINA.

Ya es, hijo y señor, razon
Que la viudez, que limita
Del gobierno la inquietud
Halle en mí la autoridad
Que pide la soledad,
Y ejercita la virtud.

(1) En realidad fue de nueve.

Cerca tengo de Palencia
A Becerril, pueblo mío:
Mientras de vos me desvío,
Porque no sintáis mi ausencia,
Si la consideracion
Pasáis por el arancel
Que os deja mi amor, por él
Verá España un Salomon
Contra lisonjas y engaños
Que traen los vicios en peso;
Pues las canas, en el seso
Consisten mas que en los años.
El culto de vuestra ley,
Fernando, encargáros quiero;
Que este es el móvil primero
Que ha de llevar tras sí al Rey;
Y guiándos por él vos,
Vivid, hijo sin cuidado,
Porque no hay razon de estado
Como es el servir á Dios.
Nunca os dejéis gobernar
De privados, de manera
Que salgais de vuestra esfera,
Ni les lleguéis tanto á dar
Que se arrojen de tal modo
Al cebo del interes,
Que os fuercen, hijo, despues
A que se lo quiteis todo.
Con todos los grandes sed
Tan igual y generoso,
Que nadie quede quejoso
De que á otro hacéis mas merced:
Tan apacible y discreto,
Que á todos seáis amable;
Mas no tan comunicable
Que os pierdan, hijo, el respeto.
Alegrad vuestros vasallos,
Saliendo en público á vellos;
Que no os estimarán ellos,
Si no os preciais de estimallos.
Cobraréis de amable fama
Con quien vuestra vista goce;
Que lo que no se conoce,
Aunque se teme, no se ama.
De juglares lisonjeros,
Si no podeis excusaros,
No useis para aconsejaros,
Sino para entreteneros.
Sea por vos estimada
La milicia en vuestra tierra,
Porque mas vence en la guerra
El amor que no la espada.
Recebid médicos sabios,
Hidalgos y bien nacidos,
De solares conocidos,
Sin raza, nota ó resabios
De ajena y contraria ley;
Que si no hace confianza
De quien nobleza no alcanza,
Cuando un castillo da, el Rey,
¿Cuánta mas solicitud
Poner en esto es razon.
Pues que los médicos son
Alcaides de la salud?

Hablo en esto de experiencia,
Y sé en cualquier facultad
Que suele la cristiandad
Alcanzar mas que la ciencia.
A Don Juan, señor, debeis
De Benavides, la silla
En que os corona Castilla,
Y es bien que se la pagueis.
A los dos Caravajales
Con el mismo cargo os dejo.
Tan cuerdos en dar consejo,
Como en servir os leales.
Ejercitad su prudencia,
Conoceréis su valor;
Y con esto, hijo y señor,
Dadme brazos y licencia. (Abrazanse.)

REY.

Vamos; acompañare

A vuestra Alteza.

REINA.

Asistid

A las Cortes de Madrid:
Que es de importancia que esté
En ellas vuestra presencia;
Que en mi compañía irán
Los dos hermanos, Don Juan
Y Don Pedro, hasta Palencia,
Y en acabándose, iréis
A ver al de Portugal,
Porque con amor igual
La mano á la Infanta deis,
Que con su padre os espera
Cerca de Ciudad-Rodrigo.
Quedaos.

REY.

Vuestro gusto sigo,
Aunque mas gusto tuviera
En ir os acompañando.

REINA.

Hágaos tan dichoso el cielo
Como á vuestro bisabuelo,
Y tan santo, mi Fernando.

REY.

Como yo os imito á vos,
No habrá bien que no me cuadre.
Servid los dos á mi madre.

REINA.

Adios.

REY.

Gran señora, adios.
(Vase la Reina con Don Alonso y Don Pedro.)

ESCENA II.

EL REY, BENAVIDES, DON NUÑO,
DON ALVARO.

DON NUÑO.

Gracias al cielo que ya
Salió el reino del poder
Y manos de una mujer!

DON ALVARO.

Catorce años y mas há
Que á Semiramis imita,
Y á vuestra Alteza encerrado,
Si disfrazalle no ha osado,
Y el gobierno no le quita,
Cual la otra hizo con Nino,
Es porque tiene temor
A nuestra lealtad y amor.

REY.

Del celo santo imagino
De mi madre la prudencia
Con que el reino gobernó;
Mas no puedo negar yo
Que ha sufrido mi paciencia
Un cautiverio enfadoso;
Pues segun me recataba,
No para rey me criaba,
Sino para religioso.

BENAVIDES.

No desdice de la ley
Que en el gobierno se emplea,
Antes la adorna, que sea,
Señor, religioso un rey.
Ni la Reina mi señora,
A quien la envidia contrasta
Hizo.....

REY.

Benavides, basta;
No nos prediqueis agora.
Nadie dice mal aquí
De mi madre, ni tampoco
Será ninguno tan loco
Que ose delante de mí
Agraviar la cristiandad
Que España conoce en ella.
Para que volvais por ella.

Conozco vuestra lealtad.
Idos, Don Juan, á Leon.

BENAVIDES.

Si os he, señor, enojado.....

REY.

No habeis; pero estais cansado.
Cuando se ofrezca ocasion
En que os haya menester,
Yo os enviaré á llamar.

BENAVIDES.

Merced me haceis singular,
Y como os sé obedecer
En esto, seré obediente
En lo demas que os dé gusto;
Pero advertid que no es justo,
Cuando vos estais presente,
Que murmure el atrevido
De quien nombre alcanza eterno
Por su virtud y gobierno,
Y el reino os ha defendido;
Que á no estar delante vos,
En quien mi lealtad repara,
Pudiera ser que cortara
Las lenguas á mas de dos. (Vase.)

DON ÁLVARO.

Si de vuestro atrevimiento,
Hidalgo pobre.....

ESCENA III.

EL REY, DON NUÑO, DON ÁLVARO.

REY.

Dejalde,
Pues que se va; que no en balde
De la corte echalle intento.
Sirvió á mi madre; disculpa
Tiene si por ella ha vuelto.

DON NUÑO.

Hablar tan libre y resuelto
Delante su Rey, es culpa
Digna, señor, de castigo.

REY.

Por mi madre le perdono:
Su lealtad sirva de abono.
Si he de ir á Ciudad-Rodrigo.
Despedir las cortes puedo,
Pues no hay en ellas que hacer,
Y saldreme á entretener
Por los montes de Toledo;
Que me afirman que hay en ellos
Mucha caza.

DON NUÑO.

Todos son,
Para vuestra inclinacion,
Entretenidos y bellos.

REY.

Pues, Don Nuño, prevenid
A mi cazador mayor;
Que hoy, á pesar del calor
He de salir de Madrid;
Y á Don Enrique avisad,
Mi tío, porque dé traza,
Si es inclinado á la caza,
De seguirme.

DON ÁLVARO.

Vuestra edad,
Gran señor, pide todo eso.

REY. (Ap.)

Revienta el fuego encerrado.
Vuela el neblí desatado,
Y sin grillos corre el preso.
Porque este simil me cuadre,
Fuego, neblí y preso he sido,
Que como rio he salido
De madre, ya sin mi madre. (Vase.)

DON NUÑO.

Don Alvaro, en derriballa
Consiste nuestra ventura.

DON ÁLVARO.

Don Nuño, al Rey asegura

(Que no es fácil contrastalla),
Pues con él la has descompuesto.
DON NUÑO.

Ayúdeme tu cantela;
Que yo la urdiré una tela,
Que no la rompa tan presto. (Vanse.)

ESCENA IV.

DON DIEGO, DON TELLO, PADILLA.

DON TELLO.

Pues de la Reina, celebre Don Diego,
Há tanto tiempo que os preciais de
[amante,
Siendo de nieve helada á vuestro fuego,
Y á vuestro tierno amor duro diamante,
Corresponded con el seguro ruego
De Don Enrique, de Castilla infante; [to,
Que en un pecho cruel, cuando es ingrato
Lo que no pudo amor, podrá el mal trato.
Ponella mal con su hijo, decid della
Que el patrimonio real tiene usurpado,
Que soberbia los grandes atropella,
Y levantarse intenta con su Estado;
Que viéndose, aunque viuda, moza y be-
Con el aragones ha concertado [lla,
Casarse, y conquistando esta corona,
Reinar desde Galicia á Barcelona:
Que al verse de su hijo aborrecida,
Y de los ricos hombres despreciada,
Por conservar la peligrosa (1) vida,
Os ha de dar la mano deseada.
Es la mujer humilde, perseguida,
Como soberbia y loca, entronizada:
Y si por vos á tal peligro llega,
Y os aborrece, vos veréis que os ruega.
Descomponella Don Enrique intenta,
Porque teme, si en gracia del Rey vive,
Que le ha de dar de sus insultos cuenta,
Por que de su privanza le derribe. [ta.
Esta es razon de estado, aunque violento
Puesto que en interes villano estribe;
Pues contra quien recela el temor vano,
Prudencia es el ganarle por la mano.

DON DIEGO.

¡Vive el cielo, afrentoso caballero,
Mercedor que desta suerte os llame,
Que á no manchar mi siempre noble accen-
En vuestra sangre bárbara y infame, [ro
El corazon doblado y lisonjero
Os sacara del pecho! Cuando ame
A la reina Maria sin remedio,
Amor no toma la traicion por medio.
No me aborrece á mi porque desprecia
La casta voluntad que en ella empleo,
Sino por dar á España otra Lucrecia,
Imitando á la viuda de Siqueo.
En mas de su difunto esposo precia
La memoria, que el yugo de bimeneo;
Que á quien enlaza el tálamo segundo,
No amante, incontinente llama el mundo.
Si intenta conservarse Don Enrique
Con el Rey, busque medios mas honra-
Que cuando esos ilícitos aplique [dos;
Contra su Reina, y imite otros privados;
Por mas quimeras que el temor fabrique,
Ejemplos hay presentes y pasados
Del triste fin que tiene la privanza,
Que por medios tan bárbaros se alcanza.
Y cuando la persiga, y no escarmiente,
Y como mozo el Rey mentiras crea,
Vasallos y armas tengo con que intento
Hacer que sus engaños sienta y vea.
Ampararé á la Reina, que inocente
Ha trocado la corte por la aldea,
Y mostrará mi amor noble y loable
Que es honesto y cortés, no interesable.
A Don Enrique dad esta respuesta,
Y de mí le decid que jamas viva
Seguro, mientras la virtud honesta
Persiga en que la Reina ilustre estribe.

(1) La vida que peligra.

PADILLA.

Porque el amor ha visto que os molesta,
Deseoso, Don Diego, que os reciba
La Reina.....

DON DIEGO.

Voime, solo por no oiros.

TELLO. (Ap.)

Andad: que presto habeis de arrepenti-
(Vase.)

Claro en los montes de Toledo.

ESCENA V.

EL REY, DON ENRIQUE, DON NUÑO
Y DON ÁLVARO, en traje de caza;
ACOMPAÑAMIENTO, retirado.

REY.

¡Fértiles montes!

DON ÁLVARO.

Notables.

DON ENRIQUE.

Afirmarte dellos puedo,
Que aunque ásperos y intratables,
Son los montes de Toledo
Mas fecundos y admirables
Que los de Africa, alabados
De Plinio por milagrosos.

DON NUÑO.

Esos fuéron celebrados
Por los partos monstruosos
De sus desiertos nombrados;
Y en estos, segun las gentes
Que los pisan nos informan,
Cuando especies diferentes
De brutos se juntan, forman
Varios monstruos y serpientes.

REY.

De mas estima es la caza
Que tienen, á que me inclino.

DON ENRIQUE.

La que esta comarca abraza
Es tanta, que hasta el camino
Muchas veces embaraza.

REY.

No pienso salir tan presto,
Infante, de su aspereza.

DON ENRIQUE.

Este ejercicio es honesto,
Y propio de la grandeza
De un rey.

REY.

Escuchad: ¿qué es esto?

ESCENA VI.

DON JUAN, de labrador. — DICHOS.

DON JUAN.

Íncito y famoso Rey,
Felice por ser Fernando,
En el valor el primero,
Aunque en sucesion el cuarto:
Si la justicia y prudencia,
Que mostró en sus tiernos años
Salomon, le ganó nombre
Eternamente de sabio,
Y á las puertas del gobierno,
Sobre el trouo estais sentado
De España, cuando Castilla
Os pone el cetro en la mano;
Imitad á Salomon,
Y entrad deshaciendo agravios,
Porque al principio os respeten
Y adoren vuestros vasallos.
Dejad, Fernando, las fieras
Destos montes solitarios,
Y perseguid justiciero
Las que os dañan en poblado;
Que yo temeroso de una
Que os pretende hacer pedazos,
Huyendo á estos montes, juzgo

Sus brutos por mas humanos
 Cuando me llamaba España
 Con las damas cortesano,
 Liberal con los amigos,
 Valiente con los contrarios,
 Discreto en conversaciones,
 Galán y diestro en saraos,
 En las guerras vitoriosos,
 Como en las paces bizarro;
 Por conservar mi privanza,
 Vivía lisonjeado;
 Callaba del poderoso
 Los insultos y pecados;
 Que ha de alquilar el prudente,
 Mientras cursare el palacio,
 La lengua al cuervo silencio,
 Y todos los ojos á Argos.
 Mas ya encontré la verdad
 En este monte, enseñando
 A las aves y á los peces
 Naturales desengaños;
 Donde líquidos espejos
 Están la cara mostrando
 A la verdad sin lisonja,
 Segura de aceites falsos;
 Donde arroyuelos y fuentes
 Se eutretienen murmurando,
 No á costa de honras ajenas,
 Que es pasatiempo de ingratos;
 Donde si aplauden las aves
 Al sol su cuna dorando,
 Es con verdades sencillas,
 No con hipócritas vanos;
 Donde jamas miente á Flora
 El siempre jóven verano,
 Ni el estío adusto á Ceres,
 Ni el fértil otoño á Baco;
 Donde el encogido invierno
 Sale decrepito y cano,
 Sin teñirse los cabellos
 Por desmentir á sus años.
 Todo es mentira en la corte,
 Todo es verdad en los campos,
 Y por esto aprendí dellos,
 Gran señor, el hablar claro.
 La reina Doña Maria,
 Mujer de Don Sancho el Bravo,
 Jezabel contra inocentes,
 Athalia entre tiranos,
 Por vivir á rienda suelta
 En tan ilícitos tratos,
 Que para que no os ofendan,
 Los publico con callarlos,
 Intentando libre y torpe
 Casarse con un vasallo,
 Y dándos la muerte niño.
 Estos reinos usurparos;
 De mi lealtad temerosa,
 Porque me dió mi cuidado
 Noticia de sus intentos
 (Que dan voces los pecados)
 Viendo oponerme leal,
 Con armas y con vasallos
 A sus mortales deseos,
 Quitado me ha mis Estados,
 Y en la Mota de Medina
 Há, invicto señor, diez años
 Que preso por inocente,
 Lloro desdichas y agravios.
 Supe, gracias á los cielos,
 Que vuelto el siglo dorado,
 El gobierno de Castilla
 Resucita en vuestra mano,
 Y que esta Athalia cruel
 Se ha recogido, llevando
 Los esquimos destos reinos,
 Por su ambición disfrutados;
 Y fiando en mi inocencia,
 Y en la lealtad de un criado,
 Hechas las sábanas tiras,
 Del homenaje mas alto
 Descoligándome una noche,

Como me veis disfrazado,
 Entre estos montes desiertos
 Há cuatros meses que paso.
 Si el poco conocimiento
 Que teneis de mis trabajos,
 Pone mi crédito en duda,
 Y á persuadirnos no basto
 A la justa indignacion
 De vuestra madre, Fernando,
 Don Juan soy, infante y hijo
 Del rey Don Alfonso el sabio;
 Mi sobrino os llama el mundo,
 Y yo mi señor os llamo.
 Ved si es razon, Rey famoso,
 Que pobre y desheredado
 Ilabite silvestres montes
 Vuestro tío, y que triunfando
 De la lealtad la traicion,
 Come las yerbas del campo.
 Testigos de mi inocencia,
 Y del gobierno tirano
 De vuestra madre cruel,
 Son seguros y abonados
 El infante Don Enrique,
 Hijo de Fernando el Santo,
 Don Alvaro, Nuño, Tello....
 Mas para qué alego en vano
 Corta suma de testigos,
 Cuando el reino desechado.
 Los vasallos destruidos,
 Los leales desterrados,
 Los ricos-hombres ya pobres,
 Abatidos los hidalgos,
 Y todo el reino perdido,
 Voces al cielo están dando?
 Sol de España, sois, señor,
 Deshagan los rayos claros
 De la justicia las nubes
 Que su luz han eclipsado;
 Y posponiendo respetos
 De madre, pues sois amparo
 De Castilla, dad prudente
 Remedio á tan ciertos daños,
 Y vuestros piés generosos
 A un infante desdichado,
 Que juzga, viéndose reinar,
 Por venturas sus trabajos.

REY.

Levantad, ilustre tío,
 Del suelo, que estais bañando,
 Las generosas rodillas,
 Y dadme los nobles brazos;
 Que habeis sacado á los ojos
 Lágrimas que os están dando
 Los pésames del rigor
 Con que el tiempo os ha tratado.
 Con vuestras quejas he oido
 La mala cuenta que ha dado
 Mi madre de su gobierno;
 Pero negocio tan arduo,
 Aunque Don Enrique alega
 Lo que vos, y ha provocado
 Mi severo enojo, pide
 Que lo averigüe despacio.
 Contento estoy con la caza
 Que en estos desiertos hallo
 Pues siendo vos su despojo,
 A vuestro sér os restauro.
 Vuestros Estados os vuelvo,
 Dándos el mayordomazgo
 Mayor de mi casa y corte.

DON JUAN.

Reineis, señor, siglos largos.

DON ENRIQUE.

Para gozarlo seguro,
 Es, gran señor, necesario
 Que á los principios corteis
 A los peligros los pasos.
 A lo que el Infante ha dicho
 Contra vuestra madre, añado
 Que es Don Juan Caravajal

El que en ilícitos tratos
 Con la Reina ofende torpe
 La memoria de Don Sancho,
 Vuestro padre, y ambicioso
 El reino intenta usurparos.
 Para esto ofrece la Reina
 Que al de Aragon dé la mano
 La infanta Doña Isabel,
 Vuestra hermana, y que entre armado
 En Castilla, cuyo reino
 Le entregará, porque amparo
 Dé á sus livianos deseos.
 En Leon los dos hermanos
 Caravajales intentan,
 Por ser tan emparentados,
 Juntar sus deudos y amigos,
 Y del reino apoderados,
 Alzar por Doña Maria
 Banderas, y despojaros
 De vuestro real patrimonio:
 Para esto tiene usurpados
 Diez cuentos de vuestra renta,
 A costa de pechos varios,
 Que mientras tuvo el gobierno,
 La dieron vuestros vasallos.
 Mirad, gran señor, si piden
 La diligencia estos casos,
 Con que ataja inconvenientes
 Y imposibles vence el sabio.

REY.

¡Válgame el cielo! ¿es posible
 Que mi madre haya borrado
 La fama, con tal traicion,
 Que su nombre ha eternizado?
 ¡Contra mi mi madre misma,
 Y en deshonestos abrazos
 Las cenizas ofendiendo
 De mi padre el rey Don Sancho!
 ¡Jesus! no puedo creerlo;
 Pero pues lo afirman tantos,
 Que con lealtad acreditan
 La verdad, ¿de qué me espanto?

DON ALVARO.

Lo ménos, señor, te han dicho
 De lo que pasa, que es tanto
 Que excede á cualquiera suma.

DON NUÑO.

Si yo por testigo valgo,
 Alfirmarte, señor, puedo
 Que si no acudes temprano
 Al peligro de Castilla,
 No has de poder remediallo.

REY.

Alto pues, vasallos míos;
 No es posible que haya engaño
 En vuestros hidalgos pechos;
 Creeros quiero á los cuatro.
 Mi madre es mujer y moza;
 Quedó el gobierno en su mano;
 El poder y el amor ciegan;
 No hay hombre cuerdo á caballo.
 Si por tantos años tuvo
 Estos reinos á su cargo,
 ¿Qué mucho, siendo ambiciosa,
 Que sienta agora el dejarlos?
 El derecho natural
 Perdóne; que de dos daños
 Se ha de elegir el menor.
 Castilla me pide amparo;
 Mi madre la tiraniza;
 Y pues conspira, afrentando
 La ley de naturaleza,
 Contra quien el sér ha dado,
 Hoy mi justicia dé muestras
 Que contra insultos y agravios,
 No hay acepción de personas,
 Sangre, ni deudos cercanos.
 Pues sois ya mi mayordomo,
 Y estais, Infante, agraviado,
 Tomad á mi madre cuentas,
 Hacella alcances y cargos

De las rentas de mi reinos:
Y si no igualan los gastos
A los recibos, prendelida.
DON JUAN.

No me mandeis.....

REY.

Esto os mando.

Prended tambien los traidores
Caravaiales; que entrambos
Han de dar á España ejemplo,
Viéndolos en un cadaiso.
Juan Alfonso Benavides
Debe ser tambien tirano:
En Santorcaz esté preso;
Que así al reino satisfago.
Ni el ser mi madre la Reina,
Ni yo de tan pocos años,
Me impedirán que no imite
En la justicia á Trajano;
Y pues soy naturalmente
A la caza aficionado,
A caza he de ir de traidores
Antes que á fieras del campo.
Don Juan, aqueste es mi gusto;
No pongais, con dilatallo,
En contingencia mi enojo,
Si pretendéis conservaros.

DON JUAN.

Servirte solo pretendo.

REY.

Por los cielos soberanos,
Que ha de quedar en el mundo
Nombre de Fernando el cuarto.

(Vase con el acompañamiento.)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, DON JUAN, DON
NUÑO, DON ALVARO.

DON JUAN.

Esto es hecho, Don Enrique.

DON ENRIQUE.

Dadme, sobrino, los brazos
En que estriba nuestro aumento,
Y por vuestro ingenio gano.

DON JUAN.

Quitemos aqueste estorbo;
Que si una vez derribamos
La Reina, no hay que temer.

DON ENRIQUE.

Para eso yo solo basto.

DON JUAN.

Mas escuchad, si os parece.
La traza que he imaginado
Para que los dos reinemos,
Que es solo lo que intentamos.
A la Reina tengo amor,
Sin que el tiempo haya borrado
Con injurias y prisiones
De mi pecho su retrato.
Si por verse perseguida
De su hijo, que indignado
Ponella manda en prision,
Su honor y fama arriesgando,
Con nosotros se conjura;
Y ofreciéndome la mano
De esposa, (que esto y mas puede
En la mujer un agravio)
De la corona y la vida
Al mozo Rey despojamos,
¿Qué dicha no conseguimos?
¿Qué temor basta á alterarnos?
Vos reinaréis, Don Enrique,
En todo el término largo
Que abarca Sierra Morena,
Y yo en Castilla gozando
El apetecido cetro,
Si con la Reina me caso,
Daré á Trajillo á Don Nuño,
Y á Don Alvaro otro tanto.

DON ENRIQUE.

Si eso con ella acabais,

Habréis, Don Juan, dado cabo
A mi esperanza y temores.

DON ALVARO.

La traza prudente alabo.

DON NUÑO.

Infante, si á efeto llega,
Conquistad el pecho casto
De la Reina, y habréis hecho
Un prodigioso milagro.

DON JUAN.

Eso á mi cargo se quele.
Venid: firmemos los cuatro,
Para mas seguridad,
La palabra que la damos
De ser todos en su ayuda
Contra el Rey, pues de su mano
La fortuna nos corona
En Castilla.

DON ENRIQUE.

Vamos.

LOS OTROS TRES.

Vamos. (Vanse.)

Entrada á la villa de Becerril.

ESCENA VIII.

LA REINA, DON ALONSO, DON
PEDRO.

REINA.

Ya gozaré con descanso
Lo que mi quietud desea:
El sosiego de la aldea,
Su trato sencillo y manso.
Las verdades que en palacio
Por tanto precio se venden,
Las palabras que no ofenden,
La vida que aquí despacio
Con tiempo á la muerte avisa,
El quieto y seguro sueño,
Que en la corte es tan pequeño,
Como su vida de prisa.
No sé cómo encareceros
El contento que recibo
De ver que ya libre vivo
De engañosos lisonjeros,
De aquel encantado infierno,
Adonde la confusion
Entretiene la ambicion
Con el disfraz del gobierno.
Gracias á Dios que he salido
De aquel laberinto extraño,
Donde la traicion y engaño,
Trocando el traje y vestido
Con la verdad desterrada,
Vende el vidrio por cristal!
¡Oh carga del trono real,
Del ignorante adorada!
La alegre vida contieso
Que sin ti segura gozo:
Fernando, que es hombre y mozo
Podrá sustentar tu peso;
Que no poca hazaña ha sido,
Siendo yo flaca y mujer,
El no háberme hecho caer
Diez años que te he traído.

DON ALONSO.

Los requiebros amorosos
Con que vuestra Majestad
Celebra la soledad
Sin temores ambiciosos,
Son muestras de la virtud
Que en su cristiandad emplea.

DON PEDRO.

No hay medicina que sea
Mas conforme á la salud
Que la simple, porque daña
Nuestra vida la compuesta;
Y si en la corte molesta
No se estima quien no engaña,

Y vive la compostura
A costa de la lealtad;
Aquí la simplicidad
Mas la salud asegura.
Mil años su estado firme
Goce, y su quietud sencilla.

ESCENA IX.

BERROCAL, con vara de alcalde; TOR-
BISCO, GARROTE, NISIRO, CRIS-
TINA, ALDEANOS. — Dichos.

REINA.

Los vecinos de mi villa
Han salido á recebirme.
(Hablan los aldeanos entre sí á un lado
del teatro.)

TORBISCO.

¿Sabréis decille el arenga
Que os encomendó el concejo?

BERROCAL.

Entre la carne y pellejo
Del calletre hago que venga;
Como no se quede allá,
Vos veréis cual la rempujo,
Si una vez la deshorujo.

GARROTE.

Aquí la reinesa está:
No hay, Berrocal, son echallo.

BERROCAL.

Dios vaya conmigo, amen.
Pero, aho, ¿no será bien,
Si la he de habrar, repasallo?

CRISTINA.

Agora es descortesía.

BERROCAL.

¿Antes que empuje el sermon
El fraile, no suele, Anton,
Pasalle en la sacrestía?
Hed cuenta que estoy allá.

NISIRO.

Vaya pues.

TORBISCO.

Atento espero.

BERROCAL.

Escupo, pues, lo primero.
(Escupe.)

¿No he escupido bien?

CRISTINA.

¡Verá!

¿Pues qué habilencia es aquesta?

BERROCAL.

¿Pensais vos que no es trabajo
Saber echar un gargajo
Delante de una reinesa?
Ori bien, espiezo así:
«El Cura y el Regidero...»
No, ell Alcalde va primero,
Y es bien espenzar por mí.
«Yo ell alcalde Berrocal,
Y Cristina de Sigura...»
Mas llevar de zaga al cura,
Que es crerigo, parece mal.
«El cura Miguel Brunete,
Que se pica de estordiante...»
Mas tampoco han de ir delante
Cuatro esquinas de un bonete.

TORBISCO.

Alcalde, acabemos ya,
Que esperan.

BERROCAL.

¡Válgamos Dios!

Mas vámosla á habrar los dos;
Que yo lo compondré allá.

(Lléganse á la Reina.)

«Señora: el Cura y Alcalde...»
Digo: «ell Alcalde y el Cura,
Que aunoué delante percura,

Par Dios que trabaja en balde,
«Y el concejo del lugar...»
Pero soy un majadero:
Que había de escupir primero.
Escupo, y vuelvo á empezar.

(*Escupe.*)

«El Cura, que es nigromante,
Y los ñublados conjura...»
¡Válgate el diablo por cura!
¡Qué amigo que es de ir delante!
«El Cura y yo Berrocal,
Alcalde, después de Dios...»
El Cura y yo somos dos;
«Pero Gordo, y Gil Costal,
Juan Pabros, y Anton Centeno...»
Mas Juan Pabros ya murió;
Que una corrençia le dió.
Y era el vecino mas bueno
Que tuvo en Castilla el Rey:
Murióse como un jilguero,
Porque se merendó entero
El menudillo de un buey.
El cielo dejaba raso,
Si á nubló subía á tañer;
Quedó viuda su mujer
Crespa; mas vamos al caso.
«Digo, pues, que cada uno,
Y todos mancomunados,
En *sollidum* concertados,
Sin que discrepe ninguno,
Habemos salido apostá
Del lugar de Becerril
Con la gaita y tamboril...»
Lo que toca á la langosta,
Mos afrige á cada paso.

GARROTE. (*Ap. al Alcalde.*)

Pues eso ¿qué tien que ver?

BERROCAL.

Hérselo todo saber,
¿No es bien? Mas vamos al caso.
«Como á vivir viene aquí
Su Malhad...»

NI SIRO. (*Ap. al Alcalde.*)

Su Majestad

Bestia, di.

CRISTINA. (*Ap.*)

¡Qué necesidad!

BERROCAL.

«Su Majestad, bestia, di,
Dalla el parabien percura;
Y ansina la sale á honrar...»
No hay reloj en el lugar;
Pero el albeitar nos cura;
Y aunque por Gila me abraso,
La vez que á habralla me llevo,
Me dice: «jó, que te estriegó.»
Pero en fin, vamos al caso.
«Mándemos su Jamestá;
Que hella mercé es muese gusto,
Y siendo reínesa, es justo
C' agamos su voluntá.»

REINA.

La que el lugar me ha mostrado,
Estimo como es razon,
Y mas de la comision
Que á vos, Alcalde, os ha dado,
Que habeis estado elocuente.
La vara os doy de por vida.

BERROCAL.

Aquesta ya está podrida,
Démela por otras veinte (1);
Que soy en las fiestas loco,
Y como hay muchachos malos
Quiébrolos á puros palos,
Y así pueden durar poco;
Y una vara de por vida
¿Qué vale, quebrándose hoy?

REINA.

Por vuestra vida os la doy.

(1) Berrocal pronunciaria *cienta*: así consu-
ja en este verso con el primero de la redondilla.

BERROCAL.

Eso, bien. Liéguese y pida
Justicia, si sentenciar
En el concejo me ve.
Que por hacella mercé,
Yo la mandaré ahorcar.

(*Vanse los aldeanos.*)

ESCENA X.

DON JUAN, DON NUÑO, DON ALVA-
RO.—LA REINA, DON ALONSO,
DON PEDRO.

DON ÁLVARO. (*Hablando aparte con el
Infante, al salir.*)

La Reina está aquí y también
Los Caravajales.

DON JUAN.

Tengo

A dicha el tiempo á que vengo.

(*Llegándose á la Reina y los Carava-
jales.*)

Los dos á prision se dén.

DON ALONSO.

¿Nosotros? ¿por qué ocasion?

DON JUAN.

«Bueno es que ocasion pidais,
Desleales, cuando estais
Indiciados de traicion!

DON PEDRO.

Si no estuviera delante
La Reina nuestra señora,
Pudiera un mentis agora
Daros la respuesta, Infante

DON JUAN.

«Oh villanos! brevemente
Vuestros castigos darán
Muestras de quién sois.

REINA.

Don Juan,

¿Sabeis que estoy yo presente?

¿Sabeis que la Reina soy?

¿Cómo llegais indiscreto

A prender, sin mas respeto,

Ninguno donde yo estoy?

DON JUAN.

Cumplo, señora, mi oficio.

REINA.

Cuando yo á enojarme llegue...

DON JUAN.

Vuestra Alteza se sosiegue;
Que esto es todo en su servicio.

REINA.

«En mi servicio, prender
Los que me sirven á mí!

DON JUAN.

El Rey lo ha mandado así.

REINA.

Si él lo manda, obedecer
Como vasallos leales;
Que tiene el lugar de Dios:
Mostrad en esto los dos
Quién son los Caravajales.
Y si lo mismo procura
Hacer de mí, la cabeza
Le ofreceré.

DON JUAN.

Vuestra Alteza

Tampoco está muy segura:
Harto hará en mirar por sí.

DON ALONSO.

Al nombre, señora, real,
Es cera el acero leal:
Los nuestros están aquí.

(*Dan las armas.*)

Tomaldos, pues se atropella
Así el valor que ofendeis;
Que por mas que los mireis,

No hallaréis en ellos mella
De deslealtad ni traicion.
Aunque no pocas sacaron
Cuando al Rey os allanaron
Con mis deudos en Leon.

(*Con ironía.*)

Pero así su poder muestra
Que poca falta le harán
Nuestras espadas, Don Juan,
Donde estuviere la vuestra,
Siempre en serville empleada.

DON PEDRO. (*Con ironía.*)

Si; que la fama pregona
Que vos contra su corona
Jamás sacastes la espada,
Ni las traiciones y engaños
Os han formado proceso,
Puesto que estuvistes preso,
Aunque sin culpa, diez años.

DON JUAN.

No quedara satisfecho
Mi agravio, si no os quitara
Con mis manos y arrancara
La cruz del villano pecho,

(*Arréncule la cruz.*)

Que indecentemente estaba
En tan infame lugar,
Usando con ella honrar
A sus nobles Calatrava,
No cobardes corazonos.

(*A Don Nuño y Don Alvaro.*)

Tomalda los dos allá.

DON PEDRO.

«Oh! ¿qué bien parecerá
La cruz entre dos ladrones!
Aunque una cosa condeno
Cuando á los dos os igualo,
Que allá solo hubo uno malo;
Pero aquí ninguno hay bueno.

DON ÁLVARO.

Un hombre por traidor preso,
No injuria ni quita honor.

DON NUÑO.

De Mártos comendador
Os hizo algun frágil seso;
Mas antes que os hagan cuartos,
Para que Castilla entienda
Que es Mártos vuestra encomienda,
Os despenarán de Mártos,
Y poblaréis cadabalsos
Infames.

DON PEDRO.

Poco valieran

Si con vos lo mismo hicieran;
Que no pasan cuartos falsos.

DON JUAN.

A Santorcaz lo llevad.
(*Don Nuño y Don Alvaro se llevan á
Don Alonso y Don Pedro.*)

ESCENA XI.

LA REINA, DON JUAN.

REINA.

Como á la real obediencia
Se sujeta mi paciencia,
No os parezca novedad,
Don Juan, no favorecer
A quien tan bien me sirvió,
Porque nunca bien mandó
Quién no supo obedecer.
Mas el que es ministro real,
Cuando algun culpado prende,
Con la vara solo ofende;
Que con la lengua hace mal.
El juez prudente castiga,
Cuando el cargo que vos cobra,
Y atormentado con la obra,
Con las palabras obliga.
Poco mi respeto os debe.

DON JUAN.

Cuando sepais que estos dos,
Gran Señora, contra vos
Han usado el trato alevé
Que ignorais, no juzgaréis
Mi rigor por demasiado.

REINA.

¿Contra mí? Experimentado
Tengo, como vos sabeis,
Don Juan, en no pocos años,
Aunque es fácil la mujer,
Lo poco que hay que creer
En testimonios y engaños.
Yo los conozco mejor;
Mas como el mundo anda tal,
No vive mas el leal
De lo que quiere el traidor.

DON JUAN.

En prueba, Señora, deso,
Porque sepais cuán leales
Os son los Caravajales,
Y si el Rey mal los ha preso,
Advertid que han dicho al Rey
Que la ambición de mandar
Os obliga á conspirar
Contra el amor y la ley
Que á vuestro Rey y Señor
Debeis; tanto, que usurpado
Teneis á su real Estado
Treinta cuentos; que el amor
Que teneis al de Aragón,
Le fuerza, si os da la mano,
A entregalle en ella llano
A Castilla y á Leon:
Y otras cosas que no cuento,
Pues por indignas de oíllas,
No solo no oso decíllas,
Mas de pensallas me afrento.
El Rey, fácil de creer,
Contándole lo que pasa
Testigos de vuestra casa,
Manda que os venga á prender,
Después de tomaros cuentas
Del tiempo que gobernado
Habeis su reino, y cobrado
De su corona las rentas.
No quise que cometiese
A otro el venir sino á mí,
Que serviros prometí.
Porque no se os atreviese.
Y como aquí los hallé,
No me sufrió el corazón
Pasar por tan gran traición,
Y así prendellos mandé.

REINA.

Que el Rey forme de mí quejas,
Y ponerme en prision mande,
No me espanto, mientras ande
La lisonja á sus orejas.
Mas ¿que los Caravajales
Tal traición contra mí digan...!
Por mas, Don Juan, que persigan
Su valor los desleales,
No saldrán con la demanda.
Vuestro cargo ejercitad;
Prendedme, cuentas tomad,
Y haced lo que el Rey os manda.

DON JUAN.

Yo, gran Señora, juré
De serviros y ayudaros,
Y lo que os debo pagaros
Con lealtad, amor y fe.
El infante Don Enrique
Y otros caballeros sienten
Que traidores os afrenten,
Y el Rey esto os notifique:
Para lo cual hemos hecho
Pleito homenaje de estar
De vuestra parte, y pasar
Cualquier peligroso estrecho
Por vos, si darme la mano

T. V.

De esposa teneis por bien,
Y el reino quitar tambien
A un hijo tan inhumano,
Que á dos traidores socorre,
Y el sér olvida que os debe.
Pues á prenderos se atreve.
Riesgo vuestra vida corre:
Si permitis ser mi esposa,
Gozaudo el reino otra vez,
El llanto, luto y viudez
Trocais en vida amorosa.
En este papel confirman
Esto cuatro ricos hombres,
Cuyo poder, sangre y nombres
Conoceréis, pues lo firman,
Que son Don Enrique, yo
Con Don Alvaro, y tambien
Don Nuño: si os está bien,
Mi amor justa paga halló.

REINA. (Tomando el papel.)

Guardaréle para indicio
De vuestra lealtad y ley,
Y verá por él el Rey
A quien tiene en su servicio...
(Métete en la manga, y luego saca otro y le rompe.)

Aunque pegarme podria
La deslealtad que hay en él:
Que si es malo, de un papel
Se ha de huir la compañía.
Rasgalle es mejor consejo;
Que para vuestros castigos,
Es bien aumentar testigos,
Y será quebrado espejo,
Que en la parte mas pequeña.
Como en la mayor, la cara
Retrata que en él repara;
Mas si en pedazos enseña
Las vuestras, viéndose en él,
Como son tantas, Don Juan,
Retratallas no podrán
Las piezas dese papel.
Tomad las cuentas, primero
Que me prendais, de la renta
Real, y alcanzadme de cuenta,
Si podéis; pero no espero
Que en eso me deis cuidado,
Pues vos mismo sois testigo
Que en tres que hicistes conmigo,
Siempre quedastes cargado.
Pero esperadme; que en breve
Las que pedis os daré,
Porque el Rey seguro esté,
Y sepa quién á quien debe. (Vase.)

DON JUAN.

¿Que callar me haga así
El valor desta mujer!

ESCENA XII.

EL REY, DON MELENDO. — DON JUAN.

REY.

Difícil es de creer
Que conspire contra mí
Mi misma madre, Melendo;
Pero es mujer: ¿qué me espanta?

DON MELENDO.

La Reina, señor, es santa.

REY.

Ver por mis ojos pretendo
La verdad que temo en duda.

DON JUAN.

¿Rey y señor! ¿Vuestra Alteza
Aquí?

REY.

La poca certeza
Que tengo, manda que acuda
En persona á averiguar
La verdad destes sucesos.

DON JUAN.

Ya están los hermanos presos
Que el reino os quieren quitar,
Y la Reina, temerosa
De veros contra ella airado,
Conmigo se ha declarado,
Y promete ser mi esposa,
Si en su favor contra vos
Estos reinos alboroto,
Y hago que sigan mi voto
Los grandes.

REY.

¡Válgame Dios!

¿Mi madre?

DON JUAN.

No guarda ley
La ambición que desvanece.
Vuestra corona me ofrece;
Mas yo no estimo ser rey
Por medios tan desleales.
De rodillas me ha pedido
Que á su llanto enternecido,
Suelte á los Caravajales,
Y que me vaya á Aragón
Con ella; que desde allá
Con sus armas entrará
A coronarme en Leon;
Y si resiste Castilla,
Irà despues contra ella.
Prendelda, señor, sin vella,
Porque si venis á oílla,
Yo sé que os ha de engañar;
Que, en fin, siendo madre vuestra,
Mozo vos, y ella tan diestra,
Mas crédito habeis de dar
Que á mí, á su fingido llanto.

REY.

Esa no es razon ni ley.

ESCENA XIII.

LA REINA. — EL REY, DON JUAN, DON MELENDO.

DON MELENDO.

Aquí, Señora, está el Rey.

DON JUAN. (Ap.)

De mis traiciones me espanto.

REINA.

Huélgome que haya venido.
Hijo y señor, vuestra Alteza
A averiguar testimonios,
Que hace gigantes la ausencia.
Su mucha cordura alabo,
Porque en negocios de cuentas
Y de honras, suele un cero
Dañar mucho si se yerra;
Y si como cortan plumas
Las unas, cortaran lenguas
Las otras, yo sé que entrambas
Salieran, Fernando, buenas.
Mandado habeis á Don Juan
Que á tomar la razon venga
De vuestro real patrimonio:
Viéndolo vos, soy contenta;
Que aunque deberos me imputan,
Privados que os lisonjean,
Treinta cuentos, serán cuentos
De mentiras, no de hacienda.
Pero yo admito sus cargos:
Sumad, Don Juan, en presencia
Del Rey gastos y recibos,
Porque sus alcances vea. —
Cuando de tres años solos
Quedó del Rey la inocencia
Y este reino á cargo mio,
Primeramente en la guerra
Que vos, Infante, le hicistes,
Levantándole la tierra,
Llamándos rey de Castilla
Y enarbolando banderas,
Gasté, Infante, quince cuentos,

Hasta que en la fortaleza
De Leon preso por mí,
Peligró vuestra cabeza.
Redujoos á mi servicio,
Y hacíades mercedes nuevas,
Murmuraron los leales,
Que veros pagar quisieran
Vuestra traicion con la vida;
Y para enfiernar sus lenguas
Con el oro, que enmudece,
Les di tres, que no debiera.
Item : en edificar
En Valladolid las Huelgas,
Donde en continua oracion
A Dios sus monjas pidieran
Que de vos al Rey librase,
Y las trazas deshiciera
De vuestro pecho ambicioso
En mi agravio y en su ofensa,
Veinte cuentos. Item mas :
Cuando por estar su Alteza
Enfermo quisistes darle
Veneno (ya se os acuerda)
Por medio del vil hebreo
Que entónces médico era
Del Rey, en una bebida,
Testigo de la fe vuestra;
En hacimiento de gracias,
Misas, procesiones, fiestas,
Seis cuentos, que repartí
En hospitales y iglesias.
Aunque pudiera contar
Otras partidas inmensas,
En que por servir al Rey
Vendí mis jovas y tierras,
Como todo el reino sabe;
Solo os sumo, Don Juan, estas,
Que no las negaréis, pues
Teneis tanta parte en ellas :
Solo no he de dejar una,
Porque el Rey que os honra, sepa
Cuán codiciosa usuré
En Castilla sus riquezas.
A un mercader de Segovia,
Para pagar las fronteras
De Aragon y Portugal,
Empeñé mis tocas mismas,
En prueba de vuestra fe;
Que no tuvistes vergüenza
De ver, contra el real respeto,
Sin tocas á vuestra Reina.
Premié al mercader leal;
Quitéle mis nobles prendas,
Que los traidores agravian,
Y los leales respetan.
Si estos descargos no bastan,
No hay cosa en mí que no sea
Del Rey, mi señor y hijo :
Entrad en casa ; que en ella
No hallaréis mas de este vaso.
(*Sácalo de la manga.*)
Que en prueba de mi inocencia,
Y en fe de vuestras traiciones,
Mi noble lealtad conserva;
Pero daréle tambien,
Aunque en vos riesgo corriera;
Que en vasos sois sospechoso,
Y es bien que dároslo tema.
Ya me parece que hasta
Esto en materia de cuentas;
En materia de mi honor,
Para no seros molesta,
Aquí he escrito mis descargos :
Vuestra Majestad los lea,
(*Dale un papel.*)

Y conozca por sus firmas
En quién su privanza emplea.

REY.

¡Válgame el cielo! Aquí dice
Que como mi madre ofrezca
La mano á Don Juan, de esposa,
Juntando Estados y fuerzas
Con Don Enrique Don Nuño
Y otros, haciéndome guerra,
Me quitarán á Castilla
Para coronarla en ella.

REINA.

Para asegurar traidores,
Fingi romper esa letra,
Y la guardé para vos,
Otra rasgando por ella.

REY.

Don Juan, ¿es vuestra esta firma?

DON JUAN.

Sí, gran señor.

REY.

Pues en estas
A los demas desleales
Conozco. Si la prudencia
Que tanto celebra España,
Gran señora, en vuestra Alteza,
Mi confusion no animara;
Por no estar en su presencia,
De mí sin causa ofendida,
Sospecho que me muriera.

(*Tocan dentro cajas.*)

Pero ¿qué alboroto es este?

ESCENA XIV.

DON DIEGO, DON ALONSO y DON PEDRO, armados. — DICHOS.

DON DIEGO.

Deme los piés vuestra Alteza;
Que huelgo de hallarle aquí.

REY.

Pues, ¿Don Diego! ¿vos de guerra?

DON DIEGO.

Donde privan desleales,
Que en agravio de su Reina,
Vuestra verde edad engañan,
Armado es razon que venga.
A Don Alvaro y Don Nuño
Quité la mas leal presa
De vuestros reinos, Señor,
Y los prendí en lugar della.
A los dos Caravajales,
Indignos de tal violencia,
Llevaban á Santorcaz;
No creí que vuestra Alteza
Pudiera mandar tal cosa,
Y anstí, viniendo en defensa
De la Reina, los libré,
Por constarme su inocencia.

REY.

Habeisme en eso servido.
A mi amor y gracia vuelvan.
Que si engaños me indignaron,
Mercedes le haré nuevas.

DON ALONSO.

Mil siglos el reino gocés.

(*Tocan dentro cajas.*)

ESCENA XV.

BENAVIDES. — DICHOS.

BENAVIDES.

Que un criado, señor, vuelva
Por su señora, corriendo
Su honra por cuenta vuestra,
No se tendrá á desacato;
Y así digo que el que lengua
Pone en su fama.....

REINA.

Ya estoy
De vos, Don Juan, satisfecha;
Que sois, en fin, Benavides,
Y los traidores que intentan
Ofenderme, convencidos.

(*Tocan dentro cajas.*)

ESCENA XVI.

BERROCAL, TORBISCO, GARROTE,
ALDEANOS. — DICHOS.

BERROCAL.

¿A nuesa ama llevar presa!
Arre allá. ¿Soy ó no alcalde?

TORBISCO.

Que está aquí el Rey.

BERROCAL.

El Rey venga

A la cárcel.

GARROTE.

¿Estais loco?

BERROCAL.

Poniéndole una cadena.
Sabrá quién es Berrocal. —
Daos á prision.

REY.

Todos muestran,
Señora, el amor que os tienen.
Don Diego, haced que se prendan
Don Enrique y los demas.

DON PEDRO.

El temor, sin alas vuela :
A Aragon los tres huyeron
Del rigor de vuestra Alteza.

REY.

Haced, madre, de Don Juan
Lo que quisiéredes.

REINA.

Sepa
España que soy clemente,
Y que el valor no se venga.
Destiérrolo destos reinos,
Y sus Estados y hacienda
En los dos Caravajales
(Hijo, con vuestra licencia)
Y en Benavides reparto.

DON DIEGO.

Merécelo su nobleza.

REY.

Dignamente en su lealtad
Cualquiera merced se emplea;
Y vuestra Alteza, señora,
Con su vida ilustre enseña
Que hay mujeres en España
Con valor y con prudencia.

DON DIEGO.

De los dos Caravajales
Con la segunda comedia
Tirso, senado, os convida,
Si ha sido á vuestro gusto esta.

LA VILLANA DE LA SAGRA.

PERSONAS.

DON LUIS.
DOÑA INES.
ANGELICA, *aldeana*.
DON PEDRO.
FELICIANO.
CARRASCO, *lacayo*.

DON JUAN.
DON DIEGO.
CAMILA.
CACHOPO, *lacayo*.
FABRICIO, *criado*.
LINARDO.

HORACIO.
UN ENBOZADO.
UN TAMBORILERO.
UN ESCRIBANO.
CRIADOS.
ALDEANOS Y ALDEANAS.

La escena es en la ciudad de Santiago, en la de Toledo y en un pueblo de la Sagra.

ACTO PRIMERO.

Zaguan de una casa de juego en Santiago. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

CARRASCO, CACHOPO.

CARRASCO.

Pues juegan nuestros señores,
Saca naipes y dinero.

CACHOPO.

Si el padre es tamborilero,
Los hijos son bailadores :
Y así yo tahir te llamo,
Carrasco, en esta ocasión ;
Que siempre la inclinación
Sigue quien sirve, de su amo.
Jugando allá dentro están,
Con una y otra travesa.

CARRASCO.

Sirva este poyo de mesa,
Y de sala este zaguan,
Aquestas capas de sillas,
O en pié juguemos.

CACHOPO.

Razon

Tienes, que á tal devoción,
No es mucho estar de rodillas.

CARRASCO.

Saca aquesta cifra, llena
De caballos, reyes, sotas,
Que con ella me alborotas.
¡ Ah preciosa cuarentena,
En quien sin duda ninguna
Halló penitencia tanta,
Que sin ser semana santa,
Mas de un pródigo te ayuna !
¡ Qué de hidalgos principales,
Observantes en tus leyes,
Por solo verse con reyes
Vienen á verse sin reales !
¡ Qué dellos, por ser andantes
De noche en tus estaciones,
Por hacer los dos ladrones,
Se hicieron disciplinantes !
¡ Qué de ellos llevan la cruz
En ti de su pobre trato !
¡ Qué de ellos, por el barato,
Son tus cofrades de luz !

CACHOPO.

¡ Qué hemos de jugar ?

CARRASCO.

Un poco

De parar, que es lo mejor.

CACHOPO.

Yo soy de tu propio humor.

CARRASCO.

Pues tendrás humor de loco.

CACHOPO.

Barajo.

CARRASCO.

Yo alzo de mano
Una sota, que me brinda
Con la copa.

CACHOPO.

Si una guinda
Está hecho, no fué en vano.
¡ Muy largas faldas son estas !
El rey de bastos : no es malo.

CARRASCO.

Sera el rey Sardanapalo,
Pues que lleva un palo acuestas.
El naípe es suyo : alzo, y paro
Un real y otro.

CACHOPO.

¡ Bien, por Dios !

Digo.

CARRASCO.

Un caballo.

CACHOPO.

Y aun dos.

Sácola fuera.

CARRASCO.

¡ Qué avaro
Que es ! Ande.

CACHOPO.

Y andalla quiero.

CARRASCO.

Ande, que el caballo he visto.

CACHOPO.

Y el dos ántes.

CARRASCO.

¡ Vive Cristo !

CACHOPO.

Y pinta : tiro el dinero.

CARRASCO.

¡ Qué presto que se alborota !
Baraje ; y torno á parar
Un real, y dos al pintar.

CACHOPO.

Digo.

CARRASCO.

Cúpome una sota.
¡ Qué me quieres, desollada ?

CACHOPO.

El as de oros reverendo
Es mio, y otro voy viendo.

CARRASCO.

Ande.

CACHOPO.

Vaya á la trocada.

CARRASCO.

No quiero, que la veo ya.
Que es sota, y muestra los piés

CACHOPO.

Es verdad, la sota es ;
Pero encima el as está.

CARRASCO.

Quiero quitar este encuentro
Que tira, que no paré
Sino un real.

CACHOPO.

¡ Buen cuento, á fe !

CARRASCO.

No nos oigan allá dentro.

CACHOPO.

Presa y pinta dijo.

CARRASCO.

Miente.

CACHOPO.

¡ Miente, á mí ! Pues, vil lacayo,
Sal aquí.

CARRASCO.

Quedo, sór vayo,
Que también riñe la gente
De allá dentro.

ESCENA II.

DON JUAN y DON LUIS, *dentro*. —
Dichos.

DON JUAN.

Don Luís

Ha arrojado un basto, un as.

DON LUIS.

Vos lo tuvisteis de mas,
Vive Dios, Don Juan.

DON JUAN.

Mentis.

DON LUIS.

Tomad. (*Dan un bofetón dentro.*)

DON JUAN.

¡ Cielos ! ¡ bofetón !
¡ Y en mi rostro !

DON LUIS.

Esta suerte
Se paga un mentis.

DON JUAN.

Tu muerte

Me dará satisfaccion.

(*Salen Don Juan y Don Luis desnudos las espadas, los criados desenvainan las suyas.*)

DON LUIS.

Si el bofetón te deshonra,
No te vayas retirando ;
Que si he perdido jugando,
El dinero, no la honra.
El valor que tanto ensalzas,
He de borrar con tu muerte.
(*Entranse riñendo Don Luis y Don Juan.*)

De su hermano, y padre viejo;
Que no hay honor que sea escaso
Cuando vengarse codicia;
Que es pródigo la pasión,
Y el dinero es aguijón
Con que corre la justicia.
Mi hermana me da cuidado,
Que es pobre y es principal,
Y mi locura fué tal,
Que hasta su dote he jugado
Temo que me la persiga
La guerra del no tener,
Que pobreza en la mujer
A mil desmanes la obliga.
Esto siento; pero vella
¿Cómo ha de ser, si estará
Por mí la justicia allá?
¡Ah! ¡Desdichada doncella
La que convierte su gozo
En llanto, do no hay consejo,
Y muerto su padre viejo,
La rige un hermano mozo!

CARRASCO.

O lloras, ó desvarías.
No hagas eso, que dirán,
Siendo en las armas Roldán,
Que en llanto eres Jeremías.

DON LUIS.

Siempre has de estar de un humor.

CARRASCO.

¡Pues qué! ¿quieres que lloremos?
Ya que al otro muerto habemos,
¿Consolarnos no es mejor?
¿Dónde hemos de ir, y á pié quedo
Mudar de vida y estado?

DON LUIS.

Un tío el cielo me ha dado
Canónigo de Toledo,
Rico y viejo, que desea
Tenerme en su compañía;
Y en cuantas cartas me envía,
Me escribe que antes que vea
La muerte, que ya no puede
Tardar, me ponga en camino,
Pues no tiene otro sobrino
Que su mucha hacienda herede.
En aquesta ocasión quiero
Valerme de su favor.

CARRASCO.

¿Apuestas que soy, señor,
O canónigo ó perrero?
Cuerpo de Dios! ya te aplico
Por hombre de mucha cuenta.

DON LUIS.

Tiene cinco mil de renta.

CARRASCO.

Y aun con dos mil fuera rico:
Que guarda mas que una urraca
Un canónigo ya viejo.
Dominga, yo ya te dejo:
Quédate para bellaca.

DON LUIS.

Siempre has de hablar desatinos.

CARRASCO.

Ansí se pasa el trabajo.

DON LUIS.

Verás el célebre Tajo,
Padre de ingenios divinos.
Espejo de rostros bellos,
En cuya comparación
Todos los del mundo son
Feos, mirados con ellos.
Allí verás la riqueza,
Letras, armas, bizarría,
Discreción, sabiduría,
Trato apacible y nobleza.

CARRASCO.

Allí sus riberas llenas
De berenjenas zocates.

DON LUIS.

El ha de hablar disparates.

CARRASCO.

Como muy bien berenjenas. —
Enderinas dulces, membrillos,
Y en todo el alrededor
El soberano licor
De Esquivias, Boroj, Burguillos,
Y otros muchos; que noticia
Tengo en cuántas partes baña
Con buenos vinos España
Sus hijos; aunque Galicia
De nuestra amistad se agravia:
En esta ausencia dispense
Conmigo el tinto de Orense,
Y el fondón de Rivadavia.

DON LUIS.

Verás en Toledo, en fin,
Cuanto el deleite desea,
Porque allí vertió Amaltea
La copa de su jardín.
Llamole bien un judío
La tierra de promisión.

CARRASCO.

Dí, señor, en conclusion,
Que allí veremos tu tío,
Porque la pena reporte
Que tengo en salir de aquí.

DON LUIS.

Y doce leguas de allí
A Madrid, famosa corte,
Que el mapa del mundo es;
Y si á mi tío ver puedo,
Enviaré desde Toledo
Por mi hermana Doña Ines;
Que á la sombra de tal tío
Muy bien cabremos los dos.

CARRASCO.

Vámonos, cuerpo de Dios,
No nos prendan, señor mío;
Que si la justicia llega,
Querrá hacer de ti justicia.

DON LUIS.

Despedirme de Galicia
Quiero.

CARRASCO.

Yo de mí gallega.

DON LUIS.

Reino famoso, adios, que alegre hago
Ausencia de tu célebre montaña, [¡a
Pues que siendo mi patria, como extra-
Diste á mi juventud siempre mal pago.
Adios, ciudad, sepulcro de Santiago,
Que das pastor y das nobleza á España;
Adios, fin de la tierra, que el mar baña,
Reino famoso, del inglés estrago. [¡o
Adios, hermana, que en tus brazos de-
tu nobleza, tu fama, tu hermosura:
Porque eres de mujeres claro espejo.
Adios juegos, amores, travesura;
Que aunque mozo, desde hoy he de ser [viejo,

Si me ayudan el tiempo y la ventura.

CARRASCO.

Adios, ciudad gallega, noble y sabia,
Asombro del alarbe y estorluga.
Estación del flamenco y del mandinga.
Del scita, y del que vive en el Arabia.
Adios, fregona, cuyo amor me agra-
Gallega molletuda; adios, Dominga, [¡via,
que aunque lo graso de tu amor me prin-
Siento mas el dejar á Rivadavia. [¡ga,
Adios, fondón, traspuesto en tantos ca-
Y conocido de los mismos niños, [¡bos,
Que aquí te dejo el alma con mil clavos.
Adios, barajas, de mi amor brinqui-
Adios, redondos y tajados nabos, [¡nos,
Adios, pescados, herzas, hacorinos.
(Vase.)

Una calle en Toledo.

ESCENA VII.

LINARDO, HORACIO.

LINARDO.

Perdonen por hoy las damas
De Toledo, amigo Horacio;
Que tiempo habrá en que de espacio
Puedan abrasar sus llamas.
Los ojos se han de ocupar
Hoy en diversos sugetos,
Que dicen que es de discretos
Diferenciar el manjar.
La comarca de Toledo
Hace alarde hoy de aldeanas,
Que á las damas toledanas,
Horacio, comparar puedo,
Que como el agosto vino
Lleno de cosecha tanta,
En él esta iglesia santa,
Hace hoy su agosto divino.
Viene hoy con intento vario
Toda la comarca entera
A adorar la Virgen, fuera
De su célebre sagrario.
Labradoras han venido,
Que son por extremo bellas.

HORACIO.

¿Qué importa, dime, si en ellas
No hay donaire ni vestido
Para el apetito? Dalas,
Amigo Linardo, á Judas,
Que son imágenes mudas,
Que pinta el tiempo sin galas.
Nunca dellas me enamoro,
Porque su hermosura es tal,
Como ropa de sayal
Con las guarniciones de oro.

LINARDO.

Engañado estás: aguarda,
Que de aquella tienda sale
Una aldeana, que vale
Mas que cuantas damas guarda
En sus palacios Toledo,
Y por cuyo tierno amor
Da Don Pedro mi señor,
Su hacienda y su vida.

HORACIO.

Quedo,

que ya sale de la tienda
La que dices.

LINARDO.

Su hermosura
En aquesta coyuntura
Mi cierta opinión defiende.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, con un hábito al pecho:
ANGÉLICA, con un sombrero de plu-
mas; UNA ALDEANA. — LINARDO,
HORACIO.

DON PEDRO.

¿No tomárais siquiera,
Pagándolo yo, unos guantes,
Pues joyas mas importantes
Rehusais desa manera?
¿Mas locas.

ANGÉLICA.

Es en vano
El causaros: nada quiero;
Que se corre mi dinero
De volverse entero y sano.

DON PEDRO.

Dejad que compre algo pues
A la compañera.

ANGÉLICA.

Tengo
Para las dos, que no vengo
Con amigas de interva.

DON PEDRO.
Siquiera por cortesía.

ANGÉLICA.
Aqueso á las toledanas,
Que las dos somos villanas.

DON PEDRO.
Cerca está la platería:
Escoged alguna joya,
Sortija, cruz ó cadena.

LINARDO. (A Horacio.)
Si como esta fuera Elena,
Nunca se perdiera Troya.

DON PEDRO.
Recehid algo.

ANGÉLICA.
Yo basto
A pagar: eso os prohibo;
Que siempre tras el recibo
Dicen que se asienta el gasto:
Por no venir á gastar,
Del recibo es bien me prive,
Que la mujer que recibe,
Es forzoso que ha de dar.

DON PEDRO.
;Ay Angélica divina!
Sin duda que en tu aldehuela
La discrecion puso escuela.
Tu hermosura peregrina,
Junta con tu discrecion,
Me tienen perdido y loco.

ANGÉLICA.
Señor Don Pedro, esto poco
Basta de conversacion;
Que os miran mil medios ojos,
Hechos ventanas los mantos,
Y algunos habrá entre tantos
A quien podais dar enojos.
Idos, no engendreis recelos;
Porque será afrenta llana
Que os pida una toledana
Por una aldeana celos.

DON PEDRO.
Bien sabeis vos cuántos dias
Há que por vuestra beldad
Menosprecio en la ciudad
Toledanas bizarrías;
Y que como el alma os vea,
Sin que su aficion reporte,
Juzga solo por la corte,
Angélica, vuestra aldeana.
Por Dios, que me dan disgusto
Cuántas damas hay aquí.
;Quedais satisfecha así?

ANGÉLICA.
Tendréis estragado el gusto;
Y pues os vais al aldeana
Por damas de aqueso modo,
Será por comer de todo,
Que la variedad recrea.
Estaréis empalagado
De tanto sopillo y seda
Como por Toledo rueda,
Y habráos la grana agrado
Del aldeano rebozo,
La chinela y el sombrero;
Porque, aunque sois caballero,
Teneis el gusto de mozo.
Mas pues que habemos llegado
A la santa iglesia ya,
Y aquí aguardándome está
Mi padre, dejá el cuidado,
Don Pedro, y la pretension
Con que vuestro amor extraño
Há que persigue un año.
Buscad esposa con don;
Que yo Angélica, y sin él,
Vos mayorazgo y señor,
Yo hija de un labrador,
Dirán mal seda y burriel.
Vos con aquesa encomienda
Rico y noble, yo heredera

De un labrador, que aunque quiera
Dejarme con mucha hacienda,
Todo lo deshace el tiempo,
Faltando los temporales.....
Y renegad de caudales,
Que andan á gusto del tiempo.
Para mas, ya sabeis vos
Que será cosa excusada;
Y para no alcanzar nada,
No os canseis. Don Pedro, adios.
(*Vanse Angélica y la aldeana y Horacio.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO, LINARDO

DON PEDRO.
Oye. ;Ansi, cruel, me dejas?
Aspid bello, no huyas tanto.
Mas pensarás que es encanto,
Y así tapas las orejas.
;Qué haré, Linardo? que inquieto
Mi alma, á su amor sujeta,
Esta hermosa Circe airada.

LINARDO.
Respondiote como honrada,
Señor, y como discreta.
Es Angélica heredera
De Fulgencio, á quien venera
Toda esta fértil comarca,
Por ser suyo cuanto abarca
Lo mas de aquesta ribera.
Sabe el mayorazgo y renta
Con que Castilla te estima,
Y que tu fama acrecienta
La sangre que te sublima,
De tanto valor y cuenta.
Es humilde aquesta moza,
Y así el estado que goza
Quiere humilde conservar,
Sin consentir desmandar
El tuyo, que es de Mendoza.
Mas si tanto te avasalla
Tu amor, y no has de ablandalla
Con ruegos, usa el rigor;
Que una traza hallo, señor,
Para que puedas gozalla.
Ya sabes la devocion
Que tiene al santo frances
La castellana nacion,
Y que hoy la vispera es
De Roque, nuestro patron.
Esta noche va con grita
Y fiestas á aquella ermita,
Cuya pared Tajo baña.
De toda aquesta campaña
A vela gente infinita.
Yo pienso, y aun claro está,
Que allá la aldeana irá
Que te trata con desden.

DON PEDRO.
Todo eso es así. Pues bien,
;Qué hemos de hacer?

LINARDO.
Que si va

Y tú tomas mi consejo,
Podrás seguro gozalla.

DON PEDRO.
Mi vida en tus manos dejo.
Pero ;cómo?

LINARDO.
Con roballa,
Pues hay tan buen aparejo.

DON PEDRO.
Eso no: soy caballero,
Y ofender al sol no quiero,
Que alumbra las penas mías.

LINARDO.
Amantes con cortesías
Morirán de hambre primero.

El cómo y el cuándo ordena,
Y aqueso no te dé pena.

DON PEDRO.
Amor, dame tu favor:
Seré París robador
De otra mas hermosa Elena. (*Vanse.*)

Sala en casa de Don Luis, en Santiago.

ESCENA X.

DOÑA INES, CAMILA.

CAMILA.
Todos afirman por cierto
Que despues que le mató,
Huyó por camino incierto.

DOÑA INES.
Mas muerta he quedado yo
Sin él, Camila, que el muerto.
Don Diego, Camila, es,
Del muerto Don Juan hermano,
Quien quiere dar al traves
Con mi honor, como tirano,
A fuerza de su interes;
Y porque no vea mi honor
El muro de mi valor
Batir con infame guerra,
Es mejor dejar mi tierra,
Que no vivir con temor.
El partió á Toledo agora,
Camila, porque mi tío
El canónigo le adora.

CAMILA.
Tú harás algun desvario.
Míralo mas bien, señora.

DOÑA INES.
Mi casa dejo; procura
Guardarla tú, y no la ultraje
Don Diego; tenla segura,
Porque yo, mudando el traje,
Pienso mudar la ventura. (*Vanse.*)

Campo de la Sagra á vista de una ermita de San Roque.—Va anocheciendo.

ESCENA XI.

DON LUIS, CARRASCO.

CARRASCO.
Dos leguas ponen de aquí
Hasta Toledo, no mas;
Mañana, señor, verás
Al canónigo; mas di.
;Qué te parece la fiesta
Que al peregrino del cielo
Ha hecho este pueblezueto?

DON LUIS.
Su devocion manifiesta.

CARRASCO.
;Qué buena farsa! qué ensayo
De toros! qué bravo encierro!
Mas quisiera ser el perro
De Roque, que tu lacayo.

DON LUIS.
Calla, loco.

CARRASCO.
Este es mi voto.

Si yo perro suyo fuera,
Cada perro me tuviera
Por su abogado y devoto;
Y haciéndome fiesta á ratos
Perros vestidos de moros,
En vez de correrme toros,
Pudieran correrme gatos.

DON LUIS.
;Estás borracho?

CARRASCO.
No agravia
El estarlo un peregrino,

Ni se vende aquí mal vino;
Que á falta de Rivadavia,
Alaejos, Coca y Pinto,
En Yepes y Ciudad-Real,
San Martín y Madrigal,
Hay buen blanco y mejor tinto.
¡Ah venturosas las uvas
Que lloran tan dulces caños!
¡Castilla ilustre, mil años
Se empuñen dellas tus cubas!
Nunca la peste las dé
Del vinagre, ni las toque.
Toledo, en vez de San Roque,
Haz mil fiestas á Noé,
Pues que cifró tu ventura
En tus cestos y capachos;
Que en tal tierra el ser borrachos
Es calidad, no es locura.

DON LUIS.

Oyete, loco.

CARRASCO.

Aquí dan

En esta ermita del Santo,
Que celebra España tanto,
Caridad de queso y pan,
Y de aquella agua bendita
(¿Agua dije? afrenta fué),
De aquel licor de Noé
Que tantos dolores quita.
Mis tripas han de ser coche
De una azumbre.

DON LUIS.

¡Has de callar?

CARRASCO.

Dicen que todo el lugar
Se junta aquí aquesta noche
En sus fiestas y alegrías,
Bailes, meriendas, placeres,
Hombres, niños y mujeres,
Hasta las fregonas mías.
Ya es de noche: vive Dios,
Que hemos de ver este rumbo,
Y de cuando en cuando un tunbo,
Calabaza, os daré á vos;
Que á fe que hay lindo despacho
De la vinática tinta,
Con la mejor presa y pinta
Que has visto.

DON LUIS.

¡Soy yo borracho

Como tú, qué eres....?

CARRASCO.

Soy mona;

Pues si piensas que me infamas
Cuando borracho me llamas,
Me pones una corona. (*Dentro música.*)

CANTAN.

¡Cómo alegra los campos
La dulce noche
Con la fiesta divina
De nuestro Roque!

CARRASCO.

¡Bueno, bueno! ¡Vive Dios!
La música me desvela.
Ya vienen los de la vela.

ESCENA XII.

DON LUIS, CARRASCO.

(*Van saliendo sucesivamente VARIOS*

ALDEANOS.)

DON LUIS.

Dichosos fulmos los dos
En llegar á tal sazón.
¿No ves la grita que dan?

ALDEANO 1.º

Bellacos, cola Magan.

ALDEANO 2.º

Cola los de Mocajón.

ALDEANO 3.º

Viva Olías.

ALDEANO 2.º

¿En qué peca

Vargas?

ALDEANO 1.º

Varguillas, mamola.

Viva Villaluenga sola.

ALDEANO 2.º

Villaluenga y Villaseca.

ESCENA XIII.

Salen ALDEANAS cantando. — DICHOS.

ALDEANA 1.ª

Los azules bellos
Tachonados de oro,
Muestran el tesoro
Que adorna los cielos.
Su turquí de celos
A la vista alegra,
Y la noche negra,
Otras veces triste,
Su pabellón viste
De mil resplandores.

TODAS LAS ALDEANAS.

¡Cómo alegra los campos
La alegre noche
Con la fiesta divina
De nuestro Roque!

ALDEANO 1.º

Siéntense, señores míos.

ALDEANA 1.ª

Borden las flores mis sayas.

ALDEANO 2.º

Vive Dios, que ha de haber vayas

De donosos desvarios!

¡Qué buena noche!

ALDEANA 1.ª

Extremada.

ALDEANA 2.ª

Aquí me siento.

ALDEANO 1.º

Yo y todo.

Fácilmente me acomodo:

Aquí el asiento me agrada.

CARRASCO.

Por Dios, que habemos llegado

A coyuntura bizarra.

ESCENA XIV.

UN EMBOZADO, paseándose. — DICHOS.

EL EMBOZADO.

Oyen, los de la guitarra:
¿De qué basura han sacado
Esa mujer que á cantar
Viene? ¡Qué gentil despacho!

ALDEANA 1.ª

Tus barbas, sucio, borracho,
Son basura y muladar.

EMBOZADO.

Anda, que eres de Cabañas,
Donde todos son mesones,
O en buen romance ladrones.

ALDEANA 1.ª

Esas serán tus hazañas,
Que eres de Olías, borracho,
Y te dieron cien tocinos
Por vender por palominos
Grajos cocidos.

EMBOZADO.

Un macho
En adobo, hasta la cola,
Una vez diste á comer,
Y te lo echaron de ver.

TODOS.

¡Bueno! mamola, mamola.

DON LUIS.

No quisiera haber perdido
En ningún caso este rato.

CARRASCO.

Esta es tierra, pese á mi bato:
Galicia, ya yo te olvido,
Aunque el sueño me da enojos,
Porque ya el vinillo empieza
A alborotar la cabeza,
Y hacer candelas los ojos.

ESCENA XV.

Otro grupo de ALDEANOS, con un
TAMBORILERO. — DICHOS.

ALDEANO 1.º

Burguillos viene.

ALDEANA 1.ª

¡Gentil

Matalotaje!

ALDEANO 2.º

Es valiente.

TAMBORILERO.

Dios guarde la buena gente,

EMBOZADO.

No toques el tambohil.

Pandero.

TAMBORILERO.

Calla, pazguato,
Que es de cuero; mas no quiero
Callar, porque eres un cuero.

ALDEANO 1.º

Cola Burguillos.

CARRASCO.

¡Qué rato!

ALDEANO 1.º

Yo apostaré que á la vela
Traen con danzas y corrillos
La arandela de Yuncillos.

ALDEANO 2.º

¡Yuncillos tiene arandela?

ALDEANO 1.º

No hay novia en la Sagra toda
Que no la lleve alquilada,
Ni piense quedar casada,
Si va sin ella á la boda.

ALDEANO 2.º

¡Eso ignoras, y eres viejo?
Pues cuando van á alquilalla,
Se han de juntar para dalla
Los alcaldes y el concejo.

TAMBORILERO.

Esa es mentira y cautela,
Y si allá voy....

ALDEANO 2.º

No te corras.

TAMBORILERO.

Mienten, y son unas zortas.

TODOS.

Calla, y daca la arandela.

ESCENA XVI.

ANGELICA, FULGENCIO, FELICIA-
NO. — DICHOS.

ANGÉLICA.

Todo lo merece el santo,
Y tiene mucha razon
De honrar Castilla patron
Que merece y puede tanto.

ALDEANO 2.º

¡Brava viene, vive Dios!

ALDEANA 1.ª

Es la que manda el lugar.

ALDEANO 1.º

Melisa, sal á bailar,
Mientras cantamos los dos.
(*Cantun los aldeanos, y baila una al-
deana.*)

Trébole: ¡ay Jesus, cómo huele!

Trébole: ¡ay Jesus, qué olor!

UNO.

*Tus plantas divinas,
Angélica hermosa,
En irébol y rosa
Vuelven las espigas.
Rosas, clavellinas,
Y lirios criaron
Cuando se estamparon
Tus pies entre flor.*

LOS DOS.

*Trébole: ¡ay Jesus, cómo huele!
Trébole: ¡ay Jesus, qué olor!*

CARRASCO.

Brava la danza ha de ser,
Digna de tales despojos.

DON LUIS.

Carrasco, ¡qué bellos ojos!

CARRASCO.

Pues ¿cómo los puedes ver?

DON LUIS.

Con la luz que nos envía
La luna, que hermosa para
A ver el sol de su cara.

CARRASCO.

¿Ya hablamos filosofía?

DON LUIS.

¡Ay qué divinos despojos!

CARRASCO.

A dormir un rato me echo. *(Echase.)*

DON LUIS.

No sé qué siento en el pecho,
Que se me entró por los ojos.

FELICIANO.

Vuestra es, Angélica bella,
Aquesta fiesta, pues todos
Celebrándos de mil modos,
Huelgan de veros en ella.

ESCENA XVII.

DON PEDRO y LINARDO, dentro.—
DICHOS.

LINARDO.

¡Fuego, fuego!

DON PEDRO.

Acudid luego,
Que se nos quema la ermita.

LINARDO.

¡Fuego!

FELICIANO.

¿De qué es esta grita?

DON PEDRO.

Agua traigan.

LINARDO.

¡Fuego, fuego!

FELICIANO.

Quedáos pues, señora mía,
Que todos vendrémos luego.
(Vanse todos, sino es Don Luis, Carrasco y Angélica.)

DON LUIS.

Dentro en mi pecho está el fuego,
Que este abrasa, y ese enfría.

ESCENA XVIII.

DON PEDRO y LINARDO, desnudas las
espadas; DOS CRIADOS de Don Pedro.
—DICHOS.

DON PEDRO.

Aunque son viles hazañas,
Por procurar mi sosiego
Son lícitas: no es el fuego
Sino dentro en mis entrañas.
Habeisle encendido vos:
Perdonad, aldeana bella,
Que así aplaca mi querella
Mi amor.

ANGÉLICA.

¡Qué es aquesto! ¡Ay Dios!

DON PEDRO.

Solo con robaros medro,
Pues en vos mi salud hallo.

LINARDO.

Ponte, señor, á caballo.

ANGÉLICA.

¡Ayuda! ¡Ah traidor Don Pedro!

DON PEDRO.

En balde ayuda pedis,
Pues no ayudastes mi amor.

(Llévanla en brazos.)

DON LUIS.

No será en balde, traidor,
Porque está vivo Don Luis.
¡Carrasco! Necio, borracho....
Mas ¿qué hago desta suerte,
Sin dar al traidor la muerte,
Que hace tal robo?

(Vase.)

ESCENA XIX.

CARRASCO, despertándose.

¿Qué macho?

Ya le ensillo... ya le enfreno.
Fuera. — Sube... corre... tente...
Mas ¿qué es de toda la gente
Que estaba aquí agora? ¡Bueno!
Yo apostaré que he dormido
Dos días; que suelo hacello.
¡Don Luis! ¡De qué me querello?
El se debe de haber ido.
Nunca de dormirme acabo;
Mas con vinos excelentes,
Si son siete los durmientes,
Yo seré durmiente octavo.

(Vase.)

ESCENA XX.

DON LUIS, DON PEDRO y LINARDO,
acuchillándose; ANGÉLICA detrás de
Don Luis, cuya espada es el bordón.

DON LUIS.

Traidores, dejad el robo
De vuestra cobarde hazaña,
Que soy un león de España,
Que vengo á matar un lobo.

DON PEDRO.

¡Cielos! que en tal coyuntura
Este estorbo hubo de haber!

LINARDO.

No me puedo defender.
¡Ay que me mata! procura
Huir: vámonos, señor.
Caro el hurto te ha salido.

DON PEDRO.

Hombre que me has perseguido,
¿Quién eres?

DON LUIS.

Soy un rigor,
Que desde los altos cielos
Vengo á darte muerte fiera.

DON PEDRO.

¿Rigor?

DON LUIS.

Rayo de la esfera....
(Ap. De mis encendidos celos.)

DON PEDRO.

Detente, que me destruyes.

DON LUIS.

No hay tener, que has de morir.

DON PEDRO.

Herido estoy; quiero huir.

(Vanse Don Pedro y Linardo.)

ESCENA XXI.

DON LUIS, ANGÉLICA.

DON LUIS.

No tienes amor, pues huyes.
Triunfad de aquesta vitoria,
Señora, que os da la palma,
Y triunfad tambien de un alma
Que está en infierno y en gloria;
Que si agora es gloria veros
Donde la goza mi amor,
Es un infierno el temor
De ausentarme y de perderos.
Quisiera daros la vida
De quien os ofendió agora.

ANGÉLICA.

Confieso que os soy deudora;
Pero ¿qué paga debida
Habrà que mi libertad
Pueda pagar, sin ser chica?

DON LUIS.

Bien podeis pagar, pues rica
Teneis vuestra voluntad,
Si acaso no os la ha llevado
El cobarde que huyó agora.

ANGÉLICA.

Voluntad no, que hasta ahora
Ninguno en el mundo ha entrado
A robarme tal tesoro,
Que está en defendida torre.

DON LUIS.

Pues amor por torres corre,
Júpiter hay que llueve oro.

ANGÉLICA.

Aunque esa historia no entienda,
Ni mi caudal satisfaga
A daros bastante paga:
Como la querais de hacienda,
Yo haré que gran parte os cuadre
De la que en mi casa de jo;
Que aunque es mi padre ya viejo,
No es avariento mi padre.
Venid á que os vea, señor.

DON LUIS.

Iré para acompañaros,
Y de traidores libraros;
Que no sufre mi valor
Que debajo deste traje
Se encubra algun interes
Ménos que noble; que lo es,
Aunque extraño, mi linaje.

ESCENA XXII.

CARRASCO.—DON LUIS, ANGÉLICA.

CARRASCO.

¡Ah Don Luis, ah mi señor! (1)
¿Adónde diablos estás?

DON LUIS.

Oye, loco, ¿dónde vas?
(Habla aparte con él.)

CARRASCO.

Por Dios, que es lindo tu humor.
¿Qué has hecho? ¿No me llamas
Cuando te fuiste?—¿Qué es esto?
No me descontenta el gesto.
Aventuras miro raras.
¡Ya como Don Belianis,
Hallas en el campo damas?
Y aun por eso no me llamas
Cuando duermo, Don Luis.

DON LUIS.

Calla, necio, no me nombres.

CARRASCO.

¿No? Pues perdona, y sepamos
Con qué nombre nos llamamos
Cuando hemos de estar sin nombres.

(1) Hay que suponer que Angélica no oye estos dos versos.

XXIII.

FELICIANO.—ANGÉLICA, DON LUIS, CARRASCO.

FELICIANO.

¡Mi prima robada, cielos,
Sin descubrir al ladrón!
Mas estos sin duda son.
¡Ah cobardes! Matarélos.
Prima mía, la venganza
Veréis presto del villano.

ANGÉLICA.

Paso, primo Feliciano:
Culpad á vuestra tardanza.
Que este peregrino fuerte
De Don Pedro me libró,
Que el fuego y grita inventó
Por robarme.

FELICIANO.

Desa suerte,

Dadme esos valientes brazos,
Libertador de mi prima.

DON LUIS.

Por tal mi pecho os estima,
Y me honran vuestros abrazos.

FELICIANO.

El teneros por amigo
Tendré por dicha sin tasa:
Mi hacienda, mi vida y casa
Es vuestra; venios conmigo.

DON LUIS.

No es posible: por ahora
Me importa no acompañaros,
Aunque me llega el dejaros
Al alma, bella señora.
Perdonadme: pues segura
Os dejo, y en tal poder,
Ya no será menester
El poner en aventura
Mi vida: aquesto me es fuerza
Adios.

FELICIANO.

Eso me da pena;

Pero en pago esta cadena
Habeis de tomar por fuerza.....
Mal dije: en pago, en señal
De que nos habeis de ver
Cuando podais.

ANGÉLICA. (Ap.)

Si ha de ser

El irse, cierto es mi mal.
Ya no hay fuerza que resista
Agora á tan gran pasión;
Que el alma y el corazón
Se van tras él por la vista.

DON LUIS.

No me vence el interés.
Perdonad, señor, y adios,
Que presto estaré con vos.
¡Hola! vamos, (Ap. á Carrasco.) que
Que me haya visto mi tío [después
(En traje de caballero,
Dejando el sayal grosero),
Publicando el amor mio,
Volveré á ver sin enojos
A esta aldeana belleza;
Porque galas y riqueza
Son redes para los ojos.
(Vanse Don Luis y Carrasco.)

ESCENA XXIV.

ANGÉLICA, FELICIANO.

FELICIANO.

Nada ha querido tomar.

ANGÉLICA. (Ap.)

Fuése. ¡Cielos, ay de mí!

FELICIANO.

En toda mi vida vi

Suceso mas de admirar.
A no ver que estoy despierto,
Crejera que sueño ha sido;
Mas ¿qué ocasion habrá habido
Para haberse así encubierto?

ANGÉLICA.

No pienso que pueda ser
Otra, sino el excusar
La paga que habria de dar
Mi padre, y el no querer
Que la alabanza le venza
De un hecho tan esforzado;
Que siempre el valiente honrado,
Si le alaban, se avergüenza.
¡Si no es que ese peregrino
Es San Roque, y que en su ermita
Tales robos no pernita!

FELICIANO.

¿Pensais que ese es desatino?

ANGÉLICA.

Si él nos cumple su promesa
Y nos ve, presto tendremos
Noticia desto, y sabremos
Quién es. (Ap. Aunque en esta empresa,
Le quisiera mas humauo
Que divino.)

FELICIANO.

Del ladrón

Os dará satisfaccion,
Pues que vive, Feliciano;
Que la nobleza es indina
Dél, pues que la emplea así.

ANGÉLICA. (Ap.)

Peregrino, hoy va tras ti
Mi voluntad peregrina.

ACTO SEGUNDO.

Entrada de una aldeana.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES, vestida de hombre, con espada.

¿Qué provincia ó qué nacion,
Qué montes inaccesibles,
Qué peligros, qué imposibles,
Qué marañas, qué invencion,
Qué empresa nunca intentada,
Qué guerra de mas poder
No emprenderá una mujer,
Cuando está determinada?
Conmigo proballo puedo,
Pues con aqueste vestido,
Siendo mujer, he venido
Desde Galicia á Toledo.
Desde aquí ponen dos leguas:
Hoy podré llegar allá,
Y ya mi inquietud podrá
Dar á mis trabajos treguas

ESCENA II.

DON LUIS y CARRASCO, de peregrinos.—DOÑA INES.

DON LUIS. (Sin reparar en Doña Ines.)
Contra mi estrella porfio:
Salió mi camino en vano.

CARRASCO.

Ganó la muerte de mano,
Y acogióse con tu tío.

DON LUIS.

¿Qué quieres? Al fin es muerte.

CARRASCO.

¡Buen lance habemos echado!

DON LUIS.

Carrasco, al que es desdichado

Se le vuelve azar la suerte.
Como murió *ab intentato*,
Y el Papa fué su heredero,
Tiró con todo el dinero,
Plata, hacienda y aparato.

CARRASCO.

¡Bueno por servirte quedo!
¿Dónde habemos de ir así?

DON LUIS.

Deudos he de hallar aquí
De los nobles de Toledo.
Castros y Sotomayores
Hay aquí muy caballeros,
Y muy ricos.

CARRASCO.

Los dineros

Son los parientes mejores.
Nunca en parientes me fundo:
Por negarte, negarán
Que no descienden de Adán.
No hay tal pariente en el mundo
Como el dinero en la mano;
Este es pariente de veras.
Que lo demas es quimeras:
El es padre, primo, hermano.

DON LUIS.

Carrasco, lo propio pienso
Que se usa en cualquier lugar.

CARRASCO.

Hay parientes al quitar,
Que son de casta de censo.
Pero dejado esto, di:
¿Es cierto que en esta aldeana
Te quies quedar, porque vca
El amor que vive en ti,
La aldeana á quien libraste?

DON LUIS.

Será, Carrasco, tan cierto,
Que si no quedo, soy muerto.

CARRASCO.

De presto te enamoraste.
Vamos, señor, á la corte,
Que allí se abrevian mil mudos,
Y viven los vagamundos:
Darás á tu vida un corte

DON LUIS.

Muerto estoy.

CARRASCO.

Tu flema es buena.

Vivo estás.

DON LUIS.

Mi cuerpo en calma
Es purgatorio del alma.

CARRASCO.

Luego serás alma en pena.

DON LUIS.

Sin duda.

CARRASCO

El diablo te envie
De aquesa suerte tu amor.
Un responso va, señor.

DON LUIS.

¿Qué?

CARRASCO.

Peccantem me quotidie.

DOÑA INES. (Ap.)

¡Válgame Dios! Si el deseo
No me causa estos antojos,
No es mi hermano el que á mis ojos
Con Carrasco hablando veo?
Quiero hablalle.

DON LUIS.

Cosa es llana
Que he de encubrirme grosero.

DOÑA INES. (Ap.)

¡Mi hermano es: hablalle quiero...
Pero no, que soy su hermana,
Y al verme aquí desta suerte,

Que se disguste no hay duda.
Murió mi tío . es sin duda ;
Su pena dice su muerte ;
Sin darle parte de nada ,
Le seguiré deste modo ,
Para no le ser en todo
Mujer , y carga pesada .
Quiero escucharlos , que oí
No sé qué de amor .

CARRASCO.

Es sueño ,
Siendo el lugar tan pequeño ,
Quererte quedar aquí .

DON LUIS.

Calla , y vamos .

CARRASCO.

Poco á poco ,
Te voy , señor , comparando.....

DON LUIS.

¿ A quién , animal ?

CARRASCO.

A Orlando ,
Por otra Angélica loco .
(*Vanse Don Luis y Carrasco.*)

ESCENA III.

DOÑA INES.

Yo vine á buena ocasion .
Aquí me importa quedar ,
Para que pueda estorbar ,
Si no es buena , esta aficion ;
No haga algun desatino ;
Que amor , como ciego y loco ,
Puede mucho y sabe poco .

ESCENA IV.

DON PEDRO, LINARDO.—DOÑA INES.

DON PEDRO. (*Sin ver á Doña Ines.*)

Sin duda que el peregrino
Debió de bajar del cielo
Para castigar la injuria,
Que mi enamorada furia
Hizo á un ángel en el suelo.

LINARDO.

¿ Extrañas fuerzas !

DON PEDRO.

¡ Notables !

LINARDO.

Diamantes eran sus brazos .

DON PEDRO.

Piedras hicieran pedazos
Sus golpes incompotables .

LINARDO.

A no huir dellos y dél ,
Yo te aseguro , señor ,
Que él acaba con tu amor .

DON PEDRO.

La ocasion perdí por él
De la mujer mas hermosa
Que toda España ha tenido ;
Y porque estaba ofendido
El padre honrado , fué cosa
Digna de mi noble casa
Restaurar mi fama así .
Agora se la pedi
En su casa por mujer ;
Y entrando en cuerdo consejo
Cousigo , á poca distancia ,
Reparando en la ganancia
(Propia condicion de viejo)
Y la mucha calidad ,
Con que sus nietos honraba ,
Pues con su hacienda juntaba
Mis armas y calidad ;
Con palabra y juramento
Me prometió que sería
Angélica esposa mia .
No es igual el casamiento ;

Pero tampoco será
El primer noble que esposa
Llame á una aldeana hermosa :
Ni mi sangre afrentaré ;
Que al fin es cristiana vieja
De todos cuatro costados .
Y sus deudos agraviados
Del robo , no tendrán queja ,
Viendo que reparo el daño
Con tomalla por mujer .

LINARDO.

El casamiento ha de ser
Murmurado , como extraño ;
Pero á tal resolucion ,
Aconsejarte no quiero .

DOÑA INES. (*Ap.*)

Basta , que este caballero
Tambien tiene aquí aficion .
No es posible , que en lugar
Donde tantos se enamoran ,
Sino que villanas moran
De hermosura singular .
Aficionándome voy
Al lugar , pues que tal hombre
Quiere en él bien .

DON PEDRO. (*Reparando en Doña Ines.*)

Gentil hombre ,

¿ Sois de Toledo ?

DOÑA INES.

No soy ,

Sino gallego .

LINARDO.

¿ Gallego ?

Para enviar un recado
Será muy lindo criado ,
Que volverá con él luego .

DON PEDRO.

¿ Y qué buscáis por aquí ?

DOÑA INES.

A un señor que quiera ser
Mi amo .

DON PEDRO.

(*Ap. á Linardo.* Buen parecer
Tiene el rapaz.)—Pues veni ,
Que yo os quiero por mi paje .

DOÑA INES.

Dame los piés , ó la mano ,
Por lo que en servirte gano .

LINARDO.

¡ Muy gentil matalotaje
Llevamos ! ¡ Mozo gallego !

¿ Sabes cuán chancero es ,
Que sirve un año , y despues
Toma las de villadiego ?

DOÑA INES.

Oye , señor gentilhomme ,
Trate á los gallegos bien ,
Que no los conoce .

DON PEDRO.

Ven ,

Que es un loco : di tu nombre .

DOÑA INES.

Guzman me llamo , señor .

LINARDO.

¿ Y no quieres que le tache ?

DOÑA INES.

Pues no es el de Alfarache .

LINARDO.

El talle teneis peor .

DOÑA INES. (*Ap.*)

¿ Qué mas puedo desear
Si se me ha cumplido todo ?
Que sirviendo deste modo ,
Y acudiendo á este lugar
(Pues que ha de venir es llano
Quien en él busca mujer),
Cada instante podré ver
Los intentos de mi hermano .

DON PEDRO.

¿ Sabrás llevar un billete ?

DOÑA INES.

Y volver con el recado ,
Porque , aunque gallego , andado
Tengo ya de Alcalá á Huelva .

DON PEDRO.

Vamos , que te he de querer .

DOÑA INES.

(*Ap. Yo y todo te voy queriendo.*)
Poco á poco .

DON PEDRO.

No te entiendo .

DOÑA INES.

Ni yo me doy á entender . (*Vanse.*)

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA V.

FULGENCIO, ANGELICA.

FULGENCIO.

Don Pedro al fin me ha pedido
Que le acetes por esposo :
Es noble y es generoso ,
Y digno de ser tenido
Por yerno de un titulado .
Ya sabes , hija , que vino
A extremo su desatino ,
Que te hubiera deshonrado ,
Si un peregrino del cielo
No remediara tu ultraje ;
Que pienso que en aquel traje
San Roque bajó hasta el suelo .
Ya ves que te quiere mucho :
Ama á este caballero ;
Que amor , nobleza y diu ro
Alcanzan y pueden mucho .
Honrar tu casa desea ;
Pues con las nobles te igualas ,
Trueca en cortesanas galas
Las toscas de aquesta aldea .
Un comendador te ama :
Desde hoy no tienes de ser ,
Hija , aldeana mujer ,
Sino cortesana dama .
Ea , toma mi consejo ,
Y haz lo que te mando yo ;
Que aunque caballero no ,
Soy , hija , cristiano viejo .
Entre la sangre española ,
La mia , aunque labrador ,
Tiene limpieza y valor ;
Tú eres mi heredera sola ,
Y así en mis años postreros
Honroso fin me darás ,
Si casándote me das ,
Hija , nietos caballeros .
¿ Qué me respondes ?

ANGÉLICA.

Que soy

Labradora , y pues soy tal ,
Solamente con mi igual
Resuelta en casarme estoy .
Harta honra el cielo me dió ;
Que no pretendo yo aquí
Esposo que me honre á mi ,
Sino esposo que honre yo .
Labradores verdaderos
Somos , y en serlo me fundo :
Labradores tuvo el mundo
Primero que caballeros .
Las galas de corte deja ,
Aunque adornarme presumas ;
Que no con ajenas plumas
Fué mas noble la corneja .
Y aunque la honra y provecho
Te prometan mucho medro
Por ver tan rico á Don Pedro ,
Y con una cruz al pecho ,

Desprecíale en testimonio
De que es flaca la mujer,
Y no hará poco en traer
La cruz de su matrimonio:
Que el deseo que produces
Le malograrás despues,
Si dar en tierra me ves,
Por no poder con dos cruces.
De su nobleza el decoro
Con escudo de armas medra;
Mas son escudos de piedra,
Y tú los tienes de oro;
Y no por sus nobles armas
Mi peligro has de querer;
Que temerá la mujer
Marido con tantas armas.

FULGENCIO.

Harás lo que yo mandare,
O verá el cielo presente
Que á hija desobediente
Hay padre que la repare;
Mi rigor hará que tuercas
Su brazo á tu libertad:
Haráslo de voluntad,
O si no, lo harás por fuerza.
Esas quimeras reporta
Y necias bachillerías:
De plazo te doy tres dias;
Mira en ellos lo que importa,
Mientras la vida ó el si
Me das.

ANGÉLICA.

Siendo desa suerte,
El si daré de mi muerte.

FULGENCIO.

Yo sé que lo harás por mí. (Vase.)

ESCENA VI.

ANGÉLICA.

¿Como podrá admitir el alma dueño
Que ablande su dureza, si es de encina?
Ni ¿qué provecho hará la medecina
A quien la muerte sepultó en su sueño?
Fuego pide á la nieve, lengua al leño
Mi padre, que mi alma es peregrina.
Pues siendo amor bordon, mi fe esclavi-
Por ver un peregrino la despeño. ¡ua,
¡Válgame Dios! ¿si fué Roque divino
Quien me dió libertad y dejó loca?
Que despues que le adoro, desatino.
Mas no, que amor humano me prove-
Y cuando Roque sea el peregrino, ¡ca:
En no amar á Don Pedro seré roca.

ESCENA VII.

DON LUIS y CARRASCO, *de villanos*.
— ANGÉLICA.

CARRASCO. (*Asu amo sin ver á Angélica*).
No ha sido malo el viaje.
Mas loco eres que un poeta:
En mudando la veleta,
Hemos de mudar de traje.

DON LUIS.

Quiero hablar mi bien ansi.

CARRASCO.

¿Quién es tu bien?

DON LUIS.

Mi ángel es.

CARRASCO.

Patudo, pues tiene piés.

DON LUIS.

Calla, necio, que está aquí.

ANGÉLICA.

¿Qué es esto? ¿qué gente es esta?

Hola: ¿cómo aquí os entráis
Sin llamar? ¿A quién buscaís?

CARRASCO. (*Ap. á su amo*).

Tú puedes dar la respuesta:

Llégate, que vive Dios
Que diga que eres Don Luis.

ANGÉLICA.

Decid á lo que venís.

DON LUIS.

Hemos sabido los dos
Que ha menester su mercé
Un mozo.

CARRASCO.

Aunque fuera hechizo,
No lo hallara mas rollizo
Que es el bueno de Tomé.

ANGÉLICA.

Venís muy mal informado;
Que no es menester en casa
Criados.

DON LUIS.

Pues si eso pasa,
Un romero me ha engañado.

ANGÉLICA.

¿Cómo! ¿Romero? Escuchad:
¿Qué romero?

DON LUIS.

Un peregrino
Topé anoche en el camino,
Y dijo: Al pueblo llegad,
Y en casa de una aldeana,
Angélica en rostro y nombre,
Que es hija del mas rico hombre
Que hay en esta Sagra llana,
Decid que en casa os admita
Por criado, en galarón
De librilla de un ladrón
Que la robó de una ermita.

ANGÉLICA.

Pues de casa sabe tanto
El peregrino que ayuda
Me dió, es San Roque sin duda.

CARRASCO. (*Ap. á Don Luis*).

Ya te tienen por un saute.

ANGÉLICA.

¿Y acaso conocéis vos

Al peregrino? Decí.

DON LUIS.

Conózcole como á mí.

ANGÉLICA.

¿Conocéisle?

DON LUIS.

Si, por Dios.

ANGÉLICA.

¿De dónde sois?

DON LUIS.

Soy gallego.

CARRASCO.

Y yo, hablando con perdón.

ANGÉLICA.

Por cierto, buena nación.

DON LUIS.

Jamas yo mi patria niego.
Galicia es mi natural.

ANGÉLICA.

Pues no es poca maravilla:
Que el gallego acá en Castilla
Dice que es de Portugal.
¿En qué oficio nos sabréis
Servir?

DON LUIS.

En cuanto queráis.

ANGÉLICA.

Mirad á qué os obligáis.

¿Cumplís como prometeis?

DON LUIS.

Y aun mejor.

ANGÉLICA.

Hay muchas leguas
Del cumplir al prometer.
¿Qué oficio sabréis hacer
Mejor?

DON LUIS.

Sabré guardar yeguas.

ANGÉLICA.

¿Criaréislas bien?

DON LUIS.

Si, por Dios:
El vellas pone codicia.

CARRASCO.

Tuvo una yegua en Galicia
Casi casi como vos.

ANGÉLICA.

¿Qué buena comparacion!

CARRASCO.

Es mozo que sirve á prueba.

DON LUIS.

Y cuando hurtada se lleva
Alguna yegua el ladrón,
Sé yo salirle al camino,
Y despues de zamarrealle
La yegua vengo á quitalle.

ANGÉLICA.

Ansí lo hizo el peregrino.
Mi padre vendrá y haré
Que en casa sirvais de mozo.

DON LUIS.

El cielo la dé un buen gozo.

ANGÉLICA. (*Ap.*)

¿Qué buen talle de Tomé!

ESCENA VIII.

DOÑA INES, *de paje*.— ANGÉLICA,
DON LUIS, CARRASCO.

DOÑA INES.

El señor Fulgencio ¿vive
En esta casa?

ANGÉLICA.

Si, amigo.

DOÑA INES.

¿Está en ella?

ANGÉLICA.

No.

DOÑA INES. (*Ap.*)

Ya digo

Que no me espanto que prive
De libertad á mi hermano
Y á Don Pedro la belleza
Que entre la basta corteza
De aqueste traje aldeano
Abrasa los mismos hielos.
No sé si hablarla podré;
Que despues que la miré,
Se abrasa el alma de celos.
(*Habla bajo á Angélica.*)

ANGÉLICA.

¿Qué es lo que Don Pedro quiere
A mi padre?

DOÑA INES.

Una respuesta
Me ha de dar.

ANGÉLICA.

Será molesta,
Si la que yo le di, diere.
Decid, aunque amor le fuerza,
Que quiera con igualdad;
Que no tengo voluntad
A quien me quiso hacer fuerza.

DON LUIS.

¿Luego es quien del peregrino
Huyó anoche, y otros tres
Se le fueron por los piés?

ANGÉLICA.

El mismo.

CARRASCO.

¿Gentil pollino!

DON LUIS.

¿Qué mal le salió el partido!
A fe que se quedó feo.

CARRASCO.
Mas vale para correo,
Que para vuestro marido,
Hombre que mas de una legua
Sabe correr sin parar.

DON LUIS.
A pié se puede quedar
Quien guardó tan mal la yegua.

DOÑA INES.
¿Quién le mete al muy villano
En hacer aqueise ultraje
A un hidalgo?

CARRASCO.
¡Paje, paje!
DOÑA INES. (Ap.)
Ni Carrasco, ni mi hermano
Han conocido el disfraz
Con que su hermana está aquí.

DON LUIS.
Hermano paje, decí
A vuestro amo, que si en paz
Quiere vivir, que no toque
A este umbral, pues fué cobarde;
Que en él, para que le guarde,
Dejó su mastin San Roque.
Que aquí su pretension es
Querer majar hierro en vano;
Y que no pida la mano
Quien sabe tanto de piés.

ANGÉLICA.
¡Oh qué discreto Tomé!
Gracia extraña manifiesta.
Solamente esta respuesta
Es bien que á Don Pedro dé.

DOÑA INES.
¿Que quierdes en crueldad
Y en belleza aventajarte?

ANGÉLICA.
Decídele esto.

DON LUIS.
Oiga aquí á parte.
(Don Luis habla aparte con Angélica, y Carrasco con Doña Ines.)

Quiero hablalla en puridad;
Que tengo que hacer un poco,
Y quiero dalle un recado,
Que el peregrino me ha dado,
A quien en mi ayuda invoco.
Mándome pues él que fué
Anoche su defensor
Contra el necio pretensor,
Esto, y me dijo: Tomé,
Tomad aqueste papel,
Y dádsele al aldeano
Que os recibirá mañana;
Que mucho sabrá por él.
Si le quiere, no se escapa
De ser dichosa: héle aquí.

ANGÉLICA.
¿Papel os dió para mí?

DON LUIS.
Mas pensé que para el Papa.
ANGÉLICA.

(Ap. Mil pensamientos me dan.)
No sé lo que pueda ser;
No le tengo de leer.

DON LUIS.
Ea, acabe.

CARRASCO.
En fin, galán. *(á Doña Ines.)*

¿Que andaluz dice que es?

DOÑA INES.
Andaluz soy.

CARRASCO.
¡Buena pieza!
*(Ap. Parece que la cabeza
Le han cortado á Doña Ines.)*
Puesto que el alma respete

Su retrato y su dibujo,
Diga, amigo, ¿quién le trujo,
A que sirva de alcabucte?
Honre bien á su nacion.

DOÑA INES.
Y al páparo ¿quién le mete
En si yo soy alcabucte,
O no?

CARRASCO.
*(Ap. Parece capon
En el tiple.)* Gentilhombre,
¿Es medio entre hembra y macho?

DOÑA INES.
Soy mas hombre que él, borracho.

CARRASCO. (Ap.)
Por Dios, que probó ser hombre.
DOÑA INES.

Hombre soy que un rostro cruza.
Si me enojó...

ANGÉLICA. (A Don Luis.)
No he de velle.

DON LUIS.
¿Hay son (1) volver á metelle
Dentro de la caperuza?

ANGÉLICA.
Ahora bien, mostralde acá,
Que no quiero que en la calle
Se os pierda, y alguno le halle.
Quemaréle.

DON LUIS.
A mí podrá:
Mas ¿porqué lo heis de quemar?
¿Es hereje, ó es judío?

ANGÉLICA.
Es hechizo, es desvario,
Que me hace desvariar.

DON LUIS.
Es de un santo.

ANGÉLICA.
Y aun por eso:
Que, porque cosas del cielo
No se pisen por el suelo,
Suelen quemarse, y con beso.

(Besa Don Luis el papel, y le da á Angélica.)

DON LUIS.
Con beso, pues.

ANGÉLICA.
Cortesano

Sois.
DON LUIS.
Mi madre me enseñó
Que cuando diera algo yo,
Besase tambien la mano. *(Bésasela.)*

ANGÉLICA.
Ahora bien, audad con Dios.
Que yo haré porque os reciba
Mi padre en casa.

CARRASCO.
Así viva,
Que nos reciba á los dos;
Que sin Tomé no me hallo.

ANGÉLICA.
Pues yo lo procuraré,
Porque sirvais con Tomé.

CARRASCO.
Sé almohazar un caballo.
(Vanse Don Luis y Carrasco.)

ESCENA IX.

ANGÉLICA, DOÑA INES.

ANGÉLICA.
¿Aun os estais vos aquí?

DOÑA INES.
No sin ocasion espero:

(1) ¿Hay sino....? Hay mas que....?

Escucha lo que te quiero
Decir, Angélica.

ANGÉLICA.
Dí.

DOÑA INES.
No me trajo aquí Don Pedro,
Sol hermoso de la Sagra,
Ni pienses que solicito
Que te abrases en sus llamas
Mis desdichas me han traído,
Mis amores, mis desgracias,
Que del traje en que me ves
Han sido la triste causa.
Sabrás, aldeana hermosa,
Que debajo destas galas
Se disfraza una mujer,
Aunque noble, desdichada.
En Valladolid la rica
Nací, y en brazos del ama
Mamá desdichas por leche:
¿Qué mucho tenga desgracias?
Fáltome el padre y la madre
En mi niñez, y esta falta
Fué ocasion de muchas sobras
De mi juventud liviana.
Mudóse la corte insignie
Desde Madrid á mi patria,
Famosa y rica si ilustre,
Que sus grandezas le bastan:
Allí conocí á Don Pedro,
Ese que quema en tus aras
Su corazón por aromas,
Y en tu belleza idolatra.
Vióme una vez en San Pedro
(¿Ay Dios! si entónces cegara!);
Y segun entónces dijo,
Con mal de ojo volvió a casa.
Sirvió, rondó y paseó,
Lloró, suspiró, dió trazas,
Y perseveró; que en fin
Vence la perseverancia.
Admiti una escura noche,
Con que escurecí mi fama,
Una escala en mi balcon:
¿Ay de quien su honor escala!
Palabra me dió de esposo;
Mas olvidó la palabra,
Que de palabras y plumas
Es yerro hacer confianza.
Pues como lo que se estima,
Despues de adquirido enfada,
Enfadóse poco á poco,
Y apagáronse sus llamas.
Salió con una encomienda,
Que es señal de no haber maucha
En su sangre noble y limpia,
Aunque la sacó en su fama.
Volvióse á Madrid la corte;
Supe que en Toledo estaba
Mi desdénso Don Pedro
En negocios de importancia;
Seguíle en aqueste traje
Encubierto y disfrazado,
Como alguacil al ladrón
Que lleva la joya hurtada;
Entré, sin que conociese
Ser yo aquella Doña Juana
Que engañó en Valladolid.
Por paje humilde en su casa.
He sabido que te adora,
Y con mil yedras enlazan
El muro de tu firmeza
Los lazos de su esperanza.
¿Guárdate, Angélica bella,
Del lobo que ovejas mansas,
En cordero disfrazado,
Con mil engaños halaga!
Ya sé que robarte quisio.
¿Dichosa tú, que tal guarda
Te dió el cielo!; triste yo,
Pues me hizo entónces falta!
No le quieras; y si acaso

Te han ablandado mis ansias,
Si mi remedio procuras,
Si quieres honrar mi infamia,
Finge quererle hasta tanto
Que el cielo las puertas abra
De mi ventura, que están
Tantos años há cerradas;
Que si ve que le aborreces,
Y sabe que es por mi causa,
Temo que no me castigue
Con su ausencia, y se me vaya.
Con él pretende casarte
Tu padre, y juntar tu casa
Con su nobleza y valor:
Vé alargando su esperanza,
Que yo trazaré de suerte,
Si el casamiento dilatas,
Que presto estemos las dos,
Tú contenta y yo pagada.

ANGÉLICA.

Tu desgraciado suceso,
Noble y bella Doña Juana,
Me ha causado compasión:
Disponlo tú, ordena y traza.
Aunque fingir voluntad
A Don Pedro, que fué causa
De tus suspiros injustos,
Me habrá de llegar al alma:
Porque siento tu desdicha,
Por ella haré lo que mandas.
Entreteniendo á mi padre.

DOÑA INES.

Dame esas manos.

ANGÉLICA.

Levanta.

DOÑA INES. (Ap.)

Buena mentirosa soy.
Con mi fingida maraña
Aseguro que á Don Pedro
Menosprecie el aldeano:
Y porque el cielo que adoro
De Toledo no se vaya,
Solicito que fingida
Algunos favores le haga;
Y pues á mi hermano veo
Cada día, es buena traza
Que el casamiento entretenga.

ESCENA X.

FELICIANO. — ANGÉLICA, DOÑA INES.

FELICIANO.

¿Ansi remedia la infamia (Al paño.)
Don Pedro de su vil robo?

(Repara en las dos.)

DOÑA INES.

Hasme cautivado el alma.
Dame esos brazos.

FELICIANO. (Ap.)

¿Qué es esto?

¿Cautivo el paje se llama,
Y á mi prima da los brazos!
¿Ah vil paje! ¿ah mujer falsa!
Escondido quiero ver
De aquesta amistad la causa.

ANGÉLICA.

Don Pedro será tu esposo;
Que no es razon, Doña Juana,
Que siendo tú hermosa y noble,
Y al fin dama cortesana,
Te deje Don Pedro, loco
Por una tosca villana;
Mas tiene estragado el gusto.

DOÑA INES.

Merece tu hermosa cara
Resistir.....

ANGÉLICA.

Bueno está, señora.

FELICIANO. (Ap.)

Por Dios, que es el paje dama.
¿Quién puede ser, que es hermosa?
Ya se me ha entrado en el alma
Por las puertas de los ojos,
Nunca para amor cerradas.

ANGÉLICA.

Adios, y mira que queda
Nuestra amistad entablada.

DOÑA INES.

Aqueste guante me llevo.

(Tómale un guante.)

Para un pobre, que demanda
Limosna de algun favor.

ANGÉLICA.

No le hay para él en mi casa:
Dile que Dios le provea,
Y que tú le darás harta.

DOÑA INES.

Adios, que me parto á velle.

FELICIANO. (Ap.)

Yo tras tí, que amor me manda
Siga el norte de tus ojos
Tras el cristal de tus plantas.

(Vanse Doña Ines y Feliciano.)

ESCENA XI.

ANGÉLICA.

El papel quiero leer,
Porque el dueño manifieste:
El primero santo es este
Que haya escrito á una mujer.

(Lee.) «No me atreviera, Angélica
hermosa, ménos que con esta indus-
tria, á manifestar el fuego que me
abrasa el alma desde la noche que me
resisti abrasase la ermita de San
Roque. ¡Dichoso yo, pues en ella
merecí, perdiendo mi libertad, dar-
tela á costa del atrevido robador de
tu hermosura, tan indigno della!
Por serlo yo también, y porque me
importa no darme á conocer por ago-
ra, para conservar la vida que ten-
go dedicada á tu servicio; determino
enviarte al disfrazado Tomé, criado
mío y secretario de mi pecho, para que
con él me envíes la sentencia de mi
muerte, ó la esperanza de mi gloria.
Noble me hizo el cielo, aunque no ri-
co, sino es de pensamientos: si estos
y mi voluntad admites; con el encu-
bierto Tomé me podrás enviar la cer-
teza de mi vida ó muerte; que tanto
estimaré esto por no ofenderte, co-
mo lo otro para servirte. — Guardo
el cielo la tuya mil años. — Don Luis
DE CASTRO.»

ESCENA XII.

FULGENCIO. — ANGÉLICA.

ANGÉLICA. (Ap.)

Mi padre es este: yo haré,
Encubriendo lo que pasa,
Que reciba á Tomé en casa,
Por ser de quien es Tomé.

FULGENCIO.

Hija, la palabra he dado
A Don Pedro que serás
Su esposa: no gustarás
Que la quiebre un hombre honrado.
Procura que se celebre
Tu boda; porque primero
Verás de cera el acero,
Que mi palabra se quiebre.
El tiene de ser tu esposo
De fuerza ó de voluntad.

ANGÉLICA.

A tanta riguridad
Obedecer es forzoso.
Darte gusto determino,
Y ser ingrata no quiero
Al valor de un caballero
Que es en amor peregrino;
Pero pues con amor tierno
Mis venturas acomoda,
Haz y suspende las bodas.

FULGENCIO.

Voile á decir á mi yerno
Que va mis consejos sabios
Rindieron tu natural:
Imprimase en tu coral
El acero de mis labios.
Báculo eres de mis gozos.

ANGÉLICA.

En pago del que te doy,
Quisiera que en casa hoy
Se recibieran dos mozos.
Dicen que en cualquier oficio
Del campo son diligentes;
Y porque la hacienda aumentes,
Que como propia codicio,
Gustara que aquesto hicieras.

FULGENCIO.

Aqueso, Angélica, es justo;
Que pues que cumples mi gusto,
Cumpliré cuanto tu quieras.
Un mozo despedí, malo
Para servir, pues apenas
Me guardaba las colmenas,
Que son todo mi regalo:
Si ellos las saben guardar,
Para reparar su daño,
Recíbelos por un año.

ANGÉLICA.

El uno en particular
Es para todo: que en él
Hay discrecion.

FULGENCIO.

Bien está.

ANGÉLICA.

Callegos son: diz que allá
Hay abundancia de miel.
Bien lo harán.

FULGENCIO.

Pues tú codicias
Que vengan, contento soy.
A Don Pedro alegre voy
A pedirle las albricias. (Vase.)

ESCENA XIII.

ANGÉLICA.

¿Qué mal tu gusto acomoda!
Dile que vista de luto
Su amor torpe y resuelto,
En vez de galas de bodas;
Que de un peregrino extraño
El sayal grosero adoro.
Porque el peregrino es oro
Que viene envuelto en el paño. (Vase.)

—
Calle en la ciudad de Toledo.

ESCENA XIV.

DOÑA INES, FELICIANO.

DOÑA INES.

Decíme en resolucion
En lo que serviros puedo,
Y adios.

FELICIANO.

Yo tengo en Toledo
A cierta dama aficion
A quien Don Pedro ha querido
No poco.

DOÑA INES.

¡Cómo! ¿otra dama
Tiene Don Pedro?

FELICIANO.

Y se llama

Doña Juana.

DOÑA INES. (Ap.)

Aqueste ha oído
Cuanto á su prima conté :
Picadillo viene un poco.

FELICIANO.

Estoy, como digo, loco
Por ella : yo, Guzman, sé
Que está cada día con vos.
¿Queréisla decir que muero
Por ella?

DOÑA INES. (Ap.)

¡Buen majadero

Nos ha venido!

FELICIANO.

Por Dios,
Si haceis que mi mal entienda,
Y á Don Pedro (pues ha sido
A su amor desconocido)
Olvide, que os dé mi hacienda.

DOÑA INES.

Yo iré á hablalla en vuestro nombre :
Mas ya vo sé la respuesta
Que os ha de dar.

FELICIANO.

¿Y es?

DOÑA INES.

Aquesta.

Ella ha de decir..... que es hombre.
Como muestras dello dan
En Toledo mas de algunas,
Que están meciendo en las cunas
Muñequitos de Guzman.
Y que si con vuestra prima
Habló, y os hizo creer
Como á ella, que es mujer.
No entendisteis bien la entma.
Que sirvió en Valladolid
A Doña Juana de paje ;
La cual, viendo que en su ultraje
Don Pedro volvió á Madrid
Y agora estaba en Toledo,
Le envió para saber
Si tenía otra mujer.
En fin, que fingió este enredo
Por estorbar deste modo
Que no le diese la mano
Angélica á su tirano.
Esto resulta de todo,
Y es la respuesta que envía
La dama á quien pretendeis :
Ved si el fuego que teneis
Con esta verdad se enfria.

FELICIANO.

¡Que no sois mujer, por Dios!

DOÑA INES.

¡Aqueso habeis de dudar?
Si lo fuera, ¿habia de andar
Desta suerte? Como vos
Soy hombre, y aun.....

FELICIANO.

Amor ciego,

¡Por qué con tales quimeras
Haces burlas, y son veras,
Perturbador del sosiego?
Pero en aquesta ocasion
Nadie cual yo es desdichado,
Pues me tiene enamorado
Mi propia imaginacion.
Peligro corre mi vida :
El quitármela es mejor ;
Que es verdadero mi amor,
Siendo mi dama fingida.
(Vase á dar con la daga, y tiénele Doña Ines.)

DOÑA INES.

Paso, señor Feliciano :
¡No veis que os desesperais?
Muestras evidentes dais
De loco, ó de mal cristiano.
Don Pedro viene ; ese daño
Se os sanará poco á poco.

FELICIANO.

Adios, Guzman, que voy loco. (Vase.)

DOÑA INES.

No ha estado malo el engaño.

ESCENA XV.

DON PEDRO, FULGENCIO. — DOÑA INES, retirada.

DON PEDRO.

Dejad, pondré los piés en esas plantas,
Lijeras en los pasos de mi vida.

FULGENCIO.

Levántate, Don Pedro, que me espantas.
A tu amor está Angélica rendida.

DON PEDRO.

¡Oh viejo venerable ! oh canas santas !
Jamás la muerte vuestra plata impida ;
Que dorará el Perú de mi riqueza
El blanco Potosí de tu cabeza.
No adornarán roeles mas mi escudo,
Ni en mis armas verán castillos rojos,
Ni ménos los leones con que pudo
Ganar mi antecesor tantos despojos ;
Mis armas han de ser amor desnudo.
¡Un Argos con los cien abiertos ojos,
Y la letra que diga : «En siglos largos
No bastan para esto cien mil Argos.»

FULGENCIO.

Deja encaramientos á una parte. [rada
Don Pedro ilustre, pues mi sangre hon-
Para ilustrarse quiere acompañarte.
Porque en tu sucesion quede ilustrada :
Y mira cómo y cuándo has de casarte.
Y si agradar á Angélica te agrada.
Mientras tus cosas miras y acomodas,
Dilátense algun tiempo aquestas bodas.

DON PEDRO.

Aunque con esa dilacion me aflijo,
Haré en todo tu gusto, mi Fulgencio ;
Obedecerte quiero como hijo,
Pues como tal tus canas reverencio.

FULGENCIO.

Tan nobles nietos me has de dar, colijo,
Que á pesar de la envidia y del silencio,
Pongan, echando desa fama el sello,
La cruz de grana al pecho, de oro al cue-
Yo me voy á saber en qué día quiere [llo.
Daros de esposa la dichosa mano
Mi hija : el esperar no os desespera,
Que yo procuraré que sea temprano.

(Vase.)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DOÑA INES.

DON PEDRO.

Si el amante que espera vive y muere,
Que moriré esperando será llano,
Pues será cada instante un siglo junto
Hasta que llegue de mi dicha el punto.
(Reparando en Doña Ines que se le acerca.)

Guzman.

DOÑA INES.

Aquel angelote
Que te aborreció primero,
Ya es de cera, no de acero ;
Ginebra es de Lanzarote.
Dame albricias, y verás
El favorazo.

DON PEDRO.

¿Favor?

DOÑA INES.

Favor de estima y valor.

DON PEDRO.

Guzman, burlándote estás.
Toma este anillo.

DOÑA INES.

Este guante

Te envía.

DON PEDRO.

¡Oh criado fiel !

La vida me traes en él :
Ya soy venturoso amante.
¡Oh prenda de mi ventura,
Oh cubierta de aquel cielo,
Oh favor de mi consuelo,
Oh gloria de aquella altura !
¡Oh erario de aquel tesoro,
Que hace rico mi caudal !
¡Oh funda de aquel cristal,
Oh crisol para aquel oro,
Oh cortina de aquel alba,
Oh caja de aquel farol,
Oh nuhe para aquel sol
A quien hago alegre salva !
¡Oh dádiva venturosa
A quien mi gusto acomodo,
Y para decillo todo,
Guante de Angélica hermosa,
Mi regalo, mi socorro !
Besaréte.

DOÑA INES.

¡Lindo amante !

Quita de la boca el guante,
Que, vive Dios, que me corro.

DON PEDRO.

¿Por qué causa, majadero?

DOÑA INES.

Porque con este despacho
Te quiso llamar borracho
Quien te dió favor de cuero.

DON PEDRO.

Necio, disparates deja.

DOÑA INES.

Por darte gusto lo dejo ;
Pero favor de pellejo,
Y no de carne, es de vieja.
Mas sé por cosa muy cierta
Que te manda que esta tarde
llagas de tu dicha alarde,
Hablandola por la buerta.

DON PEDRO.

¿Qué dices? ¿aqueso es cierto?

DOÑA INES.

Tan cierto como soy hombre.

DON PEDRO.

De Acates fiel te doy nombre :
Resucitado has un muerto. (Vanse.)

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA XVII.

ANGÉLICA, DON LUIS.

ANGÉLICA.

Vengais, Tomé, en hora buena.

DON LUIS. (Ap.)

¡Buen principio es este, cielo !
El medio y el fin recelo.

ANGÉLICA.

¿Pues cómo venis?

DON LUIS.

Con pena.

ANGÉLICA.

¿De qué?

DON LUIS.

De verme tan pobre.

ANGÉLICA.

¿Pobre estais?

DON LUIS.
Sí, en buena fe.
ANGÉLICA.
¿Pues por qué causa?
DON LUIS.
Jugué.
ANGÉLICA.
Yo haré que dinero os sobre.
¿Y qué jugastes?
DON LUIS.
Primera.
ANGÉLICA.
¿Qué perdistes?
DON LUIS.
Hacienda harta.
ANGÉLICA.
¿Porqué?
DON LUIS.
Por dar una carta.
ANGÉLICA.
¿A quién?
DON LUIS.
A cierta fullera.
ANGÉLICA.
¿Cuándo?
DON LUIS.
A la primera mano.
ANGÉLICA.
¿Qué perdistes?
DON LUIS.
El temor.
ANGÉLICA.
¿Y no ganastes?
DON LUIS.
Favor.
ANGÉLICA.
¿Favor ganastes?
DON LUIS.
Sí gano.
ANGÉLICA.
Jugad mas.
DON LUIS.
A eso me aplico.
ANGÉLICA.
¿Y hay caudal?
DON LUIS.
De oro, no cobre.
ANGÉLICA.
¿Ya estais rico?
DON LUIS.
No estoy pobre.
ANGÉLICA.
¿Como?
DON LUIS.
Soy un pobre rico.
ANGÉLICA.
¿Rico de qué?
DON LUIS.
De ventura.
ANGÉLICA.
¿Y pobre?
DON LUIS.
De merecer.
ANGÉLICA.
¿Qué temeis?
DON LUIS.
Temo perder.
ANGÉLICA.
¿Perder qué?
DON LUIS.
La coyuntura.
ANGÉLICA.
Pues ganalla.
DON LUIS.
El cómo aguardo.
ANGÉLICA.
Anilda.

DON LUIS.
¿Con qué cadena?
ANGÉLICA.
Con esta. (Le da una.)
DON LUIS.
¿Ganancia buena!
ANGÉLICA.
Guardalda allá.
DON LUIS.
Ya la guardo.
Y aunque con bien tan notorio,
¿Dónde la tendré segura,
Señora, si no procura
Ser el alma su escritorio?
ANGÉLICA.
Mucho sabeis.
DON LUIS.
Antes poco.
ANGÉLICA.
¿Quién os da lición?
DON LUIS.
Un ciego.
ANGÉLICA.
¿Y aprendeis?
DON LUIS.
Aprendo luego.
ANGÉLICA.
¿A qué aprendeis?
DON LUIS.
A ser loco.
ANGÉLICA.
¿Qué os tiene loco?
DON LUIS.
Mi gloria.
ANGÉLICA.
¿Y qué cuerdo?
DON LUIS.
El escoger.
ANGÉLICA.
¿Qué escogeis?
DON LUIS.
Mi menester.
ANGÉLICA.
¿Qué habeis menester?
DON LUIS.
Memoria.
ANGÉLICA.
¿Para qué?
DON LUIS.
Para estimar.
ANGÉLICA.
¿Estimar qué?
DON LUIS.
Este favor.
ANGÉLICA.
¿Y á quién?
DON LUIS.
A vos, y al amor.
ANGÉLICA.
¿Pues sabeis amar?
DON LUIS.
Sé amar.
ANGÉLICA.
¿Qué es amor?
DON LUIS.
Fuego en que ardo.
ANGÉLICA.
¿Ardeis?
DON LUIS.
Soy un alma en pena.
ANGÉLICA.
¿Preso!
DON LUIS.
Con esta cadena.
ANGÉLICA.
Guardalda allá.

DON LUIS.
Ya la guardo.
ANGÉLICA.
Tomé fingido y discreto,
Bien hablais y bien fingis:
Justamente Don Luis
Fió de vos su secreto.
Yo he visto el papel, y en él,
Despues de leer su amor,
Leí que vuestro señor
Hallá en vos un siervo fiel.
Si el sayal grosero y tosco
Mi brocado viene á ser,
Grande es de amor el poder,
Pues amo á quien no conozco.
DON LUIS.
¿Cielos! ¿tanto bien escucho?
¿Es cierto tanto favor?
ANGÉLICA.
Mucho amais vuestro señor.
DON LUIS.
Si él es otro yo, ¿qué mucho?
ANGÉLICA.
¿Porqué con traje grosero
Se encubre de aquesta suerte?
DON LUIS.
Porque dió en su patria muerte,
Señora, á otro caballero.
Hanse informado en Galicia
Que en Toledo hay del memoria;
Salió una requisitoria,
Y búscale la justicia;
Y por no ser descubierto
Anda á sombra de tejado.
ANGÉLICA.
Mi alma será el sagrado
Adonde viva encubierto.
¿Es galán?
DON LUIS.
Vuestra hermosura
Gentileza vendrá á dalle.
Será de mi propio talle.
Rostro, miembros y figura.
Es celoso, y no importuno,
Y en fin, como yo; que Dios
Quiso dividir en dos
Un hombre, que en dos es uno.
ANGÉLICA.
Como le imitais, decís
Que sois uno.
DON LUIS.
Eso diré.
ANGÉLICA.
De aquesa suerte, Tomé,
En vos veré á Don Luis.
DON LUIS.
Casi casi el mismo soy.
ANGÉLICA.
Pues, Tomé, si aqueso pasa,
Yo he negociado que en casa
Os podais quedar desde hoy.
Un colmenar daros quiero.
Vos ¿no le sabréis labrar?
DON LUIS.
Ninguno hay, que sepa amar
Sin saber ser colmenero;
Que aunque amor suele ser hiel,
Por darle celos su acibar,
Su posesion es almíbar,
Que puso amor en la miel.
Vos veréis lo que aprovecho
En este oficio.
ANGÉLICA.
Alto pues:
De casa sois.
DON LUIS.
A esos piés
Quiero humillar boca y pecho.
(Arrodillase.)

ANGÉLICA.

Tomé, ¿quién tanto os humilla?
Alzad, levantad del suelo.

DON LUIS.

Si sois un ángel del cielo,
¿Qué mucho hínque la rodilla?
(Hace Don Luis que la besa los pies, en
cuya actitud le halla Carrasco.)

ESCENA XVIII.

CARRASCO.—ANGÉLICA, DON LUIS.

CARRASCO. (Ap. al entrar.)

¡Valga el diablo este Tomé!
¡Oigan, oigan! el retablo
Es de San Miguel y el diablo.
Tomé, levantaos en pié. (A su amo.)
Perro sois de muchas bodas.
Ya entiendo vuestras haranas;
Que como las aldeanas
Huelen á tomillo todas,
Y vos me sois golosillo,
Porque el tomillo recrea
Y os venistes al aldea,
Querréis, Tomé, su tomillo.

DON LUIS.

Ya, Llorente, soy criado
De casa.

CARRASCO.

¿Qué?

DON LUIS.

Colmenero.

CARRASCO.

¡Bueno, Bueno! (Ap. Reirme quiero.)
Oficio dulce os han dado.
¿Colmenas, Tomé, guardais?
¿Por miel virgen audais vos?
Ya la teneis; plega á Dios
Que despues no la escupaís.
¿Y á mí? ¿que me papeñ duelos?
Alquienie á mí con él, (A Angélica.)
Que Tomé pondrá la miel,
Y yo pondré los buñuelos.

ANGÉLICA.

Tambien que esteis determino,
Por amor de Tomé, en casa.

CARRASCO.

Aquesa es merced sin tasa.

ANGÉLICA.

¿Qué oficio teneis?

CARRASCO.

De vino.

Sabré guardar la bodega,
Como el santero la ermita,
Poner y quitar la espita,
Catar si sabe á la pega,
Librar del maldito usagre
El licor sabroso de uvas
(Quiero decir, que á las cubas
No se las pegue el vinagre);
Y como puertas adentro
De la bodega mandeis,
Mi diligencia veréis;
Porque al fin ella es mi centro.

ANGÉLICA.

Norabuena : yo os admito
A ese oficio.

CARRASCO.

Es singular,

Que soy amigo de andar
En vino, como el mosquito.
Desde hoy me alegro y me ensancho.

ANGÉLICA.

Vamos, Tomé, al colmenar.

CARRASCO.

Mas ancho tengo de estar,
Que con Zamora Don Sancho.
Desde hoy, colmenero hermano,
Si quiere que sea su amigo;

La vez que hablare conmigo,
La caperuza en la mano.

DON LUIS.

¿Porqué causa, majadero?

CARRASCO.

Porque, pues me ve en privanza,
Me llegue á hablar con crianza;
Que soy archi-bodeguero.

ACTO TERCERO.

Un colmenar.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, con mascarilla de castrar colmenas.

Amor, hoy como astuto me aconsejas
Que á pesar de tus celos y favores,
Cogiendo de tus gustos verdes flores,
Labre la miel que en mi esperanza dejas.
Ya sé que los amantes son abejas,
Que en el jardín que ostentan sus amores
Labran panales dulces, si temores
No mezclan el acibar de sus quejas.
Abeja soy, amor; dame palabra
De darme miel sabrosa de consuelos,
Que la esperanza entre sus flores labra.
No sequen mi ventura tus desvelos;
Que si es abeja amor, y el panal labra,
Los zánganos le comen, que son celos.

ESCENA II.

ANGÉLICA. — DON LUIS.

ANGÉLICA.

Pues, mi nuevo colmenero,
¿Cómo os va con el oficio?

DON LUIS.

Ganancia con él espero :
Labrar buena miel codicio,
Porque ha de ser de romero.
Un romero á nacer vino
En el jardín, y imagino
Que su flor morada crece,
Viendo que por vos merece
Ser romero y peregrino.
Plantóle vuestro favor,
Rególe su confianza,
Y creció con tal humor
El verde de su esperanza
Y el morado de su amor.
La huerta de flores llena
Es vuestro favor, que ordena
Esta fábrica abundante;
Mi lealtad y fe constante
Dentro el alma, es la colmena.
La miel el regulo expreso
De vuestro amoroso trato,
Que da libertad á un preso :
Cera el alma, en que el retrato
Vuestro está, señora, impreso;
Ladrones son los desvelos,
Que á hurtarme el caudal se aplican,
Pues no hay con temor consuelos;
Y los zánganos que pican
Y comen la miel, son celos.
Los susurros son las quejas,
Siempre nuevas, aunque viejas,
Que el celoso pecho fragua;
Y los ojos dan el agua
Con que labran las abejas.
¿Qué os parece?

ANGÉLICA.

De importancia

Es miel que tanto aprovecha
Para mi gusto y ganancia.

DON LUIS.

Ya deseo la cosecha
Por gozar de su abundancia.

ANGÉLICA.

No temais el desatino
Del zángano, pues que vino
Hoy á nuestro colmenar
Guarda que le hará soltar
Lo que hurtare, en el camino.

DON LUIS.

Dadme á besar el cristal (Bésasela.)
Desa mano celestial.

ANGÉLICA.

Mucha licencia os tomáis,
Tomé; sospechas me dais
De que no sois muy leal.
Parece que para vos
Mayor favor adquirís.

DON LUIS.

Que os adoro sabe Dios.

¿Servís así á Don Luis?

DON LUIS.

Somos un alma los dos.

ANGÉLICA.

La amistad no viene á ser
Tan grande, á mi parecer,
Que aunque entre dos esté unida,
No la deshaga y divida
El gusto de una mujer.
¿Cuándo publicó la fama,
Como agora lo haceis vos,
Que junten tanto su llama
Dos amigos, que los dos
Amen á una misma dama?
No lo sufren los desvelos
De un amante, que á los celos
Favor y firmeza pide :
Cualquiera amistad divide
El cuchillo de los celos.
Tomé, esa opinion es nueva :
Mal vuestro señor contrasta
Lealtad que tal fruto lleva.
No os tengo de hablar mas.

DON LUIS.

Basta,

Que mujer sois ; y de prueba!
Prueba ha sido : y vos sois fiel
A Don Luis. ¿Dichoso él,
Pues es el primer amante
Que halla una mujer constante;
Que en tan hermoso papel
Dónde su dicha firmó,
Firme la letra quedó
Como en el bronce ; que alcanza
Cuanto pide su esperanza;
Que inmoibles los vientos vió;
Que seguro el hajel lleva
Por mar incógnita y nueva;
Que á un vidrio un golpe le dió
Sin quebrarse ! Que esto halló
Quien halló mujer á prueba.

ANGÉLICA.

¿Pues mi amor probais?

DON LUIS.

Soy hombre

Que gusto probar la fe
De una mujer : no os asombre.

ANGÉLICA.

Incrédulo sois, Tomé.

DON LUIS.

Tengo de incrédulo el nombre.
Pero dejando esto aparte,
Esta noche quiere darte
Cuenta Don Luis de sus quejas,
Si á tu tribunal las dejas,
Dónde sueles asomarte.
Dime si gustas que á verte
Esta noche llegue aquí.

ANGÉLICA.

¿Cómo podrá responderte
De no un alma, que dió un sí

Contra el olvido y la muerte?
Haré mis ojos farol,
Que á mi Leandro español
Luz como en Abido de,
Y como Tisbe estaré
Llorando, hasta ver mi sol.

ESCENA III.

DOÑA INES.—ANGÉLICA, DON LUIS.

DOÑA INES. (Ap.)

¡Qué enredos, amor tirano,
Materia á mi llanto dan?
Si acaso salen en vano... —
Mas ¿qué es esto? hablando están
Aquí Angélica y mi hermano.
Quiero escuchar lo que dicen.

ANGÉLICA.

Seré en la firmeza bronce,
Aunque mas me martiricen.
Dile que venga á las once.

DON LUIS.

Tus favores solenicen
Cuantos amor tras su carro
Lleva con triunfo bizarro.
¡Oh venturoso Tomé!
De aquestas Indias será
Otro segundo Pizarro.
Don Luis vendrá, señora,
De Toledo á aquesta hora,
Y hurtando al Fénix las galas,
Hará de sus plumas alas.

DOÑA INES. (Ap.)

Buena ocasion tengo agora,
Si Don Luis ha de ir á ver
Su dama esta noche. Amor,
Una burla en mi favor,
Con tu ayuda le he de hacer.
De traje quiero mudar:
Daré fuerzas á mi enredo;
Que adoro á Don Pedro, y puedo
Destá manera engañar
Mi propia imaginacion.
Aquí me quiero quedar,
Que Angélica ha de ayudar
A mi amorosa invencion.

(Vase.)

ESCENA IV.

LINARDO. — ANGÉLICA, DON LUIS.

LINARDO.

Don Pedro te viene á hablar. (Vase.)

DON LUIS. (Ap. á Angélica.)

¡Siempre es de mi encuentro azar!

ANGÉLICA. (Ap. á Don Luis.)

Perderá, si juega, el dado,
Pues Don Luis se le ha quitado.
Labrad, Tomé, el colmenar,
Y sospechas temerosas
No os causen melancolía.

DON LUIS.

Beso tus manos hermosas.

(Pónese á labrar las colmenas.)

ESCENA V.

DON PEDRO. — ANGÉLICA, DON LUIS.

DON PEDRO.

Jurara yo, prenda mia,
Que estais aquí, pues las rosas
Que pisais, por excelencia
Tienen matices mejores
Viviendo en vuestra presencia:
Hoy resucitan las flores
Que marchitó vuestra ausencia.
¡Venturoso el colmenar,
Donde hecho abeja el amor,
Puede, contento, tomar

De vuestras mejillas flor,
Y de vuestro aliento azar!
¿Qué haceis, prenda de mi vida?

ANGÉLICA.

La memoria entretenida
Daba á la imaginacion
Por dueño del alma un don,
Que con otro me convida.

DON PEDRO.

¿Don? ¿de quién?

ANGÉLICA.

De un caballero
Digno de regir el coche
De Febo claro y lijero,
Que me enamoró la noche
De San Roque.

DON PEDRO.

Esos pies quiero
Besar, señora: es así,
Que yo aquella noche fui
Quien vuestro pecho ablandó.

DON LUIS. (Ap.)

Calla, necio, que fui yo
El que tanto merecí.

DON PEDRO.

Pierdo de contento el seso:
Ya con gusto soberano
Mi amor canta este suceso.

DON LUIS. (Ap.)

Yo, pues que besé su mano,
Tengo de cantar el beso.

(Canta entre las colmenas.)

Que beséla en el colmenaruelo,
Y yo confieso
Que á la miel me supo el beso.

DON PEDRO.

Licion me da el labrador
De lo que tiene de hacer
En el colmenar mi amor;
Mas no os quisiera ofender,
Angélica, mi temor.

DON LUIS. (Canta.)

Y yo confieso
Que á la miel me supo el beso

DON PEDRO.

No prive mas un villano
Que yo con amor tirano:
Dejad que la nieve hermosa
Bese mi boca dichosa
De vuestra angelica mano.

DON LUIS. (Ap.)

Este zángano cruel
Me pica, y su muerte ordena.

DON PEDRO.

Pagad mi amor firme y fiel.
DON LUIS. (Ap.)
Abejon de mi colmena,
¡Mucho os llegais á la miel!

ANGÉLICA.

No seais cansado agora.

DON PEDRO.

Cánsame mi amor molesto:
Dadme esa mano que adora
Mi alíha: haced, ángel, esto.
(Quiere tomalle la mano, y métese Don Luis en medio.)

DON LUIS.

Apartáos allá, señora,
Que hay zánganos por aquí.
Y temo os piquen.

ANGÉLICA.

¿A mí?

Aqueso no os dé cuidado.

DON LUIS.

¿No? Pues estoy yo picado,
Con andar cubierto así.

ANGÉLICA.

¿Quién os picó?

DON LUIS.

Un avechucho
Que anda aquí junto á los dos.

ANGÉLICA.

¿Y haos picado mucho?

DON LUIS.

Mucho.

Caballero, andad con Dios,
No os detengais aquí mucho;
Que habeis dado muestra clara
A quien os mira á la cara,
Que tambien picado estais;
Y si á picaros llegais,
Temo que os salga á la cara.

DON PEDRO.

Picóme vuestra aficion; (A Angélica.)
Tiene el villano razon.
Digo que habeis acertado (A Don Luis.)
En decir que estoy picado.

DON LUIS.

Estais hecho un salpicon.

DON PEDRO.

Pues idos enhorabuena,
Que ya picais de curioso.

DON LUIS.

Vos picais la miel ajena,
Y yo sé picar al oso
Que se lleva la colmena,
Y picara á vuestra costa.

DON PEDRO.

Ya me pico en que no os vais.

DON LUIS.

No me espanto, que picais
De noche mas que una posta.
Picado debeis de estar,
Y así no os quiero dejar.
¿Qué el noirme os prejudica?
Para si el zángano os pica,
(A Angélica.)

Esta red os quiero dar.
Tomad esa red sin miedo,
Y en la cara os la poned,
Que yo defenderme puedo;
Y no es mala aquesta red
Para quien sabe el enredo.

ANGÉLICA.

Yo me sabré defender:
Tomé, amigo, andad con Dios.

DON LUIS.

¿No se la quiere poner?
Pues, señor, ponéosla vos.

DON PEDRO.

Tomé, no la he menester.
Dejadnos; ya os podeis ir.

DON LUIS.

Con ella os podeis cubrir;
Pero si á picaros van,
Poca mella en vos harán,
Que pies teneis para huir.

DON PEDRO.

¡Oh qué pesado villano!

DON LUIS.

Al fin soy hombre de peso:
Vos debeis de ser liviano,
Que correis muy bien. (Ap. El beso
Vuelvo á cantar de la mano.) (Canta.)

DON PEDRO.

Dadme aquesta mano un poco,
Pues sabeis mi ardiente amor;
Que si con los labios toco
La nieve de su candor,
Volveráme el gusto loco.

ANGÉLICA.

Pues por tan poca ocasion,
No es bien que el seso perdais,
Que será gran compasion.

DON LUIS. (Ap.)

¿Otra vez os me pegais

A la colmena, abejon?

DON PEDRO.

Aquellas bárbaras quejas
Ofenden ya mis orejas;
Que, porque la mano os quiero
Tomar, lo dice el grosero.

ANGÉLICA.

Allá lo há con sus abejas:
Vuestro pensamiento es vano.

DON PEDRO.

Bella Angélica, acabad;
Dadme este bien soberano;
Una mano me otorgad.

*(Toma Don Pedro la mano á Angélica,
y métese Don Luis en medio, y dale á
Don Pedro con la caperuza.)*

DON LUIS.

Picóme, por Dios, la mano;
Mas yo me sabré vengar,
Aunque vos sepais volar.
Por aquí el abejon cruza;
Pero con la caperuza
Le tengo de desviar.
No os llegaréis mas ansí.
Yo le haré que aquí no aguarde.

DON PEDRO.

Villano, ¿en qué te ofendi?

DON LUIS.

Tras de un abejon cobarde
Ando, no mas, por aquí.

DON PEDRO.

Grosero, zafio, indiscreto,
¿No mirais que aquí los dos
Estamos? Tened respeto.

DON LUIS.

¿Qué habeis? ¿hélo yo con vos?
Solo en mi oficio me meto.

DON PEDRO.

¿Pues tengo yo de pagallo?

ANGÉLICA.

¿No os agrada su simpleza?

DON LUIS.

¿Qué importa, si yo le hallo
Sobre vos, que en la cabeza
Os sacuda por matallo?

DON PEDRO.

¿Hay bárbaro semejante?

ANGÉLICA.

Porque desde aquí adelante
No os piquen mas, Tomé hermano,
Los zánganos en la mano,
Poneos en ella este guante. *(Le da uno.)*

DON LUIS.

Besalla la suya quiero.

DON PEDRO.

Aparta, zafio, grosero:
Lo que no merezco yo
¿Has de alcanzar tú?

DON LUIS.

¿Pues no?

ANGÉLICA.

Dejad á mi colmenero.

DON LUIS.

¿Oh venturoso Tomé!

DON PEDRO.

Y yo ¡desdichado amante!
Aqueste anillo os daré
Porque me deis ese guante.

DON LUIS.

¿Anillo yo? ¿para qué?

DON PEDRO.

Porque es mayor galardón.

DON LUIS.

Es un asno, con perdón,
Aunque no me maravillo...
¿Defenderáme su anillo,

Si me pica el abejon?

Luego traelle es en vano.

Con el guante alegre quedo.

¿No ve, señor cortesano,

Que el anillo adorna un dedo

Y el guante toda la mano?

DON PEDRO.

¿Que no me le quierdes dar?

DON LUIS.

Daréle al diablo primero:

Aquí le quiero guardar.

DON PEDRO.

¿Venturoso colmenero!

ANGÉLICA.

Mi padre hoy al colmenar

Ha de venir, y á los dos

No quiero nos halle aquí.

Gustara de hablar con vos,

Mas temo... Tomé, vení,

Que os he menester. Adios.

(Vanse Angélica y Don Luis.)

ESCENA VI.

DON PEDRO.

No en balde, niño amor, te pintan cie-

Pues tus efetos son de ciego vano: [go.

Un guante diste á un bárbaro villano,

Y á mi me dejás abrasado en fuego.

A tener ojos, conocieras luego

Que soy digno de un bien tan soberano.

Dejándome besar aquella mano,

Que un labrador ganó. ¡Costoso juego!

La falta de tu vista me lastima.

Amor, pues eres ciego, ponte anteojos;

Verás mi mal, mi desdichado clima. [os,

Diérasme tú aquel guante por despojo.

Que el labrador le tiene en poca estima;

Guardárale en las niñas de mis ojos.

ESCENA VII.

DOÑA INES.—DON PEDRO.

DOÑA INES.

¿Oh mi señor!

DON PEDRO.

¿Oh Guzman!

DOÑA INES.

¡Solo!

DON PEDRO.

Púsose mi Apolo,

Y quedé de noche y solo.

DOÑA INES.

Tus amores ¿cómo van?

¿Hablaste á Angélica?

DON PEDRO.

Sí.

DOÑA INES.

¿Y dió ferias á tu amor?

¿Has ganado algun favor?

DON PEDRO.

Gané, Guzman, y perdí:

Ni es de acero ni es de cera,

Y de suerte su amor toco,

Que ni el favor me trae loco,

Ni el desden me desespera.

ESCENA VIII.

FELICIANO, *al paño*.—DOÑA INES,

DON PEDRO.

FELICIANO. *(Ap.)*

Bien puede ser que Guzman

Sea hombre y no mujer;

Pero no lo he de creer,

Si los ojos fe no dan.

Yo sabré si es Doña Juana,

Que anda de paje encubierta.

DOÑA INES.

Esta es, señor, cosa cierta;

Adórate el aldeano.

A mí me dijo *(ansí goce*

Lo que me obliga á perder):

«Dile que me venga á ver

Aquesta noche á las doce;

Que aguardándole á una reja

En centinela estaré,

Y con su vista daré

Satisfacción á su queja.»

DON PEDRO.

Dame esos piés.

DOÑA INES.

Quedo, quedo,

Que no estás en tí, señor.

(Ap. Basta, que en enredador

He dado. ¡Gentil enredo

Pienso hacer aquesta noche!)

DON PEDRO.

Fénix soy en dicha solo.

Acaba, fogoso Apolo,

Apresura mas tu coche.

¡Oh mas que dichoso amante!

Los cielos favor me dan.

Ven y darásme, Guzman,

Casco, colete y montante.

(Vanse Don Pedro y Doña Ines.)

ESCENA IX.

FELICIANO.

Basta, que ya muestra amor

A este Don Pedro mi prima.

Este concierto me anima

A que pruebe su valor.

No es mujer Guzman; ya quiero

Creelle; que si lo fuera,

Y á Don Pedro amor tuviera,

No fuera ansí su tercero.

Esta noche he de salir,

Y la calle he de guardar;

Que quiero experimentar

Si sabe Don Pedro huir. *(Vase.)*

—
Calle de una aldea.—Noche.

ESCENA X.

DON LUIS, CARRASCO.

DON LUIS.

Esta noche me prevea

El vestido que has guardado,

Que ya mi amor bien pagado,

Corre próspero.

CARRASCO.

Está bien.

Y yo, vuelto á ser lacayo,

¿He de acompañarte?

DON LUIS.

Sí.

CARRASCO.

Para asegurarte á tí

Yo basto, que soy un rayo;

Aunque andar rondando rejas

Por estos pueblos es yerro,

Pues suele salir un perro,

Aguzadas las orejas,

Y á traicion un hombre espera,

Que sin saber dónde está,

Antes que diga ¿quién va?

Le lleva una pierna entera.

Pero, porque no me ofenda,

Botas de vaca prevengo:

Muerda dellas, que no tengo

Otras piernas en la tienda.

Como un San Jorge me pinto,

Porque se ha de armar Carrasco

De un embudo en vez de casco,

Con un pellejo de tinto,

Con cuyas armas iré

Mas valiente que va un rufo,

Pues con arrojar un tufo

Muerte de puño daré.

DON LUIS.

Pliega á Dios no huygas despues.

ESCENA XIV.

DOÑA INES, *vestida de mujer, á una ventana.* — FELICIANO.

DOÑA INES.

(Ap. Gente sueña: Don Pedro es. Yo le engaño desta forma; Que si el ánge! se trasforma, Angélica es Doña Ines.)
Ce: ¿es Don Pedro?

FELICIANO.

(Ap. Esta es mi prima.

Yo quiero llegar á hablalla,
Y he de fingir por burlalla,
Que soy Don Pedro.) Ya estima (*Llega.*)
Mi alma aqueste favor,
Bello dueño de mis ojos,
Paz dulce de mis enojos,
Regalo de mi dolor.
Viéndos piensa mi alegría
Que el sol paró aquí su coche.
Pues dice el cielo que es noche,
Y esa reja que es de día.
Ya nuestro oriente español
Gozará por favor nuevo
De día la luz de Febo,
De noche á vos, que sois sol.

DOÑA INES.

Muy lisonjero venis.

FELICIANO.

Digo lo que en vos conozco.

DOÑA INES.

(Ap. Aquesta voz desconozco.)

Si queréis como fingis,
Angélica que os estima,
Con razon su amor entabla.

FELICIANO.

(Ap. No es esta la voz ni habla
De Angélica; no es mi prima:
Maraña hay aquí, por Dios.
Quiero ver en lo que para.)
Será mi ventura clara,
Favoreciéndome vos;
Y así, pues mi ardiente queja
A tal favor os obliga,
Dejad que mi pena os diga,
Asido á esa dura reja,
Y estimaré esa merced
Por ventura soberana.

DOÑA INES.

No es muy alta la ventana.

¿Podréis subir?

FELICIANO.

Si hay pared,
¿Por qué no? Dadme esa mano, (*Trepa.*)
Si la merezco besar.

DOÑA INES.

Ya nada os puedo negar.

FELICIANO. (Ap.)

¡Oh dichoso Feliciano!

DOÑA INES.

Es tanta la oscuridad,
Que no os puedo ver así.

FELICIANO. (Ap.)

Este ¿no es el paje? Si.
Ya me anima esta verdad.
Sí, que en tales aventuras,
Del amante que bien ama,
Como el alma todo es llama,
Suele ver el alma á oscuras.

DOÑA INES.

¿No me habláis? ¿quién dificulta
Tanto favor?

FELICIANO.

En consejo

Entró el alma, cuyo espejo
Sois vos.

DOÑA INES.

Y dé! ¿qué resulta?

FELICIANO.

Que os pida el alma una mano
De esposa. ¿Qué respondeis?

DOÑA INES.

Que estimo que me la deis.

FELICIANO.

Mil glorias con eso gano.

DOÑA INES.

Veis aquí la mía en muestra
De que el corazon os doy.

FELICIANO.

Seré vuestro desde hoy.

DOÑA INES.

Yo desde hoy esposa vuestra.

FELICIANO.

Ya mi amor está premiado.

DOÑA INES.

Yo soy sola la que gana.

FELICIANO. (Ap.)

Yo he burlado á Doña Juana.

DOÑA INES. (Ap.)

Don Pedro queda burlado.

FELICIANO.

Gente sueña.

DOÑA INES.

Pues forzosa

Será, señor, mi partida.

Adios, dueño de mi vida.

FELICIANO.

Adios, bellissima esposa.

(*Vase Doña Ines.*)

ESCENA XV.

DON PEDRO, *en traje de noche.* — FELICIANO.

DON PEDRO.

Basta, que se me ha perdido
Guzmanillo, y no sé adonde
Aquesta noche se esconde,
Pues que me dejó y se ha ido
De aquesta suerte.

ESCENA XVI.

DON LUIS, CARRASCO. — DON PEDRO, FELICIANO.

DON LUIS.

Detente,

(*Bajo Don Luis y Carrasco en toda la escena.*)

Que hay rondantes en la calle.

CARRASCO.

¿Hay mas que llegar y dalle?

DON LUIS.

Calla, arrimate aquí enfrente

CARRASCO.

¿Quién diablos tiene aquí amores?

¿Si es Don Pedro?

DON LUIS.

Dices bien.

CARRASCO.

Mas no será, que tambien
Hay amantes labradores.

DON LUIS.

Calla, y mira si se van.

CARRASCO.

De aquesta pared soy yedra.

DON PEDRO.

Quiero tirar una piedra.

CARRASCO.

Por Dios, que hay otro galan.

DON PEDRO.

Aun la mano no se ve.

¿No hay una piedra en la calle?

CARRASCO.

Si acá llega, ¿do be de dalle?

DON PEDRO.

¡Vive Dios, que me enlodé!
(*Llega á limpiarse en la pared, y toca en la cara á Carrasco.*)

CARRASCO.

¡Puf! ¿Guerpo de Jesucristo
Con el sucio!

DON LUIS.

Calla, diablo.

CARRASCO.

A ser mis barbas establo,
Pasara.

DON LUIS.

Calla. ¿Qué has visto?

¿Qué tienes, necio? ¿qué escarbas?

CARRASCO.

Uno escarba y otro hurga,
Pues sin ser día de purga,
Se purga sobre mis barbas.

DON LUIS.

Calla.

DON PEDRO.

No sé en qué limpie

La mano, que estaba blando.

Gente parece que hablando

Está en la calle: ¿qué haré?

FELICIANO.

(Ap. Ahora bien, yo determino
Ver si Don Pedro es valiente.)

¡Ah, caballero! ¿qué gente? (*Alto.*)

DON PEDRO.

Gente de paz. ¿Hay camino?

FELICIANO.

Si dice primero el nombre,

Podrá ser.

DON PEDRO.

¿Importa acaso?

FELICIANO.

Si, porque guardo este paso.

DON PEDRO.

Pues yo soy.....

FELICIANO.

¿Quién es?

DON PEDRO.

Un hombre.

FELICIANO.

Quizá no sois sino bestia.

DON PEDRO.

Digalo agora mi espada.

(*Meten mano, y entranse acuchillando.*)

DON LUIS.

Esa es pendencia excusada.

CARRASCO.

No haya riña ni molestia:

No han querido.

DON LUIS.

Pues ¿qué haces?

Sígueme, Carrasco: ven,

Que yo los sigo tambien.

CARRASCO.

Yo basto para estas paces. (*Vanse.*)

El colmenar.

ESCENA XVII.

FULGENCIO, ANGELICA.

FULGENCIO.

Mañana has de casarte: no repliques.

ANGELICA.

Aun es temprano agora: deja, padre,
Prevenirme de galas y vestidos.

FULGENCIO.

Los desposorios han de ser secretos;

Ya las tienes para ellos suficientes.
Y tu esposo traerá para las bodas
Vestidos ricos y costosas joyas.
A prevenirle voy; haz lo que mando.
(Vase.)

ANGÉLICA.

Primero prevendré mi triste muerte;
Pues antes que Don Pedro, se previno
Para mi esposo el bello peregrino.

ESCENA XVIII.

DON LUIS, de labrador, y DOÑA INES
de paje, sin reparar en—ANGÉLICA.

DOÑA INES.

Tomé, en vano os encubris.
Ya yo sé que caballero
Sois, aunque por colmenero
Aquese traje os vestis.

ANGÉLICA. (Ap.)

Tomé y Doña Juana están
Hablando: quiero apartarme,
Y de lo que es informarme.

DON LUIS.

Engañado estais, Guzman.

DOÑA INES.

¡Don Luis!

ANGÉLICA. (Ap.)

El colmenero

Es Don Luis, según el paje
Dice; y su trato y lenguaje
Es propio de caballero.
Ya cesaron mis enojos.

DOÑA INES.

¿No me conocéis? Ea, pues.

DON LUIS.

(Ap. ¡Es mi hermana Doña Ines!)

¡Luz clara de aquestos ojos!

(A Doña Ines.)

ANGÉLICA. (Ap.)

¡Luz de sus ojos! ¡Ay cielos!

Luz para él, y no soy yo!

Ya vuestra rabia llegó

Al alma, bastardos celos.

DON LUIS.

Dame esos brazos, que aquí.....

DOÑA INES.

Por tí hice este viaje,

Disfrazándome de paje.

ANGÉLICA. (Ap.)

¿Qué oigo, cielos? ¡Ay de mí!

Los brazos á otra mujer!

¡Y de sus ojos, traidor,

A otra mujer! ¡Ay amor!

¡Ay de mí! ¿Qué hemos de hacer,

Alma, en desdicha tan llana?

Ya dió mi vida al traves.

Engañóme Doña Ines

Con nombre de Doña Juana.

DOÑA INES.

Los dos hemos de casarnos.

ANGÉLICA. (Ap.)

¡No, mientras viviere yo;

Que la venganza me dió

Manos!

DON LUIS.

Ya no hay apartarnos.

DOÑA INES.

Ya el cielo me dió marido.

ANGÉLICA. (Ap.)

Traidora, aun no te le dió,

Que sabré matarle yo.

DON LUIS.

Extraño enredo va urdido.

ANGÉLICA. (Ap.)

¡Y cómo si ha sido extraño!

Pues con extraño rigor

Has estragado tu amor:

Mas todo saldrá en tu daño.

DON LUIS.

Dispon, Doña Ines, y ordena;
Que darte contento es justo.

DOÑA INES.

Voy, pues, á tratar tu gusto. (Vase.)

ANGÉLICA. (Ap.)

Irás á tratar mi pena.

ESCENA XIX.

ANGÉLICA, DON LUIS.

ANGÉLICA.

Falso, mudable, tirano,
Humo, sombra, arena, es, humo,
Que vienes á ser en suma
Flor marchita y viento vano;
Quimera de solo el nombre;
Sol en agua, nieve en fuego,
Y en fin palabras de griego.
Que todo aquesto es el hombre;
Goza ya á tu Doña Ines,
Pues por tí encubierta vino;
Que á Don Pedro determino
Querer, pues mas justo es:
Que para tí mujer basta
Que de serlo no haga cuenta,
Y con disfrazar su afrenta
Pretendí afrontar tu casta.
Vuelve á tu primero traje,
Y no me engañes jamas,
Que en tu Doña Ines tendrás
Mujer juntamente y paje.
Y á aquesta casa no acudas,
Villano y falso Tomé,
Que al fin mudaste la fe,
Como los vestidos mudas.
Doña Ines, traidor, te aguarda:
Ya no hagas caso de mí,
Que á Don Pedro el alma di.

DON LUIS.

Oye, espera, escucha, aguarda. —

¿Qué engaño es este, fortuna? —

Mi gusto, mi ser, mi gloria,

Mi regalo, mi memoria,

Mi cielo, mi sol, mi luna.....

ANGÉLICA.

Tu mal, tu guerra y nublado,

Tu disgusto y tu tormento,

Tu pena y tu descontento,

Tu luna y sol eclipsado:

Que ya Don Pedro ha de ser

Mi dueño: aquesto es forzoso.

Porque no ha de ser mi esposo

Quien quiso tan vil mujer. (Vase.)

LUIS.

Oye, partióse. ¡Ay de mí!

Voy, que irá á determinarse,

Y la mujer por vengarse

Suele hacerse mal á sí. (Vase.)

ESCENA XX.

FULGENCIO, FELICIANO.

FULGENCIO.

No sé qué bodas he oído,

De su padre, y así quiero

Que se despose primero.

FELICIANO.

Muy bien lo habeis advertido.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, ANGÉLICA, DON LUIS.

tras ella. — Dichos.

ANGÉLICA.

Si he resistido hasta agora

Vuestro gusto, ya el mío es

De servirlos.

DON PEDRO.

Esos picos

Me dad á besar, señora.

FULGENCIO.

Siempre con esa esperanza
De tu obediencia vivi.

ANGÉLICA. (Ap.)

¿Qué he de hacer, triste de mí?

¡Oh cuánto puedes, venganza!

DON LUIS.

¡Tal ven mis confusos ojos! (Delirante.)

¡Tal mis oídos oyeron!

¡Cielos! ¡cuyo extraño clima

Mis desdichas influyeron?

Si al cielo mi amor subistes.

¡Porque le abatis tan presto?

Sol, que de este sol hermoso

Me entregaste el carro bello,

¡Porque como á Fartou

Me has precipitado al suelo?

Luna, con cuyas mudanzas

Muda mis glorias el tiempo,

Si creciste en mis favores,

¿Cómo menguaste tan presto?

Estrellas, que todas juntas

Fuistes en mi nacimiento,

En principios venturosas,

Y en fines de mal inmenso;

Si me hablad de dar

Fin tan misero y funesto,

¡Para qué fuistes propicias

En mis principios modestos?

Mar, que vivis en mis ojos,

Aire en suspiros envuelto,

Que forman nubes de llanto,

Si forman rayos ardiendo:

Animales, que á las cuevas

Os vais huyendo de miedo;

Aves, que ya no volais,

Porque os abrasan mis celos;

Peces mudos, y dichosos

Mucho mas que yo, por serlo,

Pues que palabras sencillas

En este estado me han puesto;

Montes altos, eminentes,

Ya habitaré en vuestros cerros,

Por no vivir con los hombres

Donde vive quien me ha muerto.

Cielos, sol, estrellas, luna,

Agua, tierra, fuego y viento,

Animales, peces, aves.

Montes altos, valles, cerros,

Celos me han vuelto loco, porque celos

Acabarán mi vida con el seso.

Hoy Toledo verá un loco,

Que escogiendo aquí su entierro,

Como Sansón desdichado,

Gusta de matar muriendo.

(Quita la espada á Don Pedro, y va tras todos.)

DON PEDRO.

El colmenero está loco:

La furia incita su pecho:

Que quien con todos se toma,

No puede llamarse cuerdo.

FELICIANO.

Huye, pues, que despedaza

Hasta los árboles recios.

FULGENCIO.

Hija, guárdate del loco.

DON PEDRO.

Huid del loco, Fulgencio. (Huyen todos)

ESCENA XXII.

DON LUIS.

Yo soy Orlando el furioso;

Que en aqueste sitio mismo

Le dió Angélica fe y mano

A Medoro. El seso pierdo.

Loco estoy. Pero ¿qué mucho,

Si me enloquece el veneno

De un falso y fingido amor,
Que pierda prudencia y seso?
¿Estoy vivo? Pero no,
Que á manos de un desden muero.
Pues si muerto, ¿cómo hablo?
Si no vivo, ¿cómo siento?
Mas no soy yo; que yo fui
Un hombre alegre y contento.
¿Luego soy mi propia sombra?
Sombra no, que tengo cuerpo.
Quizá sueño mis desdichas.
Mas yo; soy liebre que duermo,
En medio de mis cuidados,
Con los dos ojos abiertos?
Colmenas, ¿no sois vosotras
Testigos, aunque groseros,
Que Angélica juró aquí
Menospreciar á Don Pedro?
Dejad, abejas, la miel,
Labrad por ella veneno;
Que amor, para que me amargue,
Acibar su miel ha vuelto.
Pero si vive en vosotras
El zángano que me ha muerto,
¿Cómo mi paciencia sufre
Que no os abra mi fuego?
Soy loco, muero, estoy vivo,
Sombra soy y alma sin cuerpo,
Duermo, velo, paro, corro,
Ciego estoy, topo parezco;
Y siendo ausi, plantas, flores,
Jazmines, prados, almendros,
Abejas, colmenas, corchos,
Cera, acibar, miel, veneno,
Sentid de mis locuras el exceso,
Pues falta Astolfo que me traiga el seso.
(*Derriba y rompe las colmenas.*)

ESCENA XXIII.

CARRASCO. — DON LUIS.

CARRASCO.

Mirad si lo dije yo.
Loco Don Luis se ha vuelto.
¿Ay de mí! su pobre juicio
Tomó las de Villadiego.
¿Qué es lo que tienes, señor?

DON LUIS.

¡Oh mi ángel! ¡oh mi cielo!
Gocen mis ojos tus ojos,
Mi brazo enlace tu cuello,
Bella Angélica del alma.

CARRASCO.

¡Bueno está, por Dios, el cuento!
¿Yo Angélica, con mas barbas
Que un albañil ó arriero!

DON LUIS.

¿No eres Angélica?

CARRASCO.

No.

DON LUIS.

¿Pues quién?

CARRASCO.

Soy el bodeguero,
Carrasco, lacayo tuyo.

DON LUIS.

Ah, sí: conocerte quiero.
Oye, escucha: ven acá,
Que quiero rasgarte el pecho,
Porque á mi Angélica dicen
La tienes guardada dentro,
Pues que huyendo de mi furia
Con Medoro, ó con Don Pedro,
Como á Jonas la ballena,
Te la tragaste.

CARRASCO.

¡Oh qué bueno!

DON LUIS.

Desabróchate.

CARRASCO.

¿Qué dices!

DON LUIS.

Desabrocha, acaba, perro.

CARRASCO.

¡Ay Dios, que á coces me mata!
Ya me desabrocho: quedo.
Vesme aquí desabrochado.

DON LUIS.

¡Oh cándido y blanco pecho
De aquella Angélica ingrata!
Tengo de darte mil besos.

CARRASCO.

¡Ay, que me muerde, señores!

DON LUIS.

Poco mal te haré si muero.
Si es de hierro el pecho tuyo,
¿Qué importa que muerda en hierro?

CARRASCO.

¿Cuerpo de Cristo contigo!
¿Soy yo de turron ó queso,
Para comerme á bocados?

DON LUIS.

Aquí mi Angélica siento.

CARRASCO.

¿Dónde?

DON LUIS.

Dentro en tus entrañas.

CARRASCO.

¿Dentro en mis entrañas?

DON LUIS.

Dentro.

CARRASCO.

Preñado debo de estar.

DON LUIS.

Preñado estás, yo lo veo.

CARRASCO.

Pues ve á llamar la comadre.

DON LUIS.

No, no, que revientes quiero,
Porque es vibora que uace
Angélica, el pecho abriendo.
Con esta daga he de abrirte,
Para que paras el cuerpo:
Ponte á punto.

CARRASCO.

Ya me pongo.

Pero aguarda, que ya vuelvo. (*Vase.*)

DON LUIS.

¡Huyes, villano! Ya te voy siguiendo,
Que con las alas de mis celos vuelvo.
(*Vase.*)

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA XXIV.

ANGÉLICA, FULGENCIO, DON PEDRO, DOÑA INES, de dama; FELICIANO.

DOÑA INES.

Pongo por testigo al cielo (1).
Don Pedro me dió la mano.

DON PEDRO.

¿Yo la mano!

DOÑA INES.

Aquesto es llano.
Yo soy Guzman; que el desvelo
De un hermano que perdí,
Así me trujo, señor,
Y á fuerza de un casto amor,
Como paje te serví,
Hasta que ya he conocido
Que es el fingido Tomé;
Por donde el bien que anhelé
De ser tuya he conseguido;
Que cuando anoche pensaste
Que á tu Angélica las quejas

(1) Suplido.

De amor dabas en sus rejas,
Conmigo te desposaste.

DON PEDRO.

¡Yo anoche te hablé ni vi!
¿Qué dices?

DOÑA INES.

No es bien que intentes
Negarlo: ¿ya te arrepientes?

FELICIANO.

Todo eso me toca á mí,
Que á mi me distes la mano,
Si os merezco, de marido.

ESCENA XXV.

UN ESCRIBANO. — DICHOS.

ESCRIBANO.

(*Da unas cartas á Don Pedro.*)

Yo este casamiento impido,
Como público escribano.
Vuestro padre Don Fernando
Por vos en la corte dió
La mano á otra dama, y yo
Soy testigo.

ANGÉLICA. (*Ap.*)

Albicias mando

Al corazón.

DON PEDRO.

¿Qué decis!

ESCRIBANO.

Que luego á Madrid partais,
Donde ya casado estais.

ANGÉLICA. (*Ap.*)

Mi esposo será Don Luis.

ESCENA XXVI.

DON LUIS, conducido por CARRASCO
y otro. — DICHOS.

CARRASCO.

Nuestros recelosos fuegos
En esto habian de parar:
Desde hoy os han de llamar,
Señora, mala-gallegos.
Mirad el daño que fragua
Un cuarto de hora de enojos.

ANGÉLICA.

¡Ay Don Luis de mis ojos!
Fuentes los vuelve amor de agua.

DON LUIS.

¡Ay Dios!

CARRASCO.

¿Cesó la molestia

Del disparate en que diste?
Para su desmayo fuiste (*A Angélica.*)
La uña de la gran bestia.

ANGÉLICA.

Esposo, dueño y señor....

DON LUIS.

¿Por qué ese nombre me das,
Cruel, si casada estás?

ANGÉLICA.

Ya es premiado vuestro amor.

DON PEDRO.

Esta nueva me ha forzado,
(*A Fulgencio.*)

Y pido me perdoneis,
Y que á Angélica caseis,
Porque me tiene casado
Ya mi padre.

ESCRIBANO.

Es cosa llana.

ANGÉLICA.

Pues sabed que el colmenero
(*A Fulgencio.*)

Es, señor, un caballero
Que de la furia villana
De Don Pedro me libró.

FELICIANO.
El señor fué el peregrino,
Que sabeis salió al camino,
De que soy testigo yo.
Yo os suplico le caseis
Con mi prima, pues es justo
Que su valor os dé gusto.

DON LUIS.
Los piés pido que me deis.

FULGENCIO.
No, sino abrazos de padre.

ANGÉLICA.
Y yo la mano de esposa.

DON LUIS.
Dichoso soy.

ANGÉLICA.
Yo dichosa.

CARRASCO.
¡Acabóse el mal de madre?

Bueno has andado conmigo,
Deshaciéndome á bocados!

DON PEDRO.
Cesen enojos pasados: (A Don Luis.)
Dadme los brazos de amigo.

DON LUIS.
La ganancia y interés
Es mia: yo soy quien gano.

FELICIANO.
Y yo, porque doy la mano
De marido á Doña Ines.
Mi engaño aquí se deshaga,
Dándome perdon, señora.

DOÑA INES.
Mi dueño sois desde agora.

FELICIANO.
Si Don Luis mi amor paga,
Venturoso soy.

DON LUIS.
Mi hermana
Escogió noble marido.

CARRASCO.
Yo, por lo que te he servido,
Quiero ser desde mañana
Bodeguero de por vida,
No bodeguero al quitar.

FULGENCIO.
Ese oficio os quiero dar.

CARRASCO.
Pues no tiene el Rey tal vida.

FELICIANO.
Vos quedais bien empleado.

CARRASCO.
Si es así, fenezca agora
La discreta labradora,
Mas no el servir tal senado.

EL AMOR Y EL AMISTAD.

PERSONAS.

EL CONDE DE BARCELONA.
DON GUILLEN DE MONCADA, *caballero*.
DON GRAO. { *caballeros*.
DON GASTON. {

DON GARCERAN.
DON DALMAO. } *caballeros*.
DON HUGO. }
ESTELA. { *damas*.
DOÑA GRACIA. {

DOÑA VITORIA, *dama*.
GILOTE, *pastor*.
GALVAN, *criado viejo*.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en las inmediaciones de Moncada y en Barcelona.

ACTO PRIMERO.

Campo, y á lo lejos una sierra.

ESCENA PRIMERA.

DON GUILLEN.

Alta presuncion de nieve,
Pirámide de diamante,
Encélado que gigante
Al primer zafir se atreve,
El sol en tus cimas bebe
Espíritus de candor;
Y apenas su resplandor
Sale con luz pura y mansa,
Cuando en tus hombros descansa,
Por ser el sitial mayor.
¡Sierra augusta, opositora
Del alba! tu luz admira,
Pues cuando Apolo te mira,
Sospecha que eres su aurora.
Pródigo tu plata dora,
Cuando tú su oro plateas;
Por la region te paseas,
Que á Diana se avecina;
Y ya ¡impresion peregrina!
Asombras como recreas.
Tu cumbre que se dilata,
Linde ya de las estrellas,
Competir te hace con ellas,
Brillando rayos de plata:
Arreboles de escarlata
Afetan mas tu belleza;
Título tienes de Alteza,
Pues en el clima español
Es (con ser monarca el sol)
Diadema de tu cabeza.
¡Sierra catalana! Estela.
Aunque en tus faldas habita,
Tus altiveces imita,
Y mas que tus riscos vuela.
Como me abrasa me hiela;
Que si celos son vislumbres,
La nieve usurpa á tus cumbres,
Y el fuego pone mi amor:
Dila que es mezclar rigor,
Deleites con pesadumbres.
(*Ve llegar á Estela y á Don Grao, y se desvía á un lado.*)

ESCENA II.

ESTELA, DON GRAO. — DON GUILLEN.

ESTELA.

La sangre que de Cardona
Me ennoblece en Ampurdan
Y las montañas que dan
Seguridad á Girona,
Me inclinan al ejercicio
De la caza, como veis;

Y en una mujer diréis
Que es libertad, si no es vicio;
Pero en estas soledades
La ociosidad tal vez manda,
Dando treguas á la holanda,
Buscar las curiosidades,
Que en el monte cada dia
Halla la caza.

DON GRAO.

No siento

Que en ese entretenimiento,
Estela, á imitacion mia,
Divertais la voluntad.
En fe que amor no la enlaza;
Que de ordinario la caza
Es señal de libertad.
Siento que vuestra belleza,
En agravio de mi amor,
Alimente su rigor
En esta inculta aspezeza;
Pues si siempre andais por ellas,
Sin que yo os merezca ver,
¿Qué vendréis, Estela, á ser
Sino es una peña dellas?

DON GUILLEN. (Ap.)

¡Estela, y Don Grao aqui,
Y á caza solos los dos!
No sois tan constante vos,
Marquesa, como creí,
Ni siempre nienten los celos;
Que como en el alma viven,
Su divinidad reciben,
Y adivinan sus desvelos.
Siendo mi amigo, ¿me ofende
Don Grao? Mas la falsedad
Sostituye en la amistad,
Y como hipócrita, vende
Engaños disimulados.

Ya pasais á certidumbres,
Sospechosas pesadumbres;
Celos sois averiguados,
Anorosos desconciertos.
¿No es mejor, verdad desnuda,
Vivir con celos en duda,
Que no con agravios ciertos?
¿Qué he de hacer para escuchar,
Sin ser visto, lo que tratan?
Matas, sospechas me matan:
Permitidme aqui ocultar;
Satisfaré los oídos;
Que celos, sombra de amores,
Deben de ser malhechores.
Pues andan siempre escondidos.

ESTELA.

En fin, en vuestra opinion
¿Tengo fama de intratable,
Por la caza deleitable
Que ocupa mi inclinacion,
Comparándome á las peñas
Que aquesta aspezeza cria?

DON GRAO.

Si andais en su compañía,

¿Qué mucho que por las señas
De quien siempre os entretiene,
Saque vuestra condicion?
De la comunicacion
A participarse viene
La costumbre y natural.
¿No busca su semejante
Cada cosa? El que es amante,
¿No comunica su mal
Con quien tiene amor? ¿No vive
Con valientes el soldado?
¿Con ricos el hacendado?
El que es tálur, ¿no recibe
A los de su facultad
Con gusto? ¿No anda el ladron
Con los de su profesion?
¿La juventud con su edad?
Hasta una cosa insensible,
Si se frecuenta, trasforma
En quien la trata su forma.
El sol, de luz apacible,
En la cara del pastor
Sus efectos manifiesta,
Pues su frecuencia la tuesta:
La nieve da su candor
Al aleman que la habita:
Tiembra el que el azogue trata,
En fe que en él se re-trata:
En fin, cuanto uno ejercita
Convierte en naturaleza.
¿Pues qué mucho, Estela mia,
Si los montes todo el dia
Os enseñan su aspezeza,
Que en vos trasformada esté?
Si esta verdad me negais,
Decidme con quien andais,
Y yo quien sois os diré.

DON GUILLEN. (Ap.)

No puedo bien percibir
Lo que están los dos hablando.
Celos, idos acercando;
Que aunque soleis trasoir,
Esta vez, para mas quejas
De mi ciega voluntad,
Desmentis la antigüedad,
Que os pintó todos ojeas.

ESTELA.

Mal, Don Grao, conjeturais,
Si del monte que frecuento,
Con tan poco fundamento
Que no tengo amor sacais;
Porque antes me dan licion
Sus peñas, plantas y flores,
Que en la facultad de amores
Eternas escuelas son.
Las peñas de su firmeza
Me enseñan á ser constante:
No hay palma que no sea amante,
Coronando su cabeza
De las vedras, cuyos lazos
Tejen laberintos bellos;
Pues si unas aumentan cucllos,

Otras multiplican brazos.
Las flores, cuyos matices
Labran planteles perfectos,
De amor imitan afetos,
Ya prósperos, ya infelices;
Y siendo sus semejanzas,
Pintan con varias colores,
En lo amarillo temores,
Como en lo verde esperanzas.
Si lo azul me causa celos,
Lo morado me asegura:
Lo blanco es voluntad pura,
Si lo leonado desvelos;
Y todo junto pregoná,
Con guirnalda que me ofrece,
Que al que amando permanece,
La posesión le corona:
Y así estos montes, de adonde
Conjeturais mi desden,
Me enseñan á querer bien.

DON GUILLEN. (Ap.)

Que le quiere bien responde;
Y aunque cual ó cual razón
Atento en mi daño, noto
(Pues como de papel roto,
Cláusulas sin orden son
Las que inquietan mi deseo)
En agravio de mi amor,
Cual versos en borrador,
Desengaños delectro.

DON GRAO.

En fin, ¿queréis bien?

ESTELA.

Secreto

Estuvo hasta aquí mi gusto,
Porque conservarle gusto
Con el silencio discreto;
Mas ya el callar será agravio
De mi amante y la lealtad
Que debeis á su amistad:
Pues siendo tan noble y sabio,
Estoy cierta dejaréis
Intentos que, como os digo,
Son contra el mayor amigo
Que en Cataluña teneis.

DON GRAO.

¡Valgame Dios! según eso
De Don Guillen de Moncada,
Estela, sois prenda amada.

ESTELA.

Si es amar no tener seso,
Loca estoy por Don Guillen.

DON GUILLEN. (Ap.)

Los dos nombrádomos están.
Celos de Don Grao serán,
Los que, queriéndose bien,
A mi nombre obsequias hacen.

DON GRAO.

Ignorante le he ofendido;
Mas cruel amigo ha sido;
Pues si á solas satisfacen
Los que lo son sus cuidados,
Dándose de su afición
Recíproca informacion;
Y no hay casos reservados
En la amistad verdadera;
La mía está defraudada,
Pues nunca me ha dicho nada.

ESTELA.

La misma queja pudiera
Formar de vos Don Guillen,
Pues también está ignorante,
Don Grao, de que sois mi amante.

DON GRAO.

¡Há poco que os quiero bien.
Pero, en fin, ¡el verle pobre,
Por ser pródigo cortes,
No os muda?

ESTELA.

Aunque el interés
Nombre impropio de amor celebre,
No es interesante el mío:

Ya os digo que el monte y prado
Licion á mi amor han dado.
Mirad ese arroyo frío

Que ronda estas flores bellas,
Cuyas aguas lenguas se hacen,
Y solo se satisfacen
En que se miran en ellas.
Estos olmos, siempre presos
Destas parras que los miden,
¿Qué premios á su amor piden,
Sino es abrazos y besos?
Estas aves que acrecientan
Su amorosa ostentacion,
En fe que amor es union,
Con unirse se contentan.
Entre aquestas soledades
Los brutos que amar pretenden
Voluntades solas venden
A precio de voluntades.

Y esto mi amor satisfaga,
Pues rico el amante está
Que un alma por otra da,
Si amor con amor se paga.

DON GUILLEN. (Ap.)

Amor por amor le pide,
Voluntad por voluntad:
¿Ay vidrio del amistad!
Quebraréisos, si no impide
Mi presencia la ocasion
Que os tiene para romper.
¿Oh amor, vidrio en la mujer!
¿Qué necia satisfaccion
Tiene quien se fia de vos!
Vidrio el amor y amistad,
Y á golpes de voluntad,
¿Que va que os quebrais los dos?

DON GRAO.

A firmeza tan constante
Amor alabanzas de:
Ya, Estela hermosa, os amé;
Y si he ofendido ignorante
La amistad que á Don Guillen
Debo, con envidia honrada
Una bella retirada
Mis deseos nobles dén,
Y su ventura celebre
Quien vuestra firmeza amó;
Pues en vos mi amigo halló
Un vidrio que no se quiebre,
Una caña firme al viento,
Un mar sin temer mudanza.
Una segura esperanza
A pruebas del sufrimiento,
Una belleza invencible
A la riqueza y poder,
Y una constante mujer,
Que es el mayor imposible.
Que yo, aprendiendo de vos,
De tanto valor testigo,
Si no amante, seré amigo
Verdadero de los dos;
Sin que baste adversidad
A contrastar mi valor,
Emulando á vuestro amor
Las leyes de mi amistad.
Con deseo mas perfecto,
Ya, mi Estela, os quiero bien:
Alma soy de Don Guillen;
La amistad hizo este efecto.
Como alma suya intereso
La dicha que me ha cabido,
Y en su nombre, agradecido
Esta mano hermosa os beso.

(Bésasela.)

Quejas de haberme callado
El quereros voy á dalle,
Y en ellas á ponderalle
El valor que en vos he hallado,
Que aunque las llamas mitigo
De mi amor, de aquí adelante
Os adoraré, no amante,
Sino dama de mi amigo.

ESCENA III.

DON GUILLEN, ESTELA.

DON GUILLEN. (Ap.)

Selló su amor con los labios
En el mudable papel
De su mano, y firmó en él
Su traicion, y mis agravios.
Celos, ¿de qué sirve hacer
Informaciones, ocultos,
De averiguados insultos,
Que agora acabais de ver?
Salid; que ya es cobardía
El callar y el esconderos.
¡Ay amigos lisonjeros!

(Adelántase hacia Estela.)

ESTELA.

¡Don Guillen del alma mía!

DON GUILLEN.

¿Del alma tuya? ¡Y amparas,
Mudable, en ella á un traidor!
¿Qué de almas tiene tu amor!
Y su amistad; qué de caras!
¿Qué de ojos mis desengaños!
Su fe; ¿qué de falsedades!
Mis celos; qué de verdades!
¿Qué de experiencias mis daños!
Mi recelo, ya no vano.
Con el hurto te ha cogido
En las manos, si no ha sido
Con sus labios en tu mano.
No diras que son anteojos
Los que acreditando quejas,
Dan celos á mis orejas,
Y certidumbre á mis ojos;
Pues cuando negar intentas
Verdades que el alma toca,
En tu mano vi una boca.
Con que te diré que mientas.
Goza á Don Grao, en castigo
De tu belleza inconstante;
Que mal será fiel amante
Quien ha sido falso amigo.
Marquesa de Miraval
Eres, y el conde de Ampurias;
Y así tu interés injurias,
Si no adoras á tu igual.
Cuando comenzaste á amarte,
Era poderoso yo;
La amistad me empobreció,
Quizá por eternizarme.
Socorros de Don Ramon,
Del conde de Barcelona
Perseguido, que pregoná
Nuestra amistad por traicion.
Mi hacienda, mas no mi fama
Han gastado; y quien leal
Con su amigo es liberal,
Podiera obligar su dama
A que estimara su amor;
Mas Don Grao el tuyo entable:
Que el falso, tú interesable,
Liviana tú, y el traidor.
Que os améis permite Dios.
Porque siendo su mujer,
No echéis, ingrata, á perder
Mas de una casa los dos.
Yo procuraré sanar.
Desengañado y corrido.
Del amor que te he tenido:
Aunque me haya de costar
La vida el romper sus lazos:
Tu memoria saldrá á alveo,
Aunque al sacalla se lleve
El alma tras ti en pedazos;
Y mientras á Don Grao quierres,
Haré á los tiempos testigos
De la fe de los amigos,
Y lealtad de las mujeres. (Quiere irse.)

ESTELA

(Vase.) Oye, espera.

DON GUILLEN.

¿Qué esperanza
Me puedes dar, que presume
Firmeza en papel, en pluma,
En humo, en sombra, en mudanza?
En vano disculpas pienas,
Por mas que me persuades. —
Suelta; que el negar verdades,
Es multiplicar ofensas.

ESTELA.

Déjate satisfacer;
Que quien cargos manifiesta
Y no aguarda la respuesta,
Mal pleito debe tener.
Y no esperes argumentos,
Que desmientan tus malicias
Con lágrimas, con caricias,
Con ruegos, con juramentos,
Pidiendo á tus celos paces
Para aplacar su furor,
Que son herejes de amor,
Y pecan de contumaces;
Porque con desprecio igual
Pienso hacellos mas humanos,
Que en fin, celos y villanos
Siempre se llevan por mal.
Al tiempo, que es buen testigo,
Y acreditado por viejo,
La lealtad de mi amor dejo
Y la opinion de tu amigo;
Y al interes solo paso
Con que injurias mis desvelos,
Si de locos y de celos
Es cuerdo quien hace caso.
Hijo es del alma mi amor,
Si del apetito es
Herederero el interes;
Y así es diverso el valor
Que en los dos se diferencia:
Aquel que el alma ennoblece,
En vez del oro, apetece
La hidalga correspondencia,
Que procede en infinito,
Por ser el alma inmortal;
El interes corporal
Hereda del apetito
La utilidad, cuyo exceso,
En fe que cual mercader,
Todo es comprar y vender,
Le pinta con vara y peso.
Pondera tú estos dos
A cual mi nobleza allano:
O al interes, que es villano,
O al amor, que, en fin, es dios;
Y el tiempo que te he querido,
(Que ya, Don Guillen, no sé
Si ofendida te querré)
Lo que de ti he recebido
Sacará á luz la verdad
De mi amoroso cuidado.
¿Hete pedido? ¿Hasme dado,
Fuera de la voluntad,
Otra prenda, que envilezca
La fe que en quererte he puesto? —
Tratando Don Guillen desto,
No es mucho que se aparezca
La vergüenza á las mejillas,
Lengua con que te desmiente
El alma, que noble siente
La bajeza á que la humillas.
Culpa, pues, tu temor loco;
Que pues me has considerado
Interesable, ya has dado
Muestras de tenerme en poco.
Despréciasme, y así estoy
Persuadida, Don Guillen,
En no hacer caso de quien
No me estima en lo que soy. (Vase.)

ESCENA IV.

DON GUILLEN.

¡Ah, ingrata! ¿Qué fácilmente

Tu excusa me persuadiera
A adorarte, si no viera
Que es la mentira elocuente
Y persuasivo el engaño!
Arboles, que mis congojas
Ojos hacen vuestras hojas,
O me engañan, ó me engañan. —
¿Yo engañarme? Eso no. Agravios,
Acreditad lo que oistes;
Ojos, en sus manos vistes
Desacreditarse labios.
No os podrán satisfacer
Disculpas para conmigo;
Que no vale por testigo,
Siendo parte, una mujer.

ESCENA V.

DON GASTON. — DON GUILLEN.

DON GASTON.

Gracias al cielo que tengo,
Don Guillen, dicha de hallaros.
Por solo veros y hablaros,
(Aunque de camino vengo)
Antes de ir á Barcelona,
Quise pasar por Moncada;
Que nuestra amistad pasada
Lo que os estimo pregonara,
Sin que su memoria ofenda
La ausencia que en Aragón
Nos dividió.

DON GUILLEN.

Don Gaston,
Por mas que el tiempo pretenda
Con su olvido deshacer
Correspondencias de amigo,
Yo, que con el alma os sigo,
Presente os vengo á tener,
Cuando mas distante estais.

DON GASTON.

¿Qué soledades son estas?
¿La corte por las florestas
De Cataluña trocáis?
¿Tanto la caza os divierte?

DON GUILLEN.

Es antigua ocupacion
Catalana, Don Gaston.

DON GASTON.

Pues bien, ¿qué hacéis de esta suerte
A vista de Miraval?

DON GUILLEN.

En ese castillo vive
Estela, y en él recibe
Obligaciones tan mal,
Que negándome la entrada
Quejas de su ingratitud,
Se oponen á mi quietud
Su amor y lealtad quebrada.

DON GASTON.

¿Luego sois de Estela amante?

DON GUILLEN.

Creyó mi aficion prolija
Que era Estela estrella tija,
Y halló á Estela estrella errante.
Pero no tratando desto,
Que es nunca acabar, ¿á qué,
Don Gaston, amigo, fué
Vuestra venida?

DON GASTON.

Es molesto
El tiempo que estoy sin vos,
Y busco ocasion de veros,
En fe de cuán verdaderos
Amigos somos los dos;
Puesto que hallaros creí
Tan libre como os dejé.
En Aragón me casé,
Y vuelvo á vivir aquí,
Del conde de Barcelona
A servirle persuadido,

Y del rey favorecido
De Aragón, que es quien me abona.
Vizconde soy de Manresa
Y señor de Martorel
Por el Conde.

DON GUILLEN.

Estimo en él
La eleccion con que interesa
Teneros en su servicio.

DON GASTON.

Viudo vengo de Aragón,
Y con la misma intencion
De servirlos.

DON GUILLEN.

Dais indicio
De quien sois.

DON GASTON.

A la experiencia
Remito aquesta verdad;
Y en fe de nuestra amistad,
Habeis de darme licencia
Para que en vos reprehenda
Cosas que á solo un amigo
Se permiten.

DON GUILLEN.

No hay castigo
Con que la amistad se ofenda;
Y aunque ignoro la ocasion
Que de reñirme tendréis,
Cuando en la sustancia creis,
Admitiré la intencion.

DON GASTON.

Don Guillen, la sangre ilustre
Con que el blason de Moncada
Acredita vuestro nombre,
Y ennoblece vuestra casa;
La amistad que profesamos,
Tan antigua y arraigada,
Que en natural convertida,
Ya es propia pasion del alma
Me da ocasion á sentir
Los daños que os amenazan,
Si con prevencion mas cuerda
Sus peligros no se atajan.
Tres años há que troqué
Pretensiones catalanas
Por cargos aragoneses,
Llevado de la privanza
De Alfonso su rey, primero
Deste nombre, que en hazañas,
Que dicen que me acreditan,
Fiado, me estima y ama.
En esto, sola la ausencia
De vuestra amistad bastara
A echar ménos, Don Guillen,
Las memorias de mi patria;
Porque sin encareceros
Lo que os quiero con palabras,
El volver á Cataluña
Solo ha sido á vuestra causa.
Preguntáboles por vos
A los que á Aragón llegaban;
Que para satisfacerme
No bastaron vuestras cartas.
Supe que el conde Don Hugo
De Barcelona, intentaba
Desheredar á su hermano
Don Ramon, que como faltan
Hijos al Conde, pretende
Que suceda el rey de Francia.
Aunque sin tanto derecho,
En Rosellon y Cerdeña.
Es el Conde deudo suyo,
Tanto, que en París le llaman:
Los principes de la sangre
Descendiente de su casa;
Y aborrece á Don Ramon
Por las estrellas contrarias,
Que entre sangre tan propinqua
Ponen odiosa distancia:
A cuya causa Don Hugo

Aun la renta limitada
Que un menor hermano cobra,
Le daba con mano escasa.
Sintióse Don Ramon desto,
Y de ver que con el Papa
Negocia heredar al Rey,
De quien dice que se ampara;
Y así una vez impaciente,
Después de muchas palabras
Que reducir quiso en obras,
Echando mano á la espada,
Su cólera antepusiera
A la lealtad soberana
Que un vasallo á su señor
Debe, si no le estorbaran
Los que en medio se pusieron;
Y huyendo á aquestas montañas,
Su aspereza y vuestra ayuda
Su vida no aseguraran.
Vos, que en vida de su padre
Le amastes con fuerza tanta,
Que niños los dos á un tiempo
Os dió leche una misma ama;
Con la edad creciendo amor,
A pesar de las desgracias,
Que amistades examinan,
Y firmezas aquilatan;
A costa de vuestro Estado,
El suyo con mano hidalga
Sustentasteis siempre en pie,
Sin que la escaseza extraña
Del Conde bastante fuese
A deslucir en su casa
La ostentacion majestuosa,
Que heredó de su prosapia.
Empobreciestes con esto;
Y en tres años que há que falta
De la vuestra mi presencia,
O vendidas ó empeñadas
Teneis mas de veinte villas,
Quedándos solo entre tantas
Por memoria de quien sois,
El castillo de Moncada.
Escondeisle demas desto
(Si dice verdad la fama)
En la aspereza de Ampúrias;
Y juntando gente y armas
De navarros y gascones,
Contra la lealtad jurada
Al Conde vuestro señor,
Que furioso os amenaza,
Intentais hacerle guerra.
Esto dice desbocada
La plebe; y basta decirse,
Si al honor palabras mauchan.
Entre tanto, Don Guillen,
Que no pase de las rayas
De la lealtad Don Ramon,
Digna es de altares y estatuas
La amistad que os eterniza;
Pero agora que las pasa,
Advertid que solo llega
El amigo hasta las aras.
En fe de serlo yo vuestro.
Si á persuasiones del alma
Dais crédito merecido,
Temed la potencia airada
De un principe poderoso,
Que con rayos de venganza,
Como está en lugar supremo,
A cuantos pretende alcanza;
Y estimad á quien por veros,
Multiplicando jornadas,
Antes que entre en Barcelona,
Donde su Conde me aguarda,
Por estos bosques os busca;
Y si vos quereis, se encarga
De hacer que el Conde ofendido,
Por mi os reduzga á su gracia.

DON GUILLEN.

Don Gaston, toda la historia
Que habeis dicho, es como pasa :

Salvo el derecho á mi honor;
Que en cuanto esa parte, es falsa,
Del enojo de su hermano
Don Ramon huyó á Navarra,
Donde Don Sancho su rey,
Por ser su primo, le ampara :
Lo que mi amistad le debe,
En la adversidad le paga,
Sin que la fe de leal
De su reputacion caiga.
Por Don Ramon estoy poore,
Si es pobreza la que gana
A precio de veinte villas
La fe con que el mundo ensalza
Una amistad verdadera,
Puesto que es el ave rara,
De nadie vista hasta agora,
Y de todos ponderada.
Tratante en amigos soy;
Si entre muchos que me engañan,
Merezco hallar uno firme,
No hay riquezas en toda Asia
Que igualen á su valor;
Y si mi dicha no le halla,
Seré mercader, expuesto
A pérdidas y á ganancias.
Tengós á vos hasta agora
En tal opinion, y hasta
Ver que constante triunfeis
De la ausencia y la mudanza;
Puesto que no há mucho tiempo
Que en prueba mas apretada,
A quien por diamante tuve,
Vidrio le halló mi desgracia.
Mas yo espero de quien sois,
Que haciendo á todos ventajas,
Me cumpliréis mi deseo.
Si el Conde admite en su gracia
La entereza de mi fe,
Y contra ella no me manda
Olvidar á Don Ramon
(Que es pedir que el sol se caiga),
Conocerá lo que estimo
La lealtad de los Moncadas,
Cuya sangre generosa
Púrpura ha dado á sus barras;
Y cuando no, mi cabeza
Sus enojos satisfaga :
Desmentira, si la corta,
Meuscabos de mi fama.

ESCENA VI.

DON GRAO.—DON GUILLEN, DON GASTON.

DON GRAO.

Dos empleos habeis hecho,
Don Guillen, tan de importancia,
Que os han de hacer caudaloso
Hasta dar asombro á España.
El primero es del amor;
Que si con ditas quebradas
De desdenes ó de olvido
A sus acredores paga;
Solo abonado con vos
En el diamante de un alma,
Firme siempre, en oro puro
Desempeña sus libranzas.
Ignorante de que Estela
Era la eleccion amada
De vuestro gusto discreto;
Y ya quejoso que el alma,
Ofendiendo mi amistad,
Tenga en vos dichas guardadas
De que yo no participe,
Pues la amistad no las guarda;
Su hermosura pretendí
Tan de veras, que alandaran
Mármoles mis persuasiones,
Y diamantes mis palabras.
Mas ella inmóvil á ruegos,
Pirámide á la mudanza,

Torre al viento, y al mar roca,
A las mujeres restaura
La opinion que ofenden plumas;
Y en verde mis esperanzas
Corta, atajando deseos,
Con decir que es vuestra dama.
Yo ofendido y ofensor
Vuestro, culpo mi ignorancia
Con vuestro injusto secreto;
Y echando sobre las llamas
Obligaciones de amigo,
Lo que no pudiera el agua,
Pudo el hidalgo respeto,
Que me libra y las apaga.
Estela, en fin, Don Guillen,
Rico os quiso, pobre os ama,
Viéndós vive, sin vos muere :
Correspondedla y pagaldá;
Que este es el primer empleo
De que al amor debeis gracias,
Pues caudales de firmezas
Libra en mares de inconstancias.
El segundo que hoy haceis,
Si no le excede, le iguala;
Pues muerto el conde Don Hugo
En su testamento llama
A su hermano á la corona,
Excluyendo al rey de Francia;
Que no hay derechos mejores
Que los aprietos del alma.
Llévle Dios en tres dias,
Y despachando á Navarra
Postas, partió á recibille
La nobleza catalana.
Hoy dicen que en Barcelona
Entra, donde la esperanza
De velle, llantos en fiestas
Convierte, y lutos en galas.
La vida, Estado y honor
Os debe, y con mano larga,
Si se la distes á usura,
Ya os previene la ganancia.
Cobrad de tales abonos;
Que como son semejanza
De Dios los principes nobles,
Imitan la tierra hidalga,
Que al que en ella desperdicia
La hacienda que siembra y labra,
Le vuelve ciento por uno;
Pues, aunque tarde un rey, paga.

DON GUILLEN.

Junte el conde Don Ramon
A las barras coronadas
Los castillos y leones,
Y las cadenas navarras;
Que si la ciega fortuna
Los ojos abre, y repara
El valor que le ennoblece,
Del mundo le hará monarca;
Que para pagarme á mí
Lo que le he servido, basta
Ver cumplidos mis deseos
Y vencidas sus desgracias.

DON GASTON.

Si el Conde su hermano es muerto,
En quien mi dicha estribaba,
Volverme á Aragon es fuerza.

DON GUILLEN.

El Conde os hará á mi instancia
Las mercedes que Don Hugo
Os prometió, y confirmadas,
Os pagaré yo deseos
Con obras que los alcanzan.
A la gracia del difunto
Me dábades fe y palabra
De reducirme : yo haré
Que el Conde os vuelva á su gracia.

DON GASTON.

¿No le vais á recebir?

DON GUILLEN.

No, Don Gaston,

DON GASTON.

¿Por qué causa?

DON GUILLEN.

No luego que el deudor cobra,
Es bien que el mercader vaya
A ajustar libros y cuentas;
Que es codicia demasiada,
Y pensará que le doy
Con las fintas en la cara (1).

DON GASTON.

Irlé á dar el parabien
Es obligacion hidalga.

DON GUILLEN.

Parabienes de acredores
Llamaba un deudor lanzadas.
No ignorará mi contento
El Conde, pues cuando estaba
Perseguido, en su favor
Aventuré hacienda y fama.
Si se acuerda que me debe,
Y de pagar tiene gana,
Lámeme; que el buen deudor
Le lleva el dinero á casa;
Y si no, no quiero aguar
Con mi vista dichas tantas;
Que los mártres y las deudas
Dicen que son aciagas.
Desde Moncada le dí
Socorro, y desde Moncada
He de probar lo que tengo
En él. Vamos.

DON GASTON.

¿Tema extraña!

DON GASTON.

Si él os pega como Estela,
No os quejaréis.

DON GUILLEN.

Aunque paga,

Dicen que es esa moneda
Mucha liga y poca plata.

DON GASTON.

Agravaiasla sin razon.

DON GUILLEN.

Si vos salís á abonarla,
Bien podréis pagar por ella
En doblones de á dos caras.

DON GASTON.

¿Qué decis? que no os entiendo.

DON GUILLEN.

Que en vos creí que guardaba
Tesoro todo sencillo,
Siendo moneda doblada.

DON GASTON.

Declaráos, ó vive Dios....

DON GUILLEN.

Grao, estas enigmas bastan
Para un mediano discurso;
O entendidas, ó estudiadas.
(Vanse Don Guillen y Don Gaston.)

DON GASTON.

¿Que las entienda, ó estudie?

¿Vive Dios! Si imaginara
Que habla Don Guillen de veras....
¿Válgame el cielo! ¿Si estaba
Aquí cuando á Estela vi?
No hay duda: yo voy á hablarla.
¿Oh celos, qué malos tercios
Sabeis hacer al que os trata!

Vista exterior del castillo de Don Guillen.

ESCENA VII.

EL CONDE, de camino; DON GUILLEN,
DON GASTON, ACOMPAÑAMIENTO.

DON GUILLEN.

Moncada, gran señor, está corrida,

(1) Finca dice la edicion primitiva.

Finca, según el Diccionario de la Academia,
era una especie de tributo que se pagaba en
ocurrencia de alguna grave necesidad. Por esto
se sustituye Finca á Finca.

Y yo con ella, porque en su aspereza
No se halla como es justo apercebida
Para el favor que hoy goza en vuestra Al-
(Hínca la rodilla.) [teza.

CONDE.

Conde de Ampúrias, si del sér y vida
Ossoy deudor, alzáoos.

DON GUILLEN.

¿Tan presto empieza
A ensalzar mi humildad vuestra corona?

CONDE.

Dadme los brazos, duque de Girona.

DON GUILLEN.

¿Duque, señor? Merced mas limitada...

CONDE.

Marques de Castellon, alzádel snelo.

DON GUILLEN.

No permitais....

CONDE.

Vizconde de Moncada,
Dadme los brazos pues.

DON GUILLEN.

¿Qué es esto, cielo?
(Se levanta.)

CONDE.

Cuantas veces hallare arrodillada
Vuestra persona, encumbraré su vuelo,
Dándos títulos nuevos con que honrarlos.
Si mas quereis, volved á arrodillarlos.

DON GUILLEN.

Dadme la mano; pues que tanto peso,
Su favor generoso es bien que os pida.

CONDE.

Ella os tendrá seguro.

DON GUILLEN.

Y yo os la beso.

CONDE.

Digo pues, que si os debo el sér y vida,
Y por vuestra lealtad, Duque, confieso
Mi suerte ya feliz (si perseguida [ga],
Por el Conde mi hermano que Dios ten-
deuda es debida que á Moncada venga.
Aquí estuve seguro, y aquí intento [na].
Primero, Don Guillen, que en Barcelo-
Señales dar de mi agradecimiento,
Por estimarle en mas que mi corona.
Con prodigo valor, de un avariento
Librandome, mi casa y mi persona,
Vendiendo vuestro estado, sustentastes:
Cobrad réditos pues si á censo echastes,
Y prevenid vuestra partida luego
A nuestra corte; que sin vos en ella,
No seré conde, ni tendré sosiego.

DON GUILLEN.

Hable el silencio que mis labios sella.

CONDE.

Disponeros podréis mientras que llevo
A las arenas de su playa bella; [de,
Que en fe de que mi amor os correspon-
Gozando el nombre yo, vos seréis conde.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio de los condes de Barcelona.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GRACIA, DOÑA VITORIA.

DOÑA GRACIA.

Yo sé que en quien yo pusiere
Los ojos, Doña Vitoria,
Y eleccion mi amor liciere,
No tendrá de otra memoria,
Si entendimiento tuviere.

DOÑA VITORIA.

Yo sé también, Doña Gracia,

Que mi amor tiene eficacia
Para atraer voluntades,
Y cautivar libertades;
Que si el músico de Tracia,
Cual finge la antigüedad,
Los árboles se llevaba
Tras sí, con la suavidad
Del arpa, á quien vida daba;
Con mas fuerza mi beldad,
Hará en las almas empleos,
Que llevadas de deseos,
Ofrezcan á amor despojos;
Pues en fe desto, á los ojos
Llamaba un discreto Orfeos.

DOÑA GRACIA.

Debo de estar ciega yo,
Y no flaré de los mios
Ese milagro que dió
Materia á tus desvarios.

DOÑA VITORIA.

No son atractivos.

DOÑA GRACIA.

¿No?

¿Qué les falta?

DOÑA VITORIA.

El no sé qué
Que amor en las niñas ve
Donde sus penas retrata,
Y las almas arrebatada
Con violento gusto.

DOÑA GRACIA.

¿A fe?

¿Mas qué dices que hay en ti
Aquesa violencia noble?

DOÑA VITORIA.

Que eran los mios oi
Retratos del primer mobili,
Que á todos llevan tras sí.

DOÑA GRACIA.

¿Y lo creiste?

DOÑA VITORIA.

¿Pues no!

DOÑA GRACIA.

Siempre el amante buscó
Hipérboles cortesanos.

DOÑA VITORIA.

No sé: apacibles tiranos
Cierito conde los llamó.

DOÑA GRACIA.

¿Prémienencia nunca oída!

DOÑA VITORIA.

Otro dijo, y dijo bien:
«Vuestros ojos, homicida,
A todos cuantos los ven
Hacen merced de la vida.»
Quien llamándolos cosarios,
Corazones que despojan,
Dice que hacen tributarios;
Rayos afirma que arrojan,
Siendo Argeles voluntarios
De prision entretenida;
Y en fin, ya es cosa sabida
El decir cuantos los tratan,
Que á los que mirando matan,
Vuelven mirando á dar vida.

DOÑA GRACIA.

Si ansi ofenden y aseguran,
Para alabállos mejor
Digan los que te procuran
Que son médicos de amor,
Pues ya matan, y ya curan;
Que á saber que pueden dar
Vida y muerte con mirar,
Nadie quererte osaria;
Que no es para cada día
Morir y resucitar.
Con trabajos excesivos
Te amarán los desaciertos
De los que tienes cautivos,

Si cada instante caen muertos
Para levantarse vivos.
Los niños, que no arrebatan,
Roban, llevan y maltratan,
Ni por imanes los puso
Amor, son ojos al uso,
Que ni dan vida ni matan.
Pero, en fin, mas compasivos,
Experimentan afectos,
Ni cosarios ni atrevidos,
En Don Guillen, mas perfectos,
Si ménos ponderativos.
Que aunque muerte y vida dés,
Sin llegar nunca á adquirir
De tu amor el interes,
Todo se le irá en morir,
Y en resucitar despues.
Y asi estimando el acierto
De mi amor, si el suyo advierto,
Con reciprocos despojos,
Estima el verse en mis ojos
Medio vivo y medio muerto.

DOÑA VITORIA.
A saber que eso es así,
Reprimiera yo el cuidado
Con que á mi amor le admiti,
Pues tiene el gusto estragado
Aquel que le pone en ti.

DOÑA GRACIA.
De arrogante en necia das.
¿Ignoras que hablando estás
Con la condesa de Urgel?

DOÑA VITORIA.
Titulo noble es, si en él
Fundando tu intento vas;
Mas ¿qué accion aventajada,
Por serlo, el amor te dió
Para ser mas estimada,
Si sabes tambien que yo
Soy marquesa de Igualada?

DOÑA GRACIA.
El saber que Don Guillen
Me sirve y me quiere bien,
Y te aborrece.

DOÑA VITORIA.
Anda, necia,
Que me adora, y te desprecia.

DOÑA GRACIA.
¿Que me desprecia? ¿Oh qué bien!
El conde de Barcelona
Asegura mi partido,
Y en mi amor tercia y abona.

DOÑA VITORIA.
El mismo me ha prometido
Que del duque de Girona
He de ser esposa.

DOÑA GRACIA.
¿A tí?

DOÑA VITORIA.
A mí pues.

DOÑA GRACIA.
¿Qué frenesí!
¿Soñástelo por tu vida?

DOÑA VITORIA.
Tú debes de estar dormida.

DOÑA GRACIA.
Si estoy, pues te sufro aquí
Esos disparates.

DOÑA VITORIA.
¿Bien!

DOÑA GRACIA.
No mé des, Vitoria, enojos,
Pretendiendo á Don Guillen;
Que te sacaré los ojos,
Si con aficion le ven.

DOÑA VITORIA.
¿Ay! ¿qué cuervo!

DOÑA GRACIA.
Si no vieras

Donde estoy....

DOÑA VITORIA.
Si no tuviese
Respeto á aqueste lugar....

DOÑA GRACIA.
Digo que no has de mirar
Al Duque.

DOÑA VITORIA.
¿No? Aunque te pese.

ESCENA II.

ESTELA. — DOÑA GRACIA, DOÑA VITORIA.

ESTELA.
Primas, ¿qué voces son estas?

DOÑA VITORIA.
¿Oh marquesa! quejas son
Que publican mi pasion,
Justas aunque descompuestas.
Si yo á un caballero amase
Con las veras que á mi vida,
Y siendo correspondida,
Mi dueño hacerle esperase;
Siendo tú mi amiga y deuda,
¿Seria bien que pretendieses
Contradecirme, y quisieses
Impedir la noble deuda
Que confiesa quien me estima?

DOÑA GRACIA.
Eso es lo que digo yo.
Si el alma amante eligió,
Siendo tú mi amiga y prima,
¿Será razon que pretendas,
Mas de envidia que de amor,
A quien vive en mi favor,
Y que mi derecho ofendas?

ESTELA.
Si tengo de decidir
Pleito tan dificultoso,
Sepa yo qué venturoso
Os obliga á competir,
Y la accion que cada cual
En derecho suyo abona.

DOÑA VITORIA.
Es el duque de Girona.

ESTELA.
El sugeto es principal.
(Ap. ¿Ay de mí!) ¿Y os quiere bien?

DOÑA VITORIA.
En sus ojos he mirado
El amoroso cuidado
Que desvela á Don Guillen.

DOÑA GRACIA.
Yo no solamente en ellos,
Sino en su lengua y razones,
Que explican mejor pasiones
Con oillas, que con vellos.

ESTELA.
¿Razones á tí?

DOÑA GRACIA.
Y bastantes
Para animar mi aficion
A que al conde Don Ramon
Mis esperanzas amantes
Le supliquen que interceda
Por mí; y pues el darme estado
A cargo suyo ha quedado,
Y no hay cosa que no pueda
Con el Duque, le proponga
Lo bien que le está el casar
Conmigo.

DOÑA VITORIA.
Ya no há lugar
Que el Conde tu amor disponga;
Porque aqueso casamiento
Me le ha prometido á mí.

ESTELA.
¿Con el Duque?

DOÑA VITORIA

Estela, sí.
Y con su consentimiento.

ESTELA.
Si las dos decís verdad,
Y amais con igual accion,
No sé que haya Salomon
Que parta una voluntad,
Si al niño mandó parir;
Mas pues es intercesor
El Conde de vuestro amor,
Y él la dama ha de elegir
Con quien el Duque se case,
Del espere la sentencia,
Primas, vuestra competencia...
(Ap. Y á mí el incendio me abrase,
Celos, de vuestro rigor.
¿Ay Don Guillen; y qué presto
La corte vana ha dispuesto
Al uso suyo tu amor!)

ESCENA III.

EL CONDE y DON GUILLEN, con unos
memoriales. — ESTELA, DOÑA GRACIA, DOÑA VITORIA.

DON GUILLEN. (Habla con el Conde en el
fondo del teatro.)

Está vaca la alcaidía,
Gran señor, de Perpignan;
Preténdela Garceran
De Luria; su valentía,
Servicios, lealtad, nobleza,
Nombre, estima y opinion,
Merecen.....

CONDE.
De Ruisellon
Esa ciudad es cabeza,
Y llave de su condado;
Si Garceran os parece
Que aquesa plaza merece,
Dádsela.

DON GUILLEN.
Es un gran soldado. —
Don Gaston, vasallo fiel,
Como la fama confiesa,
Fue vizconde de Manresa
Y señor de Martorel
Por el Conde vuestro hermano.
Vino á tomar posesion,
Un mes habrá, de Aragon;
Mas salió su intento vano,
Porque hallando al Conde muerto,
No le quieren recibir
Por su señor. Sé decir
A vuestra Alteza por cierto,
Que há mucho que soy testigo
De su lealtad y opinion.

CONDE.
¿Qué servicios Don Gaston
Alega?

DON GUILLEN.
Es, señor, mi amigo.

CONDE.
Basta y sobra; confirmalde
En esos Estados luego.

DON GUILLEN.
Por él, demas desto, alego....

CONDE.
No hay mas que alegar: honralde,
Pues yo vuestro gusto sigo;
Que la informacion mayor
Que puede dar su valor,
Es, Conde, el ser vuestro amigo.

DON GUILLEN.
Mil veces beso esos pies.
Don Grao pretende á Colibre,
Y estará esa costa libre
Del Africano y frances.

Si su gobierno le da
Vuestra Alteza.

CONDE.

Don Guillen,
¿Es vuestro amigo tambien?

DON GUILLEN.

Halo sido.

CONDE.

¿Y no lo es ya?

DON GUILLEN.

En duda estoy, porque muda
El interes la amistad.

CONDE.

Pues yo dudo su lealtad,
Siendo vuestro amigo en duda.
Probad lo que en él teneis,
(Puesto que sea cosa nueva
Hallar amigos á prueba)
Y cuando vos no dudeis,
A pedir cargos acuda;
Que en tan importante puerto,
No es razon que esté yo cierto
De quien vos estais en duda.

DON GUILLEN.

Ser mayordomo mayor
De vuestra Alteza pretende
Don Dalmao.

CONDE.

¿Luego no entiende

Que nadie ha de ser *mayor*
Que vos en mi corte y casa?
Vos sois mi mayor privado,
El mayor leal que han dado
Los siglos que el tiempo tasa,
El mayor en el valor
Que la guerra ha conocido,
El mayor agradecido,
Y en fin, mi amigo el mayor,
Cuyo aumento á cargo tomo;
Y no es bien que de los dos
Seais en mi casa vos
Menor, y otro mayordomo.

DON GUILLEN.

Su mucha nobleza obliga.....

CONDE.

Si vos no lo quereis ser,
En mi casa no ha de haber
Quien mayor que vos se diga.
Y las demas provisiones
A vuestra satisfaccion
Despachad, pues todas son
Vuestras, por muchas razones,
Y porque este es gusto mio.
Que es la mayor; pues he hallado
Que es bien confiar mi Estado
De quien mi vida confio.

DON GUILLEN.

Si vuestra Alteza, señor,
Así se deja llevar
De su inclinacion, y á dar
Vuelve el tiempo.....

CONDE.

No hay temor

Que os inquiete, ni en ninguna
Ocasion temais mudanza;
Que no está vuestra privanza
Sujeta al tiempo y fortuna.
(*Reparando en las tres damas, y acercándose á ellas con el sombrero en la mano.*)

¡Oh Estela hermosa! ¡Oh Vitoria!
¡Oh Gracia! En vuestra presencia,
Solo el amor llame á audiencia,
Y suspenda la memoria
De los cargos, y el enfado
Que de tanto pretensor;
Que en el tribunal de amor
No cabe razon de estado.

DOÑA VITORIA.

Pues aquí sí le ha de haber,

Gran señor, y vuestra Alteza,
Humillando su grandeza,
No juez supremo ha de ser,
Sino patron y abogado.

DOÑA GRACIA.

Ese título os compete
En mi abono, pues promete
La palabra que me ha dado,
Favorecer mi derecho.

CONDE.

Las dos habeis dicho bien;
Juez ha de ser Don Guillen,
Si abogado me habeis hecho.

Yo ponderaré la accion
Con que cada cual está,
Y despues sentenciará
Su cuerda y sabia eleccion;
Y quien perdiere, perdone,
Porque en toda competencia
Solamente el juez sentencia,
Y el abogado propone.

Don Guillen, estas dos damas
Me han hecho su intercesor;
Con casto y licito amor
Han cebado en vos sus llamas.
Son mis deudas, y en beldad
Y Estados iguales; ved
Lo que os parece, y haced
Arbitrio la voluntad;
Que en la vuestra comprometo
La mia, indeterminada
En causa tan intrincada;
Aunque como sois discreto,
Me he prometido de vos
Un acuerdo hidalgo y justo:
Y haréisle, Duque, á mi gusto
Con cualquiera de las dos. (Vase.)

ESCENA IV.

ESTELA, DOÑA GRACIA, DOÑA VITORIA, DON GUILLEN.

DON GUILLEN.

Yo, señoras, estimara
La dicha que hoy á ver vengo,
Si del modo que una tengo,
De dos almas me informara;
Porque con igual fortuna
Mis deudas satisficiera,
Si igualándos, dueño hiciera
De una dellas á cada una.
Sois dos, y teneis en calma
La voluntad que provocho,
Por conocer que aun es poco
Para cada cual un alma.
¡Ojalá que divisible
Fuera, como agradecida,
Porque entre las dos partida,
Os diera espacio apacible!
Pero en tan pequeña esfera
Las dos, ¿cómo viviréis,
Si cada cual mereceis,
Señoras, un alma entera?
Ni yo ¿cómo seré cuerdo,
Si á la una doy la mano,
Y estimando el bien que gano,
Me entristece el bien que pierdo?
Pues quedaré con mas queja,
Dado que á escoger me arroje.
Si despues tiene el que escoge
En mas precio lo que deja.
Lo que yo afirmos pueo,
Ya que mi amor apurais,
Es, que entre las que aquí estais
Hay una en cuya luz quedo,
Como ciega mariposa,
Abrasado. El ser cortés
Me impide decir quién es;
Mas mi suerte venturosa
Buscará á solas lugar
En que la diga mi amor,

Y del Conde, mi señor,
Venga el gusto á ejecutar,
Dándome esotra perdon,
Si es que agravarse procura,
Culpando, no su hermosura,
Sino sola mi eleccion.

DOÑA VITORIA. (*Ap. á Don Guillen.*)

Porque me oso prometer
Aquese oscuro favor,
Duque, en premio de mi amor
Os le quiero agradecer,
Enviándos á avisar
Cuándo podais ir á verme.

DOÑA GRACIA. (*Ap. á Don Guillen.*)

Si á mi misma he de creerme,
Y sabe conjeturar
Dichas el alma entre enojos;
Por mas que el temor resisto,
Ya mi buen despacho he visto,
Don Guillen, en vuestros ojos.
Yo buscaré coyuntura
En que á solas me veais,
Del modo que deseais,
Y asegureis mi ventura.

DOÑA VITORIA. (*Hablando con Doña Gracia hasta el fin de la escena.*)

¿Que en su llevas esperanza
De salir con tus porfias?

DOÑA GRACIA.

¿Que, en fin, Marquesa, porfias?

DOÑA VITORIA.

Es cuerda mi confianza.

DOÑA GRACIA.

Sé yo que me adora á mi.

DOÑA VITORIA.

Sé yo que le das enojos.

DOÑA GRACIA.

Encontráronse en los ojos

Las almas, dándose el sí.

DOÑA VITORIA.

Rióse cuando me habló.

DOÑA GRACIA.

¿Pues qué sacas desa risa?

DOÑA VITORIA.

Que en ella su amor me avisa.

DOÑA GRACIA.

Soy yo su vida.

DOÑA VITORIA.

Soy yo.

DOÑA GRACIA.

¿Qué burla tengo de hacer
De ti, cuando sea su esposa!

DOÑA VITORIA.

¿Qué burlada y qué envidiosa
En mis bodas te has de ver!

(*Vanse las dos.*)

ESCENA V.

ESTELA y DON GUILLEN, *quese queda leyendo un memorial*

ESTELA.

En leyendo Vueselencia

Ese memorial, queria...

DON GUILLEN.

¿Qué manda Vuesefioria?

ESTELA.

Pedir, para hablar, licencia.

DON GUILLEN.

Si es alguna pretension

Para Don Grao, ya su Alteza

Le ha dado la fortaleza

De Colibre, á persuasion

De ruegos; que por saber

Que la sirvo en esto, quiero

Ser de Don Grao medianero.

ESTELA.

Don Grao basta á merecer

Por sí, sin que yo interceda.
Gobiernos de mas caudal,
Por amigo tan leal,
Que eterno su nombre queda
(Aunque no en vuestra Excelencia)
En los brouces de la fama,
Que amigo firme le llania,
Como dirá la experiencia.

DON GUILLEN.

Con tal calificación,
A no ser Vueseñoría
Parte, quedara este día
Concluida su información;
Mas sea leal ó no,
Que eso en opiniones anda,
Vueseñoría ¿qué manda?

ESTELA.

Mandaha otros tiempos yo;
Ya no mando, mas suplico.

DON GUILLEN.

Siempre manda la beldad,
Puesto que la voluntad,
Dueño de las almas rico,
No como en otros Estados
Funda su gobierno y ley.
Muchos grandes manda un rey;
Un señor muchos criados;
Muchos súbditos conviene
Que gobierne un superior;
Y aquel viene á ser mayor,
Que mas á quien mande tiene.
Solo en la voluntad hallo,
Puesto que no se use agora,
Que ha de ser reina y señora
Solamente de un vasallo.
Y aunque su capacidad
Sea soberana y grande,
En habiendo dos que mande,
No es perfeta voluntad.
Esta ley hizo amor dios,
Siendo esotra alevosía;
Y así, si en Vueseñoría
La voluntad mandó á dos,
La ley de amor ofendida
(Si es que restaurarse puede)
Manda que el uno se quede,
Y que el otro se despida.
Vino Don Grao á usurparme
Voluntad que estimé en tanto;
Y así agora no me espanto
Que no se atreva á mandarme.

ESTELA.

Duque, dejando excelencias,
Crianzas y señorías,
(Que no saben cortesías
Menosprecios ni impaciencias);
Pues os juzgais despedido
De voluntad, que os trató
Por señor, (vasallo no,
Pues rey en ella habeis sido)
Si sois noble, hablad mejor
Della, porque es vil criado
El que desacomodado,
Murmura de su señor;
Y reprehended en vos
Culpas que á mi voluntad
Achacais; pues si es verdad
Que no ha de mandar á dos,
En la vuestra es tan notoria
(Ya mandeis, ó ya sirvais),
Que á Doña Gracia engañais,
Y amais á Doña Vitoria.
Yo no para aseguráros,
Mas si para desmentiros,
En Miraval, por no otros
(Y ¡ojalá para olvidaros!),
Viviré sola con nombre
Del que me dais diferente,
Sin que admita eternamente
Profanalle ningun hombre;
Que por vos los aborrezco.

Y procurando olvidaros,
Daré desengaños claros
Al mundo de que merezco
En templos de la firmeza
Altar noble y celebrado:
Y aunque habeis tiranizado
La voluntad, fortaleza
Que os conoce por señor;
Podrán desengaños sabios,
Abriendo puertas á agravios,
Gerrallas á vuestro amor.
Haced entre tanto vos
La elección que deseais,
Pues mariposa os quemais
Por la una de las dos;
Y quieran, Duque, los cielos
Que á pesar de la mudanza,
No me deis despues venganza
Como agora me dais celos.
(Llora.)
No os espante si á los ojos
Las lágrimas han salido:
Que las habrá despedido
El alma á quien dan enojos
Por ser de vuestros envidados
Engendradas; y será
Razon, si el dueño se va,
Echar tambien los criados.
Ni las juzguéis por testigos.
Por esto, de que os adoran,
Pues muchas veces se lloran,
Don Guillen, los enemigos:
Que en los que mal pago dan,
Llora el huésped sin provecho
Mas el mal que dejan hecho,
Que no el sentir que se van.
Pero, en fin, yendo sin vos,
Con celos y á soledades...
Ibaos á decir verdades;
Mas no las creéis. Adios.

ESCENA VI.

DON GUILLEN.

A esperar, lágrimas bellas,
Un poco mas, ¿qué paciencia
Resistiera la influencia
De tan hermosas estrellas?
Decid, lágrimas piadosas,
¿Es posible que mintais
Palabras con que abraisais?
¿Cómo, si sois engañosas,
Eficaces persuadis (1)
Lo que vieron mis enojos?
Mas ¡ay retóricos ojos!
¿Con qué elocuencia mentis!
¿Ay palabras lisonjeras,
Que me burlais elegantes!
Pocas hablan los amantes;
Mas esas son verdaderas.
Mentis, lágrimas, en vano;
Palabras, mentis tambien.
¿Contra testigos que ven
Dos labios en una mano,
Os oponéis? Eso no.
Vitoria, vuestra hermosura
Ponga mi esperanza en cura
Gracia bella, pues la halló
Mi suerte dichosa en vos,
Echad á Estela del pecho,
Que si fuerte en él se ha hecho,
Necesario es que las dos
Deis á mis penas concierto.
Mas dos ¿qué podréis hacer,
Si cuatro son menester
A echar de su casa un muerto?

ESCENA VII.

DON GASTON.—DON GUILLEN.

DON GASTON.

El Conde me ha confirmado

(1) Persuadis contra desmentis, disculpas.

En Manresa y Martorel;
Ya sé, Duque, que con él
Quedo por vos abonado,
Y cuán bien habeis cumplido
Las leyes del amistad,
Sin que en la prosperidad
La ingratitud y el olvido
Hagan con vos la mudanza
Que en los demas es notoria,
Porque es flaca de memoria
De ordinario la privanza.
Los Estados que por vos,
Don Guillen, á gozar vengo,
En depósito os los tengo:
Vuestros son; y plegue á Dios
Que nunca hayais menester
Hacer de aquesta verdad
Experiencia en mi amistad;
Pero, en fin, podeis caer,
Si los favores derriban...
Mas vos tan cuerdo subís,
Que si caéis, prevenís
Brazos en mí que os reciban.
Esto mi amor os previene:
Que aunque el tiempo se conjure,
Y derribaros procure,
No cae el que amigos tiene.

DON GUILLEN.

Ni yo, noble Don Gaston,
Otra riqueza atesoro
Que amigos, puesto que ignoro
Los que de veras lo son.
(Llora.)
Sujeto estoy á trabajos:
Si cayera (que podré),
En amigos probaré
Quilates altos y bajos,
Pues la adversidad los labra
Si la privanza los eria,
Y podrá ser que algun día
Os pida aquesta palabra.

DON GASTON.

Desde aquí queda por vos,
Y fiadora mi nobleza
De mi lealtad y firmeza.

DON GUILLEN.

Yo lo creo. Adios.

DON GASTON.

Adios.

(Vase.)

ESCENA VIII.

DON DALMAO.—DON GUILLEN.

DON DALMAO.

Duque, todos los privados,
Y mas siendo tan discretos
Como vos, viven sujetos
A pretensiones y enfados.
Pretendo por vuestro medio
Ser mayordomo mayor,
Y sé de vuestro favor
Que aunque no entren de por medio
Servicios que á esta corona
Tengo hechos, y vos sabeis,
Alcanzais cuanto queréis
Del conde de Barcelona.
Esta pretension querria
Saber en qué punto está.

DON GUILLEN.

Dalmao, vuestra será
La mayor mayordomía
Del conde; que aunque el amor
Que me tiene, no permite
Que en su corte y casa habite
Quien, llamándose mayor,
En el título me exceda;
Yo que menor me confieso
Que vos, por lo que intereso
(Si vuestra persona queda
Premiada como merece)
De obligar vuestra amistad,
Cedo con facilidad

Lo que su Alteza me ofrece.
Hoy alcanzároslo intento.

DON DALMAO.

Y vos por ese favor,
Me le habeis de hacer mayor
(Perdonad mi atrevimiento)
En serviros de una quinta,
Que dista deste lugar
Dos leguas, y junto al mar,
Hiblas y Pancayas pinta.
Yo sé que no la hay como ella
En Cataluña.

DON GUILLEN.

Ni es justo,
Si es cifra de vuestro gusto.
Que yo, Conde, os prive della.

DON DALMAO.

Abrasaréla, por Dios.
Si ese disfavor me haceis.

DON GUILLEN.

Ahora bien: no os enojéis.
La villa de Palamos
Es vuestra, y la quinta es mia.

DON DALMAO.

Duque, ¿haceis burla de mí?

DON GUILLEN.

Yo recibo y doy así.

DON DALMAO.

Venceisme en la cortesía,
Como en liberalidad;
Que aunque es la quinta excelente,
Vale Palamos por veinte.

DON GUILLEN.

Añadid vuestra amistad,
Que es la que estimo y obligo.
Y así no hallaréis despues
Precio igual á su interes.

DON DALMAO.

¿Pues quién de ser vuestro amigo
Interesa de los dos
Mas que yo?

DON GUILLEN.

A mi cuenta tomo
Haceros hoy mayordomo
De su Alteza. Adios.

DON DALMAO.

Adios. (Vase.)

ESCENA IX.

DON GRAO.—DON GUILLEN.

DON GRAO.

¡Gracias al cielo, Duque, que os he halla-
do esta vez! que há dias que procuro.
Enigmas declarar que me han causado.
No poca confusion, si las apuro.
Habeisme por metáforas hablado
Algunas veces, y el sentido oscuro
Que de varias maneras interpreto.
Si no enojado, me ha traído inquieto.
Dijistesme una vez que bien podia
Por Estela pagar las deudas claras
Que su lícito amor por mí os pedia,
Cual fiador, en doblones de dos caras:
Que en mí creyó vuestra amistad tenia
La moneda sencilla que en sus aras
Cuenta la obligacion de un trato noble.
Hallándola despues moneda doble.
Pedí á vuestra amistad que declarase
Aquesta confusion, y respondistes
Que si no la entendia, la estudiase:
Y sin decirme mas, grave os partistes.
Si fué probar mi sufrimiento, pase:
Que puesto que la causa que me distes
Fué bastante á enojarme, amigos sabios
No han de romper, hasta apurar agra-
vios.

Si mio lo habeis sido y sois discreto,
Basta lo que me habeis tenido en duda;

Que puesto que el amor ame el secreto,
No la amistad, porque su accion es muda.
Al claro sol imita el que es perfeto,
Y como la verdad anda desnuda,
Así la amistad noble á que os obligo.—
Declaráos, ó no os llameis mi amigo.

DON GUILLEN.

De Colibre os da el Conde la tenencia
A mi instancia, Don Grao, y de vos fia
La costa que los moros de Valencia
Y los de Argel asaltan cada dia.
Si agradeceis aquesta confidencia,
Las manos le besad de parte mia,
Pues vuestros labios son tan cortesanos,
Que yo sé que sabrán dar besamanos.

DON GRAO.

Duque, Duque, no bastan digresiones
A divertir mis justos sentimientos,
Ni imagineis con cargos ni con dones
Disculpar sospechosos pensamientos.
Allá con semejantes provisiones
Obligad pretendientes avarientos;
Que de interres, mas no de agravios libre,
Satisfacciones quiero, no Colibre.
A eso de mano y labios, repetido
Tantas veces con hábarara cautela,
Os hubiera la espada respondido,
A no ser vuestro amigo. Quien recela
Del que lo es verdadero y no fingido,
Y ofende ingrato la opinion de Estela.
Pudiera, desmintiendo sus antojos,
Dar mas fe á la amistad, que dio á sus
Agradecieron labios la constancia [ojos.
De una mujer, milagro de firmeza,
De quien amante me hizo la ignorancia
Y reprimió sus llamas la nobleza.
No imaginé que fuera circunstancia
De su mano besar, no la belleza,
Si el valor, que celoso os diera agravios.
Pues pensé que vuestra alma iba en mis

[labios.

Y á quién fuera de vos (que sois mi ami-
O lo fuistes) que no es así dijere, [go.
Afirmando en el campo lo que digo.
Yo le haré desdecir, sea quien se fuere
Y básteos el dejaros por castigo:
Que puesto que la espada salir quiere
A hacer que mi valor por vos se estime.
Mas que la vaina, la amistad la oprime.

(Vase.)

ESCENA X.

DON GUILLEN.

Celosa confusion, amor tirano.
Ojos acusadores, que presento
Vistes ofensa que alegais en vano,
Don Grao me satisface y os desmiente.
Disculpa labios y acredita mano
Con probable razon, si no evidente.
¿Pues qué responderéis á tal cautela?
¿Que me engaña Don Grao? ¿que miente

[Estela?

Si en esto os afirmais, deci: ¿á qué efecto
Sustentan este engaño cauteloso?
Diréisme que el temor guarda respeto.
Soy del Conde privado poderoso:
Amigo fué don Grao noble y perfeto;
Firme el amor de Estela y generoso;
Los ojos fieles, puesto que ofendidos....
¿Ay ciega confusion de mis sentidos!
¿A quién he de creer, amor villano?
¿Amigo puede haber, que en nombre
Firmeza ensalce, y ose besar mano [mio,
Con casto intento? ¿Loco desvario!
¿Pues osaré llamar insulto llano
Lo que está tan dudoso? Y de quien fio
El alma, ¿entenderé, piadosos cielos,
Que me da Don Grao muerte, Estela ce-
[los?

Vive Dios, que he de hacer hoy experien-
[cia

De la amistad y fe que á Don Grao deis,
Y del amor de Estela, si es prudencia
Fiar en ellos cuando vídrios pruebo.
¡Amistad! ¡firme amor! la quinta esencia
Pienso hoy sutilizar, por modo nuevo,
De vuestro ser. ¡Dichoso si consigo
Una mujer constante, un firme amigo!

ESCENA XI.

EL CONDE.—DON GUILLEN.

CONDE.

¿Cuál, de Vitoria y Gracia, Duque, ha sido
En vuestro amor dichosa vencedora?
Dará el parabien, y enternecido,
El pésame de amor á quien le llora.
Prométoos que confuso me ha tenido
La igualdad de una y otra opositora,
Y que me trae á veros el deseo
De averiguar vuestro amoroso empleo.

DON GUILLEN.

Gran conde de Barcelona,
En quien nuestros siglos vieron
Las partes y requisitos
Que á un señor hacen perfeto!
Desde niños nos criaron
Una patria y unos pechos;
Principio nos dió una sangre,
Y de un tronco procedemos.
En un alma y voluntad
(Si dividida en dos cuerpos)
Engendraron un amor
Las influencias del cielo;
Y en fe desta certidumbre,
Si os servi siendo pequeño,
Os he defendido grande
De las injurias del tiempo.
De vuestro hermano rigores,
Por no llamarlos desprecios,
Con escaseza os trataron,
Con pobreza os ofendieron;
Pero yo mientras vivió.
Obras juntando á deseos,
Tuve en pie la majestad
De vuestra casa y gobierno.
Para esto vendí mis joyas,
Y empuñé villas y pueblos.
Sin que vuestros reales gastos
Echasen el oro ménos.
Huistes del Conde, en fin,
A Moncada; y amparáos,
Poniendo á riesgo mi vida,
Y el honor, que es de mas precio.
Hasta que el rey de Navarra,
Sancho en nombre, y vuestro deudo,
Os socorrió generoso
De fraticidas intentos.
Murió Don Hugo: heredastes
Su condado; y quiera el cielo
Que con el laurel augusto
Autoriceis sus aumentos.
Todos aquestos servicios,
Gran señor, que veis que alego,
No son porque intente avaro
Baros en cara con ellos,
Sino porque he menester
Padrinos y medianeros.
Que de vuestra Alteza alcancen
Lo que suplicale quiero.

CONDE.

Duque, mal satisfacéis
A la voluntad que os debo,
Tantos años conocida,
Y estimada tantos tiempos.
Los servicios que alegais,
Tan de memoria los tengo,
Que los lén, por no olvidallos,
A instantes mis pensamientos.
Si os parece que no pago
Igualmente mis empeños,
Cobrad réditos no mas:
Dadme el principal á censo.

¿Qué podeis pedirme vos,
Que hayais menester terceros
De obligaciones pasadas,
Si tantas presentes veo?
Si es recelo de caer,
Perded, Duque, ese recelo;
Que aunque al poder y fortuna
Pintaron tantos ejemplos
Sobre una rueda el un pié,
Y el otro pisando el viento;
No sobre ruedas los míos;
Entre cadenas los tengo
De obligaciones; y mal
Me mudarán, si estoy preso.
Si es porque hacer eleccion
De los hermosos sujetos
De Doña Gracia y Vitoria
Os mandé, y otros ejemplos
La voluntad os ocupan;
Olvidallas, que no es cuerdo
Queira tiranizando gustos,
Se casa por el ajeno.
Una hermana tengo sola,
Y á vos por amigo y deudo:
Si sois su amante, y buscais
Al pedírmela rodeos,
No teneis satisfaccion
De lo que os estimo y quiero,
O ofendiéndos á vos mismo,
Indigno os juzgais de serlo.

DON GUILLEN.

No pase mas adelante
Vuestra Alteza; que me afrento
De que aun por cifras me llame
Desconfiado y soberbio.

CONDE.

¿Pues qué podeis vos pedirme?

DON GUILLEN.

Concedédmelo primero:
Así la esfera del orbe
Pisen estos piés que beso.

CONDE.

Como ausentaros no sea
De mi presencia (porque eso
Será pedir imposibles),
Digo que yo os concedo.

DON GUILLEN.

Los piés os vuelvo á besar.

CONDE.

Decid pues que estoy suspenso,
Y no sé si arrepentido
De lo que ignorante he hecho.

DON GUILLEN.

Yo he servido, gran señor,
Con fin lícito y honesto
A la mayor hermosura,
Mas feliz entendimiento
Que vió el sol en cuanto dora,
Que plumas encarecieron,
Que fabulas ponderaron
Y que pinceles mintieron.
Correspondíome apacible
Y amante con el extremo
Que hermosa, porque no hallo
Mayor encarecimiento.
Tuve tambien un amigo,
Que pudiera ser espejo
De los que á la antigüedad
Deben estatuas y templos.
Sospechas, no sé si vanas,
Indicios, no sé si ciertos,
Ojos, no sé si engañados,
Y oídos, no sé si atentos,
Al amor y á la amistad
Destos dos han puesto pleito.
Alegando en su favor
Sus delitos y mis celos.
Formé quejas contra entrambos;
Pero no hasta el proceso
A condenarlos, señor;

I. V.

Que vuelven por su derecho.
Quise olvidarlos, en fin,
Tomando por instrumento
De mi amor esas dos damas,
De quien fuistes medianero.
Amigos busqué tambien,
De quien dudo por ser nuevos,
Porque el médico, el soldado,
Y el amigo, han de ser viejos.
Como con vos tanto privo,
Y aunque sin merecimientos.
De mis manos generoso
Confiais todo este reino:
Damas y amigos me traen
Dudoso, porque sospecho
Que unos y otros aman mas
Al interes, que á su ductio.
Para salir desa duda,
Y ver si hay en este tiempo
Damas desinteresables,
Y amigos solo por serlo;
Tengo de hacer una prueba.
Gran señor, por vuestro medio.
Que ha de eternizar mi dicha,
Si viene á surtir efecto.
Para esto os he conjurado;
Y si es necesario, os vuelvo
A suplicar que cumplais
La fe vuestra y mis deseos.

CONDE.

Mucho, Don Guillen amigo,
Harcís si salís con esto,
Y no me holgaré yo poco.
Si tanto imposible veo.
Pero ¿qué intentais de mí?

DON GUILLEN.

Gran señor, que desde luego
Deis en desfavorecerme
Con el rigor y el extremo
Que un rey cuando de su gracia
El privado mas soberbio
Cae, y el favor que le hacia
Trueca en aborrecimiento.
Mi Estado habeis de quitarme.
Hacienda, cargos, gobiernos,
Perseguir á mis amigos,
Y ponerme guardas preso.

CONDE.

Eso no, que es en mi agravio;
Pues contra el valor que precio,
Han de llamarme inconstante
Naturales y extranjerios.

DON GUILLEN.

Cuando despues averigüen
El fin porque lo habeis hecho,
Añadís á vuestra fama
Quilates de valor nuevo.

CONDE.

Si, mas estar mal con vos,
Ni aun de burlas, no lo aceto.

DON GUILLEN.

La virtud, cuando está unida,
Es de mas fuerza y efecto:
Retirad, gran señor, pues,
El amor á vuestro pecho.
Con que ensalzais mi ventura,
Y en quien la esperanza he puesto;
Y en lo exterior perseguidme
Pues si tal merced merezco,
¿Qué mas dicha que vuestra alma
Me estime puertas adentro?

CONDE.

Si así probais los amigos
Tambien á mí. Duque, entre ellos
Me alistas, haciendo alarde
De lo que os estimo y quiero.

DON GUILLEN.

¿De qué suerte, gran señor?

CONDE.

Querreis por un modo mismo

Ver si despues que mi enojo
Os quite el Estado, vuelvo
A admitiros en mi gracia.
O si haciendo verdadero
Lo que pretendéis fingido,
Con vuestra hacienda me quedo.

DON GUILLEN.

No diga tal....

CONDE.

Ahora bien.
Duque, pues vos dais en eso,
Y ejecutais mi palabra.
¿Cuándo quereis que empecemos
Mi enojo y vuestro trabajo?

DON GUILLEN.

Lo que se empieza mas presto,
Mas presto, señor, se acaba.

CONDE.

Esperadme, pues, que quiero
Ensayarme de enojado.

DON GUILLEN.

¿Sabréislo hacer?

CONDE.

Yo os prometo,
Que á no ser á vuestra costa,
Lo tuviera á pasatiempo. (Vase.)

DON GUILLEN.

Persecuciones fingidas.
Yo sabré por este medio.
Si hav mujer que ame de veras,
Y lo que en amigos tengo.

ESCENA XII.

DOÑA VITORIA.—DON GUILLEN.

DOÑA VITORIA.

Ya, Duque, que os hallo solo,
Declaradme si merezco
Ser de vuestra voluntad
La cuerda eleccion y objeto.

DON GUILLEN.

Hermosa Doña Vitoria,
Aunque amor se pinta ciego,
El mio no, pues conoce
Lo que en adoraros medro.

DOÑA VITORIA.

¿Luego Vitoria salió
Con vitoria?

DON GUILLEN.

Y veridaderos
Los efectos como el nombre.
DOÑA VITORIA. (Ap.)
Siempre lo tuve por cierto.

ESCENA XIII.

DOÑA GRACIA.—DOÑA VITORIA,
DON GUILLEN.

DOÑA GRACIA.

(Ap. Ganado me ha por la mano
Aqueste estorbo molesto
De mi amorosa esperanza.)
Duque, hablaros en secreto
Quisiera.
(Aparta á un lado á Don Guillen, y habla con él en voz baja.)

VITORIA. (Ap.)

Tarde llegaste.

DOÑA GRACIA.

El esperar es tormento
Elecciones dilatadas:
Decid si pedirles puedo
A mis deseos albricias.

DON GUILLEN.

Gracia, la gracia pretendo
De vuestros ojos no mas;
Y á no provocar los celos
De vuestra competidora,

Os diera la mano luego,
Del modo que os doy el alma,
De quien sois único dueño.

DOÑA GRACIA. (Ap.)

¡Jesus! Lei yo su amor
En sus ojos, que dijeron
Que estaba muerto por mí.
Necedad fué dudar dello.

DOÑA VITORIA. (Ap.)

Debe de desengañarla
El Duque; mas es discreto
Don Guillen y cortesano,
Y no es bien que en este puesto
La obligue á descomponerse;
Mas darála, por lo ménos,
Favores con dos sentidos,
Como el oráculo en Delfos.

ESCENA XIV.

DON GARCERAN, DON DALMAO, DON
GASTON. — DOÑA GRACIA, DOÑA
VITORIA, DON GUILLEN.

DON GARCERAN.

Duque, de besar las manos
Al Conde mi señor vengo;
Y á agradeceros á vos
Las mercedes que me ha hecho.

DON DALMAO.

Ya soy mayordomo, Duque,
Y hechura vuestra. No quiero
Pagar obras con palabras;
Todo es manos el silencio.
Vos veréis cuán fiel amigo
En mi teneis.

DON GASTON.

Estad cierto

De mi amistad, Duque ilustre.

DON GUILLEN.

Yo quisiera, caballeros,
Teuer un reino que daros
A cada uno; y espero
Que seréis en mi amistad
Blasones del siglo nuestro.

ESCENA XV.

EL CONDE, muy severo. — DOÑA GRACIA,
DOÑA VITORIA, DON GUILLEN,
DON GARCERAN, DON DALMAO,
DON GASTON.

CONDE.

Dad, Duque, á mi mayordomo
Las armas.

(A Don Dalmao.)

Llevalde preso.

DON GUILLEN.

¡Gran señor! ¿á mí?

CONDE.

Acabad.

DON GUILLEN.

Ya las doy y os obedezco.

CONDE.

Ponelde en aquesta torre
De mi alcázar.

DON GUILLEN.

¿Pues qué he hecho

En vuestra ofensa, señor?

CONDE.

Y dadme las llaves luego.

DON GUILLEN.

¿No sabré yo en qué os desirvo?

¿No diréis en qué os ofendo,
Gran señor?

CONDE.

Cuando os dén cargos,
Veréis vuestra culpa en ellos.

DON GUILLEN.

¿Yo culpa? Si otro que vos....

CONDE.

Disimulad, que los cielos
Con mudas voces publican
Desleales encubiertos.

DON GUILLEN.

Si la envidia.....

CONDE.

Los privados

Culpais á la envidia luego,
Capa de vuestros delitos.

(A Don Dalmao.)

¿Qué haceis? ¿no le llevais preso?

DON GUILLEN.

El callar y obedecer
Sou abogados del cuerdo.

DON DALMAO.

Duque, venid.

CONDE.

Acabad.

DON GUILLEN.

Ya yo acabo cuando empiezo.

CONDE.

Volvedme, Dalmao, las llaves,
Y advertid que el cargo os dejo
De su guarda, y si se os huye,
Seréis del mundo escarmiento.
(Vase el Conde; Don Dalmao se lleva á Don Guillen.)

DON GARCERAN.

¡Hay caso mas lastimoso!

¡Privar y caer tan presto!

DON GASTON.

El poder imita al rayo,
Que alumbra y da muerte á un tiempo.

DON GARCERAN.

¡Ayer Duque, hoy en prision!

Don Gaston, ¿qué decis desto?

DON GASTON.

Que es efímera el privado,
Pues que se muere en naciendo.

(Vanse Don Garceran y Don Gaston.)

ESCENA XVI.

DOÑA VITORIA, DOÑA GRACIA.

DOÑA VITORIA.

Doña Gracia, hablando al Duque,
Después de oscuros rodeos,
Aunque me pidió perdon,
Dijo que eras el empleo
De su amor, porque en tus llamas
Se abrasaba; y segun esto,
Un pláceme pesaroso
A esta ocasion darte puedo.

DOÑA GRACIA.

Eso ¿cómo puede ser,
Si me dijo, aunque en secreto,
Que la mano te habia dado,
Con el sí de casamiento?

DOÑA VITORIA.

¿A mí? Déjate de engaños,
Que esos deben de ser celos.
Ya no compito contigo,
Y es necedad el tenerlos.
Goces mil años tu esposo.

DOÑA GRACIA.

¿Yo esposo? Ni le apetezco,
Ni jamas al Conde quise.

DOÑA VITORIA.

Pues, Gracia, aquellos extremos,
Y la intercesion del Conde,
¿A qué propósito fueron?

DOÑA GRACIA.

Era duque entónces libre;
Pero agora es duque preso,
Y el amor que todo es oro,
No comienza bien por hierros

DOÑA VITORIA.

Dices bien: yo elegí mal.
¿Que le olvidaste tan presto?

DOÑA GRACIA.

Privaba, mas ya no priva.

DOÑA VITORIA.

Améle, ya le aborrezco.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Don Guillen.

ESCENA PRIMERA.

DON GUILLEN, como preso, DON GAS-
TON, DON DALMAO.

DON GASTON. (Acercándose á una puerta,
y hablando con los que están dentro.)

Llebad aquesas vajillas
A mi casa, descolgad
Esos doseles, sacad
Los escritorios y sillas,
Camas, cuadros y pinturas,
Sin reservar ni una pieza;
Que así lo manda su Alteza.

DON GUILLEN.

Don Gaston, las colgaduras
Fuéron siempre, en mi opinion,
Símbolo de la privanza;
¡Ved con cuánta semejanza
De mis desdichas lo son!
Cuélgalas la autoridad
En el invierno, que helado,
Siempre se ha significado
Por él la necesidad.

Y como de su calor
Necesita quien las cueлга,
Con su presencia se huelga,
Lisonjeando el valor
De doseles encumbrados
Los que su presencia estiman.

Los pretendientes se arriman
A ellos; que los privados,
En los ojos de las gentes,
Son cuando están mas felices,
Del modo que los tapices,
Arrimos de pretendientes.
Llega el estío, y despojan
Las paredes que adornaban,
Y si en invierno abrigaban,
Ya en el verano congojan;
Que á la persona ensalzada
Que con el favor se muda,
El que pobre le dió ayuda,
Favorecido le enfada.

Caen al suelo desde el techo
Y el que á ellos se arrimó
Ya los pisa; que no halló
El privado otro provecho.

Y en lugar de los regalos
Que por haber dado abrigo
Merecen, el mas amigo
Los sacude y da de palos;
Pues para que en todo imiten
Al que priva y ha caído,
Aun el polvo que ha cogido
El tapiz, no le permiten.

Luego el doblarlos es cierto,
En señal de que al que priva
Aun no consienten que viva,
Pues no doblan sino al muerto.
Arrímanlos á un rincón;
Pero no es su olvido eterno,
Porque en volviendo el invierno,
Vuelven á su estimacion,
Y formaran, á tener
Discurso y entendimiento,
De los clavos sentimiento,
Que los dejaron caer.

EL AMOR Y EL AMISTAD.

Clavos sois; tapiz he sido;
Y en aquesta adversidad
Culpare vuestra amistad,
Si agora que estoy caído,
Acabais de derribarme,
Por usurparme el gobierno.
Guardad no torne el invierno,
Y el Conde vuelva á ensalzarme;
Que el favor con que os celebra
Os servirá de castigo,
Si es como el clavo el amigo,
Que tuerce, pero no quiebra.

DON GASTON.

De vuestro hablar misterioso,
Aunque he alcanzado el sentido,
Poca parte me ha cabido.
Del Conde (que riguroso
Os quita vuestros Estados,
Y os manda embargar la hacienda,
Sin que la envidia os ofenda,
Ni os persigan los privados)
Os quejad, y del poder
Que á tal mudanza os provoca;
Porque á mi solo me toca
El callar y obedecer.

DON GUILLEN.

Bueno es callar, Don Gaston,
Y mas de amigos ausentes;
Que puesto que á maldicientes
Oiga el conde Don Ramon,
Es cuerdo, y entenderá
La intencion de quien malsina.

DON GASTON.

De mi amistad no imagina
Bien el que quejas os da
Contra mí. Yo os soy amigo;
Y si no estais satisfecho
Del buen tercio que os he hecho
Con su Alteza, él sea testigo.

DON GUILLEN.

¡Plega á Dios!

DON GASTON.

Depositario

Me nombra de vuestra hacienda,
Con comision que la venda;
Mas si fuere necesario,
Tomándola por el tanto,
La posere en nombre vuestro;
Y sin que el tiempo siniestro
Que os persigue, me dé espanto;
Socorriéndos, sacaré
A quien de mí os habló mal,
Mentiroso.

DON GUILLEN.

Sois leal,

Y amigo fiel (yo lo sé)
Y vos, Don Dalmao, tambien.

DON DALMAO.

Por vuestros caballos vengo;
Que expreso mandato tengo
De su Alteza, Don Guillen,
Dos dias há para sacallos.

DON GUILLEN.

Pintó la gentilidad
El amor y el amistad
En los perros y caballos:
El que los lleva consigo,
En su lealtad, claro está,
Don Dalmao, que aprenderá
A ser firme y fiel amigo.

DON DALMAO.

¿No lo soy yo vuestro?

DON GUILLEN.

Si.

Mas hay caballos tambien
Desbocados.

DON DALMAO.

Don Guillen,
No es razon tratarme así.

Yo he hablado al Conde por vos,
Y Don Gaston.

DON GUILLEN.

¿Bien, ó mal?

DON DALMAO.

Yo soy noble.

DON GASTON.

Y yo leal.

DON GUILLEN.

Y mis amigos los dos.

DON DALMAO.

Imprudencia es el dudallo.

DON GUILLEN.

Los caballos que embargais,
Dicen que como privais,
No hay hombre cuerdo á caballo.

ESCENA II.

DON GARCERAN. — DON GUILLEN,
DON GASTON, DON DALMAO.

DON GARCERAN.

Don Guillen, los contadores
Del Conde, ajustando cuentas,
Os alcanzan de sus rentas
En cantidades mayores,
Que imaginaron de vos.
Cuatrocientos mil ducados
Hallan que teneis gastados;
Y remitiéndos los dos,
Doscientos mil que debeis,
Su Alteza os manda pagar.

DON GUILLEN.

Si me acabais de quitar
La hacienda, ¿con qué quereis
Que le pague? Sin Estados
Estoy: castillos y villas,
Colgaduras y vajillas,
Y hasta esclavos y criados
Me quita, siendo testigos
Vosotros de su rigor.
Mas si el Conde mi señor
No me quita los amigos,
Como la hacienda, no importa
El alcance que me carga;
Que siempre la ayuda es larga
Donde la amistad no es corta.
Pagaldos por mí los tres,
Pues estais ricos por mí. (A Don Dalmao.)
La mayordomia os di,
Cargo de honra y de interes.
A Martorel y Manresa
Os impetré, Don Gaston:
Yo sé que esta obligacion
Vuestro valor la confiesa,
Y que pagarla quereis.
Alcaide de Perpiñan
Sois por mí, Don Garceran:
Pobre y en prision me veis.
Librar en vosotros quiero
Esta suma en que me alcanza,
Si la amistad es libranza
De mas valor que el dinero.
Mas desto ¿qué hay que dudar?
Decid al Conde, mi señor,
Que deudas de mas valor
Saben amigos pagar;
Que de vosotros tres cobre
Deudas de mas interes;
Pues siendo ricos los tres,
¿Cómo puedo yo estar pobre?

DON GASTON.

De mi parte ese cuidado,
Don Guillen, se remediara
Fácilmente, si me hallara
Algo menos alcanzado.
Compré dos villas, y estoy
Empeñado; mas fiad
De mi valor y amistad;
Que si con el Conde soy

De efeto, haré que os remita
Parte de lo que debeis

DON GUILLEN.

En fin, ¿que hacienda teneis
Para que la que él me quita
Compreis, y estais alcanzado
Para pagalle por mí?

DON GASTON.

No es este tiempo que ansi
Me apureis, ni del pasado
Ejecuteis cumplimientos
Que usa la cortesania.
Premió en la nobleza mia
El Conde merecimientos;
No como vos alegastes.
Si por esto es justa paga
Que la mia satisfaga
Lo que vos desperdiciastes,
Veldo; que yo con su Alteza,
A quien procuro aplacar.
No haré poco en negociar
Que no os corte la cabeza. (Vn.)

ESCENA III.

DON GUILLEN, DON DALMAO, DON
GARCERAN.

DON GUILLEN.

(Ap. Este ya ha dicho quién es,
Y vosotros dos lo dirán.)
La amistad, Don Garceran,
Si no os vence el interes,
Os obliga á socorrer
Aquesta necesidad
Prestadme esta cantidad;
Que si da muestras de ser
Mi amigo, como ha ofrecido,
Don Dalmao, entre los dos
No es difícil; y de vos,
Como dél, me he prometido
(Si es que podeis hacello)
Lo que en Don Gaston no hallé.
Cuando mas dél confíe.

DON GARCERAN.

Duque, yo me veré en ello. (Vase.)

ESCENA IV.

DON GUILLEN, DON DALMAO.

DON GUILLEN.

(Ap. ¡Oh amistad del mundo vana!)
¿Qué decis vos?

DON DALMAO.

Don Guillen.

Considerarélo bien,
Y os responderé mañana.

ESCENA V.

DON GUILLEN.

¿Qué bien comparó el amigo
A la hormiga un cortesano,
Que solo sale el verano
A las eras cuando hay trigo,
Y en el invierno se asombra!
En la luz y claridad
Del sol de prosperidad,
Al cuerpo sigue la sombra:
Pero huye en tiempo confuso:
Sombras y hormigas os llame
El mundo, porque os infame,
Pues sois amigos al uso.

ESCENA VI.

GILOTE, GALVAN.—DON GUILLEN.

GILOTE.

(Hablando con Galvan á la puerta.)
¿No teneis vergüenza de eso?
Vos que comistes su pan,
¿Venis á pedir, Galvan,

El salario, estando preso.
Agora que le han quitado
La hacienda!

GALVAN.
Yo le he servido
Un año, y lo que le pido,
Es el sudor que he ganado.

GILOTE.
En esta ocasion es mengua.

GALVAN.
Pedídselo vos tambien.

GILOTE.
El diablo me lleve, amen;
Que os he de sacar la lengua,
Si le pedis cosa alguna.
Galvan, no os burleis conmigo.
El criado y el amigo
En la prospera fortuna
Y en la adversa ha de ser fiel.
En lugar de socorrelle,
Consolalle, entretenelle,
Y dar la vida por él,
Y a pedille la soldada
Venís?

GALVAN.
El Conde ha mandado
Que no esté ningún criado
En su servicio: en Moncada
Le servi y en Barcelona;
Págume lo que me debe.

GILOTE.
Sanguijuela sois, que bebe
La sangre de la persona,
Y en no habiendo que beber,
Suelta la vena y se acoge.
Galvan, catá no me enoje.
¡Gentil talle de traer
A su amo algun regalo,
Como yo bello codicio!

GALVAN.
Yo ¿de qué?

GILOTE.
Buscá un oficio;
Que en el hambre no hay pan malo.

GALVAN.
No le sé.

GILOTE.
Amolad tijeras,
Si oficio fácil quereis;
O las bragas que traeis,
Pues parecen aguaderas,
Os pueden her agudor.

GALVAN.
Mi salario me ha de dar.

GILOTE.
No habeis de entrar.
GALVAN.
Si he de entrar.

GILOTE.
¡Galvan.....!

DON GUILLEN.
¿Qué es esto?

GILOTE.
¡Oh señor!
Acá es un poco..... Los dos
Nos entendemos. (Ap. á Galvan. Ya os di-
Que calleis.) lgo

DON GUILLEN.
¡Gilote amigo!

GILOTE.
Como nos echa de vos
El Conde, y os han quitado
La hacienda y tierra, Galvan,
Que, en fin, comió vuestro pan,
Y os ha sido buen criado,
Viene á daros.....

GALVAN. (Sacando un papel.)

Esta cuenta.

GILOTE.
(Ap. á él. Callad, Galvan, ya os lo digo.)

A daros viene conmigo.....

GALVAN.
Mi soldada monta treinta.....

GILOTE.
Dejadnos aqui, Galvan.

GALVAN.
Treinta reales cada mes.....

GILOTE.
Os ofrece.....

GALVAN.
Salario es
Que á un lacayo siempre dan.

GILOTE.
Con ellos y con los míos,
Pues estais pobre.....

GALVAN.
¿Yo dar?

GILOTE.
Galvan, dejadnos habrar.

GALVAN.
¿Yo digo esos desvarios?

GILOTE.
Galvan, dejadnos aqui;
Que despues habraráis vos. (Ap. á él.)
Pues vo os juro á non de Dios,
Si no lo decis así,
Que quizá el diablo vos trajo
Acá.

GALVAN.
Señor.....

GILOTE.
(Ap. á él. Id conmigo,
O callad, Galvan, os digo.)
Sentimos vuestro trabajo
Los dos, y necesidad,
Que en este tiempo contrario.....

GALVAN.
Yo vengo por mi salario,
Señor, y esta es la verdad.

GILOTE.
¡Valga el diablo el que os parió!
(Le da con la caperuza.)
GALVAN.

¡Ay!

DON GUILLEN.
Tened. ¿Qué haceis, Gilote?

GILOTE.
Sacalle por el cogote
La lengua que tal pidió.

DON GUILLEN.
Dejalde; que si ha servido,
Razon es que sea pagado. —
Galvan, tan pobre he quedado,
Que aunque estoy agradecido
Al buen servicio que os debo,
No tengo con qué pagaros.
Saldrán los cielos mas claros,
Y otro tiempo vendrá nuevo
En que os pueda agradecer
Los servicios que os confieso.

GALVAN.
¡Bien comeremos con eso!

GILOTE.
¡Qué diablos! Heis de comer
Tierra, arena de la gorda.

GALVAN.
Tomad vos ese remedio.

DON GUILLEN.
¿Qué tanto os debo?

GALVAN.
Año y medio.

GILOTE.
La lealtad es la que engorda
Mas que la carne y el pan.

DON GUILLEN.
Gilote, ¿cómo podremos
Pagar lo que le debemos
(¿Que es razon) al buen Galvan?

GILOTE.

¿Bueno? Tal tenga él la vida.
DON GUILLEN.

Su sudor me pide, en fin.
GILOTE.

Señor, pues es tan ruín....
Porque otra vez no os le pida....
Dos bueyes tengo; á vendellos
Quiero partirme al lugar,
Y á Galvan podremos dar (1)
Al instante el precio dellos (2).

DON GUILLEN.
¿Vuestros bueyes? Eso no.

GILOTE.
¿Cómo no? El trigo, las parvas,
La cama, el burro, las barbas,
Venderé por mi amo yo.
Hasta el hijo he de vender
Que tengo; y si justo fuera,
La mujer tambien vendiera;
Mas sin bueyes, con mujer,
A fuer de lo que ahora pasa,
Dijeran bárbaras leyes:
«No os harán falta los bueyes,
Pues vos os quedais en casa.»

DON GUILLEN. (Ap.)
¿Qué en un rústico criado
Halle yo en mi adversidad,
Cielos, la fidelidad
Que en mis amigos no he hallado!
En tal parte ¿tal tesoro?
¿Tal amor? ¿ley tan extraña?
Mas si; que en una montaña,
No en la corte, nace el oro.

ESCENA VII.

DON HUGO. — DON GUILLEN, GILOTE, GALVAN.

DON HUGO.
No está el Conde satisfecho,
Don Guillen, desta prision;
Que en fe de su indignacion,
Sin los daños que os ha hecho,
Manda que preso os llevemos
A una torre de su casa.
Mientras este rigor pasa
(Que un señor todo es extremos),
Tened paciencia, y trocad
Por su alcázar este puesto.

DON GUILLEN.
Don Hugo, amigo, ¿qué es esto?

DON HUGO.
El poder y majestad
De un principe, semejanza
De Dios, que como la imita,
A su gusto pone y quita.

DON GUILLEN.
En Dios no cabe mudanza.

DON HUGO.
No, mas si le satisface,
En muestras de su poder,
Hoy á una cosa da sér,
Y mañana la deshace.
Teme, si aqui preso estais,
Que han de romper la prision
Amigos.

DON GUILLEN.
Ya no lo son,
Don Hugo, los que esperais.
Que el mundo los tenga ignora,
Pues con experiencia nueva,
Si la piedra al oro prueba,
A la amistad prueba el oro:
En él saqué los quilates

(1) (2) Estos dos versos que se leen en la edición de Tirso correspondiente á la Colección general de comedias escogidas, principiada en Madrid el año de 1836, no se hallan en la edición de 1631.

De los que falsos han sido.
Las fábulas han fingido
Los Orestes, los Acates;
Que es quimera el afirmar
Que hubo amigos verdaderos.
Mas no quiero deteneros:
Demos al tiempo lugar,
Y el Conde preso me lleve
Donde gustare.

DON HUGO.

Venid.

DON GUILLEN.

Y vos, Galvan, acudid
A que os dé lo que se os debe
Gilote; que podrá ser
Que algun día satisfaga
Su lealtad con noble paga.

GILOTE.

Como no sea la mujer,
La vida daré por vos.

DON GUILLEN. (Ap.)

Probad, fingida desgracia.
En Doña Vitoria y Gracia
Lo que teneis en las dos,
Y luego en Don Grao y Estela;
Que si salen al ejemplo
De los demás, yo haré un templo
A mi ingeniosa cautela.

(Vase Don Guillen y Don Hugo.)

GILOTE.

Seguidme, y os pagarán
El salario.

GALVAN.

¿Todo?

GILOTE.

Todo.

(Ap. Yo os pondré, Galvan, de modo,
Que no os conozca Galvan.)

Salon de palacio.

ESCENA VIII.

EL CONDE, DOÑA VITORIA, DOÑA GRACIA.

CONDE.

Gracia y Vitoria, llamados
A mi presencia mandé
Hoy, para comunicaros
Algunas cosas que sé.
Lo mucho que han de importaros.
Don Guillen me ha deservido
(Aunque no digo su exceso)
En ocasiones que han sido
Causa de teneis preso,
Sin estado y perseguido.
Por lo que importa a mi honor,
No me declaro mas que esto.
Sé que le teneis amor,
Pues en fe del habeis puesto
Por tercero mi favor.
A esta causa, no he mandado
Que le corten la cabeza,
Como me han aconsejado;
Porque es tal vuestra belleza,
Que mi cólera ha templado.
Por ella, pues, y tambien
Por los servicios que me hizo
Antes desto Don Guillen,
Si su amor os satisfizo;
En fe de quereros bien,
Y de estar á cuenta mia
Vuestro aumento, os he llamado;
Y de vosotras querria
Saber, ya que le he privado
De los cargos que tenia,
Si sin ellos gustaréis,
Como le dé libertad,
Casaros con él (pues veis
El deudo y la voluntad

Que os tengo), y excusaréis
Su muerte. Hacienda bastante
Os dió el cielo á cada una,
Con que viva vuestro amante,
A pesar de la fortuna,
Fático, honrado y abundante.
Sepa yo a cuál de las dos
Por esposo le he de dar.

DOÑA GRACIA.

Gran señor, no quiera Dios
Que quien no supo agradar,
Y os ha deservido á vos,
Permanezca en mi memoria;
Pues depender de la vuestra
La mia es cosa notoria.
Pague el amor que la muestra,
Y déle Doña Vitoria
Con la mano su belleza;
Que yo cedo desde aquí
Mi derecho: y vuestra Alteza
No le perdone por mí,
Si le ofendió, la cabeza.

DOÑA VITORIA.

Yo he mudado de eleccion,
Si vos, señor, de privanza;
Y por vuestra intercesion,
Tengo segura esperanza
De casar con Don Gaston.

DOÑA GRACIA.

Don Dalmao me estaba bien,
A ser con el gusto vuestro.

CONDE.

Alto: las manos os den
En señal del que yo muestro
Que (1) olvideis a Don Guillen;
Porque en extremo sentia
Que quisiesedes las dos
A quien en desgracia mia
Está.

DOÑA VITORIA.

Ofendiéndos á vos,
Ni hay amor ni cortesía.

ESCENA IX.

DON GRAO. — EL CONDE, DOÑA VITORIA, DOÑA GRACIA.

DON GRAO. (Hincándose de rodillas delante del Conde.)

Invicto Conde, cuya sien corona,
No en murta Venus, no Dionisio en par-
En roble Marte sí, y de Helicon a ras,
Apolo en hojas de laurel bizarras;
Catalan Alejandro en Barcelona,
Que á la púrpura añades de sus barras
(Oráculo la fama desta impresa)
De Sobrarbe la cruz aragonesa;
Si en generosos principes es digno
Blason, que nunca la memoria pierda,
La piedad del diluvio en iris signo.
Arco de paz sin flechas y sin cuerda;
Si Dios ántes severo, ya benigno,
Vibra los rayos con la mano izquierda,
Y en la derecha, porque la paz viva,
Trasforma la clemencia en verde oliva;
Imita á Dios, si justo, tan clemente,
Que el mayor atributo que ha escogido,
Es el de perdonar omnipotente.
Sin olvidaros, á culpas dando olvido.
Mi amigo es Don Guillen y mi pariente,
Y á su lealtad (perdona si atrevido
Me arrojo á hablar verdades) el Estado
Y la vida le debes que te ha dado.
Culpasle por traidor, y el vulgo ignora
De su prision la causa en tu mudanza,
Y hasta la envidia sus desdichas llora,
Porque jamas se opuso á su privanza.
Cataluña le estima, España adora,
Viéndose esta vez sola la venganza

(1) De que.

Sin quien grátule tan ingrata impresa,
Pues al mas ambicioso, mas le pesa.
Si te ofendió, (que puesto que lo dudo,
No sin causa con él te has indignado)
Es hombre al fin; errar como hombre
Defecto en el primero vinculado. [pudo,
De la primera gracia Adán desnudo,
Don Guillen de la tuya despojado,
Y hombres los dos, si á Dios imitas sabio.
Iguala tu clemencia con tu agravio.
Dioscientos mil ducados que te debe,
Quiero pagar por él; mi Estado embarga.
Si no es bastante, préndeme y apruebe
Tu Alteza mi amistad ilustre y larga.
Si la venganza que á rigor te mueve,
Le imputa culpas y delitos carga,
Otro Don Guillen soy, pues soy su amigo:
Ejecuta en mi vida su castigo.
Manda, señor, cortarme la cabeza;
Viva quien te dió vida dadivoso;
No diga el vulgo, viendo tu aspereza,
Que eres ingrato en vez de generoso.
Con él está segura la grandeza
Deste Estado, que aumentes generoso;
Pues quedamos, tu enojo ejecutado,
Yo leal, él con vida, y tu vengado.

CONDE.

Nole debeis, Don Grao, fineza tanta, [go,
Ni Don Guillen (que honrais por un ami-
Cuando de vos murmurá y os levanta
Delitos que os imputa, y yo no digo)
El valor que os sublima y que me espanta
Merece, ni sin causa le castigo:
Antes me incita, cuanto mas os trato,
El velle al vuestro y mi favor ingrato.
Amigo os puedo ser de mas provecho:
Que envidio su ventura y vuestra fama;
Dejadme en mis agravios satisfecho;
Que no es leal quien desleales ama.
Yo sé que conservais dentro del pecho
La célebre hermosura de su dama, [la,
Reprimiendo el tormento que os desve-
Intentando olvidarla, amais á Estela.
A honrar con ella estoy determinado,
Por amante leal, vuestra persona:
Su esposo habeis de ser y mi privado,
Marques en Castellon, duque en Girona.
[surpalde la dama y el Estado:
Y si el conde, Don Grao, de Barcelona
Os es de mas provecho para amigo,
Dejad á Don Guillen, privad conmigo.

DON GRAO.

Si otro que vuestra Alteza me dijera
Semejantes razones...

CONDE.

¿Estais loco?

DON GRAO.

La espada, no la lengua, respondiera,
Ofendida de ver tenerme en poco.
La envidia, en los palacios lisonjera,
Que lealtades destierra poco á poco,
Os dirá, por mentir con lengua sabia,
Que Don Guillen me ofende y que os á
Á Estela quise cuando no sabia [agravia.
Que Don Guillen la amaba; pero luego,
Aquel dia mismo (¿qué digo aquel dia?)
Aquel instante) mi amoroso fuego,
Vueltas sus llamas en ceniza fria,
Argos en la amistad, sien gustos ciegos,
Desembarazó el pecho; y si tardara,
El alma por sacalle me sacara.
Premiad con Castellon y con Girona
Lisonjeros, señor, que solo sigo
El valor generoso que me abona,
Ya me deis alabanza, ya castigo:
Que puesto que reñais en Barcelona,
No se si os recibiera por amigo
(Perdonadme), por no vivir en duda [da.
De amistad que tan presto en vos se mu-
CONDE. [de

En fin, siendo parcial de quien me ofen-

¿Conspirais contra mí?

DON GRAO.

Mientras no toca
Don Guillen en traidor, ni dar pretende
La ocasion que á tal pena le provoca
Vuestra Alteza, señor, aunque le prende
(Pues hablando el rigor, calla la boca),
Perder la vida por mi amigo apruebo,
Salva la fe que cual vasallo os debo.

CONDE.

Pues si la perderéis, por atrevido.
¡Hola!

ESCENA X.

DON DALMAO, DON GASTON.—EL
CONDE, DON GRAO, DOÑA VICTO-
RIA, DOÑA GRACIA.

DON DALMAO.

Señor.

CONDE.

Llebad este arrogante
A una torre; veamos si, abatido,
En la amistad es vidrio, ó es diamante.
Quitale sus Estados.

DON GRAO.

Siempre he sido [tante.
La roca en medio el mar, firme y cons-
Multiplique rigores vuestra Alteza;
Que donde no hay combates, no hay fir-
[meza. (Vase.)

ESCENA XI.

EL CONDE, DOÑA VITORIA, DOÑA
GRACIA, DON DALMAO, DON GAS-
TON.

CONDE.

Don Dalmao, de Moncada sois vizconde,
Y Doña Gracia vuestra esposa.

DON DALMAO.

Beso

La tierra que pisais, pues corresponde
A la dicha amorosa que intereso.

CONDE.

[conde.]

(Ap. ¿Qué mal que el interes civil se abs-
Ya sabeis que Moncada fué del preso,
Y él vuestro amigo.

DON DALMAO.

¿Qué amistad pretende
Conmigo, gran señor, el que os ofende?

CONDE.

Decis bien. A Vitoria dé la mano
Don Gaston, y de Ampurias conde sea.

DON GASTON.

Si con serviros, tanto, si honor, gano,
¡Feliz el que por vos la vida emplea!

CONDE.

De amigo Don Guillen vuelto en tirano.
Quiero que en vos, con sus Estados, vea
Mi favor mejorado en su castigo.

DON GASTON.

Quien á vos os desirve, no es mi amigo.

CONDE.

Ya he cumplido. Vitoria, vuestro gusto.—
Al vuestro, Doña Gracia, os doy esposo.

DOÑA VITORIA.

Celebre, gran señor, con nombre augus-
El mundo vuestro pecho generoso. [to

DOÑA GRACIA.

Sois principe magnánimo, si justo;
Mi amor os engrandece venturoso.

ESCENA XII.

DON HUGO, y despues ESTELA.—
Dichos.

DON HUGO.

Preso en palacio Don Guillen, no sabe
Si muere o vive. (Sale Estela.)

CONDE.

Dadme pues la llave.

ESTELA. (Hincuse de rodillas.)

A tus piés tengo de ver,
Señor, en esta ocasion
Que tan persuasivas son
Lágrimas en la mujer.
Al Duque hiciste prender:
Si fué ó no á título honesto,
No sé; pero diré en esto
Que es en conservar tu Estado
Mas el oro que ha gastado,
Que los hierros que le has puesto.
Alcánzale en una suma
Notable, y en su valor,
Mas fe y crédito, señor,
Das que á su espada, á una pluma.
Bien es que pagar presume,
Que en fin es hacienda real;
Y aunque es poco mi caudal
Para el que el tuyo interesa,
De Miraval soy marquesa:
Yo te doy á Miraval.
Viviré en un monasterio;
Que aunque en él las que se encierran,
Sin delitos se destierran,
Y escogen su cautiverio;
La pobreza, vituperio
Del mundo en él estimada.
Por Don Guillen de Moncada,
La daré por bien perdida,
Y la vida por su vida,
Si así queda restaurada.
Venga en ella tus enojos,
Generoso catalán,
Y feria como galán
Amorosas prendas de ojos.
Pues si estimas tus despojos,
Darás á mi amor reparos,
Y á tu piedad nombres claros
Contra la infame cautela.

CONDE.

Vedme aquesta noche, Estela;
Que tengo mucho que hablaros.
(Vase el Conde y Don Hugo.)

ESTELA.

¿Cómo estais mudos, señores,
Y no intercedeis conmigo
Por Don Guillen vuestro amigo?

DON GASTON.

Yo no ruego por traidores. (Vase.)

DON DALMAO.

¿Qué valen intereses
Contra un principe enojado? (Vase.)

DOÑA VITORIA.

Quien no supo ser privado,
Sepa sufrir, y callar. (Vase.)

DOÑA GRACIA.

Yo no me atrevo á rogar
Por quien al Conde ha indignado. (Vase.)

ESTELA.

Quien en vosotros se fia,
Aqueste pago merece.
Las aves cuando anochece
Huyen, y hacen salva al día:
Salid vos, firmeza mia,
Cuando la amistad se absconde;
Que si ella no corresponde
A Don Guillen, hoy verá
Que muere Estela, ó le da
Vida y libertad al Conde. (Vase.)

Sala de prision en el palacio, con una chimenea.

ESCENA XIII.

DON GUILLEN. (Preso.)

El águila que al sol da en sacrificio
Los hijos que en sus rayos legitima,

Aquellos por bastardos desestima
Que no osan ver su luz: basta este in-
Exámen hace en lúcido juicio [cio.
De los polluelos cuya vista anima
Para miralle, y al cobarde intima,
En vez de amor materno, precipicio.
En la prosperidad, que es solliciente,
No es mucho que sus rayos sean testigos
De su nobleza, que es hermoso Febo.
Mas yo al águila en esto diferente,
¿Cómo me atrevo á examinar amigos,
Si en la tiniebla, no en la luz, los pruebo?

ESCENA XIV.

EL CONDE. — DON GUILLEN.

DON GUILLEN.

Pero ¿quién abre la puerta
De mi fingida prision?

CONDE.

Con bastante informacion
Habeis hecho prueba cierta
De amores encarecidos,
Y amigos examinados:
Muchos fueron los llamados;
Pocos son los escogidos.
El arte quimica toco
En la experiencia que haceis;
No os espante que saqueis
Mucha alquimia y oro poco.
Gaston, Dalmao, Garceran,
Como al temple se pintaron,
Fácilmente se borraron,
Ya sin figuras están.
Vitoria y Gracia, despues
Que os ven en mi disfavor,
Desde el tribunal de amor,
Apelan al de interes.
Solo en Don Grao se reduce,
Y en Estela, este tesoro,
Pues salieron como el oro,
Que á mas ensayos, mas luce.
Dad la vitoria y ventaja
A tal dama y tal amigo,
Y sed labrador que el trigo
Sabe apartar de la paja;
Que la amistad no es cosecha
Fértil, que en tiempo oportuno
Volviendo ciento por uno,
Enriquece y aprovecha;
Ni sois poco feliz vos,
Si en tan estéril edad
Que no se halla una amistad
Sembráis siete y cogéis dos;
Y acabemos de apurar
Pruebas que han de engrandeceros,
Y pago yo con no veros,
Que no lo puedo llevar.

DON GUILLEN.

La fama, señor, alabe
En ti el primer imposible,
Que es majestad apacible,
Jovial gusto y trato grave;
Que para no hacer agravios
Al valor que en ti sublimo,
La lengua corta reprimio,
Y en tus piés sello los labios.
¿Es posible, gran señor,
Que Estela ha podido ser
Constante, siendo mujer,
Primer milagro de amor?
¿Que ha vencido Don Grao pruebas
Del tiempo y la adversidad?

CONDE.

Del amor y la amistad
Son dos maravillas nuevas.
Esta máquina se acabe,
Que nos divide á los dos:
Y porque estando sin vos,
Estoy sin mí, aquesta llave (Dácela.)
Las puertas os franqueará

EL AMOR Y EL AMISTAD.

Que hay desde mi cuarto aquí :
Veréisme de noche así ;
Cerca desta torre está.
Vuelvome, por no perder
A nuestra industria y secreto
El prometido respeto,
Si nos viniesen á ver.

DON GUILLEN.

Dejadme, señor, primero
Besar estos piés.

CONDE.

Alzad.

Ya son las doce : mirad
Que de aquí á un hora os espero.

ESCENA XV.

DON GASTON y DON DALMAO, *que hallan á DON GUILLEN, hincado de rodillas delante del CONDE.*—DICHOS.
Despues DON GARCERAN.

DON DALMAO.

(Hablando á la puerta con Don Gaston.)

¿ La prision abierta ! ¿ Cómo !
¿ Mas si se fué Don Guillen ?

DON GASTON.

Miradlo, Dalmao, bien.

CONDE. *(Habla aparte con Don Guillen.)*

Don Gaston y el mayordomo
Me vieron daros los brazos :
Fingirme enojado quiero.

DON GUILLEN.

Sí, señor.

CONDE. *(Alzando la voz.)*

Librarme espero

Presto desos embarazos.

Desleal, si en el respeto

De mi honra no tocara ;

Yo tus culpas publicara ;

Mas matándote en secreto,

Mi afrenta enterraré hoy,

Castigando, en vez de lazos,

Tu alevé cuello mis brazos.

(Echa á Don Guillen los brazos al cuello, como si le quisiera ahogar.)

DON GUILLEN.

A tus piés humilde estoy.

CONDE.

Ya no valen humildades

Conmigo.

(Sale Don Garceran : él, Don Dalmao y Don Gaston se acercan al Conde.)

DON GARCERAN.

¿ Señor ! ¿ qué es esto ?

CONDE.

Venganzas, en que me han puesto

Engaños y deslealtades.

¿ Dónde está preso Don Grao ?

DON GASTON.

En esta torre.

CONDE. *(A Don Guillen.)*

Los dos

Moriréis mañana. Vos

Haced prevenir, Dalmao,

En la plaza un cadahalso.

DON DALMAO.

Haráse, señor, así.

CONDE.

Verá Barcelona allí

Castigar á un hombre falso.

DON GASTON. *(Ap. con Don Dalmao.)*

¿ Qué es esto ?

DON DALMAO.

¿ Yo cómo puedo,

Gaston, saberlo ?

CONDE.

Venid

DON GARCERAN. *(Ap.)*

Confuso voy.

CONDE. *(Ap. á Don Guillen.)*

Advertid,

Duque, que aguardando os quedo.

(Quiérense ir ; oyen voces de arriba, y luego ven bajar á Gilote por la chimenea, metido en un cesto.)

ESCENA XVI.

GILOTE. — DICHOS.

GILOTE. *(Desde arriba.)*

Echad la sogá mas paso,

Que es alta la chimenea.

Y yo un ángel de Guinea,

Segun me tizno y abraso.

CONDE.

Esperad. ¿ Qué es esto ?

GILOTE. *(Desde arriba.)*

El duende.

UNA VOZ DE ARRIBA.

Soltalde.

OTRA.

Huyamos.

(Sueltan arriba á Gilote á cierta altura, y cae con el cesto por la chimenea.)

GILOTE.

Con todo

Habemos dado en el lodo.

CONDE.

¿ Quién sois ?

GILOTE.

Un lacayo duende.

Qué mis desdichas me han puesto

Aquí ; y porque bajar pueda

Como seda sobre seda,

Soy un cesto en otro cesto.

CONDE.

¿ Quién eres, hombre ? ¿ qué dices ?

GILOTE.

¿ Quién quiere, señor, que sea ?

Quien por una chimenea

Baja, ó por unas narices,

Que es lo mismo. *(Ap. Al sol me pone.*

Como al cuero el zurrador.

¿ Ay cielos !

CONDE.

Sois un traidor.

GILOTE.

Su mercé miente, y perdone.

CONDE.

Matalde.

GILOTE.

Máteme Dios

Que me hizo. ¿ Es dotor él,

Que mata en tinta y papel ?

(A Don Guillen.)

Duco, defendedme vos,

Que á sacaros de prision

Vine.

CONDE.

El mismo se condena.—

¿ A sacalle !

GILOTE.

Es alma en pena,

Y yo cuenta de perdon.—

Señor, si comí su pan,

Y en bragas trocando el sayo

Tira hoy praza de lacayo

Quien ayer era un gañán ;

¿ No es bien, si lo considera

Que por echalle de aquí,

Siendo leal, baje así

Un lacayo en su vasera ?

CONDE.

Llebad preso ese traidor.

Salid.

GILOTE.

¿ Sin mas ni mas saca

De su jaula así á una urraca ?
No le dará buen olor.

CONDE.

¿ Vióse igual atrevimiento !

DON GASTON.

Salid.

GILOTE. *(Sale del cesto.)*

¿ La prieta, la grita !

(A Don Guillen aparte.)

Pues aunque el cesto me quita,

Quien hace un cesto, hará ciento.

CONDE. *(A Don Guillen.)*

Estas traiciones son vuestras ;

Pero no os han de valer ;

Que mañana os han de ver

Dando en un cadalso vuestras

De quien sois. Cargad de hierro

Ese hombre.

GILOTE

Mas ; bobear !

¿ Porqué mos han de cargar ?

(Ap. ¿ O quién agarrara un cerro

Cuestas abajo !)

CONDE.

A desleales

Yo les dará el pago presto.

GILOTE.

Señores, dejen el cesto,

Que me ha costado dos reales.

CONDE.

Cerrad esa puerta, y vamos.

(Ap. á Don Guillen.)

Mirad, Duque, que os espero.

GILOTE.

Por lacayo de bien muero.

¿ Medrados los dos estamos !

¿ Hierros me mandan echar !

¿ Miren qué calzas ó mangas !

Sali yo á caza de gangas,

Y grillos vine á cazar. *(Vase.)*

—

Salon de palacio.

ESCENA XVII.

ESTELA, y despues EL CONDE.

ESTELA.

Mandóme el Conde volver

Esta noche para hablarle,

Y aquí he querido esperarle.

¿ Cielos ! ¿ á qué puede ser ?

CONDE. *(Saliendo.)*

(Ap. Ya la Marquesa ha venido.

Hoy he de probar mas bien

Lo que tiene Don Guillen

En amor tan combatido.)

Pues, Estela....

ESTELA.

Gran señor,

A ver lo que mandais vengo.

ESCENA XVIII.

DON GUILLEN, *que se queda oculto.*—

EL CONDE, ESTELA.

CONDE.

Mucho que deciros tengo,

Todo en órden á mi amor.

DON GUILLEN.

(Sin ver al Conde y á Estela.)

No me han sentido salir

De la prision. ¿ Si estará

Solo el Conde ?

ESTELA.

Ya sabrá

Vuestra Alteza que á pedir

Libertad del Duque y vida

Vengo.

DON GUILLEN. (Ap.)
¡Ay cielos! ¡A tal hora
El Conde...! ¡Estela...!

CONDE.

Señora,
Ya yo sé vuestra venida.

DON GUILLEN. (Ap.)

Volvedme á esconder, enojos:
Volved, sospecha, á ser juez;
Probaré segunda vez.
Si saben mentir mis ojos.

CONDE.

Mas ha de estaros mas bien
Lo que deciros pretendo.
Con justa causa me ofendo.
Y castigo á Don Guillen:
Y pues es fuerza deciros
Lo que, por guardar respeto
A mi honor, tuve secreto:
Para mejor disuadiros
De vuestra esperanza vana.
Sabed que el Duque atrevido,
En mi ofensa ha pretendido
Ser amante de mi hermana.
Ella, que en sus pocos años
Funda su facilidad,
Dejó llevar su beldad
De persuasivos engaños;
Y tan adelante pasa.
Que si el cielo no me diera
Aviso, su esposa fuera,
Para afrenta de mi casa.
Papeles que les cogí,
Señas que en ellos noté,
Dan deste delito fe.

DON GUILLEN. (Ap.)

¿Qué escucho, cielo? ¡Ay de mí!

CONDE.

Para vengarme y vengaros,
Por los propios filos quiero
Que muera....

ESTELA. (Ap.)

De celos muero.

CONDE.

Y de esposo mejoraros.
El rey de Aragon me ofrece
A la princesa heredera
De su corona, y me espera
En Zaragoza. Merece
La hermosura y discrecion
Que en vos los celos han puesto,
Tanto, Estela, que he propuesto
Perder por vos á Aragon,
Y desposándos conmigo,
Coronar vuestra belleza,
Dar premio á vuestra firmeza,
Y castigar mi enemigo.

ESTELA.

Señor....

CONDE.

Querréis persuadirme

Lo mal que me está, Marquesa,
El perder con la princesa
Tal reino; que vos sois firme:
Y aunque los intentos vanos
Del Duque os han ofendido,
Que ha de ser de vos querido.
Pero yo que en estas manos

(Tómaselas.)

Tengo mi esperanza puesta,
En esos ojos que adoro,
En el hermoso tesoro
De aquesta beldad honesta,
Cifré, Marquesa querida,
Cuanto el gusto apeteció:
En solo un sí ó en un no.
Estriba mi muerte ó vida.
Sed Condesa, sed mi esposa,
Sed mi dueño, sed mi bien:
Muera el falso Don Guillen;

Dad sucesion amorosa
A este reino, que en vos vió
El sol que su luz contrasta.
Mi bien....
(Adelántase Don Guillen y los aparta.)

DON GUILLEN.

Basta, señor, basta,
Que no os pido tanto yo.

CONDE.

¡Traidor! ¿cómo has quebrantado
La prision?

DON GUILLEN.

Como quebrantas

De tu fe las leyes santas,
Y palabra que me has dado.
Perdóname, si indiscreto
Pierdo respeto y cordura,
Que si celos son locura,
Locos no guardan respeto.
¡Justa paga á mis quimeras.
Y indiscretas pruebas diste!
De burlas me perseguiste:
Muerte me das hoy de veras.
Mi imprudencia loca advierto.
¡Mal haya el hombre celoso,
Que por probar lo dudoso,
Se arriesga á perder lo cierto!
Perdite al fin, gran señor,
Pues por Estela perdido,
No si el cielo no me dió
Al primer golpe de amor.
Y si á ti, que en la nobleza
Eres sol que alumbrá á España,
La cifra, el valor, la bazaña
Mayor de naturaleza,
Te pierdo, ¿qué hay que probar
Amistades inconstantes?
Ya no hay firmeza en diamantes,
Torre al viento, roca al mar,
Amistad que no esté en duda,
Amor de satisfaccion,
¡Lies el conde Don Ramon
Lo fué todo, y ya se muda.
Y pues me han salido falsos
Los mas finos que probé,
Y me matas, ¿para qué
Finges prisiones, cadalsos,
Muerte y castigos atroces.
Si aqui he visto sus efectos
Cifrados? Fuera secretos;
Salid á luz; démos voces.
Caballeros, la verdad (Gritando.)
Que hasta agora oculta ha estado,
Es que el Conde me ha engañado,
Es que no hay firme amistad,
Es que amor todo es cautela,
Y es que Don Ramon resuelto,
Veras las burlas ha vuelto,
Y quiere quitarme á Estela.

CONDE.

Volved, Don Guillen, en vos,
Y reparad mas despacio....

ESCENA XIX.

DON GASTON, DON GARCERAN, DON
DALMAO, DOÑA VITORIA, DOÑA
GRACIA. — Dichos.

DON DALMAO.

¿Quién da voces en palacio?

DON GASTON.

Su Alteza está con los dos,
Estela y Don Guillen, suelto.

DON GUILLEN.

Caballeros, yo no he sido
Desleal, ni fementido:
Tarde por mi fama he vuelto;
Mas ya es tiempo de verdades.
Fingió el Conde aborrecerme,
Y á mi instancia, hizo prenderme

Para probar amistades
Y amores, que ya os revela
El agravio que me incita.
El Conde á Estela me quita,
Y no se resiste Estela.

ESTELA.

Duque, paso; poned, Duque,
Freno y límite á la lengua,
O mi injuria os le pondrá;
Que ya por hablar, reventia.
Si el conde de Barcelona,
Pretendiéndome, se venga
De vuestro amor desleal,
Indignado que en su ofensa
Soliciteis á su hermana,
Y ingrato pagueis las deudas
De su privanza y mi amor,
¿Por qué culpáis mi firmeza?
¿Pierde, por ser combatida
De los cañones, la fuerza
Que desanimando escalas,
Queda inmóvil, rotas ellas?
¿Pierde la encina constante,
Porque á los vientos opuesta,
No solo el tronco, sus hojas
Vitoriosas permanezcan?
¿Oro que apuran trabajos?
¿Nave que vence tormentas?
¿Valor que gana blasones?
¿Sol que desvanece nieblas?
¿Pues porqué queréis que yo,
Duque, persuadida, pierda?
¿Constante á ruegos, me agravie?
¿Me afrente, firme á promesas?
¿Admittas? ¿dile el sí?
¿Turbénme alegre? ¿hice señas?
¿Mostré gusto? ¿intimé gracias?
¿Junté manos? ¿honré prendas?
Ni á él, ni á vos, ni á ninguno
De los hombres (de la afrenta
Diré mejor justamente
De vuestra naturaleza)
Pienso amar, ni ver, ni oír;
Porque habitando entre fieras,
Por cortes, viviré campos,
Por casas, cursaré selvas:
A vos por mudable; al Conde
(Perdóneme vuestra Alteza),
Porque es ingrato á servicios;
Porque no cumple promesas:
Y yo, aunque mujer, constante.
A combates fortaleza,
Encina á vientos contrarios,
Roca al mar y sol á nieblas,
Vencedora de todos, entre fieras,
Procuraré quedallo de mi mesma.
(Quiere irse, y el Conde la detiene.)

CONDE.

Esperad, Marquesa insigne;
Caballeros, detenelda,
Y traedme aquí á Don Grao:
Que ya hastan tantas pruebas.
Sacad al pastor tambien
Que está preso, porque tenga
Premio justo su lealtad.

(Vase Don Gaston.)

ESTELA.

Dadme, gran señor, licencia
Para salir de la corte.

CONDE.

Escuchad, primero, Estela,
Verdades que os eternicen,
Disculpando mi inocencia.

ESCENA XX.

DON GRAO, DON GASTON, GILO-
TE. — Dichos.

DON GASTON.

Este es, gran señor, Don Grao,

Y este el pastor.

GILOTE. (Ap.)

¿Mas que ordena,
Sin ser el verdugo cardo,
Que me presente una penca?

CONDE.

Caballeros, Don Guillen,
Para que nuestra edad sepa
Que hay amistad y hay amor
Firme en la fortuna adversa,
Me persuadió á lo que veis,
Saliendo Don Grao y Estela
Solos con este imposible.
Y para hacer experiencia
De su admirable constancia,
La mas apretada prueba
Que inventar mi industria supo,
Hice, fingiendo quererla.
Ella salió con *vitoria*,

Y tan en mi *gracia* queda.
Como las dos deste nombre
Con disculpa, si lo es buena
El decir que son mujeres.
Cásense los dos con ellas,
Y a todos cinco les sirva
De castigo su vergüenza;
Que restituyendo al Duque
Sus cargos, villas y rentas,
Lo que á sus amigos di,
Quiero que Don Grao posea.
Quede este pastor conmigo,
Y mi guarda mayor sea,
De su lealtad premio justo.

DON GUILLEN y ESTELA.

Dénos los piés vuestra Alteza.

GILOTE.

Y á mi por armas desde hoy,

Pues así servicios prontas,
Señor, en campo de mugre,
El cesto y la chimenea.

DOÑA VITORIA.

Gracia, burlado nos han.

DOÑA GRACIA.

Si en nosotras escarmientan
Las bellezas desta corte,
Yo doy la burla por buena.

CONDE.

El rey de Aragon me llama,
Que del reino y la Princesa
Quiere hacerme feliz dueño :
Vuestra hoda, hermosa Estela,
Celebraréis con las mias.
De aqueste modo se prueba
El Amor y el Amistad.
Tirso es, senado, el poeta.

PRIVAR CONTRA SU GUSTO.

PERSONAS.

EL REY DE NAPOLES, DON FADRIQUE.
ISABELA, *infanta*.
DON JUAN DE CARDONA.
DON LUIS DE MONCADA.
LEONORA, *dama*.
CLAVELA.

MARCO ANTONIO, *cambista*.
CALVO, *gracioso*.
OCTAVIO.
CESAR.
ASCANIO.
RUGERO.
HORACIO.

ANTONELO.
CINCO ENMASCARADOS.
TRES PASTORES.
UN PAJE.
ACOMPAÑAMIENTO.
PRETENDIENTES.

La escena es en Nápoles y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

Bosque.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, *de caza*, y LEONORA, *retirándose de él*.

REY.
No ofende á la cortesía,
Cuando es noble la beldad.
Oid.

LEONORA.
La seguridad
Poco de ocasiones fia.

REY.
Bien podía
En vuestro hermoso sugeto
No aposentarse el temor;
Que os prometo,
Si bella engendrais amor,
Que grave causais respeto.

LEONORA.
Bien dicho.

REY.
Y mejor sentido.
LEONORA.
Peligro el campo amenaza,
Todo es engaño en la caza,
Todo en la corte es fingido.
Si venido
Habeis al campo á cazar
De la corte, será en vano
Lisonjear,
Pues, cazador cortesano,
No vendréis sino á engañar.

REY.
Fiad de mí.

LEONORA.
Gran locura,
Siendo vos cazador, fuera.

REY.
Esperad.

LEONORA.
Caza que espera,
Poco su vida asegura.

REY.
A la hermosura
Que en vos logra su blason,
Vuestro entendimiento ha puesto
Perfeccion;
Pues juntais en un supuesto
La belleza y discrecion.
; Que haya yo en el campo hallado,
Sin buscarle, tal tesoro!
Pero ; dónde se halla el oro
Si no es en el despoblado?

Descuidado
Sali á cazar : ; quién creyera
Que en viéndós yo, lo quedara !
; Ay suerte fiera!
; Que el cazador se ausentara,
Y la presa le siguiera!

LEONORA.
Conforme vos lo decís,
Causándome vais sospechas
De que con palabras hechas
Vendeis lo que no sentís.
Persuadís
Exagerador, no amante :
No os agravia que esto os diga ;
Que elegante,
Mintiendo amor que mendiga,
Habla poco el vergonzante.
Pero con todo eso, quiero
Agradecer, y pagáros
Indicios, aunque no claros,
De amor, quiza verdadero.
Caballero,
En reglas de medicina,
Si el mal comienza á arraigarse
Peregrina
Receta es el ausentarse
Del daño que se avvicina.
Yo quiero en esto servirlos ;
Que vos, si del modo amais
Que agora me ponderais,
No acertaréis á partiros.
Despediros
Es haceros mas favor.
Adios.

REY.
Mirad que estoy loco,
Y que es mejor
Curar el mal poco á poco,
Porque de golpe es rigor.
Si mi locura os confieso,
Crueldad será conocida
Querer quitarme la vida
Por querer curarme el seso.
Yo intereso
Vida en veros : esto es cierto.
Si os vais, de mí fin extraño
Os advierto;
Pues ; no será menor daño
Dejarme loco que muerto?

LEONORA.
Señales da vuestro amor
De que la enfermedad crece,
Pues todo enfermo apetece
Lo que le ha de estar peor.
El favor
Que os hago, cura os aplique;
Que el no verme os está bien.

(*Quiere irse.*)
REY.
No publique

Mi muerte vuestro desden.
Mirad que soy el Rey.

LEONORA.
; Quién ?
REY. (*Muy grave.*)
Yo soy el rey Don Fadrique.

LEONORA.
Gran señor..... ; Caso notable !
; Vos solo y aquí!

REY.
Sali
A cazar, y presa fui
De vuestro hechizo agradable.

LEONORA.
Incurable
Es ya vuestra enfermedad,
Pues no intentando atajalla,
; Qué igualdad
Tendrá una humilde vasalla
Delante una majestad?

REY.
Con su contrario se cura
La enfermedad ; pero ; quién
Sois vos que en tanto desden
Conservais tanta hermosura?

LEONORA.
Mi ventura
Me destinó á habitadora
Destas selvas, donde gano,
Cazadora,
Libertad con un hermano,
Que aquellos palacios mora.
Con vuestro padre privó
El nuestro en tiempos pasados,
Y paró en lo que privados
Suelen : volaba, y cayó.
Escarmentó
Mi hermano, y dejando sumas
Esperanzas, que el recelo
Pinta espumas,
Por no ocasionar su vuelo,
Cortó á la ambicion las plumas.
Aquí, aunque con corta hacienda,
Con copiosa libertad,
Vive la seguridad
Sin que la envidia la ofenda.
No pretenda
Esta quietud ofender
Vuestra Majestad, señor ;
Que el poder
En el campo, y con amor,
No asegura á una mujer.
(*Hace una grande reverencia, y vase.*)

ESCENA II.

EL REY.
Hermosa me ha enamorado,
Discreta se ha despedido

Honesta me ha reprimido,
Y apacible me ha hechizado.
Mi cuidado
Ya será infierno sin vella,
Y el verla me ha de encender.
Voy tras ella;
Que no se lance de perder
Mujer noble, honesta y bella. (Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN, con una liga en la mano,
DON LUIS.

DON JUAN.
Oid milagros de amor,
Don Luis, porque admireis
Mi dicha, y no os espanteis
De que andando á caza amor,
Las libertades persiga;
Pues á pesar de escarmientos,
Plumas de mis pensamientos
Sou despojos desta liga.
Ya no tengo libertad;
Perdila; ya vivo preso.

DON LUIS.
Don Juan, ¿qué es de vuestro seso?

DON JUAN.
Amor me le hurtó; escuchad.
Divirtiéndome pesares y calores,
Registraba las márgenes amenas
De aque-se río, que rescata flores
Por líquido cristal y oro en arenas:
Cuando entre unos jazmines trepadores,
Celosías del sol á quien apenas
Permiten bosquejar cuadros de Flora,
Medio desnuda vi á la blanca Aurora.
Detengo el paso, escóndome y acecho
(Entre las hojas de un taray oculto)
Desnudándose un ángel, satisfecho
El río, Apéles de su hermoso bulto.
En cabellos, en ojos, boca y pecho,
Oro, zafir, coral, mármol, al culto
De la deidad, debido á la belleza,
Hipérholes juntó naturaleza.
Acrecentaba Apolo á rayos rojos
Grados de fuego, que abrasando aprisa
Se la dan á la dama, y el todo ojos.
Lo que en Dafne no pudo, aquí divisa
Despoja ropas, del amor despojos,
Hasta el lino sutil (si no camisa),
Velo que corre á imágen cristalina
El viento, sumiller de su cortina.
Alabastros descalza, que aprisiona
El prado en flores, porque no se vaya
Claveles grillos son, si no corona,
Que pisados alienta y no desmaya.
El río, que estas dichas ocasiona,
Con labios de cristal, pasa de raya,
Y á la lengua del agua, por tocillos,
Argos de lenguas es hasta besallos.
El derecho jazmin tiente la orilla,
Y se estremece cuando toca en ella:
Cristal el pié, cristal la zapatilla,
Que calzara el amor, á merecella.
Círculos apresura al recibilla
La fugitiva plata, aunque con ella,
Envidiosa de ver que su luz horre,
Rehusando el competir, corrida, corre.
Entra el segundo pié, basa segunda
De mármol vivo, de animada nieve:
Ya da otro paso; ya, aunque no profunda,
Adonde nunca el sol, la agua se atreve:
La tela en fin, de aquella imágen funda,
Arroja á un arrayán, y de un ay leve
Animada, ondas puebla de marfiles,
Y milagros de amor muestra en viriles.
Fuera insensible yo, si resistiera
A tantos incentivos de hermosura,
Irracional, si el alma no la diera:
Loco, á no hacer extremos de locura:
En fin, miéntras cristales bañan cera,
Que cándida á la nieve vence pura,

Con mudos pasos, emboscado en flores,
A sus ropas me llevan mis amores.
Esta liga la hurto, si merece
Tan afrentoso nombre quien por ella
La deja un alma en prendas, que enoble-
Honrosa estima de elección tan bella. [ce
A mi sitio me vuelvo; y miéntras crece
Reflejos de cristal mi hermosa estrella,
Que entre los globos de sus olas fragua,
Fuego corre ya el río, si ántes agua.
Vuelve á la orilla, y con el blanco lino
Bruñida plata enjuga (entre las perlas
Átomos, que despide el cristalino [las),
Desden, que á ingratitud juzgué perder-
Pródiga del tesoro peregrino,
Y ya Tántalo Apolo por heberlas:
Con ellas rico el prado abril brota,
Y jazmin, si ántes perla, cada gota.
Encubre cielos el vestido avaro
Otra vez, de que el prado llora triste,
Por ver nubes de linos en sol claro.
Que desnuda al abril cuando las viste:
Busca la liga, de mi amor reparo,
Y no hallándola, cóleras resiste,
Y registrando flores que despoja,
Hurto de amor acusa en cada hoja.
Que llega en busca suya entónces siento
Un escudron de damas (digo estrellas):
Yo con el robo entónces avariento,
Los pasos enmudezco, y huyo dellas:
No me sintió ninguna, ni aun el viento,
Pues á su imitación desmenti huellas,
Y ganancioso cuando mas perdido,
Vengo, en fin, con despojos y vencido.

DON LUIS.

Tan poeta exagerais,
Como hisoño quereis;
Mas ántes que os enlanceis,
Conoce á quien amais:
Que segun el sitio y puesto
Donde vistas á esa dama,
Vuestra encarecida llama
Corre riesgo manifiesto:
Que este es bosque de palacio,
Donde el rey Fadrique tiene
Su recreacion cuando viene
A gozar su ameno espacio:
Y está la Infanta con él,
Su hermana.

DON JUAN.

Yo hallé la puerta
Desta cerca y bosque abierta;
Divirtiome el real verjel,
Y alguna dama á quien dió
El calor causa, seria
La desta ventura mia,
Pues al sol nadando vió:
Porque sola, claro está
Que no habia de ser la Infanta.

DON LUIS.

Cuando la calor es tanta,
Y aquesta soledad da
Seguridad y ocasion
Para humanarse bellezas,
Que cansadas de grandezas
Huyen de su ostentacion:
En fe que tal vez la copia
Da fastidio, la mas grave
Querrá probar á qué sabe
Servirse sola á sí propia.

ESCENA IV.

CALVO, alborotado. — DON JUAN,
DON LUIS.

CALVO.

¡Aquí de los labradores!
¡Aquí el que fuere de ley;
Que matan á nuestro Rey
Seis disfrazados traidores!
DON JUAN.
¿Qué dices, loco?

CALVO.

¡Ay, señor!

Honra tu espada valiente
Aquí.

ESCENA V.

ANTONELO y OTROS CINCO ENMASCARADOS, acuchillando al REY. — DON JUAN, DON LUIS, CALVO.

ANTONELO. (Ap. á los suyos.)
En acudiendo gente,
Somos perdidos.

REY.

¡Traidor!

¿A tu Rey?

ANTONELO.

No hay rey aquí,
Sino el conde de Anjou.

ENMASCARADO 1.º

Muera.

(Echan mano á las espadas Don Juan, Don Luis y Calvo, y acometen á los enmascarados.)

DON JUAN.

¡Oh cobardes! eso fuera.
A no haber lealtad en mí:
A ellos, que todos son
Canalla, gran Don Luis.
(Entranse peleando todos, ménos Calvo y un enmascarado.)

CALVO.

Con cáscaras me venis
En las caras, á traicion!
Pues no os me habeis de ir en salvo,
Cobardes, caras de á dos,
Que soy Calvo y, vive Dios,
Que no me igualó Lain Calvo.
(Entranse Calvo y el enmascarado con quien peleaba, y adlense acuchillando Don Juan sin espada y otro enmascarado.)

DON JUAN.

Quebrado se me ha la espada.

ENMASCARADO 2.º

Para que mueras aquí.

DON JUAN.

Traidor, industria hay en mí,
En el peligro estimada,
Para que supla el acero.
(Echale á los ojos la capa, y hiétrele con la daga.)

Ahora que ciego estás,
Mi valor conocerás.

ENMASCARADO 2.º

¡Favor! ¡ayuda, que muero! (Huye.)
(Salen Antonelo y otros dos contra el Rey que tropieza y cae, y yendo á herirle, se echa sobre él Don Juan y recibe el golpe, toma la espada del Rey y da tras ellos.)

ANTONELO.

Cayó el Rey.

REY.

¡Suerte cruel!

Muerto soy.

DON JUAN.

Mi Rey cayó;

Mas defenderéle yo,
Arrojándome sobre él.
Repáre el golpe mi vida,
Y piérdase, pues hoy vale
La de mi rey.

ANTONELO.

Dale.

ENMASCARADO 3.º

Dale.

DON JUAN.

Aquí fuera bien perdida;

Mas no favorece el cielo

(Huyen los tres enmascarados.)

Traidores. Poneos, señor,

En cobro; que del favor

De vuestra espada, y del celo

De mi lealtad, me prometo

Todo suceso dichoso. *(Vase.)*

REY.

¡Oh mancebo generoso! *(Levántase.)*

Si me saca deste aprieto

El cielo, yo premiaré

Tu socorro y tu lealtad

Tanto, que á la eternidad

Altars y estatuas dé. *(Vase.)*

ESCENA VI.

TRES PASTORES, armados á lo gracioso.

PASTOR 1.º

¡Aquí del pueblo! que al reye
Diz que matan.

PASTOR 2.º

Gil Bermejo,

La campana del concejo
Toquen.

PASTOR 3.º

¡Al Rey, quién lo creye?
Pues el Rey ¿puede morir?

PASTOR 1.º

¡No es tambien presona el Rey?

Muérese un jumento, un buey,

Que es mas para resistir,

Y el Reye que es de alfébique,

¿Se habia de quedar acá?

PASTOR 3.º

Si es así, vamos alla,

Y no muera el rey Fadrique. *(Vanse.)*

Sala de una quinta del Rey.

ESCENA VII

EL REY, DON JUAN, con el brazo izquierdo sostenido en una banda, que será la liga que sacó antes.

DON JUAN.

Sois los traidores fueron,
Los dos huyen heridos, tres murieron,
Y Antonelo, cabeza

Desta conjuracion, que á vuestra Alteza

En tal peligro puso,

Si arrepentido no, preso y confuso

Queda en mi casa, adonde

Por dos heridas miseras responde

A la muerte, que cierta

Entrar pretende, y duda por cuál puerta.

REY.

Don Luís de Moncada

¿Adónde está?

DON JUAN.

Su valerosa espada

Defensa tuya ha sido,

Y vitorioso (aunque tan mal herido,

Que de su vida dudo)

Quiso venirme á ver; pero no pudo,

Y ocupando su fama

Lenguas y plumas, honra en una cama

Mi casa, donde queda,

Mi amistad ilustrando que le hospeda.

REY.

Y vos ¿estais herido?

DON JUAN.

No, señor; un piquete solo ha sido,

Que graba la memoria,

Para conservacion desta vitoria.

REY.

Y en mi agradecimiento

Obligaciones, que pagar intento.

Si en vos hallo nobleza,

Al paso que lealtad y fortaleza.

La vida me habeis dado,

Dos veces á la muerte destinado:

Por vos soy rey de nuevo:

En fin, que la corona y vida os debo.

No igualan beneficios,

Por mas que os llegue á dar, tales servi-

Mas pagaré á medida *[cios];*

De mi poder, y quedaraos mi vida

Deudora eternamente.

DON JUAN.

Agradeciendo paga el Rey prudente;

Y estóilo yo con eso *[so].*

Tanto, que honrando labios, tus piés be-

ESCENA VIII.

LEONORA.—EL REY, DON JUAN.

LEONORA.

Dóile á vuestra Majestad

Mil plácemes de la vida,

Felizmente restituida

Por el valor y lealtad

De mi hermano, á quien debemos

Cuantos vasallos de ley

Tiene Nápoles, un rey

Que nuevamente gocemos.

Ya querré á Don Juan mas bien

Por librar vuestra persona,

Que por mi hermano y Cardona.

REY.

Y yo por el parabien

Que vos me venis á dar,

Juzgo por bien empleado

Todo el peligro pasado;

Que no se suele comprar

Lo que vale tanto, en poco.

Mas, este caballero ¿es

Vuestro hermano?

LEONORA.

El interes

Con que mi dicha provoco,

Me viene de ser su hermana.

REY.

¿Vos sois Don Juan de Cardona?

DON JUAN.

Con ese blason me abona

La nobleza catalana.

REY.

Hijo seréis, segun eso,

De Don Pedro, gran privado

Del Rey mi padre.

DON JUAN.

Causado

Del intolerable peso

Del reino, carga cruel,

Que de sus hombros fió

El rey Alfonso, paró

En dar en tierra con él.

Obligaron desengaños

A que huvendo aduladores

Y desmintiendo favores.

Diese quietud á sus años

Y licion al escarmiento

En aquesta soledad,

Cuya quieta amenidad

Nos dejó por testamento:

Y los dos le hemos cumplido

De suerte, que con estar

Tan cerca deste lugar

La corte, habemos huido

Su encantada confusion,

Solo con la mediania

Contentos, que á Dios pedia

El discreto Salomon.

REY.

Añadís obligaciones

Tantas, Don Juan de Cardona,

Que es pequeña mi corona

Para sus satisfacciones.

Vuestro padre me sacó

De pila, y dél aprendí,

Si hay cosa de estima en mí,

La virtud que le ilustró.

La envidia, que á la privanza

Como al blanco suyo tira,

Abonando la mentira,

A la ambicion dió venganza.

Mi padre, mal informado,

Dió á Don Pedro pago injusto

Pudiendo mas que su gusto

Ciegas razones de estado.

Heredóle Don Fernando

El rey, mi hermano mayor,

En el Estado y rigor;

Y él cuerdo, menospreciando

Honras, que tal premio dan,

De suerte se retiró,

Que al olvido dedico

Hazañas que en bronce están.

Mas yo criado por él,

Y defendido por vos,

Deudor de entrambos á dos,

Uno leal y otro fiel,

Es justo que satisfaga

Por los dos con beneficios,

Si para tantos servicios

Hay en mi reino igual paga.

Los cargos que ejerció

Vuestro padre, os restituyo:

Esto es de derecho suyo,

Y soy vuestro deudor yo.

No me llame su señor

Quien á Don Juan de Cardona,

Como á mi misma persona,

No venera su valor.

Mi obligacion, vuestra ley,

Darán de quién sois indicio:

Rey seréis en ejercicio,

Y yo solo en nombre rey.

Despachad vos mis consultas,

Presidid en mis consejos,

Premiad capitanes viejos,

Dad cargos, proved resultas,

Gobernad, subid, creed;

Que en todo sois el mayor

De Nápoles.

DON JUAN.

Gran señor.....

REY.

No es esto haceros merced,

Sino pagaros la vida

Que debo á vuestra lealtad.

DON JUAN.

Mire vuestra Majestad.....

REY.

No receleis la caída,

Ni tengais temor que pueda

La fortuna derribaros,

Que yo para conservaros,

Un clavo pondré en su rueda.

DON JUAN.

Escúcheme.....

REY.

Será en vano;

Que á mas que esto me apercibo.

ESCENA IX.

LA INFANTA ISABELA, ACOMPAÑA-

MIENTO.—EL REY, DON JUAN.

INFANTA.

¡Que merezco veros vivo,

Rey, señor, querido hermano?

Hagan mis brazos alarde

Del contento en que me veis.

Hoy, cual fénix, renacéis.

Dios de peligros os guarde.

¡Mal haya la caza, amen,

PRIVAR CONTRA SU GUSTO.

A que sois tan inclinado,
Pues tal ocasion ha dado
A los que no os quieren bien!
No salgais desde hoy sin guarda.
Mirad lo que al mundo importa
Vuestra vida.

REY.

Fuera corta,
A no haber ángeles de guarda.
Mi Isabela, que deshizo
De los traidores los lazos.
Dalde gracias, dalde brazos,
Pues su valor satisfizo
La lealtad mas celebrada
Que tuvo vasallo fiel.
Honrad mi privanza en él,
Que está Don Luis de Moncada
Peligroso, y es razon
Visitarle.

INFANTA.

Pues, ¿quién es
Quien os dió vida?

REY. *(Sin volver la cabeza á Don Juan.)*

El marques
De Manfredonia, el baron
De Castelmar y Monsanto,
El conde de Oberisel,
El duque de Capua fiel,
El principe de Taranto,
El mayordomo mayor
De mi casa, el que ha de ser
Desde hoy mi gran canceller.
Y en fin, el gobernador
Deste reino, que los dos
Debemos á su persona.
Este es Don Juan de Cardona.

(A Leonora.)

Enseñadme á Don Luis vos.
(Vanse el Rey, Leonora y los del acompañamiento.)

ESCENA X.

LA INFANTA, DON JUAN.

INFANTA.

Quien así á su rey obliga,
Con razon su reino manda.....
(Ap. Pero ¡ay cielos!) Esa banda
¿Quién os la ha dado?

DON JUAN

¿Esta liga?

La osadía y el dresco,
La ocasion y la hermosura.
La soledad y ventura.
Yo vi en un rio el trofeo
De una imagen celestial,
Y que entre su esfera fria,
Trasparente competia
El cristal con el cristal.
Yo vi de vidrios vestido
Un sol, que sus signos muda:
Yo vi esta tarde desnuda.....

INFANTA.

No digas mas, atrevido.
Cesa, calla y al recato
De quien hablas ten respeto;
Profanado has el secreto,
Que injurió tu desacato.
Quien como tú se ha atrevido
A reservados despojos,
Osando pasar los ojos
Los límites del vestido;
No es posible satisfaga
Injuria tan conocida,
Si con la mano ó la vida,
Esposo ó muerto no paga.
Esposo no puede ser;
Que hay mucha desigualdad:
Matarte será crueldad:
Cuando tiene vida y sér

El Rey mi señor por tí
¿Qué haré?

DON JUAN.

Sacarme los ojos,
Pues á divinos despojos,
Siendo humano, me atreví

INFANTA.

¿Qué desacato ó locura
A tal parte te llevó?

DON JUAN.

La de Acteon cuando vió
De Diana la hermosura.

INFANTA.

¿Conocistame?

DON JUAN.

Señora,

Fué tanta vuestra heldad,
Que allí os juzqué por deidad.
Aunque por la infanta agora.
Ya es menor mi desatino,
Pues que me excuse en vano.
Pues atreverse á lo humano,
Menos es que á lo divino.
Porque si yo os conociera,
Ni esta prenda vuestra hurtara,
Ni así la manifestara,
Ni á ofenderos me atreviera.
Contingencias impensadas,
¿Qué rigor no las perdona?

INFANTA.

¿Has dado á alguna persona
Parte desta?

DON JUAN.

Disfrazadas

Excusas daros pudiera,
Bastantes á disuadirlos;
Mas ni yo quiero mentiros.
Ni siendo quien soy, supiera
A Don Luís de Moncada
Le he contado cuanto vi.

INFANTA.

¿A Don Luís? ¿Ay de mí!

DON JUAN.

La amistad no encubre nada.

INFANTA.

¿Y supo que era yo acaso?

DON JUAN.

¿Cómo, ignorándolo yo?
Alguna dama creyó
Que era, vuestra.

INFANTA.

¿Extraño caso!

Don Juan, aquestos enojos
Os perdono, aunque en mi mengua,
Como negueis á la lengua
Permisiones de los ojos.
Persuadid á Don Luís
Que de la dama que vistes,
Noticia despues tuvistes;
Que si loco le decís
Verdades que desdorar
Puedan mi fama ofendida.
Os ha de costar la vida:
Mirad lo que os va en callar.
Decidme que fué Narcisca,
O Clavela.

DON JUAN.

Ansí lo haré,

Aunque ni las vi, ni sé
Quién son.

INFANTA.

Su fama os avisa.
Y mi abono, que merecen
Cualquiera ponderacion
Que hayais hecho, porque son
Las que esta corte enloquecen.
Quitáos despues esa liga,
Y quemalda.

DON JUAN.

¿En qué os ofende?

INFANTA.

A quien á su dueño vende.
Ansí mi rigor castiga.

DON JUAN.

Solo de mi dicha corta
Tal premio pudo esperar.

INFANTA.

No os tengo que exagerar
Lo que el callar os importa.

DON JUAN.

Si verme mudo gustais,
Ya lo estoy. *(Ap. ¡Ay amor vano!)*

INFANTA.

Por vida del Rey mi hermano,
Que os mande matar si hablais.

ESCENA XI.

EL REY, CALVO. — DON JUAN, LA INFANTA.

(El Rey y Calvo hablan aparte en el fondo.)

CALVO.

Sirvo á Don Juan de Cardona,
Y en esta pendencia he sido,
Señor, quien ha merecido
Favorecer tu persona:
Pues si no fuera por mí,
Nunca hubiera Don Juan hecho
Cosa alguna de provecho.
Esto es verdad.

REY.

¿Cómo así?

CALVO.

Porque siempre que se viste,
Le doy la capa y espada,
Y sin esta no hace nada.

REY.

Bien.

CALVO.

Mi presencia le asiste,
Aliviando sus trabajos.

REY.

¿Y en qué oficio?

CALVO.

Honrado estoy.

Pues su maestresala soy.
Digo, de los cuartos bajos.

REY.

Pues ¿hay maestresalas ya
De arriba y de abajo?

CALVO.

¿Y cómo!

Maestresala y mayordomo
Alti-bajos hay acá.
Yo los manjares despacho,
Maestresala y despensero,
Porque, en fin, sirvo el harnero
A dos caballos y á un macho.

REY.

¿Pues cómo le vestís vos,
Lacayo?

CALVO.

Por ahorrar,
En la aldea se usa dar
Los cargos de dos en dos.

REY.

¿Cómo os llamais?

CALVO.

La limpieza
De mi apellido es de traza,
Que no hay un pelo ni raza
En él: anda en la cabeza,
Aunque damas y bisoños
Dan, por desautorizalle,
En perseguirle y tapalle
Con cabelleras y moños.

REY.

Calvo os llamais, según eso.

CALVO.

Calvo es un huevo tambien,
Calvos los cielos se ven,
Calvo un melon, calvo un hueso,
Un elefante, un pepino;
Calva la ocasion se llama,
Y yo he visto de aqui dama
Mas calva que un perro chino.

INFANTA.

El Rey viene.

DON JUAN.

¡Calvo! ¡Ah necio!

Aparta de ahí: ¡estás loco?

CALVO.

Bufonizo poco á poco,
Que es la plaza de mas precio.
No has todo tú de medrallo:
Dejanos tambien privar.

(Vase.)

REY.

Id, hermana, á visitar
A Don Luís, fiel valallo,
Que está á la muerte por mí,
Y merece lealtad tanta
Que favorezca una infanta
A quien sirve al Rey ansi.

INFANTA.

Tengo en mucha estima yo
Lo que vuestra Alteza estima.
Su peligro me lastima:
Voy á verle. (Ap. Quien me vió
Desnuda, siendo atrevido,
¿Qué pena merece? Honor,
No consulteis al amor;
Que dirá: Ser mi marido.)

(Vase.)

ESCENA XIII.

EL REY, DON JUAN.

DON JUAN. (De rodillas.)

Gran señor, gran premiado
De sepultados servicios,
Que á la luz de tus mercedes
Resucitan del olvido:
Si las que hacer acostumbra,
Si las que de tí recibo,
Si en las que honrarme pretendes,
Si las que en tu amparo cifro,
Son bastantes á obligarte,
Una sola te suplico
Que otorgues á la lealtad
Con que amoroso te sirvo.

REY.

Don Juan, ¿vos con ceremonias?
¿Vos necesitáis de hechizos
Para pedirme mercedes,
Sabiendo en lo que os estimo?
Levantad, alzáo del suelo;

(Levántase Don Juan.)

Que me corro cuando os miro
Dudoso de lo que os amo,
Y ofendiéndos á vos mismo.
¿Tan poco es lo que yo os debo?
¿Tan avaro me habeis visto?
¿Tan desobligado estoy,
O vos, Don Juan, tan indigno,
Que necesiteis conjuros
Intercesores conmigo?
Solos estamos: pedídmelo,
No como á rey, como amigo.

DON JUAN.

Tienes de darme palabra
De concederme propicio
Lo que llevo á suplicarte
Antes que empiece á decirlo.

REY.

¡Válgame el cielo! Pues ¿hay,
Don Juan, en mis señorios,
En mi tesoro, en mi alma,
Cuando toda os la he ofrecido,
Cosa que dificulteis?

Mi reino está á vuestro arbitrio;
Mi voluntad es ya vuestra:
Pues si cuanto tengo os rindo,
¿Qué dudais? Acabad ya.

DON JUAN.

Todo eso, señor invicto,
Que alegas en mi favor,
Ha de estorbar lo que pido.

REY.

No os entiendo, ni es prudencia
Que con misterios ambiguos
Discursos atormentéis,
Que vanamente examino.
¿Quereis casar vuestra hermana,
Y que siendo yo el padrino,
La dé dote competente
Para un potentado rico?

DON JUAN.

Mas es que eso, gran señor.

REY.

¿Teneis algun enemigo
Coronado y poderoso,
Y pretendéis ofendido
Que corran, como es razon,
Vuestros agravios por míos?

DON JUAN.

Mas es que eso, gran señor.

REY.

¿Mas es que esto? Pues decídmelo.
¿Quereis á la Infanta bien?

DON JUAN.

Señor! Tirad, os suplico,
Las riendas al pensamiento;
Que aquesta vez ha excedido
De la merced que me haceis,
Y siento que haya perdido
Con vos, ni aun imaginado,
El crédito mi juicio.

REY.

Pues ¡válgame Dios! Don Juan,
¿Qué imposible, qué prodigio
Es este que os enmudece?

DON JUAN.

Prometédme vos cumplirlo,
Y sabréislo.

REY.

Si en mi mano
Está, mi palabra os fio
De daros gusto: sacádme
De tan ciego laberinto.

DON JUAN.

Otra vez esos piés beso.
Yo, gran señor, he vivido
Desde mis primeros años
En estos quietos retiros,
Debajo de los consejos
Y virtud de un padre, digno
Del favor con que ennoblecéis
Su nombre y fama en sus hijos
Vinculó su mayorazgo.
No en rentas ó juros ricos,
Palacios, títulos, joyas,
Posesiones y apellidos,
Sino en consejos prudentes,
Antídotos del peligro,
Remedio contra ambiciones,
Y contra yerba de vicios.
Todos estos se cifraron
En el provechoso olvido
Del palacio y de la corte,
De quien mil veces nos dijo
Tanto mal, tantos engaños,
Ceremonias, artificios,
Doblesces, contradicciones,
Envidias, falsos amigos,
Que connaturalizó
En nosotros desde niños
Su sabio aborrecimiento;
Como puede ser testigo

Esa casa de placer,
Cuyos reales edificios,
Con estar destos tan cerca,
Si de léjos la hemos visto,
No se alabarà que hayamos
Mi hermana y yo divertido
En su amena recreacion
Ocasionados sentidos;
Sino es yo, que habrá dos horas
Que quebrantando el edito
Que me puso el escarmiento,
Experimenté el castigo
De mi imprudente osadia;
Pues el márgen de su rio,
Vendiéndome el gusto á instantes,
Me dió las penas á siglos.
Yo, pues, príncipe piadoso,
Que há tantos años que sigo
Los preceptos de mi padre,
En el escarmiento escritos,
Aqui, con mediana suerte,
Donde me gozo á mi mismo,
Sin dar á censo pesares,
Pues ni me envidian, ni envidio,
¿Cómo podré, á las mercedes
Que hoy me has hecho agradecido,
No darte quejas por gracias,
Si das penas por servicios?
Si yo, señor generoso,
El traidor hubiera sido,
Que para desdicha nuestra,
Malograr tus años quiso,
¿Hallaras tan gran venganza,
Como conservarme vivo
Para duracion de males,
Terrero de los juicios
Del vulgo, monstruo de lenguas,
Cuanto mas constituido
En alto, mas cerca al suelo.
Y enmedio montes de riscos?
No, gran señor, no consientas
Trocar seguros alivios
Por evidentes cuidados.
Goce yo libre el sencillo
Desahogo destas selvas;
Que no descansa el cautivo
Porque el dueño riguroso
Le ponga de oro los grillos.
Lo que te suplico es esto,
Lo que tú me has concedido,
Lo que importa á mi descanso
Lo que el cuerdo....

REY.

Harto habeis dicho

En fin, Don Juan, cuando os honro,
¿Me agraviais desconocido!
¿Mi crédito desdoraís
Cuando vuestra fe acreditó?
Poca confianza os debo,
Porque solo en perjuicio
De mi valor y firmeza,
Cobarde temeis peligros.
Consideráisme fácil,
Recelando que me rijo
Mas por gusto que eleccion
De la prudencia y juicio.
Juzgaréis (cuando me hagais
De otros reyes relativo)
Que quien tanto junto os dió,
Vendrá por junto á pedirlo.
En fin, Don Juan, por ser rey
Con vos he desmerecido
La segura confianza,
Que goza el que es buen amigo!
Agravado estoy.

DON JUAN.

Señor,
Mas ha de poder conmigo
La verdad, que la lisonja.
Discreto habeis discurrido
La causa de mis temores;
Aunque no desacredito

Lo que es general en reyes,
En vos, que sois su individuo.
Los principes que nacieron
Desde sus reales principios
De complexion delicada,
Sangre pura, humores limpios,
Siempre viven mas sujetos
(Si á astrólogos dais oídos)
Que el pueblo á las influencias
De las estrellas y signos.
A esta causa en los eclipses
Y cometas colegimos
Que como mas delicados,
Corren los reyes peligro.
Por esto son tan mudables,
Causándoles hoy fastidio
Lo que ayer apatieron,
Por ser en los gustos vidrios.
La ociosidad destes campos
Me ha inclinado al ejercicio
Emulo de la ignorancia;
Y, profesor de los libros,
En todas cuantas historias
He margenado, que han sido
Muchas para el escarmiento,
Pocas para el apetito,
No me acuerdo de privado,
Por mas cuerdo que haya sido,
Por menos interesante,
Mas expediente y activo,
Que no haya parado en mal.
Revueiva anales antiguos
Vuestra Alteza, autores lea,
Mire ejemplos, busque archivos;
Que si no son dos privados,
Uno humano, otro divino,
Aquel, portuguez dichoso,
Esotro, virey de Egipto,
Aquel, Alvarez Pereira,
Esotro, José cautivo,
Y uno y otro de sus reyes
Nunca imitados prodigios;
No hallará en cuantos Monarcas
Han dado fama á los siglos,
Favor á dichas y ingenios,
Premio á lealtad y servicios,
Quien en la corta carrera
De la privanza haya sido
Tan cuerdo hombre de á caballo,
Que no pierda los estribos.
¿Pues podré yo prometerme,
Si no loco, presumido,
El tercer lugar entre estos,
Siendo esotros infinitos?
¿O esperaré yo, señor,
De vos que no haréis lo mismo
Que tantos reyes hicieron?
No querréis vos persuadirlos
Ni persuadirme á tal cosa:
Desengolfadme de abismo
Donde hallan dos solos fondo,
Y tantos se han sumergido.
Si me amais, como decís,
¿No es disfavor que á los tiros
De la envidia, en la avanguardia,
Me expongais al enemigo?
Aqui escogí mi descanso. *(De rodillas.)*
Rey, señor, príncipe mio,
Palabras en vos son leyes:
La que me habeis dado pido.

REY. *(Levantándose.)*

Imprudente habeis andado,
Pues en lugar de evadirlos
Don Juan, con tales ejemplos
Enlazándos vais vos mismo.
Nunca para disuadir
Los naturales altivos
De los reyes, propongais
Ejemplares que hayan sido
Para mas que ellos, pues yo
Solamente porque envidia
Reyes que hayan conservado,

Contra el general estilo,
Hechuras que entronizaron,
Me tendré ya por indigno
De quien soy, si desos dos
Tercero, no los imito.
El primer valiente, á prueba
De favores atractivos
Y apetezibles privanzas
Que ha visto el mundo, habeis sido;
Pero por el mismo caso
Que á un Rey habeis resistido,
Habeis de privar por fuerza;
Y yo (por el caso mismo
Que es tan difícil en reyes
No conmutar en desvíos
Y rigores las privanzas)
Mientras mas os entronizo,
Tengo de ser para mas,
Y vos y yo dos prodigios:
Vos mi privado por fuerza,
Yo vuestro incansable arrimo.

DON JUAN.

A infinito os obligais,
Gran señor.

REY.

No es infinito
Lo que otros reyes han hecho. —
Id delante, que imagino
Que os me quereis esconder.

DON JUAN.

Eso no; que mas estimo
Vuestro gusto, que mi vida.
Mas lo jurado.....

REY.

Cumplirlo
Prometi, estando en mi mano.
Don Juan, no lo está.

DON JUAN. *(Ap.)*

Testigos
Sed deste milagro, cielos,
Pues contra mi gusto privo.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio real de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *recibiendo memoriales*;
OCTAVIO, CESAR, ASCANIO, PRE-
TENDIENTES.

DON JUAN. *(A Octavio.)*

Ya Vuexcelencia ha salido
Con su cuerda pretension:
Tiene el Rey satisfaccion
De lo bien que le ha servido,
Y en fe de su suficiencia,
Le ha nombrado general
De las galeras.

OCTAVIO.

Señal
Segura que Vuexcelencia
Ha sido mi intercesor.
Déme á besar esa mano.

DON JUAN.

Señor.....

OCTAVIO.

Mucho en esto gano.
Déme la mano.

DON JUAN.

Señor,
Ya tiene término el uso
Y limite la crianza:
No excepcionan la privanza
Leyes que el palacio puso.
Deje para lisonjero
Ceremonias aparentes,
Moneda en que pretendientes
Hacen al valor pechero;

Que el título, en quien la fama
Se estima, aunque cortesano,
Nunca ha de pedir la mano
Sino á su rey ó á su dama.
(Vase Octavio.)

CÉSAR.

Yo, señor.....

DON JUAN.

Vuesseñoría
Es de Roma embajador.

(A Ascanio, y sucesivamente á varios pretendientes.)

Vuesarced, gobernador
De Ambersa; y á instancia mia,
Castellano de Gaeta
Vuesseñoría. — Sargento
Mayor es de Benavento
Vuesa merced; y en Varleta
Vuesa merced capitán. —

Ya está hecha la merced
Que pide vuesa merced:
Una regencia le dan
En consejo, de ventaja. —
Tiene diez escudos ya
Vuesa merced. — Librado ha
El consejo en la real caja
De Salerno á vuesarced
Las pagas que se le deben.

CÉSAR.

De vuestra Excelencia lleven
Cuantos la gracia y merced
Gozan de su rey, dechados
De donde puedan sacar
Liciones de despachar,
Y ejemplos para privados.
¿Hay memoria semejante?
¿Hay agrado mas cortés?

DON JUAN.

Ea, señores, despues
Vuelva cada negociante
Por sus despachos; que están
Otros mil por proveer.

ASCANIO.

¿Voto á Dios, que puede ser
Privado del Preste Juan!
(Vanse los pretendientes.)

ESCENA II.

CLAVELA, *con un memorial*. — DON
JUAN.

CLAVELA.

Si entre tantas provisiones
Hay audiencia para mí,
Y admiten las pretensiones
Súplicas de amor, aquí
(Dale el memorial.)

Alego algunas razones,
Que obliguen á Vuexcelencia
Á hacerme todo favor.

DON JUAN.

¿Oh señora! en la presencia
De Vuesseñoría, amor
Antes dé, que pida, audiencia.
¿Qué manda Vuesseñoría?

CLAVELA.

Como de la dicha mia
Es la Infanta, mi señora,
Generosa intercesora,
A instancia suya querria
Agradecer obligando,
Y pagar agradeciendo,
Deudas que estoy estimando.

DON JUAN.

Soy tan corto, que no entiendo
El favor que voy medrando
Por Vuesseñoría.

CLAVELA.

Señal
De que despachos de amor

Siempre se han llevado mal
Con los del poder. Mejor
Hablará ese memorial,
A quien quise remitir
Lo que recelo decir;
Porque amor, al comenzar,
Primero que sepa hablar,
Dicen que aprende á escribir. (Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN.

Mal al amor me acomodo,
Si esto viene á pretender,
Porque el privar deste modo
Todo un hombre ha menester,
Y el amor un hombre todo.
(Lee.) *De la Infanta mi señora*
Sé que por razon de estado
A Vuezcelencia ha mandado
Tenga amor á quien le adora.
Con tan grande protectora
(Si á tanto obligarle pudo)
Mas espero y ménos dudo:
Dióme por señas mandalle
Que si vió atrevido, calle,
Pues no pierde amor por mudo.
¿Válgame Dios! ¿que no pierda
Amor por mudo? Pues bien,
Si á Clavela quiero bien,
¿Quién habrá que esto concuerde?
Crece mi esperanza verde,
Si por mudo ha de estimarme;
Mengua, mandando emplearme
En Clavela, á quien me obliga.
Pues ¿cómo si me castiga,
Promete que ha de premiarme?
¿Que habemos de hacer, cuidado
¿Enigmas de amor agora!
(Lee.) *De la Infanta mi señora*
Sé que por razon de estado
A Vuezcelencia ha mandado....
¿Razon destado! Temor,
Sed intérprete mejor;
Que esto es gusto, no es desden,
Pues nunca se llevan bien
Razon de estado y amor.
(Lee.) *A Vuezcelencia ha mandado*
Tenga amor á quien le adora.
Pues bien, ¿qué colige agora
Clavela deste recado?
Solamente ha señalado
Que quiera bien á quien me ama.
¿Cifró solo amor su llama
En ella? ¿No puede ser
Que bien me venga á querer,
Como Clavela, otra dama?
¿No está sujeta á pasiones
La Infanta como yo estoy?
¿No es mujer? ¿Hombre no soy?
Animo, imaginaciones.
Mi dicha anda en opiniones
De si pudo ó si no pudo.
Desnudo amor, pues desnudo
Mereci su cielo ver,
Esperar y enmudecer;
Que no pierde amor por mudo.

ESCENA IV.

LEONORA. — DON JUAN.

LEONORA.

Al disgusto que teneis,
Hermano, en vuestra privanza
El mio añadir podeis,
Porque una desconfianza
En vos y en mi ocasioneis.
Recelais cuerdo caer,
Porque en subiendo al extremo,
Es preciso el descender:
Soy yo vuestra hermana, y temo
Las violencias del poder

Ponderad cuál es mayor,
El mio ó vuestro temor:
Vos en el mar proceloso
Del gobierno peligroso,
Yo en los riesgos de mi honor.
De un rey mozo persuadida,
De su amor solicitada,
De su poder combatida,
De su hermana regalada,
De sus joyas perseguida:
El príncipe, y yo mujer,
Yo vasalla, él majestad,
Y entrambos en su poder:
Por consecuencia sacad,
Quién tendrá mas que temer.

DON JUAN.

¿Válgame el cielo! Leonora,
¿Que el Rey os sirve?

LEONORA.

Me adora,
Si es verdad lo que pondera.

DON JUAN.

¿Ah privanza lisonjera!
Ménos firme estais agora.
¿Que por vos soy su privado?
¿Que aqui paró su porfía?
No en balde un escarmentado
Afirmaba que no habia
Favor desinteresado.
Persuádase el que vive
Con mayor satisfaccion
De sí, que por mas que prive,
Es general conclusion
El no dar quien no recibe.
¿Hay cosa mas liberal
Que el sol, padre universal,
Que engendra con todos y obra?
Pues réditos el sol cobra
Con que aumenta el principal.
La tierra le da vapores,
Y exhalaciones que lleve
A regiones superiores:
En espíritu les hebe
El alma y vida á las flores.
No hay tan dadivosos pechos
En quien se excluya esta ley,
Con solo dar satisfechos,
Pues en el mas franco rey
Admite el gusto cohechos.
Buena prueba es el amor
Con que Fadrique pretende
Hacerme por él favor;
Pero caro me le vende,
Si ha de costarme el honor.
Hermana, en tu mano está
La dicha y sosiego ya
Desta privanza molesta.
Desdeñosa, manifiesta
Que enfado su amor te da;
Menosprecia su cuidado;
Que un rey de todos querido,
Tiene, como no ha probado
Lo que es ser aborrecido,
El gusto tan delicado,
Que se muda fácilmente.
Aborreceráte así:
Y si la merced presente
Con que me honra es por tí,
¿Quién duda que luego intente
Derribarme del favor
En que fundaba su amor,
Saliendo, como deseo,
Yo del golfo en que me veo,
Tú del que teme tu honor?

LEONORA.

Aunque es difícil la cura
Que le intentas aplicar,
Mi gusto el tuyo procura,
Pues temes tanto el privar.

DON JUAN.

¿Ay mi libertad segura!

LEONORA.

Desde hoy con rostro severo
Miro al Rey. Vive avisado,
En fe de lo que te quiero,
Que la Infanta me ha mandado
Que hable al Rey por el terrero
Esta noche.

DON JUAN.

En tu desden,
Hermana, consiste el bien
De la quietud que perdí:
Mira por ella, y por tí.

LEONORA.

A su enojo te preven. (Vase.)

ESCENA V.

DON JUAN.

Ya yo me maravillaba
Que contra la comun ley
De los principes, el Rey
Por solo premiar premiaba.
No sin causa recelaba
El peligro que me ofrece
Quien pródigo me engrandece.
Mirad por vos, mi Leonora;
Que un rey, al paso que adora,
En poseyendo, aborrece.
¿Oh si quisiesen los cielos
Que tanto le desdeñase,
Que en odio su amor mudase,
Como en quietud mis desvelos!
Ya suele el desden y celos
Apurar tantos cuidados,
Que en severidad mudados
Truecan su amor en venganza:
¿Feliz, mil veces, mudanza,
Si nos saca de privados!

ESCENA VI.

DON LUIS. — DON JUAN.

DON LUIS.

Cara, Don Juan, me ha salido
La privanza que gozais,
Pues audiencia á todos dais,
Y á nuestra amistad olvido.
No hay veros despues que os fia
El reino su Majestad.

DON JUAN.

Don Luis, mi libertad
Ya se perdió, ya no es mia.
Despues que en el puesto estoy
Que rehusé por tantos modos,
Todo he de ser para todos,
Y nada para mí soy.
Mi privanza es un Angel
Donde, en cantiverio largo,
Cadenas de tanto cargo
Me dan tormento cruel.
Lastimáos de ver que privo,
Forzando mi voluntad,
Y no culpeis amistad
De preso ni de cautivo,
Si falta á correspondencias
Y no cumple obligaciones.

DON LUIS.

En tantas ocupaciones
Tampoco tendrán violencias
De amor tiempo ni lugar
Para divertir cuidados.

DON JUAN.

No sé yo que los privados,
Don Luis, sepan amar.
Remedios Ovidio escribe
Contra amor; pero son largos:
Recete el médico cargos
Del gobierno: sirva, prive;
Que si esta cura no basta,
Sin fruto las demas son,
Porque en fin la ocupacion
Hace á la privanza casta.

DON LUIS.

Murieron recién nacidos,
Segun eso, pensamiento.
Que conocí yo violentos
Maltratar vuestros sentides.
¿Es posible que olvidado
De cristales fugitivos,
Donde de alabastros vivos
Vistes un cielo animado,
Reliquias no conserveis
A quien la memoria siga,
Y usurpador de una liga,
Siempre que la contempleis,
No os despierte dese sueño
Con deseo de saber
Quién pudo su dueño ser?

DON JUAN.

Ya yo sé quién fue su dueño.
Mintió la imaginación
Que juzgó real su belleza.
Graduásteis de alteza;
Distes á mi presunción
Alas con que en breve espacio
Quise á fcaro imitar:
Cai con averiguar
Que aunque es dama de palacio,
Porque la amistad me obliga
De quien idolatra en ella,
Es delito el pretendella.
Condeus al fuego su liga,
Y aunque injusto en tal venganza,
Mi ocupacion ha podido
Sanar mi amor con su olvido;
Que esto debo á mi privanza.

DON LUIS.

¿Dama de palacio, á quien
Adora un amigo vuestro?
DON JUAN.
Por el amor que le muestro,
Dejo de querella bien.

DON LUIS.

¿Y no sabré yo quién son
Esa dama y ese amigo?
DON JUAN.
Haos de pesar si lo digo.—
Entre tanta ocupacion,
Perdonadme si despaño
No comunico con vos.

DON LUIS.

¿Dama y amigo?
DON JUAN.
Los dos
Viven dentro de palacio.

(Vase.)

ESCENA VII.

DON LUIS.

¿Vive Dios, que fué Clavela
La dama que vió desnuda.
Y yo por quien pone en duda
El amor que le desvela!
No tiene Don Juan amigo
Que le obligue como yo.
¿Qué hay que hablar? ¿No respondí
«Haos de pesar si lo digo»?
Pues si fuera otro, ¿por qué
Me habia de pesar á mí?
A Clavela el alma di;
Clavela la dama fué
Que hizo incauta ostentacion
De secretos reservados
A deseos y á cuidados
De mi ciega pretension.
Los dos afirma que viven
Dentro de palacio. ¡Ah cielos!
¿Como es posible que en celos
Las confianzas estringen
De la amistad que me obliga,
A respetar á Don Juan?
Duque, privado y galán,
Y en su poder una liga.
¿Y viviré yo s. guro

De que no osará agravarme
Quien dice que ha de pesarme
Si saber quien es precuro?
No es cuerdo quien tanto fia
De una amistad en privanza.
Que cuanto pretende alcanza.
Haced vos, sospecha mía.
Certidumbre lo que ignoro
Encarnada era la liga
Que mis recelos obliga.
Y los rapacejos de oro:
Pondréme otra semejante.
Y podré sacar por ella.
Hablando á mi ingrata bella.
Mis celos por su semblante:
Y entonces haré testigo
A mi experiencia y cuidado
De si es cierto, que hay privado
Que guarde ley á su amigo. (Vase.)

ESCENA VIII.

CALVO, LA INFANTA.

CALVO.

Si, señora, aquel criado
Soy de Don Juan, que servia
Al dicho el alegre día
Que comenzó á ser privado:
Y como esto del privar
Es todo humos, ya presumo
Que se me ha subido el humo
Hasta hacermé estornudar
Pretensiones que desea
El aumento de mi fama.
El humo ¿no se derrama.
Cuando falta chimenea,
Por toda la casa? Es cierto.
Pues derramó esta privanza
Humos tantos, que me alcanza
La pretension que me ha muerto.
Y necesito el favor
De vuestra Alteza.

INFANTA.

Pues bien.

¿Qué pretendéis?

CALVO.

Que me déen
Cargo que imite á mi humor.
Ha dado en mudar los nombres
El palacio á sus oficios.
En nuestra España novicios:
Ya llama á sus gentilhombres
Acroyes; ya hay sanservan.
Furriel, costiller, salser,
Guardamangel, sumiller.
Panatier, que guarda el pan,
Y otros mil, con que deseo
Que el palacio me sustente
Y ocupe, principalmente
Entre aquestos del bureo,
Por holgarme y burear.
Quisiera pues yo, señora,
Que siendo mi intercesora
El Duque, me hiciera dar
Uno, que acabado en él,
A los demas imitara.
Y de nuevo se criara.

INFANTA.

¿Y cuál es?

CALVO.

Murmuratiel.
Que sin temor del castigo.
Murmurara tanto abuso
Como va inventando el uso.
De la virtud enemigo.

ESCENA IX.

DON LUIS, que trae al cuello una banda ó liga como la que sacó Don Juan.

— LA INFANTA. CALVO.

DON LUIS.

(Para sí, en el fondo del salon.)
Celos, si amor os obliga,

Sanct con vuestra demanda:

Al cuello traigo por banda
El traslado de la liga
Causa de mi confusion.
Y prueba de la amistad
Que en Don Juan será lealtad,
Y si me ofende traicion.

INFANTA.

Que cargo haré que os de
Mejor que ese: andad con Dios.

CALVO.

Como se lo mandé á vos.
Gran señora, medraré:
Que despues acá que priva,
Se ha vuelto tan intratable,
Que aun no permite que le table,
Ni quiere que suba arriba.
Dígame que si repara
En que ando en traje indecente,
Y que para pretendiente
No traigo al uso la cara:
Ya que todo lo registra,
Desde este punto me encargo
Vestir hipócrita y largo,
Y andar con barba ministra. (Vase.)

ESCENA X.

DON LUIS, LA INFANTA.

INFANTA.

Pues, Don Luis, ¿qué accidente
Sin espala hace que andeis,
Y del privilegio useis
Que adorna al convaleciente?
¿No estabades bueno ya
De la herida?

DON LUIS.

Si, señora;
Mas la del alma empeora.
Por la banda lo dirá
Vuestra Alteza.

INFANTA.

Si es favor,

Disculpa teneis bastante;
Que enfermo está todo amante.

DON LUIS.

Hámela puesto un temor
Que deseo averiguar.
Y ocasiona mis desvelos.

INFANTA. (Ap.)

¿No es esta la liga, cielos,
Que Don Juan se atrevió á hurtar,
Cuando en fe de los enojos
Que mi descuido causó,
Le diera mi Estado yo
Porque estuviera sin ojos?

DON LUIS. (Ap.)

La Infanta se ha demudado.
¿De qué será su inquietud?

INFANTA. (Ap.)

Su mucha similitud
Dió sospecha á mi cuidado.
Porque Don Juan ¿á qué efecto
Se la habia de entregar,
Ni imprudente profanar
Sagrados de tal secreto?

DON LUIS.

Esta prenda, gran señora,
Hallazgo es de cierto amigo,
Que sin pensar fué testigo
De misterios que en un hora
Hicieron incauto alarde
De lo que en fe de su culto.
Veinte años estuvo oculto.

LA INFANTA. (Ap.)

¿Ay cielos!

DON LUIS.

Pudo una tarde
Hailar lo que no buscaba,
Ver lo que no merecia:

Un sol que en el agua ardía,
Y un agua que se abrasaba,
Un río que lisonjero,
Por vidrieras cristalinas
Mostró reliquias divinas
De quien fué esta vez tercero.
Y esta liga por blason
De su dicha, que ya banda,
Publicando indicios anda
En mí de quien fué el ladrón.

INFANTA.

¿Pues cómo, si enamorado
Estaba, su prenda os dió,
Después que amante la hurtó?

DON LUIS.

Es ya, señora, privado,
Y la privanza enajena
Tanto, que por no tener
Memoria que pueda ser
Despertador de su pena,
Quiso quemarla.

INFANTA.

¿Es Don Juan?

DON LUIS.

Sí, gran señora: sentí
Que ingrato premiase así
Favores que glorias dan,
Y librándola del fuego,
Con ella honrar he querido
Mi pecho.

INFANTA.

¿Habeis vos sabido

Quién fué la dama?

DON LUIS.

El sosiego

Me tiraniza el saber,
Aunque entre enigmas oscuras,
Su dueño por conjeturas;
Puesto que por no ofender
Su respeto, en mi silencio
Estas sospechas sepulto;
Que si agravios dificulto,
Amistades reverencio.

INFANTA.

¿Que os dijo Don Juan quién era
La dama que así ofendió?

DON LUIS.

Díjome lo que bastó
Para que la conociera.

INFANTA.

Pues declaráos vos conmigo.

DON LUIS.

Temo vuestra indignación.

INFANTA.

(Ap. ¡Ay cielos!) ¿Por qué razón?

DON LUIS. (Ap.)

Quimeras, ¿que es lo que digo?

Turbada la Infanta está.

¿Si tiene a Don Juan amor,
Y celosa del favor
Que en esta prenda le da
Clavela, saber espera
De mí lo mismo que dudo?

INFANTA.

Don Luis, vos decís mudo
Mas de lo que yo quisiera;
Mas quien en agravio mío,
Cauteloso y indiscreto,
Osó perderme el respeto,
Y abonar su desvarío
Con mentiras que se atreven.
Porque vos no esteis celoso,
A mí persona, es forzoso
Que justo castigo lleven.
Clavela la dama fué
De cuyo poco recato
Nació el ser Don Juan ingrato
A vuestra amistad y fe.
La prenda que en vuestro pecho

Es desta verdad testigo.

Fue suya: ved, de qué amigo

Os alabais satishecho!

Ella me lo ha confesado,

Y yo injuriada por él.

Con satisfacción cruel.

Os pienso dejar vengado.

Vive el cielo, que aunque tenga

De su parte al Rey mi hermano,

Ha de morir por mi mano.

Si la vuestra no me venga.

Quitáos del pecho esa banda,

Que hace falsa ostentación

De mi ofendida opinión,

Y dádmela; que en demanda

(Don Luis da la banda á Isabela.)

De mi agravio y de su exceso

Yo restauraré mi fama;

Y advertid que vuestra dama

Pierde por Don Juan el seso. (Vase.)

ESCENA XI.

DON LUIS.

¿Hay suceso semejante?

La Infanta se ha persuadido

A que Don Juan ha fingido

Que la dama que ignorante

Vió en el río, fué su Alteza.

¿Pues qué la pudo obligar,

Sospechas, á imaginar

De Don Juan tan gran bajeza?

Ocasión debe de haber

Que yo ignoro y ella sabe.

Después que priva, está grave:

Vendrás á desvanecer,

De su rey favorecido...

Pero si á la Infanta adora,

¿Cómo acabo de oír agora

Que por Clavela perdido,

Ofende nuestra amistad?

Pero bien pudo Clavela,

Si por Don Juan se desvela,

Rendirle su libertad.

Y él, al principio su amante,

Mudable ya, amar agora

A la Infanta mi señora.

Prueba es aquesta bastante,

Sin formar otro proceso:

Pues la Infanta no afirmara.

Si Clavela no le amara,

Que por Don Juan pierde el seso.

Perdone, pues, si persigo

Desde hoy su prosperidad:

Que quien no guarda lealtad,

No es digno de ser amigo.

ESCENA XII.

EL REY, DON JUAN.

DON JUAN.

Para el duque de Segorbe

Me la pide el de Aragón:

Sangre es vuestra; no es razón

Que vuestra Alteza la estorbe

La ventura que interesa

Con tal esposo mi hermana.

Ella á mi gusto se allana,

Que es en fin aragonesa

Y así solamente espero

Vuestra justa permission

Para enviarla á Aragón.

REY.

Don Juan, con un caballero
Igual en sangre y estado
Al de Segorbe, y que adora
A vuestra hermana Leonora,
Desposarla he concertado.
Si por ser duquesa intenta
Partir Leonor á Aragón.
Los de aqueste reino son
De real sangre, y de mas renta.

Duquesa de Amalfi es ya:

No ha de ausentarse por eso.

DON JUAN.

Mil veces esos piés beso;

Pero mi palabra está

Empeñada, y della fia

Quien á casarla me exhorta.

REY.

Pues vuestra palabra ¿importa

Mas que la palabra mía?

DON JUAN.

Yo soy, gran señor, su hermano.

REY.

Yo su rey.

DON JUAN.

Podrá culparme....

REY.

Vos andais por enojarme,

Don Juan, y ha de ser en vano.

El llevar tan cuesta arriba

Privanzas que aborreceis,

Os obliga á que busqueis

Ocasiones en que estriba

Mi enojo y vuestra esperanza;

Mas ni Leonora se ha de ir,

Ni os habeis vos de eximir

De mi favor y privanza.

DON JUAN.

Pues esa, señor, ¿consiste

En que ella se vaya ó no?

REY.

Don Juan, ya os entiendo yo.

Mientras en mi reino asiste

Vuestra hermana, no podéis

Ausentaros vos de mí;

Violento os hallais aquí;

Huir á Aragón queréis,

Y así intentais enviar

A vuestra hermana delante;

Que aun no me juzgais bastante

A poderos conservar.

Vos dais en esa locura,

Y yo persevero en esta.

Mi privanza os es molesta;

Ella eusaltaros procura;

Seamos locos los dos;

Vos en dudar y temer,

Don Juan, que habeis de caer;

Yo en conservaros á vos:

Vos en que yo os disminuya

Cargos; yo en que mas os dén:

Veamos quién vence á quién,

Y sale en fin con la suya (1).

ESCENA XIII.

LA INFANTA Y CLAVELA, que se
quedan hablando cerca de la puerta
por donde salen. — EL REY, DON
JUAN.

INFANTA.

Él se alaba que te vió

Vestida del elemento

Que á su amor y atrevimiento

Licenciosa causa dió.

Esto arrogante blasona,

Y una liga (que ya es banda,

Y al pecho de Don Luis anda)

Finge Don Juan de Cardona

Que hurtó á tu poco recato,

Y que perdida por él,

Con Don Luis eres cruel:

Mas que por no ser ingrato

A la amistad que le debe,

Con su olvido te castiga,

Y á Don Luis le dió la liga

Para que al pecho la lleve.

Mira lo que hay que fiar

En hombre que miente así.

(1) Durante esta escena ha oscurecido, y se han sacado luces.

CLAVELA.

Yo, gran señora, por ti
Pense mi amor mejorar
En él; pero que se alabe
De haber visto presumido
Cosas que ofensa hayan sido.
De mi honestidad, no cabe
En el valor que blasona.

INFANTA.

El Rey, Clavela, está aquí.

CLAVELA.

No es, pues me injuria así,
Noble Don Juan de Cardona.

ESCENA XIV.

LEONORA y DON LUIS, que hablan
retirados al lado opuesto que la In-
fanta y Clavela. — DICHOS.

DON LUIS.

Por mas que Don Juan arguya,
El rey, Leonora, que os ama,
No os pretende para dama,
Sino para esposa suya.
Vuestro hermano, enamorado
De Doña Ines de Aragon,
Y en fe de tanta aficion,
Contra su gusto privado,
Quiere con el de Segorbe,
Hermano de Doña Ines,
Casaros; y este interes
Es causa de que os estorbe
La ventura que os espera.

LEONORA.

Si el Rey con licito amor
Antes aumenta mi honor,
Don Luis, desamora, de manera,
Que le disminuya, intente
Don Juan mi hermano atajar
Mi dicha; que por reinar
Cualquier peligro es decente.
Justamente estoy quejosa
De Don Juan.

REV. (A Don Juan.)

Darme disgusto
En esto, Duque, no es justo. —
¡Oh hermana! ¡oh Leonora hermosa!
Duquesa de Amalfi os llama
Mi corte desde hoy.

LEONORA.

Señor.
De tan pródigo valor
Corta ha de quedar la fama.
Mil famas son menester,
Y aun todas no bastarán.

REV.

Esperadme aquí, Don Juan.

(Ap. á Don Luis.)

Don Luis, hoy he de ser
Rondador de mi palacio:
Aguárdeme en el terrero
De aquí á media hora Rugero,
Y lleve consigo á Horacio. (Vase.)

ESCENA XV.

CALVO. — LA INFANTA, LEONORA,
DON JUAN, DON LUIS.

CALVO. (A Don Juan.)

La Infanta manda que goce
Un cargo que la he pedido,
Y para todo estreñado
Es gran cosa: ya conoce
Mi habilidad Vuexcelencia.

DON JUAN.

¿Estás loco?

CALVO.

No le iguala
Otro ninguno: es de cala,
Hablando con reverencia.

Proveído en él estoy.

Firme Vuexcelencia aquí,
(Preséntale un papel, tintero y pluma.)

Que en fe de que le servi
De cámara ayuda soy.
Mire, cámara y ayuda,
Si no es el mejor oficio
Para estar en su servicio.
Eche esa firma. ¿En qué duda?

DON JUAN.

Calvo, no bufoniceis:
Ese oficio ya está dado:
Bastaos ser vos mi criado.

CALVO.

La Infanta....

DON JUAN.

No me enojeis.

CALVO. (Ap.)

¡Qué tiesa resolución!
Segun espotado está,
Por él se celebrará
Fiesta de la Espetacion.
«Bastaos ser vos mi criado.»
Pues, vive Dios, que no hasta
A quien de sus carnes gasta,
Y es ministro de un privado.
Esto es: uno piensa el bayo.....
El carterá: mas razon
Es, siendo el amo pelon,
Que sea calvo el lacayo.
(Légase Don Juan á la Infanta.)

DON JUAN.

¡Gran señora! siempre dudo
Que á hablaros llego.

INFANTA.

En hablar

Poco soleis vos dudar;
No os estaba mal ser mudo.
¡Qué bien guardastes la ley
Del secreto encomendado!
Si vos del Rey sois privado.
Yo soy hermana del Rey:
Hoy veremos quién podrá
Mas de los dos.

DON JUAN.

Pues ¿de qué

Formais quejas?

INFANTA.

No lo sé.

Don Luis os lo dirá.

(Vase.)

ESCENA XVI

DON JUAN, LEONORA, CLAVELA,
DON LUIS, CALVO.

DON JUAN.

La Infanta me ha remitido,
Don Luis amigo, á vos:
Agravios forma, y por Dios
Que ignoro en qué la he ofendido.

DON LUIS.

Es la privanza ignorante.
Tambien, Don Juan, lo estareis
De la amistad que rompeis,
Ya que no leal amante.
Después que privar os vi.
En vos la nobleza muere.
Pues si bien el Rey os quiere,
No me quiere mal á mi;
Y quien trata con cautela,
A sus amigos perdió.

DON JUAN.

Pues ¿en qué os ofendo yo?

DON LUIS.

Preguntádselo á Clavela. (Vase.)

ESCENA XVII.

DON JUAN, LEONORA, CLAVELA,
CALVO.

DON JUAN.

(Ap. ¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!

Don Luis de mí agraviado!
Pensiones son de privado:
No sin ocasion recelo.)
Clavela, Don Luis me envia
A que de sus sentimientos
Me deis parte.

CLAVELA.

De escarmientos

De un falso amigo, diria,
Que se alaba presumido
De lo que no mereció
Ver el sol, y un favor dió,
No hurtado, pero fingido,
A quien con razon castiga
Su mal trato.

DON JUAN.

¡Qué decis!

CLAVELA.

Informáos de Don Luis,
De la Infanta, y de una liga. (Vase.)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, LEONORA, CALVO.

DON JUAN.

(Ap. ¿Don Luis, liga y Infanta!
¿Hay mas diversos testigos?
¿Privar y tener amigos!
Nadie alcanzó dicha tanta.
Envidioso me vendió
Don Luis: por conjeturas
De mis palabras oscuras,
Que era la Infanta sacó,
Que honrando cristales ví.
El dijo que me alabé
Del secreto que guardé,
Y es agora contra mí.
Como es Clavela su dama,
Volviendo por su señora,
Tambien mi opinion desdora,
Y falso amigo me llama.
¿Qué es esto, suerte tirana?)
¿Teneis vos queja tambien,
Mi Leonora?

LEONORA.

Pues ¿no es bien
Que siendo yo vuestra hermana,
Las forme de que me estorbe
Mi dicha quien mas debiera
Ayudarla, y darme quejosa
Por Nápoles á Segorbe?
¿Tan mal os estará á vos
Que yo esposa del Rey sea?
Pues Fadrique lo desea,
Y esto, hermano, está de Dios. (Vase.)

ESCENA XIX.

DON JUAN, CALVO.

DON JUAN.

(Ap. Alto: de mí se querellan
Todos: ¿qué habemos de hacer?
Es la fortuna mujer:
Sus plantas ¿á quién no huellan?
¿Qué ignorante es quien la alaba!)
¿Hay mas? ¿queda ya otra queja?

CALVO.

Allá en Castilla la Vieja,
Un rincón se me olvidaba.
¿Tanto hiciera Vuexcelencia
En echarme aquesta ayuda?
¡El privar todo lo muda!
Pues, barajar y paciencia:
Que si estais entarimado,
Y los estribos perdeis...

DON JUAN.

¿Tú y todo?

CALVO.

No me enojeis,
Que ese oficio ya está dado. (Vase.)

ESCENA XX.

EL REY.—DON JUAN.

REY.

Muchas cartas de importancia
Hay que despachar, Don Juan,
A Roma, á Mantua, á Milan,
A Aragon, Saboya y Francia.
Yo tengo un poco que hacer
Por hora y media, o por dos :
Quedaos á escribirlas vos ;
Que yo las volveré á ver,
Y á firmarlas, brevemente.
A quien se han de renitir,
Y lo que habeis de escribir,
Os dira el papel presente.
Muchos suelen ocuparos :
Mientras que la vuelta doy,
Porque se despachen hoy,
Con llave quiero encerrarlos ;
Pues dejándos deste modo,
Dónde estais ignorarán.
Por vida vuestra, Don Juan,
Que lo halle yo escrito todo.

(Vase, y ciérrale.)

ESCENA XXI.

DON JUAN.

¡Vive el cielo, que me encierra
Porque á mi hermana va á ver !
Pues, honra, ¿ qué hemos de hacer,
Si el Rey amante os destierra ?
Leonora, que persuadida
A que ha de reinar está,
Incauta no advertirá
Lo que va de pretendida
A alcanzada una mujer.
Y que amor, hasta adquirir,
Es tan avaro en cumplir,
Cuan pródigo al prometer.
Ofrece la voluntad
Sin límite ; pero amor,
Que es niño y mal pagador.
Se llama menor de edad.
¡ Cerrado me deja en fin
Quien va á engañar á mi hermana... !
Mas ¿ qué importa ? esta ventana
Y balcon sale al jardín.
Esta parra que le asalta
Y en abrazos solicita,
Su bajada facilita,
Aunque amenace por alta.
Saltar sus paredes puedo,
Que de yedras enredadas,
Permiten ser escaladas
Del honor, si no de miedo.
No se acuerda el Rey que tengo
Escrítas las cartas ya ;
Mas tan divertido está,
Que con su olvido prevengo
La defensa de mi honor.
Industria, con vuestra ayuda,
No pongo mi dicha en duda.
Yo divertiré el amor
Que su juventud provoca,
Pues para disimular
La voz, si le llevo á hablar.
Con una bala en la boca,
Mal me podrá conocer ;
Y yo si mi honra aseguro,
Asaltando el mismo muro
Y balcon, puedo volver
Antes que el Rey. Ved si es justo,
Desvelos, nuestro temor.
Y cuán bien rehusó mi honor
El privar contra mi gusto.

(Bájase por la ventana.)

Vista de un estado de palacio.—Esta noche.

ESCENA XXII.

RUGERO y HORACIO, como de noche.

RUGERO.

El Rey nos ha fiado
Su guarida, de Leonora enamorado,
Y que aquí le esperemos
Nos manda.

HORACIO.

Con su muerte aseguremos
El reino que desea
El de Anjou, pues al punto que se vea
A la silla admitido,
Su privanza y favor nos ha ofrecido.

RUGERO.

La noche es tan oscura,
Horacio, que parece que asegura
Con tinieblas el cielo
En la muerte del Rey nuestro recelo.

HORACIO.

Si el conde de Anjou llega
A poseer á Nápoles, navega
Con próspera bonanza
Por el mar del favor nuestra esperanza

ESCENA XXIII.

DON JUAN, rebozado. — RUGERO.
HORACIO.

DON JUAN.

¿ Si habrá ya el Rey venido ?
Honrado salgo, honor, aunque atrevido.
A defender mi fama. [ama.
¿ Qué extraña oscuridad ! Pero quien
Como el amor es fuego,
A si mismo se alumbra, con ser ciego.
Tened, industria, aviso.—
Tos bultos me parece que diviso
Enfrente de las rejas,
Tribunal amoroso de mis quejas.—
El Rey será. ¿ Quién duda
Que le espere Leonora, y que él acuda.
Desde aquí, apadrinado
Con las alas del cielo que enlutado
Estorba que me vean,
De noche mis oidos ojos sean.
Sepamos lo que trata [maltrata.
El Rey, que á un tiempo me honra y me

RUGERO.

Volar pensaba, Horacio,
Con favor de la pólvora el palacio
Esta noche funesta.

HORACIO.

Mejor es la ocasion que nos apresta
Contra Fadrique el cielo.

DON JUAN. (Ap.)

¡ Válgame Dios ! ¿ qué oigo ?

RUGERO.

Que hay quien pueda escucharnos.
[maltrata.

HORACIO.

Procuremos, Rugero, aconsejarnos
Mientras el Rey no viene.

RUGERO.

Seis barriles mi industria ocultos tiene,
Que una bóveda esconde,
Y al cuarto de Fadrique corresponde.
¿ Quién duda, si pegara
Fuego, que aquesta noche le volara
Con cuantos con él viven,
Y contra Anjou las armas aperceben ?

DON JUAN. (Ap.)

¡ Hay traicion semejante !

HORACIO.

Es de la Infanta apasionado amante
El de Anjou, y sintiera,
Que la que adora aqúese fin tuviera :

Demas, que si se casa
Con ella, y emparenta con la casa
De Aragon, asegura
La accion que tiene y goza su hermo-
¿ Cuánto es mejor matarle [sura.
Agora ?

DON JUAN. (Ap.)

Dios me trujo á asegurarle.

RUGERO.

Postas hay prevenidas
Con que huyamos despues.

(Descúbrese Don Juan, y detras Rugero
y Horacio.)

DON JUAN.

Para las vidas :

Que os quitarán mis manos,
Postas que vuelen prevenid, villanos.

HORACIO.

El Rey nos ha sentido.

RUGERO.

Testigo y juez desta traicion hasido.
Huyamos.

DON JUAN.

¿ De qué suerte,

Si os sigo con las alas de la muerte ?
(Vanse.)

ESCENA XXIV.

REY.

De industria me he detenido
Por gozar solo el terroro.
Que me esperasen Rugero
Y Horacio, dejé advertido
A Don Luis de Moncada :
No sé cómo no han llegado.
A Don Juan dejó encerrado ;
Que si Leonora me agrada,
No quiero yo que imagine
Que respeto de mi amor
Le engrandece mi favor,
Y estorbarle determine.
¿ Si me cumplirá Leonora
Lo que á mi hermana ofreció ?
Mas sí, que la adoro yo,
Y es la Infanta su fiadora.

ESCENA XXV.

DON JUAN, rebozado.—EL REY

DON JUAN. (Ap.)

Este es el Rey.

REY.

¿ Es Rugero ?

DON JUAN. (Disimulando la voz.)

No, gran señor ; mas quien anda
Cuidadoso de serviros,
Y excusándos de desgracias.

REY.

Pues vos ¿ sabeis quién yo soy ?

DON JUAN.

Sé que siendo el sol de Italia,
Es Nápoles vuestra esfera,
Y ecliptica vuestra casa.

REY.

Pues vos ¿ quién sois ?

DON JUAN.

Quien desea,

De los dos orbes Monarca,
Que rindiendós sus coronas,
Sus provincias os aplaudan.

REY.

¿ Vuestro nombre ?

DON JUAN.

No le tengo.

REY.

¿ Cómo no ?

DON JUAN.

Mi nombre y patria

Os tiene de estar oculto

PRIVAR CONTRA SU GUSTO.

Si me juzgais de importancia
Para serviros.

REY.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Un hombre es que en vuestra gracia
Quiere estar, no conocido.

REY.

Nuevo modo de prianza!
Mas ¿tan humilde sois vos,
Que os despreciáis, sin mas causa
De que yo quién sois ignore?

DON JUAN.

De humilde ó noble prosapia,
Vuestra Alteza me ha de hacer
Merced de no preguntarla.

REY.

Algun delito habréis hecho,
Y temiendo la venganza,
Os ocultais dese modo.

DON JUAN.

Yo os doy, gran señor, palabra
Que no sé que en parte alguna
Persona ilustre ni baja
De mi pueda formar quejas,
Aunque hay algunas ingratas.

REY.

Alto, pues no os descubris,
Andad con Dios, que mañana
Me podréis pedir audiencia.

DON JUAN.

Antes que de aquí me parta,
Tengo, señor, de deciros
Muchas cosas de importancia
A vuestra vida y gobierno,
Que pelagra de ignorarlas.

REY.

¿Válgame el cielo! ¿á mi vida?
¿Quién eres, hombre, que espantas
Y obligas á un tiempo mismo?

DON JUAN.

Soy quien penetro vuestra alma,
Y sé vuestros pensamientos.

REY.

¿Mis pensamientos? ¿Qué extraña
Confusion! ¿Pues cómo puedes
Saber tú, sino es que bajas
Del cielo, imaginaciones
A Dios solo reservadas?

DON JUAN.

Del cielo ó tierra, esto es cierto.

REY.

Pues algunas me declara:
Que en sospechas misteriosas
Suspendes mis esperanzas.

DON JUAN.

Vuestra Alteza quiere bien
Y viene á hablar á una dama,
Que de un hombre á quien sublima
Y hace merced, es hermana.

REY.

Eso no es dificultoso
Saberlo, porque quien ama,
Con los ojos da pregones,
Cuando la lengua lo calla.

DON JUAN.

Viene á fingir que ha de ser
Su esposo para obligarla,
Cuando en Sicilia pretende
Desposarse con su Infanta.

REY.

No te puedo negar eso,
Ni sé quién noticia tanta
Te pudo dar; porque solo
Lo sabe quien mi prianza
Goza, por ser tan secreto.

DON JUAN.

Al duque escribe de Mantua,

Que con su ayuda pretende
De noche asaltar á Parma.

REY.

Tambien eso es tau oculto,
Que solamente una carta
Deposita mis deseos,
Puesto que aun no está firmada.

DON JUAN.

Al principe de Salerno
Intentas prender mañana
Cuando entre en palacio á verte,
Porque con el de Anjou trata.

REY.

Solo á Don Juan se lo he dicho.

DON JUAN.

Si estos misterios no bastan,
Autorizaré con otros
La opinion que en mi te espanta.

REY.

Hombre, quien quiera que seas,
Si encerrado no dejara
A Don Juan, como no ignoras
Pues no se te encubre nada,
Sospechara que el mismo eras,
Puesto que no hay semejanza
Ni en tu voz ni en tus razones
Con las suyas.

DON JUAN.

Tú le agravias;

Que Don Juan esta escribiendo,
Cerrado por tí, una carta
A este punto al de Saboya,
De no mas que media plana.
Agora pone la fecha.

REY.

Para que me persuadas
O á que cres encantador,
O espiritual sustancia,
Que lo presente y futuro,
A pesar de las distancias
De cuerpos y de lugares,
Lo comprehendes ó alcanzas,
No tienes mas que advertirme.
Dí lo que quieres, acaba,
Que ni sé si te respete.
Ni si crea que me engañas
Con ilicitas quimeras.

DON JUAN.

Colige de mis palabras
Y mis obras mi opinion.
Toma esta llave; á tu guarda
Lleva contigo, y despues
Entra en la secreta sala
De tus mayores consultas.
Y en ella hallarás sin armas
Al conde Horacio y Rugero,
Que no há un hora que intentaban
Darte muerte, y yo forcé
Con el favor de mi espada
A encerrarse dentro della
Cuando tu palacio y casa
Réditos pagaba al sueño.
Luego á las bóvedas baja
De tus reales oficinas,
Y entrando en la mas cercana
A tu cámara, hallarás
Seis barriles, que con alas
De pólvora aquesta noche
Volar tu cuarto trazaban.

REY.

¿Válgame el cielo! ¿Eso es cierto?

DON JUAN.

Si ver la experiencia aguardas
Desta verdad, ¿qué preguntas?

REY.

Para que yo te dé gracias,
Ya que premios no apetezcas,
Dime quién eres.

DON JUAN.

Palabra

Has de darme, rey Fadrique
(Si despues que satisfagas
Esta verdad por tus ojos,
Quieres saber cosas raras,
Que al gobierno de tus reinos
Importan, y tu no alcanzas),
De no preguntar quién soy,
Ni curioso buscar trazas
Jamás con que descubrirme:
Que si como rey la guardas,
Las noches que pretendieres.
Debajo destas ventanas
Estare, si vienes solo,
A estas horas.

REY. (Ap.)

¿Hay mas rara

Maravilla?

DON JUAN.

¿Qué respondes?

REY.

Que á tu favor obligarla
Mi vida y reino, prometo
Sobre la cruz desta espada
De cumplir cuanto me pides.

DON JUAN.

Pues primero que me parta,
Tres cosas por mi has de hacer.
La primera que á la hermana
De Don Juan, si no es que intentas
Como á esposa sublimarla,
Olvides; que no es de reyes
Desdorar ilustres famas:
Ni de su hermano malogres
La gloria de su prianza.
La segunda es, que reprimas
El curso a mercedes tantas
Como le haces, pues siempre
Fue prudente la templanza.
Aborrecible es á todos
Y ocasionando á la envidia
Le expones á mil desgracias.
El privado es inferior
A su rey; pues si le igualas
A tu grandeza, ¿qué intentas,
Siendo forzoso que caiga?
No tiene tanto talento
Don Juan, puesto que le alabas,
Para gobernarlo todo:
Aliviale de la carga
Con que sus fuerzas oprimes.
Mediano estado le basta;
Pues cuanto ménos le dieres,
Facilitas mas la causa
De su conservacion noble;
Y cumpliendo tu palabra,
El vivirá quieto, y tú
Conservarás su prianza.
La tercera es, que le des
A Don Luís de Moncada
El cargo de mayordomo
Mayor de tu corte y casa.
Su nobleza lo merece;
Su lealtad es bien premiaria;
Su suficiencia es notoria:
Si con Clavela le casas,
Hommas dos grandes sugetos.
¿Qué respondes?

REY.

Que se haga

Del modo que lo dispones,
Pues no ruega, sino manda,
Quien lo que tanto me importa
Me aconseja.

DON JUAN.

Pues ¿qué aguardas?

Vé á prender á los traidores,
Y vuelve, señor, mañana;
Pero con las condiciones
Entre los dos concertadas.

(Vase.)

ESCENA XXVI.

EL REY.

O yo sueño, ó quiere el cielo,
En fe que mi reino ampara,
Prodigioso en sus misterios,
Darnos este ángel de guarda.
Conforme lo que desea
Don Juan, que alivie me encarga
El peso de tanto oficio....
¿Si es él el que se disfraza?
No: su voz es diferente.
Con llave dejó la sala;
No supo dónde venia....
Pues, sospechas encontradas,
Vive Dios, que he de saberlo.
Si es Don Juan el que me engaña,
Y tras mí al terrero vino,
No tendrá escritas las cartas.
Si las hallo escritas todas,
Contarle lo que pasa,
Si es digna de que se crea
Maravilla tan extraña.

ACTO TERCERO.

Salón de palacio.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. *(Entrando por la ventana.)*
Hoy me sucede todo felizmente.
Al Rey dejó admirado, y persuadido
Su amor ciego hasta agora, y el prudente
Remedio de mi estado prevenido.
Hasta en subir el muro que eminente
El parque cerca, venturoso he sido:
Pues escalas de amor sus verdes yedras,
Franquean imposibles de sus piedras.
Ya estoy dentro la cuadra en que encier-
[rado,
Creo y Fadrique que engañar podía
El frágil ser de una mujer que ha dado
Fe á palabras de amor, que al viento íia.

(Siéntase.)

Las cartas dejó escritas mi cuidado.
Favorecedme vos, industria mia,
Desvaneced del Rey el gusto ciego,
Y reducidme en paz á mi sosiego.

ESCENA II.

EL REY. — DON JUAN.

REY.

¿Heme tardado, Don Juan?

DON JUAN. *(Levantándose.)*

Antes á tiempo has venido,
Señor, en que he concluido
Con tus cartas.

REY.

Pues ¿ya están
Escritas todas?

DON JUAN.

La fecha
Acabo ahora de poner
En esta que puedes ver,
De Sicilia.

REY. *(Ap.)*

Mi sospecha

Se engañó. ¿Válgame el cielo!
¿Quién aqueste hombre sera?

DON JUAN. *(Ap.)*

¿Qué confuso el Rey está!

REY. *(Ap.)*

¿Que pueda haber en el suelo
Quien sepa mis pensamientos!
¿Hay cosa de mas espanto?
¿Si es ángel? ¿si es algún santo?
Porque los encantamientos

Nunca fueron en favor
De la virtud, que ha mostrado
Quien de muerte me ha librado.

DON JUAN.

Firme estas cartas, señor,
Vuestra Alteza, si primero
No las gusta de leer.

(Dáscelas.)

REY.

La del duque quiero ver
De Saboya. *(Ap. ¿Que al terrero
Vaya quien decirme pueda
Lo que en mi pecho está oculto!
Cuanto mas lo dificulto,
Mas mi confusion se enreda.)*

DON JUAN.

La del de Saboya es esta.

REY.

*(Ap. Solo tiene media plana.
Mi imaginacion fué vana.
Alto: el cielo manifiesta
Con esta traza el favor
Que sus milagros me dan.)*
Hacer pretendo, Don Juan,
Mi mayordomo mayor
A Don Luis de Moncada.
¿Qué os parece?

DON JUAN.

Su nobleza

Merece que vuestra Alteza
Con merced mas señalada
Le honre: pero ese cargo
Que yo hasta agora he ejercido,
Si no lo he desmerecido....

REY.

Daros otro igual me encargo.
Caballerizo mayor
Seréis mio; aunque me espanto
Que rehusando vos tanto
De mi privanza el favor,
Agora dificulteis
Renunciar en vuestro amigo
Ese oficio.

DON JUAN.

No lo digo,

Señor, para que culpeis
Mi ambicion; pero recelo
La opinion que perderé
En esta corte, si ve
El vulgo que empieza el cielo
A hacerme contradiccion,
Y premiando á Don Luis,
Mudable os arrepentís
Del favor, que sin sazón
Me habeis empezado á hacer;
Porque de manera estimo
Mi fama, que si os repugno,
Es no mas que por temer
El venir de mas á ménos.

REY.

Este, Don Juan, es mi gusto.

DON JUAN.

Siendo vuestro, será justo,
Y mas honrando á los buenos.
*(Ap. Así le divertiré,
Porque no piense que yo
Fui quien por él le rogo.)*

REY. *(Ap.)*

Aquí mi engaño se ve,
Pues si fuera el embozado
Don Juan, no contradijera,
Sentido desta manera,
Lo que el otro me ha rogado.

ESCENA III.

LA INFANTA, LEONORA, DON LUIS,
CALVO. — EL REY, DON JUAN.

INFANTA.

El cuarto querian volar
Esta noche? ¿Hay tal traicion!

DON LUIS.

Rugero y Horacio son.

INFANTA.

Gran Señor, escarmentar
Pudiera ya vuestra Alteza
De traidores que algun dia,
Si de sus engaños fia,
Con universal tristeza
Nos han de dejar sin rey,
Y á mi sin hermano y vida.

REY.

¿Oh Isabela! agradecida
Al cielo, por cuya ley
Milagrosa no estoy muerta,
Haced cuenta que hoy nacimos.

LEONORA.

Al instante que supimos
El bárbaro desconcierto
De quien pretende ser ducio
De Nápoles con traiciones,
Sustos y imaginaciones
Malograron nuestro sueño.
¿Es posible, gran Señor,
Que sabiendo que teneis
Enemigos, no os guardéis?

REY.

Si es doméstico el traidor,
¿Quién, Leonora, puede estar
Seguro ni satisfecho?

DON JUAN.

Pues ¿qué es esto?

CALVO.

Nos han hecho

Volatines sin pensar.
Vive Dios, que aunque eres duque,
Y por lo grave, pesado,
Que estabas ya perdigado,
Y con el polvora duque (1),
Sentenciado á dar cabriolas
Por esos aires de Dios,
Pegándonos á los dos
Seis barriles á las colas.

REY.

Don Juan, mucho al cielo debo.
Esta noche, que os dejé
Cerrado, determiné
Ser galán; que en fin no es nuevo
En reyes mozos, causados
De autorizadas deidades,
Dar treguas á majestades
Y imitar á enamorados.
Rondar quise mi palacio,
Y en fe de lo que os respeto,
No os dije nada. En efeto,
Mandé á Rugero y á Horacio
Que me esperasen en él;
Y cuando hallarlos creí,
Un hombre embozado ví,
Tan misterioso, tan fiel,
Que mi vida le es deudora.
Que el alma me ha penetrado.
Secretos me ha revelado
Tan extraños, que no ignora
Lo que vos imagináis,
Lo que estáis pensando todos...
¿Por qué rodeos y modos,
Lo que vosotros dudais
De aconsejarme, me dijo!
Quién es bien que premio lleve,
A quién de cargos releve,
Del modo que el reino rijo....
En fin dándome la llave
De mi consejo de Estado
(En fe que nuestro embozado
Todo lo penetra y sabe),
Me advirtió que en ella presos
Los traidores hallaría
De quien el de Anjou se fia;

(1) Salsa de varias especias: alusion á la pólvora.

Y en prueba de sus excesos,
En la bóveda cercana
A mi cuarto, seis barriles
De pólvora, ¡qué civiles
Venganzas! con que mi hermana
Y yo abrasados, quedase
Al de Anjou la posesion
De Nápoles, si esta accion
Es bien que entre nobles pase.
Prometiome de volver
Cada noche al mismo puesto
A verme, con presupuesto
Que jamas habia de hacer
Diligencia en su noticia:
Mi palabra real le di.
Fuese; á palacio acudi
Con mi guarda y la justicia,
Hallé á Rugero y á Horacio
Del modo que me advirtió:
Su valor los encerró.
Sacáronlos del palacio,
Y en Casalnovó están presos.
A las bóvedas bajé,
Y los barriles hallé,
Testigos destes sucesos;
Y con toda esta experiencia,
No me oso determinar
Si lo acabo de soñar,
Si es ilusion ó evidencia.
Vosotros podeis agora,
Si no os asombra mi espanto,
Juzgar si es este hombre santo,
Si pecará quien le adora,
Si jamas hechizo pudo
Saber lo mas encubierto
De un alma, ó si estoy despierto;
Que estoy aquí, y aun lo dudo.

INFANTA.

A no haber visto la prueba
Desa maravilla rara,
Que os burlabades pensara.

DON LUIS.

La cosa es, Señor, mas nueva
Que los hombres han oído.

DON JUAN.

¿Quién será? ¡Válgame Dios!

REY.

No tiene mucha fe en vos,
Quien quiera que él haya sido,
Pues que me ruega que os quite
Muchos, Don Juan, de los cargos,
Que con beneficios largos
Os di, y que no os necesitó:
A que tengais envidiosos.

DON JUAN.

Pues ¿en qué le ofendo yo?
No es santo quien os pidió
Contra mí, pues provechosos
Sé yo que los santos son,
No contrarios.

REY.

¿Qué sabeis,

Si porque no os condeneis
Entre tanta confusion,
Parte del peso os alivia?

DON JUAN.

Bien puede, gran señor, ser.

REY.

La envidia junto al poder,
Merecimientos entibia.
Por vos, Don Luis, me ha pedido
Que mayordomo mayor
Os haga: de intercesor
Valiente os habeis valido.

DON LUIS.

No sé, señor, qué me deba
El favor que en vos me hace.

REY.

Pues de vos se satisface

Y vuestra lealtad aprueba,
Ese cargo ejercitad.

DON LUIS.

Bésos, gran Señor, los pies.

CALVO.

O es santo ó brujo.

REY.

Interes
Es de estima su amistad.
Tambien, Leonora, por vos
El encubierto intercede,
Y tanto conmigo puede,
Por lo que tiene de Dios,
Que os pienso dar un consorte:
(El me lo ha pedido así)
Que sin envidiarle á mí,
Sea el mejor de mi corte.

LEONORA.

Viniendo de vuestra mano,
Ya yo mi ventura he visto.

CALVO. (Ap.)

El es santo, vive Cristo,
O á lo ménos buen cristiano;
Porque si fuera demonio,
Sus enredos procuraran
Que los dos se amancebaran;
Mas no hicieran matrimonio.

REY.

Contra Don Juan solamente
Riguroso se ha mostrado.
El cargo que le he quitado
Fué por él; mas aunque intente
Ser á su favor molesto,
Sea humano ó sea divino,
Don Juan, no me determino
Con él conformarme en esto.
Sed vos mi caballerizo.

DON JUAN.

Si lo ha de contradecir....

REY.

Yo lo sabré persuadir
Después.

CALVO. (Ap.)

Si es santo, bien hizo:

Que quien de ayudarme duda
En la ayuda que he pedido
De cámará, merecido
Tiene que no le dé ayuda.

REY.

Diera por no haber jurado
El no descubrirle, hermana,
Cualquiera cosa. Mañana
Por la noche estoy citado.
En el terrero ha de ser.
Debajo vuestros balcones:

Averiguad confusiones.
Si las dos le quereis ver,
Y dadme licencia á mí
Que me vaya á reposar,
Si me dejan sosegar
Cosas que esta noche vi.

(Vase.)

ESCENA IV.

LA INFANTA, DON JUAN, LEONORA,
DON LUIS, CALVO.

INFANTA. (Ap. á Don Juan.)

Quien á vos os quiere mal,
No dudo yo de que sea,
Pues en vengarme se emplea.
Don Juan, hombre celestial.
Vuestro loco atrevimiento
Que os persiga ha merecido
Quien en vos ha conocido
Mas lengua que entendimiento. (Vase.)

DON LUIS. (Ap. á Don Juan.)

No os debo otro tanto yo,
Aunque mi amigo y privado,
Don Juan, como al embozado,
Que este cargo me alcanzo.

Ved con cuán diversa fama
La amistad se honra en los dos,
Pues lo que medro por vos,
Es usurparme á mi dama. (Vase.)

LEONORA.

Corrido debeis de estar
(O á lo ménos fuera justo)
De que solicite el gusto
Con que el Rey me quiere honrar
Un hombre no conocido;
Y que estorbando este medio,
Impidais vos mi remedio,
Cuando mi hermano habeis sido:
Que no sé si os llame así
Desde hoy, pues mi ventura
Envidiais. Dios la procura,
Y un santo ruega por mí. (Vase.)

DON JUAN. (Ap.)

De santo tengo opinion
Con los mismos que la pierdo
¿Hay disparate mas cuerdo?
¿Quién vio canonizacion
Semejante? ¿En fin, me afrenta
Por alabarne, mi amigo!
¿Con lo mismo que le obligo,
Agravios contra mí aumenta,
Ofendido y obligado
Juntamente! ¿Extraño enredo!
Basta, que hoy de todos quedo
Pecador canonizado. *

CALVO.

(Sacando un gran rollo de papeles.)

Cuenta y pago: aquí está escrito
Todo mi recibo y gasto;
Que pues á obligar no basto
A Vuexcelencia, es delito
Servir á quien no hace nada
Por los que comen su pan.
Catorce reales me dan
De salario ó de soldada,
Y uno y medio de racion:
Siete meses se me deben,
Cuando por rigor lo lleven,
Y noventa y ocho son.
(Lee.) Item, de unas manecitas
Que compré para el melado....

DON JUAN.

¿Qué es eso, desatinado?

CALVO.

Las otras estaban rotas,
Y el gallego fué testigo
Que me costaron un real.
(Lee.) Item, dos para un costal.

DON JUAN.

Basta.

CALVO. (Lee.)

Item....

DON JUAN.

Basta, digo.

CALVO. (Lee.)

De cuatro sacas de paja
Para Don Juan mi señor....
Digo.... Soy ruin letor.

DON JUAN.

Basta, hablador de ventaja.

CALVO.

Pues léalo Vuexcelencia,
Y páguenme; que ya tengo
Un buen cómodo, y no vengo
Sino por mosca y licencia.

DON JUAN.

¿Y es el cómodo?

CALVO.

Planeta.

DON JUAN.

¿Qué?

CALVO.

¿Nunca ha visto pintados
Los planetas, asentados

Cada cual en su bangueta
O arquilla de coche, en esos
Lunarios perpetuos?

DON JUAN.

¿Pues?

CALVO.

De cierto coche frances
Cuatro frisonos traviesos
Tienen de estar á mi cargo,
Y yo, porque no hagan falta,
Sobre una arqueta muy alta,
Con un látigo muy largo
He de ir para gobernallos
Donde quiera que se ofrezca,
Con postura que parezca
Pescador de mis caballos.

DON JUAN.

Andad, que sois un bufon.

CALVO.

Si yo en palacio lo fuera,
Mas medrara y mas valiera;
Mas peor es ser pelon.
(Ap. Al enbozado me voy
A pedirle que esta ayuda
Me alcance; y si dello duda,
Planeta de un coche soy.)

Ha anochecido.

ESCENA V.

CLAVELA, DON LUIS.

CLAVELA.

Perdóneme su privanza:
Que él es terrible hablador.
No porque del Rey alcanza
El extremo del favor.
Mar con tormenta en bonanza,
Piense que no ha de caer;
Pues cuando no le derriba
La inconstancia del poder,
Y siempre dichoso prive;
El agravio en la mujer
Es suficiente enemigo
Para otro mayor castigo.
Del que le pienso hacer dar.

DON LUIS.

¿Que le dice bien? no ha lugar
Fanto rigor. Yo me obligo
A que en viendo de aplacéis
Vuestro enojo; que es galan,
Priva y manda.

CLAVELA.

No aboneis,
Ni aun de burlas á Don Juan.
Pues mis agravios sabéis.
Rombre tan desvanecido,
Que de lo que no ha podido
Ver el soi que tanto alcanza,
Hace imprudente alabanza,
Y necio os ha persuadido
A cosas que si las viera.
Y el amigo vuestro fuera,
Cuando a vos no os respetara,
Por ser noble las callara,
O por mi no las dijera,
Vuestra amistad ha deshecho.
Y os manda adornar el pecho
De un hurto que mentiroso,
A vos os tiene celoso,
Y á mi liviana me ha hecho! —
Ni que le estiméis merezca,
Ni que yo no le persiga.
¿Qué favor le desvanece?
¿Qué rio es este? ¿qué liga,
Que para banda os ofrece?

DON LUIS.

¿Pues quien os ha persuadido
A vos que él se alaba deso?

CLAVELA.

La Infanta testigo La side.

De que arrogante ó sin seso,
Vió.... Mas si lo habeis sabido,
¿Que preguntais, Don Luis?

DON LUIS.

(Ap. Ya caigo en esta maraña.)
Si vos que lo sé decís,
Y autora de tal hazaña,
Sus verdades desmentís;
Culpad vuestra liviandad,
Y no su noble amistad,
Pues sus limites pasara
Don Juan, si no me contara
Que le teneis voluntad.
La prenda que no os enseño,
Cuando los misterios vió
Que el rio hicieron risueño,
Cuerto la restituyó
A quien juzgó vuestro dueño.
Vos le adorais, y ¿quién duda
Que aunque yo viva celoso,
Noble á vuestro amor no acuda,
Porque os pague como esposo
Deudas de veros desnudo?

CLAVELA.

Quien correspondencias niega
De una voluntad, que ciega
Os quiso bien hasta aquí,
Necio presume de si:
Que quien satisface, ruega.
Mas porque os desengañéis
Que a los dos os menosprecie,
Ni él ni vos me merecéis:
El, por presumido necio,
Y vos, porque le creéis.

ESCENA VI.

DON LUIS.

¿A quien tengo de dar, cielos,
Crédito entre duda tanta?
Diré que miente la Infanta?
No. ¿Confesarán mis celos
Que Clavela me ha engañado,
Y que Don Juan se alabó
De secretos que no vió.
Loco despues de privado?
Tampoco; que aunque lo dudo,
No tengo dello evidencia.
La Infanta contra él sentencia.
¿Qué importa? Engañarse pudo.
¿Qué sé yo si por ser ella
La que vió Don Juan, quejosa
De su agravio, y temerosa
De que Don Juan atropella
Secretos que callar manda,
Piensa que parte me dió
De todo, cuando advirtió
Mi pecho adornar su banda;
Y en fe desto, su cautela
Volviendo por su opinion,
Por darme satisfaccion,
Echó la culpa á Clavela?
Pero no; que á ser, mi amigo
Don Juan no me respondiera
Cuando pregunté quien era:
«Haos de pesar si lo digo».
Pero tambien pudo ser
Que por no ofender respetos
Reales, y guardar secretos
De tan ilustre mujer,
Con una respuesta ambigua
De mi se desobligase,
Aunque dudosa dejase
Mi fe y amistad antigua.
La Infanta se demudó
Cuando conoció la liga:
Alguna causa la obliga.
Que se alababa creco
Don Juan, en ofensa saya,
De que ella la dama fue.
Pues sin mas causa, no sé,
Cielos, lo que deste arguya.

Si es verdad que el encubierto
Todo cuanto quiere sabe,
Saque esta confusa nave
De tanto naufragio al puerto.
A comunicarle voy
Estas dudas. Pena mia,
¿Tanta maraña en un día!
¿Qué caos es este en que estoy? (Vase.)

ESCENA VII.

EL REY, DON JUAN.

REY.

Don Juan, hoy teneis junta: brevemente
La despachad, y dentro de media hora
Al terrero acudid, porque presente
Quiero que estéis, pues sus estrellas do
El sol, de tantos cielos presidente, tra
Y veais este monstruo, que no ignora
Ocultos pensamientos; que deseo
Salir del laberinto en que me veo.

DON JUAN.

Fuera con vos agora si no instara
Tanto, señor, la junta; pero al punto
Que la despache, ire.

REY.

¿No es cosa rara
Que sepa cuantas cosas le pregunto?
Si la fe que le di no lo esterbara,
Hoy feneciera tanto enredo junto:
Forzarale esta noche á descularse.

DON JUAN.

Si es santo, fácil le es el evadirse.

REY.

Salieramos con eso deste encanto;
Supiéramos, en fin, no estar sujeto
A peligros humanos; y si es santo,
Ensalzara con cultos su respeto.

DON JUAN.

¿Si es espiritu malo?

REY.

No: quien tanto
Guarda mi vida y reino, y en efecto,
Quien juveniles vicios me reprime,
Con mas veneracion es bien se estime.

DON JUAN.

Ahora, señor, ántes de mucho espero
Sacarle á vuestra Alteza desa duda:
Yo estaré al plazo dicho en el terrero.
A hablarle agora vuestra Alteza acuda.

REY.

[Illegible]
Yo os prometo. Don Juan, si es caba-
Y por algun delito y temor duda
Descubrirse, que tengo de estinarle
Tanto, que al mundo asombre. Voy á
[Hablarle. (Vase.)]

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Ya no puede esta maraña
Estar mucho tiempo oculta:
Si della mi paz resulta,
Ventura habra sido extraña.
Yo le tengo de obligar
Primero que me declare,
Para que mi honor repare,
Que la mano venga á dar
De esposo y dueño á Leonora;
Que si por santo me tiene,
Y á darme crédito viene,
No es difícil, pues la adora.
Ni es la primera mi hermana
Que en Nápoles venturosa
Con sus reyes se desposa:
Sangre tiene catalana
Y de Aragon, limpia y real
(Que en Europa se respeta),
Ya que no por línea reta,
A lo menos transversal.

Repare mi honor yo así,
Que es lo que trazado voy,
Y si supiere quién soy
Y se airase contra mí,
Vengue despues su disgusto,
Y muestre en mí su poder;
Que poco puede temer
Quien priva contra su gusto.

ESCENA IX.

MARCO ANTONIO. — DON JUAN.

MARCO.

Hanme mandado llamar
De parte de Vuexcelencia.

DON JUAN.

Como no estudio otra ciencia
Sino es el desempeñar
Al Rey, que juzgo yo que es
Un poco dificultosa,
Hasta efectuarlo, es cosa
Que me quita el sueño. Pues,
¿Qué es lo que mi rey os debe?

MARCO.

Esa privanza, señor,
De vuestra lealtad y amor,
Justas alabanzas lleve.
Millon y medio debía
Quando en su servicio entrastes:
De vuestra hacienda pagastes
Lo mas de tanta cuantia.
Rentas de vuestros Estados
Han hecho este desempeño:
No hay por qué perdais el sueño:
Que solos cien mil ducados
Debe el Rey nuestro señor:
Para tan gran patrimonio,
Poca cosa.

DON JUAN.

Marco Antonio,
Siendo vos su acreedor,
No hay por qué me dé cuidado
Esa deuda.

MARCO.

Cuanto tengo
Es vuestro y del Rey.

DON JUAN.

Yo vengo

Agora determinado
De que esta noche no deba
Cosa el patrimonio real.
Empeñado he mi causal:
No os parezca cosa nueva
Lo que agora intento hacer.
La hacienda de los privados
Que son bien intencionados,
De su rey tiene de ser
Alivio: que la virtud
Nunca interesable ha sido.
Su Alteza me ha enriquecido:
Sangrarme quiero en salud;
Que si el privar y el caer
Tan ducados cercanos son,
Con aquesta pretencion
Tendra menos que temer.
Yo he de hacer cierta jornada
Mañana, y puesto que es corta,
Antes de hacerla, me importa
Que mi rey no deba nada.
Mi vajilla, mis caballos,
Escritorios, colgaduras,
Coches, docles, pinturas,
Quando querais apreciarlos,
De mayor valor serán
Que la deuda que se os debe.
Haced que todo se lleve
Esta noche.

MARCO.

¿Qué dirán
Los que desta ejecucion
Me vieren tan codicioso?

DON JUAN.

Marco Antonio, esto es forzoso.
No sabéis vos mi intencion.

MARCO.

Yo, señor, aguardaré
Lo que fuerdes servido.

DON JUAN.

Solo, Marco Antonio, os pido
Que secreto aquesto esté.
No sepa este desempeño,
Ni mi rey ni otra persona.

MARCO.

¿Digna hazaña de un Cardona,
Que es de sus pasiones dueño!
Por daros gusto lo admito,
Forzando mi voluntad.

DON JUAN.

Cartas de pago me dad
Y en ellas su finiquito.
Id con Dios; volved despues,
Que el palacio soso; adó
No se altere.

MARCO. (Ap.)

Este privado

Si cara de los den as es.

(Vase.)

ESCENA X.

DON JUAN.

Da el Rey en engrandecerme,
Y yo, porque sano viva,
Con cura preservativa
Me dispongo, antes que enferme.
Aliviad, industria mía,
Con esta traza cuidados;
Que pienso que los privados
Se mueren de apoplejia.
Vive Dios, que no han de hallar
Enojos y disfavores
En mi superfluos humores,
Y que en pie me he de curar.
Vamos ahora al terrero:
Que si esta enfermo mi honor
De achaques de un ciego amor,
Curarle tambien espero.

(Vase.)

Vista exterior de palacio. — No he oído nada.

ESCENA XI.

LA INFANTA. (A una cantana.)

Pudiera Don Juan tener
Ventura, a saber callar;
Mas ya perdió por hablar
Lo que merecía por ver.
Bien le empezaba a querer;
Hame ofendido hablador;
No calpe, pues, tal rigor
Si solicito su muerte:
Que no hay desden, si lo advierte,
Como el que nace de amor.
¿Si el misterioso encubierto
Habrá al terrero llegado?
Mal por Don Juan ha terciado,
Y que le aborrece es cierto.
Si es hombre, y en el advierto
Pasiones de la venganza,
Satisfaré mi esperanza
Hoy por su mano homicida,
Y si le quita la vida,
Ocupará su privanza.

ESCENA XII.

CALVO. — LA INFANTA.

CALVO. (Para sí.)

Pues no medro con Don Juan,
Al encubierto me acójo.
No hay en todo el cielo un ojo,
Aunque infinitos le dan;

Ciegos de nubes están.
Santo, fantasma ó quimera,
La pretendiente le espera;
Si ayuda por ti se ve,
A tu imagen colgaré
Cuatro lacayos de cera.

ESCENA XIII.

DON JUAN. — LA INFANTA, CALVO.

DON JUAN.

Hasta aquí me es favorable
La noche, pues sus tinieblas,
Apoyando mis ardidés,
Escondieron las estrellas.
Al Rey he desempeñado,
Por él he dado mi hacienda;
Pobre comencé a privar,
Pobre fin mi dicha tenga.
Si con Leonora se casa
Fadrique, y mis diligencias
Alcanzan esta ventura;
Quando despues quién soy sepa,
¿Qué importará que se enoje?
En pie mi honor permanezca,
Y caiga vo del favor
Que a tanta envidia molesta.

INFANTA. (Ap.)

Este debe ser sin duda
El que con traza tan nueva
A Nápoles causa asombros,
Y el Rey por santo respeta.
Temblando de verle estoy;
Mas ¿que mucho que hablar tema
Con hombre del otro mundo,
Sola y de noche?

CALVO. (Ap.)

Ya llega
Nuestro crítico embozado.
Bien dije, si su presencia
Se mira, pues parece hombre,
Y no hay diablos que le entiendan.

INFANTA.

¡Ah del terrero! ¿Sois vos
Por quien el Rey se gobierna,
Y enigma de su privanza,
Los corazones penetra?

DON JUAN.

(Rebuzado y disimulando la voz.)

Yo soy quien desea servir,
Gran señora, a vuestra Alteza,
Y quietar los pensamientos
Que injustamente la alteran.

INFANTA.

(Ap. Conocióme. ¿Hay cosa igual?)
Hasta que yo quién sois sepa,
Perdonadme, si no os trato
Con la justa reverencia.
Que cosas de la otra vida
Merecen.

DON JUAN.

En la presencia
De vuestra Alteza, señora,
De cualquier suerte que sea,
Quedo yo favorecido.

INFANTA.

Si yo obligaros pudiera
A una cosa.....

DON JUAN.

Ya la sé.

INFANTA.

¿Cómo? cuál es?

DON JUAN.

Que os dijera
Si soy espíritu ú hombre.

INFANTA.

Es verdad.

DON JUAN.

Pues estad cierta
Que estoy hablando con vos,

Y en la gloria.

INFANTA.

Estando en ella
Y aquí, santo sois sin duda.

DON JUAN.

Yo os dejaré satisfecha,
Si salgo con lo que intento,
Antes que el alba amanezca.

CALVO. (Ap.)

Oh santo, el mas revesado
De cuantos puso Villegas
Entre sus extravagantes,
Por Calvo á Fadrique ruega!

INFANTA.

Tambien sabréis la ocasion
Que aquí me trujo.

DON JUAN.

Y las penas
Que os causan ciertos desaires
Mal guardados de una lengua.

INFANTA.

Decis la pura verdad.
Castigad vos esta ofensa,
Pues ya sé yo que no tiene
La opinion que el Rey celebra
Con vos.

DON JUAN.

Sabe Don Juan poco :
Sacóle el Rey de su esfera.
Yo os prometo, gran señora,
Que antes de mañana él tenga
El castigo merecido.
No le ha de quedar hacienda
De estima en toda su casa ;
Y si no estais satisfecha
Con esto, porque lo esteis,
Yo os ofrezco su cabeza.

CALVO. (Ap.)

Oh santo degollador!
Dudoso estoy si te crea.

INFANTA.

Si vos, como adivinais,
Cumplis palabras, ya quedan
Mis deseos sosegados:
Plegue á Dios que efeto tengan.
Mirad que me dais palabra
De que cuando el alba venga
Os tengo de conocer.

DON JUAN.

Yo cumpliré mi promesa.

INFANTA.

Pues adios ; que si mi hermano
Viene, no quiero que entienda,
Que os puse mal con Don Juan.

(Quítase de la ventana.)

DON JUAN.

Guarde el cielo á vuestra Alteza.

CALVO. (Ap.)

Ánimo, Calvo ; que agora
Es tiempo de hablarle : llega.
San Júdas vaya conmigo,
No el que el Jueves Santo cuelgan.

ESCENA XIV.

DON LUIS. — DON JUAN, CALVO

DON LUIS. (Ap.)

Aquí está embuzado un hombre.
Si es el que por mí al Rey ruega,
A agradecerle favores
Quiero llegar.

CALVO. (Ap.)

Otra audicion
La bendicion me ha cogido.

DON LUIS.

¿ Sois vos..... ? No sé si me atreva
A daros nombre de santo.

DON JUAN.

Oh Don Luis ! La nobleza
Que os ilustra premió el Rey,
Y puesto que yo interceda,
Méritos vuestros lo alcanzan :
No hay por qué se me agradezca.

DON LUIS. (Ap.)

Conocióme : ¡ extraña cosa !

DON JUAN.

De vos tengo algunas quejas,
Que vuestra amistad deslucen,
Y traen confusa á su Alteza,
Por lo que le habeis vos dicho
Acerca de aquella prenda,
Que hurtó Don Juan á una dama,
Ya sabeis vos dónde. Picusa
Que se ha alabado con vos,
Desvanecido, ser ella
La que profanó su vista
Con atrevida indecencia.
No habeis tenido razon ;
Que ni la Infanta pudiera
Dar tal causa á su desdoro,
Ni tampoco fué Clavella
El sugeto deste caso.
Don Luis, satisfacedlas,
Y disculpad vuestro amigo,
Pues basta que por mí pierda
El cargo que le han quitado,
Sin que la lealtad se ofenda,
Que siempre firme por él,
Agora por vos se quiebra.

DON LUIS. (Ap.)

¿ Hay prodigio semejante ?
Vive el cielo, que es profeta,
Si no es ánge! el que escucho.

CALVO. (Ap.)

¿ Bueno es que por Don Juan vuelva
El que agora con la Infanta
De necio le vitupera,
De la hacienda le despoja,
Y en estatua le degüella !
Si vos sois ánge!, par Dios
Que teneis las uñas negras,
Y cuatro varas de cola,
Porque los buenos no enredan.

DON LUIS.

No me osaré disculpar
Con vos ; porque á quien penetra
Dese modo corazones,
¿ Quién habrá que engañar pueda ?
Una palabra me dijo
Don Juan, ambigua, y por ella.
Ofendiendo mi amistad,
Imaginé ser Clavella
La dama que vió en el bosque.

DON JUAN.

¿ Fué la que os dió por respuesta :
« Haos de pesar si lo digo ? »

DON LUIS.

La misma. (Ap. ; Que hasta esto sepa !)

DON JUAN.

¿ Pues no teneis en palacio
Con la Infanta dos parientas,
De quien pudiera pesaros
Que desnudas Don Juan viera ?

DON LUIS.

Es verdad ; yo me engañé.
La liga, que en banda vuelta
Contrahice y truje al cuello,
Fué ocasion de que creyera
La Infanta que se alabó
Don Juan de dichas secretas
Porque yo bien sabeis vos
Que no se lo dije.

DON JUAN.

Es fuerza
Que esté la Infanta quejosa,
Y de Don Juan la inocencia
Culpe por vuestra ocasion :
Ya veis que por vuestra culpa
Corre el restaura su alhaja.

ESCENA XV.

EL REY Y ACOMPAÑAMIENTO. — DICHO.

REY. (A los del acompañamiento, que se retiran.)

Avisadme cuando venga
Don Juan.

DON JUAN.

Oh señor invicto !
Mucho habeis tardado.

REY.

Aprietan
Mucho obligaciones reales.
Si las que agora os confiesa
Un rey que vive por vos,
Nobles naturales fuerzan,
Y sois hombre, que lo dudo,
Dejad de tener suspensa
Un alma, que agradeceros
La vida y reino desea.
Decidme quién sois ; que os juro,
En fe de mi real promesa,
En los reyes inviolable,
Que aunque á mi persona mesma
Hayais sido desleal,
Os dé perdon, pues la deuda
De la vida que me distes,
Me ejecuta en que os la vuelva.
Yo os daré premios debidos.

DON JUAN.

Señor, la palabra vuestra
De no descubrirme, es bien
Que se cumpla á quien en ella
Vive fiado y seguro.

ESCENA XVI.

LA INFANTA, LEONORA, CLAVELLA. — DICHO.

INFANTA.

Sepa, señor, vuestra Alteza
Que huyó Don Juan de Cardona.
(Retírase Don Juan á un lado, rebozado.)

REY.

¿ Qué decis ?

CLAVELLA.

Toda su hacienda
Hizo sacar esta noche
De palacio ; y si á las lenguas
Vulgares se ha de dar fe,
Que tal vez son verdaderas,
Hay quien dice, que al de Anjou
Se ha ido, y que presto intenta
Poner cerco á vuestra corte.

DON LUIS.

Vuestra Majestad no crea
De la lealtad de mi amigo
Tal traicion.

LEONORA.

Privó por fuerza :
Si amaba, segun se afirma,
A una dama aragonesa,
Partirase á Zaragoza.

INFANTA.

No es tan leal como piensa
Vuestra Majestad Don Juan.
(Ap. Temerario de mi ofensa
Se habrá ausentado esta noche.)
Y yo, señor, estoy cierta,
Que el conde de Anjou le obliga
A que os haga por él guerra.

REY.

¿ Válgame el cielo ! ¿ Don Juan... ?
No es posible que tal crea.
Miente el vulgo, mienten todos,
Y miente la verdad mesma,
Si á Don Juan de infiel acusa.

ESCENA XVII.

UN PAJE. — Dichos.

PAJE.

Don Juan para vuestra Alteza
Dejó este papel escrito,
Que hallé solo en una mesa.

REY.

Traigan luces. ¿Qué es aquesto,
Noche de confusion llena?

(Sacar hachas.)

¿Don Juan traidor? No es posible.
Alumbrad. Esta es su letra.

(Lee.) *Millon y medio debian**El real patrimonio y rentas.**Gran señor, cuando á privar**Comencé con vuestra Alteza.**Los Estados que me dió.**Desempeñadas sus deudas**Por estar en mi violentos,**Se vuelven á su cabeza.**Si cayere de tu gracia,**Que es preciso, todos sepan**Que ántes que el Rey se la quite,**Don Juan le ha dado su hacienda.*

REY.

¡Notable entereza de hombre!
Fuése, en fin.

INFANTA.

Y para prueba

De que se pasa al de Aujón,

Vuestra Majestad advierta

Que le hace restitucion

De sus bienes, porque pueda

Decir que nada le debe.

CLAVELA.

Esto es, señor, cosa cierta.

REY.

Mucho aprietan los indicios;
Mas mienten, por mas que aprietan.
Vos, misterioso embozado,
Dad luz á tantas tinieblas.

DON JUAN.

Cuando la reputacion
Corre riesgo, en su defensa
La vida ha de aventurarse:
Fin aquí mi ficcion tenga.

(Descubriéndose.)

Yo soy Don Juan de Cardona.

CALVO. (Ap.)

¡Mamao! Miren cuál se quedan
La Clavelita y la Infanta,
Testigas falsas y feas.

REY.

¿Hay suceso que á este iguale?
Que tenga en vos tanta fuerza
El temor de mi privanza,
Que á locuras como esta
Os obligue!

DON JUAN.

Gran señor,

Sea locura ó sea prudencia,

El juicio ha de costarme

El ser privado por fuerza.

Solamente he granjeado

Enemigos que desean

Mi muerte como la Infanta,

Mi agravio como Clavela.

Hacedme tanta merced

Que yo á mi quietud me vuelva;

Así prolongados siglos

El mundo os llame su Cesar.

REY.

Don Juan, si haceros favores
Juzgais á agravios, la ofensa
Que hoy hacéis á mi constancia.
Asegurándos se venga.
La mano mi hermana os dé;
Que yo con la hermana vuestra
Desposándome, aseguro
Vuestra privanza molesta.
Así no podréis caer.

DON JUAN.

Gran señor, desamano,
A pesar de la fortuna,
Montes piso, que no ruedas.

(A la Infanta.)

Vos, señora, que culpastes,
Mal informada, mi lengua,
Premiada por muda agora,
Que jamas en vuestra ofensa
Habló palabra: Don Luis
Testigo fiel desto sea,
Y porque el Rey desto gusta,
Esposa suya Clavela.

CALVO.

Y á mi; que me papen duelos!

DON JUAN.

Tú, Calvo, eres de su Alteza
Palafrero mayor.

CALVO.

Vivas, pues me empalafrenas,
Mas que un catalan agravios.

DON JUAN.

El privado fui por fuerza;
Mas ya lo seré con gusto,
Si os le ha dado esta comedia.

CELOS CON CELOS SE CURAN.

PERSONAS.

CESAR.
CARLOS.
SIRENA.
NARCISA.

DIANA.
ALEJANDRO.
MARCO ANTONIO.
GASCON.

UN CORTESANO.
UN QUENTERO.
UN PAJE.
DOS CRIADOS. — ACOMPAÑAMIENTO

La escena es en Milan y extramuros.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

CESAR, CARLOS, GASCON.

CÉSAR.
¡Hemos de apartarnos mas
De la ciudad, Carlos?

CÁRLOS.
No,
Que la ribera del Po,
Que murmurar viendo estás,
Mientras de Milan te alejas,
Si en sus cristales te avisas,
Agravios vende entre risas
A tu amistad y a mis quejas.

CÉSAR.
No te entiendo.
CÁRLOS.
No me espanto.
Déjanos solos aquí,
Gascon.

GASCON.
Siempre obedeci
A quien sirvo y quiero tanto,
Y mas á estas ocasiones;
Porque yo cuando hay envites,
Digo *quiero* á los convites,
Y descarto las cuestiones.

ESCENA II.

CESAR, CARLOS.

CÉSAR.
Ya estamos solos; procura
Declararte: ¿es desafío?

CÁRLOS.
No nos oye mas que el rio,
Que no ofende, aunque murmura.
Deja de aumentar agravios,
Dudando de mi fe así;
Que mis quejas contra ti
Solo tienen en los labios
Discreta jurisdiccion,
No en la espada; que, en efeto,
Reverencian el respeto
Que te debo.

CÉSAR.
La ocasion
Con que las formas, repara;
Que me suspendes y admiras.

CÁRLOS.
Por fabulosas mentiras
Las propiedades juzgara,
Que pintó la antigüedad
En la amistad verdadera,
Si hallarlas en ti quisiera.

CÉSAR.
¿Pues es falsa mi amistad?

Parécelo.

CÁRLOS.
CÉSAR.
Di el por qué.
CÁRLOS.
¿Por qué (desata esta duda)
Pintó á la amistad desnuda
Quien su Apeles sutil fué?
¿Por qué, si no es en tu mengua,
Su lado abierto mostró,
Y del pecho trasladó
El corazon á la lengua?
¿Por qué le vendó los ojos,
Dejando libres los labios?

CÉSAR.
Jeroglíficos agravios
Me proponen tus enojos.
Misterioso vienes. Digo
Que si desnuda pintaban
La amistad los que enseñaban
Leyes al perfeto amigo.
Fué para darle á entender
Que entre los que la profesan,
Y su lealtad interesan,
Ningun secreto ha de haber.
Porque si se definió
Que era un alma en dos sugetos,
Afirmando los discretos
Que el amigo es otro yo,
Mal quedara satisfecho
De quien sus pasiones calla
El amigo que no halla
En un lugar lengua y pecho.
Mas yo, ¿cuándo he delinquido
Contra estas leyes? ¿qué llaves
No te ha dado el alma?

CÁRLOS.
CÉSAR.
¿Sabes,
César, que señor has sido
De la mia de tal modo,
Que hasta el menor pensamiento
Jamás de tu amor exento,
Viéndote dueño de todo.
Y á mi tan perfeto amigo,
Ya grave, ya humilde fuese,
Autes que yo le entendiese,
Se registraba contigo?
¿Qué desdenes de Vitoria,
Sol que adoro, qué desvelos,
Ya bastardos por los celos,
Ya hijos de la memoria,
Dejé de comunicar
Contigo, si tal vez hubo
Que compasivo te tuvo
De tal suerte mi pesar,
Que en reciprocos enojos
Tanto amor nos conformó,
Que porque lloraba yo,
Afeninaste tus ojos?

CÉSAR.
Pendiente estoy de tus labios,
Confuso con tus razones.

¿Las que son obligaciones,
Carlos, vuelves en agravios?
Si lloras, lloro contigo;
Alégrame tu contento;
Lo mismo que sientes, siento,
¿Y me llamas mal amigo?
No te acabo de entender.

CÁRLOS.
Ya sabes que la igualdad
Es hija de la amistad;
Tu igual me veniste á hacer
El día que me llamaste
Amigo tuyo.

CÉSAR.
Es así.
CÁRLOS.
De sangre noble nací,
Si la ducal heredaste;
Ya sé que tan cerca están
Tus partes de tu ventura,
Que para hacerla segura
La corona de Milan,
Un solo estorbo hay en medio,
De un sobrino que la goza,
Tan enfermo en edad moza,
Que diera fácil remedio
A mi deseo y tu estado
La muerte, si permitiera
Cobehchos, ó te quisiera
Como yo, aunque mal pagado.

CÉSAR.
¡Oh Carlos! ¿cómo se entiende
Que interesado tu pecho.
Amistades que me ha hecho,
Como mercader las vende.
Sácame ya del cuidado
Con que suspenso te escucho;
Que quien encarece mucho,
No se tiene por pagado.
Y pienso yo que en iguales
Correspondencias de amor,
Si ejecutas acreedor,
De la obligacion te sales
De deudor; pues te he querido
Con tan limpia y pura fe,
Que en ellas te perdoné
Aun el serme agradecido.

CÁRLOS.
Muy bien lo muestras, per Dios!
Sea (y búrlate de mí)
Tu secreto para ti.
Y el mio para los dos.
Los amigos de importancia,
Que se precian de leales,
En los bienes y los males
Van á pérdida y ganancia.
Mas tú, que con los ingratos
Quieres lograr tus intentos,
Avaro de pensamientos,
Con andar hoy tan baratos,
Pretendes en los desvios
Con que me ocultas tu pena

Por gastar de hacienda ajena,
Ser pródigo de los míos.
¿Tú triste, César, y yo
De la ocasión ignorante?
¿Tú desvelado? ¿Tú amante,
Y yo sin saberlo? No.
No busques vana salida
A culpas averiguadas.
De la soledad te agradas,
Mi amistad aborrecida;
No comunicas tormentos,
Ni yo quiero examinarlos:
Ya, César, te causa Cárlos.
Señor de tus pensamientos
Has sido; yo te los dejo;
Goza á solas tu cuidado;
Los secretos que he liado
De tí, te darán consejo.
No llevo ninguno tuyo
Que restituir te deba;
Prueba otros amigos, prueba
(Y con aquesto concluyo)
Amor sin comunicar,
Mientras dejas ofendida
Una amistad de por vida.
Que ya por tí es al quitar.

CÉSAR.

Aguarla, Cárlos, espera,
Satisfaré tus engaños.
¿Amistad de tantos años
Por ocasión tan lijera
Se rompe? Facilidad
Notable á culpar te viene:
Mas no es mucho; también tiene
Sus melindres la amistad.
También la asaltan recelos;
Que la amistad en rigor,
Por lo que tiene de amor,
Quejas forma y pide celos.
Es verdad que quiero bien
En parte que corresponde
Agradecida: ni donde,
Ni cuándo, Cárlos, ni á quién.
Te he dicho: que como sigo
Leyes que á la amistad puso
Mas la antigüedad que el uso.
Y sé que el perfecto amigo
No quiere ni intenta mas
De lo que quiere y intenta
Su amigo, no juzgué á afrenta
La que en la cara me das;
Pues en este fundamento
Mi amor oculto creyó
Que gustando desto yo,
Estuvieras tú contento.
Mas pues me llamas ingrato.
Y á lo interesable vives,
Secretos das y recibes,
Y ya es tu amistad contrato:
Oye, aunque el límite pasé
Que me puso á quien respeto;
Pues debiéndote un secreto,
Que sin que yo te forzase,
Me donaste liberal,
Si hago pleito de acredores.
Tus deudas son anteriores.
Y es bien pague al principal;
Pero advierte que no es justo
Que pagarte mas intente
De aquello que cabalmente
Te debo.

CÁRLOS.

Logra tu gusto:
La deuda quiero soltarte;
No ofendas tu mudo amor.
Mírasme como acredor;
Claro está que he de enfadarte.
Quédate, César, con Dios.

CÉSAR. (Deteniéndole.)

Eso no; desobligado

Has de dejarme, y pagado
Has de partirme: los dos
Hacemos cuenta ajustada.
Ya estriba esto en interés;
Si te has de ir, véte despues
Que yo no te deba nada.
Que amabas dijiste un día:
Y antes que mas te explicases,
Y tú dama me nombrases,
Yo, que en la filosofía
Estoy diestro, de los ojos,
Y los tuyos registré,
Que era Vitoria alcancé
La causa de tus enojos.
Haz tú otro tanto también.
Si igual fineza te obliga;
Porque yo, cuando te diga
Mi amor, no te diré en quién
Le empleo.

CÁRLOS.

Enojado estás.

CÉSAR.

No estoy, que es la causa leve;
Pero harto hace quien debe
En pagar, sin que dé mas.

CÁRLOS.

Di, que porque serte intento
De provecho en tus cuidados,
Con paciencia tus enfados
Quiero sufrir.

CÉSAR.

Está atento.

[Luzo]

En un festín que el Duque mi hermano
Una noche... (engañame; un claro día:
Que agregación de luz desautorizo,
Si á tanto sol describo noche fría)
Pródiga la hermosura, y en su hechizo
Perdida la beldad que Chipre cria,
Competidores, discreción y gala,
Y dilatada gloria en breve sala:
Cuadros de estrellas sustituyen flores,
Y jardín el salón, que amor cultiva.
Si estrados, deste abril usurpadores,
No extrañan que en tal cuenta los recibas;
Cercado de bellezas y valores.
El teatro ducal y la festiva
Ocupación sonora en instrumentos,
Principio dio al sarao y á mis tormentos.
Libre gozaba yo la ejecutoria
Con que el desenido me eximió tributos,
Que rinde el alma y guarda la memoria,
Pechando penas mas á ménos frutos.
Que cerca está el tormento de la gloria!
¿Que bien pintó al placer cortando lutos
Aquel que á los umbrales del sosiego
La inquietud retrató pegando fuego!
Licenciosa la vista se derrama
Por venenosos campos de hermosura.
Presago amor de ejecutiva llama,
Que libre cuello sujetar procura:
Vi, Cárlos, en efecto, vi á una dama,
Imperiosa opresión de mi ventura,
Que presidiendo en tribunal de estrellas,
Lo que esta desperdicia, logran ellas.
Gozaba, al lado suyo, un caballero
Privilegio de fiestas semejantes,
De incognito valor, cobarde acero,
Desvalido entre méritos amantes.
No te sabré afirmar cuál fué primero,
O amar, ó estar celoso; mas sé que antes
Que advirtiese mi estado peligroso,
Si amante me admiré, temí celoso.
Salí á danzar, ya rayo de venganzas,
Por malograr indigna competencia,
Y á la Marquesa saco: entre mudanzas
Festivas (mal presagio á la experiencia)
Sembró risueña en celos esperanzas,
Espinas que coronan la paciencia:
Yo de veras amante, el festín juego.
Cesó la danza y comenzó mi fuego.
Ocupé el lado, si cobarde amando,

Atrevido celoso, y suspendiendo
Discursos á la lengua, hablé mirando,
Propuse mudo y obliqué temiendo;
Ella cifras de amor deletreando,
Lo que negó callando, pagó viendo.
¿Oh amor, al principiar dulces enojos,
Idiota en labios, elocuente en ojos!
Puso á la fiesta fin la aurora, llena
De envidias mas que aljófares; ¿qué prisa
A mi espaciosa suspension! ¿qué pena
A obscura ausencia, su purpúrea risa!
Acompañé hasta el coche á mi sirena...

CÁRLOS.

¿Que Sirena es la dama, que me avisa
Tu inadvertencia? Mas que á tu cuidado,
A tu descuido quedará obligado.
Ya, César, me sacaste de adivino:
Prosigue.

CÉSAR.

¿Para qué, si soy tan necio,
Que ofendiendo secretos, descamino
Dichas de amor, y leves menosprecio?
Pasó á la lengua el alma; en ella vino
Sirena aposentada; que no precio
Sin Sirena, vital acción. (¿Que asombro!
Vivo en nombralla, y muero si la nombro.
Ya, Cárlos, sabes mas que yo quisiera:
Vencisteme, y perdilla por nombralla.
¿Oh lengua para el mal siempre lijera!
¿Oh pecho, descuidado á refrenalla!
Si eres leal, si quieres que no muera,
Su nombre se te olvide, ó si no, calla:
Que si alcanza á saber que está ofendida,
Desacreditó á amor, pierdo la vida.

CÁRLOS.

¿Ah César! ¿quién pudiera ejecutivo
Quererte ménos, por vengar agravios?
¿Qué importa conocerla, si en tí vivo?
Lo que me ocultas tú, debo á tus labios.
Prosigue con tu amor ponderativo,
Y estima en mas respetos, si no sabios,
Leales en sufrirte y no ofenderte.
Que al olvido la nombra, ó á la muerte.

CÉSAR.

¿Qué quieres, caro amigo, que prosiga?
Facilito imposible la frecuencia;
Muchas veces la hablé; muchas obliga
A firme resistir, firme asistencia.
Desdenosa al principio, ya mitiga
Rigores; ya el amor (correspondencia
Que caudalosa en voluntades trata)
Risueña obliga, y satisface grata.
Solo de tu amistad... (¿Diré envidioso?
Bien puedo; que no quiere que á la parte
Entre con ella en alma, que imperiosa
Duda de gobernar, sin desterrarte)
Premática me puso rigurosa,
Con privación de no comunicarte
Su nombre, ni mi amor; y esto con pena
Que en sabiéndolo tú, pierdo á Sirena.
Sé agora, Cárlos, juez de mi indiscreto,
Roto silencio ya; serás testigo
De mi muerte también, si á su respeto
Te atreves, y á la ley de hidalgo amigo.
De mi alma eres señor, de mi secreto,
Con la sortija de Alejandro obligo
Tus labios y lealtad; porque al sellarlos,
La fe que á Efestion obligue á Cárlos.

ESCENA III.

GASCON.—DICHOS.

GASCON.

¿Damas, cuerpo de Dios, damas
Despedid por hoy enojos,
Y desenvainad los ojos,
Que en las amorosas llamas
Un crítico los llamó
Espadas negras de esgrima.
A Sirena y á su prima
Cierta coche malparió

En ese jardín frontero.
Porque entre sus bortalizas
Flores se llamen mellizas,
Y su comadre el cochero.
Visto os han, y acá se aplican:
Amor en el campo es hambre,
Y todo encuentro fiambre
Da apetito: si se pican,
Dos á dos estais.

CÉSAR.

Ya temo

Con qué ojos miraré,
Cárlas, á quien quebranté
El primer precepto.

CÁRLAS.

Extremo

Escrupuloso es el tuyo;
Ya yo no tengo memoria
De lo dicho. A mi Vitoria
Voy á ver. ¡Ay Dios! ¡Si suyo
Me llamara! Tú entre tanto
Que sus rigores mitigo,
Prosigue dichas, amigo.
Proseguiré yo mi llanto;
Que en mis penas divertido,
Si tú en tu gloria elevado,
Sabrá en tu amor mi cuidado
Darme por desatendido.

(Vanse Cárlas y César.)

ESCENA IV.

GASCON.

Dama falta para mí;
El primer lacayo soy
Que huérfano de hembra estoy.
Dijérala, á hallarla aquí,
A fuer de cómico humor:
«Y ella ¿no nos dice nada?»
Respondiérame alentada:
«Y ella ¿sabe tener amor?»
Y ella ¿qué gusto embaraza?
¿Qué voluntad fregoniza?—
Y él ¿en qué caballeriza
Ejercita la almohaza?—
Y ella ¿á quién vende novillos?—
Y él ¿cuánto há que es moscatel?»
Porque eso de ¿y ella? ¿y él?
Dan al gracejo estribillos.
Mas pues lacayo soltero
Soy, y no hay con quien hablar,
Íreme á cochiquizar
Un rato con el cochero.

(Vase.)

ESCENA V.

SIRENA y DIANA, CÉSAR, *siguiéndolas.*

SIRENA.

Estas riberas frecuento
Con notable inclinación.

DIANA.

Animan la suspension
De tu altivo pensamiento
Sus márgenes siempre amantes,
Que contra estivos rigores,
Hmildes ya en niñas flores,
Locas ya en plantas gigantes,
Tejiendo lazos estrechos,
Criaturas del parecen,
Que aves cantan, vientos mecen,
Y él alimenta á sus pechos.

SIRENA.

Poéticas descripciones
Autorizas.

DIANA.

Entretienen,
Mientras oscuras no viene
A deshermanar razones.
Mas advierte que hemos sido
Asaltadas.

SIRENA.

¿Cómo así?

DIANA.

César, tu amante, está aquí.

SIRENA.

La primer vez que ha venido
Desacompañado, es esta.
¿César sin Cárlas? ¡Extraña
Novedad!

DIANA.

No se acompaña
Amor; que no manifiesta
Sus secretos: soledades
Busca toda suspension.

SIRENA.

Di leyes de mi afición,
Que malogran amistades.

CÉSAR. *(Llegándose á las damas.)*

Viendo yo la compostura
Deste sitio, prenda mía,
Las nuevas flores que cria
Su aventajada hermosura,
Luego dije á mi ventura:
«¿Tan alegre esta ribera?»
¿Tan florida y lisonjera?
Notable ocasión tendrá;
Que quien tan compuesta está,
Visita ó huésped espera.»
No salió mi consecuencia
Mentirosa; si bien veo
Que no es cortés este aseo,
Sino loca competencia.
El campo en vuestra presencia,
Con arrogante osadía
Parece que os desafia,
Y en plaza de armas de flores,
Esperanzas y temores
Le dan miedo y osadía.
Competencia es desigual;
Envidias de perlas llora;
Rindióse, ya es vencedora
La marquesa del Final.
Los pies os besa en señal
De que humilde os obedece:
Ya le pisáis, ya florece
De nuevo: dichoso ha sido
Quien pisado y oprimido.
Risa aumenta, y flores crece.

SIRENA.

Ni el río, César, ni el prado
Enseñaros á hablar pudo:
Que uno y otro obrando mudo,
Cuerdo obliga, y causa agrado
Hasta el río es tan callado,
Que con reinar su corriente
Desde su ocaso á su oriente,
Palabras aborreció
Tanto, que se llama el Po,
Con dos letras solamente.
Vos, al contrario, perdiendo
Suertes que estoy recelando,
Llevais mal amar callando,
Y obligar obedeciendo.
Perficionaros pretendo,
César, porque en mi afición
No tendrá jurisdicción
(Esta altivez perdonad)
Ni parlara voluntad,
Ni ocupada inclinación.

CÉSAR.

¿Pues quién, si no lo fingis,
Ocupando el alma mía
Os usurpa monarquía
Que sola en ella adquiris?

SIRENA.

Pensamientos divertís,
Que yo quisiera ocupados,
Y menos comunicados
Con quien, no sé si indiscreto,
Desacredita el secreto

Que abona vuestros cuidados.
Este Cárlas ha de echaros,
César, á perder sin duda.

CÉSAR.

Con él mi voluntad muda
No se ha atrevido á agraviaros;
Obedeceros y amaros
Son el arancel que sigo
Tanto, que con ser mi amigo,
Y una alma sola los dos;
Porque me lo mandais vos,
Le agravio y le desobligo.
Ni yo le he comunicado
Desvelos de mi ventura,
Ni él, aunque los conjetura
Saberlos ha procurado.

SIRENA.

Andais vos muy alentado,
César, para no tener
Amigo con quien hacer
Plaza de favorecido;
Que suele, si está oprimido,
Un secreto enflaquecer.
Vos solo en mi voluntad
Sois absoluto señor;
Si es correspondencia amor,
Pagadme con igualdad:
No ha de ocupar su amistad
Alma que se llame mía,
Por mas que en ella porfia
Vivir quien me la usurpó;
Que soy muy gran huésped yo
Para estar en compañía.
Cárlas, sea ó no leal,
Me cansa, y no será bien,
César, que querais vos bien,
A quien me parece mal:
Dejarle será señal
De que á mi amor os obligo.

CÉSAR.

Mirad, señora...

SIRENA.

Esto os digo:

Leyes de mi gusto son:
César, en resolución;
O con Cárlas, ó conmigo. *(Vase.)*

ESCENA VI.

CÉSAR, DIANA.

CÉSAR.

Esperad, oid: tenelda
Diana hermosa, obligalda
A que me escuche: llamalda,
Reducilda, disponelda...

DIANA.

Si la amais, obedecelda,
César; que probar ordena
A costa de vuestra pena
La fe de vuestra afición.

CÉSAR.

¿Pues eso...?

DIANA.

En resolución,
Con Cárlas, ó con Sirena. *(Vase.)*

ESCENA VII.

CÉSAR.

Esto estriba ya en porfia
Mas que en finezas de amor:
No hay belleza sin rigor,
Ni altivez sin tiranía.
Estos espíritus cria
La hermosura idolatrada!
Ah presuncion encantada
En mujer desvanecida,
Arrogante, si querida,
Terrible, si despreciada!
Que deje yo la amistad
De Cárlas? ¿Que agravie yo

A quien debo tanto? El Po.
Padre desta amenidad,
Primero a la eternidad
Casi de su curso frío
Con mudable desvario
Ofenderá, y imprudente
Hacerá mendiga fuente
Donde muere inmenso rio,
Que con culpables mudanzas
Ofenda la inclinacion
Que aumenta mi obligacion.
Y alienta mis esperanzas.
Ponga el tiempo en dos balanzas
Mi amistad, mi ardiente pena;
Que si á olvidar me condena
La una, fuerza ha de ser.
Carlos, por no te perder,
Dejar de amar á Sirena.
Adórala; mucho digo:
Oh ciegas contrariedades!
Hallar podré otras beldades;
Pero no otro igual amigo.
Si le dejo, me castigo;
Piérdome, si no le dejo,
Y en dos caminos perplejo!
Hallo; extraña confusion!
Mi desdicha en la eleccion,
Y mi daño en el consejo.

ESCENA VIII.

CARLOS, muy contento.—CESAR.

CARLOS.
¿Cómo podré yo explicarte
Mi gozo, amigo..? No digo
Bien; que el señor no es amigo;
Y viniendo á gratularle
Duque de Milan, no es cuerdo
El título que te doy.
Tu vasallo, Duque, soy,
Cuando el ser tu amigo pierdo.
Murió tu sobrino; ya
Duque de Milan te aclama
Festiva á voces la fama,
Y de suerte alegre está
La nobleza y pueblo junto.
Que agradeciendo á la muerte
Su dicha, olvida por verte
Las obsequias del difunto.
En tu busca la nobleza
Sale, y toda la ciudad:
Trueque por la majestad
El título vuestra Alteza,
Y déme, para besarlos,
Los piés.

CESAR.

Cuando estilo mudas,
Me ofendes, por ver que dudas
De lo que te estimo, Carlos.
El parabien que me das,
Dátele tambien á ti:
Para tí soy lo que fui,
Duque para los demas.
La fortuna no enajena
Amigas jurisdicciones:
El norte de mis pasiones,
Como sabes, es Sirena;
Y puesto que pende della
Toda mi felicidad,
Por no perder tu amistad,
A riesgo estoy de perdella.
No me mudo yo, aunque herede:
César para tí he de ser;
Que Milan no ha de poder
Lo que Sirena no puede.

CARLOS.

Pues ¿qué hay en eso?

CESAR.

Despacio
Sabrás las contradicciones
De mis confusas pasiones.
Vamos agora á palacio,

Y mientras conmigo estás,
Carlos, á solas, no mudes
Estilo, ni de mi dades;
Que si apetezco ser mas,
Es para que mas poseas.

CÁRLOS.

Eres César, y de modo
Lo vengas á ser del todo,
Que César Augusto seas.

(Vase.)

ESCENA IX.

SIRENA, DIANA.

SIRENA.

¿Duque César?

DIANA.

Premia el cielo
Partes dignas de reinar;
Creció á sus plumas el vuelo
Tu amor: ya te puedo dar
Plácemes.

SIRENA.

¿De qué?

DIANA.

El desvelo

Con que César te ha servido,
Aumentará en tu favor
Deseos contra el olvido;
Que en el noble crece amor
Con el Estado.

SIRENA.

He nacido.

Diana, tan sobre mí,
Que si le favoreci
Hasta este punto, no sé
Desde agora lo que haré.

DIANA.

¿Qué dices? ¿estás en tí?

SIRENA.

Estoylo, y tanto, que crece
Mi olvido con la razon.
Crerás que me desvanece
La ducal ostentacion
Que esa esperanza me ofrece;
Mas puesto que él lo merezca.
Yo solo intento querer,
Aunque soberbia parezca,
Amante que engrandecer,
No duque que me engrandezca.
Llegara á mi presumido,
Cuando no desvanecido,
César á hablarme, y creerá
Que sus dichas pisan ya
Cielos, desdenes y olvido.
¿Qué grave que entrará a verme!
Mas que hace, para obligarme,
Majestad el pretenderme,
Favor el solicitarme.
Y pasatiempo el quererme?

DIANA.

¡Ay prima! déjate deso;
Que pones en opinion
Tu cordura.

SIRENA.

Todo exceso

Altera la discrecion,
Diana, y oprime el seso.
Hombre que duda dejar
Por mi un amigo, y causar
Pudo en mi amor sentimiento.
¿No ha de obligar mi escarmiento?
¿No me ha de desestimar,
Duque ya y entronizado,
De monarcas pretendido
Por yerno, solicitado
De reyes, y persuadido
A deidades de su estado?

DIANA.

¿Luego no le quieres bien?

SIRENA.

Intinito.

DIANA.

¿Pues qué intentas?

SIRENA.

Que celos causa le dén
De amarme mas.

DIANA.

Desas cuentas
No sé si has de salir bien.

SIRENA.

Esta alta razon de estado
Mis quimeras han hallado.
Que ha de ser en mi favor:
Con celos se aumenta amor;
Sin ellos es descuidado.
César, duque de Milan,
De lisonjas aplaudido;
Si desvelos no le dan
Recuerdos, prima, en su olvido
Mis deseos penarán.
A mas difícil empresa,
Mas arduas, mas soldados.

DIANA.

¿Y si te deja?

SIRENA.

Marquesa
Me quedo, alivio cuidados,
Y esperanzas de duquesa.

DIANA.

Terrible, Sirena, estás.
Pero ¿con quién le darás
Celos, rabiosos venenos?

SIRENA.

Con hombre que valga ménos,
Para que lo sienta mas.
Marco Antonio, aquece necio,
Para esto me ha parecido
Bien, aunque de poco precio.

DIANA.

Celos engendran olvido,
Si paran en menosprecio.

SIRENA.

Yo he de probar los quilates
De los celos.

DIANA.

Grande error
Es que probar hombres trates;
Porque pruebas en amor
Suelen llorar disparates.

ESCENA X.

MARCO ANTONIO. — DICHAS.

MARCO.

Por no ver los regocijos
Que á César previene el pueblo,
A ese César venturoso,
(Perdóneme si le afrento,
Cuando este nombre le aplico;
Que yo no sin causa pienso
Que necesidad y ventura
En este siglo es lo mesmo)
Salté á divertir envidias
A esta soledad, creyendo
Crecer en ellas pesares;
Porque los mismos efectos
Causan la música y campos,
Si es verdad que son aumentos
De tristezas en el triste,
De gustos en el contento.
Mas piadosa la fortuna
Dió á mis pesares consuelo,
Cuando ménos le esperaba,
Con vuestro dichoso encuentro;
Pues del modo que se olvidan
Naufragios tomando el puerto,
Heridas con la vitoria,
Y trabajos con el premio;
Mis envidias se olvidaron,

Hermosa Marquesa, viendo
En vos cifrado mi alivio;
Pues no hay penas donde hay cielos.

SIRENA.

Enfermos de un mal los dios,
Marco Antonio, nos podrémos
Consolar el uno al otro,
Si consuela el mal ajero.
Yo también a estas riberas
Contaba los desaciertos
En que la fortuna loca
Constituye su gobierno.
Cortó en agraz el abril
Del mas ilustre mancebo
Que vió Milan en su silla,
Que dió esperanzas al tiempo;
Dejó en su lugar á César.
Si antes de heredar soberbio,
Juzgad vos qué tal será
Ya señor, ya no heredero!
No hay eleccion en los hados;
Desde sus principios fueron
Naturaleza y fortuna
Opuestas en sus efectos.
¿Cuánto érades vos mas digno,
Noble, gallardo, discreto,
Cortes, liberal, afable,
Que un hombre en todo diverso?

MARCO.

Ya que esa merced me hacéis,
Y adorandós no hay secreto
Que ose el alma reservaros;
Yo, mi Sirena, os prometo
Que llegando a mirar,
No há mucho, al liquido espejo
De ese cristal fugitivo,
Dije (sus flores lo oyeron):
Si méritos y no dichas,
Entronizaran sugetos,
Sin excepcion de personas,
¿Quien me negara el imperio?
En los dotes naturales,
¿Qué me falta? ¿qué no tengo?
Sangre ilustre, dentos claros,
Alma noble, gentil cuerpo,
Generosa inclinacion,
Aleutados pensamientos,
En la adversidad constantes,
En la prosperidad cuerdos;
Infatigable al trabajo,
Festivo y galan en juegos,
Para el amigo apacible,
Para el contrario severo;
Estrófico, cortesano,
Y sobre todo, ¿divélo?
De la Marquesa bien visto.
(En que á mi dicha eche el sello.)

SIRENA.

(Ap. Tal te dé Dios la salud.
¿Hay presumido mas necio?
Buen competidor escojo
Para darle al Duque celos.)
No desmerecéis conmigo
Por alabaros, si es cierto
Que quien á si no se estima,
Causa en otros menosprecio.
Mas con eso me obligáis;
Que el propio conocimiento
Incita á heroicas acciones.
Y mas siendo como el vuestro.
Creed, señor Marco Antonio,
Que pudo en mí el conoceros
Tal vez tanto, que ha formado
Quejas contra vos mi sueño.
Contemporizad prudente
De la fortuna sucesos,
Ciegos como quien los guía:
César es duque, en efecto;
Conformáos con sus vasallos;
El galan, dalde compuesto.
Parabienes pesarosos,

Aplaudidle lisonjero;
Que yo por contrapesar
Vuestros justos sentimientos.
Añadiré á vuestras galas
Favores, agora, honestos.
Esta banda de diamantes
Tuvo á un principe por dueño,
Que por vos pongo en olvido.
Mejorada ya de empleo. (Dácela.)
Hourralia y despues.....

ESCENA XI.

GASCON. — Dichos.

GASCON. (Viendo por las espaldas á Marco Antonio, y creyéndole su amo.)

Señor;
Ricos, pobres, mozos, viejos,
Damas, dueñas, calles, plazas,
Fiestas, danzas..... ¿Cómo es esto?
(Vuélvese Marco Antonio, y cóncole Gascon.)

Vuélvese la gracia me perdione; (A Sirena.)
Que como no há muchos credos
Que deje á mi dueño aquí,
Pensé (es mi oficio dar piensos)
Que con vos se entretenia.

MARCO.

A ser vos no tan grosero,
Pudierádes conocer
Quién soy yo.

GASCON.

Teneis los léjos
Ducalés, y no estoy ducho
En examinar reversos
Humanos, porque chamuscan
A quien camina zaguero.
No soy derrama-placeres;
Perdonadme, que ya os dejo:
Paréntesis fui lacayo;
Ni añadido, ni quito al texto.

SIRENA.

Esperad. ¿A quién servís?
GASCON.

Serví hasta aquí á un caballero
Con no mas que dos caballos;
Mas ya se llama duqueso.

SIRENA.

¿Criado del Duque sois?

GASCON.

Criado, si no á sus pechos,
A los de real y cuartillo,
Que me hacen su racionero.

SIRENA.

Pues no os vais: que tengo mucho
Que preguntaros. Al cuello,
Marco Antonio, este favor
Lucid.

MARCO.

Añadid á premios
De oro, prendas de cristal:
Sellad labios, que soberbios
Se alabarán presumidos,
Si los permitis abiertos.

(Bésale una mano.)

DIANA. (Ap.)

¿Hay locuras semejantes?

GASCON. (Ap.)

¿Zape! sal quiere este huevo:
Si es amor, por Dios que escoge
Mal Adónis nuestra Venus.

SIRENA.

Dad, Marco Antonio, por mí
Un recado al Duque nuevo,
Corto y tibio; que á esto obligan
Enfadados cumplimientos.

GASCON. (Ap.)

; Cumplimientos con enfado

A un duque, señor supremo
De Milan! Opilaciones
Son de amor; saco el acero
Que deshinche presumidas.

SIRENA.

Correspondedme discreto.
Y advertid que os quiero mucho.

GASCON. (Ap.)

; Oh qué tanto mucho os quiero!

SIRENA.

Hoja: el coche. Venid vos (A Gascon.)
Conmigo.

DIANA. (Hablando aparte con Sirena.)

Prima, ¿qué has hecho?

SIRENA.

Estratagemas amantes.
Diana: yo he dado en esto:
Veamos en lo que para.
(Vanse las damas y Marco Antonio.)

GASCON. (Ap.)

Un mucho voy satisfecho
Que la he parecido bien:
Hembra es en fin, yo soy hembro.
Quien á tal hombre hace cara,
En la opinion majadero,
Si ha de escoger lo peor,
Escogeráme; apostemos.

ACTO SEGUNDO.

Salon de palacio en Milan.

ESCENA PRIMERA.

CESAR, CARLOS, de luto mediano;
UN CORTESANO.—ACOMPAÑAMIENTO.

CESAR.

Yo estoy reconocido
A la lealtad y amor con que ha venido
La ciudad á ofrecerme
La corona ducal, y á entretenerme
En las ostentaciones
Festivas, que en aquestas ocasiones
A mis antepasados
Dejaron aplaudidos y obligados.
Obsequias funerales,
Sentimientos de amor piden iguales;
Que con honras funestas
No dicen, caballeros, bien las fiestas.
Cumpla el culto divino
En primero lugar con mi sobrino,
Y despues darán nuestras
Con regocijos las lealtades vuestras;
Que juzgo por azares
Estabonar placeres con pesares.

UN CORTESANO.

Alabe en vuestra Alteza
Milan la discrecion con la grandeza,
Y llámese dichoso
Señor que es heredero generoso,
No solo deste Estado,
De las almas también que en tantogrado
Rinden agradecidas
A dominio de amor, feudo de vidas.
(Vanse él y el acompañamiento.)

ESCENA II.

CESAR, CARLOS.

CESAR.

Cúbrete, Carlos, agora.

CARLOS.

¿Yo, Señor?

CESAR.

En la igualdad,
Dijiste, que la amistad
Consistía: no lo ignora
Quien si en público pudiera

Hacer que te respetaran
Todos, y á mi te igualaran,
Mi mismo poder te diera.
Cuando estás solo conmigo,
Indistinto de mi te hallo;
Sé en público mi vasallo;
Pero en secreto mi amigo.
Cúbrete.

CÁRLOS.

Servirte gusto.

CÉSAR.

No digas servir aquí.

CÁRLOS.

Cumplo tu gusto.

CÉSAR.

Eso sí;

No sirve, si no hace el gusto
De su amigo, quien merece
Tal nombre. Duque soy ya;
Gozoso Milan me da
Su corona, y me obedece:
No me has de juzgar ingrato.
También tú has de ser marques
De Monferrato.

CÁRLOS.

Los pies

Te beso; mas Monferrato
Ya es pequeño para mí;
Pues si con nombre de amigo
Soy una cosa contigo,
Distinguiéndome de tí
Dese modo, no podrán
Darme el título de cuerdo
Los que ven que marques, pierdo
El ducado de Milan.

CÉSAR.

Bien arguyes: serás, pues,
Por ese mismo respeto,
Duque conmigo en secreto,
Pero en público, Marques.
¿Cómo te va con tu dama?

CÁRLOS.

Mas á mi gusto se inclina,
A mis ruegos.

CÉSAR.

Si adivina

Amor, profética llama,
Carlos, que eres ya marques
De Monferrato, no dudo
Que lo que tu amor no pudo,
Pueda en ella el interés.
¡Ojalá hiciera la mía
Otro tanto! Esta mudanza
Crece en mí desconfianza
Amor, ciega tiranía.
No me puedo persuadir
Que mujer que me desdena
Por ocasion tan pequeña,
Como es el verme asistir
A tu amistad, tenga amor.

CÁRLOS.

Si hasta agora, no heredado,
Dueño suyo te ha llamado,
Siendo de Milan señor,
¿Quién duda que este respeto
Grados á su amor añada?

CÉSAR.

Quien cual yo se persuada
Que es la mujer un sugeto
Tan leve y sin fundamentos,
Que en su varia confusion
Reinan, ciega la razon,
Efímeros pensamientos:
Jardin de diversas flores,
Que con inconstancia vana
Nacen hoy, mueren mañana.
Desta suerte sus favores
Logra cualquier voluntad
Que en mujer los vinculó,
Y por esto se llamó
Hermosa la variedad.

ESCENA III.

GASCON. — Dichos.

GASCON.

Aunque los que ejercitamos
Ministerios inferiores,
Ni hablamos con los señores
Ni reitrete profanamos,
El uso, excepcion de leyes,
Que en las comedias admite,
Porque el vulgo lo permite,
Hablar lacayos con reyes,
Esta vez (que por ser una,
Se me puede tolerar)
Subo, gran señor, á dar
Plácemes á tu fortuna.

CÉSAR.

Admítolos: yo os haré
Mercedes, andad con Dios.

GASCON.

¿Os haré? y andad? ¿Ya es vos
Lo que tú hasta agora fué?
Pues vive Dios que hubo día,
Aunque des en vosearme,
Que de puro tutearme,
Me convertí en atutia.

CÉSAR.

Gascon, tu estancia es abajo.
Vete, y despeja.

GASCON.

Eso sí,

Tú por tú; *vete de aquí*,
Y no, *andad*, con tono bajo;
Que esto de *vos* me da pena.
Voyme; pero si te agrada,
Daréte yo una embajada
De la marquesa Sirena.

CÉSAR.

¿De quién?

GASCON.

No sé yo si amor.
Si desden, si celibato,
Me dió el cargo en breve rato
De lacayo embajador.
Dejéte con ella hablando
A los ribetes del río,
Y cumpliendo un desafío
Del cochero, estaba dando
Un rentoy, cuando escuché
Entre música festiva
Decir: *¡César duque viva!*
Alegre el naipe solté,
Y viendo que en busca tuya
Se despoblaba Milan,
Salto como un gavián:
Y luego, todo aleluya,
Creyendo hallarte con ella
(Conocida por las faldas),
Vi á un hombre por las espaldas.
El placer: ¿qué no atropella?
Los ojos me encantuso;
Que era mi duque entendí;
Las albricias le pedí;
Pero al punto que volví
La cabeza, en testimonio
De lo que es una mujer,
Llegué á ver; y qué mal ver!
Tan privado á Marco Antonio,
Que con el favor ufano
Que la señora le dió,
Con los labios la ensució
Las espaldas de una mano.

CÉSAR.

¿En la mano de Sirena
Labios Marco Antonio!

GASCON.

Sí.

Perdon cortés le pedí,
Y él, en lo hinchado hallena,
Si en los méritos mosquito,

Me dijo: «Sois un grosero».
Respondile: «Caballero»,
Yo aquí, ni pongo, ni quito:
Nací á oscuras, y he quedado
Grosero de coyunturas;
Que madre que pare á oscuras,
¿Cómo puede hilar delgado?»
Quise dejarlos; mas luego
Que la Marquesa advirtió
Ser ministro tuyo yo,
Me manda que aguarde; luego
A ver favores amantes,
Y miro que la Sirena
Le echó al cuello una cadena,
Si no banda, de diamantes.

CÉSAR.

¿Qué dices, loco?

GASCON.

Una banda,
Vive Dios, que ví á tu pecho
Mil veces; y él satisfecho
De necio, oye que le manda
Que viniendo á visitarte,
Cuando en tu presencia esté,
Muy corto y tibio te dé
Un recaudo de su parte,
Sin mas encarecimientos
Ni muestras de regocijo:
«Porque á aquesto obligan, dijo,
Enfadados cumplimientos».
Despidióse, y luego escucho
Que dijo con tierno afeto:
«Correspondedme discreto,
Y advertid que os quiero mucho».
¿Porque vean lo que son
Las mujeres, aunque sean
Marquesas, y porque vean
La medra de su eleccion!
Partióse el favorecido,
Y llamándose la dama,
Me dijo: «A quien tibio ama,
Pone mi agravio en olvido.
Marco Antonio es voluntad
Todo, y á mi amor sugeto,
Ni ocasiona su secreto,
Ni me ofende su amistad.—
«¿Pues á mí, señora mía,
Tócame eso?» la respondo.
«Nunca me meto en tan hondo:
Gócele Vuesñoría,
Sin que se deshaga dél,
Un siglo, pues le escogió
Cuerdo ó necio: porque yo
No he de casarme con él.»—
Replicóme: «Aquesto os digo
Para que á vuestro señor
Digais que en casos de amor,
A quien tiene tal amigo
Poco le desvelarán
Venganzas de una mujer,
Y á mi ménos el perder
La corona de Milan.»
Picó con esto el cochero,
Dejóme, y viniendo aquí,
Lo pasado refert,
Relator de mensajero.
Y agora que del trabajo
Presente me descargué,
Los altos despearé
Por los países de abajo.

(Vase.)

ESCENA IV.

CESAR, CARLOS.

CÉSAR.

¿Ves, Carlos, cómo ha salido
Verdadero mi temor?
¿Cómo no me tiene amor
Sirena, cómo ha fingido
Achaques, y cómo es cierto
Que es Marco Antonio el dichoso?

Pues dámelo tú achacoso,
Que yo te le daré muerto.

CÁRLOS.

Admiro en tal discrecion
Tan desatinado empleo;
Puesto que en la mujer veg
La heredada imperfeccion
De nuestra madre primera,
Que escogió, como mujer,
Lo que nos echó á perder.
La Marquesa es su heredera,
Y hala querido imitar;
Pero anime tu venganza
El ser la mujer mudanza,
Y que al fin se ha de mudar
Sirena.

CÉSAR.

Y eso ¿es bastante?
Pudieras, Cárlos, saber,
Si es mudable la mujer,
Que en solo el mal es constante;
Y que con tales desvelos,
Es ya mi pena mayor.
¿Qué mal nacido es amor,
Pues que se aumenta con celos,
Enflaquece con regalos,
Y con disfavores crece!
Esclavo, aunque es dios, parece,
Pues hace virtud á palos.
¿Qué he de hacer?

CÁRLOS.

De mi consejo,
Fingir rigores conmigo;
Pues viéndote mi enemigo
Y que tu privanza dejo,
Si es ardid de su desden
El probarte contra mí,
Podrá ser se ablande así,
Y pague en quererte bien.

CÉSAR.

Cárlos, no me des disgusto;
No es amor lo que es porfia,
Ni se funda en tiranía
La ley suave del gusto.
Yo adoraré su hermosura
Sin desdorar mi valor,
Y aborreceré en su amor
El tema de su locura.

ESCENA V.

MARCO ANTONIO, muy de gala con
la cadena de Sirena.—DICHOS.

MARCO.

Aunque mis gratulaciones
No sean de las primeras,
Gran señor, y prevenciones
Adelantan lisonjeras
Festivas ponderaciones;
Por mias se estimarán,
No obstante que lleguen tarde.
Mil años gocé Milan
Esta dicha.

CÉSAR.

Dios os guarde.
¿Cómo venis tan galán
A verme, cuando este Estado,
Por el dueño malogrado
Que en tierna edad se le ha muerto,
De cuerdo luto cubierto,
Sentimientos ha mostrado
Dignos del postrer tributo
Que deben los caballeros
A su señor absoluto?
Parabienes de herederos
Son parabienes de luto.

MARCO.

Gran señor, inadvertencia
De amante favorecido
Culpó mi poca experiencia.
Quiero bien; precepto ha sido

Entrar así en tu presencia,
De una dama.

CÉSAR.

En los amantes
No son disculpas bastantes
Las que en tales ocasiones
Deshucen obligaciones.

MARCO.

Esta banda de diamantes
Me echó al cuello, y me mandó
Que con ella á vuestra Alteza
Visitase.

CÉSAR.

Bien sé yo
Que aborreciendo firmeza,
De diamantes os la dió.

(Ap. á Cárlos.)

¿Ay Cárlos! que estoy perdido,
A no vengarme obligado,
Por ser duque, y en su olvido
A morir disimulado,
Y á no quejarme ofendido.

(A Marco Antonio.)

Amante sois puntual;
No me ha parecido mal
Que así cumplais vuestro amor.

MARCO.

Háceme mucho favor
La marquesa del Final.

CÉSAR.

¿Que en vos logra su cuidado
La Marquesa? ¿Y llevará
Bien el que la hayais nombrado?

MARCO.

¿Pues no, señor? Claro está
Que trayéndos un recado
De su parte, me consiente
Alardes de su hermosura.
Dice que por el presente
Estado, os dé la ventura
Laureles, que en vuestra frente
Multipliquen en Milan
Cuántas coronas están
Por el mundo repartidas,
Porque las goceis unidas
Con el imperio alemán.

CÉSAR.

Decilde vos á Sirena
Que de su cuerda eleccion
La doy yo la enhorabuena;
Que escogió á satisfaccion
De todos; que quien ordena
De sus afectos tan bien,
No nos deja que cuidar;
Que admito su parabien;
Y que os pudiera envidiar
Quereros tal beldad bien,
Si el cargo destos Estados
Dejara desocupados
Pensamientos inferiores,
Que ya en materia de amores
Se retiran jubilados;
Y que he de ser yo el padrino,
Desposándose con vos.—
¿Ay, Cárlos, qué desatino!

(A él aparte.)

MARCO.

Guarde á vuestra Alteza, Dios;
Que puesto que soy indino
De tal merced, le prometo
Reconocella leal,
Y desde agora la aceto.

CÉSAR.

Si sois marques del Final,
Tendrá un señor muy discreto.
(Vase Marco Antonio.)

ESCENA VI.

CARLOS. — CÉSAR.

CÁRLOS.

Ya de un desasosiego

La cura eficaz hallé;
Que mas alcanza quien ve,
Que el que se ocupa en el juego.
Ni Sirena te aborrece,
Ni mi amistad la da enojos,
Ni en Marco Antonio los ojos
Pone, ni le favorece.
Por tenerle inclinacion,
Con ardides te conquista
Su amor; sé buen estadista,
Y lograrás tu aficion.
Mujer que estima el secreto
De su amor de suerte en tí,
Que le recela de mí;
Si no te quiere, ¿á qué efeto
Mandarle publicar pudo
A este necio opositor?
¿En él pregonero amor,
Y en tí solamente mudo!
Sin mas causa, no lo creas.
Obligarle á visitarte
Con recaudos de su parte,
Para que en su cuello veas
Prendas de quien dueño fuiste;
Permitir su desenfado
Delante de tu criado
Las cosas que agora oiste,
No está fundado en desden,
Si reparan tus desvelos
En que ninguno da celos
A lo que no quiere bien.

CÉSAR.

Pues ¿en qué puede estribar
Que se deleite Sirena,
Cárlos, en darme á mi pena?

CÁRLOS.

Descuida el asegurar,
Y aviva mucho el temer:
Vete Sirena ensalzado,
Por Duque reverenciado,
Y casi real tu poder;
Dificulta su esperanza
Al paso que vas creciendo,
Y amor por celos subiendo,
Lo mas remontado alcanza.
A mas subir, mas escalas
Para alcanzarte procura,
Porque á tan sublime altura
Mal volará amor sin alas.
En esta razon de estado
Funda todo su rigor.

CÉSAR.

De su filósofo amor
Pienso que la causa has dado,
Y sirveme de consuelo
El imaginar que así
No se desdeña de mí
Quien viviendo con recelo
De que me puede perder,
Celos pone de por medio.
Confíesote que es remedio
De tan eficaz poder,
Que igualmente crece en mí,
Cárlos, mi amor con mi agravio.

CÁRLOS.

Pues aprovéchate sabio
De sus armas.

CÉSAR.

¿Cómo así?

CÁRLOS.

Finge amar en otra parte;
Que celos en competencia,
Donde hay menos resistencia,
Vencedor han de sacarte.
Sirena es mujer; no puede,
Siéndolo, disimular
Su menosprecio y pesar;
Fuerza es que vencida quede.
Amante que fué querido,
Y ruega menospreciado,
Muestras da de afeminado,

Cuando se humilla ofendido;
Y no has de ser tú tan necio,
Que ruegos en tal sazón
Animen su presunción,
Y engendren su menosprecio.

CÉSAR.

¿Qué experimentado estás
En amorosos desvelos!

CÁRLOS.

Batalen celos con celos;
Verémos quien puede mas.

CÉSAR.

Alto; yo he de obedecerte.
Mas ¿á quién elegiré
Para eso?

CÁRLOS.

Yo te daré
Dama para merecerte,
Digna de humillar el seso
Mas libre, cuya presencia
A Sirena en competencia
Desvele.

CÉSAR.

No digas eso;
Que en Sirena aventuró
La hermosura su caudal.

CÁRLOS.

¿No merece ser igual
La que en Valencia del Po
Es condesa? ¿No es Narcisa
Hermosa competidora
Del sol, de quien es aurora?

CÉSAR.

Cárlos, es cosa de risa
Compararla con Sirena.
Alabo su perfección,
Celebro su discreción,
Y sé que Narcisa es buena
Para que en ausencia suya
Encarezcas su favor;
Mas no para que en mi amor
Por Sirena sustituya.

CÁRLOS.

No disputemos en eso;
Solo intento que con ella
Pruebes en tu dama bella
Si celos quitan el seso.
Prima es de Vitoria.

CÉSAR.

Ordena

A tu voluntad la mía;
Que si de la tiranía
Triunfo por tí de Sirena,
Y tus trazas me aseguran
De su severo rigor,
Sabré que en males de amor,
Celos con celos se curan.

—
Sola en casa de Narcisa.

ESCENA VII.

NARCISA, ALEJANDRO.

NARCISA.

No has de salir al torneo,
Si deseas darme gusto.

ALEJANDRO.

En él, Narcisa, me empleo;
Mas mi palabra, no es justo
Que por cumplir tu deseo,
Se quiebre.

NARCISA.

¿Porqué has de dar
Palabra tú, sin tener
Mi licencia?

ALEJANDRO.

No has de usar
De tu amoroso poder
Tanto, que no des lugar

A que cumpla mi valor
Con la obligación mayor
Que como vasallo debo
En Milan al Duque nuevo.
Sus límites tiene amor;
En materia de quererte,
De agradarte, de servirte,
Mi gloria es obedecerte,
Mi regalo divertirme,
Y mi tormento ofenderte;
Pero en lo demás, ya ves
Que soy libre.

NARCISA.

No se ofende

Desto quien firme amante es;
Que amor á todo se extiende;
Y aunque en ese tema des,
Dudo, por lo que te quiero,
Desgracias, que en tales fiestas
Un accidente ligero
Las vuelve tal vez funestas;
Y vistiéndose de acero,
No sé yo quién las ha dado
Ese nombre mal fundado;
Que fiestas, si dellas gustas,
En vez de telas de justas,
Visten telas de brocado.
¿Ves cómo tiene el amor
Derecho para mandarte
Que no salgas?

ALEJANDRO.

Tu temor

Puede, mi bien, disculparte.
Yo he de ser mantenedor;
Colores me puedes dar
Con que animes mi esperanza.

NARCISA.

¿Mas que por este pesar
Has de obligar mi venganza?

ALEJANDRO.

Ea, deja de amenazar;
Que cuanto mas propusieres
Olvidarme, mas me quieres.

NARCISA.

Dame penas conlido;
Sabrá tal vez tu cuidado
Lo que es agraviar mujeres.

ESCENA VIII.

CARLOS. — Dichos.

CÁRLOS.

En fe de lo que os estima
Mi reconocido amor,
Que ya por vuestro favor
Alcanza el de vuestra prima,
Narcisa hermosa, no tengo
Por contento el que hoy recibo,
Si del parabien me privo
Que á recibir de vos vengo.
César, duque deste Estado,
Y tan amigos los dos,
¿Quién duda que me deis vos
Plácemes de su privado?

NARCISA.

Deseaba, Cárlos, yo
De manera vuestro aumento,
Que al instante mi contento
Las albricias me pidió,
Que ya dobladas serán;
Pues si no hay cosa partida
En amistad tan unida:
Siendo duque de Milan,
Y gratulándos á vos,
Parabienes desobligo;
Pues dándolos á su amigo,
En uno cumplo con dos.
El cielo en César aumente
Estados que vos goceis.

CÁRLOS.

Como licencia me deis,

Para cierto caso urgente
Aparte os quisiera hablar,
Si Alejandro lo permite.

NARCISA.

Alejandro siempre admite
Lo que yo suelo estimar.

ALEJANDRO.

Y mas siendo vos á quien
Tanto yo servir deseo.

CÁRLOS.

Siempre, señora, me empleo
En lo que ha de estaros bien.

ALEJANDRO. (Ap.)

¿Que le está bien á Narcisa,
Y que no lo sepa yo?
Sospechas, mal sosegó
Amor que al recelo avisa.
Vive Dios, que voy dudoso.
¿Oh mar de amor, leve esfera!
¿Qué poca ocasión altera
Las olas de tu reposo!

(Vase.)

ESCENA IX.

NARCISA, CARLOS.

CÁRLOS.

Condesa, esta universal
Deidad que todo lo abraza,
Ha traído á vuestra casa
Al nuevo Duque: su mal
Solo en vuestra discreción
Espera remedio.

NARCISA.

¿En mí?

Cárlos, jamas preferí
El oro á la inclinación:
Yo se la tengo á quien puede
Quejarse de vos.

CÁRLOS.

Señora,

No os altereis hasta agora;
Que sin que Alejandro quede
De su amor desposeído,
Ni vos el nombre temais
Que constante eternizais;
Lo que por el Duque os pido,
Es tan sin riesgo del daño
Que prevenida temeis,
Como del mismo sabréis,
Que entra á veros.

NARCISA.

Si es engaño,

Cárlos, perderéis conmigo
Mucho crédito los dos.

CÁRLOS.

Ni es contra él ni contra vos,
Y es todo en bien de mi amigo.

ESCENA X.

CÉSAR, galán, como de noche. —

Dichos.

CÉSAR.

Privilegios de la noche
Divierten, Narcisa bella,
Enfadados y gravedades,
Que cuanto autorizan, pesan.
Partieron jurisdicciones
El día y la noche quieta:
Aquel negocios librando,
Y entretenimientos esta.
Tanto destos necesito,
Que habeis de darme licencia
Para que en vuestra hermosura
Hallen puerto mis molestias.

NARCISA.

Como yo sea tan dichosa,
Que en esta casa entreteña,
Sin agravio de mi fama,
Sus pesares vuestra Alteza,

Podré con ese favor
Dar envidia á la soberbia,
Calidad á quien la habita,
Y alabanza á su llaneza.
A lo ménos yo, entre tanto
Que tal merced gozo en ella,
Quisiera, como de duque,
Darle de rey norabuena.

CÉSAR.

Todo lo que yo valiere,
Como vos gustéis, Condesa,
A vuestra disposición
Tendrá ventura mas cierta.
¡Ay Narcisa, y qué engolfado
En agravios, en sospechas,
En desprecios y en venganzas,
Vengo á que me saqueis dellas!

NARCISA.

¡Yo, gran señor?

CÉSAR.

Sola vos
Habeis de ser contraverba
Del veneno que me abrasa,
Del fuego que me atormenta.
Esa discrecion hermosa,
Esa hermosura discreta,
Castigo tiene de ser
De presunciones protervas.
Si vos no, ¿quién puede darme
Vitoria en tan ardua guerra,
Vida en tan mortal peligro,
Gloria en tan ingratas penas?

NARCISA.

Haced, suplicós, señor,
Generosa resistencia
A ímpetus desiguales.
Si es bien que el valor los venza.
Vos sois mi señor, mi duque,
Yo humilde vasalla vuestra,
Ciego amor, vidrio la fama;
¡Triste de mí si se quiebra!

CÉSAR.

No acertais, Narcisa hermosa,
Mi mal; de causa diversa
Proceden los desatinos
Que mi paz desasosiegan.
Estad segura de quien
(Si como me llamo César,
Y soy duque de Milan,
De los dos polos lo fuera)
Ni descortés á hermosuras,
Ni pretendiente por fuerza,
Ni cansado aborrecido,
Ni ingrato á correspondencias,
Diera á agravios ocasiones.
Motivo á plumas y lenguas,
Deslucimiento á mi sangre.
Ni á mis oprobios materia.
Otra hermosura me abrasa,
Y solo estriba en la vuestra
El remedio de mi vida.

NARCISA.

Declárese vuestra Alteza.

CÉSAR.

La marquesa del Final,
Por reciproca influencia
Del cielo, por su hermosura
(Por mis desdichas dijera,
Si no agravara elecciones,
Que aunque desdenes padezcan,
Empleos dichosos logran
Por lo altivo que contemplan).
Sirena en fin (que en las sirtes
De amor, á los que navegan,
Para anegar voluntades
Fué en nombre y obras Sirena),
Correspondiente al principio
A pretensiones honestas,
Agradecida á secretos,
Y amorosa á diligencias,

De tal suerte entró agradable
En el alma que gobierna,
Lisonjeando esperanzas,
Y cautivando potencias,
Que adorando esclavitudes,
La aclamaron por su reina
Deseos, vulgo de amor,
Que ignorantes se sujetan.
Tirano fué cauteloso.
Que haciendo mercedes entra,
Destruyendo vidas sale:
Mas, ¡ay cielos! si saliera
Del pecho, ¿qué me faltaba?
Leyes propuso severas;
Ofendiéndose de amistades.
Y menosprecio firmezas.
Heredé en esto á Milan:
¿Quién, mi Narcisa, creyera,
Que aumentos de Estados y honras
Favores disminuyeran?
Crecí en dignidad, crecí
En desdenes y en ofensas:
No siendo duque, me amaba,
Ya duque, me menosprecia.
A un mozo bárbaro admite,
Tan pobre y falto de prendas,
Cuanto rico de venturas;
Este me hace competencia.
Marco Antonio es el querido:
El menospreciado César:
Mis dádivas le autorizan,
Sus mudanzas me atormentan.
Fácil pudiera vengarme,
A no envainar la prudencia
Celos, armas prohibidas
En quien sin pasión gobierna.
Como me llama Milan
Su señor, como respetan
Ya lealtades, ya lisonjas,
Por pisarla yo, la tierra,
Juntanse mis menosprecios
A mis celosas sospechas,
Y de lesa majestad
De lito mi amor procesa.
Carlos, que entrando á la parte
De mis prósperas y adversas
Fortunas, juzga por propias
Las que publican mis quejas,
Remedios busca eficaces,
Y discreto me aconseja
Que castigando á mi ingrata,
Use de sus armas mismas.
Que le dé celos con vos
Dispone, Narcisa bella;
Milagrosa medicina,
Si sale bien su receta.
Ya vos sabéis (perdonadme)
De cuán flaca resistencia
Sois todas cuando ofendidas,
Si cuando amadas, soberbias.
Mi salud estriba en vos;
Sed mi dama en la apariencia,
Ayudadme cautelosa,
Dadme venganza discreta.
Como enfermo os pido vida,
Como ofendido defensa,
Como vuestro duque ayuda,
Como mujer competencias.
Castigad ingratitudes
De quien vuestro sexo afrenta,
Y coronen vuestras plantas
El laurel de mi cabeza.

NARCISA.

Puesto, gran señor, que es justo
Que vuestros agravios sienta,
Y la elección que en mí haceis,
Reconocida agradezca,
Será razon ponderar
Qué tales las famas quedan
De mujeres pretendidas,
Si los príncipes las dejan.
¡Pareceos, señor, á vos

Que quien amante de veras,
Rehusaba desigualdades,
Las admitirá, si es cuerda,
Agora dama de burlas,
A los peligros expuesta
De los juicios ociosos?
Y sin el premio, ¿qué esperan
Desaciertos á esta traza?
¡Mi amante vos en las muestras!
¡Yo vuestro empleo en el nombre,
Y en la posesion Sirena!
No, gran señor; tenga yo
Mas dicha con vuestra Alteza;
Que debo de haber estado
Con descreídos de necia.

CÉSAR.

No os pido yo en perjuicio
De vuestra opinion, Condesa,
Livianas publicidades
Que os desdoren pregoneras.
Ni esto puede durar mucho;
Que celos son impaciencias
Que en breve, ó mueren, ó matan:
Larga paz tras corta guerra.
Sospeche no mas mi dama
Que ya vos lo sois; entienda
Que amada favoreceis,
Y correspondéis honesta;
Que si celosa prosigue
En mi agravio y en su tema,
Podrán sanar desengaños
Lo que vislumbres enferman.
Si decís de no, mataidme.

NARCISA.

Digo que estoy ya resuelta
A ser dama titular,
Si en la propiedad tercera.
¿Qué tanto me dais de plazo
Para que estas cosas tengan
Fin? Que temo dilaciones,
Por lo que peligro en ellas.

CÉSAR.

El plazo será tan corto,
Que con dos veces que os vea
Le avorecerme apacible
Quien me enloquece severa,
No seré mas importuno.

NARCISA.

Y si á la noticia llegan
De quien con licito amor
Me ha obligado, estas quimeras,
¿Permitis (juramentado
Que callará) darle cuenta
Del papel que sustituyo?

CÉSAR.

¿Que amante tenéis?

NARCISA.

Con deudas

De un siglo de voluntad
Y dos años de asistencia.
Ya no os puedo negar nada;
Que para que os eucarezca
Lo mucho que por vos bago,
Es bien daros esta cuenta.
Mirad el riesgo que corro.

CÉSAR.

Con obligaciones nuevas
Me empeñais. No sé si os diga
Que lo siento y que me pesa.
Y ¿quién es el venturoso?

NARCISA.

Pregunta excusada es esa:
Porque en amores de burlas,
Suelen celos causar veras.
No habeis de saber su nombre.

CÉSAR.

Ni yo gustaré que él sepa
Secretos que desbaraten
El fin desta estratagema;
Porque si tiene noticia

Por él mi ingrata Sirena
De que es fingido este amor,
Cobraré su desden fuerzas,
Y burlaráse de mí,
Sin que hacer sus celos puedan
La restauración debida
A mi posesión primera.

NARCISA.

Digo, señor, que he de daros
Gusto en todo.

ESCENA XI.

ALEJANDRO. — DICHOS.

ALEJANDRO. (Ap. al salir, acechando.)

No sosiega,
De temores combatido,
Quien ama ni quien pleitea.
A Narcisa dijo Carlos,
Quedando á solas con ella,
Que en cosas que bien la están
Su solicitud se emplea.
¡Cosas que están á Narcisa
Bien, y importa no saberlas
Yo, que la he reudido el alma!
¡Cielos! ¿qué cosas son estas?

(Velas por las espaldas.)
¡Sola Narcisa con Carlos,
Y ya con dos! ¡Y recelan
Que sepa yo lo que tratan!
¡Y me despiden! Sospechas,
Adivinaldo vosotras.

CÉSAR.

Esta sortija fué prenda
De quien me la dió mudable,
Porque aborrece firmezas.

(Pónesela en la mano.)

Mejórese en el cristal
Esta mano, pruebe en ella
Si para toque de celos
Hay quilates de paciencia.

ALEJANDRO.

(Ap. ¡Vive el cielo, que la ha dado
La mano, en quien tuve puesta
La cifra de mi esperanza,
Teatro ya de mi ofensa!
¡Sortijas, liviana, admities?
Si el interés tira piedras
Que el poder en oro engasta,
No me espanto que te venza.
¿Quién será el usurpador
De mis glorias, que ya penas,
Juntaron flores á espinas,
Y inviernos á primaveras?)
(Llégase á Narcisa, y vuelve la cabeza
César.)

¡Ah Narcisa! en fin.....

CÉSAR.

¿Qué es esto?

ALEJANDRO.

¡Señor! ¡aquí vuestra Alteza?

CÉSAR.

¿Sois dueño vos desta casa?

ALEJANDRO.

No, señor.

CÉSAR.

¿Pues qué licencias
A tan excusadas horas
Os osan abrir las puertas?

ALEJANDRO.

Buscaba yo, gran señor..... (Túrbase.)
Digo que buscaba en ella.....
Y hallé ya lo que buscaba,
Porque hallando á vuestra Alteza....

CÉSAR.

Sin querer decís verdades.
Andad, esperad afuera,
Si es que en mi busca venis.

ALEJANDRO. (Ap.)

Desdichas, salisteis ciertas.
¡César, duque de Milan;
Carlos, que en el bien se emplea
De Narcisa interesable;
Ausente yo, y mujer ella....!
Ya pasáis de descuñados,
Imaginadas certezas:
Ya, envidia, en el mar Amiclas
Teme fortunas de César. (Vase.)

ESCENA XII.

CÉSAR, NARCISA, CARLOS

CÉSAR.

¿Que Alejandro es vuestro amante?

NARCISA.

El confesaroslo es fuerza.
A dos años de esperanzas
Corresponde.

CÉSAR.

Sois discreta,
Mucho merece Alejandro.

NARCISA.

Y mucho es razón que sienta
Quien le quiere como yo
Los celos que de vos lleva,
Y que no se me permita
Asegurarle.

CÉSAR.

Si aumentan
El amor, ántes doy causa
A que mas, celoso, os quiera.

ESCENA XIII.

ALEJANDRO. — DICHOS.

ALEJANDRO. (Ap. al salir.)

Perdido estoy, estoy loco,
Y para que mas me pierda,
A que renueva mis ansias
Me manda mi amor que vuelva.

CÉSAR.

¡Entradas aseguradas,
Alejandro?

ALEJANDRO.

La primera
Se me olvidó, gran señor,
El daros la norabuena
Del nuevo estado, que agora
(Porque el descuido no ofenda
Deudas de la cortesía)
Vuelvo á daros.

CÉSAR.

Diligencias
Disculpables: no sé yo
Que para que se agradezcan
Parabienes cortesanos,
Se den en casas ajenas.
Andad, dádmelos despues
En palacio.

ALEJANDRO. (Ap.)

Añadid penas
A penas, pesaros míos,
Para que me anegue entre ellas. (Vase.)

ESCENA XIV.

CÉSAR, NARCISA, CARLOS.

NARCISA.

¿Es posible, gran señor,
Que no juzgeis por las vuestras
Las ansias con que Alejandro
Culpa mi amor y firmeza?
¡Con él solo, vos cruel!

CÉSAR.

Asegurós que me pesa,
Puesto que no os tengo amor,
Que tanto Alejandro os quiera.

ESCENA XV.

ALEJANDRO. — DICHOS.

ALEJANDRO.

La marquesa del Final
Sospecho que á veros entra.

CÉSAR.

¿Pues quién os ha dado á vos
El cargo de paje ó dueña?

ALEJANDRO.

Apeábase del coche,
Y para que la Condesa
Estuviere apercebida,
Parecióme.....

CÉSAR.

No os parezca
Tan bien Narcisa, Alejandro.

NARCISA. (Hablando aparte con César.)

Señor, vuestra Alteza, ¿intenta
Deshacer obligaciones,
O dar celos á Sirena?

CÉSAR.

Uno y otro.

CÁRLOS. (Ap. á César.)

Agora es tiempo
Que saquen á luz sus pruebas
Qué tanta jurisdicción
Tienen los celos.

CÉSAR.

Condesa,
En vuestro engaño consiste
La vitoria desta empresa:
Satisfaced mis venganzas.

NARCISA.

Dios me saque con bien dellas.

ESCENA XVI.

SIRENA, DIANA. — DICHOS.

SIRENA.

A amiga que se descuida
Tanto de mí, justo fuera,
En venganza de su olvido,
Ni visitarla, ni verla.
Pero puedan mas en mí.....

NARCISA.

Advertid que está su Alteza
Presente; llegad y habladle.

SIRENA.

¿Quién?

NARCISA.

Nuestro duque, Marquesa.

SIRENA.

(Ap. ¡Ay cielos! ¡á tales horas,
Y en tiempo que la grandeza
Suele soñar majestades,
Tan comunicable César!
¿Qué es esto, temores míos?)
Augustos laureles sean
Los Estados, gran señor,
Que aumenten el que hoy heredas.

CÉSAR.

Guárdeos Dios.

SIRENA. (Ap. á Diana.)

¡Ay prima mía!
¿Que guardéis Dios tan á secas!

DIANA.

Eslo toda majestad;
Porque es el sol su planeta.

CÉSAR.

Daréisle, Narcisa, á Carlos
Crédito siempre que venga
A renovar de mi parte
Lícitas correspondencias.
Y entre tanto, olvidad vos
Las antiguas, si interesan
Méritos de la hermosura

Coronas con que amor premia.
Y á Dios.

NARCISA.

Ya es obligacion,
Gran señor, lo que ántes era
Voluntad, y en una y otra
Procuraré yo que sean
Reconocimientos justos,
Fiadores de tanta deuda,
Abonados por humildes.

(Vanse César y Carlos.)

ESCENA XVII.

NARCISA, SIRENA, DIANA, ALEJANDRO.

SIRENA.

¿Qué cifras, prima, son estas?

ALEJANDRO.

Ahora que mis agravios,
Ojos hasta aquí, ya lenguas,
Pueden libremente darte
Parabienes entre quejas,
Si puedes, busca....

ESCENA XVIII.

CESAR. — DICMOS.

CÉSAR.

Alejandro, (Vase.)
Segúidme.

ALEJANDRO.

¿Aun hablar me vedan?

Pues revienten dentro el alma
Viboras de mis ofensas.
Busca, si puedes, disculpas....

ESCENA XIX.

CARLOS. — DICMOS.

CÁRLOS.

Alejandro, el Duque espera.

ALEJANDRO.

Porque desespero yo,
Pues aun quejar no me dejan.

(Vanse Carlos y Alejandro.)

ESCENA XX.

NARCISA, SIRENA, DIANA.

NARCISA.

Ven, Sirena de mis ojos;
Que cuando mis dichas sepa,
Palabras han de faltarte
En llegando á encarceralas.

SIRENA.

Si son las que yo he sacado,
Narcisa, por consecuencias,
Parabienes te aperciho.
(Ap. ¡Ay Dios, si ponzoña fueran!)

NARCISA.

¿Ves este diamante, amiga?
Pues señal es su firmeza
De una voluntad que en él
Sus esperanzas empeña.

SIRENA. (Ap. con Diana.)

Prima, ¡no adviertes, no escuchas
No tocas perdidas prendas,
Favorables á un ingrato,
Y ya en posesion ajena?
¿Qué he de hacer?

DIANA.

Llorar locuras,
Y escarmentar hoy en pruebas
De amor, que salen tan caras.

SIRENA.

¡Ay, Diana, que voy muerta!

ACTO TERCERO.

Jardin de la casa de campo de Sirena.

ESCENA PRIMERA.

NARCISA, SIRENA.

SIRENA.

A esta casa de placer
Te he querido convidar,
Si en negocios de pesar
Puede este nombre tener.
Atropelláronse ayer
Tantas quimeras, Narcisa,
Que aunque ambicioso me avisa
Tu amor que triunfa en palacio,
Quise averiguar despacio
Lo que te engaña de prisa.
Hallé á César en tu casa,
Tan tu amante en la apariencia
Que al parecer, tu presencia
Le desatina y abrasa.
Si supieras lo que pasa,
Y que de puro celoso
Busca en engaños reposo,
Y en tu hermosura venganzas,
Marchitaras esperanzas
Que malograr es forzoso.
Para aliviar accidentes,
De su sed mortal indicios,
Busca el enfermo artificios,
Flores siembra, finge fuentes;
Y aunque algun rato presentes
Le suelen causar sosiego,
Enfádase dellas luego;
Que fuentes artificiales
No aplacan sedes mortales.
Cuando está en el alma el fuego.
¿Nunca viste, si las llamas
Aumentan la calentura,
Que el enfermo, lo que dura
Congojado, muda camas?
Todo es andar por las ramas,
Pues al fin, cuando alijera
El mal su efimera fiera,
Aunque en él fiada estás
Despreciando las demas,
Se reduce á la primera.
Narcisa, la hidropeía
Celosa le tiene así:
Abrasado busca en ti
Lo que en mi amor desconfia
Mudando damas, porfia
Aliviar su ardiente pena;
Y á mas rigor se condena,
Mientras su mal no le avisa
Cuán mal curará Narcisa
Calenturas de Sirena.

NARCISA.

Si no fueras mas hermosa
Que eres sabia en la doctrina
Desa nueva medicina
Que alegas por milagrosa,
No estuviera yo celosa
De que haya sido tu amante
Quien dices que es inconstante
Porque de gustos mejora.
Basta, que das en dotorar,
No siendo ni aun platicante.
¿Agora, Marquesa, sabes
Que si el Duque (que lo dudo)
Amarte primero pudo,
Por mas que en esto te alabes,
En enfermedades graves
Tal vez el mal se destierra,
Mudando de aires y tierra;
Y que César, por sanar
De tu amor, quiso mudar
Desdenes que le hacen guerra?
Si nunca bien le has querido,

Y su amor te daba enfado;
Libre ya de su cuidado,
¿Qué buscas? ¿á qué has venido?
Su olvido paga tu olvido:
Da á tu dicha parabienes,
Prosigue con tus desdenes,
Si no es que formando quejas,
Suspiras por lo que dejas,
Y no sueltas lo que tienes.

SIRENA.

¡Bueno es que ya confiada
Me aconsejes presumida,
Desde ayer acá querida,
Y desde hoy asegurada!
Ni yo me juzgo olvidada,
Ni tú estás en posesion:
Con ménos satisfaccion,
Narcisa, y sin dar consejos;
Que el sembrar está muy lejos
De la cosecha y sazón.
Ayer sembraste esperanzas;
Deja arraigarlas primero;
Que trae el tiempo ligero
Temporales de mudanzas.
Pretensiones por venganzas
De amor, no pueden durar:
¡Pobre de ti, si á mirar
Vuelven risueños mis ojos
A quien hoy severa enojos!
¿Qué fria te has de quedar!
Mira, si César te dió
La sortija que le di,
No fué por amarte á tí,
Mas porque la vieses yo.
Cuando tan grave me habló
Fingiéndome severidades,
Entonces (oye verdades)
Fulminando disfavores,
Si salian del rigoros.
Paraban en mi humildades.
¿No advertiste que al volver
Las espaldas, se moría,
Condesa, porque no via
Lo que despreciaba ver?
Nunca procures querer
Amante que está celoso;
Que á costa de tu reposo
Probaras, si le admitiste.
Que quien de ajeno se viste,
El desnudarle es forzoso.

NARCISA.

¿No sabré, Sirena, yo
A qué propósito quieres
Despreciar pareceres
En quien no te los pidió?
O quieres al Duque ó no.
Si no, ¿que se te da á tí
Que yo me despeñe así?
Si por él pierdes el seso,
Marquesa, solo por eso
El alma toda le di.
De una y otra suerte creces
Llamas á mi amor primero;
Porque le quieres, le quiero.
También porque le aborreces.
En vano te desvaneces,
Pues cuando yo no le amara,
Viendo que en esto repara
Tu sospechosa impaciencia,
Porque me haces competencia,
El corazón le entregara.

SIRENA.

Si harás, porque el amor necio
Muestra quién es en sus obras;
¡Hóurate tú con mis sobras;
Ana á quien yo menosprecio.
Para tí serán de precio
Los desechos que yo arrojo:
Viste lo que yo despojo:
Mas mira que ha de costarte
La vida el determinarte,
Narcisa, á darme este enojo.

NARCISA.

¿Me amenazas?

SIRENA.

Apercibe

Armas contra mi cuidado.
No es cortés quien el criado
Que uno desechó, recibe.

NARCISA.

César en mi pecho vive.

SIRENA.

Pues cuando en él le retrates,
¿Merécesle tú, aunque trates
Secar mi esperanza verde?

NARCISA.

Perdida estás, y á quien pierde,
Se le sufren disparates.

ESCENA II.

GASCON, UN QUINTERO, DOS CRIADOS.

— DICHAS.

GASCON.

Yo puedo entrar donde quiera;
Que soy para lo vedado
Ministro privilegiado,
Y mandarme salir fuera
Es muy gran descompostura.

QUINTERO.

Mayor libertad es esa;
Que estando aquí la Marquesa
Del Fíal, cuando procura
Que no entre nadie, es razón
Ser cortés.

SIRENA.

Hola, ¿qué es eso?

GASCON.

¿Oh mi señora! Este exceso
Perdonad.

SIRENA.

Quién sois?

GASCON.

Gascon,

Archilacayo ducal.

SIRENA.

¿Pues qué pretendéis aquí?

GASCON.

Síguense detras de mí
El Duque. No sé qué mal
Le trae con melancolía:
Amores deben de ser:
Preténdese entretener
En la de Vuesñoría
Casa de placer (ansí
Gerigouza criticantes);
Enfádanle negociantes;
Y por si los hay aquí,
Vine á despejar el puesto,
Sin saber yo los favores
Que en república de flores
Libraba ese hermoso gesto...
¿Gesto? no es vocablo culto.
Ése aromático globo.
¿Globo dije? Soy un bobo.
Ése brillático bulto...
Peor. Esa hermosa cara.
¿Cuerpo de Dios! Deste modo
Se llama en el mundo todo.
Lleve el diablo á quien compara
Al padre de Faeton
Los ojos y los cabellos,
Rayos ensartando en ellos,
Las veces que rubios son:
Golfo de ébano sutil
Los cabos negros hacia,
Y al peine que los barria,
Llamó *escoba de marfil*:
Nieto al amor de la espuma,
Y á un sacre, que daba caza
En el aire á una picaza,
Llamó *corchete de pluma*.

Miren vuesñías dos

Cuál anda ya nuestro idioma:

Todo es *brilla*, *emula*, *aroma**Fatal*... ¿Oh! ¡maldiga Dios

Al primer dogmatizante

Que se vistió de *candor*!

SIRENA.

No deís en reformador

Vos, que sois muy ignorante.

Pero decid: ¿César viene

A esta quinta?

GASCON.

Una carroza,

Señora, á solas le goza

Con Carlos, que le entretiene

Sin mas acompañamiento,

Y las cortinas corridas.

SIRENA. (Ap.)

Hoy, sospechas mal nacidas,

Averiguaros intento.

¿Hola, criados!

QUINTERO.

Señora.

SIRENA.

Ponedme este hombre á recado.

GASCON.

¿A mí?

SIRENA.

Tenedle encerrado

Léjos de aquí.

GASCON.

Escuche agora.

Pues porque entré sin licencia...

NARCISA.

¿Qué es lo que intentas hacer?

SIRENA.

Llevalde. Quiero saber

(A Narcisa aparte.)

Cual, en nuestra competencia,

De las dos es preferida.

NARCISA.

Yo en eso no dificulto.

GASCON.

Si es esto porque hablé culto,

¿Oh cándida luz bruñida!

A la de tu apelo amor,

Clemencia; que es, construido

A tu clemencia rendido,

Apelo deste rigor.

SIRENA.

Hola, llevalde.

GASCON.

¿Ha de haber

Tras eso (déjeume hablar)

Palmeamiento orbicular?

Quisiera darme á entender,

Hablando en estilo humano:

¿Habrá azotaina?

QUINTERO.

No sé.

SIRENA.

Llevalde.

GASCON.

Anoche soñé

Azotes en canto llano,

Y por esto lo pregunto:

Porque son, la vez que sale

Sermon tras el dale, dale,

Azotes en contrapunto.

(Vanse el quintero y los criados llevándose á Gascon.)

ESCENA III.

SIRENA, NARCISA.

NARCISA.

Pues dime, ¿qué dependencia

Tiene tu averiguación,

Marquesa, desta prision?

SIRENA.

Quiero ver por experiencia,

Si César linge quererte

Por darme celos á mí,

O si viene agora aquí

Por hablarte y pretenderte.

Si ignora pues que aquí estoy,

Y tu, estando yo escondida,

Le disuades mi venida,

Verás desengaños hoy

Que te den nuevo cuidado

Con que yo segura esté.

Por esta causa mandé

Retirar ese criado;

Que así por él no sabrá

Que estaba agora contigo.

NARCISA.

En fin, ¿dices que en castigo

Del que tu desden le da,

Finge, por amartelarte,

Que me quiere bien?

SIRENA.

¿Pues no?

Estaba presente yo

Anoche, y fingió adorarte

Para que yo lo sintiese:

Verás ahora cuán mudado,

Cuán tibio, cuán desganado

Te habla.

NARCISA.

¿Qué engaño es ese

Tan donoso! ¿Pues tan poco

Puede mi presencia, di

Que no le olvide de ti?

SIRENA.

Tiénenle mis celos loco.

No sepa el que yo aquí estoy:

Verás que al punto te deja.

NARCISA.

Escóndete, y apareja

Pacencias; que yo te doy

Mi palabra, que has de estar

Rematada ántes de mucho.

SIRENA.

Desde esta murta os escucho.

¿Qué necia te has de quedar! (Vase.)

ESCENA IV.

NARCISA; SIRENA, escondida.

NARCISA.

¿No es bueno que comencé

De burlas estas quimeras,

Y que me pesa de veras

Que tan confiada esté

Sirena de que es querida,

Que adivine lo que pasa?

No es amor el que me abrasa;

Mas de envidia estoy perdida;

Porque será caso recio

Que en competencias de amor

Salga el suyo vencedor,

Y el mío con menosprecio.

¿Oh celos! ¿oh envidias fieras!

¿Venenoso frenesí!

Si quitais el seso así

De burlas, ¿qué haréis de veras?

ESCENA V.

CESAR, CARLOS. — NARCISA; SIRENA, escondida.

CESAR. (Hablando con Carlos á la puerta del jardín.)

Divirtamos majestades

Que atormentan, si autorizan,

Pensamientos amorosos.

En la quietud desta quinta,

¿Que de novedades quiere,

Cárlos, amor que te diga!
Oye sus milagros...

CÁRLOS.

Paso,
Señor, que está aquí Narcisa.

CÉSAR.

¿Quién?

CÁRLOS.

La Condesa, tu dama
Intrusa.

CÉSAR.

Su hermosa vista
Puede tanto, amigo Cárlos...

CÁRLOS.

¿Cómo?

CÉSAR.

No sé que te diga.
Déjame á solas con ella.

CÁRLOS.

¿Pues quiéresla bien?

CÉSAR.

Se alivian
Mis pesares con mirarla,
Y mis celos se amortiguan.
Retírate.

CÁRLOS.

Que me place.
Pero ¿tan presto se olvidan
Amores, y mas celosos?

CÉSAR.

Es muy bella, y tengo envidia
De lo que á Alejandro quiere.
Mira qué bien que se libran
Los que me causa Sirena,
Si ya á pares me lastiman!

CÁRLOS.

No dejarás de medrar
Con esa mercadería.
Si al primer lance la doblas,
Déte amor con ellas dicha.

(Vase.)

ESCENA VI.

CÉSAR, NARCISA; SIRENA, *oculta*.

NARCISA.

Gran señor...

CÉSAR.

Con ese nombre
Diera á mi ventura estimas,
Si lo fuera vuestro yo.
¿Estáis sola?

NARCISA.

En compañía
De enemigos pensamientos,
Contraria yo de mí misma,
Aguardando desafiada
A Sirena, en cuya quinta
Han de batallar sospechas.

CÉSAR.

Si mi amor os apadrina,
Segura está la vitoria
De vuestra parte.

NARCISA.

No finja
Vuestra Alteza, hasta que venga,
Favores que, aunque mentiras,
Pueden engendrar verdades
En quien dellas necesita.
Presto Sirena vendrá.

CÉSAR.

Plegue á Dios, Condesa mía,
Que tantos estorbos tenga,
Que con ellos divierta.
Jamás agravie estas flores.

NARCISA.

Jamás? Cuando en ella estriban,
Desesperado en su ausencia,
Apoyos de vuestra vida!

¿No es Sirena idolo vuestro?
¿No la amais?

CÉSAR.

Paso. Solía...
Mucho pudieron ofensas,
Y mucho mas vuestra vista.
Lo que yo podré afirmaros,
Es que habeis hecho en un día,
Mas que en un año Sirena.

SIRENA.

(*Aparte desde donde está escondida.*)

¿Qué estais oyendo, desdichas?
¿En un día la Condesa
Mas que yo en un año? Altivas
Presunciones amorosas,
Por soberbias abatidas,
¿Esto escuchais sin vengaros?

NARCISA.

(*Ap.* ¿Qué es esto, «estrellas benignas»?

¿Conmigo tan amoroso
César? ¿Si tiene noticia
De que la Marquesa está
Oyéndonos escondida,
Y finge, por abrassarla,
Que me quiere, y que la olvida?
Sin duda; que desde anoche,
Cuando celos tiranizan
Alma que está tan prendada,
Mal sabrá olvidar antiguas
Prendas de amor. ¡Bien podréis,
Señor (sin hablar enigmas,
Pues no ha llegado Sirena),
Decirme vuestras fatigas.
¿Cómo desde anoche os va?
¿Fue eficaz la medicina
De nuestro ingenioso amor?
Vuestra prenda está perdida
De celos; no negaréis
Que, aunque dama sustituida,
No hice mi papel anoche
Con linda gracia.

CÉSAR.

Y tan linda,
Que por serlo tanto vos,
Conoce la mejoría
Mi amor de vuestra belleza,
Y á que os adore me obliga.

SIRENA. (*Ap.*)

¿Cómo es esto? ¿Luego fuéron
Ardides de sus malicias
Las finezas con que anoche
Dieron causa á mis envidias?
¿Luego fingieron amarse?
¿Ay sospechas mal nacidas!
Si ya se quieren de veras,
Muerto me han mis armas mismas.

NARCISA.

Que no está aquí vuestra dama.

CÉSAR.

Estáislo vos. ¿Ay, si mía
Os pudiera llamar yo!

NARCISA.

Vos pensais, señor, que os mira
Sirena, ó ensayais celos,
Con que podáis reducirle
A la voluntad primera.

CÉSAR.

No sé en eso lo que os diga;
Pero sea lo que fuere,
Mostráos vos agradecida,
Favorecedme agradable,
Correspondedme propicia.

NARCISA.

¿Y han de ser burlas, ó veras?

CÉSAR.

Veras ó burlas, prosigan
Favores, que por ser vuestros,
Como quiera, son de estima.

NARCISA.

Va de burlas. Yo os prometo
Duque y señor...

CÉSAR.

No vendría
Mal ahí un «dueño amado.»

NARCISA.

Vaya, porque en todo os sirva,
Yo os prometo, amado dueño,
Que vuestra presencia digna
De augustas estimaciones,
Y en competencia la envidia
Que Sirena me ha causado,
Han dado tal batería
Desde anoche á mi sosiego,
Que si fui dama fingida,
Ya celosa, y agraviada
De que lo que solicitan
Mis favores, gocen otras,
Es llanto lo que fué risa.
¿Para tan poco soy yo,
Que habiéndome hallado digna
Para que entre tantas damas
Con la Marquesa compita,
No podré, comunicada,
Sacar del alma reliquias,
Que si celos las conservan,
Desengañen las marchitan?
¿Sirena haciéndos agravios,
Yo sirviéndos, y que digan
Que ella salió vitoriosa,
Y que yo quedé vencida?
Si tal ofensa llegara
A ejecución, si su dicha
Volviera á gozar las paces
Que los celos reconcilian,
Del modo que el alma agora
Sale á los ojos por cifras
De lágrimas, no dudeis
De que mi muerte las siga. (*Llora.*)

CÉSAR.

¿Pues llorais?

NARCISA.

¿No he de llorar
Injurias no merecidas,
Diligencias mal pagadas,
Y mudanzas no admitidas?

CÉSAR.

¿Luego aquesto va de veras?

NARCISA.

No, señor; mas si lastiman
Tanto de burlas, ¿qué harán
Celos de veras?

SIRENA. (*Ap.*)

Perdida

Estoy; salgamos, agravios,
A manifestar desdichas;
Que si inventaron sospechas,
Para acechar, celosias,
Perilo de sus tormentos
Serán, pues se martirizan
A sí mismas, y en su daño
Padecen lo que averiguan.
Pero no; sepamos ántes,
Supuesto que fué fingida
La fábrica deste amor,
Que ya verdades confirman
En qué estado estoy con César,
Y si lágrimas hechizan
Voluntad, que tan constante
Blasonaba de ser mia.

CÉSAR.

No lloréis, soles hermosos;
Que quien perlas desperdicia,
No sabe lo que le cuestan
A quien os ama, sus Indias.
Ya sean veras, burlas ya,
Vuelva á serenar la risa
Nublados tristes que esconden
La belleza de sus niñas;
Que yo os juro, á fe de amante,

Si vuestros ojos porfian,
Puesto que en mí sea bajeza,
Que afeminado los siga.
Ya Sirena está olvidada:
Amor, todo maravillas,
Vuestra hermosura imperiosa,
Y agravios que desobligan,
Hicieron este milagro.
Por su igual amante elija
La Marquesa á Marco Antonio,
Que su presuncion castiga:
Mejórese en vos mi amor;
Mude señora á quien sirva;
Despidase de Sirena,
Y sea esclavo de Narcisa.

NARCISA.
Y eso ¿es ficción, ó es verdad?

CÉSAR.
¿Qué sé yo? Como os imitan,
Burlas serán, si os burlais,
Y veras, si así se estiman.

NARCISA.
¿Amaréisme si yo os amo.
Ya de veras reducida
A despedir fingimientos?

CÉSAR.
Daré á mi ventura albricias.

NARCISA.
¿Y Sirena?

CÉSAR.
No os iguala.

NARCISA.
¿Si la veis?

CÉSAR.
Huiré su vista.

NARCISA.
¿Si os ruega?

CÉSAR.
Vengaré agravios.

NARCISA.
¿Si os llora?

CÉSAR.
Serán malicias.

NARCISA.
¿Estais celoso?

CÉSAR.
De vos.

NARCISA.
¿De mí?

CÉSAR.
Vuestro amor lo diga.

NARCISA.
¿De Alejandro?

CÉSAR.
Ese me abraza.

NARCISA.
¿De Marco Antonio?

CÉSAR.
Me entibia.

NARCISA.
En fin ¿me amais?

CÉSAR.
Os adoro.

NARCISA.
Sois duque.

CÉSAR.
Vos sois mas digna.

NARCISA.
No os merezco.

CÉSAR.
Asentarcéisos....

NARCISA.
¿Dónde, César?

CÉSAR.
En mi silla.

NARCISA.
¿Por duquesa?

CÉSAR.
Y por mi esposa.

NARCISA.
¿Grande amor!

CÉSAR.
Voluntad limpia.

NARCISA.
Dadme esa mano.

CÉSAR.
Y el alma.

(Dánselas.)

NARCISA.
Ya sois mío.

CÉSAR.
Ya sois mía.

NARCISA.
¿Quién será mi dueño?

CÉSAR.
César.

NARCISA.
¿Quién lo asegura?

CÉSAR.
Mi vida.

NARCISA.
¿A quién dejais?

CÉSAR.
A Sirena.

NARCISA.
¿Y á quién amais?

CÉSAR.
A Narcisa.

SIRENA. (Saliendo.)
Ya no pueden mis ojos,
Mirando agravios, reportar enojos:
Desculzad, livianos,
Nudos de amor en fermentidas manos:
Que si este es nudo ciego,
Cielos abrasan nudos, que son fuego.
¿Ah ingrato, alevé amante,
¿A méritos de pruebas inconstante!
No en balde en ti tema
Descreditos de amor el alma mía.
Prohé tu fortaleza
Por estimarte mas: ¿qué rustiqueza,
Hacer en hombres prueba,
Liviano pino al mar, que el viento lleva:
De Narcisa vasallo,
Diamante te compré, vidrio te hallo.
¿Tú es bien que duque seas?
¿Tú á blasónas valor? ¿tú, que te empleas
En inconstancias leves,
No siendo hombre, a regir hombres te
Discrepante quilates. [atreves?

CÉSAR.
Multiplica á tus celos disparates;
Que en vano se llamaran
Frenéticos, si no desatinaran.
Sirena, ¿qué pretendes?
Logras mudanzas, ¿y firmezas vendes?
De ti dé testimonio
(Pues eres su Cleopatra) Marco Antonio;
Crece en él esperanzas.
Y deja que te imiten mis mudanzas,
Pues tan agradecido
Estoy á tu desden, si no á tu olvido,
Que me pesa deberte
La dicha apeterida de perderte,
Por el hermoso empleo
Que con mejoras de mí bien poseo.

SIRENA.
Gózale muchos años,
Si merecen tal premio tus engaños;
Pero advierte primero,
No que satisficerte humilde quiero,
Sino apoyar mi fama,
Que ofendida por ti, leve se llama.
Yo deseosa necia
De ver en ti lo que el amor mas precia,
Fingí que te olvidaba,
Y en tu competidor tu fe probaba,

Escogiendo un sugeto
Soberbio, desigual, pobre, indiscreto;
Porque mas fácilmente
Pudieras conocer, á ser prudente,
En sus desigualdades,
Por viriles de engaños mis verdades;
Que no estoy yo contigo
En tan necia opinion, que por castigo
De mi eleccion lijera,
A hombre tan indigno amor tuviera.
Tus prendas añadieron
Desméritos en él, que á luz salieron;
Porque como en la fea
Mas con las joyas la fealdad campea,
Quise dar testimonio
Con ellas de lo que era Marco Antonio.
Extraño fué este exceso,
Mucho apurar tu amor, yo lo contieso;
Pero como crecias
En majestad, y las sospechas mías
Sembraban desconfianzas,
Crei que despachándote libranzas
De celos, aumentarás
Caudales á tu amor, y mías me amaras;
Que en la amorosa cuenta
Ceros los celos son que la acrecienta,
Y cuanto mas añada,
Mas crece, aunque por si no valen nada,
Sacando mis desvelos
Cuán parecidos son ceros y celos,
Yo, pues, que esto creia,
A la unidad de amor celos ponía:
Mas tú, porque presumas
Tu poco amor, errástete en la suma.
Ya estoy escarmentada:
Vuelve, César; no valga cuenta errada,
Y acábense desvelos:
Si en ellos te adendé, ya cobro en celos.

CÉSAR.
Marquesa, llegado ha tarde
Vuestra excusa, aunque admitida;
Que la vitoria perdida,
Quien se disculpa es cobarde.
¿A tanto celoso alarde
Y tropel de sinrazones,
¿Qué valen satisfacciones
En agravios mal seguros?
Asaltos combaten muros,
Y ofensas inclinaciones.
En la mesa del amor
Los celos son el salero;
Que para ser verdadero,
Estos le han de dar sabor;
Pero advertid que es error
Echar mucha al que es sencillo.
Con la punta del cuchillo
Toma sal el cortesano,
Porque con toda la mano,
No es templello, es desabrillo.
Si sabe vuestra querella
Que es fuego la sal que abraza,
Y sembráis de sal la casa,
¿Cómo viviréis en ella?
Los celos, Sirena bella,
Por ser de la sal trasunto,
En pasando de su punto.
No sazonan, mas maltratan.
¿Qué quereis, si celos matan,
De un amor que ya es difunto?

NARCISA.
A menosprecios tan claros,
¿Qué intentas aborrecida?

SIRENA.
Permitid por despedida,
Que aparte merezca hablarlos.

CÉSAR.
Confirmad con retiraros,
Narcisa, mi firme amor.

NARCISA.
Harélo; mas con temor
De que os he de hallar mudado.

CÉSAR.
No se muda amor rogado,
Si llega tarde el favor.
(*Desvase Narcisa.*)

SIRENA.
En fin, César, por querer
Probaros, ¿he de perderos?

CÉSAR.
Añadisteis tantos ceros,
Que ya es imposible hacer
La cuenta.

SIRENA.
Solía yo ser
Dueño vuestro.

CÉSAR.
Pasó ya
Ese tiempo.

SIRENA.
¿Pena os da
Perderme?

CÉSAR.
Todo se olvida.

SIRENA.
¿Y si me costais la vida?

CÉSAR.
Marco Antonio os llorará.

ESCENA VII.

ALEJANDRO, de jardinero. — Dichos.

ALEJANDRO. (*Llegándose á Narcisa.*)

Disfrazado y escondido,
Mudable, escuché contratos
De tus términos ingratos
Contra mi amor ofendido.
¿Para qué finges quimeras,
Cuando de mí fe te burlas?
Comenzaste á amar de burlas;
Ya me das muerte de veras.
Vencerte el interés pudo
De un Duque; que eres mujer,
Y tu amor ya mercader,
Aunque se pinta desnudo;
Que de vuestra compañía,
¿Qué otra cosa ha de sacar
Si no es vender y comprar?
Mas ¿quién de palabras fía
De mujeres?

NARCISA.
Loco vienes;
Mira el peligro en que estás.

ALEJANDRO.
No quiero ya vivir mas;
Mátame el Duque, pues tienes
Gusto desto.

NARCISA.
Vuelve en tí.
CÉSAR.

¿Qué es eso?

NARCISA.
Es el jardinero.

ALEJANDRO.
Fullo de amores primero:
Sembre lo que no cogí.
Alejandro soy: ¿qué esperas?
La muerte me manda dar;
Morir quiero, y no aguardar
Burlas que abrasan de veras.

CÉSAR.
(*Ap. ¡Oh celosa competencia!
Ya Sirena restauraba
El alma que la olvidaba;
Mas ¿qué no hará su presencia?
Y cuando en llama remisa
Iban creciendo desvelos,
Tocaron al arma celos,
Y abrásome por Narcisa.*)
Atrevimientos de amor

Dignos son de perdonar:
Del jardinero es sembrar,
Y de otro gozar la flor:
Y si vuestra queja estriba
En serlo vos, mal lo haceis;
Que el jardinero, ya veis
Que para sí no cultiva.
Narcisa ha de ser Duquesa
De Milan.

ESCENA VIII.

MARCO ANTONIO. — Dichos.

MARCO. (*Llegándose á Sirena.*)
Sirena mía,
Como sin vos no vivía,
Amor que solo profesa
Adoraros.....

CÉSAR.
Marco Antonio,
¿También estais acá vos?
(*Ap. Celoso yo entre los dos,
Daré mi amor testimonio
De la confusión extraña
En que me pone mi pena.
Dándome celos Sirena,
La adoro cuando me engaña;
Dándome Narcisa celos,
Por ella á Sirena olvido;
Y yo en las dos dividido,
Bandos formo de recelos.
Neutral á entrambas desco,
Sin determinar ninguna;
Celos me abrasan en una,
Celos en la otra empleo;
Y de una y otra celoso.
Muere amor donde comienza.
Indiferente estoy, venza,
Celos, el mas poderoso.*)

ESCENA IX.

CARLOS. — Dichos.

CÁRLOS.
El embajador de Francia
Viene en tu busca, señor.
CÉSAR.
(*Ap. Divierta el embajador
Las penas de mi ignorancia.*)
Marco Antonio, acompañadme;
Venga Alejandro conmigo.
(*Ap. Yo soy mi mismo enemigo.
Celos, morid, ó matadme;
No eslaboneis la cadena
De mi muerte tan aprisa.
Muero, Carlos, por Narcisa,
Y enloquécame Sirena.*)
(*Vanse los caballeros.*)

ESCENA X.

SIRENA, NARCISA.

NARCISA.
Ya confesarás que estás
Vencida, si opositora.

SIRENA.
Yo sé que César me adora:
Presto mis dichas verás.

NARCISA.
Sé yo que te menosprecia.
SIRENA.
Quien bien ama, tarde olvida.

NARCISA.
¿Qué necia por presumida!

SIRENA.
¿Qué presumida por necia!
(*Vase Narcisa.*)

ESCENA XI.

DIANA. — SIRENA.

DIANA.
Pues, prima mía, ¿en qué estado
Quedamos?

SIRENA.
En el peor;
Costosas pruebas de amor
Mi paciencia han apurado.
Ya se acabó mi esperanza,
Ya se remató mi seso.

DIANA.
¿Qué dices?
SIRENA.
Solo intereso
Morir, y tomar venganza.

DIANA.
¿De qué suerte?
SIRENA.
A costa mía.
A Marco Antonio he de dar
La mano, y así vengar
Mi agravio, pues desvaria
El Duque, celoso dél.

DIANA.
Eso es castigarte á tí.
SIRENA.
Necia en hacer pruebas fui:
El remedio fué cruel;
Pero pues vencida salgo,
Y erré en la sustancia y modo,
Atórmeme á mí todo,
Y sientalo César algo.

DIANA.
Tendrá la dicha del necio
Marco Antonio, desá suerte.

SIRENA.
Celos me darán la muerte.
Si á manos de un menosprecio
He de morir, ofendiendo
Y ofensas de amor vengando,
Moriré, prima, matando,
Y no viviré muriendo.
Ya no hay consejo ninguno;
No te causes con cansarme:
Dos ojos he de sacarme
Por sacarle á César uno.
Vamos.

ESCENA XII.

ALEJANDRO. — Dichos.

ALEJANDRO.
Marquesa, escuchad,
Y los dos menospreciados
Comuniquemos cuidados
De una misma actividad.
Celos del Duque sentís,
Celos de Narcisa siento;
Uno mismo es el tormento
Que disimulo y sufrís.
Juntemos los dos caudales;
Y si hay tanto estorbo en medio,
Seamos en el remedio,
Como en la desdicha, iguales.
César celoso intentó
Vengarse de vos con celos,
Y á costa de mis desvelos,
Lo que de burlas trazó,
De veras salió en mi daño.
Que bien me queréis fingid:
Venza un ardid á otro ardid;
Salga un engaño á otro engaño.
Narcisa es vuestra enemiga,
Y quedando vencedora,
Por cobarde opositora,
Mereceréis que os periga.
Yo sé que si os ve mi amante,
Y que los dos nos queremos,
Los celos que padecemos

Nos den venganza bastante.
Mueran del mal que morimos,
Desvelos causen desvelos,
Cúrense celos con celos,
Y sientan lo que sentimos.

SIRENA.

Eso, Alejandro, trazaba,
Y ya buen fin me prometo;
Solo mudaré sugeto.
Con Marco Antonio intentaba,
Casándome, ¿qué locura!
Comprár tormentos por darlos;
Mejor podré ejecutarlos
Con vos. ¡Ay si hallasen cura
Nuestros males desta suerte!

ALEJANDRO.

Todo es vida hasta morir;
Narcisa lo ha de sentir
Infinito, y no es tan fuerte
César, que encubra rigores
Que desatinan los sabios,
Ni disimulan agravios
Deste porte los señores.
Pues los nuestros se conjuran,
Probarémos si es verdad
Que en aquesta enfermedad
Celos con celos se curan. (Vanse.)

Sala en casa de Narcisa.

ESCENA XIII.

NARCISA, MARCO ANTONIO.

MARCO.

El Duque me prometió
Ser en mis bodas padrino,
Y no sé por qué camino
Mi suerte desbarató
Ese principio dichoso.
La Marquesa favorece
Mi amor, puesto que parece
Que trata menos gustoso
Este casamiento; en vos,
Narcisa hermosa, consiste
Mi dicha: César asiste
A vuestro amor, en los dos
Correspondiente su llama.
La corona milanese
Os venera su duquesa:
¿Qué le pediréis, si os ama,
Que os niegue el Duque? Pedidle.
Que pues con vos se desposa,
Su palabra generosa
Me cumpla; porque yo humilde,
Si á mi favor os obligo
En la intercesion presente,
Os deba á vos solamente
La dicha y bien que consigo.

NARCISA.

Si el Duque palabra os dió
De apadrinaros, y ordena
Daros la mano Sirena,
No haré, Marco Antonio, yo
Mucho en disponerle en eso.
Suplicaré que acorte
Plazos, y honre nuestra corte
Con bodas, de que intereso
Mas de lo que vos pensais.
Ya es de noche, yo os prometo
Poner mañana en efeto
Todo lo que me mandais.

MARCO.

Siendo vos mi protectora,
Ya cesó el recelo en mí.

NARCISA.

Pienso que el Duque está aquí.

MARCO.

A buena ocasion, señora,
Viene; aprovechad en ella
El bien que espero por vos.

NARCISA.

Harelo así: andad con Dios.

MARCO.

Sed piadosa, pues sois bella. (Vase.)

ESCENA XIV.

CESAR. — NARCISA.

CÉSAR.

Cosas de tanta importancia
Como son las del sosiego,
Si no se ejecutan luego,
Entibialas la distancia
Del tiempo, Narcisa mía:
Que no es perfeto el amor
Que tiene competidor,
Y negocia á sangre fria.
Lo que se quiso primero,
O tarde ó nunca se olvida;
Está Alejandro sin vida,
De celos, y considero,
Si ois una vez su pena,
Que os reconcilieis los dos,
Haciendo Alejandro en vos
Lo que casi en mí Sirena.
Atajar inconvenientes
Es el consejo mas sano:
Hoy me habéis de dar la mano,
Nuestros contrarios ausentes,
Para desterrar así
Las reliquias que han dejado.

NARCISA.

Ya yo las he desterrado:
Haced, gran señor, de mí
Como de quien os confiesa
Por su dueño y su señor,
Y asegurando mi amor,
Advertid que la Marquesa
Y Marco Antonio me han hecho
Su intercesora con vos.
Quiéren casarse los dos,
Estando vos satisfecho,
Y apadrinando su boda.
Permitildo.

CESAR.

En hora buena:

¿Mas sabéis vos que Sirena
Gusta deso?

NARCISA.

Milan toda

Sabe el amor que le tiene:
Buen testigo habéis vos sido.
Sirena esto me ha pedido.

ESCENA XV.

UN PAJE. — DICHOS.

PAJE.

Sirena, señora, viene
A vosos.

CÉSAR.

No me halle aquí;

Escondido quiero ver
Si celesa una mujer,
Y despreciada de mí,
Se puede determinar
A tan loco arrojamiento.
(Ap. ¿Oh celos, vuestro tormento
La vida me ha de quitar!)

(Escóndese.)

ESCENA XVI.

SIRENA, ALEJANDRO. — NARCISA.
CÉSAR, escondido.SIRENA. (Hablando aparte con Alejandro,
al salir.)

Yo sé que el Duque entró aquí.

ALEJANDRO.

Disimula, si procuran

Los celos, que celos curan,
Curar nuestro frenesí.

NARCISA.

¿Pues, Marquesa...? A tales horas
No se admiten desafíos.

SIRENA.

No, mas hácense amistades
Que turbaron desatinos.
Tan avergonzada vengo,
Narcisa, de haber desdicho
Mi estimacion de enterezas
Nobles en mí á los principios,
Que de mí misma agravada,
He tomado por castigo
El venirme á dar gozosa
Plácemes, que por ser míos
Harán tus dichas mayores.
Goces á César mil siglos
De amantes y honestos lazos,
Que amor dilate con hijos.

NARCISA.

Guárdete, Marquesa, el cielo
Otros tantos; que ya estimo
En mas mi suerte, pues llega
A gratularse contigo.

SIRENA.

¡Ay amiga! (que ya vuelvo
A darte este nombre antiguo)
¿Qué necias hemos estado!
Y yo ¿qué bárbara he sido!
Sirviome ántes que heredase
El Duque, y su amor remiso
Quise aquilatar con celos;
Salióme mal este arbitrio.
Amóte, y menosprecióme,
Y á ser yo cuerda, en su olvido
Fundara felicidades
Que, aunque tarde, solicito.
Envidiote (soy mujer,
¿Qué mucho?), puse á peligro
Mi salud y mi sosiego,
Quiso rendirse á partido
Mi presuncion, no admitió
César desengaños dignos
De estimacion en los nobles,
Pagó en desprecios suspiros,
Abrieron sus desengaños
Los ojos á mis sentidos,
Castigué mis liviandades,
Y restauréme el juicio.
No es de mi inclinacion César,
Somos los dos tan distintos
En condiciones, que fueran
Sus regalos mi martirio,
A desposarme con él:
Obligáronme servicios
A torcer mi inclinacion,
Yo presumida, él activo.
Si amante no pude hacer
Que despidiese un amigo
A mi voluntad opuesto,
De sus secretos archivo,
Mal mi gusto procurara
Teniéndome en su dominio:
Pues de un amante rebelde
Se hace un tirano marido.
Quise volverme á mi estado,
Quando á consolarme vino
Alejandro, y consolárese,
Quejoso de tus desvios.
No sé qué deudo se engendra
Entre los que de un mal mismo
Están enfermos: mas sé
Que al instante que nos vimos
Los dos, lo que compasion
Reciproca fué al principio,
Convirtió la semejanza
Del mal en amor benigno.
Yo despreciada de César,
El por ti puesto en olvido,
Y los dos vuestros estorpos,

Paréceme que os servimos
El y yo, si os despejamos
Respetos de haber querido,
Y agraviar pasadas prendas,
Que dan pena á agradecidos.

NARCISA.

¿Luego Alejandro pretende
Ser tu esposo?

ALEJANDRO.

Determino
Aun hasta en esto imitar
Las dichas que en vos envidio.
Sirena (dadme licencia
Para alabarla) es prodigio
De amor, pues cura mis celos,
Contra la opinion de Ovidio.

NARCISA.

Cure muy en hora buena;
Mas para qué habeis venido
A darme á mi cuenta deso?
¿Podréis los dos persuadir
Que vengándos de mudanzas,
He de llegar yo á sentirlo
De suerte que forme quejas?
¿Qué estratagemas tan tibio!
Quiérame á mi el Duque bien:
Para ocupar tal vacío,
Sois vos muy poco sugeto.

ALEJANDRO.

Yo con César no compito;
Antes vengo á suplicaros
Que siendo nuestros padrinos,
Facilitéis con su Alteza
Permisiones; que he temido
Que gusta estorbar mi suerte.

NARCISA.

Otro tanto me ha pedido
Marco Antonio, confiado
En que siempre fué bien visto,
Cuerda eleccion de Sirena.

SIRENA.

Por eso solo le privo
De tan desigual intento.

NARCISA.

¿Pues no le has favorecido?

SIRENA.

Por causar celos á César,
Amante le hice de anillo.
Salióme mal esta traza:
Tenga, Condesa, contigo
Mejor lugar mi eleccion,
Y haz esto que te suplico.

NARCISA.

Yo vengo muy bien en ello;
Mas temo que ha de impedirlo
El Duque, formando agravios
De que en prenda que bien quiso,
Ponga un vasallo los ojos.
Excusad este peligro,
Y dáos las manos los dos,
Sirviéndos yo de testigo;
Que hecho una vez, no tendrá
Remedio cualquier disignio
Que pretenda deshacerlo;
Y despues, si le apaciguo
(Que si haré, segun me adora),
Podréis mas ostentativos
Celebrar conformidades.

ALEJANDRO.

¿Qué bien, señora, habeis dicho!
Dadme, Marquesa, esa mano.

SIRENA.

El alma con ella os rindo.

(*Danse las manos.*)

NARCISA. (*Ap.*)

¡Cielos, que esto va de veras!

CÉSAR. (*Ap.*)

Tormentos, ¡qué es lo que miro!

Vive Dios, que pierdo el seso.

NARCISA. (*Apartándolos.*)

Esperáos; que es desvario,
En lo que ha de durar tanto,
Arrojaros sin medirlo.
Mirad que los dos celosos,
Determinais ofendidos,
Sospechando que os vengais,
Peligrosos laberintos.
Yo sé que no os queréis bien;
Acabad de persuadiros
Que os entiendo.

ALEJANDRO.

Acabad vos,
Narcisa, ya el impedirnos
Lo que os importa tan poco;
Que por el cielo os afirmo
(Ya que llegais á apurarme)
Y por su eterno artificio,
Que de veros empleada
En César (de quien no envidio
Mudanzas que en vos adora)
Estoy tan agradecido,
Cuanto os soy deudor de haberme
El alma restituído,
Que tiranizada un tiempo,
Se malogró en vuestro hechizo.
Sirena (que pues á esto
Llegamos, fuerza es decirlo)
Os hace tantas ventajas
En la belleza que admiro,
La discrecion, la firmeza
Que el Duque puso en olvido,
Cuanta la luz á la sombra,
Cuanta el diamante á los vidrios.
Mátenme vuestros desprecios,
Y vuelva yo á los martirios
De amaros (que es maldicion
Que tiemblo), si no os olvido,
Si á la Marquesa no adoro
Mas que al sol el opuesto indio,
Mas que el iman á su estrella,
Mas que la flor al rocío.

SIRENA.

Y yo, que lealtades pago,
Si menosprecios castigo,
Tanto á César aborrezco,
Cuanto en vos, amante mio,
De dueño y gustos mejor;
Que el imperio no hace digno
A quien por si desmerece,
Ni yo sus lisonjas sigo.
Vos firme, César mudable;
Vos afable, él presumido;
Vos amoroso, él severo;
Vos leal, él fementido;
¿Qué mas dicha que olvidarle?
¿Qué mas suerte, si os elijo?
Y qué mas bien que llamaros
Descanso de mis suspiros?

CÉSAR. (*Saliendo.*)

Primero, mudable, ingrata.....

NARCISA.

Primero, desconocido.....

CÉSAR.

Que tal veas.....

NARCISA.

Que tal gocéis.....

CÉSAR.

Mi venganza.....

NARCISA.

Tu castigo.....

CÉSAR.

Narcisa, ya yo no os amo.

NARCISA.

Señor, lo que os quiero finjo.

CÉSAR.

Celos se curan con celos.

NARCISA.

En mi daño lo averiguo.

CÉSAR.

Dad la mano á vuestro amante.

NARCISA.

Resistiré ofendido.

ALEJANDRO.

Mal podré, si satisfecho

Adoro lo que resisto.

(*Danse las manos.*)

CÉSAR.

Vos, Marquesa, sois mi esposa.

SIRENA.

Bien os tengo merecido.

(*Danse las manos.*)

CÉSAR.

Basta, que amor funda Estados,
Y da en admitir arbitrios.

ESCENA XVII.

CARLOS. — Dichos.

CÁRLOS.

En busca de vuestra Alteza.....

CÉSAR.

Cárlos, dad reconocido
Los plácemes á mi esposa,
Y vos, mi bien, á mi amigo
Favoreced.

SIRENA.

Con tal nombre
En estimarle os imito.

CÁRLOS.

Gocéis los dos mil años.

ESCENA XVIII.

GASCON. — Dichos.

GASCON.

¡Dos horas! ¡Cuerpo de Cristo
Con la prision jardinera!
Si supieras los mosquitos
Que me daban garrochon.....
Pero ¿qué es esto que miro?
¿Dos á dos y mano á mano?
¡Juegan cañas Baldovinos
Y Belermas? Si os casais,
El cura soy, yo os bendigo.
Marco Antonio está á la puerta;
Pues no es de los escogidos,
A la puerta, ¡por lo bobo,
Le arroje amor como niño,
Y escarmienten en él necios.

CÁRLOS.

El senado sea testigo
De que en materia de amores,
Segun los ejemplos vistos,
Celos con celos se curan.

GASCON.

Si contentan, digau *vitor*.

EL AMOR MÉDICO.

PERSONAS.

DOÑA JERONIMA.
DON GASPAR.
DON GONZALO.
DOÑA ESTEFANIA.
DON RODRIGO.

EL REY DON MANUEL.
DON INIGO.
DON MARTIN.
TELLO, *criado*.
QUITERIA, *criada*.

DELGADO.
MACHADO.
UN PAJE.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sevilla y en Coimbra.

ACTO PRIMERO.

Sala de casa de Don Gonzalo, en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JERONIMA, QUITERIA.

DOÑA JERÓNIMA.

Hay huésped mas descortés?
Un mes en casa al regalo
Y mesa de Don Gonzalo,
Y sin saber en un mes
Qué mujer en ella habita,
O si lo sabe, que es llano,
Blasonar de cortesano
Y no hacerme una visita!
Jesus, Quiteria! Grosero
Es, aunque vuelvas por él.

QUITERIA.

Yo en lo que he notado dél,
Perfecto le considero:
La persona un pino de oro;
Una alma en cualquiera accion;
De alegre conversacion,
Guardando en ella el decoro
Que debe á su calidad;
En lo curioso un armiño;
Mas no afectando el alifio
Que afemina nuestra edad;
Mozo, lo que es suficiente
Para preñar hermosuras;
Mas no para travesuras
De edad, por poca, imprudente.
Júzgole yo de treinta años.

DOÑA JERÓNIMA.

Pinta en él la perfeccion,
Que el conde de Castellon
En su cortesano.

QUITERIA.

Extraños

Humores en tí ha causado
Ese enojo que condeno:
Ya no tendrá nada bueno
Porque no te ha visitado.
Si ignora que en casa hay dama,
¿Qué le culpas?

DOÑA JERÓNIMA.

No lo creas;

Que aunque abonarle desear,
Un mes de mesa y de cama
En casa, viendo criadas,
Escuderos, coche y silla
(Si no es que se usa en Castilla
En las mas autorizadas
Servirse los caballeros
De dueñas y de doncellas),
Sacado habrá ya por ellas
¿Quién vive aquí.

QUITERIA.

Forasteros

Mas tratan de su negocio,
Que de tantas menudencias.

DOÑA JERÓNIMA.

¿Qué alegas de impertinencias!
La curiosidad es ocio
De obligacion en discretos;
Que nunca están los cuidados
En ellos tan ocupados,
Que perjudiquen respetos
Hijos de la cortesía,
Y mas en casas extrañas.
Porque veas que te engañas.
Anoche á la celosia
Del patio le vi bajar;
Y para que no tuviese
Disculpas, porque me oyese,
Dije en voz alta: «Aguilar,
¿Dónde dejais á mi hermano?»
Y respondiome: «Señora,
Iba á la Alameda agora.»
Entonces el cortesano,
Quitó á la reja el sombrero,
Sin extrañar el oirme.
¿Osarás ahora decirme
Que no peca de grosero
Quien, sin hacer novedad
De escuchar que en casa habia
Hermiana, la suponía?

QUITERIA.

Culpa la severidad
De tu hermano. Mas ¿pasó
Sin habiarte?

DOÑA JERÓNIMA.

Hizo un pequeño
Comedimiento, y risueño
En la otra cuadra se entró.

QUITERIA.

Es tan negro circunspeto
Mi señor, que habrá mostrado
En que no te vea, cuidado,
Y Don Gaspar tan discreto,
Que le adivinará el gusto.
¿Mas que nunca en él te habló
Después que está en casa?

DOÑA JERÓNIMA.

No;

Que como muestra disgusto
Porque no me determino
En admitir persuasiones
Casamenteras; pasiones
De hermano, á que no me inclino,
Le ocasionan á no hablarme
Dos meses há.

QUITERIA.

No me espanto:

Haste embebecido tanto
En latines, que a cansarme
Llego yo, sin que me importe,

Cuanto y mas quien se encargó
De tí desde que murió
Tu padre.

DOÑA JERÓNIMA.

Yo sigo el norte

De mi inclinacion: ¿qué quieres?
Mi señor se recreaba
De oirme, cuando estudiaba.
Siempre han de estar las mujeres
Sin pasar la raya estrecha
De la aguja y la almobadilla?
Celebre alguna Sevilla,
Que en las ciencias aprovecha.
De ordinario los vasallos
Suelen imitar su rey
En las costumbres y ley:
Si da en armas y en caballos,
Soldados y caballeros
Son el sabio y ignorante,
Enamorados, si amante,
Si ambicioso, lisonjeros.
Dicen que en Indias hay gente,
Que porque á un cacique vieron
Sin un diente, todos dieron
Luego en sacarse otro diente.
La reina Doña Isabel,
Que á tanta hazaña dió fin,
Empieza á estudiar latin,
Y es su preceptora en él
Otra, que por peregrina,
No hay ingenio que no asombre,
Tanto que olvidan su nombre
Y la llaman *la Latina*.
Por esto quiero imitalla.

QUITERIA.

Haces bien; mas dese modo,
Procura imitarla en todo,
Por mujer y por vasalla:
Cásate, pues se casó.

DOÑA JERÓNIMA.

Dame tú un rey Don Fernando
Que, á Castilla gobernando,
Me deje estudiar, que yo
Haré mis dichas iguales.
El matrimonio es Argel,
La mujer cautiva en él,
Las artes son liberales
Porque hacen que libre viva
A quien en ellas se emplea:
¿Como querrás tú que sea
A un tiempo libre y cautiva?

QUITERIA.

Yo no te sé responder,
Porque no sé argumentar,
Pero ¿por qué ha de estudiar
Medicina una mujer?

DOÑA JERÓNIMA.

Porque estimo la salud,
Que anda en poder de ignorantes. —
¿Piensas tú que seda y guantes

De curar tienen virtud?
Engañaste si lo piensas;
Desvelos y naturales
Son las partes principales,
Que con vigilijs inmensas
Hacen al médico sabio. —
Por ver si á mi patria puedo
Aprovechar, contra el miedo
Que á la salud hace agravio.
No es lástima que examinen
A un albéitar herrador,
A un perraile, á un tundidor,
Y qué ántes que determinen
Que pratique su ejercicio,
Aprueben su suficiencia;
Y la medicina, ciencia
Que no tiene por oficio
Ménos que el dar ó quitar
La vida, que tanto importa,
Con una asistencia corta
De escuelas, un platicar
Dos años, á la gualdrapa
De un dotor en ella experto
Porque mas hombres ha muerto.
Prolijo de barba y capa,
En habiendo para mula,
Luego quede graduado,
Antes de ser licenciado,
De dotor? Quien no regula
Estos peligros, ¿no es necio?

QUITERIA.

Cuanto á esa parte estoy bien
Con lo que dices.

DOÑA JERÓNIMA.

; Que dén

Joya que no tiene precio,
Ni se puede restaurar,
A un bárbaro desa suerte!

QUITERIA.

Y aun no dan de balde muerte;
Que se la hemos de pagar.
Diz que en Madrid enseñaba
Cierto verdugo su oficio
No sé á qué aprendiz novicio,
Y viendo que no acertaba,
Puesto sobre un espantajo
De paja, aquellas acciones
Infames de sus liciones,
Le echó la escalera abajo,
Diciéndole: «Andad, señor,
Y pues estais desabuciado
Para oficio de hombre hourado,
Estudiad para dotor.»

DOÑA JERÓNIMA.

; Cosa extraña, que en cualquiera
Arte, por poco que valga,
Hay aprendiz que no salga
Con ella, echándole fuera,
Y que en esta no ha de haber
Médico que desechar,
Quiteria!

QUITERIA.

Para matar,
Poca ciencia es menester.
Tuvo un pobre una postema
(Dicen que oculta en un lado)
Y estaba desesperado
De ver la ignorante flemma
Con que el dotor le decía:
«En no yéndós á la mano
En beber, morios, hermano.
Porque esa es hidropesia».
Ordénole una receta,
Y cuando le llegó á dar
La pluma para firmar,
La mula, que era algo inquieta,
Asentóle la herradura
(Emplasto dijera yo)
En el lado, y reventó
La postema ya madura:
Con que cesando el dolor,

Dijo, mirándola abierta:
«En postemas, mas acierta
La mula que su dotor».

DOÑA JERÓNIMA.

Pues por eso determino
Irme tras el natural,
Que aprenden todos tan mal,
Ya que en su estudio me inclino.

QUITERIA.

Volverás por el desprecio
De los médicos ansi.

DOÑA JERÓNIMA.

Y por el que hizo de mí
Nuestro forastero necio.

QUITERIA.

¿ Ahí tornamos?

DOÑA JERÓNIMA.

Me ha enfadado

El poco caso que ha hecho
De mí. ¿Sabes qué sospecho?
Que le trae tan desvelado
La dama que en Madrid deja,
Que no le dan pensamientos
Lugar para cumplimientos.

QUITERIA.

Eso agora ya es conseja.
¿Qué nos faltaba si hubiera
Correspondencias constantes?
Ya obligaciones y guantes
Se gastan de una manera.
Amadises y Macias
Alambicaban celebros,
Y habitando Beltenebros (1)
Libros de caballerias,
Tienen esa calidad;
Que los de ahora, si lo notas,
En calzándose las botas,
Descalzan la voluntad.

DOÑA JERÓNIMA.

Pues hagamos la experiencia.

QUITERIA.

¿Cómo la habemos de hacer?

DOÑA JERÓNIMA.

Vile anoche revolver
Papeles, sin advertencia
De que acecharle podían.

QUITERIA.

¿ Por dónde?

DOÑA JERÓNIMA.

Por el espacio

De la llave.

QUITERIA.

; Qué despacio
Tus desvelos te tenían!

DOÑA JERÓNIMA.

; Qué quieres? La privacion
Es causa del apetito;
No haberme visto, es delito
Que ofende mi presuncion.
Y dije entre mí: «Sepamos
Quién puede este Adónis ser,
Que no se nos deja ver,
Temeroso de que aojamos».
Estaba el tal en jubon,
Con calzones de tabi
De naranjado y turquí,
Y con tal satisfacción
De sí, que de cuando en cuando,
Narciso de sus despojos,
Se andaba todo en sus ojos,
Por sí mismo paseando.

QUITERIA.

Ya eso fué mucho notar.

DOÑA JERÓNIMA.

Si él fuera al paso discreto

(1) Nombre propio adjetivado: *Habitan-to os-
curos ó desdenados en los libros de caballerias*,
relegados á ellos como *Beltenebros* en la Peña
Pobre.

Que galan, yo te prometo
Que llevara que soñar,
Porque es su disposicion
Por gallarda, peregrina.

QUITERIA.

Y eso ¿está en la medicina?

DOÑA JERÓNIMA.

No, pero en mi inclinacion. —

Adverti pues que leyendo
Papeles, ya los doblaba,
Ya otra vez los repasaba,
Con los primeros riendo,
Con los otros suspirando,
Y aunque no los entendí
(Que los leyó para sí),
Dije: «¿Riendo y llorando?
Aunque adivino en bosquejo,
Afectos sentis de amante;
Que siempre imita al semblante
De quien se mira, el espejo».
No los leyó una vez sola,
Antes para asegurard
Los mismos, despavilar
Quiso la vela y matóla;
Conque le forzó á acostarse,
Y á mí riendo á volverme
A la cama. Entretenirme
Pudiera, á no desmandarse
En mi su imaginacion,
Que de principios pequeños,
Apadrinándola sueños,
Es ya mal de corazon.
Yo tengo celos, Quiteria,
Y he de ver, pues me maltratan,
De qué estos papeles tratan.

QUITERIA.

; Qué bien medraste en la feria!
¿Dónde pues hemos de hallarlos?

DOÑA JERÓNIMA.

Las navetas los tendrán
De aquel contador, que están
Sin llaves para guardarlos.
Salgamos dese cuidado.

QUITERIA.

Vamos, porque le asegures,
Y enferma, para que cures,
La ciencia que has estudiado,
Que uno y otro es frenesí.

DOÑA JERÓNIMA.

En accidentes de amor,
No cura bien el dotor,
Que no cura para sí.

(Vase.)

Una calle de Sevilla.

ESCENA II.

DON GASPAR, DON GONZALO, MA-
CHADO.

DON GONZALO.

Yo sé que no habeis de echar,
Mientras estéis en Sevilla,
Ménos, señor Don Gaspar,
Pasatiempos de Castilla,
Que esa es rio y esta es mar.
Mucho de Toledo cuentan,
Donde Isabel y Fernando
Su corte dicen que asientan.
Su Tajo arenas criando,
Que fama mas que oro aumentan;
Sus pancayos cigarrales,
Que viéndose en sus cristales,
Les sirven de apretadores
Listones de eternas flores,
Que visten sus pedernales
Palacios de Galiana;
Huerta del Rey deleitosa,
Que tanta opilacion sana;
Viernes de la vega hermosa,
Hasta en permisiones llana;

Membrillares y amacenas;
Sus riberas siempre llenas
Entre frutas peregrinas,
De azabache sus endrinas...

MACHADO.

No olvides sus berengenas.

DON GONZALO.

Sus algibes siempre helados,
Sus damas siempre discretas,
Sus ingenios laureados,
Ya de Apolo por poetas,
Ya de Marte por soldados;
Alcázar y iglesia santa,
Puentes, título imperial,
Concilios, virtud que espanta.
Tanta sangre principal,
Tanta mitra y gente tanta;
Todo eso, que es maravilla
Con que blasona Castilla,
Y se ilustra mi nación,
Es la grandeza en borron
De nuestra Méñis Sevilla.

DON GASPAR.

No lo habeis encarecido
Mucho, corto habeis andado;
Pues un mes que la he vivido,
En vuestra casa hospedado,
De su nobleza aplaudido;
Si en alabarla me fundo,
Zodiaco considero
Que es del uno y otro mundo,
Dividiéndose el primero
Por el Bétis del segundo.
Arbitros limites da
A los dos orbes, y está
Como raya su corriente
Hacia esta parte de oriente,
Y del ocaso hacia allá.
¿Quién hay que alabarla pueda?
¿Pluguiera á Dios que el pesar
Que sus deleites me veda,
Supiera en ella gozar
Rio, alcázar y alameda!

DON GONZALO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

DON GASPAR.

Este pliego

Que acabo de recibir
Para fin de mi sosiego.

DON GONZALO.

Nunca os puedo persuadir,
Por mas que os conjuro y ruego,
A que acabeis de contarme
La causa que por honrarne,
De Toledo os trujo aqui.
O no hallais caudal en mi
De amigo para fiarme
Secretos, ó pagais mal
La amistad que me debeis.

DON GASPAR.

Si como os sobra el caudal,
Don Gonzalo, y conoceis
Que os le correspondo igual,
Me permitiera el respeto
Hablar, yo os satisficiera.
Pero escuchad; que en efeto,
No es bien cuando amor espera
Morir, que guarde secreto.—
Servi en la imperial Toledo
Por inclinacion á un ángel,
Primer móvil de los gustos,
Argel de las libertades,
De superior jerarquía
Hasta el nombre que sus padres
La dieron, que fué Micaela,
Blason suyo, á ser constante.
Halló el favor en sus ojos
Entrada para burlarme;
Ventas las llamó un discreto,
Donde el amor caminante

Tomar un refresco suele,
Y si anochece, apearse,
Para proseguir despues
Hasta el alma su viaje.
Recibieronme dos niñas
Entre risueñas y graves;
Pero de niñas y en venta,
Quien se fia, poco sabe.
Hechizáronme amorosas,
Y cuando pasé adelante,
Sin alma me hallé: ¿qué mucho
Que ventas y ojos engañen?
¿Qué de favores alegres
A censo echaron pesares,
Que entónces tonaba á usura,
Y agora aprietan! No en balde
Dicen que el gusto y dinero
En principes y en amantes
Deleitan al recibirse,
Y congojan al pagarse.
Seis meses corrió mi dicha
La derrota favorable
De honestas correspondencias;
Pero en amores y en mares
La mudanza es el piloto,
Pues cuando desembarcarme
En la playa de Himeneo
Pensaba, sopló un levante
De celos, que me volvieron
Al golfo, donde sin lastre
De sufrimiento, me llevan
Mis desdichas á anegarme.
Fué el caso pues que quisieron
Intereses de su madre
Y un hermano, sin consulta
De mi dama, hacer alcaide
De su voluntad, ya ajena,
A un caballero que en sangre,
Hacienda, edad, discrecion,
Tengo, si no que envidiarle,
A lo ménos que temerle:
Permitidme que le alabe;
Que el valor, aunque compita,
No desluce calidades.
Estaba en Valencia entónces,
Y llamáronle ignorantes
De que sin su permission
La voluntad profanase
Derechos de la obediencia;
Como si en fe de llamarse
Dios amor, no se eximiese
De leyes universales.
Hasta entónces ignoraba
Mi ingrata que apresurasen
Cautiverios de por vida
Diligencias tutelares;
Y así creciendo favores,
Fuera justo recelarme
De llamas que están mas cerca
De su fin, cuanto mas arden.
Registradores baldios
Se ocuparon en contarles
Los pasos á mis deseos;
Y como el fuego no sabe
Encubrirse, ni el amor,
Sacaron por las señales
De mis afectos mis dichas:
¿Qué de daño envidias hacen!
No sé cuál dellos, ó todos,
Escribieron á Don Jaime
(Así se llama mi opuesto)
Las razones semejantes:
«Por mucho que apresureis,
Llamado, pasos amantes;
Si elecciones se antepone,
A casaros vendréis tarde.
Don Gaspar de Benavides
Llega á tener tanta parte
En la dama que os ofrecen.
Que hay quien se atreve á llamarle
Usufrutuario vuestro.
Si con esto juzgais fácil

El riesgo que la honra corre...
Discreto sois; Dios os guarde.»
Iba la carta sin firma;
Y como en Valencia nace
Tan delicado el honor,
Imitó á sus naturales,
Y acreditó sus renglones,
Escribiéndole á su madre
Repudios y menosprecios:
Con celos, no es cortés nadie.
Metió en el pliego el papel
Recibido, y fué bastante
En su madre á concluir
Con su vida sus pesares.
Estaba el hermano ausente,
Y mi dama, que eclipsarse
Sintió el sol de su opinion,
Se persuadió (no os espante,
Que fué la sospecha urgente)
A que yo, por estorbarle
Ejecuciones violentas
Tan á riesgo de matarme,
Aquella carta habia escrito;
Y airada de que quedase
Por mi su fama dudosa,
Y su amor por inconstante,
Favores trocó en desdenes,
Desprecios vi por donaires,
Rigor por correspondencias,
Por premios severidades.
No admitió satisfacciones,
Ni bastaron á abonarme
Juramentos inocentes;
Pero ¿quién habrá que amause
Enojos en la mujer,
Que atropella por vengarse,
Cuando aborrece de veras,
Respetos y calidades?
Notificóme retiros,
A mis disculpas diamante,
A mis diligencias bronce,
A mis sentimientos áspid;
Y dando cuenta de todo
A su hermano, provocarle
Pudo á venganzas de honor:
¿Ved de un yerro los que nacen!
Yo, que desvelado siempre,
Registraba enemistades,
Para averiguar por ellas
Quién fué el autor de mi ultraje
Y aquella carta sin firma,
Una vez que por el márgen
Del Tajo, en estos discursos
Consultaba sus cristales,
Vi conversando junto á ellos
Dos destos que en las ciudades,
Sanguijuelas de las honras,
Sin espadas sacan sangre,
Censura de las doncellas,
Sátira de los linajes,
Zóilos de los ausentes,
De los ingenios vejámenes;
Destos en fin, que mirones
En los templos y en las calles,
Porque todo lo malician,
Dicen que todo lo saben.
Despreciábanlos los cuerdos,
Temíanlos los cobardes;
Pero entre todos yo solo
Gusté singularizarme,
Opuesto suyo, de suerte
Que hallaron en mi semblante
Con letras de menosprecio
Escritas sus libertades.
A esta causa siempre tuve,
Si no infalibles, probables
Sospechas de que por ellos
Renunció su amor Don Jaime.
Lleguélos á hablar entónces,
Y para certificarme
De todo punto, troqué
Cauteloso conversable

Sospechas en certidumbres;
 Porque empezando á tratarse
 Varios géneros de cosas,
 Unas de risa, otras graves,
 Los enlació en mi suceso,
 Deletreando en las señales
 De su inquieta turbación
 Mis recelos sus verdades.
 Entónces, ya la irascible
 Predominando en la sangre,
 Les dije: «No es bien nacido,
 Ni de hombre puede preciarse,
 Quien con la lengua ó la pluma,
 Cuando escriba ó cuando hable,
 Desmintiéndose en aquella,
 Firmar en esta no sabe.
 Carta sin firma, es libelo
 Que contra sí mismo hace.
 Quien no osa poner su nombre,
 Por confesar que es infame.
 El apellido es blason
 Que califica linajes,
 Que diferencia sugetos.
 Que autoriza antigüedades;
 Quien le oculta, es porque teme
 Que por él á luz no saque
 Sambenitos del honor
 La bajeza de sus padres.
 Si es infamia el desdecirse,
 ¿No es desdecirse el quitarlo
 A una carta autor y firma?
 Dígalo el mas ignorante.
 Claro está que receloso
 De que tienen de forzarle
 A desmentirse á sí mismo,
 Y confesar falsedades,
 Lo mismo que escribe niega,
 Y que en su contrario añade
 Circunstancias de valor
 En todos los tribunales.
 Infames pues por escrito.
 Hombres sin nombres, cobardes
 Que os menospreciáis del ser
 Que teneis, pues le ocultastis.
 Lo que no firmaron plumas,
 Firme el acero, y no manchen
 Espejos de honor honestos
 Cartas que sin firma salen.»
 Dije, y sacando el estoque
 Con la razon de mi parte,
 Ella y yo, dos contra dos,
 Partimos el sol iguales.
 Dí muerte al uno, herí al otro.
 Y huyendo severidades
 De Fernando (que castiga,
 Si premia) en los cigarrales,
 Guarnicion de aquellas penas,
 Uno hallé donde ampararme,
 Y dentro del un amigo,
 Que para que me ausentase,
 Me dió un caballo de monte,
 Un criado y liberales
 Socorros que en el camino
 Vencieron dificultades.
 Llegué á vuestra casa, en fin,
 En cuyo noble hospedaje
 Pudiera templar desprecios
 De quien gusta de olvidarme;
 Mas cartas despertadoras
 Quiere mi amor que dilaten
 Penas, que en esta me dicen
 Que las dé por incurables.
 Ya se ha casado, en efecto,
 Mi ingrata, porque Don Jaime,
 Averiguando mentiras,
 Y confirmando amistades,
 Llegó á lograr diligencias
 De su hermano, que obligarle
 Pudieron, para mi muerte,
 A ofenderme y á casarse.
 Escribíme que han perdido
 Requisitoria las partes

Contrarias para prenderme,
 Y será fuerza pasarme
 A Portugal, cuyo rey
 Gente alista que se embarque
 Al Oriente, en cuyo extremo
 Son sus quinas formidables.
 Generoso es; cuando sepa
 Quién soy, y para abonarme
 Lleguen cartas de la corte
 Que me prometen sus grandes;
 Apacible á mis deseos,
 No dudo que me despache
 En esta armada á la India,
 Donde pléjagos de mares
 En medio, añeguen memorias,
 Y militando, restanren.
 Contra amorosas tragedias,
 Mi fama dichas de Marte.

DON GONZALO.

Ahora que por extenso
 Sé la historia que á pedazos
 Me contábades, los brazos
 Os doy, pues echando á censo
 Obligaciones de amigo,
 Por tal quedo confirmado,
 Habiéndos de mi fiado;
 Que yo, Don Gaspar, me obligo
 De quien en la adversidad
 Se llega á favorecer
 De mi casa, por tener
 Corteza de mi amistad.
 No os aconsejo el viaje
 Que al Oriente disponeis,
 En las mas cerca teneis,
 Y en mas seguro paraje.
 Dió patrimonio Colon
 De un Nuevo Mundo á Castilla,
 Nueva grandeza á Sevilla,
 Nueva fama á su nacion.
 El gobierno de la Habana
 Espero con brevedad:
 Ya que os embarqueis, gozad
 Entre gente castellana
 Profeces de plata pura:
 Pues sabeis que Portugal
 Siempre se ha llevado mal
 Con Castilla.

DON GASPAR.

Ya asegura

Don Manuel, que reina en él,
 Paces que eternizar pueda,
 Pues nuestros reinos hereda.

DON GONZALO.

Princesa es Doña Isabel,
 Su esposa, desta corona,
 Muerto el principe Don Juan,
 Y ya jurados están;
 Mas lo que el tiempo ocasiona,
 No asegura la mudanza.
 Considerad lo que os digo,
 Y si os embarcais conmigo,
 Prometed á la esperanza
 De mi parte todo aquello
 En que os pudiere servir.

ESCENA III.

TELLO. — DON GASPAR, DON GONZALO, MACHADO.

TELLO.

Ríndase á Guadalquivir
 Tajo y reves.

DON GASPAR.

Paso, Tello.

TELLO.

Déjame; pléguete Dios!
 Celebrar damas y talles.
 ¿Cuántas topo por las calles,
 Hermosas! De tres las dos,
 De cuatro las tres, de siete
 Las cuatro y media, ¡mas bellas

Que tras el pastel las pellas.
 Que el vino tras el luquete!
 ¡Válgate Dios por lugar,
 La mitad de cuanto veo
 Hermoso!

ESCENA IV.

DOÑA JERONIMA y QUITERIA, con sombreretes y mantos de anascote á lo sevillano.—Dichos.

DOÑA JERONIMA. (Ap. á Quitertia.)

Tápate.

(Echase el manto las dos.)

TELLO.

Creo

Que nos busca el dicho par.
 Aguardolas á pié quedo
 Una á una. ¿Maudan algo?

QUITERIA.

(Hablando á Don Gaspar al oído.)

Hácia el Alcázar, hidalgo,
 Sabréis cosas de Toledo.

DON GONZALO.

A vos dijo.

DON GASPAR.

¿Quién será?

TELLO.

¡Tápadas! ¿Si es desafío?

DON GONZALO.

No tiene esotra mal brio.

DON GASPAR.

¿De Toledo!

TELLO.

¿Si es de allá?

DON GASPAR.

¿Hasta aquí llega la fama
 De mi amor?

DOÑA JERONIMA. (A Don Gaspar al oído.)

Si os atreveis,

Al alcázar, y sabréis

Mil cosas de vuestra dama.

DON GASPAR.

¿Y no aquí?

DOÑA JERONIMA.

No, que recela

Mi honor que me puedan ver.

DON GASPAR.

¿Traeis cartas?

DOÑA JERONIMA.

Puede ser.

DON GASPAR.

¿Cuyas?

DOÑA JERONIMA.

De Doña Micaela.

DON GASPAR.

¡Ay cielos!

TELLO.

Deja disputas.

Vamos: ¿qué andas por las ramas?

DOÑA JERONIMA.

Al estanque de las Damas.

DON GASPAR.

Ya os sigo.

DOÑA JERONIMA.

Entre las dos grutas. (Vase.)

ESCENA V.

DON GASPAR, DON GONZALO, TELLO, MACHADO.

DON GONZALO.

¿Qué os dijo?

DON GASPAR.

Que esperaria

A las grutas del jardín

De las Damas.

DON GONZALO.

¿Con qué fin?

DON GASPAS.
Cartas de la ingrata mia
Me ofrece.

DON GONZALO.
¿Y os la nombró?

DON GASPAS.
Sí, amigo. Confuso quedo.

DON GONZALO.
Dama será de Toledo.

DON GASPAS.
Su despejo lo mostró.

DON GONZALO.

Hay notables aventuras
En el alcázar; sus salas
Saben, disfrazando galas,
Acomodar coyunturas.
Cúrsanlas la primavera
Como en escuelas de amor,
Unas huyendo el calor,
Otras haciendo tercera
Su acomodada frescura;
Que como tienen enfrente
La lonja con tanta gente,
Donde el interés procura
Enriquecer mercaderes,
Son, aunque con varios nombres,
Lonja aquella de los hombres,
Y esotra de las mujeres.
Andad, Don Gaspar, á ver
Lo que escribe vuestra dama:
Podrá ser mienta la fama,
Que os ha obligado á creer
Bodas que os causan pesar,
Antes que estén concluidas:
Cartas se escriben fingidas,
Que es peor que por firmar.
Quiera Dios que verdadero
Salga yo, porque excuseis
Destierros que disponeis.

Adios.

DON GONZALO.
En casa os espero.
(Vanse Don Gonzalo y Machado.)

ESCENA VI.

DON GASPAS, TELLO.

DON GASPAS.

Tello, ¿no me dices nada
Desto?

TELLO.

¿Qué quieres que diga?
Cada cual su rumbo siga,
Tu amor tú, yo á la tapada;
Que el diablo del sombrerete,
Que parece tajador
De aldea, para mi humor
Tiene no sé qué sainete
Que alienta mis disparates.
¿O anascote, ó caifascote,
O basquiña de picote,
O ensaladas de tomates
De coloradas mejillas,
Dulces á un tiempo y picantes,
O chapines, no brillantes,
Mas negros y con virillas,
O medio ojo que me ajojó,
O atisbar de basilisco,
O tapada á lo morisco,
O fiesta y no de la O!—
Sigamos á quien nos llama:
¿Qué aguardas?

DON GASPAS.

¿Si os atreveis,

Al alcázar, y sabréis
Mil cosas de vuestra dama!
¿Cuando el rigor me desvela
De sus bodas!

T. V.

TELLO.

¿No es mujer?

DON GASPAS.

«Traéis cartas?—Puede ser.—
¿Cuyas?—De Doña Micaela.»
Quien tanta noticia tiene
De mis cosas, no hay que hablar,
De Toledo á consolar
Mis ansias sin duda viene.
Penas de amor absolutas,
No desespereis mis llamas.
Vén.

TELLO.

Al jardin de las Damas.
Ten cuenta, entre las dos grutas.
—
Jardin. (Vanse.)

ESCENA VII.

DOÑA JERONIMA, QUITERIA.

DOÑA JERONIMA.

Este hombre se me ha entrado
En el alma por las puertas
Mas nuevas y peregrinas
Que ha visto el amor, Quiteria.
Comenzó por menosprecios
El mio: ¡ay Dios! ¿quién creyera
Que hicieran descortesias
En mí lo que no finezas?
Sentí que huésped en casa,
Al fin de un mes de asistencia,
No preguntase curioso
Qué mujer moraba en ella.
En nosotras, ya tú sabes
Que impraudo la soberbia.
Se riñe por sus contrarios:
Hombre que nos menosprecia,
Téngase por bien querido;
Finjase, quien nos desea,
Desdeñoso descuidado,
No nos mire, no dé quejas:
Causarálas en su dama:
Porque en balanzas opuestas,
Aunque amor es simetría.
Cuando se abrasan, nos hielan,
Y helándose nos abrasan.
Si ellos este estratagema
Supieran, ¿qué á poca costa
Atropellaran firmezas!
Causo en mí este sentimiento
Una curiosa impaciencia
Y deseo de inquirir
Si viven hombres de piedra;
Y para que no alegase
Ignorancias, á una reja
Del patio fingí preguntas
Que le avisasen quién era.
No hizo novedad de oírme,
Aunque pudo sacar dellas
Ser mi hermano Don Gonzalo.
Juntáronse á las primeras
Quejas y culpas, segundas
Que engendraron causas nuevas
De acusar descortesias,
Si primero inadvertencias.
Parecióme que elevado
En lo que en Toledo deja,
Se olvidó allá los sentidos.
Y vino acá sin potencias.
Esto ya yo imaginaba
Que A. B. C. de celos era.
Que si á la postre presumen,
Al principio deletrean.
Pero celos ó no, en fin,
Una noche acorché inquieto
Por la llave lo que hacia:
Su mal busca quien acecha.
Demostraciones amantes
Vi entre papeles envueltas,
Con gusto en los apacibles,
En los severos con pena.

El leyendo, y yo acecando,
El sol nos amaneciera,
Si con los dos compasiva,
No se acabara una vela.
Desvelos volví á la cama,
Que á mi sueño hicieron guerra
Y el plato á imaginaciones,
Si inquietudes la sustentan.
Salió el alba, y Don Gaspar
De casa, y dándonos cuenta
De amorosas novedades,
Se la pedi á una naveta
Del contador secretario,
Y hallé papeles en ella,
Serranos en lo tratable,
De Toledo en la agudeza.
Otros vi que se humanaban
Algo libres, y á la cuenta
Se escribieron cuando el gusto
Lograba correspondencias.
Uno dellos le decia,
Si no las mismas, casi estas
Razones bien rigurosas,
Mas para mis celos tiernas:
«Don Gaspar, en todo amor
Que se prosigue de veras,
La honra de lo que se ama
No se eclipsa, antes se aumenta.
Cartas bastardas sin firma,
Ya vos veis cuánta vileza
Arguyen en quien pretende
Hacer la infamia estafeta.
Mas os valiera flaros
En mi voluntad que en ellas;
Que ella os despenara firme,
Y ellas viles os despeñan.
Por vos mi opinion perdida
Desprecio en Don Jaime engendra,
Castigo justo en mi hermano,
Llanto en mi madre y molestias.
Vos su muerte ocasionastes
Y yo, si os amara, fuera,
Como ingrata á sus cenizas,
Verdugo á mi fama honesta.
Aborreciéndos, verá
El mundo, porque os desmienta,
La falsedad de una carta
Que la infamia afirma vuestra.
No habla el cuerdo amor, ni escribe;
Que es niño en cuanto la lengua,
Y las plumas de sus alas
Volaran mal, si escribieran.
Cara voluntad os tuve,
Y tan cara, que me cuesta
Menoscabos de mi honor,
Y una madre, por vos muerta.
Si os buscare la venganza,
No os espante que pretenda
Borrar con sangre la tinta
De tan afrentosas letras.»
Esto, Quiteria, leí,
Sospecho que en la postrera
De todas, con que animé
Esperanzas y quimeras.
Estudié por las demas
Todo el suceso y materia
Destos trágicos amores:
Fin mas dichoso en mí tengan!
El nombre de la ofendida
Supe que es Doña Micaela,
Avala en el apellido.
Triste amor que en ay comienza!
En efecto mis pasiones,
Sin saber dónde me llevan,
Me traen aquí, á ¿qué sé yo?
Ni ¿qué espero, aunque lo sepa?

QUITERIA.

En verdad que en el estudio
De la medicina medras
Lucidamente! Dotorá,
Que en vez de curar, enferma,
El diablo que la dé el pulso.

DOÑA JERÓNIMA.
Decirme podrá el problema :
«Dotor, cúrate á ti mismo».

QUITERIA.
Estos son.
DOÑA JERÓNIMA.
Pues hazles señas. (*Tápanse.*)

ESCENA VIII.

DON GASPAS. — DOÑA JERONIMA,
QUITERIA.

TELLO.
Hay tanta mujer tapada,
Los sombrerillos de tema,
Tantas con los medios ojos
Anascotados, que es fuerza.
Si no nos llaman, perdernos.

DON GASPAS.
Las dos grutas son aquellas.

TELLO.
Y las otras las dos damas.

DON GASPAS.
Señas nos hacen.

TELLO.
Pues llega.

DON GASPAS.
¿Son vuestras Mercedes?
DOÑA JERÓNIMA.
Somos.

DON GASPAS.
Y yo quien á la obediencia
Cortés de vuestros mandatos
Llego humilde.

DOÑA JERÓNIMA.
Cosa nueva
Será en vos la cortesía.

TELLO. (*Ap.*)
¿Ya empezamos por afrentas?
No es malo; que entrar perdiendo,
La ganancia tiene cierta.

DON GASPAS.
Rigurosa comenzais.
No sé yo que en esta tierra,
Ni en otra me dé ese grado
La fama que en mí profesa
Diferentes atributos.

DOÑA JERÓNIMA.
No lo dice la experiencia
De quien, de vos ofendida,
Os culpa en tales materias.

DON GASPAS.
Es mi ventura tan corta,
Que aquello en que mas se esmera
Mi cuidado, le saldrá
Al contrario. ¿No supiera
Yo quien es esa ofendida?

DOÑA JERÓNIMA.
Una dama que se queja
De vos con justas razones,
Muy mi amiga, aunque no vuestra.

DON GASPAS.
Si se admiten conjeturas,
Y corresponsal con ella,
Me prometéis alentar
Esperanzas con sus nuevas;
En Toledo está esa dama,
Porque yo no sé que pueda
Otra ninguna intimarme
Tan descortesces ofensas.

DOÑA JERÓNIMA.
Bien puede ser.

DON GASPAS.
Eso mismo
Me dijisteis allí fuera
No há mucho, pidiéndos cartas.

DOÑA JERÓNIMA.
Decis la verdad.

DON GASPAS.
¿Traéislas?
DOÑA JERÓNIMA.
Yo vengo por carta viva.

DON GASPAS.
¿De Toledo?

DOÑA JERÓNIMA.
De allí cerca.

DON GASPAS.
¿Y no sabré yo quién sois?

DOÑA JERÓNIMA.
Si eso algun cuidado os diera,
No estuviera yo quejosa.

DON GASPAS.
¿Vos? ¿Por qué?

DOÑA JERÓNIMA.
Porque asistencias
De un mes de huésped, ni obligan,
Ni cortesías despiertan.

DON GASPAS.
No os entiendo.

DOÑA JERÓNIMA.
Es mal antiguo
En vos no entiendo.

DON GASPAS.
Discreta
Misteriosa, declaraos,
Ya que me habláis encubierta.
¿Vuestro huésped un mes yo!

DOÑA JERÓNIMA.
Si tan presto negais deudas,
No haréis pleito de acredores.

DON GASPAS.
¿Dónde? cómo? cuándo?

TELLO. (*A Quiteria.*)
Pueda

Alcanzar yo algun favor
Dese retablo en cuaresma,
Ya que no corren cortinas
Aqui por Pascuas, ni fiestas.

¿Eres dama motilona
De la hermana compañera?
¿Fregatriz ó de labor?
No quiero decir doncella;
Que esa es moneda de plata,
Y como el vellon la premia,
Apénas sale del cuño,
Cuando afirman que se truca.
Dame un adarme no mas
De carantoña.

(*Va á destaparla, y péguale ella.*)

QUITERIA.
Jo, bestia.

TELLO.
Bestia soy, pues que te sufro,
Y Jo (1) soy en la paciencia.

DON GASPAS.
En fin, ¿ni queréis decir
Quién sois, ni queréis que os vea,
Ni en qué parte me hospedaste,
Ni cuándo os di causa á quejas?

DOÑA JERÓNIMA.
Estais muy despacio vos,
Y traigo yo mucha prisa:
Vamos, Don Gaspar, al caso.
Sabed que la dama vuestra,
Pesarosa en desdenaros,
Y triste con vuestra ausencia,
Ha despedido á Don Jaime,
Y ansiosa veros desea.

DON GASPAS.
¿O iris de mi ventura,
Que disfrazada en tinieblas,
Reflejos del sol retocan
Colores con que me alegras!
Dame á besar esas manos.

TELLO. (*A Quiteria.*)
Y dame tú, aunque las tengas

(1) Job.

Con callos del almirez,
Las tuyas, pues todos besan.
(*Ven llegar á Don Gonzalo, y apártense las dos.*)

ESCENA IX.

DON GONZALO. — DICEOS.

DON GONZALO.
Don Gaspar, dejad ahora
Averiguaciones tiernas
De vuestra dama, y poned
Cobro en vos; que diligencias
Enemigas están ya
En Sevilla, y tan molestas,
Que mi casa han registrado
Requisitorias que os prendan.
El gobierno de la Habana
Que me prometieron, truecan
Por el de Pamplona, siendo
Castellano de su fuerza.
Mándame partir al punto,
Porque las armas francesas,
Instantes en su conquista,
Por Navarra dicen que entran.
Si dejando á Portugal,
Queréis dar ilustres muestras
De la sangre que heredastes,
Honraréis una bandera.
Determinaos esta noche,
Y dad en la santa iglesia
A la libertad sagrado
Que oprimir tantos desean.
Cama os llevarán allá
Y regalos de una mesa,
Si no poderosa, amiga:
Retiráos, pues está cerca;
Que yo voy á disponer
Mi partida, porque pueda
Salir de Sevilla al alba.
Hablaréos cuando anochezca. (*Vase.*)

DON GASPAS.
Señora, desdichas mías
Presurosas desordenan
Principios que aseguraban
Mi sosiego en vuestras nuevas.
Ya veis el riesgo que corro,
Y tambien estaréis cierta
(Pues venis tan informada
De mis cosas) lo que aprietan
Diligencias enemigas
De la parte que desca
Vengar una muerte honrosa
Que satisfizo mi ofensa.
Pues no he podido hasta aqui
Conocerlos, y la prisa
Que mis peligros me dan,
El breve tiempo me niegan
En que presumi obligaros
A este favor; por vos sepa
Vuestra amiga, y mi señora,
Que en la corte portuguesa,
A su amor agradecido
Y deudor de su firmeza,
Podrá divertir con cartas
Soledades de su ausencia.
Embarcaréme esta noche:
Si hay en que serviros pueda
Allá, ejecutad mandando
Los réditos desta deuda. (*Vase.*)

TELLO.
Yo soy maza desta mona:
Ya ves que tras sí me lleva.
No pongas porte en las cartas,
Si quieres que no se pierdan,
Y pide cuanto mandares,
Porque, en fin, cuando no venga,
Cumplies con tu obligacion;
Que te atisbo pedigüeña.
Y adios, hasta la otra vida. (*Vase.*)

DOÑA JERÓNIMA.
¿Qué tropel de olas, Quiteria,

Quieren hoy desbaratar
Mi amor? ¿qué desdicha es esta?

QUITERIA.

¿Qué sé yo? Vamos á casa,
Porque no nos eche en ella
Menos tu hermano; y arroja
En Guadalquivir tus penas.

DOÑA JERÓNIMA.

¿A Lisboa se me parte,
Donde amor en sus bellezas,
Extranjero con las damas,
Perpetúe su asistencia!
¿Qué intentais, locuras mías?

QUITERIA.

De los libros te aprovecha
En que estudias.

DOÑA JERÓNIMA.

¡Plegue á Dios
Que por ellos no me pierda! (Vanse.)

ACTO SEGUNDO.

Sala de casa de Don Inigo en Coimbra.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO, *de camino*; DON GASPAR,
PAR, DELGADO.

DON GASPAR.

Dadme otra vez los brazos.

DON RODRIGO.

Acortó, Don Gaspar, la ausencia plazos.
Pues aquí veros puedo,
No echo ménos amigos de Toledo.
Juzgabais yo embarcado.

DON GASPAR.

Mejor que imaginaba he negociado.
El cargo de un navio
Me daba el Rey; mas como vi á mi tío
Que á Portugal venia,
Del rey Fernando embajador, el día
Que supe que llegaba,
La embarcación dejé.

DON RODRIGO.

Mal os estaba.

Surquen hijos segundos
Golfos de sales, midan sus profundos,
Y gocen herederos
Mayorazgos en paz, pues son primeros.
En fin, ¿os tiene en casa
Don Inigo de Cárdenas?

DON GASPAR.

Y pasa

Su favor adelante
De deudo y huésped: permission de aman-
Tengo también en ella. [te
Dueño me intenta hacer de su hija bella,
Y es Doña Estefanía
Competencia del sol que luz le envía.
Dice que pues heredo
A su hermano y mi padre, y en Toledo
Mi mayorazgo tiene
Su antigüedad y casa, no conviene,
Pudiendo eslabonarla
Con nuevo parentesco, desmembrarla;
Que mientras se mitiga
El Rey contra mi airado, á que se obliga,
A cargo suyo toma
Nuestra dispensación, que ya está en Ro-
Ved si es razón que pierda [ma :
La buena suerte de elección tan cuerda.

DON RODRIGO.

Quedarades culpado,
Si no de ingrato, de desalumbrado,
Principalmente agora
Que desposada vuestra dama, adora
A Don Jaime Centellas.

DON GASPAR.

Las de mis celos aumentara en ellas,
Si no las apagara

La prenda hermosa que mi amor repara.
Ya el suyo en mí es olvido;
Logre Doña Micaela el que ha tenido
De mí, creyendo engaños,
Y gocense los dos felices años;
Que yo desde Sevilla
Informado de nuevas de Castilla,
Aunque no verdaderas,
Conservaba en el alma, ya quimeras,
Si hasta agora esperanzas:
Agradecido estoy á sus mudanzas.
(Ap. ¿Quién la dama sería
Que me habló en el alcázar aquel día?
No hay que hacer caso desto;
Pues mis dichas los cielos han dispuesto
Por tan nuevos caminos,
Trocaré por aciertos desatinos.)
Pues, señor Don Rodrigo,
¿A qué venis acá?

DON RODRIGO.

La corte sigo

Del rey Manuel, fiado
En que como Castilla le ha jurado
Por príncipe heredero,
Y la casa que pone, á lo que infiero,
Será á lo castellano,
Respeto de favores tenga mano
Con su Alteza, y en ella
Algun título honroso.

DON GASPAR.

Buena estrella

Os dé vuestra ventura;
Que en los palacios todo es coyuntura.

DON RODRIGO.

El creer que la hallara
En Lisboa, y en ella negociara,
Fué causa de un rodeo
Bien cansado; mas ya que aquí le veo
Sin muestras de mudanza,
Asentaré mis cosas la esperanza.

DON GASPAR.

Pica la peste tanto
En Lisboa, que á todos pone espanto;
Y en riesgo tan terrible,
Es ciudad saludable y apacible
Coimbra, celebrada
Por la fama presente y la pasada;
Benévolo su clima,
Fértil su territorio, en cuya estima
Cristales del Mondego
Compiten con el Tajo, y el sosiego
Convidando á las Musas
(Que donde hay multitud viven confusas),
Aquí hallan puerta franca,
Sin envidiar Coimbra á Salamanca;
Que es este lugar solo
Habitación de Amor, Marte y Apolo.

DON RODRIGO.

Ilustre le hizo al mundo
La asistencia del rey Don Juan segundo,
Que lo mas de su vida
En él tuvo su corte entretenida.

ESCENA II.

TELLO. — Dichos.

TELLO.

¿Oyes, señor? te llama
La embajatriz doncella nuestra dama,
Y su padre con ella,
Que desea aliviarla de doncella.

DON GASPAR.

¿Quereisla ver, Rodrigo?

DON RODRIGO.

Y á Don Inigo hablar, que es muy mi ami-
Y podrá, á vuestra instancia, [go,
Su favor con el Rey ser de importancia.

DON GASPAR.

Ese, yo os lo prometo.
Venid, y admiraréis en un sugeto

Discrecion y hermosura,
Llancezas, gravedad, valor, cordura,
Donaire y cortesía:
Veréis en fin á Doña Estefanía.
(Vanse los dos caballeros.)

ESCENA III.

TELLO, DELGADO.

DELGADO.

¡Tello!

TELLO.

¡Oh Delgado! y no hilo.

¿Acá también?

DELGADO.

¿Qué hay de nuevo?

TELLO.

En Portugal todo es sebo
Hasta quedarse en pabilo,
Todo *bota*, todo *lua*,
Todo *fidalgo valente*,
Paon mimoso, *fuba quente*,
Sardinha e manteiga crua.
No hay poderlos entender:
La olla llaman *panela*,
Y á la ventana *janella*.
Para darme de comer,
Dai-ca, me dijo una vieja,
Tigelas; yo, que entendí
Tijeras, unas le dí;
Y ella los guisados deja,
Diciendo que de Castilla
Un hombre la iba á matar,
Hasta que vine á sacar
Que *tigela* es escudilla.
Un viernes la pregunté:
«¿Qué tengo que cenar yo? —
Cagados, me respondió. —
Comalos Vuesamercé.»
La dije, y pullas á un lado,
Que tiene muchas arrugas;
Y supe que eran tortugas
Los *cagados*.

DELGADO.

¡Buen guisado!

TELLO.

La embajatriz mi señora,
Que es digna de todo amor,
Y me hace mucho favor,
Por no decir me enamora,
Da en hablar á lo sebo:
Porque en nuestra tierra es fama
Que en esta lengua una dama
Tiene aire garabatosino;
Y entre cosas peregrinas
Que suele mandarme hacer,
Tracei-me, me dijo ayer,
Do jardim umas boutinas;
Olhai, e um ramo de cravos.
«¿Para qué diablitos querrá,
Dije, si loca no está,
Olla, botigas y clavos?
El tiempo anda enfermo, y este
Altera nuestra salud:
Deben de tener virtud,
Sin duda, contra la peste.»
Compré una olla vidriada,
Al campo salté, llenéla
De clavos, embotiguéla,
Y llevándola tapada
Con la capa, la hallé hablando
Con su padre y mi señor
(No era muy fino el olor
Con que me iba perfumando).
Llegué, y díjela al oído:
«Aquí aquel recado está»;
Y respondíome: *dai-ca*. —
«¿Estás fuera de sentido,
Señora, que á esto me obligas?
Replicar; ¡gentil humor!
¡Sacarle á un embajador

Un puchero de boñigas!
Mandó que lo descubriese,
Y vino á causar su prisa
A unos asco y á otros risa,
Y á que mi amo se corriese,
Y tuviésemos mohinas.
¡Averigüe Garibay
Que es aquí «mirad» *olhai*,
Que las flores son *boninas*,
Y *cravos* claveles son!
En fin, yo que su humor sigo,
Porque se huelgue conmigo,
Paso plaza de bufon.

ESCENA IV.

DOÑA ESTEFANIA, DON IÑIGO, DON MARTIN, DON GASPAS, DON RODRIGO. — Dichos.

DON IÑIGO. (A Don Rodrigo.)

Huélgome infinito yo
De veros por esta tierra;
Que el que en la suya se encierra,
Y nunca se divirtió
En las demas, no merece
De discreto estimacion.
Historias los reinos son,
Y el que verlos apetece,
Estudiando en la experiencia
Que á tantos renombre ha dado,
Vuelve á casa consumado,
Y es para todo. No hay ciencia
En libros como en los ojos,
Porque en la práctica estriba
La mas especulativa:
La ociosidad causa enojos;
Mozo sois, y en Portugal,
Que es una comun escala
De cuanto el orbe señala,
Yo sé que no os halleis mal.

DON RODRIGO.

Ni ya ménos echaré
¡A Castilla ni á Toledo,
Si con Vuexelencia quedo
Acreditado.

DON IÑIGO.

Hablaré

Hoy al Rey que se dispone,
Segun la voz comun pasa,
A poner segunda casa
Castellana; y si la pone,
Sabiendo vuestro valor,
No tiene dificultad
Que os honre su Majestad.

DON RODRIGO.

Siendo vos mi protector,
Señor, ya la dicha mia
Asegura mi cuidado.

(A Doña Estefanía.)

Añadirá otro criado
En casa Vuesñoría,
Y seré yo venturoso
En acertarla á servir.

DOÑA ESTEFANIA.

Yo os quisiera ver lucir,
Señor, algun cargo honroso,
Con que en Portugal quedaran
Satisfechos de Castilla.

DON MARTIN.

Al que en Portugal se humilla,
Por forastero le amparan
Fidalgos y caballeros;
Porque siempre llevó mal
Presunciones Portugal
De arrogantes forasteros;
Mas vos, señor Don Rodrigo,
Que sois tan cuerdo y cortés,
En cualquiera portugues
Tendréis hermano y amigo,
Y en mí un nuevo servidor.

DON RODRIGO.

Por mi señor os elijo;
Que, en fin, en todo sois hijo
De quien siendo embajador
De nuestros reyes aquí,
Tiene la opinion en pié
Castellana.

DON IÑIGO.

Hoy hablaré

Al Rey, que audiencia pedi.—
Paréceme, Estefanía,
Que estás triste.

DOÑA ESTEFANIA.

Causaralo,

Señor, el tiempo, que es malo,
Y engendra melancolia.
Dicen que la peste asombra
Todo este reino.

DON IÑIGO.

Si das

En eso, no vivirás
Segura; que á quien la nombra,
Maltrata su contagion,
Y en todo temor mortal
No hace tanto daño el mal
Como su imaginacion.
Coimbra tiene frescuras,
Su rio alegres riberas;
Cuando divertirte quieras,
Si frecuentarlas procuras,
Podrás divertir cuidados
Que aumenta la ociosidad.

DOÑA ESTEFANIA.

Antes con su soledad
Suelen dar pena, doblados.
Yo procuraré, señor,
Ocupar mis pensamientos
Donde no puedan violentos
Acrecentar su rigor;
Cuando no por otra cosa,
Por no darte pena á ti.

DON GASPAS.

El alma, prima, que os dí,
Viéndos triste, está quejosa,
Porque como por vos vive,
Juzga, y no sin propiedad,
Que no tiene voluntad
Quien triste al huésped recibe.
Siquiera por forastera,
Tratarla bien será justo.

DOÑA ESTEFANIA.

Quien vive donde no hay gusto,
¿Qué es, Don Gaspar, lo que espera?
La tristeza me entretiene:
No sé yo que haya posada,
Que al huésped esté obligada
A darle lo que no tiene.
Mudarla será mejor,
Si no se halla bien en ella.

DON GASPAS.

No fuérades vos tan bella,
A mostrar ménos rigor.
No lo dije yo por tanto,
Ni ya podré hacer mudanza:
El amor, que es semejanza,
Llorará con vuestro llanto,
Y alegrándos, estará
Alegre; que el mar y amor
No tienen otro color
Que el que su objeto les da.

DOÑA ESTEFANIA.

Hoy me habeis de perdonar,
Si dejo de responderos.

DON GASPAS.

Serviros, y no ofenderos,
Pretendo yo.

DON IÑIGO.

Don Gaspar.

Dejémosla; que es costumbre,
Que de su madre heredó,

La tristeza: dila yo
Muchas veces pesadumbre,
Aunque tanto me queria,
Si á consolarla llegaba,
Cuando desta suerte estaba.

DON RODRIGO. (Ap.)

¡Qué hermosa es la Estefanía!

DON IÑIGO.

Haz que te pongan el coche,

Sal á pasearte al rio.

DON GASPAS. (Ap.)

¡Qué presto, recelo mio,
Os muestra mi sol su noche!
¡Apénas salió el aurora
Del favor, cuando ya veo
Nublados en mi deseo!

DON IÑIGO.

Venid, que debe ser hora
De ir á palacio, y querria,
Don Rodrigo, hablar por vos
Hoy al Rey.

DON RODRIGO. (Ap.)

¡Válgame Dios!
¡Qué bella es la Estefanía!
(Vanse todos, ménos la dama.)

ESCENA V.

DOÑA ESTEFANIA.

Imaginacion tirana,
Pues con vos sola me dejan,
Decidme: ¿qué os aconsejan
Penas que os hacen liviana?
¿De cuándo acá sois tan vana,
Que dais audiencia á locuras?
¿Cómo acertaréis á escuras,
Dónde yerran claridades?
¿Porqué amais desigualdades,
Ni posibles ni seguras?
¿Este fin será razon
Que tengan mis altiveces?
Libertad, que tantas veces
Triunfó vuestra presuncion,
Ya que imitais á Faeton
Cayendo, no os despeñéis
Sin que en todo le imiteis;
Pues aunque de seso falto,
Faeton se perdió por alto,
Y vos por baja os perdeis.
¿A un médico amais! Callad;
Que el publicarlo es locura.
¿Para qué se llama cura,
Si es la misma enfermedad?
Destruye la voluntad,
Y á curar cuerpos se allana!
¿Qué medicina inhumana,
Qué médico, amor, es este,
Que cura pestes, y es peste
Que enferma al mismo que sana?
¿Nunca en casa le admitiera
Mi padre! ¿Nunca llevara
Salarios con que matara
A la visita primera!
¿Nunca yo el pulso le diera!
Pues para mi perdicion,
En fe de ser contagion
De tanta efimera loca,
Apénas la arteria toca,
Cuando abrasa el corazon.

ESCENA VI.

DON IÑIGO, DON GASPAS, DON RODRIGO, DON MARTIN, TELLO. — DOÑA ESTEFANIA.

DON IÑIGO.

Está indispuerto su Alteza,
Y no despacha este día:
Quiero mucho á Estefanía,
Don Gaspar, y su tristeza
Obliga á volverme á casa.

DON GASPAR.

¿A quién no dará cuidado
El ver el sol eclipsado,
Señor, que entre nieve abrasa?

DON RODRIGO.

Todos participaremos
De su mal, si no mejora.

DON GASPAR.

Y mas quien cual yo la adora.

TELLO.

¡Gentil hospital tendrémos!

DON ÍÑIGO.

Hija, mientras sola estés,
Tu tristeza aumentarás;
¿Porqué al campo no saldrás,
Si en él la eficacia ves
Con que divierten sus flores,
Y alegran sus aires puros?

DOÑA ESTEFANIA.

No son remedios seguros
Los que acrecientan rigores.
El campo al triste enristece,
Como la música.

DON ÍÑIGO.

¿En qué

Fundas la tuya?

DOÑA ESTEFANIA.

No sé:

Nada mi gusto apetece.

DON ÍÑIGO.

Quebrada estás de color.

TELLO. (Ap.)

Pues poco valen ó nada
Vasija y virgen quebrada.

DOÑA ESTEFANIA.

Mala me siento, señor;
Por solo no darte pena,
Disimulo mis pasiones:
Si duermo, imaginaciones
Me despiertan; estoy llena
De disgustos, cómo mal,
Aprietos del corazón
Me angustian...

TELLO.

¿Palpitación?

Ramo es de gota-coral.

DON ÍÑIGO.

Tello, tú alegrar solías
Sus tristezas con frialdades:
Di algunas.

TELLO.

Las navidades

Entretienen y son frías:
Pónganla encima del bazo
Diez ó doce, y sanará;
Aunque navidades ya
Son en viejas embarazo,
Porque aborrecen verdades
Y oyen de terrible gana
Que digan: «Doña Fulana
Tiene muchas navidades».
El mas eficaz remedio
De toda doncella ha sido
Cuatro arrobas de marido,
Sin suegra que se entre en medio.
Récipe que de esto coma;
Que son muchas dilaciones
Esperar dispensaciones
Por el prototo de Roma.

DOÑA ESTEFANIA.

Echenme de aquí este necio.

TELLO.

¿Escocióla?

DOÑA ESTEFANIA.

Idos de aquí,

O iréme.

TELLO.

En el punto di.

No tiene mi ciencia precio;
Mas si no sanan fatigas
Las recetas que la doy,
Tengan, que á buscarla voy
Olla, clavos y bouigas.

(Vase.)

ESCENA VII.

UN PAJE.—DOÑA ESTEFANIA, DON
ÍÑIGO, DON GASPAR, DON RODRI-
GO, DON MARTIN.

PAJE.

El médico está, señor,
A la puerta.

DOÑA ESTEFANIA.

Entre, y advierta
Que al doctor nunca la puerta
Se le cierra.

DON ÍÑIGO.

Entre el doctor.

(Vase el paje.)

ESCENA VIII.

DOÑA JERONIMA, de médico, con cue-
llo abierto pequeño, sotanilla larga,
capa de gorgoran con capilla, y guan-
tes.—DOÑA ESTEFANIA, DON ÍÑI-
GO, DON GASPAR, DON RODRIGO,
DON MARTIN.

DOÑA JERÓNIMA.

Dios sea en aquesta casa.

DON ÍÑIGO.

Vengais, doctor, en buen hora.

No está buena Estefania.

DOÑA JERÓNIMA.

¿Qué mucho, si es tan hermosa?

DON GASPAR.

¿Pues repugna la salud
A la hermosura?

DOÑA JERÓNIMA.

¿Eso ignora

Vuesamercé? Claro está
Que cuando se proporcionan
De las cuatro calidades
Los cuatro humores, dan forma
A la belleza apacible,
Buen tallo y gentil persona.
Esto es lo que llama *ad pondus*
Nuestro Galeno, y del consta
La igualdad y simetría
Saludable y deleitosa.
De aquí nace la belleza,
Y esta tal consiste toda
En la sangre delicada,
Y tiene su esfera propia
En el hígado, y de allí,
Blanca entrando, sale roja
A nutrir todos los miembros
Con los cuales se conforma,
Siendo carne con la carne,
Hueso con el hueso, y toma
De la sustancia que nutre,
Color, calidad y forma,
Porque cada miembro busca
Su semejanza amorosa:
De modo, que cuanto mas
Fuere elegante una cosa,
Tanto mas tendrá la sangre
Delicada, y si se nota,
Por esta causa estará
Mas expuesta y peligrosa
A cualquiera alteracion
Que la destemple y corrompa.
Por esto niños y damas
Tan fácilmente se aojan,
Porque la fascinacion
Halla resistencia poca
En la sangre que penetra,
Y así al punto que la toca,

Le pega su calidaz,
Lo que no hiciera en la tosca.
¿Ve, señor, Vuesamercé
Cómo toda dama hermosa
Está sujeta á accidentes
Que llama el griego *symplomas*?

DON GASPAR.

Ello está muy bien probado.

DOÑA JERÓNIMA.

Esta calidaz morbosa,
Que de malas influencias
Aires y gente inficiona,
Produce melancolias,
Y aunque no enferme, congoja
Cualquiera disposicion,
Si bien unas mas que otras;
Porque aumenta el atra-bilis
Terrea, fría, y que provoca
A retiros intratables.
Si Vucseñoría, señora,
No procura divertirse,
Y imagina, estando sola,
Tristezas, enfermará;
Que *imaginatio*, es axioma
General, que *facit casum*;
Y así será bien que ponga
Con medios preservativos
Atajos á esta ponzoña.

DOÑA ESTEFANIA.

No gasteis, señor doctor,
De aforismos tanta copia;
Que es almacen ordinario
De todo médico broma.
Ved si tengo calentura. (Da el pulso.)

DOÑA JERÓNIMA.

No es confirmada hasta agora;
Pero dispónese á serlo.
Pesado pulso.

DOÑA ESTEFANIA. (Ap.)

Amorosa

Sangre, decilde mi mal:
Sirva la arteria de boca,
Pues viene del corazón.

DOÑA JERÓNIMA.

Vena obtusa. Dadme esotra.

(Da el otro pulso Doña Estefania.)

DON GASPAR. (Ap.)

¿Que tenga un doctor licencia
Tan amplia, que lo que goza
El tacto, á mí se me niegue?
¡Oh facultad venturosa!

DON RODRIGO. (Ap.)

Por Dios, que debe de ser
Su enfermedad contagiosa,
Porque se me va pegando.
¿Qué es esto, inclinacion loca?

DOÑA JERÓNIMA.

¿Duéleos algo?

DOÑA ESTEFANIA.

El corazón.

DOÑA JERÓNIMA.

¿Agora?

DOÑA ESTEFANIA.

No, estando sola.....
(Ap. Iba á decirle: «¡siu veros!».)

DOÑA JERÓNIMA.

¿Y qué sentís mas?

DOÑA ESTEFANIA.

Me ahoga

(Ap. Mi secreto iba á decirle.)
No sé yo qué, que me estorba...

DOÑA JERÓNIMA.

¿El escupir?

DOÑA ESTEFANIA.

No, el hablar.

DOÑA JERÓNIMA.

Mucilago es nituitosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Abrásanseme las palmas
De las manos : cuanto tocan,
Encienden; tentad, tentad.
(*Dale las dos manos.*)

DOÑA JERÓNIMA.

¡Brava intemperies!

DOÑA ESTEFANÍA.

Soy Troya.

DOÑA JERÓNIMA.

Teneis toda la region
Del hígado por la cólera
Vesa, que con la pituita
Juemándola se incorpora.
Ahora bien, señora mia,
¿Vesiría se disponga
A preservar accidentes
Que la experiencia diagnóstica
Nos indica: lo primero,
Con dieta flemagoga
Y algo colagoga, enfrene
Cualidades licenciosas.

DOÑA ESTEFANÍA.

Dotor, habladme en romance.

DOÑA JERÓNIMA.

Digo que Vusia coma
Manjar entre húmedo y seco :
Pan con anís, y este en roscas,
Carnes no del todo asadas,
Verbigracia, pavos, pollas,
Perdices, lechones, liebres,
Ternera; mas no palonias.
Si apeteciese cocido,
Mandaré echar en las ollas
Culantro verde, mastuerzo,
Verdolagas, ó buglosa,
Borrajás y yerbabuena,
Que mezcladas unas y otras,
Templarán lo seco y frío;
Mas no han de llevar cebolla.
Los peces secos y asados,
De corrientes pedregosas,
No de estanques ni lagunas,
Y las salsas olorosas,
Sin pimienta ni canela.
Cene á la noche escarolas
Cocidas, peras asadas,
Huevos frescos, y dos gotas
De clarete bien linfado.
Guardarse de estar ociosa,
Hacer mediano ejercicio,
Y echar aparte congojas :
Con esto, y unos jarabes
Que alteren, cuezan, dispongan
Esos humores rebeldes,
Y cinco píldoras solas,
Espero en Dios de dejarla
Sana en distancia tan corta,
Que restituya alegrías,
Y á sus mejillas sus rosas.

DOÑA ESTEFANÍA.

Haced vos eso, dotor,
Si mi salud os importa
(Que si gustais, bien podeis),
Y de cuanto soy señora
Dispondréis á vuestro arbitrio.
(*Ap. ¡Ay! ¡si me entendiese!*)

DOÑA JERÓNIMA.

Sobran

Voluntad y medicinas;
Pero falta que se pongan
En ejercicio.

DOÑA ESTEFANÍA.

Por mí
Recetad; que desde agora
Estoy puesta en vuestras manos.

DON ÍÑIGO.

¿Cómo te sientes?

DOÑA ESTEFANÍA.

Mejoran

Los enfermos de mi humor
Solo con ver de hora en hora
Al medico junto á sí.

DON GASPAS.

Aunque breve de persona,
Sin autoridad de barba,
Y la edad no muy dotor,
Suple lo limpio y pulido
Las letras, que serán pocas,
De quien en lugar de textos,
Gasta el estipendio en ropa.

DOÑA JERÓNIMA.

No dan las ciencias los años,
Ni es tanta la que le sobra,
Señor, á Vuesamerced
Que por mí no le responda
El filósofo monarca
En sus problemas curiosas.
Pregunta : « ¿Por qué el ingenio
Es mayor en la edad moza? »

Y respóndele el poeta

Ausonio : « No porque goza
Mil años de vida el fénix,
Será razon que se oponga
A los cien ojos con que Argos
Alcanza todas las cosas;
Que este en vela, siempre estudia,
Y aquel vive muerte ociosa. »

*Cedimus ingenium quantum**Præcedimus ævo.* Ausonia

Sentencia, en fin; que Minerva

Niña se pintó y hermosa.

Nerva y Celso, de quince años,

La jurisprudencia en Roma

Honraron : de diez y nueve

Augusto triunfó victorias :

De treinta y dos alcanzó

Galeno el lauro y corona

De Apolo. *Felix ingenium**Non gaudet ætate longa.*

Dijolo Filon judío.

Ni de mi estatura corta

Menor alabanza espero,

Cuando el sabio las abona.

Platon toda corpulencia

Hace al ingenio enfadosa :

De aquí el adagio, *amens longus*;

De aquí el filósofo axioma :

*Fortior est virtus unita**Se ipsa dispersa*; y oiga

La causa en que esto se funda,

Porque ó se enmudece ó se corra.

La humedad dilata miembros,

Cuya obediencia es mas propia

Para el calor natural,

Que con su aumento la honra.

Por esto el muy corpulento

Es muy húmedo, y no hay cosa

De las cuatro cualidades

Que así destruya las obras

De la ánima racional

Como la humedad, que borra

Las imágenes y especies

Del discurso y la memoria.

Esto no hay en los pequeños,

Cuya sequedad corpórea

No permite que la carne

Se dilate correosa,

Y no pudiendo extenderse,

Queda en su estrechez angosta

El ánima mas unida;

Porque es cualidad heroica

Que utiliza el ingenio

La sequedad, de tal forma,

Que dijo Heráclito della

Esta sentencia famosa :

*Est animus sapientissimus**Splendor* (1) *siccus*; de forma

Que la falta de mi cuerpo

En el espíritu sobra.

La curiosidad del traje,

Ni afectada ni pomposa,

Sino limpia y aliñada

En el médico, ocasiona

Autoridad y respeto,

Y mas cuando se acomoda

Con ella cara apacible;

Que *præstantissima forma**Digna est imperio* : y así

Entre seis ó siete cosas

Que el médico ha de tener,

Con que Hipócrates le adorna

En sus Epidemias, pide

Que el vestido corresponda

Al buen rostro : *quod est pulchrum,**Amicum est*; y es forzosa

Circunstancia en la belleza

La curiosidad sin costa,

El despejo, buena gracia,

Buen olor y buena prosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Decidme esas condiciones

Que al médico perfeccionan,

Que me entretiene el oíros.

DOÑA JERÓNIMA.

Agrado, lenguaje, forma,

Vestido, limpieza, olor,

Disminuyen las congojas

Del enfermo, si las tiene

El médico, mi señora.

De grosero y desabrido

Galeno á Calientes nota,

Porque entraba desahuciando,

Y así fué su medra poca.

Primero se han de curar

Los afectos que apasionan

El alma, que los del cuerpo,

Sol aquella, estotro sombra.

Pues si entra á ver al paciente

Un dotor, presencia tosca,

Mal vestido, peor hablado,

¿Cómo es posible que ponga

Buen ánimo en sus enfermos?

DOÑA ESTEFANÍA.

Es esa verdad tan propia,

Que de haberos solo oído

Aliviada, me siento otra.

Tornad á verme estos pulsos. (*Dádselos.*)

DOÑA JERÓNIMA.

¡Jesus! ¡su mudanza asombra!

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Qué os parece?

DOÑA JERÓNIMA.

Que estais buena.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿La color?

DOÑA JERÓNIMA.

Jazmin y rosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Las palmas?

DOÑA JERÓNIMA.

Refrigeradas.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿El aliento?

DOÑA JERÓNIMA.

Azár en pomas.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿La disposicion?

DOÑA JERÓNIMA.

Divina.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Y la igualdad?

DOÑA JERÓNIMA.

Milagrosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Tomad estos dos diamantes.

DON GASPAS. (*Ap.*)

Por Dios, que soy si se nombra

(1) El doctor Barbosa pronunciaba sin duda *splendor* : de otro modo no constaría el verso

ESCENA XI.

DON GASPAR.

Para confirmar temores
 Desta sospecha homicida,
 Basta y sobra el ver que impida
 El médico mis amores.
 Mi dama es toda rigores,
 Puesto que afable y piadosa
 Premiaba mi fe amorosa:
 ¿Qué mucho? Es al fin mujer.
 Celos, ya empieza á temer
 Mi amor al doctor Barbosa.
 Cuando no le ve, está triste,
 Y en viéndole toda es gozo;
 El es despejado y mozo;
 Cúrala, á su pulso asiste:
 Poco la sangre resiste,
 Si la ocasion la provoca:
 Si llega y arterias toca,
 Comunicarle penas:
 ¿Quién vió que amor por las venas
 Hablase, y no por la boca?
 Que la vaya á ver me quita,
 Porque de mí se divierte,
 Patente para él la puerta
 Que para mí se limita.
 ¡El una y otra visita,
 Y á mi tanta privación!
 Médica jurisdicción,
 Malicioso estoy: ¿qué quieres
 De ocasiones y mujeres?
 Ella mujer, tu ocasión?
 ¡Oh médicos, que inhumanos
 Con los cuerpos sois, dejad
 Las almas con libertad,
 Que ya perseguís tiranos!
 Dos veces le dió las manos,
 Y á tocarlas le importuna;
 Envidie amor su fortuna,
 Y llorad, desdicha, vos.
 ¡El manos de dos en dos!
 ¡Yo con celos, y ni aun una!
 Forzaránme mis desvelos
 A hablarle, y no dispensando
 Retiros que estoy dudando,
 Vengaránse mis recelos.
 No hay médicos para celos,
 Que es incurable y furiosa
 La pena que los acosa;
 Parta visitas conmigo,
 O llámeme su enemigo
 Desde hoy el doctor Barbosa.

(Vase.)

Una calle de Coimbra.

ESCENA XII.

DOÑA JERONIMA, de mujer, y QUITERIA, ambas con mantos.

DOÑA JERÓNIMA.

Quiteria mia, esto pasa;
 Solo descanso contigo:
 Nuevamente mi enenigo
 Por dama nueva se abrasa.
 Nuevamente está por mí
 Loca Doña Estefanía;
 Y nueva la pena mia,
 Es viejo mi frenesí.
 Todo se imposibilita:
 Don Gaspar ciego apetece
 Voluntad que le aborrece:
 Su dama en esto le imita,
 Pues amándome, ya ves
 Cuán incurable es su mal:
 Amo yo con pena igual,
 Y engañámonos los tres.
 ¿Cómo hallaré la salida
 De tan encantada Creta?

QUITERIA.

Si no la da algun poeta,

No la esperes en tu vida.
 ¡Buen fin á nuestro viaje
 Ha dado tu ciego amor,
 Buena disculpa á tu honor,
 Buen fin á nuestro viaje!
 Don Gonzalo está en Pamplona
 Peleando, y cuanto gana,
 Echando á perder su hermana:
 Yo no sé de qué blasona
 La ciencia en que te señalas,
 Si á tal locura te obliga:
 Pero diré que á la hormiga
 Por su mal le nacen alas.
 Tú en Coimbra en opinion
 De otro Galeno, no hay hombre
 Que en viéndote no te nombre
 «El Hipócrates capon».
 Visitas a bulto, y ganas
 Dineros restituibles;
 Haces curas imposibles;
 Matas veinte, cuatro sanas.
 Ya sabes andar á mula;
 Ya tiras, que es lo mejor,
 Gajes de un embajador;
 Ya en paredes te rotula:
 Aunque en esto decir puedes
 Que á la vergüenza te saca
 Tu fama, y de puro flaca,
 La pegan á las paredes.
 Das en querer catedrar
 De vísperas ó mañitines,
 Con que médicos ruines
 No te acaban de envidiar,
 Sin que haya en ellos quien halte
 En favor de tus recetas;
 Que en médicos y en poetas,
 La envidia es sarna incurable.
 Y para aliarlo agora,
 Finges que una hermana tienes,
 Y que á recibirla vienes;
 Quiere verla tu señora,
 Y aunque á todos satisfaces,
 Nunca acabas de mirar
 Que en alguno te has de errar,
 Si tantos papeles haces.

DOÑA JERÓNIMA.

¿Ves todo eso? Pues de todo
 Habemos de salir bien.

QUITERIA.

Ruego al cielo que no dén
 Con nosotras en el lodo.
 ¿Dónde vamos de mujeres?

DOÑA JERÓNIMA.

A ver á la Estefanía,
 Causa de la pena mia.

QUITERIA.

Pues ¿qué es lo que enredar quieres?

DOÑA JERÓNIMA.

Ello dirá.

QUITERIA.

Don Gaspar
 Es aquel, y su criado.

DOÑA JERÓNIMA.

Tápate.

QUITERIA.

Ya me he tapado. (Tápanse.)

ESCENA XIII.

DON GASPAR, TELLO. — DOÑA JERONIMA, QUITERIA.

TELLO.

(Hablando aparte con su amo al salir.)

Sospecho que ha de posar
 Allí, de donde salieron
 Las sebosas embozadas.

DON GASPAR.

¿Tambien hay acá tapadas?

TELLO.

De Castilla lo aprendieron.

QUITERIA.

Nuevas tramoyas comienzan.

TELLO.

Ya aguardan; hablarlas puedes.

DON GASPAR.

Dios guarde á vuestras mercedes.

DOÑA JERÓNIMA.

Fidalgo, os anjos os bençam.

TELLO.

¡Los ajos han de vencer!

Pues aquí ¿somos villanos?

DON GASPAR.

Calla.

TELLO.

Somos castellanos,
 Y allá no se usa comer,
 Sino entre rústicos bajos,
 Ese cavador manjar.

DON GASPAR.

En fin, ¿no quieres callar?

TELLO.

¿Por qué han de vencer los ajos?

DON GASPAR.

Los ángeles, majadero,
 Nos bendigan, dice.

TELLO.

ANSÍ....

¿Los ángeles? Eso sí.

(Saca una mano sin guante Doña Jerónima.)

DON GASPAR.

¡Ay! ¿qué mano!

TELLO. (Ap. á su amo.)

De mortero.

Enseñaban las hermosas
 Que en nuestra Castilla están;
 Considera tú que harán,
 Siendo aquí todas sebosas.

DOÑA JERÓNIMA.

Deixai-nos pasar diante;
 Que temos presa.

DON GASPAR.

Esperad,

Y primero me avisad
 Si es la cara semejante
 A esa mano; que há mil dias
 Que no la he visto tan bella.

DOÑA JERÓNIMA.

Ainda melhor.

DON GASPAR.

¿Mejor que ella?

DOÑA JERÓNIMA.

Naon me enjeitam zombarias.
 Ficaí, fidalgo, com Deos;
 Que naon fallo á castelhanos.

DON GASPAR.

Ni yo busco sino mados
 Que así hechizan los descos.
 Si es igual vuestra hermosura
 Déme esa mano un favor.

TELLO.

Come manos mi señor;
 Que es amante de grosura.

DON GASPAR.

Calla, necio. Démos traza
 De que yo dos dedos vea
 De cara; que me recrea
 Vuestro aire.

DOÑA JERÓNIMA.

¿Tamanha graça!

¿Vindes doudo?

DON GASPAR.

Loco vengo,

Y de pérdida, por Dios.

¿Quereis despicarme vos?

Amor á una dama tengo
 Con muchos inconvenientes

DOÑA JERÓNIMA.

*Se fore desengraçada,
Enfadadiza, escovimada,
Vos lhe arreganha os dentes,
E agachar-se-vos ha logo,
Porque com mimos ninguém
De nosoutras quere bem.
Assentai com ella o jogo
Desde hoje assi, e naon cureis
De mais câ, nem de mais lá.*

DON GASPAR.

Quien tales consejos da,
Diestra está en amar. ¿Queréis
Autorizar con la cara
Tan sazonado consejo?

DOÑA JERÓNIMA.

¡Oh! ¡que enfadonho é sobejo!

TELLO. (A Quiteria.)

Quitenos esa antipara
Tambien acá, y muestre á ratos
Ribetes vuestra hermosura.
Destápate, niña oscura.

QUITERIA.

Tirai-vos lá, esfola-gatos.

TELLO.

Afrentóme. Hola, señor,
En lenguaje portuguez,
Esfolagatos ¿qué es?

DOÑA JERÓNIMA.

Deixai-nos ir.

DON GASPAR.

A un dotor

Buscaba, que vive aqui;
Mas despues que os llegué á ver,
Pienso que no es menester.
De cuantas bellezas vi
En esta corte, niuguna
Cuidado de amor me da,
Y no sé qué me hace acá
Vuestro donaire; solo una
Hablé en Sevilla, tapada,
Que se os parece no poco
En el talle; mi amor loco
De medios ojos se agrada.
¡Ay si fuésedes tan bella
Como voy conjeturando!
Si por vos fuese olvidando
El desden que me atropella,
Si mi amor que á ciegas anda,
Se quedase en Portugal,
Si fuésedes principal,
Si cariñosa, si blanda,
¿Qué bien mi suerte se aliña!
¿Qué bien mi amor se mejora!
Descubrid el sol, señora;
Acabad.

DOÑA JERÓNIMA.

¡Ai mana minha!

DON GASPAR.

Perdonad mi desvario.

DOÑA JERÓNIMA.

Naon me deis enfadamento.

DON GASPAR.

Lastimáos de mi tormento.

DOÑA JERÓNIMA.

Pois eu, fidalgo, ¿parti-o?

DON GASPAR.

No me paristes; mas sé
Que habeis de ser contryerba
De una voluntad proterva,
Que desconoce mi fe.
Su despego me desmaya;
En desden favores trueca,
Y aunque es hermosa, es inuy seca.

DOÑA JERÓNIMA.

¿É seca? Pois vos regat-a.

DON GASPAR.

Haced lo que os tengo dicho;

Que si deste golfo salgo
Por vos, á fe de fidalgo
Y caballero....

DOÑA JERÓNIMA.

¡Bom vicho!

DON GASPAR

Que si al talle y al olor
La calidad y belleza
Corresponde; si nobleza
Teneis: que mude de amor,
Y de un mayorazgo os haga
Dueño, que en Castilla heredo.

DOÑA JERÓNIMA.

¿Morgado tendes?

DON GASPAR.

Toledo

De sus propios me le paga.

DOÑA JERÓNIMA.

*De maneira esconjurando
Fallais, que por derradeiro,
A facer o que naon queiro
Forçais: vindi-vos chegando.
(Apartanse los dos.)*

TELLO.

(Ap. ¡Miren alli que meollo!
Tantas quiere cuantas ve.)
Yo contigo ¿no podré
Tantico?

DOÑA JERÓNIMA.

Catai-me este olho.

TELLO. (A su amo.)

¿Ojos catas? ¿es melon?

DON GASPAR.

¿Qué hermoso, negro, rasgado!
¿Qué risueño! ¿qué alentado!
No tiene comparacion
El sol con él.

DOÑA JERÓNIMA.

Pois chái

Estoutro.

DON GASPAR.

Entre dos hermanos

Tan bellos, y en tales manos,
Me pierda yo.

DOÑA JERÓNIMA.

Pois olhai.....

*Mas naon, que é meu irmaon aquelle.
Martinho, entremos em casa.*

DON GASPAR.

¿Vuestro hermano?

DOÑA JERÓNIMA.

Olhai: lá passa.

DON GASPAR.

¿El dotor?

DOÑA JERÓNIMA.

Meu irmaon é elle.

DON GASPAR.

¿Hay tal caso!

DOÑA JERÓNIMA.

Cavalleiro,

*Se naon cuidais d'outra boda,
Mostro-vos a cara toda.*

Olhai, que muito vos queiro.

(Descúbrese toda la cara, y vase.)

DON GASPAR.

Cara con tal circunstancia
De mi amor es piedra iman.

TELLO.

¿Vaste?

QUITERIA.

A ruar.

TELLO.

¿A Ruan?

Esos son pueblos en Francia.

—

ESCENA XIV.

DON GASPAR, TELLO.

DON GASPAR.

Tello, esta mujer me ha muerto.
Desde el punto que la vi
Tapada, el alma la di,
Y ya que se ha descubierto,
Mil almas tener quisiera
Que ofrecierle cada dia.

TELLO.

Pues de nuestra Estefanía,
¿Qué has de hacer?

DON GASPAR.

Echarla fuera.

TELLO.

¿Y de Doña Micaela?

DON GASPAR.

Desterrarla por tirana.

TELLO.

¿Y de nuestra sevillana?

DON GASPAR.

Ni la vi, ni me desvela.

TELLO.

¿Y estotra?

DON GASPAR.

Triunfa imperiosa.

Es serafín, no es mujer.

TELLO.

¿Luego habrémos menester
Desde hoy al dotor Barbosa?

DON GASPAR.

A darle quejas venia;
Mas ya gracias le daré
Por la hermana en quien mudé
Memorias de Estefanía.
¿Hay tal mano, rostro tal,
Tal lengua, tanto donaire?
Todo lo demas es aire
Con damas de Portugal.

TELLO.

Del de tus cascos me avisas,
Según á todas acudes.
¿Bueno es que en un año mudes
Tres mujeres! ¿Son camisas?

DON GASPAR.

Ellas ocasion me han dado.

TELLO.

¿Y haste de casar con esta?

DON GASPAR.

¿Qué sé yo? Si es tan honesta
Como hermosa....

TELLO.

Estás picado:

Duerme primero sobre ello,
Y adviértate tu ciego amor
Que es hermana de un dotor.

DON GASPAR.

Mejor dirás ángel, Tello.

ESCENA XV.

DOÑA JERÓNIMA, de doctor, DON
RODRIGO. — DON GASPAR, TELLO.

DOÑA JERÓNIMA. (A Don Rodrigo.)

Tambien es enfermedad
El amor, y aunque es afeto
Del alma, cuyo sugeto
Es, señor, la voluntad;
Como obra por instrumentos
Corporales, y es pasion
Que asiste en el corazon,
Suelen los medicamentos
Hallar cura en la experiencia;
Que el alma espirital
Presena en el campo mortal,
Obra siempre á su presena.
El pulso teneis amante:

Si Erasistrato viviera,
Fácilmente os conociera;
Mas si el mal fuese adelante,
Medios refrigerativos
Habrá que ese daño aplaquen,
Sangrías que el fuego saquen,
Y antidotos curativos.

DON RODRIGO.
En la pasión que me abrasa
Guardad silencio, dotor.

DOÑA JERÓNIMA.
El médico y confesor
Son mudos. — ¡ Junto á mi casa
Tal bien, señor Don Gaspar!
(*Llegándose á él.*)

Téngase por venturosa.
¿Qué mandais?

DON GASPAR.
Dotor Barbosa....

TELLO. (*Ap.*)
Barbosa, mas sin barbar.

DON GASPAR.
De vos solo mi esperanza,
Mi vida y mi amor se fia.

DOÑA JERÓNIMA.
Eso á Doña Estefanía.
DON GASPAR. (*Hablando aparte con Tello.*)

No he visto tal semejanza.
TELLO.
Si son hermanos, ¿qué mucho?

DOÑA JERÓNIMA.
Mataréisla, si este mes
La hablais; tiempo habrá despues.

DON GASPAR.
Tengo que hablaros.
DOÑA JERÓNIMA.
Ya escucho.

DON GASPAR.
Pero imposibles intento;
Que os tengo por enemigo.
¿Tiene tambien Don Rodrigo
Que le cureis?

DON RODRIGO.
No me siento
Bien dispuesto de hoy acá.

DON GASPAR.
La peste pone temor.
DON RODRIGO. (*Ap.*)

¿Qué peste como el amor?

DON GASPAR.
¿Vais á casa?
DOÑA JERÓNIMA.
Voy allá.

DON GASPAR.
¿Qué dello os he menester!

DOÑA JERÓNIMA.
La Estefanía os apura.
DON GASPAR.

No, dotor, mi muerte y cura
Tenéis en casa.

DOÑA JERÓNIMA.
A entender

Os dad.
DON GASPAR.
Son ansias secretas.

TELLO.
Deben de ser almorranas.
DOÑA JERÓNIMA.
Drogas enfermas y sanas
Tiene mi ciencia en recetas.
Mirad que me habeis de honrar
Los dos en mi oposicion,
Porque me va la opinion.

DON RODRIGO.
¿Pues eso habeis de dudar?

DOÑA JERÓNIMA.
Venid.
DON GASPAR. (*Ap.*)
¡Notables sucesos!

TELLO.
Sepa, señor dotor tilde,
Que en la parte mas humilde
Me matan nueve diviesos.

DOÑA JERÓNIMA.
Pues luego al punto se sangre.

TELLO.
Son postemas sospechosas.
DOÑA JERÓNIMA.
Echáos luego cien ventosas,
Sacáos veinte onzas de sangre.

TELLO.
Esas ¿son onzas ó tigres?
¿Veinte! ¿y cien ventosas!

DOÑA JERÓNIMA.
Sí.

TELLO.
¿Soy yo buey?
DON GASPAR.
Tello, hazlo así,

Si quieres que no peligras.
TELLO.
¿Cuerpo de Dios! ¿veinte y ciento!
No habrá, recetas barbosas,
Viento para cien ventosas
En cien molinos de viento.

ACTO TERCERO.

Salon del real alcázar de Coimbra.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON MANUEL, DOÑA JERÓNIMA, á su izquierda con capa, gorra y muceta amarilla, y sobre la gorra borla del mismo color; DON GASPAR, DON ÍÑIGO, DON MARTÍN, DON RODRIGO, TELLO, Y ACOMPAÑAMIENTO del Rey.
(*Suenan dentro vítores y música.*)

DOÑA JERÓNIMA.
Mezcla vuestra Majestad
Lo grave con lo apacible,
Causando amor y respeto
Al soberbio y al humilde,
Y en mi eterna obligacion
De que estudios le dedique,
Con que honrándome, celebre
Merced tan nueva y insigne.

REY.
Dotor, vuestras muchas letras
En años tan juveniles
Merecen que yo las honre,
Porque los demas se animen.
La cátedra que llevastes,
Y soluciones sutiles
Que soltaron argumentos,
Es justo que se confirme
Con que en mi cámara entreis,
Y desde hoy el pulso os fie
La Reina, en cuya salud
La de Portugal consiste.
Dotor de cámara sois.

TELLO. (*Aparte con su amo.*)
Si á mi me hicieran de orines....

DON GASPAR.
¡Ah necio!

TELLO.
Pues ¿qué tenemos?
Veráslo si me hace el brindis.

DOÑA JERÓNIMA.
Déme esos invictos piés

Vuestra Alteza, y los felices
Siglos de la antigüedad
En vos nuestra España admira.
Mas precio vuestra alabanza,
Que las que historias escriben
Dió á Galeno Marco Aurelio:
Aunque Aténas sacrifique
A Hipócrates por su dios,
Mientras estatuas le erige,
Que en oro honren su areopago,
Aunque Justiniano estime
A Oribasio por su Apolo,
Y con Octaviano prive
Su médico Antonio Musa,
Con Alejandro Felipe;
No igualan á las mercedes,
Gran señor, que se me siguen
De vuestra real alabanza;
Mas como Séneca dice:
Aquel *qui laudandum laudat*,
Se *ipsum laudat*.

TELLO. (*Ap.*)
Con latines
Nos dan la muerte afeitada
Aquestos engaña-simples.

REY.
Id á visitar la Reina,
Dotor, desde hoy; que está triste,
Y tengo en vos mucha fe.
(*Vase el Rey con su acompañamiento.*)
DOÑA JERÓNIMA.
Nuevos orbes se os humillen.

ESCENA II.

DOÑA JERÓNIMA, DON GASPAR,
DON ÍÑIGO, DON RODRIGO, DON
MARTÍN, TELLO.

DON ÍÑIGO.
Goceis la plaza, dotor,
Muchos años, que autoricen
La cátedra vitoriosa.
Que hoy justamente os recibe.

DOÑA JERÓNIMA.
No esperaba ménos suerte
Quien á Vuexcelencia sirve,
Pues siendo yo su criado,
Era forzoso seguirse
Tal dicha tras tal favor.

DON ÍÑIGO.
Ni será razon se olvide
Por los cargos de palacio
La salud que en vos consiste
De Estefanía.

DOÑA JERÓNIMA.
¡Jesus,
Señor! ¿Eso ha de advertirme
Vuexcelencia, cuando sabe
Lo que medro yo en servirle?
Al momento parto á verla.

DON ÍÑIGO.
No quiere que la visite
Otro médico; pagalda
La fe que os tiene.

DOÑA JERÓNIMA.
Ni impiden
Estorbos obligaciones.
Yo espero restituirla
A vuestra Excelencia el gusto
Que su salud le apercebe.

(*Vase Don Íñigo.*)
DON MARTÍN.
La de prima goceis presto,
Señor dotor.
DOÑA JERÓNIMA.
Porque estimen
Mas á quien es vuestro esclavo.
(*Vase Don Martín.*)

ESCENA III.

DOÑA JERONIMA, CON GASPAR,
DON RODRIGO, TELLO.

DON GASPAR.

Y porque yo participe
De vuestras dichas tambien
Como espero, aunque no os dije
Cosas que en órden á esto
Será razon que os obliguen,
Deseo yo vuestras medras.

DOÑA JERÓNIMA.

Ya entiendo. Si lo permite
El tiempo, que ya mejora,
Aunque desde ayer no vistas
Vuestra dama, yo os prometo
Que la ausencia que os aflige,
Dure poco. No os de pena
Que por hoy os la limite.

DON GASPAR.

¿Qué mal tomáis á mi amor
El pulso, pues que no os dice
Cuan diversos accidentes
Son ocasion que se entibien
Memorias desa persona?

DOÑA JERÓNIMA.

Aunque el dotor pronostique,
Quando es sabio, no sé yo
Que haya alguno que adivine.
Si me hablais escuridades.....

DON GASPAR.

Es mi voluntad esfinge :
Ella se declarará,
Si á solas quereis oirme.

DOÑA JERÓNIMA.

Por hoy tengo ocupaciones
Catedráticas; decidme
Mañana lo que gustéis,
Porque dese mal os libre.

DON GASPAR.

¿Largo plazo! pero vaya.

(Vase.)

ESCENA IV.

DOÑA JERONIMA, DON RODRIGO,
TELLO.

TELLO.

Dotor para con chapines,
Que con la amarilla borla
Puede llamarse Amarilis,
En mi los tales divisesos
Son de tinaje de chismes,
Que unos van naciendo de otros,
Y me abrasan los cojines.
No hay en todo Portugal
Vidriero que se obligue
A labrar tanta ventosa,
Como mandais embestirme.
Pues si de sangre me sacan
Veinte onzas, ó veinte tigres,
La euba de Sahagun
Se despulsará : aforisme
Vuezamerced cien cerotes
Que el orbe me circuncien,
Así esa cara barbeche,
Y salga tenor de tiple.

DOÑA JERÓNIMA.

Que me place, señor Tello
La parte lesa se bízime
Con unos polvos que atajen
El dolor.

TELLO.

Pues pulverice.
¿Cuántos y de qué?

DON GASPAR.
Seis onzas

De pimientos.

TELLO.

¿Puto!

DOÑA JERÓNIMA.

Piquen

Medianamente, de modo
Que en breve los cautericen,
Porque son ramo de peste;
Y juntamente se aplique
De alumbre con albayalde
Un adarme, y de salitre
Seis escrupulos.

TELLO.

Por Dios,

Dotor, que no escrupulices,
Si tienes buena conciencia,
Remedios que me acribillen.

DOÑA JERÓNIMA.

Pues morirá de otro modo.

TELLO.

¿Pimientos! ¿soy yo caribe?
¿Yo albayalde! ¿Tengo usagre?
¿Quién vió salitrar cuadriles?

DOÑA JERÓNIMA.

Haga lo que yo le ordeno,
Y á mi cuenta.

TELLO.

Cicatrice

Rezagos del Tamorlan.
¿Quién tales emplastos pide?
¿Salitre! ¿Soy yo arcabuz?
¿Pimientos! ¿Soy yo cacique?
¿A-lumbre yo, y no de pajas!
¿Fuego en médicos meniques! (Vase.)

ESCENA V.

DOÑA JERONIMA. DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

Entre tantos parabienes.
Si no es que se desestimen
Los mios por ser postreros,
Bien merecen preferirse
A los demas, pues sabéis
Que no hay quien se regocije
Como yo con vuestras honras
Desde que á esta corte vine.
En fe pues destes deseos,
Y albricias de que os sublime
El cielo á pulsos de altezas,
Que rijais años felices;
Bien será, dotor Barbosa,
Que de la passion que os dije.
Y por instantes me abraza.
Vuestra experiencia me alivia.
Vine, vi y amé celoso.

DOÑA JERÓNIMA.

Eso es, porque simbolice
Con lo que á Roma escribió
César : *veni, vidi, vici*.

DON RODRIGO.

Amé en fin tan brevemente,
Que juzgo por imposible
Que sea amor el que me quema;
Porque si el amor consiste
En reiterar asistencias,
Comunicar apacibles
Simpatías, y primero
Es forzoso que se incline
Una alma, y que poco á poco
Venga el fuego á introducirse
Por previas disposiciones
Que las contrarias resisten;
¿Cómo podré yo, dotor,
En un instante rendirme
A unos ojos, que tan presto
Me hicieron su combustible?

DOÑA JERÓNIMA.

Filósofo hablais. Sabed
Que amor, que en la vista asiste,
Es tal vez fascinacion,
Y esta, tarde ó nunca admite,
Si halla el sugeto dispuesto,

Dilaciones; porque el Naco

En un instante penetra
Impedimentos visibles.
Llegan, mediante la luz,
Especies que se dirigen
Por los rayos visuales
Al objeto, y dél reciben
La calidad contagiosa
Que al retroceder admiten
Los ojos con los retratos
Que traen para que los mire.
Luego el sentido comun
Manda que se depositen
(Digámoslo así) en su sala
Donde materiales viven.
Toda esta accion es corpórea :
Llega luego el alma, y pide
Al entendimiento agente
Que las inmaterialice,
Y vuelva espirituales;
Que como no se las guise
A su modo y proporcione,
Ni las digiere, ni admite.
Formada la intelcecion,
La voluntad, que es quien rige
Todo el hombre, como reina,
O la reprueba ó elige.
Destas dos operaciones,
La primera se divide
De esotra, por ser corpórea :
La que en los ojos asiste,
En un instante retrata
Lo que la mandan que mire,
Volviendo con las especies
Que de lo que vió se siguen.
Si el objeto que miró
Era hermoso, apetecible,
Y conformidad de estrellas
Causan á que se le incline
El natural apetito
Que está en la concupible;
Al momento lo desea,
Si estorbos no se lo impiden.
La voluntad, que del alma
Es potencia noble y libre,
Viendo espiritualizada
La imagen con que la sirven,
Produce luego el amor,
Sin que los astros la obliguen,
Con la apariencia del bien,
Que es el objeto que sigue;
Y á este tal, cuando á ella llega
Haciendo que la apadrine
El apetito animal
Con cartas de favor, rinde
Privilegios voluntarios,
Si no es constante y firme
El albedrio se oponga;
Que el sabio siempre resiste.
Como el alma y sus potencias
Tienen acciones sutiles
Por ser espirituales,
Sin que tiempo necesiten,
Obran instantáneamente;
Y así el amor que las sigue,
Puede, segun mas ó menos
Es su objeto apetecible,
Amar aprisa ó despacio;
Y quien esto contradice,
No sabe filosofar,
Ni por sabio ha de admitirse.
De modo, que si al instante
Que vos vuestra dama vistas,
La amastes, es porque en ella
Vinieron á un tiempo á unirse
Influencias de los cielos,
Simpatías apacibles,
Fascinacion amorosa,
Y proporciones felices.
No han hecho menor efeto
En ella, si he de regirme
Por sus pulsos, que pregonan

Las prendas que en vos compiten
Con las del que se os opone ;
Pues desde que os vió, anda triste,
Con Don Gaspar intratable,
Y con vos ménos terrible.
Dejadme á mí el cargo desto :
Que aunque yo no vaticine,
No en balde impedi el hablarla
Don Gaspar. Apercibidme
Para guantes cuando estéis
En altura tan sublime,
Que con título de esposo
Mis curas os maravillen.
Y adios, que hay muchos enfermos.

(Vase.)

ESCENA VI.**DON RODRIGO.**

Hazlo tú como lo dices,
¡Oh médico prodigioso!
Y cuánto quisieres, pide.
¡Vive Dios, que ha dicho bien,
Pues desde el punto que vine,
Desdeñando á Don Gaspar,
Con los ojos le despidió!
Mas si á su instancia el doctor
Ha ordenado que le priven
De hablarla? Bien puede ser,
Pues no sin misterio dice
Que ocasiono su tristeza.
¿No es mujer? ¿No me apercibe
A amarla un doctor tercero?
Pues él vencerá imposibles;
Que hay médicos *in utroque*,
Criminales y civiles,
Con billetes por recetas,
Que á amor y á Galeno sirven. (Vase.)

Calle.

ESCENA VII.**DON GASPAR, TELLO.**

DON GASPAR.
Con achaque del doctor
Vengo á verla.

TELLO.

¿Luego aun dura
El tema de tu locura?

DON GASPAR.

Estoy perdido de amor.

TELLO.

Tendrá su achaque de bruja,
Y atizará aquesa llama
Hasta topar otra dama
Que la saque de la puja,
Que con esta ya es la cuarta
Que hemos mudado.

DON GASPAR.

¿Qué quieres?
Entre todas las mujeres...

TELLO.

¿Rezas?

DON GASPAR.

Sola es Doña Marta
Digna de ser adorada.

TELLO.

Yo que rezabas creía
Por ella el Ave-Maria.

DON GASPAR.

Tello, ¿no es cosa cansada
Verte siempre de un humor?

TELLO.

Entre todas las mujeres,
Dicen, *bendita tú eres*
Los que rezan. Si tu amor
Da en hereje, ¿qué te espantas?

DON GASPAR.

No mezcle tu desatino
Lo humano con lo divino.

TELLO.

Ni mudes tú damas tantas.
Estamos en tierra ajena;
El recato portugués
Con las mujeres, ya ves
Que libertades enfrena.
El uso desto te avisa:
Toda doncella de casa
No sale hasta que se casa,
Ni aun los domingos, á misa.

DON GASPAR.

Eso será en las aldeas:
Tello, no son dese porte
Privilegios de la corte,
Ni tú mi agorero seas.
En su cátedra ocupado
Su hermano, me da lugar
De poderle visitar:
Ya sabes con el agrado
Que corriendo á su hermosura
Velos, dijo: *cavalleiro*,
Oihai, que muito vos queiro.
Gocemos la coyuntura
De hablarla, y ver si en su casa
Es tan agradable y bella
Como juzgué al salir della.

TELLO.

Por mí vaya, mientras pasa
Otra, que en todo distinta,
Te pique por despiciarte
De estotra, y nos desenmarte:
Vendrá á ser la dama quinta.

ESCENA VIII.**DOÑA JERONIMA, de médico.—DON GASPAR, TELLO.****DOÑA JERONIMA.**

¿Segunda vez Don Gaspar
En mi barrio, y á estas puertas?
Si en Castilla están abiertas,
Dando ocasiones lugar
Que logren sus intereses,
Acá las cierra el honor,
Porque del modo que amor,
Son los celos portugueses.
¿Qué pretendéis vos aquí?

DON GASPAR.

No tenéis por qué alteraros,
Si advertís que vengo á hablarlos.

DOÑA JERONIMA.

Andais huyendo de mí,
Y rondándome la calle;
Sabeis que tengo una hermana;
No quitais de la ventana
Los ojos... ¡Muy gentil talle
Para venirme á buscar,
Dejarme con Don Rodrigo
Agora, y hacer testigo
Al que os viere registrar
Mis puertas, de livandades
Que culpen vuestra nobleza!
La castellana llaneza
Permite allá ociosidades,
Que por acá lleva mal
La gente ménos sencilla.
Mientras no estéis en Castilla,
Vivid como en Portugal,
Y hayámonos bien los dos;
Que entre libros y recetas,
Guarda también escopetas
Mi estudio.

TELLO. (Ap.)

¡Zape! Por Dios
Que es el doctor desbarbado
Hombre de sangre en el ojo.

DON GASPAR.

Desembarace ese enojo
La pena que os he causado,
Y escuchadme como amigo.

DOÑA JERONIMA.

¿Qué me podeis vos decir?

DON GASPAR.

Si no me quereis oír,
Mal lo sabréis.

DOÑA JERONIMA.**D decid.****DON GASPAR.****Digo.**

Yo, puesto que no estudié;
Si amor es filosofía,
Sé que Doña Estefanía
Todas las veces que os ve
Del mal que la desatina
Se alijera, y que los dos
Entendiéndos, halla en vos
Su médico y medicina.
De aquí proceden impulsos
De amor mas que de tristeza
De aquí el gastar su belleza
Tanto tiempo en daros pulsos
Que son índices del alma;
El pediros que templeis
Fiebras, que vos encendeis;
Daros una y otra palma;
Que como consiste en tactos
Vuestra facultad, doctor,
El médico y el amor
Todo es físicos contactos;
De aquí, en fin, el limitarme
Que la diga mis desvelos,
Ya porque vos tenéis celos,
Ya porque ella en desdenarme
Por vuestra causa se emplea.

DOÑA JERONIMA.

Baste, señor Don Gaspar,
Que no es noble el maliciar,
Sino villano en su aldea.
Yo soy hombre de opinion,
Y hasta agora nadie ha habido
Que haya, cual vos, deslucido
La médica profesion,
Ni la justa confianza
Que todo el mundo hace della.

DON GASPAR.

No sé si yerra en hacella
Quien sus peligros alcanza.
Lo que acabo de deciros
No ha sido para ofenderos,
Sino solo para haceros
Mi amigo; y para servirlos,
Pretendo certificaros
De cuán poca competencia
Os ha de hacer mi asistencia,
Si gustais asegurarnos
Con que quedemos los dos
Deudos por afinidad.

DOÑA JERONIMA.

No os entiendo.

DON GASPAR.

La beldad
Que retratándos á vos,
Puso el cielo en vuestra hermana,
Tiene en mí tanto poder....

DOÑA JERONIMA.

Pues ¿vistesla vos?

DON GASPAR.

Ayer,
Honrando aquella ventana.—
Que por no obligar desdenes
De quien enferma por vos,
Quisiera que entre los dos
Partiésemos nuestros bienes:
Yo cediéndos el derecho
Que tengo en Estefanía;
Y vos... ¿Cómo os dejaría
Desta verdad satisfecho?
Y vos, en fin, no rehusando
Que con medios permitidos,
Mientras hacemos partidos

Que amoroso voy trazando,
Supiese la calidad
Que el cielo á los dos os dió;
Que si, como pienso yo,
Hallo en aquesta ciudad
Quien vuestra limpieza apruebe,
Sin que en el dote repare,
Cuando esposa la llamare,
Hará mi amor lo que debe,
Habilitándos á vos;
Pues siendo en fin mi cuñado,
Quedais mas autorizado
Para que podais los dos
Lograr vuestros pensamientos.
Y mas quedando á mi cargo
Defenderos.

DOÑA JERÓNIMA.

Cuento largo.

Y arena los fundamentos.
Don Gaspar, yo os doy mi fe
Que si en la sangre estribara
Lo que vuestro amor repara,
Aunque médico, no sé
Quién á quien hace ventaja;
Que en la hacienda cierto estoy
Que si tan rico no soy,
No es mi fortuna tan baja,
Que á faltar (mil años viva)
Un mi hermano, no adquiriera
Mayorazgo que os pudiera
Admirar; pero no estriba
Aqui la dificultad;
Que siendo médico yo
De cámara, ya adquirió
Principios mi calidad
Con que atesore intereses;
Que aunque entran necesitados,
Siempre mueren hacendados
Médicos y ginoveses.
Yo estudié la medicina
Por inclinacion no mas,
Sin que intentase jamas
Que facultad tan divina
Fuese de *pene lucrando*.
En cuanto á esto, es cosa llana
Que os estaba bien mi hermana.

DON GASPAR.

Pues ¿en qué estais reparando?

DOÑA JERÓNIMA.

¿He de decirlo en efeto?

DON GASPAR.

No me suspendais así.

DOÑA JERÓNIMA.

Curo á cierta dama aquí
(Por hoy perdone el secreto)
Que os tuvo en Castilla un mes
Hospedado.

DON GASPAR.

¿A mí en Castilla?

DOÑA JERÓNIMA.

Y de medio ojo en Sevilla
Sé yo que os habló despues,
No sé yo en qué gruta ó fuente.

DON GASPAR.

¿Esa mujer está aquí?

TELLO.

Bruja es que viene tras tí.

DON GASPAR.

¿Válgame el cielo!

DOÑA JERÓNIMA.

¡Excelente

Hombre sois para engañar!

DON GASPAR.

¡Yo! ¿Cuándo, cómo, ó en qué,
Si no la vi, la engañé?

DOÑA JERÓNIMA.

¿No la visteis, Don Gaspar?
Pues si palabra la disteis,
Por lo ménos, de marido;

Si los dos Eneas y Dido
En amor y engaños fuistes;
Si huyendo requisitorias,
La dejastes agraviada;
Si os siguió, y apasionada
De que olvideis sus memorias,
Por vos á la muerte ha estado:
¿Es nobleza, es cortesía
Dar á Doña Estefanía
La pena que le habeis dado?
Vos causastes su tristeza:
Por eso severa os mira,
Os desdén y se retira,
Y no porque su belleza
Agravié en tales empleos
Como los que maliciais
En mí: ved; cuán bien lograis
Esperanzas y deseos!
Segun esta informacion,
¿Fiaros mi hermana puedo?
Muerto por vos en Toledo
Un hombre, sin opinion
Por vos Doña Micaela,
Con cartas que sin finar.
La intentaron desdorar!
¿Civil y haya cautela!
¿Una dama sevillana
Que vuestros engaños llora,
Y una embajatriz agora,
Que despreciais por mi hermana!
Dejáis de burlar bellezas,
Y cumplid como cristiano
Caballero y castellano
Palabras, contra bajezas
Indignas de sangre tal.
Antes que noticia den
A quien, cuando no por bien,
Os haga casar por mal. (Vase.)

ESCENA IX.

DON GASPAR, TELLO.

DON GASPAR.

¿Qué es esto, Tello? ¿qué es esto?

TELLO.

¿Qué sabe Tello? ¿qué sabe?
Si tú tiraste ese cabe,
Cumple el juego y paga el resto.
¿Bueno es que en Castilla goces
Dama, sin saberlo yo,
Que en el alcázar te habló,
Que vino aquí, y me des voces!

DON GASPAR.

¿Yo en Castilla! ¿yo gozar!
¿Yo hospedado della un mes!

TELLO.

Gallo en damas, y despues
Gallo en el no te acordar.
No es mucho lo que te importa.
¿Sin mí, y en tal ocasion!
Cinco ya las damas son;
No darás cinco de corto.

DON GASPAR.

¿Vióse testimonio igual?

TELLO.

Cumple palabras, no dén
Cuenta á quien, si no por bien,
Nos haga casar por mal.

ESCENA X.

QUITERIA.—DON GASPAR, TELLO.

QUITERIA. (A Don Gaspar.)

*Fidalgo, minha senhora
Da janella vos escuita,
E vos têm vontade muita:
Tomai e fcaí embora.*
(Dale un papel y vase.)

TELLO.

¿Qué es frisar en borra aquí?

DON GASPAR.

Dióme la moza un papcl.

TELLO.

Friza y borra vendrá en él.

DON GASPAR

O yo estoy fuera de mí,
O algun embeleco es este.
¿Yo palabra? ¿yo hospedado.....?

TELLO.

Debe de andar encantado
El mundo en tiempo de peste.
¿No lés?

DON GASPAR.

El cielo socorra

Mi seso.

TELLO.

Si da con él.

DON GASPAR.

¿Yo palabra?

TELLO.

Abre el papel,
Y busca la frisa y borra.

DON GASPAR.

(Lee.) *Tudo quanto vos fallou
Meu irmaon, vos hei ouvido
Pelo furaco escondido
Da chuve; se vos bradow,
Naon temais, que vossa sou:
Homem é o doutor mofinho;
Zombui do seu escarninho,
Pois sois fidalgo galante,
E vinde cá d'hoje avante,
Se vos praxe serdes mino.*
¿Qué dulce y tierno papel!

TELLO.

Derritese el sebo luego.

DON GASPAR.

¿Entiéndese?

TELLO.

Como á un griego.

DON GASPAR.

Un almibar es todo él.

TELLO.

Deja, probaré á entenderle.

(Lee.) *Turron cante.....*

DON GASPAR.

¿Qué ignorante!

TELLO.

Esto es turron de Alicante.

DON GASPAR.

Anda, necio! oye leerle.

(Vuelve á leer Don Gaspar.)

*Tudo quanto vos fallou
Meu irmaon, vos hei ouvido.....*

TELLO.

¿Qué dice?

DON GASPAR.

Que á lo escondido

Nos ha escuchado.

TELLO.

Fallou

¿Es esconderse? Ya saco
Poco á poco su sentido.

DON GASPAR.

(Lee.) *Pelo furaco escondido.*

TELLO.

¿Malo! ¿Escondido y urraco?
Esa es pulla, vive Dios.

DON GASPAR.

¿Qué pullas, desatinado?

TELLO.

Lo mismo es que vil hourado.
Entendéos allá los dos,
Porque yo, no hay darle alcance.
¿Furaco escondido! ¿Fuego!
¿Mas que te han de quemar luego?

DON GASPAS.

Oye: léréle en romance.
(Lee.) «Cuanto mi hermano os habló
Agora, todo lo he oído
Por el espacio escondido
De la llave: si os riñó,
No importa; vuestra soy yo:
Es mal acondicionado;
Burlaos dél, aunque enojado,
Pues sois vos en fin mi amante,
Y vedme de hoy adelante,
Si mi amor os da cuidado.»

TELLO.

Aun así no es tan bellaco,
Puesto que algo libre viene;
Mas eso ¿qué diablos tiene
Que ver con blaudon y urraço?

ESCENA XI.

DOÑA JERONIMA y QUITERIA, de mu-
jeres á lo castellano, cubiertas.—
DON GASPAS, TELLO.

DOÑA JERÓNIMA. (Ap. con su criada.)
Cúbrete bien, no te vea
La cara.

QUITERIA.

Sáquenos Dios
Destas cosas.

DON GASPAS.

Estas dos
¿No son las que ver desea
Mi amor?

TELLO.

Esta es la criada,
Que es lo que me toca á mi.

DON GASPAS.

¿No es Doña Marta?

TELLO.

No, y si:
No, porque es carta cerrada;
Y si, porque el sobrescrito
Muestra que es suya la letra.

DON GASPAS.

Todo mi amor lo penetra.—
¿Mi Doña Marta!

DOÑA JERÓNIMA.

Quedito,
Hidalgo, y con cortesía.

TELLO.

¿Castellano habla, por Dios!

DON GASPAS.

¿No sois Doña Marta vos?

TELLO.

¿Y tú la Martiña mía?
Como vemos la hasquiña,
El frontiscipio veamos,
Y mi amo y yo conozcamos
A la Marta y la Martiña:
Que si enseñas los ojete
Antes que de aquí me parta,
Tú Martiña, y tu ama Marta,
Y nosotros martinetes,
De ver medios ojos hartos,
Vendrá nuestro San Martín,
Martina, en mártres; y en fin,
Serémos Peña de Martos.
(La va á describir, y ella le da un bo-
fetón.)

QUITERIA.

Arre allá.

TELLO.

Carrillos barre.
¿Ay! Quebróme una mejilla.
Con un jo topé en Sevilla,
Y aquí me sacude un arre.
Jo debe de ser la herencia
Que mi padre me dejó,
Jo la mano que ajojó,

Jo toda mi descendencia,
Jo yo en el talle y aliño,
Jo el planeta que me apoya:
Dime, pues eres mi joya:
A jo, á jo, y seré tu niño.

DOÑA JERÓNIMA. (A Don Gaspar.)

No soy la que imaginais,
Aunque de su casa salgo.
Yo nací en Toledo, hidalgo:
En ella, si os acordais,
(Que no hareis) os tuve un mes
Por mi huésped regalado,
En Sevilla descuidado,
Y en Portugal descortés.
Cumplid como hombre promesas
A inocencias toledanas,
O, pues burlais castellanas,
No deshonreis portuguesas,
Y corresponded leal,
Antes que noticia den
A quien, cuando no por bien,
Os haga casar por mal.
(Vase con Quiteria.)

ESCENA XII.

DON GASPAS, TELLO.

TELLO.

Por Dios que prosigue estotra
El tema de tu sermon.

DON GASPAS.

¿Jesus! ¿Qué es esto?

TELLO.

Vision.
No aguardemos que salga otra,
Y haya tercera papilla.

DON GASPAS.

No lo acabo de entender.

TELLO.

En el aire, la mujer
Es la propia de Sevilla.

DON GASPAS.

Y en el mismo es semejanza
De la hermana del doctor.

TELLO.

Ella le contó tu amor.
No es lo que te dijo chanza.

DON GASPAS.

¿Mas qué tienen de dar trazas,
Tello, que de aquí salgamos?

TELLO.

¿Adónde, si las llevamos
Tras nosotros como mazas? (Vanse.)

Sala en casa de Don Iñigo.

ESCENA XIII.

DOÑA JERONIMA, de mujer, con man-
to; DOÑA ESTEFANIA, de casa.

DOÑA ESTEFANIA.

Quitáos el manto.

DOÑA JERÓNIMA.

Naon posso;
Que além de que á veros venho,
Ocupaçoes muitas tenho.

DOÑA ESTEFANIA.

Quieròs yo con mas reposo.

DOÑA JERÓNIMA.

Virei vagante outro dia.

DOÑA ESTEFANIA.

¿Qué dello que os pareceis
A vuestro hermano! Teneis
Su misma fisonomía;
Niuguna diferencia hay
En los dos: quedo admirada.

DOÑA JERÓNIMA.

Paríó-nos d'uma ventrada

Ambos os dous nossa mat,
Bem que elle nasceu primeiro.

DOÑA ESTEFANIA.

Es muy galan y curioso.

DOÑA JERÓNIMA.

¿Quem? ¿elle? E'muito miñoso,
Com as damas feitiçeiro,
Gabaon-lhe os homens de savio,
Querem-lhe as mulheres bem,
E pinça alegrete, além
D' outras graças.

DOÑA ESTEFANIA.

Hace agravio
A su salud quien no llama
Dotor que entretiene y cura.
¿Es amante por ventura?
¿Tiene en esta corte dama?
Decidme, ¿por quién se abrasa:

DOÑA JERÓNIMA.

Eu vô-lo direi por certo.
Seus mimos têm aqui perto.

DOÑA ESTEFANIA.

¿Aqui cerca?

DOÑA JERÓNIMA.

Em vossa casa.

DOÑA ESTEFANIA.

Doña Marta de Barcelos,
En casa, ¿quién puede ser?

DOÑA JERÓNIMA.

Anda por uma mulher
Pendurado dos cabelos.

DOÑA ESTEFANIA.

¿En casa?

DOÑA JERÓNIMA.

Sim; mas pergunto...

DOÑA ESTEFANIA.

Mujeres somos las dos:
Hablad claro.

DOÑA JERÓNIMA.

A serdes vos...

DOÑA ESTEFANIA.

¿Yo! ¿Estais loca?

DOÑA JERÓNIMA.

Tende punto;
Naon vos acanheis taon cedo.

DOÑA ESTEFANIA.

Yo por dotor le conozco,
No mas.

DOÑA JERÓNIMA.

Desbato convosco.
Ouví-me agora um segredo:
A serdes vos sua terceira,
Eu vos prometo boa fé.

DOÑA ESTEFANIA.

¿Yo su tercera?

DOÑA JERÓNIMA.

Naon é
Isto ser alcobeteira.

DOÑA ESTEFANIA.

Decid.

DOÑA JERÓNIMA.

Dareis-lhe um bom dia,
Porque lhe magoam cuidados
De dous olhos orballados
De fritos e alegria.

DOÑA ESTEFANIA.

¿Conózcola yo?

DOÑA JERÓNIMA.

¿Pois naon?

DOÑA ESTEFANIA.

¿Y está en casa?

DOÑA JERÓNIMA.

¿Como rima!

DOÑA ESTEFANIA.

¿Es Doña Leonor mi prima?

DOÑA JERÓNIMA.

Por ella morre meu irmão.

DOÑA ESTEFANIA.
Por Doña Leonor? (Ap. ¡Ay cielos!)
¿Y le ama Doña Leonor?

DOÑA JERÓNIMA.
*E cavalheiro o doutor
Dos Barbosas e Barcelos :*
Bem pode...

DOÑA ESTEFANIA.
Malogrará

Su intento.

DOÑA JERÓNIMA.
*Tende cuidado,
Porque se ja se ham cazado,
Deos vos guarde, que feito é.*

ESCENA XIV.

QUITERIA, UN PAJE. — DICHAS.

QUITERIA.

Senhora, ¿tendes de vir?

PAJE.

A Vueseboria llama

Su padre.

DOÑA ESTEFANIA.

¿En casa, y su dama

Mi prima!

DOÑA JERÓNIMA.

Por vos servir,

*Fallaremos outro dia
De vagar, porque o doutor
Ou tém de ser de Leonor,
Ou de vossa senhoria.*

(*Vanse Doña Jerónima, Quiteria y el Paje.*)

ESCENA XV.

DOÑA ESTEFANIA.

¿De Leonor tiene de ser,
O mio? Amor, esto sí.
Honra, lastimáos de mí.
Pues que nos dan á escoger,
Mas difícil es perder
La vida, que no el amor.
Matóme Doña Leonor :
¿Qué mucho, cielos, será
Que quien los pulsos le da,
Le dé la mano al doctor?
Sí es, cual dicen, caballero,
¿Qué pierdo? Mas ¿qué no gano?
Poco hay del pulso á la mano:
Enferma estoy : sanar quiero.
Perdonará mi severo
Padre, pues trujo á su casa
La peste que el alma abraza,
En lugar de echarla fuera :
Que si es fuego, donde quiera
Que toca el amor, abraza.

ESCENA XVI.

DON RODRIGO. — DOÑA ESTEFANIA.

DON RODRIGO.

Enviáboas á llamar
El embajador, señora,
Y entró una visita agora,
Con que os ha de dilatar,
No sé si diga pesares,
O contentos : ya ha venido
La dispensacion que ha sido
De mis encuentros azares ;
Si bien mi esperanza piensa,
Que desconformes los dos,
Mientras no dispenseis vos,
En balde el Papa dispensa.

DOÑA ESTEFANIA.

Pues de que dispense ó no
El Papa, ¿qué azar ó encuentro
Interesais vos?

DON RODRIGO.

¿Y entro

Desa pena ó gusto yo.
Quien vuestra salud gobierna,
Por los pulsos conjetura
Vuestro amor y mi ventura :
Miraisme amorosa y tierna
Desde el dia en que entré á hablaros ;
Rigores notificais,
Cuando á Don Gaspar mirais,
Sin permission para hablaros ;
Y como el amor no es cosa
Oculta, juzga el doctor
Que me habeis cobrado amor.

DOÑA ESTEFANIA.

¿Quién juzga...?

DON RODRIGO.

El doctor Barbosa.

DOÑA ESTEFANIA.

¿Que yo amor os he cobrado?

DON RODRIGO.

Me lo jura y certifica.

DOÑA ESTEFANIA.

Si así en todo pronostica,
Ni es doctor, ni es acertado,
Ni fe en él tener espero.
Nunca deis crédito á indicios
De quien es, mudando oficios,
Doctor y casamentero ;
Que en eso la cura erró.

DON RODRIGO.

Señora, aunque os cause enojos,
Tal vez la lengua y los ojos
Mienten ; mas los pulsos no.
El viene, y sabrá mejor,
Aunque negando fingis,
La dicha que me encubris.
Al médico y confesor
Se ha de decir la verdad :
Con él podeis descubrirlos ;
Que aquí está para servirlos
Mi vida.

ESCENA XVII.

DOÑA ESTEFANIA.

¿Hay tal libertad?

Infaliblemente adora
El doctorcillo á mi prima,
Y en fe que me desestima,
Por terceros me enamora.
¿Ay sospechas indiscretas !
¿Viose locura mayor?
¿Que me busque á mi un doctor
Casamientos por recetas!

ESCENA XVIII.

DOÑA JERONIMA, de médico. — DOÑA ESTEFANIA.

DOÑA JERÓNIMA.

Ocupaciones forzosas,
Señora, me han impedido
El tiempo hoy de visitaros ;
Mas no el gusto de servirlos.
Esta cátedra, de un rey
Autorizada, el oficio
Que ya en su cámara gozo,
Los parabienes de amigos,
Disculpen mi dilacion,
Si no hasta haber suplido
Doña Marta mi tardanza,
Por ser mi retrato mismo.
¿Cómo, mi señora, estais?
¿Qué hay de tristezas? Alivio
Prometen esas colores :
Venga el pulso.

DOÑA ESTEFANIA.

No le fio
De médicos licenciados
(Licenciosos, doctor, digo)
Que su facultad profanan,

Y donde son admitidos,
Las doncellas enamoran.

DOÑA JERÓNIMA.

¿Qué decis?

DOÑA ESTEFANIA.

¿Gentil aliño

De curar, descomponiendo
Pulsos, del alma registros!

DOÑA JERÓNIMA.

Pues ¿yo...?

DOÑA ESTEFANIA.

Pues ¿vos...? Sois un santo.

¿Escribió en sus aforismos
Remedios casamenteros
Vuestro Galeno?

DOÑA JERÓNIMA.

¿Os han dicho

De mí que soy busca-bodas?

DOÑA ESTEFANIA.

No sé ; pero Don Rodrigo
Dice que á vuestras enfermas
Dais récipes de maridos.
Doña Leonor, á lo ménos,
Por ahorrarse del partido
Que á los médicos se paga,
Y previniendo peligros,
Tendrá desde hoy adelante,
Si yo su eleccion no impido
(Que sí haré), doctor y esposo
En una pieza.

DOÑA JERÓNIMA.

Haos mentido

El malicioso villano...

DOÑA ESTEFANIA.

Paso, doctor.

DOÑA JERÓNIMA.

Mal nacido...

DOÑA ESTEFANIA.

(*Vase.*)

Si será : paso, doctor ;
No os deshonreis á vos mismo.

DOÑA JERÓNIMA.

Envidias de la opinion
Con que estudios autorizo,
Llevo cátedra á ignorantes,
Y pulsos reales obligo,
Con vos me descompondrán.

DOÑA ESTEFANIA.

¿Descomponeros conmigo?
Antes de puro compuesto,
Se queja el recelo mio.
Allá con Doña Leonor,
Mas alentado y festivo,
Descompondréis pensamientos,
Y lograréis desatinos
Pues, doctor casamentero,
Desde agora os notifico
Que no entreis en esta casa,
Ni aun á curar sus vecinos :
Sabrá mi padre quien sois,
Y os dirá si es permitido
Que á mujeres de importancia
Soliciteis con fingidos
Y hipócritas pensamientos.
¿Bueno es, habiendo salido
De visperas catedrático,
Que por mi prima perdido,
La de prima pretendais!

DOÑA JERÓNIMA.

Mirad, oid...

DOÑA ESTEFANIA.

Doctor, idos.

DOÑA JERÓNIMA.

Señora, volved en vos.

DOÑA ESTEFANIA.

¿Que no os vais? ¿He de dar gritos?
Desengañará mi padre
Al Rey, porque esté advertido
De quien entra en su palacio,
Y á quien su médico hizo,

El riesgo en que están sus damas,
La ciencia que en otros libros
Estudiais, no de Galeno,
Sino de Marcial y Ovidio.
¿Qué aguardais?

DOÑA JERÓNIMA.

Que no déis voces.

¿Luego á todo lo que os dijo
Mi hermana de mí, dais fe?

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Pues no he de darla? ¿es testigo
Vuestra hermana apasionado?
¿Pareceos que habrá fingido
Engaños en daño vuestro,
Si participas los mismos?
No os han de valer traiciones.
Salid.

DOÑA JERÓNIMA.

Pasito, pasito.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Qué es pasito? ¿Don Gaspar. (A voces.)
¡Ciento, pajes!

DOÑA JERÓNIMA.

Paso digo;

Que soy Doña Marta yo.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Quién?

DOÑA JERÓNIMA.

La dotor.

DOÑA ESTEFANÍA.

¡Oh qué lindo!

¿A mí mentiras de ciegos!

DOÑA JERÓNIMA.

Miradme, y veréis si os finjo.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Pues cómo hablais castellano?

DOÑA JERÓNIMA.

De mi hermano lo he aprendido.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Y quién me asegurará
Desta duda?

DOÑA JERÓNIMA.

El artificio

Con que (para daros celos,
Y el amor sacar en limpio
Que mi hermano recelaba,
Viéndole en vos escondido)
No há un instante que menté
Leonores que nunca he visto,
Bellezas que no apetece,
Y penas que no ha sentido.
Mal pudiera yo tan presto
Darle por extenso aviso
De lo que nos ha pasado
A las dos, si aun no he tenido
Tiempo de llegar á casa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Decis bien. Mas ¿qué artificio,
Con qué traza, ó en qué parte
Pudo en hombre convertirlos
Tan brevemente?

DOÑA JERÓNIMA.

El tener

Una amiga y un vestido
De mi hermano en esta calle;
Que así industrias apercibo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Dúdolo, dotor, ó Marta:

Dadme mas ciertos indicios.

DOÑA JERÓNIMA.

¿No os dije yo que o doutor
Tinha aqui perto seus mimos?
Terceira dos seus amores
Vos roguei serdes, porque isto
Naon é ser alcobeteira;
E por derradeiro sino,
Tinha vos disse que á meu irmaon
Tinha de chamar marido
Vossenhorta ou Leonor?

DOÑA ESTEFANÍA.

Basta; es verdad, yo me rindo
En fin, ¿no está enamorado
De mi prima?

DOÑA JERÓNIMA.

Fué este arbitrio

Saca-secretos, señora,
Porque estaba, os certifico
Despulsándose por vos,
Y con celos infinitos
De no sé qué Don Gaspar,
Vuestro amante y su enemigo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Aseguralde vos dél;
Que ya que es fuerza el deciros
Verdades del corazon,
Solo á vuestro hermano estimo.

DOÑA JERÓNIMA.

Beijo-vos as maons por elle.

DOÑA ESTEFANÍA.

Pero, ¿porqué á Don Rodrigo
Le dijo que yo le amaba?

DOÑA JERÓNIMA.

Eso ignórolo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Aquí vino

Nacio de puro confiado,
Ensartando desvarios,
Aparenciados muy bien,
Pero muy mal recibidos.

DOÑA JERÓNIMA.

El vendrá á satisfaceros;
Pero segun he entreoído,
No sé qué dispensacion
Agora de Roma vino
En favor de un Don Gaspar,
Que en fe de ser vuestro primo,
Dicen que, vuestro consorte,
Juntais mayorazgos ricos.

DOÑA ESTEFANÍA.

No juntando voluntades
El cielo, cuyo dominio
Es superior á preceptos,
¿Qué importa?

DOÑA JERÓNIMA.

Pierde el juicio

Mi hermano por esta causa.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Luego lo sabe?

DOÑA JERÓNIMA.

Halo visto

En los ojos del dichoso,
Todos gozo y regocijo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Pues decilde de mi parte
Que si, cual pienso, averiguo
La calidad que promete,
Por él dejaré al Rey mismo.
Decilde que soy diamante.

DOÑA JERÓNIMA.

¿No vale, mas que decirlo,
Asegurarle primero?

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Cómo?

DOÑA JERÓNIMA.

Atajando peligros,
Y dándos los dos las manos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Luego?

DOÑA JERÓNIMA.

Luego.

DOÑA ESTEFANÍA.

Necesito

Saber primero si es noble.

DOÑA JERÓNIMA.

Eso yo os lo certifico.

DOÑA ESTEFANÍA.

Vos sois parte apasionada.

DOÑA JERÓNIMA.

Pues mientras buscáis testigos,
Ganaros la bendicion
Doña Leonor.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Cómo?

DOÑA JERÓNIMA.

Quiso

Desposarse ayer con él;
Y agora (á lo que colijo)
Los dos juntos tratan dello,
Por prevenir descaminos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¡Ay cielos! Pues engañosa
Circe, ¿vos no me habeis dicho
Que ni á Leonor apetece,
Ni la visita, ni ha visto?

DOÑA JERÓNIMA.

Eso fué por aplacaros,
Y á la postre, preveniros
Con lo uno y con lo otro:
Que el dilatarlo es martirio.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Hay semejante embeleco?
¿Mujer con tantos hechizos?
¿Hombre con tantos engaños?
¿Con Leonor! ¡Ay celos míos!—
No estéis mas en mi presencia.
Iré, cuando no á impedirlos
Su loco amor, á ofenderlos,
Afreutarlos, perseguirlos.

DOÑA JERÓNIMA.

Quedo, señora.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Qué es quedo?

¿No os vais? Hare desatinos.

DOÑA JERÓNIMA.

Quedo, que soy el dotor:
¿Cuerpo de tal! no déis gritos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Quién sois?

DOÑA JERÓNIMA.

El dotor Barbosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Ya empieza otro laberinto?

DOÑA JERÓNIMA.

¿Bravos sustos os he dado!

DOÑA ESTEFANÍA.

Hombre en mujer embebido,
Acabemos de saber
Uno ú otro.

DOÑA JERÓNIMA.

Yo eso pido.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Quién eres?

DOÑA JERÓNIMA.

Vuestro dotor,

Que dos veces os visito,
Una en nombre de mi hermana,
Y otra agora en nombre mío:
Como mujer la primera,
Y esta en traje masculino.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Luego no fué Doña Marta
La que estubo ántes conmigo?

DOÑA JERÓNIMA.

No, mi señora, su traje
Solo en mi sustituido,
Mi poca barba y edad,
El fuego en que me derrito,
La dispensacion severa,
Los celos siempre atrevidos,
En mujer me trasformaron.
Naon vos acanhais, sol minho,
Meus olhos, meu coraçon,
Minha gloria, meu feitiço,
Mana minha, cravo d'ouro:
Eu sou vosso rapazinho.

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES.

PERSONAS.

DOÑA JUANA.
DON MARTIN.
DOÑA INES.
DON PEDRO, *viejo*.
DOÑA CLARA.
DON JUAN.

QUINTANA, *criado*.
CARAMANCHEL, *lacayo*.
OSORIO.
DON DIEGO.
DON ANTONIO.
CELIO.

FABIO.
DECIO.
VALDIVIESO, *escudero*.
AGUILAR, *paje*.
UN ALGUACIL.
Músicos.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Entrada al puente de Segovia.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA, *de hombre, con calzas y vestido todo verde*; QUINTANA.

QUINTANA.

Ya que á vista de Madrid
Y en su puente segoviana,
Olvidamos, Doña Juana,
Huertas de Valladolid,
Puerta del Campo, Espolon,
Puentes, galeras, Esgueva,
Con todo aquello que lleva,
Por ser como inquisicion
De la pinciana nobleza
(Pues cual brazo de justicia,
Desterrando su inmundicia,
Califica su limpieza);
Ya que nos traen tus pesares
A que desta insigne puente
Veas la humilde corriente
Del enano Manzanares,
Que por arenales rojos
Corre, y se debe correr,
Que en tal puente venga á ser
Lágrima de tantos ojos;
¿No sabríamos qué ocasion
Te ha traído desa traza?
¿Qué peligro te disfrazó
De damisela en varón?

DOÑA JUANA.

Por agora no, Quintana.

QUINTANA.

Cinco dias hace hoy
Que mudo contigo voy.
Un lunes por la mañana
En Valladolid quisiste
Fiarte de mi lealtad:
Dejaste aquella ciudad;
A esta corte te partiste,
Quedando sola la casa
De la vejez que te adora,
Sin ser posible hasta agora
Saber de tí lo que pasa,
Por conjurarme primero
Que no examine qué tienes,
Porqué, cómo, ó dónde vienes;
Y yo, humilde majadero,
Callo y camino tras tí,
Haciendo mas conjeturas
Que un matemático á oscuras.
¿Dónde me llevas así?
Aclara mi confusion,
Si á lástima te he movido;
Que si contigo he venido,
Fué tu determinacion

De suerte, que temeroso
De que si sola salias,
A riesgo tu honor ponias,
Tuve por mas provechoso
Seguirte, y ser de tu honor
Guarda-joyas, que quedar,
Véndote tú, á consolar
Las congojas de señor.
Ten ya compasion de mí;
Que suspensa el alma esta
Hasta saberlo.

DOÑA JUANA.

Será

Para admirarte. Oye.

QUINTANA.

Dí.

DOÑA JUANA.

Dos meses há que pasó
La Pascua, que por abril
Viste bizarra los campos
De felpas y de tabis,
Cuando á la puente (que á medias
Hicieron, á lo que oí,
Pero Anzures y su esposa)
Va todo Valladolid.
Iba yo con los demas;
Pero no sé si volví,
A lo ménos con el alma,
Que no he vuelto á reducir;
Porque junto á la Vitoria
Un Adónis bello ví,
Que á mil Vénus daba amores,
Y á mil Martes celos mil.
Dióme un vuelco el corazon,
Porque amor es alguacil
De las almas, y temblé
Como á la justicia ví.
Tropecé, si con los piés,
Con los ojos al salir,
La libertad en la cara,
En el umbral un chapín.
Llegó, descalzado el guante,
Una mano de marfil
A tenerme de su mano...
¿Qué bien me tuvo! ¡ay de mí!
Y diciéndome: «Señora,
«Tened; que no es bien que así
«Imite al querub soberbio
«Cayendo tal serafín»,
En guante me llevó en prendas
Del alma, y si he de decir
La verdad, dentro del guante
El alma que le ofrecí.
Toda aquella tarde corta
«Digo, corta para mí;
(que aunque las de abril son largas,
Mi amor no las juzgó así)
Rebí el alma por los ojos,
Sin poderse resistir,
El veneno que brindaba

Su talle airoso y gentil.
Acostóse el sol de envidia,
Y llegóse á despedir
De mí al estribo de un coche
Adonde supo fingir
Amores, celos, firmezas,
Suspirar, temer, sentir,
Ausencias, desden, mudanzas,
Y otros embelecos mil,
Con que engañándose el alma,
Troya soy, si Scitia fui.
Entré en casa enajenada.
Si amaste, juzga por tí
En desvelos principiantes
Qué tal llegué. No dormí,
No sosegué; parecióme
Que olvidado de salir
El sol, ya se desdeshaba
De dorar nuestro cenit.
Levantéme con ojeras,
Desojada por abrir
Un balcón, de donde luego
Mi adorado ingrato ví.
Aprestó desde aquel día
Asaltos para hatir
Mi libertad descuidada.
Dió en servirme desde allí:
Papeles lei de día,
Músicas de noche oí,
Joyas recibí, y ya sabes
Qué se sigue al recibir.—
¿Para qué te canso en esto?
En dos meses Don Martín
De Guzman (que así se llama
Quien me obliga á andar así)
Allanó dificultades,
Tan arduas de resistir
En quien ama, cuanto amor
Invencible todo ardid.
Dióme palabra de esposo;
Pero fué palabra en fin,
Tan pródiga en las promesas
Como avara en el cumplir.
Llegó á oídos de su padre
(Debióselo de decir
Mi desdicha) nuestro amor;
Y aunque sabe que nací,
Si no tan rica, tan noble;
El oro, que es sangre vil
Que califica intereses,
Un portillo supo abrir
En su codicia. ¿Qué mucho,
Siendo él viejo, y yo infeliza!
Ofrecióse un casamiento
De una Doña Ines, que aquí
Con setenta mil ducados
Se hace adorar y aplaudir.
Escribió su viejo padre
Al padre de Don Martín,
Pidiéndole para yerno:
No se atrevió á dar el sí

Claramente, por saber
Que era forzoso salir
A la causa mi deshonra.
Oye una industria civil.
Previno postas el viejo,
Y hizo á mi esposo partir
A esta corte, toda engaños:
Ya, Quintana, está en Madrid.
Dijole que se mudase
El nombre de Don Martin,
Atajando inconvenientes,
En el nombre de Don Gil;
Porque si de parte mia
Viniese en su busca aquí
La justicia, deslumbrase
Su diligencia este ardid.
Escribió luego á Don Pedro
Mendoza y Velastegui,
Padre de mi opositora,
Dándole en él á sentir
El pesar de que impidiese
La liviandad juvenil
De su hijo el concluirse
Casamiento tan feliz;
Que por estar desposado
Con Doña Juana Solís,
Si bien noble, no tan rica
Como pudiera elegir,
Enviaba en su lugar
Y en vez de su hijo, á un Don Gil
De no sé quién, de lo bueno
Que ilustra á Valladolid.
Partióse con este enhuste;
Mas la sospecha, adalid
Lince de los pensamientos,
Y Argos cauteloso en mí,
Adivinó mis desgracias,
Sabiéndolas descubrir
El oro que en dos diamantes
Bastante son para abrir
Secretos de cal y canto.
Supe todo el caso, en fin,
Y la distancia que hay
Del prometer al cumplir.
Saqué fuerzas de flaqueza,
Dejé el temor femenil,
Diome alientos el agravio,
Y de la industria adquirí
La determinacion cuerda;
Porque pocas veces vi
No vencer la diligencia
Cualquier fortuna infeliz.
Disfracéme como ves;
Y tiándome de ti,
A la fortuna me arrojo,
Y al puerto pienso salir.
Dos días há que mi amante,
Cuando mucho, está en Madrid:
Mi amor midió sus jornadas;
¿Y quién duda, siendo así,
Que no habrá visto á Don Pedro
Sin primero prevenir
Galas con que enamorar,
Y trazas con que mentir?
Yo pues que he de ser estorbo
De su ciego frenesi,
A vista tengo de andar
De mi ingrato Don Martin,
Malogrando cuanto hiciere:
El cómo, déjalo á mí.
Para que no me conozca
(Que no hará, vestida ansi)
Falta solo que te ausentes,
No me descubran por tí.
Vallecas dista una legua:
Disponte luego á partir
Allá: que de cualquier cosa,
O próspera ó infeliz,
Con los que á vender pan vienen
De allá, te podré escribir.

QUINTANA.

verdaderas has sacado

Las fábulas de Merlin.
No te quiero aconsejar.
Dios te deje conseguir
El fin de tus esperanzas.

DOÑA JUANA

Adios.

QUINTANA.

¿Escribirás?

DOÑA JUANA.

Sí.

(Vase Quintana.)

ESCENA II.

CARAMANCHEL.—DOÑA JUANA.

CARAMANCHEL.

Pues para fiador no valgo,
Sal acá, bodegonero;
Que en esta puente te espero.

DOÑA JUANA.

¿Hola! ¿Qué es eso?

CARAMANCHEL.

Oye, hidalgo;

Eso de *hola*, al que á la cola
Como contera le siga;
Y á las doce, solo diga:
«Olla, olla», y no «hola, hola».

DOÑA JUANA.

Yo que *hola* agora os llamo,
Daros esotro podré.

CARAMANCHEL.

Perdóneme pues usted.

DOÑA JUANA.

¿Buscáis amo?

CARAMANCHEL.

Busco un amo:

Que si el cielo los lloviera,
Y las clinches se tornaran
Amos; si amos pregonaran
Por las calles; si estuviera
Madrid de amos empedrado,
Y ciego yo los pisara,
Nunca en uno tropezara,
Segun soy de desdichado.

DOÑA JUANA.

¿Que tantos habeis tenido?

CARAMANCHEL.

Muchos, pero mas inormes,
Que Lazarillo de Tormes.
— Un mes servi, no cumplido.
A un médico muy barbado,
Bello, sin ser alemán;
Guantes de ambar, gorgoran,
Mula de felpa, engomado,
Muchos libros, poca ciencia;
Pero no se me lograba
El salario que me daba,
Porque con poca conciencia
Lo ganaba su merce;
Y huyendo de tal azar,
Me acogí con Cañamar (1).

DOÑA JUANA.

¿Mal lo ganaba? ¿Por qué?

CARAMANCHEL.

Por mil causas: la primera,
Porque con cuatro aforismos,
Dos textos, tres silogismos,
Curaba una calle entera.
No há facultad que mas pida
Estudios, libros galenos,
Ni gente que estudie menos,
Con importarnos la vida.
Pero ¿cómo han de estudiar,
No parando en todo el día?
Yo te diré lo que hacía
Mi médico. Al madrugar,
Almorzaba de ordinario

(1) Verso trovado de otro que hay en la jácara de *Escurruaman*.

Una lonja de lo añejo,
Porque era cristiano viejo;
Y con este letuario
Aqua viiti, que es de vid,
Visitaba sin trabajo
Calle arriba, calle abajo,
Los *egrotos* de Madrid.
Volvíamos á las once:
Considere el pio lector,
Si podría el mi doctor,
Puesto que fuese de bronce,
Harto de ver orinales,
Y fistulas, revolver
Hipócrates, y leer
Las curas de tantos males.
Conia luego su olla,
Con un asado manido,
Y despues de haber comido,
Jugaba cientos ó polla.
Daban las tres, y tornaba
A la médica atahona,
Yo la maza, y él la mona;
Y cuando á casa llegaba,
Ya era de noche. Acudia
Al estudio, desceoso
(Aunque no era escrupuloso)
De ocupar algo del día
En ver los expositores
De sus Rasis y Avicenas;
Asentábase, y apénas
Ojeaba dos autores,
Cuando Doña Estefanía
Gritaba: «Ola, Ines, Leonor,
Id á llamar al doctor;
Que la cazuela se enfria.»
Respondia él: «En un hora
No hay que llamarme á cenar:
Déjenme un rato estudiar.
Decid á vuestra señora
Que le ha dado garrotillo
Al hijo de tal Condesa;
Y que está la ginovesa
Su amiga con tabardillo;
Que es fuerza mirar si es bueno
Sangrarla estando preñada;
Que á Dioscórides le agrada;
Mas no lo aprueba Galeno.»
Enfadábase la dama,
Y entrando á ver su doctor,
Decia: «Acabad, señor,
Cobrado habeis harta fama,
Y demasiado sabeis
Para lo que aquí ganais:
Advertid, si así os cansais,
Que presto os consumiréis.
Dad al diablo los Galenos,
Si os han de hacer tanto daño:
¿Qué importa al cabo del año
Veinte muertos mas ó ménos?»
Con aquestos incentivos
El doctor se levantaba;
Los textos muertos cerraba
Por estudiar en los vivos.
Cenaba, yendo en ayunas
De la ciencia que vió á solas;
Comenzaba en escaleras,
Acababa en aceitunas,
Y acostándose repleto,
Al punto del madrugar,
Se volvía á visitar,
Sin mirar ni un quodlibeto.
Subía á ver al paciente;
Decía cuatro chanzouetas;
Escribía dos recetas
Destas que ordinariamente
Se alegan sin estudiar;
Y luego los embaucaba
Con unos modos que usaba
Extraordinarios de hablar.
«La enfermedad que le ha dado,
Señora, á Vuesseñoría,
Sou flatos y hipocondría;

Siento el pulmón opilado,
Y para desarraigar
Las flemas vitreas que tiene
(Con el quilo, le conviene
(Porque mejor pueda obrar
Naturaleza) que tome
Unos alquermes que den
Al hígado y al esplen
La sustancia que el mal come
Encajabando un doblón,
Y asombrados de escucharle,
No cesaban de adularle,
Hasta hacerle un Salomón.
Y juro á Dios, que teniendo
Cuatro enfermos que purgar,
Le vi un día trasladar
(No pienses que estoy mintiendo)
De un antiguo cartapacio
Cuatro purgas, que llevo
Escritas (fuesen o no
A propósito) á palacio;
Y recetada la cena
Para el que purgarse había,
Sacaba una y le decía:
«Dios te la depare buena».—
¡Parécete á vuesasté
Que tal modo de ganar
Se me podía á mi lograr?
Pues por esto le deje.

DOÑA JUANA.

¡Escrupuloso criado!

CARAMANCHEL.

Acomódome después
Con un abogado, que es
De las bolsas abogado,
Y enfadome que aguardando
Mil pleiteantes que viesen
Sus procesos, se estuviesen
Catorce horas enrizando
El bigotismo; que hay tracas
Dignas de un jubón de azotes.
Uos empina-bigotes
Hay á modo de tenazas,
Con que se engoma el letrado
La barba que en punta está:
¡Miren que bien que saldrá
Un parecer engomado!
Déjale, en fin; que estos tales,
Por engordar alguaciles,
Miran derechos civiles
Y hacen tuerfos criminales.
Sérvime luego á un clérigo
Un mes (pienso que no entero)
De lacayo y despensero.
Era un hombre de opinión:
Su bonetazo calado,
Lucio, grave, carilleno,
Mula de veintidoseno,
El cuello torcido á un lado;
Y hombre, en fin, que nos mandaba
A pan y agua ayunar
Los viernes por ahorrar
La pitanza que nos daba;
Y él comiéndose un capon
(Que tenía con ensanchas
La conciencia, por ser anchas
Las que teologas son).
Quedándose con los dos
Alones cabeceando,
Decía, al cielo mirando:
«¡Ay ama, qué bueno es Dios!»
Déjale en fin por no ver
Santo que tan gordo y lleno,
Nunca á Dios llamaba bueno,
Hasta después de comer.
Luego entré con un pelón,
Que sobre un rocin andaba,
Y aunque dos reales me daba
De ración y quitación,
Si la menor falta hacía,
Por irremisible ley,
Olvidando el *Agnus Dei*,

Qui tollis racion, decía.
Quitábanme de ordinario
La ración; pero el rocin
Y su medio celenin
Alentaban mi salario,
Vendiendo sin redención
La cebada que le hurtaba:
Con que yo ración llevaba,
Y el rocin la quitación.
Sérvime á un moscatel marido
De cierta Doña Mayor,
A quien le daba el señor
Por uno y otro partido
Comisiones, que á mi ver
El proveyente cobraba,
Pues con comisión quedaba
De acudir á su mujer.
Si te hubiera de contar
Los amos que en varias veces
Sérvime, y andan como peces
Por los golfos deste mar,
Fuera un trabajo excusado,
Bástete el saber que estoy
Sin cómodo el día de hoy,
Por mal acondicionado.

DOÑA JUANA.

Pues si das en coronista
De los diversos señores
Que se extreman en humores,
Desde hoy me pon en tu lista,
Porque desde hoy te recibo
En mi servicio.

CARAMANCHEL.

¡Lenguaje

Nuevo! — ¿Quién ha visto paje
Con lacayo?

DOÑA JUANA.

Yo no vivo
Sino solo de mi hacienda;
Ni paje en mi vida fui:
Vengo á pretender aquí
Un hábito ó encomienda;
Y porque en Segovia dejó
Malo á un mozo, he menester
Que me sirva.

CARAMANCHEL.

¿A pretender

Entrais mozo? Saldréis viejo.

DOÑA JUANA.

Cobrando voy afición
A tu humor.

CARAMANCHEL.

Ninguno ha habido
De los amos que he tenido
Ni poeta, ni capon;
Pareceisme lo postrero;
Y así, señor, me tened
Por criado, y sea á merced,
Que medrar mejor espero
Que sirviéndos á destajo,
En fe de ser yo tan fiel.

DOÑA JUANA.

¿Llamaste?

CARAMANCHEL.

Porque nací en el de abajo.

DOÑA JUANA.

Aficionándome vas
Por lo airoso y lo sutil.

CARAMANCHEL.

¿Cómo os llamáis vos?

DOÑA JUANA.

Don Gil.

¿Y qué más?

DOÑA JUANA.

Don Gil no mas.

CARAMANCHEL.

Capon sois hasta en el nombre;

Pues si en ello se repara,
Las barbas son en la cara
Lo mismo que el sobrenombre.

DOÑA JUANA.

Agora importa encubrir
Mi apellido. ¿Qué posada
Conoces limpia y honrada?

CARAMANCHEL.

Una te haré prevenir
De las frescas y curiosas
De Madrid.

DOÑA JUANA.

¿Hay ama?

CARAMANCHEL.

Y moza.

DOÑA JUANA.

¿Cosquillosa?

CARAMANCHEL.

Y que retoza.

DOÑA JUANA.

¿Qué calle?

CARAMANCHEL.

De las Urosas.

DOÑA JUANA. (Ap.)

Vamos; que noticia llevo
De la casa donde vive
Don Pedro. Madrid, recibe
Este forastero nuevo
En tu amparo.

CARAMANCHEL. (Ap.)

¿Qué bonito

Que es el tiple moscatel!

DOÑA JUANA.

¿No venis, Caramanchel?

CARAMANCHEL.

Vamos, señor Don Gilito. (Vanse.)

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTIN, OSORIO.

DON PEDRO. (Leyendo una carta.)

«Digo, en conclusion, que Don Mar-
»tin, si fuera tan cuerdo como mo-
»zo, hiciera dichosa mi vejez, trocando
»nuestra amistad en parentesco. Ha da-
»do palabra á una dama desta ciudad,
»noble y hermosa, pero pobre; y ya
»vos veis en los tiempos presentes lo
»que pronostican hermosuras sin ha-
»cienda. Llegó este negocio á lo que
»sucien los de su especie; á arren-
»tarse él, y á ejecutarle ella por la jus-
»ticia; ponderad vos lo que sentirá
»quien pierde vuestro deudo, vuestra
»nobleza y vuestro mayorazgo, con tal
»prenda como mi señora Doña Ines;
»pero ya que mi suerte estorba tal ven-
»tura, tenedla á no pequeña que el se-
»ñor Don Gil de Albornoz, que esta lleva,
»esté en estado de casarse, y deseoso
»de que sea con las mejoras que en
»vuestra hija le he ofrecido. Su sangre,
»discrecion, edad y mayorazgo (que
»heredará brevemente de diez mil du-
»cados de renta) os pueden hacer ol-
»vidar el favor que os debo, y dejarme
»á mi evidioso. La merced que le bi-
»ciéredes recibiré en lugar de Don
»Martin, que os besa las manos. Dad-
»me muchas y buenas nuevas de vues-
»tra salud y gusto, que el ciclo aumen-
»te, etc. Valladolid y julio, etc. — Don
»Andrés de Guzman.»

DON PEDRO.

Seais, señor, mil veces bien venido
Para alegrar aquesta casa vuestra;

Que para comprobar lo que he leído,
Sobra el valor que vuestro talle muestra
Dichosa Doña Ines hubiera sido,
Si para ennoblecer la sangre nuestra,
Prendas de Don Martin con prendas mías
Regocijara mis postreros días.
Há muchos años que los dos tenemos
Recíproca amistad, ya convertida
En natural amor, que en los extremos
De la primera edad, tarde se olvida:
No pocos há también que no nos vemos,
A cuya causa, en descansada vida,
Quisiera yo, comunicando prendas,
Juntar como las almas las haciendas.
Pero pues Don Martin inadvertido
Hace imposible el dicho casamiento,
Que vos en su lugar hayais venido,
Señor Don Gil, me tiene muy contento.
No digo que mejora de marido
Mi Ines; que al fin será encarecimiento
De algun modo en agravio de mi amigo;
Mas que lo juzgo créd, si no lo digo.

DON MARTIN.

Comenzais de manera á aventajaros
En hacermé merced, que temeroso,
Señor Don Pedro, de poder pagaros
Aun en palabras (que en el generoso
Son prendas de valor); para envidiaros,
En obras y en palabras vitorioso,
Agradezco callando, y mudo nuestro
Que no soy mío ya porque soy vuestro.
Deudos tengo en la corte, y muchos de-
Títulos, que podrán daros noticia [los
De quien soy, si os importa conocellos;
Que la suerte me fué en esto propicia:
Aunque si os informais, de los cabellos
Quedará mi esperanza, que codicia
Lograr abrazos y cumplir deseos,
Abreviando noticias y rodeos.
Fuera de que mi padre (que quisiera
Darme en Valladolid esposa á gusto
Mas de su edad que á mi eleccion) me

[espera

Por puntos; y si sabe que á disgusto
Suyo me caso aquí, de tal manera
Lo tiene de sentir, que si del susto
Destas nuevas no muere, ha de estor-

[barnie

La dicha que en secreto podéis darme.

DON PEDRO.

No tengo yo en tan poco de mi amigo
El crédito y estima, que no sobre
Su firma sola, sin buscar testigo
Por quien vuestro valor alientos cobre.
Negociado teneis para conmigo;
Y aunque un hidalgo fuérais tan pobre
Como el que mas, á Doña Ines os diera,
Si Don Andres por vos intercediera.

DON MARTIN. (Ap. á Osorio.)

El embeleco, Osorio, va excelente.

OSORIO. (Ap. á Don Martin.)

Aprieta con la boda, antes que venga
Doña Juana á estorbarlo.

DON MARTIN. (Ap. á Osorio.)

Brevemente

Mi diligencia hará que efeto tenga.

DON PEDRO.

No quiero que cojamos de repente,
Don Gil, á Doña Ines, sin que prevenga
La prudencia palabras para el susto
Que suele dar un no esperado gusto.
Si verla pretendéis, irá esta tarde
A la huerta del Duque convidada,
Y sin saber quién sois haréis alarde
De vuestra voluntad.

DON MARTIN.

¡Oh prenda amada!

Camine el sol, porque otro sol aguardé,
Y deteniendo el fin á su jornada,
Haga inmóvil su luz para que sea
Eterno el día que sus ojos vea.

DON PEDRO.

Si no teneis posada prevenida,
Y esta merece huésped tan honrado,
Recibiré merced.

DON MARTIN.

Apercebida

Está cerca de aquí, según me han dado
Noticia, la de un primo; aunque lavida.
Que en esta sus venturas ha cifrado,
Hiciera aquí de su contento alarde.

DON PEDRO.

En la huerta os espero.

DON MARTIN.

El cielo os guarde.

(Vanse don Pedro, Don Martin y Osorio por una puerta, y salen Doña Ines y Don Juan por otra.)

ESCENA IV.

DOÑA INES, DON JUAN; al fin de la
escena DON PEDRO.

DOÑA INES.

En dando tú en recelar,
No acabaremos ogaño.

DON JUAN.

Mucho deseas acabar.

DOÑA INES.

Pesado estás hoy y extraño.

DON JUAN.

¿No ha de pesar un pesar?
No vayas hoy, por mi vida
(Si es que te importa), á la huerta.

DOÑA INES.

Si mi prima me convida....

DON JUAN.

Donde no hay voluntad cierta,
No falta excusa fingida.

DOÑA INES.

¿Qué disgusto se te sigue
De que yo vaya?

DON JUAN.

Parece

Que el temor que me persigue
Triste suceso me ofrece,
Sin que mi amor le mitigue.
Pero en fin, ¿te determinas
De ir allá?

DOÑA INES.

Vé tú también,

Y verás como imaginas
De mi firmeza no bien.

DON JUAN.

Como eu mi alma predomina,
Obedecerte es forzoso.

DOÑA INES.

Celos y escrúpulos son
De una especie; y un curioso
Duda de la salvacion,
Don Juan, del escrupuloso.

(Vuelve Don Pedro, y se queda escuchando á la puerta.)

Tú solamente has de ser
Mi esposo; ve allá á la tarde.

DON PEDRO. (Ap.)

¡Su esposo! ¿Cómo?

DON JUAN.

A temer

Voy. Adios.

DOÑA INES

El te me guarde.

(Vase Don Juan por donde salió.)

ESCENA V.

DON PEDRO, DOÑA INES.

DON PEDRO.

Ines.

DOÑA INES.

Señor, ¿es querer
Decirme que tome el manto?
Aguardándome estará
Mi prima.

DON PEDRO.

Mucho me espanto
De que des palabra ya
De casarte. ¿Tiempo tanto
Há que dilato el ponerte
En estado? ¿Tantas canas
Peinas, que osas atreverte
A dar palabras livianas
Con que apresures mi muerte?
¿Qué hacia Don Juan aquí?

DOÑA INES.

No te alteres, que no es justo;
Que yo palabra le di,
Presuponiendo tu gusto;
Y no pierdes, siendo así,
Nada en que Don Juan pretenda
Ser tu yerno, si el valor
Sabes que ilustra su hacienda.

DON PEDRO.

Esposo tienes mejor:
Deten al deseo la rienda.
No te pensaba dar cuenta
Tan presto de lo que trazo;
Pero con tal prisa intenta
Cumplir tu apetito el plazo
(No sé si diga en tu afrenta).
Que aunque mude intento, quiero
Atajarla. Aquí ha venido
Un bizarro caballero,
Muy rico y muy bien nacido,
De Valladolid. Primero
Que le admitas, le verás.
Diez mil ducados de renta
Hereda, y espera mas,
Y corre ya por mi cuenta
El si que á Don Juan le das

DOÑA INES.

¿Faltan hombres en Madrid
Con cuya hacienda y apoyo
Me cases sin ese ardid?
¿No es inar Madrid? ¿No es arroyo
Este mar Valladolid?
Pues por un arroyo ¿olvidas
Del mar los ricos despojos?
¿O es bien que mi gusto impidas,
Y entrando amor por los ojos,
Dueño me ofrezcas de oidas?
Si la codicia civil,
Que á toda vejez infama,
Te vence, mira que es vil
Defeto. ¿Como se llama
Ese hombre?

DON PEDRO.

DON GIL.

DOÑA INES.

Don Gil?

¿Marido de villancico?
¿Gil! ¿Jesus! no me le nombres:
Poule un cayado y pellico.

DON PEDRO.

No repares en los nombres
Cuando el dueño es noble y rico.
Tú le verás, y yo sé
Que has de volver esta noche
Perdida por él.

DOÑA INES. (Con ironía.)

Si haré.

DON PEDRO.

Tu prima aguarda en el coche
A la puerta.

DOÑA INES.

(Ap. Ya no iré
Con el gusto que entendí.)
Dénme un manto.

DON PEDRO.
Allá ha de estar;
Que yo se lo dije así.
DOÑA INES. (Ap.)
¿Con Gil me quieren casar?
¿Soy yo Teresa?; Ay de mí! (Vanse.)

La huerta del Duque.

ESCENA VI.

DOÑA JUANA. (De hombre.)
A esta huerta he sabido que Don Pedro
Trae á su hija Doña Ines, y en ella
Mi Don Martin ingrato piensa vella.
Dichosa he sido en descubrir tan presto
La casa, los amores y el enredo,
Que no han de conseguir, si de mi parte.
Fortuna, mi dolor puede obligarte.
En casa de mi opuesta he ya obligado
A quien me avise siempre: darle quiero
Gracias destos milagros al dinero.

ESCENA VII.

CARAMANCHEL.—DOÑA JUANA.
CARAMANCHEL. (Sin ver á Doña Juana.)
Aquí dije mi amo hermafrodita
Que me esperaba; y vive Dios, que pienso
Que es algun familiar, que en traje de
lla venido á sacarme de juicio, hombre
Y en siéndolo, doy cuenta al santo oficio.

DOÑA JUANA.
Caramanchel.
CARAMANCHEL.
¿Señor! Bene venuto.
¿Adónde bueno ó malo por el prado?

DOÑA JUANA.
Vengo á ver una dama, por quien bebo
Los vientos.

CARAMANCHEL.
¿Vientos bebes?; Mal despacho!
¿Barato es el licor, mas no borracho?
¿Y tú la quieres bien?

DOÑA JUANA.
La adoro.
CARAMANCHEL.

¿Bueno!
No os haréis, á lo ménos, mucho daño:
Que en el juego de amor, aunque os deis
Si de la barba llevo á colegillo [presa.
Nunca haréis chilindron (1), mas capadi-
(Suena música dentro.) llo.

Mas ¿qué música es esta?
DOÑA JUANA.

Los que vienen
Con mi dama serán, que convidada
A este paraíso, es ángel suyo.
Retirate, y verás hoy maravillas.

CARAMANCHEL. (Ap.) [llas!
¿Hay cosa igual?; Capon y con cosqui-

ESCENA VIII.

Músicos, tocando y cantando; DON
JUAN, DOÑA INES y DOÑA CLARA,
como de campo. — DOÑA JUANA,
CARAMANCHEL.

MÚSICOS.
Alamicos del prado,
Fuentes del Duque,
Despertad á mi niña
Porque me escuche;
Y decid que compare
Con sus arenas
Sus desdenes y gracias,

(1) Chilindron son sola, caballo y rey: aquí
significa tres figuras, tres personas. Capadillo
es otra voz de juego

Mi amor y penas;
Y pues vuestros arroyos
Salran y bullen,
Despertad á mi niña
Porque me escuche.

DOÑA CLARA.
¿Bello jardin!

DOÑA INES.
Estas parras,
Destos álamos doseles,
Que á los cuellos, cual joyeles,
Entre sus bojas bizarras
Traen colgando los racimos,
Nos darán sombira mejor.

DON JUAN.
Si alimenta Baco á Amor,
Entre sus frutos opimos
No se hallará mal el mio.

DOÑA INES.
Sientate aquí, Doña Clara,
Y en esta fuente repara,
Cuyo cristal puro y frio
Besos ofrece á la sed.

DON JUAN.
En fin, quisiste venir
A esta huerta?

DOÑA INES.
A desmentir,
Señor, á vuesa merced,
Y examinar mi firmeza.
DOÑA JUANA. (Ap. á Caramanchel.)
¿No es mujer bella?

CARAMANCHEL. (Ap. á su ama.)
El dinero
No lo es tanto; aunque prefiero
A la suya su belleza.

DOÑA JUANA. (Ap. á Caramanchel.)
Pues por ella estoy perdido.
Hablarla quiero.

CARAMANCHEL. (Ap. á su ama.)
Bien puedes.

DOÑA JUANA.
Besando á Vuesasmercedes
Las manos, licencia pido,
Por forastero siquiera,
Para gozar el recreo
Que aquí tan colmado veo.

DOÑA CLARA.
Faltando vos, no lo fuera.

DOÑA INES.
¿De dónde es Vuesamerced?

DOÑA JUANA.
En Valladolid nací.

DOÑA INES.
¿Cazolero?

DOÑA JUANA.
Tendré ausi

Mas sazón.
DOÑA INES.
Don Juan, haced

Lugar á ese caballero.
DOÑA JUANA. (Ap.)

Pues que mi lado le doy,
Con él cortesano estoy.
Ya de celos desespero.

DOÑA INES. (Ap.)
¿Qué airoso y gallardo talle!

¿Qué buena cara!
DOÑA JUANA. (Ap.)

¿Ay de mí!
¿Mirale Doña Ines? Si.

¿Que presto empezao á envidialle!
DOÑA INES.

Y que es de Valladolid
Vuesarced?; Conocerá
Un Don Gil, también de allá,
Que vino agora á Madrid?

DOÑA JUANA.
¿Don Gil de qué?
DOÑA INES.
¿Qué se yo?
¿Puede haber mas que un Don Gil
En todo el mundo?

DOÑA JUANA.
¿Tan vil

Es el nombre?
DOÑA INES.
¿Quién creyó
Que un don fuera guarnicion
De un Gil, que siendo zagal
Anda rompiendo sayal
De villancico en cancion?

CARAMANCHEL.
El nombre es digno de estima,
A pagar de mi dinero;
Y si no....

DOÑA JUANA.
Calla, grosero.

CARAMANCHEL.
Gil es mi amo, y es la prima
Y el bordon de todo el nombre;

Y en gil se rematan mil;
Que hay peregil, torongil,
Cenogil, porque se asombre
El mundo de cuán sutil
Es, cuando rompe canibray;
Y hasta en Valladolid hay
Puerta de Teresa Gil.

DOÑA JUANA.
Y yo me llamo también

Don Gil, al servicio vuestro.
DOÑA INES.

¿Vos Don Gil?
DOÑA JUANA.

Si en serlo nuestro
Cosa que no os esté bien,
O que no gasteis, desde hoy
Me volveré á confirmar.
Ya no me pienso llamar
Don Gil: solo aquello soy
Que vos gasteis.

DON JUAN.
Caballero,

No importa á las que aquí están
Que os llameis Gil ó Beltran.

Sed cortés, y no grosero.
DOÑA JUANA.

Perdonad si os ofendi;
Que por gusto de una dama....

DOÑA INES.
Paso, Don Juan.

DON JUAN.
Si se llama

Don Gil, ¿qué se nos da aquí?
DOÑA INES. (Ap.)

Este es sin duda el que viene
A ser mi dueño; y es tal,
Que no me parece mal.

¿Extremada cara tiene!
DOÑA JUANA.

Pésame de haberos dado
Disgusto.

DON JUAN.
También á mí,

Si del límite sali:
Ya yo estoy desenojado.

DOÑA CLARA.
La música en paz os ponga.
(Levántanse.)

DOÑA INES. (A Don Juan.)
Salid, señor, á danzar.

DON JUAN. (Ap.)
Este Don Gil me ha de dar

En que entender; mas disponga
El hado lo que quisiere;

Que Doña Ines será mia,
Y si compite y porfia,
Tendrás lo que viniere.

DOÑA INES.

¿No salis?

DON JUAN.

No danzo yo.

DOÑA INES.

¿Y el señor Don Gil?

DOÑA JUANA.

No quiero

Dar pena á este caballero.

DON JUAN.

Ya mi enojo se acabó.

Danzad.

DOÑA INES.

Salga, pues, conmigo.

DON JUAN. (Ap.)

¿Que á esto obligue el ser cortés!

DOÑA CLARA.

(Ap. Un ángel de cristal es

El rapaz: cual sombra sigo

Su tallo airoso y gentil.)

Con Doña Ines danzar quiero.

DOÑA INES. (Ap.)

Ya por el Don Gil me muero;

Que es un brinquito (1) el Don Gil.

(Danzan las tres damas.)

MÚSICOS.

Al molino del amor

Alegre la niña va

A molar sus esperanzas:

Quiera Dios que vuelva en paz

En la rueda de los celos

El amor muele su pan,

Que desmenuzan la harina,

Y la sacan candelal.

Rio son sus pensamientos,

Que unos vienen y otros van,

Y apenas llegó á su orilla,

Cuando así escuchó cantar:

Borbotillos hacen las aguas,

Cuando ven á mi bien pasar;

Cantan, brincan, bullen y corren

Entre conchas de coral;

Y los pájaros dejan sus nidos,

Y en las ramas del arrayan

Vuelan, cruzan, saltan y pican

Torogil, muria y azahar.

Los bueyes de las sospechas

El rio agotando van;

Que donde ellas se confirman,

Pocas esperanzas hay;

Y viendo que á falta de agua,

Parado el molino está,

Destá suerte le pregunta

La niña que empieza á amar:

Molinico, ¿porqué no mueles?—

Porque me beben el agua los bueyes.

Vió al amor lleno de harina,

Moliendo la libertad

De las almas que atormenta,

Y así le cantó al llegar:

Molinero sois, amor,

Y sois molidor.—

Si le soy, apartadé,

Que le enharinaré.

(Acaban el baile.)

DOÑA INES. (Ap. á Doña Juana.)

Don Gil de dos mil donaires,

A cada vuelta y mudanza

Que habeis dado, dió mil vuelta

En vuestro favor el alma.

Ya sé que á ser dueño mio

Venis: perdonad si ingrata

Antes de veros rehusé

El bien que mi amor aguarda.

¡Muy enamorada estoy!

(1) Un dije.

DOÑA CLARA. (Ap.)

¡Perdida de enamorada
Me tiene el Don Gil de perlas!

DOÑA JUANA.

(Habla aparte con Doña Ines.)

No quiero solo en palabras
Pagar lo mucho que os debo.
Aquel caballero os guarda,
Y me mira receloso:
Voyme.

DOÑA INES.

¿Son celos?

DOÑA JUANA.

No es nada.

DOÑA INES.

¿Sabeis mi casa?

DOÑA JUANA.

Y muy bien.

DOÑA INES.

¿Y no iréis á honrar mi casa,
Pues por dueño os obedece?

DOÑA JUANA.

A lo ménos á roudarla

Esta noche.

DOÑA INES.

Velaréla,

Argos toda á sus ventanas.

DOÑA JUANA.

Adios.

DOÑA CLARA. (Ap.)

¿Que se va! ¡ay de mí!

DOÑA INES.

No haya falta.

DOÑA JUANA.

No habrá falta.

(Vanse Doña Juana y Caramanchel.)

ESCENA IX.

DOÑA INES, DOÑA CLARA, DON JUAN,

MÚSICOS.

DOÑA INES.

Don Juan, ¿qué melancolia

Es esa?

DON JUAN.

Esto es dar al alma

Desengaños que la curen,

Y aborrezcan tus mudanzas.

¡Ah Ines! en fin, salí cierto

DOÑA INES.

Mi padre viene: remata,

O para despues olvida

Pesares.

DON JUAN.

Voyme, tirana;

Mas tú me lo pagarás.

(Vase.)

DOÑA INES.

¡Ay que me las jura, Clara!

Mas quiero el pié de Don Gil,

Que la mano de un monarca.

ESCENA X.

DON PEDRO, DON MARTIN. — DOÑA

CLARA, MÚSICOS.

DON PEDRO.

Ines.

DOÑA INES.

Padre de mis ojos,

Don Gil no es hombre, es la gracia,

La sal, el donaire, el gusto,

Que amor en sus cielos guarda:

Ya le he visto, ya le quiero,

Ya le adoro, ya se agravia

El alma con dilaciones

Que martirizan mis ansias.

DON PEDRO.

(Habla aparte con Don Martin.)

Don Gil, ¿cuándo os vió mi Ines?

DON MARTIN.

Si no es al salir de casa,
Para venir á esta buerta,
No sé yo cuándo.

DON PEDRO.

Eso basta.

Milagros, Don Gil, han sido

Desa presencia bizarra.

Negociado habeis por vos:

Llegad, y daldá las gracias.

DON MARTIN.

Señora, no sé á quién pida

Méritos, obras, palabras

Con que encarecer la suerte

Que á tanto bien me levanta.

¿Posible es que solo el verme

En la calle os diese causa

A tanto bien? ¿Es posible

Que me admitis, prenda cara?

Dadme....

DOÑA INES.

¿Qué es esto? ¿Estáis loco?

Yo por vos enamorada!

Yo á vos ¿cuándo os ví en mi vida?

¿Hay mas donosa maraña?

DON PEDRO.

Hija, Ines, ¿perdiste el seso?

DON MARTIN. (Ap.)

¿Qué es esto, cielos?

DON PEDRO.

¿No acabas

De decir que á Don Gil viste?

DOÑA INES.

Pues bien....

DON PEDRO.

¿Su tallo no ensalzas?

DOÑA INES.

Digo que es un ángel, pues.

DON PEDRO.

¿No le ofreces si y palabra

De esposa?

DOÑA INES.

¿Qué sacas deso?

Que de mis quicios me sacas.

DON PEDRO.

Que á Don Gil tienes presente.

DOÑA INES.

¿A quién?

DON PEDRO.

Al mismo que alabas.

DON MARTIN.

Yo soy Don Gil, Ines mía.

DOÑA INES.

¿Vos Don Gil?

DON MARTIN.

Yo.

DOÑA INES.

¡La hobada!

DON PEDRO.

Por mi vida, que es el mismo.

DOÑA INES.

¿Don Gil tan lleno de barbas?

Es el Don Gil que yo adoro,

Un Gilito de esmeraldas.

DON PEDRO.

Ella está loca, sin duda.

DON MARTIN.

Valladolid es mi patria.

DOÑA INES.

De allá es mi don Gil tambien.

DON PEDRO.

Hija, mira que te engañas.

DON MARTIN.

En toda Valladolid

No hay, Doña Ines de mi alma,

Otro Don Gil, sino es yo.

DON PEDRO.
¿Qué señas tiene ese? Aguarda

DOÑA INES.
Una cara como un oro,
De almibar unas palabras,
Y unas calzas todas verdes,
Que cielos son, y no calzas.
Agora se va de aquí.

DON PEDRO.
¿Don Gil de cómo se llama?

DOÑA INES.
Don Gil de las calzas verdes,
Le llamo yo, y esto basta.

DON PEDRO.
Ella ha perdido el juicio.
¿Qué será esto, Doña Clara?

DOÑA CLARA.
Que á Don Gil tengo por dueño.

DOÑA INES.
¿Tú?

DOÑA CLARA.
Yo pues; y en yendo á casa,
Procuraré que mi madre
Me case con él.

DOÑA INES.
El alma

DON MARTIN.
Te haré yo sacar primero.

DON PEDRO.
¿Hay tal Don Gil!

DON PEDRO.
Tus mudanzas
Han de obligarme....

DOÑA INES.
Una Doña Clara, que es
Prima de mi Doña Ines,
Tambien me quiere de modo.
Que á su madre ha persuadido,
Si viva la quiere ver,
Que me la dé por mujer.

DON PEDRO.
Amor de calzas

DON MARTIN.
Calzas verdes

DON PEDRO.
Me pongo desde mañana,
Si esta color apetece.

DON PEDRO.
Ven, loca.

DOÑA INES. (Ap.)
¿Ay Don Gil del alma!

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Doña Juana.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA, de mujer. — QUINTANA.

QUINTANA.
No sé á quién te comparar:
Pedro de Urdemalas eres;
¿Pero cuándo las mujeres
No supistes enredar?

DOÑA JUANA.
Esto, Quintana, hasta aquí
Es lo que me ha sucedido.
Doña Ines pierde el sentido
Con la libertad por mí;
Don Martin anda buscando
Este Don Gil que en su amor
Y nombre es competidor;
Mas con tal recato ando
Huyéndole la presencia,

Que desatinado entiende
Que soy hechicero ó duende.
Pierde el viejo la paciencia,
Porque la tal Doña Ines
Ni sus ruegos obedece,
Ni á Don Martin apetece;
Y de tal manera es
El amor que me ha cobrado,
Que como no vuelvo á vella,
Desde entónce atropella
Con pundonores de estado;
Y como de mí no sabe,
No hay paje ó criado en casa
Ni gente por ella pasa,
Con quien llorando no acabe
Que me busque.

QUINTANA.
Si te pierdes,
Quizas te pregona.

DOÑA JUANA.
A los que me buscan da
Por señas mis calzas verdes.
Un Don Juan que la servia,
Loco de ver su desden,
Para matarme tambien
Me busca.

QUINTANA.
Señora mía,
Ojo á la vida; que anda
En terrible tentacion!
Procede con discrecion,
O perderás la demanda.

DOÑA JUANA.
Yo me libraré de todo.
Una Doña Clara, que es
Prima de mi Doña Ines,
Tambien me quiere de modo.
Que á su madre ha persuadido,
Si viva la quiere ver,
Que me la dé por mujer.

QUINTANA.
Harás notable marido.

DOÑA JUANA.
A este fin me hace buscar
Casi, Quintana, á pregones
Por posadas y mesones,
Sin cansarse en preguntar
Por un Don Gil de unas calzas
Verdes, de Valladolid.

QUINTANA.
¿Señas son para Madrid
Buenas! Bien tu ingenio ensalzas.

DOÑA JUANA.
El criado, que te dije
Que en partiéndote de mí,
En la Puente recibí,
Tambien confuso se afige;
Porque desde ayer acá
No ha podido descubrirme;
Ni yo cese de reirme
De ver cuál viene y cuál va,
Buscándome como aguja
Por esta calle, despues
De saber de Doña Ines
Si me esconde alguna bruja,
Y como no halla noticia
De mí, afirmará por cierto
Que el dicho Don Juan me ha muerto.

QUINTANA.
Pondrále ante la justicia.

DOÑA JUANA.
Bien puede ser, porque es fiel,
Gran servicial, ludo humor,
Y me tiene extraño amor.

QUINTANA.
¿Lámase?

DOÑA JUANA.
Caramanchel.

QUINTANA.
Pues bien, agora ¿á qué fin
Te has vuelto mujer?

DOÑA JUANA.
Engaños

Son todos nuevos y extraños
En daño de Don Martin.
Esta casa alquilé ayer
Con su servicio y ornato.

QUINTANA.
Aunque no saldrá barato,
No es nuevo agora el haber
En Madrid quien una casa
Dé, con todo su apatusco:
El por qué la alquilas busco.

DOÑA JUANA.
Oye, y sabrás lo que pasa.
Pared enmedio de aquí
Vive Doña Ines, la dama
De Don Martin que me ama.
Esta mañana la vi,
Y dándome el parabien
De la nueva vecindad.
Tenemos brava amistad;
Porque afirma quiere bien
A un galán de quien retrato
Soy vivo, y que en mi presencia
La aflige ménos la ausencia
De su proceder ingrato.
Si yo su vecina soy,
Podré saber lo que pasa
Con Don Martin en su casa;
Y como tan cerca estoy,
Fácilmente desharé
Cuanto trazare en mi daño.

QUINTANA.
Retrato eres del engaño.

DOÑA JUANA.
Y mi remedio será.

QUINTANA.
En fin, vienes á tener
Dos casas.

DOÑA JUANA.
Con mi escudero
Y lacayo.

QUINTANA.
¿Y el dinero?

DOÑA JUANA.
Joyas tengo que vender
O empeñar.

QUINTANA.
¿Y si se acaban?

DOÑA JUANA.
Doña Ines contribuirá;
Que no ama quien no da.

QUINTANA.
En otros tiempos no daban.
Vuélvome pues á Vallecas,
Hasta ver destas marañas
El fin.

DOÑA JUANA.
Di de mis hazañas.

QUINTANA.
Yo apostaré que te truecas
Hoy en hombre y en mujer
Veinte veces.

DOÑA JUANA.
Las que viere
Que mi remedio requiere,
Porque todo es menester;
Mas ¿sabes lo que he pensado
Primero que allá te partas?
Que con un pliego de cartas
Finjas que ahora has llegado
De Valladolid en busca
De mi amante.

QUINTANA.
¿Y á qué fin?

DOÑA JUANA.

Trae sospechas Don Martín
De que quien su amor ofusca
Soy yo, que en su seguimiento
Desde mi patria he venido,
Y soy el Don Gil fugido.
Para que este pensamiento
No le asegure, será
Bien fingir que yo le escribo
Desde allá, y que por él vivo
Como quien sin alma está.
Dirásle tú que me dejas
En un convento encerrada,
Con sospechas de preñada,
Y darásle muchas quejas
De mi parte; y que si sabe
Mi padre de mi preñez,
Malogrará su vejez,
O me ha de dar muerte grave.
Con esto le desatino,
Y creyendo que allá estoy,
No dirá que Don Gil soy.

QUINTANA.

Voime á poner de camino.

DOÑA JUANA.

Y yo á escribir.

QUINTANA.

Vamos pues:
Darásme la carta escrita.

DOÑA JUANA.

Vén, que espero una visita.

QUINTANA.

¿Visita?

DOÑA JUANA.

De Doña Ines.

(*Vanse Doña Juana y Quintana por una puerta, y salen por otra Doña Ines y Don Juan.*)

ESCENA II.

DOÑA INES, *cen manto*. — DON JUAN.

DOÑA INES.

Don Juan, donde no hay amor,
Pedir celos es locura.

DON JUAN.

¿Que no hay amor?

DOÑA INES.

La hermosura

Del mundo tanto es mayor,
Cuanto es la naturaleza
Mas varia en él; y así quiero
Ser mudable, porque espero
Tener así mas belleza.

DON JUAN.

Si la que es mas variable,
Esa es mas bella, en ti fundo
La hermosura deste mundo,
Porque eres la mas mudable.
¿Por un rapaz me desprecias,
Antes de saber quién es?
¿Por un niño, Doña Ines!

DOÑA INES.

Excusa palabras necias,
Y mira, Don Juan, que estoy
En casa ajena.

DON JUAN.

¿Inconstante.....!

No lograrás á tu amante.
A matar tu Don Gil voy.

DOÑA INES.

¿A qué Don Gil?

DON JUAN.

Al rapaz,
Ingrata, por quien te pierdes.

DOÑA INES.

Don Gil de las calzas verdes
No es quien perturba tu paz.
Así nos dé vida Dios,

Que no le he visto despues
De aquella tarde. Otro es
El Don Gil que priva.

DON JUAN.

¿Hay dos?

DOÑA INES.

Si, Don Juan, que el Don Gilico,
O fingió llamarse así,
O si á vivir vino aquí
De asiento, te certifico
Que de todos se burló.
El que de casa te ha echado
Es un Don Gil muy barbado,
A quien aborrezco yo;
Pero quiereme casar
Con él mi padre, y es fuerza
Que por darle gusto, tuerza
Mi inclinacion. Si á matar
Estotro Don Gil te atreves,
De Albornoz tiene el renombre;
Y aunque dicen que es muy hombre,
Como amor y ánimo lleves,
El premio á mi cuenta escribe.

DON JUAN.

¿Don Gil de Albornoz se llama?

DOÑA INES.

Ansí lo dice la fama,
Y en casa del Conde vive,
Nuestro vecino.

DON JUAN.

¿Tan cerca?

DOÑA INES.

Por tenerme cerca á mi.

DON JUAN.

¿Y qué! ¿le aborreces?

DOÑA INES.

Si.

DON JUAN.

Pues si con su muerte merca
Mi fe tu amor, el laurel
Ya mi cabeza previene;
Que te hago voto solene
Que pueden doblar por él.

(Vase.)

ESCENA III.

DOÑA INES.

¡Ojalá! Que desta suerte
Aseguraré la vida
De Don Gil por que la perdida
Es hoy, pues condole muerte,
Me dará honor, y mi padre
No aumentará mi tormento
Con su casamiento,
Por mas que su hacienda cua ire
A su avaricia maldita.

ESCENA IV.

DOÑA JUANA, *de mijer*; VALDIVIESO. — DOÑA INES.

DOÑA JUANA.

¡Oh Señora Doña Ines!

¿En mi casa? El interes
Estimo desta visita.
En verdad que iba yo á hacer
En este punto otro tanto.
¡Hola! ¿no hay quien quite el manto
A Doña Ines?

VALDIVIESO. (*Ap. á Doña Juana.*)

¿Qué ha de haber?

¿Que dueñas has recibido,
O doncellas de labor?
¿Hay otra vieja de honor
Mas que yo?

DOÑA JUANA.

No habrá venido

Esperancilla ni Vega.
¡Jesus! ¿y qué de ello pasa
La que mudando de casa,

Hacienda y trastos trasiega!
Quitáde vos ese manto,
Valdivieso.

(*Valdivieso quita el manto á Doña Ines, y se retira.*)

ESCENA V.

DOÑA JUANA, DOÑA INES.

DOÑA INES.

Doña Elvira,
Tu cara y talle me admira
De tu donaire me espanto.

DOÑA JUANA.

Favorécesme, aunque sea
En nombre ajeno; ya sé
Que bien te parezco, en fe
Del que tu gusto desea.
Seré como la ley vieja,
Que tendré gracia en virtud
De la nueva.

DOÑA INES.

Juventud

Tienes harta: extremos deja;
Que aunque no puedo negar
Que te amo, porque pareces
A quien adoro, mereces
Por tí sola enamorar
A un Adónis, á un Narciso,
Y al sol que tus ojos viere.

DOÑA JUANA.

Pues yo sé quien no me quiere,
Aunque otros tiempos me quiso.

DOÑA INES.

¿Maldígale Dios! ¿Quién es
Quien se atreve á darte enojos?

DOÑA JUANA.

Las lágrimas á los ojos
Me sacaste, Doña Ines.
Mudemos conversacion;
Que refrescas la memoria
De mi lamentable historia.

DOÑA INES.

Si la comunicacion
Quita la melancolía,
Y en nuestra amistad consientes,
Tu desgracia es bien me cuentes,
Pues ya te dije la mia.

DOÑA JUANA.

No, por tus ojos; que amores
Ajenos cansan.

DOÑA INES.

Ea, amiga.....

DOÑA JUANA.

En fin, ¿quieres te la diga?
Pues escuchame, y no llores.
En Burgos, noble cabeza
De Castilla, me dió el sér
Don Rodrigo de Cisneros,
Y sus desgracias con él.
Nací amante, ¿qué desdicha!
Pues desde la cuna amé
A un Don Miguel de Ribera,
Tan gentil como cruel.
Correspondió á los principios,
Porque la voluntad es
Cambio (1), que entra caudaloso,
Pero no tarda en romper.
Llegó nuestro amor al punto
Acostumbrado, que fué
A pagar yo de contado,
Fiada en su prometer.
Dióme palabra de esposo.....
¡Mal haya la simple, amen,
Que no escarmenta en palabras,
Cuando tantas rotas ve!
Partióse á Valladolid:
Causado debió de ser.

(1) Cambista.

Estaba sin padres yo,
Súpelo, fulme tras él,
Engañóme con achaques,
Y ya sabes, Doña Ines,
Que el amor que anda achacoso,
De achaques muere tambien.
Dáble su casa y mesa
Un primo que Don Miguel
Tenia, mozo y gallardo,
Rico, discreto y cortés:
Llamábase este Don Gil
De Albornoz y Coronel,
Be un Don Martin de Guzman
Amigo, pero no fiel.
Sucedio que al Don Martin
Y á su padre Don Andres,
Les escribió desta corte
(Tu padre pienso que fué)
Pidiéndole para esposo
De una hermosa Doña Ines,
Que si mal no conjeturo,
Tú sin duda debes ser.
Habia dado Don Martin
A una Doña Juana fe
Y palabra de marido;
Mas ne osándola romper,
Ofreció este casamiento
Al Don Gil; y el interes
De tu dote apetecible
Alas le puso á los piés.
Dióle cartas de favor
El viejo, y quiso con él
Partirse al punto á esta corte
Nueva imagen de Babel.
Comunicó intento y cartas
Al amigo Don Miguel,
Mi ingrato dueño, ensalzando
La hacienda, belleza y sér
De su pretendida dama
Hasta los cielos; que fué
Echar fuego al apetito,
Y su codicia encender.
Enamoróse de oidas
Don Miguel de tí: al poder
De tu dote lo atribuye,
Que ya amor es mercader;
Y atropellando amistades,
Obligaciones, deudo y fe
De Don Gil, le hurtó las cartas
Y el nombre, porque con él
Disfrazándose, á esta corte
Vino, pienso que no há un mes
Vendiéndose por Don Gil,
Te ha pedido por mujer:
Yo, que sigo como sombra
Sus pasos, vine tras él,
Sembrando por los caminos
Quejas, que vendré á coger
Cómadas de desengaños,
Que es caudal del bien querer.
Sabiedo Don Gil su agravio,
Quiso seguirle tambien,
Y encontrámonos los dos,
Siendo fuerza que con él
Caminase hasta esta corte
Habrà nueve dias ó diez,
Donde aguardo la sentencia
De mi amor, siendo tú el juez.
Como vine con Don Gil,
Y la ocasion siempre fué
Amiga de novedades
(Que hasta, en fin, ser mujer),
La semejanza hechicera
De los dos pudo encender.
Mirándose él siempre en mí,
Y yo mirándome en él,
Descuidos. Enamoróse
Con tantas veras.....

DOÑA INES.

¿De quién?

DOÑA JUANA.

De mí.

DOÑA INES.
¿Don Gil de Albornoz?

DOÑA JUANA.

Don Gil, á quien imité
En el talle y en la cara,
De suerte, que hizo un pincel
Dos copias y originales
Prodigiosos esta vez.

DOÑA INES.

¿Uno de unas calzas verdes?

DOÑA JUANA.

Y tan verdes como él,
Que es abril de la hermosura,
Y del donaire Aranjuez.

DOÑA INES.

Bien le quieres, pues le alabas.

DOÑA JUANA.

Quisierale, amiga, bien,
Si bien no hubiera querido
A quien mal supo querer.
Tengo esposo, aunque mudable;
Soy constante, aunque mujer;
Nobleza y valor me ilustran;
Aliento, y no celos, ten;
Que despreciando á Don Gil,
Y viendo que Don Miguel
Tiene ya el sí de tu padre,
Si sin tí le puede haber,
Hice alquilar esta casa,
Donde de cerca sabré
El fin de tantas desdichas
Como en mis sucesos ves.

DOÑA INES.

¿Que Don Miguel de Ribera
El Don Gil fingido fué,
Que dueño tuyo y tu esposo
Quiere que yo el sí le dé?

DOÑA JUANA.

Esto es cierto.

DOÑA INES.

¿Que el Don Gil
Verdadero y cierto fué
Aquel de las verdes calzas?
¿Triste de mí! ¿Qué he de hacer
Si te sirve, cara Elvira?
Y aun por eso no me ve;
Que no le bastan dos ojos
Para llorar tu desden.

DOÑA JUANA.

Como á Don Miguel desprecies,
Tambien yo desdeñaré
A Don Gil.

DOÑA INES.

¿Pues deso dudas
Hombre que tiene mujer,
¿Cómo puede ser mi esposo?
No temas eso.

DOÑA JUANA.

Pues vén;
Que á Don Gil quiero escribir
En tu presencia un papel,
Que llevará mi escudero,
Y su muerte escrita en él.

DOÑA INES.

¿Ay Elvira de mis ojos!
Tu esclava tengo de ser.

DOÑA JUANA. (Ap.)

Ya esta boba está en la trampa.
Ya soy hombre, ya mujer,
Ya Don Gil, ya Doña Elvira;
Mas si amo, ¿qué no seré? (Vanse.)

Calle.

ESCENA VI.

DON MARTIN, QUINTANA.

DON MARTIN.

¿Y qué! ¿tú mismo la dejas

En un convento, Quintana?

QUINTANA.

Yo mismo, á tu Doña Juana,
En San Quirce, dando quejas
Y suspiros, porque está
Con indicios de preñada.

DON MARTIN.

¿Cómo?

QUINTANA.

No la pára nada
En el estómago, y da
Unas arcadas terribles;
La basquiña se le aova;
Pésale mas que una arroba
El paso que da; imposibles
Se le antojan..... Vituperio
De su linaje serás,
Si á consolarla no vas,
Y pare en el monasterio.

DON MARTIN.

Quintana, jurara yo
Que desde Valladolid
Habia venido á Madrid
A perseguirme.

QUINTANA.

Eso no.

Ni haces bien en no tenella
En opinion mas honrada.

DON MARTIN.

¿No pudiera disfrazada
Seguirme?

QUINTANA.

¿Bonita es ella!

Esta es la hora que está
Rezando entre sus iguales
Los salmos penitenciales
Por tí. Esa carta ¿no da
Certidumbre que te digo
La verdad?

DON MARTIN.

Quintana, sí.

Las quejas que escribe aquí
Mucho han de poder conmigo.
Vine á cierta pretension
A Madrid, que el Rey confirme
Y parti sin despedirme
Della, por la dilacion
Forzosa que en mi partida
Su amor habia de poner:
Pero pues llevo á saber
Que corre riesgo su vida,
Y que mi amor coge el fruto
Que su hermosura me ofrece,
Cualquier tardanza parece
Pronóstico de mi luto.
Partiréme esta semana
Sin falta, concluya ó no
A lo que vine.

QUINTANA.

Pues yo

Tomo la posta mañana,
Y á pedirle me adelanto
Las albricias.

DON MARTIN.

Bien harás.

Hoy esta corte verás,
Y yo escribiré entretanto.
¿Dónde tienes la posada?
Que no te llevo á la mia
Porque malograr podría
Una traza comenzada,
Que despues sabrás despacio.

QUINTANA.

Junto al meson de Paredes
Vivo.

DON MARTIN.

Bien.

QUINTANA.

Mañana puedes,
Si tienes de ir á palacio,
Darme las cartas allá.

DON MARTIN.

En buen hora. (Ap. No he querido.
Que vaya donde he fingido
Ser Don Gil; que deshará
La máquina que levanto.)

QUINTANA. (Ap.)

Voyme pues á negociar.

DON MARTIN.

Adios.

QUINTANA. (Ap.)

¿En qué ha de parar,
Cielos, embeleco tanto?

(Vase.)

ESCENA VII.

DON MARTIN.

Rasta, que ya padre soy,
Basta, que está Doña Juana
Preñada. Afición liviana,
Villano pago le doy.
Con un hijo, es torpe modo
El que aquí pretender quiero,
Indigno de un caballero.
Pongamos remedio en todo,
Dando la vuelta á mi tierra.

ESCENA VIII.

DON JUAN.—DON MARTIN.

DON JUAN.

Señor Don Gil de Albornoz,
Si como corre la voz.
Valor vuestro pecho encierra
Para lucir el acero.
Al paso que pretender
Contra su gusto mujer.
Pensamiento algo grosero;
Yo, que soy interesado
En esta parte, quisiera
Que saliésemos afuera
Del lugar, y que en el prado
O puente, sin que delante
Tuviésemos tanta gente,
Mostrádeses ser valiente.
Como mostrais ser amante.

DON MARTIN.

La cólera requemada
Cortad por lo que os importa;
Que para quien no la corta,
Corta cóleras mi espada,
Y yo que mas flema tengo,
No riño sin ocasión.
Si vos teneis afición,
Cuando yo á casarme vengo,
Y me aborrece mi dama;
Pues en su mano dejo
Naturaleza el sí y no,
Y vos presumis que os ama;
Pretendámosla los dos;
Que cuando el no me dé á mí,
Y vos salgais con el sí,
No reñiré yo con vos.

DON JUAN.

Ella me ha dicho que es fuerza
Hacer de su padre el gusto;
Y que amándola, no es justo
La deje casar por fuerza;
Y en fe desta sinrazon,
O nos hemos de matar,
O no os habeis de casar,
Dejando su pretension.

DON MARTIN.

Doña Ines dice que quiere
A su padre obedecer,
Y mi esposa admite ser?

DON JUAN.

A su inclinacion prefiere
La caduca voluntad
De su padre.

DON MARTIN.

Y por ventura,

Perder esa coyuntura
¿No sería necesidad?
Si con lo que yo procuro
Salgo, ¿no es torpe imprudencia
El poner en contingencia
Lo que ya tengo seguro?
Muy bueno fuera, por Dios,
Que despues de reducida,
Si yo no os quito la vida,
Me la quitádeses vos,
Perdiendo mujer tan bella,
Y que despues de adquirido
El nombre de su marido,
Os la dejase doncella!
No, señor: pernitid vos
Que logre de Doña Ines
La belleza, y de allí á un mes
Podrémos reñir los dos.

DON JUAN.

O haced de mi poco caso,
O teneis poco valor;
Pero á vuestro necio amor
Sabré yo atajar el paso
En parte donde no tema
El favor que aqui os provoca. (Vase.)

ESCENA IX.

DON MARTIN.

Para su cólera loca,
No ha sido mala mi flema.
Si está Doña Ines resuelta,
Y á ser mi esposa se allana,
Perdonará Doña Juana,
Y mi amor dará la vuelta,
Si á Valladolid queria
Llevarme; que el interes
Y helad de Doña Ines
Excusan la culpa mia.

ESCENA X.

OSORIO.—DON MARTIN.

OSORIO.

Gracias á Dios que te veo.

DON MARTIN.

Seas, Osorio, bien venido.
¿Hey cartas?

OSORIO.

Cartas ha habido.

DON MARTIN.

¿De mi padre?

OSORIO.

En el correo,
A la mitad de su lista,
A ciento y doce lei
Este pliego para ti. (Dásele.)

DON MARTIN. (Abriéndole.)

Libranza habrá á letra vista.

OSORIO.

¿Quién duda?

DON MARTIN.

Este sobrescrito

Dice: «A Don Gil de Albornoz.»

OSORIO.

Corre por tí la tal voz.

DON MARTIN.

Estotra cubierta quito.

(Lee.) A mi hijo Don Martin.

Y estotra.. (Lee.) A Agustín Solter
De Camargo, mercader.

OSORIO.

Bien haya el tal Agustín,
Si en él nos libran dinero.

DON MARTIN.

Eso, Osorio, es cosa cierta.

OSORIO.

¿Adónde vive?

DON MARTIN.

A la puerta
De Guadalajara.

OSORIO.

Quiero
Besarla por lo que á mí
Me toca; que ya no habia
Casi blanca.

DON MARTIN.

Abro la mia
Primero.

OSORIO.

Bien.

DON MARTIN.

Dice así.

(Lee.) «Hijo: Cuidadoso estaré has-
ta saber el fin de vuestra pretension,
cuyos principios, segun me avisais,
prometen buen suceso: para que le
consigais, os remito esa libranza de
mil escudos, y esa carta para Agustín
Solier, mi correspondal. Digo en ella
que son para Don Gil de Albornoz, un
deudo mio: no vais vos á cobrarlos,
porque os conoce, sino Osorio, di-
ciendo que es mayordomo de dicho
Don Gil. Doña Juana de Solis falta de
su casa desde el dia que os partistes;
si en ella estan confusos, no lo ando
yo menos, temiendo os haya seguido
y impida lo que tan bien nos esta.
Abreviad lances, y en desposándoos,
avisadme para que yo al punto me
ponga en camino, y tengan fin estas
marañas. — Dios os me guarde como
desco. Valladolid y agosto, etc. —
Vuestro padre.»

OSORIO.

¿No escuchas que Doña Juana
Falta de su casa?

DON MARTIN.

Ya

Yo sé dónde oculta está:
Agora llegó Quintana
Con carta suya, y por ella
He sabido que encerrada
Está en San Quirce, y preñada.

OSORIO. (Ap.)

Parirá en fe de doncella.

DON MARTIN.

Huyóse sin avisar
A su padre; que afligida
De celos de mi partida,
No la darian lugar
El sobresalto y la prisa;
Y esta será la ocasion
De la pena y confusion
Que aquí mi padre me avisa;
Pero entretendrála agora
Escribiéndola, y despues
Que posea á Doña Ines,
Puesto que mi ausencia llora,
La diré que tome estado
De religiosa.

OSORIO.

Si está
En San Quirce, ya tendrá
Lo mas del camino andado.

ESCENA XI.

AGUILAR.—DON MARTIN, OSORIO.

AGUILAR.

¿Es el señor Don Gil?

DON MARTIN.

Soy

Amigo vuestro, Aguilar

AGUILAR.

Don Pedro os envía á llamar,
Y por buena nueva os doy
Que pretende hoy desposaros
Con su sucesora bella,
Aunque llantos atropella.

DON MARTIN.

Quisiera en albricias daros
El Potosí: esta cadena,
Aunque de poco valor,
En fe de vuestro deudor...
(*Va á echarse las cartas en la faltriquera; méte las por entre la sotanilla, y cénsele en el suelo.*)

AGUILAR.

Para mal de ojos es buena.

DON MARTIN.

Vamos, y irás á cobrar
Esos escudos, Osorio;
Que si es hoy mi desposorio,
Todos los he de emplear
En joyas para mi esposa.

OSORIO.

Para su belleza es poco.

(Ap. d. Don Martin.)

Bien se dispone.

DON MARTIN.

(Ap. d. Osorio. Estoy loco.)

¡Ay mi Doña Ines hermosa! (Vanse.)

ESCENA XII.

DOÑA JUANA, de hombre, CARAMANCHEL.

CARAMANCHEL.

No he de estar mas un instante,
Señor Don Gil invisible,
Con vos; que es cosa terrible
Desapareceros delante
De los ojos.

DOÑA JUANA.

Si me pierdes.

CARAMANCHEL.

Un pregonero he cansado
Diciendo: «El que hubiere haliado
A un Don Gil, con calzas verdes,
Perdido de ayer acá,
Digalo, y daránle luego
Su hallazgo». Ved; qué sosiego
Para quien sin blanca está!
Un real de misas he dado
A las ánimas por vos,
Y á San Antonio otros dos,
De lo perdido abogado.
No quiero mas tentación;
Que me dais que sospechar
Que sois duende ó familiar,
Y temo á la inquisición.
Pagadme, y adios.

DOÑA JUANA.

Yo he estado

Todo este tiempo escondido
En una casa, que ha sido
Mi cielo, porque he alcanzado
La mejor mujer en ella
De Madrid.

CARAMANCHEL.

¿Chanzas hacéis?

¿Mujer vos?

DOÑA JUANA.

Yo.

CARAMANCHEL.

¿Pues tenéis

Dientes vos para comella?
¿Es acaso Doña Ines,
La dama de la huerta,
Por las verdes calzas muerta?
Sí será.

DOÑA JUANA.

A lo ménos es

Otra mas bella, que vive
Pegada á la casa desa.

CARAMANCHEL.

¿Es juguetona?

DOÑA JUANA.

Es traviesa.

CARAMANCHEL.

¿Da?

DOÑA JUANA.

Lo que tiene.

CARAMANCHEL.

¿Y recibe?

DOÑA JUANA.

Lo que la dan.

CARAMANCHEL.

Pues retira

La bolsa, iman de una dama

¿Lámase?

DOÑA JUANA.

Elvira se llama.

CARAMANCHEL.

Elvira, pero sin vira.

DOÑA JUANA.

Vén, llevarásme un papel.

CARAMANCHEL. (*Repara en las cartas que se le cayeron á Don Martin, y las alza.*)

Dellos hay un pliego aquí.

Oye, que son para ti.

DOÑA JUANA.

¿Para mí, Caramanchel?

CARAMANCHEL.

El sobrescrito rasgado

Dice: «A Don Gil de Albornoz».

DOÑA JUANA.

Muestra. (Ap. ¡Ay cielos!)

CARAMANCHEL.

En la voz

Y cara te has alterado.

DOÑA JUANA.

Dos cerradas y una abierta
Vienen.

CARAMANCHEL.

Mira para quién.

DOÑA JUANA.

Pronósticos de mi bien

Hacen mi ventura cierta.

(Lee.) A Don Pedro de Mendoza

Y Velasquez. Este es

El padre de Doña Ines.

CARAMANCHEL.

Algun galán de la moza

Te pone por medianero

Con su padre, que querrá

Que le cases.

DOÑA JUANA.

Y hallará

A propósito el tercero.

CARAMANCHEL.

Mira esotro sobrescrito.

DOÑA JUANA.

Dice aquí: A Agustín Solier

De Camargo, mercader.

CARAMANCHEL.

Ya le conozco, un corito

Es, que tiene mas caudal

De cuantos la puerta ampara

Aquí de Guadalajara.

DOÑA JUANA.

Pues tenlo á buena señal.

Esta abierta es para mí.

CARAMANCHEL.

Mírala.

DOÑA JUANA. (Ap.)

¿Quién duda que es

El pliego de Don Andres

Para Don Martin? (Léele para sí.)

CARAMANCHEL.

¿Que así

Haya quien hurte en la corte

Las cartas? ¡Delito grave!

Pero si las nuevas sabe

A costa no mas del porte,

¿Quién las dejará de ver?

A alguno que las sacó

Y el pliego por yerro abrió,

Se le debió de caer.

DOÑA JUANA. (Ap.)

¡Dichosa soy en extremo!

A buen presagio he tenido

Que á mi mano hayan venido

Estas cartas. Ya no temo

Mal suceso.

CARAMANCHEL.

¿Cuyas son?

DOÑA JUANA.

De un mi tío de Segovia.

CARAMANCHEL.

A Ines querrá para novia.

DOÑA JUANA.

Acertaste su intencion.

Una libranza me envía

Para que joyas la dé

De hasta mil escudos.

CARAMANCHEL.

Fué

Mi sospecha profecía.

¿Vendrá en Agustín Solier

Librada?

DOÑA JUANA.

En esta le escribe

Que los dé luego.

CARAMANCHEL.

Recibe

El dinero en tu poder,

Y no me despediré

De ti en mi vida.

DOÑA JUANA. (Ap.)

A Quintana

Voy á buscar. ¡Qué mañana

Tan dichosa! ¡Con buen pié

Me levanté hoy! Marañías

Traza nuevas mi venganza.

Hoy cobrará la libranza

Quintana, y de mis hazañas

Verá presto el fin sutil.

CARAMANCHEL.

Por si otra vez te me pierdes,

Me encajo tus calzas verdes.

DOÑA JUANA.

Hoy sabrán quién es Don Gil.

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA XIII.

DOÑA INES, DON PEDRO.

DOÑA INES.

Digo, señor, que vives engañado,
Y que el Don Gil fingido que me ofreces,
No es Don Gil, ni jamas se lo han llamado.

DON PEDRO.

¿Por qué mintiendo, Ines, me desvane-

[hombre?

Don Andres, ¿no me ha escrito por este

¿No dices que es Don Gil el que aborre-

DOÑA INES.

Don Miguel de Cisneros es su nombre,

Con una Doña Elvira desposado; ¡bre,

Su patria es Burgos; porque mas te asom-

La misma Doña Elvira me ha contado

Todo el suceso, que en su busca viene,

Y del mismo Don Gil es un traslado.

Pared en medio de la casa tiene

La suya; hablarla puedes y informarte.
De todo este embeleco, que es solene.

DON PEDRO.

Advierte, Ines, que debe de burlarte,
Pues no puede ser falsa aquesta firma,
Ni á la naturaleza engaña el arte.

DOÑA INES.

Pues si esa carta tu opinion confirma,
Repara en que Don Gil el verdadero,
En quien mi voluntad su amor confirma,
Es un gallardo y jóven caballero,
Que por la gracia de un verde vestido
Con que le vien la huerta el dia primero,
Calzas Verdes le di por apellido.
Este, pues, por la fama aficionado
De mí ó mi dote, y luego persuadido
De Don Andres á que tomase estado,
Le hizo que viniese con el pliego
En su abono, que tanto te ha engañado.
Era su amigo Don Miguel, y luego
Que supo del, estando de partida,
Mi hacienda y calidad, encendió fuego
El interes que la amistad olvida;
Y sin mirar que estaba desposado
Con Doña Elvira, un tiempo tan querida,
Teniéndole en su casa aposentado,
Le hurtó las cartas una noche, y vino
En la posta á esta corte disfrazado.
Ganóle por la mano en el camino;
Fingió que era Don Gil; dióte ese pliego,
Y con él entabló su desatino.
El Don Gil verdadero vino luego,
Que fué el que vien la huerta y al que mi-
Como á su objeto mi amoroso fuego: ¡ra
No osó contradecir tan gran mentira
Por ver tan apoyado su embeleco,
Hasta que á verme vino Doña Elvira.
Esta me dijo el marañoso truco,
Y los engaños del Don Gil postizo.
Que fundas su esperanza en mármol seco.
Doña Elvira, señor, me satisfizo.
Mira lo mucho que en casarme pierdes
Con quien lo está con otra, y esto hizo.

DON PEDRO.

¡Hay semejante embuste!

DOÑA INES.

Que te acuerdes

Deste suceso importa.

DON PEDRO.

¿No veria

Yo al Don Gil de las calzas, Ines, verdes?

DOÑA INES.

Doña Elvira me dijo le enviaria
A hablarte y verme aquesta misma tarde.

DON PEDRO.

¿Pues cómo tarda?

DOÑA INES.

Aun no es pasado el dia.
¡Pero no es este, chicos! Haga alarde
Con su presencia la esperanza mia.

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA, de hombre. — DOÑA
INES, DON PEDRO.

DOÑA JUANA.

A daros satisfacion,
Señora, de mi tardanza
Vengo, y á pedir perdon,
No de que en mi haya mudanza
Sino de mi dilacion.
Hame tenido ocupado
Estos dias el cuidado
En que me puse un traidor,
Que por lograr vuestro amor,
Hasta el nombre me ha usurpado;
No falta de voluntad,
Pues desde el punto que os vi,
Os rendí la libertad.

DOÑA INES.

Yo sé que eso no es así;

Pero sea ó no verdad,
Conoced, señor Don Gil,
A mi padre que os desea,
Y entre confusiones mil,
Persuadidle á que no crea
Enredos de un pecho vil.

DOÑA JUANA.

A mucha suerte he tenido,
Señor, haberos hallado
Aquí, y llegara corrido
A no haberme asegurado
Cartas que hoy he recibido
De Don Andres de Guzman,
Que quimeras desharán
De quien con firmas hurtadas
Pretendió ver malogradas
Mis esperanzas. Si dan
Fe y crédito estos renglones,
(*Enseñale las cartas, y miralas Don Pedro.*)

Y me abona este papel,
No admitais satisfacciones
Fingidas de Don Miguel,
Ó guardaos de sus traiciones.

DON PEDRO.

Yo estoy, señor, satisfecho
De lo que decís y afirma
Vuestro generoso pecho.
Esta letra, y esta firma,
Del agravio que os he hecho
(Si es que soy yo quien le hice)
Fué la causa, y agora es
Favor con que os autorice.
Sí, letra es de Don Andres.

(*Mira las cartas otra vez.*)

Quiero mirar lo que dice.

(*Lee para sí.*)

DOÑA INES.

(*Habla aparte con Doña Juana.*)

¿Cómo va de voluntad?

DOÑA JUANA.

Vos, que sus llaves teneis,
Por mi la respuesta os dad.

DOÑA INES.

Desde ayer acá queréis
Mucho nuestra vecindad.

DOÑA JUANA.

¿Desde ayer? Desde que os mira
El alma que en ella os ve,
Y en vuestra ausencia suspira.

DOÑA INES.

¿En mi ausencia?

DOÑA JUANA.

¿Pues no?

DOÑA INES.

¿A fe?

¿Y no en la de Doña Elvira?

DON PEDRO.

Aquí otra vez me encomienda
Don Andres la conclusion
De vuestra boda, y que entienda
La mucha satisfaccion
De vuestra sangre y hacienda.
¡El Don Miguel de Cisneros
Es gentil enredador!
Mucho gano en conoceros.
Hoy habeis de ser señor
Desta casa.

DOÑA JUANA.

¿Que teneros

Por dueño y padre merezco?

Mil veces me dad los pies.

DON PEDRO. (*Abrazándole.*)

Los brazos si que os ofrezco,

Y en ellos á Doña Ines.

DOÑA INES.

Mi dicha al cielo agradezco.

DOÑA JUANA. (*Abrazando á Doña Ines.*)

Desta suerte satisfago

Los celos de la vecina
Que teneis.

DOÑA INES.

Y yo desbago

Sospechas, porque me inclina
Vuestro amor.

DOÑA JUANA.

Con eso os pago.

ESCENA XV.

QUINTANA. — DICROS.

QUINTANA.

Don Gil mi señor ¿está

Aquí?

DOÑA JUANA. (*Ap. á él.*)

¿Quintana! ¿has cobrado
Libranza y escudos ya?

QUINTANA. (*Ap. á su ama.*)

En oro puro y doblado.

DOÑA JUANA.

Yo vendré á la noche acá;
Que una ocurrencia forzosa,
Mi bien, me obliga á apartar
De vuestra presencia hermosa.

DON PEDRO.

No hay para qué dilatar
El desposorio, que es cosa
Que corre peligro.

DOÑA JUANA.

Pues

Esta noche estoy resuelto
En desposarme.

DON PEDRO.

Mi Ines

Será vuestra.

DOÑA JUANA.

Habeisme vuelto

El alma al cuerpo.

DOÑA INES.

¡Interes

Dichoso!

DOÑA JUANA.

La vuelta doy

Luego.

QUINTANA. (*Ap.*)

¿Quimera sutil!

DOÑA JUANA.

Adios, que á palacio voy.

QUINTANA. (*Ap. á su ama.*)

Vamos Juana, Elvira, Gil.

DOÑA JUANA. (*Ap. á Quintana.*)

Gil, Elvira y Juana soy.

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DOÑA INES.

DON PEDRO.

¿Qué muchacho y qué discreto
Es el Don Gil! Grande amor
Le he cobrado, te prometo
Vuélvame el enredador
A casa, verá el efeto
De sus embustes.

ESCENA XVII.

DON MARTIN y OSORIO, en el fondo
— DOÑA INES, DON PEDRO.

DON MARTIN.

¿Adónde

Se me pudieron caer?

Si lo advertiste, responde?

OSORIO.

¿Pues puédelo yo saber?

Junto á la casa del Conde

¿No las leiste?

DON MARTIN.

¿Has mirado

Todo lo que hay desde allí?

OSORIO.

De modo que no he dejado
Un solo átomo hasta aquí.

DON MARTIN.

¿Hay hombre mas desdichado?
¿Pliego y escudos perdidos!

OSORIO.

Haz cuenta que los jugaste,
En vez de comprar vestidos
Y joyas.

DON MARTIN.

¿No lo miraste
Bien?

OSORIO.

Con todos mis sentidos

DON MARTIN.

Pues vuelve, que podrá ser
Los halles.

OSORIO.

¿Linda esperanza!

DON MARTIN.

Pero no: vé al mercader,
Que no acete la libranza.

OSORIO.

Eso es mejor.

DON MARTIN.

¿Qué á perder
Un pliego de cartas venga
Un hombre como yo!

OSORIO.

Aquí

Está tu dama.

DON MARTIN.

Hoy se venga
Su menosprecio de mí.

OSORIO.

Ruega á Dios que no la tenga
Pagada.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

DOÑA INES, DON MARTIN, DON
PEDRO.

DON MARTIN.

¡Oh señores! (Ap. Quiero
Disimular mi pesar.)

DON PEDRO.

¿Es digno de un caballero,
Don Miguel, el enredar
Con disfraces de embustero?
¿Es bien que os finjais Don Gil
De Alborno, si Don Miguel
Sois, y con astucias mil,
Siendo ladrón de un papel,
Queráis por medio tan vil
Usurparle á vuestro amigo
El nombre, opinion y dama?

DON MARTIN.

¿Qué decis?

DON PEDRO.

Esto que digo,
Y guardáos que desta trama
No os haga dar el castigo,
Que mereceis. Si os llamais
Vos Don Miguel de Cisneros,
¿Para qué nombres trocáis?

DON MARTIN.

¿Yo? No acabo de entenderos.

DON PEDRO.

¿Qué bien lo disimulais!

DON MARTIN.

¿Yo don Miguel?

DOÑA INES.

Ya sabemos
Que sois de Búrgos.

DON MARTIN.

Mentira

Solene.

DOÑA INES.

¡Buenos extremos!

Cumplid la fe á Doña Elvira,
O á la justicia dirémos
Cuán grande embelecador
Sois.

DON MARTIN.

¡Pues habeisme cogido
Los dos de muy buen humor,
En ocasion que he perdido
Seso y escudos! Señor,
¿Quién es el autor cruel
De quimera tan sutil?

DON PEDRO.

Sabed, señor Don Miguel,
Que el verdadero Don Gil
Se va agora de aquí, y dél
Tengo la satisfaccion
Que vuestro crédito pierde.

DON MARTIN.

¿Qué Don Gil ó maldicion
Es este?

DON PEDRO.

Don Gil el verde.

DOÑA INES.

Y el blanco de mi aficion.

DON PEDRO.

Id á Búrgos entre tanto
Que él se casa, y haréis bien,
Y no finjais ese espanto.

DON MARTIN.

¿Válgate el demonio, amen,
Por Don Gil ó por encanto!
Vive Dios, que algun traidor
Os ha venido á engañar.
Oid....

DOÑA INES.

Pasito, señor,
Que le harémos castigar
Por archi-embelecador.
(Vanse Doña Ines y Don Pedro.)

ESCENA XIX.

DON MARTIN.

¿Hay confusion semejante?
¿Que este Don Gil me persiga
Invisible cada instante,
Y que, por mas que le siga,
Nunca le encuentre delante!
Estoy tan desesperado,
Que por toparme con él
Diera cuanto he granjeado.
¿Yo en Búrgos! ¿yo don Miguel!

ESCENA XX.

OSORIO. — DON MARTIN.

OSORIO.

¿Buen lance habemos echado!

DON MARTIN.

¿Has hablado al mercader?

OSORIO.

Mas me valiera que no.
Un don Gil, ó Lucifer,
Todo el dinero cobró.
Malgesi (1) debe de ser.

DON MARTIN.

¿Don Gil?

OSORIO.

De Alborno se firma,
Dándole carta de pago.
Solier me enseñó su firma.

DON MARTIN.

Este Don Gil será estrago
De toda mi casa.

OSORIO.

Afirma

(1) Un encantado.

El Solier que anda vestido
De verde, porque te acuerdes
De lo que has por él perdido.

DON MARTIN.

Don Gil de las calzas verdes
Ha de quitarme el sentido.
Ninguno me hará creer
Sino que se disfracó,
Para obligarme á perder,
Algun demonio, y me burtó
Las cartas que al mercader
Ha dado.

OSORIO.

Hará enredos mil;
Que sabe muchas vejeces
El enemigo sutil.
Vén, señor.

DON MARTIN.

¿Jesus mil veces!
¿Válgate el diablo, el Don Gil!

ACTO TERCERO

Sala en casa de Don Martin.

ESCENA PRIMERA.

DON MARTIN, QUINTANA.

DON MARTIN.

No digas mas: basta y sobra
Saber por mi mal, Quintana,
Que murió mi Doña Juana:
Muy justa venganza cobra
El cielo de mi crueldad,
De mi ingratitud y olvido.
El que su homicida ha sido
Soy yo, no su enfermedad.

QUINTANA.

Déjame contarte el cómo
Sucedió su muerte en suma.

DON MARTIN.

Vuela el mal con pies de pluma,
Viene el bien con pies de plomo.

QUINTANA.

Llegué no poco contento
Con tu carta, en que fundé
Albricias que no cobré.
Regocijose el convento;
Saltó á una red Doña Juana;
Dijela que en breves dias
En su presencia estarias;
Que su sospecha era vana.
Leyó tu carta tres veces,
Y cuando iba á desprender
Joyas con que enriquecer
Mis albricias (todas nueces,
Gran ruido y poco fruto)
Dijéronla que venia
Su padre, y que pretendia
Convertir su gozo en luto,
Dando venganza á su honor.
Encontráronse á la par
El placer con el pesar,
La esperanza y el temor;
Y como estaba preñada,
Fué el susto tan repentino,
Que á malparir al fin vino
Una niña mal formada;
Y ella, al dar el primer grito,
Dijo *Adios, Don Mar....* y en tin
Quedándose con el tin,
Murió como un pajarito.

DON MARTIN.

No digas mas.

QUINTANA.

Ni aunque quiera
Podré, porque en pena tanta,
Tengo el alma á la garganta,
Y á un suspiro saldrá fuera.

DON MARTIN

¡Agora que no hay remedio,
Oais, temor atrevido,
Echar del alma el olvido,
Y entraros vos de por medio?
¡Agora llora y suspira
Mi pena? ¿Agora pesar?

QUINTANA. (Ap.)

No sé en lo que ha de parar
Tanta suma de mentira.

DON MARTIN.

No es posible, sino que es
El espíritu inocente
De Doña Juana el que siente
Que yo quiera á Doña Ines;
Y que en castigo y venganza
Del mal pago que la di,
Se finge Don Gil, y aquí
Hace guerra á mi esperanza.
Porque el perseguirme tanto
El no haber parte ó lugar
Adonde á darme pesar
No acuda; si no es encanto,
¿Qué otra cosa puede ser?
El no dejar casa ó calle
Que no busque por hallalle,
El nunca llegarle á ver,
El llamarse de mi nombre,
¿No es todo esto conjetura
De que es su alma que procura
Que la vengue y que me asombre?

QUINTANA.

(Ap. ¡Esto es bueno! Doña Juana
Cré que es alma que anda en pena.
¡Vió el mundo chanza mas buena?
Pues no le ha de salir vana,
Porque tengo de apoyar
Este disparate.) A mí
Parecíame hasta aquí
Lo que escuchaba contar
Desde el día que murió
Mi señora, que sería
Sueño que á la fantasía
El pesar representó;
Pero despues que te escucho
Que el alma de mi señora
Te persigue cada hora,
No tendré, señor, á mucho
Lo que en Valladolid pasa.

DON MARTIN.

¿Pues qué es lo que allá se dice?

QUINTANA.

Temo que te escandalice;
Pero no hay persona en casa
De mi señor tan osada,
Que duerma sin compañía,
Sino fui yo, desde el día
Que murió la mal lograda;
Porque se les aparece
Con vestido varonil,
Diciendo que es un Don Gil,
En cuyo hábito padece,
Porque tú con este nombre
Andas aquí disfrazado,
Y sus penas has causado.
Su padre, en traje de hombre,
Todo de verde, la vió
Una noche, y que decia
Que á perseguirte venia;
Y aunque el buen viejo mandó
Decir cien misas por ella,
Afirman que no ha cesado
De aparecerse.

DON MARTIN.

El cuidado
Causé yo de su querella.

QUINTANA.

Y es verdad, señor, que aquí
Te llamas Don Gil?

DON MARTIN.

Mi olvido

Y ingratitud ha querido
Que me llame, amigo, así.
Vine á esta corte á casarme,
Y ofendiendo su belleza,
Codiciando la riqueza
De una Doña Ines, que á darme
El justo castigo viene
Que mi crueldad mereció,
En Don Gil me trasformó.
Mi padre la culpa tiene
Destas desgracias, Quintana
Su codicia y interes.

QUINTANA.

Pues no dudes de que es
El alma de Doña Juana
La que por Valladolid
Causa temores y miedos,
Y dispone los enredos
Que te asombran en Madrid.
Pero ¿piénsaste casar
Con Doña Ines?

DON MARTIN.

Si murió
Doña Juana, y me mandó
Mi avaro padre intentar
Este triste casamiento,
No concluirle sería
De algun modo afrenta mia.

QUINTANA.

¿Cómo saldrás con tu intento
Si una alma del purgatorio
A Doña Ines solicita,
Y la esperanza te quita,
Que tienes del desposorio?

DON MARTIN.

Misas y oraciones son
Las que las almas amansan.
Que en fin con ellas descansan
Vamos, que en esta ocasion
En el Carmen y Vitoria
Haré que se digan mil.

QUINTANA. (Ap.)

A puras misas, Don Gil,
Os llevan vivo á la gloria.

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA II.

DOÑA INES, CARAMANCHEL.

DOÑA INES.

¿Dónde está vuestro señor?

CARAMANCHEL.

¡Sélo yo, aunque traiga antojos,
Y le mire con mas ojos
Que una puente? Es arador
Que de vista se me pierde:
Por mas que le busco y llamo,
Nunca quiere mi verde amo
Que en sus calzas me dé un verde
Aquí le vi no há dos credos;
Y aunque estaba en mi presencia,
Cual dinero de Valencia,
Se me perdió entre los dedos;
Mas tal anda el motolito
Por una vuestra vecina,
Que es hija de Celestina,
Y le gazió en el garlito.

DOÑA INES.

¿A vecina nuestra quiere
Don Gil?

CARAMANCHEL.

A una Doña Elvira,
Desde que le sirvo, mira
De tal suerte, que se muere,
Señora, por sus pedazos.

DOÑA INES.

¿Sabeis vos eso?

CARAMANCHEL.

Sé yo

Que esta noche la paso,
Cuando ménos, en sus brazos.

DOÑA INES.

¿Esta noche?

CARAMANCHEL.

Si. ¿Os remuerde
La conciencia? Y otras mil;
Que aunque es lampiño el Don Gil,
En obras y en nombre es verde.

DOÑA INES.

Vos sois un grande hablador,
Y mentis; porque esa dama
Es mujer de buena fama,
Y tiene mucho valor.

CARAMANCHEL.

Si es verdad, ó si es mentira,
Lo que digo sé por él,
Y por el dicho papel (Enseñasele.)
Que traigo á la tal Elvira.
Está su casa cerrada,
Y mientras que vuelve á ella
Paje, escudero ó doncella
(Que no debe haber criada,
Que no sepa lo que pasa)
Y el papel la pueda dar,
A mi amo entré á buscar,
Por si estaba en vuestra casa.

DOÑA INES.

¿De Don Gil es ese?

CARAMANCHEL.

Si.

DOÑA INES.

Pues bien, ¿por fuerza ha de ser
De amores?

CARAMANCHEL.

Llega á leer
Lo que puedas por aquí.
(Entreabriendo la carta cerrada, y señalándole las palabras que lee.)

Que yo que siempre he pecado
De curioso y resabido,
Las razones he leído
Que hácia aquí se han asomado.

¿Aquí no dice: *Ines vengo*.....

Deseo..... de mi disgusto?

¿No dice aquí: *plazo justo*.....

Y allí: *noche..... gusto tengo*.....

Y hácia aquella parte: *tarde*.....

Amor..... á Doña..... á ver voy.....

Y á aquel lado: *vuestro soy*.....

Luego: *mio. El cielo os guarde?*

¿Ved si es barro el papelillo!

Todo esto es plata quebrada:

Saque vusté, si le agrada,

El hilo por el ovillo.

DOÑA INES.

A lo ménos sacaré, (Quitasele.)

Leyéndole, el falso trato

De un traidor y de un ingrato.

CARAMANCHEL.

Eso, nones: sueltelé;

Que me reñirá Don Gil.

DOÑA INES.

Alcahuate, ¿he de dar voces?

¿He de hacer que os dén mil coces?

CARAMANCHEL.

Dos da un asno, que no mil.

DOÑA INES. (Abre el papel y lee.)

No hallo contento y gusto
Cuando con vos no le tengo,
Puesto que á ver á Ines vengo
A costa de mi disgusto.
Ya deseo el plazo justo
De volver á hacer alarde
De mi amor; y aunque esta tarde
A ver á Doña Ines voy,
No os dé celos. Vuestro soy,
Dueño mio. El cielo os guarde.
¿Qué regalado papel!

A su dueño se parece,
Tan infame que apetece
Las sobras de Don Miguel. —
¡Doña Ines le da disgusto!
¡Válgame Dios! ¿ya empalago?
¿Manjar soy que satisfago?
Antes que me pruebe el gusto?
¿Tan bueno es el de su Elvira,
Que su apetito provoca?

CARAMANCHEL.
No es la miel para la boca
Del..... *et cætera.*

DOÑA INES.
La ira
Que tengo es tal, que dejara
Un ejemplo cruel de mi,
A estar el mudable aqui.

ESCENA III.

AGUILAR. — DOÑA INES, CARAMANCHEL

AGUILAR.
Mi señora Doña Clara
Viene á verte. (Vase.)

DOÑA INES.
Pretendiente
Es tambien de este galan
Empalagado. (Ap. A Don Juan,
Que mi amor celoso siente,
He de decir que le mate,
Y me casaré con él.)
Llevad vos vuestro papel (Arrójasele.)
A esa dama, que es remate
Del gusto que en él confiesa;
Que aunque no es Lucrecia casta,
Para tan vil hombre basta
Plato que sirvió á otra mesa. (Vase.)

CARAMANCHEL.
¡Malos años! La pimienta
Que lleva la Doña Ines,
No la comerá un inglés.
¡Qué mal hice en darla cuenta
Del papel! No fui discreto;
Mas purguéme en su servicio,
Porque en gente de mi oficio
Es cual ruibarbo un secreto.
(Vase por una puerta, y salen Doña Juana y Quintana por otra.)

ESCENA IV.

DOÑA JUANA, de hombre; QUINTANA.

QUINTANA.
Misas va á decir por tí,
En fe que eres alma que anda
En pena.

DOÑA JUANA.
¿Pues no es así?
QUINTANA.
Mas no deja la demanda
De Doña Ines.

DOÑA JUANA.
¡Ay de mí!
A mi padre tengo escrito
Como que á la muerte estoy
Por Don Martín, que en delito
De que esposa suya soy,
Y de adorarle infinito,
De puñaladas me ha dado,
Dejándome en Alcorcon;
Que loco de enamorado
Por Doña Ines, su afición
A matarme le ha obligado.
Escribale que ha fingido
Ser un Don Gil de Albornoz,
Porque con este apellido
Encubra la muerte atroz.
Que mi amor ha conseguido;
Que todo es castigo, y justo,

De una hija inobediente,
Que contra su honor y gusto
De su patria y casa ausente,
Ocasiona su disgusto;
Pero que si algun amor
Le merezco, y este alcanza
En mi muerte su favor,
Satisfaga su venganza
Las pérdidas de mi honor.

QUINTANA.
¿Pues para qué tanto ardid?
DOÑA JUANA.
Es para que desta suerte
Parta de Valladolid
Mi padre, y pida mi muerte
A Don Martín en Madrid;
Que he de perseguir si puedo.
Quintana, á mi engañador
Con uno y con otro enredo,
Hasta que cure su amor
Con mi industria ó con su miedo.

QUINTANA.
Dios me libre de tenerle
Por contraria.
DOÑA JUANA.
La mujer
Venga agravios desta suerte.

QUINTANA.
A hacerle voy entender
Nuevas chanzas de tu muerte. (Vase.)

ESCENA V.

DOÑA CLARA. — DOÑA JUANA.

DOÑA CLARA.
Señor Don Gil, justo fuera,
Sabiendo de cortesía
Tanto, que para mí hubiera
Un día.... ¿Qué digo un día?
Una hora, un rato siquiera.
Tambien tengo casa yo
Como Doña Ines; tambien
Hacienda el cielo me dió;
Y tambien quiero yo bien
Como ella.

DOÑA JUANA.
¿A mí?
DOÑA CLARA.
¿Porqué no?
DOÑA JUANA.

A saber yo tal ventura
Creed, bella Doña Clara,
Que por lograrla segura,
Fuera si otro la gozara,
Pirata desa hermosura.
Mas como de mí imagino
Lo poco que al mundo importo,
Ni sé, ni me determino
A pretender; que en lo corto
Tengo algo de vizcaino.
Por Dios, que desde que os vi
En la huerta, el corazon,
Nueva salamandra, os di,
Llevándos vos un giron
Del alma que os ofrecí;
Mas ni sé dónde vivís,
Qué galan por vos se abraza,
Ni qué empleos admitís.

DOÑA CLARA.
¿No? Pues sabed que mi casa
Es á la Red de San Luis;
Mis galanes mas de mil;
Mas quien en mi gusto alcanza
El premio por mas gentil,
Es verde cual mi esperanza,
Y es en el nombre Don Gil.
DOÑA JUANA.
Esta mano he de besar, (Bésasela.)
Porque del todo me cuadre
Favor tan para estimar.

ESCENA VI.

DOÑA INES, al paño. — DICHAS.

DOÑA INES. (Para sí.)
Como me llamó mi padre,
Fu-me forzoso dejar
A mi prima por un rato....
¿Mas no es el que miro; ¡cielos!
Don Gil el falso, el ingrato?
El que cebando mis celos
Es de mi opuesta retrato?
La mano pone en su boca (1),
De mi prima! ¿No es encanto
Que hombre de barba tan poca
Se atreva á ser para tanto?
¿A qué furia me provoca!
Quiero escuchar desde aqui
Lo que pasa entre los dos.

DOÑA CLARA.
En fin, ¿os morís por mí?
¿Buena mentira!

DOÑA JUANA.
Por Dios.
Que no me tratéis así.
Desde el día que en la huerta
Os vi, hermosa Doña Clara,
Para mi ventura abierta,
Ni tuve mañana clara,
Ni noche segura y cierta;
Porque la pesada ausencia
De la luz desa hermosura,
Sol que mi amor reverencia,
Noche es pesada y oscura.

DOÑA CLARA.
No lo muestra la frecuencia
De Doña Ines que os recrea,
Y es todo vuestro interes.

DOÑA JUANA.
¿Yo á Doña Ines, mi bien?
DOÑA CLARA.
Ea.

DOÑA JUANA.
Vive Dios, que es Doña Ines
A mis ojos fria y fea:
Si Francisca se llamara,
Todas las efes tuviera.

DOÑA INES. (Ap.)
¿Qué buena Don Gil me para!
DOÑA JUANA. (Ap.)
¿Mas si Doña Ines me oyera!
DOÑA INES. (Ap.)
¿Y le creará Doña Clara!

DOÑA CLARA.
Pues si no anais á mi prima
¿Cómo asistís tanto aqui?

DOÑA JUANA.
Eso es señal que os estima
La libertad que os rendí,
Y en vuestros ojos se anima,
Porque como no sabia
Dónde vivís, y me abraza
Vuestra memoria, venia
Por instantes á esta casa
Creyendo que os hallaria
Alguna vez en ella.

DOÑA CLARA.
Es
Lindo modo de excusar
Vuestro amor.
DOÑA JUANA.
¿Excusar?
DOÑA CLARA.
Pues

¿Habia mas de preguntar
Por mi casa á Doña Ines?
DOÑA JUANA.
Fuera darla celos eso.

(1) El orden gramatical es: ¡En su boca pone (á su boca llega) la mano de mi prima!

DOÑA CLARA.

No quiero apurar verdades,
Don Gil: que os amo os confieso,
Y que vuestras sequedades
Me quitan el sueño y seso.
Si un amor sencillo y llano
Os obliga, asegurad
Mi pena, dadme esa mano.

DOÑA JUANA.

De esposo os la doy: tomad;
Que por lo que en ello gano,
Os la beso.

DOÑA INES. (Ap.)

¿Esto consiento?

DOÑA CLARA.

Mi prima me espera: adios.
Idme á ver hoy....

DOÑA JUANA.

Soy contento.

DOÑA CLARA.

Porque tracemos los dos
Espacio este casamiento. (Vase.)

DOÑA JUANA.

Ya que di en embelcar,
Salir bien de todo espero.
A Doña Ines voy á hablar.

ESCENA VII

DOÑA JUANA, DOÑA INES.

DOÑA INES. (Saliendo.)

Enredador, embustero,
Pluma al viento, corcho al mar:
¿No hasta que á Doña Elvira
Engañes, que no repara
En honras que el cuerdo mira;
Sino que á mi y Doña Clara
Embeleque tu mentira?
¿A tres mujeres engaña
El amor que fingir quieres?
A salir con esa hazaña,
Casado con tres mujeres.
Fuera gran trabajo en España.
Contentate, ingrato, infiel,
Con Doña Elvira, relieves
Y sobras de Don Miguel;
Que cuando sus gajes lleves,
Y la escribas el papel
Que mis penas han leído,
A ti te viene sobrado,
En fe de poco advertido,
Fruto que otro ha desflorado,
Y ropa que otro ha rompido.

DOÑA JUANA.

¿Qué dices, mi bien!

DOÑA INES.

¿Tu bien?

Doña Elvira, cuyos brazos
Sueño de noche te dén,
Te responderán. ¿Pedazos
Un rayo los haga, amen!

DOÑA JUANA.

(Ap. Caramanchel la ha enseñado
El papel que me escribí
A mi misma, y heme holidado,
Porque experimente en sí
Congojas que me ha causado.)
¿Que Elvira te da sospecha?
En lo que dices repara.

DOÑA INES.

¿No está mala la deshecha!
Dígame eso á Doña Clara,
Pues la tiene satisfecha
Su amor, su palabra y fe.

DOÑA JUANA.

¿Eso te ha causado enojos?
¿Luego nos viste? No fué
Sino burla; por tus ojos,
Que es una necia. Hablame,

Vuélveme esos soles, ea,
Que su luz mi regalo es.

DOÑA INES.

¿Y dirá, porque le crea:
«Vive Dios, que es Doña Ines
A mis ojos fría y fea!»

DOÑA JUANA.

¿Pues créis tú que lo dijera,
Si hurlar á Doña Clara
Dese modo no quisiera?

DOÑA INES.

«Si Francisca se llamara,
Todas las efes tuviera.»
Pues si tantas tengo, y mira
Desechos de Don Miguel
Que por mis prendas suspira
Casándose yo con él,
Castigaré á Doña Elvira.
Don Miguel es principal,
Y su discreción, al fin,
Ha dado clara señal
Que en amar mujer tan ruin
Y mudable hiciera mal.
Por mi esposo le señalo:
A mi padre voy á hablar;
Que pues á mi gusto igualo
El suyo, hoy le pienso dar
La mano.

DOÑA JUANA.

(Ap. Esto va muy malo.)

¿Con remedios tan atroces
Castigas una quimera?
Oye, escucha.

DOÑA INES.

Si doy voces,
Haré que por la escalera
Os eche un lacayo á coques.

DOÑA JUANA.

Por Dios, que por mas cruel
Que seas, has de escuchar
Mi disculpa, y que soy fiel.

DOÑA INES.

¿No hay quien se atreva á matar
A este infame? Ah Don Miguel!

DOÑA JUANA.

¿Don Miguel está aquí?

DOÑA INES.

¿Quieres

Trazar ya alguna maraña?
Aquí está: de miedo mueres. (A voces.)
Este es Don Gil, el que engaña
De tres en tres las mujeres.
Don Miguel, vengame dél;
Tu esposa soy.

DOÑA JUANA.

Oye, mira....

DOÑA INES.

Muera este Don Gil cruel,
Don Miguel.

DOÑA JUANA.

Que soy Elvira.
Lleve el diablo á Don Miguel.

DOÑA INES.

¿Quién?

DOÑA JUANA.

Doña Elvira: ¿en la voz
Y cara no me conoces?

DOÑA INES.

¿No eres Don Gil de Albornoz?

DOÑA JUANA.

Ni soy Don Gil, ni des voces.

DOÑA INES.

¿Hay enredo mas atroz?

¿Tú Doña Elvira! Otro engaño.
Don Gil eres.

DOÑA JUANA.

Su vestido
Y semejanza hizo el daño.

Si esto no te ha persuadido,
Averigua el desengaño.

DOÑA INES.

¿Pues qué provecho interesa
Tu embeleco?

DOÑA JUANA.

¿Vive Dios,
Que no ser Don Gil me pesa
Por ti, y que somos las dos
Pata para la traviesa!

DOÑA INES.

En conclusion, ¿he de darte
Crédito? No vi mayor
Semejanza.

DOÑA JUANA.

Por probarte,
Y ver si tienes amor
A Don Miguel, pudo el arte
Disfrazarme; y es ansi,
Que una sospecha cruel
Me dió recelos de ti.
Creiendo que á Don Miguel
Amabas, yo me escribí
El papel que aquel criado
Te enseñó, creiendo que era
Don Gil quien se lo habia dado,
Y dije que te le diera
Por modo disimulado,
Y que advirtiese por él
Tus celos, y si intentabas
Usurparme á Don Miguel.

DOÑA INES.

¿Extrañas industrias!

DOÑA JUANA.

Bravas

DOÑA INES.

¿Que tú escribiste el papel?

DOÑA JUANA.

Y á Don Gil pedi el vestido
Prestado, que está por ti
De amor y celos perdido.

DOÑA INES.

¿De amor y celos por mí?

DOÑA JUANA.

Como el suceso ha sabido
De Don Miguel, cuya soy,
No apetece prenda ajena.

DOÑA INES.

Confusa y dudosa estoy.

DOÑA JUANA.

¿Ingeniosa traza!

DOÑA INES.

Buena,

Y de suerte, que aun no doy
Crédito á que eres mujer.

DOÑA JUANA.

¿Pues cómo harémos que quedas
Segura?

DOÑA INES.

Ansí se ha de hacer.
Vestirte en tu traje puedes;
Que con él podremos ver
Cómo te entalla y te inclina.
Ven, y pondráste un vestido
De los mios; que imagina
Mi amor en ese fingido
Que eres hombre, y no vecina.
Ya se habrá ido Doña Clara.

DOÑA JUANA.

¿Buena irá!

DOÑA INES. (Ap.)

¿Qué varonil
Mujer! Por mas que repara
Mi amor, dice que es Don Gil
En la voz, presencia y cara. (Vanse.)

ESCENA VIII.

DON JUAN, CARAMANCHEL.

DON JUAN.

¿Vos servís á Don Gil de Albornoz?

DOÑA INES.
Gente sienta. ¿Si será
Nuestro Don Gil de Albornoz?

DOÑA JUANA.
Háblale y sal de esa duda.

CARAMANCHEL. (Ap.)
Un rondante se ha parado.
¿Si es mi Don Gil encantado?

DON JUAN.
(Ap. Llegad y hablad, lengua muda.)
¡Ah de arriba!

DOÑA INES.
¿Sois Don Gil?

DON JUAN. (Rebozado.)
(Ap. Allí le pica: diré
Que sí.) Don Gil soy, que en fe
De que en vos busco mi abril,
En viéndos, señora mía,
Mi calor pude templar.

DOÑA INES.
Eso es venirme á llamar,
Por gentil estilo, fría.

CARAMANCHEL. (Ap.)
Muy grueso Don Gil es este.
El que sirvo habla atiplado.
Si no es ya que haya mudado
De ayer acá.....

DON JUAN.
Manifieste
El cielo mi dicha.

DOÑA INES.
En fin,
¿Que á un tiempo os abraso y hielo?

DON JUAN.
Quema amor, biela un recelo.
DOÑA JUANA. (Ap.)
Sin duda que es Don Martin
El que habla. ¿Qué en vano pierdes
El tiempo, ingrato, sin mí!

DOÑA INES.
(Ap. No parece él.) ¿Sois, deci,
Don Gil de las calzas verdes?

DON JUAN.
¿Luego no me conocéis?
CARAMANCHEL. (Ap.)
Ni yo tampoco, par Dios.

DOÑA INES.
Como me pretenden dos.....
DON JUAN.
Sí; mas vos ¿á cuál quereis?
DOÑA INES.
A vos, aunque en el hablar
Nuevas dudas me habeis dado.
DON JUAN.
Hablo bajo y rebozado:
Que es público este lugar.

ESCENA XIII.

DON MARTIN, con vestido verde; OSORIO. — Dichos.

DON MARTIN. (Habla aparte con Osorio.)
Osorio, ya Doña Juana
Muerta, como dicen, sea
Quien me persigue y desea,
En la opinion de Quintana,
Que no goce á Doña Ines;
Ya otro amante disfrazado
El nombre me haya usurpado
Por ver cuán querido es;
El seso de envidia pierdo.
¿Puede Doña Ines amalle
Por de mejor cara y talle?

OSORIO.
No por cierto.
DON MARTIN.
¿Por mas cuerdo?

Tú sabes cuán celebrado
En Valladolid he sido.
¿Por mas noble ó bien nacido?
Guzmana sangre he heredado.
¿Por mas hacienda? Ocho mil
Ducados tengo de renta,
Y en la nobleza es afrenta
Amar el interes vil.

Pues si solo es porque vino
Con traje verde, yo y todo
He de andar del mismo modo.

OSORIO.
Ese es gentil desatino.

DON MARTIN.
¿Qué dices?
OSORIO.
Que el seso pierdes.

DON MARTIN.
Pierdale ó no, yo he de andar
Como él, y me han de llamar
Don Gil de las calzas verdes.
Véte á casa; que hablar quiero
A Don Pedro.

OSORIO.
En ella aguardo. (Vase.)

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA, DOÑA INES, DON MARTIN, DON JUAN, CARAMANCHEL.

DOÑA INES. (A Don Juan.)
Don Gil discreto y gallardo,
Poco amais y mucho os quiero.

DON MARTIN. (Ap.)
¿Don Gil? ¿Cómo! Este es sin duda
Quien contradice mi amor.
¿Si es Doña Juana? El temor
De que en penas anda, muda
Mi valor en cobardía.
En no meterme me fundo
Con cosas del otro mundo;
Que es bárbara valentía.

DOÑA INES.
Gente parece que viene.
DON JUAN.
Reconoceré quién es.

DOÑA INES.
¿Para qué?
DON JUAN.
¿No veis, mi Ines,
Que nos mira y se detiene?
Diré que pase adelante:
Entretanto me esperad. —
Hidalgo....

DON MARTIN.
¿Quién va?

DON JUAN.
Pasad.

DON MARTIN.
¿Dónde, si por ser amante,
Tengo aquí prendas?

DON JUAN. (Ap.)
Don Gil

Es este, el aborrecido
De Doña Ines; conocido
Le he en la voz.

CARAMANCHEL. (Ap.)
; Oh qué alguacil
Tan á propósito agora!
; Y qué dos espadas pierde!

DON JUAN.
Don Gil el blanco ó el verde,
Ya se ha llegado la hora
Tan deseada de mí,
Y tan rehusada de vos.

DON MARTIN. (Ap.)
Conocidome ha por Dios;
Y quien rebozado así

Sabe quién soy, no es mortal,
Ni salió mi duda vana:
El alma es de Doña Juana.

DON JUAN.
Dad de vuestro amor señal,
Don Gil, que es de pechos viles
Ser cobarde y servir dama.

CARAMANCHEL. (Ap.)
¿Don Gil estotro se llama?
A pares vienen los Giles.
Pues no es mi Don Gil tampoco,
Que hablara á lo caponil.

DON JUAN.
Sacad la espada, Don Gil.
CARAMANCHEL. (Ap.)
O son dos, ó yo estoy loco.

DOÑA INES.
Otro Don Gil ha venido.
DOÑA JUANA.
Debe de ser Don Miguel.
DOÑA INES.
Bien dices, sin duda es él.
DOÑA JUANA. (Ap.)
¿Ya hay tantos de mi apellido?
No conozco á este postrero.

DON JUAN.
Sacad el acero pues,
O habré de ser descortés.

DON MARTIN.
Yo nunca saco el acero
Para ofender los difuntos,
Ni jamas mi esfuerzo empleo
Con almas; que yo peleo
Con almas y cuerpos juntos.

DON JUAN.
Eso es decir que estoy muerto
De asombro y miedo de vos.

DON MARTIN.
Si estais gozando de Dios,
Que así lo tengo por cierto,
Ó en carrera de salvaros,
Doña Juana, ¿qué buscáis?
Si por dicha en pena andais,
Misas digo por libraros.
Mi ingratitud os confieso,
Y ¡ojalá os resucitara
Mi amor, que con él pagara
Culpas de mi poco seso!

DON JUAN.
¿Qué es esto? ¿Yo Doña Juana?
¿Yo difunto? ¿Yo alma en pena?

DOÑA JUANA. (Ap.)
¿Lindo rato, burla buena!

CARAMANCHEL.
¿Almitas? ¿Santa Susana!
¿San Pelagio! ¿Santa Elena!

DOÑA INES.
¿Qué será esto, Doña Elvira?

DOÑA JUANA.
Algun loco: calla y mira.

CARAMANCHEL. (Ap.)
¿Almas de noche y en pena?
¿Ay Dios! todo me desgrumo.

DON JUAN.
Sacad la espada, Don Gil,
O haré alguna hazaña vil.

CARAMANCHEL. (Ap.)
; Oh quién se volviera en humo
Y por una chimenea
Se escapara!

DON MARTIN.
Alma inocente,
Por aquel amor ardiente
Que me tuviste y recrea
Mi memoria, que ya baste
Mi castigo y tu rigor.

Si por estorbar mi amor,
Cuerpo aparente tomaste,
Y llamándote en Madrid
Don Gil, intentas mi ultraje;
Si con ese nombre y traje
Andas por Valladolid,
Y no te has vengado harto;
Por el malogrado fruto,
Ocasión del triste luto
Que dió á tu casa el mal parto,
Que no aumentes mis desvelos.
Alma, cese tu porfía;
Que no entendi yo que habia
En el otro mundo celos;
Pues por mas trazas que dés,
Ya estés viva, ya estés muerta,
O la mia verás cierta,
O mi esposa á Doña Ines. (Vase.)

ESCENA XV.

DOÑA JUANA, DOÑA INES, DON
JUAN, CARAMANCHEL.

DON JUAN.
¡Vive el cielo que se ha ido,
Excusando la cuestion,
Con la mas nueva invencion
Que los hombres han oido!
CARAMANCHEL. (Ap.)
¡Lacayo Caramanchel
De alma en pena? ¡Esto faltaba!
Y aun por eso no le hallaba
Cuando andaba en busca dél.
¡Jesus mil veces!

DOÑA JUANA.

Amiga,

Averiguar un suceso
Me importa. Adios: Valdivieso
Me espera abajo: prosiga
La plática comenzada,
Pues Don Gil contigo está.

DOÑA INES.

¿No te esperarás, y irá
Contigo alguna criada?

DOÑA JUANA.

¡Para qué, si un paso estoy
De mi casa?

DOÑA INES.

Toma pues

Un manto.

DOÑA JUANA.

No, Doña Ines;
Que en cuerpo y sin alma voy.
(Quítase de la ventana.)

DON JUAN.

Quiero volverme á mi puesto,
Por ver si el Don Gil menor
Es hoy tambien rondador.

DOÑA INES.

En gran peligro os ha puesto.
Don Gil, vuestro atrevimiento.

DON JUAN.

Amor que no es atrevido,
No es amor, afrenta ha sido.
Escuchad, que gente siento.

ESCENA XVI.

DOÑA CLARA, de hombre. — DON
JUAN, DOÑA INES, CARAMAN-
CHEL.

DOÑA CLARA.

Celos de Don Gil me dan
Animo á que en traje de hombre
Mi mismo temor me asombre:
¡A fe que vengo galan!
Por ver si mi amante ronda
A Doña Ines y me engaña,
Hice esta amorosa hazaña:
El mismo por mí responde.

DON JUAN.

Aguardad, sabré quién es.
(Apártase Don Juan, y llega á la ven-
tana Doña Clara.)

DOÑA CLARA.

(Ap. Gente á la ventana está:
Llegarme quiero hácia allá,
Por si acaso Doña Ines
A Don Gil está esperando;
Que él me tengo de fingir,
Por si puedo descubrir
Los celos que estoy temblando.)
¡Ah del balcon! Si merece
Hablaros, bella señora,
¡Un Don Gil que en vos adora,
En fe que el alma os ofrece,
Don Gil de las calzas soy
Verdes, como mi esperanza.

CARAMANCHEL. (Ap.)

¡Otro Gil entra en la danza?
Don Giles llueve Dios hoy.

DOÑA INES. (Ap.)

Este es mi Don Gil querido;
Que en el habla delicada
Le reconozco: engañada
De Don Juan sin duda he sido,
Que es sin falta el que hasta aquí
Hablando conmigo ha estado.

DON JUAN. (Ap.)

El Don Gil idolatrado
Es este.

DOÑA INES. (Ap.)

¡Triste de mí!

Que temo que ha de matalle
Este Don Juan atrevido.
(Légase Don Juan á Doña Clara.)

DON JUAN.

Huélgame que hayais venido
A este tiempo y á esta calle,
Señor Don Gil, á llevar
El pago que mereceis.

DOÑA CLARA.

¿Quién sois vos, que os prometéis
Tanto?

DON JUAN.

El que os ha de matar.

DOÑA CLARA.

¿Matar?

DON JUAN.

Sí, y Don Gil me llamo,
Aunque vos habeis fingido
Que es Don Miguel mi apellido.
A Doña Ines sirvo y amo.

DOÑA CLARA. (Ap.)

El diablo nos trujo acá.
Aquí os matan, Doña Clara.

ESCENA XVII.

DOÑA JUANA, de hombre; QUINTA-
NA.—DICHOS.

DOÑA JUANA. (Hablando con su criado.)

A ver vengo en lo que para
Tanto embeleco; y si está
Doña Ines á la ventana,
Todavía la he de hablar.

QUINTANA.

Ahora acaba de llegar
Tu padre á Madrid.

DOÑA JUANA.

Quintana,
Persuádido que me ha muerto
Don Martín en Alcorcon,
A tomar satisfacción
Vendrá ya.

QUINTANA.

Tenlo por cierto.

DOÑA JUANA.

Gente hay en la calle.

QUINTANA.

Espera,

Reconoceré quién es.

DOÑA CLARA.

¿Don Gil sois?

DON JUAN.

Y Doña Ines

Mi dama.

DOÑA CLARA.

¡Buena quimera!

DOÑA JUANA.

¡Ah caballeros! ¿Hay paso?

DON JUAN.

¿Quién lo pregunta?

DOÑA JUANA.

Don Gil.

CARAMANCHEL. (Ap.)

Ya son cuatro, y serán mil.
¡Endiablado está este paso!

DON JUAN.

Dos Don Giles hay aquí.

DOÑA JUANA.

Pues conmigo serán tres.

DOÑA INES.

¿Otro Gil? ¡Cielos! ¿cuál es
El que vive amante en mí?

DON JUAN.

Don Gil el verde soy yo.

DOÑA CLARA.

(Ap. Ya he vuelto mi miedo en celos.
A Doña Ines ronda. ¡Cielos!
Sin duda que me engañó.
Dél me tengo de vengar.)
Don Gil de las calzas verdes
Soy yo solo.

QUINTANA. (Ap. á Doña Juana.)

El nombre pierdes:

Dél te salen á capear
Otros tres Giles.

DOÑA JUANA.

Yo soy

Don Gil el verde ó el pardo.

DOÑA INES.

¿Hay suceso mas gallardo?

DON JUAN.

Guardando este paso estoy.
(¡Váyanse, ó matarélos.)

DOÑA JUANA.

¡Sazonada flemma á fe!

QUINTANA.

Vuestro valor probaré.

CARAMANCHEL.

Mueran los Giles.

(Echan mano, y hiere Quintana á Don
Juan.)

DON JUAN.

¡Ay cielos!

Muerto soy.

DOÑA JUANA.

Porque te acuerdes
De tu presuncion, despues
Di que te hirió, á Doña Ines,
Don Gil de las calzas verdes.

(Retíranse Don Juan, Doña Juana y
Quintana.)

DOÑA CLARA. (Ap.)

Pártome desesperada
De celos: ¡mas no me dió
Fe y palabra? Haréle yo
Que la cumpla.

(Vase.)

DOÑA INES.

Bien vengada

De Don Juan Don Gil me deja.
Querréle mas desde hoy.

(Vase.)

CARAMANCHEL.

Lleno de Don Giles voy.

Cuatro han rondado esta reja;
 Pero el alma enamorada
 Que por suyo me alquiló,
 Del purgatorio sacó
 En su ayuda esta gílada.
 Ya la mañana serena
 Amanece: sin sentido
 Voy; ¡Jesus! ¡Jesus! ¡que he sido
 Lacayo de un alma en pena! (Vase.)

El prado de San Jerónimo.

ESCENA XVIII.

DON MARTIN, vestido de verde.

Calles de aquesta corte, imitadoras
 Del confuso Babel, siempre pisadas
 De mentiras, al rico aduladoras
 Como al pobre severas, desbocadas:
 Casas á la malicia, á todas horas
 De malicias y vicios habitadas;
 ¿Quién á los cielos en mi daño instiga.
 Que nunca falta un Gil que me persiga?
 Árboles deste prado, en cuyos brazos
 El viento mece las dormidas hojas,
 De cuyos ramos, si prendieran lazos,
 Colgara por trofeo mis congajos:
 Fuentes risueñas, que ferías abrazos
 Al campo, humedeciendo arenas rojas;
 Pues sabéis murmurar, vuestra agua

Que nunca falta un Gil que me persiga.

¿Qué delitos me imputan, que parece
 Que es mi contraria hasta mi misma som-
 A Doña Ines adoro: ¿esto merece [bra?
 El castigo invisible que me asombra?
 ¿Qué Don Gil mis deseos desvanece?
 ¿Porqué, fortuna, como yo se nombra?
 ¿Porqué me sigue tanto? ¿Es porque diga
 Que nunca falta un Gil que me persiga?
 Si á Doña Ines pretendo, un Don Gil

Pretende á Doña Ines, y me la quita;
 Si me escriben, Don Gil me usurpa el
 Y con él sus quimeras facilita; [pliego
 Si dineros me libran, cuando llevo,
 Hallo que este Don Gil cobró la dita.
 Ya ni sé adónde vaya, ni á quién siga,
 Pues nunca falta un Gil que me persiga.

ESCENA XIX.

DON DIEGO, QUINTANA, UN AL-
 GUACIL.—DON MARTIN.

QUINTANA
 (Hablando con Don Diego á un lado.)
 Este es el Don Gil fingido,
 A quien conoce su patria
 Por Don Martin de Guzman,
 Y el que ha muerto á Doña Juana,
 Mi señora.

DON DIEGO.
 ¿Oh quién pudiera
 Tefir las prolijas canas
 En su sangre sospechosa,
 Que no es noble quien agravia!
 Llegad, señor, y prendelde.

ALGUACIL.
 Dad, caballero, las armas.

DON MARTIN.
 ¿Yo?

ALGUACIL.
 Sí.

DON MARTIN.
 ¿A quién?

ALGUACIL.
 A la justicia.

DON MARTIN.
 (Dando la espada y la daga.)

¿Qué es esto? ¿Hay nuevas marañas?
 ¿Por qué culpas me prendéis?

DON DIEGO.

¿Ignoras, traidor, la causa,
 Despues de haber dado muerte
 A tu esposa malograda?

DON MARTIN.

¿A qué esposa? ¿Qué malogros?
 De esposo le di palabra;
 Partime luego á esta corte;
 Dicen que quedó preñada:
 Si de malparir una hija
 Se murió, estando encerrada
 En San Quirce, ¿tengo yo
 Culpa desto? Tú, Quintana,
 ¿No sabes la verdad desto?

QUINTANA.

La verdad que yo sé clara,
 Es, Don Martin, que habeis dado
 Sin razon de puñaladas
 A vuestra inocente esposa,
 Y en Alcorcon sepultada,
 Pide contra vos al cielo,
 Como Abel, justa venganza.

DON MARTIN.

¿Traidor! Vive Dios....

ALGUACIL.

¿Qué es esto?

DON MARTIN.

Que á no hallarme sin espada,
 La lengua con que has mentido
 Y el corazon te sacara.

DON DIEGO.

¿Qué importa, tirano alevé,
 Que niegues lo que esta carta
 Alirma de tus traiciones?

DON MARTIN. (Lee para sí.)

La letra es de Doña Juana.

DON DIEGO.

Mira lo que dice en ella.

DON MARTIN.

¿Jesus! ¿Jesus! ¿Puñaladas
 Yo á mi esposa en Alcorcon?
 ¿Yo estuve en Alcorcon?

DON DIEGO.

Basta:

Deja excusas aparentes.

ALGUACIL.

Despacio haréis la probanza,
 Señor, de vuestra inocencia
 En la cárcel.

DON MARTIN.

Si quedaba
 En San Quirce, como muestran
 Estas escritas palabras
 De su mano y de su firma,
 Decid, ¿cómo pude darla
 La muerte yo en Alcorcon?

DON DIEGO.

Porque finges letras falsas,
 Del modo que el nombre finges.

ESCENA XX.

DON ANTONIO, CELIO.—DICHOS.

DON ANTONIO. (Ap. á Celio.)
 Ese es Don Gil: en las calzas
 Verdes le conoceréis.

CELIO. (Ap. á Don Antonio.)
 Si, que estos Don Gil lo llaman.
 La palabra que le distes
 (A Don Martin.)

A mi prima Doña Clara,
 Señor Don Gil; por justicia
 Ya que vuestro amor la engaña
 Venimos á que cumplaís.

DON DIEGO.

Esa es sin duda la dama
 Por quien á su esposa ha muerto.

DON MARTIN.

¿Quereis volverme esa daga,
 Acabaré con la vida,
 Pues mis desdichas no acaban?

DON ANTONIO.

Doña Clara os quiere vivo,
 Y como á su esposo os ama.

DON MARTIN.

¿Qué Doña Clara, señores?
 Que no soy yo.

DON ANTONIO.

¿Buena estaba
 La excusa! ¿No sois Don Gil?

DON MARTIN.

Así en la corte me llaman;
 Mas no el de las calzas verdes.

DON ANTONIO.

¿No son verdes esas calzas?
 CELIO.

O habeis de perder la vida,
 O cumplir palabras dadas.

DON DIEGO.

Quitaráse el verdugo,
 Levantando en una escarpia
 Su cabeza enredadora
 Antes de un mes en la plaza.

CELIO.

¿Cómo?

ALGUACIL.

Mató á su mujer.

CELIO.

¿Oh traidor!

DON MARTIN.

¿Oh si llegara
 A dar remate á mis penas
 La muerte que me amenaza!

ESCENA XXI.

FABIO, DECIO.—DICHOS.

FABIO. (Hablando con Decio al salir.)

Ese es el que hirió á Don Juan
 En la pendencia pasada.
 Con él está un alguacil.

DECIO.

La ocasion es extremada. (Al alguacil.)
 Poned, señor, en la cárcel
 A este hidalgo.

DON MARTIN.

¿Hay mas desgracias?

ALGUACIL.

Allá va: pero ¿por qué
 Prenderle los dos me mandan?

FABIO.

Hirió á Don Juan de Toledo
 Anoche, junto á las casas
 De Don Pedro de Mendoza.

DON MARTIN.

¿Yo á Don Juan?

QUINTANA.

¿Miren si escampa!

DON MARTIN.

¿Qué Don Juan, cielos? ¿Qué noche
 Qué casa ó qué cuchilladas?
 ¿Qué persecucion es esta?
 Mirad, señores, que el alma
 De Doña Juana difunta,
 Que dicen que en penas anda
 Es á quien todos enreda.

DON DIEGO.

¿Luego habeisla muerto?

ALGUACIL.

Vaya

A la cárcel.

QUINTANA.

Aguardad;
 Que se apean unas damas
 De un coche, y vienen aprisa
 A dar luz á estas marañas.

ESCENA XXII.

DOÑA JUANA, *de hombre*; DON PEDRO, DOÑA INES; DOÑA CLARA, *de mujer*, y DON JUAN *con banda en el brazo*. — DICHOS.

DOÑA JUANA.

¡Padre de los ojos míos!

DON DIEGO.

¡Cómo! ¿quién sois?

DOÑA JUANA.

Doña Juana,

Hija tuya.

DON DIEGO.

¿Vives?

DOÑA JUANA.

Vivo.

DON DIEGO.

¡Pues no es tuya aquesta carta?

DOÑA JUANA.

Todo fué porque vinieses
A esta corte, donde estaba
Don Martin hecho Don Gil,
Y ser esposo intentaba
De Doña Ines, á quien di
Cuenta desta historia larga,
Y á poner remedio viene
A todas nuestras desgracias.
Yo he sido el Don Gil fingido,
Célebre ya por mis calzas,
Temido por alma en pena.

(*A Don Martin.*)

Por serlo tú de mi alma,
Dame esa mano.

DON MARTIN.

Confuso

Te la beso, prenda cara,
Y agradecido de ver
Que cesaron por tu causa
Todas mis persecuciones.
La muerte tuve tragada.
Quintana contra mí ha sido.

DOÑA JUANA.

Volvió por mi honor Quintana.

DON MARTIN. (*A Don Diego.*)

Perdonad mi ingratitud,
Señor.

DON DIEGO.

Ya padre os enlaza
El cuello, quien enemigo
Vuestra muerte procuraba.

DON PEDRO.

Ya nos consta del suceso,
Y las confusas marañas
De Don Gil, Juana y Elvira.
La herida no ha sido nada
De Don Juan.

DON JUAN.

Antes por ver

Que ya Doña Ines me paga
Finezas, tengo salud.

DOÑA INES.

Dueño sois de mí y mi casa.

DON PEDRO.

Don Antonio lo ha de ser
De la hermosa Doña Clara.

DOÑA CLARA.

Engañóme como á todos
Don Gil de las verdes calzas.

DON ANTONIO.

Yo medro por él mis dichas,
Pues vos premiais mi esperanza.

DON DIEGO.

Ya, Don Martin, sois mi hijo.

DON MARTIN.

Mi padre que venga falta
Para celebrar mis bodas.

ESCENA XXIII.

CARAMANCHEL, *lleno de candelillas
el sombrero y calzas, vestido de es-
tampas de santos, con un caldero al
cuello y un hisopo*. — DICHOS.

CARAMANCHEL.

¡Hay quien rece por el alma

De mi dueño que penando
Está dentro de sus calzas?

DOÑA JUANA.

Caramanchel, ¿estás loco

CARAMANCHEL.

Conjúrote por las llagas
Del hospital de las bubas.
Abernuncio, arredro vayas.

DOÑA JUANA.

Necio, que soy tu Don Gil:
Vivo estoy en cuerpo y alma.
¿No ves que trato con todos,
Y que ninguno se espanta?

CARAMANCHEL.

¿Y sois hombre, ó sois mujer?

DOÑA JUANA.

Mujer soy.

CARAMANCHEL.

Eso bastaba

Para enredar treinta mundos.

ESCENA XXIV.

OSORIO. — DICHOS.

OSORIO.

Don Martin, ahora acaba
Vuestro padre de apearse.

DON PEDRO.

¿De apearse y no en mi casa?

OSORIO.

Esperando os está en ella.

DON PEDRO.

Vamos pues, porque se hagan
Las bodas de todos tres.

DOÑA JUANA.

Y porque su historia acaba
Don Gil de las calzas verdes.

CARAMANCHEL.

Y su comedia con calzas.

AMAR POR ARTE MAYOR.

PERSONAS.

DON ORDOÑO II, *rey de Leon.*
DON SANCHE ABARCA, *rey de Navarra.*
DOÑA BLANCA, *infanta de Leon.*

DON LOPE.
DOÑA ELVIRA.
DON MELENDO.
DON TELLO.

DON GARCIA.
DOÑA SANCHA.
BERMUDO.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es á una jornada de Oviedo y en Leon.

ACTO PRIMERO.

Sala en la quinta de Don Melendo á una jornada de Oviedo.

ESCENA PRIMERA.

DON TELLO, *de camino*; DON MELENDO.

DON TELLO.

Don Lope Húñez, biznieto
Del primer Rey que en Sobrarbe
Constituyó, aunque entre riscos,
Reinos que el cielo dilate,
Primo de Don Sancho Abarca,
Descendiente de la sangre
Del Estúñiga primero
A quien debe España altares,
Privaba, merecedor
De blasones inmortales,
Con su rey, siendo en la corte
Sin segundo, primer grande,
Dando causa á siglos de oro
Su valor, pues los alfanjes
Del africano oprimidos
Procuraban conservarse
Sin atreverse á sus sierras,
Porque de su peso atlante,
Pudiera Don Lope ser
El Jove destes Titanes.
Un invierno pues, Melendo,
Cuando el cielo, en vez de estambres,
Hilando nubes á copos,
Viste los cerros y valles,
Puso los ojos Don Lope
En una dama que alzarse
Pudiera, á afectar diademas,
Con los desdenes de Dafne,
Con cuanta hermosura mienten
Los egipcios en sus Taides,
Los griegos en sus Elenas,
Los persas en sus Alpaides,
En sus Elisas los frigios,
Los libios en sus Onfales,
Los romanos en sus Porcias,
Los medos en sus Campaspes.
Amábala el joven Rey;
Mas como es tan arrogante
La belleza en las mujeres,
Que no reconoce á nadie,
Ensoberbeciéndola el verse
Sobre esferas majestades,
Faeton de su presunción,
Pues la obligó á despenarse.
Desdeñó amores altezas,
Y antepuso calidades
Vasallas á afectos reyes:
¡Que locas son las belidades!
Admitiendo pues servicios
De Don Lope, señalarse
Apeteció con el Vénus,

Y con Don Sancho Anaxarte.
Paró el secreto amoroso
En necias publicidades,
Que ocasionaron malicias
En corrillos populares,
Hasta que su rey lo supo;
Y si celos son gigantes
En pretendientes humildes,
¿Qué serán en pechos reales?
Llamó á Don Lope su primo,
Y declarándole aparte
Sentimientos de su ofensa,
Mas que severo, amigable;
Le pidió que desistiese
De deseos principiantes,
Sin competir con coronas
Jubiladas de rivales.
Propúsole otros empleos;
Pero ya llegaron tarde,
Que vive amor de imposibles,
Mayor, cuanto ellos mas graves.
Con todo eso, prometió
Resistencias de diamante.
Que se quebraron de vidrio
A los primeros combates;
Porque quejosa Isabela
(Así se llama la fácil
Ocasión destas desdichas)
De que mas el poder mande
Que la belleza en Don Lope,
Le notificó pesares
Que en sus ojos hechiceros
Humedecieron corales.
Creció con la resistencia
El amor, y así una tarde
Le escribió Isabela hiciesen
Atrevimientos alarde
De que amor solo tributa
A hermosuras que adelanten
Su jurisdiccion, rebeldes
Mas, á mas dificultades.
Fuéla á ver favorecido
De tinieblas, que las partes
Hacen siempre á amantes robos,
Porque el sol no los declare;
Y con una escala aleve,
Cuyos pasos en el aire,
De tantas horas Vellidos,
Dieron muerte á tantos padres,
Profanar osó balcones
Al tiempo que su rey sale
Notificando desvelos
Al silencio de una caue.
Vió que, la escala tercera
Admitida, su estandarte
Iba á enarbolarse amor
Sobre el mas alto homenaje
De la fama, que es la honra,
Y á los primeros umbrales
De la ofensa el pié atrevido
Del determinado amante.
Llegó el Rey, volcan de celos,
Y cortando el cordel frágil,

De aquel insulto ministro,
A Don Lope prender hace
Por la guarda que convoca.
Bien pudiera retirarse,
O, á no estar su Rey presente,
Vestir de nuevos esmaltes
El siempre temido acero,
Porque la experiencia sabe
Que á sus filios generosos
La misma muerte es cobarde.
No lo hizo por leal,
Ni lo otro por turbarse,
Ocasinando tragedias,
Y sirviéndole de cárcel
La fuerza mas enricada
Que en la cerviz arrogante
De aquellos ásperos montes
Cierra el paso á Ronces-valles.
Preso, en efeto, y huyendo
La dama á Francia, amistades
Vió Don Lope quebradizas,
Que juzgaba incontrastables,
Y faltaron á la prueba;
Que á tiro de adversidades
No hay Zopiros babilonios;
S nones son los Acates.
Aumentaron lisonjeros
Indignaciones mortales
En el Rey, que les dió oídos;
Porque en fe de ser cobardes
Las desdichas, nunca vienen
Una á una; que los males
Se precian de acometer
En cuadrillas como alarbes.
Aplaudióles el enojo
De Don Sancho: y porque acabes
De una vez celos y envidia,
Resolviéndose en matarle,
Lo hiciera, á no darle aviso
Amigos, que por librarle
De aquel riesgo, le descuelgan
Por el muro, y pisa el márgen
Deseado de su foso,
Donde acudiendo parciales
Para el caso prevenidos,
Los obliga á que le saquen
De aquel sitio y de aquel reino.
Vengose el Rey con quitarle
Los Estados y opinion;
Y hay en Leon quien se alabe
De haberle visto en Asturias,
Puesto que en toscos disfraces.
Como los dos sois tan deudos
Y tan amigos, añaden
A los primeros indicios
Estotros, y son bastantes
A que Ordoño agora intente
Venir á certificarse
Si es verdad, porque desea
Con el navarro hacer paces,
Entregándole á Don Lope;
Y yo, porque libre os halle
Del riesgo destas sospechas,

Quise, Conde, adelantarme.
Consideradlo ahora bien,
Y si es justo que amistades
Se favorezcan por vos,
Que ofenden dos Majestades.

DON MELEND.

Puesto que estimo en mucho
Los avisos, Don Tello, que os escucho,
Os juro que engañado
Puede venir el Rey, mal informado
Que le desirvo en eso;
Porque ni de Don Lope ni su exceso
Hasta agora he sabido,
Ni tanto en su amistad he merecido.
Con mas breve distancia
Que las Asturias, se divide Francia
De Navarra y Pamplona,
Que á semejantes lugares ocasiona.

DON TELLO.

No logra la mentira
Máquinas maliciosas.

DON MELEND.

Doña Elvira

Sentirá justamente,
Que sin verla os volvais. El inocente
Desprecia disparates
De la envidia: no temo sus combates.
Verid á visitalla;
Que la verdad responde cuando calla.

(Vase.)

Bosque á una jornada de Oviedo.

ESCENA II.

DOÑA BLANCA, en traje bizarro de cam-
mino; DOÑA SANCHIA, ACOMPA-
ÑAMIENTO.

DOÑA BLANCA.

¿Cuánto dista de aquí Oviedo?

DOÑA SANCHIA.

Ocho leguas peñascosas,
Si á la vista delcitosas,
Gigantes que ponen miedo
A los piés para subillas
Y al tiento para bajallas.

DOÑA BLANCA.

La costumbre de cursallas
Facilita el admitillas.
Este valle es apacible,
Si mal acondicionado:
A aquel monte que elevado
Se ensoberbece imposible,
Mientras da el calor licencia
Que sus faldas rodeemos,
Sus privilegios gocemos,
Huyendo la residencia
Del sol, que pesquisidor
Todo lo asuela y abrasa:
Buscad sombras, mientras pasa,
Que os libren de su rigor,
Y avisad cuando os parezca
Que se templa su osadía,
Y la senectud del día
Rayos mengüe y sombras crezca.

(Vase el acompañamiento.)

DOÑA SANCHIA.

Si el favor con que me ampara
Vuestra Alteza se atreviera
A exceder hoy de su esfera,
No sé si la preguntara...

DOÑA BLANCA.

¿Qué, Doña Sanchia?

DOÑA SANCHIA.

¿A qué efeto,
Si al Rey su hermano aguardamos,
Y en Leon nos alegramos
De que á pesar del secreto
Que amor hasta aquí ha tenido
(Si es posible que en él le haya),
Viene el duque de Vizcaya

De vuestra Alteza escogido,
Y de nuestro Rey llamado;
Digo, ¿á qué efeto se pone
En camino, y no dispone
El alma que le ha entregado,
A que en Leon le reciba?
Que juzgará á disfavor
Los retiros de su amor,
Si ausente, el verle le priva.

DOÑA BLANCA.

¿Qué de cosas que has mentido
Entre las que has preguntado!
Cuando el Duque sea llamado,
¿Sabes tú que es admitido?
Bien pudo llamarle el Rey
Mi hermano y señor; bien pudo
Un consentimiento mudo
Quejarse en mi de la ley
Que introdujo la costumbre
En las de mi calidad,
Pues contra la libertad
Dan al alma pesadumbre:
Mas no sé si podré yo
Acabar, Sanchia, conmigo
Admitirle, aunque me obligo
A lo que el Rey prometió.
Triste cosa que hayan dado
Las coronas inhumanas
En desterrar sus hermanas
Por sola razon de estado!

Sanchia, el Duque viene, y yo,
Como sé que en las Asturias
Contra violencias y injurias
La inocencia amparo halló,
Imploro su antigua ley
Y busco (no sé si en vano)
A Ordoño aquí como hermano;
Que en Leon le tiemblo rey. —
Mas oye: en aquella mata
Al tronco de aquel aliso,
Que en ese arroyo Narciso
Envidias de si retrata,
Un nido de ruiseñores
Amoroso se querella,
Fundando capilla en ella
De naturales cantores.
Orfeos son destas selvas:
Sus padres están con ellos;
¿Ay si pudieses cogellos!

DOÑA SANCHIA.

Yo voy.

ESCENA III.

DOÑA BLANCA.

¡Ojalá no vuelvas! —

¿Ay amigas soledades!
Que al paso que mas incultas,
Desvanecéis por ocultas,
Rústicas severidades,
Libertades
Os da el escondido suelo,
Solo sujetas al cielo,
En el invierno y verano;
Sin favor del hortolano,
Gozais ya el sol, ya la nieve;
No se atreve
A ofenderos tosca mano.
¿Qué ventura
Que solo el tiempo os destruce,
Cuando el sol solo os conoce;
Y en esta selva segura,
Lo que vuestra vida dura,
Libres siempre, nadie os goce!
¿Quién imitaros pudiera,
Gozando entera exención (1)
De ajena jurisdicción,
Por mas grave, mas severa?
No pechera
Vuestra amenidad al susto
De la hoz en brazo robusto,
Por vuestra cuenta correis;

(1) Suplido.

Remozais, si envejecéis,
Y á nadie favor pedis.
Si os vestís,
A vosotras os debeis
Hoja y flores;
Vuestro mismo amor os cria
De vosotras monarquía,
Libres de ajenos rigores.
¡Feliz Narciso en amores,
Que no admitió compañía!
¡Feliz el fenix tambien
Que privilegia desvelos,
Y jubilado de celos,
Solo á si se quiere bien!
No el desden,
No la sospecha inconstante
Teme: de sí mismo amante,
Burla al tiempo y la fortuna.
Siempre pira, siempre cuna,
En nidos de aromas sammios
Epitalamios
Solo á si solo se canta,
Y amoroso
Padre, hermano, dueño, esposo,
Para sí (como en sí reina)
Nacar y oro en plumas peina.
¿Qué mucho que en dicha tanta
Envidie á un ave una infanta,
Esta esclava, aquella reina?

ESCENA IV.

DON LOPE, BERMUDO. — DOÑA
BLANCA.

BERMUDO. (Hablando con su amo, sin re-
parar en Doña Blanca.)

O embarcarnos ó perdernos,
Porque Ordoño, en tu demanda,
No á caza de gangas anda,
Sino á caza de cogerlos.
Es un Heródes Ordoño.
Y tú y yo como inocentes;
Y si aquí accidentes,
O nos vuelven en madroño,
Vive Dios....

DON LOPE.

Calla, Bermudo.

BERMUDO.

Que démos venganza cruel
De ti y de Doña Isabel
A los aprietos de un inudo.
¿Qué tenemos que esperar?
Gijón es fin de la tierra
De Europa, y de Inglaterra
Huele el puerto y besa el mar:
Una nave de Pleniña
Aguarda, las vergas altas;
Si su plaza de armas saltas,
Y calles de golfos rua:
Trocando españolas cortes,
Sus soplonos desmentimos;
Y si aquí príncipes fuimos,
Serémos allá milortes.

DON LOPE.

¿Ay Bermudo! si no hubiera
En el mundo Doña Elvira....

BERMUDO.

Cantáramos tararira,
Y echáramos el mal fuera.

DON LOPE.

Siguiera yo tus consejos;
Mas ¿cómo saldré de aquí,
Amándola mas que á mí?

BERMUDO.

Huyen liebres y conejos
Del Rey, con no perseguillos;
Los lobos y osos tambien
Se esconden cuando le ven;
Hasta lagartos y grillos,
Temiendo que no los tope;
Y tú que al tuyo ofendiste

Quando con él competiste,
Y por matar á un Don Lope
Diera á Ordoño cien hermanas,
Y Ordoño, que adora en ella,
Treinta Don Lope por ella;
En bellezas asturianas
Embohado, de tu vida
Pródigo pretendes ser!

DON LOPE.

¿Qué no acaba una mujer?

BERMUDO.

Y un mudable ¿qué no olvida?
A Doña Isabel navarra
Adorabas de tal modo,
Que diste en tierra con todo,
Discreta, noble y bizarra;
Y cuando de su constancia
Ejemplos á Francia ha dado,
¿Dirás aquí enamorado
Que esos son pueblos en Francia?
Lleve el diablo á Doña Elvira,
Causa de tu amor bisono,
Si por ella el rey Ordoño
Los medios jemes nos tira.

DOÑA BLANCA. (Ap.)

¿Qué escucho! ¿Válgame Dios!
Don Lope liguéz es este:

Para que se manifieste,
Harto me han dicho los dos.

El rey navarro le busca,

Y le persigue el leonés;

Amor es el interés

Que sus méritos ofusca.

Conocerle deseaba,

Que me refieren mil cosas,

En su abono, prodigiosas:

La misma envidia le alaba.

Desde aquí puedo escondida

Escuchar en lo que para

Esta aventura, que es rara. (Ocúltase.)

DON LOPE.

¿A Elvira la vida.

¿Mi hermano Don Melendo

¿Apararme?

¿A ocultarme

¿A estar temiendo?

¿A partirme?

¿A andaba

¿A firme,

¿A bien,

¿A bien

¿A jete

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

¿A

Tambien; que estoy mal cabe ellos,
Quando mi amor se mejora.

BERMUDO.

¿Oh si tambien arrojaras
Un pedazo de bobuna
Que vinculó la fortuna
Entre las virtudes raras
Con que la fama te estima!
¿Hahemos de irnos, ó no?

DON LOPE.

Siempre el amor desprecio
La suerte que no le anima.
Partiréme; mas primero,
Si la vida aventurase,
Si á los dos reyes vengase,
Celoso uno, otro severo,
He de hablar á quien adoro.

BERMUDO.

Si en eso das, voy á ver
Como podré detener
Nuestra urca, puesto que el oro
Es rémora: allá te espero.

DON LOPE.

Presto volveré á buscarte.

BERMUDO.

Si no llegan á embargarte
El gargarismo, primero. (Vanse los dos.)

ESCENA V.

DOÑA BLANCA.

Basta, que este es el opuesto
Que el rey Don Sancho persigue
Por mas que gallardo obligue,
Temor su trato me ha puesto.
Enamorado tan presto
De nueva prenda! ¿Ofendida
Isabela, cuya vida
Llora ausencias desterrada!
Por firme en Francia olvidada
Y Elvira aquí apetecida!
¿Que mal pagados empeños!
Si los hombres, cuando amantes,
Son ¿ciegos! tan inconstantes,
¿Que serán cuando sean dueños?
Hipérboles halagüenos,
Que al paso que encarecidos,
Os desvanecéis fallidos,
Escarnecid mis temores,
Pues los que hoy venden amores,
Mañana frian olvidos.

(Alza el retrato y lo demas.)

Mal, retrato, os ha pagado
Vuestro mudable señor;
Pero solo estais mejor
Que tan mal acompañado.
¿Veréis, si os han desechado
No mi lastima á lo menos;
Para ejemplos seréis buenos
De voluntades perjuras:
Venid, que hasta en las pinturas
Lloran Olimpás Virenos.
La obligacion que atropella
Don Lope, á Isabela ingrato,
Siento de suerte, retrato,
Que tengo celos por ella.
Vengarla, será ofendella;
Que quiere bien no querida,
Y casi voy persuadida
Que celosa provocada,
Me lastima la olvidada,
Y envidia la pretendida. (Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA, de caza á lo asturiano
noble, y por otro lado el rey ORDO-
ÑO, de caza tambien: ella con arco
y flechas, y él con ballesta. Cae al
suelo una perla herida, y van los
dos á cogerla á un tiempo.

ORDOÑO.

A vuelo la derribe:

En esta mata ha de estar.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué te aprovechó volar,
Si de tu castigo fué
La flecha mi ejecutora? —
Aqui pienso que cayó.
Halléla.

ORDOÑO.

Aqui se abatió.

(Cógela.)

DOÑA ELVIRA

¿Qué es esto?

ORDOÑO.

Si sois la aurora,

Que, á imitacion del planeta
Que con pasos de oro os sigue
Porque su amor os obligue,
Caza; ¡dichosa saca
La que del puro cristal
De vuestras manos, se emplea
En lances que el sol desea,
Aunque con riesgo mortal!
¿Quién lo duda? Yo á lo ménos
Sospechaba que habia sido
Ejecutor presumido
De empleos que envidia ajenos.
¿Oh, quién la avecilla fuera
Que por vos muriendo vive!

DOÑA ELVIRA.

Quien lisonjas aperebe,
Engañon en premio espera.
Hidalgo, la adulacion
No halla en la sierra hospedaje.
Seréis segun vuestro traje,
Cortesano de Leon;
Yo en la sencillez de Asturias
Criada, ni responderos
Sabré cortés, ni creeros;
Que por acá son injurias
Palabras ponderativas.
Soltad la presa, y adios.

ORDOÑO.

Presa mi alma teneis vos,
Cuyas potencias cautivas
No há un instante que pensaban
Que pudiera su poder
No ser preso, mas prender
Aves que libres volaban:
Ya mi ignorancia confieso.

DOÑA ELVIRA.

¿Oh! En dando en desvariar..... —
Soltad.

ORDOÑO.

Mal podrá soltar
A su juez quien vive preso.
Multiplicareis enojos
Al paso que en mi sospechas,
Si abatis aves con flechas,
Si rendis almas con ojos.
Pero yo os quiero ferir
La presente.

DOÑA ELVIRA.

¿Teneis vos
Con qué pagarla?

ORDOÑO.

Por Dios,
Que os llegue por ella á dar
Toda un alma.

DOÑA ELVIRA.

Ya dais muestra
De que estais desacordado.
Si yo el alma os he usurpado,
¿Podréis vos, no siendo vuestra,
Ofrecérmela?

ORDOÑO.

Sospecho

Que sí.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo?

ORDOÑO.

Sin accion

Gozais vos la posesion;
Pero fáltaos el derecho.
Si es mio, y dárosle trato,
¿No será lance feliz
Por un alma una perdiz?

DOÑA ELVIRA.

Comprado hubiera barato,
A haberla yo menester;
Pero es aposento estrecho
Para tanta alma mi pecho:
Mal podrá dentro caber
Quien finge amor con cautela.
Recebid vuestra alma vos,
Hidalgo, y andad con Dios.

ORDOÑO.

Dádmela pues.

DOÑA ELVIRA.

Buscaréla;
Que hasta agora no sé dónde
Se puede haber ocultado.

ORDOÑO.

Miralda en vuestro cuidado.

DOÑA ELVIRA.

Hay otro que en él se esconde,
Y no admite compañía.

ORDOÑO.

Por muerta podréis llorarla.

DOÑA ELVIRA.

Yo no puedo, en fin, hallarla.
Soltad la perdiz, que es mía.

ORDOÑO.

¿Cómo, si no destrucamos?

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué tengo vuestro yo?

ORDOÑO.

El alma.

DOÑA ELVIRA.

No la hallo.

ORDOÑO.

¿No?

Pues tengamos y tengamos.

DOÑA ELVIRA.

Extraño sois.

ORDOÑO.

Ya lo veo;

Que á tenerme yo por propio
Cuando vuestra imagen copio,
Siendo el pincel mi deseo
Y el lienzo mi voluntad;
No tratárades así
La potencia que os rendí.

DOÑA ELVIRA.

Si sois caballero, usad
De la cortesía agora,
Que á las mujeres debeis.
Mirad que me deteneis.
Acabemos.

ORDOÑO.

¿Quién ignora,

En los principios de veros,
Su fin dejándos de amar?
El morir será acabar,
Y acabaré con perdersos.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué intentáis?

ORDOÑO.

Obligaros.

DOÑA ELVIRA.

Nunca obliga quien ofende.

ORDOÑO.

Siempre ruega el que pretende.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué pretendéis?

ORDOÑO.

Amaros.

DOÑA ELVIRA.

¿Amarme? No os lo aconsejo.—
Soltad, y no me enojeis.

ORDOÑO.

Eso no; que volaréis,
Si con las plumas os dejo.

DOÑA ELVIRA.

Quedáos con ellas.

ORDOÑO.

Tampoco.

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué?

ORDOÑO.

Se las lleva el viento.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué importa?

ORDOÑO.

Ser libre intento.

DOÑA ELVIRA.

Pesado estais.

ORDOÑO.

Estoy loco.

DOÑA ELVIRA.

Del loco, huir.

ORDOÑO.

Ya estoy cuerdo.

DOÑA ELVIRA.

¿Tan presto?

ORDOÑO.

De mí me admiro.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo?

ORDOÑO.

Sosiego si os miro.

DOÑA ELVIRA.

¿Milagro!

ORDOÑO.

Enfermo si os pierdo.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué remedio?

ORDOÑO.

Curarme.

DOÑA ELVIRA.

¿De qué suerte?

ORDOÑO.

Con oirme.

DOÑA ELVIRA.

¿Si no puedo?

ORDOÑO.

Es consumirme.

DOÑA ELVIRA.

¿Y si me ausento?

ORDOÑO.

Es matarme.

DOÑA ELVIRA.

Dios os perdone.

ORDOÑO.

Es crueldad.

DOÑA ELVIRA.

Pues yo ¿debós algo?

ORDOÑO.

Sí.

DOÑA ELVIRA.

Niego la deuda.

ORDOÑO.

¿Ay de mí!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué os debo?

ORDOÑO.

La libertad.

DOÑA ELVIRA.

¿Téngola yo?

ORDOÑO.

¿En eso estamos?

DOÑA ELVIRA.

Soltad.

ORDOÑO.

Mi alma os pido yo.

DOÑA ELVIRA.

No la hallo, hidalgo.

ORDOÑO.

¿No?

Pues tengamos y tengamos.

ESCENA VII.

DON MELENDO, DON TELLO, DON
GARCÍA. — DOÑA ELVIRA, DON
ORDOÑO.

DON MELENDO.

¿Aqui decís que quedaba
Su Alteza cazando?

DON GARCÍA.

Aquí

Le dejamos.

DON MELENDO. (Viendo á Ordoño.)

Conseguí

La ventura que esperaba.

(Ordoño al ver á los que se le acercan,
suelta la perdiz, y quedase Doña El-
vira con ella en la mano.)

¿Gran señor, por nuestra sierra

Vuestra Alteza honrando valles!

(Doña Elvira arroja la perdiz.)

No envidien desde hoy sus calles

Las que vuestra corte encierra.

Dadme esos invictos piés.

ORDOÑO.

Conde Don Melendo, alzá.

DOÑA ELVIRA.

¿Jesus! ¿el Rey?

ORDOÑO.

Levantad.

DOÑA ELVIRA.

Siempre fué poco cortés,
Gran señor, la rustiqueza
De una sierra en la distancia
De la corte, y la ignorancia
Atrevida: vuestra Alteza
Mi poco conocimiento
Perdone.

ORDOÑO.

A estar yo ofendido

De vos, que testigo he sido

De que sagrados del vicario

No se atreven á amparar

Aves que en él abatan

El perdon que me hacen

Pretendiera yo alabado

De vos; que os lo agradezco

Quando os reveleis

DON

A lo menos de

Puede blasonar

Haciéndola vuestra

Tanta merced y

ORDOÑO.

¿Vuestra hermana

DON

Y esclava vuestra

DON

Tanta (puesto que

Por no oprimir

Entre aquestas

A estar yo adven

Bien pudiera co

Que era generoso

De vuestra casa

DON

Con que os pret

Y yo que en est

He juzgado, gr

A especie de di

Que cuando vol

Pasando por un

DON

Belleza

ORDOÑO.

De ilustrarla los desdeñeis;
Que el sol y el Rey, ya sabeis
Que da luz por donde pasa.

ORDOÑO.

Alabado me han la quinta
Que aquí habeis mandado hacer.

DON MELENDO.

Una casa es de placer,
No como la fama pinta,
Mas, en fin, para en montaña
Tan aspera, entretenida,
Y labrada á la medida
Del dueño que la acompaña:
Ya enmendará cortedades
Con los favores que espera
De vuestra Alteza.

ORDOÑO.

Si esfera

Viene á ser destas beldades,
Primero que entre en Leon,
Mas gusto en ella intereso
Que en todo mi reino.

DON MELENDO.

Reso

Estos reales piés, blason
De la dicha que sublima
Quien tal merced considera:
El bien que menos se espera,
Si viene, es de mas estima.
Vos, gran señor, no esperado
Y á hacernos merced venido,
Por nuestro, bien recibido,
Si cortamente hospedado,
Escasezas perdonad,
Y deseos admitid.

ORDOÑO.

Doña Elvira, despedid

(Llegándose á hablar aparte con ella.)

Al que, en vuestra voluntad
Huésped, honrais satisfecha;
Que no cabrémos los dos,
Siendo, como decis vos,
Para mas que un alma, estrecha.

DOÑA ELVIRA.

Aun no sé si en ella cabe
Quien su dueño intenta ser:
Mire ¡cómo ha de caber
Un rey! Que tengo con llave,
Señor, mi alma, dije yo.

ORDOÑO.

¿Y abriría un rey no podría?

DOÑA ELVIRA.

A no ser descortesía,
Os respondiera que no.

(Hace una gran reverencia al Rey, separándose de él; Ordoño entonces se retira con Don Melendo y los que le acompañaron.)

ESCENA VIII.

DON LOPE.—DOÑA ELVIRA.

DON LOPE.

Salgo á darte parabienes,
Doña Elvira..... Soy grosero;
Que hablar por diminutivos
A quien tiene pensamientos
Coronados por amantes,
Es profanar el respeto
De un alma ya entronizada,
Que ofrece á un rey aposento.

(Quitase el sombrero.)

Salgo á dar á vuestra Alteza
Parabienes del empleo
En esta caza adquirido,
Hallado en este desierto.
Goce mil años sus lances;
Que quien diestra tira al vuelo
A una perdis trasformada

En una águila, abatiendo
Blasones majestuosos;
Gananciosa con tal trueco,
Ya dedicará al amor
Arco y flechas en su templo.
Gran huésped la casa os honra,
Gran rey os consagra afectos,
Gran amante os solicita,
Gran principe os llama dueño.
Tanta dicha, y toda grande!
Pobre de quien por pequeño
Despedido y perdidoso,
Sera desde hoy forastero
Donde ayer fue natural!

De mi fortuna me quejo,
No de vuestra Alteza, no;
Que lo mas priva á lo ménos.
Entre esas matas oculto,
Por presumido, soberbio,
Llegué á accecharos Diana,
Cuando Ordoño os halló Vénus.
¿Qué cortés le recibistes,
Sin conocerle! y qué tierno
Dispuso ponderaciones
Con que cohecharos deseos!

¿No os pareció muy bizarro?
Pero ¿qué principe hay feo?
¿No es su discrecion notable?
Pero ¿cuándo un rey fué necio?
No hay llaves que no falseen
Coronas; y segun esto,
Poco importó el advertirle
Tenerle cerrado el pecho.
Alojábame en él yo
Confiado y indiscreto;
Halléle en mi compañía;
Es rey, túvele respeto;
Despejéle la posada,

Porque en lugar tan estrecho,
No saliendo el uno, ¿cómo
Un vasallo y rey cabrémos?
Por lo rico apetecible,
Admitido por lo nuevo,
Por el sitio ocasionado,
Por lo interesante bello,
Y ya en vuestro corazon
Huésped: fuera desacierto
Volverle la libertad
Que os pidió; yo os lo confieso
¿No os dijo: «Volvedme el alma
Que me usurpais?» ¿No os oyeron
Mis penas que respondistes:

«No la hallo, caballero?»
No la hallastes, por hallaros
Bien con ella; pues es cierto
Que si niego lo que usurpo,
Doy muestras que lo apetezco.
El, en efecto, esta noche
Es dos veces huésped vuestro:
Vos le aposentais el alma,
Vuestra alegre quinta el cuerpo
Yo de entrambas despedido,
Ya que á Navarra me vuelvo,
Por desocupar posadas,
Sacar las prendas intento
Que os deposité ignorante;
Que en fin, peca de grosero
Quien aguarda que le digan
Que se vaya. Pensamientos
Y memorias tengo vuestras:
Pobre de mi si las llevo!
¿Qué mala vida han de darme!

Tomaldas, y destroquemos.
Dadme mis sentidos vos,
Que ya como esclavos viejos
Os estorbarán el gusto:
Volvedme á dar mis deseos.
¿Qué va que no me decís:
«No los hallo?» Ni yo pienso,
Cuando engañado os lo oyerá
Como Ordoño responderos:
«Pues tengamos y tengamos»,

Porque en fin, el pago tengo
Que merecen confianzas
En los mares y en los vientos
Hoy en efecto me parto:
Cuando os quedaren recuerdos
De servicios (que no harán),
Si apeteceis de aquel reino
Algo para vuestras bodas,
Escribidme. Mas; ¿qué necio
Soy! No me acordaba ya
Que un rey era vuestro emplen.
¿Qué os puede faltar con él?

(Hace que se va, y vuelve.)

Guárdeosle Dios. Mas no quiero
Irme sin pagar hospicios,
Que aunque despedido, os debo
Tengo agradecida el alma,
Y para sus desempeños,
Tributo ha echado en los ojos:

(Enjugáse los.)

Admitid el caudal dellos;
Que aunque desestimaréis
Lágrimas de poco precio,
Tal vez para derramarlas,
Hay agua que paga censos.

(Hace que se va.)

DOÑA ELVIRA.

Don Lope Iñiguez, Don Lope,
Volved acá, detenéos;
Que combatir con ventajas,
Mas es temor que no esfuerzo.
Ya que argüís, aguardad
Respuesta, y ausentáos luego,
Mas para desagraviarme,
Que para satisfaceros.
Yo soy Doña Elvira Osorio..... —

(Quiere irse, y ella flecha el arco contra él.)

Esperad, ó vive el cielo,
Que descaminen agravios
Castigos ó atrevimientos.—
Doña Elvira Osorio soy,
Y de la estirpe desciendo
Del infante Don Pelayo,
Rey en Asturias primero.
Alvar Perez fué mi padre,
Y mi hermano es Don Melendo,
Cuyas hazañas bastaron
A constituirles reino
En los llanos de Leon
A principes, que en Oviedo
Entre riesgos parecían
Mas que reyes, handoleros.
Siendo pues mis ascendientes
Reyes, y sus herederos
Triunfadores de coronas,
Que africanos le rindieron;
Cuando Ordoño pretendiese
Lazos del tálamo honesto
Que á su silla me igualasen
Coronándome en su asiento,
¿Qué quilates perdería?
O yo, á su estado ascendiendo
¿Qué grados podré añadir
A los ilustres que heredo?
¿Tan grande me viene Ordoño?
¿Tan poco es lo que merezco?
¿Tan humilde mi fortuna,
Tan dilatado su imperio,
Que culpándome ambiciosa,
Juzgueis que me desvanesco
Con ofertas majestades
Que alteren mis pensamientos?
Pues desengañaos, Don Lope;
Que para merecimientos
De mi presuncion altiva
Me viene el Rey tan pequeño,
Que á su lado soy gigante;
Y que es tan alto mi vuelo,
Que me perderán de vista
Las águilas de un imperio.

Reine Ordoño allá, que yo
Dentro de mi misma reino
Tanto mas majestuosa,
Cuanto mayor considero
La jurisdiccion de un alma
Cuyas potencias gobierno,
Mejor que él aduladores,
Ya nobles, ó ya plebeyos.
Si pensais desvanecido
Que en ella, Don Lope, os dieron
Permisiones amorosas
Entrada (que lo sospecho,
Segun hablais confiado);
Engañaisos, ó á lo ménos,
Cuando sucediera así,
Ya por fácil y indiscreto
Mereceis perder su hospicio;
Que aunque en maliciar los celos
Sean villanos, tal vez nobles
Se desmienten á sí mesmos.
Dos meses há que llegastes
A nuestra quinta, fingiendo
Romerías al sepulcro
Del Apóstol patron nuestro:
Generoso os recibí
Mi hermano como á su deudo,
Si corto en agasajaros,
Cortés en entreteneros.
Supimos en fin, que el rey
Don Sancho Abarca, severo
Con vos, aunque vuestro primo,
Quiso en Navarra prenderos;
Ordoño viene á buscaros;
Y menospreciando riesgos,
Mi hermano incauta, á mi instancia,
O aplacarle ó esconderos.
De vos me compadecí;
Y aunque no amante, sospecho
Que hay entre la compasion
Y amor algun parentesco;
Pues á lograr vos principios
Que en mi voluntad pudieron,
Si no admitiros del todo,
Casi amotinar desvelos;
Lo que Ordoño no ha alcanzado
Ni alcanzará (estad en esto),
Ni quantos blasones reales
Combate á hermosuras dieron,
Quizá alcanzárades vos;
Porque influencias del cielo,
Frecuencias ocasionadas
Y padrinos pensamientos
Vencen tal vez imposibles.
Don Lope, los desacuerdos
De vuestra templanza poca
En un instante perdieron
Lo que en dos meses ganaron.
Teniéndos á vos en ménos,
En poco me habeis tenido;
En poco desde hoy os tengo:
Quien de mi fe juzgó mal,
Digno es de mi menosprecio.
Esto os llevad de camino;
Que agora que he satisfecho
Mi fama y vuestra malicia,
Podréis, si gustais, volveros.

DON LOPE.

¡Ojalá fuera posible
Volverme; que yo os prometo,
Si vueeltas dicen mudanzas,
Que os las ferirá á este tiempo!
Partir, sí, volverme no,
Será fuerza; aunque os prometo
Que me han convencido poco
Vuestros leves argumentos.
No estimaréis (¿quién lo duda?)
Coronas; que ya os las dieron
La hermosura y el donaire,
La sangre y entendimiento;
Pero no me negaréis
Que quien ocasiona ruegos
Con palabras que eslabona,

No se entretiene con ellos.
Tanta pregunta y respuesta,
Si quiero bien, si no quiero,
Si hallo el alma, si no la hallo,
Si estais loco, si sois cuerdo,
Partiéndole las razones,
Respondiendo á medios versos
Ya apacible, ya enojada,
Risa y desdenes á un tiempo;
Eso ¿qué rústico ignora,
Que es despedir deteniendo,
Favorecer desdeñando,
Menospreciar admitiendo?
Quien pregunta, ingrata Elvira,
Respuesta aguarda: esto es cierto;
Solo un *no* tiene el desden;
Al rigor pintó un discreto
Vueltas á amor las espaldas,
A la ocasion con cabellos,
Sin alas al apetito,
Con dos caras al desco.
Amor el vuestro mejor;
Que yo ignorante soberbio,
Si atrevido me juzgaba
En vuestra alma dueño vuestro
Pues decís que no lo estuve,
Libre de tales empeños,
Cuanto mas desobligado,
Tendré que pagaros ménos.
Mil años goceis á Ordoño.
Adios.

DOÑA ELVIRA.

Desengañe el cielo,
Don Lope, al Rey que os persigue.
Id con Dios. — Pero, ¿en efeto,
De todo punto os partís?

DON LOPE.

Totalmente.

DOÑA ELVIRA.

¿Sin intento

De volver mas á estos montes?

DON LOPE.

¿A estos montes, á qué?

DOÑA ELVIRA.

A vernos.

DON LOPE.

¿Tan bien me fué en la posada?

DOÑA ELVIRA.

¿Tan mal pasaje os hicieron?

DON LOPE.

Juzgadlo vos.

DOÑA ELVIRA.

Si lo juzgo,

Don Lope, tendréis mal pleito.

DON LOPE.

¿Qué maravilla, si el juez

Admite reales cohechos?

DOÑA ELVIRA.

¿Vive Dios, si me injurias

Segunda vez.....! Idos.

DON LOPE.

Temo

Sentencias que me amenazan.

Adios.

DOÑA ELVIRA.

Despedios primero

De mi hermano.

DON LOPE.

Está ocupado,

Y si Ordoño me ve, arriesgo

La vida.

DOÑA ELVIRA.

No decís mal;

Que hay quien pueda conoceros.

DON LOPE.

Disculpadme con él vos.

DOÑA ELVIRA.

Sí haré: andad; pero recelo

Que os atajen el camino

Los que intentan ofenderos.

Don Lope.
¿Cómo, si ignoran que aquí
Fui vuestro huésped?

DOÑA ELVIRA.

Secretos
Sueñen revelar agravios
Por castigar desaciertos.

DON LOPE.

Y esos, ¿quién los sabe?

DOÑA ELVIRA.

Yo.

DON LOPE.

¿Para decirlos?

DOÑA ELVIRA.

¿No puedo?

DON LOPE.

Sois noble.

DOÑA ELVIRA.

Pero injuriada.

DON LOPE.

Por daros gusto me ausento:
No habeis de dar mal por bien.

DOÑA ELVIRA.

Y ¿es el gusto.....?

DON LOPE.

Ver que os dejo

Libre el alma para Ordoño.

DOÑA ELVIRA. (Enojada.)

Seréisle estorbo molesto.

Idos, andad.

DON LOPE.

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿sin decirme mas desto,
Os partís?

DON LOPE.

¿Qué he de decirlos?

DOÑA ELVIRA.

Ese os guarde es algo seco:
Sazonad la despedida
Con mas agrado.

DON LOPE.

No tengo,

Si no los hurto á Ordoño,
Mas suaves los conceptos.
Mas ya que un rey os sublima,
Porreina la mano os beso, (De rodillas.)
No por dama.

DOÑA ELVIRA.

Agora sí

Que os vais enmendando: al cuello
Esta cadena os echad.....
No para favoreceros.

DON LOPE.

Pues ¿para qué?

DOÑA ELVIRA.

¿Qué sé yo?

DON LOPE.

¿Y he de partirme con esto?

DOÑA ELVIRA.

¿Quereis vos?

DON LOPE.

De ningún modo.

DOÑA ELVIRA.

Pues yo, ni por pensamiento.

DON LOPE.

¡Fin de enojos apacible!
Si fueran almas los celos,
Ninguna se condenara.

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué?

DON LOPE.

Si son verdaderos,

Como mártires de amor
Fundan sus merecimientos
En atormentarse vivos,
Y su muerte para en cielos.

DOÑA ELVIRA.

Este es mi hermano, Don Lope;
Basten desalumbraimientos;
Estimadme y estimáos:
Seré firme, si sois cuerdo.
Mirad que pende la mia
De vuestra vida; escondéos
Mientras el Rey esté en casa.

DON LOPE.

¿Amaréisle?

DOÑA ELVIRA.

¿A eso volvemos?

DON LOPE.

Es increíble el temor.

DOÑA ELVIRA.

De diamante el alma tengo.

DON LOPE.

¿A quién quereis?

DOÑA ELVIRA.

A Don Lope.

DON LOPE.

Vos sois mi bien.

DOÑA ELVIRA.

Vos mi dueño.

ACTO SEGUNDO.

Sala de cárcel en el palacio de Leon.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE, BERMUDO.

BERMUDO.

¿Qué quieres? Allá van leyes.
Et cetera. — Estrellas son:
Naciste en oposicion
De las damas y los reyes.
El león te tiene preso
Por dar gusto al navarrisco,
Y á su infanta basilisco,
Cuyo amor le quita el seso.

DON LOPE.

¿Pluguiera á Dios!

BERMUDO.

¿Pues lo dudas,

Si, porque le dé la mano,
Haciendo paz con su hermano,
Te tiene así?

DON LOPE.

Penas mudas

Disfrazan esa mentira,
Y honestando ese color,
A la Infanta finge amor
Cuando adora á Doña Elvira.
Celos que tiene de mí,
Le abrasan el corazón,
Y ocasionan mi prision.

BERMUDO.

¡Vive Dios, que lo entendí
Dese modo desde el día
Que trayéndola á palacio,
Para obligarla despacio,
De su hermana la confía!
Porque es la privanza tal
Con que Doña Blanca la ama,
Que aunque vino á ser su dama,
Mas parece que es su igual.

DON LOPE.

¡Ay Bermudo! ¿quién creyera
Que cuando la imaginé
Inexpugnable en la fe
De mi amor, de vidrio fuera?
¿Quién dudara de promesas
Con lágrimas rubricadas,
De palabras no guardadas,
En agua, en arena impresas,
De desdenes á un rey hechos
Para asegurarme á mí?

¡Firme en Asturias, y aquí
Mudanza toda!

BERMUDO.

Cohechos

Reales hechizan, en prueba
Que en las ferias del amor,
En fe que es revendedor,
El que mas da, se las lleva. —
No te envía á visitar
Después que preso la lloras?

DON LOPE.

En la mujer son las horas
Siglos: ¿quién se ha de acordar
De un siglo? Ya estoy difunto
En su memoria: no la hace
De mí.

BERMUDO.

El requiescat in pace
Y el prenderte vino junto.
Verás cuál te la pondré.

ESCENA II.

DON TELLO. — DON LOPE. BERMUDO.

DON TELLO.

Don Lope, el Rey, por honraros,
En persona viene á hablaros.

BERMUDO.

¿El Rey? ¿Zape! escurrueme.
(Vanse Don Tello y Bermudo.)

ESCENA III.

ORDOÑO. — DON LOPE.

ORDOÑO.

Don Lope, mas ha podido
En mi pecho la piedad,
Que las causas que he tenido
De oprimir la libertad
Con que os juzgais ofendido.
Don Sancho Abarca me escribe
Muchas cosas contra vos,
Y á la guerra me aperebe
Si os suelto: somos los dos
Deudos cercanos: no vive
Ménos que eterno el enojo
En los reyes: á su hermana
Me ofrece, bello despojo
De hermosura, que tirana,
Pudiera á cualquiera arrojó
Obligarme, á no templar
Doña Blanca el interés
De mi amor: muestra pesar
De veros preso, después
Que halló en su pecho lugar
La sangre con que os estima;
Que, en efeto, es vuestra prima,
Y siente como es razon,
Que haya belleza en Leon
Que á daros muerte me anima.
Doña Elvira Osorio es esta,
De quien en Asturias fuistes
Huésped; no me manifiesta
Los agravios que la hicistes;
Mas contra vos me molesta.
En efeto, por libraros,
Con el navarro es forzoso
Romper, y por conservaros
La vida, no ser esposo
De su hermana. A ponderaros
Vine lo que me debeis;
Porque cuando libre esteis,
Deudo, vasallo y amigo.
De la suerte que os obligo,
Mercedes desempeñeis.
Por mayordomo mayor,
Mi casa, Lope, os recibe.

DON LOPE.

¿Qué bien un sabio, señor,
Ponderó cuán cerca vive

La dicha del disfavor!
De vuestra grandeza distes
Señal, cuando el sér os debo;
Que á Dios imitar quisistes,
Pues para hacerme de nuevo,
De nuevo me deshicistes.
Mas veriticaís así
Dejando ejemplos en mí
De tan piadosa largueza,
Que el añadir no es grandeza;
El hacer de nuevo, sí.
Declaráos pues, gran señor.

ORDOÑO.

Prenda en mi corte teneis
Que os sacará de deudor.
Baste esto, si pretendéis
Cumplir con vuestro acredor. (Vase.)

ESCENA IV.

DON LOPE.

¡Ay cielos! Elvira ha sido
La prenda del desempeño,
Que ayer me llamaba dueño,
Y hoy me destierra á su olvido
Llamé el Rey favorecido,
Amor, porque mas me enciendas
Mientras con celos me ofendas;
Que ya, atropellando leyes,
Interesables los reyes,
Si fian, es sobre prendas.
Si la libertad me impide
Doña Elvira, si desca
Que Ordoño muerto me vea,
¿Por qué agora me la pide?
No es posible que me olvide,
Pues al Rey le causo pena;
Pues si mis dichas enfrena,
Es por ver que Elvira es mia;
Que ninguno empresta ó fia
Caudal sobre prenda ajena.
Pues si á Elvira debo amor,
Justo es que le satisfaga;
Que amor con amor se paga,
Como rigor con rigor.
De Ordoño quedo deudor:
Mucho valen sus favores;
Pero pues son anteriores
Los de Elvira, cobrad vos,
Amor, y hagamos los dos
Pleito esta vez de acredores. (Vase.)

Sala de palacio.

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA, con verdugado y abanico como las damas de palacio; BERMUDO.

DOÑA ELVIRA.

Si entráis otra vez aquí,
Si mas Don Lope os envía
A que desacreditéis
Mi opinion...

BERMUDO.

Señora mia...

DOÑA ELVIRA.

Yo os pondré...

BERMUDO.

Cual digan dueñas,

Falta solo, pues usia
Dueña se vuelve de dama,
Que eternamente gruñizan.
Gruñan cien varas de toca
Holandesa ó pichelingua,
Por cuya blanca gatera
Se asoma una cara mica;
Mas usiria, muchacha
Brillante, esplendor, armíña,
Candor, crepúsculo, amago,
Aroma, coturno, pira;

Usaría, que enjaulando
El copete que entroniza
Solapa una ratonera,
De tanto moño tarima,
¿Ya en esa edad gruñizon?
¿Qué ha de hacer cuando sea tía?
¿Qué cuando suegra ó madrastra,
Si rapaza matroniza?
¿Ausi se olvidan, señora,
Finezas? ¿Ausi se olvidan
Veinte años de parentesco,
Dos meses de hospedería,
Ocho semanas de mesa,
De trato sesenta días?
¿Ausi dos mil y cien horas
De aposento y ropa limpia?
Esto de Ordoñas diademas
La debe de hacer cosquillas,
Por saltar enchapinada
A alteza de señoría.
¡Pobre de quien lo padece!

DOÑA ELVIRA.

Villano, todo malicias,
Necio, todo atrevimientos...

BERMUDO.

Eche sinónimos, diga.

DOÑA ELVIRA.

¿Que le debo yo á Don Lope,
Cuando á Ordoño desobliga?
¿Fui yo por dicha su dania?

BERMUDO.

¿Por dicha? por su desdicha.

DOÑA ELVIRA.

¿Debo á un deudo mas que á un rey?
¿Qué empeños suyos me obligan?

BERMUDO.

Eso de empreños, señora,
La comadre que lo diga;
Que yo sé poco de partos.

DOÑA ELVIRA. (Llamando.)

¡Hola! quitálde la vida
A este bárbaro, á este necio.

BERMUDO.

(Ap. Oliendo voy á paliza.)
Voyme: pero sepan cuantos
Vieren que mi amo peligra
Y toca en desesperado,
Que es la causa Doña Elvira.
Por ella olvidó á Isabela,
La mujer mas resabida,
Mas discreta, mas hermosa
Mas gentil-hombra, mas rica,
Que una abadesa en las Huelgas,
Que una condesa en su villa,
Y una dama de teatros,
Que es mas que todas las dichas.
Quien tal hace, que tal pague.
(Quiere entrar.)

DOÑA ELVIRA.

(Ap. Disimulaciones mías,
En vano encubris pasiones,
Cuando penas las publican.)
Bermudo, escucha, detente:
Oye, aguarda, espera, mira.

BERMUDO.

Mire, escuche, espere, aguarde
Quien trae fieltro si graniza;
Que yo no tengo paciencia
Para esperar zancadillas
De una mudable, que fué
Elvira ayer, y hoy Paulina.

DOÑA ELVIRA.

No soy, Bermudo, mudable;
Firmezas me califican,
Recelos me descomponen,
Riesgos me desacreditan.
¿Fíjame yo de tí?

BERMUDO.

Los taberneros me fian,

Los camaradas me prestan,
Los hosteros me convidan.
Yo soy lego y abonado.

DOÑA ELVIRA.

Deja burlas. — No ama el día
Tanto al sol, alma del cielo,
Tras una noche prolija,
Como yo á Don Lope adoro.
Celos, si no tiranías
De Ordoño, le tienen preso:
Porque le quiero peligra,
Si ve que le correspondo;
Cuantos le temen, me avisan
Que el poder, si injusto, real,
Le intenta quitar la vida
Por eso finjo desdenes,
Por esto desautorizan
Ingratitudes volitarias.
En lo exterior, la fe mía
Que dentro del alma adora
Memorias que me lastiman.
Amaba Ordoño en Navarra;
Vióme en Asturias un día,
Provoquéle desdeñosa,
Creció en sus celos su envidia.
No sufre la majestad,
Por la lisonja aplaudida,
Inobediencias amantes;
Que es sol y fácil se eclipsa.
Quiero engañarle amorosa,
Porque la Infanta que olvida,
Por mas difícil despierte
Llamas que el tiempo amortigua.
Este es, Bermudo, mi intento;
Esto quiero que le digas
A mi bien, á tu señor:
Alienta esta industria, anima
Este ardid, desmiente celos;
Asegúrale que estriba
Su libertad en mi engaño,
En mis desdenes sus dichas:
Mas que no crea apariencias
Inconstantes á la vista,
Mientras que dentro del alma
Verdades no verifica.
Que le aborrezco adorado,
Que le desdeño perdida,
Que le idolatro engañosa,
Que le persigo benigna,
Y que, en fe de mis afectos,
Cetros, solios, monarquías,
Enojos, severidades,
Persecuciones, malicias,
Serán lo que al sol las nieblas,
Lo que al fuego las espigas,
La tempestad á los montes,
A la verdad la mentira;
Porque á pesar de combates,
Siempre en amarle la misma,
Se preciará ser eterna
De Don Lope Doña Elvira.

ESCENA VI.

BERMUDO.

Almagricente paredes,
Rotulicente en esquinas
Los escribanos de yeso.
Que algunos llaman escribas.
¡Oh qué pisto que á Don Lope
Le llevo! ¡A pedirle albricias
Voy! ¡Esta si que es mujer,
Protodama y arquinifia!

(Vase.)

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA Y DOÑA SANCHA. La
Infanta trae en la mano un retrato
pequeño de dama, entero, y otro en
pedazos.

DOÑA BLANCA.

Del ingenio y el retrato,
Sancha, necesito agora.

DOÑA SANCHA.

Piadosa restauradora
Ilas sido dese retrato.
En ti medra la ventura
Que por Don Lope perdió,
Su mudanza le rasgó,
Ingrato con la pintura
De su olvidada Isabela.
Tu compasion acreditadas,
Pues su copia resucitas;
Mas no alcanzo la cautela
Con que el traje la has mudado.
¿Qué advertiste en sus fragmentos?

DOÑA BLANCA.

Amor, todo pensamientos,
En uno industrioso ha dado.
¡Feliz si salgo con él,
Y se luce lo que trazo!
Junta, Sancha, este pedazo
Con estos.

(Junta los pedazos del un retrato, y co-
tándole con el entero.)

DOÑA SANCHA.

Volvió el pincel

Por su agravio. Sutilmente
Su belleza retrató.

DOÑA BLANCA.

¡Hale llevando yo
La mano, aunque estaba ausente,
Al pintor, cuando en su idea
Mis afectos le imprimía.

DOÑA SANCHA.

Si á compasion te movia
Rasgado, entero recrea.
No vi igual similitud.
Mas ¿porqué de peregrina?

DOÑA BLANCA.

Sancha, porque descamina
La fortuna mi quietud.
Si tú supieras la guerra
De mi amor, pudiera ser....

DOÑA SANCHA.

No es difícil de saber
El mal que tu pecho encierra.
¡Ay, señora! Esa pintura
La contagion te ha pegado
De su amor menospreciado;
Porque tal vez el que cura,
Dando al enfermo salud,
Consigno su mal se lleva:
Bástame á mi para prueba
Esta verdad, tu inquietud.
A Don Lope quieres bien.

DOÑA BLANCA.

Quiérole bien por mi mal,
Sancha: ¿quién creyera tal?
¿No es prodigio que el desden
Con que á Isabela maltrata
Ocasione mis desvelos,

Y que se muden los celos,
Que en esta imagen retrata,
En mi con tanto rigor,
Que engendre mi pensamiento
De su mudanza escarmiento,
Y de su escarmiento amor?
¿Que llore yo compasiva
Agravios de quien no vi,
Y que estos mismos en mi
Causen que celosa viva
De la misma á quien procuro
Piadosa favorecer!
¿Que envidia venga á tener
A quien Don Lope perjuró
Ofende menospreciada!

¿Quién sino yo ha visto ¡cielos
Que celos engendren celos,
Y envidie yo á una olvidada?

DOÑA SANCHA.

Peregrina es tu pasión,
Como el traje que al retrato
Pintar hiciste.

DOÑA BLANCA.

A un ingrato,
Sancha, he dado el corazón;
Que mis desvelos celosos
A envidiar desgracias vienen,
Porque ya en el mundo tienen
Las desdichas envidiosos.
Estoy de suerte abrasada,
Que á trueco ¡ay suerte homicida!
De haberme visto querida,
Sufriera el verme olvidada.
Esta envidia, estos desvelos
Me causa Isabela: mira
Cuál me tendrá Doña Elvira,
Blanco mayor de mis celos.

DOÑA SANCHA.

¡Y si el de Vizcaya viene,
Con quien nuestro rey desposa
A vuestra Alteza?

DOÑA BLANCA.

Forzosa

Ocupacion le detiene.
Usúrpale el bearnes
A Guipúzcoa, y en su ofensa
Quitarle á Vizcaya piensa;
Que es poderoso el frances.

DOÑA SANCHA.

Yo á Don Lope declarara
La fe que tu amor le muestra.

DOÑA BLANCA.

Con mas industria me adiestra
La suerte que intento rara.
No ha de saber que le quiero;
Que así indecencias reprimo
De mi estado.

DOÑA SANCHA.

¿No es tu primo?

DOÑA BLANCA.

El mas noble caballero
Es de Navarra y Leon:
No es nuevo con sus vasallos
Casar infantas y honrallos
Los reyes de mi nacion.

DOÑA SANCHA.

Dese modo, ¿en qué reparas?
Déjame ese cargo á mi.

DOÑA BLANCA.

Sancha, habiendo dado el sí
Al Duque, ¿no me culparas
Si mudable permitiese
Que otro que el Duque me amase,
Su palabra el Rey quebrase,
Y Don Lope me sirviese?
¡El la dama, y yo el galán!
Mas ingeniosa cautela
Fabrico. ¿No amó á Isabela
Don Lope?

DOÑA SANCHA.

Por ella están

Los dos reyes mal con él.

DOÑA BLANCA.

¿No tengo en mi poder yo
El retrato que rompió,
Los papeles de Isabel,
Y otras prendas?

DOÑA SANCHA.

Es así.

DOÑA BLANCA.

Pues con algun fundamento,
Mudándole el traje, intento
Que el retrato que adquirí,
Mis industrias asegure.

DOÑA SANCHA.

No te acabo de entender.

DOÑA BLANCA.

Tercera tengo de ser
De Isabela, aunque aventure
Que amándola, me dé celos,
Por excusar los de Elvira.

Amor que á enredos aspira
Animará mis desvelos.

DOÑA SANCHA.

Ya está tu Don Lope aquí.

DOÑA BLANCA.

Pues déjanos á los dos.

DOÑA SANCHA. (Ap.)

Amor, si fuéradéis Dios,
No enredáradéis así.

(Vase.)

ESCENA VIII.

DON LOPE, con una carta. — DOÑA BLANCA.

DON LOPE. (Para sí al salir antes de haber visto á la Infanta.)

Cásase en Francia Isabela,
Conforme en esta me escribe;
Y como en mi pecho vive
Elvira, no me desvela
La mudanza de su estado;
Mas si yo á Elvira no amara,
Bien sé yo que me costara
La vida haberme olvidado.
Busque en los mares firmeza
Quién en mujeres la fía.

DOÑA BLANCA.

Don Lope....

DON LOPE.

¿Señora mía!

Déme los pies vuestra Alteza.

DOÑA BLANCA.

La libertad que adquirís,
Me tiene á mí tan gustosa.
Que pudiera estar quejosa
De que cuando recibís
Plácemes, no me los déis
Como á parte interesada:
Mas ya yo estaba informada
De cuán mal correspondéis
A vuestras obligaciones.

DON LOPE.

A hallar yo merecimientos
(Siquiera en mis pensamientos,
Cuanto y mas en mis acciones)
De tal merced, no tuviera
Quejas de mi suerte avara;
Antes desdichas comprara
Con que ocasionar pudiera
En vuestra Alteza piedad,
Y envidia en mis enemigos.
Mas, gran señora, ¿castigos
Entre favores! Mirad
Que no dicen proporcion.
¿Quién contra mí os ha mentido
Que yo no he correspondido
A quien tengo obligacion?

DOÑA BLANCA.

Quien sustituye en ausencia
Su agravio en mí. Mirad bien,
Lope, en agravio de quien
Os acusa la conciencia.

DON LOPE.

No sé yo quién pueda hacerme
Cargo de haber sido ingrato.

DOÑA BLANCA.

¿Conoceis este retrato?

(Muéstrale el entero.)

DON LOPE.

¿Válgame Dios!

DOÑA BLANCA.

A quien duermo

Con deudas, poco le afige

El deseo de pagarlas.

Yo tengo de ejecutarlas:

Por eso, Don Lope, os dije

Que soy en sustitucion

De vuestro empeño acreedora.

DON LOPE.

Ya Isabela, gran señora

Me suelta esa obligacion,
Porque la casa en París
Su hermano: esta carta lea.

DOÑA BLANCA. (Mirando la carta.)

Con esa industria desea
Saber si ausente admitís
La plebeya medicina
Que amor (en vos liviandad)
Halló en ausencias. Mirad
Que el traje de peregrina
No viene bien para esposa
Dese fingido frances.
Vuestro mudable interes
Hace que os siga celosa.
Tan cerca está de Leon,
Deseando reducidos,
Que le cuesta mas suspiros
Que pasos vuestra prision.
Correspondese conmigo,
Como este retrato muestra;
Sabe la mudanza vuestra,
Y en señal de que me obligo
A volver por su derecho,
Os aviso desde aquí
Que Isabela vive en mí,
Puesto que no en vuestro pecho;
Que cerca desta ciudad
Asiste; que la doy cuenta
De cuanto en su agravio intenta
Vuestra leve voluntad;
Que las quejas que tuviere
De vos, por mí han de correr;
Que fiscal vuestro he de ser;
Que si hablar á Elvira os viere,
Mientras su amor no se olvida,
Me trasformaré industriosa
En Isabela celosa,
En Doña Blanca ofendida;
Y que en fe de amistad tanta,
Procuraré con cautela
Quejarme como Isabela,
Y vengarme como infanta.
(Vase enjugándose los ojos.)

ESCENA IX.

DON LOPE.

Dos soles humedecidos
Eclipsaron resplandores:
¿Quién vió celos coadjutores
De amores con dos sentidos?
¿Llorar ajenos olvidos
Cuando los propios no ofenden!
No, celos; que aunque pretenden
Cubrir enigmas enojos,
Descifran lenguas los ojos
Con que las almas se entienden.
¿Podré yo osar atreverme
A imaginar que la Infanta
Mis pensamientos levanta,
Abatiéndose á quererme?
Para no desvanecerme,
Socorredme vos, razon.
Que está cerca de Leon
Isabela, afirma. ¿Cielos!
¿Crérello, ó que tiene celos
De mi nueva pretension?

ESCENA X.

ORDOÑO. — DON LOPE.

ORDOÑO.

Ya, Lope, habréis consultado
El modo del desempeño
Con que agradable os enseño
A pagar ejecutado.
Mirad vos quién puede ser
Quien me obliga á apresuraros.

DON LOPE.

Gran señor, para pagáros
Lo que os confieso deber,
Aun no he acepto la libranza,

Tiemblo de ver la partida.
 Débete libertad y vida;
 Honra, opinion y privanza;
 Apríete la ejecucion,
 Y es mi caudal limitado;
 Cobrad cuanto me habeis dado:
 Honra, vida y opinion
 Os vuelvo; que es accion cuerda,
 Porque el deudor satisfaga,
 Si por ser pobre no paga,
 Que las hipotecas pierda.
 Porque yo no sé que aqui
 Tenga prenda suficiente
 A tanto empeño.

ORDOÑO.

El prudente

Y leal no paga así.
 Deudor que quiebra tan presto
 Poco estima á su acreedor. —
 A Elvira teneis amor.

DON LOPE.

Es engaño manifiesto.
 Soy primo suyo, y fiéme
 De la sangre y amistad
 De su hermano; la crueldad
 De un rey que el vasallo teme,
 Halló en su casa recreos,
 Y en su socorro clemencia;
 Mas no en sus ojos licencia
 Para desmandar deseos
 Que pasen tan adelante.
 Solo por prima la estimo.

ORDOÑO.

Tal vez entra amor por primo,
 Y se queda por amante.
 Pero ¿porqué Doña Elvira,
 Si nunca hubo entre los dos
 Voluntad, es contra vos
 Tan cruel? ¿Por qué suspira
 Viéndos libre? ¿Qué recela
 De que estéis en mi privanza,
 Si no es temer la mudanza
 Con que os volveis á Isabela?
 Ya me ha dado á mí noticia
 Quien ampara su aficion
 De cuán cerca de Leon
 Diligencias desperdicia,
 Cifradas en un retrato
 Que temo negocie mal,
 Porque en otro original
 Idolatrais siendo ingrato.

DON LOPE.

(Ap. Alto, no mintió la Infanta.)
 ¿Isabela á perseguirme
 Ha venido?

ORDOÑO.

A ser vos firme,
 Ni Isabel con causa tanta
 Formara quejas de vos,
 Ni su opuesta os persiguiera
 Por conocer cuán lijera
 Teneis el alma.

DON LOPE.

Las dos,
 Señor, por diversos modos
 Me envidian en vuestro amparo,
 Mas por Dios que es caso raro
 Que alcancen á saber todos
 Que está en Leon Isabela,
 Y solo lo ignore yo.

ORDOÑO.

Como Elvira os ocupó
 El alma, como os desvela,
 No es mucho que no atendais
 A lo que otros han sabido.
 Ella, en efeto, ha venido
 Por vos que su fe agravais:
 Y yo estoy desengañado
 De que si os persigue Elvira,
 Es porque mudable os mira,
 Y celosa del cuidado

Que Isabela os ha de dar,
 Finge amarme, porque así
 Vivais celoso de mí,
 Procurandós conservar
 Con esta industria en su amor;
 Que en semejantes desvelos,
 Ni dura el amor sin celos,
 Ni hay fe sin competidor.
 En mi presencia la hablád
 Tan tierno, tan oficioso,
 Tan amante, tan celoso
 Por mostrarme voluntad,
 Que finjais que lo sentís
 Con veras del corazon;
 Pero esto con prevención
 De que lo que la decís,
 Suponga que ya otras veces
 Se lo habeis notificado.

DON LOPE.

Yo vivo subordinado
 A vuestro gusto.

ORDOÑO.

Haced jucees

Mis dudas de sus acciones.

DON LOPE.

Pues, señor, ¿qué sacais dellas?

ORDOÑO.

Intimando las querellas
 Con tiernas demostraciones.
 Si os quiere bien, claro está
 Que he de ver en su semblante
 Indicios que es vuestra amante,
 Y que ufana pensará
 Que los celos que os ha dado
 Conmigo, y ella ha fingido,
 Os conservan reducido
 Y de Isabela olvidado.
 Pero si vos la quisistes
 Y ella no os correspondió,
 Para que no dude yo
 De que nunca en ella visteis
 Reciproca voluntad,
 Fuerza es, si obligarme espera,
 Que desdenosa y severa
 Os castigue su beldad.

DON LOPE. (Ap.)

¿Hay peligro semejante?

ORDOÑO.

Yo aunque el alma la rendí,
 Desde que la traje aquí,
 Doy muestra de firme amante
 De la Infanta que me ofrece
 El navarro por esposa:
 Porque una mujer celosa
 Con mas afecto apetece
 A quien se entibia en su llama
 Y si esto no la ofendiere,
 Por quereros, no me quiere,
 Y os persigue porque os ama.
 ¿Qué os cuesta, si no la amais,
 Dejarme á mí satisfecho?

DON LOPE.

(Ap. Un volcan tengo en el pecho.)
 Yo haré lo que me ordenais,
 Por sacaros del abismo
 En que sin causa os meteis.

ORDOÑO.

Turbado, Lope, os habeis:
 Aconsejados con vos mismo
 Entre tanto que ella y yo
 Volvemos á examinar
 Verdades que han de quedar
 Apuradas.

(Vase.)

ESCENA XI.

DON LOPE.

Remató

La fortuna con mi seso;
 Echó el resto á sus rigores:

¿No fuera mejor, temores,
 Acabar conmigo preso?
 Si Doña Elvira me trata
 Con desprecio, he de perder
 La vida; si llevo á ver
 Amor en mi hermosa ingrata,
 El Rey ha de aborrecerme,
 La Infanta ha de perseguirme:
 Mudable, en efeto, ó firme,
 Voy, desdichas, á perderme. (Vase.)

ESCENA XII.

DOÑA BLANCA, DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

Si yo causas bastantes no tuviera
 De Don Lope, no fuera
 Perseguidora suya:
 Vuestra Alteza su vida restituya;
 Conocerá los daños
 Que á su hermano ocasionan sus enga-
 ños, Y que en cualquier suceso
 Estuviera mejor sin vida ó preso.

DOÑA BLANCA.

Extraña es tu porfía!
 Don Lope es primo tuyo, es sangre mia,
 Y una sangre en las dos me causa espanta-
 to.

Que en pro y en contra se distingue tanto.

DOÑA ELVIRA.

A saber vuestra Alteza mis agravios...

DOÑA BLANCA.

Tus ojos me los dicen, no tus labios.
 Tienes al Rey celoso
 De Don Lope, que un tiempo mas dicho-
 En tu favor que agora, [so
 Si agrados adquirió, desprecios llora;
 Y temiendo que impida
 De tu amor la esperanza presumida
 Que reina te blasoua,
 Con Lope eres cruel por la corona.

DOÑA ELVIRA.

No cabe en mí bajeza
 Tan civil como juzga vuestra Alteza.

DOÑA BLANCA.

Pues ¿por qué le persigues?

DOÑA ELVIRA.

No puedo declararlo.

DOÑA BLANCA.

Ni te obligues

A descubrir secretos,
 Que mudos nos pregonan tus afetos.
 Pero porque propicia
 A Isabela, desmientas la malicia
 De mis sospechas, Doña Elvira, advierte
 Que tendra en tu desden que agradecer-
 Porque á Leon vecina, [te;
 En traje y en firmeza peregrina,
 De mí á valerse viene,
 Y á instancia suya su Don Lope tiene
 La libertad deseada,
 De tí tan perseguida y repugnada.
 Si incrédula lo dudas,
 Este retrato puede en líneas mudas
 (Enséñasele.)

Atestiguar conmigo
 Verdades que me fia y que te digo.
 Isabela á Don Lope se le envía,
 Y su dicha ha de estar por cuenta mia
 Como la tuya, porque deste modo,
 El Rey sin celos se asegure en todo
 Que ya se van logrando
 Los medios que voy dando,
 Pues Don Lope á Isabela reducido,
 Mejora de cuidados en tu olvido. (Vase.)

ESCENA XIII.

DOÑA ELVIRA.

¿En mi olvido, y que mejora

De cuidados desleal?
 ¡Tan cerca el original,
 Y aquí el retrato que adora?
 Agora, celos, agora
 Podréis salir al encuentro
 Del alma que es vuestro centro,
 Porque me anegue entre agravios;
 Pues no os permiten los labios,
 Dad voces puertas adentro.
 ¡Agora sí que el rigor
 De su límite ha salido.
 Con un rey aborrecido,
 Y que he de mostrarle amor,
 Con una Infanta al favor
 De mi enemiga inclinada,
 Una mujer olvidada
 Que en matarme se resuelve,
 Un hombre que á amarla vuelve,
 Y yo muda y desdichada!
 ¿Que hará entre tantos castigos
 Quien con uno se desvela?
 El Rey, la Infanta, Isabela,
 Don Lope... ¿hay mas enemigos?
 ¡Todos contra mi testigos,
 Yo persiguiendo á quien quiero,
 Contra el Ordoño severo
 Si le muestro voluntad,
 Y él culpando mi crueldad,
 Constante en su amor primero!
 Perdida estoy. ¡Ay de mí!

ESCENA XIV.

BERMUDO.—DOÑA ELVIRA.

BERMUDO.

Barzagas que con él tope.—
 A caza ando de Don Lope,
 Señora, desde que vi
 La elvirsima firmeza
 Que está á mi cargo advertirle.
 Y en todo hoy no hay descubrirle.
 Pero ¿de qué es la tristeza?
 Que fulminan esos ojos
 Un diluvio de cristal,
 Un fallamos criminal,
 Con un agua va de enojos.

DOÑA ELVIRA.

Dámelos vuestro señor,
 Que envidiando medras mias,
 Osa alentar sus porfias
 Contra un Rey competidor;
 Y si mi paciencia apura,
 Podrá ser cuando la pierda,
 Que me canse de ser cuerda,
 Y castigue su locura.
 Vos, de quien satisfaccion
 Tiene, pues os comunico
 (Que hasta en esto califica
 Aciertos de su eleccion),
 Pues que sois su consiliari.
 Si riesgos suyos teméis,
 De mi parte le diréis
 Que no siempre temerario
 Ha de hallar su atrevimiento
 Fortuna que le socorra.
 Y que un desaire se borra
 Tal vez con el escarmiento.
 Que tengo al Rey de mi mano,
 Y le obligará mi enojo,
 Si prosigue, á algun arrojito
 Que intente aplacar en vano.
 Que pague á la peregrina
 Finezas, sin ser ingrato,
 Y se reduzga al retrato
 Que una Infanta patrocina;
 Porque ni yo en él estimo
 Afectos de sus mudanzas,
 Ni admití en sus esperanzas
 Mas acciones que de primo.
 Que de un hombre que sin ley,
 Con desdoro de su fama,
 Ni es constante con su dama,

Ni es seguro con su rey,
 Es medio cuerdo el huir;
 Y que si vivir desea,
 O se ausente, ó no me vea,
 Porque en dando en proseguir
 Temas que de nuevo empieza,
 Tengo á Ordoño en mi poder,
 Y como le hice prender,
 Le haré cortar la cabeza.

BERMUDO.

¿Qué mas dijera un Heródes
 Por Pascua de Navidad?
 Con la luna en variedad
 Mereces que te acomodes.
 No há una hora, ¿una? no há media,
 Que de otro temple estuviste:
 Mas trajes tu amor se viste,
 Que una dama de comedia.
 ¿Quién sufrirá tus achaques,
 Si ya haces sol, ya granizas?
 Pero hay damas febrerizas
 Con amores almanagues.
 Tuvo pintor maniquí,
 Que armado de coyunturas,
 Mudase tantas posturas?

DOÑA ELVIRA.

Hombre, ¿intentas...?

BERMUDO.

No hay aquí
 Hombre ó haca. ¿Qué tanto há
 Que me dijiste sin ira:
 «Oye, aguarda, espera, mira,
 Detente, escúchame»; y ya
 Son pedradas tus lisonjas,
 Tu serenidad nublado,
 Y tu amor mas revésado
 Que diez billetes de monjas.
 Andaba yo tras mi amo
 De Ceca en Meca, por darle
 Un pisto con que alentarle,
 Y ya, con ese reclamo,
 Le daré gentil consuelo!

DOÑA ELVIRA.

¿Pues yo...?

BERMUDO.

¿Yo...?—¿Quién me decía
 Dos credos há: «No ama al día
 Tanto el sol, alma del cielo,
 Como yo á Don Lope adoro?»

DOÑA ELVIRA.

Mientes. ¿Yo te dije tal?

BERMUDO.

Mi memoria está cabal:
 Yo sé la lección de coro;
 Y cuando cuenta me pida,
 Diré que decía el recado:
 «Que le aborrezco adorado,
 Que le desdénio perdida.
 Que le idolatro engañosa.
 Que le persigo benigna:—
 ¿Es esta mudanza digna
 De una mujer generosa?
 ¿Cuerpo de Cristo! Constante
 En el desden ó afición,
 O bien siempre requeson,
 O bien turrón de Alicante.
 ¿Qué traza de melonar
 Para mujer de valor! (Hace que se va).

DOÑA ELVIRA.

Oye.

BERMUDO.

Ya no soy oidor,
 Vuélvome á desgarnachar:
 Llévame airado un impulso...

ESCENA XV.

DON LOPE.—DOÑA ELVIRA, BERMUDO.

BERMUDO. (Encontrándose con su amo.)

¡Oh señor! Haz experiencias,

Médico de intercadencias,
 Y tiente á tu dama el pulso,
 Porque la tengas mancilla
 De que en tu oprobio ó tu loa,
 Ni es bien Oñez, ni es Gamboa,
 Ni está al vado, ni á la orilla. (Vase.)

ESCENA XVI.

DON LOPE, DOÑA ELVIRA.

DON LOPE.

Doña Elvira (brevemente,
 Antes que el Rey, que me sigue,
 Nos escuche) no os obligue
 A piedad, si pretendiente
 Me veis vuestro; que es cautela
 De cierta razon de estado
 En que el Rey que os ama ha dado...
 Yo quiero bien á Isabela:
 Hémonos de ver los dos,
 Porque me la trujo el cielo;
 Rigores del Rey recelo,
 Y no me acuerdo de vos.
 Mandame que os diga amores,
 Y os pida celos de olvidos...—
 Si retirais los oídos
 (Pues son para el Rey mejores)
 Y interpretáis al revés
 Las finezas que os dijere,
 Seréis cuerda: esto os requiere
 Mi fe; no os quejéis despues;
 (Viendo venir al Rey.)

Que os aborrezco, por Dios,
 Como á quien matarme quiso.

DOÑA ELVIRA.

Despejo tiene el aviso!
 Pues yo ¿cuándo os quise á vos?

ESCENA XVII.

ORDOÑO, DOÑA BLANCA.—DOÑA ELVIRA, DON LOPE.

ORDOÑO. (Hablando con su hermana á un lado del salón.)

Oye, Infanta, estas verdades,
 Porque mis recelos venzan,

DOÑA BLANCA.

Ya tus ardores comienzan
 A aclarar oscuridades.

ORDOÑO.

Que nunca le quiso bien
 Alguna, porque destruyas
 Mis sospechas y las tuyas.

DOÑA BLANCA.

Prosiga con su desden;
 Que si es verdad lo que dice,
 Saldrá mi agencia segura
 Y premiada la hermosura
 De Isabela!

ORDOÑO.

¿Qué bien hice
 En fiar desta quimera
 La quietud de mi sentido!

DOÑA BLANCA.

Finge que estás divertido,
 Y que no lo ves.

ORDOÑO. (En voz alta á su hermana, como que no ha visto á Don Lope y Elvira.)

Espera

El navarro rey, hermana,
 La final resolucion
 De mis bodas. Estas son
 Las cartas: daré mañana
 Esperanzas á un deseo,
 Hasta aquí indeterminado.

La Infanta, esta me ha enviado.

DOÑA BLANCA. (Tomando la carta y hablando aparte con el Rey.)

Yo fingiré que la leo,

Y tú me ponderaras
Cada cláusula y razon,
Ocupando la atención
En ellos; y así podrás
Satisfacer los antojos
De tus celos encendidos,
En Don Lope los oídos,
Y en este papel los ojos.

ORDOÑO.

Discreto es tu advertimiento.
Va de industria.

DON LOPE. (*Bajo á Elvira.*)

El Rey nos mira:
No me creais, Doña Elvira,
Porque en cuanto os digo, miento.
(*Alto.*) Mas admiro, Elvira hermosa,
Veros negar evidencias
De quien, para eternizarlas,
Fuéron testigos las peñas
De las montañas de Asturias,
Cuando envidiando finezas,
Las fuentes las murmuraron,
Las coronaron las yerbas,
Que cuantas persecuciones
Y riesgos á instancia vuestra
Culparon vuestra mudanza,
Lastimaron mi inocencia,
Desmintieron nuestra sangre,
Coronaron la clemencia
De la Infanta protectora,
Condecaron la aspereza
Del Rey, de vuestro rigor.
De los hados, de mis penas,
De una voluntad amante,
Hoy de acero, ayer de cera.

DOÑA ELVIRA.

Don Lope, esas novedades
Extraño; tened prudencia:
Que alargais jurisdicciones
De deudo á mayores deudas.
¿Cuándo os atrevisteis vos,
O yo cuándo os di licencia
A palabras misteriosas
Que á mi respeto se atrevan?
Huésped os vió nuestra quinta;
Pero tan pesado en ella,
Que para mi fuéron años
Días de vuestra asistencia.
Obligaciones de primo
Os dieron albergue y mesa:
¡Ojalá que las harpias
Que las fábulas nos cuentan,
Y no vos, la profanaran;
Pues es mayor la molestia
Que me causa vuestra vista,
Que la que refieren dellas.
Yo os aborrezco, Don Lope,
Mas que á la luz las tinieblas,
La lealtad á la traicion,
El regocijo á las penas.
No admite Ordoño verdades
Desde que os vió; porque piensa
Que mi voluntad, del modo
Que mi casa, os aposenta.
Bien sabeis vos que esto es falso.
¡Ay Dios! ¡si el Rey lo supiera!
¡Oh! ¡nunca vuestras desdichas
A nuestra quinta os trajeran!
Siendo así, ¿porqué os asombra
Que en el alma os aborrezca,
Que mortalmente os persiga,
Pues si vivis, estoy cierta
Que ha de morir mi quietud?
Si bien me quereis, dad muestras,
Ausentándos desta corte,
Que os califican finezas;
Porque si perseverais
Aquí, para que me ofenda,
No os asegura la vida
Quien es infeliz por ella.

DON LOPE.

Alzad la voz, levántald

Para que el Rey os entienda,
Con su hermana divertido;
Abrazaréis la tibieza
De su amor con vuestras llamas.
Publicad con apariencias
Mentiras que el corazon
En los labios vitupera.
Interesable tingis
Que le adorais, porque os feria
La fortuna en él coronas,
Que presto os aplauden reina;
Pero yo sé que en el alma
Os ocupan sus potencias
Mis memorias, desvalidas
Por no ofreceros diademas;
Que á no oponerse Ordoño,
¿Qué ignorante habrá que crea
Que de mi amor no ha quedado
Vestigio, ó señal siquiera?
¿Habrá fuego tan remiso
Que por liviano que hiera
La fábrica mas constante,
No se rubrique en sus piedras?
Pasa en un instante el rayo;
Pero no por eso deja
De firmar: «Aquí fué Troya»
En los bronces y en las peñas.
Si yo fuera rey, Elvira,
Si yo imperios os rindiera
Del modo que el corazon,
Me adulara vuestra lengua.

DOÑA ELVIRA.

O habeis perdido sin duda
Con el seso la prudencia,
O envidioso de mis dichas,
Las eclipsais con quimeras.
¿Yo os tuve á vos voluntad?
¿Yo os descuidé jamas muestras
En los labios, en los ojos,
Con que amor os desvanezca?
¿Cuándo os amé yo?

DON LOPE. (*En voz baja.*)

¿Sentíslo
Dese modo? ¿Hablais de veras,
O satisfaciendo á Ordoño,
Me tratais con extrañeza?
Si es solo para obligarle,
Basta que palabras sean,
Ingrata Elvira, verdugos
De mi apurada paciencia;
No los ojos, no el semblante:
Maltratadme con la lengua;
Consoladme con la vista,
Al Rey las espaldas vueltas.
No me obligueis á que saque
La daga, y en su presencia
Dé fin á mis infortunios,
Dando principio á tragedias.

DOÑA ELVIRA. (*Alto.*)

Hablad alto; que crerá
Quien dese modo os advierta,
Que en desdoro de mi fama
Me intimaís secreto señas
De algun desaire en mi honor.

(*En voz baja.*)

¿No me advertís que no os crea?
Ya os obedezco, Don Lope.
¿Peregrina contrayerla
Teneis en la peregrina!
Ilda á ver, pues está cerca.

(*En voz alta.*)

Estimad estos avisos,
Porque en dando vuestro tema
En asistir en la corte,
Peligra vuestra cabeza.
Haré quitaros la vida,
Vive Dios, si estais en ella
Dos horas. (*Bajo.*) Dueño del alma,
Ni te ausentes, ni me creas;
Que miento en cuanto te digo:
Mataréme si me dejas.

(*Alto.*) Si en Leon estáis mañana,
Si della el Rey no os destierra,
Si el navarro no os castiga,
Si mi hermano no me venga,
Yo tengo armas, yo rigores...
(*Bajo.*) ¡Ay alivio de mis penas!
Que te adoro, que me abrasan
Celos tristes de Isabela.
(*Alto.*) A Ordoño adoro, Don Lope.
(*Bajo.*) Miento, amores, miento; deja
Que industrias disimuladas
Tu vida del Rey defiendan.
(*Alto.*) Basten estas certidumbres
Para dejar satisfechas
Dudas del Rey á quien amo,
Y en vos presunciones necias:
Y voyme; que por no veros,
Fuera dicha el nacer ciega.
(*Bajo.*) Mi bien, mi dueño, mi esposo,
Ten con mis industrias cuenta. (*Vase.*)

ORDOÑO.

Aguarda, prenda del alma;
Detenla, Lope, detenla,
Porque premie con los brazos
Afectos de tal fueza.
Dichoso salió mi exámen!
Lope, hasta: no mas pruebas
En mujer que prodigiosa,
Es cristal y no se quiebra. (*Vase.*)

DOÑA BLANCA.

Mucho, Lope, os debe el Rey
Si son fingidas las muestras
De amor que Elvira no admite:
Mucho tambien Isabela,
Y yo mucho mas que todos;
Pero si son verdaderas
(Que para fingirlas, Lope,
Vi mucho espíritu en ellas),
Que os guardéis de mi os aviso,
Porque al paso que agradezca
Puntualidad en servirme,
Castigaré inobediencias. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON LOPE.

Dificultades mayores
Mis esperanzas alientan,
Que si aparentes desmayan,
Interpretadas recrean.
Enemiga favorable,
Ama mi Elvira y desdella,
Aborrece cuando adora,
Y adora cuando desprecia.
Opuestos Ordoño y yo,
Mas léjos cuando mas cerca,
En el puerto y engolfados,
Con bonanza en la tormenta;
Una derrota seguimos:
El su dueño en la corteza,
Yo su amante dentro el alma.
Aquí sí, amor, que se encuentran
Acciones incompatibles,
Ya en los ojos, ya en la lengua.
Elvira aborrece y ama,
Blanca tiene amor, y ternicia,
Y yo, el objeto de todas,
Pienso eslabonar cautelas,
Obligando á Doña Blanca,
Entreteniéndola á Isabela,
Y pagando en Doña Elvira
Prodigios de su firmeza.
De Amar por arte mayor
Verá el discreto experiencias.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE.

¿Puede llegar el rigor

De mi suerte á extremo igual
De tener por dicha el mal
Y el desprecio por favor?
¡Que siempre que á Elvira vea,
Haya de adorar agravios,
Y que mi muerte en sus labios
Me obligue á que no los crea!

ESCENA II.

DOÑA BLANCA, *raagando los pedazos de un papel, y quedándose con ellos.*
— DON LOPE.

DOÑA BLANCA.

El mismo castigo hiciera
Del dueño que del papel,
Si trasformándose en él,
Presente aquí le tuviera.
Pero no será pequeño,
Si en muestras de mi rigor,
Vengo en el embajador
Los delitos de su dueño.
Malogrará su recato;
Seré, si su protectora,
Desde hoy mas perseguidora
De su proceder ingrato.
Téngame desde este día
Por su enemiga mayor.

DON LOPE.

¿Contra quién tanto rigor,
Hermosa señora mía?
¿Contra quién tan inculmente?
Que compasivó envidioso
Dese infeliz venturoso,
Dese culpado inocente,
Dese papel que entre enojos
Con favores inhumanos
En la nieve desas manos,
En las llamas desos ojos,
Ya se enciende, ya se huela,
Quisiera ser él, por Dios.

DOÑA BLANCA.

Con vos, Don Lope, con vos,
Y con la ingrata Isabela.

DON LOPE.

Pues ¿en qué hemos delinquido?

DOÑA BLANCA.

En lo que infama á los nobles,
Si en ellos los tratos dobles
Manchas de su sangre han sido.
¡Tan mal el cargo ejerci!
En que Isabela me puso,
Cuando olvidado y confuso,
Con la libertad que os di,
Agravios reconcilié,
Que á Isabela ocasionaron
A quejas que desdoraron
Quilates de vuestra fe?
¡Ella por vos peregrina,
Preso por su causa vos,
Yo vuestra agente, y los dos
Ingratos conmigo! ¿Es dña
Satisfacción la que usais
Ella y vos con mis favores?
¡Proseguis vuestros amores,
Y de mí los ocultais!
En fin, ¡soy en los reparos
De vuestros riesgos primeros,
Buena para componeros,
Y no para conservaros!
¿Qué teméis de mí?

DON LOPE.

¿Pues yo....?

DOÑA BLANCA.

Vos pues, Don Lope, vos pues,
Y vuestra dama después,
Que mi amante os malició;
Que vos, por asegurarla,
Sin mi orden la escribís,
Cartas suyas recibís,
Vais oculto á visitarla,

Y en fe de lo que os obliga
Mi protección generosa,
Me teneis por sospechosa,
Y me excusais enemiga.

DON LOPE.

De Isabela; sé yo mas
Que lo que vos me dijistes?
Noticia della me distes
Cuando juzqué que jamas
Me volviera á dar enojos;
Su retrato me enseñastes;
Que estaba cerca afirmastes
Esta corte; en vuestros ojos
Vi dudosos sentimientos,
Que no pude construir;
Por vos vine á desmentir
Su aviso y mis pensamientos;
Porque a no ser vos, señora,
Quien me avisó haber venido,
Cuando della he recibido
La carta, que enredadora,
Dice que en París se casa;
Del crédito que la diera,
El sosiego conseguiera
Que niega mi estrella escasa.

DOÑA BLANCA.

Don Lope, Don Lope, en vano
Imagináis evadiros,
Cuando hay para concluiros
Tanto testigo en mi mano.
No hay pedazo en todos estos
Que no alegue contra vos:
¡Tomad, leed estos dos
A convenceros dispuestos.
Negadme agora ser suya
Esta letra, estas razones;
Repasad esos renglones,
Porque en ellos os concluya.
¿Cómo dice aquí?

DON LOPE.

Señora,

Permitidme sospechar
Que para desatinar
Mi seso, que el fin ignora
De tan confusa ilusión,
Ella y vos os conjurastes
Contra mí, y determinastes
Sin causa mi perdición.

DOÑA BLANCA.

Solo falta que me echeis
La culpa á mi de delitos
Que aquí os acusan escritos:
Leedlos, Lope, y veréis
Si con razon me ofendi
De quien así me pagó.
Leed, que os lo mando yo.
Llegaos. ¿Cómo dice aquí?
No os turbeis.

DON LOPE. (Lee.)

....Mi fe constante

*Anoche, con veros solo;
Mas tuvome envidia Apolo,
Y ama....*

DOÑA BLANCA.

Decid adelante.

DON LOPE.

Mal podré, si vuestra Alteza
Después de haberle rasgado,
Las dicciones le ha cortado.

DOÑA BLANCA.

Pues busquemos la otra pieza
Que tras esa se seguía.

(Lee otro pedazo, y le junta al primero.)

Esperad. ¿Cómo acabó?

DON LOPE.

Apolo, y ama....

DOÑA BLANCA.

....Neció,

Dice aquí. Necio sería
Mi recelo, á no tener

Contra vos tanta evidencia:
Por faltaros experiencia,
No me he dado yo á entender.
Torpe sois en discurrir:
Ya estau contiguos, leed.

DON LOPE. (Ap.)

¿Qué es esto, cielos?

DOÑA BLANCA.

Volved

Desde el principio á decir.

Acabad.

DON LOPE. (Lee los pedazos juntos.)

....Mi fe constante

*Anoche, con veros solo;
Mas tuvome envidia Apolo,
Y amaneció al mismo instante
Que en el ocaso se puso:
Consagrárate yo al sol
Mi dicha, si entonces se ol....
Rompióse, y quedó en confuso
Esta dicción ó este encanto.*

DOÑA BLANCA.

Si se olvidara, diria;
Ponderación fué, aunque fria;
Pero sin sol, no me espanto.
¿No hay abajo mas renglones?

DON LOPE.

Sí, mas rotos.

DOÑA BLANCA.

Pues leedlos.

DON LOPE.

Aquí dice: *mis cabellos.*

DOÑA BLANCA.

¿Y después?

DON LOPE.

Estas razones

Otra vez me las ha escrito
Isabela. En las Asturias
Hice a papeles injurias,
Que castigué sin delito.
Rompiéndolos, esparcí
Al viento algunos favores,
Que en fe de muertos amores
Quise desterrar de mí:
Y uno dellos, me parece
Que lo mismo contenia
Que en este he visto.

DOÑA BLANCA.

Si haria,

Porque quien os favorece,
Medra con vos el exceso
Que en sus papeles rasgados
Vinculaban sus cuidados.
Pero ¿qué decis por eso?

DON LOPE.

No sé lo que me colija.

DOÑA BLANCA.

¿Queréis decir que vinieron
A mi poder, y me dieron
De vos relación prolija?

DON LOPE.

¿No pudo ser?

DOÑA BLANCA.

Pues ¿adónde

Los rompistes?

DON LOPE.

Un desierto,

De yerba y riscos cubierto,
Que entre malezas se esconde,
Los vió, señora, romper.

DOÑA BLANCA.

Y juzgais, á lo que veo,
Que siendo el viento correo
Llegaron á mi poder.
¡Mirad cuán descaminado
Vuestro discurso os ofusca!
Quien disculpas, Lope, busca,
Convencido y apurado,
Para tales desatinos,

Deslucido saldrá dellos.
Recebid vuestros cabellos.
De puro humanos divinos.
Que son los que ese papel
De parte suya os ofrece;
Idla á ver, que ya anochece,
Y haced lo que os manda en él:
Que yo con los dos airada,
Como favorable, esquivá.
Si os conformé compasiva,
Sabré vengarme enojada.
Tomad allá los cabellos
En que enlanceis vuestro amor.

DON LOPE.

No, señora; que el rigor
Temo que se esconde en ellos.
Pero decidme, os suplico
(Sea mentira ó sea verdad):
Si por vos la voluntad
Que á Isabela sacrifico
(Como vos fingís), la adora,
Y esto ha sido á vuestra instancia,
Sin perdonar circunstancia
De amiga y de protectora;
¿En qué os ofende en amarme?
¿En qué os agravo en querella?

DOÑA BLANCA.

En que vos, Don Lope, y ella
Os comunicáis, sin darme
Cuenta de vuestros secretos,
Cuando corren por la mia.

DON LOPE.

¿Por vuestra cuenta?

DOÑA BLANCA.

Podía,

A registrar vos afetos,
Castigar su menosprecio;
Que nunca una interesadora
Ajenos agravios llora.

DON LOPE.

Pequé, señora, de necio,
Pero no de inadvertido:
No se atrevió mi cuidado,
De puro desconfiado,
A presumirse querido.
Pero, pues ya vuelve el paso
La fortuna rigurosa,
Adorándoos, Blanca hermosa,
Podré.....

DOÑA BLANCA.

Paso, Lope, paso.
¿Estais en vos? ¿qué decís?
¿Luego, de puro ligero,
Pensais que por vos me muero?

DON LOPE.

Amáisme; mas no os morís.

DOÑA BLANCA.

Sois un descortés. ¿Yo á vos?

DON LOPE.

A mí; que una interesadora
Nunca ajenos daños llora.
No he de pecar, vive Dios,
Otra vez de corto ó necio.
Afectos he examinado
En vuestros ojos, que han dado
A mi confianza aprecio.
Decid que soy descortés;
Que esto es sin duda.

DOÑA BLANCA.

Mirad
Que en cosas de voluntad
Lo entendéis todo al revés.

DON LOPE.

Pues; ¿qué significa el llanto
Que alegastes, sino amor?

DOÑA BLANCA.

No déis en apurador,
Don Lope, ni apreteis tanto.

DON LOPE.

Pues declaradme primero
El fin de tanta cautela.
¿Queréis que quiera á Isabela?

DOÑA BLANCA.

Quiero, Don Lope, y no quiero.

DON LOPE.

No entiendo esa paradoja.

DOÑA BLANCA.

Nunca vos sois entendido.
Querelda; pero advertido
De que hay dama que se enoja
Si la amais demasiado.
Templarse en vos su amor puede
Con tal límite, que quede
Lugar desembarazado
Para otra que mas os ama.

DON LOPE.

Pues ¿he de querer á dos?

DOÑA BLANCA.

Eso averiguadlo vos.

DON LOPE.

¿Quién es la segunda dama?

DOÑA BLANCA.

En eso consiste el todo:
Sacad vos la consecuencia;
Que yo, Lope, os doy licencia
De entenderlo á vuestro modo.
Respondedle á este papel;
Mas de snerte estad en vos,
Que en él cumplais con las dos.

DON LOPE.

¿Cómo es posible?

DOÑA BLANCA.

Si en él

De ingenioso haceis alarde,
La mitad de sus renglones
Me dedicarán razones
Que yo con estima guarde.
Haced lo que en esto os pido;
Que quiere ver mi cuidado
Si como sois alentado,
Don Lope, sois advertido.

DON LOPE.

Viviendo en vuestro favor,
¿Quién duda que lo he de ser?

DOÑA BLANCA.

Esto es, Don Lope, saber
Amar por arte mayor.

(Vase.)

ESCENA III.

DON LOPE.

Declaróse Blanca ya.
¿Ay, amada Elvira mia!
¿Qué de hermosa tiranía
Haciéndote guerra está!
Mal de mi pecho podrá
Borrarte, aunque el cielo doble
Contra mi firmeza noble
Ardides de amor violentos;
Que á mas acometimientos,
Vive mas constante el roble.
¿Podré persuadirme yo
A que Isabela me escriba,
Y que la Infanta reciba
El papel que me asombró?
¿Quién ¡cielos! se le entregó,
Siendo desleal tercero,
O cómo en él considero
Palabras otra vez dichas?
¿Queréis sacarme, desdichas
Del golfo en que desespero?
¿No afirma que á verla fui
Anoche? Pues ¿cómo pudo
Decir tal cosa, si aun dudo
Que Isabela asista aquí? —
Su letra y cabellos vi.
¿Si acaso los mismos son
Que mi nueva pretension

En Astúrias piezas hizo?

Pues ¿quién, si no es por hechizo
Se los dió á Blanca en Leon?

ESCENA IV.

BERMUDO. — DON LOPE.

BERMUDO.

Di que te quejas de vicio,
Cuando de Elvira te quejes;
Que vive Dios, que es la Elvira
Prototipo de mujeres.
Visítela de tu parte
Y hallé apoyando la nieve
De una mano una mejilla
De jazmines y claveles
Sobre un balcon de azul y oro;
Porque lo triste y lo alegre
De los celos y el amor
Busca estos colores siempre.
Miraba los pajarillos
Vecinos de unos cipreses,
Que si funestos congojan,
Ferian esperanzas verdes;
Y envidiosa de sus plumas,
«¡Dichosos, dijo, mil veces
Vosotros, privilegiados
De las cortes y los reyes!»
Repliquéla yo: «¡Y dichosos
Pensamientos que merecen
Ocuparte enajenada
Memorias que te suspenden!»
Volvió entonces los dos..... ¿Cómo
Llaman críticos noveles
Los ojos en este siglo?
Que yo, si Dios no me tiene
De su mano, iba á llamarlos
Yemas de huevos celestes.
Diome cara, en fin, y dije:
«¡Ay Bermudo! á tiempo vienes,
Que desmentirás pesares,
Para que no me atormenten.
Declarado se ha conmigo
La Infanta: á Don Lope quiere
Mas que á sus flores el mayo,
Que á sus hielos el diciembre.
Por una parte Isabela,
Por otra Blanca que puede
Por hermosa recelarse,
Por coronada temerse;
Yo de Ordoño combatida,
Amando, sin atreverme
A manifestar pasiones
Que á Don Lope han de dar muerte,
¿Qué he de hacer? ¿Qué he de decir,
Si en medio la esfera breve
Del pecho, oculto congojas
Que los labios no consienten?
Tal vez animo esperanzas,
Y tal vez sospechas pierden
Lo que los créditos ganan:
Si celos paciencias vencen,
Acabarán con mi vida.
Un ardid solo hay que aliente
Mi dicha, cuanto difícil,
Provechoso, si se emprende.
Si permitieran temores
Que la vez que se me ofrece
Don Lope, pudiera hablarle
Del modo que puedo verle;
Amor con lengua, aunque niño,
En fe de ser elocuente,
Finezas desbaratara
De Blanca, que el alma teme.
Pero si ha de ser forzoso
Cuando á mi presencia llegue,
Fingir, porque no peligre,
Menosprecios y desdenes,
Siempre en mis ojos rigores,
Favores en Blanca siempre;
¿Quién duda que estos le abrasen,
Y los otros me le hielan?

Dile, pues, que este advertido
Desde hoy mas que cuantas veces
Al aborrecible Ordoño
Le intimo, estando él presente,
Quejas de amor estudiadas,
Son para el Rey aparentes,
Mas para Lope infalibles;
Porque intento desta suerte
Que alentado en mis favores,
Los de Blanca no le empeñen;
Que pues le quiere la Infanta,
Y sin que á Ordoño recela,
Publica demostraciones
Que las malicias advierten,
Su amante se disimule,
Porque industrioso sosiegue
Sospechas que al Rey indignan,
Creyendo que me pretende.
Mas que estando yo delante,
Procure satisfacerme
De las mudanzas que dudo;
Pues de cuanto la dijere,
Dándome por avisada,
Creré que de mí se entiende,
Equivocando sentidos,
El que mas me pertenece.
De modo, que cuando yo
Hable á Ordoño, ya le muestre
Voluntad, ya desdeñosa
De sus mudanzas me queje;
Ha de entenderlo por sí
Tu señor, y responderme
En nombre de Doña Blanca,
Disimulando dobleces.
Tambien tienes de advertirle
Que discreto diligencie
Ver un papel que le escribo
Al Rey; y si le leyere,
Quite de cada renglon
Tres sílabas solamente;
Que para él van las demas;
Con tal que cuando escribiere
A la Infanta, haga lo mismo;
Que yo acabaré me enseñe,
Pues su amor me comunica,
Los que á su mano vinieren.
Con esta industria, Bermudo,
Los riesgos se desvanecen
Que nuestro amor desazonan;
Y venciendo inconvenientes,
Podrémos comunicarnos,
Aunque á los hados les pese,
En presencia de palabra,
Y en ausencia por papeles.
Hay firmeza, ingenio, amor,
Que se compare con este?
¿No pueden darla por claustró
Diez cátedras las mas fieles?

DON LOPE.
Puede, Bermudo, mi constante Elvira
Desde donde el sol nace
Hasta el sepulcro undoso donde espira,
Merecer que por firme y bella enlaze
Sus sienes la corona,
Cárcel del alba, si del cielo zona.
Parece que las dos se han concertado,
Y que Elvira y la Infanta determinan
Darme de amante el grado,
Y en fe desto examinan
De una misma manera
De mi capacidad la corta esfera.
Quiere Blanca que escriba
A Isabela, y responda
A un papel que en pedazos he leído;
Pero que me aperciba
A que en él corresponda
A su amor, duplicando su sentido:
¿Tendré yo en un papel industria tanta,
Que hable con Isabela y con la Infanta?
Pues lo mismo, Bermudo,
Me ordena Doña Elvira;
Y lo que mas me admira,

Lo que por imposible tiemblo y dudo,
Es que ha de hablar mi equivocada cautela
Con Blanca, con Elvira y Isabela.
¿En uno tres papeles!
¿Podrá el ingenio humano
Salir dellos airosos?
BERMUDO.
Por mas que te desvelas,
Has de cansarte en vano,
Puesto que tengas fama de ingenioso.
DON LOPE. [nombre.
Pues vén, que si he adquirido aquece
O he de salir con ello, ó no ser hombre.
(Vanse.)

ESCENA V.

ORDOÑO, DON TELLO.

ORDOÑO.
Seas, Tello, bien venido.
Si Sancho á Logroño cerca,
Antes que llegue á su cerca,
Espero que huya vencido.

DON TELLO.
La guerra toda es extremos;
Mas si á su hermana te ofrece
Por esposa, si apetece
Que á nuestra Infanta le demos,
Coronándola en Pamplona,
¿Por qué negarás sus paces?

ORDOÑO.
¿Bien, Tello, sus partes haces!
DON TELLO.
Sancho á Don Lope perdona,
Su Estado le restituye,
Y á su privanza le vuelve.

ORDOÑO.
Si Isabela se resuelve,
Que de sus venganzas huya
Y ampara mi proteccion,
Hare las paces por ella;
Mas no espere Sancho vella,
Sino es casada en Leon.

DON TELLO.
¿Qué Isabela es la que ampara
Vuestra Alteza desa suerte?

ORDOÑO.
Quien contra el tiempo y la muerte
Es de amor firmeza rara.
La que no admitiendo á un rey,
Por Don Lope ha ocasionado
Las desdichas que han llorado
Los dos: tan firme y de ley,
Que peregrina ha venido
Desde Francia, en confianza
De mí fe; que no hay mudanza
Que en noble amor cause olvido.

DON TELLO.
¿Hala visto vuestra Alteza?

ORDOÑO.
No, mas mi hermana procura,
Piadosa con su hermosura,
Que se logre su firmeza.

DON TELLO.
¿Cómo, señor, podrá ser
Que esté Isabela en Leon,
Si mejorando aflicion
En Paris, es ya mujer
De Enrique de Fox?

ORDOÑO.
¿Qué dices?

DON TELLO.
Certidumbre con que allano
Quimeras: yo vi á su hermano,
Que con medios mas felices,
Del rey Sancho perdonado
Y á su gracia reducido,
Su licencia ha conseguido,
Y á su hermana ha desposado:
Tan gustoso su rey dello,

Que las joyas te envío
De las bodas, siendo yo
Testigo.

ORDOÑO.
Mira, Don Tello,
Que si eso fuese verdad,
Mis sospechas resucitas.

DON TELLO.
La opinion desacreditas,
Gran señor, de mi lealtad.
¿Tengo de engañarte yo?
Porque Don Lope no sea
De Isabela, ni él los vea
Desposados, permitió
Su boda con prisa tanta.

ORDOÑO.
Como eso no sea mentira,
O Lope ama á Doña Elvira
Y los ayuda la Infanta,
O esta á Lope quiere bien.
Véte, Tello. Mis desvelos
(Vase Don Tello.)
Vuelven á engolfarse en celos,
Para que muerte me dén.

ESCENA VI.

DON LOPE, dando á BERMUDO un
papel al salir. — ORDOÑO.

DON LOPE.
Dásele en su misma mano.
BERMUDO.
¿A la Infanta dices?
DON LOPE.
Sí.
Anda, que el Rey está aquí.
(Vase Bermudo.)

ESCENA VII.

DON LOPE, ORDOÑO.

ORDOÑO.
Con algun giron villano
Te infamó naturaleza,
Por mas que de real estirpe
Te ensorberheza la fama,
Y la opinion te acredite.
No es posible que tu padre
Fuese noble: no es posible
Que descuidando respetos,
No te diese infame origen.
¿Tú engañoso, alevé, ingrato
A las mercedes que te hice,
A la vida que me debes,
A la privanza en que vives,
Por deslunbrar atenciones,
Amar á Isabela finges,
Y cuando en Francia se casa,
Esposa del conde Enrique,
Porque descuides sospechas,
Disimulas que la sirves!
¿A quién en palacio quieres?

DON LOPE.
¿Yo en palacio?

ORDOÑO.
Tú, que mides
Desharatados deseos
Con mi poder, tú que humilde
En lo exterior, apetecees
Prendas mías.

DON LOPE.
¿Yo! ¿Qué dice
Vuestra Alteza?

ORDOÑO.
Lo que es cierto.
¿Osarás tú desmentirme,
Testigo yo de mi agravio?
Alevé, Isabela asiste
En Francia, no está en mis reinos:
Yo sé por cosa infalible

Que en palacio tienes dama,
Que ofendiéndome te hechice :
Si te importa asegurarme,
Revela secretos, dime
Quién es la que quieres bien ;
Que cuando de mí te fies,
Como esta Elvira no sea,
Aunque afectos descamiues
Tan altos, que á Blanca adores,
Puesto que el Rey me la pide.....

DON LOPE.

No permitas, gran señor,
Que secretos desperdicie
Quien, amando, funda en ellos
Su valor.

ORDOÑO.

Eso es decirme
Que con Elvira me ofendes.

DON LOPE.

Doña Elvira me persigue,
Tú la adoras, yo soy fiel,
Aunque lisonjas me envien.
No es ese, señor, mi empleo.

ORDOÑO.

Pues ¿cuál?

DON LOPE.

No se les permite
A mis labios el nombrarla.

ORDOÑO.

Lope, como yo averigüe
Que á mi Elvira no pretendes
Lograrás suertes felices,
Que á pesar de tus temores,
Mi gracia te faciliten.
Tu amigo soy, si tú rey :
No temas, por mas sublimes
Que tus esperanzas vuelen,
Que mi rigor las derribe.
¿Quieres á mi hermana bien?
¿Callas, Lope? Mas me dices
Turbado y mudo, que hablando.
Declárate; no estés triste.

DON LOPE.

Yo adoro, señor, la Infanta :
Cuando conmigo te indignes,
No por tí mismo te vengues :
Déjame que me castigue
Yo á mí mismo, delincuente
Y verdugo, con partirme
A regiones tan remotas,
Que los vivientes me olviden.

ORDOÑO.

Mis favorables brazos
Serán mejor castigo,
Muriendo en estos lazos
Tu temor y el recelo que mitigo ;
Pues sospegada mi sospecha vana,
Te doy, Lope, en albricias á mi hermana.

DON LOPE.

Tus piés mil veces beso.

ORDOÑO.

Prosigue tus amores,
Que como á hermano mi favor te mira :
Callaré en el progreso
Que medres mas favores,
Y ya seguro de que me ama Elvira,
No como rey, Don Lope, como amigo,
Consultaré de hoy mas mi amor contigo.
Este papel me escribe :
Repara en discreciones
Mezcladas con temores y recelos.
Dícame en él que vive
Con mil contradicciones,
Y que la doy, sin merecerlo, celos,
Dudosa, aunque soy rey, de mis firme-
Escucha peregrinas sutilezas. [zas.
(Lee.) Celosa temo, caro dueño mio,
Que osvenzan intereses de una infanta.
Perdonad, que en efeto, en beldad tanta,
Contra amor no es valiente el albedrío.

Causóos Don Lope el ciego desvarío,
Sin culpa, de sospechas y desvelos :
¿Qué haré yo, combatida de mis celos.
Si el temor me da causa de culparos?
Muriendo, viviré con adoraros,
Viviendo, moriré por mereceros ;
Contenta como siempre pueda veros,
Penosa mientras no pudiere hablaros.
Olvidad á la Infanta mi enemiga
Por mí ; mas si es forzoso entretenerla,
Discreto fingiréis corresponderla
Con cartas, porque el Rey no nos persiga.
A mucho la razon de Estado obliga :
Armado su poder es riguroso ;
Vencelde, ó resistilde generoso,
Pues sabéis que el valor victorias gana.
No llore mi esperanza, no sea vana,
Ordoño, si con justa acción merezco
Por leal, cuando yo al Rey aborrezco.
Mas amor, mas flezeas que su hermana.
¿Qué dices?

DON LOPE.

Que vuestra Alteza
Con cualquier ponderación
Que ensalce su discreción,
No ha de igualar su agudeza.
¿Qué ingenio, qué sutileza!

ORDOÑO.

Mas por tí mi fuego aninio,
Mas sus palabras sublimo.

DON LOPE.

¿Firmeza en el mundo rara !
Como si conmigo hablara
El papel, así le estimo.
Vuestra Alteza me permita
Que, palabra por palabra,
A solas misterios abra
De tanta preñez escrita ;
Que si mi ingenio la imita,
Y agora á estudiar empieza
La tierna delicadeza
Que alabo y admiro aquí,
El papel es para mí
Mas que para vuestra Alteza.

ORDOÑO.

Ten, Don Lope ; que mi amor
(Dale el papel.)

Quiero desde hoy confiarle.
Di mas, porque en esta parte
Te permito adulador.
No anduvo bien mi rigor
En persuadirse de veras
De sospechas y quimeras :
Pues si tú á mi Elvira amaras,
Ni su papel celebraras,
Ni su amor me encarecieras. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON LOPE.

Hablad vos, discreta mía,
Conmigo agora ; el disfraz
Quitad, que para mi paz,
Niebla al sol, encubre el día :
Leedme filosofía
De amar por arte mayor :
Sabrá el mundo que es error
Decir que es de amor la esencia
Inclinación y no ciencia,
Pues ya estudia artes amor.
Las tres sílabas primeras
Me mandó quitar mi dama,
En que al Rey de burlas ama,
Y á mí en las ocho de veras.
¡Oh amor ! Solo tú pudieras
Dar salida á mi deseo !
Por tí renovados veo
Jeroglíficos de Egipto.
Cortezas al fruto quito,
Y lo que me toca leo.
(Lee.) Temo, caro dueño mio,

Intereses de una infanta ;
Que, en efeto, en beldad tanta,
No es valiente el albedrío.

Lope, el ciego desvarío
De sospechas y desvelos,
Combatida de mis celos,
Me da causa de culparos :
Viviré con adoraros,
Moriré por mereceros,
Como siempre pueda veros,
Mientras no pudiere hablaros.
A la Infanta mi enemiga
Es forzoso entretenerla :
Fingiréis corresponderla,
Porque el Rey no nos persiga.
La razon de Estado obliga :
Su poder es riguroso ;
Resistilde generoso ;
Que el valor victorias gana.

Mi esperanza no sea vana,
Si con justa acción merezco,
Cuando yo al Rey aborrezco.
Mas flezeas que su hermana.
La victoria la conceda
El que á Doña Blanca escribo,
Puesto que en él apercibo
A enigmas que entender pueda.
Si en mí vuestro ingenio inspira,
Amor, sutileza tanta,
Con lo que hablare á la Infanta,
Satisfaré á Doña Elvira. (Vase.)

ESCENA IX.

DOÑA BLANCA, DOÑA ELVIRA.

DOÑA BLANCA.

Persuadile á que Isabela
Por su causa asiste aquí.

DOÑA ELVIRA.

Ya del papel advertí,
Rasgado, traza y cautela.

DOÑA BLANCA.

En este, Elvira, en efeto,
A mi instancia la responde,
Y en él ingenioso esconde
Otra para mí secreto,
Que solo puede fiarse
De tu cuerda discreción.
Divide cada renglón,
Y verás manifestarse
Su ingenio, á su amor igual.

DOÑA ELVIRA.

En fin, ¿que el sutil papel
Es de á dos?

DOÑA BLANCA.

Verás en él
Prodigios de su caudal.

DOÑA ELVIRA.

Si, mas no hace vuestra Alteza
Bien, si ha sabido su historia,
En volverle á la memoria
Recuerdos de su belleza.

DOÑA BLANCA.

Si Isabela en Francia está
Casada, ¿en qué ha de ofenderme?

DOÑA ELVIRA.

En despertar á quien duerme.

DOÑA BLANCA.

Presto á dormir volverá.

DOÑA ELVIRA.

¿De qué servirán papeles,
Favores, prendas, cabellos,
Sino de aumentar con ellos
Llamas en que le desveles?

DOÑA BLANCA.

Consejera eres valiente :
Tus prevenciones alabo ;
Pero hasta que estés al cabo
Del fin y traza presente,
No me arguyas. Oye agora

Cuán delgadamente vuela
Pluma que escribe á Isabela,
Y en ella mi nombre adora.
(Lee.) *Aunque amante me juzgueis
De otro gusto, y como ingrato,
Me presumáis todo olvidado,
Yo soy vuestro, y no os agravio.
El Rey suspira, Isabela,
Celoso como indignado,
Porque ignora que disculpa
Mis desvelos amor casto.
No os asombre vengativo
(Cuando sepa que en su Estado
Don Ordoño favorece
El amor nuestro) Don Sancho.
Su poder, con el de Ordoño,
Aunque temido, es muy flaco:
Contra el de amor, todo incendio,
Es pequeño el de Alejandro.
Que he de morir es sin duda,
Si os perdiese mi cuidado:
Blanca por vos se desvela;
Será cierto el ampararnos.
O ha de ser en yugo eterno
Vuestra belleza el descanso
De mi esperanza, ó la muerte
El remedio, aunque inhumano.
De Don Lope, prenda mía,
Estad segura entre tanto,
Que será con fe invencible,
Bronce en quereros y amaros.
Doña Elvira, que os dió celos,
A Ordoño adora, ó su Estado:
Ni la quise en vuestra ofensa,
Ni deseo, pues os amo.*

DOÑA ELVIRA.

Ahí no se hace mención
De vuestra Alteza.

DOÑA BLANCA.

No alcanzas,
Para rendirle alabanzas,
Misterios desta invención.
Si estudias de cada verso
La primer razón no mas,
Juntándolas, hallarás
Alma de estilo diverso.
Oye cláusulas primeras:
Confesáras ser forzoso
Que para ser ingenioso
Un hombre, ha de amar de veras.
(Lee.) *Aunque amante de otro gusto
Me presumáis, yo soy vuestro:
El rey suspira celoso,
Porque ignora mis desvelos.
No os asombre cuando sepa
Don Ordoño el amor nuestro;
Su poder, aunque temido,
Contra el de amor, es pequeño.
Que he de morir, si os perdiese,
Blanca, por vos será cierto,
O ha de ser vuestra belleza
De mi esperanza el remedio.
De Don Lope estad segura
Que será bronco en quereros:
Doña Elvira á Ordoño adora;
Ni la quise, ni deseo.*

DOÑA ELVIRA.

Agradezco el desengaño,
Y alabo el entendimiento,
Digno de que en vuestra Alteza
Halle aplauso, estima y premio.
Solo falta declararme
¿Para qué podrá ser bueno
Tanta preñez dese enigma,
Tanto examen de su ingenio?

DOÑA BLANCA.

Dió mi hermano al de Vizcaya
(Bien que sin consentimiento
De mi gusto) fe de hacerle
Cuñado suyo y mi dueño.
Este, pues, que helicoso,

Por Belona agravia á Vénus,
Mas soldado que galán,
Desazonando conciertos,
Al Rey mi hermano ocasiona
Que dé oídos á los medios
De paz, que el Rey de Navarra
Nos propone con el truco
De hermanas; que nos le pintan
En mis amores tan tierno,
Cuanto al duque de Vizcaya
Descuidado por guerrero.
Dale á su hermana Leonor
Porque yo le admita, y pienso
Que hechizos de su hermosura
Desbaraten nuestro empleo.
Entre tanto pues, Elvira,
Que consulta pensamientos,
Y resuelve ambigüedades,
Asegurarle pretendo
De sospechas maliciosas;
Que aunque libre de tus celos
Sosiega, á Lope imagina
Que tiene en palacio empeños
Que su quietud descomponen;
Y en fe desto, tan atento
Registra su vida y pasos,
Que recelosa sospecho
Que ha de saber que me sirve;
Y así prevenida intento
Que papeles le deslumbren,
Sin que alcance los misterios
Que oculta en la superficie
El alma de aqueste cuerpo;
Porque juzgándole amante
De Isabela, al fin desmiento
Curiosidades de Ordoño,
Y los dos nos entendemos.
Llévasele, Doña Elvira,
Al rey mi hermano, fingiendo
Que á Isabela le despachas
Por mi orden; pues con esto
Acabas de persuadirle
A que no te da desvelos
La voluntad que Don Lope
Ocupa en amor ajeno.
A las dos nos está bien
Esta industria, pues podemos,
Yo descaminar malicias,
Y tú asegurar sus celos.

DOÑA ELVIRA.

El arbitrio es extremado:
Ejecutaréle luego,

DOÑA BLANCA. (Dale un papel.)

Toma, y dasele; que amor
Si no engaña, no es discreto. (Vase.)

ESCENA X.

DOÑA ELVIRA

Si es discreto amor que engaña,
Dénle á Don Lope el imperio
De las traiciones que he visto,
Y en estas cláusulas leo.
A Isabela y Blanca escribe,
Y en un papel dos extremos,
Su ingenio y su ingratitud,
Me dificulta el tercero.
Una vez me nombra en él,
Y esta ¡ay alevé! diciendo:
«Doña Elvira á Ordoño adora,
Ni la quise, ni deseo.»
Valióse del artificio
Que le advertí; el instrumento
De mis penas me he labrado,
Pues con mis armas me ha muerto.

ESCENA XI.

BERMUDO. — DOÑA ELVIRA.

BERMUDO.

Sola está: dichoso he sido.

DOÑA ELVIRA.

Pues, Bermudo....

BERMUDO.

En cumplimiento

De lo ordenado á tu amante....
Pero pues el papel veo
En tu poder, ya lo sabes.

DOÑA ELVIRA.

Sé, Bermudo, por lo ménos
Que pinta la ingratitud
A Don Lope como al tiempo,
Con dos caras.

BERMUDO.

Si lo dices

Por el papel que te ha puesto
La tal Infanta en las manos,
Añade el rostro tercero,
Hallarásle para tres,
Isabela, Blanca, y luego
Para vuestra hermosura.

DOÑA ELVIRA.

¿Para mí?

BERMUDO.

¿No has dado en ello?

DOÑA ELVIRA.

Del de Isabela y la Infanta
Me consta; esotro no entiendo
Dónde ó cómo se me oculte.

BERMUDO.

Pues quita del primer verso
De cada una redondilla
La mitad, y componiendo
Un cuartete, admirarás
De tu amor trinos aspectos.
Vé, zarandando palabras,
Entre la paja escogiendo
Los granos; que ese papel
Es de linaje de harneros.

DOÑA ELVIRA.

¿Que se encubre aquí billete
Para mí?

BERMUDO.

Como mostrenco

Cuadrúpedo, si en sus cuatro
Piés reparas. Léle.

DOÑA ELVIRA.

Leo.

(Lee.) *Aunque amante el Rey suspira,
No os asombre su poder;
Que he de morir, ó ha de ser
De Don Lope Dona Elvira.*

BERMUDO.

¿En un papel dos romances,
Y una redondilla dentro
Para tres damas distintas!
¿Tres yemas en solo un huevo!
¿No es notable el triunvirato?
¿Qué dices?

DOÑA ELVIRA.

No sé; que tengo,

Cuando mas Lope me admira,
Mas temor, confianza meaos.
Hasta agora Blanca y yo
Igual fortuna corremos,
Amadas las dos en cifra
Con un artificio mismo.
Si de su fe me asegura
Por enigmas, en secreto
Afirmas que ama á la Infanta;
Y con un mismo argumento,
O nos quiere á las dos juntas,
O engañando á la una, temo
Que siendo yo esta, idolatre
Altezas que heredan reinos.

BERMUDO.

Lógica estás; pero ¿cuando
Los amantes no arguyeron
En *Barbara* y en *Celarent*,
Siendo bárbaros los celos?
Yo no estudié silogismos:

Exáminale tú en ellos,
Pues viene el Rey con Don Lope,
Y invencionera has dispuesto
Que á lo que á Ordoño dijeres
Delante dél, esté atento,
Dándosle por entendido:
Cumplirás con el proverbio
De «A ti te lo digo, hiju-la»,
Mientras voy á dar un tiento
Al poste destes cuidados,
Pues tus sùmulas aprendo.

(Vase.)

ESCENA XII.

ORDOÑO, DON LOPE, DOÑA BLANCA. — DOÑA ELVIRA.

ORDOÑO.
Esto le ha de estar mejor.

DOÑA BLANCA.

Si sus cuidados me fia
Isabela.....

ORDOÑO.

Blanca mía,
Lope tiene mas amor
A otra dama; yo he de ser
Ejecutor de su gusto.

DOÑA BLANCA.

Contra Isabela, no es justo.

ORDOÑO.

Él te podrá responder.

DON LOPE.

Yo sujeto mis acciones
Al gusto de vuestra Alteza
Y de la Infanta.

ORDOÑO.

Belleza

Digna de ponderaciones
Le apercebe mi favor,
Que á Don Lope quiere bien.

DOÑA BLANCA.

¿Y quién es esa?

ORDOÑO.

¿Esa? Quien

Te ha mudado la color.—
Una Infanta tan hermosa
Como tú.

DOÑA BLANCA.

Si no lo es mas,
A Isabela vengarás.
Pero Infanta para esposa
De Don Lope, si no lo es
Leonor de Navarra, ignoro,
No siendo hija de un rey moro,
Que la haya en España.

ORDOÑO.

¿Pues

Tan mal le estará á Leonor
Don Lope, su primo hermano?

DOÑA BLANCA.

Apeteciendo tu mano,
Mal tendrá á Don Lope amor.

ORDOÑO.

Mal ó bien, no me aventures
A lo que juré callar;
Que me vendré á declarar,
Hermana, cuando me apures.—
¿Oh mi Elvira! ¿vos aquí?
¿De qué tan triste y suspensa?

DOÑA ELVIRA.

Amenazas de una ofensa
Me tienen, señor, así.

ORDOÑO.

Ofensas amenazadas,
Mientras os adore yo,
Si es amor quien las temió,
No las tiembles ejecutadas;
Que estoy yo de parte vuestra.
Y las sabré suspender.

DOÑA ELVIRA.

Entre esperar y temer,
Amor sus congojas muestra,
Porque si vos, gran señor;
Sois quien causa mis desvelos,
¿Cómo aplacaréis recelos
Que os fiscalizan su autor?

ORDOÑO.

Haceisme agravio en temer
Mudanzas de quien os quiere
Como yo.

DON LOPE. (Ap.)

Cuanto dijere

Al Rey, tengo de entender
Que por mí lo dice Elvira.
Celosa de Blanca está:
¿Cómo la satisfara
Quien entre riesgos suspira,
Que si la hablo me amenaza?

DOÑA ELVIRA.

Yo, gran señor, perseguida
Desta sospecha homicida,
Juzgando cuán mal disfrazan
Metaforas los agravios;
Si hasta aqui el recato pudo
Atormentar mi amor mudo,
He de atreverle a los labios.
Vos á la Infanta, señor,
Adorais ó entreteneis,
Porque á su hermano temeis,
Ó porque pagais su amor.
Papel tuve yo en mi mano
En que afectos encubris,
Cuando conmigo cumplis,
Y con ella; ved si es vano
El recelo que de vos
Tengo, si en tales acciones
Con unos mismos renglones
Quereis engañar á dos;
Ó si probaré ser fieles
Finezas, puesto que raras,
De cláusulas con dos caras,
Que infaman vuestros papeles! (Llora.)

ORDOÑO.

¿Ay lágrimas que me llevan
Las potencias que os consagro!
Cesad; que será milagro
Que á pares los soles lluevan.
Estimad de perlas tantas
El adorado valor,
Pues vale mas la menor
Que todo un mundo de infantas.

¿Qué papel, señora, es este?
¿Qué enigmas? qué ambigüedades?

¿Qué engaños? qué novedades?

La verdad os manifieste
Don Lope, mi hermana, el cielo,
Que conoce mi cuidado.

¿Qué importa que intente armado

Dar causa á vuestro recelo

El de Navarra, si sale

Vuestro hermano á la defensa?

No es posible, aunque lo piensa,

Que el suyo á su esfuerzo iguale.

¿Qué importa que con Leonor

La paz pretendá que pide,

Si estrellas con el sol mide,

Si la noche al resplandor

Del día osa comparar?

¿Qué importa que Infanta sea,

Si vos reinais en mi idea

Con méritos de imperar?

ESCENA XIII.

DON MELENDO, de soldado.—DICHOS.

DON MELENDO.

Dame, gran señor, los piés.

ORDOÑO.

Melendo, ¿vienes vencido?

DON MELENDO.

No, sino tan vitorioso
Cuanto es de mas fama digno
El capitán que sin sangre
Conserva el acero limpio,
Y entre el bélico laurel
Teje la paz al olvido.
Traigote al rey de Navarra,
Si no preso, tan tu amigo,
Que, huésped tuyo, pretenda
Hacerse juez de ti mismo.

ORDOÑO.

¿Qué dices?

DON MELENDO.

Que en la Ríoja,
Los estandartes tendidos,
Presentadas las batallas,
Y ya los campos vecinos,
Al tiempo de acometer
Se interpusieron ministros
Del cielo, que religiosos
Templaron marciales bríos.
Llegamos el Rey y yo
A vistas, y en ellas quiso
Comprometer en tus manos,
Viniedo á verte conmigo
Don Sancho, sus diferencias.
Retirar sus gentes hizo:
Y desnudando el arnes,
Diez de los suyos previno
Que solo le acompañasen.
Acepta su compromiso,
Recíbele generoso,
Dale los brazos benigno,
Y advierte que está en palacio.

ORDOÑO.

Su resolución admiro;
Y aunque imposibles pretende,
Si á pedirme á Blanca vino
Porque yo admita á su hermana
Cuando á Elvira el alma rindo;
La contianza que ha hecho
De mí, adquirirá propicios
Retornos, que descompñen
Afectos que en él estimo.
Vén á recibirle, Lope.

(Vase Ordoño y Don Melendo.)

ESCENA XIV.

DOÑA BLANCA, DOÑA ELVIRA, DON LOPE.

DON LOPE. (A la Infanta.)

Ya, señora, me apercebo
A vengar agravios reyes
Que me anuncian precipicios,
Ó á cumplir con los efectos
Palabras que por escrito
Entre cifras misteriosas
Han disfrazado sentidos.
Temo á un Rey competidor;
Y al paso que en vos he visto
Perseverancias de bronce,
Dudo desaires de vidrio.
Sed vos firme en lo propuesto,
Seré yo á los vientos risco,
Y vos y yo dos constantes,
Que el mundo asombren prodigios.

(Vase.)

ESCENA XV.

DOÑA BLANCA, DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

DOÑA BLANCA.

¿Qué lealtad!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué amor!

DOÑA BLANCA.

¿Qué dices desto?

DOÑA ELVIRA.

Que admiro

Quillates de tal fineza,
Señora, en el grado mismo
Que si yo fuera su dama;
Y que cuanto aquí te ha dicho,
Me deja tan obligada
Como si hablara conmigo.

ESCENA XVI.

DON SANCHO, *de soldado*; ORDOÑO,
DON LOPE, DON MELENDO, BERN-
MUDO, ACOMPAÑAMIENTO.— DICHAS.

DON SANCHO.

Quede á la curiosidad
De la opinion cuál ha sido,
Entre vuestra Alteza y yo,
El que mayor hazaña hizo:
O yo que en vuestro poder
Mi seguridad confío
Del valor que en vos conozco,
O vos, que no vengativo,
Sino magnánimo, afable,
Reuniciastes el dominio
Que sobre mí en vuestro reino
Y en vuestra fe deposito. —
Oh gran señora! Por vos
Daré materia á los libros
Que me juzguen temerario
En los riesgos que acredito
Con las mejoras de veros;
Pues si dichas examino,
Sin vos cautivo reinaba,
Ya por vos reino cautivo.

DOÑA BLANCA.

No nos usurpe ese nombre
Vuestra Alteza, pues vencidos
De la fe en que nos empeña,

Con nuevo ardid ha adquirido

La corona destós reinos,
Ya con su presencia ricos.

DON SANCHO.

Vencedor de mis pasiones,
Lope, por vos ofendido;
De Isabela desdenado;
De Ordoño, que es vuestro asilo,
Por defenderos quejoso;
A Isabela con Enrico
Casé en Francia: á vos os vuelvo
A mi gracia: á Ordoño obligo,
Entrándome por sus puertas,
A que venza descaminos
De un amor bien empleado,
Pero mal reconocido.
Doña Elvira ama á Don Lope,
Don Lope de su albedrio
La hizo dueño; y porque temen
Vuestro enojo y sus peligros;
Fingiendo aborrecimientos
Exteriores, se han valido
De ardidés disimulados
Que en su favor os aviso.
Mi intercesion, Rey, imploran,
Y en fe, señor, de que os digo
Verdades, ved esta carta
Que Doña Elvira me ha escrito.
¿Quién duda que vuestra Alteza,
Cuando yo agravios olvido,
No querrá que en esta parte
Me blasoné presumido
Que fui para mas que vos?

ORDOÑO.

Don Lope, ¿qué es esto?

DON LOPE.

Arbitrios
De amor, que crece entre riesgos,
Ya gigante, si ántes niño.

ORDOÑO.

En fin, Elvira, ¿he cobrado
Desdenes por beneficios
De vos?

DOÑA ELVIRA.

Es, señor, Don Lope
Acreeador mas antiguo.

ORDOÑO.

Blanca, sed vos deste agravio
Riguroso juez.

DOÑA BLANCA.

Yo admito

El tribunal, y sentencio
Que por desagradecidos
Teugan Elvira y Don Lope
Sus deseos por castigo,
Y la Infanta de Navarra
En vuestro amor premio digno.

ORDOÑO.

No apelo de la sentencia,
Antes, Blanca, la confirmo,
Pagándós vuestros derechos
Con que Don Sancho mi primo
Os dé la mano de esposo.

DON SANCHO.

Si tantas dichas consigo,
Triunfad de mí y de Navarra.

ORDOÑO.

En su corte determino,
Yendo con vos, nuestras bodas.

BERNUDO.

¡Vitor, Sancho! ¡Ordoño, vitor.

DON LOPE.

Merezcan que se lo llamen,
En fe del nuevo artificio
De *Amar por arte mayor*,
Los deseos con que os sirvo.

MARTA LA PIADOSA.

PERSONAS.

DOÑA MARTA.
DOÑA LUCÍA.
DOÑA INES.
DON FELIPE.

PASTRANA.
DON GÓMEZ, *viejo*.
EL CAPITAN URBINA.
EL ALFEREZ.

DON JUAN.
DON DIEGO.
LOPEZ, *criado*.

La escena es en Madrid y en Illescas.

ACTO PRIMERO.

Sala de casa de Don Gomez, en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARTA, y despues DOÑA LUCÍA, *ambas de luto galan.*

DOÑA MARTA.

El tardo buey atado á la coyunda
La noche espera y la cerviz levanta,
Y el que tiene el cuchillo á la garganta.
En alguna esperanza el vivir funda.

Espera la bonanza, aunque se hunda.
La nave á quien el mar bate y quebranta;
Solo el infierno causa pena tanta
Porque dél la esperanza no redunda.

Es comun este bien á los mortales, [ra,
Pues quien mas ha alcanzado, mas espe-
Y á veces el que espera, al fin alcanza.

Mas á mí la esperanza de mis males
De tal modo me aflige y desespera,
Que no puedo esperar ni aun esperanza.
(*Sale Doña Lucia.*)

DOÑA LUCÍA. (*Para sí.*)

Que no puedo esperar ni aun esperanza
Me dice la fortuna, aunque inconstante.
Lloro un hermano muerto, y un amante
De su vida homicida y mi confianza.

Esperar vida á un muerto ¿quién lo
[alcanza?

Esperar que en la ausencia sea constante
Amor, es esperanza de ignorante; [za.
Que es huésped de la ausencia la mudan-
Al homicida de mi hermano adoro.

¡Ved si se iguala á mi tormento alguno,
Pues amo, aborreciendo juntamente!

Dos muertos, aunque el uno vive, llo-
[ro;

Que si la ausencia es muerte, todo es uno
Un muerto hermano y un amante ausen-
[te.

DOÑA MARTA.
¿Quién da materia á tus quejas,
Que tantas formas, sin ver
Que sabe el temor poner
A las paredes orejas?

DOÑA LUCÍA.
¿Y por quién las tuyas son,
Que de escuchar tus fatigas,
A llorar las mías me obligas,
Hermana, á tu imitación?

DOÑA MARTA.
¿Fáltame causa? ¿Es en vano
La pena que me ha afligido?
No he de llorar, si he perdido
Todo el bien con un hermano?

DOÑA LUCÍA.
¿Pues salgo del cuarto grado
Dese parentesco yo?
¿O acaso no se murió

Para mí, que te ha pesado
De que le flore mal muerto,
Cuando bien le quise vivo?

DOÑA MARTA.

¿Qué diferente motivo
Da llanto á tu desconcierto!
Todo, hermana, se me alcanza:
No dan tus ojos tributo
A muertos, ni son de luto
Lágrimas con esperanza;
Porque ellas mismas publican,
Por mas que lo has encubierto,
Que doblando por un muerto,
Por otro vivo repican.
Ya sé por quién es el llanto.

DOÑA LUCÍA.

Todos, sospecha el ladrón,
Que son de su condicion:
Ereslo tú; no me espanto
Que imagines disparates,
Que há tanto pasan por tí.

DOÑA MARTA.

Tan boba te pareci,
Por mas que encubrirte trates,
Que jamas eché de ver
Lo que á Don Felipe quieres?
Siempre somos las mujeres
(Si lo pretendes saber)
Mucho mas largas de vista
Que los hombres: penetramos
Las almas cuando miramos,
Sin que el cuerpo lo resista.
A Eva crió despues
Dios que Adán, y aunque postrera,
Fué en ver la fruta, primera,
De tan costoso interes.
No pienses, Doña Lucia,
Que has de poder esconder
Tu amor, porque soy mujer,
Y veo mucho.

DOÑA LUCÍA.

Hermana mia,
¿Tiénesme por hombre á mí,
O miro con cataratas,
Que por lince te retratas,
Y á mí por topo? Si á tí
Te parece que penetras
Los corazones, tambien
Creo yo que mis ojos ven
Las mas escondidas letras.
No culpes, hermana, al muerto,
Pues solamente es deudor
Don Felipe, el matador,
Dese llanto.

DOÑA MARTA.

¿Bien por cierto!
¿Luego quise yo jamas
A Don Felipe?

DOÑA LUCÍA.

¡Jesú!
¿Querer? ¡bonita eres tú!
Hasie aborrecido mas

Que el tordo á las guindas. Eso
¿No es claro? ¿Eres tú mujer
Que á nadie habia de querer?
Tú no eres de carne y hueso.

DOÑA MARTA.

A lo ménos fuera afrenta
Que amara yo á quien de tí
Es amado.

DOÑA LUCÍA.

¿Cómo así?

DOÑA MARTA.

Porque no es hombre de cuenta
En quien tú los ojos pones;
Y cuando tenga valor,
Solo por tenelle amor
Tú, le pierdes.

DOÑA LUCÍA.

Mil razones

Te sobran.

DOÑA MARTA.

Y en conclusion,

Ya sabes lo que perdiera,
Si eleccion mi amor hiciera
De quien tú haces eleccion;
Porque dijeran de mí,
Teniéndote (aun quien te precia
Y sirve) por fria y necia,
Que me parecia á tí.

DOÑA LUCÍA.

Soy yo la misma frialdad,
Y eres tú el mismo calor.
Andan perdidos de amor
Los hombres por tu beldad.
Eres un sol en el talle,
Y hasle parecido en todo
De tal suerte, que del modo
Que ninguno osa miralle,
Porque ciega el resplandor
Que visten sus rayos rojos;
Nadie pone en tí los ojos,
Porque los ciegas de amor.
Y así, aunque abraza y admira
Tu hermosura de mil modos,
Como al sol te alaban todos;
Pero ninguno te mira,
Porque ninguno hasta agora
Hace de servirse caso.
Yo que ni quemó ni abraso,
Ni soy sol, ni soy aurora,
De tu discrecion me río;
Pues con ser ménos perfeta,
No tan hermosa y discreta,
Por mas que hielo y enfrio,
Tengo muchos pretendientes,
Que á pesar de tu beldad,
Estíman mas mi frialdad
Que no tus rayos ardientes.

DOÑA MARTA.

Serán amantes felpados,
Destos rubios moscateles,
Que para que no los hieles,
Íran á verte aforrados;

Porque como cada día
Truecan las cosas los cielos,
Y ya se venden los hielos,
Estimarán por fría.
Mas que dices que también
Don Felipe te adoraba,
Y con tu nieve templaba
Su fuego? ¿Quisote bien?

DOÑA LUCÍA.
Así le quisiera yo.

DOÑA MARTA.
¿Que no le quieres?

DOÑA LUCÍA.
Ni es justo
Gastar el tiempo y el gusto
Con quien sabes que mató
A mi hermano; antes deseo
Que la justicia castigue
Su crueldad, porque mitigue
La pena que nunca creo
Ha de tener fin en mí.

DOÑA MARTA.
¿Qué! ¿te holgaras, por tu vida,
De ver muerto al homicida?

DOÑA LUCÍA.
Digo mil veces que sí.

DOÑA MARTA.
Rigores son excesivos.

DOÑA LUCÍA.
Fuéronlo sus desconciertos.

DOÑA MARTA.
Que perdone Dios los muertos,
Y dé salud á los vivos.

DOÑA LUCÍA.
No lo merece su exceso.
DOÑA MARTA. (*Fingiendo.*)

Pues si su muerte te da
Gusto, has de saber que está
Don Felipe, hermana, preso.

DOÑA LUCÍA. (*Alborotada.*)
¿Dónde?

DOÑA MARTA.
En Sevilla le sigue
Su culpa.

DOÑA LUCÍA. (*Ap.*)
¡Ay! ¡Fiero tormento!

DOÑA MARTA.
Y mi padre tan contento
De que su prision mitigue
Su pena y larga tristeza,
Que para que se anticipe
Tu venganza, á Don Felipe
Hará cortar la cabeza
Antes de un mes.

DOÑA LUCÍA. (*Ap.*)
¡Ay de mí!

DOÑA MARTA.
Mira si el cielo ha dispuesto
Tu venganza.

DOÑA LUCÍA.
¿Que tan presto.
Hermana, ha de morir?

DOÑA MARTA.
Sí.
¿Lloras?

DOÑA LUCÍA.
¿Soy de bronce yo?

DOÑA MARTA.
No, mas poco ha que alirmabas
Que su muerte deseabas
Porque á tu hermano mató.

DOÑA LUCÍA.
Todo es, Doña Marta, así;
Pero no has dado en lo cierto.

DOÑA MARTA.
¿No desees verle muerto?

DOÑA LUCÍA.
Sí, hermana: muerto..... por mí.

La verdad voy á saber
De mi padre, y á llorar. (*Vase.*)

DOÑA MARTA.
¿Qué fácil es de engañar,
Cuando es boba, una mujer!
Quise fingir su prision
Para saber su amor, cielos,
Y al fin saqué á luz mis celos
Envueltos en su afición.

ESCENA II.

DON GOMEZ. — DOÑA MARTA.

DON GOMEZ. (*Sale leyendo una carta, sin reparar en su hija.*)

(*Lee.*) «Entre las muchas causas
que me obligaron á dejar las Indias y
volver á España, fué la principal el
deseo de veros y convertir nuestra
antigua amistad en parentesco. Dios,
mis hazañas y buena diligencia han
querido que en diez años de asisten-
cia haya ganado cien mil pesos y mas,
que para que os sirvais con ellos ofrez-
co en arras á mi señora Doña Marta,
hija vuestra, si con perdon de mis
canas, trueco el nombre de vuestro
amigo por el de yerno. En Illescas es-
toy, que como sabéis, es mi tierra:
fiestas y toros hay; si ellas os obligan
y yo lo merezco, mi casa os aguarda,
yacia de hijos (que nunca los he teni-
do) y llena de deseos que espero
cumpliréis. El cielo os guarde, etc.
— El Capitan Urbina.»

Mil veces sea bien venido;
Que estas nuevas solamente
Poner limite han podido
Al llanto y pena presente,
Por el hijo que he perdido.
La misma edad que yo tiene
El capitan; mas pues viene
Con mas de cien mil ducados;
Años que están tan dorados
Reverenciarnos conviene.
Darále Marta la mano,
Que no es viejo el interes,
Aunque el capitan es cano;
Y ménos enfermo es
El invierno que el verano.
Invierno viejo es mi yerno;
Verano suele llamar
La juventud á amor tierno;
Pero bien podrá pasar
Con tanta ropa este invierno
Mi hija; que della fio
Que ha de hacer el gusto mio
Y del que escribe esta carta;
Que es viejo, y compra esta *marta*
Para remediar su frío.

DOÑA MARTA.
Señor, ¿qué nuevo contento
Ha puesto fin á tu llanto?

DON GOMEZ.
(*Ap.* Encubrilte el casamiento
Quiero.) Aunque es mi dolor tanto,
Iguala á su sentimiento,
Y aun sobrepuja, el placer
Que destas nuevas consigo.
Un hijo vine á perder,
Y hoy, hija, cobro un amigo,
A quien luego he de ir á ver;
Que aunque el daño considero
Que de mi amado heredero
Hace la falta, colijo
Que puede igualarse á un hijo
Un amigo verdadero.
Viene el capitan Urbina,
Conforme me escribe aquí,
Tan galán, que de una mina
Sacó el alma al Potosí,

Y las telas á la China.
Con mas de cien mil ducados
Pone en olvido cuidados.
En Illescas, Marta, está,
Y que vaya á verle allá
Me escribe: en tiempos pasados
Fuimos los dos una vida
Y un alma; con sus tesoros
Y su casa me convida.
Dice que hay fiestas y toros
Mañana allí; y aunque impida
La muerte de Don Antonio
Ver fiestas, en testimonio
De su amistad esta vez
Dispensará mi vejez
Y su rico patrimonio
Con vuestro luto y mi pena.
A buscar un coche voy:
Que es fresca la tarde y buena,
Y habemos de partir hoy.

DOÑA MARTA.
Señor, los pasos refrena,
Y vuelve á tener memoria
De que quitaron la vida
A mi hermano, y es notoria
La culpa del homicida.

DON GOMEZ.
Con una requisitoria
En su seguimiento va
Un alguacil, que dará
Lucida satisfaccion
A mi pena y su traicion.

DOÑA MARTA. (*Ap.*)
¡Cielo! En Illescas está,
Que así me lo escribió ayer,
Y si las fiestas aguarda
Que mi padre intenta ver,
Nuevo temor me acobarda
De que allí le han de prender.

ESCENA III.

DOÑA LUCÍA. — DOÑA MARTA, DON GOMEZ.

DOÑA LUCÍA.
Ya me han contado el suceso
Que te ha alegrado, señor.

DON GOMEZ.
¡Oh Lucia! ¿Cómo es eso?

DOÑA LUCÍA.
Dícenme que el matador
Tienes en Sevilla preso.

DON GOMEZ.
¡Válgame el cielo! Pues ¿quién
Desa nueva autor ha sido?

DOÑA LUCÍA.
¿Eso preguntas? ¿Qué bien!

DON GOMEZ.
¿Habrá el alguacil venido?

Nobles albricias le dén.
La requisitoria ha hecho
La diligencia debida
En Sevilla. Satisfecho
Estoy: dará el homicida
Justa venganza á mi pecho.
De todo á informarme voy,
Y porque partamos hoy
A Illescas, voy á aprestar
Un coche en que caminar. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA MARTA, DOÑA LUCÍA.

DOÑA LUCÍA.
Confusa y dudosa estoy.
¿Qué camino es este, hermana?
¿Qué alguacil es el que viene
Y aquestas albricias gana?
Si mi padre preso tiene
A Don Felipe, y es llana

Su venganza, ¿cómo se hace
De nuevas? Mi confusion
De tantas quimeras nace.

DOÑA MARTA.

Ha sabido la aflicion
Con que á tu amor satisface
Don Felipe, hermana mia,
Mi padre; y por excusar
Tu pena y melancolia,
No se atreve á declarar
La causa de su alegría.
Quiere ir á velle dar muerte
A Sevilla; y porque advierte,
Si sabes esto, la pena
Que te ha de causar, ordena,
Como ves, entretenerle
En Illescas, cuyas fiestas
Y toros suspenderán
El llanto que manifiestas.

DOÑA LUCÍA.

Fiestas, ¿cómo enjugarán,
Marta, lágrimas funestas?
Mas pues sé ya sus engaños,
Yo le diré que no intente
Con su muerte nuevos daños,
O su venganza inclemente
Verá malograr mis años.
Si la ira no reporta,
Será mi vida tan corta
Como largo su rigor.

DOÑA MARTA.

Por agora lo mejor
Será callar; que te importa
Llegue á Illescas, donde está
Un amigo que ha venido
De Indias y á velle va;
Que por las dos persuadido,
El enojo aplacará
De mi padre, y desta suerte
Remediarémos su muerte.

DOÑA LUCÍA.

Buen remedio es ese.

DOÑA MARTA.

Extraño.

(Ap. ¿Qué bien á esta boba engaño!)

DOÑA LUCÍA.

Callar quiero, que ya advierte
Mi sospecha, hermana mia,
Que los celos que tenía
De ti, eran sin razon,
Pues que con tanta aflicion
Me favoreces.

DOÑA MARTA.

Lucía,

Los celos son el tributo
Que dan intenciones malas,
Ruín el árbol como el fruto.

DOÑA LUCÍA.

Vamos, y aprestemos galas,
Las que permitiere el luto.
(Ap. ¡Cielos! excusad su muerte.)(Vase)

DOÑA MARTA.

Como no esté en el lugar,
Dichosa será mi suerte.
¿Quién dijera que pesar,
Felipe, me diera el verte! (Vase.)

Una calle de Illescas.

ESCENA V.

PASTRANA, de camino; DON
FELIPE.

PASTRANA.

A pié, á caballo, á jumento,
A mula, á carro y á coche
He caminado esta noche,
Solo por darte contento.

DON FELIPE.

¡Ay Pastrana! En mis desgracias

Halla mi felicidad
Cierta ayuda en tu amistad,
Y pasatiempo en tus gracias.
Respetos de bien nacido
Te han obligado á seguirme,
Y á alegrarme y divertirme
Tu humor siempre entretenido.
Si mis desdichas recelas,
Sirvate en esta ocasion
El simbolo del halcon
Con capirote y pigüelas;
Que alivia mi desventura
El misterioso letrero
Donde dice: «Alegre espero
Tras las tinieblas luz pura.»
Ansí yo, si desterrado
Una muerte me hace andar,
Luz cual él puedo esperar
Después de tanto nublado.

PASTRANA.

Sí, mas ¿no fuera mejor,
Ausentándonos mas lejos,
Tomar los sabios consejos
Que al prudente da el temor,
Y no hacer que tu amor sea
Cual la ciega mariposa,
Que la llama peligrosa
Ronda, enamora y pasea,
Hasta que á su luz sutil
Muere, cuyo ejemplo igualas,
Pues aguardas que las alas
Nos corte algun alguacil?

DON FELIPE.

Considera tú un leon
Atado, cuando recuerda
Caminar cuanto la cuerda
Le permite en la prision,
Que no extendiéndose á mas,
Vuelve á otra parte y no puede.
Lo mismo, pues, me sucede.
Mal persuadirme podrás
Que de aquí, amigo, me parta,
Aunque vida y honra pierda,
Porque no me dan mas cuerda
Memorias de Doña Marta.

PASTRANA.

Segun eso, á buena cuenta
Serémos en esta danza
Don Quijote y Sancho Panza,
Parando de venta en venta.
¿No ves que estar en Illescas
Agora no es buen discurso,
Que es la fiesta y el concurso
De damos y damas frescas,
Donde vendrá á darte enojo
Algun mercader de vidas,
Cuyas varas son medidas,
Y en mirando dan mal de ojo?
Había ocasion agora,
A medida del deseo,
Pues toda la corte veo
Que se parte á la Mamora;
Y con cualquier capitán
Pudieras ir disfrazado;
Que á un distraído soldado
No le conoce Galvan.

DON FELIPE.

¿Piensas que no me da pena
De no hallarme en ocasion
De gozar esa?

PASTRANA.

Es razon,
Que para un mancebo es buena.

DON FELIPE.

¿Valor natural de España!
¿Lealtad y obediencia grande!
Pues sin que el Rey se lo mande,
La ocasion los desengaña.
Y los que llenos de olores,
De galas, fiestas y gustos,
No tratan sino de injustos

Celos, prendas y favores;
Si la ocasion los convida,
Salen tan bien enseñados,
Como si fueran soldados
De Flándes toda su vida.

PASTRANA.

El señor Don Luis Fajardo
Viva mil años, que es gloria
De España, y quede memoria
De capitán tan gallardo.
Y salga Jarife ó Muza
Con la morisca galgada
A probar lo que es su espada;
Que él los dará en caperuza.

ESCENA VI.

LOPEZ.—DON FELIPE, PASTRANA.

LOPEZ. (Al salir.)

Así queda bien, que á todo
Sabe acudir Juan Florin.

PASTRANA.

Un hombre viene: el ruín
Teme pantanos sin lodo.—
No es sospechoso: yo llevo.—
Señor hidalgo, ¿es soldado
De la Mamora?

LOPEZ.

Criado
A lo ménos de Don Diego
De Silva.

PASTRANA.

¿Y á qué ha venido
A Illescas? Deseo saber...

LOPEZ.

He venido aquí á traer
Jaeces que le han pedido
Dos hidalgos á mi dueño;
Y aunque Juan Florin es hombre
Que su cuidado y su nombre
Florece (que no es pequeño),
He venido yo en su carro
Por no hacer falta á la fiesta,
Que es mañana.

PASTRANA.

Y la respuesta
Es dese ingenio bizarro.
Pero ¿qué Don Diego es ese,
Que no le he visto jamas?

LOPEZ.

(Ap. Aun no le importunan mas
a un reo á que se confiese.)
Digo que son dos hermanos
Nobles, Don Diego y Don Juan,
El uno y otro galán,
Y entrambos buenos cristianos.

DON FELIPE.

¿Son casados?

LOPEZ.

Pretendientes
De dos hermanas muy bellas,
Que en sustancia son doncellas.
Sabe Dios los accidentes.
Llámanse Marta y Lucía,
Con su don en cada una.—
Adios, que es cosa importuna
Preguntar tanto en un día.

PASTRANA.

Oigase.

LOPEZ.

Voy á buscar
Posada, que han de venir
Las damas, y á prevenir
Mucho que hay que aderezar.

DON FELIPE.

¿Pues vienen ellas con ellos?

LOPEZ.

Ellas con su padre vienen,
Y ellos también (que previenen

La ocasion por los cabellos)
Vienen delante, y desean
Verse juntos dos á dos.

PASTRANA.

Adios.

LOPEZ.

Adios.

DON FELIPE.

Plegue á Dios

Que vengán y no las vean.

ESCENA VII.

DON FELIPE, PASTRANA.

PASTRANA.

¿Hay celambre?

DON FELIPE.

No, bien sé

Que entrambas á dos me miran
Con cuidado, y que suspiran,
Aunque á su hermano maté,
Por mí; y quisiera, por Dios,
Que algun galán conquistase
A la una, y me dejase
Con la mayor de las dos.

PASTRANA.

Otros vienen.

DON FELIPE.

¿Y quién son?

PASTRANA.

Dos viejos, un mozo, y mas
Damas, y gente detras.
Vámonos, que es confusion.

DON FELIPE.

Malirme de aquí podré,
Y mas viniendo mi dama.

PASTRANA.

Descansa pues en la cama,
Mientras viene.

DON FELIPE.

Así lo haré.

(Vanse.)

ESCENA VIII.

DON GOMEZ, DOÑA MARTA, DOÑA
LUCIA, EL CAPITAN URBINA, EL
ALFEREZ.

DON GOMEZ.

¿Señor capitán Urbina!

URBINA.

¿Famoso Don Gomez mio!

Ya mi contento imagina

Que en mi pecho falta el brio

Para esta gloria divina.

No cabe en mí tanto bien;

Repartilde en vuestro pecho.

Aunque el vuestro es mio tambien,

Que ya quedo satisfecho

Y rico de ver tal bien.

De Indias traigo ganados,

Caro amigo, cien mil pesos,

Que allá llaman ensayados,

Y para tales sucesos

Vendrán muy bien empleados:

Todos los rindo á los pies

Vuestros y de vuestras prendas,

Pues dellas soy dueño es.

DON GOMEZ.

Habla, hija, no suspendas
Tu afición para despues.

DOÑA MARTA.

Por la parte que me alcanza

Desa merced, mi señor,

Os pido con la esperanza

Que se debe á tal favor,

Esas manos.

URBINA.

Alabanza

Sois de España. Permitir

Que vos me pidais las manos
No es bien, si os he de servir.

DOÑA MARTA. (Ap.)

Cumplimientos cortesanos,

¿Qué bien que sabeis fingir!

DON GOMEZ.

Luego que supe de vos

Que aquí estabades de asiento,

Vine á veros con los dos

Angeles, con que contento

Vivo, agradecido á Dios.

(Al Capitan aparte.)

En Illescas donde estais,

Por fin de las fiestas todas

Con que al fin nos festejais,

Celebraréis vuestras bodas

Con la que mas deseais.

No he dicho nada á quien es

Obediente á mi deseo:

Basta avisala despues.

ALFEREZ. (Ap.)

Con gusto las miro y veo.

Dichoso es el interes

Del oro, pues de mi tio

Estiman el casto amor

En mas que el juvenil mio.

¿Ay dinero encantador!

¿Qué grande es tu señorio!

DOÑA MARTA. (Ap. á su hermana.)

¿Ay Lucia! Esténse allí,

Y hable el viejo con el viejo;

Que no sé que siento en mí.

Dame en tu amor un consejo.

DOÑA LUCIA. (Ap. á Doña Marta.)

Quisiérale para mí,

Que adoro en mi ausente preso.

DOÑA MARTA. (Ap.)

¿Ojalá que ausente esté!

DOÑA LUCIA. (Como antes.)

Si le da muerte este exceso,

Marta, en mi ejecutaré

La sentenciá del proceso.

URBINA.

No es razon que descansen;

Que venis al tiempo crudo

De las fiestas. Si queréis

Vellas, vamos.

ALFEREZ. (Ap.)

¿Ay desnudo

Amor! Vencido me habeis.

Si es esta Doña Lucia,

A su luz soy mariposa.

URBINA. (A Doña Marta.)

¿No venis, señora mia?

DOÑA MARTA.

Sí, porque toros son cosa

Que dan gusto cada dia.

DOÑA LUCIA. (Ap.)

¿Ay mi idolatrado ausente!

DOÑA MARTA. (Ap.)

¿Que en mí el amar y el temer.

Don Felipe, me atormente

Tanto, que te desé ver

Y no tenerte presente!

(Vanse.)

Entrada á la plaza de Illescas, atajada y dispuesta
para una corrida de toros.

ESCENA IX.

DON FELIPE, PASTRANA.

PASTRANA.

Ménos que en una ventana

O en un tablado, no esperes

Verme en el coso.

DON FELIPE.

Pastrana,

Ese es sitio de mujeres,

O de hombres de agua y lana:
Aguardemos una suerte
Aquí, y cobrarás por fuerte
Nombre y blasones eternos.

PASTRANA.

No, hermano, que suerte en cuernos
Tiene la punta en la muerte.

DON FELIPE.

Deja aquesa impertinencia,
Que á no tener experiencia
De tu humor y valentía,
Dijera que es cobardía
Esa.

PASTRANA.

Yo te doy licencia

Que como quieras la nombres,
Como no estiermos aquí.

DON FELIPE.

Tú que te comes los hombres,
¿Temes una bestia?

PASTRANA.

Sí,

Por mas que deso te asombres.

Reñir con dos ó con tres

Hombres, muchas veces es

Honra, y no temeridad,

Porque con facilidad,

Por valiente ó por cortés,

Se libra y mas cuando alcanza

La experiencia de las tretas

Con que nos dejó Carranza

Lineas oblicuas y retas,

Dando ciencia á la venganza.

Puede un hombre si acosado,

Riñendo, de otro se ve,

Decir: «Yo he experimentado

Que vive en vuestra mercé

Todo el valor abreviado.

Por serville y aplacale,

Ni rondaré aquesta calle,

Ni hablaré á Doña Mencia;

Y si de la amistad mia

Gusta, vendré á acompañalle

Desde hoy.» Y si es caballero,

Obligale el buen hablar;

Si es caprador, el dinero,

Si es valenton, el quedar

Por mas valiente y mas fiero:

En fin, siempre hay esperanza,

Por mas enojo y venganza

Que al mas colérico obligue,

Si es hombre que se mitigue

Con dineros ó crianza.

Pero ¡un toro! Cuando deja

La capa que despedaza,

Y á las espaldas aqueja

Al dueño, dándole caza,

Llega tú, y dile á la oreja:

«Señor toro, la nobleza

Ilustra la fortaleza;

Corte la cólera un poco,

Que es propio del necio y loco

El dar siempre de cabeza.»

Y verás como repara,

Si tu amistad le prometes

Y luego vuelves la cara,

Abriéndote dos ojete

Por detrás de á media vara.

DON FELIPE.

Cobardía es muy discreta.

PASTRANA.

No admito yo, aunque me brindas

Con tu inclinacion inquieta,

Cólera que en vez de guindas,

Se aplaca con guindaleta.

DON FELIPE. (Mirando adentro.)

Escucha, que á aquel balcon

Sale hermosa bazarria.

PASTRANA.

¡Fanfarrona ostentacion!

DON FELIPE.
 Pastrana! Doña Lucía
 Y mi Doña Marta son.
 ¡Oh sol con madejas de oro,
 Que de la noche el silencio
 Rompes, y engajas mi lloro;
 Desde aquí te reverencio,
 Y como el indio, te adoro!
 Desde aquí el alma te escribe
 Desta ausencia los enojos;
 En que muere cuando vive.
 Estas letas son los ojos:
 La carta, Marta, recibe,
 Y responde el dulce sí
 Que mi firme amor te ruega.
 Amigo Pastrana, di
 Lo mucho que la amo: llega.

PASTRANA.
 ¿Desde dónde?
DON FELIPE.
 Desde aquí.
PASTRANA.
 ¿Estás borracho?
DON FELIPE.
 Haz la salva
 Que merece su hermosura.
 Pues sale en su oriente el alba:
 Di mi amor y fe segura.

PASTRANA.
 ¿Qué buena fe si se salva!
DON FELIPE.
 ¿No le dirás algo?

PASTRANA.
 Aparta.
 Marta, que perlas ensarta,
 Si se las compra el platero.
 Marta, martillo, ó mortero:
 Pues le ves, cócale, Marta.
(Suena música dentro.)

¿Qué es aquesto?
DON FELIPE.
 La seña!

De soltar toro.
PASTRANA.
 Pues suelto

Las piernas.
DON FELIPE.
 ¿Vaste?
PASTRANA.
 ¡Y qué tal!

DON FELIPE.
 Mal por tu opinión has vuelto.

PASTRANA.
 Peor vuelve un animal
 Cuando alcanza en la carrera.

DON FELIPE.
 Segura está esta barrera.
 Rejon hay y también lanza.
 Espera.

PASTRANA.
 Mala esperanza
 Tiene el que en la muerte espera.

DON FELIPE.
 ¿Quién es este del rejon?

PASTRANA.
 No le conozco.

DON FELIPE.
 ¿Buen talle!

PASTRANA.
 Y el toro ¿es barro?

DON FELIPE.
 Un león

Parece.
PASTRANA.
 Mas que ha de dalle,
 Si le alcanza, topeton!
Voces dentro.

¡Huchoboo!

PASTRANA.
 ¡Brava grita!
 Que guste España de ver
 Na fiesta tan maldita!
Voces dentro.
 ¡Válgate Dios!
PASTRANA.
 El correr
 Vidas guarda y capas quita.
DON FELIPE.
 Ea: el del rejon se pone
 A punto.

PASTRANA.
 Aunque mas blasone,
 Temo, solo de mirallo,
 Que ha de morir á caballo.

DON FELIPE.
 ¡Buen aire!

PASTRANA.
 Dios le perdone
 Si le arrima medio cuerno,
 Porque el que muere, es notorio,
 Aquí, por su mal gobierno,
 Que sin ver el purgatorio,
 Se va derecho al infierno.
(Suena dentro cascabeles, como que corren caballos.)

DON FELIPE.
 Ya los dos están enfrente,
 Toro y caballo, y la gente
 Se suspende por mirallo.

Voces dentro.
 ¡Bravo golpe!

DON FELIPE.
 Del caballo
 Cayó.

Voces dentro.
 ¡Jesus! Hombre, tente.

PASTRANA.
 Que le mata.

DON FELIPE.
 Aquí me llama
 Una venturosa suerte.

PASTRANA.
 ¿Suertes haces en Jarama?
 Morirás.

DON FELIPE.
 ¿Qué mejor muerte
 Que á los ojos de mi dama?

(Vase con la capa revuelta al brazo, y la espada desnuda.)

ESCENA X.

PASTRANA.
 ¡Vióse mas desatinada
 Temeridad? Con la espada
 Desnuda, la capa embraza.
 Y dando ojos á la plaza,
 La bestia acomete airada. —
 Grande esfuerzo y gentileza! —
 El toro cierra con él.

Voces dentro.
 ¡Golpe extraño!

PASTRANA.
 ¡Gran destreza!

Digno es de español laurel.
 Cercenóle la cabeza:
 Y, la bestia en el arena
 Caida, della levanta
 Al caballero, que ordena
 Dalle por ayuda tanta
 Los brazos, que ya encadena
 En su cuello.

ESCENA XI.

DON FELIPE y EL ALFÉREZ, d quien sale limpiando la capa. — **PASTRANA.**

ALFÉREZ.
 Otras mil veces,

Amigo, me vuelve á dar
 Los brazos.
DON FELIPE.
 ¿Que en tal lugar
 Y á tal ocasion pareces
 Despues de tan larga ausencia!
 ¡Alférez, ¿que he merecido
 Gozar tu noble presencia!

ALFÉREZ.
 El mar del Sur ha podido
 Dar riendas á la paciencia,
 Como á la esperanza engaños,
 Para que al fin de diez años
 Fuese, Don Felipe amigo,
 Deudor yo propio y testigo
 Hoy de tus hechos extraños.

DON FELIPE.
 ¿Qué tanto habrá, Alférez mio,
 Que estás aquí?

ALFÉREZ.
 Aun no há un mes.

DON FELIPE.
 ¿Vive el capitan, tu tío?

ALFÉREZ.
 La sangre del interes
 Anima su cuerpo frio.
 Trae mas de cien mil ducados,
 Y tan mozos los cuidados,
 Que aunque á su vejez ofende
 Como á su salud, pretende
 Casarse.

DON FELIPE.
 ¡Bien empleados
 Dineros y años, si son
 Del matrimonio despojos!

ALFÉREZ.
 Amigo, de aquel balcon
 Me llaman, donde unos ojos
 Me han robado el corazon.
 Subid conmigo, que allí
 La vida agradecerán
 Que me habeis dado.

DON FELIPE. (Ap.)
 ¡Ay de mí!

ALFÉREZ.
 Las dos hermanas que están
 En él ¿conoceislas?

DON FELIPE.
 Si.

ALFÉREZ.
 Pues la mayor ha de ser
 Vedra de aquel tronco viejo,
 Que ha merecido tener
 Su lado, y con ser su espejo
 De acero, en él se ha de ver;
 Y yo soy de la menor
 Menor criado, y mayor
 En amalla.

DON FELIPE.
(Ap. Yo soy muerto.)
 ¡Ay, Alférez! ¿Eso es cierto?

ALFÉREZ.
 Tan cierto como mi amor.
 Esta noche se desposa
 Con mi tío Doña Marta.
 ¡Ved qué lirio con qué rosa!

DON FELIPE. (Ap.)
 Antes un rayo le parta
 Y dé muerte rigurosa.

ALFÉREZ.
 Subid conmigo al balcon,
 Si sabello deseais
 Todo.

DON FELIPE.
(Ap. ¡Ay fiera confusion!)
 Antes quiero que encubrais
 Mi nombre.

ALFÉREZ.
 ¿Por qué razon?

DON FELIPE.

Porque el andar encubierto
Me importa, hasta que me parta.

ALFÉREZ.

Pues ¿qué ha sucedido?

DON FELIPE.

He muerto

De la hermosa Doña Marta
Un hermano, y sé por cierto
Que me buscan con cuidado.

ALFÉREZ.

¿Dónde os partís?

DON FELIPE.

A Sevilla.

ALFÉREZ.

Si mi hacienda, y el sagrado
Que ofrece en aquesta villa
La imagen que el sér le ha dado,
Os importa; entre los dos
Cumplimientos lisonjeros
Serán solo por vos.
¿Habeis menester dineros?

DON FELIPE.

No: andad, que os llaman.

ALFÉREZ.

Adios. (Vase.)

ESCENA XII.

DON FELIPE, PASTRANA.

PASTRANA.

Pues, mata-toros, locura
Ha sido aquesta extremada.

DON FELIPE.

Si sientes mi desventura,
Mátame: saca esa espada.

PASTRANA.

¿Matar yo? ¿Soy calentura?
¿Hay ya casquera? ¿Qué p. sa?

DON FELIPE.

Que Doña Marta se casa.

PASTRANA.

Que se case en hora buena.
¿Bobazo! ¿eso te da pena?

DON FELIPE.

Cuando la envidia me abraza
De los celos, y me quejo
Como ves, ¿me hablas así?
¿Bien contigo me aconsejo!

PASTRANA.

¿Cuándo es la boda?

DON FELIPE.

¡Ay de mí!

Esta noche; y con un viejo!

PASTRANA.

Tu venganza satisfizo
Quien tan mala eleccion hizo.
Habrá barba betunada,
Tos, catarro, orina, hijada
Y mucho diente postizo.
Bien tu venganza acomoda.

DON FELIPE.

Mas así mi mal refrescas.

PASTRANA.

Será, con quien hace bodas,
Como las casas de Illescas,
Que de viejas se caen todas.
Anda acá, amigo: á Sevilla,
Que una ausencia suele dar
A amor, que es niño, papilla.

DON FELIPE.

Aquesta noche he de estar.....

PASTRANA.

¿A ver tu sentencia?

DON FELIPE.

A oilla.

PASTRANA.

¿Y si te prenden?

DON FELIPE.

Jamás

Me vió el avariento padre
De Doña Marta.

PASTRANA.

Y tendrás

En viéndola mal de madre.
Y luego alborotarás
La casa, y donde los oros
Triunfan, como eres valiente,
Habrá cristianos y moros.

DON FELIPE.

¿Tienes temor?

PASTRANA.

No á la gente,

Sino á los truenos y toros.

DON FELIPE.

Pues ven, que la fiesta toda
Tengo de abrasar, por Dios.

PASTRANA.

Si un alguacil no lo enloda,
Haciéndonos á los dos
Las vacas de aquesta boda. (Vanse.)

Sala en casa del capitán Urbina, en Illescas. Es de noche.

ESCENA XIV.

DON GOMEZ, DOÑA MARTA, DOÑA LUCIA, URBINA, EL ALFÉREZ.

DON GOMEZ. (A Doña Marta.)

Querida hija, vuestra edad me obliga
A daros rico y merecido esposo,
De cuyo largo amor el curso siga
Lo que pide su intento generoso.
Excusado es que os pinte, Marta, y diga
Los méritos del dueño valeroso.
Porque las prendas del señor Urbina
Muestran todo el valor que se imagina.
DOÑA MARTA. (Ap.)
¿Sus prendas dijo? Luego... prenda suya
Es el sobrino.

ALFÉREZ. (Ap.)

Pienso que me mira,
Porque en sus ojos y en su lengua arguya
Que por mi edad y mi valor suspira.
Dichosa mi afición si fuera tuya,
Lucía hermosa!

DOÑA LUCIA. (Ap.)

Temo que es mentira,
Y sueño lo que veo, y no lo creo.
Cátese Marta, y cumpla mi deseo.

DON GOMEZ.

Viene el señor Urbina por extremo
Rico de Indias, hija, y solo tiene
El sobrino que ves.

DOÑA MARTA. (Ap.)

Porque á su nuevo amor no me condene.
ALFÉREZ. (Ap.)

Ella me mira, y yo me abrazo y quemó
Por mi Lucía, cuando no conviene
Que elija á Doña Marta el gusto mío,
Siempre obediente al de mi viejo tío.

ESCENA XV.

DON JUAN y DON DIEGO, á una puerta de la sala, en traje de noche.—Dichos.

DON JUAN. (Ap. á Don Diego.)

No me ha costado poca diligencia [do,
Saber, Don Diego, al punto que he veni-
destas dos damas la primera ausencia,
Que tan dañosa á mi esperanza ha sido.

DON DIEGO. (Ap. á Don Juan.)

Casallas quiere el padre con violencia.

DON JUAN. (Ap. á Don Diego.)

No es en eso prudente, aunque atrevido,

Que en este tiempo no parece justo
Casar las hijas contra el propio gusto.
Mas ¿cásase también Doña Lucía?

DON DIEGO. (Ap. á Don Juan.)

Yo sospecho que sí.

DON JUAN. (Ap. á Don Diego.)

Mucho me pesa,

Que si la una es vuestra, la otra mía.
Quiero decir, en la amorosa empresa.

DON GOMEZ.

Así que, Marta cara, estima el día
En que tan gran ventura se interesa;
Que e' señor capitán y prendas suyas
Quiere ser dueño amado de las tuyas.

ESCENA XVI.

DON FELIPE y PASTRANA, en hábito de noche, á otra puerta de la sala.—Dichos.

DON FELIPE. (Ap. á Pastrana.)

Esto ha de ser.

PASTRANA. (Ap. á Don Felipe.)

Es mucho atrevimiento.

DON FELIPE. (Ap. á Pastrana.)

Digo, Pastrana, que aunque muera al
punto,
Tengo de estar presente al casamiento,
Pues ya me tiene su temor difunto.

URBINA.

Declarad, mi señora, el septimio
De vuestro parecer, pues todo junto,
Mi esperanza, mi bien y mi desvelo,
En vuestro dulce sí le cifra el cielo.

DOÑA MARTA.

Aunque el señor Alférez es un hombre
De tantas partes, tal valor y fama,
Que como me decís ganó renombre
Con los indios; y al fin me estima y ama;
Y aunque el señor su tío con el nombre
Le ilustra, y á su herencia al fin le llama,
Y con tanto valor el suyo obliga,
Digo.....

DON GOMEZ.

¿Qué?

DOÑA MARTA.

Que no sé lo que me diga.

URBINA.

¿Pues qué tiene que ver ser mi sobrino
Honrado y noble para ser el dueño
De vuestro dulce amor, si déis es dño
Mi crédito y valor, aunque pequeño?
Yo soy el que casarme determino.

DOÑA MARTA.

¿Vos, mi señor!

URBINA.

Yo pues.

DOÑA MARTA.

Parece sueño
Esa esperanza, que entre verdes años
Viene llena de amor como de engaños.

PASTRANA. (Ap.)

¿Que á una muchacha casen con un vie-
Maldiga Dios vejez tan seca y verde. [Jo!

DON DIEGO. (A Don Juan.)

No ha seguido su padre buen consejo.

DON JUAN. (A Don Diego.)

Ella de pena la paciencia pierde.

DOÑA MARTA.

Pues aunque yo pudiera, no me quajo
Deste rigor.

DON FELIPE. (Ap.)

Cuando de mí se acuerde,

No dará el sí.

DOÑA MARTA. (Ap.)

Cuando á Felipe adoro
De mi amor vencedor como del toro,

¡En vez mi padre de su abril, me ofrece
Este caduco enero! ; Buen empleo!

URBINA.

Proseguid, mi señora, si merece
Un si tan esperado mi deseo.

DOÑA MARTA. [ce....

Vuestra hacienda y valor mucho mere-
(*Don Felipe embozado llégase rápidamente á Doña Marta.*)

Mas ¡ay de mí! que á Don Felipe veo.

DON FELIPE. (*Ap. á Doña Marta.*)

¡Ah cruel, en buen riesgo mi amor po-
(*Retrase adonde estaba.*) [nes!

PASTRANA. (*Ap.*)

Si es potro el casamiento, nones, nones.

URBINA.

¿Qué decis, mi señora?

DOÑA MARTA.

Sea testigo

El que quisiere serlo y escucharme.

El capitán Urbina es noble... y... digo

Que, con ser él quien es, no he de casar-

DON GOMEZ. [me.

; Qué dices!

DOÑA MARTA.

No mi gusto en esto sigo,

Sino el del cielo solo, que obligarme

Puede á que no me case en esta empresa,

Si es digno de guardalle una promesa.

DON FELIPE. (*A Pastrana.*)

¡Ella me ha visto ya!

DOÑA MARTA. (*Ap.*)

Yo soy perdida;

Mas conservando el alma la esperanza

Que tengo en Don Felipe, no me pida

Mi padre y su interés hacer mudanza.

DON GOMEZ.

¿Quién te ha podido hacer tan atrevida?

Tú darás á mi cólera venganza,

O el sí debido al capitán, que es justo.

ALFÉREZ.

Señor.....

DON GOMEZ.

O morirá, ó hará mi gusto.

DOÑA MARTA.

Espera, padre y señor,
Y escúchame, como juez
De mis palabras y voces,
La verdad, si es justa ley.
Soy mujer de mi palabra,
Que la guardo, aunque mujer.
Heredera de tu sangre,
Y de tu hacienda también,
Nací en Madrid, y sin madre
Desde niña me crié;
Pero con inclinación
Virtuosa como ves.

Hasta ahora no he mostrado

La obligación de mi fe,

Que la edad no me obligaba,

Ni tu amor ó tu interés.

Ahora mis confesores

Me mandan, señor, que dé

Razon de mi pensamiento.

Oye, y responde despues.

DON FELIPE. (*A Pastrana.*)

¿Qué novedades son estas?

PASTRANA. (*A Don Felipe.*)

Enredos deben de ser,

Si no es que se vistió el alma

Esta mañana al reves.

DOÑA MARTA.

Yo, señores, me casara,

Porque me estaba muy bien,

Con el señor capitán,

Por su mucha hacienda y sér;

Que las mujeres discretas

No habemos de pretender

Sino dinero, que amores
No valen nada sin él;
Mas pluguiera á Dios pudiera;
Que á no faltarme el poder,
Me casara dos mil veces,
Si no bastara una vez.
Pero los años pasados,
Que agora se cumplen seis,
Por librarme de un peligro,
Que no declaro el que fué,
Hice voto de doncella (1),
Y piénsalo que lo he de ser,
Hasta que en la virgen tierra
Me entierren á la vejez.

DON GOMEZ.

Hija, en negocios tan graves,

Y que tocan á tu fe,

Yo no puedo resolverme,

Sin que tome parecer.

Démos á Madrid la vuelta;

Que hay teólogos en él

Que mi conciencia aseguren.

DOÑA MARTA.

Permitámelo Dios, amen.

DON JUAN. (*Ap.*)

Admirado voy.

DON FELIPE. (*Ap. á Doña Marta que se*

halla inmediata á él.)

¿Qué es esto?

DOÑA MARTA. (*Bajo á Don Felipe.*)

Yo te le diré despues.

DON DIEGO. (*A Don Juan.*)

Venid, Don Juan, que en Madrid

Averiguaré lo que es.

PASTRANA. (*Ap.*)

Todos vamos mas confusos

Que la torre de Babel.

DON GOMEZ.

¿Qué castidad prometiste?

DOÑA MARTA.

Si, señor. (*Ap. Yo sé con quién.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Don Gomez, en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

DON GOMEZ, EL CAPITAN URBINA.

URBINA.

Quise venirme de asiento

A la corte por saber

Qué suceso ha de tener,

Don Gomez, mi casamiento.

Tenia yo imaginado,

Siendo Doña Marta mia,

Casar á Doña Lucia

Con mi sobrino, soldado

De las banderas de amor,

Si de las de Marta ha sido

Alférez.....

DON GOMEZ.

Ha sucedido

Todo al reves.

URBINA.

Mi temor

Lo adivinó.

DON GOMEZ.

Doña Marta

Tan mudada y otra está,

Que tengo escúpulo ya,

Si por mi ocasion se aparta

De su determinación,

Que el cielo no me castigue.

(1) Este verso no se halla en la edición origi-

nal, y si en el tomo iv del *Tesoro del Teatro es-*

pañol, publicado en París por el Sr. D. Eugenio

Ochoa.

Con notable extremo sigue
Su nueva reformation.

En todo es otra: no gasta

Seda, que dice la inquieta:

Una ropa de bayeta,

Ni muy fina, ni muy basta;

Una basquiña á lo llano

Que llamaban de capillo;

En descargo en un puntillo

Rematado; en el verano

Un abanico sin plata,

Y en invierno una estufilla

De felpa ó de cabritilla,

Que abriga y es mas barata:

Este es su traje. Ya no ama

Galas, que está reducida:

Solo no muda de vida

En el comer, ni en la cama:

Pues aunque está tan perfeta;

Por mas ejemplos que tome,

Mientras hay perdiz, no come

Vaca.

URBINA.

Por Dios, que es discreta.

DON GOMEZ.

Yo, Capitán, gustaria,

Porque el amor he notado

Que el Alférez ha cobrado

Desde que vió á mi Lucia,

Que se casasen los dos;

Que el dote que la he ofrecido

Con la hacienda que ha traido,

Y la que espera de vos,

Le dará, á lo que imagino,

La vida que deseais;

Y mas si en casa os quedais

Vos, como vuestro sobrino;

Pues casándose Lucia,

Doña Marta podrá ser

Que mude de parecer,

Y en ella la envidia haria

Lo que consejos no han hecho

URBINA.

El Alférez quedará

Honrado, y me dejará

Obligado y satisfecho,

Si en vuestra hija mejora

Mi esperanza: él está ausente,

Que viendo pasar la gente

De la corte á la Mamora,

Desde Illescas se partió

Con el duque de Maqueda,

Que el valor y sangre hereda

Del padre á quien sucedió.

Ya no tardará, que há un mes

Que se partió: yo os prometo

Que en viniendo tenga efeto

Su amor.

DON GOMEZ.

Importará pues,

Porque aunque Marta se trata

Como veis, no hay persuadilla,

Ni con razon reduçilla

A ser monja ó ser beata.

Dice que no ha de casarse,

Por el voto y devocion.

Ni admitir dispensacion,

Aunque pueda dispensarse,

Ni tomar nunca otro estado,

Sino solo el de doncella.

URBINA.

¡Triste vida!

DON GOMEZ.

No hay venecia.

URBINA.

Ni es carne aun si pescado.

Mas si el Alférez se casa,

Podrá ser mude opinion.

DON GOMEZ.

¡Melindrosa condicion.....!

Y misera vida pasa. —

Pero ¿no es él el que viene?
El Alferez es.

URBINA.

¿Qué espero?

Los brazos abiertos quiero
Recebilló, que ya tiene
A buen presagio mi amor
El ver el tiempo á que vino.

ESCENA II.

EL ALFEREZ, *de camino y muy galán.*
—DON GÓMEZ, URBINA.

DON GÓMEZ.

¡Famoso Alferez!

URBINA.

¡Sobrino!

ALFEREZ.

¡Don Gomez noble! — ¡Señor!

DON GÓMEZ.

Murmurábamos los dos
De vuestro olvido y tardanza
No há un momento, y en venganza
Venís á volver por vos.
¿Traéis salud?

ALFEREZ.

Y contento

De que los dos la tengais.

DON GÓMEZ.

¡Gran soldado! Enamoradois
Con tantas plumas el viento,
Con las hazañas á Marte,
Y á Amor con la bizarría.

URBINA.

Yo sé una Doña Lucia.
Que si alguno le da parte
De vuestra alegre venida.
Le ha de dar albricias buenas.

ALFEREZ.

Si ausencia es madre de penas,
Su memoria las olvida.
¿Qué se dice por acá
De la Mamora?

DON GÓMEZ.

Quimeras,

Para el vulgo verdaderas,
Que es quien crédito las da.
Mas pues vos habeis venido,
Saber la verdad aguardo
Del blason de aquel Fajardo,
Que en Africa ha merecido
Ser Cipión, y en Madrid
Alcanza renombre inmenso.

ALFEREZ.

Yo os contaré por extenso
La verdad del caso: oid.

Pagaba el sol la posada
Con el oro que se viste
Al signo sexto, que es Virgo
(Si en el sexto hay signo Virgen),
Y el antipoda de enero
A Cérés y á Baco pide
Parias, con cuyos esquilmos
Techos cuelga y trojes hince
(Quiero decir, que era agosto;
Que no puedo persuadirme
A que den gusto romances
Con máscara de latines),
Cuando el ilustre Fajardo,
Faja ó zona con que ciñen
Los cielos sus diez esferas,
Porque su nombre sublimen,
Gozoso de que hayan puesto
Las banderas de Felipe
La cruz de España en Larache,
Cueva de piratas viles,
Y deseoso de ver
Por los africanos lindes
Que el padre Océano goce
Sus costas y puertos libres,

Quiso desembarazar

En rincon de infames tigres,
Que asaltan los vellocinos
Que en oro á España el Sur rinde,
Y, labrando en la Mamora
Un fuerte casi invencible,
Cortar esperanza y pasos
A moros y picheliengues (1).
Junto para aquesta empresa
En las columnas de Alcides
Cien velas entre navios,
Galeras y bergantines,
Y con siete mil soldados,
Dignos que el sol los envidie,
Sin la chusma y gastadores.
Izaron velas sutiles.
Gallardetes y banderas
Verdes, rojas y turques,
Retozando con los aires,
Dieron al viento tapices:
Y porque no se escuchase
Si el mar con los remos gime,
Sus peces sordos oyeron
La salva de los clarines.
Vió el espumoso elemento
En sus ondas mil pensiles,
Juzgando galas y plumas
Por cármenes y jardines;
Y dando vista á Larache,
De cuyas murallas rinden
Salva en partos monstruosos
Calebrinas y esmeriles,
Llegaron de la Mamora
Una legua; y porque impide
Tomar tierra el agua escasa
Del mar soberbio (cáll humilde),
Dieron fondo en aquel puerto,
Y luego en él los reciben
Dos navios holandeses
Que el mar enfrenan con diques.
Dellos supo el general
Que en el puerto estaban quince
Naves que, á herejes cosarios
Ayudando, al moro sirven;
Y el victorioso Fajardo,
A pesar de los carbidos
Con que arte y naturaleza
Hacen el paso imposible,
Tomó tierra, siendo en ella,
Porque seguro la pise,
Los primeros que saltaron
Cuatro navarros que rigen
Otras tantas compañías,
Y de quien la fama escribe
Hazañas que en bronce y jaspé
La memoria immortalice.
Salió Agar á la defensa.
Y al son de sus anafiles
Cubrió los montes y prados
De bonetes carmesies;
E impidiendo al sol la luz
Las saetas que despiden
Los arcos que dió la guerra,
Si el cielo á la paz dió el iris,
Estorban que desembarquen
Los argonautas insignes
Que el *non plus ultra* extendieron
Desde Cádiz hasta Chile.
Mas viendo la multitud
De bárbaros, que resisten
Con voces y con saetas
Que España al Africa pise:
El de Fernandina y Elda
(Héctor este, aquel Aquiles,
Y los dos dignos que canten
Sus hechos hispanos cisnes),
Puestas en tierra las proas
De las galeras, que humillos
Al hipócrita retratan,
Escupen plomo y salitre.

(1) Si *picheliengue* se forma, como parece, de las palabras *speak english*, significaría *habla en su principio inglesco*.

No aguardaron el refresco
Que se conserva en barriles,
Los idólatras de Meca;
Ni osaron hacer al brindis
De los tiras la razón;
Porque confusos y tristes
Huyen, dejando en la playa
Mil moros muertos, que sirven
A las pelotas de chazas.
Que con su vil sangre tiñen.
Y entrando sin resistencia
Los españoles felices
En el fuerte, entonces flaco,
Temerosos aperciben
Sus moradores piratas
Las heréticas cervices,
Porque en su sangre blasfema
Las espadas se maten;
Y dando principio al fuerte
Porque eterno se edifique,
Los que ayer Hércules eran,
Hoy se vuelven albañiles.
Dioscientos mil y mas moros
Los nuestros pocos resisten;
Que no asombran tantos donde
Fuerzas españolas viven.
Pelean mientras trabajan,
Y al mismo punto que esgrimen
Con las diestras las espadas,
Las izquierdas, porque admire
Su valor, la cal y arena
Aplican, y hazañas miden
Con tareas, siendo á un tiempo
Capitanes y alarifes.
Jueven las nubes de Agar
Darles que al cerco asisten;
Creyendo ganar por hambre
Lo que las fuerzas resisten;
Y el valeroso Fajardo
A España y su Rey escribe
El suceso, y pide gente
Que sus victorias anime.
Dirigió al momento el Bétis
Lijos valientes que piden
Al mar, mientras les dan naves,
Que los pasen sus deltines.
Al fin, la Bética toda,
Jasta los hijos de Ulises,
Al socorro van lijeros,
Como á la presa los tigres.
Llegó la nueva á la corte;
Y para que no peligrén
Principios tan venturosos,
Parando en trágicos fines,
Dió nuestro Monarca muestras
De que desea y se sirve
Que la Mamora socorran
Sus cortesanos insignes;
Y apenas mudas señales
Conceptos del alma exprimen,
Cuando ántes que por palabras
Su gusto el Rey signifique,
Dejan ánimos gallardos
Regalos del Dios de Chipre,
Que con llamas criminales
Abrasa pechos civiles (2).
Mil titulos y encomiendas
Truncan harpas por clavines
Y cajas, porque á su son
Sus hipógrifos relinchen;
Mil soldados pretendientes,
Cuyos hechos invencibles
Quiere la paz que en papeles
Mal despachados se cifren,
Despiertan al son de Marte,
Y los aceros que ciñen
Se desenvainan sin manos
De la cárcel en que viven.
Llevolos el de Maqueda,
Mar-queda, sangre Manrique,
Saliendo por él de madre

(2) *Guil. rain.*

A los Cárdenas su estirpe;
Y partiéndose con ellos,
Tuve por honra el seguirle;
Que es justo que tal cabeza
Nobles intentos obligue.
Llegamos á la Mamora
Brevemente, y nos reciben
Sus soldados tan alegres,
Como sus contrarios tristes.
En varias escaramuzas
Dió España muestra infalible
De la ventaja que hace
Al africano su origen;
Hasta que un lúnes dichoso,
Cuando el alba llora y rie,
Porque la marchita el sol
Sus claveles y jazmines;
Impaciente un moro alcaide
De que España se glorie
Que contra el Africa toda
Cruces alce y lunas pise;
Después que á todos los moros
Entre otras afrentas dice
Que cuelguen en vez de alfanjes
Ruecas de los tahalies;
Toma una yegua alazana
Que el viento á carreras mide,
Y una lanza de dos hierros,
Que en temblar al aire es mimbre,
Y manda tocar á asalto,
Siendo el primero que embiste
A los no acabados muros,
Mas defendidos que firmes.
Apéose, y por la lanza
Trepó hasta llegar á asirse
A los bordes de la cerca;
Y por mas que todos griten:
«Muera el temerario alarbe»,
Del brazo izquierdo descíñe
Una bandera celeste
Con tres lunas, donde pinten
Su amor menguante los celos;
Y con presteza increíble,
Derribando la cruz roja,
Que el valor español rige,
Del muro abajo, y en su asta
Fijando las lunas viles,
Enarboló su estandarte,
Y volviendo á bajar, dice:
«El que quisiere vengar
Aquesta afrenta y ver libre
La cruz que á pesar de España,
Alá á mis plantas permite.»
Baje, que buena escalera
Le dejo, porque eternice
En campaña, y no entre muros,
La fama su nombre insigne.»
Oyó entre otros la arrogancia
Que el moro á voces repite,
Un Osorio, peon dos veces,
Pues labrando el muro, riñe;
Y tirándole una piedra,
El golpe fué tan felice,
Que sembrándole los sesos,
El mundo vió dos Davides.
Bajó luego por la lanza,
Y porque en todo le imite,
Con su alfanje, de los hombros
La infiel cabeza divide;
Y alzando la cruz del suelo,
Por mas flechas que le tiren,
Con su tafetan sagrado
Los valientes hombres viste.
Cercóle la multitud,
Y mientras él los resiste,
Redondillas de repente,
Los versos de bronce miden,
Y desbaratados todos,
Las espaldas femeniles
Vuelven al cristiano campo,
Que vitorioso los sigue.
Quedó libre la campaña,

Y trocando en menestres
El ronco son de los parches,
Para que se regocijen,
Vuelven al fuerte triunfando,
Y el gran Fajardo divide
Los despojos que á sus plantas
El moro blasfemo rinde.
Fortificóse la fuerza;
Y yo viendo despedirse
Los nobles aventureros,
Quise con ellos partirme;
Y alcanzando del despojo
Dos mil moriscos cequies,
A daros desta vitoria
La nueva, y los brazos, vine.

DON GOMEZ.

Decislo, Alférez, tan bien,
Que si en las hazañas fuistes
Ayax sin lengua y con manos,
En contarlas sois Ulises.

URBINA.

Vos seais muy bien venido;
Y el Rey que gobierna y rige
Las dos esferas ó mundos,
Bárbaros cuellos humille.

ALFÉREZ.

Mi señora Doña Marta
¿Cómo está?

DON GOMEZ.

La vida sigue
Y opinion en que quedó
Cuando de Illescas partistes.

ALFÉREZ.

¿Gran cosa! ¿Y su hermosa hermana?

DON GOMEZ.

Mas bizarra y apacible,
Ausencias dicen que llora,
Y de su hermana se rie.
Mas, quedo, que Doña Marta
Es esta.

ALFÉREZ.

¿Anascote viste?

URBINA.

Ha dado notable vuelta,
Si no es ya que son melindres.

ESCENA III.

DOÑA MARTA, *vestida de beata*; y DO-
ÑA INES, *ambas con mantos*. — Di-
chos.

DOÑA MARTA. (*Ap. á Doña Ines al salir.*)
Vi á Don Felipe en el prado
Llegar, la color perdida,
Por la mudanza de vida
Con que á mi padre he engañado;
Pero viendo que no osaba
Hablarme por el respeto
Que en este traje prometo,
Le dije que le adoraba
Tanto, que por su ocasion
Andaba desta manera;
Pues si estoy devota, él era
Mi imagen de devocion.
Y como á mi hermano ha muerto,
Y el temor desto le avisa,
Lo que permitió su prisa
Le hablé, y quedó de concierto
De venir á hablarme aquí
Con un ingenioso enredo,
Que mientras hablabas....

DOÑA INES. (*Ap. á Doña Marta.*)

Quedo,

Que están los viejos aquí.

DOÑA MARTA.

(*Ap. Pues repúlgome.*) Dios sea
Con Vuesasmercedes.

DON GOMEZ.

Hija,

¿De dónde vienes?

DOÑA MARTA.

Prolija

Ha sido nuestra tarea.
Del hospital general
Venimos, señor, las dos,
De ver los pobres de Dios
Y dar alivio á su mal.

DON GOMEZ.

Aunque yo, Marta, os consienta
Que en eso os ejerciteis,
Ha de ser como no déis
A vuestros deudos afrenta.
Una mujer como vos
No ha de andar por hospitales
Curando asquerosos males,
Y haciendo camosas.

DOÑA MARTA.

¡Ay Dios!

Porque en esto me ejercito,
¿Me riñen? A ser liviana,
Y estar siempre en la ventana,
¿Qué dijeras? ¿Es delito
Visitar el hospital,
Que le riñen como á vicio?
¿No se emplea en este oficio
La gente mas principal?

DON GOMEZ.

Hazte beata, y después
Haz, Marta, lo que gustares;
Pero así es bien que repares
En lo que dirá después
La gente.

DOÑA MARTA.

No determino,

Aunque ese estado es tan santo,
Estrecharme, padre, tanto.
Yo voy por este camino:
Déjenme con mi opinion.

DON GOMEZ.

Cásate pues, y casada,
Mas segura y mas honrada,
Seguirás tu inclinacion;
Que el Capitan gustará
Dese empleo y ese oficio.

URBINA.

Ese devoto ejercicio
Mi sol y espejo será.

DOÑA MARTA.

¿Y el voto de castidad?

DON GOMEZ.

Con una dispensacion,
Pues fué simple tu aficion,
Cumplirás mi voluntad.

DOÑA MARTA.

¿Dispensacion! No la nombres,
Que si verdad he de hablarte,
De unos dias á esta parte
Me parecen mal los hombres.
¿Jesus! ¿y qué mala cosa!
¿Yo casada? ni por pienso.

DON GOMEZ.

No llores: basta.

DOÑA MARTA.

¿Ese censo

Me echabas?

ALFÉREZ. (*Ap.*)

¿Qué melindrosa

Se ha vuelto!

DOÑA MARTA.

Llévolo mal.

URBINA.

Quitálde al sol el capote,
Y no os caseis.

DOÑA MARTA.

Con mi dote

Pienso hacer un hospital,
Y curar pobres en él.
Si verme viva ~~deces~~,

Padre, déjame, y no seas
En esto estorbo cruel.

DON GOMEZ.

Haz, hija, lo que quisieres :
No des voces : bueno está.
No te diré cosa ya,
A truco que no te alteres.
De lo dicho me ha pesado :
Vé á hospitales, haces bien.

DOÑA MARTA.

Dios se lo perdone, amén,
Que en verdad que me ha enojado.

DON GOMEZ.

(Habla aparte con el Capitan.)

Seguilla quien el humor :
Que yo sé que en él que está.
Bien presto le mudará.

URBINA.

Eso juzgo por mejor.

DON GOMEZ. (A Doña Marta.)

¿Cómo no hablas al sobrino
Del Capitan, que se apea
Agora, y verte desea?

DOÑA MARTA.

¿Luego viene de camino?

DON GOMEZ.

¿No sabes que á la Mamora
Se partió?

DOÑA MARTA.

No habia mirado
En tanto. Como he dejado
Cosas del mundo, que ignora
Las de Dios, no le eché méuos.
¿Venis bueno?

ALFÉRIZ.

Y espantado
De la virtud que os ha honrado.

DOÑA MARTA.

Dios sabe los que son buenos.

DON GOMEZ.

Venid, Alférez, daréis
Con vuestra vista á Lucia
Sin prevenilla, un buen día.

ALFÉRIZ.

Si dármele á mí queréis,
¿Porqué me le dilatáis
Viendo que el alma le aguarda?

URBINA.

El bien que viene, no tarda.

DON GOMEZ. (A Doña Marta.)

¿Quédate?

DOÑA MARTA.

Mientras que estais
Ocupados, es forzosa
Por acá otra ocupacion
De piedad y devocion.

DON GOMEZ.

Eres, hija, muy piadosa.

(Vanse Don Gomez, el Capitan y el Alférez por una puerta, y sale Pastrana por otra.)

ESCENA IV.

PASTRANA — DOÑA MARTA, DOÑA INES.

PASTRANA.

Besando á Vuesasmercedes....

DOÑA INES.

¿Qué?

PASTRANA.

Las manos.

DOÑA INES.

¿Socarrón!

Fi-máticas manos son,
Pues en el beso te quedas.

PASTRANA.

Pues en cualquiera suceso,

¿Qué venta puedo yo hallar
Donde me pueda quedar
Con mas gusto que en un beso?
¿Cómo va de novedad?

DOÑA MARTA.

Linda sangre y humor cria,
Pastrana, la hipocresía.
Nunca tuve libertad,
Mientras que viví á lo damo,
Como agora: si intentaba
Salir fuera, me costaba
Una riña: ya no llamo
A la dueña, al escudero,
Ni aguardo la silla y coche,
Ni me riñen si á la noche
Vuelvo: voy á donde quiero.

PASTRANA.

O sea que hablaste á tu amante,
Quedó en turron trasformado,
Alajó por lo picado,
Por lo dulce, de Alicante.
Hame persuadido, en fin,
Un enredo con que entrar
A verte, que me ha de dar
Nombre de Corozain,
Porque dice que fingiendo
Que de Sevilla he llegado,
Y soy un Don Juan hurtado
Que de los godos deciendo,
Hable á tu padre y le diga
Que en Sevilla queda preso
Don Felipe, y un proceso
De dos muertes le fatiga;
Y que teniendo noticia
Que á Don Antonio mató;
Y luego á Sevilla buyó,
Me ha enviado la justicia
Con comision á que haga
Informacion verdadera :
Y si dalle muerte espera,
Para que se satisfaga
La venganza que procura.
Por mi orden despachará
El proceso, y quedará
Por este modo segura
Su vida y nuestra maraña :
Y otras mil cosas que aquí
Han de florer sobre mi,
Porque el demonio me engaña.

DOÑA MARTA.

Traza ha sido de los dos,
Pastrana, y tan importante.
Que con tu ayuda mi amante
Entrará en casa.

PASTRANA.

Por Dios,
Que va temiendo Pastrana,
Si por su ocasion le gozas,
Una sarta de corozas :
Pues claro está que tu hermana,
Si él en tu casa ha de estar,
Le tiene de conocer.

DOÑA MARTA.

Su prision la da á entender,
Que yo la sabré engañar.

PASTRANA.

Bien podré, que no me ha visto
En su vida.

DOÑA MARTA.

Todo está

De mi parte.

PASTRANA.

Y yo soy ya
Celestino de Calisto.

DOÑA MARTA.

No es pequeño galardón,
Si miras en internet.

PASTRANA.

¿Cuál?

DOÑA MARTA.
Ser tuya Doña Ines.

PASTRANA.

¿Mia?

DOÑA INES.

Tuya, socarrón.

PASTRANA.

¿Y habrá melindre doncel?

DOÑA INES.

Lo que se usa.

PASTRANA. (Remedando.)

« Estése quedo.—

Aparte, que me da miedo. —

No pellizque, mal haya él. —

Sea cortés, si tiene amor. —

¿Mas que este chapin le arrojo? —

No chico. — ¿A fe, si me enoja!..... —

Mire que vendrá señor. »

DOÑA INES.

¿Ya es malo eso?

PASTRANA.

Estando en folia,

No me alumbro á luz de pajas,

Ni como las zarandajas.

Sino es tumbando la olla.

A tu padre voy á hablar. (A Doña Marta.)

DOÑA MARTA.

El amor te ayude, amén.

PASTRANA.

¿Lindo santo!

DOÑA MARTA.

Prima, ven.

PASTRANA. (A Doña Ines.)

En fin, ¿nos hemos de amar?

DOÑA INES.

Si.

PASTRANA.

¿A lo rubio?

DOÑA INES.

A lo mulato.

PASTRANA.

¿Habrá arrullo?

DOÑA INES.

Y chicolio.

PASTRANA.

En fin, ¿soy tuyo?

DOÑA INES.

Y muy mio.

PASTRANA.

Mio es requiebro de gato. (Vanse.)

ESCENA V.

DON GOMEZ, DON DIEGO, DON JUAN.

DON GOMEZ.

Estimo yo en el alma este respeto
Que á su fama y mi casa habeis guardado
Porque no es digno amante ni discreto
Quien no descubre y muestra su cuidado;
Que guardar á los padres el secreto,
Es robar y usurpar disimulado
El amor de su dama: es falso gusto,
Atrevida aficion y amor injusto.
Ya sabréis, caballeros (que en la corte
Público pienso que es), como ha mudado
Mi hija Doña Marta cielo y norte,
Dejando galas y escogiendo estado:
No hay humana razon que la reporte
Ni persuada: galas ha dejado,
Y aunque mi hacienda casi toda hereda,
Jovas arroja y menosprecia seda.
Será imposible en la ocasion presente
Persuadilla á aceptar ningún esposo,
Mientras desta opinion (quizá aparente)
No muda parecer mas provechoso:
Así que Doña Marta no consiente
El un extremo dese amor honroso,
Ni puede dar el si Doña Lucia
Por pedilla un indiano, sangre mia.

Y porque temo vuestras justas quejas,
No aguardo la respuesta ni me atrevo;
Que ablanda el alma amor por las orejas,
Y oír sin remediar, nunca lo apruebo.
Adios, señores.

DON DIEGO.

Con rigor nos dejás.

DON GOMEZ.

Saben los cielos el pesar que llevo;
Mas ¿qué he de hacer si en tan forzoso
[empeño]
No quiere Marta, y tiene Lucía dueño?
(Vase.)

ESCENA VI.

DON DIEGO, DON JUAN.

DON JUAN.

Diego, triste quedais.

DON DIEGO.

“estarlo con causa puedo.

DON JUAN.

Tambien yo sin prenda quedo.

DON DIEGO.

Vos con esperanza estais.

DON JUAN.

¿Cómo?

DON DIEGO.

Posible sería
Deshacer el casamiento
Y mudar de pensamiento,
Amándos Doña Lucía;
Mas Doña Marta que está...

DON JUAN.

¿Santa?

DON DIEGO.

Ya lo empieza á ser.

DON JUAN.

Como yo fraile: es mujer
Que uno reza y otro canta.
¿Qué presto se os encajó
Esto de la santidad!

DON DIEGO.

Su padre dijo verdad.

DON JUAN.

Su padre sí, su hija no.

¿No llaman Marta á la mona?

DON DIEGO.

Sí.

DON JUAN.

Aunque se vista de seda
La mona, mona se queda;
Y así esa buena persona
Es mona de hipocresías,
Y se quedará por tal,
Y vos por un animal,
Si creéis sus monerías.

DON DIEGO.

A la experiencia lo dejo.

DON JUAN.

Es Marta disimulada
Zorra, que no vale nada
La carne, sino el pellejo.
Engañe ella en otras partes,
Que en fin, para mí será
Mal agüero, porque va
Muy poco de Marta á mártes. (Vanse.)

ESCENA VII.

DON GOMEZ, DOÑA MARTA. DOÑA
LUCÍA, DOÑA INES.

DON GOMEZ. (A Doña Lucía.)

¿Que os han dicho, decís vos,
Que está Don Felipe preso
En Sevilla? ¡Gran suceso!
Mi venganza cumpla Dios.

DOÑA LUCÍA.

Señor, sí, en Sevilla queda

Preso el que mató á mi hermano.

DON GOMEZ.

Castigue Dios al tirano.

DOÑA MARTA.

No le castigue aunque pueda.

DON GOMEZ.

¿Qué decís vos?

DOÑA MARTA.

Yo, señor,

Que en conciencia, y para abono
De mi alma, le perdono,
Y que el matalé es rigor.

DON GOMEZ.

No es contra la justa ley
Dar la muerte á un enemigo:
Dios es quien hizo el castigo,
Y después de Dios el Rey.
Pero lo que siento mas
Es que esa nueva es dudosa;
Que persona cuidadosa
No la descubrió jamas;
Antes dicen que es ardid
El haberse publicado
Que esta preso, y se ha quedado,
Y aun anda oculto, en Madrid.

DOÑA LUCÍA.

Doña Marta me lo dijo.

DON GOMEZ.

¿Cómo lo puede saber?

DOÑA MARTA.

¿Como? ¿Pues soy yo mujer
Que miento? Deso me aflijo.
Presto el mentir se declara,
Por mas que el que miente jura;
Que el mentir es calentura
Del alma, y sale á la cara.
Un hidalgo que venía
A pedir albricias hoy,
Me dió esas nuevas, y estoy
Con mucha melancolía;
Pues con ser tal su delito,
Quisiera mi compasión,
Señor, que por mi ocasión
No matasen ni á un mosquito.
(Mirando hácia una puerta por donde
sale Pastrana.)

Pero ya el cielo defiende,
Porque no padezca en algo
La verdad: aqueste hidalgo
Me lo dijo, dél lo entiendo.

ESCENA VIII.

PASTRANA. — DON GOMEZ, DOÑA
MARTA, DOÑA LUCÍA, DOÑA INES.

PASTRANA.

Pienso que es Vuesamerced

El señor Don Gomez.

DON GOMEZ.

Sí:

Yo lo soy, y recibí
Esta visita merced,
Y quise esperarla en casa.

PASTRANA.

Digo, señor, que en Sevilla
Prendieron (y es maravilla
Que gente que vive y pasa
Con título de valientes,
Se prenda así) á un caballero,
Un Don Felipe, extranjero,
Destos que matan las gentes;
Y aunque se honre y aventaje
En lo que toca á jactancia,
Tan soberbia es su arrogancia,
Cuanto humilde su linaje.

DOÑA MARTA.

¡Jesus! ¿Qué mala palabra
En el mundo introducida!
La humildad, de Dios querida,

La que mas coronas labra,
Se ha de dar por deshonra!
Quítale al nombre esa tilde:
No es afrenta el ser humilde,
Que la humildad da valor.

DON GOMEZ.

Hija, déjanos aquí,
No nos prediques mas, Marta.

DOÑA MARTA.

Padre, la soberbia aparta,
Que aquesto me importa á mí.

DOÑA LUCÍA. (Ap.)

Es muy grande socarrona
Mi hermana, ó muy recogida.
No me pago de su vida,
Por mas virtud que pregona;
Que aunque no tan adornada
Como yo, en fin se deleita,
Y algunas veces se afeita,
Y así es virtud afeitada.

PASTRANA.

En fin, señor, yo venía
A juntarle los procesos:
Estilo antiguo de presos,
Que se usa cada día.
Hanme dicho que os ha muerto
Un hijo: importa tener
El proceso y el poder,
Y el castigo será cierto.

DON GOMEZ.

Vos seáis enhorabuena
Venido, porque en efeto
De vuestro trato discreto
Depende el fin de mi pena.
Por vuestro pliego y por vos
Enviaré el proceso; y digo
Que os he de ser muy amigo,
Si por vos me venga Dios.

PASTRANA.

Con tal nombre quedo honrado.

DON GOMEZ.

Apartaos á hablar aquí.

(Hablan aparte á un lado Don Gomez y
Pastrana, á otro Doña Marta y Doña
Ines; Doña Lucía está algo desviada
de ellas.)

DOÑA MARTA.

Doña Ines, bueno va.

DOÑA INES.

Sí.

DON GOMEZ.

¿Y el nombre?

PASTRANA.

Don Juan Hurtado,
Con pestañas de Mendoza.

DOÑA LUCÍA. (Ap.)

En notable confusion
Nos ha puesto esta prision.

DON GOMEZ.

¡Honrados títulos goza!

PASTRANA.

Este órden ha de haber.

DON GOMEZ.

Ver ya el efeto querria.

DOÑA INES.

Tu hermana Doña Lucía
Temo que lo ha de entender.

DOÑA MARTA.

No se puede remediar
Todo en una coyuntura:
Remítase á la ventura,
Como el juego del parar.
No es muy discreta Lucía,
Ni ha de conocerle luego,
Que amor engaña y es ciego,
Y así suceder podria....

DON GOMEZ.

Hijas, ya os podeis llegar,
Marta.

DOÑA MARTA.

Dejo intentos locos :
En mi rosario de cocos
Cuentas paso.... (Ap. Por contar).

PASTRANA.

¡Rosario de cocos!

DOÑA MARTA.

Pues.

Asíse llaman : ¿qué quieres,
Si hacen cocos las mujeres,
Porque anda el mundo al revés?
A lo bueno en estos días
La devoción va espirando,
Pues si rezan ya, es cocando
Hasta las Ave-Marias.

PASTRANA.

En algunas no son vanos
Los cocos, pues si reparas,
Muchas, cocos en las caras,
Llevan cocos en las manos.

DOÑA MARTA.

Profanarse ya las suertes :
Ya la devoción es gala.
Traigan todas, noramala,
Unos rosarios de muertes,
Que sirvan de centinelas;
Que yo desde hoy pienso hacello.

PASTRANA.

¡Muertes en rosario al cuello?
Parecerán sacamuelas.

ESCENA XI.

DON FELIPE, vestido de estudiante pobre. — DICHOS.

DON FELIPE.

¡Ah de casa! ¿Hay quien se acuerde
De remediar la pobreza
De un estudiante que empieza
Cánones, y el tiempo pierde
Por la fiera enfermedad
Que mis cursos no consiente?
Dad limosna, noble gente,
Si es caridad calidad.

DOÑA MARTA.

Padre y señor, ¿ve ese pobre?
Pues no sé qué compasión
Las telas del corazón
Me mueve para que cobre
Remedio: si un hospital
El cielo hacer me permite,
Déjeme que me ejercite
En este, y cure su mal.

DON GOMEZ.

Dale un cuarto, y vayase,
Que en la corte hay pobres hartos.

DOÑA MARTA.

Si la limosna haces cuartos,
Verdugo tu celo fué.
Echar al pobre ¿es razón?
Al rico avariento imitas:
Dártele, pues me le quitas,
Los brazos y el corazón.
¡Ay pobre de mis entrañas!
Llega al alma que te doy.

(Abraza á Don Felipe.)

DON FELIPE. (Ap. á Doña Marta.)

Marta, mártir tuyo soy:
Tu amor hace estas hazañas.

DOÑA MARTA.

¡Pobre rico! ¡Prenda mía!

DON FELIPE. (Bajo.)

Mi bien, mi paz, mi interés.

DON GOMEZ.

¡Abrázasle?

DOÑA MARTA.

¿No lo ves?

DON GOMEZ. (A Don Felipe.)

Y qué teneis?

DON FELIPE.

Perlesía.

DOÑA MARTA.

Mi fé es la que soleniza
Este extremo, y aquí es justo.

DON GOMEZ.

Marta, apartáos, que no gusto
De veros tan pegadiza.

DOÑA MARTA.

Señor, por amor de mi,
Que tenga yo libertad
De curar su enfermedad.

DON GOMEZ.

¡Curar! ¿Cómo, ó dónde?

DOÑA MARTA.

Aquí,

Que si amor límites pasa
Que el respeto considera,
Yo quiero ser su enfermera,
Y se ha de curar en casa.

DON GOMEZ.

¿Estás loca? ¿Quién vió tal?

DOÑA MARTA.

Padre, si fueres cruel,
Yo me tengo de ir con él.

DON GOMEZ.

¿Dónde?

DOÑA MARTA.

¿Dónde? A un hospital.

DON FELIPE.

Yo la enseñaré latín,
Señor, si en su casa estoy.

DOÑA MARTA.

Inclinadísima soy,
Puesto que letora ruin,
A lo ménos á leer
En latín. Porque rezar
Sepa, lición me ha de dar:
Padre mío, esto ha de ser.

DOÑA LUCÍA. (Ap.)

Don Felipe pienso que es.
Su cara es: ¿qué hay que dudar?
A Marta quiero ayudar,
Y entablar mi amor despues.

DON GOMEZ.

No ha de estar en casa, Marta.

DON FELIPE.

Señor, por amor de Dios.

DOÑA MARTA.

Echarésnos á los dos.
Veamos quién nos aparta.
(Vuelve á abrazar á Don Felipe.)

DOÑA LUCÍA. (Ap.)

¿No teneis celos, Lucía?
Lo que veis, ¿no os causa enojos?

DOÑA MARTA.

¡Ay mi pobre!

DON FELIPE. (Bajo.)

De tus ojos.

DOÑA MARTA.

¿Y qué teneis?

DON FELIPE.

Perlesía.

DON GOMEZ.

Idos.

DON FELIPE.

(A Doña Marta que le detiene.)

¡Yo cosa por fuerza!

No lo permita el Señor.

DOÑA LUCÍA.

Padre, parece rigor
El que á tal crueldad te esfuerza.

¿Qué nos importa que esté
Un estudiante, que al fin

Nos podrá enseñar latín?

DON GOMEZ.

Alto: hasta. Quedese.

DON FELIPE.

Eres noble y eres pio.

PASTRANA. (Ap.)

Nombre de pollo le ha dado.

DON GOMEZ.

¿Cómo os llamais, licenciado?

DON FELIPE.

¿Quién? ¿yo? El dónine Berrio.

DON GOMEZ.

Y el tiempo que bueno estéis,

¿Podréis servir á algun fin?

DOÑA MARTA.

Deseo yo leer latín.

Decid: ¿no me enseñaréis?

DON FELIPE.

Y aun gramática, hasta tanto

Que empecéis á conjugar.

DOÑA MARTA.

Siempre que llevo á rezar

En las horas á algun santo,

Me pesa de no entender

Lo que allí se significa.

DON FELIPE.

Si á eso el deseo os aplica,

Por mí lo podeis saber.

DON GOMEZ.

Alto pues: daldá lición,

Y vamos, señor Don Juan,

Que el proceso nos darán.

PASTRANA. (Ap.)

Todo esto anda en tentación;

Pero si della me aparta

Mi industria, dándoles vaya

Digo que allá se lo haya

Con sus pollos y amor Marta.

(Vanse Don Gomez y Pastrana.)

DOÑA MARTA. (A Doña Ines, aparte.)

Ines, llévame á Lucía

De aquí.

DOÑA INES. (A Doña Lucía.)

¿No vamos las dos?

DOÑA LUCÍA.

Vamos. (Ap. Yo sabré de vos

Despues la sospecha mía.)

(Vanse Doña Lucía y Doña Ines.)

ESCENA X.

DOÑA MARTA, DON FELIPE.

DOÑA MARTA.

¡Mi enfermo!

DON FELIPE.

Vanos recelos

Asaltan mi corazón,

Y como en el alma son

Los celos pesados hielos,

Siempre que el temor los cria,

Sin poderme defender,

Por tu ocasión vengo á ser

Enfermo de perlesía.

DOÑA MARTA.

Pues si le saga el calor,

Y amor mis deseos abrasa,

Perlático de mi casa,

Llega al fuego de mi amor.

(Abrazáanse, y sale Don Gomez.)

ESCENA XI.

DON GOMEZ. — DOÑA MARTA, DON FELIPE.

DON GOMEZ. (Al salir.)

¡Ah, sí! Doña Marta, aquel

Papel ¿dónde está?

DOÑA MARTA. (Ap.)

¡Ay de mí!

(Don Felipe unge que se desmaya, y Doña Marta que le sostiene.)

DON GOMEZ.
¡Qué es esto!

DON FELIPE.
Hame dado aqui
Este accidente cruel,
Como he estado tanto en pié.
El corazon desfallece.
¡Ay Dios!

DOÑA MARTA.
Ea, que parece
Que os desmayais.

DON FELIPE.
¡Ay!

DON GOMEZ.
Tenlé.

DOÑA MARTA.
Ayudádmeme a llevar,
Padre y señor, a la cama.

DON GOMEZ. (Ap.)
¡Hay tal virtud! ¿Quién no ama
Tal hija?

DOÑA MARTA.
¡Vuelve a cobrar
La color?

DON GOMEZ.
Pienso que sí.

DOÑA MARTA.
Llévemoste los dos, pues.

DON GOMEZ.
No hagais vos fuerza en los piés.

DON FELIPE.
¡Ay cielo!

DOÑA MARTA.
Arrimaos a mí.

DON FELIPE.
Tenedme, señora mía:
Dadme la mano, señor.

DON GOMEZ.
¿Cómo estais?

DON FELIPE.
Algo mejor.

DOÑA MARTA.
¿Qué es lo que os dió?

DON FELIPE.
Perlesía. (*Vase.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARTA, DON GOMEZ, URBINA, EL ALFÉREZ.

URBINA.
El amor que os tengo es tal,
Ya no humano, mas divino,
Que por seros liberal,
Daros luego determino,
Para ayuda al hospital
Que haceis, ocho mil ducados,
Que en vos son bien empleados.

DOÑA MARTA.
Por uno os dé el cielo ciento,
Para que con tal aumento
Los goceis todos doblados.

URBINA.
Escritura os he de hacer
Irrevocable, *inter vivos*.

DOÑA MARTA.

¡Hoy?

URBINA.

Al punto.

DOÑA MARTA.

Vendrá ser,

Con tan cristianos motivos,
Infinito mi placer.
Con doce mil que yo tengo
De dote, si á juntar venís o

Vuestros ocho mil, que son
Todos veinte, á Salomon
Nuevo edificio prevengo.
¡Grande hospital! Buena renta
Dejar en él imagino.

URBINA.

Y pues que casarse intenta
El Alferez mi sobrino,
Que á su amor llamas aumenta,
Con Doña Lucía hermosa,
En premio de tal esposa,
Otros ocho mil le doy.

DON GOMEZ.

A Alejandro excedeis hoy.

ALFÉREZ.

Haga tu vejez dichosa
El cielo, y venzas las vidas
Que el mundo vió mas cumplidas,
Hasta que el siglo dorado
Vuelvas á ver, y cansado
De vivir, la muerte pidas.—
¡Hermosa Doña Lucía!
¡Que has de ser esposa mía!

DON GOMEZ.

Y ¿de peregrinos quieréis
Que sea?

DOÑA MARTA.

Hombres y mujeres
Que á la corte cada día
Vienen pobres, sin tener
Adonde hospedarse puedan,
Mis huéspedes han de ser,
Pues ellos mi hacienda heredan
Y yo, aunque sin merecer
Tal bien, seré tan dichosa,
Que gaste mi vida entera
En esta vida amorosa.

DON GOMEZ.

Tu virtud es de manera,
Que eres *Marta la Piadosa*.

Toda la corte te da
Este nombre que has ganado.

DOÑA MARTA.

(*Ap.* ¡Ay Dios! ¡qué engañada está!)
Hacia la entrada del Prado
Me parece que estará
Bien el sitio.

ESCENA II.

DON FELIPE, con un arte de gramática en la mano. — DOÑA MARTA, DON GOMEZ, URBINA.

DON FELIPE.

A dar lición

¿No venis?

DOÑA MARTA.

Sí.

DON GOMEZ.

En conclusion,

¿Habeis dado en aprender
Gramática?

DOÑA MARTA.

Por saber

Lengua de tal perfeccion,
Y que el dñome Berrio
Me enseña tan fácilmente,
Esto de mi ingenio fio.

DON FELIPE.

Declina divinalmente

A *hic, hæc, hoc*, señor mío.

DON GOMEZ.

Huélgame de ver en tí
Tal virtud é ingenio. Agora
¿Has de dalla lición?

DON FELIPE.

Sí.

URBINA.

¿Y de qué ha de ser?

DON FELIPE.

Decora

Compuestos de *quis, vel qui*.

DON GOMEZ.

Pues en mi presencia quiero
Que decline algo primero.

DON FELIPE.

Yo sé que os ha de espantar.

DOÑA MARTA. (Ap. á Don Felipe.)

Mi bien, ¡mas qué hemos de echar
La sogá tras el caldero!

¿Qué es declinar?

DON FELIPE.

Disimula,

Y vé conmigo.

DON GOMEZ.

Comienza.

DOÑA MARTA.

La turbacion me atribula.

DON GOMEZ.

¿No dices?

DOÑA MARTA.

Tengo vergüenza.

(*Ap.* Mas latin sabe una mula

Marañas de amor astutas,

¿Quién me ha metido en disputas?)

DON GOMEZ.

Dadla algun nominativo.

DON FELIPE.

Decline este relativo.

DOÑA MARTA.

Vaya.

DON FELIPE.

¿*Quis putas?* ¿*Quæ putas?*

DOÑA MARTA.

¡Ay que me ha escandalizado!

¡Jesus! no quiero aprender
Gramática, licenciado.

DON FELIPE.

¿Pues por qué?

DOÑA MARTA.

Por no saber

Latin tan desvergonzado.

Quite, quite, que es lascivo

Aquese arte, y no concierta

Con la vida que yo vivo.

Llame á alguno que convierta

Tan torpe nominativo.

¿En la boca he de tomar

Tal cosa?

DON GOMEZ.

No hay que receles.

DOÑA MARTA.

¿No? Sepa que me ha de dar

Nominativos donceles,

Si tengo de declinar.

DON FELIPE.

¿*Quis putas?* quiere decir:

¿*Quién piensas?*

DOÑA MARTA.

Pensaldo vos,

Que yo no pienso admitir

Tal cosa. ¡Jesus, mi Dios!

No hay hablar, no hay persuadir.

DON GOMEZ.

¿Eso te da pesadumbre?

Si la latina costumbre

Lo usa, ¿por qué refutas

El declinar á *quis putas?*

DOÑA MARTA.

¡Jesus! ¡Jesus! ni por lumbre.

URBINA.

Es muy nonesta; y en fin

El sonido la convida

A tenelle por rûin.

DOÑA MARTA.

No mas latin en mi vida.

¡Jesus! ¿esto era latin?

ESCENA III.

DOÑA INES.—DICHOS.

DOÑA INES.

Señor, aquel sevillano
Por cuya orden y mano
Has despachado el proceso
A Sevilla de aquel preso,
Te busca.

DON GOMEZ.

No viene en espanta.
Nuevas debe de traer
Con que alegre mi esperanza.
Vamos, si quereis saber
Principios de la venganza
Que en Sevilla pienso ver.

URBINA.

Vamos.

DOÑA MARTA.

Tu rigor me espanta.
¿Posible es, padre, que así
Te ciegue venganza tanta?
Yo no he de salir de aquí.

DON GOMEZ.

Pues quédate.

URBINA.

Es una santa.

(Vanse Don Gomez, y Doña Ines y Urbina.)

ESCENA IV.

DOÑA MARTA, DON FELIPE.

DOÑA MARTA.

Mi perlático de perlas,
Mi estudiante en afición,
Mi maestro en dar lición
De industrias para saberlas...

DON FELIPE.

Mi hipócrita enamorada,
Mi escrupulosa fingida,
Mi melindrosa querida,
Mi socarrona taimada,
Dame esos brazos.
(Abrazanse, y sale Doña Lucía.)

ESCENA V.

DOÑA LUCÍA, retirada.—DOÑA MARTA, DON FELIPE.

DOÑA LUCÍA. (Ap.)

Enojos

De penas que me atormentan,
Cuando mis sospechas micutan
No pueden mentir mis ojos.
Don Felipe es quien en casa,
Con su fingida cautela,
Cuando entre celos me hiela
Con fuego de amor me abraza:
Y mi hermana con su trato
Fingido, goza su amor;
Que no hay engaño mayor
Que el engaño á lo beato.—
Pero aquí los dos están:
No son mis recelos vanos.
¿Qué divinos tan humanos!
¿Cielos! ¡los brazos se dan!
Daré voces; pero no:
Mejor es ver escondida
Esta devoción fingida.
¿Miren si lo dije yo!

DOÑA MARTA.

Estarás, mi bien, cansado
De tanto disfraz grosero;
Que es amor muy caballero,
Y quiere andar bien tratado.
Querrás que en el traje y brio
Tu nobleza participe
Adornos de Don Felipe,

No sotas de Berrio:

Ya te debe de cansar

Mi fingido encerramiento.

DON FELIPE.

Como acabas, Marta, en miento,
Mientes llegando á pensar
Que donde está tu hermosura,
No es libertad vivir preso:
Como adorarte profeso,
Por ti profeso clausura.
No echo ménos las galas:
Que si ellas sirven de medios
Para amorosos remedios,
Y, á merecerte, me igualas;
Esto me entalla mejor
Que galas y joyas bellas;
Que amor no se hizo para ellas,
Sino ellas para el amor.
Mas precio mi perlesia
Que las perlas de Ceylan.

DOÑA LUCÍA. (Ap.)

¿Oh qué devotos que están!

¿Bien rezan, por vida mía!

DOÑA MARTA.

¿Ay dulce domine mío!

DON FELIPE.

¿Ay mi hipócrita amorosa!

DOÑA LUCÍA. (Ap.)

¿Esta es Marta la Piadosa,
Y este el domine Berrio?
Con tales dominaciones
También me seré yo buena.
Mas, amor, ¿con tanta pena
Treguas en mis celos pones?
No hay sufrillo. (Adelantase.) Marta.

DOÑA MARTA.

Hermana.

Mi padre te está aguardando.

¿No vas?

DOÑA MARTA.

Si, Lucía, en dando
Licion.

DOÑA LUCÍA.

¿Qué buena cristiana!
Mi padre no ha de esperar.

DOÑA MARTA.

Dómine, ponga aquí el dedo:
(Dale el arte.)

En el vocativo quedo.

¿Que siempre me han de estorbar!

(Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA LUCÍA, DON FELIPE.

DOÑA LUCÍA.

¿Conjugabais los dos?

DON FELIPE.

Sí:

A amor amoría.

DOÑA LUCÍA.

Traidor,

Ya yo he visto vuestro amor,
Y casos suyos oí.

Ya, Felipe cauteloso,
Disfrazado en la sotana,
Los melindres de mi hermana

Y tu embeleco amoroso

He conocido: ya sé

Que de mi amor olvidado,

Porque della te has pagado,

No quieréis pagar mi fe.

Pero pues que desconoces

Mi amor, ingrato, homicida,

Porque te quite la vida

Mi padre, yo daré voces;

Que pues de mí no haces caso,

Tu muerte es justa. (Gritando.) ¡Ah se-

Aquí está el vil matador

[ñor!]

De mi hermano. ¡Ah padre!

DON FELIPE.

Paso.

(Ap. Yo soy perdido.) ¡Ah bien mío!

DOÑA LUCÍA.

¿Yo tu bien? ¿Qué linda cosa!
Vé á mi hermana, que piadosa
Te ha convertido en Berrio.—
¡Ah señor! vén.

DON FELIPE.

¿Qué porfías!

DOÑA LUCÍA

Vén, verás una maldad
Que con capa de piedad
Encubre bellaquerías.

DON FELIPE.

Lucía, luz de mis ojos,
Vive Dios que la ocasión
De tanta trasformacion
Y escolásticos despojos,
Solo ha sido por tenella
De hablar contigo y gozar,
Dándome dicha y lugar,
De tu amor la ocasión bella.
Conocióme Marta luego
Que, como ves, vine aquí;
Y que la amaba fingí
Para apaciguar el fuego
Que contra mi triste vida
A emprenderse comenzaba,
Si quien era declaraba,
Viendo que no la quería.
Si esta firmeza merece
Tan inhumana crueldad,
Da voces.

DOÑA LUCÍA.

Eso ¿es verdad?

DON FELIPE.

Mi bien, sí.

DOÑA LUCÍA.

No lo parece.

Mas para obligarme á mí,
Basta, ingrato, que me quieras
De burlas, y no de veras.

DON FELIPE.

¿Estás enojada?

DOÑA LUCÍA.

Sí.

DON FELIPE.

Desenójate, ó escojo

Un lazo....

DOÑA LUCÍA.

Dejemos lazos;

Que si me quieres, á abrazos
Derriba el amor su enojo.

(Abrazanse, y sale Doña Marta.)

ESCENA VII.

DOÑA MARTA, á la puerta.—DOÑA LUCÍA, DON FELIPE.

DOÑA MARTA. (Ap.)

Voces oí de mi hermana.
¿Válgame Dios! ¿qué será?
Mas con Don Felipe está.
Cesó mi esperanza vana.
Quiero escuchar lo que tratan,
Escondida desde aquí.

DOÑA LUCÍA.

¿Que por mí es el disfraz?

DON FELIPE.

Sí.

DOÑA LUCÍA.

¿Que mis amores te matan?

Pues este cuello corona

Otra vez, Felipe amado.

(Vuelven á abrazarse.)

DOÑA MARTA. (Ap.)

¡Bueno está el encadenado!

DON FELIPE.

Pues por una hipocritona,
Engaña-bobos, ¿querías
Que me disfrazase yo?
Solo tu amor animó,
Mi bien, las industrias mías.

DOÑA MARTA. (Ap.)

Celos, si en tales ensayos
Sois nublados del amor,
¿Qué aguarda vuestro rigor?
Lloved fuego, arrojad rayos.

DOÑA LUCÍA.

Yo sé que la quieres bien:
No finjas nuevos engaños.

DON FELIPE.

Mala Pascua y malos años
La dé Dios á Marta.

DOÑA LUCÍA.

Amen.

DOÑA MARTA. (Ap.)

Para el cura y sacristán.

DOÑA LUCÍA.

¿No dicen que estabas preso
En Sevilla? Y tu proceso,
¿No le ha llevado Don Juan,
Que con diligencia vana
Quiere que muerte te den?

DON FELIPE.

Todo eso ha sido, mi bien,
Embelecos de tu hermana,
Que no goza, para ti:
Y así á tu padre asegura,
Y sin sabello, procura
Que seas mi esposa.

DOÑA MARTA. (Ap.)

¿Así?

Pues yo desharé la trama,
Y arrimando el fingimiento,
Me pagará en escarmiento
Mi hermano muerto, y su dama
Que no gozará, si puedo.

DON FELIPE.

No darte por entendida,
Lucía, importa á mi vida:
Concede con el enredo,
Y finge no conocerme;
Que el embeleco que ha urdido
La hipócrita loca ha sido...

DOÑA LUCÍA.

¿Qué?

DON FELIPE.

Despertar á quien duerme.
Presto nos verá á los dos
Juntos, burlándose á sí.

DOÑA LUCÍA.

En fin ¿soy tu esposa?

DON FELIPE.

Sí.

DOÑA LUCÍA.

¿Yo?

DON FELIPE.

Tú sola.

DOÑA LUCÍA.

Adios.

DON FELIPE.

Adios.

(Vase Doña Lucía.)

ESCENA VIII.

DOÑA MARTA.—DON FELIPE.

DOÑA MARTA.

Engañoso burlador,
Perrillo de muchas bodas,
Danzante que baila en todas,
Hombre, en fin, y mas, traidor:
¿Es esta paga debida
Al amor que te he cobrado?

De un hermano no vengado?

De una fineza encendida?

De haberte á casa traído?

De encubrirte desta suerte?

De impedir tu justa muerte?

De haber tu prision mentido?

Por sola Doña Lucía

Ha sido el disfraz, villano!

Para ella alegre y sano,

Para mí con perlesía!

Pues no lograrás, traidor,

Tu ingratitud. ¡Hola! ¡Gente! (Grita.)

Llevar preso á este insolente,

De mi hermano matador.

Padre! ¡Alférez! ¡Capitan!

DON FELIPE.

Mi bien, oye, que te engañas.

Hay quimeras mas extrañas!

Aquí la muerte me dan.

DOÑA MARTA.

¡Hola! prended á este ingrato.

DON FELIPE.

Mi bien, por los soles dos

Que adoro, por ti, por Dios

Que ve la verdad que trato,

Que engañé á Doña Lucía,

Porque oyó cuanto contigo

Hablé, temiendo el castigo

Que si quien era decia,

Me amenazaba.

DOÑA MARTA.

Otro tanto

La has dicho en este lugar:

Traidor, no pienses matar

Dos pájaros con un canto.

Ya sé que la quieres bien.

DON FELIPE.

Que todos fueron engaños.

DOÑA MARTA.

Mala Pascua y malos años

Le dé Dios á Marta.—Amen.—

¿Fué este engaño?

DON FELIPE.

Asegurarla

Por ese camino fué.

DOÑA MARTA.

Que te den la muerte haré.

No pienses, traidor, gozarla.

DON FELIPE.

¿Que no te obligo á creérme?

DOÑA MARTA.

Si el embeleco que ha urdido

La hipócrita loca, ha sido...—

¿Qué?—Despertar á quien duerme.—

Antes que de aquí me parta,

En venganza de los dos

Te han de matar, vive Dios.

ESCENA IX.

DON GOMEZ, URBINA Y EL ALFÉ-
REZ. *que al oír á doña Marta se
quedan á la puerta sin ser vistos.*—
DOÑA MARTA, DON FELIPE.

DON GOMEZ.

Vive Dios jurando Marta,

Y dando voces! ¿Qué es esto?

URBINA.

¿Así una doncella jura?

ALFÉREZ.

No es su virtud muy segura.

DON FELIPE. (Bajo á doña Marta.)

¡Ah cruel! Vengate presto,

Que aquí están los viejos dos,

Y te han oído jurar.

Ea, acaba, hazme matar.

DOÑA MARTA. (Bajo á don Felipe.)

Disimula. (En voz alta.) ¡Vive Dios,

Ha de jurar un cristiano.

Y el mandamiento segundo

Quebrantar, que adora el mundo!

El nombre de Dios en vano!

Oh licenciado traidor!

Vos jurador? ¿Esto pasa?

No hay que hablar, salid de casa,

Salid, falso jurador,

O besad luego la tierra

Por tan grande desvario.

¿Vos erades el Berrio?

¿Esto vuestro pecho encierra?

De enojo y ira me abraso.

Vive Dios, osáis jurar?

Ea, ó salir ó besar.

DON FELIPE.

Dómina, dómina, paso,

Que alborotaré á Madrid:

Vive Dios no es juramento

Grande, si juro, y no miento.

Y que he estudiado advertid,

Y si yo he jurado, ha sido

Con verdad.

DON GOMEZ.

Le reprehende

Por que á Dios jurando ofende!

URBINA.

¿Qué virtud!

DON FELIPE.

Yo me despido.

DON GOMEZ.

¿Vióse perfeccion mayor?

DOÑA MARTA.

¿Que os despedis, enemigo?

Pues desta suerte castigo

Al hombre que es jurador. (Golpeale.)

DON FELIPE.

Pasito, dómina mía.

DOÑA MARTA.

¿Vos jurar á Dios en vano?

DON FELIPE. (Bajo á Doña Marta.)

Ya va de veras.

DOÑA MARTA. (Bajo á Don Felipe.)

Tirano,

Los celos son de Lucía.

DON GOMEZ. (Llegando con el Capitan

y el Alférez á su hija.)

Hija, paso: ¿desa suerte

Te descompones?

DOÑA MARTA.

Juró

Vive Dios, y mereció

El atrevido la muerte;

Que aunque yo soy pecadora,

Nadie ha de tener licencia

De jurar en mi presencia,

Que es gran pecado.

URBINA.

¿Ay que llora!

DON GOMEZ.

Basta, Marta, que habeis dado

Muestras de vuestra piedad.

Si ha jurado con verdad,

No ha sido tan gran pecado.

DON FELIPE.

Dióme muy grande motivo.

Mal su condicion conoces.

DON GOMEZ.

¿De qué suerte?

DON FELIPE.

Quiso á voces

Decir el acusativo

De zelus zeli, y juntalle

A amor amoris.—No son

De una declinacion.—

Y ella, acusativo, y dalle,

Y declinar á los dos.

Yo llegándome á enojar,

Dije: No ha de declinar

Esos nombres, vive Dios.

Y porque aquesto juré
Ya veis los dos lo que pasa.—
Pues no he de estar mas en casa.

DOÑA MARTA.

Es verdad, por eso fué.

DON FELIPE.

Pues adios, que es mucho brio
Para quien en virtud da.

DOÑA MARTA.

¿Vase? Vaya, vuelva acá,
Vuelva, domine Berrio.

DON FELIPE.

No hay volver; aunque mi madre
Fuera, no le consintiera
Que en mi las manos pusiera.
Voyme: adios.

DOÑA MARTA.

Téngale, padre.

DON GOMEZ.

Váyase.

DOÑA MARTA.

¿Que así le envía!

¿No ve que enojado va?

DON GOMEZ.

¿Qué importa?

DOÑA MARTA.

¿Mas que le da,

Si se va, la perlesía?

¡Ay Dios! su desdicha lloro.

DON FELIPE.

Déjenme en mi libertad.

DOÑA MARTA.

Apláquente, que en verdad
Que es bonito como un oro:
Reciba yo esta merced.
Señores, ¿será razon
Despedir por mi ocasion
A nadie?

DON GOMEZ.

Herinano, volved.

URBINA.

No haya mas.

DON FELIPE.

¿En mi persona

Las manos! ¡A un licenciado

En gramática, ordenado

De grados y de corona!

DOÑA MARTA.

¿Ordenado estaba, hermano?

Ignorélo: ya me pesa.

Perdóneme.

DON FELIPE.

Si me besa

De rodillas esta mano.

DOÑA MARTA.

Mortificaréme en eso. (Arrodillase.)

URBINA.

¿Qué nunca vista humildad!

DOÑA MARTA. (Ap.)

Si ello va á decir verdad,

A la miel me supo el beso.

ESCENA X.

DOÑA INES. — DICHOS.

DOÑA INES. (A Don Gomez.)

El sevillano está aquí,

Señor, que á buscarte vuelve.

DON GOMEZ.

Vamos, pues que se resuelve

Que me parta. ¿Vienes?

DOÑA MARTA.

Si.

DON FELIPE. (Bajo á Doña Marta.)

¿Somos ya amigos?

DOÑA MARTA. (Bajo á Don Felipe.)

No es cosa

Tan de prisa.

DON FELIPE. (Bajo.)

¡Ay amor mío!

DOÑA MARTA. (Bajo.)

¡Ay mi domine Berrio!

DON FELIPE. (Bajo.)

¡Ay mi Marta la Piadosa!

(Vanse Don Gomez, Doña Marta, Doña Ines y el Capitan.)

ESCENA XI.

DON FELIPE. EL ALFÉREZ.

ALFÉREZ.

Esperad, domine, un poco.

DON FELIPE.

¿Qué es, señor, lo que queréis?

ALFÉREZ.

Que una duda me quiteis.

DON FELIPE.

¿Y es?

ALFÉREZ.

Que yo estoy ciego, ó loco,

O sois Don Felipe vos,

Con traje y con nombre nuevo,

A quien desde illescas debo

La vida despues de Dios;

Y habeis hecho agravio extraño

A mi mucha voluntad

De encubrir á mi amistad

Quién sois, con tan nuevo engaño.

DON FELIPE. (Turbado.)

Si..... y.....

ALFÉREZ.

Sin razon buskais

Modo de encubrir de mi

La verdad. Ya sé que aquí

Por Doña Marta trocáis

Las galas en la sotana:

Ya sé el peligro en que amor

Ha puesto vuestro valor.

Tambien yo adoro á su hermana,

Y soy tan amigo vuestro,

Que cuando á Doña Lucia

Quisiédeses, dejaria

Por vos el amor que muestro.

DON FELIPE.

No quiero. Alferez amigo,

Si la vida me debeis,

Sino que hoy en pago uséis

De vuestro valor conmigo.

Que siendo vos tan discreto,

No tendréis á mucha culpa

El encubrirme, en disculpa

De que era mi amor secreto,

Y mas estando mi vida

Tan á riesgo. Disfrazado.

Como veis, he conquistado

Esta devota fingida

Con quien desposarme espero,

Si alentaís la dicha mia.

Amad á Doña Lucia,

Que no os será mal tercero,

Aunque el desden que os enseña

He visto.

ALFÉREZ.

El alma la adora,

Y tanto mas me enamora,

Cuanto me mira záreña.

Estad seguro de mí,

Del secreto, y de que os ama

Mi vida y fe.

DON FELIPE.

Vuestra dama

Es esta, que viene aquí.

Dejadme hablalla, y veréis

Cómo os la vuelvo de cera.

ALFÉREZ.

Esa elocuencia hechicera,

Decid, ¿donde la aprendeis?

ESCENA XII.

DOÑA LUCIA. — DON FELIPE, EL ALFÉREZ.

DOÑA LUCIA.

Dómine, ¿estais solo?

DON FELIPE. (Ap. á Doña Lucia.)

No.

Quien ama, nunca lo está.

El Alferez sabe ya

Quién soy, el me conoció;

Y diciéndole que á Marta

Quiero, y que por su ocasion

Hice esta trasformacion,

Los celos del alma aparta.

Que formó de mí, y me ruga

Que le sirva de tercero.

Engaña á este majadero,

Que cual mariposa llega,

Lucia, á tu luz hermosa.

Di que serás su mujer.

DOÑA LUCIA. (Ap. á Don Felipe.)

¿Yo?

DON FELIPE. (Ap. á Doña Lucia.)

Tú, que de no lo hacer,

Mi muerte será forzosa.

DOÑA LUCIA. (Ap. á Don Felipe.)

Felipe, si perlesia

Finges tú por mi deseo,

A mi me da cuando veo

Tu Alferez, alferecia.

DON FELIPE. (Ap. á Doña Lucia.)

Pues si no lo haces, dirá

Que es Don Felipe Berrio.

DOÑA LUCIA. (Ap. á Don Felipe.)

¿Qué no haré por tí, bien mío?

DON FELIPE.

Alferez, llegaos acá.

ALFÉREZ.

Que el nombre merecí de vuestro

Y ver la luz, Lucia, que lucia [amante,

Desde que os vió mi alma el primer dia,

Mas que el sol en su esfera radiante!

DOÑA LUCIA.

El que por dueño adoro está delante:

Es el rey de la esperanza mia.

DON FELIPE.

Yo adoro la discreta hipocresia

De una mujer, conser mujer, constante.

DOÑA LUCIA. (Ap. á Don Felipe.)

¿Y á mí no?

DON FELIPE. (Ap. á Doña Lucia.)

Tú eres solo el gusto mío.

DOÑA LUCIA.

¡Ay, mi bien!

ALFÉREZ.

¿Yo tu bien? ¡Que tal escucho!

Jamas el alma de tu luz se parta.

DON FELIPE. (Ap.)

De tus enredos, ciego amor, me rio.

ALFÉREZ.

Alma, amad mucho, pues os aman mu-

DOÑA LUCIA. (Ap.)

¡Ay Felipe!

ALFÉREZ.

¡Ay Lucia!

DON FELIPE. (Solo.)

¡Ay bella Marta!

ESCENA XIII.

DOÑA MARTA, PASTRANA. — DON FELIPE.

DOÑA MARTA.

A los acentos salí

De mi nombre.

PASTRANA.
Tal reclamo
Te llama.

DON FELIPE.
No estoy en mi
Sin tí, y por eso te llamo.

PASTRANA.
Chicoleáos, eso sí.
Loco estoy de admiración
De ver el confuso abismo
De tu engaño y discreción;
Porque nie engaña á mí mismo
Tu fingida devoción.
De discreta el premio llevés;
Hagas en el mundo raya,
Pues tan de veras me mueves,
Que he de asirte de la saya
Para que no te me eleves.

DOÑA MARTA.
Pues yo quisiera, bien mío,
Por no mostrarme tirana
De tu gusto, y mi albedrío,
Vestirme una vez galana,
Y irnos á cenar al río.

PASTRANA.
¿Qué río?

DOÑA MARTA.
El de Manzanares.

PASTRANA.
Ríome del río yo.

DOÑA MARTA.
Antes quiero que repares
Que es río de quien nació
El rey de todos los mares:
Río de Madrid, que es mar,
Que esas letras tiene en sí.

DON FELIPE.
Eso es quererle alabar.

PASTRANA.
Yo que del río aprendí,
No sé mas que murmurar.
Pero sea lo que fuere,
No has de ir al río.

DOÑA MARTA.
No sea
Si no es donde os pareciere.

PASTRANA.
Irémos donde se vea
Lo que el gusto nos pidiere.
La huerta del Duque, al Prado,
Es la casa y el jardín
Del paraíso traslado,
Donde cualquier querrubín
Estará bien empleado.

DON FELIPE.
Pienso que hacemos la cuenta
Sin la huéspeda.

DOÑA MARTA.
¿Pues cómo?

¿Hay huéspeda que la sienta?

PASTRANA.
¿Hay celerín?

DOÑA MARTA.
Celos tomo.

PASTRANA.
Pues sosiegue la pimienta,
Que lo dijo su galán,
No por desuido de amor,
Sino aludiendo al refrán;
Que es la huéspeda en rigor
Tu padre y el Capitán.

DON FELIPE.
Es el capitán Urbina
Un lince, y tu padre un argos,
Que en nuestro amor predomina,
Con mas ojos y mas largos
Que soplo de culebrina:
Y la huéspeda se entiende

Tu hermana Doña Lucía,
Que también a causa y pretende.
No hay otra, por vida mía.

DOÑA MARTA.
Ay cómo miente y me vende!
Mas respondiendo á la duda,
Digo que hoy hace buen día,
Y el mismo sol nos ayuda.
Mi hermana Doña Lucía,
Aunque es muy celosa, es ruda:
Yo la llevaré engañada,
Que trazas hay para todo.
Los viejos no sabrán nada,
Y yo he de salir de modo,
Contigo disimulada,
Que con la reputación
Que tengo y todos me dan,
Creyendo mi inclinación,
No me conozca Galván,
Ni lo sepa Galalón.

PASTRANA.
Esta fiesta se ha de hacer,
Y no ha de ser solamente
Fiesta en casa de placer,
Sino casarse esta gente,
Y acabar ya de temer.
Yo tengo traza pensada
(Que mi entendimiento es
Pescobre de un alma honrada)
Para que quede después
Esta máquina acabada.
Lo primero, he dado modo
Con que echemos de Madrid
Los viejos; y lo acomodo
Mejor, porque en este ardid
Consiste el despacho todo.
Heles de decir.... Mas siento
Que vienen.

DOÑA MARTA.
Y ¿á qué mal punto!

¿Que me ibas dando contento.

PASTRANA.
Yo haré el engaño, que junto
Le tengo en mi entendimiento.

ESCENA XIV.

DON GOMEZ, DOÑA LUCIA, URBINA, EL ALFEREZ. — DOÑA MARTA, DON FELIPE, PASTRANA.

DON GOMEZ.
Sea vuesa merced muy bien hallado,
Señor Don Juan.

PASTRANA.
Aquí, señor, espero
Vuestra venida con mayor cuidado.
Hoy tuve de Sevilla un mensajero
Con nuevas de que han dado la sentencia
A Don Felipe.

DON GOMEZ.
Porque muera, muero.

PASTRANA.
Como han puesto tan grande diligencia
Dineros y favor, le han condenado
A merecida muerte en el audiencia.

URBINA.
¿Qué sentencia?

PASTRANA.
Que muera degollado,
Y su hacienda la herede el padre viejo
Del caballero á quien la muerte ha dado.

DON GOMEZ.
Dadme los brazos, noble y claro espejo
De industria y discreción, que en vuestro
Mi justo agravio y su venganza dejo.

DOÑA MARTA. (Ap. á Don Felipe.)
¿Qué pretende Pastrana?

DON FELIPE. (Ap. á Doña Marta.)
No es en vano
Que aunque vuelva á otra parte, es hacer
[punta:]
El volverá á la garza, y lo hará llano.

DOÑA LUCIA. (Ap.)
La máquina de engaños que se junta,
Fuera de mí me tiene, y mas me admiran
Sus enredos.

ALFEREZ. (A Doña Lucía.)
Escucha á quien pregunta.
Los viejos y Pastrana se retiran,
Alegres con la nueva mentirosa:
Hablen las lenguas, pues los ojos miran.
(Pastrana, Don Gomez y Urbina se apartan á hablar á un lado.)

PASTRANA.
Partiendo hoy á Sevilla, es fácil cosa
Hallarse á la tragedia de su muerte,
Y estar presente á la venganza honrosa.
Vuesa merced ordene hoy y concierte
La jornada á Sevilla, porque vea
Con sus ojos su gusto y buena suerte,
Para que luego que difunto sea
Don Felipe, su hacienda se le entregue,
Que Doña Marta con salud posca.

URBINA.
Digo que os está bien, sin que os lo rue-
Este señor, y importa la jornada, [que
Pues no hay inconveniente que la niegue;
Que el ver una venganza tan honrada
Es gran contento, y mas juntar la ha-
cienda,
Que estará en otras manos mal lograda.

DON GOMEZ.
Todos me aconsejais; de todos sigo
El gusto y parecer; y así mañana (1)
Será muy cierta mi partida. Amigo,
¿No iréis conmigo vos?

PASTRANA.
De buena gana
Fuera yo á ver dar muerte á aque-
Por lo que mi amistad en ello gana;
Mas no podré (si bien mucho deseo
El volver á Sevilla) acompañaros,
Por mil negocios, que á mi cuenta veo.
Yo picaré después hasta alcanzaros
En Córdoba ó Carmona por la posta,
Dando de quien yo soy indicios claros;
Porque en mi casa (puesto que sea an-
gosta
Para tan grande huésped) es forzoso
Que os haga el aposento, y aun la costa.

DON GOMEZ.
Estimo ese favor tan generoso,
Y le recibiré cuanto á la casa,
Por ser el hospedaje tan costoso.

DON FELIPE. (Ap. á Doña Marta.)
¿Oh qué adornada de mentira pasa
La quimera de hoy!

DOÑA MARTA. (Ap. á Don Felipe.)
¿Y mi deseo
La prisa que me da cuando me abrasa!

URBINA.
Yo iré hasta Illescas, que imagino y creo
Que me han de remitir desde Sevilla
Algunos bienes, que en el mar posco.
Allí os esperaré, que en esa villa
(Como es al fin mi patria) tengo agora
Mas hacienda y negocios que en Castilla.

DON GOMEZ.
No halle yo en mi casa, hija, mudanza.

DOÑA MARTA.
Hasta que vuelvas, la ventana y calle
Se acaban para mí: lleva esperanza

(1) Mañana será cierta mi partida, quiere decir en este caso: mañana habré salido de Madrid, partiré de Madrid hoy.

De que la ociosidad puerta no halle,
Porque en tu ausencia la tendré cerrada.

PASTRANA. (Ap.)

¡Oh socarrona! ¡qué haces de engañalle!

URBINA.

La obra que teneis tan bien trazada
Del hospital, señora, se comience, [da.
Porque cuando yo vuelva esté empuza-
DON FELIPE. (Ap.)

Fácilmente se engaña y se convence
Una buena intencion.

DON GOMEZ.

Pues, prenda mia,

Adios.

(Vanse Don Gomez, el Capitan y el Alférez.)

PASTRANA.

Venció mi ardid.

DOÑA MARTA.

Viva quien vence.

PASTRANA.

Metan todos en casa este buen dia.

ESCENA XV.

DOÑA MARTA, DOÑA LUCIA, DON FELIPE, PASTRANA.

DOÑA MARTA.

Quedemos los de la danza,
Que la habemos de ensayar.

DOÑA LUCIA.

¿Entro yo en ella?

DOÑA MARTA.

No sé.

DOÑA LUCIA.

Pues voyme.

DOÑA MARTA.

Esperad, me os vais.

Diréis, hermana Lucia,
que no entendeis ni alcanzais
Qué es esto, y que hablar yo así
Parece gran novedad:
Pensaréis que fué fingida
Mi mesura artificial,
Y engañosa en la apariencia,
Como en rosa el alacran.
No, hermana: pero el que es bueno,
Con su virtud natural
Licencia tiene unos dias
Para poderse alegrar.
Yo quiero, pues que es razon,
Cumplir vuestra voluntad,
Y que os dé el sí Don Felipe,
Con quien pretendéis casar.
Porque no pudiese estorbo
Mi padre (que es el que da
Por vos palabra al Alférez),
Para que me agradezcáis
Lo que os quiero, por mi industria
A Guadalquivir se va,
Y en Sevilla busca aquel
Que dentro en su casa está.
Casaros pienso esta tarde;
Pero pues se queda acá
El Alférez, cuyo amor
Es menester engañar,
Conviene que ser su esposa
En lo público flujas,
Porque celoso no quiebre
La tela que urdida va.

DOÑA LUCIA.

Harélo de mil amores.

DOÑA MARTA.

Si lo haceis así, tendrá
Su pago, y yo le echaré
En los ojos el agraz.
Yo quiero ser la madrina,
Y así me daréis lugar
Para que á mis joyas vuelva,

Que poco en mí durarán.
Esto, hermana de mi vida,
Lo hago yo porque entendais
Que no encubro á Don Felipe
Por amor ó vanidad,
Sino porque os quiero bien,
Y porque quise trazar
Como casaros á entrambos,
Que muchos años vivais.

DOÑA LUCIA.

¡Ay hermana de mis ojos!
Los piés ó brazos me da,
Que tus virtudes me dicen
Tu condicion liberal.
Voy á vestirme de boda.—
Esposo mio, ¿no hablais?

DOÑA MARTA.

Yo hablo por él lo que basta.
Que los novios no han de hablar.

DOÑA LUCIA.

Adios, mi bien: venid luego. (Vase.)

ESCENA XVI.

DOÑA MARTA, DON FELIPE, PASTRANA.

PASTRANA.

¡Oh qué engañada que vais!

DON FELIPE.

Linda bobá.

DOÑA MARTA.

Linda traza.

PASTRANA.

Vén, que allá se lo dirán.

DOÑA MARTA.

Agora falta el Alférez.

PASTRANA.

Pues yo le voy á buscar.

DOÑA MARTA.

A mi prima Doña Ines
llevaré.

PASTRANA.

Yo sé que irá,
que me tiene por discreto,
Y por rico otro que tal.

DON FELIPE.

El Alférez y Lucia

tienen hoy de casar,

Pastrana y Doña Ines.

DOÑA MARTA.

Yo y vos.

DON FELIPE.

Pues claro está.

PASTRANA.

Pues en saliendo los viejos,
irémos de par en par.

DON FELIPE.

¡Ay mi bien!

PASTRANA.

Cócale, Marta.

DOÑA MARTA.

Marta soy, y cocos hay. (Vanse.)

Entrada á la huerta del Duque, en el Prado.

ESCENA XVII.

DON JUAN, DON DIEGO.

DON DIEGO.

¿No hasta rogarlo yo?
De vos con razon me quejo.

DON JUAN.

Fácil cosa es dar consejo,
Pero recibille no.

DON DIEGO.

¿Quise bien á Marta?

DON JUAN.

Sí,

Pues.

DON DIEGO.

¿No la dejé de amar,
Cuando la vi renunciar
Al mundo?

DON JUAN.

Convino así.

DON DIEGO.

Luego ya supe vencer
Celos, amor y cuidado.

DON JUAN.

Sí, pero fuistes forzado,
Y nadie os pudo ofender;
Pero si Doña Lucia
Me quiere á mí, no es razon
que otra ninguna aficion,
Pretenda vencer la mia;
Y mas aficion humana
De un Alférez que á lo bravo
Pretende llevar al cabo
Su pretension loca y vana.
Aquí en el Prado le espero.
Idos, Don Diego, por Dios,
No se asombre de los dos.

DON DIEGO.

Animio tengo y acero.
¿Pero qué culpa ha tenido
El pobre que no os conoce
Cuando de su dama goce
Favores, si es preferido,
Y sé yo cierto que á vos
No os ha querido aun mirar?
¿Porque os habeis de enojar
Con él? No es razon, por Dios.
Vamos á reñir con ella,
Que no os quiere, y no con él,
Pues si ella le quiere á él,
Quien tiene la culpa es ella.

DON JUAN.

¿Burlaisos?

DON DIEGO.

Hemos venido
A una edad muy diferente;
Que el ser un hombre valiente
Es peligro conocido.
Alguaciles y escribanos
Son los Hércules despues
Que aquellos matan por piés,
Y estotros vencen por manos;
Y entrambos (porque se dé
La batalla a su contrario)
Previenen, si es necesario,
La pluma, el pico y el pie.

ESCENA XVIII.

EL ALFÉREZ, y luego PASTRANA.—
DON JUAN, DON DIEGO.

ALFÉREZ. (Sin ver á los dos.)

Fuése mi tío, y no quise
Ir con él, que sin Lucia,
Ira sin luz, y sin dia
No es bien que desdichas pise.

DON JUAN.

Aquel es, muera.

(Va á acometer al Alférez; Don Diego le detiene.)

DON DIEGO.

¿Qué os hizo?

DON JUAN.

Don Diego, hele de matar.

DON DIEGO.

¿Sois vos médico?

DON JUAN.

¡Oh pesar!

DON DIEGO.

Mátele Dios que le hizo.

(Sale Pastrana.)

PASTRANA.
¿Es el Alferez?
ALFÉREZ.
Yo soy.
PASTRANA.
¡Válgame Dios! ¿Es posible
Que os hallo? ¿sois invisible?
Buscándos ando todo hoy.
ALFÉREZ.
¿Qué hay?
PASTRANA.
Sabed que hoy es día
En el cual por mi amistad
Seréis rey de la beldad
De vuestra Doña Lucía.
Pero entremos en la huerta
Del Duque.
ALFÉREZ.
Mas vale así.
¡Y qué! ¿hoy la alcanzaré?
PASTRANA.
Si.
(*Entran en la huerta Pastrana y el Alferez.*)

ESCENA XIX.**DON JUAN, DON DIEGO.**

DON DIEGO.
Entróse y cerró la puerta.
DON JUAN.
¡Que así se fuesen los dos!
DON DIEGO.
No se van, que se pasean,
Y volverán si desean
La pendencia.
DON JUAN.
Bien, por Dios.
DON DIEGO.
Dalde vos prisa á la noche,
Que lo demas cierto está.
DON JUAN.
Oid, que viene hácia acá
Derecho y aprisa un coche.
DON DIEGO.
¿Un coche en Madrid espanta?
DON JUAN.
No, pero de prisa sí.
Ya llega, y ya para allí.
DON DIEGO.
¿Qué es esto? ¿quién os encanta?
DON JUAN.
No sé qué es, que me ha turbado
Este coche. ¿Qué será?
DON DIEGO.
El Duque, que se vendrá
A su huerta retirado,
Y corridas las cortinas,
Sin criados, como suele.
DON JUAN.
Algo tiene que me duele
Este coche.
DON DIEGO.
¿Qué imaginas?
ESCENA XX.
**DOÑA MARTA Y DOÑA LUCIA, muy
bizarras; DON FELIPE, de galan;
DOÑA INES, EL ALFÉREZ Y PAS-
TRANA, que salen de la huerta. —
DON JUAN, DON DIEGO.**
DON JUAN.
Dos damas salieron dél:
Aquella es Doña Lucía.
Conócila. ¡Ay prenda mía!

DON DIEGO.
¡Bueno anda el cascabel!
No llegues, que me parece
Que viene tambien con ella
Una dama moza y bella.
DON JUAN.
¿Tambien á ti te enternece?
DON DIEGO.
¡Ay Don Juan! espera, aparta.
DON JUAN.
¿Quieres tirar?
DON DIEGO.
Las dos son.
DON JUAN.
Tu misma imaginacion
Tengo: aquella es Doña Marta.
Mas ¿cómo en traje galan
Marta, con extremos tantos?
DON DIEGO.
¿Agora sabes que hay santos
De holanda y de gorgoran?
DON JUAN.
Sabré de Doña Lucía
La causa.
DON DIEGO.
¿Osarás la hablar?
DON JUAN.
No sé: podrémos llegar.
Desdeñosa prenda mía.....
(*Habla bajo con Doña Lucía.*)
DOÑA LUCIA.
No, que es esta la Condesa.
DON JUAN.
¿Que no es Doña Marta?
DOÑA LUCIA.
No.
DON JUAN.
Parécela por extremo.
DOÑA MARTA. (Ap.)
¡Ay, Doña Ines, que me quemó!
DOÑA INES. (Ap.)
Alguno te conoció.
DOÑA LUCIA.
Adios, Don Juan, que á tal hora
La visita es excusada.
(*Se encaminan á la huerta.*)
DON DIEGO.
¿Qué Condesa tan callada!
DON JUAN.
Es grave, y al fin señora.
DON DIEGO.
Digo que es Marta.
DON JUAN.
No es,
Que su traje la asegura,
Y ella estará por ventura
Lavando á pobres los piés
(*Que es mucha su devoción*),
Sino es que cuentas ensarta.
DON DIEGO.
Vive Dios, que es Doña Marta,
Que no miente el corazón.
Yo tengo de averiguallo.
¡Ah, hidalgo! Saber espero
(*A Pastrana.*)
Quién es este caballero.
(*Señalando á Don Felipe.*)
PASTRANA.
¿Isto? O Conde.
DON DIEGO.
Ahora callo.
DON JUAN.
Por Dios, que habla portugueses.
¿Y la dama?
PASTRANA.
Es la Condesa. (Vase.)

DON JUAN.
¿Veis como es locura aquesa?
DON DIEGO.
¿Locura? Embeleco es. (Vase.)
—
Vista interior de la huerta.
ESCENA XXII.
DON GOMEZ Y URBINA, de camino.
Poco despues salen paseándose, DO-
ÑA MARTA, DOÑA LUCIA, DOÑA
INES, DON FELIPE, PASTRANA Y
EL ALFÉREZ; detras de ellos DON
JUAN Y DON DIEGO.
URBINA.
Refrenad, señor Don Gomez,
El enojo con las canas,
Asiento de la prudencia.
DON GOMEZ.
Ya la prudencia no basta.
¡Jesus! Apenas llegué
A la puente Toledana,
Para seguir de Sevilla
La mentirosa jornada,
Cuando me alcanzó un amigo,
Y dijo: «¿Cómo os engaña,
Siendo viejo, un hombre mozo
Y una hipócrita taimada?
El preso por quién partis
A Sevilla, y la venganza
En su muerte os gasta el seso,
Está preso en vuestra casa.
Don Felipe, el matador
De vuestro hijo, dió esta traza,
Y se trasforma en Berrio:
Don Juan Hurtado es Pastrana,
Un su amigo socarrón,
Que os persuade y encanta
A que salgais de Madrid,
Porque tienen dada traza,
En partiéndos, de casarse,
Frocando anascote en galas.
Hoy en la huerta del Duque
Yo he sabido lo que pasa
De su alcaide, que es mi primo.»
URBINA.
¿Qué me dais cuenta tan larga,
Si estuve presente á todo?
DON GOMEZ.
Así mi pena descansa.
Pero ¿no son estos?
URBINA.
Sí.
DON GOMEZ.
No se volviera en espada
Este junco, flaco arrimo
De mi vejez afrentada!
(*Viendo salir á sus hijas acompañadas
de Don Felipe, el Alferez y Pastrana.*)
¡Ah traidores embusteros!
PASTRANA.
¡Ap. El lobo ha dado en la trampa.)
No hay, Marta, sino quitarte
La máscara de la cara.
DON GOMEZ.
Déjame darle la muerte.
DON JUAN. (Deteniéndole.)
Paso, que es aquesta dama
Una condesa extranjera.
DON GOMEZ.
¿Condesa—qué?
URBINA.
¿Otra maraña?
DON GOMEZ.
No es sino Marta mi hija.
DON FELIPE.
Y Don Felipe de Ayala

Yo, que si un hijo os maté,
Aunque no es igual la paga,
Por hijo vuestro me ofrezco.

DON GOMEZ.

Alférez, dadme esa espada.

DON JUAN.

¿Vos, señor, sois Don Felipe?
¡Jesus! Fuera de mí estaba,
Pues viéndos, no os conocí.
En Valladolid os guarda
Vuestra madre, por ser muerto
Don Pedro Gomez de Ayala,
Diez mil ducados de renta.

DON FELIPE.

¿Qué decis?

DON JUAN.

Por esta carta
Sabréis la verdad de todo.

DON FELIPE.

Pues renta, sér, vida y alma,
Padre y señor, á esos piés
Rindo; que no quiero nada,
Si vos no me dais perdon.

URBENA.

No es de nobles la venganza.
Perdonaldos, que yo quiero,
Pues su industria ha sido tanta,
Que los ocho mil ducados,
Que para el hospital daba,
Se queden para su dote.

DOÑA LUCÍA.

¿Qué es eso? ¿Luego mi hermana
Ha de ser de Don Felipe?

Eso no.

PASTRANA.

Ya es excusada

Vuestra pretension, Lucía,
Porque manos y palabras
Pararon en obras.

DOÑA LUCÍA.

¿Cómo?

PASTRANA.

Esposos los dos se llaman
En faz de la madre Iglesia,
Yo testigo.

DOÑA LUCÍA.

Si así pasa,
El Alférez es mi esposo.

ALFÉREZ.

Con la mano os rindo el alma.

DON GOMEZ.

Y yo, pues tantos me ruegan
Por vosotros, mi venganza
Trueco en amor.

DON FELIPE.

Esos piés...

DON GOMEZ.

Los brazos son tuyos: alza.

PASTRANA.

Doña Ines y yo queremos
Hacer una tiritaña
De su tinta y de su nieve.

DOÑA INES.

Pues hoy es de bodas, vaya.

DON FELIPE.

Don Juan y Don Diego, amigos,
Pues tuvieron mis desgracias
Tan buen fin, vuestra asistencia
Esta vez ha de aumentarlas.
Nuestros padrinos seréis.

DON JUAN.

Alto, pues mi amor no alcanza
Ser esposo, sea padrino.
Yo lo aceto.

DON DIEGO.

Y yo, aunque estaba

Por reñir con vos.

DON FELIPE.

¿Por qué?

PASTRANA.

Porque dije que la dama
Era condesa sebosa.

DON DIEGO.

¡Buena burla! aunque pesada.

PASTRANA.

¿Qué hacemos aquí, señores?

DON GOMEZ.

No mas dómínes en casa,
Que en las hijas predominan,
En vez de latinizarlas.
¿Cómo va de perlesía?

DON FELIPE.

Con la comedia se acaba
De mi *Marta la Piadosa*
Mi mal, sí, no nuestras faltas.

AMAR POR SEÑAS.

PERSONAS.

BEATRIZ.
CLEMENCIA.
ARMESINDA.
FELIPO.

DON GABRIEL.
CARLOS.
ENRIQUE.
MONTTOYA.

RICARDO.
DOS CHIADOS.
UN PAJE.
UNA DAMA.

La escena es en un bosque y una quinta inmediatos á Nancy, capital del antiguo ducado de Lorena.

ACTO PRIMERO.

Selva. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON GABRIEL y MONTTOYA, de camino.

MONTTOYA.

Echέle las maneotas,
Colgué el freno del arzon:
Maleta y caparazon,
De la color de tus botas,
Yacen (parece epitafio)
Entre juncia, espliego y grama,
Porque te ministren cama;
Mas yo debo ser un zafio,
Un....

DON GABRIEL.

Empieza ya.

MONTTOYA.

Un pollino.

Una mula de alquiler,
Pues no merezco saber
La causa deste camino.
¿Qué mosca te dió? No há un hora
Que con la cara serena
Triunfando te vi en Lorena (1):
¿De qué es la murria de agora?
¿Danzaste á satisfaccion
De todo el salon ducal
Antenoche, sin igual,
Adónis del tal salon.
Cinco premios de la justa
Esta tarde te has mamado,
De monsiures envidiado
Porque tu cólera adusta
Dió con tres patas arriba,
Que del campo sastres fuerón,
Pues que la arena midieron.
¿Qué belleza, por esquivo,
Soberbia, qué generosa
Presuncion, qué tiranía
De voluntades te via,
Que con cara cosquillosa
No te echase bendiciones,
Si siempre que las mirabas,
Desde la tela agarrabas
Sus almas por los balcones?
¿Hubo favor de importancia
Que el de Orlens no te haya hecho,
De tu valor satisfecho,
Hermano del rey de Francia,
Y tan tratable contigo.
Que desde que nos sacó
De España, te sublimó
A la igualdad de un amigo?
¿Dónde vas, si no has sacado
Monja ó doncella, no has muerto,

(1) En su capital, en Nancy.

No herido, no has encubierto
Ladrones, no te han hallado
Moneda falsa, no joya
Contrahecha, no papel
De conjuracion infiel,
No resistencia?

DON GABRIEL.

Monttoya,

Ya sabes mi condicion:
Servir y callar.

MONTTOYA.

Apelo

Sola esta vez.

DON GABRIEL.

¿Cuándo suelo

Tener yo satisfaccion
De tí ni de otro criado?
¿Comunico yo secretos
Contigo?

MONTTOYA.

Muchos discretos

A sus ministros han dado
Cuenta de cosas mas graves,
Cuyo consejo remedia
Imposibles. ¿Qué comedia
Hay, si las de España sabes,
En que el gracioso no tenga
Privanza, contra las leyes,
Con duques, condes y reyes,
Ya venga bien, ya no venga?
¿Qué secreto no le fian?
¿Qué infanta no le da entrada?
¿A qué princesa no agrada?

DON GABRIEL.

Los poetas desvarian
Con esas civilidades,
Pues dando á la pluma prisa,
Por ocasionar la risa,
No excusan impropiedades.

MONTTOYA.

Ni hay criado que merezca
Con su amo menos que yo.

DON GABRIEL.

Basta: no me enojos.

MONTTOYA.

No.

DON GABRIEL.

Llárame cuando amanezca
Porque al punto caminemos.

MONTTOYA.

(Ap. ¿Qué maldita condicion!)

Allí un gallo motilon
Canta maitines: podrémos,
Si es media noche, dormir
Dos ó tres horas no mas:
Quizá en ellas soñarás
Que te importa no partir.
Paséome, por guardarte
El sueño, junto al frison:
Maleta y caparazon

Desean acomodarte,
Al pié de aquel chopo viejo.
Duérme, ¡y ojalá, el mi dueño,
Mude caprichos tu sueño,
Y estimes mas mi consejo! (Vase.)

ESCENA II.

DON GABRIEL.

Liviana imaginacion,
Huyendo voy de imposibles:
Resistencias invecucibles,
Apadríneos la razon.
Volved por vos, opinion;
Que pretende una beldad,
Desluciendo mi lealtad.
Eulokecerme y rendiros;
Mas valen cuerdos retiros,
Que loca temeridad.
Vi á Beatriz cuando ignoraba
Que pudiera darme enojos,
Sin que advirtiesen mis ojos
Que tan cerca el alma estaba.
Imaginé que feriba
Delicites, á cuyo alarde,
Ni pechero ni cobarde,
Retirara mi valor;
Pero ¡ay cielos! que el amor
Entra presto y sale tarde.
Beatriz, hija y sucesora
Del gran duque de Lorena!
¿Carlos de Orlens, cuya pena
Le trae á casarse agora,
Si pena quien se enamora....!
¿Y yo que le sirvo y sigo,
Amo á Beatriz, y desdigo
De quien soy? ¡Cívil cuidado!
¿Obligaréle criado?
¿Corresponderéle amigo?
Alto, amor desvanecido;
El mas eficaz remedio
Será poner tierra en medio,
Pues la razon no lo ha sido.
La ausencia engendra al olvido
De Marte es amor despojos,
La guerra divierte enojos,
Que amor pudo ocasionar;
Si me perdi por mirar,
Yo castigaré los ojos.
Enfrena, Monttoya, enfrena;
Que no necesito al dia,
Cuando la luna es mi guia;
¿Lastimada de mi pena,
Porque salga de Lorena,
Mi resolucion apoya.
De los incendios de Troya
Huyendo, saco violentos
Penates, mis pensamientos.

(Sale Ricardo con una maleta debajo del brazo, y se pone delante de Don Gabriel.)

ESCENA III.

RICARDO. — DON GABRIEL.

DON GABRIEL

¿Es Montoya?

RICARDO.

No es Montoya.

DON GABRIEL.

¿Quieres algo?

RICARDO.

Lo que llevo.

DON GABRIEL.

¿Qué llevas?

RICARDO.

Todos los bienes

Que en esta maleta tienes.

Robételos, y me atrevo

A decírtelo.

DON GABRIEL.

¿Estás loco?

RICARDO.

No, pero estoy obligado

A quien esto me ha mandado,

Y sé que no te ama poco.

DON GABRIEL.

¿Qué dices, hombre?

RICARDO.

Esto digo.

DON GABRIEL.

¿Que me robes te mando

Quien bien me quiere?

RICARDO.

Y soy yo

De sus desvelos testigo.

DON GABRIEL.

¿Y gusta que me des cuenta

Del hurto que has hecho?

RICARDO.

Sí.

DON GABRIEL.

¿Quién es?

RICARDO.

Cerca está de aquí.

DON GABRIEL.

Dime su nombre.

RICARDO.

No intenta

Que le sepas por ahora.

DON GABRIEL.

¿No? ¿pues cuándo?

RICARDO.

Mas despacio.

DON GABRIEL.

¿Dónde está?

RICARDO.

¿Ves el palacio

Del bosque? Pues en él mora.

DON GABRIEL.

Sepa yo cómo se llama.

RICARDO.

Que lo ignores determina.

¿Conoces á la sobrina

De Felipo?

DON GABRIEL.

¿Hermosa dama!

RICARDO.

Pues no es esa la curiosa,

Inventora desta empresa.

¿Sabes quién es la duquesa.

En Lorena, de Joyosa?

DON GABRIEL.

Esa es madama Clemencia,

De dos hijas la menor

Del Duque.

RICARDO.

Pues no es su amor
Quien quiere impedir tu ausencia.

DON GABRIEL.

¿Pues quién? que me vuelves loco.

RICARDO.

Ya conoces á Beatriz.

DON GABRIEL.

¿Qué dices? ¿Suerte feliz!

RICARDO.

Pues no es aquea tampoco.

DON GABRIEL.

¿Oh bárbaro burlador!

Viven los cielos.....

RICARDO.

Despacio.

En ese hermoso palacio

Te tiene una dama amor,

Que desea conocerte,

Y ver si en España amaste,

Porque ocasion te ausentaste,

Y agora intentas volverte.

Dióme para esto la traza

Que has visto y ejecutó:

La maleta te robé;

Que á no hacerlo, me amenaza

No ménos que en la cabeza;

Y harálo, que es poderosa:

Sabrà por ella curiosa

Tu estado, patria y nobleza,

Pues claro está que ha de hallar

Papeles que desta duda

La saquen. De intentos muda,

Sin resolverse á ausentar;

Que puesto que este secreto

Importa lo que no sabes,

Por haber estorbos graves

Y serlo tanto el sugeto;

Estimarás tu fortuna

Cuando conozcas quién es,

Porque es una de las tres,

Y de las tres no es ninguna.

(Vase.)

ESCENA IV.

DON GABRIEL.

Fuése y burlóse de mí.

Pues para que no le siga,

Con disparates me obliga.—

O sueño, ó es frenesí.—

Ladron ingenioso, aguarda.

¿Que así un hombre se me atreva?

Sigúrele, que me lleva

Las joyas de mi Gerarda.

(Vase.)

ESCENA V

MONTOYA.

¿Que me durmiese yo en pié!

¿Hiciera mas un lirón?

Pero ¿qué es de mí frison?

Maniatado le dejé.

¿Oigan esto! ¿Vive Dios,

Que se me acoge con él

Un hombre! — Cuatreño cruel,

Espera, aguarda. — Otros dos

Van corriendo uno tras otro.

¿Ay! ¿Tambien falta el cojin!

Trampantojos de Merlin

Nos llevan maleta y potro.

La luna me está diciendo

Que es mi amo aquel que corre;

Si él la maleta socorre,

Y yo el caballo defiando,

¿O enlunada claraboya!

Sacrificaréte un gallo. —

Franchote, deja el caballo,

Que es pupilo de Montoya.

(Quiere entrarse, pero salen dos cria-

dos que le cogen por las espaldas.)

ESCENA VI.

DOS CRIADOS. — MONTOYA.

CRiado 1.º

Tenga, que hay mucho que hacer.

MONTOYA.

¿Ay! Por detras y conmigo,

¿Qué hacen?

CRiado 2.º

Punto en boca, digo.

MONTOYA.

Señores, no es menester

Apuntar bocas; la mano

Meta en esa faltriquera

El uno; que yo quisiera

Ser un principe: no gano

Mas que una triste racion,

Y con ella veinte reales

De salario, aun no cabales,

Porque es mi dueño un pelon.

Doce destos hallarán

Con otra mosca menuda;

Quien la maleta nos muda,

Si rompe su cordoban,

Desembolsará doblones

Que en Francia llaman del sol:

Yo soy un pobre español.

CRiado 2.º

Acortemos de razones,

Que no nos trae su dinero.

Atalde esas manos bien.

(Se las atan atras.)

MONTOYA.

¿Mi dinero no? Pues ¿quién....?

CRiado 2.º

Allá lo sabrá.

MONTOYA.

Si muero,

Dígame por qué delito.

CRiado 2.º

Con el lienzo le vendad

Los ojos.

MONTOYA.

No hice maldad

Por obra ni por escrito.

Si mi dueño derribó

Tres mousiures, ¿en qué peca

Un lacayo, pica seca.

Que en su vida se metió

En justas ni en pecadoras?

Por solo no tornear,

Dejó en un torno de hablar

Tres monjisinias señoras.

CRiado 1.º

Ande y calle.

MONTOYA.

¿Adónde bueno?

¿O para qué tantas prisas?

CRiado 1.º

Diránselo allá.

MONTOYA.

¿De misas?

¿Luego á réquiem me condeno?

CRiado 2.º

En chistando, claro está.

MONTOYA.

No muy claro, pues á oscuras

Me llevan. Destas venturas

La fortuna me dará

Infinitas. (Ap. Hilo á hilo

Me voy.)

CRiado 2.º

Chiton.

MONTOYA.

No hablo nada.

(Ap. Labrando voy cera hilada,

Pero faltala el pabilo.)

Sala de la quinta. Una chimenea, un torno como de moujas en la pared, una luz en un bafete.

ESCENA VII.

RICARDO con la maleta, huyendo, y DON GABRIEL que le sigue con la espada desnuda.

DON GABRIEL.

Hombre, ¿estás encantado?
Cuando corro tras ti por bosque y prado,
Sus alas te da el viento;
Si te pierdo de vista, á paso lento
Me aguardas, y al instante
Que pienso que te alcanzo, la inconstante
Cometa no te iguala.
Siguiéndote me traes de sala en sala,
Después que en esta quinta
Entraste, que de Circe hechizos pinta,
Sola y deshabitada,
De luces y tapices adornada.
A nadie en ella veo.
O loco estoy, ó lo que sueño creo.

RICARDO.

El orden he cumplido
Que me dió quien aquí te ha reducido.
Consulta con tu suerte,
Español, el ganarte ó el perderte:
Porque si eres discreto,
Toda tu dicha estriba en tu secreto,
Y no te asombres tanto,
Que esta es industria toda, no es encanto.
Porque lo que primero
Te dije es, español, tan verdadero,
Que de las tres madamas,
La que examina en tí amorosas llamas
Y prueba tu fortuna,
Es una de las tres, y no es ninguna.
(Apaga la luz, vase y cierra la puerta.)

ESCENA VIII.

DON GABRIEL.

Espera. Fuése y mató
La luz, cerrando la puerta.
Cuando tanto enigma advierta,
¿Podré interpretarle yo?
De tres damas que nombró
Afirmo que la una es
Quien bien me quiere, y después,
Que no es de las tres ninguna:
¿Cómo, si es de las tres una,
No es ninguna de las tres?
No será Beatriz hermosa
Que ha de casarse mañana
Con el de Orleans; no su hermana
Que ha de ser de Enrique esposa;
No Armesinda generosa,
Que es muy niña su belleza
Para tanta sutileza:
Peusamientos, poco á poco,
Que me vais volviendo loco,
Y ya mi frenesi empieza.

ESCENA IX.

MONTAÑA Y DOS CRIADOS, á quienes se oye hablar arriba en lo alto de una chimenea. — DON GABRIEL.

MONTAÑA.

¿Adónde bueno conmigo,
Señores? Que encaramados
Me han hecho pisar tejados
A cierra ojos.

CRÍADO 1.º

Ya le digo

Que ande y calle, si desea
Vivir.

MONTAÑA.

Pues ¿desto se enojan?
¿Por dónde diablos me arrojan?

CRÍADO 2.º

Sabrálo cuando lo vea.

MONTAÑA.

¿Si es verdad esto que toco?
Sin ser chorizo ó jamon,
Me han colgado de un cañon
Chimeneo.

CRÍADO 1.º

Poco á poco,
Que si cae, se ha de matar.

MONTAÑA.

¿Quién vió á oscuras volatin?
¿Puf! Lléveseme de hollín
La boca. ¿En qué ha de parar
Mi ciego descendimiento?

CRÍADO 2.º

Hombre, calla.

MONTAÑA.

¿Confesión!
A humo huelo de carbon.
¿Mas si hubiese quemamiento?
Lastima de mi teneo.

DON GABRIEL.

Una voz se va acercando
Querrellosa.

MONTAÑA.

Bamboleando,
Doy de pared en pared.
(Asoma Montaña debajo de la campana de la chimenea, colgado de un cordel, vendados los ojos y atadas las manos.)

Si abajo hay leña encendida,
¿Qué ha de ser de mi trascara (1)?
Mi chamuscacion es clara.
Yo ¿gomorricé en mi vida?
Pues ¿por qué me carbonizan?
¿Ay! que pienso que me abraso.
Si yo buscara el ocaso
Del greguesco.....

DON GABRIEL.

Atemorizan

Estas voces, por venir
A oscuras. ¿Cielos! ¿qué es esto?
Ea, vil temor, dispuesto
Estoy, matando, á morir.
(Saca la espada.)

CRÍADO 2.º

Soltadle: que ya estará
En el suelo. (Suellante y cae.)

MONTAÑA.

¿Ay! Deslómeme,
Tullime, desveucijéme
Del golpe.

DON GABRIEL.

Hombre, tente allá,
Si no quieres que te mate.

MONTAÑA.

¿Qué mas tenido me quieres,
Si estoy atado?

DON GABRIEL.

¿Quién eres?

MONTAÑA.

Ese es gentil disparate.
Vesme, y no te puedo ver,
¿Y eso preguntas? Yo he sido
Lacayo, y ya soy Cupido
Vendado. ¿Quién puede ser
Un hombre cuando no vea?

DON GABRIEL.

¿Quién eres, en conclusion?

MONTAÑA.

Soy tuétano del cañon
De toda esa chimenea.
Duelete de un pobre mozo.

DON GABRIEL.

No te veo.

MONTAÑA.

¿No, por Dios?

(1) Este verso, que se lee en el tomo III de Comedias escogidas del maestro Tirso de Molina, impreso en Madrid año de 1631, no se halla en la Parte 27 de Comedias raras, publicada en 1667.

¿Luego estaremos los dos
En el limbo, ó en el pozo?

DON GABRIEL.

¿Es Montoya?

MONTAÑA.

¿Es Don Gabriel?

DON GABRIEL.

¿Cómo ó quien te trajo aquí?

MONTAÑA.

¿Sélo yo? Llégate á mí,
Desátame ese cordel
Que me tiene estropeado,
Mientras mis dichas te cuento.

DON GABRIEL.

Pues desátaréte á tiento. (Desátale.)

MONTAÑA.

¿Luego tambien te han vendido
Los ojitos como á mí?

DON GABRIEL.

No, pero estamos á oscuras.

MONTAÑA.

¿Provechosas aventuras
Nos suceden! Hacia aquí.
¿Topaste con la lazada?

DON GABRIEL.

Alzate.

MONTAÑA. (Levántase.)

¿Gracias á Dios!

¿Adónde estamos los dos?

DON GABRIEL.

En una casa encantada.

MONTAÑA.

¿Encantada! ¿Desvarias?

¿Qué dices?

DON GABRIEL.

¿Qué he de decir,

Si no hay por donde salir?

MONTAÑA.

Libros de caballerías
Alquilaba mi racion,
Donde topaba Amadises,
Esplandianes, Belianises,
Que de region en region,
Por barbechos y rastros
Descuartizando gigantes,
Deshacian, siendo andantes,
Los tuertos, y aun los bisojos:
Donde sabios de ventaja
Encantaban de una vez
Princesas de diez en diez,
Por quitarme allá esta paja:
Mas siempre estos hechiceros
(Que los mas eran traidores),
Encantando á sus señores,
Dejaban los escuderos.
¿Quieres apostar, señor,
Que los monsiures caidos
Nos embaulan, ofendidos
De su afrenta y tu valor?

DON GABRIEL.

Tenlo por cierto.

MONTAÑA.

Emboscados

Y sin cenar nos cogieron;
Pero, en fin, nunca murieron
De hambre los encantados,
Cosa que es bien que se note;
Mas mis alientos se holgaran
Que esta vez nos encantaran
Cuatro platos de gigote.

DON GABRIEL.

¿Qué diferentes cuidados
Son los tuyos de los míos!

MONTAÑA.

Dirémos mil desvarios;
Que estamos encantados.
Mas mejor fuera buscar

La puerta deste castillo,
Si no han echado el rastrillo.

(Llaman dentro, dando golpes en el
torno.)

DON GABRIEL.

Oye : ¿no sientes llamar?

MONTVOYA.

Parece que allí golpean. —
Diga quien es el que llama.

DON GABRIEL.

¿No responden?

MONTVOYA.

Será dama

De las que vernos desean
Encantados; y es sin duda,
Porque aunque hubiese otros tantos,
No bastarán mil encantos
A que una mujer sea muda.

(Llaman otra vez.)

DON GABRIEL.

Segunda vez han tocado.

MONTVOYA.

Y es el toque en la madera
De la puerta. No quisiera

(Vase llegando á tienta al torno.)

Que hubiese algun lazo armado,
O trampa por donde voy;
Que todo encanto es tramoya.

DON GABRIEL.

Anda, no temas, Montvoya.

MONTVOYA.

Como no sé dónde estoy.....

DON GABRIEL.

En una sala adornada
De doselos y pinturas.

MONTVOYA.

Pues la puedes ver á oscuras,
No está para tí encantada.
Llegó á tienta hácia la parte
Que pulsa el tal llamador.
¿Quién llama, quien es?

(Llega al torno, que se vuelve, y le
coge la cabeza.)

¿Señor.....!

¡Jesus!

DON GABRIEL.

¿Quién puede asombrarte?

MONTVOYA.

Una cosa que se anda
Al rededor, y me muerde.
¡Ay, si fuese el dragon verde
Que fué palafren de Urganda!
Llega presto, si deseas
Que no me desmaye.

DON GABRIEL. (Llégame y tienta al torno.)

Loco,

Este es torno.

MONTVOYA.

No le toco.

Llega tú, pues que torneas.

(Vuelve el torno con dos luces en can-
deleros de plata, recado para escri-
bir y un billete.)

DON GABRIEL.

Con dos luces se volvió.

MONTVOYA.

El Lumen Christi cantemos:

Di Deo gratias, pues nos vemos.

DON GABRIEL.

¿Qué es esto, cielos!

MONTVOYA.

¿Quién vió

Monasterios encantados?
Mas soy necio; no hallaré
Devoto que no lo esté
Como bojes torneados.

DON GABRIEL.

Todo esto tiene misterio.

MONTVOYA.

Serémos por lo ordinario,
Yo el confesor, tú el vicario,
Y este nuestro monasterio.

DON GABRIEL.

Un billete para mí

Viene y una escribanía.

(Toma el papel y lee Don Gabriel el
sobrescrito.)

MONTVOYA.

Pues donde hay monjas, ¿podía

Faltar billetico? di.

Respóndela con ternura;

Que yo seré la andadera.

¡Ojalá con él viniera

La santa bizcochadura!

Dichosos fuimos los dos.

¿Qué necios discursos hice!

DON GABRIEL.

Así el sobrescrito dice:

Lee solo para vos.

MONTVOYA.

¿Y para mí?

DON GABRIEL.

Aparta allá.

MONTVOYA.

En fin, topó tu recato

Con hornua de tu zapato.

DON GABRIEL.

Retira: acabemos ya.

(Lee.) «Por los papeles que os he usur-
pado, sé, Don Gabriel Manrique, parte
de vuestros amores. Quien temerosa
de perderlos os ha impedido el viaje,
mal os lo consentirá celosa. El cuarto
de esta quinta que os detiene, está
deshabitado, y imposible en él vues-
tra salida mientras no juréis, con la
seguridad que los bien nacidos empe-
ñan palabras, y las firmeis de vuestro
nombre, no partiros de nuestra corte
sin licencia mia, no revelar á persona
estos secretos, y conjeturar por señas
cuál de las tres primeras damas es la
que en palacio os apetece amante. Re-
solvéos; ó en el silencio de esa prision
vengarme en vuestra muerte, ó dispo-
neros á las dichas que os prometo,
que por el riesgo que publicadas cor-
ren, importa por ahora el secreto que
nos lia quien desea hallaros tan adver-
tido como os ha visto valeroso. El cie-
lo os guarde.»

(Ap. ¿Puede la imaginacion

En novelas marañosas,

Sutiles por ingeniosas,

Deleitar la admiracion

Con mas extraño suceso?)

(Lee para sí otra vez.)

MONTVOYA.

Sepa yo esa cosicosa.

¿Es verso, es papel en prosa

O anda en el aire tu seso?

¡Vive Cristo que me apuran

Los peligros que recelo!

(Llégame á leer, y saca contra el Don

Gabriel la daga.)

DON GABRIEL.

Loco, necio, vive el cielo.....

MONTVOYA.

¡Ay! ¿los encantados juran?

DON GABRIEL.

Si otra vez aquí te llegas.....

MONTVOYA.

¿Para qué aprendí yo á lér?

Si nada tengo de ver,
Mas valiera estarne á ciegas.

DON GABRIEL.

Retirate en hora mala.

MONTVOYA.

¿Para tí solo que leas
Dice el papel? Nunca creas
Monja, mientras no regula,
Por mas ternezas que escriba.

DON GABRIEL.

(Lee.) Y conjeturar por señas.....

MONTVOYA.

Las monjas son alhagüechas;

Mas si esta no es donativa,

Triplularla con desden,

O acudir con cena y camas.

DON GABRIEL. (Recordando.)

«Cuál es de las tres madamas

La que en casa os quiere bien.....»

MONTVOYA.

Las dos dan: por Dios, que es tarde.

¿Ni cenado ni dormido?

¿Bueno va!

DON GABRIEL.

(Lee.) Tan advertido.....

MONTVOYA.

¿Es paulina?

DON GABRIEL.

(Lee.) El cielo os guarde.

(Para sí.)

¿Si será Beatriz la dama

De tanto artificio autora?

Mas no, que á Cárlos adora.

¿Si es Clemencia? Mas no, que ama

A Enrique. ¿Si es Armesinda?

Despenadme, cielo santo.

MONTVOYA.

¡Miren si escampa el encanto!

¡Por Dios, que la flama es linda!

DON GABRIEL. (Ap.)

Pero seáse quien fuere,

¿Dejaréme yo morir

Rebeldé, por no admitir

Leyes de quien bien me quiere?

No me manda este papel

Que ame yo, siuo que firme

Ser secreto y no partirme:

¿Pues qué riesgo corro en él,

Cuando por señas colija

Quién es quien me hace dichoso?

Obedecerla es forzoso.

MONTVOYA.

Mala noche y parir hija.

En fin, ¿no habemos de hablarnos

En toda esta encantacion?

DON GABRIEL.

Respondo á satisfaccion.

(Pone el recado de escribir y una luz

sobre un bufete, y responde.)

MONTVOYA.

Pues paciencia y pasearnos.

¿Escribes? Eres discreto.

Embellétala, y verás

Los regalos que tendrás:

Un villancico ó soneto

Conquista diez mazapanes.

Dila que con la andadera

La enviarás flores y cera

Para uno de los San Juanes:

Que qué puntos calzar suele;

Que si hay ataífor ó caja,

Que nos dé flor de borraja.

Ó, en fin, que nos bizcotele,

Ó que nos saque de aquí.

DON GABRIEL. (Notando y escribiendo.)

Haré de mi dicha alarde

Discreto y fel. Dios me os guarde.—

Don Gabriel. Bueno está así.

Pierro, y no le sobre-escribo
Porque su nombre no se.
Vuelvo al torno.

(Pone el papel en el torno, y vuélvele con otra luz.)

MONTTOYA.

¿No podré,
O señor, el mas esquivo
Del orbe para quien vive
Contigo, ver un adarme
Del dicho papel? ¿Matarme
Quieres? ¿Qué es lo que te escribe
La soror encantatriz?

DON GABRIEL. *(Ap.)*

La esperanza y el temor,
Con la lealtad y el amor,
Desean, bella Beatriz,
Que seais vos deste empleo
El dueño, y no lo seais.
¿Qué he de hacer, cuando causais
Deseo contra deseo,
Sino enloquecer confuso?

(Llaman por dentro al torno.)

MONTTOYA.

No está el tiempo para gracias.
Otra vez llaman. — *Deo gratias.* —
(Vuélvese el torno con luz y con un tabuque grande y curioso lleno de comida: cubrense unos manteles, y sobre ellos viene otro papel.)

Sin respondernos, nos puso
Un talaque provisor.
¿Cuerpo de Dios! Don Gabriel,
¿Qué bien que huele!

DON GABRIEL.

Y sobre él

Otro billete.

MONTTOYA. *(Levantando los manteles.)*

¿Oh soror,
La mas callada obradora
De cuantas amor registra!
Hágate el cielo ministra,
Abadesa, correctora,
Guardiana, archibispesa,
Pontífista, Preste Juana.

DON GABRIEL.

(Lee.) *Leed para vos.*

MONTTOYA.

¿Oh humana

Divina! Pongo la mesa.
Esta es sopa, este es capon,
Estos pichones, estotros
Gazapos, niños ó potros;
Ternera esta, ¡y qué sazón
Para quien está en ayunas!
Como yo muy bien ternera.
El pomo con la contera;
Ensalada y aceitunas,
Con la fruta de sarten.
De tales encantamientos
Vengan á dieces y á cientos,
Per omnia sæcula, amen.

DON GABRIEL. *(Leyendo para sí.)*

«Cumplid lo jurado, que en amaneciendo, hallaréis desembarazada la sala; y advertid que os va la cabeza en el secreto. Camas hay en que reposéis lo que os han de permitir (á lo que juzgo) mis artificios: cuanto mas os desvelaren, mas tendré que agradecer; aunque á participar vos mis cuidados, no dormiréis mucho ni poco. » El cielo os guarde. »

(Ap. Alto, discursos, dejad de atormentar mi sentido. Obligado, agradecido He de ser; cualquier hieldad De las tres puede dar pena Amorosa al mismo sol,

Cuanto y mas á un español
Pobre y extraño en Lorena.)
Toma esa luz.

MONTTOYA.

¿Para qué?

DON GABRIEL.

Trae todo eso.

MONTTOYA.

¿Adónde vamos?

Si aquí encantados estamos,
Y hay quien regalos nos dé,
¿No es mejor cenarlo aquí
Que probar mas aventuras?
¿Que sabes tú si hay figuras
De Rufalda y Malgesi,
Que nos lo quiten delante?
Que suele salir jayan,
Que se engulle un ganapan
Con carga y todo.

DON GABRIEL.

Ignorante,

Calla y vén; que prevenida
Nos tiene quien nos regala,
Cama y mesa en esa sala.

MONTTOYA.

Despachemos la comida
Aquí, y entremos despues.

DON GABRIEL.

Acabemos.

MONTTOYA.

Si te encanta.

Qualche princesa ó infanta,
Llámate Partinuplés.

Salon de la quinta.

ESCENA X.

BEATRIZ, RICARDO.

BEATRIZ.

Hicístelo de suerte,
Que infinito tendré que agradecerte.
Los que te acompañaron,
En fin, ¿nada del caso sospecharon?

RICARDO.

Al criado prendieron,
Y donde los mandé le condujeron,
Creyendo, á instancia mia,
Que hacerle alguna burla pretendia.
No saben otra cosa.

BEATRIZ.

La traza, si se logra, fué ingeniosa.

RICARDO.

Los dos son mis criados,
Valientes, pero poco aficionados
A hacer por conjeturas
Discursos.

BEATRIZ.

Mis celos aseguras.

Alguna vez, Ricardo,
Satisfacerte este servicio aguardo.
Pártete á Italia agora,
Donde el Duque mi padre te mejora;
Que el cargo que te ha dado
En Valencia del Pó, cuyo condado
Le toca por herencia,
Seguro le tendrás con el agencia
Que queda á cargo mio.

RICARDO.

De tí, señora, mis aumentos fio.

BEATRIZ.

Guarda tú este secreto;
Que otros mas importantes te prometo.
Mas mira que es mi gusto
Que hoy te ausentes.

RICARDO.

Harélo por ser justo.

Puesto que, aunque en Lorena
Me quedara, el leal no desenfrena

La lengua, ni el respeto
Osara yo perder á tu secreto.

BEATRIZ.

Nunca yo le fiara
De tí, si tal desaire imaginara;
Mas que te partas digo
En todo caso hoy: lleva contigo
Los que te acompañaron.

RICARDO.

Harélo así, no obstante que ignoraron
El fin deste suceso.

BEATRIZ.

Escribeme en llegando.

RICARDO.

Tus piés beso. *(Vase.)*

ESCENA XI.

BEATRIZ.

Temeridades de amor,
¿Qué intentais con arrojaros
Sin ojos á despeñaros
A los riesgos de mi honor?
Aficiouóme el valor
De España, que en sus blasones
Cifró todas las acciones
De un hombre, cuyo sugeto
Perdió gallardo el respeto
A todas mis presunciones.
Su memoria me desvela;
Enamoróme su gala:
Adonis le vi en la sala.
Airoso Marte en la tela:
Que se me ausente recela
Mi libertad, que no es mia
Porque enviando una espía
A informarse de quien es,
Supo Ricardo despues
Que esta noche se partia.
Valime del industrioso
Modo de encerrarle aquí,
Hallándose amor en mí,
Como en otras, ingenioso.
Crece, porque esta celoso,
El fuego que me acobarda:
De los papeles que guarda,
Y curiosa le usurpé,
Que adora en España sé
Desdenes de una Gerarda.
No sé yo que cuerdo fuese
Carlos en traer consigo
A quien, para su castigo,
Tantas ventajas le hiciese.
Justo fuera que temiese
Tan grande competidor,
Pues si á vistas sale amor,
Y este es ya mercaduría,
Rústica el alma sería
Que escogiese lo peor.

ESCENA XII.

CLEMENCIA, ARMESINDA. — BEATRIZ.

CLEMENCIA.

Tus tristezas, Beatriz mia,
Las fiestas nos desazonan;
Tus bodas las ocasionan,
Y tu ausencia las enfria:
Apénas espiró el día,
Cuando te ausentó tu pena
De los ojos de Lorena;
Será esta quinta, Beatriz,
Mas que la corte feliz,
Si en ella te hallas mas buena.

ARMESINDA.

Prima mia, tu belleza
Trata al de Orlens con rigor,
Si al principio de su amor
Pagas gozos con tristeza:
Francia te intitula Alteza

Porque has de ser su consorte,
Y en fe de que eres el norte
Por quien todos nos guiamos,
Tristes la corte dejamos,
Porque tú dejas la corte.
¿Qué tienes?

BEATRIZ.

¡Ay bella prima!
¡Ay Clemencia! no es tan grave
El mal, si el porqué se sabe,
Cuando con causa lastima:
Mis penas son un enigma
Difícil de declarar:
Acrecentando el pesar
Que ocasionan las estrellas,
Mi congoja influyen ellas,
Mi consuelo es el llorar.
Pasar la imaginacion
De libre al temerse ajena,
Dará motivo á mi pena,
Materia á mi suspension.
Tengo á Carlos alcion,
Y considero cuán justo
Medra mi gusto en su gusto;
Mas pues he de ser su esposa,
Tratemos en otra cosa
Que divierta mi disgusto.
A mí me entretiene el dar,
Como á otros el recibir;
Así quiero desmentir
Desvelos de mi pesar;
Si me quereis alegrar,
Honre, hermana, tu belleza
Los diamantes desta pieza,
Y los desta, hermosa prima,
Tu pecho; tendrán la estima
Que les quita mi tristeza.
De las joyas que me dió
Carlos, estas he escogido
Para las dos.

(Da á Clemencia una banda con una lazada de diamantes, y á Armesinda una cruz de los mismos.)

CLEMENCIA.

Ofendido

Las has, porque juzgo yo
Que pueden formar querellas,
Apartándolas de tí.

BEATRIZ.

Mejores dueños las di.

ARMESINDA.

No las he visto mas bellas.

BEATRIZ.

Trújolas Carlos de España.

CLEMENCIA.

Nacion en todo dichosa,
Hasta en las piedras airoas.

BEATRIZ.

Tal clima las acompaña.
Ponéolas luego; estarán
Ahora en su misma esfera.

(Pónenselas.)

CLEMENCIA.

Cuando su valor no fuera
Tanto, si gusto te dan
Enajenadas, por tí
Toda estimacion merecen.

BEATRIZ.

Bizarramente os parecen.

ARMESINDA.

Los Duques vienen aquí.

ESCENA XIII.

FELIPO, CARLOS, ENRIQUE.—DICHAS.

CÁRLOS.

Desde que ganó el aplauso
Comun, habiendo salido
D. la justa victorioso
Y de parabienes rico,

No le he vuelto á ver, y estoy
Recelándole peligros,
Porque el valor extranjero
Con gracias, medra enemigos.

FELIPO.

Perded, Duque, esos cuidados;
Que en Francia siempre han tenido
Hidalgas estimaciones
Extranjeros bien nacidos.
Yo le he enviado á buscar,
Y no há tanto que le vimos
Honrar á España en Lorena
A costa de sus vecinos,
Que su falta os desazone.

CÁRLOS.

Ya mis pesares retiro,
Con la presencia olvidados
De las bellezas que he visto.
(Hácese cortesa caballeros y damas.)

FELIPO.

Hijas, sobrina, quejosa
Nuestra corte, el regocijo
Podrá trocar en tristezas,
A vista de tu desvío (1).
¿Porqué tan presto á Floralba?

BEATRIZ.

Juzgo, señor, por prolijo
El tiempo que aquí no empleo:
Críeme en estos retiros,
Y no sé ballarme sin ellos.

CLEMENCIA.

Como á Madama seguimos,
Y sin ella estamos solas.
Fuerza el imitarla ha sido.

FELIPO.

Los generosos en Francia,
Por excusar el bullicio
De la confusion plebeya,
Moran quintas y castillos:
No es mucho que apetezcáis
La amenidad deste sitio;
Que por lo poco distante
De Lorena, habréis querido
Gozar de uno y otro á tiempos.

ESCENA XIV.

DON GABRIEL, MONTOYA.—DICHOS.

MONTOYA.

(Hablando con su amo á la puerta.)

Con todos los Duques dimos,
Gracias á nuestra alcadesa,
Que nos alzó el entredicho.

DON GABRIEL. (Ap.)

Aquí está Beatriz hermosa,
Con ella á Clemencia miro,
Su prima las acompaña:
Ya estoy en el laberinto
De mi confusion amante.
Discursos, demos principio
A conjeturas dudosas;
Ojos, saquemos en limpio
Por señas mis desengaños.

CÁRLOS.

¿Don Gabriel!

DON GABRIEL.

Príncipe mio...

CÁRLOS.

¿Retirado y victorioso!
¿Hiciérades mas vencido?
¿Desde ayer tarde sin vernos?

DON GABRIEL.

Militares ejercicios,
Honrando, gran señor, cansan:
Dió treguas á su fastidio
Y mi sosiego la noche.

CÁRLOS.

Con recelos la he dormido

(1) Suplido.

De alguna desgracia vuestra.
Hablad al duque Felipo.

DON GABRIEL.

Dadme, gran señor, la mano.

FELIPO.

De las vuestras necesito
Para derribar con ellas
Soberbias de presumidos.
Mucho le debeis al cielo,
Pues tanto con vos propicio
Como con otros avaro,
En todo perfecto os hizo.

DON GABRIEL.

Honra, señor, Vuexcelencia
Extranjeros; y yo estimo
Mas el favor que me hace,
Y el estar en su servicio,
Que las prendas que encarece,
Y no tengo.

ENRIQUE.

Vois sois digno

De la privanza con Carlos,
Venturoso en elegiros.

DON GABRIEL.

Bésos la mano mil veces.

ENRIQUE.

Hemos de ser muy amigos.

DON GABRIEL.

Muy vuestro esclavo, señor,
Es solo el nombre que admito.

CÁRLOS.

(Hablando aparte con Don Gabriel.)

¿Qué juzgas de mis empleos,
Don Gabriel? ¿qué del prodigio
De la belleza que adoro?
¿No es milagro?

DON GABRIEL.

Es un hechizo

De voluntades, un cielo,
Un sol, un fénix, un...

CÁRLOS.

Dilo.

DON GABRIEL.

Un (Ap. ¿Ay, amor, que me abraso!)
Querubin deste paraíso.

CÁRLOS.

Mientras deidad no llamares
A Clemencia, poco has dicho.

DON GABRIEL.

¿A quién, señor?

CÁRLOS.

A Clemencia.

DON GABRIEL.

¿Y no á Beatriz?

CÁRLOS.

Desatino:
Vínose á la lengua el alma.
Si tiene en ella dominio,
¿Cómo la desmentiré,
Desmintiéndome á mí mismo?
Digna es Beatriz del imperio;
Mas no debe hallarse digno
Mi amor de sugeto tanto;
Por eso á Clemencia elijo.

DON GABRIEL. (Ap.)

Pedidme albricias, deseos.

CÁRLOS.

Por mas que llamas resisto,
No puedo, Gabriel, ni quier
Dar licencia á mi albedrío.
Clemencia ha de ser mi esposa,
Yo su esclavo, tú mi amigo,
Como no me disuadas
Que la adore.

DON GABRIEL.

Yo te sirvo.

CÁRLOS.

Dilataré por ahora

Mis bodas; de un rey soy hijo,
Del que está reinando hermano;
De su poder participo:
Perdone Beatriz.

(Vase.)

ESCENA XV.

BEATRIZ, CLEMENCIA, ARMESINDA,
FELIPO, DON GABRIEL, MONTOYA.

DON GABRIEL. (Ap.)

Deseos,
A mi amor os habilito;
Lealtad, ya os quitan estorbos;
Alma, amad, que no os lo impido.
Los ojos de cuando en cuando
Ocupan en mi benignos
Clemencia y su prima bella;
Sola Beatriz no ha querido
Favorecerme con ellos.
Si señas sirven de indicios
A certidumbres dudosas,
Y en Beatriz no las animo,
No es Beatriz quien bien me quiere.
¡Ay pensamientos ambiguos!
Sin competencia de Carlos,
Con mis temores compito.

ENRIQUE.

(Llegándose a Don Gabriel.)

Un torneo hemos trazado
Esta noche: mi padrino
Habeis de ser, porque espero
Que le mantendré lucido,
Como vos en él entréis;
Otorgaldo si os obligo.

DON GABRIEL.

Favoreceisme hasta en eso;
Que era el vencerme preciso.
A oponerme á vuestras armas.

FELIPO.

Venid, Duque, á prevenirnos.
¿Qué colores son las vuestras?

ENRIQUE.

Blanco, leonado y pajizo.
(Vanse Felipo y Enrique.)

ESCENA XVI.

BEATRIZ, CLEMENCIA, ARMESIN-
DA, DON GABRIEL, MONTOYA.

MONTOYA. (Ap. á su amo.)

¡Hemos de estarnos aquí
Hasta el día del juicio,
O rematar con los nuestros,
Guiados de tus caprichos?

DON GABRIEL. (Ap.)

Esta es Armesinda bella;
(Cruza Armesinda la sala para reti-
rarse.)

Risueña, en sus ojos pinto
Esperanzas que no acepto,
Porque á Beatriz las dedico.
Pero ¡ay cielos! la lazada
De diamantes y zafiros,
Que entre sus joyas me dió
Mi Gerarda al despedirnos,
Honra Armesinda en su banda.
Amor, ¿qué mas señas pido?
¿Si fué ella la usurpadora
Del robo que anoche me hizo
El ladrón, todo misterios?
En años ¡cielos! tan niños,
¿Pueden haber sutilezas
Tan extrañas?

ARMESINDA. (Ap. á Don Gabriel.)

Mucho envidia
La dama, español bizarro,
Dueño de vuestros sentidos;
Que quien á vos os merece,
Será en belleza un prodigio.

(Vase.)

ESCENA XVII.

BEATRIZ, CLEMENCIA, DON GA-
BRIEL, MONTOYA.

DON GABRIEL. (Ap.)

Esto está ya declarado.
¡Gracias á Di-s que averiguo,
A pesar de oscuridades,
Jeroglificos de Egipto!
¡Ay Beatriz! ¡que he de perder
Mi esperanza, agradecido
A favores no buscados,
Mas por cortés, admitidos!

(Pasa Clemencia.)

Clemencia es esta, y aquella
La cruz que de mi martirio
Fué instrumento, y de Gerarda,
No diamantes, sino vidrios.
¿Qué es esto, sueños despiertos?
¿Ojos, podré desmentiros?
¿Alma, podré recusaros?
¿Amor, podré reprimiros?

CLEMENCIA. (Ap. á Don Gabriel.)

Yo conozco, Don Gabriel,
Cierta dama que me ha dicho
Que tiene el gusto español
Después que en Francia os ha visto.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

BEATRIZ, DON GABRIEL, MONTOYA.

MONTOYA.

Bergamota es esta pera;
Madura está, vive Cristo;
Vaya con cáscara y todo,
Que no has menester cuchillo.

GABRIEL. (Ap.)

Yo estoy loco, yo lo sueño;
De mi propio me distingo;
No os doy crédito, ilusiones;
No os escucho, no os admito.
(Pasa por delante de él Beatriz sin mi-
rarle, leyendo un papel.)

Beatriz grave y desdeñosa
Aun no me ha juzgado digno
Objeto para sus ojos.
¿Qué imperiosos y qué esquivos!
Pero alentáos, esperanzas;
Recobráos, amor perdido,
Pues trae la firmeza al pecho
Que idolatran mis suspiros.
De señora ha mejorado;
Pasó al hermoso dominio
De un sol que rayos coronan,
De un cielo que hospeda signos.
De Gerarda fué; ofendíola
(Como es mudable) su olvido;
Firmeza es, busco firmezas;
Si en ellas me hiciese rico,
Guarnezca, constelacion
Del globo celeste el cinto
Tachonado de oro eterno
Que al sol adorne el camino.
Leyendo un memorial pasa.
(Vase Beatriz.)

ESCENA XIX.

DON GABRIEL, MONTOYA.

MONTOYA.

Esta es de casta de pinos.
Rollo espetado y derecho
Parece de pergamino.

DON GABRIEL.

(Ap. Las demas me favorecen
Hablandome, ¡y aun no quiso
Siquiera Beatriz mirarme!
Amor, si sois discursivo
Filosofad ingenioso.

¡Vive Dios, que hay escondido
En esto mas de un misterio!
Problemas, ya soy Edipo.
¿De palabras favorables
Las dos, y humanas conmigo,
Y Beatriz, toda severa,
Con tal silencio? Este aviso
Le exámen de mi ingenio;
Certidumbres sois, indicios:
Las señas fueron no hacerlas,
Cifras con cifras descifro.
Para deslumbrarme mas,
Las joyas ha repartido
En todas; y con no verme,
Quiere que viva advertido
De lo que el secreto importa.
Esto es lo cierto, esto sigo:
Amar por señas sin señas
Sabrán los bien entendidos,
Sirviéndoles yo de ejemplo.)
Vamos, Montoya.

MONTOYA.

Bendito

El amo primero sea,
Que «vamos, Montoya,» dijo.

ACTO SEGUNDO.**ESCENA PRIMERA.**

FELIPO, leyendo en voz alta una car-
ta; CARLOS, ENRIQUE, BEATRIZ,
DON GABRIEL.

FELIPO.

«Duque primo: aunque con mi gus-
to y permission se partió mi hermano á
desposarse con Beatriz vuestra hija,
¡importa á mi servicio que por agora
se suspenda ese casamiento, ó se cun-
cute con su hermana Clemencia. Yo
estoy viudo, Francia sin heredero,
Beatriz digna de mas alta fortuna, vos
propinquo á nuestra sangre, y mi co-
rona deseosa de sugeto que la merezca:
considerad las mejoras que de
esta accion se os siguen, y la obliga-
cion que os corre á cumplir lo que os
deno.—Yo el Rey.»

Esto el Rey nuestro señor
Me escribe.

CARLOS.

Fuerza ha de ser,

Por no irritar su rigor,
Sentir, al obedecer,
Los malogros de mi amor.
No sin causa mis recelos
Mis bodas apresuraban;
Pues profetas mis desvelos,
En calma pronosticaban
La tormenta de mis celos.
Deme Clemencia la mano,
Si en tal pérdida merezco
El bien que con ella gano,
Y sepa que le obedezco
El Rey, mi señor y hermano.

ENRIQUE.

Eso no, Duque, eso no;
Prenzas que en el alma estimo,
No he de enajenarlas yo.
Mi sangre es real, vuestro primo
Me llama Francia; no os dió
Mas accion naturaleza
Que á mí, ni las majestades
Ofenderán su grandeza:
Amor, de las voluntades
Es rey, si vos sois Alteza.
Clemencia está agradecida
A mi voluntad; Clemencia
Dirá, de vos ofendida,

Que no es el amor herencia
Que se ha de usurpar en vida.

CÁRLOS.

Duque, yo á Beatriz adoro,
Y á mi rey vivo sujeto;
Su padre está aquí...

ENRIQUE.

No ignoro

Que pretendéis en secreto
Mudanzas contra el decoro
Que en su hermosura ofendeis,
Y que al Rey, á quien echais
La culpa que vos teneis,
No es mucho que obedezcáis,
Si os manda lo que queréis.
Dueño soy de prometido
De Clemencia; mi fe labra
En ella amor mas que olvido;
Su padre me dió palabra
De su esposo: esta le pido,
Y esta cuando se me niegue,
Buscará satisfaccion
Armada.

FELIPE.

Duque, no os ciegue
Sin discurso la pasión
Tanto, que á perdersos llegue.
A Clemencia os ofrece,
Subordinando en mi rey
Palabras que entonces di.

ENRIQUE.

¿Esa es nobleza? ¿esa es ley?
No tiene dominio en mí
El rey de Francia: mi Estado
Solo al César reconoce,
De Francia privilegiado,
Primero que Carlos goce
La prenda que me ha usurpado,
La vergüenza y el rigor
Atajará inconvenientes;
Mi agravio tiene valor,
Poder y armas mis parientes,
Celos fuerzas, y yo amor. (Vase.)

FELIPE.

No sin causa está quejoso;
Que es amante y ofendido:
Templarle será forzoso;
Que va con razon sentido,
Y es Enrique poderoso. (Vase.)

ESCENA II.

BEATRIZ, CARLOS, DON GABRIEL.

BEATRIZ.

Muestras habeis, Duque, dado
En la mudanza presente
De que sois cuerdo obediente,
Pero poco enamorado.
El interes coronado
Probar mi firmeza quise;
Pero ofendida, os aviso
Que es tanta la presuncion
De mi altiva inclinacion,
Que á mis piés sus lises piso.
Yo apetezco rendimientos,
Finezas y voluntades,
No ambiciosas majestades
Que amenazan escarmientos.
Yo penetro pensamientos,
Que honestais con la apariencia
De la hipócrita obediencia
Que conmigo os disculpó.
Yo conozco al Rey, y yo
Sé que adorais á Clemencia.
(Llora mirando á Carlos, vuelve luego
la cabeza á Don Gabriel, riase y
vase.)

ESCENA III.

CARLOS, DON GABRIEL.

CÁRLOS.

Gabriel, detenla, repara

Que corrido de ofenderla,
Es un rayo cada perla
Que contra mi amor dispara.
Cuando nunca adivinara
Las mudanzas que no ignora
Quien tales hechizos llora
Y así mis agravios juzga,
¿Que mucho que me reduzga,
Si castigando enamora?
Mejores mi cuidado;
Alma mudemos de estilo;
Imagen soy de Perilo:
Mi tormento me he labrado.
¡Ay cielos! Si enamorado
Mi hermano ocasiona extremos,
Alma, ¿cómo viviremos?
Ciego niño, pues sois dios,
Estudiad palabras vos
Con que la desenojemos. (Vase.)

ESCENA IV.

DON GABRIEL.

Lágrimas á Carlos, cielos,
Y al mismo tiempo con risa
Mirándome, quien me avisa
Que hay gustos entre desvelos!
Beatriz llora, y me da celos,
Beatriz con risa provoca
Mi esperanza, ó cuerda ó loca:
¿A quien creremos, enojos?
¿A las perlas de sus ojos,
Ó á la risa de su boca?
Llorando á Carlos miró:
Riéndose, me asegura:
Con llanto á Carlos conjura,
Con risa mi fe alentó:
Nunca en los ojos mintió
El amor cuando suspira;
Que el engaño habla y no mira,
Y aposenta la beldad.
En los ojos su verdad,
En los labios su mentira.
Segun esto, á Carlos dijo
Verdades en que mostraba
Pena porque la olvidaba:
Que amor de la vista es hijo.
Segun esto, ya colijo
Que en confusion tan precisa,
Quien me desdena me avisa:
¿Quién vió jamas, ciego encanto,
Los favores en el llanto,
Los desdenes en la risa?
Pero si Beatriz no fuera
Quien mi esperanza alentara,
Ni con el Duque llorara,
Ni conmigo se riera.
Llora porque considera
Muerto á Carlos; no me espanto
Si aborreciéndole tanto
Que sin vida desear verle,
Las obsequias quiso hacerle
Con el luto de su llanto.
Llore por él, si es castigo
De su leve voluntad;
Que siempre es noble piedad
Llorar por el enemigo.
Riase Beatriz conmigo,
Porque esperanzas pequeñas
Medren con muestras risueñas
La fe que conservan viva:
Que en ellas mi amor estriba.
Pues tengo de amar por señas.
(Quédase suspenso, y no repara en Cle-
mencia que sale.)

ESCENA V.

CLEMENCIA, con un billete abierto.—
DON GABRIEL.

CLEMENCIA. (Para sí.)

¡En el suelo tal papel!

Poco le debe al cuidado
De quien perderle ha dejado
El español Don Gabriel.
En el cuarto de mi hermana
Le dejó el descuido en tierra:
Si es ella quien me hace guerra,
Saldréis, esperanza, vana.
¡Papel de tanta importancia,
Y con tan poca advertencia,
Que le olvida la imprudencia,
Cuando cada circunstancia
De las que en él he leído
Amenaza con agravios,
Si le publican los labios!
A destierros del olvido!
¿Don Gabriel juramentado
A no partirse, y á amar
Por señas que le han de dar,
Mudo siempre su cuidado?
¿Y que lo firma? ¿y que ofrece
Alcanzar por conjeturas
Cuál de las tres hermosuras
En palacio le enloquece?
¿Si será Beatriz? Mas no;
Que esta ya, toda arrogancia,
Reina se sueña de Francia.
Pues no soy su autora yo.
Segun esto, nadie ha sido
Sino Armesinda, quien quiere
Que esperando desesperare
El español. No ha tenido
Hasta agora voluntad.
Que yo sepa, á quien desvelos
Deba de amor ó de celos;
Que estos piden mas edad.
Si es ella pues, sutileza
Notable abona su amor:
¿Qué ha de hacer cuando mayor
Quien niña con esto empieza?
Ahora bien, por señas quiere
Desmentir publicidades;
Prosigamos novedades
Que no alcance quien las viere:
Aquí el español está.
¿Qué suspenso! ¿qué elevado!
El primer enamorado
Sin saber de quien, será,
Porque si de tres es una
Y no conoce á quien es,
Mientras pretendiere á tres,
No vendrá á tener ninguna.—
Don Gabriel.

DON GABRIEL. (Vuelve como de una pro-
funda suspension.)

Señora mía.

CLEMENCIA.

Retirado os han los ojos
Contemplativos enojos
Al alma; mas ¿qué sería
Que mereciese Lorena
Ofreceros la ocasion
De tan tierna suspension?

DON GABRIEL.

Sabrosa fuera esa pena;
Mas ni yo la he merecido,
Ni, extraño aquí, me prometo
Tanto bien.

CLEMENCIA.

Siempre el secreto
Es blason del bien nacido.
Habíame dicho á mí
Que una hermosa tiranía
Blasonaba que os tenía
Sin alma.

DON GABRIEL.

¿En Lorena?

CLEMENCIA.

¡Sí,
Y que aumentándos suspiros,
Entre apacible y cruel,
Os obligó en un papel

A prometer no partiros
Sin gusto suyo.

DON GABRIEL.

(Ap. ¡Ay cuidado!

Si señas buscando andáis,
Ya las teneis : ¿qué dudais?)
¡Papel!

CLEMENCIA.

Y en el empenado

El valor que obliga á un hombre
De vuestra sangre y talento :
Su fiador un juramento,
Y su firma vuestro nonbre.

DON GABRIEL.

(Ap. Probar quiere de la suerte
Que cumplo el saber guardar
Secretos : yo he de negar
Las señas con que me advierte,
Mientras mas no se declara,
Y á lo contrario me obliga.)
No sé, señora, qué diga
A mentira que es tan clara.
¿Yo papel? ¿yo juramentos?
¿Yo empleo en esta ciudad?

CLEMENCIA.

Pues lo negais, escuchad,
Oid encarecimientos
Que de puro exagerados,
Vuestro crédito recelan.

DON GABRIEL.

Si á algun celoso desvelan,
Gran señora, mis cuidados,
Y intenta con ese ardid
Perseguirme.....

CLEMENCIA.

Don Gabriel,

Vuestro es aqueste papel,
(Mostrándole el que él escribió.)

Vuestra aquesta firma. Oid.

(Lee.) «Ensorbeciérame la dicha de
» tan no esperado bien, si la experien-
» cia de mis pocos méritos no me avi-
» sara ser mas curiosidad de saber á lo
» que se extiende el talento de los es-
» pañoles, que empleos fuera de los li-
» mites de sugeto tanto. Mas como quiera
» que sea, mi señora, yo estoy dispuesto
» á obedeceros en todo; y ansi desde hoy
» viviré muy subordinado á vuestras ór-
» denes, jurando por la fe de caballero
» no ausentarme de esta corte sin vues-
» tro expreso gusto, de desvelar mis
» sentidos hasta averiguar (como man-
» dais) por señas, cuál de las tres bu-
» llezas superiores de esta casa me dis-
» pone á tanta dicha, y de no comunicar
» con viviente mercedes tan deudoras
» del silencio, sujetándome al castigo
» propuesto, si le profanare, y aperi-
» biendo desde aqui los ojos, en cuyo
» estudio haré alarde de mi suerte. —
» El cielo os guarde para felicidades
» superiores, etc. — Don Gabriel Man-
» rique.»

Decid que no es vuestra ahora
La carta de obligacion
(que os tiene casi en prision.

DON GABRIEL.

Si habeis vos sido la autora
Del exámen que quereis
Hacer de mi ingenio corto,
Y yo la lengua reperto
Con el recato que veis;
¿Para qué mas confusiones,
Equivocando las señas
Que entre esperanzas pequeñas
Atormentan mis pasiones?
Vuezcelencia ¿qué procura?
¿A qué propósito agora
Leerme el papel, señora,

Que os escribió mi ventura?

¿He yo acaso delinquido

Contra lo que en él prometo?

¿Comuniqué su secreto,

Loco de favorecido,

Con persona que se alabe

Que mi palabra rompí?

Desde el punto que seguí

Al que Vuezcelencia sabe,

Favorable robador

De mi caudal (ya dichoso

Por ser vos su dueño hermoso),

Hasta agora, ¿en qué el valor

Que profeso os ha ofendido?

¿He dicho yo la ocasion

De mi agradable prision,

Encerrado y detenido

En el cuarto cuyo adorno

Solo pudo vuestro ser?

¿Quién hay que pueda saber

Lo de la sala y el torno,

La industria ingeniosa y nueva

De entregarme á mi criado,

El hospicio regalado

De quien sois ilustre prueba,

Los dos papeles discretos

Al paso que misteriosos,

Que me intiman amorosos

La guarda destes secretos,

La afable serenidad

Que cuando libre salí,

En vuestro semblante vi,

Y luego....?

CLEMENCIA.

Tened, parad;

Que vais confundiendo cosas

De algun frenesí compuestas.

¿Qué torno ó salas son estas?

¿Qué prisiones misteriosas?

¿Qué robador? ¿qué criado?

Don Gabriel, ¿estáis en vos?

DON GABRIEL.

No sé, señora, por Dios;

Debo de haber soñado

Si secretos que sabeis,

Esos mismos extráñais,

Si tantas señas negais,

Y conmigo os ofendeis

Porque con vos me disculpo,

Mucho os debe de importar

El verme desatinar.

Mi atrevida lengua culpo;

No se trate mas en esto.

CLEMENCIA.

¿Yo á vos dos papeles? ¿Yo

Joyas robadas? ¿Quién vió

Frenesí tan manifiesto?

DON GABRIEL.

Ilusion debió de ser.

CLEMENCIA.

¿Hacia qué parte de casa

Caé el cuarto donde pasa

Tanto engaño? ¿En qué mujer

Sospechais que pudo haceros

Burlas que fingiendo estáis?

DON GABRIEL.

Si á vos misma os preguntais,

Podréis por mi responderos;

Que yo no oso declararlo.

CLEMENCIA.

¿Un torno decís que habia

En la sala que os tenia

Preso?

DON GABRIEL.

Debí de soñarlo.

CLEMENCIA.

Enseñad los dos papeles

Que esa dama os escribió.

DON GABRIEL.

Señora....

CLEMENCIA.

Mándoslo yo.

DON GABRIEL.

Los bien nacidos son fieles.
Mientras no tenga evidencia
De que vos la beldad fuistes
Que estas cosas dispusistes,
Bien podrá vuesa Excelencia
Con mi muerte en su rigor
Experimentar aprietos:
Mas no saber los secretos
Que hacen prueba en mi valor.
Morir honrado, eso sí;
Manchar mi fama, eso no.

CLEMENCIA.

¿Y os persuadís á que yo
La dama encubierta fui
Que quiso experimentar
Con traza y modo tan nuevo
Vuestro ingenio?

DON GABRIEL.

No me atrevo,
Por no ofenderos, á hablar.

CLEMENCIA.

Acabad, no me enojeis:
Este es mi gusto; que intento
Saber con qué fundamento
De los discursos que hacéis
La persona adivinai.
Que os obliga á amar por señas.

DON GABRIEL.

No son, señora, pequeñas
Las que en ese papel dais,
Aunque me arriesgue á arroja me
En tal golfo.

CLEMENCIA.

¿Quereis bien,
En fin, sin saber á quién?

DON GABRIEL.

¿De qué sirve examinarme
En cosas que vos sabeis.
Y yo nunca he de deciros?

CLEMENCIA.

¿Que podais vos persuadirlos
A que yo os amo! ¿No veis
Que siendo Enrique mi igual,
Y vos extraño....?

ESCENA VI.

UN PAJE. — CLEMENCIA, DON GA-
BRIEL.

PAJE.

Madama,
A vuestra Excelencia llama
El Duque mi señor.

(Vase.)

CLEMENCIA.

Mal

Vuestras señas conjeturan;
Examinadlas mejor.
A Carlos le debo amor;
Los servicios me aseguran
De Enrique; estad advertido,
Ya que os habeis empenado,
En que no todo llamado
Alcanza ser escogido,
Y que arduos ingeniosos,
Joyas poco defendidas,
Prisiones favorecidas,
Papeles dificultosos,
Torno, salas y ocasiones,
Son exámenes discretos
De vuestro ingenio y secretos:
Id averiguando acciones,
Y advertid, si imagináis
Que de lo que ha sucedido,
Yo, Gabriel, la autora he sido,
Que acertais y no acertais.

(Vase.)

ESCENA VII.

DON GABRIEL.

¿Cómo si acierto, no acierto?
¡Válgate Dios por mujer!
Otra vez me vuelvo á ver
En el golfo y en el puerto:
Otra vez confuso advierto
La paradoja importuna
De mi equivoca fortuna.
No hay que dudar, Clemencia es
La que es una de las tres,
Y de las tres no es ninguna.
Acertar y no acertar,
¿No es lo mismo? ¿De qué suerte
Será posible que acierte
En lo que es forzoso errar?
Si por señas he de amar,
Que Clemencia me ama es cierto.
¡Ay cielos! sueño despierto,
Pierdo cuando estoy ganando,
Soy lince, y á oscuras ando,
Y en fin, acierto y no acierto.

ESCENA VIII.

CARLOS.—DON GABRIEL.

CÁRLOS.

Gabriel, Beatriz celosa
Merece por discreta, por hermosa,
Ocupar mis desvelos
En tierna suspension, no en darla celos.
Mas si á Clemencia miro,
Olvidando á Beatriz, luego retiro
El primer pensamiento,
Y de no darla el alma me arrepiento.
Inclíname Clemencia,
Móvil de mis sentidos su presencia,
Y loco en este empleo,
Della me aparto, y á su hermana veo,
Que volviendo á rendirme,
Culpa mi poca fe de poco firme;
Y entre las dos perdido,
En círculo mi amor desvanecido,
De mis deseos esclavo,
Vuelvo ciego á empezar por donde acabo.
¿Qué haré cuando navego [bo.
Entre Scila y Caribdis?

DON GABRIEL. (Ap.)

Mal un ciego,

Si no es que desvaría,
A otro ciego serviré de guía.

CÁRLOS.

¿Qué dices?

DON GABRIEL.

Que si adora

A tu Beatriz el Rey, y te enamora,
Como dices, Clemencia,
Sigas tu inclinación y su obediencia.

CÁRLOS.

¡Ay, cielos, que te engañan
Quimeras que mis penas enmarañan!
A instancia solo mía
El desposorio estorba; mi porfía
Y el amor que me tiene,
Hizo escribir la carta que previene
En mi nuevos desvelos.
¡Plugiera á Dios que el Rey me diera ce-
con Beatriz! que á Clemencia [los
Me obligara á olvidar su competencia.
Mira, español discreto,
Amor sin competir pierde el afeto
Con que se perficiona:
Con celos sus quilates proporciona.
Si á Clemencia ama Enrique,
¿Qué mucho que celoso sacrifique
Mi gusto á sus deseos?
En lo fácil amor no logra empleos.
Beatriz no tiene amante
Que en su favor feliz se me adelante;
Por esto en su belleza,

Con ser tanta, se engendra mi tibieza.
Pienso yo (y es sin duda)
Que si de objetos mi esperanza muda,
Es porque en mi deseo,
Sin ser difícil, á Beatriz poseo,
Y que en otro empleada
Clemencia, cuanto mas dificultada,
Es mas apetecida;
Que amor con imposibles cobra vida.
Ven acá, haz una cosa,
Y encenderásme tú en Beatriz hermosa.
Dame con ella celos.

DON GABRIEL.

¿Qué dices, gran señor?

CÁRLOS.

En ti los cielos

Gracias depositaron,
Gabriel, que mis deseos envidiaron:
Digno eres que compitas
Con sugeto mayor.

DON GABRIEL.

Desacreditas

Tu discreción con eso.

CÁRLOS.

Tú eres mi amigo fiel, yo estoy sin seso;
Finge que enamorado
De Beatriz, y en España potentado,
Por verla, te humillaste
A servirla, y tus prendas disfrazaste.
Si en mi amistad apoyas
La tuya, Don Gabriel, daréte joyas
Con que este engaño ostentes,
Y allanes dadivoso inconvenientes.
Reparte, desperdicia,
Gasta Alejandro, colma la codicia
De avaros medianeros;
Que las alas de amor son los dineros.
Doradas flechas tira;
Yo apoyaré industrioso tu mentira.

DON GABRIEL.

Vaya, pues tú lo quieres;
Mas no formes de mí, cuando me vieres
Por tu gusto empeñado,
Quejas que den tormento á tu cuidado.

CÁRLOS.

No has de amarla de veras.

DON GABRIEL.

No, que son mis lealtades verdaderas,
Puesto que amor, que es loco,
Acaba en mucho, aunque comience en
[poco.

CÁRLOS.

Vén, que no me fiara
De tí, si en tu lealtad no edificara
La máquina presente.
Tengo amor yo á Beatriz perfectamente;
Que en tu amistad presumo
Que si el azogue se resuelve en humo,
Después que el oro afina;
Amor que con los celos se examina,
Sabrá apartado dellos,
En humo como azogue resolvellos.

DON GABRIEL.

El que en azogues trata,
Si no la vida, su salud maltrata;
Pues tal vez le sucede
Que con temblores del azogue quede,
Y otro se lleve el oro.
Teme el riesgo, señor, que yo no ignoro;
Pues dice un avisado
Que es todo uno, celoso y azogado.
(Vase.)

ESCENA IX.

ARMESINDA.

El amor y la sospecha
Nacieron en una casa:
Ciego aquel, todo lo abraza;
Lince esta, todo lo acecha.
Después que mal satisfecha
Miro acciones

Deste español, mis pasiones
Conjeturan
Que ausentes penas le apuran
La paciencia que retira
Al alma. A solas suspira;
Suspensiones le procuran
Enajenar de beldades,
Que usurpando voluntades,
Materia dan á desvelos,
Porque sin amor y celos,
Nadie busca soledades.

¡Hablando siempre entre sí
Quié-n lances de amor ignora?
No es posible: luego adora.
¿Dónde, pues, si no es aquí?
Será en su patria (¡ay de mí!)
Que entre engaños
Lloran mis primeros años
Competencias
Que disfrazan apariencias,
Y en tan riguroso extremo,
Temiendo, no sé á quién temo!
Amo aquí, y envidio ausencias,
Que ocultas muerte me den:
¿Quién quiso hasta ahora bien,
Que á comparármese venga?
¿Ni quién ¡cielos! hay que tenga
Celos sin saber de quién?

ESCENA X.

MONTOYA.—ARMESINDA.

MONTOYA. (Sin ver á Armesinda.)

Cuanto sueño, cuanto miro
Desde la noche pasada,
Se me antoja chimeneas,
Guindaletas, tornos, trampas,
Aventuras, estantiguas,
Monjas, jayanes, fantasmás,
Quintas, castillos, quimeras.
¡Válgate el diablo la casa!

ARMESINDA. (Ap.)

Este sirve á Don Gabriel,
Y trayéndole de España,
Sabrá quién es la belleza
Que ausente tan mal le trata:
Informarme dél pretendo.

MONTOYA.

Al rededor se me anda
Cuanto topo, cuanto piso;
Garatufas, musarañas
Me parece cuanto veo.

ARMESINDA.

¡Hola!

MONTOYA.

Vuexcelencia añada
Dos *eles* y una *a* al tal ola,
Vendrème á llamar *Olalla*.

ARMESINDA.

¿A quién servís?

MONTOYA.

Pues yo ¿sélo?
Cristiano soy por la gracia
De Dios; servirle á él,
Y después de Dios al Papa
Que en su Iglesia vicariza.
Y tras este al rey de España,
Hasta tener lamparones
Que me cure el rey de Francia;
Luego á Don Gabriel Manrique,
A quien en palacio embauca
Un duende monjitornero,
Que invisible nos regala.

ARMESINDA.

Venid acá.

MONTOYA.

Estoy venido.

ARMESINDA.

¿Sabréis decirme la causa
Que tanto melancoliza
A vuestro dueño?

MONTOTO.

¿No basta
A entristecer cuatro bodas
Una noche toledana,
Un torno tras un torneo,
Una maleta mamada,
Una cena por tramoya.
Tres billetes y dos camas?

ARMESINDA.

¿Qué decis? ¿estáis en vos?

MONTOTO.

Debo estar en Guateniala,
Y mi dueño en Guatehuena;
Despertadme vos, madama,
Tirándome las narices.

ARMESINDA. (Ap.)

Este es loco.

MONTOTO.

¿Sois la infanta
Lindabrides, á lo Febo,
A lo amadisco, Oriana,
Gridonia, á lo Primalcon,
Micomicona, á lo Panza,
O á lo nuevo quijotil,
Dulcinea de la Mancha?
¿Qué desmesura vos puso
En tanta cuita? ¿Qué fadas,
Qué Artus encantadero
Tal fermosura maltrata?
¿Quién vos hizo tuerto ó bizco?
¿Mal haya el torno, mal haya
El sortijo de Bruncelo,
Si quien vos busca no os halla!
No os le volvais á la boca.

ARMESINDA.

Hombre, ¿sabes con quién hablas?

MONTOTO.

Con Angélica la bella,
Tan bella como bellaca;
Si no digalo Medoro,
Aquel morisco sin barbas,
Que diz que la hizo dueña
En una choza de paja.

ARMESINDA.

Descortés, descomedido....

MONTOTO.

Si se ensuegra, si enmadrasta
Porque esta nigromancia
La trampea lo que pasa,
Oiga verdades tan puras,
Que no tienen pizca de agua,
Porque á tener media gota,
Nunca yo se las contara.
Vive Dios, que está mi seso
Con todas las zarandajas
De cuerdo á prueba de brujos,
Que nos hacen garambainas.
Va de cuento: mi señor
(Después de las alabanzas
Que en el sarao y torneo
Le dieron duques y daifas),
Sin comunicar conmigo
Secretos (que me los guarda,
No sé yo con qué conciencia,
Siendo toda su privanza),
Sin chistárselo á persona,
De noche ensillar me manda,
Y dejando estos países,
Iba á enfardelar á Holanda.
Brindóle el sueño, dos millas
Desta selva encantusada,
Que á esta quinta, ó á esta sexta
Sirve de sombra ó guirnalda;
Y apeándose en su centro,
Mientras convida á ensalada
A nuestro frison la yerba,
Perreñil de la cebada,
Recostado en el cojín,
Y yo dormido en estatua
(Quiero decir, como grullo),

La luna entre yema y clara,
Le hurta un hombre la maleta.
Corre en su alcance, la espada
En *puribus*, por el bosque;
Y yo abriendo las pestañas,
Oigo cuitas del rocín,
Cuarteado de dos maulas.
Quise desfacer el tuerto;
Pero por detrás me agarran
Dos Galalones monsiures:
Ojos y boca me embargan,
Y sin decir chus ni mus,
Las manos á las espaldas,
En la silla atado el cuerpo,
Y en Sansueña presa el alma,
A oscuras corro la posta,
Hasta que después me alajan,
Luego á un tejado me suben,
Y al cabo desto, me envainan
Por un esmeril de yeso,
Guiándome hasta una sala,
Sin haberse otra vez visto
Lacayo por cerbatana.

Conocimónos á ciegas
Mi dueño y yo, y á mi instancia
Desencordelado el cuerpo,
Las lumbreras me destapa;
Pero entrambos tan á oscuras
Como antes, porque la cuadra,
Avarienta de un candil,
Sin luz nos desatinaba.
Alternábamos á versos
El y yo nuestras desgracias,
Con temor de otras peores,
Y hétéle que á un torno llama
No sé quién; fuimos á tiento,
Y respondiendo *Deo gratias*,
Se nos vuelve el bofetón,
Y sin hablarnos palabra,
Nos presenta dos bujías
Encendidas y una carta,
Con papel, pluma y tintero.
Mi dueño de mí se aparta;
Leyó para sí el billete:
Treinta veces le repasa,
Santiguando el frontispicio;
Preguntóle el porqué, y calla;
Mas respondiendo con otro,
Vuelve la atahona, y halla
Tercer billete, y con él
Una pródiga canasta
De potable y comestible.
Gozamos de la abundancia,
Y acostándonos repletos
En dos magníficas camas,
Despertamos á las trece.
Hallamos la puerta franca,
Y atravesando salones,
Dignos todos de un patriarca,
Nos hallamos á la vista
De tres duques, tres madamas
Y tres mil encantamientos.
Esto, en suma, es lo que pasa,
Y lo que yo alcanzar pude:
Juzgue ahora, siendo alcaldía,
Si es maravilla que crea
Que de Medusas y Urgandas
Está este palacio lleno,
Y que alguna nigromanta
Enmaga con su hermosura
A cuantos viven en casa.

ARMESINDA.

A no teneros por loco,
Y juzgar que disparatán
Vuestros discursos enfeñados,
No sé lo qué maliciara
De todas esas quimeras.

MONTOTO.

Voto á toda una semana
De fiestas y de domingos,
Aunque entre en ellos la Pascua,
Que es lo que digo tan cierto

Como que hay bellezas calvas
Que se solapan con moños,
Que hay títulos con mohatras,
Que hay doncelleces con hijos,
Que hay tintoreros de barbas,
Y que hay dientes de alquiler,
Que se mudan.

ARMESINDA.

Basta, basta.

En fin, ¿á vos os trajeron
A un cuarto de nuestra casa,
Y á vuestro señor también,
Por engaño?

MONTOTO.

Por fayanzas
Nocturnas y encantatrices.

ARMESINDA.

¿Pues qué hizo entonces la espada
De vuestro dueño, que ociosa,
De dos hombres no os libraba,
Siendo español tan valiente?

MONTOTO.

Pues contra encantos; hay armas
Que defiendan á un Golias?

Quando se le antoja, saca
Un libro enano del seno
El nigromante ó la maga,
Y en leyendo dos renglones,
A pares los grifos bajan
Que desmayan Palmerines,
Y los llevan en volandas.
A la isla de las Lechuzas.
Poco sabe de las chanzas
De un Frison encantador
Contra principes de Janja

ARMESINDA.

¿Torno la pieza tenía?

MONTOTO.

Mantería y torneaba,
Pues, á las tres torneaduras,
Cena nos dió torneada.

ARMESINDA.

¿Y no sabéis, en efeto,
Lo que contienen las cartas,
O papeles?

MONTOTO.

Pretendilo;

Pero sacando la daga
Contra mí (mal le conoce),
Me echó mucho enhoramala;
Que para vuesa Excelencia
No hay secreto de importancia
Que le reserve mi boca.

ARMESINDA.

Cosas me contais extrañas.
Recibid esta cadena.

MONTOTO.

¿Para qué?

ARMESINDA.

Para trocarla

Por un secreto que intento
Fiaros.

MONTOTO.

¿Cadena? ¿Guarda!

Non fago yo esas sandeces.

ARMESINDA.

¿Porqué?

MONTOTO.

Temo, siendo maula,
Que en carbon me la convirtan
Los duendes desta posada.

ARMESINDA.

Bueno está ya de locuras:
Acabad.

MONTOTO.

Tómola. Vaya

De interrogacion agora.

ARMESINDA.

¿A quién, decid, en España

Tuvo Don Gabriel amor?

MONTOYA.

Una niña toledana
Sospechamos que le puso
Tal vez silla, y tal albarda,
Los que andábamos con él.

ARMESINDA.

¿Que lo sospechaste?

MONTOYA.

Guarda

Mi señor tanto secreto,
Que con darnos leche un ama
Y fiarme la despena,
No me fia una palabra.
Pero como Amor es niño,
Y los niños nunca callan,
Sacamos por los gorjeos
Quién es á quien dice mama.

ARMESINDA.

¿Y quién era la dichosa?

MONTOYA.

Era y es una Gerarda,
Digna de todo un cabildo
De Piramos.

ARMESINDA.

¿Muy bizarra?

MONTOYA.

Tan bizarra y gentil-hombra,
Que á no ser desmantelada
Con guaranicioncs de fria
Entre desaires de larga
Y presunciones de hoba,
Pudiera ser archidama.

ARMESINDA.

Pintádmela, si sabeis.

MONTOYA.

Va de pintura en estampa.
Semirubia de cabellos,
Frente desembarazada,
Cejas buenas, ojinegra
(Ya no se usan ojizarcas).
Puesto que eran mas ojeles
Que ojales las luminarias
Por lo pequeño y redondo,
Que en las hermosas se rasgan.
Las mejillas, por extremo,
Ni bien marmol, ni bien gran,
Mezcla si de las dos sierras,
La Bermeja y la Nevada.
En proporción las narices,
Ni juchizantes, ni chatas,
Ni nabo por corpulentas,
Ni alcaza por afiladas.
Bacunos labios, malos dientes,
Porque aunque era su tez blanca.
A caballo unos sobre otros,
Tanti-cuanti moriscaban.
La garganta, cuelli-erguida,
Cándida, gruesa, torneada,
Y tal que hiciera yo un Júdas,
A haber saucos gargantas.
Las manos, no hay que pedir
En ellas porque no daban,
Puesto que ambas recibian,
Y eran muy hermosas ambas.
Privilegiado de cuartos
El tallazo; mas avara
En las obras que en el cuerpo.....
Lo demas, el argonauta
De tal golfo, que le pinte,
Si hay quien tenga dicha tanta
Que mida con la experiencia
Los grados del dicho mapa.

ARMESINDA.

¿Quiso á vuestro dueño mucho?

MONTOYA.

Quiso á muchos, que mudaba,
Como si fueran camisas,
Y es á tres cada semana.

ARMESINDA.

¡Válgame Dios! ¡mujer leble,
Y tan fácil!

MONTOYA.

Suspiraba
Por lo ido, y lo venido
La daba al momento en cara.

ARMESINDA.

¿Y por qué vuestro señor
Se ausentó?

MONTOYA.

Porque esta daifa,
Dicen que escribió contra él
A nuestro rey quejas falsas;
Y Don Gabriel, por servirle,
Cuando vió que desecaba
Rempujarle, puso tierra
En medio.

ARMESINDA.

¿Fineza extraña!

MONTOYA.

Dióle al partirse unas joyas,
Pesarosas desto; tanta
Es su variedad!

ARMESINDA.

¿Por qué

Se partió, si le llamaba,
Y á su amor se reducía?

MONTOYA.

Por haber dado palabra
De acompañar nuestro duque,
Y por ver si la mudanza
Hace en él de las que suele,
Que esta es general triaca.
Esto sospéchoho yo;
Que como á puerta cerrada
Pudre Don Gabriel secretos,
Y ninguno los alcanza,
Hablo á tienta en sus amores.
Lo que me pesa, madama,
Es que volaron las joyas.

ARMESINDA.

¿Cómo?

MONTOYA.

En la maleta estaban
Que nos garmió el haudolero

ARMESINDA.

¿Eran ricas?

MONTOYA.

Empeñadas
De diamantes, mas que un trillo.

ARMESINDA.

Que, en efecto, no os engaña
Lo de la prision y el torno,
Confusiones y desgracias?

MONTOYA.

Por Dios...

ARMESINDA.

Ahora bien, yo quedo
Satisfecha y informada
(Aunque en confuso) de cosas
Que os han de ser de importancia,
Si sabeis guardar la lengua.

MONTOYA.

¿A mí?

ARMESINDA.

A vos. No digais nada,
De lo que vos me habeis dicho,
A vuestro dueño.

MONTOYA.

Me tapa

Los labios esta cadena.
Vuescencia, pues es sabia,
Calle tambien y averigüe;
Porque si mi amo alcanza
Que me deslicé, no doy
Por mi vida una castaña.

(Vase.)

ESCENA XI.

ARMESINDA.

Amor, ¿qué es esto que ois?
¿Quién, decid, os dificulta?
¿Quién, competidora oculta,
Celos os da y los sufris?
Si con ellos presumis
Crecer, crecerá la pena
Que esperanzas enajena,
Pues temo ¡congoja extraña!
Una enemiga en España,
Y otra invisible en Lorena.
Aquella ausente me abrasa,
Esta presente me enciende;
Pero ¡ay Dios! que mas ofende
El enemigo de casa.
Con Carlos Beatriz se casa,
Porque en él logra su amor,
Aunque un Rey competidor
Se le opone, que no estima:
Luego no es Beatriz mi prima
Quien motiva mi temor.
Clemencia desta quimera
La autora ha venido á ser,
Porque con menos poder,
¿Quién á tanto se atreviera?
Sospechas, echemos fuera
Temores, y avrigüemos
Sutilezas que estorbamos
Con industrias que oprimamos;
Y porque las conseguimos,
Las suyas desbaratemos.

ESCENA XII.

FELIPO, CARLOS, ENRIQUE, DON
GABRIEL, BEATRIZ, CLEMEN-
CIA.—ARMESINDA.

BEATRIZ.

Vuestra Excelencia, señor,
No ha de usar hoy de la ley
De padre conmigo: el Rey
Logre en iguales su amor:
Que esta vez yo he de lograr
Las de mi libre albedrío.
No apetezco señorio
Que á título de reinar,
Superioso me lastime
Y me ame con presuncion:
Hecha tengo ya eleccion
De quien templado me estime,
Y no ofenda mi respeto.
Amor busco, no poder;
Esto, señor, ha de ser:
Entiéndame el mas discreto. (Vase.)

CÁRLOS. (Ap.)

Por mí lo dijo. ¿Hay amor
Semejante? Adoraréla;
Por mí sol respetaréla,
Por la firmeza mayor
Que jamas vió el interes.
Mi mudanza ha sido loca.
Voy á que estampe en mi boca
Los vestigios de sus pies. (Vase.)

ENRIQUE. (Ap.)

¿Mas si madama Beatriz,
Castigando la mudanza
De Carlos, me da esperanza
De ser mi dueño? ¡Feliz
Truco, si en él me prometo
Tal dicha! Voy á saber
Si llegándola á entender,
Vengo á ser el mas discreto. (Vase.)

FELIPO. (Ap.)

Que un rey desprecie por Carlos!
Pero sí, que en sus empleos
Su amor empuñó deseos
Y sienta en mí el malograrlos.
El Rey es prudente y justo;
Ni yo me atrevo á intentar

Que se case á su pesar,
Ni él querrá mujer sin gusto. (Vase.)

ESCENA XIII.

ARMESINDA, CLEMENCIA, DON GABRIEL.

DON GABRIEL. (Ap.)

Estas señas interpreto,
Aunque loco, en mi favor:
Permítidme agora, amor,
Presumirme el mas discreto.
¿Risa ayer, cuando lloraba
Con Carlos, y enigmas hoy?
Mas si de Clemencia soy,
Si no há media hora que acaba
De darme señas escritas,
¿Qué intentas, soberbia vana?
A Carlos quiere su hermana;
¿Para qué me precipitas?
¿Cuándo, amor, me has de sacar
De tanto golfo cruel?

CLEMENCIA.

¿Qué tal os va, Don Gabriel,
(Pasando junto á él disimulada, y habiéndole aparte.)

De acertar y no acertar?

DON GABRIEL.

Mal, pues cuando conjeturan
Discursos que me atormentan,
Hallo señas que desmientan
Las señas que me aseguran.
Riense de un ignorante,
Gran señora, como yo...
(Disimuladamente deja ella caer un
guante en el suelo, y levántale él.)

Mire que se le cayó
A Vueselencia este guante.

CLEMENCIA. (Tomándole desdeñosa.)
¿Qué decís?

DON GABRIEL.

Se le ha caído,
Y alzándole yo, pretendo
Con él...

CLEMENCIA.

O yo no os entiendo,
O vos no sois entendido. (Vase.)

ESCENA XIV.

ARMESINDA, DON GABRIEL.

DON GABRIEL. (Ap.)

¡Gracias á Dios, experiencia,
Que de dudas me sacais!
¿Para qué filosofais,
Temores, en la evidencia?
Esto está ya averiguado.

ARMESINDA.

La toledana es hermosa,
(A él como que va á entrarse.)

Puesto que ni muy airosa,
Ni muy firme: hanme agradado
Las joyas, pero no el brio
Ni el alma de la Gerarda;
Que aunque en el alma gallarda,
Hiela á España por lo frío.
Tiene partes excelentes,
Puesto que la gracia es poca;
Que es gran defecto en la boca
Tan mal avenidos dientes.
Lo que yo afirmaros puedo,
Que en el alifio y adorno
Puede obligar la del torno
A olvidar la de Toledo. (Vase.)

ESCENA XV.

DON GABRIEL.

¿Señas nuevas? ¡Vive Dios,
Que se han las tres concertado

A enloquecerme! Cuidado,
Si confuso entre las dos,
Quieres que el seso las rinda;
Con tres ¿qué hará mi paciencia?
¿Señas Beatriz y Clemencia?
¿Señas también Armesinda?
¿Burlarme intenta cada una;
Solucion del enigma es,
Pues son mis damas las tres,
Y de las tres no es ninguna.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CLEMENCIA, ENRIQUE.

CLEMENCIA.

Mi hermana me dijo á mi
Que interpretando razones
De contrarias intenciones,
La amais.

ENRIQUE.

Es, señora, así;
Que como Carlos procura
Con cartas, mas negociadas
Que por el Rey deseadas,
Desbaratar mi ventura,
Y no lo repugnais vos,
Hallo en vuestro desengaño
El remedio de mi daño;
Y compitiendo los dos,
Me parece que es prudencia
(Antes que en celos me ofusque)
Que en madama Beatriz busque
Lo que pelagra en Clemencia.

CLEMENCIA.

Cuando él, Duque, os compitiera,
Y entrada en mi pecho hallara
Que el paso os dificultara,
¿Mejor salida no fuera
(A ser amante de ley)
Sus ardidés desmentir,
Que por Beatriz competir
Con un infante y un rey?
Confesarlo así es forzoso.
En efeto, haceis alarde
De ser el primer cobarde
Que se retira celoso;
Aunque os tendréis por feliz
Si en tan loca competencia
Sois tímido por Clemencia,
Y animoso por Beatriz.

ENRIQUE.

Cuando yo no interesara
Mas medras de mis intentos
Que el causaros sentimientos
Con que mi amor se repara;
Fué ardid, señora, discreto
Fingir haceros agravios;
Que tal vez suelen ser sabios
Los celos. Mostré, en efeto,
Que á vuestra hermana servia,
Y fué admirable mi aviso,
Pues mi amor por su orden quiso
Probar lo que en vos tenia.
Ya que lo sé, á vuestros pies,
Dándos gracias, perdon pido;
Sosegad vos mi sentido,
Porque os ame mas despues.
¿De veras que no estimais
A Carlos? ¿que os resistís?
¿Que, en fin, cuando me admitís,
Sois mujer, y no os mudais?

CLEMENCIA.

Mi inclinacion no consiente
Mudanzas; que la firmeza
Es en mí naturaleza,
Si en las otras accidente.
Yo quise desde el instante

Que di principio al querer
A quien mi esposo ha de ser,
Y nunca mudé de amante.
Carlos (desvanecida ó no
Promesas á su cuidado)
Persona trae á su lado
Que en mi pecho despertó
Desvelos de mas momento.

ENRIQUE.

¿Cómo es eso?

CLEMENCIA.

¿Qué temeis?

A Don Gabriel le debeis
Amistades, que si os cuento,
Dudaréis satisfacerlas
En llegando á ponderarlas:
El principio de pagarlas
Es, Duque, el agradecerlas.
Haceldo así; que él ha sido
A quien fe mi pecho da.

ENRIQUE.

¿A Don Gabriel?

CLEMENCIA.

El será,
Si me entiende, preferido
A muchos.... Quiero decir,
En materia de consejos.

ENRIQUE.

Estaba deso tan lejos,
Viéndole á Carlos servir,
Que aunque me lo certifique
Vuestro crédito, y sea así....

CLEMENCIA.

Cada cual hace por sí
Antes que por otro, Enrique.

ENRIQUE.

Pues él en eso, ¿qué hace
Por sí? ¿qué es lo que medró?

CLEMENCIA.

¿No es el amigo otro yo
Que á dos almas satisface
Con sola una voluntad,
Si á un mismo fin se encamina?

ENRIQUE.

Ansí es bien que se difina
El amigo.

CLEMENCIA.

¿Y su amistad

No puede ser tal con vos,
Que se verifique en él
Tal fineza?

ENRIQUE.

¿Don Gabriel
Contra su dueño? Por Dios,
Que ha de quedar asombrado
Quien tal imposible oyere.

CLEMENCIA.

Cuanto mas por vos hiciere,
Os tendrá mas obligado.

ENRIQUE.

Poco abona su opinion
Quien esa cuenta da della.

CLEMENCIA.

Como por eso atropella,
Si es viva una inclinacion.
Experimentad la mía,
Disculpando á Don Gabriel,
Que yo os juro que por él
Dejara una monarquía.

ENRIQUE.

¿Cómo por él?

CLEMENCIA.

¿Pues no debo
La herencia casi de Francia
Con el de Orleans, á su instancia?
Inclínome á su consejo,
De suerte, Duque, os prometo,
Que toda mi libertad
Pende de su voluntad

ENRIQUE.

El español es discreto,
Y si yo alcanzo por él,
Que os incluíais á mi amor,
Le seré eterno deudor.

CLEMENCIA.

Id, Enrique, hablad con él;
Experimentad verdades
Que antes de mucho admiréis;
Solicitalde, y veréis
Prodigios entre amistades,
Que no poco han de importaros.
Decid que siga la traza
Que amor y su ingenio enlaza;
Que alguna vez saldrán claros
Los cielos, hasta aquí oscuros,
Pues para los animosos,
Principios dificultosos
Prometen fines seguros:
Y que esto le aviso yo
Para vuestro buen suceso.

ENRIQUE.

¿Pues no sabré yo algo deso?

CLEMENCIA.

Por agora, Enrique, no.

ENRIQUE.

¿Pues es razon que el tercero
Alcance mas que el amante?

CLEMENCIA.

El medio que es importante
Para los fines que espero,
Con vos me requiere muda,
Y toda lenguas con él:
Si os regis por Don Gabriel,
Presto saldréis desa duda;
Que hemos dispuesto los dos
Cierta traza sin testigos.
Con que que-deis muy amigos
Mi padre, Carlos y vos.
Solo este fin me reporta
En los labios el secreto:
Vos veréis, Duque, en efeto,
Lo que á los dos nos importa.

ENRIQUE.

Alto: si por Don Gabriel
Se han de alianar competencias,
Voy á alentar sus agencias.

CLEMENCIA.

Nuestro amor estriba en él.
Díreisle, pues le confío
Que os industrie y aconseje,
Que por señas no lo deje.
Pues hartas con vos le envío.

ENRIQUE.

Obedecer y callar.
Voy.

CLEMENCIA.

¿Ois? Y que en los dos
Sabrá aquello, yendo vos,
De acertary no acertar. (Vase Enrique.)

ESCENA II.

CLEMENCIA.

Confuso parte. No es mucho
Que si imita mis acciones,
Participe confusiones,
Cuando yo con tantas luchó.
Si señas tienen de ser
Del gallardo español prueba,
Señas Enrique le lleva
Con que me pueda entender.
¿Qué modo hallara yo agora
Para sosegar desvelos,
Y conocer de mis celos
La oculta competidora?
Si yo conociese el dueño
Que inadvertida perdí
El papel que ocasionó
Los riesgos en que me empeno,

Facilitara el cuidado
Que confusa dificulto;
Porque el enemigo oculto
Mas daña que el declarado.
Ahora bien, aquí le hallé;
Vuélvome al mismo lugar;
Que escondida he de sacar
Quién la perdidosa fué.

(Echa el papel en el suelo.)

Dudo en mi hermana y mi prima,
Si bien con mas fundamento
En la segunda; mi intento
A nuevas cosas me anima.
Cualquiera que pase dellas,
En viéndole le ha de alzar;
Y si le perdió, ha de dar
Muestras de gusto, y por ellas
Quedaré informada yo.
Las dos estaban agora
En esa cuadra; no ignora
Trazas quien celosa amo.

ESCENA III.

FELIPO.—CLEMENCIA

FELIPO.

Clemencia, de tu eleccion
Pende la paz de mi estado:
Palabra á Enrique le he dado;
Carlos te tiene atencion;
Ama á Beatriz el de Francia;
Ya tú sabes su poder:
Consultar es menester
Cosas de tanta importancia.
De tu entendimiento fio
Riesgos que á tu arbitrio dejo.

CLEMENCIA.

En el tuyo mi consejo.
Siendo tuyo, será mío.

FELIPO.

Vén, y estudiemos los dos
Lo que se ha de hacer en esto.

CLEMENCIA. (Ap.)

¿Hay estorbo mas molesto
Que el presente? Ciego Dios,
Mal podréis averiguar
Quién es mi competidora,
Si dejo el papel agora.
Y me obligan á ausentar.
¿Alzarle? Pero no:
Que si mi padre lo ve,
El crédito arriesgare.
Que mi recato ganó.
¿Qué he de hacer? Poco dichosa
Soy en amores.

FELIPO.

¿No vienes?

CLEMENCIA.

Sí, señor.

FELIPO.

Discrecion tienes,
Que es milagro siendo hermosa:
Busquemos los dos salida
A confusion tan cruel.

CLEMENCIA. (Ap.)

Volvéos á perder, papel;
Que mas que vos voy perdida. (Vanse.)

ESCENA IV.

BEATRIZ.

Perdile, y sin él confusa,
Desvaneczo mi sentido.
¿Si acaso se me ha caido
Por aquí? No tiene excusa
Mi descuido. Echéle menos
Agora: guardéle aquí.
(Señalando la manga.)
No sé cuando le perdí;
Sé mi desgracia á lo ménos.

¿Si le halló mi padre? ¡Cielos!
¿Si alcanzó á saber por él,
Con riesgo de Don Gabriel,
Mi osadia y sus desvelos?
Negaré disimulada,
Aunque la vida me cueste.
¿Mas válgame Dios! ¿no es este?

(Alzale.)

¿Ay prenda tan mal guardada,
Cuanto con gusto adquirida!
No saldréis mas de mi pecho.
¿Qué de agravios que os he hecho!
¿Vos seais bien parecida.
Cuando agora por aquí
Con Armesinda pasé,
Se me cayó; ya podré,
Temores, volver en mí.

ESCENA V.

CARLOS, DON GABRIEL. — BEATRIZ.

CARLOS. (Hablando aparte con Don Gabriel á la puerta.)

Yo sé que dándome celos
La he de volver á adorar.

DON GABRIEL.

Tu extraño modo de amar
Tendrá pocos paralelos.

CARLOS.

Gabriel, madama está aquí.

DON GABRIEL.

Comencemos tu quimera:
Yo la llevo á hablar.

CARLOS.

Espera;

Déjame primero á mí
Que con ella te introduzga,
En España poderoso:
Quellaréme celoso
Porque á tu amor se reduzga,
Y tú despues llegarás.

DON GABRIEL.

Voyme, pues.

CARLOS.

Vé, y vuelve luego.

DON GABRIEL.

Mas que el amor eres ciego.

CARLOS.

¿Qué quieres? no puedo mas.
(Vase Don Gabriel.)

ESCENA VI.

BEATRIZ, CARLOS.

CARLOS.

Madama, si os desobligo,
Y á vuestra hermana pretendo,
Es porque ofendido entiendo
Que truje mi mal conmigo.
Quiero de suerte á un amigo,
Y quereisle tanto vos,
Que puesto que sabe Dios
Lo que me cuesta olvidaros,
No os he de amar, por amaros
Y daros gusto á los dos.

BEATRIZ.

Duque, ¿qué decís? Volved
Por vuestro seso y por mí;
No os precipiteis así,
Y en mas mi opinion tened.
Vuestra mudanza ofendió;
Pero no, Carlos, mi fama.
¿Qué amigo es ese?

CARLOS.

Madama,
No disimuleis conmigo:
Soy de que le amais testigo (1),

(1) Suplido.

Y él correspondiente os ama.
Pródigo intento y cortés
Lograr con él una hazaña;
Tendrá que envidiar España
Desde hoy el valor frances.

BEATRIZ.

Acabemos ya : ¿quién es
Sugeto tan ponderado?

CÁRLOS.

Duque que á Castilla ha dado
Sangre real; duque, en efeto,
De Najara, que en secreto
Es mi igual, y es mi criado.

BEATRIZ.

¡Válgame Dios! ¿Don Gabriel
Es duque? ¿Es tan gran señor?

CÁRLOS.

En los ojos vuestro amor
Os lleva el alma tras él.

BEATRIZ.

A lo ménos, si es mas fiel
Que vos y ménos mudable,
Fuera ingratitud culpable
No amarle, cual presumís;
Mas vos ¿de qué colegís
Defecto en mí tan notable?

CÁRLOS.

(Ap. Mintamos un poco, amor;
Que va hallando esta quimera
Mas celos que yo quisiera.)
Fiado de mi valor,
Hasta el mínimo favor
Me comunica.

BEATRIZ.

En efeto,
¿No hay entre los dos secreto?

CÁRLOS.

A persuadirme se anima
Que fué por él el enigma
De «entiéndame el mas discreto.»
Presentóme por testigo
Del amor que le mostrais,
Señas que disimulaís,
Y él conjetura conmigo.
Si algunas destas os digo,
Ya graves y ya risueñas...

BEATRIZ.

Duque, ¿qué decís de señas?

CÁRLOS.

Señas le apuran el seso.

BEATRIZ.

Pues él ¿alábase deso?

CÁRLOS. (Ap.)

Mentira, en mucho me empeñas.

BEATRIZ.

¿Señas, os ha dicho á vos,
Que en mí alientan su esperanza?

CÁRLOS.

La amistad todo lo alcanza,
Y es mucha la de los dos.

BEATRIZ.

¿Yo señas? (Ap. ¡Válgame Dios!
En hombre que es tan perfecto,
¿Puede caber tal defecto?)

CÁRLOS.

Por él, en fin, determino
Que mude mi amor camino.
Tanto su amistad respeto.

BEATRIZ.

Sois vos todo gentilezas
Que él os podrá agradecer,
Mas no yo, pues llevo á ver
Mi agravio en vuestras finezas.
¿Ay cielos! si da en flaquezas
Como esas, presumiré
Señas que dicho os habrá.

CÁRLOS.

Muchas me contó, aunque oscuras,

Y por esto no seguras,
Que averiguando en vos va.

BEATRIZ.

¿Muchas y oscuras decís?

CÁRLOS.

Todo su pecho me fia.

BEATRIZ. (Ap.)

¿Qué escucháis, desdicha mía?
Necias industrias, ¿qué oís?

CÁRLOS.

Parece que lo sentís,
Como ofendida.

BEATRIZ.

¿Qué mucho,
Si mis desdoras escucho
En quien así os engaño?

CÁRLOS.

O le amais, madama, ó no.

BEATRIZ.

(Ap. ¿Con qué de congojas lucho!)
En fin, ¿es duque?

CÁRLOS.

Y marques

De Aguilar.

BEATRIZ.

No sé qué hiciera
De mi libertad, si fuera
En vez de español, frances.

CÁRLOS. (Ap.)

Alto, celoso interés,
Ya os hizo mi amor lugar.

BEATRIZ.

Pero podréisle afirmar
Que alcanzara ventajoso
Suertes que merece airoso,
Y pierde por no callar. (Vase.)

ESCENA VII.

CÁRLOS.

Buscaban celos mis daños
Que á mi amor diesen desvelos,
Y andando á caza de celos,
Encontré con desengaños.
El que por medios extraños
En nuevos riesgos se arroja,
Cuando coja
El fruto que yo cogí,
Echese la culpa á sí:
Porque siempre el que se ofusca
En peligros que aborrece,
Si desdichas apetece,
Hallará mas de las que busca. (Vase.)

ESCENA VIII.

FELIPO, ARMESINDA.

FELIPO.

Esto es lo consultado
Por Clemencia, y de ti tiene cuidado
De suerte, que te estima
Con afectos de hermana mas que prima.
Condesa de Bles eres;
Si al duque Enrique por esposo adquieres,
Y yo le persuado [res,
Que olvidando á Clemencia trueque es-
Y amor en ti, podemos [tado
Mudar en paces guerras que tememos.

ARMESINDA.

Señor, en Vuecelencia
Libré, muertos mis padres, la obediencia
Que á ellos les debía:
Mi voluntad es tuya mas que mía;
Mas cosas dese porte,
No es justo que la prisa las acorte.
Consultélas despacio,
Pues sobran consejeros en palacio,
Que mirarán prudentes
Si se atajan con eso inconvenientes,

Y yo del mismo modo,
Entre tanto veré si me acomodo
A disponer deseos
Tan libres en mi edad desos empleos.

FELIPO.

Tu discrecion, sobrina,
Merece admiracion por peregrina.
Yo voy á consultarlos;
Tú eres la paz del Rey, de Enrique y Car-
[los. (Vase.)

ESCENA IX.

ARMESINDA.

Examine voluñades,
Y haga Felipo experiencia
Entre tanto que en Clemencia
Mis celos sacan verdades
Si quiere al español mas
Que obedecer á mi tio;
Que despues, pues no soy rio,
Bien puedo volverme atras.

ESCENA X.

BEATRIZ. — ARMESINDA.

BEATRIZ. (Sin ver á Armesinda.)

¿Es posible que tan grave,
Tan cuerdo, tan entendido,
Tan discreto y bien nacido
Cuando lo que importa sabe)
Duque Don Gabriel Maurique,
El secreto encomendado,
Y en fe de noble jurado,
Con Carlos lo comunique?
No, sospechas, no lo creo:
Miente Carlos; conjeturas
Serán las que mal seguras
(Porque mude de deseo)
Le inquietan la voluntad:
Como en mis ojos ha visto
Lo que en la lengua resisto,
Querrá sacar la verdad
Con mentiras que le impone.
Anda el español buscando
Las señas con que le mando
Que sus dichas ocasione;
Ocupa cuando le asisto
Los ojos y el alma en mí;
Y saca Carlos de aquí
(Porque á los dos nos ha visto
Con descuido cuidadoso)
Celos de causas pequeñas.
Mas ¡decir lo de las señas!
Aquí el culparle es forzoso.
Lo mismo que acuso abono;
Y entre el sí y el no confusa,
Hallo el agravio en la excusa,
Y condenando, perdono.

ESCENA XII.

CLEMENCIA. — BEATRIZ, ARME-
SINDA.

CLEMENCIA. (Sin ver á las dos.)

Si Armesinda lleva bien
El dar á Enrique la mano,
Salió mi recelo vano;
Poco mis sospechas ven.
Si rehusa este concierto
Dándose por ofendida,
Don Gabriel la trae perdida,
Y mi temor salió cierto.

ARMESINDA. (A Clemencia.)

Prima, en notable cuidado
Llevo mis aumentos te ven;
Darte puedo el parabien
De consejera de estado.
Tu padre que dificulta
Riesgos que nacen de nuevo,
Me afirma lo que te debo;
Quedaré á tu consulta

Deudora ; que es circunstancia
Mucha que á Enrique se rinda
La libertad de Armesinda ,
Porque Beatriz reine en Francia.

BEATRIZ. (Ap. recatándose de las dos.)

¿Cómo es esto de reinar ?
¿Otra vez vuelve este miedo ?
Desde aquí escucharlas puedo.

CLEMENCIA.

¿Qué quieres ? Séte afirmar
Que te estimo de manera,
Que por tí me desposé
Del Duque.

ARMESINDA.

¿Ya yo no veo
Que eres mi casamentera ?
Débote voluntad tanta ,
Que no admities , y te pesa
Ser con Enrique duquesa ,
Por ser con Carlos infanta.

CLEMENCIA.

Prima , reales intereses
Efectuólos la ambicion ;
Prométote que no son
Mis pensamientos franceses.

ARMESINDA.

Serán españoles , prima.

CLEMENCIA.

¿Cómo ?

ARMESINDA.

¿Pues no han de tener
Alguna patria ?

CLEMENCIA.

¿Ls querer
Pedirme celos ?

ARMESINDA.

Entra
Es esta que tu amor traza ,
Y cuando piensas que está
Secretísima , anda ya
A pregones por la plaza.

CLEMENCIA.

¿Estás en tí ?

ARMESINDA.

No te asombres ;
Que debe ser tu beldad
Alcalde de la hermandad
Que prende en los campos hombres.

BEATRIZ. (Ap.)

¿Ay cielos ! Todo se sabe.
El español fementido
Pródigo indiscreto ha sido :
Perjujo dejó sin llave
Secretos y confianzas.

ARMESINDA.

Alcalde fué tu cuidado
Del cuarto en que retirado ,
Diste á riesgos confianzas.
¿Qué ingeniosa te apercibes
De torno , tiniebla y salas !
¿Qué misteriosa que escribes !
Ya yo he visto los papeles
Cifras de tu extraño amor.

BEATRIZ. (Ap.)

Todo lo ha dicho el traidor.

ARMESINDA.

No hay para qué te receles ,
Que ya el español me fia
Secretos encomendados ,
Porque tercié en sus cuidados.
¿Luego piensas , prima mia ,
Que no me revelé señas ,
Ya en acciones y ya escritas ,
En que dudas facilitas ,
Y animas cuando despeñas ?
Pues advierte que me hace
Agente de tus amores ,
Y sé todos los favores

Con que intentas que se enlace
En laberintos dudosos ,
No sé á qué fin prevenidos ,
Conceptos con dos sentidos ,
Oscuros por misteriosos.
El papel que te escribió ,
El crédito que con él
Te acredita...

CLEMENCIA.

¿Don Gabriel
Eso de mí te mintió ?

ARMESINDA.

Eso y otras liviandades
Que callo. ¿De qué te admiras ?
(Ap. Amor , digamos mentiras ,
Para averiguar verdades.)

CLEMENCIA. (Ap.)

¿Mas si celosa de mí
Mi prima se ha declarado
Con él , y cuenta la ha dado
De cosas que presumí
Guardar seguras en él ?
No hay hombre que no se alabe
De favores que aun no sabe :
Imitólos Don Gabriel.

ARMESINDA.

No hay para qué recelarte
Ya de mí ; declaraté
Con los dos. ¿Qué le diré ,
Prima mia , de tu parte ?

CLEMENCIA.

Dile , prima , que por tí
Facilitaré deseo
Estorbos , y que en tu empleo
Me tiene obligada á mí ;
Que no malogre invenciones
Que tanto estudio te cuestan ,
Pues ellas le manifiestan
Aunque en sombra , tus pasiones ;
Que las jovas usurpadas
Por tu industria , repartidas
Tambien por tí , aunque escondidas ,
No engañan disimuladas ;
Que facil se manifiesta
Cualquiera ardid estudiado ,
Si se afecta demasiado ;
Y en fin.....

ARMESINDA.

¿Qué locura es esta ,
Prima engañosa ? ¿A qué efeto
Es tanto disimular ?
¡lácesle desatinar ,
Sábese ya tu secreto ,
¿Y atribuyesme quimeras
Que ni por el pensamiento
Me pasan !

CLEMENCIA.

¿Donoso cuento !
Mira , prima , cuando quieras
Que por señas un amante
Sus discursos encamine ,
No le hagas que desatine ;
Procura de aquí adelante
Probar su ingenio de modo ,
Que señas y conjeturas ,
Ni del todo sean oscuras ,
Ni tan patentes del todo ,
Que los demás las entiendan ;
Porque es fuerza que el cuidado
Ame siempre desvelado ,
Y que sus ojos pretendan
Registrar en cualquier dama
Acciones que acaso hechas ,
Dén motivo á sus sospechas ,
Y luego piense que le ama.

ARMESINDA.

¿Para qué gastas doctrina
Que tú sola has menester ?

CLEMENCIA.

¿Yo ? Pues mira : has de saber

Que tu español imagina
Que yo soy la arquitectora
De la máquina que hiciste ,
Que como le persuadiste
A amar por señas , y ignora
Cuál de las tres desta casa
Es la que ha de obedecer ;
Apénas nos llega á ver ,
Cuando estudioso nos tasa
Las acciones mas pequeñas ,
Una risa , un volver de ojos ,
Con que al punto sus antojos
Juzgan que le hacemos señas.
Cayóseme un guante ayer ,
Y creyéndole favor ,
Ya me imagina en su amor
Perdida : quise volver
Por mí , y atajar locuras ;
Mas poco me ha aprovechado ,
Pues necio y desbaratado ,
No sé qué salas á oscuras ,
Tornos y prendas robadas
Alega , con presuncion
De que yo fui la ocasion.
Como no le persuadas
A que eres tú su desvelo ,
Contemporizar con él
Es fuerza ; que el Don Gabriel
Es un español del cielo ,
Y no es bien que ya apurado
El seso , siendo yo cuerda ,
Permita que por tí pierda
El poco que le has dejado. (Vase.)

ESCENA XII.

BEATRIZ , retirada ; ARMESINDA ,
sin verla.

ARMESINDA.

Esto es burlarse de mí ,
Esto es haber ya sabido
Del eriado fementido
Cuanto en este caso oí.
A no ser ella la autora
Desta confusa quimera ,
Claro está que no supiera
Lo que me refirió agora.
De celos estoy perdida ;
Mas no logrará , si puedo ,
Los lances de tanto enredo.
¿Yo burlada ? ¿Ella querida ?
¡Haré que el Duque castigue
Arrojos de amor tan loco !
Que en competencias , no es poco
Estorbar quien no consigue. (Vase.)

ESCENA XIII.

BEATRIZ.

No hay en casa quien no sepa
Cuanto al silencio fié.
¿Ay cielos ! ¿cómo crére
Que en semejante hombre quepa
Tal falta , tan vil defecto ?
Pero culparle es en vano ;
Que ya excediera de humano ,
Si en todo fuera perfecto.

ESCENA XIV

DON GABRIEL. — BEATRIZ.

DON GABRIEL.

Harásele , gran señora ,
A Vueselencia de nuevo
El ver que á hablarla me atrevo ,
Cosa rara en mí hasta agora ;
Pero alienta mi temor
Quien puede , y por vos se abraza.
BEATRIZ.
Decid ; que no es nuevo en casa
Teneros por hablador.

DON GABRIEL.
¿Hablador yo?

BEATRIZ.
Proseguid.

DON GABRIEL.
Mal su opinion acredita
Quien la que tengo me quita,
Mintiendo.....

BEATRIZ.
Decid, decid.

DON GABRIEL.
Porque es la mas civil mengua
Para mí.....

BEATRIZ.
Serán antojos
De quien os buscó todo ojos,
Y os ha hallado todo lengua.
Decid.

DON GABRIEL.
Envidia será
De quien con vuestra Excelencia,
Lo que no osa en mi presencia.....

BEATRIZ.
Decid, acabemos ya.

DON GABRIEL.
Afirmo, contra el valor
Que en mi esos desdorios teme.

BEATRIZ.
Don Gabriel, decid, ó iréme,
Que sois terrible hablador.

DON GABRIEL.
Si en tal opinion me veo.....

BEATRIZ.
Dejad eso, y proseguid.

DON GABRIEL.
Pues vos lo mandais, oid.
Yo deseo, y no deseo,
Cumplir leyes y preceitos
De quien á hablaros me envia.
Y sus secretos me fia.

BEATRIZ.
¿Guardais vos muy bien secretos:
(*Saca y hace que lee un papel.*)

DON GABRIEL.
¿Pues podeis vos ofenderos
De haberlos quebrado yo?

BEATRIZ.
¿Jesus! ¿Vos quebrado? No;
Antes los decis enteros.

DON GABRIEL.
El envidioso ignorante,
Que me juzga poco fiel.....

BEATRIZ.
Levantad ese papel,
(*Déjale caer de industria ella, y le-
vántale él mirándole.*)

Y proseguid adelante.

DON GABRIEL. (*Ap.*)
¿Ay cielos! mi letra es esta.

BEATRIZ.
Dadle acá. (*Tómasele desdenosa.*)

DON GABRIEL.
Señora mía.....

BEATRIZ.
Al que secretos os fia,
Podeis darle por respuesta
Que estudie en mis escarmientos
Si el fiarse es cosa baja
De habladores de ventaja,
Que infaman sus juramentos. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON GABRIEL.

¿Madama, señora mía!
Rayos mortales arroja.

¿Agora, cielos, se enoja,
Que manifestar queria
Oscuridades de amor!
¿Agora que comenzaba
Mi dicha, y se declaraba!
¿Tal desden en tal favor!
¿Gentil premio de desvelos!
¿Bien satisfechos cuidados,
De habladores infamados!
¿Qué es esto, inclementes cielos?
¿No vi en manos de Clemencia
Hoy mi papel? ¿No es el mismo
Que hallé agora? En tal abismo,
¿Quién ha de tener paciencia?

¿Con quién comunico yo
Secretos tan castigados,
De injurias galardonados.
Sino con quien me mostro
Como carta de creencia
El billete que firmé?
Si amor por señas juré,
Y hallo señas en Clemencia,
¿Es mucho que desatine
Creyendo que es su inventora?
¿Pues cómo lo sabe agora
Su hermana? ¿cómo á hallar vine
En sus manos mi papel?
¿Cómo Amnesinda me aguarda
Con las señas de Gerarda?
¿Fué el intrincado verjel
Mas confuso, de Tesco?
No, cielos, no hay mas salida
Para no apurar la vida
(Que pienso que lo deseo),
Sino creer que las tres
Conjuradas contra mí,
Comunican entre sí
Secretos, porque despues,
Como cada cual me engaña,
Entre tanta confusion,
Castiguen la presuncion
Que Francia culpa en España.

ESCENA XVI.

CLEMENCIA. — DON GABRIEL.

CLEMENCIA.
Ap. Mi padre, pues yo no puedo,
Tanta máquina averigüe,
Y mis celos apacigüe:
Desharémos este curedo,
Y saldré yo de enidadado,
Aunque me llamen cruel.)
¿Aquí estais vos, Don Gabriel?
Nunca os veo acompañado;
Mas tampoco lo está Apolo.

DON GABRIEL.
Es esta condicion mia.

CLEMENCIA.
Sí, pero sin compañía,
Mucho hablais para estar solo.

DON GABRIEL.
¿Tambien vos formais agravios?

CLEMENCIA.
Amante he yo conocido
Que hubiera dichoso sido
A saber cerrar los labios;
Y alguna en casa ofendida.....

DON GABRIEL.
Diréos, si me dais lugar.....

CLEMENCIA.
¿Hablarne vos? No hay que hablar.
Guardaos, no os cueste la vida. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON GABRIEL.

Alto, otra vez se eclipsó
La certidumbre infeliz
De que madama Beatriz

Conmigo se declaró,
¿Pues su hermana hizo lo mismo
¿Cual dellas, amor, crére
Que desta máquina fué
La artifice? En un abismo,
Con dos vientos encontrados
Navego sin experiencia;
Ya Beatriz, y ya Clemencia,
La nave de mis cuidados
Combaten, y en tanta mengua,
Las dos intimando agravios,
Una castiga mis labios,
Y otra aborrece mi lengua.

ESCENA XVIII.

CARLOS. — DON GABRIEL.

CÁRLOS.
De la confianza necia
Que en vos mi amistad creyó,
Se que á España se pasó
La fe fallida de Grecia.
Basta, que á Beatriz amais,
Y dueño de sus desvelos,
Por darme de veras celos,
Los de burlas excusais.
Quando yo puse los ojos
En Clemencia, si á su hermana
Amó vuestra fe liviana,
Excusárades enojos
Niciéndome la verdad
Que ya en vuestra lengua dudo;
Pero amigo que es tan mudo,
Guárdesse de mi amistad. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON GABRIEL.

¿Señor, gran señor! — ¿Qué es esto?
¿Qué concurrencia de males,
Que espiritus infernales
Tanta maraña han compuesto?
A todos los he agraviado:
Todos acusan mi amor;
Con las damas hablador,
Y con el Duque callado.
La fortuna intenta verme,
Justosa en desharatarme,
Con lengua para culparme,
Sin ella para perderme.

ESCENA XX.

ENRIQUE. — DON GABRIEL.

ENRIQUE.
Gabriel, Clemencia me envia,
Puesto que entre oscuridades,
A que agradezca amistades
Que no supe que os debia.
Afirmo que en mi favor
Le habeis propuesto razones
Opuestas á pretensiones
De Carlos, vuestro señor;
Y como sé la lealtad
Que le guardais y debeis,
Aunque de mi parte estéis;
No es tanta nuestra amistad
Que presumiera tal cosa,
A no tener fundamento
En que lo haceis con intento
De que Beatriz sea su esposa.
¿Digna accion de la cordura
Que en vuestro valor se encierra,
Pues se ataja así la guerra
Que de otra suerte aventura!
Porque aunque arriesgue el perderme,
Su palabra ha de cumplirme
Felipo, ó yo prevenirme
Contra quien guste ofenderme.
En efecto, sea por esto,
O por lo que vos sabréis,
Tan persuadida teneis

A mi dama, que ha propuesto:
No hacer mas de lo que vos
Dispusieredes.

DON GABRIEL.

¿Clemencia
Dice que estriba en mi agencia
El desposaros los dos?

ENRIQUE.

Y que estos inconvenientes
Bastais vos solo á atajarlos.

DON GABRIEL.

¿Yo? ¿en deservicio de Cárlos?

ENRIQUE.

Señas me dió suficientes,
Aunque oscuras para mí.
Que sin quererse explicar,
Dice, no podréis negar.

DON GABRIEL. (Ap.)

¡Cielos! ¿en qué os ofendi?
¡Amante y casamentero!
¡Desleal á mi señor!
¡Ya infamado de hablador!
¡Ya su esposo, y ya tercero!

ENRIQUE.

Que experimente verdades
Que en vos admire, desea;
Y que obligaciones crea
De finezas y amistades.
No sé yo con qué pagaros
Tanto. Dice que sigais
La traza que en esto dais;
Que alguna vez saldrán claros
Los cielos, hasta aquí oscuros;
Pues para los animosos,
Principios dificultosos
Prometen fines seguros.
Don Gabriel, ¿qué traza es esta?
Que es rigor demasiado,
Siendo yo el interesado,
Ignorarla.

DON GABRIEL. (Ap.)

¿Qué respuesta
La daré, confusion mia?

ENRIQUE.

Y que si no me creéis,
Por señas no lo dejéis;
Que hartas conmigo os envía.

DON GABRIEL. (Ap.)

¿Pudo declararse mas?
¿Luego no fué Beatriz ¡cielos!
La autora de mis desvelos?
Volved, esperanza, atras.
Pero ¿cómo me condena,
Si no es Beatriz, su rigor
A delitos de hablador?
¡Nunca yo entrara en Lorena!

ENRIQUE.

Acabadme de sacar
Del golfo en que me habeis puesto.
Decid, Don Gabriel, ¿qué es esto
De acertar y no acertar?

DON GABRIEL.

¿Pues eso tambien os dijo?

ENRIQUE.

Esto al partirse la oí;
Y que entenderéis por mí
Este misterio prolijo
Sin declaráosle á vos,
Afirma, y que es de importancia,
En tal caso, mi ignorancia.

DON GABRIEL. (Ap.)

Extraña mujer, por Dios!

ENRIQUE.

¿Queroisme ya despenar?
Sacadme deste cuidado.

DON GABRIEL.

Duque Enrique, hanme obligado
A ver, oír y callar.

Si ella afirma que os importa
Que este secreto ignoreis.
Y os ama, ¿qué mas quereis?

ENRIQUE.

¿Clemencia conmigo corta,
Y con vos tan liberal?
Don Gabriel, ¿aquí de Dios!
¿Por qué habeis de saber vos
Lo que á mí no me esté mal,
Y ha de negárseme á mí?

DON GABRIEL.

Eso digalo Clemencia;
Que yo no tengo licencia.

ENRIQUE.

Mirad que saco de aquí
Conjeturas no pequeñas,
Que os desdoran de algun modo.

DON GABRIEL.

Eso si, sed vos y todo,
Astrólogo de mis señas,
Pero no ingrato á lo mucho
Que afirma que me debeis
Clemencia.

ENRIQUE.

En fin, vos quereis
Que en los misterios que escucho,
Y no acabo de alcanzar,
Pierda el seso.

DON GABRIEL.

¿El seso? No;
Mas quiero que como yo
Tengais que filosofar.
Que os prometo que es mi amor
Tan mudo, que vive preso
En el alma, y con todo eso
Me le culpan de hablador.
No alcanza quien no obedece,
Ni sin peligro hay batalla,
Ni merece quien no calla,
Ni quien malicia merece.
Esto la dad por respuesta;
Y decid, que pues dispuso
Que os tuviésemos confuso,
Y os importa, aunque os molesta,
La traza entre los dos dada,
Se ponga en ejecucion,
Porque perderá sazón
Si hoy no queda desposada;
Que os disfrazó pensamientos
Para acendrar vuestra fe,
Porque yo jamás quebré
Palabras ni juramentos.

ENRIQUE.

Amor es loco, sus temas
Imposibles de vencer;
Yo no acabo de entender
El blanco destos problemas;
Pero si cual conjeturo,
Hoy ha de llamarme esposo
Clemencia, tan venturoso
Seré, como el medio oscuro.
Voy, porque no me hagais cargo
De que á malicias me atrevo,
Si bien sabré lo que os debo,
Pues no es el término largo.
Pero vivid advertido
En lo que habeis maquinado.
Que si agradezco obligado,
Me satisfago ofendido. (Vase.)

ESCENA XXI.

DON GABRIEL.

Todos forman de mí queja:
A tragos la muerte bebo.
(Echan por una ventana un billete.)
¿Qué es esto? ¿Hay peligro nuevo?
Arrojaron de la reja
Un papel. Si es semejante
(Alzale, y létele.)
A sus dos antecesores,

No mas amiguos amores:
Mude su dueño de amante.
(Lee.) Ya por experiencia sé
Cuán obediente y discreto
Vive por vos el secreto
Que oculta os encomendé.
No es bien que el premio lo esté,
Que os ofrece la fortuna:
Ocasión hay oportuna;
Id como la vez primera
Al torno; que allí os espere,
De las tres la una, y ninguna.
Como cumpla lo que dice,
Demos por bien empleado
Todo el desvelo pasado.
Si es que á dudas satisface,
Fortuna, acabese ya
El tema destos engaños.

ESCENA XXII.

MONTOYA. — DON GABRIEL.

MONTOYA.

Dos horas, si no dos años,
Anda de acá para allá
En busca tuya, y no te halla....

DON GABRIEL.

¡Montoya!

MONTOYA.

Cierta señora
Tapada, que embaucadora....

DON GABRIEL.

Montoya, sigueme y calla.

MONTOYA.

Doy á la lengua cien nudos;
Que pues por tí se me estancia,
Aquí pasa Salamanca
El colegio de los mudos. (Vanse.)

ESCENA XXIII.

FELIPO, CLEMENCIA.

CLEMENCIA.

Esto es, señor, lo cierto:
Armesinda este ardid ha descubierto.
Lo que de mí has oído,
Del modo que te afirmo ha sucedido.
A Enrique menosprecia,
No estima á Cárlos, porque loca ó necia
Al Español adora.

FELIPO.

¿De tantos embelecos inventora!
Clemencia, considera
Que parece imposible tal quimera.
En tan pequeños años,
¿Puede Armesinda hacer tantos enga-

CLEMENCIA. [Nos]

Para ellos la habilita
Ese cuarto, despues que no se habita
Desde el año pasado
Por las muertes que en él hemos llora-
De mi madre y señora, [do]
Y del Duque mi hermano: allí inventora
De peregrinas trazas,
Con tornos, con papeles y amenazas
Que ingeniosa dispuso,
Del Español el seso trae confuso.

FELIPO.

Júzgote con tu prima
Apasionada, viendo que no estima
A Enrique, cuando quierres
A Cárlos: sois extrañas las mujeres.

CLEMENCIA.

Espera, haz una cosa:
Darásme, si nos sale provechosa,
El crédito debido.
Llama aquí al Español favorecido,
Como otras veces sueles;
Que entre otros, trae consigo dos pape-
Que le escribió esa dama [les]

A quien su confusión por señas ama :
Conocerás sin dula
Por la letra la autora amante y muda
Que el estilo profana
Con que amor hasta aquí su imperio alla-

FELIPO. [na.

Bien dices ; dese modo
Sabré quién es, y se averigua todo.
Mandaré que le llamen,
Y en él destos misterios haré exámen.

ESCENA XXIV.

ARMESINDA — FELIPO, CLEMENCIA.

ARMESINDA. (Ap. al salir.)

¿Qué puede buscar ¡cielos!
Don Gabriel en tal parte sino celos
Que apuren mi cuidado?
En el cuarto tanto ha deshabitado,
Y cerrarle la puerta
Luego que entró! Sospecha, saldréis
Si á contrinarnos torno : [cierta,
Allí el teatro oculto, allí está el torno,
Amor, de mi tragedia,
Si el Duque tanto insulto no remedia,
(Qu. dará mi esperanza
Marchita en flor, sin fruto mi venganza.

FELIPO.

Armesinda, ¿qué es esto?

ARMESINDA.

Sutilezas de amor con que ha dispuesto
Clemencia, señor mío,
Cuando tu ofensa no, su desvarío.
Esa parte de casa
Que no se vive, tu opinion abrasa.
Mi prima, que atropella
Respetos de quien es, oculta en ella
A quien te certifique
La causa por que deja al Duque Enrique.

CLEMENCIA.

Desatinada vienes.
¿La culpa me atribuyes que tú tienes!
¿Perdiste el seso, prima?

ARMESINDA.

Ya se saben verdades deste enigma,
Ya el cuarto, el torno y salas
Donde escribes, obligas y regalas
Al español dichoso,
Agora en posesion, ántes dudoso.
Derriba, señor, puertas, [tas.
Que solo están á nuestro agravio abier-

FELIPO.

¿Qué es esto, cielo santo!

CLEMENCIA.

Averigua, señor, enredo tanto ;
Que si la letra miras
De los papeles, no podrán mentiras
Desdorar mi inocencia.

ARMESINDA.

Eso preteudo yo, haga experiencia
La averiguacion sabia
De la agresora que tu casa agravia.

FELIPO.

Abrasaré impaciente
El palacio, la autora, el delincuente
De tanto ciego insulto. (Vase.)

ARMESINDA. [to.

No has de lograr tu amor hasta aquí ocul-

CLEMENCIA.

Con frívolas disculpas

Disfrazas evidencias de tus culpas.

ARMESINDA.

¿Qué loca te despeñas!

CLEMENCIA.

Pues poco has de lograr tu amor por se-
[tas. (Vanse.)

La sala del torno. Está oscura.

ESCENA XXV.

DON GABRIEL, MONTOYA.

MONTOYA.

Segunda vez nos enmonjan,
Y cerrándonos las puertas,
Solos, de noche y á oscuras,
A pares nos emparedan.
Tú que sabes lo que pasa,
Ni tienes miedo, ni tiembles ;
Mas yo que no he merecido
Tántica historia siquie-ra
Con que sobornar temores,
¿Qué he de hacer sino hacer cera?

DON GABRIEL.

Todo ha de parar en bien.

MONTOYA.

No pare en la chimenea
Por donde á ciegas me embutan ;
Pongan luz y saquen cena,
Y estemonos aquí un siglo.

(Llamen dentro al torno.)

DON GABRIEL.

Allí llaman.

MONTOYA.

Allí llega

Tú, que eres el consiliario ;
Que yo en la dicha comedia
No soy mas que el mete-sillas.
(Vuélvese el torno con un billete y una luz.)

DON GABRIEL.

¡Luz y papel!

MONTOYA.

Así empiezan

Los actos de nuestra farsa.

DON GABRIEL.

(Ap. Una es la nota y la letra
Deste y de los otros tres,
Y díce desta manera :
(Apártase de Montoya, y lee.)

Madama Beatriz se alaba
De que le habeis dado cuenta
De secretos prometidos
Que el bien nacido conserva ;
Cárlas los sabe ; Armesinda
A todos los manifiesta ;
Ya se los habrá contado
A los tres Duques Clemencia :
Ved si está puesto en razon
Que quien juramentos quiebra,
Cuando el premio que esperaba
Perdió, pase por la pena.
Ponéos bien con Dios al punto,
Porque dentro de hora y media
He de hacer que en ese sitio
Encubra siempre la tierra
Lo que no encubristes vos ;
Que temo de vuestra lengua,
Si agora no la sepulto,
Que ha de hablar despues de muerta.
Esta es sofística excusa
De quien cavilosa intenta
Honestar sus liviandades
Al nuevo interes que afecta.
Ya Clemencia, ya Beatriz,
Ya Armesinda la una sea
De las tres, la enigma dama ;
Si ama á Cárlas la primera,
La segunda al rey frances,
Y apetece la tercera
A Enrique, ¿qué maravilla
Que recele que se sepan
Los arrojos de su gusto?
Temerosa de mis quejas,
Con la muerte me amenaza ;
Pero primero que muera,
Hará mi valor alarde

De la sangre que le alienta.)
(Saca la espada.)

Saca la espada. Montoya.

MONTOYA.

¿Para qué la quieres fuera?

DON GABRIEL.

Acaba, ó te mataré.

MONTOYA.

¿Pues tú conmigo pendencias?

¿A cuchilladas me pagas

Catorce ó veinte cuasernas

Que he ayunado en tu servicio?

¿No digo yo que andan sueltas

Por este cuarto de aborcadado

Margarusas? (Ap. ¿Si me trueca

La cara algun Gacipiro,

Y que soy gigante piensa?)

Montoya soy, vive Apolo :

Ten, señor, por Dios, vergüenza

De ensuciar tus limpias manos

En sangre lacaya.

DON GABRIEL.

Bestia,

¿Qué dices?

MONTOYA.

Las letanias.

DON GABRIEL.

Mira que á matarnos entran

Traidores disimulados.

MONTOYA.

¿Hacia dónde están, que puedas,

Encantados, verlos tú,

Y yo agora llenos tenga

Los ojos de cataratas?

A Dios y á ventura, muera

Todo fauno, sierpe ó grifo.

(Saca la espada.)

DON GABRIEL.

Ponte á mi lado, no temas.

MONTOYA.

Si se ballare en toda Europa

Quien mas desdichado sea

Que yo.....

DON GABRIEL.

¿Tienblas?

MONTOYA.

Tiemblo y sudo :

Olerásme si te acercas.

¿Quieres ver cuán venturoso

Soy? Pues escucha. Una siesta

Soñaba que me habia hallado

Tres bolsas y dos talegas

De doblones de á dos caras :

Tendilos sobre una mesa,

Y cuando empecé á contarlos,

Al primero me despiertan,

Dejándome de la agalla,

Sin permitirme siquiera

Que entre sueños recrease

Mi codicia con su cuenta.

Soñé otra vez que me daban,

Sacándome á la vergüenza

Por las calles de la corte.

Cuatrocientos de la penca.

Iba yo cari-vinagre,

Llorado de verduleras,

Entre escribas y envarados,

Las espaldas berenjenas.

Y á cada «esta es la justicia»

Me pespuntaba el gurra

Los ribetes cuatro á cuatro,

Cual Dios le dé la manteca.

Considera tú qué tal

Iria mi reverencia,

Que vive Dios, que escocian

Como si fuesen de veras.

Pues fué mi ventura tanta,

Para que envidia la tengas,

Que hasta el último penceazo

No desperté; de manera
Que cuando sueño doblones,
Al primero me recuerdan,
Y cuando azotes, me obligan
Que hasta el cuatrocientos duerma.
¿Hay bestia mas desdichada?
(*Golpes grandes á la puerta por dentro.*)

ESCENA XXVI.

FELIPO, BEATRIZ, CLEMENCIA, ARMESINDA, ENRIQUE, CRIADOS Y DAMAS. — DON GABRIEL, MONTOYA.

FELIPO. (*Dentro.*)

Si no abriere, echad por tierra
Las puertas.

MONTOYA.

Descomunál

Jayan Tranquitrínco, espera.
Santiago, cierra España.
A ellos, señor, ó á ellas.

(*Cae la puerta, y salen los Duques, damas y criados.*)

UN CRIADO.

Ya está abierto para todos.

MONTOYA.

¡Los Duques y las Duquesas!

DON GABRIEL. (*Ap.*)

¿Pues cómo? Quien me amenaza
De muerte, porque no sepa
Ninguno mudanzas suyas,
¿Agora con todos entra?

FELIPO.

Rendid, español, las armas.

DON GABRIEL.

A los piés de vuestra Alteza,
Ellas, el dueño y la vida.

MONTOYA.

La bolsa, el dinero y ellas.

FELIPO.

¿Es blason de generoso,
A costa de su nobleza
Desasosugar palacios,
Y, extranjero, hacer ofensa
A tanto principe y dama?

DON GABRIEL.

Quien á sustentar se atreva
Que yo...

FELIPO.

Ya se sabe todo.

DON GABRIEL.

Hice cosa que no deba.
Ni aquí, ni...

FELIPO.

Don Gabriel, basta;
Dicho me han desta quimera
Lo que pasa, aunque en confuso.

DON GABRIEL.

No yo á lo ménos; que precia
Mi valor guardar palabras
Que tanto riesgo me cuestan.
Y pues contra esto me indician,
Diga madama Clemencia
Diga Carlos, señor mío,
Beatriz y su prima bella,
Vuestra Alteza, el duque Enrique,
¿Cuándo permiti á la lengua
Secretos encomendados,
Que de los labios excedan?

MONTOYA. (*Ap. á Armesinda.*)

Chiton, por amor de Cristo,
Dama en cifra, niña almendra,
En lo de la sala y torno,
Joyas, papel, noche y cena.

FELIPO.

¿Cuál destas tres, español,
Mandándós amar por señas,

Es la sutil inventora
De tanto artificio?

DON GABRIEL.

Fuera,

Gran señor, yo afortunado,
A alcanzar mis diligencias
La solucion desas dudas.
No lo sé, si bien sospechas
Tengo en todas tres.

FELIPO.

Mostrad
Dos papeles; que su letra
Alumbrará confusiones.

DON GABRIEL.

Dénme todas tres licencia
Para hacer dellos alarde;
Que sin dárme la, aunque muera,
No me atreveré á enseñaros,
Por no ofender la una dellas.

BEATRIZ.

Yo os la prometo.

CLEMENCIA.

Yo y todo.

ARMESINDA.

Yo tambien.

MONTOYA.

Traza discreta
Para deshacer pandillas.
(*Dáselos, y míralos Felipo.*)

FELIPO.

Ni de Beatriz, ni Clemencia,
Ni de Armesinda es la forma;
Todos son de mano ajena.

MONTOYA.

Pues volvamos á tocar
Tercera vez á tinieblas.

DON GABRIEL.

Si las tres me lo permiten,
Y perdona vuestra Alteza
Deste amor enmarañado
Culpas, que no sé que tenga,
Señas ofrezco bastantes
Mas seguras que la letra (1)
Para conocer su autora,
Por mas que ocultarse quiera.

BEATRIZ.

Ya la teneis.

CLEMENCIA.

Acabad.

FELIPO.

¿Qué dices tú?

ARMESINDA.

Que desea

Mi confusion verse libre.

MONTOYA. (*Ap.*)

Aquí la trampa se suelta.

DON GABRIEL.

¿Quién pues, de las tres madamas,
A las dos de Vueselencias
Dió las joyas de diamantes
Que al pecho sacaron puestas
La primer vez que me hablaron?

BEATRIZ.

Leonora mi camarera
Debajo mis almohadas
Halló esta cruz, sin que sepa
Cómo ó quién allí la puso,
Y tambien esotras piezas,
Que por saber este enigma
Di á las dos.

UNA DAMA.

Es cosa cierta

Lo que mi señora afirma.

FELIPO.

En fin, ¿que quien nos enreda
Se ha de reir de nosotros?

MONTOYA.

Desmaráñelo un poeta.

(1) Suplido.

DON GABRIEL.

Señor, si esta vez no doy
Con el engaño, no tengas
De averiguarle esperanzas.

FELIPO.

Decid.

MONTOYA.

Ya va la tercera.

DON GABRIEL.

Quando agora entré á esta sala,
¿Estaban con vuestra Alteza
Las tres madamas presentes?

FELIPO.

Solo Beatriz faltó dellas.

DON GABRIEL.

Pues ella estaba en el torno,
Y apurando mi paciencia,
Amenazaba mi vida:
Ella es la dama encubierta
Que se entretiene en burlarme.

FELIPO.

¿Qué respondeis?

BEATRIZ.

Que confiesa
Lo que la lengua rehusa
En la cara la vergüenza.

ESCENA XXVII.

CARLOS.—DICHOS.

CÁRLOS.

Antes moriré á su lado,
Que en Francia persona ofenda
Al de Nájara mi amigo.

FELIPO.

¿Qué es?

MONTOYA.

Es chilindrina nueva.

CÁRLOS.

Mi hermano el Rey se casó
Con Ricarda, infanta inglesa;
Y muerto en España el duque
De Nájara, porque queda
Sin sucesion, Don Gabriel,
Sobrino suyo, le hereda.
Pésames y parabienes
Os den juntos estas nuevas,
Y vos, Felipo, á Beatriz,
Permitiendo que merezca
Mi intercesion y amistad
Lo que madama desea,
Que es juntar en Don Gabriel
A Nájara con Lorena.
Mi esposa será Armesinda,
Dando la mano á Clemencia
Enrique, porque amistades
Desbaraten competencias.
Alcance yo vuestro sí.

FELIPO.

Dueño es, señor, vuestra Alteza
De mi voluntad y Estado:
Como lo dispone sea.

DON GABRIEL.

A vuestros piés, gran señor...

CÁRLOS.

Levantad; que así se venga
De agravios que amor enlaza
La sangre noble francesa.

MONTOYA.

Trinidad de desposorios!
Solo Montoya se queda
Incasable ó celibato,
Paralelo de una dueña.

DON GABRIEL.

Inventacionero ingenioso
Es amor: esta novela.
Sonado ilustre, lo diga,
Y en ella el Amar por señas.

DESDE TOLEDO A MADRID.

PERSONAS.

DON BALTASAR.
DOÑA MAYOR.
DON ALONSO, *viejo*.
DON LUIS.

DOÑA ELENA.
DON FELIPE.
DON DIEGO.
CARREÑO, *criado*.

CASILDA. .
PACHECO. } *Criados*.
GARCIA. . }
MEDRANO, *cochero*.—CARRETEROS.

La escena es en Toledo, y por el camino desde esta ciudad á Madrid.

ACTO PRIMERO.

Toledo. — Alcoba de Doña Mayor en casa de Don Alonso. Una luz en un bufetillo. Puerta en el fondo por la cual se ve una escalera.

ESCENA PRIMERA.

DON BALTASAR, *en traje bizarro de camino, baja por la escalera envainando la espada.*

DON BALTASAR.

Milagro fué no matarme
Cuando el tejado salté:
La casa ignora en que entré.
¿ Si en ella podré librarme
De la justicia? Escalera
Es esta, luz hay aquí.—
Si le maté, defendi
Mi vida. — La vez primera
Que llevo, Toledo, á verte,
¿ Deste modo me recibes?
¿ A extranjeros apercebes
Agrados, y á mi la muerte?
Ruido en la calle siento;
Diligencias por mí hara
La justicia; abierto está
Y con luz este aposento;
Entraré á favorecerme
En él de quien le habitaré.

(*Viénese á la alcoba.*)

Su piedad mi vida ampare;
Que bien puedo prometerme
De la autoridad y traza
Desta noble habitación
Que sus señores lo son:
El riesgo que me amenaza
Asegura la nobleza
Que en tales casas se cria.
(*Cierra de golpe la puerta de la alcoba.*)
Sin advertir lo que hacia,
Cerré la puerta.—La pieza
Está tan bien adornada,
Que califica á su dueño. —
¿ Señores! ¿ No hay nadie? — Al sueño
El que habita esta posada,
Pagará el comun tributo.
Una cama de tabí
Está descompuesta aquí:
Socorro pido sin fruto.
Poco há que sola quedé,
Porque entre su ropa advierto
Que, á semejanza del muerto
Que el alma desamparó,
Conserva el calor vital.
En muestras de lo que fué.
¿ Válgame el cielo! ¿ Que haré?
¿ Vióse confusión igual?
Hallándome aquí encerrado,
Doy sospecha á una bajeza

Indigna de la nobleza
Que mi sangre ha profesado.
¿ No es mejor salir y dar
Cuenta al dueño desta casa
Del infortunio que pasa
Por mí, y humilde obligar
Su generoso favor?
¿ Quién lo duda? ¡ Ay Dios! La puerta
(*Procura abrirla y no puede.*)

Que halló mi temor abierta,
La cerró el mismo temor.
¿ Qué es esto, enemiga estrella?
De golpe es, y sin la llave,
Solo amor y el hurto sabe
Averiguarse con ella.
Si arranco la cerradura
Con la daga, soy perdido,
Pues los golpes y el ruido,
Que al dueño avisar procura,
Ha de aumentar la sospecha
De quien puertas descerraja:
Por todas partes me ataja
La fortuna, satisfecha
De ordinario en perseguirme.
¿ Válgame Dios! ¿ Qué de cosas
Se eslabonan prodigiosas,
De que no puedo evadirme!
¿ Hay sucesos mas atroces?
Si el huésped viene y me ve
Aquí, ¿ cómo prevendré
¿ Cielos! las primeras voces
Que han de alborotar la casa
Y calle, que me persigue,
Antes que cortes le obligue
A escucharme lo que pasa?
Una ventana hay aquí;
Echarme della es mejor. (*Asómase.*)
Su altura me causa horror.
¿ Cielos! ¿ Dónde me metí?
Mujer parece que mora
Esta cuadra, estrado es este:
Porque mas riesgos me apreste
Mi estrella perseguidora;
Pues claro está que al instante
Que me vea, hará mayor
Mi presencia su temor.
Y que no ha de ser bastante
Mi humildad á asegurarla.
Sí, mujer es principal;
Que tanto adorno y caudal
Basta, ausente, á autorizarla.
Sillas bajas, contadores,
Bufetillos de marfil
Y ebano, ajuar femenino,
Arquillas, aguas de olores
En pomos (si ya no son
Jordanes, cuyas virtudes
Efímeras juventudes
Venden á la ostentación)
Publican quién es el dueño.
Sobre este bufete están
Ropa y basquiña que dan

Muestra de no ser pequeño
El valor de quien las viste.
Apénas el oro en ellas
Permite lugar de vellás:
A venir yo ménos triste,
En la beldad contemplara
De quien son curiosa esfera.
Encima la cabecera,
(¿ Qué poco el temor repara!)
Hay medias y zapatillas,
En cuyo ámbiar y rosetas
Pudieran gastar poetas
Dos resmas de redondillas.
¿ Qué pequeña el alma es
Que se organiza en su estrecho!
Traiga este melindre al pecho
Quien le calza, y no en los pies.
Las ligas, aunque dobladas,
Muestran la curiosidad
De su limpia ociosidad,
¿ Juarnecidas y encarnadas.
Almohadilla y bastidor
Están sobre aquel estrado;
No es tan ocioso el cuidado
De quien hace esta labor.
De cera es esta bujía,
Y de plata el candelero:
Al paso que considero
La autoridad, policía
Y adorno que viendo estoy,
Crece en mí con el respeto
El recelo: á extraño aprieto
Forzosos motivos doy.
¿ No será bueno matar
La vela, por si entra á oscuras,
Y sin verme, mis venturas
Me pueden fuera sacar?
Sí; que detras de la puerta,
En acabando de abrir,
Seguro podré salir.
Pero no; que la luz muerta,
Los indicios acrecienta
De mi sospechosa entrada.
Si de gente acompañada
Vuelve, y en este aposento
Me ven, ¿ quién podrá obligarlos
A que mis desgracias crean?
¿ Qué de males me rodean!
¿ Qué mal que puedo excusarlos!

(*Pásase.*)

Mucho tarda: ¿ qué he de hacer?
Rendiré á sus pies mi espada;
Pero estando ensangrentada,
Mas la obligaré á temer,
Que á lastimarse de mí.
Persuadiréla cortés,
Arrojándome á sus pies;
Podrá ser la obligue así.
Y cuando no, y voces diere,
Padre ó tío acudirá,
Que piadoso escuchará
Lo que humilde le dijere;

Lastimárase de un caso
Tan digno de su favor;
Hará alarde su valor,
Dando á mis desdichas paso;
Desmentirá mi presencia
Sospechas ocasionadas;
De mocedades pasadas
Su vejez tendrá experiencia;
Diréle cuyo hijo soy...
Si en Córdoba acaso estuvo,
O noticia alguna tuvo
De mis padres, libre estoy.
Algo aliente mi sosiego
Con esto. ¡Qué dello tarda!
¡Lo que padece el que aguarda!
Cada vez que á tocar llego
La cerradura, imagino
Que tengo de hallarla abierta.
¡Que cerrase yo la puerta!
Nunca es cuerdo el desatino.
Cansado de pasearme
Estoy; quiérome asentar.
(*Se sienta en una silla á la cabecera de la cama.*)

Anoche con caminar,
Agora con desvelarme,
En el sosiego primero
Convido al sueño y reposo;
Mas no duerme el cuidadoso
Que espera lo que yo espero.
¡Válgame Dios! ¡Si murió
El ignorante atrevido,
Que ciego y inadvertido,
Por otro me acometió?
«Confesion,» dijo. ¡Oh enfadoso
Sueño, que á quien le tributa,
Si como pobre ejecuta,
Cobra como poderoso!
Por lo ménos dormir
Se me puede permitir;
Que al rúido del abrir,
Fácil será despertar.
(*Duérmese, y pocos momentos despues abren la puerta.*)

ESCENA II.

CASILDA, con candelero de plata y vela de cera, alumbrando á DOÑA MAYOR, en enaguas, con un rebecino, y con la llave colgada de un cordón á la cintura.—DON BALTASAR, dormido.

DOÑA MAYOR.
Jurara, Casilda, yo
Que me dejé abierto aquí.

CASILDA.
Si cerró el viento tras tí,
Tu descuido reprendió.

DOÑA MAYOR.
Esta vez pensé quedar
Sin padre.

CASILDA.
Cuando muriera,
Nunca otro mal nos viniera.

DOÑA MAYOR.
¿Estás loca?

CASILDA.
Es un pesar
El de herencias, segun siento,
Que aunque cubierto de luto,
Llora risas por el fruto
Que espera, como el sarmiento.
No son mortales los daños
Que la hacienda consoló.

DOÑA MAYOR.
Mas quiero á mi padre yo:
Dios me le guarde mil años.
¡Rigurosos accidentes!

CASILDA.
Jurara que se moria.

DOÑA MAYOR.

Ya duermes.

CASILDA.

Tal batería
Hubo de paños calientes.

DOÑA MAYOR.

¡Qué enfermedad tan pesada!

CASILDA.

En los viejos es comun;
Que en ellos, sin ser atun,
No come el mal sino ijada.

DOÑA MAYOR.

Véte, Casilda, á acostar,
Pues hay luz en mi aposento.
¿Qué hora es?

CASILDA.

Campanas siento,
Que deben de despertar
Al alba.

DOÑA MAYOR.

¿Tan tarde?

CASILDA.

Agora
Madruga la primavera,
De las flores camarera,
Y abotónalas, señora.

DOÑA MAYOR.

¿Poetizas?

CASILDA.

¿Qué he de hacer?

Andar al uso es razon:
De críticos y vellon
No nos podemos valer;
Probóme tambien la tierra.—
¿Cuándo piensas levantarte?

DOÑA MAYOR.

A las diez.

CASILDA.

Vendré á llamarte
Y á vestirte.

DOÑA MAYOR.

Véte y cierra.

(*Vase Casilda con la luz que trajo, y cierra.*)

ESCENA III.

DOÑA MAYOR; DON BALTASAR, dormido.

DOÑA MAYOR.

Durmiera yo con sosiego,
De desvelos jubilada,
A estar desembarazada
El alma, que al gusto entrego
De mi padre, mas que al mio.
A casarme á Madrid voy,
Y enamorada no estoy;
Voluntad, ¿no es desvario?
Diréis que sí, y con razon;
Que tiene (ó será ignorancia)
Amor la primera instancia,
Y esotro la apelacion.

(*Quitase el rebecino.*)

Dormir sobre ello es forzoso.
Ni le quiero mal ni bien;
No resistiendo el desden.
Bien me suena esto de esposo.
Componer mi cama quiero.
(*Toma la vela, va á la cama y ve á Don Baltasar.*)

¡Ay cielos! ¿Quién está aquí?
Muerta soy. ¡Triste de mí!
(*Cae desmayada con el candelero en la mano: apágase la luz, y al ruido de la caída, despierta Don Baltasar.*)

DON BALTASAR.

(*Hablando al pronto como quien sueña.*)
No hay prision donde hay acero:
Ofendíle acometido.—

Aun no debo estar despierto.
O se ha gastado ó se ha muerto
La luz. ¡Qué dello he dormido!
¡Ay cielos! ¿quién está aquí?
Un bulto siento á mis piés.
¡Jesus mil veces! ¿Quién es?
¡Si el hombre á quien muerte di,
Viene por disposicion
Del cielo á enfrenar mi vida?
Sin culpa fui su homicida;
El se buscó la ocasion:
Esfuerzo, animad el pecho,
Y averiguad desventuras.
¡Cerrado, solo y á oscuras
En tan no esperado estrecho!
(*Tienta los cabellos y ropa de la dama.*)
¡Válgame Dios! Si el sentido
del tacto vengo á creer,
Esta que toco es mujer:
Los cabellos y el vestido
Aumentan mi confusion.
¡Oh siempre engañoso sueño!
¡Si es el esperado dueño
Esta noble habitación?
Sin duda debió de entrar,
Y el asombro repentino
De verme aquí cuando vino,
La debió de desmayar.

(*Tientale el pulso y la frente.*)

No pulsa el vital calor,
Su frente parece hielo.
¡Si es muerta? ¡Hay mas males, cielo!
¿Todo, esta noche, rigor?
Abierta se dejaria
La puerta, si descuidada
La espanté desde la entrada.

(*Alza la vela del suelo.*)

¿Qué es esto? ¿otra luz traía?
Huyendo quiero excusar
La muerte que espero cierta:
A tienta busco la puerta;
Pero mal la podré hallar,
Si impidiendo mi salida
La fortuna, la cerró:
¡Mi verdugo he sido yo!
Con una mujer sin vida,
Y aquí encerrado, quien venga
¿Qué satisfaccion oirá?
O qué excusa obligará
A que compasion me tenga?
Podrá ser que viva esté.

(*Pónale á tienta la mano sobre el corazón, desata de los brazos, y procura volverla en sí.*)

Salto le da el corazón,
Que del mio alientos son.
¿Cómo en sí la volveré?
Señora, señora mía,
Alentáos, volved en vos,
No temais.

DOÑA MAYOR.

¡Madre de Dios!

DON BALTASAR.

Ya torna.

DOÑA MAYOR.

¡Virgen María!

DON BALTASAR.

Viviendo, restitúis
Otra vida, que aunque ignora
Quién sois...

DOÑA MAYOR.

(*Levántase asustada, teniéndola Don Baltasar de los brazos.*)

¿Qué es esto? ¡A tal hora
Y en tal parte, Don Luis!
¡El tiempo cohechais al sueño,
Y para que mas me ofenda,
Hurtais vuestra misma hacienda,
Que hoy creyó llamarnos dueño?
¡Tanto hay desde aquí á dos dias,

Que acortais al vicio plazos?
Soltad, descortés, los brazos
Que aborrecen groserías;
No intenteis, amante falso,
Hazaias que desdoraís,
Mientras liviano trocáis
El tálamo en cadabalso;
Que es bárbaro proceder
El que mancha vuestra fama,
Aun para una comun dama,
Cuanto y mas vuestra mujer.
Pues si la ocasion buscastes
En que mi padre estuviere
Enfermo, y la noche os diese
El tiempo que malográstes,
Vuestro grosero interés
Ha despertado mi olvido;
Que no será buen marido
Quien fué amante descortés.
Mal voluntad granjeais
Que de vos haciendo caso...

DON BALTASAR.

Paso, mi señora, paso;
Que no soy el que juzgais.
No deis voces, sosegaos,
Lastimáos de mí, por Dios.

DOÑA MAYOR.

¡Cómo! ¿No sois Don Luis vos?

DON BALTASAR.

No, señora; reportáos.

DOÑA MAYOR.

¡Ay cielos!

DON BALTASAR.

Un caballero,
De su estrella aborrecido,
Y esta noche perseguido
De desgracias, forastero
(Y tanto que ayer llegué
A esta ciudad), acosado
De la justicia, al sagrado
Desta casa, donde entré,
Peligros atropellando,
Pide en su naufragio puerto.
Dejé á un ignorante muerto;
Sentí venirme alcanzando
Quien solo pone temor
Con el nombre y la presencia;
No sabe hacer resistencia
A la justicia el valor;
Excusé con retirarme
Impetus de la crueldad:
La noche y comodidad
Destas calles á ampararme
Se ofrecieron. Entré en una
Estrecha (las mas lo son),
Metiome mi confusion,
Guiada de mi fortuna,
Por una casa pequeña;
A su tejado subí;
Salté al desta desde allí:
El temor todo lo enseña.
El me guió á que bajase
Por la escalera presente;
Vi luego esta cnadra enfrente;
Entré, y sin que consultase
Al discurso, la cerré,
Haciendo imposible ansi
Mi salida; requeri
Puerta y ventana; esperé,
Y de discursos cansado,
De temores combatido,
De puro velar, dormido,
Y durmiendo desvelado,
Di la ocasion lastimosa
Que á declararos me atrevo;
Aunque si con ella os muevo
A compasion, ya es dichosa.

DOÑA MAYOR.

No sé si compadecerme
De vos, ó si me engañais;
Que los que de noche entráis

Donde sin recelos duermo
El recato, ya traviesos,
Ya indignos usurpadores
De las haciendas y honores,
Soleis disculpar excesos
Con desgracias que fingis,
Y lastimas que inventais;
Puesto que ocasion me dais,
Conforme vos la decis,
De que á la parte mejor
Atribuya este accidente;
Que á no estar vos inocente
De culpas, contra el valor
Que esas palabras arguyen,
Siempre los atrevimientos
Se acompañan de instrumentos
Que las llaves sostituyen.
Lámpara hay en la escalera:
Esperadme aquí, y traeré
Una luz.

DON BALTASAR.

Dichosa fué
Mi desdicha; ya quisiera
Ver dueño de discrecion
Tan digna de celebrar.
La vela debeis buscar.

DOÑA MAYOR.

Matóla mi turbacion.

(Busca la vela, y dásela él.)

DON BALTASAR.

Y yo en el suelo la hallé,
Examinando asustado
Peligros de mi cuidado.

DOÑA MAYOR.

Dádmela y la encenderé.

DON BALTASAR.

Veisla aquí: tomad.

DOÑA MAYOR.

¿Qué es della?

DON BALTASAR.

Esta es.

DOÑA MAYOR.

Esperadme aquí.

(Abre la puerta y vase.)

DON BALTASAR.

Manteca de azar sentí
Al tocarla: si es tan bella
Como blanda, suerte mia,
Veré, afrontando el metal,
Candelero de cristal
El trono de la bujía.

(Vuelve Doña Mayor con luz.)

¡Qué divina perfeccion!—
Poco á poco resplandece
La mañana que enriquece
Flores que su afeite son;
Pero tanta agregacion
Junta al mismo sol cegara:
Luz los ojos, luz la cara,
Luz en las manos tambien.
Pródiga de luces, teu,
Que mas te quisiera avara.
Si tantos rayos produces,
¿Qué hará cuando á verlos llega,
La voluntad que se anega
Entre piélagos de luces?
Si á los ojos las reduces,
Ellos sobran; da lugar
A que te puedan mirar
Los que deslumbrar procuras;
Que mejor me estaba á oscuras,
Si por verte he de cegar.

DOÑA MAYOR.

¡Bien al huésped aplaudis
Que agora necesitais!

¡Bien la opinion restaurais
Que cortés restituís!
Aunque lisonjas fingis,
Obligada las aceo,

No poco ufana, os prometo,
Que os haya en algo servido,
Por el talle, bien nacido,
Por las palabras, discreto.
¿De dónde sois?

DON BALTASAR.

Cordobes.

DOÑA MAYOR.

¿Dónde asistís?

DON BALTASAR.

En Madrid.

DOÑA MAYOR.

¿Y á qué venis acá?

DON BALTASAR.

Oid.

DOÑA MAYOR.

Dejaldo para despues;

Que amanece ya.

DON BALTASAR.

Interés

Será tener ocasion

De volveros á ver.

DOÑA MAYOR.

Son

Mis males mas presurosos.

DON BALTASAR.

¿Cómo?

DOÑA MAYOR.

Rigores forzosos
Violentan mi inclinacion.
Cásanme y llévanme fuera
De Toledo.

DON BALTASAR.

¿Cuándo? (Ap. ¡Ay cielos!)

DOÑA MAYOR.

Esta tarde.

DON BALTASAR. (Ap.)

Entrad por celos,

Amor, para que yo muera.

DOÑA MAYOR.

Madrid mañana me espera
Para cautivarne.

DON BALTASAR.

Ya

Madrid madrastra será.
¿Y espéraos el venturoso,
Mi enemigo y vuestro esposo,
Allí?

DOÑA MAYOR.

No.

DON BALTASAR.

¿Luego aquí está?

DOÑA MAYOR.

Por mi vino. ¿Pasais vos
Adelante?

DON BALTASAR.

Pasaré...

De amor á celos, en fe
De que me matais los dos.
¿Qué es esto, tirano Dios?

DOÑA MAYOR.

¡Qué adelante pasais!

DON BALTASAR.

Mas

De lo que pensé jamas;
Que amor que celoso adora,
Pasa adelante, señora,
En vez de volver atras.
Mas cuando no á acompañaros,
Mal dejará de seguiros
Quien adelanta suspiros
Que vuelan á aposentaros.

DOÑA MAYOR.

Ni quiero crédito daros,
Ni admitir empeños puedo;
Que puesto caso que quedo
Entretenida en oírlos,
No podré restituíros

En saliendo de Toledo.
Yo he de casarme en llegando;
¿De qué sirve edificar
Torres que se han de quedar
En los cimientos? Buscando
Con los pensamientos ando
Cómo sacaros de aquí,
Sin que corra en vos y en mí
Riesgo el crédito y honor,
Y entre todos el menor
Es peligroso.

DON BALTASAR.

¡Ay de mí!

¿Que os pierdo al tiempo que os gano?

DOÑA MAYOR.

Mas fuerza es daros remedio.
La cuadra, pared en medio,
Es de Don Pedro mi hermano;
Solo fia de mi mano
La llave, cuando se ausenta;
Estálo agora: si intenta
Vuestra cordura no dar
En casa que sospechar
(Que temo que alguno os sienta),
Que os encuerreis me parece
En ella, mientras que pasa,
La noche, y se abren en casa
Las puertas, pues ya amanece.
Este medio se me ofrece:
Pues tiene luego de entrar
Tanto deudo á despedirse,
Que abriéndos, sin advertirse,
Tendréis de salir lugar.
¿Qué os parece?

DON BALTASAR.

Que os partís,
Que os casais, que muerto quedo
Que.... ¡nunca yo de Toledo
Fuera huésped!

DOÑA MAYOR.

Bien fingís.

Seguidme.

DON BALTASAR.

¿Qué Don Luis

Es este que me atormenta?

DOÑA MAYOR.

Juventud, nobleza y renta
Califican su valor;
Mas donde falta el amor,
De lo demas no hagais cuenta.

DON BALTASAR.

¡Sin amor, y os cautivais!

DOÑA MAYOR.

Quiérello mi padre así.

¿Qué he de hacer? Ya consentí.

Pero vos, ¿cómo os llamais?

DON BALTASAR.

¿Para que lo preguntais?

Don Baltasar fui primero;

Ya que os amo y desespero,

Esfera de celos soy:

Llamadme celos desde hoy,

Que es el nombre que mas quiero.

DOÑA MAYOR.

¿Dónde posais?

DON BALTASAR.

Posé ayer

Con Don Felipe Chacon,

Y hoy posaba mi ambicion

En vos misma; ¿qué he de hacer,

Si ya en ajeno poder

Lloro mi esperanza vana?

DOÑA MAYOR.

Seguidme.

DON BALTASAR.

¿Que, en fin, mañana

Os casais?

DOÑA MAYOR.

Don Baltasar.

Creed que me he casar,
Por vos, muy de mala gana. (Vase.)

Calle frente á la casa de Don Felipe.

ESCENA IV.

DON DIEGO Y CARREÑO, de camino

DON DIEGO.

¿Que en Madrid no me habeis visto?

CARREÑO.

Ni en Madrid, ni en otro cabo.

DON DIEGO.

Ciego estais.

CARREÑO.

¿No es caso bravo?

No os conozco, vive Cristo.

DON DIEGO.

Vuestro nonibre ¿no es Carreño?

CARREÑO.

Ese apellido me dió

El padre que me engendró.

DON DIEGO.

Pues yendo con vuestro dueño

De día y noche á mi casa,

Tan domésticos en ella

Los dos, que forma querella

De lo que en su ofensa pasa;

Habiendo Don Baltasar

Sido casi su señor,

Pues que le tuvo su amor

En puntos de desposar;

¿Sois vos tan desconocido

Como él?

CARREÑO.

Bizarro mancebo,

Confieso lo que la debo

A esa dama; mas no he sido

Tan dichoso que alcanzase

A conoceros allí:

Ved lo que queréis de mí,

Y por ignorancia pase

Mi inadvertencia; que basta

La noticia que me dais

Desa casa donde estais

Tan ducho. Vengo de casta

Olvidadiza; no puedo

Desdecir de mi linaje.

Si en Madrid fuisteis su paje,

Y pretendéis en Toledo

Acomodaros, anoche

Llegamos estropeados

De asentaderas: cuidados

Y celos, en vez de coche,

En dos mulas nos trajeron

(Por mejor decir, batanes),

Que á entrambos, de cordobanes (1)

Tañetes nos volvieron.

No sé lo que aquí estaremos;

Pero en mi pobre racion

Tendréis el mejor quilion,

Y la cama partiremos,

Con los demas requisitos

De una lacaya amistad,

En que goceis por mitad

Chinches, pulgas y mosquitos.

DON DIEGO.

La oferta, Carreño, estimo,

No obstante que me agraviais

En que no me conozcais.

Yo soy de Doña Ana primo.

CARREÑO.

¡Primo suyo vos, señor!

Feliz quien tal prima tiene,

Y desde la corte viene

A ser su procurador.

En esto de primos sé

Poco, y aunque no mirase

(1) Suplido.

En vos cuando allí os hallase,

Desde agora os serviré,

Por la primogenitura

Que alquais, como acreedor

Del regalo y el favor

Que debo á su fermosura.

¿Qué de veces liberal

Andió al real y cuartillo

Otro, que aunque era sencillo,

Era suyo y era un real!

Aun no he roto las valonas

Que me dió de tres en tres:

¡Mi señora Doña Ana es

Digna de arrastrar coronas.

¡Mal haya el malo y los celos

Que bodas descompadron,

A mi dueño desterraron,

Y en mí renovaron duelos!

Porque si ella mi ama fuera,

Sarna solo me faltaba.

Mas ya que todo se acaba,

¿Adónde desta manera

Camina vuestra mercé?

DON DIEGO.

Agravios que en honra tocan,

Hasta las piedras provocan.

Su esposa mi prima fué

En la opinion de quien via

La frecuencia con que entraba,

Y su casa visitaba

De noche como de día.

Papeles no averiguados

Del tiempo en que se escribieron,

Bastantes indicios fueron

Para despertar cuidados;

Mas no para despreciar

Tal mujer, tal opinion.

CARREÑO.

Tiene extraña condicion,

Si empieza Don Baltasar.

No dará á torcer su brazo,

Si le queman: es temoso,

Y todo amante celoso

Ve por tela de cedazo.

No hay hacerle averiguar

Lo que hay en esto, y que deje

Este camino; es hereje

Cuando da en cabecear.

Pero si dió vuestra prima

En guardar papeles tanto,

Que lo sienta no me espanto.

¿Quién guarda lo que no estima?

DON DIEGO.

Antes de puro olvidados,

Los juzgaba ya perdidos.

CARREÑO.

Ya sabeis que despedidos

Los papeles y erizados,

Son enemigos de casa;

Que unos y otros, por vengar

Su enojo, suelen contar

A cuantos ven, lo que pasa.

Mas si se quieren los dos,

Y la verdad le decís,

Ya que en su busca venís,

Asegurándole vos,

Volverá el pájaro al nido.

DON DIEGO.

No es eso lo que pretendo.

Doña Ana teme, y yo entiendo,

Que se da por ofendido

Don Baltasar, porque aquí

Tiene dama que divierte

Su primero amor, de suerte

Que la olvida; y siendo así,

No le está bien á mi prima

Dar satisfaccion en duda

A quien ingrato se muda,

Y sus prendas desestima.

Si esto puedo averiguar,

Ausencias y desengaños

Suelen, restaurando daños,
Aborrecer y olvidar;
Pero si recelos son
Los que de Madrid le sacan
(Que aunque atormentan, se aplacan,
Dándole satisfacción);
Entonces descubriré
Quién soy, y á lo que he venido.
Doña Ana esto me ha pedido:
Es mi sangre, y no podré
Permitir que pierda el seso,
Amante cuanto celoso.

CARREÑO.

Sois cuerdo como ella hermosa;
Mas lo que yo alcanzo en eso
Es, que si Don Baltasar
Estuviera arrepentido
Tanto de haber ofendido
A Dios, como de dejar
A Doña Ana, ya pudiera
Envidiarle un capuchino.
Mil veces deste camino
Entendi que se volviera,
Porque tirando del freno
A la tal cabalgadura,
Y vuelta la fachadura
A Madrid, entre sereno
Y nublado (entre lloroso
Y airado, quiero decir),
Suspiros vi despedir
De un Durandarte amoroso;
Y suspirando yo y todo,
Por la falta que me hacia
El cojin que no traía,
Hubo suspiros de modo
En toda aquella jornada,
Que también nos imitaron
Las mulas, pues rebuznaron
Ausencias de la cebada;
Y afirman, sin ser perjuros,
Los grafícos del meson (1)
Que en mulas rebuznos son
Suspiros cabalgaduros.

Decíale yo: « Señor,
Pon tus celos en olvido;
Vuelve á casa, pan perdido:
Celos, espuelas de amor,
Aunque pican al amante,
Andan, según un poeta,
Como rocín de Gaeta,
Mas hacia atrás que adelante.
¿Qué hemos de hacer sin Madrid?
Fuerza es que tu error confieses;
Vuelta, vuelta, los franceses,
Con corazón á la lid.»
Y él picaba, respondiendo:
« No ha de verme la tirana
De sus ojos; ya Doña Ana
Se ha acabado; yo me entiendo;
La ausencia mis celos sane »:
Hasta que en una vereda,
Con la grande polvareda,
Perdimos á Don Beltrane.
Digo que á Madrid perdimos
De vista. Ved, según esto,
Si su amor es manifiesto;
Y pues que no despedimos
Las mulas, cuán poco habrá
Que negociar, si le veis,
Para que allá nos torneis.

DON DIEGO.

Y él agora ¿ dónde está?

CARREÑO.

Apeámonos los dos
En casa de un caballero
Su amigo, que aquí frontero
Vive; mas no sé, por Dios,
Donde fué anoche á jugar,
Que aunque le hemos esperado

Con lo cocido y asado,
Ni se ha venido á acostar,
Ni sé que sea cortesía
Hacer que un huésped aguarde,
Tau noble, desde ayer tarde,
Hasta agora que es de día.

DON DIEGO.

¿ Y no queréis vos con eso
Que tenga sospechas yo
De que á mi prima dejó
Porque aquí le quita el seso
Algun toledano hechizo?

CARREÑO.

Yo por lo ménos no sé
Que haya hasta aquí quien le de,
Por rondarla, romadizo.
El jugar alivia duelos,
Y habrase mi amo picado;
Que Galeno ha recetado
Las pintas contra los celos.
Mas veisle allí donde viene
Con Don Felipe Chacon.

DON DIEGO.

En esta averiguacion,
Carreño, sentar conviene
Si he de darme á conocer,
Y á mi prima restaurarle,
O si tengo de dejarle.
Fácil os será saber
Si tiene dama, ó el juego
Esta noche le entretuvo,
Y en sabiendo dónde estuvo,
Volver á avisarme luego.

CARREÑO.

Puntual procurador
Haceis: yo os imitaré,
Pero ¿ dónde os hallaré?

DON DIEGO.

Hacia la iglesia mayor.

(Vanse.)

Sala en casa de Don Felipe.

ESCENA V.

DON BALTASAR, DON FELIPE.

DON FELIPE.

Sucesos me habeis contado
Imposibles de creer.

DON BALTASAR.

Las siete debían de ser,
Cuando en la sala encerrado
Que es de su hermano aposento,
Oigo abrir una criada
Que risueña y despejada,
Me dijo: « Estareis contento,
Caballero, de haber sido
Inquieto desvelador
De quien, no sé si de amor,
Esta mañana ha dormido
Por vos tan poco, que está
Dando esmalte á dos ojerás.
Contádome ha sus quimeras,
Porque si á casarse va
Hoy á Madrid, ¿ qué otra cosa
Sus vanos desvelos son?
Salid, y desta ocasion
Infeliz, aunque amorosa,
Os olvidad, pues perdeis
A un tiempo lo que ganais. —
Vida matando me dais,
Respondi: ¿ cómo queréis
Que ingrato olvide favores
De quien mi dicha es deudora?
Socorrió vuestra señora
Mi peligro en los temores
Que ya sabréis; ¿ podré yo,
Si dellos me he de acordar
Mientras viviere, olvidar
A su hermoso dueño? No. —
Id, caballero, con Dios,

Replicó, y salió conmigo.

Mas ¿ qué me daréis si os digo

Que está llorando por vos? —

Respondíla: Esta cadena,

Aunque incrédulo lo dude. —

La gente de casa acude,

Dijo, andad en hora buena,

Y haciéndos encontradizo

En Cabañas ó en Ollas,

Aliviad melancolias

De quien os juzga su hechizo,

Por ser la cosa primera

Que os encarga mi señora. —

Ventura es de quien la adora,

Dije. Bajé la escalera,

Y por divertir la gente

De casa, que en el zaguan

Estaba, dijo: « Don Juan,

Escribame brevemente ».

Volvi en vuestra busca luego,

Donde noticia os he dado

De la noche que he pasado,

De mis desdichas, del fuego

Que nuevamente me abrasa,

Del imposible que adoro,

De un sol de quien me enamoro,

Que hoy me ha muerto, y hoy se casa.

DON FELIPE.

Notable aventura ha sido.

Doña Mayor de Toledo

Será la dama, si puedo

Sacar de lo que os he oido

La verdad por conjeturas.

Don Luís de Salazar

Con ella se ha de casar,

Porque hechas las escrituras

Desde Madrid, supe yo

Que en Toledo le esperaban.

Sus partes y hacienda alaban;

Pero su ventura no,

Supuesto que ha de ser dueño

De quien no le quiere bien.

Pero séos decir también

Que no es el favor pequeño,

Que su prima Doña Elena

Me hace, y vive en su casa.

DON BALTASAR.

¿ Ay Don Felipe! ¿ esto pasa?

Irremediable es mi pena.

ESCENA VI.

CARREÑO, DON BALTASAR, DON FELIPE.

CARREÑO.

¿ Esperalde por ahí

Con la cena y con la cama!

DON BALTASAR.

¿ Carreño!

CARREÑO.

Una casi dama

Preguntando está por ti.

DON BALTASAR.

¿ Qué dices? ¿ Ay huésped mio!

¿ Si me busca la criada

De mi medio mal casada?

DON FELIPE.

Podrá ser.

CARREÑO.

De desaffo

Trae el manto ó la visera,

Que solo enseña medio ojo.

No eres negociante flojo.

¿ Tan presto hay estafetera?

¿ Ayer venido, hoy buscado?

No se lo arriendo á tu sueño.

DON BALTASAR.

Di que entre, y calla, Carreño.

CARREÑO.

Entre, y calló: oye el recado,

(1) Los mozas, á quienes Tellez convierte en secretarios del buro.

ESCENA VII.

CASILDA, *tapada*. — Dichos.

CASILDA.

La persona que sabeis,
Que os buscase me mandó,
Y este para vos me dió.

(Dale un papel.)

De respuesta serviréis
Vos mismo, si agradecido,
No olvidais obligaciones
Primeras; y aborrad renglones,
Y cumplid lo prometido.
(*Quiérese ir, y detiénela Don Baltasar.*)

DON BALTASAR.

¿Ansí os vais? ¿Qué prisa es esta?

CASILDA.

Dala el desposado.

DON BALTASAR.

Oid.

CASILDA.

Desde Toledo á Madrid

Podréis ser vos la respuesta. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON BALTASAR, DON FELIPE, CARREÑO.

CARREÑO.

Rey de armas es la mujer,
Retos sus palabras son;
Mas dama con cedulón,
Vive Dios, que es de alquiler.

DON BALTASAR.

¿Hav dicha mas felice?

¿Hallazgo mas perdidoso?

DON FELIPE.

El caso está bien dudoso;
Mas sepamos lo que os dice.

DON BALTASAR. (*Leyendo.*)

*Esta mañana han hallado
Muerto á un criado de casa;
Ved si es cuerdo quien se casa
En día tan desdichado.*

*Una litera ha buscado**La necia solicitud**De quien me mata en salud;**Porque si como imagino,**Muriere en este camino,**No quede por atand.**Deslo ¿qué se os dará á vos?**Antes debéis alegraros,**Pues para desempeñaros,**Yo pagaré por los dos:**Siendo así, quedáos con Dios;**Pero si me engaño y muero,**Halláos presente; que quiero**Mandaros el alma en muestra**Que como de hacienda vuestra,**Sois vos solo el heredero.**¿Qué os parece? ¡Hay tal papel,**Tal amar, tal persuadir!*

CARREÑO.

El se debió de escribir,

En vez de tinta, con miel.

DON FELIPE.

Sentido y discreto está;

Pero ¿qué pensais hacer?

DON BALTASAR.

Hazañas de un bien querer:

Trasformaciones verá

En mi Toledo, no escritas

De Ovidio.

DON FELIPE.

¿De qué manera?

DON BALTASAR.

Impedireis la quimera

De mi amor, por inauditas,

Si os las cuento: todo junto
Lo sabréis en estando hecho.CARREÑO. (*Ap.*)

¡Pobre Doña Ana! sospecho
Que están tocando á difunto
Por vuestro amor: á su primo
Le voy á dar esta nueva. (Vase.)

DON BALTASAR.

Vamos.

DON FELIPE.

¿Adónde?

DON BALTASAR.

A hacer prueba

De lo que á mi dama estimo.

Hacia el hospital de afuera,

Amigo, tengo que hacer.

DON FELIPE.

¡Allí! ¿pues qué?

DON BALTASAR.

Conocer

Al dueño de la litera

Alquilada.

DON FELIPE.

Alto, venid.

DON BALTASAR.

Veréis, pues celos me abrasan,

Las maravillas que pasan

Desde Toledo á Madrid.

ACTO SEGUNDO.

Campo á vista de Olías. Una venta á un lado.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, DOÑA MAYOR, MEDRANO.

(Suena dentro ruido de coche.)

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Para, para.

DOÑA MAYOR. (*Dentro.*)

Medrano.

¿Estáis sordo? Parad el coche, hermano.

Que voy muerta.

MEDRANO. (*Dentro.*)

¡La flema!

Dalas, muchacho, pues el sol no quema.

Que ya se ve Cabañas.

DOÑA MAYOR. (*Dentro.*)

Señores, ¿quieren que eche las entra-

Parad, ó arrojaréme [ñas?]

Del coche.

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Parad: ¡hola!

MEDRANO.

Pararéme,

Con treinta diablos: ea,

No malpara. ¿Qué presto se marca

La dama! Yo la digo

Que tomara en Madrid este castigo;

Que hay hembra que una noche

No se acostó, por solo andar en coche.

(Salen Don Alonso, Doña Mayor y Medrano.)

DOÑA MAYOR. (*Muy á lo melindroso.*)

¡Jesus! ¿Cuál vengo! El alma

Traigo en los dientes.

MEDRANO.

Échela en la palma

¡Gentiles damerías!

Legua y media han andado. Esta es Olías;

Estas sus ventas llenas

De palominos, vaca y berengenas.

A este andar, llegaremos

En dos años. — Marina, remojemos.

(Entra en la venta.)

ESCENA II.

DOÑA MAYOR, DON ALONSO.

DOÑA MAYOR.

¿Que solo hemos andado
Legua y media no mas? ¡Hay tal enfado!
No imaginé yo que era
Tan largo el mundo.

DON ALONSO.

Ponte en la litera,

Si te hace mal el coche,
Y lleguemos á Illescas esta noche.

DOÑA MAYOR.

¡Litera! ni por pienso.

¡Turbulada yo sin ser incienso,

Y entre dos machos feos,

Sujeta á descortesces hambolcos?

No, padre, no me agrada:

Descanse en ella tu dolor de hijada;

Que será cosa esquivá

Querer que vaya en tumba, estando viva.

DON ALONSO.

¡Oh! ¿qué melindres tienes!

Mayor, repara que á casarte vienes:

Olvida niñerías,

Y logra seso, como logras días.

DOÑA MAYOR.

Pues si perdida vengo, [vengo]

¿Qué he de hacer? Desde luego te pre-

Que no será posible

Pasar de aquí, si tu vejez terrible

No quiere que me muera,

Yendo á Madrid en coche ó en litera.

Dejemos la jornada,

O á Toledo volvamos si te agrada;

Pues es mejor dar vuelta,

Que entre polvo y calor morir envuelta

Dentro de un calabozo

Portátil, para ver de mí mal gozo.

Yo no quiero casarme,

Si primero pretendes enterrarme.

Méteme en un convento,

Y no en un coche, estrecho monumento,

Pues cuando en él me vea,

Aunque cause tristeza, no marca.

ESCENA III.

DOÑA ELENA, DON LUIS, DOÑA MAYOR, DON ALONSO.

DON LUIS.

Pues, esposa querida....

DOÑA ELENA.

¿Qué aguardamos, Mayor?

DOÑA MAYOR.

Estoy perdida.

Señor Don Luis, advierta [la,

Que he de llegar, si voy en coche, muer-

No estoy acostumbrada

A un balanzo tras otro. La jornada

Es larga: si procura

Mi salud, ó me déncabalgadura

Con sillón, ó en Olías

Nos desposemos.

DON LUIS.

Dichas fueran mías

El acortar los plazos [brazos.

Que ha de lograr mi amor en vuestros

Poco hay de aquí á Cabañas.

DOÑA MAYOR.

Ménos hay de la boca á las entrañas.

Señores, yo no puedo

Comigmo mas: ó vuélvanme á Toledo,

O lléveme de suerte,

Que en vez de bodas nollorenmi muerte.

DOÑA ELENA.

Alquilen un jumento;

Irá mi prima en él mas á contento;

Pues aquí es fácil cosa

Hallar jamúas.

DOÑA MAYOR.

¡Inuencion airosa

Será, por vida mía,
Que entremos en Madrid al mediodía,
En coche el desposado,
Y la novia en jumento angarillado,
Dando á risas motivo
Ir yo galanteándole al estribo!

DON ALONSO.

¡Pues, qué traza daremos
Para que tus melindres contentemos?

DOÑA MAYOR.

¡No van cuatro criados
A mula, á su placer acomodados?
Escojan la mas mansa,
Pues la litera angustia, el coche cansa;
Que habiendo aquí herederos,
Que en Toledo son casi caballeros,
Si diligencia pones,
No faltarán jamúas ó sillones.
Busque una emprestada,
O si no, démos fin á la jornada.

DON LUIS.

Si solo estriba en eso,
Démosla gusto.

ESCENA IV.

DON BALTASAR, *de mozo de camino*,
MEDRANO, CASILDA.—DICHOS.

DON BALTASAR.

Bouda (1) pan y queso
Para beber un trago.

MEDRANO.

¡Berrico, no comeis?

DON BALTASAR.

Nunca me pago
De manjar que se asienta
En las tripas; con pollos hago cuenta.—
Mis amos, pues ¿qué es esto?
¡Ya se han cansado? Vamos de aquí
Que es de noche. [presto,

DON ALONSO.

No quiere
Ir en coche Mayor.

DON BALTASAR.

¡No? Pues espere:
La mula que yo llevo
Anda como una dama.

DON ALONSO.

Es de mancebo,
Que llaman de camino.
Buena será.

DON BALTASAR.

A mi cuenta no hay pollino
Que ande mas manso y llano,
Y pasa un palmo y mas del pié á la ma-
Si gusta de ir en ella, [no.
Busquen unas jamúas que ponella.

DOÑA MAYOR.

Mancebo, acomodado
Sois para vos.

DON BALTASAR.

De cinco que me han dado,
Un coche y la litera,
Escogi la mejor y mas lijera;
Que todo sobrestante
Ha de mirar por sí, Cristo delante.

DON LUIS.

Alto, pues nos la ofrece,
Busquemos, entre tanto que anochece,
Vendidas ó emprestadas,
Jamúas ó sillón por las posadas.

DON ALONSO.

Deudos tengo en Olías;
Gonzalo de Aguilera ó Juan de Frias
Podrán acomodarnos

(1) Basta.

De todo, aunque sospecho han de es-
Esta noche el camino. [torbarnos
Cumplámosla este autojo ó desatino.

DON LUIS.

Vamos á hablarlos luego.

DON ALONSO.

¡Libreme Dios de tu desasosiego!
(*Vanse Don Alonso, Don Luis y Me-
drano.*)

ESCENA V.

DOÑA MAYOR, DOÑA ELENA, DON
BALTASAR, CASILDA.

DOÑA ELENA.

Llegarémos de noche.

DOÑA MAYOR.

No es mi estómago, prima, para coche.
¡Mas vos, de qué manera
Habeis de caminar?

DON BALTASAR.

¡Yo! á la lijera.
Yendo á su lado, quiero
Servirla al pié de su palafrenero.

Ya que nos detenemos,
Señora Doña Elena, merendemos:
Vaca hay salpimentada,
Palominos fiambres y ensalada.

DOÑA ELENA.

Vaya: ¿no vienes, prima?

DOÑA MAYOR.

No estoy para comer, antes me anima
El fresco que aquí corre.
Traiganme en qué me asiente.
(*Don Baltasar entra en la venta y saca
una silla de costillas.*)

CASILDA.

Empina nuestro Olías! ¡Brava torre

DON BALTASAR.

De costillas es esta.

CASILDA.

Y de hartos dias.

DOÑA ELENA.

¡No entra el señor Berrio
A merendar?

DON BALTASAR.

Ya yo he bebido frio.
(*Siéntase Doña Mayor.*)

DOÑA ELENA.

¿De nieve?

DON BALTASAR.

Lo del pozo

Suple esa falta.

DOÑA ELENA.

¡Qué alentado mozo!

(*Vanse Doña Elena y Casilda.*)

ESCENA VI

DOÑA MAYOR, DON BALTASAR.

DOÑA MAYOR.

Pues, señor Don Baltasar
¿Qué es esto?

DON BALTASAR.

Lograr venturas,
Que en desdichados son cortas,
Y largas penas anuncian;
Añadir nuevos cuidados
A los primeros que buscan,
Por donde se libre una alma
Que mas se enreda y anuda;
Alargar lo mas que puedo
La vida, si no la cura,
De una voluntad doliente,
En visperas de difunta;
Cumplir órdenes severas,
Pues vuestras crueldades gustan

Que os salga al encuentro y oiga
La sentencia que pronuncian
Vuestro rigor y mis celos;
Porque si la ausencia excusa
Tormentes por lo distante,
Y agravios que no se escuchan
Presente yo á vuestras bodas,
Sin medio que disminuya
Tanto pesar, me atormenten
De una vez mis ausias juntas.

DOÑA MAYOR.

¡Ansi se desautoriza
Valor y sangre que ilustra
Persona de tantas partes?
¿No pudiera hallar la industria
Artificio mas decente?

DON BALTASAR.

Sí, pero menos segura
Traza, señora, de hablaros
El tiempo breve que dura
Esta infelice jornada,
Pues cuando su fin se cumpla,
Le tendrá, viéndós ajena,
La vida que os llama suya.

DOÑA MAYOR.

Encareced ponderable
Lisonjas que os atribuyan
El descrédito que siempre
Da el amor á quien las usa,
Que yo no he de imaginarme
Tan fénix en la hermosura
Que eu mi lingis, engañado
De una vela casi á oscuras,
Que en tiempo tan breve crea
Fimezas que dificultan
Muchos dias de frecuencias,
Largo amor y pruebas muchas.

DON BALTASAR.

Pues á no quedar yo corto
En exagerar en suma
El fuego que por los labios
Exhala llamas ocultas,
¿Parécenos á vos, señora,
Que osaran poner en duda
Indecencias deste traje
El valor que disimulan?
No extrañéis ver que me alabo;
Que cuando mi amor procura
Imposibles en el vuestro,
Contra el hado y la fortuna,
Siquiera para obligaros
A compasion de quien gusta
Morir si os pierde, es razon
Que os saque de tantas dudas
Don Baltasar es mi nombre,
Córdoba la antigua alcuña
Que me dió apellido y patria;
En seis mil ducados funda
Su mayorazgo mi padre,
Y para que mejor luzgan
En mí, que sucedo en ellos,
Guardoso los acumula.
Manda que asista en la corte
Para que pleitos concluya,
Pues si dichoso los venzo,
Conforme me lo aseguran,
El estado de marques
Con diez mil ducados junta
Mi dicha, y tendréla entónces,
Si su dueño os intitula.
Sacad desto lo que os amo,
Y mirad si á ser de burlas
La fe amante que os adora,
Osara poner en duda
Mi crédito por buscar
Peligrosas aventuras
Para veros, cuando advierto
Que desdichas apresuran
Vuestro tálamo y mis penas,
Pues siendo mañana, anuncian
Triste vejez á mis padres,

Y á mis años sepultura.

¡Nunca yo en Toledo entrara,
O ya que en él entré, nunca
Me sacara aquella noche
Mi desgracia, para ligarla
De una vida inabarcable,
Y de un alma que confusa
En vuestros mismos favores,
Idiosos de muerte la turban!
¡Que he de hacer, Mayor hermosa,
Vos casada, y yo sin culpa
Condenado, por quereros.
A vivir al que os usurpa
Dos almas, que mi esperanza
Trazaba enlazar en una?
Será dueño de la vuestra
Mañana, y estando junta
La mía, Mayor, con ella,
Fuerza es que a servirle acuda
Ved el señor que me daís.
Ved los celos con que lucha
Un amor desesperado,
Ved á lo que se aventura
Quién á su pesar se casa,
Y escarmenten desventuras
Ajenas recelos propios,
Que la voluntad enlutan.
Llamado os salgo al encuentro.
Y en este papel me jura
Amor que me le teneis:
Si ya me olvida y se muda,
En fe de la acción que tengo,
Presento las escrituras.
Dilatad resoluciones
Mientras competencias duren;
No os desposéis en llegando;
Mejor sois, fugid excusas;
Discreta sois, buscad trazas;
Amante sois, haya industrias,
Con que diliriendo plazos
Que mi esperanza repugnan,
A reveche al que os adora,
Ser por vos mozo de mulas.

DOÑA MAYOR.

Como yo de vos creyera
Lo que la esperanza duda,
Y no revelara engaños
De cortesanías astucias,
Sospecho, Don Baltasar,
Que pasiera en aventura
Por vos todos los respetos
Que en la sangre me ejecutan.
El poco conocimiento
Que tengo de vos, rehusa
Lo que el corazón otorga.
Licenciosas travesuras
Os entraron en mi casa,
Muerto un hombre en la apretura
De sus calles: ved; qué abonos
En vuestro favor resultan!
Obligado, me obligasteis,
Vos cortés, yo dando ayuda
A vuestra seguridad;
Quedé sola, entré en disputa
La voluntad y el recato,
Y mientras entrambos luchan,
Aquella favoreciéndos,
Y este fulminándos culpas,
Sin dormir, á despertarme
Entró el sol, á coyuntura
Que amor, abogado vuestro,
Iba haciendo la resumpta
De las prendas que os abonan
Levantéme, por ninguna
De las partes declarada,
Puesto que inclinada á la una;
Llegó mi padre a este tiempo
Y con él que procura,
Sacándos á vos del pecho,
Que á su imperio me reduzga.
Dieron prisa á esta jornada,
Cuanto mas corta, importuna.

¡Pues si la de Ulises fuera,
Lo que la brevedad turba
Se aclarara con el tiempo:
Yo sin amar al que injuria
En vuestra, instantes los plazos.
Y amor que imposibles busca,
Todos estos fueron causa
Que os suplicase la pluma
Lo que no osara la lengua,
En principios de amar, muda.
Que me viés desdeseaba
Antes que llorase viuda
El alma, casado el cuerpo)
En el camino; mas nunca
Podría yo imaginar
Del valor y la cordura
Que consideraba en vos,
La indecible travestura
De transformación tan baja;
Ni he leído que haya alguna
De las que Ovidio entreteje,
Que así admire y así encubra.
Prométos que cuando os vi
Concertar cabalgaduras
Con mi padre esta mañana,
Diestro en la desenvoltura,
Interesable en el precio,
Malicioso en las preguntas
Y grosero en el lenguaje,
Que hizo el alma conjeturas
Sobre si érades de veras
Lo que pareéis de burla;
Mas satisficeme luego:
Que el alma no se deslumbra,
Cuando quiere bien, por sombras
Que verdades disimulan.
Aumentastes mis cuidados,
Y agradeceida, confusa,
Me sacaron de Toledo
Ejecuciones caducas,
Mi viejo en esa litera,
Y en la aborrecible tumba
Del coche mi prima y yo,
Don Luis y Casilda, á mula
Vos y los demás criados.
Fingiendo luego mi astucia,
Por friar esta ocasión,
Desmayos, ansias y angustias
Que han parado en lo presente.
Juzgad, si cuentas se ajustan,
Cuál de los dos debe á cuál,
Y quién alcanza en la suma.

DON BALTASAR.

En todo sois mi acreedora;
Mas ¿qué importa, si desfruta
Diligencias de mi suerte
Quien esperanzas me anubla?
En Madrid entráis mañana,
Y á la noche (¡ay Dios! ¡qué oscura
Será para mí!) os desposan,
Si en diez leguas no resultan
De mi fe y vuestros favores
Trazas, que cuerdas destruyan
Vejees de vuestro padre,
Contrastes de mi fortuna.

DOÑA MAYOR.

En ménos término un rayo
Pedernales desmenuza,
Sorbe una tormenta armadas,
Y Roma en Numancia triunfa.
Donde hay amor, no hay estorbos,
Ni desecha coyunturas
La necesidad maestra,
Si los aprietos la apuran.
Ya yo no camino en coche;
Al estribo de la mula
(Que siendo vuestra, sabrá
Terciar en vuestras consultas)
Esta noche dispondrémos
La que fuere mas segura
A vuestro amor y á mi fama.

DON BALTASAR.

Pondré en ella el *non plus ultra*
De los prodigios, si salgo
Con este.

DOÑA MAYOR.

Tengo preguntas
Considerables que haceros,
Y es bien que en ellas discurra;
Mas quedense por agora,
Que viene mi padre.

DON BALTASAR.

Ayuda,
Amor; que no es noble hazaña
La que no se dilicita.

ESCENA VII.

DON ALONSO, DON LUIS. — DOÑA
MAYOR, DON BALTASAR.

DON ALONSO.

¿Tendrémoste ya contenta?
Hallado habemos jamugas;
¡Plegue á Dios que no te causen,
O no caigas!

DON BALTASAR.

Es la rucia
Una oveja, no hayan miedo,
No anda mas llano una burra.
Yo iré á su lado, y verá
Cuál la tengo.

DOÑA MAYOR.

¿Quién lo duda?

DON LUIS.

Ea, mi bien, caminemos.
La noche, aunque no hace luna,
Es clara: poned el coche,
Hermano mozo de mulas.

DON BALTASAR.

Hablemos bien, si es que sabe.

DON LUIS.

¿No es vuestro nombre este?

DON BALTASAR.

Lúcas

Berrio soy en mi casa,
Gracias á taita y al cura:
Tíos tengo familiares,
Y un hermano que aun estudia
En Alcalá, y un pariente
Que es racionero de Murcia.

DON LUIS.

Todo eso es calificado
Y á propósito: ¿qué injuria
Os hago dándos el nombre
De vuestro oficio?

DON BALTASAR.

Ninguna.

Si el de mi oficio me diera.

DON LUIS.

¿No curais cabalgaduras?

DON BALTASAR.

No, mas soy su sobrestante.

DON LUIS.

¿Por vuestra vida?

DON BALTASAR.

Y la suya.

DON LUIS.

¿Que tambien hay diferencia
En esos cargos?

DON BALTASAR.

Y mucha.

Los que en calzones de lienzo
Monterilla con la punta
Al cogote y alpargates,
A pata en invierno sudan,
Son mancebos de camino;
Mas los que en cabalgadura
Acompañan, con espuela
Sombbrero, calza de abuja,

Su borceguí encima della,
Manga ó jubon de camuza,
Capotillo de rajeta,
Valona y liga que cruza,
Espada y daga de ganchos;
Estos tales se entetulan
Sobrestantes del ganado.
No tengamos barahunda:
Hablar como se ha de hablar,
Y Cristo con todos. Unzan.

DON LUIS.

Vaya, no riñais por eso.

ESCENA VIII.

MEDRANO, con látigo de cordel en mano. — DICHOS.

MEDRANO.

Alto de aquí.

DON BALTASAR.

¿Está la rucía

Ensillada?

MEDRANO.

Y con sus andas

De veinte y cinco.

DON BALTASAR.

Pues suban.

DON LUIS.

Yo, esposa, os pondré á caballo.

(Va á coger en brazos á Doña Mayor, y detiéndole Don Baltasar.)

DON BALTASAR.

Paso, hidalgo, que no se usa

Quitalle el oficio á nadie:

Cada cual al suyo acuda.

DON LUIS.

Apártate allá, grosero.

DON BALTASAR.

Polido, no estará ducha

Su persona á estos trabajos.

(Quiere Don Baltasar poner á caballo á Doña Mayor, y le detiene Don Luis.)

DON LUIS.

¡Ah bárbaro!

DON BALTASAR.

¿Echamos pullas?

Mire que ha de derriballa;

Que es cosquillosa la mula

Para quien no la conoce.

DOÑA MAYOR.

¿Cosquillosa?

DON BALTASAR.

Es mala cuca.

DOÑA MAYOR.

Pues ya no quiero ir en ella.

DON ALONSO.

¿Dijelo yo?

DON BALTASAR.

A quien la cura

Y da de comer, se amansa.

DOÑA MAYOR.

Pues póngame en ella Lucas,

Y vaya siempre á mi lado.

DON BALTASAR.

Preparéme como pulga;

Mas pagándolo.

DOÑA MAYOR.

Se entiende.

DON BALTASAR.

Alto pues, venga. ¿Es de pluma?

(Lleva á Doña Mayor en brazos, y vanse todos.)

Una calle en Cabañas.

ESCENA IX.

CARREÑO Y DON FELIPE, de camino.

DON FELIPE.

Aquí tienen de hacer noche.

Si van á comer á Illescas.

CARREÑO.

No son las posadas frescas;
Pero todo carro ó coche
En Cabañas da cebada.

DON FELIPE.

¿Qué mal lugar escogieron!

CARREÑO.

Venteros lei que fueron
(Como quien no dice nada)
Sus fundadores: sacad
Destos principios qué tales
Serán los mas principales
Desta insigne vecindad.

DON FELIPE.

Los mas dellos son mesones.

CARREÑO.

Aunque es poblacion pequeña,
La autoriza la cigüeña
De su pozo.

DON FELIPE.

Dió invenciones

A las tramoyas extrañas

Que celebra el vulgachon.

CARREÑO.

Si; no fué mala invencion

La del pozo de Cabañas.

DON FELIPE.

No hiciera mala comedia

Quien la traza aprovechara

De vuestro amo.

CARREÑO.

Será rara,

Como no acabe en tragedia,

Que lo temo, vive Dios.

DON FELIPE.

¿Qué notable desatino!

CARREÑO.

Es capricho peregrino,

Y aprobándosele vos,

¿Qué mucho le ejecutase?

DON FELIPE.

Pues yo ¿tengo culpa deso?

Vile tan fuera de seso,

Que porque no se empenase

En disparates mayores,

Concedí en todo con él.

CARREÑO.

Sois lindos cascós vos y él

Para embadurnar amores.

¿Válgate el diablo por hombre!

Acabado de apea,

¡Al instante hubo de hallar

Reconcomios!

DON FELIPE.

No te asombre,

Que fué la ocasion terrible.

De noche un hombre encerrado,

Por la hermosura asaltado

Poderosa y apacible

De la mas bella mujer

Que á Toledo da valor;

Obligado á su favor,

Y tras riesgos del temer,

Ocasiones del amar,

Influencias de los cielos;

Y comenzando por celos,

Viendo que se va á casar

Con persona que aborrece,

Las dichas que le apercibe,

Cuán amorosa le escribe,

Lo que este lance le ofrece,

Cuarenta y dos mil escudos

Que autorizan su hermosura....

¿Qué prudencia, qué cordura,

Qué laberintos, qué nudos

De Alejandro bastarán,

Carreño, á enfrenar el seso

De un mozo amante y travieso?

CARREÑO.

Bien; mas si á casarse van
A Madrid, ¿de qué provecho
Será la trasformacion
De mozo de mulas?

DON FELIPE.

Son,

Cuando se ven en estrecho
El amor y la fortuna,
Mas activos y eficaces:
Si en ellos discursos haces,
No saldrás con medra alguna.
Todo hombre considerado
Luce sus intentos tarde:
Peca el sabio de cobarde,
Y de atrevido el soldado.
Si Alejandro reparara
En imposibles, no fuera
Señor del mundo, ni hiciera
A tantos peligros cara.
Colon, á no atropellar
Estorbos de día en día,
No añadiera monarquía
A España de tanto mar.
Ni sabe amar el prudente,
Ni vence el considerado,
Ni admite razon de estado
El celoso ni el valiente.

CARREÑO.

¿Qué guisado que lo halló
Todo: mulas de alquilar,
Coche y litera! De ayer
Venido, hoy se convirtió
En mancebo de camino.

DON FELIPE.

Dióle amor la traza y modo:

El dinero sale á todo

Con remedos de divino.

Sobornamos á su dueño,

Y salí yo su fiador.

¿Porqué piensas que el amor

Supo en Júpiter, Carreño,

Llover dorado granizo

Que á Dánae dejó preñada?

Porque no hay puerta cerrada

Para este absoluto bechizo.

Dióle este metal sus bulas

Para todo; no te espantes,

Si el oro vence gigantes,

Que venza el que alquila mulas.

CARREÑO.

Y vuesa merced ¿qué intenta

Aguardándolos aquí?

DON FELIPE.

Quiero prevenir ansí

Peligros que el hado inventa.

Haciéndome enconradizo

Con ellos, ayudaré

Su engaño, y estorbaré

De un amor arrojadizo

Desesperadas locuras,

Que le pueden estar mal.

CARREÑO.

Vusted es amigo leal

Para tales aventuras;

Quiera Dios que la presente

Nos absuelva á culpa y pena.

DON FELIPE.

De su prima Doña Elena

Soy ya há dias pretendiente,

Y no ha de ayudarnos poco

Si le cuento estas marañas.

Preveníamos en Cabañas

Camas y cena.

CARREÑO.

Si un loco

Guía á otro, ¿buen suceso

Se alíña! Vaya con Dios,

Que no hayan miedo los dos

Que echen alforzas al seso.

(Vase.)

ESCENA X.

DON DIEGO. — CARREÑO.

DON DIEGO.

En fin, Carreño, ¿vuestro amo
Con tan indecente traza
Se enamora y se disfraza?

CARREÑO.

Es tal, que al primer reclamo
Da en la liga: apenas vió
La hechicera toledana,
Cuando olvidando á Doña Ana
A la luz se deritió
De una vela, que alcahueta
Destos disparates fué.
Quien compra lo que no ve
Al sol, cuando se promete
Montes de oro, si después
Se le vuelven en carbon,
Quejese de su elección.

DON DIEGO.

Y de su necio interés,
Si el burlarse de mi prima
A la cara le saliere.

CARREÑO.

Pretenda lo que él quisiere;
Que aunque mas su amor le anima,
Es imposible alcanzar
El fin de su pensamiento.
Desposaránse, al momento
Que se acaben de apcar
En Madrid, el desposando
Y la novia, según queda
Concertado, sin que pueda
Lograr trazas que está dando
Nuestro amante literero,
Y soplaráse las manos
Cuando llorc ardides vanos.

DON DIEGO.

Si yo no le doy primero
El castigo que merece
Hombre de tan poca fe.

CARREÑO.

Mas vale que él se le dé
A sí mismo, si os parece,
Y que Doña Ana del modo
Le olvide que él la ha olvidado:
Perderálo escarmentado
Todo, quien lo quiso todo.

DON DIEGO.

Vive Dios, que he de decir
Quién es á los que acompaña.

CARREÑO.

Intentaréis una hazaña
Que se os ha de deslucir,
Porque ó le han de dar la muerte,
O él os la ha de dar á vos,
Y cualquiera de los dos
Que se pierda, es caso fuerte.
Y cuando esto no suceda,
¿De qué servirá afrontar
A un noble, que por amar,
Desacreditado queda,
En tan desvalido traje?
Yo á lo ménos, lo que hiciera
A ser vos, le persuadiera
A solas con buen lenguaje,
Dándole un gentil jabon,
Y advirtiéndole lo mal
Que en hombre tan principal
Parece trasformacion
Tan indigna de creer,
Y el peligro á que se expone
Quien á burlar se dispone
Tan generosa mujer
Como vuestra prima hermosa;
Pues si se muda ligero,
Es mi señor caballero,
Y la sangre que es lustrosa,
Levántase aunque tropieza.

Temerá el verse por vos
Descubierto, y querrá Dios
Que acuerdos de la belleza
Que deja, y los imposibles
Que pretende, abran sus ojos,
Y paren estos enojos
En tálamos apacibles.
Considerad lo que haceis,
Y advertid cuán poco gana
De mi señora Doña Ana
Fama y opinion.

DON DIEGO.

Teneis

Mas seso que vuestro dueño.
Admito ese parecer;
Pero guardese de hacer
Desprecio de mí, Carreño.
No eche culpa á su castigo,
Si en Cabañas le avergüenzan.

CARREÑO.

A venir carros comienzan.
Adios, y haced lo que os digo. (*Vanse.*)

Campo á vista de Cabañas.—Es de noche.

ESCENA XI

Dentro DON BALTASAR, DON ALONSO, DON LUIS y DOÑA MAYOR.

DON BALTASAR.

Jo, mula de Barrabas:
¿Qué demonios te han tomado?

DON ALONSO.

Tenelda.

DON LUIS.

¿Hala derribado?

DON BALTASAR.

Dalle, dalle; ¡correr mas!
Señora, téngase bien.

DOÑA MAYOR.

¡Ay Lucas! ¡que me derriba!

DON BALTASAR.

Tírela del freno arriba.
¡Ah! malas landres te dén.

(*Piérdese la voz de Don Baltasar.*)

ESCENA XII.

DON ALONSO, DON LUIS, DOÑA ELENA, MEDRANO, CASILDA.

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Pára el coche.

DON LUIS. (*Dentro.*)

Pára el coche.

MEDRANO. (*Dentro.*)

Caminen, que no caerá.

DON LUIS. (*Dentro.*)

Parad; ¡hola! acabad ya.

MEDRANO. (*Dentro.*)

¡Voto á San Nulfo! (*Salen todos.*)

DON ALONSO.

De noche,

¡Y no hay quien vaya tras ella!

DON LUIS.

¿Qué camino hay sin desastre?

DON ALONSO.

¡Quiera Dios que no la arrastre!

DOÑA ELENA.

Vaya alguno á socorrerla.

CASILDA.

Adelantáronse tanto
Los de caballo á tomar
Posadas, que en el lugar
Deben ya de estar.

MEDRANO.

¿Qué espanto

Los asombra? ¿en angarillas
No va? ¿qué diablos nos cansa?

DON ALONSO.

¡Esta era la mula mansa!

MEDRANO.

Mansa es; pero tien cosquillas:
Debiósele de asentar
La silla en la matadura.

CASILDA.

Ya no parecen.

DOÑA ELENA.

¿Qué oscura

Noche!

DON LUIS.

Quiero ir á buscar.

MEDRANO.

¿No va á su lado Berrio?
Ya pueden haber llegado
Al pueblo, y aun remojado.

CASILDA.

¿Si cayó?

MEDRANO.

¡Buen desvarío!

Ya nos atronara á voces
La señora.

DON ALONSO.

¿Hay tal correr?

MEDRANO.

Ella se sabrá tener.
Subau, que no tira coces;
Que es la rucia una cordera.
Vamos, no tenga temor;
Que ella se tendrá.

DON LUIS.

Señor,

Subid en vuestra litera,
Y los demas en el coche:
Partiré entre tanto yo,
Y sabré dónde parar.

DON ALONSO.

Cosas he visto esta noche
En tres leguas, que sobrarian
Para ciento.

MEDRANO.

Donde van

Mujeres, siempre hallarán
Enfadados que en risas paran.
Dos tiros de piedra habrá
De aquí á Cabañas: subir.

DON ALONSO.

En efeto, ¿quereis ir
En su busca?

DON LUIS.

¿Quién podrá

Vivir, si cual yo la adora,
Entre tanto que no sabe
Lo que sucedido?

MEDRANO.

Acabe.

¡Estémonos aquí un hora!
No es tan zurda la muchacha:
El verá cual se agarró.

DOÑA ELENA.

¡Miren qué mula la dió
El Lucas!

MEDRANO.

No la hay sin tacha;

Mas la rucia es un horrico.
Acabemos pues, subamos.

DON ALONSO.

En la posada esperamos.

DON LUIS.

Yo voy pues.

MEDRANO.

Dalas, Perico. (*Vanse.*)

Otra vista de campo.

ESCENA XIII.

DOÑA MAYOR, en zapatillas; DON BALTASAR, trayéndole los chapines.

DON BALTASAR.

¡Linda traza!

DOÑA MAYOR.

Como vuestra,
Aunque con algun peligro.
Mil veces pensé caer.

DON BALTASAR.

Media legua hemos corrido.

DOÑA MAYOR.

¿Qué pueblo es aquel?

DON BALTASAR.

Magan.

Mientras duermen sus vecinos,
Y los que mi amor estorban
Buscándos andan perdidos,
Consultemos este rato,
Hermosa Mayor, arbitrios
Que sustenten mi esperanza,
Sin estorbos ni registros.

DOÑA MAYOR.

¿Y la mula?

DON BALTASAR.

Está paciendos.

DOÑA MAYOR.

¿No hay donde atalla?

DON BALTASAR.

No quiso

Criar árboles la Sagra,
Por darse toda á los trigos.
Raso está todo este campo,
Y á propósito este sitio
(Por lo que de prado tiene
Con yerba, aunque mal florido)
Para disponer los dos
O mi tormento ó mi alivio.
Sentémonos, si os parece.

DOÑA MAYOR.

Advirtiéndos al principio
Lo que de vuestra nobleza
Supongo, y que de vos fio
Respetos, que ocasionados
No profanan bien nacidos.

DON BALTASAR.

Cortés amaros pretendo
Con deseo casto y limpio,
Segura mi voluntad
Y mis gustos comedidos.
Sin manos viene mi amor;
Solo en la lengua y oídos
Jurisdicción limitada
Que os respete, les permito. *(Siéntanse.)*

DOÑA MAYOR.

Sois cordobes caballero:
De tal patria, en fin, tal hijo.
Para cautivar me mas,
No busqueis otros hechizos;
Mas ¿con cuáles obligasteis
La mula á que del camino
Derrotada, así corriese,
Ocasinando mis gritos?
Que á no asirme á las jamugas,
Y el ir vos siempre conmigo,
No hay duda que me arrastrara.

DON BALTASAR.

Tiene amor, en fe de niño,
Invenções y poder
Para ejecutarlas, y hizo,
En mi favor estudioso,
Mi Mayor, las que habeis visto.
Enfadábame el llevar
Al lado tanto registro,
Interrumpiendo cansados
Ya el hablaros, ya el oiros;
Y como no me va menos
Que vivir el persuadiros
Que de término tan breve
Amante atajeis peligros,
Vallime de la tinieblas
Y del ramo de un espino,
Plumaje de unos cambrones,
Que al bruto sin culpa aplico
Debajo la gurupera,

El cual al instante mismo
Que sin ser enamorado,
Le escoció lo pungitivo
De los celos, y en tal parte,
A puras coces y brincos
Procuró librarse dellos,
De puro correr, corrido;
Porque celos y cambrones
Son deudos muy parecidos.
El picado y yo celoso,
Echamos por esos trigos;
Mas sin perderos los brazos,
Que medraron mis alivios
Por tocaros y teneros,
Hasta llegar á este sitio
Donde gozoso os apeo,
A la mula abrojos quito,
Ella paze y yo descanso
Mientras adorando os miro.

DOÑA MAYOR.

¿Qué no sabrá hacer amor?

DON BALTASAR.

No hubiera bien entendidos,
Si no hubiera enamorados.

DOÑA MAYOR.

Dejemos, señor Berrio,
Burlas, y hablemos de veras.
Ya os acordais que os he dicho
Que tengo dificultades
Muchas, que si aquí averiguo
Y salen en vuestro abono,
A pagároslas me obligo.

¿Teneis en la corte empleo?

DON BALTASAR.

Túvele; pero os afirmo
Que ensayé en ella el amor
Que á vos perfecto os dedico.

DOÑA MAYOR.

¿Por vida de lo que mas
Quereis? Si así os necesito (1)
A no mentirme.

DON BALTASAR.

Estad cierta

Como que adorándos vivo,
Que mas allá que la muerte
Aborrezco aquebre vicio.

DOÑA MAYOR.

Pues siendo así, ¿por qué causa
Os ausentastes?

DON BALTASAR.

Motivos

Hallé en ella suficientes
Para apelar al olvido
Después de un año de amante,
Que ya me parece un siglo.

DOÑA MAYOR.

¿Era su nombre?

DON BALTASAR.

Doña Ana.

DOÑA MAYOR.

¿Su calidad?

DON BALTASAR.

Sé deciros

Que en la sangre y en la hacienda
Se igualó con mis servicios.

DOÑA MAYOR.

¿Celos os descompusieron?

DON BALTASAR.

Celos se engendran de indicios,
Agravios de desengaños,
Que por mis ojos he visto.

DOÑA MAYOR.

¿Desengaños? Pues ¿quiere á otro?

DON BALTASAR.

Quiere agora, querrá y quiso;
Que diz que engendran carácter
Los amores primerizos.

(1) obligo.

DOÑA MAYOR.

Pues ¿con qué seguridad,
Si dentro el alma os admito,
Crédula á vuestras palabras,
Viviré, según lo dicho,
Si vos primero la amastes,
Y celos, del amor hijos,
Pródigos desbaratados,
Llevando sus desperdicios
Caen brevemente en la cuenta,
Y se vuelven al cariño
Del primero amor su padre?

DON BALTASAR.

Ya, hermosa señora, os digo
Que pasaron de ser celos
A ser agravios los míos.
Mirad que soy caballero.

DOÑA MAYOR.

¿Qué dellos habemos visto
Calificar sus engaños
A sombra deste artificio!
Ahora bien, Don Baltasar,
Entre tanto que averiguo
Espacio en Madrid sospechas,
Que temo, pero no admito,
Yo os prometo no casarme,
Por mas que intenten prolijos
Apresurar mis tormentos
Mi padre y vuestro enemigo;
Mas con dejarme á mí cierta
De que sabeis resistiros,
No viendo á mí opositora.

DON BALTASAR.

¿Verla yo? Tiemblo de oirlo.

DOÑA MAYOR.

Estais celoso, y los celos,
Por lo que de otros colijo,
En convertirse á otra ley,
Tienen algo de moriscos.

DON BALTASAR.

Pues elegid vos el modo
De aseguráros.

DOÑA MAYOR.

Elijo

Uno, puesto que bastante,
Costoso, como inaudito.

DON BALTASAR.

Que no reparéis en eso:
Ya le espero.

DOÑA MAYOR.

Ya le explico.

Yo con vos he de enojarme
Al fin de nuestro camino,
Y tengo de hacer que os prendan
En Madrid.

DON BALTASAR.

¿Por qué delito?

Por la muerte del criado
Que á nuestro amor dió motivo.
El era un lacayo pobre,
Y dejando mujer y hijos,

Concertándos con la parte,
Su vejacion redimimos:
Entre tanto podré yo
Saber lo que solicito,
Y quitandós ocasiones,
Asegurar celos míos.
No ha de haber réplica en esto.

DON BALTASAR.

Severa sois en arbitrios;
Mas yo los acepto; vaya,
Si siendo obediente os sirvo.

ESCENA XIV.

DON LUIS.—DOÑA MAYOR, DON BALTASAR.

DON LUIS. *(Sin ver á Doña Mayor y Don Baltasar, ni ser visto de ellos.)*

¿Hay tal desaparecerse?

Mas de una legua he corrido
Por rodeos y altibajos,
Y no puedo descubrirlos.

DOÑA MAYOR.

Ansí aseguro sospechas.

DON BALTASAR.

Lo que yo en eso os suplico,
Es que apresureis amante
La informacion que os permito,
Porque acortemos estorbos.

DON LUIS. (Ap.)

Hablar hácia allí he sentido.
¡Válgame Dios! ¿si son ellos?
Pasos y atención aplico.

(Escúchalos de cerca.)

DOÑA MAYOR.

Si yo verdadero os saco,
Y sois, como lo imagino,
Quien vos decís y yo espero,
Presto saldréis dese oficio
Al que mi amor interesa.

DON LUIS. (Ap.)

O se engañan mis oídos,
O es Doña Mayor la que habla
Pero ¿a quién, recelos míos,
Promete amantes retornos
Que él diligencia y yo envidio?
¿Tan melindrosa poco há,
Pidiendo socorro á gritos,
Corriendo descaminada,
Pronosticando peligros
Su padre, llorando todos,
Yo buscándola perdido:
Y ella con tanto sosiego
Sentada, y en tan distinto
Lugar conversando alegre?
¿Qué de cosas que malicio?

DON BALTASAR.

Sentíralo vuestro padre
De muerte.

DOÑA MAYOR.

Yo tengo hechizos
Con que acariciar vejeces
De quien en la edad es niño.

DON BALTASAR.

En fin, ¿hemos de casarnos?

DOÑA MAYOR.

Al punto que saque en limpio
La verdad de tantas cosas.

DON BALTASAR.

¿Y Don Luis?

DOÑA MAYOR.

Es desvarío

Pensar que ha de cautivarme
Amante á quien no me inclino,
Cuando le hace ventajas
Tantas el señor Berrio.

DON LUIS. (Saca la espada y vase para ellos.)

¡Oh aleve! Viven los cielos,
Que tengo de dar castigo
A tan bárbara eleccion
Y al infame desatino
De tu desigual amante.

(Levántanse los dos, saca la espada Don Baltasar y opónese á Don Luis.)

DOÑA MAYOR.

¿Qué es esto?

DON BALTASAR.

Hidalgo, pasito,
Sosiéguese: ¿qué le toma?

DOÑA MAYOR.

¿Estáis en vuestro juicio,
Don Luis? Templaos: ¿qué es esto?

DON LUIS.

¡Pluguiera á Dios que perdido
Mi seso, ó nunca os amara.
O nunca llegara á oiros

Bajezas y indignidades,
Que si bien las aperciho,
Juzgo imposible el creerlas!
En fin, Mayor, habeis sido
Mujer; en fin, escogéis
A un rústico, cuyo oficio
Sirviendo brutos, se llama
Mozo de mulas.

DON BALTASAR.

Ya he dicho
Que hable bien y no tengamos
Carambolas; que si esgrimio
La de Joanes, al primero
Hurgon, perdónale Cristo.

DON LUIS.

¡Oh infame!

DON BALTASAR.

Apártese allá,
Señor galán: se lo aviso.

DON LUIS.

¿Vos su esposo? ¿yo olvidado?
¿Ella aleve, y yo ofendido?
¿Doña Mayor mujer vuestra?
Primero...

DON BALTASAR.

Todos venimos
De Adán, y yo puedo ser
De toda mujer marido
Con la cara descubierta.

DOÑA MAYOR.

Don Luis! ¿Lúcas Berrio!
¿Qué disparates son estos?
Sosegaos, u daré gritos.

(Ap. á Don Luis.)

¡Hay locura semejante!
¿Luego vos habeis creído
Lo que aquí nos escuchastes?
¿Jesus! ¿qué gran desatino!
Envainad, que sois un bobo:
Poco mi seso acredito
Con vos. Lúcas, á enfrenar.

DON BALTASAR.

Voy; pero lo dicho dicho.

(Vase.)

ESCENA XV.

DOÑA MAYOR, DON LUIS.

DOÑA MAYOR.

En fin, ¿me habeis injuriado?
¿Qué dello perdeis conmigo
Desde hoy? ¿Qué á tal disparate
Llegueis vos á persuadirlos!

DON LUIS.

Pues si lo oigo, ¿qué queréis?
¿Desincentiré mis sentidos?
¿No sois mujer? ¿Qué milagro
Que imitéis vuestro principio?

DOÑA MAYOR.

Ya os dije que sois un bobo:
Túveos yo por entendido.
Alquiladora de mulas
Doña Mayor! ¡oh qué lindo!
Medrábamos en coreoba.
Jesus! Jesus! Me santiguo
Una y mil veces! ¿Que sean
Los celos tan persuasivos,
O tan necios, que se arrojen
A creer de mi juicio
Tan gran desalumbamiento?

DON LUIS.

A tener los celos tino,
No anduvieran siempre á ciegas;
Pero si lo son los míos,
¿A qué propósito agora
Cuando yo os busco molido,
Temeroso vuestro padre,
Sentados y entretenidos
Favoreceis amorosa
A un bárbaro con indignos

Desaciertos y esperanza,
Cuando ménos, de marido?

DOÑA MAYOR.

Andad, que no estáis en vos.
Es el tanto mas sencillo
El Lúcas, que vió Toledo.
Hasta aquí la mula vino
Sin parar, desatinada,
Y él á las ancas asido,
Ya que no pudo tenerla,
Me tuvo á mí; que os afirmo
Que si de mí se apartara,
Mil veces hubiera sido
Malogro á vuestros deseos,
Y lástima á nuestro siglo.
Cansóse, en fin, y canséme
De suerte, que me convino
Sosegar aquí este rato,
Y él á mi lado, perdido
De correr, sentado y necio,
Que estaba sin seso dijo
Por mí, y dispuesto á casarse,
Consintiese ó no, conmigo.
Propúsome su linaje
(Que es por lo ménos, corito).
Su patrimonio, sus deudos,
Sus gracias, sus ejercicios;
Y yo por entretenerme,
Dí ensanchas á su capricho,
Ofreciéndole informarme,
Y abonándole testigos,
Mejorar con él mis bodas.

DON LUIS.

¿Qué decís!

DOÑA MAYOR.

Que no sois digno
De que os tenga por discreto
Quien vuestro desaire ha visto

DON LUIS.

¿Que desos es vuestro mozo?
Un viaje entretenido
Segun eso me prometo.
No hay celos sin desvarios:
Perdonadme, esposa bella,
Y entretengamos fastidios
Con él de aquesta jornada,
Dando á sus simplezas ripio.

ESCENA XVI.

DON BALTASAR. — DOÑA MAYOR,
DON LUIS.

DON BALTASAR.

¡Miren qué mucho que echase
La mula por esos trigos!
Sois dedos sobre los lomos
De matadura la hizo:
¡Maldiga Dios al sillón!
Suba.

DON LUIS.

(Ap. á Doña Mayor. Ya me maravillo,
Mi bien, que no os arrastrase.)
Lúcas, no haya mas: amigos
Hasta la muerte.

DON BALTASAR.

Es trempano.

DON LUIS.

Ya yo con vos no compito:
Doña Mayor me desprecia
Y os tiene amor.

DOÑA MAYOR.

Infinito.

DON LUIS.

No quiero mujer con celos:
De novio vuelto en padrino,
He de alegrar vuestras bodas.

DON BALTASAR.

¿Se convida?

DON LUIS.

Me convido.

DOÑ BALTASAR.
Encaje pues esos huesos.
(Danse las manos.)

DOÑ LUIS.
¿Quereis, pues estoy rendido,
Que suba un rato á las ancas?

DOÑ BALTASAR.
¿Con mi mujer? Palo, digo.

DOÑ LUIS.
Acabad.

DOÑ BALTASAR.
¿Y la señora
En el sillón?

DOÑ LUIS.
Sin peligro
Irá, si yo cuido della.

DOÑ BALTASAR.
¿Y que vaya á pié el marido!
Oste, puto: en mi curato
No ha de haber (desto le aviso)
Beneficiado ó teniente
Con quien parta los bodigos.
Llevaréla de la rienda;
Irá vusted su poquito,
Un rato á pié y otro andando;
Que Cabañas está á tiro
De arcabuz: alto, señores.

DOÑ LUIS.
Extraño sois.
DOÑ BALTASAR.
No sufrimos
La mula y yo, ni aucas ella,
Ni Lucas sota-maridos.
(Ioma en brazos á Doña Mayor y vanse.)

ACTO TERCERO.

Portal de una posada en Illescas

ESCENA PRIMERA.

DOÑ ALONSO, DOÑ FELIPE.

DOÑ ALONSO.
Basta, que dais en hacernos
Merced toda esta jornada;
En Cabañas la posada,
Pollos y gazapos tiernos
En Illescas..... A este andar
Porfiando en regalarnos,
Claro está que ha de pesarnos
Ver que se haya de acabar
Tan presto nuestro camino.

DOÑ FELIPE.
Ya que en él os encontré,
Por dichoso me tendré
Que, en fe de vuestro vecino,
Me toque el título honroso
De vuestro aposentador.

DOÑ ALONSO.
Yo soy vuestro servidor,
Y me juzgo venturoso
Yendo en vuestra compañía.

DOÑ FELIPE.
El curso que de ordinario
Tengo hecho, siendo cosario
Deste camino, podría,
Aunque la jornada es breve,
Enseñarme á descubrir
Regalos con que os sirve:
Por lo ménos traigo nieve
Y ternera, que no es poco
Para tan seco lugar.
Mientras guisan de almorzar,
Si con el sueño os provoco,
Soy de parecer que un rato
Reposeis.

DOÑ ALONSO.
Como he venido

En litera, hélo dormido
Lindamente; y me recato
De camas que á tantos son
Comunes.

DOÑ FELIPE.
Camas y lodos
Déjanse pisar de todos,
Como mozas de meson;
Mas yo siempre me prevengo
De sábanas y almohadas
Caseras, por las posadas.

DOÑ ALONSO.
El mismo cuidado tengo;
Y de ordinario las llevo
En un baul como agora.

DOÑ FELIPE.
No saldremos en esta hora;
Por eso en el meson nuevo
Previne dos salas frescas,
Que es mas capaz y mejor.

DOÑ ALONSO.
Mientras va Doña Mayor
A ver la Virgen de Illescas,
Y oye en su altar una misa,
El almuerzo prevendremos,
Porque esta noche lleguemos
A Madrid.

DOÑ FELIPE.
Si se da prisa
El cochero; que hay que andar
Seis leguas, y la de Parla
Es larga.

DOÑ ALONSO.
Tiempo hay de andarla,
Pues el sol nos da lugar,
Que agora empieza á nacer.
¿A que vais vos á la corte?

DOÑ FELIPE.
No á pretension que me importe:
Soy mozo, y no sé perder
Fiestas que ilustran hazañas
Con que España alegre está:
Convida á toros Fredá,
Y el Brasil pone las cañas;
Quisiera dar á un rejon
Crédito delante el Rey.

DOÑ ALONSO.
Son guarda de nuestra ley
Su castillo y su leon:
Y así no me maravillo,
Contra quien su fe no entienda,
Que tal leon la defienda,
Y la ampare tal castillo.

DOÑ FELIPE.
¿Qué de enemigos tenía
El infierno convocados!

DOÑ ALONSO.
Dicen que en tiempos pasados
Seguro el leon dormía,
Viéndose en la posesion
Pacífica de su imperio;
Juzgaron á vituperio
Los lobos que así el leon
En los dos mundos tuviese
Imperio tan absoluto,
Sin que se escapase bruto
Que su nombre no temiese;
Y haciendo entre todos liga,
Como durmiendo le vieron,
Sus Estados repartieron,
¿Tanto la ambicion instiga!

Y consultando sus robos,
Afirman, mas será error,
Que alguno que era pastor,
Se coligó con los lobos.
Por cuatro partes marcharon,
Y arriesgando su fortuna,
Le acometieron á una;
Mas no le desafiaron.
Que fué accion poco bizarra.

El leon que los sintió,
Dió un bramido, hostezó,
Y enseñóles una garra,
Con que, el ánimo perdido,
No hay quien del temor no muera:
Si despertara, ¿qué hiciera
Quien mata con un bramido?
No hay quien ose esperar ya
Después que el Alba salió,
¿Diga quien lo intentó
Cómo en la FERIA le va.
Brame España, que atropella
Lobos con blason eterno;
Que las puertas del infierno
No prevalecen contra ella;
Y dadme licencia á mí
Que dé á nuestros mozos prisa.

DOÑ FELIPE.
Pienso que salen de misa.
DOÑ ALONSO.
Pues esperadlas aquí. *(Vase.)*

ESCENA II.

DOÑA MAYOR, DOÑA ELENA y DOÑ LUIS,
ellas adornados los sombreros de medidas (1) y estampas. — DOÑ FELIPE.

DOÑA MAYOR.
¿Qué imagen tan milagrosa!

DOÑA ELENA.
Solo el verla da consuelo.

DOÑA MAYOR.
Es depósito del cielo.
¿Qué devota! ¿qué amorosa!

DOÑA ELENA.
Cargada voy de medidas
Y de medallas de plata.

DOÑA MAYOR.
Como en ellas se retrata,
Cuanto á Dios por ellas pidas,
Tendrá salida mejor;
Que para un amante fiel.
Copias que imita el pincel
Son sus cartas de favor.

DOÑ LUIS.
Devotas las dos salis.

DOÑA MAYOR.
De solo haberla mirado,
El dolor se me ha quitado
De cabeza.

DOÑ LUIS.
Si dormis
Al fresco desta mañana,
Cansancios restauraréis
Que experimentado habeis
En la noche toledana.

DOÑA MAYOR.
¿Y qué enfadosa que ha sido!

DOÑA ELENA.
Señor Don Felipe, ¿es hora
De caminar?

DOÑ FELIPE.
No, señora;
Pero rato há que lo ha sido
De que almorcemos; que está
Llanándonos quien lo guisa.

DOÑA ELENA.
El comenzar por la misa,
Buen fin al camino da.

DOÑ FELIPE.
Segun refran castellano,
Por oirla y dar cebada,
Nunca se pierde jornada.

DOÑA MAYOR.
Este es proverbio cristiano.

(1) Cintas tocadas á la imagen de Nuestra Señora.

DOÑA ELENA.

Poco lo debe de ser
Quien por esta villa pasa,
Y á la Virgen en su casa
Ni visita ni va á ver.

DON FELIPE.

¿Qué es lo que le habeis pedido,
Por mi vida, Elena bella?

DON LUIS.

¿Qué ha de ser, siendo doncella?
Por lo ménos, un marido.

DOÑA ELENA.

¿Pues he de pedirla dos?

DON LUIS.

Para escoger, no tan malo.

DOÑA ELENA.

Son tales, que los igualo
A todos: libreme Dios
De súplica tan costosa;
Acreditad mas mi seso.

DOÑA MAYOR.

¿Ay prima! ¿para qué es eso,
Si allá te queda otra cosa?

DOÑA ELENA.

Juzgas por tu pecho el mío.

DOÑA MAYOR.

Yo, cuando en eso repares,
Los maridos tengo á pares.

DOÑA ELENA.

¿Y son?

DOÑA MAYOR.

Don Luis y Berrio.

DOÑA ELENA.

Y vienen como perdices,
Chico con grande; ¿mas quién
Juzgas que te está mas bien?

DOÑA MAYOR.

¿Pues eso, Elena, me dices?
¿Hay tal Lucas en el mundo?
¿Quién puede hacerle ventaja?

DOÑA ELENA.

En dar á una mula paja,
No debe tener segundo.

DOÑA MAYOR.

Tú lo verás algun día,
Y envidiarás mis desvelos.

DON LUIS.

Burlas son; pero los celos.
Ni aun de burlas, Mayor mía.

DOÑA MAYOR.

¿Burlas? ¿Gentil desvario!
Pues ¿osaráse igualar
En talle, en gracia, en hablar,
Vuesa merced con Berrio?
Vamos; que le quiero ver.

DOÑA ELENA.

Basta, que en donosa has dado.

DOÑA MAYOR.

Sobrestante del ganado
No es marido de perder.
(*Vanse Doña Mayor y Don Luis; Don Felipe detiene á Doña Elena.*)

ESCENA III.

DON FELIPE, DOÑA ELENA.

DON FELIPE.

Esperad, señora, un poco,
Y pagad agradecida
A quien con vuestra partida
Está, si no muerto, loco.
¿Qué de inconvenientes toco,
Viendo que á la corte vais!
Si en su mar os engolfais,
Ya doy mi amor por perdido;
Que es cortesano el olvido,
Y ya en mí le ejecutais.

Ausente y sin despediros,
Presente, y sin deteneros,
Yo olvidado por quereros,
Vos ingrata por partiros,
Malogrados mis suspiros.
Mi esperanza sin reparos,
Siguiéndos por obligaros,
Y vos huyendo de verme,
¿Qué fe puedo prometerme
De menosprecios tan claros?

DOÑA ELENA.

Pues ¿sobre qué fundamento
Intimais quejas tan grandes?
¿Embárcome para Flandes?
¿Despliego velas al viento?
¿Voy á la corte de asiento,
O á celebrar convidada
De una prima concertada
Una boda prevenida,
Por ir vos, entretenida,
Por ser suya, deseada?
No llegará el coche apénas
A san Isidro, la hermita
Que á Manzanares limita
Margenes de sus arenas,
Cuando alegres norabuenas
De desposada reciba,
Y entre música festiva,
Mientras que la palma toca,
Desde la mano á la boca,
Libre entre, y salga cautiva.
¿Tan largo plazo es seis dias
Que podré con ella estar,
Si vuelta luego he de dar,
Para esas melancolias?

DON FELIPE.

Temen las sospechas mías
Novedades cortesanas;
Pero júzguense por vanas,
Y decidme qué ocasion
Da tanta prisa á esa accion;
Que habrá muchas no livianas,
Pues que bodas apresuran
Antes de entrar en la corte.

DOÑA ELENA.

Gozar los gustos sin porte,
Es lo que hoy todos procuran
De los gastos se aseguran
Los que en secreto se casan;
Que ostentaciones abrasan
Facultades caudalosas,
Y las que son mas lustrosas
Duran poco y presto pasan.
Ya está la industria discreta
En la corte introducida;
La gala mas recibida
Por barata, es la bayeta;
La mejor boda es secreta.
Y ya en fin, en nuestros dias
Mercedes y señorías
Se entierran á media noche,
Llevando el cuerpo en un coche,
Por ahorrar de cofradías.
Por eso Don Luis se casa
Segun la ley del provecho,
Hallándose lo mas hecho
Primero que entre en su casa.

DON FELIPE.

Prudencia es vivir con tasa;
Tambien lo pienso imitar.

ESCENA IV.

CASILDA. — DON FELIPE, DOÑA ELENA.

CASILDA.

Señores, alto, á almorzar.
Que llama el viejo.

DON FELIPE.

Advertid

Que entráis, Elena, en Madrid,
Y los naufragios del mar.

(*Vanse Doña Elena y Don Felipe.*)

ESCENA V.

CARREÑO. — CASILDA; *después* CARRETEROS, *dentro*.

CARREÑO.

Mientras allá dentro almuercan,
Y á cavar viñas va el zafio,
¿O tú..... (parezco epitalio
Destos que vocablos fuerzan)
¿O tú que empiezas con *Ca*,
Y llamándote *Casilda*,
Tu nombre acaba en *asilda*
Porque te he de asir quizá,
Si acaso se te ha pegado
El amor que es sarampion,
Que de meson en meson
Mil mozos ha salpicado;
Advierte que desde ayer
Que te advertí hilletera,
Mi voluntad casildera
Casildar debe querer,
Porque casi me eucasildo,
Casilda, por tí y me abraso:
Si con Casilda me caso,
Casi engendraré un cabildo
De Casildicos entero,
Que en cada casa y lugar
Se casen por casildar
Con el nombre casildero.

CASILDA.

¿En qué bodegon comimos,
Señor taur de vocablos?

CARREÑO.

Señora afeita retablos,
En ese donde estuvimos.
¿No es hembra? Yo; ¿no soy hombre?
¿Qué la sobra ó qué me falta?
Sepa que el alma me asalta
La semejanza del nombre
Que al mío principios da
Con las dos letras primeras
Que el suyo.

CASILDA.

¿Ay Dios! ¿qué frioleras!

CARREÑO.

¿Casilda no empieza en *ca*?
En *ca* Carreño no empieza?
Pues si principios juntamos
Y con ellos nos casamos,
Dueño yo de tal belleza,
Del *ca* que mi nombre saca
Y el *ca* que en Casilda vemos,
No es milagro que engendremos
Un niño que diga *caca*.

CASILDA.

Algo espeso es el conceto.

CARREÑO.

Guisóle un ingenio raro;
Vaya el raro para malo.
Tú eres cuerda, yo discreto;
Si Don Baltasar se casa
Con mi *sá* Doña Mayor,
¿Quién te puede estar mejor,
Pues todo se cae en casa?
Accion los lacayos tienen
A fámulas de las damas,
Pues son amos y son amas.
(*Ruido de carros y panderos dentro.*)

CASILDA.

¿Qué es aquello?

CARREÑO.

Van y vienen

De Madrid y de Toledo
Carros, que dándose vaya,
Son galeras desta playa.

CASILDA.
Pues oigámoslos.

CARREÑO.
No puedo,
Si no quedo tu privado,
Y en astillero mi amor.

CASILDA.
Lo que fuere del señor,
Eso será del criado.
(*Cantan dentro al son de panderos.*)

Una voz.
El sombrero de tema
Y el rostro zaino,
Mi moreno me mira
A lo renegado.

Muchas voces.
¡Jesus! ¿qué enojo!
¡Jesus! ¿qué enojo!
Morenico dell alma,
Levanta el rostro.

Otra voz.
De Madrid á Getafe
Ponen dos leguas;
Veinte son si la calle
Se pone en cuenta.

Muchas voces.
¡Jesus! ¿qué larga!
¡Jesus! ¿qué larga!
No me lleves por ella,
Diego dell alma.

CARRETERO PRIMERO. (*Dentro.*)
Deja de tañer el muerto,
Pues eres pandero vivo.

SEGUNDO.
¿Quien te mete en eso, chivo?

TERCERO.
Dalas, carretero tuerto,
Y callen los mariones.

CUARTO.
Señores berengeneros,
Si pares, dígoles cueros,
Si cueros, dígoles nones.

PRIMERO.
Ballenatos, ¡la ballena!
Que se os escapa el rio abajo.

SEGUNDO.
¿Cuántas ha dado el badajo?

PRIMERO.
Ballenato.

SEGUNDO.
Berengena.

TERCERO.
Zupia.

CUARTO.
Mienten los vimorres.

PRIMERO.
Echa ese estiércol, borracho.

SEGUNDO.
¡Ah mula! Dalas, muchacho.

Muchas voces.
Que te corres, que te corres

Una voz. (*Canta.*)
Labradoras Getafe,
Leganes mozos,
Torrejon casaditas,
Pinto uno y otro.

Muchas voces.
¡Jesus! ¿qué lindos!
¡Jesus! ¿qué lindos!
Torrejon, Valdemoro,
Getafe y Pinto!

CARREÑO.
Esta si; cuerpo de Dios!
Que es tierra alegre y sin miedo.
¡Oh gran Madrid! ¡Oh Toledo!
Dios me mate entre los dos.

ESCENA VI.

DON LUIS. — CASILDA, CARREÑO.

DON LUIS.
Alto, Casilda, de aqui,
A almorzar.

CASILDA.
¿Han ya acabado
Los señores?

DON LUIS.
Ya han alzado
Las mesas.

CARREÑO.
(*Hablando aparte con Casilda.*)
Hermana, si
O no: de presto; decíldo.

CASILDA.
Dejáramelo pensar.
CARREÑO.
Carreña te has de llamar,
Vive el cielo.

CASILDA.
¿Y tú?
CARREÑO.
Casildo.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VII.

DON BALTASAR. — DON LUIS.

DON BALTASAR.
Hase quebrado una rueda,
Y es fuerza arrancar mas tarde.

DON LUIS.
¿Un turco la flema aguarde
De un coche!

DON BALTASAR.
Medrano queda
Dando prisa al aderezo.

DON LUIS.
¿Mas que no llegamos hoy
A Madrid?

DON BALTASAR.
¿No? Yo le doy
Mi fe, si á correr empiezo
Y las reatas acoto,
Que llegue con mas de un hora
De sol allá. Escuche agora:
Mientras está el coche roto,
Pues mi padrino ha de ser
Y me tengo de casar.
¿No sería bueno hablar
A mi suegro, y no perder
Tiempo?

DON LUIS.
Sí, que el que comienza
Lo mas hace; habladle vos.

DON BALTASAR.
¿Yo?

DON LUIS.
¿Pues quién?

DON BALTASAR.
¿Bueno por Dios!

DON LUIS.
¿Por qué no?
DON BALTASAR.
Tengo vergüenza.

DON LUIS.
¿Qué hiciera la desposada?

DON BALTASAR.
Yo en estas cosas soy nuevo:
Dígaselo él.

DON LUIS.
No me atrevo.
DON BALTASAR.

Pues si no, no hay hecho nada;
Descasaréme *sólo* (1),

(1) *Ipsa facto.*

En no tratándose aqui:
A ella le va mas que á mí.

DON LUIS.
(*Ap.* ¡Hay mas simple mentecato!)
¿No aguardaréis coyuntura
En Madrid?

DON BALTASAR.
¿Gentil espacio;
¿Somos novios de palacio?
Aquí hay conlites y curra:
Boda que llega á enfriarse,
Diz que llega á arrepentirse:
O dejallo ó concluirse.

ESCENA VIII.

DON ALONSO, DOÑA MAYOR, DOÑA
ELENA, DON FELIPE, CASILDA,
CARREÑO. — DICHOS.

DON ALONSO.
¿Miren donde fué á quebrarse
La rueda!

DOÑA MAYOR.
¿Qué hemos de hacer,
Sino sufrir y esperar?

DON ALONSO.
Dura un hora en un lugar
Mas que un día.

DON LUIS.
Entretener
Os quiero mientras partimos.
Habeis de saber, señor,
Que medra Doña Mayor
De consorte.

DON ALONSO.
Ya supimos
Que Berrío la ha mirado
Con achaques de marido.

DON BALTASAR.
¿Quién? ¿yo? La señora ha sido
Quien en tal flaqueza ha dado.

DON ALONSO.
¿Luego ella os ruega?
DON BALTASAR.
¿Pues no?

¿En esa ignorancia están?
A la vista de Magan,
Cuenta ella lo que pasó:
Que yo de mis viñas vengo.

DON ALONSO.
Será como lo decís.
¿Mayor no ama á Don Luis?

DOÑA MAYOR.
Poca voluntad le tengo.

DON ALONSO.
¿Y le ha parecido bien
Lúcas?

DOÑA MAYOR.
Extremadamente.

DON ALONSO.
Don Luis, como prudente,
Conociendo su desden,
No quiere mujer forzada.

DOÑA MAYOR.
Solo en eso fué discreto.

DON ALONSO.
Soy padre suyo, en efecto;
Temo verla mal casada.
¿No haré un acertado empleo,
Si se la doy á Berrío?

DOÑA ELENA.
¿Pues no? ¡Jesus, señor tío!
Yo infinito lo deseo.

DON LUIS.
Ya yo le he dado mi voto.

DON FELIPE.
Lo demas fuera rigor.

CASILDA.

Medraré con tal señor.

CARREÑO.

A ese parecer me acoto.

DON ALONSO.

Pues yo no lo contradigo.

Ya que todos me lo alaban.

DON BALTASAR.

Ténganse : ¿ luego pensaban

Que está acabado conmigo ?

Sepamos primeramente

El dote que me han de dar.

DON ALONSO.

Si Mayor me ha de heredar,

No hay en eso inconveniente.

Decidnos vos vuestra hacienda.

DON BALTASAR.

¿ Piensan que el casarse es paja ?

Quien destaja, no baraja.

Yo tengo, porque lo entienda,

Un solar en Lavapiés,

Que según mi hermano dijo,

En muriéndosele un hijo,

Se ha de partir entre tres;

En Torrejon dos majuelos,

Que agora se han de plantar;

Item mas, un melonar

Que he comprado en Cienpозuelos,

Y si acierta la calaña,

No es su ganancia pequeña;

Item mas, tengo una hacaña

Y una casa en la montaña,

Que aunque se las llevó el río,

Fácil alzarse podrán :

¿ No es bueno el coche en que van ?

Pues la mitad dél es mio;

Tres mulas y un macho romo,

Y mi sollada cumplida

Para la Pascua Florida,

Treinta ducados.

DON ALONSO.

¿ Y cómo

Que es caudaloso el mancebo !

DON BALTASAR.

Sendos vestidos de paño,

Sin este que compré antaño,

Tres jubones, este nuevo,

Y dos que echándoles mangas,

Haran tambien su figura.

DON ALONSO.

Como quiera es la ventura !

Andaos á caza de gangas,

Y dejad perder tal yerno !

DON BALTASAR.

Tengo cinco camisones,

Dos sombreros, tres valones

Y un gaban para el invierno ;

En Indias un par de tios,

Un sobrino colegial,

Y el doctor del hospital

Es dendo de deudos mios ;

Un familiar viejo y rico

De la santa Esquicicion.....

Quedábaseme un lechon

Tamaño como un borrico,

Ademas del racionero

De Murcia, que dije ya.

¿ Es barro esto ?

DON ALONSO.

Bueno está :

Mi yerno sois y heredero.

Aquí habéis de desposaros ;

Las manos los dos se dén.

DON BALTASAR.

Aquí ?

DON ALONSO.

Si.

DON BALTASAR.

¿ En un santiamén ?

DON ALONSO.

Porque no podais tornaros

Atras ; que me estará mal,

Si tan buen lance perdemos.

DON BALTASAR.

A mí, mas que mos casemos.

DON LUIS. (Ap.)

¿ Qué alegre está el animal !

DON BALTASAR.

Mas yo holgárame, señor,

Que otros tambien se casaran,

Y el trabajo acompañaran

Del matrimonio. Mijor

Será dar al tiempo riendas ;

Presto los meses se pasan ;

De doce en doce se casan

Los mas por carrastollendas ;

Para entónces lo dejemos.

DOÑA MAYOR.

¿ Para entónces ? No, Berrío ;

No, padre ; no, Lucas mio.

DON BALTASAR.

A mí, mas que mos casemos ;

Pero á solas, sentirélo.

DON FELIPE.

Pues hagamos una cosa :

Déme Doña Elena hermosa

La mano, pues quiso el cielo

Que la adore.

DOÑA ELENA.

En hora buena.

DON ALONSO.

Alto, si ello está de Dios,

Cásense de dos en dos.

DOÑA MAYOR.

Por muchos años, Elena.

DOÑA ELENA.

Para servir á mi prima

Y á mi primo el sobrestante.

DON BALTASAR.

Señores, báilese y cante.

DON LUIS. (Ap.)

¿ No ven cómo se le arrima ?

DON ALONSO. (Ap.)

Por Dios, que es el mejor rato

Que nunca pensé tener.

DON BALTASAR.

Asentémonos, mujer.

(Toma la mano á Doña Mayor, van á

sentarse juntos, y apártalos Don Luis.)

DON LUIS.

Aparta allá, mentecato.

DON BALTASAR.

Pues ¿ qué tenemos ?

DON ALONSO.

Dejalde.

DON FELIPE. (Ap. á Don Luis.)

¿ Oh ! si nos desbaratais

La fiesta.....

DON ALONSO.

Muy bien estáis :

Yerno, asentáos. Mayor, dalde

La mano ; yo gusto deso.

DON LUIS. (Ap. á Don Alonso.)

Para burlas bueno está.

Ea, acábase esto ya.

DON ALONSO. (Ap. á Don Luis.)

¿ Estáis en vos ? ¿ Gentil seso !

Pues hácenos merced Dios

En darnos con qué alegrar

Molestías del esperar,

¿ Y alborotáisnosla vos ?

DOÑA ELENA. (Ap. á Don Luis.)

Quien no tiene gusto en esto,

Preciarse de hombre no es justo.

DON LUIS. (Ap. á los que le hablan.)

¿ Oh pesia á tal, con el gusto

Tan pesado y tan molesto !

¿ Quereis que permita yo

Que la mano á un bruto dé ?

DON ALONSO. (Ap. á Don Luis.)

Dejadnos por Dios.

DON LUIS. (Ap. á ellos.)

Si haré.

DON BALTASAR.

Pues Casilda ¿ en qué pecó ?

Busquémosla un desposado.

DON ALONSO.

Ha dicho bien.

DON FELIPE.

Mi criado,

Como Casilda lo quiera,

No tendrá gusto pequeño.

Que yo sé que la enamora.

CASILDA.

Pues se casa mi señora,

Vaya.

DON FELIPE.

Llégate, Carreño.

CARREÑO.

Llego : esos nudos aplica.

CASILDA.

Tuyos con el alma son.

CARREÑO.

Casamiento de meson

Fayancas me pronostica.

CASILDA.

Aquí hay guitarra y pandero,

Que es provision de posadas.

DON ALONSO.

Pues bailen las desposadas.

DON BALTASAR.

Aseguremos primero

Las bodas. Señora, diga :

¿ Quiere, en fin, ser mi mujer ?

DOÑA MAYOR.

¿ Pues no lo había de querer ?

Digo que sí.

DON BALTASAR.

¿ Y que se obliga

A quedarlo desde aquí

Para delante de Dios ?

DOÑA MAYOR.

Mil veces sí. ¿ Quereis vos

Ser mi marido ?

DON BALTASAR.

Resí.

DON LUIS. (Ap.)

Vive Dios, que me dan pena

Estas burlas. ¿ Qué haya humor

Que guste desto !

DON BALTASAR.

El señor

¿ Da el sí á la señora Elena ?

DON FELIPE.

De marido y de mi dueño.

DON BALTASAR.

¿ Y ella ?

DOÑA ELENA.

El alma con el sí.

DON BALTASAR.

¿ Y Casilda ?

CASILDA.

Ya le di

La mano.

DON BALTASAR.

¿ Quiere Carreño

Ser su esposo ?

CARREÑO.

Y enterralla.

DOÑA ELENA.

Testigos hay, no los llamen.

DON BALTASAR.
Todos dicen *amen, amen*,
Sino es Don Sancho que calla.
(*Señalando á Don Luis.*)

DOÑA MAYOR.
¿Qué importa, si os quiero yo?

DON BALTASAR.
Eso bonda: alto, á bailar,
Y al que le diere pesar,
Que le haga mala pro. (Bailan.)

ESCENA IX.

MEDRANO. — DICHOS.

MEDRANO.
Ya está aderezado el coche;
Vengan á poner el hato.

DON ALONSO.
Yo he tenido un lindo rato.

DON LUIS.
Vamos; que aunque sea de noche,
Habemos hoy de llegar.

DON ALONSO.
Ea, Lucas, que en Madrid
Se hará lo demás: uncid.

DON BALTASAR.
Allá nos pueden velar
El domingo, Dios delante,
Señor suegro.

DON ALONSO.
Ansí ha de ser.

DON BALTASAR.
Entre, señora mujer.
DOÑA MAYOR.
Entro, señor sobrestante.
(*Vanse todos, y al entrarse Don Baltasar, sale Don Diego y le detiene.*)

ESCENA X.

DON DIEGO. — DON BALTASAR.

DON DIEGO.
Esperad, Lucas Berrio
(Si en fe de vuestra nobleza
Juzgais á título honroso
Que os hable desta manera),
Admitid mil parabienes
Del hábito en que en illescas
Os halla quien esperaba
Dároslos de una encomienda.
Váyale á pedir albricias
A vuestro padre el que intenta
(Porque alegren tales cargos
Su vejez) medrar con ellas;
Que cuando la acción honrosa
Del marquesado se pierda,
Por eso la equivaldrá
El ser mozo de litera.
Don Baltasar, ¿es posible
Que en vos mocedades puedan
Degenerar vuestra sangre,
Y alargar tanto la rienda
A ilícitas travesuras,
Que en tan civil traje os vea
Quien desmintiendo á sus ojos,
Se holgara que nunca os vieran?
¿Vos mozo de mulas bajo?
Afrentad enhorabuena
Vuestra sangre; pero no
A la mia hagais afrenta.
Doña Ana de Castro os quiso
Tanto, que andando en las lenguas
De toda su vecindad,
Es causa que el seso pierda.
Persuadiónos, engañada,
A la pretension honesta
Que enlazando corazones,
Logra en tálamos la Iglesia:
Amonestada con vos
Dos veces, y la tercera
A punto de publicarse,

¿Qué faltas vistas en ella
Para ocasionar venganzas
A la sangre portuguesa,
Que en respetos semejantes
O pierde el seso ó se venga?
Agradeced mi templanza;
Que injuriado, bien pudiera,
Publicando aquí quién sois,
Sacaros á la vergüenza.
Amor todo lo perdona;
Demos á la corte vuelta;
Abrid al honor los ojos;
Caballero sois; no pueda
Mas el vicio que la fama
En vos; Doña Ana os espera;
Reparad obligaciones;
O si no, salgamos fuera
Del lugar, donde la espada
Os obligue á hacer por fuerza,
Guiada de mi justicia,
Lo que no puede la lengua.
DON BALTASAR.
Don Diego, bien sabéis vos
Lo que mi crédito arriesga,
Si con quien está casada,
Al cielo ofender intenta.

DON DIEGO.
¿Casada! ¿Cómo ó con quién?

ESCENA XI.

DOÑA MAYOR. — DON BALTASAR,
DON DIEGO.

DOÑA MAYOR. (*Para sí al salir.*)
Desposada estoy de veras,
Aunque lo juzgue de burlas
Mi padre. ¿Gentil quimera
Nos ha pasado este día!
¿Qué juicio habrá que crea
Que por mano de mi padre
Á darme la suya venga
Quien tan lejos de su gusto
Me quiere, y que lo consienta
El mismo que á desposarse
Conmigo da tanta prisa?
Yo á lo ménos con el alma
Se la di; si es verdadera
Su voluntad, hecho está,
Suceda lo que suceda.

DON DIEGO.
Las cédulas que alegais,
Bastantes estorbos fueran,
A no morir peleando
Don Rodrigo, en fin Almeida.
DOÑA MAYOR. (*Ap.*)
¿Qué es esto, cielos? ¿qué escucho?
¿Ya hay perseguidor que venga
Á desbaratar mis dichas?
¿Tan presto empezais, sospechas?

DON DIEGO.
Testigo podeis ser vos,
Cuyos ruegos y promesas
No han sacado de Doña Ana
Mas que permitidas muestras
De amor, si habrá Don Rodrigo,
En cuanta correspondencia
Con ella tuvo, alcanzado
Cosa que agraviaros pueda.
Viuda está en la voluntad;
Pero en lo demás, defienda
El recato de su fama
Su constancia y su entereza.
Ella os adora, y aquí
Vuestra mocedad intenta
Imposibles que esta noche
Burlar (1) vuestro amor es fuerza.
Don Luis ha de casarse,
Segun dicen, á las puertas
De Madrid; pues ¿qué intentais
De tan difícil empresa?

(1) Que burlan.

Yo he de impediros á vos;
Y si la vida me cuesta,
O habeis de cumplir palabras,
O habeis de morir por ellas.
Determinaos brevemente.

DOÑA MAYOR. (*Ap.*)
Amor, escuchad respuestas
De una voluntad mudada
Que el oro de su fe prueba.
Veamos qué le responde.

DON BALTASAR.
Ahora bien, Don Diego, venzan
Obligaciones antiguas
Mis inclinaciones nuevas.
Receles bien indicados
Pudieron sacarme fuera
De juicio y de la corte:
Hoy hemos de entrar en ella.

DON DIEGO.
Si se casan esta noche,
Como decís, poco cuesta
Dar fin á esta travesura,
Pues ya á entibiarse comienza.

DON BALTASAR.
No receleis desde agora
Que animando diligencias,
Mi competidor amante
Por mí á Doña Mayor pierda.
Ya veis que siendo de día,
Y caminando con ella,
Si me ausento ó mudo traje,
Doy que notar en illescas:
Sospechará Don Luis
Alguna cosa en ofensa.
De la opinion de su dama,
No igualándola Lucrecia.
Proseguiré este viaje,
Y aguardando á que anochezca,
La dejaré en San Isidro,
Donde su tálamo aprestan,
Y en hábito generoso,
Verá vuestra prima bella
Las ventajas con que amores
Celosos su fuego aumentan.

DOÑA MAYOR. (*Ap.*)
¿Oh mudable! ¿Ansí se pagan
Primores que menosprecian
Leyes de padre que obligan
Al yugo de la obediencia?
Ya yo soy tu esposa, ingrato.
Cuando incasable me dejas,
¿Tu valor y mi fe agravias?
Pues ántes que tal consienta,
Te he de hacer quitar la vida.

DON DIEGO.
Agora que os aconseja
La sangre que ilustre os honra,
Contra lo que el gusto aprueba,
Os doy los brazos de amigo.

DOÑA MAYOR. (*Ap.*)
¿Ay Dios! ¿si de tigre fueran!
DON DIEGO.
En San Isidro os aguardo.
DON BALTASAR.
Son vigilia de su fiesta
Los celos en los amores.
Dad á mi enojada prenda
Mil disculpas de mi parte.
DON DIEGO.
Y mil placeres con ellas. (Vase.)

ESCENA XII.

DON ALONSO, DOÑA ELENA, DON
LUIS, CASILDA, MEDRANO. — DON
BALTASAR, DOÑA MAYOR.

DON ALONSO.
Mayor, ¿qué aguardas? Partamos;
Que es tarde.

DON LUIS.
Lucas, dáos prisa;

Sacad la mula á mi esposa.

DON BALTASAR.

¿Su quién?

DON LUIS.

Iba á decir, vuestra.
Acabemos, pues, que es tarde.

DOÑA MAYOR.

Primero que suba en ella,
Lleven preso á ese homicida.

DON ALONSO.

¿A quién?

DOÑA MAYOR.

A ese hombre. ¿Qué esperan?

DON ALONSO.

¿Estás en tí?

DOÑA MAYOR.

No lo he estado:

Ya desengañada y cuerda,

Convalece mi juicio.

Vaya preso.

DON BALTASAR.

¿Habla de veras?

DOÑA MAYOR. (Ap. á él.)

Porque os casasteis de burlas.

DON BALTASAR.

¿Qué hice yo porque me prendan?

DOÑA MAYOR.

Vos matasteis á Gonzalez.

DON ALONSO.

¿Cómo?

DON BALTASAR.

¿Yo?

DOÑA MAYOR.

Vos, buena pieza.

Ahora se lo contaba

A otro hombre, y sin que me vieran,
Lo escuché desde aquí todo.

DON BALTASAR. (Ap. á ella.)

¿Mi bien!

DOÑA MAYOR.

No me hable á la oreja.

DON BALTASAR. (Ap. á Doña Mayor.)

¿No quedamos que en Madrid

Me prendiesen?

DOÑA MAYOR. (Ap. á Don Baltasar.)

Ya van fuera

Las burlas: esto es verdad.

Ansí mi agravio se venga.

DON ALONSO.

¿Que este hombre mató á Gonzalez?

DOÑA MAYOR.

Sí, señor. ¿Miren cuál queda

La pobre Mari-Rodriguez

Con dos criaturas pequeñas!

Leche su madre me ha dado,

Y está la afligida vieja

Casi ciega de llorar.

DON ALONSO.

Llamad la justicia.

DON BALTASAR.

Fuera.

Ninguno se acerque, digo,

Si no es que aburrida tenga

La vida: apártense á un lado.

(Hácese lugar por enmedio de todos, y vase.)

ESCENA XIII.

DON ALONSO, DOÑA MAYOR, DOÑA ELENA, DON LUIS, CASILDA, MEDRANO.

DON ALONSO.

Tenedle, cerrad las puertas.

MEDRANO.

Es hombre que dice y hace.

DOÑA MAYOR.

Vayan tras él; si no, adviertan

Que no he de salir de aquí.

Hasta tanto que le prendan.

DON ALONSO.

Déjale: vaya con Dios;

Que embargarán la litera

Y el coche por la justicia,

Con que agora nos detengan.

Hagamos nuestra jornada;

Que cuando allá no parezca,

Siendo el medio coche suyo,

Aunque poco, al fin es prenda.

El solar de Lavapiés

Lo pagará, ú de mi hacienda

Remediaré viuda y hijos.

DOÑA MAYOR.

¿Eso dices?

DON ALONSO.

Calla, necia,

No lo oigan en la posada;

Que no lo sabrán apénas,

Cuando la justicia estorbe

Nuestro camino.

ESCENA XIV.

DON FELIPE, CARREÑO. — Dichos.

DON FELIPE.

¿Hay pendencia?

¿Qué es esto, señores?

DON ALONSO.

Nada.

DOÑA MAYOR.

(Hablando aparte con Don Felipe.)

¡Ay Don Felipe! Desprecia

Mi amor vuestro falso amigo:

¡Id tras él; que se me ausenta,

Y se va á casar con otra.

DON FELIPE.

¿Qué decis?

DOÑA MAYOR.

Que él verme muerta

Y el perderle todo es uno.

Mi desdicha en vos espera.

DON ALONSO.

Saquen las cabalgaduras.

DON LUIS.

¿Que tantas cosas sucedan

Desde Toledo á Madrid!

DON ALONSO.

Pues aun nos faltan seis leguas.

(Vanse todos, menos Don Felipe y Carreño.)

DON FELIPE.

Carreño, prevenme postas.

CARREÑO.

Pues ¿para qué?

DON FELIPE.

Hay cosas nuevas

Que sabrás por el camino.

CARREÑO.

Dios nos saque con bien dellas.

—

Vista exterior de la ermita de San Isidro, extramuros de Madrid.

ESCENA XV.

PACHECO, GARCIA.

PACHECO.

¿Está ya aderezada

La cena?

GARCIA.

Y de esperar, casi pasada.

PACHECO.

No hayais miedo que tarden.

Mejor es aguardar, que no que aguarden.

GARCIA.

En fin, ¿en esta ermita

Resuelven desposarse?

PACHECO.

Solicita

Amor ahorrar de plazos,

Y excúsanse convites y embarazos.

GARCIA.

¿Cuántos serán de mesa?

PACHECO.

Seis ó siete no mas. Démonos priesa.

GARCIA.

¿En qué, si há ya dos horas

Que desean partir las cantimploras?

PACHECO.

Será comadre el vidro

Del nevado licor; mas San Isidro

Nos brinda con la fuente

Que de Ivan aplacó la sed ardiente.

GARCIA.

Quita las calenturas.

PACHECO.

No las de amor, que honesto, son segu-

GARCIA.

[ras.

¿Quién viera dilatada

Esta ermita, á tal santo dedicada!

PACHECO.

¡Milagroso aldeano,

Que ya en el cielo es rey y es cortesano!

GARCIA.

Bien aquí pareciera

Un convento magnífico.

PACHECO.

Estuviera

Devoto y adornado,

Y dejara á Madrid autorizado.

GARCIA.

Su patrona es la villa;

Algun día lo hará. ¿Y en la capilla

Han de cenar?

PACHECO.

Escojan;

Que en el campo calores no congojan,

Pues ha de ser de noche.

GARCIA.

Ameno está aquel prado.

PACHECO.

Este es el coche.

GARCIA.

Andad, que son dos carros.

¿No escuchais de sus mozos los desgarr-

[ros?

ESCENA XVI.

DON FELIPE, CARREÑO. — PACHECO, GARCIA; luego DON ALONSO, dentro.

DON FELIPE.

(Hablando con el criado en el fondo.)

Si Doña Ana ha podido

Resucitar á amor puesto en olvido,

Y con ella se casa

Don Baltasar, Doña Mayor se abraza

De celos; y en su pena

Interesada, perderé á mi Elena.

CARREÑO.

Yo no poco me holgara

Que en favor de Doña Ana sentenciara

La voluntad traviesa;

Que es digna de adorar la portuguesa.

DON FELIPE.

¿Dónde se habrá escondido

Don Baltasar, que hallarle no he podido?

CARREÑO.

En casa de Doña Ana.

DON FELIPE.

En ella me apé; mas salió vana

Mi diligencia.

CARREÑO.

¿Y hora?

DON FELIPE.

Risueño llanto contemplé en su aurora.

(Llegando á Pacheco y Garcia.)

Hidalgos, ¿son criados

Del señor Don Luis?

GARCIA.

Sus paniaguados.

DON FELIPE.

¿Tendránle prevenida

La cena aquí?

GARCÍA.

Y con nieve la bebida.

DON FELIPE.

Pues yo me aparté dellos
En illescas no há mucho, y son aque-
Si no me engaño. [llos,

DON ALONSO. (Dentro.)

Pára.

PACHECO.

¡Hola! á poner á asar.

(Vanse los criados.)

¡Oh noche clara!

¡Qué de nubes que esperas,
De celos, confusiones y quimeras!
(Vanse Don Felipe y Carreño.)

ESCENA XVII.

DON ALONSO, DOÑA MAYOR, DON
LUIS, DOÑA ELENA, CASILDA.

DOÑA MAYOR.

No tienen que persuadirme;
Que mientras no le pusieren
En la cárcel, no hay casarme.

DON ALONSO.

¡Pues qué dependencia tienen
De su prision estas bodas?

DOÑA MAYOR.

Yo me entiendo y Dios me entiende.

DON LUIS.

Mi bien, si en la Babilonia
De la corte no parece,
¡Por eso es razon que yo
Lo padezca?

DOÑA MAYOR.

Diligencie

Vuesa merced mi venganza,
O no diga que me quiere.

DON ALONSO.

¡Válgate Dios por camino!
Mayor, ¿qué es esto que tienes?
¡Si las congojas del sol
Te han quitado el seso?

DOÑA MAYOR.

Lleven

Al homicida á la cárcel,
Y entónces verán qué alegre
A Don Luis le doy la mano;
Pero si no, desesperen.

CASILDA.

Ella ha dado en ser temosa.

DOÑA ELENA.

Prima.....

DON LUIS.

Esposa.....

DON ALONSO.

Hija...

DOÑA MAYOR.

¡Quieren

Que me arroje de aquí abajo?
O se vayan, ó me dejen.

DON LUIS.

Casémonos; que casados,
Aunque la hacienda me cueste,
No descansaré hasta hallarle.

DOÑA MAYOR.

No he de casarme hasta verle
En la cárcel por mis ojos.
Dénme este gusto, y sosieguen
Con que será esposa al punto
Del señor Don Luis.

DON LUIS.

¿Qué tiene

Que ver lo uno con lo otro?

DOÑA MAYOR.

Yo me entiendo y Dios me entiende.

ESCENA XVIII.

DON FELIPE. — Dichos.

DON FELIPE.

Señores...

DOÑA MAYOR.

¡Ay Don Felipe!

¿Pareció Lucas?

DON FELIPE.

Dejéle

En Santa Cruz retraído.

DOÑA MAYOR.

¿Ven como él le dió la muerte?

DON ALONSO.

¿Pues de cuándo acá amas tanto
Al difunto?

DOÑA MAYOR.

Dióme leche

Su madre, y he de vengar
La sangre de un inocente.

DON LUIS.

Pues estando retraído,
¿Cómo habemos de prenderle?

DOÑA MAYOR.

Yo sé dónde le hallarán,
Si le buscan diligentes,
Esta noche.

DON ALONSO.

Dinos dónde.

DOÑA MAYOR.

Prenderánle, como acierten
En casa de una Doña Ana
De Castro infaliblemente.

DON LUIS.

¿Dónde vive?

DOÑA MAYOR.

¿Qué sé yo?

Diránlo sus portugueses.

CASILDA.

Buscad á San Pedro en Roma.

DON LUIS.

Ella está loca.

DON ALONSO.

¿Qué sientes,
Hija? ¿Si me la han ojado?

DOÑA MAYOR.

Yo me entiendo y Dios me entiende.

ESCENA XIX.

DON BALTASAR, muy bizarro; CAR-
REÑO. — Dichos.

DON BALTASAR.

Mil veces sean bien venidos

A Madrid vuestras mercedes.

DON ALONSO.

Y vos, señor, bien llegado.

¿Qué mandais, pues?

DON BALTASAR.

Que se quieten

Todos estos sobresaltos,
Y Doña Mayor alegre
Con su mano mi esp. ranza.

DON LUIS.

¿Cómo es eso?

DON BALTASAR.

No se altere

Ninguno: Lucas Berrio
Está aquí, si ya no quieren
Que sea Don Baltasar
De Córdoba, que pretende
Llevar su esposa á su casa.

DON LUIS.

¿Quién es su esposa?

DON BALTASAR.

Bien pueden,

Si todos fuéron testigos,
A sí mismos responderse.

¿No nos desposó su padre
En illescas? ¿Qué pretenden?

CARREÑO.

Encorazar nuestra novia.

Si la hacen casar dos veces.

DON ALONSO.

Esa fué boda de burlas.

DON BALTASAR.

Yo de veras hablé siempre.

DOÑA MAYOR.

Y yo tambien.

DON LUIS.

¡Oh traidores!

Armas tengo que me venguen.

(Quiere echar mano, y detiéndole Don Felipe.)

DON FELIPE.

Perderéisos: Don Luis,
Detenéos, y mas prudente,
Envidiad conformidades
Que se aman y os aborrecen.
Don Baltasar es tan noble,
Que en Córdoba resplandece
Para gloria de su fama
La luz de sus ascendientes;
Seis mil ducados de renta
La senectud le promete
De un siglo de años que presto
Marques imagina verle.
Mirad con quien competis.

DON LUIS.

Nada mi sangre le debe,
Mis agravios, sí, infinito;
Pero Madrid tiene jueces
Y mi satisfaccion armas.

(Vase.)

CARREÑO.

Eso sí, vaya y pleitee,
Dejándonos á la novia.

ESCENA XX.

DON DIEGO. — Dichos, menos Don
Luis.

DON DIEGO.

Don Baltasar, hoy suceden
Las cosas á vuestro gusto.
Don Rodrigo, cuya muerte
Fingió el vulgo mentiroso,
Está en la corte y previene
Confirmar cédulas noble
Con las obras, que agradece
Mi prima, ya esposa suya.

DON BALTASAR.

Siglos en vez de años cuentan.

DOÑA MAYOR.

Dese modo asegurada,
Solo falta que nos eche
Mi padre su bendicion.

DON ALONSO.

Vaya, pues que Dios lo quiere.
Mas ¿fué de veras tambien
El desposorio solemne
De Elena y de Don Felipe?

DON FELIPE.

Pues ¿deso dudais?

DON ALONSO.

Celebren

Unas y otras vuestra industria.

CARREÑO.

Y digan vuestras mercedes,
Las nuestras ¿en qué pecaron?

DON BALTASAR.

Dote os dará competente.

DON ALONSO.

Vamos á cenar agora.

DON BALTASAR.

Esto y mucho mas sucede
Desde Toledo á Madrid,
Aunque es jornada tan breve.

CAUTELA CONTRA CAUTELA.

PERSONAS.

EL REY DE NAPOLES.
ENRIQUE DE AVALOS.
CESAR.
PORCIA.
ELENA.

LUDOVICO.
EL PRINCIPE DE TARANTO.
EL PRINCIPE DE SALERNO.
CHIRIMIA, lacayo de Enrique.
JULIO.

ISABEL, criada.
CELIO, escudero.
UN CAPITAN.
PRETENDIENTES.
CRIADOS.

La escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

Calle en que están las casas de Elena y de Porcia.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

CHIRIMIA, y luego ENRIQUE y JULIO.

Ya el cielo como un pavon
Las ruedas ostenta bellas
Con las lúcidas estrellas,
Que sus ojos árgos son.
Ya el cielo está como un huevo :
Estrellado el mundo está :
Salga Vuexcelencia ya,
Que nadie le mira (1).

(Salen Enrique, y Julio.)

ENRIQUE.

Debo

Recatarme, cosa es clara,
Cuando en Nápoles estoy.
Enrique de Avalos soy,
Marques del Basto y Pescara.
Don Alfonso de Aragon
Rey de Nápoles, confia
De la diligencia mia,
Con una inmensa aficion,
Este reino : gran privado,
Ministro, por tales modos,
He de dar ejemplo á todos :
¡Qué mucho que recatado
Salga yo por la ciudad
De noche á barrios señores,
Si aunque son todos amores,
Mostrarlos es liviandad ?

CHIRIMIA.

Desculpado estás conmigo.
Tu criado soy, y rondo
En público, no me escondo.

JULIO.

¡No fuera bien que un amigo
De los dos que quieres tanto
Te acompañara ?

CHIRIMIA.

Ellos son
Amigos con intencion :
Usanse ya, no me espanto.

ENRIQUE.

Don César y Ludovico
En mi amistad se declaran,
Y los dos me acompañaran ;
Mas mi amor no les explico.

CHIRIMIA.

Si tú privado no fueras,
Fueras amigo precioso ;
Que no sabe el poderoso
Cuál es su amigo de veras ;
Que amistad hay verdadera.

(1) Suplido.

Mas destos que te han seguido
Como sombra, ¿cuál ha sido
Mas leal ?

ENRIQUE.

Si eso supiera,
Fuera soberana luz,
Y en mucho mas lo estimara
Que ser marqués de Pescara,
Ni ser privado de cruz.
Yo pienso que ambos lo son
Muy de veras.

JULIO.

Certifico
Que pienso que Ludovico
Ha hecho demonstracion
De amigo mas verdadero :
Lenguas se hace en alabarte.

CHIRIMIA.

¡Qué poco sabes del arte
De un amigo lisonjero !
Si deso te satisfices,
En él la amistad se acaba :
Siempre Ludovico alaba
Lo que dices, lo que haces,
Lo que comes, lo que bebes,
Lo que calzas, lo que vistes,
Lo que ries ; y son chistes,
Motes y sentencias breves
Cuanto arrojas por los labios,
Aunque necedades sean.
Y amigos que lisonjean,
Ni son amigos, ni sabios.
Mira, y con ojos serenos
A César siempre verás :
Sin duda te quiere mas,
Pues es quien te alaba ménos.

ESCENA II.

CESAR, LUDOVICO.—DICHOS.

CÉSAR.

¡Don Enrique, mi señor,
Solo, y á la sombra muda
De aquesta noche ! ¿Quién duda
Que son milagros de amor ?

CHIRIMIA.

No va solo, pues que vamos
Dos con él.

CÉSAR.

¡Oh Chirimia !

CHIRIMIA.

Esta tu amor me debía ;
Págame y en paz estamos.

ENRIQUE.

Amigos, amor ha sido
La causa que así me lleva,
Tan peregrina y tan nueva,
Que nunca la habréis oido
En fábulas ni en historias.

CÉSAR.

¡Amas alguna pintura

O estatua ?

ENRIQUE.

Desa locura

Ya en las humanas memorias
Hay noticia : amor, que es dios,
Ostenta así su deidad.

LUDOVICO.

¿En qué está la novedad ?

ENRIQUE.

¿No es bien nuevo amar á dos ?

CHIRIMIA.

No, señor, ni amar á mil,
Porque tú tienes criado
Que en un mismo tiempo ha amado
Un salchichon, un pernil
Y una bota de hipocras,
Dos de Candia, cuatro griegas,
Treinta fregonas gallegas
Y trescientas cosas mas :
Que es socorro y estribillo
De poetas de repente.

ENRIQUE.

Calla, loco, impertinente.

CHIRIMIA.

Si pudiere conseguillo,
Dame, señor, por callado.

ENRIQUE.

Digo pues que divertido
En dos partes he tenido
Este amoroso cuidado.
Porcia pobre, y rica Elena,
Me dan tan igual la gloria,
Que suspenden la memoria
Y hacen dudosa la pena.
En Elena y Porcia unida,
Amor con gloriosa palma
Tiene en dos cuerpos un alma,
En dos almas una vida,
En dos vidas una suerte,
Una beldad en dos mayos,
Un resplandor en dos rayos,
En dos rayos una muerte.
Siento entre Porcia y Elena
Dividida la memoria ;
Con el favor una gloria,
Con el desden una pena.
Cada cual en mi deseo
Imprime luz rigurosa,
Y aunque hermosa, mas hermosa
Pienso que es la que ántes veo :
De modo que indiferente
En pasion tan inhumana,
Tengo por mas soberana
Aquella que está presente ;
Y como el amor es dios,
Prueba á hacer con ese efeto
De las dos solo un sugeto,
O dividirme á mí en dos.
Mas como poder no halle
Para hacer uno de tres,
Forma un caos que no sé qué es,
Ni qué nombre pueda dalle.

LUDOVICO.
¡Divinamente ha pintado
Sus afectos Vuexcelencia!
¡Qué discrecion! qué elocuencia!

CHIRIMÍA. (Ap.)

¡Qué bellacon! ¡ah taimado!

CÉSAR.

Antes, si me da licencia
En esto vuestro favor,
Yo digo que no es amor
El que tiene Vuexcelencia.

LUDOVICO.

¿Qué ha de ser?

CÉSAR.

Inclinacion

A dos mujeres tan bellas,
Nacida de las estrellas,
O de la propia eleccion.
Halló méritos iguales
En discrecion y beldad,
Y incitó la voluntad
Los afectos naturales,
Con que se sintió agradado
De ambas con indiferencia:
Y con esto Vuexcelencia
No es amante, es inclinado.

LUDOVICO. (A César.)

¿Cómo puede errar un punto
Entendimiento tan grave,
El Marques siendo quien sabe
Mas que todos en conjunto?
Con él, ingenio pelea
Mucho; mas filosofia
Que Aristóteles sabía
Sabe él, y lo que desea.
Errar no puede el Marques:
Amor llamó á su cuidado,
Y pues amor le ha llamado,
No es otra cosa, amor es.

CHIRIMÍA. (Ap.)

Acabóse, errar no puede.
Un ángel tengo por amo.

ENRIQUE.

Si bien ó si mal le llamo,
Para otro lugar se quede.
Bien sé que habrá de parar
Este afecto indiferente
En una, y que solamente
Un sugeto habrá de amar;
Que amor es correspondencia:
A las dos tengo de hablar,
Y las habeis de escuchar
Con atenta diligencia,
Para ver si conoceis
Cuál tiene amor verdadero:
Y en estas dudas espero
Que desengaños me déis.
Ya á los balcones de Elena
Llegamos, y ella me aguarda.

LUDOVICO.

¡Qué discreta, qué gallarda
Saldrá á escuchar la sirena
De tu lengua! Si es servido
Vuexcelencia, los criados
Pueden quedar retirados:
Harémos menos ruido.

ENRIQUE.

Idos pues.

CHIRIMÍA.

Si esta, que saca
Mi valor, no va á tu lado,
Te falta....

ENRIQUE.

¿Qué habrá faltado?

CHIRIMÍA.

Una espada muy bellaca.

(Vanse los criados.)

CÉSAR. (Ap.)

Porcia ilustre, á quien desea

En vano el alma dichosa,
Porcia, como necia, hermosa,
Porcia sabía como fea,
Salid, salid de mi pecho.
El marques del Basto os ama:
No caben amigo y dama
En corazon tau estrecho.
No se declare mi amor,
Ya que hasta aquí, por mi bien
Ni me ha turbado el desden,
Ni me ha alentado el favor.

ESCENA III.

ELENA, á la ventana. — ENRIQUE,
CÉSAR, LUDOVICO.

ENRIQUE.

¿Es Elena?

ELENA.

¿Es el Marques?

ENRIQUE.

No soy, que el sér que he tenido,
Soplo de tu boca ha sido,
Sombra de tus rayos es.

ELENA.

Luego si en ausencia mia
Muerto, como dices, eres,
Tu misma vida no quieres,
Pues no me ves cada dia.

LUDOVICO.

Divinamente arguyó.

ENRIQUE.

Dijeras bien desafortunada,
Si el ver, ó el dejar de verte,
Consistiera en mí, pues yo
Con alma atenta y unida
A tu presencia dichosa,
Ver no quisiera otra cosa,
Por tener eterna vida.
Pero la merced del Rey
A ser mi desdicha viene,
Pues sin duda me detiene
Por obligacion y ley.

ELENA.

Tú divertido y llevado
Desa causa superior,
No dejarás al amor
Un átomo de cuidado,
Porque es dulzura el privar
Que á todo deleite pasa;
Pero yo, sola en mi casa,
¿Qué he de hacer sino llorar?

ENRIQUE.

¿Qué sientes desta razon,
Ludovico? (Ap. con él.)

LUDOVICO.

Que es felice,
Que ama de veras, y dice
Afectos del corazon.

ELENA.

Enrique, amor verifica
Su fuerza, en mi poderosa,
Tanto, que estoy envidiosa
Del Rey, porque comunica
Siempre tu ingenio; y entiendo
Que este desearle ver
Es aficion de saber,
Pues solo oyéndote aprendo.
Pero examen no requiere,
Sea amor ó interés sea:
Siempre el alma te desca,
Sease lo que se fuere.

ENRIQUE. (Ap. á César.)

¿Qué sientes desto tambien?

CÉSAR.

Siento que no tiene amor.

ENRIQUE.

¿En qué fundas ese error?

CÉSAR.

En que lo dice muy bien.
Mas tiene de vizcalno
El amor, que de elocuente.

LUDOVICO.

Amor infunde en la gente
Un espíritu divino.

ENRIQUE. (A Elena.)

A tanto encarecimiento,
Mas que amante agradecido
Vendré á ser desvanecido;
Que humano agradecimiento
No es capaz de tal favor,
Mi Porcia, digo, mi Elena.

ELENA.

Otro cuidado, otra pena
Mostrastes en ese error!
Marqués, en los hombres sabios
Tal error verdad contiene,
Porque el corazon se viene
Muchas veces á los labios.
¿En vuestra boca otro nombre?
¿En vuestro pecho otro amor!
La memoria hizo ese error;
Pero ¿qué mucho? sois hombre.
Idos, Marques, norabuena:
Vuestra misma lengua os llama;
No usurpeis á vuestra dama
Las horas que dais á Elena.
Escuchad mis voces, cielos,
Romped el aire deshechas:
Verdades son, no sospechas:
Injurias son, no son celos.

ENRIQUE.

Oidme.

ELENA.

No quiero oír.

ENRIQUE.

¿Por qué, con tal sinrazon,
No quieres satisfaccion?

ELENA.

Porque me voy á dormir.

(Quítase de la ventana.)

ESCENA IV.

ENRIQUE, CÉSAR, LUDOVICO.

ENRIQUE.

Oyeme, aguarda, no quieras
Mi muerte, hermosa mujer. —
Echaste, César, de ver
Que quiere Elena de veras?

CÉSAR.

Que lo finge he de juzgar.

ENRIQUE.

La razon y causa espero.

CÉSAR.

Porque el amor verdadero
Jamás se supo quejar.
Celos te quiso ostentar,
Porque muestras de amor son,
Y á tan lijera ocasion
Cogió el copete.

LUDOVICO.

Si amar

Es aquello, nadie amó
Mas. ¿Con qué linda advertencia,
Por picalla Vuexcelencia,
Con Porcia se equivocó!

ENRIQUE.

No fué cuidado, fué error
De la lengua y la memoria.

LUDOVICO.

Prosigamos en la historia,
Apuremos este amor:
Vamos cas de Porcia.

ENRIQUE.

Alii

Lo mismo que aquí he de hacer:

Cuidado tiene de ser
Lo que fué descuido aquí.
Por ver si lo lleva mal,
Su nombre he de errar también.

CÉSAR.

Vuexcelencia mire bien
Que demas de ser trivial
Y comun esa razon;
Confundiéndole los nombres,
Su amor revela; y los hombres
Que amantes pródigos son,
Deben guardar mas secreto.

ENRIQUE.

Habiendo Porcias y Elenas
Mas que lirios y azucenas
En márgenes del Sebeto,
Ningun secreto recelo.
Pienso que Porcia me espera.
En tocando en esta esfera,
Saldrán rayos de su cielo.
(Hace Enrique la seña, y sale Porcia
á la ventana.)

ESCENA V.

PORCIA. — ENRIQUE, CÉSAR, LU-
DOVICO.

PORCIA.

¿Quién llama?

LUDOVICO.

Puntual ha sido.

CÉSAR.

Debe de tener amor.

LUDOVICO.

Que es pobre, dirás mejor,
Y querrá un rico marido.

ENRIQUE.

¿Porcia pregunta quién llama?
¿Quién puede llamar al sol,
Sino un dichoso español
Que tesoros de luz ama?
¿Quién al balcon de Oriente
Pudo llamar al Aurora,
Sino un dichoso que adora
Los jazmines desa frente,
Las rosas desas mejillas,
La púrpura desos labios?

PORCIA.

No me hagais tales agravios:
En palabras mas sencillas
Se explica amor verdadero;
Bien mi desengaño alcanza
Que no tengo otra alabanza,
Sino que por veros muero.
Alabadme de constante,
Y no me alabeis de hermosa,
Que es lisonja sospechosa.

ENRIQUE.

Todo lo tiene el diamante:
Por ambas cosas se estima.

PORCIA.

¿Cómo estais, mi señor?

ENRIQUE.

Bueno,

Y de inmensas glorias lleno
Después que esa voz me anima.
CÉSAR. (Ap. á Ludovico.)

Aquella pregunta fué
Muestra de amor poderosa.

LUDOVICO.

Pienso que es falta de prosa.

CÉSAR.

Pienso que es sobra de fe.

PORCIA.

La prolijidad del dia
Siempre me está fatigando,
Porque vivo deseando
Sombras de la noche fria,

Y en perpetua esclavitud
Tengo el vivir indeciso.
Y aunque siempre tengo aviso,
Marqués, de vuestra salud;
Como es salud que me toca,
Hasta veros, no me quieto,
Y á quien ama, es bien perfeto
Saberlo de vuestra boca.

ENRIQUE. (Ap. con Ludovico.)

¿Qué te parece?

LUDOVICO.

Señor,
Diré lo que el alma siente:
Habla muy caseramente.
Pienso que es tibio su amor.

PORCIA.

Marques, los muchos negocios
Siento, que podrán causaros.
¡Oh, si yo pudiera daros...!
Mi soledad y mis ocios
Y mi amor daros quisiera:
Vos con él, yo sin los dos,
Tuvierais descanso vos,
Y yo dichosa viviera.
Mas en sus efectos obra
Amor, y los agradezco:
Que para lo que merezco,
Cualquiera amor vuestro sobra.

ENRIQUE. (Ap. á César.)

¿Qué dices?

CÉSAR.

Que ama de veras.

LUDOVICO. (Ap. á los dos.)

Mas quisiera alguna joya.

ENRIQUE. (Ap. á los dos.)

Esperad, que aquí fué Troya.
(Á ella.) Si con tanto gusto esperas
La noche, quien solo vive
Este rato, este momento,
Inmenso será el contento
Que con tus glorias recibe.
Mas hermosura verá
Quien ve el sol y las estrellas,
Pues tu hermosa luz entre ellas,
Bella Casandra, saldra. —
Porcia, digo, Porcia mia.

PORCIA.

Con razon la llamais vuestra;
Que mas átomos no muestra
El sol, que es padre del dia,
Que Porcia, ausente de vos,
Da suspiros con cuidado.

ENRIQUE.

(Ap. En ello no ha reparado,
O no lo siente, por Dios.)
Mi Casandra, esos suspiros
Vanos son, que el alma os doy.

PORCIA.

Ya que Casandra no soy,
Podré, mi Enrique, deciros
Que ninguna mas que yo
Sabrà amaros con desvelos.

ENRIQUE.

¿Eso me decís sin celos?

PORCIA.

¿Qué honesto amor sospecho
Que errar el nombre es amar
En otra parte?

ENRIQUE.

Es ansí.

PORCIA.

Amaros me toca á mi;
No me toca averiguar
Si soy amada de vos:
Porque el hombre agradecido,
Amando, ha correspondido,
A semejanza de Dios,
Con amor puro y honesto.
Sentirnos mi padre puede:

La conversacion se quede
Para otras noches en esto.

ENRIQUE.

¿Sin celos, teneis recelos?

PORCIA.

Adios, Marques y señor.
(Ap. Disimulemos amor.
Muriéndome voy de celos.) (Vase.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, CÉSAR, LUDOVICO.

ENRIQUE.

Fuése con lindo semblante.

CÉSAR.

El irse fué rendimiento.

La blandura sentimiento.

LUDOVICO.

No se quejó; no es amante.

ENRIQUE.

¿He de decir la verdad?
El amor de Elena creo;
Que en Porcia efectos no veo
Nacidos de voluntad.
Mi dueño Elena ha de ser,
Y aunque mas el alma inclino
A Porcia, que es sol divino,
La eleccion ha de vencer.

LUDOVICO.

Gente viene, y no es decencia
Que conozcan al Marques.

ENRIQUE.

Si, mas sepamos quién es.

CÉSAR.

Váyase pues Vuexcelencia
A palacio, que es ya tarde,
Y quedémonos los dos.

ENRIQUE.

Bien dices, César, adios. (Vase.)

LUDOVICO.

A Vuexcelencia nos guarde
El mismo.

ESCENA VII.

JULIO Y CHIRIMIA, embozados. —
CÉSAR, LUDOVICO.

CHIRIMIA. (Ap. á Julio.)

El Marques se fué:
Fígete, Julio, valiente.

LUDOVICO.

¿Qué gente? quién va? qué gente?

CHIRIMIA.

Dos hombres son; ¿no nos ve?

CÉSAR.

Queremos reconocellos,
Ya vemos que son dos hombres,
Digamos luego los nombres.

CHIRIMIA.

Digannos los suvos ellos,
Y no pasen adelante,
Que está esta calle ocupada.

CÉSAR.

Harán lugar á esta espada.

CHIRIMIA.

Si quisiere este montante,
Julio, pues te toca aquel,
Mátale con osadía.
Mientras mata Chirimia
Este que le toca á él.

LUDOVICO.

Chirimia y Julio son.

CHIRIMIA.

Y con mucha hora.

CÉSAR.

¿Qué haceis?

CHIRIMÍA.

Defender que no paseis,
Porque están en posesion
Desta calle tres supremos
Señores, á quien guardamos.

CÉSAR.

¿No nos conoecis?

CHIRIMÍA.

Estamos

Muy coléricos, no vemos.

LUDOVICO.

¿A César y á Ludovico
No conoces, Chirimía?

CHIRIMÍA.

Hablara para otro día.
Vive Dios, que es un borrico.
Si no hablan.....

LUDOVICO.

Loco estás.

Si no hablan.... ¿Qué sería?

CHIRIMÍA.

A manos de Chirimía
Muertos por siempre jamás. (Vanse.)

Salon de Palacio.

ESCENA VIII.

EL REY, y dos PRETENDIENTES,
con memoriales; despues ENRIQUE.

PRETENDIENTE 1.º

Suplico á su Majestad
Que mire aqueste papel.

PRETENDIENTE 2.º

Y este memorial, Señor.

REY.

Bien está, yo le veré.

Despedad.

(Vanse los dos pretendientes, y sale

Enrique.)

ENRIQUE.

Dame tu mano.

REY.

¿Qué es esto, amigo Marques?
¿Diez horas estais sin verme!

ENRIQUE.

Mil son para mí, no diez.

REY.

Entre el amor y amistad
Una diferencia hallé,
Que el amor puede ser malo,
No la amistad.

ENRIQUE.

Así es.

REY.

Pues si el amor no consiente
Breve ausencia sin temer;
La amistad, que es una especie
Mas pura de amor, ¿porqué
Ha de permitir ausencias?

ENRIQUE.

Esos nombres no le des,
Señor, á mi esclavitud,
Obligada á la merced
Que por quien eres me haces;
Que la amistad ha de ser
Entre iguales: y si amor
Iguala y junta tal vez
Dos extremos, dos distancias,
Tiene valor y poder
Del cielo como la muerte;
Y en este caso no fué
Amistad, sino amor.

REY.

Luego
Cuando las almas, en quien
Hay oculta simpatía,
Se miran corresponder

Con amor, ¿no son iguales?
Falso es, Enrique; que un Rey
En la sangre que le ofrece,
Puede distar y tener
Diferencia con los hombres;
Mas los ánimos, ¿no ves
Que influyéndolos los astros,
Pueden ser iguales? Bien
Esta doctrina se muestra
En nuestro ejemplo, porque es
Amistad la nuestra, Enrique.

ENRIQUE.

Beso mil veces tus pies.

REY.

Vé leyendo memoriales,
Y tu cuerdo parecer
Los consulte y los resuelva.

ENRIQUE. (Leyendo.)

*Fabio Rufo, coronel,
A tu Majestad suplica
Que algun castillo le des,
Donde puedan descansar
Sus servicios y vejez.
El Coronel lo merece.*

REY.

Doyle el de Taranto pues.

ENRIQUE.

Este dice así. (Lee.)

Señor,

Otro aviso te dió ayer

El que este escribe á tu Alteza.

Mira, Alfonso Aragonés,

Que se conjuran, y tratan

De quitarte el reino, tres

Principes vasallos tuyos:

Y el que escribe este papel,

No osa declararte mas.

REY.

Ya me han dado dos ó tres
Memoriales deste aviso;
Pero como yo no sé
Quién son estos conjurados,
No hallo modo de entender
La verdad deste suceso.

ENRIQUE.

¿Grave caso!

REY.

Pienso en él
Y dudo por dos razones:
La primera, porque aquel
Que estos papeles escribe,
No me ha procurado ver.
Ni su nombre firma en ellos:
La segunda, porque un rey,
Que al peso de su justicia
Nunca le ha torcido el fiel,
Que gobierna el reino en paz,
Dando igualdad á la ley
Con todos, ¿por qué razon
Aborrecido ha de ser
De sus vasallos y amigos?

ENRIQUE.

Yo, señor, responderé.
Si el nombre no declaró
Quien te avisa, puede ser
Que no se atreva, ó que sea
De los conjurados él,
Por amistad ó violencia;
Y así para no romper
La ley de su juramento
Ni ser vasallo infiel,
Desta manera te avisa.
Ni es de importancia que estés
Administrando justicia
Y haciendo á todos merced,
Para pensar que no puedas
Tener en tu reino quien
Se te atreva y se te oponga.
Si una nubecilla, que es
Vapor de la misma tierra,

Al sol se opone tal vez,
Y nos oscurece un rato
Sus rayos de rosicler;
Aqueste famoso reino,
Del mundo hermoso verjel,
Quiere rey napolitano,
Y le tiene aragonés.
Heredástele, veniste
Por armas á defender
Tu justicia: no te espantes;
Que le falta amor y fe.

REY.

La necesidad da fuerzas
Al ingenio.

ENRIQUE.

Parecer

Es de Homero.

REY.

En mí lo he visto.

Una cautela pensé
Con que tú puedas sabello.
Yo me acuerdo que una vez
Me dijiste que felice
Solo ha de llamarse aquel
Que supiere cuatro cosas:
Qué amigo le quiere bien,
Qué dama le corresponde,
Qué criado le es fiel,
Qué enemigo le persigue.

ENRIQUE.

Bien te acuerdas.

REY.

Oye pues.

Yo he de fingir que no estás
Ya en mi gracia, y he de hacer
Que piensen que te aborrezco,
Y este enojo mostraré
De manera, que enemigo
Me juzguen tuyo, porque
Viéndote pobre, agraviado,
Luego se querrán valer
De tu generoso pecho
Contra mí, como de quien
Mis secretos sabe, y tiene
Animo para emprender
Grandes cosas: y si acaso
Los que aborrecen mi bien
No te buscaren, podrás
Llamándome á mi cruel,
Riguroso, injusto, ingrato,
Fingir que pretendes ser
Cabeza de conspirados
Contra mi reino, porque es
Verosímil que conozcas
Con mañoso proceder
Los ánimos mal afectos.
Vendrásme de noche á ver:
Seré tu amigo de noche;
Y aunque siempre lo seré,
Engañarémos de día
El humano parecer.
Con esta cautela, Enrique
(Y en la política ley
Es provechosa y es justa),
Asegurarme podré
En este reino; sabrás
Qué enemigo tengo, quién
Se conjura contra mí,
Quién mi favor y merced
Merece, y quién mi castigo.
Yo tambien saber podré
Quién te quiere mal; que es fuerza
Si en mi desgracia te ven,
Que te acusen y murmuren:
Y tú tocarás tambien
Con tus manos y experiencia
Qué dama te quiere bien,
Qué amigos te son leales,
Y qué criado te es fiel,
Pues la desdicha presente
Toque y accion ha de ser

Donde muestre la experiencia
Los quilates de la fe,
Del amor y la amistad.

ENRIQUE.

Ponga la fama el laurel,
Que dió al ingenio de Ulises,
A tu frente y á tus pies.
Pero ¿cómo vivirá
Quien ve el semblante de un rey
Enojado, aunque fingido?

REY.

Enrique, ¿por qué teméis?
Enojos que finge amor,
No tienen rostro cruel;
Antes pienso que este enojo
Ejecutar no podré,
Porque amor no ha de dejarme
Fingiros aborrecer;
Que amor disimula mal.

ENRIQUE.

Alegre el cuello pondré
A tu enojo verdadero
Por darte un breve placer,
Cuanto y mas por darte un reino.

REY.

Y reino que de ambos es.
Hora es que venga la audiencia
Y los títulos: Marques,
Ensayad vuestra tristeza,
Porque me voy á aprender
Palabras con vos airadas:
Pienso que no las sabré.

ENRIQUE.

Ni la verdad las enseñe.
Corazon, no hay que temer:
Animo, que no es de veras:
Sed leal en esto, sed,
Fingiendo agora tristeza,
Agradecido á mi rey.

ESCENA IX.

CESAR, LUDOVICO.—ENRIQUE.

ENRIQUE.

¡Ah fortuna! Bien te pintan
Con el rostro de mujer,
Con un pié sobre una rueda,
Y en el viento el otro pié.
Vistes alas, calzas plumas
Todo es volar y correr;
Tu palacio está en el aire,
Y el supremo capitel
Cercan planetas que son
Arcos errantes: tu sér
La misma mudanza ha sido:
Lo que estable y firme fué,
No es tuyo; y son los trofeos
De tu casa de placer,
No testas de incultas fieras,
No garras de aves que ven
El imperio de los vientos,
Sino cabezas que ayer
Eran envidias del mundo,
Y hoy dan lástima también.
¡Felice solo aquel
Que ve con proporcion la voz del Rey,
Ni cerca que le abrase, como suele,
Ni lejos que le olvide, ó que le yele!

CÉSAR.

Señor, ¿qué tristeza es esta?
¿Qué causa hay porque esté
Quejándose Vuexcelencia?

ENRIQUE.

Vi un relámpago, que fué
Señal de rayos y truenos:
He sentido estremecer
Las columnas de mi dicha:
Hizo señal de romper
Sus yelos el mar del Norte:
Divisan desde el bauprés

Velas contrarias mis hados:
Muévese el viento, y en él
Tormentas me pronostican.
Enojado el Rey hallé;
Amagos son de mi muerte,
Desdichas de mi poder.
¡Felice solo aquel,
Que ve con proporcion la voz del Rey,
Ni cerca que le abrase, como suele,
Ni lejos que le olvide, ó que le yele!

ESCENA X.

EL PRINCIPE DE TARANTO Y EL DE
SALERNO. — Dichos, *después* EL
REY.

TARANTO.

¿Oiste, Principe?

SALERNO.

Sí.

TARANTO.

¿Has entendido?

SALERNO.

Muy bien.

ENRIQUE.

¡Ay de mí, que siento pasos
De mi desdicha! El Rey es.

(Sale el Rey.)

REY.

Príncipes, yo os agradezco
Que á palacio vengais hoy,
Cuando justiciero soy,
Cuando al mismo sol parezco:
Sombras y luces ofrezco
Para amigos y enemigos:
Justicia soy, sed testigos
Que en mi pecho recto alcanza
Mercedes una balanza,
Y otra balanza castigos.
Si el gran Trajano mostró
Su rectitud en el hijo;
Yo por su ejemplo me rijo,
Y en el que mas me agradó,
Mi rigor ostento yo,
Y mi justicia distinta
Borra su imagen sucinta,
Como pintor avisado (1),
Que no quiere, al ver que ha errado (2),
Que le al frente lo que pinta (3).
Enrique ha sido la basa
De mi amor; servir no supo,
Y así en mi gracia no cupo:
Salga della y de mi casa;
Que haciendo justicia, pasa
En Rey de mortal á eterno. —
Sed, Principe de Salerno,
Canciller de aquí adelante,
Y vos, Principe, almirante.

TARANTO.

Quite el nombre tu gobierno
Al de Trajano y de Numa,
Pues que los dejas atrás.

SALERNO.

Con esto materia das
A la lengua y á la pluma.

REY.

El que es ingrato, á la espuma
De las aguas se compara:
Vos sois marqués de Pescara,
(A Ludovico.)

César es marqués del Basto.

LUDOVICO.

Dé el cielo, pues yo no basto,
Gracias á merced tan clara.

REY.

Lengua á su rey atrevida
Verificado nos deja
El cuento de la corneja,
De ajenas plumas vestida.

(1) (2) (3) Euphratos.

Cada cual la suya pida;
Que ajenas plumas parecen
Las que al dueño desvanecen:
Ni te alabes, ni presumas;
Vuelve, corneja, las plumas
A aquellos que las merecen.

ENRIQUE.

Tus piés beso, porque has sido
Con los cuatro liberal;
Solamente llevo mal
Que des nombre de atrevido
A quien con tu luz ha sido
Un átomo ó girasol.
¡Ingrato fué un español!
¿Cuándo un átomo que mueve
El sol hermoso, se atreve
Contra los rayos del sol?
¿Cuándo arroyo, que al mar frío
Corre con tantos temores
Que tropieza entre las flores,
Se atreve al poder de un río?
¿Cuándo rui señor sombrío,
Que ama y canta sin sosiego,
Se atrevió obstinado y ciego
Contra el águila suprema,
Que las alas pardas quema
En las regiones del fuego?
¿Yo te he ofendido jamas?
Dime, gran señor, en qué.

REY.

En secreto lo diré.

Llégate, llégate mas.

(Ap. los dos.)

ENRIQUE.

Pienso que enojado estás
De veras: ¿esto es fingir?

REY.

Marques, ¿qué puedo decir
Sino que quiero aprender
Semblante de una mujer
Para acertar á mentir?
No temais, Enrique, vos;
Que si Dios el Rey se llama,
Claro está que el Rey os ama
Y amigos somos los dos,
Porque á sus amigos Dios
Da trabajos y cuidados:
Mas son trabajos dorados:
Sois mi amigo, á Dios imito,
Y si los bienes os quito,
Yo os los volveré doblados.

ENRIQUE.

Los tesoros mas supremos
Son tu gracia y tu favor.

REY.

Mi reino es vuestro.

ENRIQUE.

Señor,
No merezco esos extremos.

REY.

Enrique, disimulemos.

(Hablan los dos alto.)

ENRIQUE.

¿De disculpas no te agradas?

REY.

Ni ruegues ni persuadas.
Vuelve á ser lo que ántes eras
Y á sus materias primeras
Vuelve las cosas pasadas.
Cuatro títulos di yo,
Que el honor de Enrique fueron,
Los tres las gracias me dieron
Y solo César calló.

CÉSAR.

Al oír que te ofendió
El hombre á quien quise tanto,
Admiréme, y con espanto
Se pasmó mi corazon,
Y solo la turbacion

Pudo detener el llanto.
 Dos dudas luchan en mí :
 Hallo, viendo su lealtad,
 Que su culpa no es verdad :
 Vuelvo los ojos á tí,
 Hállote recto, y así
 Fuerza es que culpado sea ;
 Pero como á Enrique vea,
 Lucgo de su parte soy :
 Y en tales dudas estoy,
 Que no sé lo que me crea.

REY.

Título del Basto os dén.

CÉSAR.

Yo no lo aceto, señor,
 Porque si Enrique es traidor,
 Quiero yo pagar tambien
 Haberle querido bien :
 Y si acaso no es culpado,
 Y tú estás mal informado,
 Tampoco lo he de acetar,
 Porque le quiero imitar
 En ser bueno y desdichado.

REY. (Ap. á Enrique.)

No os quité vuestra riqueza,
 Si os he dejado este amigo.

ENRIQUE. (Ap. al Rey.)

Una sombra soy que sigo
 Los rayos de tu grandeza.

CÉSAR.

Aquí la fortuna empieza
 Sus tragedias.

REY. (Ap. á Enrique.)

No hay rigor
 Que disimule un amor.

TARANTO.

Cayó un soberbio.

SALEERNO.

Era ley.

ENRIQUE. (Ap.)

Fiero enojo es el de un rey :
 Aun fingido da temor.

ACTO SEGUNDO.

Sala de una casa pobre á que se ha retirado Enrique.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, CHIRIMIA, JULIO.

ENRIQUE.

A esta pobre casa, amigos,
 Se redujo mi grandeza :
 Temblando está mi cabeza
 De mis fuertes enemigos,
 No de mis culpas, y así
 Pienso que á los mismos hoy
 Da lástima lo que soy,
 Como envidia lo que fui.
 El agua que inunda el orbe,
 Del piélagro se desata,
 Y en golfos de nieve y plata
 Tantas máquinas se sorbe :
 Baña con curso lijero
 Montes y valles sombríos ;
 Y al fin, al fin hecha rios,
 Vuelve á su centro primero.
 Los hombres son desta suerte :
 De polvo y de nada nacen,
 Y así su pompa deshacen
 En la desdicha y la muerte.
 Los criados que tenia,
 Y mi casa han ilustrado,
 Como sombra me han dejado,
 Al caer la luz del día.
 Por no poder sustentar
 Algunos, los despedí,

Y otros me dejan á mí,
 Viendo que no han de medrar.
 A los dos se ha reducido
 Mi familia y aparato.

JULIO.

Pues yo, señor, aunque ingrato
 No soy al bien recibido ;
 Como el hombre siempre aspira
 A su bien y conveniencia,
 Te vengo á pedir licencia.

ENRIQUE.

Nada me espanta y admira,
 Despues de mi adversa suerte ;
 Pero tú eres, Julio, á quien
 Hice en mi vida mas bien.

JULIO.

La pobreza es civil muerte,
 El Conde ocupa tu puesto :
 Pues sabes que soy fiel,
 Suplicote que con él
 Me acomodes, porque en esto
 Sabes, mi señor, que acierto.

ENRIQUE.

Bien está : lo que desees,
 Julio, haré, porque me veas
 Hacer bien despues de muerto.
 ¿ Y quién duda que tambien
 Licencia me pedirás
 Para decir que jamas
 De mí recibiste bien ?

. (1)

CHIRIMIA.

Razon, mi señor, tendrías :
 Si reparas en los nombres,
 Notarás que no son hombres
 Ingratos los Chirimías.
 Yo nací de buena gente :
 Deciendo por línea reta
 De un bajon y una corneta
 Y un soplador excelente.
 Porque acompañar solia
 A escribanos y alguaciles,
 Neblis de garras sutiles,
 Me llamaron Chirimía.

Pero aquesto, en conclusion,
 Me da grande pesadumbre :
 Polvo, ni caldo, ni lumbre,
 Soplé, por no ser soplón.
 Y con pocos intereses
 Te sirvo, dilo tú mismo,
 Diez años há, que en guarismo
 Montan ciento veinte meses ;
 Pero en cuenta castellana,
 Tomando papel y pluma,
 Lo que te he servido suma
 Quinientas y diez semanas ;
 Y si la cuenta confías
 De un zángano entremetido,
 Te dirá que te he servido
 Tres mil y seiscientos dias.
 Y si todo aquesto ignoras,
 Te sacará desta duda
 La aritmética menuda :
 Son ochenta y seis mil horas.
 Servirte siempre imagino
 Como lo he hecho hasta aquí :
 Soy español, y comí
 Tu pan, y bebí tu vino.
 Hoy tambien servirte quiero,
 Vivas gordo, ó mueras flaco
 Y no como este bellaco
 Ingratouazo y grosero.
 Asado estés en dos hornos,
 No tengas honra ni fama :
 Hombre que Julio se llama,
 ¿ Qué ha de hacer sino bochornos ?

(1) Parece que aquí falta una redondilla, á lo menos, en que Enrique dirigiera la palabra á Chirimía.

ESCENA II.

UN CRIADO. — ENRIQUE, CHIRIMIA, JULIO.

CRIADO.

Señor Don Enrique, aparte
 Oiga una palabra.

ENRIQUE.

Dí.

CRIADO.

Señor Don Enrique, aquí
 Vendrán esta noche á hablarte
 Dos principes, y el secreto
 Es de importancia.

ENRIQUE.

Esperando

Estaré con gusto.

CRIADO.

Cuando
 Esté en silencio perfeto
 La noche, con vigilancia
 Han de venir recatados.
 Haz recoger los criados.

ENRIQUE.

En buen hora : de importancia
 Es la cautela. (Vase el criado.)

ESCENA III.

ENRIQUE, CHIRIMIA, JULIO.

ENRIQUE. (Ap.)

Ya empieza

A obrar mi falsa caída.
 ¡ Cielos, amparad la vida,
 El Estado y la grandeza
 De Alfonso, mi buen señor !

CHIRIMIA.

Ludovico viene.

ENRIQUE.

Venga,

Porque su amistad detenga
 A mi desdicha el rigor.

ESCENA IV.

LUDOVICO. — DICHO.

ENRIQUE. (A Ludovico.)

¡ Quién en mis males mostrara
 Pecho magnánimo y rico,
 Sino el conde Ludovico,
 Nuevo marques de Pescara ?
 ¡ Quién pudiera ser primero
 En levantar un caído,
 Sino aquel que solo ha sido
 El amigo verdadero ?
 Para que llorar no pueda,
 Me honra el cielo deste modo ;
 Porque no me falte todo,
 Pues tal amigo me queda.
 No dije bien ; y ántes digo,
 Y es decillo justa ley,
 Que nada me quita el Rey,
 Pues me deja tal amigo.
 ¡ Quién duda, señor Marques,
 Que te haya dado tristeza
 La desdicha y la pobreza
 Que en aquesta casa ves ?
 Pero la fortuna esquiva
 No me tiene de vencer :
 Deme mas que padecer,
 Como Ludovico viva.

LUDOVICO.

Don Enrique, todo pasa :
 Un dia sigue á otro dia,
 Y muy en vano porfia
 La fortuna. Que esta casa
 Reconozca, me ha mandado
 El Rey, y en efeto quiero
 Ser en servirle el primero.
 Ved este papel cerrado,

Que es del Rey.

ENRIQUE.

Entrad, señor.

LUDOVICO.

Yo la he de reconocer.

CHIRIMIA. (Ap. á Julio.)

¿Que esto un amigo ha de hacer?

JULIO. (Ap. á Chirimia.)

Verse un hombre en tanto honor

Hace mudar condicion.

CHIRIMIA. (Ap. á Julio.)

En criados mal nacidos.

ENRIQUE.

Alma, fe, vida y sentidos

De mi rey y vuestros son.

Entrad á reconocer

Casa que baña mi llanto.

LUDOVICO.

Ved el papel entre tanto,

Porque habeis de responder. (Entrase.)

ESCENA V.

ENRIQUE, CHIRIMIA, JULIO.

ENRIQUE.

¡Sello del Rey! Yo confieso

Que alegre el alma dispongo:

Sobre mi cabeza os pongo,

Con el alma y boca os beso.

(Lee.) *No soy rey si me faltais,*

Mi Enrique: sin vos ¿qué valgo?

Si de nuevo sabéis algo,

Me avisad, y cómo estais.

Si teneis amigo fiel,

Voy investigando ya,

Porque nunca lo sera

El que lleva este papel.

César solicita amigo

Que á mi palacio torneis:

¡Feliz vos que conoceis

El amigo y enemigo!

Trae recado con que escriba.

(Entrase Chirimia.)

¡Ah gran Rey! ¿cuánto le debo!

Nuevo Numa, César nuevo,

Siglos tu grandeza viva.

CHIRIMIA. (Dentro.)

Señor Conde, ¿es alguacil?

¿Qué busca por los rincones?

Ojos tiene porquerones

Y alma corcheta sutil:

Cese su curiosidad.

Pues, ¿qué mira? No tenemos

Sino dos grandes extremos

De pena y necesidad.

Todo el Rey nos lo ha quitado

Por bellacos y malsines.

¿Qué busca? Amigos ruines

Nos trujeron á este estado.

(Vuelven Ludovico y Chirimia: este saca recado de escribir que pone en una mesa, á la cual se sienta Enrique y escribe.)

ESCENA VI.

LUDOVICO, CHIRIMIA. — ENRIQUE, JULIO.

LUDOVICO.

Tu humor bufonesco y frió

No debe extenderse á tanto;

Que se ofende el sacrosanto

Mandato real.

CHIRIMIA.

Conde mío,

Grave y enojado estás.

LUDOVICO.

Ministros que son severos,

De los hombres chocarreros

No deben gustar jamas.

ENRIQUE.

Pídemelo Rey dos papeles,

Y así donde están le aviso.

(Cierra, sella y da un papel á Ludovico.)

Ya que la fortuna quiso

Darme estrellas tan crueles,

Que influyen adversidades,

Suplico, señor Marques

A Vuexcelencia, pues es

Tan amigo de verdades,

Que ampare ausi mi virtud

Tan perseguida.

LUDOVICO.

Si haré,

Y al Rey tambien hablaré.

CHIRIMIA. (Ap.)

Ansí sea tu salud.

ENRIQUE.

Julio servirle desea:

Suplicole le reciba

En su servicio, ausi viva

Largos años.

LUDOVICO.

Julio sea

Mi criado.

JULIO.

A tal merced

Dé el alma correspondencia.

ENRIQUE.

Los piés beso á Vuexcelencia.

LUDOVICO.

Dios guarde á vuesa merced.

(Vase y Julio le sigue.)

ESCENA VII.

ENRIQUE, CHIRIMIA.

CHIRIMIA.

¡Vuesa merced! ¿Vuesa-qué?

Baje un rayo y le eche á pique (1).

¡Vuesa mercé á Don Enrique,

Habiendo sido (2) quién fué!

¡Vuexcelencia ayer, y hoy

Vuesa merced!

ENRIQUE.

El Marques

Sabe muy bien ser cortes.

Enrique de Avalos soy

Solamente, y no me toca

Ahora otra cortesía;

Ten paciencia, Chirimia.

CHIRIMIA.

Coso á dos cabos mi boca.

ENRIQUE. (Ap.)

Al Rey he avisado ya

La junta que han aplazado

Esta noche: bien sellado

Va el papel, no le abrirá.

(Sale César y vase Chirimia.)

ESCENA VIII.

CESAR. — ENRIQUE.

ENRIQUE.

César generoso y rico,

¡Venis con otro papel

Tan riguroso y cruel

Como el Conde Ludovico?

¡Venis á llevarme preso

A mas estrecho cuidado,

Ya que por cárcel me han dado

La ciudad?

CESAR.

No vengo á eso,

Pues cuando su Majestad

Tan rigurosos decretos

Ejecutar me mandara,

Con lágrimas y con ruegos,

(1) Baje un rayo que la quemé, dice en la primera edición.

(2) Suplido.

Del Rey al Rey apelara,

O nie quitara primero

Deste corazon la vida,

La cabeza deste cuello.

No soy ministro del Rey;

A solo avisaros vengo,

Con su licencia, que ahora

Mas os amo y mas os quiero.

Cuando en el verano alegre

Está rico, está soberbio

El árbol en cuya pompa

El sol recibe desprecios;

Cuando sus flores compiten

Con las estrellas del cielo,

En su verde majestad,

Blason hermoso del tiempo;

Cuando en su gallardo fruto

Roba el color lisonjero

Al topacio y el rubí,

Rojo y pulido bosquejo:

¿Qué mucho que el pajarillo,

Entre sus pimpollos tiernos,

Contra pájaros rapantes,

Tome su amparo y sustento?

Mas cuando llega el octubre,

Y con los soplos del cierzo

Derriba la verde pompa

Que abril y mayo le dieron;

Y cuando las inclemencias

De las aguas y los vientos,

En arrugadas cortezas

Le dejan desnudo y feo:

Cuando las aves le esquivan

Por escogido y por seco,

Sin ver que otra primavera

Galas le dará á su tiempo:

Entonces si que se muestra

Aquel amor verdadero

Aquel instinto piadoso

Y bruto conocimiento

De la vida tortolilla,

Que entre los ramos, trofeos

En quien mostró su poder

La helada faz del invierno,

Vive triste y muere alegre.

Así yo, cuando los cielos

Con sus astros favorables

Prosperidad te infundieron,

No hice mucho en ser tu amigo

Si los Principes del reino,

Como al sol los girasoles,

A tu voluntad atentos,

Del aliento de tu boca

Pendian, y mi provecho

Entre las horas hallaba

De tu amistad, ó á lo ménos

Paracer ambicion pudo

Lo que era amor; pero luego

Que la fortuna y los hados

Se te mostraron adversos,

Y en la noche de tu dicha

Cual vanas sombras huyeron

Los que á la luz te servian;

Tórtola soy que te muestro,

Buscando tus yertos ramos,

Mi dolor y sentimiento.

Por tí mismo te he querido;

Para el amor de mi pecho,

Lo que fuiste eres agora;

Y aun eres mas, pues teniendo

Magnánimo corazon,

Mereces renombre eterno

De varon constante y fuerte:

Un Hércules y un Tesco,

Otro Pilades y Orestes,

Otro prodigioso ejemplo,

En los anales del mundo,

De tierna amistad serémos

Bien sé que al Rey no ofendiste:

En mi mismo pensamiento

Reconozco tu lealtad;

Que vivifica dos cuerpos

Una alma sola, y así
Siendo tú otro yo, bien puedo
Decir que traicion no hiciste,
Pues que yo traicion no he hecho.
Envidia te ha derribado,
Que es rayo, aborto del trueno,
Que en lo poderoso y alto
Funda su poder violento.
Hoy el Rey (como hombre, al fin
Sujeto á humanos efetos)
Pasó su amor á otros polos,
Como el sol á otro hemisferio.
Yo, Enrique, pobre no estoy,
Si hacienda heredada tengo:
Dueño eres della, pues eres
Alma de su mismo dueño.
Si acaso estás temeroso
Del enojado y severo
Semblante del Rey, á España
Pasarnos los dos podemos.
Corramos una fortuna,
Sufram los dos el peso
De la herida que te oprime,
Girando en fatales vuelcos.
Joyas tengo y dos caballos
Que español cristal bebieron
En las márgenes del Bétis,
Uno blanco y otro negro,
Que á los del alba parecen:
Vayamos los dos en ellos
A otro clima, á otra region,
A otros mares, á otros cielos,
Y á otro rey que reconozca
Tus grandes merecimientos:
A otro rey que niegue oídos
A engañosos lisonjeros.

ENRIQUE.

¡Dichosa mi adversidad,
Pues es la piedra en que pruebo
Los quilates de tu amor!
Con el alma te agradezco
La generosa intencion;
Pero no me oprime el miedo,
La conciencia está segura,
Y espero en Dios que algun tiempo....
(Ap. Pero, secreto, detente:
No te atrevas al silencio.)

ESCENA IX.

CHIRIMIA. — ENRIQUE, CÉSAR.

CHIRIMIA.

Aquí ha llegado, señor,
A la puerta un escudero
De la Condesa.

ENRIQUE.

¿De cuál?

CHIRIMIA.

Eso es lo que yo no entiendo.
«La Condesa, mi señora,
(Dijo) que tiene deseo
De ver al señor Enrique»,
Y volvió la espalda luego.

ENRIQUE.

De Elena debe de ser.
Que el enojo de los celos
Serenó con mis desdichas
Porcia, como pobre, entiendo
Que mi estado pretendía,
Y ya habrá dado á los vientos
Su esperanza y su cuidado.

CÉSAR.

Si ha sido amor verdadero
El de Elena, con su estado
Vivirás rico y contento.

ENRIQUE.

Del amor y la amistad
Un exámen voy haciendo:
Amor, descubrete agora,
Haz tu valor manifiesto

Pues la amistad sacrosanta
Su verdad ha descubierto. (Vense.)

Sala en casa de Elena.

ESCENA X.

ELENA, ISABEL.

ISABEL.

¿Es posible, bella Elena,
Que ya no te comuniqué
En las desdichas de Enrique
El amor alguna pena?
¡Pobre Enrique! ¿Alegre estás?
Enrique sin su privanza,
Enrique en tanta mudanza,
¡Y tú no lo sientes mas!

ELENA.

Isabel, una verdad
Quiero que sepas agora:
Ni se riñe ni enamora
Mi soberbia voluntad.
Nunca supe qué es amor:
Y aquel fingido cuidado
Era una razon de estado
Y disinio superior.
Habiendo afecto, no amaba;
Mi aumento así pretendía,
Porque ser mujer quería
Del que este reino mandaba.
Cayó, y así te prometo
Que mi intencion hizo pausa,
Porque cesando la causa,
Ha de cesar el efeto.

ISABEL.

Si aspiras á ser mujer
Del privado, Ludovico
Es ya generoso y rico,
Y tu dote viene á ser
Lo mejor del reino: intenta
Rendirle la voluntad.
Con Estado y majestad,
El mismo Rey hará cuenta
De ti, según lo que veo.
Lo que te he dicho procura:
Con riqueza y hermosura,
Serás el sol y el trofeo
De Nápoles.

ELENA.

Dices bien:

Mi gallarda presuncion
Aconseja al corazón
Que lo sienta así tambien.
Pero Ludovico tiene
Amistad á Enrique fiel,
Y intercediendo por él,
¡Pienso que á mi casa viene;
Porque me envió un recado
Diciéndome que tenía
Que hablar conmigo este día
Un negocio, y he pensado
Que le pretende casar
Conmigo, sin duda alguna
Pensando que su fortuna
Ansí se ha de mejorar.
Pero son grandes engaños,
Si esto Enrique imaginó.
¡Mujer de hombre pobre yo,
Isabela? ¡malos años!

ISABEL.

La condesa Porcia viene.

ELENA.

Como le doy alimentos
Y está pobre, por momentos
Me está pidiendo.

ISABEL.

Ella tiene

Conforme á su calidad
La riqueza y la hermosura:
Prima es tuya, honrar procura
Tu sangre con tu lealtad.

ESCENA XI.

PORCIA, con manto. — ELENA, ISABEL.

PORCIA.

Yo he de volverme de prisa:
La silla espere.

ELENA.

En buen hora

Vengas, Porcia.

PORCIA.

Mi señora,

Mi bien, amiga, Condesa,
No vengo, como solía
A recibir tus favores;
Que son las penas mayores,
Que están en el alma mía.
Amor mandó que viniera
A pedirte, como suelo,
A pesar de mi desvelo,
Y basta que amor lo quiera.

ELENA.

Desdichas, pena y dolor,
Lágrimas, desasosiego,
Humos son de oculto fuego:
Máteme si no es amor.

PORCIA.

¡Ay prima! Tú has acertado.
Amor es, de amores lloro;
Sino que está el que yo adoro,
Muy pobre y necesitado.
Perdóname mis ternezas,
Porque son finas verdades.

ELENA.

Dilas, prima, necedades,
Afectos no, ni finezas.
¡Porcia ha de amar obligando!
Sangre de un rey procedida,
¿Ha de comprar ser querida?
Dime, Porcia, dime, ¿cuando
Has visto ilustre mujer
Con ese cuidado vil?
¿De qué romana gentil
Se oyó tal? ¿Tú has de querer,
Hombre pobre, siendo tales
Sus partes, que amor te sobre?
Pobre tú, y tu amante pobre,
¿No es juntar dos hospitales?
Amor que forzosamente
Por fin tiene el casamiento,
No debe ser tan violento,
Tan necio y tan imprudente.
Tu hermosura y calidad,
Fuerza es que causen cuidados
A principes con Estados,
Con riqueza y majestad.
Rica soy, Estados tengo:
Rico tambien ha de ser
Quien me quiera por mujer.

PORCIA.

Incapaz, Elena, vengo
De consejo: tú me das
Dos mil ducados de renta.
Pues tu mano me alimenta:
Dame una joya no mas,
No quiero mas alimentos,
No quiero mas que me des,
Como ostente amor al que es
Alma de mis pensamientos.

ELENA.

A tanta resolucion
Yo no tengo otra respuesta,
Porcia amiga, sino esta.
Estas dos sortijas son
Giros y esferas del día.

(Quitándose las.)

Esta joya es relevante,
Y en ella brilla un diamante,
Que al mismo sol desafia.
Cuatro mil ducados valen:
Por ellas te los darán:

Luces son que enjugarán
Penas que del alma salen.
Toma, prima.

PORCIA.

Yo he de ser
Tu esclava, y en serlo gano.

ELENA.

¿Qué tienes en esa mano?

PORCIA.

Diéronme una nueva ayer
De pesadumbre: tenía
Un cuchillo, que fué rayo:
Siguió al pesar un desmayo,
Caí, y cortéme: y había
De escribir hoy un papel
Acerca de mi cuidado,
Y no podré. Trae recado (A Isabel.)
Y escribirás. (A Elena.)

ISABEL.

Voy por él.

(Vase.)

ESCENA XII.

ELENA, PORCIA.

ELENA.

Yo seré tu secretaria,
Y aprenderé, por si amare
Alguna vez.

PORCIA.

Quien hallare
Esa quietud necesaria
Al vivir, no quiera bien.
No inquiete, no, su memoria,
Pues se pierde en esta historia
El alma y vida también.

ESCENA XIII.

ISABEL, con recado de escribir. —
ELENA, PORCIA.

ELENA.

Nota, prima; que en tu estilo
Darás á mi entendimiento,
O doctrina ó escarmiento.

PORCIA.

¡Felice ignorancia!

ELENA.

Dilo

De veras.

PORCIA.

Escribe pues.

ELENA.

Vé diciendo.

PORCIA. (Dictando.)

Sabe el cielo,

Mi señor.....

ESCENA XIV.

LUDOVICO, JULIO. — ELENA, POR-
CIA, ISABEL.

LUDOVICO. (Ap. á Julio.)

Nada recelo,

Que cierta mi dicha es,
Si alcanzo lo que pretendo.
Con Elena me está bien
Desposarme.

JULIO.

A ella también.

LUDOVICO.

Reparo que está escribiendo.

ELENA.

Si es tu afición verdadera,
Bien la encareces así.

ISABEL.

Señora, el Conde está aquí.

ELENA. (A Porcia.)

Di como si no estuviera.

ISABEL. (Ap. á su ama mientras sigue
escribiendo.)

Ya que Ludovico vino (1),
Dile á boca ó por papel
Como le quieres á él.

ELENA. (Ap. á Isabel.)

Sin duda me determino.

PORCIA.

A solas sabrás mejor
Qué te quiere. Doy lugar.

LUDOVICO.

Si he venido yo á estorbar,
Volveréme.

PORCIA.

No, señor.

(Toma el papel y se va.)

ESCENA XV.

ELENA, LUDOVICO, ISABEL, JULIO.

LUDOVICO.

Señora, sin tu licencia,
Hasta donde estás, me he entrado.

ELENA.

Venir puede confiado
A su casa Vuexcelencia.

LUDOVICO.

Señora, mi amor os digo
Sin retóricos rodeos;
Que no pueden mis deseos
Con un tan grande enemigo
Reposar: en conclusion,
Puesto que el alma os adora,
Alcance el Conde, señora,
Lo que Enrique quiere.

ELENA.

Son

Inútiles pensamientos,
Si ya os digo que elegí
Otro vos por dueño, y si
Entendeis bien mis intentos.
No os obligue el amistad
A hacer contra vos; y digo,
Que es bien que mire el amigo
Primero su utilidad.
Atrévome á aconsejaros
Por quereros bien; y en esto
No puede un amor honesto
Mas claramente mostraros
Su intencion.

LUDOVICO. (Ap.)

¡La obligacion

De la amistad me ha mostrado!

ELENA.

Habiéndome declarado,
¡Triste estais! ¿Por qué razon?

LUDOVICO.

Porque decís, mi señora,
Que vos con Enrique estais
En esa opinion.

ELENA.

No vais

Bien, porque mi pecho adora...
El que digo.... y me holgaría
Que así de vos lo supiese.

LUDOVICO.

¿Y no quereis que me pese?

ELENA.

No, si estimais la fe mía.

ISABEL.

Enrique ha entrado.

ELENA. (Ap.)

Esperando

La respuesta estaba.

(1) Suplido.

ESCENA XVI.

ENRIQUE, CHIRIMIA. — ELENA, LU-
DOVICO, ISABEL, JULIO.

ELENA. (Retirándose.)

Adios.

Por no estar entre los dos
Adorando y despreciando....
—Conde, ya os dije mi pena:
Perdonad mi atrevimiento,
Y haced este casamiento.
Porque os sirva siempre Elena. —
Enrique, el Conde os dará
Respuesta á vuestra intencion;
Que pues me vió el corazon,
Lo que en él pasa os dirá.
(Vase, y con ella Isabel.)

ESCENA XVII.

ENRIQUE, CHIRIMIA, LUDOVICO,
JULIO.

LUDOVICO. (A Enrique.)

Podré decir que no eres
Desdichado en todo, pues
Tuya la Condesa es.

ENRIQUE.

¡Oh blason de las mujeres!

LUDOVICO.

Con gran fe, con gran prudencia
Te está amando.

ENRIQUE.

¿Quién podía
Darme nuevas de alegría
Que no fuese Vuexcelencia?
LUDOVICO. (Ap.)
Corrido voy y afrentado.
¿Que conserve Elena amor
A un hombre medio traidor,
Y que á mí me ha despreciado!

ENRIQUE.

Irle tengo acompañando,
Si gusta.

LUDOVICO.

¿No he de gustar?

CHIRIMIA. (Ap.)

¿Que se deje acompañar
Ludovico! Voy rabiando,
Sí, vive Dios.

JULIO.

¿No me ves,
¿Que he de ir delante?

CHIRIMIA.

¿Esto pasa?

JULIO.

¿Cómo va de hambre en casa?

CHIRIMIA.

Yo te lo diré despues. (Adelántase.)

JULIO.

Tente.

CHIRIMIA.

Julio, si hasta aquí
Chirimia me llamé,
Mayo me llamo.

JULIO.

¿Porque?

CHIRIMIA.

Por ir delante de tí. (Vanse.)

ESCENA XVIII.

PORCIA, con una caja y un papel. —
CELIO.

PORCIA.

¡Ce, Chirimia! ¡Ah criado
De Enrique! Fuése: no oyó.
Tras el Conde va, y entró
Aquí: ¡si me habrá buscado?
Que es tanto lo que le quiero,

Y le deseo servir,
Que luego tiene de ir
A buscarle el escudero.
Toma, Celio, y véte presto
(*Dale la caja y el papel.*)

Tras Enrique, y dale á él
Estas joyas y papel.

CELIO. (*Ap.*)

Máténme, si amor no es esto. (*Vanse.*)

Sala de la casa donde se hospeda Enrique.

ESCENA XIX.

ENRIQUE, CHIRIMÍA.

CHIRIMÍA.

A oscuras nos deja Febo:
¿Quieres luz?

ENRIQUE.

Sí, tráela apriesa.

CHIRIMÍA.

Luz te traeré portuguesa.

ENRIQUE.

¿De qué suerte?

CHIRIMÍA.

Vendrá en sebo.

Ya la que labró la abeja,
Blanca cera, entre miel pura,
En ti se ha vuelto gordura
De un chivato ó una oveja.
Esta fortunilla vil
A sebo nos trae, de cera:
¡Plega al cielo, que no quiera
Bajar de sebo á candil!
Y aun, segun es la fortuna,
Aun deso podrá quitar.
Porque nos vendrá á dejar
A los rayos de la luna.

ENRIQUE.

Naturaleza los da
Para ausencia de los dias.

CHIRIMÍA.

Son excelentes bujías
Para lechuzas.

ESCENA XX.

CELIO. — ENRIQUE, CHIRIMÍA.

CELIO.

¿Está

Don Enrique en casa?

CHIRIMÍA.

Sí.

CELIO.

Entro pues. Sus manos besa
Mi señora la Condesa,
Y esto envía para ti.
(*Da á Enrique un papel y una caja,
besándolos ántes, y vase.*)

CHIRIMÍA.

Caja y papel con respeto,
Besándolo, te entregó,
Y las espaldas volvió:
No vi viejo tan inquieto.
El da, no pide, y se va
Sin decirnos qué Condesa,
Entre tantas, le da priesa.

ENRIQUE.

El papel nos lo dirá.

CHIRIMÍA.

Voy por luz humilde y baja,
Antipoda de la miel;
No para ver el papel,
Sino para abrir la caja.

ENRIQUE.

Finezas serán de Elena,
Que hoy con discreto cuidado,
En su amor disimulado

Embozó también la pena.

CHIRIMÍA.

Lo que da mujer es viento:
Tesoros de duende son.
¡No se nos vuelva carbon!
Abre la caja con tiento.

ENRIQUE.

Veré el papel.

CHIRIMÍA.

¡Pesía tal!

Abre la caja. ¿Qué lees?
En tu vida brujulees
Las nuevas del bien ó mal.
(*Lee.*) *Sabe el cielo, mi señor,
Las lágrimas y la pena*
(*Letra es esta de mi Elena:
¡Oh! qué finezas de amor!
Que me ha costado el rigor,
Con que la fortuna fiera
Trata fe tan verdadera,
Pues no tiene culpa, no,
Hombre tal, que mereció,
Que yo le estime y le quiera.
Esas joyuelas te envío,
Que son humildes trofeos
De mis gigantes deseos:
Recíbelas, dueño mío;
Que yo en el tiempo confío
Que al discurrir y volar,
Tu dicha ha de mejorar
Por bien diferentes modos;
Y cuando te faltén todos,
Yo no te puedo faltar.*)

CHIRIMÍA.

¿Firmó?

ENRIQUE.

Cuando viene á ser
De una persona querida
La letra tan parecida,
La firma no es menester.
¡Oh soberana mujer!
Tú serás de aquí adelante
Laurel que la fama cante.
Poetas, los que decís
Que es vario animal, mentís:
Veis aquí mujer constante.
Si en estado lastimoso
Hay mujer que no me niega,
Callad vos, Elena griega,
Pues soy París mas dichoso.

CHIRIMÍA.

Abre ya, que no reposo
Hasta ver la rica alhaja
Que á Muza envió Daraja.
(*Abre la caja.*)

ENRIQUE.

Mas estima un alma fiel
Las razones del papel,
Que las joyas de la caja.

CHIRIMÍA.

Por Dios, que brillan.

ENRIQUE.

Yo vi
En su pecho aquesta joya;
Aunque en las piedras no está
La fineza y la riqueza.

CHIRIMÍA.

¿Pues dónde está?

ENRIQUE.

En la fineza
De la mujer que las da.

CHIRIMÍA.

Cierra la caja, que creo (*Lllaman.*)
Que vienen por ella.

ENRIQUE.

A dormir.

Véte

CHIRIMÍA.

¿De qué clarete
Me ves borracho?

ENRIQUE.

Deseo
Quedar solo; que peleo
Con mis tristezas á solas.

CHIRIMÍA.

Voime á arrojar á las olas
Del sueño, que es mar profundo

ENRIQUE.

Aquí empieza á ver el mundo
Las cautelas españolas.
Ya está abierto, entre quien es.

ESCENA XXI.

EL REY, como de noche. — ENRIQUE.

REY.

¿Estais solo?

ENRIQUE.

Solo estoy.

REY.

Vuestro amigo soy:
¿No me conocéis, Marques?

ENRIQUE.

Arrojáreme á tus piés
Lleno de gozo y espanto,
Viendo que es de favor tanto
Incapaz el alma mia,
Que el suelo regar querria (1)
Con su agradecido llanto (2).

REY.

Alza, amigo.

ENRIQUE.

No te espante,
Si no te obedezco y digo
Que es decir, «Levanta, amigo»,
Decir que no me levante;
Porque ese nombre gigante
No me ajusta: hormiga fui.

REY.

Levanta, Enrique.

ENRIQUE.

Eso sí.

REY.

Eres vasallo leal.

ENRIQUE.

Ese nombre es celestial,
Y es, gran señor, para mí.

REY.

Avisáste me que tienes
Junta esta noche en tu casa,
Y quiero ver lo que pasa
Escondido en ella.

ENRIQUE.

Vienes
A asegurar en tus sienas
La corona merecida,
Vienes á darme la vida.

REY.

Vengo á lo ménos á verte;
Que esa es la causa mas fuerte,
Enrique, de mi venida.
¿Cómo estás?

ENRIQUE.

Como sin mí,
Sin tí, en esta ausencia corta;
Mas si mi ausencia te importa
Y te dejo á tí por tí,
Bueno estoy estando así.

REY.

Yo, Enrique, como he tenido
Sin tí el amor escondido
Entre aparentes enojos,
Vengo á exhalar por los ojos
El contento reprimido.
¿Examinaste la fe

(1) (2) Suplidos para completar la décima. En lugar de estos dos versos se lee en la edición original el verso siguiente y dislocado: *De tan notable interés.*

De alguna dama?

ENRIQUE.

Supuesto
Que es amor casto y honesto,
Sin vergüenza lo diré.
Sí, mi señor.

REY.

¿Y quién fué?

ENRIQUE.

La Condesa Elena.

REY.

Enrique,
Cuando el reino pacifique,
Con ella te casarás.

ENRIQUE.

Siglos del fénix y mas
El cielo te comunique.
Esconde aquí tu valor,
Que á la puerta sentí gente.

REY.

La primera vez que siente
Este pecho algun temor,
Es esta.

ENRIQUE.

¿Porqué, señor?

REY.

Porque recelo perder
Este reino, y no poder
Hacerte bien.

ENRIQUE.

Si perdida

No fué ántes deso mi vida,
No te queda que temer.

(*Escóndese el Rey, y salen los Príncipes y Ludovico embozados.*)

ESCENA XXII.

EL PRINCEPE DE TARANTO, EL DE
SALERNO y LUDOVICO. — ENRI-
QUE; EL REY, *oculto*.

TARANTO.

¿Podemos entrar? ¿Están
Recogidos los criados?

ENRIQUE.

Sí, señores embozados,
Seguramente podrán
Entrar.

SALERNO.

Nos maravillas

Viéndote alegre y constante.
(*Desembozanse.*)

ENRIQUE.

¿Oh Canciller! ¿Oh Almirante!
Vuexcelencias tomen sillas.
Yo príncipes he esperado,
Mas no tan grandes. ¿Quién es
El embozado?

TARANTO.

Después

Hablará, que es un criado.
¿Posible es que á tal fortuna
Enrique Avalos venga,
Y que rostro alegre tenga?
¿Hombre que pisó la luna,
Estos desprecios padece
Y alegre sufre esta injuria!
¿Cómo no crece la furia,
Al mismo paso que crece
La adversidad? Esta casa
Y esta luz agravios son
De un magnánimo varón:
De la injusticia que pasa,
Son testigos.

SALERNO.

Don Enrique,

A consolarte y á verte
Venimos, para ofrecerte,
Sin que el día lo publique,

Nuestras haciendas y vidas:

Y consentir no queremos
Que lleguen á estos extremos
Fortunas no merecidas.

ENRIQUE.

Príncipes, alegre estoy,
Aunque otra dicha no espero.
Las veces que considero
Que en nada culpado soy.

TARANTO.

Esa es mayor injusticia.
Ese es el mayor agravio:
El castigo sufra el sabio;
Mas no sufra la malicia.
Don Enrique, hablemos claro:
¿Quereis dar á vuestro honor,
Con un estado mejor,
Honra, nobleza y reparo?
Y pues que sois tan discreto,
Y venido á tal miseria,
Para hablar desta materia,
No hay que encargaros secreto.

ENRIQUE.

La naturaleza es tal,
Que á los brutos enseñó
A querer su bien, y yo
Alma tengo racional,
Y he de apetecer lo mismo.
Salir con ansias desco
Del estado en que me veo;
Mas hay en medio, un abismo
De grandes dificultades.

TARANTO.

Ese es prohibido temor,
Pues no aventuras tu honor,
Si á aquesto te persuades
Con un impulso eficaz.
Pues los hombres desta tierra,
Hijos somos de la guerra,
¿Para qué queremos paz?
Nuestro ánimo el mundo vea:
De estado nos mejoramos,
Si los tres el reino damos
A Carlos que lo desea.
Deste gallardo frances
Firmas en blanco tenemos,
Y en su nombre te ofrecemos,
Porque tu ayuda nos des,
Un Estado poderoso
En este reino.

ENRIQUE.

Yo aceto

Esa merced, y prometo
De concurrir animoso
A esa accion, y certifico
Que imposibles venceré.

LUDOVICO. (*Desembozándose.*)

Ahora sí que podré
Descubrirme.

ENRIQUE.

¿Oh Ludovico!

LUDOVICO.

No esperé ménos jamás
De tu corazón fiel.

REY. (*Ap. desde donde está oculto.*)

Ni yo esperé menos dél.

(*Como si hablara con Enrique.*)

Prosigue: descubre mas.

ENRIQUE.

¿Qué es lo primero que está
Trazado?

SALERNO.

Junta conviene
Nuestra gente, y la que tiene
Nuestro primo, y él vendrá
En dando el frances aviso.

ENRIQUE.

¿Y qué capitán valiente
Ha de gobernar la gente?

LUDOVICO.

¿Quién sino tú, pues que quiso
La militar disciplina
Aprender reglas de tí?

ENRIQUE.

Aceto el cargo.

REY. (*Ap.*)

Y así

No temeré la ruina
De mi reino.

TARANTO.

¿Por qué parte

Se ha de empezar esta guerra?

SALERNO.

Por Calabria, que es la tierra
Mas dispuesta al son de Marte.

ENRIQUE.

Pues dame una firma desas
Del frances, dos veces franco,
Porque pueda yo en su blanco
Asegurar sus promesas.

TARANTO.

Bien has advertido: alabo
La sagaz prudencia tuya.
Toma un papel en que va
Firma de Carlos octavo.

(*Dásele.*)

ENRIQUE.

Famoso Rey, en quien puedo
Decir, que oyéndome estás,
Pues con una firma das
Mercedes, honor y miedo:
Mi rey eres, y protesto,
Que aunque aventure mi honor
Y me tengan por traidor,
Te obedezco y sirvo en esto.
Oyeme, Rey liberal,
Si aquí alcanza tu poder:
Yo te prometo de ser
Eternamente leal.
Este cargo que he acetado,
En servicio tuyo fué,
Porque á mi lealtad y fe
Ningun vasallo ha igualado.
Recibe, Rey, mi deseo,
Pues puedo decir que aquí
Estás, y me escuchas.

REY. (*Ap.*)

Sí:

Ya lo he entendido y lo creo.

LUDOVICO.

Ya que al ayuda del Rey
Prometes poner efeto,
Desta verdad el secreto
Debes jurar.

ENRIQUE.

Esa es ley

De todos los conjurados:
Yo la estimo y reverencio.
Al secreto y al silencio
Estémos juramentados:
Y así, por la ley sagrada
Que adora y sigue el cristiano;
Por el cielo soberano,
Y por la cruz desta espada,
Juro, y digo que este intento
De mi boca no sabrán,
Sino solo los que están
Oyendo mi juramento.
Juro por Dios trino y uno,
So pena de que esta espada
En mi sangre esté manchada,
De no tratar con ninguno,
Fuera de aquellos que estamos
Presentes, nuestra intencion
Y aquesta conjuracion.

LUDOVICO.

Todos así lo juramos.

TARANTO.

Quédese para otro día
La sesion en este estado;

Que pienso que ya ha llorado
Sus perlas el alba fría,
Y importa que no nos vean,
Para que no se publique.

SALERNO.

Bien dice: adios, Don Enrique.

ENRIQUE.

Como mis ojos desean,
Suceda todo.

(*Vanse los Principes y Ludovico; el Rey sale de donde se ocultó.*)

ESCENA XXIII.

EL REY, ENRIQUE.

ENRIQUE. (Ap.)

¿Quién vió
Tal conflicto, tal contraste?

REY.

¿Porqué no les preguntaste
Que, habiéndoles hecho yo
Tantas mercedes, porqué
Animo traen malicioso?

ENRIQUE.

Por no hacerme sospechoso,
Que ya lo consideré;
Y pues mi lengua atrevida,
Al parecer y opinion
Destos tres hizo traicion,
Quítame, señor, la vida.

REY.

¿Qué dices, Enrique? Calla,
Porque el Rey mas singular
La vida puede quitar,
Pero no puede alargalla.
Solo á Dios se reservó;
Y yo quisiera tener
Trocado aqueste poder
En ti solo, porque yo
El poder de Dios quisiera
Para darte vida tal,
Que pareciera inmortal,
Ya que infinita no fuera.

ENRIQUE.

A ese amor no correspondo,
Si no te beso los piés.

REY.

¿Dónde he sentido, Marques.
Otra vez aquí me escondo. (*Ocultase.*)

ESCENA XXIV.

CÉSAR. — ENRIQUE.

CÉSAR.

No vengo como solía,
En tu amistad confiado:
Porque soy tan desdichado,
Que ese bien que yo tenía,
Ya me ha faltado, y así,
Pues tanta desdicha tengo,
A que me des muerte vengo,
Para vengarme de ti.
Tu amigo fui, y, vive Dios,
Que con tirana impiedad
Se ha de borrar la amistad
Con la sangre de los dos.

ENRIQUE.

¿César! ¿qué tienes?

CÉSAR.

Dolor

A los infiernos igual:
De día te hallé leal;
De noche te hallé traidor.
¿Qué he de tener, si esto pasa,
Para mas desdicha mía?
Estas joyas te traía,
Cuando salir de tu casa,
Hombres rebozados vi:
Dióme cuidado el suceso,
Temí tu daño, y por eso
A los dos reconocí.
El de Taranto y Salerno

Eran estos, y yo sé
Que esta visita no fué
De piedad y de amor tierno.
¡A estas horas, y estos dos,
De quien con cautela sospecho
Que traen veneno en el pecho
Contra mi rey! Vive Dios,
Que no es visita de amigo;
Indicios y amagos son
De alguna conjuración,
Que se ha tratado contigo.
Y siendo de aquesta suerte,
Muera el uno, si reñimos,
Porque nos digan que fuimos
Amigos hasta la muerte.
Que no es razon que vivamos,
Tú, porque traidor has sido,
Ni yo, porque te he tenido
Por leal. Solos estamos.
Mete mano, haz lo que digo;
Que dirán contra mi honor,
Que Enrique ha sido traidor,
Y que César fué su amigo.
Si acaso me dieres muerte,
Con esas joyas podrás
Escaparte, y me darás
Vida ansí, para no verte
Cometer traicion alguna;
Y si te matare yo,
Tu delito te mató,
Que no tu adversa fortuna.
Acábase con la muerte
Amistad tan engañada.

ENRIQUE.

Deten, amigo, la espada.

CÉSAR.

No soy tu amigo, y advierte
Que Estados puede quitar
El Rey, con razon y furia;
Pero no es de aquesta injuria
De quien se debe vengar
El vasallo, porque el Rey
Es un dios, aunque pequeño:
De nuestras honras es dueño:
Su gusto es su misma ley.
No te engañen ni aconsejen.
Con máscara de venganza,
A hacer alguna mudanza
Y en el peligro te dejen.
Mira qué has hecho. Por Dios,
Que es el que vida ha de darnos,
O que habemos de matarnos,
O has de jurar que estos dos
En tu casa no han de entrar
Otra vez.

ENRIQUE.

Yo, César, juro

Que tu honor está seguro,
Y que te puedes fiar
De mi amistad.

CÉSAR.

Ni te creo,

Ni te abono.

ESCENA XXV.

EL REY. — ENRIQUE, CÉSAR.

REY. (*Saliendo.*)

Yo lo fio.

CÉSAR.

¿Válgame Dios! Señor mio,
¿Cómo en esta casa os veo?

REY.

Porque quiero que los tres
Hagamos eternos lazos
De amistad. Dadme esos brazos.

CÉSAR.

Dame tú, Señor, los piés.

REY.

Mi parte quiero tener
Entre dos amigos tales.

CÉSAR.

Diles vasallos leales.

REY.

César, silencio.

CÉSAR.

He de ser

Un Argos que calla y vela.
(Ap. Ya alenté y cobré la vida.
¡Vive Dios, qué es la caída
Cautela contra cautela!)

ACTO TERCERO.

Cámara del Rey, con un cancel de celosías,
detrás del cual hay mesa de despacho.

ESCENA PRIMERA.

CÉSAR, ENRIQUE.

CÉSAR.

Amigo, ¿no me dirás
Cómo el Rey, si está enojado,
En tu misma casa ha entrado?

ENRIQUE.

César, despues lo sabrás.
El que ser amigo quiere,
Para acertar bien á sello,
No ha de saber mas de aquello
Que su amigo le dijere.

CÉSAR.

Ya no lo quiero saber,
Y hástame averiguar
Que en gracia debes de estar
Del Rey. Pero ¿qué mujer
Hallaste firme?

ENRIQUE.

En Elena

He descubierto mas fe;
Y aunque á Porcia me incliné,
Libre estoy de aquella pena,
Porque soy agradecido.

CÉSAR.

Desa manera, ¿bien puedo
Decir, Enrique, sin miedo
Que amante de Porcia he sido?

ENRIQUE.

¿Eso me has callado así?
Especie fué de traicion,
Que una amorosa pasión
Me havas ocultado á mí.
Sírvela, César, agora
Que ella y Elena son damas
De la Reina: un ángel amas:
¿Dichoso aquel que la adora!
Y ¡ojalá yo la quisiera
Con el extremo mayor
Que vió en sus penas amor,
Porque en dejártela hiciera
Algo por tí! Que dejando
Amante mujer tan bella,
Te diera el alma con ella,
Y así te estuviera amando
De dos maneras quien te ama
Y te da con voluntad
Dos almas en la amistad,
Y dos vidas en la dama.

CÉSAR.

Aceto esa cortesía:
De Porcia me he de llamar.

ENRIQUE.

No puedo en público entrar
En palacio, y dar querría
A Elena aqueste papel...
Mas César se lo dará,
Que es otro yo: abierto va;
Que á portador tan fiel
Se debe esta confianza.
¿Cuál es? Este: toma, amigo.

CÉSAR.

En mi pecho irá conmigo.
Por ser tu su semejanza,
Tan recatado el papel,
Que mis mismos ojos sean
Los primeros que no vean
Lo que llevo escrito en él.

ENRIQUE.

De tu mente es un concepto,
Pues lo ha sido de la mía.
El Rey á llamarme envía.
Y he de entrar con gran secreto. (Vase.)

CÉSAR.

Lengua, finezas os deban
De las que siempre habeis hecho:
Ni á mis ojos ni á mi pecho
Pregunteis qué es lo que llevan.

ESCENA II.

EL PRINCIPE DE SALERNO, EL DE TARANTO. — CÉSAR.

SALERNO.

(Ap. con el príncipe de Taranto.)

Príncipe, de aquí adelante
Con mas cuidado y frecuencia
Se debe hacer asistencia
Aquí en Palacio.

TARANTO.

El diamante
Se rinde al diestro buril,
Peligros abrevia el arte,
Un risco se ablanda y parte
A las lluvias del abril;
Pero escucha, que el Rey sale.

ESCENA III.

EL REY. — DICHOS.

REY.

¡Oh mis parientes y amigos!

TARANTO.

Vasallos dirás, testigos
Del precio inmenso que vale
Tu favor.

REY.

(Ap. Disimulemos.
Sentimiento natural:
Vidrieras de cristal
Son los ojos, en que vemos
La mas oculta pasión:
Reprimamos los enojos,
Y disimulen los ojos
Lo que siente el corazón.)
¿Cómo estáis? porque os deseo
Salud y prosperidad.

TARANTO.

Es que ve tu Majestad
Mis acciones.

REY.

Sí las veo.

SALERNO.

Y es que mi amor ha sabido
Tu Majestad.

REY.

Sí lo sé.

TARANTO.

Nadie nos iguala en fe
Ni amor.

REY.

Así lo he entendido.

ESCENA IV.

LUDOVICO. — DICHOS.

LUDOVICO.

Dame á besar esa mano,
Que un siglo ha que no te veo,
Y tanto verte deseo
Como á mi rey soberano.

T. V.

REY. (Ap.)

¡Oh ambiciosa diligencia,
Sube opuesta a la justicia!
¡Que te enseñe la malicia
Tan lisonjera elocuencia!

LUDOVICO.

Siempre los tres procuramos
La gloria de tus renombres.

REY. (Ap.)

¡Que haya en el mundo estos hombres!

LUDOVICO.

Lo que los tres deseamos
Te suceda.

REY.

(Ap. No permita
Mi fortuna tal suceso.)
Y vosotros, ántes deso.
Tengais lo que os solicita
Mi cuidado.

LUDOVICO.

¿Qué nación
Tuvo rey tan excelente?

REY.

(Ap. ¡Oh lisonjero valiente!
¡Oh villana adulación!)

(A César.)

Y vos, ¿qué estáis escuchando?
Yo no permito testigos,
Cuando estoy con mis amigos
Discurriendo y conversando:
Salios fuera.

CÉSAR. (Ap.)

¿Qué es aquesto!
¡La otra noche tanto amor,
Y ahora tanto rigor!
¡Desvanecida tan presto
Ha quedado mi esperanza!
Que caiga lo levantado,
No es mucho, pues ha trepado
A riesgos de la mudanza;
Pero, al escalon primero,
Volver atrás de improviso.
O es desdicha ó es aviso,
Que no es bien subir: yo quiero
Escarmantar animoso,
No poniéndome delante.
No entiendo al Rey el semblante:
O es mutable ó cauteloso. (Vase.)

ESCENA V.

EL REY, EL PRINCIPE DE SALERNO, EL DE TARANTO, LUDOVICO.

REY.

(Ap. César se fué sin saber
Que es un enigma mi amor,
Un estingo mi temor,
Y mi rostro una mujer.
Aborrezco lo que estimo,
Y estimo lo que aborrezco:
Al mismo engaño parezco.)
Marques de Pescara, primo,
Ahí detras desos cancelos
De pintadas celosias,
Donde suelo algunos dias
Sentarme yo á ver papeles,
Breve suma y relacion
De los negocios me haréis.
Sobre el bufete hallaréis
Los papeles.

TARANTO.

No es razon.
Cuando ocupado te veo,
Que estemos aquí los dos.

REY.

Bien decis, y guardaos Dios
Con el premio que os deseo.
(Vanse los dos Principes.)

—

ESCENA VI.

EL REY, LUDOVICO, detras de las celosias; despues ENRIQUE.

LUDOVICO.

Para ver si algo mandares,
Los papeles voy mirando.

REY.

Aquí me estoy paseando:
Pregunta lo que dudares.

LUDOVICO.

Un memorial está aquí,
Que el duque de Maffi dió:
¿Quieres escucharle?

REY.

No.

LUDOVICO.

¿Has visto el de Capua?

REY.

Sí.

(Ap. La puerta del camarín
Siento abrir. Enrique ha sido.
(Sale Enrique por una puerta reservada.)

Que á mi llamada ha venido
Por la puerta del jardín,
Y el Marques desde el cancel
Le ha de ver, y aun le ha visto:
Mal pensará si resisto
De hablar ahora con él.
Avisó que le esperaba,
Y el secreto se revela:
Aquí importa una cautela:
Esperando, Enrique, estaba,
(Acercándose á él.)
Y con mas razon que enojos,
Para decirte prevengo
Los sentimientos que tengo
En el alma y en los ojos.
Cada dia voy sabiendo
Nuevas culpas contra ti:
Pero yo me culpo á mí...

ENRIQUE.

Mira, señor, que no entiendo...

REY.

Calla, bárbaro: no doy
A tus disculpas oídos.
Necio, ¿qué! ¿no has entendido
La colera con que estoy?
¿Como quieres responder,
Si apenas el alma explico?
Ap. ¿Que atento está Ludovico!
Aun señas no puedo hacer.)

ENRIQUE. (Ap.)

Nadie nos ve: ¡estando á solas,
Me trata el Rey desta suerte!

REY.

Español ingrato, advierte
Que tus errores son olas
Del mar, movidas del viento,
Que unas mueren y otras nacen,
Porque que los hombres hacen
Sobre fácil fundamento,
Polvo será en breves dias.

ENRIQUE.

Señor...

REY.

Calla.

ENRIQUE.

Dime.

REY.

Baste.

Muchas cosas ocultaste,
Que decirme las debias.

ENRIQUE.

Mira, señor, que esta injuria...

REY.

(Ap. Si responde, se declara.)

Calla, bárbaro: en mi cara
¿No estás leyendo mi furia?

ENRIQUE.

(Ap. ¡Vive Dios, que esto es de veras!)
¿Ingrato yo, yo infiel?
¿Qué desdichado es aquel
Que subió trepando esferas,
Para ver su perdición!
¡Oh mil veces soberano
De Nápoles te destierro,
Sin soberbia ni ambición!

REY.

(Ap. Enrique no me ha entendido:
De verme solo se admira,
Y Ludovico nos mira:
El secreto va perdido,
Si acaso se desengaña.)
En castigo de tu yerro,
De Nápoles te destierro.
Luego has de partirte á España.

ENRIQUE.

No quiero hablar disculpando
Mi inocencia y mi verdad;
Solo de tu Majestad
Quiero despedirme hablando....

REY.

Ni aun eso quiero que digas;
Despidete con los ojos,
Que tu lengua me da enojos.

ENRIQUE.

A tal silencio me obligas,
Que mudo seré desde hoy.

REY.

(Ap. Siento el verle padecer.)
Ludovico, pasa á ver
Cómo está la Reina.

LUDOVICO.

Voy.

(Ap. Si Enrique va desterrado,
Con mas priesa y mas secreto
Que las flores del Sebeito,
Será el frances coronado.) (Vase.)

ESCENA VII.

EL REY, ENRIQUE.

ENRIQUE. (Ap.)

¿Ludovico estaba aquí?
¡Ya voy respirando, cielos!
Volcanes y mongibelos
Me oprimian.

REY.

¿Fuese?

ENRIQUE.

Si.

REY.

¿Es posible que no viste
Escondido este infiel
Detras de aqueste cancel?
Vive Dios, que me ofendiste
Creuyendo así mis enojos:
Agraviaste mi lealtad,
Pues no viste la verdad
Disimulada en mis ojos.

ENRIQUE.

Deja que pueda alentar
La voz; que mi sentimiento
Reprimió tanto mi aliento,
Que no podré respirar,
Si no llega al corazón
Poco á poco el desengaño,
Templando el gusto y el daño
Que causó la aprehensión.

REY.

Siempre que muestre contigo
Tal enojo, considera
Que soy tu Rey por defuera,
Y que dentro soy tu amigo.
¿Y dentro en mi pecho estás,

Llave es mi amor con que abras:

No mires, no, mis palabras;
El alma has de ver no mas.
Quise que no respondieras
Porque no te declararas:
Mejor era que callaras
Y que culpado te hicieras.

ENRIQUE.

Culpa, aun fingida, no es buena.

REY.

Si, cuando importa, yo sé
Que entónces luce la fe.

ENRIQUE.

Bien ha menester la pena
Que me diste, ese favor
Y dulce correspondencia,
Y aun están en competencia
Cuál de los dos es mayor.
Y la pena digo yo;
Que el que lejos de ti está,
Sin tu favor vivirá,
Pero en tu desgracia no.

REY.

Mientras que no estés preso,
Nunca mis enojos creas,
Por mas airado que veas
Mi semblante.

ENRIQUE.

Tus piés beso.

(Vuelve Ludovico sin ser sentido, y ve al
Rey levantando á Enrique.)

ESCENA VIII.

LUDOVICO.—EL REY, ENRIQUE.

LUDOVICO. (Ap.)

¡Oigan, oigan lo que pasa!
Cautela fue su caída.
Vive Dios, que está mi vida
Peligrosa en esta casa.
¡Ay estingies! El revela
Toda la culpa que tengo;
Mas no será, si prevengo
Cautela contra cautela. (Vase.)

ESCENA IX.

EL REY, ENRIQUE.

ENRIQUE.

Voy á hacer lo que pretende (1).

REY.

Consuela á César, y adios.

ENRIQUE.

De ti pendemos los dos.

REY.

De tí mi reino depende.

ENRIQUE.

Tú nos honras.

REY.

Tú me amparas.

ENRIQUE.

Fortuna, ¿desta manera
Das pasiones? No quisiera,
Que alguna vez te enojaras. (Vanse.)

ESCENA X.

CESAR, ELENA.

CESAR.

¿Como en palacio se ha hallado,
Señora, Vuesñoria?

ELENA.

Con mas gusto cada día,
Porque la Reina me ha hourrado.

CÉSAR.

Ya sabe (4) que á la amistad
Se deben aras y templo,
Porque es simbolo y ejemplo
De la fe y la lealtad.
Con sus alientos me atrevo
A darle aqueste papel:
Débeme secretos él,
Y yo respetos le debo
Por que la ley de quien fui
Sus letras ha venerado,
Y con no venir cerrado,
Trae candados para mí.

ELENA.

¿De quién es?

CÉSAR.

Ese fué error.

¿De quién ha de ser, me di,
Siendo papel para tí,
Y siendo yo el portador?

ELENA.

De Don Enrique será.

CÉSAR.

¿Hay otro que esto merezca?

ELENA.

Será que le favorezca
Con el Rey.

CÉSAR.

Favor será

Solo de tu amor honesto.

ELENA.

(Ap. ¡Qué engañada pretension!
(Abre el papel, y sobresaltada dice
aparte.)

En gran duda y confusion
Aqueste papel me ha puesto,
Carlos, rey de Francia, escribe,
Y no otra cosa, y confirma
Que hay traicion en la firma,
O que engaños apercibe,
O que es error.) ¿Has sabido
Qué traes aquí?

CÉSAR.

No, señora,
No lo sé: ya os dije ahora
Que á la amistad es debido
Este respeto.

ELENA.

Darás

A su dueño ese papel:
Enigmas vienen en él;
Di que se declare mas,
Y advierta que su lealtad
Está ya tan sospechosa,
Que á mí me tiene dudosa
La sospecha y la verdad,
Y que los vasallos buenos
Solo en gracia se mantienen
De su rey, y que no tienen
Firmas de reyes ajenos.

(Vuélvele el papel, y vase.)

ESCENA XI.

CESAR.

¡Vive Dios, que yo tambiea
Estoy dudoso y suspenso!
Dudando estoy y suspenso
Con lo que mis ojos ven.
Pienso que Enrique es leal:
La firma del frances veo:
Y así ni á los ojos creo
Ni al pensamiento. ¡Qué mal
Viven hombres avisados
Sin astucia recatada!
Aun en comedias me enfada
Ver dos papeles trocados.

(1) Se supondrá vuestra Majestad: César lo ha-
bria dicho antes de salir á la escena.

(4) Vuesñoria.

ESCENA XII.

CHIRIMIA. — CESAR.

CHIRIMIA.

Señor César, ¿ha venido
A palacio mi señor?

CÉSAR. (*Sin atender á Chirimia.*)
Entre dudas y temor
Traigo perplejo el sentido.

CHIRIMIA.

Señor César, por su vida,
Que me diga dónde está.

CÉSAR.

¡Válgame Dios! ¿Qué será?

CHIRIMIA.

Señor César (1), ¿tan perdida (2)
Tiene la oreja en efeto (3).
Que no me oye?

CÉSAR.

Quiero ver

A Enrique para saber
Este encanto, este secreto.

CHIRIMIA.

Señor César. — ¿Qué cruel
Está! Pues ya se me acoge.
Señor César, aunque se enoje.....
¿Señor César! Voy tras él. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

LOS PRINCIPES, LUDOVICO.

LUDOVICO.

Mil dificultades toco,
Si lo que vi verdad es.

TARANTO.

Llamado nos han, Marques,
De tu parte.

LUDOVICO.

Escucha un poco
Enrique nos es traidor:
Con el Rey ha declarado
Lo que tenemos tratado:
Riesgo corre nuestro honor
Sin duda.

TARANTO.

Pues declaremos

Los ánimos arrogantes
Y rebelémonos ántes,
Pues ese peligro vemos.

LUDOVICO.

No es tiempo, y viene gran daño
A los nuestros.

SALERNO.

¿Qué dispones?

LUDOVICO.

A una traicion dos traiciones,
Dos engaños á un engaño.

ESCENA XIV.

EL REY. — DICHOS.

REY.

¡Oh mis parientes y amigos!

LUDOVICO.

Mas bien lo dirás agora,
En sabiendo nuestros pechos.
Señor. — Anoche á la hora
Que tú viste que salimos
De palacio; como propias
Personas tuyas, y espías
De tu frente y tu corona:
Como tus vasallos, fuimos

(1) (2) (3) Suplidos para completar las dos redondillas.

Cás de Enrique, y su persona (1)
Ofreció dar en ayuda
Del frances.

REY.

¿Eso hay?

TARANTO.

Y ahora

Nos dijo que era fingida
Su caída cautelosa,
Porque quieres desta suerte,
Con esta industria ingeniosa,
Conocer tus enemigos.

REY.

Si fuese verdad.....

SALERNO.

Conozcan
Nuestra fe cuantos vasallos
Humanos reyes adoran.
El trata de dar á Cárlos
Este reino, y esta hermosa
Ciudad, que de luz serena
Los rayos del sol coronan.

REY.

Yo os agradezco el aviso.
Dejadme solo.

(*Vanse los Principes y Ludovico.*)

ESCENA XV

EL REY.

¿Qué sombras
Son estas, que á la amistad
Turban la luz generosa?
Estos tres han sospechado
Que sé su intento, y abonan
Deste modo su traicion;
Mas saber que es cautelosa
Mi mudanza, y la caída
De Enrique, parecen cosas
De que han violado el secreto
Los candados de su boca.
Pero tambien pudo ser
Malicia destos; ¿qué propias
Son las sospechas al hombre!
Solo Dios, como no ignora
Los humanos corazones,
Es inmutable en sus obras.

ESCENA XVI.

ELENA. — EL REY.

ELENA.

Aviso á tu Majestad....

REY.

¿Qué dices, Elena hermosa?

ELENA.

Que Don Enrique se escribe
Con el rey de Francia: importa
Que sepa tu Majestad
Si hay porqué se correspondan
Sin ofender su lealtad.
Pero yo no lo sé sola:
Esta verdad aseguro.
Y si de César te informas,
Sabrás la verdad del caso.

REY.

Hágate el cielo dichosa
Como bella, noble y leal.

(1) La edicion original trae este pasaje de la manera siguiente:

*A casa de Enrique, y en propia
Persona ofreció de dar
En ayuda del Frances.*

REY.

¿Eso pasa?

TAR.

*Y mas, q. agora
Nos dijo que era fingida, etc.*

Se ve que, aunque hay sentido, falta un verso: para no añadir uno, se ha reducido la expresion, dejando fuera el asonante *propia*, que acaso no pondria el autor por haberlo empleado cuatro versos ántes.

ELENA.

A quien soy lo debo.

(*Vase.*)

ESCENA XVII

EL REY.

Rompan

Los silencios de mi amor
Las voces mas rigurosas
Que dió monarca en el mundo.
Si la dama que le adora,
Si la dama que le estima,
Acusa á Enrique, ¿es impropia
Su culpa? Indicios son fuertes,
Que la verdad acrisolan;
Pero no he de sospechar
De su lealtad generosa.
Apelo de Elena á César,
De su dama al amigo. — ¡Hola!

ESCENA XVIII.

UN CRIADO. — EL REY.

CRIADO.

Señor.

REY.

Mirad si está César
En la antecámara. Todas
Las amistades humanas
Han de ser tan sospechosas?

ESCENA XIX.

CESAR. — EL REY.

CÉSAR.

¿Qué me mandas?

REY.

Dime, César

(Atendiendo á que me importa),
Si Enrique se comunica
Con el rey Cárlos.

CÉSAR.

(Ap. Perdona

Amistad, porque mas debo
A mi Rey.) Señor.....

REY.

No pongas

Temor y duda á la lengua;
La voz desata animosa.

CÉSAR.

Señor, si, yo tengo.....

REY.

Calla,

Basta ese sí, para que oiga
Mis quejas el mismo cielo
Y la sangre se recoja,
Desamparando las venas,
Al corazon, cuando roban
Sentimientos naturales
Su actividad y transforman
En fuego su hielo. Véte,
Que un desengaño es ponzoña,
Y basta la que en dos letras
Me diste á beber agora. (*Vase César.*)

ESCENA XX.

EL REY.

Otra vez pienso dudar:
Haga finezas preciosas
El amor que á Enrique tengo:
Apelo otra vez. ¿Hay otra
Apelacion donde pueda
Aliviarse la memoria
De la dama y el amigo,
Si en los votos se conforman?
¿A quien se puede apelar?
Apelo á él mismo: su boca
Será el último testigo.
Si él no lo confiesa, ponga
La envidia mil asechanzas.

Que mil serán mentirosas.
Esta puerta he de cerrar,
Y quedar con él á solas;
Que en mi camarín le tengo.
¡Oh, cómo está temerosa
El alma! Amistad, ¿qué es esto?
¡Ajenas culpas me asombran?
¡Delitos de otro me hielan?
(*Llegándose á la puerta del camarín.*)
Enrique...

ESCENA XXI.

ENRIQUE. — EL REY.

ENRIQUE.

Señor.

REY.

Conozcan

Los cielos que nos alumbran,
Que eres quien rompes y cortas
Los lazos del amistad,
Y yo no: tú me provocas
A la cólera mayor
Que dió á tigres ni leonas
Heridas naturaleza:
Y así con mis manos propias
Quisiera tomar venganza.

ENRIQUE. (Ap.)

Sin duda que hay quien nos oiga
Otra vez, pues finge el Rey
Que le ofendo, y que se enoja.

REY.

¡Con Carlos te comunicas,
Sin avisarme las cosas
Que tratas con él! ¡Tú escribes
A mis contrarios!

ENRIQUE.

(Ap. Agora

No he de errar cual la otra vez
Disculpándome, que importa
Fingir este enojo bien.)
Confieso, señor, que tornas
A enojarte justamente.
Carlos me escribió.

REY.

¿Quién osa

Confesar así sus culpas,
Que á morir no se disponga?
Mira, ingrato, qué me debes;
Que hasta oírlo de tu boca
El crédito suspendí,
Y aun está el alma dudosa,
Si eres tú quien lo dijiste.

ENRIQUE. (A media voz.)

Señor, señor, ¿no hay persona
Ninguna tras el cancel?

REY.

Hay malicias cautelosas
Tras el cancel de tu pecho,
Y eso basta. ¡Tú blasonas
De agradecido español!

ENRIQUE.

Solos estamos, y todas
Las puertas están cerradas:
No finjas mas; que me roban
Los temores el aliento.

REY.

De veras hablo, no pongas
Intervalos á mi enojo,
Y mi cólera interromptas.

ENRIQUE. (Ap.)

¡Válgame Dios! ¿En qué parte
Pueden escucharnos? Sola
Está la cuadra y apenas
Hay quien distinga y conozca
Si lo que finge es de veras.
Aun el alma, que no ignora
Que es ficción, está temiendo.

REY.

No disimules, pues tocan

Tus traiciones en los rayos
De mi luz majestuosa.
¡Ah capitán de mi guarda! (*Llamando.*)
Prended á Enrique.

ENRIQUE.

(Ap. Quien loca

Llamó á la fortuna, dijo
La verdad.) Si me aprisionas
Señas son que tú me has dado
Para que en ti reconozca
Que tu enojo es verdadero.
¿Qué mucho en la parda cenebra
Engendre perlas el alba,
Si cuando el sol se trasmonta,
Mengua su cándido humor.
Que aun no llegó á ser aljofar?
Lluye el sol deste hemisferio,
Caduca deja su pompa:
Todo pasa desta suerte:
Tú eres sol, fui flor hermosa;
Escondíste me tus rayos,
Perdí el verdor á tu sombra.

ESCENA XXII.

EL CAPITAN DE LA GUARDIA.—EL
REY, ENRIQUE, luego PORCIA.

CAPITAN.

¿Qué mandas?

REY. (Ap.)

Ya estoy remiso.

(Sale Porcia.)

PORCIA.

(Ap. Animo, segunda Porcia,
Que las batallas de amor
No tendrán brasas que coma.)
Señor, á pedirte vengo,
Atrevida y piadosa,
Que justifiques las culpas
De don Enrique, y conozcas
Que no es bien que tú te enojos,
Sin mirar que la paloma,
Al aire blanca parece,
Aunque sea negra toda.
El agua clara en un vidrio,
Turbia á nuestro ser la tornan
Los rayos del sol hermoso:
En las cristalinas ondas
Corvos parecen los remos:
Muchos espejos nos borran.
Si en las cosas claras vemos
Que hay peligro, en las dudosas,
¿Qué será. Rey poderoso?
Natural intercesora
Mi piedad sea esta vez.

REY.

Si será, Condesa hermosa.
(Ap. ¿La que le quiere, me avisa;
La que no le quiere, aboga
Por Enrique! Aquí hay engaño.)
Bien está, gallarda Porcia.

PORCIA.

Vivas mas que vive el fénix,
Immortal en sus aromas.
(Ap. Y viva Enrique tambien,
Que me mira y me enamora.) (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

EL REY, ENRIQUE, EL CAPITAN.

REY. (Al Capitan.)

Salios fuera, y llamá á César.

(*Vase el capitan.*)

ENRIQUE. (Ap.)

Porcia con vista amorosa
Me miró: todo se trueca.

REY.

Ven acá, dime: ¿qué cosas
Tratas con el Rey de Francia?

ENRIQUE.

Yo, ninguna.

REY.

¿Cómo ahora
Dijiste que te escribía?

ENRIQUE.

Porque imaginé que á solas
No estábamos, y importaba
Hacerme culpado: sola
Hay una firma del Rey,
Que en tu presencia dichosa
Me dió el principe Taranto.

REY.

Dame acá esa firma.

ENRIQUE. (*Dando un papel.*)

Toma,

Que para lo que ordenares,
Te la he guardado hasta ahora.

REY. (*Leyendo.*)

*Como has entrado en palacio,
No he podido, mi senora,
Responder, como debía,
A tu papel y á tus joyas....*

ENRIQUE.

¡Válgame Dios! El papel,
Sin atencion ni memoria,
¡roqué con uno de Elena.

REY.

(Ap. La verdad aliento cobra.)
¿Quién á Elena lo llevó?

ENRIQUE.

César.

REY.

¿César!

ENRIQUE.

El responda (1)

Mejor, pues á tiempo llega (2).

ESCENA XXIV.

CESAR.—EL REY, ENRIQUE

CÉSAR.

Señor, ¿qué mandas?

REY.

(Ap. Gozosa
Siento el alma). ¿Qué papel
Oiste á Elena?

CÉSAR.

Sospechosa

Hizo mi fe aquesta firma.

(*Da al Rey un papel.*)

REY.

Quien no apura ni acrisola
La verdad, errores hace.
Enrique amigo, perdona:
No dudé de tu lealtad;
Pero me turbaron sombras
De aparentes culpas. Mueran
Los Principes que alborotan
Mis Estados.

ENRIQUE.

Mira bien

Que si los cuellos les cortas,
Sus parientes y vasallos
Tomarán armas traidoras.

REY.

Yo tengo para matallos
Una cautela ingeniosa.
Publíquese que en mi gracia
Estás.

ENRIQUE.

Dame por esposa
A Elena, y bien se publica.

REY.

Pues preven luego tus bodas.

ENRIQUE.

Y las de César, Señor,
Si dais licencia, con Porcia.

(1) (2) *Suplido*

CAUTELA CONTRA CAUTELA.

REY.
Si ella gusta, norabuena.

CÉSAR.
Vivas edades dichosas.

(Vanse Enrique y César.)

REY. (*Siéntase á una mesa y escribe dos papeles.*)

Ellos mismos han de ser
Los que muerte rigurosa
Se han de dar; que desta snerte
Aseguro mi corona. (Llamando.)
Príncipe.

ESCENA XXV.

EL PRINCIPE DE TARANTO.—EL REY.

TARANTO.

Señor, ¿qué mandas?

REY.

A mí, Príncipe, me importa,
Que la muerte deis á Enrique,
Sin que ninguno os conozca:
En este papel va el orden
Que habeis de guardar.

TARANTO.

Mil Troyas

Abrasaré mi obediencia,
Mil capitolios de Roma. [*Amigo,*
Dice el papel: (Lee.) Iréis, Príncipe
Con máscara, á la usanza de los días,
A la plaza del Olmo y de las Ninfas,
Que una fuente en su espacio cristal
Donde hallaréis á Enrique, que espe-
Está, para ir á ver unos festines. [*rando*
Un lienzo sacará, sacad vos otro,
Y muerte le daréis sin que os conozca.
Llevad gente en resguardo, y romped
Yo voy á prevenir lo necesario; [*este.*
Y los deudos y amigos que tuviere,
A prevenirlos y vestir, y todo.
Viven los cielos, español perjuro,
Que de mis brazos no estaréis seguro! (Vase.)

ESCENA XXVI.

EL REY, y luego EL PRINCIPE DE SALERNO.

REY. (Llamando.)

¡Ah príncipe de Salerno!

SALERNO. (Saliendo.)

Gran señor.

REY.

Este orden toma,
Y á Enrique darás la muerte,
Como ahí va escrito.

SALERNO.

Ponga

Leyes en mí tu grandeza,
Que guardadas serán todas.

REY.

Riguroso, ni tirano
Me llame el mundo, pues obran
La equidad y la justicia
Tal vez cautelas heroicas. (Vase.)

ESCENA XXVII.

EL PRINCIPE DE SALERNO.

(Lee.) Con máscara, pues son carnesto-
[lendas,

Esperaréis á Enrique, que pensando
Que yo voy á la fuente de las Ninfas,
Que en la plaza del Olmo cristal vierte,
Un lienzo sacará: haced vos lo mismo,
Llevad vuestros amigos y parientes,
Y muerte le daréis sin que os conozca:
Hacedlo con secreto y romped este.
Ahora este español que nos revela

El secreto jurado, verá el pago
Que merece un traidor. Voy á vestirme:
Viven los cielos, español villano,
Que hoy habeis de morir por esta mano.

—

(Vase.)

Sala en casa de Elena.

ESCENA XXVIII.

ELENA, PORCIA.

ELENA.

Porcia, si de mí te fías,
Y conoces mi afición,
Dime cuál es la ocasión
De tantas melancolias.
Vienen días, pasan días,
Y tú tan triste: ¿qué es esto?

PORCIA.

En este estado me ha puesto
Un amoroso rigor:
Primera, la muerte es menor.
Enrique el alma ha dispuesto
Desta suerte.

ELENA.

¡Ay primera mía!
¿Qué necios son tus amores!
Sin duda desos errores
Nació tu melancolia.
En dos modos desconfía
Dese amor.

PORCIA.

¿Y cuáles son?

ELENA.

Que no te tiene afición,
Y que es pobre.

PORCIA.

La primera,
A ser razon verdadera,
Aumentara mi pasión.

ELENA.

Es tan verdad, que me quiere,
Es tan verdad, que desea
Ser mi esposo. ¿No lo vea,
Plega á Dios!

PORCIA.

Y si lo fuere,

Y mi desdicha lo viere,
Viva en su dichoso estado,
Alegre y enamorado,
Mas que el sol girando cielos.

ELENA.

¿Bendiciones y no celos?
¿Grande amor!

PORCIA. (Ap.)

¿Y gran cuidado!

ESCENA XXIX.

EL REY.—ELENA, PORCIA.

REY.

Condesas, felicemente
Solas y juntas os veo,
Cuando casaros deseo.
Con un varon eminente,
Que le quiero justamente,
A Elena su gusto sigo,
Y á ti, Porcia, con su amigo.

ELENA.

(Ap. Ludovico es, pues que dice
Que le quiero.) Soy felice,
Tuya soy.

PORCIA.

Lo mismo digo.

ESCENA XXX.

LUDOVICO, JULIO.—DICHOS.

LUDOVICO.

(Ap. Déme amor atrevimiento.)

Rey, por tí la mas hermosa
Ocasión, y mas honrosa
Que hay en todo el mundo intento
Un gallardo casamiento
Codicio, humilde te pido
Me hagas felice marido
Del dueño que siempre fué
Dueño de mi amor y fe.

REY.

¿Quién es?

LUDOVICO.

Doña Elena ha sido.

ESCENA XXXI.

CHIRIMIA.—DICHOS.

CHIRIMIA.

Señor, señor, si te mueve
A piedad esta tragedia,
De un desdichado juicio,
Bien es que lástima tengas.
Don Enrique, mi señor,
Con el dolor y la pena
De verse en desgracia tuya,
Está loco, y de manera,
Que ha dado en decir muy grave
A los amigos que encuentra:
«Bien está, dadme despues
Memoriales». No hay quien crea
Que ya, pobre y desdichado,
Nuevo papel representa
De privado en este mundo.
Dadnos, gran Señor, licencia
Que nos volvamos á España:
Que mudando aires y tierras,
Sanará desta locura.
Y porque veas que es cierta
Su locura, como digo,
Vesle aquí: en palacio se entra.

ESCENA XXXII.

ENRIQUE, acompañado de algunos
PRETENDIENTES.—DICHOS.

ENRIQUE. (A los pretendientes.)

Al Rey, mi señor, diré
Vuestros méritos.

CHIRIMIA.

¿Oh pesia
La madre que te parió!
Deja esas locuras necias.

ENRIQUE.

Dame, gran Señor, tu mano.

REY.

Veni, amigo, norabuena

CHIRIMIA. (Ap.)

El Rey le sigue el humor!

PORCIA. (Ap.)

¿Hay desdicha como aquesta?

ENRIQUE.

En feliz hora vendré,

Si me das á Doña Elena.

ELENA. (Ap.)

No me faltaba otra cosa.

CHIRIMIA.

¿Hay locura como aquella?

ESCENA XXXIII.

CÉSAR.—DICHOS.

CÉSAR. (Al Rey.)

Escucha, señor, un caso
El mas funesto.

REY.

¿Qué hay, César?

CÉSAR.

Los dos Príncipes amigos
A quien por dueños venían

Salerno y Taranto, ahora
Con máscaras y libreas,
Como en Nápoles se usa,
Porque son Carnestolendas,
Una batalla se han dado,
Quedando muertos en ella
Muchos parientes y amigos
De ambas partes, sin que sepa
Nadie la causa.

REY.

¿Y los dos?

CÉSAR.

Con mas heridas que César
En el Senado, murieron.

REY.

Los que han quedado se prendan
Para saber la ocasion,
Y entre tragedias funestas
Prosiga Elena sus bodas.

ENRIQUE.

Vivas edades eternas.

REY.

Paso, Enrique: no sois vos
El dueño que ella desea.

ENRIQUE.

¿Pues quién, señor?

REY.

Ludovico.

ELENA.

De Ludovico y Elena

Son las bodas que el Rey dice.

ENRIQUE.

¿Pues cómo, ingrata! ¿Estas letras
Y diamantes, no publican
Tu mudanza? di.

PORCIA.

Las piedras

Han de confesar mi amor.

ENRIQUE.

¿Este papel no es de Elena?

ELENA.

La letra sí, las razones
De Porcia son.

ENRIQUE.

¿Pues no era

Esta joya tuya?

ELENA.

Sí,

Mas díselas á Porcia.

PORCIA.

Sepan

Que fuéron finezas mías:
Públiquesse, no me pesa.

ENRIQUE.

¿Que haré, César?

CÉSAR.

Ser de Porcia

Infinitos años.

REY.

Sea

Almirante y canceller
Enrique, y luego le vuelva
El título de marques
Ludovico: el mundo entienda
Que ha asegurado mi reino,
Y que bien le quiero: prendan
A Ludovico.

LUDOVICO.

¿Señor!

¿Por qué á mí?

REY.

Porque no quieras

Dar á Carlos mi corona.

ELENA.

¿Engañada soy!

REY.

No seas

Interesada ambiciosa.

CHIRIMÍA.

¿Luego no ha sido de veras
Su caída? Julio amigo,

Venguéme: esta vez te cuelgan

ENRIQUE.

Prospera el cielo tu vida,
Gran Alfonso; y aquí tenga
Fin la historia que se llama
Cautela contra cautela.

LA VENTURA CON EL NOMBRE.

PERSONAS.

ADOLFO.
BASILISA.
SIBILA.
VENTURA.
OTÓN.

MATIAS.
UBERTO.
LOTARIO.
BALÓN, *gracioso*.
CLORA, *pastora*.

CORBIN, *viejo*.
TIRSO.
TRES PRETENDIENTES.
CABALLEROS.
SOLDADOS. — ALDEANOS.

La escena es en Praga, en dos quintas ó sitios reales de los soberanos de Bohemia, en una aldea y en sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio real de Praga.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO, *de luto corto, como quien acaba de entrar debajo del palió real, y lo mismo BASILISA, Reina, su mujer, y juntamente SIBILA, viuda, muy enlutada*; MATIAS, UBERTO, OTÓN, LOTARIO Y CABALLEROS, *todos de luto*.

ADOLFO.

Cumplió mi sentimiento
Con las demostraciones
Que á Primislao, mi rey, señor y her-
Da el agradecimiento, [mano
Que en fúnebres acciones
Obliga el culto, á la lealtad, cristiano.
Ya, no pechero humano
(Puesto que él rinde el general tributo
Que el azadon iguala á las coronas),
Por climas pisa zonas,
Luces viste por luto:
Y en solio soberano,
Sobre el impirio premia
Majestuoso Dios al de Bohemia.

SIBILA.

Amaneció el ocaso
En él: la noche triste
De su muerte supimos con el día:
Pirata salió al paso
La traición: que se viste
De la virtud tal vez la alevosia:
Creímos que dormía;
Aunque el morir soñar también se llama.
;Ay Cielos! ¿Quién pudiera recordarle,
Cuando no acompañarle,
Del túmulo, ántes cama,
A la region á cuyas luces guía
La proa? ¿Por qué en tanto (*Llorando*)
Que cielos surca, nos anega en llanto?

OTÓN.

El remedio es imposible,
Cuanto el daño lamentable,
Y sin que lengua lo hable,
En tus ojos comprensible.
Murió Primislao, murió
Con él nuestra conlianza;
Mas no, señor, la esperanza
Que contigo nos dejó.
Pension forzosa, heredada
De nuestro padre primero,
Fué en todo hombre el ser pechero
A esta ley no jubilada
En el mismo Dios humano.
Como se vió peregrino,
Apresuró su camino,
Tomando postas tu hermano.

Llegó cuerdo por atajos
Al puerto, libre del mar:
Si había al fin de llegar,
Y así excusó sus trabajos,
;Porqué su dicha lloramos,
Y envidia no le tendríamos
Los que en su golfo nos vemos,
Y sus sirtes naufragamos?
Hoy, debajo el palió real,
Su reino alegre y festivo
Por el heredero vivo
Olvida al muerto, señal
Que su ventura interpreta,
Mientras tu aplauso publica;
Que en lo mas que pronostica,
Suele el pueblo ser profeta.
No agüeres principios tales
Con sentimientos, señor:
Pague lealtades tu amor,
Y alegra á tus naturales.

ADOLFO.

Satisfaciendo inocencias
Y castigando traidores,
De mi tristeza agresores,
Daré á enojos resistencias.
Muerto amaneció en su cama,
Y aunque sin señal que sea
Indicio que hay quien desea
Desacreditar su fama
Con tan inaudito insulto;
Los dos ángeles que un rey
Tiene por divina ley,
Me advierten que vive oculto
Algun alevé tirano,
De tal delito agresor.
Heredero y vengador
Tengo de ser de mi hermano.
Lleven a Castel-de-Peñas
A Uberto y Lotario presos.

LOS DOS.

Señor.....

ADOLFO.

De ocultos excesos,
Sospechas suelen pequeñas
Ser sabias inquisidoras.

UBERTO.

Mi inocencia.....

ADOLFO.

La inocencia
Asegura la conciencia,
Como alige á los traidores.
Si estais los dos inocentes,
¿Qué teméis? El cielo guarda
Leales. — Ponganles guarda
Que asegure inconvenientes.

LOTARIO.

Mire vuestra.....

ADOLFO.

Ya lo he visto:
Pues que yo os mando prender,
Causas debo de tener.

LOTARIO.

Soy leal, y no resisto.

UBERTO.

Soy vasallo y obedezco. (*Llévanlos.*)

ADOLFO.

La Reina esté retirada
En Druma, aunque respetada
Como tal.

BASILISA.

;Pues yo merezco,
El día que me coronó,
De vos, señor, tal rigor!

ADOLFO.

No ha de bastar vuestro amor
Para serviros de abono,
Puesto que el que os debo es mucho.
Cien indicios, si no ciertos
Opinables, desconciertos
Que en vuestra ambicion escucho,
Y deseos de reinar
Sou testigos contra vos.

BASILISA.

El mas fidedigno es Dios,
Y bien le puedo alegar
En mi defensa.

ADOLFO.

Ese sea,
Reina, vuestro protector.

BASILISA.

;Yo contra el Rey mi señor!

ADOLFO.

La altivez siempre se emplea
En lo mas arduo: envidiosa
De Sibila, y su cuñada,
Como reina respetada
En Bohemia, como esposa
De Primislao, sin temia
Las potencias sin sazón.
Siempre ha sido la ambicion
Madre de la tiranía:
No es mucho que con parciales
A quien vuestro amparo abona,
Por gozar esta corona,
Atajeis estorbos reales.
Buscad fieles desempeños
De cargos que os daré escritos;
Que para grandes delitos
Bastan indicios pequeños;
Pues si yo os hallo inocente,
Premio os reserva mi amor,
Que con estima mayor
Vuestro nombre haga excelente.

BASILISA.

Yo estoy segura....

ADOLFO.

Animad,
Si lo estais, Reina, valores,
Y adviertan en vos traidores
Qué hará mi severidad
Con ellos, cuando con vos
Osan esto mis recelos.

FASILISA.
 ¡De mí tal sospecha, cíelos!
 Ampare mi causa Dios. (Vase.)
ADOLFO.
 Oton y el duque Matías
 Tengan á cargo su guarda.
MATÍAS.
 La suspension me acobarda.
 ¿Que es esto Oton? (Ap. á él.)
OTON. (Ap. á Matías.)
 Tiranías.
 (Vase Oton, Matías y los caballeros.)

ESCENA II.**ADOLFO, SIBILA.**

ADOLFO.
 Quitad de los bellos ojos,
 Hermosa Reina, quitad
 El lienzo, y depositad
 En mi pecho sus despojos:
 La vengauza alivia enojos:
 Yo os vengaré de manera,
 Que de mi fama severa,
 Dilatando ejemplos vivos,
 En nuestra edad deje archivos
 Que asombren la venidera.
 Como rey la mano os doy,
 Como hermano, como... (Ap. ¡Ay cíelos!
 No es tiempo, amantes desvelos,
 De publicar lo que soy.
 Ciego tras vosotros voy:
 Apetitos, ¿qué intentais?)
 La mano os doy... No escondais
 Su cristal de mi ventura,
 Pues en ella os asegura
 Lo mismo que recelais.
 Digo que os doy con la mano
 Fe de dejaros vengada:
 En mi pecho se traslada
 Alma y amor de mi hermano.
 Puesto que el tiempo tirano
 Nos le quitó, sustituyo
 En el reino y amor suyo
 Yo, que buscándole en vos,
 Dividido entre los dos,
 Por mi dueño os constituyo.
 Mirad, mi bien.....

SIBILA.

Gran señor,
 ¿Qué modo de hablar es ese!

ADOLFO.

Mi bien os llamo; no os pese
 Que heredándole en su amor,
 De mi hermano sucesor,
 Herede el blason que os daba
 Cuando su bien os llamaba;
 Que el alma que os pone en duda,
 Sujetos, no afectos muda,
 Mientras por dueño os alaba.
 Depósito sois leal
 De Primislao, esto es cierto:
 Solo el cuerpo llorad muerto,
 No el alma, que es inmortal.
 Vive en vos su original,
 Relicario de Himeneo;
 Y como en vos le puseo,
 Viéndols hablo con mi hermano:
 Perdíle, y en vos le gano;
 Partíose, y en vos le veo:
 Luego sois mi bien, si en vos
 El bien que apetezco asiste.
 ¡Ay mano, que lazo fuiste (Tómasela.)
 De un alma, anudando dos!
 ¡Pluguiera, Sibila, á Dios
 Que lo que en ella intereso....!
 — Tiéneme el pesar sin seso:
 Donde hay amor, no hay prudencia.
 Fué mi rey, y la obediencia
 Le doy, la mano le beso. (Desascla.)

SIBILA.

Vuestra Alteza se reporte;

Que ese atrevimiento afirma....

ADOLFO.

Besa el vasallo la firma
 Del Rey, imán de su norte;
 Besa el sello que en su corte
 Le constituye duquel;
 Y aunque de oro, no hace en él
 De sus quillates caudal:
 Sellos beso, no el metal:
 Firmas beso, no el papel.
 Sucedo en su patrimonio;
 Permitidme que suceda
 También....

SIBILA.

El reino se hereda,
 Señor, mas no el matrimonio.
 Mirad que dais testimonio
 De que engañosos agravios
 Ocultan en vos resabios
 Que desmienten en su mengua
 Sentimientos de la lengua
 Con delitos de los labios.
 Viuda estoy: la soledad
 Y la viudez todo es uno:
 Lugar pretendo oportuno
 Que lllore mi adversidad.
 Deme vuestra Majestad
 Licencia á que me retire
 A Belvalle, donde admiro
 En sus flores mi mudanza,
 Y en sus hojas mi esperanza
 Que la marchitan suspire.
 Esta merced me permita
 Vuestra Majestad, señor.

ADOLFO.

No está en vos, puesto que es flor,
 Vuestra belleza marchita;
 Mas vuestro gusto se admita,
 Aunque el mio lo padezca:
 Cuando veros apetezca,
 Cerca de mi corte está
 Belvalle; fácil será
 Que el sol en él me amanezca.
 Vamos, y démos los dos
 Alivio al pesar así:
 Buscad vuestro esposo en mí,
 Como yo á mi hermano en vos.
 Amor, mi Sibila, es Dios
 Que afinidades dispensa.

SIBILA. (Ap.)

Añadir á pena inmensa
 Penas nuevas, ¿qué valor
 Lo sufrirá?

ADOLFO. (Ap.)

¡Ay ciego mal amor!

Mal encubre quien mal piensa. (Vase.)

Campo con arboleda entre un pueblo y una laguna.

ESCENA III.**BALON, TIRSO, CORBIN Y CLORA.****BALON.**

Ello, para lo de Dios,
 Tan mi matrimonio ha sido
 Como el Papa: Iglesia pido.

CORBIN.

¿Estais loco?

BALON.

Estaldo vos.
 ¿Aquí del rey, pastores!
 ¿Porqué me han de descasar?
 Esto del matrimonio,
 ¿Piensan que es barro, señores?
 Pues no es barro, aunque haga lodos.

CORBIN.

Si no os quiere la doncella.

BALON.

Dígalo ella, dígalo ella,
 Y sino, díganlo todos.
 Vos, Clora, ¿no me habeis dado

Cuanto á un marido se da?

CLORA.

¿Yo? ¡Santa Olalla! ¡verá!
 Arriedro vaya el pecado.
 ¿Qué os he dado yo?

BALON.

Pelliscos,
 Que son quillotos de amor,
 Y habrando á lo labrador,
 Matrimoñeros ariscos.
 Yo ¿no os hube el otro día...?

CLORA.

¿Hay cosa? ¡Otro testimeño!
 ¿Vos me hubistes?

BALON.

Matrimoñeo
 Dije.

CLORA.

¿Verá la falsía!
 ¿Vos me habeis bulido á mí?

BALON.

Sí, que os hube por mujer.

CLORA.

¿A mí!

BALON.

¿Pues habiaís de haber
 Por hombre?

CLORA.

¿Verá! Eso sí.

BALON.

Tirso puede sentenciallo;
 Que despues que es sacristan,
 Tien seso, y no le verán
 Coprista.

TIRSO (1).

Yo escucho y callo;
 Pero algun día habraré;
 En dejando la trebuna;
 Que á fe que tengo mas de una
 Trabadura.

BALON.

¿Vos?

TIRSO.

Si á fe,
 Y que me lo han de pagar
 Mas de cuatro motilones,
 Que ensuciando paredones
 Piensan que no he de tornar
 A dar á prumas mestizas
 Que envidiar y que roer.

BALON.

Y esto ¿cuándo tien de ser?

TIRSO.

Mas dias hay que longanizas.—
 Mas tornando á nuestro cuento,
 ¿Qué pide Balon agora?

BALON.

Pido por mujer á Clora.

TIRSO.

Y eso ¿con qué fundamento?

BALON.

Con todo cuanto ha lugar,
 Para ser su cuyo yo.

(1) En estos versos y los de las dos réplicas siguientes parece que el villano Tirso habla en nombre de Tirso de Molina. Quizá alude el epigrama en forma de vitor que se compuso contra él y Don Juan Ruiz de Alarcón, concebido en estos términos:

Vitor Don Juan de Alarcón
 Y el padre de la Merced!
 —Por ensuciar la pared,
 Que no por otra razón.

Que Telles hubo de sentir bastante esa pulla, se infiere de las siguientes expresiones de Fabio Franchi que se leen en las *Eremitas potticas de Lope*, compuestas en italiano. «Prevengase á Tirso bajo censura particular, aunque generalísima, que escriba siempre, aunque pared y merced sean consonantes; porque si bien puede una hallasta satírica manchar con una redundante pared blanca de un pastelero, no así la fama digna y letrada de un ingenio como el suyo, no menos docto que festivo.»

CLORA.
¿Quiseos yo bien?
BALON.
¿Luego no?
CLORA.
¿Con quién lo podréis probar?
BALON.
Con que ya os tengo probada....
CLORA.
¿A mí?
BALON.
No, á la voluntad
Que me tuvistes.
CLORA.
¿Verá!
¿Como quien no dice nada!
TIRSO.
¿Haos dado ella algun favor?
BALON.
Mas de mil.
CLORA.
Aqueso niego.
TIRSO.
¿Qué os dijo?
BALON.
Jó, que te estrizgo.
CLORA.
Pues eso ¿es señal de amor?
BALON.
Pues ¿no lo es ell estregar?
TIRSO.
Y ¿qué mas?
BALON.
Ell otro día,
Dentro dell ojo teia
Una mota que á florar
La obligó...
CLORA.
¿Llore por tí?
BALON.
No, pero en resolución,
Me dijo: «Amigo Balon,
Elegias, y soprame aquí.»
Comenzó la sopradura,
Y yo que era el que sopra,
Haciendo que tropezaba,
La di media hociadura.
Clora otro sopro aguardó,
Diciendome, medio airada,
Al darme una pescozada:
Sopra-vivo te le dó.
CORBIN.
Pues eso, ¿qué tien que ver
Con juzgarla tú casada?
BALON.
Sopra-vivo y pescozada
No lo da si la mujer.
CORBIN.
¿Porqué?
BALON.
Escochad mi motivo.
Sopra una mujer pariendo,
Ambos carrillos benchendo,
Con que pare un sopra-vivo:
Pues si Clora me parió
Un pescozon, que es mi hijo,
No sin ocasion me dijo:
«Sopra-vivo te le dó.»
Si me lo dió, luego es mio,
Y ella mi mujer.
CLORA.
¿Verá!
BALON.
Sopra quien pariendo está
Por ambas partes...
CORBIN.
Me río
Yo, Balon, de tal simpreza.

BALON.
Ayer, viéndome confuso
De celos, Clora me puso
La mano so la cabeza.
CLORA.
Pues bien...
BALON.
Luego habeis de ser
Mi novia: el otro perdone;
Que en la cabeza no pone
Güesos, sino es la mujer.
CLORA.
Padre, á decir la verdá,
O en justo, ó en veré justo,
Yo no he de casarme á gusto
Sino es con Balon.
CORBIN.
¿Verá!
Pues... ¿Ventura que está echado
Tres veces de la trebuna...?
CLORA.
Esa es persona enportuna,
Y me habra á lo remilgado.
No entiendo los vericuetos
De sus palabras obscuras:
Trata en libros y escrituras,
Hace trovas y sonetos.
Dad al diablo el desatino
De tanta nueva palabra:
Balon sí, que siempre me habra
Pan por pan, vino por vino.
BALON.
¿Veislo? Sé yo que está Clora
Muerta por mi desde antaño.
CORBIN.
Hija, repara en tu daño;
Que eso es tarde para agora.
TIRSO.
Ventura es un labrador,
Aunque pobre, tan escudo,
Que antier con él no pudo
Ni el cura ni el herrador.
CORBIN.
No se sabe quién hué el padre
Que tuvo, aunque aquí nacio;
Mas sabemos que murió
De parto suyo su madre,
Aunque era la mas parida
De todo nusco lugar.
TIRSO.
El ha dado en esbadiar
Y gasta toda la vida
En libros que le ha prestado
El cura, y con él disputa.
Sabe enffinito.
CORBIN.
¿Oh hi de puta!
No puede el beneficiado
Con él un pito.
TIRSO.
El barbero
Se queda hecho un papatoste
Quando le escucha.
CORBIN.
Este poste
Desaliñado y grosero
Con él se tien de poner,
Que sabe mas que un letrado!
CLORA.
Para mí demasiado
Sabe Balon.
BALON.
Yo sé her
Hijos, que es toda la ciencia
Que Clora pide, y no mas.
CORBIN.
Ya que publicada estás,
Será cargo de conciencia
Burlarle.

CLORA.
Estó dada á Júdas
Con Ventura.
CORBIN.
Pues ¿porqué?
CLORA.
Echa pullas, y no sé
Responder á sus pescudas.
Unos resquiebros me dice,
Que no los entenderá
Un Sanson.
TIRSO.
Escucha acá.
¿Qué te ha dicho?
CLORA.
Memoria hice
Ayer de unas boherias,
Que aunque no las entendi.
En la cholla las meti.
TIRSO.
¿Y fuéron?
CLORA.
«Me parecias
(Dijo) á la estrella de Berros.»
Y respondile turbada:
«¿Quereisme para ensalada?»
Conque me fui dada á perros.
TIRSO.
Si estrella de Venus dijo,
No es comparacion grosera.
CLORA.
Berros hué una cotorrera,
Y es un virotero (1) su hijo.
¿Berros á mí! ¿No es afrenta,
Siendo yo mujer honrada?
Dijome: «No vale nada
Con vos el sol, y á mi cuenta
Que brillais mas que él.» Me dió
Rabia, que no sé decillo.
¿Yo sol, señores! ¿yo brillo!
CORBIN.
Pues si al sol te comparó,
¿Es malo?
CLORA.
Pues ¿no lo es?
¿So yo tollida? ¿so coja?
El sol con su cara roja
Ni tien malos, ni tien piés.
Ni soy yo caribermaja,
Como él, que aunque está en el cielo,
Dicen que de aquese pelo,
Ni gato ni perro.
CORBIN.
Deja
Necedades.
CLORA.
No hay que habrar.
Con Balon casada estó.
Nones dije.
BALON.
Y pares yo.
TIRSO.
Aquí no hay que repricar,
Si echarles la hendicion.
CORBIN.
Pues los dos se quieren, vaya.
¿Escogióle? Allá se le haya.
Balda la mano, Balon.
BALON.
Hélas aquí entrambas juntas.

ESCENA IV.

VENTURA, de pastor. — Dichos.

VENTURA.
Serranos, no es la mujer
Madeja para torcer:
No la afijais con preguntas

(1) Flechero, balladero

Y respuestas; que yo os suelto
Las diligencias y acción
Que tengo á su pretension.

CORBIN.

¿Qué decis?

VENTURA.

Que estoy resuelto
De mudar de vida y traje,
Y desmentir en la guerra
Rustiquezas de una sierra,
Simplezas de su lenguaje.
Case Clora con su igual,
Y hágalos dichosos Dios.

BALON.

Sin que nos bendigáis vos,
Lo serémos.

CLORA.

¡Y qué tal!

Pues ¿no le venia muy ancho
Al hijo de una....?

CORBIN.

¿Estás loca?

CLORA.

Agradezca el tapaboca;
Que á fe.....

BALON.

Soldado, á otro rancho,
Que este ya su huésped tien.

TIRSO.

Dios ventura os dé, Ventura.

BALON.

Vamos á buscar al cura,
Que acá viene el sacristen.
(*Vanse los pastores.*)

ESCENA V.

VENTURA, y despues OTON y
ADOLFO dentro.

VENTURA. (*Solo.*)

Inclinacion presumida,
Icaro te desvaneces,
Pues niega lo que apetece
Tu profesion abatida.
Rústico ejercicio y vida,
Entre sierras despobladas,
Quando mas te persuadas
A competir con las nubes,
Caerás, flecha, pues si subes,
Vuelas con plumas prestadas.
Plumas, dije: bien he andado:
Mi vuelo dellas espero,
Ya soldado en el sombrero,
Ya sobre el papel, letrado.
En la corte ha vinculado
Sus milagros la fortuna.

OTON. (*Dentro.*)

Sepulte aquesa laguna
Eternamente al tirano
Homicida de su hermano.
(*Dentro ruido de un cuerpo que cae en agua.*)

ADOLFO. (*Dentro.*)

¡Jesus!

VENTURA.

¿Qué voz importuna
Agüeros me pronostica,
Que me despeñen despues?

OTON. (*Saliendo sin ver á Ventura.*)

Con un peñasco á los pies,
Aunque todo lo publica
El tiempo, seguro está
De que se sepa este insulto.

VENTURA. (*Ap.*)

Temor tengo: aquí me oculto.
Algun escuadron será
De bandoleros. Mi vida
Ampare el cielo.

(*Escóndese.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE MATIAS. — OTON.

MATIAS.

El horror,
Cuanto inaudito, mayor,
Que desta hazaña atrevida
Me asombra, Oton alevoso,
La sangre dentro las venas,
Calor les permite apénas
Para intentar generoso
De mi rey satisfacciones,
Que á su muerte dén venganza.

OTON.

Miéntras el fin no se alcanza,
Que me injurien tus razones
Sufro; que es la causa mucha.

MATIAS.

¿Qué causa, aleve, ha de haber
Para....?

OTON.

¿Quiéresla saber?

MATIAS.

Dila.

OTON.

Sosiega y escucha.

Primislao, que deste nombre
Fué el segundo, y en la sangre
Teutónica sol ilustre,
Que alumbra (á no eclipsarle
La envidia del torpe Adolfo)
Por pacíficas edades,
Desde Bohemia, su oriente,
Hasta el asiático Gauges;
Sucediendo en las virtudes
A Segismundo su padre,
De la suerte que en sus reinos,
Cortos, por ser él tan grande;
Un lustro habrá que en la silla
Bohemia apacible, grave
Le vió, piadoso, severo,
Temido al tiempo que amable
Amoroso con los suyos,
Con extraños formidable,
Para soberbios difícil,
Para los humildes fácil,
Tanto que circunvecinos
Reyes le temblaron Marte
En la guerra, si le vieron
Numa templado en las paces.
Volvió el siglo de Saturno
Segunda vez á admirarse
En Bohemia: volvió á verse
Sobre el trono venerable
De su religion piadosa
El piloto de la nave,
Que entre Caribdis blasfemas
Fluctúa, sin dar al traste.
Lograba su oro en espigas
Céres, sin temer combates
Contra esquilmos inocentes
De invasiones militares.
El campo pechaba censos
A sudores y jornales,
Correspondencias Mercurio,
Minerva sus ciencias y artes,
La república sus leyes,
Magistrados las ciudades,
Los tálamos limpios frutos,
Indultos los caminantes:
Y en efecto Jenofon
Perdiera, sin desvelarse
En mentir gobierno á Ciro,
A Bohemia trasladarle.
Desposóse el jóven Rey
Con Sibila, con el ángel
De Sajonia, á quien debemos
Partrociuios tutelares
Cuantos sus vasallos vimos
En respetos majestades
Mansedumbres apacibles,

Y ejercicios admirables.

Dos años vivió Himeneo
En coyundas conyugales,
Dando esperanza á su trono
De un sucesor que su imagen
Fénix de entrambas cenizas,
Despues dellos conservase
El siglo de oro á Bohemia
Con la linea de sus padres.
Pero no le merecimos....
— ¿Qué te cuento lo que sabes,
Sino es para que recuerdes
Con su historia tus pesares?
¡Ay Duque! está agora atento
A tragedias lamentables;
Que aunque los electos viste,
Las causas han de admirarte.
Adolfo, de Primislao
Cain hermano, el Infante
Que agora rey, disimula
Traiciones entre piedad:
Ciego á los rayos del sol
De Sibila, y torpe amante
De su costosa belleza:
Homicida de su sangre:
Ingrato al fraterno amor
Con que imaginó obligarle
Su rey hermano á quererle
Como tal, sino á adorarle:
Puesto que con Basilia,
Sucesora del Lausgrave
De Livonia (agora reina),
Desposado, repararse
Contra ilícitos descos
Pudiera, por ser las partes
De su consorte excelentes,
Discreta, hermosa, agradable:
Eslavo de su apetito,
Consintió precipitarse
Hasta el mas horrendo insulto
Que dió al escarmiento anales.
Mató á su hermano, á su Rey.

MATIAS.

¿Qué dices!

OTON.

Oye verdades,
Primero que interrumpidas,
Su oscura noticia agravias.
Primislao gozaba en Druma,
Contra las severidades
Del estío, privilegios
Que entre rosas y cristales
Dieron nombre á aquella quinta
De placer, si de pesares
Ya de hoy mas le pertenece,
En su flor oculto un áspid.
Contento, aunque ausente en ella
De Sibila, y ignorante
De traiciones consanguíneas,
Las mañanas y las tardes
Discurriendo por sus montes,
Acosaba por sus valles
Salvajinas sositutas
De ejercicios militares.
Adolfo, que los cabellos
Vió á la leve ocasion, antes
Que lijera se le huyese,
Fingió (¿qué discurso infame!)
Que le llamaba su suegro
Con ánimo de heredarle,
Jubilando años caducos,
En su Estado; y fuénos fácil
Creerle, pues caviloso,
Eucubriendo falsedades,
Honestaba inclinaciones
Con hipócritas señales.
Fingió en efecto partirse
Con solamente tres pajes
Y un privado, confidente
A sus vicios semejante,
Ponderando que la prisa
Que daban dificultades

De quien le estorbaba herencias
 Pedían disimularse
 A la entrada, con recelos
 Que intereses arrogantes
 De herederos pretenses
 Su derecho malograsen.
 Adelantó su familia,
 Y á la mitad del viaje,
 Una noche protectora
 De delitos detestables,
 El y el cómplice ofendieron
 A dos potros los hijares,
 Hasta que llegando á Druma,
 Sin que los sintiese nadie,
 Escalaron sus paredes,
 Y franqueando la llave
 De la real cámara estorbos,
 Esta vez poco leales
 (Que honraba á Adolfo la cinta),
 Entraron..... Aquí derrame
 El alma sus compasivos
 Conductos, puesto que tarde.
 Entraron donde dormía
 El Rey santo, y sin dejarle
 Que distinguiese del sueño
 La muerte, con ser su imagen
 La respiración le oprimen
 Con dos almohadas, graves
 Esta vez, aunque el sosiego
 Para el gusto las ablande.
 Retrocedió al corazón
 El espíritu, que en aire
 Vital envuelto, clausuras
 Siente hidalgo, y en la cárcel
 Del pecho infundió accidentes,
 Que á falta de quien le ampare,
 Imitó Troyas cenizas,
 Rey primero, ya cadáver.
 Muerto pues del modo dicho
 Nuestro Abel, viva su sangre,
 Para que dé al cielo voces,
 Vuelven los dos á ausentarse,
 Dichoso hasta aquí su insulto;
 Que á sombra de escuridades,
 Desmintió, huyendo, testigos
 Que su fuga examinasen.
 Llegó antes que el alba Adolfo
 A su dispuesto hospedaje,
 Y eslabonando cautelas,
 Primero que en él entrase,
 Al cómplice dió la muerte
 Que le ayudó, á los umbrales
 De sus puertas, ya sangrientas:
 Quien tal hizo que tal pague.
 Acostóse el homicida,
 Salió el alba por celajes
 De púrpura, aunque llorosa
 De tragedias semejantes:
 Despertaron sus ministros;
 Y como en la misma calle
 Al cómplice hallaron muerto,
 Lastimosos y ignorantes
 Llevaron la nueva triste
 A Adolfo, que á mocedades
 Atribuyendo desdichas,
 Metamorfosis crueldades
 Disfrazó con sentimientos,
 Disculpando en funerales
 Obsequias ingratitudes:
 ¡Ved de un yerro los que nacen!
 Llegó entre tanto á la corte
 La nueva, que lamentable
 Cubrió á Bohemia de luto,
 Asombró á sus naturales,
 Y lastimó á forasteros;
 Mas ¿de qué sirve contarte
 Extremos, de que testigo
 Lloroso participaste?
 Despacharon las dos Reinas,
 Los magistrados y grandes
 Mensajeros que el camino
 De Adolfo aleve atajasen,

El cual espacioso entonces
 Divirtiéndose en lugares,
 Buscaba, por detenerse,
 A cada jornada achaques.
 Volvió á Druma, y consoló
 Desmenzados cristales
 En los ojos de Sibila,
 Ya en sus golfos naufragante,
 Y sin osar ver el cuerpo,
 Consultó médicos graves,
 Que en confusa anatomía,
 Como no hallaron señales
 Que atestigüasen violencias,
 Vinieron á confirmarse
 En que humores pestilentes,
 Con repentinos combates,
 Le trasladaron al cielo.
 Con esto, y con dedicarle
 Piras, emulas del sol,
 En túmulos majestades,
 Bordados de armas y empresas,
 Que alumbraron claridades
 Cebadas en combustibles
 De tareas que aquella ave
 Pigmea ofreció á los templos,
 Relieves de sus panales,
 Cumplió Adolfo ceremonias
 Herederas, y vulgares
 Aclamaciones acepta:
 Cortó el luto, y entró afable
 En el palio majestuoso
 Por las mas célebres calles
 Y plazas de nuestra corte:
 A su lado (¿qué inconstante
 Es la fortuna!) su esposa,
 Que entre el luto y celestiales
 Resplandores de hermosura,
 Junto encuentros con azares.
 Lograda esta ostentación,
 El nuevo Rey, que culpables
 Insultos tirano afecta,
 Dice que han de averiguarse
 En sospechosos del reino,
 Y que de indicios bastantes
 Estimulado, ha de ser
 Asombro á posteridades.
 Prende á Lotario y á Uberto,
 Dos príncipes de la sangre
 De su esposa, porque teme,
 Que contra él no se levanten,
 Cuando su inocencia culpe:
 Y en Castel-de-peñas, cárcel
 De ilustres, cuya aspereza
 Riscos tiene en vez de alcaldes,
 Les pone guarda y prisiones,
 Mandando que en Druma guarden
 También presa á Basilisa,
 Alegando indignidades
 Contra su cándido pecho,
 Porque desta suerte enlace
 Eslabones de delitos
 Con que á sí mismo se arrastre.
 Sibila, con su licencia,
 Retirándose á Belvalle,
 Inocente de traiciones,
 Lloró viuda y siente amante
 Ausencias de tal esposo;
 Y Adolfo que al fuego añade
 De su amor el del poder,
 Un rey y otro gigante,
 Por su privado me elige,
 Dándome orden que despache
 Con un bocadito á la reina,
 Porque hoy ha de desposarse
 Con Sibila, antes que torne
 El sol á alumbrar verdades.
 Mil favores, premios mil
 Me propuso interesantes,
 Que si acepté temeroso,
 Desmentí despues constante:
 Y finalmente de Praga
 Esta mañana se parte,

Antes que el alba se ría,
 Conmigo solo á Belvalle,
 Determinando en sus flores
 La del honor marchitarle,
 Consíentalo ó no, á Sibila,
 Y despues, que vuelva y mate
 Por medio de la ponzoña
 A su esposa, porque alarde
 Haga la viuda en su trono
 De su amor abominable.
 Caminaba al lado suyo,
 Extrañando oscuridades,
 Esta mañana en mi ofensa;
 Y al tiempo que vi asomarse
 Niño el sol en el oriente,
 Hallándome en los remates
 Dese amenazante risco,
 Ya juez severo de infames;
 Entré conmigo en consejo,
 Proponiéndome lealtades
 Descreídos de mi honor,
 Como el recelo crueldades
 De un tirano, cuyos premios
 De quien por solo agrardarle
 Concurrió en su fratricidio,
 Se cifraron en matarlo.
 Escarmenté en su cabeza,
 Y propuse con un lance
 Vengar á mi patria y rey,
 Dar vida á mi reina, y darle
 Libertad al limpio honor
 De Sibila, y que en altares
 De la lealtad, como á Bruto,
 Bohemia me eternizase.
 Púselo en ejecución,
 Y maticé con su sangre
 Seis veces el corto acero,
 Que del vital hospedaje
 Desavencindó aquella alma
 Bárbara, para que igualen
 Penas á culpas, y floren
 Sus vicios eternidades.
 Atéle luego á los piés
 Dos peñas, porque ocultase
 El torpe cuerpo ese abismo
 Que al monte le usurpa el márgen
 Precipitéle animoso,
 En ocasión que en su alcance
 Diligente le seguiste,
 Y asombrado me culpaste.
 Si esto, Duque, te parece
 Crimen *laxæ majestatis*,
 Y protector de sus vicios
 Te dispones á vengarle,
 Armas y esfuerzos me sobran
 Con valor, para mostrarte
 Que quien tiranos castiga,
 Sabrá castigar parciales.

MATÍAS.

Oton, la fuerza que tienen.
 En los cuerdos las verdades,
 Por sí mismas victoriosas,
 Por decir las tú eficaces,
 Convencen discursos míos;
 Pues para prueba bastante
 Que lo hecho está bien hecho,
 Y que la paz restauraste,
 Basta el haberlo hecho tú:
 Logra abrazos amigables.
 Pero dime ahora: ¿cómo
 Persuadirás populares
 Alborotos, que celebran
 Fingimientos por deidades,
 Del Rey muerto?

OTON.

Probiquemos
 Que Adolfo á Roma se parte,
 Acusado de sí mismo,
 Para que del Papa alcancen
 Dispensación en el reino
 Sus lágrimas, porque instante
 En insultos fratricidas,

Premió asesinas crueldades.
Yo tengo su sello : harémos
Provisiones que señalen
Gobernadoras las Reinas
Cuñadas, con los dos grandes
Presos, á quien dé por libres,
Persuadiendo que ocultarse
Quiso peregrino y solo
Por temer publicidades.

MATIAS.

Cuerdo adviertes contingencias :
Consolemos soledades,
En viudeces de Sibila,
Y reparemos pesares.

OTON.

Lo mas difícil dispuse.

MATIAS.

Lo imposible hiciste fácil.
Cinco Abeles, uno muerto,
Y cuatro presos, libraste. (Vanse.)

ESCENA VII.

VENTURA.

¡Válgame el cielo santo!
En tan breve retiro, ¿he visto tanto?
Ventura, ¿esto es el mundo?
Pues á la orilla estoy, ¿qué hará el pro-
donte intento engolfarme [fundo
No sabiendo nadar, sino anegarme?
Volvámonos al puerto.
¡Un Cain coronado, un Abel muerto,
Y luego el homicida,
De un privado, privado de la vida,
De un risco despeñado!
¡Y que llamen leal á este privado!
¡Oh bárbara fortuna!
¡De un rey sepulcro eterno una laguna!
Retrocedamos, pasos,
De donde orientes lloran sus ocasos
Soberbias monarquías :
Aqui os despidó, presunciones mías.
¡Av seguras montañas!
Alcázares renuncio por cabañas.

ESCENA VIII.

BASILISA.—VENTURA.

BASILISA. (Sin ver á Ventura.)

Soledades, que amparais
Sencilleces fugitivas,
Y por no verlas cautivas,
Cuevas presidios les dais;
Si acechanzas malograis
De engañosos cazadores,
Deslumbraed lazos traidores
De un rey, esposo inclemente,
Que me persigue inocente :
Bosques, sed mis protectores.
Torpe Adolfo, en hermosuras
Ajenas su honor enciende,
Y con ficciones pretende
Honestar desenvolturas :
Si fieras viven seguras
En vosotras, soledades,
¿Porqué, contra deslealtades,
No aseguraréis la vida
De una reina perseguida,
Que os paga hospicio en verdades ?
—Allí está un hombre. Pastor,
Serrano, escucha.

VENTURA.

¿Es á mí?

BASILISA.

A vos, pues.

VENTURA.

Dé por aquí.....

BASILISA.

¡Qué he visto, cielos!—¡Señor!
¡Mi Rey, dueño de mi vida!

¿Vos en ese traje? ¿Vos
Solo, y rústico?

VENTURA. (Ap.)

Por Dios,

Que es loca la mujer.

BASILISA.

Pida

Albricias, quien cuando os ve,
Aunque su muerte consiste
En veros, viendós resiste
Pesares : ya moriré
Alegre en amantes lazos :
Dadme los vuestros, mi bien.

VENTURA.

Téngase allá.

BASILISA.

¡Que el desden,
Me niegue vuestros abrazos!
Mas ¡ay, Rey, qué maravilla,
Si Sibila os ha hechizado!

VENTURA.

Tenéos, mujer ; que no he estado
En España ni en Sevilla.

BASILISA.

Como me llamis mujer,
Vuestros rigores perdono :
Sirva este nombre de abono,
Con que pueda defender
Mi inocencia. Adolfo mio,
Posible es que me olvidais ?
¿Que á darme muerte vengais
Disfrazado?

VENTURA. (Ap.)

El desvario

La hace ensartar disparates.
¡Que tal belleza esté loca!

BASILISA.

Si la hermosura os provoca
De Sibila, á sus combates
Rendid el alma cautiva :
Vuestra corona posea ;
Mas ya que la goce, sea
Quedando mi fama viva.
Dadme muerte disfrazado ;
Pero muera honrada yo.

VENTURA. (Ap.)

¡Miren el tema en que dió!

BASILISA.

¡Primislao, reverenciado
Como rey, y de los dos
Querido, ¡y yo tan infiel
Que le matase! ¡y por él
Vos darme muerte!

VENTURA.

¿Yo á vos?

BASILISA.

Si, dueño de mi alhedrio ;
Si, mi bien ; si, mi señor :
Reina me hizo vuestro amor,
Rey á vos el pecho mio.
Si vuestro amor en él reina,
¿Qué delito en mí os provoca ?

VENTURA. (Ap.)

¿Hay tal? ¡que luego una loca
Dé en imaginarse reina!

BASILISA.

Bien sé yo que á lo serrano
Vivis, porque se sospeche,
Contra quien la culpa os eche,
Que me dió muerte un villano :
Cuerdo sois, no quiero yo
Que se manche vuestra fama :
Es Sibila vuestra dama ;
Su belleza causa os dió
Para matar vuestro hermano :
Muera yo del modo que él :
Sacad la daga cruel,
Diga el vulgo que un villano
Fué verdugo, no mi esposo :

Que si yo viva quedare,
Contra quien esto negare,
Diré que miente alevoso.
A vuestro gusto se humilla,
Quien el alma os ha entregado :
Reine Sibila.

VENTURA. (Ap.)

Ella ha dado

En que yo reino en Sevilla :
A los locos es cordura
Corresponder con su humor,
Porque no crezca el furor
Y se aumente su locura :
¡Lástima es que á tal belleza
Se le haga perjuicio!
Que á hallarla yo en su juicio,
(Perdone mi rustiqueza)
La diera el alma. ¡Qué mucho,
Si un cielo.....?

BASILISA.

Solía mi llanto,

Rey, compadeceros tanto, (Llora.)
Cuando infante.....

VENTURA.

(Ap.) ¿Que esto escucho,

Y no la consuelo yo?
Contemporizar con ella
Quiero.) Cese, esposa bella,
El alba que amaneció
En vuestros ojos divinos :
No desperdicie diamantes ;
Cesen efectos amantes
De imputarme desatinos ;
Que el disfraz en que me veis,
No solo no ha de ofenderos,
No daros celos, no haceros
Las injurias que temeis ;
Sino antes aseguraros
De traidores, que pretenden,
Mientras mi sosiego ofenden,
De vuestro esposo privaros.
Fingen que á mi hermano he muerto...
(Ap. Lo que acabo de oír agora,
La referiré.) Y ignora
El plebeyo desconcierto
Vuestra inocencia y la mia :
Pretendo disimulado,
De vuestro amor amparado,
Excusar su alevosía.....
—Oton, dulce prenda, Oton
Me ha querido despear.

BASILISA.

¿Oton? ¡Jesus! Avisar
Me hizo en esta ocasión
Que madrugando, á Belvalle
La viuda ibades á ver
Que vuestra esposa ha de ser,
Muerta yo, y que á encargalle
Os atrevistes me diese
Triste fin en un bocado.

VENTURA.

¡Ah traidor! Haos engañado.
(Ap. ¿Mas si esta la Reina fuese?
Que con esto corresponde
Lo que á los dos escuché.)

ESCENA IX.

OTON y LOTARIO, dentro. — VENTURA, BASILISA.

OTON. (Dentro.)

Por aquí dicen que fué
Huyendo de Adolfo.

LOTARIO. (Dentro.)

Conde,

¿No es aquella?

BASILISA.

Adolfo mio,

Oton en mi busca viene
Con otros, y no conviene

LA VENTURA CON EL NOMBRE.

Que os halle así el desvario
De su rebelde ambicion ;
Pues si os intentan matar ,
Sin defensa este lugar ,
No perderán la ocasion .
Retiráos á esa espesura ;
Que á la vista Druma está
Deste bosque , y no será
Difícil , si mi ventura
Os libra de riesgo tanto ,
Venirme seguro á ver
A la noche .

VENTURA. (Ap.)

¿ Hay tal mujer ?

BASILISA.

Defiéndaos el cielo santo .

VENTURA.

(Ap. No hay que hablar, la Reina ha sido.)

A ocultar mi riesgo voy .

(Ap. ¿ Posible es , cielos , que soy

A Adolfo tan parecido ?

No lo sea yo tambien

En su torpe frenesi.)

BASILISA.

¿ Volveréis á verme ?

VENTURA.

Si.

BASILISA.

Retiráos .

VENTURA.

Adios , mi bien. (Retrase.)

ESCENA X.

OTON , LOTARIO , UBERTO. —

BASILISA.

OTON.

Ya no teneis que temer

Adúlteras tiranías :

Dió fin Adolfo á sus dias :

Su heredera habeis de ser

En la silla de Bohemia .

LOTARIO.

Dadnos esos piés , señora ,
Por nuestra gobernadora ;
Que así la inocencia premia
El cielo .

BASILISA.

Alzáos. ¿ Qué decis ?

OTON.

Murió Adolfo despeñado ,
Que vuestra fama ha manchado .

BASILISA.

Si como lo colegis ,
Lo ejecutárades , fuera
Mi dolor mas excesivo ;
Mas vuestro rey está vivo ,
Y yo no solo heredera
De su gobierno , mas dueña
De su silla y voluntad .

UBERTO.

¡ Ojalá fuera verdad
Lo que os desvanece sueño !
Que , aunque sin justicia presos
Por él , la fe de leales ,
Besándole los piés reales ,
Olividara sus excesos .
Mas despeñóle , señora ,
Después de difunto , Oton .

BASILISA.

Tuvo su imaginacion
Solo por ejecutora .
Que le intentó despeñar ,
Bien decis ; mas que lo pudo ,
No solamente lo dudo ,
Pero me atrevo á mostrar
Que miente , y que ha sido error :
Y si os preciais todos tres
De la lealtad , interes

Que el noble estima mayor ,
Hacedme pleito homenaje
De que el Rey seguro esté
Y vivo os le mostraré .

LOTARIO.

Oton , ¿ qué es esto ?

OTON.

Lenguaje

De quien el seso ha perdido
Por el riesgo en que la han puesto .

BASILISA.

Si le perdí , jurad esto ,
Y sabréis quién ha mentido .

(Pónense de rodillas los dos.)

UBERTO.

Juro en nombre de los dos ,

Sobre aquestas manos reales .

Pena de ser desleales

Al cielo , á mi rey y á vos ,

Que no hay en los dos deseo

Agora mas excesivo ,

Como que Adolfo esté vivo .

LOTARIO.

Yo lo juro , y no lo creo ;

Mas cuando nos engañemos ,

Como rey , como señor ,

En prueba de nuestro amor

Desde aquí le obedecemos .

OTON. (Ap. á Lotario.)

Que está loca Basilisa .

Muerto de seis puñaladas ,

Las piernas á un risco atadas ,

Y en un lago , cáuseos risa

Su promesa .

BASILISA. (Yendo adonde está Ventura.)

Adolfo mio ,

Rey , señor , no hay que temais ;

Más desta nobleza fio

Que vos de vuestro secreto .

Salga á luz vuestro valor ,

Como el sol cuando pastor

Lució los campos de Admeto .

ESCENA XI.

VENTURA. — DICHOS.

VENTURA.

(Ap. Mi desdicha me ha metido

En esto : fuerza ha de ser

Darme agora á conocer .

¿ Qué breve mi reino ha sido !)

Señores , yo soy un.....

OTON. (Ap.)

¿ Cielos !

¿ Qué fantasmas , qué ilusiones

En mis imaginaciones

Quieren despertar desvelos ?

VENTURA.

Digo que soy un serrano .

Que saliendo de mi aldea.....

UBERTO.

Rey y señor , mal se emplea

En vos el fingir villano .

No hay aquí que receleis .

LOTARIO.

Todos , señor , somos vuestros .

¿ Qué importa que por siniestros

Avisos nos destierreis

De vuestra presencia real

Entre prisiones violentas ?

No injurian reales afrentas ,

Si el que las pasa es leal .

Miente el traidor que os imputa

Fratricidios : el amor

Que á vuestro hermano y señor

Tuvistes , cualquier disputa

Dudosa deja vencida . (De rodillas.)

UBERTO.

Vos sois su heredero , vos

Habeis de reinar .

VENTURA.

(Ap. Por Dios ,

Segun va la trama urdida ,

Que el romperla es necesidad.)

Ahora bien , vasallos míos ,

Temores son desvarios :

Alzad de la tierra , alzad .

Crueldades que me imputaron

Los que mi herencia sintieron ,

Tanto conmigo pudieron ,

Que cual veis me transformaron ;

Mas para que estéis seguros

De que yo sin culpa estoy ,

Mi fe , mi palabra os doy

(Si la real vence perjuros)

De que sobre el Rey difunto ,

A quien el sol otra vez

Verá , haciendo al cielo juez ,

Yo , de su sangre trasunto ,

Mi corte toda presente ,

Sobre una hostia consagrada ,

Sobre la cruz de mi espada ,

He de jurar que inocente

Por obra y por pensamiento

En su muerte injusta estoy .

Cristiano , vasallos , soy ;

Sagrado es el juramento ;

Visibles castigos hace

Dios contra un blasfemo rey :

Yo me sujeto á esta ley .

LOTARIO.

Sin ella nos satisface

Vuestra palabra , señor ;

No desdoreis nuestra fama ,

Dudando de quien os ama .

VENTURA.

Esto ha de ser : el amor

Que en Sibila me imputaron ,

Es tan falso como ha sido

El decir que he pretendido

(Rebeldes lo publicaron)

Dar la muerte á quien adoro ,

A mi bien y esposa digo .

Prendila porque un testigo

Aleve ofendió el decoro

De su virtud generosa ,

Y porque echasen de ver

Que quien prendió á su mujer ,

Si bien sale victoriosa ,

No habia de perdonar

Prendas de sangre y estados .

OTON. (Ap.)

Encantos , ó sois soñados ,

O loco debo de estar .

El vive , y yo le maté ,

El mis verdades desmiente ,

El jura que está inocente :

Que otro fuese , sospeché ,

Retrato suyo , pues ya

Tal vez , aunque es cosa rara ,

Se duplica en una cara

Naturaleza ; mas da

Tales señas , de tal modo

Habla y revela secretos ,

Que me asombra .

VENTURA.

Quien defetos

Vence , lo asegura todo .

Sibila se esté en Belvalle ,

Hasta que su padre venga

Por ella , y la estima tenga

Que cuando reina : á avisalle

Enviaré de su viudez ;

Mas no la irá á visitar

Jamas , por no dar lugar

A malicias , donde es juez

La plebe mormuradora .

OTON. (Ap.)

¿ Hay cosa mas inaudita ?

Alto , Dios le resucita

Y en costumbres le mejora .

Mas ¿cómo, si esto es así,
Miente, y dice que no dió
Muerte á su hermano, ni amó
Su esposa? Mi frenesí
La vida me ha de acabar:
Yo estoy loco, yo he perdido
Con el discurso el sentido.

VENTURA.

Oton, quiero perdonar
Deseos, no ejecuciones,
Que al fin sin llegar á efecto
Os cegaron.

OTON. (*De rodillas.*)

Yo os prometo
Señor... faltanme razones..
(*Ap.* ¿Válgame Dios! Si entre sueños
Pienso que hablo con el Rey?)
Puesto que, contra la ley
Que debo, indicios pequeños...
Y hacer prueba en mi lealtad...
Me desatinaron hoy...
Yo, señor, en fin, no estoy
Para hablaros.

VENTURA.

Levantad
Y no os apartéis de mí:
Vamos á mudar vestidos.

LOTARIO.

Oton, de vuestros sentidos,
Poco hay que fiar.

OTON.

Perdí
El seso, no me culpeis.

BASILISA. (*Ap.*)

¡Tal bien tras tanto pesar!
¡Cielos! si esto no es soñar,
Tened firme y no os mudeis.

VENTURA.

¿Dónde está el duque Matías?

OTON.

A Praga, gran señor, fué.

VENTURA.

Bien, en ella le hablaré.

OTON. (*Ap.*)

¿Veislo, suspensiones mías?

VENTURA.

Vamos, mi bien, que os desea
Ver libre el reino.

BASILISA.

Hola, el coche.

VENTURA. (*Ap.*)

Peligros, á media noche
Os dejo, y doy en mi aldea.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio de Praga.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE, MATIAS Y OTON.

MATIAS.

Oton, ó tú te engañaste
Creyendo que muerte diste
A Adolfo y le despeñaste,
O algun espíritu asiste
Por él.

OTON.

Duque, tú llegaste
En su seguimiento al punto
Que acabé de darle muerte:
Si te pareció el difunto
Adolfo, y compadecerte
Pudo en él ver su trasunto,
De modo que por vengarle
Me seguíste, y despeñarle
Miraste, ¿qué dudas deso?

MATIAS.

Que me pareció confieso,
El Rey, y que á acompañarle
Solo á Belvalle y secreto
Saliste con él de Praga,
Sé tambien; pero al efecto
De lo visto satisfacga
La experiencia deste objeto.
Bien me pudo á mi engañar,
Si mataste á otro por él,
La distancia del lugar.

OTON.

Cuando me apartara dél,
Y el sol negara alumbrar,
Recien nacido, el buen celo
Con que á Primislao vengué,
Fuera justo tu recelo:
Pero nunca le dejé
De la vista, vive el cielo.
Lo cierto es que, de ilusiones
Engañados, oraciones
De su esposa intercedi-ron
Por Adolfo y desmintieron
Nuestras imaginaciones:
O algun espíritu intenta,
Por divina permission,
Tener con su reino cuenta.

MATIAS.

En nuestros siglos, Oton,
Pocos milagros frecuenta
El cielo. Ni ella es tan santa,
Ni nosotros merecemos
Favor y ventura tanta.

OTON.

Pues ¿cómo satisfaremos
La duda que nos espanta?

MATIAS.

Ya suele naturaleza
Dar muestras de su destreza,
Mediante el poder de Dios,
Asimilándose en dos,
En fe de su sutileza.
Mil ejemplos hacen llano
Mi discurso: en Roma vió
A un pastor Otaviano
Que solo le distinguió
Dél habla y traje villano:
Tan su simil, que hechos jueces
Sus ojos, dijo: Tu madre
(Ya que así te me pareces)
¿Estuvo aquí?—No; mi padre
(Respondió) sí, muchas veces.
No hay que alegar para esto
Historias, ni ser molesto
En cosa que es tau sabida,
Como cierta y admitida.

OTON.

La misma duda que has puesto.
Me dió á mí que sospechar,
Creyendo que ser podía
Que nos viniese á engañar
La temeraria osadía
Del deseo de reinar
De alguno, tan semejante
De Adolfo, como sucede;
Mas es discurso ignorante,
Porque, Duque, ¿cómo puede
Haber engaño bastante
Para adivinar secretos
Que entre el Rey y yo pasaron,
Y agora me ha dicho?

MATIAS.

Efetos
Mas admirables lograron
Atrevimientos discretos;
Fuera de que ya advertí
Murmurarle sus privados
Una nueva gravedad
Coi que á todos los extraña.

OTON.

Fué infante, ya es Majestad

MATIAS.

Vive Dios, que nos engaña
Alguna temeridad,
Y que habemos de hacer prueba,
Que á nuestra sospecha iguale,
Aunque á su rigor se atreva
Mi industria.

OTON.

Quedo, que sale.

MATIAS.

Retírate aquí.

ESCENA II.

VENTURA, Y TRES PRETENDIENTES CON
memoriales.—DICHOS.

VENTURA. (*Ap. Mirando con atencion á
Oton y Matias.*)

No aprueba

Mi recelo que estos dos,
De Adolfo el uno enemigo
Matador, y otro testigo,
Hablen á solas: por Dios,
Que están tratando de mí.
Aunque sospechen lo cierto,
Si vieron á Adolfo muerto,
Y que despues desmentí
Su ciega resolucion,
¿Qué hay que dudar? Cosa es clara:
La turbacion de la cara
Es lengua del corazon.

..... (4).

PRETENDIENTE 1.^o

Servi á Primislao, señor,
Y sirviendo á esta corona,
Servi á vuestra real persona.

VENTURA.

Eso, soldado, es error.
Cinco años reinó, no mas,
Mi hermano: pues ¿cómo os debe
Catorce?

OTON. (*Ap. con Matias.*)

¿Ves como es leve,
Duque, la duda en que estás?
Mira si el tiempo conoce
Que el rey Primislao reinó.

MATIAS.

Pues eso ¿quién lo ignoró?

VENTURA.

Segismundo reinó doce,
Mi padre, que tiene Dios;
Y pues su corona heredó,
Bien decis, tambien sucedo
En las deudas de los dos.
Dadme aque-se memorial,
Que yo le veré despues.

PRETENDIENTE 1.^o

Beso tus invictos piés. (*Vase.*)

ESCENA III.

VENTURA, OTON, MATIAS.

VENTURA.

¿Oton! ¿Duque!

MATIAS.

Gran señor.....

VENTURA.

Mil cosas hay reservadas
Para Dios, que están guardadas
En sus archivos, mejor
Que en la humana confianza:
Muchas veces el sentido
Se engaña, desvanecido
Del objeto que no alcanza.
Yo he jurado la verdad,
Y yo el rey Adolfo soy:
Si en vuestro crédito estoy
Por perjuero, murmurad

(4) Aquí debe faltar algun trozo en que hablasen los otros pretendientes y en que el único que habla ahora, dijese lo de los catorce años.

Lo que no sabeis los dos,
Y en discursos indiscretos
Examinad los secretos
Que os quiere reservar Dios.
Diga Oton que yo le he dado
Cuenta de la muerte alevé
De Primislao, y que debe
Tener quien á mi privado
Vió sin vida por mi mano,
Escarmiento cuerdo en él :
Que por esto, y por ser fiel
A su patria y á mi hermano,
Seis puñaladas me dió,
Y arrojándome en un lago,
Hoy si vivo, satisfago
Los ojos, las dudas no :
Daréle yo por respuesta
Que si él fuera tan leal
Cual finge, el secreto real
Que le fía y manifiesta
Su príncipe, no es acierto
(Aun viviendo él) revelar;e;
Cuanto mas desenterrarle
Las faltas á su rey muerto.
Diréle yo que ¿si hay ley
Que el vasallo solicite
A que la vida le quite,
Por malo que sea, á su rey?
Y ¿si con este motivo
Podrá mi severidad
Dudar mas de su lealtad,
Que él de que yo reine vivo?
También el duque Matías
Dirá que cuando llegó,
Despeñarme muerto vió,
Y que, en diversiones mías
Ocupado el pensamiento,
Casi le desconoció
Esta mañana : es así :
Sacaré deste argumento,
Ya que averiguar no puede
Sospechas de tanta duda,
Que es bien que al húngaro acuda;
Porque en el reino me herede.
Este fué el primer concierto
Que entrambos á dos hicistes,
Cuando engañados creistes
Dejarme en el lago muerto;
Y á no saber, Duque, yo
Que entónces, noble y leal,
Por vuestro rey natural
Volvistes, cuando os contó
Mentiras entre verdades
Oton; ya pudiera ser
Que efectos de mi poder
Castigaran novedades.
Yo vivo, gracias á Dios :
Si el saber cómo os obliga,
No permite que os lo diga
Por agora : estad los dos
Ciertos que, de Segismundo
Hijo, en su estado me veis,
Sino es ya que pretendéis
Saberlo en el otro mundo.

ESCENA IV.

OTON, MATIAS.

MATIAS.

Adivinar pensamientos
No es cosa que, natural,
Puede criatura mortal
Saberlo : en el Rey se muda.
Algun ángel : no es Adolfo
Este que vemos, Oton.

OTON.

Tiéneme la confusion
A la orilla en medio el golfo .
Saco de lo que oí,
Que al rey Adolfo maté,
Con que seguro quedé

De que no fué frenesí;
Y viendo en él su traslado,
Cuando estoy mas satisfecho
Por una parte, en mi pecho
Nuevas dudas ha engendrado.
Alto, trasformóse en él
Alguna sustancia pura,
Que ha tomado su figura.

MATIAS.

¿Que supiese que por él
Volví, intentando vengarle,
Y que llamar pretendia
Para reinar al de Hungría!

OTON.

No hay, Duque, sino adorarle;
Pero si no es deste mundo,
Y que habla verdad es llano,
¿Cómo del muerto es hermano?
¿Cómo hijo de Segismundo?

MATIAS.

Bien dudais : todo eso dijo.

OTON.

Siendo ángel, segun creemos
¿Cómo sin mentir podrémos
Juzgar que es hermano y hijo
De sus dos antecesores,
Si no es ya que es ángel malo?

MATIAS.

Eso no, que en él señalo
Clemencias y no rigores :
Las virtudes que ejercita
Nos pueden asegurar.

OTON.

Dios, porque vuelva á reinar,
Sin duda le resucita.

MATIAS.

¿Habiendo muerto á su hermano!

OTON.

¿El no nos dijo á los dos,
Que guarda secretos Dios,
Mejor que en el pecho humano,
En el suyo incomprensible?

MATIAS.

Es verdad.

OTON.

Pues excusemos.
Lo que saber no podemos.

MATIAS.

Si resucita, ¿es posible
Que diga que no mató
A Primislao?

OTON.

Eso es cierto.

MATIAS.

De qué modo?

OTON.

No le ha muerto
Después que resucitó.

MATIAS.

Yo en esa razon lo fundo :
Obedecer y calle-mos,
Duque, si no pretendemos
Saberlo en el otro mundo.

(Vase.)

ESCENA V.

BASILISA, VENTURA.

BASILISA.

¿Oh señor! ¿tanta extrañeza
En quien como yo os adora?
¿En veinte y cuatro, ni una hora
Que goce yo á vuestra Alteza!
De nuevo á dudar empieza
Mi sospecha, y á temer.

VENTURA.

Entre estorbos del poder,
Ocios, mi bien, del amor,
Puesto que busquen lugar,
¿Cómo le podrán tener?

¿Tantas cosas en un día,
Como desde ayer pasaron
Cuando muerto me lloraron
La lealtad y la hidalguía!
Cuando la inocencia mía,
Para desmentir engaños
De naturales y extraños,
Tuvo por seguro acierto,
Con el abono de un muerto,
Probar vivos desengaños...
¿Qué tiempo dieron los cielos
Para que, juntos los dos,
Lograse el alma con vos
Gustos, y apagase celos?

BASILISA.

No asegurais mis recelos
Con eso, Rey y señor;
Que en la ocupacion mayor
Hicieron despachos y ocios
Los dias para negocios,
Las noches para el amor.
Si vos amarades...

VENTURA.

Sabe

El cielo que á no temer
Lo que le puedo ofender,
Aunque os adoro...

BASILISA.

¿Pues cabe
En vos, que teneis la llave
De mi pecho, ofensa alguna
Contra el cielo y la fortuna?
Mi dueño y bien ¿no sois vos?

VENTURA.

Si, reina; mas debo á Dios
Cierta promesa.

BASILISA.

Ninguna
Hallo yo que sea bastante
A impedirlos el quererme.

VENTURA.

Ni vos podeis entenderme,
Ni yo pasar adelante.

BASILISA.

Mi esposo sois.

VENTURA.

• Vuestro amante.

Decid.

BASILISA.

¿Y no mi marido?

VENTURA.

Mi Basilisa, hélo sido.

BASILISA.

¿Sido decis, y no soy?
¿Qué es esto? Confusa estoy.
Pues, ¿quién os ha dirimido?

VENTURA.

Vos me conjurais de suerte,
Que el declararme es forzoso.
Solo el tálamo al esposo
Le cautiva hasta la muerte.

BASILISA.

Pues bien, ¿qué ley nos divierte
Desa obligacion vital?

VENTURA.

El ser yo, Reina, mortal.

BASILISA.

Pues ¿hay esposos eternos?

VENTURA.

No, puesto que amantes tiernos
Llamen eterno su mal.

BASILISA.

¿No estamos vivos los dos?

VENTURA.

Si, pero...

BASILISA.

Acabad.

VENTURA.

Si haré.

He muerto y resucité.

BASILISA.

¡Qué decís! ¡Válgame Dios!

VENTURA.

¡Ay mi bien! Solo de vos
Pudiera fiar agora
Secretos que el mundo ignora.
Díome muerte la crueldad
De Oton.

BASILISA.

¡Jesus!

VENTURA.

Sosega!

Vuelva á su luz vuestra aurora.
El color habeis perdido.

BASILISA.

¡Ay Adolfo! hacéos allá.

VENTURA.

Resucité y vivo ya :
Milagro del cielo ha sido.
Cogíme mal prevenido
La muerte, y intercesiones
De santos y de patronos
Tanto con Dios me valieron
Que á la vida me volvieron
A cumplir satisfacciones :
La muerte que desanuda
Tálamos, ha de obligarnos
Otra vez á desposarnos :
Veis aquí suelta esta duda.

BASILISA.

El cielo en mi amparo acuda.
Yo, Adolfo, mi amor no fundo
En gente del otro mundo.
Apartaos. Mi muerte espero.

VENTURA.

Un tiro espeso fué el primero...

BASILISA.

No lo seréis el segundo.
Ya os tendido... ya os apercibo
Que os vais. Aun á hablar no acierto.
Seré de un esposo muerto
Viuda, llorándole vivo.
No os llegéis, no déis motivo
A que os procure imitar.

VENTURA.

Mirad, oid.

BASILISA.

No hay que hablar :

Huyamos, turbacion mia,
Que no es para cada dia
Morir y resucitar.

(Vase.)

ESCENA VI.

VENTURA.

Ventura, ¿en qué te has metido?
¿Volverte no procurabas
A tu aldea, donde estabas.
Aunque pobre, entretenido?
Mas los grillos del amor...
La suavidad del mandar...
—¿No me supiera soltar :
—Soy rey aquí, allá pastor :
Si amar y reinar, cada uno
Disculpan una traicion,
¿Qué ha de hacer mi inclinacion,
Viéndolos juntar en uno?
Que resucité fingí :
¿Porqué atreverme no osé
A la Reina que adoré?
Necio comedido fui.
Mas si obligan las beldades
Al respeto y cortesía,
¿Qué mucho tema la mia
Sacrilégios majestades?
Reinemos á toda ley,
Y prosigamos, amor :
Que vivir siglos pastor,
Meaos es que instantes rey.

ESCENA VII.

OTON.—VENTURA.

OTON.

Ya, señor, que el sosiego
Venció mi turbacion, á esos piés llevo,
Que adoro, persuadido
A que fénix difunto y renacido,
De vos mesmo olvidado,
De la ocasion que á vuestro enojo he da-
En vos clemencia pruebo. [do,
Nuevo hombre, nuevo rey, ¡dioso nue-
La Reina, mi señora, [vo.
Del mismo modo os tiembla que os ado-
Teneisla persuadida [ra :
A que á reinar volveis de la otra vida,
Porque si así no fuera,
No hay que dudar de mi que enloque-
Viendo en tan ciego abismo [ciera,
Muerto por mí á mi rey, que reina el
VENTURA. [mismo.

Oton, ya os he avisado
Que misterios que Dios ha reservado
Para sí, no es prudencia
Querer examinarlos la experiencia.
Yo os perdoné primero :
Deservicios olvido : no severo,
Clemente sí, me inclina
A reinar quien mis pasos encamina.
A mi antigua privanza,
Oton, os restituye mi templanza.
Mucho tengo que hablaros :
A fastidios del reino dén reparos
Recreaciones honestas :
Pongan un coche, divirtamos fiestas,
Vos y yo solamente,
Libres de la lisonja pretendiente.
Lí vadmé á algun recreo,
Que mas conforme halleis á mi deseo.
(Vase.)

ESCENA VIII.

OTON.

¡Hallarme á solas á mi
El Rey, y salir conmigo
Al campo ! Si cuerdo sigo
Los recelos que temí,
Mi muerte me pronostican :
Vengarse debe querer
De mi ciego proceder.
—Mas los miedos multiplican
Gigantes, sin ocasion.
Si el Rey matarme quisiera
Aqui, ¿quién se lo impidiera?
Ya conseguí su perdon :
Resucitado, ¿quién duda
Que no ha de ser vengativo?
Miedos en vano apercibo.
En piedad rigores muda
Su nuevo orden de reinar :
Sosegáos, recelo leve.
Diceme, en fin, que le lleve
Donde pueda recrear,
Conforme su inclinacion.
Enfadados de tanto imperio :
Tambien tiene esto misterio,
Y me causa confusion.
¿Adónde le llevaré.
Cuyo apacible recreo
Se conforme á su deseo,
Si yo los suyos no sé?
¡Vive Dios ! ¿Si de Sibila
Todavía enamorado,
Después de resucitado
Pretensiones no jubila?
La muerte, si no me engaño.
Su fuego apaga al amor.
Pero no, que es sucesor
Del alma, á quien acompaña.
Hijo es de la voluntad,
Sus propiedades adquiere,

Y como el alma no muere,
Tampoco esta calidad.
Yo solo intento agradalle,
Y de sus palabras creo
Que para él no hay recreo
Como Sibila en Belvalle.
El decirlo por enimas
Lo afirma : no hay que dudar ;
Este es el modo de hablar
Que da al amor mas estimas.
No averigüemos agora
Si el suyo es hecho ó no ;
Pues como le agrade yo,
¿Qué importa...?

ESCENA IX.

BASILISA.—OTON.

BASILISA.

Oton.

OTON.

Gran señora.

BASILISA.

Yo pienso que el Rey excusa
Faltas de la voluntad
Con la extraña novedad
Que me obliga á andar confusa.
Gustaré saber de vos
Si es verdad ó fué quimera.

OTON.

El Rey, señora, me espera ;
Que hemos de salir los dos
Al campo solos : despues
Podrá mejor vuestra Alteza
Saber de mí con certeza....

BASILISA.

Esperad.

OTON.

Es tarde.

BASILISA.

Pues

¿Adónde va?

OTON.

A recrearse,

De despachos enfadado.

BASILISA.

Pues de ayer resucitado,
¿Tan presto puede enfadarse!
Y ¿qué lugar ha elegido
Para esos divertimentos?

OTON.

Penetra los pensamientos :
Si os lo digo, soy perdido.
Mándame guardar secreto :
Tiéndble, soy su vasallo.
Perdonad si el dónde os callo,
Que he de ser fiel en efeto. (Vase.)

ESCENA X.

BASILISA.

Pues ¿dónde puede el Rey ir,
Que el encubrirme lo importe,
Con Oton, y de la corte
A recrearse, y decir
Que me niegue á donde va?
¡Ay cielos ! Fingió su muerte
Porque en Sibila divierte
Penas que su amor le da.
¿Qué dudo, si sus cautelas
Conozco? Es tercero Oton
Antiguo de su aficion :
La ausencia le añade espuelas.
A Belvalle va sin duda :
Seguilde, sospechas mias,
(Alzando la voz.)
Llamadme al duque Matias.
—¿Qué tarde, cielos, se muda
Una ciega voluntad,
Cuando estorbos atropella!
Murió para mí, y sin ella
Vive, dijo la verdad. (Vase.)

ESCENA XI.

SIBILA, de viuda, con una corona de flores en la mano.

¿Qué mal divertís cuidados,
Jardín, que Flora pisa!
Mi llanto os provoca a risa,
Cristales despedazados.
Tejed al abril brocados,
Necias flores;
Que si cuadros, bastidores
De Amaltea,
Cortan al mayo librea,
¿Qué importa, pues su tributo
No da fruto,
Aunque esperanzas recrea?
Vengaréme, cuando os vea
Que me imitais en el luto.
Dejadme, rosas, dejad
Lutos á mi triste empleo:
Quedaos, flores: himeneo
Mas dichoso coronad:
Dormid, sentidos, soñad
Bienes muertos,
Que os han robado despiertos:
Lloraréis
Después lo mismo que veis,
Cuando habiendo recordado
El bien soñado,
Porque en sueños no fleis,
Perdido le suspireis
Al mismo tiempo que hallado.
(*Duérmese.*)

ESCENA XII.

VENTURA y OTON, de gala. —
SIBILA, dormida.

OTON. (*Hablando con Ventura sin haber visto á Sibila.*)

Bien sabeis vos, gran señor,
Que no hay casa de placer,
Dónde os pueda entretener
Vuestro apetito, mejor
Que la presente.

VENTURA.
Es verdad.

OTON. (*Ap.*)

¡Miren si en el punto di!

VENTURA. (*Ap.*)

Aunque en mi vida la vi,
Mi fingida majestad
Ha de conceder con todo,
Pena de echarme á perder.

OTON. (*Ap.*)

El debe de apetecer
Quedar solo, y deste modo
Solicitar resistencias
De Sibila, que, olvidado
Ya el esposo malogrado
(Si en mujeres las ausencias
Incitan á desiertos
De amores ponderativos)
Quien ausente olvida vivos,
¿Qué ha de hacer á esposos muertos?
El retirarme es cordura.

VENTURA.

Pues, Oton, ¿adónde os vais?

OTON.

Mientras solo contemplais,
Gran señor, en la hermosura
Que este jardín os ofrece,
Quiero saber si está abierta
De los estanques la puerta,
Cuyo artificio merece
Que os entretengais allí.

VENTURA.

(*Ap. Son curiosos por extremo.
Decir que lo ignoro temo.*)
Id, Oton, y hacedlo así. (*Vase Oton.*)

ESCENA XIII.

VENTURA. — BASILISA, dormida.

VENTURA.

¡Valgame Dios! ¿a qué extrañas
Cestas mi estrella me inclina!
¿Qué influencia per-grina
Me sacó de entre montañas
A reinar? ¿Qué es esto? ¿ay cielos!
Aquí duermes una mujer.
El dueño debe de ser
Desta quinta. — Sus desvelos
Aun soñando la maltratan.
Duermé, y las mejillas bellas
Bordan perlas, pues por ellas
Entre nácar se dilatan.
Nácar y perlas bien dicen
Juntos. Eulutada llora;
Mas como es viuda el Aurora,
Cuando nubes la maticen,
De su luz adornos son,
Que alientan lo natural.
El azabache y cristal
Hacen bella ostentacion
Aqui hermanados y opuestos.
¡Valgame amor, qué hermosura!
Ventura, vuestra ventura
Os va mejorando en puestos.
Adoraba á Basilisa;
Pero es en fin majestad:
Temió la desigualdad
Cuando amor daba mas prisa.
Aqui si teme, no debe:
Rey soy, puesto que fingido.
Si es viuda, no habrá ofendido
Consorte, ni seré alevé
Cuando en licitos deseos
La apetezca mi esperanza.
Trocad objetos, mudanza,
Y amad iguales empleos.
Coronada está la silla
De flores: ¿qué improporcion,
Querer usurparle accion
De quien es su maravilla!
Este es su propio lugar.
(*Toma la corona para céntrala á Sibila, y salen al paño Basilisa y Matías.*)

ESCENA XIV.

BASILISA, MATIAS. — VENTURA;
SIBILA, dormida.

BASILISA.

Duque, hallé lo que temí.
¿Veis como el Rey está aquí?

MATIAS.

Resucitó para amar
A quien de su muerte fué
Causa, por amarla tanto.

BASILISA.

Decid ahora que es santo.

MATIAS.

Que estoy soñando diré.
Confuso estoy.

(*Ventura pone á Sibila en la cabeza la corona de flores.*)

BASILISA.

¿Qué es aquello
Que en la cabeza la pone?

MATIAS.

Rosas son, con que corone,
No su virtud, su cabello.

BASILISA.

¿Su virtud no? Pues ¿por qué,
Si esta Sibila dormida?

MATIAS.

Dando causa á su venida,
Mal su fama alabaré.

BASILISA.

Escuchad, y entenderémos
Lo que dice. ¡Ay Rey injusto!

VENTURA.

Si durmiendo adora el gusto
Limitados los extremos
De tus divinos despojos,
Despertando, ¿qué han de hacer?
Morir tras enloquecer
A los rayos de tus ojos.
Tú reinarás: vive, amor,
De Basilisa olvidado.

BASILISA.

Mirad si ha resucitado,
Duque, para ser mejor.
¿Osaréis decir agora
Que viene de la otra vida,
O que es su historia fingida?

MATIAS.

No sé qué diga, señora.

VENTURA.

Por bien perdida doy yo,
Pues la libertad perdí,
La vida, siendo por ti.

MATIAS.

¿Ves que afirma, qué perdió
La vida, porque la amaba?
Luego será manifiesto
Que resucitó.

SIBILA. (*Despertando.*)

¿Qué es esto?
¡Jesus! ¿Vuestra Alteza estaba
Aqui?

VENTURA.

Sosegad, perded
El recelo: ¿qué os altera?

SIBILA.

Como la vida perdiera,
Debieraos por tal merced
El descanso que procuro.
Estaba segura yo
Creyendo á quien me juró
No verme: ¡ay, rigor perjurio,
De mi libertad! Perdida,
Pues á su palabra falta
Un rey, que en sueños asalta
Resistencias de Sibila.

VENTURA. (*Ap.*)

¡Sibila! ¡Jesus mil veces!
Tened, disimulacion,
Las riendas á la passion.
Nuevos peligros me ofrecéis,
Fortuna. ¿En qué han de parar?
Sin duda me trujo aqui
Oton, por probar así,
Cuando me llegase á hablar
Sibila, á quien nunca he visto,
Si al extrañarla podía
Descubrir la ficcion mia.

BASILISA.

No sé cómo me resisto,
Duque, que no doy mil voces.

VENTURA. (*Ap.*)

¡Escondido me ha escuchado,
El traidor disimulado!
Pues si mi engaño conoces,
Curioso registrador,
¡Buscándote, con tu muerte
Aseguraré la suerte,
Que hasta aqui me hizo favor.

SIBILA.

Ya, Adolfo, ingrato á la vida
De vuestro hermano y mi honor,
Sus agravios y mi amor
Instan que venganza pida.
Ya de Sajonia se acerca
Mi padre con la milicia
Que ha alistado su justicia,
Y vuestras ciudades cerca.

Añadid nuevos insultos
A antiguos atrevimientos;
Que el cielo, para escarmientos,
Descubre vicios ocultos;
Mas tened por cosa cierta,
Que si de vos perseguida
Me haceis agravio dormida,
Sabré vengarme despierta. (Vase.)

VENTURA.

Oton fué mi perdición,
Y contra mí el mundo altera.
Si me ha vendido, ¿qué espera,
Sabiendo quién soy, Oton?
Vive Dios, que ha de morir.

(Va á sacar la espada, y encuéntrase con la Reina y el duque Matías.)

BASILISA.

Vióme, á darme muerte viene.

VENTURA.

¡Reina, Duque....!

MATÍAS.

Valor tiene,

Señor, para resistir
Vuestro impetu acelerado
Mi brazo fiel: detenéos,
Y enfrenad leves deseos;
Pues la muerte no ha bastado,
Bien puede hacer experiencia (1),
Quien ama, de sus recelos.

BASILISA.

Decid, Duque, desengaños.
Fingid misterios extraños (A Ventura.)

Con que imputeis á los cielos
Milagrosas permisiones:
Decid que santas tuvistes,
Por cuyos ruegos volvistes
A cumplir satisfacciones;
Que mientras nuevos consejos
Con que engañar prevenís
Y quimeras persuadís,
No está mi padre tan lejos,
Que yéndome á amparar del,
No vuelva á vengar mi agravio. (Vase.)

MATÍAS.

Rey y señor, sed mas sabio,
Y el reino será mas fiel. (Vase.)

ESCENA XV.

OTON. — VENTURA.

OTON.

Señor, ¿qué alboroto es este?

VENTURA.

¡Oh cauteloso fingido!
¡Agora que me has vendido,
Pides que te manifieste
Causas de que eres autor,
Riesgos con que me amenazas?
Pues no lograrás las trazas,
Que maquinaste, traidor.
¡Vive el cielo, que á mis manos....!

OTON.

Si porque muerte te di,
Intentas vengarte así,
Y ya en los reyes son vanos
Juramentos y perdones:
Si habiendo resucitado.....

VENTURA.

¡Oh aleve! ya has escuchado
Quién soy: disimulaciones
Finges, que no han de valerte.

OTON.

Huir los impetus reales
Es hazaña en los leales. (Vase.)

ESCENA XVI.

VENTURA.

Ventura, excusad la muerte.
Ya Oton escondido vió,

(1) Verso suelto entre dos redondillas: debe saltar antes algo.

Mientras que no conocí
A Sibila, que mentí
Altezas, y aseguré
Sospechas, que á declarar
Va á la corte, ¿quién lo duda?
Presto la suerte se muda.
Si salí á representar
Reyes y ficciones mías;
Porque no pare en tragedia,
Acabe aquí la comedia,
Larga, pues duró dos días.
En Druma dejé el vestido
Grosero que conservé,
Con llave, porque dudé
Que sin él, desvanecido
Olvídara el sér que tengo.
Agatocles se templaba
Cuando los vasos miraba
Que hizo, de barro: á ser vengo
Ejemplo suyo: á buscallo
Vuelvo, pues en él se encierra
Mi dicha. ¡Ay amada sierra!
Mejor sois vos que Belvalle.
Adios, confusos engaños,
Lisonjas y cortesías:
Que si atormentan dos días
Coronas, ¿qué harán veinte años?
Guíe la ambición sin norte
Al golfo quien le desea,
Y yo en la paz de mi aldea
Burle engaños de la corte. (Vase.)

Entrada á la aldea de Ventura.

ESCENA XVII.

CORBIN, TIRSO.

TIRSO.

¡Qué lastimosa desgracia!
Mas ¿dónde, decid, tan presto
Halló Ventura, el pastor,
Vestidos de terciopelo?

CORBIN.

Sobre eso hemos porfiado;
Mas como todos sabemos
Que era Ventura atrevido,
Sospechamos, y es lo cierto,
Que héndose saltador,
Bió muerte á algun pasajero,
Y vestido de sus galas,
Le hallaron los compañeros,
Y en venganza del delito,
De la manera que os cuento,
Le echaron del monte abajo.

TIRSO.

Siendo así, no hué mal hecho;
Mas yo dudo que sea el mismo
Que decís.

CORBIN.

No dudeis de ello;
Que sacándole á la plaza,
Cercado de todo el pueblo
Después de lavado el rostro,
Desde el niño hasta el mas viejo
Juraron que era Ventura.

TIRSO.

En el nombre, no en los hechos.

CORBIN.

No ha habido quien no le lllore,
Y le acompañe al entierro
Do agora el cura le canta
El *peccantem* y el *memento*.
¡Si vierais lo que hace Clora!
Echa por la boca verbos,
Que os causaran compasión.

TIRSO.

Quisole bien, otros tiempos.

CORBIN.

Está loca.

TIRSO.

No me espanto;

Que el desdichado mancebo,
Viéndose della aborrido,
Huyó agravios y despechos.

CORBIN.

Veislos aquí donde salen.

TIRSO.

Corbin, ánimos soberbios,
Que intentan volar sin alas,
Vienen á parar en esto.

ESCENA XVIII.

CLORA, llorando, BALON. — Dichos.

CLORA.

¡Ay, el desaventurado
Ventura! yo vos he muerto:
El no casarme con vos
Vos llevó al despeñadero.
Yo vos vengaré, Ventura,
Yo me ahorcaré.

CORBIN.

¿Estás sin seso?

CLORA.

Con seso estoy y con cascos;
Mas sin Ventura, no chero
Que ninguno me conorte.

BALON.

¿No soy yo el marido vuestro?
Pues ¿porqué llorais por otro?
Eso, mujer, no es bien hecho.

CLORA.

¿No es bien hecho? Y muy rebien.
¿Quién vos mete á vos en ello?

BALON.

¡Si, ahorcáos!

CLORA.

También lo digo.

¡El mi garrido, el mi bueno,
El mi polido Ventura! (Llora.)

BALON.

¡Verá!

CLORA.

¡El mi barbi-bermejo!
¿Vos comido de las ranas?
Que las haga mal provecho
Y mala pró.

BALON.

Clora, basta,
Que tengo celera, y tengo
Tentación de sacodiros
El polvo.

CLORA.

¿Vos? Pues un muerto,
¿Qué celera os puede dar?

CORBIN.

Hija, Balon es tu dueño,
Y se queja con justicia.

CLORA.

¡Ah! ¿sí? y yo ¿con qué me quejo?

ESCENA XIX.

VENTURA. — Dichos.

VENTURA.

¡Agora sí, amada patria,
Que como quien toma puerto,
Del naufragio derrotado,
Tu tierra devoto beso!
¡Agora sí, vida dulce,
Que en vuestra paz y sosiego
Tendrán lugar los descansos!
—Mas mis serranos son estos.
¡Corbin, Balon, Clora, Tirso!

CLORA.

¡Jesus!

CORBIN.

¡San Blas!

BALON.

¡San Ciruelo!

TIRSO.
Cata la cruz.

BALON.
¡Ay de mí!

VENTURA.
Oid, ¿qué teméis?

CLORA.
Arredro.

VENTURA.
Ventura soy.

BALON.
De los diabros.

VENTURA.
Que he venido.....

BALON.
Del infierno.

VENTURA.
Escarmentado...

BALON.
Si haréis,
Si hay diabros con escarmientos.

CORBIN.
Tirso, id por agua bendita
Y avisad al cura presto,
Que conjure este nublado. (Vase.)

TIRSO.
Huye, Crora.

BALON.
Huyamos luego.

VENTURA.
Mi serrana, ingrata mía,
Detente: ¿de qué es el miedo?

CLORA.
¡San Gil! que me agarra el malo!

VENTURA. (Deteniendo á Clora.)
No tiembles, que vivo vuelvo.
(Detiénela.)

CLORA.
¡Ángel, demonio, fantasma!
Conjúrte por el credo,
Por el guisopo y la pila,
Por el mal ladrón y el bueno,
Que no tengas parte en mí!
Yo te diré, lo prometo,
Por el siglo de mi madre,
Medio real de misas... ¿medio?
Poco dije, tres cuartillos.

VENTURA.
Clora, escucha, ten sosiego.

CLORA.
Yo, Ventura, si os llamaba
No hué con hucia de veros:
Así Dios me dé salud,
Señor alma, ó señor cuerpo,
Que solo dije burlando....
Escórrome, vome al pueblo.
¡Serranos, padre, socorro!
(Sútilase y vase.)

VENTURA.
¡Válgame Dios! ¿Que tan presto,
Ausente de aquí dos días,
Me juzga el olvido muerto!
Pero si á muertos y á ídolos
Los hermana un nombre mesmo,
¿Qué me espanto? ¿Quién les dijo
Nuevas de mi muerte? ¡Cielos!
¡Allá Rey, aquí difunto!
Sepamos de tanto enredo
La ocasión. ¡Ay quietud mía!
Aquí os busco, y no os encuentro.

ACTO TERCERO.

Explanada delante de la quinta de Druma.

ESCENA PRIMERA.

BASILISA, OTON, MATIAS, LOTARIO, CABALLEROS.

BASILISA.

Tú un esposo me has muerto; tú quitaste
Segunda vez la vida á quien me ofrece
Lutos segundos, que traidor causaste
A todo el reino que sin él perece:
Con él solo en Belvalle te quedaste:
¿Qué excusas puedes dar, si no parece
Vivo ni muerto?

OTON.

Mira, gran señora...

BASILISA.

¿Qué ha de mirar sin él, quien viuda llora?

OTON.

Mire, suplico á vuestra Alteza...

BASILISA.

Miro

Que dos veces de ti se ha contado,
Y la primera (mi paciencia admiro)
Que murió por tus manos despeñado:
Miro huérfano el reino que suspiro,
Porque le miro del Sajón cercado,
Cuando del nuestro campo se retira:
Miro mis ansias, tus traiciones mira.

OTON.

Señora, aunque es verdad (yo lo confieso)
Que leal á mi patria y á mi vida, [so]
Dí á tu esposo la muerte (si fué exceso)
El darsela á un tirano fratricida;
Después que admiró á todos el suceso.
De su resurrección (cuanto creída,
Sospechosa en los cuerdos), perdonado.
De su clemencia, nunca le he agraviado.
Llévete por su gusto á la presencia
De Sibila á Belvalle, donde pudo
(No sé con qué motivo) mi obediencia
Destemplar, á no haber respeto mudo.
Halléle airado contra mi inocencia,
Y mi muerte en su acero, que desnudo
El perdón conseguido perjurar,
Si huyendo del mi vida no amparara.
Díte cuenta en la corte de su enojo,
Supimos que el Sajón entró ofendido
A hacer del reino misero despojo,
Sin admitir concierto ni partido.
Adolfo no parece, y yo recojo
La milicia bohemia, y impedido
El ímpetu sajón, le estorbo el paso:
No es justo hacer de tanta hazaña caso.
Si el Rey se ausenta en el peligro extremo
Y espíritu (cual dicen) nos engaña,
O ya resucitado (que lo temo)
Tímido salir no osa á la campaña.
¿Qué bárbaro envidioso, qué blasfemo
Contra la fe leal que me acompaña;
Me llamará agresor, de quien permíte
El cielo que en el reino resucite?

BASILISA.

Calla, bárbaro, calla; que haces cierto,
Cuanto mas te disculpas, tu castigo:
Quien confiesa á su príncipe haber muerto
Una vez, vil vasallo, falso amigo, [to]
¿Quién duda que otras mil al desacierto
De tal insulto (mis sospechas sigan),
No intentará lo que otra vez ha hecho?
Matarte quiso, luego bien sospecho.
Duque, Uberto, Lotario, los leales
No amparan iniciados los delitos:
Prendedme este traidor.

MATIAS.

Insultos reales,

Oton, no han de aguardar cargos escritos.
Rendid las armas. [los.]

OTON.

¡Para tantos males,
Cielos, eslabonáis los inauditos
Sucesos que me asombran! Tan pequeñas
Conjeturas... [ñas]

BASILISA.

Llevalde á Castel-peñas.
(Llévanle.)

Sin cabeza está el reino, caballeros,
El duque de Sajonia nos asalta,
Vuestra patria os conquistan forasteros,
Con vuestra sangre su crueldad se esmalda
De antepasados nobles, herederos [ta]:
Sois todos: si el caudillo real os falta,
Donde el ánimo sobra, poco importa:
Más el esfuerzo, que la espada, corta.
Elegid entre todos la cabeza [te]:
Que mas convenga, no que mas lo intente:
No la ambición se agravia, que es nobleza
Ceder derechos al peligro urgente:
Al consejo humilló la fortaleza
La cerviz, porque mas vale un prudente
En la guerra, que muchos atrevidos:
Aquel vencedor siempre, estos vencidos.
Volved por vuestro reino: no presume
Salir Sajonia con su loca empresa:
Llama es la libertad, no la consuma
Quien tirano quitáros la interesa.
Perdi una vez mi esposo, presa en Druma:
Segunda vez en Druma intento presa
Su pérdida llorar porque le adoro.
Venced vosotros mientras yo le lloro.
(Llora.)

(Vanse los caballeros.)

¡Ay, casa, que de placer
Te llamas! Pues contradices
Tu nombre, no te autorices
Con lo que no puedes ser.
Dos veces lloré el perder
Mi esposo en tí:
Aquí presa, viuda aquí,
Solo he sabido llorar.
¿Qué lugar
De placer es el que adquieres
Para casa de placeres,
Si eres casa de pesar?

ESCENA II.

BALON. — BASILISA.

BALON.

Si me viere de sus ojos
Mi Crora, ni los vecinos
De la fuente del Berrueco
Ni el cura viejo, ni Tirso,
Ni mi suegro, ni mi padre
Ni el conejo, ni el pollino
El rubio digo, el cerrado,
Que es mas que todo lo dicho),
Que mala landre me coma.
¡Oh borracha! ¿vos suspiros
Por otrí, viviendo yo?
¿O sí, ó no, vuestro marido?
Vos por Ventura llorando,
Y enterrado, á puros gritos
Habelle vuelto al aldea!
Justicia hay, justicia pido.
Divorcio me llamo, Crora.

BASILISA.

Tu pastor, desvelos míos,
Huyendo yo desaciertos
De un rigor en este sitio,
Me restituyó á mi bien:
¡Ay cielos! si fuese el mismo
Que segunda vez llorado,
Y ya la tercera vivo,
Alentase mi esperanza!
Mas ¡ay contentos perdidos!
Loca está quien por hallaros
Os busca entre desatinos.

BALON.
 ¿No bonda que una vez muerto
 (Después que todos le vimos
 En la gúesa), mos dijese
 En la cara que mentimos,
 Son (1) que le hagan alcalde,
 Y porque lo he contradicho,
 Me sacase á rempujones
 De só el olmo el porquerizo?
 Pues justicia hay y divorcios,
 Reve tenemos y obispo,
 Que no sofrirán alcaldes
 Muertos ó con espíritu.

BASILISA.

Pastor, serrano...

BALON.

¿Quién llama?

BASILISA.

Escucha.

BALON.

¡Por Dios, que he vido
 Un ángel de tafetan,
 Con sus sartales de vidrio!
 ¿Mas si otra pantasma huere
 Como ellotro que mos vino
 A descasar del infierno?
 Que ogaño hay, segun magino,
 Gran cosecha de pantasma.

BASILISA.

Llega, no temas.

BALON.

¡Vestidos
 Y cataduras como estas
 Por los campos y cortijos!
 No Balon, par Dios, que vien
 Del purgatero u del limbo.
 Temblando estó. ¿Aquí del reye!
 ¡San Bras! todo me presino.

BASILISA.

¿De dónde eres? ¿dónde vas?
 ¿Quién te hizo mal?

BALON.

Crora me hizo
 Trampantojos en los cascos.
 (Ap. El debe ser adivino,
 Pues pescada porque lloro.)
 Mas diga, se lo soprico:
 Si es ángel, ¿es macho ó hembra?
 Que para diablo es muy lindo.

BASILISA.

¿Hay rustiquez semjante?

BALON.

El cura una vez mos dijo
 Que el dimuño trae las patas
 De gallo, porque no quijo
 Dios que de hombre las trojese.
 (Vale á ver los piés.)

BASILISA.

Quita.

BALON.

¡San Gil sea conmigo!
 ¡Jesus! ¿Con patas redondas
 Venis? Ángel sois maldito.
 ¡Verá como son doradas!
 ¡Querreis encobrir los vicios
 De espolones y joanetes
 Con eso!

BASILISA.

Espera.

BALON.

(Ap. Me fino.)

(De rodillas.)

Si es que volveis por ell alma
 De Ventura, el que revivo
 De ayer acá, y enterrado
 Con sus resposnos y cirios,
 En la huyente del Berrueco
 Viene á espantar sus vecinos,
 Y agora le dan la vara

(1) Sino.

Bajo ell olmo, hendo cabildo;
 Yo no le resucité,
 Señor diablo, ni le he dicho
 Chus ni mus, ni tengo en ello
 Mas parte que Baldovinos.
 Si él se hué de nueso pueblo
 Porque me hicieron marido
 De Crora, y le reprochaba
 (Sin razon, tambien lo digo),
 ¿Tengo yo que ver en eso?
 ¿Despeñele yo del risco?
 ¿Echéle en el lago acaso?
 ¿Topéle yo orilla el rio?
 No huera él con salteadores.
 Ni le quitara el garrido
 Sayo y las bragas de seda
 Al que topó en el camino.
 ¿Puede her yo mas que lloralle,
 Cuando le hallamos morido
 Y ahogado? Dos padre-nuecos
 Le recé, todos compridos.
 Dos padre-nuecos ¿es barro?

BASILISA.

(Ap. ¡Válgame el cielo! ¿qué ha dicho
 Este rustico de muertos,
 De lagos, de precipicios,
 De resurreccion, de espantos,
 Que conforman con los mios,
 Y en consecuencias dudosas
 Ofuscan mas mis sentidos?
 ¿Qué de cosas se atropellan
 En mi pecho! ¿Qué de indicios
 Hallo, si imposibles todos,
 Todos de créditos dignos!)
 Escucha, pastor, sosiega:
 Mujer soy, la quinta habito
 Que ves, su dueño me llaman,
 Trajes de palacio visto:
 No temas.

BALON.

¿Ella es mujer
 Con piés de poste? ¿Oh qué lindo!
 ¿Damas hay pati-redondas?
 ¿Huego en ellas!

BASILISA.

(Ap. ¡Qué sencillo!)

Yo soy dama de la Reina.

BALON.

¿Y las patas?

BASILISA.

Añadimos
 A la pequenez del cuerpo
 Este calzado.

BALON.

¡Conmigo

Pullas!

BASILISA.

Estos son chapines.

BALON.

¡Verá! ¿que esos son chupinos?

¡Y se los pueden quitar?

A ver: veamos.

(Descálzase ella un chapin y vuélvesele á calzar.)

¡Han vido!

BASILISA.

(Ap. Asegurarle deseco
 Por ver, cielos, si averiguo
 Disparates que me asombran,
 Cuanto mas los examino.)
 ¿Tienes ya que temer?

BALON.

No;

Antes que era sabio afirmo,
 Quien, porque anduviere ménos,
 Echó por trabas ó grillos
 A la mujer esas cornias.
 ¡Ay! cual los de mi borrico
 Están herradas tambien.
 Y aun por aquezo sopimos

Que andan mujeres erradas
 Por la corte. ¡Ell artificio!
 Digo que verémos cosas...

BASILISA.

No malicies.

BALON.

No malicio.

BASILISA.

Ven acá, ¿qué muerto es ese
 Que te espanta otra vez vivo,
 Habiéndole despeñado?
 Cuéntamelo todo, dílo.

BALON.

Como digo de mi cuento,
 Ello el Ventura hué hijo...
 ¿Sabe ella quién hué su padre?

BASILISA.

No.

BALON.

Pues ni allá lo sopimos.
 Mas su madre si que hué....
 Dios me liembre en bien... Su tio
 Se llamó... No se me acuerda.

BASILISA.

Pasa adelante.

BALON.

Lorino,

Y la zagala Virena.
 Ni el mayo cuando frorido,
 Ni las rosas por la Pascua,
 Ni por el junio los guindos
 Se semejaban con ella.
 Murió de parto de un niño
 Que echó á puros rempujones.
 Pero diga: diez y cinco
 ¿No son once?

BASILISA.

Quince son.

BALON.

Pues murióse al año quinzó
 La Virena malograda,
 Que hué....

BASILISA.

¿Lloras?

BALON.

Infinito.

Como digo de mi cuento,
 El rapaz llegó de chico
 A ser grande, como todos,
 Y encima de los hocicos
 Le nacieron dos bigotes
 (La verdad, aunque le envidio)
 Como dos matas del sol.
 Salió el garzon tan garrido,
 Que se llevaba las mozas
 En el baile los domingos:
 Y hué como un pino de oro,
 Aunque nunca vi esos pinos.
 Dió en quillotrar con el cura,
 Hasta tirarse los libros,
 Tanto, que dicen que sabe
 Latin como un pajarito.
 Crora, dél enficnada,
 Le dió el disanto un pellizco,
 Y Ventura la llamó
 Diosa Berros, con que vino
 A enojarse la pastora
 De suerte, que ante testigos
 Matrimeniamos los dos.
 Hué Ventura, aborrido
 De su reproche, á la guerra:
 Encontróse en el camino
 Un palaciego, y quitóle
 Que quiso ó no, los vestidos:
 Viéronle otros pasajeros,
 Y pas (2) que con los cochinos
 Dándole de puñaladas,
 Por encubrir su delito.

(2) Pas, pas, pacs, puce, contracción de pasados de parece.

De un cerro le derrumbaron,
De donde el Ventura vino
A dar á un lago, y desde él
A sacarle muerto un río
A la orilla, do le hallamos.
Trojéronle los amigos
Al pueblo, lloramos todos,
Y en la guesa le metimos.—
Entra agora el diablo, y dice....—
Mire, apénas mos volvimos
De la igreja en cas del muerto,
Quando no sé con qué hechizos
Se mos vuelve á aparecer
Ventura, el defunto, el mismo
Que acabamos de enterrar;
No con el traje garrido
Que hurtó, si con el serrano,
Carigordo, bueno y vivo,
Porque Crora le lloraba:
¡Verá lo que hacen sospiros!
Si bondó helle la cruz,
Ni hisopalle el monacillo,
Ni cantalle el sacristán.
Ni el cura, que es un bendito,
Tiralre acetre y guisopo,
Porque en fin dardo en seguirnos,
Le hubimos de dar audencia,
Quesimos, que no quiesimos.
Dice que él jamas ha muerto,
Y se atreve á desmentirnos
En mitad de nucas barbas:
Clora, toda regocijo,
Dice que ha resucitado,
Y sus parientes y amigos
Quieren hoy sacalle alcalde,
Porque ell otro ha ya comprido.
No lo sofriré, señora,
Si maginase.... ¡Oh qué lindo!
¿Crora llorando por él?
¿Yo de un defunto sudito?
Al Reve me irá á quejar,
Y si del no huere oído,
Pediré desmatrimenios
Al Papa y al Arzobispo.

BASILISA.

(Ap. ¡Válgame el cielo! si fuese
Ese hombre.... — ¡Qué desvarios
Me obligan á acreditar
Disparates?—Mas si miro
En las señas que este ha dado....—
Pero ¿es posible que siga
Despropósitos como estos?
¡Hay caso mas inaudito?)
Pastor, oye: ese serrano,
Al difunto parecido,
¿No es rubio y blanco? ¿De talle
Mediano?

BALON.

¿Pues no la digo
Que sí?

BASILISA.

¿No es fresco de carnes?

BALON.

¿De carnes? Como un tocino.

BASILISA.

Grave....

BALON.

No le tomé á cuestas.

BASILISA.

Severo....

BALON.

¿Seis berros dijo?

No se llamaba seis berros,
Sí Ventura.

BASILISA.

En fin, ¿de un risco

Le despeñaron?

BALON.

¿Y cómo!

Pero aguarde: este sortijo

Le quité, cuando le hallamos,
Del dedo. (Da á la Reina una sortija.)

BASILISA.

¡Ay Adolfo mio!

Mis desdichas fuéron ciertas:
Tuvo; ¡ay de mí! es este anillo.—
Hola, sacad luego un coche.

BALON.

¿Coche allá!

BASILISA.

Vente conmigo,
Que yo te daré venganza.
Mas no cuentes lo que has visto
A nadie.

BALON.

Pues ¿quién es ella?

BASILISA.

La Reina soy.

BALON.

¡Jesocristo!

¿La Reinesa!

BASILISA.

Vén y calla.

BALON.

Callo y vo.—Los cochipinos
Que calza, lo semejaban.

BASILISA.

Que calles, pastor, te aviso,
O no vivirás un hora.

BALON.

¿Yo? Mi boca es colodrillo.

BASILISA.

¡Ay temores! Si en verdades
Os convierto, no hay castigos
Que igualen á tanto engaño.—
¿Callarás?

BALON.

Lo dicho dicho. (Vanse.)

Sala de la casa de Villa en el pueblo de Ventura.

ESCENA III.

VENTURA, de pastor, con vara y con
traje como los demas pastores; COR-
BIN, TIRSO, CLORA y ALDEANOS,
sentados como en concejo.

VENTURA.

Habéis dado en porfiar
Que, pues he resucitado
(Lo que yo siempre he negado),
Os tengo de gobernar
Y ser por ogaño alcalde:
¿Qué he de hacer! Sentemonós.

CORBIN.

Rey, Ventura, os haga Dios:
El palo os dan, empuñalde;
Que con él me pareceis
Un gigante Gordolias.

VENTURA.

¿No se suele en estos dias
Dar colacion?

CORBIN.

Ya lo veis,
Tostones y cañamones,
Y vino hasta reventar.

VENTURA.

Yo confites he de dar,
Dátiles y canelones.

TIRSO.

Esos son para bautizos.

VENTURA.

Y para estotro.

CLORA.

Asentá que mos los dén.

CORBIN.

Vos tenés tales hechizos,

Que en todo sois extremado.

TIRSO.

Vase á poner la taberna
Y la tienda: el que gobierna
Tiene de darla cuidado
A quien mas por ella puja.

VENTURA.

A mí me da pesadumbre
El seguir esa costumbre.

CORBIN.

En cien ducados la empuja
Lariso.

TIRSO.

Buenos.

CLORA.

Rebuenos.

VENTURA.

Hurtará si la llevare,
Pues al paso que él pujare,
Llevará el que compre ménos.
De balde se la he de dar.

CORBIN.

¿Cómo?

VENTURA.

Esto ha de ser así.
Mas si hurta un maravedí,
Luego le tengo de ahorcar.

TIRSO.

¡Oh! viene dell otro mundo.

CORBIN.

Y la taberna ¿tambien...?

VENTURA.

A Fileno se la dén
De balde, en esto me fundo;
Mas no vivirá seguro
Si lo agua....

TIRSO.

Ansí lo heis de her.

VENTURA.

Que ha mucho que deseo ver
La verdad y el vino puro.
Encima la sepultura,
Donde todos afirmastes
Que ayer tarde me enterrastes,
(No sé yo con qué cordura)
Se haga á costa del concejo
Un sepulcro majestuoso
De mármoles, tan curioso,
Que desde el niño hasta el viejo
Le admiren.

CORBIN.

¿Y quién le hará?

VENTURA.

Maestros la corte tiene
Famosos: esto conviene.
Partirás Tirso allá,
Y sin reparar en precios,
Del mejor hará eleccion;
Que en fin tiene discrecion (1),
Aunque les pese á los necios.

CORBIN.

¿Pues porqué se ha de gastar
A nuesa costa, deci,
En eso?

VENTURA.

Si para mí
Se hace, quiérome honrar
A mí mismo; que esta es ley
Que los cuerdos procuraron:
Y pues vivo me enterraron,
Haced cuenta que es el Rey
El que murió, y que me fundo
En algo.

CORBIN.

¿Cómo podemos....?

(1): Alabanza del autor á sí propio, ó defensa tal vez, porque mas abajo dice por boca de Ventura: que se quiere honrar á sí mismo; que esta es ley de cuerdos.

VENTURA.
¿Qué es esto? Callad.
TIRSO.
Callemos,
Que viene dell otro mundo.

ESCENA IV.

BASILISA, BALON. — Dichos.

BASILISA. (Dentro.)
Todos se queden afuera:
Ninguno entre aquí conmigo.

CORBIN.
Gente vien.

CLORA.
Tambien lo digo.

VENTURA.
Mirad si es quistion.

TIRSO.
Espera.
(*Salen Basilisa y Balon: levántanse todos.*)

BALON. (Ap.)
Agora que la Reinesa
Vien al pueblo, verá Crora
Por quién canta, ó por quién llora,
Y volveráse á la guesa
Ventura.

VENTURA. (Ap.)
¿Ay cielos! perdido
Soy: descubrióse mi engaño.
BASILISA. (A los aldeanos.)
Sosegáos. (*Ap. mirando á Ventura.*)

¿Portento extraño!
¿Hay hombre mas parecido
A Adolfo? ¿Valgame Dios!
De velle pastor me pesa.

CLORA. (A Balon.)
¿La Reinesa?

BALON.
La Reinesa.
CLORA.
Te rogamos, audi nos. (De rodillas.)
Dadmos, señora, las patas.

BALON.
No son esas, mas arriba
Están.

VENTURA. (Arrodillándose.)
El pueblo reciba
En su amparo.

BALON.
Son zapatas

Reinesas.
VENTURA.

Nuevos vecinos
Y el concejo....
BALON. (A su mujer.)

Están pintados
Con oro aquestos calzados,
Y se llaman cuchopinos.

BASILISA.
Alzad del suelo. ¿Sois vos
El alcalde del lugar?

VENTURA.
Acábanme de envayar
Agora.

BASILISA. (Ap.)
¿Piadoso Dios!
¿Sueño? ¿he salido de mí?

VENTURA. (Ap.)
¿Ay cielos! desfigúradme
Las facciones, ó sacadme
Del golfo en que me metí.

BASILISA.
Todos se salgan allá;
Quedáos aquí, Alcalde, vos.

CORBIN.
Pues ¿hanse visto los dos?

TIRSO.
¿Quién lo sabe? Ello dirá.
VENTURA. (Ap.)
Conocióme, aquí fenece,
Ventura, vuestra ventura.
(*Vanse los aldeanos.*)

ESCENA V.

BASILISA, VENTURA.

BASILISA.
Rústico, di: ¿qué locura....?
(*Ap. ¿Ay cielos! que se parece
Tanto á mi Adolfo, que dudo
Reprenderle.*) Di, traidor,
¿Qué desatino, qué error
Darte atrevimiento pudo,
Siendo un mísero vasallo,
A engañar mi corte así?

VENTURA.
Si es porque hogaño admetí
El oficio, ¿hay son dejallo?

BASILISA.
No disimules, alevé;
Que obligándome á dar voces,
Te conozco y me conoces.
Sin duda que en ti se debe
De encerrar algun hechizo.
¿Quién pudo en tiempo tan poco
Decirte, bárbaro loco,
Tanto secreto? ¿Quién te hizo
Rey, de villano? ¿Qué encanto
Pudo, para darme enojos,
Dulce prenda de mis ojos....?

—Digo, traidor.... (*Ap. ¿Cielo santo!
Las palabras se me van
Tras el alma y corazon.*)
¿Habrá para tal traicion
Castigos? ¿Satisfarán
Crueldades atrevimientos
Tan grandes de tu osadía?
—Adolfo del alma mía....
Digo, traidor.... (*Ap. Pensamientos,
Reprimiros quiero en halde:
No useis mal de mi poder,
Que lo echamos á perder.
Ó reprendelde, ó dejalde.*)

VENTURA.
(*Ap. Mi semejanza la obliga
A desmentir lo que sabe:
Mira tierna, riñe grave,
Y haciendo favor castiga.
Animo, pues, esperanza.
Descaminad certidumbres
Pues contra indicios vislumbres
Me ayuda la semejanza.*)
Basta, hermoso dueño mio;
Que si pastor os provocho
A enojos....

BASILISA.
¿Hombre! ¿estás loco?

VENTURA.
La cordura es desvario
En vuestra preseñencia hermosa.

BASILISA.
Villano, si voces doy....

VENTURA.
Ea pues, paso, que soy
Adolfo.

BASILISA.
¿Quién?

VENTURA.
Yo.
BASILISA.
¿Hay tal cosa!

¿Que se atreva á persuadir
Desatinos semejantes,
Cuando hasta estos ignorantes
Le tienen de desmentir!
Bárbaro, tú, ¿no te nombras

Ventura*

VENTURA.
Desde que os vi,
Me llamo, mi bien, así.
BASILISA.
¿Qué confusiones, qué sombras
Me intentan quitar el seso?
¿No es tu patria este lugar?

VENTURA.
Quiéroyo desengañar,
Y cuando quien soy confieso,
Vuestro incrédulo desden
A que lo encubra me avisa:
Señales son, Basilisa,
De que no me quereis bien.

BASILISA.
Tenme, atrevido, respeto.

VENTURA.
Yo á mi esposa digo amores.

BASILISA.
¿Yo tu esposa? ¿Hola, pastores!

VENTURA.
Descubrid, Reina, el secreto,
Que Dios quiere que esté oculto:
Llamad gente que me dé
Muerte por vos; que yo sé
Que el cielo de tanto insulto
Se sabrá satisfacer.

ESCENA VI.

BALON, CLORA, ALDEANOS. — **BASILISA, VENTURA.**

BALON.
¿Nos llama su Reinería?

BASILISA.
(*Ap. ¿Qué he de hacer, confusion mia?
Pensamientos ¿qué he de hacer?!*)
¿Hola! ¿qué quereis?

CLORA.
¿No acaba
De llamarnos su Reinería?

BASILISA.
¿Yo? (*A Ventura.*)
Echaldos.

CLORA.
Señor Ventura,
Con ménos cólera.

VENTURA.
Acaba.

BASILISA.
Ea, no nos deis molestias,
Dejadnos aquí á los dos.

VENTURA.
Idos pues.

BALON.
¿Valgamos Dios!
Íránse, que no son bestias.
(*Vanse los aldeanos.*)

ESCENA VII.

BASILISA, VENTURA.

BASILISA.
¿Podrás ya disimular
Cautelas? De todos eres
Conocido aquí: ¿qué quieres
De tanto engaño sacar?
¿No sé yo que mató Oton
A mi Adolfo despeñado?
¿No sé yo que aquí enterrado
Desbarata tu traicion?
Prenda suya fué este anillo,
Que cuando muerto le hallaron,
Los pastores le quitaron:
No puedes contradécillo.
Incognito fué tu padre,
Que vil hasta en esto fuiste;

De una pastora naciste,
Mira, ; cuán noble es tu madre!
No hay satisfacerme en esto,
Pues sabes que lo estoy ya;
La dificultad esta
En saber, cómo tan presto
Penetraste los secretos
Que á todos has revelado.
Ya yo sé que has estudiado,
Y sé tambien los efectos
De las ciencias prohibidas.
; Villano embelecador,
Hechicero, encantador
Eres sin duda! Mil vidas
Que tengas, he de quitarte.

VENTURA.

Si pudiera yo decirte
La verdad; si persuadirte,
Señora, y desengañarte,
Oyeras diversamente
De mi agraviada opinion
La cuerda satisfaccion;
Mas por la deidad clemente
Que adoramos, por los cielos
Que injurias, cuando de mí
Piensas mal, que jamas di
Ocasión á mis desvelos,
Ocupándolos en artes
Ilícitas.

BASILISA.

¿De qué modo,
Dí pues, lo adivinas todo,
Y asistes en tantas partes?

VENTURA.

Eso es lo que no permite
Que yo te declare, Dios.

BASILISA.

¿No estamos solos los dos?

VENTURA.

Sí, pero el tiempo no admite
Revelaciones agora,
Que al reino encubrir procura.

BASILISA.

¿Eres Adolfo ó Ventura?

VENTURA.

Uno y otro soy, señora.

BASILISA.

Eso, ¿cómo puede ser?

VENTURA.

Soy Adolfo, pues acierto
Secretos que ha descubierto,
Y él solo puede saber:
Soy Ventura, pues aquí
Me tienen todos por tal:
Pastor, pues visto sayal;
Rey, pues púrpuras vestí.
Si por este me recibe
Quien su esposo me llamó,
Ya Ventura se murió:
Solo Adolfo es el que vive.
Mas si tu discurso incierto
Con esto no se asegura,
Yo soy pastor, yo Ventura;
Que Adolfo descansa muerto.
Uno de los dos está
En ese templo enterrado:
O es Ventura transformado
En Rey, ó Adolfo será:
Al otro tienes presente.
Tu confusion le amenaza:
O Adolfo en mí se disfraza
Con este traje indecente,
O Ventura en mí es pastor:
Determinate á escoger,
Que yo aquel solo he de ser
Que te estuviere mejor.

BASILISA.

(Ap.) Si Adolfo trocó el vestido
Con aquel Ventura extraño,

Y á Oton deslumbró su engaño,
Creyendo que era el fingido;
Bien pudo salir con él,
Yendo de noche á Belvalle,
Darle muerte y despenalle.
(¿Hay confusion mas cruel?
Esto es cierto.) ; Esposo mío!
(Abrazale.)

Mi bien, mi dueño sois vos.

—Tente, hombre. (Ap. Válgame Dios!

Confundiéndose.)

¿Para qué habia de trocar
Con un villano mi esposo
Traje y reino?—Es ingenioso
Házielo por probar
La lealtad del falso Oton.

—Pero despues de sabida,

¿Por qué le dejó con vida?

—Por aguardar ocasion,

Para mejor castigalle.

¿Qué hay en esto que dudar?

¿No le pretendió matar

En el jardín de Belvalle?

Sí. Luego el muerto es Ventura,

Y el vivo Adolfo. Mas no,

Que este en la corte juró,

Abierta la sepultura

De Primislao, inocencias,

Que para verificarse.

A Ventura han de aplicarse.

¿Ay confusas experiencias!

Ventura es. — Pero tampoco,

Porque si Ventura fuera,

¿Cómo secretos supiera

Tan grandes. ; Discurso loco!

Un rústico aquí criado,

¿Puede afectar gravedad,

Representar majestad,

Hablar razones de estado?

Pero si estudió, ¿qué mucho?)

Acaba, descenmaraña

Tela, pastor, tan extraña.

VENTURA.

Yo, Reina, mientras no escucho

Qué es lo que gustes que sea,

He de encubrirlo: esto es llano.

BASILISA.

Pues tu sér ¿está en mi mano?

¿Dependes tú de mi idea?

VENTURA.

Lo dicho dicho.

BASILISA.

Ahora bien,

Ya el Rey seas, ya Ventura,

El de Sajonia procura

A Bohemia: si se ven

Sin capitan los soldados,

Desconformes y vencidos

Todo es uno; mas si unidos,

Por pocos y desarmados

Que salgan, su patria y ley

Defenderán, ¿quién lo duda?

Al mayor peligro acuda

El menor: si eres su rey,

Cobarde fuiste en dejellos,

Infame fué tu temor:

Vuelve á reparar tu honor,

Sal á amparar tus vasallos;

Y si por verte villano,

Tu humilde naturaleza

Te inclinó á tanta vileza,

El remedio está en la mano.

Desniente mi sospechosa

Duda, sal contra el sajón:

Quedarás con la opinion

Que tu fortuna ambiciosa

Pretende. Ya pastor seas,

Ya Rey, la ocasión te llama

Para ennoblecér tu fama:

Vence, si el reino deseas.

Engaños no alcanzan gloria:

Del esfuerzo el valor nace:
Pruébale aquí.

VENTURA.

Que me place.

Yo volveré con victoria,
Reina hermosa, ó volveré
Sin vida.

BASILISA.

Ya me parecen
Mi Adolfo, ya desvaneces
Las dudas que sospeché.
Parte luego.

VENTURA.

A los pastores
Les diré que me has mandado
Acompañarte.

BASILISA.

En cuidado

Te he puesto.

VENTURA.

Serán menores
Viendo que en fin te he servido.

BASILISA.

En Druma, donde primero
Te admiré pastor, te espero.

VENTURA.

Voy pues á mudar vestidos.

BASILISA.

En fin, ¿nuestra enigma oscura
Se queda así.

VENTURA.

Y es razon.
Adolfo soy, si al sajón
Vengo.....

BASILISA.

¿Y si no?

VENTURA.

Ni aun Ventura. (Vanse.)

Salon del palacio de Praga.

ESCENA VIII.

MATIAS, LOTARIO, UBERTO, CABA-

LLEROS.

LOTARIO.

Yo, Duques, no obedezco
A quien me usurpa el cargo que merezco
De la Reina soy primo, [co.
Y como tal, despues del Rey, me estimo
Mas digno del gobierno.

UBERTO.

Grande del Reino soy; renombre eterno
Ganaron mis pasados,
En la paz y en la guerra celebrados:
No he de ser ménos que ellos.
Este cargo me toca.

LOTARIO.

Parecellos

Es bien en la templanza.
Si te inclina á valor su semejanza,
No intentes ambicioso
Lo que á mí me compete por brioso.

MATIAS.

Yo con accion mas justa
Que quien amotinar el Reino gusta,
Pudiera gobernaros,
Si no juzgara á infamia el imitaros.
Gozad el cargo á dias.

LOTARIO.

Soy contento.

UBERTO.

Yo sé, duque Matias
Que convenis conmigo
Por la razon que tengo; pero sigo
Ese medio discreto.
Tocándome este dia, yo le aceto.

LOTARIO.

Eso no, á mí me toca
El primero gobierno.

MATÍAS.

Ya provoca

MI ánimo modesto [es esto?
Vuestra ambicion, de modo... Mas ¿que

ESCENA IX.

OTON. — DICHOS.

OTON.

El quebrantar la prision
Por remediar apreturas
Del Reino, que ya seguras
Se previenen, no es traicion;
Si lealtad, si noble hazaña.
Bohemos, Adolfo es muerto,
Nieguelo ó no el desconcierto
De quien tingido os engaña.
Legítimo sucesor
Teneis, si bien ignorante
De ventura semejante,
Que ha de admiraros: pastor
Es, hijo de Sigismundo,
Como tesoro, eugendrado
En un monte, que ha guardado
Para que conquiste el mundo
Mis prisiones quebranté,
Porque violencias temí
De quien lealtades ausí
(Cuando del reino quité
Un tirano fraticida)
Premia, y de noche, amparado
De tinieblas, disfrazado,
Para defender mi vida
Entré en mi casa secreto,
Previniéndome de cosas,
Para mi fuga forzosa,
Y hallé....; Milagro en efecto
¿Cómo el cielo nos ampara!
Entre papeles doblados,
Por supérfluos olvidados,
¡Ay cielos! ¿quién los mirara
(Saca un papel.)

Primero! aquesta instruccion,
Que á mi padre la confianza
De su lealtad y privanza
Dió Sigismundo, blason
De reyes: mándale en ella
Que con el cuerdo recato
Que pide el caso, el retrato
De su amor, su imagen bella
Conserve, que entre sayales
Vive, sin saber quién es.
La deidad cuyo interes
No guarda respetos reales,
Le obligó, saliendo á caza.
Que de una serrana hermosa
(La ocasion es poderosa)
Se enamorase de traza,
Que sin decir la quien era,
La dejase sucesion
Digna en fin de su aficion.
Si mi padre no muriera
Tan presto, ó su enfermedad
El discurso le dejara
Libre, poco se ocultara
En un monte esta verdad.
Murió en fin, permitió el cielo
Que yo encontrase con ella:
Virena, rústica bella.
Ha satisfecho el recelo
En que estamos: ella fué
Madre, que un rey nos dejó,
Y aunque de parto murió,
Segun de su patria sé,
Viva en su hijo ha quedado.
Encubierto al pueblo fui,
Que dista poco de aqui;
Y con secreto informado
De sus mas antiguas ranas,
Sé que se llama Ventura
El que la nuestra asegura.
Cuyas partes, no villanas,

Sino reales, encarecen.
En balde el tiempo os ocupo.
No se yo cómo lo supo
La Reina: poco obscurecen
Nubes los rayos de Febo.
Partió Basilisa al punto
Por él, y halló en su trasunto
Otro Sigismundo nuevo.
Llévosele en fin consigo,
Y en Oruma con ella está.
Bohemos, Rey teneis ya.
Este papel sea testigo
De vuestra dicha, este sello,
Esta letra y firma real:
Ved agora si es leal
Oton, ved si, vuestro cuello
Libre del yugo pesado
Que vengativo os quité,
Con tal principe podré
Ganar blason celebrado.

MATÍAS.

Si Adolfo es muerto, y tenemos
Generoso sucesor
De Sigismundo, el temor
En noble ánimo troquemos.

LOTARIO.

¿Cómo se llama?

OTON.

Ventura.

MATÍAS.

Si con el nombre asegura
La suya, ¡feliz pastor!
(Quieren irse, y ádeles al encuentro
Ventura, de rey, en cuerpo, con baston.)

ESCENA X.

VENTURA. — DICHOS.

VENTURA.

¿Qué es esto, duque Matías?
¿Cómo, Oton, Lotario, Uberto
Porqué segunda vez muerto
Me juzgastes? En dos dias
Titubea la lealtad
Que á vuestra patria se debe,
Cuando Sajonia se atreve
A cercar nuestra ciudad!
Salí, ausente, con la prueba
De vuestra mudable fe:
Lo que tratábades sé:
Prevenisme traicion nueva.
¡Ay libertad de los hombres!
—El enemigo nos llama.
Parientes: solo en la fama
Se ganan honrosos nombres
Conseguidos. Vivo estoy:
A ellos, nobles bohemos;
Que vencidos los tenemos,
Pues yo con vosotros voy.
Dios á esto me ha traído.
¿Qué temeis? Acometamos.

MATÍAS.

Oton, siempre que te damos
Crédito, nos has vendido.
¿Que era muerto no decias?

UBERTO.

Vivo Adolfo, ¿no es traidor
Quien antepone un pastor
A su Rey?

VENTURA.

Duque Matías,
Parientes, muera Sajonia.
¡San Jorge, á ellos!
(Sacar las espadas.)

OTON. (Ap.)

No sé
Si dentro á mi pecho dé
Su confusion Babilonia.

VENTURA.

En esta accion sola estriha
La fama que eterna dura.
Conmigo va la ventura.

MATÍAS.

¡Viva Adolfo!

TODOS.

¡Adolfo viva!

(Tocan cajas y entranse.)

Sala en la quinta de Oruma.

ESCENA XI.

BASILISA, BALON.

BASILISA.

¿No me servirás tú á mí?

BALON.

Eso, par Dios, de buen grado;
Que otra vez con amo he estado
Tres veces y me salí.
Y ¿en qué oficio? que no he sido
Yo aprendiz.

BASILISA.

A tu eleccion.

BALON.

¿Tullicion? ¡Huego!

BASILISA. (Ap.)

Sazon

Tiene el simple.

BALON.

¿Yo tullido?

¡Mal año!

BASILISA.

Digo que escojas
Oficio á tu voluntad.

BALON.

Yo, si va á decir verdad,
Sin andar por ramas ni hojas,
Fui en mi pueblo porquerizo:
¿Tien ella cochinos?

BASILISA.

No.

ESCENA XII.

CLORA, TIRSO, CORBIN. — BASILISA, BALON.

BASILISA.

¿Qué gente es esta?

BALON.

¡Verá!

Son Crora, Tirso y mi suegro.
Par Dios, que en vellos me alegro.

BASILISA.

Pues ¿á qué venis acá?

CORBIN.

Señora, dijeronmós
Que, sin herle mas proceso,
Se trujo all alcalde preso.

BASILISA.

¿Yo?

CLORA.

Por las pragas de Dios,
Que queda desenvarado
El pueblo: sueltemoslé,
Que Ventura jamas hué,
Ni moro, ni sentenciado,
Ni ladron, ni tabernero.

BALON.

¿Porqué heis por él de rogar.
Crora? ¿Quereis apostar
Si me aburro.....?

CLORA.

Porque chero.

TIRSO.

¿No mos hará esta mercé?

BASILISA.

Sí, pastores, suelto está.

CLORA.

¿Suelto?

BASILISA.

A veros volverá

Presto.

CLORA.

¿A vermos? ¿Por su fe?

ESCENA XIII.

MATIAS, UBERTO, LOTARIO Y SOLDADOS, marchando; detras Ventura, de rey, trayendo de la mano a Sibila. — Dichos.

VENTURA.
Si consiste en mi victoria
Ser yo Adolfo, prenda cara,
Victorioso Adolfo vuelve
Del Sajon, por vuestra causa.
Vos me distes osadia:
El buyó, desbaratadas
Sus gentes; Bohemia queda
Libre de enemigas armas.
Sibila esta á vuestros piés:
Si hasta aqui nombre de hermana
Tuvo, goce agora el de hija:
Pidenola el duque de Austria.
Señora sois deste reino,
Padres á los dos nos llama:
En fe que sois generosa,
Como merece, dotada.
Premiad estos caballeros.
Pues son dignas sus hazañas
De honrosos cargos en vida,
En muerte, de eterna fama:
Y dadme esos piés á mi.

BASILISA.
Señor, ¡humildad vos tanta!
¿No sois vos mi rey y esposo?
Ya yo estoy desengañada:
Desmentistes mis sospechas. —
Mis brazos, Sibila, aguardan
Los vuestros: goceis mil siglos
El dueño que esposa os llama. —
Yo os premiaré, caballeros.
(*Pónense los aldeanos á hablar aparte.*)

BALON.
¿Y vos, Crora?
CLORA.
Estó embobada.
Balon, este ¿no es Ventura?

BALON.
Seméjasele en la cara.
CLORA.
Pues ¿quién diabros le hizo rey?
BALON.
Los cuchipinos, que encantan.

CORBIN.
Tirso, ¿heis visto tal soceso?
TIRSO.
Si salgo desta maraña,
He de her una comedia (1).
CORBIN.
A vos nunca os faltan trazas (2).
TIRSO.
No las hurto como algunos (3),
Que á la postre se silbatan.
VENTURA.
Caballeros de Bohemia,
Abora que restaurada
Vuestra tierra, victorioso,
Inmortalizais mi fama:
Agora que sin las dudas
Que tuvistes, me dais gracias
Por vencedor, por Adolfo,
Manso en paz, severo en armas;
Os desengañó: yo soy
Nacido en esta montaña,
De un padre no conocido.
De una rustica serrana.
Mi nombre solo es Ventura,
Con mi dicha confirmada.
Libros el caudal que precio,
Mi palacio una cabaña.
Murio vuestro rey Adolfo,
Y en el sepulcro descansa
Del templo de aquea aldea:
Engañóos su semejanza.
Por varios sucesos supe
Secretos con que lograrla:
Quédense para despues,
que agora es historia larga.
Si la victoria presente,
La fe con que os desengaña
Merece estimas y premios,
Ocasión teneis, premialda
Con dejarme que en paz goce
El sosiego de mi patria.
Libros quiero, no diademas;
Humildades, no arrogancias;
Quietud busco, no desvelos.
No tronos: chozas me bastan.
Merezca yo esta merced.

MATIAS. (De rodillas.)
Antes humilde á tus plantas

(1) (2) (3) Vuelve Tirso á hablar por Tellez.

Todo el reino, sucesor
Del Rey difunto te aclama
Por ser hermano de Adolfo (4).

VENTURA.
¿Cómo es eso?
OTON.
Démos gracias
A esta firma y este sello
En que tu padre declara
Que si te parió Virena,
Es imperial tu prosapia.
Hijo eres de Sigismundo.

VENTURA.
¡Válgame el cielo!
BASILISA.
¿Qué extrañas
Dichas satisfacen penas,
Y dudas desenmarañan?
Hermano del alma mia!

VENTURA.
Mi esposa, si no mi hermana,
Sereis, si dispensaciones:
Amor tan honesto enlazan.
En dote doy á Sibila
Veinte villas: á mi patria
Hago ciudad desde agora:
Yo procuraré poblarla.
A Oton perdono, atrevido,
Si celoso en la venganza
De Primislao, y á vos, Duque,
Conde os hago de Peñalva.
A vosotros dos marqueses.

BALON.
¿Y á nosotros?
VENTURA.
La comarca
De mi aldea, por diez leguas
Repartidas los tres.

TIRSO.
Bastan.
VENTURA.
Labraré á Adolfo un sepulcro,
Con que se olvide el de Caria:
Daréle gracias á Dios.
Como al senado alabanzas,
Si aplaudiendo este suceso,
Dice que cumplió en su traza
La Ventura con el nombre
Tirso, y perdonais sus faltas.

(4) Suplido.

EN MADRID Y EN UNA CASA.

PERSONAS.

DON GABRIEL.
DON GONZALO.
DON PEDRO.
DOÑA MANUELA.
DON LUIS.

DOÑA LEONOR.
DON JUAN.
NUÑEZ, *escudero*.
ORTIZ, *dueña*.
MAJUELO, *gracioso*.

GUZMAN. { *Criados*.
PACHECO. {
DOS CORTESANOS.
GENTE DEL PUEBLO.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Inmediaciones de la ermita de San Blas.

ESCENA PRIMERA.

DON GABRIEL y MAJUELO, *de camino*.

DON GABRIEL.

Yo sé que este casamiento
Mis sosiegos encamina,
Y que Doña Serafina
Tiene igual merecimiento
Al de un título.

MAJUELO.

Tendrá,
Que es hija de Don Andres
De Silva, y el interes
De su dote obligará
Todo principal respeto.
Pero ; sin haberla visto
Aceptarla ! Vive Cristo,
Que es necesidad del discreto
La que hiciste.

DON GABRIEL.

Cortesías

De su padre me obligaron
(Que al noble siempre prendaron
El cariño), los seis días
Que en su casa huésped fui.

MAJUELO.

¿Y en seis días no podía
Permitirte el que se viera
Esta dama duende ?

DON GABRIEL.

Sí,

Pero asiste en el colegio
De las doncellas, aquel
Que dió celestial laurel
A su dueño, y privilegio
A la sangre bien nacida
Que en él abona su empleo.

MAJUELO.

El cardenal Siliceo
Le fundó, cosa es sabida :
Juventudes guarda bellas,
Que en tiempo de Mauregato
Cumplieran con el contrato
De las tales cien doncellas
Que afrontaron á Leon ;
Mas ya no hay desos metales,
Porque doncellas y reales
Se nos vuelven en vellón.

DON GABRIEL.

Maliciosos como tú
Satirizan opiniones
Dignas de honrosos blasones.

MAJUELO.

Aunque vengan del Pirú

Virguales intereses,
Hallarlos es maravilla ;
Pues despues que hay en Castilla
Barbirubios ginoveses,
Dicen que es cosa tan rara,
Que no se ha de hallar en ella
Un doblón ni una doncella
Por un ojo de la cara.

DON GABRIEL.

Mientes tú, y mienten tambien
Los que eclipsando noblezas,
Se atreven á mil bellezas,
Dignas que lauros las den
Mas que las que celebraron
Historias en bronce escritas.
En España hay infinitas
Que la opinion heredaron
De las que en el siglo de oro
Blasonan eternidad.
¿ Negará tu necesidad,
En ofensa del decoro
De España, esta certidumbre ?

MAJUELO.

Pregúntaselo á Madrid,
Que hay quien niegue que hubo Cid,
Dando á Burgos pesadumbre.
Ha llegado la arrogancia
De un coronista sin seso
A negar que estuvo preso
En Castilla el rey de Francia :
¿ Y te causa admiracion
Negar yo, si no lo viste,
Una cosa que consiste
En no mas de la opinion ?
Plinio afirma con certeza
(Deja que ejemplos elija)
Que siempre la lagartija
Tiene dolor de cabeza,
Y que las veces que mira
Al hombre, cesa el dolor.
¿ Dónde estudió tal autor
Tan prodigiosa mentira ?
¿ Dijoselo alguna dellas ?
De la fenix ; quién no escribe
Que un siglo en Arabia vive,
Y que de fragancias bellas
Construye pira, y siendo una,
A un tiempo muere y renace,
Y eternizándose, hace
Del mismo sepulcro cuna ?
Pero dime tú de alguno
Que de que la vió se alabe :
Que la hay, cualquiera lo sabe,
Aunque en la experiencia, ayuno.
Pues lo mismo afirmo yo
De nuestras finezas bellas :
Todos dicen que hay doncellas ;
Pero ninguno las vió
Bien dicen que el Tajo hechiza
A quien beberle apetece,
Que á los hombres entontece,

Y á las hembras sutiliza ;
Y probar contigo puedo
Que á tu patria fuiste ingrato,
En Sevilla celibato,
Y ya casado en Toledo.

DON GABRIEL.

Hasta ahora no lo estoy ;
Don Andres es generoso ;
Dote ofrece caudaloso
Con Serafina ; no soy
Tan rico que el desello
Me esté bien : desperdicié
Mi patrimonio, y quedé
Otro hijo pródigo ; hallo
Nobleza, virtud y hacienda
Juntas en una mujer ;
El pobre no ha de escoger ;
Al amor pintan con venda
En prueba de estar desnudo ;
Y digo yo que será
Porque en fe que pobre está,
Ciego admite, otorga mudo.
Mira, Majuelo, en la China
Es costumbre el apartar,
Cuando las quieren casar,
Las doncellas. ; Peregrina
Nacion en todas sus cosas !
Crérásme cuando lo leas.
Ponen á las ricas feas
A un lado, y á las hermosas
A otro, aunque sea su herencia
De caudal y estimacion :
Llegan luego los que son
De mas lustre y preminencia ;
Y escogiendo cada cual
La hermosa que mas le abraza,
Sin tener dote se casa
Con ella, por ser igual
La hermosura á la riqueza.
Y despues que las hermosas
Son de los nobles esposas,
Reparten en la pobreza
De los otros las no tales ;
Y dautas (que es medio sabio
Para no hacerles agravio,
Y desposarlos iguales)
Los dotes de las hermosas ;
De suerte que á mas fealdad,
Añaden mas cantidad,
Y todas vuelven gustosas.
Pobre soy : cuando me vea
Como en la China casado,
Podré vivir consolado ;
Que rica no hay mujer fea.

MAJUELO.

¿ Y si de tus pretensiones
Esta vez salieses bien ?

DON GABRIEL.

¿ Qué esperas tú que me den
Por papeles y borrones,
Despues que mi padre es muerto,

Que en Flándes al Rey sirvió,
Y esta herencia me dejó?

MAJUELO.

Así dijo un hombre tuerto,
Que en la guerra le dejaron
Viudo de un ojo: pedía
A un príncipe, á quien servía,
Una bandera: pasaron
Meses y años sin que del
Se doliese, aunque premiaban
Otros muchos, que llevaban
Mas favores que papel:
Gastó su pobre caudal,
Y á vueltas dél la paciencia:
Alcanzó una vez licencia,
Y dándole un memorial,
Dijo: Señor, ¿quién pensara
Que á venderse la bandera
Que pido, no se me diera
Por un ojo de la cara?
Estaba yo consolado
De saber ¡qué necio antojo!
Que se compraban á ojo,
Viendo que uno me ha costado;
Mas, pues en fin se me veda,
Déme, si premiarme trata,
Un real para otro de plata,
Y ojo al ojo que me queda.

ESCENA II.

DOS CORTESANOS. — DON GABRIEL,
MAJUELO.

CORTESANO PRIMERO.

Los Reyes y su hijo hermoso
¿Son estos?

CORTESANO SEGUNDO.

Cada año vienen
A San Blas, con que entretienen
Deste lugar populoso
Deseos, que si descansan,
Creciendo su hidropesía,
Aunque los ven cada día,
Nunca de verlos se cansan.

CORTESANO PRIMERO.

Festivas carnestolendas
Nos pronostican.

CORTESANO SEGUNDO.

También
Los concursos que se ven
Entapizar de meriendas
Esa cuesta de San Blas,
Brindan á que se divierta
Todo gusto: tanta huerta
Como á sus pies viendo estas,
Aun no tienen provision
De cardos para ensaladas
A besugos y empanadas.

CORTESANO PRIMERO.

¿Apacible confusion!

CORTESANO SEGUNDO.

Atajemos por aquí:
Verémoslos mas de cerca.

ESCENA III.

Un tropel de GENTE, que cruza la es-
cena. — DICHOS.

Voces dentro.

El Rey, el Rey.

CORTESANO PRIMERO.

Ya se acerca.

DON GABRIEL.

Nunca yo á los reyes vi.
Vén, Majuelo, gozaremos
Este asomo de deidad
Humana.

MAJUELO.

Di Majestad,
Que no es bien que idolatremos. (Vase.)

ESCENA IV.

DOÑA MANUELA, tapada, que detiene
á DON GABRIEL. — GENTE.

DOÑA MANUELA.

Escuchad avisos
De una voluntad,
Don Gabriel Zapata,
Que no os quiere mal.
Tiempo habra de ver
A su Majestad,
Cuando de la vuelta
De Atocha y San Blas.
Yo soy una espía,
Que siguiendo os va
Los pasos y empleos,
Amante y fiscal.
¿Plugüera al amor,
Que al paso que daís
Cuidado á los ojos
Discreto y galán,
No diérais facil
Que vituperar
A quien quereis ménos,
Cuando os quiere mas!
Hizós generoso
La mas principal
Sangre de Sevilla,
Que degenerais.
Si á civiles lunas
No diérais lugar,
Sol fuérais vos
De mi voluntad.
Travesuras vuestras
Consumido os han,
Si no la salud,
La opinion, que es mas
Venís á la corte
A lisonjear
Ministros del humo,
Todos vanidad.
Si en papeles solos
Pretendeis fundar
Servicios difuntos,
Derrotado entráis;
Porque en tanto golfo,
¿Que puede durar
Barco de papel,
Que sobre agua va
Aquí solamente
No teme huracan,
Ni se hunde ó zozobra,
Rajel de metal.
Formeuta os anuncio,
Porque escollos hay
En Madrid terribles,
Que os han de anegar.
Sirenas hermosas
Blasonan verdad,
La mitad mujeres,
Peces la mitad.
Si enamoran vistas,
Y encubren el mal
Con colas de gala,
Sirenas serán.
No sois vos Ulises,
Ni os sabréis atar
Al mástil, cual él:
Don Gabriel, ¿qué va,
Que de Paliuro
Nos representais
Tragedias antiguas,
Que llora esta edad?
Ya yo sé que ofende
El aconsejar,
Don Gabriel, á secas:
Pobre sé que estais:
Obras y palabras
Tienen eñcaz
Fuerza en persuadir:
Gustos mejorad;

Que quien cuidadosa
De vos, espíar
Supo vuestra vida
Dos años há y mas;
Como dueño os hizo
De su voluntad,
Dueño de su hacienda
También os hará.
La prenda que os busca,
Tiene hacienda igual,
Si no á sus deseos,
A su calidad.
Noble la veneran,
Blasones la dan
Los que la conocen
(No sé si es verdad)
De hermosa y discreta;
Solo puede echar
Ménos su ventura
Que vos la queráis.
Mirad si os sentís
Dispuesto á pagar
Con amor finezas;
Y si libre estais
De empeños forzosos
(Que la mocedad
En años traviesos
Los suele adeudar),
Saldré por fiadora
De una voluntad,
Ahora en enigma,
Después sin disfraz,
Que os hará su esposo,
Dando que envidiar
A mas de un deseo.
Yo, su piedra iman,
Cuidaré contaros
Los pasos que andais,
Inquirir visitas.
Galanteos vedar,
Si salís de noche,
Cómo y dónde vais,
Porque no hay finezas
Sin autoridad.
Mas si sois prudente,
Mientras no mudáis
De costumbres mozas,
No me deís pesar
En querer saber
Quién es la que os da
Amantes avisos;
Porque es por demás,
Mientras yo no guste,
El averiguar
Misterios que oculta
Mi sagacidad. —
Los Reyes y grandes
Salen de San Blas:
El pueblo los sigue:
No me respondais;
Que de hacer ó no
Lo que dicho os ha,
Quien como á si os quiere,
Sabrá lo demás. —
Y adios por ahora.

(Don Gabriel quiere detenerla; pero se
meten por medio muchos en tropel,
entre los cuales desaparece al fin.)

DON GABRIEL.

Oid, escuchad.

CORTESANO PRIMERO.

Aquel es el coche
De su Majestad.
Corramos, señores.

CORTESANO SEGUNDO.

Hacia el Prado va.

CORTESANO PRIMERO.

Venid.

DOÑA MANUELA.

Don Gabriel,
Lo dicho, y no mas.

(Vase.)

ESCENA V.

DON GABRIEL.

Si semejante suceso
Se hubiere en novela escrito,
La vida quiero perder.
O duermo, ó estoy sin seso.
¿Hay caso mas inaudito?
¡Válgate Dios por mujer!
Yo llegué á Madrid ayer;
En Toledo me detuve
Seis dias, que en él estuve;
A la posta me partí
De Sevilla: siendo así,
¿Con qué alas, ó en qué nube
Pudo esta mujer seguirme?
¿Quién, sin conocerla yo,
De mi vida la ha informado?
Culpame de poco firme:
Todo cuanto me pasó
En dos años, me ha contado:
Estoy desacreditado
Con ella, y me quiere bien:
Prenas tiene, y no sé á quién
Deba agradecerle tanto...
¿Misterios, en fin, de un manto,
Que no son vistos, y ven!
Alto, amor: ello dirá.
Que no procure saber
Quién es, me manda: excusado
Precepto: fuerza será,
Si no se permite ver,
Cumplir lo que me ha mandado.
¿En buen laberinto he entrado!
Sáqueme amor de su enredo,
Porque yo no sé, ni puedo.
Dos damas en fin conquisto,
Que en toda mi vida he visto,
Una aquí y otra en Toledo. (Vase.)

EXCENA VI.

DON GONZALO, de camino, y DON LUIS.

DON GONZALO.

Llegó, del modo que os digo,
Por la posta Don Gabriel
Zapata á nuestro Toledo.
Y hospedóle Don Andres
De Silva en su misma casa,
Haciéndole detener.
En fe de amigo, seis dias,
Mil para mí, que no seis.
Supo que necesidades,
Mal empleadas en él
Por ser noble, le traian
A esta corte á pretender.
Fué su padre gran soldado,
Y á coronar el laurel
Hazañas en nuestro siglo
Como en los otros, yo sé
Que oblacones fueran premios
Limitados: el inglés,
El belga, Francia y Italia
Sus abonos pueden ser.
Murió y dejóle esperanzas,
Que cifradas en papel,
No consiguen, si autorizan,
Cobran mal y abogan bien.
Una limitada herencia,
Don Luis, en el poder
De una juventud briosa,
Y en Sevilla, ya vos veis
Si á combates de hermosuras
Y ocasiones podrá hacer
Resistencias tan bastantes,
Que se conserven en pie.
Don Gabriel sirva de ejemplo,
Pródigo Alejandro ayer,
Y hoy tan Lázaro, que vive
Solamente porque lo es.
Su huésped, que generoso

De su padre amigo fué,
Y reconoce en el hijo
Prenas que estimaba en él,
Quiere darle á Serafina,
Cuando vuelva, por mujer:
Viejo el suegro, el yerno pobre,
La avaricia huyó esta vez.
Única heredera suya
Es Serafina, en quien ven
Los mas desinteresados
Indias de hermosura, en quien
Quiso la naturaleza,
Asombrándonos, hacer
Un mayorazgo de gracias,
Para envidiarlas despues.
Su vecino, y tan cercano
De su casa me crié.
Que, como á Piramo y Tisbe,
Nos dividió una pared.
Casi desde que nací
Me enseñó amor á beber
Néctar veneno en sus ojos:
Siendo así, ¿cómo podré,
Hidrópico en su hermosura,
Vivir amigo, sin él.
Amante ya de costumbre
Suyo desde mi niñez?
Murió su madre, y dejola,
Como el abril al clavel,
En retiros de esmeralda
Asomos de rosicler.
Diez veces habia corrido
La posta el planeta rey
Por el curso de sus años
Desde el Aries hasta el Pez,
Cuando cuerda y recelosa
En su padre la vejez,
Quiso desmentir espías,
Que él previno, y yo lloré.
Encerróla en el colegio
De aquel vedado Aranjuez,
De hermosuras generosas
Virgen cárcel, noble Argel.
Ausentóseme la vida,
Sin alma, amigo, quedé.
Seis años há que la ignoro,
Cadáver vivo otros seis:
Esperanzas solamente
La costa pueden hacer
A tormentos purgatorios.
Aguardando á que despues
Que con su clausura cumplan
Ocho años; plazo cruel!
Las que aquel presidio guarda,
Trasplantadas del verjel
De Diana al de Himeneo
(Puesto que es prision tambien),
Truecan en yugo amoroso
Por el tálamo la red.
Diligenciaba esto yo,
Mediante el ministro fiel
De un agente, prima suya.
Que entraba á verla tal vez
Y puesto que persuadida
De sus ruegos, y un papel
De cuando en cuando admitido,
Pudieran en ella hacer,
Lo que en Danae hizo el oro,
No la lo convencen; si bien,
Ni Venus se rinde á Adonis,
Ni á Apolo se huye laurel.
Entre severa apacible,
Leia sin responder.
Desesperando esperanzas,
Ni toda amor ni desden;
Pero ya se ha declarado.
Porque en llegando á saber
Que su padre y mi enemigo
La casa con Don Gabriel,
Hipócritas obediencias
Me intima: ¿qué mucho si es
Lo extranjero apeteçible.

Yo infelice, ella mujer?
Retratósele su padre
Galan, discreto, cortés:
El lienzo fué su mudanza:
Mi desdicha dió el pincel.
Hermosuras encerradas
En cárcel, donde sabéis
Que es Laban la dilacion
Y la juventud Raquel,
¿Que no acabará con ellas,
Si, en fin, el apetecer
Tálamos las fuerza tanto,
Como tñmulos despues?
En efecto, Don Luis
A esta corte llegó ayer,
Mi rival á pretensiones;
Y yo celoso tras él
Vengo á prevenir engaños,
Que, como vos me ayddéis,
Desembarazando celos,
Mi dicha han de disponer.

DON LUIS.

No es muy difícil la empresa;
Que en Madrid halla ocasiones
Toda juventud traviesa,
Leteos de obligaciones,
Mas dificultosas que esa,
Con que mudar voluntades.
¿Visteis á Don Gabriel vos?

DON GONZALO.

Celos y curiosidades
Nos juntaron á los dos;
Y á confesaros verdades,
Partes le han dado los cielos
Dignas de estima y valor
Para aumentar mis desvelos.

DON LUIS.

Pintan al competidor
Como á un Narciso los celos.
¿Sabe quién sois?

DON GONZALO.

Si sabrá,

Que habiéndonos encontrado
En Toledo, claro está
Que noticia le habrán dado
De mí.

DON LUIS.

Si la tiene ya

De que á Serafina amais,
Y os ve aquí, será forzoso
Recelaros.

DON GONZALO.

Agraviáis

Mi amor, que por ingenioso
Es bien, que en mas le tengais.
Nadie en Toledo ha sabido,
Si no es su prima, y mi dama,
Quién es la que ha consumido
Mi verde abril en la llama
De quien mariposa he sido.

DON LUIS.

¿Y hala visto Don Gabriel?

DON GONZALO.

¿De qué suerte, si no admite
El colegio que haya en él
Locutorio en que visite,
Si no es muy deudo?

DON LUIS.

¿Crue!

Observancia, vive Dios,
Para ociosas bizarrías!
¿Mas os persuadiréis vos
Que desvelen tiranías
De amor sin ojos?

DON GONZALO.

Los dos

Verémos desta aventura,
El fin, y si Serafina
Mis temores asegura.

DON LUIS.
Pues bien, ¿cómo determina
desazonar la ventura
De Don Gabriel vuestro amor?

DON GONZALO.
¿No teneis aquí una hermana?

DON LUIS.
Tiéneme Doña Leonor
Por padre.

DON GONZALO.
¿No es sobrina
Su belleza?

DON LUIS.
Su valor,
Don Gonzalo, es el que estimo
En mas, aunque se exagera
Por sol.

DON GONZALO.
Con eso me animo
A intentar una quimera,
Que ha de hacerme vuestro primo,
Y atajar el desatino
De mis celos, y ha de ser
Un enredo peregrino.
Don Luis, vámosla á ver :
Diréoslo por el camino. (Vanse.)

La calle del Príncipe.

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR, con manto; NUÑEZ
Y DON PEDRO.

DON PEDRO.
El bien que en serviros medro,
Limitármele es crueldad.

DOÑA LEONOR.
Vuestra hermana acompañad,
Que es razon, señor Don Pedro.
Hame en su coche traído
Hasta mi casa : ya estoy
A mis puertas, y no os doy
Permision, por comedido,
Que acercándose la noche,
Querais, por ser cortesano,
Que yo le usurpe á su hermano,
Ya que embaracé su coche.
Entráos, suplicóslo, en él,
Que va sola, y no es razon.

DON PEDRO.
Encubris, en conclusion,
Atributos de cruel
Con disfraz de cortesía.

DOÑA LEONOR.
No habeis de pasar de aquí.

ESCENA VIII.

DOÑA MANUELA, de viuda bizarra,
con manto; ORTIZ Y DON JUAN. —
Dichos.

DOÑA MANUELA.
(Hablando en toda la escena con Don
Juan, lejos de Doña Leonor y Don
Pedro que los observan.)
En efeto me atrevi
A hablarle.

DON JUAN.
Vueseñoría
Perdonará la estrechez
Deste cuarto que he alquilado,
Puesto que le han habitado
Títulos mas de una vez ;
Que la mucha brevedad
Del término que me dió,
El tiempo me limitó.

DOÑA MANUELA.
Dicen que hay dificultad
En Madrid de hallarse casa

Sola y grande.

DON JUAN.
Es infinita
La nobleza que le habita :
Toda Castilla se pasa
A la corte. En esta moran
Dos huéspedes principales :
Y en un año, con ser tales,
Los unos y otros se ignoran,
Sin mas comunicacion,
Que Noruega con la China.

DOÑA MANUELA.
Es grandeza peregrina
Desta alegre confusion.
No tiene en Madrid el ocio
Lugar, ni tiempos dilata.

DON JUAN.
No, señora ; solo trata
Cada cual de su negocio
Aquí. Ese cuarto de arriba
Es capaz y bien labrado,
Para el invierno, abrigado.
Entre tanto que en él viva,
Buscaremos otra casa
Sola y mayor.

DOÑA MANUELA.
Está bien.
DON JUAN.

Balcones tiene tambien,
Que registran lo que pasa,
Dorados, con celosias
Para enfoscarse bellezas :
Vestido habemos las piezas,
En vez de tapicerias,
De bayeta negra y parda,
Conforme se me ordenó.

DOÑA MANUELA.
Eso mismo os mandé yo.
¿Comprastes el coche?

DON JUAN.
Aguarda,
Segun dice, el corredor
Que cierto duque se ausente
Y una carroza excelente,
Proporcionada en color
Y autoridad á usiria,
Esta semana se venda.

DOÑA MANUELA.
Basta, que Madrid es tienda
De toda mercaduría.

DON JUAN.
Como es plaza universal,
Ese nombre pueden dalle.

DOÑA MANUELA.
¿Y cuál es el desta calle?

DON JUAN.
Del Príncipe.
DOÑA MANUELA.
¿Es principal?

DON JUAN.
Tanto como su apellido.
Títulos y caballeros
La ilustran, ya aventureros,
Ya naturales.

DOÑA MANUELA.
Yo he sido
Siempre inclinada á Madrid,
Aunque es tan grande Sevilla.

DON JUAN.
Es todo el mundo esta villa.

DOÑA MANUELA.
Bien lo encareceis, subid.
(Entranse Doña Manuela, Don Juan y
Ortiz.)

ESCENA IX.

DOÑA LEONOR, NUÑEZ Y DON
PEDRO.

DON PEDRO.
¿Bizarra tocas y cara!

DOÑA LEONOR.
¿Quién será esta señoría?

DON PEDRO.
Hay tantas, Leonora mia,
Que en ellas no se repara :
Y que ha de venir, creed,
Tiempo, segun se dilata,
Que como el oro y la plata,
No ha de hallarse una merced.

DOÑA LEONOR.
Goza esta felice edad,
A pesar del malicioso,
Un monarca generoso,
Todo liberalidad.

DON PEDRO.
La que habeis conmigo usado
En permitirme hasta aquí
Acompañaros, en mi
Animo nuevo ha engendrado
Para proseguir deseos,
Siempre dichosos en vos.
Prosperéos mil años Dios. (Vase.)

DOÑA LEONOR.
El mismo os guarde. ¿Qué empleos
Tan poco correspondidos
De quien á amar no se inclina!

NUÑEZ.
Alentada es la vecina
Que tenemos.

DOÑA LEONOR.
Presumidos
Espíritus, á lo ménos,
Ha mostrado.

NUÑEZ.
¿Pesie á tal!
Esto de poner sitial
A los demas tiene en ménos.
Si es soberbia la hermosura,
Y por si sola adorada,
¿Que ha de ser entarimada
Debajo un dosel?

DOÑA LEONOR.
Locura.

ESCENA X.

DON LUIS, DON GONZALO. — DOÑA
LEONOR, NUÑEZ.

DON LUIS.
Mi Leonor.

DOÑA LEONOR.
Hermano mio.....
DON LUIS.

Un primo nos ha feriado
La corte, y de haberle hallado,
Que te has de alegrar confio ;
Porque ademas de pariente,
Le debo amistades yo.

DON GONZALO.
Mi dicha á usura os la dió,
Y pagais pródigamente,
Trayéndome á conocer
Prenda de tan noble estima.

DOÑA LEONOR.
Mereciendo yo ser prima
Vuestra, la vendré á tener
Desde hoy mas, y á Don Luis
Obligaciones de nuevo,
Que añade á las que le debo.

DON LUIS.
Cansado, primo, venis :
Traigan de vuestra posada
El hato ; que habeis de ser
Nuestro huésped.

DON GONZALO.
Yo he de hacer
Brevemente una jornada ;
Espacio quiero gozar
Esa merced y favor.

DON LUIS.

No, Don Gonzalo : mejor
Podréis aquí descansar;
Que se ofenderá mi hermana,
Si la desfavoreceis
Tan presto.

DOÑA LEONOR.

No nos haréis
Este agravio.

DON GONZALO.

Cosa es llana
Que, siendo ese vuestro gusto,
Remora de mi camino,
Prima mía, os imagino.

DOÑA LEONOR.

Bésos las manos : yo gusto
De que aquí lo recibais,
Por el que muestra mi hermano.

DON LUIS.

Habéis de ser cortesano
Un mes, aunque no queráis.

DON GONZALO.

¡Ojalá! mas ¿cómo puedo
Dilatar este camino?

DOÑA LEONOR. (Ap. á Don Luis.)
¿De dónde el primo nos vino?

DON LUIS. (Ap. á Doña Leonor)
Mayorazgo es de Toledo.

(A Don Gonzalo.)

Veréis despacio á Madrid.
Que no es hombre quien lo ignora.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Primo en Toledo, hasta ahora
No conocido!

DON LUIS.

Subid.

DON GONZALO.

Obedeceros estimo,
Por no parecer ingrato.

DON LUIS. (A Nuñez.)

¡Hola! traigan acá el bato.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Válgate Dios por el primo! (Vase.)

Sala en el cuarto bajo que habita el tío de Don
Gabriel, conreja á la calle, que es la del
Príncipe.

ESCENA XI.

DON GABRIEL, PACHECO, MAJUELO.

PACHECO.

Fué forzoso ausentarse
A Talavera : poco ha de tardarse.
En este cuarto habita,
Que hospedándos serviros solicita,
Y entre tanto que viene,
No le echa menos, pues á vos os tiene
Como á sobrino suyo
Y dueño nuestro.

DON GABRIEL.

Su nobleza arguyo

De la que ahora veo
En sus criados. Mucho le deseo
En Madrid; que há ya un año
Que salió de Sevilla.

PACHECO.

Es un engaño

El que esta corte ofrece,
Pues sin sentirlo un hombre se envejece.
Dejónos encargado
Vuestro regalo; y puesto que el cuidado,
Señor Don Gabriel, sea
En esto diligente, mas desea
La voluntad serviros,
Que las obras alcancen.

DON GABRIEL.

Sí deciros,

Pacheco, que agradezco

Afectos mas que efectos : yo me ofrezco

A pagar amistades,
Si logro alguna vez prosperidades.
¡Buen pedazo de casa
Es este, por mi vida!

PACHECO.

Cuando abrasa

La fuerza del estío,
Por fresco lo celebra vuestro tío;
Y aunque es invierno ahora,
Y en bajo aquesta pieza, quien las moa
Las juzga por mejores
Para frios tambien como talores.

DON GABRIEL.

Es muy sano, Pacheco,
El clima de Madrid, por frio y seco :
Así el otro alirmaba
Que sobre fuego y agua se fundaba.
¡Qué hermosa y blanca sala!

PACHECO.

En España ningun lugar se iguala
Con este en materiales,
Porque afrenta su yeso los cristales.

DON GABRIEL.

No guarnece Sevilla
Sus techumbres con tanta bovedilla.

PACHECO.

Es húmeda, y por eso
La cinta de saetín destierra el yeso.

DON GABRIEL.

¡Buena reja!

PACHECO.

Extremada,
Y aunque á la calle, poco registrada
De la gente que pasa,
Porque la vista á los mirones tasa
Con esa celosia
Y encerados.

DON GABRIEL.

Sin ellos, mal podia.

PACHECO.

Tiene otra circunstancia,
Mas de comodidad que de ganancia,
Que los lodos remedia.

DON GABRIEL.

¿Cuál es esa?

PACHECO.

La casa de comedia,
Que en esta misma acera,
Porque Apolo la cursa, es cuarta esfera.

DON GABRIEL.

¿Hailas buenas ahora?

PACHECO.

En ellas, como en todo, se mejora;
Puesto que Lope muerto,
Dudoso esté el teatro de su acierto.

DON GABRIEL.

¡Gran pluma le ha faltado!

PACHECO.

Fué prodigioso y poco celebrado,
Si con su ingenio miden
Sus alabanzas.

DON GABRIEL.

Nunca las olviden

Los bien intencionados;
Que sin él quedan viudos los tablados.
Ahora bien, yo querria
Escribir á mi patria.

PACHECO.

Sí, que es dia

De estafeta : recado
Hay aquí; despachad con enfado
Forzoso, mientras quiero
Haceros prevenir cena y brasero.

(Vase.)

ESCENA XII.

DON GABRIEL, MAJUELO.

DON GABRIEL.

Sí, Majuelo : la encubierta

De mi vida coronista,
Sin permitirme su vista
Me dió relacion tan cierta
De mis sucesos, que estoy
Creuyendo que lo soñé.

MAJUELO.

Segunda necesidad fué,
La que has hecho en Madrid hoy
En no seguiria.

DON GABRIEL.

No pude

Porque un tropel enfadoso,
De ver su Rey deseoso,
Corriendo entónces, acude
Por en medio de los dos,
Y de vista la perdí
En un instante.

MAJUELO.

¡Habrá aquí

Berros y artesa? Por Dios
Que te han dado un pasapal.
¿Que no te enseñó un adarme
De cara?

DON GABRIEL.

No osó fiarme

Ni una mano de cristal.

MAJUELO.

Mejor dijeras de sebo,
O de otra cosa peor.

DON GABRIEL.

¿Qué aliño! qué habla! qué olor!

MAJUELO.

¡O caballero de Febo!
Ya estarás por Lindabrides
Almibarando deseos,
Y con flamantes empleos,
No me espantaré que olvides
La no vista Serafina.

DON GABRIEL.

No sé que te diga en eso :
Que me obligó te confieso
La presencia peregrina
Que nunca en esotra vi,
Las palabras entre graves,
Ya severas, ya suaves.

MAJUELO.

Ella ¿no es discreta?

DON GABRIEL.

Sí.

MAJUELO.

Pues gradúala de fea.

DON GABRIEL.

No es posible.

MAJUELO.

¿Cómo no?

¿Quién jamas ver mereció
Discreta que hermosa sea?

DON GABRIEL.

Anda, que eres ignorante.
Llégame esa escribania,
Despacharé á Andalucía
Y á Toledo.

MAJUELO.

¡Lindo amante

A Madrid nos ha venido!
Un par de damas tenemos
Espritus que no vemos.
(Al tirar del bufete, las espaldas vuel-
tas á la calle, arrojan por la reja un
bolsillo, y dan con él en la cabeza
á Majuelo.)

¡Ay!

DON GABRIEL.

¿Qué es eso? qué ha caído?

MAJUELO.

No sé, por Dios, qué arrojaron
Por la reja.

DON GABRIEL.

¿No cerraras

La ventana....?

MAJUELO.

¿Y te quedarás

A oscuras?

DON GABRIEL.

¿Qué es lo que echaron?

MAJUELO.

Vive Dios, que es un bolsillo
Que ambarea nuestro olfato.

DON GABRIEL.

¿Bolsillo?

MAJUELO.

En color mulato,
Y en la medula amarillo.

(Abrele.)

Rebosando está un tesoro:

Si nombres no profanara,

Crisóstomo le llamara,

Pues lo mismo es boca de oro.

Su risa el alma me roba:

¿Mira qué dientes tan buenos,

De amarilla toba llenos!

Mas yo sé que desta toba

Los suyos cubrir quisieran

Las ninfas deste lugar.

DON GABRIEL.

Muestra. ¿Quién le pudo echar?

MAJUELO.

Ya puede ser que no quieran,

Como los demas, salir

De Castilla estos doblones,

Y desmintiendo buscones,

Que los dan en perseguir,

Por ver que adelante pasa

La usura de su interes,

Huyan de algun ginoves

Y se nos entren en casa.

(Vacian el bolsillo en el bufete.)

DON GABRIEL.

¿Hay cosa igual!

MAJUELO.

¿Qué de estrellas

Rubicundas! Vive Dios,

Que no hay ninguno de á dos.

Aun si fuéramos doncellas,

Imaginara que habia

Aquí algun San Nicolas,

Como en su historia lérás,

Y que á dotarnos venia.

De á cuatro son, Don Gabriel:

Cada uno es del sol esfera:

¿No ves qué dellos?

DON GABRIEL.

Espera.

MAJUELO.

¿Qué miras?

DON GABRIEL. (Después de los doblones

saca un papel del bolsillo.)

Este papel

Que por retaguardia saco.

MAJUELO.

¿Papel?

DON GABRIEL.

Para darnos luz.

MAJUELO.

Será el primer arcabuz,

Que á la postre escupe el taco.

Rásgale.

DON GABRIEL.

¿Por qué razon?

MAJUELO.

Porque el gozo me mitiga,

Si hay alma que en él te obliga

A alguna resolucion.

No le abras.

DON GABRIEL.

¿Qué frenesi!

El placer te desatina:

Oye.

Santiguale.

MAJUELO.

Letra es femenina:

DON GABRIEL.

Dice así:

(Lee.)

Ya os dijo hoy una mujer,

Refrenando ocasiones,

Que obras son buenas razones,

Y noble el decir y hacer.

Excusáos de pretender

La que en Toledo os espera;

Que no falta quien la quiera,

Y es necedad, si os abrasa,

Teniendo el bien dentro en casa,

Salir á buscarle fuera.

MAJUELO.

¿No dice más?

DON GABRIEL.

Esto ¿es poco?

MAJUELO.

¿Lo de Toledo ha sabido

Tambien! ¿Vive Dios, que ha habido

Haba y cedazo!

DON GABRIEL.

Estoy loco.

Majuelo, ¿qué es esto?

MAJUELO.

Miedo

Que se nos vuelva carbon

Toda esta doblonacion.

DON GABRIEL.

¿De Sevilla y de Toledo

Tan informada, y que yo

No haya podido saber

Quién es aquesta mujer!

MAJUELO.

No dudes que consultó

Caractéres la hechicera.

DON GABRIEL. (Leyendo.)

Y es necedad, si os abrasa,

Teniendo el bien dentro en casa,

Salir á buscarle fuera.

MAJUELO.

Segun esto, en casa vive

La dicha Doña Medusa,

Dueño desta garatusa,

Que paga el porte y escribe.

DON GABRIEL.

Así lo afirma el papel.

MAJUELO.

¿Pues cómo por la ventana

Le arrojó?

DON GABRIEL.

Saldré mañana

Desta confusion cruel.

No he de perdonar en ella

Dama ó mujer que la habite,

Que no examine y visite,

Puesto que arriesgue el perdella.

MAJUELO.

Perdella, ¿porqué?

DON GABRIEL.

Me puso

Límite en diligenciar

Quién es.

MAJUELO.

Pues, señor, callar

Y recibir.

DON GABRIEL.

Tau confuso

Estoy, que temo perder

El juicio.

MAJUELO.

Aun no tan malo.

Si hay dobloncito y regalo.

DON GABRIEL.

¿Válgate Dios por mujer

ESCENA XII.

PACHECO. — DON GABRIEL, MAJUELO.

PACHECO.

Señor, la cena os espera.

MAJUELO. (A su amo.)

No seas bobo, triunfa y pasa,

Y pues hay doblon en casa,

No los derrotes afuera.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la habitacion de Don Luis.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, DON GONZALO, DON LUIS.

DOÑA LEONOR.

A extrañas cosas me animo;

Pero conseguirias creo,

Por lo mucho que deseo

Servir al señor mi primo.

DON GONZALO.

No primo, mas vuestro esclavo

He de ser, bella Leonor;

Si por vos logro mi amor.

DOÑA LEONOR.

Ya estoy Don Gonzalo al cabo,

Y os he de dar noble ayuda.

En efecto, ¿Don Gabriel

Vive en casa?

DON GONZALO.

Porque en él

Recelos que el temor duda,

Remedie vuestro artificio,

Le ha traído, mi Leonor,

Mas que su tío, mi amor.

DOÑA LEONOR.

Caro le saldrá el hospicio.

DON LUIS.

En ese cuarto de abajo

Es nuestro huésped.

DON GONZALO.

No sé

Si á mis dichas gracias dé,

Creyendo que ha sido atajo

De inconvenientes hallarle

En casa, y tan á la mano

Que por vos y vuestro hermano

Podamos enmarañarle,

De modo que no compita

Con mi amoroso cuidado;

O si soy tan desgraciado

Que la suerte solicita

Darme con su vista enojos;

Que es especie de rigor

Tener al competidor

Siempre delante los ojos.

DOÑA LEONOR.

Vuestro temeroso alarde,

No es de airoso pretendiente.

DON GONZALO.

Aunque amor firme es valiente,

Los celos le hacen cobarde.

DON LUIS.

Leonor, corra por tu cuenta

Este amoroso artificio:

Pónle luego en ejercicio,

Y sus principios asienta.

Luciráse entre los dos.

DON GONZALO.

Ya el modo habeis entendido.

DOÑA LEONOR.

Ya le sé: lo prometido

Haré desde luego. Adios.

(Vanse los dos.)

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, sola.

Entrósenle de improviso
Este primo, y por lo deudo,
Si de amor la sangre es feudo,
Tenérsele yo es preciso.
Fáltóle el tiempo á mi aviso
Para prevenir desvelos:
¡Pariente, y que adore, cielos,
A quien de envidia me abrasa!
¿Qué ha de hacer, si admito en casa
Sangre, amor, envidia y celos?
Que facilite me ordena
Su esperanza con engaños;
Y á costa de propios daños,
No hay quien tercié en dicha ajena:
Adelántase mi pena
A la suya; y si es cruel
Quién, siendo para otro fiel,
Es severa para sí,
Negociar quiero por mí,
Pues estoy primero que él.

ESCENA III.

ORTIZ.—DOÑA LEONOR.

ORTIZ.

No dejarán de arrojarle,
Señora del alma mía,
A esos brazos mis contentos,
Aunque peque de atrevida.
¿Es posible que merezco
Volver á la afable vista
De vuesa merced, al cabo
De tanta distancia y días?

DOÑA LEONOR.

¡Ortiz! ¡Jesús! ¿Tú en la corte,
Y yo sin saberlo?

ORTIZ.

Dichas

Que en tu ausencia echaba ménos.
Me restauran, aunque viuda
A tus ojos y á tu casa.
Apenas en ella pisan
Mis venturas sus umbrales,
Cuando te vió mi alegría
Al subir por la escalera,
Cuando de fuera venías
Ayer al ponerse el sol,
Pidiéndome el gozo albricias.
No atreví demostraciones
Entonces, porque tenía
A la condesa delante
Que sirvo, y es tu vecina:
Mas ya que, sin ella, puede
Dispensarlas esta dicha,
Como caudal represado
Se atropellan á sí mismas.

DOÑA LEONOR.

Todas, Ortiz, me las debes.
Pero ¿cómo de Sevilla
En Madrid y en ese traje?

ORTIZ.

Andaluzas valentías
Dieron muerte á mi Medrano,
Ocasionando una riña,
Que tuvo junto á Triana,
Su mortaja y mis beatillas.
Moza, viuda y forastera,
Si de algunos pretendida
En muchos escarmentada,
Supe enmudecer malicias
Trocando por dueñas tocas
Las de madre de familias
En casa desta condesa,
Donde es forzoso que sirva
Con un vos, censo perpetuo.
Condenada á una tarima,
Racionera titular
Y enmantada de por vida.

Pero ya todo es dichoso,
Pues al fin me facilitan
Los naufragios de mi suerte
Tu presencia apetecida.

DOÑA LEONOR.

¿Y quién es la tal condesa?

ORTIZ.

Sangre la ilustra Manrica,
Dote la abona cuantioso,
Hermosura la autoriza,
El donaire la sazona,
La discrecion la apadrina,
El pundonor la refrena
Y el amor la precipita.
Apénas la primavera
En su edad sus flores pinta,
Cuando, sin que distinguiese
Lo que hay de matrona á niña,
La desposaron sus padres
Con un conde de Sicilia,
Muertos por el dulce trucoo
De merced en señoría.
Era el tal señor mañoso,
Y trajéronle á Castilla
Pretensiones, que aun no saben
Perdonar canas prolijas.
Pensó rejuvenecerse,
Mezclando su sangre tibia
Con la hirviente catorcena,
Ella brasas y él cenizas;
Mas desfrutóse en dos años,
Porque ya es cosa sabida
Que el viejo en tálamos mozos,
Se casa con su polilla.
Murió y dejóla heredera
De su estado y casa antigua,
Por no tenerlos forzosos,
Y quedó Condesa y rica.
Murieron también sus padres,
De quien es única hija;
Adquirió juros y rentas,
Ocasionando codicias
De andaluces generosos,
Que creyeron encubrirlos
Con finezas disfrazadas;
Que amor ya es hipocresía.
Mas nuestra Doña Manuela,
(Deste modo se apellida
La Condesa mi señora)
Esperanzas descamina,
Disimulando pasiones
De un jóven que desperdicia
Su salud, hacienda y años:
Mas há de dos, que perdida
Por un huésped desta casa,
Secretaria de sí misma,
Resistiéndose en sí propia,
De sí propia es enemiga;
Pero al fin dellos las llamas
De amor, como mas activas,
Apurando resistencias,
La sacaron de Sevilla,
Hasta esta corte siguiendo
A quien sin tener noticias
De las penas que padece,
Inocente es su homicida.
Mereci en esta jornada
Los secretos que me fia,
Y yo agora te refiero,
Porque mi fé me acredita.
Vióte al entrar de tu casa,
Y celosa, porque habita
Don Gabriel también en ella,
Teme, teniéndote envidia,
Tu beldad y sus mudanzas,
Porque son tales, que afirma
Que enamorándole todas,
Pretende al paso que olvida.
Procuré, puesto que en vano,
Sosegarla con decirla
Que criada de tu madre,

Le es deudora mi puericia:
Que me casó en esta corte;
Que me partí á Andalucía;
Que te conocí en llegando;
Que si por lo hermoso hechizas,
Por lo honesto desesperas;
Tu calidad noble y limpia,
Tu discrecion celebrada,
Y el respeto con que admiran
Tus virtudes cuantos ojos,
Hermosuras fiscalizan;
Pero fué echar leña al fuego,
Porque al paso que te estima,
Te halla mas capaz de amarte
Este hombre, de su amor cifra,
Inquietud de sus deseos,
Y ocasion de tanto enigma.
La frecuencia de tu casa
Su paciencia martiriza,
Porque hacen lo que pueden,
Siempre que estas son continuas.
Es discreto, tiene estrella,
Por lo bien dispuesto hechiza,
Por lo caviloso engaña,
Y conforme me le pintan,
No tuviéramos laureles,
A haberle visto su ninfa,
Ni Anajarte fuera mármol,
Ni Lucrecia bobicida.
Yo vengo su precursora:
Sal cortés á recibirla,
Compadézcante sus penas,
Sus esperanzas anima,
A su agrado corresponde,
Y sus llamas patrocina;
Que es un ángel la Condesa,
Si hay ángeles con basquiñas.

DOÑA LEONOR.

Ortiz, prodigiosos casos
La fortuna quimeriza
Dentro desta misna casa,
Todos ellos en un día.
No estoy yo tan preservada
De enfermedad tan maligna,
Que no me toque una parte,
Aunque en persona distinta.

ORTIZ.

¿Cómo es eso?

DOÑA LEONOR.

¿Qué sé yo?

De un hombre fui anoche prima,
Y sospecho que soy dama.
En tres cuartos repartida
Mi casa, tres emblemas,
Tres laberintos fabrica.

ORTIZ.

Si es de amor el trimvirato,
Sazone el cielo esta trínica:
Seré yo su tablajero,
Contaráme sus pandillas;
Mas no ahora, porque tienes
Nuestra condesa á la vista.

ESCENA IV.

DOÑA MANUELA, de viuda bizarra.—
DICHAS.

DOÑA MANUELA.

Mas vale ser acreedora.
Puesto que no ejecutiva,
Que embarazarse en respetos,
Quien anda cual yo fallida.
Por eso vengo á ganaros
La mano en esta visita;
Puesto que aguardar debiera
Plácemes de bienvenida;
Si bien por dueño de casa,
Está puesto en cortesía,
Señora Doña Leonor,
Que yo os pretenda propicia.

DOÑA LEONOR.

Ya yo he perdido el derecho,
Desa acción desposeída,
Después que para honra muestra
La ilustra vuesañoría:
Perdida tan gananciosa,
(Ortiz, acercanos sillas)
Que en fe de lo que posco,
No siento lo que me quitan.

DOÑA MANUELA.

Retuencemos, si os parece
Gravedades que fastidian
En recientes amistades,
Títulos que las entibian.
Renunciemos ceremonias,
Que las que no simbolizan
Igualando calidades.
Tarde y mal se comunican.
Las dos habemos de ser,
Gustando vos, tan amigas,
Que solo uniendo las almas.
El número nos dividea.

DOÑA LEONOR.

Intereso yo, señora,
Tanto en eso, que mis dichas,
Hasta aquí desbaratadas,
Pueden ya vender envidias.
— Vaya de estilo casero.

DOÑA MANUELA.

Los pesares, Leonor mía,
Que me apuran la paciencia,
Como de ti necesitan,
No consienten dilaciones.
Escucha, pues, de mi vida
Pesares, que fuego amor,
Es elemento de prisa.
Nací, gracias á los cielos.....

ORTIZ.

Exense vuesañoría
Relaciones de su sangre,
Que ya yo he dado noticia
De su estado, y su nobleza,
Lo que la aplaude Sevilla,
Sus bodas y su viudez:
Porque desde aquí prosiga
A referir los sucesos
Que ocasionan su venida,
Que estos son tan solamente
Los que la he contado en cifra.

DOÑA MANUELA.

Tu prevención fue discreta:
A esa cuadra te retira,
Y si vinieren estorbos,
Antes que lleguen, avisa.

(Vase la Ortiz.)

ESCENA V.

DOÑA MANUELA, DOÑA LEONOR.

DOÑA MANUELA.

Volviendo, Leonor bella,
A dar al hilo un nudo,
Que Ortiz en mis sucesos devanaba,
Digo que de mi estrella
Feliz influencia pudo
Mis años redimir; que los lloraba
Cautiva en los desvelos
De un tibia amor, entre caducos celos.
Libre viví dos años,
Puesto que pretendida
De cuanta juventud dió presumida
Llamas á amor y asunto á los engaños:
Si bien los escarmientos
Pudieron jubilar mis pensamientos.
Señora de mí misma, á los deseos
Se opusieron de suerte
Propósitos siqueros,
Que imaginé poder hasta la muerte
Triunfar desos rendidos:
Pero en balde, Leonor, blasonan Didos,

Hazañas que proponen las ideas,
Si faltando el valor, sobran Enéas.
Un día que aciago, fué heredero
Del marte agorero,
Sah á templar calores
Y desmentir congojas del estío,
Por entre los naranjos y las flores
De una quinta, monarca de aquel río
Que con todo el Océano contrata,
Bando su oro potable por su plata.
Aquella estancia pues, que caudalosa
De esquilmos de Amalteia,
Regalo á los sentidos, los recrea,
En nombre y en efectos deleitosa,
Y por el logro que en sus ondas mira,
El Bétis ronda y baña Guadaira,
Ocasionalmente amena mis recreos.
Frecuentando paseos,
Una mañana, del aurora risa,
Que las rosas, junquillo y manutisa,
Retamas y violetas,
El alhelí, jazmines y claveles,
Por cuadros, laberintos y planteles
Me construían macetas
Que entre azáres ataba,
Con que el ocio al deleite atareaba,
Sin reparar entónces mis pesares
Qué pocas letras hay de azar á azáres:
Asustada á un suspiro
Que escuché entre las mesas
De unas nirtas espesas,
Los pasos tras los ojos vuelvo, y miro
A un jóven desmayado,
De su sangre teñido,
A un Apolo eclipsado,
Un Adónis herido,
De quien, á permitirlo mi decoro,
Si yo ser mereciera
La fabulosa Angélica, creyera
Que revocaba dichas á Medoro,
A Orlando desatinos y desvelos,
Prodigios al amor, á Francia celos,
Victorias al desmayo,
Dueño á mi libertad, llanto á mis duelos,
Huésped al campo y príncipe al Catayo.
¿Quién, mi Leonor, pensara
Que un casinuerto, ocasionando horro-
Mi presunción postrara, [res,
Y fuente tal bañara tales flores?
Engendraron mis lástimas amores:
Que en tales accidentes,
Amor y compasión son muy parientes.
Revestí su cabeza en mi regazo.
Y en el último plazo,
Recelosa que el alma despedía,
Con el aliento le infundí la mía.
Dos lienzos hechos vendas de despedazo.
Dos heridas le aprieto:
Y olvidando mi lástima el respeto
Que á mí misma me debo,
Con dos heridas que ato, mil me llevo.
Tan distintas, Leonor, en el efecto,
Que unas salud eclipsan, otras famas,
Aquellas brotan sangre, estotras llamas,
Temí publicidades.
Retírome á mi gente,
Violenta, aunque advertida,
Y debí de olvidármela la vida,
Envuelta entre piedades.
Que ocasionó el incógnito doliente,
Por restaurar la suya, bien perdida.
Llamo á un criado mío,
Tan leal, que le fio
El alma en el secreto:
Albricias le prometo
Si aquel semicadáver casi frío,
Que estándolo me abraza.
En su asistencia los extremos pasa
De difunto á viviente.
Ruegole que le curen en su casa,
Y ya convalciente,
Sin que le dé noticia

De quién por él pesares desperdicia,
Sepa su calidad y ocupaciones,
Estado, profesión y pretensiones,
Dándole fiel aviso.
Y haciéndole la costa mi cuidado;
Que el rayo como hiere de improviso,
No da lugar á la razón de estado.
Ya la justicia entónces acudía,
Informada del trágico suceso,
Al tiempo que volvía
Mi herido en sí, mas nunca en sí mismo.
Formaron la cabeza del proceso
Criminales ministros y escribanos,
Tomáronle la sangre cirujanos,
Llévaronle á su casa en una silla.
Siguió mi confidente
La novelera gente,
Y supo della que nació en Sevilla,
Y que naturaleza
Con el pródiga y grata,
A su sangre igualó su gentileza:
Que era su nombre Don Gabriel Zapata:
Que inquietas mocedades,
Travesas amistades,
Juegos y desperdicios,
Su valor eclipsaron con sus vicios,
Sin que ninguno to pocos!
Sus descaminos locos
Sintiese lastimado,
Pues el su perdición se había buscado;
Y no me espanto, que por tales modos,
Quien con todos cumple, ofende á todos.
La penúltima línea de sus años (4)
Pisaba ya su vida,
Y yo la del verdugo sufrimiento,
Cuando, sospecho que añadiendo daños,
Fortuna, de su edad compadecida,
Me restauró esperanzas en su aliento.
Convalció al rigor, no al escarmiento:
Volvieron travesuras,
Como la fuente un tiempo represada:
Receí sus locuras,
Y entre amor y temor atormentada,
Al paso que me helaba me encendía,
Y naufragando en tan confuso abismo,
Palestra era mi pecho de sí mismo.
Pues lo propio que amaba, aborrecía.
Dos años, Leonor mía,
Incendios y recatos pelearon
Tan ocultos en mí, que no se osaron
A los labios jamás, ni aun á los ojos:
Que para poco fueron.
Pues lidiando dos años, no pudieron
Consumir o mi vida á mis enojos!
Mas para qui n padece los que peno,
Se le vuelve en actualito el veneno.
Partióseme a esta corte pretendiente;
Y yo que ballaba en mis tormentos calma
Teniéndole presente,
Sin él difunta, eché ménos el alma.
Sus pasos tras él guía
Mi fiel criado, que su amor espía;
Y como yo sin él vivir no puedo,
Su mismo viaje sigo.
Supo mi confidente que en Toledo
Un caballero, de su padre amigo,
Su hija le promete,
Y el avariento, mas que enamorado,
Gusta que el alma al oro se sujete,
Creciendo á tales nuevas mi cuidado;
Y como amor es fuego,
A Madrid ántes que él, seis horas llevo.
Seguile aver oculta por la tarde,
Y en el festivo alarde
Con la gente que en tropas y convites

(1) Este y los 23 versos siguientes no se hallan en la comedia que seguimos, incluida en la Parte 38 de comedias nuevas, impresa en 1670. Se han copiado de una comedia suelta, impresión del siglo XVII, pero sin año ni lugar, que lleva el título de *Lo que hace un manto en Madrid*, la cual aunque como de Calderón es la misma de Trélez con algunos retoques y alguna escena diferente.

Del sol acepta envites,
Y de sus rayos goza el bello alarde;
Del modo que la piedra busca el centro,
A vista de San Blas con él me encuentro.
Misterios le descubro,
Y, en el semblante el manto,
Revelo el alma cuando el rostro cubro.
Mi amor le manifiesto con mi llanto,
Ofrezco la mano con mi hacienda,
Si cuerdo y advertido
Mocedades enmienda,
Poniendo travesuras en olvido,
Y cuando mas confuso, diligente
Me aparto del y oculto entre la gente.
En fin, mi mayordomo,
Solicito tercero,
Que es el criado en quien mis penas fio,
Se informa, no sé cómo, [ro,
Que en esta casa, en que mi dicha espe-
Le hospeda un caballero que es su tio:
Halla el cuarto vacío,
Que sobre el suyo busca quien le more:
Alquile en efeto,
Y yo vecina tuya, porque ignore
Mi Don Gabriel la causa y el sugeto,
Con tu favor procuro
Enbarazar de suerte ociosidades,
Que al paso enmarañado que seguro,
Sin que en Madrid le hechen sus beldades,
La industria con amor artificiosa, [des,
Cuerdo le venga a hacer, y a mis esposa.

DOÑA LEONOR.
La amistad, mi Condesa, que consiste
En la similitud de profesiones,
Quiere que nos aliste
Amor en una especie de pasiones,
De modo parecidas,
Que es preciso vivir las dos unidas.
No ménos necesito (1)
De ti para el empleo
Que desde ayer acá rendido veo
Al fuego que en mi daño solicito,
Que tus ciegos cuidados de los míos:
Iguales en amor y en desvarios,
Me precipito yo, si te despeñas:
No son dichas pequeñas,
Si cuando me pretendes tú acreedora,
Usuras con usuras desempeñas
Y me ejecutas siendo mi deudora.
Escucha el descamino
De un amor, desde anoche acá engendra-
Y tan gigante ya..... [do,

ESCENA VI.

NUÑEZ. — DOÑA MANUELA, DOÑA LEONOR.

NUÑEZ. (A Doña Leonor.)

Nuestro vecino,
El de abajo, el de ayer recién llegado,
Las escaleras mide,
Y permission de visitarte pide. (Vase.)

DOÑA MANUELA.
¡Ay cielos! si te ha visto,
No dudes que te adora:
Temerte puedo ya competidora:
De tu nueva amistad, Leonor, desisto.

DOÑA LEONOR.
Esa puerta de adentro
Sale á tu mismo cuarto:
No temas este encuentro,
Retírate por ella.

DOÑA MANUELA.
Si me aparto,
Venceráte, Leonor: no pongas duda;
Que hechiza visto, y voluntades muda.

DOÑA LEONOR.
Desdoran tus recelos
Mi amistad y valor.

(1) Los 44 versos siguientes faltan en la edición de 1670, y se han copiado de lo que hay en un manto en Madrid.

DOÑA MANUELA.

Es todo engaños.

DOÑA LEONOR.

Yo quiero en otra parte, y tengo celos.
Puedes tú resistir tu amor dos años,
De tus pasiones vencedor tu aviso,
Y he yo de enamorarme de improviso!
¡Qué fácil me has juzgado!
Oculta nos acecha;
Verás como la tela que he trazado,
Desmiente en útil tuyo tu sospecha.

DOÑA MANUELA.

¡Ay Leonor! si librarte del deseas,
Huyete de sus ojos, no le veas. (Vase.)

ESCENA VII.

DON GABRIEL, MAJUELO. — DOÑA LEONOR.

DON GABRIEL.

Por dos títulos, señora,
Debe daros la obediencia
Quien llega á vuestra presencia,
Y en casa, que es vuestra, mora.
Yo añado otros dos ahora
De no ménos calidad:
Uno, la necesidad
De saber cierto misterio,
Y otro, el soberano imperio
De vuestra rara beldad.

DOÑA LEONOR.

El penúltimo escoged,
Que será el que más importa,
Y perdonadme si corta
Admito en pie esta merced.
Que siento mucho, creed,
Lo poco que me acredita
Quien ser cortés me limita;
Mas ha desacostumbrado
Mi hermano sillas y estrado
A toda nueva visita.

DON GABRIEL.

¡Gran cordura! No me espanto
Que el recelo al precio iguale;
Pues prenda que tanto vale,
Es bien que se guarde tanto:
Ayer una enigma manto,
Que mis quietudes altera,
En un billete severa
Me manda, hasta en esto escasa,
Que pues tengo el bien en casa,
No salga á buscarle fuera.
En casa no hay mas de dos,
La una tan de camino,
Que ayer forastera vino,
Y así juzgo que sois vos.
Desenmarañad, por Dios,
Si es así, señora mía,
Mi confusa fantasía;
Que á ser mis dudas verdad,
¡Qué mayor felicidad,
Tras tanta noche, tal día?

DOÑA LEONOR.

Débeos poco mi recato
En tan ciegas conjeturas:
Plebeyas desventuras
Hacen de su honor barato.
Estais bisiño en el trato
De Madrid, que por la posta
Inadvertencias agosta:
Guardaos, ya que entráis en él;
Que suele hacer un papel
Mucho daño á poca costa.

DON GABRIEL.

No en él solamente estriba
Esta presunción cobarde:
Junto á San Blas ayer tarde,
Entre amorosa y esquiva,
Si su semblante me priva,
Su pecho me manifiesta

Tan entendida y honesta
Quien me obliga á enloquecer,
Que juzgo debeis de ser
Quien me aguarda por respuesta.

DOÑA LEONOR.

No envidia yo su fortuna,
Si apetece vuestras bodas;
Que vos sois comun de todas,
Mas singular de ninguna.
Las mudanzas de la luna
De suerte aplicaros puedo,
Que, pues no la enfrena el miedo,
Fácil podeis conseguilla:
Camaleon en Sevilla,
Y casi esposo en Toledo. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON GABRIEL y MAJUELO.

MAJUELO.

Como quien no dice nada!
Esta fué la doblonista,
Desdeñante á letra vista,
Y tierna á letra tapada.

DON GABRIEL.

No lo dudes.

MAJUELO.

Redomada
Es por Dios, pero no fea.
¡Qué á lo miel que lo damea!

DON GABRIEL.

¡Quién pues la pudo informar
Tanto de mí?

MAJUELO.

El familiar,
Que de noche brujulea.

DON GABRIEL.

Lo de Sevilla, y tambien
Lo de Toledo, en tan breve
Espacio?

MAJUELO.

Habrà quien la lleve
Desde aquí á Jerusalem.
¿Qué te pareció?

DON GABRIEL.

Muy bien.

MAJUELO.

Requiescat la Serafina.

DON GABRIEL.

Vamos á ver la vecina.

MAJUELO.

Vamos, que á esta las redomas
Le han dado, ahorrando maromas,
Achaques de volatina. (Vase.)

Sala en el cuarto de Doña Manuela.

ESCENA IX.

DOÑA MANUELA, ORTIZ.

DOÑA MANUELA.

Es, Ortiz, Leonor muy bella,
Y Don Gabriel muy hechizo.

ORTIZ.

No hará su amor tornadizo
En su firme valor mella,
Que tiene un primo en su casa,
Y pierde el seso por él.
Tu verás el Don Gabriel
Los purgatorios que pasa
En pena de ser mudable,
Hasta alcanzar de tu amor
La gloria: haz mucho favor
A Don Luis, que es afable,
Cortés, discreto, y en fin
De Doña Leonor hermano.
Besarte quiere la mano.

DOÑA MANUELA.

¡A mi su hermano! ¿á qué fin?

ORTIZ.

De Doña Leonor son trazas,
Que en útil tuyo concierta.
Mira que aguarda á la puerta:
Si celos desembranzas,
A términos has venido
Que restauren su sosiego.

DOÑA MANUELA.

Entre, pues. ¡Ay amor ciego!
¿En que nos hemos metido?

ESCENA X.

DON LUIS.—DICHAS.

DON LUIS.

Mi hermana Doña Leonor,
Después... Pero Vuesoría... *(Túrbase.)*
Es Leonor hermana mía...
—Majestad fuera mejor
Intitular la belleza,
Cuando... porque amor es loco.
—Pero Majestad es poco.
Digo en fin, que vuestra Alteza,
Como mi hermana decía,
Si el pájaro está en la red...
—Perdone vuesa Merced,
Que cuando Vuesoría,
Después que el sol, su traslado,
La repentina violencia...
—Le prometo á Vueselencia...
No estoy, señora, turbado...
Pero sí pienso que estoy,
Porque amor y desvarios...
—Sentáos, señora, y cubrios;
Que por la fe de quien soy...

DOÑA MANUELA. *(Ap. á Ortiz.)*

¿Qué es esto, Ortiz? ¿qué hombre es este?

ORTIZ. *(Ap. á su ama.)*

Hombre que cuerdo hasta aquí,
Te debe este frenesí.
¿A quien no aturde una peste,
Si acomete repentina?
Yo de tu beldad presumo,
Que es como el tabaco en humo,
Que al principio desatina.
Desbaratado has su aviso.
Porque el donaire que tienes,
Es como pedrada en sienes,
Que entontece de improvisio.
Soségale, dale silla.

DOÑA MANUELA.

Tomad asiento, señor.

DON LUIS.

Todo objeto superior
Da causa á la maravilla,
Que en mí debeis de extrañar,
Cuando es tanta su excelencia,
Que excediendo á la potencia,
La llega á desbaratar.
Yo ocasioné mi desprecio,
Pues fuera bien reparara
Que quien al sol cara á cara
Osa ver, peca de necio.

DOÑA MANUELA.

Conforme ya lo decís,
Sospecho que la pasada
Fué turbación estudiada.
Pero, señor Don Luis,
Aunque estimo ese despejo,
Mas sencillas amistades,
En materia de verdades,
Que á vos, le debo á mi espejo.
Para servirlos yo á vos,
Hermano de quien mi amiga
Con tanto extremo me obliga,
Siendo tan unos los dos,
Desperdiciáis, os prometo,
Esas exageraciones.

ESCENA XI.

DON GABRIEL, MAJUELO.—DICHOS.

DON GABRIEL. *(Ap.)*

Salgamos de confusiones,
Descifrando este secreto.

DOÑA MANUELA.

¿Qué es esto? ¿hasta donde estoy,
Ortiz, se entran?

DON GABRIEL.

Vuesoría

Esta inadvertencia mía
Perdone: buscando voy
La causa de mis cuidados,
Con cierto engaño impacientes,
Y en Madrid los pretendientes
Pecan de desalumbados.
Mandóme una dama ayer,
Imperiosa aunque encubierta,
En San Blas, junto á una luerta,
Que la procurase hoy ver.
Afirmóme que vivía
En un cuarto desta casa:
Soy yo huésped de otro, y pasa
Las leves de cortesía
Mi diligencia, obediente
A las de amor: he sabido,
Puesto que recién venido,
Que la habitan solamente
Dos señoras: visité
La una; pero no es ella.
El deseo que atropella,
Y amor, deidad que no ve
Discursos, todo locura,
Mis pasos descaminó,
Y aquí tras ellos se entró.

(Ap. á él.)

¡Ay, Majuelo! ¿qué hermosura
Tan celestial! Pero en vano
Solicitudes ofusco,
Pues ni la dama que busco
Paga pensiones de hermano,
Ni me atrevo á presumilla
Tan fácil, si fe la doy,
Que venida ayer, tenga hoy
A quien dar su lado y silla.

DON LUIS.

No sé yo que sean aciertos,
En duda no averiguada,
Buscando dama tapada,
Pedir celos descubiertos.

En casa, como decís,
Hay no mas de dos beldades;
Mas no son sus calidades
Como la que presumis
Que artificiosa os hechiza,
Y su opinión desazona;
Pues ni mi hermana es persona
Que créditos vulgariza.
Ni juzgo que en esta empresa
Crerá vuestra presuncion
Que os diese tal ocasion
Mi señora la Condesa.
A visitalla y servilla
Vine, y ya debe saber
A quien en pie ha de tener.
Y á quien dar su lado y silla.

DON GABRIEL.

La destemplanza os provoca,
Pues no sé yo que tengáis
Acción á que respondáis
Airado en lo que no os toca.
Dadas que me solicitan
Me obligaron á este empeño:
Si porque, de casa dueño,
Lo sois de los que la habitan,
Mis desaires perdonad;
Que no quiero yo con vos
Pendencias, cuando en los dos
Es deudo la vecindad.

Ni lo que os dije os inquieta;
Que en mí no hay causa porqué
Me ofenda de que se os dé
Estrado, silla ó bufete.
Aquella dama encubierta,
Con quimeras y artificios
Pudo ocasionar indicios
De una esperanza ya muerta.
Afirmóme haber dos años
Que registraba mi vida,
De otras prendas divertida,
Y dudosa en mis engaños:
Imaginé deslumbrao
Que sería esta señora:
¡Hallo lo contrario agora,
Pues en vos logra su agrado:
¿En qué, pues, culpais mi exceso,
Si contra mis presunciones,
Castigo imaginaciones,
Y que no es ella os confieso?

DOÑA MANUELA.

Este caballero tiene
En lo que dice razon:
No empero en la obligacion:
Que á quien su quietud previene,
Debiera corresponder
Mas cuerdo; pues estoy cierta
Que le dijo la encubierta
No tentase conocer
Mientras ella no sabia
Mas abonos de su fama)
Prendas de la oculta dama,
Porque así la perderia.—
Venid, señor Don Luis,
Que tengo mucho que hablaros.

(A Don Gabriel.)

Y dejad vos de ocuparos
En lo que hallar presumis,
Porque os saldrán malogradas
Inútiles experiencias:
Que tal vez las diligencias
Pierden por demasiadas. *(Vanse.)*

ESCENA XII.

DON GABRIEL, MAJUELO.

MAJUELO.

Aquí tambien nos dan como (4).

DON GABRIEL.

¿Qué es esto, Majuelo?

MAJUELO.

Encanto

Y chanzas que tras el manto
Nos hace algun diablo romo.

DON GABRIEL.

¿Doña Leonor, coronista
De mi juventud traviesa!
Reprensiones la Condesa,
Por la que me habló, no vista!

MAJUELO.

Esa postrera me espanta,
Venida á Madrid de ayer;
Que esotra pudo saber,
Siendo la vecindad tanta,
Las mozas inclinaciones
De tu inquieto desvario,
Si se las contó tu tío
Entre otras conversaciones.

DON GABRIEL.

No dices mal.

MAJUELO.

Esto es cierto:
Mas la viudez titulada
¿No ostenta hermosa fachada?

DON GABRIEL.

¡Ay, Majuelo, que me ha muerto!
¿No es bellissima?

(4) Chasco, burla, bromas.

MAJUELO.

Y no necia.

DON GABRIEL

Es Arge! del alma mía.

MAJUELO.

Puede ser su señoría
Señoría de Venecia.

DON GABRIEL.

¡Tres en Madrid!

MAJUELO.

Y en Toledo,
Con la enmonjada, son cuatro,
Que aun sobran para un teatro.

DON GABRIEL.

De las que no vi, no puedo
Permanecer tan perdido,
Que me desvele su amor.
Hermosa es Doña Leonor,
Y muy bien me ha parecido;
Mas de amor la llama leve
A solas es tan escasa,
Que cuando incline no abraza,
Y aunque aficione, no mueve.
Vi á la viuda de los cielos,
Que trae, de las almas parca,
Espada mayor de marca:
Díome amor, y entré por celos.
¿Qué mucho pues se aventaje
Este al otro?

MAJUELO.

¡Pesia tal!

Viuda de ébano y cristal,
Con la salsa de su traje,
Hará que un risco se postre
Y á esotras desacredite,
Porque en cualquiera convite
Se esmera el plato de postro.
Pues el monji! te provoca,
No te acuerdes de otra alguna:
Será hueso de aceituna,
Que se te quede en la boca.

ESCENA XIII.

DON LUIS, DON GONZALO. — DON
GABRIEL, MAJUELO.DON LUIS. (Ap. con Don Gonzalo al salir.)
Aquí le dejé.

DON GONZALO.

Aquí está.

DON LUIS.

Llegad pues, y dad principio
Disimulado y discreto
A la quimera que urdimos.

DON GONZALO.

Señor Don Gabriel Zapata,
Ni lo que deseo servirlos,
Obligado á vuestras prendas
Desde que recién venido
La mano os besé en Toledo,
Ni lo en ella sucedido
Por vos, que por no alteraros
No quiero llamar delito,
Permitirán que el enojo
Vocinglero, en perjuicio
Del pundonor y la fama,
Llame al secreto testigos.
¡Oh si pudiera obligaros
A enderezar descaminos
Que por difíciles medios
Os anuncian precipicios!
Que cuerdos os restauraran
Respetos de bien nacido
Al valor de vuestra sangre,
Que casi eclipsada miro!
La casa de Don Andres,
Que os dió regalado hospicio,
Y agora nombre de ingrato,
Llora á su dueño en peligro.

Ella huérfana, él enfermo,
Grande el riesgo, yo su amigo,
Leve el vulgo, la honra frágil,
Vos la causa.... harto os he dicho.

DON GABRIEL.

Prométos, señor, no sé
Vuestro nombre, aunque os he visto,
Como decís, en Toledo.

DON LUIS.

Es Don Gonzalo, mi primo,
Quien vuestra amistad desea.

DON GABRIEL.

Y yo dichoso la admito;
Mas puesto que reconozco
La templanza de su estilo,
Ni sus misterios alcanzo,
Ni sus quejas apercibo.
¿Yo á Don Andres querelloso?
¿A su casa con motivos
De vituperarme ingrato,
Cuando mas agradecido?
¿El por mi ocasion enfermo?
¡Vive Dios! que en tanto estimo
Su salud, su honor, su fama,
Que á saber quien le ha ofendido,
Correspondiendo á favores
Que generoso me hizo,
La vida por él perdiera.

DON GONZALO.

Quitáosla pues á vos mismo.

DON GABRIEL.

Harélo, si estoy culpado;
Mas salga yo del abismo
Desta confusion primero:
Que os declareis, os suplico.

DON GONZALO.

¿Para qué podrán ser buenos,
Don Gabriel, los artificios,
Que á pesar de vuestro engaño,
Desembozaron testigos?

DON GABRIEL.

Es verdad que di palabra,
Si me premiaban servicios
Que el Rey á mi padre debe.
De honrarme su yerno ó hijo,
Desposándome en su casa.
Si porque en la corte hechizos
De un manto me divertieron,
Le he dado causa á sentirlos
Tanto, y en tiempo tan breve
Le pudieron dar aviso
Desde anoche acá, que es caso
Fabuloso, aun para dicho:
Ni hasta ahora estoy casado,
Ni juzgo que he delinquido
En buscar lo que me ofrece
Quien me manda y no averiguo.

DON GONZALO.

Vuestras flojas evasiones
Nos manifiestan indicios,
Que aseguran evidencias
Por lo turbado y lo tibio.
Abreviemos, Don Gabriel:
Seis años habrá que sirvo
A un serafín, que en Toledo
Me le ocultaron retiros.
Este falta dos dias há
Del colegio, y se ha sabido
Que vos su muro escalasteis.

DON GABRIEL.

¡Yo! ¿qué decís?

DON GONZALO.

Lo que han dicho
La opinion, que no os abona,
Vuestros locos desperdicios,
Vuestras pocas advertencias
Y dos papeles escritos
A la que créndla os ama.
Puesto que un tiempo conmigo
¡Tan favorable, que el cielo

Nos reciprocaba niños.

No son celos mis agravios;
Pero es celo á que me obligo
Por el honor de su padre;
Y en fe de que no os compito,
O habeis de darla la mano
Esta noche (yo el padrino)
Para soldar desaciertos
Que habeis hecho; ó este sitio
Ha de servir de teatro
A vuestro justo castigo,
O á mi muerte, bien empleada,
Si á su honor la sacrificio.

DON GABRIEL.

¿Pusieron en esta casa
Su academia los hechizos,
Su tienda los embelcosos,
Su escuela los desatinos?
Señores, ¿qué encanto es este?

DON GONZALO.

Basta el fingir, prevenios
A lo uno ó á lo otro.

DON GABRIEL.

A lo postrero me animo,
Porque de vuestras palabras
Con certidumbre colijo
Que siendo vos el autor,
Me imputais vuestros delitos.
Si de Serafina amante
Os confesais tan rendido,
Que celoso de mi estrella,
Esperanzas os marchito;
Y yo sin ver á esa dama,
Su consentimiento obligo,
Siendo por ella y su padre
A tanta dicha admitido,
Seguro y no enamorado:
¿Como podréis persuadiros
A que pudiendo amistades,
Llegue á robar lo que es mio?
¿Con cuánta mas apariencia
De verdad tendré yo indicios
De vos, de que la engañastes
Caviloso y persuasivo,
Por estorbarme promesas,
Y que el cosario habeis sido
De su belleza y mi suerte,
Fingiéndos sin culpa!

DON GONZALO.

Digo

Que no pienso responderos,
Sino con solos los filos
Desta espada, si rhusais
Los medios que solicito.

DON GABRIEL.

Tengo yo tan de mi parte
La razon...

(Empujan.)

ESCENA XIV.

ORTIZ, y luego DOÑA MANUELA Y
DOÑA LEONOR. — Dichos.

ORTIZ.

Señores míos,
¿Están en si Vuesastedes?
¿Aquí pencias?

MAJUELO.

Desciño

La formidable á tu lado. (A su amo.)

DON LUIS.

Don Gabriel, en mí es preciso,
Ya que no admitis consejos,
El ayudar á mi primo.

(Salen Doña Manuela y Doña Leonor.)

DOÑA MANUELA.

Señores, pues; en mi casa...

DOÑA LEONOR.

Ya yo la ocasion he oido
Desluzo desalumbra...

Que apaciguar imagino.
Doña Serafina está,
Si con esto os apaciguo,
Debajo mi confianza,
Con el respeto debido
A su calidad y estado.
Ni Don Gonzalo la ha visto,
Ni Don Gabriel sabe della,
Puesto que podré advertiros
Que, por uno de los dos,
Inconsiderada quiso
Dar asunto á maliciosos.

DON LUIS.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

La verdad digo.

Ninguno saber intente
Mas desto: sobra deciros
Que se oculta en esta casa,
Siendo el uno el escogido
De los dos competidores.

DON GABRIEL.

¿Hay mas ciego laberinto?

DOÑA MANUELA. (Ap.)

¡Cielos! Si esto no es quimera,
Y Serafina ha venido
A deslucirme esperanzas,
Muerta soy, en balde vivo!

DON GONZALO.

¡Qué dello, prima, te debo!

(Ap. á Doña Leonor.)

¿Con qué sazón tu artificio
Finge lo que consultamos?
Di adelante.

DOÑA LEONOR. (Ap. á Don Gonzalo.)

Primo, primo,

En esta casa tu danna
Se oculta, no quimerizo;
Sacó el cielo verdaderas
Mentiras que dispusimos.

DON LUIS. (Ap. á ella.)

¿Qué dices, Leonor?

DOÑA LEONOR. (Ap. á Don Luis.)

Verdades

Que nos saquen adivinos.
Aquí está la toledana: (Alto, á todos.)
Vuestros pasos ha seguido:

(Á don Gabriel.)

Su clausura ha quebrantado:
Fíose en mi patrocinio.
Tiene amor, teme mudanzas,
Y atropellando peligros,
Celosa disculpa excesos.
Uno de los dos ha sido
Por quien su padre, su patria
Y opinión pone en olvido:
No hay que examinarme mas.
Que no tengo de decirlo.

DON GONZALO.

Leonor bella, Leonor sabia,
Desengaña, te suplico,
Confusiones que pretendes
Desbaratarme el juicio.
¿Serafina en esta corte?

DOÑA LEONOR.

(Á Don Luis y á Don Gonzalo.)

La verdad pura os afirmo.

DON LUIS.

¿Serafina en esta casa?

DOÑA LEONOR.

En ella la deposito.

DON GONZALO.

¡Y qué! no he de saber yo
Si merecen mis suspiros
El premio de tal fineza?

DOÑA LEONOR. (Apártase de Don Luis y
Don Gonzalo, y dice á todos.)

Señores, lo dicho, dicho.

¿De qué servirá cansarme
Adulándome el oído,
Si he empeñado mi palabra
Al secreto? Persuadios
Los dos á que es cuerlo medio,
Compartiendo como amigos,
Reverdecer esperanzas,
Mientras yo las examino.

DOÑA MANUELA. (Ap. con ella.)

Las mías, Doña Leonor,
Como en tu amistad las cifro,
Piensan que con esa traza
Solicitas mis alivios.

Despename de temores:

¿Es cierto que está contigo

Esta mujer que me abrasa?

DOÑA LEONOR.

(Ap. Lleve tambien piconcito

Mi señora la condesa.)

Por uno de los dos vino;

No puedo decir mas que esto,
Que lo he jurado.

DOÑA MANUELA.

Si ha sido

Mi Don Gabriel, ya estoy muerta:

Si es otro, ya resucito.

DOÑA LEONOR.

Uno es de los dos.

DOÑA MANUELA.

¿Cuál pues?

DOÑA LEONOR. (Alzando la voz.)

A Usenoría suplico

No pretenda que profane

Secretos que he prometido.

DON LUIS.

¿Ella no asiste en mi cuarto?

¿Qué aguardo pues, que no miro

Cuántas piezas nos la esconden?

Primo, seguidme.

DON GONZALO.

Ya os sigo.

DON GABRIEL.

Sin mí, eso no; que soy parte,

Y hasta que se saque en limpio

Quién es el interesado,

No me está bien consentirlo.

DON LUIS.

Yo puedo hacer en mi casa

Lo que quisiere.

DON GABRIEL.

En perjuicio

De tercero, no es nobleza.

DOÑA MANUELA. (Ap.)

¡Ay cielos! ¿cómo reprimo

Tormentos disimulados?

DOÑA LEONOR.

Id los tres, yo os lo permito.

Desvelaréis en balde. (Vanse los dos.)

DON GABRIEL.

¡Vive Dios, que he de seguirlos,

Aunque la vida me cueste! (Vase.)

ESCENA XV.

DOÑA MANUELA, DOÑA LEONOR,
ORTIZ, MAJUELO.

DOÑA MANUELA.

¿Qué es esto, Leonor?

DOÑA LEONOR.

Principios

Que nos saquen de temores.

Ven, si pretendes oírlos.

MAJUELO.

¡Válgate el diablo la casa!

ORTIZ.

No es posible, que no ha sido

Don Juan de Espina su huésped.

MAJUELO.

Verdad, dueñísima, has dicho.

ACTO TERCERO⁽¹⁾.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MANUELA, DOÑA LEONOR,
ORTIZ.

DOÑA LEONOR.

Cánsense ellos en buscar
A quien en Toledo ausente,
Y en su colegio inocente,
Los hace desatinar;
Que entre tanto dispondremos
Quimeras que ya empezamos.

DOÑA MANUELA.

En medio del golfo estamos.

DOÑA LEONOR.

Pues presto el puerto veremos:

Confía de mí esta empresa.

DOÑA MANUELA.

Como tú su efecto alcances,

Y de tan confusos lances

Mi amor el bien que interesa,

Del incendio que me abrasa

Serás el médico fiel;

Mas perderé á Don Gabriel,

Si sale una vez de casa.

Que en tal liviandad se funda,

Que en viendo beldades fuera,

No dura mas la primera,

Que en llegando la segunda.

DOÑA LEONOR.

Las puertas están con llave

De la calle; de noche es:

Antes que ponga los pies

En su umbral, amor, que sabe

Abreviar inconvenientes,

Si sazona mis empleos,

Le aprisionará deseos

Solo á tu imperio obedientes.

Yo tengo los materiales

Dispuestos deste edificio,

De suerte que en tu servicio

Todos se ofrecen leales.

Prevenido está Pacheco,

El que hospeda á Don Gabriel:

Ortiz es discreta y fiel.

ORTIZ.

Y para nuestro embeleco,

No es de ménos importancia,

Aunque viejo impertinente,

Tu escudero.

DOÑA LEONOR.

En tanto agente,

Y en tan pequeña distancia

De tiempo, ¿qué hay que temer,

Si amor, cuando asome el día,

A las dos, Condesa mía,

Casadas nos ha de ver?

Todo lo que te he advertido,

Para este ardid es forzoso:

Si intentas que salga airoso

El medio que he prevenido,

Repásalo por instantes.

DOÑA MANUELA.

Memoria tengo feliz.

DOÑA LEONOR.

¿Estás en el punto, Ortiz?

ORTIZ.

Mas que catorce estudiantes

En lo que estudiado llevan,

Cuando lén de oposicion:

Ponlo tú en ejecucion,

Y engañes á cargas lluevan.

DOÑA LEONOR.

Sirva el que ahora os diré

De postre en nuestro contrato,

Si es bien que el último plato

Con mas sazones esté.

(1) El acto tercero de *Lo que hace un manto*

en *Madrid* es mejor que este, aunque solo es de

Telex en parte. Para que el lector juzgue, va in-

serto en el Apéndice colocado al fin de este tom.

Un huésped tuvo esta casa
Y este cuarto : ya sabeis
Que debajo dél teneis
A Don Gabriel, que la abrasa.
Era rico, libre y mozo,
Y pudo la vecindad
Euredarle en la beldad
De una dama, que destrozó
Fué de toda su quietud;
La cual sujeta á una tia,
Madre de la hipocresia
Y Argos de solicitud,
La guardó tan vigilante,
Verdugo de su belleza,
Que ocasionó su asperza
A enloquecer al amante,
Y en la dama á la atencion
Del Piramo desvelado;
Que el celar demasiado
Es llave de la ocasion.
Habitaban dama y tia
Las mismas piezas que ahora
El Don Gabriel huésped mera,
Sin basta su cercanía
A facilitar siquiera
Cortes demonstrationes,
Ni aun licitas permissiones
De una frecuencia casera:
Pues cuando salian de casa
(Que era en la ocasion precisa
De oír una breve misa),
Apénas la luz escasa
Del sol alegraba flores,
Cuando ya de vuelta estaban,
Y así le dificultaban
Los rayos registradores.
¿ Visitarse? ni por lumbre:
¿ Abrir puertas? ni por picuso:
Ventanas pagaban censo
A la avara pesadumbre
De un enfadoso encerrado:
Que aun tuvo celos la tia
Del vidrio y la celosia.
Si nació tanto cuidado
De pura recoleccion,
No lo sé; pero no ignoro
Que á título del decoro
Que achacau á su opinion,
Muchas destas que el verano
Lloran de su helado invierno,
En virtud de su gobierno
Son perros del hortelano.
Pesadamente llevaba
La dama tanta clausura:
Pero mas quien su hermosura
Impaciente idolatraba:
Cuando amor, que á lo imposible
Halla mas facilidad,
Burló la severidad
De la vieja aborrecible.
El medio fué una criada,
Que deste encierro andadera
Entrando y saliendo fuera,
Vivia privilegiada
De tantas llaves y puertas.
Comprábalas de comer:
La codicia en la mujer
Las del alma ofrece abiertas.
Venciola la diligencia
Del huésped, que liberal,
A costa del rey metal
La dió el cargo de su agencia,
Con que logró sus empleos.
¿ Dios nos libre, mi Condesa,
De amor, la vez que atraviesa
Oro, industrias y descos!
Estos, pues, que no dormian,
Aquel que solicitaba,
La tercera que abogaba,
Papeles que intercedian,
La privacion que apecece,
El rigor que descompone,
Amor que ardidés dispone,

Y la ocasion que enloquece,
Comprábanle á amor usuras
De deleites limitados,
A quintales los cuidados,
Y á adarnes las coyunturas;
Y buscándose los ojos,
Se encontraban por las puertas,
Cuyas junturas abiertas,
En vez de aliviar enojos,
Les causaban mas tormento,
Maldiciendo á la pared;
Porque mas crece la sed,
Si bebe poco el sediento.
Cosechando pues los condutos
Que su vista escaseaban,
Por átomos se miraban,
Hablandose por minutos;
Hasta que ya favorable
A sus ansias la fortuna,
Les dió ocasion oportuna.
Y fué la traza admirable.
Sucedió pues que una hermana
De la tal tia enfermo,
Y su riesgo las llevó,
Por toda aquella semana,
A casa de la doliente.
Pienso yo, aunque sea malicia,
Que fué mas por la codicia
De la herencia. En fin, ausente
Una y otra, y la criada
Guarda de su habitación,
Dieron en esta invencion,
El galán y ella, extremada.
Llamaron á un oficial,
Y comprándole el secreto,
Para poner en efecto
La industria á su ingenio igual,
Hizo arrancar, aserrando
Sutilmente, los extremos
De dos vigas que veríamos,
Este embelecó ocultando.
Y abriendo un vacío, que fuese
De capacidad bastante
Para que el vecino amante
Bajase cuando quisiese.
Puso otras dos bovedillas,
Que con tabias imitó,
Y el yeso y arte cubrió,
Bastando el arte á fingillas
De suerte con la pintura,
Que ellas con los dos maderos
Pasaron por verdaderos
Y cubrieron la abertura,
De modo que facilmente
La pudiesen levantar.
Abrir el techo y cerrar,
Con la propiedad de puente
Levadiza : ¡ invencion nueva,
Que solo pudiera amor
Ser su sutil inventor!
¿ Ves la trampa de una cueva?
Pues esta, á la misma traza,
Desniente toda sospecha:
Ya se levanta, ya se echa,
Y de modo se disfrazó,
Con las esteras cubierta,
Que quien no está en la malicia,
No tendrá della noticia.
Por esta engañosa puerta
Y una escalera de mano,
Les facilitó á los dos
Estorbos el niño dios,
Y sacó el desvelo en vano.
Revelóme el desposado,
Cuando dejó nuestro hospicio,
Este ingenioso artificio;
Pero no le he remediado,
Porque á tener del noticia
Mi hermano, llevara mal
Que en casa tan principal
Se intentase tal malicia.
Veniste á morarle, en fin,
Tenemos debajo dél

A tu amante Don Gabriel,
Y cae sobre el camarín,
Que á su criado aposenta.

DOÑA MANUELA.

La invencion, cuanto engañosa,
Nos puede ser provechosa.

DOÑA LEONOR.

Corra ahora por mi cuenta
El modo con que uses della,
Y maravillas verás.

DOÑA MANUELA.

Si tú de mi parte estás,
No lo dudo.

DOÑA LEONOR.

Ven á vella;
Que la corte siempre vende
Sutilezas semejantes.

ORTIZ.

Donde hay sótanos amantes,
Galan fantasma, amor duende,
Tornos, casas con dos puertas,
Tabiques disimulados,
Hurtaran de los tablados
Tramoyas que saquen ciertas
Esperanzas ya perdidas.

DOÑA MANUELA.

No logra amor sus sazones
En faltándole invenciones.

DOÑA LEONOR.

¿ Qué tales las llevo urdidas! (Vase.)

Sala en el cuarto de Don Gabriel.

ESCENA II.

DON GABRIEL, MAJUELO.

DON GABRIEL.

No he de estar en esta casa
Un hora, si por vivilla,
Fuese señor de Sevilla.
Ese bato, Majuelo, pasa
A la posada primera
Que hallares.

MAJUELO.

¿ Y las vecinas?

DON GABRIEL.

Son Circes, son Falerinas,
Y yo entre tanta quimera,
Tanta mentira y enredo,
Quien el seso ha de perder
Por gusto de una mujer.

MAJUELO.

¿ Pareció la de Toledo?

DON GABRIEL.

En su busca desatina
Mi discurso enmarañado:
No habemos los tres dejado
Sala, retrete, oficina,
Cancel, ángulo, azotea
Sin registrar, de aquel cuarto.

MAJUELO.

Nuestro amor anda de parto:
¿ Quiera el cielo que hijo sca!

DON GABRIEL.

Confusa estrella es la mia.
Cuando á la bella Leonor
Se iba inclinando mi amor,
Y luego á la tiranía
De aquel monjil hechicero,
Serafina se atraviesa.
Yo muero por la Condesa,
Y tambien á Leonor quiero.

MAJUELO.

Divide llamas inquietas
Por jornadas, si amor llora,
Serás comedia de ahora.
Que la escriben tres poetas.

ESCENA III.

PACHECO. — DON GABRIEL,

MAJUELO.

PACHECO.

Un hidalgo toledano

Por aquí á caballo vino,
Y por llegar de camino
No entró á besarte la mano.
Esta para tí me dió,
De no sé qué Don Andres,
Diciéndome que despues
Volverá á verte.

(Da una carta á Don Gabriel.)

DON GABRIEL.

Cesó

Nuestra confusion, Majuelo:
Esta carta nos dirá
Si aquí Serafina está.

MAJUELO.

Lé pues, aclárese el cielo.

DON GABRIEL.

(Lee.) *Mi Serafina, obediente
A la eleccion que en vos hice,
Que soy riguroso dice
En permitirnos ausente.
Téngola en casa al presente;
Venidla á ver presuroso;
Que habiendo de ser su esposo,
Hacienda, gracias á Dios,
Me sobra para los dos,
Con que vivais caudaloso.*—
DON ANDRES DE SILVA.

¿ Ves

Cuán mal astrólogo has sido ?

MAJUELO.

¿ De extraño golfo has salido !

DON GABRIEL.

Busca postas, abre pues :
Vamos á ver una cara
Que me alegre descubierta.

MAJUELO.

Dices bien, abro la puerta.

PACHECO.

Si yo ausentáros dejara,
Y con descrédito mio
Os sucediese algun mal,
Tendráme por desleal
Mi señor y vuestro tío.

DON GABRIEL.

¿ Mal de ausentarme ? ¿ por qué ?

PACHECO.

(Ap. Aquí encajo la promesa
Que en favor de la Condesa
Di á Doña Leonor). Yo sé
Que el que esa carta os escribe,
Está en Madrid, y que espera
Que esta noche salgais fuera,
Donde su rigor os prive
De la vida.

DON GABRIEL.

¿ Qué decis ?

Don Andres de mí agraviado ?
Pues yo ¿ qué ocasion le he dado ?

PACHECO.

¿ Bueno es, qué ocasion ! Venis
Obligado de su casa,
Por yerno suyo admitido,
Habeis el incendio sido
Que en ella su honor abrasa,
Quebrantais sacras clausuras,
Sacais della á vuestra dama,
Verificando la fama
Que os dan vuestras travesuras,
Venidos aquí con ella,
Ingrato la despreciais;
¿ Y ahora disimulais
Noticias para ofendella !

DON GABRIEL.

Si es que os habeis concertado
Con quien remata mi seso,
Dad todos ahora en eso:
Veréisme desatinado.
Mas sabed que llevo mal
Desaires contra mi honor.

PACHECO.

Conozco vuestro valor,
Y á mí dueño soy leal :
Sé que vino de secreto
A buscaros Don Andres :
Sé que os escribío despues :
Sé tambien que es para efeto
De hacer quitaros la vida,
Si la mano le negais
A su hija, y que fe dais
A esa carta, que es fingida :
Sé que está en casa la prenda
Que de Toledo usurpasteis,
Y engañada la dejasteis,
Porque mas de vos se ofenda,
Despues de aposeionado
En su crédula hermosura.
Luego si ahora procura
Advertiros mi cuidado
Del peligro en que os meteis,
Mas digno soy de alabanza
Que de enojos.

MAJUELO.

Toda es chanza

Esta casa.

DON GABRIEL.

Vos queréis
Enloquecerme del todo.

MAJUELO.

En eso bien poco habré
Que hacer.

DON GABRIEL.

¿ Vos sabeis que está
Serafina aquí ?

PACHECO.

Y de modo

Que va creciendo su amor,
Al paso que sois cruel.
¿ De qué, señor Don Gabriel,
Sirve que Doña Leonor,
Si es Serafina, se venda
Hermana de Don Luis ?

DON GABRIEL.

¿ Estais en vos ? ¿ qué decis ?

MAJUELO.

Barzagas que los entienda.

PACHECO.

¿ Tambien me querréis negar
Que las veces que la visteis,
Tampoco la conocisteis ?

DON GABRIEL.

Haréisme desesperar.
¿ Cómo la he de conocer,
Si nunca la hablé en Toledo ?

MAJUELO.

Eso yo afirmarlo puedo.

PACHECO.

No son dese parecer
Don Gonzalo y Don Luis.

DON GABRIEL.

Mi discurso desatina,
Pues si es Doña Serafina,
Y á engañarme no venis,
¿ A qué propósito ahora
Se finge Doña Leonor ?

PACHECO.

Todo eso puede el amor
De quien mas que vos la adora :
Persuadió á los primos dos
Que cuando supo el camino
De Don Gonzalo, se vino,
Por no casarse con vos,
Tras él ; y como os hospedá
Esta casa, disfrazaron
Su nombre, y os deslumbraron,
Porque deste modo pueda
Disponerse la sazón
De su breve casamiento.

DON GABRIEL.

Pacheco, sin fundamento

Fabricais mi confusion,
Porque Don Gonzalo afirma
Que yo fui su robador,
Y pertinaz en su error
Lo mismo Don Luis confirma
En busca suya han andado
Todo ese cuarto.

PACHECO.

Advertid

Que quieren con ese ardid,
Entre todos consultado,
Que desta casa salgais,
Donde os dé Don Andres muerte,
Para lograr desta suerte
El tálamo que estorbais :
Que la Leonor verdadera,
Del dueño de casa hermana,
Debe haber una semana
Que está de la corte fuera.
A San Diego de Alcalá
La llevó su devocion,
Y en su ausencia esta invencion
Materia á flecciones da.
Don Andrés, que deste exceso
Noticia cierta ha tenido,
Y que vos solo habeis sido
El delincente travieso,
Viene á la corte tras vos,
Y por esa carta os llama
Donde restaure su fama,
Dandós las manos los dos,
O con vuestra muerte lave
La mancha de su opinion.
Por esta misma razon
Don Gonzalo, que lo sabe,
Finge que siendo su amigo
No ha de consentir su afrenta,
Y sacaros de aquí intenta,
Frazando vuestro castigo.
A todos cuantos en casa
Sobre esta materia habeis,
Cobechados los veréis,
Y os negarán lo que pasa;
No yo, que en fin soy criado
De vuestro tío, y deseo
Que salgais bien deste empleo :
Disponed como avisado.

(Vase.)

ESCENA IV.

DON GABRIEL, MAJUELO.

DON GABRIEL.

¿ Qué juzgas deste embeleco,
Que yo estoy fuera de mí ?

MAJUELO.

Que debe de ser así,
Pues que lo afirma Pacheco.

DON GABRIEL.

Pues si á Madrid ha venido
Don Andres, de mí agraviado,
Hoy sabrá desengañado
Quién es el que le ha ofendido.

MAJUELO.

Mira lo que haces, señor.

DON GABRIEL.

Abre esa puerta, Majuelo,
Írele á buscar.

MAJUELO.

Recelo

Que nos ha de dar tu amor
Un pan hoy como unas nueces.

DON GABRIEL.

Nunca yo fieros temí :
Abre, y salgamos de aquí.

(Al abrir la puerta del fondo, Majuelo
ve de espaldas á Ortiz, vuelve, y se
retira la dueña.)

MAJUELO.

Abro, y sal. ¡ Jesus mil veces !

DON GABRIEL.

¿ Tropezaste ?

MAJUELO.
Con los ojos.
DON GABRIEL.
¿Pues qué has visto?
MAJUELO.
¿Qué sé yo?
Un bulto que se escondió,
Autor destes traupeños.
DON GABRIEL.
Aumenta con tus locuras
Quimeras.

MAJUELO.
¿Yo las aumento?
Con luz está el aposento,
Y le damos a oscuras.
(*Abre la puerta del fondo, y se ve todo lo que se va diciendo.*)
¡Ay! ¿no ves el aparato,
Adorno y ostentación
Con que nuestra habitación
Nos hace esta noche el plato?
Colecha en la cama de china,
Sábanas de Holanda, nieve
Que por los ojos se bebe.
—Mas diábala que Serafina
Sois vos, pero provechosa.—
Repara en las almohadas,
Guarnecidas y bordadas
De oro y seda generosa;
De plata los candeleros,
Y de damasco el tapete
Que ensoberbece el bufete;
Un talegón de dineros;
Dos tabaques todos llenos
De conservas y regalos,
Que aunque los diablitos son malos,
Hay entre ellos mas y ménos.

DON GABRIEL.
Majuelo, los dos dormimos,
Los dos sin duda soñamos.

MAJUELO.
Pues por sí ó por no, comamos
Mientras del sueño salimos,
Que mas vale algo que nada.
(*Saca bizcochos, y c. m. c.*)

DON GABRIEL.
No ha de haber quien esto crea.

MAJUELO.
Que se duerma de jalea,
Y se sueñe de perada?
¡Oh sueños monjas!

DON GABRIEL.
¿Si hay puerta
En este cuarto, ó ventana,
Que salga á esotro?

MAJUELO.
Esa es vana
Conjetura; la que abierta
Ves que sale á ese patín,
Y desde él luego á la calle.
Tan solamente has de hallarle:
Una sala, un camarín,
Una alcoba, un aposento
En que duermo, hay solo en él:
Ten por cierto, Don Gabriel,
Que es todo esto encantamiento:
Los criados de tu tío,
Posan fuera en el zaguan;
Las piezas todas están
Macizas: crê, señor mío,
Que andan tragos por aquí,
Ó quien sus pandillas sabe.

DON GABRIEL.
¿Y si acaso hubiere llave
Falsa ó maestra?
MAJUELO.
Eso sí;
Mas ¡destas burlas nos hagan!
¿Sabes en qué echo de ver
Que no pueden diablitos ser
Los que endulzando te halagau?

DON GABRIEL.
¿En qué?
MAJUELO.
En que huele á pebetes
Y á pastillas esta sala;
Que el diablo siempre regala
Con almizcle de colietes.
Pero un papel para ti
Halle entre la ropa blanca.
Lêe, pues no cuesta blanca.
DON GABRIEL.
Yo estoy loco, dice así:
Lee. *Poco obliga vuestra estrella
La prenda que tanto os quiso;
Y temo que por remiso
Vengais, Gabriel, á perdella:
Hablado habeis hoy con ella,
Y aunque su noticia os tasa,
Vuestra tibieza la abraza:
Mirad que os han de matar,
Si salis fuera á buscar
Lo que teneis dentro en casa.*

MAJUELO.
¿Otra vez casa y teneis?
¿Válgate el diablo por cómo!
Piensa tu mientras yo como
Bizcochos de seis en seis.
¿Si es Leonor la de Toledo
La tal Doña Serafina,
Ó la Condesa vecina,
Antora de tanto enredo?
(*Estando los dos de espaldas al fondo, salen por detrás Doña Manuela y Doña Leonor cubiertas, y siéntanse en dos sillas, dejando otra vacía en medio; tose Doña Manuela para que se vuelvan á verlas.*)

ESCENA V.

DOÑA MANUELA, DOÑA LEONOR.

Dichos.
DON GABRIEL.
Mas me ofusco, mientras mas
Mis dificultades cubran
¡á meras.

MAJUELO.
Aquí estornudan
Ó tosen; ¡Jesus! ¡San Blas!

DON GABRIEL.
¿Qué hay de nuevo?
MAJUELO.
Un par de mantos

Que por lo que tienen de humo,
Si enredamente presumo,
Diablitos tapan, y no santos.
Amarguito saldrá el sueño,
Por los dulces que comimos,
Si aun estás en que dormimos.

DON GABRIEL.
(*Ap. Yo he de salir deste empeño,
Averiguando quién son
De tanto embeleco autoras.*)
(*Siéntase en medio despejadamente.*)

Pues, mis enigmas señoras,
¿Cuál puede ser la ocasión
Que honrando esta habitación
Con circunstancias tan raras,
Privándonos de las caras,
Seáis por mezclar rigores,
Pródigas en los favores
Y en las bellezas avaras?
No me atrevo á preguntaros
Por dónde entrada tuvisteis,
Pues como dueños, pudisteis
De todo aposeñonaros.
Deseoso de agradaros,
Son tan cortas mis venturas,
Que ocultándome hermosuras
Sus rayos, por nuevos modos,
Solos que alunbran á todos,

A mí me dejan á oscuras.
Las luces bellas y claras
Desos cielos descubrid:
No esté yo solo en Madrid
Excomulgado de caras.

MAJUELO.
Corre velos: ¿qué reparas?
DON GABRIEL.
Necio, ten comedimiento.

MAJUELO.
Biomhos deste aposento,
Duendes, fantasmas ó diablitos,
Huyendo voy de retablos
Con luto sin ser adviento. (Vase.)

ESCENA VI.

**DON GABRIEL, DOÑA MANUELA Y
DOÑA LEONOR, tapadas.**

DON GABRIEL.
¿Qué mandais? ¿á qué venis?
¿En qué daros gusto puedo?

DOÑA MANUELA.
Yo vengo desde Toledo.
DOÑA LEONOR.
Yo de mas lejos.

DOÑA MANUELA.
Cumplis
Palabras, que reducís
A olvidos, tan brevemente,
Que apenas estais ausente
De quien os obliga tanto,
Cuando al asomo de un manto,
Le idolatráis pretendiente.
Dichosa la que en vos fia
El sosiego de sus llamas
En Madrid, ya con tres damas,
Y estas en ménos de un día!
La que encubierta os espía,
Y dificultando empresas,
Os engaña con promesas,
Que disfrazan pundonores,
Ya muerto por las Leonores,
Ya loco por las Condesas!
Si en tantas os dividís,
Cuando á ninguna olvidáis,
¿A cómo el adarme dais
Del alma que repartis?
A ser mercader venís,
Confiado en vuestro tallo,
De hermosuras, porque os halle
Amor, que os vende quimeras,
Yendo enamorando á aceras,
Gran turco de nuestra calle.

DOÑA LEONOR.
Sí, pero tal vez sucede
Castigarse amor de modo,
Que por pretenderlo todo,
Burlado en todo se quede.
Por mí á lo ménos, bien puede
Vuesamerced, mi señor,
Curioso examinador
De secretos mal guardados,
Desembarazar cuidados
Para luciros mejor.
Si emendando desaciertos
Y atajando travesuras,
No registrara aventuras
De avisos que oyó encubiertos
¿Qué dichosos y qué ciertos
Los lograra brevemente!
Pierde amor por impaciente
Lo que medra por sufrido,
Y vuesamerced no ha sido
Ni secreto ni obediente.
Apénas es morador
De casa, cuando examina
A la Condesa vecina,
Y luego á Doña Leonor.
¿Oh qué pregonero, amor,
Para los mudos encantos
De tus disfraces y mantos!

EN MADRID Y EN UNA CASA.

Si le acerco curde procuras,
Dile que en tus escrituras
No se usen los *sepan cuanto*.
(*Quírense ir, y las detiene Don Gabriel.*)

DON GABRIEL.

Eso no, damas fiscales;
Sin veros, sin descubriros,
Vituperarme y partiros
Ocultas y criminales!
En todos los tribunales,
Para desmentir dobleces,
Muestran su rostro los jueces.
Ya que fulminais mi pena, (*Se levantan.*)
Sepa yo quien me condena;
Que eso es castigar dos veces.
Siquiera por lo cortés
De mis manos, que al desseo
Se oponen, ya que no os veo,
Manifestadme quien es
Cada cual.

DOÑA MANUELA.

De Don Andrés

De Silva soy heredera,
Que amante cuanto ligera,
Vine á lograr esperanzas
Muertas en vuestras mudanzas
Antes de su primavera.

DON GABRIEL.

A correr esa partida
Por mi cuenta, mi señora.
Yo el deudor, vos la acreedora,
Pagarala con la vida.
A un Don Gonzalo la pida
Vuestro prodigioso amor.
Pues sois, en fe del rigor
Que experimento cruel,
Serafina para él.
Cuando para mi Leonor.
Bueno es, cuando le seguís,
Porque á mi me aborrecéis,
Que cautelosa busqueis
Al mismo de quien huís!
¿A qué efecto me escribis
Que os busque en casa, si de ella
El amor que os atropella,
Negocia que me despidas?
¿O en que os ofende mi vida,
Que tan mal estais con ella?
Si mi amor os embaraça
El que Don Gonzalo os debe,
Y por ocasion tan leve
Mi muerte por vos se traza.
¿Por qué cuando me amenaza
Vuestro padre, que engañarme
Con cartas piensa, avisarme
Haceis piadosa, severa.
Que al punto que salga fuera
Esta noche ha de matarme?
¿Quién vió crueldad compasiva?
¿Favores en el desden?
¿Celos en queriendo bien?
¿Amorosa vengativa?
¿Quién conmigo ostentativa
En este alivio y regalo,
Si á vuestro amor no me igualo?
¿O cómo os tendré por fiel,
Celosa con Don Gabriel,
Si os venis tras Don Gonzalo?

DOÑA LEONOR.

Son vuestras mudanzas tales,
Que en nosotras vuestro amor,
Por seguimos el humor,
Se viste afectos iguales;
Pero segun las señales
Que en vuestras querellas dais,
Sin duda que imagináis
Que las que hablamos con vos,
Somos las vecinas dos
Que arriba solicitais.

DON GABRIEL.

En dificultad como esa,

Mi amor que sois adivina

Vos la Leonor Serafina,

(A Doña Manuela.)

Y vos la hermosa Condesa:

(A Doña Leonor.)

Vos la que engaños profesa
Conmigo, y tal opositor:
Vos la que en fe del amor
Que oculta ayer me mostrasteis,
Cerca de San Blas me hablasteis:
Vos Manuela, y vos Leonor.

(Trociéndolas.)

DOÑA MANUELA.

¿Qué bien lo habeis acertado!
Arriba estan esas dos,
Mas desconfiadas de vos,
Que vuestro amor confiado.
Don Luís enamorado
Solicita vuestro olvido,
De suerte favorecido
De la que mas pena os da,
Que casi se juzga ya
Su esposo de prometido.
Don Gonzalo, en fe que estima
Afectos de su Leonor,
Cuelza al oro de su amor
Ismales de sangre prima.

DOÑA LEONOR.

Si no dais fe á tanto enigma,
Y quereis por vista de ojos
Envidiar tiernos despojos,
Subid y nos vengareis:
Que en cada cuarto hallaréis
Visitas que os den enojos.

DON GABRIEL.

Señoras, ¿aquí del seso,
Que sin razon perseguís!
Dentro en casa no vivís
Las dos?

DOÑA MANUELA.

Pues ¿qué sacáis deso?

DON GABRIEL.

Imposibles que os confieso,
Que intentan temeridades.
¿Son mas que dos las beldades
Que la habitan?

DOÑA MANUELA.

No son mas.

DON GABRIEL.

Y habrá quien su fe jamas
Tan ciegas dificultades?
Mas que interaléis persuadidas
Que á un tiempo las dos estais
En y alla?

DOÑA LEONOR.

¿Pues dudais

De evidencia que es tan firme?

DOÑA MANUELA.

Pues para que se confirme
No basta, y sobra, el que entremos
A puerta cerrada, y demos
Motivo á misterio tanto?

DOÑA LEONOR.

Vedlo, subid, que entre tanto
Las dos nos aguardaremos.

DOÑA MANUELA.

¿Mas que nos juzga hechiceras
Su desacordado amor?

DON GABRIEL.

No sé; mas Doña Leonor,

¿No está en Alcalá?

DOÑA LEONOR.

¿De veras

Que dais fe á tales quimeras?

DOÑA MANUELA.

Habráos Pacheco engañado.

DON GABRIEL.

¿Luego no se ha trasformado
Serafina en ella aquí,
Por deslumbrarme?

DOÑA MANUELA.

No y sí.

DON GABRIEL.

¿No y sí! ¿Y esto no es soñado?

DOÑA MANUELA.

Ildo á ver, que aquí esperamos.

DON GABRIEL.

Si primero os descubris,

Y veros me permitis.

DOÑA LEONOR.

No en balde nos ocultamos;
Mas podrá ser que os hagamos
A la vuelta ese favor.

DON GABRIEL.

Si la Condesa y Leonor
Sois las dos, que no lo creo,
Y cuando aquí, arriba os veo...
(1).

En fin permitis que viva,
O loco ú desesperado.

DOÑA LEONOR.

Quede aquí vuestro criado
Con nosotras, y cerrad
Con llave.

DON GABRIEL.

¿Ciega deidad!

Sacame deste cuidado.

(Vase.)

ESCENA VII.

ORTIZ. — DOÑA MANUELA, DOÑA LEONOR.

ORTIZ.

Bien vuestra traza se apoya!

DOÑA MANUELA.

Pues lo mejor della estriba

En que nos halle ahora arriba
Don Gabriel.

ORTIZ.

Por la tramoya

Del techo es breve el atajo.

DOÑA MANUELA.

Genioso fué el autor;

Pero subamos, Leonor.

ORTIZ.

No os deis prisa, que aquí abajo
Hay quien le ocupe, y no poco.

DOÑA MANUELA.

¿Cómo así?

ORTIZ.

Vuestro escudero,

Para que lleguéis primero,

Está volviendole loco.

Harále ahora creer,

Que lo viejo redomado,

En virtud de lo trazado,

Que Don Luís entró á ver

A mi señora, y que están

Mas há de una hora en visita,

Y que tambien solicita

Dueño ya, mas que galán,

Don Gonzalo á Serafina,

Que fingiéndose Leonor,

Desde Toledo su amor

Por este modo encamina:

Con que el pobre Don Gabriel

Ha de echar por esos trigos.

¿Mas porqué tantos castigos,

Y tan terrible con él,

Señora, vuesañoria?

Acábense enredos ya.

DOÑA MANUELA.

Desta suerte estimará

Mas, Ortiz, la pena mía.

ORTIZ.

¿Pues es justo, si le adoras,

Que le enloquezcán engaños?

DOÑA MANUELA.

Por él padecei dos años,

Padezca por mí dos horas:

Y vén, no nos echen ménos.

(4) Falta el último verso de la décima anterior

y los cuatro primeros de la que sigue.

DOÑA LEONOR.
Aguarda tú aquí al criado.
(*Vanse llevándose una de las dos luces.*)

ESCENA VIII.

MAJUELO. — ORTIZ, *que se echa el manto á la cara.*

ORTIZ.
¡Cielos, tras tanto nublado,
Salid esta vez serenos!

MAJUELO.
Mandadme, señoras mías.....
¡Cómo! ¿Aquí no estaban dos?

ORTIZ.
Dos estamos.
MAJUELO.
¡Vive Dios,
Que paren las tropelías!
¿Dos estais?

ORTIZ.
¿Pues no lo veis?
MAJUELO.
Yo tan solo una diviso,
Que sois vos. (*Ap.* El diablo quiso
Volverme acá.)

ORTIZ.
No burleis.
¿A mi lado no advertís,
Que os habla mi compañera?

MAJUELO.
¿Que me habla?
ORTIZ.
Os habla, y quisiera,
Porque os ama.....

MAJUELO.
¿Qué decis?
ORTIZ.

Veros con mas voluntad.

MAJUELO.
¡Jesus! ¿á puerta cerrada
Mi pureza recuestada!
Yo he cegado por mitad,
Cuál será destos dos ojos,
El privado de la vista?

ORTIZ.
Para su esposo os conquista:
Dad alivio á sus enojos:
Respondedla; que deseo
Que enriquezcáis deste modo.

MAJUELO.
Dama con cáscara y todo,
Sola á vos os oigo y veo.

ORTIZ.
Acabad: ¿qué rustiqueza!
Ved que está hablando con vos.

MAJUELO.
Seréis como real de á dos,
Duplicado en una pieza,
Porque yo no veo mas que una,
Que sois vos, y esa en bosquejo
A fuer de tapa de espejo.

ORTIZ.
Así no veréis ninguna.
(*Apaga la luz, y coge del brazo.*)

MAJUELO.
¡Jesucristo!
ORTIZ.

¿Qué recelas?
Yo te he cobrado anhico.

MAJUELO.
Mujer de descomunion,
Marido á matacandelas
No se ha de poder lograr.
Apelo hasta ver el día.

ORTIZ.
Yo no otorgo.

MAJUELO.
(*Ap.* ¿Qué sería
Si me quisiesen forzar?)
Señora, que estoy doncello.

ORTIZ.
Yo viuda,

MAJUELO.
¿Luego hay tambien
Diablas viudas?

ORTIZ.
Mucho bien
Te aguarda.

MAJUELO.
No vengo en ello.
ORTIZ.

Pues morirás por grosero
En aquesta oscuridad.

MAJUELO.
¡Aquí de mi honestidad!
Diablo sucubo, no chero.

ORTIZ.
Tengo dote y opiuion,
Que te baste á enriquecer.

MAJUELO.
Si me empuendan la mujer,
Dotarámmela en carbon.

ORTIZ.
Determinate á morir,
Y á darme la mano luego.
(*Tómale la mano.*)

MAJUELO.
¡Ay qué manteca y sin fuego!
Empiézome á derretir.

Digo, señora demonio,
Que si la fachada vemos,
Como ahora no consumemos
Nuestro limbo matrimonio,
Que saldrá con sus despachos;
Mas ha de constar de miembros
Adanes; que hay diablos hombres
Que buscan requiebros machos.

ORTIZ.
Sigame pues el Majuelo.

MAJUELO.
¿Dónde me llevas á oscuras?

ORTIZ.
A hacer nuestras escrituras.

MAJUELO.
¿Sin luz?

ORTIZ.
Darámmosla el cielo.

MAJUELO.
Si, pero no al escribano,
Que cual ó cuál allá acierta.

ORTIZ.
Vén.

MAJUELO.
Con llave está la puerta.
(*Entranse por la puerta del fondo, y dicen desde allí:*)

ORTIZ.
No importa, daca la mano:
Vé subiendo poco á poco.

MAJUELO. (*Ap.*)
¡Apariencita de escala!
¡Al techo desde la sala!
Di en la chanza, ó estoy loco.

—
Sala en casa de Doña Manuela.

ESCENA IX.

DOÑA MANUELA, DON LUIS.

DOÑA MANUELA.
Sentáos, señor Don Luis,
Que si se logra esta traza,
Y los dos huéspedes vuestros
La crén por vos, seréis causa
De toda nuestra quietud.

DON LUIS.
Dándome vos esperanzas,
Hermosísima señora,
De las dichas que me aguardan,
¿Qué no haré en vuestro servicio?

DOÑA MANUELA.
¿Estais bien en todo?

DON LUIS.
Hasta
Ser orden de vuestro gusto,

Para que quede en el alma
Esculpido eternamente;
Pero lo que se repasa,
Sale siempre mas airoso.
Vuestro ingenio, en fin, me manda
Que á Don Gonzalo Mejía,
Como á Don Gabriel Zapata,
Cuando ahora á veros entren,
Industrioso persuada
Que la ausente Serafina
Con el nombre se disfraza
(Porque á Don Gonzalo quiere)
De Doña Leonor, mi hermana:
Que esta salió desta corte
Seis dias há á cumplir palabras
Dadas á Dios y á San Diego:
Que la dicha toledana,
Por no violentar su gusto
En Don Gabriel, inclinada
A Don Gonzalo, le sigue,
Aunque peligra su fama:
Que por él dejó el colegio,
Y que á mi sombra se ampara,
En fe del noble respeto
Con que me ofrezco á ayudarla.
Aseguraisme con esto
Que Don Gonzalo, que la ama,
Obligado á sus finezas
Y á mis ruegos, ha de darla
La mano al punto de esposo.
Decime que honestas llamas,
Desde que á mi casa vino,
A Leonor el pecho abrasan:
Que os hizo su protectora,
Y que si los dos enlazan
Coyundas que el amor teje,
No será menor la paga
De mi afable permission.
Que el mereceros el alma
Por mi esposa y por su dueño
Y segun es la ganancia,
Cuando yo no conociera
Calidad y prendas tantas
En Don Gonzalo Mejía,
Por vos las atropellara.

DOÑA MANUELA.

Muy bien estais en el punto:
Que vengan ahora falta
Don Gonzalo y Don Gabriel,
Y que nuestra industria salga,
Mediante vuestro artificio,
Pacífica yazonada.
¡Hola! ¿No hay alguno ahí fuera?

ESCENA X.

DON LUIS, DOÑA MANUELA Y NÚÑEZ.

NÚÑEZ.
¿Qué es lo que Usiría manda?

DOÑA MANUELA.

¿Qué hace vuestra señora?

NÚÑEZ.
Con su primo ahora estaba,
En su cuarto de visita.

DOÑA MANUELA.
Decidla, pues, que la aguarda
Conmigo el señor Don Luis:
Que la suplico nos haga
Favor de dejarse ver.

NÚÑEZ.
Voy.

DOÑA MANUELA.
Y que si la acompaña
Don Gonzalo, primo suyo,
Será la merced colmada. (*Vase Núñez.*)

ESCENA XI.

DON GABRIEL. — DOÑA MANUELA, DON LUIS.

DON GABRIEL. (*Ap.*)
Evidencia salió todo
Cuanto las ocultas damas

Me han dicho : yo hallé en visita,
Con la Serafina ingrata,
Al que ciega favorece :
Aquí Don Luís alcanza
Fineza contra mi envidia :
Salió mi sospecha falsa.
Juzgando ser unas mismas
Las que abajo me embarañan
Y las que aquí me desdennan ;
Sáqueme Dios desta casa.
(*Se levantan Doña Manuela y Don Luís.*)

DOÑA MANUELA. (*Ap. d él.*)
Don Luís, ahora es tiempo.
Señor Don Gabriel Zapata,
¿Qué se ofrece en que servires ?
¿Qué mandáis aquí ?

DON GABRIEL.
Buscaba
Alivios, y encuentro penas :
Perdúese mi ignorancia ;
Que en desvelos divertido,
La atencion me desbaratan.
DOÑA MANUELA.
No os vais, sentáos.

DON LUIS.
Aquí hay silla.
DON GABRIEL.

No me atreveré á ocuparla,
Por no pecar de grosero ;
Que visitas duplicadas
Aspiran á posesiones,
Y si pretendo estorbarlas,
Habrá quien de mí se queje.

DOÑA MANUELA.
Mucho tiene de villana
La malicia, y siendo noble
Vuestra calidad, me espanta
Que mi honor tan pocos os deba.
DON LUIS.

Ya os he dicho.....
DOÑA MANUELA.
Don Luís, basto...
Sentáos, y hacedme favor
De que esta vez la templanza
Venga en vos á las sospechas.
(*Siéntanse.*)

ESCENA XII.

MAJUELO, ORTIZ, *en cuerpo* - D-
chos. *Después* DON GONZALO y DO-
ÑA LEONOR.

MAJUELO.
¿Válgate el diablo por trampa.
Escotillon ó abertura !

ORTIZ. (*Ap. d él.*)
Majuelo, si aquí no callas,
Nos perdemos.

MAJUELO.
En la boca
Me echaste la dicha tapa.

ORTIZ.
¿O señores ! bien venidos.
(*Salen Don Gonzalo y Doña Leonor.*)

DOÑA LEONOR.
Por orden vuestra nos llaman
Y quien serviros desea
Peca el instante que tarda.

DON LUIS.
Don Gonzalo, en fe de amigo,
Porque mi piedad se encarga
De quien por vos puso á riesgo
Créditos que el vulgo arrastra,
Quiero descifrar enigmas.
La prenda que os acompaña,
De vuestro amor acreedora,
No es como juzgais, mi hermana.
Doña Leonor está ausente.
Doña Serafina aguarda
De finezas que os íntimo,
Recíproca y noble paga.

La misma es que llamais prima ;
Crióse con vos ; las casas
De vuestro padre y el suyo
Sazonaron, por cercanas,
Pueriles correspondencias ;
Que amor, si niño se arraiga,
Sola la muerte le olvida,
Eternas duran sus llamas :
Quiero tanto, que rehusa
Los imperios de las canas
De su padre, y abortece
Sin vos coyundas del alma.
Seguido os ha hasta esta corte,
Valiéndose de mi casa ;
Que por ser vos tan mi amigo,
La aseguró su esperanza
Que os habia de hallar en ella ;
Y el amor que se adelanta,
En fe que vuela, á las postas,
La trujo sobre sus alas,
Antes que á vos, á este hospicio.
Segun estas circunstancias,
Adorareisla, no hay duda ;
Y noble á finezas tantas,
Liberal y generoso,
Ya querreis desempeñarlas.
¿Qué decis ?

DON GONZALO.
Que á permitirlo
La parte, que interesada
Palabras de esposo alega...

DON GABRIEL.
Nunca ni amor embaraça
Voluntades que Dios hizo.
Dueña es de sí esa palabra
Generosamente os suelto :
Que á mi no lejos me aguardan
Bichosas ejecuciones
De otra hermana-sura.

DON GONZALO.
Lograrlas
Años que contéis á siglos,
Mientras que yo con el alma
Joya la mano al mismo sol.

DON GABRIEL.
Tendrá envidia cuando salga.
DOÑA MANUELA.

Pagais como generoso ;
Pero por ser de importancia
Lo que preguntáis quiero,
Decid ; ¿ si la tole larra,
Sin salir de sus retiros,
Sustituyese sus gracias
En la que teneis presente,
Siendo de Don Luís hermana,
Dirimireis desposorios ?

DON GONZALO.
La dificultad es ardua ;
Mas no sé, cuando así fuera,
Si en su belleza olvidara
Mi amor los de mis niñeces ;
Pues huésped yo de su casa,
Tan mi amigo Don Luís,
Mi dicha con ella tanta,
Cobraría, á no admitirla,
Mi opinion nombre de ingrata.

DON LUIS.
Pues esta es Doña Leonor,
Don Gonzalo, á cuya causa,
Si fuisteis primo fingido,
Ya mayor deudo os enlaza.

DON GONZALO.
Bien ; ¿ mas Doña Serafina ?
DON LUIS.

Haced cuenta que en estatua
Se ha desposado con vos,
Pues ni sabe lo que pasa,
Ni ha salido de su encierro.

DON GONZALO.
Si mejoran mis mudanzas

De empleos, ¿ qué maravilla
Que intente mi amor lograrlas ?

DOÑA MANUELA.
Ya aqúeste par de pichones
Están pareados ; vayan
Al palomar, y otros vengán,
Que el encanto se remata.

DOÑA LEONOR.
Pagar quiero á la Condesa
Finezas en que empeñada
Estoy : dela Don Gabriel
La mano, que así se igualan
Correspondientes amigas.

DON GABRIEL.
A merecer yo obligarla.
ORTIZ.

Mucho há que sois el mandon
De sus firmes esperanzas.

DON LUIS.
¿Cómo, Don Gabriel ! Primero...
ORTIZ.

Cliton, señor, á la espada ;
Que há dos años que en Sevilla,
Mi señora, aunque recata
Pasiones, amante honesta,
Le tiene tan en el alma,
Que no se le sacaran
Diez pistolas catalanas.
Ella el artifice fue
De todas estas marañas,
Y la que á puertas cerradas
Se entra y sale cuando quiere.

DON GABRIEL.
Eso solo es lo que falta
Saber, que me trae confuso.
ORTIZ.

Ya lo saben los que bastan :
Tempo á los demás les queda.

DON GABRIEL.
¿Y las que abajo me aguardan ?
DOÑA LEONOR.

Aquí las teneis presentes.
DON GABRIEL.
¿Cómo puede ser ?

DOÑA MANUELA.
Las trazas
De amor, si no hacen prodigios,
Ni se estiman ni se alaban.
Sabréis brevemente el cómo.

DOÑA LEONOR.
Hermano, la toledana,
Destos lances inocente.
Es espejo de su patria :
Consoláos, y con su viejo
La pretendes ; que si se hallan
Virtud, caudal y belleza
Con nobleza, es dicha rara.

DON GABRIEL.
Corra por mi vuestra agencia.
ORTIZ.

Majuelo, la mano encaja.
MAJUELO.
Poco va de dueña á duende :
Cigñeñizome en tu holanda.

DON GABRIEL.
Y vos, en cuyo silencio,
Dueño hermoso, prenda cara
Aprendo á callar finezas,
Por no saber ponderarias,
Estad cierta que he de ser...

ORTIZ.
El catera, que esto basta
A saber lo que sucede
En Madrid y en una casa.

LOS BALCONES DE MADRID.

PERSONAS.

DON ALONSO, *viejo*.
ELISA, *dama*.
DON JUAN, *caballero*.

DOÑA ANA, *dama*.
DON CARLOS, *conde*.
DON PEDRO, *caballero*.

LEONOR, *criada*.
CORRAL, *gracioso*.
CONVIDADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, *con un papel en la mano*,
y CORRAL.

ELISA.

¿Qué tantos extremos hizo
Don Juan con la suerte y letra!
Corral, ¿qué tanto se holgo!

CORRAL.

Hase holgado de manera
Que es un holgazan de gustos,
Y si en Burgos estuviera,
Fundaran sus holgaduras
Diez conventos de las Huelgas.
De los versos que te escribe,
Saca tú, cual de madeja,
El hilo por el ovillo,
El meson por la tabletta.
Léete, y verás que te paga
En décimas ó espinelas
Diezmo su amor, sin ser cura,
Alcabala, sin que venda. —
Mas quedo, que entran.

ESCENA II.

DON ALONSO. — DICHOS.

DON ALONSO.

Propicio el año comienza,
Pues ha llegado á esta corte
El que mis años aumenta.
Ya habrá venido el criado.
Pues no le encontré á la puerta. —
¿Mas qué buskais aquí vos?

CORRAL. (Ap.)

Cocentainas y palencias.

DON ALONSO.

Hablad. ¿Qué buskais? ¿Quién sois?

CORRAL.

(Ap. San Tiento asista en mi lengua.)

Soy, señor, cierta persona.....

Persona, sí, mas no cierta,

Porque asisto poco en casa.....

Ni persona, porque destas

Hay mucha falta en el mundo. —

Destilo quintas esencias,

Limpio dientes, curo callos,

Hago moños, saco muelas.

Llamóme desde el balcón

Una titular doncella.....

Que afirman las hay de anillo.....

¿Qué se le da de que mientan?

(Quiere irse.)

DON ALONSO.

¿Qué es esto? Esperad, oid.

CORRAL.

Oidor es gran preminencia;
Mas yo jamas he hojeado
Parladorios ni Paudectas:
Aunque hay letrados melones,
Que escritos en las cortezas
De virgenes librerías,
Si los calan, son badeas.

DON ALONSO.

(Ap. Este hombre es falto.) Esperad.

CORRAL.

Quien espera desespera,
Y esperar sin esperanza
Es propio de la ley vieja.

DON ALONSO.

¿Hay humor mas peregrino!
¿Qué buskais?

CORRAL.

¿Yo? La escalera,

Que se me vuelve invisible,
Y debe de ser parienta
De la de los ahorcados:
Para la subida, cierta,
Pero para la bajada,
Frauca tan solo al gurrea.

DON ALONSO.

(Ap. El criado que envió
Don Pedro á que me dijera
Que estaba ya en esta corte,
Es sin duda.) No os dé pena
(Que os halle yo ahora en casa,
Cuando ha de ser dueño della
El señor á quien servís.

CORRAL.

¿Mi señor?

DON ALONSO.

A su firmeza

Está mi Elisa obligada,

Como yo á sus muchas prentas.

Ha venido á instancia mia

Para que á su sombra tenga

Nuevo valor nuestra casa:

Reconocile aquí cerca,

Dile con la bienvenida

Los brazos, y luego quejas

Por dilatarnos los gozos

Que medramos con sus nuevas.

Excusóse con decirme:

«Un criado mio os queda

Aguardando en vuestra casa;

Que por no darla molestia,

Sin prevencion, y de noche,

Quise, á pesar de la priesa

De mi amor, hasta mañana

Añadirme un dia de ausencia.»

Ya yo estuve con vuestro amo.

Y le di la enhorabuena.

Viniendo pues de su parte,

Cuando albricias os esperan,

¿Qué temor os acobarda?

CORRAL.

(Ap. Trocáronse las maletas.
Pues por otro me aplaudizan,
Trasformome en el que piensan.)

Temí la venustidad

Desas canas circumspectas;

Pero pues hallan mis dichas

En su invierno primaveras,

Besándote los coturnos,

Después de implorar tu vènia

Y darte criticas gracias,

Íre á pesarme de cera,

Puesto que ya mis calzones,

Segun mi olfato, la pesan. (Vase.)

ESCENA III.

DON ALONSO, ELISA.

DON ALONSO.

En tu silencio he notado,
Elisa, y en la tibieza
De tus ojos, cuán sin gusto
Has recibido estas nuevas.
Pues, Elisa, ya mis años
Necesitan de quien tenga
Cuidado de ti y mi casa,
Quien me alivie y te merezca.
Don Pedro es un mozo ilustre,
Agradable su presencia,
Conózcole y le conoces,
Y tiene seis mil de renta.
Yo le tengo inclinación:
Con que, quieras ó no quieras,
Te tiene de ver mañana,
Y esotro han de quedar hechas
Sin falta las escrituras,
O salir la noche mesma
En un coche de Madrid
Para un convento de Lerma. (Vase.)

ESCENA IV.

ELISA.

Todo mal no prevenido
Es precursor del desmayo:
Mata repentino el rayo,
Y si no, quita el sentido.
Instantáneo rayo ha sido,
Don Juan, mi padre cruel;
Mas privilegíame del
Mi firmeza inexpugnable;
Que aunque á todos formidable,
No hiera el rayo al laurel.
Cuando de mi amor discuerde,
Y me amenacen congajas;
No porque tiemblen las hojas,
Su frescura el laurel pierde:
Siempre firme, siempre verde
Sus rigores me verán;
Y si en perseguirme dan,
Morir es total remedio;
Que mi amor no admite medio
Entre la muerte y Don Juan.

calla en que viven Don Alonso y Doña Ana, en
de las casas contiguas.

ESCENA V.

EL CONDE, DON JUAN.

CONDE.

No si noche mas clara y agradable :
El diciembre se ha vuelto en mayo afable.

DON JUAN.

¡Ay Conde y señor mio !
Si amor rapaz es todo desvario ,
Y como niño estima
Juguete con que mas su fuego anima ,
Un favor, un juguete ,
Venturas esta noche me promete
Que alegren mi tristeza ,
Si del modo que acaba el año, empieza.

CONDE.

Dejad estilos graves ,
Pues los de la amistad son mas suaves ;
Que siendo vos mi amigo ,
Este es solo el blason á que os obligo .
Aunque tan recatado
Anda de mi amistad vuestro cuidado ,
Y en él tan poco os debo ,
Que á llamarnos amigo no me atrevo .

DON JUAN.

Creed que si fiárosle رهسو ,
No es por dudar de vos, mas porque el uso
Que yo frecuente poco ,
No ha de juzgarme amante, pero loco .
Oid filosofías
De un peregrino amor, que há muchos
Que, siéndole obediente , [dias
En mí es naturaleza, no accidente ;
Pero con presupuesto
Que no ha de seros, Conde, manifesto
El nombre de la dama ;
Que me ha juramentado, y de mí llama
Tanto el silencio estima ,
Que hasta en los ojos su secreto intima .

CONDE.

Decid, que os yo prometo
Que por mí no peligre ese secreto .

DON JUAN.

Yo, Don Carlos, adoro
La perla mas que al nácar, mas que al oro
El diamante que engasta ,
La forma mas que á su materia basta :
Quiero decir con esto
Que adoro á un alma con amor honesto ,
Tan libre de apetito ,
Que aun el pensarlo juzgo por delito .

CONDE.

Las gracias de un valiente entendimiento
Enamoran tal vez al pensamiento ;
Mas si él solo os recrea ,
La dama que enc bris, será tan fea ,
Que el apetito os tasa ,
Y amando al dueño, perdonais la casa .
¿ De qué sirven los ojos ,
Si estímulo no son de sus despojos ?
¿ Teneisla por hermosa ?

DON JUAN.

Sol de los cielos es, del mayo rosa ,
Y con ser como os pinto ,
Mi amor del ordinario es tan distinto ,
Que puesto que mi vista
Se deleite de paso, y no la asista ,
Sin detenerse en sus despojos bellos ,
Viriles son los ojos, y por ellos
Adoro al huésped, que en tan noble casa
Mi voluntad honestamente abraza .

CONDE.

Bien dicen que es locura
Amor, que en cada cual mostrar procura
El modo en que se extrema .
Mas, Don Juan, cada loco con su tema ;
Que yo no me acomodo
A amar la parte á solas, sino al todo .

Mas ; vivis satisfecho
Que os corresponde con lealtad su pecho ?

DON JUAN.

Estoy cierto que vivo
Sin competencia en él, y que recibo
Favores, bien que honestos ,
Al yugo alegre del amor dispuestos ;
Y porque no os dé enfado
El presumirme necio confiado ,
Advertid que no há una hora
Que echando suertes, fué mi protectora
Fortuna de manera ,
Que me cupo mi dama, y que me espera
Por esto tan gustosa ,
Que el parabien se ha dado de mi esposa .
Oid el epigrama
Con que la suerte á su favor me llama :
(Lee.) « Tendrásle de celos loco ;
Mas vencerá tu firmeza ;
Que en premio de tal belleza ,
Nunca mucho, costó poco . »
Esto me ensorbece, esto me escribe .

CONDE. (Fingiendo.)

¿ Qué de engaños, Don Juan, os aperece
La propia confianza !
El mar y la mujer, todo es mudanza .
Ese favor, testigo
Del gozo con que os veo, esa fineza
Sorteada por vos, fué sutileza
De un ingenio doblado, que conmigo,
Como con vos, procura ,
Siendo arte, persuadirnos que es ventu- [ra.
Antes que yo os hallara ,
Vino su confidente en busca mia ;
Y ántes que pronunciara
Las nuevas que entre engaños me traia ,
Disfrazando intereses en caricias ,
En costas me condenan sus albricias .
Oid la letra agora ,
Comun de dos, de quien os enamora .
(Recitando como de memoria.)

« Tendrásle de celos loco ;
« Mas vencerá tu firmeza ;
« Que en premio de tal belleza ,
« Nunca mucho, costó poco . »

DON JUAN.

¿ Pues esa no es la misma que yo os dije
Que acaba de enviarme ?

CONDE.

Esta os dirige,
Y esta me remitió, porque hay ya versos
Que sirven á propositos diversos .

DON JUAN.

A tanta costa mia
Venció vuestra probanza mi porfia ,
Que si mi muerte instantes se dilata ,
Ni el basilisco mata ,
Ni el rayo es homicida ,
Ni el áspid saltador de nuestra vida .
(Vase.)

ESCENA VI.

EL CONDE.

Envidia tengo á este hombre :
Curioso deseo ver esta hermosura ,
Esta exageración, esta pintura ,
Esta mujer sin nombre ,
Que finjo que me quiere y que la adoro .
La letra y suerte repetí de coro ;
Que le usurpó mi envidia de los labios ,
Celosos sin noticia mis agravios .
Registrare advertido
Sus pasos, sus acciones, su sentido ,
Hasta sacar si son ponderaciones ,
O verdades en ella perfecciones .

ESCENA VII.

ELISA y LEONOR, en el balcon.

ELISA.

Mira si pasa Don Juan.

LEONOR.

Querrásle arrojar las suertes
De los santos y la dama .

ELISA.

¿ Para qué, si ya las tiene ?
¿ Ay Leonor ! las que mi padre
Violenta, mi amor remedie ;
Pues si Don Juan las ignora ,
Crérá, cuando no aproveche ,
Que le agravian mis mudanzas :
Y es mi padre quien le ofende .

LEONOR.

Pared en medio á tu prima
Tenemos : si nos oyese
Desde ese balcon vecino ,
Lo que sospechó aparente
La abrasara certidumbre .

ELISA.

Escribale que viniese
A remediar con industrias
Peligros : poco le deben
Mis finezas .

LEONOR.

No lo sabe .
Ni hay sosiego que desvele
Seguridades de amor ,
Cuando ignora inconvenientes .
A tener competidor
Tu Don Juan.....

ELISA.

¿ Pues no le tiene ?

LEONOR.

Y tú un padre que no sufre
Inobediencias rebeldes .

ESCENA VIII.

DOÑA ANA, al otro balcon. — DICHAS

DOÑA ANA. (Ap.)

¿ Miren si salió adivina
Mi sospecha ! Ni la ofenden
Inelencencias de la noche ,
Ni testigos que revelen
Desaires patrocinados
De un balcon su confidente .
Quiero escuchar á mi prima :
Que ya los celos me ofenden .

LEONOR. (Ap. á su ama.)

En la conseja está el lobo ,
Doña Ana ha salido : véte ,
No ocasiones pesadumbres .

ELISA.

Como tú á Don Juan esperes ,
Y le digas lo que pasa ,
Lo cuidadoso que excede
A cuantos hasta aquí amaron .

LEONOR.

Harelo. Mas si me tiene (Éntrase Elisa.)
El amor por doble espía ,
Y Doña Ana por su agente ,
¿ Quién me obliga á defraudarla
Sazones que el gusto teje ?
Este es Don Juan ; yo, neutral ,
Los dejo : viva quien vence. (Éntrase.)

ESCENA IX

DON JUAN y CORRAL, en la plaza.—

DOÑA ANA, al balcon.

CORRAL.

Todo lo que te he contado ,
Con su padre me pasó .

DON JUAN.

En fin, ¿ Don Pedro llegó ?

CORRAL.

Y dicen que está hospedado
En esa casa que ves ,
Y conoces, pues su dueño

Tanto te ama.

DON JUAN.

Si no es sueño,

Yo estoy loco.

CORRAL.

El interes

Del esposo de futuro

Al viejo está dando prisa.

DON JUAN.

¿Y estaba delante Elisa?

CORRAL.

Tan bañado el candor puro

Del crítico rosicler

Que estas nuevas la ferieron,

Que aun no se disimularon

Viéndome allí.

DON JUAN.

Al fin mujer.

¡Ah cielos!

CORRAL.

Ya habrá su olvido
Clamorado por ti.

Mas Doña Ana vive aquí;

Vuelve á casa, pan perdido:

Ama á quien te corresponde;

Que Elisa en sustancia y modos,

Es libro de *Para todos*

De ti, Don Pedro y del Conde.

ESCENA X.

ELISA y LEONOR, que vuelven al bal-
con. — Dichos.

ELISA.

Yo le he sentido en la calle:

Mi padre duerme seguro:

Si remedios no apresuro,

Perderéle.

LEONOR.

Llega á hablalle,

Y date prisa.

ELISA.

¡Ay Leonor!

Por Doña Ana no me atrevo.

DOÑA ANA.

¡Aquel es Don Juan? No es nuevo

(Puesto que lo sea el amor

Que en mi ingrata prima muda)

Hállarle aquí la mañana

Todos los días.

ELISA.

Doña Ana,

Hasta aquí celosa en duda,

Si hablando con él agora

Me viese, confirmará

Malicias.

LEONOR.

Mejor será

Que te retires, señora:

Pues si tu padre despierta

Y nos coge en el balcon,

Ya sabes su condicion.

ELISA.

¡Ay desdichas, que voy muerta!

Darásle mañana aviso

Del mal que, pared en medio,

Si amor no busca remedio.

Nos asaltó de improviso.

LEONOR.

Harélo.

ELISA.

¡Qué eterno plazo

Para quien muere de prisa!

(Retranse del balcon Elisa y Leonor.)

ESCENA XI.

DOÑA ANA, DON JUAN, CORRAL.

DON JUAN.

¡Entróse?

CORRAL.

Entróse la Elisa,
Y pegónos ventanazo.

DON JUAN.

Pues yo en su busca...

CORRAL.

¿Estás loco?

(Quiere entrar en la casa, y detiéndole

CORRAL.)

DON JUAN.

He de saber si se dan

Premios.....

DOÑA ANA.

¡Ah señor Don Juan!

(Llamándole.)

Puesto que me debais poco;

Por el huésped que aposenta

Mi casa, y de vuestro amor

Es dichoso usurpador.

Que esperanzas os violenta;

Por lo bien que os he querido:

Por lo mal que habeis pagado

Finezas de mi cuidado.

Retornos de vuestro olvido;

Si los desengaños curan,

Quisiera en vuestros desvelos

Ser médico.

CORRAL. (Ap. á su amo.)

Dala celos

A Elisa; que estos apuran

Mudanzas convalecientes.

Finge que á Doña Ana adoras

Que industrias competidoras

Son torcedores valientes.

Pene, rabie, muérdala el ajo.

DOÑA ANA.

¡Tan enajenado estáis,

Señor Don Juan, que faltáis

(Hasta en esto os aventajo)

A obligaciones corteses,

Pues aun no me respondeis?

DON JUAN.

En parte acertado habeis,

Pero no en los intereses

Que á este sitio me han traído.

Si vuestro enojo imagina

Que son por vuestra vecina:

Porque, en fe de haber perdido

Por culpa mia el favor

Que le debí á vuestro agrado.

Al paso que escarmentado,

Vuelve corrido mi amor.

Ni tién lengua mi culpa,

Ni es justo que la pretenda.

Si asegura mas la emmienda

Quien callando se disculpa.

Amor que ignora el desden,

Ciego y niño, como tal,

Muchas veces se halla mal

En donde le tratan bien.

DOÑA ANA.

Niño que da pesadumbres.

Y regalado se va,

¿Quién nos le asegurará.

Vuelto con malas costumbres?

Mucho hay en él que temer:

Que es compasión peligrosa

El veros, por ser piadosa.

Amarne á mas no poder.

Pero en fin, culpas primeras

En rapaces, dignas son.

Por esta vez, de perdón.

Volviendo pues á las veras,

Ya sabéis que es huésped mio

Don Pedro, el que ha de ser dueño

De mi prima: este es empeño

De Don Alonso mi tío.

Y gusto tambien de Elisa,

Que aficionada por fama,

De Talavera le llama,

Y por escrito le avisa

Lo que con ella han podido

Noticias que del la dan.

Prométos, señor Don Juan,

Que vuestro agravio he reñido...

Resuelta, en fin, me responde

Que á su padre agradar trata.

DON JUAN.

¡Es tan mudable esa ingrata,

Con Don Pedro, con el Conde,

(Quiere entrar.)

Conmigo, con vos...! ¡Ah celos...!

¡Ah agravios! ¿cómo no entráis?

¿Cómo...?

DOÑA ANA.

Don Juan, ¿dónde vais?

¡Vos en mi presencia celos,

Y os blasonais de enmendado!

CORRAL. (Ap. á su amo.)

Di nones á la garrucha,

¡Cuerpo de Dios! que te escucha

Doña Belerma, y la has dado

Cuerda con tu sentimiento.

Pide á Doña Ana perdón:

Mas cebolla al salpicon,

Mas vinagre, mas pimienta.

DOÑA ANA.

¡Poco mi presencia os debe!

No, Don Juan, andad con Dios.

(Quiérese entrar.)

DON JUAN.

¡Señora, señora! A vos,

Que sois mi dueño, se atreve

Esta calentura loca;

Que porque agravios olvide,

En fe que ya se despiere,

Salió su fuego á la boca.

CORRAL.

Ya está para vos harrida:

Desembarazada ya

La lengua dijo: agua vá.

Jugó á salga la parida.

DON JUAN.

Quedo, necio. — Mejoró

Mi amor en vos de deseos.

ESCENA XII.

ELISA, saliendo al balcon; despues

LEONOR. — Dichos.

ELISA.

Don Juan, Don Juan, recogéos,

Ea, que os lo mando yo. (Entrase.)

CORRAL.

¡Ap. Oigan allí qué *Yo el Rey!*

No te des por entendido, (Ap. á su amo.)

Prosigue.

DON JUAN.

Ya he conocido

La fe, la lealtad, la ley

Que en vos perdí, por ser loco.

Fénix sois única y rara:

El bien que no se compara

Con otro, se tiene en poco.

Si la fe que manifiesto,

Vuestros enojos no ablanda...

(Vuelve á salir Elisa.)

ELISA.

Don Juan, ¿sabéis quién os manda

Que despejeis ese puesto?

LEONOR. (Asomándose.)

Que estás en riesgo notable,

Y es todo oídos mi señor.

ELISA.

¿Qué riesgo? ¿Qué mal mayor...?

LEONOR.

Ven.

ELISA.

¡Para esta, don mudable!

(Quítanse del balcon Leonor y Elisa.)

¿Fuéronse?
DON JUAN.
CORRAL.
 Dadas á perros.
DON JUAN.

Adios, Doña Ana.
DOÑA ANA.
 Esperad.
DON JUAN.
 Celos son temeridad,
 Que abrasada, hace estos yerros.
 Yo no os quiero, yo no os amo.
 Yo, Doña Ana, adoro á Elisa. *(Vase.)*
DOÑA ANA.
¡Corral! ¡Corral!
CORRAL.
 Voy de prisa.
DOÑA ANA.
¿No le llamas?

CORRAL.
 No le llamo.
DOÑA ANA.
¡Ah cielos! ¡Ah industrias vanas!
¡Ah amor! ¡locura y no Dios! *(Entrase.)*
CORRAL.
 Echáos del balcón las dos:
 Irán rocin y manzanas. *(Vase.)*

ESCENA XIII.

ELISA y LEONOR, á la puerta de su casa.

ELISA.
 Déjame, Leonor, que aquí
 No hay riesgo cuando nos halle.
LEONOR.
¿No? ¿En el zaguan de la calle?
ELISA.
¡Ay, que estoy fuera de mí!
 Mira si habla todavía
 Don Juan con esa mujer.
LEONOR.
 Vuélvete tú á recoger,
 Y corra por cuenta mia
 El reducirle á tu amor.
ELISA.
Si tú salieses con eso...
LEONOR.
 Celos le alteran el seso.
 Halla casi posedor
 De tu belleza y tu casa
 A un hombre recién venido:
 Piensa que tú le has traído:
¿Qué mucho, pues, si se abraza?
 Desengañaréle yo.

ELISA.
 Ya sospecho que se fué.
LEONOR.
¿Qué importa? Su casa sé.
 Ya el alba se esperezó:
 Pronto asomará despierta:
 Con ella amanecerá
 Tu esperanza. Véte ya,
 Y confíame esta puerta.

ELISA.
 Leonor, si me le reduces,
 Redimiste mis desvelos.

LEONOR.
 Los crepúsculos y celos
 Andan siempre entre dos luces:
 Saldrá el sol que los alumbra,
 Si es sol bello el desengaño.

ELISA.
Voime pues. *(Vase.)*
LEONOR.
¡Año, buen año!
 Enredar es mi costumbre:
 Con el año que hoy comienza,

Embustes he de empezar,
 Que no sepa desatar
 La mas hembra sutileza.

ESCENA XIV

DON JUAN, CORRAL.—LEONOR.

CORRAL.
¿Pues á qué diablos volvimos
 A andar otra vez la anoria?
 Hoy dormimos de memoria.
DON JUAN.
 Mis impacientes extremos
 Me sacan fuera de mí.
 Aquí se encendió mi fuego,
 Aquí perdi mi sosiego,
 Y vuelvo á buscarle aquí.
LEONOR. *(Desde la puerta.)*
 Señor Don Juan, dos razones
 Por despedida, no mas.

DON JUAN.
 ¡Oh mi Leonor! si tú estás
 De por medio, mis pasiones
 Ya se me vuelven en goros.

LEONOR.
 Mensajera soy, no tengo
 La culpa, de parte vengo
 De mi señora: los mozos,
 Como vuestasted, mudables
 Con brevedad se consuelan
 De agravios que los desvelan,
 Pues no hay celos incurables.
 Dícele pues mi señora
 Que en fe de que no merece
 A vuestasted, y obedece
 A su padre (que está agora
 Resuelto en darnos marido,
 Y esta mañana han de ser
 Las vistas) pretende ver
 Finezas de bien nacido
 En vuestasted, echando
 Tierra á pasados favores;
 Pues no siendo mas que flores,
 Ellas se irán marchitando;
 Que le asegura que está
 Notablemente prendada
 De la presencia aliñada
 De quien la mano le da.
 Ella, en fin, dice que es justo
 Ser á su viejo obediente,
 Y mas viendo que al presente
 Preceptos añade al gusto.
 Que le suplica y conjura
 Con todo encarecimiento
 No desazone el contento
 Que la ofrece esta ventura.
 Que Doña Ana tiene accion
 A su antigua voluntad,
 Hechizos en su beldad,
 Picante en su discrecion.
 Que no la haga mal casada,
 Y que desde hoy mas, adios,
 Don Juan, porque para vos
 Esta es la puerta cerrada.
(Vase y cierra.)

ESCENA XV.

DON JUAN, CORRAL.

CORRAL.
 Dice y hace: echó la aldaba.
DON JUAN.
 Este desengaño ha sido
 Santelmo de mi sentido.
 ¿Qué derrotado que andaba!
 ¡Plegue á Dios, si mas pisare
 Estas piedras, si pusiere
 Aquí los piés, si la viere,
 Si mas della me acordare,
 Que un ravo!.... Ya tengo vida.

CORRAL.
 Celos son mal cirujano,
 Porque curan sobre sauo
 Y respiran por la herida. *(Vase.)*

ESCENA XVI.

ELISA y LEONOR, abriendo la puerta de la calle.

LEONOR.
¿No nos oiste?
ELISA.
 No pude.
 Porque estaba algo distante.
LEONOR.
 Pues, señora, nuestro amante
 A obligaciones acude,
 Que por primeras estima.
 No hay poderle convertir:
 Agora le vi salir
 De visitar á tu prima:
 Persuadile; pero en vano
 A tus finezas le obligo,
 Porque dice que es amigo
 De Don Pedro, y que la mano
 Delante dél ofreció
 A Doña Ana: que obedezcas
 A tu padre, y apetezcas
 Dueño que el cielo te dió;
 Que fué una efimera loca
 Su amor. Y sin aguardarme,
 Me dejó, por no escucharme,
 Con la palabra en la boca.

ESCENA XVII.

DON JUAN y CORRAL, muy alborotados. — ELISA; LEONOR, que se retira despues.

CORRAL.
¿Otra visita á este sitio?
DON JUAN.
 Morir quiero por matar:
 Hoy veremos si á firmezas
 Es razon.....
CORRAL.
¿Adónde vas?
DON JUAN.
¿No te digo que á morir
 Por dar muerte?
CORRAL.
 No has de entrar.
DON JUAN.
¿Tú me impides? ¡Vive el cielo!...
CORRAL.
 Vivió, vive y vivirá.
DON JUAN.
¿Quieres que la daga saque?
CORRAL.
 Lllamaránte irregular.
DON JUAN.
 Apártate, no ocasiones.....
CORRAL.
 Tú las ocasiones das.
DON JUAN. *(A Elisa.)*
 Bésos, señora, la mano.

ELISA.
¡Jesus! Señor, ¿aquí estáis?
 Suspensiones cuidadosas,
 Hijas de una novedad,
 Me excusen no haberos visto.
DON JUAN.
 Como es dueño principal
 De los sentidos el alma,
 Y en ella aposeñonais
 Al dichoso que os merece,
¿Quién duda que os llevará,
 Para darle la obediencia,
 La vista que me negais?

Yo tambien interesado
En vuestra felicidad,
Por vecino y por pariente,
(Si este título extrañais,
Por Doña Ana vendré á serlo,
En grado de afinidad)
Vengo, todo parabienes
De esperanzas, que veais
Brevemente posesiones,
Y estas duren, siempre en paz,
Siglos que juzgueis instantes.

ELISA.

En ellos, señor Don Juan,
Eterniceis con mi prima
Tan cuerda conformidad;
Que yo, mil veces dichosa
Con el deudo que me dáis.
El paraben os retorno.

CORRAL. (Ap.)

Con salsa de para mal.

DON JUAN.

Vengo á veros, demas desto.
Porque os quisiera excusar
Lastimas impertinentes,
Que es fuerza que me tengais.
Juzgaréis que permanecen
Cenizas, para señal
De incendios, que recién muertos.
Palpitando agora están.
Pues no, Elisa, no por esto
Las sazones impidaís
Que os ofrece Talavera,
Que no lo son con azar.
Mi libertad despedida,
Ya de veras libertad.
Para volverse á su centro,
Me anduvo anoche á buscar.
Encontróla vuestra prima,
Y como la voluntad
De criados que son fieles
Suele reliquias dejar
De alicion en sus señores.
Fué facil en su piedad
Que olvidando sentimientos,
Se volviere á acomodar.
No ha mejorado de dueño;
Pero tan contenta esta,
Que si os faltasen los gustos,
Os los pudiera feriar.

ELISA.

Teneis vos tan movediza
El alma que vida os dá,
Que en dos dias se envejece,
Violentada en un lugar.
Quien dueños á meses muda,
Por mas que sirva, no hará
Palacios con azulejos.

CORRAL.

Acoto con el refran.

ELISA.

No os tengo lástima á vos,
Pues siendo la liviandad
Tan propia cosecha vuestra.
Seguis vuestro natural.
A Doña Ana sí, y no poca.
Que podrá con vos juntar
Al pesame de perdersos,
Los plácemes que la dan
Segunda vez de adquiriros,
Porque en vos tan cerca está
En materia de firmezas,
El salir, como el entrar.

DON JUAN.

Quisiérades vos ahora,
Contra la serenidad
Y quietud de mis afectos,
Que vos infernos juzgais.
Que ofendida mi paciencia
Soltara todo el randal
De amenazas y locuras
Que acostumbran fulminar

Los agravios y los celos,
Que me empiezan á matar.
Pues creedme, á fe de libre,
Que á poder vos registrar
Lo que pasa acá en mi pecho,
Donde ni estaréis, ni estáis,
Os partiérades corrida;
Porque no se juzga ya.
Si á amantes no desespera,
Por valiente una heldad.

ELISA.

Por vida vuestra que os creo:
Aunque el ver cual madrugais
A alegar satisfacciones,
Me ha dado que sospechar.
¿Qué sería, si así fuese?
Que ya yo vi rotular
Libros en el pergamino,
Que siendo de humanidad,
Pasan plaza de devotos,
Profanando su disfraz.

DON JUAN.

Pues hagamos una cosa
Vos y yo, porque creais
Cuán preservado me tienen
Escarnientos dese mal.
Yo quedaré por perjurio,
Sin palabra, sin verdad,
Sin estima, sin nobleza.
Como vos lo propio hagais.
¿Qué respondeis?

ELISA.

Que será

En eso tan puntual,
Como en pediros ahora
Que me dejeis y que os vais.
Y para que ocheis de ver
Con cuanta conformidad
Estamos los dos en eso,
Añado una cosa mas
Que os desengañe del todo.

DON JUAN.

¿Y es la cosa?

ELISA.

Que os sirvais

De que yo madrina sea
De Doña Ana.

DON JUAN.

Será igual,

Elisa, mi desempeño.
Si me permitis honrar,
Siendo yo vuestro padrino.

ELISA.

¿Jesus! Con eso estarán
Cabales todas mis dichas.

CORRAL. (Ap.)

Fuego de Dios cuál se están
Abrasando unos con otros!
¿Mas que para en tempestad?

DON JUAN.

En fin, ¿estamos conformes
Los dos en esto?

ELISA.

¿Y qué tal!

DON JUAN.

Quien primero se acordare
Del otro.....

ELISA.

Merecerá

Descreditos de perjurio.

DON JUAN.

Mucho haréis si lo jurais.

ELISA.

¿Yo? Por vida de Don Pedro.
—Pretenderéis vengar
Jurando la de mi prima:
Que todo vuestro caudal
Se ha cifrado en ese juró.

DON JUAN.

Esos debe de abrasar;
Mas la vida de Don Pedro
No es cosa en que mucho os va.

ELISA.

¿No? ¿Habiendo de ser mi esposo?

DON JUAN.

Hasta ahora libre estais.
Yo sé que vuestra alma esconde
Otro que os importa mas:
Jurad por él y os creere.

ELISA.

¿Y es?

DON JUAN.

Por vida de Don Juan.

ELISA.

¿Jesus! ¿qué gran desatino!
No me acordaba del ya.
¿Vos no veis, si por el juró,
Que habiéndole de nombrar,
Pierdo con vos el apuesta?
Dios le perdone.

DON JUAN.

Jurad

Por vida de todo aquello
Que mas queréis y estimais.

ELISA.

Don Pedro viene á ser ese.

DON JUAN.

Si es Don Pedro, ¿qué se os da?

ELISA.

¿Para qué he de repetirlo?

DON JUAN.

¿Qué engañosos que rehusais!
Jurad por vida de Carlos.

ELISA.

¿Qué Carlos?... ¿El de Roldan?
¿O el español Carlos quinto?

DON JUAN.

Negad, Elisa, negad
Un Conde, que en vuestras suertes
Sirvió de encuentro y azar,
Por encontrarse en mis dichas,
Hallándose tan capaz
En vos el alma, que á un tiempo
Tres en ella aposentais.
A Don Pedro, á mi y al Conde,
Y entre ellos mi libertad,
Mas que todos infelice,
Porque os supo querer mas.

ELISA.

¿Qué Carlos? ¿Qué conde es ese?
¿Qué azares? ¿Qué encuentro? ¿Estais,
Don Juan, en vuestro juicio?
Descaminos enfrenad,
O vive el cielo.....

DON JUAN.

Sentis

Aprietos de la verdad,
Que en fe, mudable, de serlo,
Se tienen de rubricar
Con mi sangre.

(Va á sacar la daga, y tiénele el brazo
Elisa.)

ELISA.

¿A la dagnita

La mano? ¿Oh qué singular
Paso para una comedia
De las de veinte años há?

ESCENA XVIII.

LEONOR. — Dichos.

LEONOR.

Tu padre, prima, y Don Pedro
Entran a verte.

ELISA.

Don Juan

Yo te quiero, yo te estimo,
Yo te adoro: cesen ya
Burlas que abrasan de veras;
Paren enojos en paz.
Entrate en ese aposento,
Y en él oculto, serás
Testigo de las finezas
De un amor por ti inmortal.
Escóndete hasta su tiempo.

DON JUAN.

Un siglo un hora será.
¿Si te casas? ¿si me olvidas?

ELISA.

Por la hermosa claridad
Del sol, padre de las gentes,
Por la vida que me das,
Viéndote amante y con celos,
Y por ti, que es mucho mas,
O morir, ó ser tu esposa.

LEONOR.

Que entran, señores.

ELISA.

Don Juan,

Si Doña Ana te me usurpa,
¿Qué he de hacer?

DON JUAN.

¿Como podrá
Contra el sol la oscura noche
Resplandores al-gar?

ELISA.

¿Entras?

DON JUAN.

Entro con la fe
De tu palabra. *(Vanse los dos.)*

CORRAL.

¿No habrá,
Leonor, para mí un candil?
Que a oscuras he de maullar
Como gato entre dos puertas.

LEONOR.

No hay gota en él.

CORRAL.

Pues serás
Virgen loca, si no hay gota.

LEONOR.

¿Y tú?

CORRAL.

¿Yo? Gota coral.

ACTO SEGUNDO.

Antesala en casa de Don Alonso.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, LEONOR.

CONDE.

Tengo un poco que deciros.

LEONOR.

¿Vos á mí? Viniera bien,
Si yo fuera Inés, aquello
De «un poco te quiero, Inés.»

CONDE.

Decis verdad: mas no sufre
La prisa con que me veis,
El remate de la copla:
«Yo te lo diré despues»;
Porque si esta ocasion pie
La esperanza perderé,
Que en vuestro favor estriha.

LEONOR.

Terrible tiempo escogeis.
Mi señor, en esa sala,
Que divide esta pared,
Con su hija y con Don Pedro,
Hoy su yerno, ausente ayer,

Conciertan las escrituras,
Y están presentes con el
Su sobrina, y de ambas partes
Deudos que han venido á ser
Testigos de vuestras bodas.
Pues la hora... ya lo veis:
Las doce el reloj ha dado,
Y vinieron á las diez.
(Echala el Conde en la manga un bolsillo.)

¡Ay! ¿qué es esto que en la manga
Suenan?

CONDE.

No os alboroteis,
Que aunque pesan, no son cantos
Que os descalabren.

LEONOR.

¿Pues qué?

CONDE.

Unos pocos de doblones,
Para que faciliteis
Deseos que cumple á damas
La calle del interes.

LEONOR.

¿En el siglo de vellon,
Doblones vos! Entraréis
Mejor, si así granizais,
Que el planeta ginoves.
Baldada me habeis cogido
Del manjar que siempre fué,
Cuando se hace el amor hombre.
Codillo de la mujer.
Parecisme un pino de oro,
Pues fruto de oro ofreceis.
Y ellos en fe de difuntos,
Cada cual será un cipres.
¿Amais á Elisa, ó Doña Ana?

CONDE.

Antes que noticia os dé
De mi amor, que en vos consiste,
Deciros quién soy es bien.
¿Conoceis al conde Carlos?

LEONOR. *(Chuncheándose.)*

¿Conde Claros sois? Tendréis
Como las obras el nombre,
Porque no puede ofrecer
Doblones, estrellas de oro.
Sino un cielo, cuando esté
Claro como un conde Claros.
Ya yo he oido encarecer
A un Don Carlos, señoria.
Nuestro vecino, de quien
Dicen que si en nombre es César,
Que en el obligar es rey.

CONDE.

Yo sacaré verdadera
Con vos esa fama: haced
Mis partes, y si se logran,
Leonor mia, no cuideis
De vuestro dote y ventura.

LEONOR.

Bésos la mano y el pie.
Que atada dellas y dellos,
Vuestra esclava soy.

CONDE.

Oid pues.

Exageróme un amigo
Que tengo, y vos conocéis,
Con tanto extremo esta noche
La dama que quiere bien.
Tanto encareció sus partes.
Tan suspenso le escuché,
Tan ponderativo anduvo.
Tan curioso yo con él.
Que ausentándose de mí
Sin dármele á conocer.
En su retrato mi envidia
Pienso que puso el pincel.
Como de la novedad
Hija la admiracion es,

Y esta madre del deseo,
¿Juzgad de tanta preñez
Cuál saldria el apetito!
Porque en mí fué tan cruel,
Que obediente á sus impulsos
Su amistad atropellé.
Hice seguirle á un criado;
Fué diligente tras él;
Vióle en casa de Doña Ana:
Que la amaba sospeché.
Digna fuera su hermosura
De abrasarme, á no saber
Que Don Juan adora á Elisa,
Porque saliendo despues
De con Doña Ana turbado,
En la calle le escuché
Fulminar con quien le sirve
Las locuras que un desden
Un olvido, una mudanza,
Suele arrojar de tropel.

Impediale el criado
La entrada, por conocer
El riesgo de sus arrojós;
Pero tan en vano fué,
Que á pesar de sus avisos,
Yo mismo le vi poner
La mano ciego á la daga.
Y en sus umbrales los pies.
Entró en fin, habrá dos horas.
Mas no salió: vos sabréis
Como confidente suya,
Leonor, lo que se hizo dél;
Que yo, con celos primero
Que amante, un rato dudé
A las puertas de la calle,
Entre celoso y cortés,
Si entraría ó no entraría,
Hasta que por no ofender
La quietud de quien adoro,
Mis deseos retire
De su padre, de Don Pedro,
Don Alvaro, Don Miguel,
Doña Ana y otros amigos.
Entre todos cinco ó seis,
Que son los que están ahora,
Conforme dicho me habeis,
Haciendo las escrituras,
Y dándole el parabien.
Disimuleme criado
Con los demas, y llegué
A la presencia de Elisa,
Mercediendo en ella ver
Tanto cielo, gracia tanta,
Que Don Juan quedó esta vez,
Aunque dijo cuanto supo,
Avaro en encarecer.
Yo la adoro, Leonor mia:
Yo estoy loco: podrá ser
Que cuanto mas imposible
Mis esperanzas la ven,
Me parezca mas hermosa:
Sin ella, no lo dudeis.
Es la vida en mí tan ardua,
Como, cortado, al clavel.
Vos sola sois mi remedio,
Vos tenéis sola poder
Para conservar mis años.
En el mayo en que los veis.
No es mejor para condesa
La hermosa Elisa? ¿no es
Mejor para señoria,
Leonor, que para merced?
Pues con una accion no mas
Que en mí abono ejecuteis,
Ella os deberá mi estado,
Yo la vida os deberé.

LEONOR.

Conde, decid, que doblones
En mangas deben de ser
Granos, por San Juan, de helecho,
¿nes desde que los toqué,
Os quiero mas que á mi vida.

CONDE.

Quinientos dellos tendréis
Para casaros, seguros:
Oídme, y proseguiré.
Don Pedro, Elisa, su padre
Y los demás que sabéis,
Con las dichas escrituras
Quieren mi sepulcro hacer.
En el semblante de Elisa,
Que siempre del alma fué
Intérprete fidedigno,
El pesar eché de ver
Con que estas bodas permite:
No sin causa malicié
Que Don Juan es el motivo
De que no las lleve bien.
Si vos, ántes que se firme
El riguroso papel,
Alegando nulidades,
Por mi esperanza volveis,
Diciendo fuisteis testigo
De que su palabra y le
Me dió con la mano hermosa,
Y que no consentiréis
Que por temor de su padre,
Quebrando al cielo la ley
Que en estos casos dispuso,
Vos por ella os condeneis:
Sus intentos estorbáis,
Yo en fin rescutaré,
Vos tendréis en mí un amigo,
Y á Elisa redimiréis.
¿Qué decis?

LEONOR.

Que ya es mas caro
Conde, de lo que pensé,
El oro que me enmangastes;
Pero ¿qué tengo de hacer?
Mas si a los primeros lances
Pretende el viejo cruel
Ser en mí Leonorícida,
¿Quién me podrá socorrer?

CONDE.

Yo, Leonor, yo, que he de estar.
Si advertida me escondéis,
Donde de vuestras agencias
Siendo testigo, sea juez.

LEONOR.

Alto, nunca las bazañas
Discursivas han de ser:
Todo consejo es cobarde,
Si padre del miedo es.
Entráos en ese aposento,
Que es donde duermo, y poned
Toda el alma en los oídos:
Sabrán lo que me debéis.
(Ap. En el otro está Don Juan:
A pares empieza el mes
En mi casa las tramoyas;
Conde es Carlos, yo mujer,
Doblonos los que me hechizan.)
¿Entraís?

CONDE.

Entro, para hacer
Vuestra fortuna envidiada.

LEONOR.

Dios vaya conmigo, amen.

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA II.

DON ALONSO, DON PEDRO, DOÑA
ANA, ELISA Y CONVIDADOS. — Des-
pues LEONOR.

DON ALONSO.

Elisa, no ocasiones
Sospechas á tu fama;
Que ni te han de valer tus evasiones,
Ni á quien con tantas veras y fe te ama
Consentiré quejoso,
Pues con tu gusto vino á ser tu esposo.

DOÑA ANA.

Prima, si esta no es tema [ma
Y quieres á Don Pedro, ¿qué hay que te-
La dilacion de un día que encareces?
Quien liberal da luego, da dos veces.

ELISA.

Deja para los viejos,
Pues que no peñas canas, los consejos;
Si no es que interesada
Te importa verme á mi pesar casada.
Conozco lo que medro
Feliz consorte del señor Don Pedro.
Y estoy reconocida
Al amor que me muestra;
Mas tengo prometida
Una novena á la patrona nuestra
De Atocha, y así trato
Que se quede por hoy este contrato.

DON ALONSO.

Cúmplela desposada
Con mas quietud y ménos registrada;
Que aunque las estaciones
Son tan santas de suyo, hay ocasiones
En que las juventudes
Profanan ejercicios de virtudes.
No apures mi paciencia,
Firma esas escrituras,
O apercebe tu loca resistencia
A un convento de Lerma, en que tus tías
En su clausura enmienden tus porfías.

ELISA.

Escojo, pues á mi eleccion lo dejas,
Por mejor, que entre rejas
Sujeta siempre viva, [va;
Que á quien no tengo amor servir cauti-
Pues si uno y otro al fin es cantiverio.
Mas noble me le ofrece un monasterio.
Y mas vale, medrando eterno nombre,
Ser esclava de Dios, que no de un hombre.
Y porque creas cuán constante afirmo
La determinacion de tus venganzas,
Rasgo en estos papeles esperanzas;

(Lo hace así.)

Que desta suerte yo violencia firmo.
(Sale Leonor.)

DON ALONSO.

Deten, inadvertida,
La mano, si no intentas que tu vida
Mi enojo satisfaga. (Saca la daga.)

LEONOR.

¿Está en sí Vuesasted? Tenga la daga;
Que siendo tan cristiana mi señora,
(Ap. La chanza encajo agora)
Y esposa de quien hurta presumidos,
No ha de tener á un tiempo dos maridos.

DON ALONSO.

¿Qué dices?

DON PEDRO.

¿Cómo es eso?

ELISA.

¿Estás en tí Leonor?

LEONOR.

Todo mi seso

Está como solía.
Señores, mi señora es señoría:
Un conde la confiesa,
El por su esposa, yo por mi condesa;
Ayer la dió la mano,
Besándosela amante y cortesano;
Yo fui el cura y testigo.

ELISA.

Desatinada, advierte..... (A Leonor.)

LEONOR. (Ap. á Elisa.)

Vé conmigo,

Que esto importa al engaño.

ELISA. (Ap. á Leonor.)

¿Pues no ves que resulta ya en mi daño,
Que está Don Juan oyendo tus quimeras,
Y que ha de imaginar que hablas de ve-
LEONOR. [ras]

En vano me cohechas al oído. (Alto.)

Mas quiero mi conciencia: tu marido
Es el conde Don Carlos.

(Ap. á Elisa.)

Vé conmigo, que así puedes burlarlos.

ALONSO.

¿Qué conde ó desventura....?

LEONOR.

Esto es notorio:

En mi presencia se hizo el desposorio.

¿De que forman espantos? [los?

¿Es mucho un conde donde sobran tan-

El jura, endoselando estas paredes,

En señorías mejorar mercedes:

Y que apetezca yo, no es maravilla,

Ver las espaldas vueltas á una silla.

DON ALONSO.

Ya digas la verdad, ó ya estés loca,

Tu atrevimiento mi furor provoca

A que en tu sangre vil... (Va á darla.)

LEONOR.

¡Jesus, María!

Conde, vuelva por mí Vuesenoría.

ESCENA III.

EL CONDE. — Dichos.

CONDE.

La voluntad, caballeros,

Que el cielo quiso eximir

De humanas jurisdicciones,

No ha de violentarse así.

Elisa, en cuya belleza

Eliseos deleites vi,

Puesto que allá vive el gozo,

Y acá el amarla es vivir,

Piadosa admitió respetos

Del alma que la ofrecí:

¿Corta ofrta una alma sola,

Quien quisiera darla mil!

Poco mas debe de haber

De un mes, que por competir

Con el sol, salió en un coche,

Ella Flora y el jardín,

A dar nueva vida al Prado,

Pues volviéndole á vestir

De yerba y rosa, soberbio

Vió por noviembre su abril.

Dila parte de mis penas,

Solicité, pretendí,

Sin perdonar circunstancias

Que suele el amor lucir.

Correspondiolas afable,

Porque echó de ver que en mí

Eran una misma cosa

El prometer y el cumplir.

La víspera de Año Nuevo

Eché suertes, y salí,

Por eleccion de los hados,

Su amante; y anoche, en fin

Me intituló su consorte,

Tan rendido, tan feliz,

Que en nuestras manos amor

Nuestras almas vino á unir.

Avisóme de la ofensa

En que todos incurris,

Tiranzando su imperio:

Caballeros, advertid

Que es mi esposa, y que si os pesa,

Y lo queréis resistir,

Será fuerza el defender

Mi accion y fama, ó morir.

DON ALONSO.

Conde, entre los generosos,

Siempre fué hazaña civil

Hurtar el cuerpo á las leyes,

Y al sol el rostro encubrir.

Elisa casi os iguala:

Si la amais, como decis,

Un mes há con fin honesto;

Pudiéndomela pedir,

Seguro de vuestro abono,

¿Por qué de noche venís
A usurpar jurisdicciones,
Y esperanzas deslucir?

DON PEDRO.

Intenten pobres vulgares
Medrar por medio tan vil
Calidades á su casa,
Emmoleciéndose así:
Que lo que es disculpa en ellos,
Viene á ser, pues los seguís,
Defecto vituperable,
Digno en vos de corregir.

DON ALONSO. (A Don Pedro.)

Obligados, pues sois tan noble,
La templanza que advertís
(A pesar de tanto agravio)
En mi enojo, y elegid
A satisfacción de partes
Esposa con quien vivir,
Sin que menosprecios florezca
Después, si os arrepentís.

ELISA.

Señores, ¿qué desatinos
Nos pretenden consumir
El seso con la paciencia?
Yo ¿cuándo os correspondí?
¿Cuándo os tuve por amante?
¿Cuándo, Conde, os llegué á oír
Deseos de pretendiente?
¿Cuándo os hablé? ¿cuándo os vi?

LEONOR. (Ap. á Elisa.)

¿Que lo echamos á perder,
Señora! (Ap. ¿Pobres de mí!)
El Conde viene á librarte,
Con este ingenioso ardid,
De tu padre y de Don Pedro.

(Ap. á Doña Ana.)

Si esta vez sabes fingir,
Libre tu Don Juan te queda.

(Ap. á Elisa.)

Que es tu esposo el Conde di,
Y dalo todo por hecho.

ELISA. (Ap.)

Hay quimera mas sutil!

LEONOR.

Doña Ana, ayúdame ahora, (Ap. á ella.)

Que solo te importa á ti
Que se case con el Conde.

DOÑA ANA.

(A Elisa. Amiga, vuelve por mí.)
(Ap. Lo que Leonor me aconseja

Me está de perlas; salud,
Ciego amor, á vuestra causa;
Que si llegais á impedir
Que Don Juan de Elisa sea,
Mi esperanza conseguí.)
El callar es ya culpable,
Señores, y el resistir
Al cielo, temeridad:
Con Leonor testigo fui
De cuanto ha propuesto el Conde.
El la dió el alma, ella el sí,
Conformidad las estrellas,
La noche ocasion; y en fin,
Don Pedro culpe á sus hados,
Y téngase por feliz
Esta casa, pues merece
Dueño tanto.

DON ALONSO.

¿Qué por tí,
Inadvertida, liviana,
Haya mi honor de salir
A la vergüenza! ¿Qué dices?
¿Qué respondes?

ELISA.

Que encubrir
Verdades tan manifiestas
No es posible: que seguí
Los consejos de Doña Ana,

Sin poderme reducir
A querer bien á Don Pedro,
Y que el Conde vive en mí.

ESCENA IV.

DON JUAN, que sale abriendo de golpe
la puerta.—Dichos.

DON JUAN.

Ya es infamia el sufrimiento:
Dejame salir á dar

(A Elisa.)

Desahogos al pesar,
Avisos al escarmiento:
Protender que en el tormento
Sufría las penas atroces
La congoja, y no de voces
Con el agravio, es lo mismo
Que enfrenar sobre el abismo
Los huracanes veloces.

Todos me habeis ofendido,
De todos juntos me quejo:
De un ciego y avaro viejo,
De un amigo fementido,
De mi mismo, inadvertido,
De Elisa, en cuyo poder
Me he perdido, sin temer
Que es de las mudanzas dueño,
Y sombra, flor, pluma, sueño,
La palabra en la mujer.
No há un hora que me juró
Con afectos apacibles
Atropellar imposibles,
Que en mi favor despreció:
No há media que prometió
Ser á violencias diamante;
No há un instante que inconstante
Anegó mis esperanzas:
Considerad las mudanzas
De una hora, media, un instante!

Todos mi mal prevenís:
Loco por todos padezco.
A todos os aborrezco,
Pues todos me perseguís:
Si estos oprobios sentís,
Venid á contradecirme:
Sigame el necio que afirma
Que no es infeliz quien ama,
Que amor su imperio no infamia,
Y que hay hermosura firme. (Vase.)

ESCENA V.

Dichos, menos Don Juan.

DON PEDRO.

Oye, Don Juan, que es preciso,
El medio que ha de valerme:
Arrojado he de perderme:

No perdonarte remiso.
Yo pondré á tu poco aviso
Freno y límite bastante
A que desde aquí adelante
Juzgue quien mi agravio siente,
Que le restauré prudente.
Si le descuide ignorante,
Prevenición discreta ha sido,
Elisa, la que hecho habeis:
Pues porque os sobren, teneis
En cada sala un marido:
De los tres que hemos venido,
Podréis á gusto escoger.
Y esta casa no temer

Lo que muchas necesitan,
Si las que poco se habitan.
A pique están de caer.
¿Tanto húsped encerrado?
¿Notable capacidad
Tiene vuestra voluntad,
Pues á tres lugar ha dado!
Puesto que he sido llamado,
Remuncio el ser escogido:
En Talavera he vivido:
En ella de mí os servid,

Aunque aquí y allá, advertid,
Se quiebran de una manera
Los platos de Talavera
Y las damas de Madrid.

(Vase.)

CONDE.

Ya, señora, difícil,
Lo que antes facilité,
Aunque crédito no dé
A vislumbres deste insulto;
Pero ¡á estas horas oculto
En vuestra casa Don Juan!
Permisiones de galán
Exceden el justo extremo:
No os culpo yo; pero temo
Desaires del que dirán.

(Vase.)

LEONOR. (Ap.)

Miedos, ¿qué hacemos aquí,
Si en esta tempestad toda
Soy la vaca de la boda,
Y ha de llover sobre mí?
Por el Conde me perdí:
Dél me voy á socorrer;
Y cuando no pueda ser,
Pues á embolocos me atrevo,
Oficio conmigo llevo
Que me gane de comer.

(Vase.)

DOÑA ANA.

Prima, por verte en altura
Que á tus deudos nos honrase,
Y es quien de tí mas se ofende;
Con un Conde tu hermosura:
El amor todo es ventura:
No la supiste tener:
Don Juan te ha echado á perder,
Y es quien de tí mas se ofende;
Que quien todo lo pretende,
Todo lo viene á perder. (Vase.)

ESCENA VI.

ELISA, DON ALONSO, sin ánimo para
hablar; LOS CONVIVIDOS, en silencio.

ELISA. (Ap.)

¿Qué intentará agora ¡cielos!
Mi airado padre conmigo,
Que entre el perdón y el castigo
Me derrotan sus desvelos?
¿Tanta tempestad de celos,
Fortuna! Pues multiplique
Olas que á mí fe dedique;
Que si engolfandome van
Y no es Santelmo Don Juan,
El remedio esirme á pique. (Vase.)

Salta en casa de Doña Ana.

ESCENA VII.

DOÑA ANA, LEONOR.

LEONOR.

Esto es todo lo que pasa.

DOÑA ANA.

En efecto, ¿que tú fuiste
La que á Carlos escondiste?

LEONOR.

Occultéle por tí en casa,
Y della salgo por tí
Huyendo.

DOÑA ANA.

Mientras la mía
De tí su esperanza fia,
Tendrás en ella y en mí
La acción que yo; y si Don Juan
Hace caso de su honor,
Paga mi honesto amor,
Las dichas te deberán
Las medras de nuestro engaño.

LEONOR.

Ten por cierto que no esté
En Madrid quien mas te dé
Desaires en todo el año.
Yo vi á sus puertas el coche

Con las mulas de camino :
Que ha de sacarla imaginó
El viejo esta misma noche.

DOÑA ANA.

Logre mis dichas amor.
Y librenme destas olas.

ESCENA VIII.

DON JUAN. — DOÑA ANA, LEONOR.

DON JUAN.

Pésame no hallarte á solas :
Retírate allá, Leonor.

LEONOR. (Ap.)

¡Buena se le va poniendo
El ojo á la haca! Ya están
Los amores de Don Juan
De otro temple : no lo entiendo. (Vase.)

ESCENA IX.

DOÑA ANA, DON JUAN.

DON JUAN.

Doña Ana, yo necesito
De tu amor y tu consejo.
Herido á Don Carlos dejo :
Deslumbróle su delito.
Aguardéle en esa calle,
Ciego me salió á buscar.
La razón me pudo dar
Aceros para sobrallo.
Enemigo es poderoso.
Peligrosa mi asistencia :
Si se evita con mi ausencia
Partirme luego es forzoso.
Débete la volunad
Que pagarte no he podido :
Cuando mas reconocido,
No quiere mi adversidad
Que llegue á corresponderla.
El peligro me da prisa,
La poca lealtad de Elisa
Ocasión de aborrecerla.

DOÑA ANA.

No querrá mi estrella airada,
Don Juan, ya en mi favor cuerda.
Que cobrándote te pierda.
Hoy dichosa, hoy desdichada.
Haga el Conde diligencias
Buscándote : que en mi casa,
Mientras este rigor pasa,
Desmentiras sus violencias.
Este cuarto, es : balcón.
Pues en amar te aventajo,
Pasándome yo al de abajo.
Te han de servir de prision.
DON JUAN.

Donde reina la piedad,
Donde triunfa tu fineza,
Si es mi alcaide tu belleza,
Mi prision es libertad.
Mas recelo de Leonor,
Que me vió entrar.

DOÑA ANA.

No hay temella :
Téngola grata, y por ella
Se ha de lograr nuestro amor.

DON JUAN.

Tú lo dispones de suerte.
Que en las dichas que intereso,
Soy ya dos veces tu preso.

DOÑA ANA.

Libros en que entreteneré
Hay sobre ese contador,
Y aderezo con que escribas
Versos que á Elisa aperebias.
Mientras que viene Leonor
A traerte de cenar,
Y á disponerte la cama.

DON JUAN.

La aurora aljófara derrama.
Tarde es para reposar.

DOÑA ANA.

No tienes en qué ocuparte :
Los presos duermen de día.

DON JUAN.

Desvela amor, Ana mía,
Y amo yo.

DOÑA ANA.

Quiero cerrarte,
Que te temo fugitivo.

DON JUAN.

Si me buscare Corral,
Fíate dél, que es leal.

DOÑA ANA.

Adios pues, dueño cautivo.
(Vase cerrando con llave.)

DON JUAN.

¡Extraña temeridad
He intentado, ciego amor!
Contento estoy con vivir
Tan cerca de quien murió.

ESCENA X.

CORRAL, que sale abriendo la otra
puerta. — DON JUAN.

CORRAL.

(Hablando con Leonor, que está dentro.)

Déjame la llave, y véte
A tus haciendas, Leonor,
Aunque siendo haciendas tuyas,
No tendrán mucho de Dios.

DON JUAN.

¡Oh mi Corral! Bien venido.

CORRAL.

Corral, y tan tuyo soy,
Que esta vez he de quitarte
Todo el mal de corazón.
Déjame cerrar la puerta. (Cierra.)

Retirémonos los dos,
Donde, ya que nos acochen,
No nos oigan : atención.
Después que al caso saliste,
Herido del garrochon
De los celos, si no toro,
Torote atropellador
De lo roso y lo belloso ;
Yo herido de mi temor,
Tuve envidia en las paredes
A las letras de carbon :
Pescando transformarme
En ellas, con saber yo
Ser cartapacio del necio
Y sátira del letor.

Cuando después que te fuiste,
Cada cual competidor,
Sarpullido de los celos,
Le dió á tu dama un jabon :
Quedaron ella y su padre...
¡Ya ves qué tales los dos!
Como en las uñas del gato
El temeroso raton.

Ponderó lo que te amaba,
Tus finezas, tu valor,
La tempestad de tus celos,
Lo limpio de tu aficion,
Y que pródigo en no dar
Sospechas al pundonor
En los que á vistas vinieron,
A esconderte te obligó.
Que á Don Pedro aborrecía
Mas que el bubo al resplandor,
Al buen año el avariento,
A la hermandad el ladron.
Juró, como un catalan,
No saber quién ocultó
A aquel Conde entremetido,

De nuestra paz Galalon :

Que ni dél tuvo noticia.
Ni en su vida le dignó
La memoria, ni aun los ojos ;
Mas que á pura persuasión
De Doña Ana (que la dijo
Ser tu amigo protector,
Y querer con tal ergatio
Redimir su vejación)
Concedió con su embeleco :
Y la clausula cerró
Con ofrecer á su espada
El cuello, todo candor.
Ovóla *pro tribunali*
El viejo ponderador,
Resolviéndose, después
De media hora de sermon,
En que había de llevarla
A Lerma, ántes que veloz
Diese el alba afeite al prado
Y á su oriente bermellon.
Entró á prevenirse Elisa,
El viejo aprestar mandó
El coche, con dos criados :
Y entre tanto... oye el mejor
Caso que escribió poeta ;
Que á serlo, á fe de quien soy,
Que sin mendigar asuntos,
Yo enriqueciera á un autor.
Entre tanto, como digo,
Por un pariente envío,
Confidente de su casa,
Celoso de su opinion.
A este pues en puridad
Le dijo : «Alvaro, yo estoy
Resuelto á honrar con la sangre
Del Conde mi sucesion.
Persuadir que trueque Elisa
En desden la inclinacion
Que á Don Juan tiene, es querer
Que el abril viva sin flor.
Fíalo pues en el tiempo,
Cuya cuerda dilacion
Muda afectos y apetitos.
He fingido que llevo hoy
A un monasterio de Lerma
A Elisa, en cuya prision
Escarmiente rebeldias
Y se muda su rigor.
Sacarla luego al punto
De la corte, y yendo yo,
Dorotea y Alvarado
Con ella, sin permission
Que á persona comunique,
Ni vea aun el resplandor
Del cielo, con las cortinas
Echadas, mi prevencion
Estriba en que ignore el pueblo
Que ha de darla habitacion.
Llegaremos desta suerte
A la una ó á las dos
A sestar á las ventas
Que llaman de Torrejon.
Retiraréla á una cuadra,
Hasta que cubra de horror
La noche nuestro hemisferio,
Y siguiendo mi ficcion,
Daremos vuelta á Madrid,
Persuadiéndola á que estoy
Resuelto en que viva oculta
En Illescas, donde vos
La esperais á instancia mia,
Mientras la murmuracion
Sopulada en el olvido
No lastime nuestro honor.
Vendrémonos tan despacio.
Que entremos cuando el rumor
Y bullicio de la gente
No pueda darla ocasion
Para advertir que en la corte
Mi engaño la restauró.
Vos, Don Alvaro, entre tanto,

En fe que mi amigo sois,
Y que en vuestra lealtad tengo
Antigua satisfaccion,
Despejando aquesta sala
De cuanto adorno la dió
La calidad de mi estado
Y de mi hacienda el valor,
Cuadros, escritorios, sillás,
Colgaduras, contador,
Cama, estrado, sin que quede
Un clavo que de ocasion
A que reconozca el sitio;
Pediréis al corredor
(Luis de Toledo se llama),
Otra tanta ostentacion
Que de modo la disfrace,
Que no la conozca yo.
Retirada en ella Elisa,
Y las puertas del balcon
Cerradas, dando la luz
La vidriera superior,
Ni creará que esta en la corte,
Ni viéndola, sino vos.
Hará Don Juan diligencias
Que despierten su atencion.
Solicitaré entre tanto
Que el Conde, que sospechó
Mal del pasado desaire,
Haga cuerda informacion
De la honestidad de Elisa;
Y buscando intercesor
Poderoso, si es su amante,
Lograré mi pretension.
« Esto dijo, esto escuché,
Temeroso accehador,
Por el hueco de la llave;
Esto mismo prometió
El Don Alvaro pariente,
Partiendo á su ejecucion,
Como el coche á su jornada.
Sali á tienta a un corredor,
Topé con una escalera,
Hasta un patio me guió,
Dí desde él en un corral,
Salté desde un paredon,
Supe que el Conde iba herido;
Mi lealtad adivinó
Que estabas en esta casa,
Doña Ana abrimme mandó,
Y la noche que se sigue
Volverá á la posesion
De su cuarto nuestra Elisa.
Si permanece tu amor,
Pared en medio la tienes:
Tisbe y Piramo los dos,
No os veréis por redendijas,
Mas de balcon á balcon;
Para que os comuniquéis
Con toda circunspeccion
Sin riesgo de la conciencia
(Que no lo permita Dios),
Traza tengo imaginada
Que ha de hacerme arquitector
Balconero, con que admire
A la misma admiracion.
Ya sabes mi habilidad,
Mi ingenio es ensambador,
Lo que te quiero, infinito:
Consulta tu suspension,
Durmiendo agora sobre ello,
Y si te está bien ¿no:
Que despues queda á mi cargo
El lograr esta invencion.

DON JUAN.

Corral, cosas me refieres,
Que al paso que nuevas son,
Causan en mí novedades
Extrañas.

ESCENA XI.

DOÑA ANA. — Dichos.

DOÑA ANA. *(Desde adentro.)*

Vendrá Leonor,
Que es hora que Don Juan cene.

DON JUAN.

Abre, Corral. *(Abre, y sale Doña Ana.)*

DOÑA ANA.

Pues, señor.

¿Cómo os va de carcelaje?

DON JUAN.

Doña Ana, como convos.
Farde es para que cenemos.

CORRAL.

Almorzar será mejor,
Y reposaras de día.

DON JUAN. *(Ap. á Corral.)*

No hay plato de tal sazón
Como el hablar de mi Elisa.

CORRAL.

Déjame á mí.

DON JUAN. *(Ap. á Corral.)*

Vuelva yo

Por tí á la gracia de Elisa,
Y mi hacienda á tus pies pon.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Elisa.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO, DON ALONSO, LEONOR y ELISA, *(truida por mozos en una silla de manos.)*

DON ALONSO. *(Hablando bajo con Don Alvaro.)*

La industria ha sido extremada,
Pues en el coche cubierta,
Creyendo que á Illescas viene,
La dejo en su cuarto presa.

DON ALVARO.

A Leonor topé en la calle,
Y luego la hice por fuerza
Que se viniese conmigo.

DON ALONSO.

Don Juan la esperanza pierda.

DON ALVARO.

Está muy bien advertido (1).

DON ALONSO.

Enmienda tu condicion; *(A Elisa.)*

Que mientras no la mudares

Y mas cuerda me obligares,

Ha de durar tu prision

Lo que durare mi vida:

¡Presto la consumirás!

Todos presumen que vas

A Lerma: traza es fingida

Para que no sepan dónde

Te niego á sus diligencias.

Extrañas tus resistencias

Son! Ni Don Pedro ni el Conde

Te satisfacen: Don Juan

No ha de ser tu esposo; en esto

No hay que hablarme: si has dispuesto

Darme disgustos, tendrán

Aqui los tuyos castigo;

Si intentas que no me arroje

A mas extremos, escoge,

Consultándolo contigo.

Cerrad, y vamos, que es hora

De partirme.

(1) Verso suelto entre un romance y una redondilla. El hallarse aquí este verso como pedáneo, y ser el romance tan corto, inducen á creer que falta en esta escena un buen trozo de versificación.

DON ÁLVARO.

Ejecutor

He de ser deste rigor:

Mirad lo que haceis, señora.

(Vanz: Don Alonso y Don Alvaro, y cierran.)

ESCENA II.

ELISA, LEONOR.

ELISA.

No sé si diga que siento

El verte en mi compañía

Mas que cuanta tiranía

Oprime mi pensamiento.

LEONOR.

Suerte es de los desdichados

Que verren en cuanto emprendan,

Con los servicios ofendan,

Y indignen con los agrados.

Doña Ana con las malicias

De Don Carlos me engañó:

Merezca, señora, yo

Perdon, siquiera en albricias

De que está aquí tu Don Juan.

ELISA.

¿Qué dices?

LEONOR.

Que á Illescas vino,

Y él tras tí tu piedra inau.

Doña Ana tiene á Don Juan

En su casa; y para darte

Aviso, vine á buscarte,

Y cogíome en el zaguan....

ELISA.

No me digas mas, Leonor.

LEONOR.

Responde á las ansias mías.

¿Has visto por do venias?

ELISA.

¿Cómo, si hasta el resplandor

Del cielo mi padre airado

Me limitaba? Aun de noche

No nos permitió que al coche

Corriesen un encerrado.

Yo a la popa, él junto á mí:

De día en una posada,

Tan oculta y retirada,

Que aun los huéspedes no vi:

Apénas llegué á esta villa,

Cuando me sale á la puerta,

Tambien para mi encubierta,

Esta posada una silla.

Y entrando á oscuras en ella,

Para que todo lo dude,

Aun la escalera no pude

Ver, cuando subí por ella.

LEONOR.

Tu tío me trujo aquí

Sin ver por dónde; y culpada,

El Conde, que interesada

Me juzga, volvió por mí,

Y alcanzo que te asistiese

Con cargo de ponderarte

Que su vida es adorarte:

Doña Ana, para que hiciese

Que de Don Juan te olvidases,

Tambien por mí ha intercedido,

Y los dos me han ofrecido

Como con Carlos te cases,

Dote y ajuar; pero yo

Que contigo me crié,

Y por experiencia sé

Que el cielo te destinó

A Don Juan que te merece,

Resuelta en morir contigo,

Doy al tiempo por testigo

De lo que mi fe te ofrece. —

Cama y alcoha curiosa

Hay que autorizan su dueño.

ELISA.

Con pesadumbre no hay sueño :
Poco quiere quien reposa.
Rezará un rato primero,
Y entrarásme á desnudar.

LEONOR.

¿Enamorada y rezar?

ELISA.

¿Qué dices?

LEONOR.

Que aquí te espero.
(Vase Elisa.)

ESCENA III.

LEONOR.

Disponiéndose van bien
De Corral las invenciones :
Fíome sus prevenciones,
Y quiérole un poco bien.
(Examina el libro con muchas llaves que trae en la cinta.)

Agora falta probar
Si entre tanta multitud
De llaves, tendrá virtud
Alguna para burlar
La impertinente quimera
Del viejo en nuestra prision :
Porque con llave el balcon,
Sin ver la calle siquiera,
Es morir, aunque amor muestra
Industrias en la apretura.
Y mas de tanta clausura.
Esta pienso que es muestra :
Voila á probar entre tanto
Que cumple sus devociones
Elisa. Hermanos balcones,
Dad luz, y sea por encanto.

(Vase.)

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA IV.

DON JUAN y CORRAL.

CORRAL.

Viento en popa navegamos
Por el pasaje comun
De los que nacen de piés :
La fortuna te hace el luz.
Ya tu Elisa está en su casa,
Puesto que de mancomun
Su padre y su confidente
La hacen creer, en virtud
De que á Carlos de la mano,
Que está en Illescas, según
Escuché trazarlo anoche
A la avara senectud
De su padre: fuera darme
Doña Ana; que el avestruz
De la muerte la ha sisado
A su tia la salud.
No volverá, según esto,
Hasta que con nueva luz
Trueque el sol en cunas de oro
El marítimo ataud.
Encajado el pasadizo
Que ha de ser nuestro arcaduz,
Y de balcon á balcon
Eché mi solicitud;
Por mas que encarcele el viejo
A tu Elisa, si tabur
Eres, á figura estás,
Yendo á primera de flux.

DON JUAN.

Las paredes están altas,
La calle toda inquietud,
Los vecinos maliciosos,
La honra peligrá.....

CORRAL.

¿Jesus!

¿De cuando acá eres cobarde?

Calóse el cielo el capuz,
Mojil de la viuda noche,
Sin verse un giron azul :
Durmiendo la vecindad,
La luna en el mar del Sur,
Y tu amor con tembladeras !
Miren qué asalto de Ormuz !
Vete, y veras mis desvelos.

DON JUAN.

Oh amor! si sacas á luz
Mi esperanza, deberánte
Es sentidos su quietud.

Hablacion de Elisa.

ESCENA V.

LEONOR, y luego CORRAL.

Hechicera es esta llave,
No hay contra ella prevencion :
Abri al instante el balcon :
Tambien por la puerta cabe
De la sala que he ya abierto :
Deberále a mi artificio
Don Juan todo este servicio.
Pues con el su amor despierto.
(Sale Corral.)

CORRAL.

Dáisela al mismo Arquimedes,
Si es hombre, de tres la una.

LEONOR.

¡Ay Jesus! No me has dejado
Gota de sangre.

CORRAL.

Las brujas
Como tú, por tener poca,
Dicen que á los niños chupan

LEONOR.

¿Por dónde entraste?

CORRAL.

A la chanza

De un tablón se lo pregunta,
Sacabuche balconero,
Cuyo cuello, como grulla,
Ya se extiende, ya se encoge,
Y celebrando mi industria,
En el otro se incorpora,
Con invencion tan segura,
Que pueden pasar por él
Los chapines de una viuela,
Que yo subí por encaje

LEONOR.

Si, pero, Corral, ¿quién duda
Que viéndole los que pasan,
Nuestra fama no destruyan?

CORRAL.

Anda, que estás hoy modorra.
Ya te digo que se excusa
Todo registro miron ;
Pues cuando el sol ó la luna
Quieran hacer del alarde,
Retirándole se oculta
Del modo que la naveta
Del escritorio, que ocupa
El espacio de su hueco.

ESCENA VI.

ELISA. — DICHOS.

ELISA.

Si no hablas con las pinturas,
Leonor, ¿con quién te entretienes? —
¡Jesus! Corral, ¿tú aquí?

CORRAL.

Triunfan

Sutilezas amorosas
De impertinencias caducas,
Y éntrase por cualquier parte
Amor, que es deidad desnuda.

ELISA.

Bien, mas con llave las puertas....

CORRAL.

Para amor no hay cerraduras ;
Que como es su padre herrero,
Le enseñó á forjar ganzuas.

ELISA.

¿Quién te dijo que en Illescas
Estaba yo?

CORRAL.

Amor, lechuza
Que escondiéndose del sol,
Se supo seguir á oscuras.
En Illescas y en la corte
Estás á un tiempo, y sin culpa
Presas en tu mismo aposento,
El de Don Alvaro ocupas.
Si quieres verificar
Todas estas garatusas,
Abre el balcon, las ventanas
Repara el modo y figura
De la sala en que te prenden
Mira esa alcoba ó estufa ;
Las bovedillas del techo,
Que en Illescas poco se usan.
Esas puertas y paredes,
Que como los trajes mudan,
Como los trajes mudan,
Cual danzantes se disfrazan
Con ajenas composiciones.
No pase por el balcon :
Casar puedes tú, si gustas,
Que la puente levadiza
Ningun pasajero excusa.
Don Juan está en ese cuarto,
De tu prima estás segura,
No hay cosa que te de enojo (1).

ESCENA VII.

DON ALONSO. — DICHOS.

DON ALONSO. (Dentro.)

Esperadme, Conde, aquí (2).

DOÑA ELISA.

¿Es mi padre?

LEONOR.

Si (3).

CORRAL.

Al pasadizo me acojo (4). (Vase.)

ELISA.

Yo me retiro á esta puerta.

LEONOR.

Engaños hay para todo.

DON ALONSO. (Dentro.)

¡Hola! Abrid aquí.

LEONOR. (Abriendo.)

¿Quién es?

(Sale Don Alonso.)

DON ALONSO.

Si yo por de fuera cierro,
¿Para qué es prevencion tanta?

LEONOR.

Para que quien entre dentro,
No nos halle de improviso
En civiles ministerios.

DON ALONSO.

(Ap. Yo quiero con esta industria
Estorbar sus pensamientos.)
Llama á Elisa. (Sale ella.)

(1) (2) (3) (4) Obsérvese aquí la singularidad que ofrecen estos cuatro versos, los cuales componen una redondilla aislada entre dos romances. Como á tal rareza se une la circunstancia de que los dos versos que siguen á la redondilla tampoco pertenecen al primer romance ni al segundo, es preciso creer que hay en este pasaje mutilacion ó alteracion del texto original.

ESCENA VIII.

ELISA. — DON ALONSO,
LEONOR.

ELISA.

Pues, señor,
¿Has hallado modos nuevos
Con que añadirme pesares?
¿Mudaste ya de consejo?
¿Quedósete algo olvidado?
Que yo te estaba midiendo,
Dos leguas de aquí, el camino.
¿A qué vuelves?

DON ALONSO.

Ya no es tiempo
De proseguir invenciones.
Hija, solo los recelos
De que Don Juan te inquietase
Determinarme pudieron
A persuadirte que estabas
En illescas; mas supuesto
Que ya no nos hace estorbo,
Que estás en Madrid te advierto,
En tu casa y en tu cuarto.

ELISA.

¿Dónde?

DON ALONSO.

En tu casa.

LEONOR.

¿Ay, qué enredo!

ELISA.

Pues aquesta ostentacion
¿De dónde vino?

DON ALONSO.

Todo eso

Y mas hallan en la corte
Diligencias y dineros.
Vamos agora á lo mas,
Y no gastemos el tiempo
En lo que ménos importa.
Don Juan, perdido de celos,
Hirió ayer noche á Don Carlos,
Y recelándole muerto,
Se valió de Doña Clara,
En cuya casa y secreto,
Por ser de Doña Ana tía
Y heredera, convinieron
En que Don Juan se ausentase,
Quedando los dos primero
Desposados; supo el Conde
Los amorosos extremos
Que Don Juan debe á Doña Ana:
Supo estos tratos Don Pedro,
Y tuvo dellos envidia,
Porque viendo tus desprecios,
Olvidado de tu amor,
El suyo en tu prima ha puesto.
Don Carlos pues, que te adora
Juzgó generoso y cuerdo
Que casándose Doña Ana
Con Don Juan, hallaba medios
Con que obligarte á su amor;
Y anteponiendo deseos
A venganzas, fué esta noche
A ver á Don Juan, saliendo
Con tantas veras su amigo,
Que á instancia suya se dieron
Doña Ana y Don Juan las manos,
Unos y otros tan contentos,
Que enviándose á llamar,
Testigo he sido y tercero,
En casa de Doña Clara,
De finezas y de afectos.
Mañana, en fin, se desposan,
Y el Conde, que por tí ha expuesto
La vida, viene conmigo:
Ya ves lo que le debemos:
Págame grata su amor.

LEONOR. (Ap.)

¿Jesucristo! ¡El embeleco

Que ha tejido en un instante!
¡Válgate la trampa, el viejo!

ELISA.

Cosas, señor me relieves,
Que las presumiera sueños,
A no ser quien las afirma
Tan digno de fe y respeto.
¿En la breve duracion
De un día tanto suceso!
¿Tanta mudanza en Don Juan!
¿Tan poco amor en su pecho!
Alto, amor desvanecido,
Al uso del siglo andemos:
Lo que arruinaron engaños,
Rédliquen escarnientos.
Al conde Carlos admito.

DON ALONSO.

¿Agora sí que en tu cuello,
Como la yedra en el olmo,
Mis años rejuvenezco!
Aquí está, voy á llamarle.
¿Qué buenas nuevas le llevo!
ELISA.
¿A estas horas? No, señor,
Mañana con mas sosiego,
Dispuesta el alma á servirte,
Podrá venir.

DON ALONSO.

Bien, no quiero

Apresurarte; mas mira
Que, pues quedamos en esto,
No me saques mentirosos.
(Vase cerrando con llave.)

ESCENA IX.

ELISA, LEONOR.

LEONOR.

¿Señora! ¿qué es lo que has hecho?

ELISA.

Leonor, ¿qué sé yo? ¿Qué quieres
De un alma tanto recelos,
Que entre engaños que ha escuchado,
Duda verdades que tiemblo?
Don Juan adoró á Doña Ana,
Apariencias le ofendieron
Del Conde en mi casa oculto,
Hirióle, ausentóse, y temo
Que escondiéndose en la suya,
Si entró húsped salga dueño.
Abre, Leonor: dame el manto.

LEONOR.

¿Para qué?

ELISA.

Las dos íreinos,
O yo sola, que es mejor,
Quedándote tú aquí dentro.
Si á Don Juan hallo en la casa
De mi prima, desaciertos
De mi temor me engañaron;
Mas si no, cuanto sospecho
Es sin duda.

LEONOR.

¿Y no reparas

Que han de conocerte luego
Los criados de tu prima?

ELISA.

Todos estarán durmiendo.
La casa tiene vecinos,
El portal hallare abierto,
Arriba en el cuarto solo
Vive Don Juan casi preso:
Fingiré que soy Doña Ana,
Abriréme y tratarémos,
Si se engañan mis malicias,
Los dos el mejor acuerdo
Que asegure mis temores.

LEONOR.

Loca estás.

ELISA.

Estoy sin seso.

LEONOR.

¿Pues dónde habemos de hallar
El manto, si entraste en cuerpo
Desde el coche hasta la silla?

ELISA.

Mantos hay en mi aposento:
Mira ese cofre, Leonor.

LEONOR.

Vamos, que apaciguar celos
Es pedir peras al olmo.

ELISA.

Leonor, avisa en sintiendo
A mi padre.

LEONOR.

¿Yo? ¿por dónde?

ELISA.

Tendrá el pasadizo puesto
Corral, y desde el balcon
Me llamarás.

LEONOR.

En efeto,

¿Das en creer disparates?

ELISA.

Dúdolos, si no los creo. (Vase.)

ESCENA X.

DON ALONSO, DON PEDRO, EL CON-
DE, con un brazo sostenido en una
banda.

CONDE.

Escondido y atento
Escuché su amoroso sentimiento,
Y que ofreció discreta
Ser dueño mio, si Doña Ana aceta
A Don Pedro y olvida
A Don Juan; pues nos consta su partida
A Valencia, no queda
Inconveniente que estorbarnos pueda.

DON ALONSO.

La eleccion que en su amor Don Pedro ha
Nos obliga á ayudarle. [hecho,

DON PEDRO.

Satisfecho

De su honesta hermosura,
Desde que fui su húsped, mi ventura
A adorarla me inclina.

DON ALONSO.

Seguirá mis consejos mi sobrina,
Pues por padre me tiene;
Fuera de que avisarla me conviene
De todo este suceso,
Pues el fin que intereso
Estriba en que á su prima persuada,
Que con Don Juan su boda concertada,
Será mas venturosa,
Si con ella Don Carlos se desposa.

DON PEDRO.

Cuidad de exagerarla
(Ya que, como decís, vais á avisarla) (1)
Lo que pienso serviría.

DON ALONSO.

A mí me está tan bien el persuadirla
La suerte que no espera,
Que cuando no por vos, por mí lo hiciera.
Hallaréla dormida;
Mas no importa: despierte, que sabida
La nueva que he de darla,
Lisonja pienso que es el despertarla.
(Vase.)

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA XI.

ELISA, con manto; DON JUAN,
CORRAL.

ELISA.

Todo esto pueden sospechas

(1) Suplido.

Si bien, hallándos aquí,
Del alma las despedí.

DON JUAN.
Como estén ya satisfechas,
Aunque tormentas deshechas
Fulmine en el mar de amar
La fortuna, que turbar
Mis esperanzas procura,
Santelino vuestra hermanura,
No han de poderme anegar.
Sentaos un rato, tracemos
Ardides con que podamos
Vencer, aunque padezcamos
Inclencencias que tememos.

ELISA.
Don Juan, prevenir extremos
De un padre todo violencia,
A costa de la paciencia,
Es forzoso: yo me voy.

DON JUAN.
Mirad que en la gloria estoy,
En fe de vuestra presencia.
A estas horas, ¿qué teméis?

ELISA.
Temo, Don Juan, el cuidado
De un padre, que desvelado,
Argos en mi ofensa veis.

DON JUAN.
Por el balcón os iréis.

CORRAL.
Yo le voy á prevenir,
Entre tanto que el zafir
Del cielo platea la aurora. (Vase.)

DON JUAN.
Merezca quien os adora
Solo este instante vivir.

ELISA.
Es la fortuna inhumana
De mi paz tan enemiga....
(*Sientanse los dos de espaldas á la puerta por donde entra Don Alonso.*)

ESCENA XII.

DON ALONSO. — Dichos.

(*Se levanta Don Juan, y Doña Elisa se queda sentada y cubierta con el manto.*)

DON ALONSO.
¿Válgame el cielo! ¿qué es esto?
Parece que escuché á Elisa.
Con luz la sala, y abierta!
Madrugado ha mi sobrina.

ELISA. (Ap.)
Este es mi padre. ¿Si en casa
(Ap. á Don Juan.)
Me echó ménos? ¿Qué desdicha!

DON JUAN. (Ap. á Elisa.)
Cubre la cara y no temas.

DON ALONSO.
¿Don Juan!
DON JUAN.
¿Mandais en qué os sirva?

DON ALONSO.
¿Qué haceis vos en esta casa?

DON JUAN.
Experiencias de cuán digna
Es de alabanzas su dueño,
Pues así su amor me obliga.

DON ALONSO.
¿No os ibades á Valencia?

DON JUAN.
Es poca causa una herida,
En mi agravio ocasionada,
Para ausencia tan prolífica.

DON ALONSO.
¿Qué es de Doña Ana?

DON JUAN.
Llevóla
La enfermedad de su tía,
Para que como heredera
A su testamento asista.

DON ALONSO.
¿Qué veo? ¿Válgame Dios!

DON JUAN.
¿Qué os ha dado?
DON ALONSO.
Pues, Elisa,
¿Tú á tal hora y en tal parte?
¿Así mi honor precipitas?
¿Así tu fama atropellas?
¿Así mi sangre lastimas?

DON JUAN.
¿Qué decis? ¿Estais en vos?
DON ALONSO.
¿Cómo! ¿Qué queréis que diga
Quien, á estar en sí, pudiera
En vuestra sangre, en su vida
Satisfacer mis deshonras?
Con alguna llave hechiza
Falseaste mis cuidados,
Franqueaste tus malicias.

DON JUAN.
Volved, señor Don Alonso,
En vos; que es grande desdicha
Que vejez tan venerable
De su prudencia desliga.
Si sacasteis desta corte,
Dos noches há, á vuestra hija,
Si nuestro amor os ofende,
Si ahora á Lerma camina;
¿Quien vuestros discursos ciega?
¿Quien os altera la vista?
¿Quien apariencias os pinta?
¿Quien quimeras os retrata?
¿Quien apariencias os pinta?
Advertid que esta señora
Como á preso me visita.
Fue Doña Ana á ver su enferma.
Y mi fe reconocida
A un amor tan generoso,
Como halló en su hermosa vi a
Contrayerha á mis desvelos,
Que se quede la suplica

Conmigo un rato, fiadora
De su honor la cortesía:
A este tiempo entrasteis vos,
Y del modo del que mira
Por cristales de colores
Juzga de la especie misma
Todas las cosas que advierte;
Los cuidados que os lastiman
Os hacen creer que son
Cuantas damas veis Elisas.
Doña Ana quiere á Don Pedro,
El Conde los patrocina,
Los dos tratan desposarse,
Sus esperanzas estriban
En vuestro consentimiento,
Ausente está desta villa
Vuestra ingrata sucesora:
¿Qué ocasion pues os incita
A desharatar acciones
De vos tan apetecidas?

DON ALONSO.
Persuadidme que estoy loco
Para que mejor se finja
Vuestro engaño; que aunque viejo,
No está la sangre tan tibia
En mis venas, que no baste...

DON JUAN.
Sosegáos, señor.

DON ALONSO.
Malicias
Semejantes no merecen
Quietud, si no se castigan.
¿A mi negarme evidencias?
Aquel manto, la basquiña,

El talle, la misma voz
Que escuché cuando subía,
Conozco.

DON JUAN.
¿Qué extraña tema!
No habrá en Madrid quien se vista
De la mesina suerte que otras?

DON ALONSO.
Si puedo con descubrirla
Convencer vuestros enredos,
¿Qué aguardo?
(*Quiere destaparla, y detiéndole Don Juan.*)

DON JUAN.
No se averiguan,
En desdoro de las damas,
Recelos con demasías.
Suspended cortés la mano,
O no os guardarán las mias
La noble veneracion
A que las canas obligan.

DON ALONSO.
¿Negaisme que vea su cara?
(*Alza todos los tapices muy cólerico, y tiente todas las paredes.*)

Ah! ¿quien tuviera en la cinta
El acero que los años
Para su agravio jubilan!
Falseó el atrevimiento
Llaves que el vicio fabrica;
Pero mientras la experiencia
Certidumbres examina,
Quedaos, alevos, que yo
Volveré á casa, y si Elisa
No está en ella, aunque con riesgo
De su opinion ya perdida,
Lo que no pueden mis años,
Será fuerza que remita
Al socorro de las canas,
Dando cuenta á la justicia.
La llave que aquí olvidasteis,
Dejandós presos, os quita
De la mano la ocasion
De que huyais.
(*Quita la llave de la puerta, y vase cerrando por fuera.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN, ELISA, y despues
CORRAL.

ELISA.
Corral, aprisa,
Que es la dilacion dañosa.
CORRAL. (Saliendo.)
Nuestra puente levadiza
Te asegura: alto, á pasarla.
DON JUAN.
Adios, dueño de mi vida;
Que yo velaré entre tanto,
Argos el alma en mi vista,
Para socorrer desaires,
Si en ellos mi amor pelagra. (Vase.)

Habitacion de Elisa.

ESCENA XIV.

LEONOR, y despues ELISA.

LEONOR.
Picóse mi ama en el juego:
No tiene tanto temor
Como yo.
(*Sale Elisa quitándose el manto apresurada.*)

ELISA.
Leonor, Leonor,
Quitame este manto luego,
Escóndele: acaba pues.

LEONOR.
¿Viene señor?
ELISA.
¡Ay de mí!
LEONOR.
¿Y te vió con Don Juan?
(*Dobla el manto.*)
ELISA. Si,
Referiréte despues
Cosas que te den espanto.
Descuidados nos cogió.
LEONOR.
¡Jesus! Y ¿te conoció?
ELISA.
No y si: acaba, esconde el manto,
Date prisa, que de hallarle,
Me pierdo: llévale.
LEONOR.
¿Adónde?
ELISA.

En los colchones le esconde....
Pero no, que ha de buscarle:
Echale por el balcón
A la calle... Mas vórale
Al padre, que ahora sale
De esotra casa.
LEONOR.
Dispon
Qué habemos de hacer.
ELISA.
Espera.
Bájale á nuestro aposento.
LEONOR.
Peor, que á tu padre siento
Subir ya por la escalera.
ELISA.

En la manga.
LEONOR.
Mal consejo,
Que en una comedia vi
Que le escondieron así,
Y todas las oye el viejo.
ELISA.
Mira pues que sube.
LEONOR.
Aguarda,
Verás un ardid bisono.
Metámosle en este moño.
(*Sea el manto de gloria: destócase Leonor la jaulilla, métele dentro, y vuélvese á locar ayudándole su ama.*)
ELISA.

¡Sutil industria!
LEONOR.
¡Gallarda!
Alíñame esos cabellos.
ELISA.
¡Qué mal se reirá quien llora!
LEONOR.
Barzagas que le halle ahora.
Acaba de componellos.
DON ALONSO. (*Desde adentro.*)
Leonor, esa aldaba quita.
(*Leonor abre.*)

ESCENA XV.

DON ALONSO.—Dignos.

ELISA.
¡Señor! pues ¿á qué otra vez?
DON ALONSO.
¡Jesus! Jesus! mi vejez
El seso me precipita.
(*Mira y tienta todas las paredes, y la alcoba.*)
¿Por dónde pudiste entrar
En esta pieza?

ELISA.
¿Qué dices?
¿Qué buscas en los tapices?
¿Qué por la cama?
DON ALONSO.
¿Engañar
Mis advertencias pensabas?
¿Qué es del manto que traías?
ELISA.
¿Manto? ¿Cuándo? Desvarías.
DON ALONSO.
Cuando con Do. Juan estabas.
LEONOR.
¡Ay desdichada de mí!
Señor, ¿ha perdido el seso?
ELISA.
¡Yo, con Don Juan!
DON ALONSO.
De tu exceso,
Liviana, evidencias vi.
Despejad las dos las mangas,
(*Miráselas.*)

Manifestad faldriqueras.
LEONOR.
O está sin seso de veras,
O viene a caza de gangas.
ELISA.
Padre y señor, ¿qué te han dado?
¡Ay cielos, que me le han muerto!
LEONOR.
O caduca, ó ten por cierto
Que el Conde nos le ha hechizado.
ELISA.
Padre mío de mis ojos!
¿Qué tienes?
DON ALONSO.
Llora, y derrama
Embustes. ¿Si está en la cama?
(*Vuelve á entrar en la alcoba.*)
ELISA.
Nunca yo te diera enojos,
Que he de pagar tan aprisa!
¡Fortuna, tantos rigores!
¡Ay padre mío!

LEONOR. (*Ap.*)
¡Ay, amores!
DON ALONSO.
Sesiega el pesar, Elisa.
Entre á buscar á tu prima,
Hallé a Don Juan, y a su lado
Una dama, que aunque echado
El manto, juzgué de estima.
Engañome su vestido,
Su talle y disposición,
Pues dando fe á mi ilusión,
Descortés los he ofendido.
Cerrados, hija, los dejo,
Y es fuerza volver á abrillos:
Templárelos con pedillos
Perdon. ¿Qué quieres? Soy viejo:
Dónde hay canas, hay malicias.
ELISA.

¿Qué dices?
LEONOR. (*Ap.*)
¡Donoso paso!
DON ALONSO.
Si con el Conde te caso,
Yo te permito, en albricias
Del gusto que he de tener,
Que os burleis las dos de mí.
Reposa, no estés así,
Que quiere ya amanecer.
Razon será que repares
Enfadados de mis extremos:
Casarásle, y trocaremos
En regocijos pesares.
¿No quieres al Conde mucho?

ELISA.
Mucho no, pero querréle
Poco á poco.
LEONOR.
Amor no suele
Entrar de golpe.
DON ALONSO.
Ya escucho
Que le dices mil ternezas.
Advierte que ha de venir
Conmigo a las diez. A abrir
Voy á Don Juan. Mis simplezas
Perdona y acuéstaté.
(*Vase cerrando la puerta.*)

ESCENA XVI.

ELISA, LEONOR.

ELISA.
Leonor, vuelve á darme el manto,
Y di a Corral entre tanto
Que eche el puente.

LEONOR.
¿Para qué?
ELISA.
El para qué es de provecho!
No hallándome con Don Juan,
De qué, Leonor servirán
Los embustes que hemos hecho?
LEONOR.
Pues no es mejor que ahora vaya
Yo en tu nombre, y que encubierta
Le deslumbre?

ELISA.
¿Y si te acierta
A conocer? Que esta saya
Vino á ser causa y materia
De la tragedia que oiste.
LEONOR.
Tu saya y manto me viste.
ELISA. (*Quitándose la saya.*)
Dices bien.
LEONOR. (*Poniéndose la saya de su ama.*)
¿Cuál va la feria
De enredos!
ELISA.
El manto toma.
(*Pónese Leonor el manto.*)
LEONOR.

Llamo al patron de la nao.
(*Ílacia dentro.*)
Echa acá la barca, ahó.
—Ya el alba el copete asoma.
ELISA.
No hay amor sin invenciones.
LEONOR.
Yo lograré nuestro ardid,
Porque celebre Madrid
Manto, jaulilla y balcones. (*Vanse.*)

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA XVII.

DON JUAN.

Niño dios, no te va ménos
Que la honra, si no sales
Airoso del laberinto
En que ciego te enredaste.
Llamas traes, serena alegre
Las confusas tempestades
De tanto amoroso golfo,
Porque á la playa nos saques.

ESCENA XVIII.

LEONOR, el manto echado; CORRAL.—DON JUAN.

CORRAL.
Entra, y irá á alzar el puente:

Serás Leandro en el aire,
Pues nada olas de viento,
Como el otro nadó sales.

DON JUAN.

Pues, mi bien, ¿qué ha sucedido?

LEONOR.

Don Juan, ya ni industrias ni arte
Nos pueden ser de provecho.
El Conde obligó á mi padre,
Los dos siguieron mis pasos,
Y en fin habré de casarme.

DON JUAN.

O la mas cruel....!

LEONOR.

¡Ay triste!

¿Decir quisiste Anajarle?

Sosiega, ¿no me conoces? (Descúbrese.)

DON JUAN.

Mil vidas me restauraste.

Pero ¿qué embeleco es este?

LEONOR.

No hay tiempo para contarte
Prodigios: sentemonos
De la misma suerte que ántes
Que volviera el viejo á abríruos:
Sabrás cosas admirables.

ESCENA XIX.

DON ALONSO y DON ALVARO, á una
puerta lateral. — LEONOR, tapada,
y sentada al lado de DON JUAN.
A lo último sale CORRAL.

DON ALONSO. (Hablando con Don Alvaro
junto á la puerta.)

Don Alvaro, deste modo
Averiguaré verdades.
Id ahora á ver si Elisa
Está en su cuarto: la llave
Es esta, abrid con sosiego;
Que como yo aquí dentro halle
La encubierta, y vos á mi hija,
Crere que pude engañarme.

DON JUAN.

Ya volveréis satisfecho.

DON ALONSO.

Y corrido. Perdonañme,
Señora, si malicioso
Di crédito á vuestro traje...
(Ap.) ¡Vive Dios, que es imposible
No ser esta Elisa! El talle,
La basquiña, ¡vive Dios!
Yo vuelvo á desengañarme.

DON ALVARO. (Ap. con Don Alonso.)

Voy á verlo.

DON ALONSO.

Id con secreto.

(Vase Don Alvaro.)

(Ap. De duda el cielo me saque.
El manto, la saya, ¡cielos!
Acreditán mis pesares;
Pero cerrada quedó.)

DON JUAN.

No os suspendais tanto, paren
En amistad sentimientos,
Señor Don Alonso, y basten
Vuestras mismas experiencias
A reducirnos afable;
Que estimo yo el ser muy vuestro.

DON ALONSO.

En pruebas de vuestras paces,
Os doy con los parabienes
Los brazos, como se case
Con vos la dama presente,
Y aumenteis felicidades
De Elisa, del Conde esposa,
Y de Don Pedro su amante
Doña Ana, hospedera vuestra.

DON JUAN.

Es deidad amor, y sabe,
(Vase.) Manifestando su imperio
Hacer lo difícil fácil.

Siglos los cuatro se gocen.

DON ALONSO.

Mil, Don Juan, el cielo os guarde

En vida desa hermosura.

—Adios, tomad vuestra llave. (Vase.)

LEONOR.

Quédese este manto aquí, (Quítasele.)

Que si vuelve á registrarme

El viejo allá, es peligroso,

Porque no hay donde ocultarle.

CORRAL. (Saliendo.)

Esto hasta ahora va bien.

LEONOR.

Vamos, Corral.

CORRAL.

Buen viaje.

(Vanse él y ella.)

ESCENA XIX.

DON JUAN.

Ya el alba borda el oriente
De aljófares y granates.

¡Ay, si les diese á mis dichas

El paraben con las aves!

Parece que siento voces

En el balcón. ¿Si su padre

A mi Elisa agravio hiciese?

Libraréla aunque me maten. (Vase.)

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA XX.

DON ALONSO, EL CONDE.

DON ALONSO.

Huelgo de haberos hallado

En de mañana, que vengo

De visitar mi sobrina,

A quien con Don Pedro, es cierto

Que hoy de casar, sin duda.

CONDE.

Duermen tan poco los celos,
Que han hecho que me levante
Antes que el alba, temiendo
Perder mis dichas por tarde.

DON ALONSO.

Finezas son como vuestras.

Ya, Conde, de vuestra parte

Teneis el amor de Elisa.

ESCENA XXI.

ELISA y LEONOR al paño; DON AL-
VARO.—Dichos; despues DON JUAN.

LEONOR.

Verédeslo, dijo Agrajes.

DON ALONSO.

Don Alvaro, ¿estaba aqui?

DON ALVARO.

Con sentimiento bastante

De que della desconfies.

DON ALONSO.

Alto, debi de engañarme.

(Sale Don Juan.)

DON JUAN.

Don Alonso, si es prudencia

Que primero que me case

Esperanzas asegure

Y venza dificultades;

Ya que he sido tan dichoso

Que hallé al Conde, sin buscarle,

Con vos ahora, quisiera

Quitar estorbos delante.

Porque anoche le alabé

(Poco cuerdo en esta parte)

Las prendas de vuestra Elisa;

Atropellando amistades,

Me la usurpa, y se desposa.

Recelo pues que si sabe

Que en otra dama me empleó,

Con Elisa sea mudable,

Y tambien me la pretenda:

Vengo pues á asegurarme

Del y de vos.

DON ALONSO.

¿Pues de mí

Qué hay que temais?

DON JUAN.

Escuchadme

Si la prenda á quien adoro,

Teniéndos á vos por padre,

Por su esposo me eligiese,

¿Permitiréiselo afable?

DON ALONSO.

¿Por padre á mí?

DON JUAN.

Así lo afirma.

DON ALONSO.

¿Pues quien es?

DON JUAN.

Es la que hallastes

Conmigo poco ha encubierta.

DON ALONSO.

¿Hay suceso semejante?

¿Y esa dama es deuda mia?

DON JUAN.

Su nobleza es vuestra sangre.

DON ALONSO.

Será Doña Ana.

DON JUAN.

Ella ú otra:

Vuestro gusto se declare.

DON ALONSO.

Digo, si es la que con vos

Dió motivo á los pesares,

Que ya en gozos se convierten,

Que siglos el cielo os guarde

A los dos, con sucesores

Que vuestros gustos dilaten.

DON JUAN.

Bésos la mano mil veces.

Vos, Conde, habeis de jurarme

De pasar tambien por esto.

CONDE.

Gustoso, como no pase

Adelante nuestro enojo.

DON JUAN.

Juradlo pues.

CONDE.

Don Juan, haste

La palabra que os empeño.

DON JUAN.

Pues, adios.

DON ALONSO.

Sepamos ántes

Quién es la dama en enigma.

DON JUAN.

Por ahora es importante

Encubriroslo. Señores,

Cuento con lo que jurastes,

Y luego al punto....

LEONOR. (Ap.)

Ya entiendo.

(Retranse Elisa y Leonor.)

DON JUAN.

Veréis que traigo á mi amante. (Vase.)

ESCENA XXII.

DON PEDRO. — DON ALONSO, EL
CONDE, DON ALVARO.

DON PEDRO.

Ya llegó la sutiliza

A los últimos remates
De su ingenioso artificio.

DON ALONSO.

¿Qué es esto, Don Pedro?

DON PEDRO.

Lances

Del amor y del ingenio,
que parecen disparates,
Y son en vuestro desdoro
Bien lastimosas verdades.

DON ALONSO.

¿Qué decis?

DON PEDRO.

Que hay ya balcones,

Que para comunicarse,
Sin que teman precipicios,
Labran puentes por los aires.
Venid, certificaréos
De la invencion mas notable
Que pudo fraguar la industria.

CONDE.

Declaráos.

DON PEDRO.

El declararme

Ha de ser por vista de ojos:
Venid, vereis el pasaje
Que por los golfos del viento
Hallan nuevos navegantes.

DON ALONSO.

¿Qué es esto, confusa noche? (*Vanse.*)

Calle donde se ven los balcones de casa de Don Alonso y de Doña Ana: del un balcon al otro habra un tablon.

ESCENA XXIII.

DON JUAN, CORRAL, ELISA y LEONOR, todos en el balcon de casa de Doña Ana.

DON JUAN.

Resoluciones amantes
Son dichas las mas veces:
No temais, mi bien.

ELISA.

Ya es tarde

Para temor y escarmientos.

(*Pasan al tablon Elisa y Don Juan.*)

CORRAL.

Señores, no tiemble nadie,
No seamos volatines
Que dando á entender que caen,
Suelen burlando en el suelo
Como huevos estrellarse.

LEONOR.

Tenme, Corral. (*Va pasando Leonor.*)

CORRAL. (*Pasando.*)

Arlequin,

Tente tú, que á esotra parte
Suena el viejo.

(*Asómanse al balcon de la casa de Don Alonso, este, el Conde y Don Pedro.*)

ESCENA XXIV.

DON ALONSO y EL CONDE, al balcon.—ELISA, DON JUAN, CORRAL y LEONOR, en el tablon.

ELISA.

En el balcon
Están el Conde y mi padre!
Volvamonos.

DON ALONSO.

No es posible.

DON JUAN.

Yo he de morir ó librarte.

(*Al querer volverse Don Juan y Elisa por el balcon de casa de Doña Ana, aparece esta en él, acompañada de Don Pedro.*)

ESCENA XXV.

DON PEDRO y DOÑA ANA en el balcon de esta.—DON ALONSO y EL CONDE en el otro balcon.—ELISA, DON JUAN, CORRAL y LEONOR, entre los dos balcones.

DOÑA ANA.

Dama en mi casa, y oculta!
Don Pedro, de agravios tales
Venganza os piden mis penas.

DON PEDRO.

Grande es mi amor, si ellas grandes.

DOÑA ANA.

Así se premian socorros,
Don Juan! ¿Así es bien se pague
Favores de vuestros riesgos?

DON PEDRO.

Por ingrato y por mudable
Moriréis como Perilo
En la invencion que trazasteis:
Solo hay paso por aquí.

(*Saca la espada.*)

CONDE.

Y por aquí solo se abre
Salida a una alma rebelde,
Franqueándola mi ultraje.

(*Sacan las espadas el Conde y Don Alonso.*)

CORRAL.

Pasadizo ratonera
Es el nuestro: no se llame
Sin el puente de Mantible,
Pues que le guardan jayanes.

DON JUAN.

Esta es la dama encubierta
Que á solas conmigo hallastes,
Y despues me permitistes
(Puesto que os llamé su padre)
Que mi esposa la eligiese.
Lo mismo, Conde, jurastes:
Cumplid como caballeros.

ELISA.

No violentéis voluntades:

Triunfad de vos mismo, Conde,
Sed cortés, si sois amante.

CONDE.

Razones tan elocuentes,
Dignas son de venerarse.
Amparo de vuestro amor
Seré de aquí en adelante,
Como de Don Juan amigo;
Y si estina vuestro padre
Serlo mio, como creo,
Logrará felicidades
Que tal yerno le asegura,
Porque yo, si hasta aquí fácil
En no reprimir pasiones,
Seré enemigo constante
De quien á Don Juan no estime.

DON ALONSO.

¿Hay bellaqueria mas grande?

ELISA.

Padre mio!

LEONOR.

¡Viejo mio!

DON ALONSO.

Vos lo mandais, Dios lo hace,
Trázalo amor: contra tantos,
Un viejo solo ¿qué vale?

DON JUAN.

Dejad que los piés os bese.

CONDE.

Anudemos voluntades
Que rompieron competencias,
Porque eternicemos paces,
Dando Doña Ana á Don Pedro
La mano.

DOÑA ANA.

Sabré estimarle
Porque viene de la vuestra.

CORRAL. (*Al Conde.*)

Pues que se queda incasable
Vuestra virgen señoria,
Metámonos los dos frailes.

LEONOR.

Eso no, que soy tu esposa.

CORRAL.

¿Que aun no he podido escaparme?

CONDE.

Fenecieron con la noche
Confusiones y pesares,
Y con el sol amanece
La paz que á alegrarnos sale.

DON JUAN.

Estos los ardidés son
Con que amor prodigios hace.

LEONOR.

Y estos mis embustes son:
No fie en mujeres nadie.

CORRAL.

Los balcones de Madrid
Aquí dan fin, perdonadme;
Que si no os digo el poeta,
Me han mandado que lo calle.

EL BURLADOR DE SEVILLA

Y CONVIDADO DE PIEDRA.

PERSONAS

DON JUAN TENORIO.
DON DIEGO TENORIO, *viejo*.
DON PEDRO TENORIO.
EL REY DE NAPOLES.
EL REY DE CASTILLA DON ALON-
SO XI.
DON GONZALO DE ULLOA, *comen-
dador de Calatrava*.
ISABELA, *duquesa*.

DOÑA ANA DE ULLOA.
EL DUQUE OCTAVIO.
EL MARQUÉS DE LA MOTA.
CATALINON, *lacayo*.
TISBEA.
FELISA. } *Pescadores*.
ANFRISO. }
CORIDON. }
PATRICIO, *labrador*.

GASENO. }
AMINTA. } *Labradores*.
BELISA. }
FABIO. } *Criados*.
RIPIO. }
UNA CRIADA.
GUARDIAS.
PESCADORES.
MÚSICOS. — PUEBLO, etc.

La escena es en Nápoles, en Tarragona, en Sevilla y en Dos-Hermanas.

ACTO PRIMERO.

*Sala en el palacio del rey de Nápoles. — Noche.
No hay luz.*

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *embozado*; ISABELA.

ISABELA.
Duque Octavio, por aquí
Podrás salir mas seguro.

DON JUAN.
Duquesa, de nuevo os juro
De cumplir el dulce sí.

ISABELA.
Mis glorias serán verdades,
Promesas y ofrecimientos,
Regalos y cumplimientos,
Voluntades y amistades.

DON JUAN.
Sí, mi bien.

ISABELA.
Quiero sacar

Una luz.

DON JUAN.
Pues ¿para qué?

ISABELA.
Para que el alma dé fe
Del bien que llego a gozar.

DON JUAN.
Mataréte la luz yo.

ISABELA.
¡Ah cielo! ¿Quién eres, hombre?

DON JUAN.
¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

ISABELA.
¿Que no eres el Duque?

DON JUAN.
No.

ISABELA.
¡Ah de palacio!

DON JUAN.
Detente.
Dame, Duquesa, la mano.

ISABELA.
No me detengas, villano.
¡Ah del Rey! ¡Soldados, gente!

ESCENA II.

EL REY DE NAPOLES, *con una vela
en un candelero*. — DICHOS.

REY.
¿Qué es esto?
ISABELA. (Ap.)
¡El Rey! ¡Ay triste!

REY.
¿Quién eres?
DON JUAN.
¿Quién ha de ser?
Un hombre y una mujer.
REY.
(Ap. Esto en prudencia consiste.)
(El Rey huye de ver á la Duquesa.)
¡Ah de mi guarda! ¡prendé
A este hombre.

ISABELA. (Cúbrese el rostro.)
¡Ay perdido honor!

ESCENA III.

DON PEDRO TENORIO, GUARDIAS. —
EL REY, DON JUAN, ISABELA.

DON PEDRO.
En tu cuarto, gran señor,
Voces! ¿Quién la causa fué?
REY.
Don Pedro Tenorio, á vos
Esta prision os encargo.
Siendo corto, andad vos largo.
Mirad quién son estos dos;
Y con secreto ha de ser,
Que algun mal suceso creo;
Porque si yo aquí lo veo,
No me queda mas que ver. (Vase.)

ESCENA IV.

ISABELA, DON JUAN, DON PEDRO,

GUARDIAS.
DON PEDRO.

Prendedle.
DON JUAN.
¿Quién ha de osar...?

Bien puedo perder la vida;
Mas ha de ir tan bien vendida,
Que á alguno le ha de pesar.
DON PEDRO.

Matadle.
DON JUAN.

¿Quién os engaña?
Resuelto en morir estoy,
Porque caballero soy
Del embajador de España.
Llegue; que solo ha de ser
El quien me rinda.

DON PEDRO.
Apartad.
A ese cuarto os retirad
Todos con esa mujer.
(Vanse Isabela y la guardia.)

ESCENA V.

DON JUAN, DON PEDRO.

DON PEDRO.
Ya estamos solos los dos,

Muestra aquí tu esfuerzo y brio.

DON JUAN.
Aunque tengo esfuerzo, tío,
No le tengo para vos.

DON PEDRO.
Dí quién eres.
DON JUAN. (Desembozándose.)
Ya lo digo:
Tu sobrino.

DON PEDRO.
(Ap. ¡Ay, corazón,
Que temo alguna traicion!)
¿Qué es lo que has hecho, enemigo?
¿Cómo estas de aquesa suerte?
Dime presto lo que ha sido.
¡Desobediente, atrevido!
Estoy por darte la muerte
Acaba.

DON JUAN.
Tío y señor,
Mozo soy, y mozo fuiste,
Y pues que de amor supiste,
Tenga disculpa mi amor.
Y pues á decir me obligas
La verdad, oye, y dírela:
Yo engañé y gocé á Isabela,
La Duquesa...

DON PEDRO.
No prosigas,
Tente. ¿Cómo la engañaste?
Habla quedo ú cierra el labio.

DON JUAN.
Fingi ser el duque Octavio...

DON PEDRO.
No digas mas, calla, basta.
(Ap. ¡Perdido soy, si el Rey sabe
Este caso! ¿Qué he de hacer?
Industria me ha de valer
En un negocio tan grave.)
Di, vil, ¿no bastó emprender,
Con ira y con fuerza extraña,
Tan gran traicion en España
Con otra noble mujer;
Sino en Nápoles tambien,
Y en el palacio real,
Con mujer tan principal?
¡Castigueté el cielo, amen!
Tu padre desde Castilla
A Nápoles te envió,
Y en sus márgenes te dió
Tierra la espumosa orilla
Del mar de Italia, atendiendo
Que el haberte recibido
Pagaras agradecido;
Y estás su honor ofendiendo,
Y en tan principal mujer!
Pero en aquesta ocasion
Nos daña la dilacion.
Mira qué quieres hacer.

Sola en casa del duque Octavio en Nápoles.

ESCENA VIII.

EL DUQUE OCTAVIO, RIPIO.

RIPIO.

Tan de mañana, señor,
Te levantas!

OCTAVIO.

No hay sosiego
Que pueda apagar el fuego
Que enciende en mi alma amor;
Porque como al fin es niño,
No apetece cama blanda,
Entre regalada holanda,
Cubierta de blanco armiño.
Acuéstase, no sosiega:
Siempre quiere madrugar
Por levantarse á jugar;
Que al fin como niño juega.
Pensamientos de Isabela
Me tienen, Ripio, sin calma:
Que como vive en el alma,
Anda siempre el cuerpo en vela,
Guardando ausente y presente
El castillo del honor.

RIPIO.

Perdóname, que tu amor
Es amor impertinente.

OCTAVIO.

¿Qué dices, necio?

RIPIO.

Esto digo:
Impertinencia es amar
Como... ¿Quieres escuchar?

OCTAVIO.

Ea, prosigue.

RIPIO.

Ya prosigo.

¿Quiérete Isabela á ti?

OCTAVIO.

¿Eso, necio, has de dudar?

RIPIO.

No, mas quiero preguntar:
¿Y tú, la quieres?

OCTAVIO.

Yo sí.

RIPIO.

Pues ¿tú seré majadero.
Y de solar conocido.
Si pierdo yo mi sentido
Por quien me quiere y la quiero
Pues si los dos os queréis
Con una misma igualdad
Dime, ¿hay mas dificultad
De que luego os desposeis?

ESCENA IX.

UN CRIADO, *después* DON PEDRO
Y GUARDIA.

CRIADO.

El embajador de España
En este punto se apea
En el zaguan, y desea.
Con ira y fiereza extraña,
Hablarte; y si no entendi
Yo mal, entiendo es prision.

OCTAVIO.

Prision! Pues ¿por qué ocasion?
Decid que entre.

(Sale Don Pedro Tenorio con la
guardia.)

DON PEDRO.

Quien así
Con tanto descuido duerme,
Limpia tiene la conciencia.

OCTAVIO.

Cuando viene Vuexociencia

Dice que es el duque Octavio
Quien con engaño y cautela
La gozó.

REY.

¿Qué dices?

DON PEDRO.

Digo

Lo que ella propia confiesa.

REY.

¡Ah pobre honor! Si eres alma
Del hombre, ¿porqué te dejan
En la mujer inconstante,
Si es la misma lijereza?
¡Hola!

ESCENA VII.

UN CRIADO, y *después* ISABELA Y LA
GUARDIA.

CRIADO.

Gran señor.

REY.

Traed
Delante de mi presencia
Esa mujer.

DON PEDRO.

Ya la guardia
Viene, gran señor, con ella.
(*Tráe la guardia á Isabela.*)

ISABELA. (Ap.)

¿Con qué ojos verá al Rey?

REY.

Idos, y guardad la puerta
Desa cuadra.
(*Retranse el criado y la guardia.*)

DI, mujer,

¿Qué rigor, qué airada estrella
Te incitó que en mi palacio,
Con hermosura y soberbia,
Profanases sus umbrales?

ISABELA.

Señor...

REY.

Calla, que la lengua
No podrá dorar el yerro
Que has cometido en mi ofensa.
¿Aquel era el duque Octavio?

ISABELA.

Señor...

REY.

¿Que no importan fuerzas,
Guardas, criados, murallas,
Fortalecidas almenas,
Para amor? ¿Que la de un niño
Hasta estos muros penetra? —
Don Pedro Tenorio, al punto
A esa mujer llevad presa
A una torre, y con secreto
Haced que al Duque le prendan;
Que quiero hacer que le cumpla
La palabra ó la promesa.

ISABELA.

Gran señor, volvedme el rostro.

REY.

Ofensa á mi espalda hecha,
Es justicia y es razon
Castigarla á espaldas vueltas. (Vase.)

DON PEDRO.

Vamos, Duquesa.

ISABELA. (Ap.)

Mi culpa

No hay disculpa que la venza;
Mas no será el yerro tanto,
Si el duque Octavio lo enmienda
(Vanse.)

DON JUAN.

No quiero daros disculpa,
Que la habré de dar siniestra.
Mi sangre es, señor, la vuestra,
Sacadla, y pague la culpa.
A esos pies estoy rendido,
Y esta es mi espada, señor.

DON PEDRO.

Alzate y muestra valor.
Que esa humildad me ha vencido.
¿Atreveráste á bajar
Por ese balcon?

DON JUAN.

Si atrevo,
Que alas en tu favor llevo.

DON PEDRO.

Pues yo te quiero ayudar.
Vete á Sicilia ó Milan,
Donde vivas encubierto.

DON JUAN.

Luego me iré.

DON PEDRO.

¿Cierto?

DON JUAN.

Cierto.

DON PEDRO.

Mis cartas te avisarán
En qué pára este suceso
Triste, que causado has.

DON JUAN.

(Ap. Para mí alegre, dirás.)
Que tuve culpa confieso.

DON PEDRO.

Esa mocedad te engaña.
Baja pues ese balcon.

DON JUAN.

Con tan justa pretension
Gozoso me parto á España.

(Vase.)

ESCENA VI.

EL REY. — DON PEDRO.

DON PEDRO.

Ya ejecuté, gran señor,
Tu justicia justa y recta.
El hombre...

REY.

¿Murió?

DON PEDRO.

Escapóse

De las cuchillas soberbias.

REY.

¿De qué forma?

DON PEDRO.

Desta forma:
Aun no lo mandaste apénas,
Cuando sin dar mas disculpa,
La espada en la mano aprieta
Revuelve la capa al brazo,
Y con gallarda presteza,
Ofendiendo á los soldados
Y buscando su defensa,
Viendo vecina la muerte,
Por el balcon de la huerta
Se arroja desesperado:
Siguióle con diligencia
Tu gente: cuando salieron
Por esa vecina puerta,
Le hallaron agonizando
Como enroscada culebra.
Levantóse, y al decir
Los soldados: ¡muera, muera!
Bañado de sangre el rostro,
Con tan heroica presteza
Se fué, que quedé confuso.
La mujer, que es Isabela
(Que para admirarte nombro).
Retirada en esa pieza,

A honrarne y favorecerme,
No es justo que duerma yo;
Velaré toda mi vida.
¿A qué y por qué es la venida?

DON PEDRO.

Porque aquí el Rey me envió.
OCTAVIO.

Si el Rey mi señor se acuerda
De mí en aquesta ocasión,
Será justicia y razón
Que por él la vida pierda.
Decidme, señor, ¿qué dicha
O qué estrella me ha guiado,
Que de mí el Rey se ha acordado?

DON PEDRO.

Fué, Duque, vuestra desdicha.
Embajador del Rey soy;
Dél os traigo una embajada.

OCTAVIO.

Marqués, no me inquiete nada:
Decid, que aguardando estoy.

DON PEDRO.

A prenderos me ha enviado
El Rey: no os alboroteis.

OCTAVIO.

¿Vos por el Rey me prendéis!
Pues ¿en qué he sido culpado?

DON PEDRO.

Mejor lo sabéis que yo:
Mas por si acaso me engaño,
Escuchad el desengaño,
Y á lo que el Rey me envió.
Cuando los negros gigantes
Plegando funestos toldos,
Ya del crepúsculo huyen,
Trozando unos con otros:
Estando yo con su Alteza
Tratando ciertos negocios
(Porque antipodas del sol
Son siempre los poderosos).
Voces de mujer olmos,
Cuyos ecos ménos rancos,
Por los artesones sacros
Nos repitieron: *¡sueño!*
A las voces y al ruido
Acudí, Duque, el Rey propio.
Halló á Isabela en los brazos
De algun hombre poderoso...
Mas quien al cielo se atreve.
Sin duda es gigante ó monstruo.
Mandó el Rey que los prendiera.
Quedé con el hombre solo,
Llegué, y quise desarmalle;
Pero pienso que el demonio
En él tomó forma humana:
Pues que vuelto en humo y polvo
Se arrojó por los balcones
Entre los pies desos olmos,
Que coronan del palacio
Los chapiteles hermosos.
Hice prender la Duquesa,
Y en la presencia de todos
Dice que es el duque Octavio
El que con mano de esposo
La gozó.

OCTAVIO.

¿Qué decis!

DON PEDRO.

Digo

Lo que al mundo es ya notorio,
Y que tan claro se sabe,
Que Isabela por mil modos...

OCTAVIO.

Dejadme, no me digais
Tan gran traición de Isabela.
—Mas ¿si fué su honor cautela?
Proseguid: ¿por qué callais?
—Mas si veneno me daís,
Que á un firme corazón toca,

Así á decir me provoqué
Que imito á la comadreja,
Que concibe por la oreja,
Para parir por la boca.
¿Será verdad que Isabela,
Alma, se olvidó de mí
Para darme muerte? Si,
Que el bien sueña, y el mal vela.
Ya el pecho nada recela,
Juzgando que son antojos:
Que por darme mas enojos
Al entendimiento entré,
Y por la oreja escuché
Lo que acreditan los ojos.
Señor Marqués, ¿es posible
Que Isabela me ha engañado,
Y que mi amor ha hurlado?
Parece cosa imposible.
¿O mujer!... ¡ley tan terrible
De honor!... ¿A quién me provoqué
A emprender?... Mas yo ¿no toco
En tu honor esta cautela? —
¿Anoche con Isabela
Hombre en palacio! ¡Estoy loco!

DON PEDRO.

Como es verdad que en los vientos
Hay aves, en el mar peces,
Que participan á veces
De todos cuatro elementos:
Como en la gloria hay contentos,
Lealtad en el buen amigo,
Traición en el enemigo,
En la noche oscuridad
Y en el día claridad,
Así es verdad lo que digo.

OCTAVIO.

Marqués, yo os quiero creer.
Ya no hay cosa que me espante:
Que la mujer mas constante
Es en efecto mujer:
No me queda mas que ver.
Pues es patente mi agravio.

DON PEDRO.

Pues que sois prudente y sabio,
Elegid el mejor medio.

OCTAVIO.

Ausentarme es mi remedio.

DON PEDRO.

Pues sea presto, duque Octavio.

OCTAVIO.

Embarcarme quiero á España.
Y dar á mis males fin.

DON PEDRO.

Por la puerta del jardín.
Duque, esta prisión se engaña.

OCTAVIO.

¡Ah veleta, débil caña...!
A mas furor me provoqué.
Extrañas provincias toco,
Huyendo desta cautela.
Patria, á Dios. ¡Con Isabela
Hombre en Palacio! ¡estoy loco!

(Vanse.)

Playa de Tarragona.

ESCENA X.

TISBEA, con una caña de pescar en la mano.

Yo de cuantas el mar
Piés de jazmin y rosa
En sus riberas besa
Con fugitivas olas,
Sola de amor exenta,
Como en ventura sola,
Tirana me reservo
De sus prisiones locas.
Aqui donde el sol país
Sonolientas las ondas,

Alegrando zafiros
Las que espantaba sombras:
Por la menuda arena,
Unas veces aljófar,
Y átomos otras veces
Del sol, que el cielo dora:
Oyendo de las aves
Las quejas amorosas,
Y los combates dulces
Del agua entre las rocas:
Ya con la sutil caña,
Que el débil peso dobla
Del necio pececillo
Que el mar salado azota:
O ya con la atarraya,
Que en sus moradas hondas
Prende cuantos habitan
Aposentos de conchas:
Segura me entretengo,
Y en libertad se goza
El alma; que amor áspid
No le ofende pouzoña.
Y cuando mil, perdidas,
Querellas de amor forman,
Como de todas río,
Envidia soy de todas.
¡Dichosa yo mil veces,
Amor, pues me perdonas,
Si ya por ser humilde
No desprecias mi choza!
¡Obeliscos de paja
Mi edificio coronan,
Nidos, si no hay cigarras,
A tortolillas locas.
Mi honor conservo en pajas
Como fruta sabrosa,
Vidrio guardado en ellas
Para que no se rompa.
De cuantos pescadores
Con fuego Tarragona
De piratas defiende
En la argentada costa,
Desprecio soy y encanto,
A sus suspiros sorda,
A sus ruegos terrible,
A sus promesas roca.
Anfriso, á quien el cielo
Con mano poderosa,
Prodigo en cuerpo y alma
Dotó de gracias todas,
Medido en las palabras,
Liberal en las obras,
Sufrido en los desdenes,
Modesto en las congojas:
Mis pajizos umbrales,
Que largas noches ronda,
A pesar de los tiempos,
Las mañanas remoja.
Pues va con ramos verdes,
Que de los olmos corta,
Mis pajas amanecen
Ceñidas de lisonjas:
Ya con vihuelas dulces
Y sutiles zampojas
Músicas me consagra;
Y todo no me importa.
Porque en tirano imperio
Vivo de amor señora.
Que hallo gusto en sus penas,
Y en sus infiernos gloria.
Todas por él se mueren,
Y yo, todas las horas.
Le mato con desdenes:
De amor condicion propia,
Querer donde aborrecen,
Despreciar donde adoran;
Que si le halagan muere,
Y vive si le oprobrian.
En tan alegre vida,
Segura de lisonjas,
Mis juveniles años
Amor no los malogra.

Pero, necio discurso,
Que mi ejercicio estorbas.
En él no me diviertas
En cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
Al viento, y a la boca
Oel pececillo el cebo.
—Pero al agua se arrojan
Dos hombres de una nave,
Antes que el mar la sorba,
Que sobre el agua viene,
Y en un escollo abornda.
Las olas va escarbando,
Y ya su orgullo y popa
Casi se desvanece.....
Agua un costado toma.
—Ilundióse, y dejó al viento
La gavia, que la escoja
Para morada suya;
Que un loco en gaviás mora.
(Una voz dentro.)
¡Socorro! que me ahogo.

(1).

TISBEA.
Un hombre á otro aguarda,
Que dice que se ahoga:
¡Gallarda cortesía!
En los hombros le toma:
Aniquises le hace Eneas,
Si el mar está hecho Troya.
Ya nadando, las aguas
Con valentía corta,
Y en la playa no veo
Quien le ampare y socorra.
Daré voces: ¡Tirseo,
Anfriso, Alfredo! ¡hola!
Pescadores me miran,
¡Plega á Dios que me oigan!
Mas milagrosamente
Ya tierra los dos toman,
Sin aliento el que nada,
Con vida el que le estorba.

ESCENA XI.

CATALINON, que saca en brazos á
DON JUAN. — TISBEA.

CATALINON.

¡Válgame la Cananea,
Y qué salado está el mar!
Aqui puede bien nadar
El que salvarse desea;
Que allá dentro es desatino.
Donde la muerte se fragua,
Donde Dios juntó tanta agua,
¿No juntara tanto vino?
—¡Ah señor! helado está.
¡Señor! ¿Si acaso está muerto?
Del mar fué este desconcierto
Y mío este desvario.
¡Mal haya aquel que primero
Pinos en la mar sembró,
Y que sus rumbos midió
Con quebradizo madero!
¡Maldito sea Jason,
Y Tifis maldito sea!
Muerto está, no hay quien lo crea.
¡Miseró Catalinon!
¿Qué he de hacer?

TISBEA.

Hombre, ¿qué tienes
Eu desventuras iguales?

CATALINON.

Pescadora, muchos males,
Y falta de muchos bienes.
Veo, por librarme á mi,

(1) Falta un verso: no se suple porque los infinitos yerros de la impresion que seguimos, manifiestan que se hizo por un manuscrito mutilado, viciado é indigno de fe. Se han hecho por eso algunas enmiendas, que tal vez califican á de temerarias el ardido que se tome el trabajo de comparar nuestra edicion con las anteriores.

Sin vida á mi señor. Mira
Si es verdad.

TISBEA.

No, que aun respira.
Vé á llamar los pescadores
Que en aquella choza están.

CATALINON.

Y si los llamo, ¿vendrán?

TISBEA.

Vendrán presto, no lo ignores
¿Quién es este caballero?

CATALINON.

Es hijo aqueste señor
Del camarero mayor
Del Rey, por quien ser espero
Antes de seis dias Conde
En Sevilla, donde va,
Y adonde su Alteza está,
Si a mi amistad corresponde.

TISBEA.

¿Cómo se llama?

CATALINON.

Don Juan

Tenorio.

TISBEA.

Llama mi gente.

CATALINON.

Ya voy.

(Vase.)

ESCENA XII.

DON JUAN. — TISBEA.

TISBEA. (Coge en el regazo á Don Juan.)

¡Manejo excelente,
Gallardo, noble, y galán!
—Volved, en vos, caballero.

DON JUAN.

¿Dónde estoy?

TISBEA.

Ya podeis ver:

En brazos de una mujer.

DON JUAN.

Vivo en vos, si en el mar muero.

Ya perdi todo el recelo,
Que me pudiera anegar,
Pues del infierno del mar
Salgo á nuestro claro cielo.
Un espantoso huracan
Dió con mi nave al traves,
Para arrojarne á esos piés,
Que abrigo y puerto me dan.

TISBEA.

Muy grande aliento teneis
Para venir sin aliento,
Y tras de tanto tormento,
Mucho tormento ofrecéis.
Pero si es tormento el mar,
Y son sus ondas crueles.
La fuerza de los cordeles
Pienso que así os hace hablar.
Sin duda que habeis bebido
Del mar la racion pasada,
Pues por ser agua salada,
Con tan grande sal ha sido.
Mucho hablais cuando no hablais;
Y cuando muerto venis,
Mucho pareceis sentir:

¡Plega á Dios que no mintais!

¡Pareceis caballo griego
Que el mar á mis piés desagua,
Pues venis formado de agua
Y estais preñado de fuego.
Y si mojado abrasais;
Estando enjuto ¿qué haréis?
Mucho fuego prometeis:

¡Plega á Dios que no mintais!

DON JUAN.

A Dios, zagala, pluguiera
Que en el agua me anegara,
Para que cuerdo acabara,

Y loco en vos no muriera:
Que el mar pudiera anegarme
Entre sus olas de plata.
Que sin limites desata:
Mas no pudiera abrasarme.
Gran parte del sol mostrais,
Pues que el sol os da licencia,
Pues solo con la apariencia,
Siendo de nieve, abrasais.

TISBEA.

Por mas helado que estais,
Tanto fuego en vos teneis,
Que en este mio os ardeis.
¡Plega á Dios que no mintais!

ESCENA XIII.

CATALINON, ANFRISO, CORIDON,
pescadores. — DON JUAN, TISBEA.

CATALINON.

Ya vienen todos aqui.

TISBEA.

Y ya está tu dueño vivo.

DON JUAN.

Con tu presencia recibo
El aliento que perdi.

CORIDON. (A Tisbea.)

¿Qué nos mandas?

TISBEA.

Coridon,

Anfriso, amigos.....

CORIDON.

Todos

Buscamos por varios modos
Esta dichosa ocasion.
Di, qué nos mandas, Tisbea;
Que por labios de clavel
No lo habrás mandado á aquel
Que idolatrarte desea
Apénas, cuando al momento,
Sin cesar en llano ó sierra,
Surque el mar, tale la tierra,
Pise el fuego, el aire, el viento.

TISBEA.

(Ap. ¡Oh qué mal me parecian
Estas lisonjas ayer!
Y hoy echo en ellas de ver
Que sus labios no mentian.)
Estando, amigos, pescando
Sobre este peñasco, vi
Hundirse una nave allí,
Y entre las olas nadando
Dos hombres: y compasiva
Di voces, y nadie oyó;
Y en tanta afliccion llegó,
Libre de la furia esquivada
Del mar, sin vida á la arena,
Deste en los hombros cargado,
Un hidalgo, ya anegado;
Y envuelta en tan triste pena.
A llamaros envié.

ANFRISO.

Pues aqui todos estamos,
Manda que á tu gusto hagamos
Lo que pensado no fué.

TISBEA.

Que á mi choza los llevemos
Quiero, donde agradecidos
Reparemos sus vestidos,
Y alli los regaláremos;
Que mi padre gusta mucho
Desta debida piedad.

CATALINON. (Ap.)

Extremada es su beldad.

DON JUAN. (Ap. á Catalinon.)

Escucha aparte.

CATALINON

Ya escucho.

DON JUAN.
Si te pregunta quién soy,
Dí que no sabes.

CATALINON.
¿A mí
Quieres advertirme aquí
Lo que he de hacer?

DON JUAN.
Muerto soy
Por la hermosa cazadora:
Esta noche he de gozalla.

CATALINON.
¿De qué suerte?

DON JUAN.
Vén, y calla.

CORIDON.
Aufrioso, dentro de un hora,
Que canten y bailen.

ANFRISO.
Vamos,
Y esta noche nos hagamos
Rajas, y palos también.

DON JUAN.
Muerto soy.

TISBEA.
¿Cómo, si andais?

DON JUAN.
Ando en pena, como veis.

TISBEA.
Mucho habláis.

DON JUAN.
Mucho entendeis.

TISBEA.
¡Plega á Dios que no mintais! (*Vanse.*)

—
Alcázar de Sevilla.

ESCENA XIV.

EL REY DON ALONSO DE CASTILLA,
DON GONZALO DE ULLOA, ACOM-
PAÑAMIENTO.

REY.
¿Cómo os ha sucedido en la embajada,
Comendador mayor?

DON GONZALO.
Hallé en Lisboa
Al rey Don Juan tu primo, previniendo
Treinta naves de armada.

REY.
¿Y para dónde?

DON GONZALO.
Para Goa, me dijo; mas yo entiendo
Que otra empresa mas fácil apercibe:
A Ceuta ó Tánger pienso que pretende
Cercar este verano.

REY.
Dios le ayude.
Y premie el celo de aumentar su gloria.
¿Qué es lo que concertasteis?

DON GONZALO.
Señor, pide
A Serpa y Mora y Olivenza y Toro,
Y por esto te vuelve á Villaverde,
Al Almendral, á Mértola y Herrera,
Entre Castilla y Portugal.

REY.
Al punto
Se firmen los conciertos, Don Gonzalo:
Mas decidme primero cómo ha ido
En el camino; que vendréis cansado,
Y alcanzado también.

DON GONZALO.
Para serviros,
Nunca, señor, me canso.

REY.
¿Es buena tierra

Lisboa?

DON GONZALO.
La mayor ciudad de España:
Y si mandas que diga lo que he visto,
De lo exterior y célebre, en un punto
En tu presencia te pondré un retrato.

REY.
Yo gustaré de oílo. Dadme silla.

DON GONZALO.
Es Lisboa una octava maravilla.
De las entrañas de España.
Que son las tierras de Cuenca,
Nace el caudaloso Tajo,
Que media España atraviesa.
Entra en el mar Oceano
En las sagradas riberas
Esta ciudad, por la parte
Del sur: mas ántes que pierda
Su curso y su claro nombre,
Hace un puerto entre dos sierras,
Donde están de todo el orbe
Barcas, naves, carabelas.
Hay galeras y saetias
Tantas, que desde la tierra
Parece una gran ciudad
Adonde Neptuno reina.
A la parte del poniente
Guardan el puerto dos fuerzas,
De *Cascaes* y *San Juan*,
Las mas fuertes de la tierra.
Está desta gran ciudad
Poco mas de media legua
Belen, convento del santo
Conocido por la piedra
Y por el león de guarda,
Donde los reyes, y reinas
Católicos y cristianos
Tienen sus casas perpetuas.
Luego esta máquina insigne
Desde Alcántara comienza
Una gran legua á tenderse
Al convento de Jabregas.
En medio está el valle hermoso
Coronado de tres cuevas,
Que quedara corto Apolo,
Cuando pintarlas quisiera;
Porque miradas de lejos,
Parecen piñas de perlas
Que están pendientes del cielo
En cuya grandeza inmensa
Se ven diez Romas citadas
En conventos y en iglesias,
En edificios y calles,
En solares y encomiendas,
En las letras y en las armas,
En la justicia tan recta,
Y en una Misericordia,
Que está honrando su ribera.
Y lo que yo mas alabo
Desta máquina soberbia
Es, que del mismo castillo,
En distancia de seis leguas,
Se ven sesenta lugares,
Que llega el mar á sus puertas,
Uno de lo cuales es
El convento de *Olivelas*,
En el cual vi por mis ojos (1)
Seiscientas y treinta celdas,
Y entre monjas y beatas
Pasan de mil y doscientas.
Tiene desde allí Lisboa,
En distancia muy pequeña,
Mil y ciento y treinta quintas,
Que en nuestra provincia Bética
Llamau cortijos, y todas
Con sus huertos y alamedas.
En medio de la ciudad
Hay una plaza soberbia,
Que se llama del *Rocio*,

Grande, hermosa y bien dispuesta,
Que habrá cien años, y aun mas,
Que el mar bañaba su arena,
Y ahora della á la mar
Hay treinta mil casas hechas;
Que perdiendo el mar su curso
Se tendió á partes diversas.
Tiene una calle que llaman
Rua nova, ó calle nueva,
Donde se cifra el Oriente
En grandezas y riquezas,
Tanto que el Rey me contó
Que hay un mercader en ella,
Que por no poder contarlo,
Mide el dinero á fanegas.
El terrero, donde tiene
Portugal su casa regia,
Tiene infinitos navios
Varados siempre en la tierra,
De solo cebada y trigo
De Francia é Inglaterra.
Pues el palacio real,
Que el Tajo sus manos besa,
Es edificio de Ulises,
Que basta para grandeza,
De quien toma la ciudad
Nombre en la latina lengua,
Llamándose *Ulisibona*,
Cuyas armas son la esfera
Por pedestal de las llagas,
Que en la batalla sangrienta
Al rey Don Alonso Enriquez
Dió la Majestad inmensa.
Tiene en su gran Tarazona
Diversas naves, y entre ellas
Las naves de la conquista,
Tan grandes, que de la tierra
Miradas, juzgan los hombres
Que tocan en las estrellas.
Y lo que desta ciudad
Te cuento por excelencia,
Es, que estando sus vecinos
Comiendo, desde las mesas
Ven los copos del pescado
Que junto á sus puertas pescan,
Que bullendo entre las redes,
Vienen á entrarse por ellas:
Y sobre todo, el llegar
Cada tarde á su ribera
Mas de mil barcos cargados
De mercancías diversas
Y de sustento ordinario,
Pan, aceite, vino y leña,
Frutas de infinita suerte,
Nieve de sierra de Estrella,
Que por las calles á gritos,
Puesta sobre las cabezas,
La venden; mas ¿qué me canso?
Porque es contar las estrellas
Querer contar una parte
Desta ciudad opulenta.
Ciento y treinta mil vecinos
Tiene, gran señor, por cuenta;
Y por no cansarte mas,
Un rey que tus manos besa.

REY.
Mas estimo, Don Gonzalo,
Escuchar de vuestra lengua
Esa relacion sucinta,
Que haber visto su grandeza.
¿Teneis hijos?

GONZALO.
Gran señor,
Una hija hermosa y bella,
En cuyo rostro divino
Se esmeró naturaleza.

REY.
Pues yo os la quiero casar
De mi mano.

GONZALO.
Como sea

(1) En esta descripción parece que había Te-
llez por boca de Don Gonzalo: debió de haber
estado en Lisboa, según la pintura.

Tu gusto, digo, señor,
Que yo lo acepto por ella.
Pero ¿quién es el esposo?

REY.

Aunque no está en esta tierra,
Es de Sevilla, y se llama
Don Juan Tenorio.

GONZALO.

Las nuevas

Voy á llevar á Doña Ana.

(1).

REY.

Id en buena hora, y volved,
Gonzalo, con la respuesta. (Vanse.)

Playa de Tarragona.

ESCENA XV.

DON JUAN, CATALINON.

DON JUAN.

Esas dos yeguas preven,
Pues acomodadas son.

CATALINON.

Aunque soy Catalinon,
Soy, señor, hombre de bien,
Que no se dijo por mí:
«Catalinon es el hombre,
Que sabes»; que aquese nombre
Me asienta al reves á mí.

DON JUAN.

Mientras que los pescadores
Van de regocijo y fiesta,
Tú las dos yeguas apresta;
Que de sus piés voladores
Solo nuestro engaño flo.

CATALINON.

Al fin, ¿pretendes gozar
A Tisbea?

DON JUAN.

Si burlar

Es hábito antiguo mio,
¿Qué me preguntas, sabiendo
Mi condicion?

CATALINON.

Ya sé que eres

Castigo de las mujeres.

DON JUAN.

Por Tisbea estoy muriendo,
Que es buena moza.

CATALINON.

¡Buena pago

A su hospedaje desear!

DON JUAN.

Necio, lo mismo hizo Eneas
Con la reina de Cartago.

CATALINON.

Los que fingis y engañais
Las mujeres desafortunadas,
Lo pagaréis en la muerte.

DON JUAN.

¿Qué largo me lo fiais!
Catalinon con razon
Te llaman.

CATALINON.

Tus pareceres

Sigue, que en burlar mujeres
Quiero ser Catalinon.
Ya viene la desdichada.

DON JUAN.

Véte, y las yeguas preven.

CATALINON.

¡Pobre mujer! Harto bien
Te pagamos la posada.

(Vase.)

ESCENA XVI.

TISBEA.—DON JUAN.

TISBEA.

El rato que sin tí estoy,

(1) Falta un verso para el romance.

T. V.

Estoy ajena de mí.

DON JUAN.

Por lo que finges así,
Ningun credito te doy.

TISBEA.

¿Porqué?

DON JUAN.

Porque si me amaras,
Mi alma favorecieras.

TISBEA.

Tuya soy.

DON JUAN.

Pues di, ¿qué esperas?
O ¿en qué, Señora, reparas?

TISBEA.

Reparo en que fué castigo
De amor el que he hallado en tí.

DON JUAN.

Si vivo, mi bien, en tí,
A cualquier cosa me obligo
Aunque yo sepa perder
En tu servicio la vida,
La diera por bien perdida.
Y te prometo de ser
Tu esposo.

TISBEA.

Soy desigual

A tu ser.

DON JUAN.

Amor es rey,
Que iguala, con justa ley,
La seda con el sayal.

TISBEA.

Casi te quiero creer....
Mas sois los hombres traidores.

DON JUAN.

¿Posible es, mi bien, que ignores
Mi amoroso proceder?
Hoy prendes por tus cabellos
Mi alma.

TISBEA.

Yo á tí me allano,
Bajo la palabra y mano
De esposo.

DON JUAN.

Juro, ojos bellos,
Que mirando me matais,
De ser vuestro esposo.

TISBEA.

Advierte,
Mi bien, que hay Dios, y que hay muerte.

DON JUAN.

(Ap. ¿Qué largo me lo fiais!)
Y mientras Dios me dé vida,
Yo vuestro esclavo seré.
Esta es mi mano y mi fe.

TISBEA.

No seré en pagarte esquivia.

DON JUAN.

Ya en mí mismo no sosiego.

TISBEA.

Vén, y será la cabaña,
Del amor que me acompaña,
Tálamo á nuestro sosiego.
Entre estas cañas te escondo.
Hasta que tenga lugar.

DON JUAN.

¿Por dónde tengo de entrar?

TISBEA.

Vén, y te diré por dónde.

DON JUAN.

Gloria al alma, mi bien, dais.

TISBEA.

Esa voluntad te obligue,
Y si no, Dios te castigue.

DON JUAN. (Ap.)

¿Que largo me lo fiais!

(Vanse.)

ESCENA XVII.

CORIDON, ANFRISO, FELISA Y MUSICOS.

CORIDON.

Ea, llamad á Tisbea,
Y los zagales llamad,
Para que en la soledad
El huésped la corte vea.

FELISA.

Vamos á llamarla.

CORIDON.

Vamos.

FELISA.

A su cabaña lleguemos.

(2).

CORIDON.

¿No ves que estará ocupada
Con los huéspedes dichosos,
De quien hay mil envidiosos?

ANFRISO.

Siempre es Tisbea envidiada.

FELISA.

Cantad algo, mientras viene,
Porque queremos bailar.

ANFRISO. (Ap.)

¿Cómo podrá descansar
Cuidado que celos tiene?

(Cantan.)

A pescar salió la niña
Tendiendo redes,
Y en lugar de peces
Las almas prende.

ESCENA XVIII.

TISBEA. — DICHOS.

TISBEA.

¡Fuego, fuego! ¿qué me quemó!
¿Que mi cabaña se abraza!
Repicad á fuego, amigos,
Que ya dan mis ojos agua.
Mi pobre edificio queda
Hecho otra Troya en las llamas;
Que despues que faltan Troyas,
Quiere amor quemar cabañas.
¡Fuego, zagales, fuego! ¡agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abraza el alma!
¡Ay choza, vil instrumento
De mi deshonra y mi infamia,
Cueva de ladrones fiera,
Que mis agravios ampara!
¡Ah falso huésped, que dejas
Una mujer deshonrada!
¡Nube que del mar salió,
Para anegar mis entrañas!
¡Fuego, fuego, zagales! ¡agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abraza el alma!
Yo soy la que hacia siempre
De los hombres burla tanta;
Que siempre las que hacen burla,
Vienen á quedar burladas.
Engañóme el caballero
Debajo de fe y palabra
De marido, y profano
Mi honestidad y mi cama.
Gozóme al fin, y yo propia
Le di á su rigor las alas
En dos yeguas que crié,
Con que me burló y se escapa.
Seguidle todos, seguidle.
Mas no importa que se vaya,
Que en la presencia del Rey
Tengo de pedir venganza.
¡Fuego, fuego, zagales! ¡agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abraza el alma!

(Vase.)

CORIDON.

Seguid al vil caballero.

(2) Falta dos versos para la redondilla.

ANFRISO.

¡Triste del que pena, y calla!
Mas ¡vive el cielo, que en él
Me he de vengar desta ingrata!
Vamos tras ella nosotros,
Porque va desesperada,
Y que vaya podrá ser
Buscando mayor desgracia.

CORIDON.

¡Tal fin la soberbia tiene!
¡Su locura y confianza
Paró en esto!

TISBEA. (Dentro.)

¡Fuego, fuego!

ANFRISO.

¡Al mar se arroja!

CORIDON.

Tisbea, detente, para.

TISBEA. (Dentro.)

¡Fuego, fuego, zagales! ¡agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abraza el alma!

ACTO SEGUNDO.

Alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON ALONSO, DON DIEGO TENORIO.

REY.

¿Qué me dices?

DON DIEGO.

Señor, la verdad digo.
Por esta carta estoy del caso cierto.
Que es de tu embajador, y de mi herma-
no:
Halláronle en la cuadra del Rey mismo
Con una hermosa dama de palacio.

REY.

¿Qué calidad?

DON DIEGO.

Señor, es la duquesa
Isabela.

REY.

¡Duquesa!

DON DIEGO.

Por lo ménos.

REY.

¡Atrevimiento temerario! Y ¿dónde
Ahora está?

DON DIEGO.

Señor, á Vuestra Alteza
No he de encubrirle la verdad: anoche
A Sevilla llegó con un criado.

REY.

Ya conocéis, Tenorio, que os estimo,
Y al Rey informaré del caso luego,
Casando á ese rapaz con Isabela,
Volviendo su sosiego al duque Octavio.
Que inocente padece: y luego al punto
Haced que Don Juan salga desterrado.

DON DIEGO.

¿Adónde, mi señor?

REY.

Mi enojo vea
En el destierro de Sevilla; salga
A Lebrija esta noche, y agradezca
Solo al merecimiento de su padre...
Pero decid, Don Diego, ¿qué diremos?
A Gonzalo de Ulloa, sin que erremos?
Caséle con su hija, y no sé cómo
Lo puedo ahora remediar.

DON DIEGO.

Pues mira,
Gran señor, que me mandas que yo haga,
Que esté bien al honor desta señora,
Hija de un padre tal.

REY.

Un medio tomo,
Con que absolverle del enojo entiendo.
Mayordomo mayor pretendo hacerle.

ESCENA II.

UN CRIADO, y despues EL DUQUE OCTAVIO.—DICHOS.

CRIADO.

Un caballero llega de camino,
Y dice, señor, que es el duque Octavio.

REY.

¿El duque Octavio?

CRIADO.

Sí, señor.

REY.

Pues entre.

(Sale el Duque.)

OCTAVIO.

A esos piés, gran señor, un peregrino
Misero y desterrado ofrece el labio,
Juzgando por mas fácil el camino
En vuestra gran presencia.

REY.

¿Duque Octavio....!

OCTAVIO.

Huyendo vengo el fiero desatino
De una mujer, el no pensado agravio
De un caballero, que la causa ha sido
De que así á vuestros piés haya venido.

REY.

Ya, duque Octavio, sé vuestra inocencia:
Yo al Rey escribiré que os restituya
En vuestro estado, puesto que el ausen-
[cia

Que hicisteis algun daño os atribuya:
Yo os casaré en Sevilla, con licencia,
Y tambien con perdon y gracia suya;
Que puesto que Isabela un ángel sea,
Mirando la que os doy, ha de ser fea.
Comendador mayor de Calatrava
Es Gonzalo de Ulloa, un caballero
A quien el moro por temor alaba;
Que siempre es el cobarde lisonjero.
Este tiene una hija, en quien bastaba
En dote la virtud que considero,
Después de la beldad, que es maravilla,
Y, sol della, es estrella de Castilla.
Esta quiero que sea vuestra esposa.

OCTAVIO.

Quando este viaje le emprendiera
A solo esto, mi suerte era dichosa,
Sabiendo yo que vuestro gusto fuera.

REY. (A Don Diego.)

Hospedaréis al Duque, sin que cosa
En su regalo falte.

OCTAVIO.

Quién espera

En vos, señor, saldrá de premios lleno.
Primero Alonso sois, siendo el oncenno.
— (Vanse.)

Una calle en Sevilla.

ESCENA III.

EL DUQUE OCTAVIO, RIPIO.

RIPIO.

¿Qué ha sucedido?

OCTAVIO.

Que he dado

El trabajo recibido,
Conforme me ha sucedido,
Desde hoy por bien empleado.
Hablé al Rey, vióme y honróme;
César con el César fui,
Pues vi, peleé y vencí,
Y hace que esposa tome
De su mano, y se prefiere

A desenojar al Rey
En la fulminada ley.

RIPIO.

Con razon el nombre adquiere
De generoso en Castilla.
Al fin, ¿te llegó á ofrecer
Mujer?

OCTAVIO.

Sí, amigo, mujer
De Sevilla; que Sevilla
Da, si averiguarlo quieres,
Porque de oírlo te asombres,
Si fuertes y airosos hombres,
Tambien gallardas mujeres.
Un manto tapado, un brio,
Donde un puro sol se esconde,
Si no es en Sevilla, ¿adonde
Se admite? El contento mio
Es tal, que ya me consuela
En mi mal. (Vase.)

ESCENA IV.

DON JUAN, CATALINON.—DICHOS.

CATALINON. (Ap. con su amo.)

Señor, detente,

Que aqui está el Duque inocente,
Sagitario de Isabela,
Aunque mejor le diré
Capricornio.

DON JUAN.

Disimula.

CATALINON. (Ap.)

¿Quando le vende le adula!

DON JUAN. (Al Duque.)

Como á Nápoles dejé
Por enviarme á llamar
Con tanta prisa mi Rey,
Y como su gusto es ley,
No tuve, Octavio, lugar
De despedirme de vos
De ningún modo.

OCTAVIO.

Por eso,

Don Juan, sin culpa os confieso.
—¿Que hoy nos juntamos los dos
En Sevilla?

DON JUAN.

¿Quién pensara,

Duque, que en Sevilla os viera,
Para que en ella os sirviera
Como yo lo deseara?
Dejais mas; y aunque es lugar
Nápoles tan excelente,
Por Sevilla solamente
Se puede, amigo, dejar.

OCTAVIO.

Si en Nápoles os oyera,
Y no en la parte que estoy,
Del crédito que ahora os doy,
Sospecho que me riera:
Mas llegándola á habitar,
Es, por lo mucho que alcanza,
Corta cualquiera alabanza,
Que á Sevilla quereis dar.
—¿Quién es el que viene allí?

DON JUAN.

El que viene es el marqués
De la Mota. Descortés
Es fuerza ser....

OCTAVIO.

Si de mi

Algo hubiereis menester,
Aqui espada y brazo está.

CATALINON. (Ap.)

Y si importa gozará
En su nombre otra mujer,
Que tiene buena opinion.

OCTAVIO.

De vos estoy satisfecho.
(Vanse Octavio y Ripio.)

ESCENA V.

EL MARQUES DE LA MOTA, UN CRIADO. — DON JUAN, CATALINON.

MOTA.

Todo hoy os ando buscando,
Y no os he podido hallar.
¡ Vos, Don Juan, en el lugar,
Y vuestro amigo pensando
En vuestra ausencia!

DON JUAN.

Por Dios,

Amigo, que me debéis
Esa merced que me haceis.
¿Qué hay de Sevilla?

MOTA.

Está ya

Toda esta corte mudada.

DON JUAN.

¿Mujeres?

MOTA.

Cosa juzgada.

DON JUAN.

¿Ines?

MOTA.

A Bejer se va.

DON JUAN.

¡ Buen lugar para vivir
La que tan dama nació!

MOTA.

El tiempo la desterró
A Bejer.

DON JUAN.

Irá á morir.

¿Constanza?

MOTA.

Es lástima vella,

Lampiña de frente y ceja.
Llámalas el portugués vieja,
Y ella imagina que bella.

DON JUAN.

Si, que *bella* (1) en portugués,
Sueca vieja en castellano
¿ Y Teodora?

MOTA.

Este verano

Se escapó del mal frances,
Y esta tan tierna y reciente,
Que ante ayer me arrojó un diente
Envuelto entre muchas flores (2).

DON JUAN.

¿Julia la del Candilejo?

MOTA.

Ya con sus afeites lucha.

DON JUAN.

¿Véndese siempre por trucha?

MOTA.

Ya se da por abadejo.

DON JUAN.

El barrio de Cantarranas

¿ Tiene buena poblacion?

MOTA.

Ranas las mas dellas son.

DON JUAN.

¿Y viven las dos hermanas?

MOTA.

Y la mona de Tolú

De su madre Celestina.

Que les enseña doctrina.

DON JUAN.

¿ Oh vieja de Bercebú!

¿Cómo la mayor está?

MOTA.

Blanca, sin blanca ninguna,
Tiene un santo á quien ayuna.

(1) Valha.

(2) Verso suelto entre dos redondillas.

DON JUAN.

¿ Ahora en vigiliass da?

MOTA.

Es firme y santa mujer.

DON JUAN.

¿ Y Esotra?

MOTA.

Mejor principio

Tiene: no desecha ripio.

DON JUAN.

Buen albañil quiere ser.

Marques, ¿qué hay de perros muertos?

MOTA.

Yo y Don Pedro de Esquivel

Dímos anoche uno cruel,

Y esta noche tengo ciertos

Otros dos.

DON JUAN.

Iré con vos;

Que tambien recorreré

Cierta nido que dejé

En huevos para los dos.

¿Qué hay de terrero?

MOTA.

No muero

En terrero, que en-terrado

Me tiene mayor cuidado.

DON JUAN.

¿Cómo?

MOTA.

Un imposible quiero.

DON JUAN.

Pues ¿no os corresponde?

MOTA.

Si,

Me favorece y estima.

DON JUAN.

¿Quién es?

MOTA.

Doña Ana mi prima.

Que es recién llegada aquí.

DON JUAN.

Pues ¿dónde ha estado?

MOTA.

En Lishoa,

Con su padre, en la embajada.

DON JUAN.

¿Es hermosa?

MOTA.

Es extremada,

Porque en Doña Ana de Ulloa

Se extremó naturaleza.

DON JUAN.

¿Tan bella es esa mujer?

Vive Dios, que la he de ver.

MOTA.

Veréis la mayor belleza

Que los ojos del Rey ven.

DON JUAN.

Casáos, pues es extremada.

MOTA.

El Rey la tiene casada.

Y no se sabe con quién.

DON JUAN.

¿No os favorece?

MOTA.

Y me escribe.

CATALINON. (Ap.)

No prosigas, que te engaña

El gran Burlador de España.

DON JUAN.

¿Quién tan satisfecho vive?

MOTA.

Ahora estoy aguardando

La postrer resolution.

DON JUAN.

Pues no perdais la ocasion.

Que aquí os estoy aguardando.

MOTA.

Ya vuelvo.

CATALINON. (Al criado.)

Señor cuadrado (3),

O señor redondo, adios.

MOTA.

Adios. (Vanse el Marques y su criado.)

DON JUAN.

Pues solos los dos,
Amigo, habemos quedado,
Síguele el paso al Marques,
Que en el palacio se entró.

(Vase Catalinon.)

ESCENA VI.

UNA CRIADA, que se asoma á una reja.

— DON JUAN.

CRIADA.

Ce. ¿A quién digo?

DON JUAN.

¿Quién llamó?

CRIADA.

Pues sois prudente y cortés

Y su amigo, dadle luego

Al Marques este papel.

Mirad que consiste en él

De una señora el sosiego.

DON JUAN.

Digo que se lo daré.

Soy su amigo y caballero.

CRIADA.

Basta, señor forastero,

Adios.

(Retrase.)

ESCENA VII.

DON JUAN.

Y la voz se fué.

¿No parece encantamento

Esto que ahora ha pasado?

A mí el papel ha llegado

Por la estafeta del viento.

Sin duda que es de la dama

que el Marques me ha encarecido:

Venturoso en esto he sido.

Sevilla á veces me llama

El Burlador, y el mayor

Gusto que en mí puede haber,

Es burlar una mujer

Y dejarla sin honor.

¡Vive Dios, que le he de abrir,

Pues salí de la plazuela!

Mas ¿si hubiese otra cautela?

Gana me da de reir.

Ya está abierto el papel,

Y que es suyo es cosa llana,

Porque aquí firma Doña Ana.

Dice así: *Mi padre infiel**En secreto me ha casado,**Sin poderme resistir:**No sé si podré vivir,**Porque la muerte me ha dado.**Si estimas, como es razon,**Mi amor y mi voluntad,**Y si tu amor fué verdad,**Muéstralo en esta ocasion.**Porque veas que te estimo,**Vén esta noche á la puerta;**Que estará á las once abierta,**Donde tu esperanza, primo,**Goces, y el fin de tu amor.**Truéras, mi gloria, por señas**de Leonorilla y las dueñas,**Una copa de color.*

(3) No parece propio que Catalinon llame cuadrado ni redondo al Marques de la Mota, por lo cual suponemos que dirigirá las tales expresiones al criado, que probablemente habria dicho antes algo sobre que recayesen, y sea parte de lo que se habrá aquí suprimido. De seguro faltan muchos versos al fin de la escena.

*Mi amor todo de ti fio.
Y adios, desdichado amante.
¿Hay suceso semejante?
Ya de la burla me rio.
Gozaréla, vive Dios,
Con el engaño y cautela
Que en Nápoles á Isabela.*

ESCENA VIII.

CATALINON.—DON JUAN.

CATALINON.

Ya el Marques viene.

DON JUAN.

Los dos

Aquesta noche tenemos

Que hacer.

CATALINON.

¿Hay engaño nuevo?

DON JUAN.

Extremado.

CATALINON.

No lo apruebo.

Tú pretendes que escapemos

Burlados al fin, Señor;

Que el que vive de burlar,

Burlado habrá de escapar

Una vez.

DON JUAN.

¿Predicador

Te vuelves, impertinente?

(4).

Esta vez quiero avisarte,

Porque otra vez no te avise.

CATALINON.

Digo que de aquí adelante

Lo que me mandas haré,

Y á tu lado forzaré

Un tigre y un elefante.

DON JUAN.

Calla, que viene el Marques.

CATALINON.

¿Pues ha de ser el forzado?

ESCENA IX.

EL MARQUES DE LA NOTA. — DON JUAN, CATALINON.

DON JUAN.

Para vos, Marques, me han dado

Un recado, harto cortés,

Por esa reja, sin ver

El que me lo daba allí;

Solo en la voz conocí,

Que me lo daba mujer.

Dicete al fin que á las doce

Vayas secreto á la puerta,

Que estará á las once abierta,

Donde tu esperanza goce

La posesion de tu amor,

Y que llevases, por señas

De Leonorilla y las dueñas,

Una capa de color.

NOTA.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Que este recado

De una ventana me dieron,

Sin ver quién.

NOTA.

Con él pusieron

Sosiego en tanto cuidado.

¿Ay amigo! Solo en ti

Mi esperanza renaciara.

Dame esos piés.

DON JUAN.

Considera

Que no está tu prima en mí.
Eres tú quien ha de ser
Quien la tiene de gozar,
¿Y me llegas á abrazar
Los piés?

NOTA.

Es tal el placer,

Que me ha sacado de mí.

¿Oh sol! apresura el paso.

DON JUAN.

Ya el sol camina al ocaso.

NOTA.

Vamos, amigos, de aquí,

Y de noche nos pondremos.

Loco voy.

DON JUAN.

Bien se conoce;

Mas yo bien sé que á las doce

Harás mayores extremos.

NOTA.

¿Ay prima del alma! ¿Prima!

¿Que quieres premiar mi fe?

CATALINON. (Ap.)

¿Vive Cristo, que no dé

Una blanca por su prima!

(Vase el Marques.)

ESCENA X.

DON DIEGO. — DON JUAN, CATALINON.

DON DIEGO.

Don Juan.

CATALINON.

Tu padre te llama.

DON JUAN.

¿Que manda Vueseñoría?

DON DIEGO.

Verte mas cuerdo querria,

Mas bueno y con mejor fama.

¿Es posible que procuras

Todas las horas mi muerte?

DON JUAN.

¿Por qué vienes desa suerte?

DON DIEGO.

Por tu trato y tus locuras.

Al fin, el Rey me ha mandado

Que te eche de la ciudad,

Porque está de una maldad

Con justa causa indignado;

Que aunque me lo has encubierto,

Ya en Sevilla el Rey lo sabe,

Cuyo delito es tan grave,

Que á decirlo no acierto.

En el palacio Real

Traicion, y con un amigo!

Traidor, Dios te dé el castigo

Que pide delito igual.

Mira que, aunque al parecer

Dios te consiente y aguarda,

Su castigo no se tarda,

Y ¿qué castigo ha de haber

Para los que profanais

Su nombre! que es juez fuerte

Dios en la muerte.

DON JUAN.

¿En la muerte?

¿Tan largo me lo fiais?

De aquí allá hay gran jornada.

DON DIEGO.

Breve te ha de parecer.

DON JUAN.

Y la que tengo que hacer,

Pues á su Alteza le agrada,

Ahora, ¿es larga tambien?

DON DIEGO.

Hasta que el injusto agravio

Satisfaga al duque Octavio,

Y apaciguados estén
En Nápoles los sucesos
De Isabela que has causado,
En Lebrija retirado
Por tu traicion y cautela,
Quiere el Rey que estés ahora:
Pena á tu maldad lijera.

CATALINON. (Ap.)

Si el caso tambien supiera

De la pobre pescadora,

Mas se enojara el buen viejo.

DON DIEGO.

Pues no te vence el castigo

Con cuanto bago y cuanto digo,

A Dios tu castigo deajo. (Vase.)

ESCENA XI.

DON JUAN, CATALINON.

CATALINON.

Fuése el viejo enternecido.

DON JUAN.

Luego las lágrimas copia,

Condicion de viejo propia.

Vamos, pues ha anochecido,

A buscar al Marques.

CATALINON.

Vamos.

Y al fin, ¿gozarás su dama?

DON JUAN.

Ha de ser burla de fama.

CATALINON.

Ruego al cielo que salgamos

Della en paz.

DON JUAN.

Catalinon

En fin.

CATALINON.

Y tú, señor, eres

Langosta de las mujeres,

Y con público pregon,

Porque de tí se guardara,

Cuando á noticia viniera,

De la que doncella fuera,

Fuera bien se pregonara:

«Guardense todos de un hombre

Que á las mujeres engaña,

Y es el Burlador de España».

DON JUAN.

Tú me has dado gentil nombre.

ESCENA XII.

EL MARQUES, de noche, con músicos que pasean el tablado.—DON JUAN, CATALINON.

(Cantan los músicos.)

El que un bien gozar espera,

Cuanto espera desespere.

NOTA.

Como yo á mi bien goce (2).

Nunca llegue á amanecer (3).

DON JUAN.

¿Qué es esto?

CATALINON.

Música es.

NOTA.

Parece que habla conmigo

El poeta.—¿Quién va?

DON JUAN.

Amigo.

NOTA.

¿Es Don Juan?

DON JUAN.

¿Es el Marques?

(2) (3) Versos sueltos.

(4) Faltan versos: aquí se reúnen tres sin consonancia entre sí, pertenecientes sin duda á dos redondillas diversas.

MOTA.
¿Quién puede ser sino yo?
DON JUAN.
Luego que la capa vi,
Que érades vos conoci.
MOTA.
Cantad, pues Don Juan llegó.
(*Cantan.*)
*El que un bien gozar espera,
Cuanto espera desespera.*
DON JUAN.
¿Qué casa es la que mirais?
MOTA.
De Don Gonzalo de Ulloa.
DON JUAN.
¿Dónde iremos?
MOTA.
A Lisboa.
DON JUAN.
¿Cómo, si en Sevilla estáis?
MOTA.
Pues ¿aquesto os maravilla?
¿No vive con gusto igual
Lo peor de Portugal
En lo mejor de Castilla?
DON JUAN.
¿Dónde viven?
MOTA.
En la calle
De la Sierpe, donde ves
A Adán vuelto portugués,
Que en aqueste amargo valle
Con bocados solicitan
Mil Evas; que aunque en ducados,
En efecto son bocados,
Con que el dinero nos quitan.
DON JUAN.
Mientras á la calle vais,
Yo dar un perro quisiera.
MOTA.
Pues cerca de aquí me espera
Un bravo.
DON JUAN.
Si me dejais,
Señor Marques, vos veréis
Cómo de mí no se escapa.
MOTA.
Vamos, y ponéos mi capa,
Para que mejor lo déis.
DON JUAN.
Bien habeis dicho: venid,
Y me enseñaréis la casa.
MOTA.
Mientras el suceso pasa,
La voz y el habla fingid.
¿Veis aquella celosía?
DON JUAN.
Ya la veo.
MOTA.
Pues llegad,
Y decid *Beatriz*, y entrad.
DON JUAN.
¿Qué mujer?
MOTA.
Rosada y fria.
CATALINON.
Será mujer cantimplora.
MOTA.
En Gradas os aguardamos.
DON JUAN.
Adios, Marques.
CATALINON.
¿Dónde vamos?
DON JUAN.
Calla, necio, calla ahora.
Adonde la burla mia (1)

(1) Verso suelto entre dos redondillas.

Ejecute.
CATALINON.
No se escapa
Nadie de tí.
DON JUAN.
El truke adoro.
CATALINON. (*Ap. á su amo.*)
Echaste la capa al toro.
DON JUAN. (*Ap. á Catalinon.*)
No, el toro me echó la capa.
MOTA.
La mujer ha de pensar
Que soy él. ¿Qué gentil perro!
MOTA.
Esto es acertar por yerro.
(2)
(*Cantan.*)
*El que un bien gozar espera,
Cuanto espera desespera.* (*Vanse.*)
—
Sala en casa de Don Gonzalo.
ESCENA XIII.
**DOÑA ANA, dentro; DON GONZALO,
y luego DON JUAN y CATALINON.**
DOÑA ANA. (*Dentro.*)
¿Falso! no eres el Marques,
Que me has engañado.
DON JUAN. (*Dentro.*)
Digo
Que lo soy.
DOÑA ANA. (*Dentro.*)
Fiero enemigo,
Mientes, mientes.
(*Sale Don Gonzalo con la espada desnuda.*)
DON GONZALO.
La voz es
De Doña Ana la que siento.
DOÑA ANA. (*Dentro.*)
¿No hay quien mate este traidor,
Homicida de mi honor?
DON GONZALO.
¿Hay tan gran atrevimiento!
Muerto honor, dijo: ¡ay de mí!
Y es su lengua tan liviana,
Que aquí sirve de campana.
DOÑA ANA. (*Dentro.*)
Matadle.
(*Salen Don Juan y Catalinon con las espadas desnudas.*)
DON JUAN.
¿Quién está aquí?
DON GONZALO.
La barbacana caída
De la torre de mi honor,
Que echaste en tierra, traidor,
Donde era alcaide la vida.
DON JUAN.
Déjame pasar.
DON GONZALO.
¿Pasar?
Por la punta de esta espada.
DON JUAN.
Morirás.
DON GONZALO.
No importa nada.
DON JUAN.
Mira que te he de matar. (*Riñen.*)
DON GONZALO.
Muere, traidor.
DON JUAN.
Desta suerte
Muero. (*Le hiere.*)
(3) Falta el cuarto verso de la redondilla.

CATALINON. (*Ap.*)
Si escapo de aquesta,
No mas burias, no mas fiesta.
DON GONZALO. (*Cayendo.*)
¿Ay, que me has dado la muerte!
DON JUAN.
Tú la vida te quitaste.
DON GONZALO.
¿De qué la vida servia?
DON JUAN.
Huyamos.
(*Vanse Don Juan y Catalinon.*)
DON GONZALO.
La sangre fria
Con el furor aumentaste.
Muerto soy, no hay bien que aguarde.
Seguiráte mi furor;
Que eres traidor, y el traidor,
Es traidor porque es cobarde.
(*Muere; salen criados que le llevan cadáver.*)
—
Calle.

ESCENA XIV.
**EL MARQUES DE LA MOTA; músicos,
y despues DON JUAN y CATALINON.**
MOTA.
Presto las doce darán,
Y mucho Don Juan se tarda:
¿Fiera pension del que aguarda!
(*Salen Don Juan y Catalinon.*)
DON JUAN.
¿Es el Marques?
MOTA.
¿Es Don Juan?
DON JUAN.
Yo soy: tomad vuestra capa.
MOTA.
¿Y el perro?
DON JUAN.
Funesto ha sido:
Al fin, Marques, muerto ha habido.
CATALINON.
Señor, del muerto te escapa.
MOTA.
¿Burlaste, amigo? ¿Qué fue?
CATALINON. (*Ap.*)
Tambien vos sois el burlado.
DON JUAN.
Cara la burla ha costado.
MOTA.
Yo, Don Juan, lo pagaré,
Porque estará la mujer
Quejosa de mí.
DON JUAN.
Adios,

Marques.
CATALINON. (*Ap.*)
A fe, que los dos
Parejas han de correr.
DON JUAN.
Huyamos.
CATALINON.
Señor, no habrá (3)
Aguila que á mí me alcance (4). (*Vanse.*)

ESCENA XV.
EL MARQUES DE LA MOTA, músicos.
MOTA.
Vosotros os podeis ir (5),
Porque yo me quiero ir solo (6).
(*Vanse los músicos.*)
(*Voces dentro.*)
¿Vióse desdicha mayor!
(3) (4) (5) (6) Cuatro versos seguidos sin asonancia.

¡Ay! ¡Vióse mayor desgracia!

MOTA.

¡Válgame Dios! voces siento
En la plaza del alcázar:
¿Qué puede ser á estas horas?
Un hielo el pecho me arraiga.
Desde aquí parece todo
Una Troya que se abraza,
Porque tantas luces juntas
Hacen gigantes de llamas.
Un grande escuadron de antorchas
Se acerca á mi, porque anda
El fuego emulando estrellas,
Dividiéndose en escuadras.
Quiero saber la ocasion.

ESCENA XVI.

**DON DIEGO TENORIO Y LA GUARDIA
con hachas.—EL MARQUES.**

DON DIEGO.

¿Qué gente?

MOTA.

Gente que aguarda
Saber de aqueste ruido
El alboroto y la causa.

DON DIEGO. *(A la guardia.)*
Prendedlo.

MOTA. *(Desenvainando.)*

¡Prenderme á mí!

DON DIEGO.

Volved la espada á la vaina,
Que la mayor valentía
Es no tratar de las armas.

MOTA.

¿Cómo al marques de la Mota
Habían así?

DON DIEGO.

Dad la espada,
Que el Rey os manda prender.

MOTA.

Vive Dios...

ESCENA XVII.

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

REY.

En toda España
No ha de escapar, ni tampoco
En Italia, si va á Italia.

DON DIEGO.

Aquí está...

MOTA.

Pues ¿vuestra Alteza,
Gran Señor, prenderme manda? (1)

REY.

Llevalde luego y ponedle
La cabeza en una escarpia.
—¡En mi presencia te pones!

MOTA.

*(Ap. ¡Ah glorias de amor tiranas,
Siempre en el pasar lijeras,
Como en el venir pesadas!
Bien dijo un sabio, que había
Entre la boca y la taza
Peligro. — Mas el enojo
Del Rey me admira y espanta.)*
No sé por lo que voy preso.

DON DIEGO.

¿Quién mejor sabrá la causa
Que Vue señoría?

MOTA.

¿Yo?

(1) En las ediciones anteriores se halla este pasaje en la forma siguiente:

DON DIEGO.

Señor, aquí está el Marqués.

MOTA.

¡Gran Señor! pues ¿vuestra Alteza
Á mí me manda prender?

El dialogo está bien; el romance desaparece.

DON DIEGO.

Vamos.

MOTA.

¡Confusion extraña!

REY.

Fulminesele el proceso
Al Marques luego, y mañana
Le cortarán la cabeza:
Y al Comendador, con cuanta
Solemnidad y grandeza
Se da á las personas sacras
Y reales, el entierro
Se haga: bronce y piedras varias
Un sepulcro con un bulto
Le ofrezcan, donde en mosaicas
Labores, góticas letras
Den lenguas á sus venganzas:
Y entierro, bulto y sepulcro
Quiero que á mi costa se haga.—
¿Dónde Doña Ana se fué?

DON DIEGO.

Fuése al sagrado Doña Ana
De mi señora la Reina.

REY.

Ha de sentir esta falta
Castilla; tal capitán
Ha de llorar Calatrava.

(Vanse.)

Campo á la entrada de Dos-Hermanas.

ESCENA XVIII.

**PATRICIO, AMINTA, GASENO, BE-
LISA Y PASTORES MUSICOS.**

(Cantan.)

*Lindo sale el sol de abril,
Con trébol y toronjil,
Y aunque le sirve de estrella,
Aminta sale mas bella.*

PATRICIO.

Sobre esta alfombra florida,
A donde en campos de escarcha
El sol sin aliento marcha
Con su luz recién nacida,
Os sentad, pues nos convida
Al talamo el sitio hermoso...
..... (2).

ESCENA XIX.

CATALINON, de camino.—DICHOS.

CATALINON.

Señores, el desposorio
Huéspedes ha de tener.

GASENO.

A todo el mundo ha de ser
Este contento notorio.
¿Quién viene?

CATALINON.

Don Juan Tenorio.

GASENO.

¿El viejo?

CATALINON.

No ese; Don Juan.

BELISA.

Será su hijo galán.

PATRICIO.

*(Ap. Téngolo por mal agüero;
Que galán y caballero
Quitau gusto y celos dan.)*
Pues ¿quién noticia le dió
De mis bodas?

CATALINON.

De camino

Pasa á Lebrija.

PATRICIO.

*(Ap. Imagino
Que el demonio le envió.*

(2) Faltan cuatro versos de esta décima.

Mas ¿de qué me ajiyo yo?)

Vengan á mis dulces bodas
Del mundo las gentes todas.
Mas con todo, ¡un caballero
En mis bodas!; ¡mal agüero!

GASENO.

Venga el Coloso de Rodas,
Venga el Papa, el Preste Juan,
Y Don Alonso el Onceno
Con su corte, que en Gaseno
Animo y valor verán.
Montes en casa hay de pan,
Guadalquivires de vino,
Babilonias de tocino,
Y entre ejércitos cobardes,
De aves, para que las cardes,
El pollo y el palominio.
Venga tan gran caballero
A ser hoy en Dos-Hermanas
Honra destas viejas canas.

BELISA.

Es hijo del Camarero
Mayor.

PATRICIO. *(Ap.)*

Todo es mal agüero
Para mí, pues le han de dar
Junto á mi esposa lugar.
Aun no gozo, y ya los cielos
Me están condenando á celos.
Amor, sufrir y callar.

ESCENA XX.

DON JUAN TENORIO.—DICHOS.

DON JUAN.

Pasando acaso, he sabido
Que hay bodas en el lugar,
Y dellas quise gozar,
Pues tan venturoso he sido.

GASENO.

Vueseñoría ha venido
A honrallas y engrandecellas.

PATRICIO. *(Ap.)*

Yo que soy el dueño dellas
Digo entre mí que vengais
En hora mala.

GASENO.

¿No dais
Lugar á este caballero?

DON JUAN.

Con vuestra licencia quiero
Sentarme aquí.

(Siéntase junto á la novia.)

PATRICIO.

Si os sentais
Delante de mí, señor,
Seréis de aquesa manera
El novio.

DON JUAN.

Quando lo fuera,
No escogiera lo peor.

GASENO.

Que es el novio.

DON JUAN.

De mi error
E ignorancia perdon pido.

CATALINON. *(Ap.)*

¡Desventurado marido!

JUAN. *(Ap. á Catalinon.)*

Corrido está.

CATALINON.

No lo ignoro.

*(Ap. Mas si tiene de ser toro,
¿Qué mucho que esté corrido?
No daré por su mujer,
Ni por su honor, un cornado.
¡Desdichado tu que has dado
En manos de Lucifer!)*

DON JUAN.

¿Posible es que vengo á ser,
Señora, tan venturoso?
Envidia tengo al esposo.

AMINTA.

Pareceisme lisonjero.

PATRICIO. (Ap.)

Bien dije, que es mal agüero
Eu bodas un poderoso.

GASENO.

Ea, vamos á almorzar,
Porque pueda descansar
Un rato su Señoría.

(Tómale Don Juan la mano á la novia.)

DON JUAN.

¿Por qué la escondeis?

AMINTA.

Es mía.

GASENO.

Vamos.

BELISA.

Volved á cantar.

DON JUAN. (Ap. á Catalinon.)

¿Qué dices tú?

CATALINON.

¿Yo? Que temo

Muerte vil destos villanos.

DON JUAN.

¡Buenos ojos, blancas manos!
En ellos me abrazo y quemó.

CATALINON.

¡Almagrar, y echar extremo!
Con esta, cuatro serán.

DON JUAN.

Vén, que mirándome están.

PATRICIO. (Ap.)

¿En mis bodas, caballero?
¡Mal agüero!

GASENO.

Cantad.

PATRICIO. (Ap.)

Muero.

CATALINON. (Ap.)

Cauten, que ellos llorarán.

ACTO TERCERO

Casa de Gaseno en Dos-Hermanas.

ESCENA PRIMERA.

PATRICIO.

Celos, reloj de cuidados
Que á todas las horas dáis
Tormentos con que matais,
Aunque déis desconcertados:
Dejadme de atormentar,
Pues es cosa desabrida
Que cuando amor me da vida,
La muerte me queráis dar.
¿Qué me queréis, caballero,
Que me atormentáis así?
Bien dije, cuando le vi
En mis bodas: «¡mal agüero!»
¿No es bueno que se sentó
A cenar con mi mujer,
Y á mí en el plato meter
La mano no me dejó?
Pues cada vez que quería
Meterla, la desviaba,
Diciendo á cuanto tomaba:
«Grosería, grosería?»
Pues el otro bellacon,
A cuanto comer quería,
«¿Esto no come?» decía,
«No teneis, señor, razon»,
¡Y de delante al momento

Me lo quitaba! Corrido

Estoy: aun bien que esto ha sido
Culebra (1), y no casamiento.

Ya no se puede sufrir,
Ni entre cristianos pasar.
Y acabando de cenar
Con los dos, ¿mas que á dormir
Se ha de ir tambien sin porfia
Con nosotros, y ha de ser
El llegar yo á mi mujer
Grosería, grosería?
Ya viene: no me resisto.
Aqui me quiero esconder;
Pero ya no puede ser,
Que imaginó que me ha visto.

ESCENA II.

DON JUAN. — PATRICIO.

DON JUAN.

Patricio....

PATRICIO.

Su Señoría

¿Qué manda?

DON JUAN.

Haceros saber...

PATRICIO. (Ap.)

¿Mas que ha de venir á ser
Alguna desdicha mía?

DON JUAN.

Que ha muchos dias, Patricio,
Que á Aminta el alma le di,
Y he gozado...

PATRICIO.

¿Su honor?

DON JUAN.

Sí.

PATRICIO.

(Ap. Manifiesto y claro indicio
De lo que he llegado á ver;
Que si bien no le quisiera,
Nunca á su casa viniera.)
Al fin, al fin es mujer.

DON JUAN.

Al fin, Aminta celosa,
O quizá desesperada
De verse de mi olvidada
Y de ajeno dueño esposa,
Esta carta me escribió,
Enviándome á llamar;
Y yo prometí gozar
Lo que el alma prometió.
Esto pasa desta suerte:
Dad á vuestra vida un medio;
Que le daré sin remedio
A quien lo impida, la muerte.

PATRICIO.

Si tú en mi eleccion lo pones,
Tu gusto pretendo hacer;
Que el honor y la mujer
Son malos en opiniones.
La mujer en opinion (2),
Siempre mas pierde que gana;
Que son como la campana,
Que se estima por el son;
Y así es cosa averiguada
Que opinion viene á perder,
Cuando cualquiera mujer
Suena á campana quebrada.
No quiero, pues me reduces
El bien que mi amor ordena,
Mujer entre mala y buena,
Que es moneda entre dos lucas.
Gózala, señor, mil años;
Que yo quiero resistir
Desengaños, y morir,
Y no vivir con engaños.

(Vase.)

(1) Chasi o stroz, como si dijéramos ahora pa-
sar bayetas.

(2) Cuya opinion anda en lenguas.

ESCENA III.

DON JUAN.

Con el honor le venci,
Porque siempre los villanos
Tienen su honor en las manos,
Y siempre miran por sí;
Que por tantas variedades,
Es bien que se entienda y crea
Que el honor se fué al aldea,
Huyendo de las ciudades.
Pero antes de hacer el daño,
Le pretendo reparar:
A su padre voy á hablar,
Para autorizar mi engaño.
Bien lo supe negociar.
Gozarla esta noche espero.
La noche camina, y quiero
Su viejo padre llamar.
Estrellas, que me alumbráis,
Dadme en este engaño suerte,
Si el galardón en la muerte,
Tan largo me lo guardáis.

(Vase.)

ESCENA IV.

AMINTA, BELISA.

BELISA.

Mira que vendrá tu esposo:
Entra á desdudarte, Aminta.

AMINTA.

Destas infelices bodas
No sé qué siento, Belisa.
Todo hoy mi Patricio ha estado
Bañado en melancolia;
Todo es confusion y celos:
¡Mira qué grande desdicha!

BELISA.

Di, ¿qué caballero es este...?

AMINTA.

Déjame, que estoy corrida.
La desvergüenza en España
Se ha hecho caballería.
¡Mal hubiese el caballero,
Que de mi esposo me priva!

BELISA.

Calla, que pienso que viene;
Que nadie en la casa pisa
De un desposado, tan recio.

AMINTA.

Queda adios, Belisa mía.

BELISA.

Desenójale en los brazos.

AMINTA.

¡Plega á los cielos que sirvan
Mis suspiros de requiebros,
Mis lágrimas de caricias!

(Vase.)

ESCENA V.

DON JUAN, CATALINON, GASENO.

DON JUAN.

Gaseno, quedad con Dios.

GASENO.

Acompañaros quería,
Por darle desta ventura
El parabien á mi hija.

DON JUAN.

Tiempo mañana nos queda.

GASENO.

Bien decís: el alma mía
En la muchacha os ofrezco.

DON JUAN.

Mi esposa decid. (Vase Gaseno.)

ESCENA VI.

DON JUAN, CATALINON.

DON JUAN.

Ensilla,

Catalinon.

CATALINON.

¿Para cuándo?

DON JUAN.

Para el alba, que de risa
Muerta ha de salir mañana.
Deste engaño.

CATALINON.

Allá en Lebrija.

Señor, nos está aguardando
Otra boda; por tu vida
Que despaches presto en esta.

DON JUAN.

La burla mas escogida
De todas ha de ser esta.

CATALINON.

Que saliésemos querria
De todas bien.

DON JUAN.

Si es mi padre

El dueño de la justicia,
Y es la privanza del Rey,
¿Qué temes?

CATALINON.

De los que privan

Suele Dios tomar venganza,
Si delitos no castigan:
Y se suelen en el juego
Perder tambien los que miran:
Yo he sido miron del tuyo;
Y por miron no querria
Que me cogiese algun rayo,
Y me trocase en ceniza.

DON JUAN.

Véte, ensilla; que mañana
He de dormir en Sevilla.

CATALINON.

¿En Sevilla?

DON JUAN.

Sí.

CATALINON.

¿Qué dices?

Mira lo que has hecho, y mira
Que hasta la muerte, señor,
Es corta la mayor vida,
Y que hay tras la muerte infierno.

DON JUAN.

Si tan largo me lo fias,
Vengan engaños.

CATALINON.

Señor...

DON JUAN.

Véte, que ya me amolinás.

(Vase Catalinon.)

Yo quiero poner mi engaño
Por obra; el amor me guía
A mi inclinacion, de quien
No hay hombre que se resista.
Quiero llegar á la cama.

(Acércase á la puerta de la alcoba, y llama.)

Aminta.

ESCENA VII.

AMINTA, que sale como que estaba acostada. — DON JUAN.

AMINTA.

¿Quién llama á Aminta?

¿Es mi Patricio?

DON JUAN.

No soy

Tu Patricio.

AMINTA.

¿Pues quién?

DON JUAN.

Mira

Despacio, Aminta, quién soy.

AMINTA.

¿Ay de mí! yo soy perdida.

¿En mi aposento á estas horas?

DON JUAN.

Estas son las horas mías.

AMINTA.

Volvéos, que daré voces:
No excedais la cortesía
Que á mi Patricio se debe.
Ved que hay romanas Emilias
En Dos-Hermanas tambien,
Y hay Lucrecias vengativas.

DON JUAN.

Escúchame dos palabras,
Y esconde de las mejillas
En el corazon la grana,
Por tí mas preciosa y rica.

AMINTA.

Véte, que vendrá mi esposo.

DON JUAN.

Yo lo soy. — ¿De qué te admiras?

AMINTA.

¿Desde cuándo?

DON JUAN.

Desde ahora.

AMINTA.

¿Quién lo ha tratado?

DON JUAN.

Mi dicha.

AMINTA.

¿Y quién nos casó?

DON JUAN.

Tus ojos.

AMINTA.

¿Con qué poder?

DON JUAN.

Con la vista.

AMINTA.

¿Sábelo Patricio?

DON JUAN.

Sí,

Que te olvida.

AMINTA.

¿Que me olvida?

DON JUAN.

Sí, que yo te adoro.

AMINTA.

¿Cómo?

DON JUAN.

Con mi corazon. (Acércase á ella.)

AMINTA.

Desvia.

DON JUAN.

¿Cómo puedo, si es verdad
Que muero?

AMINTA.

¿Qué gran mentira!

DON JUAN.

Aminta, escucha y sabrás,
Si quieres que te lo diga,
La verdad; que las mujeres
Sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
Cabeza de la familia
De los Tenorios antiguos,
Ganadores de Sevilla.
Mi padre, despues del Rey,
Se reverencia y estima,
Y en la corte, de sus labios
Pende la muerte ó la vida.
Corriendo el camino acaso,
Llegué á verte; que amor guía
Tal vez las cosas de suerte,
Que él mismo dellas se olvida.
Vite, adoréte, abrázame
Tanto, que tu amor me anima
A que contigo me case;

Y aunque el Rey lo contradiga
Y aunque mi padre enojado
Con amenazas lo impida,
Tu esposo teugo de ser.
¿Qué dices?

AMINTA.

No sé qué diga,
que se encubren tus verdades
Con retóricas mentiras;
Porque si estoy desposada
(Como es cosa conocida)
Con Patricio, el matrimonio
No se absuelve, aunque él desista.

DON JUAN.

En no siendo consumado,
Por engaño ó por malicia
Puede anularse.

AMINTA.

En Patricio

Todo fué verdad sencilla.

DON JUAN.

Ahora bien, dame esa mano,
Y esta voluntad confirma
Con ella.

AMINTA.

¿Que? No, me engañas.

DON JUAN.

Mio el engaño sería.

AMINTA.

Pues jura que cumplirás
La palabra prometida.

DON JUAN.

Juro á esta mano, señora,
Invierno de nieve fria,
De cumplirte la palabra.

AMINTA.

Jura á Dios que te maldiga
Si no la cumples.

DON JUAN.

Si acaso

La palabra y la fe mia
Te faltare, ruego á Dios
Que á traicion y alevosia
Me dé muerte un hombre... (Ap. Muerto,
Que vivo, Dios no permita.)

AMINTA.

Pues con ese juramento,
Soy tu esposa.

DON JUAN.

El alma mia

Entre los brazos te ofrezco.

AMINTA.

Tuya es el alma y la vida.

DON JUAN.

¿Ay Aminta de mis ojos!
Mañana sobre virillas
De tersa plata, estrellada
Con clavos de oro de Tíbar,
Pondrás los hermosos pies,
Y en prision de gargantillas
La alabastrina garganta,
Y los dedos en sortijas
En cuyo engaste parezcan
Transparentes perlas finas.

AMINTA.

A tu voluntad, esposo,
La mia desde hoy se inclina:
Tuya soy.

DON JUAN. (Ap.)

¿Qué mal concoces

Al Burlador de Sevilla! (Vanse.)

Playa de Tarragona.

ESCENA VIII.

ISABELA y FABIO, de camino.

ISABELA.

¿Que me robe una traicion el dueño.

EL BURLADOR DE SEVILLA:

La prenda que estimaba y mas queria!
; Oh rigoroso empeño
De la verdad, oh máscara del día,
Noche, al fin, tenebrosa,
Antípoda del sol, del sueño esposa!

FABIO.

El mar está alterado,
Y en grave temporal riesgo se corre:
El abrigo han tomado
Las galeras, Duquesa, de la torre
Que esta playa corona.

ISABELA.

; Dónde estamos ahora?

FABIO.

En Tarragona.

De aquí á poco espacio,
Darémos en Valencia, ciudad bella,
Del mismo sol palacio:
Divertirás algunos días en ella;
Y después á Sevilla
Irás á ver la octava maravilla:
Que si á Octavio perdiste,
Mas galán es Don Juan, y de notorio
Solar. ; De qué estás triste?
Conde dicen que es ya Don Juan Tenorio,
El Rey con él te casa, [rio;
Y el padre es la privanza de su casa.

ISABELA.

No nace mi tristeza
De ser esposa de Don Juan, que el
Conoce su nobleza: [mundo
En la esparcida voz mi agravio fundo;
Que esta opinion perdidá,
Es de llorar mientras tuviere vida.

FABIO.

Allí una pescadora
Tiernamente suspira y se lamenta,
Y dulcemente llora.
Acá viene sin duda, y verte intenta.
Mientras llamo tu gente,
Lamentaréis las dos mas dulcemente.
(Vase.)

ESCENA IX.

TISBEA. — ISABELA.

TISBEA.

Robusto mar de España,
Ondas de fuego, fugitivas ondas,
Troya de mi cabaña:
Que ya el fuego en el mar hogueras hon-
En sus abismos fragua, [das
Y el mar vomita por las llamas agua...
; Maldito el leño sea
Que á tu amargo cristal halló camino,
Autoyo de Medea,
Y el cáñamo primero, ó primer lino,
Aspado de los vientos
Para telas, de engaños instrumentos!

ISABELA.

; Porqué del mar te quejas
Tan tiernamente, hermosa pescadora?

TISBEA.

Al mar formo mil quejas.
; Dichosa vos, que en su tormenta aho-
Dél os estais riendo! [ra,

ISABELA.

Tambien quejas del mar estoy haciendo.
; De dónde sois?

TISBEA.

De aquí llas

Cabañas que mirais del viento heridas,
Tan victorioso entre ellas,
Cuyas pobres paredes desparecidas
Caen en pedazos graves,
Dando en mil grietas nidos á las aves.
; Sois vos la Europa hermosa
Que esos toros se llevan?

ISABELA.

A Sevilla

Llévanme á ser esposa
Contra mi voluntad.

TISBEA.

Si mi mancilla

A lástima os provoca,
Y si injurias del mar os tienen loca,
En vuestra compañía,
Para serviros como humilde esclava,
Me llevad; que querria
; Si el dolor ó la afrenta no me acaba)
Pedir al Rey justicia
De un engaño cruel, de una malicia.
Del agua derrotado,
A esta tierra llegó Don Juan Tenorio,
Difunto y anegado:
Amparele, hospedele en tan notorio
Peligro, y el vil huésped
Vibora fue á mi planta en tierno resped.
Con palabra de esposo,
La que de aquesta costa burla hacia
Se rindió al engañoso:
; Mal haya la mujer que en hombre fia!
Fuése al fin, y dejóme:
Mirad si es justo que venganza tome.

ISABELA.

Calla, mujer maldita:
Vete de mi presencia; que me has muer-
Mas si el dolor te incita, [to.
No tienes culpa tú, prosigue el cuento(1).

TISBEA.

La dicha fuera mia....

ISABELA.

; Mal haya la mujer que en hombre fia!
; Quién tiene de ir contigo?

TISBEA.

Un pescador anciano, un pobre padre,
De mis males testigo.

ISABELA.

No hay venganza que a mal tanto le cua-
Ven en mi compañía. [dre.

TISBEA.

; Mal haya la mujer que en hombre fia!
— (Vase.)

(Quattro ó nave de una iglesia de Sevilla, y en
una capilla el sepulcro del Comendador con
la estatua del difunto.)

ESCENA X.

DON JUAN, CATALINON.

CATALINON.

Todo en mal estado está.

DON JUAN.

; Cómo?

CATALINON.

Que Octavio ha sabido

La traición de Italia ya,
Y el de la Mota ofendido
De ti justas quejas da,
Y dice que fué el recado
Que de su prima le diste,
Fingido y disimulado,
Y con su capa emprendiste
La traición que le ha infamado.
Dicen que viene Isabela
A que seas su marido,
Y dicen....

DON JUAN. (Dándole un bofetón.)

Calla.

CATALINON.

Una muela

En la boca me has rompido.

DON JUAN.

Hablador, ¿quién te revela
Tanto disparate junto?

CATALINON.

Verdades son.

(1) No consueña con muerto: aquí deben fal-
lar algunos versos, de los cuales seria el último
de la dicha fuera mia, que así aislado no
significa nada.

DON JUAN.

No pregunto

Si lo son. Cuando me mate
Octavio, ¿estoy yo difunto? (2)
; No tengo manos tambien? —
; Dónde me tienes posada?

CATALINON.
En la calle oculta.

DON JUAN.

Bien.

CATALINON.

La iglesia es tierra sagrada.

DON JUAN.

Di que de día me dén
En ella la muerte. — ; Viste
Al novio de Dos-Hermanas?

CATALINON.

Tambien le vi, ansiado y triste.

DON JUAN.

Aminta estas dos semanas
No ha de caer en el chiste.

CATALINON.

Tan bien engañada está,
Que se llama Doña Aminta.

DON JUAN.

Graciosa burla será.

CATALINON.

Graciosa burla y sucinta;
Mas siempre la llorará.
(Reparan en el sepulcro.)

DON JUAN.

; Qué sepulcro es este?

CATALINON.

Aquí

Don Gonzalo está enterrado.

DON JUAN.

Este es al que muerte di.
; Gran sepulcro le han labrado!

CATALINON.

Ordenólo el Rey así.
; Cómo dice este letrado?

DON JUAN. (Lee.)

Aquí aguarda del Señor
El mas leal caballero
La venganza de un traidor.
Del mote reirne quiero.
; De mi os habeis de vengar,
(Asiendo la barba á la estatua.)
Buen viejo, barbas de piedra?

CATALINON.

No se las podras pelar:
Que en barbas muy fuertes medra.
DON JUAN. (Dirigiéndose á la estatua.)
Aquesta noche á cenar
Os aguardo en mi posada;
Allí el desafio harémos,
Si la venganza os agrada;
Aunque mal reñir podrémos,
Si es de piedra vuestra espada.

CATALINON.

Ya, señor, ha anochecido:
Vámonos á recoger.

DON JUAN.

Larga esta venganza ha sido;
Si es que vos la habeis de hacer,
Importa no estar dormido;
Que si á la muerte aguardais
La venganza, la esperanza
Ahora es bien que perdais;
Pues vuestro enojo y venganza
Tan largo me lo fiáis. (Vase.)

(2) A esta quintilla falta un verso que consueña
con mate; pero probablemente el inciso, cuando
me mate Octavio, está equivocado. Sin duda que
hombre á quien matan está difunto. No aparece
bien escrita esta comedia; pero muchos detalles
que en ella se leen, deben ser, no del autor, sino
del copiante por cuyo manuscrito se hizo la im-
presión.

Sala en casa de Don Juan.

ESCENA XI.DOS CRIADOS *de Don Juan, que ponen la mesa.*

CRIADO 1.º

Quiero apercebir la pieza;
Que vendrá á cenar Don Juan.

CRIADO 2.º

Puestas las mesas están.
¿Qué flema tiene, si empieza!
Ya tarda, como solía,
Mi señor; no me contenta:
La bebida se calienta,
Y la comida se enfria.
¿Mas quién á Don Juan ordena
En tal desórden?**ESCENA XII.**

DON JUAN, CATALINON. — Los

CRIADOS.

DON JUAN.

¿Cerraste?

CATALINON.

Ya cerré, como mandaste.

DON JUAN.

Hola, tráiganme la cena.

CRIADO 2.º

Ya está aquí.

DON JUAN.

Catalinon,

Siéntate.

CATALINON.

Yo soy amigo

De cenar despacio.

DON JUAN.

Digo

Que te sientes.

CATALINON.

La razon

Haré.

CRIADO 1.º (Ap.)

Tambien es camino
Este, si come con él.

DON JUAN.

Siéntate. (*Dan un golpe dentro.*)

CATALINON.

Golpe es aquel.

DON JUAN.

Que llamaron imagino.

Mira quién es. (*A un criado.*)

CRIADO 1.º

Voy volando.

CATALINON.

¿Si es la justicia, señor?

DON JUAN.

Sea: no tengas temor.

(*Vuelve el criado huyendo, sin acer-*
tar á hablar.)

¿Quién es? ¿De qué estás temblando?

CATALINON.

De algun mal da testimonio.

DON JUAN.

Mal mi cólera resisto.

Habla, responde: ¿qué has visto?

¿Asombróte algun demonio?

Vé tú, y mira aquella puerta:

Presto, acaba. (*A Catalinon.*)

CATALINON.

¿Yo?

DON JUAN.

Tú, pues.

Acaba, menea los pies.

¿No vas?

CATALINON.

¿Quién tiene las llaves (1)
De la puerta?

CRIADO 2.º

Con la aldaba
Está cerrada, no mas.

DON JUAN.

¿Qué tienes? ¿Por qué no vas?

CATALINON. (Ap.)

Hoy Catalinon acaba.

¿Mas si las forzadas vienen

A vengarse de los dos?

(*Vase Catalinon, y vuelve al punto cor-*
riendo; cae y levántase.)

DON JUAN.

¿Qué es eso?

CATALINON.

¡Válgame Dios!

¿Que me matan, que me tienen!

DON JUAN.

¿Quién te tiene? ¿Quién te mata?

¿Qué has visto?

CATALINON.

Señor, yo allí...

Vide... Cuando luego fui... —

¿Quién me ase? ¿quién me arrebató—

Llegué, cuando... despues, ciego...

Cuando vi, le juro á Dios...

Hable y digo: ¿quién sois vos?

Respondió, respondi luego...

Topé y vide...

DON JUAN.

¿A quién?

CATALINON.

No sé.

DON JUAN.

¿Cómo el vino desatina!

Dame la vela, gallina,

Y yo á quien llama veré.

ESCENA XIII.

DON GONZALO, en estatua. — DICHOS.

(*Toma la vela Don Juan, y llega á la*
puerta; sútele al encuentro Don Gon-
zalo en la forma que estaba en el
sepulcro, y Don Juan se retira atras
turbado, empuñando la espada, y en
la otra mano la vela; Don Gonzalo
va hácia él con pasos menudos, y al
compas Don Juan retirándose, hasta
estar en medio del teatro.)

¿Quién va?

DON JUAN.

DON GONZALO.

Yo soy.

DON JUAN.

¿Quién sois vos?

DON GONZALO.

Soy el caballero honrado

Que á cenar has convidado.

DON JUAN.

Cena habrá para los dos;

Y si vienen mas contigo,

Para todos cena habrá.

Ya puesta la mesa está:

Siéntate.

CATALINON.

Dios sea conmigo.

¿San Panuncio! ¿San Anton!

Pues; los muertos comen? di.

Por señas dice que sí.

DON JUAN.

Siéntate, Catalinon.

CATALINON.

No, señor: yo lo recibo

(1) Verso sin consonancia.

Por cenado.

DON JUAN.

Es desconcierto.

¿Qué temor tienes á un muerto?

¿Qué hicieras estando vivo?

¿Necio y villano temor!

CATALINON.

Cena con tu convidado;

Que yo, señor, ya he cenado.

DON JUAN.

¿He de enojarme?

CATALINON.

Señor,

Vive Dios, que huelo mal.

DON JUAN.

Llega, que aguardando estoy.

CATALINON. (Ap.)

Yo pienso que muerto soy,

Y está muerto mi arrabal.

(*Tiemban los criados.*)

DON JUAN.

Y vosotros, ¿qué decís?

¿Qué haceis? ¿Necios! ¿temblar?

CATALINON.

Nunca quisiera cenar

Con gente de otro pais.

¿Yo, señor, con Convidado

De piedra?

DON JUAN.

¿Necio temer!

Si es piedra, ¿qué te ha de hacer?

CATALINON.

Dejarme descalabrado.

DON JUAN.

Háblale con cortesía.

CATALINON. (*A Don Gonzalo.*)

¿Está bueno? ¿Es buena tierra

La otra vida? ¿Es llano ó sierra?

¿Prémíase allá la poesia?

CRIADO 1.º

A todo dice que si

Con la cabeza.

CATALINON.

¿Hay allá

Muchas tabernas? Si habrá,

Si no se reside allí.

DON JUAN.

Hola, daduos de beber.

CATALINON.

Señor muerto, ¿allá se bebe

(*Baja la estatua la cabeza.*)

Con nieve? ¿Ah! ¿sí, que hay nieve!

Buen pais.

DON JUAN. (*Al Comendador.*)

Si oír cantar

Quereis, cantarán.

(*El Comendador baja la cabeza.*)

CRIADO 2.º

Sí, dijo.

DON JUAN.

Cantad.

CATALINON.

Tiene el seor muerto

Buen gusto.

CRIADO 1.º

Es noble por cierto,

Y amigo de regocijo.

(*Cantan dentro.*)

Si de mi amor aguardais,

Señora, de aquesta suerte,

El galardón en la muerte,

¿Qué largo me lo fasis!

CATALINON.

O es sin duda veraniego

El seor muerto, ó debe ser

Hombre de poco comer:

Temblando al plato me llevo.
Poco beben por allá ;
Yo beberé por los dos.
Brindis de piedra, por Dios,
Ménos temór tengo ya.

(Cantan.)

*Si ese plazo me convida
Para que gozaros pueda,
Pues larga vida me queda,
Dejad que pase la vida.
Si de mi amor aguardais,
Señora, de aquesta suerte,
El galardón en la muerte,
¡Qué largo me lo fiais!*

CATALINON.

¿Con cuál de tantas mujeres
Como has burlado, señor,
Hablan?

DON JUAN.

De todas me río,
Amigo, en esta ocasión. —
En Nápoles á Isabela....

CATALINON.

Esa ya no está, señor,
Burlada, porque se casa
Contigo, como es razón. —
Burlaste á la pescadora
Que del mar te redimió.
Pagándole el hospedaje
En moneda de rigor:
Burlaste á Doña Ana.

DON JUAN.

Calla,
Que hay parte aquí que lastó
Por ella, y vengarse aguarda.

CATALINON.

Hombre es de mucho valor,
Que él es piedra, tú eres carne
No es buena resolución.

(Don Gonzalo hace señas de que se
quite la mesa y queden solos.)

DON JUAN.

Hola, quitad esa mesa,
Que hace señas que los dos
Nos quedemos, y se vayan
Los demas.

CATALINON. (Ap. á su amo.)

¡Malo! Por Dios,

No te quedes, porque hay muerto
Que mata de un mojicon
A un gigante.

DON JUAN.

Salios todos.

A ser yo Catalinon... —
Vete, que viene.

(Vanse los criados, y quedan solos Don
Juan y Don Gonzalo, que le hace se-
ñas para que cierre la puerta.)

ESCENA XIV.

DON JUAN, DON GONZALO.

DON JUAN.

La puerta

Ya está cerrada; ya estoy
Aguardando; di, ¿qué quieres,
Sombra, ó fantasma ó vision?
Si andas en pena, ó si aguardas
Alguna satisfaccion
Para tu remedio, dílo;
Que mi palabra te doy
De hacer lo que me ordenares.
¿Estás gozando de Dios?
¿Dite la muerte en pecado?
Habla, que suspensó estoy.

DON GONZALO. (Hablando paso como cosa
del otro mundo.)

¿Cumplirásme una palabra
Como caballero?

DON JUAN.

Honor

Tengo, y las palabras cumplo,
Porque caballero soy.

DON GONZALO.

Dame esa mano; no teñas.

DON JUAN.

¿Eso dices? ¿yo temor?
Si fueras el mismo infierno,
La mano te diera yo. (Dale la mano.)

DON GONZALO.

Bajo esta palabra y mano,
Mañana á las diez te estoy
Para cenar aguardando.

¿Irás?

DON JUAN.

Empresa mayor
Entendi que me pedías.
Mañana tu huésped soy.
¿Dónde he de ir?

DON GONZALO.

A mi capilla.

DON JUAN.

¿Iré solo?

DON GONZALO.

No, los dos;
Y cúmpleme la palabra
Como la he cumplido yo.

DON JUAN.

Digo que la cumpliré,
Que soy Tenorio.

DON GONZALO.

Yo soy

Ulloa.

DON JUAN.

Yo iré sin falta.

DON GONZALO

Y yo lo creo: adios. (Va á la puerta.)

DON JUAN.

Aguarda, iréte alumbrando.

DON GONZALO.

No alumbres, que en gracia estoy.

(Vase muy poco á poco, mirando á Don
Juan, y Don Juan á él, hasta que
desaparece, y queda Don Juan con
pavor.)

ESCENA XV.

DON JUAN.

¡Válgame Dios! Todo el cuerpo
Se ha bañado de un sudor,
Y dentro de las entrañas
Se me hiela el corazón.
Cuando me tomé la mano,
De suerte me la apretó,
Que un infierno parecía:
Janas vide tal calor.
Un aliento respiraba,
Organizando la voz,
Tan frío, que parecía
Infernal respiración.
Pero todas son ideas
Que da á la imaginación
El temor; y tener muertos
Es muy villano temor;
Que si un cuerpo noble, vivo,
Con potencias y razón
Y con alma, no se teme,
¿Quién cuerpos muertos temió?
Mañana iré á la capilla
Donde convidado soy,
Porque se admire y espante
Sevilla de mi valor.

(Vase.)

Salon del alcazar.

ESCENA XVI.

EL REY, DON DIEGO TENORIO,
ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

¿Llegó al fin Isabela?

DON DIEGO.

Y disgustada.

REY.

Pues ¿no ha tomado bien el casamiento?

DON DIEGO.

Siente, señor, el nombre de infamada.

REY.

De otra causa procede su tormento.

¿Dónde está?

DON DIEGO.

En el convento está alojada
De las Descalzas.

REY.

Salga del convento

Luego al punto; que quiero que en pala-
Asista con la Reina mas despacio. [cío

DON DIEGO.

Si ha de ser con Don Juan el desposorio,
Manda, señor, que tu presencia vea.

REY.

Véame, y galán salga; que notorio
Quiero que este placer al mundo sea.
Conde será desde hoy Don Juan Tenorio
De Lebrija; él la mande y la posea;
Que si Isabela á un duque corresponde,
Ya que ha perdido un duque, gane un
DON DIEGO. [conde.

Y por esta merced tus piés besamos.

REY.

Mi favor mereceis nias dignamente,
Que si aquí los servicios ponderamos
Me quedo atras con el favor presente
Pareceme, Don Diego, que hoy hagamos
Las bodas de Doña Ana juntamente.

DON DIEGO.

¿Con Octavio?

REY.

No es bien que el duque Octavio
Sea el restaurador de aqueste agravio.
Doña Ana con la Reina me ha pedido
Que perdone al Marques, porque Doña

[Ana,

Ya que el padre murió, quiere marido,
Porque si le perdió, con él le gana.
Ireis con poca gente y sin ruido
Luego á hablarle á la fuerza de Triana:
Por su satisfaccion y por abono
De su agraviada prima, le perdono.

DON DIEGO.

Ya he visto lo que tanto deseaba.

REY.

Que esta noche ha de ser, podéis decirle,
Los desposorios.

DON DIEGO.

Todo en bien se acaba.
Fácil será al Marques el persuadirle;
Que de su prima amartelado estaba.

REY.

Tambien podeis á Octavio prevenirle.
Desdichado es el Duque con mujeres:
Son todas opinion y pareceres.
Haime dicho que está muy enojado
Con Don Juan.

DON DIEGO.

No me espanto, si ha sabido
De Don Juan el delito averiguado,
Que la causa de tanto daño ha sido.
El Duque viene.

REY.

No dejes mi lado,
Que en el delito sois comprendido

ESCENA XVII.

EL DUQUE OCTAVIO. — DICHOS.

OCTAVIO.

Los piés, invicto Rey, me dé tu alteza.

REY.

Alzad, Duque, y cubrid vuestra cabeza.
¿Qué pedis?

OCTAVIO.

Vengo á pedirlos,
Postrado ante vuestras plantas,
Una merced, cosa justa,
Digna de serme otorgada.

REY.

Duque, como justa sea,
Digo que os doy mi palabra
De otorgárosla; pedid.

OCTAVIO.

Ya sabes, señor, por cartas
De tu embajador, y el mundo
Por la lengua de la fama
Sabe, que Don Juan Tenorio,
Con española arrogancia,
En Nápoles una noche,
Para mi noche tan mala,
Con mi nombre profanó
El sagrado de una dama.

REY.

No paseis mas adelante:
Ya supe vuestra desgracia.
En efecto, ¿qué pedis?

OCTAVIO.

Licencia que en la campaña
Dolienda como es traidor.

DON DIEGO.

Eso no; su sangre clara
Es tan honrada.....

REY.

Don Diego.....

DON DIEGO.

Señor.....

OCTAVIO.

¿Quién eres, que hablas
En la presencia del Rey
Desa suerte?

DON DIEGO.

Soy quien calla
Porque me lo manda el Rey;
Que si no, con esta espada
Te respondiera.

OCTAVIO.

Eres viejo.

DON DIEGO.

Ya he sido mozo en Italia,
A vuestro pesar, un tiempo:
Ya conocieron mi espada
En Nápoles y en Milan.

OCTAVIO.

Tienes ya la sangre helada:
No vale fui, sino soy.

DON DIEGO.

Pues fui y soy. (*Empuña la espada.*)

REY.

Tened, basta:
Bueno está: callad, Don Diego;
Que á mi persona se guarda
Poco respeto: y vos, Duque,
Después que las bodas se hagan,
Mas despacio me hablaréis.
Gentilhombre de mi cámara
Es Don Juan y hechura mia,
Y de aqueste tronco rama:
Mirad por él.

OCTAVIO.

Yo lo haré,
Gran señor, como lo mandas.

REY.

Venid conmigo, Don Diego.

DON DIEGO. (*Ap.*)¿Ay hijo! ¿qué mal me pagas
El amor que te he tenido!

REY.

Duque....

OCTAVIO.

Gran señor....

REY.

Mañana

Vuestras bodas se han de hacer.

OCTAVIO.

Háganse, pues tú lo mandas.

(*Vanse el Rey, Don Diego y el acomodamiento.*)

ESCENA XVIII.

GASENO, AMINTA. — OCTAVIO.

GASENO.

Ese señor nos dirá
Donde está Don Juan Tenorio.—
Señor, ¿si está por acá
Un Don Juan, de quien notorio
Ya su apellido será?

OCTAVIO.

Don Juan Tenorio diréis.

AMINTA.

Sí, señor, ese Don Juan.

OCTAVIO.

Aquí está: ¿qué le quereis?

AMINTA.

Es mi esposo ese galán.

OCTAVIO.

¿Cómo?

AMINTA.

¿Pues no lo sabeis,
Siendo del alcázar vos?

OCTAVIO.

No me ha dicho Don Juan nada.

GASENO.

¿Es posible?

OCTAVIO.

Sí, por Dios.

GASENO.

Doña Aminta es muy honrada,
Cuando se casen los dos;
Que cristiana vieja es
Hasta los huesos, y tiene
De la hacienda el interés
Que en Dos-Ihermanas mantiene (1),
Mas bien que un conde ó marques.
Casóse Don Juan con ella,
Y quitósla á Patricio.

AMINTA.

Decid como fui doncella
A su poder.

GASENO.

No es juicio
Esto, ni aquesta querella.

OCTAVIO.

(*Ap. Esta es burla de Don Juan,
Y para venganza mia,
Estos diciéndola están.*)
¿Qué pedis al fin?

GASENO.

Quería,
Porque los dias se van,
Que se hiciese el casamiento,
Ó querellarme ante el Rey.

OCTAVIO.

Digo que es justo ese intento.

GASENO.

Y razon y justa ley.

OCTAVIO.

(*Ap. Medida á mi pensamiento
Ha venido la ocasion.*)
En el alcázar tenemos
Bodas.

(1) Suplido.

AMINTA.

¿Si las mías son?

OCTAVIO.

Quiero, para que acertemos,
Valerme de una invencion.
Venid donde os vestiréis,
Señora, á lo cortesano,
Y á un cuarto del Rey saldréis
Conmigo.....

AMINTA.

Vos de la mano

A Don Juan me llevaréis.

OCTAVIO.

Que desta suerte es cautela.

GASENO.

El arbitrio me consuela.

OCTAVIO. (*Ap.*)Estos venganza me dan
De aqueste traidor Don Juan
Y el agravio de Isabela. (*Vanse.*)—
Calle, con vista de la iglesia donde está sepul-
tado el Comendador.

ESCENA XIX.

DON JUAN, CATALINON.

CATALINON.

¿Cómo el Rey te recibió?

DON JUAN.

Con mas amor que mi padre.

CATALINON.

¿Viste á Isabela?

DON JUAN.

Tambien.

CATALINON.

¿Cómo viene?

DON JUAN.

Como un ángel.

CATALINON.

¿Recibióte bien?

DON JUAN.

El rostro

Bañado de leche y sangre,
Como la rosa que al alba
Despierta y las hojas abre.

CATALINON.

Al fin ¿esta noche son
Las bodas?

DON JUAN.

Sin falta.

CATALINON.

Fiambres

Son: mas no lo hubieran sido,
Si no la engañaras ántes.
..... (2).Pero tú tomas esposa,
Señor, con cargas muy grandes.

DON JUAN.

Di: ¿comienzas á ser necio?

CATALINON.

Y podrás muy bien casarte
Mañana; que hoy es mal día.

DON JUAN.

Pues ¿qué día es hoy?

CATALINON.

Es martes.

DON JUAN.

Mil embusteros y locos
Dan en esos disparates.
Solo aquel llamo mal día,
Aciago y detestable,
En que no tengo dineros;
Que lo demas es donaire.

(3) Falta algo: en la edicion antigua dice:

Flambres
Hubieran sido: no hubieras,
Señor, engañado á tantas.—

No hay asonancia.

CATALINON.
Vamos, si te has de vestir,
Que te aguardan, y ya es tarde.

DON JUAN.
Otro negocio tenemos
Que hacer, aunque nos aguarden.

CATALINON.
¿Cuál es?

DON JUAN.
Cenar con el muerto.

CATALINON.
Necedad de necedades.

DON JUAN.
¿No ves que di mi palabra?

CATALINON.
Y cuando se la quebrantes,
¿Qué importará? ¿Ha de pedirte
Una figura de jaspe
La palabra?

DON JUAN.
Podrá el muerto
Llamarme á voces infame.

CATALINON.
Ya está cerrada la iglesia.

DON JUAN.
Llama.

CATALINON.
¿Qué importa que llame?
¿Quién tiene de abrir? que están
Durmiendo los sacristanes.

DON JUAN.
Llama á este postigo.

CATALINON.
¡Abierto

Está!

DON JUAN.
Pues entra.

CATALINON.
Entre un fraile
Con su hisopo y estola.

DON JUAN.
Sígueme y calla.

CATALINON.
¿Que calle?

DON JUAN.
Sí
Catalinon.
Ya calló. Dios en paz
Dostos convites me saque.

(*Entran por un lado y salen por otro.*)

Interior de la Iglesia.

ESCENA XX.

DON JUAN, CATALINON.

CATALINON.
¿Qué oscura que está la iglesia.
Señor, para ser tan grande!—
¡Ay de mí! Temme, señor,
Porque de la capa me asen.

ESCENA XXI.

DON GONZALO, *que sale como antes,
y se encuentra con DON JUAN y
CATALINON.*

DON JUAN.
¿Quién va?

DON GONZALO.
Yo soy.

CATALINON.
¡Muerto estoy!

DON GONZALO.
El muerto soy, no te espantes.
No entendí que me cumplirías
La palabra, según haces
De todos burla.

DON JUAN.
¿Me tienes
En opinion de cobarde?

DON GONZALO.
Sí, que aquella noche huiste
De mí, cuando me mataste.

DON JUAN.
Huí de ser conocido;
Mas ya me tienes delante.
Di presto lo que me quieres.

DON GONZALO.
Quiero á cenar convidarte.

CATALINON.
Aqui excusamos la cena;
Que todo ha de ser hambre,
Pues no parece cocina.

(1)
DON JUAN.
Cenemos.

DON GONZALO.
Para cenar
Es menester que levantes
Esa tumba.

DON JUAN.
Y si te importa,
Levantaré estos pilares.

DON GONZALO.
Valiente estás.

DON JUAN. (*Alzando por un extremo el
túmulo, que se vuelca con facilidad,
y deja descubierta una mesa negra
aparáda.*)

Tengo brio
Y corazon en las carnes.

CATALINON.
Mesa de Guinea es esta.
Pues ¿no hay por allá quien lave?

DON GONZALO.
Siéntate.

DON JUAN.
¿Dónde?

CATALINON.
Con sillas
Vienen ya dos negros pajes.
(*Salen dos entulados con sillas.*)

¿Tambien acá se usan lutos
Y bayeticas de Flandes?

DON JUAN.
Siéntate tú.

CATALINON.
¿Yo, señor?

DON GONZALO.
He merendado esta tarde.

No repliques.

CATALINON.
No replico.
Ap. Dios en paz desto me saque.)

¿Qué plato es este, señor?

DON GONZALO.
Este plato es de alacranes
Y víboras.

CATALINON.
¿Gentil plato!

DON GONZALO.
Estos son nuestros manjares.

¿No comes tú?

DON JUAN.
Comeré,
Si me dieres áspid, áspides
Cuantos el infierno tiene.

DON GONZALO.
Tambien quiero que te canten.

CATALINON.
¿Qué vino beben acá?

DON GONZALO.
Pruébalo.

(1) Hay falta, ó sobra el verso anterior.

CATALINON.
Hiel y vinagre
Es este vino.

DON GONZALO.
Este vino
Exprimen nuestros lagares.

(*Cantan dentro.*)
Advertan los que de Dios
Juzgan los castigos grandes,
Que no hay plazo que no llegue,
Ni deuda que no se pague.

CATALINON. (*Ap. á su amo.*)

¡Malo es esto! Vive Cristo,
Que he entendido este romance,
Y que con nosotros habla.

DON JUAN. (*Ap.*)
Un hielo el pecho me abrasa (2).

(*Cantan.*)
Mientras en el mundo viva,
No es justo que diga nadie:

¿Qué largo me lo fiais!
Siendo tan breve el cobrarse.

CATALINON.
¿De qué es este guisadillo?

DON GONZALO.
De uñas.

CATALINON.
De uñas de sastre

Será, si es guisado de uñas.

DON JUAN.
Ya he cenado: haz que levanten
La mesa.

DON GONZALO.
Dáme esa mano.

No temas la mano darme.

DON JUAN.
¿Eso dices? ¿Yo temor?

(*Le da la mano.*)
¿Que me abraso! No me abrases
Con tu fuego.

DON GONZALO.
Este es poco

Para el fuego que buscaste.
Las maravillas de Dios

Son, Don Juan, investigables,
Y así quiere que tus calpas

A manos de muerto pases (3).
Esta es justicia de Dios:

Quien tal hace, que tal pague.

DON JUAN.
¿Que me abraso! No me aprietes.

Con la daga he de matarte.

Mas ¡ay, que me causo en vano
De tirar golpes al aire!

—A tu hija no ofendi;
Que vió mis engaños antes.

DON GONZALO.
No importa, que ya pusiste
Tu intento.

DON JUAN.
Deja que llame
Quien me confiese y absuelva.

DON GONZALO.
No hay lugar, ya acuerdas tarde.

DON JUAN.
¿Que me quemó! Que me abrasó!

Muerto soy. (*Cae muerto.*)

CATALINON.
No hay quien se escape;

Que aquí tengo de morir
Tambien por acompañarte.

(2) Verso suelto.
(3) Después de este verso hay en la edicion
anigua el siguiente:

Y si pugas desta suerte,
Y continúa:
Esta es justicia de Dios, etc.

DON GONZALO.

Esta es justicia de Dios:
 Quien tal hizo, que tal pague.
*(Húndese con gran ruido el sepulcro
 con Don Juan y Don Gonzalo, y cae-
 se Catalinon al suelo.)*

CATALINON.

¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?
 Toda la capilla se arde,
 Y con el muerto he quedado,
 Para que le vele y guarde.
 Arrastrando, como pueda,
 Iré á avisar á su padre.
 ¡San Jorge! ¡San Agnus Dei!
 Sacadme en paz á la calle.

(Vase arrastrando.)

Salon del alcázar.

ESCENA XXII.

EL REY, DON DIEGO. — ACOMPAÑAMIENTO.

DON DIEGO.

Va el Marques, señor, espera
 Besar vuestros piés reales.

REY.

Entre luego, y avisad
 Al Conde, porque no aguarde.

ESCENA XXIII

PATRICIO, GASENO. — DICHOS.

PATRICIO.

¿Dónde, señor, se permiten
 Desenvolturas tan grandes?
 ¿Que tus criados afrenten
 A los hombres miserables!

REY.

¿Qué dices?

PATRICIO.

Don Juan Tenorio,
 Alevoso y detestable,
 La noche del casamiento,
 Antes que le consumiese,
 A mi mujer me quitó.
 Testigos tengo delante.

ESCENA XXIV.

TISBEA, ISABELA. — DICHOS.

TISBEA.

Si vuestra Alteza, señor,

De Don Juan Tenorio no hace
 Justicia, a Dios y á los hombres,
 Mientras viva, he de quejarme.
 Derrotado le echó el mar,
 Dile vida y hospedaje,
 Y pagóme esta amistad
 Con mentirme y engañarme
 Con nombre de mi marido.

REY.

¿Qué dices?

ISABELA.

Dice verdades.

ESCENA XXV.

AMINTA, EL DUQUE OCTAVIO. —

DICHOS.

AMINTA.

¿Adónde mi esposo está?

REY.

¿Quién es?

AMINTA.

¿Pues aun no lo sabe?

El señor Don Juan Tenorio,
 Con quien vengo a desposarme,
 Porque me debe el honor,
 Y es noble, y no ha de negarle.
 Mandad que nos desposemos (1).

ESCENA XXVI.

EL MARQUES DE LA MOTA. — DICHOS.

MOTA.

Pues es tiempo, gran señor,
 Que á luz verdades se saquen.
 Sabrás que Don Juan Tenorio
 La culpa que me imputaste
 Tuvo él, pues como amigo
 Pudo el cruel engañarme,
 De que tengo dos testigos.

REY.

¿Hay desvergüenza tan grande!
 Prendedle, y matadle luego (2).

DON DIEGO.

En premio de mis servicios
 Haz que le prendan, y pague
 Sus culpas, porque del cielo
 Rayos contra mí no bajen,
 Si es mi hijo tan malo.

REY.

¿Esto mis privados hacen!

(1) (2) Para el romance sobran estos dos versos, y para el diálogo no hacen falta.

ESCENA XXVII.

CATALINON. — DICHOS.

CATALINON.

Señores, todos, oid
 El suceso mas notable
 Que en el mundo ha sucedido,
 Y en ovedóme, matadme.
 Don Juan al Comendador
 Haciendo burla una tarde,
 Despues de haberle quitado
 Las dos preudas que mas valen,
 Tirando al bulto de piedra
 La barba, por ultrajarle,
 A cenar le convidó:
 ¡Nunca fuera á convidarle!
 Fué el bulto, y á él convidóle;
 Y ahora (porque no os canse)
 Acabando de cenar,
 Entre mil presagios graves,
 De la mano le tomó
 Y le aprieta hasta quitarle
 La vida, diciendo: «Dios
 Me manda que así te mate,
 Castigando tus delitos.
 Quien tal hace, que tal pague.»

REY.

¿Qué dices?

CATALINON.

Lo que es verdad:
 Diciendo ántes que acabase,
 Que á Doña Ana no debía
 Honor: que le oyeron ántes
 Del engaño.

MOTA.

Por las nuevas,
 Mil albricias pienso darte.

REY.

¡Justo castigo del cielo!
 Y ahora es bien que se casen
 Todos, pues la causa es muerta,
 Vida de tantos desastres.

OCTAVIO.

Pues ha envidiado Isabela,
 Quiero con ella casarme.

MOTA.

Yo con mi prima.

PATRICIO.

Y nosotros
 Con las nuestras, porque acabe
El Convidado de piedra.

REY.

Y el sepulcro se traslade
 En San Francisco en Madrid,
 Para memoria mas grande.

EL REY DON PEDRO EN MADRID, Y EL INFANZON DE ILLESCAS.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO DE CASTILLA.
TELLO GARCIA.
LA SOMBRA DE UN CLERIGO.
DON ENRIQUE.
DON RODRIGO.
DOÑA LEONOR.
ELVIRA.
GINESA.

BUSTO SANCHEZ.
DON FERNANDO.
DON JUAN.
DON ALONSO.
FORTUN.
MENDOZA.
UN ALFEREZ.
UN CONTADOR.

UN ARBITRISTA.
CLORINDO.
DON GIL.
DON DIEGO.
DON MARTIN.
CRIADOS.
MÉSCOS.
CABALLEROS. — PAJES. — PUEBLO.

La escena es en las inmediaciones de Leganés y de Madrid, en esta villa y en la de Illescas.

ACTO PRIMERO.

Campo inmediato al camino de Leganés a Madrid.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, *de labradora; luego GINESA, y despues BUSTO.*

ELVIRA.

Verdes campos de Madrid,
Almas desta soledad,
Mis suspiros animad
Y mis lagrimas sentid.
Oid mis quejas, oid
El mas bárbaro rigor
De los desprecios de amor:
En mi agravio os suspended,
O el sentir entorpeced,
Que es el remedio mayor.
(*Sale Ginesa de villana.*)

GINESA.

¡Cielos! ¡que tan poca fe
Hay en los hombres! Reniego
De sus fingimientos: ¡fuego
En amor, que viento fue!
Llamas el abismo dé
Sobre el mundo, desatado
Tanto, que habiendo abrasado
Feroz, activo y cruel
Todos los hombres, en él
Aun quedo el fuego sobrado.
(*Sale Busto, de labrador bizarro, con gaban de seda.*)

BUSTO.

Flores, que hacéis vuestras bellas
Hojas del nácar agravios,
Dejad que medren mis labios
Las perlas que logran ellas.
El sol llora: el sol da estrellas,
Esferas verdes haciendo,
Las azules desluciendo
Con las que les va negando;
Y de ver el sol llorando,
Se están los campos riendo
¡Ay! ¡Quién, lágrimas divinas,
Cuántas sois almas os diera,
Con que amor desprecio hiciera
De las conchas matutinas!
Perlas merecen espinas,
Que ilustrar pudieran mayos:
Pero como son ensayos
De los rayos de sus ojos,
En fugitivos despojos,
Pasan de rayos a rayos.

ELVIRA.

¿En quién podré hallar aquí,
En tan graves desconsuelos,
Amparo y justicia, cielos?

BUSTO.

En mí, pues vives en mí.

ELVIRA.

¡Ay Dios!

BUSTO.

¿Tú pierdes así
Lágrimas que al sol desatas?
¿Son generosas ó ingratas?
Dime si al cielo te quejas,
Elvira, por los que dejas
Con vida, ó por los que matas.

GINESA.

Hombre, déjalos aquí.

BUSTO.

Pues ¿qué hay en mí que te asombre?

GINESA.

La parte que tienes de hombre.

BUSTO.

Hombre soy.....

GINESA.

Pues fuego en tí.

BUSTO.

Amor es incendio en mí.

GINESA.

Ese se apaga en tus labios;
Que amor con engaños sabios
Tiene, animando rigores,
En la boca los favores

Y en el pecho los agravios.

No puede tratar verdad

El hombre, aunque mas te asombró

Pues tiene en el primer hombre

El mentir su antigüedad.

Mentira es su majestad:

Mentira es su perfección:

Sus lágrimas, su aliecion,

Sus acciones son mentiras:

Al fin, cuantos hombres miras,

Vivientes mentiras son.

Mentira en Adán se hicieron,

Cuando en él se derivaron.

Porque si en Adán pecaron,

También en Adán mintieron.

Mentiras en Adán fueron,

Y Dios que en Adán las mira,

La mujer con que le admira,

Cuando durmiendo lo vió,

De la espalda le sacó,

Huyendo de su mentira.

BUSTO.

¿Quién, Ginesa, te ha mentado?

GINESA.

Tú, por lo que de hombre tienes.

ELVIRA.

Busto, si por perlas vienes,
Tú seas muy bien venido.

BUSTO.

Lograllas he pretendido;
Mas cuando voy á cogellas,
El alma se abrasa en ellas;
Que abismos de luz haciendo,
Las que perlas van cayendo,
Se van trocando en estrellas.
Pero, mi Elvira, ¿qué es esto?
¿Tú en las soledades lloras?
¿Tú, aumentando las auroras,
Tienes el sol descompuesto?
¿Tú lo aliñado y modesto
De tu compostura excedes?

ELVIRA.

Juzgar en mí llanto puedes,
Busto, cuánta es la pasión,
Para que, en su compasión,
Suspense y piadoso quedes.
Por tí lloro.

BUSTO.

¿Por mí lloras?

¿Es muerto mi amor en tí?

ELVIRA.

Antes no ha logrado en mí
Jamás tan propicias horas.

GINESA.

Si en el llanto me enamoras,
Como aquí me persuades,
No á los campos te traslades.

ELVIRA.

De amor son tales acciones,
Que, como es contemplaciones
Se alegra en las soledades.

GINESA. (*Mirando edentro.*)

¡Válgate el cielo!

ELVIRA.

¿Qué es esto?

GINESA.

Fogoso, espumoso y fiero,
A un bizarro caballero
Un caballo ha descompuesto.

ELVIRA.

En los ijares le ha puesto
Las piernas con tal furor,
Que muerto cayó. — ¡Señor!

(*Busto y Ginesa van á socorrer al caballero.*)

ESCENA II.

EL REY DON PEDRO. — ELVIRA,
BUSTO, GINESA.

REY. (*Dentro.*)
Ansí he de desjarretallo.

BUSTO. (*Dentro.*)
Ya queda muerto el caballo,
Que es la venganza mayor.

(*Sale el Rey con la espada desenvainada, y tras él Ginesa con el sombrero. Despues Busto trayendo la maleta del Rey.*)

ELVIRA.
Envainad, Señor, la espada.
Limpia á su merced, Ginesa.

GINESA.
Tome el sombrero.

ELVIRA.
La priesa
Turba tal vez la jornada.

BUSTO. (*Saliendo.*)
Ya del caballo quitada,
Señor, la mochila queda.

GINESA. (*A Busto.*)
¡Todo es perlas, oro y seda!

ELVIRA.
Si estais fatigado, aquí
Descansad.

REY.
No hay cosa en mí
Que darne fatiga pueda.
Temió el caballo bajar
Esa cumbre, y yo arriméle
La espuela para que vuele:
Quisome precipitar;
Y no dándole lugar
A que otro Facton me hiciese,
Le hice que á mis piés muriese.

ELVIRA.
Ventura y milagro ha sido.

REY.
No es milagro haber caído,
Sino que á esos piés cayese.
¿Cuánto está Madrid de aquí?

ELVIRA.
Dos leguas.

REY.
¿Qué aldea es
Esta?

ELVIRA.
Es, Señor, Leganés.

REY.
¿Sois della?

ELVIRA.
En ella nació.

REY.
¿Hallaré un caballo?

ELVIRA.
Si:
Yo os daré un rocin, que es viento.

REY.
Estimo el ofrecimiento.

GINESA
Yo un pensamiento os daré,
Que de algun necio lo fué,
Y se transformó en jumento.
No hay pollino mas gentil
En este contorno: excede
Al choto mas vivo, y puede
Ser signo del mes de abril;
Y mas si le pica Gil,
Que le conoce las mañas.
Llanos hace las montañas:
Asno es al fin de tal ley,
Que en él, sin vergüenza, el Rey
Puede en Madrid jugar cañas.

—¿Venis vos con él? (1)

REY. Con él
Paso á Madrid.

GINESA.
Tan severo
Y tan galan caballero,
¿Cómo espera premios del?

REY.
¿Por qué no?

GINESA.
Porque cruel,
Castilla á voces lo llama.

REY.
Su justicia el pueblo infamia.

GINESA.
La fama está en la opinion.

REY.
No todas verdades son
Las que acredita la fama;
Y así miente el sedicioso
Vulgo, que en él trueca tierro
La parte de justiciero
Que lo hace ilustre y glorioso.

GINESA.
Si es tan bizarro y airoso
El Rey como vos, no puede
Ser cruel.

REY.
La fama excede,
Tal vez por odio ó malicia,
Lo heroico de la justicia,
De quien la virtud procede.
(*Ap. ¿Cruel es tu Rey, Castilla?
Falso atributo le das.*)
Prevenme el rocin.

(*A Busto.*)

BUSTO.
Verás
Antes de una hora la villa.

REY. (*Dale una sortija.*)
Esta, en cuyos fondos brilla
El sol, del cuidado sea
El premio.

BUSTO.
En mi Elvira emplea
Piedra tan rica y preciosa.

REY.
¿Es tu esposa?

BUSTO.
No es mi esposa,
Aunque el alma lo desea.

REY.
¿Pues quién lo impide?

ELVIRA.
Mi suerte.

BUSTO.
Culpa tus desconfianzas.

ELVIRA.
Amor nuestras esperanzas,
Busto, en lágrimas convierte,
Y así el amarte y quererte
Consiste en menospreciarte;
Que aunque quiero el alma darte,
Porque á mí me está tan bien,
Generosa en el desden,
Consigo el premio de amarte. —
Y no me preguntes mas.

BUSTO.
Suspense obedezco y callo.

GINESA.
Ve á aperebir el caballo.

BUSTO. (*Ap.*)
Amor, enigmas me das.

ELVIRA.
Triste quedo, si lo vas.

BUSTO.
¿Quién nuestras glorias pervierte?

(1) Con el Rey.

ELVIRA.

Ya te he dicho que mi suerte,
De quien no puedes quejarte,
Por quien ya, Busto, el amarte
Consiste en aborrecerte.

BUSTO.
Pues muera yo aborrecido,
Si en eso estriba tu amor;
Que en ti adoraré el rigor
Y idolatraré el olvido.

Ya, Elvira, ofensas te pido,
Amando desengañado.

ELVIRA.
Mas vale, desconfiado
(Aunque son alivios necios),
Ser dichoso con desprecios,
Que con premios desdichado.

(*Vase Busto.*)

ESCENA III.

EL REY, ELVIRA, GINESA.

REY.
No he visto tan nuevo amor.

ELVIRA.
Ilustre puedes llamarlo.

REY.
Antes vil, pues sollicitas
Que se engendre en los engaños.

ELVIRA.
Ilay quien los haga á los pobres.

REY.
Y hay Rey para castigarlos.

ELVIRA.
Si es cruel, como le pintan,
No hará de crueldades caso.

REY.
Calla, que estás neciamente
Su rectitud infamando.

ELVIRA.
¿Que hace justicia?

REY.
Es en él
El atributo mas alto.

ELVIRA.
¿Luego si á sus piés la pido,
Me la hará?

REY.
Causando espanto
A los que cruel lo culpan.

ELVIRA.
¿Y vos sois de sus criados
Persona de quien yo entienda
Que se atreverá á informarlo
En mi justicia?

REY.
No tiene
El Rey, aunque tiene tantos,
Criado que mas estime;
Y cuando verdad le trato,
Hace cuanto yo le pido;
Y así, pues ya está á mi cargo
Vuestro honor, pensad que estais
Con el mismo Rey hablando.

ELVIRA.
Generoso caballero,
En quien lo altivo y bizarro
Con lo animoso compiten
Dese corazon gallardo:
Yo soy desta humilde aldea
Pobre y miserable parto,
Cuyos pajizos albergues
Rien lisonjas de mármol.
Son los mas ricos en ella
Mis padres, si en moderado
Caudal puede haber riqueza,
Que se exima del trabajo,
Criéme modestamente,

Siendo en ejercicios varios,
Ya capitana de ovejas,
Ya soberana de gansos.
Crióse también conmigo
Aquel mancebo, logrando
Tiernas prendas con las horas.
Dulces premios con el trato.
Era una pared la línea
De nuestros favores castos;
Si no conjunción de estrellas,
Armonía de los años.
Con la edad fueron creciendo
Los afectos, pues llegaron
A ser desbocados celos
Los amorosos recatos.
Ufana con sus favores,
Salía á los corros, dando
A las zagalas envidia
Y á los mancebos cuidado.
Desta suerte en paz y amor
Los dos vivíamos, cuando
Un áspid hizo las flores
Conchas de veneno amargo.
Porque un Tello, un infanzon,
Que en lilescas soberano,
Deidad se hace de los montes
Y majestad de los campos;
Dueño en las vidas y haciendas
Poderoso, despreciando
Con atrevimiento loco
Los soberanos mandatos,
No haciendo caso del Rey,
Ni haciendo del cielo caso,
Soberbio á lo poderoso,
Y sacriligo á lo sacro,
Al fin tirano, á quien tiemblan,
Por lo altivo y por lo ingrato,
El decoro en las doncellas
Y el honor en los casados;
Pudo ver mi rostro un día,
Que fué mi mayor contrario;
Que la hermosura en lo humilde
Ocasiona los agravios.
Iba con otras amigas
A Madrid á ver el mayo.
Que entraba florido y verde,
Lisonjero con sus santos,
Donde de plata querria
El Manzanares calzario,
Porque le dejó el abril
Entrar con los pies descalzos.
De palmilla carmesí
Sayuelo y basquiña saco,
Que los tiñó la vergüenza
De competir con mis labios;
Sartas y patenas, donde
Decían que eran mis manos
De cristal, aunque mentían,
Extremos de sus espacios.
Libre á la espalda el caballo
Pendía en listones anchos,
Queriendo al viento lascivo
En ondas de oro anegarlo.
En tres pasamanos presa
Mantellina de damasco,
Donde admiración de fino
Gozar pudo el oro falso.
Una banda en el sombrero
Con matices africanos,
Despojo que honró á mi abuelo
En los moriscos asaltos.
Guardaban el pie en jervillas
Chinelas presas á lazos.
Si encogido en lo pequeño,
Soberbio por lo argentino.
Enramado el jumentillo
Quiso parecer pedazo
De primavera, fingiendo
Áltimeces de caballo.
Así me vió este cruel,
Y así me siguió, alterando
El sosiego á mis amigas

Y á los corros el aplauso.
Seguíame sin decoro,
Hablabame sin reparo,
Ya atrevimientos soberbio,
Ya ternezas reportado.
Hurtóme al tiempo las horas,
Negome al gusto los ratos:
Nunca vi poder tan necio:
Nunca vi día tan largo.
Tardó el sol siglos eternos,
Siendo para mis cuidados
Día de San Bernabé
El día de Santiago.
Huyendo al fin sus rigores,
Dejo el Sotillo y no salgo
Del apénas, cuando tiemblo
Rigores mas temerarios,
Porque siguiéndome, quiere
Fenerme, solicitando
Al paso de sus deseos,
De mi deshonra los pasos.
Pico el jumento confuso,
Y en vez de piear lo paro:
Que pudo alterar entonces
Las acciones el espanto.
Lágrimas vierto, y con ellas
Mas lo enciendo y mas lo abraso:
Que tiene en tales acciones
Mucho de hechicero el llanto.
Ya me detiene amoroso,
Ya me suelta despreciado,
Ya en amenazas se enciende,
Ya se suspende en halagos.
Yo, sin cesar mi camino,
Sabia, solicito engaños,
Porque siempre fué el peligro
La academia de los sabios.
(Si eres poderoso (digo),
Perdóname por lo flaco
Y humilde, que el rayo siempre
Busca chapiteles altos.
Sigue beldad que te iguale;
Que yo en humildades guardo
Hermosura que es de pueblo,
Gallardía que es de campo.
Vanidad tan sin aurora,
Que en sus primeros amagos
Tiene, mal despierta apenas,
Desvalimientos de ocaso.
Igual esposo me espera;
Que amor, llanezas buscando,
Si en las estrellas se engendran,
Se ratifica en el trato.
Permite que en él me goce.
Pues cuanto ves es ensayo
Del puro amor, y a ser viene
Delito el amor incasto.
Mira en disorde armonía
Esos elementos cuatro,
Y el sol en talamos de oro
Espíritu de los astros.
Monstruos de cristal parecen
Las fuentes en los peñascos:
Pompa es la yedra del muro:
Alma es la parra del árbol.
Las palomas, ya zafiros,
Ya copos de espuma blancos,
En arrullos por los picos
Se están las almas brindando.
Fragancias le dan al día
Las flores en holocausto.
Porque en su quietud las deja
Para besos fingir labios.
Todos en su especie, al fin,
Se gozan y anian, que amando
Disformemente, no hiciera
Naturaleza milagros.
Pues si es así, deja que ame
La igualdad, sin ser contrario
Al concierto de las cosas
Que están el mundo aumentando.
Duróno tengo, esposo tengo,

Mañana con él me caso,
Mañana al tálamo viene,
Que de Toledo le aguardo.
Amor en desigualdades
Escarmienta desengaños,
Porque es la humildad pechera,
Y el poder es soberano.
La cruz así del lugar
Descubrimos, y apartarlo
No puedo, que, aunque es demonio,
La cruz no le causa espanto.
Llegó á mi casa tras mí,
Sin modestia, acreditando
A costa de mi opinión
La malicia en los villanos.
Turbo el sosiego á la aldea,
Robó á la noche el descanso,
Siendo de mis pajas fuego,
Siendo de mis puertas Argos.
Fuése al fin, y muchas veces,
En su amor perseverando,
Volvió á la aldea á dar lenguas
A la envidia y al agravio;
Hasta que soberbio y loco,
Poderoso, temerario,
Cruel, sangriento, lascivo,
Resuelto, determinado,
Llegó... Mas hablen los ojos,
Que aquí la lengua acobardo.

GINESA.

¿Agora cobarde? ¿Agora,
Que en la importancia del caso
Estás, callas y enmudeces?

ELVIRA.

Agora enmudezco y callo.

GINESA.

Ya es necio callar. Señor,
Este cruel, este falso,
De quien no hay vida segura,
Y no hay honor reservado:
Este, todo autoridades,
Todo áltimeces y enfados,
Tanto que en lo presumido
Puede ser timbre de hidalgos...
Una noche... ¿Aquí fué Troya!
Sin prevenir el asalto,
Echo las bardas por tierra,
Llaves de un humilde patio,
Y así á la cama de Elvira,
Con un puñal en la mano,
A su honestidad se atreve,
Resuelto y determinado.
En la fiera ejecución
Le acompañaba un tacaño
Destos que en los poderosos
Acreditan los pecados:
Destos cuyas lenguas gozan
Privilegios de estropajos,
Pues con una lamedura
Hacen colegial (4) un plato:
Destos, monas de sus dueños,
Sirviendo en oficios varios,
Crepúsculos que dividen
Lo mayordomo y lacayo.
Da voces Elvira, y yo
Salto de la cama, y hallo
Tras mí el bellacon que imita
Resoluciones del amo.
Pasar pido, y no me vale;
Y acoguéndome al tejado,
Por el maullando me sigue
Con pretensiones de gato:
Donde; mirad qué desdicha!
Pudo en la contienda tanto,
Que me rindió, sin venirme
Favor, consuelo ni amparo,
Ni de las tejas arriba,
Ni de las tejas abajo.
Al fin, á un tiempo, mi ama

(4) Limpio, alusión á la limpieza de sangre que tenía que probar el que entraba en un colegio.

Y yo sin honor quedamos;
Que amor con sus desperdicios
Solicitó mis agravios,
Viniendo á ser, sin sabello,
Mi desdicha, como cuando
Tirándole un tajo á un rostro,
Queda el que estaba á su lado,
Con medio *per signum crucis*,
De las sobras de aquel tajo.
Acudí el pueblo á las voces;
El cura tocó á rebato;
Subiéronse las mujeres
De temor al campanario.
Los alcaldes solicitan
Prendelle; mas él, quebrando
Las varas en sus cabezas,
Les metió el Rey en los cascós.
Quedó Parral sin un ojo;
Cosme Toston sin un brazo;
Crispín sin media nariz,
Y sin calva el escribano.
Solo con el sacristán
Hizo un patente milagro;
Que aunque de entonar tenia
Un nudo en el espinazo,
Lo dejó á vista de todos
Como un huso á puros palos.
Fuéron á buscar justicia
A Toledo, y no la hallaron;
Que dicen que se ha perdido
Después que este rey ganamos.
Antes en ella, después
El Don Tello á un mayorazgo
Quitó la esposa, con quien
Se está por fuerza casando,
Contra Dios y contra el Rey:
Y esta sin razón llorando
Estamos de aquesta suerte.

REY.

No hables mas.

GINESA.

Verdades hablo.

REY.

Que esté llena Castilla
De reyes, cuando al propio no se humilla!
Que profanen sus leyes,
Viviendo en la opresión de tantos reyes,
Y en su rey verdadero
Confundan en cruel lo justiciero,
Siendo por varios modos
El el piadoso y los crueles todos!
(Ap. Pondré sueño en sus nombres.
¿Quién infanzones son? ¿quién ricos
Carga tanta cabeza? [hombres?
Solo un cetro ha de haber, solo una al-
que en los reinos del día [teza:
Solo gobierna un sol la monarquía;
Y así tema á su sol, tiemble á su dueño
De quien el mundo es átomo pequeño.)
¿Dónde ese loco vive?

ELVIRA.

En Illescas.

REY.

Pues luego te apercibe,
Y en Illescas me espera; [ra.
Que tu esposo ha de ser aunque no quie-

GINESA.

Hoy celebra sus bodas.

ELVIRA.

Para hoy, señor, las prevenciones todas

En Illescas hacia.

GINESA.

Hoy se casa, hoy con nueva tiranía
Elige poderoso
La que, cruel, del tálamo á su esposo
A su pesar le quita;
Que en esto dice que á su rey imita.

REY. (Ap.)

¿Qué infanzoncillo es este?
Loco estoy ¡vive Dios! Que se me apres-
suró el caballo.

GINESA.

Vamos.

REY.

Vaya Busto también.

ELVIRA.

Temblando estamos

Deste fiero enemigo.

REY.

Haz cuenta que el Rey mismo va contigo,
Porque soy su privado.

GINESA.

Véngame á mí del vil que en el tejado
Se endureció á mis quejas:

Sea mi esposo ó págume las tejas.
(*Vanse las dos.*)

REY.

Hoy verá ese hombre loco
Quien es la Majestad que tiene en poco.
(*Aparece una sombra ó figura prodigio-
sa con una estola negra atravesada.*)

ESCENA IV.

UNA SOMBRA. — EL REY.

LA SOMBRA.

¿Eres tú el Rey?

REY.

Yo soy. Y tú ¿quién eres?

LA SOMBRA.

Un hombre: no te alteres.

REY.

¿Yo alterarme de un hombre, [bre!
Cuando no hay imposible que me asom-

LA SOMBRA.

Pues sígueme.

REY.

Camina.

LA SOMBRA.

¿A seguirme te atreves?

REY.

Imagina

Que soy Don Pedro, y puedo
Asegurarte que me tiembla el miedo.
(*Desaparece la Sombra.*)

Mas ¿por dónde te has ido,
Pálidas señas de hombre, horror fingi-
Valor será buscallo. [do?

(Mirando adentro)

¿Vive Dios que se ha puesto en el caballo
Que estaba muerto, y vueta!

LA SOMBRA. (Dentro.)

¿No me sigues?

REY.

Ya voy. — ¿Llamas anhela!

No vuelas tan ligero:

Que es temor pensaré.

LA SOMBRA. (Dentro.)

En Madrid te espero.
(*Desaparece dentro.*)

REY.

Todos son miedos vanos,
Ilusiones de Blanca y mis hermanos.
¿Vive Dios!

ESCENA V.

DON JUAN, DON ALONSO, FORTUN.

—EL REY.

FORTUN.

¿Gran señor...!

DON JUAN.

Señor, ¿qué es esto?

DON ALONSO.

FORTUN.

¿Tú sin color?

DON JUAN.

¿Tú desconquisto?

FORTUN.

Desde que te perdimos,
Mintiendo (como ves) vientos, venimos.

REY.

Seguidme.

FORTUN.

¿Y el caballo?

REY.

Cansóse, y me obligó á desjarretallo.
Nadie sepa quién soy.

(Hablan los tres caballeros entre sí.)

DON JUAN.

¿Qué altivo y grave!

DON ALONSO.

Aun en él mismo su valor no cabe.

FORTUN.

Algo le ha sucedido.

REY. (Ap.)

Ya me muero

Por ver este infanzón bárbaro y fiero.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Tello García, en Illescas.

ESCENA VI.

DON TELLO GARCÍA, con extraño
vestido; CORDERO, también extra-
ño; DOÑA LEONOR, llorando; DON
FERNANDO. — Músicos.

MÚSICOS. (Cantando.)

Los campos de Illescas
Floridos y verdes,
Con lenguas de flores
Os den parabienes.

CORDERO.

En tan gozosa ocasión
Rajas me tengo de hacer,
Que pues me brinda el placer,
Le quiero hacer la razón:
Perdóneme el infanzón,
Si hoy en algo me adelanto.

DOÑA LEONOR.

Quien tiene por gusto el hanto,
En el gusto se entristece.

CORDERO.

También, Leonor, desvanece
Las pesadumbres el canto.

MÚSICOS.

Los campos de Illescas,
Floridos y verdes, etc.

DON TELLO.

Callad, que vive Dios que ya me enfada
Tan cansada y tan vil descortesía.

DON FERNANDO.

Esto es venir al tálamo forzada.

CORDERO.

Y es querer irritar la infanzonía.

DON TELLO.

¿Qué necia, qué enfadada y qué cansada!

DOÑA LEONOR.

Ya conozco, señor, que es suerte mía;
Mas no os espante si de amor me quejo

DON TELLO.

Yo os sacaré del alma ese hidalguero.
¿Que venga á hacerme loca competencia
Un cuitado escudero de mi casa!
Ya me falta el decoro y la paciencia.
¿Qué sentirá quien viere lo que pasa!

DON FERNANDO.

Haz, Leonor, á los ojos resistencia.

(Ap. el padre y la hija.)

DOÑA LEONOR.

¿Cómo podré, cuando el rigor me casa?

¡Que esto se haga en Castilla! ¡Aquí del
DON FERNANDO. [cielo]
Desta injusticia para Dios apelo.

DON TELLO.

Yo, Don Fernando, soy Tello García
De Fuenmayor, yo el infanzon de Illescas:
Cuanta campiña veis, se nombra mia,
Que mias son sus cazas y sus pescas.
Espíritus del sol al alba fría,
Escuadrones de aladas soldadescas
Jugos me dan de flores con que anegan
Repúblicas de corcho que en miel riegan.
Esa sierra que en cumbres se dilata,
Con Guadarrama á competir se atreve,
Burlando en copos de viviente plata
Rica y feliz sus túnicas de nieve.
Torrente es si á los llanos se desata,
En que abismos de lana el campo hebe,
Dando al viento penachos cristalinos:
Tantos son mis lucientes vellocinos.
El Tajo y el Jarama en vacas bellas
Ejércitos me dan, del sol decoro,
Tan gentiles que abril sospecha dellas
Que son hijas del sol, mentido en toro.
Únas pórtillos son, otras de estrellas
Manchan la piel en hemisferios de oro;
Y es tal la multitud, que cuando pacen,
Golfos de jaspes las riberas hacen.—
Cuanto la vista en la apréhension se pierde
Océano es de mieseas que en guinalda
Espera que la aurora al sol recuerde
Cuándo entre sombras le volvió la espal-

da.
Cuanto de aquí se ve, diluvio es verde;
Cuanto de aquí se admira, es esmeralda,
Cuyos granos, después en oro tintos,
Imperios me fabrican de jacintos,
Llanos al fin, collados y campiñas
Y cuanto en horizontes se descubre,
Sicilia mia son, Candia esas viñas,
Pompa de agosto y vanidad de octubre,
Donde en racimos que remedan piñas,
Que de topacio y ébano el sol cubre,
Néctares cobro, que en cristales pruebo,
Y entre gotas rubís granates bebo.
Cuanto toca á la sangre, mi nobleza
Se deriva á los Reyes de Castilla:
Mia es mi majestad, mia es su Alteza,
Que en mi Pelayo restauró su silla;
Que ántes que el coronara su cabeza,
Ni embotara en alarbes su cuchilla
Atropellando fieros escuadrones,
Ya era mi casa alcuña de infanzones.
Oviedo y Covadonga, de estandartes
Y de pavese ilustrados, digan
Quié son los infanzones y en qué partes,
Contra la eternidad bronces fatigan.
Cides los llamó el moro, la fe Martes,
Y si á veneracion hechos obligan,
Hablen tantos castillos conquistados,
Ensangre y no en vergüenza colorados.
Fuera desto, por mí y por esta espada,
Soy la primera casa desta tierra:
No hay á mi gusto empresa reservada
En cuanto ve lugar, ni casa encierra.
Mi voz es como el cielo venerada:
Dueño soy de la paz y de la guerra,
Tanto que es en la cárcel de mi labio,
Como amable el favor, dulce el agravio.
Mi renta es dos mil doblas alfonsies,
Que me pagan el miedo y el decoro,
No en blancas castellanas ni en centes,
Que da el comercio al portués tesoro:
Oro es en meticales y en cegües,
Moneda que en España dejó el moro.
Esto, Doña Leonor en mí desprecia:
Esto no estima en mí: ¡mirad qué necia!

CORDERO.

No es solamente noble el dueño mio,
Sino origen de nobles tan añejo,
Que el vino de mas rancio y de mas brio,
Puede en su antigüedad tomar consejo.

Dispensa en cuatro grados de judío
Con su aliento no mas, y su despejo
Me ha dado de valor tales ensayos,
Que soy el infanzon de los lacayos.

ESCENA VII.

UN CRIADO. — DICHO.

CRIADO.

En el zaguan se ha apeado
Un bizarro caballero,
Y en él tu licencia aguarda
Para entrar.

DOÑA LEONOR. (Ap. á su padre.)

¡Ay Dios! ¡Si el cielo

A Don Rodrigo (1) nos trae
A impedir el casamiento?
Mas no querrá aventurarse
Al furor deste soberbio;
Que lo que no hizo en el suyo,
No hará en el tálamo ajeno.

CRIADO.

¿Entrará?

DON TELLO.

¿Cuándo mi casa
Se impide á nadie? Entre luego,
Y mas hoy, que es dia en quien
Mis desposorios celebro.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Que pueda tanto el rigor!

DON TELLO. (A Doña Leonor y Don Fer-

mando.)

Sentáos. (A Cordero.)

Y dadme ese asiento,

Que yo sentado recibo

Al mismo Rey.

(Siéntanse Don Tello y Don Fernando en

dos sillas, y Doña Leonor encojines.)

CRIADO.

Ya está dentro.

ESCENA VIII.

EL REY. — DICHO.

DON TELLO.

¡Buena presencia!

DON FERNANDO.

¡Buen tallo!

REY.

(Ap. ¡Sentado se está el grosero!

Por hacer que ruéde estov

De un puatipic hasta el infierno. —

Pero si aquí le castigo,

Con su muerte no escarmiento

Los tiranos de Castilla,

Que han de temblar en su ejemplo.

Ya es fuerza disimular,

Y he de hacer mucho en hacerlo.)

Las manos vue señoría (Sin descubrirse.)

Me dé á besar.

DON TELLO.

Descubierto

No he de oille.

REY.

No lo estoy,

Y no me cubro por eso.

DON TELLO.

¡Cábrase, hidalgo.

(Descúbrase el Rey un poco.)

Un escañ

Arrastrad. (Cordero se entra.)

REY.

Paso á Toledo

De prisa.

DON TELLO.

Grosero he andado

De gorra; mas hoy merezco,

Por desposado perdon.

(Vuelve Cordero con un escabel.)

(1) Hasta ahora no se nos había dicho el nom-

bre de este personaje.

CORDERO.

Ya esta aquí.

DON TELLO.

Dos sillas tengo,

Que son la que ocupo yo

Y la que ocupa mi suegro.

DON FERNANDO. (Levantándose.)

A esta venid.

REY.

Señor....

DON TELLO.

Basta.

REY.

La ley alterar no quiero,

Que se usa con los demas.

DON TELLO.

Los infanzones del reino

Apénas dan silla al Rey

En sus casas.

REY.

Ya lo veo,

Y así elijo lo que es mio. (Siéntase.)

(Ap. Ya de cólera reviento.

¡Que haya esta gente en Castilla,

Y no me den cuenta dello!

Todos me engañan, y así

Me llama el Cruel el pueblo.)

DON TELLO.

Aunque su buena presencia

Lo que es nos esta diciendo,

¡Que altura de hidalgo alcanza

Ésa persona?

REY.

Acebedo

Soy de Córdoba.

DON TELLO.

Apellido

De propincuos escuderos

Es de nuestra casa. ¿Y pasa.....?

REY.

Al Rey me hacen seguir pleitos.

DON TELLO.

Necedad. ¡Habiendo espadas,

Gastar la hacienda en procesos!

REY.

La ley se ha de obedecer.

DON TELLO.

La ley de Dios obedezco;

Mas las demas.....

REY.

(Ap. ¡Que esto sufro!)

Ya al Rey en Madrid tenemos.

DON TELLO.

Vendrá con Doña Maria

A darnos cristiano ejemplo.

REY. (Levantándose.)

Ya es nuestra reina y señora

Y su legitimo empleo,

Y al que no hablare en sus partes

Con decoro y con respeto,

¡Vive Dios que.....!

DON TELLO.

Bueno está.

Brios tiene el hidalguero.

Mucho quiere al Rey.

REY.

Es rey.

DON TELLO.

Sientese el buen Acebedo.

-- ¿Qué ya está en Madrid?

REY.

Bien puede

Vueseñoría ir á vello.

DON TELLO.

El pasará por aquí:

Que pocas veces me muevo

De Illescas, donde á los reyes

Como á parientes festejo

V regala. A Don Alonso.
Su padre, este cuarto mesmo
Hospedó mas de dos veces,
Cuyos gloriosos trofeos
Hoy el rey Don Pedro infama.

REY.

Hablad bien del rey Don Pedro :
Advertid que es mal sufrido,
Y que es rey, y que á no serlo,
Os echará á puntapiés
Y á coces de aqueise asiento.

(*Levántase.*)

CORDERO. (*A voces.*)

Matadlo.

DON TELLO.

Tente : ¿estás loco ?

REY.

Villano, á mi rey desafiando.

CORDERO. (*Llamando.*)

Escuderos.

DON TELLO.

No los llames.

Que le disculpa el buen celo
De su rey.

REY.

Soy buen vasallo.

Vive Dios.

DON TELLO.

Sin juramentos.

Mucho quiere al Rey.

REY.

Es rey.

DON TELLO.

Siéntese el buen Acebedo.

REY.

Perdonad, que estos han sido,
Señor, fogosos afectos
De vasallo.

DON TELLO.

Y yo lo soy

Tambien del Rey, y me precio
De leal mas que ninguno ;
Y diganlo mis abuelos
Y mis padres, y lo illustre
Del solar de que desciendo ;
Y así aqui me ha parecido
Glorioso ese atrevimiento.
Dadme esa mano.

REY.

Los nobles

Deben hablar con mas tiento
De los reyes ; que los reyes
Son deidad, y el ménos bueno
Es, si no imagen de Dios,
De su justicia decreto.
Pero dejando esto aparte,
La fama de vuestros hechos,
Pasando por vuestra casa,
Me ha dado ocasion de veros ;
Y en lo que el lugar os ama,
He quedado satisfecho
De que es verdad cuanto dicen.

DON TELLO.

A esta comarca le debo
Tanto amor.....

REY.

Dicen que en ella

Con el Rey partís el cetro.

DON TELLO.

Por acá, hidalgo, conocen
Por su firma y por su sello
Solo al Rey, y algunas veces
Es con mi consentimiento.

REY. (*Ap.*)

¡ Hay tal desvergüenza ! Dalle
Cuatro torniscones quiero,
Descubriéndome..... Mas no,
Que en otra ocasion pretendo
Ilustrar con este loco

El blason de justiciero ;
Y si aquí á coces le mato.
Mi misma justicia ofendo,
Y me infamo.

ESCENA IX.

ELVIRA, BUSTO, GINESA. — *Diáconos*

ELVIRA.

Daré voces,

Justicia y favor pidiendo

Al Rey y á Dios.

CORDERO.

¿ Donde vais ?

ELVIRA.

Vamos á perder el seso.

DON TELLO.

Echad fuera esos villanos.

¿ Hay mas loco atrevimiento ?

¡ Al estrado de mi esposa

Se atreven !

ELVIRA.

Los sacrilegios

Se atreven á Dios, y así

Yo al sacrilego me atrevo.

Homicida de mi honor.

BUSTO. (*Ap.*)

¡ Válgame el cielo ! ¿ Qué es esto ?

¡ El honor, dijo ! ¿ Estos son

En los rigores los premios !

Vivia engañado, y ya

El desengaño me ha muerto ;

Que al paso que lo buscamos,

Hallado, lo aborrecemos.

DON TELLO.

Echadlas fuera, ó matadlas.

CORDERO.

Salid, salid.

GINESA.

¡ Ah Cordero

Ladron !

CORDERO.

Cordero me llamo,

Y no me caso por eso ;

Que está un Cordero casado

A peligro de no serlo.

ELVIRA. (*Al Rey.*)

Caballero, este tirano

Es el que turbó en mi lecho

Mi honestidad y mi fama

Con hábraro atrevimiento.

Cuando amor de tantos años

Lograr queria deseos

Con Busto, con quien ya estaba

Concertado el casamiento ;

Y así nos deja á los dos

Sin honor, y hace lo mesmo,

Quitándonosla á su esposo,

Con la que ves.

DON TELLO.

No lo niego ;

Digo que es así, villana ;

Y puesto que lo confieso,

¿ Qué pretendes ?

ELVIRA.

Impedir

Tus bodas.

DOÑA LEONOR.

Yo las disuelvo

Y dejo de ser su esposa.

DON TELLO.

Si todo el poder del suelo

Y el mismo Rey lo mandaran,

No podrás dejar de serlo ;

Y á ese vil, que tanto estimas

Y que yo tanto aborrezco,

Te le sacaré á pedazos

Del alma.

REY. (*Ap.*)

¿ Que esto consiento ?

Y despues dicen que soy
Mal sufrido ! Mas el tiempo
Ll-gará de su castigo.

DON TELLO.

Autojo, que horrible y feo
Juzga agora la razon
(Que el amor todo es defectos).
Mi hizo en esta mujercilla
Malograr los pensamientos ;
Mas ya, por el disparate,
Para su dote la ofrezco
Cuatro mil maravedis.

CORDERO.

Y vo, que pequé en lo mesmo,
La mitad de mi racion
Por seis años le prometo
A la que ves.

REY.

Pues, villanas,

(*Ap.* Ansí se entabla mi intento.)

¿ Qué pedis ? ¿ De qué os quejais ?

GINESA.

¡ Bueno es esto !

ELVIRA.

Malo es esto,

Puedes decir, si el amparo
Voz del contrario se ha vuelto.

REY.

¡ Miren qué perdido honor !

¡ Gentil locura, por cierto !

ELVIRA.

El honor es como el sol,

Que en todo lugar es bello,

Limpio, puro y luminoso ;

Y así en mí no tiene ménos

Caidad que en el mas noble.

REY.

Villanas, ese argumento

Es falso, porque el honor

Se acredita en los sugetos.

GINESA.

Vamos, quejaráste al Rey

En Madrid.

DON TELLO.

Verá que aprendo

El Rey dél.

REY.

Dice muy bien.

GINESA.

¡ Muy buen padrino traemos !

ELVIRA.

Al Rey buscaré.

REY.

Id.

DON TELLO.

Villanas,

Ya resistirme no puedo :

¿ Con el Rey me amenazais ?

El Rey podrá, por lo excelso

De la majestad, mandallo ;

Pero yo no obedecello.

Y cuando me lo mandara,

En el campo cuerpo á cuerpo,

Sin majestad, yo le hiciera

Que lo heroico de mi pecho

Conociera á cuchilladas.

REY.

Y eso lo tengo por cierto.

Ap. Despues que soy rey, no he visto
Tan grande mi sufrimiento.)

DON TELLO.

Siempre en los reyes se teme

Mas el poder que el esfuerzo.

REY.

Si, mas de Don Pedro cuentan

Que es bizarro.

DON TELLO.
¿En haber muerto
A un músico, y en matar
A un clérigo de Evangelio?

REY.
Todos son hombres.

CORDERO.
No son.
DON TELLO.
No son infanzones.

ELVIRA.
Dejo
Mi venganza para Dios.
CORDERO.
A los vivos y á los muertos
Vendrá á juzgar en el valle
De Josafat. Idos luego
A escoger, locas, en el
Buen lugar.

GINESA.
De tu pellejo,
Cordero ingrato, he de hacer
Unos fuelles, con que pienso
Encendelle los carbones
A Judas en el infierno.

CORDERO.
Saldráse el aire, que está
Con algunos agujeros.

REY.
Echadlas fuera.
BUSTO. (Ap.)
¿Ay amor!

GINESA.
¿Para aquesto nos trajistes?

REY.
La razon he visto, y vuelvo
Por ella, y conozco aqui
Que es un disparate el vuestro.

ELVIRA.
Sois cortesano.

DON TELLO.
Arrojadlas
Desos corredores.

ELVIRA.
¿Cielos!
Vengadnos destos tiranos.

BUSTO.
Venid conmigo.
DOÑA LEONOR.
Id con ellos,
Id, padre, y hablad al Rey.

DON FERNANDO.
Poco favor hallaremos.

ELVIRA.
¿Justicia de Dios!

GINESA.
¿Justicia!

CORDERO.
Digan qué mal les han hecho. (Vanse.)

DON TELLO.
Mis bodas cesen por hoy,
Que es todo azares y agüeros.

DOÑA LEONOR. (Ap.)
Y ¡plegue á Dios, enemigo,
Que sea este plazo eterno!

DON TELLO.
Quedáos, si quereis. (Al Rey.)

CORDERO.
Los brindis

Se han malogrado.
REY. (Ap.)

Este necio

Echará de ver quien es
En Madrid el rey Don Pedro.

ACTO SEGUNDO.

Sala de audiencia en el Alcázar de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DON RODRIGO.

DON JUAN.
El Rey pasa. Aqui podrá
Habíalle.

DON RODRIGO.
¿Será advertencia,
Pasando, pedille audiencia?

DON JUAN.
En toda parte la da.
¿Qué pretende?

DON RODRIGO.
Pedir quiero
Justicia del infanzon
De Illescas.

DON JUAN.
Llega á ocasion
De admirarlo justiciero,
Porque ha enviado por él,
Y hoy viene á Madrid.

DON RODRIGO.
Ansi
Justicia pretendo aqui
Del vasallo mas infiel.

DON JUAN.
Ya sale.

DON RODRIGO.
¿Válgame Dios!
Temor pone su presencia.

ESCENA II.

EL REY, DON ALONSO, UN ALFÉREZ,
UN CONTADOR, UN ARBITRISTA, CLO-
RINDO, ACOMPAÑAMIENTO, GUARDIAS.
—DON JUAN, DON RODRIGO.

REY. (A Don Alonso.)
Ved si hay quien espere audiencia.

ALFÉREZ. (Llegándose.)
Yo, señor.

REY.
Pues llegad vos.
El memorial excusad,
Si presente me tenéis.

¿Quién sois?
ALFÉREZ. (Turbado.)

Si... yo...
REY.
No os turbeis.

ALFÉREZ.
¿Vive Dios! Si...

REY.
Sosegad.

¿Qué profesion?
ALFÉREZ.
La milicia.

REY.
¿Qué tiempo?

ALFÉREZ.
Vea esta fe

El Consejo.

REY.
En él se ve

Mas de espacio la justicia,
Y los soldados están

de prisa: yo quiero vella,
Y despacharos por ella.

(Toma el papel y lee.)
Sirvió el alferez Gaitan
Veinte años, de su fe indicio,

Hoy resistiendo las iras
Del moro en las Aljefiras;
Y esta es la de sus servicios.
¿Qué pretendéis?

ALFÉREZ.
Solo ver
Al Rey, por quien doy la vida
Y digo que es bien perdida.

REY.
Capitan podeis volver:
Despáchenlo luego.

DON ALONSO.
Has dado
Fe á la fe, sin ver si es fe.

REY.
Soldado que á su rey ve,
Vuelva tan bien despachado.

ALFÉREZ.
Dame esos piés.

REY.
Eso no:
Dadme vos la mano á mí. (Apriétasela.)

ALFÉREZ.
Suelta, ó ¡vive Dios!

REY.
Ansi

Quiero los soldados yo.

ALFÉREZ.
Y yo ansi á los reyes quiero,
¡Vive Dios!

REY.
Dale, Don Juan,

Cien doblas al capitan.

ALFÉREZ.
Pagarlas, señor, espero
En moros.

REY.
Créolo ansi.

ALFÉREZ.
Pero sin mano voy.

REY.
Esto
Es porque en faccion ó en puesto
Veais la mano que os di.

ALFÉREZ.
Rayo será.
(Vanse el Alferez y Don Juan.)

REY.
Ansi premiados,
Son la vida de la ley,
Porque es desdichado el rey
A quien no aman sus soldados.
(Llégase el Contador.)

CONTADOR.
Señor...
(Da un memorial al Rey, que lo rompe.)

REY.
Para mí, ya digo
Que estos excusados son;
Decid vuestra pretension
Vocalmente: hablad conmigo.
¿Quién sois?

CONTADOR.
Soy un Contador

De tantos que vuestra Alteza
Ha reformado: extrañeza

En tal monarca y señor.

REY.
Pues bien, ¿qué quereis?

CONTADOR.
Que admita

La cuenta y razon, y vea
Vuestra Alteza...

REY.
Que lo sea

Sin vosotros, ¿quién lo quita?
CONTADOR.
Las trabacuentas y errores...

REY.
Antes eso el reino estraga;
Y Rey que recibe y paga,
No ha menester Contadores.
No haya en mis soldados sumas
Ni resultas atrasadas,
Que se embotan las espadas,
Después que las premian plumas.
(Retírase el Contador y llégase el Arbitrista.)

¿Quién sois vos?

ARBITRISTA.

Traigo, señor,

Un arbitrio....

REY.

¿Es este?

ARBITRISTA.

Sí,

Señor.

REY.

Consúltolo así. (Rómpele.)

ARBITRISTA.

De los reinos en favor
Es todo.

REY.

El Rey descargallos,
Y no arbitrallos, desea;
Que no hay arbitrio que sea
En favor de los vasallos.
(Retírase el Arbitrista, y acércase Clorindo.)

¿Quién sois vos?

CLORINDO.

Soy, gran señor,

Un ingenio derrotado,
Que de Sevilla ha llegado,
Confiado en el favor
De vuestra Alteza, á Madrid.

REY.

¿Qué quereis?

CLORINDO.

Comer querria.

REY.

¿Qué es vuestro asunto?

CLORINDO.

Es poesía.

REY.

Pues animaos y escribid,
Que en mí tienen premio igual
Armas y letras.

CLORINDO.

Después

Desos reales, los pies
Me ilustran de un Sandoval.

REY.

Si tal padrino teneis,
¿Qué temeis?

CLORINDO.

Temo no errar.

REY.

Sébed al pueblo agradar,
Y con eso acertaréis. (Vase Clorindo.)

ESCENA III.

DON JUAN.—EL REY, DON RODRIGO,
DON ALONSO, ACOMPAÑAMIENTO,
GUARDIAS.

DON JUAN. (Al Rey.)

Ya ha llegado el Infanzon,
Y viene Leonor con él.

REY. (Ap.)

Engañóle mi papel.

(A Don Juan y Don Alonso.)

No salgais de la instruccion
Que os he dado.

DON ALONSO.

Ya han traído

De Leganés los villanos,
Y los trajes cortesanos

.Que mandas, les han venido.

REY.

Hoy verá el poder que alcanza
Este grosero, este loco,
Que tiene á mi cetro en poco.
(Llégase Don Rodrigo al Rey.)

DON RODRIGO.

Señor....

REY.

¿Qué pedis?

DON RODRIGO.

Venganza.

REY.

¿De quién?

DON RODRIGO.

De Tello Garcia.

REY.

¿Del Infanzon? ; Poderosa
Persona!

DON RODRIGO.

Ya que mi esposa

En el tálamo tenia,
Me la quitó.

REY.

¿Qué decis?

DON RODRIGO.

Que hablen mis lágrimas tristes.

REY.

Pues, si vos lo consentistes,
¿De quién justicia pedis?

DON RODRIGO.

¿Pues qué habia de hacer?

REY.

Ser

Animoso y prevenido;
Que en toda parte el marido
Es dueño de su mujer.

DON RODRIGO.

Pues cobraréla.

REY.

Mi ley

Temed, y haced lo que os digo;
Que uno es consejo de amigo,
Y otro advertencia de rey.

DON RODRIGO.

¿Qué haré?

REY.

Lo que hiciera yo.

DON RODRIGO.

Pues ¿atreveréme aquí?
Don Pedro os dice que sí,
Y el rey Don Pedro que no. (Vanse.)

ESCENA IV.

BUSTO, de galán; y ELVIRA, de dama.

BUSTO.

¿Tú, Elvira, vestida así
Y en palacio? No lo creo.

ELVIRA.

Si en tí esta mudanza veo,
¿Porqué la dudas en mí?
Flor en los páramos fui
De mi aldea; y trasladada
Al palacio, matizada
De púrpura generosa,
Rosa parezco.

BUSTO.

La rosa

Triunfa, de espigas armada;
Mas en tus hojas divinas
Ya pálido está el color.

ELVIRA.

¿Ay, Busto! contra el rigor
Hay poco imperio en espigas.

BUSTO.

Envidia á las clavelinas
Dabas en el campo, hermosa.

ELVIRA.

Pudo mano rigurosa
Trocarme mi fragancia pura,
Porque nace la hermosura
Con omisiones de rosa.

BUSTO.

Verde esperanza te vi
En tu purpúrea mañana;
Ya larga esperanza vana
Te puedo juzgar en mí.

ELVIRA.

¿Qué vana esperanza fui!

BUSTO.

Aunque ese rigor me alcanza,
Quiero, sin hacer mudanza,
Acreditando el sufrir,
Sin esperanza vivir,
Padeciendo en la esperanza.
No me pienso despojar
Della en tan valiente accion,
Logrando sin posesion
Los méritos de esperar.
Esperando he de triunfar;
Y en mí inmortal ha de ser,
Esperando, el padecer;
Pues es la esperanza verde,
Flor del amor, que se pierde
En llegando á merecer.
Mas penas, mas desconsuelos
Padece sin confianza
Quien se viste de esperanza,
Que quien se viste de celos;
Que aunque son viles desvelos,
El que cela ya ha subido
A amado y favorecido;
Y incierto y desconfiado
El que espera, aun no ha llegado
A los lances de admitido.
Así en mí eterna ha de ser,
Sin gloria que desear,
La muerte del esperar
Y el rigor del padecer.
Solo quiero merecer
Esperar desesperado,
Sin mas premio en mi cuidado;
Porque si esperando espero,
Sin esperanza no quiero
Mas bien, que haber esperado.

ELVIRA.

Busto, no me desesperes:
Bastan las perlas que has visto
En mis ojos.

BUSTO.

¿Cómo puedo,
Si son dos mares los míos?
Deja que locuras haga.
¿Ay cielo! ¿ay, ojos divinos,
De un bárbaro profanados
Y de un tirano ofendidos!
¿Vosotros ajenos, cuando,
En sinrazones de vidrio,
Erais consuelo del alma,
Siendo del alma martirio!
¿Cómo, si sois cautiverio,
Os veo, ojeos, cautivos
En el Argel de un desprecio,
Y yo muriendo no os libro?
Matarélo, ¡vive Dios!

ELVIRA.

¿Ay, Busto, que es enemigo
Poderoso!

BUSTO.

¿Por él vuelves!

Ya te ha pegado el vestido
Su altivez, y no sin causa.
Tan cortesana te miro
Ya, tan compuesta y bizarra,
Que el Rey nos trae, imagino,
A tí para ser su esposa,
Y á mí para ser testigo.
Ya, Elvira, te considero

En dorados edificios
Desestimar soberana
Tus homenajes pajizos,
Y en alcáfitas persianas
Y en vanidades de Tiro,
Trocar el romero al ámbar,
Y á la algalia los tomillos.
Gózate felices años,
Que yo animaré en los riscos
Soledades y esperanzas
Que me engañaron contigo.

ELVIRA.

Desde los primeros años,
Busto, en nuestras almas hizo
Dulce concordancia amor,
Tanto que en los actos fuimos
Una voluntad, causada
De un entendimiento mismo.
Almas bebía en tus ojos.
Potencias en tus sentidos,
Esperanzas en tus labios
Y en tus razones hechizos;
Y en tanta conformidad
(No pienso que amor lo quiso,
Sino mi desdicha) pudo
Fiero poder dividirnos.
No fué elección; rigor fué
Poderoso y atrevido:
Sin alma, triunfo del alma,
Si es triunfo infamar rendidos.
Si me estimas, si me quieres
Al paso que yo te estimo,
Admite resoluciones,
Obedece desvarios:
Incendios tienen los celos,
Las envidias homicidios,
Desaciertos los rigores,
Y los agravios cuchillos.
Mata, si mueres; si penas,
Triunfa animoso y activo;
Y de otra suerte, no esperes
En tus pesares alivio.
Y entonces podrás amarme,
Que hoy en rigor tan preciso,
Si siendo galán me infamas,
Te afrentas siendo marido.

ESCENA V.

GINESA, de *dueña ridícula*. — ELVIRA, BUSTO.

GINESA.

Dos horas há que te busco.

ELVIRA.

¿Quién, Ginesa, te ha vestido
Así?

GINESA.

Quien te vistió á tí.
Perdóname el desaliño;
Que estoy hecha á los sayales
Olorosos como limpios
De Leganés, donde el cuerpo
Va contento, si no rico,
Porque son tan nuevos trajes
Prision en que ya me afijo.
Si es gloria, no vi jamás
Gloria con tantos martirios.
Aquí un garrote me han puesto,
Que apenas puedo sufrirlo.
Si hay en Madrid armadores,
¿Para qué son peralvillos?
¿De qué sirve esta campana,
Si jamás en los peligros
Toca á rebato al honor
Del inocente marido?
¿De qué sirve este refajo
Lleno de encantos lascivos,
Y esta libertad de plata,
Que á la mujer dan por grillos?
En la cabeza me han puesto,
Aunque lo llaman perico,
Este juncete, que pena

Entre cabellos postizos.

¿Esto es ser dueña? ¿esto es ser
Cortesana? Que es ser, digo,
En purgatorio de galas,
Satisfacción de delitos.

ELVIRA.

Traernos de Leganés
El Rey, y mandar vestirnós
Desta suerte, ¿qué será?

GINESA.

Tantas crueldades he oído
Del, que algun agravio temo.

ELVIRA.

Pues yo piadoso y benigno
Lo imagino en esta acción.

BUSTO.

¿Qué piensas?

ELVIRA.

Quiere, imagino,
Con el Infanzon casarime.

BUSTO.

Ya el alma á mí me lo ha dicho.

GINESA.

Entre todos sus privados,
Elvira, no ha parecido
El del caballo.

ELVIRA.

¿Gentil

Hablador!

GINESA.

¿En él tuvimos
Galan padrino, por Dios!

ELVIRA.

Del Infanzon se hizo amigo.

GINESA.

Elvira, tal para cual.

ELVIRA.

Al Rey tengo de decillo.—
Pero gente viene.

ESCENA VI.

DON JUAN, con una llave. — ELVIRA,
BUSTO, GINESA.

DON JUAN.

Entrad

Con decoro, y con aviso
De que son cuartos reales
Los que pisais.

ELVIRA.

En sus indios

Tapetes pondré los labios.

DON JUAN.

Entrad.

GINESA.

Dios vaya conmigo,
Que tan compuestos, parece
Que vamos al sacrificio. (Vanse.)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, FORTUN.

FORTUN.

Ya al Infanzon que tarda
Esperan los monteros y la guarda.

DON RODRIGO.

Confuso el Rey me tiene,
Pues á un tiempo me ofrece y me previene
El premio y el castigo. [ne]

ESCENA VIII.

DON TELLO, DOÑA LEONOR, CORDERO, DOS CRIADOS. — DON RODRIGO, FORTUN.

DON TELLO. (Dentro.)

Esas puertas me abrid.

FORTUN. (Yendo á abrir.)

Basta el postigo.

DON RODRIGO.

El Infanzon es este:
Sufrimiento ó valor mi honor me preste.
(Salen Don Tello, Doña Leonor, Cordero y dos criados de Don Tello, con chuzos.)

DON TELLO.

¿Puerta por un postigo
A un Infanzon se da! Sabed, amigo,
Que los reyes las puertas
A mí me dan de par en par abiertas.

FORTUN.

Su Alteza puede hacello.

DON TELLO.

Volveréme á salir.

FORTUN. (Deteniéndole.)

No hay órden dello.

DON TELLO.

¿Orden conmigo!

FORTUN.

Baste.

CORDERO. (Ap. á su amo.)

Si conoces al Rey, ¿para qué entraste?

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Allí á Rodrigo veo!

Poco le obliga amor, poco el desco.

FORTUN.

Salid vosotros fuera. (A los criados.)

DON TELLO.

Mis escuderos son.

FORTUN.

Prudencia fuera

Metellos desaruados.

DON TELLO.

Privilegio es que gozan mis criados.

FORTUN.

¿Locas impertinencias!
En los cuartos del Rey no hay preminencias.
DON TELLO. [cias.]

Si hay, que así entrar suelo
En los cuartos del Rey, y en los del cielo,
Que en tales ocasiones
Así recibe el Rey los infanzones.
Volveréme sin vello;
El postigo me abrid.

FORTUN.

No hay órden dello.

DON TELLO.

Yo lo abriré á puñadas.

FORTUN.

Los monteros en él tienen espadas.

(Vase; se retiran los criados de Don Tello.)

ESCENA IX.

DON TELLO, DOÑA LEONOR, DON RODRIGO, CORDERO.

CORDERO.

¿Vive Dios, señor, que el Rey
Nos ha cogido entre puertas!
Muerte de gozo esperamos.

DON TELLO.

¿Qué es coger? Mi espada es esta
De quien aun tiembla Castilla,
Y de quien los reyes tiemblan.
Rico-hombre soy é infanzon,
Y á la par de sí me asienta
El conde de Trastámara,
Que es su hermano.

DON RODRIGO.

(Ap. Sin que advierta

Las amenazas del Rey,

Haré lo que me aconseja:

Aquí contra su decoro

Lo sacro me dé licencia

Del palacio.) Cuando un hombre
(A Don Tello.)

La joya que estima y precia,
Halla en ajeno poder;
En la parte que la encuentra,
Debe cobralla; y así,
Mal caballero, esta prenda,
Que del alma me sacaste,
Quiero que al alma se vuelva.
(Quitale á Doña Leonor.)

DON TELLO.
¡A mí, escudero, te atreves!

DON RODRIGO.

Mi honor cobro.

DON TELLO.
Tu honor muera,
Si en escudero hay honor.
(Sacan las espadas.)

ESCENA X.

DON JUAN, FORTUN, GUARDIAS. —
DICHOS.

DON JUAN.
A los ojos de su Alteza,
¡Tal atrevimiento!

DON RODRIGO.
Agravios
En toda parte se vengán.

FORTUN.
Ya el Rey lo ha visto. Quitadles
Las espadas.

DON TELLO.
¡Que se atreva
Un escudero á un rico-hombre,
Y que el Rey se lo consienta?

DOÑA LEONOR.
Si consiente el Rey, tirano,
Tus agravios y tus fuerzas,
Homicidios y rigores,
¡Por qué quieres que no puedan
Redimirse los agravios,
Vengarse las inocencias?
Esposa de Don Rodrigo
He de ser, aunque el Rey quiera
Esforzar tus tiranías,
Puesto que á casarte vengas
Conmigo por el papel
Que te escribe.

DON TELLO.
Ya me afrentas
Con imaginar que quiero,
Loca, que mi esposa seas.
Con tu escudero te goza,
Si mi cólera lo deja.

FORTUN.
Que os llevemos el Rey manda
(A Doña Leonor.)

Al cuarto de la alcaidesa,
Y á vos preso. (A Don Rodrigo.)

DON RODRIGO.
Esto es ser rey.
—Alegre vas. (A Doña Leonor.)

DOÑA LEONOR.
Voy contenta.
DON RODRIGO.

Adios, dueño desta vida.
DOÑA LEONOR.
Adios, regalada prenda.
(Vase por puertas diferentes: Doña Leonor con Don Juan, y Don Rodrigo con Fortun.)

DON TELLO.
¿Que esto sufro? ¡Vive Dios!
CORDERO.
Cogiote en la ratonera
El Rey. Trampa fué el papel.

DON TELLO.
No hay sino tener paciencia.
¡Vive Dios!

CORDERO.
Calla.

ESCENA XI.

DON ALONSO, con una llave. — DON
TELLO, CORDERO.

DON ALONSO.
¿Quién es
El infanzon?

DON TELLO.
Yo.
DON ALONSO.
Su Alteza
Os llama: seguidme.

DON TELLO.
Agora
Le he de hacer cumplir por fuerza
Este papel.

CORDERO.
¡Plegue á Dios,
Señor, que trampa no sea!
(Vase Don Tello, Don Alonso y Cor-
dero.)

DON JUAN.
Soberbio va el infanzon;
Mas él saldrá sin soberbia,
Que es, si él arrogante y loco,
Temerario el que lo espera. (Vase.)

Otra sala del alcázar.

ESCENA XII.

DON TELLO, CORDERO. — DON
ALONSO.

DON ALONSO.
En esta pieza aguardad
Hasta que á avisaros vuelva.
(Vase y cierra.)

CORDERO.
Eché el golpe y fuése: ya
Es esta segunda pieza.
¿Qué fría y desabrigada!
En lo poco que calienta,
Nos dice que no es de paño.

—¿Qué intenta este rey?
DON TELLO.

Intenta
Irritarme y irritar
La castellana nobleza;
Y ¡vive Dios...!

CORDERO.
Habla paso,
Que aquí todos lisonjean,
Y ha puesto la pretension
Hasta en las pinturas lengua.
Todo me parece encanto.
¿Si es duende el Rey?

DON TELLO.
Llave suena.
CORDERO.
Ya han abierto, y con dos hombres
Sale una mujer.

ESCENA XIII.

DON ALONSO, abre la puerta y da
paso á DON JUAN, que viene acom-
pañando á ELVIRA. — DON TELLO,
CORDERO.

DON TELLO.
Espera:
(Hablando bajo con Cordero.)
¿No es esta la labradora,
Toda honrilla?

CORDERO.
Sí. ¿Si intenta

Casalla contigo el Rey?

DON TELLO.
¿Eso dices y eso piensas?
Loco estás.

CORDERO.
Pues ¿qué querrá,
Tan bizarra y tan compuesta,
En Palacio?

DON TELLO.
Habrále al Rey
Parecido bien.

CORDERO.
Dél cuentan
Que es como buen albañil,
Que jamas ripio desecha.
Consolado estoy con ver
Que no ha traído á Ginesa.

DON JUAN. (A Elvira.)
En el cuarto del alcaide
Doña Leonor os espera.

DON ALONSO. (Ap. á Elvira.)
Del infanzon no hagais caso,
Y pasad por donde os vea.
(Cruza Elvira la estancia.)

CORDERO.
¿Qué grave pasa! En el cuerpo
Dos mil asadores lleva.
Para que nos vuelva el rostro,
La he de hacer mil reverencias.
(Las hace: Elvira no le atiende y se
entra.)

¡Vive Dios, que no hizo caso!
Todas son malas sospechas.

DON TELLO.
¿Qué necio he sido en fiarme
Del Rey!

CORDERO.
Cuando no lo hicieras,
La misma seguridad
Tuvieras dél en lilescas;
Que el Rey es gallo que canta
En todo lugar.

DON TELLO.
Paciencia.

ESCENA XIV.

FORTUN. — DON TELLO y CORDE-
RO, á un lado; DON ALONSO y DON
JUAN, al otro.

FORTUN.
El Rey llama al infanzon.
DON TELLO.

Vamos.
CORDERO.
Mas ¿que nos encierran
En otra pieza? A recados
Nos castigan.
(Vase Don Tello, Fortun y Cordero.)

DON ALONSO.
La fiera
Deste infanzon jahall,
El Rey desta suerte templa.

DON JUAN.
Vamos, Don Alonso, á ver
Cómo estos fieros se encuentran.
(Vase.)

Otra sala del alcázar.

ESCENA XV.

FORTUN, con DON TELLO y COR-
DERO.

FORTUN.
Aquí que aguardéis os manda.
(Vase y cierra.)

CORDERO.
¡Vive Dios, que hay pieza nueva,
Y esta en lo angosto y lo frio

Me parece de jergueta!
De pieza en pieza, señor,
Como en marco nos encierran.

DON TELLO.

Esta majestad que ves,
Es la que los hombres tiemblan,
Que por sí solos son hombres
Los reyes; mas la grandeza
Los pasa á divinidades.

(Ruido dentro.)

CORDERO.

Bien este aplauso lo muestra.

DON TELLO.

¿Abren?

CORDERO.

Sí.

DON TELLO.

Ya temo al Rey,
No por lo que dél me cuentan,
Sino por la majestad
Que estos doscientos conservan.

CORDERO.

¿Mas que hay pieza nueva y llave?

DON TELLO.

Tantas prevenciones necias
¿En qué han de parar?

CORDERO.

En todas.

Como fines de comedia;
Mas no se casa el lacayo,
Porque es Ginesilla cuerda.

ESCENA XVI.

DON JUAN Y GINESA.—DON TELLO.

CORDERO.

DON JUAN.

Infanzon, entrad.

CORDERO.

Aguarda:

¿Vive Dios, señor, que es esta
Ginesilla! Agora afirmo
Que son vuestras cosas ciertas.
También viene á lo señora
Vestida, y también lo uella
A lo frison de palacio.
¿Vive Dios, que no se precia

(Ginesa pasea la sala con gravedad)

De mirarme! Mi señora,
Mi alabaca leganesa,
Mi quiebratejas del alma.
De que hace amor tejoletas....

GINESA.

Entre el Cordero callando.

CORDERO.

¿Dónde callando me llevan?

GINESA.

Al rastro de los maridos.

CORDERO.

Pues por cuartos no me vendas.

GINESA.

Quien tal hace, que tal pague.

DON JUAN.

Entrad.

CORDERO.

Ya voy. ¿Quién creyera
Que el entremes de un tejado
Viniera á hacerse tragedia?

(Vase Don Tello, Don Juan y Cordero.)

GINESA.

Yo sé que al fiero infanzon
De haber entrado le pesa
En Palacio: él dió en la trampa;
Pero trampas trampas vengán. (Vase.)

Camara del Rey.

ESCENA XVII.

DON JUAN, con DON TELLO y CORDERO.

DON JUAN.

Aquí ha de salir el Rey. (Vase y cierra.)

CORDERO.

Llévose tras sí la puerta.

DON TELLO.

¿Qué me quiere el Rey?

CORDERO.

El Rey

En cerrarte tanto, muestra

Que te quiere mucho.

DON TELLO.

Si esto

A cuchilladas se hiciera,
No hubiera puerta cerrada
Ya en todo el palacio.

CORDERO.

Piensa

Que los reyes, sin espada,
Como médicos pelean.

DON TELLO.

Oye, que las puertas abren.

CORDERO.

Bien dices, que va de veras.

DON TELLO.

Receloso estoy.

CORDERO.

Al Rey

Le rinde, y los pies le besa.

DON TELLO.

Ya sale.

CORDERO.

¿Qué majestad!

¿Un rey.

DON TELLO.

Ya soy de puerta:

¿Tan valiente es en su casa
La rey!

CORDERO.

Y aun en las ajenas.

(Dentro.)

Plaza.

ESCENA XVIII.

Salen el REY, con los papeles en la mano; DON ALONSO, DON JUAN, COMAÑAMIENTO, GUARDIAS. — DON TELLO, CORDERO.

DON JUAN.

Plaza.

DON ALONSO.

Plaza.

DON TELLO.

¿El Rey

¿Es aquel?

CORDERO.

Sí.

DON TELLO.

El que en Illescas

Estuvo ayer, es.

CORDERO.

Bien dices.

DON TELLO.

¿Valgame Dios!

CORDERO.

¿Que el Rey era

el buen Acebedo? Aquí

Te hirió por tu misma treta.

Disimula.

DON TELLO.

¿Hay tal desdicha?

CORDERO.

Hablar poco, poco cuesta.

DON TELLO.

¿Qué dije?

CORDERO.

La lengua es áspid,
Emponzoña, y no se acuerda.
Llega.

DON TELLO. (Arredillase.)

Dadme vuestros piés.

¿No hace caso ni se acuerda
De mí! (Ap. á Cordero.)

CORDERO.

Fuera bien que el buen
Acebedo te dijera:

«Alcese el buen Infanzon.»

REY.

Haced que consulten esta.

(A uno de los caballeros.)

DON TELLO.

Dadme esos piés.

REY.

Y esta y todo.

(Hablan aparte amo y criado.)

CORDERO.

En mi casa aun no se sientan

Los Reyes: dos sillas tengo.

DON TELLO.

Apúrasme.

CORDERO.

El Rey se venga

Lindamente.

DON TELLO.

Señor.....

CORDERO.

¿Malo!

REY.

¿Sois vos..... Esta es de la Reina.....

Tello García?

DON TELLO.

Yo soy

Un infanzon de Castilla.

REY.

Esta me escribe Sevilla:

(A uno de los autócos.)

Haced que respondan hoy.

— Con mucho desseo estoy

De veros; mas tan extraño

Os hacéis, si no me engaño,

Que cuando veros dejáis,

Sois tan infanzon, que dais

Al Rey, si os visita, escaño.

¿Conocéisme?

DON TELLO.

Siempre yo,

Sin veros, os conocí

Por mi rey.

REY.

No es eso así;

Que allá no se conoció

Mi sello cuando llegó,

Si vos no gustabais dello;

Teniendo ganada en ello

Tan suprema autoridad,

Que de vuestra voluntad

Pendia el obedecello.

Vos sois allá el infanzon,

Que es como ser reyecillo:

Vos, como sabéis decillo,

Hacéis al gusto razon;

Vos la fama y la opinion

De cuantas mujeres veis

En las manos la tenéis;

Pero disculpado estáis

Si decís que me imitáis,

Y que de mí lo aprendéis.

Vos sois absolutamente

La majestad desta tierra:

Vos en la paz y en la guerra

El ánimo de la gente;

Tan preciado de valiente

Y tan dueño en las espadas,

Que en batallas aplazadas,

Pospuesto el cetro y la ley,

Cuerpo á cuerpo al mismo Rey
 Daréis muchas cuchilladas.
 Pues sabed que no pelean
 Los reyes, y que en sus manos
 Saben deshacer tiranos,
 Aunque mas bárbaros sean.
 Esto entiendan y esto vean;
 Y vos, si soberbia os dió
 Mi padre, y si os consintió,
 Temed la justicia mia;
 Que si sois Tello García,
 Soy el rey Don Pedro yo.
 Yo el Rey soy, porque nací
 De tan soberana esfera,
 Que cuando rey no naciera,
 Lo pudiera ser por mí.
 Yo en la campaña y aquí,
 Si medimos las espadas,
 Os daré las cuchilladas
 Que darme ese brazo intenta;
 Y recibid, para en cuenta,
 Agora estas cabezadas.
(Llévalo hasta la puerta; dale, y éntrense todos, menos el infanzon y su criado.)

ESCENA XIX.

DON TELLO, CORDERO.

DON TELLO.
 ¿A quién le ha sucedido,
 De cuantos hau nacido,
 Tan villano desprecio?
 ¿Quién tan loco ha quedado, quién tan
 Tan resuelto conmigo [uecio?
 El Rey en el castigo,
 Mirando el pueblo en ello!
 ¿A mí del cabezon, á mí del cuello?
 En tan injusto agravio,
 ¿Quién será cuerdo y sabio?
 Mi locura confieso;
 Que son de una opinion agravio y seso.

CORDERO.

Resistiendo esta afrenta,
 Engañate, y haz cuenta
 Que en la Majestad cabe,
 Sin llegar á ofender, pesar tan grave.
 El Rey, que está ofendido,
 De ti mismo ha sabido
 Locuras y ambiciones,
 Y empieza á ser Heródes de infanzones
 Cuando á su rey piutaban,
 Mil orejas le daban
 Los egipcios discretos,
 Porque no se reservan dél secretos;
 Y pues al callar llama
 El egipcio anagrama,
 En agravios y en quejas,
 Con los reyes ¡chiton! que son orejas.

ESCENA XX.

DON ALONSO, FORTUN, DON JUAN.
 ELVIRA, DOÑA LEONOR, GINE-
 SA, ACOMPAÑAMIENTO, GUARDIAS. —
 DON TELLO, CORDERO.

FORTUN.

El Rey á saber envía
 Si á estas damas conoceis.

DOÑA LEONOR.

Aquí presentes tenéis
 El rigor y la osadía.

ELVIRA.

Yo soy Elvira, cruel.

DOÑA LEONOR.

Yo Doña Leonor, tirano.

GINESA. (A Cordero.)

Yo soy Ginesa, villano.

CORDERO.

Mudanza es de cascabel.

ELVIRA.

Hoy Dios gana mi opinion.

DOÑA LEONOR.

Hoy Dios de tí me ha vengado.

GINESA. (A Cordero.)

Hoy has de morir colgado.

CORDERO.

Moriré como melon.

ELVIRA.

Llegó de tu muerte el plazo.

DOÑA LEONOR.

Ya tu castigo llegó.

GINESA.

Ya el Rey las tejas vengó.

CORDERO.

Matóme amor de un tejazo.

DON ALONSO. (A Don Tello.)

¿Qué respondeis á su Alteza?

DON TELLO.

Que va mi delito veo

En ellas.

DON JUAN.

Será muy feo.

DON TELLO.

Aquí tiene mi cabeza.

Mas decid que este papel
(Mostrando uno.) Me la pudo asegurar.

DON ALONSO.

Quiso el Rey acreditar
 Vuestro castigo con él;
 Y así quiere que tengais
 Esta torre de palacio
 Por prision, en el espacio
 Que descargos presentais;
 Pero todo se ha de hacer
 Con las que, por ofendellas
 Vos, hoy sustituye en ellas
 El Rey todo su poder:
 Y así consiste en las dos
 Vuestra vida y vuestra muerte.

ELVIRA.

Como es poderoso y fuerte,
 Triunfa en las mujeres Dios.

—Falso caballero,

Que infamas lo ilustre,

Porque la nobleza

Consta de virtudes;

Tú que altivo y loco

Ser deidad presumas,

Atrevido á Dios,

Que ingratos confunde;

Tú que haces, mintiendo

Las leyes comunes,

El agravio ley

Y el rigor costumbre;

Tú, que hasta en los campos

Malogras quietudes,

Donde aun no permites

Que humildades triunfen;

Tú, al fin, que en la tierra

Que apenas te sufre.

No hay paz que no alteres,

Ni honor que no turbes:

Hoy verás que Dios

Soberbias confunde,

Que al cielo atrevian

Locas pesadumbres.

Hoy verás, tirano,

Poder que te injurie,

Sin hallar piedad

Que en él te disculpe.

Hoy ofensas tantas

El cielo concluye:

Suyo es el proceso;

Tuyo es el volumen:

Tus delitos quiere

Que hoy lenguas divulguen,

Porque los pecados

En almas se esculpen:

Y así en tu castigo
 Quiere que se junten
 Los rigores todos
 Porque se ejecute.

Y así te previene
 Leyes que te ofusquen,
 Iras que te espanten,
 Muerles que te turben,
 Sombras que te cerquen,
 Ansias que te apuren,
 Sierpes que te muerdan,
 Hombres que te acusen,
 Culpas que te venzan,
 Varas que te juzguen,
 Y almas ofendidas
 Que tu muerte anuncien. *(Vase.)*

DON TELLO.

¡Ah, villana!

ESCENA XXI.

DON TELLO, DOÑA LEONOR, DON
 ALONSO, DON JUAN, FORTUN,
 CORDERO, GINESA, ACOMPAÑAMIENT-
 TO, GUARDIAS.

DOÑA LEONOR.

Culpa en tí

Sus ansias y sus extremos.

CORDERO.

Basta. Otro sermon tenemos.

DON TELLO.

¡Que el Rey me engañase así!

DOÑA LEONOR.

Aunque tus delitos,

Bárbaro, son muchos,

Solo en mis agravios

Los rigores fundo.

Falso caballero,

Accion de disgustos,

Vanidad de afrentas,

Potestad de insultos,

¿Qué ley, qué razon

Animarte pudo

A afrentar mis glorias

Y á infamar mis gustos?

Qué vil cazador,

Malogrando arrullos,

Privó á dos palomas

Tálamos de juncos?

¿Quién vió dividir,

Soberbio y perjuro,

Pechos tan amantes,

Lazos tan profundos,

Del tálamo? Ingrato,

Mira ¡qué vil triunfo!

Quisiste en dos almas

Infamar dos hurtos.

¿Quién, fiero, imitara

Los rigores tuyos,

Si es dividir almas

El mayor del mundo?

Corazon tuviste

De villano astuto,

De muchos cercado

Para agravios de uno.

Perdióme por solo,

Cobrarne no pudo;

Que al rigor armado

Nadie vencer supo.

Sangriento intentaste,

Pretendiste injusto

Ser de nuestras almas

Poder absoluto;

Mas Dios, que castiga

Gigantes robustos,

Y en zafir escribe

Letras de carbunclos,

En el Rey, que hoy tiembles,

Tu castigo trujo,

Cuando mas osado,

Cuando mas seguro.

En Madrid lo tienes,
Donde quiere augusto
Dar ejemplo á edades
Y escarmiento á lustros.
Su justicia teme,
Siente sus disgustos,
Tus miserias llora,
Culpa tus descuidos,
Y de su rigor
No vivas seguro,
Pues en las que ofendes
La venganza puso. (Vase.)

ESCENA XXII.

DON TELLO, DON JUAN, DON ALONSO,
FORTUN, GINESA, CORDERO.

—ACOMPAÑAMIENTO, GUARDIAS.

DON TELLO.
Las manos me ata su Alteza.

DON ALONSO.
¿Qué loco!

FORTUN.
¿Qué descortés!

DON JUAN.
Entrad, que hoy veréis sus piés
Postrando vuestra cabeza;
Y así luego os prevenid,
Que quiere en tales acciones
Escarmentar infanzones
El Rey Don Pedro en Madrid.
(Vase Don Tello, Don Juan y Fortun.)

DON ALONSO.

Entra tú.

GINESA.
Que aguarde os pido,
Pues guarda y pues gente es esa.
(Vase Don Alonso.)

CORDERO.
¿Hay también sermón, Ginesa?

GINESA.
Y sermón de convertido.

ESCENA XXIII.

CORDERO, GINESA, ACOMPAÑAMIENTO,
GUARDIAS.

GINESA.
Lengua de gitano,
Labia de andaluz,
Pecho de alcabala
Y alma de tahir;
Cordero tan burdo,
Que en tu juventud
Puedes todo viérmes
Pasar por atun;
Quinola de cubas,
De bodegas flux,
Mucho San Martín,
Y mas Sahagún,
Gato de mi honor,
Virgen como albur (1),
Que á voces le has hecho
Horno de Padul:
¿Qué Heródes hiciera,
Lo que hiciste tú?
Láminas son tejas
De tu ingratitud.
¿Quién en un tejado,
Sino es Belcebú,
Tal delito hiciera
De noche y sin luz?
No siento manchases
Mi basquiña azul;
Siento el sobresalto,
Que me dura aun.
Era en Leganés
Mi honor un almud;
Ya lo hace cuartillo
La opinion comun.
Pero ya, tirano,

Hambriento avestruz,
Dios trae en Don Pedro
Iras de Saul;
No á traerte viene
Roscas de Gandul,
Sino pan de perro
Que corrió Adamuz.
Ya estás en el lago
Donde no hay salud,
Donde no ha de verte
Ningun Habacuc.
Ya el palo te espera,
Donde con capuz
Cabriolas secas
Harás sin laud.
Y en el plega al cielo,
Alma de baul,
Que ántes de arrojarle,
Te quiten la cruz:
Parezcas colgado
Mono de Tolu,
Los ojos opuestos
Al norte y al sur.
Nadie por ti rece;
Antes mi virtud
Llore mal lograda
La piedad comun;
Y si Ave-María
Te dijere algun
Piadoso, se quede
En el ventris tu....

CORDERO.

¿Dijiste?

GINESA.
Dije.

CORDERO.
Pues véte,
Que con pena moriré...
GINESA.

¿De qué?

CORDERO.
De que no te eché
Entónces del caballete.
Que un cortesano pondera
Que el gusto viniera á ser
Perfeto, si la mujer
Luego en un pozo cayera.

GINESA.
El delito ejecutado,
Eso los hombres decís;
Mas ántes nos perseguís,
Sin que reserveis tejado.
Pero si librarte intento,
¿Serás mi esposo?

CORDERO.
Diré
Aunque en el jumento esté:
«Amigo, pica el jumento»;
Y así déjame, vision,
Y véte, pues te compete,
De aquí al infierno.

GINESA.
Y tú véte
A morir de gigantón. (Vase.)

ESCENA XXIV.

EL REY, DON ALONSO, DON JUAN,
FORTUN, CLARINDO, dentro.

CLARINDO. (Dentro, cantando.)

Perdido va el Rey Don Pedro
Por los campos de Madrid,
Donde mató á su caballo
Y se le voló el neblí.
Encontrara dos serranas,
Retratos de un serafín,
Que lo llevan á su aldea
Que estaba cerca de allí.

REY.

¿Quién canta?

DON ALONSO.
El que al Manzanares
Derrotó el Guadalquivir.

REY.
¿Y tan presto acción ha hallado
Que escribir?

FORTUN.
Quiso escribir
Tus sucesos.

REY. (A Fortun.)
Pues entrad,
Y que no cante, decid,
Agora, porque despues
Lo quiero de espacio oír.
(Vase Fortun y vuelve poco despues.)

REY.
¿Qué hora dió el reloj?
DON JUAN.
Las dos.

DON ALONSO.
Bien puedes, señor, salir
A rondar, como acostumbras

REY.
Pues de color me vestid.
Toma esa capa y sombrero.

DON ALONSO.
Luces no hay que prevenir.

REY.
¿Qué noche...?
DON ALONSO.
Apacible y clara.

REY.
Mala noche es para mí;
Que en las noches tenebrosas,
Soy del silencio adalid.
No quiero salir.

FORTUN.
¿En qué
La pretendes divertir?

REY.
A Quinto Curcio traed;
Que á dar crédito al gentil
Y platónico aforismo,
Dijera que infundió en mí
Su espíritu el Macedon.

DON JUAN.
Hágate Dios mas feliz
Que á él en la edad.

REY.
Alejandro
Vive en pórvido y marfil,
Despreciando eternidades:
¿Qué mas glorioso vivir?
—Los Comentarios de César
Me traed también. Si así
Sus espíritus al mío
Quiso el cielo reducir,
¿Quién se estrellara con ellos?

FORTUN.
Voy por los libros.

REY.
¿Latín
Y libros agora! Aguarda.

DON JUAN.
¿Qué traerán?

REY.
Traedme aquí
Espadas negras.

DON ALONSO.
Ninguno
Quiere, señor, esgrimir
Con vuestra Alteza.

REY.
¿Por qué?
DON ALONSO.
Señor, por respeto.

REY.
Vil
Excusa: miedo es, por Dios.

(1) Albur por albur: la primera luz del día.

DON JUAN.
Respeto, y no miedo, di.
REY.
¿Por respeto os excusais?
FORTUN.
No hay quien ejecute en tí
Los golpes, cuando tú en todos
Te muestras un paladín.
REY.
Si hasta aquí respeto ha sido
Apuntarme sin herir,
Vive Dios, que al que esta noche
Con esfuerzo varonil
No me tirase á matar,
Le he de matar, pues decís
Que me veneráis por rey,
Y no me teméis por mí.
Poco hombre debo de ser.
¿Que desdichado nací
En nacer rey, pues no puedo
Por mis acciones lucir!
(Don Alonso se entra por un momento
y vuelve á salir con varios cabal-
leros.)

ESCENA XXV.

DON GIL, DON DIEGO, DON MAR-
TÍN. — DICHIOS.

DON ALONSO.
Ya todos los gentil-hombres
Y espadas tienes aquí.

REY.
Don Fortun, toma esa espada.
FORTUN.

¿Comenzar quieres por mí?

REY.
Sí, Fortun, la espada toma,
Que sé que sabes reñir
Diestra y valerosamente.
Haz cuenta que eres un Cid,
Y que atropellas un moro.

FORTUN.
Entendello pienso así,
Y la Majestad perdone.

REY.
Júzgame el hombre mas vil. (Parten.)
FORTUN. (Retrándose.)

¿Quién te ha de esperar, si solo
Espanta el verte partir?

REY.
Lo que tú llevo en la mano.
FORTUN.

¿Qué importa, si va con mil
Espíritus?
(Esgrimen, y Fortun acomete vivamen-
te al Rey.)

REY.
¡Vive Dios,
Que esto, Fortun, no es decir
Que soy rey! — ¿Herite?
(Fortun suelta la espada.)

FORTUN.
Siempre
Tu resolución temí.
Herido estoy.

REY.
Con mil doblas
A curarte puedes ir.
Lleva ese bolsillo á cuenta.

FORTUN.
La sangre has hecho rubis. (Vase.)

REY.
Toma, Don Juan, tú la espada.

DON JUAN.
¿Yo, señor? (Vase.)

REY.
Oye, Don Gil,
Tómala tú.

DON GIL.
Eso no. (Vase.)
REY.
Espera.
Tómala tú, Alonso.
DON ALONSO.
Aquí
La tomara, cuando fuera
Figura dese tapiz. (Vase.)
REY.
Tómala, Don Diego.
DON DIEGO.
¿Yo? (Vase.)
REY.
Tómala tú, Don Martín.
DON MARTÍN.
Haz otro Martín de bronce. (Vase.)
REY.
Villanos. ¿de quien huis?
No temáis: tomad la espada.
Aguardad.

ESCENA XXVI.

LA SOMBRA. — EL REY.

LA SOMBRA.
Yo estoy aquí,
Y la tomaré contigo.
REY.

Pues tómala, que has de huir
Como los demás.

LA SOMBRA.
¿Yo?
REY.

Tú,
Aunque te acompañen mil
Espíritus infernales.

LA SOMBRA.
¿Conóceme á mí!

REY.
¿Y tú á mí
Me conoces?

LA SOMBRA.
Sí, por hombre
Que ha de ser piembra en Madrid.

REY.
¿Piedra en Madrid?

LA SOMBRA.
Sí. Y ¿quién soy yo?

REY.
Eres una forma vil
Del infierno.

LA SOMBRA.
¿Y no me tiembas?

REY.
Antes él me tiembra á mí.
Toma la espada.

LA SOMBRA.
Y tú toma
Esa luz para advertir
Los golpes que has de tirarme,
Por los que has de recibir.
(El Rey toma la luz y la espada.)

REY.
Ya la tengo: parte.

LA SOMBRA.
Parte,
Y escarmienta en mí tu fin.

REY.
No halla cuerpo que ofenderte,
Aunque veo la forma en tí.

LA SOMBRA.
Soy de viento al esperar,
Y de bronce al combatir.

REY.
Ya lo echo de ver.

LA SOMBRA.
Pues huye.

REY.
¿Yo huir cobarde, yo huir?
Si fueras todo el imperio
De aquel loco serafín,
Aquí tengo de matarte,
Aunque no puedas morir.
LA SOMBRA.
Pues con todo ese valor,
Has de ser piedra en Madrid.
(Apaga la luz al Rey.)
REY.
La luz me has muerto: ¡ah cobarde!
Espíritu mujeril
Eres sin duda. No temas,
Que otra luz me queda aquí.
(Se la apaga la Sombra y desaparece.)
También me la has muerto. Aguarda,
Que á oscuras iré tras tí.
¡Hola, criados, criados!
Don Fortun, Don Juan! ¿no oís?
¡Criados!

ESCENA XXVII.

DON ALONSO, DON JUAN, DON GIL,
Y OTROS CABALLEROS Y PAJES.—EL REY.

DON ALONSO. (Dentro.)
El Rey da voces.

DON JUAN. (Dentro.)
Hachas, hachas prevenid.

DON GIL.
Ya están aquí.
(Salen los caballeros y con ellos pajes
con luces.)

REY.
Haré que tiemblen
Aun los infiernos de mí.

DON ALONSO.
¿Señor, qué es esto?

REY.
No es nada.
Alza esa vela, y venid.

ACTO TERCERO.

Audiencia del Rey.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, DOÑA LEONOR.

LEONOR.

Si habemos sido rigor,
Seamos misericordia;
Que dice el pueblo que muere
El infanzon por nosotras.
Su libertad solicita,
Y saliera á hacello en tropas
Si no temiera en el Rey
Resoluciones heroicas.
Confieso que perturbó
La honestidad de mis bodas;
Mas con las suyas confieso
Que quise aumentalles honra.
Confieso que es un soberbio.
Y que no imagina cosa
Que bárbaro no la emprenda,
Como ingrato la proponga.
Pero fuera desto, es padre
De la patria; que las obras
En el hombre no son unas,
Aunque son del hombre todas.
Y así me parece, Elvira,
Que conmigo le propongas
Al Rey lo que ves, pues ves
Que á la paz del reino importa.
No la parte de grosero
Defendemos; las gloriosas
Acciones solicitamos.

ELVIRA.

Leonor, como el Rey nos oiga,
A quien no hemos visto, estando
En su palacio hasta agora;
Piedad dará á sus orejas,
Y dará á sus pies aljófár.
Pero ya que desta suerte
Quieres ser con él piadosa,
De Don Rodrigo te acuerda,
Haciendo su causa propia.

DOÑA LEONOR.

Su delito no es tan grande
Que en tal cuidado me ponga.

ELVIRA.

Al fin dicen que mañana
Es público que le cortan
La cabeza.

DOÑA LEONOR.

Ya en la plaza

Se miran teatro y horca
Para el dueño y el criado,
Que al fin muere de sus sobras.

ELVIRA.

Ya sale el Rey.

DOÑA LEONOR.

Ten piedad.

ELVIRA.

De tí aprendo á ser piadosa:
Mas ¡válgame Dios! ¿cuál es?

DOÑA LEONOR.

¿No le ves en la persona?

ELVIRA.

¿Ese es el Rey?

DOÑA LEONOR.

¿No lo dicen

Las partes de que se adorna?

ELVIRA.

Este es el que vi en los campos
De Leganés. ¡Hay tal cosa!

¿Que era el Rey? Turbada estoy.

ESCENA II.

EL REY, DON ALONSO, DON JUAN,
FORTUN, CABALLEROS.—DOÑA LEONOR,
NOR, ELVIRA.

REY. *(Para sí, como oyendo la voz de la Sombra.)*

¿Piedra he de ser? ¡Hola, hola!

FORTUN.

Señor, señor.

REY.

¿Quién me dijo

En voz alta y poderosa

Que he de ser piedra en Madrid?

DON ALONSO.

¿Piedra en Madrid?

FORTUN.

¿Piedra?

REY.

Agora

Me lo dijeron.

FORTUN.

Fué idea

Que no pudo ser lisonja.

REY. *(Para sí.)*

Esta vanidad me trae

Atropellado en sus sombras.

Cadáver vil, ¿qué me quieres?

¿Qué buscas, pálida forma?

¿Piedra he de ser en Madrid?

¿Por qué, si no es que me nombras

Piedra por la eternidad

De mis inmortales obras,

Dejando de mi justicia

Espantos á la memoria?

Mas ¿cuándo mi heroico pecho

Advirtió ilusiones locas.

Ni admitió quimeras vanas?

Estas son fingidas copias,
Fantasmas de mis hermanos,
Hechizas, engaño todas.
Mas, vive Dios que he de hacer
Que mi majestad conozcan
Tantos hermanos que altivos
Mis pretensiones estorban,
Y acabando estos encantos,
Postraré esta Babilonia
De hermanos que me persiguen
Y en secreto armas convocaban
Don Fadrique en Aragón
Las fronteras alborota
De Murcia, á quien en secreto
Siguen Cartagena y Lorca,
Con pretexto de que quiere
Del castillo de Sidonia
Redimir la flor de lis,
Que ha de ser púrpura rosa.
Mueve Don Tello á Vizcaya;
Y Don Enrique en Astorga
Sediciosa solicita,
Y hoy dicen que por la posta
Viene á verme; mas vendrá
A que en su cabeza ponga
Los pies, labrándole en ellos.
A su ambición la corona.

DOÑA LEONOR.

Danos esos pies.

REY.

¿Quién sois,

Y qué queréis?

ELVIRA.

Que nos oiga

Vuestra Alteza.

REY.

¿Quién sois vos?

ELVIRA.

Soy, señor, la labradora

De Leganés.

REY.

Cumplió el Rey

Lo que os prometió: ya postra

Ese gigante.

DOÑA LEONOR.

Antes ya

Venimos de aquesta forma

A hacer los ojos y labios

Matices de tus alfombras,

Suplicándote le des

La vida.

REY.

¿Y hay quien se oponga

A mi justicia? Arrojad

De un corredor á esas locas.

ELVIRA.

Señor...

REY.

Pedirme justicia

Solo pudistes vosotras;

Pero pedir que dispense

En ella, es turbar la gloria

De mi justicia. Mañana

(A uno de los caballeros.)

Haced que en un palo pongan

Su cabeza, y juntamente

La del que en mis salas propias,

Habiendo calles, cobarde

Dió libertad á su esposa,

Valiéndose en su flaqueza,

Con advertencia tan propia,

Del sagrado de mi alcázar.

ELVIRA.

¡Perdidas somos!

(Retirándose del Rey las dos.)

DOÑA LEONOR.

Asombra

Con la vista.

REY.

Echaldas fuera;

Y hasta ordenar otra cosa,

Estén con guarda en la torre
Con los demas.

ELVIRA.

Venturosas
Somos en librar las vidas.

REY.

El Rey que agravios perdona
H. chos á la Majestad,
Se agravia á sí, porque consta
Así de justicia el cetro
Como de misericordia;
Y estas han de ser iguales;
Que una falta, si otra sobra.

(Vanse Doña Leonor y Elvira, acompañadas de alguno.)

ESCENA III.

EL REY, DON JUAN, DON ALONSO,
FORTUN, CABALLEROS.

REY.

No he tenido otro deseo
Sino de ver cómo corta
La espada deste infanzon.

FORTUN.

Dél cuentan cosas que asombran.

REY.

Darán que parte por medio
Gigantes.

FORTUN.

Si diez le enojan,

A los diez ahuyenta y mata

Solo, con su espada sola,

Sin que la esperen ni aguarden.

REY.

Si es valiente, un hombre sobra,

Y si son cobardes, diez

Lo que uno solo no importan.

—¿Qué noche hace?

DON JUAN.

De tu gusto,

Porque, oscura y tenebrosa,

A horror está provocando.

REY.

Estas son mis noches propias.

FORTUN.

¿Piensas rondar?

REY.

De los reyes

Son aforismos las rondas.

La noche, lo que hay, me dice,

En el pueblo: que en sus sombras

Y en su silencio y espanto

No se acreditan lisonjas.

DON JUAN.

Accion es de Luis octavo,

Y él la consultó con Roma.

REY.

Dadme capa de color.

FORTUN.

Y ¿qué armas traerémos?

REY.

Otra

Espada de las que ciño,

Ni mas larga ni mas corta.

DON ALONSO.

¿Dos espadas?

REY.

Dos espadas,

Que para reñir no estorban.

DON JUAN.

¿Rodela ó broquel?

REY.

Linterna

Con cera y sin luz.

(Habla bajo á Don Alonso.)

Mi honra

Te fio con el secreto.

DON ALONSO.

Ya es de Efestion mi boca:

Voy á ser piedra y servirte.

REY.
Morir ó vivir te importa :
Mira cuán breve distancia
Hay del infierno á la gloria. (Vanse.)

Prision del Alcázar.

ESCENA IV.

GINESA, CORDERO.

CORDERO.
Véte con Dios, y déjame que muera
Sin ver visiones, Ginesilla ingrata.

GINESA.
¿Ya soy vision?

CORDERO.

¡Jesus!

GINESA.

Aguarda, espera,
Que contigo también el Rey me mata.
Déjame hacer extremos.

CORDERO.

¿Quién creyera
Que tuviera este fin hacerte gata?

GINESA.

¡Maldito sea el tejado!

CORDERO.

¿Algo no dejas?

GINESA.

¡Maldito sea, fuera de las tejas!
Mil reliquias te traigo para el trago
Con que te han de brindar.

CORDERO.

¿Mil traes tan solas?

GINESA.

Es un cordel de Simon Mago,
Con que harás á compas las cabriolas.

CORDERO.

¡Aquí á compas! — ¿Y aquí?

GINESA.

Sangre de drago,
Porque no te marees con las olas
Del vuelo. — Este es romero.

CORDERO.

¿Y este?

GINESA.

Hinojo.

¿Y esa?

CORDERO.

GINESA.

Es muela de fraile, para el ojo.
Mejores son bizcochos y buen vino.
Esos me prevendrás.

GINESA.

Yo soy contenta.

ESCENA V.

DON ALONSO. — GINESA, CORDERO.

DON ALONSO.

¿A estas horas mujer!

CORDERO.

A saber vino
Si la sangre que corre por mi cuenta,
Es sangre de pichon ó palomino.

DON ALONSO.

¿Qué hace Tello García?

CORDERO.

El tiempo cuenta.

¿Y el confesor?

DON ALONSO.

Segun to has ordenado,
Con las guardas, señor, se ha retirado.

DON ALONSO.

No quede luz ninguna.

CORDERO.

No nos dejes

A escuras, que es azar morir a escuras :
Mueran, señor, a escuras los herejes.
DON ALONSO. [ras.
Este en que estáis, no es tiempo de locu-
La torre despejad. (A Ginesa.)

CORDERO.

No la despejes ;
Que sin gente y sin luz mi fin procuras.

GINESA.

Cordero, adios.

CORDERO.

Adios, Ginesa mia.
¡Mal haya el hombre que en tejados fia!
(Vase Ginesa, y Don Alonso apaga
la luz.)

ESCENA VI.

EL REY, con capa de color. — DON
ALONSO, CORDERO.

REY. (Bajo á Don Alonso.)

¿Puedo entrar?

DON ALONSO.

Sí, señor.

REY.

La puerta mira.

DON ALONSO.

Todo está ya sin luz, todo sin gente.

REY.

¿Quién va?

CORDERO.

Quien de visiones se retira.

REY.

Aguarda á un hombre que tus penas
CORDERO. [siente.

Vete arredo, Satan, que eso es mentira.

¡Jesú! ¡Jesú!

REY.

Hombre soy : hombre, detente.

CORDERO.

¿De veras?

REY.

Sí : ¿quién eres?

CORDERO.

Punto ménos

De ahorcado soy.

REY.

Así mueren los buenos.

¿Dónde está el Infanzon?

CORDERO.

En la fortuna
Mas triste y miserable en que se ha halla-
Jamás la majestad infanzonuna. [do

A muerte el Rey le tiene condenado,
Y sin clemencia ni piedad alguna,

Mañana el paso hará del degollado :
Y yo sin ser su hermano ni su primo,

Siendo cordero, moriré racimo.

Está el Rey tan cruel, que no es posible
Otorgalle el descargo : y si esto fuera

Al colgar de los cintos, invencible
Al que hoy ve tan postrado España viera.

El Rey es un menguado, es un terrible,
Todo temeridad, todo tronera,

Y de envidia lo mata por ser hombre
Que da espanto á Castilla con su nombre.

Mas ¿quién sois vos, señor, que en ansias

A ver el Infanzon habeis venido? [tales

REY.

Quien se aflige en sus penas y en sus ma-
CORDERO. [les.

Va el padre confesor se ha recogido,
Y el alcaide con voces desiguales

Quiso el nuestro excusar con su ruido,
Y las luces mató : ¡mirad que robo,

Querernos muerte dar, boca de lobo!

Muriendo está á lo buho en esa sala
El Infanzon ; mas muere sin prisiones,

Que el Rey para matarnos nos regala,
Como hace el Labrador con sus lechones.

REY.

Su libertad el cielo le señala,
Desvaliendo del Rey las sinrazones.

CORDERO.

¡Ay mi Dios! ¿Si lo dice eso burlando?

REY.

Llámalo, que es de veras

CORDERO.

Voy volando.

Señor, señor....

ESCENA VII.

DON TELLO. — Dichos.

DON TELLO.

Si es hora del suplicio,

Llárame al confesor.

CORDERO.

Antes es hora

De bailar la capona.

DON TELLO.

¿Tienes juicio?

CORDERO.

Sigueme y calla, y lo verás agora. —
Aquí está el Infanzon. (Al Rey.)

REY.

Bastante indicio

De que vuestra desgracia el reino llora,
Teneis en la locura que prevengo,

Pues en su nombre á libertaros vengo.

DON TELLO.

¿Quién sois? Dadme esos brazos.

REY.

No os conviene

Saber aquí quién soy, que en la desdicha
Es necio el que en huirla se detiene :

De la suerte que estáis seguid la dicha.

CORDERO.

Dice bien, que esto agora te conviene,
Que tal resolucíon no es para dicha.

DON TELLO.

¿Que del Rey me escapais?

REY.

Seguid lo oscuro,

Y pensad que conmigo vais seguro.
(Vanse.)

Campo, extramuros de Madrid. Un pozo y una
ermita.

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE y MENDOZA, de camino.

DON ENRIQUE. (Dentro.)

Tened.

MENDOZA. (Dentro.)

Parad.

DON ENRIQUE. (Dentro.)

Tal no ha sido

Del viento la lijereza.

MENDOZA. (Dentro.)

¡Hola! el estribo á su Alteza.

DON ENRIQUE. (Dentro.)

Sin alboroto y ruido

En esos olivos queden

Los caballos hasta el dia

Y la gente. (Salen.)

MENDOZA.

La osadía

El sueño y cansancio exceden.

Pero ¿no fuera mejor

Entrar en palacio agora?

DON ENRIQUE.

Excuso darle á deshora

Cuidado al Rey mi señor ;

Y así quiero que aguardemos

Al sol para entrar de dia.

MENDOZA.

Temo á tu hermano.

DON ENRIQUE.

Porfía

En tus temores y extremos.
¿Qué temes del?

MENDOZA.

Que te tiene

Envidia por tu valor,
Y es poderoso.

DON ENRIQUE.

El temor

De la culpa se previene;
Pero el que sin culpa está,
En sí mismo se asegura.

MENDOZA.

El Rey vuestro sin procura,
U dello las muestras da.

DON ENRIQUE.

Esos son temores vanos:
El delito hace el temor.

MENDOZA.

Di, ¿qué delito mayor,
Si hay odio, que ser hermanos?
Mira en Cain y en Abel
Este ejemplo; y mira en sin
Que algo tiene de Cain
Quien se precia de cruel.

DON ENRIQUE.

Vive Dios, que si hablas mas
En el Rey, que he de enojarme.

MENDOZA.

Esto es, señor, recelarme
DON ENRIQUE.

Necio filósofo estás.
El Rey es de Dios objeto
En premiar y en castigar,
Y el que lo llega á culpar,
Casi pone en Dios defeto.
Dios obra en la majestad
Que siempre tiene consigo,
Y es tal vez justo castigo
Lo que parece crueldad.
Premio y castigo en la ley
Del Rey á un reino se da,
Y en su ejecucion será
Solo el instrumento el Rey:
Y así culpar no es razon
Al principe soberano
Porque le toca la mano
Con que obra la ejecucion.
¿Bien al mundo pareciera
Que, escondido en Trastámara,
Yo al Rey le huyera la cara!
Ya en parte delito fuera.
Deja al rey en el altar,
Que por serio le señalo;
Que es deidad el Rey mas malo
En que á Dios se ha de adorar:
Y así en quebrar esta ley
Véte, Mendoza, á la mano;
Que es ofenderme en mi hermano,
Y es irritarme en mi rey.

MENDOZA.

No es mi intencion disgustarte
Jamás.

DON ENRIQUE.

Porque así lo entiendo,
Ni me enfado, ni me ofendo.
¿Qué harémos?

MENDOZA.

Si reclinarte

Quieres, traeré un trasportin,
Que en sedas, ámbar y plumas,
Que estás en Chipre presumas.

DON ENRIQUE.

No hay lisonjero jardín,
Ni hay lecho mas prevenido,
Que el sueño, si se hace dueño
De las potencias.

MENDOZA.

El sueño

Triunfa en la muerte y olvido.

(Cantan dentro.)

Muchachitos de Madrid,

*Del rey Don Pedro os guarda
Que quien mata al Infanzon,
Sus hermanos matará.*

MENDOZA.

¿Oyes aquel niño?

DON ENRIQUE.

Que es

Voz de Dios querrás decir.

MENDOZA.

Suele el cielo prevenir,
Con los avisos que ves,
Los futuros contingentes.

DON ENRIQUE.

Ya en ángel has trasformado
Al niño que va al mandado.
¿Temores impertinentes!

(Cantan dentro.)

*Infanzon, el de Illescas,
Pimpollo de oro,
Pues que mueres sin culpa,
Llòrente todos.*

DON ENRIQUE.

¿Qué es esto del Infanzon,
Que los niños van cantando?

MENDOZA.

Novedad no pasa, cuando
Della coronistas son,
Y lo que mas maravilla
Es que en letrillas las vemos.

DON ENRIQUE.

Hasta que amanezca, demos
Una vuelta por la villa;
Que sin duda hay novedad,
Pues los niños desta suerte
Van cantando.

MENDOZA.

Alguna muerte

Dará lengua á la crueldad. (Vase.)

ESCENA IX.

EL REY, DON TELLO, CORDERO.

REY.

Ya estamos aquí seguros.

DON TELLO.

Mas adelante pasemos,
Que temo al Rey.

REY.

¿Pues al Rey

Teneis vos, Infanzon, miedo?

DON TELLO.

Con su majestad el Rey
Y su rigor me le ha puesto;
Pero yo se le pusiera,
A batallar cuerpo á cuerpo
Y hombre á hombre donde estamos:
Que aquí no importa el respeto.

REY.

Y esa opinion de la cárcel
Os saca, y pensad que os tengo
Alicion particular

Por la fe de vuestros hechos.
Venid, que entre estos olivos
Que veis, caballos os tengo
En que elijais la piedad
De otros reyes y otros reinos
A Portugal ú Aragon
Pasar podeis con secreto.

CORDERO.

Vamos á Aragon, que allá
Peras vinosas tenemos.
No elijais á Portugal,
Que es monarquía de sebo,
Y te harán vela de á cuarto.

REY.

Cédulas traigo y dineros
Para libraros.

DON TELLO. (Despidiéndose.)

Amigo...

CORDERO.

Angel, Simon Cirineo,
¿Quién eres?

REY.

Ya lo sabréis

Antes que nos apartemos.
Vé tú á encender esa luz.

CORDERO.

¿Y si con la ronda encuentro?

REY.

Ya no es hora.

DON TELLO.

Los caballos
Buscar podremos á tienta.

REY.

Importa la luz.

CORDERO.

Aquí

Está una ermita: ver quiero
Si hay luz.... Pero las lechuzas
Tienen la lámpara en seco.
¿Dónde irá? Dios me depare
Lamparilla ó cimiterio. (Vase.)

ESCENA X.

EL REY, DON TELLO.

REY.

Un bulto diviso.

DON TELLO.

Yo

Llegara á reconocello,
Si tuviera espada.

REY.

Aquí,

Porque no quede por eso,
Está la mia.

DON TELLO.

Señor...

REY.

Yo voy por la que os prevengo
En el arzon, y entre tanto
Que aquí á despacharos vuelvo,
Defended, como quien sois
Y como sabeis hacello,
Este puesto y vuestra vida.

DON TELLO.

Guardaré la vida y puesto
Del Rey mismo.

REY.

Eso os importa.

DON TELLO.

Lo que me importa os prometo.

REY.

Adios.

DON TELLO.

Adios. ¿Quién será
Este hidalgo á quien le debo
La vida contra el poder
Deste rey bárbaro y fiero?

(Vuelve el Rey.)

REY.

(Ap. Ya ha querido la ocasion
Verificar mis deseos.
Agora ha de ver si en mí
Triunfa el valor, ó el respeto.)
¿Quién va?

DON TELLO.

Nadie.

REY.

¿Nadie?

DON TELLO.

Nadie,
Que el que está aquí, se está quedo.

REY.

Pues vávase.

DON TELLO.

Es muy pesado.

REY.

Eso mas tendrá de necio,
Pues no se ha ido sin dar
Ocasión de que le echemos.

DON TELLO.

¿Cuántos vienen con él?

REY.

¿Cuántos?

Una espada y cinco dedos,
Y el valor de hombre de bien.

DON TELLO.

Pues ¿qué pretende?

REY.

Pretendo

Reconocello ó matallo.

DON TELLO.

Pues yo, desta suerte dejo
Reconocerme y matarme.

REY. (Ap.)

No riñe el infanzoncello
Mal : valor tiene.

DON TELLO. (Ap.)

¿Es posible

Que un hombre solo mi esfuerzo
Resista?

REY. (Ap.)

No riñe mal :

Aficionado le quedo.

Casi me da en qué entender...
Pero atropellarlo quiero.

DON TELLO.

¡Válgame Dios!

REY.

Calla y riñe,

Como puedas.

DON TELLO. (Saltando la espada.)

Ya no puedo.

¿Quién eres, hombre?

REY.

Hombre soy...

(Y he deseado sabello.)

Hombre soy que por diez valgo.

Pues que contigo peleo.

Aquí, que vales por tantos.

Y así en ti diez hombres venzo.

DON TELLO.

Bien puedes decillo ya :

La espada perder me has hecho :

Que en los golpes de la tuya

Montañas están cayendo.

REY.

Tómala.

DON TELLO.

¿Que haya quien triunfe

De mí en Castilla, y no muere?

Yo á los pies de otro hombre : Yo.

Hombre, la vida te ofrezco :

Que vida á tus pies postrada

Ni la estimo ni la quiero.

¿Qué dijera el Rey de mí

Si me viera á los pies puesto

De un hombre?

REY.

¿Que estás rendido

Confiesas?

DON TELLO.

Yo lo confieso.

REY.

Confiesa que por mí solo

Ser respetado merezco

Tanto como el Rey por ser

Rey ; y confiesa que puedo

Por mi bizarria mas

Que el Rey por su nacimiento :

Y al fin confiesa que aquí

Entre las plantas te tengo.

DON TELLO.

Todo lo confieso á voces.

ESCENA XI.

CORDERO con luz. — EL REY, DON
TELLO.

CORDERO.

Esta es la luz... Mas ¿qué es esto?

REY.

El infanzon es que está

A los pies del rey Don Pedro.

CORDERO.

¡Válgame Dios!

DON TELLO.

Señor...

REY.

Yo

Soy quien aquí cuerpo á cuerpo,

Como tú lo deseabas,

Te he dado á entender que puedo

Hacer hombre con la espada

Lo que rey con el respeto.

Y considera, cobarde,

Que con la vida te dejo.

Por ser menos que el cantor

Y que el clérigo que he muerto

En Sevilla, por quien tú

Hiciste tan gran desprecio

De mí, y por darte á entender

Que los reyes en su asiento

Soberano son mas que hombres,

Por la deidad que hay en ellos,

Y tambien mas que hombres son

En la ocasión y el aprieto.

DON TELLO.

Ya lo conozco.

REY.

Pues ya

Que has visto que reñir puedo

Contigo en campaña, y sabes

(Que por mí mismo te venzo,

Y no por la majestad

Ni el soberano respeto ;

Y sabes que te vencí

En tu casa por modesto,

Y en mi palacio por rey ;

Y en estos tres vencimientos

Me has admirado piadoso ;

Tememe por justiciero.

Y véte, pues estás libre.

De Castilla y destes reinos.

Porque si en ellos te harto

Has de morir sin remedio ;

Que aquí la espada te libra.

Y allí te amenaza el cetro.

Aquí soy tu amigo ; allí

Soy tu rey : aquí te absuelvo

De los delitos, y allí

Te he de castigar por ellos :

Allí ha de obrar la justicia :

Y la piedad que te muestro

Obra aquí : aquí soy piadoso,

Y allí he de ser rey severo.

Y pues soy tu amigo aquí

Y ser tu enemigo puedo,

Calla, sin probarme mas :

Véte y toma mi consejo.

DON TELLO.

Dones miro en ti, que en hombre

Jamas he visto : suspenso

He quedado y con mas fe

Tu majestad reverencia,

Admiro tu bizarria,

Y tu valentia tiemblo.

Juzgando gloria el castigo,

Y honor este vituperio,

Porque solo tu podías

Postrar mi gallardo pecho :

Y así, dejando á Castilla,

Tu voluntad obedezco.

REY.

Allí te esperan dos hombres

Con caballos y dineros.

Esto es ser, García, rey,

Y esto es ser valiente, Tello.

DON TELLO.

Avergonzado y corrido

Todo lo conozco, y veo

Que allá me venciste Rey,

Y aquí me vences Don Pedro. (Vase.)

ESCENA XII.

EL REY.

Glorioso quedo de haber

Ganado en un vencimiento

Dos triunfos ; que en los rendidos

Son bárbaros los trofeos.

Ya las estrellas confusas,

En mal terminados cercos

De luz y de horror, al mar

Se precipitan, huyendo

Del sol que sale en los brazos

Del Aurora, mal despierto.

Recogerme quiero.

ESCENA XIII.

LA SOMBRA.—EL REY.

LA SOMBRA.

Aguarda.

REY.

¿Quién me detiene?

LA SOMBRA.

Yo.

REY.

¿Horrendo

Espectáculo! ¿Qué quieres?

LA SOMBRA.

Decirte que en este puesto
Has de ser piedra en Madrid.

REY.

Vision, prodigio, portento,

Imaginacion, ¿quién eres?

¿Que pregun me estás haciendo,

Que así en Madrid me persigues?

LA SOMBRA.

Llega, si quieres saberlo,

Y en el brocal deste pozo,

Que está arrimado á este templo

Venerable como humilde,

Glorioso como pequeño,

Por habelle edificado

Santo Domingo, asistiendo

El seráfico Francisco

A su fábrica, podemos

Sentarnos.

REY.

Viene de prisa

El sol, y espacio no tengo.

(Hace que se va.)

LA SOMBRA.

Vuelve, ó diré que es temor :

Sientate, ó diré que es miedo.

REY.

¿Yo temor? ¿Yo miedo?

LA SOMBRA.

Si.

REY.

Por desmentirte, me siento. (Siéntase)

Ya estoy sentado : prosigue.

LA SOMBRA.

Oye.

REY.

Acaba.

LA SOMBRA.

Estáame atento.

¿Conóceme?

REY.

Como estás

Tan pálido, horrible y feo,

No caigo en tí; si ya no eres
Demonio que persiguiendo
Me estás. (Levántase.)

LA SOMBRA.

No: vuelve á sentarte.

REY.

Si haré.

LA SOMBRA.

Yo, Neron soberbio,
Soy el clérigo á quien diste
De puñaladas...

REY.

¿Yo?

LA SOMBRA.

A tiempo

Que para decir estaba
En la misa el evangelio.

REY.

¿Eras clérigo de misa?

LA SOMBRA.

Diácono fui.—El efecto
De matarme resultó
De impedirme un sacrilegio
En San Clemente en Sevilla.
¿Acuérdaste?

REY.

Ya me acuerdo.

LA SOMBRA.

A Doña Beatriz quisiste,
Profanando el real convento,
De sus clausuras sacalla.

REY.

Amor es un monstruo ciego,
Cruel y desenfrenado.

LA SOMBRA.

Pues Dios te señala el freno
En este mismo puñal, (Sácale el suyo.)
Con el cual tu hermano mismo
De tus juventudes locas
Dará á Castilla escarmiento,
Si tu vida no reparas,
Si no reportas tus yerros.

REY.

¿Mi hermano?

LA SOMBRA.

Tu hermano.

REY.

¿A mí?

Suelta el puñal.

LA SOMBRA.

Ya le suelto.

REY.

Si te pudiera matar,
Ya otra vez te hubiera muerto.

LA SOMBRA.

Día de Santo Domingo
Me mataste.

REY.

¿Qué es tu intento?

LA SOMBRA.

Advertirte que Dios manda
Que fundes un monasterio
En este mismo lugar
Que el Santo tiene dispuesto,
Donde en vírgenes le pagues
Lo que le hurtaste en desprecios:
Clausuras honren clausuras.
¿Prométeslo?

REY.

Sí prometo.

¿Quieres otra cosa?

LA SOMBRA.

No:

Queda en paz; labra el convento,
Que en él tienes de vivir
En alabastros eternos.

REY.

¿Eso es ser piedra en Madrid?

LA SOMBRA.

Ser piedra en Madrid es esto;
Y advierte que así me sacas
De las penas que padezco.
Fuego soy.

REY.

¿Fuego?

LA SOMBRA.

La mano

Me da.

REY.

No ardes mucho.

LA SOMBRA.

Quiero

Que lo examines mejor.

REY.

¿Que me abraso, que me quemó!

LA SOMBRA.

Este es el fuego que paso.

REY.

Terrible es, pues yo lo siento.
Suelta, suelta.

LA SOMBRA.

En este ardor

Temeré, Rey, el del infierno.

REY.

Daréte mil puñaladas,
Si te escondes en el centro....
—Suelta, suelta. ¡Oh fuego horrible!
Mucho mas ardes que fuego.
Suelta. Mas ya se deshizo.
(Desaparece.)
¿Qué prodigio! ¿qué portentoso!
¿Válgame Dios! Mas el día
Viene á priesa: gente siento:
Ya el retirarme es forzoso.
Luego he de labrar el templo,
Porque por él se revoquen
Los soberanos decretos,
Y esta advertencia le deba
A Madrid el rey Don Pedro. (Vase.)

ESCENA XIV.

DON ENRIQUE, MENDOZA.

DON ENRIQUE.

Haz que traigan los caballos,
Que el sol, pavon de los cielos,
Con lisonjas de oro y uácar
Pompas de luz sale haciendo.

MENDOZA.

Algunos están aquí,
Porque los demas siguiendo
Van dos ladrones, que dicen
Que en dos caballos subieron,
Como vieron sepultada
La gente en cansancio y sueño.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

MENDOZA.

Lo que ha pasado,
Y hasta que vuelvan con ellos,
Has de aguardar; que no piensan
Volver sin traerlos presos.

DON ENRIQUE.

No hay que aguardar: á palacio
Guad sin hacer estruendo.
Mas; válgame Dios! puñal
¿No es aquel? ¡terrible encuentro!

MENDOZA.

Antes di terrible azar,
Que está clavado en el suelo.

DON ENRIQUE.

Muestra.

MENDOZA.

Prenda es de valor.

DON ENRIQUE.

Y en la guarnicion que beso.
Y en el puño de oro y perlas

Con amatistas á trechos
Conozco que es el puñal
De su Alteza.

MENDOZA.

Algun suceso

De pesar le ha sucedido.

DON ENRIQUE.

¡Ah! ¿quién llegara mas presto
Vamos, Alvaro, á palacio,
Que ya á su Alteza le llevo
Prenda con que me recibia
Amoroso y lisonjero,
Porque este puñal que ves,
Lo estinia á la par del Reino.

MENDOZA.

Pues juzga el Reino en tu mano,
Si el puñal tiene tal precio.
Aunque verte con puñal
Lo tengo por mal agüero.

DON ENRIQUE.

No temas, vén; que ántes del
Ha de resultar mi premio. (Vanse.)

Cámara del Rey.

ESCENA XV.

EL REY, DON JUAN, y luego FORTUN.

DON JUAN.

Ya te espera la cama.

REY.

No me quiero acostar: á Fortun llama.

DON JUAN. (llamando.)

Fortun.

FORTUN. (Saliendo.)

Aquí me tienes.

REY.

¿Dónde vas, dónde vas?

FORTUN.

Vengo...

REY.

¿A qué vienes?

FORTUN.

Dijo que me llamabas
Don Juan.

REY.

Tienes razon. ¿Adónde estabas?

FORTUN.

Proviendo la cena. (Vase Fortun.)

REY.

Llamame á Don Alonso. El cielo ordena
Que me acuerde del cielo.

¡Obre la religion, renazca el celo.

Domingo soberano,
Mucho por vos con Dios merezco y gano,
Pues que siendo Guzman templo os

[ofrezco,

Quando así á los Guzmanes aborrezco.

ESCENA XVI.

DON ALONSO, FORTUN. — EL REY,
DON JUAN.

DON JUAN.

¿Qué me mandas?

REY.

Dejadme.

DON ALONSO.

¿No me llamabas tú?

REY.

Los tres llamadme...

¿Qué sosiego! ¿qué espacio!

FORTUN.

¿A quién?

REY.

A cuanta gente hay en palacio.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

(Los tres hablan entre sí al retirarse.)

616
DON ALONSO.
No lo sé.

FORTUN.
¿Tan de mañana
Está fiero el león?

DON JUAN.
Tendrá cuartana. (*Vanse.*)

ESCENA XVII.

EL REY.

Que con mi puñal mismo
Me ha de matar mi hermano! ¡Ah inmen-
De inefables decretos! [so abismo
¿Qué investigables son vuestros secre-
Mas no me apercibiera [tos!
Cuando decreto irrevocable fuera.
Amenaza es de padre, si él lo dijo,
Que nunca el padre ejecutó en el hijo.

ESCENA XVIII.

DOÑA ELVIRA, DOÑA LEONOR, DON
ALONSO, DON JUAN, FORTUN,
GINESA, BUSTO. — EL REY.

DON JUAN.
Ya todos se levantan y previenen,
Y con nosotros los que hallamos vienen.

DOÑA ELVIRA.
¿Qué nos guerra?
DOÑA LEONOR. (*Ap. á Doña Elvira.*)
Ay, Elvira!

Visto, causa temor.
GINESA.
Callad, que os mira.

BUSTO.
¿Qué nos manda tu Alteza?

REY.
Alzad.
GINESA. (*Ap.*)
¡Librenos Dios de su fiereza!

REY.
Sabed que os he llamado, porque intento
Consagrarle en Madrid á Dios convento
De santas religiosas,
Ofreciéndole en él vírgenes rosas,
En recompensa, ¡oh juvenil locura!
De una que le cortó de su clausura:
Y, de que á Dios le pago,
A cuantos aquí estáis, testigos hago.

FORTUN. (*Ap.*)
¿Qué es esto?
DON JUAN. (*Ap.*)
¡Extraño exceso!

DON ALONSO. (*Ap.*)
Jamás he visto al Rey con tanto seso.

REY.
Maestros me prevenid,
Que una fábrica inmortal,
En Santo Domingo el Real,
Le pienso dar á Madrid,
Donde en alabastro terso
Tenga en soberana historia
Eternidad la memoria,
Dulce espíritu en el verso.
El templo he de enriquecer,
Que Domingo comenzó,
Donde piedra he de ser yo;
Y su abadesa ha de ser
La princesa Doña Juana,
Mi hija, en su poca edad,
Pues manda en mi voluntad
Voluntad mas soberana.
La capilla se ha de hacer
Donde yo clavé el puñal,
Desta ejecución señal.

DON ALONSO.
Debiósete de caer,
Que solamente está aquí
La vaina.

REY.
Descuido ha sido
Que el puñal se haya caído;
Y ha de estar, si le perdí,
Junto al pozo de la ermita.

DON JUAN.
El puño y la guarinicion
Dará al hallazgo ocasion,
Que es su riqueza infinita:
No se perderá, sabiendo
Que es tuyo.

REY.
Quien lo trujere,
De mi grande premio espere;
Que engrandecello pretendo
Tanto, que pondré á sus pies
Mi vida y mi cetro real.

ESCENA XIX.

DON ENRIQUE, MENDOZA. — DICHOS.

DON ENRIQUE.
Aquí tienes tu puñal,
Sin que vida y reino des.

REY.
¿Válgame el cielo! ¿Quién es?

DON ENRIQUE.
El vasallo mas leal
Del Reino.

REY.
(*Ap.* ¡Hay portento igual!)
Alzate, Enrique, del suelo,
Que parece que del cielo
Caiste con mi puñal.
Hombré, ¿de dónde has caído?
Angel, ¿de dónde has bajado?
¿Y cómo ó dónde has hallado
El puñal que yo he perdido?
Si ser Cain has querido,
Piérdela esperanza, infiel:
Castilla me llama Cruel,
Si no es que alterando el fin,
Dios quiere que sea Cain
El sacrificio de Abel.
Cuando á verme vienes, ¿vienes
Con mi puñal en tu mano?
O me amenazas tirano,
O barbaro me previenes:
Ya me parece que tienes
Imperio en mi fortaleza:
Pues aspirando á la alteza
Que en mis juventudes ves,
Con el puñal á mis pies
Amenazas mi cabeza.

DON ENRIQUE.
Mi humildad no ensorberbezco,
Dando de tirano indicio;
Antes vengo al sacrificio,
Y el instrumento te ofrezco;
Y si en hallazgo merezco
Tu clemencia, esa te pido:
Que, niño, á tus pies reudido,
En el puñal que te doy,
Besando el azote estoy
Que he venerado y temido.

REY.
Alza, Enrique, de mis pies,
Que en los decretos del cielo
Nada es el hombre, y el suelo
Ley de sus prodigios es;
Y antes que el puñal me des,
Los brazos me da, en señal
De fe.

DON ENRIQUE.
Será en mí inmortal.

REY.
Oh, Enrique; ¿qué dulces lazos
Fueran estos, si tus brazos
Me los dieras sin puñal!
—Pero, tirano... (*Apártalo y mete mano.*)

DON ENRIQUE.
Señor...
¿La espada empuñas! ¿qué es esto?

REY.
Mi grandeza ha descompuesto
Un aparente temor.
El pecho tembló el rigor
Dese puñal homicida.

DON ENRIQUE.
Sin que el amor te lo impida,
Toma, y sangriento y cruel
Dame la muerte con él,
Porque asegures tu vida.

REY.
Don Enrique, bueno está.
(*Hace que se va.*)

DON ENRIQUE.
¿La espalda me vuelves?

REY.
Sí.
DON ENRIQUE.

Oye.
REY.
Dios me asombra en tí.
DON ENRIQUE.
¿Cómo?

REY.
Mi puñal te da.
DON ENRIQUE.

Con él triunfa.
REY.
Así será.
DON ENRIQUE.
Pues comienza.

REY.
A hacerlo voy.
DON ENRIQUE.
Dios te guarde.

REY.
Vivo estoy.
DON ENRIQUE.
Leal soy.

REY.
Yo soberano.
DON ENRIQUE.
Ya verás que soy tu hermano.

REY.
Ya verás que tu rey soy.
(*Vase el Rey, y tras él todos, menos el Infante y Mendoza.*)

ESCENA XX.

DON ENRIQUE, MENDOZA.

MENDOZA.
Del rigor que te amenaza,
¿Qué mas desengaño quieres?

DON ENRIQUE.
Si él se fué, ya me ha dejado
Reliquia que reverencie,
Y en dejármela desnuda
Me dice que le respete.

MENDOZA.
Antes dice que el tirano
En la inocencia se extiende
Al rigor, que dice que huyas,
El mismo puñal que tienes.
DON ENRIQUE.
Deja en su solio lo sacro,
Que has dado en impertinente.
—Entremos..... Mas en su trono
Soberano el Rey parece.

MENDOZA.
¿Qué es esto?
DON ENRIQUE.
Yo no lo alcanzo.

Que en sí mismo el Rey se entiende.
(*Tocan clarines y descúbrese en un trono el Rey, coronado, con un manto carmesí, la espada desnuda y el cetro en la mano; y un escudo á los pies con esta letra: DEPOSIT POTENTIS.*)

ESCENA XXI.

EL REY, DON ALONSO, DON JUAN, FORTUN, CABALLEROS, GUARDIAS.— DON ENRIQUE, MENDOZA.

MENDOZA.

Confusion pone el miralle,
Y respeto causa el velle.

DON ENRIQUE.

De la suerte que lo ves,
Son divinidad los reyes.

MENDOZA.

Un escudo está en sus pies.

DON ENRIQUE.

Dice: *Deposuit potentes.*

MENDOZA.

Con los poderosos habla.

DON ENRIQUE.

Con mi humildad no se entiende.

FORTUN.

Madrid, Madrid, vuestro Rey
A haceros justicia viene
De sirrazones y agravios:
Quejáos de los que os ofenden.
Llegad, que haceros justicia
Hoy de sí mismo os promete.
Justiciero es, no cruel,
Aunque esta opinion os debe.

DON JUAN.

Muchos pregonos se han dado
En Madrid al tenor deste,
Y á la voz de su justicia
El pueblo en tumultos viene.

REY.

Acércate, Don Enrique,
Pues hoy quiero que celebre
Mi justicia el mundo, donde
En alabastro ha de verme.

DON ALONSO.

Tu licencia el pueblo aguarda.

REY.

No le tengais: dejad que entre.

ESCENA XXII

DOÑA LEONOR, ELVIRA, BUSTO, GINESA, PUEBLO.— DICHOS.

BUSTO.

¡Válgame Dios!

DOÑA LEONOR.

Temor pone.

ELVIRA.

Respeto causa.

GINESA.

A amor mueve.

DON JUAN.

Bien parece el Rey así,
Y este así mas bien parece.

REY.

Pueblo, yo soy vuestro rey,
Legítimo descendiente
Del oneno rey Alfonso
Cuyo matrimonio fénix (4),
Aunque os dió tantos infantes,
Un Rey os dió solamente.
Yo soy: pedidme justicia.

TODOS.

Solo pedimos que sueltes
Al Infanzon.

REY.

Ese loco

(4) Único

Es á mis leyes rebelde
Y tirano, y en Castilla
Nadie atropellarlas pience;
Que en su amparo vive Dios!
Que aun no perdone y respete
A mi hermano Don Enrique,
Que es el que tenéis presente.
(*A Don Alonso.*)

Muera luego, y con él muera
Don Rodrigo juntamente.

DON ALONSO.

Señor....

REY.

No repliques.

DON ALONSO.

Mira....

(*Ap. No se acuerda, ó no me entiende.*)

REY.

¿No vas?

DON ALONSO.

Señor, esta noche
El Infanzon las paredes
De la torre rompió.

REY.

Basta.

¿Y las guardas?

DON ALONSO.

No parecen.

REY.

El pueblo le ha libertado,
Que destas voces se infiere;
Mas vive Dios! que por ello
Cruel é ingrato ha de verme.
(*Ap. Así soy amigo y rey.*)

ESCENA XXIII.

UNOS CRIADOS DE DON ENRIQUE, con DON TELLO y CORDERO, presos.— DICHOS.

UN CRIADO. (*A Don Enrique.*)

Aquí los ladrones tienes
Que los caballos robaron.
CORDERO. (*Ap.*)

Hoy soy cordero inocente.

DON ENRIQUE.

No son ladrones, amigos,
Los que ladrones parecen.

DON ALONSO. (*Al Rey.*)

Ya el reo tienes aquí.

DON TELLO.

Quien me ha librado me prende.

REY.

Si te habias escapado,

¿A qué, loco, á mis pies vuelves?

DON TELLO.

A pedir misericordia.

REY.

No la alcanza quien no cree

Los consejos del amigo,

Y á un rey justiciero vuelve.

Digan luego lo que piden

A este hombre estas dos mujeres

DOÑA LEONOR.

De los brazos de mi esposo

Me quitó, y sin ofenderme,

A illescas me llevó, donde

Casarse conmigo quiere.

REY.

Delito es de muerte dño.

Enrique, ¿qué te parece?

DON ENRIQUE.

(*Ap. Conceder quiero con él.*)

Delito es, señor, de muerte.

REY.

Pues luego á esta labradora

Le dé la mano, y celebre

Su casamiento, y despues

A la justicia se entregue.

DON TELLO.

No me cases, si me matas:

Si me matas, no me afrentes.

DOÑA LEONOR.

Y á mí, si me honras, señor,

Sin marido no me dejes.

CORDERO.

De nosotros, si nos casas,

¿Qué mas castigo pretendes?

REY. (*A Elvira.*)

Ahora bien, viva contigo.

ELVIRA.

¿Ya es mío?

REY.

Ya es tuyo.

ELVIRA.

Reines

En las nestóreas edades.

DON ENRIQUE.

Perdone tu Alteza y premie

A todos, pues soberano

Se pone á hacer hoy mercedes.

REY.

Por vos, mi hermano, permito

Que á sus mujeres se entreguen

Los tres; y advertid que sois

Vos quien los fiais.

DON ENRIQUE.

Ya pueden

Dellos disponer las tres.

GINESA.

Gato, ya eres mío.

CORDERO.

Liebre

Quisiera haber sido, y no

Gato de tus caballetes.

REY.

Vivo quedas, Infanzon:

Mi majestad obedece....

Y esto baste. Enrique, tú

Ahora el puñal me vuelve.

DON ENRIQUE.

Y como deidad, es justo

Que en tu vaina le respete.

REY.

Dame esos brazos. ¡Cáyóse

La corona!

DON ENRIQUE. (*Alzándola*)

Aquí la tienes.

REY.

¡La corona y el puñal

Juntas á tus manos vienen!

No sé, hermano, qué imagine,

No sé, Enrique, qué sospeche.

DON ENRIQUE.

Sospecha que en mí un vasallo

Tienes, gran Señor, que vuelve

Por tu reino en la corona,

Y en el puñal por sus leyes.

REY.

Abrázame.

DON ENRIQUE.

¡Quiera Dios

Que esta amistad se conserve!

REY.

Immortal será en los dos,

Enrique, siendo obediente.

DON ENRIQUE.

Esa obediencia te juro.

REY.

Vamos, porque se comience

El edificio real.

DON TELLO.

Y aquí tenga fin alegre

De illescas el Infanzon,

Con prodigios y sin muertes.

EL CELOSO PRUDENTE.

PERSONAS.

EL REY DE BOHEMIA.
SIGISMUNDO, príncipe.
DON SANCIO, caballero.
LISENA, dama.
DIANA, dama.

LEONORA, princesa.
FISBERTO, viejo.
ALBERTO, infante.
ENRIQUE, marqués.
GASCON, lacayo.

CAROLA, criada.
ORELIO, criado.
LAURINO, criado.
FULCIANO, criado.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Praga, y en una quinta inmediata.

ACTO PRIMERO.

Jardín de casa de Fisberto. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LISENA, DIANA.

(Lisena tiene en la mano un librito de cera blanca encendido, y en la otra un papel que Diana quiere quitarle.)

LISENA.

No has de verle. — Suéltalo;
Que ya pecas de cansada. —
Mira que le rasgaré.

DIANA.

¿Tú has de encubrirme á mi nada?
Bien lo que me amas se ve.
¿Tú á tal hora en el jardín
Sola, con luz y papel,
Sin que yo sepa á qué fin!
¿Merece saber más del
Que yo esta murta y jazmín?
Si de testigos te enojas.
Que hablar puedan en mengua
Cuando cuentes tus congojas,
Yo solo tengo una lengua,
E infinitas estas hojas.
Murmurar las siento aquí
Con cualquier aura liviana,
Y á quien estimas en él,
Porque siendo yo tu hermana,
No te osas fiar de mí.
Lisena, suelta el papel,
O dime lo que contiene,
Y á quien estimas en él.

LISENA.

Ni que lo sepas conviene,
Ni una letra has de ver del.

DIANA.

¿No soy tu hermana mayor?

LISENA.

¿Qué importa aquí el parentesco
Donde el secreto es mejor?

DIANA.

Pues que verle no merezco,
Venta será del honor;
Que por ser de mí estimado
En el extremo que entiendes,
A encubrirle te ha obligado.

LISENA.

Bien sé, hermana, que pretendes
Que te diga mi cuidado;
Y por eso hablas así.
Aunque en diverso conceto
Estoy acerca de ti;
Y pues te guardo el respeto
Que tú me pierdes á mí,
Si desafortunada me trates,

Ni por fuerza saber quieras
Lo que es.

DIANA.

Cuando te recates

De que sepa tus quimeras,
Y encultras tus disparates;
Como en cosas del honor
No toquen, no soy curiosa;
Mas soy tu hermana mayor:
Esta es hora sospechosa,
El papel encubridor
De algun liviano suceso;
La luz señal que procura
Publicar tu poco seso
(Que el yerro que se hace á oscuras,
Alivia á la afrenta el peso);
El sitio no conveniente
Para quien profesa honor,
Y el riesgo que corre siente;
Caviloso tu temor,
O al ménos impertinente,
Pues has dado en recelarte
De mí con tan necio extremo.
Soy tu sangre, tengo parte
En tu mal ó bien, y temo
No haya venido á engañarte
Quien á tal hora provoca
Tus deseos inconstantes:
Que una travesura loca
Es mal de participantes.
Que á todo un linaje toca.

LISENA.

En mejor reputacion
Esté mi fama contigo.
No sé yo por qué razon
Me das ántes el castigo.
Que mi culpa la ocasion.
Mis pensamientos, si en ellos
Se han fundado los enojos
Con que intentas ofendellos,
Tan altos son, que tus ojos
No han de alcanzar ni aun á vellos.
Si eres mi mayor hermana,
Y temes que he de ofenderte,
Trátame mejor, Diana;
Y si malicias, advierte
Que la malicia es villana;
Y que aunque en los nacimientos
Tu edad mas respetos cobra,
Te aventajo en pensamientos,
Pues del valor que les sobra
Te puedo dar alimentos.
Si aquí á tal hora me ves,
Advierte, aunque maliciosa
Crédito á quimeras des,
Que no hay hora sospechosa,
Si la persona no lo es;
Y que como no la esmalta
El sol, de los cielos vida,
Por si algun temor me asalta,
Vengo con luz encendida,
Supliendo lo que le falta:

Señal que no ha de temerse
Cosa indigna de mí ser,
Y que de mí ha de creerse,
Que aun de noche no sé hacer
Cosa que no pueda verse.
Este papel que ha causado
La inquietud que en ti se ve;
Aunque le hayas injuriado,
Basta que en mi mano esté,
Para estar calificado.
Y el sitio, pues yo le piso,
Da nuevo ser á su ornato,
Y á tus sospechas aviso;
Y aunque culpes mi recato,
Porque llamarte no quise,
No importa; que él es discreto.
Y yo hasta á dar valor,
Contra tu rüin conceto,
Al sitio, noche, temor,
La luz, papel y el secreto.

DIANA.

¿Pues puedesme tú negar,
Que enamorados desvelos
No te han hecho trasnochar?

LISENA.

¿Mas si me pidieses celos?

DIANA.

Bien sabes que no sé amar,
Y que hasta agora no ha habido
Quien me haya puesto en cuidado.

LISENA.

Ya yo sé que te has querido
Alzar con el principado
De la crueldad y el olvido,
Y que cuantos quieren bien,
Una Anajarte alemana
En tu severidad ven,
Siendo en el nombre Diana,
Como en belleza y desden:
Y así yo que con temor
Ando de ver el extremo
De tu intratable rigor,
Huyo de ti porque temo
A quien nunca tuvo amor.

DIANA.

¿Gracias á Dios que he sacado
En limpio esta confusion!
En fin, ¿amor te ha quitado
El sueño, y como ladrón,
De noche te ha saltado?
Ya, pues los principios sé,
Si he podido lo demas.
¿Quién el venturoso fue,
En cuyo papel estás
Deletreando su fe?
Dime, hermana, la verdad.
Ea.....

LISENA.

Hácese grave
Descubrir mi voluntad

A quien, porque amar no sabe,
Es de ajena facultad.

DIANA.

No tanto, que aunque no adore,
Ni tus desvelos imite,
Favorezca, escriba y lllore,
Ni la práctica ejercite,
Vuestra teoría ignore.
De amor se la pasión ciega,
Quizá mejor que quien tira
Sus gajes, y al centro llega
De su esfera; que quien mira,
Mas alcanza que el que juega.
Conservo mi libertad;
Mas no porque no consiento
Tu amorosa ceguera,
Eches al entendimiento
Culpas de la voluntad.
Acaba: declaraté.

LISENA.

¿Haste de enojar conmigo?

DIANA.

¿Tan baja tu elección fué,
Que estas temiendo el castigo,
Si la prenda que amas sé?

LISENA.

Antes es tan generoso,
Que entiendo, en siendo sabida
De ti mi elección honrosa,
Que me llames atrevida,
Y me riñas envidiosa.

DIANA.

¿Válgame Dios! ¿Quién será
Este hipócrita de amor?
Para aqueste monte ya.

LISENA.

Si el conde de Peñafior
Fuese el que ocasion me da
De estimarle, ¿qué dirías?

DIANA.

Que á tu sangre corresponde
El amor que en ella crias.

LISENA.

¿Y si fuese mas que el Conde?

DIANA.

¿Mas que el Conde? Desvarías.

LISENA.

¿Si Enrique de Oberisel,
Del Rey privado y sobrino,
Me escribiese este papel...?
¿No es mas galán? ¿no es mas dino
Que el Conde?

DIANA.

Es monstro con él.

La alemana bizzarria
Se avergüenza en su presencia.
¿Dichosa tú, hermana mia!

LISENA.

Si me amase una excelencia,
En vez de una señoría,
Con mas razon te admiraras.

DIANA.

¿Excelencia?

LISENA.

El duque Arnesto

¿No puede, si en él reparas,
Amarme con fin honesto?

DIANA.

Señalas vas dando claras
Que estás loca. Un caballero
Es nuestro padre, leal,
De noble sangre y acero,
Que tuviera mas caudal,
A querer ser lisonjero;
Y por igualar su hacienda
Con la altiva inclinacion
Que su valor me encomienda
Doy desdeñosa ocasion
A que amor de mí se ofenda;

Que á falta de fundamentos
Del oro, que no hace caso,
Ni admite mercenamientos,
Por no casar mal, me caso
Con mis mismos pensamientos.
Mira tú, siendo mi hermana,
Y no con mayor tesoro,
Si es la elección que haces vana,
Cuando amor con flechas de oro
Hierre, por lo que en él gana.
Si el Duque á amarte se mueve,
Tomará á censo tu honor;
Mas mira que si se atreve,
No hay noble buen pagador.
Ni es principe el que no debe.

LISENA.

¿Basta á que de la grandeza
De una excelencia admirar
Le dé ocasion la pobreza?
Pues aun mas te has de espantar
Cuando me llames Alteza.

DIANA.

Anda, necia.

LISENA.

Ese retrato (Sácale.)

Antes que leas el papel,
Diga si verdad te trato.

DIANA.

A Sigismundo veo en él.

LISENA.

Y ántes que pase gran rato,
Verás el original
Dese gallardo traslado.

DIANA.

En amor tan desigual,
Donde el pincel ha firmado,
Recelo algun grande mal.
Sigismundo es heredero
De Carlos, rey de Bohemia,
Tu, hija de un caballero,
A quien la fortuna premia,
Mas en sangre que en dinero.
El Rey espera á Leonora,
De Hungria infanta, y tan bella,
Que hasta la envidia enamora,
Para que case con ella
El Principe que la adora.

Por ella en Belgrado está
Su hermano el infante Alberto,
Y deben de llegar ya:
Pues si el casamiento es cierto
De quien retratos te da,
¿Qué puedes tú pretender
De tan desigual amor,
Ni qué Alteza puede haber
Que no derribe tu honor,
No siendo tú su mujer?

LISENA.

Satisfágate á esa duda
Ese papel, que ya puedes
Ver discreta y guardar muda,
Para que segura quedes,
Y amor á mí dicha acuda.
Y sin hacer mas espantos,
Callando tu discrecion.
Advierte en favores tantos
Que es carta de obligacion;
Pero no con *sepan cuantos*;
Que en saberlo pocos, creo
Que el fin que espero verás
Y de mi honra el empleo.

LISENA.

¿Qué satisfecha que estás!

LISENA.

Verásllo si lés.
DIANA.
Pues leo.

(Lee.) *Mi padre el Rey, prenda mia,*

Me da esposa, y no sois vos,

Como si amor siendo dios,

Preclase Estados de Hungria.

*Antes que llegue este día,
Esta noche amor concierta
Daros la posesion cierta
Que á Leonora os adelanta,*

*Porque en viniendo la Infanta,
Halle cerrada la puerta.
La mano os tengo de dar
Sin poner mi amor por obra,
Que no soy como el que cobra
Sin intencion de pagar.*

*Solo os quiero asegurar
Que en honesto amor me fundo,
Y que desmintiendo al mundo,
Contra el gusto y el poder,
Sabe amar sin ofender
A su esposa. — Sigismundo.*

*A tan segura firmeza,
Tan nunca visto valor,
Tan no esperada grandeza,
¿Qué mucho triunfe tu amor
De la mudanza y pobreza?
Solo Sigismundo es*

*Quien nombre puede adquirir
De amante firme y cortés,
Que el hacer junta al decir,
Y da afrenta al interés.
Ya por él perfecto queda
El amor, a quien obliga
A que estimarse en mas pueda
Que estaba lleno de liga,
Como la baja moneda,
Y en el fuego del valor
Con que su fama acreditó
Sabe apartar del amor
La mezcla del apetito,
Para acendrarle mejor.
A amar tu pobreza vino,
Quilatando su decoro;
Que amor desnudo y divino,
Cuanto está mas limpio de oro,
Tanto es mas perfecto y fino.
Injuria, hermana, me has hecho
El tiempo que no me has dado
Cuenta de tu honra y provecho*

LISENA.

*Aunque amor comunicado
Dicen que dilata el pecho,
Temí la envidia, Diana,
Que te pudiera causar.*

DIANA.

No es mi inclinacion villana.

LISENA.

No, mas es propio envidiar
Una hermana á la otra hermana

DIANA.

¿Pues puédeme estar mal, di,
Que en Bohemia el reino goces!

LISENA.

Ya lo ves.

DIANA.

Pues que de mí
Lo que te quiero conoces,
Deposita desde aquí
Secretos dentro la esfera
De mi pecho, que constante,
Verte ya reinar quisiera.

LISENA.

Mal sabrás, no siendo amante,
Saber servir de tercera.

DIANA.

Todo el ingenio lo alcanza.
Mas dime: ¿qué tanto há
Que entre el temor y esperanza,
El Principe por tí está
Dando guerra á la mudanza?

LISENA.

Que me quiere bien, há un año
Me jura, y que yo lo sé,
Un mes.

DIANA.

¡Sufrimiento extraño!
 ¿Y quien el Mercurio fué
 Deste provechoso engaño?

LISENA.

Harto humilde, te prometo.
 Gascon, lacayo de casa,
 A falta de otro sugeto,
 Es arcaduz por quien pasa
 Nuestro amoroso secreto.
 El Principe le ha pegado
 Parte de su discrecion
 Y dél el alma fiado.

DIANA.

Tiene buen humor Gascon.

LISENA.

Bien conmigo lo ha mostrado;
 Pues entre burlas y veras,
 Introducir ha sabido
 En mi pecho estas quimeras.

DIANA.

De ordinario, hermana, han sido
 Las gracias lindas terceras.
 No desecha ripio amor,
 Que es Dios muy aprovechado,
 Pues al humilde favor
 De un hombre bajo, ha obligado
 De Sigismundo el valor.

LISENA.

Y tanto, que él solo tiene
 De su secreto la llave.
 Con él solo á verme viene
 De noche: que otro no sabe
 La pena que le entretiene.
 De manera, que es de día
 De nuestro padre criado,
 De los de menor cuantía;
 Pero de noche privado
 Del que menosprecia á Hungria

DIANA.

Milagros del amor son,
 Que coronas atropella.
 ¿Y entra otro mas que Gascon
 En la danza?

LISENA.

Una doncella,
 A quien han dado ocasion
 Mis desvelos de acecharme,
 Sabe algo desto tambien.

DIANA.

No haces, pues, mucho en fiarme
 Tu pecho, si otros le ven.

LISENA.

No ha bastado el recatarme.

DIANA.

¿Fué Carola la curiosa?

LISENA.

Sí, hermana; mas solo sabe
 Que de mi pena amorosa
 Es el dueño un hombre grave,
 Que me sirve para esposa;
 Sin que del Principe tenga
 Ni sospecha ni noticia,
 Ni conmigo al jardin venga.

DIANA.

Importa que á la malicia
 Amor discreto prevenga.
 Princesa has de ser, en fin.
 ¿Y por dónde te entra á hablar?

LISENA.

Llave tiene del jardin.

DIANA.

Seguro puede llegar,
 Si eres tú su serafín;
 Y mi padre, estando ausente,
 No estorbará tu ventura,
 Que el cielo, hermana, acrecienta.

LISENA.

¡Mira qué alegre murmura

Este jardin, esta fuente!

Pues entre dientes me avisa

Que el Principe viene ya.

¿No ves aumentar su risa?

¿No ves el olor que da

El suelo en que flores pisa?

Pues todas señales son

De que Sigismundo ha entrado.

DIANA.

¡Sabrosa exageracion!

ESCENA II.

SIGISMUNDO y GASCON, como de no-
 che. — LISENA, DIANA.

SIGISMUNDO.

(Hablando con Gascon en el fondo.)

La noche se ha desojado

En ver mis dichas, Gascon.

Ojos son esas estrellas,

Con que hecha un árgos pretendo

Ver mi amor por todas ellas.

GASCON.

Pues luminarias enciende,

Tus bodas anuncia en ellas.

SIGISMUNDO.

Agradécete el favor

Con que á ayudarme ha venido

Vestida de resplandor.

Dila algo.

GASCON.

En mi vida he sido

Culto versificador;

Mas pues tú lo mandas, vaya.

Zarca antipoda de Febo,

Que hecho este jardin Paucaya,

Para alumbrarle de nuevo

Bordas de estrellas tu saya;

Tú que al amante prometes

Favores como al ladron,

Y acompañando corchetes,

Como si fueras jubon,

Estrellas traes por ojete;

Tú que sustentas con ellas

Ya el favor y ya el desden,

Y miéstras brillas centellas,

Haciendo el cielo sartén,

Sus yemas rubias estrellas;

Bien pudiera, pues que vuelas

Con tan estrellado bulto,

Decirte (y aun lo recelas)

Con cierto poeta culto

Que estás llena de viruelas,

Ó que como eres curiosa,

Entre el resplandor hechizo

Nos muestras la cara hermosa

Con tanto lunar postizo,

Que ya pecas de pecosa.

Pero solo digo, en fin,

Que mas bella que otras noches,

Vienes hoy á este jardin,

Llena de dorados broches

Desde el copete al chapín,

Y que de los cielos bellos,

Donde es bien que te rotules,

Pudieras, á sufrirlo ellos,

Por lo que tienen de azules,

Cortar cambray para cuellos.

SIGISMUNDO.

Anda, necio.

GASCON.

Al uso es esto.

LISENA.

¡Ay Diana! vesle allí.

DIANA.

Despejarte quiero el puesto

Hasta que sepa de ti

Que soy de amor tan honesto

Medianera.

LISENA.

La luz mato. (La apaga.)

DIANA.

Haces bien: aquí te espero;

Que siempre es cuerdo el recato.

LISENA.

¿Y el papel?

DIANA.

Guardarle quiero,

Envuelto en el el retrato.

(Echase Diana en la manga el retrato
 y el papel, y apártase á un lado.)

LISENA.

¡Príncipe!

SIGISMUNDO.

Lisena mía,

Ya es medio día, ya en verte

Se ausentó la noche fria.

GASCON.

Verémos de aquesa suerte

Estrellas al mediodía.

SIGISMUNDO.

Recelos húngaros son

Los que el desco apresuran,

Pues para satisfacion

Del amor que en ti aseguran,

Te entregan su posesion.

Dicen que viene la Infanta

A injuriar merecimientos,

Mi bien, de hermosura tanta;

Y para que impedimentos,

Con que amor niño se espanta,

Mi dicha no hagan dudosa,

Mi esperanza determina,

Lisena del alma, hermosa,

Que esta noche sea madrina,

Y tú mi adorada esposa.

LISENA.

El crédito has restaurado,

Príncipe, que en los señores.

Por no pagar se ha quebrado;

Pues siendo todos deudores,

Tú pagas adelantado.

No Estados podré ofrecerte

Cual la Infanta, Sigismundo,

Aunque mi amor es de suerte,

Que tiene cual mar profundo,

Infinitos en quererte.

Rey serás desde este día

De un alma humilde que adora

Tu amorosa cortesía,

Puesto que evidio en Leonora,

No el amante, sino á Hungria.

Mas ya que en Estados reales

Mas illustre la haga Dios,

Consolaránse mis males

En que, á lo ménos, las dos

Somos en almas iguales.

Y en esto mi dicha fundo,

Mas que ella en su real blason,

Pues siendo de Sigismundo,

Estimo mas tu eleccion,

Que las coronas del mundo.

SIGISMUNDO.

Pagnen esa fe, Lisena,

Mis brazos, de amor tuson.

Noche alegre, quinta amena,

Si porque mis bodas son

Sin testigos, os dan pena,

Padrino el silencio sea;

Estos cuadros, reales salas,

Que himenco alegre vea;

Las flores, telas y galas,

Que teja y vista Amalteá;

Mis deseos, convidados;

Músicos, aquestas fuentes

Y arroyos de amor templados,

Que den tono á sus corrientes,

Y hagan fugas por los prados;

Vos, jazmín, murta, arrayán,

Aromas que al aura pura

Fragancia en sus flores dau....

GASCON.

Y yo vendré á ser el cura,
O al ménos el sacristan. —
Deja el arroyo templado,
El arrayan, murta y flor,
Viento, fuente, jardín, prado
(Que has de darle cuenta á amor
De ese tiempo mal gastado),
Y empieza tus aventuras;
Que si amor anda con venda
En fabulas y pinturas,
Es porque siempre encomienda
Al amante que obre á oscuras.
Estas violetas que ves,
Su tálamo os pueden dar.
Si agora alfombra á tus piés.
Solos os quiero dejar;
Que al tronco de aquel cipres
Me espera un sueño liviano,
Y darle dos filos quiero.
Tahur es amor tirano,
Y este jardín tablero:
Jugad los dos mano á mano,
Y tiráos como enemigos
Los restos; que yo os prometo
Que estais picados, amigos.

(Apártase.)

SIGISMUNDO.

Al amor llamó un discreto,
Escritura sin testigos.
No hace su honesta lucha
De anfitratros caso
Donde mira gente mucha.
Dadme pues....

LISENA.

Príncipe, paso;

Que hay aquí quien os escucha.
No solo os imagineis;
Que mi ventura ha traído
Un testigo que estimeis,
Y á sello agora ha venido
De la merced que me haceis.
Diana fué saltadora
De los secretos de amor,
Y aunque sus leyes ignora,
Ensalza vuestro valor,
Y vuestra grandeza adora.
Dadla licencia que os hable.

SIGISMUNDO.

Gracias le debe este gusto,
Por ella comunicable.

LISENA.

A mi amor honesto y justo,
El cielo se muestra afable,
Pues todos le favorecen. —
Hermana, el Príncipe os llama.
(Llega Diana.)

DIANA.

Tantas mercedes me ofrecen
Con que ensalce vuestra fama
Las glorias que os engrandecen,
Gran señor, que puesta en duda,
Para no haceros agravio,
Cuando á alabaros acuda,
Podré decir con un sabio,
Que la copia me hizo muda.
Que como la admiracion
Es del silencio señal,
Me ha causado confusion
El ver que un sugeto real,
Digno de veneracion,
Cual vuestra Alteza, se agrada
De realzar nuestra baja;za;
Aunque no ignoro espantada
Ser propio de la grandeza
El dar ser á lo que es nada.

SIGISMUNDO.

Vos lo habeis dicho tan bien,
Que á pesar de la opinion
Que culpa vuestro desden,
La hermosura y discrecion

Hermanarse en vos se ven.

Estimad vuestra ventura;
Que porque os lleveis la palma,
Quiere que rindais segura
Con la discrecion el alma,
Los ojos con la hermosura.
Y no reinos, ni riqueza
Creais que son el tesoro,
Diana, de mas grandeza:
Los diamantes, plata y oro,
Se crían en la aspereza
De una infrutifera sierra;
Las perlas que el mundo estima,
Una concha las encierra;
La púrpura que sublima
La vanidad de la tierra.
Es sangre de un vil pescador;
Las piedras que el sol congela,
Un monte las ha criado;
Las sedas de tanta tela,
Que dan soberbia al brocado,
Un gusanillo pequeño
Las hila de sus entrañas
(Sacad su valor del dueño):
Las monarquias extrañas
Que la ambicion funda en sueño,
Tal vez dan blasones reales
A un bárbaro sin razon;
Mas no dotes naturales
De hermosura y discrecion,
Porque esos son celestiales.
Y pues esto os engrandece,
Dejad la admiracion ya;
Que mi eleccion apetece
En mas lo que el cielo da,
Que lo que la tierra ofrece.

ESCENA III.

CAROLA. — Dichos.

CAROLA. (Para sí.)

¡Válgame Dios por señora,
Por amor y por jardín!
Desde que el sol el mar dora,
Hasta que con su carmin
Sale el alba á ser pintora,
Desvelada y quimerista
Enjardinada has de estar?
No hay quien al sueño resista,
Y ya de puro velar
Se me entorpece la vista.
Divorcio hace con la cama
Lisena, y da en jardinera;
Y con ser de un galán dama,
Y haberme hecho su tercera,
Sé que adora, y no á quién ama.
Pues procúrese guardar
De mí; que siendo mujer,
Bien pudiera adivinar
Que reviento por saber,
Y en sabiendo, por hablar.
Escucharélos de aquí.

GASCON.

(Ap. Carola es esta: tentalla
Quiero.) ¡Ah mi reina!

CAROLA.

¡Ay de mí!

¿Quién es?

GASCON.

Quien por adoralla,
Vive en ella y no está en sí.
Tierna comunicacion
A su señora entretiene
Aquí: ¿habrá conversacion?

CAROLA.

¿Luego él con su amante viene?

GASCON.

Vengo por su motilon,
Y por servidor leal
Desa cara.

CAROLA.

Apártase:

Que ese nombre huele mal.

GASCON.

Es de noche, y me vacié.

CAROLA.

Diga *agua va*, pesia tal,
Y hable mas limpio, si intenta
Que no me vaya.

GASCON.

Yo busco

Una trucha con pimienta,
Una viña con rebusco,
Y una huésped sin cuenta.

CAROLA.

Pues yo, hermano, no pretendo
A quien busca gangas muchas,
Y que me pesque defiendo,
Porque no se cogen truchas....
Ya lo entiende.

GASCON.

Ya lo entiendo.

CAROLA.

Si rebusco busca en viña,
No hay en mí que rebuscar;
Que estoy en cieme, y soy niña,
Y en agraz por madurar.

GASCON. (Ap.)

Si lo jura su basquiña.

CAROLA.

Huésped soy; mas si intenta,
Cuando disgustos despuehlo,
Comer, irse, y no hacer cuenta,
Pique; que cerca está el pueblo,
Y no hay posada en la venta.

GASCON.

Discretaza eres: ser quiero
Perdigon de tu reclamo.

CAROLA.

¿Quiero, dijo? ¡Ay qué grosero!
Sepamos quién es su amo,
Y quién es él; que me muero
De este antojo, y podrá ser,
Que algun monopolio hagamos.

GASCON.

Vaya, pues has de saber....

CAROLA.

¿Tan presto nos tuteamos?

GASCON.

Soy hombre y eres mujer.

CAROLA.

¿Quién son los dos? Que recelo
Que nos quieren dar papilla.

GASCON.

Caballeros, vive el cielo,
Sino que este lo es de silla,
Y yo caballero en pelo.
A medias gano salario
De dos amos por su turno,
A quien sirvo de ordinario,
De adelantado al diurno,
Y á esotro de secretario.

Causaríste maravilla
Este modo de servir:
Pues advierte que en Castilla
Por mí se vino á decir
Lo de aquella seguidilla:

Dime qué señas tiene.
Niña, tu hombre.—
Lacayito de día,
Bufon de noche.

CAROLA.

Tan en ayuno me quedo
De saber quién es, como ántes.
¿Quién es su señor?

GASCON.

No puedo
Decillo; que en los amantes

El secreto quita el miedo;
Mas si me das un favor,
Todo lo desbucharé.

CAROLA.

¿Qué quiere?

GASCON.

¿No hay cinta ó flor,
Guante de la mano ó pié,
Y otros dijés del amor?

CAROLA.

Diérame yo este listón;
Mas pedírame el que trato
Cuenta dél, y con razón.

GASCON.

Lo contado come el gato.
¿Es el dichoso Gascon?

CAROLA.

¿Gascon? ¿Gentil desatino!
¿Yo amores con un gabacho
Que á casa en *puribus* vino?

GASCON.

¿En *puribus*?

CAROLA.

Es horrracho,
Y anda en cueros como el vino;
Mas cúmplame aqueste antojo
(*Dáscle.*)

Y héle aquí.

GASCON.

Venga el listón;
Que ya de celos me enojo.
Ha de olvidar á Gascon,
Y escogerme á mí?

CAROLA.

Si escojo.

GASCON.

¿Olvidar á?

CAROLA.

¿Jesú!

Dale ya por olvidado.

GASCON.

¿No es monazo?

CAROLA.

De Tolú.

GASCON.

¿No es un puerco?

CAROLA.

Socarrado.

¿Qué falta?

GASCON.

Esoupile.

CAROLA. (*Escupe.*)

¿Puh!

GASCON.

(*Ap.* La mitad de tu apellido
Escupiste.) Digo pues,
Ya que obligarme has querido,
Que este caballero es....

CAROLA.

¿Ay Dios!

GASCON.

¿Qué sientes?

CAROLA.

Ruido.

(*Llegando á las damas.*)

Lisena, señora mía,
Tu padre en casa.

LISENA.

¿Ay de mí!

SIGISMUNDO.

¿El pesar tras la alegría?

DIANA.

Véte, gran señor, de aquí.

GASCON. (*Ap.*)

La fiesta se queda fría.

SIGISMUNDO.

Ya, mi bien, que sois mi esposa,

No temo siniestro fin.

Adios, mi Diana hermosa.

LISENA.

La puerta está del jardín
Abierta. (*Vase Sigismundo.*)

GASCON.

Pues es forzosa
La amistad que hemos trabado,
¿Cómo te llamas?

CAROLA.

Carola.

GASCON.

Dolor de tripas me has dado;
Mas por esa causa sola
Traeré el cuello es-carolado. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FISBERTO: ORELIO, con una hacha
encendida.—LISENA, DIANA, CA-
ROLA.

FISBERTO.

(*Hablando aparte con Orelío.*)

¿Hombre dices que salió
Del jardín?

ORELIO.

¿No ves abierta

La puerta?

FISBERTO.

Y con ella abrió
Sospecha á mi agravio cierta
Quien en él de noche entró.
Alumbra. ¿Quién está aquí?

LISENA.

¿Oh señor! Seas bien venido.

FISBERTO.

Vine, y ví; mas no vencí,
Pues miro el honor perdido
Que industrioso conseguí.
¿Qué haceis las dos á tal hora
Y en tal sitio?

LISENA.

Es el calor
Del sueño enemigo agora,
Y huyendo de su rigor,
Pedimos-alivio á Flora.

FISBERTO.

¿Y abristele, para echalle,
La puerta?

DIANA.

Lugar seguro
Es el jardín, sin cerralle,
Pues sale el postigo al muro,
Y no á la plaza y la calle.
Deja agora, señor, eso,
Y dínos si traes salud.

FISBERTO.

Que lo imaginé confieso;
Mas la falta de virtud
Quitan la salud y el seso.
La que yo tenía era cierta;
Pero tan mal me ha tratado
Quien darne muerte concierta,
Que el honor me ha registrado
El cierzo de aquella puerta.
¿Qué hombre fué el que salió
Por ella agora?

DIANA.

¿Qué dices?

LISENA.

¿Hombre aquí?

FISBERTO.

Diréis que no:
Pero lo que tú desdices,
Colijo en la cara yo.

DIANA.

Si no volviera por mí
La opinión que de intratable
En el mundo conseguí,

Temiera algun mal notable
De ver que me hables así.

¿Sabes que Bohemia sabe
En lo que mi honor se precia,
Sin que de humanarse acabe,
Y que en opinión de necia
Estoy por honesta y grave?
¿Pues, qué sospechoso humor
Quitarme intenta este nombre,
Sin estima de mi honor?
La sombra no mas de un hombre
Suele causarme temor.
Mi hermana, ya es cosa cierta
Lo que su fama procura.
No culpes jardín ni puerta.

FISBERTO.

Sin puerta aun no está segura
La honra en mujer y huerta,
Cuanto y mas haciendo prueba,
Abriendola, del rigor
Con que un viento se la lleva;
Que á Adán le quitó el honor
Estando en un jardín Eva.
Estais en jardín, y crece
El deseo, y cuando vaya
Al natural que apetece,
Podréis decir que bien haya
Quien á los suyos parece.
Carola, di la verdad.
¿Quién era el que estaba aquí?

CAROLA.

Yo, señor...

FISBERTO. (*Saca la daga.*)

De mi crueldad

Entenderás...

CAROLA.

¿Ay de mí!

Uno de la vecindad
Buscaba (aquesto es sin duda)
De parte de la comadre...
Deja la daga desnuda...—
Para cierto mal de madre,
Uuos cogollos de ruda.

FISBERTO.

Vive el cielo, que ha de ser
Hoy sepulcro este jardín,
Vuestro, ó tengo de salvar
Qué hombre, ó para qué fin
Acabais de hablar y ver.

DIANA.

Ya no se puede esperar
Tanta afrenta y vituperio.
¿Eso se ha de imaginar
De mí? Iréme á un monasterio,
Y podrásle asegurar.

FISBERTO.

¿Ah mujer, al fin lijera!

DIANA.

Por no serte inobediente,
Me voy.
(*Hace que se va, y tiénela Fisberto de
la manga donde escondió el papel.*)

FISBERTO.

¿Dirás que es quimera
Lo que yo he visto? Detente.
¿Qué papel es este? Espera.
(*Sácale el papel y el retrato.*)

DIANA.

¿Es nuevo traer papeles
En la manga una mujer?

FISBERTO.

¿Cuándo tú traerlos sueles?
¿Bueno! ¿Estudios vengo á ver
De plumas y de pinceles?
(*Lee.*)

Regalado está el papel,
Y el principe en su retrato
Se muestra amoroso y fiel.
¿Eres tú la del recato,

Ya desdeñosa y cruel?
 ¡Creyendo á un príncipe estás,
 Que mañana ha de casarse!
 ¡Bien tu sangre honrando vas!
 ¡Papeles que han de rasgarse
 Cobras, cuando tu honra das?
 ¡Es mas aquesta pintura
 De un papel en que trabaja
 El engaño, pues procura
 La deshonra en su baraja
 Darte un rey solo en figura?
 Da crédito á firmas fieles,
 Funda en ella tus cuidados;
 Sabrás, cuando mas receles,
 Que á mujeres y á soldados
 Paga un príncipe en papeles.
 ¿Eres tú la recatada?

LISENA. (Ap.)

Ya lloro de mi secreto
 La dicha desbaratada.

DIANA. (Ap. á Lisena.)

Por sacarte deste aprieto,
 Tengo de ser la culpada.

FISBERTO.

¿Y tú, Lisena, á terciar
 En mi afrenta te enseñaiste?
 ¡Bien te sabes estimar!

LISENA.

Al punto que aquí llegaste,
 Acababa yo de entrar,
 Y el hombre que salir viste,
 De mí debió de irse huyendo,
 Al tiempo que tu veniste;
 Mas de aquí saco y entiendo
 Que en un engaño consiste
 Cualquier vana hipocresía.
 Ya sabemos á qué fin
 Se echaba á dormir de día:
 Por velar en el jardín
 Cada noche.

DIANA.

¡Hermana mía...!

LISENA.

Creyó subir á lo sumo
 De la real autoridad,
 Y de aquí á lo que presumo,
 Crecen de su vanidad
 Los humos, que al fin son humo.
 Di, necia, ¡locura tanta
 Te hizo desvanecer
 Por un papel que te encanta?
 Por cierto, ¡hermosa mujer
 Para hacer punta á una infanta!
 Si mi padre ha de tomar
 Venganza, y me cree a mí,
 A ti te había de quemar,
 Y al retrato, porque así
 Reineis los dos á la par.
 Fuera un hecho sin segundo,
 Si en pago de tu corona,
 Os viese quemar el mundo,
 A ti por loca en persona,
 Y en retrato á Sigismundo.
 ¡En gentil reina había puesto
 Bohemia su monarquía!
 Castigala, señor, presto.

(A ella aparte.)

Perdóname, hermana mía,
 Que me va la vida en esto.

(Vanse Lisena y Carola.)

ESCENA V.

DIANA, FISBERTO, ORELIO.

FISBERTO.

Quien loca imposibles prueba,
 Y á subir se desvanece
 A donde el viento la lleva,
 Cuando caiga, bien merece
 Que cualquiera se le atreva.

Dese retrato te asombra,
 Si á cobrar tu seso vienes,
 Pues si su esposa te nombra,
 Y en sombra al Príncipe tienes
 Princesa serás en sombra.
 Y mientras yo voy á hablar
 Al Rey y á poner cordura
 A quien te viene á burlar,
 Descarta aquesta figura,
 Y tu honor podrás ganar.

(Vanse Fisberto y Orelia.)

ESCENA VI.

DIANA.

Gentil fraterna me han dado!
 Basta, que llevo la pena
 De lo que nunca he pecado;
 Mas como reine Lisena,
 Yo lo doy por bien empleado.
 Con este enredo codicio
 Darle á amor su posesión:
 Pues de tercera es mi oficio,
 Seré amante en opinión,
 Pues no puedo en ejercicio. (Vase.)

Salon de Palacio.

ESCENA VII.

EL REY, ALBERTO.

ALBERTO.

Una jornada, gran Señor, de Praga
 Queda Leonora, infanta, donde espera
 El palio real, que en parte satisfaga
 La ausencia de su patria, en ella fiera.
 Si amor servicios deste modo paga,
 Y el Príncipe la dicha considera
 Que los cielos le ofrecen con Leonora,
 No á la Infanta de Hungría, al sol adora.
 Bisimula prudente la tristeza
 Que á pesar de su industria, por los ojos
 No agravia, antes aumenta su belleza:
 Que suelen ser aceite los enojos:
 Causarállos mudar naturaleza.
 Si ya no es que acierten los autojos
 De quien afirma, mas que fuera justo,
 Que se casa la Infanta á su disgusto.
 Tibio tambien á Sigismundo advierto
 En estas bodas: poco se disfraya.
 Al camino creimos que encubierto
 Saliera a ver la Infanta, y que la caza
 Su amor coloreara; mas lo cierto
 Es que en otros empleos se embaraza
 Voluntad que á tal tiempo es tan remisa,
 Si amor á los principios todo es prisa.

REY.

Pues bien, ¿qué me querrás decir por
 ALBERTO. eso?

¡Ay Rey! ¡ay padre! si el principio mio
 Tu sangre fué, y es cierto que intereso
 Della el amor, por quien vivir confío;
 Si aquesta mano que obediente beso,
 Por afrentar larguezas de Bario,
 Con que al monarca Macedon excedes,
 Se llama mano por manar mercedes:
 Asi al bohemio reino jamas falte
 Tu vista venerable; ansi preserve
 El tiempo tu vejez, sin que le asalte
 Decrépito rigor que en tí reserve;
 Ansi la eternidad su trono esmalte
 En esa plata, donde se conserve
 Una vida inmortal, sin que venganza
 Des jamas al olvido y la mudanza;
 Que el reino del amor no tiranice,
 Ni voluntades con violencia enlaces;
 Que no la fuerza domo las cervices
 Del tálamo himeneo que deshaces:
 Cuando campos de plata esterilices,
 Que entre los lazos de amorosas paces,
 Hijos producen con que eterno queda,
 No habrá quien en los reinos te suceda.

Yo, padre caro, que á Leonora adoro,
 Y en sus ojos reciprocos colijo
 Correspondiente gusto, en lazos de oro
 De sus cabellos mi prision elijo.
 Sigismundo no la ama: si el decoro
 De mi vida te mueve, el ser tu hijo,
 Y no me quieres presto llorar muerto
 Agrada á Sigismundo, obliga á Alberto.
 Accion tengo á Sajonia: en su conquista
 Feliz asiste el español Don Sancho;
 Ya dicen que ha rendido á escala vista,
 Las poblaciones de su término ancho;
 Y como tu rigor no lo resista,
 Si con Hungría su ducado ensancho,
 La fama vencerás de tus mayores,
 Y dejarás dos reyes sucesores.

REY.

No merece respuesta quien no estima
 Palabras reales que respeta el mundo:
 Tu necio amor sus impetus reprima,
 Sin culpar el que tiene Sigismundo;
 Que ni Leonora el suyo desestima,
 Ni tú, que en nacimiento eres segundo,
 Cuando en Sajonia persus duque quedes,
 Es justo que como él, un reino heredes.

ALBERTO.

Pues, vive el cielo...

REY.

Loco, ¿qué es aquesto?

ALBERTO.

Que si á otro que á mi su esposo llama...

REY.

Tu conmigo atrevido y descompuesto!
 ¡Hola! ¿No hay gente aquí?

ALBERTO.

Que en viva llama

A Roma ha de imitar tu corte presto,
 Y yo á Neron, que á la tarpeya fama
 Pondré en olvido. (Vase.)

REY.

¿No hay quien lleve preso

Este desatinado, este sin seso?

ESCENA VIII.

FISBERTO. — EL REY.

FISBERTO.

Vuestra Majestad se sirva
 De oírme aparte un secreto,
 Y esta prisa no le espante,
 Porque la pide el remedio.

REY.

Si no es de tanta importancia,
 Despues me hablaréis, Fisberto.

FISBERTO.

Vaos en ello, gran señor,
 El gusto, y la paz del reino.

REY.

¡La paz del reino y mi gusto!
 ¿Qué será? ¿Válgame el cielo!
 Llegaos aquí, y excusad
 Preámbulos y rodeos.

FISBERTO.

La noticia que de mí
 Os dieron mozo mis hechos,
 Gran señor, aunque olvidada,
 No del todo se habrá muerto.
 De ella habréis ya colegido
 La lealtad con que os sirvieron
 Mis nobles progeñitores,
 Imitándolos yo en esto.
 Testigo el pobre caudal
 Con que su opinion sustento;
 Con que privar y salir pobre,
 Limpio nombre da, aunque nuevo.
 Hanne quedado dos hijas,
 Con cuya vista consuelo
 Servicios no bien pagados,
 Sino es en merecimientos.

REY.

Querréis, Fisberto, pedirme
Sus dotes: yo os los concedo.
¿Es este el caso importante?

FISBERTO.

No dotes, señor, pretendo;
Que los de naturaleza
Tienen, y los que las dieron
Sus nobles antepasados,
Que son los que estimo y precio.
Bástales ser hijas mías;
Que si nobles casamientos
Mi vejez apeteciera,
No viniera á lo que vengo,
Ni algun principe faltara,
Que llamandose mi yerno,
Ensalzara prendas mías
Hasta su trono supremo. —
Diana, que es la mayor,
Y en los altos pensamientos
Mi natural semejanza,
Tan sublimes los ha puesto,
Que el principe Sigismundo
Es, gran señor, por lo menos,
El blanco de su esperanza,
Y de su amor el sugeto.

REY.

No será la primer loca,
Que dando en esos extremos,
Con principe bodas fija,
Y pare su tema en reinos.
¿Qué quieres decirme mas?

FISBERTO.

Por locura pasara esto,
Si el Principe, gran señor,
No hubiera sido el primero,
Que á pesar de inconvenientes,
Menospreciando conciertos,
Que con la infanta Leonora
Por él en Hungria has hecho,
Persuadiera la entereza
De Diana al fin honesto
Con que la Iglesia permite
Vivir un alma en dos cuerpos.

REY.

¿Sigismundo con Diana!

FISBERTO.

Esta es verdad.

REY.

Anda, necio;
Ya sé que se ha concertado
Contigo el infante Alberto
Para que me persuadas
Que el Principe, aborreciendo
A Leonora, pronostica
Infeliz su casamiento.

FISBERTO.

De mi hacienda vine anoche,
Hallé mi jardín abierto,
Vi salir un hombre dél,
Y estar mis dos hijas dentro.
Sospechas averigué,
Que en este papel perdieron
El nombre, pues ya no son
Sospechas indicios ciertos.
(Dale el papel y el retrato, y mírale el Rey.)

Léle, y mira este retrato;
Y si tomas mi consejo,
No con alborotos hagas
Agravió al sabio silencio;
Que yo casaré á Diana,
Buscando algun caballero
Igual á su sangre y dote,
Con la brevedad que veo
Que para este caso importa;
Y puesto este impedimento
Volverá el Principe en sí,
Será de la infanta dueño,
Y yo quedaré premiado

Con que sepan que he antepuesto
La lealtad á una corona
Que me daba reyes nietos.

REY.

Fisberto, si yo supiera
El valor que en ese pecho
Atesora tu lealtad,
Tú ocuparas otro puesto:
Mas yo enmendare descuidos.
Tomar quiero tu consejo,
Sin que, cual dices, enojos
Publiquen lo que es secreto.
Bien me parece que cases
A Diana, y que sea luego;
Que en el peligro presente
Es el mas arduo remedio;
Pero ha de ser de mi mano
El esposo; que ya quiero,
Aunque tarde, comenzar
A pagar lo que te debo.
Don Sancho de Urrea merece (1),
Por noble, pues descendieron
De los reyes de Aragon
Los que á su casa ser dieron;
Por valeroso, cual muestra
Sajonia, por cuyos hechos
Rendida me reconoce;
Por su noble entendimiento,
Y por su edad, no liviana,
Como en los años primeros,
Cuya mudable inquietud
Mil mal casados ha hecho,
Sino en madurez viril,
Que los gustos himeneos,
Para que duren felices,
Tasa sabio, y goza cuerdo;
Y en fin porque yo le estimo,
Y dalle Estados pretendo,
Que el ambicioso murmure,
Y no indignen al discreto,
Me parece que será
Mercedido y justo empleo
De tu lealtad y mi gusto.

FISBERTO.

Agradecido te beso,
Gran señor, tus piés reales;
Que á medida del deseo,
Dueño á mi casa has cortado.

ESCENA IX.

SIGISMUNDO, ALBERTO, GASCON.
— EL REY, FISBERTO.

SIGISMUNDO. (Habla aparte con su hermano y con Gascon.)

Los brazos te diera, Alberto,
A no estar mi padre aquí,
Por ver que en la Infanta has puesto
Los ojos, y amando estorbas
Este odioso casamiento.
De mi parte está seguro:
Porque al paso la aborrezco,
Que en otra parte idolatro.

GASCON.

Principe, ¿no ves aquello?
Retrato, viejo y papel
Te acusan.

SIGISMUNDO.

Ya sé el enredo,
Gascon, que en ayuda mía
Anoche hicieron los cielos.
La sospechosa es Diana,
De mi amor, y por lo ménos,
Lisena estará segura.

GASCON.

Amor todo es embelecocos.

REY.

Principe.

(1) O merecer es aquí verbo intransitivo, en la significacion de ser digno de aprecio, de tener mérito, ó despues del verso y no indignen al discreto faltan algunos.

SIGISMUNDO.

Señor.

REY.

¿Qué aguardas,
Si está tu esposa en mis reinos,
Y una jornada do aquí,
Que á vella no vas?

SIGISMUNDO.

Sospecho.....

REY.

No hay que sospechar: al punto
Parte, y quitale recelos;
Que tu descuido habrá dado
Materia á su llanto y celos.

SIGISMUNDO. (Ap. á Alberto.)

¿Qué responderé?

ALBERTO. (Ap. á Sigismundo.)

Que vas

A verla, y juntos podrémos,
Contra caducos enojos,
Entablar nuestros sucesos.

REY.

¿No partes?

SIGISMUNDO.

Ya, Señor, parto.

REY.

Fisberto, venid; que tengo
Que deciros muchas cosas
Concernientes al bien vuestro.

(Vanse el Rey y Fisberto.)

SIGISMUNDO.

Quédate, Gascon.

GASCON.

De día

Soy vigilia deste viejo,
Pues siempre le voy delante.

SIGISMUNDO.

¿Y de noche?

GASCON.

Tu linterno.

(Vase.)

SIGISMUNDO.

Partamos pues; que Leonora
Y Hungria serán de Alberto,
O no seré Sigismundo.

ALBERTO.

Pon en mi cara dos hierros.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, SIGISMUNDO, ALBERTO;
DIANA y DON SANCHE, de novios;
LISENA, FISBERTO, GASCON.

REY.

No poco contento estoy,
Noble Sancho, bella Diana,
Pues la hermosura alemana
Al valor de España doy;
Que de tan justos amores,
De tal marido y mujer,
Me prometo han de nacer
Valerosos sucesores,
Que hourar mi reino procuren,
Y en la venidera edad
Tengan en pié la lealtad,
Y esta corona aseguren.
Y pues de la parte vuestra
Ya está cumplido mi gusto,
De la mia será justo
Que dé mi largueza muestra
De que soy buen pagador.
Sancho, servicios os debo,
Dignos que al estado nuevo
Que gozais, haga favor.
A Sajonia me habeis dado:

En ella el condado os doy
De Alha Real.

DON SANCHO.

Por tí estoy
A un tiempo rico y casado,
Gran señor : á renacer
Vuelvo de nuevo á esas plantas,
Pues mi pequeñez levantas,
Y das á mi dicha sér.
Bien conozco cuánto agravio
Hace á mi bella consorte
El cielo, y que en esta corte
Esposo mas mozo y sabio
Correspondiera á su edad;
Que amor que las almas mide,
Como en las costumbres, pide
En años conformidad;
Y en tálamo juvenil
Gozarán justos amores:
Que no vienen bien las flores
Del amor, sino en su abrial.
Yo que del estío paso,
Y ya al otoño me allego:
Aunque al amoroso fuego
Esta belleza me abraso:
Por mas que la adoro tierno,
Temo, aunque el alma la doy,
Ver que en el otoño estoy.
Y á las puertas de mi invierno.
Mas pues vuestra Majestad
Por cuenta suya ha tomado
El darme esposa y estado,
Y ella, aunque en tan tierna edad,
Por esos estorbos pasa,
Tengo por cierto, y es justo,
Que reducirá su gusto
Al gusto de quien nos casa.

FISBERTO.

Diana, Conde, es discreta,
Y conmigo ha consultado
Cuan bien dice con su estado
Vuestra edad sabia y discreta,
Respondiendo yo por ella
A vuestra excusada duda;
Que en tal accion el ser muda
Hace á la novia mas bella.
En la juventud ha hecho
El amor prueba infalible
De que es mas apetecible;
Mas no de tanto provecho
Como la viril edad
Medio entre extremos viciosos:
Pues si campos viste hermosos
La jóven amenidad
Del verano, y da en tributo
Las flores, que un aire seca,
El otoño cuerdo trueca
Sus flores en fértil fruto,
Que á Ceres y á Baco alegre,
Sin que la vejez le espante;
Porque á un otoño abundante,
Se sigue un invierno alegre.
Y así en el simil que toco,
Diana, que es deste acuerdo.
Os ama por moral cuerdo,
Mas que por almenro loco.

DIANA.

Habló mi padre por mí,
Como mi padre en efeto.
En su gusto comprometo
Todo el del alma que os di,
Rindiendo al Rey mi señor
Las gracias de haberme honrado;
Que de tal mano, tal dado,
Tal premio, de tal valor.

REY.

Pues aun no os he dado á vos
Ninguna cosa, Condesa.

DIANA.

Lo que mi esposo interesa,
Es, gran señor, de los dos.

REY.

No : razon es que por él
Las arras pague; y así
Os llamareis desde aquí
Duquesa de Florabel.
(*Llegan á besar la mano al Rey, Don
Sancho, Diana, Fisberto y Lisena.*)

FISBERTO.

Dénos vuestra Majestad
Los pies.

REY.

Lisena, ¿tambien
Llegais vos? Pero haceis bien
¿Mercedes quereis? Alzad;
Que de Mons la baronia
Para dote vuestro os doy.

LISENA.

A Alejandro excedes hoy.
SIGISMUNDO. (*Ap. á Lisena.*)

¿Ay prenda del alma mia!
¿Con qué venturoso engaño
De mi padre se rie amor!
Estorbo pone el temor
En mi provecho y su daño.
¿Casando á Diana, entiende
que lo he de estar con Leonora!
¿Que eres tú mi esposa ignora,
Y creyendo que me ofende,
No sabe que me asegura
Cuando baronias te dé,
Y que yo el baron seré,
que he de gozar tu hermosura

REY.

¿Cómo, Principe, no dais
A Don Sancho el parabien,
Si de su aumento y su bien,
Como es razon, os holgais?

SIGISMUNDO.

Ap. Fingirme sentido quiero
De que Diana se case,
Para que adelante pase
El engaño de que espero
(Conseguir mi alegre intento.)
Vuestra Majestad le ha dado
Por todos... aunque excusado
Fuera aqueste casamiento.

REY.

¿Por qué ocasion?

SIGISMUNDO.

Yo la sé;
Y aunque por no alborotalle
En esta ocasion, la calle,
Algun dia la diré.

DON SANCHO.

No quiera Dios, gran señor,
Que si esto no corresponde
A vuestro gusto...

SIGISMUNDO.

Andad, Conde.

DON SANCHO.

¿Qué causa á tal disfavor
He dado yo?

SIGISMUNDO.

Bueno fuera
Darme cuenta á mí, si es ley
Que á vuestro Principe...

DON SANCHO.

Nuestro señor. El Rey

SIGISMUNDO.

Bien pudiera

El Rey mi padre...

REY.

¿Qué es esto?

SIGISMUNDO.

Sentimientos justos son.

GASCON. (*Ap.*)

¿Oh principe socarron!
¿Miren qué mustio se ha puesto!

REY.

¿No basta ser gusto mio?

SIGISMUNDO.

Basta y sobra : pero...

REY.

Andad,

Y á su casa acompañad
Los novios, Infante.—El brio,
Principe, que os descompone,
Ya yo sé de dónde nace.
¿Quién tan mala eleccion hace,
Y á riesgos palabras pone
De su padre y Rey, merece...

SIGISMUNDO.

¿Puedesme dar mas castigo
Que el que ahora usas conmigo?

REY.

Paso.

SIGISMUNDO.

Si intentas...

REY.

¿Parece

que los daños que prevengo,
te dan causa de atreverte!
Pues si eres principe, advierte
Que otros hijos sin tí tengo
Que me sucedan despues,
Y que sabré á alguna alteza,
Cortándole la cabeza,
humillarla hasta mis pies. (*Vase.*)

ESCENA II.

SIGISMUNDO, ALBERTO, DON SAN-
CHO, DIANA, LISENA, FISBERTO,
GASCON.

SIGISMUNDO.

Tres padre ; no há lugar
A que contra tí me ofenda.

Al irse Sigismundo, pasa por junto á
Lisena, y dícela :)

¿Ay mi bien!

LISENA. (*Ap. á Sigismundo.*)

¿Ay cara prenda!

SIGISMUNDO. (*Ap. á Lisena.*)

Todo esto es disimular.

DON SANCHO. (*Ap. á Lisena.*)

No entiendo aqué-stas eninas.

ALBERTO.

Vamos, Condes.

DIANA. (*Ap.*)

¿Qué discreto
Guarda el Principe el secreto,
Lisena, que en él estimas!

LISENA. (*Ap. á Diana.*)

Prudentemente ha fingido

Lo que que me case sienta.

FISBERTO. (*Ap.*)

Estorbé este inconveniente,

Dando á Diana marido.

Ahora que tiene dueño,

El mirará por su honor.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¿Ay inconstante favor,

Cora al sol, tesoro en sueño!

¿Privar hoy y temer ya?

GASCON. (*Ap.*)

¿Gentil enredo va urdido!

DON SANCHO. (*Ap.*)

¿De mí el Principe ofendido!

¿Válgame Dios! ¿qué será? (*Vanse.*)

ESCENA III.

ENRIQUE.

Dos meses há que importuno,
Y ausente, amor, te has cansado,

Porque ausente y olvidado
Ya yo sé que todo es uno.
Principios tuve dichosos,
Que habrá deshecho la ausencia,
Pues siendo correspondencia
Los deseos amorosos
Que la firmeza celebra,
¿Quién los fiará de mujer.
Si en la ausencia es merceder
Que en faltando el caudal, quiebra?
Bien llamarte fuego intenta,
Amor, quien tus llamas siente.
Porque el fuego al que está ausente,
Ni le abrasa ni calienta.
Y al cabo de tantos días
Que Lisena no me vió,
¿Quién duda que no dejó
Mi amor, ni aun cenizas frías?
Mandóme que fuese el Rey
A ver al Emperador;
Partí por su embajador;
Su gusto tuve por ley.
Y habiendo en principios sido
Venturoso pretendiente
De su amor, estando ausente,
Ya todo se habrá perdido:
Pues consintiendo en ventura
El amar y el pleitear,
¿Qué suerte puede esperar
El que pierde coyuntura?
Si otra vez mi dicha pruebo,
Bien sé que mi amor dirá:
« Pretendiente que se va,
Que vuelva á empezar de nuevo ».
Haciedo ansi, pensamientos;
Que cuando hallais derribada
La fabrica comenzada,
En pié os quedan los cimientos.

ESCENA IV.

GASCON.—ENRIQUE.

GASCON. (Sin ver á Enrique.)

¡Brava máquina levanta
Sobre un engaño el amor!
Peon soy desta labor:
Cantera traigo que espanta.
Al Principe vengo á dar
Un recado de Lisena,
Que es la cal de aquesta arena,
Con quien se intenta mezclar;
Y temo, aunque ando á destajo,
Si el Rey sabe este edificio,
Que la obra ha de hacer vicio,
Y ha de cogerme debajo.

ENRIQUE.

(Ap. Este pienso que es criado
Del padre de quien adoro.
Lo que sospecho y ignoro
Sabré del.) Hola, hombre honrado.

GASCON.

Hombre, sí; que esotro no.

ENRIQUE.

¿No sois honrado?

GASCON.

Con *ola*

No; que la honra viene sola;
Y como *ola* me llamó,
No puedo ser hombre honrado;
Que las *hours*, como es cierto,
Se suelen hacer á un muerto,
Pero nunca á un *oleado*.

ENRIQUE.

¡Buen humor gastais!

GASCON.

Por casto

Los malos sudé primero,
Y á falta de otro dinero,
Humor es solo el que gasto.

ENRIQUE.

¿No servis vos á Fisberto?

GASCON.

Inmediatamente, no:
Sirvo á sus caballos yo,
Porque los pulo y concierto.

ENRIQUE.

¿Sois lacayo suyo, en fin?

GASCON.

En fin, no lo quiera el cielo.
Ser despensero es consuelo,
Que esotra plaza es ruin:
Hasta que hasta aquí me vea
Pando á sus caballos ripio,
Y ser lacayo al principio,
Sin que al fin tambien lo sea.

ENRIQUE.

A estar en mi casa vos,
Yo os cumpliera ese deseo,
Porque en vuestro trato veo
Bonosas cosas, por Dios.
No debeis de conocerme.

GASCON.

Si os saco por el olor,
Me vais oliendo a señor,
Y si es que habeis menesterme
Entre discreto y bellaco,
Os serviré de podenco
Para todo lo mostrenco;
Que por el olor lo saco.

Porque nunca los señores,
Sino en las comedias, hablan
Con lacayos, si no entablan
Por sus medios sus amores.

ENRIQUE.

Vos habeis dado en lo cierto.

GASCON.

¿Miren si lo dije yo!
Si es Diana la que os dió
En las mataduras, muerto,
O matado estais en vano,
Porque todo su desden
Paró en casarse, aunque bien,
Con uno, que ni es verano
Ni invierno.

ENRIQUE.

¿Casada está?

GASCON.

Como venis de camino,
En todo sois peregrino.
La mano á Don Sancho da
De Urrea, y es ya duquesa
De Florabel y Alba Real.

ENRIQUE.

Es Don Sancho muy leal,
Y la sangre aragonesa
Que ser le dió, conocida,
Y de reyes decendiente.

GASCON.

Si fuérades maldiciente,
Hiciérades de su vida
Otro *Flos Sanctorum*.

ENRIQUE.

Soy

De Don Sancho muy amigo,
Y de sus hechos testigo.

GASCON.

Las gracias por él os doy,
Y colijo que no estais
De Diana enamorado,
Pues celos no os han picado,
Y á su marido alabais.

ENRIQUE.

Acertais como discreto.

GASCON.

Segun eso, de Lisena
Debeis de ser alma en pena;
Y que lo errais os prometo.
Que aunque el gusto os alborota
Por las galas con que viene,

Dicen que mas faltas tiene
Que seis juegos de pelota.
Yo, como ladrón de casa,
Y que hablo con las doncellas,
Tal vez que asisten con ellas,
Sé lo que en aquesto pasa.
Si adorais madejas rizas
De sus espurios cabellos,
Ajenos son los mas dellos;
Trae pantorrillas postizas;
Tiene muchos excrementos,
Muchos hoyos de viruelas,
Hase sacado tres muelas
De achaque de corrimientos.
Tiene jiba, bien que es poca,
Calza diez puntos de pié,
Y lo peor que della sé,
Es que la olisca la boca.
Y con todo eso, mil locos
Andan muertos por su amor,
Y estimaran por favor
Que les diera un par de mocos.
Principalmente anda muerto
Cierta titulo por ella,
Que por casarse con ella
Habló á su padre Fisberto.

ENRIQUE.

¿Cómo? qué decís? quién es
Quien se casa con Lisena?

GASCON. (Ap.)

Picóle.

ENRIQUE.

Aquesta cadena

Ha de ser el interes
Por quien me habeis de decir
Quién es el que se desposa.

GASCON.

(Ap. No hay cosa mas provechosa
Como un discreto mentir.)
Ello ha de ir por aquí ya,
Aunque entredicho me han puesto.
Sabed que es el duque Arnesto
El que concertado está,
Y el que á excusas de su padre
Ha hecho las escrituras.

ENRIQUE.

Ciertas son mis desventuras.

GASCON.

Si celos son mal de madre,
Y vos os sentis celoso,
Una tostada tomá:
Y tras ella.....

ENRIQUE.

Calla ya,

Coronista malicioso;
Que aunque la ausencia cruel
Haya podido mudalla,
Solamente ha de gozalla
El marques de Oberisel. (Vase.)

ESCENA V.

GASCON.

¿Oste, puto! ¿El conde es este
De Oberisel? el sobrino
Del Rey? A mal tiempo vino.
Paciencia el Principe preste,
Si Enrique hablando á Fisberto,
Quiere ser el desposado;
Que este ama á lo declarado,
Y el Principe á lo encubierto.
Por disuadille su amor,
Faltas en ella fingi,
Y el picon al Marques di
Del nuevo competidor
Que con Lisena se casa.
A muchas cosas me atrevo;
Pero todo se lo debo
Al Principe; pues si pasa
Adelante este embeleco,

Se trueca en reyes y escudos
Gascon, tacayo en menudos
¿Parécete harro el trueco?

ESCENA VI.

SIGISMUNDO. — GASCON.

SIGISMUNDO.

(Para sí. Amor, deste laberinto,
Si tú la mano me das,
Saldré seguro.) ¿Aquí estás,
Gascon?

GASCON.

Como se lo pinto.

SIGISMUNDO

Quimieras dificultosas
Ha levantado mi amor.

GASCON.

De principes es, señor.
Intentar terribles cosas.
Diana y Lisena están
En este engaño conformes.
Y dicen que te transformes
En un fingido galán
De Diana, y en nombre suyo
Corresponderá Lisena,
Entreteniendo tu pena.
Para que si el padre tuyo
Acaso tu amor supiere,
Vea que es mujer casada
La dama que es de ti amada:
Y que si casarte quiere
Con Leonora, no podrá
Impedirlo aqueste amor.
Dejando á salvo su honor,
Licencia á aquesto te da:
Que á trueco de ver su hermana
Reinar en Bohemia, intenta
Tomar su amor por su cuenta;
Y así, ya sea en la ventana,
Ya en papeles, ya en acciones,
El sugeto de tu amor
Es Diana en lo exterior,
Si bien en las intenciones
Lisena tu gusto obligue:
Será amor en tal quimera,
«A ti te lo digo, nuera...»
Y lo demas que se sigue.

SIGISMUNDO.

¿Qué dello debo á Diana!
El cielo me favorece;
Premio excelente merece
Quien hace tan buena hermana.
Fingirme su galán trato,
Y con debido secreto
Guardar el justo respeto
Que pide el cuerdo recato
De Don Sancho, que es su esposo
Y el vasallo mas leal
De Bohemia, y haré mal
Si vive por mi celoso.

GASCON.

A eso voy; que es cosa llana,
Si le damos ocasion,
Que ha de echar el bodegon
Don Sancho por la ventana.
Yo estoy en casa, y por mi
Pasará aqueste embeleco,
Que soy como puerto seco.
Lo que la he de decir di;
Que aguarda, como á las doce
La campana el molilon.

SIGISMUNDO.

Esta noche mi aficion
Quiere que la dicha goce
De que hable á la ventana.
Dile á mi Lisena bella
Que salga á las once á ella.
Y que se finja Diana:
Que por ella la he de hablar.

GASCON.

Basta, que en esta quimera
Es Gascon la lanzadera.
Alto; urdir, y enmarañar.

Cámara del Rey.

ESCENA VII.

EL REY, ALBERTO.

ALBERTO.

Luego que vió á Leonora Sigismundo,
Y en ella el cielo mismo trasformado,
Trocó el primero amor por el segundo,
Y la Infanta que es toda amor y agrado;
Si tibia su descuido la tenia,
Desvelos dió de nuevo á su cuidado.
Yo que la truje, gran señor, de Hungria,
Y en la continuacion de su presencia,
Veneno daba al alma cada dia,
No pude hacer tan fuerte resistencia,
Que no diese esperanzas al deseo,
Bien que pagando costas la paciencia;
Pero, pues la ama Sigismundo, y veo
Que ella se muestra noble, y agradecida
A tu palabra y su amoroso empleo,
De pensamientos mudaré y de vida;
Que no imposibles del amor escojo.
Nientus reinos la paz es bien que impida.
Si me perdonas el pasado enojo,
Y esta mano me pones en los labios,
Ya que á tus piés con humildad me arro-
Jamias saldra de tus consejos sabios [Jo,
Mi debida obediencia, ni atrevidos
Ofenderán tus canas mis agravios.

REY.

A defetos, Alberto, conocidos,
Siendo yo padre, no hay dudar que ofrez-
Abrazos por enojos, entre olvidos; [ca
Que el Principe, ya cuerdo, no aborrezca
Lo que tan bien le está, me satisfice,
Y que así amor Leonora el suyo ofrezca;
Pero no los extremos con que hace
Sigismundo que entienda el caso poco
Que de lo mucho que le quiero nace.
Di á Diana á Don Sancho, porque loco
Con desigual amor, ofensa hacia
A mi palabra real; y aunque no toco
Otros inconvenientes que podria,
Basta la enemistad que ocasionaba
Entre Bohemia, y su vecina Hungria.
Por esto, ¿es bien cuando de ver acaba
La Infanta, que me dices que ya adora,
Viendo á Don Sancho con Diana agora,
En nudo conyugal é igualdad cuerda
Publico hacer lo que mi corte ignora?
¿El respeto es razon que así me pierda
El Principe? A su padre, Sigismundo!
¿Bien su obediencia con mi amor con-
[cuerda!

ALBERTO.

No en tanta culpa como juzgas fundo
Su repentino enojo, si prudente
Miras la mocedad que diste al mundo.
Vió á su dama casada de repente,
Llegando en tal suceso descuidado;
Quisola bien; no sale fácilmente
Amor en muchos dias arraigado.
Sintiólo. ¿Qué te espantas? Ya se olvida,
Y el alma á su Leonora ha dedicado.

REY.

¿Es muy hermosa?

ALBERTO.

(Ap. Aquí venis nacida,
Mentirosa invencion.) Es un retrato
De Lisena.

REY.

¿De quién?

ALBERTO.

No vi en mi vida
En el cuerpo, en la cara, y en el trato

Dos símiles tan grandes: esto es cierto:
La verdad verás presto que te trato.

REY.

¿De Lisena, la hija de Fisberto?

ALBERTO.

Esa es otra Leonora, otra belleza,
Y un tanto monta suyo.

REY.

Suele, Alberto,

De cuando en cuando hacer naturaleza,
Aunque es en variar tan admirable.
Igual conformidad de su destreza.
No es el primero ejemplo (aunque es no-
[table])

El que has visto en Leonora y en Lisena.
Siempre la semejanza ha sido amable.
Pero ¿cómo la Infanta entrar no ordena
En mi corte?

ALBERTO.

De industria lo dilata;

Que su hermano, Señor, la trae con pena.
Uladislao, á quien la suerte ingrata.
En lo ultimo tiene de la vida, [plata,
Antes que el tiempo el oro trueque en
Es la ocasion que de su boda impida
Las fiestas que la aprestas, por agora,
Porque quiere que en todo sea cumplida.
Si muere Uladislao, y triste llora
Su joven falta, cuando el reino hereda,
¿Cómo podrá gozar fiestas Leonora?

REY.

Es la Infanta muy cuerda; tiempo queda
En que heredando el reino, que ya es
[cierto]
Con sus bodas mi corte alegrar pueda.
Iré á visitar mañana, Alberto,
Por ver lo que á Lisena se parece.

ALBERTO.

Y está puesto en razón.

REY.

Saldré encubierto

ALBERTO. (Mirando adentro.)

El Principe es aqueste.

REY.

Pues se ofrece
A tan buena ocasion, hablalle á solas
Pretendo. Vete, Infante.

ALBERTO. (Ap.)

Alegre crece

Mi tímida esperanza entre tus olas,
Amor, pielago inmenso: dame ayuda
Pues sigo las banderas que enarbolas.
No mudes tu bonanza; si se muda
El mar que con borrascas se levanta,
El viento en popa de tu gracia acuda:
La Infanta quiero, amor; dame la Infan-
[ta. (Vase.)

ESCENA VIII.

SIGISMUNDO, por una puerta, y por
otra DON SANCHE, que se detiene
viendo al Rey hablar con el Principe
— EL REY.

DON SANCHE.

El Principe se ha indignado
Porque de Diana soy
Dueño, y aunque della amado,
Si fe, sospechas, os doy,
Armas daré á mi cuidado.—
Mas el Rey está con él.—
A dalle satisfaccion
Venia.... Sospecha cruel,
Dejad mi imaginacion;
Que alterais su quietud fiel.
No revolvais tantas cosas,
Todas contra mi sosiego;
Que si pasiones celosas
De amor alteran el fuego,

Mis penas serán forzosas.
Oír quiero lo que tratan.

REY.

Príncipe, si á libertades,
Que descompuestas maltratan
Las reales autoridades,
Y de amor las llamas matan,
Hubiera de dar castigo;
Mi enojo experimentarás,
No hijo, sino enemigo,
Tanto, que otra vez no osaras
Descomponerte conmigo.
Mas soy tu padre, y así
Temple leyes del rigor,
Que me inclinan contra tí,
Porque está embotando amor
Filos que al enojo di.
Hámcele en parte templado
El haberme dicho Alberto
Que de opinion has mudado;
Y si, como afirma, es cierto
Que á Leonora el alma has dado,
Y dejando otras quimeras,
Hacer mi gusto codicias,
Trocando burlas en veras,
Yo te perdono, en albricias
De que ya á la infanta quieras.

SIGISMUNDO.

No puedo negar, Señor,
Que cuando en Diana vi
Menospreciado el amor
Que la he tenido.....

DON SANCHO.

¡Ay de mí!
¿Qué oís, combatido honor?

SIGISMUNDO.

Sin consultar la prudencia
Que justos respetos mira,
Ofendi tu real presencia,
Dando ocasion á tu ira
Mi alterada inadvertencia.
Mas lo que mi dicha gana
Conozco, y que se mejora
Mi eleccion, hasta aqui vana,
Pues restauro con Leonora,
Lo que perdí con Diana.

REY.

No con eso satisfecho
Das sosiego á mi cuidado:
Experiencia larga he hecho
Que de un amor arraigado
Reliquias conserva el pecho
Nunca sale de raíz
Una passion encendida;
Que en el hombre mas feliz,
Aunque se sane la herida,
Se queda la cicatriz.
Solo en tí no ha de haber tal:
Porque tu amorosa pena
Ha de ser (ó haráslo mal)
Como quien pisa la arena
Para horrar la señal.
Ya yo sé que de tal suerte
Diana te dió cuidado,
Que á no impedillo la suerte,
Tú vivieras mal casado,
Y aceleraras mi muerte.
Lo que en el jardin pasó
Sé tambien, y que por poco
Te hallara en él, cuando entró.
Fisberto, y de tu amor loco
Los claros indicios vió.
El con prudencia y recato,
Dió á su hija igual marido,
Y ella á tí te da en barto,
Pues juego su amor ha sido.
Este papel y retrato. (Muéstraselos.)
Don Sancho es noble y leal;
Diana es ya su mujer:
Tú tienes esposa igual;
Angel de guarda ha de ser

Suya mi respeto real.

Si contra su honor porñas,
Y otra vez encender piensas
Memorias que afirmas frias,
De Don Sancho las ofensas,
No son tuyas, sino mías.
Ella tiene esposo honrado,
Y para que no la ofendas,
Tu papel te da, y traslado;
Que pues te vuelve las prendas,
Su amor ha desempeñado.
Si en papeles y pinturas
Censo su amor quiso echar,
Y redimille procuras,
Ya como censo al quitar,
Te vuelve las escrituras.
Ráscalas; que en esto fundo
Tu dicha, y no seas lijero:
Que en agravios, Sigismundo,
Si te perdono el primero,
No sé lo que haré al segundo.
(Deja al Príncipe el papel y el retrato,
y vase.)

ESCENA IX.

SIGISMUNDO: DON SANCHO, *oculto*.

SIGISMUNDO.

Todo lo va haciendo amor
A medida del deseo.

DON SANCHO.

¡Ay sospechoso temor!
¿Qué mala informacion veo
Sustanciar contra mi honor!
Jardin, retrato y papel
Tienen mi ventura en calma,
Siendo en pleito tan cruel
Tres enemigos del alma,
Y tres testigos en él.
¿Esto es, cielos, ser casado?

ESCENA X.

GASCON. — SIGISMUNDO: DON SANCHO, *oculto*.

GASCON. (Al Príncipe.)

Brevemente, que me llama
Cierta prisa.

DON SANCHO.

¿No es criado

De mi casa este?

GASCON.

A tu dama

Dí, Príncipe, tu recado,
Y responde que te espera
Esta noche en la ventana.
Prosigue con tu quimera,
Y hablarás una Diana,
Que es tercera y es primera;
Que aunque en casa hay nuevo dueño,
Tú eres mas antiguo en ella,
Y estotro en tiempo pequeño,
Aunque tiene esposa bella,
Por mas bello tendrá el sueño,
Pues no hay mas blandos colchones
Para dormir, que los años.

SIGISMUNDO.

Gascon, las obligaciones
Pagaré destos engaños.

GASCON.

Honrarás á los Gascones.
¿Qué es lo que metes ahí?

SIGISMUNDO.

El retrato y el papel,
Que á mi amado dueño di.
(Hace que los echa en la fultriguera,
y cáensele al suelo.)

GASCON.

Que diera en tierra por él
Esta máquina entendi;

Pero bien se ha remediado
A costa de un casamiento,
Un condado y un ducado.

SIGISMUNDO.

Diérale yo, Gascon, ciento,
Por salir deste cuidado.
Vamos, que ya es tarde, y quiero
Vestirme de noche.

GASCON.

Y yo,
Que te sirvo de tercero,
¿Tengo de medrar?

SIGISMUNDO.

¿Pues no?

GASCON.

¿De lacayo á caballero?
¿Bravo salto!

SIGISMUNDO.

Ya te vieras
Rico, si no me importara
Tanto, Gascon, que estuvieras
En su casa.

GASCON.

Es cosa clara,
Porque á no estallo, no hubieras
Logrado tanta fatiga.

Si medro de aquestas trazas,
Por armas pondré una higa,
Y á sus lados dos almobazas,
Con una letra que diga:
«Para Carola».

SIGISMUNDO.

¿A qué fin?

GASCON.

Háceme trampas.

SIGISMUNDO.

¿Y tú

Las sufres?

GASCON.

No, que es rüin;
Escupiome y dijo: ¡puh!
Testigo todo un jardin.

(Vanse los dos.)

ESCENA XI.

DON SANCHO.

¿Qué bien, honra, os acomoda
El Rey, autor de mi queja,
Pues casándome, aun no os deja
Gozar el pan de la boda!
Mi tragedia escuché toda.
Nunca el Rey me dió estado,
Mujer, privanza y ducado!
Pues si me desacredita
Y advierte lo que me quita,
¿Qué vale lo que me ha dado?
La mujer mas noble y bella,
¿Qué valor nunca ha tenido,
Pues al mas bajo marido
Le dan dineros con ella?
La privanza que atropella
Títulos, ¿de qué interes,
Cielos rigurosos, es,
Pues en el mas alto puesto,
Para que caiga mas presto,
De grillos sirve á los piés?
De que estima es el estado
Que el Rey puede dar mayor,
Ni qué valdrá, si el honor
Cae por él, de su estado?
Houira, cuanto nos han dado,
Todo os incita á caer:
La privanza es Lucifer,
Que cae al paso que sube.
El estado rayo en nube,
Torre en viento la mujer.
(Alza del suelo el retrato y papel que
dejó caer el Príncipe.)

El retrato y papel son
Estos que á mis piés están:
Cayeronsele, y querrán
A mis piés pedir perdón.
Mas no; que en esta ocasion,
Donde su sér mi honra pierde,
Aspid entre la flor verde
Mi desventura los llama,
Que porque muera mi fama,
Sube al pecho, y el pié muerde.
Casóme el Rey sin mi gusto,
Diana es moza y hermosa,
Mi edad poco apetitosa,
Lazo desigual é injusto,
Mozo el Principe y robusto,
Sin respetos el poder;
El amante, ella mujer,
Y conformados los dos....
Honra, sospechaldo vos,
Que yo no os oso ofender.
En el jardin ¿no se vieron?
¿Luego es cierto.....? — Calla, lengua;
Que publicarán mi mengua,
Las paredes que te oyeron.
¿Ay cielos! Si allí estuvieron.....
Y el Principe gozar pudo....—
Al pronunciar esto, un ruido
De mi garganta es cordel;
Mas dígalo este papel,
Que da fácil y habla mudo.
(Lee.) *Mi padre el Rey, prenda mia,
Me da esposa, y no sois vos,
Como si amor, siendo Dios,
Preciase estados de Hungria.*
No es deidad la tiranía:
Ese atributo condono;
Justicia guarda el que es bueno;
De Diana soy señor:
O no os llameis dios, amor,
O no apetezcais lo ajeno.
(Lee.) *Antes que llegue este dia,
Esta noche amor concierta
Daros la posesion cierta.....*
¿Qué aguardais, sospecha fria?
¿Posesion! ¿Ay honra mia!
Justo temor os espanta.
(Lee.) *Porque en viniendo la Infanta,
Halle cerrada la puerta.*
La muerte la hallará abierta,
Si averiguo afrenta tanta.
(Lee.) *La mano os tengo de dar,
Sin poner mi amor por obra;
Que no soy como el que cobra
Sin intencion de pagar.*
Volved, hora, á respirar;
Que si contra el comun uso,
Su amor por obra no puso,
Y vos os quedais en pié,
Yo, honra, os defenderé,
Sin que me tengais confuso.
(Lee.) *Solo os quiero asegurar
Que en honesto amor me fundo.*
Mentido habeis, Sigismundo,
Pues me quereis deshonrar.
¿Qué crédito os puedo dar
Papel, viendo que mintió
La mano que os escribió?
¿Y quién crerá, aunque lo ignora,
Si intenta gozarla agora,
Que entónces no la gozó?
No leo mas. En conclusion,
De mi sospecha baré alarde;
Que no hay amante que guarde
Palabras en la ocasion.
Valientes excusas son
Las que este papel me enseña;
Pero no es señal pequeña
Las prendas que en contra están;
Que adonde prendas se dan,
Alguna cosa se empena.
Vos, retrato, habeis estado
En su poder y su pecho,

Y habiendo asiento en él hecho,
La posada habeis pagado.
No sois vos el descuidado,
Sino yo; que á toda ley,
Si el amor no guarda ley,
¿Quién duda, aunque os halle aquí,
Que me descartará á mi,
Por quedarse con un rey?
Esta noche se han de hablar:
Ya Sigismundo previno
El traje á su desatino:
Honor, hacer, y callar.
El silencio sabe obrar;
Indicios he visto llanos;
Si á pensamientos livianos
Obras aplica en mi mengua
Diana, calle la lengua,
Porque el honor todo es manos. (Vase.)

Sala en casa de Don Sancho.—Va anocheciendo.

ESCENA XII.

LISENA, DIANA.

DIANA.

En fin, ¿esta noche, hermana,
Viene Sigismundo á hablarte?

LISENA.

Y el nombre tengo de hurtarte,
Siendo dolo en él Diana.

DIANA.

Provechosa es la invencion.

LISENA.

Si, que si á saberlo viene
El Rey, que solo ojo tiene
A que llegue á ejecucion
El casarle con Leonora;
Viendo que ya tú lo estás,
É impedirlo no podrás,
Cuando sepa que te adora,
Reparará poco ó nada:
Pues cuando te ame y le quieras,
Lo que doncella impidieras.
No lo has de impedir casada.

DIANA.

Deseo tanto, te prometo,
Esto de verte reinar,
Que en fin, como ha de durar
Poco, y con tanto secreto,
Consiento en aqueste engaño,
Como no toque al decoro
De Don Sancho; que le adoro
Ya como si hubiera un año
Que por dueño le deseara.
Tan señor se hizo de mí,
Que desde que no le vi,
Como si un siglo tardara,
Maldiciones echo al sol
Porque su curso no pasa:
Que en fin de noche está en casa.

LISENA.

Es discreto y español.
Hace gran ventaja España,
En amar, á otras naciones;
Que fértil es en varones.

DIANA.

Don Sancho, Lisena, engaña
Los años con el buen gusto,
La alegre conversacion,
La apacible condiclon;
Y yo, en fin, que desto gusto,
Vivo contenta y segura,
Sin que me inquieten desvelos;
Que amor mozo, todo es celos,
Y el mio todo es ventura.

LISENA.

¿Ay qué casada tan buena!
El amor lleve adelante
Amor tan fino y constante.

DIANA.

Y porque el tuyo, Lisena,
No pierda ocasion por mí,
Írme y dejarte pretiendo.
Mi honra y nombre te encomiendo.

LISENA.

¿Pones mas que el nombre aquí?

DIANA.

Corre riesgo, y me da pena.
Guardanicle, y no te asombre,
Porque quien tiene mal nombre,
Nunca cobra fama buena. (Vase.)

Calle. — Vista de la casa de Don Sancho.

ESCENA XIII.

ALBERTO Y SIGISMUNDO, de noche.

ALBERTO.

Hice al Rey creer, en fin,
Que Lisena de la Infanta
Era, Principe; un retrato,
Y admirable semejanza.
Creyólo, y determinó
Írle á visitar mañana
A Valde flores, en donde
Tendrán fin estas marañas
Leonora que mis deseos
Con otros iguales paga,
Y procura reducirlos
Al yugo que amor enlaza,
Sabe todas estas cosas,
Y á cuantos tiene en su casa,
Porque por ellos no pierda
Nuestra marañosa traza,
Ha mandado que prosigan
Con este engaño; y aguarda,
Para industrialarla en el caso,
Que lleves allá tu dama.
Comunicará con ella
Las acciones y palabras
Que al Rey tiene de decir,
Para que no caiga en falta;
Y porque no se descubra
Esta ficcion por su causa,
Encerrándose, no quiere
Que entre nadie á visitarla.
Esto excusa con decir
Que no es razon, siendo hermana
Del principe Udalasio,
Cuya muerte malograda
Sabe ya por cosa cierta,
Dar á visitas entrada,
Divirtiendo el sentimiento,
Que es justo la aflija el alma.
Como há tan poco que vino,
Y llegó tan recatada,
Que no hay ninguno en Bohemia
Que le haya visto la cara,
Por todo el reino ha corrido
Esa mentirosa fama.
Y todos crén en la corte
Que en Lisena se retrata.
Lo que falta, hermano, agora,
Es que con brevedad vaya,
Y á Leonora comunique,
Pues es poca la distancia;
Que supuesto que su padre,
De la corte y de su casa
Ausentándose, se emplea
Ya en su hacienda, ya en la caza,
Diciendo que parte á vella,
Y ayudando á esto Diana,
Sin dar lugar á sospechas,
Dulce fin tendrán tus ausias.

SIGISMUNDO.

Peregrino ingenio tienes.
¿Disposicion extremada,
Y á medida de mi gusto!
Con Gascon haré avisarla,
Que no llo este secreto,

Aunque agora vengo á hablarla,
Supuesto que oyen las piedras
De paredes y ventanas.
Mas oye, que viene gente.
(*Hablan bajo los dos.*)

ESCENA XIV.

ENRIQUE, *de noche*. — SIGISMUNDO.
ALBERTO.

ENRIQUE. (*Creyéndose solo.*)

¿Posible es, Lisena ingrata,
Que en una ausencia tan corta,
Olvidándome, te casas?
Mas es poderoso Arnesto.
Un duque ¿qué no contrasta?
Una ausencia ¿qué no olvida?
Un interés ¿qué no alcanza?
Quién no parece, perece.
Ausente el fuego, no abraza:
Anublado el sol, no alumbra:
La ausencia es nube pesada.
Comenzabate á servir,
Tú á quererte comenzabas,
Si me ausente á los principios,
Y lo poco así es nada,
¿Que me quejo, que te culpo?
Maldiga amor la embajada.
El camino amor maldiga,
Y al Rey que della fué causa. —
Pero ¿qué gente es aquesta?
Mas si el Duque á Lisena ama,
Y es justicia amor, que ronda,
Mi pregunta fué excusada.
Matarele. Pero no;
Que si los celos me agravian,
Celos con celos se vengau,
No con desiguales armas. —
¿Ahí de la calle! ¿Quién son?

SIGISMUNDO.

¿Quién lo pregunta?

ENRIQUE.

Desde el amor al olvido.

SIGISMUNDO.

Extraordinaria distancia!

ENRIQUE.

Notable. Pero vos, Duque,
Sois ocasion de que la haya,
Y que yo entre estos extremos
Experimente desgracias.

SIGISMUNDO.

¿Yo soy duque? ¿Conoceisime?

ENRIQUE.

Disimulais nombre y habla.
Duque Arnesto, que aunque á escenas,
Los celos son luz del alma.
Ya sé que tan adelante
Lograis vuestras esperanzas,
Que Fiberto os da á Lisena,
Y con vos honra su casa.

SIGISMUNDO. (*Ap.*)

¿Cómo es esto?

ENRIQUE.

Y también sé
Que si en la de amor guardaran
Antigüedades, pudiera
La niña haceros ventaja.
Escrituras teneis hechas.....
¿Ay cielos, quién las rasgara!
En secreto os casais, Duque:
Celos publicos me matan.
Porque vuestro padre viejo
Lo ignore, habeis dado traza
De casaros desta suerte;
Mas como nadie las guarda,
Las plumas con que se hicieron
Vuestras escrituras, andan,
Para publicalle á voces,
En las alas de la fama.

A ser yo celoso al uso,
Vuestras dichas estorbara;
Favores mi amor lingiera,
Que á Lisena deshonraran;
Pero no lo quiera Dios;
Que soy noble, y aunque ingrata
Ella, es espejo de honor,
Si ejemplo de la mudanza.

A servilla comence;
Principios tuve en su gracia,
Ausenteme, entrastes vos;
Y amores que no se arraigan,
Hiélause con una ausencia.
Casas, Arnesto, gozalda,
Pues que sois mas venturoso;
Que cuando vos saqueis galas,
Ilagais fiestas, déis libras,
Podrá ser, y Dios lo haga,
Que os corte funestos lutos
La muerte que me amenaza.
Deudo soy cercano vuestro;
Mas si amor deudas os paga
A letra vista de gustos,
¿En Lisena os da libranzas,
¿Qué os importará mi muerte?
¿Pues cuando sintais mi falta,
Nunca mucho costó poco;
Lo mas caro mas se ama.
Logre el cielo vuestra suerte;
Que yo para no estorballa,
De vos envidioso y della,
Iré á repasar desgracias.

ESCENA XV.

ALBERTO, SIGISMUNDO.

SIGISMUNDO.

Alberto, ¿no escuchas esto?
¿No oyes que á Lisena casa
En secreto con el Duque
Su padre, y que desbarata
La máquina de mi amor?
¿No oyes confirmar palabras
En contratos y escrituras?

ALBERTO.

Ya lo oigo.

SIGISMUNDO.

Pues ¿qué aguardas.
Infante? Dame la muerte.
Saca aqueso acero, saca
este corazon, primero
que el Duque con esto salga.

ALBERTO.

No sé, por Dios, qué sospecho
Destas nuevas disfrazadas,
Siu conocer al autor,
Ni el efecto á que se causan.
El duque Arnesto es mi amigo.
Y hasta aquí no sé que haya
Tenido amor, que es señal
Que sale luego a la cara.
¿No podrá ser que este sea
Algun burlon destos que andan
Dando picones de noche,
Y cifran su trato en gracias?

SIGISMUNDO.

No, hermano: verdades son,
En mi daño averiguadas,
Todas cuantas este ha dicho:
Ni las finge, ni me engaña.

ALBERTO.

Pues bien, cuando verdad sea,
Lisena ¿está ya casada?
¿Aborrecete por dicha? (*4*)

SIGISMUNDO.

¿Ay Alberto! no sé.

ALBERTO.

Calla,
Y procura hacer de suerte

(*1*) Por acaso.

Que á ver á Leonora vaya:
Que si ella su intento ayuda,
Y te desposas mañana,
¿Que celos hay que te inquieten,
Ni qué escrituras que valgan
Contra consumados gustos
Y dichas anticipadas?

SIGISMUNDO.

Es así; mas ¿qué sé yo
Si su padre y la mudanza,
Habrán hecho lo que suelen?

ALBERTO.

Gente siento á la ventana.
Si es ella, buena señal,
Sigismundo, es que te ama

SIGISMUNDO.

¿Y si viene á despedirme!

ALBERTO.

¿Bueno es que te persuadas
A que Lisena es tan necia,
Que mas estimacion haga
De un ducado que de un reino!

SIGISMUNDO.

No sosegaré hasta hablarla.

ESCENA XVI.

DON SANCHO, *como de noche*; LISE-
NA, *á una ventana*. — SIGISMUNDO;
ALBERTO.

DON SANCCHO. (*Para sí.*)

¿Desengaños tan ciertos,
Y á sospechas confirmadas,
¿De qué sirve, honor, buscar
tanto indicio, prueba tanta?
Pero si sois juez, haceldas;
Que todas son de importancia,
Hasta cerrar el proceso,
Y ejecutar la venganza.
¿Si habrá el Principe venido?
Mas este es; que quien agravia,
Y mas en casos de honor,
Diligente se adelanta.
La ventana está tambien
Por mi deshonra ocupada.
Escuchad, silencio cuerdo;
Que el dar voces es infamia.

LISENA.

Hablar sentí á Sigismundo. —
¿Sois vos, Señor?

SIGISMUNDO.

¿Es Diana?

LISENA.

Soy, y no soy.

SIGISMUNDO.

Ya lo entiendo:

Mi amor ese enigma alcanza.

DON SANCCHO. (*Ap.*)

Sospechas, ya no hay excusa:
No salieron, honor, falsas
Las nuevas de mis desdichas;
Que no mienten, si son malas

LISENA.

¿Cómo estais, mi bien?

SIGISMUNDO.

Quejoso.

LISENA.

¿Por qué ocasion?

SIGISMUNDO.

Porque asalta
Mi ventura un dueño antiguo,
Que me atormenta y os ama.

DON SANCCHO. (*Ap.*)

Como soy su esposo yo,
Y dueño de aquesta casa,
Antiguo en años y en penas,
Su dueño antiguo me llama.

LISENA.

¿Yo dueño antiguo, y no vos?

SIGISMUNDO.

Si, cruel, que me amenaza
Con casamientos que estorban
El lograr mis esperanzas.

DON SANCHO. (Ap.)

¿De mi casamiento tiene
Celos!; Nunca se enlazara
Mi libertad, ya cautiva,
En redes que el honor matan!

LISENA.

Yo no conozco otro dueño,
Ni mientras influya el alma
Vida en este corazón,
Como amor dentro de llamas,
Reconoceré otro esposo,
Ni daré á otro amante el alma,
Que no fuere Sigismundo.
Si es querer probarme, basta.

SIGISMUNDO.

Luego el Duque que os adora,
¿No es dueño vuestro?

DON SANCHO. (Ap.)

¿Qué os falta,

Agravios, si á la vergüenza
Por las calles mi nombre anda?
¿Nunca el Rey me hiciera duque!

SIGISMUNDO.

Disculpas tendréis pensadas:
Diréis que de aquestas bodas
Es vuestro padre la causa.

LISENA.

Príncipe, yo no os entiendo;
Si porque ya amais la Infanta,
Andais mendigando excusas,
No me culpeis, y gozalda;
Que yo me daré la muerte.

DON SANCHO. (Ap.)

¿Celos le pide la ingrata!

SIGISMUNDO.

Diana, si es que á mi amor
Quereis dar debida paga,
Ocasión se ofrece.

LISENA.

¿Cómo?

SIGISMUNDO.

Gozándos.

LISENA.

¿Cuándo?

SIGISMUNDO.

Mañana.

LISENA.

¿Dónde?

SIGISMUNDO.

Yo os lo avisaré;
Que en la calle es ignorancia
Fiar secretos á piedras,
Que tienen ecos y hablan.
Estad, mi bien, prevenida,
Y pues no teme quien ama,
No temais inconvenientes,
Y adios, porque vienen bachas.
(Vanse Sigismundo y Alberto.)

ESCENA XVII.

LISENA, á la ventana; DON SANCHO.

LISENA.

¿Qué celos, cielos, son estos,
Que mi dicha desbaratan?
Aguardar quiero este aviso,
Y dél sabré estas marañas.
¿Qué duque es este, que dice
Sigismundo, que me llama
Su esposa? Confusa voy.
¡Ay noche! qué dello engañas!
(Quítase de la ventana.)

ESCENA XVIII.

DON SANCHO.

Fuése el Príncipe, y entróse
La que ocasiona mi infamia,

T. V.

Y ciega se determina

Quitarme el honor mañana.
¡Válgame Dios!; Que las leyes
Del mundo fundado hayan
La honra en una mujer!

¿En una pluma liviana,
El honor, de tanto peso!
¿Cielo!; El matrimonio ata
Con una tan frágil cuerda,
Que la mas fuerte es de lana?
A cabo de tantos dias,
Honra por mi conservada,
Con tanta industria adquirida,
Ilustre con tanta hazaña,
¿Un pensamiento os destruye?
¿Un soplo liviano os mata?
¿Un poco de viento os quiebra?
¿Una mujer os maltrata?

Mas sois de vidrio: ¿qué mucho
Que si os derriba una ingrata,
Cayendo el vidrio se quiebre,
Y el honor pedazos se haga?
Mañana me ha de afrontar;
Mañana ha dado palabra
De poner mi mal por obra:
Corta es, honor, la distancia.
Dálde la muerte. Mas ¿cómo?
Si ve el vulgo mi venganza,
Y estando hasta aqui secreto

Mi agravio, le saco á plaza,
¿Satisfarase así? No,
Que aunque mas le satisfagan,
En público siempre queda
La señal donde hubo mancha.
Secretos, buscad remedios;
Discurrir, industria honrada;
No sepa de mi ninguno
Cosa con que me dé en cara.
No ha de haber quien imagine
Que una mujer alemana
Osó afrontar atrevida
La honra y valor de España.
Pues si hoy no la doy la muerte
Ha de afrentarme mañana;
Si la mato, pregonera
Saldrá en mi ofensa la fama.
¡Ah peligros del honor!
Nunca yo experimentara,
A costa de mi sosiego,
Los daños que me amenazan!

ESCENA XIX.

GASCON, con una hacha encendida;
después CAROLA.—DON SANCHO.

GASCON.

Esto de aguardar señores
En el patio y con un hacha
Hecho cofrade de luz,
Por Dios, que es cosa pesada.

CAROLA.

Gascon, ¿ha venido el Duque?

GASCON.

¿Quién lo pregunta?

CAROLA.

¿Quién anda
Buscando achaques por verte,
Gabacho de mis entrañas.
Un siglo há que estoy sin tí.
Esto de tener en casa
Dueño nuevo, desconfiulga
De los pajes las criadas;
Y tú, como no me quieres,
Por ocasiones que haya,
Aunque hecha un árgos me veas
Por corredores y salas,
Sin volver á mi los ojos,
Como si yo te injuriara,
Como silla de dosel,
Te hallo siempre de espaldas.

GASCON.

Hágase allá: no me toque.

CAROLA.

¡Ay traidor! ¿así me tratas?
¿Pues por qué?

GASCON.

Como es—Carola,
Sopean muchos su ensalada.

CAROLA.

¿Celitos?

GASCON.

Hágase allá;
Que la esconderé esta daga,
Si llega, en los menudillos,
Por lo que tiene de vaina.

CAROLA.

Si te he ofendido en mi vida,
Un rayo del cielo caiga
Sobre... sobre...

GASCON.

¿Quién?

CAROLA.

El turco.

GASCON.

Linda pieza, buena lanza,
¿Qué es del liston que la di
Para la cruz, esta pascua,
A costa de dos raciones?

CAROLA.

¿Liston?

GASCON.

No estoy para gracias.

CAROLA.

¿El de carne de doncella?

GASCON.

Ese mismo, mula falsa;
Que pierde en ella ese nombre,
Y no quiero que le traiga.
¿Qué es dél?

CAROLA.

Como me sangré
De un tobillo, estando mala
Ayer, sirviome de cinta;
Y el barbero, que mal haya,
Dijo que eran gajes suyos,
Y dísele.

GASCON.

Si se sangra
Con barberos de palacio,
Y listona, á fuer de dama,
Pique; que no pico yo
Vena que está tan picada
Por jardineros bufones.

CAROLA.

¿Ay qué testimonio!

GASCON.

Vaya,
Y no haga caso de mí;
Que soy...

CAROLA.

¿Qué, Gascon del alma?

GASCON.

Soy un puerco socarrado,
Aunque ella no me socarra;
Un monazo de Tolu,
Y como seca en garganta,
Soy escupido.

CAROLA.

(Ap. ¡Oste, puto!)
Gascon, esa ha sido mala.
(Ap. Sopla vivo ha andado aquí.)
No hagas caso de palabras,
Borrequito de mi vida.

GASCON.

¡Vive Dios...!

CAROLA.

No chero: encaja.
(Tómase la barba.)

GASCON.

¿Que me engaita aquesta así!

CAROLA.

Ea, pichon... ¡Ay qué harba!
No te ofenderé otra vez,

Por esta bendita.

GASCON.

Basta.

¿Querráme mucho?

CAROLA.

Mu...chísimo.

GASCON.

Si tanto en el *mu* te tardas,
Vive Dios, que á perder me echas.
¿No ves lo que en *mu* me llamas?

CAROLA.

Habló el buey, y dijo *mu*.

DON SANCHO.

(Ap. ; Miren cuál anda mi casa!
Mas ¿qué mucho? Siempre imitan
Las criadas á sus amas.)
(*Llegándose á Gascon y Carola.*)
¿Qué es esto?

CAROLA.

Gascon, señor...

GASCON (Ap.).

Cogido nos ha en la trampa.

DON SANCHO.

¿Qué haceis los dos aquí agora?

GASCON.

Que vinieseis aguadaba,
Para alumbrarte.

CAROLA.

Yo vengo,

Como tanto te tardabas,
A saber si habias venido:
Mi señora me lo manda,
Que está llena de recelos,
Y te espera desvelada.

DON SANCHO.

Andad, subíos allá arriba.
(*Vase Carola: Gascon quiere tambien retirarse, y se detiene llamado por Don Sancho.*)

ESCENA XX.

DON SANCHO, GASCON.

DON SANCHO.

Gascon.

GASCON.

Señor.

DON SANCHO.

En España

No se usa hablar los criados
Con las doncellas de casa
Tan familiarmente.

GASCON.

Acá,

La llaneza de Alemania
Todo esto, señor, permite.

DON SANCHO.

¿Es su gente en todo llana!
No estéis en mi casa mas:
Al mayordomo id mañana;
Pagaráos lo que se os debe.

GASCON.

Si otra vez me vieres...

DON SANCHO.

Basta.

No subais esta escalera
De aquí adelante...

GASCON. (Ap.)

¿Qué extraña

Condicion!

DON SANCHO.

Porque en subiendo,
Bajaréis por la ventana.

GASCON. (Ap.)

De volatin me gradúa.

ESCENA XXI.

DIANA, CAROLA.—DICHOS.

DIANA.

M. bien, esposo, quien tarda

Tanto en principios de gustos,
Poco quiere.

DON SANCHO.

¿Oh mi Diana!

Todas estas son pensiones
Del palacio y la privanza.
Yo me enmendaré otra vez,
Siquiera por no dar causa
A que bajen á buscarme
A la puerta las criadas,
Que es bien estén recogidas.

DIANA.

Yo me doy por avisada.

DON SANCHO. (Ap.)

Disimulad, cuerdo honor;
Vamos, discreta venganza:
Sin lengua os he menester,
Porque el prudente hace y calla.
(*Vanse Don Sancho y Diana.*)

GASCON.

Carola.

CAROLA.

¿Qué hay?

GASCON.

Despedido

Soy.

CAROLA.

Dios le ayude.

(*Vase.*)

GASCON.

¿Oh horrracha!

¿Ayude! ¿Estornudo yo?
¿Medrado, por Dios, quedaba,
A no tener de repuesto
Un principazo! Bien haya
El que tiene dos oficios.
Ya renuncio el de las calzas.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

LISENA, DIANA.

LISENA.

Hoy se truecan los temores
Que te tienen con tristeza,
Diana, en gustos mayores:
Hoy han de llamarme Alteza
Las dichas de mis amores:
Hoy ha de envidiarme el mundo
Las glorias que en mi amor fundo,
Y mi suerte venturosa
Me tiene de ver esposa
Del principe Sigismundo.
La infanta me envía á llamar;
Vestida est-y de camino,
Porque he de representar
De un ingenio peregrino
Una traza singular.
Que me parezca á Leonora
Piensa el Rey; Gascon agora,
En cochero convertido,
A darme cuenta ha venido
Desta industria enredadora. —
Mas si ya te lo he contado,
¿Para qué te lo repito?
Tú, hermana, el reino me has dado;
En bronce la fama ha escrito
El amor que me has mostrado.
Tú has de reinar, que yo no;
Pues jamas el mundo vió
Hermana que tal hiciese,
Ni á tal riesgo se pusiese.
Cual tú, porque reine yo.
¿No celebras mis venturas?
¿No sientes el bien que siento?
¿Abrazarme no procuras?

DIANA.

Con la sobra del contento,
Estás diciendo locuras.
Hasta que el fin de tu amor

Asegure mi temor,
No gusto, hermana, de nada;
Que está muy enmarañada
Y dudosa esta labor.
Parte, Lisena, en buen hora,
Y amor tu suerte asegure;
Habla á la infanta Leonora,
Y ¡ojalá no se conjure
De la fortuna traidora
La inconstancia contra tí!
Que para premiarme á mí,
Basta el ver que siendo Alteza,
A coronar tu cabeza
Te saca el cielo de aquí.
Mi padre está en el aldea
De Florel, y así diré
A mi Don Sancho de Urrea,
Que á verle vas, porque sé
Que tenerte allá desea.
Melancólico anda, hermana;
Pensativas suspensiones
Hacen mi dicha tirana;
Élévase en las razones;
No come de buena gana;
Mal esta noche ha dormido;
Oígole hablar entre sí,
Aunque nada he percebido:
¿Qué he de hacer, ¡triste de mí!
Si algo de aquesto ha sentido,
Y sospechas del honor
Mi crédito en duda han puesto?

LISENA.

Desengaños de mi amor
Desharán, hermana, presto
Las nubes dese temor.
¿Hase mostrado alterado?
¿Mirate, el rostro torcido?
Cáusale el hablarte enfado?

DIANA.

Don Sancho es cuerdo marido,
Y el cuerdo es disimulado.
No solo no me aborrece,
Sino que aumenta favores,
Galas y joyas me ofrece,
Dícame tiernos amores,
Con que el que le tengo crece.
Si pregunto qué ocasion
Le tiene tan pensativo,
Sus brazos respuesta son,
En que amorosa recibo
Segura satisfaccion.
Al palacio y la privanza
Culpa, y eso debe ser,
Porque ninguno la alcanza,
Que no le inquiete el temer
Vaivenes de la mudanza.

ESCENA II.

GASCON, de cochero. — LISENA,
DIANA.

GASCON. (*Desde la puerta.*)

Ce, Lisena; ce, Diana.

¿Hay coco de quien temblar?

LISENA.

Entra.

GASCON.

De bellaca gana;

Que nunca aprendí á saltar,
Y es muy alta esta ventana.

DIANA.

Fuera está Don Sancho.

GASCON.

Pues

Dos damas de nuestra infanta,
Y un coche, esperan que des
Principio á ventura tanta.
Alto, á subir, pues me ves
En cochero convertido.

LISENA.

Hermana, dame esos brazos.

CASCON. (Ap.)

Carola, ¿adónde te has ido?
Pagaréte á latigazos
Aquel puh, que me ha escocido.

DIANA.

¿Adónde está el coche?

CASCON.

Está

A la puerta del jardín.
Ya es tarde : acabemos ya ;
Que ha de hacerme volatin
Don Sancho si vuelve acá,
Y dame prisa esta pena.

DIANA.

Vamos; que te quiero ver
Partir á ocasion tan buena,
Que princesa has de volver,
Yendo no mas que Lisena.

(Vanse por una puerta, y un momento despues sale Don Sancho por otra.)

ESCENA III.

DON SANCHO.

En peligro, honra ofendida,
Por una mujer andais;
A la muerte, mi honra, estais;
Hoy no mas os dan de vida.
¿Qué sana os conocí yo!
¿Con qué contento y quietud!
Mas la honra y la virtud,
¿Cuándo en la mujer duró?
¿Ay leyes fieras del mundo,
De las de Dios embarazo!
¿Que hoy no mas os da de plazo,
Honra mia, Sigismundo?
¿Que hoy os tiene de dar muerte?
¿Que no admite apelacion
Su cruel ejecucion?
Buscaba una mujer fuerte
Dios, por la boca del sabio;
Mas responderéisle á Dios
Que no sois la fuerte vos,
Pues me haceis, Diana, agraviar.
Hoy no mas, honra, hay enmenda:
¿Que haceis con tan corto espacio?
Quien va enfermando despacio,
Busque despacio remedio;
Que en leyes de medicina,
No es el médico prudente,
Que á enfermedad de repente
No da cura repentina.
Muera Diana lasciva
Hoy, pues afrentarme quiere;
Pero si en público muere,
Quedará mi afrenta viva.
Mas no hará: que el mundo alaba
Al marido varonil,
Que su honra en sangre vil
De los adúlteros lava.
Mas ¿qué sangre habrá que pueda
Lavarla, si la divulgo,
Y en los archivos del vulgo
Inmortal la mancha queda?
Manchas hay que salen luego,
Si aplicarse el jabon sabe,
Mas ¿quién habrá que se alabe
De sacar manchas de fuego?
Pero ¿cielos! ¿quién no alcanza
Que la ley del duelo admita,
Porque el honor rescuite,
Crueldades á la venganza?
Esto ¿no es el comun voto?
Sí, mas si el honor se llama
Fragil vaso de la fama;
Vaso que una vez se ha roto,
Aunque le suelde el cuidado,
No cobra el primer valor,
Ni es bien que quede el honor
Como vaso remendado.
Si la doy muerte que asombre,
La corte cuando me vea,

No de Don Sancho de Urrea
Conservaré el primer nombre;
Antes de aquí temer puedo
Que cuantos esto supieren,
Donde quiera que me vieren,
Me señalen con el dedo,
Y digan: «Este es aquel
A quien deshonoró su esposa».
Fama pues tan afrentosa,
Nombre, cielos, tan cruel,
Que ha de quedar inmortal,
¿Podré yo borrarle luego?
No, porque es mancha de fuego,
Que no pierde la señal.

ESCENA IV.

ORELIO. — DON SANCHO.

ORELIO. (Mirando hácia dentro.)

No es honra muy de codicia
La que despues de azotado,
Volverle al pobre ha mandado
En público la justicia.

DON SANCHO.

¿Qué es esto?

ORELIO.

¡Oh señor! Venia
Riyéndome de una accion
Que he visto, en satisfaccion
De un azotado, este dia.
Acudí á cierta pendencia
De noche un juez, y uno dellos
Le hirió, queriendo prendellos,
Sin que desta resistencia
Se descubriese el autor.
El sastre nuestro vecino
(Que si ya no es con el vino
Nunca ha sido esgrimidor),
Estando en su casa quieto,
Fue sin culpa denunciado
De un enemigo taimado.
Prendiéronle, y en efecto,
La furia del juez fue tal,
Que sin formal proceso,
Ni averiguar el suceso,
Sobre el usado animal,
Entre la una y las dos
Le hizo dar aquella noche
Un jubon, cual él se albro.
En galeras, ruego á Dios.
Como era entónces tan tarde,
Cual ó cual tuvo noticia
Del rigor de la justicia;
Pero él, haciendo alarde
De su injuriada inocencia,
Del juez se querelló,
Y ante el Consejo probó
Que cuando la resistencia
Sucedió, estaba acostado:
Con que mandó el presidente,
En fe de estar inocente,
Y el juez haber mal andado.
Restituirle la honra;
Y así por las calles reales,
Con trompetas y atahales,
De la pasada deshonra
Se purga, con gorra y calza,
En medio de dos señores,
Donde de sus valedores
Toda la chusma le ensalza.
Y cada cual admirado,
Como no sabe quién es,
Pregunta: «¿Cuál de los tres
Es, compadre, el azotado?»
Y responden: «el de enmedio.»
De modo que ya la fama
El azotado le llama.
Miren qué gentil remedio
De honrarle en mitad del dia,
Si de noche le afrentaron,
Y de los que le asentaron
Cual ó cual el mal sabía!

¡Hanle honrado, en fin, los jueces,
Y agora pasa esta calle;
Mas yo digo, que el houralle
Es afrentalle dos veces:
Pues despues de paseado,
Y soldado su desastre,
No le llamarán el sastre,
Sino solo el azotado.

(Vase.)

ESCENA V.

DON SANCHO.

«No le llamarán el sastre,
Sino solo el azotado.»
Bien que agravio publicado
Añade á la afrenta lastre.
¡Ah Orelío! ¿y á qué ocasion
Vino tu aviso discreto!
El agravio que es secreto,
Secreta satisfaccion
Pide. Bien me has avisado.
Cuando al otro el juez honraba,
El vulgo ¿no preguntaba,
Que quién era el azotado?
Luego si en público os vengo,
Agora, que cual ó cual
De mi esposa desleal
Sabe el daño, ¿qué prevengo?
El que me viere vengado,
No dirá cuando me vea:
«Este es Don Sancho de Urrea»,
Sino: «Este es el afrentado».
Alto, pues, honra discreta,
Haced que lo sea mi furia;
Pues es secreta la injuria,
Mi venganza sea secreta.
Mirad que á aquel desdichado,
Que imita vuestro desastre,
No le llamarán ya el sastre,
Sino solo el azotado.

ESCENA VI.

DIANA. — DON SANCHO.

DIANA. (Ap.)

Gracias al cielo que puedo,
Nombre mío, restauraros.
No pienso otra vez prestaros:
Basta un peligro y un miedo. —
Pero aquí mi esposo está
Melancólico y suspenso.

DON SANCHO.

Dalla agora muerte pienso.

DIANA. (Ap.)

¿Cómo! ¿A quién la muerte da?

DON SANCHO.

Pero no ha de ser notoria
La causa por que la doy,
Porque con Diana hoy
He de enterrar su memoria.

DIANA. (Ap.)

¿A Diana ha de enterrar?
Y hoy ha de ser? ¿Ay de mí!
No en balde, cielos, temí
La ocasion deste pesar.

DON SANCHO.

Yo he leído de un marido,
A quien un grande afrentó,
Que en secreto se vengó.

DIANA. (Ap.)

Que yo le ofendo ha creído.

DON SANCHO.

Convidó, en medio el estio,
A su enemigo á nadar,
Y a título de jugar,
Los dos entrando en el rio,
Abrazándose con él,
A la mitad le llevó,
Donde su injuria vengó,
Siendo sus brazos cordel,
Y el verdugo su corriente.
Despues salió voceando:

« Favor, que se está asegurando
Mi amigo, ayúdalle, gente...
Y con este medio sabio
Dió nuevo ser á su honor,
Paga justa al agresor,
Y nadie supo su agravio.
Si no fuera Sigismundo
El que deshonrarle intenta,
Yo vengara así mi afrenta,
Y no la supiera el mundo;
Mas es Príncipe en efeto;
Su sagrado es mi lealtad;
Honra, otro medio busca!,
Y advertid que sea secreto.

DIANA. (Ap.)

De Sigismundo y de mi
Está celoso! Este engaño
Al fin resultó en mi daño.
¡Ay cielos!

DON SANCHO.

También lei
Que este marido prudente,
Después que dormida vió
Su esposa, fuego pegó
Al cuarto; que quien consciente,
Al agresor acompaña;
Y cerrándola la puerta,
Después que tuvo por cierta
Su muerte, y la llama extraña
En cenizas esparció
Su agravio, porque no hubiese
Quien del noticia tuviese,
Desnudo á voces pidió
Agua; mas no tiene efeto
Cuando la honra incendios fragua,
Y así del fuego y el agua
Fió el honor su secreto.
Fuego, yo también le fio
De vuestra llama; y por Dios,
Que á no ser, fuego, de vos,
De nadie fiara el mio.
Con ella abrasad mis lenguas,
Vengad injuriadas famas...
Mas ¡ay Dios! que vuestras llamas
Tienen la forma de lenguas,
Y que me afrenten presumo.
Mas si en iguales desvelos,
Suelen ser humo los celos,
No haya llamas, sed todo humo.

DIANA. (Ap.)

A quemarme con la casa
Se dispone: ¿Qué hercía
Cometeis, desdicha mia?
Contarle lo que pasa;
Que si hasta aquí fué prudencia
Callar, ya no lo será.
Mi hermana á casarse va;
La ocasión me da licencia
A descubrir este engaño;
Que si para lo que he hecho
Fué el secreto de provecho,
Ya de hoy mas, será en mi daño.
(Llega.)

Señor.

DON SANCHO.

¡Diana! (1); ¡Oh mi bien!

DIANA.

Si yo, Don Sancho, lo fuera,
Ménos injurias oyera,
Mas amor, ménos desden.
¿Qué agravios de vuestro honor
Mi lealtad andan culpando,
Que con vos estáis hablando
En ofensa de mi amor?
¿Qué príncipe amenazais?
¿Qué esposa os quita el sosiego,
Que para ella encendéis fuego,
Y para él agua buscáis?
Rigurosos pensamientos
Mi fe deben de ofender,
Pues habeis querido hacer

(1) Suplido.

Y adigues los elementos.
Si adunten satisfacción
vuestros injustos enojos,
Y no fiáis de los ojos
Indicéis de la opinion,
Don Sancho, escuchad un poco.

DON SANCHO.

(Ap.) ¡Ah secretos mal nacidos!
Si el temor todo es oídos,
Y el que consigo habla es loco,
¿No os pudierades quedar
Dentro del alma guardados?
¡Ved agora escarmentados
Lo que importa el buen callar!)
Esposa del alma mia,
Ya que escuchándome estáis,
No las quimeras temais
Que hace mi melancolia;
Pues ni agraviado me quejo,
Porque estéis, mi bien, culpada,
Ni habrá quien me perstada
A que no sois claro espejo,
En que se mira el honor.

Pero como me casé
En años ya, y siempre fué
De mi estimado el valor
De la honra en tanto extremo,
Por ver la desigualdad
De vuestra florida edad,
Y la mia, dudo y temo...
Sin causa... pues si la hubiera,
Nunca un español dilata
La muerte á quien le maltrata,
Ni da á su venganza espera.
Melancólico, cual vistes,
Entre mí, Diana mia,
Estos discursos hacia:
Propio efeto de los tristes.
Si el Príncipe que, primero
Que me casase, sirvió
A mi esposa y intentó
El dulce estado que adquiero,
Con su intento prosiguiese,
Y ella (que al fin es mujer)
De su edad y su poder
Persuadida, me ofendiese,
¿Con qué castigo discreto
Seria bien me vengase,
Sin que el vulgo me afrentase,
Ni hiciese agravio al secreto?
Y dije: «haciéndole ahogar».
Porque el agua, esposa mia,
Que mudos los peces cria,
No lo habia de hablar;
Ni el fuego, que esteriliza
Cuanto llega á su poder,
Diera lengua á la mujer,
Esparciéndola en ceniza.
Esto en un esposo honrado
Puede un agravio violento,
No mas que en el pensamiento.
Ved ¡qué hiciera averiguado!
Pero de imaginaciones
Que conmigo á solas paso,
No hagais vos, esposa, caso,
Cuando por tantas razones
Vuestra lealtad y inocencia
Satisfaceme procura;
Pues no hay cosa tan segura
Como la buena conciencia.

ESCENA VIII.

DIANA.

¿Con qué cuerdo y nuevo aviso
Sus sospechas me ha contado!
Ni se dió por agraviado,
Ni satisfacciones quiso.
Callaré, pues él lo hace;
Que quien de disculpas usa
Sin pedir las, si se excusa,
Neciamente satisface.

Hoy se tiene de casar
Y ser princesa Lisena,
Y hoy saliendo desta penia
Don Sancho, ha de averiguar
Mi inocencia y dar sosiego
A su honrada confusion.
Mas ántes desta ocasión,
Si pega á la casa fuego,
Y dentro della me abraza,
Siendo violento homicida,
¿No es razon, amada vida,
Volver por vos y mi casa?
¿Quién duda? Si á Valdefflores
Voy, donde mi hermana está,
Y el cielo alegre fin da
A mi dicha y sus temores;
Don Sancho, que ha de buscarme,
Verá en un punto deshechas
Sus aparentes sospechas
Despenarse y disculparme.
Este es el mejor remedio:
Aseguremos así,
Temor, la ocasión que os di,
Y pongamos tierra en medio.
Repararé aquesta noche
A un tiempo el honor perdido,
A un engañado marido. —
(Llamando.)
¡Hola! Haced sacar un coche. (Vase.)

Sala en la quinta de Valdefflores.

ESCENA IX.

LISENA, de luto galan; LAURINO,
FULCIANO.

LISENA.

De la princesa Leonora
Estoy tan favorecida,
Que no pagaré en mi vida
Lo que la debo en un hora.
¡Qué apacible! qué agradable!
¡Qué discreta! en fin ¡qué bella!
Si soy princesa por ella,
Y desta industria admirable
Llego el fin dichoso a ver
Con que amor mis dichas premia,
No princesa de Bohemia,
Su esclava sí, que he de ser.

LAURINO.

Vuestra Alteza (que ya puedo
Llamarla así) se asegure,
Y en nombre suyo procure
Proseguir con este enredo;
Que ella nos tiene mandado
Que hasta que esto se concluya,
Como á la persona suya
La sirvamos.

FULCIANO.

Avisado

Tiene á cuantos la servimos
Que Leonora la llamemos,
Y desta suerte lo hacemos.
Los que en su casa asistimos.
Su Alteza está retirada,
Porque ninguno la vea.
Y este engaño mejor crea
El Rey.

LISENA.

¡Llaneza extremada!
En fin, ¿que soy desde agora
Leonora, infanta de Hungría?

LAURINO.

Leonora sois este día,
Y Princesa, grau señora.

ESCENA X.

GASCON, de cochero. — LISENA, LAU-
RINO, FULCIANO.

GASCON.

Chapines he visto yo

De corcho, y altura tanta,
Que á una enana hacen gigante;
Pero ¿quién chapines vió
Que puestos en la cabeza
(La corona lo ha de ser)
Ensalcen á una mujer
Tan alta, que ya es Alteza?

LISENA.

También, Gascon, para vos
De chapines servirán;
También os levantarán.

GASCON.

Ya soy cochero. Par dios,
Que Sigismundo me va
Honrando, pues que me hizo
Ser de un coche porquerizo,
«Coche, acá; coche, acullá».
Ya deseo que el Rey venga,
Y cumpliendo mi esperanza,
Tenga fin aquesta chanza,
Y yo también premio tenga.

ESCENA XI.

ENRIQUE.—LISENA, GASCON, LAU-
RINO, FULCIANO.

ENRIQUE. (*Creyéndose solo.*)

Amor ciego, loco estoy.
¿Cómo, rigurosos celos,
Si el amante os llama lielos,
Abrazandome estáis hoy?
Sin saber adónde voy,
Hasta aquí me habeis traído.
¿Que una ausencia haya podido
Descomponerme tan presto,
Porque funde el duque Arnesto
Su amor y dicha en mi olvido!
¿Ah Lisena! vos seréis
Ocasión de que yo muera
En la verde primavera,
Que ya agostar pretendéis.—
Mas, ojos, ¿qué es lo que veis?
¿No es esta, confusos ojos,
La causa de mis enojos?
Pero autojarsame;
Que amor, como poco ve,
Se suele poner antojos.
No: vive el cielo, que es ella.
¿Si á ver la Princesa vino?
No juzgueis á desatino
La verdad que miro en ella.
Esta es su presencia bella,
Sus dos soles son aquellos,
Su boca aquella, y cabellos,
Aquellas sus manos son:
Pinceles de mi afición
Lo afirman, y es bien creellos.

(*A ella.*)

Mudable, di, ¿de qué fruto
Me ha de ser tu vista hermosa,
Si siendo del Duque esposa,
Das á mis celos tributo?
¿Por quién te vistes de luto?
Si por mí le traes, ingrata,
Cuando amor casarte trata,
Y me has quitado la vida,
Nunca suele el homicida
Traer luto por quien mata.
¿Cómo, mudable, tan presto
(Que este nombre es bien te aplique)
Favores que gozó Enrique
Los has reducido á Arnesto?
Si mi amor firme y honesto
Olvidas en solo un mes,
Vencer puedes tu interés,
Y á preñarme te resuelve;
Vuelve á amarme, mi bien, vuelve:
No soy duque, soy marques;
El Rey me llama sobrino;
Títulos tendré mayores.
Dame esos brazos, amores,
Dame ese rostro divino.

LISENA.

¿Qué es esto? ¿qué desatino
A este hombre saca de sí?

(*A los criados.*)

¿Qué haceis? Echadle de aquí.

LACRINO.

Hola, despedid la sala.

GASCON.

Vaya mucho enhoramala.

FULCIANO.

¿No es donoso el frenesi?

ENRIQUE.

Villanos, viven los cielos,
Si os descomponéis conmigo,
Que os haga dar el castigo
Que dan á mi amor los celos.—
¿Así pagas los desvelos
Que ya, ingrata, desconoces?
Porque ajenos brazos goces,
¿No quieres darme los brazos?

GASCON.

¿Dadle de latigazos?

¿Echarle de aquí á coces?

ENRIQUE.

Tirana, pues hoy verán
Cuántos en Bohemia viven,
Mientras mi luto aperiben,
La muerte de tu galán.

LACRINO.

Este debe ser truhan
Del Rey, y bufonizando,
Se debe de estar burlando.

LISENA.

(*Ap. Bien le conozco; ¡ay de mí!*)

Hola; echádmelo de aquí;
Que agora que estoy llorando
La muerte del malogrado
Príncipe, no será bien
Que con burlas causa den
Á divertir mi cuidado.

FULCIANO.

Tu esposo le habrá enviado
Sin duda, porque tu Alteza
Divierta así su tristeza.

ENRIQUE.

¿Qué enredo es este cruel!

¿Al marques de Oberisel

No conocéis?

GASCON.

Linda pieza,

Toda esa gracia se enfria,
Porque aquí no ha de hacer baza,
Ni de su bufona traza
Gusta la infanta de Hungría.
Guárdela para otro día,
Y desocupe este puesto.

ENRIQUE.

¿Quién es infanta? ¿Qué es esto?

LACRINO.

Bien finge lo que no ignora.
Con la princesa Leonora
Habla; no seas molesto.

ENRIQUE.

¿Qué princesa? ¿Vive Dios,
Villanos!..

GASCON.

Poquito á poco.

ENRIQUE.

¿Princesa! ¿Soy yo algún loco?

GASCON.

Sois uno, y valeis por dos.

ENRIQUE.

¿No sois el lacayo vos
De Fiberto?

GASCON.

Fui primero

Su lacayo, y ya cochero
De la Princesa: que, en fin,
Voy de rocín á ruin.

ENRIQUE.

¿No me conocéis?

GASCON.

No quiero.

(*Ap. Que si quisiera, bien sé
Quien es el marques Enrique.*)
El seso teneis á pique.
(*Ap. Lindamente le engañé.
Bien la burla le encajó
De Arnesto!*)

Voces dentro.

Plaza, que viene

El Rey.

LISENA. (*Ap.*)

Aquí me conviene

Disimular.

ENRIQUE.

¿No es Lisena

Esta? ¿Qué maraña ordena
Matarme?

GASCON.

¡Buen tema tiene!

ESCENA XII.

EL REY, SIGISMUNDO, ALBERTO,
ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

REY.

Alegrra, señora, su venida
A este reino que espera á vuestra Alteza,
Si la muerte del Principe, afligida
No enlutara á tal tiempo su belleza.

(*Ap. al Infante.*)

No vi mujer jamas tan parecida
á Lisena, ni hará naturaleza,
Alberto, otro traslado semejante.

ALBERTO. (*Ap. al Rey.*)

Digno es de que la admire y te espante.

REY.

Pero pues nunca la fortuna ordena
Darnos cumplido el gusto, y es forzoso
Mezclar con él aquesta justa pena, [so.
De un hermano el pesar temple un espo—
(*Ap. al Infante.*)

Picuso que estoy hablando con Lisena,
Y divertido con el talle hermoso
Que en la Princesa, copia suya, miro,
Cuanto mas la retrata, mas la admiro.

ALBERTO. (*Ap. al Rey.*)

¿No te lo dije yo?

LISENA.

Con haber visto

A vuestra Majestad, penas divierto,
El llanto enjugo y el pesar resisto
De Vladislao en tiernos años muerto.

GASCON. (*Ap.*)

¿Lindamente lo finge, vive Cristo!

LISENA.

Mas ya que no con lágrimas advierto
Que al Principe podré volver la vida,
Yo olvidaré su falta, agradecida.
Pierdo un hermano que estimaba el

(mundo);

Mas cobrando un esposo, con quien pue-
Su muerte consolar, contenta fundo [do
Mi dicha en él.

GASCON. (*Ap.*)

Famoso va el enredo.

LISENA.

Quisiera yo ofrecer á Sigismundo
Con la corona húngara que heredó,
El globo del imperio soberano,
Que besara sus pies al dar mi mano.

SIGISMUNDO.

Yo la beso mil veces, gran señora,
No de mandos ni imperios codicioso,
Sino de la hermosura en quien adora
La dicha que me llama vuestro esposo.

ENRIQUE. (*Ap.*)

A Lisena trasforman en Leonora.

¿Qué enredo es este, cielo riguroso?

LISENA.

Para vos, gran señor, mil fueran pocos.

ENRIQUE. (Ap.)
O yo lo estoy, ó todos están locos.
SIGISMUNDO. (Ap. á Lisena.)
¡Ay dulce esposa!

LISENA. (Ap. al Príncipe.)
¡Ay Príncipe querido!
Saque este engaño amor á feliz puerto.
SIGISMUNDO. (Ap. á Lisena.)
Si hará, mi bien; que es Dios agradecido.

LISENA.
Con vos este viaje, infante Alberto,
El viaje se llame entretenido (1).

ENRIQUE. (Ap.)
¡Que no estuviera agora aquí Fishberto!

LISENA.
Mucho le debo en él á vuestra Alteza.
Ni su enfado senti, ni su aspereza.

ALBERTO.
Estar quejoso del con razon pude,
Pues envidioso que os acompañase,
Sus leguas abrevió.

GASCON. (Ap.)
¡Qué bien acude
A todo la bellaca!

ALBERTO.
Y si durase
Un siglo, me alegrara.

ENRIQUE. (Ap.)
No hay quien dude
Que aquesta no es Lisena; ¡Que esto pase
Y se sufra en Bohemia! ¡Hay tal suceso!
Yo debo de soñar, ó estoy sin seso.

REY. (Reparando en Enrique.)
¡Marques! ¡Sobrino!

ENRIQUE.
¡Gran señor!
REY.

Parécete
Que triste celebrais esta alegría.

ENRIQUE.
Ando sin ella, y por instantes crece,
No sin causa, una gran melancolía.
Un deseo, señor, me desvanece,
Que por ser imposible, ya podría
Dar treguas á mi mal su desatino.

LISENA.
¿A quién llamastes, gran señor, sobrino?

REY.
Eslo mío el Marques.

LISENA.
¡Válgame el cielo!
Perdonadme, Marques, si inadvertida
No os traté como en tales casos suelo;
Que con justa razon estoy corrida.
Pero podréis culpar vuestro recelo,
Y el ser yo á alguna dama parecida,
A quien amor teneis.

REY.
Pues bien, ¿qué ha habido?

LISENA.
Con él un lindo caso me ha acaecido.

REY.
¿Con Don Enrique?

LISENA.
Inglaterra me ha llamado:
En la ausencia de un mes, dice que pude
No sé qué duque, que es mi desposado,
Favores usurpar de amor desnudo.
Hasta el luto que traigo está injuriado.
Pues dice que si el traje alegre mudo
En él, es porque toda soy mudanza,
Y porque he dado muerte á su esperanza.
No se me acuerda el nombre que me llama.

[ma.
Puesto que en él mi ingratitude condena.
En conclusion, señor, sin ser su dama,
Ni la culpa tener, llevo la pena.
Hablóme, en fin, por la persona que ama.

(1) Alusión al de Agustín de Rojas.

REY.
¡Donosa burla! Si os llamo Lisena,
No me espanto, Leonora, que se asom-

LISENA. [bre.
Si, Lisena imagino que era el nombre.

REY.
A todos nos causara el mismo engaño,
Si el conocer, señora, á vuestra Alteza,
No asegurara caso tan extraño,
Milagro, en fin, de la naturaleza.

GASCON. (Ap.)
¡Qué fértil en mentiras corre el año!

REY.
Hay, señora, en mi corte una belleza,
Imagen vuestra y semejanza en todo,
En la cara, en el tallo y en el modo.

LISENA.
¡Válgame Dios!

REY.
A quien aquesto ignora,
Difícil se le hará, si llega á veros,
Distinguir á Lisena de Leonora.

SIGISMUNDO.
Ya aun á mí, que he llegado á conoceros.

LISENA.
Ya no me espanto, si á Lisena adora,
Enrique, vuestra suerte, que á atreveros
Su desden os obligue en nombre della.
Notablemente gustaré de vella.

ENRIQUE.
(Ap. Alto: yo me engaño; ya ha sucedido
Una persona en otra retratarse.)
Culpad mi engaño y condenad su olvido:
Y si esta burla puede perdonarse,

Perdon, señora, á vuestra Alteza pido.

REY.
El suceso merece celebrarse.

LISENA.
La ignorancia me hizo que no hiciera
De vos el caso, Enrique, que debiera.
Mas no tratando por agora desto,
El Rey mi padre, en cuyo real estado
Tengo de suceder por el funesto
Fin del hermano mío malogrado,
Me acaba de escribir que está dispuesto,
Pues la muerte las cosas ha mudado,
De darme al de Polonia, porque que de
Unida á Hungría, cuando el reino heredó.

Mándame que le niegue á Sigismundo
La mano, cuando el alma le ha ofrecido:
De suerte que me da esposo segundito.
Vinda sin bodas del primer marido;
Y cuando me ofreciera todo el mundo,
Una vez en el alma recibido,
Fuera imposible echarle; que amor ciego
Tarde suele salir, aunque entra luego.

Por esto, y por no dar ocasion justa
A guerras, que al poder hacen tirano,
Luego que supe su demanda injusta,
De esposa á Sigismundo di la mano.
Mi dueño es desde ayer, y si es que gusta
Vuestra real Majestad que el soberano
Yugo de amor nuestras cervices ate,
No hay para qué la boda se dilate.

Publíquese en la corte que hoy pretendo
Entrar en ella, el luto convertido
En galas reales y festivo estruendo,
Pues la presteza su remedio ha sido.

REY. [viendo
En vos, Princesa, estoy á un tiempo
Vuestra belleza, que el amor ha unido
A vuestra discreción: bella y discreta
Os llamo el mundo, en todo sois perfecta.

No quiero encarecer vuestra prudencia.
La determinacion ejecutada
Fue importante; el amor por excelencia,
Y mi injuria con tiempo remediada.
Vea mi corte hoy vuestra presencia;
Entrad debajo el palio, coronada
Por princesa de un reino que mejora
Su trono real, gozándole Leonora:
Yo voy á hacer la prevencion debida

A vuestro casto amor. Príncipe, vamos.

SIGISMUNDO.
Hoy, dulce esposa, en apacible vida
Los trances fieros del amor trocamos.

ENRIQUE. (Ap.)
¡Que esta es Leonora, cielos!

GASCON. (Ap.)
Bien urdida
Hasta aquí tu maraña, amor, llevamos.
¡Oh Lisena taimada y socarrona!
Por picara mereces la corona. (Vase.)

—
Sala en casa de Don Sancho.

ESCENA XIII.

DON SANCHO.

Hoy, honor, no moriréis:
Un día mas os dan de plazo.
Sigismundo en Valdeñores,
Hoy no os ha de hacer agravio.
Si mañana hacerle intenta,
Yo le atajaré los pasos:
Castigue el fuego adulterios,
Pues es elemento casto.

Asegurar á Diana
Me importa; que si ha escuchado
La muerte que dalla intento,
Y siempre tome el culpado,
Tiene de andar sobre aviso.

Con amorosos engaños
Piérdese quietar sus temores;
Fingid que la amais, regalos.

(Llamando)
Diana. Mi bien. Esposa. —
¡Ay cielos! ¿Si la ha ausentado
Su poca satisfacción?

¡Que es propio de los pecados
El temer á la justicia,
Verlo que á cada paso
De sí mismo se recela,
Y trae la saga arrastrando. —
Gardenio, Grison, Orelío.
¿No hay aquí ningún criado?

ESCENA XIV.

ORELIO. — DON SANCHO.

ORELIO.
¿Qué manda vuestra Excelencia?

DON SANCHO.
Llamad mi esposa.

ORELIO.
Buen rato
Há que en un coche salió,
Y ha ido, si no me engaño,
A Valdeñores.

DON SANCHO.
¿Adónde?

ORELIO.
La fama que ha divulgado
Que la princesa de Hungría
Es de Lisena retrato,
La obligará, gran señor,
A ir á ver este milagro;
Que se despuebla la corte
A lo mismo.

DON SANCHO.
No me espanto.
Yo la mandé que lo hiciera,
Que en término cortesano,
Es bien que á Leonora vea.
Andad con Dios. (Vase Orelío.)

ESCENA XV.

DON SANCHO.

¡Qué engañado
Hasta aquí, honor, estuvistes!
¡Ay infelice Don Sancho!
Sigismundo en Valdeñores!
Diana allí, y concertado
Para hoy verse los dos!

¿Vos sois cuerdo? ¿yo soy sabio?
 ¿Quién duda que en el camino
 Su amor no apreste el teatro
 De mi desdicha, que sirva
 A mi afrenta de cadalso?
 Muerto os han, honor remiso.
 Decís que no os lo avisaron;
 Mas mentís, honor, mentís;
 Que anoche oyó mi cuidado
 El concierto riguroso:
 Tiempo habeis tenido harto.
 Socorro de España sois,
 Siempre perdido por tardo.
 Ya ¿de qué sirve callar,
 Cuando las aves, los campos,
 Y las fuentes, que han de verlo,
 Deben ya de publicarlo?
 Démos voces... — Pero no:
 Mas vale morir callando.
 No os afrenteis á vos mismo,
 Perdidlo honor; lengua, pas:
 No en balde el cuerdo silencio
 Tiene en la boca un caudado:
 Silencio, deshonor mia,
 Hasta llegar á vengaros.
 Dos modos hay de curar,
 Y milagrosos entrambos.
 El preservativo es uno,
 Con que se previene el sano,
 Y se cura ántes que llegue
 El mal que está recelando:
 Porque el sangrarse en salud
 Suele excusar muchos daños.
 Ya no podeis usar deste:
 Tarde, honor, habeis llegado;
 Enfermo por vuestra culpa,
 Y por mi desdicha, os hallo.
 Pues venga el segundo medio:
 Procurad, honor, curaros,
 Ya que en la cama caistes
 De la deshonra y agravio.
 Apliquemos medicinas.
 Lo primero pres que os mando,
 Honor, es guardar la boca;
 Que no sana el desreglado.
 La dieta es el remedio
 Mas eficaz y ordinario:
 Guardad, honor, pues dieta
 De silencio cuerdo y santo.
 Pero es rigurosa cura:
 ¿Qué médico tan extraño
 No os ha, honor, de permitir
 Si estais enfermo, quejaros?
 Entrase por las cavernas
 De la tierra el viento vano,
 Y mientras no halla salida,
 Con terremotos y espantos
 Publica á voces su pena.
 Tiembla el mundo, y echa abajo,
 En fo de su sentimiento,
 Los edificios mas altos.
 Apenas un aire leve
 Toca las hojas de un árbol,
 Cuando todas se hacen lenguas
 Porque dén voces sus ramos.
 Braman celosos los brutos,
 Las aves se están quejando,
 Y á falta de lengua, en ecos
 Da gritos hasta un peñasco.
 Y no queréis que me queje,
 Para que imite al caballo
 De Troya, que mudo encierra
 En el pecho á sus contrarios?
 ¡Oh terribles agravios!
 Mátaime el alma, y ciérraime los labios.
 Diana con Sigismundo,
 Su lascivo amor gozando,
 Mi limpia sangre ofendiendo,
 Y yo muriendo y callando!
 ¡Oh España, madre de nobles!
 ¡Oh Aragon, espejo claro
 De la verganza, que puebla

Los verdes montes de haudos!
 Ya no me tendrás por hijo;
 Ya habrán mi nombre borrado
 Tus libros de tu nobleza,
 Mi memoria desterrando.
 ¿Arades, ¿no habláis vosotras?
 Si; que por eso os han dado
 Orejas nuestros proverbios.
 ¿Y quien oye, que habla es claro:
 Por eso es sordo el que es mudo.
 ¡Apíces, ya se ha alabado
 Quien oyó vuestras figuras,
 Y consultó vuestros cuadros.
 Puertas, mas de alguna vez
 Vuestros queicos avisaron,
 Contra adulteras ofensas,
 A maridos descuidados.
 Ventanas, todas sois lenguas,
 Pues de noche vuestros marcos
 Oyen, para hablar de día,
 Los secretos que os aaron.
 ¿En qué pared no se atreve
 A hablar el carbon liviano,
 O el hecho en lenguas de fuego,
 Por escaleras y patios?
 Las peñas, aves y brutos,
 Paredes, tapices, cuadros,
 Carbon, ventanas y puertas,
 Todos hablan. ¿Y yo calló?
 ¡Oh terribles agravios!
 Mátaime el alma, y ciérraime los labios.
 Pero si el silencio importa,
 Honor infelice, tanto,
 Y el buen callar siempre es cuerdo,
 ¡Callemos, hasta vengarnos.
 Disimulemos ofensas,
 Y pues no estais, honor, sano,
 Tomad callando el acero,
 Si queréis desopilaros.
 Hablen todos, que son necios;
 Que a la cigüeña han pintado
 Por símbolo del prudente.
 Los que sin lengua la hallaron.
 ¡Parecelda vos en esto,
 ¡Honor; que el que esta agraviado,
 No es bien que al mosquito imite,
 Que se venga voceando.
 ¡Ea, fuego, aquesta noche.
 El oro que se ha mezclado
 Con la liga de mi afrenta,
 Y la da quilates falsos.
 Acendrarán vuestras llamas,
 Como quien quema el brocado
 Por librarte de la seda,
 Si está viejo ó se ha manchado.
 Quememos una mujer,
 Seda frágil que mezclaron
 Con el oro de mi honra,
 Para que quede acendrado.
 Y vos, lengua, á la prision
 Donde os atan, retiraos,
 Y dad todas vuestras voces,
 Como soleis, á las manos:
 Y vosotros, agravios,
 Vengad ofensas y cerrad los labios.

Salon de palacio.

ESCENA XVI.

EL REY, ENRIQUE.

REY.

De vuestro engaño, Marques,
 Particular gusto tuve.
 Y casi en el propio estuve,
 Con saber que Leonora es
 Tan parecida á Lisena.
 ENRIQUE.
 A mi costa se burlaron,
 Con que no poco aumentaron
 Mi melancolia y pena.
 La Princesa, en fin, ha entrado

Debajo del palio real,
 Al sol que la alumbra igual;
 Y el haber anticipado
 Sus bodas, fué de importancia;
 Que siendo, como es, mujer,
 Mudara de parecer
 (Pues nunca tienen constancia),
 Y pudiera ser que diera
 Gusto á su padre, y causara
 La guerra, que estaba clara,
 Si a Polonia se volviera.

REY.

La vejez del rey de Hungria
 Le hace mudar de consejo:
 Yo, que en fin no soy tan viejo,
 La palabra estimo mia
 Mas que cualquier interes
 Que recrecerse me pueda.
 Sigismundo á Hungria hereda
 Con la Princesa, Marques.

ENRIQUE.

Esta es, gran señor, que viene.

REY.

Salgámosla á recibir.

ENRIQUE.

Ya no hay para qué salir:
 Que en tu presencia la tienes.

ESCENA XVII.

LISENA Y SIGISMUNDO. *de las manos; á su lado, DIANA, ALBERTO y LEONORA, de las manos; GASCON, ACOMPAÑAMIENTO. MÚSICOS.— DICHOS.*

LISENA.

Déme vuestra Majestad
 Las manos, señor, pues tengo
 Padre en vos, y en Sigismundo
 Seguro y amado dueño.

REY.

Ya el Principe os dió la suya:
 Yo los brazos os ofrezco
 En que descanséis, que ha sido
 Prolio el recibimiento.

SIGISMUNDO.

Tendrá vuestra Majestad
 Desde este punto sosiego,
 Viéndome puesto en estado,
 Y que su gusto obedezco.

REY.

A lo ménos, no os tuviera
 Por obediente y discreto,
 A no salir del engaño,
 Sigismundo, en que os vi puesto.
 ¿También ves venis, Duquesa,
 Con la Princesa?

DIANA.

Si veo

Que lo es mi hermana, señor,
 Y que la obedece un reino.
 Qué mucho que la acompañe?

REY.

¿Qué decís, que no os entiendo?

DIANA.

¿No es la princesa mi hermana,
 Señor, que delante tengo?

REY.

¿Cómo, princesa? ¡Oh traidores!
 ¿Vive Dios!

ALBERTO. *(Habla aparte con el Rey.)*

Tenga sosiego,
 Señor, vuestra Majestad:
 Que Diana creó lo mismo
 Que creyó el marques Enrique,
 Porque entender la hemos hecho
 Que del Principe es esposa.

REY.

¿Qué decís?

ALBERTO.

Aquesto es cierto.

REY.

¡Donosas burlas nos hace
La similitud que vemos
En estas dos hermosuras!
Basta el engaño: no quiero
Que Diana esté quejosa.
Decídselo.

ALBERTO.

Señor, quedo.

REY.

¡Por qué la habeis de engañar?

ALBERTO.

La Princesa gusta desto.

REY.

Alto; si es su gusto, vaya.

ESCENA XVIII.

FISBERTO. — Dichos.

FISBERTO.

Antes que tal embeleco
Resulte en daño del Rey,
La he de matar, vive el cielo.
No quiero princesas hijas,
Por engaños.

REY.

Pues, Fisberto,

¿Qué enojos os alborotan?

FISBERTO.

¿Cómo, qué enojos? ¿No tengo
Razon, señor, de quejarme,
Si solo por mi consejo
No celebré con Diana
El Principe casamiento,

Y agora á Lisena ha dado
La mano, y en el soberbio
Palio la apellida á voces
Su princesa todo el pueblo?

ALBERTO. (*Hablando aparte con el Rey.*)

Tambien le hemos persuadido
La burla y el caso mismo
A su padre que á Diana.

REY.

De regocijos es tiempo;
Mas ya es bien desengañarle;
Que no es razon que el buen viejo
Se altere.

ALBERTO.

¿Qué! no, señor.

La Princesa gusta desto.

SIGISMUNDO.

Templad, Fisberto, la ira;
Que el Rey mi padre ha dispuesto
Esto por razon de estado.

FISBERTO.

¿Es esto cierto?

REY.

Y muy cierto.

FISBERTO.

Pues ya yo estoy sosegado.

ESCENA XIX.

DON SANCHE, ORELIO. — Dichos.

DON SANCHE. (*Ap.*)

Me alterado pensamiento,
Sin saber adónde voy,
Me trae fuera de mí mismo.
Aqui está el Rey, Sigismundo,
Leonora, el infante, ¡ay cielos!
Y la ingrata de mi esposa.
¿Quién duda que ya habrán hecho
Sacrificio de mi honor?
Pero si no le hay sin fuego,
Callad, honra, que esta noche
Seréis su ministro cuerdo.

REY.

Decid, Principe, quién es
Esta dama á quien Alberto

Trae de la mano, y su cara
Obliga á amor y respeto?

LEONORA.

Yo, gran señor, soy Leonora,
Hija vuestra, que a dar vengo
Al infante con la mano,
De Hungria el antiguo reino.

REY.

¿Cómo! ¿Vos sois la Princesa?

LEONORA.

Amor, que todo es euredos,
Quando á vuestra corte vine,
Quiso (y yo se lo agradezco)
Rendirme á la gallardia
Del infante, á quien yo tengo,
Como esposo y señor mio,
Aposentado en mi pecho.

REY.

¿Luego Lisena es esotra?

SIGISMUNDO.

Y esposa mia.

REY.

Primero

Que tal consienta, su muerte
Servirá al mundo de ejemplo.

LEONORA.

A vuestros piés, gran señor,
Pido y suplico por ellos;
Y si fuistes mozo, amante,
Perdonad amores, viejo.

REY.

¿Cómo yo habia de sufrir
Tal desigualdad?

LEONORA.

Ya vemos

Por las escalas de amor
Subir cayados á cetros.
Dos hijos que teneis solos (1)
Dejais nobles herederos
De dos coronas ilustres.

ALBERTO.

La Princesa gusta desto.

LEONORA.

Su perdon os pido, en pago
De que por obedeceros,
Desobedezco á mi padre,
Y al rey de Polonia dejó.

REY.

¿Pues no amabas á Diana,
Traidor?

SIGISMUNDO.

No lo quiera el cielo.
Lisena solo ha triunfado,
Señor, de mis pensamientos.

DON SANCHE. (*Ap.*)

Honra mia, dadme albricias;
Que si lo que escucho es cierto,
Yo haré á mi silencio sabio
De jaspe y marfil un templo.

REY.

Pues el papel y el retrato
Que halló á Diana Fisberto,
Y el día que se casó
Las muestras de sentimiento
Que hiciste, ¿cómo se hermanan
Agora con este oreudo?

LISENA.

El retrato y el papel
Diana estaba leyendo,
Quando entró mi padre airado
En nuestro jardín; y viendo
Lo que guardalle importaba,
Le metió, gran señor, dentro
De la manga en que le halló
Mi padre.

(1) Tellez olvidó que en el acto segundo, escena primera (pagina 619), habia dicho:

Otros hijos sin ti tengo
Que me sucedan después.

DIANA.

Y yo que el deseo

De ver reinar á Lisena
He cumplido con aquesto,
Sufrí cuerda los agravios
De mi padre, y al secreto
Encomendé la ventura
Deste dichoso suceso,
Pues dél á Don Sancho ilustre
Por señor y esposo medro.

GASCON.

Yo doy fe como escribano,
Corredor, aunque cochero,
Arcaduz, estafetilla,
Y á pagar de mi dinero,
Que es verdad todo lo dicho.

REY.

Alto; digno es este cuento
Que no se acabe en tragedia.
Leonora, por amor vuestro
Los perdono.

DON SANCHE. (*Ap.*)

¿Veis, honor,
Si el callar fué de provecho?
Hablen los otros maridos
En su afrenta y vituperio;
Que hasta agora nadie sabe,
Sino el cielo y yo, mis celos,
Que en mi honra averiguados,
Del alma alegre los echo.

FISBERTO.

¿En fin, señor, consentis
Que Lisena me dé nietos
Que reyes Bohemia llame?

REY.

Dios lo haga así, Fisberto.

ENRIQUE.

¿Buen retrato de Leonora!
Convertido se ha en Arnesto
El principe Sigismundo.

GASCON.

Yo fui quien os di ese trueco.
(*Al Principe.*)

Pero ¿cómo no me pagas
Los jornales que merezco
Desta cántara acabada?

SIGISMUNDO.

Hágote mi camarero.

ORELIO.

¿Cómo! ¿Un cochero!

GASCON.

Pasito,

Que el sol que alumbrando vemos,
Es mas ilustre que vos,
Y su oficio es carretero.

ORELIO.

Otro cargo pueden darle.

GASCON. (*A Lisena.*)

¿Noes á su gusto este premio?

LISENA.

Sí, Gascon.

GASCON.

¿Venlo Vustedes?

La Princesa gusta desto.

DON SANCHE. (*Ap.*)

El celoso como yo,
Calle y averigüe cuerdo
Sospechas, mil veces falsas,
Como las mias salieron;
Y si fueren verdad, cobre
Satisfaccion con secreto;
Que la publica da causas
Al vulgo, siempre parlero.
Don Sancho soy; si he callado
A vuestro gusto, por esto
Al buen callar llaman Sancho (2):
En mi teneis el ejemplo.

(2) Este titulo lleva una reimpression que hizo del Celoso Prudente.

LA HUERTA DE JUAN FERNANDEZ.

PERSONAS.

DOÑA PETRONILA.
LAURA.
DON HERNANDO.
EL CONDE GALEAZO.

TOMASA.
MANSILLA.
ROBERTO.
UN CRIADO.

UN ALGUACIL.
MARCOS. { *Mozos de mulas.*
PABLO... }

La primera escena pasa en una venta, mas allá de Valdemoro; el resto de la accion en Madrid y en una huerta inmediata.

ACTO PRIMERO.

Campo con vista de una venta.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA PETRONILA, *vestida de hombre, y entraje de camino, con botas y espuelas*; TOMASA, *tambien de hombre y como lacayuelo, el capotillo con muchas cintas.*

TOMASA. (*Saliendo de la venta.*)

Un cuartillo de cebada
Le basta y sobra; que en fin
Es pollino, y no rocin.

DOÑA PETRONILA.

¿Haceis á Madrid jornada,
Gentil hombre?

TOMASA.

A su servicio.

DOÑA PETRONILA.

¿De dónde?

TOMASA.

Hoy salí de Ocaña.

DOÑA PETRONILA.

¿Vais solo?

TOMASA.

No me acompaña

Sino un jumento, novicio
En la albarda, porque es nuevo,
Y anteayer se destetó.

DOÑA PETRONILA.

Si tres leguas caminó,
No me parece, mancocho,
Que es el pienso suficiente
De un cuartillo.

TOMASA.

Coina paja.

DOÑA PETRONILA.

Quien no come, no trabaja.

TOMASA.

Como pobre se sustente,
Que no tiene de igualarse,
Dando ocasion á la gula,
Un asno con una mula.
La paja ha de compararse
En las bestias con el pan,
La cebada con el queso;
Y ya sabéis, según eso,
Que es poco el queso que dan.
¿Por qué pensáis vos que España
Va, señor, tan decayda?
Porque el vestido y comida
Su gente empobrece y daña.
Dadme vos que cada cual
Comiera como quien es.
El no que como marqués,

Como pobre el oficial.
Vistiérase el zapatero
Como pide el cordobán,
Sin romper el gorgoran
Quien tiene el caudal de cuero.

No gastara la mulata
Manto fino de Sevilla,
Ni cubriera la virilla
El medio chapín de plata.
Si el que pasteliza en pelo,
Sale á costa del gigote,
El domingo de picote,
Y el viérnes de terciopelo;
Cena el zurrador besugo,
Y el sastre come lamprea,
Y hay quién en la corte vea
Como a un señor al verdugo;
¿Qué perdición no se aguarda
De nuestra pobre Castilla?
El caballo traiga silla,
Y el jumento vista albarda:
Come aquel un celenin,
Y un cuartillo á esotro den;
Porque el jumento no es bien
Que le igualen al rocin.

DOÑA PETRONILA.

No os han de faltar molestias,
Si no templais ese humor,
Y os pudéis re-formador,
Comenzando por las bestias.
¿Quién diablós os mete á vos,
Tan mozo, en esos pesares?
Los vestidos y mangares
Comunes los hizo Dios.

TOMASA.

Engañaisos.

DOÑA PETRONILA.

¿Que me engaño?

TOMASA.

Perdonadme esta simpleza.
¿Por que hizo naturaleza
El tabí, la seda, el paño,
La holanda, el cambay y estopa,
Distintos al tacto y vista?
Porque cada cual se vista
Según su estado la ropa.
Dentro de una misma especie
Hallaréis que el universo
Hizo su manjar diverso.
De que cada cual se precie.
El racimo no es el el
Y el abillo, que al noble pinta;
La cepa jaca y fúta.
Para el que reque Lurid.
El noble melanceten.
Que deleita al caballero,
Con el durazno grosero
Para los que no lo son.
La amarena (1) regalada,
Que el delicado conozca,
(1) La ciruela damascena.

La chabacana, mas tosca,
Para el pobre dedicada.
Ofrece una misma granja,
En fe desta distincion,
Para el principe el limon,
Para el no tal la naranja.
En el campo y el verjel
La primavera arrebola
Para el pastor la anapola,
Para la dama el clavel.
El jazmin que al muro sobre,
Al rico aromas derrama,
Al oficial la retama,
Tomillo y romero al pobre.
Pues ¿por qué ¿cuerpo de tal!
Si hizo el cielo distincion
Del abadejo y salmon,
No comera el oficial
Aquel que importa á su esfera
Y el pobre jornal que saca?
Paciendo para él la vaca,
¿Ha de gastarse en ternera?
Están los hombres perdidos.
No lo entiendo, vive Dios.

DOÑA PETRONILA.

Ya se labra para vos
Hospital de los podridos.
Dejáos deso, por mi vida;
Que aunque con sal reprendeis,
Imposibles pretendéis.
Mientras guisan la comida
En esa venta, y mi mesa
Alegrais, á que os convidó,
Si lo que muestra el vestido
Vuestra inclinacion profesa,
Decidme de quién sos paje.

TOMASA.

Heto sido de gineta
De un capitán que sujeta
La voluntad á mi ultraje.
Alojose en mi lugar
(Cabañas de Yebes es.)
Estuvo en Ocaña un mes;
Procurele regalar
En mi casa labadora,
Y el hospedaje pago
En que della nos llevo
Una hermana que le adora.

DOÑA PETRONILA.

Para siempre así el soldado.

TOMASA.

Sali ofendido tras él,
On fusilame, y el cuél
Díjame a un olivo atado.
Se que en la corte ha de estar,
Y voy á darle noticia
Al Rey, y á pedir justicia.

DOÑA PETRONILA.

Fácil la vendréis á hallar:
Que la que á Madrid gobierna

No sufre burlas agora.
 Buscaréis la labradora,
 Con plumas y galas tierna,
 Y entre tanto, si queréis
 Servirme, estaréis conmigo.

TOMASA.

Por lo desbarbado, digo
(Señálase la barba.)

Que igual eleccion haceis.
 Vuestro soy desde este día;
 Que engendra la semejanza
 Amor, y tengo esperanza
 De que en vuestra compañía
 Tengo de hallar buen despacho
 Del agravio que recelo:
 Ya soy vuestro lacayuelo,
 A lo aragonés, regacho.

Mudad, señor, en *tú* el vos;
 Que el vos en los caballeros
 Es bueno para escuderos.

DOÑA PETRONILA.

Donaire tienes, por Dios.

TOMASA.

¡Oh! pues veréis maravillas,
 Y sabréis historias largas.

DOÑA PETRONILA.

¿Es tu nombre?

TOMASA.

Hasta aquí, Vargas,
 Pero para vos, Varguillas.

¿Y el vuestro?

DOÑA PETRONILA.

Don Gomez.

TOMASA.

¿La patria?

DOÑA PETRONILA.

Jaén.

TOMASA.

Mejor.

Seréis hombre de valor.

DOÑA PETRONILA.

Téngole, mas no me alabo.

TOMASA.

¿Y á qué á la corte venis?

DOÑA PETRONILA.

A casarme.

TOMASA.

No lo apruebo.

DOÑA PETRONILA.

¿Por qué?

TOMASA.

Porque, apenas huevo,
 De la cáscara salís,
 Y ya aspiráis para gallo.
 Nazcan las plumas primero;
 Probad á Madrid soltero;
 Quizá despues de proballo,
 Mudaréis de parecer.

DOÑA PETRONILA.

Lláname un suegro hacendado,
 Con un ángel que pintado,
 Aunque le nombran mujer,
 En belleza es superior.

TOMASA.

Renegad de quien tal pinta:
 Diz que hay ángeles en cinta
 En ese lugar, señor.
 Como está Madrid sin cerca,
 A todo gusto da entrada:
 Nombre hay de *Puerta cerrada*;
 Mas pásala quien se acerca.
 Doncella y corte son cosas
 Que implican contradicción.

DOÑA PETRONILA.

¿Malicioso?

TOMASA.

Y con razon.

Las ciruelas mas sabrosas,
 Mientras con su flor se están,
 En el árbol se aseguran;
 Pero al momento maduran
 Que á la banasta las dan.
 Una doncella en su casa,
 Ciruela en el árbol es,
 Que á veces, de treinta y tres,
 Es con flor, ciruela pasa.
 Pero en Madrid no hay ninguna
 Que sea lo que parece,
 Porque en naciendo, se mece
 En un coche en vez de cuna,
 Con que á madurarse hasta,
 Cochizando de día y noche;
 Que, en fin, doncellas en coche
 Son ciruelas en banasta.

DOÑA PETRONILA.

Y vos un grande bellaco.
 Mucho os tengo de querer
 Vamos agora á comer.

TOMASA.

Si yo de Madrid os saco,
 Madrigado entendimiento
 Me prometo.

DOÑA PETRONILA.

Dad cebada

Sin tasa en esta jornada,
 Vargas, al pobre jumento;
 Que en llegando á Valdemoro,
 Le venderéis, y allí habrá
 Mula en que vais.

TOMASA.

Comprará
 Quien le ferie un asno de oro
 Como el que Apuleyo pinta.

DOÑA PETRONILA.

¿Cómo?

TOMASA.

Sabe caminar,
 Siendo jumento, y callar;
 Que es gracia de otros distinta.
 Que el jumento no merece
 Nombre de tal, si se halla
 Deste humor, pues mientras calla
 El necio, no lo parece:
 Y hay otros mil que procuran
 Cobrar nombre de discretos,
 Que contra ajenos defectos
 Rebuznan cuando murmuran.
 ¿Qué dellos ocupan sillas,
 Dignos de alabardas!

DOÑA PETRONILA.

Comamos.

TOMASA.

Lampião Don Gomez, vamos.

DOÑA PETRONILA.

Sígame, señor Varguillas.

La huerta de Juan Fernandez, extramuros
 de Madrid.

ESCENA II.

DON HERNANDO, de jardinero;

LAURA, de dama.

DON HERNANDO.

Permitid, Laura mía,
 Que mis sabrosos males,
 Destas flores haciendo tribunales,
 Sital y trono desta fuente fria,
 Formen de vos querellas,
 Y os digan mis agravios,
 Vos la acusada, los testigos ellas;
 Serviránles de labios
 Estos claveles bellos,
 Quejándome de vos por todos ellos.
 Tres meses los sayales
 En esta huerta, de Madrid recreo,
 Me ofrecen bienes, y me ferian males.

Jardinero de amor por vos me veo,
 Vestido de esperanzas,
 Que en tristes dilaciones
 Se engolfan, por recelos de mudanzas,
 De quimeras de amor, de suspensiones;
 Y apenas descubierto
 De lejos miro el puerto,
 Cuando vientos contrarios se resuelven
 A perseguirme, y á engolfarme vuelven;
 Porque el amor que mi lealtad conoce,
 La playa llegue á ver, y no la goce.
 Heredé de mi patria las desdichas
 Que significa el nombre
 Que le dió el fundador suyo primero:
 Málaga la llamó, porque me asombre,
 Pues comenzando en *mal*, no tendrá di-
 [chas]

Quienes de las desgracias heredero.
 Di muerte á un caballero
 Por celos de una dama;
 Temí á los ofendidos:
 Partime á Italia por cohechar olvidos;
 Amparóme el de Feria, cuya fama,
 Digna de eternizarse entre pinceles,
 Vucla, con plumas no, mas con laureles.
 Servile capitán de infanteria,
 Y Marte, fuego que el de amor enfria,
 Favorable conmigo,
 Hizo á Milan testigo
 De que aunque solo, ausente y desdeña-
 Sali, si amante no, feliz soldado. [do,
 Acabóse la guerra,
 Publicóse la paz en el Piamonte;
 Llamárame mi tierra;
 Fué forzoso, mudando su horizonte,
 Pretender en Madrid premios debidos
 Al riesgo de dos años.
 Saqué papeles bien favorecidos
 Del Duque; mas pagaron desengaños
 Hazañas; que á los fieles
 Se les vuelven mortajas los papeles.
 Nombróme camarada
 Pompeyo, vuestro tío, en la jornada
 A que le dió motivo vuestro pleito;
 Díjome que, aunque deudo, os competia
 (En contar mis desdichas me delcito),
 Porque al condado justa acción tenia,
 Que en Valencia de Po, por sucesora
 De vuestro padre, vuestro nombre ado-
 Llegamos á esta corte, [fra.
 De quien sois el Apolo, el alba, el norte;
 Supimos que esta quinta,
 Que eternos mayos en sus cuadros pinta,
 Huésped os adalaba;
 Visitóos vuestro tío;
 Que entre la sangre que el valor alaba
 (Puesto que sea el pleito desafío),
 Pelean los letrados y oficiales,
 Hacen campos de guerra tribunales,
 Ejércitos testigos (1),
 Y litigan los nobles como amigos.
 Mereci, Laura hermosa,
 Veros para perderme:
 Que mata el áspid cuando en flores duer-
 Vien vuestro rostro de clavel y rosa [me.
 Dorados girasoles;
 Jazmines en su cuello trasladados;
 En vos vi muchos soles,
 Puesto que en vuestros ojos duplicados;
 Vi, en fin, la nieve en fuego,
 Costándome el miraros quedar ciego.
 Partióse brevemente
 El Conde; que vencido
 En el pleito presente,
 Y victoriosa vos, habeis podido
 Con la justicia vuestra,
 Y mas con la hermosura,
 Dar en la corte muestra
 Que competir con vos será locura;
 Pues para dar enojos,
 Mil *fallamos* pronuncian vuestros ojos.

(1) Verso suplido por el consonante.

Quedéme tan sin vida,
Que para recobrala,
La libertad perdida
La busca, mas no la halla,
Puesto que, jardinero,
Entre esperanzas flores, desespero.
Aquí mudando el traje,
Cultivaba desvelos,
Grosero en el lenguaje;
Que en fe de que son rústicos los celos,
Celoso yo, aunque en vano,
Por vestirme de celos, soy villano.
Declaré una tarde
Al borde desta fuente,
Que mis pesares en sus risas flora,
Mi amor, haciendo alarde
De humilde pretendiente,
Y fucine la fortuna protectora;
Pues oyéndome grata,
Me hicistes poco a poco,
De puro feliz, loco,
Con favores que agora me dilata,
Perseguido de agravios y temores,
Que ocasionan sin fin competidores;
Pero es comun tributo
Sembrar flores amor, sin coger fruto.
Tres meses de esperanzas
Sirviéndos entretengo;
Recelo las mudanzas
Del mar y la mujer, y agora vengo,
O á que os mostreis clemente,
Y asegureis partidas
Que me baraja tanto pretendiente,
O á que desesperadas y homicidas
Mis ansias y la fe de mis amores.
En flores muera, pues nació entre flores

LAURA.

¡Ay Don Hernando Cortés!
¡Qué bien sigues el estilo
De la corte presurosa,
Porque te dió su apellido!
A dar fondo á los quilates
De tu amor la fe que al mío,
Horas llamas los años,
Si llamas las horas siglos.
¿Dilaciones encareces?
Caro veudes, ó auras tibio,
Porque enfermo está el amor
Que desnaya á los principios.
Los propósitos jugamos,
Y son tan firmes los mios
En materia de quererte,
Que por causa tuya olvido
Parientes obligaciones,
Que en derecho mas antiguo
Fundan tálamos deseos,
Que si los oigo, no admito.
Sobre palabra se juega;
El crédito tengo rico;
Ganancioso te levantas,
Cuando cédulas te libro;
Que no son ditas quebradas,
Pues paga á plazo cumplido
El que es noble, cuando pierde,
Por palabra ó por escrito.
Si cultivando esperanzas,
Vives labrador fingido,
Yo tambien, porque te quiero,
Patria dejo y quintas vivo.
¿Qué celos tus flores hielan?
¿Qué mudanzas, qué desvios
El fruto te desazonan,
Que ya tan cercano has visto?
Tus esperanzas dilata
Un amor con artificio,
Que intenta probar flequez
De un diamante, al cabo vidrio.
En Madrid me tienen pleitos
De parientes, que enemigos
I'surpándome mi estado,
Dieron causa á mi camino.
Conde de Valencia fué

Mi padre, que á falta de hijos,
Cifró en mí la sucesion
De su sangre y apellido.
Criábame yo en Milan
A la sombra y patrocinio
Del conde de Monteflor,
Que es quien te trujo consigo.
Estaba en mi patria entónces
Por alcaide del presidio
Que en aquella plaza tienen
Las banderas de Filipo,
Al jaador Malatesta,
Que hermano del padre mío
Por la linea de varon,
Alega desvanecido
Permeñecerle el condado
Que me usurpa; y á los fillos
De las armas remitiendo
Los derechos de los libros,
De todo se apoderó,
Amparándole el castillo
En la posesion violenta
Que relusan sus vecinos.
Viéndome desamparada,
Ausente, y favorecido
Del Duque gobernador
Mi contrario, aunque mi tío,
Fué forzoso el esconderme (1)
En España del asilo
De su Rey y consejeros,
Donde descansan peligros.
Hospedáronme lá seis meses
Cortesanos deudos mios,
Con licencia de su dueño,
En este apacible sitio.
Digna eleccion de un buen gusto,
Donde recreada olvido
Los que en Italia curiosos
Retratan el paraíso.
Pretensores contrerraneos,
Que en Madrid despues me han visto,
Túos generosos deudos,
Otros ilustres amigos,
Intentan licitos lazos,
Que pudieran haber sido
Prision de mi libertad,
A no haberte conocido.
Obligáste me discreto,
Vencíste me comedido,
Amáste me recatado,
Aduelásteme atrevido,
Hasta usurpar mis deseos,
Si bien hoy, Hernando, admiro
Que méritos desquilates,
Presuroso y mal sufrido.
Sentencia espero en favor,
Que alentada de padrinos,
Y segura en mi derecho,
Con los jueces solicito.
Mi opositor receloso,
Por los que le dan aviso
De la poca accion que tiene,
Algunas veces me ha escrito
Sobre conciertos, que paran
En que dé la mano á un hijo,
Que afirma llegado presto
A esta corte; mas yo digo,
Puesto que no le conozco,
Que si pleitos dan maridos,
De tan mal casamentero
Poca paz me pronostico.
Salga yo con la sentencia,
Y entónces, español mío,
Tendré caudal que te pague
Empeños de amor tan fino;
Y entre tanto vive cierto
Que ni vuela atras el río,
Ni retroceden los cielos,
Ni al viento es veleta el risco,
Ni en mí que los aventajo,
Y á la eternidad dedico

(1) Tal vez socorrieme.

Trofeos de mi firmeza,
Mientras su constancia imito.
Bronces, aceros, diamantes,
Sol, esferas, tiempos, rios,
Robles, cedros, lauros, palmas,
Muros, torres, peñas, riscos,
Mientras mi amor te fio,
Tendrán valor constante igual al mío.

DON HERNANDO.

Si deseos dilatados
Hallan en ti tal alivio,
Dulce empleo de mis ojos,
Poco tiempo he padecido.
Mas valen las esperanzas
Que en ti logro, los suspiros
Que en ti alegre, las sospechas
Que en ti aseguradas miro,
Que las posesiones de otros.
Liberal premias servicios,
Piadosa remedias penas,
Pródiga haces beneficios:
Injustas mis quejas fueron;
Perdon humilde te pido.
Jacob soy; mi Raquel eres;
Su amor y paciencia imito.
No trocaré desde hoy mas
Estos jardines eliseos,
Estos dichosos buñuelos,
Estas fuentes y este sitio,
Por la silla del imperio,
Por los tesoros del indio,
Por los brocados del persa,
Por las púrpuras del tirio.
Jardinero soy de amor;
Mis esperanzas cultivo;
Mientras que méritos siembro,
Galardones pronostico.
Ven, y háréte un ramillete
De maticos, que distintos,
Te interpreten mis afetos;
Que flores tal vez son libros.
¿Me perdonas?

LAURA.

AMOROSA.

DON HERNANDO.

¿Me quieres?

LAURA.

COMO al mas digno.

DON HERNANDO.

¿Me pagas?

LAURA.

CASTOS deseos.

DON HERNANDO.

¿Me llamas.....?

LAURA.

AMANTE mío. (Vase.)

Patio de una posada de Madrid. — Es de noche.

ESCENA III.

DOÑA PETRONILA, en jubon, con
una daga en la mano, corriendo tras
TOMASA.

DOÑA PETRONILA.

¡Vive Dios, que he de matarte!
¿Hay igual atrevimiento?
Dormido yo en mi aposento,
¿Osas á tal hora entrarte?
Ladron eres. Tú intentabas
Robarme...

TOMASA.

Lo que no hallé.

Téngase Vuesamercé:
Meta allá la daga.

DOÑA PETRONILA.

Acabas

De descalzarme las botas,
Y mandándote cerrar
Las puertas, porque á acostar

Te vayas, ¿nos alborotas,
Asaltándome dormido?
Traidor, ¿qué es de la maleta?

TOMASA.

No es eso lo que me inquieta.
Téngase. ¿Nunca ha leído
Del conde Partinuplés,
Cuando estaba de amor preso...?

DOÑA PETRONILA.

¿Pues qué tiene que ver eso?

TOMASA.

Oiga, y sabrálo despues.
Enamorábale á oscuras
Una princesa ó infanta,
De aquellas que el arte encanta,
Y buscan las aventuras.
Dábale invisiblemente
De comer y de cenar.
De noche se iba á acostar
Con él (mire ¡qué insolente!)
Avisándole del daño
Y peligro que corría,
Si conocerla quería
Hasta que pasase el año.
El pobre conde que á tienta
Gozaba oscuros despojos,
Quiso, contra el mandamiento
De *no verás*, informarse
Si era la dicha persona
Arrugada setentona,
Que intentaba, con taparse,
Pasar plaza de doncella.
Que se durmiese agnardo,
Y una linterna buscó
Encendida, para vella;
Y cuando ya satisfecho
Estaba de su cautela
El conde, lloró la vela,
Y pringóla medio pecho,
Cayendo dos ó tres gotas
Que á la dama despertaron:
Que es lo mismo que causaron
En mí esta noche tus botas.
Deseos de conocer
Lo que eras, y agora he visto,
Para servirte mas listo,
Me animaron á eniprender
La que ves, nocturna hazaña.

DOÑA PETRONILA.

Pues ¿qué has visto tú, traidor,
En mí?

TOMASA.

A Vénus y al Amor,
Que en un cuerpo nos engaña.
Sosiégate, así los cielos
Lo que buscas te deparen;
Que no ignoro yo que pareu
Estos disfraces los celos.
Mandásteme descalzarte:
La diestra bota tiré,
Y en viendo el menique pié
Con la media, dije aparte:
«¡Oh pié digno de un chapín,
Que por lo corto das cinco,
Mejor fueras para brinco
De un letrado camarin!
¡Válgame el cielo! ¿que esté
En tan chico pedestal
Todo un cuerpo? No hará mal
De aqueste pié un puntapié.
Comprárale yo, á ser Fúcar;
Celebrárale poeta.»
Quité escarpín y calceta,
Y vi un juguete de azúcar,
Una manteca soriana,
Un bollo de manjar blanco,
Y dije: «¡Oh! ¿quién fuera banco
De tal pié cada mañana!»
Tan igual, tan ampollado,
Tan tierno, con tanto alíño,
Tan melindroso, tan niño,

Y en fin, tan desjuanetado,
Que imprimiendo su retrato
En el alma mi alición,
Se calzó mi corazón,
Como si fuera zapato.
«¡Vive Dios (dije entre mí),
Pié adarme, que os han criado
Mas para alfombra y estrado,
Que para que andéis ansi.
Sospechas hembras, dudar
En esto, será mentir:
Mejor sois para parir,
Mi pié, que para engendrar.»
Vuelvo la vista al jubón,
Y vi un par de burujones
En forma de naterones,
Jubilados del cartón.
Miro el cabello al instante,
Y advierto que contra el uso,
El artificio le puso
Atrás, naciendo adelante,
Y dije, aunque soy bisoño:
«Femenina caballera,
Moños tapan la mollera;
Pero en cogotes no hay moño.
De vuestro traje y de vos,
O sueño, ó he colegido,
Vos mujer, y hombre el vestido,
Que seréis común de dos.»
No quisiste desnudarte
En mi presencia; la puerta
Me hiciste cerrar (mas cierta
Ocasión de maliciarte);
Que me llevase la llave
Y la vela me advertiste;
Sali entre confuso y triste;
Y mi inquietud, que no sabe
Sino allanar trampantojos,
Aguardándote adormida,
Entró, una vela encendida,
Y, inquisidores los ojos,
Vi lo que el Partinuplés
En la infanta Perdigada.
La cera, de enamorada,
Se derretió; y ya tú ves
Si llorando sobre tí,
Te habia de despertar.
Voces empezaste á dar;
Soplé la luz, y sali
Al patio, donde procuras
Castigarme por curioso.
Yo pequé de malicioso;
Pero si no te aseguras,
Porque conozco lo que eres,
Estálo de mi lealtad;
Que si va á decir verdad,
Para ser las dos mujeres
(Repara en lo despoblado), (*La barba*).
Falta tan poco (te doy
Mi fe), que si no lo soy
Lo mas dello tengo andado;
Porque de suerte negocia
Lo tiple en mí (verdad digo),
Que estoy, con estar contigo,
En Madrid y en Capadocia.

DOÑA PETRONILA.

En Madrid no lo estarás,
Bárbaro, desconocido.
Ya que loco y atrevido
Fuiste hoy, aquí morirás.—
Sal de la corte al momento.

TOMASA.

¿No es mejor, siñas de fiarte
De alguno...?

DOÑA PETRONILA.

¡Oh villano! parte.

TOMASA.

En qué, si vendí el jumento?
Verás, si de mí te encargas...

DOÑA PETRONILA.

¿Que la muerte no te doy?

TOMASA.

Pues á fe que si me voy,
Que se ha de acordar de Vargas.
¿Mas que ha de soñar mi nombre?

DOÑA PETRONILA.

¡Oh infame!

TOMASA.

Daré noticia,
Pues que me echa, á la justicia,
Que hay mujer vestida de hombre
En esta posada. Adios.

DOÑA PETRONILA.

Espera. ¡Ay cielos!

TOMASA.

No quiero.
DOÑA PETRONILA.
Mataréte.

TOMASA.

Pues ya espero.
No me haga mal; que los dos
Acompañados podremos
Hacer nuestro hecho mas bien.
Yo soy capon muy de bien.
Al capitán buscaremos,
Que á mi hermana me llevó,
Y si su historia me cuenta,
Y algún hombre la hizo afrenta,
Fiese de mí, que yo
La sacaré á paz y á salvo.
Ea: ¿quiere me perdonar?

DOÑA PETRONILA.

No sé.

TOMASA.

Me atrevo á engañar
A un corcovado y á un calvo.

DOÑA PETRONILA.

¿Qué he de hacer?—¿Me guardarás
Lealtad y secreto?

TOMASA.

¡Dalle!

¿Eso me ha de decir? Calle.
Chiton eterno: no hay mas.
Haga cuenta que en la lucha
Echa lo que me dijere:
Mientras que no me rompiere,
Ni esto saldrá.

DOÑA PETRONILA.

Pues escucha.
Aquella ciudad que el Bétis
Pasea, sirve y conquista,
Incausable enamorado,
Porque en su espejo la mira,
Y en fe de que es dama al uso
Con ella prodigaliza
Los tesoros que le pechan
Paladiones de las Indias,
Es, Vargas, mi ilustre patria,
Y en ella bien conocida
La nobleza generosa
Que dió nombre á mi familia.
A los pechos de mi madre
Me dejaron las desdichas
De una juventud traviesa,
Que heredé, por ser su hija,
Ausentándole una muerte,
Si ocasionada, atrevida,
A aquel orbe todo de oro,
Hoy español, ántes inga.
Críome el cuerdo recato
De una madre medio rica,
Que lloraba, aunque casada,
Soledades como viuda,
Cuidadosa centinela
En mis acciones y vista,
Principalmente en saliendo
De los límites de niña.
Veinte años contaba alegre
Mi edad, aunque recogida,
Licenciosa por la patria
(Si es bien que culpe su clima),

Cuando llegó á casa huésped
 Un deudo que llamó prima
 A mi madre, y la obligó
 A regalos y caricias.
 De Málaga le trujeron
 Ocasiones que en Sevilla
 Le detuvieron un mes,
 Para mí, Vargas, un día.
 En todo él no permitió
 La prudencia prevenida
 De mi madre, que me viese,
 Por no ocasionar malicias;
 Pues si bien ella á su mesa,
 Las cenas y las comidas
 Se hallaba, encerrada yo,
 Ocasiones desmentía.
 La privación es desseo;
 El desseo solicita
 La voluntad, y esta crece
 Al paso que la limitan.
 Contábanme mis criadas
 La apacible gallardía
 De Don Hernando Cortés
 (Ansí el huésped se apellida),
 Y como antojos mujeres
 Son como el fuego en la mina,
 Que violentado revienta,
 Aunque libre se amortigua;
 Curiosidades doncellas
 Acecharon atrevidas
 Privaciones que las noches
 Usurpaban á los días.
 Las junturas cohecharon
 De una puerta ojos espías,
 Por donde dieron al alma
 Pesadumbres en albricias
 Del deleite de su objeto,
 Porque en él vieron en cifra
 Cuantas gracias en Adónis
 Fabulosas plumas pintan.
 Vénus yo, si antes Diana,
 Resplandores maldecía
 De la aurora, porque al sol
 Envidiosa daba prisa.
 Desvelando pensamientos
 Las noches, por celosías,
 Que en la puerta coadjutoras,
 Ventanas sustituían,
 Contemplé diversas veces
 Venenosa bazarria,
 Tisbe ya, por agujeros
 Mirando y no siendo vista;
 Hasta que una á su criado
 Escuché que le decía,
 Mientras que le desnudaba
 Estas razones: «Mausilla,
 Pues se casa Doña Ines,
 Y el oro de Don García
 Riñe un alma interesante,
 Que se llamaba antes mia;
 No mas Málaga, no mas
 Ciudad, si patria, enemiga,
 Donde en ferias de mudanzas,
 Cobra el interes partidas.
 Málaga que en mal comienza,
 Los que lloro pronuncia:
 Dorados gustos vencieron
 Amor, si ya él es alquimia.
 Casese lues con doblones,
 Que suelen doblar desdichas,
 Y obligaciones desprecie
 Mas seguras por sencillas:
 Memorias anega el mar,
 La ausencia agravios olvida,
 La guerra divierte celos,
 Talia hazañas alista,
 El Rey despierta leones
 Que á las voces de la envidia
 La ingratitude piamontesa
 Para daño suyo incita:
 Partirme quiero mañana;
 Plumas que amor afemina,

Adornen galas de Marte,
 Y fieles á su Rey sirvan.»
 Alentábale el criado,
 Y yo que amorosa oía
 Con gusto el que no le amasen,
 Con pesares su partida;
 Si le juzgaba primero
 Por Adónis, ya la envidia
 Por sol me le retrataba.
 ¡Qué extrañamente apadrinan
 Los celos, Vargas, las partes
 De la prenda que querida,
 Cuando se contempla ajena,
 Al desseo añade estima!
 Fuime á dormir; pero en vano
 Pues lloré recién nacidas
 Esperanzas, que la muerte
 Se causaban á sí mismas.
 Determinéme, en efecto,
 Manifestar escondidas
 Brasas, de quien la vergüenza
 Y el temor fueron ceniza.
 La siguiente oscuridad
 Aguardaba que propicia
 Limitase luz á Febo,
 Y á mi amor diese osadía,
 Cuando le traen un papel
 A mi madre, donde escrita
 La sentencia de mi muerte
 Dió Don Hernando en su firma.
 Disculpabase, ya ausente,
 De que ocasiones precisas,
 En su honor interesadas,
 Le ausentaban de Sevilla,
 Sin permitirle siquiera
 Pagar á la cortesía
 Deudas de hospicio y regalo,
 Para mi disculpas tibias;
 Que á la guerra del Piamonte
 Le llevaban bien nacidas
 Esperanzas, y lealtades
 Que hazañasos se autorizan;
 Que le encomendase á Dios;
 Porque si le daba dicha,
 Pensaba pagarla yerno
 Mercedes que le hizo prima.
 Yo triste, ausente y celosa,
 Poco amé pues quedé viva,
 Ya mártir de sus tormentos,
 Puesto que en ellos novicia.
 Un año de soledades,
 Y mil de melancolias,
 Cuanto ménos publicadas,
 Mas crüeles escondidas,
 Pasé, si bien alentando
 Esperanzas en reliquias
 Conservadas con dos pliegos
 De Génova y Lombardía,
 Que á mi madre eucauinó,
 Hasta que tuvo noticia
 Por otro, que ya en la corte
 La cruz roja daba estima
 A su pecho y sus hazañas;
 Y que si, cual pretendía,
 Fuese el hábito encomienda;
 A obligaciones antiguas
 Grato y noble, procuraba
 Con su licencia lucirla,
 Añadiendo afinidades
 A las deudas consanguíneas.
 Esperanzas revivieron
 En mí, y en ella alegrías,
 De saber que caudaloso
 Estaba mi padre en Lima,
 Reduciendo hacienda á barras,
 Con que casándome rica,
 La cruz nueva autorizase
 El monarca de las minas.
 Mézclanse lanas diversas
 En el telar de la vida,
 Unas de color alegre,
 Otras que tristes lastiman.

Siempre el contento es pechero
 Del pesar: oye y admira
 Desta verdad ejemplares,
 Vargas, en la historia mia.
 En prosperidad como esta,
 Llegó aquel infausto día
 En que las olas del Bétis,
 Desde el diluvio homicidas;
 Causadas del largo cerco
 Que há tantos siglos que sitia
 Nuestra metrópoli hispana;
 Asestando baterías,
 Ya de las pródigas nubes,
 Ya del mar en aguas vivas,
 Ya de reñentes arroyos
 Que pechan siempre á sus ninfas;
 Cañoneando de noche
 Las celestes eulebrías,
 Que rayos en vez de balas,
 Partos abortos fulminan,
 Al son de atambores truenos,
 Puertas y muros derriban,
 Calles y plazas pasean,
 Casas y templos registran;
 Y dando á saco riquezas,
 Huye la plebe dormida,
 Clausuras virgíneas quiebran,
 Montes de casas conquistán.
 Brazos de mar son las calles,
 Al Bermejo parecidas,
 Pues para ahogar Faraones
 De endurecida malicia,
 No ya vara de piedad,
 La vara si de justicia
 Levanta Moises airado,
 Que en mansiones las divide.
 Al mar restituye el Bétis
 Los bienes y hacienda misma
 Que en veces por tantos años
 Nos fería de las Indias;
 Y ya enemigo, si amante,
 Severos reyes imita,
 Que lo que dan poco á poco
 Por junto al privado quitan.
 No quiero contar tragedias
 Con vislumbres de infinitas,
 Cuando ni plumas se atreven
 Ni moldes á referirlas:
 Las de mi casa no mas
 Será fuerza que te diga,
 Como ocasion lastimosa
 De mis presentes fatigas.
 En la mitad del silencio,
 El cuarto donde dormía
 Mi inocente y cara madre,
 Le arroja el diluvio encima,
 Sepultada ántes que muerta,
 El llanto, alboroto y grito
 De domésticos y extraños
 Con clamores solemnizan
 Las obsequias fúnebres
 De tanta pl. be y familia,
 Dejando historias al tiempo,
 Trova de agua ya Sevilla.
 Yo turbaba, si ignorante,
 Y si dudosa, advertida
 Del daño que todos temen,
 Bien triste, aunque mal vestida,
 A la mas alta azotea
 Subo; y aguardando arriba
 Al sol, que salió cubierto
 Por los destrozos que admira,
 Me pasaron, por mas fuerte,
 A la casa que vecina
 Comunicaba terrados,
 De donde vi que enemigas
 Las nubes, la tierra, el agua,
 En un instante me privan
 De madre, casa y hacienda,
 Y ¡ojalá que de la vida!
 No encarezco sentimientos,
 Que es justo que los cojijas

De quien á deudas de sangre,
 Libraba obediencias de hija.
 Pasóse la tempestad
 Al cabo de largos días;
 Halléme huérfana y pobre,
 Y si los males alivian
 Ajenos, yo te prometo
 Que hallara en otras desdichas
 Consuelos con que olvidar
 Las que propias me lastiman;
 Porque muchos que el día ántes
 Con los Cresos competían,
 El siguiente mendigaban
 Puerta á puerta su comida.
 Yo, en fin, amante aunque pobre
 (Que el firme amor no peligró,
 Como el falso, en las desgracias,
 Antes gigante se anima),
 En busca de Don Hernando,
 Del modo que ves vestida,
 Vengo á probar lo que valen
 Palabras que ya son ditas.
 Si que asiste aquí, no dónde;
 Mas ya por ti conocida,
 De tu lealtad confiada,
 Quiero ver cómo averiguan
 Tu diligencia y mi amor
 Promesas que ántes escritas,
 Me causan recelos pobre,
 Si me aseguraban rica.
 Este es, Vargas, mi suceso;
 Si de mí y del te lastimas,
 Ya suelen fidelidades
 Hallar el premio en sí mismas.

TOMASA.

Yo te prometo, señora,
 Que no he llorado en mi vida
 Otro tanto, aunque he escuchado
 Sermones de disciplina;
 Pero porque estés mas cierta
 Del secreto que me fias,
 Pues tu historia me contaste,
 Escucha también la mía.
 En Yepes, emulación
 De Ocaña, una y otra villa
 Donde muere el vino moro,
 Porque allá no le bautizan,
 Me criaron...

(Ruido dentro.)

Mas ¿qué es esto?

DOÑA PETRONILA.

Huéspedes nuevos.

ESCENA IV.

EL CONDE GALEAZO y ROBERTO, de camino; MARCOS, PABLO.—DICHAS.

MÁRCOS. (Dentro.)

Avisa

La patrona, Pablos, que eche
 Lana blanda y ropa limpia.

PABLO. (Dentro.)

Llevaremos al meson
 Las mulas.

ROBERTO. (Dentro.)

Si está dormida,
 Por ser tarde, la hostalera,
 Mal almuerzo se me aliña.

MÁRCOS. (Dentro.)

No hay sueño donde hay dinero
 Avenedizo.

(Salen el Conde, Roberto, Marcos y Pablo.)

CONDE.

¡Hola! quita
 esas maletas. Roberto,
 ¿Qué hora es?

ROBERTO.

Dice la risa
 Del alba que son las cuatro.

CONDE.

Fué la jornada prolija:
 No me espanto.

MÁRCOS.

Madalena,
 Criados, Pedro, Cristina,
 Bajen á alumbrar al Conde.

DOÑA PETRONILA.

(Ap. á Tomasa. ¡Conde, Vargas!) Vue-
 Sea mil veces bien llegado. [siria]

CONDE.

¡Oh hidalgo! para que os sirva.
 ¿Sois de casa?

DOÑA PETRONILA.

Huésped soy.

CONDE.

Vuestra presencia autoriza
 La opinion de la posada.

PABLO.

¿No hay velas?

UNA VOZ DENTRO.

Suban arriba;

Que velas habrá y velones.

ROBERTO. (A los mozos.)

Alto, pues.

MÁRCOS.

Con ménos prisa.

CONDE.

Subo con vuestra licencia.

DOÑA PETRONILA.

Buenela vuesañoría
 Para que vaya...

CONDE.

Eso no.

DOÑA PETRONILA.

Señor...

CONDE.

No, por vida mía.

DOÑA PETRONILA.

Désela Dios muchos años.

(Ap. ¡Bravo tallo!)

TOMASA. (Ap. á Doña Petronila.)

Huele y brilla.

(Vanse el Conde, Marcos y Pablo.)

ESCENA V.

DOÑA PETRONILA, TOMASA, RO-
 BERTO.

TOMASA. (A Roberto.)

Hidalgo, ¿conde? ¿Y de qué?

ROBERTO.

Conde, y de Italia.

TOMASA.

¿Y camina...?

ROBERTO.

Aquí no mas.

TOMASA.

¿Y se llama...?

ROBERTO.

Galeazo.

TOMASA.

¿Y á qué, diga,
 Viene á Madrid?

ROBERTO.

A casarse.

TOMASA.

¿Zape!

DOÑA PETRONILA.

Alto de aquí, Varguillas.

ACTO SEGUNDO

Salida de la posada.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA PETRONILA y TOMASA, de
 hombres.

DOÑA PETRONILA.

Por muerta, Vargas, me cuenta.
 No tengo seso, no estoy
 En mí.

TOMASA.

¿Qué has visto?

DOÑA PETRONILA.

Vi hoy

Otra segunda tormenta
 Mayor que la de Sevilla.

TOMASA.

¿Mayor?

DOÑA PETRONILA.

Para mis desvelos,
 Porque es tormenta de celos.

TOMASA.

No se usan en esta villa.
 Todo lo que no es dinero
 En la corte, no es amor.

DOÑA PETRONILA.

Vargas, de tu buen humor
 Mas penas sacar espero
 Que alivios. Déjame agora.

TOMASA.

Pues ¿qué has visto?

DOÑA PETRONILA.

¡Ay cielos! Vi

Lo que dudosa temí.
 Lo que mi desdicha llora.
 Llévome el Conde consigo
 A esa huerta, infierno ya,
 A quien Juan Fernandez da
 Nombre y fama. Yo te digo
 Que aunque al principio su vista
 Mis sentidos recreó,
 Porque en ella se cifró
 Chipre, en que Vénus asista;
 Después que hallé entre sus flores
 Un aspid que disfrazado
 Ponzoña á mi pecho ha dado,
 Y aumentos á mis temores;
 Volcanes son sus planteles,
 Incendios sus fuentes son,
 Tormentos su recreacion,
 Penas su rosa y claveles.
 ¡Ay Vargas! Quien las cultiva
 Es Don Hernando Cortés.

TOMASA.

¡Jesus! ¿Qué dices? No des
 Crédito á engaños.

DOÑA PETRONILA.

Ni viva

Quien para desdichas nace.
 Conocile jardinero:
 Que con el traje grosero
 Le manda amor que disfrace
 El fuego de mis querellas.
 ¿Quién créra! (¡ay fieros rigores!)
 Que llamas cultiven flores,
 Y que estén verdes con ellas?
 Rogóme el Conde que fuese
 Con él, y sin declararse,
 Quiso primero informarse
 (Antes que quien es supiese)
 De la belleza de Laura,
 Con quien amante pleitea,
 Y si el pincel de su idea
 En su original restaura
 La hermosa que usurpó
 Lisonjas á los colores;

Porque en cohechos pintores
Siempre el interés mintió.
Viola en el dicho jardín,
Que entre unos cuadros, abeja,
Agravia flores que deja,
Y obliga las de un jasmín
A que fundamento den
A un ramillete que alíña,
Porque un hilo juntos ciña
Cielos, amor y desden.
Estaba de jardinero
Mi Don Hernando Cortés
(Mio no, que de Laura es),
Y aunque en disfraz tan grosero.
Le conocieron mis males;
Que aunque le vi de aquel modo,
Amor, espíritu todo,
Penetra hasta los sayales.
Escogíala las flores
Que su amor le aconsejaba:
Las amorosas le daba
Para obligarla a favores;
Las azules le escondía
Por no ocasionar desvelos;
Y si flores tienen celos.
Yo su amante ¿qué tendría?
Con doméstica llaneza
Vi que Laura le trataba,
Cuando las flores le daba;
Y amor, todo sutileza,
Todo industria, todo enredos.
Terceras quiso obligarlas;
Ella risueña al tomarlas,
Y él lisonjero en los dedos.
Que la debió de cohechar
Si la adora, ¿qué lo dudo,
Pues cuando amor está mudo,
Por los dedos suele hablar?
Preguntó el Conde quién era
(Mientras yo me atormentaba)
La dama que se humanaba,
De aquel jardín primavera.
«La Condesa de Valencia
Del Pó.» le respondió un paje,
«Que en Milan con su linaje
Pleitea sobre su herencia.»
No se atrevió á descubrirse.
Puesto que si á enamorarse;
Que amor que sabe arriesgar,
Es cobarde al resistirse.
Juzgó en ella de los celos
Un sol que le deslumbró;
¿Qué juzgara, Vargas, yo
Que la miraba con celos?
Volvímonos, el perdido
De amor, y yo rematada:
El sin alma allá usurpada,
Yo allá y aquí sin sentido.
Hame cobrado amistad
De suerte, que no permite
Que de su lado me quite;
Ni yo tengo voluntad
De perder su compañía;
Porque siempre amigos son
Los que de una profesión
Llama el sabio *simpatía*.
Amamos en un lugar,
Y una misma competencia
Nos iguala en la experiencia
Del querer y el envidiar.
Impórtame que le asista,
Pues si Laura, cual sospecho,
Tiene á mi amante en su pecho,
Y él no la pierde de vista,
El Conde y yo, que nos vemos
Parientes en los cuidados,
Amantes y desdenados,
Mejor nos consolaremos.

TOMASA.

Pues no te aflijas así,
¡Cuerpo de tal! ten valor
Que sin competencia amor,

El mismo se apaga en sí.
Si nunca te vio tu amante,
Si lo que le amas ignora,
Y vienes á hallarle agora,
Con desvelo semejante,
Ensayándose á quererte
En ajena voluntad,
Porque le balle tu lealtad
Diestro, cuando llegue á verte.
¿Qué temes? ¿ó qué querías?
¿Que ya en Madrid, cortesano
Su amor, mano sobre mano,
Gastase ocioso los días?
Dele el gusto puerta franca:
Quiera bien, que eso me alegra;
Ensaye en la espada negra
Tratas que logre en la blanca;
Que pues el Conde te cobra
Voluntad, y aquí ha venido
A título de marido
De Laura, hástate y sobra
Que al principio del camino
Vida á tu esperanza des.
¿No somos tres? Pues los tres
Serémos *tres al mohino*.
Calla, y animosa alienta
El fin de tu pretension.

DOÑA PETRONILA.

El Conde es este.

TOMASA.

Cliton.

Y corra esto por mi cuenta.

ESCENA II.

EL CONDE. — DOÑA PETRONILA,
TOMASA.

CONDE.

Don Gomez, yo te he elegido
Por amigo verdadero.
Y en fe de serlo, no quiero
Que tenga el pecho escondido
Secreto para ocultarte.
Ya dije ayer la ocasion
De que en esta confusion
Siga á amor y olvide á Marte;
Que mi padre aquí me envía
Para que pleitos causados
Truquen derechos letrados
En amor; que es prima mia
Laura, y que intente con ella,
Casandome, asegurar
Lo que ya dudo alcanzar,
Por los que vuelven por ella.
Mal su justicia asegura
Quien en sus pleitos ignora
Que mujer competidora
Se ampara de su hermosura.
Porque si en mi verlo quieres,
Mas efecto he visto hacer
De su cara el parecer,
Que mil sabios pareceres.
Llora, encarece y intimia;
Halla en tribunales gracia;
La belleza es eficacia
Que enamorando lastima;
Y en fin, como nacen dellas.
Los jueces templan cuidados;
Que no hay tales abogados
Como son lágrimas bellas.
Laura en la corte amparada.
Por huérfana socorrida.
Por hermosa pretendida,
Por discreta celebrada,
Casi espera en su favor
La sentencia contra mí.
Pues ¿para qué vine aquí,
Don Gomez, si su rigor
Dos veces me ha de querer
Mal, por pobre y por contrario?
La soberbia es de ordinario

Con riqueza en la mujer.
Volverme quiero sin verla,
O á lo ménos sin hablarla;
Que en vano pretendo amarla,
Si no espero poseerla.
Hacienda en Italia heredo,
Cuando me quiten su estado,
Si no igual á un potentado,
A lo menos con que puedo
Vivir, sin necesitar
De parientes caudalosos;
Que vengando aquí envidiosos,
Duplicaré mi pesar.
Vente, Don Gomez, conmigo
A Italia, y verás en ella
La provincia que mas bella
Honra á Europa. Por amigo
Te tengo; si obligaciones
No te empeñan, sal de España:
Contiádo me acompaña
De que en todas ocasiones,
Como si fueras mi hermano,
En fe de nuestra amistad,
Entrarás en la mitad
De mi hacienda.

DOÑA PETRONILA.

Fuera en vano

Satisfacer las mercedes
Que me obligan tu deudor,
Con palabras, si es mejor
El silencio. Desde hoy puedes
Hacer experiencia en mí
De obligaciones de esclavo;
Pero ni tu intento alabo,
Ni te has de ausentar de aquí.
Prueba tu dicha primero,
Infórma de tu justicia;
Que ni pasión ni malicia
En los jueces considero
Esta corte. ¿Qué escarmientos
Tu derecho han desmayado?

TOMASA.

Muera, pues piérdese su estado,
Con todos sus sacramentos,
¡Pesía a tal! vuesañoría.
¿Qué mal nos ha de venir
Mayor, señor, que salir
Vencidos á sangre fría?
Ame, informe, solicite,
Y venga lo que viniere.

CONDE.

Quien mal en Madrid me quiere,
Que esté en él no me permite.
Asiste el marques Octavio
En esta corte, enemigo
De mi padre, que en castigo
Años ha de cierto agravio,
Mató al suyo, y le quitó
Los estados que tenía.
El Marques, que pretendía
Vengarse, aunque lo intentó,
No pudo, desamparado
De amigos y de caudal;
Y viéndose desigual,
De su patria desterrado,
En esta corte pretende
Casar con Laura; y si sabe
Que aquí estoy, querrá que acabe
El hijo de quien le ofende,
Y á ser su competidor
Viene agora. No me ha visto
Jamás; pero si aquí asisto,
Y publicando mi amor
A Laura, quién soy declaro,
Por fuerza he de despertar
Venganzas que ha de intentar,
Como pudiere.

DOÑA PETRONILA.

Eso es claro.

CONDE.

Pues arriesgarne á perder

Alondra ganar no puedo,
No es cordura. Si aquí quedo,
Por fuerza tengo de ver
Sentencias que me den penas,
Celos de competidores,
Y desdenes vencedores
De quien oye norabuena
Ya del pretendido estado.
Don Gomez, no hay tal remedio
Como poner tierra en medio:
Yo estoy ya determinado.
Sígueme, y fia de mí
Cuanto agora te he ofrecido.

DOÑA PETRONILA.

Yo soy tan agradecido....—
Vargas, déjanos aquí.

TOMASA.

Déjote; allá dentro espero. (Vase.)

ESCENA III.

DOÑA PETRONILA, EL CONDE.

DOÑA PETRONILA.

Que os he, Conde, de pagar
El darme tanto lugar
En vuestras cosas, primero
Que nuestra corte dejeis.

CONDE.

¿De qué suerte?

DOÑA PETRONILA.

Oídmelo agora.

Laura, aunque os vea, ¿no ignora
Quién sois, puesto que aquí estáis?

CONDE.

Sí, Don Gomez; que en Milan
Desde niña se crió,
Y yo en Valencia del Po,
Cuyo derecho le dan.

DOÑA PETRONILA.

Del mismo modo ese Octavio,
Por vuestro padre ofendido,
No os conoce.

CONDE.

En eso he sido

Venturoso.

DOÑA PETRONILA.

Un medio sabio,

Siendo eso así, os asegura
El pleito desesperado
Que amenaza vuestro estado.
Si en manos de la ventura
Y mias dejais ponerlos,
No hay aquí que recelar.

CONDE.

Ya vuelve á resucitar
Mi esperanza solo en veros;
Que no sé qué inclinacion
Oculta me pronostica
Dichas que me certifica
Vuestra mucha discrecion.
Desde que os vi, os quiero bien.

DOÑA PETRONILA.

Pues Laura, Conde, se emplea
En amarme, y no desea
Sino que en su favor den
Esta sentencia enfadosa,
Para atropellar amantes
En su pleito negociantes,
Y darme mano de esposa.

CONDE.

¿Qué decis?

DOÑA PETRONILA.

Por orden suya

Estoy en Madrid cual veis,
Como secreto guardéis,
Yo haré que esto se concluya
A vuestra satisfaccion.

CONDE.

Que por orden suya estáis

Aquí?

DOÑA PETRONILA.

¿Pues eso dudais?

CONDE.

De vuestra disposicion
Y tallo no es maravilla
Que Laura esté aficionada.

DOÑA PETRONILA.

Al cabo de su jornada,
Hizo noche en esa villa,
Que siendo española Atenas,
Al Henares nombre da.
Cursaba yo en Alcalá,
Mas sus riberas amenas,
Que sus escuelas famosas:
Vi, la noche que llegó,
Un Alba que se apeó,
Entre jazmines y rosas,
De una litera, al ocase
Del mas nombrado meson:
Mi estudiosa profesion
Le salió cortés al paso.
Acompañéla á una sala
Con otros que de mi edad
Honraban mi facultad.
Iba vestido de gala;
Supe quién era, á qué iba
A la corte; regaléla,
Y tomando una vihuela,
Ya mi libertad cautiva,
La entretuve hasta cenar.
Convidóme, y acepté;
Que estudiantes, ya se ve
Que no se hacen de rogar.
Despedime ya bien tarde,
Y ella, toda cortesía,
Mientras que me agradecía
Cumplimientos, hizo alarde
De vislumbres de aficion:
Madrugué por la mañana,
No el alma de todo sana,
Y, en fin, hasta Torrejon,
Que quiso ó no, fui con ella
En un caballo prestado;
Dióme la litera lado,
Y hallé, caminando, en ella
Agrados sobre que hacer
Amorosos edificios;
Que amor empieza en indicios
Fáciles de conocer.
Despedime allí, y tornéme,
Echando á la vuelta menos
El alma, los ojos llenos
De sentimiento. No teme
El amor que es estudiante.
Como sin alma quedé,
Cartapacios arrimé,
Graduándome de amante.
Vine á Madrid, visitéla
En la huerta donde vive;
Y amor que alegre recibe
El huésped que le desvela.
Me ofreció apacible entrada.
Dijela mi calidad,
Ponderé mi voluntad,
A servirla dedicada.
Mostró severo el semblante,
Reprensióme rigurosa,
Y alterada (comun cosa
En todo amor principiante)
Fuése fulminando enojos:
Puesto que aunque se ofendia,
Lo que la lengua decía,
Iban negando los ojos.
Escribirla de Alcalá,
No me quiso responder,
Volvióla otra vez á ver,
Y mas apacible ya,
Me permitió visitarla,
Como mis atrevimientos
No explicasen pensamientos.

Prometí de no enojarla,
Y callé; que en la mas casta
(Como es la experiencia juez),
Si ha de querer, una vez
Que amor se lo diga basta.
De Alcalá á Madrid partidas
Y vueltas daban alientos
A amor; que como los cientos,
Todo es idas y venidas;
Pero nunca la decía
Cosa que en mi amor tocase,
Con que, aunque disimulase,
Sentí yo que lo sentia;
Hasta que una vez pedí
Licencia para partirme
A Jaen, por escribirme
Mi padre esperarme allí
Mil de renta, y una dama
Para esposa. Aquí fué Troya,
Que amor que el secreto apoya,
Con celos revienta en llama.
No pudo disimular:
Llenóme de descortés,
Alevé, ingrato; y despues,
De media hora de llorar,
Me amenazó, si la mano
A otra que Laura no fuese
Baba, que me apercibiese
A que la de algun villano
Me habia de quitar la vida.
Con esto, y asegurarla
Que no mas que por probarla,
Fingi mi falsa partida,
Quedé en su gracia de suerte,
Que amado y favorecido,
Al punto que haya salido
En favor suyo la suerte
De la sentencia que espera,
Nos hemos de desposar,
Y por Italia trocar
Patria y profesion primera.
Mándame andar recatado,
Porque ocasiones desmienta
De quien, amándola, intenta
Gozar en dote su estado.
Llegué, como suelo, ayer
A verla, y mudé posada,
Por temer que en la pasada
Han alcanzado á saber
Algo de lo que pretendo:
Apeásteos en ella;
Y quiso mi buena estrella
Que vuestros méritos viendo
Y la merced que me hacéis,
Amigo y no opositor,
Apadriné vuestro amor.
Si celos de mí teneis,
Perdeldos; que yo os prometo,
A fe de hidalgo, de dar
Trazas que os han de ablandar
A Laura, por mi respeto.
Y si con ella os desposo,
Que si haré (fiaros de mí),
Veréis, Conde, que hay aquí
Español tan generoso
Como el monarca que á Apeles
Obligó, y mas á la fama,
Que afirma le dió su dama
En premio de sus pinceles.

CONDE.

Don Gomez, no quiera Dios
Que os haga yo tal agravio:
No goce de Laura Octavio,
Y lográos con ella vos.
Vuestra gentileza es digna
De su discreta eleccion;
Pagad su justa aficion,
Pues la suerte os es benigna.

DOÑA PETRONILA.

Conde, ó los dos nos partamos
A Italia, ó si sois mi amigo,
Callad y haced lo que os digo.

Y pues ya comunicamos
Las almas, sabed que aquí
Tengo prenda á quien le debo
Cierta obligacion de nuevo,
Que imposibilita en mí
Casarme con Laura.

CONDE.

Elijo
Lo que me ha de estar tan bien.
¿Que aquí teneis dama?

DOÑA PETRONILA.

En quién
Por lo ménos tengo un hijo.

CONDE.

¡Jesus! ¿Tan niño?

DOÑA PETRONILA.

Ya están

Examinados de padres
Niños, por conocer madres
Que fruto á los trece dan.
Como la vida es tan corta,
Suple la naturaleza
Defectos de su flaqueza,
Y plazos el tiempo acorta.
Yo os he de casar en breve
Con Laura.

CONDE.

Mucho intentais.

No podréis.

DOÑA PETRONILA.

Porque veais

Mi ingenio á lo que se atreve,
Escuchad esto que trazo.
A Laura hemos de ir á ver
Agora, y ha de saber
Que está el conde Galeazo
Con ella y que no sois vos,
Porque Octavio no os ofenda
Cuando vengarse pretenda.

CONDE.

Cosas proponéis, por Dios,
Extrañas.

DOÑA PETRONILA.

Soy estudiante.

CONDE.

¿Quién ha de hacer á ese Conde?

DOÑA PETRONILA.

En la posada se esconde.

CONDE.

¿Hay Don Gomez semejante?

DOÑA PETRONILA.

No digais á la Condesa,
La vez que á hablarla lleguéis,
Que de nuestro amor teneis
Noticia.

CONDE.

Advertencia es esa

Excusada.

DOÑA PETRONILA.

Pues venid,

Y echad á un lado recelos.

CONDE.

¡Ay Don Gomez de los cielos!
Dios te me trujo á Madrid. (Vase.)

La Huerta.

ESCENA IV.

DON HERNANDO, de villano —

MANSILLA.

MANSILLA.

Fui á Málaga á lo soldado,
Con las galas que me diste,
A ver tu madre que triste
Por muerto te había llorado.
Pasé por Yepes y Ocaña,
Dos villas de donde el vino

Hace perder el camino,
Bodegas nobles de España
Hice noche en una aldea,
Dónde un meson labrador
(Que pudiera ser mejor)
Me alojó á la chimenea
En un escañó del Cid.
Sobre cena me pregunta
La familia que allí junta
Estaba, si iba á Madrid:
Dije que sí, y que de Italia
Soldado viejo venia
A la corte y pretendia
Una conduta. La algalia
Que daba olor al vestido
(Porque esto se le pegó
Del ser tuvo), me abonó,
Y yo en él desvanecido,
Hazañas cuento sin cuento,
Que escuchaban ahobados;
Porque yo, á fuer de soldados
No vivo mientras no miento.
Dijeles, entre otras cosas,
Que saliendo á pecorear
A la vista de una aldea
(Que las de allí son famosas),
Entré en una casería,
Y hallando el horno encendido,
Porque no fui recibido
Con amor y cortesía.
Al huésped y á su mujer
Meti dentro, donde asados,
Vengaron á mis soldados,
Y nos dieron de comer:
Que saliendo al alboroto
Los vecinos del lugar,
Cuando me iba á acostar,
Hallé mi escuadron que roto
A huir echaba, y que yo
La cabeza derribé
Al primero, y esta fué
A dar á otra, y esta dió
En otra, y fué de manera
La cabezada española,
Que sin mas golpe ella sola
Derribó toda una hilera.
Creyeron esta aventura,
Y otras, que es nunca acabar,
Mas que cuando en el altar
Las fiestas les echó el cura;
Porque chanzas de habladores,
Comedias de tramoyon,
Ensalmos y coplas, son
Evangelios labradores.
Estaba una villancaja
Oyendo entre los demas,
Tan carihermosa, que atras
Las Amarilis se deja.
Fuéronse á acostar al cabo
Los viejos, y entre la loza
Fregatizando la moza
Con tal gracia (no la alabo
Cual merece) se quedó,
Que si el sol verla pudiera,
Para estropajo la diera
Su dorado moño. Yo
Que la vi ensuciando espumas,
Llego por detras quedito,
Y el sombrero que me quito,
La pongo con bacia y plumas;
Y ella entónces, no peñasco,
Pero algo requeson ya,
Respondiéndome: «Arre allá».
En un espejo, ya casco,
Se fué á mirar al caudil,
Y arrimando la sarten.
Dijo: «A ver si me está bien.»
El diminuto que es sutil,
Hizo entónces de las suyas,
Si Pedro yo de Urdemalas;
Y como extranjeras galas
En bobas son aleluyas,

Tanto pudieron con ella,
Que á los ecos de un «marido
Tuyo soy» (hechizo ha sido
Que encanta toda doncella)
Siendo tálamo el escaño,
La chimenea madrina,
A vista de la cocina,
Hubimos año, buen año.
Duchía, aunque no de su casa
La moza, y ya yo su dueño,
Entró el sol ántes que el sueño,
Y caricuerda Tomasa,
(Que este apellido la dan)
Me conjuró que cumpliese
Mi promesa y que volviése,
En saliendo capitán,
Por ella; y á fe de hidalgo,
Que he de hacerla mi mujer,
Si bien esto no ha de ser
Mientras capitán no salgo.

DON HERNANDO.

Si harás; que si yo, Mansilla,
Esposo de Laura soy,
Y dote honrado te doy,
Tu palabra has de cumplir.
En fin, ¿llegaste á mi casa?

MANSILLA.

¡Ah! sí: olvidábase ya;
Pero ¿qué mucho, si está
Cosquillándome Tomasa?
Guardéte el mejor bocado
Para la postre. Este pliego
Te traigo, y en él te llevo
A dar plácemes de grado,
Puesto que pesares tiene.
Siete mil de renta heredas,
Con que consolarte puedas.

DON HERNANDO.

¿Qué dices?—Mas Laura viene.
Retírate.

MANSILLA.

¿Para qué,
Si te has de partir al punto,
Y la hermana del difunto
Te adora?

DON HERNANDO.

Retírate.

MANSILLA.

¿No sabe que soy tu paje?

DON HERNANDO.

Sí; pero maliciarán
Los que aquí vienen y van,
Si contigo en este traje
Me ven hablar; y no quiero
Dar ocasion á malicias.

MANSILLA.

Pues prevenme las albricias,
Que cuando anochezca espero. (Vase.)

ESCENA V.

DON HERNANDO. (Leyendo.)

«Llevó el cielo á vuestro primo Don
Jerónimo, con lastimoso sentimiento
de cuantos conocieron su agradable y
malograda juventud, sucediendo vos
en su mayorazgo, por cláusula que
excluye á las mujeres y llama al varón
mas propiario. Quisiera pagarle
el amor que me tuvo y consolar su
hermana, haciéndola esposa vuestra;
su hermosura y mi gusto pienso que
vos disfrutarán á lo que os está tan
bien. Ella y yo os esperamos; y cuanto
mas os detuviéredes, mas sentiremos
la falta suya y vuestra ausencia.
El cielo os traiga con bien.—Málaga
y abril 14 de 1626 años.—Vuestra
madre, Doña Ana de Zúñiga.»

ESCENA VI.

LAURA. — DON HERNANDO.

LAURA. (*Acabando de leer otra carta.*)

«El cielo os me deje ver... y os pros-
pere muchos años. Vinaroz y marzo
29 de 1626. — El conde Pompeyo,
vuestro tío.»

LAURA.

Don Hernando.

DON HERNANDO.

Laura mia.

LAURA.

¿Jardinero y con papeles?

DON HERNANDO.

El jardín, filosofía

De amor, en estos planteles

Me da lección cada día.

Letras estas flores son,

Donde mi asistencia alcanza

Paciencia en la dilación,

En el temor esperanza,

Y paz en la confusión.

Este jardín es mi escuela

Donde cursando desvela

El miedo imaginaciones;

Sus lazos son mis reñones,

Y en sus cláusulas revela

Misterios mi amor. Sus hojas

Dan materia á mis cuidados,

Encuñados con las rojas,

Si moradas, aliviados,

Si leonadas son congojas.

Ya con las verdes espero;

Con las azules me abraso,

Con las amarillas muero.

Casto con las blancas paso,

Y con las pardas me altero.

En las clices me mejoro,

Con las vénus me enamoro,

Presumo con los narcisos,

Y hallando en todas avisos,

Sufro, espero, temo y lloro.

LAURA.

Voluntad contemplativa

A sí misma se hará guerra.

Pero ¿cuya es la misiva?

DON HERNANDO.

Carta es, Laura, de mi tierra,

Que quiere amor que reciba

Cuando vos del mismo modo

Leyendo salís, en muestra

De que con vos me acomodo;

Pues siendo, en fin, sombra vuestra;

Manda que os inite en todo.

Pero en esa, prenda mia,

Segun mostrais alegría

Repasando sus concetos,

Os ponderarán discretos

Al autor que los envía.

¿Mas que su ingenio aplaudís?

¿Mas que á su dueño estimáis?

¿Mas que su amor admitís?

¿Mas que por él me olvidáis,

Y á desdenarme venís?

LAURA.

¿Mas que me habeis agraviado

En pedirme adelantado

Los celos que estoy temiendo?

Que no entra en casa riendo

Quien no se siente culpado.

DON HERNANDO.

Troquémoslas pues.

LAURA.

En esta

Mostrar lo que os amo puedo,

Pues no ha de tener respuesta.

(Truécanlas.)

DON HERNANDO.

Y yo en esta, que aunque heredo

Por ella, me es tan molesta
Esa cláusula postrera,
Que á trueco de no cumplilla,
Por no perderos, perdiera
La corona de Castilla,
Cuando la del mundo fuera.
(*Hernando lee recto, y Laura para sí.*)

DON HERNANDO.

«La perezosa tardanza de las galeras
de Nápoles, sobrina y señora mia, me
ha detenido en Valencia dos meses y
medio: ya, gracias á Dios, están en
Vinaroz, y yo embarcado en su Almi-
ranta. Llegó en ellas el conde Galeazo
Malatesta, primogénito de vuestro
opositor, y violento conde de vues-
tra Valencia del Po: visitóme, dán-
dome parte de sus deseos, que son
reducir á paces amorosas pleitos pro-
lijos. Su presencia, edad, discreción
y cortesía, ademas de ser vos prima
hermana suya, si he de hablar des-
apasionadamente, le hacen mas me-
recedor de esposo, que de litigante»
vuestro. Propongo mi parecer; pero
subordinado á la discreta elección de
vuestra prudencia. El parte á veros
con merecidas esperanzas, y yo á mi
gobierno: el cielo, sobrina mia, os
me deje ver sin pleitos y con sosiego
en vuestro estado; que si tomáis mi
consejo y es Galeazo vuestro esposo,
no tardará mucho, etc. — El conde
Pompeyo, vuestro tío.»

LAURA.

De aquí, Hernando, por la cuenta

Plácemes podré sacar,

Que envidiosa os llegue á dar

Esta esposa y desta renta.

Vuestra madre cuerda os llama;

Ya os espera vuestra prima;

El mayorazgo es de estima;

Y obligatoria la dama,

Por ser hermana del muerto:

Madre la casamentera,

Vos su deudo, y yo extranjera,

Aceptaréis el concierto.

Goceis, señor, mil años.

DON HERNANDO.

Para matarme, uno sobra.

Poned vos, Laura, por obra

Consejos, cuando no engaños

De Pompeyo vuestro tío,

Pues ya vuestro primo viene;

Que quien tal padrino tiene,

Vencerá el derecho mío.

Pleitos que son embarazo

De la hacienda y la quietud,

Atajarlos es virtud;

Y mas siendo Galeazo

Mozo gallardo, leido,

Ilustre, discreto, amante,

Vos su sangre; y yo ignorante,

Desdichado y presumido.

Que quien jardines cultiva

Donde malogra sudores

En yerbas que aunque dan flores,

De fruto el tiempo las priva,

Cuando en estéril tributo

Pague desvelos de amor,

Llorará esperanza, flor

Que nunca llegó á dar fruto.

¿Qué mal el gozo se esconde

Que el corazón manifiesta!

ESCENA VII.

Un CRIADO. — LAURA, DON HER-

NANDO.

CRIADO.

Galeazo Malatesta,

Señora, á quien llama conde

La gente que le acompaña,
Entra á hablarlos.

(Vase.)

DON HERNANDO.

Caminó

Con alas que amor le dió,

Y si vuela, no se engaña.

El mismo sería el correo

Desa carta precursora.

LAURA.

Retirate, Hernando, agora;

Que pues con celos te veo,

Ya te confirmo en mi amante;

Que los comprara te juro,

Por abonarte seguro,

Temerosa no há un instante.

No receles, vuelve á verme;

Que yo le despediré

Brevemente.

DON HERNANDO.

Pues ¿podré,

Hermosa Laura, atreverme

A ausentarme, si experiencia

Tengo que ausencia y mujer.....?

LAURA.

De un rato ¿qué hay que temer?

DON HERNANDO.

Mucho; que, en fin, es ausencia.

LAURA.

Pues estáte aquí.

DON HERNANDO.

Si haré;

Que hermosura combatida,

A poca distancia olvida,

Y apetece lo que ve.

ESCENA VIII.

TOMASA, de conde, á lo gracioso; co-
mo criados suyos, EL CONDE Y PE-
TRONILA. — LAURA, DON HER-
NANDO.

TOMASA.

Selencia sea bien llegada,

Mande cubrirse Selencia;

Que ya Mi-lencia lo está.

Échome el Conde á galeras,

Mi padre, porque llegase

A casarme con la princesa

Que requiere esa hermosura,

Porque es muy linda Selencia.

De Génova me sacó

La capitana ó sargenta.....

¿Fué sargenta ó capitana?

Hola, Don Gomez, ¿cuál era?

DOÑA PETRONILA.

Sosiéguese vuesaíra;

Que está turbado.

TOMASA.

Me prueba

La tierra; pero ya caigo.

(Tengo la memoria tierna.)

Vine en una galeaza,

Que sería mi parienta

Por lo Galeazo, en fin,

Y pasando el golfo en ella,

Comimos muy mal bizcocho.

Yo le prometo á selencia

Que en esto del bizcochar,

Son malas monjas galeras.

Desembarqué en vino-arroz.

DOÑA PETRONILA.

Vinaroz se llama.

TOMASA.

Bestia,

Vinaroz, ó Bindarraez;

¿Qué importa mudar dos letras?

Tomamos postas allí;

Que fué la invención mas fiera.....

Selencia ¿ha corrido postas?

CONDE.

(Habla aparte con Doña Petronila.)

Don Gomez, ¿mas que nos echa
A perder este ignorante?

DOÑA PETRONILA.

Dejalde decir simplezas;
Que todo esto importa al caso :
Vos veréis lo que aprovecha.

LAURA. (Ap.)

¿Qué conde ó qué bernardina
Es este, cielos?

DON HERNANDO. (Ap.)

Ya alegran

Desmayos mis esperanzas,
Casi con recelos muertas.
¡Discreto competidor
Nos viene!

TOMASA.

Cincuenta leguas

En tres dias y á la posta,
Postillas aposta engendran
En las partes posteriores,
Que unas con otras apuestan
A hacer pistos ó ser pastas,
Segun blandas se me apestan
En fin, ambos acerillos,
Si no papandujas, brevas,
Anoche al cantar los gallos,
Llegaron cual digan dueñas;
Y yo con la intercesion
Del buen tio de Selencia,
Que se embarcó en mi lugar,
Y con cartas me encomienda
A Selencia, madrugué (1)
Esta tarde; y no viniera
En verdad hasta mañana,
A no soñar en Selencia;
Porque ya las dichas postas
Pienso que anuncian viruelas,
Y están malas hácia abajo,
Con llamarme Malatesta.

LAURA.

Hiciera vuesñoria
Una cosa muy discreta
En tardarse allá dos años.....
Digo, dos dias. (Ap. Me pega
El mal de sus necedades,
Y por necio, le hablo necia.
No sé lo que le responda.)

TOMASA.

Mis haules, que ya llegan,
A Selencia le darán
Dos celemines de perlas,
Medidas por estas manos.

LAURA.

La medida es como vuestra,
Señor conde.

TOMASA.

Y pienso yo
Que si se miran y piensan,
Darán mucho que pensar
A pensamientos.

LAURA. (Ap.)

¿Qué bestia!

¡Pienso todo y celemines!
¡Miren con quién me desea
Casar el Conde mi tio!
¡En verdad que salen ciertas
Las partes de que le abona,
Discrecion, cara y presencial
Debió de ser ironia.

TOMASA.

Traígora mas una piedra,
Para todo mal de hijada
Cosa admirable. Selencia
¿Es tocada deste achaque?

CONDE. (Ap. con Doña Petronila.)

Don Gomez, vuestra condesa
Está con razon corrida;

(1) Madrugamos, dice la primera edición.

Y puesto que os mira tierna,
Señal de lo bien que os quiere,
Siento mucho el ofendella;
Saquemos de aqui este loco.

DOÑA PETRONILA.

Callad, Conde, y no os dé pena.

TOMASA. (A Don Hernando.)

¿Sois vos el que legumbriza
Lo critico desta huerta?

DON HERNANDO.

Yo su jardinero soy.

TOMASA.

¿Hay noria?

DON HERNANDO.

Sin macho en ella;

Mas ya no nos hace falta.

TOMASA.

Pues mirad : aunque mas vueltas

Déis al rededor vos y él,
Sabed que tengo experiencia
Que es necedad, porque saca
Agua que para otros riega;
Y él á oscuras y sediento,
Acaba donde comienza.
No seais macho, no seais macho.
Cogedme unas heregenas;
Que en Italia no se comen,
Y vengo muerto por ellas :
Dareiselas á este paje.

(Señalando á Doña Petronila.)

Miralde bien, y haced cuenta
Que es mi paje, y que mi paje
Basta que mi paje sea.

LAURA. (Ap.)

Este hombre es loco, señores.

ESCENA IX.

MANSILLA. — DICHOS.

MANSILLA.

El marques Octavio espera
Que Vuxcelencia le dé
Lugar para entrar á verla.

TOMASA.

(Ap. ¡Ah traidor! ya te cogi.)

(A Mansilla.)

Esperaos : hola, ¿Selencia (A Laura.)
Tiene este hombre en su servicio?

LAURA.

A casa acude.

TOMASA.

Pues venga
Muchas veces á la mia.
Tomad aquesta cadena; (Dádsela.)
Que os la doy porque sois cosa
De Selencia la Condesa.

MANSILLA.

Y déme á mí á piés juntillas
Vuesria, vuesa Alteza,
Celsitud, Paternidad,
Tú, vos, él, ó Reverencia,
El par sin par desas patas.

TOMASA.

¿Llamaisos?

MANSILLA.

Mansilla.

TOMASA.

Oveja

Golosa, y mansa, Mansilla,
Mama á su madre y la ajena.
Algo me oleis á mamón.
Ídme á ver cuando anochezca;
Y vos, jardinero hermano,
Siempre que mi paje os vea,
Dalde gusto y regalalde,
Y corra esto por mi cuenta;
Y pues la aguardan visitas,
Quédese con Dios Selencia;
Que yo la veré mañana,
Ó esotro, ó cuando Dios quiera.
(Vanse Doña Petronila, el Conde y To-
masa.)

ESCENA X.

DON HERNANDO, LAURA, MAN-
SILLA.

LAURA.

¿Qué os parece el desposado,
Hernando?

DON HERNANDO. (Con ironia.)

Que en competencia

De tal gracia y discrecion,
Ya los celos me hacen guerra.

LAURA.

¿No me la hicieran á mi
Mas los que de vuestra tierra,
Con mayorazgos y primas,
Os sacan de mí obediencia!

DON HERNANDO.

El alma sí, mi amor no.
Id, que el Marques os espera,
Y ¡ojalá, Condesa mia,
Que como el Conde os parezca!
(Vase Laura.)

ESCENA XI.

MANSILLA, DON HERNANDO.

MANSILLA.

¿Conde es este?

DON HERNANDO.

Y condenado.

MANSILLA.

Dirás á bobuna eterna.

DON HERNANDO.

¿En qué lo echaste de ver?

MANSILLA.

Eu que me dió la cadena.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA PETRONILA, de hombre; LAU-
RA.

DOÑA PETRONILA.

Que os engañais os prometo.

LAURA.

No me persuadais á mí,
Contra lo que escuché y vi,
Que es vuestro Conde discreto.

DOÑA PETRONILA.

Milagros desa hemosura
¿A quién no han de hacer turbar?

LAURA.

Ni de mí osaré fiar,
Don Gomez, esa ventura,
Ni amor, que al principio empieza
A acreditarse turbado

(Porque en todo enamorado

La repentina belleza

Reduce á la vista el alma),

Despues que vuelve adverbido

A su lugar el sentido

Que estaba, viéndos, sin calma,

Deja cuerdo de enmendar

La primera turbacion;

Que amor, todo discrecion,

Sabe ver y sabe hablar.

Mas vuestro Conde, en desprecio

De quien ya le estima en poco,

Entró á visitarme, loco,

Y salió de verme, necio.

DOÑA PETRONILA.

Los que en su casa asistimos

Y con él comunicamos

Su discrecion admiramos

Y su donaire aplaudimos.

Ni su padre os le enviara,
Ni Pompeyo intercediera,
A que vuestro esposo fuera,
Si, como decís, le hallara
Sin partes para agradaros,
Y amor para pretenderos.
Turbóse llegando á veros,
Ocupóse en contemplanos,
Y como el alma dirige
La lengua, y esta olvidó
Su accion vital cuando os vio,
¿Qué mucho, si no la rige
Quien la fia sus concetos,
Que en ellos hiciese pausa,
Y mientras duró la causa,
Le turbasen sus efectos?
El volverá sobre sí
La segunda vez que os vea.

LAURA.

¡Plegue á Dios que tarde sea!

DOÑA PETRONILA.

Algo teneis vos aquí
Que os duele mas, mi señora,
Que el Conde.

LAURA.

Examinador,
Por lo rapaz, hallador,
¿Quién os mete en eso?

DOÑA PETRONILA.

Adora
Quien sirve, lo que su dueño;
Y como tiran sus gajes
Sus gentil-hombres y pajes,
Estoy en el mismo empeño
Que el señor, que os quiere bien;
Y en fe que en celos se abrasa,
Los que estamos en su casa
Tenemos celos tambien.
Pero, pues os doy enfado,
Voime. Adios.

LAURA.

Volved acá.

DOÑA PETRONILA.

Si el Conde en desgracia está
Con vos, y soy su criado,
Participaré desvelos
De su vana pretension.

LAURA.

Si por participacion
Teneis voluntad y celos,
Bien me debéis de querer.

DOÑA PETRONILA.

Amor en los semejantes
Es mal de participantes.
¡Pudiera yo merecer
Igualaros!

LAURA.

¿Hay tal paje?

DOÑA PETRONILA.

Tuviera yo calidad
Digna de vuestra beldad
En hacienda y en linaje;
Que entónces... No digo nada.—
Adios, que me vuelvo loco.

LAURA.

No os vais: esperaos un poco

DOÑA PETRONILA.

Quien de mi señor se enfada,
No es razon, siéndole fiel,
Que en desprecio de los dos,
Me detenga.

LAURA.

Trocad vos
Talle y ingenio con él.
Y podrá ser que le estime.

DOÑA PETRONILA.

Pues ¿qué le falta á mi dueño?

LAURA.

Lo que á una imagen de leño:

Espíritu que le anime.
Si á vuestro cargo se toma
Su amor, en él os mudad,
Y veréis mi voluntad.

DOÑA PETRONILA.

Bien se está San Pedro en Roma.

LAURA.

Pues si vos que le servís,
Y tan fiel os me mostráis,
Aun de palabra dudáis
El truco que resistís,
¿Porqué me culpáis de ingrata,
Cuando audiencia no le doy,
Ni le amo, siendo quien soy,
Y vos quien le asiste y trata?

DOÑA PETRONILA.

Ahora bien: dadme licencia
De que me transforme en él,
Y represente el papel
Del dicho Conde en su ausencia:
Veréis la mucha razon
Que me obliga á no trocar
Sugetos que han de aumentar
Los grados de su pasion.

LAURA.

Vaya, que gusto de oiros,
Y el sitio alegre convida
A burla con que despidas
Soledades y suspiros.

DOÑA PETRONILA.

¿Ya soy el Conde, en efecto?

LAURA.

Por tal el talle os abona;
Que aunque en tercera persona,
Deseo verle discreto.

DOÑA PETRONILA. (Como que llega con el sombrero en la mano.)

Vaya pues. — Pleitos amantes,
Por serlo, mas peligrosos,
Prima y señora, amorosos,
A atajar inconvenientes,
De Milan me traen á España,
De mi padre persuadido
Que amor, que tercero ha sido
De quien con él se acompaña,
Pudiera facilitarlos.
A no llegar á impedirlos
Celos, que antes de admitirlos,
Me ocasionan á llorarlos.
Temeros grata al marques
Octavio, mi opositor,
Y el enemigo mayor
De mi padre, la causa es
De venir disimulado
En el traje que me esconde,
Y que el verdadero Conde
Del fingido sea criado.
De mi mismo presumido,
Tan gallardo me fingí,
Que en viéndos, me prometí
Ser luego de vos querido,
Y que vuestra libertad,
De ninguno conquistada,
Para mi solo guardada,
Me rindiera su beldad.

Mas como en Madrid amor,
Universal mercader,
Todo es comprar y vender,
Siendo el gusto corredor;
Viendo lo que el vuestro precia
Disfraces, sé, Laura hermosa,
Que no hay hermosura ociosa,
Ni presuncion sin ser necia.
No es el amante primero
Que cuadros y engaños traza,
Quien esperanzas disfraza
En sombras de jardinero;
Pero tampoco serán
Estas las primeras flores
Que á engaños lisonjeadores

Ocasion y amparo da...

Fácil mostraros pudiera,
Si secretos revelara,
Dama que os desengañara,
Y á olvidos os persuadiera;
Que en la casa donde vivo
Llora cierta Doña lues
De un Don Hernando Cortés
Traiciones, que os apercibo
Para que os den escarmientos;
Pues en Málaga engañada,
Cuando adquirida olvidada,
A ejecutar juramentos
Viene de quien, incapaz
Del bien que el amor encierra,
Huyó á Italia, y por la guerra
Trocó promesas de paz.
Petronila hay en Sevilla,
Que de su honor acreedora,
Los mismos engaños llora;
Puesto que con escribilla
Que con ella ha de casarse,
En añadiendo á su hacienda
La cruz que espera encomienda,
Puede ausente consolarse.
Hablen cartas; que estas dos

(Dale una.)

De Italia á su madre escritas,
Aunque son quebradas ditas,
Serán desengaño en vos.
Esta escribió de Madrid, (Dale la otra.)
Recien llegado: leídas.
Si estais celosa, rompeldas;
Pero si cuerda, advertid
Quien sois y en lo que os estima
Quien, aunque con vos pleitea,
No ya por dueño os desea,
Pero os guarda como á prima,
Y ha de vengar vuestro agravio,
Cuando á Valencia del Po
Me quiten; que pienso yo
Si sabe el marques Octavio
(Que si sabrá, pues á hablarle
Voy, puesto que os favorece)
Que os ama quien no os merece,
Que en mi favor he de hallarle.
El hará que la sentencia
Que esperais, salga por mí;
Mas pues á vos os perdi,
¿Qué importa pierda á Valencia?
Gozad vuestro disfrazado,
Que siembra afrentas en flores,
Y haced á un hombre favores
Con dos mujeres casado;
Que con volverme á Milan,
Y avisar á vuestro tío
Vuestro amante desvario,
Justas disculpas tendrán
Desprecios que solo en vos
Malograron mi esperanza.
Mas vos me daréis venganza.—
Postas, hola.—Prima, adios.
(Quiere irse.)

LAURA.

Espera, escucha.—¿Hay quimeras
Semejantes? —Primo, Conde,
Don Gomez, oye y responde
Si estas son burlas ó veras.
Tan á lo vivo te enojas,
De tal modo persuades,
Que con mentiras verdades,
Si me alegras, me congojas.
Secretos me has revelado
Que si mi primo no fueras,
Nunca saberlos pudieras.
¿Quién eres, ó quién te ha dado
Tan larga cuenta de mí?
¿Qué deseos he hicieros,
Entre engaños jardineros,
Te hicieron curioso así?
Si desde Milan veniste,
¿Cómo á Málaga llegaste?

¿Qué oráculos consultaste,
Que de Sevilla supiste
Los agravios que imaginas,
Los celos con que me ofendes.
Las penas con que me enciendes
Con Ineses y sobrinas?
¿Quién en la corte tan presto
Te enseñó esa Doña Ines?
De Don Hernando Cortés
¿Quién te ha informado? ¿Qué es esto,
Cielos? No puedo negarte
Ser esta su firma y letra;
Pero quien tanto penetra,
O se aprovecha del arte
Ilícita, ó mi rigor
Amante intenta vencer,
Porque solo puede hacer
Tanta diligencia amor.
¿Eres el Conde mi primo?
Sí dices, pues estás mudo.
Ya me alegra lo que dudo;
Por tal tu presencia estimo;
Tu talle me desengaña,
Tu gentileza me obliga;
Basta que el alma lo diga.
Quien vino por verme á España,
Quien averiguó discreto
Traiciones que disfrazadas,
Fuéron hasta aquí estimadas,
Y ya aborrecer prometió,
Digno es de correspondencia
Igual. Don Hernando, en fin,
Lo que sembró en el jardín
Cogerá : tenga paciencia,
Si cauteloso y astuto,
Le ofenden mis desengaños;
Que bien es, quien siembra engaños,
Que en desprecios coja el fruto.
Sácame ya destas dudas.
Dime si mi primo eres.

DOÑA PETRONILA.

Seré lo que tú quisieres,
Si en amor desdenes mudas.
Yo soy el conde Galeazo,
Que en tu vista me deleito.

LAURA.

Pues, Conde, acabóse el pleito :
La sentencia es este abrazo.

(Abrazale.)

El Don Hernando Cortés
Murió. No puede igualarte.

DOÑA PETRONILA.

Pues hoy ha de visitarte
Su ofendida Doña Ines,
Para que presente veas
Quien ausente desatina.
Y la andaluza sobrina
También, si hablarla descas,
Está en la corte.

LAURA.

¿Qué dices?

DOÑA PETRONILA.

Esta tarde la verás.

LAURA.

A tí te quiero, y no mas.

DOÑA PETRONILA.

Penas han sido felices
Las que he pasado hasta aquí,
Pues así lealtades pagas.

LAURA.

Porque desde hoy satisfagas
Agravios, haz prueba en mí
De lo mucho que te quiero.

DOÑA PETRONILA.

El jardinero nos mira.

LAURA.

Pues un rato te retira :
Que yo le haré al jardinero
Que no engañe sencilleces
Extrajeras.

DOÑA PETRONILA.

Voi me pues.

LAURA.

¿Volverás?

DOÑA PETRONILA.

Con Doña Ines.

LAURA.

¿Y sin ella?

DOÑA PETRONILA.

Muchas veces.

(Vase.)

ESCENA II.

DON HERNANDO.—LAURA.

DON HERNANDO.

Dilaciones, mi Condesa,
Que esperanzas marchitando...

LAURA.

Basta, basta, Don Hernando :
De conoceros me pesa.
Estos papeles mirad, (Dáselos.)
Y obligaciones cumplid;
Que aunque es confusión Madrid,
Tiene mucha claridad
Su cielo, con que da luz
A engaños y deslealtades.
Empeños y voluntades,
Caballero y andaluz,
No son pleitos de acreedores
Que se dejan á herederos;
Basta que deban dineros
Y no paguen los señores,
Sin que deban la opinión
Engañada por sencilla.
En Málaga y en Sevilla
Será en su Contratación
Teneis vuestros intereses,
Y es bien los correspondais.
Si mereader no quebrais
Con Petronilas y Ineses,
Cuyas esperanzas secas,
Aunque aquí las cultiveis,
Se quejan de que las deis
Engaños por hipotecas.
Mirad que se cumple el plazo
Que á estas deudas corresponde,
Y que está en Madrid un Conde
Que es mi primo y es Galeazo,
Y llevará mal el veros
Aqui desluciendo oficios;
Que dicen mal artificios
Que suelen dejar dineros.
Escoged entre las dos
La mas hermosa, y salid
De esta huerta y de Madrid,
O haréis yo salir. Adios.

(Vase.)

ESCENA III.

DON HERNANDO.

¿Qué es esto, Laura? ¿Qué es esto,
Condesa, señora mía?
¿El pesar del alegría
Tan cerca, cielos, tan presto!
Mas quien su esperanza ha puesto
En yerbas que no dan fruto,
¿Qué mucho cobre tributo
En flor que fácil se pierde,
Viva á la mañana y verde,
Muerta á la noche y con luto?
¿Qué Ineses, si ya casada
La que adoré me dejó?
¿Qué Petronilas, si yo,
Laura, el alma os tengo dada?
Díome en Sevilla posada
Mi prima; mas si no vi
Su hija ¿en qué la ofendí?
¿Es la voluntad moneda
Con que paga el que se hospeda
Regalos? Diréis que sí.
Mios los papeles sou,

Con que Laura me lastima.
Escribiólos á mi prima
No mi amor, mi obligacion.
Rigurosa ejecucion,
¿En palabras haceis prenda?
Trueque amor, contrate y venda
Si al interes se avasalla;
Mas no me obligue á compralla,
Ausente y sin ver, la hacienda.
¿Quién os pudo á Laura dar,
Papeles, mis enemigos?
¿Quién en la corte testigos
Os hizo de mi pesar?
Celos por averiguar
Infiernos son, que no celos :
O moriré, ó sacarélos
En limpio y sabré mis daños :
Que mas valen desengaños,
Que morir entre recelos.
(Quiere irse, y le detiene Doña Petro-
nila al salir.)

ESCENA IV.

DOÑA PETRONILA, de hombre.—DON HERNANDO.

DOÑA PETRONILA.

Don Hernando, cierta dama
Que en casa del Conde vive,
Y este papel os escribe,
Sobrina vuestra se llama.
(Dale un papel.)

No sé yo cómo ha sabido
Que aquí vivis disfrazado :
Amor, que es todo envidado,
Vuestro fiscal habrá sido.
Velda; que corre su honor
Riesgo agora manifiesto,
Y por lo que os toca en esto,
Debeis hacerla favor.
La calle de la Gorguera,
Enfrente San Sebastian,
Buscad; que en ella os dirán
Su casa, y ved que os espera;
Pues si, como dice, es
Sobrina vuestra, y no vais,
Aunque Cortés os llamas,
No os tendrémos por cortés.

(Vase.)

ESCENA V.

DON HERNANDO.

Alto, á ejecutar papeles
Que á su madre la escribí,
Mis penas la traen aquí,
Ya con celos mas crueles.
Habrále á Laura vendido
Quimeras y obligaciones,
Que en sus imaginaciones
Engendran desden y olvido.
Mas ; á Madrid de Sevilla
Una mujer principal,
Sin verme, haciendo caudal
Solamente de escribilla !
¿Y en casa del Conde ! ¿Cielos !
¿Tan presto se han conocido?
Pero si el Conde ha sabido
Mi disfraz, y tiene celos,
No es mucho, amor, que procure
Que mi esperanza destruyan;
Que en viéndose se conocen
Los celosos y talones.
Sepamos qué determina
De mí, ó qué puede querirme
Quien me ejecuta sin verme.
¿Válgate Dios por sobrina !
(Lee.) La tempestad y inlemencia
Del cielo, en la patria mia
Hacienda y madre en un día
Me quitó, no la paciencia.
Solo tengo por herencia
Palabras que por escrito

*En vuestra sangre acredito;
Mas podréisme responder
Que del decir al hacer,
Don Hernando, hay infinito.
No os quiero yo limitar
Gustos que hacen disfrazaros;
Solo con veros y hablaros
Penas pretendo aliviar.
Mucho tenemos que hablar,
Y mucho mas de vos fio.
Duélnos el destierro mio;
Y vedme, que es importante,
Si no quereis como amante,
A lo ménos como tio.
¡Bien mi dicha se restaura
Con sobrina sin hacienda,
Que desterrada pretenda
Hacer competencia á Laura!
¡Y bien á su amor me obliga,
Solicitando rigores
De quien esperanzas flores
Con menosprecio castiga!
Con Laura me ha descompuesto,
Doña Petrouila, en fin;
Su desden secó el jardín
Que mi amor habia dispuesto.
Bien podré satisfacerla,
Aunque renuncie disfraces
(Que celos paran en paces),
Y mas haciendo que á verla
Vaya su competidora;
Mas ¿cómo podré despues,
Celosa de Doña Ines,
Siempre mi perseguidora,
Desmentir tantas sospechas?
¡O cómo pudo saber
Mi Laura desta mujer,
Y de memorias deshechas
Fabricar enojos tales?
Mas tambien habrá venido
A Madrid, porque el sentido
Me quiten juntos mis males.
Dejemos trasformaciones
Que tan mal se me han logrado,
Y ya mi amor declarado
Aliente sus pretensiones.
Veamos esta sobrina
Que solicita mis daños;
Pagaréla en desengaños
El mal que á hacerme se inclina,
Y á Laura reduciré
A que averiguando enojos,
Vuelva mi paz á sus ojos;
Que si me ama, bien podré.
A Mansilla buscar quiero
Para mudar de vestido. —
Esta vez no habeis salido,
Amor, diestro jardinero.*

Campo con vista exterior de la huerta, fuentes y un lavadero.

ESCENA VI.

TOMASA, de labradora, rebozada con la toca; MANSILLA.

TOMASA.

Déjeme lavar mi ropa,
Le digo, y hágase allá.

MANSILLA.

Vuelve la fachada acá,
Y no mires por la popa;
Advierte que me destilas
El alma y el corazón.
¡Bien haya quien el jabon
Hizo, y inventó las pilas!
Bendito sea el regidor,
Que entre floridos matices
Condujo jabonatices
Para que se lave amor!
Ni sus salas ni planteles,

Cuadros, estatuas, pinturas,
Grutescos, arquitecturas,
Rejas, halcones, cancelos,
Se igualan á la invencion
Que en tanta pila dilata
Brazos fregonas de plata
Entre niufas de vellon.
¡No me hiciera á mi poeta
El Dios rubio, todo cara!
Panegiricos cantara
A la invencion arquiteta
De Juan Fernandez, que aquí
Refugio de mantellinas (1),
Labró pilas cristalinas.
Vive Dios, que cuando vi
Gorronas en letania,
Pilonos en procesion,
Sudando espuma el jabon
Entre sucia traperia,
Que á fuer de disciplinantes,
Con los golpazos que daban,
La pobre ropa llagaban,
Y á ti entre tus semejantes
Cerniendo jabonaduras,
Y amasando camisones,
Que dije: «Si aquí te pones,
Amor, no andarás á oscuras;
Que dando ojos por despojos,
Aquí, por lavar aprisa,
La mas flamante camisa
Sale, rota, un árgos de ojos.»
Ea, destapa la boca,
Brilladora lavatriz;
No se atreva á la nariz
La descomedida toca:
Mira que me estás torciendo
El alma como pañal.

TOMASA.

No lo sabe decir mal
El lacayazo.

MANSILLA.

Ya entiendo:
Turron quieres.

TOMASA.

El picaño
Debe soñarse en la aldea,
Huésped de una chimenea,
Y adúltero de un escaño.

MANSILLA.

¡Zape! Astróloga acusanta,
¿Quién de escaños te informó?
Que si la espetera no,
Por Dios que cres nigromanta.
¿Quién el soplo vivo fué
Deste caso?

TOMASA.

La noticia
Que tiene del la justicia,
A quien aviso daré
De que siendo un ganapan,
Con alquilados vestidos
Y cuentos no sucedidos,
Se vende por capitán,
Y labradoras engaña
Con plumitas y sombrero.
Todo se sabe, chancero:
Parientes tengo en Ocaña.
Tras el vino con su padre
La del escaño; y en otro
Cantará, que llaman potro,
A las tres anades madre
(Si nones decir espera)
El que de una cuchillada
Sabe dar tal cabezada,
Que hilvana toda una hilera.
Pues, míreme aquesta cara.

(Destápase.)

MANSILLA.

¡Tomasita del alma mía!
¿Tú en Madrid?

(1) Lo mismo que fregonas: criadillas.

TOMASA.

¿Pues qué queria?
¿Que la ginetá aguardara,
Que en almohaza ha trocado?
Aquí en busca suya estoy.

MANSILLA.

Los brazos y alma te doy.
¿Quién tan presto te ha enseñado
A hablar sacudidamente?

TOMASA.

Pues yo ¿cuándo muda he sido?

MANSILLA.

Mujer muda no la ha habido;
Mas labradora inocente
¡En Madrid (2) deja su casa,
Y fullera jaboniza!

TOMASA.

Ansí el amor se desliza.
Quedando cual vió, Tomasita,
Y sabiendo padre el caso,
¿Qué tenia que esperar?
Sirvo en aqueste lugar
A una dama, toda raso,
Y no ha de verme mi aldea
Mientras que no desengañeo...

MANSILLA.

Querrás decir al escaño,
Y madrina chimenea.

TOMASA.

Que vuelvo con mi marido.

MANSILLA.

Si quieres, presto será.
¿Dónde vives?

TOMASA.

Cerca está,
Aunque el sitio es escondido.
Yo me le sabré buscar
Cuando le haya menester;
Que agora no puede ser.

MANSILLA.

¿Pues porqué?

TOMASA.

Es nunca acabar.
No me ronde lavanderas,
Ni pilas atisbe, ¿entiende?
Si es que anohecer pretende
Con las costillas enteras;
Sino por aquí se esté;
Sabrá despues lo que pasa.

MANSILLA.

¿Qué garatusas, Tomasita,
Son estas?

TOMASA.

Se las diré
Cuando importe.

ESCENA VII.

UN CRIADO. — TOMASA, MANSILLA.

CRÍADO.

Don Hernando
En la posada os espera.

MANSILLA.

¿Tenemos nueva quimera?

CRÍADO.

Sayales va renunciando,
Y viste á lo caballero.

MANSILLA.

Celuchos deben de ser. (A Tomasita.)
¿Me vendrás mañana á ver?

TOMASA.

A las dos.

MANSILLA.

Mucho te quiero;
Pero viendo que tu casa
Me ocultas, celos me das.
Niña, en un lugar estás

(2) Por Madrid.

Donde por todo se pasa ;
No pase todo por tí.

TOMASA.

Mi por él, dándome enojos.
Ponga dieta en los ojos,
O acordarse de mí.

(Vase.)

Habitación del Conde.

ESCENA VIII.

DOÑA PETRONILA, *de mujer y tapada
con el manto*; EL CONDE.

DOÑA PETRONILA.

Ya sabrá Vuesñoría
Quién soy.

CONDE.

Aunque no me atrevo
A pedir que os descubrais,
En fe que no lo merezo,
Ya, mi señora, me ha dicho
Obligaciones y empleos
Don Gomez, que me aseguran
De competencias y celos.
Sé que Doña Petronila
Sois, con prendas de por medio
Que obligan á que os adore
Quien os confiesa por dueño.
Pidióme que os aguardase
Aquí; que como le tengo
Por tan mi amigo, se ocupa
En dar traza á mis remedios.
Si por serlo suyo yo,
Agora obligaros puedo
A que despojando estorbos,
Ya que os hablo, pueda veros.
La misma seguridad
Y llaneza en mí os ofrezco,
Que en Don Gomez, vuestro amante;
Pero si no gustais desto,
No pretendo yo enojaros.

DOÑA PETRONILA.

Vuestro término discreto,
Mas tiene fuerza de leyes,
Conde ilustre, que de rugos;
Mas hoy no puedo servirlos:
Deslucen mucho desvelos,
Y causámelos Don Gomez.
Con tantos divertimientos
Desacreditó su gusto;
Y si el rostro agora os muestro,
Juzgaréisele estragado;
Que no vengo de provecho.
Otro día os serviré.

CONDE.

Yo, mi señora, os prometo
Que si por la muestra saco
Lo que me encubre ese velo,
Que á Don Gomez tengo envidia,
Porque el donaire y despejo,
La discrecion y el agrado
Que apoyan lo que no veo,
Es tal....

DOÑA PETRONILA.

Basta, señor Conde.
(Muestra una mano sin guante.)

CONDE.

Esa mano que respeto
Por lo grave y por lo hermoso,
Proporcionado instrumento
De la cara que adivino,
Asegura los recelos
Que fingis, porque el criado
Nunca se aventaja al dueño.
¡Había naturaleza,
Sabia siempre en sus efectos,
De deshermanar la cara
De tan bella mano y cuerpo?
No, señora, no es posible.
Perdonadme si os desmiento,

Que un mentis en tales casos,
Servicio es mas que desprecio.

DOÑA PETRONILA.

Yo le estimo por favor,
Y ¡ojalá me hiciera el cielo
Como vos me imagináis,
Píncel vuestro pensamiento!
Competiera mas segura
Con la Condesa, á quien temo
Las ventajas que la envidio,
Y gracias que la concedo.
Solo en la desigualdad
De su amor culpárla puedo;
Pues condesas y estudiantes
Desproporcionan sujetos.
¿Cuánto mejor le estuvieran,
Á no pintarse amor ciego,
Las prendas que en vos ignora
Conde, galán y su deudo?
Las mujeres, en fin, somos
Esfera de los defectos;
Como tales elegimos
Gustos, no merecimientos.
¡Plegue á Dios que mienta yo
Y que Don Gomez, tercero,
Tan cerca de los peligros,
No venga á anegarse en ellos!

CONDE.

En esa parte, señora,
Perdonadme; que le precio
Mas que vos, pues del confío
Lo que en vos dudoso veo.

DOÑA PETRONILA.

Estoy celosa.

CONDE.

Yo y todo;

Mas hay dos suertes de celos,
Unos nobles y otros no;
Y si de Laura los tengo,
En Don Gomez los alivio.
Español y caballero,
Sábio por la profesion,
Y por la experiencia cuerdo,
Ni faltará á mi amistad,
Ni despreciará el empeño
Con que amor os eslabona,
De los dos hermoso enjerto.

DOÑA PETRONILA.

¿Luego dijós...?

CONDE.

Ya me ha dicho

Que es bisagra un ángel tierno
De vuestras dos voluntades;
Que entre él y mí no hay secretos.

ESCENA IX.

ROBERTO.—DOÑA PETRONILA, EL

CONDE.

ROBERTO. (Ap. al Conde.)

Vargas me envía á avisar
A Vuesñoría que luego
Se llegue á la huerta dicha
De Juan Fernandez; que el pleito
Salió ya en favor de Laura,
Y hay muchas cosas de nuevo
Que en el de Vuesñoría
Nuestro Don Gomez ha hecho.

CONDE.

¡Válgame Dios!—Perdonadme.
Señora, si agora os dejo;
Que en vuestra casa quedais,
Mientras con Don Gomez vuelvo.

DOÑA PETRONILA.

Ruego á Dios, Conde y señor,
Que de un próspero suceso
Vengan á pedirme albricias,
Por la parte que en él tengo.

CONDE.

Adios.

DOÑA PETRONILA.

Señor, advertid
Que aguardo.

CONDE.

Luego volvemos
Don Gomez y yo. Quedaos
Con esta dama, Roberto.

(Vase.)

ESCENA X.

DOÑA PETRONILA, ROBERTO.

DOÑA PETRONILA.

Hacedme merced, hidalgo,
De llamarme un caballero,
Que es mi tío, y en mí busca
Llegará, á lo que sospecho
(Si no ha llegado), á esta casa.

ROBERTO.

Que me place.

DOÑA PETRONILA.

Y en viniendo,

No dejéis entrar á nadie;
Que importa hablarle en secreto.

ROBERTO.

En todo seréis servida. (Vase.)

DOÑA PETRONILA.

Amor siempre invencionero,
Quimeras todo y embustes,
¿Qué fin han de tener estos?
(Descúbrense.)

ESCENA XI.

ROBERTO; DON HERNANDO, *de rua,
con hábito de Santiago*.—DOÑA PE-
TRONILA.

ROBERTO. (A la puerta.)

Aquí está vuestra sobrina:
Entrad, y seré portero,
Porque así me lo ha mandado
La misma. (Vase.)

DON HERNANDO.

Guárdeos el cielo.

DOÑA PETRONILA.

Don Hernando de mis ojos!
Pues he merecido veros,
Ya podré olvidar trabajos
Que ocasionan mi destierro.
Aguardando estaba un coche
(Como veis, el manto puesto),
Dudosa de que bastasen
Papeles y parentescos
A sacaros de hortelano;
Y á no venir, os prometo
Que pensaba ir en persona,
Tío, á haceros un mal tercio.
Habladme, dadme esos brazos;
Que por amantes y deudos,
Bien los puedo merecer
En albricias de que os veo.—
Parece que os extrañais
De hablarme.

DON HERNANDO.

Fuera yo necio,
Si en tantas admiraciones
No me asombrara suspenso.
Vuestra hermosura y agrado
Me enmudece, lo primero,
Quejoso de que mi prima
Tanto bien me haya encubierto.
Lo segundo, el ver que aquí
Mujer de tantos respetos
Y nobleza como vos,
Se atreva desde tan lejos
A ejecutar cortesías,
Que parando en cumplimientos,
Fuera fácil descartarlos,
A no cautivar me el veros.
Lo tercero, de que estéis,

No huésped, pero dueño
 Desta casa, donde vive
 Un conde, y ese extranjero,
 De ayer venido. Lo cuarto,
 Que me conozcáis tan presto,
 Sin haberme visto nunca.
 Pudiera alegar, tras esto,
 Agravios no merecidos
 Con que me habeis descompuesto
 Con Laura, de cuyo amor
 Solos ya desdenes medro;
 Además (si no me engaño)
 De que en vos la imagen veo
 De un Don Gomez que me trujo
 Esta tarde un papel vuestro.
 Ved si hay causas de admirarme.

DOÑA PETRONILA.

Un algo nos parecemos
 Ese paje y yo, es verdad;
 Mas eso, Hernando, no es nuevo.
 Murió en Sevilla mi madre
 En el rigor deste invierno,
 A manos de aquel diluvio
 Que tantos pobres ha hecho.
 Habíame prometido,
 Enseñándome los pliegos
 Que de Italia y desta corte
 La enviastes, que en honestos
 Lazos de amor os tendría
 Brevemente por mi dueño;
 Y deseábalo mucho,
 Obligándos hasta en esto.
 Estaba yo... (perdonadme
 Si declaro pensamientos
 Que la vergüenza hasta agora
 Tuvo ocultos en mi pecho)
 Estaba yo enamorada
 Desde que una noche os vieron
 Curiosidades prohibidas
 Que engendraron mis deseos
 (Puesto que á puerta cerrada)
 Por permisiones que el tiempo
 Supo abrir en sus molduras;
 Que aun en ellas hay cohechos.
 Como os partistes á Italia
 Aquella tarde sin vernos,
 Y amor con la privación
 Es lo mismo que con celos,
 Cuanto mas dificultoso
 Os consideré, dió aliento
 A centellas, que imposibles,
 No pararon hasta incendios.
 Sin vos, sin mí y sin mi madre,
 Vine en vuestro seguimiento
 Por lo mas, ya que perdi
 La hacienda, que fué lo ménos.
 Quiero decir, por el alma;
 Que ya que mis bienes pierdo,
 Aunque en ella halle mis males,
 Busca su consorte el cuerpo.
 No faltaron en Madrid
 Argos, Hernando, que os vieron
 Cohechar jardines y flores,
 Y al Conde noticia dieron
 De malicias, ya verdades,
 Que averiguando los celos,
 Para desmentir peligros,
 Pararon en embelecados.
 Apéose en mi posada
 El dicho Conde, y pudieron
 Segun él finge, obligarle
 Mis ojos, que él llama celos,
 A divertirse de Laura;
 Y esto, Hernando, en tanto extremo,
 Que informado de quién soy,
 En saliendo con un pleito
 Que importante aquí litiga,
 Con licitos himeneos
 Me ofrece en Italia Estados
 Y en España pensamientos.
 Puso casa, y en un cuarto
 Bella dándome aposento,

Si amante me solicita,
 Me hora como caballero.
 Para burlarse de Laura,
 Hizo al paje mas grosero
 Que la viese, falso Conde:
 Ya os hallasteis al suceso.
 Tío, mi padre me escribe
 Que con mas de cien mil pesos
 Viene á cubrir de diamantes
 La cruz que os adorna el pecho
 Si pagais obligaciones,
 Cuando un Conde menosprecio,
 Y con el nombre de esposo
 Gustais realzar el de deudo,
 Dejad pretensiones vanas;
 Porque os afirmo por cierto
 Que Don Gomez, ese mozo,
 A quien dicen me parezo,
 Tiene en Laura tanta parte
 (Pues yo os lo afirmo, creeldo)
 Que hay quien ha visto que pasa
 De los limites honestos.
 Dijele cuánto os quería:
 Ofreció ser mi tercero;
 Díome de sus dichas parte;
 Y para aliviar sus celos,
 Vuestras cartas me pidió,
 Que á la Condesa pudieran
 Persuadir á los engaños
 Que lloran vuestros desvelos.
 Como en que Laura os olvide
 Tanto, mi Hernando, intereso,
 También yo le solicitado
 Con ella sus menosprecios.
 Obligaciones de tío,
 Promesas de caballero,
 Correspondencias de amante,
 Resoluciones de cuerdo,
 Os intimo; si admitis
 La voluntad que os ofrezco,
 Ni yo lloraré desgracias,
 Ni vos sentireis desprecios.

DON HERNANDO.

Ahora, sobrina, estas cosas
 Piden dilacion al tiempo,
 Informacion á la fama,
 Y á la prudencia consejo:
 Tratarémoslas despacio.
 Yo vendré á la noche á veros:
 Quedaos con Dios. (Ap. Muerto vos
 De agravios, de amor y celos.) (Vase.)

DOÑA PETRONILA.

Esto lleva ya camino. (Cúbrese.)

ESCENA XII.

ROBERTO.—DOÑA PETRONILA.

ROBERTO.

Ya se fué aquel caballero.

DOÑA PETRONILA.

Y el Conde se tarda mucho.
 Yo tengo la casa lejos.
 Sepa si volvió la silla
 Por mí.

ROBERTO.

Con un escudero,
 Pienso que os espera abajo.

DOÑA PETRONILA.

Pues diga el señor Roberto
 Al Conde que me perdone;
 Que mañana le prometo
 Volverle á besar las manos;
 Y á Don Gomez que le debo
 El cuidado con que estuvo
 Aguardándome al encuentro
 Para acompañarme, que es
 Puntualísimo en extremo.

(Vase.)

Sale en la casa de la huerta.

ESCENA XIII.

TOMASA, con manto y de dama, muy bizarra; LAURA, en cuerpo.

TOMASA.

Favorece Vnexcelencia
 Mi humildad como quien es.

LAURA.

Vos, señora Doña lues,
 En discrecion y en presencia
 Mereceis que Don Hernando
 Os adore; y para mí,
 Quien de vos se olvida así,
 Otras bellezas buscando,
 Estragado tiene el gusto.

TOMASA.

Aunque peca de inconstante,
 Es Hernando vuestro amante,
 Y viéndos, no fuera justo
 Que de amor no mejorara;
 Pues siendo Conde con vos,
 Correspondidos los dos,
 No es mucho que me olvidara.
 Salistes con la sentencia,
 Que goceis por muchos años;
 Sacáronme mis engaños
 De Málaga; y la inocencia,
 Que en las de mi profesion
 Se funda en recogimiento,
 Podrá servir de escarmiento
 Si no de satisfaccion,
 A quien como yo se deja
 De palabras engañar.

LAURA.

Don Gomez me vino á dar
 Cuenta de la justa queja
 Que Don Hernando Cortés
 Os causa; y tengo noticia
 Que su amor, todo malicia,
 Ha alcanzado, Doña lues,
 De vos, lo que no se puede
 Restaurar no siendo esposo
 Vuestro.

TOMASA.

El amor engañoso
 Lo que no cumple concede
 A costa de mi vergüenza,
 Confieso lo que decís.

LAURA.

Si ese derecho adquirís,
 La razon, Doña lues, venza;
 Que yo no he de ser mujer
 De quien ya para con Dios
 Está casado con vos:
 Ya de mí no hay que temer.
 Galeazo Malatesta,
 Aunque oculto á verme vino,
 Engaños cuerdo previno
 De quien ya mi amor molesta.
 Es mi primo, y pues salí
 En el pleito vencedora,
 Dándole la mano agora
 Verá que hay valor en mí
 Para pleitear estados,
 Y amor para restaurar
 Pérdidas que han de premiar
 Sus amorosos cuidados.

TOMASA.

Sois vitoriosa y amante.

LAURA.

De mí, lues, estad segura;
 Pero no de otra hermosura,
 Con la vuestra litigante,
 Que en Sevilla se dejó
 Engañar cual vos, y agora,
 En Madrid competidora,
 Lo tres cartas alegó
 Palabras que recopila,

Y os ha de dar bien que hacer
Por ellas. Es la mujer
Cierta Doña Petronila,
Su sobrina, y sevillana.

TOMASA.

Siendo primero acreedor
En esas deudas mi amor,
La justicia tengo llana;
Y un testigo de dos años
Que traigo á Madrid coumigo...

LAURA.

Ese es parte y es testigo
Que sacará á luz engaños.
¿Es posible que se atreva
Quien así se ve obligado,
Al cielo?

TOMASA.

Un enamorado
Tras sí los sertidos lleva.
Bien le pueden disculpar
Hermosura, amor y ausencia.

ESCENA XIV.

UN CRIADO. — LAURA, TOMASA.

CRÍADO.

Una dama á Vuexcelencia
Plácemes le viene á dar
Del pleito con que ha salido.

LAURA.

¿Quién es?

CRÍADO.

Dice que se llama

Doña Petronila.

LAURA.

Dama

De vuestro ofensor ha sido:
Mirad si os dije verdad.
¿Queréis verla?

TOMASA.

No, señora;

Que siendo mi opositora,
Perderé á la autoridad
Que merece Vuexcelencia
El respeto, y no es razon
Dar á enojos ocasion.
Irme quiero.

LAURA.

Esa es prudencia.

Mirad que habemos de ser
Muy amigas desde hoy.

TOMASA.

Bésos las manos. Yo soy
Vuestra esclava.

(Vanse Tomasa y el criado.)

LAURA.

Esta mujer
He visto yo no sé dónde:
Paréceme que jurara
Que se retrató en su cara
La del mentiroso Conde.

ESCENA XV.

DOÑA PETRONILA, cubierta la cara.

— LAURA.

DOÑA PETRONILA.

Don Gomez, señora mía,
A quien le debe mi honor
La confidencia y favor
Que del mi esperanza fia.
Me mandó que á visitáros
A instancia suya viniese.
Y parabienes os diese
De que ya pueda llamaros
Condesa suya Valencia.
Goce con su posesion,
Digna de tal perfeccion,
Otras muchas Vuexcelencia,
Y téngame á mi por suya.

LAURA.

Cuenta Don Gomez me ha dado
De quién sois y dei cuidado
Que os trujo á Madrid: arguya
De vuestra belleza agora
Mi vista la ingratitud
De una loca juventud
Que os ha olvidado. Señora,
Apartad del rostro el manto.

DOÑA PETRONILA.

Serviros es mi desco. (Descúbrese.)

LAURA.

¡Jesus! ¿Qué es esto que veo?

DOÑA PETRONILA.

No me admira vuestro espanto;
Que somos muy parecidos
Don Gomez y yo.

LAURA.

No sé

Si viéndos, crédito dé
A mi engaño ó mis sentidos.
Admiro tal semejanza.

DOÑA PETRONILA.

Como esa es causa de amor,
Solicité su favor,
Y vive en él mi esperanza.
Quiso Dios que se apease
En la posada en que moro,
Y el menosprecio que lloro
Mis desdichas le contase;
Y dellas compadecido
Don Gomez, me prometió
Socorros que ya cumplió;
Pues segun del he sabido,
Ya Don Hernando Cortés
No podrá lograr en vos
Los engaños que á otras dos
Ha hecho.

LAURA.

Una Doña Inés,
De Málaga, puede haceros
Contradiccion; que de mi
No hay recelos desde aquí,
Que os den causa de ofenderos.
Libreme Dios de tal hombre.

DOÑA PETRONILA.

Ya yo sé que esa mujer
Está tarde os vino á ver;
Mas no hay porque eso me asombre;
Que todos son fingimientos.

LAURA.

Por cierto, si cual la cara,
Vuestro derecho os ampara,
Que tenéis merecimientos
Dignos de que Don Hernando
Mas que á todas os estime.

DOÑA PETRONILA.

Vuestra hermosura reprime
Memorias que estoy llorando;
Puesto que como os adora
Don Gomez... (el Conde digo;
Que declarado conmigo,
De todo soy sabidora)
No tengo que temer daños,
Aunque sí merecimientos,
Pues os darán escarmientos
Consejos en desengaños.
¡Dichoso, si ha de ser dueño
Don Gomez, desa beldad!

LAURA.

Vivid con seguridad
De que el amor que le cuseño,
No es fingido.

DOÑA PETRONILA.

Sois tan sabia
Como hermosa en elegir
Tal sugeto.

LAURA.

Seos decir

Que el ingrato que os agravia
Aunque se llama Cortés,
Desdice de su apellido,
Pues que con vos no lo ha sido.
Libreos Dios de Doña Inés,
Que por la similitud
Que con Don Gomez teneis,
Deseo mucho que troqueis
En amor su ingratitud.

DOÑA PETRONILA.

No me hagais vos competencia,
Que en lo demas no hay temor
Que desespere mi amor.

ESCENA XVI.

UN CRIADO. — LAURA, DOÑA PETRONILA.

CRÍADO.

A hablar á vuestra Excelencia
Entra un caballero.

DOÑA PETRONILA.

Dadme

Licencia...

LAURA.

Con que volvais

A verme.

DOÑA PETRONILA.

¿Deso dudais?

LAURA.

Petronila, visitadme;
Que os quiero mucho.

DOÑA PETRONILA.

Será

No por lo que yo merezco,
Mas por lo que me parezco
Al Conde que pena os da.

LAURA.

Mucho merecéis por vos;
Mucho por él os estimo.

DOÑA PETRONILA.

Sois su dama, es vuestro primo,
Y yo vuestra esclava. Adios.
(Vanse Doña Petronila y el criado.)

ESCENA XVII.

EL CONDE. — LAURA.

CONDE.

Ya que en el pleito vencistes
Instantemente, hermosa Laura,
Y con Valencia perdi
La libertad, vuestra esclava;
Puesto que agora pudiera
Dar á mis celos venganza,
Apoyando desposorios
De quien amais engañada:
Mi noble amor no consiente
Que cuando os volvais á Italia
Lleveis menos la opinion
Que tarde el tiempo restaura.
El jardinero fingido
Que aquí cultivó esperanzas,
Cogiendo el fruto en desdenes,
Que lastiman, si no matan,
Cuenta me ha dado de todo
Lo que con Don Gomez pasa;
El amor que le teneis;
Y, de vos misma olvidada,
Las sospechas con que queda
Ofendida vuestra fama;
Que ya estas fuentes murmuran
Lo que estos jardines callan.
Y aunque Don Hernando es noble,
No creyera sus palabras,
Porque ya yo sé que celos
Mentiras y enredos tratan,
Si el mismo ingrato Don Gomez,

Que aposentado en mi casa,
Y, amigo falso, en mi pecho,
Ocasiona estas marañas,
En vez de terciar mis dichas,
Reducirme á vuestra gracia,
Y cumplir palabras suyas,
Todo engaños, todo caras,
Conmigo y con vos traidor,
Cuando mas linge que os ama,
Mas vuestra opinion dosadora,
Mas vuestra afrenta amenaza.
El me contó los sucesos
De Alcalá, donde hospedada,
Os lisonjeó atrevido
La noche que, á ser vos sabia,
Os pudieran persuadir
Sutilezas de sotanas
A estudiantes embelecos,
Y mentiras graduadas.
Por órden vuestra se encubre,
Mudando en Madrid posadas;
Y en vez de cursar escuelas,
Cursa aquí materias falsas.
Yo, Laura, soy vuestro primo;
Yo el Conde soy, que de Italia
A perder paciencia y pleitos,
Me trasladó amor á España.
Paje es el Conde fingido
De Don Gomez, que disfraza
Para asegurar con vos
Su amor y estorbar mudanzas.
Persuadióme á estos enredos,
Diciendo que me importaba
Encubrirme de enemigos
Que antiguos enojos guardan.
Mirad, prima, lo que haceis;
Que Don Gomez tiene dama
En Madrid, que es madre ya,
Y que su esposa se llama.
Cierta Doña Petronila
Estuvo poco há en mi casa
Conmigo, de vos celosa,
Y á pedir determinada
A la Iglesia le compela
A que cumpliendo palabras
Ejecutadas en obras,
Tantas quimeras deshaga.
Por lo que á mi sangre debo;
Porque os adoro, aunque ingrata,
Y por descubrir traiciones
Que á luz desengaños sacan,
Os vengo á dar este aviso.
Desmentid sospechas falsas,
Y pagad merecimientos
De quien os tiene en el alma.

LAURA.

¿Qué Circes, qué Falerinas
Pretenden en esta casa
Mezclar hechizos en flores,
Que tanto embeleco enlazan?
Hombre, que no sé quién eres,
Puesto que Conde te llamas,
Aunque mi primo te finjas,
Si Don Hernando te paga
Mentiras que me propones,
En balde intentas lograrlas,
Cuando verdades desmienten
Avisos con que me abrasas.
Esa Doña Petronila
Agora de aquí se aparta,
De Don Hernando quejosa,
Burlador de su esperanza.
¿Por qué olvidos que le culpan,
Contra Don Gomez achacas,
Si ella misma se hace lenguas,
Pregonera en su alabanza?
¿Qué estudiantes? ¿qué Alcalá?
¿Qué lisonjas? ¿qué posadas?
¿Qué amor? ¿qué escuelas son estas
Que de juicio te sacan?
Ya yo sé quién es Don Gomez,
Por mas que me persuadas

A lo contrario; ya sé,
Por la firma de tres cartas,
Lo que Don Hernando debe
A hermosuras sevillanas,
Y á lises aborrecidas,
En su busca cortesanas;
Ya sé que el intruso Conde
Es su paje, y que se llama
Galeazo, y es mi primo
El Don Gomez que amenazas.
Véte, y dile á quien te envía
Cuán mal le salió la traza
Con que pensó darme celos,
O haré, cuando no te vayas,
Que tus traiciones castiguen.

CONDE.

¿Qué es esto, cielos? Mi Laura,
Mira que tu primo acy.
Permite que satisfaga...

LAURA.

¿Oh hábaro! ¿Yo tu prima?
¿Criados, hola!

ESCENA XVIII.

TOMASA, de conde. — LAURA, EL
CONDE.

TOMASA.

¿A quién llama,

Prima y señora, Selencia?
¿Quién la ha dado enojo?

LAURA.

Basta,

Arrimad, hermano, oficios
Que impropiamente os entallan,
Pues ya sabemos quién sois.

TOMASA.

¿Cómo! Pues yo ¿quién soy?

LAURA.

Vargas,

Paje del Conde.

TOMASA.

Selencia

Miente como una borracha;
Que yo Don Galeazo soy,
Y vine en una galeaza.

CONDE.

Vargas, dejemos las burlas;
Y pues fueron á mi instancia
Fingimientos sin provecho,
A mi prima desengaña,
Que niega que soy yo el Conde.

TOMASA.

Idos mucho enhoramala;
Que si dais en ser bufon,
No está el tiempo para gracias.
Conde he de ser, vive el cielo,
Desde Jetafe hasta Francia,
Y tan conde, que el mas conde
Con desmayos por mi vaya.

ESCENA XIX.

DONA PETRONILA, de hombre. — Di-
CHOS.

DOÑA PETRONILA.

Prima, ¿qué alboroto es este?

LAURA.

Don Gomez, nos enmarañan
Embelecos que no entiendo.
Este hombre que en vuestra casa
Teneis, ó el seso ha perdido,
O pretende que yo salga
Del nio. Dice que es él
Las quimeras que eslabona,
Mi primo, que viene á España
A pretender ser mi esposo,
Y que vos... Pero son tantas

Que unas á otras se embarazan
Pues ya sali con mi pleito,
Fingimientos se deshagan,
Y renunciando el Don Gomez,
Sepan que os adora Laura
Por Galeazo mi primo.

CONDE.

De mis sentidos me sacan.

¿Cielos! ¿Duermo? ¡Dí, traidor,
(A Doña Petronila.)

¿No me has dicho que estudiabas
En Alcalá, cuando viste
A mi prima, y que una dama
Que aquí tienes, con un hijo,
Es tu esposa, y que con Laura
Me habías de desposar?

DOÑA PETRONILA.

¿Jesus! ¿Las cosas que ensarta!
No os espanteis, prima mía;
Que de una enfermedad larga
Los lúcidos intervalos
Que habeis visto, le maltratan.

CONDE.

¿Oh villano! ¡Vive el cielo...!

ESCENA XX.

UN ALGUACIL. — DICHS.

ALGUACIL.

Que lleve preso me mandan
A Galeazo Malatesta,
Que vino á Madrid de Italia.
Vuexcelencia me perdone;
Que todo vendrá á ser nada,
Y por saber que es su primo,
Tendrá por carcel su casa.

LAURA.

Pues al Conde, ¿qué le imputan?

ALGUACIL.

Una muerte ocasionada
Por su padre allá en su tierra;
Mas todo en Madrid se acaba.
Díganme, ¿quién es el Conde?

(Al Conde.)

¿Sois vos, señor?

CONDE.

Quien se alaba
De serlo, y con tal blason
Primo le intitula Laura,
Es el que teneis presente.

(Señalando á Doña Petronila.)

DOÑA PETRONILA.

¿Yo conde? ¿Qué me faltaba?

Criado del Conde, si;

Que es este. (Señalando á Tomasa.)

TOMASA.

Si hay condes Vargas,
Vargas conde soy desde boy;
Mas si no, dejando chanzas,
Nací en Cabañas de Yépes,
Y no nacen en cabañas,
Aunque hay tanto conde agora.

ALGUACIL.

¿Oh! pues si negarlo tratan,
Vénganse todos tres presos.

TOMASA.

Señores, que soy Tomasa,
Mujer de Mansilla.

LAURA.

¿Quién?

CONDE.

¿Vos mujer?

TOMASA.

No sino el alba.

Y el Don Gomez, si le ojean
A los pies, manos y barbas,
¿Quién piensan que es? Petronila.

LA HUERTA DE JUAN FERNANDEZ.

¿Qué dices?
 LAURA.
 TOMASA.
 La Sevillana.
 LAURA.
 ¡Jesus! Don Gomez, ¿qué es esto?
 DOÑA PETRONILA.
 Verdades que si adelgazan,
 No quiebran.

TOMASA.
 Embustes míos
 Los vuestros desenmarañan.
 Don Hernando, salí aci...

ESCENA XXI.

DON HERNANDO.—DICHOS.

TOMASA. (Al alguacil.)
 Y arrimad vos esa vara;
 Que yo os di la comision,
 Y quiero residenciarla.
 Hernando, esta es la sobrina

Con cien mil pesos que en barras
 Tiene de dote, y cien mil
 Donaires para adorarla.
 Acábeuse las quimeras.

DON HERNANDO.
 Desde que el sol de su cara
 Miré, ganó su hermosura
 Desdenes que me asombraban.
 Vuestro soy.

DOÑA PETRONILA.
 ¡Gracias al cielo!

CONDE.
 Ya estaréis segura, Laura,
 De que soy el Conde yo.

LAURA.
 No será deudor quien paga.
 Con la mano desempeño
 Peregrinaciones y ansias
 Que habeis pasado por mí.

CONDE.
 Ya glorias podré llamarlas.

ESCENA XXII.

MANSILLA.—DICHOS.

MANSILLA. (Al salir.)
 No hay dar en todo hoy con ella.

TOMASA.
 ¡Mansilla!
 MANSILLA.
 ¡Jesus! Fantasmas,
 Ilusiones, ¿qué es aquesto?
 ¿Quién hizo Conde á Tomasa?

TOMASA.
 Amor y bellaquerías
 Que en Madrid y en huertas pasan,
 Tan célebres como es esta.

DON HERNANDO.
 Alto, reparen desgracias
 Bodas, y premios de amor,
 Mientras nuestra corte alaba
 La Huerta de Juan Fernandez,
 Y suple el senado faltas.

DEL ENEMIGO EL PRIMER CONSEJO.

PERSONAS.

ALFONSO.
ASCANIO.
SERAFINA.

FEDERICO.
LUCRECIA.

ARNESTO.
PORTILLO.

La escena es en Milan y extramuros.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio que ocupa el Emperador.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO y ASCANIO, *envainando las espadas.*

ALFONSO.

Vuelve á ocultar el acero
Mientras que pasa esa gente;
Que en lugar menos patente
Concluir, Ascanio, quiero
Dificultades de amor,
Que en tu competencia estriban.

ASCANIO.

De ordinario los que privan
Hacen deidad el favor
Que sus principes les dan;
Y en señal de su altivez
Pasan la raya tal vez
De la modestia.—Ya están
En su lugar las espadas,
Y la mia, te prometo
Que (en fe del nuevo respeto
Que á privanzas bien logradas,
En quien usa cuerdo dellas,
Debe el vasallo de ley,
Porque el gusto de su rey
Mira retratado en ellas)
No salga, aunque la provoques,
Segunda vez á ofenderte.
Téplate, Conde, y advierte
Que no porque el cielo toques
Del favor que el César te hace,
Es bien que desalumbado,
Con las alas de privado,
Si el sol learos deshae,
Te arrevas á quien te iguala,
Si no en dicha, en calidad.

ALFONSO.

No niego yo la igualdad
Que por noble te señala,
Ni al verme favorecido,
Atribuyas intereses
De venganzas, que cortesés
En mi privanza, han tenido
Hasta este punto encerrado
En el alma mi rigor;
Que á valerme del favor
Con que el César me ha premiado,
Con él te descompusiera,
De Milan te desterrara,
Los Estados te quitara,
Y su enojo te prendiera,
Sin necesitar agora
Desafíos, permitidos
Generalmente á ofendidos;
Pues tu discrecion no ignora
Que el privar suele poner
Freno á quien se le atrevió,
No con las armas cual yo,
Sino con las del poder.

ASCANIO.

Juntas, Don Alfonso, en una
Esas dos cosas opuestas,
Agravios me manifiestas
Con dichas de la fortuna
Que con el César alcanzas,
Y hacen tu esfuerzo mayor
Arrojos de tu valor,
Soberbias de tus privanzas.
Y como uno y otro abarca
La ciega pasion que tienes,
No miras que á reñir vienes
Con espada mas de marca.
Pero supuesto que yo
Ya me dispuse á envainarla,
Sin que intente desnudarla
Contra tí, porque te dió
Autoridad quien te nombra
Esfera de su secreto,
Y que en tí al César respeto
(Que en efecto eres su sombra),
Declárame la ocasion
Del enojo que te obliga
A que conmigo desdiga
Tu hasta aquí cuerda opinion:
Satisfaré tu recelo,
Guardando tu autoridad
Con lenguas de la amistad,
Mejor que con las del duelo.

ALFONSO.

Si quién eres ignorara,
Ascanio, ocasion tenia
De juzgar á cobardía
La lealtad que en tí es tan clara.
Mas no por ese respeto
Te procures evadir:
Que hemos los dos de reñir
En sitio mas solo y quieto,
Hasta que uno quede muerto,
Mientras el otro procura
La quietud que no asegura
Viviendo tú o yo; esto es cierto.
Y así para que no ignores
Quejas que en la voluntad
Engendran mi enemistad
Por gustos competidores,
Oye la justa razon
Con que me agravo, y advierte
Que menos que con tu muerte,
No admito satisfaccion.—
La condesa del Casal,
Si Serafina en el nombre,
Tambien en naturaleza
A tanto combate inmóvil,
Gonzaga en sangre, y mi prima
En duelo, aunque desconforme
En la aplicacion del alma
Que me olvida y que te escoge,
Quedó sin padres tan niña,
Que apenas dió al tiempo en flores
Esperanzas su hermosura,
Si para mí sinrazones,
Cuando en la ilustre tutela
De mi madre, viuda entonces,
Ensayando ingratitudes,
Dió el primer filo á rigores.

Criámonos los dos juntos,
Puesto que en la edad conformes,
Tan opuestos en las almas,
En gustos y inclinaciones,
Que cuanto yo apetecia,
Le daba en rostro: desórden
Bella por varia, que influyen
Celestes constelaciones.
Yo adorándola penaba
Los instantes que en la noche
De su ausencia padecía
Amorosas privaciones;
Y ella en viéndome presente,
Llorando sembraba en flores
Desdenes que ya gigantes,
Son de mi imposible montes.
Jamás en juegos pueriles
Pudieron años menores
Reconciliar amistades
Ni reciprocas acciones,
Hasta que aborrecimientos
Contraponiéndose á amores,
Pronosticaron desdichas
Que va mis males conocen.
Creció mi amor con desvíos,
Si hasta allí niño, ya jóven,
Y crecieron sentimientos
Mas fieros, cuanto mas hombres:
Parece que en Serafina
Los años y disfavores
Sobre apuesta se aumentaban
Al paso que mis temores.
Ya en el abril nuestra edad,
A su gusto humilde y dócil,
Buscaba con que obligarla:
Tal vez el corzo manchado;
De amorosos pajarillos,
En azafates de flores
Nidos la llevaba, ó cunas
De geminis ruiseñores;
Tal vez el corzo manchado;
Y tal discurriendo el monte,
La dí, por prenderla Venus,
Al homicida de Adónis.
Mil fiestas vesti de galas,
Mil galas cubrí de motes,
Mil motes cifraron quejas,
Y mil quejas dieron voces
Contra mil ingratitudes.
Que hallando piedad en bronce,
En ella solo sirvieron
De aumentar desprecios dobles.
Como es amor mercader,
Y si no le corresponden
Quiebra su caudal fallido
Y por lo mas flaco rompe
Rompió en mí por la salud.
¿Qué mucho? Valientes robles
Besan las rústicas plantas
De quien les duplica golpes.
Llegué á la muerte. ¡Ojalá,
Como perdí las colores,
Perdiera el último aliento,
Y ahorrara penas atroces,
Que aumentando de día en día
Agravios á indignaciones,

Para hacerse inexpugnables,
 Buscáu celos coadjutores.
 Vió mi madre mi peligro,
 Y adivinando de dónde
 Procedían los efectos
 De causas que el pecho esconde,
 Piadosas solicitudes
 Inventaron persuasiones,
 Encaminaron promesas,
 Ruegos, caricias y amores
 Con que obligar á mi ingrata
 A que añadiendo eslabones
 Al parentesco, aceptase
 El ser mi amada consorte.
 Propúsole de mi muerte
 Los infalibles temores,
 El malogro de mis años,
 Las muchas obligaciones
 De parienta, de pupila,
 De generosa, de noble,
 Y la crueldad que ganaba
 Con el cielo y con los hombres,
 Ocasionando mi muerte;
 Apoyando persuasiones
 Con lágrimas que ahlandarían
 A los tigres mas feroces.
 Oyó, si no enterrecida,
 Atenta, importunaciones
 Piadosas, no voluntarias;
 Pidió plazo, y resolvióse,
 Al parecer, á pagar
 Amantes ejecuciones;
 Mas cuando el alma no admite,
 ¿Qué importa que el cuerpo otorgue?
 Díome salud en albricias
 Este contento, y quítóle
 La suya á mi hermoso dueño:
 Yo convaleciente entónces
 Por ver mi amor admitido,
 Y ella enferma, con un golpe
 Nos dieron la vida y muerte
 Unas mismas ocasiones.
 Como al paso me aborrece,
 Que quiere mi amor la adore,
 Fué la causa mi esperanza
 De sus desesperaciones.
 Llegó al cabo, visitéla;
 Y ella, eclipsados los soles
 Perdición de mi quietud,
 Cuando de mis gustos norte,
 Gualda el jazmín y el clavel,
 Nublados los arboles,
 Los granates ya violetas,
 Y el rubio oriente ya noche,
 Viéndose á solas conmigo,
 Animada incorporóse
 En la cama, y tras un ay,
 Me dijo aquestas razones:
 «Don Alfonso de Gonzaga,
 El ordenado desórden
 De las estrellas distingue
 Las almas y inclinaciones.
 Si tuvieran las dos nuestras
 Influencias uniformes,
 Y la voluntad pagara
 Las deudas que os reconoce,
 Y el cielo imposibilita;
 El sér, que de un tronco noble
 En los dos nos da una sangre,
 Que generosa nos honre;
 La regalada tutela
 Que en esta casa da nombre
 Mas de madre que nutriz
 A quien mis años deudores
 Mi crianza le confiesan;
 Las partes que os anteponen
 A todos vuestros iguales,
 Cuando no á vuestros mayores;
 ¿Qué dichas no ocasionaran,
 A darme amor los blasones
 Que su yugo hacen felices,
 Que tu paz hacen conformes?

No quiso el cielo, no quieren
 Las opuestas condiciones
 Que en los dos se contrarian,
 Que suerte tan feliz goce.
 Alfonso, yo os aborrezco
 Mas que la luz (no os asombre)
 A las tinieblas eternas,
 La lealtad á las traiciones.
 ¿Qué importará que obligada
 El sí á vuestra madre otorgue
 De esposa vuestra, si al fin
 Es fuerza que se malogren
 Mis años, que no pudiendo
 Amaros, hijos corren
 En el abril de su curso
 Al mar que las vidas sorbe?
 Si sois verdadero amante,
 Antepondréis mis pasiones
 A las vuestras (¿quién lo duda?),
 Y sin sufrir que despoje
 La muerte, que espero cierta,
 Mi edad en flor, daréis orden
 De olvidarme, ó permitirme
 Que en piélagos no me engolfe,
 Imposibles de vencer;
 Porque ántes el primer móvil
 Dejará de arrebatar
 Tras sí los celestes orbes,
 Que yo quereros bien pueda.
 Esto haste, y esto sobre
 Para quien ama perfeto,
 O adquirirá fama torpe.»
 Dijo, y con un parasismo
 Peligroso, persuadióme
 A los repudios vitales
 Castigo del primer hombre.
 ¿Juzgad vos de qué manera
 Queda quien la sentencia oye
 Capital, y ve sin vida
 El alma de sus acciones!
 Sentí.... Pero esto se deje
 A amantes contemplaciones,
 Que cuanto mas las pondero,
 Se quedan mas inferiores.
 Volvió en sí desde allí á un rato,
 Y yo con pasos veloces,
 Con desengaños mortales,
 Con homicidas dolores,
 Sin hablarla y despedirme,
 En un caballo de monte
 Solo, aunque no de pesares,
 Cuando espiraba la noche,
 Salí de Milan, poblando
 De quejas y compasiones
 Los aires con mis suspiros,
 Con mis desdichas los bosques,
 Deseando ballar la muerte
 Que al infelice se esconde.
 Pasé á Alemania, y en ella
 Mudando el traje y el nombre,
 Servi al César Federico
 Que allanaba los cantones
 Del esguízaro rebelde,
 Tudesco y grison, adonde
 Con solamente una pica,
 Fueron desesperaciones
 Hazañas que me ganaron,
 Si no ventura, blasones.
 Obligado el César dellas,
 Generoso aficionóse
 A honrarme, y fuéme preñiando
 Desde los mas inferiores
 A los cargos mas sublimes,
 Hasta liarme en su corte
 El gobierno de su imperio,
 Consultas y provisiones.
 Como mi apellido y patria
 Nequé, y me llamo Don Lope
 De Haro, linaje ilustre
 Entre Martes españoles,
 No me conocí ninguno;
 Y así en Milan publicóse

Mi muerte por la codicia
 De intereses sucesores,
 Que causándola á mi madre,
 Estados y posesiones
 Dividieron avarientos,
 Perdieron disipadores.
 Era yo de Castellón
 Y Castelfredro conde,
 Que feudatario al Imperio,
 No pueden nuevos señores
 Poseerle, si del César
 Confirmados con el nombre
 Y investidura, primero
 Por dueño no le conocen.
 A esta causa Serafina,
 Que entre algunos pretensores
 Es la mas propinqua en sangre
 A mis estados, valióse
 De su acción delante el César;
 Y mediando intercesiones,
 Le suplica que en mi herencia
 La ampare y poseione.
 Supo ser yo su privanza,
 Y que solo por mi orden
 Se gobernaba el Imperio;
 Y buscando protectores,
 Sin conocerme, me ruega
 Que por su justicia torne,
 Y no permita, yo muerto,
 Que ambiciosos la despojen.
 Halléme heredado en vida,
 Rogado ofendido, y díome
 La ocasión á manos llenas
 Venganza en satisfacciones.
 Pero el amor siempre hidalgo,
 Que cree mas con rigores,
 Como Dios perdona injurias,
 Como rey reparte dones,
 Pudo mas que mis ofensas:
 Y burlando opositores,
 Del modo que ántes el alma,
 La rendí mis posesiones.
 Ya condesa, y yo por ella
 De favor y estados pobre,
 Con Don Alfonso cruel,
 Y amorosa con Don Lope,
 Me escribió agradecimientos,
 En cuyas cifras escondo
 Deseos que satisfagan
 Mis servicios acreedores.
 Correspondíonos la pluma,
 Y quedé á sus renglones
 Deudor, si no á sus palabras:
 Porque aumentando favores
 Y terciando medianeros,
 Federico al fin me escoge
 Por su esposo, y ella alegre
 Fiestas hace y lutos rompe.
 Bajó el César á Milan,
 Porque en ella se corone
 De la segunda diadema,
 Hasta que en Roma le adorne
 Con la tercera dorada
 El mayor de los pastores;
 Saliéndole á recibir
 Entre grandes y harones
 Serafina, que engañada,
 Al punto que me conoce,
 Alienta aborrecimientos
 Y repudia obligaciones,
 Por no cumplirme escrituras,
 Con frívolas evasiones.
 Jura malograr sus años
 Antes que esposó me nombre
 El César, que conociendo
 Quién soy, junta admiraciones
 A premios, con que la obligue,
 Y su rigor no provoque:
 Temores y ruegos mezcla;
 Mas ¿qué temor hay que importe
 Contra un natural rebelde
 Dispuesto á persecuciones?

Ascanio, yo sé que en vos
 Los ojos y el alma pone,
 Después que desengañada
 Mis servicios desconoce.
 Si de competencias libre,
 Fuéron causa sus rigores
 De voluntarios destierros,
 Cuando á segundarlos torne,
 ¡Juzgad vos cuál volverán
 Llevando martirios dobles
 Tormentos hasta aquí simples,
 Y ya con celos disformes!
 Vos premiado, yo ofendido,
 Y que mis años malogre
 Para mí Dafne cruel,
 Para vos tierna Leucótoe?
 No, Ascanio; ó muriendo yo
 Libre vuestra dicha goce
 Bellezas que no merezco,
 O muerto vos, desahoguen
 Celos un alma que espera
 Salir destas confusiones
 Mañana al amanecer,
 Si acudis (que siendo noble,
 Si haréis) á Valdearrayan,
 Donde no haya quien estorbe
 O la venganza á mis celos,
 O el triunfo á vuestros amores. (Vase.)

ESCENA II.

ASCANIO.

Yo no tengo voluntad
 A Serafina, si bien
 Conozco de su beldad,
 Que cuantos sus ojos ven,
 La rinden su libertad.
 Lucrecia es de mis desvelos
 Ocupacion peregrina:
 ¿Que importa que forme celos,
 Y se los dé Serafina
 A Alfonso, cuando los cielos
 Niegan la correspondencia,
 Que por oculta aversion
 La aparta de su presencia?
 Donde no hay inclinacion,
 No puede haber competencia.
 No inclinándose á su dama,
 Mal con él competir puedo;
 Si ella muestra que me ama,
 Y le aborrece, ¿en qué quedo
 Culpado yo, á qué me llama
 Al campo, ó sobre qué estriba
 Este enojo mal fundado?
 Mas la soberbia derriha
 La prudencia en el privado,
 Y Alfonso muestra que priva.
 Cuando en el campo me aguarde,
 Y hagan sus celos alarde
 De lo que en mí no es delito;
 Aunque con él no compito,
 Daré muestras de cobarde
 Si al sitio y plazo no acudo;
 Y en acudiendo, el favor
 Del César será su escudo;
 Mas cumpla con mi valor
 La fama que ofender pudo,
 Y castigue sinrazones
 La espada, que lengua fué
 Contra ciegas objeciones,
 Porque dé á las obras fe
 Quien no oye satisfacciones.
 (Quédase á un lado del salón, viendo
 venir al Emperador y á Serafina.)

ESCENA III.

FEDERICO, SERAFINA. — ASCANIO.

FEDERICO.

Si el ser yo su intercesor
 No basta para obligaros,
 Y podeis desempeñaros

De mi gusto y de su amor,
 Fuerza será, Serafina,
 Dar al derecho lugar,
 Con que Alfonso ha de tornar
 A su estado.

SERAFINA.

Ni él se inclina,
 Gran señor, á pretender
 Esposa que interesante
 No corresponda agradable
 A su amor, ni á mí el perder
 A Castellon. ¿Será justo
 Que contra mi voluntad
 Cautive la libertad,
 Si con ella pierdo el gusto?
 ¿Qué aprovechará el decirnos
 Que le amo, por no ofenderos
 Que grato intento teneros,
 Que el sí le doy por serviros,
 Si en muestras de sus enojos,
 Imposibles de sufrir,
 Veis mil veces desmentir
 En mí á la lengua los ojos?
 Quede sin hacienda yo,
 Y quede con libertad.

FEDERICO.

No os merece esa crueldad
 Quien su estado en vida os dió.

SERAFINA.

Confiesa el entendimiento
 Lo que rebelde resiste
 La voluntad, que consiste
 En el vario movimiento
 De los cielos, que dispuen
 Que al Conde no quiera bien.
 Yo misma culpo el desden
 Que mis dichas descomponen;
 Mas son de tal calidad,
 Que llevándome tras sí,
 Ni á él le puedo dar el sí,
 Ni de vuestra Majestad
 (Perdoue mi desvario)
 Cumplir el justo deseo.

FEDERICO.

Yo en las estrellas, no creo
 Que contra el libre albedrio
 Hay fuerza.

SERAFINA.

Esa verdad
 Ya es fe, que no es opinion;
 Mas causando inclinacion
 Sin forzar la voluntad,
 Me parece desatino
 Digno de cualquier error
 Cautivarme sin amor
 Al dueño á quien no me inclino.
 Alfonso su estado cobre,
 Y estime este desengaño;
 Que en mí será mayor daño
 Quedar cautiva que pobre;
 Y crea, pues desobligo
 Con tan libre claridad
 Así á vuestra Majestad,
 Que no puedo mas conmigo.

FEDERICO.

Quedáos con Dios; pero advierta
 Vuestro resuelto desden
 Que á mis agravios tambien
 Abrís, señora, la puerta;
 Y que ya vuestro rigor
 No solo al Conde provoca,
 Sino que en ofensas toca
 Que haceis al Emperador.
 Por el Conde intercedi;
 Mas si yo no os obligare,
 Quien con vos se desposare
 Me dará pesar á mí.

SERAFINA.

Gran señor...

FEDERICO.

Aquí estáis vos,

Ascanio?

ASCANIO.

Siempre me empleo
 En que os siga mi deseo
 Sirviéndos.

FEDERICO.

Quedáos los dos;
 Que pienso que así os obligo;
 Mas no sé yo quién se inclina
 A amar mas á Serafina,
 Que á ser, Ascanio, mi amigo. (Vase.)

ESCENA IV.

SERAFINA, ASCANIO.

ASCANIO.

A mí viene enderezado
 Este aviso. ¿Hay cosa igual?
 Del Conde tratado mal,
 Del César amenazado,
 Y yo libre de ofendellos!
 Serafina, vive Dios,
 Que he de perderme por vos.
 Yo adoro los ojos bellos
 De Lucrecia; Alfonso os ama;
 Federico le apadrina;
 Mi voluntad no se inclina
 A abrasarme en vuestra llama;
 Mi prenda, por vos celosa,
 Rayos de enojo me envía;
 El Conde me desafia;
 La presencia rigurosa
 Del Augusto me amenaza;
 Vos perdeis á Castellon,
 Si mudando de opinion
 No dais en esto otra traza;
 Mirad lo que hemos de hacer.
 Porque si vuestra presencia,
 Estando sin competencia,
 En mí no pudo encender
 Llamas que me dén cuidado,
 Ya vos veis lo que podrá
 En quien receloso está
 De un monarca y un privado.

SERAFINA.

En el pecho generoso,
 Ascanio, la privacion
 Da apetito á la afeccion,
 Porque en lo dificultoso
 Se acredita lo invencible.
 Cuando yo no mereciera
 Que desvelo vuestro fuera
 Mi persuasion apacible,
 El opuesto poderoso
 Os habia de obligar
 A vencer y porfiar,
 O enamorado ó temoso;
 Que yo despues que el Augusto
 Me pone tasa en quereros,
 Y con temores severos
 Pretende forzar mi gusto,
 Tanto mi altivez animo
 Sin volver un punto atras,
 Que al paso que os quiero mas,
 Mas al Conde desestimo.
 Mirad vos con qué valor
 Osaréis desobligarme,
 Cuando habiades de amarme
 Por solo el competidor.
 Mas pues del campo os salís,
 Podrán decir los que os ven,
 No que no me queréis bien,
 Mas que de cobarde huls. (Vase)

ESCENA V.

ASCANIO.

¡Vive Dios que es caso recto
 Que esto estribe ya en porfia!
 El Conde me desafia,
 Y doy causa á mi desprecio
 Cediéndole la ventaja;

Si voy, al César irrito ;
Si ve que con él compito
Lucrecia, el favor ataja
Con que mi dicha enriquece :
Pues ¿qué medio he de elegir?
No amando, ¿he de competir?
Sí, pues que se ensoberbece
Un privado presumido,
De su dama desechado ;
Saldré, si no enamorado,
Por lo ménos ofendido ;
Y volviendo por mi fama,
Me hallará competidor
El Conde de su valor,
Puesto que no de su fama.

(Vase.)

ESCENA VI.

LUCRECIA, PORTILLO.

LUCRECIA.

En fin, ¿vos sois español,
Y servís al Conde?

PORTILLO.

Fui

Español, porque nací
Sobre un pantufo del sol,
Pues cuando las colchas alza
Con que le arroja la noche,
El sol desde el mismo coche
Sacando un pié, se le calza.

LUCRECIA.

¿Cómo así?

PORTILLO.

Es el colodrillo

De Castilla, que se llama
La Vieja, honrando su fama
Espárragos de Portillo.
Su nombre me cupo á mí,
Y della me desterró
Cierta hurgon que despachó
Un alma al limbo : salí
A ver el mundo alemán
Con cargo de mochillero ;
Fui dos años mosquetero
Hizo el César capitán
A Don Alfonso Gonzaga ;
Aficionóseme luego,
Y desbaliado al juego,
Como se tardó la paga,
Me halló la necesidad
Faltito de ropa blanca :
Como la nobleza es franca,
Valime de su amistad ;
Y en fe que le satisfago,
De *cama-rada* me dió
Medio nombre, porque yo,
Señora, la *cama* le hago.

LUCRECIA.

Segun eso privaréis
Mucho con él.

PORTILLO.

No me ha dado

Nada, y hállome privado
De todo; mas no penseis
Que me hace poca amistad,
Pues me fia su secreto
Por continuo y por discreto.

LUCRECIA.

¿Tiene mucha voluntad
A Serafina?

PORTILLO.

Eso es plaga.

Ni á Angélica el paladín,
Sus bemoles á Jusquin,
Al hidalgo la biznaga,
A Doña Calvina el moño,
Al galán la bigotera,
A Perez la lavandera,
A erizo breva ó madroño
Causan tan grandes cuidados;
Y porque así le advertimos,

Todos los que le servimos
Andamos serafinados.

LUCRECIA.

¿Y es posible que con él
No acaban los desengaños
De curarle, en tantos años?

PORTILLO.

No, señora ; ella es cruel
Con sus ribetes de zaina ;
Y mi señor que lo ignora,
Tal vez, puesto que la adora,
La llama faldas de Humaina.
Pero ¿por qué es el exámen?

LUCRECIA.

No sé.

PORTILLO.

¿Linda damieria !

¿Quiérele bien su siria?

LUCRECIA.

No estimarán que los amen
Los que están acostumbrados
A vivir de menosprecios.

PORTILLO.

Hay apetitos tan necios,
Que en fe de andar opilados,
Buscan manjares caducos ;
Cierta melindre sé yo
Que en un convite trocó
Perdices por almendrucos.
Quien á lo agrio es inclinado,
Con lo dulce se halla mal ;
La condesa del Casal
Por lo acedo le ha agarrado .
Avinágrese vusia ;
Ensuegre tal vez la cara ;
Porque si en ella repara
Nuestro Conde, sor podría
Que antojos de su desden
Nos le deserafinasen .
Y agrio por agrio, prohaseñ
Cuál de ambos le está mas bien
Y á mi cuenta... Pero quedo ;
Que sale el Emperador.

LUCRECIA.

Y con él vuestro señor.

PORTILLO.

Pues atisbele á lo acedo.

ESCENA VII.

FEDERICO, ALFONSO.—LUCRECIA,
PORTILLO.

FEDERICO.

Ni Serafina ha de usurpar condesa
A Castellon que su señor os llama,
Ni aunque en su amor el vuestro se inte-

[resa,

Vuestra esposa ha de serni vuestra da-
Mi autoridad en esto se atraviesa, [ma.
No ya por vos, Alfonso ; por la fama
Que correrá por el plebeyo abuso,
De que á mi gusto una mujer se opuso.
Quien al César desprecia medianero,
Cuando despues os quiera, será en vano ;
Pues no es digna que siendo vos ligero,
Mi respeto perdido, os dé la mano :
Ella y yo competimos, y ver quiero
Si mi favor en vos es tan liviano,
Que atropellando agravios, determina
Amar contra mi gusto á Serafina.

ALFONSO.

Gran señor, si merecen mis servicios
Premio en vuestra piedad...

FEDERICO.

Tiene Lucrecia
El alma puesta en vos, y en mi propicios
Favores, cuando esotra os menosprecia:
Estimad amorosos beneficios,
Y altivez desdeñad, que por ser necia,
Merece justamente aborrecella,

Si no es que con vos puedo ménos que
[ella. (Vase.)

LUCRECIA.

Con tal intercesor, no pongo duda
Que agradecido déis á mi esperanza
Correspondiente amor, si es que os des-

[nuda

De indiscretas pasiones la venganza.
Sana el enfermo que los aires muda ;
Enfermo estáis de amor ; haced mudan-

[za,

Y hallaréis en Lucrecia un pecho lleno
De amor, preservacion dese veneno.

PORTILLO.

(Vase.)

Si en consejos de estado tiene voto
Un mozo de tu cámara, que iguala
La experiencia al deseo, sé piloto [la.
Que en puertos sin provecho no hace ca-
Lucrecia es bella, el César manirote ;
Váyase Serafina enhoramala ;
O los dos nos irémos, si dejamos
Esta ocasion, y al César enojamos.

(Vase.)

ESCENA VIII.

ALFONSO.

Eso no, firmeza mia ;
Con resistencia el valor,
Con imposibles amor
Alenta su monarquía :
Quien de la posesion lia
Premios de gusto agradable,
Su esperanza hace culpable ;
Quien sin premio amor procura
Sin dar servicios á usura,
Noble es, que no interesable.
¿Qué importa que Serafina
Aborrezca mis intentos ?
Viva está en mis pensamientos ;
Posesion gozo divina.
Desdeñe á quien no se inclina ;
Trate mi fe con rigor ;
Que la fama haré mayor
De mi inaudita alabanza,
Si amando sin esperanza,
Es platónico mi amor.
Iguales coronas den
A la suya y mi firmeza ;
Ella en mostrarme aspereza,
Yo en querella aspiereza :
Compita amor y desden,
Pues en esto iguales son,
Y niegue su inclinacion
La inclinacion de mi empleo ;
Que mas vale ella en deseo,
Que Lucrecia en posesion.
Dueño la hice de mi Estado ;
Gócele, aunque aborrecido ;
Que el amante bien nacido
Nunca quita lo que ha dado :
Si el César está indignado,
Ménos daño es no privar,
Que de mi degenerar :
Haya, como una mujer
Constante en aborrecer,
Un hombre firme en amar.

(Vase.)

Sala en casa de Serafina.

ESCENA IX.

ASCANIO, SERAFINA.

ASCANIO.

El Emperador me envía
A tomar la posesion
Del Casal y Castellon,
Y quiere que en tercera
Por Don Alfonso y por vos
Se conserve en mi poder
Hasta examinar y ver
Cuál, señora, de los dos

Se cansa de porliar
Y á su gusto corresponde,
O vos eligiendo al Conde,
O él dejándose de amar.
Dad gusto al César, por Dios,
Y sacareis de cuidado
A Alfonso, al Augusto airado,
A Lucrecia, á mi y á vos.

SERAFINA.

Conquite el César ciudades
Que despues el Conde adquiera,
Y no salga de su esfera
A conquistar voluntades;
Busque dama con amor
Su privado, en quien se abrase,
Que es afrenta que se case,
Despreciado, por favor;
Lucrecia por la ganancia
Os deje, que se le sigue,
Para que mudable obligue
A mas valor mi constancia;
Y vos, Ascanio, mostrad
Que sabeis satisfaceros,
Generoso hasta oponeros
A una passion majestad;
Que os tendran por ignorante
Si vuestro amor desluceis,
Mientras agravios sufris
Sin vengar celos amante;
Que yo en esta competencia,
De Castellon despojada,
Tengo hacienda excepcionada
Del César, pues en la herencia
De mis padres sucedí,
Con autoridad bastante,
Cuando interesable amante
Mi dote ameis mas que á mi;
Que si primero os queria
Tibiamente, ya que os veo
Difícultoso, os desee,
Y crece con mi porfia
Mi amor de suerte, que trato,
Si no sale vencedor,
Morir: que en lauces de amor,
Lo mas caro es mas barato.

ASCANIO.

Juzgando vos disculpable
Ese desden que aumentais,
Porque de firme os preciais,
¿Es bien que yo sea mudable?
No, Serafina, primero
Que os ame (ved si es factible),
Será el Conde (si es posible)
Comiglo vuestro tercero:
Que yo á hacerle agravio llegue,
No os canseis en porliar;
Porque yo no os he de amar,
Mientras él no me lo ruegue. (Vase.)

ESCENA X.

SERAFINA.

¿Porqué si eres niño, amor,
En los efetos criatura,
Te ofendes con la blandura,
Te aumentas con el rigor?
¿No es mejor
Siendo dios, que lo parezcas,
Que apetezcas
Finezas con que te obligues,
Que ingratitudes castigos,
Y lealtades agradezcas?
Pero dirás que es delito
Huir tu jurisdiccion;
Que lo que está en posesion,
Es fuga del apetito.
Solicito
A Ascanio, cuyos empleos
Por rodeos
Venecen mis riguridades,
Porque las dificultades
Multiplican los deseos.

Muéstrame al Conde cruel,
Porque me sirve; y pudiera
Ser cuando me aborreciera,
Que me muriera por él.
Siendo fiel,
Su firme lealtad castigo;
A mi enemigo
Quiero facil y amo ciega;
Huyo, amor, de quien me ruega,
Y á quien me desprecia sigo.

ESCENA XI.

ALFONSO, de camino. — SERA-
FINA.

ALFONSO.

Para desocasionaros,
Serafina, del aprieto
En que cesares rigores
A vos y á mi nos han puesto;
Aunque de veros me prive,
No hallo mejor remedio
Que ausentarme de Milan,
Si bien del alma me ausento.
Mándame el Emperador
(que segunda vez sea dueño
De los Estados que os di,
Y la libertad con ellos;
A que no os ame me obliga;
Como si en tales preceptos
Tuviera jurisdiccion
Quien la tiene en el Imperio.
Contra vos está indignado,
Porque á influencias del cielo
Correspondéis desleñosa,
Mis dichas aborreciendo:
Yo no, Serafina mia,
Porque solamente en esto
De conocer lo que soy,
Me puedo llamar discreto.
Bien sé que no tengo partes,
Si bien presunciones tengo
De amors, para querermes.
Bien sé que merecimientos,
Eternosura, discrecion,
Pudieran, á conoceros
La fortuna que os envidia,
Señora del mundo haceros.
Sois serafin, mas que en nombre,
En prendas que reverencio,
Y solo otro serafin
Es digno de mereceros:
Yo de partes desvalido,
En pretensiones soberbio,
Desdichado en esperanzas,
Si dichoso en sus empleos,
Pudiera, pues os conozco,
Con factones escarmientos
Reprimir intentos vanos,
Que han de quedar en intentos.
Bien habeis en desdeñarme;
Y ¡ojalá como confieso
Cuán loco soy en amaros,
Fuera sabio en no ofenderos!
Mas como á vos os obligan
Estrellas y astros opuestos
A aborrecerme indignada,
A mi me obligan los mismos
A adoraros presumido:
No los culpo, ántes les debo,
Venturoso en esta parte,
La gloria del pretenderos.
Que en Lucrecia mi amor mude
Me manda el César mi dueño,
O que me esponga á rigores,
De la privanza herederos.
No niego méritos yo
De su belleza; mas niego
Que á obediencias coronadas
Vuega amor vivir sujeto.
Prendas hace en vuestro Estado
(Que pues os le di, ya es vuestro),

Sin ver que andando desnudo
Amor, nunca estriba en ellos.
Para excusar, pues, peligros,
Que no por mí, por vos temo,
Notifico á mis pesares
(¡Ay Dios!) segundos destierros:
Descansaréis, Serafina,
No viéndome, y yo contento
Con saber que lo estais vos,
Si no amado, satisfecho
En que os sirvo, entretendré
Amorosos pensamientos,
Que por contemplarlos ricos,
Pienso conservar eternos.
Fernando reina en España,
Granada llama extrajeros
Que contra el moro sitiado
Ganen valor, si no premios:
Negaré mi patria y nombre:
Y al César, que por vos dejo,
Forzará á daros mi Estado
La fama de que soy muerto,
Si ántes que deje á Milan,
A las manos y el acero
De quien amais y me aguarda
En el campo, no lo quedo.
No volverá Italia á verme,
Condesa, viven los cielos,
Si no es que, del alma libre,
La compasion traiga el cuerpo.
Ella es vuestra, ya os la di;
A Castellon os entrego;
En vida me sucedeis,
Y en ella me desheredo:
¡Ojalá que como os doy
El pobre Estado que tengo,
En vuestras sienes hourara
Los tres lauros del Imperio!
Pero el vuestro Ascanio goce,
(Enjúgase los ojos.)

Y perdonad, que los celos
Mis ojos afeminaron,
Y sin consulta salieron
Del alma lágrimas nobles;
Que celos y amor á un tiempo,
Imitacion de nublados,
Vierten agua y lloven fuego.
(Quiere irse.)

SERAFINA.

Esperad, Conde, esperad;
Que no acredita su esfuerzo
Quien en los trances mayores
Teme el golpe y huye el riesgo.
Amar sin correspondencia
De sus danas, no es tan nuevo
Que en martirios del amor
No halleis valientes ejemplos:
Merecer perseverando
Sin esperanza de premio,
Da á la voluntad quilates,
Y corona el sufrimiento.
Si Federico (que en vos
Restituye su gobierno,
Y por el favor que os hace,
Se humilla tercero vuestro)
Os ve ausentar por mi causa,
¿Quién duda que á los primeros
Añada enojos segundos,
Quedando yo blanco dellos?
Yéndos vos, peligro yo;
Y no solo no sucedo
En vuestra herencia y Estado,
Sino que los propios pierdo.
¿Ved qué traza de buscar
A mis quietudes remedio,
Si en vuestra ausencia peligran
La fe vuestra y mi sosiego!
Ausentáos si es que intentais
Vengaros, pues lo merezco;
Pero desnudáos del nombre
De amante firme y perfecto.

ALFONSO.

Eso no, que es imposible;
Pero ¿qué traza hallaremos
Que á vos enojos no os cause,
Si os quejais de que me ausento?

SERAFINA.

Un modo imagino, Conde,
Tan difícil como nuevo,
Que si vos le ejecutais,
Os dará el lugar supremo
De cuantos vasallos honran
A amor, y en su golpe ciego
Con hazañas inauditas
El *non plus ultra* pusieron.

ALFONSO.

No seré ya desdichado,
Si dándos á vos contento
En algo, puedo alaharme
Que si no alcanzo, merezco.
Proponele, pues, señora.

SERAFINA.

Propondréle, si bien temo
Que tiene de deslucir
Las finezas que habeis hecho,
Rehusándole por extraño.

ALFONSO.

Por agravarme hasta en eso,
Dudaís de quien, por serviros,
Es martirio de sí mismo.
Lo que os amo acredited.

SERAFINA.

Ahora bien, no escuchéis cuerdo;
Que para lo que os propongo,
Loco, Alfonso, he menesteros.—
Yo no os tengo voluntad,
Ni, aunque lo procuro, puedo
Hacer que el alma rebelde
Se allane al conocimiento;
El César severo insiste
En que paguéis los empeños
De Lucrecia y la sirvais
Amante por gusto ajeno;
Desdena mis pretensiones
Ascanio, celoso desto;
Que nadie es cortés con damas,
Si tiene por otra celos:
Yo que le amaba remisa,
Cuanto mas difícil veo
Mi ocupacion amorosa,
Mas su imposible apetezco.
Si deseais, pues, mi gusto,
Como afirmáis y lo creo,
Haciendo la costa vos,
Fácil salida hallaremos.
Fingid que á Lucrecia amais;
Y obediente á los preceptos
Del César, haced ensayos
De amor, si no verdaderos,
Que en vos no serán posibles,
Cautelosos á lo ménos,
Que á Lucrecia persuadan,
Y al César dejen contento.
Obligad despues á Ascanio
Con dádivas y con ruegos,
Ya animándole á privanzas,
Ya ofreciéndole gobiernos,
A que su esposa me elija;
Que en él temores y apremios,
No siendo cual vos constante,
Sabrán conseguir mi intento.
El César entónces, grato
Al fiel reconocimiento
Con que ejecutais su gusto,
Y apacible á vuestros ruegos,
Me admitirá á vuestro Estado,
Con otros satisfaciendo
Vuestra lealtad y servicios,
Pues tiene tantos en fructo;
Y yo allanando rendida
Dificultades que han hecho

Tan apetecible á Ascanio,
Si en mi dominio le veo,
Le vendré á menospreciar
Al paso que le pretendo;
Que siempre enfada adquirido
Lo que se envidiaba ajeno.
Olvidaréle, no hay duda,
Y á vos que con otro dueño
En sus favores proijado
Os contemplaré extranjero,
Viéndos ya dificultoso,
Podrá ser (no os lo prometo),
Si amante os aborrecia,
Que os apetezca severo.
Mio fuistes siempre, Conde;
Y las mujeres tenemos
Galas y amantes antiguos
De ordinario en poco precio.
Barato me habeis costado,
Don Alfonso; encarecéos,
Hacéos mas estimar,
Desviad ojos, dadme celos:
Mujer soy como las otras;
Haced diligente en esto
La prueba, y *del enemigo*,
Alfonso, *el primer consejo*.

ESCENA XII

ALFONSO.

¿Qué de cosas encontradas
Banderizan pensamientos,
Que entre desesperaciones
Esperanzas van tejiendo!
¿Que no me ausento? ¿que sirva
A Lucrecia, y que ofreciendo
Amistad á Ascanio y cargos,
Contra mí sea su tercero?
Desafíele celoso,
Y mandáme ser á un tiempo
Su abogado y su fiscal!
¿Qué terrible mandamiento!
Pero, en fin, lo prometi;
Palabras de amor perfeto,
En quien las ofrece noble,
Traen fuerza de juramento.
¿Sentencia desesperada!
Mas si bien la considero,
A apelaciones convita
Con vislumbres de remedio.
Que es mujer como las otras
Me avisa, y apeteciendo
Lo difícil las demas,
Lo fácil les es molesto.
¿Qué mucho que las imite?
Siempre me ha visto sujeto,
Sin resistencia á rigores,
A las leyes de su imperio;
Lo continuo causa enfado;
Lo exquisito da desos;
Y lo que amor dificulta,
Hacen posible los celos.
Que celos la dé me manda;
Y quien me avisa con ellos,
Principios muestra de amor,
Mas piedad, rigores ménos.
Ya yo sé que cautelosa
Me facilita con esto
A persuadir á su amante
Que la corresponda tierno;
Pero tambien hemos visto
Que al contrario mas soberbio,
Queriendo acertar, le matan
Tal vez sus ardidés mesmos.
Démosla celos, amor;
Voluntad, encarecéos;
Ojos mios, divertíos;
Asistencia, acudid ménos;
Pensamiento, obedezcamos
A nuestro enemigo en esto
Desde hoy, y *del enemigo*,
Amor, *el primer consejo*.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, ASCANIO.

ASCANIO.

Si en mi muerte ó en la tuya
Consiste el tener sosiego
Yo ó tú, ¿qué esperas?

ALFONSO.

Son fuego

Los celos, la fuerza suya
Solo en la materia estriba
Que sus llamas manifiesta,
Y no es posible cuando esta
Le falta, que el fuego viva.
Túvelos de tí; ya estoy
De suerte desengañado,
Que no ofendido, obligado,
Con esta espada te doy
Los brazos, si los estimas,
Y esta cédula con ellos
Que obligue á correspondellos,
Pues á mi instancia sublimas
Tu nobleza, ahora mayor.
El César, conmigo franco,
Provisiones me da en blanco,
Porque conozco mejor
(Segun dice, y no se engaña)
Los méritos y sujetos
De sus vasallos discretos:
La majestad se acompaña
Siempre de la adulacion;
No se qué tiene con ellos
La verdad, que huyendo dellos,
Tan raras las veces son
Que sigue la autoridad
De majestades servidas,
Que un rey, si no es por oídas,
No conoce á la verdad.
Esto inventó los privados,
Que, en fin, como mas tratables
Llanos y comunicables,
Pueden distinguir estados,
Y conociendo sugetos,
Premiar los mas suficientes,
Pues por segundos agentes
Influye Dios sus efectos;
Y esta es la causa que en mí
Descanse el César acciones,
Y dándome provisiones
En blanco, no fie de sí
Lo que de mi lealtad fia.
Conozco tu discrecion,
Y así la gobernacion
De Milan y de Pavia
Te despacho en nombre suyo.
Vicario del sacro Imperio
Eres; que en su ministerio
Lo que le has de honrar arguyo.
Bésale al César los piés.

ASCANIO.

Con armas aventajadas
En las sospechas pasadas
Te trajo aquí el interes
Amoroso; pero agora
Que, no usando del favor
Que te hace el Emperador,
Tu partido se mejora,
De tu valor das indicios:
Ya yo estoy en tu poder,
Porque no hay para vencer
Armas como beneficios.
Estimo los que me has hecho,
Y que conozcas de mí
Que nunca te deservi;
Y con esto satisfícho,
Renuncio la dignidad

Que por el César me ofreces:
Pues si por ella apetece
Que profese tu amistad,
No por cargos lisonjeros
Se han de obligar mis cuidados,
Porque de amigos comprados
Pocos salen verdaderos.
Desinteresable intento
Servirte, Alfonso.

ALFONSO.

Ya sé
Los quilates dé tu fe,
Y que del entendimiento
Distinta la voluntad,
Para que se facilite,
Tal vez cohechos admite;
Pero como es la verdad
Del entendimiento objeto,
Sola ella le satisface;
Que el prudente jamas nace
Al vil interés sujeto.
Yo á lo ménos nunca oí
Que haya por interesados
Entendimientos cohechados,
Pero voluntades sí.
La tuya, por ser hidalga,
Ni admite ni paga pechos;
Solo recibe derechos
De la mia; y esto valga
Para obligarte á candelas
De nuestra amistad testigos;
Que no seremos amigos
Perfetos, no siendo iguales.
Sentíralo Federico,
Si desprecias su favor.

ASCANIO.

Por ti soy gobernador,
Puesto que te certifico,
Amigo, que para sello
Tuyo yo, no necesitas
Diligencias exquisitas.

ALFONSO.

¡Ay, noble Ascanio, y qué de llo
Te he menester!

ASCANIO.

Dime en qué,
Y ¡ojalá difícil sea
Tanto, que no milagro vea
En mí de lealtad y fe
El mundo!

ALFONSO.

¿Me cumplirás
Esa palabra?

ASCANIO.

Dudando
De mí, me estás agravando.
Declarate, y lo veras.

ALFONSO.

No te espantes; que ha de ser,
Ascanio, contra ti mismo
Lo que te pida: un abismo
En mí llegarás á ver
De contradicciones locas,
Si encerrándote en mi pecho,
En tu amistad satisfecho,
Las penas que siento tocas.
Los imperios de un desden
Me obligan con riesgo igual
A cosas que me están mal,
Y que no te han de estar bien.
Mira á qué estado he venido,
Que he de hacerme intercesor
De un amor que no es amor,
De un olvido sin olvido.
Yo te tengo de obligar
A una acción, que si la dejas,
De tu fe formando quejas,
Si la haces, me has de matar
A ser tercero te obligo
Por mí, Ascanio, contra mí;
Como amigo fio de ti
Lo que hicieras mi enemigo.

Si no lo cumples, mi vida
Fin trágico ha de tener;
Y en cumpliéndolo, has de ser
Mi bienhechor y homicida.
¿Has oído tú jamas
Paradojas semejantes?

ASCANIO.

Ponderaciones amiantes
Exageran eso y mas.
Acaba de declararte.

ALFONSO.

Yo aborrezco lo que adoro,
Desdeñoso me enamoro
De quien dudo, por amarte,
Que corresponda á mi intento:
Con esta has de interceder
Por mí; con la otra has de ser
Agradecido violento.
Has de aborrecer lo que amas,
Y amar á lo que aborreces;
Si lo que adoro apetece,
Mi agravio vive en tus llamas;
Si á quien amas no desdeñas,
De ti me quejo ofendido.—
Juzgarásme sin sentido,
O imaginarás que sueñas
Las quimeras que no entiendes.
Mas verás, cuando las sigas,
Que ofendiéndome me obligas,
Y obligándome me ofendes.

ASCANIO.

Conde, si no te declaras,
O imaginaré que pruebas
En mi amistad, por nuevas
Dignas de experiencias raras,
O desacreditarás
La cordura que hasta aquí
Tanta opinión tuvo en tí.

ALFONSO.

Declárome, Ascanio, mas.
Serafina, competencia
De la belleza y rigor....

ESCENA II.

PORTILLO.—ALFONSO, ASCANIO.

PORTILLO.

Sabido ha el Emperador,
Señores, vuestra pendencia.
Mirad lo que habeis de hacer,
Porque en vuestra busca sale
Hecho un tigre.

ALFONSO.

Aplacaré
El llegar á conocer
La amistad que entre los dos
Hoy empieza á eslabonar
Lazos, que no han de quebrar
El tiempo ó la muerte. Adios,
Que voy á desengañarle.
Sígueme, porque despues
Que gracias cuerdas le des,
Puedas con asegurarle,
Ejercitar el gobierno
Que ya te ofrece Milan.
En confusion te tendrán
Las dudas que del infierno
De mis ciegas confusiones
Salen para atormentarme;
Yo volveré á declararme:
Sosiega imaginaciones,
Mientras á cumplir te ofrezcas
Leyes de amigo constante:
Serás á mi ruego amante
De quien ¡ojalá aborrezcas! (Vase.)

ESCENA III.

ASCANIO.

No es tan esfinge el culma
Que Edipo yo no le entienda.
A la acción que me encomienda,

Me alienta y me desanima.
Cosas que le han de estar mal,
Y que á mí no me están bien,
¿Que han de ser sino es desden,
Que con competencia igual
En Serafina procura
Correr con su amor parejas?
Cuando me intimaban quejas
Desprecios de su hermosura,
La respondi: «En vano os ciega
Tema que os ha de engañar,
Porque yo no os he de amar,
Si Alfonso no me lo ruega».
Puede tanto en la mujer
El desprecio y disfavor,
Que en vez de apagarse amor,
Incendios suele crecer;
Y está de suerte sujeto
A su gusto el Conde amante,
Que le obligará arrogante
A que leal, si indiscreto,
A su amor me persuada,
Y á mi dama se alicione:
Por su intercesor me pone;
La duda está declarada.

¿No me dijo: «Si apetece
Mi amistad, y fiel te llamas,
Has de aborrecer lo que amas,
Y amar á lo que aborreces?»
¿No me dijo: «Si esto entiendes,
Verás, cuando lo prosigas,
Que ofendiéndome me obligas,
Y obligándome me ofendes?»
¿Que terció no me ha pedido
Por él, solicitador
De un amor, que no es amor,
De un olvido sin olvido?
Luego, fingiendo olvidar
Lo que mas estima y precia,
Me obliga á que hable á Lucrecia
Por él: ¡extraño obligar!
Mas ¡qué he de hacer? Ya le di
Palabra de obedecerle;
Amigo fiel he de serle,
Pues ya se lo prometí.
A esto es bien que se sujete
Quien cohechos admitió,
Y ignorante como yo,
Lo que no sabe promete.
No me está mal que de celos
A Lucrecia, que en el Conde
Divertida corresponde
Mal á mis firmes desvelos.
No la ama Alfonso, si bien
Disimula que la adora:
Si él finge que la enamora,
Finjamos acá tambien;
Y andando amor por extremos,
Nuestras palabras cumplamos,
Porque los dos pretendamos
Lo mismo que aborrecemos. (Vase.)

Sala en casa de Serafina.

ESCENA IV.

SERAFINA, LUCRECIA.

LUCRECIA.

Contenta te visito
En sa de que te debo hoy infinito.
¡Ay bella Serafina!
Amor correspondido desatima
De gusto, si agraviado
Locuras suele hacer desesperado
Si al conde Alfonso amaras,
¿Qué de esperanzas verdes marchitaras!
Y porque le aborreces,
¿Qué de favores en mi dicha creces!
De verme agora acaba
Tan amoroso, que me deja esclava.
Si tu amante primero,
Con limite le quise, ya le quiero

Tan sin él (no te espantes),
Que quinta esencia soy de los amantes.

SERAFINA.

Aplaudo tu ventura:
No es perfecto el amor que no es locura,
Y tanto del te toca,
Que en vez de enamorada vienes loca.
Mi primo el Conde es cuerdo
En la elección con que pesares pierdo
Causados de porfías
Opuestas siempre á inclinaciones mías.
Doite mil parabienes.

LUCRECIA.

No eres mujer, si envidia no me tienes;
Que en nosotras da pena
Voluntad despedida en casa ajena.
No la tengas tú desto,
Ni celos formes, ni el pesar molesto
De que Alfonso te olvide
Llamas recuérde que el desden despide;
Prosigue en desprecialle;
Que mientras en tu agrado puerta no ha-
A mi fe agradecido, [lle,
Ni temo celos, ni me asombra olvido.

SERAFINA.

Cuando te sirva en eso,
No haré mucho si ves lo que profeso
El darle pesadumbre,
Y que en mí es natural, si no es costum-
Aumentar sus enojos, [bre,
Porque su vista es fuga de mis ojos;
Puesto que la experiencia
Que hizo mi desden en su paciencia,
Halla (y otros lo afirman)
Que sequedades el amor confirman,
Y al revés, los favores
Entibian gustos desmayando amores.

LUCRECIA.

Es verdad, si no es necio
El retiro, ni pára en menosprecio,
Porque este en vez de daños,
Entre venganzas logra desengaños.
Amor que se cultiva,
Imita al hortolano que derriba
De las plantas que poda
Ramas superfluas, no la cepa toda.
Quien ve en el mayo bello
Poblar el árbol arrogante el cuello,
Y de yemas paridas
Pulular sus criaturas presumidas,
Que llenas de arrogancia
Le chupan en pimpollos la sustancia;
Y quien ve al hortolano
Con riguroso acero y tosca mano
Cortar cogollos tiernos
Que se sonaban en el tronco eternos,
Juzgará, si no es sabio,
Que en vez de beneficios, le hace agr-
Pero verá el prudente [vio;
Que en fe de conservar lo suficiente,
Lo que es superfluo arroja,
Y por vestirle mas, mas le despoja;
Pero de suerte puede
Podarle el labrador, que seco quede.
Así en el amor pasa,
Que presunciones hortolano tasa,
Y tal vez sus favores
Desdeñoso limita y corta flores;
Mas no ha de ser de modo,
Que por mucho cortar lo pierda todo.

SERAFINA.

¡Qué diestra en hortalizaciones,
Ejemplos estudiosa alegorizas!
Como el Conde me enfada,
Cortar, que no podar su amor, me agra-
Deseo que se seque, [da:
Y así no es mucho que instrumentos
Y en vez de podar ramas, [trueque,
Derribe el tronco y amortigüe llamas.
¡Plegue á Dios, ya que en flores
Suabrilte alegría, que al coger no flores.

Frutos que me apercibo!

Que aunque seco le juzgas, permívi-
Y encubriendo congajas,
Por darme el fruto á mí, te paga en hojas.

LUCRECIA.

¡Tan en poco me tienes,
Que con favores yo, tú con desdenes,
No sabré trasplantalle
De tu amor á tu olvido, y regalalle
De modo que en desprecios
Rinda tributos á desdenes necios?
Pues yo te certifico
Que si pobre en tu amor, y en mí fe rico,
(Porque vaya adelante
En metáfora de árbol nuestro amante)
Tan agrio le criabas
Con el desden que á su lealtad mostra-
Ya que á mi amor mudado, [bas;
Mi posesión le goza trasplantado,
De tu agrio riguroso
Y mi favor tratable y amoroso,
Salga (tengo por cierto)
Porque me cuidies, tan sabroso enjerto,
Que agrídulse, Condesa,
Desabrida sin él juzgues tu mesa.

ESCENA V.

PORTILLO. — SERAFINA, LUCRECIA.

PORTILLO. (A Lucrecia.)

El Conde, en vuestra casa,
Esperándos, instantes mide y tasa
Por siglos: id, señora;
Que amor, que es niño, sin el ama llora.
Dadle el pecho al chiquillo, [llo.
Y entradle á ver por mí, que soy Porti-
LUCRECIA.

Ya va echando raíces
El árbol, aunque mas le esterilices.
Serafina, ten cuenta
Del modo que en mi empleo se acrecien-
Verás que en tu hermosura [ta:
Sabe poco tu amor de agricultura.
(Vase Lucrecia, y hace que se va Porti-
tillo.)

ESCENA VI.

SERAFINA, PORTILLO.

SERAFINA.

Hola, no os vais vos. ¿Oís?
Hola.

PORTILLO.

¿Soy yo el oleado?

SERAFINA.

Escuchad.

PORTILLO.

Voy á un recado.

SERAFINA.

¿Que os llamo yo no advertís?

PORTILLO.

Esperando mi amo está.

SERAFINA.

¿Hay mayor descortesía?

PORTILLO.

Perdone vusinitria;
Que no somos de acá ya.
Las que á los amos desprecian,
A los mozos descañinan;
Si aquí nos descañinan,
Sepa que allá nos lucrecian.
Mandar puede á sus criados,
No á los que no la servimos.

(Quiere irse.)

SERAFINA.

Hola, oid.

PORTILLO.

Convalecimos,
Si estábamos oleados.

Ménos holas, mas respeto;
Que ya pasaron los días
Que estábamos en Olías;
Mi señor es ya discreto.
Con desden desdenes paga,
Y premia amor con amor;
Yo sigo en esto su humor:
Soy Portillo y el Gonzaga.
Toda presunción es necia;
Y como Portillo soy,
Cerrado á usía estoy,
Y abierto para Lucrecia. —
Perdone.

SERAFINA.

¿Pues sabeis vos
Que la quiere mucho?

PORTILLO.

Mucho.

Desde ayer acá le escucho
Extrañas cosas, por Dios.

SERAFINA.

Pues ¿tanto privais con él?

PORTILLO.

Como en su servicio estoy,
Mozo de cámara soy,
Y medro por cuerdo y fiel.
De cámara en camarada
Mudo el nonbre, y privo ya,
Pues ya ve cuán cerca está
La cámara de privada.
Anoche le escuché á solas
Decir: «Pues que Serafina
Olvidarme determina,
Excusemos carambolas,
Y en Lucrecia gustos labren
Firmezas que amor destierra:
Donde una puerta se cierra,
Muchas dicen que se abren.
Pagar quiero su afición,
Que es bella moza, y en fin,
Serafina será fin
De mi necia pretension.»
Llamóme, y dijo: «Portillo,
¿Qué te parece Lucrecia?»
Respondió: «Moza es recia;
Ayer la vi el colodrillo
(Que el mundo llama tozuelo),
Y vive Dios que me agrada
Del cogote á la papada:
Ablande este caramelo
Durezas serafininas,
Si bien la Condesa es tal,
Que no has de hallar otra igual
A sus partes peregrinas.»
Aíróse, y díjome: «¿Cómo,
Picaro! ¿pues no es primero
Lucrecia?» Asíó el candelero,
Y asentóme en el lomo
Como si fuera ventosa:
Apagósenos la vela;
Volvíla á tomar, sopléla,
Y encendíla, que fué cosa
Que erizándole el cabello,
Me dijo: «¿Pues tú la enciendes?»
Y respondí: «¿Luego entiendes
Que Portillo no es doncello?»
Replicóme: «Al mayordomo
Di que saque una librea
Que de las colores sea
De Lucrecia». Yo que el lomo
Llevaba medio entumido,
Luego le sentí aliviado;
Que en dolores de criado
Es gran récipe un vestido.
Fuíselo á notificar,
Y cuando le volví á ver,
«Sola Lucrecia ha de ser,
Dijo, quien me ha de sanar.»
Travéndole un labrador
Un braco de mucho precio,
Dijo: «¡Llámenle Lucrecio!»

Envióle el Emperador
Un papagayo, y á un paje
Que le enseñase mandó
A hablar; pero le advirtió
Que no fuese otro el lenguaje
Sino esta palabra sola
En quien su venganza estriba :
«Lucrecia, nuestra ama, viva;
Cola, Serafina, cola».
Enojase con Tarquino
Porque á Lucrecia obligó
A matarse, y hoy salió
A ser de un niño padrino,
Y ántes que le remojase
En el agua santa el cura,
Ordenó que la criatura
Don Lucrecio se llamase.
Colegida de aquesto vos
El fin de vuestros desprecios,
Pues nos vuelven en Lucrecios
De Serafinos; y adios.

(Vase.)

ESCENA VII.

SERAFINA.

El Conde cumple fielmente
Cuanto mi amor le ordenó;
Mas no le quisiera yo
Tan puntual obediente.
Que pensamientos aliente
En Lucrecia, cuando ensaya
Ya burlas, ya veras, yaya;
Pero que de su afición
Se ofenda mi estimación,
No, amor, que es pasar de raya.
Para quererle yo bien,
Tan incapaz el gusto hallo,
Que solo de imaginallo,
Vuelve a nacer mi desden;
Pero que con él me den
Su dama y el criado necio
Pesadumbre, es caso recio.
¿Una ciega, el otro loco?
Ni tanto, amor, ni tan poco;
Olvido sí, no desprecio.
Cohete ajenas caricias
El Conde, desembarace
Alma que en Lucrecia enlaza,
Y venga á pedirle albricias;
Mas pretender que malicias
Pena entre celos me den,
Eso no : mirelo bien;
Que para perder el seso,
Soy mujer, y en dando en eso,
A fe que le quiera bien.

ESCENA VIII.

ARNESTO.—SERAFINA.

ARNESTO.

El Emperador, señora,
Por el Conde importunado,
Os restituye en su Estado;
Mas con condición que agora
Vais á palacio, y le deis
De esposa á Ascanio la mano.

SERAFINA.

¿A quién?

ARNESTO.

Con vos mas humano
De lo que vos pretendéis,
Sabiendo que á Ascanio amais,
A vuestro amor le ha dispuesto,
Con que no os será molesto
El Conde que desdenais.

SERAFINA.

Pues Ascanio ¿viene en eso?

ARNESTO.

Hízole el Emperador
De Milan gobernador;
Pierde por Lucrecia el seso

Alfonso; y ella que estima
Mas que vos cumplir el gusto
Del intercesor augusto,
Desdenes á Ascanio intima,
Y en el Conde trasformada,
Desposorios apresura.

SERAFINA.

Débole yo mi ventura
Al César, si ejecutada
Esa traza, el Conde deja
De conquistar mi rigor.

ARNESTO.

Estad cierta que su amor
Memorias vuestras despeja
Del alma, que ocupa toda
En Lucrecia.

SERAFINA.

¿Tan aprisa?

ARNESTO.

Vuestro consejo le avisa,
Pues dice que desta boda
Sois vos la casamentera.

SERAFINA.

¿Yo! ¿Cómo ó cuándo?

ARNESTO.

No sé;

Pero él afirma que fué
Vuestra toda esta quimera,
Porque le habeis persuadido
Que á Ascanio obligue por vos
A desposaros los dos,
Y en Lucrecia divertido,
Ensaye nuevos amores;
Que se haga mas desear,
Pues celos suelen causar
Apetitos en rigores.
Fué vuestro consejo el ayo
Que sus acciones guió,
Su amor con ella ensayó,
Y quedóse en el ensayo.
Lo que me han mandado, os he
Dicho; si es premio ó castigo,
Veldo; que del enemigo
Señora, el primer consejo.

(Vase.)

SERAFINA.

Todos se burlan de mí,
El Conde, el Emperador,
Lucrecia, que es lo peor;
Provechoz traza di!
Pero si á Alfonso aborrezco,
Y del así me aseguro;
Si amante á Ascanio procuro,
Y me dan lo que apetezco,
¿Qué envidia es la que me abrasa?
Mas trueca amor su veneno:
Mírole al Conde ya ajeno,
Y á Ascanio que se entra en casa,
Y en países que se merecan,
Los mas vistosos bosques
Enamoran desde lejos.
Y enfadan cuando se acercan.
¿Qué remedio? A ver iré
El fin desto : amor tirano,
De seda he sido el gusano,
Pues mi sepulcro labré.

(Vase.)

Salon del palacio.

ESCENA X.

FEDERICO. ALFONSO.

FEDERICO.

No puedo yo creer que antiguo amante,
A Serafina hayais aborrecido [tante
Tan presto : amor bien puede en un ins-
Introducirse, Conde, mas no olvido.

ALFONSO.

Es un contrario de otro semejante
En toda actividad, y así ha podido, [to,
Gran señor, si el amor se engendra pres-

Engendrarse el olvido que es su opuesto.
La medicina, que imitar procura
El amor, ha enseñado al escarmiento,
Que si cuando la ardiente calentura
Llega al último punto de su aumento,
Se echa á pechos un golpe de agua, cura
De tal manera su calor violento,
Que sin que vuelva, como coge unidas
Sus fuerzas de una vez quedan vencidas.
Creció mi amor hasta su punto activo:
Diome á beber de un golpe el desengaño
Agua de agravios que en desden esquivo
Me dió salud, y aniquiló mi daño.

FEDERICO.

Para escuelas guardad ponderativo,
Conde, ese ejemplo, si seguro, extraño;
Que el amor y el desprecio aborrecible
No consisten en punto indivisible.
Por darme gusto á mí, disimulado
Fingis olvidos, que aumentando enojos,
Imitarán el fuego, que encerrado
Reventará despues por boca y ojos.
Vuestra lealtad de suerte me ha obliga-
Que á pesar de los bárbaros antojos [do,
De la Condesa ingrata á vuestro gusto,
O os ha de amar, ó no he de ser yo augu-.

ALFONSO.

Gran señor, vive el cielo que aunque fue-
Suficiente ocasion para olvidalla [ra
El mandármelo vos, en cuya esfera,
Como mi fe, mi vida se avasalla;
Otra, si no mayor, tan verdadera,
Me necesita á que con desprecialla
En Lucrecia mejore mis desvelos.

FEDERICO.

Intentaréis con ella darla celos.

ALFONSO.

No es sujeto de celos Serafina.

FEDERICO.

Ahora bien, yo le he dado á vuestra ins-
Vuestros Estados todos; pues se inclina
A Ascanio, sea su esposa.

ALFONSO.

Es de importancia,
Si Ascanio obedeceros determina, [cia
Para que escarmentada en su inconstan-
Lucrecia, le aborrezca, y en su olvido
Premie el amor que la he sustituido.

FEDERICO.

¿Que de veras, Alfonso, tendréis gusto
En que los dos se casen?

ALFONSO.

Lo deseo

Infinito, señor.

FEDERICO.

Pues yo me ajusto [creo.
Al vuestro, aunque lo escucho y no lo
Conde, este ciego dios, tirano injusto
Que no estima vitorias, si el trofeo
No establece en humanas monarquías,
Desórden es de las pasiones mías.
Yo adoro á Serafina.

ALFONSO.

¿Señor! ¿Cómo?

La sacra Majestad...

FEDERICO.

No hay majestades
Contra flechas que armadas de oro y
[plomo

Coronas pisan, postran dignidades :
Yo que rebeldes venzo, reyes domo,
Sujeto aquesta vez á liviandades
Humanas, que este incendio desatina,
Porque os desdena, adoro á Serafina.
Turbado estais. ¿Qué mal encubren
Fingimientos ocultos! Resistido [los
He yo á lo ménos cuerdo mis desvelos :
Señal que para mas que vos he sido.
Mientras dábades quexas á los cielos,
Ella adorada y vos aborrecido,

Sintiendo vuestra pena y su porfía,
Lo que culpaba en ella, agradecía;
Mas ya que aunque fingido, habeis mos-

[trado]

Que os es aborrecible su presencia,
Y yo en fe desto os he comunicado
Secretos que encerraba la prudencia,
Perdonaréis mi amor, que publicado,
Volver atrás en mí será indecencia
Indigna del valor que César sigo,
Y en mi disculpa lo que en vos castigo.

ALFONSO.

Señor, mi turbación no nace deso.
Es Ascanio mi amigo.

FEDERICO.

Pues ¿qué importa?

ALFONSO.

De sus honras ó agravios interés
Lo mismo que él; si vuestra Alteza corta
El hilo á su esperanza, y este exceso
Venciéndose á sí mismo no reporta,
¿De qué se espanta que me turbe, y sien-

Dividida en mí y él tan grande afrenta? [te]

FEDERICO.

Y os soy vuestro señor, si él vuestro amigo
Ved á quien debéis mas. Conde, según
Pretendo estar de vos; no useis conmigo
Cautelas que celoso conjeturo.
Si á la Condesa amais, sois mi enemigo.
Y si la aborrecéis, saber procuro
De qué suerte en presencia de Lucrecia
El desden que mostráis la menosprecia
Aquí vendrán las dos, y yo escuchando
Oculto lo que pasa, ver espero,
Amoroso con esta, tierno y blando,
Cómo sabéis con la otra ser severo.
Decidla sequedades; yo os lo mando:
Por mi no reparéis en ser grosero
Con danias esta vez; pues de otro modo.
Sospecharé que me engaños en todo.—
¿No respondéis?

ALFONSO.

¿Qué hay que esperar respuesta
De quien sirviéndose siempre os fué obe-

Yo haré cuanto mandais. [diente]

FEDERICO.

Sacadme desta
Sospecha, y con estado suficiente
Haré vuestra ventura manifiesta,
Sin que vuestra privanza, que en cre-
[cient-]
Tantos envidian, desde aquí adelante
Mudanzas del rigor la hagan menguante.

(Vase.)

ESCENA XI.

ALFONSO.

Agora sí, ingratos cielos,
Que apretando los cordeles,
Por mostrarnos mas crueles,
Celos guarneceis con celos:
Agora sí, mis desvelos,
Que multiplicais rigores;
Agora sí, mis temores,
Que añadís males á males;
Primero celos iguales,
Ya celos emperadores.
Ea, cumplamos agora
Preceptos de Serafina,
Del César que se le inclina,
De mi suerte burladora:
Mientras mi mal empeora,
Amor fingido mostremos;
Alma, á quien aborrecemos;
Y ofendiendo á quien amamos,
Obedientes padezcamos,
Porque á ingratos contentemos.
Que oprobios descortés diga
Á la Condesa, el Augusto
Me manda; y contra mi gusto,
Al mismo rigor me obliga

Mi cautelosa enemiga:

¿Quién; cielos! jamás pensara
Que á tal extremo llegara
Mi suerte, que en tal quimera
Con amores ofendiera,
Con ofensas obligara?
Puedo injuriando vengarme,
Y en vez de satisfacerme,
Será el vengarme perderme,
Y el castigar castigarme:
Llegan los dos á mandarme
Lo que pudiera ofenderlos;
Y cuando el satisfacerlos
Me está bien, por desabrirlos,
Me despeño en deservirlos,
Me mato en obedecerlos.
¿Qué he de hacer?

ESCENA XII.

PORTILLO.—ALFONSO.

PORTILLO.

La tal Condesa,

Que despues que nos mudamos,

Como nos entarimamos,

Nos atisba ménos tiesa,

Me embillató para ti: *(Dale un papel.)*

En lo que escribe repara,

Y si acaso se azucara,

Que no comes dulces di.

ALFONSO.

¿Papel agora! Pues bien,

¿Qué nos querrá la Condesa?

PORTILLO.

Robuna pregunta es esa:

Respuesta della te déu

Letras dese papelon;

Que parecen...

ALFONSO.

Bueno está.

PORTILLO.

Al que cuando el reloj da,

Pregunta ¿las cuántas son?

ALFONSO.

(Lee.) Lucrecia mi coadjutora,

En mi nombre sustituida,

*(O necia ó desvanecida,**Es mi menospreciadora:**Ella y yo iremos agora**A palacio, y importará,**Si pena mi agravio os da,**Que mientras que esté delante,**Os precléis de muy mi amante;**Que en esto la honra me va.**Decídele muchas ternezas,**Y haced della poco caso;**Que injurias que por vos paso,**Se han de pagar con finezas:**Halle en vuestras asperezas**Desengano manifesto**Quien soberbia se me ha opuesto.**No os digo mas. Conde, adios:**Que no cumplirlo vos,**Basta que yo guste desto.*

PORTILLO.

¿Bueno! ¿Qué alealde de corte

Nos pudiera mandar mas?

Vive Dios, que si la das

Gusto... ¿Gentil pasaporte!

ALFONSO.

Déjame, Portillo, salte

Allá fuera.

PORTILLO.

Sálgase ella

Del mundo; que no hará mella

En Milan, cuando nos falte.

ALFONSO.

Ea pues, no seas molesto.

PORTILLO.

Pues dejémosla los dos;

Que para que lo hagais vos,
Basta que yo guste desto. *(Entrase.)*

ALFONSO.

¿Que esté tan apoderada

Esta tirana de mí,

Cielos, que me trate así?

PORTILLO. *(Asomándose al tapiz.)*

Es una desvergonzada.

ALFONSO.

¿Bárbaro! ¿viven los cielos!

¿Tu te atreves...?

PORTILLO.

Soy Portillo;

No puedo, señor, sufrirlo.

¿Sin amor pedimos celos?

¿Gullorias en bisieto?

ALFONSO.

Si no te vas, vive Dios...

PORTILLO.

Que para enojaros vos,

Basta que yo guste desto. *(Vase.)*

ESCENA XIII.

ALFONSO.

Ya ¿de qué sirve, tormentos,

Mi sufrir y padecer?

¿De qué importancia han de ser

Sin premios merecimientos?

¿No ha de ser de Ascanio esposa?

¿No la ama el Emperador?

¿No es ya imposible mi amor?

Mi muerte ¿no es ya forzosa?

Pues dar contento al Augusto,

Y a mis agravios venganza;

Dónde murió la esperanza,

Mueran las leyes del gusto.

Vive Dios, que he de pagar

Con desprecios su desden;

Fingiré que quiero bien

A quien comienza á envidiar

Diré á sus mismos ojos

Mil caricias, mil amores;

Que en cambio de disfavores,

No es mucho ferirla enojos.

Y si muriese ofendido,

Vengarme desta suerte;

Que quien muere dando muerte,

Si no vence, no es vencido. *(Vase.)*

ESCENA XIV.

SERAFINA, ASCANIO.

SERAFINA.

Tengo yo muchas razones,

Ascanio, para ofenderme,

Cuando pensais convencerme

De amantes obligaciones.

Descábaos yo mi amante,

Porque de mi presunja

Que para amarme tenia

Prendas de caudal bastante.

Amáisme por vuestro amigo

En fe de que os ha obligado;

Y no es bien que ejecutado,

Os desempeñeis conmigo.

Ved cuán justamente dudo

Agravada de los dos,

Pues puede el Conde con vos

Lo que mi amor nunca pudo.

Desvelos del gusto tiernos

Encienden perfectas llamas;

Vos dais á cambios las damas,

Trocándolas por gobiernos;

Y temo siendo esto así,

Que si mi amor no os desprecia,

Lo que hoy hacéis de Lucrecia,

Hareis mañana de mí.

Ese, Ascanio, es desvario.

¿Bueno es, si os desafié

El Conde, que quede yo

Por premio del desafío,
Y que en tan grosero alarde
Hallando infame salida,
Déis la dama por la vida,
Y os quiera yo por cobarde!
Andad, Ascanio, con Dios.

ASCANIO.

Diérais yo satisfacciones,
Si convencieseran razones
La poca que he visto en vos.
Creed que honrados respetos
Me han obligado confuso
A lo mismo que rehuso,
Y que á declarar secretos
Que es bien que el alma los guarde,
Quedárades persuadida
A que sois desvanecida,
Harto mas que yo cobarde.
Una cosa sola os digo,
Y esta aqui para los dos:
Que á admitir mi oferta vos,
Me diérais mas castigo
Que el que entendeis que me daís
Cuando burla de mi haceís,
Porque vos no merecéis
Las prendas que en mi agraviaís. (Vase.)

ESCENA XV.

ALFONSO, LUCRECIA.—SERAFINA.

ALFONSO.

(Hablando con Lucrecia cerca de la puerta, sin reparar en Serafina.)

No pudiera otra que vos,
Señora, sacar del alma
Memorias, que por antiguas
Conservé immortalizadas.
Como quien de las mazorras
El triste esclavo rescata,
Os debo mientras viviere
Reconocimiento y gracias:
Mi restauradora fuistes,
Si bien diré que me sacan
De una prision, por prenderme
En otra no tan tirana,
Pero no menos estrecha.

LUCRECIA.

Alfonso, como palabras
No corran en vos al uso,
Y en obras se satisfagan,
Yo quedaré tan contenta,
Que deberé á mis mudanzas
Reconocimientos justos,
Y de memorias contrarias
Sabrán hechizos de amor
Sacar olvidos que os hagan
Agradecido á mi fe,
Y os dén de agravios venganzas.

ALFONSO.

Solo en vos mi amor empleo.

ESCENA XVI.

ARNESTO.—SERAFINA, LUCRECIA, ALFONSO.

ARNESTO. (Hablando aparte con Alfonso.)

Alfonso, el César me manda
Advertiros que allí oculto,
Lo que os ha ordenado aguarda.

ALFONSO.

Que lo cumplo responded.

(Vase Arnesto.)

(Ap. ¡Cielos! allí está mi ingrata:
Satisfaced con desdenes
Las ofensas que me abrasan.)

SERAFINA.

Conde, quien amó de veras,

(A él aparte.)

En las ocasiones arduas,
Olvidando ingratitudes,

Cumple leyes de su dama:
Mirad que estoy yo presente.

ALFONSO.

(Ap. Agora es tiempo, venganzas,
Que castigueis presunciones.
Pues con Ascanio se casa,
Y el Emperador la adora,
Voluntad menospreciada,
Llegad y decidla oprobios:
Matarémos pues nos matan.)

(A Serafina.)

Verdugo de mis deseos,
Cuando los desdenes pasan
A desengaños....

(Clava la vista en ella, y túrbase.)

(Ap. ¿Qué importa

Que pasen, mientras repasan
Rayos desa luz, divinos,
Pensamientos que restauran,
Y en viéndos, rigores vuestros
Juzgan bienaventuranzas?)
Digo... ¡Ay cielos! (Ap. Que la adoro.)
Digo que el César me manda... —
Miento; que no tiene el César
Jurisdicción en las almas. —
Lucrecia, grata á mi amor... —
¿Mas qué importa que sea grata,
Si os adoro? Os aborrezco,

(Muy turbado.)

Iba á decir. — La acompañan
Tantas prendas de hermosura....
No, señora, no son tantas
Como las que en vos me hechizan.
(Ap. ¡Ay contradicciones vanas!)
Es tan bella... No es tan bella
Como vos....

ESCENA XVII.

Va saliendo FEDERICO á espaldas de los dos, enfrente de ALFONSO; ARNESTO.—DICHAS.

ALFONSO.

Y en fin, que salga

O no el César; que se enoje,
O se alegre, que deshaga
En mi el disfavor su hechura....
Pero aquí, Condesa amada,
¿Qué tiene que ver el César?
Mas si tiene, pues os ama.
Pero tenga ó no, yo os quiero
Desengañar.

(Dirigiéndose á Federico que todavía está retirado, y que á la primera palabra de Alfonso, le hace una señal amenazadora.)

Ya se acaban

De declarar, gran señor,
Mis agravios. (An. ¡Me amenaza!
No hay por qué; ya le obedezco.)
Digo... que os quiero; privanzas,
Adios; que os quiero, en efecto;
Os quiero mas que á mi alma. (Vase.)

ESCENA XVIII.

FEDERICO, SERAFINA, LUCRECIA, ARNESTO.

FEDERICO.

Prended aquel desleal,
Arnesto; ponlede guardas.
Prended tambien la Condesa.

SERAFINA.

¿Pues yo, señor...?

FEDERICO.

Vos sois causa

Del desacato presente.
Tengan por cárcel sus casas;
Que mi rigor hará cuerdos
Locos que mi gusto agravian. (Vase.)

ESCENA XIX.

SERAFINA, LUCRECIA, ARNESTO.

SERAFINA.

Presa voy; mas vencedora.
Lucrecia, poco se arraigan
Frutales en tierra ajena,
Porque, en fin, es su madrastra:
Aprende otra agricultura. (Vase.)

LUCRECIA.

Corrida estoy: confianzas,
Obligar amor con celos
Es criar silvestres plantas.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ASCANIO, FEDERICO.

ASCANIO.

Preso queda en Montflorei,
De doce archeros guardado,
Sin permitir que un criado
Siquiera quede con él.
Sola una legua de aquí
Dista aquesta fortaleza.

FEDERICO.

¿Y muestra el Conde tristeza?

ASCANIO.

Podréle afirmar que vi,
A vuestra Alteza, señales
En su rostro de valor
Humilde, pues ni el temor,
Que con disfavores reales
Suele afeminar sugetos,
Descompuso su semblante,
Ni temerario arrogante
Atropellando respetos
Destempló la autoridad
Que siempre en él conocimos.

FEDERICO.

¿Qué dijo?

ASCANIO.

Solo le oímos
Decir: «De su Majestad
Desgraciada hechura soy:
Pues desto se satisfizo,
¿Qué importa si ayer me hizo,
Que á deshacerme vuelva hoy?»
Del mismo modo en su casa
Está, señor, la Condesa,
Contenta, puesto que presa.

FEDERICO.

¿Contenta? ¿De qué?

ASCANIO.

Le pasa

Por el pensamiento que es
Cuidado de tus desvelos,
Y que la prendes por celos
Del Conde, y este interes
La desvanece.

FEDERICO.

Si hará.

Mas ¿de qué lo conjetura?

ASCANIO.

Es soberbia la hermosura:
Como el Conde preso está
Porque en su amor permanece
Prométela su ambicion
Triunfos de tu inclinacion,
Y con ellos se enloquece.

FEDERICO.

Ahora bien, Ascanio, vos
Sucedeis en el lugar
Del Conde, y quiero mostrar
Que soy César con los dos:
Con él dándole castigo,

Con vos servicios premiando,
Porque rebeides postrando,
Leales priven conmigo.
Los títulos que le di,
Los cargos que administró,
Los Estados que heredó
Y en feudo vuelven á mí,
Son vuestros, dellos os hago
Merced.

ASCANIO.

Y yo, gran señor,
Por tan augusto favor,
Con los labios satisfago
Mi dicha, que en estos piés,
Sellándolos, la sublimo:
Serviros es lo que estimo,
Y mi honor, Señor, despues.
De Alfonso, á cuya amistad
Debo toda mi ventura,
Soy agradecida hechura;
Vuestra sacra Majestad
A su instancia me admitió
En su cámara y servicio;
Gracias pide el beneficio,
Gran señor, que agravios no.
Si este puesto he merecido,
Alcance yo fama igual
Con vos de fiel y leal,
Y con él de agradecido.
No murmuren desbocados,
Que cuando por él poseo
El estado en que me veo,
Le quito yo sus Estados.
Amigos somos los dos;
Yo sé que cuanto mas fiel
Me halleis, gran señor, con él,
Tendré mas lugar con vos,
Y que vuestra Majestad
Mientras no le sirvo en esto,
En mayor crédito ha puesto
La opinion de mi lealtad;
Cuanto y mas que el Conde ha sido
Tan fiel, que por él responde...

FEDERICO.

No me roguéis por el Conde,
Cuando con él ofendido
Castigo su ingratitud.
Ascanio, haced lo que os digo.

ASCANIO.

Con vos fiel, con él amigo,
Volviera por la virtud
Que del publica la fama;
Si indignaros no temiera.

FEDERICO.

¿Es virtud que el Conde quiera
Y solicite á mi dama?
Y habiéndole yo mandado
Que dé la mano á Lucrecia,
Cuando por mí le desprecia
Serafina, ¿deslumbrado
Por su rebelde esperanza,
Me ofende competidor!

ASCANIO.

¿Luego es cierta, gran señor,
La amorosa confianza
Que en vos tiene Serafina?

FEDERICO.

Tanto como el desacato
Que culpo en el Conde ingrato.

ASCANIO.

¿Y él lo sabe?

FEDERICO.

Y determina
Perseverar en amarla.

ASCANIO.

Pintan con facilidad
Apariencias de verdad
Los celos para ofuscarla.
Mire, señor, vuestra Alteza
Que me ha persuadido á mi

Que la sirva, porque así,
O por probar su firmeza,
O por ser mudable en todo,
Se lo mandó Serafina.
Pues si á su gusto se inclina
El conde Alfonso de modo,
Que contra su mismo amor
Sus pesares solicita,
¿Cómo crére que compita
Con vos el Conde, señor?

FEDERICO.

Esto es cierto; pero ¿amais
Vos, Ascanio, á la Condesa?

ASCANIO.

Forzado intenté esa empresa,
Si bien despues que mostrais
Cuidado en favorecerla,
Aunque ántes me quiso bien,
Tratándome con desden,
Tengo ya que agradecerla.

FEDERICO.

Pues, Ascanio, si os pidió
Eso el Conde (que lo dudo),
Con él la Condesa pudo
Lo que no he podido yo.
Ella le bastó á obligar
Que vuestro tercero fuese;
Yo le mandé que sirviese
A Lucrecia, por premiar
En los dos un mismo amor;
Y así en sus culpas excede,
Si una mujer con él puede
Lo que no un emperador.
Yo tengo de desterralle;
Que ir contra mi voluntad
Especie es de deslealtad,
Y vos habeis de heredad,
O seguiréis su fortuna.

ASCANIO.

Señor, si el privar es cosa
De suyo tan peligrosa,
Como al sosiego importuna,
Y en el ejemplo presente
Escarmientos solicito,
Pues por tan leve delito
Vos, César el mas clemente,
Despedis de vuestra gracia
A quien tanto habeis querido;
Antes que os haya ofendido,
Menor será mi desgracia
Si al principio del servir
Sus medras vengo á perder;
Que poco teme el caer
El que comienza á subir.
Desinteresable sigo
La amistad que me ha obligado,
Seré sin vos desdichado;
Mas no será falso amigo,
Ni las envidias dirán
Que la ambicion me contrasta,
Cuando...

FEDERICO.

Basta, Ascanio, basta.
Salid luego de Milan.

ASCANIO.

Siento el ver que os ofendeis
De mi lealtad, y Dios sabe...

FEDERICO.

Dadme primero...

ASCANIO.

La llave...

FEDERICO.

Los brazos que mereceis
Por amigo incontrastable,
Favorecido clemente,
Desengañador prudente,
Privado no interesable.
Pruebas hago de lealtades
Que deste modo examino,
Porque apartar determino

Lisonjas de las verdades.
Vuestro proceder hidalgo
Alabanzas os dé nuevas;
Yo proseguiré estas pru-
bas
Pues que dellas tan bien salgo.
Ya no hay para qué encubriros
Cuerdas disimulaciones:
No ocupo imaginaciones
De amor con que persuadiros
Que celos de la Condesa
Tienen á Alfonso en prison;
Antes, que en tal opinion
Me hayais tenido, me pesa.
Quiero bien al Conde, y siento
Que despues de tantos años,
Ni le curen desengaños,
Ni le enseñe el escarmiento
Cuán mal se deja obligar
Una mujer con servicios,
Pues en ellas beneficios
Son añadir agua al mar.
Parecióme que el respeto
Y amor con que me asistió
Siempre el Conde, cuando yo
Fingiese amarla en secreto,
A obligarle bastaria
Para no la pretender,
Y así el temor y el poder
Combatieron su porfia.
Prometiome de olvidarla,
Dando la mano á Lucrecia;
Mas toda promesa es necia
De amor, al ejemplarla.
Mandéle que se mostrase
Tan desdenoso con ella,
Que el no dudar de ofendella
Mis celos asegurase.
Ofreciolo, y en efeto,
Apénas llegó á mirarla,
Cuando por no disgustarla,
Vino á perderme el respeto.
Siento como era justo,
Si no celoso, indignado;
Que es el Conde mi criado,
Y debiera hacer mi gusto,
Atropellando su amor;
Pues, en fin, si imaginaba
Que yo á Serafina amaba,
Competir con su señor
Ya veis si fué atrevimiento.
Por esto le hice prender;
Quise, Ascanio, despues ver
Qué tan firme fundamento
En vos tiene su amistad;
Y al cabo de pruebas, hallo
En vos amigo y vasallo,
Y en él amor y lealtad.

ASCANIO.

Pues, gran señor, siendo así,
Si como decís le amais,
Ya que asegurado estáis
Del conde Alfonso y de mí,
Salga libre, y el perdón
Merezca quien vió delante
Su dama, y cortés y amante,
Obedeció á su alicion.

FEDERICO.

No, Ascanio; ya he comenzado
A hacer experiencias del.
Y le hallo, puesto que fiel,
Algo desacreditado.
De ayer con publicidad
Preso, si hoy le libertase,
No es mucho que murmurase
Milan mi facilidad.
Saber pretendo, en efeto,
Si á mis pruebas corresponde;
Que por lo que estimo al Conde,
Le desco muy perfeto.
Codicioso de que en vos
He hallado un perfeto amigo,
Mis experiencias prosigo:

Veamos si sois los dos
Iguales en la lealtad,
Y hasta dónde la ley llega
De Alfonso.

ASCANIO.

Por él os ruega
Su inocencia y mi amistad,
Segura de lo que os ama,
Pues es cosa conocida
Que dará el Conde la vida
Por vos.

FEDERICO.

Sí, mas no la dama.

ASCANIO.

Es de otro predicamento
Eso, aunque si os importara,
Yo sé que la desterrara
Por vos de su pensamiento.

FEDERICO.

Pues eso quiero probar.

ASCANIO.

¿De qué modo, gran señor?

FEDERICO.

De su pertinaz amor
Tengo de experimentar
La fineza, y juntamente
Los quilates de la fe
Con que me sirve; saldré,
Después que lo experimente,
O con un vasallo á prueba
Que nuestros siglos asombre,
O cierto de que no hay hombre
Que perseguido, se atreva
A permanecer leal.

ASCANIO.

¡Gusto extraño!

FEDERICO.

Y provechoso,

Si saliendo victorioso,
Confío de su caudal
El peso de mi corona.
En esto habeis de ayudarme.

ASCANIO.

Bien podeis, señor, fiarme,
Pues vuestro favor me abona,
Lo que mandais.

FEDERICO.

El secreto

Es lo primero.

ASCANIO.

Y será

Eterno en mí.

FEDERICO.

No sabrá

Por vos, siendo tan discreto,
El fin desta pretension
El Conde.

ASCANIO.

Aunque soy su amigo,
A ser fiel con vos me obligo.

FEDERICO.

Esa es noble obligacion.
Venid, pues, y os daré cuenta
De cosas que han de admiraros.

ASCANIO.

Ya es delito el replicaros.

FEDERICO.

Mi porfía, Ascanio, intenta
Que aborrezca á Serafina
El Conde, y le tenga amor
Ella.

ASCANIO.

Difícil, señor,
Es la empresa.

FEDERICO.

Así examina

Los ánimos mi experiencia,
De un desden siempre constante,
Y una voluntad amante,
Igual á su resistencia.

(Vanse.)

Sala de un castillo á una legua de Milan.

ESCENA II.

ALFONSO.

¡Tan grande fué mi exceso,
Tan pocos mis servicios,
La indignacion de Federico tanta,
Que aborrecido y preso,
A vulgares juicios
Me exponga el César, que su corte espan-
En Oh adversidad que santa, [ta?
En ti los desengaños
Ojos abren al alma contra engaños,
Que la prosperidad ciega y encanta!
¡Qué loco desvaria
Quien de los hombres esperanzas fia!
No tiene coyunturas
El bruto corpulento
Que en cándido marfil libró su estima;
Y así en las espesuras
Para cobrar aliento,
No cama, un tronco escoge á que se arri-
Mas para que le oprima, [ma;
El cazador le asiera;
Recuéstase sobre él, y dando en tierra,
En lugar de aliviarle, le lastima.
Nunca me derribara
Si al árbol del favor no me arrimara.
¡Ayer favorecido,
Hoy preso, hoy sin estado!
¡Ayer causando envidia, hoy escarmien-
¿Tan presto se ha ofendido? [to!
¡Tan cerca está, cuidado,
La voluntad del aborrecimiento?
Múdase un elemento
En otro fácilmente;
Region elemental llamó un prudente
Al príncipe: ¡qué bien lo experimento!
¡Oh reales condiciones,
Leves por peregrinas impresiones!
Mas sin razon me quejo,
Y con ella el Augusto
Pretende castigar mi inadvertencia.
Desprecie su consejo,
Opúseme á su gusto,
Solicite á quien ama en su presencia:
Quien hace competencia,
No á un César, al amante ménos noble.
Venganza alienta doble;
Yo mismo contra mí me doy sentencia,
Yo mismo, mi enemigo,
Pronuncio en mis disculpas mi castigo.

ESCENA III.

PORTILLO, de carbonero.—ALFONSO.

PORTILLO.

¡Diz que no le habia de ver! —
¡Señor de mi corazon!

ALFONSO.

¡Portillo! ¿qué es esto?

PORTILLO.

Son

Industrias que sabe hacer
El amor con que te pago
Las mercedes que te debo:
Muchas cosas hay de nuevo;
La prianza pisa en vago.
Vedároume el asistirme
En la prision invidiosos,
Que en tu daño poderosos,
No cesan de perseguirte;
Mas yo que vivir no quiero
Sin ti (española lealtad),
Busqué en la necesidad
Ardides; y carbonero
No propietario, de anillo,
Tres rústicos soborné,
Y en su compañía entré
Cargado en este castillo

De una sera de carbon:
Dejéla al primer zaguan,
Y de desvan en desvan
En busca de tu prision,
Tépo con una azotea:
Suspiros abajo siento;
Dije: «Aquí es el prendimiento»,
Encuentro una chimenea,
Subo encima, y atishando,
Te escuché, aunque no te vi,
Querellas que no entendí:
Yo entonces desahuciando
Dos lias para el efecto
Apercibidas, las ato
Al cañon, y en breve rato,
Como tuétano me meto
Por la negra cerbatana,
Hecho un tizne volatin:
Nevaban copos de hollin,
Hasta que en la losa llana
Hago pié, y por los tapices
Tentando, contigo he dado,
Donde haz cuenta que he bajado,
Señor, por unas narices.

ALFONSO.

¡Ah Portillo! En esto paran
Prosperidades del suelo.

PORTILLO.

Ese tu Ascanio, recelo,
Segun algunos reparan,
Que fué cuervo que criaste
Para sacarnos los ojos.
Nunca el César tuvo enojos
Contigo, si lo notaste,
Hasta que le introdujiste
En esta negra prianza.

ALFONSO.

No desdore la alabanza
Que en su amistad siempre viste.

PORTILLO.

No haré; mas cosa es sabida,
Si ejemplos he de alegar,
Que el que comienza á privar,
Juega á salga la partida.
De tu prision se ha encargado,
Gobierna la imperial casa,
Todo por su mano pasa,
Que te sirva me ha vedado,
Ya nos mira con capote,
Y á quien las manos le besa,
Habla una palabra, y esa
Al soslayo de un bigote.

ALFONSO.

¿Qué dice Milan de mí?

PORTILLO.

Lo que en tales novedades
Acostumbran necedades
Plebeyas: anoche oí
Tres ó cuatro que á una esquina
Sobre tu prision echaban
Juicios, y me causaban
A un tiempo risa y mohina.
Uno dijo: «Yo he sabido
De persona muy de allá
Cuán culpado el Conde está,
Y que alzarse ha pretendido
Con Milan y Lombardia,
Matando al Emperador;
Que como sin sucesor
Murió Filipo Maria
Su duque, y vuelve el derecho
Al Imperio, por llamarse
Duque, quiso despenharse». —
«No es eso, á lo que sospecho»,
Dijo otro: «Yo me he informado
Que há un año que con el Conde
El turco se corresponde,
Y que esperanzas le ha dado
De entregarle á toda Hungría.»

ALFONSO.

¡Jesus! ¿Qué temeridad!

PORTILLO.

«Que como de poca edad
A su rey Ladislao cria
El César en su poder,
Darle muerte es fácil cosa.» —
«Esa fama es mentirosa»,
Dijo el tercero: «A mi ver,
No es sino porque intentaba
Con su hermana la Princesa
Casarse, y en esta empresa,
Robándola, imaginaba
Pasarse á Grecia con ella.»
Dijo otro: «Esa es gran locura.» —
«Quien á mi me lo asegura,
Respondió, lo supo della.» —
«No hay tal.—Si hay tal.—Es mentira.—
Quien miente, miente; yo no.»
En esto deservainó
Espadas el vino y ira,
Que uno y otro anduvo igual;
Porque el vino y los aceros
Mientras se están en los cueros,
En su vida hicieron mal;
Mas saliendo, es cosa llana
Que luego ha de haber peleona.
Asomóse una fregona
A este tiempo á la ventana;
Y andando todo confuso,
La mano de un almirez,
Tras un «agua va», fué juez
Que en paz á todos los puso.

ALFONSO.

¡Buena anda, honor, vuestra fama!
¡Buena, cielos, mi opinión!

ESCENA IV.

ASCANIO.—ALFONSO, PORTILLO.

ASCANIO.

Conde, los que amigos son....

PORTILLO. (Ap.)

Escúndome tras la cama.

ASCANIO.

¿Qué es esto? ¿Quién está aquí?

PORTILLO. (Ap.)

Vióme: pardios, desta vez
Hay gargarismos de nuez.

ASCANIO.

¿No respondeis?

PORTILLO.

Señor, sí.

ASCANIO.

¿Quién sois vos?

PORTILLO.

¡Lo que vosea!

Novicio soy carbonero.

ASCANIO.

¿Quién?

PORTILLO.

Decendiente primero

Soy de aquesa chimenea.

Deseos de mi señor

Me descolgaron abajo;

Vendo carbon á destajo;

Perdóneseme este error;

Que no ha podido ser menos;

Aunque mientras que lo trata,

Mas vale salto de mata,

Pardios, que ruego de buenos. (Vase.)

ESCENA V.

ALFONSO, ASCANIO.

ASCANIO.

Conde, ¿así el orden se guarda
Del Emperador?

ALFONSO.

¿En qué

Sus órdenes quebrante,

Si preso y con tanta guarda,
El fiel reconocimiento
De un criado aventuró
Su vida, y á verme entró,
No con mi consentimiento?
Amigo Ascanio, dejad
Que logre un criado mio
Lealtades, cuando las fio
De vuestra noble amistad;
Que atrevimientos de amor
No son dignos de castigo.
Decid, ¿como está conmigo
Federico mi señor?
Que trayéndos á su lado,
Ya su enojo habrá tenido
Fin, y habiendo intercedido
Por mí, vos tan su privado,
Claro está que envía á sacarme
De la prision; claro está
Que el César os mandará
A su presencia llevarme.
¿Qué buen apoyo dejé
En mi adversidad con vos?
¿Callais? Habladme, por Dios.

ASCANIO.

Alfonso, solo os diré
Que paga mal la Condesa
Finezas de vuestro amor
Por ella: el Emperador
(Sabe Dios lo que me pesa
Deciroslo) esta dispuesto...—
Fáltame el ánimo, Conde;
Mi turbacion os responde;
Riesgo correis manifesto.
Confiad de mí, que os precia
De suerte mi voluntad,
Que si por vuestra amistad
De servir dejé á Lucrecia,
Dejara agora el favor
Del César, que por vos gozo,
Por impedir el destrozo
Que amenaza vuestro honor.
No es la muerte el mayor mal
Para quien valor profesa;
Peor es que la Condesa
Prueba que sois desleal,
Con papeles y testigos.
Lucrecia que fiel os ama,
Vuestra vida y vuestra fama,
Contra envidias y enemigos,
Defender de modo intenta,
Que alegando lo que os debo,
Por mandármelo, me atrevo
A dar de mi mala cuenta.
Pero en fin, por ella y vos,
Mi dama ella, vos mi amigo,
El orden que me dió, sigo,
Obligado de los dos.
Confuso estáis: no me espanto,
Mas esta llave y papel
Os aconseja; que fiel
Por no deteneros tanto,
Hallaréis (si pagar sabe
Extremos vuestro valor)
En este papel su amor,
Mi amistad en esta llave.

(Déjasele, y vase.)

ALFONSO.

¿Qué es esto, cielos? ¿Qué es esto?

¿Qué enigmas, qué confusiones

Añaden persecuciones

A riesgo tan manifesto?

¿Mal con el César me ha puesto

Serafina? ¿Desleal yo,

Y que el César lo creyó,

Y que ella fué contra mí?

Desamorado, eso sí;

Pero traidora, eso no.

Mas si Ascanio lo asegura;

Si lo confirma Lucrecia;

Si en fe de que me desprecia,

Rinde al César su hermosura;
Si contra mí se conjura
El cielo esta vez, cruel;
Si acometen de tropel
Desdichas á un perseguido:
¿De qué duda mi sentido?
Confirmelo este papel.
(Lee.) Con Serafina en secreto
Esta noche se desposa
El César, y cautelosa
Vuestro honor pone en aprieto:
Contra su imperial respeto
El estado milanés,
Dice, Conde, que al frances
Os ofreceis de entregar,
Porque él os promete dar
A Parma y Milan despues.
Testigos (no serán fieles)
Os acusan á su instancia;
Cartas enseña de Francia;
¡Tan malo es guardar papeles!
Los indicios son crueles;
Riesgo corre vuestra vida;
Yo que os amo, aunque ofendida,
Aunque no espero obligaros,
Quiero quedar, con libraros,
A mi misma agradecida.
Ascanio, que pagar sabe
Correspondencias de amigo,
Os favorece conmigo
Por medio de aquesa llave:
El peligro insta y es grave;
No hay guarda que la salida
A media noche os impida;
Huid, si sois cuerdo, Conde,
Y escribidme despues dónde.—
Libros Dios la fama y vida.
Ea, fortuna, ea, cielos,
Quiteme vuestro rigor,
Poco es la vida, el honor,
Mátenme deshonra y celos.
Los ambiciosos desvelos
De la Condesa cruel:
Al César, porque con él
Se casa, y mi amor ofende,
Tras desdeñarme me vende,
El ingrato y ella infiel.
¿Persuadiréme al consejo
Que me da Lucrecia? ¿Huiré?
No, fama; que aumentaré
Sospechas, si huyendo os dejo:
Siempre fuisteis vos mi espejo;
Pero si así como así
Contra vos y contra mí
Afila el rigor la espada,
No quedais, honra, manchada;
Matandome el César, sí.
Mas no; que en morir, despierto
La compasion y piedad,
Que sacará la verdad
A luz, y mi fama al puerto:
No hay envidias contra un muerto;
Hasta el sepulcro acompaña
La emulacion; mas extraña
Al que en vida persiguió;
Sabrá el mundo que mintió
La que al César ciego engaña.
Acabemos juntamente
Con mi vida, honra, y con vos;
Juntos vivimos los dos:
Morir juntos es decente;
Mas sea estando presente
Quien nos fulmina castigos;
Que tal vez contra testigos,
Si la passion no sentencia,
La cara de la inocencia
Desmiente á los enemigos.
No es huir el presentarse
Al juez, ántes es valor:
Condene el Emperador
Mi lealtad, sin ausentarse;
Acabe ya de vengarse

Serafina, á quien molesto
Fué siempre mi amor honesto;
Que si se excusa de enojos
Por verme muerto á sus ojos,
Servirla quiero hasta en esto. (*Vase.*)

Sala en casa de Serafina.

ESCENA VII.

SERAFINA, ASCANIO.

ASCANIO.

Dicen en fin, Condesa,
Que de casar con vos os da promesa
El duque de Saboya,
Si sus intentos vuestro amor apoya,
Y admitis en secreto
Presidio en el Casal, para que á efeto
Pueda llegar el trato
De asaltar una noche á Monferrato.
Federico ofendido,
A daros muerte estaba persuadido,
Si Alfonso vuestro amante
No os amparara, y con valor constante
Testigos desmintiera,
Y á informarse mejor le persuadiera.
En fin, ni asegurado
El César por el Conde, ni indignado
Contra vos totalmente,
El medio que halla en tanto inconvenien-
Es mandaros que luego [te,
Al Conde déis la mano, y en sosiego
Pongais alteraciones
Que empuen á culpar vuestras accio-
Pues siendo vos su esposa, [nes;
Se asegura esta fama peligrosa,
Quedando desmentidos
Indicios de envidiosos y atrevidos.

SERAFINA.

Yo, Ascanio, no me altero
Oyendo falsedades; que es de acero
Mi valor, y en la cara
El leal ó el traidor lo que es declara.
Esta verdad supuesta,
Desengañadme antes que os dé repuesta.
De qué manera el Conde
Me ampara con el César, y responde
En mi defensa á insultos
Que afirma algun traidor conservo ocul-
Si por él mismo preso, [tos,
Indiciado tambien del propio exceso,
En vez de hacer favores,
Necesita cual yo de intercesores?

ASCANIO.

Habeis os engañado:
No está en prision el Conde, que es priva-
Del César, en quien fia [do
El peso de su augusta monarquía.
Creyó, como os amaba,
Que por vos con el Duque conspiraba;
Pero ya satisfecho,
Nuevas mercedes su favor le ha hecho,
Y tanto con él puede,
Que no viviréis vos, si él no intercede.

SERAFINA.

¿No le prendió por celos?

ASCANIO.

Privilegiaron dese mal los ciclos
Al César, que ni os ama,
Ni dió jurisdiccion á torpe llama
Su pecho victorioso
Jamás, á asaltos del amor ocioso:
Si no le ocasionaran
A prenderos sospechas que reparan
Medios que os he propuesto,
No fuera vuestro riesgo manifiesto.
Sed vos de Alfonso esposa;
Saldréis destos peligros victoriosas.

SERAFINA.

Ascanio, es desatino

Doblar mi inclinacion por tal camino.
Sangre Gonzaga tengo;
Antiguo es mi valor, de reyes vengo,
Y nunca vió traidores
Italia en sus ilustres sucesores.
Examine verdades
El César, y no ofenda calidades;
Que yo no soy persona
Que dese modo su lealtad abona,
Ni dejo satisfecha,
Con dar la mano al Conde, la sospecha
Que con tan necia traza,
En vez de averiguarla, la disfrazo.
Cuando yo al Conde amara
(Que en mi fuera prodigio), rehusara
Que esposo mio fuera
Quien darme en cara cada vez pudiera
Que, por verme señora
De Monferrato, al César fui traidora.
No, Ascanio: haga el Augusto
Informacion bastante, pues es justo;
Que si salgo inocente,
Ya podrá ser que al Conde amar intente.

ASCANIO.

El órden que me ha dado,
Condesa, os he leal notificado;
Pues le rehusais, el cielo
Os libre del peligro que recelo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

SERAFINA.

Con Lucrecia compito:
¿Si es ella quien me impone este delito?
¿Ay locas presunciones!
¿En esto paran imaginaciones
Que amor facilitaba.
Creyendo yo que el César me adoraba?
No solo no me estima,
Pero indignado mi opinion lastima.

ESCENA IX.

ALFONSO. — SERAFINA.

ALFONSO. (*Dentro.*)

Dejadme entrar, ó por fuerza...

SERAFINA.

¿Qué es esto?

ALFONSO. (*Saliendo.*)

¿De qué sirven á quien siempre
Halló la puerta cerrada
A amantes correspondencias?

SERAFINA.

¿Conde!

ALFONSO.

Véngate, tirana,
De quien siempre aborreciste,
Si hay sin injurias venganzas.
Igualmente compitieron
Tu desden y mi constancia,
Mi amor y tu ingratitud,
Tu menosprecio y mis ansias.
Venció tu aborrecimiento,
Sin que obligaciones tantas
Torcer tus rigores puedan,
Con ser la mujer mudanza.
Ejemplo de amantes fui,
Ejemplo serás de ingratas;
Empeños de amor me debes,
Moneda de agravios pagas.
Servite siempre, adórete
Desde mi primera infancia.
Dígame alegar servicios:
Serán las últimas mandas,
Que en trágico testamento,
Deudora, heredera te hagan
De mis estados y vida,
Ilustre con pruebas tantas.
Niño te amé, y desde entónces
Tiranizándome el alma,

Te idolatro como á dueño:
Tratástele como á esclava,
Quitástele la salud,
Sacásteme de mi patria,
Desheredástele en vida;
Perdi por ti mi privanza,
Por ti desprecie á Lucrecia,
De mi prision fuiste causa,
Y ocasionando mi muerte,
La opinion que conservaba,
Tambien tu rigor destroza,
Porque despojado vaya
De la lealtad y la hacienda,
De la vida y de la fama.
Si te adora Federico,
Si ya, emperatriz, te casas,
Para que destas prisiones
A gozar su laurel salgas,
¿Por que mi opinion lastimas?
¿Por qué mi sangre maltratas,
Cuando traiciones me impones,
Cuando lealtades agravias?
¿Yo conspirador alevé
Contra el César!; Yo al de Francia
Le entrego á Milan!; Yo intento
Gozar afrentoso á Parma!
Si, como siempre te he sido
Aborrecible, te cansas
De que viva en tu presencia,
Y pienzas que la esperanza
Del imperio que apetece,
Mis celos te desbaratan,
Quitame leal la vida,
No el honor que despedazas.
Para servirme hasta en esto,
De las prisiones me sacan
Imperios de tu desden:
Mi muerte huyendo excusara,
A no ver que la desees,
A no recelar mi infamia,
A no obedecer tu gusto,
A no dilatar mis ansias.
Si el tálamo de tus bodas
Ha de ser este, haz, tirana,
Que el título de mi muerte
Tambien sea; al César llama,
Pisa lealtades, cruel,
Y, mi cabeza á tus plantas,
Pon su diadema en la tuya,
Y verá el mundo en entrambas
La firmeza en la desdicha,
La crueldad en la constancia,
Y castigando inocencias,
La ingratitud coronada.

SERAFINA.

¿Qué es esto, Conde? ¿qué es esto?
Cuando el César me amenaza,
Deslealtades me atribuyen,
Testimonios me levantan,
Vuestro favor me defiende,
Y con segundas privanzas
A Milan causais asombros,
A la envidia quebrais alas,
¿Decis que os desautorizo,
Que por mí el César os mata,
Que destruyo vuestro honor,
Que á vuestra prision doy causa?
Si son coronas angustias
Sentencias notificadas
Por Ascanio, de la muerte
Que ya mi desdicha aguarda,
Bien decis, pues enemigos
Intentan con pruebas falsas
Desacreditar mi honor,
Y dar que decir á Italia.
Ya sé lo que en esto os debo,
Ya sé que el César me manda
Casar con vos, ó morir:
¿Ojalá que no quedara
Mi opinion, despues de muerta,
A discrecion de la fama
Del vulgo, que las mas veces

Deshonra, y ninguna alaba!
 ¿Querréisme vos por esposa,
 Cuando yo, Conde, os amara
 (Que ni puedo, ni es razon
 Forzar potencias hidalgas),
 Con opinion de traidora,
 Para que entibiando llamas
 La posesion del deseo,
 Me deis cada vez en cara
 Que fui desleal al César?
 No, Alfonso, la muerte acaba,
 Si no deshonras, la vida:
 Muera yo dando venganza
 A vuestra leal firmeza,
 Y saldéis vos á la causa
 De mi crédito, si en muerte
 Como en vida, el que es noble ama.

ALFONSO.

¿Qué decis, señora mia?
 ¿Vos desleal!

ESCENA X.

ASCANIO, ARNESTO. — ALFONSO,
 SERAFINA.

ASCANIO.

Quien quebranta
 Prisiones, no está inocente;
 Que el huir, culpas señala.
 ¿Qué es esto, Conde?

ALFONSO.

Morir
 Delante de quien me agravía,
 En fe que á su ingratitud
 Mi amor constante se iguala.

ARNESTO.

Condesa, el César me envía...—
 Escuchad lo que os encarga,
 (*Desviándose con ella á un lado.*)

Aparte.—A que os notifique,
 O salir en su desgracia
 Desterrada de su Imperio,
 O desmintiendo probanzas
 Que á vuestra opinion se oponen,
 Dar á Alfonso fe y palabra
 De esposa.

ESCENA XI.

LUCRECIA.—Dichos.

LUCRECIA. (*Dirigiéndose á Alfonso y
 hablando aparte con él á otro lado.*)

El Emperador

Me invia á que os persuada,
 Conde, si desvanceer
 Quereis testigos y cartas
 Que vuestro valor desdoran,
 A que pagueis la constancia
 De mi amor, siendo mi esposo,
 Pena de ser en Italia
 De desdichados ejemplo,
 Dándos muerte: interesada
 En vuestra vida, os suplico,
 Si no por quien tanto os ama
 Como yo, por vuestro honor,
 Que obedecais lo que os manda.

ALFONSO.

Perdonad, Lucrecia hermosa;
 Que quien tiene enajenada
 La libertad, ya no puede
 Serviros, ni retirarla.

¿De qué servirá ofreceros

Un cuerpo que está sin alma,
 Ni una voluntad cautiva?
 De mi vida el César haga
 Su gusto; que no sé yo
 Que dándos la mano, salga
 De mi lealtad ofendida
 La opinion limpia y sin mancha.
 Reconozco lo que os debo;
 Pero en quien el caudal falta,
 Cuando las obras no pueden,
 Agradecimientos bastan.

SERAFINA.

Responded, Arnesto, al César
 Que siendo accion voluntaria
 La que tálamos admite,
 Y yo de sangre Gonzaga,
 No pago pechos por fuerza,
 Ni en mi podrán amenazas
 Lo que el tiempo no ha podido:
 Que me doy por desterrada.

ASCANIO.

Apercebios pues, Alfonso;
 Que habeis de morir mañana.

SERAFINA.

¿Cómo! ¿Quién ha de morir?
 ASCANIO.

El conde Alfonso.

SERAFINA.

Resolucion! ¿Que extraña
 Resolución! ¿Que hizo el Conde?

ASCANIO.

Servicios, que vos, ingrata,
 Ni pagais, ni conocéis,
 Siempre rebelde y tirana
 A la voluntad del César,
 Que á persuadiros no basta:
 Probar así que con vos
 Se conjura, y al de Francia
 Vender á Milan pretende.

SERAFINA.

Pues si muere por mi causa,
 Lo que ni mi inclinacion,
 Ni imperiales circunstancias
 Pudieron conmigo, puedan
 De su amor las pruebas raras.
 Muera, si muere, mi esposo.—
 Dadme esa mano.

ALFONSO.

¿Qué gracias
 No debo dar á la muerte,
 Pues mi fe por ella alcanza
 Lo que no merecí vivo!
 ¡Ojalá resucitara
 Para morir muchas veces,
 Obligándos otras tantas!

(*Danse las manos.*)

En mi muerte hallé mi dicha.

LUCRECIA.

Serafina, si desgracias
 De Alfonso excusar queréis,
 El César me dió palabra
 De volverle á su favor,
 Siendo mi esposo: dad traza
 Que lo sea, ó morirá.

SERAFINA.

¿Cómo, si el César me manda
 Que por mi dueño le admita,
 Quedando su fe obligada,
 Como yo cumpla su gusto,
 A volverle á su prianza?

LUCRECIA.

Engañado os han, Condesa.

SERAFINA.

Los Césares nunca engañan.

ESCENA XII.

FEDERICO. — SERAFINA, LUCRECIA,
 ALFONSO, ASCANIO, ARNESTO.

FEDERICO.

Es verdad; pruebas han sido
 Que para vuestra alabanza
 Hizo el amor y el poder,
 Dándos á los dos la palma
 De constantes invencibles,
 Y á mí el premio desta hazaña,
 Pues lo que el Conde no pudo
 Con vos, industrias acaban,
 Que he puesto en ejecucion,
 Úfano de ver que enlazan
 Opuestas inclinaciones
 Coyundas de amor sagradas.
 En fin, Conde, victorioso
 Habeis salido, á mi instancia,
 Del desden de la Condesa.
 Duques sois los dos de Mantua,
 Y de Valencia del Po
 Conde Ascanio, si se casa
 Con Lucrecia.

ALFONSO.

Ensalce el mundo
 Blasones de tal monarca.

FEDERICO.

No hay quien vuestra lealtad culpe;
 Fingida ha sido esta traza,
 Para conseguir el fin
 Que en dichas muda desgracias.
 Vuestro padrino he de ser.

ESCENA XIII.

PORTILLO.—Los mismos.

PORTILLO.

Si al Conde mi señor matan,
 Muera á su lado Portillo,
 Y honre lealtades de España.

ALFONSO.

La toya premiaré yo,
 Digna de que de mi casa
 Tengas el gobierno todo.

PORTILLO.

Dame á besar treinta patas.—
 Pero ¿no hay degollamiento?

ALFONSO.

Antes el César levanta
 Mi lealtad á nuevas dichas.

PORTILLO.

Viva mas que vivió el arca
 De Noé.

ALFONSO.

El amante firme
 Que inclinaciones contrasta,
 Dando su estado y sufriendo,
 Méritos como yo alcanza.
 Dar, sufrir y merecer
 Son las partes necesarias
 Que doblan inclinaciones:
 Aprenda en mí quien bien ama.

AVERIGÜELO VARGAS.

PERSONAS.

EL REY NIÑO DE PORTUGAL,
DON ALFONSO V.
EL INFANTE DON PEDRO.
LA INFANTA DOÑA FELIPA.
DON ALFONSO DE ABRANTES.
SANCHÁ.
RAMIRO.

DOÑA INES, *dama*.
DON DIONIS.
DON DUARTE. } *Caballeros*.
DON EGAS.
DON NUÑO.
ACUNA.
CABELLO, *pastor*.

TABACO, *lacayo*.
UN PAJE.
ACOMPAÑAMIENTO DEL REY Y DEL
INFANTE.
CABALLEROS PORTUGUESES.
CRIADOS.

La escena es en Momblanco y en Santaren.

ACTO PRIMERO.

Entrada á la quinta de Don Alfonso en Momblanco.

ESCENA PRIMERA.

Por un lado DON ALFONSO, SANCHÁ Y RAMIRO; por otro DON PEDRO, DOÑA FELIPA, DOÑA INES, Y ACOMPAÑAMIENTO, en traje de camino.

DON ALFONSO.

Vuestra Alteza, gran señor,
Sea mil veces bien venido
A esta casa.

DON PEDRO.

¡O gran Prior!
Levantáos; que ya lo he sido,
Pues sale vuestro valor
A recibirme hasta aquí.
Levantaos, no estéis así,
Cubrid la noble cabeza.

DON ALFONSO. (*A la Infanta.*)

Déme los pies vuestra Alteza.

DOÑA FELIPA.

Los brazos primero os di,
Gran Don Alfonso de Abrantes;
Que los merecéis mejor.

DON PEDRO.

Si con premios semejantes
Vuestra grandeza y valor
Hace méritos gigantes
Que han sido hasta aquí pigmeos,
Alentará mis deseos
De modo, que mi vejez
Vuelva á su abril otra vez,
Rica con tantos trofeos.

DOÑA FELIPA.

Como á mi pariente os trato,
Y como á prior de Ocrato,
Gloria de la cruz de Rodas,
Luz de las bazañas todas.

DON ALFONSO.

Si no corta el tiempo ingrato
El hilo á mis pensamientos,
Pagarán este favor
(Aunque mis merecimientos
No igualen á su valor)
Nobles agradecimientos
De un pecho por vos honrado....
Pero no me habia acordado
De daros el parabien
Del cargo, señor, que ven
Estos reinos empleado
Tan bien en vos. Largos años
Goberneis esta corona,
Porque restaureis los daños

Que la desdicha pregoná
De sucesos tan extraños.
Que si quedó Portugal
Y su corona real
Huérfana y llena de luto,
Cogiendo violento el fruto
El tirano universal
De nuestro Rey malogrado;
Porque quede consolado
Y el llanto pueda enjugar,
Vos quedáis en su lugar
Para gobernar su Estado;
Pues muerto el rey Don Duarte,
Señor nuestro y vuestro hermano,
Nadie llenará esta parte
Sino el valor soberano
Que en vos el cielo reparte;
Y el niño Rey, que ya está
En vuestra ilustre tutela,
En vos, gran señor, tendrá
Una general escuela
En quien acrecentará
El valor que conjeturo;
Pues porque viva seguro
Con el valor que merece,
Venís á ser, mientras crece,
El la yedra y vos el muro.

DON PEDRO.

Vos sois toda la lealtad
Destos reinos, gran Prior.

DON ALFONSO.

Beso estos pies.

DON PEDRO.

Levantad.

SANCHÁ. (*Hablando aparte con Ramiro.*)

Ramiro, ¡gran mirador
Estáis! Llegaos mas, llegad;
Que no os huele mal la moza.
El no sé qué que os retoza
En el alma, he visto ya.
¡Fuego en quien crédito os da,
Y vuestras lisonjas goza!
Pegaos otro poco á ella.

RAMIRO.

Sancha, empieza ya.

SANCHÁ.

Mi llanto.

A fe que os parece bella.

RAMIRO.

¿A mí?

SANCHÁ.

¿No? A vos. Hacéis santo;
Que á fe que habeis por ella.

DOÑA FELIPA.

¿Cómo se llama esta tierra?

RAMIRO.

Momblanco, y aunque en la sierra,
Fértil de pan.

SANCHÁ. (*Aparte con Ramiro.*)

Mas ¡qué agudo
Vais á responder! Picudo,
El cuidado os hace guerra.

RAMIRO.

¿Quieres callar?

SANCHÁ.

¿Queréis vos

Callar y no responder?

RAMIRO.

Importuna estás, por Dios.
Si pregunta una mujer
Tan noble.....

SANCHÁ.

¿No hay aquí dos

Que os saquen dese cuidado?

¿O teneis vos arrendado

El responder? ¡Ah hi de puza!

A fe que amor os reimpusa.

RAMIRO.

En linda locura has dado.

SANCHÁ.

Pues ¿no es verdad?

RAMIRO.

No es verdad.

SANCHÁ.

Luego la engorgollotada
¿No os hace en la voluntad
Borbolitos?

RAMIRO.

¡Qué cansada!

SANCHÁ.

¿Ya os canso? Pues descansad;
Que yo lloraré entre tanto.

RAMIRO.

De mi paciencia me espanto.

DOÑA FELIPA.

¿De qué llora esa pastora?

¿Qué tiene?

SANCHÁ.

Aquí nadie llora.

DOÑA FELIPA.

¿No he visto yo vuestro llanto?

SANCHÁ.

No es de pena.

DOÑA FELIPA.

¿Pues de qué?

SANCHÁ.

De picar una cebolla
Para una ensalada fué,
Que es postillon de la olla.

DOÑA FELIPA.

¿Pica mucho?

SANCHÁ.

¿No lo ve?

AVERIGUELO VARGAS.

DOÑA FELIPA.

Hermosos ojos teneis.

¿Y há mucho....?

SANCHÁ.

Bien poco há
Que me hace llorar cual veis.

DOÑA FELIPA.

¿Luego aun pica?

SANCHÁ.

Y picará
Hasta que de aquí piqueis.

RAMIRO.

Sancha, tú me has de obligar
A irme deste lugar,
Si no callas.

SANCHÁ.

Haréis bien.

DON PEDRO.

Hay cortes en Santaren;
Que como murió en Tomar
El Rey mi hermano y señor,
Y se quiere ir á Castilla
La reina Doña Leonor,
Sin que puedan persuadilla
Mis ruegos, lealtad y amor
A que gobierne este Estado,
Como lo dejó mandado
El Rey en su testamento;
Llevando al cabo su intento,
En Santaren he llamado
A cortes, con intencion
De que apruebe el Rey en ellas
Aquesta renunciacion.

DON ALFONSO.

Habrà oido las querellas
De algunos grandes que son
De diverso parecer,
Y no dejan de tener
Razon; que parece mal
Que gobierne á Portugal,
Y se iguale una muger
Con vos, de cuya prudencia
Y valor tiene experiencia
El Estado lusitano.

DON PEDRO.

Mandólo así el Rey mi hermano,
Que la amó por excelencia.

DON ALFONSO.

Gobernadores extraños
En un reino, es desatino
De que proceden mil daños.

DON PEDRO.

Mientras el Rey mi sobrino,
Que tiene solos diez años,
Crece, pues Doña Leonor
Da en partirse, gran Prior,
Su tutela aceptaré
Y el gobierno, porque esté
Libre el reino del temor
En que las alteraciones
De dañadas intenciones
Ponen su lealtad y ley,
Cuando por ser niño el Rey,
Anda la fe en opiniones.

SANCHÁ. (Aparte á Ramiro.)

No la tienes de mirar.

DOÑA FELIPA.

¿Cuánto hay de aquí á Santaren?

RAMIRO.

Diez leguas suelen contar.

SANCHÁ. (Ap. á Ramiro.)

¿Qué presto fuiste....!

RAMIRO.

Hago bien.

SANCHÁ.

Todo es por darme pesar.
Pues, para esta.

DOÑA FELIPA.

¿Hay mucha caza

Por este monte?

RAMIRO.

Es de traza,

Que ella misma nos provoca
Entre los piés.

SANCHÁ.

Hay tan poca,
Que es necio quien se embaraza
En buscalla: no hay mentir.

RAMIRO.

Sancha, ¿quiéresme dejar?

SANCHÁ.

Hete de contradecir
En todo.

DOÑA FELIPA.

¿A quién he de dar
Crédito?

RAMIRO.

No he de fingir
Contigo yo: esta rapaza
¿Qué puede saber de caza?

SANCHÁ. (Ap.)

Lo que hasta para ver
El alma presa en poder
De quien mi muerte amenaza.

DOÑA INES.

Apacible recreacion
Tiene el gran Prior aquí.

DOÑA FELIPA.

¿Qué buenos palacios son
Aquestos!

RAMIRO.

Señora, si,
Que cuando la inclinacion
Se iguala con el poder,
Suele la vejez hacer
Edificios que compiten
Con el sol, que otros habiten.

DOÑA FELIPA.

Este debe de tener
Hermosas piezas.

RAMIRO.

Cien salas

Le adornan.

SANCHÁ.

¿Ay qué mentira!

¿Ciento? Veinte, y esas malas,
Porque es para quien le mira,
Como vos en esas galas,
Afeitada por defuera;
Mas si dentro considera
Lo que es, porque se reporte,
Dirá que es dama de corte.

DOÑA FELIPA.

Y vos niña bachillera.

SANCHÁ.

Debí de nacer habrando,
Porque es mi padre el barbero.

DOÑA INES.

¿Y habla mucho?

SANCHÁ.

Trasquilando,
No cesa; que es el primero
De los de «Hágala callando».

RAMIRO. (Ap. con Sancha.)

¿Sancha!

SANCHÁ.

Aquí lo pagarás
Con pan y agraz.

RAMIRO.

Si me das
Ocasión, y mas me agravia
Tu necesidad.....

SANCHÁ.

¿Rabias? Rabia,
Pues yo rabio.

RAMIRO.

Loca estás.

DON PEDRO.

Por dos cosas, gran Prior,
He pasado por aquí.
La reina Doña Leonor
Parte á Castilla, y así
Quiero que vuestro valor
La acompañe: aquesta es
La una.

DON ALFONSO.

Beso tus piés
Por merced tan singular.

DON PEDRO.

En la villa de Tomar
Está, juzgando despues
Que murió el rey Don Duarte,
Los dias que no se parte,
Por siglos largos; y importa,
Pues es la jornada corta,
Que sea luego.

DON ALFONSO.

El agradarte
Tengo por ley: luego al punto
Me partiré.

DON PEDRO.

Tambien vengo
A cumplir del Rey difunto
Una obligacion que tengo,
Por ser de su amor trasunto.
El mismo dia que murió,
El amor me declaró
Que en el abril de su edad
Tuvo aquí á cierta beldad,
Cuyo nombre me encubrió,
Diciéndome solo el fruto
De dos hijos, con que amor
Dió á su esperanza tributo,
Y de quien vuestro valor
Es encubridor astuto.
Desólos couocer
Si están en vuestro poder,
Porque quedan á mi cargo.

DON ALFONSO.

De daros gusto me encargo.
Presto en ellos podréis ver
Dos Apolos, de quien soy
Viejo y venturoso Admeto,
Y con quien alegre estoy;
Que por guardar el secreto
Que el Rey me mandó, hasta hoy,
Disfrazados de pastores,
Dan á estos valles amores,
Gloria á su padre real,
Y esperanza á Portugal
De otras hazañas mayores.

DON PEDRO.

Que me los mostréis aguardo.

DON ALFONSO.

Pues mirad aquel mancebo,
Gran Señor, que al gaban pardo
Da, aunque tosco, valor nuevo.

DON PEDRO.

No he visto hombre mas gallardo.

DON ALFONSO.

Testigos son estos robles
De que las arrugas nobles
Del novillo mas cerril
A su esfuerzo varonil
Han dado despojos dobles.
Ya se ha visto entre sus brazos
Rendir el oso fornido
La vida, hecho mil pedazos,
Y hacer lo que no han podido
Venablos, trampas ni lazos.

DON PEDRO.

Tras él se me van los ojos.

DON ALFONSO.

Pues si á quien de mis enojos
Es consuelo, ver queréis,
Porque desde hoy no envidiéis
Del sol los cabellos rojos,

Mirad en la tierna edad
De aquella niña discreta
La peregrina beldad
En cifra, porque os prometa
Milagros su habilidad.

DON PEDRO.

¡Bella rapaza! ¿Y qué años
Tiene?

DON ALFONSO.

Trece, aunque en engaños
Vence su aguda niñez
La mas astuta vejez.
Hay della cuentos extraños
En esta sierra.

DON PEDRO.

¿Y qué nombre

Tiene?

DON ALFONSO.

Sancha, y él Ramiro.

DON PEDRO.

¡Bella mujer y bello hombre!
Pintado en su caras veo
Su padre. ¿Qué gentil hombre
Mancebo!

DON ALFONSO.

Aun entre sayal
Descubre la sangre real
De su belicoso padre.

DON PEDRO.

Y la de su noble madre,
Que por ser tan principal,
Segun mi hermano me dijo,
Su nombre encubre.

DON ALFONSO.

Colijo

Que por bien empleada diera
Qualquier liviandad, si viera,
Señor, tal hija y tal hijo.
Con la Infanta, mi señora,
Y hija vuestra, están hablando.

DON PEDRO.

Su presencia me enamora:
Lo que están los dos tratando
Quiero escuchar. *(Acércanse á ellos.)*

RAMIRO.

Yo, señora,
Conozco de mis intentos
Que á vender merecimientos
El mundo, el alma llegara
Y infinitos la comprara,
Si á truceo de pensamientos
Me los diera.

SANCHA.

Y yo tambien
Sé que de saber me pesa
Lo que sé, por saber quien
Sabe que sé en esta empresa,
Que no sois hombre de bien.

DOÑA FELIPA.

Niña, ¿quién te mete aquí?

SANCHA.

El diablo y yo nos metemos,
Y el fuego que vive en mí. *(Ap.)*

RAMIRO. *(Ap. con Sancha.)*

¿Quieres dejar, Sancha, extremos?

SANCHA.

¡Ah falso! ¿pagas así
Lo que me debes?

RAMIRO.

Por Dios
Que te adoro, Sancha mía.

SANCHA.

Yo me vengaré de vos,
Ramiro ingrato, algun día.

DON PEDRO.

¿No saben que son los dos
Hermanos?

DON ALFONSO.

No, gran señor,

Aunque anda buscando amor
Varias trazas y rodeos
Para explicar sus deseos,
Porque no ama al resplandor
Tanto el que alumbraba los cielos,
Como el que á Ramiro enseña
Sancha.

DON PEDRO.

¿Luego estos son celos?

DON ALFONSO.

Sí serán.

DON PEDRO.

Pues ¡tan pequeña!

DON ALFONSO.

Los amorosos desvelos
De sospechas semejantes,
En Portugal crecen ántes
Que en otra parte.

DON PEDRO.

Es así,

Que todos nacen aquí
Tan celosos como amantes.

DOÑA FELIPA.

Discreto sois.

SANCHA.

Vos mentis,
Con perdon de los urracos
Y arrequives que os vestis;
Que nunca son los bellacos
Discretos; y si decís
Lo contrario, salí acá.

DON ALFONSO.

Sancha, ¿qué es esto?

SANCHA.

Será,

Que ahora no es nada.

DON ALFONSO.

Atrevida,

¿Cómo sois descomedida

Con quien honrándos está?

SANCHA.

¿Quién me puede hourar á mí?

DON ALFONSO.

La Infanta.

SANCHA.

Infanta ó infanto,
Guardé la hora para sí;
Que yo sola valgo tanto
Y mas que ella.

DON ALFONSO.

¿Quién? ¿vos?

SANCHA.

Sí.

¿No somos acá personas,
Aunque andemos sin valonas,
Libres las caras de mudas,
Y sin sayas campanudas,
Como aquesas fanfarronas?
¿Ella á mi habia de honrar,
Porque trae una botica
En la cara que alquilar,
Y se remilga y achica
La boca cuando ha de habrar?

DON PEDRO. *(Ap. á Don Alfonso.)*

Donaire tiene, por Dios.

DON ALFONSO.

Idos de aquí.

SANCHA.

Pues los dos
Se quedan, tome, doncella,
Esta higa para ella,
Y estas cuatro para vos.

(Retírase, quedándose escondida á un lado.)

DON PEDRO.

Notable gusto me ha dado
La rapaza.

DON ALFONSO.

Es, gran señor,

La misma sal.

DON PEDRO.

En estado

Y edad está, gran Prior,
Ramiro de ser honrado.
Tenerle en mi casa quiero
En traje de caballero,
Sin declararle quién es.

DON ALFONSO.

Todo el valor portugues
Hallarás en él.

DON PEDRO.

Primero

Que os partais, me le enviaréis
A Santaren, sin decille
Lo que en aquesto sabeis.
Haced primero vestille
Galas nobles.

DOÑA FELIPA.

No quereis

A la pastora, Ramiro,
Mal, aunque si bien lo miro,
Mejor os quiere ella á vos.

SANCHA. *(Escondida.)*

Para ver lo que los dos
Hablan, aquí me retiro;
Que no puedo sosegar
Desde que vino á mi casa
Esta Infanta ó mi pesar;
Que ni sé lo que me abrasa,
Ni en lo que esto ha de parar.

RAMIRO.

Hasta agora no he hecho cuenta
De amor que gustos violenta.

DOÑA FELIPA.

Yo sé que la quereis.

RAMIRO.

¿Yo?

SANCHA. *(Saliendo.)*

Si nos queremos ó no,
A Dios daremos la cuenta.

DOÑA FELIPA.

¿Quién os mete, bachillera,
Aquí donde nadie os llama?

SANCHA.

Yo, que en aquesta quimera,
Si los dos urdis la trama,
Quiero ser la lanzadera.
Traidor, el buésped se irá,
Y.....

DON ALFONSO.

Sancha, salios allá.

Ea.

DOÑA FELIPA.

Ved si os quiere bien.

SANCHA.

¿Sí? De fuera vendrá quien
De casa nos echará. *(Vase.)*

DON PEDRO.

Ya es hora que nos partamos.

DON ALFONSO.

Honrad mi casa primero
Esta noche sola.

DON PEDRO.

Vamos

De prisa: á la vuelta quiero
Que mas despacio veamos
Las muchas curiosidades
Que entre aquestas soledades
Vuestro quieto gusto pinta;
Que me alaban esta quinta
Cuantos la ven.

DON ALFONSO.

Novedades

Agradan.

DON PEDRO.

Porque os partais,
Ved que la Reina os espera.

DON ALFONSO.

Siempre que vos me mandais,
Señor, estoy en mi esfera,
Y pues vos me lo encargais,
Hoy me partiré.

DON PEDRO.

En vos miro
La lealtad misma : á Ramiro
Me enviad á Santaren
Como os he dicho.

DON ALFONSO.

Está bien.

SANCHA. (Ap. saliendo.)

Aunque no quiero, suspiro.
Ciego amor, ¿á qué salís
Acá?

DON ALFONSO.

Trueque vuestra Alteza
Por el maestrazgo de Avis,
Que honra el pecho, á la cabeza
La corona que regis;
Y vos, señora, goceis
Un monarca por esposo
Al paso que mereceis.

DOÑA FELIPA.

Don Alfonso valeroso,
Para que experimenteis
Lo que os quiero, descarté
Lo que vos me deseais.

DON ALFONSO.

Larga vida el cielo os dé.

RAMIRO.

Triste á Momblanco dejais.

DOÑA FELIPA.

Basta, Ramiro, que esté
Alegre vuestra pastora.

SANCHA. (Ap.)

¿Que estos pesares me den!
¡No fuera yo infanta agora!

DOÑA FELIPA.

Id á verme á Santaren.

SANCHA.

Si fuere, vaya en mal hora.

DON PEDRO. (Ap. á Don Alfonso.)

No sé quitar de los dos
Los ojos.

SANCHA.

Yo me consumo,

¡Y holgaisos, Ramiro, vos!

DON PEDRO.

Vamos.

SANCHA.

La ida del humo,
O del cuerno, plegue á Dios.

(Vanse Don Pedro, Doña Felipa, Don
Alfonso, Doña Ines y el acompañamiento.)

ESCENA II.

SANCHA, RAMIRO.

SANCHA.

Ya los huéspedes se han ido,
Traidor, ingrato, sin fe,
Perrillo de muchas bodas,
Moro que no guardas ley;
Ya los huéspedes se fueron;
Solos estamos.

RAMIRO.

Pues bien,
que se vayan, ó se queden,
¿Qué hay de nuevo?

SANCHA.

¡Ingrato! ¿qué?
¿Qué preguntas, cuando sabes
Que me abraza un no sé qué
El alma, y que no sé cómo
Me ha hechizado un no sé quién?

¿No sabes tú que á los pechos
Del ciego dios me crié,
Que en vez de leche da brasas
A los niños como él?

Trece años tengo, traidor,
Y trece años há, cual ves,
Que mi amor se está en sus trece
Desde mi primero sér.

Nací amandote, villano,
Pues me han dicho mas de tres
Que ántes que aprendiese á hablar
Aprendí á quererte bien.

El ama que me dió leche,
Me dijo, falso, una vez,
Que para acallar mi llanto,

Las que en tu ausencia lloré,
El remedio era llevarme
Donde te pudiese ver.

¡Mal haya amor tan antiguo!
Mas ¿qué mas mal que un desden?
Crié un poco, y creció un mucho

El fuego en que me abrasé,
Que segun lo que se enciende,
De cáncer debe de ser.

Los juegos con que otros niños
Se suelen entretener,
Eran en mí el adorarte:

¡Ay cielos! ¿qué mal jugué!
No hallaba sino en tus ojos
Pasatiempos mi niñez;

Mis muñecas son sus niñas,
Que me hechizan si me ven.
Este es mi amor, cruel Ramiro,

Y ese tu injusto pago es:
Mas quien á tramposos fia,
Que no cobre será bien.

RAMIRO.

Sancha, ¿qué agravios te he hecho
Para que esas quejas des?
¿Qué desdenes te dan pena?

¿Qué palabras te quebré?
Yo, Sancha, pues no lo sabes,
Si hasta aquí te quise bien,

Fué quererte como á niña,
Pero no como á mujer;
Que para eso aun es temprano,

Y todos cuantos te ven,
No te aman por lo que eres,
Sino por lo que has de ser.

Mi inclinacion natural,
Aunque entre el tosco burriel
Nací, sin saber quién soy,

Ni quién fué quien me dió sér,
Me fuerza á ser cortésano,
Y apenas mis ojos ven

Una dama de palacio,
O un fidalgo portugués,
Cuando se me inquieta el alma,

Y he menester que á los pies
Ponga grillos la prudencia,
Porque no corran tras él.

Vino el infante Don Pedro
A esta casa de placer;
Trujo á la infanta su hija

Consigno; á verla llegue;
Preguntóme algunas cosas,
Respondí por ser cortés;

Parecióte, Sancha, mal,
Y parecióte muy bien.
Siempre fuiste, si no entonces,

Discreta en tu proceder,
Sino es hoy que de liviana,
Pesada has venido á ser.

Te enfadó mi inclinacion
Cortesana: el parecer
De Doña Felipa hermosa,

En cuya cara miré
Rosas, coral, perlas, nieve,
Obligado me ha á que esté

Triste, Sancha, y pensativo.
¡Oh! ¿quién pudiera ser rey,
Si hay reyes con tantas partes

Que lleguen á merecer
El sol, solo en la hermosura.
Que rayo de mi amor fué?

SANCHA.

En mi presencia, traidor,
Con el villano pincel
De tu lengua falsa, pintas

Por sol lo que sombra fué?
La libertad, necio, rindes
A hermosuras de alquiler,

Que se venden por las tiendas,
Y disfraza el interes?
Sol llamas rostros de corte,

Que aun no merecen traer
Pasas del sol, pues las pasas
De lejía andan en él?

¡Agora niegas, mudable,
Deudas de amor, porque ves
Que no hay testigos de vista,

Por ser ciego el mismo juez?
Trece años há que eres nio;
Las voces me han de valer,

Pues la razon no me vale.
Señores, ¡aquí del Rey!
Que me roban en poblado

Un corazon que gané
En trece años de servicio.
¿No hay Dios, no hay justicia y ley?

¡Aquí de amor! que ha venido
A robarme una mujer
Una alma que me ha costado

Otra alma que le entregué.
RAMIRO.

¿Qué alboroto es este, Sancha?
Vuelve en ti.

SANCHA.

Pues vuelvéme
A ti mismo; que sin ti,
Mal en mí podré volver.

RAMIRO.

Lo mejor será dejarte,
Que estás loca.

SANCHA.

Verdad es;
Que no hay amante de veras,
Que sea cuerdo y quiera bien.

¡Ah de Momblanco! Pastores,
Temle, corred tras él.
No te has de ir. (Tiénele.)

RAMIRO.

No has de dar gritos.
SANCHA.

Pues quédate y callaré.
RAMIRO.

Hasme hoy enojado mucho,
Y por eso me vengué.
SANCHA.

¿Luego esto solo es venganza?
RAMIRO.

Si, Sancha.
SANCHA.

¿Y no amor?
RAMIRO.

No á fe,
Que te adoro, niña mía.
(Ap. Así la sosegaré.)
Dame esa mano.

SANCHA.

No quiero.
RAMIRO.

Pues iréme.
SANCHA.

Vayasé.

(Ramiro hace que se va.)
Volved acá, el escudero;
No seais tan descortés.
¿Qué bien hacéis del señor!

¡Ah! mal hoego os quemé, amén.

ESCENA III.

CABELLO. — SANCHÁ, RAMIRO.

CABELLO.
Ramiro, señor os llama
Mas há de un hora.

RAMIRO.

Voy pues.

SANCHÁ.

¿Habeis de enojarme mas?

RAMIRO.

Nunca mas.

SANCHÁ.

¿Quereis bien?

RAMIRO.

Con el alma.

SANCHÁ.

¡Ay hechicero!

RAMIRO.

¡Ay brinco de oro!

SANCHÁ.

¡Ay vergel

Del amor!

RAMIRO.

¡Ay rosa suya!

SANCHÁ.

¡Ay mi Ramiro!

RAMIRO.

¡Ay mi bien!

(Vanse Ramiro y Cabello.)

ESCENA IV.

TABACO, que sale llorando. — SANCHÁ.

TABACO.

Sancha, vos que sabéis tanto,
Aunque tan niña y pequeña,
Que algun dimiño os enseña,
O nacistes por encanto,
Si sabéis, dadme unos pocos
De quillotros para amar.

SANCHÁ.

Pues un hombre gha de llorar?

TABACO.

No es llanto este.

SANCHÁ.

¿Pues qué?

TABACO.

Mocos.

Echadme una melecina
Para que sepa querer.

SANCHÁ.

¿Qué hay de nuevo?

TABACO.

Heis de saber

Que cada vez que á Marina
Topo, y me topa ella á mí,
Sin bastar pretina ó cincha,
El diablo se me emberrincha
En el cuerpo.

SANCHÁ.

¿Cómo así?

TABACO.

¿Qué sé yo? Topéla ayer
Par de la honte, y topóme,
Rempucéla y rempuzóme,
Miréla, y volvíome á ver;
Comenzóse á descalzar
Las chinelas, y tirélas,
Arrojómetas, y arrojélas,
Y tornómetas á arrojar.
Yo no sé si es enlicion
Aquesta, ó qué diablos se es,
Que, en fin, vengo á que me dés,
Si sabes, una lición
De amalla, ó de aborrecella;
Que no falta cosa alguna

Si echarnos de la tribuna,
Para que apriete con ella.

SANCHÁ.

Tabaco, no es para bobos
Esto de amar.

TABACO.

Ya lo veo;

Pero si aqueste desco
Me hace en el alma corcovos,
¿Qué he de her?

SANCHÁ.

Dalla á entender

Que la quieres.

TABACO.

Ya imagino

Que lo sabe: en el molino
Nos topamos anteayer,
Y parando la pollina,
La pellizqué so el sobaco.

SANCHÁ.

¿Y qué dijo?

TABACO.

«Jó, Tabaco»,

Y dijela: «arre, Marina».
Y volviéndome una cox,
Me puso tal, que el barbero
A no prestarme un braguero,
Ya hubiéramos hecho choz
En la huesa.

SANCHÁ.

¿Bueno quedas!

TABACO.

Sancha, enseñalda á querer,
Y decid, si la heis de ver,
Que tenga las patas quedas.

ESCENA V.

CABELLO, con el aderezo de un lacayo en una cesta. — SANCHÁ, TABACO.

CABELLO.

Tabaco, alto, quita el sayo;
Que no has de ser mas pastor,

TABACO.

¿No? ¿Quién lo manda?

CABELLO.

Señor.

Pues bien, ¿qué he de ser?
CABELLO.

Lacayo.

¿Qué es lacayo, si alcanzallo
Puedo?

CABELLO.

Gran cosa, á mi ver.

TABACO.

¿Cómo?

CABELLO.

Es en palacio ser
De la boca del caballo.

TABACO.

¿Pues he de ser freno?

CABELLO.

No,

Sino que en cualquier posada
Le has de dar paja y cebada.

TABACO.

¿Que es aquesto ser lacayo?

CABELLO.

Si, Tabaco: este vestido
Fué primero de Melchor,
Lacayo del gran Prior,
Y tú su heredero has sido.
Ea, que has de ir con Ramiro,
Que en traje de caballero
Va á Santaren.

TABACO.

Pues ¿qué espero?

SANCHÁ.

¿Cómo? (Ap. Mis desdichas miro.)
¿Quién dices que á Santaren
Va?

CABELLO.

Ramiro, que ha trocado
El sayo tosco y pesado,
Por mas que le estaba bien,
Con las cortesanas galas,
Con que ha hurtado, Sancha mia,
Al amor la bizzarria,
Y al sol las doradas alas.
Envíale el gran Prior
Al infante con un pliego.

SANCHÁ. (Ap.)

Celos, echad leña al fuego,
Creced con celos, amor,
Sospechas, dad en el blanco
Del temor que el alma espanta.
¿Ramiro va á ver la Infanta?
Dejad pues, Sancha, á Momblanco,
Que no está ausente amor bien
En los peligros que miro.
Si á Santaren vais, Ramiro,
Sancha ha de ir á Santaren. (Vase.)

ESCENA VI.

TABACO, CABELLO.

CABELLO.

Ea, vístete.

TABACO.

¿Qué son

Estas?

CABELLO.

Tienen muchos nombres:
Calzas las llaman los hombres,
Los discretos confusion,
Las hembras, abigarradas,
Las lavanderas, gregorias,
Los bobos ruedas de norias,
Y los niños rebanadas
De melon.

TABACO.

¿Hay mas salidas

Y entradas?

CABELLO.

¿No te desnudas?

TABACO.

Si; vestidme estas azudas,
Si es que andar pueden vestidas.
¿Qué son aquestos?

CABELLO.

Zapatos

Al uso, con que remudes.

TABACO.

Pensé que eran atahudes,
Segun son grandes. ¿Qué chatos
Que están! ¡aho!

CABELLO.

Son alcahuetes

Que encubren bellaquerías.

TABACO.

¡Jesus!

CABELLO.

¿Pues no lo sabías?

TABACO.

No. ¿Qué encubren?

CABELLO.

Los juanetes.

TABACO.

Y esto ¿qué es?

CABELLO.

Puños y cuello.

TABACO.

Cuello y puños hay en mí.
¿No son puños estos?

CABELLO.

Sí.

TABACO.

¿Y esto no es cuello, Cabello?

CABELLO.

Sí.

TABACO.

Daldos á los dimuños,
Que no los he menester.

CABELLO.

Acostúmbrense á traer
En el cuello y en los puños,
Y dellos toman el nombre.

TABACO.

¿Y estas con tantas arrugas?

CABELLO.

Son lechuguillas.

TABACO.

¿Lechugas?

Harán ensalada á un hombre.

Vén, que acá me vestirá.

Solo en verlas me desmayo.

¿Que todo esto trae un lacayo?

¡Jesus mil veces!

CABELLO.

¿De qué

Te santiguas, mentecato?

TABACO.

De ver todo este aparejo,

Y de que puede her consejo

El pueblo en este zapato.

¿Mas que me han de dar matraca?

¿No es mejor andar desnudo,

Que no calzarse un menudo,

Con tanta panza de vaca? (Vanse.)

ESCENA VII.

DON ALFONSO, *de camino*; DON NUÑO, RAMIRO, *de galan*; SANCHÁ, CRIADOS.

DON NUÑO.

Un enano, señor, llevo
Al Rey niño, con que tenga
Pasatiempo y se entretenga,
Tan pequeño, que me atrevo

A decir que con tener

Veinte años, no os llegará

A la rodilla; ya está

Dos leguas de aquí, y con ser

Tan pequeño como cuento,

En la proporcion y el talle,

Es tan galán, que envidialle

Pueden, señor, mas de ciento,

Porque no excede en cabeza,

En brazos, manos ni piés;

Todo un brinco de oro es

En el cuerpo y gentileza.

Cayó en el camino malo,

Y gustaré que se cure

Aquí, donde se asegure

Su salud y su regalo,

Porque sé que ha de gustar

Mucho el Rey dél, os prometo;

Que es muy agudo y discreto.

DON ALFONSO.

Aquí le podeis dejar,

Don Nuño; que aunque me parto

A Castilla, en casa queda

Gente que cuidar dél pueda:

Aposéntese en mi cuarto.

DON NUÑO.

Pues yo, señor, voy por él;

Que en Momblanco y su quietud

Presto cobrará salud.

DON ALFONSO.

Aquí tendrán cargo dél.

(Vase Don Nuño.)

T. V.

ESCENA VIII.

DON ALFONSO, RAMIRO, SANCHÁ, CRIADOS.

SANCHÁ. (Ap.)

Pues mi Ramiro se va,

Aunque dice ha de volver,

Aqueste enano ha de ser

Ocasión, si en casa está,

De algun amoroso enredo.

DON ALFONSO.

Luego quiero que te partas,

Ramiro, con estas cartas

A Santaren.

SANCHÁ. (Ap.)

Muerta quedo.

DON ALFONSO.

Di al Infante cómo estoy

De camino, y que á Tomar

Pienso mañana llegar.

RAMIRO. (Ap.)

¿Cielos! ¿que á la corte voy?

Ea, deseo arrogante,

Seguid vuestra inclinacion,

Y pues teneis ocasion,

Llegad y hablad al Infante.

No piseis los montes mas,

Ni vistais sayal grosero;

Ya parezco caballero;

Vileza es volver atras.

El Infante es noble y franco;

Seguirle si quisiere;

Y aunque no quiera, no espere

Volver á verme en Momblanco.

SANCHÁ.

Despues acá que vestido

Estais de Corpus, ¿no hablais?

RAMIRO.

Ea, Sancha, ¿qué me mandais

Que os traiga de allá?

SANCHÁ.

El sentido

Y el alma que en un abismo

De pesares acomodo,

Y si quereis traerlo todo,

Traed, Ramiro, á vos mismo

DON ALFONSO.

Ea, Sancha, adios, adios:

No lloreis.

SANCHÁ.

¿No he de llorar,

Viéndos, señor, apartar,

Y perdiéndos á los dos

En un punto?

DON ALFONSO.

No havais miedo

Que Ramiro tarde mucho.

SANCHÁ. (Ap.)

¿Con qué de sospechas lucho!

¿Con qué de pesares quedo!

RAMIRO.

¿No me abrazais?

SANCHÁ.

¿Que sea tanta

Mi desdicha!—; Oh quien los ojos

(Ap. á Ramiro.)

Os sacara!

RAMIRO.

¿Por qué enojos?

SANCHÁ.

Porque no vieses la Infanta.

RAMIRO.

Con su nombre me molestas.

ESCENA IX.

TABACO, *vestido de risa, metido en una calza todo el cuerpo*; CABELLO.
— DICHOS.

TABACO.

No sé cómo puedo andar.

RAMIRO.

¿Qué es eso, loco?

TABACO.

Llevar

Dos mil lacayos á cuestras.

Vamos; que no ha sido poco

El acercarme á poner

Tanto andrajo. ¿Qué hay que hacer?

¿No picamos?

DON ALFONSO.

¿Estás loco?

TABACO.

Si me has puesto en esta jaula,

Claro está que loco estoy:

Vén, que tu Gandelin soy,

Y tú mi Amadis de Gaula.

La mitad deste vestido

Puedes dar á otro; que yo,

Suficientemente vo

En una calza embutido.

Este laberinto chato

Será bien que á otro le des,

Porque á mí para ambos piés

Me basta aqueste zapato.

DON ALFONSO.

Vestilde allá.

TABACO.

¿Las quimeras

Que hay en este encantamento!

CABELLO.

Vamos.

TABACO.

Parezco jumento,

Pues llevo las aguaderas.

DON ALFONSO.

Ea, adios.

RAMIRO.

Adios, mi bien.

DON ALFONSO.

No lloreis mas.

SANCHÁ.

Es en vano.

DON ALFONSO.

Vamos.

SANCHÁ. (Ap.)

¿Mas si aqueste enano

Me llevase á Santaren? (Vanse.)

Salon en el palacio de Santaren.

ESCENA X.

DON DIONIS.

Quien hereda el valor y la prudencia,

Con la nobleza y sangre lusitana,

Del griego ilustre en fama y experiencia,

Tan celebrado por su edad anciana,

No se deje vencer de la inocencia

De un niño rey, por la pasion tirana

De quien pretende gobernar su Estado,

Que no puede del Rey ser gobernado.

ESCENA XI.

DON DUARTE.—DON DIONIS.

DON DUARTE. (Ap.)

El que tuviere discrecion, nobleza,

Valor y aliento en su invencible pecho,

No se deje rendir de una flaqueza,

Aunque piadosa, sin ningun provecho.

Pide el gobierno heroica fortaleza,

Y dice la experiencia, que se ha hecho

De lastimosos daños, que proceden

De que tan niños príncipes hereden.

ESCENA XII.

DON EGAS. — DON DUARTE, DON DIONIS.

DON EGAS. (Ap.)

Quien de razon ni de experiencia larga

No hiciere estima ó pierde la memoria,
Y destos reinos el gobierno encarga
A un tierno niño, eclipsará su gloria.
Si es la corona tan pesada carga,
Que al fin la llama la romana historia
En muro en la cabeza, no está el muro
En la de un niño rey firme y seguro.

DON DIONIS.

Don Egas...

DON EGAS.

Don Dionis...

DON DIONIS.

Pues, Don Duarte,
¿Qué forzosa ocasion os trae confuso?

DON DUARTE.

No quisiera ser voto ó tener parte
En quien á un niño la corona puso.
Llama Platon, como prudente, al arte
De gobernar por experiencia y uso,
El arte de las artes, y no puede
Ser un niño tan docto que la herede.

DON DIONIS.

Esa misma razon me trae suspenso,
Si me vine enfadado de la sala,
Pues tan pequeño príncipe, no pienso
Que á la grandeza deste reino iguala;
Y por enigma del cuidado inmenso
Del gobierno real pinta y señala
El griego un instrumento no templado;
Que es mas difícil gobernar su Estado.

DON EGAS.

El infante Don Pedro, del rey muerto
Hermano valeroso, aunque segundo,
Tiene este reino, confiado y cierto
Que puede y sabe gobernar el mundo.
Llegue esta nave á tan seguro puerto,
Pues en el golfo deste mar profundo
La dejó nuestro rey; que no es mi voto
Que sea un niño su real piloto.

DON DIONIS.

Creyése que en las cortes que se han
Viniese á ellas el señor infante [hecho,
A tomar la corona con el pecho,
Que se la ofrece reino semejante;
Mas él fundado en natural derecho
De tierno amor y de piedad constante,
Quiere que herede Don Alfonso el quín-
Y no pueda salir del laberinto. [to,
El reino junto en votos dividido
Salíó, y dejó la causa sin sentencia,
Por si fuese el infante persuadido
Con razones que ensena la experiencia.

DON EGAS.

Al cielo santo le suplico y pido
Abra los ojos de su real prudencia
Al infante Don Pedro, que reciba
El noble reino, y largos años viva.

ESGENA XIII.

ACUÑA.—DON DIONIS, DON DUARTE,
DON EGAS.

ACUÑA.

Caballeros ilustres y leales
Del reino mas ilustre, leal y santo
Que mira con sus ojos inmortales
El sol hermoso que os envidia tanto;
Parece, si no mienten las señales,
Que con recelo, con temor y espanto
Os retirais, cuando el señor infante
Muestra la fe de su valor constante.
El reino le ofrecistes á su Alteza,
Como tio del príncipe heredero,
Temiendo de su edad que su cabeza
No puede sustentar un muro entero;
Mas el infante, cuya real nobleza
Le muestra descendiente verdadero
De sus heroicos padres, no permite
Que al legítimo dueño se le quite.
Y yo que del infante valeroso

Antiguo y noble consejero he sido,
Estoy de su constancia mas glorioso,
Que si hubiera en el Africa vencido;
Y así os vengo á pedir, reino famoso,
Que estimeis su valor, y sea servido
El niño Rey, en cuya tierna mano
Le pongais este reino lusitano.

DON DIONIS.

Pues ¿cuántos reinos en la edad pasada,
Por ser de niños reyes gobernados
Con ajena prudencia y corta espada,
Perdieron con los reyes los estados?
Tenemos toda el Africa alterada,
Los furiosos alárabes, cansados
De nuestras nobles armas, deseosos
De, hallando esta ocasion, salir furiosos.

ESGENA XIV.

DON PEDRO. — DON DIONIS, DON
DUARTE, DON EGAS, ACUÑA.

DON PEDRO.

Pues, Don Duarte, Don Dionis, Don Egas.

DON DUARTE.

¡Oh poderoso Rey!

DON PEDRO.

Humilde Infante;
Que no rendido de ambiciones ciegas,
Estimo en mas renombre semejaute.

DON DIONIS.

Si con los ojos de prudencia llegas
A mirar, gran señor, cuán importante
Es tu grandeza y tu real persona,
Recibe deste reino la corona.
No serás el primero infante, hermano
Del muerto rey, que su corona herede,
Cuando no deja valerosa mano
En quien el reino con firmeza quede.

DON DUARTE.

Legítimo heredero, y no tirano,
Es el hermano, y preferir se puede
Por su edad y prudencia al hijo amado,
Cuando le faltan para el mismo estado.

DON DIONIS.

Salimos de la sala mal contentos
De tu resolucion, aunque piadosa,
Dañosa al reino y cuerdos sentimientos
De la mas parte, ilustre y generosa.

DON EGAS.

Favorece, señor, nuestros intentos;
Niño es el Rey, la pérdida forzosa;
Y si ha de perder reino, fama y vida,
Renuncie en tí la gloria merecida.

DON PEDRO.

¿Porqué os parece, nobles caballeros,
Que es justo darme la real corona?

DON DIONIS.

Porque entre dos iguales herederos,
Se prefiere el valor de la persona.
Tu espada, gran Señor, cuyos aceros
El Africa en sus márgenes pregoná,
Tu gobierno, tu industria, tu prudencia,
Se esmaltan con tus canas y presencia.

DON PEDRO.

¿No rendis á mi acuerdo vuestro gusto?

DON DIONIS.

Felicitísimo Príncipe, en tu mano
Se rinde Portugal y el reino justo,
Siempre leal á tu difunto hermano.

DON DUARTE.

El sacro Imperio del romano Augusto,
Con mas lealtad que al César soberano
Se quisiera rendir á tales plantas,
Pues nacen dellas esperanzas tantas.

DON PEDRO.

Yo subo pues á la invencible silla
En el real tablado prevenido.

DON DIONIS.

¡Viva el Rey mi señor, á quien se num-
El trono real á su valor rendido! [la
ACUÑA.

Tu mudanza, señor, me maravilla.
¡Lealtad mudable, por ingrato olvido!
Mas siempre, por reinar, dicen los reyes
Que han de romperse las piadosas leyes.
(Descúbrese una cortina, y en su trono
el niño Rey coronado.)

ESGENA XV.

EL REY, CABALLEROS PORTUGUESES.—
DON PEDRO, DON DIONIS, DON
DUARTE, DON EGAS, ACUÑA.

DON PEDRO. (De rodillas.)

Sobriño amado, imagen de inocencia,
Segundo Abel, y con mayor ventura,
Rendido, humilde á vuestra real presen-
La mano os pido de traicion segura. [cia,
Tuvieron en mi pecho competencia
La honra y el amor, que al fin procura,
Como le hicieron Dios, vencer de modo,
Que le conozcan poderoso en todo.
Y vosotros, leales caballeros,
Si en prudencia, piedad y valor mio
Fundais vuestra esperanza, los prime-
Seréis en imitar mi santo brío. [ros
Dad, como siempre, indicios verdaderos
Del generoso pecho en quien confío,
Que persuadidos que os importa tanto,
Adoreis vuestro Rey piadoso y santo.
Que yo, como prudente, como viejo
Y como valeroso y vuestro amigo,
Os doy agora tan leal consejo,
Y yo el primero le recibo y sigo.
Seguidme todos; que á mi sombra os de-
Subid al trono de mi Rey conmigo: [jo:
Que en ir primero imito al elefante,
Que el mayor en la edad suele ir delante.
(Suena música, y sube Don Pedro á
besar la mano al Rey.)

Dadme, Señor, como mi rey la mano;
Dadme, mi bien, como sobrino mio,
Los amorosos brazos, pues los gano.

REY.

Por haber sido tan piadoso tio,
Levante vuestra Alteza el soberano
Rostro, en cuyo valor tanto confío,
Y déme á mi licencia que en silencio
Descubra que le estimo y reverencio.

DON EGAS.

¡Raro ejemplo de fe!

DON DUARTE.

¡Divino pecho
De portugues! que estima en mas su fa-
Que hacer dudoso su real derecho [ma,
En este reino que le estima y ama.

DON DIONIS.

Veniale al infante muy estrecho, [ma
Aunque es grande, este reino; que le la-
La pretension del Africa, y desea
Que toda aquella su corona sea.

REY.

Y así, como agradecido,
No digo mas que no puedo,
Y de vuestra Alteza quedo
A los favores rendido.

DON PEDRO.

Vuestra Majestad, señor,
Aunque se muestra obligado,
Me mande, que me ha quedado
Muy grande resto de amor;
Porque en mi pecho leal
Mucha aficion se atesora,
Pues lo que he dado hasta agora
Es una corta señal,
Es una prueba no mas

De mi lealtad y mi amor.
Y á quien es buen pagador
No duelen prendas jamas.

REY.

Quiero, Señor, que mireis
Este reino y mi persona
Como vuestro; esta corona,
Infante, vos la teneis.
Y así será justa ley
Que os obliguéis de presente
A sacarme un rey prudente,
Ya que me sacastis rey.
Y si no lo haceis así,
Infante, podré quejarme;
Que hacermey rey no es honrarme,
Y hacermey rey justo, sí.

DON PEDRO.

Habla vuestra Majestad
De modo, que me parece
Que como en ser hombre, crece
En la gracia y en la edad.
Dice que el reino le di,
Y estimo ese gran favor,
Y he de sacarle el mejor
Que haya reinado hasta aquí.
El reino que le he entregado
Reciba en prendas de quien,
Porque suele pagar bien,
Por grandes prendas le ha dado.

REY.

No digais mas; que no es justo
Dudar de vuestra verdad.

TODOS LOS CABALLEROS

¡Viva vuestra Majestad
La próspera edad de Augusto!

REY.

Vivais, vasallos leales,
La edad de Néstor y Anquistes.

DON DUARTE.

Nuevo sucesor de Ulises,
Dame tus manos reales.

REY.

Esperad; que me conviene
Salir al recibimiento
De mi prima, porque siento
Que la hermosa Infanta viene.

ESCENA XVI.

DOÑA FELIPA, DOÑA INES.—DICHOS.
(*El Rey y el Infante se bajan del trono.*)

DOÑA FELIPA.

Mande vuestra Majestad....

REY.

No puedo mandar, señora;
Que en vuestros ojos agora
Pierdo yo la libertad.

DOÑA FELIPA.

Que me mande dar sus manos
Le suplico.

REY.

Ya soy rey,
Y no será justa ley
Hacer mis intentos vanos.
La mano me habeis de dar
Que os la bese: esto ha de ser;
Que yo por poderlo hacer,
Tengo por gusto el reinar.

DON DIONIS.

De amor y de cortesía
Da indicios su Majestad.

DON DUARTE.

El amor, en tierna edad,
Sin sentir se forma y cria.

DOÑA FELIPA.

Yo me encargo, mi señor,
De entretener, como es justo,
Con regalos vuestro gusto.

REY.

Y con favores mi amor.
Y con esa confianza
Que el alma agora desea,
Quiero salir, que me vea
El reino.

ACUÑA.

¡Extraña mudanza!
¡Que en un niño pueda hacer
El ser rey tan grande estima
De sí mismo!

REY.

Infanta, prima,
Adios, y volvedme á ver.

DON PEDRO.

No acompaño, gran Señor,
Vuestra persona, aunque es tanta
Mi obligacion; que la Infanta
Queda sola.
(*Vanse el Rey, Don Duarte, Don Egas,
Acuña y los demas caballeros.*)

DON DIONIS. (Ap.)

¡Ay dulce amor!
Pero el Infante se queda:
No puedo hablar á mi bien.
Noche venturosa, vén
Mas apriesa, porque pueda.

ESCENA XVII.

RAMIRO, TABACO.—DOÑA FELIPA,
DOÑA INES, DON PEDRO, DON
DIONIS.

RAMIRO. (*A su criado al salir.*)

La ocasion misma me ayuda,
Pues llevo, y al mismo instante
Encuentro al señor Infante.

TABACO.

Dichoso has de ser sin duda.

RAMIRO.

Mande darme vuestra Alteza
Sus manos. (*Dale un pliego.*)

DON PEDRO.

Seais bien venido,

Ramiro.

TABACO. (Ap.)

¡Ya es conocido?

¡Gran memoria!

RAMIRO. (Ap.)

¡Gran belleza!

DOÑA FELIPA. (Ap. con su dama.)

¡Ay amiga! ¿no es aquel
El aldeano?

DOÑA INES.

Señora,

El es.

DOÑA FELIPA.

Conocile agora.
(Ap. Como siempre pienso en él.)

TABACO. (*Hablando aparte con su amo.*)

Señor.

RAMIRO.

Calla.

TABACO.

No podré,
Si no me enseña y me avisa,
Si me viene alguna prisa
Por donde me provere;
Que no me he visto jamas,
Señor, con tanta aguieta,
Y esta ventana inquieta
Fuese mejor por detras.

DON PEDRO.

Ramiro, mucho debeis
Al Prior, porque os envia
A la corte: yo querria
Que su esperanza aumenteis.

DOÑA FELIPA. (Ap.)

¿A la corte? ¡Oh venturosa

Yo, que en la corte y palacio
Puedo querelle despacio!
Mas ¡no me falta otra cosa
Que rendir mi pensamiento
A quien ayer fué un villano!
Pero no es en nuestra mano
Este primer movimiento.

RAMIRO.

El servir á vuestra Alteza
Tendré yo por gloria mia.

DON PEDRO.

Que sirvais al Rey querria.

DON DIONIS.

¿Qué no entendida grandeza
Es esta? Escudero amigo,
¿Quién es este caballero?

TABACO.

Yo fui labrador primero,
Y aqueste andaba conmigo
Pero el Prior le ha enviado.

DON DIONIS.

Esta novedad me admiro.
¿Cómo se llama?

TABACO.

Ramiro:
Mal nombre para casado.
Yo me llamaba Tabaco,
Y era souado en mi aldea,
Y agora no sé quién sea,
Si no me escurro y me saco
Destos dos fuelles; que voy
Con ellos con mucho tiento;
Que van hinchados del viento
Que yo de miedo les doy.

DON PEDRO.

Esto ha de ser, y confío
Que este favor que os he hecho,
Os ha de hacer buen provecho.

RAMIRO.

Sois amparo y señor mio.
Y vos, Infanta y Señora,
Dadme los piés.

DON DIONIS. (Ap.)

¿Cómo es esto?
¡Ya se conocen tan presto!

DOÑA FELIPA.

Alzáos.

RAMIRO.

El alma os adora.

TABACO.

Su infantería ¡no alvierte
Que soy el que estaba allá?
Mas no me conocerá,
Estofado desta suerte.
Pero dígame, Señor,
(*Asiendo de la ropilla al Infante.*)

Estas (que no son distintas
Traerlas cercadas de cintas)
Que me dan mucho temor,
Y siento que ni aun dormir
Llan de dejarme.

DOÑA INES.

¡Ah villano!

DON PEDRO.

Entrad, desaráis la mano
Al Rey.

RAMIRO.

Comienzo á servir.

DOÑA FELIPA. (Ap.)

Yo á amar.

DON DIONIS. (Ap.)

Yo á dudar.

DON PEDRO.

Yo á ver

Su valor.

RAMIRO. (Ap.)

Yo su hermosura.

TABACO.

Sáquenme desta apretura:
Que me quiero proveer.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIONIS, DON DUARTE.

DON DUARTE.

Don Dionis, parece sueño.

DON DIONIS.

¿Quién, Don Duarte, creyera
Que tal privanza tuviera,
De un principio tan pequeño,
Un hombre venido ayer,
No sé de dónde, sin prenda
De valor, fama ó hacienda,
Pues aun de quien le dió el ser
Está la corte ignorante?

DON DUARTE.

Sola una cosa en favor
De que es hombre de valor
Le abona.

DON DIONIS.

¿Y es?

DON DUARTE.

Que el Infante

Le apoye: clara señal
Que es noble, pues él le ampara;
Que el Infante no agraviara
La sangre de Portugal,
De quien es tan honorador,
Dando alas á un forastero,
Si no fuera caballero.

DON DIONIS.

Algun oculto valor
Encierra, que por agora
Debe de importar callalle.

DON DUARTE.

El merece por el talle
Con que la corte enamora,
Por el noble proceder
Que con los títulos tiene,
Por la humildad con que viene
A darnos á conocer
Cuán ajeno de ambicion
Al Rey y al Infante obliga
A que en su aumento prosiga,
Y por la conversacion
Apacible con que alcanza
Renombre su juventud,
Que envidiemos su virtud,
Y alabemos su privanza.
Mas ¿sabeis lo que concluyo
Del amor con que el señor
Infante le hace favor?
Que debe ser hijo suyo.

DON DIONIS.

¡Pluguiera á Dios! Sosegara
Mi amoroso frenesi,
Si eso, amigo, fuera así;
Porque la sospecha avara
Que tengo de que la Infanta
Le quiere bien, es ya tal,
Que temo quererle mal.

DON DUARTE.

¿Celos teneis?

DON DIONIS.

¿Qué os espanta,

Si cuando solos se ven,
Por las lenguas de los ojos,
A costa de mis enojos,
Dicen que se quieren bien?
Por Dios, que me pesaría
De que fuésemos los dos
Enemigos; y por Dios,
Que si la loca porfia
Crece, siendo su interes
En mi daño, que sospecho
Que le ha de hacer mal provecho.

DON DUARTE.

Yo he de averiguar quién es
Don Ramiro.

DON DIONIS.

¿De qué modo?

DON DUARTE.

Su criado sale al paso,
Que es hombre de poco vaso,
Y presto lo dirá todo:
Propiedad de un ignorante,
Combatido de malicias.

DON DIONIS.

Pedídmel el alma en albricias,
Si es padre suyo el Infante.

ESCENA II.

TABACO.—DON DIONIS, DON DUARTE.

TABACO. (Sin ver á los caballeros.)

Después acá que enredado
En aqueste enjugador,
Voy, sin ser predicador,
De dos púlpitos cargado,
Es tanta la presuncion
Que destas quimeras saco,
Que no he de ser mas *Tabaco*,
O le he de echar el tacon
De un *Don*; que no es mal ensayo
Que *Don Tabaco* me nombren,
Aunque los dones se asombren
De haber hecho un *don* lacayo.
Mas tantos los dones son,
Que aun las campanas los dan,
Pues si tañe el sacristan,
Pronuncia *dan, dan, don, don*.
Y si dan don, desde hoy quiero
Un don, aunque sea trabajo;
Que un don dado de un badajo,
Bien está en un majadero.

DON DUARTE.

Hola: ¿ois?

TABACO.

¿Quién es la ola?

Hablad como habeis de hablar;
Que aunque la corte sea mar,
No tengo yo de ser ola.
Don Tabaco es mi apellido,
Porque en estas ocasiones,
La poesia y los dones
A tanta baja han venido,
Que hay ya dones al soslayo.
Y de agujas y hanquetas
Levanta Apolo poetas,
Como dones de un lacayo.
Y en mí no es el don postizo;
Que un Don Tabaco es de honrar,
Por ser su antiguo solar
Narices con romadizo.

DON DIONIS.

Humor teneis.

TABACO.

Ya lo veis:

Soy hombre de humos y humor.

DON DUARTE.

Escuchad. Vuestro señor

¿De dónde es, si lo sabeis?

TABACO.

Su nombre se soleniza.

DON DIONIS.

¿Es caballero?

TABACO.

Eso infiero,

Pues de puro caballero,
Nació en la caballeriza.

DON DUARTE.

Dejad burlas tan pesadas.

TABACO.

En su sangre hay encomiendas.

DON DIONIS.

¿Y es hombre de prendas?

TABACO.

¿Prendas?

Algunas tiene empeñadas.

DON DIONIS.

Prendas de nobleza llamo.

TABACO.

No lo entendí, perdonad.

DON DIONIS.

¿Es hombre de calidad?

TABACO.

Si, es muy cálido mi amo;

Que así lo dijo un doctor.

DON DUARTE.

O vos sois un gran bellaco,

O un gran tonto.

TABACO.

Soy Tabaco, (Vase.)

Que es uno y otro, señor.

DON DIONIS.

El Rey sale.

DON DUARTE.

Extraordinario

Favor hace á Don Ramiro.

Siempre á su lado le miro,

Ilale hecho su secretario,

Y dándole peticiones

Viene.

DON DIONIS.

Su presencia es tal,

Que muestra ser principal.

DON DUARTE.

De sus nobles intenciones

Se colige la nobleza

Con que al cielo se levanta;

Mas como no ame á la Infanta,

Sea quien fuere.

ESCENA III.

EL REY, recibiendo peticiones de
RAMIRO; DOÑA FELIPA, DON PE-
DRO, ACOMPAÑAMIENTO.—DON DIO-
NIS, DON DUARTE.

RAMIRO.

Vuestra Alteza

De modo me favorece,
Que de mí mismo me admiro
Envidioso.

REY.

Don Ramiro,
Honrar á quien lo merece
Es obligacion de un rey,
Que á los pechos del consejo
De un infante sabio y viejo,
Su valor tiene por ley.
Alcaide de Santaren
Sois.

RAMIRO.

Tus piés quiero besar

REY.

Blason de un rey es el dar;
Pero mas lo es el dar bien.

DON PEDRO.

Los piés beso á vuestra Alteza
Por la merced que Ramiro
Recibe.

REY.

En él y en vos miro
Todo el valor y nobleza.

¿Hay mas peticiones?

RAMIRO.

Esta

En que el conde Don Dionis
Os suplica que de Avis,
Pues su lealtad manifiesta
Sus méritos, la encomienda
Le déis mayor, que está vaca.

DON DUARTE.
(*Hablando aparte con Don Dionis.*)
De vos habla.

DON DIONIS.
A plaza saca
Su valor, aunque pretenda
Encubrirse.

REY.
¿Qué valdrá
Esa encomienda mayor?

DON PEDRO.
Diez mil ducados, señor,
De renta.

REY.
Bien se empleará,
Don Ramiro, en vuestro pecho.
Traedla, y dará mas luz
En tales pechos tal cruz,
Y yo estaré satisfecho.
El comendador mayor
Os llamen desde hoy de Avis.

RAMIRO.
Preténdela Don Dionis,
Y la merece mejor.
Suplicós, Príncipe augusto,
Me hagais á mi esta merced.

REY.
Vuestra es la encomienda, haced
Della lo que os diere gusto.

RAMIRO. (*A Don Dionis.*)
Llegad á besar los piés,
Conde, al Rey nuestro señor,
Que comendador mayor
Os ha hecho.

DON DIONIS.
El interes
Que dese cargo consigo,
Me obliga por justa ley
A vos, señor, como á rey,
Y á vos como á fiel amigo,
Dándós la fama loores
Que eternamente goceis,
Pues hoy, sin ser rey, haceis
Comendadores mayores.

RAMIRO.
Amigos, Don Dionis, hago,
Que es mas precioso caudal.

REY.
Sed, Ramiro, en Portugal
Maestre de Santiago;
Que quiero que el mundo muestre
Lo que la cruz luce en vos.

RAMIRO.
Hágaos gran monarca Dios,
Pues que me hacéis gran maestre.

REY.
Ya del Infante mi tío
Sé que nobleza y valor
Os hacen merecedor
Del cargo que de vos fio.

DON PEDRO.
¿Qué mas valor que agradarte,
Si así quien te sirve vuela?

RAMIRO.
El condado de Penela
Dió al padre de Don Duarte
El vuestro, que está en el cielo,
Solo por su vida; y él,
Que es el vasallo mas fiel
De cuantos celebra el suelo,
Que se le perpetúeis
Os suplica, gran señor.

REY.
Si vos sois intercesor,
Ramiro, ¿qué pediréis
Que no alcanceis? Dadle parte
Deso al Infante mi tío;
Que á él sujeto el gusto mio.

DON PEDRO.
Penela está en Don Duarte,
Señor, muy bien enpleado.

REY.
Désele á Penela, pues.
DON DUARTE.
Pon en mi boca esos piés.

REY.
Y gozad vos el condado
De Olivenza y de Estremós.

DON RAMIRO.
Señor.....

REY.
Siempre que venis
Y para otros me pedis,
Gusto de daros á vos.
Pedidme para otros mucho,
Porque mucho á vos os dé.

RAMIRO.
Contigo Alejandro fué
Avariento.

REY.
Como escucho
Lo que mi tío os abona,
Honraros mi amor desea.

DON PEDRO.
Bien vuestro favor se emplea
En ilustrar su persona;
Que es Ramiro principal. (*Ap. al Rey.*)
Y si tanto amor le muestro,
Es por ser muy deudo vuestro,
Señor, y su sangre real.

DOÑA FELIPA. (*Ap.*)
Amor, si habeis hasta aquí
Reparado en calidad,
Teniéndós mi autoridad
A raya dentro de mí,
Hablad, pues es vuestro amante
Conde y maestre, certeza
De su encubierta nobleza;
Que pues mi padre el Infante
Le honra tanto, bien conoce
Lo que su valor alcanza.

RAMIRO. (*Ap.*)
Ennobleceme, privanza,
Subidme mas, porque goce
Tan noble merecimiento
Mi amorosa voluntad;
Que si honras dan calidad,
Y cargos atrevimiento;
A pesar de mi bajeza,
Me dicen mis pretensiones
Que cargos son escalones
Para subir la nobleza.

DON DIONIS. (*Ap.*)
¿Ay Infanta! Si mi amor
Tu mayor favorecido
Me hiciese, pues he subido
A comendador mayor,
Fuera mi dicha adelante;
Mas teme la pena mia
Que con esta mayoría
Ramiro se me levante,
Siendo mi desdicha tanta,
Que porque del no me ofenda,
Ilizo darme una encomienda,
Para quitarme una Infanta.

ESCENA IV.

UN PAJE. — Dichos.

PAJE. (*Al Infante.*)
Del gran duque de Visco
Se acaba agora de apcar
Un paje que quiere hablar
A vuestra Alteza.

DON PEDRO.
Deseo
Velle: ya sé á lo que viene.

Un enano ha de traerlos,
Señor, para entretenerlos,
Que por el amor que os tiene
El Duque, le hizo venir
De Castilla.

REY.
Deho yo
Mucho al Duque: siempre dió
Muestras de lo que servir
Me desea.

ESCENA V.

SANCHA, de hombre; CABELLO, de lacayo. — Dichos.

CABELLO.
(*Hablando con Sancha al salir.*)
¿Dó me llevas
Desta suerte? ¿Qué marañas
Comienzan ya tus hazañas?
¿Qué burlas son estas nuevas,
Sancha del diablo? ¿Ante el Rey
Yo, y bragado deste modo!

SANCHA.
Haz lo que te he dicho en todo,
Y calla.

CABELLO.
Yo seré un bucy
Mudo; mas pardiéz que dudo
Que me han de estirar el cuello.

SANCHA.
¿No me conoces, Cabello?

CABELLO.
Ya te conozco. (*Ap.*) ¿Que pudo
Persuadirme á aqueste ensayo
Sancha! ¿que al fin me embaucó!
¿Ella enano, y su ayo yo?
¿Miren qué enano y qué ayo!

SANCHA. (*Al Infante.*)
Déme los piés vuestra Alteza.

DON PEDRO.
Besad los del Rey primero.

SANCHA.
Ignoré, como extranjero,
Que estaba aquí la grandeza
Del Rey. Vuestra Majestad
Perdone si entré ignorando.

(*Dale un pliego.*)
Este el duque Don Fernando
Os envia.

REY.
Levantad,
Y leed vos, tío Infante,
Lo que escribe el de Visco.

RAMIRO. (*Ap.*)
¿Cielos! ¿Qué es esto que veo?

¿No tengo á Sancha delante?
Este ¿no es Cabello? El es. —
Cabello.

(*Hablando aparte con él.*)

CABELLO. (*Ap.*)
Me conocí.

RAMIRO.
¿Qué haces aquí?

CABELLO.
¿Qué sé yo?
Sancha os lo dirá despues.

DON PEDRO. (*Legendo.*)
«Entre los grandes desros que de
»servir á vuestra Majestad tengo, he
»puesto en ejecución uno tan pequeño
»como ese enano, que por ser solo en
»el cuerpo, y no en la proporción, le
»hice traer de Castilla para el entrete-
»nimiento de la niñez de vuestra Ma-
»jestad, á quien suplico me reconozca
»por uno de sus mas leales vasallos y
»parientes, etc. Julio 15 de 1441.—Don
»Fernando.»

REY.
¿Sois vos el enano?

SANCHA.
Soy,
Señor, aunque en cuerpo enano,
Gigante en cuerpo, pues gano
El venirte á servir hoy.

RAMIRO.
(*Hablando aparte con Cabello.*)
¿Qué disparates son estos,
Cabello?

CABELLO.
¿Qué me pescudas?
Sáquete ella desas dudas,
Y á mi de aquestos dos cestos
En que tan bien me ha envainado.

REY.
¿Qué buen talle y buena cara!

DOÑA FELIPA.
Yo por niño le juzgara,
A no habérselos enviado
Por enano el de Viseo.

DON PEDRO.
¿Eres portuques?

SANCHA.
Nací
En Castilla, criéme aquí,
Y despues por un deseo
De mi padre, me volvíó
A los aires castellanos.

REY.
Bien; ¿y tienes mas hermanos?

SANCHA.
Solo á mi me enanéó
Mi madre.

REY.
Tu cantidad
Se vestirá á poca costa.

SANCHA.
Hízome mi padre apostá
Para vuestra Majestad.

DOÑA FELIPA.
¿Qué años tienes?

SANCHA.
Treinta y tres.

DOÑA FELIPA.
¿Treinta y tres, y no has barbado?

SANCHA.
Hánmelo imposibilitado
Trabajos que tú no ves,
Ni yo decillos quisiera.

REY.
¿De qué suerte?

SANCHA.
Señor mío,
Pago casa de vacío,
Y están los huéspedes fuera.

DON PEDRO.
No sé yo dónde te he visto
Otra vez.

SANCHA.
¿A quién? ¿á mi?

DON PEDRO.
Dudoso estoy: creo que sí.

SANCHA.
Mucho há que en Castilla asisto.

DON PEDRO.
Podrá ser.

SANCHA. (Ap.)
Ya está en el potro

MI MIEDO.
DON PEDRO.
A álguien te pareces.

SANCHA.
Si haré, porque muchas veces
Se parece un diablo á otro.

RAMIRO. (Ap. con Cabello.)
¡Jesús! ¿Que se haya atrevido
Sancha á hacer tal disparate!

CABELLO.
Este amor es un orate,
Y yo otro, que aquí he venido.
Despues sabrás maravillas;
Que hay, Ramiro, historias largas.

REY.
¿Llamaste?

SANCHA.
Mi padre Vargas,
Y yo por chico, Varguillas.

REY.
Pues mucho os he de querer,
Señor Vargas.

SANCHA.
Tus piés beso.

DON PEDRO.
Vamos.

RAMIRO. (Ap.)
No hay amor con seso,
Y mas si ama una mujer.

SANCHA. (Ap.)
A fe, sospechas amargas,
Que he de remediar mis miedos.

RAMIRO. (Ap. con Cabello.)
Espántanme sus enredos.

CABELLO.
Pues averígüelo Vargas.
(*Vanse el Rey, Don Pedro, Doña Felipa, el Paje y el acompañamiento.*)

ESCENA VI.

RAMIRO, DON DUARTE, DON DIONIS.
DON DUARTE.
Goce vuestra Señoría
El maestrazgo y el estado,
Que el Rey mi señor le ha dado
Tan justamente este día,
Mil años; que el que me dió
Por su noble intercesion
Me ha puesto en obligacion.

RAMIRO.
Con él quisiera dar yo
Un reino á Vueseñoría.
(*Vase Don Duarte.*)

ESCENA VII.

DON DIONIS, RAMIRO.
DON DIONIS.
A mí me le podeis dar,
Don Ramiro, si estimar
Quereis hoy la amistad mia,
Con darme sola una prenda
Que ha de enriquecer mi estado
Mas que el que por vos me han dado
Con la mayor encomienda.
Confesadme una verdad;
Que como amigo os prometo
Guardar eterno secreto.

RAMIRO.
Por pagar la voluntad
De que me baceis hoy deudor,
Y estimo, el pecho rasgara,
Y en él el alma os mostrara.

DON DIONIS.
¿Teneis á la Infanta amor?

RAMIRO.
¿A Doña Felipa?

DON DIONIS.
Sí.

RAMIRO.
Como á hija del Infante
La quiero, no como amante.

DON DIONIS.
No hay recelaros de mí,

Pues vuestra amistad profeso.

RAMIRO.
Don Dionis, si yo la amara,
De vos el alma fiara.

DON DIONIS.
Pues sabed que pierdo el seso
Por ella.

RAMIRO.
(Ap. ¿Ay de mí!) ¿Pues bien..?

DON DIONIS.
Vos que me habeis dado hacienda,
Quiero que con la encomienda,
Me deis esposa tambien.
Perdonad; que lo que hiciera
Por vos, maestre, eso mismo
Quiero que hagais.

RAMIRO. (Ap.)
¿En qué abismo
Me ha puesto mi pena fiera?

DON DIONIS.
Interceded en mi amor,
Sed mi tercero discreto:
¿Haréislo?

RAMIRO.
Yo os lo prometo.

DON DIONIS.
(Ap. Pues que no la tiene amor,
Su hermano debe de ser.)
¿Cuando la iréis á hablar?

RAMIRO.
Luego.

DON DIONIS.
Adios.

RAMIRO.
Adios.

ESCENA VIII.

RAMIRO.
Amor ciego,
Cegadme á mí por no ver
Tanta confusion y enredo.
Yo adoro á Doña Felipa,
Don Dionis se me anticipa,
Y acobardándome el miedo
De no saber quién me dió
El sér que tan adelante
Está honrándome el Infante,
Padezco entre un sí y un no
¿Posible es que sin saber
El Infante mi linaje,
Deste modo me aventaje?
No, temor, no puede ser.
Al Rey que era noble dijo,
Y mi honrado pensamiento
Califica este argumento;
El sabe de quién soy hijo.
Proseguir mi dicha quiero,
Y declaralla mi amor,
Aunque mi competidor
Me haya hecho su tercero;
Que ha venido Sancha aquí
Celosa, y podrá estorbar
Mi dicha saliendo azar.
Amor, volved vos por mí,

ESCENA IX.

SANCHA. — RAMIRO.
SANCHA.
Pues, mi señor cortesano,
Todos estamos acá;
Aunque no se dignará
De hablar un Conde á un enano.
¿Qué te parece la traza
Con que te he venido á ver?
¿Mas que debes de creer
Que vengo á espantar la caza
De tu amor? Dame esa mano;
Seguro la puedes dar;

Que no me puedo casar
Contigo, que eres mi hermano.

RAMIRO.

¡Yo hermano tuyo! ¿Qué dices?

SANCHA.

La verdad, que me ha traído
Aquí con traje fingido,
Porque mi fe solenices.
El día mismo que saliste
De Momblanco, me informé
De un viejo, á quien obligué,
Con verme en tu ausencia triste,
A que rompiendo el secreto
Que le encargó el gran Prior,
De nuestro progenitor
Me diese cuenta. En efeto,
Soy tu hermana.

RAMIRO.

Sancha mia,
Aunque tus embustes sé,
Me ha obligado á darte fe
La sangre que el amor cria,
Y mis sospechas allana;
Pues desde el punto primero
Que te vi, te estimo y quiero
Como un hermano á una hermana.
(Ap. ¡Ay mi Infanta hermosa y bella!
Si es mi sangre venturosa
Tan ilustre y generosa
Como el valor que hallo en ella,
Siendo noble y no villano,
Bien te puedo pretender.)

SANCHA. (Ap.)

Como yo le haga entender
A Ramiro que es mi hermano,
Y que á terciar en su amor
Vengo, no descubrirá
Que soy mujer.

RAMIRO.

(Ap. ¿Si será
Padre mio el gran Prior?)
Acaba de declarar,
Sancha, á quien debo mi sér.

SANCHA.

Grande dicha has de tener.

RAMIRO.

Ya la comienzo á gozar.
Dilo para que socorras
El temor que has de impedir.

SANCHA.

No te lo atrevo á decir.

RAMIRO.

¿Por qué?

SANCHA.

Porque no te corras.

RAMIRO.

¡Ay cielo! Mi desventura
Sospecho: no es principal
Quien me dió el sér.

SANCHA.

¿No? ¡y que tal!

Nuestro padre es.....

RAMIRO.

¿Quién?

SANCHA.

El cura,

Pariente del gran Prior
Muy cercano.

RAMIRO.

¿Un cura!

SANCHA.

Sí,

Aquesto es cierto.

RAMIRO.

¡Ay de mí!

SANCHA.

Bien lo sabrá el labrador
Que nos crió.

RAMIRO.

Dejamé.

Mataréme.

SANCHA.

¿Hay tal ventura
Como ser hijo de un cura?
¿Matarte quieres! ¿Por qué?
El gran Prior nos crió
(Que pienso que es nuestro tío),
Y ha sabido, hermano mio,
Que nuestro padre murió.
En tu extraña dicha y medro
Puedes experimentar
Lo que el cielo suele honrar
A los nietos de san Pedro.

RAMIRO.

Cesa, pues cesó mi amor.

SANCHA.

A fe que te burlé bien.
No es tu padre ese.

RAMIRO.

¿Pues quién?
¿Es, hermana, el gran Prior?

SANCHA.

Y por su causa el Infante
Te honra, Ramiro, así.

RAMIRO.

¿Es cierto?

SANCHA.

¿Pues no?

RAMIRO.

Eso sí;

Viviré de aquí adelante.

SANCHA.

En sabiendo que mi hermano
Eras, te vine á buscar,
Dándome traje y lugar
Para venir, el enano
Que en Momblanco aposentó
Don Nuño, y vino tan malo,
Que no bastando el regalo
Que le hicieron, se murió.
Partióse desesperado
Don Nuño, y dejóse allí
Las cartas que luego abrí,
Y viendo que presentado
Iba por el de Visco,
Eché otra cubierta al pliego,
Vestime en su traje luego,
Y en las alas del deseo,
Vengo á terciar en tu amor.
Yo haré que á la Infanta goces,
Si mis enredos conoces.

RAMIRO.

¿Que es mi padre el gran Prior?
¿Que eres mi hermana?

SANCHA. (Ap.)

La trama

Va buena.

RAMIRO.

¡Qué alegre estoy!

SANCHA.

Tu hermana y tercera soy.

ESCENA X.

UN PAJE. — SANCHA, RAMIRO.

PAJE.

Señor, el Infante os llama. (Vase.)

RAMIRO.

Pues tú de mi amor te encargas,
Ya no tengo que temer.

SANCHA.

Enredos tengo que hacer
Con que se acuerden de Vargas. (Vanse.)

Habitacion del Infante y de su hija en el palacio.

ESCENA XI.

DOÑA FELIPA.

Amor rapaz, esa venda
En la boca habia de estar,
Porque no puedas hablar,
Ni tu secreto se entienda;
Aunque para que me ofenda
De ti, tirano desnudo,
Siempre que quiero hablar, dudo;
Porque para darme enojos,
Siendo ciego, estás con ojos,
Y en mi, con lengua, estás mudo.

ESCENA XII.

RAMIRO. — DOÑA FELIPA.

RAMIRO. (Aparte al salir.)

No puede el desasosiego
Que me atormenta, parar;
Que mal podrá sosegar
Fuera de su centro el fuego.
No seas mudo, pues sois ciego,
Niño dios; mas si segura
Quereis ver vuestra ventura,
Hacedla á la Infanta clara;
Que mal que no se declara,
Con dificultad se cura.

DOÑA FELIPA.

Ramiro.

RAMIRO.

Señora mia.

DOÑA FELIPA.

¿Adónde vais?

RAMIRO.

No osaré

Decillo.

DOÑA FELIPA.

¿Porqué?

RAMIRO.

Porque

No me atrevo, aunque querria.

DOÑA FELIPA. (Ap.)

¡Oh! ¡si viniese á buscarme!

RAMIRO. (Ap.)

¡Oh! ¡si gustase de oirme!

DOÑA FELIPA. (Ap.)

Amor, aprende á ser firme.

RAMIRO. (Ap.)

Amor, comienza á ayudarme.

DOÑA FELIPA.

Llegáos mas y no os turbeis;
Que estando á solas los dos,
Bien podeis hablar.

RAMIRO.

Por Dios,
Señora, que me escuchéis.

DOÑA FELIPA. (Ap.)

Sin duda me quiere bien;
Que el rostro y los tiernos ojos,
A pesar de mis enojos,
Mirándome, hablan también.

RAMIRO.

No os pregunto, mi señora,
Si sabéis qué es alcion
Por obra ó por discrecion;
Que quien es cuerdo no ignora
Que por obra no sabréis
Lo que por ciencia alcanzais;
Quiero decir que no amais;
Pero que bien lo entendeis.

DOÑA FELIPA.

(Ap. Ya el sol muestra su luz bella.)
Pasá adelante.

RAMIRO.

Sí haré;
Que ganando tierra, iré
Ganando cielo por ella.

Digo, señora, que yo
Quiero.....

DOÑA FELIPA.

¿Qué queréis?

RAMIRO.

Muy bien

A quien lo merece.

DOÑA FELIPA.

¿A quién?

RAMIRO.

A vos, mi señora..... no.

DOÑA FELIPA.

¿Preguntós yo si es á mi?

RAMIRO.

Pudiéraislo preguntar.

DOÑA FELIPA.

Acabáos de declarar.

RAMIRO. (Ap.)

Dije no por decir sí.

Pero en pretension tan alta

¿Quién no se acobarda?

DOÑA FELIPA. (Ap.)

Quiero

Disimilar.

RAMIRO.

Lo primero

Que en esta empresa me falta

Es, señora, atrevimiento

De hablar.

DOÑA FELIPA.

Perded el temor,

Y no digáis vuestro amor

Con tanto encarecimiento.

RAMIRO.

Quiero bien, pues, á una dama.

DOÑA FELIPA.

Ya se entiende, pues sois hombre.

RAMIRO.

Y esta dama.....

DOÑA FELIPA.

Deci el nombre.

RAMIRO.

Dama esta dama se llama.

DOÑA FELIPA.

¿Y no mas?

RAMIRO.

Volvíme atras:

El nombre os diré otra vez.

DOÑA FELIPA.

La dama del ajedrez

Se llama dama no mas.

RAMIRO.

Quisiera que vuestra Alteza...

DOÑA FELIPA.

Pediréis que tercié yo

Con ella.

RAMIRO.

Señora, no.

DOÑA FELIPA.

Habladme, pues, con llaneza.

RAMIRO.

Quisiera, señora mia,
Que á mi me favoreciera
Vuestra Alteza, y que fingiera
Que me honraba... y me quería;
Porque envidiando el favor
De tan alta dama, entiendo
Que la que sirvo y pretendo,
Me tendrá de envidia amor.
Que si la mas principal,
Mas discreta y mas hermosa,
Me quiere, estará envidiosa
Quién me trata agora mal.

DOÑA FELIPA.

¿Nuevo modo de tercera

Es ese, Ramiro! Pues

¿Es la dama...?

RAMIRO.

Doña Ines,

A quien obligar quisiera.

DOÑA FELIPA.

¿Mi dama?

RAMIRO.

Señora, sí.

DOÑA FELIPA.

Alto, yo os haré favores,
Porque tan cuerdos amores
No se malogren por mi.
(Ap.) Celosa estoy; pero es justo
Cumplir lo que me ha pedido,
Porque aunque sea fingido,
Quiero gozar deste gusto.

RAMIRO. (Ap.)

¿Si me ha entendido la Infanta?

Pero comienzo á fingir;

Que así le podré decir

Mi voluntad, aunque es tanta.

DOÑA FELIPA.

¿Teneis que advertirme mas?

RAMIRO.

Señora, que perdoneis.

DOÑA FELIPA.

Pues mirad que no falteis
De mi presencia jamas.
Dad vos ocasion; mostrad
Gusto y amor cuando vengo,
Porque no digan que os tengo,
Sin ocasion, voluntad.

RAMIRO.

Harélo así.

DOÑA FELIPA. (Ap.)

Desta suerte

Puedo yo engañarme á mí.

RAMIRO.

Queda esto así.

DOÑA FELIPA.

Quede así.

RAMIRO.

¿Queréisme ya?

DOÑA FELIPA.

Hasta la muerte.

(Vase Ramiro.)

ESCENA XIII.

DOÑA INES. — DOÑA FELIPA.

DOÑA INES. (Ap. al salir.)

Puse en Ramiro los ojos;
Pero mi desdicha es tanta,
Que temo que ama á la Infanta,
Y hace ciertos mis enojos.

DOÑA FELIPA.

Doña Ines.

DOÑA INES.

Señora mia.

(Ap. ¿Quién supiera la verdad!

¿Diréle mi voluntad?

Mas ¿quién de mujeres fia?)

DOÑA FELIPA.

Pienso que venis turbada:

Si es amoroso secreto,

Decildo; que yo os prometo

Guardarle.

DOÑA INES.

Estoy confiada

De vuestra Alteza, y así

Le diré mi pretension,

Honrosa, y por su ocasion,

El amor que crece en mí.

Dama soy vuestra, y no es mucho

Pretender para marido

A un galán favorecido

Del Rey.

DOÑA FELIPA. (Ap.)

Envidiosa escucho.

DOÑA INES.

Digo, pues, que Don Ramiro,
Si no me engaño, me ama,
Y por su prudencia y fama,
Con buenos ojos le miro.
No hay mas.

DOÑA FELIPA.

No quiero yo mas.

Pues ¿qué pretendéis agora?

DOÑA INES.

Ser su esposa, mi señora,
Por no perderle jamas.

DOÑA FELIPA.

Y él ¿os quiere?

DOÑA INES.

No lo sé;

Pero muéstrame aficion.

DOÑA FELIPA. (Ap.)

¡Ay terrible confusion!
Desespero, si esperé;
Porque si á mí me quisiera,
No quisiera á Doña Ines,
Y si se quieren, no es
De provecho una tercera.

DOÑA INES.

¿Qué responde vuestra Alteza?

DOÑA FELIPA.

Que es justa y forzosa ley
Pretender que os case el Rey,
Si iguala á vuestra nobleza.
Yo hablaré á su Majestad:
Confiada podeis iros.

DOÑA INES.

Voime pues.

(Vase.)

DOÑA FELIPA.

Tristes suspiros,

No abrazeis la voluntad.

ESCENA XIV

SANCHA. — DOÑA FELIPA.

SANCHA.

Señora, ¿era vuestra Alteza
Quien suspiraba?

DOÑA FELIPA.

No sé...

Yo soy.

SANCHA.

Pues ¿tienes porqué?

DOÑA FELIPA.

Respóndate mi tristeza.

SANCHA.

Dime tus penas amargas;
Que soy Vargas, y es razon
Que en aquea confusion
Averigüe tu mal Vargas.

DOÑA FELIPA.

Alegre estás.

SANCHA.

Sabe Dios

El dolor que me condena,
Y si hay una misma pena,
Señora Infanta, en los dos.

DOÑA FELIPA.

Grande amistad te ha cobrado
Ramiro: mucho te quiere.

SANCHA.

Entre todos me prefiere,
Yo soy su mayor privado.

DOÑA FELIPA.

Si tanto te ha satisfecho,
No hay duda sino que sabes
Su amor, dándote las llaves
De su voluntad y pecho.
Dime, así Dios te dé vida,
Si es que, como pienso, ama,
Quien es su dichosa dama.

AVERIGUELO VARGAS.

Ando en tu busca.

SANCHÁ.

Aquí estoy.

DON DIONIS.

Pues en albricias te doy
De hallarte, esta prenda mía.
Recibe aquesta cadena
Por primera obligacion.

SANCHÁ.

No quiero yo mas prision;
Que una tengo, y no es muy buena.

DON DIONIS.

Ya sabrás, pues no es posible
Que se disimule tanta
Alicion, como á la Infanta
Quiero bien.

SANCHÁ.

Caso imposible
Debe de ser; que la veo
Ajena de voluntad.

DON DIONIS.

Pues desa dificultad
Ha nacido mi deseo.
Tú que á solas tantas veces
La entretienes, muestra y di
El amor que has visto en mí,
Y que sus ojos sean jueces
De mi pasion, y sentencien
En mis amores constantes;
Que desiguales amantes
No es bien que se diferencien.

SANCHÁ.

Yo haré todo lo que alcanza
Mi ingenio.

DON DIONIS.

Vé satisfecho

Que ha de ser en tu provecho. (Vase.)

SANCHÁ.

Adios. — ¡Qué buena esperanza!
Hoy he de hacer maravillas;
No va mala aquesta historia.
¡Mas que ha de quedar memoria
En Santaren, de Varguillas? (Vase.)

ESCENA XVI.

DOÑA FELIPA. — RAMIRO.

RAMIRO.

Mi gloria tengo en miraros,
Todo mi contento en veros,
Dicha y regalo en hablaros,
Gusto y deleite en quereros,
Firmeza eterna en amaros.

DOÑA FELIPA.

Hablaisme por Doña Ines,
Y así, como fui tercera,
Respuesta traigo.

RAMIRO.

¿Quién es

Doña Ines?

DOÑA FELIPA.

La verdadera
Dama vuestra: dice pues
Que os ama, y que recibió
Vuestros favores muy bien.

RAMIRO.

Pues ¿quién se los declaró?

DOÑA FELIPA.

Harto bueno es eso. ¿Quién?
¿No me lo dijistes?

RAMIRO.

¿Yo?

¿Qué mal mi amor considera
La pena que en vos me aflige!

DOÑA FELIPA.

¿Pues no me hicistes tercera?

RAMIRO.

Señora, el refran os dije

De «á tí te lo digo, nuera».
Hablemos claro.

DOÑA FELIPA.

¿Qué es esto?

Apartáos, no me enojeis.

RAMIRO.

Vos os enojais tan presto,
Que darne muerte queréis.
¿No es condicion que hemos puesto...?

DOÑA FELIPA.

No me acierto á declarar.

RAMIRO.

No acierto á darne á entender.

DOÑA FELIPA. (Ap.)

Quiérole hablar.

RAMIRO. (Ap.)

Voila á hablar.

DOÑA FELIPA.

Pues no me habeis de ofender.

RAMIRO.

Pues no os habeis de enfadar.

DOÑA FELIPA.

Ramiro, pues vos de mí
Fiais vuestro amor, bien puedo
Fiarne yo de vos.

RAMIRO.

Si.

DOÑA FELIPA.

Comienzo á perder el miedo.

RAMIRO.

Yo el mio ya le perdi.

DOÑA FELIPA.

Sabed que yo quiero bien
A Don Dionis.

RAMIRO.

(Ap. ¿Qué quimera
Es esta, cielos?) ¿A quién?

DOÑA FELIPA.

Pues yo fui vuestra tercera,
Sed mi tercero tambien.

RAMIRO.

Pues hacedme á mi tercero
Como yo tercera á vos.

DOÑA FELIPA.

Yo eso pido.

RAMIRO.

Yo eso quiero.

DOÑA FELIPA.

Así ha de ser.

RAMIRO.

¡Plega á Dios!

Que dichoso fin espero.

DOÑA FELIPA.

A Don Dionis le diréis
Que aunque no se ha declarado,

Le quiero bien; ya sabréis
Dar como vuestro un recado.

Si amor secreto teneis.

Y decidle que le ruego

Que sea mas atrevido,

Pues yo á decirselo llevo;

Y aquesta noche le pido,

Que á pesar de su sosiego,

Me vea por el balcon

Sin reja que al jardin mira

Del parque; que hay ocasion,

Y si della se retira,

Que culpe su dilacion.

En ausentándose Apolo

Id; que el amor que acrisolo,

Estará aguardando. Adios.

Decid que vaya con vos,

Ramiro, y que vaya solo.

RAMIRO.

¿Solo y conmigo?

DOÑA FELIPA.

¿Qué os cuesta

El decir esto?

(Ap. Ya veo, cielos, prevenida
La ocasion que descaba.)
Diréte, señora mia,
Lo que ántes no me atrevia,
Aunque cuidadoso andaba.

DOÑA FELIPA.

Pues ¿qué sabes? Dilo aprisa.

SANCHÁ.

Ramiro me habia rogado
Que te trujese un recado
En que de su amor te avisa.

DOÑA FELIPA.

Pues ¿quiere bien á mí?

SANCHÁ.

Con una pasion extraña.

DOÑA FELIPA.

Ya él me ha dicho que me engaña.

SANCHÁ.

¿Que te engaña ha dicho?

DOÑA FELIPA.

Si.

SANCHÁ.

A mí me engaña tambien.

DOÑA FELIPA.

Pues ¿cómo?

SANCHÁ.

Porque me ha hecho
Alcahuete sin provecho
De la que no quiere bien.

DOÑA FELIPA.

Es un engaño discreto
Para amartelar despues

A mi dama Doña Ines:

Ya yo he sabido el secreto.

SANCHÁ.

¿O alevé, ó falso, ó traidor!
¿Con cautela me has tratado
Por desvelar mi cuidado?
¿Así se engaña un amor?

DOÑA FELIPA.

Enojado estás. ¿Qué es esto?
Paso, Vargas; vuelve en tí.

SANCHÁ.

Si me encolerizo así,
Es porque en esto me ha puesto;
Que pensará vuestra Alteza
Que soy mentiroso yo.

DOÑA FELIPA.

No haya mas.

SANCHÁ.

Ya se acabó
Mi pesar y mi tristeza.

DOÑA FELIPA.

Verdad pienso, Vargas, que es
Que Don Ramiro me quiere,
Y engañará, si lo fuere,
Esta suerte á Doña Ines.
Vargas, ¿quiereirme obligar,
Ya que tu ingenio te ayuda?
Pues sácame desta duda.

SANCHÁ.

Vargas lo ha de averiguar.
Retírese vuestra Alteza
Y déjeme hacer á mí.

DOÑA FELIPA.

Adios: desde hoy pongo en tí
Mi esperanza y mi tristeza.

(Vase.)

ESCENA XV.

DON DIONIS. — SANCHÁ.

DON DIONIS.

Vargas.

SANCHÁ.

Señor.

DON DIONIS.

Todo el dia

RAMIRO.
Ahora bien,
Yo le dare esa respuesta.
DOÑA FELIPA.
Ramiro, id allá también,
Porque sin vos no habrá fiesta. (Vase.)

ESCENA XVII.

RAMIRO.
¡Solo y conmigo y sin mí!
¡Que vaya yo y que él se quede!
¡Qué locura ó frenesí
Es esta, amor? ¿Cómo puede
Cumplirse este enredo así?
Pero, alma, si lo advertís,
Vuestra dicha conseguís
En el enigma que hoy miro,
Que es amar á Don Ramiro
Con nombre de Don Dionis.

ESCENA XVIII.

SANCHÁ. — RAMIRO.

SANCHÁ.
Palaciego.

RAMIRO.
Hermosa hermana.
SANCHÁ.
No me digas ese nombre.
RAMIRO.
¿Pues no es verdad?
SANCHÁ.
Cierta y llana;
Mas ser hermana de un hombre
Que quise, es cosa inhumana.
RAMIRO.
¿Hablaste por mí á la Infanta?

SANCHÁ.
Tan grande malicia es
La tuya, que nos espanta
A las dos. Es Doña Ines
La que tus gustos encanta,
Y quiere ser tu mujer,
Y engaña con tus quimeras
A quien lo pudiera ser!

RAMIRO.
Que son burlas.
SANCHÁ.
Que son veras;
Que ya las vine á saber,
Y Doña Ines misma muestra
Tus papeles y favores.

RAMIRO.
Necia cautela es la vuestra;
Que no han dado mis amores
Jamás semejante muestra.

SANCHÁ.
Pues la Infanta se ha enojado;
Que se lo ha dicho su dama.

RAMIRO.
Eso me pone en cuidado.
¡Ay de mí! De veras llama
A Dionis su enamorado.
Manda que vaya conmigo
Para darme entre mil celos
De mi desdicha castigo.
Si no entiende mis desvelos,
Liviana esperanza sigo.

SANCHÁ.
¿A Don Dionis llama?

RAMIRO.
Sí,
Y pensé que la cautela
Era de llamarme á mí;
Pero si yo en esta escuela
Del amor, las aprendí,
Esta noche he de ir sin él
Al balcón de su jardín,
Y con la sombra fiel

De la noche, daré fin
A mi venganza cruel.
Daré mi mal á entender
Por conocer su afición;
Aunque si voy á perder
Su fingida posesion,
No lo quisiera saber.

ESCENA XIX.

SANCHÁ.
En nombre de Don Dionis
Vais á gozar la ocasion,
Ramiro? Si vos fingís
Ser ladron, yo soy ladron
Del amor que no adquirís.
Adelantarme he si puedo
Con las alas de mi miedo
Al jardín, por estorbar
Que no la llegueis á hablar;
Que amor no es mas que un enredo.

(Vase.)
Parque con vista exterior del palacio.—Noche.

ESCENA XX.

DOÑA FELIPA, al balcón.

Noche, que desde los cielos,
Hechos ojos las estrellas,
Estais mirando por ellas
Mis amores y desvelos,
Asegurad los recelos
Que en mis pensamientos miro,
Y pues de amores suspiro,
Y vos mis quejas oís,
Traedme aquí un Don Dionis,
Que sea solo un Don Ramiro.
¿Si habrá entendido esta enigma?
Pero si, porque el amor
Siempre es buen entendedor,
Y en cifras su fe sublima;
Y si el que le tengo estima,
Sabrá que entre los antojos
De mis mortales enojos,
Cuando el temor me provoca,
Llama á Dionis con la boca,
Y á Ramiro con los ojos.
Discreto es, y bien me quiere;
Yo lo he visto; pues ¿quién duda
Que solo al terrero acuda?
Alma, avisad si viniere.

ESCENA XXI.

RAMIRO, de noche. — DOÑA FELIPA.

RAMIRO.
Amor, quien de noche os viere,
Juzgará que á hurtar venís,
Y en mi ese oficio cumplís;
Que como en el alma os tengo,
Hecho ladron á hurtar vengo
Favores de Don Dionis.
La Infanta por mil rodeos
Muestra que me quiere bien,
Si no se engañan también
Mis ojos cual mis deseos:
Mis pensamientos, Teseos
Deste laberinto extraño,
O mi provecho ó mi daño
Averigüen; que me asombra
Este Don Dionis en sombra,
Cabeza de aqueste engaño.
Gente en la ventana siento.
Ce: ¿es la Infanta?

DOÑA FELIPA.

¿Es Don Dionis?

RAMIRO.
Don Dionis soy.

DOÑA FELIPA.

Solo?

¿Y venís

RAMIRO.
Con mi pensamiento.

ESCENA XXII.

DON DIONIS. — DOÑA FELIPA, RAMIRO.

DON DIONIS.
Solo en este sitio siento
Descanso: amorosas quejas,
De puro antiguas y viejas,
Como el fénix renaceis,
Para que me atormentéis.
Mas gente siento en las rejas.
¡Válgame Dios! ¿Quién será?

DOÑA FELIPA.
¿Viene Ramiro con vos?

RAMIRO.
Si un alma somos los dos,
¿Quién duda de que vendrá?

DOÑA FELIPA.
Don Dionis, amor os da
La posesion que adquirís,
Y pues que tan bien fingís
Lo que ni sois, ni en vos miro,
Desde hoy querré en Don Ramiro
El nombre de Don Dionis.

DON DIONIS. (Ap.)
¿Qué Dionis es este, celos?

RAMIRO.
¿Qué merezco, hermosa Infanta,
Tanto favor, dicha tanta?

DON DIONIS. (Ap.)
La Infanta es esta: ¡ay, recelos!

RAMIRO.
Ya Don Dionis me da celos.

DOÑA FELIPA.
Yo, como con él venís,
Y en el alma lo encubris,
Por uno os tengo á los dos,
Y por quereros á vos,
Quiero bien á Don Dionis.

DON DIONIS. (Ap.)
¿A Don Dionis quiere bien!
De mi ventura me admiro.
Sin duda que es Don Ramiro
Quien la habla: ya no le dén
Fama los que en Santaren
Solenizan su valor,
Pues siendo á mi fe traidor,
El nombre á usurparme vino.

ESCENA XXIII.

SANCHÁ, de noche. — DOÑA FELIPA, RAMIRO, DON DIONIS.

SANCHÁ. (Para sí al salir.)
Que vengo tarde imagino:
Perezoso sois, amor.

RAMIRO.
Digo que soy Don Dionis;
Ya jamas pienso mudar
Nombre que os obliga á amar.

DOÑA FELIPA.
Bien habláis y bien fingís.

DON DIONIS. (Ap.)
Alma dichosa, ¿qué oís?
La Infanta esta declarada
De mi parte, y engañada,
Pensando que habla conmigo,
Favorece á mi enemigo:
Probad, venganza, su espada.
Pues que su fe habeis probado.

SANCHÁ. (Ap.)
Ramiro se adelantó,
Y habla á la Infanta: cesó
Mi paciencia, y ha llegado
Mi receloso cuidado
A dar muerte á mi sosiego;
Pero pues tan tarde llego,

AYERIGUELO VARGAS.

Y ellos se hablan tan despacio,
Gritemos. — ¡Fuego en palacio!
(Grita.)
Agua traigan. ¡Fuego, fuego!
(Ap. Con que se abrasen los dos,
Como mi pecho se abrasa.)

DOÑA FELIPA.

¡Ay cielos! ¡Fuego hay en casa?
Adios.

RAMIRO.

Voime.

DOÑA FELIPA.

Adios.

RAMIRO.

Adios.

(Quítase la Infanta del balcon, y vase
Ramiro.)

SANCHÁ. (Ap.)

El fuego, alma, os quema á vos.

DON DIONIS. (Ap.)

Ya se apartaron. ¡Qué ciego
Que estoy! Si el desasosiego
Presente no lo estorbara,
Ramiro falso, hoy probara
Quien sois.

SANCHÁ.

¡Agua! ¡fuego! ¡fuego!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIONIS.

Basta, que fingido ha sido
Este fuego ó este encanto;
Pero desto, ¡qué me espanto,
Si ha sido amigo fingido
Don Ramiro fementido?
Otra vez me traen los celos
A averiguar mis desvelos;
Haced que venga, esperanza,
Don Ramiro, y mi venganza
Satisfaga á mis recelos.
Para si mismo ha ganado
La amorosa empresa mía;
Quisiera verme vengado;
Mas quien de amigos se fia,
Merece hallarse engañado.
Y siendo así, yo he tenido
La culpa, que mi esperanza
Por mal fundada he perdido,
Y no tomaré venganza,
Aunque me sienta ofendido.
Pero cuando no la espada
Se venga de su enemigo,
La lengua disimulada
Puede darle algun castigo,
De su esperanza engañada.
Vuelvo al terrero, y deseo
Que en él Don Ramiro esté,
Porque si á solas le veo,
Sin vengarme le diré
Que me agravia y no lo creo.
Y con esta cortesía
Castigo su atrevimiento
Y la confianza mía,
Sin que del rigor violento
Pueda quejarse otro día.

ESCENA II.

RAMIRO. — DON DIONIS.

RAMIRO. (Sin ver á Don Dionis.)

Os contrarios movimientos
De un mismo cuerpo en la nave,
Se hallan no ser violentos,
Y el amor hacerlos sabe
Del cuerpo y los pensamientos.

Yo salía del terrero,
Y el pensamiento volvía;
Y como yo considero
Que él tiene razon, querría
Vol verme aquí todo entero.
DON DIONIS. (Ap.)

Este es Don Ramiro; él fué
Falso á mi fiel esperanza;
Yo llego y me vengaré;
Mas de mi pido venganza
Que el secreto le fie.

RAMIRO.

Yo llego al balcon y sigo
Mi dichosa voluntad.
Mas.... ¡Quién es?

DON DIONIS.

Vuestro enemigo,

Porque en la prosperidad
Nadie ha menester amigo.

RAMIRO.

Es prosperidad pequeña
La mia, y me desengaña
Que es la fortuna que sueña,
Y la próspera me engaña;
Pero la adversa me enseña.
Decid quién sois.

DON DIONIS.

Bien pudiera

Decir quién soy y tambien
Mis padres, si yo quisiera.

RAMIRO. (Ap.)

Yo no tengo tanto bien.
¡Quién sus padres conociera?

DON DIONIS. (Ap.)

Ansí me puedo vengar,
Porque como el Sabio advierte,
Si en la lengua se han de hallar
Juntas la vida y la muerte,
Por ella se pueden dar.
Dice Salomon que tiene
Manos la lengua, y con ellas
Se venga cuando conviene;
Y así mi lengua á usar dellas,
Y no de mi espada, viene.

RAMIRO.

Decidme ya, caballero,
Pues podéis, quién sois.

DON DIONIS.

Yo soy

Un amigo verdadero
De Don Ramiro, que estoy
Por él guardando el terrero.

RAMIRO.

¡Amigo?

DON DIONIS.

Sí: ¿es cosa nueva?

La amistad del poder nace,
Y los amigos se lleva;
La prosperidad los hace,
Y la adversidad los prueba.

RAMIRO.

Si sois su amigo, obligado
Estaréis á su defensa.

DON DIONIS.

No sé si soy bien pagado,
Porque no estima ni piensa
Que le sirven el privado.
Don Ramiro me perdona,
Porque es muy noble en su trato,
Y la fama le corone.

RAMIRO.

Señor, quien le llama ingrato,
Todas las faltas le pone.

DON DIONIS.

Pésame si le he llamado
Ingrato, y si alguna queja
De su olvido me ha quedado;
No por ingrato me deja,

Sino por enamorado.
Que al amor algun discreto
Le puso venda en los ojos,
Por disculparle en su efeto;
Que no ve si causa enojos,
Ni vé si guarda respeto.

RAMIRO. (Ap.)

¡O cortesana elocuencia!
Qué sabiamente ha culpado
Mi mala correspondencia,
Disculpado y condenado
Con una misma sentencia!
No me quiero declarar,
Porque si la he de romper,
¡Qué palabra le he de dar?
Las prendas debe poner
Quien determina pagar.

DON DIONIS.

Mucho os deteneis, señor.
Ea, salid del terrero;
Que es muy celoso en su amor
Don Ramiro, y yo no quiero
Que lo atribuya á temor.

RAMIRO.

Yo me iré, si me decís
Quién sois.

DON DIONIS.

Seré Don Ramiro.

RAMIRO.

¿Pues en su nombre venís?

DON DIONIS.

¿Qué os admiráis?

RAMIRO.

No me admiro.

(Ap. ¡Qué discreto es Don Dionis!)

DON DIONIS.

¿Conoceis-me? ¿Sabeis cosa
Contra esta verdad que digo
Y defendiendo, sospechosa?
¿No es Don Ramiro mi amigo?
¿Es su amistad cautelosa?
¿Trátame en ausencia mal,
O pretende por ventura,
Siendo amigo desleal,
Trasladarse la hermosura
Que adoro, en original?
¿Hame ofendido siquiera
En amar á quien yo quiero?
Que aunque parece lijera,
Para un noble caballero
Es la ofensa verdadera;
Que yo no le he menester
Para que á su Rey le pida
La merced que me ha de hacer;
Que soy quien soy, y en mi vida
Usé de ajeno poder.

RAMIRO.

No os altereis; que si yo
No sé quién sois, mal sabré
Si ese hidalgo os ofendió,
Y Don Ramiro yo sé
Que no se desvaneció
Por la privanza; que en suma
Sabe que el Rey es un mar
Donde el privado es la espuma,
Y algun viento ha de llegar
Que la deshaga y consuma.
No es Don Ramiro avariento
De honras; que ántes las deja;
Que el propio conocimiento
Sirve de piedra á esta abeja,
Porque no la lleve el viento.
No es hombre que habrá usurpado
Vuestro amor; que es tan querido,
Y de todos tan amado,
Que no es, y siempre ha sido,
Envidioso y envidiado.

DON DIONIS.

No digais mas; que parece
Que sois mas amigo suyo

Que yo, y ninguno merece
Mas su amistad.

RAMIRO.

Restituyo
Su amor á quien se le ofrece.

DON DIONIS.

Pues sois su amigo tambien,
Dejadme solo, y decid
A Don Ramiro cuán bien
Con mi prudencia y ardid
Guardo á quien él quiere bien
Que así le pienso obligar,
Si no es ingrato y cruel,
Y al mar pretende imitar,
Que entra el agua dulce en él,
Y la vuelve amarga el mar.
Que así le aviso, y no quiero
Parecer, si no lo digo,
Mentiroso lisonjero;
Que es mas verdadero amigo
Quien habla mas verdadero.
Que soy su espejo, y no dejo
De prevenirle su mal
Con mi industria y mi consejo.

RAMIRO.

No es buen amigo y leal
Para su amigo el espejo.
El amigo ha de imitar
Al agua, que á quien en ella
Su mancha llega á mirar,
Se da á sí misma, y con ella
Se puede tambien quitar.
Que el espejo que declara
La mancha, y no da el remedio,
No es amistad noble y clara,
Sino envidia, que por medio
Honesto sale á la cara.

DON DIONIS.

Yo á Don Ramiro despues
A solas le pienso dar
El remedio.

RAMIRO.

Voime pues.

DON DIONIS.

Será el remedio olvidar.

RAMIRO.

El se olvida que lo es.

DON DIONIS.

Muy grande satisfaccion
He recibido y le he dado.
Grande arma es la discrecion,
Panal dulce, al fin, labrado
En la boca de Platon.

ESCENA III.

DOÑA FELIPA, á la ventana — DON
DIONIS.

DOÑA FELIPA.

Parece el sueño á la muerte
En no venir pretendido,
Y así de ninguna suerte,
Aunque al sueño llamo y pido,
Quiere que con él acierte.
Vuélvome al balcon; que en él
Por ventura el adivino
Corazon, que siempre es fiel,
Quiere descubrir camino
Ménos áspero y cruel.

DON DIONIS. (Ap.)

La Infanta es esta: quisiera
Salir desta confusion,
Aunque no fué la primera;
Pero hasta la posesion
Tendré esperanza siquiera.
(Ilegando á la ventana.)

Señora, ¿estaré seguro?

DOÑA FELIPA.

Si: llegad,

DON DIONIS.

Dudo si llego,
Porque es de fuego este muro
Del paraíso, aunque es fuego,
Como el del infierno, oscuro.
Pero es fuerza que me atreva,
Mi querubin, á llegar;
Que para mí es cosa nueva
Que á Adán mandeis desterrar,
Cuando guardéis dentro á Eva.
Querubin enamorado,
Mirad que servís á Dios
Con la espada que os ha dado.
Que vamos juntos los dos
Con un amor y un estado.
Eva, ¿no me respondéis?
Hablad, dulce compañera,
Y pagad lo que debéis,
Pues ántes que os conociera,
Os di el alma que tenéis.

DOÑA FELIPA.

¿Qué he de hablar, si no he sabido
Quién sois?

DON DIONIS.

¿Qué decís, señora?

¿Por vos soy desconocido?
No era Don Dionis agora
Por vuestro amor admitido?
Don Dionis soy: ¿este nombre
Ignorais y la ocasion
De hablar tan claro el que es hombre
Por vuestro amor y aficion
Para que el amor se asombre?
¿No me queréis Don Dionis?
Llamadme, señora mia,
Otro nombre, si os servís,
Pues soy Dionis desde el día
Que aqueste nombre admitís;
Porque no era yo primero
Que os quisiese, hermosa Infanta,
Don Dionis, ni caballero,
Ni tuve el sér que levanta
El vuestro á quien tanto quiero.

DOÑA FELIPA.

¿Qué lisonjero venís!

DON DIONIS.

¿Qué verdadero! diréis.

DOÑA FELIPA.

Bien hacedis á Don Dionis.

DON DIONIS.

Vos, señora, le hacedis,
Pues el alma le infundís.
Estábame yo en la aldea
De vuestra ausencia (y no hay corte,
Ausente vos, que lo sea);
Acerté á ver ese norte,
Que en dulce tálamo vva;
Comencé en aquel instante
A levantarme del suelo,
Y á ser Don Dionis amante,
Como cuando el sol del cielo
Levanta su flor gigante.
Y así, mirándos á vos,
Tengo de andar por extremos,
Hasta que permita Dios
Que mude el nombre y estemos
Flor y sol juntos los dos.

DOÑA FELIPA.

¿Quién puede á palabras tales
Resistir? Digo, señor,
Que si prendas y señales
No las siente el pagador,
Se acaben ya nuestros males.
Mañana en la noche quiero
Que entreis conmigo en palacio.
No digo mas; que no espero
Beber la purga despacio,
Cuando de vergüenza muero.

DON DIONIS.

Dame, mi señora, en prendas

De tal dicha, algun favor
Con que mas mi amor enciendas.

DOÑA FELIPA.

Tomad; que al buen pagador
Jamás le dolieron prendas.
(Dale una banda, y vase.)

ESCENA IV.

DON DIONIS.

¡O banda, cuyos despojos
Echan en esta conquista
A una banda mis enojos,
Y para darme á mi vista,
La quita amor de sus ojos!
Ya de mi esperanza blanda
Será cierto la demanda,
Pues para la posesion
Sois carta de obligacion:
¡Mil veces dichosa banda!

ESCENA V.

RAMIRO. — DON DIONIS.

RAMIRO.

En obligacion me ha puesto
El día largo y prolijo,
Si no le divierto en esto,
Porque como César dijo,
Quien hace bien hace presto.
A Don Dionis quiero hablar;
Que el aplacar enemigos,
Cuando es menester usar
De verdaderos amigos,
Siempre es digno de estimar.

DON DIONIS.

Mil veces seáis bien venido,
Don Ramiro; que jamás
Con mas gusto he recebido
A amigo, ni los demas,
Respeto de vos, lo han sido.
Considerad si en el mar,
Contra un vaso frágil roto,
Sin prevenir ni pensar
Tan gran tormenta el piloto,
Se comienza á levantar,
¿Qué gran contento tuviera
Si entonces saliera el sol.
Y el norte reconociera,
Porque del muerto farol
Las muchas faltas supliera!
Yo, amigo, en el mar de amar
En un vaso harto pequeño
Comenzaba á navegar;
Llegó la noche, entró el sueño,
Turbóse confuso el mar.
Era el vaso el corazon,
La Infanta el mar, la esperanza
El farol; y á una ocasion
Faltaron luz y bonanza,
Y creció mi confusion.
No sabía yo de mí,
Ni estaba cierto de vos;
De vuestra lealtad temí;
Pero vino el sol que Dios
Crió y formó para mí.
Halléme desengañado,
Reconoci luego el puerto,
Reparé el vaso quebrado;
Ya estoy de mi dicha cierto,
Y de vos muy confiado.
Conoci que no os amó
La Infanta, y no pretendeis
Su amor, ni ella me ofendió;
Que esta noche me veréis
Entrar en su cuarto yo.
Voime; que estoy prevenido
Para esta noche; que en ella
Don Ramiro, he merecido
Gozar á mi Infanta bella.
Adios: el secreto os pide.

(Vase.)

AYERIGUELO VARGAS.

ESCENA VI

RAMIRO.

Lo que yo mas deseaba
Era esta nueva, dichosa
Para quien della gozaba;
Ya mi esperanza engañosa,
Aleve Infanta, se acaba.
Antipodas me parece
Que somos Dionis y yo,
Pues que cuando en mí anochece
El sol de amor, le salió,
Y en su ventura amanece.
Pero no puedo creer,
Infanta, tan gran mudanza.
Engaño debe de ser,
O lo será mi esperanza,
Porque la tengo en mujer.
Aunque mi corta ventura,
Y tu nobleza me asombra;
Pero no hay prenda segura;
Que es la mujer y la sombra
De cualquier color, oscura.
Mal dije; que mi señora
Es leal: temor, mentis,
Pues la memoria no ignora
Que en nombre de Don Dionis
Os favoreció hasta agora;
Y con el nombre sin duda
Deste engañoso recelo
Mi competidor se ayuda;
Que es la Infanta como el cielo
Glorioso, que no se muda.
Y si es por mí su afición,
Bien le puedo yo quitar
Mi hacienda toda al ladrón.
La bendición le he de hurtar,
Pues me llama la ocasión. (Vase.)

Salon de palacio.

ESCENA VII.

DON DUARTE, SANCHA.

SANCHA.
Por Dios, señor Don Duarte,
Que vos solo me faltais
De mi copia, y ya llegais
A darme memoria y parte
De vuestros deseos ardientes,
Que en palacio no son pocos,
Porque esta jaula de locos
No cabe de pretendientes.
El Rey está aficionado
A una niña que es como él,
La infanta Doña Isabel
Con quien está concertado.
Don Ramiro y Don Dionis
Están perdidos los dos.

DON DUARTE.

¿Por quién?

SANCHA.

Dadme cuenta vos
De la dama á quien servís,
Porque no quiero yo agora
Que ameís los tres á una dama,
Y dar celos á quien ama,
En riesgo de tal señora.

DON DUARTE.

Vargas, tu mano es tan buena,
Que al órgano he comparado
La corte, que no torado
Desas tus manos, no suena.
Una tecla vengo á ser
Del órgano cortesano;
Si tú no pones la mano,
No he de sonar ni tañer.
Quiero bien á Doña Ines;
Por ella, Vargas, suspiro.
Don Dionis ó Don Ramiro,
¿Pretenden?

SANCHA.

No, otra es.

DON DUARTE.

Pues, Vargas del alma mia,
Dile mi pena mortal.
Toma esta joya en señal.

SANCHA.

Tomar es bellaquería,
Porque alcahuete por toma
No se imagina bien del,
Y una mitra de papel
Le dan sin bulas de Roma;
Y alcahuete que lo usa
Por su deleite no mas,
O no le culpan jamas.
O no falta quien le excusa.
Dadme vos una memoria,
Porque ó no ha de ser quien es
Vargas, ó con Don Doña Ines
Habeis de hacer pepitoria (1).

DON DUARTE.

Pues adios, tercero mio. (Vase.)

SANCHA.

La Infanta viene: hoy sabré
En qué punto está la fe
Que en Don Ramiro confío.

ESCENA VIII.

DOÑA FELIPA. — SANCHA.

DOÑA FELIPA.

Vargas, muy quejosa vengo
De vuestra prolija ausencia.

SANCHA.

Sabe Dios la diligencia
Que yo en vuestras cosas tengo.

DOÑA FELIPA.

No se me luce, en verdad.

SANCHA.

Bien parece, mi señora,
Que no sabeis vos agora
Mi cuidado y voluntad.

DOÑA FELIPA.

¿Es cuidado que os desvela?

SANCHA.

Esa palabra me agrada;
Que viene bien comparada
Mi diligencia á la vela,
Pues yo me consumo y quemo
Para alumbraos á vos;
Que os sirvo, y bien sabe Dios
Lo que lo siento y lo temo.

DOÑA FELIPA.

No sé cómo puede ser,
Supuesto que vos no amais
Al galán por quien terciáis,
Porque vos no sois mujer.

SANCHA.

Es verdad, muy bien decís;
Pero importa diligencia,
Como tienen competencia
Don Ramiro y Don Dionis;

Pues cada cual forma queja
Y se pretende ofender,
Y otra fábula han de ser
De la lechuga y corneja.
Que una á otra se rompía
El nido y los huevos del,
Y de un rigor como aquel
Ningun polluelo nacía.

DOÑA FELIPA.

Pues yo que consideré
Que en ocasiones de amor
Quien lo siente habla mejor
Por mi misma negocié.
Y al fin pues he negociado
Por mi misma, yo tambien
Quiero conseguir el bien

(1) Uniendo las manos.

Que he por mí misma alcanzado.
Con nombre de Don Dionis,
Volvió Ramiro al terrero
Y aquesta noche le espero
Por mi esposo.

SANCHA.

¿Qué decís?

DOÑA FELIPA.

Que queda ya concertado
El tiempo en que le he de ver,
Sin tener que agradecer
A vuestro poco cuidado. (Vase.)

ESCENA IX.

SANCHA.

Espera, enemiga mia,
Sirena del mar, escucha,
Pues de la grave tormenta
Que yo lloro y siento, gustas.
¿Que ya el concierto está hecho?
¿Que ya me llevas y usurpas
En un dia cuanto el alma
Abrasada en tantos busca?
Suspiros y pensamientos
Que ya se encuentran y juntan,
Vientos han de ser que paren
En tempestades confusas.
Loca estoy: bien estoy loca;
Que á quien faltó la ventura,
Falta el juicio, y no siente
El rigor de su fortuna.
Juicios enamorados
Con facilidad se turban;
Que como es poca su luz,
Quedan con un soplo á oscuras.
¿Ah de palacio! hola, gente,
Guardaos: que suelta su furia
La tormenta de mis celos
En el mar de mis injurias. [cha.
Ayuda, amor, que la tormenta es mu-
Mas ¿cómo puede dar un ciego ayuda?

ESCENA X.

CABELLO. — SANCHA.

CABELLO.

¿Quién da voces por aquí?
Vargas ó Sancha, ¿qué angustias
Te obligan á que alborotes
La gente que nos escucha?

SANCHA.

Tente, necio, no te anegues
En el mar donde fluctan
Las desdichas que me llevan
Al puerto de mis locuras.
Tente, que te mojas, tente.

CABELLO.

¿Ya tenemos garatusas?
¿Adónde diablos me mojo?
O estás sin seso, ó te burlas.

SANCHA.

¿No ves en el mar de agravios
Las olas negras y turbias
De mis celos, que combaten
La casi rota chalupa
De mi burlada esperanza?
Echate á nado, si gustas
De ayudarme en la tormenta.

CABELLO.

Tu juicio las afufa.

SANCHA.

¿Ah perro! ¿ganar me dejas?
Lealtad al fin como tuya.
Yo te mataré, villano. (Golpealo.)

CABELLO.

¿Ay! ¿que me pelas? Escucha.

SANCHA.

Conmigo te has de embarcar.

CABELLO.
¿Cómo, si está mas enjuta
La tierra que están tus cascos?
(Ap. En creciente anda la luna.)

SANCHA.
No me repliques, traidor.

CABELLO. (Ap.)
¿Quién me trujo aquí?

SANCHA.
Desnuda
La ropa y échate á nado.
(Quítanse las capas los dos.)

CABELLO.
Echome á nadar, con Júdas.
Válgate el diablo por Vargas.

SANCHA.
Ea, náda.

CABELLO.
Si me empujas.
¿Cuerpo de Dios, y qué amarga
Que estaba el agua, y qué sucia!
(Escupe.)

SANCHA.
Ea, sube en mi galera.

CABELLO.
¿Esta es galera?

SANCHA.
¿Eso dudas?

La galera de mi amor,
Que cortando las espumas
De imposibles y de estorbos,
A vela y remo procura
Llegar á buena esperanza.

CABELLO.
Yo llego á mala ventura.

SANCHA.
Ea, ¿no tomas un remo?

CABELLO.
¿Luego vengo á ser en suma
Galeote?

SANCHA.
Soylo yo,
Villano, ¿y eso preguntas?
En la galera de amor
Todos reman, todo es chusma;
Que aunque no hay amor forzado,
Forzadas almas injuria.
Ea, que no faltará
Bizcocho negro de angustias
Que en vinagre de sospecha
Mojos, que es comida suya.
Vaya.

CABELLO.
Vaya con el diablo.

SANCHA.
¿Remas?

CABELLO.
¿No lo ves?

SANCHA.
Procura
No dar enojo al agravio,
Que es cómitre de la trulla.
Buen viaje.

CABELLO.
Buen viaje.
¿Héme aquí sin tener culpa,
De lacayo, galeote!

SANCHA.
¿Qué bien que la quilla surca
Las olas de mis temores!
Mas ¿no ves cómo se ofusca
Entre nubes de sospechas
El cielo de mis venturas?

CABELLO.
Ya lo veo. (Ap. ¿Oh si se hiciese
Pedazos ya, y mi fortuna
Me librase desta loca,
Que me ha de matar sin duda!)

SANCHA.
Perdidos somos.

CABELLO.
Seamos.

SANCHA.
¿No ves las galeotas turcas
Que nos vienen dando caza?

CABELLO.
¿Y cómo!

SANCHA.
¿Cuántas son?

CABELLO.
Muchas.

Una, dos, veinte, docientas.

SANCHA.
Mientes, perro, no es mas de una;
Pero esa llena de celos,
Que son turcos.

CABELLO.
Sean lechuzas.

SANCHA.
Huyamos. Boga, canalla.

CABELLO. (Dale.)
Quedo. (Ap. ¿Mal haya la puta
De mi abuela!) Que me matas.

SANCHA.
Lo que se usa, no se excusa:
Eso se usa en la galera.
Rema apriesa; que se junta
El enemigo y dispara
Balas de agravios y injurias.
La galera se va á fondo;
Ya la han entrado, ya busca
A mi Don Ramiro ingrato
La Infanta: ¡amor la destruya!
Capitan de la galera
La ha hecho mi desventura,
Y si cautiva á mi amante.
Que ha de matarme, ¿quién duda?
¿Oh! ¿quién se volviera agora
La cabeza de Medusa
Para convertille en piedra?
Mas ¿por qué, si es piedra dura?
Solo un remedio hay, Cabello,
Que en aquesta coyuntura
Pueda esconder á Ramiro,
Y hacer mi dicha segura.

CABELLO.
¿Y es?

SANCHA.
Que te hagas ballena,
Y pues que la Infanta busca
A Ramiro, te le tragues;
Que no hallándole, no hay duda
Que se vaya y que nos deje.
¿Linda traza!

CABELLO.
Como tuya.

SANCHA.
¿Cómo diablos he de ser
Ballena yo?

SANCHA.
No haya excusas.

CABELLO.
Ya la abro.

SANCHA.
Ea, trágale: ¿qué dudas?
(Hace que se traga una cosa grande.)

CABELLO.
Vaya.

SANCHA.
¿Ah perro! no le muerdas.

CABELLO.
Que no le muerdo, con Júdas.
Sin ser de Madrid, me has hecho
Ballenato. ¿Hay mayor burla?

SANCHA.
Ya le busca mi enemiga,

Y á todos por él pregunta:
No le ha hallado; yo se fué;
Venció mi amorosa industria.
Bien puedes volverle á echar:
Escúpele aquí.

CABELLO.
¿Que escupa?

SANCHA.
Ves, aquí escupo.

CABELLO.
¿Qué es dél?

CABELLO.
¿Qué diablos sé yo?

SANCHA.
¿Tú le hurtas,

Traidor?

CABELLO.
¿Yo? ¿pues para qué
Le quiero.

SANCHA.
Echale.

CABELLO.
Sin duda
Que como entró por la boca
Salió por la puerta sucia.

SANCHA.
¿Ah villano! ya te entiendo;
Ya sé que esta noche gustas,
Llevándosele á la Infanta,
Hacer que sea esposa suya.
Concierto es de entre los dos:
Ser su alcahuete procuras.

CABELLO.
¿Quién vió ballena alcahueta,
Por mas cuentos ó aventuras
Que haya visto en Amadis?

SANCHA.
Ballena infame, no huyas:
Dámelo, pues le tragaste,
Que es carne, y no tienes hula.

CABELLO.
Quedo, con todos los diablos;
Que eres de casta de bubas,
Que me vas pelando todo.

SANCHA. (Vase.)
Barrabás te aguarde.

SANCHA.
Escucha. [huyas,
Mas huye, cruel Ramiro; que aunque
Adonde sobra amor, vence la industria. (Vase.)

—
Parque con vista exterior del palacio.—Noche.

ESCENA XI.

DOÑA FELIPA, en el parque.

El que te pintó con alas,
Amor, fué su pensamiento
Decir que en atrevimiento
A cualquier monstruo te igualas.
Bien te puedes disponer
A darme en esta ocasion,
Tus alas; que el corazon
Otras dos ha menester;
Y con cuatro alas querría
Ser efimeron de amor,
Aunque es gusano, en rigor;
Que nace y muere en un día.

ESCENA XII.

RAMIRO. — DOÑA FELIPA.

RAMIRO. (Para sí al salir.)

El reloj que traigo al pecho,
Que es la memoria y cuidado,
La hora pienso que ha dado
Que señala mi provecho.
¿Si hallaré ya prevenida
A la Infanta, en quien deseo
Hacer el dichoso empleo

Para el caudal de mi vida?
Ella es; quiero llegar.

DOÑA FELIPA.

¿Es Don Dionis?

RAMIRO.

No, señora:
Que si lo he sido hasta agora,
Ya no es tiempo de engañar.

DOÑA FELIPA.

Determinado venis.

RAMIRO.

Si ya os gozo, no es razon
Usar la equivocacion
Del nombre de Don Dionis.
Hasta agora mi temor,
Mi cuidado y mi secreto
Usaba este ardid discreto,
Y era este nombre mejor.
Hasta agora en ser tercero
Tenia, señora, gusto;
Pero desde aqui no es justo
Sino el nombre verdadero.

DOÑA FELIPA.

Decis muy bien, Don Ramiro;
Desengañado venis;
Pero el nombre de Dionis
Con buenos ojos le miro;
Que como por aquel nombre
Vengo hoy á adquirir mi bien,
Justo es que le quiera bien;
Que ese nombre os ha hecho hombre.

RAMIRO.

Yo quiero el nombre por mio:
Llamadme así, si conviene,
Pues un mismo nombre tiene,
Con ser diferente, el rio.
No es rio, señora mia,
Las aguas y la corriente
Que lleva? ¿y no es diferente
Agua y rio cada dia?

DOÑA FELIPA.

Claro es.

RAMIRO.

¿No llega á tener
Cada dia nombre nuevo?
Pues así soy rio que llevo
Al mar de amar y querer
Mi larga corriente y curso,
Haciendo con su mudanza
Mas fértil á mi esperanza,
Y mas caudal mi discurso.
Nombre pudiera mudar
El rio y yo cada dia;
Mas si vos, señora mia,
El mismo me queréis dar,
Juzgaréis como prudente
Que yo soy rio, y no quiero
Mudar el nombre primero,
Aunque ya soy diferente.
Si dese nombre os servís,
Y en él mis provechos miro,
Góceos á vos Don Ramiro,
Y llamadme Don Dionis.

DOÑA FELIPA.

¿Qué bien lo decis!

RAMIRO.

Señora,
Perdonadme, cuando sea
Mi pensamiento de aldea,
Que no la olvido hasta agora.
Y mal la pienso olvidar,
Pues pienso, señora mia,
Que allá fui un tronco que habia
En el campo por labrar,
Y á vos, divino escultor,
Os parecí de provecho,
Pues de un leño me habeis hecho
Un ídolo del amor.

DOÑA FELIPA.

Vuestra soy, y así no os puedo

Alabar, porque es muy poca
La gloria en su misma boca.
Gente viene, y tengo miedo:
Entrad, esposo y señor;
Que con esa confianza
Hoy se muda la esperanza
En la posesion de amor.

RAMIRO.

Vamos, que vuestra hermosura
Aumentará el ansia mia,
Como el agua clara y fria
Que aumenta la calentura.
Y porque mi amor entiendas,
Te doy la mano.

DOÑA FELIPA.

Señor,
Como eres buen pagador,
Nunca te dolieron prendas. (Vanse.)

ESCENA XIII.

SANCHA, de mujer, en el parque.

Permitido es el engaño,
Conforme á ley de derecho,
Contra aquel que hubiere hecho
Por otro engaño algun daño;
Y si es sola la intencion
Ya dispuesta y prevenida,
Por ley justa y permitida,
Puedo robar al ladrón.
Don Ramiro ha de venir
Por la Infanta, á quien gozar
Pretende; aquí me ha de hallar;
Su dama me he de fingir.
Alma, á buen hora venis:
Ya he entendido la cautela
Con que su amor se desvela
Con nombre de Don Dionis.
Aunque finja aqueste nombre,
Pues en sus engaños miro,
Ya sé que con Don Ramiro
Viene encubierto el renombre.

ESCENA XIV.

DON DIONIS. — SANCHA.

DON DIONIS. (Para sí al salir.)

La hora es esta esperada
De un alma que aguarda en ella
Gozar de su Infanta bella
La posesion deseada.

SANCHA. (Ap.)

El es; que no puede ser
Haber entrado hasta aquí
Otro galán.

DON DIONIS.

¿Sois vos?

SANCHA.

Sí.

(Ap. ¡Oh amor! grande es tu poder.)

DON DIONIS.

¿Cómo, mi bien, no venis?

SANCHA. (Ap.)

¿Que mi gloria ha de ser tanta!
Pero llámale la Infanta
Por su gusto Don Dionis,
Y así le he de llamar yo
Por gozalle con recato;
Que es, siendo Ramiro, ingrato,
Y siendo Don Dionis, no.

DON DIONIS. (Habla algo bajo.)

Señora, esa dilacion
Me ofende; que descubierto
Tras de la tormenta el puerto,
La gloria tras la pasion,
Ya parece tiranía
Dilatarme tanto el bien.

SANCHA.

Eso digo yo tambien.

DON DIONIS.

Venid pues, Infanta mia;
Que no soy dueño de mí
Desde que el alma os miró.

SANCHA.

¿No teneis voluntad?

DON DIONIS.

No.

SANCHA.

¿Y yo en vuestro nombre?

DON DIONIS.

Sí.

SANCHA.

Pues yo os mando que me déis
La mano.

DON DIONIS.

¿Mándasme á mí?

Alma y mano vesla aquí,
Y los brazos, porque entiendas
Cuán poco me dueleu prendas.
¿No soy buen pagador?

SANCHA.

Sí. (Vanse.)

Salon de palacio.

ESCENA XV.

EL REY, DON PEDRO, DON ALFONSO,
SO, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Vengais con bien, gran Prior,
DON ALFONSO.
¿Señor! ¿Vuestra Majestad
Me recibe? ¿Gran favor!
Aunque se debe á mi edad,
Y con mi edad á mi amor.

REY.

A los servicios lo debo
Tambien, y si es tan debido
Favor, justa causa llevo,
Y así los brazos os pido
Para pagaros de nuevo.
¿Cómo llegó mi señora
La Reina?

DON ALFONSO.

Con mucho gusto
De Castilla que la adora,
Aunque lleva con disgusto,
Señor, vuestra ausencia agora.
Mil regalos os envía,
Y quisiera mil abrazos.

REY.

¿Ay madre del alma mia!

DON PEDRO.

Tambien esperan mis brazos,
Prior, su nueva alegría.

DON ALFONSO.

Señor, déme vuestra Alteza
Sus manos.

DON PEDRO.

El Rey nos mira.

Basta ya.

DON ALFONSO.

De su grandeza
La fama misma se admira
Por su valor y nobleza.

REY.

¿No se dice allá en Castilla
El gobierno y la prudencia
De mi tío?

DON ALFONSO.

Es maravilla
Del mundo, que en su presencia
No se permite decilla.

DON PEDRO.

Hasta agora, gran señor,

No se ha podido mostrar
Sino la paz y el favor :
Agora comienza á usar
Vuestra Majestad valor ;
Que en la guerra que publica
Contra el Africa, sospecho ,
Si envia á quien le suplica,
Que ha de mostrarle mi pecho
Una voluntad muy rica.

REY.

No quiero yo que vais vos ,
Señor Infante , á la guerra ,
No yendo juntos los dos.

DON PEDRO.

Si por ángel de la tierra
Y del mar os puso Dios ,
(Que el ángel que vió san Juan
En mar y tierra, mostraba
Que el buen rey y capitán
En tierra y en mar estaba
Diestro, animoso y galán),
Bien podeis quando tengais
Edad, salir en persona ;
Pero agora no salgais ;
Que vuestra edad os perdona
Por el valor que mostrais.

REY.

Ya verémos en consejo
Lo que mas conviene. Adios :
Bien acompañado os dejo.
Dichoso el Rey que en los dos
Tiene su amigo y espejo.
(Vase con el acompañamiento.)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DON ALFONSO.

DON PEDRO.

Divino y raro valor
Muestra el Rey.

DON ALFONSO.

Con tal maestro,
No puede menos, señor.

DON PEDRO.

Por merecerlo, le muestro
Tantos extremos de amor ;
Pero de alguna tristeza
Parece en el rostro noble
La señal y la aspereza.
Decida ; que siento al doble
Esa pena.

DON ALFONSO.

Vuestra Alteza
Me ayude á sentir tambien
Mi desconsuelo.

DON PEDRO.

¿Qué ha sido ?
¿Quién os ha ofendido ?

DON ALFONSO.

¿Quién
Sino el cielo ? que he perdido,
Señor, la mitad del bien.
A Don Ramiro envié
A la corte.....

DON PEDRO.

Ya está en ella
De suerte , que en él se ve
Ser la mas luciente estrella
De Portugal.

DON ALFONSO.

Ya lo sé ;
Mas Doña Sancha , su hermana ,
A quien yo dejé en la aldea,
No parece ; que inhumana
Nuestra fortuna, desea
Hacer mi esperanza vana.
En Momblanco estuve ayer,
Y no he tenido otro indicio
De cuantos pude tener,
Sino decir qué es oficio
La mudanza en la mujer.

DON PEDRO.

Ese justo sentimiento
No sabré decir, Prior,
Con cuanto extremo le siento.

DON ALFONSO.

Y yo me espanto, señor,
Que no me mate el tormento.

DON PEDRO.

De Don Ramiro sabré
Si tiene noticia alguna.

DON ALFONSO.

No se lo digais.....

DON PEDRO.

¿Porqué ?

DON ALFONSO.

Hasta ver si mi fortuna
Me ampara y me guarda fe.

ESCENA XVII.

CABELLO, TABACO. — Dichos.

TABACO. (Hablando con Cabello sin ver
al Infante y al Prior.)

¿Hablas de veras, Cabello ?

CABELLO.

¿No te lo dice su cara ?

TABACO.

¿Que Sancha es el enanillo !
¿Válgate el diablo por Sancha !
Digo que es la piel del diablo.
¿Mas que la corte enmaraña ?

CABELLO.

No lo has de decir á nadie.

TABACO.

No hablaré mas que una urraca. —
Pero el gran Prior ¿no es este ?

¿O señor de mis entrañas !

Vengas con los buenos años,

Pon en mi boca esas patas.

Triste estás : ¿qué es lo que tienes ?

DON ALFONSO.

No sé : Tabaco, levanta.

TABACO.

Acá está tambien Cabello.

Llega.

CABELLO.

¿Qué haces diablo ? Calla.

DON ALFONSO.

Cabello, ¿qué haces tú aquí ?

TABACO.

¿Pues no sabes lo que pasa ?
(Hácele señas Cabello de que calle.)

No lo diré, si (1) esta vez,
A nadie : sabrás que Sancha,

(Ap. al Infante.)

La pastora de Momblanco,
Que á todos nos enredaba,
Y tú, señor, querias tanto,
Ya no es Sancha, sino Vargas.

DON PEDRO.

¿Qué dices ?

TABACO.

Lo que este dice.

CABELLO.

¿Qué bien el secreto guardas !

DON PEDRO. (Ap.)

Tiene razon. El enano
Es Sancha : desde que en casa
Entró , me ha tenido en duda
Y sospechosó su cara.
Bien dije yo que otra vez
La habia visto.

TABACO.

¿Hay tal muchacha !

(1) Sino mas que.

DON ALFONSO.

¿Pues qué es aquesto, señor ?

DON PEDRO.

Que ya ha parecido Sancha
Por el modo mas notable
Que en este siglo oyó España.

DON ALFONSO.

¿De qué modo ?

DON PEDRO.

Está en palacio
Y con la mejor maraña
Que vió el mundo, sirve al Rey,
En enano disfrazada.

DON ALFONSO.

¿Cómo es aquesto, Cabello ?

CABELLO.

(Ap. Agora colgarne manda.)
Lléveme el diablo, si tengo
Mas culpa yo que una albarda.
Murió un enano en Momblanco
Vistióme de aquesta traza,
Y con las enanas ropas,
Sin saber do me llevaba,
Me trujo aquí á Santaren.

DON ALFONSO.

Desde hoy se alegran mis canas.
¿Extraordinario suceso !
Vayan á llamarla.

DON PEDRO.

Vayan.

ESCENA XVIII.

EL REY, DON DUARTE. — DON PEDRO, DON ALFONSO, TABACO, CABELLO.

REY.

¿Qué alboroto es este, Infante ?

DON PEDRO.

Si un rato, señor, aguardas,
Verás de un agudo ingenio
Marañas extraordinarias.

ESCENA XIX.

SANCHA, de dama. — Dichos.

SANCHA.

¿El gran Prior ha venido ?

¿Señor mio !

REY.

¿Vargas !

DON ALFONSO.

¿Sancha !

REY.

¿De mujer ?

SANCHA.

Sí, mujer soy,
Rey y señor, ¿qué te espantas ?

DON ALFONSO.

¿Qué atrevimiento ha sido este ?

SANCHA.

De amor, que como tiene alas
Las toma para emprender
Los imposibles que alcanza.
Robóme el alma Ramiro
Desde mi primera infancia ;
Vinose aquí , y yo tras él
Vengo en busca de mi alma.
Con tu licencia, es mi esposo.

DON ALFONSO.

¿Qué dices ?

SANCHA.

Agora acaba
De consumarse, señor,
Matrimonio y esperanza.

DON ALFONSO.

¿Qué dices, loca ? ¿No ves
Que eres de Ramiro hermana ?

DON PEDRO.
¡Jesus mil veces!
SANCHÁ.
¡Ay cielos!
Engañóme la ignorancia.
Mano me ha dado de esposo,
Y poniendo su palabra
Por obra, al fin me gozó.
TABACO.
Pues averígüelo Vargas.
DON PEDRO.
Llamad á Ramiro aquí.
SANCHÁ.
Encerrado está en la cuadra
Que ha sido de aqueste incesto
Tercera muda.
DON DUARTE.
¡Desgracia
Notable!
SANCHÁ.
Aqueste es que sale.

ESCENA XX.

DON DIONIS.—Los mismos.

SANCHÁ.
¡Don Dionis!
DON DIONIS.
Infanta amada....
SANCHÁ.
¡Luego no eres Don Ramiro?
DON DIONIS.
¡Luego no eres tú la Infanta,
Que gozando por esposa,
Aseguré mi esperanza?
DON PEDRO.
¡Cómo es eso, Don Dionis?
DON DIONIS.
Pudiera ser, ya no es nada.
SANCHÁ.
Señor, lo que pasa es
Que Ramiro sirve y ama
A la Infanta, mi señora:
Supe que habían dado traza
De desposarse esta noche,
Y yo que celosa estaba,
Creyendo ser Don Ramiro
Don Dionis, dentro la cuadra
De la Infanta, como esposo,
Le di posesión del alma.
DON PEDRO.
Del mal lo ménos.
DON DIONIS.
¡Quién es
Mujer que á todos engaña?
SANCHÁ.
Yo soy Sancha, una pastora.

DON DIONIS.
¡Ay cielos! Mujer tan baja
¡Ha de ser mi esposa?
DON PEDRO.
Paso,
Don Dionis, que es Doña Sancha,
Hija del rey Don Duarte,
Y del rey Alfonso hermana.
DON DIONIS.
¡Válgame el cielo!
SANCHÁ.
¡Qué dices?
DON PEDRO.
La verdad.
DON ALFONSO.
Y confirmada
Por mí, señor, que á Ramiro
Y á Doña Sancha, la Infanta,
He criado en traje humilde,
Por mandado del Rey.
REY.
Basta.
Dadme, hermana, aqueles brazos.
CABELLO.
Válgate el diablo por Vargas.
DON DIONIS.
Perdonad, Infanta hermosa.
SANCHÁ.
Ya doy por bien empleada
La burla que me hice á mí,
Pues sois dueño de mi alma.

ESCENA XXI.

RAMIRO.—Dichos.

RAMIRO.
Vos seais muy bien venido.
DON ALFONSO.
Don Ramiro.....
RAMIRO.
Doy mil gracias
Al cielo, que ven mis ojos
Mi contento en esas canas.
(Al Rey.) Gran señor, si amor disculpa,
Si me anima tu privanza,
Y si merece el amor
Con que al cielo me levantas,
Perdon de un yerro amoroso,
Sabrás que soy de la Infanta
Tu prima, del infante hija,
Tu tío.....
REY.
¡Qué eres? Acaba.
RAMIRO.
Esposo. Dame la muerte.
REY.
Los brazos te doy. Levanta.
DON DIONIS.
¡Los brazos?

REY.
De hermano.
RAMIRO.
¿Cómo?
DON PEDRO.
Y mi sobrino.
RAMIRO.
¡Qué aguarda
Mi dicha?
DON PEDRO.
Llamad aquí
A Doña Felipa.

ESCENA XXII.

DOÑA FELIPA.—EL REY, DON PEDRO, DON ALFONSO, RAMIRO, SANCHÁ, DON DIONIS, DON DUARTE, TABACO, CABELLO.

DOÑA FELIPA.
Es tanta
Mi vergüenza, gran señor.....
DON PEDRO.
Ya vuestra vergüenza tarda.
Don Ramiro es vuestro esposo,
Y Don Dionis de la Infanta
Doña Sancha.
SANCHÁ.
Tus piés beso.
DON DUARTE.
Si hoy es día de hacer gracias,
A Doña Ines te suplico
Que me des.
DOÑA FELIPA.
Ines, mi dama,
Será, Conde, vuestra esposa.
REY.
Y yo prometo dotalla.
DON DUARTE.
Vivas infinitos años.
TABACO.
Pues que nadie á mí me casa,
Cabello, casáos conmigo.
DON PEDRO.
No mas enanos en casa.
Dad á Felipa, Ramiro,
La mano en prendas del alma.
RAMIRO.
Si al buen pagador, señor,
No le duelen prendas, bastan
Aquestas para obligarme
A darlas con justa paga,
Como en la parte segunda (1)
Prometo, si esta os agrada.

(1) Ignoramos si la escribió Telles: la mayor parte de sus comedias quedó sin publicar.

LOS AMANTES DE TERVEL⁽¹⁾,

COMEDIA FAMOSA.

POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

Representola Auendaño.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

EL EMPERADOR CARLOS QUINTO.
EL INFANTE DON LUIS DE PORTUGAL.
EL DUQUE DE ALUA.
EL MARQUES DE MONDEJAR, *que es MENDOÇA.*
EL MARQUES DEL BASTO.

EL PRINCIPE DE SALERNO.
DON GONÇALO *caballero.*
GARCERAN *su criado.*
HIPOLITO DE MARSILLA.
DIEGO DE MARSILLA *su hijo.*
LAIN *su lacayo.*
DOÑA ISABEL DE SEGURA.

DRUSILA *su criada.*
RUFINO *padre de DOÑA ISABEL.*
DON PEDRO *Capitan.*
DON IUAN *Capitan.*
UN SARGENTO.
DOS MARINEROS, Y TRES SOLDADOS

IORNADA PRIMERA.

Salen doña Isabel con manto, y don Gonçalo, y Garceran acompañandola.

d. Isa. No ha de passar adelante
v. merced. *d. Gon.* Ai crueldad,
ni belleza semejante!
no estimeis mi voluntad
por galan, ni por amante,
Que solo es obligacion
que deuo a vuestra belleza.

d. Isa. Yo agradezco la intencion,
quedao aquí.

d. Gon. Que belleza,
que talle, que discrecion!

d. Isa. No haueis de passar de aquí,
O yo no auré de pasar.

d. Gon. Yo entiendo que será así,
y que prueuo a portiar
en vano, desde que os vi.
Pretendo sin esperança,
y aunque es locura porfio,
que es la suerte que me alcança
mudable siempre al bien mio,
y está mi mal sin mudança.
Tengo el desden por regalo,
el oluido por fauor,
y así a mi desdicha igualo,
pues así lo quiere amor.

d. Isa. No se, señor don Gonçalo,
Ni entiendo de que os quexais.

d. Gon. Para mas desobligaros,
que no sabeis confessais,
y vuestros soles auaros
de luz cubris, y eclipsais
Con la nue de esse manto.

d. Isa. No os entiêdo, quedá a Dios.

d. Gon. Como así?

d. Isa. No alcanço tanto.

d. Gon. Desdichado soi con vos.

d. Isa. Quien es oi dichoso? (2)

d. Gon. El que espanto
Dá a mi altia pretension,
el que escurece mis quexas
con mas dichosa adiccion,
el que os cierra las orejas,
y endurece el coraçon.

Aquel hechizo que os tiene,
para mi mal encantada,
aquel iman que os detiene
de quien, si sois tan amada
quiza menos os contiene.
Este es quien es mas dichoso
que yo, que loco pretendo
vn impossible forçoso.

d. Isa. Menos aora os entiendo.

d. Gon. Perdonad, q. estoi zeloso,
Y es locura, y no desprecio,
de los zelos que me days,
porque de cortés me precio.

d. Isa. No ai que escucharos, q. vals
passando de loco a necio.

Vase doña Isabel, y el escudero (3).

d. Gon. Fuesse? *Gar.* Ella te dexa.

d. Gon. Bueno:
ai mas notable muger!

Gar. Tu necia empresa condeno.

d. Gon. Garceran, que puedo hazer
si está en el alma el veneno?
De sus ojos, de amor cielos,
beuió el alma, Garceran,
estos rabiosos desvelos.

Gar. Triaca, señor, te dan
tus desengaños y zelos,
Acabalos de entender.

d. Gon. No puedo conniigo mas,
que es diuina esta muger.

Gar. Pues entiendo, que jamas
te ha de llegar a querer.

d. Gon. Porque?

Gar. El amor es estrella,
y no la tienes con ella;
demas, que otro dueño amado
en tiempo te ha auentajado,
que tu esperança atropella.
Este adora, y lo demas
no le agrada, ni dá gusto,
ni le ha de agradar jamas,
y así contra el hado injusto
portiar, es por demas.

d. Gó. Que tanto quiere a Marsilla?

Gar. Es espanto, es marauilla;
vine con su pensamiento,
que es de su vida el aliento,
y de Aragon, y Castilla,
La mas prodigiosa historia
de amor, que vieron jamas.

d. Gon. Que merezca tanta gloria
vn hombre?

Gar. No muestra mas
toda la antigua memoria.
Como desde tierna edad

(1) Esta comedia se reimprime con la propia ortografía y puntuación, y en la misma forma que tiene la que sirve de original, á fin de que vean nuestros lectores una muestra de las primeras ediciones de Tirso. En nuestra imprenta, como en todas las de nuestro país, no hay ya *ss* largas: en esto no hemos podido ser fieles al modelo. Tampoco hay *qq* ni vocales con tilde: por eso cuando en esta comedia se hallare una *q* con un punto, en esta forma (*q.*), ó una vocal con acento circunflejo, entiéndase que el punto y el acento suplen por la tilde que antiguamente se usaba, en el un caso como abreviatura de *que*, y en el otro de *me ó m.*

(2) El oi debe estar de mas.

(3) Debe haber salido un escudero con Doña Isabel.

tan vezinos se han criado,
la amorosa voluntad
ha crecido, y se ha aumentado
en reciproca amistad.
Y assi no ai cosa a sus ojos,
que sin el bien le parezca.

d. Gon. El amor todo es autojos,
dexa tu que yo la ofrezca
mas generosos despojos,
Y verás que presto veo
este imposible rendido,
que lo demas es rodeo.

Gar. Como?

d. Gon. A su padre la pido.

Gar. Y será dichoso empleo.

d. Gó. Por galá, no è de hazer nada,
y en tratando casamiento,
verás que mi amor le agrada,
que este es el vltimo intento
de vna muger que es honrada.
Mi riqueza, y calidad,
es mui notoria en Teruel,
y digna de su beldad,

Tocan vna caza dentro.
mas que atambor es aquel?

Dentro. Ola, adelante marchad;
De mano, en mano a la plaça.

Gar. Vna compañía ha entrado
en Teruel.

d. Gon. Ya me amenaza
guerra, como mi cuidado.

Gar. Ya el amor las pazes traça.

d. Gon. Vamos, Garceran, a ver
entrar esta compañía.

Gar. Dios te la de en la muger
que desees.

d. Gon. Si ella es mia,
que albricias has de tener.

Gar. Luego me las puedes dar,
segun lo tengo por cierto,
que el padre te la ha de dar,
por mas rico.

d. Gon. Será el puerto
del pielago deste mar.

Gar. Los ojos de la muger (1)
como dos valazos son (2),
queriendo experiencia hazer (3),
y tras si a la de aficion (4)
le lleva a la del tener (5).
Hanse visto deste modo
sucessos cada momento,
que amor si en el oro es lodo (6),
y la aficion todo es viento,
y el tener es peso todo,
Apenas verá delante
los tres mil de renta, quando
perecerá essotro amante.

d. Gon. Quieralo el cielo.

Gar. Marchando
passea la calle adelante
La compañía. *d. Gon.* Salgamos
a encontralla Garceran.

Gar. Seguiré sus passos.

d. Gon. Vamos.

Dentro. Hagan alto.

d. Gon. Brauos van.

Gar. Piensan que los embidiamos.

Vanse, y sale doña Isabel leyendo vn papel, y Drusila criada.

d. Isab. A noche estauue esperando
que salieses al balcon,
nasta ver el alua, al son
de mis suspiros, llorando.
Y puesto que llegó el dia,

como fue sin verte a ti,
para el Sol fue, y para mi,
sombra negra, y noche fria.
Sueño, no pudo impedir
el hablarte, dueño amado,
que estando yo desvelado,
fuera ingratitud dormir.
Alguna incomodidad
noche de tus soles fue,
mas oi pienso que daré
fin a esta dificultad,
Y a los peligros de amor,
que hablar a tu padre intento
sobre nuestro casamiento,
porque ai competidor
Anda ya muy diligente,
y no es razon llegar tarde:
mas que a mi el cielo te guarde,
mi bien, tuyo eternamente.
Drusila, que te parece?

Drusi. Que igualmente os adorais;
ruego al cielo que os veais
como el amor os ofrece.

d. Isab. No soi tan dichosa yo,
que viendo el notable extremo
con que nos queremos, temo
que no he de gozarle. *Dru.* No?
Riete desso, señora,
no es el hombre, y tu muger,
iguales, pues que ha de auer
que pueda impedirlo aora?

d. Is. Y q. es mi dicha mui corta.

Dru. Si estás de su parte del,
ni su padre, ni Teruel,
ni el mudo a estoruallo importa.
Si él se huiera de casar
con tu padre, en esse intento,
dudara yo el casamiento,
contigo no hay que dudar.
Es lindo maduratioo
para vn padre, si es contrario
el Alguazil de vn Vicario,
y siempre no ha de estar viuo,
Que alguna vez querrá Dios,
y presto será esta vez,
pues es tanta su vejez,
que quedeis libres los dos,
Y te dotes de tu mano,
y no que por alambique
le destile este Cazique
de tu auaro padre anciano.

Salen don Gonçalo y Rufino viejo.

d. Gon. Vengo a recebir merced
de vos. *Rufi.* Señor dō Gonçalo,
en amor se que os igualo;
en el cielo tenga Dios
Al señor don Pedro, amen,
que fuimos grandes amigos,
desto son buenos testigos
deudos vuestros, que tambien
Fueron de nuestra quadrilla
quando hiruió la sangre nueua,
mas todo el tiempo lo prueua;
era entonçes esta villa
Otra cosa, ya está todo
perdido, y tan descompuesto,
que es lastima, que la han puesto
años malos deste modo.
Entonçes v. m.
aun engendrado no estaua,
ni casarse imaginaua
su padre.

d. Gon. Tengo a merced
La memoria, y amistad
de mi padre, en quanto puedo:
vero entendí que la heredo
con la misma voluntad.

d. Isab. Drusila, no es don Gonçalo
el que con mi padre viene?

Drusi. El es señora.

d. Isab. Que tiene
con él? *Drusi.* No se.

(4) (5) (6) (7) Creemos que el autor escribiría ó pensaría esta quintilla del modo siguiente:

Los ojos de la muger
como dos balanzas son,
queriendo experiencia hacer:
y tras al la de aficion
se lleva la del tener.

(8) Deberá leerse:
que amor sin el oro, es lodo.

- d. Isab.* Al mar ignalo,
en mil olas de temor,
que al alma vienen, y van,
y sobresaltos me dan,
cada momento mayores;
ai sospechas, ai amor.
- Drusi.* Temer nada es ignorancia.
- Ruf.* Si es de espacio, y de importãcia,
en mi escritorio es mejor.
- Vanse don Gonçalo y Rufino.*
- d. Isab.* Drusila sin que te sientan,
entrate a escuchar.
- Drusi.* Si harè,
sossegaras, si podrè,
sospechas que te amedrentan?
- d. Isab.* Has de decirme verdad.
- Drusi.* Con juramento te doi
la palabra.
- d. Isab. Vc. Drusi.* Ya voi,
que amor, y que voluntad.
- Vase Drusila a escuchar.*
- d. Isab.* Todo es temor, amor, todo es rezelos;
pues como puede ser el amor gloria,
si està siempre luchando la memoria
con tantos sobresaltos y desvelos.
Estas penas del alma son sus cielos,
estas guerras y assaltos su vitoria,
y es bien todo este mal, cuando a su historia
no enquaderna capitulo de zelos.
Amor en popa voi con mi esperanza,
haziendo espejo tus azules mares,
no trueques en tormenta la bonança.
No se me negue puerto en que me ampare,
que si el que el alma ha deseado alcança,
darè perpetuo assiento à tus altares.
- Sale Drusila.*
- Drusi.* Señora.
- d. Isab.* Drusila mia,
que ai de nuevo?
- Drusi.* Yo llegnè
a la puerta, y viendo que
nadie entonces me seguia,
Para escaparme despues,
quando me huieran sentido,
puse en la puerta el oido,
y los ojos en los pies.
Y escuchè que don Gonçalo
dezia: aunque sè señor,
que à vuestra sangre, y valor
con el que tengo no ignalo,
Admitid mi pensamiento,
y aunque aqui mas baxo hablè,
solo escuchè; aqui acabo (1)
la razon en casamiento.
Y en oyéndola, parti
a darte auiso, señora,
que en esto quedan aora.
- d. Isab.* Ai desdichada de mi,
cierta es mi imaginacion,
contra mi gusto es el ruego,
dame tinta y papel luego:
que notable confusion!
- Saca un bufete pequeño.*
- Drusi.* En este bufete està.
- d. Isab.* Muestra, nri sospecha es cierta,
Drusila guarda essa puerta,
y auisame desde allà,
Con qualquiera seña, quando
mi padre buelua, que quiero
a la causa por quien muero
escriuir, auiso dando.
- Vaya escribiendo, y hablando.*
- Desta nouedad, que importa
que en nada no se detenga,
y a hablar a mi padre venga
luego, porque no sea corta
Mi dicha: darle a vu criado
de los que te fias mas,

(1) Léase:

Solo escuchè que acabó.

De los porros de puntuacion no se hará mérito.

- luego, Drusila, podràs
y encomiendale el cuidado.
- Drusi.* Escriuir puedes segura,
pues yo la puerta te guardo.
- d. Is.* Bolado, aun pienso q. tardo,
tanto temo a mi ventura.
Aora cayò vu borron,
parece que es mal agüero:
si oi no vienes, espero
verme en grande confusion.
Mira si mi padre llega
Drusila.
- Drusi.* Acaba que no,
piensas que me duermo yo?
- d. Isa.* Perdoname que estoi ciega.
- Drusi.* Yo estoi viendo desde aqui:
que miedo, y que voluntad!
- d. Isa.* Que importa la breuedad;
Dios te guarde mas que a mi.
- Dru.* Tu padre viene. *d. Is.* El papel
se me ha de borrar aora
por esconderle.
- Drusi.* Señora
- muestrele. *d. Isa.* Podràs en èl
dar, que; mi padre imagino
que ya nos vè, dexale.
- Sale Rufino, y don Gonçalo.*
- Rufi.* Hablarla intento, antes que
a nada se determine,
Que aunque su no, ni su si
importa, mi mucho amor
gusta hazerle este fauor.
- d. gó.* Quedaos, no passeis de aqui.
- Rufi.* Acompañaros deseo.
- d. gon.* Iesus, señor, esso no,
que soi ya vuestro hijo yo,
con tan venturoso empleo.
- Rufi.* Hazeis de quien sois alarde.
- d. gó.* No es en mi sangre esto nuevo
- Ru.* Yo no os pago lo que deuo.
- d. gon.* Guardaos Dios.
- Rufi.* El cielo os guarde.
- Vase don gonçalo.*
- Aqui estauas Isabel?
- d. Isa.* Padre y señor, aqui estoi,
creo que señaes doi
de turbada.
- Rufi.* Que papel
es esse?
- d. Isa.* Papel, adonde?
- Rufi.* Esse que escondes detras?
- d. Isa.* Engañado, padre, estás,
à tu vezç corresponde
Esse antojo.
- Rufi.* No fue antojo,
que aun no me ha faltado el ver.
- d. Isa.* Dexarle quiero caer.
- Rufi.* Casi me incitas à enojo.
Caer le dexaste al suelo
aora; alçale Drusila,
que puesto que esta aniquila
mi vista, hasta aora el cielo
No me la ha disminuido
tanto, que vn papel no vea;
à, ruego al cielo que sea
en mi honor.
- d. Isa.* Pierdo el sentido.
- Lee Rufi.* Don Gonzalo de Aragón
que mi ingratitud adora
quela con mi padre aora
en larga conuersacion
Tratando mi casamiento,
y de importancia seria,
que no passase este dia
sin dezir tu pensamiento
A mi padre, porque yo
me declarasse tambien:
esto importa a nuestro bien,
y el esperar a mas, no.
Que qualquiera remission,
por vn siglo considero,
y si oi no vienes, espero

verme en grande confusion.

Otra vez te encargo aqui,
si me tienes voluntad,
que importa la brevedad :
Dios te guarde mas que a mi.

Este fue antojo de mi poca vista ?
corresponde a mis años este antojo,
o es sombra de la muerte de mis años,
y de mi honor tambien : ¿que es esto ingrata?
que libertad es esta, que papeles,
quando yo mas deseo daros gusto,
y buscaros honor, nobleza, y oro,
hazeis minas de afrenta mi nobleza?
ya las hijas se buscan los maridos,
teniendo esto los padres a su cargo?
Tambien me negarás que no es tu letra
esta que estás mirando? *d. Isa.* No lo niego.

Ruñ. Eso pudieras, por tu afrenta sola,
negarme.

d. Isa. Si es verdad, y está en tu mano,
como puedo negarlo? *Ruñ.* Viue el cielo
que estoi, villana, por matarte.

d. Isa. Mira,
que yo no he procurado tu deshonor,
ni tu afrenta tampoco. *Ruñ.* Bueno es eso
para estar escribiendo estos papeles,
que no será el primero que has escrito.

d. Isa. Señor, quando yo huiera hecho cosa
que no sea en tu honor, dame la muerte.

Ruñ. Y este papel es (1) mi honor? *d. Isa.* Escucha.

Ruñ. Que disculpa, enemiga, darme puedes?

d. Isab. Quando de mi supieras, que escalaua
tu casa algun amante que tenia,
dándole possession del alma y cuerpo
en vituperio de la sangre mia,
fuera justa razon que me mataras;
mas en todo el papel que ves escrito
ofensa no has hallado que te nueva
al mas pequeño enojo; solamente
por guardarte respeto le escondia,
que todo lo que escriui son señales
de honor, y obediencia: yo aborrezco
este hombre que me pide por esposa,
y como el casamiento es vna vida,
no es justo conuertilla en muerte eterna,
no siendo a gusto propio, porque vienen
muchos inconuenientes deste solo.
Si yo me he de casar, es bien que elija
lo que mas de mi gusto le parezca,
no ofendiendo tu honor, ni tu nobleza;
y assi escuchando, que este me pedia,
y sabiendo de mí, que en todo quanto
fuere tu gusto obedecerte tengo,
aunque no fuesse al mio, esos renglones
(2) a quien tengo inclinacion escriui,
que tiene igual nobleza con mi sangre,
para que me pidiesse en casamiento,
que yo no he procurado infamia tuya;
y bien pudiera yo por mi casarme,
si pretendiera darte pesadumbre:
solo te aduerto, ya que hemos llegado
a que sepas mi intento, que en el mundo
no ha de ser mi marido otro, que el dueño
deste papel que tienes en tus manos,
puesto que eres amado padre mio,
porque el cielo no fuerça al aludrido.

Vase dona Isabel.

Ruñ. Extraña libertad, muger extraña,
resolucion notable! que perdido
está el mundo; ya nacen las mugeres
mas libres que los hombres: a buen tiempo
de mis padres, y abuelos, quando estauan
las donzellas en casa de sus padres,
sin saberse que estauan en el mundo,
y teniendo treinta años, no tratauan
apenas de casallas, y no agora,
que apenas tienen quinze, quando quieren
tratar de casamiento por sus manos.

Drusila ven acá. Drusi. Señor, que mandas?

Ruñ. Sabes tu quien es este venturoso

galan que Isabela (3) quiere? no (4) niegues
la verdad, que por Dios que me lo pagues.

Drusi. Temblando estoi, mejor será dezirselo

pues él lo ha de saber. *Ruñ.* No me respondes?

Drusi. Señor, yo entiendo que es, si no me engaño,
Marsilla, este galan vezino tuyo.

Ruñ. Marsilla? *Drusi.* Si señor. *Ruñ.* Anq. esmui noble,
es mui pobre Drusila, y ella tiene
tan poco dote, que a seis mil no llegan,
y para sustentarse noblemente,
conforme lo que son, doze son pocos:
buena eleccion ha hecho, mejor fueran
los que tiene de renta don Gonçalo,
y dexar necesidades de aficiones:
gente se ha entrado acá.

Sale Lain lacayo de Marsilla.

Lain. A buen tiempo llevo,
que Rufino está aqui. *Drusi.* Lain es este
criado de Marsilla. *Ruñ.* Vendrá a caso
por el papel que le escriuia; estaua
por darselo, haziendo vn disparate:
que se entre aqui con tanta desvergüenza?

Lain. Diego Marsilla mi señor os besa
las manos, y licencia pide agora
para entrar a besarlas (5). *Ruñ.* Dezilde:
mas es respuesta descortés, que importa?
pero mejor será; dezilde amigo
que entre mui en buen hora.

Lain. El cielo os guarde.

Vase Lain.

Ruñ. Drusila entrate allá, y a tu señora
no digas con quien quedo. *Drusi.* Darete (6) gusto,
y cumpla el de Isabel el cielo justo.

vase Drusila, y entra Marsilla, y Lain.

Mar. Besos las manos. *ruñ.* Bien venido sea
vuestra merced, señor, a aquesta casa:
tome vna silla. *Mar.* V. merced (7) se assiente.

ruñ. Sin duda adiuino lo que escriuia
Isabel, y ha venido con intento
de poner por efeto su desco.

Mar. Lain aguarda a fuera. *Lain.* Fuera aguardo,
y ausiame del fin deste sucesso,
que si es feliz, como mi amor lo espera,
partiré a las ventanas de tu casa
a poner luminarias y faroles,
y en las que tengo en las narizes luego.

Mar. Eres honrado. *Lain.* Y noble, aunq. Gallego
vase Lain.

Mar. Buenos respetos Rufino
de bien nacido, y hidalgo,
me obligan que os importune,
con que procuro obligaros.
Assi como abrí los ojos
a los rayos del sol claro,
miré otros soles diuinos,
que al Sol del cielo afrentaron.
Era dueño destes soles
vn Serafin de alabastro,
que para monstruo del mundo
nació con semblante humano.
Alta inclinacion de estrellas,
a mis pensamientos altos
guió a vn mismo fin de amor
desde nuestros tiernos años.
Con la costumbre, y los dias
se fue este amor aumentando,
que puesto que niño siempre,
crece en sentir los cuidados.
Ya estimando los fauores
a pedir zelos llegamos
de las pinturas de amor,
sombrias que finje el engaño
Ya conocimos el miedo
de amor, legitimo hermano,
que siempre sus passos sigue,
y nacio con él de un parto.
Este es de naturaleza
couarle, que imaginando

(3) Isabel.

(4) Falta quizá un me.

(5) Besaroslas.

(6) Darete he.

(7) Vuesarced.

(1) Falta en.

(2) Soy a quien.

imposibles, anda siempre amarillo, y espantado. Este dixo, que la ausencia causaua oluido, a quien tantos amantes han desmentido, aunque le amparan los vanos. Pero para que, Rufino, con circunloquios te canso de amor, mirando en la nieue que el sol entierra tus años. Basta dezirte que estoy de tu hija enamorado, desde mis años primeros, su belleza idolatrando. Con la criança ha crecido este amor, y crece tanto, que sin guardarte respeto desta manera te hablo. Hidalgo como tu soi, tus amigos y criados mis padres, yo esclauo tuyo: si amor en años gallardos Tuniste, y sabes lo que es, vn bien vn siglo esperando (1), que assi parecen los dias para el que espera alcançarlos, Que a doña Isabel, aquella que es de los cielos retrato, cuyo nonbre solamente es el cielo de mis daños, Me la des en dulces bodas, que seis años ha que aguardo esta segunda Raquel, por quien he de ser tu esclauo. Assi tu blanca cabeza, que imita al inuierno cauo, Abries de nietos tuyos remocen con mil abraços. Assi de su enjambre hermosa, dulcemente rodeado estès, mirandote el rostro en diferentes retratos. Ansi los gozes despues en venturosos estados, vnos por la espada insignes, otros por letras mas altas.

Ponese de rodillas.

Ansi, finalmente seas embidia de tus contrarios, espejo de tus amigos, y de tu esperança amparo.

Rufi. Alcaos del suelo, que son extremos extraordinarios essos. *Mar.* Primero, Rufino, me has de dar el si, y tus manos.

Rufi. Alcaos, que tan de repente lo que ha de ser tan pesado, resolver, no será justo,

Mar. Está, como siempre suele, en la remission el daño, en la tardança el peligro, que haze el tièpo mil agravios.

Rufi. Yo estimo vuestra persona, señor, en el mismo grado que puedo estimar mi hija, y de quien sois tengo claro testimonio, y Teruel estima vuestros passados por hidalgos mui notorios, yo quisiera gusto daros, por estarme a mi tambien; mas solamente reparo.

Mar. En que reparais? **rufi.** En ser vos pobre, y yo no sobrado para daros a mi hija. Yo quisiera, el cielo santo lo sabe, tener que dalla vn mui grande mayorazgo para casalla con vos, vuestra persona estimando,

mas fue mi suerte muy corta.

Mar. Si en lo demas os agrado, y esto solamente impide que no goze el bien q. aguardo, para que lo que me falta busque, señahadme vn plazo, que no dexaré del mundo clima, torrido, ni elado, que para buscar hazienda no tragine, el mar passando. La Feuisia, y la desierta Arabia, medirá a passos, y quitareles el oro que roban los Arimascos. Cerneré, aunque es impossible, la dorada arena al Xanto, cuyo cristal fue de Troya espejo, otro tiempo, claro. Balajes me dará Egipto, Ceilan diamantes, el Cairo girasoles, y Surias crisolitos, y topacios, hacedme este bien.

Rufi. Esto es justo, (2) no me conuiene negarlo; pues mira que plazo quieres?

Marsi. Dame de espacio dos años.

Rufi. Yo te doi tres, y tres dias, y este termino passando casaré mi hija. *Marsi.* Vivas mas que el tièpo, siglos largos; dame tus pies besarelos.

Rufi. Mejor te daré los braços, y al cielo ruego que bueluas con salud, y con ducados, para que te embidien todos, para que puedas honrarnos, y para que me des nietos, de ti, y de Isabel traslados. Assi le podré dar gusto, que es sièpre el querer forçallo, incitar a vna muger a pensamientos liuianos. Esto daré por escusa en respuesta a don Gonçalo, y pretenderá otra cosa.

Marsi. Es possible padre amado, en cuyo lugar te tengo: (3) desde oi quiero bien tan alto, mis esperanças anima, loco de contento parto. Sol, que eres padre del oro, y supiste amar a vn arbol, humana muger primero, aunque de pecho inhumano, Tus minerales me enseña, descubreme los sagrados lugares de tu tesoro, para ver el bien que aguardo. Assi de la planta hermosa que adoras, mires tus rayos ceñidos, o menos fiera, te encadene en dulces lazos; Assi en la caliente Zona el Antipoda tostado, ya que por Dios no te adore, le leuante simulacros. Que yo con mi dueño hermoso, si hazes esto, haré que quando tu salgas, ella se esconda, porque resplandezcas tanto.

Rufi. Los poeticos discursos dexa aora, hijo, y vamos a firmar las escrituras deste concierto.

Marsi. Las manos para besarlas mil vezes me dà de nueuo.

Rufi. Que estraño

(2) Es justo.

(3) Es probable que el verdadero texto original fuera este:
¿Es possible, padre amado,
En cuyo lugar *tenereis*
Desde hoy quiero? —Bien tan alto.

amor, que amante tan tierno!

Marsí. Tiempo, q. veloz, q. holando (1) llenas tras de ti los días, apresura el buelo, tanto, que precipites las horas desde el Oriente al Occaso, porque no parezcan siglos, los que passaré esperando.

Vanse, y salen don Gonzalo, y Garceran.

d. Gon. Oí me ha dado Rufino la palabra de darme la respuesta. **Gar.** No lo dudes, tuya será, que vn mayorazgo rico no es para desechár, y aunque ella adore esse galán, y sea otro Narciso a tus cosas, no ai cosa como el oro, despues que se vsan galas en el mundo: el oro es de buen tallo, el oro es noble, el oro es de diuino entendimiento, el oro es mas valiente que Alcides; y para encarecer qualquiera cosa, dizen que es como vn oro.

Tocan caxas.

d. gon. Escucha atento, la caxa bueluen a tocar. **gar.** Yo pienso que se querrá partir la compañía, porque en Teruel no deue de hazer noche.

d. gon. Vando parece que echan, escuchemos, que así la nouedad saber podremos. **Salga vn tambor, y diga en alta voz.**

Tamb. Todos los oficiales y soldados del Capitan don Pedro de Gueuara con sus armas, estén en la vandra dentro de vn quarto de hora, a lo mas largo, porque ai necesidad de marchar luego; y el que faltare, pena de dos tratos de cuerda. **gar.** Con q. bueluen loco a vn hombre.

Tamb. Mandase apregonar, porque venga (2) a noticia de todos.

Vase.

d. gon. Ellos marchan con esta breuedad, porque sin duda es menester socorro en la Goleta; denle al Cesar los cielos la vitoria que merecen sus hechos y deseos.

Sale Marsilla, y el Capitan don Pedro y Lain.

Mar. El señor Capitan merced me haze.

d. Pe. Daros, señor, mi mesa con mi esquadra es seruicio pequeño a la nobleza que teneis, y al buen tallo, y tantas partes como mostrais, de raro entendimiento: la vandra os prometo en la primera ocasion que el Alferrez la dexare, y yo parece mal seruir primero.

Mar. Besos las manos por mercedes tantas, yo salgo de mi tierra, con intento de no boluer, o de boluer tan rico, que no aya menester a ningun deudo.

d. Pe. La guerra suele hazerlo facilmente, pues guarda el enemigo algunas vezes, para el soldado, con auaras manos, la plata y oro. **Lain.** Yo tambien os beso las manos, y os suplico, que mi plaça la mandeis assentar, y algun amigo que su mesa me dé, que soi hidalgo de los Lainez de Galicia antiguos, que por varon deciendo de Lain Caluo, y pienso que fue el Cid mi bisaguelo, mas parentesco tengo con habieca.

Mar. Siépre has de hablar de burlas? **Lain.** Yo de burlas? de veras hablo aora, y mi de veras, Capitan quiero ser, y honrar mi casa.

d. Pe. Bien me parecen esos pensamientos, a parte vanos donde avrá ocasiones en que mostrar esos gallardos hrios.

Lain. Si preguntar se puede, donde?

d. Pe. Al Africa.

Lain. No ai una cepa en toda essa prouincia, mejor fuera la guerra en Ribadania.

d. Gon. Este es el Capitan, y viene hablando con el Marsilla: assi pluuiera el cielo, que fuera con intentos de partirse

de Teruel. **d. Pe.** Señor apercebios, porque he de marchar luego. **Mar.** Yo no tengo mas que partir. **d. Pe.** Pues dessa suerte voime. si licencia me dais, porque pretendo que no se ponga el Sol sin que salgamos, que será menester, a Cartagena llegar con breuedad.

Vase don Pedro Capitan.

Mar. Guardaos el cielo.

Lain. Iré en vn buelo.

Vase Lain.

d. Gon. Que nouedad es esta? **Mar.** Don Gonzalo voime a la guerra. **d. Gó.** Que dezis? **Mar.** Agora me podeis ver marchar, que los hidalgos no es razon que se estén, siendo tan pobres, en su patria, pudiendo por la guerra valer. **d. Gó.** Dezis mui bien, q. estarse vn hombre como vos en su tierra, sin poderse traer como quien es, es triste cosa: pluuiera a Dios que no me detuviera esse mayorazguillo que mis padres me dexaron, que afe que no pisara tan presto tierra de Aragon. **Mar.** Mandadme don Gonzalo, que voi a prevenirme, porque la Compañia marcha luego.

d. Gon. Que a mandarme embieis, solo os suplico, y agora me dexéis en vuestra ausencia en que pueda seruirlos. **Mar.** Dios os guarde; que diferente es lo que encierra dentro.

d. gon. Si dexais en Teruel dama, dezidme quien es, que yo me encargo de guardalla, (3) y con mas cuidado que si fuera mia, que el Sol no la vera, si es vuestro gusto.

Mar. A estar enamorado, don Gonzalo, no dexara a Teruel; vuestros deseos, como es justo, agradezco; a Dios que es tarde.

d. gó. Enternecerme hazeis. **Mar.** El cielo os guarde.

Vase Marsilla.

d. gon. Que te parece, Garceran, ai hombre mas dichoso que yo? pudiera darme mas dichas la fortuna? haz regozijos que acompañen los mios, que estoi loco de amor, y gusto juntamente, es sueño?

gar. Yo lo miro, señor, y no lo acabo de creer; viue Dios que eres dichoso.

d. gon. Oí es tu día, Garceran, tus dichas han de luzirse en ti tambien, pues eres el secretario de mis bienes todos: ponte, en llegando a casa, aquel vestido de oro y azul, y esta cadena encima.

gar. Viuas mas años que quilates tiene.

Sale Rufino.

Rufi. Aqui está (4) Gonzalo. **d. gon.** Señor mio! vuestras manos me dad. **Rufi.** Iesus, las vuestras besaré yo mil vezes. **d. gon.** Que ai de nuevo en mi dicha, señor? **Rufi.** Que yo quisiera seralros, dando gusto, mas el cielo guia las cosas por diuersas partes.

d. gon. Que es esto, que desdicha me preuiene la fortuna? **Rufi.** Señor, todos los padres estamos obligados en conciencia, quando ai inconuenientes a estoruallos; mi hija tiene inclinacion notable au hidalgo, de suerte, que imagino que es imposible cosa de la mano a otro dueño ninguno, porque ha sido este amor en los años aumentado. Supe la intencion dellos, pareciome que siendo igual en calidad, que estava obligado a no hazer cosa al contrario, no fuera causa de desdichas nueuas: la falta que tenia era ser pobre, pidíome de tres años y tres días plazo para boluer, de suerte puesto, que a mi hija pudiesse yo entregalle; yo se la concedi, haziendo luego las escrituras, de Teruel se parte, esto ha sido forçoso, y esto ha sido la respuesta que os doi resueltamente, perdonadme, y mandadme juntamente.

Vase Rufino.

(1) Sobre el segundo que.
(2) Para que.

(3) Sobre la y.
(4) Debe faltar Don.

d. gon. Pudiera ser la fortuna
mas contraria a mi esperanza,
el amor mas enemigo,
ni vna muger mas ingrata?
Quando fauorables nueuas
en mi fortuna esperaua,
deshecha tormenta corro,
del oluido por las aguas.
Que presto que muda el tiempo
las venturas en desgracias,
en pesares los placeres,
y en tormentas las bonanças.

(1) *Que tirano dueño mio,
que assi aborreces vn alma,
si tus oluidos me yelan,
zelos furiosos me abrasan.
Que harè Garceran, que harè?
loco estoi.*

gar. Señor aguarda,
q. aya ausencia, y en la ausencia
haze el tiempo mil mudanças.

d. gon. Mi enemigo và a la guerra,
y mayor guerra amenazada
al muro de mis sentidos.

Tocan cazas.

Gar. Ya me parece que marchan.

d. Gon. A verle salir, sin duda
saldrà mi ingrata adorada.

Gar. Sin duda que lo adiuinas,
que han abierto la ventana.

d. Gon. Ya sale doña Isabel
como quando sale el Alua
a dar auisos del dia
entre arreboles de nacar.
Que harè?

Gar. Vamonos de aqui,
no estès con tantas ventajas
embidiando agenas dichas.

d. Gon. Dexame ver lo que passa,
que el amor gusta mirar
sus afrentas.

Salé a lo alto doña Isabel y Drusila

d. Isa. Con estraña
breuedad se determina.

Drus. Todo esto al tièpo adelanta.
y tres años passan presto;
Tu padre dio muestras claras
del grande amor que te tiene,
y èl del amor que le abrasa.

d. Isa. Lleno de gusto, y de risa,
con amorosas palabras
llegò, dandome las nueuas
aunque fue pension mui cara
esta ausencia. *Drus.* Ya parece
que la compañía marcha.

*Tocan cazas, y salgan soldados marchando, y Marsilla
detras, y Lain lacayo gracioso.*

d. Isa. Ya mi soldado, Drusila,
con la soldadesca gala,
al Sol haze competencia.

Drus. A verte los ojos alça.

d. Gon. Con las lenguas del amor,
que son los ojos, se hablan
Garceran, y al parecer
estàn rindiendo las almas;
de oluido, y de zelos muero.

d. Isa. Tenme, Drusila, que es vana
la resistencia que he hecho,
viendo que el bien se me aparta.

Desmayase doña Isabel.

Drus. Dissimula.

d. Isa. Como puedo?

d. Gon. Desmayose en la ventana
con el mucho sentimiento,
y èl dandome embidia marcha.
Passan todos, y queda Lain.

Lain. A Dios, Drusila, que voi
a la guerra por tu causa,
de adonde pienso bolucr

si el cielo santo me aguarda,
como pueda ser tu esposo;
y en tanto que mi esperanza
viue, a pesar de embidiosos
veràs como te regala
Lain.

Dru. Guardente los cielos.

Lain. En ceziua, y empanadas
has de tener aqui Moros
dos dias por la semana;
pero acuerdate de mi,
porque no quisiera ingrata
estar en Africa yo,
y ser tu la renegada.

Sale el Sargento.

Sar. Marchad soldado, que es esto?

Lain. El señor Sargento manda
que marche, a Dios; de llorar
lleno el alma con lagañas.

Vanse Lain, y el Sargento.

Dru. Señora, señora mia
buelue en ti.

d. Isa. Drusila amada,
mi dulce soldado fuesse?

Drus. Ya ha passado de la plaça
la compañía.

d. Gon. Ya ha buuelto
del desmayo, y mi esperanza
desmaya de nueuo aora.

d. Is. Ruego a Dios dueño del alma,
que quando en Africa pongas
el pie, de las lunas blancas
seas assombro, y que bueluas
vitoriosos, y rico a España.

d. Gó. Ruego a Dios fiero enemigo
que no te suceda nada,
que en tu desdicha no sea
pues que de zelos me matas.

d. Is. Ruego a Dios, q. el mar soberuio
pases al Africa en calma,
y a la quilla de tu leño
se humillen los montes de agua.

d. Gó. Ruego a Dios, q. el mar te anegue
antes de tocar la playa
del Africa, viendo a vn tiempo
sus olas azules canas.

d. Isa. Ruego a Dios, q. des al Cesar,
en la primera batalla,
la vitoria que desea,
a pesar de Africa, y Asia.

d. Gon. Ruego a Dios, q. el coraçon
te passe morisca lança
de izquierdo Alarbe ginete
de vn bote, por las espaldas.

d. Isa. Ruego a Dios, q. te corones
de laurel, y de alabanças,
y para dezir tus hechos
no tenga lenguas la fama.

d. Gó. Ruego a Dios q. si boluieres
rico, y vitorioso a España,
en braços de tu enemigo
halles gozando a tu dama.

d. Is. Ruego a Dios, q. buele el tièpo
de mi deseo en las alas.

d. Gó. Ruego a Dios, q. nunca veas
el dia del bien que aguardas.

IORNADA II.

*Salen don Iuan, y dô Pedro de guerra, con ginetas, y tocan
dentro cazas y dize el Sargento.*

Dét. Sar. Marchad cò la infanteria
al muro de la Goleta.

d. Pe. El fiero mar se inquieta.

d. Iuan. Marcha vuestra compañía
A plantar las piezas? *d. Pe.* No
don Iuan, que queda de guarda
al Cesar.

d. Iuan. Si en el mar tarda
don Pedro, bien pienso yo
que avrà de passallo mal,

(1) Serà tal vez:

¿O tirano dueño mio!
¿Que así aborreces un alma?

sin que le guarde respeto,
que es playa abierta en efeto
para qualquier temporal.

d. Pe. Yo solo he salido a tierra,
que reconocer espero
mejor desembarcadero.

d. Lu. Cierta es esta vez la guerra,
La Goleta ha de rendirse,
que no podrá Barbarroja,
si Carlos Quinto se enoja,
ni esperar, ni resistirse.

d. Pe. Ha desembarcado ya
vuestra compañía? *d. Iuan.* Si,
con las piezas marcha allí,

Dispara.

y la Real señales dà
De hazerse al mar. *d. P.* antes no
desembarcarse pretende
el Cesar, q. el tiempo entiende.

d. Lu. Ya vna falua llegó,
Y otra de conserva luego.

Dent. A costa, a costa la barca,
Carlos Quinto desembarca.

Disparan.

d. Lu. El aire ha quedado ciego
Del humo, y al Sol presumo,
que con mirarse tan alto
le dà el humo sobresalto.

d. Pe. Y dà auiso al Moro el humo.

d. Lu. El del Basto, General
de tierra, a tierra ha llegado.

d. Pe. El es vn mui gran soldado.

d. Lu. Don Luis de Portugal
El infante le acompaña.

gran soldado Portugues.

d. Pe. Cuñado de Carlos es.

d. Lu. Y la nobleza de España
Tras ellos.

Vá saliendo como los va uóbrando.

d. Pe. El Duque de Alua
es este. *d. Lu.* Ha de ser Sol
De nuestro Oraso Español,
A quien haze Marte salua.
Con el de Mondejar viene.

d. Pe. Que Toledo, y q. Mendoza.

d. Lu. Ningun Rei tal valor goza,
ni tales vassallos tiene.

d. Pe. La proa de la Real
hazen que la arena marque,
porque mejor desembarque
el Cesar.

d. Lu. No han hecho mal,
Que està el tiempo alborotado,
y este Leueche inquieta
el mar, con sorda marea.

d. Pe. Ya como tan gran soldado,
armado el Cesar, ocupa
la proa de la Real.

d. Lu. Que notable temporal?

d. Pe. Ya se acerca la chalupa.

i. Lu. El Principe de Salerno
valeroso Italiano,
al Cesar le dà la mano:
respeto, o amar (1) el gouierno
Desse valeroso Atlante,
de las Aguilas de Roma,
q. en ti, como a (2) Marte, assoma,
humilla el cuello arrogante.

d. Pe. Ya desde la proa saltó (3)
a la chalupa; mas cielo
en el mar cayó. *d. Lu.* Rezelo
que si.

d. Luis. Que le sobresalta
A vuestra Señoria?

Marq. Al mar
pienso que el Cesar cayó.

Dug. Vn soldado se arrojó,
y le pretende sacar
A tierra.

Mend. Estraño caso!

acudamos allá todos.

Entranse los que salieron.

d. Lu. Por que diferentes modos
la fortuna impide el passo
A los altos pensamientos:
que a quien le suele temblar
el mundo, se atreua el mar?

d. Pe. Dandle soberuia los vientos.

*Vanse y entra Marsilla con Carlos Quinto en los brazos, todo
mojado, y todos los Grandes que salieren con él*

Marq. (4) A fuera, poudrele en tierra,
Y podran llegar despues.

Car. Infante, Duque, Marques,
famoso Mendoza.

Marq. Encierra
El mundo mayor valor.

Dug. Demos vuestra Magestad
su mano.

Car. Primos, llegad
a mis brazos.

d. Luis. Con que amor,
Y pecho, al prospero caso
(5) a la fortuna siniestra
vuestra Magestad se muestra;
aora imagino escaso
Para vuestra Magestad
el cielo.

Dug. Ansi lo parece.

Car. Vuestra Alteza fauorece
su sangre.

Mend. Esta nonedad
Pudiera darnos señor,
en la empresa mal agüero.

Car. Mendoza, al fin, agorero,
no si a cubrirllo.

Mend. El temor
De la inconstante fortuna
encoge, y tal vez el cielo
de los sucesos del suelo
da señal en Sol, y Luna.
Como la persona Real
de tanta importancia es,
todo nos turba.

Car. Marques,
aun no se os vertió la sal,
Que es el agüero mayor
de los Mendozas.

Mend. No importa
verterse, porque no ai corta
dicha, con vuestro valor.

Car. Ni con la vuestra al empresa
que yo pudiera temer:
dizen que dixo al caer,
Cesar, de quien oi professa
ser mi valor semejança
en semejante ocasion,
que tomaba possession
con la dichosa esperança
Que tenia, de la tierra
a donde entouces cayó,
y lo que dixo cumpliò
de la venidera guerra.

(6) Y en la Africa fue tambien,
quando la vino a rendir:
yo tambien podrè decir,
porque con temor no esten
Los que me hà visto, que tomo
en tan dichosa ocasion
de tierra, y mar possession,
porque oi mar y tierra domo.

d. Luis. Vuestra Magestad se vea
señor de las partes tres
de la tierra, y de sus pies
alfombra humilde el Sol sea.

Car. El Principe de Salerno
boluiose al mar?

Marq. Si señor,
tuuo en la tierra temor,
que sin su vista, y gouierno
Peligraria la armada,

(1) Mar.

(2) Como Marte.

(3) Salta.

(4) Mars.

(5) Y a la.

(6) En la.

y al mar luego se boló,
que a vuestra Magestad vio
en tierra, y asegurada
Su persona, y me parece
que quiere hacerse á lo largo
por tener la playa.

Car. El cargo
que le confío merece.
Bien hará de hacerse al mar,
que esta playa es arenosa,
y de escollos peligrosa,
y romperse, ó encallar
Pueden algunas galeras,
Duq. El mal tiempo durará
poco, que parece (1) ya
(2) menos; ya las olas fieras.

Car. Donde se fue aquel soldado,
que del mar me libró así?

d. Luis. Corrido vn mar está allí,
de la frente al pie mojado.

Marq. Mirad que su Magestad
os llama :

Marsi. Suerte mudable,
fauorecedme ;

Car. Notable
aueis andado, llegad.
Dadme los braços,

Marsi. Señor,
esse fauor no merezco,
a besar los pies me ofrezco,
y lo tendré a mas fauor.

Car. Muy bien los braços merece
el que del mar me libró
con los suyos, y el que dió
embidia al mundo :

Marsi. Oy me ofrece
Vn grande bien la fortuna,
cò que goze el bien q. aguardo,
passa apriessa tiempo largo,
nunca firme en cosa alguna,
Y llegue la gloria mia
a la dichosa ocasion:

Car. De adonde sois?

Marsi. De Aragon.

Car. Bien se vè en vuestra ossadia :
Ha mucho que sois soldado?

Marsi. No señor, hisoño soy ;

Car. Seruid, que palabra os doy
de tener de vos cuydado.

Marsi. Guarde a uestra Magestad
mil siglos el cielo, amen.

car. Señal a las piezas den
para batir, y marchad :
A la Goleta, Marques,
con toda la infanteria :

Duq. Vuestra Magestad podria
mudar vestido ;

car. Despues :

Duq. No vè que este esta mojado ?

Mend. Vuestra Magestad no vè,
que assi no es razon que esté ;

Car. Mas lo queda aquel soldado
Que contrastò la maretta :
nunca regalado he sido,
no he de quitarme el vestido
hasta ganar la Goleta

Mend. Vamos, que presto podrá
vuestra Magestad mudalle
desse modo.

car. Pues a dalle
El vltimo assalto ya.

Vanse todos, y queda Marsilla solo.

Marsi. Pudo la fortuna darme
mas venturosa ocasion
de enriquezeme, y honrarme,
para que mi pretension
mas pudiesse asegurarme.
Pudo ponerme en lugar
que mas pudiesse alcançar,
pues oi ocasion me ha dado
en que aya en braços librado

a vn Rei del mundo del mar
Y por ello mereciendo
vn premio rico y honroso,
me han pagado prometiendo,
quedando vn mar prozeloso
de mi vestido corriendo.
Que es esto cielos airados,
mis amorosos cuidados
desta suerte contrastais,
que en mi bien desobligais
Principes tan obligados?
Que bien aguardo, que espero
con tan grandes desengaños?
Desdichado soi, no quiero
esperar mas, que en tres años
el mismo fin considero.

*Salen dos marineros, y sacan a Lain asido de vn cable
echando agua.*

Dentr. Hiza, hiza.

Mar. Que ruido
nuevo es este?

Mari. 2. A tierra, a tierra.

Marsi. De vn hombre tirà, q. asido
de vn cable, contra la guerra
del mar, a tierra ha surgido.

Mari. 1. Atun es este pescado.

2. La vida el cable le dio.

Lain. Estoy en tierra, si, o no?

1. Suelte el cabo seor soldado,
Que ya está fuera del mar.

2. No tema tragico fin,
vayase al Sol a enjugar.

Vanse los marineros.

Marsi. Por el ciclo que es Lain.
y está a punto de espirar.

Lain. *Lain.* Quien es?

Marsi. Tu señor,
no puede hablar con la pena.

Lain. Tu voz me causó temor,
que pensé que eras vallena,
que forçada del rigor
de la hambre, me venia
a tragar.

Marsi. En tierra estás,
buelue en ti.

Lain. Por vida mia?

Marsi. No lo ves, nuevo Ionàs?

Lain. Mi vallena, no lo via.

Marsi. Muerto estás tãbié gracioso
mira si puedes tenerle
en pie.

Lain. Aun estoi temeroso,
y en tierra engaño a la muerte,
que como toro en el coso,
Que desta suerte tendido
buscaba nueva ocasion,
dandome ya por rendido.

Marsi. Extraña comparacion
a tu flaqueza has traído.
Leuantate.

Lain. Bien me pagas
el quererte socorrer,
assi es bien que satisfagas
mi deseo, y con hazer
a ti el seruicio, le estragas.

Mars. Como? *Lain.* apenas te miré
arrojarte al agua, quando
al esquite me eché;
quise apressurar nadando,
el llegar a ti, y no fue
de ningun modo possible,
que el mar furioso y terrible
hecho en mil olas pedaços,
los pies me rindió, y los braços,
y fue llegar impossible.
Rendido me lleuó el mar,
y las olas me alargaron,
y mirandome anegar
marineros, me arrojaron
vn cable, en que pude dar
fondo en la tierra a despecho
del mar soberbio y airado,

(1) Parecen.

(2) Menores las olas fieras.

entrando el agua en vn pecho,
siempre de nuevo (1) ocupado,
y nunca dél satisfecho.
Como a ti te sucedió?

Marsi. Saqué entre tantos temores
libre el Cesar.

Lain. Que te dió?

Marsi. De palabras mil fauores.

Lain. Pesar de quien me parió,
pensé hallarte Señoría,
y dessa manera estás?

Marsi. Que quieres, es dicha mía.

Lain. No tendrás dicha jamás.
Disparan.

Marsi. Ya juega la artillería,
que tiene aquel rebelión
al cauallero.

Lain. Que importa?

Marsi. Vamos no falte, Lain,
por nosotros, que la corta
dicha no se ve hasta el fin.
Vamos.

Lain. Enjuaguemonos
primero.

Marsi. Eso te desvela?

Dent. Santiago, España.

Lain. Ai Dios
si fuera el de Compostela
sobrara vino a los dos.

Vanse, y salen don Gonçalo, y Rufino.

d. Gon. No pido yo, que contra la escritura
que aueis hecho, señor (2), aueis jurado,
hagais cosas, que a noble no parezcan,
solo os pido, y suplico, que si a caso
passado el plazo, no boluere a España,
o a Tueruel, Marsilla, que yo sea
dueño dichoso del retrato vuestro,
sin que otro a esta fortuna leuantasse
vuestra piadosa mano, pues mi hazienda,
partes, y calidad, no desmerecen.
Rufi. Si al señor don Gonçalo no ayudaran
las partes que conozco de nobleza,
de hazienda, assiento, y discrecion, bastante
es el conocimiento de sus padres,
y tanta estimacion, que a la persona
de Isabel tiene, para darle gusto
primero que otro alguno; yo os prometo
de que seais, señor, su dueño, quando
falte a la obligacion Diego Marsilla,
por muerte, o (3) por falta de ventura suya,
en passando del plazo via hora sola;
pero hasta entones no ai pedirme nada,
que los inconuenientes que os he dicho,
son causa de negaros, la (4) que estaua
tan bien a su persona, y a la mia,
y guardaos Dios con esto. *d. Gon.* El cielo quiera
que yo os sirua, señor, como deseo,
poniendome en lugar de vuestro hijo.

Rufi. Y alargará mi vida el regozijo (5).

d. Gon. Tiempo ligero, que con alas leues
de descanso y piedad, siempre desnudas,
peñascos rindes, imposibles mudas,
muros entierros, y montañas muenes.

Ya ceñidos de flores, ya de nieues,
de hermosas plantas, en cortezas duras (6),
que arrebatas al mar, al bien ayudadas,
con plomo, y plumas de tus horas breues.

Si alguna vez, de queexas lastimosas
te han (7) dexado vencer, passen los años,
que al interualo de mis glorias veo.

Harás en esto alguna de dos cosas,
porque, o me acabarán tus desengaños,
o verá el bien que aguarda mi deseo.

Sale Garceran.

Gar. Aquí está. *d. Gó.* q. ai Garcerà,
ai algo de nuevo? *Gar.* Nada.

d. Gon. Viste aquella piedra elada

donde mis suspiros van?
Hablaste aquel imposible
de amor, aquella quimera? (8)
diferencia aquella fiera (9),
mas que la Estinge terrible?
Aquel monstruo desigual
de belleza, y de desden
a donde miro mi bien,
y a donde viue mi mal.
Aquella muger, en fin,
deste olmo enemiga yedra,
que con vu alma de piedra
es terreno! Seratin.
Hablástela Garceran?

Gar. Y es ablandalla, señor,
vencer del mar el furor,
quando con arenas dan
sus olas, al sol espanto,
excediendo su ribera,
no he visto muger mas fiera.

d. Gon. Que resistir pueda tanto?

Gar. Casi me quiso arrojar
quando el papel llegó a dalle,
desde el balcon a la calle;
no tienes que porfiar,
Porque no la has de vencer,
si a la del Griego parece,
tu porfia.

d. Gon. Si alorrece,
mas que Troya es la muger.
Quien es aqueste galan,
que con braua gentileza
a nosotros endereça,
al parecer, Garceran?

Gar. A la soldadesca viene.

d. Gon. Sobresaltóme por Dios.

Sale el capitán don Iuan, de camino

d. Iu. Descuidado estareis vos
del nuevo huésped?

d. Gon. No tiene
Mas necio hòbre q. yo el suelo;
dadme los braços don Iuan,
que soldado, y que galan
venis, que clima, que cielo
Hasta aora os ha encubierto,
que de vos no hemos sabido
nueuas? *d. Iu.* La ocasion ha sido
de la guerra; ya por muerto
luzgado me avreis acá.

d. Gon. Solo supe, que os auia
hecho de via compaña
el Cesar merced allá,
Y no he tenido despues
mas nueuas de vos.

d. Iuan. A solo
veros rodee, que al Polo,
donde están con nuestros pies
Los Antipodas opuestos,
por solo veros llegara;
tenedlo por cosa clara.

d. Gon. Bien se echa de ver en vos
El deseo que teneis
de hazerme merced, don Iuan;
como, señor Capitan,
a Zaragoza os boluéis?

d. Iuan. Ganó el Cesar la Goleta,
como aueis sabido vos.

d. Gon. Buenas nueuas os dé Dios.

d. Iuan. Reformaron mi ginetta,
Y assi, pidiendo licencia,
boluere, determinado (10)
a Zaragoza, llamado
don Gonçalo, de via herencia.

d. Gó. Mucho heredeis, ruego al cielo.

d. Iuan. Para seruiros será.

d. Gon. Conocisteis por allá
don Iuan, o pasó con vos

(8) (9) ¿Será el sentido este?

¿Hablaste a aquel imposible
de amor? aquella quimera
de farsa? aquella fiera
mas que la estinge terrible?

(10) Volver he determinado.

(1) De vino.

(2) Y habeis.

(3) O falta.

(4) La.

(5) Vase Rufino.

(6) Rudas.

(7) Te has.

- vn hidalgo desta villa,
que a essa ocasion q. ha passado
salió de aqui a ser soldado,
que se llamaua Marsilla?
- d. Iuan.* Conozco como a mi,
vn mui gran soldado es,
no ha visto Aragon, despues
que al Romano tuuo así,
mas valeroso soldado;
el fue el primero que el pie
puso en la Goleta, y fue
en el fosso derribado,
hecho vn espin de saetas
dos vezes por las giuetas
de la Morisca caualia.
- d. Gon.* Que le guarde la fortuna
por mi mal: donde quedó
aora? *d. Iuan.* Imagino yo
que tras la vencida luna
(1) del Agareno, seguirá
al Cesar en la conquista
de Tunez, que aun a su vista
para rendilla estará.
- d. gon.* Tan gran soldado ha salido?
- d. lu.* Tiene en Africa gran nobre,
vendrá a ser vn notable hombre.
- d. gon.* Pierdo, oyendolo, el sentido.
Don Iuan vos auéis llegado
a tiempo, que auéis de ser
el bien que podrá tener
vn imposible cuidado,
Que sin esperanza dana
guerra a mi imaginacion.
- d. lu.* Huelgome que a essa ocasion
llegué a Teruel. *d. gon.* Estaua
Sin remedio, aora estoi
don Iuan con mas esperanza:
o amor, estratia mudanga
harás en mis males oi,
Si sucede como entiendo
la empresa que determino.
- d. Iuan.* El vestido de camino
quitarme luego pretendo,
Si importa quedarme así.
- d. gon.* Antes con él ha de ser
lo que pretendo. *d. lu.* A poner
lo vamos por obra. *d. gon.* Assi
Alientas mas mi deseo;
animo, don Iuan, me das
de vencer.
- d. Iuan.* Tu le tendrás
si está en mi mano el trofeo.
Vanse, y sale dona Isabel.
- Is.* Si ai mas tormentos, ausencia,
con que matarme, y hundirme,
lueuan sobre mi, que firme
siempre ha de estar la paciencia.
Ai querido dueño ausente
quando passará esta calma,
y podrá gozarte el alma,
a tus venturas presente.
No ai cosa alguna en el suelo,
que sin ti gusto me dé,
y es contra otro mar mi fe
escojo que llega al cielo.
- Sale Drusila con dos almohadillas y en una
cesta vnos libros.*
- Drusi.* Ya está la labor aqui.
- Isa.* Tan melancolica estoi,
que a nada salida doi,
que está vn laberinto en mi.
Muestra Drusila. *Drus.* Este es
tu cambrai, y mi labor
está. *d. Isa.* Ai si quisiesse amor
dar sus alas a los pies
Del tiempo, porque holasse
con mayor velocidad,
porque de mi voluntad
el dueño a gozar llegasse.
Trofeos le labraria
de oro y plata, que embidiera

(1) Agareno, seguira.

- Penelope, y leuantara
su gloria amor, con la mia.
- Drus.* El cielo tiene a su cargo
darte lo que niega amor.
- d. Isa.* Ya me enfada la labor,
todo me es prolijo, y largo.
- Drus.* En que podrás diuertir
tu imaginacion?
- d. Isa.* En nada,
ninguna cosa me agrada.
- Drusi.* Quieres leer, y escriuir?
- d. Isa.* Están los libros ai?
- Drus.* En la cestilla han de estar
de la labor.
- d. Isa.* No ai pensar,
que me agrade cosa a mi.
Que libros ai?
- Drus.* Quatro. *d. Isa.* A ver,
el primero que he encontrado
es Boscan, que gran letrado
de amor, quierole leer.
Dize así, de Leandro, y Ero,
tragica historia encontré,
que ya que le abriesse, fue
por aqui, que mal agüero.
Toma allá a Boscan, y muestra
otro. *Drus.* Vesle aqui, señora,
a ver si te agrada aora.
- d. Is.* Virgilio es, en lengua nuestra,
Del famoso Toledano
Gregorio Hernandez, que fue
del lenguaje Castellano....
(2).
- Quiero abrir por aqui, y leer,
dixo, dixo (3), y se arrojó
sobre la espada, y murió
como inuicible muger.
Quanto encuentro, y quánto leo,
todo es tragedias de amor,
parece que a mi temor
sale al passo lo que veo.
Que libro es este?
- Drus.* No sé.
- d. Isa.* Siluestre es, sino me engaño,
él es. *Drus.* Que amor tã extraño,
que gran firmeza, y que fê!
- d. Isa.* El cielo quiera que acierte,
si el hado no contradize
mi intento, de Tisbe dize,
y Piramo vida, y muerte.
Miseras tragedias son
quanto la vista me ofrece,
Drusila, que te parece?
que notable confusion.
Guarda esos libros allá,
pues que no ai cosa que lea,
que tragico amor no sea.
- Drus.* Quien se nos ha entrado acá?
- d. Is.* Ai cielo, es mi amado dueño
Drusila?
- Drus.* Señora, no.
- d. Isa.* Ai que el alma se engaño.
que es todo quanto ve sueño.

Sale don Iuan.

- d. Iuan.* V. m. perdone la licencia
que me tomé, entrando deste modo,
que son deseos de saber la casa
de vn hidalgo que busco en este barrio,
y no auiedo quien dello me informasse
hize este atreuimiento.
- d. Isa.* Hasta ahora
ningun yerro auéis hecho; nuevos miedos
sobresaltan mi pecho. *d. Iuan.* A quantas casas
de aqui vine vn hidalgo, que se llama.
- d. Isa.* Como, señor? *d. Iuan.* Hipolito Marsilla.
- d. Isa.* Mas temo aora mis desdichas, cielos,
la casa que se sigue despues desta,
á mano izquierda, es suya, mas si puede
saberse la ocasion de andar buscando,

(2) Faltu un verso.

(3) Dido.

merced me nareis de q. lo sepa. *d. Iuan.* Traigo vnas cartas, señora, y vnas nueuas que darle. *d. Isa.* Son del hijo? *d. Iuan.* Si señora.

d. Isa. Y está bueno? *d. Iuan.* Ganando la Goleta, vna pieça, en la propia batería le lleuó la cabeza de los ombros, y escruele su muerte al padre aora el Capitan. *d. Isa.* Ai nueuas desdichadas, tambien moriré yo. *Desmayase.*

d. Iuan. Los forasteros hazemos estos yerros; si supiera que era deuda, o hermana de Marsilla, como a muger, las nueuas escusara dezir. *Drusi.* Mas parentesco le tenía, que amor haze mayores parentescos.

d. Iuan. Como? *Drus.* Los dos estauan concertados de casarse, y amor en esta ausencia, con esperança el tiempo diuertía.

d. Iuan. Pesame por quien soi, de que yo fuese causa deste pesar inaduerto; quedaos a Dios, que voi enternecido.

Vase don Iuan, y buelue en si doña Isabel.

d. Isa. Drusila, es este sueño? es imaginacion, o fantasia? que de mi amado dueño no tengo de gozar la compañía? es cierto, es desuario? di, es ilusion del pensamiento mio? Que es esto, cielo airado contra mi humilde pecho tan esquiuo? muerto mi dueño amado, mi dueño amado muerto, como viuio? Drusila, amiga amada, dame la muerte con alguna espada.

Drus. Señora, tu prudencia has de mostrar aqui. *d. Isa.* Dexame agora, que no ha de auer paciencia a tan extraño mal. *Drus.* Mira señora, que eres Christiana adierte.

d. Isa. Es Gentil el amor en vida y muerte. Dexame. *Drus.* Caso extraño! el seso ha de perder. *d. Isa.* Murio mi dueño, mi bien faltó, mi daño fue verdadero, mi ventura sueño, mi gloria fantasia, es sombra vana el esperança mia? O enemigo soldado, de mis males injusto mensagero, de braço arremangado, Alarbe, baños el Merisco azero; agrauiete vn couarde, y a la vengança siempre llegues tarde. Quiebresete la espada en la ocasion primera, y vn visoiño te dé vna bofetada, todo vn tercio delante, y al Otoño, de la vida postrero, llegue tu Abril, como llegó mi Enero. Conjurense los cielos contra los bienes que tu amor desea; tu dama te dé zelos, y tu competidor humilde sea; flores sin esperança, ausente oluido, y con amor mudlança. Con la presençia enfades, y bien ninguna gala te parezca: nunca siruiendo agradez, siempre la que siruieres te aborrezca, y a la embidia rendido mueras, couarde, como mal nacido. Del mar a tus querellas sordo te trague el pielago arrogante, o al contar las Estrellas vna mina sin alas te leuante; y al fin como yo mueras, serás retrato de mis penas fieras.

Drus. Señora, aguarda, escucha.

d. Isa. Que he de escuchar?

Drus. Consuelos y razones.

d. Isa. Es la desdicha mucha, no fueron mis agüeros ilusiones: á libros, compañeros,

que siempre sois amigos verdaderos.

Como auisos me disteis, mudos espejos en que nos miramos, destos sucessos tristes.

Drus. Desdichada muger. *d. Isa.* Drusila vamos, porque imitar intente a Dido, a Tisbe, a Ero juntamente.

Vanse las dos, tocan caxas, y salga Marsilla con vn estandarte arriba.

Marst. Ea Españoles, Tunez por España, arriba, arriba, la vitoria es nuestra: viua Carlos de España, viua. *Todos.* Viua.

Salen Carlos Quinto, y los Grandes.

car. Quien es aquel soldado, que en el muro ha puesto el estandarte, y el primero ha sido que subió? *Marq.* Señor, Marsilla.

car. Es vn Marte Español, con lo que tengo no le podré pagar lo que merece; prosigase el assalto. *Marq.* Cierra España.

Mars. Tunez es ura, arriba, arriba. *Todos.* Arriba.

Mars. Viua el Cesar de España. *Todos.* Viua, viua.

Tocan caxas, y dase dentro la batalla, y salgan tres soldados con despojos.

1. Esto si que es luzirse lo que vn hombre pelca, viue Dios que voi cargado de ajorcas, de balajes, y rubies. *Vase.*

2. Bien aya, amen, quien inuentó la guerra, que de vna vez vn hombre queda rico, aunque en mil años no aya visto blanca: de perlas lleuo dos jaezes Turcos, que no los tiene Soliman mejores. *Vase*

3. Ó saco de los cielos milagroso, o Tunez santa, o Tunez saluberrima, rico salgo de ti Tunez famosa, que me has dado este cofre de zequies, que será desde oi mas, por la comida el arca del diluio de mi vida. *Vase*

Salte Marsilla.

Mars. Fortuna, en vano contra ti peleo, vencer pretendo tu furor en vano; desdichado hombre soi, que no haya puesto en casa alguna el pie, donde aya hallado zequí, ni ropa, extraño caso ha sido, el cielo contradize mi deseo, pues no ai soldado humilde, que no salga rico del saco; y yo que no he dexado que me pase adelante otro ninguno, sino es sangre en la espada, de los moros, otra prenda no tengo, yo porfio contra la desdichada suerte mia.

Salte Lain con vna talega.

Lain. Pues no está la talega mui vazia, mirarla quiero agora que estoy solo, que desta vez pretendo quedar rico: En el nombre de Dios, que hermoso encuentro vn alpargate es este, bien empiego; passar quiero adelante, aqui está, creo vna almohaza de limpiar cauallos; fortuna amiga de rascarse, entiendo que es la mia por Dios; quizá está abaxo el oro y joyas; bueluo a meter dentro la mano, y Dios me tenga de la suya: cosa viua parece, mas quisiera que fuera gato muerto: viue Christo que me ha mordido agora, y fuera sale

Salga vn perro de la talega.

el mal hechor: ai cosa semejante, que vn perro me cupiesse en el despojo, y vn alpargate, y almohaça, cielos, porque me perseguis? sino me engañó es este mi señor: suspenso mira al cielo, y a la tierra: Señor mio dame tus pies, que tienes, no respondes?

Mars. Que te he de responder, q. me preguntas? Señor furioso estas *Mars.* Soi desdichado; buelue a sacar la espada de la baina, y dame muerte, muera quien no puede vencer a su fortuna. *Lain.* Caso extraño!

Estas en ti señor? *Mars.* Villano acaba haz lo que te digo, o matarete. *Lain.* Mira que no es razon que asi te desespere.

- Mars.** Matarete por Dios, si no me matas :
saca tu espada. *Lain.* Vesta aquí desnuda :
el seso se le ha vuelto. *Mars.* Acaba matame.
- Lain.** Braua resolucion, no se que diga,
Ni que haga tápoco. *Mars.* A quando esperas?
dame muerte villano. *Lain.* Estás loco?
entretenerle quiero mientras viene
gente que le sossiegue. *Mars.* No me matas?
- Lain.** Por dóde quieres q. te mate? *Mars.* Passame
este pecho, de modo que no ofendas
al dueño que está en el del alma mia.
- Lain.** Echaré al lado izquierdo, o al derecho?
- Ma.** Arroja por medio. *La q.* no assoma ninguno?
- Mars.** Acaba. *Lain.* Espera, porq. quiero no tocar
a la imagen milagrosa
que adoras; pero el cielo fauorece
mi deseo, que el Cesar viene cerca
con toda la grandeza que le sigue,
y será medio de su furia fiera.
- Mars.** Quien no puede vivir dichoso, muera.

Sale Carlos Quinto con los Grandes y deteniende.

car. Tened no es este Marsilla?

Marq. Si señor. *car.* Llegad, llegad

Dug. Marsilla, su Magestad.

Mars. Mi frente a sus pies se humilla.

car. Que es esto? como, porque
estauais desta manera?
que novedad os altera?
contadme que causa fue?

Mars. Monarca del vniverso,
cuyas Aguilas descubren
las dos contrapuestas Zonas,
vuestra Magestad me escuche.
Yo puse desde la edad
primera, hasta que esta tuue,
los ojos en vna dama,
que al Sol de vergüenza cubren. (1)

Y llegó este amor a tanto;
perdonescme que junte
amorosas relaciones
entre marciales costumbres.
Que pidiendosela al padre,
como es la pobreza nueue
del sol de qualquiera sangre,
y el oro es la mas illustre.

Solo en ella reparó,
y como amante, no pude
dexar la empresa, que amor
que a partido se reduce,
Trazo de pedille vn plazo,
que quanto ai facil presume,
en que pudiesse holuer
rico, y alcanzarlo pude.

El plazo fue de tres años,
aunque esperar pocos sufren;
y como atropella amor
quanto el temor dificulta,
Con don Pedro de Gucuaia,
Capitan q. ha muerto en Tunez
agora, llegué a la armada,
y allí, aunque bisoño, supe
Hazermne pratico presto;
dieronnos vnos laudes
auiso sobre el Estrecho,
que de Morato Mamute,
Renegado Calabrés,
toda la costa destruyen
seis bastardas galeotas;
ordenan que seis las busquen.

Fue en vna mi Capitan,
y a pocas millas descubren
entre las dos Algeziras
al cossario, y dando lumbre
Las escopetas Turquescas,
y Españoles arcabuzes,
salen al mar, y yo solo
con vna rodela, puse
Los pies en su Capitana,
y tan buena maña tuue,
que rindiendo la galera,
a su Arrazé preso truxe,

Las demas, preso el cossario,
lueron remolcos illustres
de los Españoles leños
sobre las olas azules.
Zarpamos toda la armada
luego, y en la pesadumbre
sintió el mar, que el Cesar iha
sobre sus ombros a Tunez.
Llegamos a la Goleta,
y desembarcando, pude
ver que a vuestra Magestad
a recebille el mar sube,
Y para que se la diessse
a las galeras, esnupe
al Sol, como pajas leues :
salté, y en brazos le puse
Libre del mar en la tierra;
baten la Goleta, y suben
tras de mi a la batería
los soldados, y a las lumes
De las saetas fui erizo :
aquí nuestro intento cumple (2)
los cielos, y Barbarroja
solo, en vna Alfana huye.
Ponemos a Tunez cerco,
y mientras gauan a Tunez,
no ai congigo en las tres leguas,
ginete que escaramuce.
Oí la assaltan, y en su muro
el primero fui que puse
el Estandarte de España,
con las Aguilas y Cruzes.
Danle saco, y salen ricos
los soldados mas comunes,
y para mi, el hado, apenas
vn capellar me descubre.
Vcome pobre, y el plazo
cerca, y la difícil cumbre
del honor, subir sin premio,
que es la mayor pesadumbre.
Y desesperado, viendo
a lo que el mal me conduze,
quiero morir a las manos
deste criado que truxe.
Que pues que soi desdichado,
y la tierra no me sufre,
pienso correr este dia
la misma suerte que Tunez.

Car. Por cierto vos teneis razon muy grande,
tan desdichado sois, que en todo quanto
os he visto hazer, he procurado
con alguna merced honrar los pechos
que han dado hora a España, y nunca pude
acabar de poner nada en efeto;
pero vença esta vez vuestra fortuna
la mia, y salgan juntas las mercedes :
de vuestro Capitan la compañía
os doi primeramente, y luego os hago
merced en Teruel de mil ducados
de renta, y del despojo de la guerra
seis mil, con que podeis holueros venturoso, (3)
ya que vuestra fortuna os ha traído
a ser tan gran soldado. *Marsi.* Siempre viuas
poderoso, señor, siglos eternos,
porque tengas, gran Cesar, deste modo
el mundo que sustentas como Atlante.

Lain. Quieres dexarme, que tambien le pida
mercedes? *Marsi.* No me afrentes, que yo llevo
para los dos. *Lain.* Mi Carlos Quinto has sido.

Car. Marques, hazed que alguna infanteria
a Barbarroja siga. *Marq.* Ya han marchado
algunas compañías. *Car.* Pues recojanse
las demas, y procurese al momento
de consagrar de Tunez las mezquitas,
que yo a escriuir voi a España esta vitoria (4).

Marsi. Mas que la fama dure tu memoria.

(2) Cumplen.

(3) Seis mil con que volveros venturoso.

(4) Que á escribir voy á España esta vitoria.

IORNADA III.

*Sale Marsilla de camino, y Lain.***Marsi.** Despachaste, Lain, esos cauallos?**Lain.** Ya partió el postillon, aunque fue tarde, que bien pudiera vn rato passeallos, y entrar luego corriêdo. **Marsi.** Y hiziera alarde : donde están los coxines? **Lain.** Di a guardallos en el meson, que está a essa entrada puesto.**Marsi.** Vn hora, y dos despues del plazo llegó (1).**Lain.** q. son dos horas? **Marsi.** Mucho para luego. Dexamè hazer la cuenta : el mismo día de la Cruz a las cinco de la tarde marchó de Teruel mi compañía, haziendo de mi honor vistoso alarde ; oi son siete de Mayo, y (2) si a la fria noche de mi temor madre couarde, dos horas mas passado el plazo llego.**Lain.** Que son dos horas? **Marsi.** Mucho para luego. En dos horas juntó la coronada Sagunto con el suelo las almenas en dos horas Numancia derribada, sus muros igualó con las arenas ; y Troya en otras dos se vió abrasada de las llamas de amor propias, y agenas, y no estoi en temor dos horas ciego?**Lain.** q. son dos horas? **Marsi.** Mucho para luego. En dos horas, Lain, puede anegarse grande arnada, que el pielago importuna, y en dos horas vencida, retirarse Turquesca flota, puesta en media luna : y en menos puede vna muger mudarse, que son hijas del mar y la fortuna ; dos horas lloro, que passadas llego.**Lain.** Que son dos horas? **Marsi.** Mucho para luego.**Lain.** Que agujeros, que sospechas has tenido, q. temes nada? **Marsi.** Muchos. **Lain.** De q. modo?**Marsi.** Con la posta, tres vezes he caido.**Lain.** Fue como a mi, que me arrojé en el lodo.**Marsi.** Perdi el retrato, y no perdi el sentido, llego de noche al fin, y sobre todo mas de dos horas ya passadas llego.**Lain.** Que son dos horas? **Marsi.** Mucho para luego.*Suenan atabales, y tiran cohetes.***Lain** escucha, estrañas alegrías hazen en Teruel. **Lain.** De luminarias corona su muralla, y las vazias torres ocupa de inuenciones varias, de poluora, y de fuego, bien podrias tus tristezas vencer con las contrarias.**Marsi.** Ai que dos horas mas del plazo llego.**Lain.** Que son dos horas? **Marsi.** Mucho para luego.**Lain** hazme vn placer de irte delante, y ver lo que ai en casa de Rufino, y buelume a auisar. **Lain.** Si es importante a tu gusto, seruirte determino.**Marsi.** Siempre es medroso vn verdadero amante.**Lain.** A Dios. **Marsi.** Aqui te aguardo en el camino, por ver si tarde estas dos horas llego.**Lain.** Que son dos horas? **Marsi.** Mucho para luego.*Vase Lain.*

Noche temerosa y fria,
 si el bien que espero me dás,
 desde oi preciarle podras
 de mas hermosa que el dia.
 Hazer puedes competencia
 con sus rojos arreboles,
 pues tendras mas bellos soles
 de parte tuya en tu ausencia.
 Mas si al son de tus mudanças
 con gloria agena te alegras,
 seruiran tus sombras negras
 de luto a mis esperanças.
 Perderán sus luzes bellas
 conmigo sus hermosuras,
 siendo tus sombras obscuras
 capuzes de las estrellas.
 No calmo de nngun modo,
 mal reposa quien bien ama :

quien animoso te llama,
 amor, siendo miedo todo?
 Todo me assombra y espanta,
 y pienso en estado igual,
 que solo para mi mal
 el Buho noturno canta.
 El viento, que le entretiene,
 Ya en el sauze, ya en el pino,
 que es mensagero imagino,
 que con malas nueuas viene.

Dize dentro vn caminante.

Vengo de la guerra
 niña por verte,
 hallote casadita,
 quiero holuerme.

Marsi. O caminante cruel,
malas nueuas te de Dios.**Cami.** Legua es que vale por dos desde la venta a Teruel. Desde que curso el camino, no la vi mayor jamas.**Marsi.** Nunca llegues donde vas, de mi mal fiero adiuino. Nunca, caminante fiero, para tu sed halles rio, sombra en el ardiente Estio, lumbre en el elado Enero. Lleno de espanto, y temor estando al lugar vezino, pierdas de noche el camino sin encontrar vn pastor. Y en iguales ocasiones se te autojen mil quimeras, las peñas, monstros y fieras, y los arboles ladrones. Y al fin deste mal passado, por hallarte sin dineros, ladrones, o vandoleros te dexen a vn roble átado, Pues en aquesta ocasion a ser mi agujero veniste ; donde, villano, aprendiste tan espantosa caucion? Pero que necio que estoi, credito con tanto exceso, sin auer visto el sucesso, a vanas quimeras doi.

Doña Isabel de Segura,
 cuyo amor ha sido igual, (3)
 que no le vió el tiempo tal, (4)
 mi esperança no assegurá?
 Con este seguro puedo
 assegurar mi esperança :
 pensar de Isabel mudança,
 ofensa fue solo el miedo.
 Que de tan firme imposible
 pudiesse tener temor?
 por cierto, que andais amor
 mui medroso, y mui terrible.

Mucho auéis desuerecido
 con la fè que auéis guardado ;
 el ser tan desconfiado
 de quien lo auéis aprendido?
 No teneis disculpa alguna,
 que ha sido estraña laxez,
 conociendo su firmeza,
 temer a vuestra fortuna.
 Dos horas, ni dos mil años,
 que importan en tanta fè?
 mui grande flaqueza fue,
 que oi vereis los desengaños.
 Oi vereis como recibe
 mi cuello con dulces lazos
 Isabel, entre sus braços,
 y que en ellos la fè vine.
 Oi vereis que galan entro,
 haziendo plumas, y galas
 de mis pensamientos alas,
 hasta parar en su centro.

(1) Llego.

(2) Y es la fria.

(3) (4) ¿ Estarán trocados los consonantes igual y tal, de modo que este corresponda al primer verso y aquel al segundo? A ser así, la frase ganaba.

Desvelaos en ver si voi
dueño, en vandas, y en colores,
y no escudriñéis temores,
que vencidos salen oi.

Oi vereis vuestra esperanza,
que le presenta al amor
por cautiuos, al temor,
ausencia, oluido, y mudança.

Sale Lain muy triste.

Es Lain? *Lain.* El soi. *Marsi.* Parece
que vienes triste? *Lain.* Señor.

Marsi. Habla, que extraño rigor!
que te turba, y enmudece?

Lain. Partí, señor, de tu vista
para bolverte con nuevas
de tus bienes, o tus males,
de tus glorias, o tus penas.
Y desde entrar en la villa,
hasta llegar a la puerta
de Rufino, por las calles,
por las plazas, por las cercas.
Otra cosa no se oía,
que dichosas norabuena:
allí corren, dando voces,
tropas de gentes diuersas.
Allí cauallos y luzes,
allí atrauessar libreas,
allí fuegos, allí coches,
todo señales de fiestas.
No reparé en preguntar,
porque quien cuidado lleua
de causas propias, jamas
repara en fiestas ajenas.
Llego a casa de Rufino,
y halló al entrar grande priessa
de coches, y de cauallos,
unos salen, y otros entran.
Confuso rompo por todos,
llego al patio, y la escalera
subo en menos que lo digo,
aunque de gente cubierta;
por los corredores passo,
entro en la sala primera.

Mar. De vn cabello estoy colgado,
acaba, no te detengas.

Lain. Llegaste a la sala en fin.
Llegué, y vi q. estava en ella,
de damas, y de galanes
la hermosura y la nobleza.
Allí en gorras tremolauan
martinetes, sobre pieças
de diamantes y esmeraldas,
allí entre doradas hebras
De seralines humanos,
brillaua el oro, y las piedras,
que parece que llouia
el cielo en la sala estrellas.

Marsi. Acaba, vamos al caso.

Lain. En esto, de essotra pieça,
don Gonçalo de Aragon
al Sol dando embidia, llega
con doña Isabel Sigura,
mas hermosa que ella mesma,
donde aguardaua el Vicario.

Marsi. Vete agora espacio. (1)
Impediste el casamiento
Lain? *Lain.* Yo entrando, y ella (2)
daua a su esposo la mano,
y él de la misma manera,
y el Vicario les echaua
la bendicion de la Iglesia.

Marsi. Calla, no prosigas mas,
ciertas fueron mis sospechas:
ai semejante desdicha?
ai fortuna tan deshecha?
Ai cielos, vn desdichado
siempre es de su mal profeta.
Ai enemiga mudable,
esta es tu fe, tus promesas?

hasta en las mugeres nobles
tiene poder el ausencia?
Ven acá Lain.

Lain. Que mandas?

Mars. Es verdad lo que me cuéñas?
escucha, es burla, o mentira?
Lain. Pluguiera a Dios q. lo fuera.

Mars. Luego en efeto es verdad?

Lain. Pesame de que lo sea.

Mars. Que ai otro dueño Lain,
que a doña Isabel merezca?
por otro dueño me oluida?
por otro dueño me dexa?
Dos horas pudieron tanto
en veinte años de firmeza?
Lain tu te has engañado.

Lain. Pues no tengo la cabeça
con los vagidos passados.

Mars. Miraste bien si ellos eran?

Lain. Como yo te miro a ti.

Mars. Antes de llegar sois penas
del miedo de amor crecidas, (3)
llegadas, no ai quien os crea.
Engaño mudable, ingratas (4)
me parecen las ofensas,
que contra mi amor sin culpa
executa tu inclemencia.

A otro dueño tu la mano?
fuego del cielo decienda,
que asidas se las abrase,
para que escarmiento sea.
Loco estoy, de zelos rabio,
rayos mis palabras sean,
montes cenidos de plantas,
valles cubiertos de yerua,
Fuentes, que para ayudarme
sois lagrimas de las peñas,
arroyos que daís tributo
al mar, q. es la muerte vuestra.

Zeloso estoy, y agrauiado,
guardaos de mi vista fiera,
que os ha de abrasar mirando,
sin que el tiempo os fauorezca.
Atzelos, ai ausencia, ai muerte, ai ira,
mal aya el hõbre q. en mugeres fia.

Lai. Mal he hecho en no encubri-
le su mal, que temo que pierda
el seso. *Mars.* Galas de amor,
colores de mi verguença,
bueluao negras el pesar,
pues mi ventura es tan negra.
Y vosotras blancas plumas,
que imitais su ligereza,
ya que no su casto amor,
bolad al viento ligeras,
lreis donde sus palabras,
que al aire esparcidas buelan,
y vos verde vanda suya,
de mi esperanza librea,
El rio os dé sepultura,
pues sois esperanza muerta,
Que en elementos mudables
es bien hazer las obsequias
a sus preudas, pues han sido
de su mudança herederas.
Pluguiera a Dios que su imagen
sacar del pecho pudiera,
que para mirar sus llamas
del pecho el alma saliera.
Pero es empresa imposible,
que fue desde la edad tierna
de cera para imprimirse,
para borrar de piedra.

Lain. Señor impossibles lloras,
que te acabas considera,
y las mugeres hermosas
no se acabaron en esta.

Mars. Esso has de dezir villano?
puede auer muger que pueda
ser sombra de su hermosura?
por sacarte estoy la lengua.

(1) Parece que á este verso le falta algo, porque solo consta leyéndolo sin hacer sinalefa ninguna, lo cual le da repugnante dureza. En segunda falta un verso para el romance.

(2) Yo cña.

(3) Creidas.

(4) Ingratas.

Quitateme de delante,
que merece essa blasfemia,
que de mis zelos la llama
en cenizas te resuelua.

Lain. Mira señor.

Mars. Que replicas?

vete, y si pudieres buela,
no te alcance mi rigor.

Lain. Esperete vna escopeta. *Vase Lain.*

Marsi. Yo entiendo que no soy yo,
porque mudança tan nueua
en muger tan invencible
desdize a naturaleza.
Que a otro dueño dio la mano
Isabel, maquina excelsa,
que en pavimientos azules
tachonado estás de estrellas,
Que de tus exes el orden
has preuertido a la tierra,
con mudança tan estraña:
oi permitis que perezca
Con este monstruo impossible
del fin terrible que espera;
todas las fieras señales,
por mi mal solo le encierra.

Ai ira, ai ausencia, ai mudança, (1)

ai ira,

mal aya el hõbre q. en mugeres fia.

*Vanse, y tocan atabales, y salgan de boda todos los que
pudieren, hombres, y mugeres, don Iuan de padrino, con
la madrina, Rufiño, y don Gonçalo, y doña Isabel de
las manos, y sientanse, y salen músicos.*

Rufi. Hasta llegar a gastarse
la cena vn poco, no es cosa
a la salud prouechosa,
en ningun modo, acostarse,
Y ansi aqui fuera podremos
entretenernos vn poco.

d. Gon. Tieneme esta dicha loco.

d. Isa. Son amorosos estremos.
Luego essa ardiente aficion
Que abrasa la fantasia,
con la esperanza tardia,
calmará en la possession?

(2) Es propio en los que aborrecê,
que está en la prenda segura,
no idolatrar la hermosura.

Sale Marsilla arreboçado.

Mars. Esto mis glorias merecen,
de amor vengo loco, y ciego
a ver mi pena cruel,
que se ha mudado Isabel
de su fê, y amor reniego.
Ninguno me ha conocido,
quiero embidiar desde aqui
el bien que ausente perdi,
como tãhur que ha perdido.
Mirando estará (3) sin seso,
pues nada me le assegura,
las cartas de mi ventura,
passado el triste successo.
Serè Tantalo sediento
con que le dè zelos loca,
miraré el agua á la boca,
y beueré sombra, y viento
Este es Letargo, es locura?
es engaño del deseo?
possible es que lo que veo
es doña Isabel Segura?

d. Gon. Triste parece que estais,
pienso que la causa os doi.

d. Isa. Siempre desta suerte estoi,
no porque vos me la dais.
Ya sois mi esposo, y es justo
que el veros me dè consuelo,
y pues es gusto del cielo,
que procure daros gusto.

Mars. Tu esposo dixo: ai de mi.

(1) Muerte.

(2) Es propio en los que apeteen,
Si está la prenda segura,
No idolatrar la hermosura.

(3) Estaré.

T. V.

d. Gon. Por fauor tan soberano,
dadme a besar vna mano.

d. Isa. Ya con el alma os la di.

Mars. La mano le dió a besar,
de zelos y rabia muero,
que mas desengaño espero.

d. Gon. Salid don Iuan a dançar
Vna gallarda, y (4) por ser
el mas galan, y el padrino.

d. lu. Por el fauor peregrino,
que fue de vuestro plazer
Varato, os beso las manos;
don Gonçalo, yo quisiera
saber dançar, que os siruiera,
no soi de los cortesanos
Que en esso ponen su mira,
sabemos pocos soldados
dançar.

Rufi. Los de los estados,
quando de la marcial lira
Se recogen a inuernar
de Flandes, en los festines
son famosos dançarines.

d. lu. Yo soi de Africa, y del mar.

Rufi. No se me ha olvidado a mi
De Flandes, que es el escuela
de dançar la Plantarella,
quando allá soldado fui.

Y a no parecelle a vn viejo
tan nial, diera que reir.

Madri. Los nouios pueden salir,
que son de la fiesta espejo.
V. m. se lo mande,
que se querrau escusar.

Rufi. Salid hijos a dançar.

d. Gon. Salganos.

Madri. Tristeza grande
Es la de doña Isabel.

Mars. No quiero estar mas aqui
viendo mudanças, pues vi
ya tu mudança cruel.
Muerte me dió el desengaño.

d. Isa. Ai triste.

Mars. Muerte me dio. *Vase Marsilla.*

d. Isa. Aquel hombre que salió
me dió vn sobresalto estraño.
Pareció sombra de aquel
que aun difunto el alma adora.

d. Gon. Que es lo q. teneis señora?

d. Isa. Ai.

Rufi. Que teneis Isabel?

d. Isa. No se que en el coraçon
entra al salir a dançar.

Rufi. Pues entrate a desnudar
passarase essa passion,
Que es de estar tan apretada
del vestido y de la cena.

d. Isa. Mas del alma fue la pena.

Rufi. Acuestate que no es nada.

*Vanse todos entretanto, y salga Garceran y delenga á
don Gonçalo.*

Gar. Ya ha llegado el propio

d. Gon. Ansi?

Gar. Mas de vn hora ha que llegó.

d. Gon. Truxo los jaezes?

Gar. No;
pero que estaràn aqui
Mañana, dize este pliego,
que es de don Pedro tu primo.

d. Gon. Mucho la memoria estimo;
tambien me escriue don Diego.
Seguros pienso que estàn
los caualllos: esta vez
podré dar algun jaez,
y algun caualllo a don Iuan.

Gar. Seràn las fiestas famosas
y avrá que seruir, y ver.

d. Gon. No podrán dexar de ser,
como mi gloria, dichasas.

Vãse, y sale doña Isabel cõ la madrina con ropa de leuantar

Madri. Esta es la obligacion de la madrina,
guardaos Dios muchos años, y veamos

(4) Por aer.

45

de los dos venturosos herederos.
d. Isa. Serán para que os sirvan, doña Juana,
 como los padres lo han de hazer. *Madri.* Amiga
 a visitaros embiaré mañana.

d. Isa. Hareisime la merced que me aueis hecho.

Madri. Hagao la noche, amen, mui bué prouecho.

Vase la Madrina y sale Marsilla detras de una cortina.

d. Isa. Al sacrificio de mi muerte llevo,
 bien se que he de viuir muy pocos dias.

Mars. Doña Isabel. *d. Isa.* Que es esto santos cielos!

Mars. No me conoces? *d. Isa.* Tente sombra fria,
 ya te conozco; a que has venido agora?

Mars. Sombra me llamas? *d. Isa.* No te llegues tanto,
 si alguna cosa quieries en descargo
 de tu conciencia, dexamelo dicho,
 que yo (1) te prometo de cumplirlo luego.

Mars. Sin duda que le han dicho que era muerto.

d. Isa. Vete con esso sombra, y no me sigas.

Mars. Doña Isabel sossegate, y aduerite,
 que solo estoi difunto en tu memoria,
 y que envidiosos de la dicha mia
 te han contado que soi muerto: llega
 y verás si es verdad. *d. Isa.* Estraño caso!

Mars. Oí llevo de buscar hacienda y hora
 con que llegar a merecer tus partes,
 y por dos horas mas de plazo, he sido
 amante desdichado: por tu causa
 he arado el mar, y el Africa me tiembla,
 mira este pecho lleno de heridas:
 pluguiera a Dios que abiertas estuieran,
 porque vieras por ellas tu retrato:
 todo en la pretension de ser tu esposo,
 y bolver rico, ha sido, como bueluo:
 ya no tiene remedio por agora

el bien que desseé con tantos daños,
 que menos que con muerte no he cumplido
 con las desdichas de mi amarga vida,
 y con el sentimiento de mi muerte, (2)

tiranizada de otro ageno dueño,
 para darte a entender, que por la causa (3)
 muero tambien con loco aturdimiento;
 aqui quise esconderme, y esperarte,
 dame por premio y fin de mi esperanza,

y de lo que te quise, Isabel mia,
 vn abrazo no mas. *d. Isa.* Ha visto el suelo
 mas estraño suceso! *Mars.* Acaba, acaba,
 hazme este bien por ultimo. *d. Isa.* Marsilla,
 los cielos saben bien, que te he querido,
 con el mayor amor que ha visto el mundo,
 las nuevas de tu muerte, me la dieron
 en el gusto, en el bien, y en la esperanza,
 y teniendo por ciertas estas nuevas
 mi padre me apretó con llanto y ruegos,
 a que diese la mano a don Gonçalo,
 a que sino su muerte lloraria;

y viendo el imposible de gozarte
 el si le di, por no llorar su muerte;
 pero fue condicion, que hasta que el plazo
 se cumpliesse, y dos horas, no le auia
 de dar la mano a don Gonçalo: quiso
 la suerte, que tardases las dos horas,
 ya que el plazo passaua de la mano,
 que fue, sin duda, fuerza del Planeta;
 ya es mi esposo Marsilla, don Gonçalo
 perdoname, si el gusto que me pides
 no te le puedo dar como quisiera,
 que no le he de ofender por ningún modo.

Mars. Pues con la muerte no me falta todo.

Cae muerto Marsilla.

d. Isa. Muerto sin duda ha caído
 con la zelosa passion:
 que notable confusion!
 sin mi estoi, perdió (4) el sentido.
 Ningunas señales tiene
 de vida, perdió el aliento,
 aun no solicita el viento:
 que haré? don Gonçalo viene.

Salte don Gonçalo.

d. Gon. Dueño de mi bié, q. hazeis?

(1) Sobre el yo ó el te.

(2) Tal vez en lugar de mi muerte escribiria el autor mirarte.

(3) Quizá así.

(4) Fierdo.

d. Isa. Hame sucedido, esposo,
 el caso mas espantoso
 que vió el mundo.

d. Gon. No os espanteis. (5)
 Contadme el suceso amor.

d. Isa. Esse que tienes delante
 es Marsilla, no te espante
 verle muerto aqui, señor,
 Que honor tuyo ha sido todo,
 y todo en tu (6) honor ha sido.

d. Gon. De que modo ha sucedido?

d. Isa. Despues sabrás de q. modo.
 Ahora importa sacalle
 de aqui.

d. Gon. Presagio mortal!
 de su padre al mismo vmbra,
 en ombros quiero lleualle,
 Para que ninguno sienta
 su muerte.

d. Isa. Esso importa al punto
 (7) cargarte el cuerpo difunto,
 que tu honor está a mi cuenta.

d. Gon. Mi bié las sospechas todas,
 viendo tu rostro, ha (8) vencido.

Cargose el cuerpo de Gonçalo, y vase.

d. Isa. Desdichado agüero ha sido
 en la noche de mis bodas.

*Vase, y sale Lain con una hacha encendida, y Hipolito
 viejo padre de Marsilla.*

Hipo. No ai descubrilte, sin duda
 que la zelosa passion,
 que el fuego del coraçon
 para algun daño le ayuda.
 No ai en todo Teruel,
 y calle no hemos dexado,
 que no ayamos caminado,
 quien nos pueda dezir del.
 Y en casa Ruño están
 en el colmo de su boda,
 que ha sido la causa toda
 de sus desdichas, y van
 del cielo las luzes bellas
 diziendo, que viene el alua (9)
 retirando a las estrellas.

Lain. Ya están mui baxas las siete
 cabrillas, bozina, y carro,
 y sueño, cena, ni jarro,
 fin de que lo me promete.
 Durmiendome voi, por Dios,
 en pie. *Hipo.* A casa, ser podrá
 que Diego aya buuelto ya.

Lain. Desdichados sois los dos.

Hipo. Entra; quien hijos engendra
 a esos cuidados se obliga.

Lain. No pienso quitarme liga,
 ni boton, que como almeandra
 en cascara he de dormir.

Van a entrar, y tropiezan en el cuerpo de Marsilla.

mas que es esto santos cielos, (10)

que está tendido en el suelo,
 y no vimos al salir?
 Hombre difunto parece.

Hipo. Hombre a mi puerta difunto?

Lain. Es verdadero trasunto
 de mi señor, que te ofrece
 A su mismo original
 la fortuna.

Hipo. Este es Lain,
 que a tan desdichado fin
 le truxo el zeloso mal,
 Sin duda.

Lain. En ninguna parte
 parece que herida tiene.

Hipo. Herido de zelos viene.

Lain. No des en desconsolarte,
 Que quizá desmayo ha sido
 de la passion que le abraza,

(5) Sustituyendo no os turbeis constaria el verso; como se halla tiene una sílaba de mas.

(6) Mi.

(7) Tal vez cargar.

(8) He.

(9) Falta un verso que consuene con este.

(10) Santo cielo.

y al querer entrar en casa
vino a faltalle el sentido,
Y así en el vñbral cayó.

Hipo. Lain desmayo mortal
deue de ser por mi mal,
que para siempre le dio.

Lain. Lleuarle quiero a la cama
en braços, y allá quizá
con remedios holuérá.

Hipo. Esta dicha de la fama.
De tus hechos esperé?
ai hijo del alma mia,
llorando al alua del día
desde oi acompañaré.
Aunque ya esta misma suerte
lloré con ansia mortal,
que como fiesta del mal
tuuo vispera su muerte.

Ruñ. Vanse, y sale Ruñón y Drusila.
Drusila, como han dormido
los nouios? **Dru.** Muy bié señor

Ruñ. Engendra la cama amor,
aunque es madre del oluido:
Que han almorzado?

Drusi. Mui bien
de almorzar les embió
la madrina, en que mostró
su voluntad, y tambien
la largueza en el amor,
puesto que obligada estaua.

Ruñ. Que hazen?

Drus. Ya se leuantauá
don Gonçalo mi señor.
Ruego a Dios que presto veas,
señor, vn nieto con bien.

Ruñ. Para ti será tambien,
Drusila, el bien que deseas.
Don Gonçalo sale ya. *Sale don Gonçalo.*

d. Gó. Aquí me aguarda mi suegro.

Ruñ. O hijo, con quien alegre
mi edad, que a la muerte vá.
Dios os dé mui buenos días.

d. Gon. Mui buenos se los dé Dios
a vuesa merced.

Ruñ. Lo serán con vos. (1)

Lru. Que alegrías
Haze el gusto en la vejez;
desdichado del que pierde
vida y dueño, y vio mas verde
su esperança alguna vez.
O infeliz y triste amante,
por dos horas solamente
el bien perdiste, y ausente
fuiste a vn muerto semejante,
Pues que llorando (2) tu muerte,
aunque el ausencia es lo mismo.

d. Gon. Es mi amor profundo abismo,
no al medirle.

Ruñ. Feliz suerte
Mi hija ha tenido aora.

d. Gon. Solo yo el dichoso soi
que la merece. **Dru.** Yo voi
a vestir a mi señora.

*Vase Drusila, y sale Lain con una loba de luto, amortajado,
cubierto el rostro.*

Ruñ. Que es esto que viene aquí?
quien en Teruel ha muerto,
que de luto tan cubierto
se entra en mi casa así?

d. Gon. (3) Tu tristeza maravilla;
quien sois?

Ruñ. Espantado estoi.

Lain. Vn criado lloran soi
de Hipolito de Marsilla.

Ruñ. Murió?

Lain. No señor murió

(4) Esta redondilla está estropeada: parece que la lección original debía ser esta:

Dios os dé muy buenos días.
— Muy buenos se los dé Dios
a vuesa merced. — Con vos
buenos será: — (5) — alegrías, etc.

(6) Lloran hoy.

(7) Su.

su hijo. **Ru.** No ha muchos días
que murió en las baterías
de la Goleta? **Lain.** Trajo (4)
Esso en Teruel, señor,
algun villano enemigo
suyo? **Ruñ.** Ansi.

Lain. El vino conmigo;
digo, yo con él, y amor
De repente le dio muerte (5)
viendo su dicha mudada
por dos horas, y trocada,
ya su afición diferente.

Ruñ. Suspense y sin seso estoi.

d. Gon. Disimular me conuene.

Lain. Mi triste persona viene
aora a deziros, que oi
Se entierra, y suplicaros
de parte de mi señor
el viejo, le hagais fauor
de honrar su entierro, y hallaros
En sus obsequias, los días
que duren. **Ruñ.** Ai cosa igual.

Lain. En piedras harán señal
las tristes lagrimas mias.

Ruñ. De nuestra parte direis
lo que su desdicha a todos
nos pesa, y por quantos modos
con seguridad podeis
Tenernos para seruille,
que esto que le ha sucedido,
otra vez lo hemos sentido
como era razon sentille.
Y lo sentimos, dezid,
de nuevo.

Lain. A Dios, quien pensara
de mi altuiez, que parara
en plañidera del Cid. *Vase Lain.*

Ruñ. Confuso estoi, y admirado
de la nouedad. **d. Gon.** Yo estoi
contento. **Ruñ.** Sin seso voi.

d. Gó. Yo alabo el bié de mi estado.

*Vanse, y salgan Drusila con vn espejo, y doña
Isabel mirandose en el.*

Dru. De amante, y de desdichado
exemplo del mundo fue.

d. Isa. Alça esse espejo, y veré
como me assienta el tocado.

Dr. Que moço, en desdichas viejo,
que fe jamas conocida!
que muerte enmedio su vida,
q. amor! **d. Is.** Leuata esse espejo.

Drus. Que tragedia tan mortal,
que temprana muerte fiera!

d. Isa. Buena estoi desta manera.

Dru. La gala y fe faltó en él.
Parece que no te agrada,
de alabar sus partes dexo.

Caesele el espejo.

valate Dios por espejo.

d. Isa. Quebrose?

Dru. No ha sido nada.

d. Isa. Nada dezis, y el cristal
está mil pedaços hecho,
que ninguno es de prouecho,
todo me sucede mal,
Desde que me leuante,
que el espectáculo fiero,
que fue el presagio primero,
destos amenazas (6) fue.

Tocan una caza dentro ronca.

Drusila que caza es esta
que se escucha destemplada?
quien marcha, que al alma elada
con tan triste son molesta?
Assomate a esse balcon,
porque parece que passa
por el vñbral de mi casa;
que triste y medroso son!

(4) Trazó.

(5) Para que este verso consuene con el cuarto de la redondilla, hay que leer:

(6) Amenaza.

Le dió muerte de repente.

Drus. Ya voi. *Vase Drusila.*

d. Isa. Mira que successo
pregona de aquesta suerte
aquesta voz de la muerte;
que no estoi en mi confesso.

Buelue Drusila.

Drus. Ponte a la ventana,
y desde sus rejas
mirarás, señora,
la villa rebuelta.
Mujeres, y niños
con lagrimas tiernas
esta calle ocupan,
y essotras despueblan.
Desde las ventanas
arrancan de pena
sus cabellos rubios
dueñas y donzellas.
Los viejos ancianos
van con la terneza,
en hebras de plata,
ensartando perlas.
Oyense suspiros,
que al aire penetran,
hasta el eco mismo
suspira en respuesta.
Destempladas caxas
desto el compas lleuan,
que son en las muertes
llanto de la guerra.
Al rededor viene
gente de la Iglesia,
con capas de coro,
y amarilla cera.
Y haziendo sus voces
con las caxas mezcla,
los responsos mueuen
estraña tristeza.
Luego mas abaxo
se vé (1) por la tierra
de Moros vencidos
rendidas vanderas.
Y en onibros de nobles,
con armas, y espuelas,
vn difunto armado
a vsança de guerra.
Alaridos tristes
del pueblo le cercan,
de que era bien quisto
muestras verdaderas.
Ya dizen las caxas,
que el entierro llega,
y el alma te dize
quien es el que entierran.

Tocan las caxas como a entierro.

d. Isa. No es este Drusila,
que desta manera
passa por mis ojos
el que fue su estrella?
No es este aquel hombre,
que desde la escuela
me quiso veinte años
con tanta firmeza?
Y el que por mi causa
se partiò a la guerra
a perder la vida,
y a ganar riqueza?
No es este aquel mismo
que quise en ausencia,
y murió en mis manos
de zelosa pena?
Como estoi yo viua,
que mi vida es fuerza (2),
viendo muerto el dueño
que era causa della?
Sígueme Drusila,
o sola me dexa,
que el muerto que passa
el alma me lleua.

Drusil. En tu honor señora,
advierte. *d. Isa.* No vengas,

que no tendré vida
hasta verme muerta.

*Vanse, y tocan caxas destempladas, y sanglan (3) todos los
que pudieren de into, Rufino, don Gonçalo, Hipolito Marsi-
lla, y sientense en vnos bédicos a los lados, y corrased vn tafelá,
y parezca Marsilla armado sobre vn tumulto negro, o con
la celada en las manos, y hachas a los lados, y don Iuan.*

Ruf. Comiencen de los oficios
las obsequias funerales,
de la Christiana fè indicios.

Sale doña Isabel con manto cubierta.

d. Isa. No respeta en casos tales
amor, vidas, ni juizios.
Dize echada sobre el difunto.
Esperame dueño amado,
tanto de mi fè esperado,
que no es razon que el amor
tanto respete el honor,
pues me le han tiranizado. *Abraçale.*

Ceniré con braço fuerte,
de firmeza no rompida,
tu pecho de aquesta suerte,
que lo que no quise en vida
te vengo a pagar en muerte.
Tambien en la muerte dura
acompañando te voi,
y sepan todos que soi
doña Isabel de Sigura.

Quedase muerta sobre Marsilla.

d. Gon. Que es esto fortuna airada?
que es esto infame muger?
pero castigue mi espada
tu error, pues te vengo á ver,
de quien me afrenta abraçada.

Ruf. Deteneos, don Gonçalo.

d. Gon. No te opongas a mi furia,
que a vn toro zeloso igualo.

Ruf. No ai en los muertos injuria.

d. Gon. Ni en mi furor interualo.
Que está viua quien me ofende.

d. Iuan. Señora doña Isabel,
no me escucha, mire (4), entiende,
no ai apartalla; con el
sin duda morir pretende.
No se ha mouido, ni dá
señal de vida ninguna,
muerta como el muerto está,
son una elada columna
su frente, y sus manos ya.
Don Gonçalo, vuestra esposa
es muerta.

d. Gon. Extraña cosa!

Ruf. Grande muestra de aficion!

d. Iu. Tanto puede la passion.

d. Gon. Y ni estrella rigurosa.
Ruf. Don Gonçalo, no teneis
que quexaros con furor
que esta tragedia que veis,
y yo lloro, causa amor.
y aunque vos dezir podeis,
Que sois su esposo, en razon
de la amorosa passion
los dos estauan prendados,
y en esperança casados,
ya que no en la possession,
Y assi en vn sepulcro, es bien
que sepultados estén,
y en marmol, que eterno viua
contra los tiempos, se escriua
este epitafio tambien.

Aqui yazen dos amantes
muertos juntos, al rigor
de los hados inconstantes,
semejantes en amor,
y en la muerte semejantes.
Porque del amor fiel
de Marsilla, y de Isabel
digan lo que tantos vieron.

d. Iu. (5) Y este es el fin que tuuieron
los amantes de Teruel.

(1) Ven.

(2) ¿Qué mi vida es fuerza?

(3) Salgan.

(4) Mira.

(5) Esta.

APÉNDICES ⁽¹⁾.

I.

Jornada tercera de la comedia titulada LO QUE HACE UN MANTO EN MADRID.

Salen GABRIEL y MAJUELO.

GABRIEL.

No asistiré en esta casa
Un hora, si por vivilla,
Fuese señor de Sevilla.
La ropa, Majuelo, pasa
A la posada primera
Que hallares.

MAJUELO.

¿Y las vecinas?

GABRIEL.

Son Circes y Falerinas,
Y yo entre tanta quimera,
Tanta mentira y enredo,
Quien el seso ha de perder
Por gusto de una mujer.

MAJUELO.

¿Pareció la de Toledo?

GABRIEL.

En su busca desatina
Mi discurso enmarañado:
No habemos los tres dejado
Sala, retrete, oficina,
Cancel, ángulo, azotea
Sin registrar, deste cuarto.

MAJUELO.

Nuestra dicha anda de parto:
¡Quiera el cielo que no sea,
Tras tanto dolor, aborto!
Mas ¿qué dice la Leonor?

GABRIEL.

Búrlase de nuestro amor;
Y aunque malicias reporto,
Sospecho que se conjura
Contra mí toda esta casa.

MAJUELO.

Segun lo que en ella pasa,
No es vana tu conjetura;
Mas ¿podrás tú persuadirte
A que una mujer sin verte,
De tanto crédito y suerte,
Atropelle, por seguirte,
Pundonores y obediencias,
Y quebrantando clausuras
Nos obligue á hacer á oscuras
Discursos y consecuencias?

GABRIEL.

Si Don Gonzalo lo afirma,
Don Lúis le corresponde,

Doña Leonor que la esconde,
Este imposible confirma,
Y ves cual la andan buscando
Desatinados los dos,
¿Qué he de hacer?

MAJUELO.

No sé, por Dios,

Puesto que voy maliciando
Que la tal Doña tapada
Que en San Blas te encantusó,
Y por la reja nos dió
La aurifera bolsillada,
Es la Serafina Duenda
Que desde Toledo aquí
Nos sigue.

GABRIEL.

¿No es frenesí

Tu discurso?

MAJUELO.

En la encomienda

Y patrocinio fiada
De la Leonor que la oculta,
Amor, que no dificulta,
Por ser ciego y dios, en nada,
A la corte la traeria
Enamorada de ti.

GABRIEL.

Juzgara yo ser así
A haberme visto.

MAJUELO.

Crêria

Lo que la fama encarece,
Ensanchando la verdad:
Y una encerrada beldad,
Que lo que escucha apetece,
Te habrá pintado gigante
De la gentileza y gala.

GABRIEL.

Nunca la presencia iguala
A la fama de un amante.
Pero si eso fuese así,
¿Quién, Majuelo, la informó
Tanto de mí?

MAJUELO.

Quien la dió

Hospicio y ayuda aquí:
La Leonor.

GABRIEL.

¿Qué desvarío!

¿Pues de quién pudo saber
Mi modo de proceder
Doña Leonor?

MAJUELO.

De tu tío,

Que alguna vez sobre mesa,
Divirtiendo ociosidades,
Le contó tus mocedades.

GABRIEL.

Bien, pero no á la Condesa,
Que habiendo llegado ayer,
Hoy cuanto me pasó sabe
Con la de San Blas.

MAJUELO.

No cabe

El secreto en la mujer.

Si está Doña Serafina
En casa, y Doña Leonor,
Que es agente de su amor,
Comunico por vecina
A la Condesa este enredo,
¿Qué mucho que entre las tres
Materia á misterios des?

GABRIEL.

Casi convencido quedo.
En fin, tít estás persuadido
A que mis pasos siguió
Serafina.

MAJUELO.

Y que te halló

Junto á San Blas, y que ha sido
Doblonista provisora
De nuestra necesidad,
Con la liberalidad
Que te embolsilla y nos dora.

GABRIEL.

Si á su padre prometí
En Toledo ser su esposo,
No es caso dificultoso
Imaginar que esté aquí
Quien se pudo asegurar
De mi palabra sin verme.

MAJUELO.

Amor despierta á quien duerme:
De ausentes no hay que fiar.
Tú en la corte, y tan travieso,
Sus calles que por instantes
Las cruzan mil guarda-infantes,
A vista el raton del queso,
El tahur junto al tablero,
La polilla entre la ropa,
La polvora con la estopa,
Y el pobre sobre el dinero....
Sus celos te habrán cantado
Si divertido te sueña,
«Melisendra está en Sansueña,
Vos en Madrid descuidado».

GABRIEL.

Pues bien, ¿qué habemos de hacer,
Mereciendo su fineza
Que idolatre en su belleza
(Que la debe de tener
Quien tanto de sí confía),
Cuando á la hermosa Leonor
Se iba inclinando mi amor,
Y luego en la tiranía
De aquel monjil hechicero,
Llora mi libertad presa?
Yo idolatro en la Condesa:
Yo también á Leonor quiero.
Yo á Serafina obligado
Engolfo imaginaciones.

MAJUELO.

Repártete en tarazonas,
Descuartiza tu cuidado,
Divide llamas inquietas
Por jornadas, si amor llora,
Como comedia de ahora
Que la escriben tres poetas.

Sale PACHECO.

PACHECO.

Un hidalgo toledano

(1) Se incluyen con este título aquí varias piezas ó trozos notables. I. La tercera jornada íntegra de *Lo que hace un manto en Madrid*, refundición de la comedia de Tellez *En Madrid y en una casa*. La de Tellez no fue impresa por él, y debió serlo en vista de un manuscrito mutilado en diversos pasajes, principalmente en las últimas escenas; quizá en las postreras de *Lo que hace un manto en Madrid* se halle el pensamiento ó forma del desarrollo original puesto por Tellez á la obra primitiva. II. Tres fragmentos de la comedia *El Rey Don Pedro en Madrid*, publicada en una *Quinta parte de comedias de Calderón*, cuyas variantes conviene cotejar con el texto seguido en esta colección. III. El exámen de *La Prudencia en la mujer* y *Lo que hace un manto en Madrid*, escrito por el Sr. D. Agustín Durán, que en la biografía de Tellez, inserta al principio de este volumen, ofreció el segundo de estos dos preciosos artículos.

Por aquí á caballo vino,
Y por llegar de camino
No entró á besarte la mano.
Esta para ti me dió
De no sé cual Don Andres,
Diciéndome que despues
Volverá á verte.

GABRIEL.

Cesó
Nuestra confusion, Majuelo
Esta carta nos dirá
Si aquí Serafina está.

MAJUELO.

Lê pues.

GABRIEL.

Abrirla recelo,
Por no escuchar inocente
Justificadas querellas,
Si me juzga causa dellas
Su padre, y deste accidente
Es arrojada ocasion
La fuga de Serafina.

MAJUELO.

Rásgala, pues, que es paulina
O carta de excomunion.

GABRIEL.

Mas, si yo no la ofendi,
¿Qué injurias lèré que tema?

MAJUELO.

Claro está.

GABRIEL.

Rompo la nenia.

MAJUELO.

Va de quejas.

GABRIEL.

Dice así :
(Lee.) *Mi Serafina, obediente
A la eleccion que en vos hice,
Que soy riguroso dice
En permitirnos ausente.
El no haberos visto siente,
Y tan resuelta en amarnos
Cuanto dudosa en juzgaros
Donde la causeis enojos,
Como entra amor por los ojos,
Desea veros y hablarnos.
Yo, como el colegio tasa
Permisiones á la vista,
Para que á la nuestra asista
La he restaurado á mi casa.
Si amor honesto os abrusa,
Dad la vuelta presuroso;
Que habiendo de ser su esposo,
Hacienda, gracias á Dios,
Me sobra para los dos,
Con que vivais caudaloso.*
DON ANDRES DE SILVA.

GABRIEL.

¿Ves
Cuán mal astrólogo has sido?

MAJUELO.

;De extraño golfo has salido!

GABRIEL.

Busca postas, no me des
Ocasión de dudas nuevas.

MAJUELO.

No haré; pero la Leonora
Es, vive Dios, tejedora
Destas marañasas pruebas:
La que ayer tarde encubierta
Fió embelecó al manto:
La que en casa, á curodo tanto
Dió motivos, y abrió puerta:
La que nos tiró el bolsillo:
La Medea cortesana,
Que finge á la toledana
Oculta. Para inferillo

Advierte que ya sabía
Que aquí te habías de hospedar
No es aquesto alucinar;
Tu tío se lo diría.
Vino su primo despues,
Que siendo tu opositor,
La dió cuenta de su amor:
Supo como Don Andres
Con Serafina te casa:
Consultaron sus desvelos,
Creció su amor con sus celos,
Y como dentro de casa
Tiene cuantos materiales
Su embeleco necesita,
Tu dama desacredita,
Y son los tres sus parciales,
Su primo (su hermano digo),
Y vuestra viuda Condesa,
Porque logrando esta empresa,
Ella se case contigo,
Don Luís con la vecina
Señoría ó Excelencia,
Y despues, sin competencia,
Esotro con Serafina.

GABRIEL.

Pártame á Toledo yo,
Y arrimando pretensiones,
Desempeñe obligaciones
De quien noble me adeudó
Con su hija y con su herencia:
Pague yo á su Serafina
La fineza que la inclina
A desear mi presencia:
Logre yo con una esposa
Tal dote, estima y regalo
(Que pues la ama Don Gonzalo
No hay duda de que es hermosa);
E intente Doña Leonor
En esta casa encantada
Que la pague la posada
Mi dificultoso amor;
Pues si artificios alienta,
Que ya empiezo á aborrecer,
Yéndome yo, vendrá á hacer
Sin los huéspedes la cuenta.
Esas maletas, Majuelo,
Saca, y vamos á buscar
Postas; que hoy he de llegar
Donde sin eclipse el cielo
Me dejen ver de una cara
Que me alegre descubierta.

MAJUELO.

Bien dices.

GABRIEL.

Abre esa puerta.

Abre la puerta, y ve salir de la otra á
DOÑA LEONOR y DOÑA MANUELA,
con mantos, y que se sientan en dos
sillas.

MAJUELO.

;Jesus!

GABRIEL.

¿Qué has visto?

MAJUELO.

Jurara

Que de la alcoba salieron
Dos medios ojos nublados,
Y en dos sillas asentados
Dos mil asombros me dieron.
Pero debí de soñarlo:
Mira tú si es ilusion.

GABRIEL.

No sueñas, mujeres son.

MAJUELO.

Llega pues tú á averiguarlo,
Que yo desde aquí las echo
La bendicion sin pasar
Sus umbrales. No he de estar
En casa, que desde el techo

Hasta el suelo está poblada
De duendes: huye, por Dios,
Trasgos que de dos en dos
Se entran á puerta cerrada.

GABRIEL.

Tendrá ese cuarto encubierta
Alguna puerta ó ventana
Que salga á esotro.

MAJUELO.

Esa es vana
Conjetura: no hay mas puerta
Que esta que sale al patín
Con esa reja á la calle.
Lo que importa es santigualle.
Una sala, un camarín,
Un alcoba, un aposento
En que duermos, hay solo en él.
Ten por cierto, Don Gabriel,
Que es todo esto encantamiento.
Los criados de tu tío
Posan fuera en el zaguan:
Las piezas todas están
Macizas: crê, señor mío,
Que anda el diablo por aquí,
Ó quien sus tramoyas sabe.

DON GABRIEL.

¿Y si acaso hubiese llave
Falsa ó maestra?

MAJUELO.

Aun así,
Con descrédito del dueño,
Atañiéndola un candado,
Saliéramos de cuidado.

GABRIEL.

Y yo saldré deste empeño,
Averiguando quién son
De tanto embeleco autoras.—
Pues, mis enigmas señoras,
¿Cuál puede ser la ocasion,
Que honrando esta habitacion
Con circunstancias tan raras,
Privándonos de las caras,
Seais por mezclar rigores,
Pródigas en los favores
Y en las bellezas avaras?
No me atrevo á preguntaros
Por dónde entrada tuvistes;
Pues como dueños pudistes
De todo posesionaros:
Deseoso de agradaros,
Son tan cortas mis venturas,
Que ocultándome hermosuras
Sus rayos por varios modos,
Soles que alumbran á todos,
A mí me dejan á oscuras.
Las luces bellas y claras
Desos cielos descubrid:
No esté yo solo en Madrid
Descomulgado de caras.

MAJUELO.

Corre velos: ¿qué reparas?

GABRIEL.

Necio, ten comedimiento.

MAJUELO.

Biomhos deste aposento,
Duendes, fantasmas ó diablos,
Desentapizad retablos:
Que por san Ilas no hay adviento.

GABRIEL.

¿Qué mandais? ¿A qué venis?
¿En qué daros gusto puedo?

DOÑA LEONOR.

Yo vengo desde Toledo.

DOÑA MANUELA.

Yo de mas léjos.

DOÑA LEONOR.

Cumplis

Palabras que reduceis

A olvidos tan brevemente,
Que apenas estais ausente
De quien os obliga tanto,
Cuando, sin ver mas de un manto,
Le idolatrais pretendiente.
¡Dichosa la que en vos lla
El sosiego de sus llamas,
En Madrid ya con tres damas,
Y estas en menos de un día!
¡La que encubierta os espia,
Y dificultando empresas,
Os engaña con promesas
Que disfrazan pundonores!
Ya muerto por las Leonoras,
Ya loco por las Condesas...
Si en tantas os dividis,
Cuando á ninguna olvidais,
¿A cómo el adarme dais
Del alma que repartis?
A ser mercader venis
(Confiado en vuestro talle)
De hermosuras, porque os halle
Amor, que os vende quimeras,
Yendo enamorando aceras,
Gran Turco de nuestra calle

DOÑA MANUELA.

Si, pero tal vez sucede
Castigarse amor de modo,
Que por pretenderlo todo,
Burlado en todo se quede.
Por mí á lo ménos, bien puede
Vuestra merced, mi señor,
Curioso examinador
De secretos mal guardados,
Desembarazar cuidados
Para lucirlos mejor.
Si enmendando desaciertos
Y atajando travesuras,
No registrara aventuras
De avisos que oyó encubiertos,
¡Qué dichosos y qué ciertos
Los lograra brevemente!
Pierde amor por impaciente
Lo que medra por sufrido,
Y vuestra merced no ha sido
Ni secreto ni obediente.
Apénas es morador
De casa, cuando examina
A la Condesa vecina,
Y luego á Doña Leonor.
¡Oh qué pregonero, amor,
Para los mudos encantos
De tus disfraces y mantos!
Si hacerle cuerdo procuras,
Dile que en tus escrituras
No se usan *sepan cuantos*.

(*Levántanse y quiérense ir.*)

GABRIEL.

Eso no, damas fiscales.
Sin veros, sin descubriros,
Vituperarme y partiros,
Ocultas y criminales?
En todos los tribunales,
Para desmentir dobleces,
Muestran su rostro los jueces.
Ya que fulminais mi pena,
Sepa yo quién me condena,
Que eso es castigar dos veces.
Siquiera por lo cortés
De mis manos, que al deseo
Se oponen, ya que no os veo,
Manifestadme quien es
Cada cual.

DOÑA LEONOR.

De Don Andres
De Silva soy beredera,
Que amante como lijera,
Vine á lograr esperanzas
Muertas en vuestras mudanzas
Antes de su primavera.

GABRIEL.

Fineza era peregrina,
A no negarla esta carta,
Con orden de que me parta
A ver á mi Serafina.

DOÑA MANUELA.

¿Vuestra?

GABRIEL.

Su amor me destina
Al título que la di.
Léd la carta: veisla aquí.

DOÑA LEONOR.

Ya las dos la hemos oído,
Y los riesgos advertido
En que os pone.

GABRIEL.

¿Cómo así?

DOÑA LEONOR.

Cré mi padre que en poder
De Don Gonzalo Segura,
Mi amorosa travesura
A la corte os viene á ver:
Sabe que en otra mujer
Empleais vuestro cuidado,
Y contra vos indignado,
Pretende vengar su ofensa...

MAJUELO.

¡Malos años!

DOÑA LEONOR.

Porque piensa
Que ya me habeis olvidado,
Y que ignorais que asistimos
En esta corte los dos.

DOÑA MANUELA.

Don Gabriel, mirad por vos,
Ya que á avisaros venimos:
De Don Gonzalo supimos
Que intenta con este ardid
Alejaros de Madrid,
Y que el papel que os escribe,
Es porque airado apercibe
Vengar su injuria.

GABRIEL.

Advertid
Que Don Gonzalo se abraza
Celoso, porque sospecha
Que yo os oculto.

DOÑA LEONOR.

Es desecha,
Que ya de malicia pasa.
El me ha traído á esta casa,
Fiando en Doña Leonor
Los progresos de su amor.

GABRIEL.

Pues aquí ¿quién os dió entrada?

DOÑA MANUELA.

Esa es pregunta excusada,
Puesto que en vuestro favor.

MAJUELO.

Brujas son, no hay que dudar.

GABRIEL.

En fin, ¿no os tengo de ver?

DOÑA MANUELA.

Cuando iguale al merecer
El sufrir y el esperar,
Con vos podréis consultar
Cuál de las dos predomina
En vuestro amor: Serafina,
Que es la que viene á mi lado,
Ó la que á vista del prado,
Costumbres os examina.
Esta soy yo, Don Gabriel,
Y cuanto allá os ofrecí,
Verdad.

GABRIEL.

¿Y vivis aquí?

DOÑA MANUELA

Como lo afirmó el papel.

GABRIEL.

Si he de regirme por él,
O sois la Condesa vos,
O Doña Leonor, por Dios.

DOÑA MANUELA.

No lo sé.

GABRIEL.

Crueldad es esa.
¿Sois Leonor, ó la Condesa?

DOÑA MANUELA.

¿A cuál amais de las dos?

MAJUELO. (Ap.)

Dios te la depare buena.

GABRIEL.

Si verdad he de deciros,
La Condesa en mis suspiros
Juntó el deleite á la pena.

DOÑA MANUELA.

Si esa el alma os enagena,
Aunque ingrato me indignais,
Con Doña Leonor hablais,
Mas descortés que advertido.

GABRIEL.

Entre las dos dividido,
Las dos juntas me hechizais.
Bien á Doña Leonor quiero:
Bien á la viuda divina.

DOÑA LEONOR.

¿Y no bien á Serafina?

GABRIEL.

¡Ay cielos!

DOÑA LEONOR.

Sois un grosero:
Debiera, por ser primero
Mi empeño, y estar delante,
Hallaros yo mas constante,
Mas discreto, mas cortés.

MAJUELO.

Válgaos el diablo por tres,
Que así picais de portante.

DOÑA MANUELA.

Pues, Don Gabriel, persuadios
A que entre nosotras dos
Están las tres que por vos
Desperdician desvarios.

GABRIEL.

¿Tres en dos, cuidados míos?
¿No veis, señora, que es esa
Implicación?

DOÑA MANUELA.

En la empresa
Presente que os desatina,
Está Doña Serafina,
Leonor y vuestra Condesa
Aquí: la que Don Andres
Os dedicó para esposa,
La de San Blas misteriosa,
La que os hospedó después.

DOÑA LEONOR.

Elegid de todas tres,
Aunque deis disgusto á un padre,
La prenda que mas os cuadre,
Pues en dos hay tres extremos.

MAJUELO.

Eso es para que cantemos
A las tres ánades madre.

GABRIEL.

Será necia mi elección,
Si inadvertida se arroja
A perder, cuando una escoja,
Desotras dos el acción;
Pero en tanta confusion,
Podrá ser, si os descubris.

DOÑA LEONOR.

Don Gonzalo y Don Luis
Nos buscan : excusaré?
Desaires que á riesgo veis,
Si al encuentro les salis.
Mirad que se acercan ya,
Y el mal que desto resulta.

GABRIEL.

¿Y vosotras dos?

DOÑA MANUELA

Ocultu
A cada cual nos tendrá
Este camarín que está
Oscuro : atajad excesos,
Y saldréis destos sucesos
Premiado, alegre y lucido,
Cuando los dos se hayan ido.

GABRIEL.

Tibios remedios son esos,
Porque el seso he de perder

Entranse por donde salieron, y salen
DON LUIS y DON GONZALO.

GONZALO.

¿Si en su casa la tuviese?

LUIS.

Reportáos.

GONZALO.

No hay reportarme.

MAJUELO.

Apercibo el sacabuche,
Que se acercan fulminantes.

GABRIEL.

Pues, señores, ¿qué hay de nuevo?

GONZALO.

Muchas cosas, que excusarse
Pudieran, á estimar vos
Respetos de vuestra sangre.

GABRIEL.

¿En qué la desacredito?

GONZALO.

¡Bueno es ¡en qué? pues sacastes
Del colegio religioso
La prenda que os creyó fácil!
Está en este cuarto oculta,
Después que por que la guarde
Doña Leonor de nosotros
Su custodia le fiasteis;
Y cuando os la prometemos
Por esposa, y yo su amante
Antepongo á mis pasiones
El decoro de su padre,
¡Me haceis autor deste insulto
Y para disimularle,
En mi cuarto, con nosotros,
Os entráis á registrarle,
Fingiendo no saber della,
Y ahora porque me agravié
De vos con motivos nuevos,
Os nos vendeis ignorante
De tan pensado artificio?
Pues no se os opondrá
Y la amais, casaos con ella;
Manifestadla, y acaben
En paz nuestras confusiones.

LUIS.

No sé yo, cuando la parte
En vos cede su derecho,
Ser cordura no aceptarle.

GONZALO.

¿Qué es de Doña Serafina?

GABRIEL.

Vos, que habeis sido su alcaide
Desde su patria á esta corte,
Porque yo no os la contraste,

Os responded á vos mismo:
Vos que, estando aquí su padre
Le aconsejais que nie escriba
Disimulada y afable
(Como que asiste en Toledo)
Que mi vuelta no dilate,
Porque ya en su casa libre
De encierros y de fiscales,
Desea amorosa verme,
Y saber qué tan distantes
Son en mi encarecimientos
De experiencias y verdades:
Vos que incitando su enojo
Para que os desembarace
La competencia que os hice,
Le aconsejais que nie mate:
Vos en fin que me vendeis
En la corte tan mudable,
Que ingrato á lo que le debo,
Las damas sirvo á millares:
Vos á vos os dad respuesta.

GONZALO.

No es posible, perdonadme,
Que no os alteren el seso
Quimeras y disparates,
En que os desvelais de noche.
¡Bueno es intente afirmarme
Que Don Andres está aquí!

GABRIEL.

Mejor es, puesto que en balde,
Que os déis vos por no entendido
De consultas criminales.
Que trazais contra mi vida.

GONZALO.

¿Yo contra vos?

GABRIEL.

Los leales
Cara á cara y cuerpo á cuerpo
A vengar sus celos salen;
No persuadiendo vejeces,
Y maquinando desaires.

GONZALO.

¿Quién de mí os mintió tal cosa?

GABRIEL.

El serafín, que sacasteis
De Toledo, me lo afirma.

GONZALO.

¿Serafina?

GABRIEL.

No há un instante
Que piadosa como noble
Me dió aviso destos lances,
Previniéndome peligros.

GONZALO.

¡Luego no podréis negarme
Que en este cuarto se esconde?

GABRIEL.

Traeríala algún ángel,
Amparo de mi inocencia,
Disponiéndola á librarme
Del lazo que vos tejisteis.

GONZALO.

¿Y está ahora aquí?

GABRIEL.

Quien sabe
Sutil penetrar paredes,
Sabrá también ausentarse
Invisible como vino.

GONZALO.

Don Gabriel, mirad que os hacen
Vuestras imaginaciones
Dar con la cordura al traste.
¡Jesús! ¡qué lástima os tengo!

MAJUELO.

Examinados de orates,

Nos dan la beca del Nuncio,
A la futura vacante.

GONZALO.

Primo, cerrad esa puerta.
Vive Dios, que aunque nos llamen,
Locos, dando fe á embelecados,
Y nos corran por las calles,
No ha de quedar pieza aquí
Que no registre mi exámen.

GABRIEL.

Ni yo impediroslo quiero,
Aunque pudiera agraviarirme. (*Vanse.*)

MAJUELO.

¿Y si no diesen con ellas?

GABRIEL.

A ser así, no me aguarde
Ni esta casa, ni esta corte
Un cuarto de hora, un instante.
(*Vuelven á salir los dos.*)

LUIS.

¡Pobre, Don Gabriel, de vos!
¿Quién el juicio os altera?

GONZALO.

¿Que á tan notable quimera
Nos persuadiese á los dos!
¿Que jure que está en Madrid
Don Andres, y que yo intento
Con su muerte el escarniento
De su ingratitud!

LUIS.

Decid:

¿Que teneis? ¿Quién os ha dado
Hechizos? ¿Con qué mujer,
Para echaros á perder,
Vuestra imprudencia ha encontrado?
¿En qué bebida ó manjar
Ocasiónó tantos yerros?

MAJUELO.

Anoche cenamos berros.

GONZALO.

¿Qué lástima! (1)

MAJUELO.

Esta posada.... (2)

LUIS.

Callad, hermano, callad. (3)

MAJUELO.

Es el meson de las brujas.

GONZALO.

Los dos el seso han perdido.

MAJUELO.

Haber desaparecido
Dos hembras sin ser agujas,
¿Qué significa, señores?

LUIS.

¡Desgraciado caballero!

GONZALO.

Todo genio invencionero
Da en semejantes errores.

LUIS.

Encerradlos, que os anuncio
Algun mal.

MAJUELO.

Eso condeno:

Vámonos de bueno en bueno,
Pues somos locos, al Nuncio.

*Sale ORTIZ, cubierta con jubón y ropa
de estamena blanca.*

ORTIZ.

¡Engaños y trato doble
Conmigo Doña Leonor!
¡Competirme en el honor

(1) (2) (3) Dos hemistiquios y un verso sueltos
de una redondilla.

APENDICE I.

Y hasonarme de noble!
No sé cómo lo resisto:
No sé como me he templado.

GONZALO.

¡Jesus! ¿Por dónde has entrado,
Sombra ó mujer?

MAJUELO.

¡Vive Cristo,

Que me huelgo!

GONZALO.

¿Por qué parte
Entraste, mujer? Responde.

LUIS.

Sin la puerta no hay por dónde,
En este cuarto.

MAJUELO.

Es del arte
De las dos que las paredes
Taladran.

GONZALO.

Hablad, señora.

MAJUELO.

¿Quién son los locos ahora,
Nosotros ó vuestrasdes?

ORTIZ.

Don Gonzalo, ya no puedo
Proseguir con lo fingido:
En vuestra busca he venido
A Madrid desde Toledo.
Quiseos bien, y vos sabeis,
Aunque por causas honestas
Os negue justas respuestas
De papeles en que habeis
Vuestro amor significado,
Tercera dellos mi prima,
La voluntad y la estima
Que hallastes siempre en mi agrado.
Agasajo á Don Gabriel
Mi padre, y con nuevo empeño
Quiso hacerle en casa dueño,
Desposándome con él.
Dejólo así concertado
A costa de mis desvelos;
Partió á Madrid, y los celos
Vuestro amor han apurado
De suerte, que habeis querido,
Dando causa á mi pesar,
En mi fe experimentar
Si la ausencia engendra olvido.
Como me crié con vos,
Y amores desde la cuna
No los vence la fortuna,
Pues si ella es diosa, él es dios;
Vos ausente, yo encerrada;
Mi padre firme en su intento;
Cercano mi casamiento,
Y tan corta esta jornada:
Olvidando pandonores,
Dejé de noche el colegio;
Que amor tiene privilegio
Para locuras mayores.
Púseme oculta en camino;
Supe que de Don Luís
Primo, en su casa asistís:
Y en fe desto determino
Fiar de Doña Leonor
Secretos que guardar jura;
Y yo, en su amistad segura,
Le doy cuenta de mi amor.
Quisiera yo examinar
En Madrid vuestra firmeza;
Y si entre tanta belleza
Hay en hombres que fiar;
Pero ahora que perdida
Por vos, y conmigo infiel,
Me ruega que á Don Gabriel
Ame y á vos os despida,
Porque ha de ser vuestra esposa

La impaciencia de mis celos
Intenta....

GABRIEL.

¿Qué es esto, celos?

ORTIZ.

Saber de vos si es honrosa
Accion, debiéndome tanto,
Que prefiera vuestro amor
Contra mí á Doña Leonor.
Muérome.

GONZALO.

Quitáos el manto,
Y aliviad vuestra congoja:
Que si vos sois Serafina....

ORTIZ.

(Cubierta siempre.)

Quien como yo descamina
Su opinion, y ciega arroja
La fama que mal emplea
En la mudanza de un hombre,
Hasta publicar su nombre,
Sin que otro que vos me vea.
Declaradme, si es así,
Que á Doña Leonor amais;
Pues si me desengañais,
Monasterios hay aquí
En que escarmiente amistades
De quien fué tan poco fiel;
Que no querrá Don Gabriel
Tiranzar voluntades.

GABRIEL.

Ni os congojeis vos por eso;
Que si el desden es conmigo,
(Ap. Ahora de veras digo
Que debo de estar sin seso)
Yo os renunciaré la accion
Que tengo á vuestra beldad;
Pero otra dificultad
De mas consideracion
Mi discurso desatina:
Y es el probar que seais
La persona que afirmáis;
Porque Doña Serafina,
Puesto que oculta, no há un hora
Entró aquí con otra dama,
Publicando que la fama,
De ordinario aduladora,
La obligó á quererme bien;
Y en prueba que aborrecia
A Don Gonzalo, venia,
Celosa de que me den
Bellezas deste lugar
Causa de mudar empleos,
A obedecer sus deseos
Y esperanzas confirmar.
Ved ahora si mis dudas
Están en razon fundadas.

MAJUELO.

Serafinas duplicadas
Como cartas, lléveos Júdas.

LUIS.

Esto es lo cierto, y en prueba
De que su engaño confirme,
Para mí sobra el decirme
Que Doña Leonor se atreva,
Sin consultarlo conmigo,
A elecciones desconvueltas
En Don Gonzalo.

MAJUELO.

¿Las vueltas
Que da la tramoya!

LUIS.

Digo
Que si vos, huésped ingrato,
Nuestra amistad ofendeis,
Y á mi hermana pretendéis
En fe de tan doble trato,
Desde ahora....

GONZALO.

Don Luís,

Templad la lengua y acero,
Averiguando primero
Quimieras que interrumpis.
Vamos, señora, los dos
Destejiendo esta maraña;
Que si ella no nos engaña,
Y sois Serafina vos,
Yo os daré al punto la mano.

ORTIZ.

Proponed dificultades,
Soltaránlas mis verdades.

GONZALO.

Lo primero que os pregunto:
¿Cómo, ó con qué artificio
Podeis haber aquí entrado?

ORTIZ.

Ese es caso reservado.

MAJUELO.

¿Reservado al Santo Oficio?
Soguita os mando y coroz.

ORTIZ.

Hasta que llegue su efeto,
Suspended este secreto.

MAJUELO.

Esta es bruja, fondo en moza.

ORTIZ.

Solo en esto no soy mia,
Ni me han dado libertad
Para decir la verdad;
Pero ántes que espire el día,
Os dejaré satisficho,
Si consigo lo que trazo.

GONZALO.

Vaya, que no es mucho el plazo.
Decidme pues: si sospecho
Que no sois vos Serafina,
En fe de lo que escuchastes,
Y en su nombre os disfrazastes.
Cuando tiene por vecina
Esta casa otra, que jura
Ser la dama verdadera,
Que á todos nos desespera,
¿Qué certidumbre asegura
No ser ella, sino vos?

ORTIZ.

Los papeles que en seis años
Me escribistes, sus engaños
Desmentirán.

MAJUELO.

¡Vive Dios,
Que ha probado la coartada!

GONZALO.

¿Taeis ahí algunos dellos?

ORTIZ.

No, mas presto podréis vellos,
Que en casa están.

GONZALO.

Descuidada

Habeis sido en lo preciso.

ORTIZ.

Si os hace dificultad
No mas que esto, reparad
(Pues ya del teneis aviso)
En este traje, esta ropa,
Y en este blanco jubon.

GONZALO.

Esas las insignias son
Del colegio.

MAJUELO.

Ya no topa
En mas que manifestarnos
La cara torda ó arniña.

ORTIZ.

No me visteis desde niña :
Impidió el comunicarnos
El riguroso instituto
Colegial; y es cosa clara
Que aunque os enseñe la cara,
Ha de ser de poco fruto
Examinarme por ella.
Fuera de que yo os prometo
Enseñarosla en secreto :
Quizá os acordaréis della.
Pero entre testigo tanto
La vergüenza lo detiene.

MAJUELO.

No he de creer que no es duende,
Mientras no corriere el manto.

GONZALO.

Las señas son tan bastantes,
Que enmudezco convencido ;
Pero habiéndos prometido
Vuestro padre, y aunque amantes,
Siendo Don Gabriel y yo
Amigos, será cordura
Que dilateis mi ventura.

ORTIZ.

Ya Don Gabriel empleó
En esta casa el cuidado
Que su mudanza interesa.

GABRIEL.

¿Yo? ¿En quién?

ORTIZ.

Vos, en la Condesa,
Que por vos se ha avecinado
En la misma habitación
Que vivís, por ahorraros
De noche el romadizaros,
Rondando puerta ó balcón.

GABRIEL.

¡Ojalá fuera eso así!
Soltárais yo la promesa.

ORTIZ.

Pues sabed que la Condesa
Por vos de Sevilla aquí
Viene, y dueño suyo os llama.

LUIS.

Eso no, mientras yo viva.

GONZALO.

¿Cómo que no, cuando estriba
El asegurar mi dama
Conformándose los dos?

LUIS.

Niego esas conformidades;
Que en puntos de voluntades
Primero soy yo que vos.

GONZALO.

¿Luego á la Condesa amais?

LUIS.

Don Gonzalo, amarla es poco :
Por su belleza estoy loco.

GABRIEL.

Imposibles aleutais;
Que he visto yo en la Condesa
Muestras de quererme bien.

GONZALO.

A todos nos está bien
Patrocinar esta empresa.

LUIS.

Muriendo yo, podrá ser
Que otro conquiste su amor
Casados con Doña Leonor,
Y dejad esa mujer,
Que á todos nos desatina.

GONZALO.

¿Cómo, si veis que se emplea

En mí, y dueño me desea,
Agraviaré á Serafina?

GABRIEL.

Ni yo ¿cómo sufriré
Competencias de mi dama,
Si esposo suyo me llama
La Condesa?

LUIS.

Moriré

Matando á quien se me oponga.

MAJUELO.

¡Miren aquí lo que pasa
En Madrid y en una casa!
Barzagas que lo componga.

(Dentro.) UNOS.

¡Fuego, fuego!

OTROS.

¡Ayuda, cielos!

UNOS.

¡Favor!

OTRO.

¡Jesus! que se abrasa
El cuartito de la Condesa!

TODOS.

¡Fuego, fuego!

UNO.

Traigan agua.

DON LUIS.

¿La Condesa en tal peligro?
Aquí de amor, que sus llamas,
Puesto que el pecho me enciendan,
Las materiales apagan. (Vanse.)

Salen DOÑA MANUELA, de viuda,
Y INES; música.

DOÑA MANUELA.

Felizmente se eslabonan
Nuestras amorosas trazas :
No medra amor sin ingenio ;
Va de fingida desgracia.

Cantan.

Sobre el regazo de Vénus
Aquella diosa que al nacer,
Siendo perla, debió cuna,
Siendo fuego, vivió en agua....

Salen todos, menos DOÑA LEONOR ni
ORTIZ, y ORDOÑEZ y MAJUELO, por
puertas diferentes con dos cántaros
de agua : encuéntranse, y caen y
quiebranlos.

LUIS.

¿Adónde está la Condesa?

GABRIEL.

¿Dónde el incendio maltrata
Descortés al mismo sol?

ORDOÑEZ.

Toquen á fuego.

MAJUELO.

Aquí hay agua.

ORDOÑEZ.

¡Ay, demonios! ¿qué habeis hecho?

MAJUELO.

¡Ay! Echarme con la carga.

ORDOÑEZ.

Roto me habeis las costillas.

MAJUELO.

Quien agua, como yo, saca,
Que le nazcan treinta potras.

DOÑA MANUELA.

¡Hola! ¿qué es esto?

MAJUELO.

Madama,

Cascos son, y no en arroje.

DOÑA MANUELA.

¿Qué es, señores, lo que mandan
Vuestras mercedes aquí?

GONZALO.

¿Como qué? ¿Y no se abrasaba,
Señora, este cuarto vuestro?

DOÑA MANUELA.

No tengo yo á mis criadas
Por tan poco cuidadosas,
Que ocasionen tal desgracia.

LUIS.

¿No daban voces ahora,
Aquí todos? no gritaban,
A fuego desde allá dentro?

DOÑA MANUELA.

¡Jesus! ¿Aquí?

MAJUELO.

A recuas? ¿Musarañas

DOÑA MANUELA.

Nunca mas quietas
Quiz ahora.

GABRIEL.

¿Quién nos encanta,
Cielos, quién nos desvanece?

MAJUELO.

Agua bendita, por santa,
No por agua, desdichadnos.

ORTIZ. (Dentro.)

¡Don Gonzalo, que me mata
Celosa Doña Leonor!
¡Don Gabriel!

MAJUELO.

¡Miren si escampa!

ORTIZ. (Dentro.)

Don Luis, poned cordura
En vuestra atrevida hermana.

GONZALO.

Aquella es mi Serafina,
Que en su socorro me llama. (Vase.)

LUIS.

Celosa Doña Leonor,
La obligan á destemplanzas
Indignas de su nobleza. (Vase.)

DOÑA LEONOR. (Dentro.)

No has de lograr tus marañas :
Mi esposo ha de ser mi primo.

LUIS.

Loca está, voy á aquietarla. (Vase.)

DOÑA MANUELA.

Señores, todos es justo
Que volvamos por la causa
De Leonor, que es miy mi amiga. (Vase.)

GABRIEL.

¡Jesus mil veces!

MAJUELO.

¿Mas que andan
Ensayando las estrellas
Arriba juego de cañas,
Porque se acerca el antruevo?

GABRIEL.

Sáqueme Dios desta casa. (Vase.)

MAJUELO.

Aunque nos eche á galeras,
Que si hay chusma, no tan mala. (Vase.)

Salen DOÑA LEONOR y ORDOÑEZ
con unas almohadillas.

DOÑA LEONOR.

Poned esas almohadillas
Aquí, y despejad la sala.

ORDOÑEZ.

Sobre qué fueron las voces?

DOÑA LEONOR.

No os toca el averiguarlas.

ORDOÑEZ. (Ap.)

¡Ya pendencias, ya sosiegos!

DOÑA LEONOR.

Andad con Dios.

ORDOÑEZ.

Aquí hay maula:

Bellísima es mi señora,
Mas bellísima bellaca.

(Canta Leonor y hace labor.)

*Si pensais que hay privilegio
Contra aquel pájaro dios,
Que en el trono de sus llamas
Tiene por cetro un arpon,
Mal conocéis al amor,
Leonor.*

Van saliendo TODOS.

GONZALO.

Todo está de paz aquí.

MAJUELO.

¡Oigan con qué flema labra,
Y entre col y col lechuga,
Dibuja flores y canta!

LUIS.

Yo no sé si estamos locos.

DOÑA LEONOR.

Luis, primo....

LUIS.

Pues, hermana,
¡Contra vuestra confidente
Descompuesta y enojada!

DOÑA LEONOR.

¿Yo? ¿Qué decís?

LUIS.

Las querellas

De quien á voces se agravia
De vos, y nos alborota.

DOÑA LEONOR.

No está el tiempo para gracias.

(Cantan.)

*Mal conocéis al amor,
Leonor.*

LUIS.

Sin conocerlo, ya bastan
Hipócritas disimulos.

Sale DOÑA MANUELA.

DOÑA MANUELA.

Amiga, quien desharata
Vuestra paz, sin duda ignora
Que me tiene por contraria.

DOÑA LEONOR. (Levántase)

No entiendo á Vuesñoría,
Aunque de fuerza tanta
Nuevas deudas reconozco.

LUIS.

Destejamos ya esta trama,
Que es de Doña Serafina.

DOÑA LEONOR.

Vos que os cansais en buscarla,
Nos daréis noticia della,
Puesto que tan fértil anda
De Serafinas el tiempo,
Que ayer admiti una en casa,
Y ya son dos, si no tres,
Las que la viven, y entrambas,
Si en la pretension distintas,
Conviene en la sustancia,
Pues cada cual de Toledo
Dice que es la colegiala.

LUIS.

Leonor, Leonor, ¿qué es aquesto?

DOÑA LEONOR.

Luis, Luis, esperadlas,
Que yo os las sacaré á vistas. (Vase.)

MAJUELO.

¡Vive Dios, que están borrachas!

GONZALO.

¿Conoceislas vos, señora?

DOÑA MANUELA.

¿Yo? ¿á qué propósito?

LUIS.

Extrañas

Invencciones nos ofuscan.

MAJUELO.

Pues aun no están acabadas.

Sale ORTIZ, como primero, cubierta.

ORTIZ.

Si pretende Don Gabriel
Acreditar sus mudanzas,
Siendo mi esposo por fuerza,
Resuélvase en que se cansa.
Si Don Gonzalo me olvida,
O con dilaciones largas
Fuge mi padre respetos,
Poco le obligan mis ansias.

GONZALO.

Yo, señora, os cumpliré
Como noble mi palabra,
Si Don Andres viene en ello
Y os descubris vos la cara.

Sale DOÑA LEONOR, vestida como
Ortiz y cubierta.

DOÑA LEONOR.

No hará mientras yo no guste;
Que las dos, juramentadas,
No podemos sin licencia.

GONZALO.

¿Quién sois vos?

DOÑA LEONOR.

La toledana,

La esposa de prometido
De Don Gabriel, la que le ama
Como el abril á sus flores,
Como el enebro á su escarcha.

ORTIZ.

No por eso reñirémos.

MAJUELO.

En albis vienen entrambas:
¿Mas si en albis se volviesen?

LUIS.

Segun eso, solo falta
Averiguar certidumbres.
Sepamos la propietaria
De las dos, porque me importa
Infinito el conformarlas;
Pues saliendo destas dudas,
No podrá ser tan ingrato
La nobleza que escogiere,
Que malogre su esperanza.

DOÑA LEONOR.

Descúbrome pues, y elijo
A Don Gonzalo, si esmalta
La sangre de amor el oro. (Descúbrese.)

LUIS.

Leonor, ¿qué decís?

DOÑA LEONOR.

¿No llamas

Primo á Don Gonzalo tuyo?
Pues todo se cae en casa.

LUIS.

No es tu primo, fingió serlo.

DOÑA LEONOR.

Mejor que mejor, que tardan
Mucho las dispensaciones.

LUIS.

Pues ahora ¿no afirmabas
Que era Don Gabriel tu empleo?

DOÑA LEONOR.

No es amor el que no enlaza
Entre verdades mentiras.

LUIS.

Y vos ¿qué decís?

GONZALO.

Que á tanta

Obligacion y fineza
Es poco ofrecer el alma.

LUIS.

Y vos ¿venís bien en esto?

ORTIZ.

¿Pues no? ¿Si los dos se casan,
Dirimo yo matrimonios?
Dios les dé sucesion larga.

LUIS.

Conforme lo que hemos visto,
Vos, señora, sois la causa
De todo, y la Serafina
De Toledo.

ORTIZ.

Eso me basta

Para salir verdadera.

LUIS.

Pues si estais determinada
De no amar á Don Gabriel,
Descubrios, y dad traza
De disponer vuestras cosas.

ORTIZ.

Tan dispuestas y ordenadas
Las tiene ya mi eleccion,
Que entre vosotros me aguarda
Igual consorte á mi estrella.

LUIS.

Si soy ese, repudiadla,
Porque estoy....

ORTIZ.

No os congojeis,

Que os lleva muchas ventajas
El que ha de ser mi consorte.

LUIS.

¿Quién es?

ORTIZ.

Esta mala cara. (Por Majuelo.)
(Descúbrese.)

MAJUELO.

¡Jesucristo! ¿Yo cigüeño?
¿Yo matrimonio mortaja?

ORTIZ.

Ea pues, que si se desposan
Su Don Gabriel y mi ama,
Hermanarémos raciones,
Pues todo se cae en casa.

LUIS.

¿Cómo Don Gabriel? Primero....

ORTIZ.

Chiton, señor, á la espada,
Que há dos años que en Sevilla
Mi señora, aunque recata
Pasiones, noble y honesta
Le tiene tan en el alma,
Que no se le sacarán
Cien pistolas catalanas.
Ella fué la arquitectora
De todas estas marañas:
La de San Blas, el bolsillo,
Y la que á puertas cerradas
Se entró sin encantamientos.

MAJUELO.

Eso es solo lo que aguardan
Suspensos estos señores.

ORTIZ.

Un huésped tuvo esta casa
Y ese cuarto, cuya industria,
Con consulta de su dama,
Que en el de abajo vivia,
Una bovedilla arranca,
Que cae sobre el camarín;
Y fingiéndola de tablas
Y yeso mate, de suerte
Levadiza la disfrazo,
Que pudo, á pesar de estorbos,
Desmentir la vigilancia
De una madre toda ceños,

Y por medio de una escala
Bajar y subir por ella.
Supo, aunque tarde, esa trampa
Doña Leonor, mi señora,
Y prudente en ocultarla
De su hermano Don Luís,
Por no ocasionar desgracias,
Los huéspedes despidió,
Hasta que vino á lograrla
En favor de la Condesa.
¿No es esto verdad?

DOÑA LEONOR.

Y causa
De las dichas conseguidas.
Hermano, la toledana,
Destos lances inocentes,

Es ejemplo de su patria.
Consoláos, y con su viejo
La pretendes, que si se hallar
Virtud, caudal y nobleza
Juntas, es ventura rara.

GABRIEL.

Y vos, en cuyo silencio,
Dueño absoluto del alma,
Aprendo á callar finezas,
Por no saber ponderarlas,
Estad cierto que he de ser..

MAJUELO.

Et cætera, que eso basta,
Y el saber lo que sucede
En Madrid y en una casa.

II.

Fragmentos de la comedia intitulada EL REY DON PEDRO EN MADRID, incluida en una Quinta parte de Comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, impresa en Barcelona por Antonio La Cabballería, año de 1677.

FRAGMENTO 1.º

(Cómparese con el pasaje correspondiente en la página 594, columna 2.ª de este volumen.)

REY.

¡Vive Dios!

FORTUN.

¡Gran señor..!

DON JUAN.

Señor, ¿qué es esto?

FORTUN.

..Tú á pié!

DON ALONSO.

¡Tú sin color!

DON JUAN.

¡Tú descompuesto!

FORTUN.

Milagro hallarte ha sido.

REY.

No digais que el Rey soy.

FORTUN. (Ap.)

Algo ha tenido.

DON ALONSO. (Ap.)

¡Qué severo!

FORTUN.

¡Qué grave!

Aun en él mismo su valor no cabe.

REY.

¿Ha llegado la Reina?

FORTUN.

¿Cómo puede llegar si en prision reina?

REY.

Necio, solo en Castilla
Reina el sol de Padilla:
Doña Maria hermosa
Mi legítima esposa
Viene á ser solamente:
Y esto no es elección ni es accidente,
Sino afecto cristiano;
Que de esposo le di la fe y la mano
Antes que Don Fadrique á Francia fuera,
Y así es en mí la Majestad primera.
Reina es Doña Maria de Padilla,
Que Blanca no es moneda de Castilla.

(Vanse.)

FRAGMENTO 2.º

(Cómparese con el pasaje correspondiente en la página 595, columna 2.ª de este volumen.)

CRIADO.

En el zaguan se ha apeado
Un bizarro caballero,
Y para entrar tu licencia
Está aguardando.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Si el cielo

A Don Rodrigo me envía
A impedir el casamiento?
Mas no osará aventurarse
Al rigor deste soberbio.

TELLO.

¿Cuándo en mi casa se impide
La entrada á nadie? Entre luego,
Que hoy para todos es día.
Sentáos, y dadme ese asiento,
Que yo sentado recibo
Al mismo Rey.

CRIADO.

Ya está dentro.

*Siéntase Don Fernando en una silla,
ella en un cojín y él en otra, y sale*
EL REY DON PEDRO.

REY.

Dadme, señores, las manos.

TELLO.

No he de oírle descubierto:
Cúbrase, hidalgo. — Un escaño
Arrastrad.

REY.

(*Estése en pié.*)

Paso á Toledo

De priesa.

TELLO.

Grosero he andado;
Mas perdone lo grosero
Por desposado.

CORDERO.

(*Saca un banco.*)

El escaño

Está aquí.

TELLO.

Dos sillas tengo
Solamente, que es la mía,

Y la que ocupa mi suegro:
Una elegid de las dos.

REY.

La ley alterar no quiero,
Que se usa con los demas.

TELLO.

Los infanzones del reino
Apénas dan silla al Rey
En sus casas.

REY.

Ya lo veo,

Y así elijo lo que es mio.
(Ap. Ya de cólera reviento.
¡Vive Dios, que estoy por dalle
Con el escaño! Mas vengo
A moderar la grandeza
Sin arriesgar el respeto.

¿Que estos de cruel me infamen,
Teniendo tal sufrimiento?
Por quien soy, que viene á ser
Piedad la crueldad con estos.)

TELLO.

Aunque esa presencia y tallo
Lo que es nos está diciendo,
¿Quién es el señor hidalgo?

REY.

Un aficionado vuestro
Por fama, que esta acredita
Vuestros generosos hechos.

TELLO.

¿Qué altura de calidad?

REY.

Es en Córdoba Acebado
Mi padre.

TELLO.

Es lucido hidalgo
Y un estrado escudero
De mi casa. ¿Y dónde pasa?

REY.

Al Rey me hacen seguir pleitos
De honor y de calidad.

TELLO.

Presto en Madrid lo tendremos
Con Doña Maria.

REY.

Ya

Que estará en Madrid sospecho.

TELLO.

¿Que está ya en Madrid?

REY.

Bien puede

APENDICE II.

Ir vuestra merced á verlo.
(Ap. ¿Que haya en Castilla estos hombres
Sin darme á mi cuenta dellos ?)

TELLO.

El pasará por aquí;
Que pocas veces me nuevo
De Illescas, donde á los reyes
En mi casa los festejo
Y regalo. A Don Alfonso
Su padre este cuarto mesmo
Hospedó mas de dos veces;
Mas en él el rey Don Pedro
No entrará, si le acompaña
Doña María.

REY.

De hacello,
Su garganta no aseguro,
¡Vive Dios!

TELLO.

Yo la defiendo
Tan bien, que antes que la corte....

REY.

Hablad de los reyes ménos....

TELLO.

Hablar hacen, cuando dan
Los reyes tan mal ejemplo.

REY.

Por premios ó por castigos,
Los reyes malos y buenos
Dios á los reinos les da;
Y si al malo no debemos
Imitar por sí, por rey
Debemos obedecerlo.
Basta, ved que es mal sufrido
El Rey, y sé que á no serlo,
Os matara á cuchilladas. (*Levántase.*)
Vive Dios.—Mas, descompuesto
Estoy: perdonad, que ha sido,
Señor, generoso afecto
De vasallo.

TELLO.

Y yo lo soy,
Y lo he de ser, y me precio
De leal, mas que ninguno,
Y diganlo mis abuelos,
Y mis padres, y lo ilustre
Del solar de quien diciendo.

REY.

¿Quién lo duda? Mas los nobles
Deben hablar con mas tiento
De sus reyes.—Mas dejando
Esto para mejor tiempo.
Fué la causa de besaros
Las manos, ver en el pueblo
Tanto alboroto, y pensando
Que era el andar tan revuelto
Previsiones á su rey,
Que era, señor, me dijeron
Para las felices bodas,
Que logreis siglos inmensos
Con tal señora.

DOÑA LEONOR.

Ya en mí
Lo han sido los pensamientos.
¿Qué vendrán á ser los días?

TELLO.

A esta comarca le debo
Tanto amor.

REY.

Dicen que en ella
Yuesa merced parte el cetro
Con el Rey.

TELLO.

Acá conocen
Por la firma y por el sello
Solo al Rey, y algunas veces
Es con mi consentimiento.

REY. (Ap.)

¿Hay tal desvergüenza? Ya

Tiemblo de escucharlo, y tiemblo
De mí mismo.

ELVIRA. (*Dentro.*)

Daré voces....

TELLO.

Cordero, mira este estruendo.

Salen BUSTO, ELVIRA y GINESA.

ELVIRA.

A Dios y al Rey.

CORDERO.

¿Dónde vas?

ELVIRA.

Vamos á perder el seso.

TELLO.

Echad fuera esas villanas.
¿Hay tan loco atrevimiento?
¿Al estrado de mi esposa
Se atreven?

ELVIRA.

Los sacrilegios
Se atreven á Dios, y aquí
Yo al sacrilego me atrevo.
Restitúyeme mi honor.

GINESA.

Y tú el honor ó el pellejo,
Cordero burdo, has de darme.

BUSTO. (Ap.)

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
El honor, dijo! Esto ha sido
El favor en el desprecio:
Ya desengañado estoy;
El desengaño me ha muerto.

TELLO.

Echadlas fuera ó matadlas.

CORDERO.

Salid, villanas.

GINESA.

¡Ah perro!

TELLO.

¿No acabas?

REY.

Por ser mujeres,
Las disculpad.

ELVIRA.

Caballero,
Amparadnos.

REY.

Solo aquí
Puedo ampararos con ruegos,
Si acaso tencis razon.

GINESA.

¿Y cómo que la tenemos!

TELLO.

Yo lo confieso también,
Y puesto que lo confieso,
¿Qué pretendes?

ELVIRA.

Impedir
Tus bodas.

DOÑA LEONOR.

Yo las disuelvo,
Si gusta Tello García.

TELLO.

Si todo el poder del suelo
Y el mismo Rey lo mandara,
No podría disolverlo:
Y á ese vil que tanto estimas,
Y que yo tanto aborrezco,
En casándome, he de hacelle
Pedazos.

REY. (Ap.)

¿Que esto consiento?
Mas tiempo tendrá el castigo.
DON FERNANDO. (Ap.)
No soy noble, pues no muero

Dando á Leonor libertad.

TELLO.

Antojo, que horrible y feo
Juzga ahora la razon
(Que el amor todo es defectos),
Me hizo en esta mujercilla
Malograr los pensamientos....

CORDERO.

Y á mí en esta.

TELLO.

Basta, loco.

CORDERO.

No lo soy, pues me arrepiento.

TELLO.

Mas ya por el disparate,
Todos los años le ofrezco
Cuatro mil maravedis.

CORDERO.

Y yo, que pequé en lo mesmo,
Oscientos maravedis
De mi racion le prometo.

GINESA.

No me contento con mil.

ELVIRA.

Mi honor pide mayor precio,
Y así quejaréme al Rey
En Madrid.

TELLO.

Verá que aprendo
El Rey dél.

REY.

Dice muy bien.

ELVIRA.

¿Por él vuelves?

REY.

Por él vuelvo:

Idos, villanas.

TELLO.

El Rey,
Como rey, pudiera hacello,
Mas no como hombre comun,
En campaña; que el respeto
Poderoso y soberano
Hace al Rey, y no el esfuerzo
Y así, si conmigo el Rey
Peleara cuerpo á cuerpo
Como hombre, yo le hiciera
Que lo heroico de mi pecho
Conociera á cuchilladas.

REY.

Yo dese valor lo crepo;
Mas los reyes no pelean:
Aunque dicen que el Rey nuestro
Es bizarro.

TELLO.

¿En qué? ¿en matar
Un clérigo de Evangelio
Y un músico?

REY.

Todos son

Hombres.

TELLO.

No son.

ELVIRA.

A Dios dejo

Mi venganza.

GINESA.

Y yo á mis manos.

REY.

Echadlas fuera.

ELVIRA.

¡Traemos

Muy gentil padrino en vos!

GINESA.

Tal le dé Dios el remedio:

¿A esto nos trujo?

BUSTO. (Ap.)

¡Ay amor!

Todo soy bárbaros celos.

Daré muerte al Infanzon.

DOÑA LEONOR.

Padre y señor, poned fuego

A esta casa : hablad al Rey.

DON FERNANDO.

Poco favor hallaremos.

REY. (Ap.)

¡En buena opinion estoy!

DOÑA ELVIRA.

¡Justicia!

GINESA.

¡Justicia!

DOÑA ELVIRA.

¡Cielos!

Vengadme deste tirano.

CORDERO.

Digan, ¿qué mal les han hecho?

TELLO.

Mis bodas cesen por hoy,

Que es todo azares y agüeros.

CORDERO.

Los brindis se han malogrado.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Ah, si fuera el plazo eterno!

REY. (Ap.)

Ofendido voy.

TELLO.

Las bodas

Aguardaréis.

REY. (Ap.)

Este necio

Verá si es cruel, ó es justo

En Madrid el rey Don Pedro.

FRAGMENTO 3.º

(Compárese con el pasaje correspondiente que principia en la página 601, columna 1.ª de este volumen.)

REY

Pueblo, yo soy vuestro Rey,

De Pelayo decendiente,

Y de Enrique de Lorena,

Deidad de los portugueses.

El glorioso rey Alfonso

Undécimo, que en Dios muere,

Y la alta Doña María,

Hija de los sacros reyes

De Portugal, son mis padres,

Cuyo matrimonio fénix,

Aunque veis tantos infantes,

Un rey os dió solamente

Legítimo, que soy yo ;

Que mis hermanos proceden

De otra madre, aunque por ella

Su sangre no desmerece,

Restaurando en lo Guzman

Lo que en lo bastardo pierden.

Yo, pues, desde hoy, imitando

Los asirios y atenienses,

Que en las puertas de sus cortes,

Huyendo sacros dosces,

Adonde la Majestad

Se retira y no se teme,

En unas sillas, llamadas

Exedras, oían siempre

Las quejas de sus vasallos ;

Quiero que en Madrid comience

Esta ceremonia antigua,

En ciudades diferentes

Exedras edificando

Donde la justicia reine,

Y esté la misericordia

Ceñida de olivas verdes ;

Y así pedidme justicia.

TODOS.

Solo pedimos que sueltes
Al Infanzon.

REY.

Ese loco

Es á mis leyes rebelde

Y tirano, y en Castilla

Nadie atropellarlas piense ;

Que en su amparo, vive Dios,

Que aun no perdone y respete

A Don Enrique mi hermano,

Que es el que teneis presente.

Sáquenle luego al suplicio,

Y este gigante escarminiente

Los que lo imitan, y vean

Que este cetro resplandece

En los rayos desta espada,

Que es sol, y es de luz su temple.

Haz, Don Alonso, sacalle,

Y al criado juntamente.

DON ALONSO.

Señor....

REY.

No repliques, basta.

DON ALONSO. (Ap.)

No se acuerda, ó no me entiende.

REY.

¿No vas?

DON ALONSO.

Señor, esta noche

El Infanzon las paredes

De la torre rompió....

REY.

Basta.

¿Y las guardas?

DON ALONSO.

No parecen.

REY.

El pueblo le ha libertado;

Que destas voces se entiende.

Mas, vive Dios, que por ello

Cruel y ingrato ha de verme.

(Ap. Esto es ser amigo y rey.)

Salen el INFANZON, CORDERO
Y MENDOZA.

MENDOZA.

Ya aquí los ladrones tienes

Que los caballos robaron.

CORDERO. (Ap.)

Hoy soy cordero inocente.

DON ENRIQUE.

No son ladrones, Mendoza,

Los que ladrones parecen.

DON ALONSO.

Ya el reo tienes aquí.

TELLO.

¿Quien me ha librado, me prende?

REY.

Si te habias escapado,

¿A qué, loco, á mis piés vuelves?

TELLO.

A pedir misericordia.

REY.

No la alcance el que no cree

Los consejos del amigo,

Y á un rey justiciero tiene

Ofendido. A la villana

Ofendida, y celebre

El matrimonio, y despues

A la justicia se entregue.

TELLO.

No me cases, si me matas ;

Si me matas, no me afrentes.

ELVIRA.

Y á mí, si me honras, señor,

Sin marido no me dejes.

CORDERO.

De nosotros, si nos casas,

¿Qué mas castigo pretendes?

DOÑA LEONOR.

Si á Don Rodrigo me quitas,
Con el Infanzon me vuelve
Mi honor y padre difuntos.

DON ENRIQUE.

Hoy vuestra Alteza los premie
A todos, pues la justicia
Por la piedad resplandece.

REY.

Por vos, hermano, permito
Que á sus mujeres se entreguen.

DON ENRIQUE.

Dellos dispomed las tres.

ELVIRA.

Yo quiero que absuelto quede
Del delito y de la mano,
Como me permitas que entre
En el convento que á Dios
Le consagras.

REY.

Premio es ese

Que yo no puedo negarte,

Y en él de mis rentas tienes

La mitad para que vivas.

DOÑA LEONOR.

Y yo de la misma suerte

Esposo quiero elegir,

Como tu Alteza me deje

A la Infanta y mi señora

Servir.

REY.

El cielo pretende

Que se pague á la clausura

Lo que mi rigor le debe.

Vivo quedas, Infanzon :

Mi Majestad obedece :

No me irrites soberano,

Ni me provoques valiente ;

Que el que sabe así ser rey,

Sabe ser Don Pedro, y puede

Rendir soberbias espadas,

Y cortar cuellos rebeldes.

Y esto basta. Enrique, tú

Ahora el puñal me vuelve.

DON ENRIQUE.

Y como á deidad, es justo

Que en tu vaina le respete.

REY.

Dame esos brazos.—Cayóse

La corona.

DON ENRIQUE.

Aquí la tienes.

REY.

La corona y el puñal

A un tiempo te favorecen :

No sé, hermano, qué imagine ;

No sé, Enrique, qué sospeche.

DON ENRIQUE.

Sospecha que en mí un vasallo

Tienes, gran señor, que vuelve

Por tu reino en la corona,

Y en el puñal por tus leyes.

REY.

Abrázame.

DON ENRIQUE.

¡Quiera Dios

Que esta amistad se conserve!

REY.

Immortal será en los dos,

Enrique, siendo obediente.

DON ENRIQUE.

Esta obediencia te juro.

REY.

Vamos, por que se comience

El edificio Real.

TELLO.

Y aquí tenga fin alegre

El Rey Don Pedro en Madrid,

Sin casamiento y sin muerte.

III.

Observaciones acerca de la comedia titulada LA PRUDENCIA EN LA MUJER, por Don Agustín Durán.

La comedia de *La prudencia en la mujer* es una de las históricas en que mas parece haberse esmerado Tirso. Por esto conviene hacer algunas observaciones sobre ella, y tambien porque reune á su mérito literario lecciones de acendrada lealtad y noble caballería, muy dignas de ser conocidas é imitadas, tanto por los príncipes como por los súbditos.

La accion del drama comprende los años de la minoridad del rey de Castilla Don Fernando el IV, durante los cuales su madre, la reina Doña María, gobernó el reino, y conservó la corona de su hijo contra sus tíos Don Enrique y Don Juan, que armando parcialidades pretendían arrancársela, y aspiraban por ambición á la mano de la Reina. Don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, no dejó de tomar parte en estas turbulencias; pero tal como el poeta nos le pinta, ménos ambicioso que enamorado, es uno de aquellos nobles y valientes caracteres, producto de los siglos heroicos. Pretendiente de la Reina, pero leal al Rey, solo aspira á obtener los triunfos del amor, dejando fijos los legítimos derechos del hijo de Sancho el Bravo. Amante, hace la guerra; vencido, cede al amor respetuoso, y siempre rechaza con nobleza los planes pèrdidos que le proponen sus rivales, mas sedientos del imperio que de los favores de la Reina. Don Diego es en fin el tipo de aquellos caracteres honrados, aunque ásperos y rudos, en que se reunen todas las virtudes de la caballería y nobleza.

Desde la primera escena del primer acto (pág. 287) compuesta en octavas llenas, ricas y sonoras, se hallan de manifiesto y perfectamente trazados los caracteres de los infantes Don Enrique, Don Juan y el de Don Diego Lopez de Haro. Ambicioso, pero tímido el del primero, es el del segundo muy propio del que asesinó al jóven Guzmán el Bueno, como el del tercero lo es de un señor grave y lleno de honor, pero arrebataado de una viva pasión amorosa. Tal vez en esta escena se extravía Tirso, sacrificando el buen gusto al culteranismo de que adoleció la corte de Felipe, hablando el lenguaje alambicado y sutil que usaban los galanes; pero es pocas veces, y en desquite presenta sus ideas con formas tan poéticas, con galas tan bizarras y con versos tan llenos y sonoros, que es imposible resistir á la magia de su estilo, ni á sus gracias.

El romance que pone á continuacion de dicha escena, (pág. 287 y sig.), en el cual la Reina reconviene á los infantes y á Don Diego por sus discordias y ambición, es en su género un bello trozo de poesía, y apenas se hallan en él motivos graves de censura. Así sucede tambien respecto á las buenas octavas que le siguen, donde dan á la Reina su respuesta los ambiciosos pretendientes.

No es ménos reparable la creacion del carácter de Benavides y el de los Caravajales, que siendo individuos de dos familias que se odian y banderizan, suspenden generosamente sus parcialidades y disturbios, y se reunen para la defensa de su Rey inocente, sin parar hasta reconquistarle la corona.

Debemos recomendar ademas la escena de dicho acto (pág. 289), que pasa entre los Caravajales, cuando el Don Juan, uno de ellos, sale de desposarse furtivamente con Doña Teresa, hermana de Benavides; y aquella (páginas 289 y 290) en que este, sospechoso de lo que pasa, llega de Leon para cerciorarse de la afrenta que presume, y en que convencido de su ofensa, reconviene á sus enemigos. Así tambien es digna de reparo la de la pág. 291, en la cual la Reina pide auxilios á las dos familias enemigas, y en que estas, acatando al Rey niño y á su madre, olvidan los odios que los separaban, uniéndose para defender la causa de su soberano.

Es admirable la del acto segundo (pág. 293), donde Is-

mael, médico judío ganado por Don Juan el infante, trata de entrar en el cuarto del Rey para darle un veneno en vez de una medicina. El juego teatral que producen los temores y esperanzas del asesino, la alucinación que le inspira la vista del retrato de la Reina, la caída del cuadro que cubre la puerta de la cámara real, cuando va el judío á penetrarla, y la aparicion inesperada de la misma, causan un efecto maravilloso. A la verdad estos medios son reprobados por los clásicos austeros; pero no por eso dejan de estar en armonía con la naturaleza del corazón humano, y de conmovirlo vivamente.

Pues ¿qué diremos del modo con que el autor prepara el lance que sigue al anterior? ¿Cómo nos pinta el alma de una madre, cuando con una sola mirada conoce los intentos del asesino, y cuando penetra en lo íntimo de sus pensamientos y le hace confesar su crimen, alicinándole con la perspicacia de su vista, sin dejarle arbitrio para negar! ¿Qué diremos del noble y magnánimo porte que usa con sus enemigos, y de la confianza que la inspira su propia fuerza al perdonarlos vencidos, ó resistirlos vencedores? Solo el cobarde es cruel, solo el miedo se ceba en la sangre; mientras el valiente se complace en perdonar, el pusilánime, que en todo ve peligros, asesina villmente á los vencidos. Así es como Tirso y los grandes poetas arrancan su secreto á la naturaleza, y saben idealizar los grandes caracteres, pintándolos con pincel fuerte y vigoroso. La reina Doña María fué una de las mayores heroínas que han producido los siglos, y su retrato ha sido comprendido por nuestro poeta de un modo admirable. Aquí nos la muestra valerosa, política, casta y honesta, sabia y prudente, levantando el trono de su hijo de entre las ruinas que formaron las facciones. Como reina, vende las villas y lugares de su dote, se deshace de sus joyas, empeña sus tocas y queda pobre ántes que consentir que se oprima á los pueblos con tributos; como esposa y madre, desprecia la corona que la ofrecen los que se la pudieran quitar, por guardar al difunto esposo la fe jurada, y al hijo el amor materno. Tal se la ve en la escena de las páginas 294, 295 y 296, y siempre superior á sí misma en la fortuna pública, y en las desgracias privadas. En ellas noble y constante, triunfa de los enemigos propios y de los de su hijo, á pesar de que este, ansioso del mando, se deja seducir y arrastrar de ellos, contra una madre á quien debe el cetro y la vida. Tal es el carácter que con maestría ha desenvuelto Tirso en el presente drama, reuniendo á las tradiciones históricas todas las galas poéticas de locucion, estilo é invencion que le sugirió su ingenio fecundo. Si lo ha conseguido, si logró sostener sin retroceso un interes continuo en las diversas situaciones que inventa ú ordena, no hay que acusarle de que olvidase unas reglas ajenas del género de drama que cultivó.

A la verdad, el Rey que empieza el drama como niño de tres años, le acaba siendo ya jóven de diez y ocho; pero tambien el espectador, anheloso por ver el fin del gobierno de Doña María, y la manera como se desenvuelve de los traidores que la persiguen, no repara en el tiempo que para ello emplea. El interes dramático crece de escena en escena; la curiosidad de ver el desenlace, crece tambien; y la verosimilitud producida por la de la unidad del tiempo, ni se exige, ni se nota que falta. Como en nuestro teatro antiguo es todo accion, no se permite el uso de la narracion sino rara vez, y para cosas que están fuera del asunto esencial del drama: así pues, si se ha de obtener el efecto deseado, es preciso pasar por los inconvenientes que traen consigo las formas románticas, so pena de haber de renunciar á las bellezas que producen en otro sentido de imitación poética.

Tirso, así en este drama como en todos, se somete al gusto de su tiempo, rindiéndole un homenaje indebido, y tal vez descompone las situaciones mas críticas y apasionadas por ostentar una sutileza metafísica, ó un rasgo intempestivo de erudición; pero en tales torpezas incurre con ménos frecuencia que otros, y las rescata despues con tal cúmulo de gracias, que es imposible tratarle con severidad.

También en esta pieza (acto tercero, pág. 305) introduce Tirso, como era de costumbre, una escena episódica que es del bajo cómico, y pertenece á lo que llamamos entremeses, la cual es un incidente que entra en el plan sin violencia; pues retirada la Reina del gobierno, se marcha á una aldea, donde los rústicos villanos tratan de obscurirla á su modo. El autor se aprovecha de este incidente para divertir al público, poniendo en accion las ridiculeces que encuentra el cortesano en el modo afectado con que tratan de remedar las costumbres cultas los prohombres de las aldeas. El contraste que resulta de este género de pretensiones, pone aqui de manifiesto su ridiculez, sin perjudicar la idea del respeto y buen afecto que muestran los campesinos á sus señores, aunque descubran á la vez los defectos, las envidias, y la creencia en que generalmente están de que sus chismes y rencillas merecen la atención de todo el mundo.

No puede empero negarse que Tirso en esta comedia,

como en todas las suyas, tiene defectos de aquellos que lo son en cualquiera parte que se encuentren. El desenlace de esta pieza carece de toda verosimilitud, pues vicia el carácter de los personajes. Aqui en el último acto los infantes Don Juan y Don Enrique, así como los otros conspiradores, aparecen necios en demasía, pues conociendo la prudencia de la Reina, y la enemistad que justamente les profesa, la entregan gratuitamente una carta firmada, donde descubren su traicion, y en que la dan un medio de hacerla manifiesta.

Tirso al fin de la comedia promete una segunda parte, en la que pretende tratar del fin de los Caravajales y Benavides; pero no llegó á publicarla. A falta de ella, puede verse la que con anterioridad escribió Lope de Vega con el título de *La inocente sangre, ó los Caravajales*, que está inserta en la parte diez y nueve de la coleccion de sus comedias, impresa en el siglo xvii.

El drama de *La prudencia en la mujer* es el sétimo contenido en la parte tercera de la coleccion de Tirso. Yo no he visto otra reimpression de dicho drama que la que hizo Doña Teresa de Guzman á principios del siglo xviii. A fines del anterior, ó en los primeros años del siguiente, le refundió á su manera un tal Cipriano de Segura, despojándole de las bellas octavas que contiene, y substituyendo en su vez un romancillo insípido y desaliñado.

IV.

Exámen de EL CONDENADO POR DESCONFIADO, por D. Agustín Durán.

El objeto de la buena critica no es solo juzgar las obras del arte y del ingenio bajo el aspecto de un tipo absoluto convenido entre los profesores y maestros, sino también atender á las épocas y circunstancias en que se produjeron, considerándolas sometidas al influjo de la idea social, entónces predominante. Las creaciones del ingenio, en cualquier tiempo que se realicen, nunca pueden emanciparse totalmente de la fe y la ciencia del pueblo, so pena de que no serán mas comprendidas que si se produjesen en un idioma extraño. Para juzgar las producciones de la imaginación, no basta ya haber leído y estudiado las poéticas de Aristóteles, de Horacio y de Boileau, porque la critica filosófica no debe ceñirse solo á aplicar las que llamamos reglas del buen gusto, sino que además debe tener por base un profundo conocimiento de la historia física y moral de los pueblos, de sus mas íntimas costumbres, y de las ideas predominantes que en diversas épocas constituyeron su estado social, y que motivaron sus aciertos y sus errores.

Bajo este aspecto, la critica es producto de un nuevo sentido conquistado en nuestros tiempos; es la idea preferente y necesaria, hija del análisis y de la discusion; es una garantía mas de la imparcialidad en los juicios; es la teoría realizada de la inteligencia libre, y no el sistema de reaccion, ciego, orgulloso é intolerante que excomulgaba á Shakespeare y á Calderon, porque no eran griegos ni franceses. Llena de datos históricos filosóficamente apreciados, y de erudición profunda sobre los sentimientos íntimos de cada pueblo y de cada edad en sus diversas fases de civilizaci6n; colmada de la ciencia práctica adquirida en el estudio de las ideas populares, ántes despreciadas por los sabios, ha penetrado el secreto de cada sociedad, y sabe usar de él para juzgar convenientemente las obras de la fantasía y del arte. Los grandes ingenios sometidos á este género de critica, no pueden considerarse puestos fuera de la ley bajo cuyos auspicios produjeron sus obras.

Empapados de estas ideas, vamos á considerar un drama simbólico, que aun mejor que la historia, revela el pensamiento moral, religioso y filosófico, y la idea predominante de nuestra sociedad en la época y circunstancias que se produjo.

Difícil será obtener que los escépticos predicadores de un sistema infecundo de inspiraci6n y de entusiasmo se trasladen á un siglo creyente y creador, aunque tal vez un tanto fanático, y supersticioso por instinto; difícilísimo hacerles percibir y comprender el grande pensamiento social que se realizaba y encarnaba en las producciones del ingenio inspirado por una fe firme y sincera. El fanatismo defensor del crimen que hoy destruye los lazos de las sociedades, no puede fácilmente estudiar el principio que las crea, defiende y sostiene. Sin embargo, vamos á emprender nuestra tarea, desviando de ella, cuanto sea posible, los obstáculos que la embarazan.

El análisis material, propio de las ciencias físicas, se ha aplicado err6neamente á la demostraci6n del órden moral de la especie humana, sin haberse considerado que el instrumento á propósito para unas cosas, puede no ser apto para otras. Tanta fe necesita un ciego para creer que los otros ven, y concebir que haya objetos visibles, como el matemático para creer en un Dios indemostrable por el cálculo, ó en el principio moral que no cabe en la cantidad; y no por eso el ciego aniquilará la luz que existe y no ve, ni el calculador al Dios que no puede medir. En vano el disector armado del escalpelo busca en el cadáver de una hermosa la causa animadora que produce el amor: la hermosura y la vida han desaparecido, y entre sus manos halla un esqueleto. En vano aislada la razon humana intenta penetrar los secretos misterios del órden moral. Newton por medio del cálculo conoció, sí, las leyes mecánicas del universo; pero solo la fe le hizo elevarse á las causas de su existencia, y al pensamiento de la creaci6n.

Por la equivocada aplicaci6n, como hemos dicho, de los instrumentos con que el hombre está dotado para investigar verdades de diferente órden, y por confundir y trocar los unos con los otros, es por lo que el error triunfa, y la verdad se pierde en un laberinto de sofismas y de absurdos. A fuerza de buscarla por medios inadecuados, el hombre se desespera, niega su existencia, y aniquilando en sí todo principio de entusiasmo, acaba con el instinto de la fe y el brio de la imaginaci6n, sin extinguir la nece-

idad que tiene de ellas. Cansado en fin de lucha tan desigual, se abandona á un escepticismo yerto y sin vida, que le quita hasta el deseo de conocer la verdad, ya que no el odio y la envidia de cuantos en ella esperan.

Bajo el auspicio de estas reflexiones, y desvaneciendo cuanto podamos la densa atmósfera de duda que nos circuye é impide levantar el vuelo á las regiones del entusiasmo creador, procuraremos examinar el drama que á principios del siglo XVII, y para un pueblo creyente, escribió el maestro Tirso de Molina con el título de *El Condenado por desconfiado*. Y lo juzgarémos, penetrados de las creencias, costumbres, y hasta de la ciencia teológica de aquel tiempo, á fin de que nuestro juicio y exámen sea conforme á las leyes de crítica que hemos expuesto.

El Condenado por desconfiado es un drama eminentemente religioso en el sentido de las creencias teológico-dogmáticas que el pueblo y los sabios de aquella época profesaban, y profesa aun todo buen católico. Es una parábola evangélica creada para hacer inteligible al pueblo el dogma de la gracia, y es quizá un producto de reaccion necesaria contra la fatal y desconsoladora rigidez del protestantismo, y las doctrinas heterodoxas que le originaron. Adoptando el autor por argumento una tradición conservada en diversos Ejemplarios, ha querido patentizar cómo y por qué Dios retira la gracia eficaz del hombre que de ella desconfía, y que intenta arrancarle sus secretos para convertir en certidumbre material la que solo debe tenerse por la fe. Al propio tiempo ha querido también probar cómo y por qué el pecador que confía en Dios, creyendo firmemente, puede arrepentido obtener misericordia.

El ermitaño Paulo es el símbolo de la primera consecuencia del dogma, y el bandolero Enrico representa la segunda. Regalado Paulo con celestiales favores, hijo predilecto de la Providencia, y quizá ensoberbecido, ni aun resiste á la primera prueba de tibieza con que Dios quiso experimentar le y contener la soberbia que asomaba en su corazón. Por haberse dormido mientras oraba, por haber soñado que en el último juicio era condenado; convirtiéndose en veneno la triaca (1), empieza Paulo á desconfiar de su salvación, y luego como niño consentido, avarazado á convertir los favores en exigencias, no se contenta con las palabras de la Escritura, ni presta al dogma la fe que se merece, sino que pide importuno á Dios garantías mas positivas y especiales que aquellas que dió á su Iglesia. Pretendiendo con vana curiosidad y decidida obstinación penetrar los arcanos de la Providencia, en pena de su orgullo se ve sumergido en un piélago de dudas: titubea en la fe, vacila en la esperanza, y se entibia en la caridad cristiana, preparándose á la idea de un inexorable fatalismo. Cuando á tal punto llegue su desdicha, ya solo verá en el Hacedor Supremo un tirano caprichoso; le insultará cara á cara, y abandonándose al crimen, rechazará los remordimientos, y renegando la misericordia, se rebelará contra la justicia del cielo. La lucha del pecador en tal estado no será en adelante contra el pecado que le pierde; mas la proseguirá encarnizada hasta su último suspiro contra Dios que procura salvarle. Luego veremos cómo el poeta ha graduado y sostenido este carácter moral, creación de la fe, conduciéndole paso á paso, y de consecuencia en consecuencia, desde su primera falta hasta el último crimen que justifica su condenación.

Por el contrario, el bandolero Enrico es el símbolo de la humana flaqueza, que á pesar de la fe, pero sin odio á la Divinidad, sin acusar su justicia ni negar su misericordia, peca, sí, y peca de continuo; peca por hábito, y no por desesperación ni por sistema. Por eso en medio de sus extravíos, conserva alguna virtud moral, sobre la cual podrán algún día recaer los tesoros de la gracia, y ser meritorias las buenas obras que haya ejecutado.

(1) Este sueño debía abnir la soberbia, mas no producir la desconfianza en el hombre que tuviera firme fe en las promesas hechas á la Iglesia.

Prescindirémos ahora de las ventajas é inconveniencias morales del dogma teológico que ha inspirado al autor del drama una creación que á la par de terrible y sublime, es dulce y consoladora. Baste á nuestro intento saber que tal era la fe de la época y del pueblo para quien se escribió, y que entónces todos respetaban los misterios inescrutables de la Providencia, creyendo ciegamente en la justicia y misericordia divina, por mas que la razon humana no bastase á explicarlas. Solo penetrándose de este hecho histórico se comprenderán las causas del efecto maravilloso que produjo entónces la obra del ingenio inspirada por la religion. Dirémos, sin embargo, respecto á sus consecuencias morales, que si algunas malas puede tener una esperanza indiscreta, mal deducida del dogma por falta de entenderle bien; aun esta misma esperanza, como supone siempre la reparacion y arrepentimiento del criminal, no causa daños tan graves é irreparables como los que produce la desesperacion, que desde luego aniquila todo sentimiento dulce, consolador y suave. Cuando la yerta mano del fatalismo ateo comprime los corazones, adios para siempre las virtudes, la moral y el entusiasmo, que con la esperanza engendran los actos nobles y generosos; adios para siempre los brillantes productos de la imaginacion; adios las magnificas creaciones del ingenio; adios los lazos que unen al hombre con el hombre. Reducido á si propio, él solo es para si todo el universo; y semejante á las fieras, obligado á huir y guardarse de los mismos de su especie, se hundirá en las cavernas, desde donde se lanzará sobre su presa para saciar el hambre, y dormirse después encima de los huesos roídos y descarnados de sus victimas. Pues bien, á esto y no á otra cosa tienden los que hoy se llaman directores del progreso social; á esto nos llevan los que presumiendo de sabios hacen cruda guerra á la inteligencia, sometiéndola al yugo del número y á la envidia de la ignorante estupidez, á la que halagan y adulan, arrastrándola al crimen que para ellos creen provechoso.

Harto convencidos estamos de que á los ojos raquíticos y miserables de estos hipócritas sofistas que intentan construir una sociedad bruta y atea, solo fuera grato el drama que analizamos, cuando pudieran reducirlo á un sarcasmo contra la Providencia divina. ¡Cuán interesante les pareciera Paulo, si se presentase como victima de un Dios imposible, injusto y caprichoso! Maldiciendo en sus últimos momentos á la naturaleza, descreyendo en su autor, arrojando al cielo la sangre inocente que habia derramado, digno héroe seria Paulo de uno de esos dramas románticos donde se embriaga al pueblo de envidioso rencor: presentante la virtud mas pura como hipocresía cobarde, y el crimen como una represalia, ó como un desahogo justo de la libertad salvaje, que suponen ofendida por las leyes que lo castigan. En su frenesí ideológico, los reformadores del día no reconocen otro heroísmo que el de los bandidos y asesinos, ni otro derecho que el de la fuerza brutal. Llamian grandes y nobles caracteres á enanos conculcan la sociedad, y tiranos opresores á los que para protegerla, los resisten. «Abajo, claman, la propiedad, abajo el matrimonio, abajo los lazos de familia; sin esto no existirían ni ladrones, ni adúlteros, ni parricidas. ¿Para qué ha de labor ricos y pobres? ¿por qué sabios é ignorantes? ¿por qué leyes y gobierno? Sacrifíquese todo al individualismo, á la libertad selvática, y nada se conceda á la inteligencia ni á la perfección de la especie. El hombre no es otra cosa que un animal, y los animales viven libres sin leyes, sin gobierno y sin Dios (1).» Ahora bien,

(1) Un sueño pareciera esto, si las sociedades secretas extendidas por todo el mundo conocido no pugnasen por reducir á práctica esta teoría. Algunos piensan que el estado salvaje es el principio de la sociedad; pero yo al contrario, creo que es el producto de sociedades corrompidas y disueltas, quizá tambien por hombres que, buscando el progreso por medios iguales á los que ahora se usan, obtuvieron el mismo resultado á que, sin saberlo, caminamos nosotros. Y lo mas triste es, que si como se dice, la España se adelantó en civilización á las demas naciones, tambien lleva camino de precederlas en la barbarie adon se precipitan.

los hombres que así piensan, y que procuran realizar sus detestables proyectos, difícilmente percibirán las bellezas que contiene el drama religioso de Tirso.

Hemos expuesto ya el dogma teológico en que este se funda, y que contiene el símbolo del hombre precito y el predestinado; y lo hemos hecho descendiendo tal vez á comparar la época moral en que se escribió, con esta en que nosotros escribimos. Así nuestros lectores conocerán mejor la diferencia del estado social de uno y otro tiempo, y juzgarán mejor del mérito de la obra.

En el plan que Tirso se propuso, en la idea y el pensamiento de su creacion, preciso fué que demostrase en sus héroes la existencia del libre albedrío, para que sus actos diesen motivo á la justicia divina, en su fallo definitivo, de condenar al uno y salvar al otro. Con efecto, avisos y auxilios de igual clase reciben; pero cada cual los aprovecha ó rechaza segun su voluntad.

El penitente Paulo, que por diez años resistió las mas fuertes tentaciones, obteniendo por ello favores muy especiales del cielo, en un momento de tibieza abrió su corazón al enemigo del género humano. Desconfía de Dios y pretende arrancarle el secreto de su destino, como si la fe en lo revelado no le asegurase que el premio y castigo será segun las obras del hombre. Cayó el santo en el instante de la prueba, cuando Dios en castigo de sus dudas soberbias le retiró sus auxilios eficaces; y cayó sin remedio, porque no quiso probar á vencer con los comunes, ó al ménos á resistir con ellos. Acómétele el demonio con permiso de Dios por el lado que flaquea, y tiéntale como á otro Job; pero Paulo, que no es paciente ni humilde, se no doblegará como Job á la voluntad suprema. Había el *Desconfiado* pedido que se le revelase el destino que tendria en la otra vida, y el *Tentador*, que le ve vacilante en la fe, contía en hacerle suyo. Preparando una insidiosa respuesta á la indiscreta pregunta, se expresa de esta manera:

(Pág. 185, col. 1.ª)

Y así me ha dado licencia
El juez mas supremo y recto
Para que con mis engaños
Le lucite agora de nuevo.
Sepa resistir valiente
Los combates que le ofrezco,
Pues supo desconfiar
Y ser como yo, soberbio.
Su mal ha de restaurar
De la pregunta que ha hecho
A Dios, pues á su pregunta
Mi nuevo engaño prevengo.
De ángel tomaré la forma,
Y responderé á su intento
Cosas, que le han de costar
Su condenacion, si puedo.

Desde este punto, el demonio no seguirá á su presa en el campo de batalla donde tantas veces fué vencido, ni serán sus armas los deleites y ambiciones mundanales. Conocida la flaqueza de Paulo, por ella intentará vencerle en la cruda guerra que le prepara. Disfrazado de ángel se le aparece, y le ordena que se dirija á Nápoles, donde observando á Enrico, podrá conocer su propia suerte final, pues Dios ha decretado que sea una misma la de entrambos. Con tal aparicion, como primer aviso del cielo, siente Paulo un frio pavor que le hiela el alma, y contrasta con la regalada dulzura que gozaba cuando disfrutó favores en éxtasis divinos. Sin embargo, la curiosidad y la desconfianza que le aquejan, le impiden aprovecharse de este recelo. Dando, pues, crédito á la insidiosa vision, encaminase á Nápoles, persuadido de que Enrico seria un modelo de virtudes y de penitencia; mas; y cómo se engañaba! Apenas llega á las puertas de la ciudad, cuando encuentra al hombre que buscaba, no como presumió, ocupado en buenas obras, mas circuido de viles ruñanes, de rameras disolutas y de infames asesinos que le coronan

por el mas perverso de todos, despues de oír de en propia boca la relacion de sus crímenes, asesinatos, robos, estupro, adulterios y sacrilegios. Véase aqui como el poeta prepara los medios y motivos con que la desconfianza crezca y se arraigue mas y mas en el alma del protagonista; véase como penetrado en lo mas íntimo de la humana naturaleza, sigue sin desviarse la pendiente de una primera falta, y adivina sus consecuencias.

Despues de cerciorarse que el hombre á quien buscaba como modelo de virtud, es en realidad el mas malo de la tierra, Paulo, que á pesar de su austeridad y penitente vida desconfió de su propia salvacion, ¿cómo creerá que el malvado Enrico puede salvarse? Si una ha de ser la suerte de ambos, segun se le respondió en la vision que tuvo, cierto está ya de condenarse, y por lo tanto quiere como Enrico seguir la carrera del crimen, y excederle en maldades, si es posible. Resuélvese en fin á esto, y partiendo á las montañas, testigos de su penitente vida, hará que tambien lo sean con asombro de sus delitos. Como potro desbocado, como hambriento y rabioso lobo, se lanza en el camino de perdicion, y convertido en capitán de forcos bandoleros, destroza, asesina, y se baña en la sangre de cuantos vienen á su poder. Cuando fatigado, y no harto de carnicería y de matanza, intenta reposar y queda solo y entregado á sí mismo, si algun remordimiento le persigue, luego le rechaza y ahoga, opouliéndole la memoria de Enrico y la revelacion que tuvo, y que presume divina. En uno de estos momentos criticos se expresa así:

(Pág. 195, col. 5.ª)

Enrico, si desta suerte
Yo tengo de acompañarte,
Y si te has de condenar,
Contigo me has de llevar;
Que nunca pienso dejarte.
Palabra de un ángel fué;
Tu camino seguiré;
Pues cuando Dios, juez eterno,
Nos condenare al infierno,
Ya habremos hecho por qué.

Inspirado el poeta por el dogma consolador de la misericordia, y penetrado de las vias de Dios, no presentará al delincuente abandonado de nuevos y poderosos auxilios con que pueda vencer su voluntad depravada; culpa suya será si los desprecia. Para neutralizar los efectos de la primera vision, un ángel verdadero, en forma de pastor, se aparece á Paulo. Desciende de la montaña tejiendo la corona que destinaba al justo, y canta la piedad de Dios y la facilidad con que perdona al pecador arrepentido. En un bello diálogo y en un buen romance reprende el ángel al bandolero su desconfianza, y con ejemplos repetidos le demuestra que nunca debe desesperarse de la salvacion. Titubea Paulo un momento en sus malos propósitos, y se expresa de este modo:

(Pág. 194, col. 1.ª)

Este pastor me ha avisado
En su forma peregrina,
No humana, sino divina,
Que tengo á Dios enojado
Por haber desconfiado
De su piedad (claro está);
Y con ejemplos me da
A entender piadosamente
Que el hombre que se arrepiente,
Perdon en Dios hallará.
Pues si Enrico es pecador,
¿No puede tambien hallar
Perdon? Ya vengo á pensar
Que ha sido grande mi error.

Pero como la tentacion prosigue, cuando la voluntad no persevera en resistirla, y cuando la razon humana no cede á la fe divina; el orgulloso Paulo que desconoce estas verdades, reincide bien pronto en su desconfianza, y sin combatir siquiera, se rinde á ella diciendo:

¿Mas cómo dará el Señor
Perdon, á quien tiene nombre
Ay de mí! del mas mal hombre
Que en este mundo ha nacido?
Pastor, que de mí has huido,
No te espantes que me asombre.
Si él tuviera algun intento
De tal vez arrepentirse,
Lo que por engaño siento
Bien pudiera recibirse,
Y yo viviera contento.
¿Por qué, pastor, quereis vos
Que en la clemencia de Dios
Halle su remedio medio?
Alma, ya no hay mas remedio
Que el condenarnos los dos.

He aquí cómo la razon ensoberbecida extravió la voluntad é inutiliza los auxilios divinos, que inclinan, pero no fuerzan el uso del libre albedrío.

Aprovéchase el demonio de la ocasion para armar á Paulo nuevos lazos. Enrico, perseguido de la justicia á causa de sus desafueros, se arroja al mar fugitivo, y como por milagro, rompiendo las embravecidas olas, arriba á las playas donde Paulo aterraba el mundo con escándalos continuos. Cae aquel en sus manos, y mas que nunca obstinado y ciego en tentar la Providencia, se propone someterle á la mas terrible y decisiva prueba que pudo imaginar. No bien, maldiciendo y blasfemando de Dios en vez de tributarle gracias, hubo Enrico tocado en la playa, cuando los bandoleros por orden de su jefe, le atan á un árbol, y vendándole los ojos, le anuncian el término fatal de su vida. Nada empero le aterra, burlase de Dios, insulta á los hombres, y riese de la muerte: no parece sino que la soberbia y orgullosa inteligencia del hombre quiere luchar y vencer la del Creador. Entónces Paulo se le presenta vestido de ermitaño, y le exhorta á la penitencia con tanto mas ahínco é interés, cuanto cree que la salvacion de Enrico será prenda segura de la suya. Vanos esfuerzos! el aire se lleva sus palabras, porque el bandolero se mofa de ellas, y pide que le acaban para llegar mas pronto al infierno. La obstinacion de Enrico le salva la vida, pues el *Desconfiado*, temeroso de que muera impenitente y se condene, impide que los bandidos le asesinen.

Hecha esta terrible prueba, afirmase Paulo mas y mas en el error, que era justo castigo de su temeridad impla. Cada vez mas convencido de hallarse condenado, cuenta su vida y la causa de sus penas al que considera como compañero en desdichas. ¿Quién lo pensara? El desalmado Enrico, el blasfemo, el asesino, el que nunca hizo mas bien que respetar á su padre, el que con la muerte á los ojos despreció los auxilios de la religion; este mismo al fin, tan duro, tan obstinado, reprende á Paulo su conducta, le afea su desconfianza, y le afirma que aunque se considera tan perverso y criminal, siempre ha esperado salvarse: hé aquí el modo con que se explica:

(Pág. 298.)

Yo soy el hombre mas malo
Que naturaleza humana
En el mundo ha producido;
El que nunca habló palabra
Sin juramento; el que á tantos
Hombres dió muertes tiranas;
El que nunca confesó
Sus culpas, aunque son tantas;
El que nunca se acordó
De Dios y su Madre Santa;
Ni aun ahora lo hiciera,
Con ver puestas las espadas
A mi valeroso pecho;
Mas siempre tengo esperanza
En que tengo de salvarme,
Puesto que no va fundada
Mi esperanza en obras mías,
Sino en saber que se humana

Dios con el mas pecador,
Y con su piedad se salva.

Y luego, no desmintiendo su carácter, continúa:

Pero ya, Paulo, que has hecho
Ese desatino, traza
De que alegres y contentos
Los dos en esta montaña
Pasemos alegre vida,
Mientras la vida se acaba.
Un fin ha de ser el nuestro:
Si fuere nuestra desgracia
El caer en la gloria
Que Dios al bueno señala,
Mal de muchos gozo es;
Pero yo tengo confianza
En su piedad, porque siempre
Vece á su justicia sacra.

Ambos bandoleros son, como se ha visto, detestables; pero ¿cuánta diferencia hay entre el que espera y el desesperado! ¿Cómo el poeta, moralista y profundo observador de las pasiones, ha sabido caracterizarlos y distinguirlos, esdruñando el diverso origen de unos mismos actos! El uno es malo por aturdimiento, y por hábito de no ser bueno; pero si no busca, tampoco rehusa la expiacion de sus crímenes por medio del arrepentimiento: al contrario el otro, que ejerció la virtud, que fué regalado de Dios, se vuelve luego contra él, le insulta con despecho, y pretende traerle á juicio ante su miserable y ciego orgullo y su razon extraviada. Enrico no cierra los caminos á la gracia; ántes con la esperanza los facilita, mientras Paulo la repele de si siempre que los auxilios del cielo y los recordamientos llaman á su corazón.

En el supuesto de que un mismo fin han de tener, conciertan pasar la vida juntos ambos bandoleros; pero acordándose Enrico de su anciano padre, determina volver á Nápoles para socorrerle y traerle consigo, á pesar de los riesgos de la empresa. Con efecto, al realizarla cae en poder de la justicia, que le conduce á un calabozo, donde comete mas desafueros y delitos. Allí, muchas veces despreciando los auxilios divinos, y otras resistiendo las ocasiones de fugarse que le ofrece el demonio, pasa su tiempo hasta que se ve notificado de muerte. Ni aun entónces se doblega al yugo de la religion; niega á la penitencia, diciendo que si Dios es misericordioso y puede, le salve sin tantas ceremonias, y sino que le condene; pues él por su parte no tiene memoria para acordarse y confesar tantos crímenes como ha cometido.

Acércase la hora del suplicio; ya todos desconfían de la salvacion del reo, cuando una sola y única virtud que ejerció en su vida, abre camino á los auxilios de la gracia. Lo que no alcanzaron de Enrico ni el temor de la muerte ni el horror del infierno, lo alcanzan en un instante las lágrimas, los ruegos y las venerables caras de su anciano padre. Al verle y oírle, su alma empedernida se enternece y regala; resignase con la suerte que le espera, pide humilde perdon á Dios, y arrepentido y contrito, sufre muerte afrentosa para hallar eterna vida en la morada celestial.

Después de cumplido el decreto del cielo, salvándose el protagonista del drama que esperaba clemencia, ¿cuál será el fin del desesperado? ¿Se salvará tambien? No, porque voluntariamente se apartó del buen camino, y no quiere tornar á él; no, porque á sabiendas luchó contra Dios, en vez de luchar contra el pecado; no, porque fué ingrato y desconocido á los favores del cielo; no, porque arrojó de si todas las virtudes sin reservar ninguna; no, porque tenaz é injustamente desconfiado, verá y no creerá la salvacion de Enrico, ó creyéndola pensará que Dios está obligado á salvarle sin que penitente y arrepentido le implore; y no en fin, porque fiado en el engaño del demonio, que él mismo provocó, olvidará la palabra de las Escrituras que aseguran al hombre el premio ó el castigo según sus obras.

No se crea empero que la Providencia le abandone: su condenación ha de proceder del mal uso que haga de su albedrío. Sin embargo de tanta obstinación, la gracia prestará sus auxilios al infeliz Paulo hasta el último suspiro. Revelado le fué natural y milagrosamente el fin dichoso de Enrico, para que sabido, abriese su corazón al consuelo. ¡Mas ay, que fué en vano! La desconfianza y el orgullo endurecieron la voluntad contra los avisos del cielo. Paulo en fin, herido en una refriega, muere impenitente.

A nadie que conozca la doctrina, la fe y la idea predominante del siglo en que Tirso escribió este drama, le sorprenderá su desenlace, ni extrañará la impresión que debió producir en unos espectadores, que sabios ó ignorantes, llevaban su alma dispuesta y preparada á recibir las impresiones de consuelo y de terror que el poeta, tan creyente como ellos, quiso inspirarles.

Largo ha sido este análisis; mas no lo juzgarán tanto los que quieran apreciar con exactitud las obras de nuestros antiguos dramáticos, y aplicar á su estudio la crítica filosófica, hija de nuestro siglo. En una época de escepticismo, en que se desconocen las causas y efectos de una fe viva y encendida, es preciso analizarlos y explicarlos para que se entiendan, como se analiza y explica la historia civil y religiosa de los pueblos antiguos, cuyas sociedades y costumbres se quieren conocer, y cuyos autores clásicos estudiar.

Presentada y juzgada nuestra poesía popular y el teatro antiguo, que es parte esencial de ella, como objeto de estudio filosófico, y no como modelo de servil imitación, ha contribuido no poco á conservar en la moderna el carácter nacional, y á separarla del exagerado y delirante sistema que mancha y oscurece con salvajes é inmorales creaciones las glorias literarias de la nación que en mejores tiempos produjo un Corneille, un Molière y un Racine. Hasta ahora, y en buen hora lo digamos, apénas ha penetrado en nuestra escena el asqueroso, repugnante y atroz monstruo, hijo del desenfreno revolucionario que se pasea por toda Europa, y que no falta tampoco en nuestras ciudades. Algunos de nuestros ilustres y jóvenes ingenios fueron deslumbrados por el romanticismo malo; pero después que estudiaron la poesía nacional, le abandonaron; y siguiendo el camino trazado por la buena crítica, produjeron obras que honran la presente generación. Otros, escapándose por extremo contrario, creyeron que éramos ahora los mismos que fuimos trescientos años hace, y que para agradar al público, bastaba violar de propósito todas las reglas del saber y del buen gusto, introducir variedad de metros y cambiar muchos telones. A estos también desengañará el buen uso de la crítica, demostrándoles que por lo mismo que el actual siglo es ménos creyente, necesita en el teatro mas verosimilitud material que en el antiguo, y en fin, que como mas perito en la historia y las costumbres, no sufre anacronismos de ninguna especie.

En la actualidad, por ejemplo, no se toleraría un drama teológico como el de Tirso, dividido en dos acciones casi diversas, y lleno de medios sobrenaturales y de escenas y situaciones desligadas. En el día quien intentase renovar este asunto, necesitaría poseer mucho conocimiento de la actual sociedad, mucho ingenio y mucho tino práctico de la escena; tendría que concebirlo de otro modo, y que buscar en la razón medios supletorios á la falta de fe; tendría que inventar recursos de verosimilitud é interés dramático mas análogos á nuestra manera social, y á la idea predominante del siglo; y tendría en fin que hallar para España el *Fausto* que Goethe produjo para su país. Acaso ya poseeríamos esta obra maestra acomodada á

nuestro carácter, si el distinguido autor del *Alfredo* estudiara el teatro antiguo español, como es capaz de hacerlo cuando quiera. Siguiendo otros excelentes ingenios la senda que llevamos trazada, produjeron á *Carlos el Hechizado*, *Doña María de Molina*, *Los Amantes de Ternel*, *Rosmunda*, *Fernando el Emplazado*, *Barbara Blomberg*, *D. Alvaro*, *El Trovador* (1), con otros muchos dramas históricos y novelescos de diversos jóvenes apreciables por sus talentos, donde se conserva el tipo característico nacional, y se percibe el estudio de nuestra antigua poesía popular, modificada empero por el influjo que la moderna civilización ha introducido en las costumbres, creencias y necesidades sociales.

Restanos algo que decir sobre las bellezas de detalle contenidas en el drama de Tirso: bellezas que por hallarse en la naturaleza general, no dependen de los cambios de opiniones ni de ideas. Es admirable, por ejemplo, la exposición con que el ermitaño Paulo abre la escena. (Pág. 184 y siguientes.) De esta hermosísima égloga puede con razón decirse que exhala el perfume de las flores, el ambiente puro de eterna primavera, y la paz de las cabañas de los primeros patriarcas. Delicada y tierna es la escena donde el ángel pastor se presenta en busca de la oveja perdida (pág. 194), y para quien, esperando reducirla al rebaño, va tejiendo una guirnalda de flores. ¡Cuán bello contraste presenta con el diálogo en endechas, en que el ángel ya casi desanimado, se aparece de nuevo á Paulo deshaciendo (pág. 201) pausadamente y pesadoso la misma corona que para él formó! Si en la primera brillan destellos de esperanza, en la segunda reina un indefinible sentimiento de terror y compasión que conmueve las almas mas duras é insensibles.

Digna es también de notarse aquella en que Enrico asistiendo á su anciano padre le regala y consuela, absteniéndose de cometer un asesinato, porque habia de ejecutarlo en un hombre cuyas canas le recuerdan las de aquel á quien debe su existencia. Llenos de verdad son los lauces de la cárcel, donde con vivos colores se retrata lo que pasa allí con los foragidos. Mas sobre todo, es maravillosa la idea contenida en la escena donde el demonio ofrece á Enrico su libertad, y este la rehusa escuchando la voz del cielo que le detiene. En igual tranco y situación, doscientos años después presentó Goethe á Margarita en su drama de *Fausto*, tomando también su argumento de una tradición popular religiosa.

En fin, en este drama como en todos los del autor, son importantes y reparables las escenas donde retrata costumbres campestres, malicias aldeanas, desafueros de bandidos y rufianes, y torpezas deshonestas de las malas mujeres. En todas partes ostenta Tirso un profundo conocimiento de la naturaleza y de la moralidad de las acciones. Así en esto como en fuerza cómica, en aprensiones felices, en la pureza de lenguaje, en agudeza del diálogo y en riqueza y sultura de versificación no tiene rivales este poeta, y puede presentarse por modelo á cuantos quieran adquirir dotes tan apreciables y necesarias para distinguirse en el teatro y obtener merecidos aplausos. ¡Ojalá nuestros jóvenes ingenios imiten á Tirso en tan buenas y sobresalientes cualidades, y no en aquellos extravíos propios de su tiempo, que si entonces pasaban de incógnito, en el día nadie pudiera tolerarlos!

(1) En algunos de estos dramas quizá se ha sacrificado en demasía á circunstancias transitorias la verdad de los caracteres históricos y la idea de la época; mas ¿quién hay que se prometa en un espectáculo, esencialmente popular, hacerse comprender del público, sino á costa de tales concesiones y sacrificios? Ni Calderón, ni Shakespeare, ni Racine, ni Corneille, ni Voltaire, ni Eurípides, ni Sófocles, ni aun Homero, retrataron sus héroes tales como fueron estos en la época en que existieron, sino tales como podían concebirse y entenderse por el pueblo y el siglo ante quienes se presentaban.

INDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO DEL COLECTOR.	V
ARTÍCULOS BIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS ACERCA DE FRAY GABRIEL TELLEZ Y SUS OBRAS.	
I. Del Sr. D. Agustín Durán.	VI
II. Del Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos.	VII
III. Del Sr. D. Alberto Lista.	VIII
IV. Del Sr. D. Francisco Javier de Burgos.	XXVII
V. Del Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa.	XXX
VI. Del Sr. D. Antonio Gil de Zarate.	XXXI
CATÁLOGO RAZONADO DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE FRAY GABRIEL TELLEZ.	XXXII
COMEDIAS.	
Palabras y plumas.	1
El Pretendiente al revés.	21
La Villana de Vallecas.	11
El Castigo del penséque.	70
Quien calla otorga: segunda parte de El Castigo del penséque.	90
La Gallega Mari-Hernandez.	109
La Celosa de sí misma.	128
Amor y celos hacen discretos.	150
Amar por razón de estado.	166
El Condenado por desconfiado.	181
El Vergonzoso en Palacio.	201
Por el sótano y el torno.	228
Esto sí que es negociar.	248
No hay peor sordo.	265
La Prudencia en la mujer.	287
La Villana de la Sagra.	307

El Amor y el amistad.	338
Privar contra su gusto.	346
Celos con celos se curan.	361
El Amor médico.	381
Don Gil de las calzas verdes.	402
Amar por arte mayor.	425
Marta la riudosa.	442
Amar por señas.	462
Desde Toledo a Madrid.	481
Cautela contra cautela.	501
La ventura con el nombre.	519
En Madrid y en una casa.	538
Los balcones de Madrid.	556
El Burlador de Sevilla y Convidado de piedra.	572
El Rey don Pedro en Madrid y el infanzon de Illescas.	591
El Celoso prudente.	612
La Huerta de Juan Fernandez.	635
Del enemigo el primer consejo.	652
Averigüelo Vargas.	668
Los Amantes de Ternel.	690

APÉNDICES.

I. Jornada tercera de la comedia titulada <i>Lo que hace un manto en Madrid</i>	700
II. Fragmentos 1.º, 2.º y 3.º de la comedia titulada <i>El Rey Don Pedro en Madrid</i> , incluida en una quinta parte de <i>Comedias de Calderón</i> , impresa en Barcelona año de 1677.	716
III. Observaciones acerca de la comedia titulada <i>La prudencia en la mujer</i> , por D. Agustín Durán.	719
IV. Exámen de <i>El Condenado por desconfiado</i> , por D. Agustín Durán.	726

